



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

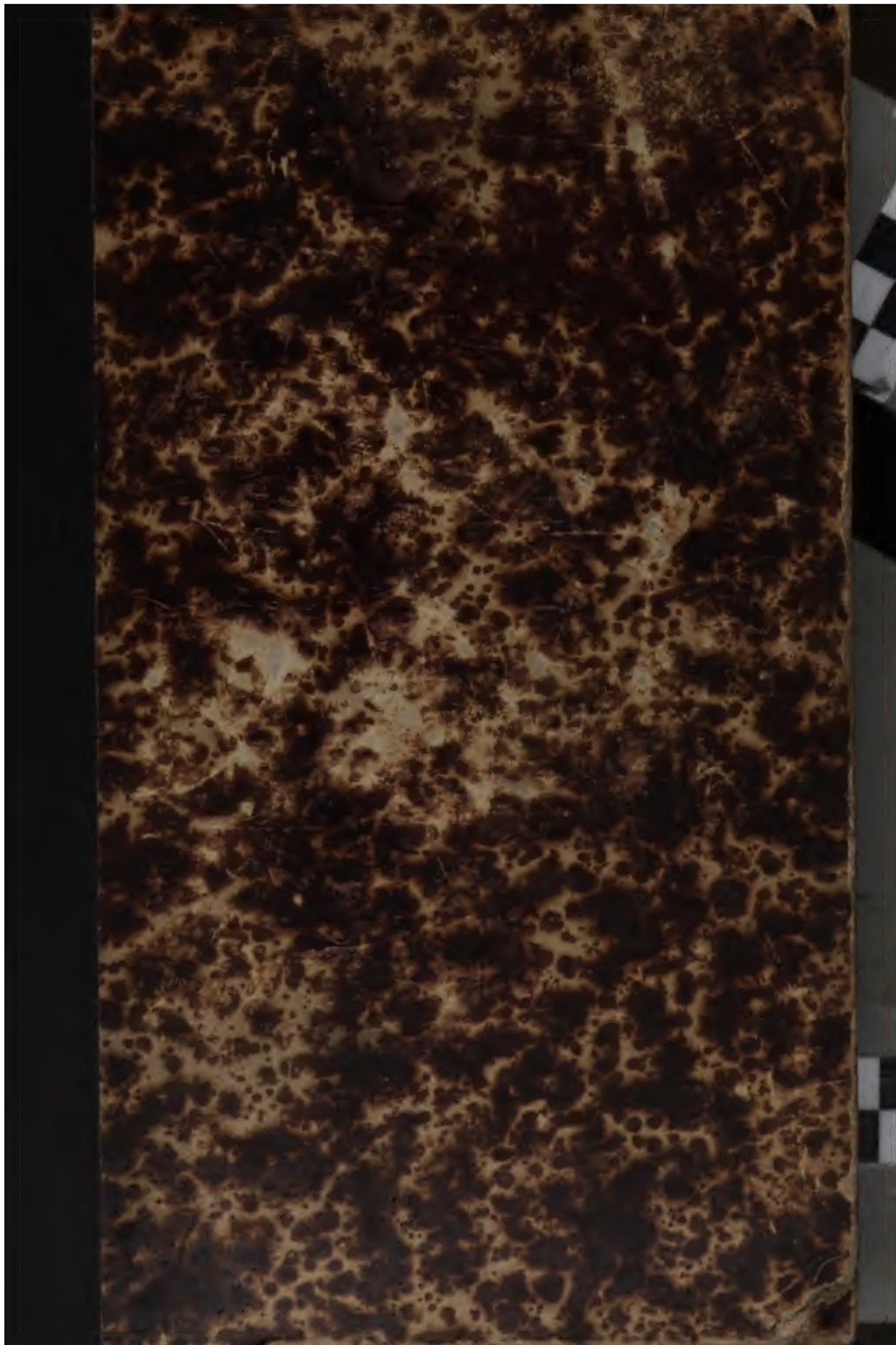
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>





STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES

ESPAÑOLES

TECA

ÑOLES.

ATTORRES 1257

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

Historiadores de Indias.

HISTORIADORES PRIMITIVOS DE INDIAS.

Coleccion dirigida é ilustrada

POR DON ENRIQUE DE VEDIA.

TOMO SEGUNDO.



MADRID.

M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR,

CALLE DE LA MADERA, 8.

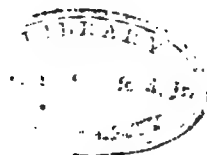
1862

VJS

F1411

H57.

V. 2



NOTICIAS BIOGRÁFICAS

DE LOS

AUTORES COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

BERNAL DIAZ DEL CASTILLO.

UNA observacion muy notable ocurre siempre al tratar de los conquistadores de América. A primera vista cualquiera creeria que los hombres que acometian la empresa, aventurada en aquellos tiempos, de arrostrar los peligros de una larga navegacion por mares tormentosos y desconocidos, habian nacido en sus orillas y estaban familiarizados con este terrible elemento desde su primera infancia; y sin embargo, los hechos desmienten esta conjetura fundada, y no hay mas que ochar la vista sobre los nombres mas distinguidos para convencerse de la verdad. Hernan Cortés y Pizarro eran de Medellin, en Extremadura; Vasco Nuñez, de Jerez de los Caballeros, en la misma provincia; Diego Velazquez, primer gobernador de la isla de Cuba, de Cuellar, en Castilla la Vieja; Rodrigo de Orgoños, de Toro, y son infinitos los naturales de ambas Castillas que tomaron una parte activa en aquellos hechos memorables.

Uno de ellos fué nuestro BERNAL DIAZ, que nació en Medina del Campo, sin que sepamos la fecha exacta de este suceso ni la menor particularidad de su niñez; bien es verdad que nada tiene de extraño este silencio respecto á un individuo que, nacido sin duda de padres pobres, emprendió la carrera militar en la humilde situacion de soldado. Pasó á América el año de 1514 en compañía de Pedrarias Dávila, á quien el Gobierno acababa de conceder la gobernacion del Darien; desde allí, después de los sucesos ocurridos en aquel país, se trasladó á la isla de Cuba, que gobernaba á la sazón Diego Velazquez. La situacion de aventurero en que se hallaba BERNAL DIAZ le obligó á tomar parte en cuantas empresas se ofrecian; así es que al emprenderse la expedicion del descubrimiento de Yucatan se alistó bajo las banderas de Francisco Fernandez de Córdoba, y se embarcó con él, haciéndose á la vela el día 8 de febrero de 1517; pasó luego á la Florida con Juan Ponce, y dió vuelta á Cuba con los pocos que se salvaron de aquella empresa desgraciada. Nuevamente se embarcó en la expedicion de Grijalva el 3 de abril de 1518; y vuelto á Cuba, salió por tercera vez con la expedicion mandada por Hernan Cortés, embarcandose en la nave de Pedro de Albarado. Hizo en aquella conquista cuanto era de esperar de un buen soldado; y terminada que fué en todas sus partes, recibió, en recompensa de sus servicios, una encomienda en Guatemala, donde se estableció, siendo uno de los primeros pobladores de la ciudad de Santiago de los Caballeros, en la que ocupó el cargo de regidor.—El mérito y servicios militares de BERNAL DIAZ fueron muy distinguidos, como que Hernan Cortés le recomendó especialmente al Emperador en carta escrita en Méjico el año de 1540; la misma honra mereció después del virrey don Antonio de Mendoza; y por último, habiendo él mismo presentado unas probanzas en el consejo de Indias, el Emperador se sirvió recomendarle por real cédula expresa y expedida en su favor.

A pesar de estos honores, el nombre de BERNAL DIAZ hubiera quedado oscurecido entre los de tantos valerosos soldados como tomaron parte en la conquista; pero, habiendo publicado Gómara

en 1552 su *Crónica de la conquista de la Nueva-España*, BERNAL DÍAZ, que vivía tranquilo en su encomienda de Chiamula, no pudo ver sin enojo que aquel escritor trataba de engrandecer á Hernán Cortés á costa de todos sus compañeros, atribuyéndole exclusivamente la gloria de la conquista; de manera que la indignación le hizo autor. Desde entonces comenzó sin duda á renovar la memoria y recuerdos de aquellos hechos, y por los años de 1568 se puso á escribir su *Verdadera historia de la conquista de Nueva-España*, dedicándose muy particularmente á corregir los errores é inexactitudes de Gómara y demostrar la parte activa que muchos soldados tuvieron en la destrucción del imperio mejicano, auxiliando á su general siempre con el brazo, y muchas veces con el consejo. Debía ser entonces BERNAL DÍAZ hombre de edad bastante avanzada, pues él mismo asegura que cuando escribía su libro, de quinientos y cincuenta compañeros que habían sido en la guerra de Méjico, solo quedaban vivos cinco; también refiere muchas particularidades relativas á su persona, como la pendencia que el año de 1523 tuvo en Cimatan con el escribano Diego de Godoy, en la que se acuchillaron y salieron ambos heridos; y finalmente, cuenta que estuvo por su persona en ciento y diez y nueve batallas ó combates, y que viviendo ya anciano y quieto en su casa, era tal la costumbre que había contraído en las fatigas del sitio de Méjico, que dormía siempre vestido y con sus armas á la cabecera de la cama, para hallarse dispuesto en cualquiera coyuntura.

Esta obra, digna de atención, permaneció largos años inédita, hasta que el año de 1632 la sacó de la biblioteca del consejero y erudito don Lorenzo Ramírez de Prado el padre fray Alonso Remon, de la orden de la Merced, y la publicó en Madrid en la imprenta Real, en un tomo en folio. Hay en este punto la particularidad de que las ediciones de Madrid de 1632 son dos: una con portada grabada y en malísimo papel, y otra sin aquel requisito, pero mas ceñida y ajustada la impresión; el contenido es el mismo, y solamente hay en la primera un capítulo adicional, que nada tiene que ver con la conquista de Méjico, y está consagrado á referir la famosa inundación de la antigua Guatemala por el volcán de agua que estalló sobre la ciudad el año de 1541, en la que perecieron muchísimas personas, y entre ellas doña Beatriz de la Cueva, mujer del célebre conquistador y adelantado Pedro de Albarado, que, rodeada de sus doncellas en una habitación de su casa, fué arrebatada por la corriente con toda su familia.

Aquí darían punto las escasas noticias que tenemos de BERNAL DÍAZ si la casualidad no nos hubiese proporcionado un documento que expresa quiénes fueron sus padres, y da ciertas noticias poco conocidas acerca de su obra, la cual casi puede asegurarse no poseemos en su verdadero estado y conforme él la escribió. Por los años 1689 escribía don Francisco de Fuentes y Guzmán Jiménez de Urrea en la ciudad de Guatemala la historia de aquella provincia, de la cual tenemos á la vista la primera parte, comprendida en dos tomos en 8.º, manuscritos; y unos breves extractos de ella dan á conocer las cualidades del autor, sus relaciones de parentesco con nuestro BERNAL DÍAZ, y algunas particularidades de este conquistador y de su libro. Dice así en el capítulo primero, que sirve de introducción: «Habiéndome aplicado en mi juvenil edad á leer, no solo con curiosidad, sino con afición, veneración y cariño el original borrador del heroico y valeroso capitán BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, mi revisabuelo, cuya ancianidad manuscrita conservamos sus descendientes con aprecio de memoria estinable, y llegado á esta ciudad de Guatemala por el año de 1675 el libro impreso que sacó á luz el reverendo padre maestro fray Alonso Remon, del sagrado militar orden de nuestra Señora de la Merced, redención de cautivos, hallo que lo impreso no conviene en muchas partes con el venerable amanuense suyo, porque en unas partes tiene de mas y en otras de menos de lo que escribió el autor, mi revisabuelo, como lo reconocí adulterado en los capítulos ciento sesenta y cuatro y ciento setenta y uno, y así en otras partes del progreso de la historia, en que no solo se oscurece el crédito y fidelidad de mi CASTILLO, sino que se defraudan muchos verdaderos méritos de grandes héroes, á quien están llamando el premio y el laurel de la fama á inaccesibles glorias; y añadiendo á esta verdad la de que há veinte y seis años que estoy sirviendo á mi rey y á mi patria en el oficio de regidor perpetuo de esta muy noble y leal ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, etc., etc.» Y mas adelante, contrayéndose á una equivocación material cometida en la impresión, donde se omitieron varias circunstancias personales de CASTILLO, y hablando en general de la inexactitud de muchos autores que trataron de las cosas de Indias, prosigue diciendo: «A que se agregó el que en lo que escriben Gómara, Illescas y el obispo Paulo Jovio, como lo propone y asienta mi CASTILLO en el preámbulo preparatorio al lector, se apartan de lo cierto y seguro de las noticias,

como lo hace el reverendo obispo de Chiapa, fray Bartolomé de las Casas, escribiendo con sangre. Y ahora nuevamente defraudase del primer capitulo de lo impreso en lo que parece del borrador original, que empieza en el amanuense diciendo: —BERNAL DIAZ DEL CASTILLO, vecino y regidor de la muy noble ciudad de Santiago de Guatemala, uno de los descubridores de la Nueva-España y sus provincias, y cabo después en lo de Honduras y Higueras, que en esta tierra así se nombra; natural de la muy noble é insigne villa de Medina del Campo, hijo de Francisco Diaz del Castillo, regidor que fué della, que por otro nombre llamaban el Galan, y de doña María Díez Rejon, que hayan santa gloria, etc. — Y comienza el capitulo primero de lo impreso sacado á luz por el padre maestro fray Alonso Remon, diciendo: — En el año de 1514 salí de Castilla, etc. » Nuevamente y en el capitulo segundo enmienda otro error del ejemplar impreso, explicandose en estos terminos: « No consta de todo el capitulo ciento sesenta y dos del original borrador de mi Castillo que el rey Sequechul al tiempo de morir se redujese á nuestra santa fe católica, ni que recibiese el bautismo, ni menos que se le diesen por el Adelantado tres dias de término para instruirse en los misterios de nuestra sagrada fe, ni que se le conmutase la pena en que se le dieso garrote y no fuese quemado; porque de la pronunciacion de la sentencia á la ejecucion della no hubo intermision de tiempo, y lo quemaron luego á la hora de dicha sentencia juridica; y se opone á esta verdad del original lo que se dice en el capitulo ciento sesenta y cuatro, folio 172 de lo impreso, á diligencia del reverendo padre maestro fray Alonso Remon, del orden de la Merced, en que tambien hallo adulterado el sentir de mi verdadero autor y progenitor, añadiéndole en esta parte lo que no se halla en el borrador de su letra y autorizado con su propia firma, comprobada con las que se hallaron suyas en los libros de cabildo, y con otras que hay en nuestro poder; ni menos conviene lo impreso con el traslado en limpio que se sacó después de enviado un primero á España para la primera impresion por remitirlo duplicado; que no habiendo ido, lo conservan los hijos de doña Maria Castillo, mis deudos, autorizado con la firma de don Ambrosio Diaz del Castillo, su nieto, dean que fué de la santa iglesia cathedral primitiva de Guatemala. Y en lo que refieren de la cristiandad de este rey al tiempo de su muerte, es añadidura en lo impreso; verificándose tambien haberle distraido y usurpado sus dos primeros capitulos, dividiéndolo desde el tercero en adelante con tan poco orden y cautela que antes viene á haber de mas de lo manuscrito á lo impreso hasta el capitulo ciento sesenta y dos; habiendo ser de menos, ó haberse arreglado con el mismo orden de lo que se halla de numeracion de capitulos en sus amanuenses. »

De los extractos mencionados resulta : 1.º que BERNAL DIAZ era de familia noble y distinguida, pues su padre ocupaba el puesto de regidor en una poblacion tan importante entonces como Medina del Campo; 2.º que sus fatigas y hechos de guerra le proporcionaron una situacion distinguida y decorosa, porque, como conquistador y dueño de encomiendas de indios, ejerció el cargo de regidor perpetuo en la ciudad de Guatemala; y 3.º que poseemos su obra de una manera defectuosa, constando, como consta, que ni se imprimió por el original ni por copia debidamente autorizada, sino por una que poseyó el consejero Ramirez de Prado, de la cual se valió el padre Remon para hacer la impresion, pues fué el que en un principio corrió con ella; y muerto sin concluirla, la terminó, segun lo indica don Nicolas Antonio, el padre fray Gabriel Adarzo de Santander, después obispo de Otranto, en el reino de Napoles.

Hasta aquí llega cuanto hemos podido indagar acerca de la persona de este singular escritor y valiente soldado, sin que podamos fijar tampoco la epoca precisa de su fallecimiento, que debió ocurrir á los pocos años de terminado su libro, pues le escribió de edad muy avanzada; restanos solamente dar noticias de las ediciones de él, y hacer algunas breves observaciones sobre su estilo y forma.

Dijimos anteriormente que las dos impresiones de Madrid de 1652 (si es que son dos ó una misma con diferente portada) son las primeras; la publicacion de la célebre *Historia de la conquista de Méjico*, de don Antonio de Solis, si bien mas ajustada á la elegancia y buen decir que á la estricta verdad de los hechos, porque, segun la opinion comun, tiene mas de panegirico que de historia, oscureció los trabajos de los padres de la historia americana en la parte relativa á la conquista de la Nueva-España, y por esto no volvió á repetirse la impresion de BERNAL DIAZ hasta que á principios de este siglo la reprodujo don Benito Cano en sus prensas, Madrid, cuatro volúmenes en 12.º menor; pero con considerables supresiones y bastante mutilada; á esto se reducen los ejemplares de una obra tan notable como digna de consulta para el estudio de los

hechos de los españoles en el Nuevo-Mundo. Ignoramos si posteriormente y en nuestros mismos tiempos se ha vuelto á imprimir en la antigua América española, aunque tenemos entendido que ha alcanzado este honor, tributado por nuestros hermanos del otro lado del Atlántico á Gómara, Cieza y Zárate. Al alemán la ha traducido P. J. de Rehfues-Bonn-Marcus, 1858, cuatro volúmenes 8.º

Respecto al estilo de BERNAL Díaz, aunque poco culto y pulido, respira la ruda franqueza de un soldado; Robertson calificó su mérito con las siguientes palabras: « Contiene (dice, hablando de este libro) una narracion confusa y llena de pormenores de todas las operaciones de Cortés, en el estilo rudo y vulgar propio de un hombre sin letras ni instruccion; pero, como refiere los hechos que presencié y en que tuvo tanta parte, su narracion lleva todo el sello de la autenticidad, y respira tal naturalidad y gracia, cuenta pormenores tan interesantes y demuestra un amor propio y vanidad tan graciosos, aunque disimulables en un soldado que, segun nos dice, asistió á ciento diez y nueve batallas, que su libro es uno de los mas singulares que se pueden encontrar en lengua alguna. » Nada añadiremos nosotros al testimonio de un escritor tan ilustre y juez tan competente en la materia, y únicamente nos tomaremos la libertad de indicar á nuestros lectores que la relacion de la batalla de Tabasco, la de la prision de Montezuma en la estancia de los españoles, y otros trozos que seria fácil mencionar, son los que caracterizan perfectamente á BERNAL Díaz como escritor de historia, y los que manifiestan su candor, naturalidad y sencillez.

FRANCISCO DE JEREZ.

Nada hubiéramos sabido de este escritor á no haberse puesto al fin de su *Relacion* las curiosas quintillas que el erudito consejero don Andrés Gonzalez Barcia calificó justamente de malas, pero con poco acierto de inoportunas; el tono laudatorio que en ellas se nota hace presumir con bastante fundamento que no son del mismo JEREZ, cuya modestia resalta en su obra, donde apenas habla de si, ocupando, como sabemos que ocupaba, el importante puesto de secretario del marqués don Francisco Pizarro. Pero, dejando para después la difícil cuestion de escudriñar quién pudo ser el autor de aquella composicion poética, veamos de decir en pocas palabras las noticias biográficas de JEREZ que se deducen de su contexto.

Segun él, nació FRANCISCO DE JEREZ en la ciudad de Sevilla el año de 1504, y fué hijo de Pedro de Jerez, ciudadano honrado; se embarcó á la edad de quince años (1519) para las Indias, donde pasó veinte, los primeros diez y nueve con pobreza y necesidad, pero el último con mas fortuna, pues en uno de aquellos lances tan comunes en tiempo de la conquista le cupo, sirviendo en la guerra, un botín ó repartimiento que ascendió á ciento y diez arrobas de buena plata; las cuales, dice, ganó peleando, trabajando y comiendo y bebiendo mal, y aun expresa que trajo este caudal á su patria en nueve cajas. Consta tambien de dichos versos que fué soldado valiente, que dió siempre buena cuenta de su persona, que recibió una herida en una pierna, y que, aunque no ejerció cargo alguno en la milicia, fué distinguido por su bizarría y buen comportamiento. Retirado de la vida militar, el autor de los versos le alaba de varon de vida honesta y de virtuoso y caritativo, pues en la época en que los escribia llevaba ya dados de limosna mil y quinientos ducados, sin contar con muchos socorros y auxilios que á escondidas repartia.

Si es lícito conjeturar algo sobre la persona que con tanto entusiasmo alababa á JEREZ, diríamos que, segun una frase de las últimas quintillas, en que el autor dice « tener obligacion de escribir las hazañas de los españoles en partes propias ó extranjeras », debió escribir estos versos el ilustre capitán Gonzalo Fernandez de Oviedo, que ocupaba entonces el cargo de cronista del Emperador para las cosas de Indias. Su larga residencia en aquellas regiones ocasionaria sin duda alguna mucho conocimiento y buena amistad con JEREZ, y hallándose en Sevilla cuando nuestro autor imprimió su *Relacion*, querría darle un testimonio de su afecto y voluntad, acompañando á la obra el elogio de su amigo. Mas difícil es explicar las razones que hubo para que en la reimpression del JEREZ, hecha á los trece años de publicarse por la vez primera, se suprimiese toda la

parte de la composicion relativa á la persona de nuestro autor, dejándola mutilada y casi ininteligible. ¿Quién dispuso esta alteracion, pasando en claro cuanto redundaba en honra y crédito de Jerez? ¿Fué el mismo Oviedo, si acaso corrió personalmente con la reimpression de su obra y de la de su amigo? ¿Iñó con él y se vengó de este modo, dando rienda suelta á su caracter desabrido y versátil? ¿Fué solo disposicion que tomó por sí el impresor de Salamanca que hizo esta segunda impresion? Cuestiones son esas que no nos atrevemos mas que á indicar, porque es muy aventurado resolverlas, como de tiempos tan lejanos, y sin los precisos datos para ello. De todos modos, es de presumir que para entonces habia muerto ya Jerez, de quien no hay mas noticias que las dichas, y que fué tratado rigurosamente y conforme á aquel proverbio castellano que dice: «A muertos y á idos no hay amigos.»

La obra de Jerez se imprimió por la vez primera en Sevilla, 1534, folio gótico, por Bartolomé Perez, y la segunda en Salamanca, 1547, por Juan de Junta, unida á la primera parte de la *Historia general de las Indias*, del capitan Gonzalo Fernandez de Oviedo, folio gótico. Juan Bautista Ramusio la tradujo al italiano, y la insertó en su *Coleccion de viajes*, y por último la reprodujo Bacia en su *Coleccion*, tomo III, Madrid, 1740; últimamente ha sido traducida al alemán por Felipe Kulb, Ausburgo, Cotta, 1843. Es de advertir, tratandose de FRANCISCO DE JEREZ y su libro, que en el mismo año, y tambien en Sevilla, salió á luz al mismo tiempo otra relacion anónima de los mismos sucesos con un título casi idéntico: *La Conquista del Perú, llamada la Nueva-Castilla; la cual tierra por divina voluntad fué maravillosamente conquistada*, etc.; Sevilla, 1534, por Bartolomé Perez, ocho hojas, folio gótico. No sabemos de mas ejemplar de este curioso libro (si puede darsele este nombre) que el que existia en la rica y escogida biblioteca del muy honorable Tomas Grenville, que á su fallecimiento la legó al Museo Británico; no hemos logrado ver dicho ejemplar, pero, segun las noticias que hemos adquirido, hay fundamentos bastantes para presumir que la relacion de que hablamos puede ser tambien de FRANCISCO DE JEREZ, que sin duda adelantó, para satisfacer la ansiedad y anhelo público, aquel breve rasguño de los importantes sucesos del Perú, sin perjuicio de dar mas adelante cuenta de ellos con mayor extension, como lo hizo en la *Relacion* que reproducimos aquí, y que tiene cuarenta y cinco fojas impresas en el ejemplar príncipe de 1534. Con lo que terminamos nuestras indagaciones respecto á FRANCISCO DE JEREZ.

PEDRO CIEZA DE LEON.

Ignórase si PEDRO DE CIEZA nació en Sevilla, pero puede decirse que, si no por naturaleza, fué hijo de ella por residencia y vecindad. Tampoco sabemos nada de su familia y padres, y solo por el apunte que puso al fin de la primera parte de su obra, diciendo que la concluyó en Lima el año de 1530, a la edad de treinta y dos años, se viene en conocimiento de que nació por los de 1518. A la tierna edad de trece, segun don Nicolás Antonio, y en 1531, pasó a las Indias, donde residió mas de diez y siete seguidos, sirviendo en la carrera militar y distinguiéndose por sus buenas dotes. Fruto de tan larga peregrinacion y de sus estudios en aquellas regiones fué una extensa obra, cuya primera parte dió á luz en Sevilla el año de 1533; lo cual indica, al parecer, que para entonces habia vuelto nuestro autor á su patria. Es el título de su libro: *Primera parte de la Crónica del Pirú*, que trata de la demarcacion de sus provincias, la descripcion dellas, las fundaciones de las nuevas ciudades, los ritos y costumbres de los indios, con otras cosas extrañas dignas de saberse; Sevilla, 1533, por Martin de Montedoca. Segun la larga explicacion que de su plan hace en el proemio, la obra debia constar de cuatro partes, con mas dos libros suplementarios, abrazando en este inmenso espacio la historia natural, civil y política del Perú, sus antigüedades, los sucesos de la dinastia de los incas, la conquista de los españoles, y finalmente las guerras civiles de los Almagros y Pizarros, hasta la completa pacificacion de la tierra por la maña y sagacidad del célebre licenciado Pedro de la Gasca. Por desgracia para las letras solo gozamos la parte primera, que es la impresa, habiéndose extraviado y perdido cuanto en su continuacion escribió Cieza, que no sabemos si llegó á concluir su trabajo: cosa difícil de creer, sabiendo con seguridad

que falleció á la temprana edad de cuarenta y dos años, y á pocos de haberse restituido á la metrópoli. Se ve por su propio testimonio y declaracion que comenzó á escribir lo impreso el año de 1541 en la ciudad de Cartagena, de la gobernacion de Popayan, y que lo acabó en la ciudad de los Reyes en 1550, cuando tenia treinta y dos años.

Tal cual dejó esta obra, y á pesar de haber quedado incompleta, es uno de los libros mas notables, curiosos y dignos de estudio de cuantos se publicaron sobre el Nuevo-Mundo. Antes de que abriesen el camino los trabajos del anticuario, las descripciones y pinturas del viajero, y los pormenores, medidas y reconocimientos del explorador científico, supo el vasto talento de PEDRO DE CIEZA presentar un cuadro de la geografia y topografia del inmenso imperio de los incas, describiendole con exactitud, expresando la distancia entre las diferentes poblaciones, así de indios como de españoles, enumerando las que existian en aquella costa floreciente y en el interior, haciendo un bosquejo de sus valles y llanuras, así como de las cordilleras gigantescas que corren paralelamente al Pacifico y forman uno de los rasgos mas notables de la fisonomía fisica del globo; sin olvidarse de referir particulares interesantísimos de la poblacion indigena y presentar una descripcion de sus trajes, costumbres, antigüedades y monumentos, mezclando á esto algunas noticias de su historia primitiva y del estado social en que se hallaban; de manera que el conjunto del todo es la viva pintura del Perú, bajo el aspecto fisico y moral, en el período mas curioso para el observador, es decir, en la época de transicion y cuando, desmoronándose el edificio social construido por Mango y sus descendientes, pasaban aquellos pueblos al dominio de la influencia europea. Es ciertamente de sentir no parezca la relacion que Cieza debió escribir de las guerras civiles, pues acompañó al presidente Gasca en toda la expedicion contra los Pizarros, y hubiera consignado pormenores mas circunstanciados aun que los que poseemos. Del resto de su obra no tenemos, como arriba dijimos, noticia alguna, y solo se dice que en Madrid se vieron hace algunos años en manuscrito las partes segunda y tercera, ignorándose adónde fueron á parar. Monsieur Rich. en su *Catálogo de manuscritos relativos á América*, pone bajo el número 90 el siguiente: *Tercer libro de las Guerras civiles del Perú*, el cual se llama la guerra de Quito, hecho por PEDRO DE CIEZA DE LEON, coronista de las Indias; cuatrocientas veinte y cuatro hojas en folio. Perteneció, segun nuestras noticias, este manuscrito á la exquisita coleccion que reunió la diligencia de don Antonio de Uguina, la cual pasó después de su fallecimiento á manos de monsieur Ternaux-Compans, de Paris, y después á las de monsieur Lennox, de Nueva-York, que la adquirió en precio de seiscientas libras esterlinas el año de 1849. Este es el único apunte que nos ha sido dable adquirir respecto á la parte inédita de la obra de CIEZA.

La primera impresion de la primera parte es de Sevilla, 1555, por Martin de Montesdoca, folio gótico; hay otras dos ediciones en 12.º, una de Amberes, 1555, de Nucio, otra del mismo año y lugar, de Juan Bellerio, y una traduccion italiana de Agustín Cravaliz, que la imprimió en Roma el año de 1555 en casa de Valerio Dorigli, 8.º; y sin embargo, puede afirmarse que es uno de nuestros libros de Indias mas difíciles de encontrar y mas notables por su mérito: razones ambas que nos han movido á darle un lugar en esta Coleccion. Ya indicamos antes, y terminaremos este artículo repitiéndolo, que Cieza falleció en Sevilla el año de 1560 y á los cuarenta y dos de su edad: así lo afirma el Padre Alonso Chacon, de la orden de santo Domingo, en sus adiciones y notas á la *Biblioteca universal*, de las cuales hace mencion don Nicolas Antonio en la suya.

AGUSTIN DE ZÁRATE.

Contador de mercedes del Emperador, empleo equivalente á uno de los principales de nuestra hacienda en el día. Ninguna noticia tenemos de su familia ni patria, y solo se sabe que pasó á la América Meridional á ejercer su cargo cuando las turbulencias del Perú tenían trastornado el orden público, y las cajas reales experimentaban un abandono que reclamaba imperiosamente reparo y remedio. Aun cuando no tuviésemos otro dato, la importancia y gravedad de esta comision, y mas en aquella coyuntura, bastarian para apreciar la inteligencia, el seso y la prudencia de ZÁ-

ZÁRATE. Llegó á su destino en compañía del virey Blasco Núñez Vela, y cabalmente cuando asomaba la rebelion de Gonzalo Pizarro, Francisco de Carvajal y demás partidarios suyos; y hay que formar una alta idea de su capacidad y talentos, si se considera que al mismo tiempo que desempeñaba las funciones propias de su cargo, observaba curiosamente los sucesos, y los encomendaba al papel con la veracidad y la templanza propias de un filósofo. Corría en ello no pequeño riesgo, pues el mismo asegura que á no proceder con el mayor recato y reserva, le pudiera haber costado hasta la vida el saberse se ocupaba en escribir los acontecimientos de aquella region; porque, sospechoso de ello el Francisco de Carvajal, amenazó con su venganza al que tuviese la temeridad de contar sus hazañas, mas dignas de perpetuo silencio y olvido que de recuerdo; y cualquiera que conozca medianamente la historia de aquel tiempo sabe que Carvajal era hombre de cumplir lo que ofrecia.

Tuvo pues ZÁRATE oculto su trabajo hasta que, restituido á Europa, y terminados mucho antes los sucesos del Perú con castigo de los sublevados, publicó su libro en Amberes el año de 1555 en un tomo en 12.^o dedicándolo al Emperador, que en premio de sus buenos servicios le encargó el gobierno de la hacienda en Flandes. Verdaderamente era digno ZÁRATE de recompensa, porque habiendo pasado al Perú en compañía del Virey, en medio de conocer y deplorar los desaciertos de este funcionario, que tantas desventuras causaron, siguió á su fallecimiento el partido de la Audiencia, permaneciendo fiel al pendon real.

No podemos decir cuánto tiempo permaneció ZÁRATE en Flandes, ni en qué época se restituyó á España; pero hay datos que manifiestan continuó sus servicios, pues por real cédula de 14 de marzo de 1560, fecha en Toledo, se le dió comision para averiguar cómo estaba lo tocante á los diezmos de la mar, que estaban á cargo de la real hacienda desde el fallecimiento del condestable don Pedro Fernandez de Velasco, que antes los habia cobrado; la cédula está extendida en los términos mas lisonjeros para ZÁRATE, pues dice que «acordado que debiamos enviar una persona de recaudo y confianza á se informar de lo que en esto pasa y se debe hacer y proveer; por ende, acatando la suficiencia y fidelidad de vos, AGUSTIN DE ZÁRATE, nuestro contador de mercedes, y contando con que, como lo habeis hecho por lo pasado, entenderéis en lo sobredicho con la diligencia y cuidado que conviene, nuestra merced y voluntad es de os nombrar, como por la presente os nombramos para ello, etc.» Con la misma fecha se le dió instruccion expresa para el desempeño de su comision, en la que se explica qué es lo que debia hacer para poner en claro el asunto de los diezmos de la mar, que eran unos arbitrios que se cobraban en las cuatro villas de la costa de Santander, Laredo, Castrourdiales y San Vicente de la Barquera, y en las cuatro aduanas de Vitoria, Orduña, Valmaseda y Salvatierra. Hasta este punto llegan las noticias de ZÁRATE, y se ignoran su destino posterior y la época de su fallecimiento.

Viniendo á tratar de su obra, no vacilamos en decir que, después de ser uno de los monumentos históricos mas bellos (quizá el primero) de nuestra lengua, es una autoridad respetable en alto grado respecto á los sucesos de que trata. El autor, además de ocupar un cargo importante, intervino activamente en muchos de ellos, siguiendo el partido real después de muerto el Virey, y pasando en una ocasion como comisionado de los oidores á hablar con Gonzalo Pizarro, que se acercó á Lima, y requerirle licenciase sus tropas y se retirase á sus haciendas. Ejecutó el historiador su comision con poco gusto, segun lo indica él mismo, pues no dejaba de ofrecer bastante peligro, y cumplido este deber espinoso, parece se le pierde de vista y no suena en primer término; lo cual indica que se redujo á desempeñar las funciones privativas de su empleo y á escribir su obra. Estas circunstancias que acabamos de enumerar, y el buen juicio y claro entendimiento de ZÁRATE, son las que le hacen tan distinguido como historiador; en un principio solo trató de escribir lo ocurrido hasta la llegada del virey Blasco Núñez Vela al Perú; pero, conociendo que la materia quedaria así oscura, dilató su plan, y comenzando por el descubrimiento y conquista de la tierra, siguió los sucesos hasta su pacificacion por Gasca; en la primera parte tomó por guias á los escritores anteriores y á muchas personas que presenciaron la conquista; en la segunda sus propias observaciones y noticias. Alcedo, en su *Biblioteca americana*, manuserita, trata á ZÁRATE de historiador de gran mérito, pero de poca exactitud; esta critica no nos parece justa: conócese si que pertenecia al partido real, pero, sin embargo, habla sin ira ni encono, refiere los acontecimientos con imparcialidad y lisura, y sazona la narracion con profundas reflexiones y comentarios, que muchas veces dan luz á pasajes oscuros de aquel tiempo. Receloso de los inconvenientes que ofrece siempre la historia contemporánea, trató de conservarla inédita hasta

después de su fallecimiento; pero el Emperador, á quien la habia presentado manuscrita, qu
tan satisfecho de ella, que ZÁRATE, no pudiendo resistir á tan poderosa recomendacion, la d
luz en Ambéres, 1555, 12.º Reimprimióse en Sevilla por A. Escribano, 1577, folio; después
Barcia, 1740, y mereció luego la honra de pasar á las principales lenguas de la Europa. T.
cholas la tradujo al inglés, Lóndres, 1581, 4.º; se publicó en holandés, Amsterdam, Corn
Claesz, 1596, 4.º, y en francés, Paris, 1706, dos tomos 12.º

VERDADERA HISTORIA

DE LOS

SUCESOS DE LA CONQUISTA DE LA NUEVA-ESPAÑA,

POR EL CAPITAN BERNAL DIAZ DEL CASTILLO,

UNO DE SUS CONQUISTADORES.

CAPITULO PRIMERO.

En qué tiempo salí de Castilla, y lo que me acaeció.

En el año de 1514 salí de Castilla en compañía del gobernador Pedro Arias de Avila, que en aquella sazón e dieron la gobernación de Tierra-Firme; y viniendo por la mar con buen tiempo, y otras veces con contrario, llegamos al Nombre de Dios; y en aquel tiempo hubo pestilencia, de que se nos murieron muchos soldados, y demás desto, todos los mas adolecimos, y se nos hacían unas malas llagas en las piernas; y también en aquel tiempo tuvo diferencias el mismo gobernador con un hidalgo que en aquella sazón estaba por capitán y había conquistado aquella provincia, que se decía Vasco Nuñez de Balboa; hombre rico, con quien Pedro Arias de Avila casó en aquel tiempo una su hija doncella con el mismo Balboa; y después que la hubo desposado, según pareció, y sobre sospechas que tuvo que el yerno se le quería alzar con copia de soldados por la mar del Sur, por sentencia le mandó degollar. Y después vimos lo que dicho tengo y otras revueltas entre capitanes y soldados, y alcanzamos á saber que era nuevamente ganada la isla de Cuba, y que estaba en ella por gobernador un hidalgo que se decía Diego Velázquez, natural de Cuéllar; acordamos ciertos hidalgos y soldados, personas de calidad de los que habíamos venido con el Pedro Arias de Avila, de demandarle licencia para nos ir á la isla de Cuba, y él nos la dió de buena voluntad, porque no tenía necesidad de tantos soldados como los que trujo de Castilla, para hacer guerra, porque no había qué conquistar; que todo estaba de paz, porque el Vasco Nuñez de Balboa, yerno del Pedro Arias de Avila, había conquistado, y la tierra de suyo es muy corta y de poca gente. Y desde tuvimos la licencia, nos embarcamos en buen navío y con buen tiempo; llegamos á la isla de Cuba, y fuimos á besar las manos al gobernador della, y nos mostró mucho amor, y prometió que nos daría indios de los primeros que vacasen; y como se habían pasado ya tres años, así en lo que estuvimos en Tierra-Firme como en lo que estuvimos en la isla de

HA-11.

Cuba aguardando á que nos depositase algunos indios, como nos había prometido, y no habíamos hecho cosa ninguna que de contar sea, acordamos de nos juntar ciento y diez compañeros de los que habíamos venido de Tierra-Firme y de otros que en la isla de Cuba no tenían indios, y concertamos con un hidalgo que se decía Francisco Hernandez de Córdoba, que era hombre rico y tenía pueblos de indios en aquella isla, para que fuese nuestro capitán, y á nuestra ventura buscar y descubrir tierras nuevas, para en ellas emplear nuestras personas; y compramos tres navíos, los dos de buen porte, y el otro era un barco que hubimos del mismo gobernador Diego Velázquez, fiado, con condición que, primero que nos le diese, nos habíamos de obligar todos los soldados, que con aquellos tres navíos habíamos de ir á unas isletas que están entre la isla de Cuba y Honduras, que ahora se llaman las islas de los Guanajes, y que habíamos de ir de guerra y cargar los navíos de indios de aquellas islas para pagar con ellos el barco, para servirse dellos por esclavos. Y desde vimos los soldados que aquello que pedía el Diego Velázquez no era justo, le respondimos que lo que decía no lo mandaba Dios ni el Rey, que liciésemos á los libres esclavos. Y desde vió nuestro intento, dijo que era bueno el propósito que llevábamos en querer descubrir tierras nuevas, mejor que no el suyo; y entonces nos ayudó con cosas de bastimento para nuestro viaje. Y desde nos vimos con tres navíos y matalotaje de pan cazabe, que se hace de unas raíces que llaman yucas, y compramos puercos, que nos costaban en aquel tiempo á tres pesos, porque en aquella sazón no había en la isla de Cuba vacas ni carneros, y con otros pobres mantenimientos, y con rescate de unas cuentas que entre todos los soldados compramos, y buscamos tres pilotos, que el mas principal dellos y el que regia nuestra armada se llamaba Anton de Alaminos, natural de Pálos, y el otro piloto se decía Camacho, de Triana, y el otro Juan Alvarez, el Manquillo de Huelva; y asimismo recogimos los marineros que hubimos menester, y el mejor aparejo que pudimos de cables y maromas y anclas, y pipas

de agua, y todas otras cosas convenientes para seguir nuestro viaje, y todo esto á nuestra costa y mincion. Y después que nos hubimos juntado los soldados, que fueron ciento y diez, nos fuimos á un puerto que se dice en la lengua de Cuba, Ajaruco, y es en la banda del norte, y estaba ocho leguas de una villa que entonces tenían poblada, que se decía San Cristóbal, que desde á dos años la pasaron adonde agora está poblada la dicha Habana. Y para que con buen fundamento fuese encaminada nuestra armada, hubimos de llevar un clérigo que estaba en la misma villa de San Cristóbal, que se decía Alonso Gonzalez, que con buenas palabras y prometimientos que le hicimos se fué con nosotros; y demás desto elegimos por veedor, en nombre de su majestad, á un soldado que se decía Bernardino Iniguez, natural de Santo Domingo de la Calzada, para que si Dios fuese servido que topásemos tierras que tuviesen oro ó perlas ó plata, hubiese persona suficiente que guardase el real quinto. Y después de todo concertado y oído misa, encomendándonos á Dios nuestro Señor y á la Virgen santa María, su bendita Madre, nuestra Señora, comenzamos nuestro viaje de la manera que adelante diré.

CAPITULO II.

Del descubrimiento de Yucatan y de un encuentro de guerra que tuvimos con los naturales.

En 8 dias del mes de febrero del año de 1517 años salimos de la Habana, y nos hicimos á la vela en el puerto de faruco, que así se llama entre los indios, y es la banda del norte, y en doce dias doblamos la de San Anton, que por otro nombre en la isla de Cuba se llama la tierra de los Guanataveis, que son unos indios como salvajes. Y doblada aquella punta y puestos en alta mar, navegamos á nuestra ventura hacia donde se pone el sol, sin saber bujos ni corrientes, ni qué vientos suelen señorear en aquella altura, con grandes riesgos de nuestras personas; porque en aquel instante nos vino una tormenta que duró dos dias con sus noches, y fué tal, que estuvimos para nos perder; y desde abonanzó, yendo por otra navegacion, pasado veinte y un dias que salimos de la isla de Cuba, vimos tierra, de que nos alegramos mucho, y dimos muchas gracias á Dios por ello; la cual tierra jamás se habia descubierto, ni habia noticia della hasta entonces; y desde los navios vimos un gran pueblo, que al parecer estaria de la costa obra de dos leguas, y viendo que era gran poblacion y no habíamos visto en la isla de Cuba pueblo tan grande, le pusimos por nombre el Gran-Cairo. Y acordamos que con el un navio de menos porte se acercasen lo que mas pudiesen á la costa, á ver qué tierra era, y á ver si habia fondo para que pudiésemos anclar junto á la costa; y una mañana, que fueron 4 de marzo, vimos venir cinco canoas grandes llenas de indios naturales de aquella poblacion, y venian á remo y vela. Son canoas hechas á manera de artesas, son grandes, de maderos gruesos y cavadas por dentro y está hueco, y todas son de un madero macizo, y hay muchas dellas en que caben en pie cuarenta y cincuenta indios. Quiero volver á mi materia. Llegados los indios con las cinco canoas cerca de nuestros navios, con señas de paz que les hicimos, llamándoles

con las manos y capeándoles con las capas para que nos viniesen á hablar, porque no teniamos en aquel tiempo lenguas que entendiesen la de Yucatan y mejicana, sin temor ninguno vinieron, y entraron en la nao capitana sobre treinta dellos, á los cuales dimos de comer cazabe y tocino, y á cada uno un sartalejo de cuernas verdes, y estuvieron mirando un buen rato los navios; y el mas principal dellos, que era cacique, dijo por señas que se queria tornar á embarcar en sus canoas y volver á su pueblo, y que otro dia volverian y traerian mas canoas en que saltásemos en tierra; y venian estos indios vestidos con unas jaquetas de algodón y cubiertas sus vergüenzas con unas mantas angostas, que entre ellos llaman mastates, y tuvimoslos por hombres mas de razon que á los indios de Cuba, porque andaban los de Cuba con sus vergüenzas defuera, excepto las mujeres, que traian hasta que les llegaban á los muslos unas ropas de algodón que llaman baguas. Volvamos á nuestro cuento: que otro dia por la mañana volvió el mismo cacique á los navios, y trujo doce canoas grandes con muchos indios remeros, y dijo por señas al Capitan, con muestras de paz, que fuésemos á su pueblo y que nos darian comida y lo que hubiésemos menester, y que en aquellas doce canoas podíamos saltar en tierra. Y cuando lo estaba diciendo en su lengua, acuérdome que decía: *Con escotoch, con escotoch*; y quiero decir, andad acá á mis casas; y por esta causa pusimos desde entonces por nombre á aquella tierra Punta de Cotoche, y así está en las cartas de marear. Pues viendo nuestro capitan y todos los demás soldados los muchos halagos que nos hacia el Cacique para que fuésemos á su pueblo, tomó consejo con nosotros, y fué acordado que sacásemos nuestros bateles de los navios, y en el navio de los mas pequeños y en las doce canoas saliésemos á tierra todos juntos de una vez, porque vimos la costa llena de indios que habian venido de aquella poblacion, y salimos todos en la primera barcada. Y cuando el Cacique nos vido en tierra y que no íbamos á su pueblo, dijo otra vez al Capitan por señas que fuésemos á sus casas; y tantas muestras de paz hacia, que tomando el Capitan nuestro parecer para si iríamos ó no, acordóse por todos los mas soldados que con el mejor recaudo de armas que pudiésemos llevar y con buen concierto fuésemos. Llevamos quince ballestas y diez escopetas (que así se llamaban, escopetas y espingardas, en aquel tiempo), y comenzamos á caminar por un camino por donde el Cacique iba por guia, con otros muchos indios que le acompañaban. E yendo de la manera que he dicho, cerca de unos montes breñosos comenzó á dar voces y apellidar el Cacique para que saliesen á nosotros escuadrones de gente de guerra, que tenian en celada para nos matar; y á las voces que dió el Cacique, los escuadrones vinieron con gran furia, y comenzaron á nos flechar de arte, que á la primera rociada de flechas nos hirieron quince soldados, y traian armas de algodón, y lanzas y rodela, arcos y flechas, y hondas y mucha piedra, y sus penachos puestos, y luego tras las flechas vinieron á se juntar con nosotros pie con pie, y con las lanzas á manteniente nos hacian mucho mal. Mas luego les hicimos huir, como conocieron el buen cortar de nuestras espadas, y de las ballestas y es-

el daño que les hacían; por manera que quedá-
rtes quince dellas. Un poco mas adelante donde
tron aquella refriega que dicho tengo, estaba
cota y tres casas de cal y canto, que eran adora-
dónde tenían muchos ídolos de barro, unos como
de demonios y otros como de mujeres, altos de
, y otros de otras malas figuras; de manera que
er estaban haciendo sodomias unos bultos de
con otros; y dentro en las casas tenían unas ar-
bechizas de madera, y en ellas otros ídolos de
dabólicos, y unas patenillas de medio oro, y
injantes y tres diademas, y otras piecetzuelas á
de pescucos y otras á manera de ánades, de oro
después que lo hubimos visto, así el oro como
de cal y canto, estábamos muy contentos por-
bíamos descubierto tal tierra, porque en aquel
no era descubierto el Perú, ni aun se descubrió
hi á diez y seis años. En aquel instante que es-
batallando con los indios, como dicho tengo,
Gonzalez iba con nosotros, y con dos indios de
cargó de las arquillas y el oro y los ídolos,
ó al navío; y en aquella escaramuza prendimos
los, que después se bautizaron y volvieron cris-
y se llamó el uno Melchior y el otro Julian, y en-
eran trastabados de los ojos. Y acabado aquel
acordamos de nos volver á embarcar, y seguir
la adelante descubriendo hácia donde se pone el
después de curados los heridos, comenzamos á

CAPÍTULO III.

Del descubrimiento de Campeche.

acordamos de ir la costa adelante hácia el po-
descubriendo puntas y bajos y aucones y ar-
creyendo que era isla, como nos lo certificaba
Anton de Alaminos, íbamos con gran tiento,
navegando y de noche al reparo y parando; y en
das que fuimos desta manera, vimos desde los
un pueblo, y al parecer algo grande, y habia
el gran ensenada y bahía; creímos que habia rio
donde pudiésemos tomar agua, porque teníamos
alta della; acabábase la de las pipas y vasijas que
nos, que no venian bien reparadas; que, como nues-
trada era de hombres pobres, no teníamos dinero
convenia para comprar buenas pipas; saltó el
hubimos de saltar en tierra junto al pueblo, y fué
pungo de Lázaro, y á esta causa le pusimos este
o, aunque supimos que por otro nombre propio
nos se dice Campeche; pues para salir todos de
arcada, acordamos de ir en el navío mas chico y
tres bateles, bien apercebidos de nuestras armas,
acaciese como en la Punta de Cotoche. Porque
ellos aucones y bahías mengua mucho la mar, y
la causa dejamos los navios anclados mas de una
de tierra, y fuimos á desembarcar cerca del pue-
estaba allí un buen paso de buena agua, donde
turales de aquella poblacion bebían y se servían
porque en aquellas tierras, segun hemos visto, no
no; y sacamos las pipas para las henchir de agua y
nos á los navios. Ya que estaban llenas y nos que-
embarcar, vinieron del pueblo obra de cincuenta

indios con buenas mantos de algodón, y de paz, y á lo que
parecia debían ser cuciques, y nos decían por señas que
qué buscábamos, y les dimos á entender que tomar
agua é irnos luego á los navios, y señalaron con la ma-
no que si veníamos de hácia donde sale el sol, y decían
Castilan, Castilan, y no mirábamos bien en la plática
de *Castilan, Castilan*. Y después desta plática que di-
cho tengo, nos dijeron por señas que fuésemos con ellos
á su pueblo, y estuvimos tomando consejo si iríamos.
Acordamos con buen concierto de ir muy sobre aviso, y
lleváronnos á unas casas muy grandes, que eran adora-
rios de sus ídolos y estaban muy bien labradas de cal y
canto, y tenían figurados en unas paredes muchos bulto
de serpientes y culebras y otras pinturas de ídolos, y al-
rededor de uno como altar, lleno de gotas de sangre
muy fresca; y á otra parte de los ídolos tenían unas se-
ñales como á manera de cruces, pintados de otros bul-
tos de indios; de todo lo cual nos admiramos, como
cosa nunca vista ni oída. Segun pareció, en aquella sa-
zon habían sacrificado á sus ídolos ciertos indios para
que les diesen victoria contra nosotros, y andaban mu-
chos indios é indias riéndose y al parecer muy de paz,
como que nos venian á ver; y como se juntaban tantos,
temimos no hubiese alguna zalgarda como la pasada
de Cotoche; y estando desta manera vinieron otros
muchos indios, que traían muy ruines mantas, carga-
dos de carrizos secos, y los pusieron en un llano, y tras
estos vinieron dos escuadrones de indios flecheros con
lanzas y rodela, y lioudus y piedras, y con sus armas
de algodón, y puestos en concierto en cada escuadron
su capitán, los cuales se apartaron en poco trecho de
nosotros; y luego en aquel instante salieron de otra
casa, que era su adoratorio, diez indios, que traían las
ropas de mantas de algodón largas y blancas, y los cabe-
llos muy grandes, llenos de sangre y muy revueltos los
unos con los otros, que no se les pueden esparcir ni pei-
nar si no se cortan; los cuales eran sacerdotes de los
ídolos, que en la Nueva-España comunmente se llaman
papas; otra vez digo que en la Nueva-España se llaman
papas, y así los nombraré de aquí adelante; y aquellos
papas nos trujeron zahumerios, como á manera de resi-
na, que entre ellos llaman copal, y con braseros de barro
llenos de lumbré nos comenzaron á zahumar, y por señas
nos dicen que nos vamos de sus tierras antes que á aque-
lla leña que tienen llegada se ponga fuego y se acabe de
arder, sino que nos darán guerra y nos matarán. Y lue-
go mandaron poner fuego á los carrizos y comenzó de
arder, y se fueron los papas callando sin mas nos ha-
blar, y los que estaban apercebidos en los escuadrones
empezaron á silbar y á tañer sus bocinas y atabalejos.
Y desde los vimos de aquel arte y muy bravosos, y de
lo de la Punta de Cotoche aun no teníamos sanas las
heridas, y se habían muerto dos soldados, que echamos
al mar, y vimos grandes escuadrones de indios sobre
nosotros, tuvimos temor, y acordamos con buen con-
cierto de irnos á la costa; y así, comenzamos á caminar
por la playa adelante hasta llegar enfrente de un peñol
que está en la mar, y los bateles y el navío pequeño
fueron por la costa tierra á tierra con las pipas de agua,
y no nos osamos embarcar junto al pueblo donde nos
habíamos desembarcado, por el gran número de indios

que ya se habían juntado, porque tuvimos por cierto que al embarcar nos darian guerra. Pues ya metida nuestra agua en los navios, y embarcados en una bahia como portezuelo que alli estaba, comenzamos á navegar seis dias con sus noches con buen tiempo, y volví un norte, que es travesía en aquella costa, el cual duró cuatro dias con sus noches, que estuvimos para dar al través: tan recio temporal hacia, que nos hizo anclar la costa por no ir al través; que se nos quebraron dos cables, y iba garraulo á tierra el navio. ¡Oh en qué trabajo nos vimos! Que si se quebrara el cable, íbamos á la costa perdidos, y quiso Dios que se ayudaron con otras maromas viejas y guindalutas. Pues ya reposado el tiempo, seguimos nuestra costa adelante, llegándonos á tierra cuanto podíamos para tornar á tomar agua, que (como he dicho) las pipas que traíamos vinieron muy abiertas y asimismo no habia regla en ello; como íbamos costearlo, creíamos que do quiera que saltásemos en tierra la tomaríamos de jagueyes y pozos que caváramos. Pues yendo nuestra derrota adelante vimos desde los navios un pueblo, y antes de obra de una legua del hacia una ensenada, que parecía que habria rio ó arroyo: acordamos de surgir junto á él; y como en aquella costa (como otras veces he dicho) mengua mucho la mar y quedan en seco los navios, por temor dello surgimos mas de una legua de tierra en el navio menor y en todos los bateles; fué acordado que saltásemos en aquella ensenada, sacando nuestras vasijas con muy buen concierto, y armas y ballestas y escopetas. Salimos en tierra poco mas de mediodia, y habria una legua desde el pueblo hasta donde desembarcamos, y estaban unos pozos y maizales, y caserías de cal y canto. Llámase este pueblo Potonchan, é henchimos nuestras pipas de agua; mas no las pudimos llevar ni meter en los bateles, con la mucha gente de guerra que cargó sobre nosotros; y quedarse ha aquí, y adelante diré las guerras que nos dieron.

CAPITULO IV.

Como desembarcamos en una bahia donde habia maizales, cerca del puerto de Potonchan, y de las guerras que nos dieron.

Y estando en las estancias y maizales por mi ya dichas, tomando nuestra agua, vinieron por la costa muchos escuadrones de indios del pueblo de Potonchan (que así se dice), con sus armas de algodón que les daba á la rodilla, y con arcos y flechas, y lanzas y rodela, y espadas hechas á manera de montantes de á dos manos, y hondas y piedras, y con sus penachos de los que ellos suelen usar, y las caras pintadas de blanco y prieto en el magrudo; y venían callando, y se vienen derechos á nosotros, como que nos venían á ver de paz, y por señas nos dijeron que si veníamos de donde sale el sol, y las palabras formales segun nos hubieron dicho los de Lázaro, *Castilan*, *Castilan*, y respondimos por señas que de donde sale el sol veníamos. Y entonces paramos en las mieses y en pensar qué podia ser aquella plática, porque los de San Lázaro nos dijeron lo mismo; mas nunca entendimos al fin que lo decían. Seria cuando esto pasó y los indios se juntaban, á la hora de las Ave-Marias, y fueron á unas caserías, y nosotros pusimos velas y escuchas y buen recaudo, porque no

nos pareció bien aquella junta de aquella manera. Pues estando velando todos juntos, oímos venir, con el gran ruido y estruendo que traían por el camino, muchos indios de otras sus estancias y del pueblo, y todos de guerra, y desde aquello sentimos, bien entendido teníamos que no se juntaban para hacernos ningun bien, y entramos en acuerdo con el Capitan qué es lo que haríamos; y unos soldados daban por consejo que nos fuésemos luego á embarcar; y como en tales casos suele acontecer, unos dicen uno y otros dicen otro, hubo parecer que si nos fuéramos á embarcar, que como eran muchos indios, darian en nosotros y habria mucho riesgo de nuestras vidas; y otros éramos de acuerdo que diésemos en ellos esa noche; que, como dice el refran, quien acomete, vence; y por otra parte veíamos que para cada uno de nosotros habia trescientos indios. Y estando en estos conciertos amaneció, y dijimos unos soldados á otros que tuviésemos confianza en Dios, y corazones muy fuertes para pelear, y después de nos encomendar á Dios, cada uno hiciese lo que pudiese para salvar las vidas. Ya que era de dia claro vimos venir por la costa muchos mas escuadrones guerreros con sus banderas tendidas, y penachos y atambores, y con arcos y flechas, y lanzas y rodela, y se juntaron con los primeros que habían venido la noche antes; y luego, hechos sus escuadrones, nos cercan por todas partes, y nos dan tal rociada de flechas y varas, y piedras con sus hondas, que hirieron sobre ochenta de nuestros soldados, y se juntaron con nosotros pie con pie, unos con lanzas, y otros flechando, y otros con espadas de navajas, de arte, que nos traían á mal andar, puesto que les dábamos buena priesa de estocadas y cuchilladas, y las escopetas y ballestas que no paraban, unas armando y otras tirando; y ya que se apartaban algo de nosotros, desde sentían las grandes estocadas y cuchilladas que les dábamos, no era lejos, y esto fué para mejor flechar y tirar al terrero á su salvo; y cuando estábamos en esta batalla, y los indios se apellidaban, decían en su lengua *al Calachoni*, *al Calachoni*, que quiere decir que matasen al Capitan; y le dieron doce flechazos, y á mí me dieron tres, y uno de los que me dieron, bien peligroso, en el costado izquierdo, que me pasó á lo hueco, y á otros de nuestros soldados dieron grandes lanzadas, y á dos llevaron vivos, que se decía el uno Alonso Bote y el otro era un portugués viejo. Pues viendo nuestro capitan que no bastaba nuestro buen pelear, y que nos cercaban muchos escuadrones, y venían mas de refresco del pueblo, y les traían de comer y beber y muchas flechas, y nosotros todos heridos, y otros soldados atravesados los gaxnates, y nos habia muerto ya sobre cincuenta soldados; y viendo que no teníamos fuerzas, acordamos con corazones muy fuertes romper por medio de sus batallones, y acogerlos á los bateles que teníamos en la costa, que fué buen socorro, y hechos todos nosotros un escuadron, rompimos por ellos; pues oír la grita y silbo y vocería y priesa que nos daban de flecha y á manteniendo con sus lanzas, hiriendo siempre en nosotros. Pues otro daño tuvimos, que, como nos acogimos de golpe á los bateles y éramos muchos, ibábase á fondo, y como mejor pudimos, asidos á los bordes, medio nadando entre dos aguas, llegamos al navio de menos

parte, que estaba cerca, que ya venia á gran priesa á nos socorrer, y al embarcar hirieron muchos de nuestros soldados, en especial á los que iban asidos en las popas de los bateles, y les tiraban al terrero, y entraron en la mar con las lanchas y daban á mantiniente á nuestros soldados, y con mucho trabajo quiso Dios que escapamos con las vidas de poder de aquella gente. Pues ya embarcados en los navios, hallamos que faltaban cincuenta y siete compañeros, con los dos que llevaron vivos, y con cinco que echamos en la mar, que murieron de las heridas y de la gran sed que pasaron. Estuvimos peleando en aquellas batallas poco mas de media hora. Llamase este pueblo Potonchan, y en las cartas del marear le pusieron por nombre los pilotos y marineros *Bahia de mala Pelea*. Y desde que nos vimos salvos de aquellas refriegas, dimos muchas gracias á Dios; y cuando se curaban las heridas los soldados, se quejaban mucho del dolor dellas, que como estaban resfriadas con el agua salada, y estaban muy hinchadas y dañadas, algunos de nuestros soldados maldicean al piloto Anton Alaminos y á su descubrimiento y viaje, porque siempre portaba que no era tierra firme, una isla; donde los dejó ahora, y diré lo que mas nos acaeció.

CAPITULO V.

Cómo acordamos de nos volver á la isla de Cuba, y de la gran sed y trabajos que tuvimos hasta llegar al puerto de la Habana.

Desde que nos vimos embarcados en los navios de la manera que dicho tengo, dimos muchas gracias á Dios, y después de curados los heridos (que no quedó hombre ninguno de cuantos allí nos hallamos que no tuviesen á dos y á tres y á cuatro heridas, y el Capitan con doce flechazos; solo un soldado quedó sin herir), acordamos de nos volver á la isla de Cuba; y como estaban tambien heridos todos los mas de los marineros que saltaron en tierra con nosotros, que se hallaron en las pelcas, no teniamos quien marchase las velas, y acordamos que dejásemos el un navio, el de menos porte, en la mar, puesto fuego, después de sacadas dél las velas y anclas y cables, y repartir los marineros que estaban sin heridas en los dos navios de mayor porte; pues otro mayor daño teniamos, que fué la gran falta de agua; porque las pipas y vasijas que teniamos llenas en Champoton, con la grande guerra que nos dieron y priesa de nos acoger á los bateles no se pudieron llevar, que allí se quedaron, y no sacamos ninguna agua. Digo que tanta sed pasamos, que en las lenguas y bocas teniamos grietas de la segura, pues otra cosa ninguna para refrigerio no habia. ¡Oh qué cosa tan trabajosa es ir á descubrir tierras nuevas, y de la manera que nosotros nos aventuramos! No se puede ponderar sino los que han pasado por aquestos excesivos trabajos en que nosotros nos vimos. Por manera que con todo esto ibamos navegando muy allegados á tierra, para hallarnos en paraje de algun rio ó bahia para tomar agua, y al cabo de tres dias vimos uno como ancon, que parecia rio ó estero, que creimos tener agua dulce, y saltaron en tierra quince marineros de los que habian quedado en los navios, y tres soldados que estaban mas en peligro de los flechazos, y llevaron azadones y tres

barriles para traer agua; y el estero era salado, é hicieron pozos en la costa, y era tan amargosa y salada agua como la del estero; por manera que, mala como era, trujeron las vasijas llenas, y no habia hombre que la pudiese beber del amargor y sal, y á dos soldados que la bebieron dañó los cuerpos y las bocas. Habia en aquel estero muchos y grandes lagartos, y desde entonces se puso por nombre *el estero de los Lagartos*, y así está en las cartas del marear. Dejemos esta plática, y diré que entre tanto que fueron los bateles por el agua se levantó un viento nordeste tan deshecho, que ibamos garrando á tierra con los navios; y como en aquella costa es travesía y reina siempre norte y nordeste, estuvimos en muy gran peligro por falta de cable; y como lo vieron los marineros que habian ido á tierra por el agua, vinieron muy ansiosos que de paso con los bateles, y tuvieron tiempo de echar otras anclas y maromas, y estuvieron los navios seguros dos dias y dos noches; y luego alzamos anclas y dimos vela, siguiendo nuestro viaje para nos volver á la isla de Cuba. Parece ser el piloto Alaminos se concertó y aconsejó con los otros dos pilotos que desde aquel paraje donde estábamos atravesásemos á la Florida, porque habian por sus cartas y grados y alturas que estaria de allí obra de setenta leguas, y que después, puestos en la Florida, dijeron que era mejor viaje á mas cercana navegacion para ir á la Habana que no la derrota por donde habiamos primero venido á descubrir; y así fué como el piloto dijo; porque, segun yo entendí, habia venido con Juan Ponce de Leon á descubrir la Florida habia diez ó doce años ya pasados. Volvamos á nuestra materia: que atravesando aquel golfo, en cuatro dias que navegamos vimos la tierra de la misma Florida; y lo que en ella nos acaeció diré adelante.

CAPITULO VI.

Cómo desembarcaron en la bahia de la Florida veinte soldados, y con nosotros el piloto Alaminos, para buscar agua, y de la guerra que allí nos dieron los naturales de aquella tierra, y lo que mas pasó hasta volver á la Habana.

Llegados á la Florida acordamos que saliesen en tierra veinte soldados de los que teniamos mas sanos de las heridas: yo fui con ellos y tambien el piloto Anton de Alaminos, y sacamos las vasijas que habia, y azadones, y nuestras ballestas y escopetas; y como el Capitan estaba muy mal herido, y con la gran sed que pasaba muy debilitado, nos rogó que por amor de Dios que en todo caso le trujésemos agua dulce, que se secaba y moria de sed; porque el agua que habia era muy salada y no se podia beber, como otra vez ya dicho tengo. Llegados que fuimos á tierra, cerca de un estero que entra en la mar, el piloto reconoció la costa, y dijo que habia diez ó doce años que habia estado en aquel paraje, cuando vino con Juan Ponce de Leon á descubrir aquellas tierras, y allí le habian dado guerra los indios de aquella tierra, y que les habian muerto muchos soldados, y que á esta causa estuviésemos muy sobre aviso aperechados, porque vinieron en aquel tiempo que dicho tiene muy de repente los indios cuando le desembarcaron; y luego pusimos por espías dos soldados en una playa que se hacia muy ancha, é hicimos pozos muy

londos donde nos pareció haber agua dulce, porque en aquella sazón era menguante la marea; y quiso Dios que topásemos muy buena agua, y con el alegría, y por hartarnos della y lavar paños para curar las heridas, estuvimos espacio de una hora; y ya que queríamos venir á embarcar con nuestra agua, muy gozosos, vimos venir al un soldado de los que habíamos puesto en la playa dando muchas voces diciendo: «Al arma, al arma; que vienen muchos indios de guerra por tierra y otros en canoas por el estero;» y el soldado dando voces, é venia corriendo, y los indios llegaron casi á la par con el soldado contra nosotros, y traían arcos muy grandes y buenas flechas y lanzas, y unas á manera de espadas, y vestidos de cueros de venados, y eran de grandes cuerpos, y se vinieron derechos á nos flechar, é hirieron luego seis de nuestros compañeros, y á mí me dieron un flechazo en el brazo derecho de poca herida; y dímosles tanta priesa de estocadas y cuchilladas y con las escopetas y ballestas, que nos dejan á nosotros los que estábamos tomando agua de los pozos, y van á la mar y estero á ayudar á sus compañeros los que venían en las canoas donde estaba nuestro batel con los marineros, que también andaban peleando pié con pié con los indios de las canoas, y aun les tenían ya tomado el batel y le llevaban por el estero arriba con sus canoas, y habían herido á cuatro marineros, y al piloto Alaminos le dieron una mala herida en la garganta; y arremetimos á ellos, el agua mas que á la cinta, y á estocadas les hicimos soltar el batel, y quedaron tendidos y muertos en la costa y en el agua veinte y dos dellos, y tres prendimos, que estaban heridos poca cosa, que se murieron en los navíos. Después desta refriega pasada, preguntamos al soldado que pusimos por vela qué se hizo su compañero Berrio (que así se llamaba); dijo que lo vió apartar con una hacha en las manos para cortar un palmito, y que fué hacia el estero por donde habían venido los indios de guerra, y que oyó voces de español, y que por aquellas voces vino de presto á dar mandado á la mar, y que entonces le debieran de matar; el cual soldado solamente él había quedado sin ninguna herida en lo de Potonchan, y quiso su ventura que vino allí á fenecer; y luego fuimos en busca de nuestro soldado por el rastro que habían traído aquellos indios que nos dieron guerra, y hallamos una palma que había comenzado á cortar, y cerca della mucha huella en el suelo, mas que en otras partes; por donde tuvimos por cierto que lo llevaron vivo, porque no había rastro de sangre, y anduvimos buscándole á una parte y á otra mas de una hora, y dimos voces, y sin mas saber de él nos volvimos á embarcar en el batel y llevamos á los navíos el agua dulce, con que se alegraron todos los soldados, como si entonces les diéramos las vidas; y un soldado se arrojó desde el navío en el batel con la gran sed que tenía, tomó una botija á pechos, y bebió tanta agua, que della se hinchó y murió. Pues ya embarcados con nuestra agua y metidos nuestros bateles en los navíos, dimos vela para la Habana, y pasamos aquel día y la noche, que hizo buen tiempo, junto de unas isletas que llaman los Mártires, que son unos bajos que así los llaman, los bajos de los Mártires. Ibamos en cuatro brazas

lo mas hondo, y tocó la nao capitana entre unas como isletas é hizo mucha agua; que con dar todos los soldados que íbamos á la bomba no podíamos estancar, é íbamos con temor no nos anegásemos. Acuérdomé que traíamos allí con nosotros á unos marineros levantiscos, y les decíamos: «Hermanos, ayudad á sacar la bomba, pues veis que estamos muy mal heridos y cansados de la noche y el día, porque nos vamos á fondo;» y respondían los levantiscos: «Facétele vos, pues no ganamos sueldo, sino hambre y sed y trabajos y heridos, como vosotros;» por manera que les hacíamos dar á la bomba aunque no querían, y malos y heridos como íbamos, mareábamos las velas y dábamos á la bomba, hasta que nuestro Señor Jesucristo nos llevó á Puerto de Carenas, donde ahora está poblada la villa de la Habana, que en otro tiempo Puerto de Carenas se solía llamar, y no Habana; y cuando nos vimos en tierra dimos muchas gracias á Dios, y luego se tomó el agua de la capitana un buzano portugués que estaba en otro navío en aquel puerto, y escribimos á Diego Velazquez, gobernador de aquella isla, muy en posta, haciéndolo saber que habíamos descubierto tierras de grandes poblaciones y casas de cal y canto, y las gentes naturales dellas andaban vestidos de ropa de algodón y cubiertas sus vergüenzas, y tenían oro y labranzas de maizales; y desde la Habana se fué nuestro capitán Francisco Hernandez por tierra á la villa de Santispiritus, que así se dice, donde tenía su encomienda de indios; y como iba mal herido, murió donde allí á diez días que había llegado á su casa; y todos los demás soldados nos desaparecimos, y nos fuimos unos por una parte y otros por otra de la isla adelante; y en la Habana se murieron tres soldados de las heridas, y los navíos fueron á Santiago de Cuba, donde estaba el Gobernador, y desde hubieron desembarcado los dos indios que hubimos en la Punta de Cotoche, que ya he dicho que se decían Melchorillo y Julianillo, y en el arquilla con las diademas y ánades y pescadillos, y con los ídolos de oro, que aunque era bajo y poca cosa, sublimábalo de arte, que en todas las islas de Santo Domingo y en Cuba y aun en Castilla llegó la fama dello, y decían que otras tierras en el mundo no se habían descubierto mejores, ni casas de cal y canto; y como vió los ídolos de barro y de tantas maneras de figuras, decían que eran del tiempo de los gentiles; otros decían que eran de los indios que desterró Tito y Vespasiano de Jerusalem, y que habían aportado con los navíos rotos en que les echaron en aquella tierra; y como en aquel tiempo no era descubierto el Perú, tenía en mucha estima aquella tierra. Pues otra cosa preguntaba el Diego Velazquez á aquellos indios, que si había minas de oro en su tierra; y á todos les respondían que sí, y les mostraban oro en polvo de lo que sacaban en la isla de Cuba, y decían que había mucho en su tierra, y no le decían verdad, porque claro está que en la Punta de Cotoche ni en todo Yucatan no es donde hay minas de oro; y asimismo les mostraban los indios los montones que hacen de tierra, donde ponen y siembran las plantas de cuyas raíces hacen el pan cazabe, y llámase en la isla de Cuba yuca, y los indios decían que las había en su tierra, y decían *Tule*, por la tierra, que así se

Hama la en que las plantaban; de manera que yuca con tale quiere decir Yucatan. Decian los españoles que estaban hablando con el Diego Velazquez y con los indios: « Señor, estos indios dicen que su tierra se llama Yucatan; y así se quedó con este nombre, que en propia lengua no se dice así. Por manera que todos los soldados que fuimos á aquel viaje á descubrir gustamos los bienes que teníamos, y heridos y pobres volvimos á Cuba, y aun lo tuvimos á buena dicha haber vuelto, y no quedar muertos con los demás mis compañeros; y cada soldado tiró por su parte, y el Capitan (como tengo dicho) luego murió, y estuvimos muchos dias en curarnos los heridos, y por nuestra cuenta hallamos que se murieron al pié de sesenta soldados, y esta ganancia trujimos de aquella entrada y descubrimiento. Y Diego Velazquez escribió á Castilla á los señores que en aquel tiempo mandaban en las cosas de Indias, que el lo habia descubierto, y gustado en descubrillo mucha cantidad de pesos de oro, y así lo decia don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Burgos y arzobispo de Rosano, que así se nombraba, que era como presidente de Indias, y lo escribió á su majestad á Flandes, dando mucho favor y loor del Diego Velazquez, y no hizo mencion de ninguno de nosotros los soldados que lo descubrimos á nuestra costa. Y quedarse ha aquí, y diré adelante los trabajos que me acaecieron á mí y á tres soldados.

CAPITULO VII.

De los trabajos que tuve hasta llegar á una villa que se dice la Trinidad.

Ya he dicho que nos quedamos en la Habana ciertos soldados que no estábamos sanos de los flechazos, y para ir á la villa de la Trinidad, ya que estábamos mejores, acordamos de nos concertar tres soldados con un vecino de la misma Habana, que se decia Pedro de Avila, que iba asimismo á aquel viaje en una canoa por la mar por la banda del sur, y llevaba la canoa cargada de camisetas de algodón, que iba á vender á la villa de la Trinidad. Ya he dicho otras veces que canoas son de hechura de artesas grandes, cavadas y huecas, y en aquellas tierras con ellas navegan costa á costa; y el concierto que hicimos con Pedro de Avila fué que daríamos diez pesos de oro porque fuésemos en su canoa. Pues yendo por la costa adelante, á veces remando y á ratos á la vela, ya que habíamos navegado once dias en paraje de un pueblo de indios de paz que se dice Canarreón, que era término de la villa de la Trinidad, se levantó un tan tercio viento de noche, que no nos pudimos sustentar en la mar con la canoa, por bien que remábamos todos nosotros; y el Pedro de Avila y unos indios de la Habana y unos remeros muy buenos que traíamos hubimos de dar al través entre unos ceborucos, que los hay muy grandes en aquella costa; por manera que se nos quebró la canoa y el Avila perdió su hacienda, y todos salimos descalabrados de los golpes de los ceborucos y desnudos en carnes; porque para ayudarnos que no se quebrase la canoa y poder mejor nadar, nos apercebimos de estar sin ropa ninguna, sino desnudos. Pues ya escapados con las vidas de entre aquellos ceborucos, para nuestra villa de la Trinidad

no habia camino por la costa, sino malos países y ceborucos, que así se dicen, que son las piedras con unas puntas que salen dellas que pasan las plantas de los piés, y sin tener qué comer. Pues como las olas que reventaban de aquellos grandes ceborucos nos embestian, y con el gran viento que hacia llevábamos hechas grietas en las partes ocultas que corría sangre dellas, aunque nos habíamos puesto delante muchas hojas de árboles y otras yerbas que buscamos para nos tatar. Pues como por aquella costa no podíamos caminar por causa que se nos hincaban por las plantas de los piés aquellas puntas y piedras de los ceborucos, con mucho trabajo nos metimos en un monte, y con otras piedras que habia en el monte cortamos cortezas de árboles, que pusimos por suelas, atadas á los piés con unas que parecen cuerdas delgadas, que llaman bejucos, que nacen entre los árboles; que espadas no sacamos ninguna, y atamos los piés y cortezas de los árboles con ello lo mejor que pudimos, y con gran trabajo salimos á una playa de arena, y de allí á dos dias que caminamos llegamos á un pueblo de indios que se decia Yaguarama, el cual era en aquella sazón del padre fray Bartolomé de las Casas, que era clérigo presbítero, y después le conocí fraile dominico, y llegó á ser obispo de Echiapa; y los indios de aquel pueblo nos dieron de comer. Y otro dia fuimos hasta otro pueblo que se decia Chipiona, que era de un Alonso de Avila é de un Sandoval (no digo del capitan Sandoval el de la Nueva-España), y des le allí á la Trinidad; y un amigo mío, que se decia Antonio de Medina, me remedió de vestidos, segun que en la villa se usaban, y así hicieron á mis compañeros otros vecinos de aquella villa; y desde allí con mi pobreza y trabajos me fui á Santiago de Cuba, adonde estaba el gobernador Diego Velazquez, el cual andaba dando mucha priesa en enviar otra armada; y cuando le fui á besar las manos, que éramos algo deudos, él se holgó conmigo, y de unas pláticas en otras me dijo que si estaba bueno de las heridas, para volver á Yucatan. E yo riendo le respondí que quién le puso nombre Yucatan; que allí no le llaman así. E dijo: « Melchorejo, el que trujistes, lo dice. » E yo dije: « Mejor nombre seria la tierra donde nos mataron la mitad de los soldados que fuimos, y todos los demás salimos heridos. » E dijo: « Bien sé que pasastes muchos trabajos, y así es á los que suelen descubrir tierras nuevas y ganar honra, é su majestad os lo gratificará, é yo así se lo escribiré; é ahora, hijo, id otra vez en la armada que hago, que yo haré que os hagan mucha honra. » Y diré lo que pasó.

CAPITULO VIII.

Cómo Diego Velazquez, gobernador de Cuba, envió otra armada á la tierra que descubrimos.

En el año de 1518 años, viendo Diego Velazquez, gobernador de Cuba, la buena relacion de las tierras que descubrimos, que se dice Yucatan, ordenó enviar una armada, y para ella se buscaron cuatro navios; los dos fueron los que hubimos comprado los soldados que fuimos en compañía del capitan Francisco Hernandez de Córdoba á descubrir á Yucatan (segun mas largamente lo tengo escrito en el descubrimiento), y los otros dos

navíos compró el Diego Velazquez de sus dineros. Y en aquella sazón que ordenaba el armada, se hallaron presentes en Santiago de Cuba, donde residia el Velazquez, Juan de Grijalva y Pedro de Albarado y Francisco de Montejo é Alonso de Avila, que habian ido con negocios al Gobernador; porque todos tenian encomiendas de indios en las mismas islas; y como eran personas valerosas, concertóse con ellos que el Juan de Grijalva, que era deudo del Diego Velazquez, viniese por capitán general, ó que Pedro de Albarado viniese por capitán de un navío, y Francisco de Montejo de otro, y el Alonso de Avila de otro; por manera que cada uno destes capitanes procuró de poner bastimentos y matalotaje de pan cazabe y tocinos; y el Diego Velazquez puso ballestas y escopetas, y cierto rescate, y otras menudencias, y mas los navíos. Y como habia fama destas tierras que eran muy ricas y habia en ellas casus de cal y canto, y el indio Melchorejo decia por señas que habia oro, tenian mucha codicia los vecinos y soldados que no tenian indios en la isla, de ir á esta tierra; por manera que de presto nos juntamos ducientos y cuarenta compañeros, y tambien pusimos cada soldado, de la hacienda que teniamos, para matalotaje y armas y cosas que convenian; y en este viaje volví y con estos capitanes otra vez, y parece ser la instruccion que para ello dió el gobernador Diego Velazquez fué, segun entendí, que rescatasen todo el oro y plata que pudiesen, y si viesen que convenia poblar que poblasen, ó si no, que se volviesen á Cuba. E vino por vedor de la armada uno que se decia Peñalosa, natural de Segovia, é trujimos un clérigo que se decia Juan Diaz, y los tres pilotos que antes habiamos traído quando el primero viaje, que ya he dicho sus nombres y de dónde eran, Anton de Alaminos, de Púlos, y Camacho, de Triana, y Juan Alvarez, el Monquillo, de Huelva; y el Alaminos venia por piloto mayor, y otro piloto que entonces vino no me acuerdo el nombre. Pues antes que mas pase adelante, porque nombraré algunas veces á estos hidalgos que he dicho que venian por capitanes, y parecerá cosa descomedida nombralles secamente, Pedro de Albarado, Francisco de Montejo, Alonso de Avila, y no decilles sus ditados é blasones, sepan que el Pedro de Albarado fué un hidalgo muy valeroso, que después que se hubo ganado la Nueva-España fué gobernador y adelantado de las provincias de Guatimala, Honduras y Chiapa, é comendador de Santiago. E asimismo el Francisco de Montejo, hidalgo de mucho valor, que fué gobernador y adelantado de Yucatan; hasta que su majestad les hizo aquestas mercedes y tuvieron señoríos no les nombraré sino sus nombres, y no adelantados; y volvamos á nuestra plática: que fueron los cuatro navíos por la parte y banda del norte á un puerto que se llama Matanzas, que era cerca de la Habana vieja, que en aquella sazón no estaba poblada donde ahora está, y en aquel puerto ó cerca dél tenian todos los mas vecinos de la Habana sus estancias de cazabe y puercos, y desde allí se proveyeron nuestros navíos lo que faltaba, y nos juntamos así capitanes como soldados para dar vela y hacer nuestro viaje. Y antes que mas pase adelante, aunque vaya fuera de órden, quiero decir por qué llamaban aquel puerto que he dicho de

Matanzas, y esto traigo aquí á la memoria, porque ciertas personas me lo han preguntado la causa de ponelle aquel nombre, y es por esto que diré. Antes que aquella isla de Cuba estuviese de paz dió al través por la costa del norte un navío que habia ido desde la isla de Santo Domingo á buscar indios, que llamaban los lucayos, á unas islas que están entre Cuba y la canal de Bahama, que se llaman las islas de los Lucayos, y con mal tiempo dió al través en aquella costa, cerca del rio y puerto que he dicho que se llama Matanzas, y venian en el navío sobre treinta personas españoles y dos mujeres; y para pasallos aquel rio vinieron muchos indios de la Habana y de otros pueblos, como que los venian á ver de paz, y les dijeron que les querian pasar en canoas y llevarlos á sus pueblos para dalles de comer. E ya que iban con ellos, en medio del rio les trastornaron las canoas y los mataron; que no quedaron sino tres hombres y una mujer, que era hermosa, la cual llevó un cacique de los mas principales que hicieron aquella traicion, y los tres españoles repartieron entre los demás caciques. Y á esta causa se puso á este puerto nombre de puerto de Matanzas; y conocí á la mujer que he dicho, que después de ganada la isla de Cuba se le quitó al cacique en cuyo poder estaba, y la vi casada en la villa de la Trinidad con un vecino della, que se decia Pedro Sanchez Farfan; y tambien conocí á los tres españoles, que se decia el uno Gonzalo Mejía, hombre anciano, natural de Jerez, y el otro se decia Juan de Santisteban, y era natural de Madrigal, y el otro se decia Cascorro, hombre de la mar, y era pescador, natural de Huelva, y le habia ya casado el cacique con quien solia estar, con una su hija, é ya tenia horadadas las orejas y las narices como los indios. Mucho me he detenido en contar cuentos viejos; volvamos á nuestra relacion. E ya que estábamos recogidos, así capitanes como soldados, y dadas las instrucciones que los pilotos habian de llevar y las señas de los faroles, y después de haber oido misa con gran devoción, en 5 dias del mes de abril de 1518 años dimos vela, y en diez dias doblamos la punta de Guaniguanico, que los pilotos llaman de San Anton, y en otros ocho dias que navegamos vimos la isla de Cozumel, que entonces la descubrimos, día de Santa Cruz, porque descayeron los navíos con las corrientes mas bajo que quando venimos con Francisco Hernandez de Córdoba, y bajamos la isla por la banda del sur; vimos un pueblo, y allí cerca buen surgidero y bien limpio de arracifes, y saltamos en tierra con el capitán Juan de Grijalva buena copia de soldados, y los naturales de aquel pueblo se fueron huyendo desde vieron venir los navíos á la vela, porque jamás habian visto tal, y los soldados que salimos á tierra no hallamos en el pueblo persona ninguna, y en unas mieses de maizales se hallaron dos viejos que no podian andar y los trujimos al Capitan, y con Julianillo y Melchorejo, los que trajimos de la Punta de Cotoche, que entendian muy bien á los indios, y les habló; porque su tierra dellos y aquella isla de Cozumel no hay de travesía en la mar sino obra de cuatro leguas, y así hablan una misma lengua; y el Capitan halagó aquellos viejos y les dió cuenta de las verdades, y les envió á llamar al calachioni de aquel pueblo, que así se dicen los ca-

ciques de aquella tierra, y fueron y nunca volvieron; y estímolos aguardando, vino una india moza, de buen parecer, é comenzó á hablar la lengua de la isla de Jamaica, y dijo que todos los indios é indias de aquella isla y pueblo se habían ido á los montes, de miedo; y como muchos de nuestros soldados é yo entendimos muy bien aquella lengua, que es la de Cuba, nos admiramos, y la preguntamos que cómo estaba allí, y dijo que había dos años que dió al través con una canoa grande en que iban á pescar diez indios de Jamaica á unas isletas, y que las corrientes la echaron en aquella tierra, y mataron á su marido y á todos los demás indios jamaicanos sus compañeros, y los sacrificaron á los ídolos; y desde la entendió el Capitan, como vió que aquella india sería buena mensajera, enviola á llamar los indios y caciques de aquel pueblo, y dióla de plazo dos días para que volviese; porque los indios Melchorejo y Julianillo, que llevamos de la Punta de Cotoche, temerosos temor que, apartados de nosotros, se hirieran á su tierra, y por esta causa no los enviamos á llamar con ellos; y la india volvió otro día, y dijo que ningún indio ni india quería venir, por mas palabras que les decía. A este pueblo pusimos por nombre Santa Cruz, porque cuatro ó cinco días antes de Santa Cruz le vimos; había en él buenos colmenares de miel y muchos boniatos y batatas y manadas de puercos de la tierra, que tienen sobre el espinazo el ombligo; había en él tres pueblezuelos, y este donde desembarcamos era mayor, y los otros dos eran mas chicos, que estaba cada uno en una punta de la isla; terná de bojo como obra de dos leguas. Pues como el capitan Juan de Grijalva vió que era perder tiempo estar mas allí aguardando, mandó que nos embarcásemos luego, y la india de Jamaica se fué con nosotros, y seguimos nuestro viaje.

CAPITULO IX.

De cómo venimos á desembarcar á Champoton.

Pues vuelto á embarcar, é yendo por las derrotas pasadas (cuando lo de Francisco Hernandez de Córdoba), en ocho días llegamos en el paraje del pueblo de Champoton, que fué donde nos desbarataron los indios de aquella provincia, como ya dicho tengo en el capitulo que dello habla; y como en aquella enseada mengua mucho la mar, anclamos los navios una legua de tierra, y con todos los bateles desembarcamos la mitad de los soldados que allí íbamos, junto á las casas del pueblo, á los indios naturales dél y otros sus comarcanos se juntaron todos, como la otra vez quando nos mataron sobre cincuenta y seis soldados y todos los mas nos hirieron, segun dello tengo en el capitulo que dello habla; y á esta causa estaban muy ufanos y orgullosos, y bien armados á su usanza, que son: arcs, flechas, lanzas, rodels, macanas y espadas de dos manos, y piedras con hondas, y armas de algodón, y trampetillas y atambores, y los mas dellos pintadas las caras de negro, colorado y blanco; y puestos en concierto, esperaron en la costa, para en llegando que llegásemos dar en nosotros; y como teníamos experiencia de la otra vez, llevábamos en los bateles unos fulecones, é íbamos aporreados de ballestas y escopetas; y

llegados á tierra, nos comenzaron á flechar y con las lanzas dar á mantiniente; y tal rociada nos dieron antes que llegásemos á tierra, que hirieron la mitad de nosotros, y desde hubimos saltado de los bateles los hicimos perder la furia á buenas estocadas y cuchilladas; porque, aunque nos flechaban á terrero, todos llevábamos armas de algodón; y todavía se sostuvieron buen rato peleando con nosotros, hasta que vino otra barcada de nuestros soldados, y les hicimos retraer á unas ciénagas junto al pueblo. En esta guerra mataron á Juan de Quiteria y á otros dos soldados, y el capitan Juan de Grijalva le dieron tres flechazos y aun le quebraron con un cobaco dos dientes (que hay muchos en aquella costa), é hirieron sobre sesenta de los nuestros. Y desde vimos que todos los contrarios se habían huido, nos fuimos al pueblo, y se curaron los heridos y enteramos los muertos, y en todo el pueblo no hallamos persona ninguna, ni los que se habían retraido en las ciénagas, que ya se habían desgarrado; por manera que todos tenían alzadas sus haciendas. En aquellas escaramuzas prendimos tres indios, y el uno dellos parecia principal. Mandóles el Capitan que fuesen á llamar al cacique de aquel pueblo, y les dió cuentas verdes y cascabeles para que los diesen, para que viniesen de paz; y asimismo á aquellos tres prisioneros se les hicieron muchos halagos y se les dieron cuentas porque fuesen sin miedo; y fueron y nunca volvieron, é creimos que el indio Julianillo é Melchorejo no les hubieran de decir lo que los fué mandado, sino al revés. Estuvimos en aquel pueblo cuatro días. Acuérdomos que cuando estábamos peleando en aquella escaramuza, que había allí unos prados algo pedregosos, é había langostas que quando peleábamos saltaban y venian volando y nos daban en la cara, y como eran tantos flecheros y tiraban tanta flecha como granizos, que parecían eran langostas que volaban, y no nos rodellábamos, y la flecha que venia nos heria, y otras veces creíamos que era flecha, y eran langostas que venian volando: fué barto estorbo.

CAPITULO X.

Cómo seguimos nuestro viaje y entramos en Boca de Términos, que entonces le pusimos este nombre.

Yendo por nuestra navegacion adelante, llegamos á una boca, como de río, muy grande y ancha, y no era río como pensamos, sino muy buen puerto, é porque está entre unas tierras é otras, é parecia como estrecho: tan gran boca tenía, que decía el piloto Antou de Alaminos que era isla y partían términos con la tierra, y á esta causa le pusimos nombre Boca de Términos, y así está en las cartas de marear; y allí saltó el capitan Juan de Grijalva en tierra, con todos los mas capitanes por mí nombrados, y muchos soldados estuvimos tres días hundiendo la boca de aquella entrada, y mirando bien arriba y abajo del ancon donde creíamos que iba é venia á parar, y hallamos no ser isla sino ancon, y era muy buen puerto; y hallamos unos adoratorios de cal y canto y muchos ídolos de barro y de puto, que eran dellos como figuras de sus dioses, y dellos de figuras de mujeres, y muchos como sierpes, y muchos cuernos de venados, é creimos que por allí cerca habria

alguna poblacion, é con el buen puerto, que seria bueno para poblar; lo cual no fué así, que estaba muy despoblado; porque aquellos odoratorios eran de mercaderes y cazadores que de pasada entraban en aquel puerto con canoas y allí sacrificaban, y habia mucha caza de venados y conejos: matamos diez venados con una lebreja, y muchos conejos. Y luego, desque todo fué visto é sondado, nos tornamos á embarcar, y se nos quedó allí la lebreja, y cuando volvimos con Cortés la tornamos á hallar, y estaba muy gorda y lucida. Llamaron los marineros á esto Puerto de Términos. E vueltos á embarcar, navegamos costa á costa junto á tierra, hasta que llegamos al rio de Tabasco, que por descubrirlo el Juan de Grijalva, se nombra agora el rio de Grijalva.

CAPITULO XI.

Cómo llegamos al rio de Tabasco, que llaman de Grijalva, y lo que allí nos acaeció.

Navegando costa á costa la via del poniente de día, porque de noche no osábamos por temor de bajos é arrecifes, á cabo de tres dias vimos una boca de rio muy ancha, y llegamos muy á tierra con los navios, y parecia buen puerto; y como fuimos mas cerca de la boca, vimos reventar los bajos antes de entrar en el rio, y allí sacamos los bateles, y con la sonda en la mano hallamos que no podian entrar en el puerto los dos navios de mayor porte: fué acordado que ancleasen fuera en la mar, y con los otros dos navios que demandaban menos agua, que con ellos é con los bateles fuésemos todos los soldados rio arriba, porque vimos muchos indios estar en canoas en las riberas, y tenian arcos y flechas y todas sus armas, segun y de la manera de Champoton; por donde entendimos que habian por allí algun pueblo grande, y tambien porque viniendo, como veniamos, navegando costa á costa, habiamos visto echadas nasas en la mar, con que pescaban, y aun á dos dellas se les tomó el pescado con un batel que traíamos á jorro de la capitana. Aqueste rio se llama de Tabasco porque el cacique de aquel pueblo se llamaba Tabasco; y como le descubrimos deste viaje, y el Juan de Grijalva fué el descubridor, se nombra rio de Grijalva, y así está en las cartas del marear. E ya que llegamos obra de media legua del pueblo, bien oímos el rumor de cortar de madera, de que hacian grandes mamparos é fuerzas, y aderezarse para nos dar guerra, porque habian sabido dello que pasó en Potonchan y tenian la guerra por muy cierta. Y desque aquello sentimos, desembarcamos de una punta de aquella tierra donde habia unos palmares, que era del pueblo media legua; y desque nos vieron allí, vinieron obra de cincuenta canoas con gente de guerra, y traian arcos y flechas y armas de algodón, rodela y lanzas y sus atambores y penachos, y estaban entre los esteros otras muchas canoas llenas de guerreros, y estuvieron algo apartados de nosotros, que no osaron llegar como los primeros. Y desque los vimos de aquel arte, estábamos para tirarles con los tiros y con las escopetas y ballestas, y quiso nuestro Señor que acordásemos de los llamar, é con Julianico y Melchorejo, los de la Punta de Cotoche, que sabian muy bien aquella lengua; y dijo á los principales que no hubiesen miedo,

que les queriamos hablar cosas que desque las entendiesen, hubiesen por buena nuestra llegada allí é á sus casas, é que les queriamos dar de lo que traíamos. E como entendieron la plática, vinieron obra de cuatro canoas, y en ellas hasta treinta indios, y luego se les mostraron sartalejos de cuentas verdes y espejuelos y diamantes azules, y desque los vieron parecia que estaban de mejor semblante, creyendo que eran chalcibuites, que ellos tienen en mucho. Entonces el Capitan les dijo con las lenguas Julianillo ó Melchorejo, que veniamos de léjas tierras y éramos vasallos de un grande emperador que se dice don Carlos, el cual tiene por vasallos á muchos grandes señores y calachionfes, y que ellos le deben tener por señor y les irá muy bien en ello, é que á trueco de aquellas cuentas nos den comida de gallinas. Y nos respondieron dos dellos, que el uno era principal y el otro papa, que son como sacerdotes que tienen cargo de los idolos, que ya he dicho otra vez que papas les llaman en la Nueva-España, y dijeron que harian el bastimento que deciamos é trocarian de sus cosas á las nuestras; y en lo demás, que señor tienen, é que agora veniamos, é sin conocerlos, é ya les queriamos dar señor, é que mirásemos no les diésemos guerra como en Potonchan, porque tenian aparejados dos jiquipiles de gentes de guerra de todas aquellas provincias contra nosotros: cada jiquipil son ocho mil hombres; é dijeron que bien sabian que pocos dias habia que habiamos muerto y herido sobre mas de ducientos hombres en Potonchan, é que ellos no son hombres de tan pocas fuerzas como los otros, é que por eso habian venido á hablar, por saber nuestra voluntad, é aquello que les deciamos, que se lo irian á decir á los caciques de muchos pueblos, que están juntos para tratar paces é guerra. Y luego el Capitan les abrazó en señal de paz, y les dió unos sartalejos de cuentas, y les mandó que volviesen con la respuesta con brevedad, é que si no venian, que por fuerza habiamos de ir á su pueblo, y no para los enojar. Y aquellos mensajeros que enviamos hablaron con los caciques y papas, que tambien tienen voto entre ellos, y dijeron que eran buenas las paces y truer bastimento, é que entre todos ellos y los pueblos comarcanos se buscara luego un presente de oro para nos dar y hacer amistades; no les acaezca como á los de Potonchan. Y lo que yo vi y entendí después acá, en aquellas provincias se usaba enviar presentes cuando se trataba paces, y en aquella punta de los palmares, donde estábamos, vinieron sobre treinta indios é trujeron pescados asados y gallinas é fruta y pan de maiz, é unos braseros con ascuas y con zahumerios, y nos zahumaron á todos, y luego pusieron en el suelo unas esteras, que acá llaman petates, y encima una manta, y presentaron ciertas joyas de oro, que fueron ciertas águilas como las de Castilla, y otras joyas como lagartijas, y tres collares de cuentas vaciadizas, y otras cosas de oro de poco valor, que no valia docientos pesos; y mas trujeron unas mantas é camisetas de las que ellos usan, é dijeron que recibiésemos aquello de buena voluntad, é que no tienen mas oro que nos dar; que adelante, hácia donde se pone el sol, hay mucho; y decian Culba, Culba, Méjico, Méjico; y nosotros no sabiamos qué cosa era Culba, ni aun Méjico tampoco. Puesto que

no valia mucho aquel presente que trujeron, tuvimos por bueno por saber cierto que tenían oro, y desde lo hubieron presentado, dijeron que nos fuésemos luego adelante, y el Capitan les dió las gracias por ello é cuentas verdes; y fué acordado de irnos luego á embarcar, porque estaban en mucho peligro los dos navios por temor del norte, que es travesía, y tambien por acercarnos hácia donde decian que habia oro.

CAPITULO XII.

Cómo vimos el pueblo del Aguayulco, que pusimos por nombre La-Rambla.

Vueltos á embarcar, siguiendo la costa adelante, desde á dos dias vimos un pueblo junto á tierra, que se dice el Aguayulco, y andaban muchos indios de aquel pueblo por la costa con unas rodela hechas de conchas de tortugas, que relumbraban con el sol que daba en ellas, y algunos de nuestros soldados portaban que eran de oro bajo, y los indios que las traian iban haciendo grandes movimientos por el arenal y costa adelante, y pusimos á este pueblo por nombre La-Rambla, y así está en las cartas del marear. E yendo mas adelante costearo, vimos una ensenada, donde se quedó el río de Fenole, que á la vuelta que volvimos entramos en él, y le pusimos nombre río de San Antonio, y así está en las cartas del mar. E yendo mas adelante navegando, vimos adonde quedaba el paraje del gran río de Guatayulco, y quisiéramos entrar en el ensenada que está, por ver qué cosa era, sino por ser el tiempo contrario; e luego se parecieron las grandes sierras nevadas, que en todo el año están cargadas de nieve, y tambien vimos otras sierras que están mas junto al mar, que se llaman agora de San Martin, y pusimoslas por nombre San Martin, porque el primero que las vió fué un soldado que se llamaba San Martin, vecino de la Habana. Y navegando nuestra costa adelante, el capitan Pedro de Albarado se adelantó con su navio, y entró en un río que en Indias se llama Papalohuna, y entonces pusimos por nombre río de Albarado, porque lo descubrió el mismo Albarado. Allí le dieron pescado unos indios pescadores, que eran naturales de un pueblo que se dice Tlacotalpa; estuvimosle aguardando en el paraje del río donde entró con todos tres navios, hasta que salió del, y á causa de haber entrado en el río sin licencia del General, se enojó mucho con él, y le mandó que otra vez no se adelantase del armada, porque no le viniese algun contraste en parte donde no le pudiésemos ayudar. E luego navegamos con todos cuatro navios en conserva, hasta que llegamos en paraje de otro río, que lo pusimos por nombre río de Banderas, porque estaban en él muchos indios con lanzas grandes, y en cada lanza una bandera hecha de manta blanca, revolándolas y llamádonos. Lo cual diré adelante cómo pasó.

CAPITULO XIII.

Cómo llegamos á un río que pusimos por nombre río de Banderas, é rescataimos catorce mil pesos.

Va habrán oido decir en España y en toda la mas parte della y de la cristiandad, cómo México es tan gran ciudad, y poblada en el agua como Venecia; y habia

en ella un gran señor que era rey de muchas provincias y señoreaba todas aquellas tierras, que son mayores que cuatro veces nuestra Castilla; el cual señor se decía Montezuma, é como era tan poderoso, queria señorear y saber hasta lo que no podía ni le era posible, e tuvo noticia de la primera vez que venimos con Francisco Hernandez de Córdoba, lo que nos acaeció en la batalla de Cotoche y en la de Champoton, y agora desto viaje la batalla del mismo Champoton, y supo que éramos nosotros pocos soldados y los de aquel pueblo muchos, é al fin entendió que nuestra demanda era buscar oro á trueque del rescate que traíamos, é todo se lo habian llevado pintado en unos paños que hacen de nequen, que es como de lino; y como supo que íbamos costa á costa hácia sus provincias, mandó á sus gobernadores que si por allí aportásemos que procurasen de trocar oro á nuestras cuentas, en especial á las verdes, que parecían á sus chalcihuites; y tambien lo mandó para saber é inquirir mas por entero de nuestras personas é qué era nuestro intento. Y lo mas cierto era, segun entendimos, que dicen que sus antepasados les habian dicho que habian de venir gentes de hácia donde sale el sol, que los habian de señorear. Agora sea por lo uno ó por lo otro, estaban en posta á vela indios del grande Montezuma en aquel río que dicho tengo, con lanzas largas y en cada lanza una bandera, enarbolándola y llamádonos que fuésemos allí donde estaban. Y desde vimos de los navios cosas tan nuevas, para saber qué podía ser fué acordado por el General, con todos los demás soldados y capitanes, que echamos dos bateles en el agua é que saltásemos en ellos todos los ballesteros y escopeteros y veinte soldados, y Francisco de Montejo fuese con nosotros, é que si viésemos que eran de guerra los que estaban con las banderas, que de presto se lo hiciésemos saber, ó otra cualquier cosa que fuese. Y en aquella sazón quiso Dios que hacia bonanza en aquella costa, lo cual pocas veces suele acaecer; y como llegamos en tierra hallamos tres caciques, que el uno dellos era gobernador de Montezuma é con muchos indios de propio, y tenían muchas gallinas de la tierra y pan de maíz de lo que ellos suelen comer, é frutas que eran pinas y zapotes, que en otras partes llaman niameyes; y estaban debajo de una sombra de árboles, puestas esteras en el suelo, que ya he dicho otra vez que en estas partes se llaman potates, y allí nos mandaron asentar, y todo por señas, porque Julianillo, el de la Punta de Cotoche, no entendia aquella lengua; y luego trujeron braseros de barro con ascuas, y nos zahumarón con uno como resina que huele á incienso. Y luego el capitan Montejo lo hizo saber al General, y como lo supo, acordó de surgir allí en aquel paraje con todos los navios, y saltó en tierra con todos los capitanes y soldados. Y desde aquellos caciques y gobernadores le vieron en tierra y conocieron que era el capitan general de todos, á su usanza le hicieron grande acatamiento y le zahumaron, y él les dió las gracias por ello y les hizo muchas caricias, y les mandó dar diamantes y cuentas verdes, y por señas les dijo que trujesen oro á trocar á nuestros rescates. Lo cual luego el Gobernador mandó á sus indios, y que todos los pueblos comarcanos trujesen de las joyas que tenían

á rescatar; y en seis dias que estuvimos allí trujeron mas de quince mil pesos en joyezuelas de oro bajo y de muchas hechuras; y aquesto deba ser lo que dicen los cronistas Francisco Lopez de Gómora y Gonzalo Hernandez de Oviedo en sus corónicas, que dicen que dieron los de Tabasco; y como se lo dijeron por relacion, así lo escriben como si fuese verdad; porque vista cosa es que en la provincia del rio de Grijalva no hay oro, sino muy pocas joyas. Dejemos esto y pasemos adelante, y es que tomamos posesion en aquella tierra por su majestad, y en su nombre real el gobernador de Cuba Diego Velazquez. Y después desto hecho, habló el General á los indios que allí estaban, diciendo que se quería embarcar, y les dió camisas de Castilla. Y de allí tomamos un indio, que llevamos en los navíos, el cual, después que entendió nuestra lengua, se volvió cristiano y se llamó Francisco, y después de ganado Méjico, le vi casado en un pueblo que se llama Santa Fe. Pues como vió el General que no traian mas oro á rescatar, é habia seis dias que estábamos allí y los navíos corrian riesgo, por ser travesía el norte, nos mandó embarcar. E corriendo la costa adelante, vimos una isleta que bañaba la mar y tenia la arena blanca, y estaria, al parecer, obra de tres leguas de tierra, y pusimosle por nombre isla Blanca, y así está en las cartas del marear. Y no muy léjos desta isleta Blanca vimos otra isla, mayor, al parecer, que las demás, y estaria de tierra obra de lengua y media, y allí enfrente della habia buen surgidero, y mandó el General que surgiésemos. Echados los bateles en el agua, fué el capitan Juan de Grijalva con muchos de nosotros los soldados á ver la isleta, y hallamos dos casas hechas de cal y canto y bien labradas, y cada casa con unas gradas por donde subian á unos como altares, y en aquellos altares tenian unos idolos de malas figuras, que eran sus dioses, y allí estaban sacrificados de aquella noche cinco indios, y estaban abiertos por los pechos y cortados los brazos y los muslos, y las paredes llenas de sangre. De todo lo cual nos admiramos, y pusimos por nombre á esta isleta isla de Sacrificios. Y allí enfrente de aquella isla saltamos todos en tierra, y en unos arenales grandes que allí hay, adonde hicimos ranchos y chozas con ramas y con las velas de los navíos. Habíanse allegado en aquella costa muchos indios que traian á rescatar oro hecho piecezuelas, como en el rio de Banderas, y segun después supimos, mandó el gran Montezuma que viniesen con ello, y los indios que lo traian, al parecer estaban temerosos, y era muy poco. Por manera que luego el capitan Juan de Grijalva mandó que los navíos alzasen las anclas y pusiesen velas, y fuésemos adelante á surgir enfrente de otra isleta que estaba obra de media legua de tierra, y esta isla es donde agora está el puerto. Y diré adelante lo que allí nos avino.

CAPITULO XIV.

Cómo llegamos al puerto de San Juan de Culúa.

Desembarcados en unos arenales, hicimos chozas encima de los mastos y melañes de arena, que los hay por allí grandes, por causa de los mosquitos, que habia

muchos, y con bateles sondearon el puerto y hallaron que con el abrigo de aquella isleta estarian seguros los navíos del norte y habia buen fondo; y hecho esto, fuimos á la isleta con el General treinta soldados bien apercebidos en los bateles, y hallamos una casa de adoratorio donde estaba un idolo muy grande y feo, el cual se llamaba Tezcatepuca, y estaban allí cuatro indios con mantas prietas y muy largas con capillas, como traen los dominicos ó canónigos, ó querian parecer á ellos, y aquellos eran sacerdotes de aquel idolo, y tenian sacrificados de aquel dia dos muchachos, y abiertos por los pechos, y los corazones y sangre ofrecidos á aquel maldito idolo, y los sacerdotes, que ya he dicho que se dicen papas, nos venian á zahumar con lo que zahumaban aquel su idolo, y en aquella sazón que llegamos le estaban zahumando con uno que huele á incienso, y no consentimos que tal zahumerio nos diesen; antes tuvimos muy gran lástima y mancilla de aquellos dos muchachos é verlos recién muertos é ver tan grandísima crueldad. Y el General preguntó al indio Francisco, que traíamos del rio de Banderas, que parecia algo entendido, que por qué hacian aquello, y esto le decia medio por señas, porque entonces no teniamos lengua ninguna, como ya otras veces he dicho. Y respondió que los de Culúa lo mandaban sacrificar; y como era torpe de lengua, decia: Olúa, Olúa. Y como nuestro capitan estaba presente y se llamaba Juan, y asimismo era día de San Juan, pusimos por nombre á aquella isleta San Juan de Olúa, y este puerto es agora muy nombrado, y están hechos en él grandes reparos para los navíos, y allí vienen á desembarcar las mercaderías para Méjico é Nueva-España. Volvamos á nuestro cuento: que como estábamos en aquellos arenales, vinieron luego indios de pueblos allí comarcanos á trocar su oro en joyezuelas á nuestros rescates; mas eran tan pocos y de tan poco valor, que no haciamos cuenta dello; y estuvimos siete dias de la manera que he dicho, y con los muchos mosquitos no nos podiamos valer, y viendo que el tiempo se nos pasaba, y teniendo ya por cierto que aquellas tierras no eran islas, sino tierra firme, y que habia grandes pueblos, y el pan de cazabe muy moloso é sucio de las fatulas, y amargaba, y los que allí veniamos no éramos bastantes para poblar, cuanto mas que faltaban diez de nuestros soldados, que se habian muerto de las heridas, y estaban otros cuatro dolientes; é viendo todo esto, fué acordado que lo enviásemos á hacer saber al gobernador Diego Velazquez para que nos enviase socorro; porque el Juan de Grijalva muy gran voluntad tenia de poblar con aquellos pocos soldados que con él estábamos, y siempre mostró un grande ánimo de un muy valeroso capitan, y no como lo escribe el cronista Gómora. Pues para hacer esta embajada acordamos que fuese el capitan Pedro de Albarado en un navio que se decia San Sebastian, porque hacia agua, aunque no mucha, porque en la isla de Cuba se diese carena y pudiesen en él traer socorro é bastimento. Y tambien se concertó que llevase todo el oro que se habia rescatado y ropa de mantas, y los dolientes; y los capitanes escribieron al Diego Velazquez cada uno lo que le pareció, y luego se hizo á la vela é iba la vuelta de la isla de Cuba, adonde los dejaré agora, así al Pedro de Albarado como al

Grijalva, y diré cómo el Diego Velazquez habia enviado en nuestra busca.

CAPITULO XV.

Cuando Diego Velazquez, gobernador de la isla de Cuba, envió un navío pequeño en nuestra busca.

Después que salimos con el capitán Juan de Grijalva de la isla de Cuba para hacer nuestro viaje, siempre Diego Velazquez estaba triste y pensativo no nos hubiese acaecido algún desastre, y deseaba saber de nosotros, y á esta causa envió un navío pequeño en nuestra busca con siete soldados, y por capitán dellos á un Cristóbal de Oli, persona de valía, muy esforzado, y le mandó que siguiese la derrota de Francisco Hernandez de Córdoba hasta toparse con nosotros. Y según parece, el Cristóbal de Oli, yendo en nuestra busca, estando surto cerca de tierra, le dió un recio temporal, y por no anegarse sobre las amarras, el piloto que traían mandó cortar los cables, é perdió las anclas, é volvióse á Santiago de Cuba, de donde habia salido, adonde estaba el Diego Velazquez, y cuando vió que no tenia nuevas de nosotros, si triste estaba antes que enviase al Cristóbal de Oli, muy mas pensativo estuvo después. Y en esta sazón llegó el capitán Pedro de Alvarado con el oro y ropa y dolientes, y con entera relacion de lo que habíamos descubierto. Y cuando el Gobernador vió que estaba en joyas, parecia mucho mas de lo que era, y estaban allí con el Diego Velazquez muchos vecinos de aquella isla, que venian á negocios. Y cuando los oficiales del Rey tomaron el real quinto que venia á su magestad, estaban espantados de cuán ricas tierras habíamos descubierto; y como el Pedro de Alvarado se lo sabia muy bien practicar, dice que no hacia el Diego Velazquez sino abrazallo, y en ocho dias tener gran regocijo y jugar cañas; y si mucha fama tenían de antes de estas tierras, agora con este oro se sublimó en todas las islas y en Castilla, como adelante diré; y dejaré al Diego Velazquez haciendo fiestas, y volveré á nuestros navios, que estábamos en San Juan de Ulúa.

CAPITULO XVI.

De lo que nos sucedió costeando las sierras de Tusta y de Tuspa.

Después que de nosotros se partió el capitán Pedro de Alvarado para ir á la isla de Cuba, acordó nuestro general con los demás capitanes y pilotos que fuésemos costeando y descubriendo todo lo que pudiésemos; e yendo por nuestra navegacion, vimos las sierras de Tusta, y mas adelante de allí á otros dos dias vimos otras sierras muy altas, que agora se llaman las sierras de Tuspa; por manera que unas sierras se dicen Tusta porque están cabe un pueblo que se dice así, y las otras sierras se dicen Tuspa porque se nombra el pueblo junto adonde aquellas están, Tuspa; é caminando mas adelante vimos muchas poblaciones, y estaria la tierra adentro dos ó tres leguas, y esto es ya en la provincia de Pánuco; é yendo por nuestra navegacion, llegamos á un río grande, que lo pusimos por nombre río de Canoas, e allí enfrente de la boca del surgimos; y estando surtos todos tres navios, y estando algo descuidados, vinieron por el río diez y seis canoas muy gran-

des llenas de indios de guerra, con arcos y flechas y lanzas, y vanse derechos al navío mas pequeño, del cual era capitán Alonso de Avila, y estaba mas llegado á tierra, y dándole una rociada de flechas, que hirieron á dos soldados, echuron mano al navío como que lo querian llevar, y aun cortaron una amarra; y puesto que el capitán y los soldados peleaban bien, y trastornaron tres canoas, nosotros con gran presteza les ayudamos con nuestros bateles y escopetas y ballestas, y herimos mas de la tercia parte de aquellas gentes; por manera que volvieron con la mala ventura por donde habian venido; y luego alzamos áncoras é dimos vela, é seguimos costa á costa hasta que llegamos á una punta muy grande; y era tan mala de doblar, y las corrientes muchas, que no podíamos ir adelante; y el piloto Anton de Aluminos dijo al General que no era bien navegar mas aquella derrota, é para ello se dieron muchas causas, y luego se tomó consejo de lo que se habia de hacer, y fué acordado que diésemos la vuelta á la isla de Cuba, lo uno porque ya entraba el invierno é no habia bastimentos, é un navío hacia mucho agua, y los capitanes desconformes, porque el Juan de Grijalva decia que queria poblar, y el Francisco Montejo é Alonso de Avila decian que no se podian sustentar por causa de los muchos guerreros que en la tierra habia; é tambien todos nosotros los soldados estábamos hartos é muy trabajados de andar por la mar. Así que dimos vuelta á todas velas, y las corrientes que nos ayudaban, en pocos dias llegamos en el paraje del gran río de Guacacualco, é no pudimos estar por ser el tiempo contrario, y muy abrazados con la tierra entramos en el río de Tonala, que se puso nombre entonces San Anton, é allí se dió carena al un navío que hacia mucha agua, y puesto que totó tres veces al estar en la barra, que es muy baja; y estando aderezando nuestro navío vinieron muchos indios del puerto de Tonala, que estaba una legua de allí, é trujeron pan de maíz y pescado é fruta, y con buena voluntad nos lo dieron; y el Capitán les hizo muchos halagos é les mandó dar cuentas verdes y diamantes, é les dijo por señas que trujesen oro á rescatar, é que les daríamos de nuestro rescate; é traían joyas de oro bajo, é se les daban cuentas por ello. Y desde que lo supieron los de Guacacualco é de otros pueblos comarcanos que rescatábamos, tambien vinieron ellos con sus piececuelas, é llevaron cuentas verdes, que aquellos tenían en mucho. Pues demás de aquesto rescate, traían comunmente todos los indios de aquella provincia unas luchas de cobre muy lucidas, como por gentileza é á manera de armas, con unos cabos de palo muy pintados, y nosotros creimos que eran de oro bajo, é comenzamos á rescatar dellas; digo que en tres dias se hubieron mas de seiscientas dellas, y estábamos muy contentos con ellas, creyendo que eran de oro bajo, é los indios mucho mas con las cuentas; mas todo salió vano, que las luchas eran de cobre é las cuentas un poco de nada. É un marinero habia rescatado secretamente siete luchas y estaba muy alegre con ellas, y parece ser que otro marinero lo dijo al Capitán, é mandóle que las diese; y porque rogamos por él, se las dejó, creyendo que eran de oro. Tambien me acuerdo que un soldado que se decía Bartolomé Pardo fué á una casa de idolos, que ya ha-

dicho que se decía cues, que es como quien dice casa de sus dioses, que estaba en un carro alto, y en aquella casa halló muchos ídolos, é copal, que es como incienso, que es con que zahuman, y cuchillos de pedernal, con que sacrificaban é relajaban, é unas arcas de madera, y en ellas muchas piezas de oro, que eran diademas é collares, é dos ídolos, y otros como cuentas; y aquel oro tomó el soldado para sí, y los ídolos del sacrificio trujo al Capitan. Y no faltó quien le vió é lo dijo al Grijalva, y se lo quería tomar; é rogámosle que se lo dejase; y como era de buena condicion, que sacado el quinto de su majestad, que lo demás fuese para el pobre soldado; y no valia ochenta pesos. Tambien quiero decir cómo yo sembré unas pepitas de naranjas junto á otras casas de ídolos, y fué desta manera: que como habia muchos mosquitos en aquel rio, fuíme á dormir á una casa alta de ídolos, é allí junto á aquella casa sembré siete ú ocho pepitas de naranjas que habia traído de Cuba, é nacieron muy bien; porque parece ser que los papas de aquellos ídolos les pusieron defensa para que no las comiesen hormigas, é las regaban é limpiaban desde que vieron que eran plantas diferentes de las suyas. He traído aqui esto á la memoria para que se sepa que estos fueron los primeros naranjos que se plantaron en la Nueva-España, porque después de ganado Méjico é pacíficos los pueblos sujetos de Guacacualco, túvose por la mejor provincia, por causa de estar en la mejor comodacion de toda la Nueva-España, así por las minas, que las habia, como por el buen puerto, y la tierra de suyo rica de oro y de pastos para ganados; á este efecto se pobló de los mas principales conquistadores de Méjico, é yo fui uno, é fui por mis naranjos y traspúselos, é salieron muy buenos. Bien sé que dirán que no hace al propósito de mi relacion estos cuentos viejos, y déjallos he; é diré cómo quedaron todos los indios de aquellas provincias muy contentos, é luego nos embarcamos y vamos la vuelta de Cuba, y en cuarenta y cinco dias, unas veces con buen tiempo y otras veces con contrario, llegamos á Santiago de Cuba, donde estaba el gobernador Diego Velazquez, y él nos hizo buen recibimiento; y desde vió el oro que traíamos, que seria cuatro mil pesos, é con el que trujo primero el capitan Pedro de Albarado seria por todo unos veinte mil pesos, unos decian mas é otros decian menos, é los oficiales de su majestad sacaron el real quinto; é tambien trujeron las seiscientas liabras que parecian de oro, é cuando las trujeron para quintar estaban tan mohosas, en fin como cobre que era, y allí hubo bien que reir y decir de la burla y del rescate. Y el Diego Velazquez con todo esto estaba muy contento, puesto que parecia estar mal con el pariente Grijalva; é no tenia razon, sino que el Alfonso de Avila era mal acondicionado, y decia que el Grijalva era para poco, é no faltó el capitan Montejo, que le ayudó de mal. Y cuando esto pasó, ya habia otras pláticas para enviar otra armada, é á quién elegirian por capitan.

CAPITULO XVII.

Cómo Diego Velazquez envió á Castilla á su procurador.

Y aunque les parecen á los lectores que va fuera de nuestra relacion esto que yo traigo aqui á la memoria

antes que entro en lo del capitan Hernando Cortés, conviene que se diga por las causas que adelante se verán, é tambien porque en un tiempo acedeen dos ó tres cosas, y por fuerza hemos de hablar de una, la que mas viene al propósito. Y el caso es que, como ya he dicho, cuando llegó el capitan Pedro de Albarado á Santiago de Cuba con el oro que hubimos de las tierras que descubrimos, y el Diego Velazquez temió que primero que él hiciese relacion á su majestad, que algun caballero privado en corte tenia relacion dello y le hurtaba la bendicion, á esta causa envió el Diego Velazquez á un su capellan, que se decía Benito Martinez, hombre que entendia muy bien de negocios, á Castilla con probanzas, é cartas para don Juan Rodriguez de Fouseca, obispo de Burgos, é se nombraba arzobispo de Itosano, y para el licenciado Luis Zapata é para el secretario Lope Conchillos, que en aquella sazón entendian en las cosas de las Indias, y Diego Velazquez era muy servidor del Obispo y de los demás oidores, y como tal les dió pueblos de indios en la isla de Cuba, que les sacaban oro de las minas, é á esta causa hacia mucho por el Diego Velazquez, especialmente el obispo de Burgos, é no dió ningun pueblo de indios á su majestad, porque en aquella sazón estaba en Flándes; y demás de les haber dado los indios que dicho tengo, nuevamente envió á estos oidores muchas joyas de oro de lo que habíamos enviado con el capitan Albarado, que eran veinte mil pesos, segun dicho tengo, é no se haria otra cosa en el real consejo de Indias sino lo que aquellos señores mandaban; é lo que enviaba á negociar el Diego Velazquez era que le diesen licencia para rescatar é conquistar é poblar en todo lo que habia descubierto y en lo que mas descubriese, y decia en sus relaciones é cartas que habia gastado muchos millares de pesos de oro en el descubrimiento. Por manera que el capellan Benito Martinez fué á Castilla y negoció todo lo que pidió, é non mas cumplidamente; que trujo provision para el Diego Velazquez para ser adelantado de la isla de Cuba. Pues ya negociado lo aqui por mi dicho, no dieron tan presto los despachos, que primero no saliese Cortés con otra armada. Quedarse ha aqui, así los despachos del Diego Velazquez como la armada de Cortés, é diré cómo estando escribiendo esta relacion vi una coronica del coronista Francisco Lopez de Gómora, y habla en lo de las conquistas de la Nueva-España é Méjico, é lo que sobre ello me parece declarar, adonde hubiere contradicion sobre lo que dice el Gómora, lo diré segun y de la manera que pasó en las conquistas, y va muy diferente de lo que escribe, porque todo es contrario de la verdad.

CAPITULO XVIII.

De algunas advertencias acerca de lo que escribe Francisco Lopez de Gómora, mal informado, en su historia.

Estando escribiendo esta relacion, acaso vi una historia de buen estilo, la cual se nombra de un Francisco Lopez de Gómora, que habla de las conquistas de Méjico y Nueva-España, y cuando leí su gran retórica, y como mi obra estan grosera, dejó de escribir en ella, y aun tuve vergüenza que pareciese entre personas notables; y estando tan perplejo como digo, torné á leer y á mirar las razones y pláticas que el Gómora en sus libros

do, é vi que desde el principio y medio hasta el fin llevaba buena relacion, y va muy contrario de lo que pasó en la Nueva-España; y cuando entró á decir las grandes ciudades, y tantos números que dice había de vecinos en ellas, que tanto se le dió poner como ocho mil. Pues de aquellas grandes matanzas dice que hacíamos, siendo nosotros obra de cuantos soldados los que andábamos en la guerra, que teníamos de defendernos que no nos matasen ó de vencerla; que aunque estuvieran los indios, no hiciéramos tantas muertes y crueldades dice que hicimos; que juro amen que cada dia me rogando á Dios y á nuestra Señora no nos matasen. Volviendo á nuestro cuento, Atlatrico, visisimorrey, é Atila, muy soberbió guerrero, en los catalanes no hicieron tantas muestras de hombre como dice que hacíamos. Tambien dice que derribamos y abramos muchas ciudades y templos, que en esas cuevas, donde tienen sus ídolos, y en aquello le llaman á Gómora que aplice mucho á los oyentes que en su historia, y no quiso ver ni entender cuando escribia que los verdaderos conquistadores y cronistas que saben lo que pasó, claramente le dice que en su historia en todo lo que escribe se engaña en las demás historias que escribe de otras cosas del arte del de la Nueva-España, tambien irá todo lo que es lo bueno que ensalza á unos capitanes y á otros; y los que no se hallaron en las conquistas que fueron capitanes, y que un Pedro Dircio fué capitán cuando el desbarate que hubo en un pueblo le pusieron nombre Almería; porque el que fué capitán en aquella entrada fué un Juan de Escalante, murió en el desbarate con otros siete soldados; y que un Juan Velazquez de Loon fué á poblar Gualeco; mas la verdad es así: que un Gonzalo de Oval, natural de Avila, lo fué á poblar. Tambien como Cortés mandó quemar un indio que se llamaba Popoca, capitán de Montezuma, sobre la poca que se quemó. El Gómora no acierta tambien lo dice de la entrada que fuimos á un pueblo é fortaleza Anga escribelo, mas no como pasó. Y de lo que en los arenales alzamos á Cortés por capitán y justicia mayor, en todo le engañaron. Pues como de un pueblo que se dice Chamula, en la provincia Chiapa, tampoco acierta en lo que escribe. Pues como peor dice, que Cortés mandó secretamente sacar los once navios en que habíamos venido; ante público, porque claramente por consejo de todos los demás soldados mandó dar con ellos al través de vista, porque nos ayudase la gente de la mar que nos estaba, á velar y guerrear. Pues en lo de Juan de Oval, siendo buen capitán, le deshace é disminuye. En lo de Francisco Fernandez de Córdoba, habiendo cubierto lo de Yucatan, lo pasa por alto. Y en lo de el alcaide de Garay dice que vino é primero con cuatro de lo de Pánuco antes que viniese con la armada; en lo cual no acierta, como en lo demás. Pues en lo que escribe de cuando vino el capitán Narváez de cómo le desbaratamos, escribe segun é como las cosas. Pues en las batallas de Tuxtepec hasta decir las paces, en todo escribe muy lejos de lo

que pasó. Pues las guerras de Méjico de cuando nos desbarataron y echaron de la ciudad, é nos mataron é sacrificaron sobre ochocientos y sesenta soldados; digo otra vez sobre ochocientos y sesenta soldados, porque de mil trecientos que entramos al socorro de Pedro de Albarado, é ibamos en aquel socorro los de Narvaéz é los de Cortés, que eran los mil y trecientos que he dicho, no escapamos sino cuatrocientos y cuarenta, é todos heridos, y dicelo de manera como si no fuera nada. Pues desde que tornamos á conquistar la gran ciudad de Méjico é la ganamos, tampoco dice los soldados que nos mataron é hirieron en las conquistas, sino que todo lo hallábamos como quien va á bodas y regocijos. ¿Para qué meto yo aquí tanto la pluma en contar cada cosa por sí, que es gastar papel y tinta? Porque si en todo lo que escribe va de aquesta arte, es gran lástima; y puesto que él lleve buen estilo, habia de ver que para que diese fe á lo demás que dice, que en esto se habia de esmerar. Dejemos esta plática, é volveré á mi materia; que después de bien mirado todo lo que he dicho que escribe el Gómora, que por ser tan lejos de lo que pasó es en perjuicio de tantos, torno á proseguir en mi relacion é historia; porque dicen sabios varones que la buena política y agraciado componer es decir verdad en lo que escribieren, y la mera verdad resiste á mi rudeza; y mirando en esto que he dicho, acordé de seguir mi intento con el ornato y pláticas que adelante se verán, para que salga á luz y se vean las conquistas de la Nueva-España claramente y como se han de ver, y su majestad sea servido conocer los grandes é notables servicios que le hicimos los verdaderos conquistadores, pues tan pocos soldados como venimos á estas tierras con el venturoso y buen capitán Hernando Cortés, nos pusimos á tan grandes peligros y le ganamos esta tierra, que es una buena parte de las del Nuevo-Mundo, puesto que su majestad, como cristianísimo rey y señor nuestro, nos lo ha mandado muchas veces gratificar; y dejaré de hablar acerca desto, porque hay mucho que decir.

Y quiero volver con la pluma en la mano, como el buen piloto lleva la sonda por la mar, descubriendo los bajos cuando siente que los hay, así haré yo en caminar á la verdad de lo que pasó la historia del coronista Gómora, y no será todo en lo que escribe, porque si parte por parte se hubiese de escribir, seria mas la cosa en coger la rebusca que en las verdaderas vendimias. Digo que sobre esta mi relacion pueden los coronistas sublimar é dar lo que quisieren, así al capitán Cortés como á los fuertes conquistadores, pues tan grande y santa empresa salió de nuestras manos, pues ello mismo da fe muy verdadera; y no son cuentos de naciones extrañas, ni sueños ni porfías, que ayer pasó á manera de decir, sino vean toda la Nueva-España qué cosa es, y lo que sobre ello escriben. Dirémos lo que en aquellos tiempos nos hallamos ser verdad, como testigos de vista, é no estaremos hablando las contradicciones y falsas relaciones (como decimos) de los que escribieron de oídas, pues sabemos que la verdad es cosa sagrada, y quiero dejar de mas hablar en esta materia; y aunque habia bien que decir della é lo que sé, sospecho del coronista que le dieron falsas relaciones cuando hacia aquella

historia; porque toda la honra y prez della la dió solo al marqués don Hernando Cortés, é no hizo memoria de ninguno de nuestros valerosos capitanes y fuertes soldados; y bien se parece en todo lo que el Gómora escribe en su historia serle muy aficionado, pues á su hijo, el marqués que agora es, le eligió su coronica é obra, é la dejó de elegir á nuestro rey y señor; y no solamente el Francisco Lopez de Gómora escribió tantos horrones é cosas que no son verdaderas, de que ha hecho mucho daño á muchos escritores é coronistas que después del Gómora han escrito en las cosas de la Nueva-España, como es el doctor Illescas y Pablo Iovio, que se van por sus mismas palabras y escriben ni mas ni menos que el Gómora. Por manera que lo que sobre esta materia escribieron es porque les ha hecho errar el Gómora.

CAPITULO XIX.

Cómo venimos otra vez con otra armada á las tierras nuevamente descubiertas, y por capitán de la armada Hernando Cortés, que después fue marqués del Valle y tuvo otros títulos, y de las contrariedades que hubo para le estorbar que no fuese capitán.

En 15 días del mes de noviembre de 1518 años, vuelto el capitán Juan de Grijalva de descubrir las tierras nuevas (como dicho habemos), el gobernador Diego Velazquez ordenaba de enviar otra armada muy mayor que las de antes, y para ello tenia ya diez navios en el puerto de Santiago de Cuba; los cuatro dellos eran en los que volvimos cuando lo de Juan de Grijalva, porque luego les hizo dar carena y adobar, y los otros seis recogieron de toda la isla, y los hizo proveer de bastimento, que era pan cazabe y tocino, porque en aquella sazón no habia en la isla de Cuba ganado vacuno ni carneros, y este bastimento no era para mas de hasta llegar á la Habana, porque allí habíamos de hacer todo el matalote, como se hizo. Y dejemos de hablar en esto, y volvamos á decir las diferencias que se hubo en elegir capitán para aquel viaje. Habia muchos debates y contrariedades, porque ciertos caballeros decian que viniese un capitán muy de calidad, que se decia Vasco Porcallo, pariente cercano del conde de Feria, y temiése el Diego Velazquez que se alzaría con la armada, porque era atrevido; otros decian que viniese un Agustín Bermúdez ó un Antonio Velazquez Borrego ó un Bernardino Velazquez, parientes del gobernador Diego Velazquez; y todos los mas soldados que allí nos hallamos decian que volviese el Juan de Grijalva, pues era buen capitán y no habia falta en su persona y en saber mandar. Andando las cosas y conciertos desta manera que aquí he dicho, dos grandes privados del Diego Velazquez, que se decian Andrés de Duero, secretario del mismo gobernador, y un Amador de Lurez, contador de su majestad, hicieron secretamente compañía con un buen hidalgo, que se decia Hernando Cortés, natural de Medellín, el cual fué hijo de Martín Cortés de Monroy y de Catalina Pizarro Altamirano, é ambos hijosdalgo, aunque pobres; é así era por la parte de su padre Cortés y Monroy, y la de su madre Pizarro é Altamirano: fué de los buenos linajes de Extremadura, é tenia indios de encomienda en aquella isla, é poco

tiempo habia que se habia casado por amores con una señora que se decia doña Catalina Suarez Pacheco, y esta señora era hija de Diego Suarez Pacheco, ya difunto, natural de la ciudad de Avila, y de María de Mercaida, vizcaina y hermana de Juan Suarez Pacheco, y este, después que se ganó la Nueva-España, fué vecino y encomendado en México; y sobre este casamiento de Cortés le sucedieron muchas pesadumbres y prisiones; porque Diego Velazquez favoreció las partes della, como mas largo contarán otros; y así pasaré adelante y diré acerca de la compañía, y fué desta manera: que concertaron estos dos grandes privados del Diego Velazquez que le hiciesen dar á Hernando Cortés la capitania general de toda la armada, y que partieran entre todos tres la ganancia del oro y plata y joyas de la parte que le cupiese á Cortés; porque secretamente el Diego Velazquez enviaba á rescatar, y no á poblar. Pues hecho este concierto, tienen tales modos el Duero y el contador con el Diego Velazquez, y le dicen tan buenas y melosas palabras, loando mucho á Cortés, que es persona en quien cube aquel cargo, y para capitán muy esforzado, y que le sería muy fiel, pues era su ahijado, porque fué su padrino cuando Cortés se veló con doña Catalina Suarez Pacheco; por manera que le persuadieron á ello y luego se eligió por capitán general; y el Andrés de Duero, como era secretario del Gobernador, no tardó de hacer las provisiones, como dice en el refrán, de muy buena tinta, y como Cortés las quiso bastantes, y se las trujo firmadas. Ya publicada su elección, á unas personas les placía y á otras les pesaba. Y un domingo, yendo á misa el Diego Velazquez, como era gobernador, ibanle acompañando las mas nobles personas y vecinos que habia en aquella villa, y llevaba á Hernando Cortés á su lado derecho por le honrar; é iba delante del Diego Velazquez un truhán que se decia Cervantes el Loco, haciendo gestos y chocarrerías: «A la gala de mi amo; Diego, Diego, ¿qué capitán has elegido? Que es de Medellín de Extremadura, capitán de gran ventura. Mas temo, Diego, no se te alce con el armada; que le juzgo por muy gran varón en sus cosas.» Y decia otras locuras, que todas iban inclinadas á malicia. Y porque lo iba diciendo de aquella manera le dió de pascosazos el Andrés de Duero, que iba allí junto con Cortés, y le dijo: «Calla, borracho, loco, no seas mas bellaco; que bien entendido tenemos que esas malicias, so color de gracias, no salen de tí;» y todavía el loco iba diciendo: «Viva, viva la gala de mi amo Diego y del su venturoso capitán Cortés. E juro á tal, mi amo Diego, que por no te ver llorar tu mal recaudo que ahora has hecho, yo me quiero ir con Cortés á aquellas ricas tierras.» Tóvose por cierto que dieron los Velazquez parientes del Gobernador ciertos pesos de oro á aquel chocarrero porque dijese aquellas malicias, so color de gracias. Y todo salió verdad como lo dijo. Dicen que los locos muchas veces aciertan en lo que hablan; y fué elegido Hernando Cortés, por la gracia de Dios, para ensalzar nuestra santa fe y servir á su majestad, como adelante se dirá.

CAPITULO XX.

las cosas que hizo y entendió el capitan Hernando Cortés después que fué elegido por capitan, como dicho es.

Como ya fué elegido Hernando Cortés por general de la armada que dicho tengo, comenzó á buscar género de armas, así escopetas como pólvora y las, é todos cuantos pertrechos de guerra pudo buscar, todas cuantas maneras de rescate, y algunas cosas pertenecientes para aquel viaje. E de esto, se comenzó de putir é obellidar en su patrimonio mas que de antes, é se puso un penacho mas con su medalla de oro, que le parecia muy bien. Pues para hacer aquestos gastos que he dicho no le què, porque en aquella sazón estaba muy aducado y pobre, puesto que tenía buenos indios de encomenda y le daban buena renta de las minas de oro; mas gastaba en su persona y en atavios de su mujer, ya recién casado. Era apacible en su persona y listo y de buena conversacion, y había sido dos años alcalde en la villa de Santiago de Boroco, adonde vino, porque en aquellas tierras se tiene por muy honra. Y como ciertos mercaderes amigos suyos, le decian Jaime Tria ó Jerónimo Tria y un Pedro Ruiz, le vieron con capitania y prosperado, le presentaron mil pesos de oro y le dieron otras mercancías sobre la renta de sus indios, y luego hizo hacer lazadas de oro, que puso en una ropa de terciopelo, y mandó hacer estandartes y banderas labradas con las armas reales y una cruz de cada parte, delante con las armas de nuestro rey y señor, con un león en latín, que decía: « Hermanos, sigamos al de la santa cruz con la verdadera, que con ella venceremos; » y luego mandó dar pregones y tocar sus cornos y trompetas en nombre de su majestad, y en el nombre por Diego Velazquez, para que cualesquier personas que quisiesen ir en su compañía á las nuevamente descubiertas á las conquistar y donde darian sus partes del oro, plata y joyas que se ganasen, y encomiendas de indios después de pacificada, para ello tenía el Diego Velazquez de su majestad puesto que se pregono aquesto de la licencia del nuestro señor, aun no había venido con ella de la el capellan Benito Martínez, que fué el que el Velazquez hubo despachado á Castilla para que le diese, como dicho tengo en el capitulo que dello es. Pues como se supo esta nueva en toda la isla de Cuba, también Cortés escribió á todas las villas á sus señores que se aparejasen para ir con él á aquel viaje, y vendian sus haciendas para buscar armas y caballos, y por començaban á hacer caza y salar tocinos y matar el venado, y se colchaban armas y se apercebían que habían menester lo mejor que podían. De manera que nos juntamos en Santiago de Cuba, donde saqué la armada, mas de treientos soldados; y de la del mismo Diego Velazquez vinieron los mas valientes que tenía en su servicio, que era un Diego de Alvarado, su mayordomo mayor, y á este el mismo Velazquez lo envió para que mirase y entendiese no hubiese alguna mala trama en la armada; que siempre le temía de Cortés, aunque lo disimulaba; y vino un

HA-11.

Francisco de Morla y un Escobar y un Heredia, y Juan Ruano y Pedro Escudero, y un Martín Ramos de Laredo, vizcaíno, y otros muchos que eran amigos y panaguados del Diego Velazquez. E yo me pongo á la postre, ya que estos soldados pongo aquí por memoria, y no á otros, porque en su tiempo y sazón los nombraré á todos los que se me acordare. Y como Cortés andaba muy solícito en aviar su armada, y en todo se daba mucha prisa, como ya la malicia y envidia reinaba siempre en aquellos deudos del Diego Velazquez, estaban afrentados cómo no se sabía el pariente dellos, y dió aquel cargo y capitania á Cortés, sabiendo que le había, teniendo por su grande enemigo pocos días había sobre el casamiento de la mujer de Cortés, que se decía Catalina Suarez la Marcaida (como dicho tengo); y á esta causa andaban mormurando del pariente Diego de Velazquez y aun de Cortés, y por todas las vías que podían le revolvían con el Diego Velazquez para que en todas maneras le revocasen el poder; de lo cual tenía dello aviso el Cortés, y á esta causa no se quitaba de la compañía de estar con el Gobernador y siempre mostrándose muy gran su servidor. El decía que le había de hacer muy ilustre señor é rico en poco tiempo. Y demás desto, el Andrés de Duero avisaba siempre á Cortés que se diese prisa en embarcar, porque ya tenían trastocado al Diego Velazquez con importunidades de aquellos sus parientes los Velazquez. Y desde aquello vió Cortés, mandó á su mujer doña Catalina Suarez la Marcaida que todo lo que hubiese de llevar de bastimentos y otros regalos que suelen hacer para sus maridos, en especial para tal jornada, se llevase luego á embarcar á los navios. E ya tenía mandado apregonar é apregonado, é apercebidos á los maestres y pilotos y á todos los soldados, que para tal día y noche no quedase ninguno en tierra. Y desde aquello tuvo mandado y los vió todos embarcados, se fué á despedir del Diego Velazquez, acompañado de aquellos sus grandes amigos y compañeros, Andrés de Duero y el contador Amador de Laredo, y todos los mas nobles vecinos de aquella villa; y después de muchos ofrecimientos y abrazos de Cortés al Gobernador y del Gobernador á Cortés, se despidió dél; y otro día muy de mañana, después de haber oído misa, nos fuimos á los navios, y el mismo Diego Velazquez lo tornó á acompañar, y otros muchos hidalgos, hasta acercarnos á la vela, y con próspero tiempo en pocos días llegamos á la villa de la Trinidad; y tomado puerto y saltados en tierra, lo que allí le avino á Cortés adelante se dirá. Aquí en esta relacion verán lo que á Cortés le acaeció y las contrariedades que tuvo hasta elegir por capitan y todo lo demás ya por mí dicho; y sobre ello miren lo que dice Gómara en su historia, y hallarán ser muy contrario lo uno de lo otro, y cómo á Andrés de Duero, siendo secretario que mandaba la isla de Cuba, le hace mercader, y al Diego de Ordás, que vino ahora con Cortés, dijo que había venido con Grijalva. Dejemos al Gómara y á su mala relacion, y digamos cómo desembarcamos con Cortés en la villa de la Trinidad.

CAPITULO XXI.

De lo que Cortés hizo desde que llegó á la villa de la Trinidad, y de los caballeros y soldados que allí nos juntamos para ir en su compañía, y de lo que mas le avino.

E así como desembarcamos en el puerto de la villa de la Trinidad, y salidos en tierra, y como los vecinos lo supieron, luego fueron á recibir á Cortés y á todos nosotros los que veníamos en su compañía, y á darnos el parabien venido á su villa, y llevaron á Cortés á aposentar entre los vecinos, porque habia en aquella villa poblados muy buenos hidalgos; y luego mandó Cortés poner su estandarte delante de su posada y dar pregones, como se habia hecho en la villa de Santiago, y mandó buscar todas las ballestas y escopelas que habia, y comprar otras cosas necesarias y aun bastimentos; y de aquesta villa salieron hidalgos para ir con nosotros, y todos hermanos, que fué el capitán Pedro de Albarado y Gonzalo de Albarado y Jorge de Albarado y Gonzalo y Gomez é Juan de Albarado el viejo, que era bastardo; el capitán Pedro de Albarado es el por muy muchas veces nombrado; é tambien salió de aquesta villa Alonso de Avila, natural de Avila, capitán que fué cuando lo de Grijalva, é salió Juan de Escalante é Pedro Sanchez Farfan, natural de Sevilla, y Gonzalo Mejia, que fué tesoroero en lo de Méjico, é un Baena y Juanes de Fuenterrabia, y Cristóbal de Oli, que fué forzado, que fué maestre de campo en la toma de la ciudad de Méjico y en todas las guerras de la Nueva-España, é Ortiz el músico, é un Gaspar Sanchez, sobrino del tesoroero de Cuba, é un Diego de Pineda ó Pinedo, y un Alonso Rodriguez, que tenia unas minas ricas de oro, y un Bartolomé Garcia y otros hidalgos que no me acuerdo sus nombres, y todas personas de mucha valla. Y desde la Trinidad escribió Cortés á la villa de Santispiritus, que estaba de allí diez y ocho leguas, haciendo saber á todos los vecinos cómo iba á aquel viaje á servir á su majestad, y con palabras sabrosas é ofrecimientos para atraer á sí muchas personas de calidad que estaban en aquella villa poblados, que se decian Alonso Hernandez Puertocarrero, primo del conde de Medellín, y Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor é gobernador que fué ocho meses, y capitán que después fué en la Nueva-España, y á Juan Velazquez de Leon, pariente al Diego Velazquez, y Rodrigo Rangel y Gonzalo Lopez de Jimena y su hermano Juan Lopez, y Juan Sedeño. Este Juan Sedeño era vecino de aquella villa; y declarólo así porque habia en nuestra armada otros dos Juan Sedeños; y todos estos que he nombrado, personas muy generosas, vinieron á la villa de la Trinidad, donde Cortés estaba; y como lo supo que venian, los salió á recibir con todos nosotros los soldados que estábamos en su compañía, y se dispararon muchos tiros de artillería y les mostró mucho honor, y ellos le tenían grande acato. Digamos ahora cómo todas las personas que he nombrado, vecinos de la Trinidad, tenían en sus estancias, donde hacian el pan cazabe; y mandadas de puercos cerca de aquella villa, y cada uno procuró de poner el mas bastimento que podia. Pues estando desta manera recogiendo soldados y comprando caballos, que en aquella sazón é tiempo no los habia,

sino muy pocos y caros; y como aquel hidalgo por mí ya nombrado, que se decia Alonso Hernandez Puertocarrero, no tenia caballo ni aun de qué comprarlo, Cortés le compró una yegua rucia y dió por ella unas lazadas de oro que traia en la ropa de terciopelo que mandó hacer en Santiago de Cuba (como dicho tengo); y en aquel instante vino un navio de la Habana á aquel puerto de la Trinidad, que traia un Juan Sedeño, vecino de la misma Habana, cargado de pan cazabe y tocinos, que iba á vender á unas minas de oro cerca de Santiago de Cuba; y como saltó en tierra el Juan Sedeño, fué á besar las manos á Cortés, y después de muchas pláticas que tuvieron, le compró el navio y tocinos, y cazabe fiado, y se fué el Juan de Sedeño con nosotros. Ya teniamos once navios, y todo se nos hacia prósperamente, gracias á Dios por ello; y estando de la manera que he dicho, envió Diego Velazquez cartas y mandamientos para que detengan la armada á Cortés, lo cual verán adelante lo que pasó.

CAPITULO XXII.

Cómo el gobernador Diego Velazquez envió dos criados suyos en posta á la villa de la Trinidad con poderes y mandamientos para revocar á Cortés el poder de ser capitán y tomalle la armada, y lo que pasó diré adelante.

Quiero volver algo atrás de nuestra plática para decir que como salimos de Santiago de Cuba con todos los navios de la manera que he dicho, dijeron á Diego Velazquez tales palabras contra Cortés, que le hicieron volver la hoja; porque le acusaban que ya iba alzado y que salió del puerto como á cencerros tapados, y que le habian oído decir que aunque pesase al Diego Velazquez habia de ser capitán, y que por este efecto habia embarcado todos sus soldados en los navios de noche, para si le quitasen la capitania por fuerza hacerse á la vela, y que le habian engañado al Velazquez su secretario Andrés de Duero y el contador Amador de Lares, y que por tratos que habia entre ellos y entre Cortés, que le habian hecho dar aquella capitania. E quien mas metió la mano en ello para convocar al Diego Velazquez que le revocase luego el poder eran sus parientes Velazquez, y un viejo que se decia Juan Millan, que le llamaban el Astrólogo; otros decian que tenia ramos de locura é que era atronado, y este viejo decia muchas veces al Diego Velazquez: «Mira, Señor, que Cortés se vengará ahora de vos de cuando le tuvistes preso, y como es mañoso, os ha de echar á perder si no lo remediais presto.» A estas palabras y otras muchas que le decian dió oídos á ellas, y con mucha brevedad envió dos nozcos de espuelas, de quien se fiaba, con mandamientos y provisiones para el alcalde mayor de la Trinidad, que se decia Francisco Verdugo, el cual era cuñado del mismo Gobernador; en las cuales provisiones mandaba que en todo caso le detuviesen el armada á Cortés, porque ya no era capitán, y le habian revocado poder y dado á Vasco Porcallo. Y tambien traian cartas para Diego de Ordás y para Francisco de Morla y para todos los amigos y parientes del Diego Velazquez, para que en todo caso le quitasen la armada. Y como Cortés lo supo, habló secretamente al Ordás y á todos aquellos soldados y vecinos de la Trinidad que le pare-

Cortés que serian en favorecer las provisiones del condador Diego Velazquez, y tales palabras y ofertas le hizo, que los trujo á su servicio; y aun el mismo día de Ordás habló é convocó luego á Francisco Verdad, que era alcalde mayor, que no hablasen en el pueblo, sino que lo disimulasen; y púsole por delante de esta allí no habia visto ninguna novedad en Cortés, antes se mostraba muy servidor del Gobernador; que en algo se quisiesen poner por el Velazquez, quitalle la armada en aquel tiempo, que Cortés tenía muchos hidalgos por amigos, y enemigos del Diego Velazquez porque no les habia dado buenos indios; y de los hidalgos sus amigos, tenía grande copia de soldados y estaba muy pujante, y que seria meter en la villa, é que por ventura los soldados le sacaran lo que le robaban é harian otro peor desorden; y así, se quedó sin hacer bullicio; y el uno de espuelas de los que tenían las cartas y recaudación fué con nosotros, el cual se decía Pedro Laso, y el otro mensajero escribió Cortés muy mansa y humildemente al Diego Velazquez que se maravillaba de la merced de haber tomado aquel acuerdo, y que no es servir á Dios y á su majestad, y á él en su nombre; y que lo suplicaba que no oyese mas á los señores sus deudos los Velazquez, ni por un loco, como era Juan Millan, se mudase. Y también escribió á todos sus amigos, en especial al Duero Contador, sus compañeros; y después de haber escrito, mandó entender á todos los soldados en aderezar las armas, y á los herreros que estaban en aquella villa, siempre hiciesen casquillos, y á los ballesteros que tenían almacen para que tuviesen muchas saetas, bien atrujo y convocó á los herreros que se fueron con nosotros, y así lo hicieron; y estuvimos en la villa doce días, donde lo dejuré, y diré cómo embarcamos para ir á la Habana. También quiero contar los que esto leyeren la diferencia que hay de la acción de Francisco Gómara cuando dice que envió al Diego Velazquez á Ordás que convidase á Cortés en un navio y lo llevase preso á Santiago. En otras cosas en su Corónica, que por no me alargaré de dejar de decir, y al parecer de los curiosos lectores es mejor camino lo que se vió por vista de ojos ó lo que dice el Gómara, que no lo vió. Volvamos á nuestra historia.

CAPITULO XXIII.

El capitán Hernando Cortés se embarcó con todos los demás señores y soldados para ir por la banda del sur al puerto de la Habana, y envió otro navio por la banda del norte al mismo tiempo, y lo que mas le sucedió.

Después que Cortés vió que en la villa de la Trinidad tenían en qué entender, aperció á todos los señores y soldados que allí se habian juntado para ir en compañía, que embarcasen juntamente con él en los navios que estaban en el puerto de la banda del sur, que por tierra quisiesen ir, fuesen hasta la Habana á Pedro de Albarado, para que fuese recogiendo los soldados, que estaban en unas estancias que era de la misma Habana; porque el Pedro de Albarado

era muy apacible, y tenía gracia en hacer gente de guerra. Yo fui en su compañía por tierra, y mas de otros cincuenta soldados. Dejemos esto, y diré que también mandó Cortés á un hidalgo que se decía Juan de Escalante, muy su amigo, que se fuese en un navio por la banda del norte. Y también mandó que todos los caballos fuesen por tierra. Pues ya despachado todo lo que dicho tengo, Cortés se embarcó en la nao capitana con todos los navios para ir la derrota de la Habana. Parece ser que las naos que llevaba en conserva no vieron á la Capitana, donde iba Cortés, porque era de noche, y fueron al puerto; y asimismo llegamos por tierra con Pedro de Albarado á la villa de la Habana; y el navio en que venia Juan de Escalante por la banda del norte también habia llegado, y todos los caballos que iban por tierra; y Cortés no vino, ni sabian dar razón del ni dónde quedaba; y pasáronse cinco días, y no habia nuevas ningunas de su navio, y teníamos sospecha no se hubiese perdido en los Jardines, que es cerca de las islas de Pinos, donde hay muchos bajos, que son diez ó doce leguas de la Habana; y fué acordado por todos nosotros que fuesen tres navios de los de menor porte en busca de Cortés; y en aderezar los navios y en debates, vaya Fulano, vaya Zutano, ó Pedro ó Sancho, se pasaron otros dos días y Cortés no venia; y habia entre nosotros bandos y medio chirimolas sobre quién seria capitán hasta saber de Cortés; y quien mas en ello metió la mano fué Diego de Ordás, como mayordomo mayor del Velazquez, á quien enviaba para entender solamente en lo de la armada, no se le alzase con ella. Dejemos esto, y volvamos á Cortés, que como venia en el navio de mayor porte (como antes tengo dicho), en el paraje de la isla de Pinos ó cerca de los Jardines hay muchos bajos, parece ser tocó y quedó algo en seco el navio, é no pudo navegar, y con el batel mandó descargar toda la carga que se pudo sacar, porque allí cerca habia tierra, donde lo descendieron; y desde que vieron que el navio estuvo en fioto y podía nadar, le metieron en mas hondo, y tornaron á cargar lo que habian descargado en tierra, y dió vela; y fué su viaje hasta el puerto de la Habana; y cuando llegó, todos los mas de los caballeros y soldados que le aguardábamos nos alegramos con su venida, salvo algunos que pretendian ser capitanes; y cesaron las chirimolas. Y después que le presentamos en la casa de Pedro Barba, que era el principal de aquella villa por el Diego Velazquez, mandó sacar sus estandartes, y ponellos delante de las casas donde posaba; y mandó dar pregones segun y de la manera de los pasados, y de allí de la Habana vino un hidalgo que se decía Francisco de Montoya, y este es el por mí muchas veces nombrado, que, después de ganado Méjico fué adelantado y gobernador de Yucatan y Honduras; y vino Diego de Soto el de Toro, que fué mayordomo de Cortés en la de Méjico; y vino un Angulo, Garci Caro y Sebastian Rodriguez, y un Pacheco, y un Fulano Gutierrez, y un Rójas (no digo Rójas el Rico), y un mancebo que se decía Santa Clara, y dos hermanos que se decían los Martinez del Fregenal, y un Juan de Najara (no lo digo por el sordo, el del juego de la pelota de Méjico), y todas personas de calidad, sin otros soldados que no me acuerdo sus nombres. Y cuando Cor-

tés los vió todos aquellos hidalgos y soldados juntos se holgó en grande manera, y luego envió un navio á la punta de Guaniguanico, á un pueblo que allí estaba de indios, adonde hacian cazabe y tenían muchos puercos, para que cargase el navio de tocinos, porque aquella estancia era del gobernador Diego Velazquez; y envió por capitán del navio al Diego de Ordás, como mayordomo mayor de las haciendas del Velazquez, y envióle por teniente apartado de sí; porque Cortés supo que no se mostró mucho en su favor cuando hubo las contiendas sobre quién seria capitán cuando Cortés estaba en la isla de Pinos, que tocó su navio, y por no tener contraste en su persona le envió; y le mandó que después que tuviese cargado el navio de bastimentos, se estuviese aguardando en el mismo puerto de Guaniguanico hasta que se juntase con otro navio que habia de ir por la banda del norte, y que irían ambos en conserva hasta lo de Cozumel, ó le avisaría con indios en canoas lo que habia de hacer. Volvamos á decir del Francisco de Montejo y de todos aquellos vecinos de la Habana, que metieron mucho matatote de cazabe y tocinos, que otra cosa no habia; y luego Cortés mandó sacar toda la artillería de los navios, que eran diez tiros de bronce y ciertos falconetes, y dió cargo dellos á un artillero que se decia Méza y á un levantisco que se decia Arbenga y á un Juan Catalan, para que los limpiasen y probasen y para que las pelotas y polvorera todo lo tuviesen muy á punto; é dióles vino y vinagre con que lo refinasen, y dióles por compañero á uno que se decia Bartolomé de Usagre. Asimismo mandó aderezar las ballestas y cuerdas, y nueces y almacén, é que tirasen á terrero, é que mirasen á cuántos pasos llegaba la fuga de cada una dellas. Y como en aquella tierra de la Habana habia mucho algodón, hicimos armas muy bien colchadas, porque son buenas para entre indios, porque es mucha la vara y flecha y lanzadas que daban, pues piedra era como granizo; y allí en la Habana comenzó Cortés á poner casa y á tratarse como señor, y el primer maestresala que tuvo fué un Guzman, que luego se murió ó mataron indios; no digo por el mayordomo Cristóbal de Guzman, que fué de Cortés, que prendió Gutierrez cuando la guerra de Méjico. Y tambien tuvo Cortés por camarero á un Rodrigo Rangel, y por mayordomo á un Juan de Cáceres, que fué, después de ganado Méjico, hombre rico. Y todo esto ordenado, nos mandó apercebir para embarcar, y que los caballos fuesen repartidos en todos los navios: hicieron pesebrera, y metieron mucho maiz y yerba seca. Quiero aquí poner por memoria todos los caballos y yeguas que pasaron.

El capitán Cortés, un caballo castaño zaino, que luego se le murió en San Juan de Ulúa.

Pedro de Albarado y Hernando Lopez de Avila, una yegua castaña muy buena, de juego y de carrera; y de que llegamos á la Nueva-España el Pedro de Albarado le compró la mitad de la yegua, ó se la tomó por fuerza.

Alonso Hernandez Puertocarrero, una yegua rucia de buena carrera, que le compró Cortés por las lazadas de oro.

Juan Velazquez de Leon, otra yegua rucia muy po-

derosa, que llamábamos la Rabona, muy revuelta y de buena carrera.

Cristóbal de Oli, un caballo castaño oscuro, barto bueno.

Francisco de Montejo y Alonso de Avila, un caballo alazan tostado: no fué para cosa de guerra.

Francisco de Morla, un caballo castaño oscuro, gran corredor y revuelto.

Juan de Escalante, un caballo castaño claro, tresalvo: no fué bueno.

Diego de Ordás, una yegua rucia, machorra, pasadera aunque corría poco.

Gonzalo Dominguez, un muy extremado jinete, un caballo castaño oscuro muy bueno y grande corredor.

Pedro Gonzalez de Trujillo, un buen caballo castaño, perfecto castaño, que corría muy bien.

Moron, vecino del Vaimo, un caballo overo, labrado de las manos, y era bien revuelto.

Vaena, vecino de la Trinidad, un caballo overo algo sobre morcillo: no salió bueno.

Lares, el muy buen jinete, un caballo muy bueno, de color castaño algo claro y buen corredor.

Ortiz el músico, y un Bartolomé Garcia, que solia tener minas de oro, un muy buen caballo oscuro que decian el Arriero: este fué uno de los buenos caballos que pasamos en la armada.

Juan Sedeño, vecino de la Habana, una yegua castaña, y esta yegua parió en el navio. Este Juan Sedeño pasó el mas rico soldado que hubo en toda la armada, porque trujo un navio suyo, y la yegua y un negro, é cazabe é tocinos; porque en aquella sazón no se podia hallar caballos ni negros sino era á peso de oro, y á esta causa no pasaron mas caballos, porque no los habia. Y dejállos hé aquí, y diré lo que allá nos avino, ya que estamos á punto para nos embarcar.

CAPITULO XXIV.

Cómo Diego Velazquez envió á un su criado que se decia Gaspar de Garnica, con mandamientos y provisiones para que en todo caso se prendiese á Cortés y se le tomase el armada, y lo que sobre ello se hizo.

Hay necesidad que algunas cosas desta relacion vuelvan muy atrás á se relatar, para que se entienda bien lo que se escribe; y esto digo que parece ser que, como el Diego Velazquez vió y supo de cierto que Francisco Verdugo, su teniente é cuñado, que estaba en la villa de la Trinidad, no quiso apremiar á Cortés que dejase el armada, antes le favoreció, juntamente con Diego de Ordás, para que saliese, dice que estaba tan enojado el Diego Velazquez, que hacia bramuras, y decia al secretario Andrés de Duero y al contador Amador de Lares que ellos le habian engañado por el trato que hicieron, y que Cortés iba alzado, y acordó de enviar á un criado con cartas y mandamientos para la Habana á su teniente, que se decia Pedro Barba, y escribió á todos sus parientes que estaban por vecinos en aquella villa, y al Diego de Ordás y á Juan Velazquez de Leon, que eran sus deudos é amigos, rogándoles muy afectuosamente que en bueno ni en malo no dejasen pasar aquella armada, y que luego prendiesen á Cortés, y solo envia-

en preso é á buen recaudo á Santiago de Cuba. Llegado que llegó Garuica (que así se decía el que envió con las cartas y mandamientos á la Habana), se supo lo que truxa, y con este mismo mensajero tuvo aviso Cortés de lo que enviaba el Velazquez, y fué desta manera: que parece ser que un fraile de la Merced que se daba por servidor de Velazquez, que estaba en su compañía del mismo Gobernador, escribía á otro fraile de su orden, que se decía fray Bartolomé de Olmedo, que iba con Cortés, y en aquella carta del fraile le avisaban á Cortés sus dos compañeros Andrés de Duero y el Contador de lo que pasaba: volvamos á nuestro cuento. Pues como al Ordás lo había enviado Cortés á lo de los bastimentos con el navio (como dicho tengo), no tenía Cortés contrador sino á Juan Velazquez de Leon; luego que le habló lo trujo á su mandado, y especialmente que el Juan Velazquez no estaba bien con el puriente, porque no le había dado buenos indios. Pues á todos los mas que había escrito el Diego Velazquez, ninguno le acudia á su propósito; antes todos á una se mostraron por Cortés, y el teniente Pedro Barba muy mejor; y demás desto, aquellos hidalgos Albarados, y el Alonso Hernandez Puertocarrero, y Francisco de Montejo, y Cristóbal de Oli, y Juan de Escalante, é Andrés de Monjaraz, y su hermano Gregorio de Monjaraz, y todos nosotros pusieramos la vida por el Cortés. Por manera que si en la villa de la Trinidad se disimularon los mandamientos, muy mejor se callaron en la Habana entonces; y con el mismo Garnica escribió el teniente Pedro Barba al Diego Velazquez, que no osó prender á Cortés porque estaba muy pujante de soldados, é que hubo temor no metiese á sacomano la villa y la robase, y embarcase todos los vecinos y se los llevase consigo. É que, á lo que ha entendido, que Cortés era su servidor, é que no se alreviá á hacer otra cosa. Y Cortés lo escribió al Velazquez con palabras tan buenas y de ofrecimientos, que los sabia muy bien decir, é que otro día se haría á la vela, y que le sería muy servidor.

CAPITULO XXV.

Cómo Cortés se hizo á la vela con toda su compañía de caballeros y soldados para la isla de Cozumel, y lo que allí le a vino.

No hicimos alarde hasta la villa de Cozumel, mas de mandar Cortés que los caballos se embarcasen; y mandó Cortés á Pedro de Albarado que fuese por la banda del norte en un buen navio que se decía San Sebastian, y mandó al piloto que llevaba el navio que le aguardase en la punta de San Anton, para que allí se juntase con todos los navios para ir en conserva hasta Cozumel, y envió mensajero á Diego de Ordás, que había ido por el bastimento, que aguardase que hiciese lo mismo, porque estaba en la banda del norte; y en 10 días del mes de febrero, año de 1519, después de haber oído misa, nos hicimos á la vela con nueve navios por la banda del sur con la copia de los caballeros y soldados que dicho tengo, y con los dos navios de la banda del norte (como he dicho), que fueron once con el en que fué Pedro de Albarado con sesenta soldados, é yo fui en su compañía, y el piloto que llevábamos, que se decía Camacho, no tuvo cuenta de lo que le fué mandado por Cortés,

y siguió su derrota, y llegamos dos días antes que Cortés á Cozumel, y surgimos en el puerto, ya por mí otras veces dicho cuando lo de Grijalva; y Cortés aun no había llegado con su flota, por causa que un navio en que venia por capitán Francisco de Morla, con tiempo se le saltó el gobernalle, y fué socorrido con otro gobernalle de los navios que venian con Cortés, y vinieron todos en conserva. Volvamos á Pedro de Albarado, que así como llegamos al puerto saltamos en tierra en el pueblo de Cozumel con todos los soldados, y no hallamos indios ningunos, que se habían ido huyendo; y mandó que luego fuésemos á otro pueblo que estaba de allí una legua, y también se amontaron é huyeron los naturales, y no pudieron llevar su hacienda, y dejaron gallinas é otras cosas; y de las gallinas mandó Pedro de Albarado que tomasen hasta cuarenta dellas, y también en una casa de adoratorios de ídolos tenían unos paramentos de mantas viejas, é unas arquillas donde estaban unas como diademas é ídolos, cuentas é pinjantillos de oro bajo, é también se los tomó dos indios é una india, y volvimos al pueblo donde desembarcamos. Estando en esto llegó Cortés con todos los navios, y después de aposentado, la primera cosa que se hizo fué mandar echar preso en grillos al piloto Camacho porque no aguardó en la mar, como le fué mandado. Y desde vió el pueblo sin gente, y supo cómo Pedro de Albarado había ido al otro pueblo, é que les había tomado gallinas é paramentos y otras cosillas de poco valor, de los ídolos y el oro medio cobre, mostró tener mucho enojo dello y de cómo no aguardó el piloto; y reprendióle gravemente al Pedro de Albarado, y le dijo que no se habían de apaciguar las tierras de aquella manera, tomando á los naturales su hacienda; y luego mandó traer á los dos indios y la india que habíamos tomado, y con Melchorejo, que llevábamos de la Punta de Cotoche, que entendía bien aquella lengua, les habló, porque Julianillo su compañero se había muerto, que fuesen á llamar los caciques é indios de aquel pueblo, y que no hubiesen miedo, y les mandó volver el oro é paramentos y todo lo demás, é por las gallinas, que ya se habían comido, les mandó dar cuentas é cascabeles, é mas dió á cada indio una camisa de Castilla. Por manera que fueron á llamar el señor de aquel pueblo, é otro día vino el Cacique con toda su gente, hijos y mujeres de todos los del pueblo, y andaban entre nosotros como si toda su vida nos hubieran tratado; é mandó Cortés que no se les hiciese enojo ninguno. Aquí en esta isla comenzó Cortés á mandar muy de hecho, y nuestro Señor le daba gracia que do quiera que ponía la mano se le hacía bien especial en pacificar los pueblos y naturales de aquellas partes, como adelante verá.

CAPITULO XXVI.

Cómo Cortés mandó hacer alarde de todo su ejército, y de lo que mas nos a vino.

De allí á tres días que estábamos en Cozumel mandó Cortés hacer alarde para ver qué tantos soldados llevaba, é halló por su cuenta que éramos quinientos y ocho, sin maestros y pilotos é marineros, que serian

ciento y nueve, y diez y seis caballos é yeguas; las yeguas todas eran de juego y de carrera, é once navios grandes y pequeños, con uno que era como bergantin, que traia á cargo un Ginés Nortes, y eran treinta y dos ballesteros y trece escopeteros; que así se llamaban en aquel tiempo, é tiros de bronce é cuatro falconetes, é mucha pólvora é pelotas, y esto desta cuenta de los ballesteros no se me acuerda bien, no hace al caso de la relacion; y hecho el afarde, mandó á Mesa el artillero, que así se llamaba, é á un Bartolomé de Usagre, é Arbenga é á un catalán, que todos eran artilleros, que lo tuviesen muy limpio é aderezado, é los tiros y pelotas muy á punto, juntamente con la pólvora. Puso por capitán de la artillería á un Francisco de Orozco, que habia sido buen soldado en Italia; asimismo mandó á dos ballesteros, maestros de aderezar ballestas, que se decian Juan Benítez y Pedro de Guzman el Ballestero, que mirasen que todas las ballestas tuviesen á dos y á tres nueces é otras tantas cuerdas, y que siempre tuviesen cepillo é ingrueta, y tirasen á terrero, y que los caballos estuviesen á punto. No sé yo en qué gasto ahora tanta tinta en meter la mano en cosas de apercebimiento de armas y de lo demás; porque Cortés verdaderamente tenia grande vigilancia en todo.

CAPITULO XXVII.

Cómo Cortés supo de dos españoles que estaban en poder de indios en la punta de Cotoche, y lo que sobre ello se hizo.

Como Cortés en todo ponía gran diligencia, me mandó llamar á mí é á un vizcaino que se llamaba Martín Raimos, é nos preguntó que qué sentíamos de aquellas palabras que nos hubieron dicho los indios de Campeche cuando venimos con Francisco Hernandez de Córdoba, que decian *Castilan*, *Castilan*, segun lo he dicho en el capitulo que dello habla; y nosotros se lo tornamos á contar segun y de la manera que lo habiamos visto é oído, é dijo que ha pensado en ello muchas veces, é que por ventura estarian algunos españoles en aquellas tierras, é dijo: «Paréceme que será bien preguntar á estos caciques de Cozumel si sabian alguna nueva dellos;» é con Melchorejo, el de la Punta de Cotoche, que entendia ya poca cosa la lengua de Castilla, é sabia muy bien la de Cozumel, se lo preguntó á todos los principales, é todos á una dijeron que habian conocido ciertos españoles, é daban señas dellos, y que en la tierra adentro, andadura de dos soles, estaban, y los tenian por esclavos unos caciques, y que allí en Cozumel habia indios mercaderes que les hablaron pocos dias habia; de lo cual todos nos alegramos con aquellas nuevas. E dijoles Cortés que luego les fuesen á llamar con carta, que en su lengua llaman *amales*, é dió á los caciques y á los indios que fueron con las cartas, camisas, y los halagó, y les dijo que cuando volviesen les darian mas ouentas; y el Cacique dijo á Cortés que enviase rescate para los amos con quien estaban, que los tenian por esclavos, porque los dejasen venir; y así se hizo, que se les dió á los mensajeros de todo género de ouentas, y luego mandó apercebir dos navios, los de menos porte, que el uno era poco mayor que bergantin, y con veinte ballesteros y

escopeteros, y por capitán dellos á Diego de Ordás; y mandó que estuviesen en la costa de la Punta de Cotoche, aguardando ocho dias con el navio mayor; y entre tanto que iban y venian con la respuesta de las cartas, con el navio pequeño volviesen á dar la respuesta á Cortés de lo que hacian, porque estaba aquella tierra de la Punta de Cotoche obra de cuatro leguas, y se parece la una tierra desde la otra; y escrita la carta, decia en ella: «Señores y hermanos: Aquí en Cozumel he sabido que estáis en poder de un cacique detenidos, y os pido por merced que luego os vengaís aquí en Cozumel, que para ello envío un navio con soldados, si los hubiéredes menester, y rescato para dar á esos indios con quien estáis, y lleva el navio de plazo ocho dias para os aguardar. Veníos con toda brevedad; de mí sereis bien mirados y aprovechados. Yo quedo aquí en esta isla con quinientos soldados y once navios; en ellos voy, mediante Dios, la via de un pueblo que se dice Tabasco ó Potonchan, etc.» Luego se embarcaron en los navios con las cartas y los dos indios mercaderes de Cozumel que las llevaban, y en tres horas atravesaron el golfete, y echaron en tierra los mensajeros con las cartas y el rescate, y en dos dias las dieron á un español que se decia Jerónimo de Aguilar, que entonces supimos que así se llamaba, y de aquí adelante así le nombraré. Y desde que las hubo leído, y recebido el rescate de las ouentas que le enviámos, él se holgó con ello y lo llevó á su amo el Cacique para que le diese licencia; la cual luego la dió para que se fuese adonde quisiese. Caminó el Aguilar adonde estaba su compañero, que se decia Gonzalo Guerrero, que le respondió: «Hermano Aguilar, yo soy casado, tengo tres hijos, y tiénenme por cacique y capitán cuando hay guerras: los vos con Dios; que yo tengo labrada la cara é horadadas las orejas; ¿qué dirán de mí desde que me vean esos españoles en esta manera? E ya veis estos mis tres hijitos cuán bonitos son. Por vida vuestra que me deis esas ouentas verdes que traéis, para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra;» é asimismo la india mujer del Gonzalo habló al Aguilar en su lengua muy enojada, y le dijo: «Mira con qué viene este esclavo á llamar á mi marido: los vos, y no cureis de mas pláticas;» y el Aguilar tornó á hablar al Gonzalo que mirase que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima; y si por mujer é hijos lo habia, que la llevase consigo si no los queria dejar; y por mas que le dijo é amonestó, no quiso venir. Y parece ser aquel Gonzalo Guerrero era hombre de la mar, natural de Pálos. Y desde que el Jerónimo de Aguilar vió que no queria venir, se vino luego con los dos indios mensajeros adonde habia estado el navio aguardándole, y desde que llegó no le halló; que ya se habia ido, porque ya se habian pasado los ocho dias, é aun uno mas que llevó de plazo el Ordás para que aguardase; porque desde que vió el Aguilar no venia, se volvió á Cozumel, sin llevar recaudo á lo que habia venido; y desde que el Aguilar vió que no estaba allí el navio, quedó muy triste, y se volvió á su amo al pueblo donde antes solia vivir. Y dejaré esto, é diré cuando Cortés vió venir á Ordás sin recaudo ni nueva de los españoles ni de los indios mensajeros, estaba tan enojado, que dijo con palabasso-

herbías al Ordás que había creído que otro mejor recaudo trajera que no vanirse así sin los españoles ni nueva dellos; porque ciertamente estaban en aquella tierra. Pues en aquel instante aconteció que unos marineros que se decían los Peñates, naturales de Gibraltor, habían hurtado á un soldado que se decía Berrio ciertos tocinos, y no se los querían dar, y quejóse el Berrio á Cortés; y tomado juramento á los marineros, se perjuraron, y en la pesquisa pareció el hurto; los cuales tocinos estaban repartidos en los siete marineros, é á todos siete los mandó luego azotar; que no aprovecharon ruegos de ningún capitán. Donde lo dejaré, así esto de los marineros como esto del Aguilar, é nós irémos sin él nuestro viaje hasta su tiempo y sazón. Y diré cómo venían muchos indios en romería á aquella isla de Cozumel, los cuales eran naturales de los pueblos comarcanos de la Punta de Cotoche y de otras partes de tierra de Yucatan; porque, según pareció, había allí en Cozumel idolos de muy disformes figuras, y estaban en un adoratorio. En aquellos idolos tenían por costumbre en aquella tierra por aquel tiempo de sacrificar, y una mañana estaba lleno el patio donde estaban los idolos, de muchos indios é indias quemando resina, que es como nuestro incienso; y como era cosa nueva para nosotros, paramos á mirar en ello con atención, y luego se subió encima de un adoratorio un indio viejo con mantas largas, el cual era sacerdote de aquellos idolos (que ya he dicho otras veces que papas los llaman en la Nueva-España) é comenzó á predicarles un rato, é Cortés y todos nosotros mirando en qué paraba aquel negro sermón; é Cortés preguntó á Melchorejo, que entendía muy bien aquella lengua, que qué era aquello que decía aquel indio viejo; é supo que les predicaba cosas malas; é luego mandó llamar al Cacique é á todos los principales é al mismo papa, é como mejor se pudo dárselo á entender con aquella nuestra lengua, y les dijo que si habían de ser nuestros hermanos, que quitasen de aquella casa aquellos sus idolos, que eran muy malos é les harían errar, y que no eran dioses, sino cosas malas, y que les llevarían al infierno sus almas; y se les dió á entender otras cosas santas é buenas, é que pusiesen una imagen de nuestra Señora que les dió un cruz, y que siempre serían ayudados é tendrían buenas sementeras, é se salvarían sus ánimas, y se les dijo otras cosas acerca de nuestra santa fe, bien dichas. Y el papa con los caciques respondieron que sus antepasados adoraban en aquellos dioses porque eran buenos, é que no se atrevían ellos de hacer otra cosa, é que se los quitásemos nosotros, y que veríamos cuánto mal nos iba dello, porque nos iríamos á perder en la mar; é luego Cortés mandó que los despedazásemos y echásemos á rodar unas gradas abajo, é así se hizo; y luego mandó traer mucha cal, que había harta en aquel pueblo, é indios albañiles, y se hizo un altar muy limpio, donde pusémosla imagen de nuestra Señora; é mandó á dos de nuestros carpinteros de lo blanco, que se decían Alonso Yañez é Alvaro López, que hiciesen una cruz de unos maderos nuevos que allí estaban; la cual se puso en uno como humilladero que estaba hecho cerca del altar, é dijo misa el padre que se decía Juan Díaz, y el papa é Cacique y todos los indios estaban mirando con aten-

ción. Llamen en esta India de Cozumel á los caciques enlacionis, como otra vez he dicho en lo de Potonchan. Y dejallo he aquí, y pasará adelante, é diré cómo nos embarcamos.

CAPITULO XXVIII.

Cómo Cortés repartió los navios y señaló capitanes para ir en ellos, y asimismo se dió la instrucción de lo que habían de hacer á los pilotos, y las señales de los faroles de noche, y otras cosas que nos avino.

Cortés, que llevaba la capitana; Pedro de Albarado y sus hermanos, un buen navio que se decía San Sebastián; Alonso Hernandez Puertocarrero, otro; Francisco de Montejo, otro buen navio; Cristóbal de Oll, otro; Diego de Ordás, otro; Juan Velazquez de Leon, otro; Juan de Escalante, otro; Francisco de Morla, otro; otro do Escobar, el paje, y el mas pequeño, como bergantín, Ginés Nortes; y en cada navio su piloto, y el piloto mayor Anton de Alaminos, y las instrucciones por donde se habían de regir é lo que habían de hacer, y de noche las señales de los faroles; y Cortés se despidió de los caciques é papas, y les encomendó aquella imagen de nuestra Señora, é á la cruz que la reverenciaban é tuviesen limpio y enramado, y verían cuánto provecho dello les venía; é dijéronle que así lo harían, é trajéronle cuatro gallinas y dos jarros de miel, y se abrazaron; y embarcados que fuimos en ciertos dias del mes de marzo de 1519 años, dimos vela, é con muy buen tiempo íbamos nuestra derrota; é aquel mismo día á hora de las diez dan desde una uua grandes voces, é capean é tiran un tiro para que todos los navios que veníamos en conserva lo oyese; y como Cortés lo oyó é vió se puso luego en el bordo de la capitana, é vió ir arribando el navio en que venía Juan de Escalante, que se volvía hácia Cozumel; é dijo Cortés á otros naos que venían allí cerca: «¿Qué es aquello, qué es aquello?» Y un soldado que se decía Zaragoza le respondió que se anegaba el navio de Escalante, que era adonde iba el cazabe. Y Cortés dijo: «Plegue á Dios no tengamos algun desmán.» Y mandó al piloto Alaminos que hiciese señas á todos los navios que arribasen á Cozumel. Ese mismo día volvimos al puerto donde saltamos, y descargamos el cazabe, y hallámos la imagen de nuestra Señora y la cruz muy limpio é puesto incienso, y dello nos alegramos; é luego vino el Cacique y papas á hablar á Cortés, y le preguntaron que á qué volvíamos; é dijo que porque hacía agua un navio, que lo quería adobar, y que les rogaba que con todas sus canoas ayudasen á los bateles á sacar el pan cazabe, y así lo hicieron; y estuvimos en adobar el navio cuatro dias. Y dejemos de mas hablar en ello, é diré cómo lo supo el español que estaba en poder de indios, que se decía Aguilar, y lo que mas hicimos.

CAPITULO XXIX.

Cómo el español que estaba en poder de indios, que se llamaba Jerónimo de Aguilar, supo como habíamos arribado á Cozumel, y se vino á nosotros, y lo que mas pasó.

Cuando tuvo noticia cierta el español que estaba en poder de indios que habíamos vuelto á Cozumel con los navios, se alegró en grande manera y dió gracias á

Dios, y mucha prisa en se venir él y los indios que llevaron las cartas y rescate á se embarcar en una canoa; y como la pagó bien en cuentas verdes del rescate que le enoviamos, luego la halló alquilada con seis indios remeros con ella; y dan tal prisa en remar, que en espacio de poco tiempo pasaron el golfete que hay de una tierra á la otra, que serian cuatro leguas, sin tener contraste de la mar; y llegados á la costa de Cozumel, ya que estaban desembarcando, dijeron á Cortés unos soldados que iban á montería (porque habia en aquella isla puercos de la tierra) que habia venido una canoa grande allí junto del pueblo, y que venia de la Punta de Cotoche; é mandó Cortés á Andrés de Tapia y á otros dos soldados que fuesen á ver qué cosa nueva era venir allí junto á nosotros indios sin temor ninguno con canoas grandes, é luego fueron; y desque los indios que venian en la canoa, que traia alquilados el Aguilar, vieron los españoles, tuvieron temor y se querian tornar á embarcar é hacer á lo largo con la canoa; é Aguilar les dijo en su lengua que no tuviesen miedo, que eran sus hermanos; y el Andrés de Tapia, como los vió que eran indios (porque el Aguilar ni mas menos era que indio), luego envió á decir á Cortés con un español que siete indios de Cozumel eran los que allí llegaron en la canoa; y después que hubieron saltado en tierra, el español, mal mascado y peor pronunciado, dijo: «Dios y santa María y Sevilla!» é luego le fué á abrazar el Tapia; é otro soldado de los que habian ido con el Tapia á ver qué cosa era, fué á mucha prisa á demandar albricias á Cortés, como era español el que venia en la canoa, de que todos nos alegramos; y luego se vino el Tapia con el español donde estaba Cortés; é antes que llegasen donde Cortés estaba, ciertos españoles preguntaban al Tapia qué es del español, aunque iba allí junto con él, porque le tenian por indio propio, porque de suyo era moreno é tresquilado á manera de indio esclavo, é traia un reñio al hombro é una cotara vieja calzada y la otra en la cinta, é una manta vieja muy ruin é un braguero peor, con que cubria sus vergüenzas, é traia atado en la manta un bulto, que eran horas muy viejas. Pues desque Cortés lo vió de aquella manera, tambien picó como los demás soldados y preguntó al Tapia que qué era del español. Y el español como lo entendió se puso en cuclillas, como hacen los indios, é dijo: «Yo soy.» Y luego le mandó dar de vestir camisa é jubon, é zaragüelles, é caperuza, é alpargates, que otros vestidos no habia, y le preguntó de su vida é cómo se llamaba y cuándo vino á aquella tierra. Y él dijo, aunque no bien pronunciado, que se decía Jerónimo de Aguilar y que era natural de Écija, y que tenia órdenes de Evangelio; que habia ocho años que se habia perdido él y otros quince hombres y dos mujeres que iban desde el Darién á la isla de Santo Domingo, cuando hubo unas diferencias y pleitos de un Enciso y Valdivia, é dijo que llevaban diez mil pesos de oro y los procesos de unas contra los otros, y que el navío en que iban dió en los alacranes, que no pudo navegar, y que en el batel del mismo navío se metieron él y sus compañeros é dos mujeres, creyendo tomar la isla de Cuba ó á Jamaica, y que las corrientes eran muy grandes, que les echaron en aquella tierra, y que los cala-

chionis de aquella comarca los repartieron entre sí, y que habian sacrificado á los ídolos muchos de sus compañeros, y dellos se habian muerto de dolencia; é las mujeres, que poco tiempo pasado habia que de trabajo tambien se murieron, porque las hacian moler, y que é él que le tenian para sacrificar, é una noche se luvó y se fué á aquel cacique, con quien estaba (ya no se me acuerda el nombre que allí le nombró), y que no habian quedado de todos sino él é un Gonzalo Guerrero, é dijo que le fué á llamar é no quiso venir. Y desque Cortés lo oyó, dió muchas gracias á Dios por todo, y le dijo que, mediante Dios, que dél seria bien mirado y gratificado. Y le preguntó por la tierra é pueblos, y el Aguilar dijo que, como le tenian por esclavo, que no sabia sino traer leña é agua y cavar en los maices; que no habia salido sino hasta cuatro leguas que le llevaron con una carga, y que no la pudo llevar é cayó malo dello, y que le entendido que hay muchos pueblos. Y luego le preguntó por el Gonzalo Guerrero, é dijo que estaba casado y tenia tres hijos, y que tenia labrada la cara é horadadas las orejas y el bezo de abajo, y que era hombre de la mar, natural de Pálos, y que los indios le tienen por esforzado; y que habia poco mas de un año que cuando vinieron á la Punta de Cotoche una capitania con tres navios (parece ser que fueron cuando venimos los de Francisco Hernandez de Córdoba), que él fué inventor que nos diesen la guerra que nos dieron, y que vino él allí por capitán, juntamente con un cacique de un gran pueblo, segun ya he dicho en lo de Francisco Hernandez de Córdoba. E cuando Cortés lo oyó dijo: «En verdad que le querria haber á las manos, porque jamás será bueno dejársele.» É diré cómo los caciques de Cozumel cuando vieron al Aguilar que hablaba su lengua, le daban muy bien de comer, y el Aguilar los aconsejaba que siempre tuviesen devocion y reverencia á la santa imagen de nuestra Señora y á la cruz, que conocieran que por ello les vendria mucho bien; é los caciques, por consejo de Aguilar, demandaron una carta de favor á Cortés, para que si viniesen á aquel puerto otros españoles, que fuesen bien tratados é no les hiciesen agravios; la cual carta luego se la dió; y después de despedidos con muchos halagos é ofrecimientos, nos hicimos á la vela para el rio de Grijalva, y desta manera que he dicho se lubo Aguilar, y no de otra, como lo escribe el coronista Gómara; é no me maravillo, pues lo que dice es por nuevas. Y volvamos á nuestra relacion.

CAPITULO XXX.

Cómo nos tornamos á embarcar y nos hicimos á la vela para el rio de Grijalva, y lo que nos avino en el viaje.

En 4 dias del mes de marzo de 1519 años, habiendo tan buen suceso en llevar tan buena lengua y fiel, mandó Cortés que nos embarcásemos segun y de la manera que habiamos venido antes que arribásemos á Cozumel, é con las mismas instrucciones y señas de los faroles para de noche. Yendo navegando con buen tiempo, revuelve un tiempo, ya que queria anochecer, tan recio y contrario, que echó cada navío por su parte, con harto riesgo de dar en tierra; y quiso Dios que á media noche alojó, y desque amaneció luego se vol-

vieron á juntar todos los navíos, excepto uno en que iba Juan Velazquez de Leon; é íbamos nuestro viaje sin saber del hasta mediolía, de lo cual llevábamos pena, creyendo fuese perdido en unos lajos, y desde que se pasaba el día é no parecia, dijo Cortés al piloto Alaminos que no era bien ir mas adelante sin saber del, y el piloto hizo señas á todos los navíos que estuviesen al reparo, aguardando si por ventura le echó el tiempo en alguna ensenada, donde no podia salir por ser el tiempo contrario; é como vió que no venia, dijo el piloto á Cortés: «Señor, tengo por cierto que se metió en uno como puerto ó bahía que queda atrás, y que el viento no le deja salir, porque el piloto que llevaba es el que vino con Francisco Hernandez de Córdoba é volvió con Grijalva, que se decia Juan Alvarez el Manquillo, é sabe aquel puerto; y luego fué acordado de volver á buscarle con toda la armada, y en aquella bahía donde habia dicho el piloto lo hallamos anclado, de que todos hubimos placer; y estuvimos allí un día, y echamos dos boteles en el agua, é salió en tierra el piloto é un capitán que se decia Francisco de Lugo; é habia por allí unas estancias donde habia muizales é hacian sal, y tenían cuatros cues, que son casas de ídolos, y en ellos muchas figuras, é todas las mas de mujeres, y eran altas de cuerpo, y se puso nombre á aquella tierra la Punta de las Mujeres. Acuérdome que decia el Aguilar que cerca de aquellas estancias estaba el pueblo donde era esclavo, y que allí vino cargado, que le trujo su amo, é cayó malo de traer la carga; y que tambien estaba no muy lejos el pueblo donde estaba Gonzalo Guerrero, y que todos tenían oro, aunque era poco, y que si queria, que él guiaria, y que fuésemos allí; é Cortés le dijo riendo que no venia para tan pocas cosas, sino para servir á Dios é al Rey. É luego mandó Cortés á un capitán que se decia Escobar que fuese en el navío de que era capitán, que era muy velero y demandaba poca agua, hasta Boca de Términos, é mirase muy bien qué tierra era, é si era buen puerto para poblar, é si habia mucha caza, como le habian informado; y esto que le mandó fué por consejo del piloto, porque cuando por allí pasásemos con todos los navíos no nos detener un entrar en él; y que después de visto, que pudiese una señal y quebrase árboles en la boca del puerto, ó escribiese una carta é la pusiese donde la viésemos de una parte y de otra del puerto para que conociésemos que habia entrado dentro, ó que aguardase en la mar á la armada barloventeando después que lo hubiese visto. Y luego el Escobar partió é fué á Puerto de Términos (que así se llama), é hizo todo lo que le fué mandado, é halló la lebreja que se hubo quedado cuando lo de Grijalva, y estaba gorda é lucia; é dijo el Escobar que cuando la lebreja vió el navío que estaba en el puerto, que estaba halagando con la cola é haciendo otras señas de halagos, y se vino luego á los soldados, y se metió con ellos en la nao; y esto hecho, se salió luego el Escobar del puerto á la mar, y estaba esperando el armada, é parece ser, con viento sur que le dió, no pudo esperar al reparo y metiose mucho en la mar. Volvamos á nuestra armada, que quedábamos en la Punta de las Mujeres, que otro día de mañana salimos con buen tiempo teral y llegamos en Boca de Términos, y

no hallamos á Escobar. Mandó Cortés que sacasen el batel y con diez bellesteros le fuesen á buscar en la Boca de Términos ó á ver si habia señal ó carta; y luego se halló árboles cortados é una carta que en ella decia cómo era muy buen puerto y buena tierra y de mucha caza, é lo de la lebreja; é dijo el piloto Alaminos á Cortés que fuésemos nuestra derrota, porque con el viento sur se debia haber metido en la mar, y que no podria ir muy lejos, porque habia de navegar á orza. Y puesto que Cortés sintió pena no le hubiese acaecido algun desmán, mandó meter velas, y luego le alcanzamos, y dió el Escobar sus descargos á Cortés y la causa por que no pudo aguardar. Estando en esto llegamos en el paraje de Polonchan, y Cortés mandó al piloto que surgiesemos en aquella ensenada; y el piloto respondió que era mal puerto, porque habian de estar los navíos surtos mas de dos leguas lejos de tierra, que mengua mucho la mar; porque tenia pensamiento Cortés de dallas una buena mano por el desbarato de lo de Francisco Hernandez de Córdoba é Grijalva, y muchos de los soldados que nos habíamos hallado en aquellas batallas se lo suplicamos que entrase dentro, é no quedasen sin buen castigo, aunque se detuviesen allí dos ó tres dias. El piloto Alaminos con otros pilotos porfiraron que si allí entráramos que en ocho dias no podríamos salir, por el tiempo contrario, y que ahora llevábamos buen viento y que en dos dias llegaríamos á Tabasco; é así, pasamos de largo, y en tres dias que navegamos llegamos al rio de Grijalva; é lo que allí nos acaeció y las guerras que nos dieron diré adelante.

CAPITULO XXXI.

Cómo llegamos al rio de Grijalva, que en lengua de indios llaman Tabasco, y de lo que mas con ellos pasamos.

En 12 dias del mes de marzo de 1519 años llegamos con toda la armada al rio de Grijalva, que se dice de Tabasco; y como sabíamos ya de cuando lo de Grijalva que en aquel puerto é rio no podian entrar navíos de mucho porte, surgieron en la mar los mayores, y con los pequeños é los boteles fuimos todos los soldados á desembarcar á la Punta de los Palmares (como cuando con Grijalva), que estaba del pueblo de Tabasco otra media legua, y andaban por el rio, en la ribera, entre unos manglares todo lleno de indios guerreros; de lo cual nos maravillamos los que habíamos venido con Grijalva; y demás desto, estaban juntos en el pueblo mas de doce mil guerreros aparejados para darnos guerra, porque en aquella sazón aquel pueblo era de mucho fruto y estaban sujetos á él otros grandes pueblos, y todos los tenían apercebidos con todo género de armas segun las usaban. Y la causa dello fué porque los de Polonchan é los de Lázaro y otros pueblos comarcanos los tuvieron por cobardes, y se lo dieron en rostro, por causa que dieron á Grijalva las joyas de oro que antes he dicho en el capitulo que dello habla, y que de medrosos no nos osaron dar guerra, pues eran mas pueblos y tenían mas guerreros que no ellos; y esto les decian por afrentarlos, y que en sus pueblos nos habian dado guerra y muerto cincuenta y seis hombres. Por manera que con aquellas palabras que les habian dicho se determi-

naron de tomar armas; y cuando Cortés los vió puestos de aquella manera dijo á Aguilar, la lengua, que entendia bien la de Tabasco, que dijese á unos indios que parecian principales, que pasaban en una gran canoa cerca de nosotros, que para qué andaban tan alborotados; que no les veniamos á hacer ningun mal, sino á deilles que les queramos dar de lo que traemos, como á hermanos; y que les rogaba que mirasen no comenzasen la guerra, porque les pesaria dello, y les dijo otras muchas cosas acerca de la paz; é mientras mas les decia el Aguilar, mas bravos se mostraban, y decian que nos matarian á todos si entráramos en su pueblo, porque le tenian muy fortalecido todo á la redonda de árboles muy gruesos, de cercas é albarradas. Aguilar les tornó á hablar y requerir con la paz, y que nos dejasen tomar agua é comprar de comer á trueco de nuestro rescate, é tambien decir á los calachionis cosas que sean de su provecho y servicio de Dios nuestro Señor; y todavia ellos á porfiar que no pasásemos de aquellos palmares adelante; si no, que nos matarian. Y cuando aquello vió Cortés mandó apercebir los bateles é navios menores, é mandó poner en cada un batel tres tiros, y repartió en ellos los ballesteros y escopeteros; y teniamos memoria cuando lo de Grijalva, que iba un camino angosto desde los palmares al pueblo por unos arroyos é ciénegas. Cortés mandó á tres soldados que aquella noche mirasen bien si iban á las casas, y que no se detuviesen mucho en traer la respuesta; y los que fueron vieron que se iban; é visto todo esto, y después de bien mirado, se nos pasó aquel dia dando orden en cómo y de qué manera habiamos de ir en los bateles; é otro dia por la mañana, después de haber oido misa y todas nuestras armas muy á punto, mandó Cortés á Alonso de Avila, que era capitán, que con cien soldados, y entre ellos diez ballesteros, fuese por el caminito, el que he dicho que iba al pueblo; y que de que oyese los tiros, él por una parte é nosotros por otra diésemos en el pueblo; é Cortés y todos los mas soldados é capitanes fuimos en los bateles y navios de menos porte por el rio arriba; y cuando los indios guerreros que estaban en la costa y entre los manglares vieron que de hecho ibamos, vienen sobre nosotros con tantas canoas al puerto adonde habiamos de desembarcar, para defendernos que no saltásemos en tierra, que en toda la costa habia sino indios de guerra con todo género de armas que entre ellos se usan, tañendo trompetillas y caracoles é atabalejos; é como Cortés así vió la cosa, mandó que nos detuviésemos un poco y que no saltásemos tiros ni escopetas ni ballestas; é como todas las cosas queria llevar muy justificadamente, les hizo otro requerimiento delante de un escribano del Rey, que allí con nosotros iba, que se decia Diego de Godoy, é por la lengua de Aguilar, para que nos dejasen saltar en tierra, é tomar agua y habilalles cosas de Dios nuestro Señor y de su majestad; y que si guerra nos daban, que si por defendernos algunas muertes hubiese ó otros cualesquier daños, fuesen á su culpa y cargo, é no á la nuestra; y ellos todavia haciendo muchos fieros y que no saltásemos en tierra; si no que nos matarian. Luego comenzaron muy valientemente á nos flechar é hacer as

nes apechugasen con nosotros, é como esforzados hombres vinieron é nos cercaron con las canoas con tan grandes rociadas de flechas, que nos hirieron é hicieron detener en el agua hasta la cinta y en otras partes mas arriba; y como habia allí en aquel desembarcadero mucha lama y ciénago, no podiamos tan presto salir della; é cargaron sobre nosotros tantos indios, que con las lanzas á manteniendo y otros á flecharnos hacian que no tomásemos tierra tan presto como quisiéramos, é tambien porque en aquella lama estaba Cortés peleando y se le quedó un alpargata en el cieno, que no lo pudo sacar, y descalzo el un pié salió á tierra. Estuvimos en aquella sazon en grande aprieto, hasta que (como digo) salió á tierra, y todos nosotros; é luego con gran osadía, nombrando al señor Santiago é arremetiendo á ellos, les hicimos retraer, y aunque no muy lójos, por causa de las grandes albarradas y cercas que tenian hechas de maderos gruesos, adonde se amparaban, hasta que se las deshicimos, é tuvimos lugar por unos portillos de entrar en el pueblo y pelear con ellos, y los llevamos por una calle adelante adonde tenian hechos otras albarradas y fuerzas, é allí tornaron á reparar y hacer cara, y pelearon muy valientemente, con grande esfuerzo y dando voces é silbos, diciendo: «Ala, lala, al calachoni, al calachoni!» que en su lengua quiere decir que matasen á nuestro capitán. Estando desta manera envueltos con ellos, vino Alonso de Avila con sus soldados, que habia ido por tierra desde los Palmares, como dicho tengo, que pareció ser no acertó á venir mas presto por causa de unas ciénegas y estereros que pasó; y su tardanza fué bien menester, segun habiamos estado detenidos en los requerimientos y deshacer portillos en las albarradas para pelear; así que todos juntos los tornamos á echar de las fuerzas donde estaban, y los llevamos retrayendo; y ciertamente que como buenos guerreros iban tirando grandes rociadas de flechas y varas tostadas, y nunca volvieron de hecho las espaldas hasta un gran patio donde estaban unos aposentos y salas grandes, y tenian tres casas de ídolos, é ya habian llevado todo cuanto hato habia en aquel patio. Mandó Cortés que reparásemos y que no fuésemos mas en su seguimiento del alcance, pues iban huyendo; é allí tomó Cortés posesion de aquella tierra por su majestad, y él en su real nombre. Y fué desta manera, que desenvainada su espada, dió tres cuchilladas, en señal de posesion, en un árbol grande, que se dice ceiba, que estaba en la plaza de aquel gran patio, é dijo que si habia alguna persona que se lo contradijese que él se lo defenderia con su espada y una rodela que tenia embrizada; y todos los soldados que presentes nos hallamos cuando aquello pasó dijimos que era bien tomar aquella real posesion en nombre de su majestad, y que nosotros seriamos en ayudalle si alguna persona otra cosa dijere; é por ante un escribano del Rey se hizo aquel auto. Sobre esta posesion, la parte de Diego Velazquez tuvo que remormurar della. Acuérdomos que en aquellas reñidas guerras que nos dieron de aquella vez hirieron á catorce soldados, é á mi me dieron un flechazo en el muslo, mas poca la herida, y quedaron tendidos y muertos diez y ocho indios en el agua y en tierra donde desembarcamos; é allí dormimos aquella noche

con grandes velas y escuchas. Y dejallo he, por contar lo que mas pasamos.

CAPITULO XXXII.

Cómo mandó Cortés á todos los capitanes que fuesen con cada una contados á ver la tierra adentro, y lo que sobre ello nos acaeció.

Otro día de mañana mandó Cortés á Pedro de Albarado que saliese por capitán con cien soldados, y entre ellos quince ballesteros y escopeteros, y que fuese á ver la tierra adentro hasta andadura de dos leguas, y que llevase en su compañía á Melchorejo, la lengua de la Punta de Cotoche; y cuando le fueron á llamar al Melchorejo, no le hallaron, que se había ya huido con los de aquel pueblo de Tabasco; porque, según parecía, el día antes en las Puntas de los Palmares dejó colgados sus vestidos que tenía de Castilla, y se fué de noche en una canoa; y Cortés sintió enojo con su ida, porque no dijese á los indios sus naturales algunas cosas que no trujesen provecho. Dejémosle huido con la mala ventura, y volvamos á nuestro cuento: que asimismo mandó Cortés que fuese otro capitán que se decía Francisco de Lugo por otra parte con otros cien soldados y doce ballesteros y escopeteros, y que no pasase de otras dos leguas, y que volviese en la noche á dormir al real; y yendo que iba el Francisco de Lugo con su compañía obra de una legua de nuestro real, se encontró con grandes capitanes y escuadrones de indios, todos flecheros, y con lanzas y rodela, y atambores y penachos, y se vienen derechos á la capitania de nuestros soldados, y les cercan por todas partes, y les comienzan á flechar de arte, que no se podían sustentar con tanta multitud de indios, y les tiraban muchas varas tostadas y piedras con hondas, que como granizo caían sobre ellos, y con espadas de navajas de dos manos; y por bien que peleaba el Francisco de Lugo y sus soldados, no los podía aportar de sí; y cuando aquesto vió, con gran concierto se venía ya retrayendo al real, é había enviado delante un indio de Cuba muy gran corredor é suelto, á dar mandado á Cortés para que le fuésemos á ayudar; é todavía el Francisco de Lugo, con gran concierto de sus ballesteros y escopeteros, unos armando é otros tirando, y algunas arremetidas que hacían, se sostenían con todos los escuadrones que sobre él estaban. Dejémosle de la manera que he dicho, é con gran peligro, é volvamos al capitán Pedro de Albarado, que pareció ser había andado mas de una legua, y topó con un estero muy mulo de pasar, é quiso Dios nuestro Señor encaminallo que volviese por otro camino hacia donde estaba el Francisco de Lugo peleando, como dicho tengo; y como oyó las escopetas que tiraban y el gran ruido de atambores y trompetillas, y voces é silbos de los indios, bien entendió que estaban revueltos en guerra, y con mucha presteza é con gran concierto acudió á las voces é tiros, é halló al capitán Francisco de Lugo con su gente haciendo rostro y peleando con los contrarios, é cinco indios muertos; y luego que se juntaron con el Lugo, dan tras los indios, que los hicieron apartar, y no de manera que los pudiesen poner en huida, que todavía los fueron siguiendo los indios á los nuestros hasta el real; é asimismo nos habían acometido y

venido á dar guerra otros capitanes de guerreros aidos de estaba Cortés con los heridos; mas muy presto los hicimos retraer con los tiros que llevaban muchos de ellos, y á buenas cuchilladas y estocadas. Volvamos á decir algo atrás, que cuando Cortés oyó al indio de Cuba que venía á demandar socorro, y del arte que quedaba Francisco de Lugo, de presto les íbamos á ayudar, y nosotros que íbamos y los dos capitanes por mí nombrados, que llegaban con sus gentes obra de media legua del real, y murieron dos soldados de la capitania de Francisco de Lugo, y ocho heridos, y de los de Pedro de Albarado lo hirieron tres, y cuando llegaron al real se curaron, y enterramos los muertos, é hubo buena vela y escuchas; y en aquellas escaramuzas matamos quince indios y se prendieron tres, y el uno parecía algo principal; y el Aguilar, nuestra lengua, les preguntaba por qué eran locos é salían á dar guerra. Luego se envió un indio dellos con cuentas verdes para dar á los caciques porque viniesen de paz; é aquel mensajero dijo que el indio Melchorejo, que traíamos con nosotros de la Punta de Cotoche, se fué á ellos la noche antes, les aconsejó que nos diesen guerra de día y de noche, que nos vencerían, porque éramos muy pocos; de manera que traíamos con nosotros muy mala ayuda y nuestro contrario. Y aquel indio que enviamos por mensajero fué, y nunca volvió con la respuesta; y de los otros dos indios que estaban presos supo Aguilar, la lengua, por muy cierto, que para otro día estaban juntos cuantos caciques había en aquella provincia, con todas sus armas, según las suelen usar, aparejados para nos dar guerra, y que nos habían de venir otro día á cercar en el real, y que el Melchorejo se lo aconsejó. Y dejallo he aquí, é diré lo que sobre ello hicimos.

CAPITULO XXXIII.

Cómo Cortés mandó que para otro día nos aparejásemos todos para ir en busca de los escuadrones guerreros, y mando sacar los caballos de los navios, y lo que mas nos vino en la batalla que con ellos tuvimos.

Luego Cortés supo que muy ciertamente nos venían á dar guerra, y mandó que con brevedad sacasen todos los caballos de los navios en tierra, y que escopetas y ballesteros é todos los soldados estuviésemos muy á punto con nuestras armas, é aunque estuviésemos heridos; y cuando hubieron sacado los caballos en tierra, estaban muy torpes y temerosos en el correr, como habían muchos días que estaban en los navios, y otro día estuvieron sueltos. Una cosa acaeció en aquella sazón á seis ó siete soldados, mancebos y bien dispuestos, que les dió mal en los riñones, que no se pudieron tener poco ni mucho en sus pies si no los llevaban á curetas: no supimos de qué; decían que de ser regalados en Cuba, y que con el peso y calor de las armas que les dió aquel mal. Luego Cortés los mandó llevar á los navios, no quedasen en tierra, y aperebió á los caballeros que habían de ir los mejores jinetes, y caballos que fuesen con pretales de cascabeles, y les mandó que no se parasen á alancear hasta haberlos desbaratado, sino que las lanzas se les pasasen por los rostros; y señaló trece de á caballo, á Cristóbal de Olí, y Pedro de Albarado, é Alonso Hernandez Puertocarrero, é Juan de Escalante,

é Francisco de Montejó; é á Alonso de Avila le dieron un caballo que era de Ortiz el músico y de un Bartolomé García, que ninguno dellos era buen jinete; é Juan Velazquez de Leon, é Francisco de Morla, y Lares el buen jinete (nómbrole así porque habia otro buen jinete y otro Lares), é Gonzalo Dominguez, extremados hombres de á caballo; Moron el del Bayamo y Pedro Gonzalez el de Trujillo; todos estos caballeros señaló Cortés, y él por capitán, é mandó á Mesa el artillero que tuviese á punto su artillería, é mandó á Diego de Ordás que fuese por capitán de todos nosotros, porque no era hombre de á caballo, é tambien fué por capitán de los ballesteros é artilleros. Y otro día muy de mañana, que fué día de Nuestra Señora de Marzo, después de haber oído misa, puestos todos en ordenanza con nuestro alférez, que entonces era Antonio de Villarroel, marido que fué de una señora que se decía Isabel de Ojeda, que desde allí á tres años se mudó el nombre en Villareal y se llamó Antonio Serrano de Cardona. Tornemos á nuestro propósito: que fuimos por unas habanas grandes, donde habian dado guerra á Francisco de Lugo y á Pedro de Albarado, y llamábase aquella habana é pueblo Cintia, sujeta al mismo Tabasco, una legua del aposento donde salimos; é nuestro Cortés se apartó un poco espacio ó trecho de nosotros por causa de unas ciénegas que no podian pasar los caballos; é yendo de la manera que he dicho con el Ordás, dimos con todo el poder de escuadrones de indios guerreros que nos venian yn á buscar á los aposentos, é fué donde los encontramos junto al mismo pueblo de Cintia en un buen llano. Por manera que si aquellos guerreros tenian deseo de nos dar guerra y nos iban á buscar, nosotros los encontramos con el mismo motivo. Y dejallo he aquí, é diré lo que pasó en la batalla, y bien se puede nombrar batalla, é bien terrible, como adelante verán.

CAPITULO XXXIV.

Cómo nos dieron guerra todos los caciques de Tabasco y sus provincias, y lo que sobre ello sucedió.

Ya he dicho de la manera é concierto que íbamos, y cómo hallamos todas las capitanías y escuadrones de contrarios que nos iban á buscar, é traian todos grandes penachos, é atambores é trompetillas, é las caras enalmagradas é blancas é prietas, é con grandes arcos y flechas, é lanzas é rodela, y espadas como montantes de á dos manos, é mucha honda é piedra, é varas tostadas, é cada uno sus armas colchadas de algodón; é así como llegaron á nosotros, como eran grandes escuadrones, que todas las habanas cubrian, se vienen como perros rabiosos é nos cercan por todas partes, é tiran tanta de flecha é vara y piedra, que de la primera arremetida hirieron mas de setenta de los nuestros, é con las lanzas pié con pié nos hacian mucho daño, é un soldado murió luego de un flechazo que le dió por el oído, el cual se llamaba Saldaña; é no hacian sino flechar y herir en los nuestros; é nosotros con los tiros y escopetas, é ballestas é grandes estocadas no perdiamos punto de buen pelear; y como conocieran las estocadas y el mal que les haciamos, poco á poco se apartaban de nosotros, mas era para flechar mas á

susalvo, puesto que Mesa, nuestro artillero, con los tiros mataba muchos dellos, porque eran grandes escuadrones y no se apartaban lejos, y daba en ellos á su placer, y con todos los males y heridas que les haciamos, no los podiamos apartar. Yo dije al capitán Diego de Ordás: «Páreceme que debemos cerrar y apellugar con ellos; porque verdaderamente sienten bien el cortar de las espadas, y por esta causa se desvian algo de nosotros por temor dellas, y por mejor tirarnos sus flechas y varas tostadas, y tanta piedra como granizo.» Respondió el Ordás que no era buen acuerdo, porque habia para cada uno de nosotros treientos indios, y que no nos podiamos sostener con tanta multitud, é así estuvimos con ellos sosteniéndonos. Todavía acordamos de nos llegar cuanto pudiésemos á ellos, como se lo habia dicho el Ordás, por dallas mal año de estocadas; y bien lo sintieron, y se pasaron luego de la parte de una ciénega; y en todo este tiempo Cortés con los de á caballo no venia, aunque deseábamos en gran manera su ayuda, y temiamos que por ventura no le hubiese acaecido algun desastre. Acuérdomo que cuando soltábamos los tiros, que daban los indios grandes silbos é gritos, y echaban tierra y pajas en alto porque no viésemos el daño que les haciamos, é tañian entonces trompetas é trompetillas, silbos y voces, y decian *Ala lala*. Estando en esto, vimos asomar los de á caballo, é como aquellos grandes escuadrones estaban embebecidos dándonos guerra, no miraron tan de presto de los de á caballo, como venian por las espaldas; y como el campo era llano é los caballeros buenos jinetes, é algunos de los caballos muy revueltos y corredores, danles tan buena mano, é alanceando á su placer, como convenia en aquel tiempo; pues los que estábamos peleando, como los vimos, dimos tanta prisa en ellos, los de á caballo por una parte é nosotros por otra, que de presto volvieron las espaldas. Aquí creyeron los indios que el caballo é caballero era todo un cuerpo, como jamás habian visto caballos hasta entonces; iban aquellas habanas é campos llenos dellos, y se acogieron á unos montes que allí habia. Y después que los hubimos desbaratado, Cortés nos contó cómo no habia podido venir mas presto por causa de una ciénega, y que estuvo peleando con otros escuadrones de guerreros antes que á nosotros llegasen, y traia heridos cinco caballeros y ocho caballos. Y después de apeados debajo de unos árboles que allí estaban, dimos muchas gracias y loores á Dios y á nuestra Señora su bendita Madre, alzando todos las manos al cielo, porque nos habia dado aquella vitoria tan cumplida; y como era día de Nuestra Señora de Marzo, llamóse una villa que se pobló el tiempo andando, Santa María de la Vitoria, así por ser día de Nuestra Señora como por la gran vitoria que tuvimos. Aquesta fué pues la primera guerra que tuvimos en compañía de Cortés en la Nueva-España. Y esto pasado, apretamos las heridas á los heridos con paños, que otra cosa no habia, y se curaron los caballos con quemalles las heridas con unto de indio de los muertos, que abrimos para sacalle el unto, é fuimos á ver los muertos que habia por el campo, y eran mas de ochocientos, é todos los mas de estocadas, y otros de los tiros y escopetas y ballestas; é muchos estaban medio muertos

salidos. Pues donde anduvieron los de á caballo á buen recado de los muertos é otros quejándose á heridas. Estuvimos en esta batalla sobre una loma no les pudimos hacer perder punto de buenos tiros, hasta que vinieron los de á caballo, como he dicho; y prendimos cinco indios, é los dos dellos capitanes, y como era tarde y hartos de pelear, é no habíamos comido, nos volvimos al real, y luego enterramos á los que iban heridos por las gargantas é por el pecho, y quemamos las heridas á los demás é á los que iban con el unto del indio, y pusimos buenas velas á las naos, y cenamos y reposamos. Aquí es donde Francisco Lopez de Gómora que salió Francisco Cortés en un caballo rucio picado antes que llegase con los de á caballo, y que eran los santos apóstoles señor Santiago ó señor san Pedro. Digo que todas vuestras obras y victorias son por mano de nuestro Señor Jesucristo, y que en aquella batalla había para nosotros de nosotros tantos indios, que á puñados de ellos nos cegaran, salvo que la gran misericordia de Dios en todo nos ayudaba; y pudiera ser que los que iban con Gómora fueran los gloriosos apóstoles señor Santiago ó señor san Pedro, é yo, como pecador, no fuese de verles; lo que yo entonces vi y conocí fué á un poco de María en un caballo castaño, que venía conmigo con Cortés, que me parece que agora que lo escribiendo, se me representa por estos ojos poca gloria de la guerra segun y de la manera que allí pasó, y ya que yo, como indigno pecador, no merecedor de á cualquiera de aquellos gloriosos apóstoles, allí en mi compañía había sobre cuatrocientos soldados, y otros muchos caballeros, y platicárase de lo que se tomárase por testimonio, y se hubiera hecho una leyenda cuando se pobló la villa, y se nombrara la villa Santiago de la Vitoria ó de San Pedro de la Vitoria, y se nombró Santa María de la Vitoria; y si fuera como lo dice el Gómora, harlo malos cristianos fué, enviándonos nuestro Señor Dios sus santos apóstoles, no reconocer la gran merced que nos hacía, y gozar cada día aquella iglesia; y pluguiera á Dios que fuera como el coronista dice, y hasta que lei su historia, nunca entre conquistadores que allí se hallaron se oyó. Y dejémoslo aquí, é diré lo que mas pa-

CAPITULO XXXV.

envió Cortés á llamar á todos los caciques de aquellas provincias, y lo que sobre ello se hizo.

En el dicho cómo prendimos en aquella batalla cinco á los dos dellos capitanes; con los cuales estuvo Aguilar, la lengua, á pláticas, é conoció en lo que le dijo que serian hombres para enviar por mensajeros; y al capitán Cortés que les soltasen, y que fuesen á decir á los caciques de aquel pueblo é otros cuantos, y á aquellos dos indios mensajeros se les dió unas verdes é diamantes azules, y les dijo Aguilar en palabras bien sabrosas y de halagos, y que les tenian por hermanos y que no hubiesen miedo, que lo pasado de aquella guerra que ellos tenían culpa, y que llamasen á todos los caciques de los pueblos, que les queríamos hablar, y se les

amonestó, otras muchas cosas bien mansamente para atraellos de paz; y fueron de buena voluntad, é hablaron con los principales é caciques, y les dijeron todo lo que les enviamos á hacer saber sobre la paz. E oída nuestra embajada, fué entre ellos acordado de enviar luego quince indios de los esclavos que entre ellos tenían, y todos tiznadas las caras é las mantas y bragueros que traian muy ruines, y con ellos envieron gallinas y pescado asado é pan de maíz; y llegados delante de Cortés, los recibió de buena voluntad, é Aguilar, la lengua, les dijo medio enojado que cómo venian de aquella manera puestas las caras; que mas venian de guerra que para tratar paces, y que luego fuesen á los caciques y les dijese que si querian paz, como se la ofrecimos, que viniesen señores á tratar della, como se usa, é no enviasen esclavos. A aquellos mismos tiznados se les hizo ciertos halagos, y se envió con ellos cuentas azules en señal de paz y para ablandalles los pensamientos. Y luego otro día vinieron treinta indios principales é con buenas mantas, y trujeron gallinas y pescado, é fruta y pan de maíz, y demandaron licencia á Cortés para quemar y enterrar los cuerpos de los muertos en las batallas pasadas, porque no oliesen mal ó los comiesen tigres ó leones; la cual licencia les dió luego, y ellos se dieron prisa en traer mucha gente para los enterrar y quemar los cuerpos, segun su usanza; y segun Cortés supo dellos, dijeron que les faltaba sobre ochocientos hombres, sin los que estaban heridos; é dijeron que no se podian tener con nosotros en palabras ni paces, porque otro día habian de venir todos los principales y señores de todos aquellos pueblos, é concertarian las paces. Y como Cortés en todo era muy avisado, nos dijo riendo á los soldados que allí nos hallamos teniéndole compañía: «¿Sabeis, señores, que me parece que estos indios temerán mucho á los caballos, y deben de pensar que ellos solos hacen la guerra é asimismo las bombardas? He pensado una cosa para que mejor lo crean, que traigan la yegua de Juan Sedeño, que parió el otro día en el navio, é atalla hua aquí adonde yo estoy, é traigan el caballo de Ortiz el músico, que es muy rijo, y tomará olor de la yegua; é cuando haya tomado olor della, llevarán la yegua y el caballo, cada uno de por sí, en parte que desque vengan los caciques que han de venir, no los oigan relinchar ni los vean hasta que estén delante de mí y estemos hablando;» é así se hizo, segun y de la manera que lo mandó; que trujeron la yegua y el caballo, é tomó olor della en el aposento de Cortés; y demás desto, mundó que cebasen un tiro, el mayor de los que teniamos, con una buena pelota y bien cargado de pólvora. Y estando en esto, que ya era mediodia, vinieron cuarenta indios, todos caciques, con buena manera y mantas ricas á la usanza dellos; saludaron á Cortés y á todos nosotros, y traian de sus inciensos, zahumándonos á cuantos allí estábamos, y demandaron perdon de lo pasado, y que de allí adelante serian buenos. Cortés les respondió con Aguilar, nuestra lengua, algo con gravedad, como haciendo del enojado, que ya ellos habian visto cuántas veces les habian requerido con la paz, y que ellos tenían la culpa, y que agora eran merecedores que á ellos é á cuantos querian en todos sus pueblos matásemos; y porque

somos vasallos de un gran rey y señor que nos envió á estas partes, el cual se dice el emperador don Carlos, que manda que á los que estuvieren en su real servicio que les ayudemos é favorezcamos; y que si ellos fueren buenos, como dicen, que así lo haremos, é si no, que soltaré de aquellos tepustles que los maten (al hierro llaman en su lengua *tepuslle*), que aun por lo pasado que han hecho en darnos guerra están enojados algunos dellos. Entonces secretamente mandó poner fuego á la bombardas que estaba cebada, é dió un buen trueno y recio como era menester; iba la pelota zumbando por los montes, que, como en aquel instante era mediodía é hacia calma, llevaba gran ruido, y los caciques se espantaron de la oír; y como no habían visto cosa como aquella, creyeron que era verdad lo que Cortés les dijo, y para asegurarles del miedo, les tornó á decir con Aguilar que ya no hubiesen miedo, que él mandó que no hiciese daño; y en aquel instante trujeron el caballo que había tomado olor de la yegua, y á tanto no muy lejos de donde estaba Cortés hablando con los caciques; y como á la yegua la habían tenido en el mismo aposento adonde Cortés y los indios estaban hablando, pateaba el caballo, y relinchaba y hacía bramuras, y siempre los ojos mirando á los indios y al aposento donde había tomado olor de la yegua; é los caciques creyeron que por ellos hacía aquellas bramuras del relinchar y el patear, y estaban espantados. Y cuando Cortés los vió de aquel arte, se levantó de la silla, y se fué para el caballo y lo tomó del freno, é dijo á Aguilar que hiciese creer á los indios que allí estaban que había mandado al caballo que no les iniciase mal ninguno; y luego dijo á dos mozos de espuelas que lo llevasen de allí lejos, que no lo tornasen á ver los caciques. Y estando en esto, vinieron sobre treinta indios de carga, que entre ellos llaman tamenes, que traían la comida de gallinas y pescado asado y otras cosas de frutas, que parece ser se quedaron atrás ó no pudieron venir juntamente con los caciques. Allí hubo muchas pláticas Cortés con aquellos principales, y dijeron que otro día vendrían todos, é traerían un presente é hablarían en otras cosas; y así, se fueron muy contentos. Donde los dejaré agora hasta otro día.

CAPITULO XXXVI.

Cómo vinieron todos los caciques é calachonis del río de Grijalva y trajeron un presente, y lo que sobre ello pasó.

Otro día de mañana, que fué á los postreros del mes de marzo de 1519 años, vinieron muchos caciques y principales de aquel pueblo y otros comarcanos, haciendo mucho acato á todos nosotros, é trajeron un presente de oro, que fueron cuatro diademas, y unas lagartijas, y dos como perrillos, y orejeras, é cinco érnades, y dos figuras de caras de indios, y dos suelas de oro, como de sus cotorras, y otras cosillas de poco valor, que yo no me acuerdo qué tanto valía, y trajeron mantas de las que ellos traían é hacían, que son muy bastas; porque ya habrán oído decir los que tienen noticia de aquella provincia que no las hay en aquella tierra sino de poco valor; y no fué nada este presente en comparación de veinte mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer, que se dijo doña Marina, que así

se llamó después de vuelta cristiana. Y dejaré esta plática, y de hablar della y de las demás mujeres que trajeron, y diré que Cortés recibió aquel presente con alegría, y se apartó con todos los caciques y con Aguilar el intérprete á hablar, y les dijo que por aquello que traían se lo tenía en gracia; mas que una cosa les rogaba, que luego mandasen poblar aquel pueblo con toda su gente, mujeres é hijos, y que dentro de dos días le quería ver poblado, y que en esto conocerá tener verdadera paz. Y luego los caciques mandaron llamar todos los vecinos, é con sus hijos é mujeres en dos días se pobló. Y á lo otro que les mandó, que dejasen sus ídolos é sacrificios, respondieron que así lo harían; y les declaramos con Aguilar, lo mejor que Cortés pudo, las cosas tocantes á nuestra santa fe, y cómo éramos cristianos é adorábamos á un solo Dios verdadero, y se les mostró una imagen muy devota de nuestra Señora con su Hijo precioso en los brazos, y se les declaró que aquella santa imagen reverenciábamos porque así está en el cielo y es Madre de nuestro Señor Dios. Y los caciques dijeron que les parecía muy bien aquella gran *Telectiguata*, y que se la diesen para tener en su pueblo, porque á las grandes señoras en su lengua llaman *telectiguatas*. Y dijo Cortés que sí daría, y les mandó hacer un buen altar bien labrado; el cual luego le hicieron. Y otro día de mañana mandó Cortés á dos de nuestros carpinteros de lo blanco, que se decían Alonso Yañez é Alvaro Lopez (ya otra vez por mí memorados), que luego labrasen una cruz bien alta; y después de haber mandado todo esto, dijo á los caciques que fué la causa que nos dieron guerra tres veces, requiriéndoles con la paz. Y respondieron que ya habían demandado perdón dello y estaban perdonados, y que el cacique de Champoton, su hermano, se lo aconsejó, y porque no le tuviesen por cobarde, porque se lo reñían y deshonoraban, porque no nos dió guerra cuando la otra vez vino otro capitán con cuatro navios; y según pareció, decíalo por Juan de Grijalva. Y también dijo que el indio que traíamos por lengua, que se nos huyó una noche, se lo aconsejó, que de día y de noche nos diesen guerra, porque éramos muy pocos. Y luego Cortés les mandó que en todo caso se lo trajesen, é dijeron que como les vió que en la batalla no les sacó bien, que se les fué huyendo, y que no sabían del aunque le han buscado, é supimos que le sacrificaron, pues tan caro les costó sus consejos. Y mas les preguntó, que de qué parte traían oro y aquellas joyezuelas. Respondieron que de hácia donde se pone el sol, y decían *Culchúa* y *Méjico*, y como no sabíamos qué cosa era Méjico ni Culchúa, dejábamolos pasar por alto; y allí traíamos otra lengua que se decía Francisco, que hubimos cuando lo de Grijalva, ya otra vez por mí nombrado, mas no entendía poco ni mucho la de Tabasco, sino la de Culchúa, que es la mejicana; y medio por señas dijo á Cortés que *Culchúa* era muy adelante, y nombraba *Méjico*, *Méjico*, y no le entendimos. Y en esto cesó la plática hasta otro día, que se puso en el altar la santa imagen de nuestra Señora y la cruz, la cual todos adoramos; y dijo misa el padre fray Bartolomé de Olmedo, y estaban todos los caciques y principales delante, y púsose nombre á aquel pueblo Santa María de la Victoria, é así se

gore la villa de Tabasco; y el mismo fraile con lengua Aguilar predicó á las veinte indias que se sentaron, muchas buenas cosas de nuestra santa fe, no creyesen en los ídolos que de antes creían, ni malos y no eran dioses, ni mas les sacrificasen, traían engañados, é adorasen á nuestro Señor Jesús; e luego se bautizaron, y se puso por nombre á una aquella india y señora que allí nos dieron, claramente era gran cacica é hija de grandes señores, y señora de vasallos, y bien se le parecía en su rostro, lo cual diré adelante cómo y de qué manera fué traída; é de las otras mujeres no me acuerdo todos sus nombres, é no liace al caso nombrarlas, mas estas fueron las primeras cristianas que vino á la Nueva-España. Y Cortés las repartió á cada una la suya, é á esta doña Marina, como era de buen entendimiento é desenvuelta, dió á Alonso Hernández Puertocarrero, que ya he dicho otra vez que era buen caballero, primo del conde de Medellín; y fué á Castilla el Puertocarrero, estuvo la doña Marina con Cortés, é della hubo un hijo, que se dijo don Hernán Cortés, que el tiempo andando fué comendador de Yago. En aquel pueblito estuvimos cinco días, así se curaban las heridas como por los que estaban dolores de riñones, que allí se les quitó; y demás porque Cortés siempre atraía con buenas palabras á los caciques, y les dijo cómo el Emperador nuestro señor vasallos somos, tiene á su mandado muchos señores, y que es bien que ellos le den la obediencia, é que en lo que hubieren menester, así favor de él como otra cualquiera cosa, que se lo hagan donde quiera que estuviésemos, que él les vendrá á servir. Y todos los caciques le dieron muchas gracias, y allí se otorgaron por vasallos de nuestro Emperador. Estos fueron los primeros vasallos que á la Nueva-España dieron la obediencia á su majestad. Y luego Cortés les mandó que para otro día, que fué Domingo de Ramos, muy de mañana viniesen al albañicinos, con sus hijos y mujeres, para que adoraran la santa imagen de nuestra Señora y la cruz; y no les mandó que viniesen seis indios carpinteros, que fuesen con nuestros carpinteros, y que en el día de Cintia, adonde Dios nuestro Señor fué serafín, adonde aquella victoria de la batalla pasada, por la cual que hiciesen una cruz en un árbol grande que estaba, que llaman ceiba, é hicieronla en aquel efecto que durase mucho, que con la corteza, que no se reverdecía, está siempre la cruz señalada. Cortés mandó que aparejasen todas las canoas que tenían para nos ayudar á embarcar, porque aquel santo queríamos hacer á la vela, porque en aquella canoa vinieron dos pilotos á decir á Cortés que estaban en riesgo los navios por amor del norte, que es el viento. Y otro día muy de mañana vinieron todos los señores y principales con todas sus mujeres é hijos, y ya en el patio donde teníamos la iglesia y cruz, los ramos cortados para andar en procesion; y los caciques vimos juntos, Cortés y todos los señores á una con gran devocion anduvimos una muy buena procesion, y el padre de la Merced y Juan Díaz de Vaca, revestidos, y se dijo misa, y adoramos y be-

samos la santa cruz, y los caciques é indios mirándonos. Y hecha nuestra solemne fiesta segun el tiempo, vinieron los principales é trajeron á Cortés diez gallinas y pescado asado é otras legumbres, é nos despedimos dellos, y siempre Cortés encomendándoles la santa imagen de nuestra Señora y las santas cruces, y que las tuviesen muy limpias, y barrida la casa é la iglesia y enramado, y que las reverenciasen, é hallarian salud y buenas sementeras; y después que era ya tarde nos embarcamos, y á otro día lunes por la mañana nos hicimos á la vela, y con buen viaje navegamos é fuimos la vía de San Juan de Ulúa, y siempre muy juntos á tierra; é yendo navegando con buen tiempo, decíamos á Cortés los soldados que veníamos con Grijalva, como sabíamos aquella derrota: «Señor, allí queda la Rambla, que en lengua de indios se dice *Aguayaluco*.» Y luego llegamos al paraje de *Tonala*, que se dice San Anton, y se lo señalábamos; mas adelante le mostramos el gran río de *Guazacualco*, é vió las muy altas sierras nevadas, é luego las sierras de San Martin; y mas adelante lo mostramos la roca partida, que es unos grandes peñascos que entran en la mar, é tiene una señal arriba como á manera de silla; é mas adelante le mostramos el río de Albarado, que es adonde entró Pedro de Albarado cuando lo de Grijalva; y luego vimos el río de Banderas, que fué donde rescatamos los diez y seis mil pesos, y luego le mostramos la isla Blanca, y tambien le dijimos adonde quedaba la isla Verde; y junto á tierra vió la isla de Sacrificios, donde hullamos los altures cuando lo de Grijalva, y los indios sacrificados, y luego en buena hora llegamos á San Juan de Ulúa juéves de la Cena después de mediodía. Acuérdome que llegó un caballero que se decía Alonso Hernández Puertocarrero, é dijo á Cortés: «Paréceme, Señor, que os han venido diciendo estos caballeros que han venido otras dos veces á esta tierra:

Cata Francia, Montesinos
Cata Paris la ciudad,
Cata las aguas del Duero,
Do van á dar á la mar.

Yo digo que mireis las tierras ricas, y sabéos bien gobernar.» Luego Cortés bien entendió á qué fin fueron aquellas palabras dichas, y respondió: «Dénos Dios ventura en armas como al padre Roldán; que en lo demás, teniendo á vuestra merced y á otros caballeros por señores, bien me sabré entender.» Y dejémoslo, y no pasemos de aquí: esto es lo que pasó; y Cortés entró en el río de Albarado, como dice Gómara.

CAPITULO XXXVII.

Cómo doña Marina era cacica é hija de grandes señores, y señora de pueblos y vasallos, y de la manera que fué traída á Tabasco.

Antes que mas meta la mano en lo del gran Montezuma y su gran Mejico y mejicanos, quiero decir lo de doña Marina, cómo desde su niñez fué gran señora de pueblos y vasallos, y es desta manera: que su padre y su madre eran señores y caciques de un pueblo que se dice *Painala*, y tenía otros pueblos sujetos á él, obra de ocho leguas de la villa de Guacaluco, y murió el padre quedando muy niña, y la madre se casó con otro

cacique mancebo y hobieron un hijo, y según pareció, querian bien al hijo que habian habido; acordaron entre el padre y la madre de darle el cargo después de sus días, y porque en ello no hubiese estorbo, dieron de noche la niña á unos indios de Xicalango, porque no fuese vista, y echaron fama que se habia muerto, y en aquella sazón murió una hija de una india esclava suya, y publicaron que era la heredera, por manera que los de Xicalango la dieron á los de Tabasco, y los de Tabasco á Cortés, y conocí á su madre y á su hermano de madre, hijo de la vieja, que era ya hombre y mandaba juntamente con la madre á su pueblo, porque el marido postrero de la vieja ya era fallecido; y después de vueltos cristianos, se llamó la vieja Marta y el hijo Lázaro; y esto sélo muy bien, porque en el año de 1523, después de ganado Méjico y otras provincias, y se habia elzado Cristóbal de Olí en las Higueras, fué Cortés allá y pasó por Guacacualco, fuimos con él á aquel viaje toda la mayor parte de los vecinos de aquella villa, como diré en su tiempo y lugar; y como doña Marina en todas las guerras de la Nueva-España, Tlascala y Méjico fué tan excelente mujer y buena lengua, como adelante diré, á esta causa la traíu siempre Cortés consigo, y en aquella sazón y vinje se casó con ella un hidalgo que se decia Juan Jaramillo, en un pueblo que se decia Orizava, delante de ciertos testigos, que uno dellos se decia Aranda, vecino que fué de Tabasco, y aquel contaba el casamiento, y no como lo dice el coronista Gómora; y la doña Marina tenia mucho ser y mandaba absolutamente entre los indios en toda la Nueva-España. Y estando Cortés en la villa de Guacacualco, envió á llamar á todos los caciques de aquella provincia para hacerles un parlamento acerca de la santa doctrina y sobre su buen tratamiento, y entonces vino la madre de doña Marina y su hermano de madre Lázaro, con otros caciques. Días habia que me habia dicho la doña Marina que era de aquella provincia y señora de vasallos, y bien lo sabia el capitán Cortés, y Aguilar, la lengua; por manera que vino la madre y su hija y el hermano, y conocieron que claramente era su hija, porque se le parecia mucho. Tuvieron miedo della, que creyeron que los enviaba á llamar para matarlos, y lloraban; y como así los vido llorar la doña Marina, los consoló, y dijo que no hubiesen miedo, que cuando la traspusieron con los de Xicalango que no supieron lo que se hacian, y se lo perdonaba, y les dió muchas joyas de oro y de ropa y que se volviesen á su pueblo, y que Dios le habia hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos agora y ser cristiana, y tener un hijo de su amo y señor Cortés, y ser casada con un caballero como era su marido Juan Jaramillo; que aunque la hiciesen cacica de todas cuantas provincias habia en la Nueva-España, no lo sería; que en mas tenia servir á su marido é á Cortés que cuanto en el mundo hay; y todo esto que digo se lo oí muy certificadamente, y se lo juró amen. Y esto me parece que quiere remediar á lo que le acució con sus hermanos en Egipto á Josef, que vinieron á su poder cuando lo del trigo. Esto es lo que pasó, y no la relacion que dieron al Gómora, y tambien dice otras cosas que dejo por alto. E volviendo á nuestra materia, doña Marina sabia la lengua de Guacacualco, que es la propia

de Méjico, y sabia la de Tabasco, como Jerónimo de Aguilar, sabia la de Yucatan y Tabasco, que es toda una; entendianse bien, y el Aguilar lo declaraba en castellano á Cortés; fué gran principio para nuestra conquista; y así se nos hacian las cosas, loado sea Dios, muy prósperamente. He querido declarar esto, porque sin doña Marina no podiamos entender la lengua de Nueva-España y Méjico. Donde lo dejaré, é volveré á decir cómo nos desembarcamos en el puerto de San Juan de Ulúa.

CAPITULO XXXVIII.

Cómo llegamos con todos los navios á San Juan de Ulúa, y lo que allí pasamos.

En Juéves Santo de la Cena del Señor de 1519 años llegamos con toda la armada al puerto de San Juan de Ulúa; y como el piloto Alaminos lo sabia muy bien desde cuando venimos con Juan de Grijulva, luego mandó surgir en parte que los navios estuviesen seguros del norte, y pusieron en la nao capitana sus estandartes reales y veletas, y desde obra de media hora que surgimos, vinieron dos canoas muy grandes (que en aquellas partes á las canoas grandes llaman piraguas), y en ellas vinieron muchos indios mejicanos, y como vieron los estandartes y navío grande, conocieron que allí habian de ir á hablar al Capitan, y fuéronse derechos al navío, y entrandentro y preguntan quién era el Tlatoan, que en su lengua dicen el señor. Y doña Marina, que bien lo entendió, porque sabia muy bien la lengua, se lo mostró. Y los indios hicieron mucho acato á Cortés á su usanza, y le dijeron que fuese bien venido, é que un criado del gran Montezuma, su señor, les enviaba á saber qué hombres éramos é qué buscábamos, é que si algo hubiésemos menester para nosotros y los navios, que se lo dijésemos, que traerian recaudo para ello. Y nuestro Cortés respondió con las dos lenguas, Aguilar y doña Marina, que se lo tenia en merced; y luego les mandó dar de comer y beber vino, y unas cuentas azules, y cuando hubieron bebido, les dijo que veniamos para vellos y contratar, y que no se les haria enojo ninguno, é que hubiesen por buena nuestra llegada á aquella tierra. Y los mensajeros se volvieron muy contentos á su tierra; y otro día, que fué Viérnes Santo de la Cruz, desembarcamos, así caballos como artillería, en unos montones de arena, que no habia tierra llana, sino todos arenales, y asestaron los tiros como mejor le pareció al artillero, que se decia Mesa, y hicimos un altar, adonde se dijo luego misa, é hicieron chozas y enramadas para Cortés y para los capitanes, y entre tres soldados acarreamos madera é hicimos nuestras chozas, y los caballos se pusieron adonde estuviesen seguros; y en esto se pasó aquel Viérnes Santo. Y otro día sábado, vispera de Pascua, vinieron muchos indios que envió un principal que era gobernador de Montezuma, que se decia Pitalpitoque, que después le llamamos Ovandillo, y trujeron hachas y adobaron las chozas del capitán Cortés y los ranchos que mas cerca hallaron, y les pusieron mantas grandes encima, por amor del sol, que era cuaresma é hacia muy gran calor, y trujeron gullinas y pan de maíz y ciruelas, que era tiempo dellas, y parecemo

que entonces trujeron unas joyas de oro, y todo lo presentaron á Cortés, é dijeron que otro día había de venir un gobernador á traer mas bastimento. Cortés se lo agradeció mucho y les mandó dar ciertas cosas de rescate, con que fueron muy contentos. Y otro día, pascua santa de Resurreccion, vino el gobernador que habían dicho, que se decía Tendile, hombre de negocios, é trujo con él á Pitalpitoque, que tambien era persona entre ellos principal, y traía detrás de sí muchos indios con presentes y gallinas y otras legumbres, y á estos que los traían mandó Tendile que se apartasen un poco á un cabo, y con mucha humildad hizo tres reverencias á Cortés á su usanza, y después á todos los soldados que mas cercanos nos hallamos. Y Cortés les dijo con nuestras lenguas que fuesen bien venidos, y los abrazó, y les mandó que esperasen y que luego les hablaría, y entre tanto mandó hacer un altar lo mejor que en aquel tiempo se pudo hacer, y dijo misa cantada fray Bartolomé de Olmedo, y la beneficiaba el padre Juan Díaz, y estuvieron á la misa los dos gobernadores y otros principales de los que traían en su compañía; y oido misa, comió Cortés y ciertos capitanes de los nuestros y los dos indios criados del gran Montezuma. Y alzadas las mesas, se apartó Cortés con las dos nuestras lenguas doña Marina y Jerónimo de Aguilar y con aquellos caciques, y les dijimos cómo éramos cristianos y vasallos del mayor señor que hay en el mundo, que se dice el emperador don Carlos, y que tiene por vasallos y criados á muchos grandes señores, y que por su mandado veníamos á aquestas tierras, porque há muchos años que tienen noticia dellas y del gran señor que les manda, y que lo quiere tener por amigo y decille muchas cosas en su real nombre, y cuando las sepa é haya entendido se holgará dello, y para contratar con él y sus indios y vasallos de buena amistad, y queria saber dónde manda que se vean y se hablen. Y el Tendile le respondió algo soberbio, y le dijo: «Aun agora has llegado y ya le quieres hablar; recibe agora este presente que te damos en su nombre, y después me dirás lo que te cumpliere.» y luego sacó de una petaca, que es como caja, muchas piezas de oro y de buenas labores y ricas, y mas de diez cargas de ropa blanca de algodón y de pluma, cosas muy de ver, y otras joyas que ya no me acuerdo, como há muchos años, y tras esto mucha comida, que eran gallinas de la tierra, fruta y pescado asado. Cortés las recibió riendo y con buena gracia, y les dió cuentas de diamantes torcidos y otras cosas de Castilla; y les rogó que mandasen en sus pueblos que viniesen á contratar con nosotros, porque él traía muchas cuentas á trocar á oro, y le dijeron que así lo mandarian. Y segun después supimos, estos Tendile y Pitalpitoque eran gobernadores de unas provincias que se dicen Cotastlan, Tustepeque, Guazpultepeque, Tlatlateteclio, y de otros pueblos que nuevamente tenían sujugados; y luego Cortés mandó traer una silla de caídas con entalladuras muy pintadas y unas piedras maripitas que tienen dentro en sí muchas labores, y envueltas en unos algodones que tenían almizcle porque olieren bien, y un sartal de diamantes torcido y una gorra de carmesí con una medalla de oro, y en ella figurado á san Jorge, que estaba á caballo con una lanza

HA-11.

y parecia que mataba á un dragon; y dijo á Tendile que luego enviase aquella silla en que se asiente el señor Montezuma para quando le vaya á ver y hablar Cortés, y que á quella gorra que la ponga en la cabeza, y que aquellos piedras y todo lo demás le mandó dar el Rey nuestro señor, en señal de amistad, porque sabe que es gran señor, y que mandó señalar para qué día y en qué parte quiere que le vaya á ver. Y el Tendile le recibió y dijo que su señor Montezuma es tan gran señor, que se holgara de conocer á nuestro gran rey, y que le llevará presto aquel presente y traerá respuesta. Y parece ser que el Tendile traía consigo grandes pintores, que los hay tales en México, y mandó pintar al natural rostro, cuerpo y facciones de Cortés y de todos los capitanes y soldados, y navíos y velas é caballos, y á doña Marina é Aguilar, hasta dos lebreles, é tiros é pelotas, é todo el ejército que traíamos, é lo llevó á su señor. Y luego mandó Cortés á nuestros artilleros que tuviesen muy bien cebadas las bombardas con buen golpe de pólvora para que hiciesen gran trueno quando las soltasen, y mandó á Pedro de Albarado que él y todos los de á caballo se aparcjasen para que aquellos criados de Montezuma los viesen correr, y que llevasen petales de cascabeles; y tambien Cortés cabalgó y dijo: «Si en estos medanos de arena pudiéramos correr, bueno fuera; mas ya verán que á pié atollamos en la arena: salgamos á la playa desque sea menguante, y correrémos de dos en dos;» é al Pedro de Albarado, que era su yegua alazana, de gran carrera y revuelta, le dió el cargo de todos los de á caballo. Todo lo cual se hizo delante de aquellos dos embajadores, y para que viesen salir los tiros dijo Cortés que les queria tornar á hablar con otros muchos principales, y ponen luego á las bombardas, y en aquella sazón hacia calma; iban las piedras por los montes retumbando con gran ruido, y los gobernadores y todos los indios se espantaron de cosas tan nuevas para ellos, y lo mandaron pintar á sus pintores para que Montezuma lo viese. Y parece ser que un soldado tenía un casco medio dorado, y vió Tendile, que era un mestizmo indio que el otro, y dijo que parecia á unos que ellos tienen que les habian dejado sus antepasados del linaje donde venian, el cual tenían puesta en la cabeza á sus dioses Huichilóbos, que es su ídolo de la guerra, y que su señor Montezuma se holgará de lo ver, y luego se lo dieron; y les dijo Cortés que porque queria saber si el oro desta tierra es como el que sacan de la nuestra de los ríos, que le envíen aquel casco lleno de granos para enviarlo á nuestro gran emperador. Y después de todo esto, el Tendile se despidió de Cortés y de todos nosotros, y después de muchos ofrecimientos que les hizo el mismo Cortés, le abrazó y se despidió dél, y dijo el Tendile que él volveria con la respuesta con toda brevedad; é ido, alcanzamos á saber que, después de ser indios de grandes negocios, fué el mas suelto peon que su amo Montezuma tenía; el cual fué en posta y dió relacion de todo á su señor, y le mostró el dibujo que llevaba pintado y el presente que le envió Cortés; y quando el gran Montezuma le vió quedó admirado, y recibió por otra parte mucho contento, y desdeque vió el casco y el que tenía su Huichilóbos, tuvo por cierto que éramos del linaje

2

de los que les habían dicho sus antepasados que vendrían á señorear aquesta tierra. Aquí es donde dice el coronista Gómara muchas cosas que no le dieron buena relación. Dejallos hé aquí, y diré lo que más nos acuerció.

CAPITULO XXXIX.

Cómo fue Tendile á hablar á su señor Montezuma y llevar el presente, y lo que hicimos en nuestro real.

Desde que se fué Tendile con el presente que el capitán Cortés le dió para su señor Montezuma, é había quedado en nuestro real el otro gobernador que se decía Pitalpitoque, quedó en unas chozas apartadas de nosotros, y allí trajeron indios para que hiciesen pan de su maíz, y gallinas, fruta y pescado, y de aquella proveían á Cortés y á los capitanes que comían con él (que á nosotros los soldados, si no lo mariscábamos ó íbamos á pescar, no lo teníamos); y en aquella sazón vinieron muchos indios de los pueblos por mi nombrados, donde eran gobernadores aquellos criados del gran Montezuma, y traían algunos dellos oro y joyas de poco valor y gallinas á trocar por nuestros rescates, que eran cuentas verdes, diamantes y otras cosas, y con aquellos nos sustentábamos, porque comúnmente todos los soldados traíamos rescate, como teníamos aviso cuando lo de Grijalva que era bueno traer cuentas, y en esto pasaron seis ó siete días; y estando en esto vino el Tendile una mañana con mas de cien indios cargados, y venia con ellos un gran cacique mejicano, y en el rostro, facciones y cuerpo se parecía al capitán Cortés, y adrede lo envió el gran Montezuma; porque, segun dijeron, cuando á Cortés le llevó Tendile dibujada su misma figura, todos los principales que estaban con Montezuma dijeron que un principal que se decía Quintalbor se le parecía á lo propio á Cortés, que así se llamaba aquel gran cacique que venia con Tendile; y como parecía á Cortés, así le llamábamos en el real Cortés allá, Cortés acullá. Volvamos á su venida y lo que hicieron en llegando donde nuestro capitán estaba, y fué que besó la tierra con la mano, y con braseros que traían de barro, y en ellos de su incienso le zahumaron, y á todos los demás soldados que allí cerca nos hallamos; y Cortés les mostró mucho amor y asentólos cabe sí; é aquel principal que venia con aquel presente traía cargo juntamente de hablar con el Tendile (ya le dicho que se decía Quintalbor); y después de haberle dado el parabien venido á aquella tierra, y otras muchas pláticas que pasaron, mandó sacar el presente que traían encima de unas esteras que llaman petates, y tendidas otras mantas de algodón encima dellas, lo primero que dió fué una rueda de hechura de sol, tan grande como de una carreta, con muchas labores, todo de oro muy fino, gran obra de mirar, que valia, á lo que después dijeron que le habían pesado, sobre veinte mil pesos de oro, y otra mayor rueda de plata, figurada la luna con muchos resplandores, y otras figuras en ella, y esta era de gran peso, que valia mucho, y trujo el casco lleno de oro en granos crespos como lo sacan de las minas, que valia tres mil pesos. Aquel oro del casco tuvimos en mas, por saber cierto que había buenas minas, que si trujeran treinta mil pesos. Mas trajo veinte ánades de oro, de

muy prima labor y muy al natural, é unos como perros de los que entre ellos tienen, y muchas piezas de oro figuradas, de hechura de tigres y leones y monos, y diez collares hechos de una hechura muy prima, é otros pinjantes, é doce flechas y arco con su cuerda, y dos varas como de justicia, de largo de cinco palmos, y todo esto de oro muy fino y de obra vaciadiza; y luego mandó traer penachos de oro y de ricas plumas verdes y otras de plata, y aventadores de lo mismo, pues venados de oro sacados de vaciadizo; é fueron tantas cosas, que, como há ya tantos años que pasó, no me acuerdo de todo; y luego mandó traer allí sobre treinta cargas de ropa de algodón tan prima y de muchos géneros de labores, y de pluma de muchos colores, que por ser tantos no quiero en ello mas meter la pluma, porque no lo sabré escribir. Y después de haberlo dado, dijo aquel gran cacique Quintalbor y el Tendile á Cortés que recibiera aquello con la gran voluntad que su señor se lo envía, é que lo reparta con los teules que consigo trae; y Cortés con alegría los recibió; y dijeron á Cortés aquellos embajadores que le querían hablar lo que su señor Montezuma le envía á decir. Y lo primero que le dijeron, que se ha holgado que hombres tan esforzados vengau á su tierra, como le han dicho que somos, porque sabía lo de Tabasco; y que deseara mucho ver á nuestro gran emperador, pues tan gran señor es, pues de tan léjas tierras como venimos tiene noticia dél, é que le enviará un presente de piedras ricas, é que entre tanto que allí en aquel puerto estuviéremos, si en algo nos puede servir que lo hará de buena voluntad; é cuanto á las vistas, que no curasen dellas, que no había para qué; poniendo muchos inconvenientes. Cortés les tornó á dar las gracias con buen semblante por ello, y con muchos halagos dió á cada gobernador dos camisas de holanda y diamantes azules y otras cosillas, y les rogó que volviessen por su embajador á Méjico á decir á su señor el gran Montezuma que, pues habíamos pasado tantas mares y veníamos de tan léjas tierras solamente por le ver y hablar de su persona á la suya, que así se volviese, que no lo recebería de buena manera nuestro gran rey y señor, y que adonde quiera que estuviere le quiera ir á ver y hacer lo que mandare. Y los embajadores dijeron que irían y se lo dirían; mas que las vistas que dice, que entienden que son por demás. Y envió Cortés con aquellos mensajeros á Montezuma de la pobreza que traíamos, que era una copa de vidrio de Florencia, labrada y dorada, con muchas arboledas y monterías que estaban en la copa, y tres camisas de holanda, y otras cosas, y les encomendó la respuesta. Fuéronse estos dos gobernadores, y quedó en el real Pitalpitoque, que parece ser le dieron cargo los demás criados de Montezuma para que trujese la comida de los pueblos mas cercanos. Dejallos hé aquí, y diré lo que en nuestro real pasó.

CAPITULO XL.

Cómo Cortés envió á buscar otro puerto y asiento para poblar, y lo que sobre ello se hizo.

Despachados los mensajeros para Méjico, luego Cortés mandó ir dos navíos á descubrir la costa adelante, y por capitán dellos á Francisco de Montejo, y le man-

dó que siguiese el viaje que habíamos llevado con Juan de Grijalva, porque el mismo Montejo había venido en nuestra compañía y del Grijalva, y que procurase buscar puerto seguro y mirase por tierras en que pudiésemos estar, porque bien vía que en aquellos arenales no nos podíamos valer de mosquitos y estar tan lejos de poblaciones; y mandó al piloto Alaminos y Juan Alvarez el Manquillo, fuesen por pilotos, porque sabían aquella derrota, y que diez días navegase costa á costa todo lo que pudiesen; y fueron de la manera que les fué dicho e mandado, y llegaron al paraje del río Grande, que es cerca de Punuco, adonde otra vez llegamos cuando lo del capitán Juan de Grijalva, y desde allí adelante no pudieron pasar, por las grandes corrientes. Y viendo aquella mala navegación, dió la vuelta á San Juan de Ulúa, sin mas pasar adelante, ni otra relación, excepto que doce leguas de allí habían visto un pueblo como fortaleza, el cual pueblo se llamaba Quiahuistlan, y que cerca de aquel pueblo estaba un puerto que le parecía el piloto Alaminos que podrían estar seguros los navios del norte; púsosele un nombre feo, que es el tal de Bernal, que parecía á otro puerto que hay en España que tenía aquel propio nombre feo; y en estas idas y venidas se pasaron al Montejo diez ó doce días. Y volveré á decir que el indio Pitalpitoque, que quedaba para traer la comida, alijó de tal manera, que nunca mas trujo cosa ninguna; y teníamos entonces gran falta de mantenimientos, porque ya el cazabe amargaba de mohoso, podrido y sucio de fátulas, y si no íbamos á mariscar no comíamos, y los indios que solían traer oro y gallinas á rescatar, ya no venían tantos como al principio, y estos que acudían, muy recatados y medrosos; y estábamos aguardando á los indios mensajeros que fueron á México por horas. Y estando desta manera, vuelve Tendile con muchos indios, y después de haber hecho el acato que suelen entre ellos de zahumar á Cortés y á todos nosotros, dió diez cargas de mantas de pluma muy fina y ricas, y cuatro chalchuites, que son unas piedras verdes de muy gran valor, y tenidas en mas estima entre ellos, mas que nosotros las esmeraldas, y es color verde, y ciertas piezas de oro, que dijeron que valía el oro, sin los chalchuites, tres mil pesos; y entonces vinieron el Tendile y Pitalpitoque, porque el otro gran cacique, que se decía Quintalbor, no volvió mas, porque había adolecido en el camino; y aquellos dos gobernadores se apartaron con Cortés y doña Marina y Aguilar, y le dijeron que su señor Montezuma recibió el presente y que se holgó con él, é que en cuanto á la vista, que no le habían mas sobre ello, y que aquellas ricas piedras de chalchuites que las envía para el gran Emperador, porque son tan ricas, que vale cada una dellas una gran carga de oro, y que en mas estima las tenía, y que ya no cure de enviar mas mensajeros á México. Y Cortés les dió las gracias con ofrecimientos; y ciertamente que le pesó á Cortés que tan claramente le decían que no podríamos ver al Montezuma, y dijo á ciertos soldados que allí nos hallamos: «Verdaderamente debe de ser gran señor y rico, y si Dios quisiere, algun día le hemos de ver.» Y respondimos los soldados: «Ya querríamos estar en vuestras con él.» Dejemos por ahora las vistas, y digamos que en aquella sazón era hora del Ave-

María, y en el real teníamos una campana, y todos nos arrodillamos delante de una cruz que teníamos puesta en un medaño de arena, el mas alto, y delante de aquella cruz decíamos la oración de la Ave-Maria: y como Tendile y Pitalpitoque nos vieron así arrodillar, como eran indios muy entremetidos, preguntaron que á qué fin nos humillábamos delante de aquel palo hecho de aquella manera. Y como Cortés lo oyó, y el fraile de la Merced estaba presente, le dijo Cortés al fraile: «Bien es agora, Padre, que hay buena materia para ello, que les demos á entender con nuestras lenguas las cosas tocantes á nuestra santa fe;» y entonces se les hizo un tan buen razonamiento para en tal tiempo, que unos buenos teólogos no lo dijern mejor; y después de declarado cómo somos cristianos á todas las cosas tocantes á nuestra santa fe que se convenian decir, les dijeron que sus ídolos son malos y que no son buenos; que huyen de donde está aquella señal de la cruz, porque en otra de aquella hechura padeció muerte y pasión el Señor del cielo y de la tierra y de todo lo criado, que es el en que nosotros adoramos y creemos, que es nuestro Dios verdadero, que se dice Jesucristo, y que quiso sufrir y pasar aquella muerte por salvar todo el género humano, y que resucitó al tercero día y está en los cielos, y que habemos de ser juzgados dél; y se les dijo otras muchas cosas muy perfectamente dichas, y las entendían bien, y respondían cómo ellos lo dirían á su señor Montezuma; y tambien se les declaró que una de las cosas por que nos envió á estas partes nuestro gran emperador fué para quitar que no sacrificasen ningunos indios ni otra manera de sacrificios malos que hacen, ni se robasen unos á otros, ni adorasen aquellas malditas figuras; y que les ruega que pongan en su ciudad, en los adoratorios donde están los ídolos que ellos tienen por dioses, una cruz como aquella, y pongan una imagen de nuestra Señora, que allí les dió, con su Hijo precioso en los brazos, y verán cuánto bien les va y lo que nuestro Dios por ellos hace. Y porque pasaron otros muchos razonamientos, é yo no los sabré escribir tan por extenso, lo dejare, y traeré á la memoria que como vinieron con Tendile muchos indios esta postrera vez á rescatar piezas de oro, y no de mucho valor, todos los soldados lo rescatábamos; y aquel oro que rescatábamos dábamos á los hombres que traímos de la mar, que iban á pescar, á trueco de su pescado, para tener de comer; porque de otra manera pasábamos mucha necesidad de hambre, y Cortés se holgaba dello y lo disimulaba, aunque lo veía, y se lo decían muchos criados y amigos de Diego Velazquez que para qué nos dejaba rescatar. Y lo que sobre ello pasó diré adelante.

CAPITULO XLI.

De lo que se hizo sobre el rescatar del oro, y de otras cosas que en el real pasaron.

Como vieron los amigos de Diego Velazquez, gobernador de Cuba, que algunos soldados rescatábamos oro, dijéronselo á Cortés que para qué lo consentia, y que no lo envié Diego Velazquez para que los soldados llevasen todo el mas oro, y que era bien mandur preguntar que no rescatasen mas de ahí adelante, sino fuese el mismo Cortés, y lo que hubiesen habido, que lo

manifestasen para sacar el real quinto, é que se pudiese una persona que fuese conveniente para cargo de tesoroero. Cortés á todo dijo que era bien lo que decían, y que la tal persona nombrasen ellos; y señalaron á un Gonzalo Mejía. Y después desto hecho, les dijo Cortés, no de buen semblante: «Mirá, señores, que nuestros compañeros pasan gran trabajo de no tener con qué sustentarse, y por esta causa habíamos de disimular, porque todos comiesen; cuanto mas que es una miseria cuanto rescatan, que, mediante Dios, mucho es lo que habemos de haber, porque todas las cosas tienen su haz y envés; ya está pregonado que no rescatan mas oro, como habeis querido; verémos de qué comerémos.» Aquí es donde dice el coronista Gómara que lo hacia Cortés porque no creyese Montezuma que se nos daba nada por oro; y no le informaron bien, que desde lo de Grijalva en el río de Banderas lo sabia muy claramente; y demás desto, cuando le enviamos á demandar el casco de oro en granos de las minas, y nos veían rescatar. Pues que, gente mejicana para no entenderlo! Y dejemos esto pues dice que por informacion lo sabe; y digamos cómo una mañana no amaneció indio ninguno de los que estaban en las chozas, que solían traer de comer, ni los que rescataban, y con ellos Pitapitque, que sin hablar palabra se fueron huyendo; y la causa fué, segun después alcanzamos á saber, que se lo envió á mandar Montezuma, que no aguardase mas pláticas de Cortés ni de los que con él estábamos; porque parece ser cómo el Montezuma era muy devoto de sus ídolos, que se decían Tezcatlipuca y Huichilobos; el uno decían que era dios de la guerra, y el Tezcatlipuca el dios del infierno, y les sacrificaba cada dia muchachos para que le diesen respuesta de lo que habia de hacer de nosotros, porque ya el Montezuma tenia pensamiento que si no nos tornábamos á ir en los navíos, denos haber todos á las manos para que hiciésemos generacion, y también para tener que sacrificar; segun después supimos, la respuesta que le dieron sus ídolos fué que no curase de oír á Cortés, ni las palabras que le enviaba á decir que tuviese cruz y la imagen de nuestra Señora, que no la trujesen á su ciudad; y por esta causa se fueron sin hablar. Y como vimos tal novedad, creímos que siempre estaban de guerra, y estábamos muy mas á punto apercibidos. Y un dia estando yo y otro soldado puestos por espías en unos arenales, vimos venir por la playa cinco indios, y por no hacer alboroto por poca cosa en el real, los dejamos allegar á nosotros, y con alegres rostros nos hicieron reverencia á su usanza, y por señas nos dijeron que los llevásemos al real; y yo dije á mi compañero que se quedase en el puesto, é yo iría con ellos, que en aquella sazón no me pesaban los pies como agora, que soy viejo; y cuando llegaron adonde Cortés estaba, le hicieron grande acatamiento y le dijeron: «Lopelucio, lopelucio;» que quiere decir en la lengua totonaque, señor y gran señor; y traían unos grandes agujeros en los bezos de abajo, y en ellos unas rodajas de piedras pintadillas de azul, y otros con unas hojas de oro delgadas, y en las orejas muy grandes agujeros, y en ellos puestas otras rodajas de oro y piedras, y muy diferente traje y habla que traían á lo de los mejicanos que solían allí estar en los ranchos con

nosotros, que envió el gran Montezuma; y como doña Marina y Aguilar, las lenguas, oyeron aquello de lopelucio, no lo entendieron; dijo la doña Marina en la lengua mejicana que si habia allí entre ellos naeyanatos, que son intérpretes de la lengua mejicana; y respondieron los dos de aquellos cinco que sí, que ellos la entendían y hablarían; y dijeron luego en la lengua mejicana que somos bien venidos, é que su señor les enviaba á saber quién éramos, y que se holgara servir á hombres tan esforzados, porque parece ser ya sabian lo de Tabasco y lo de Potonchán; y mas dijeron, que ya hobieran venido á vernos, si no fuera por temor de los de Culúa, que debían estar allí con nosotros; y Culúa entiéndese por mejicanos, que es como si dijésemos cortolobes ó villanos; é que supieron que habia tres dias que se habian ido huyendo á sus tierras; y de plática en plática supo Cortés cómo tenia Montezuma enemigos y contrarios, de lo cual se holgó; y con dádivas y halagos que les hizo, despidió aquellos cinco mensajeros, y les dijo que dijesen á su señor que él los iría á ver muy presto. A aquellos indios llamábamos desde ahí adelante los lopelucios. Y dejállos he agora, y pasemos adelante y digamos que en aquellos arenales donde estábamos habia siempre muchos mosquitos zancudos, como de los chicos que llaman xexenes, y son peores que los grandes, y no podíamos dormir dellos, y no habia bastimentos, y el cazabe se apocaba, y muy moloso y sucio de las fitulas, y algunos soldados de los que solían tener indios en la isla de Cuba suspirando continuamente por volverse á sus casas, y en especial los criados y amigos de Diego Velazquez. Y como Cortés así vido la cosa y voluntades, mandó que nos fuésemos al pueblo que habia visto el Montezuma y el piloto Alaminos que estaba en fortaleza, que se dice Quiahuistlan, y que los navíos estarian al abrigo del peñol por mi nombrado. Y como se ponía por la obra para nosir, todos los amigos, deudos y criados del Diego Velazquez dijeron á Cortés que para qué queria hacer aquel viaje sin bastimentos, é que no tenia posibilidad para pasar mas adelante, porque ya se habian muerto en el real de heridas de lo de Tabasco y de dolencias y hambre sobre treinta y cinco soldados, y que la tierra era grande y las poblaciones de mucha gente, é que nos darian guerra un dia que otro; y que seria mejor que nos volviésemos á Cuba á dar cuenta á Diego Velazquez del oro rescatado, pues era cantidad, y de los grandes presentes de Montezuma, que era el sol de oro y la luna de plata y el casco de oro menudo de minas, y de todas las joyas y ropa por mí referidas. Y Cortés les respondió que no era buen consejo volver sin ver; porque hasta entonces que no nos podíamos quejar de la fortuna, é que diésemos gracias á Dios, que en todo nos ayudaba; y que en cuanto á los que se han muerto, que en las guerras y trabajos suele acontecer; y que seria bien saber lo que habia en la tierra, y que entre tanto del maíz que tenían los indios y pueblos cercanos comeríamos, ó mal nos andarían las manos. Y con esta respuesta se sosegó algo la parcialidad del Diego Velazquez, aunque no mucho; que ya habia corrillos dellos y plática en el real sobre la vuelta de Cuba. Y dejallo he aquí, y diré lo que mas avino.

CAPITULO XLII.

Como alzamos á Hernando Cortés por capitán general y justicia mayor hasta que su majestad en ello mandase lo que fuese servido, y lo que en ello se hizo.

Ya he dicho que en el real andaban los parientes y amigos del Diego Velazquez perturbando que no pasásemos adelante, y que desde allí de San Juan de Ulúa nos volviésemos á la isla de Cuba. Parece ser que ya Cortés tenía pláticas con Alonso Hernandez Puertocarrero y con Pedro de Albarado, y sus cuatro hermanos, Jorge, Gonzalo, Gomez y Juan, todos Albarados, y con Cristóbal de Oli, Alonso de Avila, Juan de Escalante, Francisco de Lugo, y conmigo é otros caballeros y capitanes, que le pidiésemos por capitán. El Francisco de Montejo bien lo entendió, y estíbuse á la mira; y una noche á mas de media noche vinieron á mi choza el Alonso Hernandez Puertocarrero y el Juan Escalante y Francisco de Lugo, que éramos algo deudos yo y el Lugo, y de una tierra, y me dijeron: «Ah señor Bernal Díaz del Castillo, salí acá con vuestras armas á rondar, acompañáremos á Cortés, que anda rondando;» y cuando estuve apartado de la choza me dijeron: «Mirad, Señor, tened secreto de un poco que agora os queremos decir, porque pesa mucho, y no lo entiendan los compañeros que están en vuestro rancho, que son de la parte del Diego Velazquez;» y lo que platicaron fué: «¿Parécenos, Señor, bien que Hernando Cortés así nos haya traído engañados á todos, y dió pregones en Cuba que venia á poblar, y ahora hemos sabido que no trae poder para ello, sino para rescatar, y quieren que nos volvamos á Santiago de Cuba con todo el oro que se ha habido, y quedarémos todos perdidos, y tomarse ha el oro el Diego Velazquez, como la otra vez? Mirá, Señor, que habéis venido ya tres veces con esta postrera, gastando vuestros haberes, y habéis quedado empeñado, aventurando tantas veces la vida con tantas heridas; hucémoslo, Señor, saber, porque no pase esto adelante; y estamos muchos caballeros que sabemos que son amigos de vuestra merced, para que esta tierra se pueble en nombre de su majestad, y Hernando Cortés en su real nombre, y en teniendo que tengamos posibilidad hacello saber en Castilla á nuestro rey y señor. Y tenga, Señor, cuidado de dar el voto para que todos le elijamos por capitán de unánime voluntad, porque es servicio de Dios y de nuestro rey y señor.» Yo respondí que la isla de Cuba no era buen acuerdo, y que seria bien que la tierra se poblase, é que eligiésemos á Cortés por general y justicia mayor hasta que su majestad otra cosa mandase. Y andando de soldado en soldado este concierto, alcanzáronlo á saber los deudos y amigos del Diego Velazquez, que eran muchos mas que nosotros, y con palabras algo sobradas dijeron á Cortés que para qué andaba con malas para quedarse en aquesta tierra sin ir á dar cuenta á quien le envió para ser capitán; porque Diego Velazquez no se lo tenía á bien; y que luego nos fuésemos á embarcar, y que no curase de mas rodeos y andar en secreto con los soldados, pues no tenía bastimentos ni gente ni posibilidad para que pudiese poblar. Y Cortés respondió sin mostrar enojo, y dijo que le placía, que no iria contra las instrucciones y memorias que traía del señor Diego Velazquez; y mandó lue-

go pregonar que para otro día todos nos embarcásemos, cada uno en el navio que habia venido; y los que habíamos sido en el concierto le respondimos que no era bien traernos engañados; que en Cuba pregonó que venia á poblar é que viene á rescatar, y que le requeiríamos de parte de Dios nuestro Señor y de su majestad que luego poblase, y no hiciese otra cosa, porque era muy gran bien y servicio de Dios y de su majestad; y se le dijeron muchas cosas bien dichas sobre el caso, diciendo que los naturales no nos dejarían desembarcar otra vez como ahora, y que en estar poblada aquesta tierra siempre acudirían de todas las islas soldados para nos ayudar, y que Velazquez nos habia echado á perder con publicar que tenía provisiones de su majestad para poblar, siendo al contrario; é que nosotros queríamos poblar, é que se fuese quien quisiese á Cuba. Por manera que Cortés lo aceptó, y aunque se hacia mucho de rogar, y como dice el refrán: «Tú me lo ruegas é yo me lo quiero;» y fue con condicion que le hiciésemos justicia mayor y capitán general; y lo peor de todo que le otorgamos, que le daríamos el quinto del oro de lo que se hubiese, después de sacarlo el real quinto, y luego le dimos poderes muy bastantísimos delante de un escribano del Rey, que se decia Diego de Godoy, para todo lo por mí aquí dicho. Y luego ordenamos de hacer y fundar é poblar una villa, que se nombró la villa rica de la Veracruz, porque llegamos juéves de la Cena, y desembarcamos en viérnes santo de la Cruz, é rica por aquel caballero que dije en el capítulo, que se llegó á Cortés y le dijo que mirase las tierras ricas: y que se supiese bien gobernar, é quiso decir que se quedase por capitán general; el cual era el Alonso Hernandez Puertocarrero. Y volvimos á nuestra relacion: que fundada la villa, hicimos alcalde y regidores, y fueron los primeros alcaldes Alonso Hernandez Puertocarrero, Francisco de Montejo, y á este Montejo, porque no estaba muy bien con Cortés, por metelle en los primeros y principal, le mandó nombrar por alcalde; y los regidores dejállos he de escribir, porque no hace al caso que nombre algunos, y diré cómo se puso una picota en la plaza, y fuera de la villa una horca, y señalamos por capitán para las entradas á Pedro de Albarado, y maestre de campo á Cristóbal de Oli, alguacil mayor á Juan de Escalante, y tesoroero Gonzalo Mejía, y contador á Alonso de Avila, y alférez á Hulano Corral, porque el Villareal, que habia sido alférez, no sé qué enojo habia hecho á Cortés sobre una india de Cuba, y se le quitó el cargo; y alguacil del real á Ochoa, vizcalno, y á un Alonso Romero. Dirán ahora cómo no nombro en esta relacion al capitán Gonzalo de Sandoval, siendo un capitán tan nombrado, que después de Cortés, fué la segunda persona, y de quien tanta noticia tuvo el Emperador nuestro señor. A esto digo que, como era mancebo entonces, no se tuvo tanta cuenta con él y con otros valerosos capitanes; que le vimos florecer en tanta manera, que Cortés y todos los soldados le teníamos en tanta estima como al mismo Cortés, como adelante diré. Y quedarse ha aquí esta relacion; y diré cómo el coronista Gómara dice que por relacion sabe lo que escribe; y esto que aquí digo, pasó así; y en todo lo demás que escribe no le dieron buena

cuenta de lo que dice. E otra cosa veo, que para que parezca ser verdad lo que en ello escribe, todo lo que en el caso pone es muy al revés, por mas buena retórica que en el escribir ponga. Y dejallo he, y diré lo que la parcialidad del Diego Velazquez hizo sobre que no fuese por capitán elegido Cortés, y nos volviésemos á la isla de Cuba.

CAPITULO XLIII.

Como la parcialidad de Diego Velazquez perturbaba el poder que habíamos dado á Cortés, y lo que sobre ello se hizo.

Y desde que la parcialidad de Diego Velazquez vieron que de hecho habíamos elegido á Cortés por capitán general y justicia mayor, y nombrada la villa y alcaldes y regidores, y nombrado capitán á Pedro de Albarado, y alguacil mayor y muestre de campo y todo lo por mí dicho, estaban tan enojados y rabiosos, que comenzaron á armar bandos é chirinolas, y aun palabras muy mal dichas contra Cortés y contralos que le elegimos, é que no era bien hecho sin ser sabidores dello todos los capitanes y soldados que allí venian, y que no le dió tales poderes el Diego Velazquez, sino para rescatar, y harto teníamos los del bando de Cortés de mirar que no se desvergonzasen mas y viniésemos á los armas; y entonces avisó Cortés secretamente á Juan de Escalante que le hiciésemos parecer las instrucciones que traía del Diego Velazquez; por lo cual luego Cortés las sacó del seno y las dió á un escribano del Rey que las leyese, y decía en ellas: «Desde que hubiéredes rescatado lo mas que pudiéredes, os volveréis;» y venian firmadas del Diego Velazquez y refrendadas de su secretario Andrés de Duero. Pedimos á Cortés que las mandase incorporar juntamente con el poder que le dimos, y asimismo el pregon que se dió en la isla de Cuba; y esto fue á causa que su majestad supiese en España cómo todo lo que hacíamos era en su real servicio, y no nos levantasen alguna cosa contraria de la verdad; y fué harto buen acuerdo segun en Castilla nos trataba don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Burgos y arzobispo de Rosano, que así se llamaba; lo cual supimos por muy cierto que andaba por nos destruir, y todo por ser mal informado, como adelante diré. Hecho esto, volvieron otra vez los mismos amigos y criados del Diego Velazquez á decir que no estaba bien hecho haberle elegido sin ellos, é que no querian estar debajo de su mandado, sino volverse luego á la isla de Cuba; y Cortés les respondió que él no detenia á ninguno por fuerza, é á cualquiera que le viniese á pedir licencia se la daría de buena voluntad, aunque se quedase solo; y con esto los aconsejó á algunos dellos, excepto al Juan de Velazquez de Leon, que era pariente del Diego Velazquez, é á Diego de Ordás, y á Escobar, que llamábamos el Paje porque habia sido criado del Diego Velazquez, y á Pedro Escudero y á otros amigos del Diego Velazquez; y á tanto vino la cosa, que poco ni mucho le querian obedecer, y Cortés con nuestro favor determinó de prender al Juan Velazquez de Leon, y al Diego de Ordás, y á Escobar el Paje, é á Pedro Escudero, y á otros que ya no me acuerdo; y por los demás mirábamos no hubiese algun ruido, y estuvieron presos con cadenas y velas que les mandaba poner ciertos dias. Y pesaré adelante, y diré cómo fué Pedro

de Albarado á entrar en un pueblo cerca de allí. Aquí dice el coronista Gómora en su Historia muy al contrario de lo que pasó, y quien viere su Historia verá ser muy extremado en hablar, é si bien le informaran, él dijera lo que pasaba; mas todo es mentiras.

CAPITULO XLIV.

Cómo fue ordenado de enviar á Pedro de Albarado la tierra adentro á buscar maíz y bastimentos, y lo que mas pasó.

Ya que habíamos hecho y ordenado lo por mí aquí dicho, acordamos que fuese Pedro de Albarado la tierra adentro á unos pueblos que teníamos noticia que estaban cerca, para que viese qué tierra era y para traer maíz é algun bastimento, porque en el real pasábamos mucha necesidad; y llevó cien soldados, y entre ellos quince ballesteros y seis escopeteros, y eran destos soldados mas de la mitad de la parcialidad de Diego Velazquez, y quedamos con Cortés todos los de su bando, por temor no hubiese mas ruido ni chirinola y se levantasen contra él, hasta asegurar mas la cosa; y desta manera fué el Albarado á unos pueblos pequeños, sujetos de otro pueblo que se decía Costastlan, que era de lengua de Culúa; y este nombre de Culúa es en aquella tierra como si dicesen los romanos hallados; así es toda la lengua de la parcialidad de México y de Montezuma; y á este fin en toda aquesta tierra cuando dijere Culúa son vasallos y sujetos á México, y así se ha de entender. Y llegado Pedro de Albarado á los pueblos, todos estaban despoblados de aquel mismo día, y halló sacrificados en unos cues hombres y muchachos, y las paredes y altares de sus ídolos con sangre, y los corazones presentados á los ídolos; y tambien hallaron las piedras sobre que los sacrificaban, y los cuchillazos de pedernal con que los abrian por los pechos para les sacar los corazones. Dijo el Pedro de Albarado que habian hallado todos los mas de aquellos cuerpos sin brazos y piernas. E que dijeron otros indios que los habian llevado para comer; de lo cual nuestros soldados se admiraron mucho de tan grandes crueldades. Y dejemos de hablar de tanto sacrificio, pues desde allí adelante en cada pueblo no hallábamos otra cosa. Y volvamos á Pedro de Albarado, que aquellos pueblos los halló muy abastecidos de comida y despoblados de aquel día de indios, que no pudo hallar sino dos indios que le trajeron maíz; y así, hubo de cargar cada soldado de gallinas y de otras legumbres; y volvióse al real sin mas daño les hacer, aunque halló bien en qué, porque así se lo mandó Cortés, que no fuese como lo de Cozumel; y en el real nos holgamos con aquel poco bastimento que trujo, porque todos los males y trabajos se pasan con el comer. Aquí es donde dice el coronista Gómora que fué Cortés la tierra adentro con cuatrocientos soldados; no le informaron bien, que el primero que fué es el por mí aquí dicho, y no otro. Y tornemos á nuestra plática: que como Cortés en todo ponía gran diligencia, procuró de hacerse amigo con la parcialidad del Diego Velazquez, porque á unos con dádivas del oro que habíamos habido, que quebranta peñas, é otros prometimientos, los atrajo á sí y los sacó de las prisiones, excepto Juan Velazquez de Leon y al Diego de Ordás, que estaban en cadenas en los navíos, y dende á pocos dias tambien los

sacó de las prisiones, y hizo tan buenos y verdaderos amigos dellos como adelante verán, y todo con el oro, que lo amansa. Y á todas las cosas poestas en este estado, acordamos de nos ir al pueblo que estaba en la fortaleza, ya otra vez por mí memorado, que se dice Quiahuistlan, y que los navios se fuesen al peñol y puerto que estaba enfrente de aquel pueblo obra de una legua del; é yendo costa á costa, acuérdomes que se mató un gran pescado que le echó la mar en la costa en seco, y llegamos á un río donde está poblada ahora la Veracruz, y venia algo hondo, y con unas cañas quebradas lo pasamos, yo á nado y en balsas, y de aquella parte del río estubau unos pueblos sujetos á otro gran pueblo que se decia Cempoal, donde eran naturales los cinco indios de los bezotes de oro que he dicho que vinieron por mensajeros á Cortés, que les llamamos lopelucios en el real, y hallamos las casas de ídolos y sacrificadores, y sangre derramada y enciensos con que zahumaban, y otras cosas de ídolos y de piedras con que sacrificaban, y plumas de papagayos y muchos libros de su papel cosidos á dobleces, como á manera de paños de Castilla, y no hallamos indios ningunos, porque se hubian ya huido; que, como no habian visto hombres como nosotros ni caballos, tuvieron temor, y allí aquella noche no hubo qué cenar; cambiamos la tierra adentro hácia el poniente, y dejamos la costa, y no sabíamos el camino, y topamos unos buenos prados que llaman habanas, y estaban paciando unos venados, y corrió Pedro de Albarado con su yegua alazana tras un venado y le dió una lanzada, y herido, se metió por un monte, que no se pudo haber. Y estando en esto, vimos venir doce indios que eran vecinos de aquellas estancias donde habíamos dormido, y venian de hablar á su cacique, y traian gallinas y pau de maíz, y dijeron á Cortés con nuestras lenguas que su señor enviaba aquellas gallinas que comiesemos, y nos rogaba que fuésemos á su pueblo, que estaba de allí, á lo que señalaron, andadura de un día, porque es un sol; y Cortés les dió las gracias y los halagó, y caminamos adelante y dormimos en otro pueblo pequeño, que tambien tenia hechos muchos sacrificios. Y porque están hartos de oír de tantos indios e indias que hallábamos sacrificados en todos los pueblos y caminos que topabamos, pasaré adelante sin tornar á decir de qué manera é qué cosas tenían; y diré cómo nos dieron en aquel pueblezuelo de cenar, y supimos que era por Senipoal el camino para ir al Quiahuistlan, que ya he dicho que estaba en una sierra, y pasaré adelante, y diré cómo entramos en Cempoal.

CAPITULO XLV.

Como entramos en Cempoal, que en aquella sazón era muy buena población, y lo que allí pasamos.

Y como dormimos en aquel pueblo donde nos aposentaron los doce indios que he dicho, y después de bien informados del camino que habíamos de llevar para ir al pueblo que estaba en el peñol, muy de mañana se lo hicimos saber á los caciques de Cempoal cómo íbamos á su pueblo, y que lo tuviesen por bien; y para ello envió Cortés los seis indios por mensajeros, y los otros seis quedaron para que nos guiasen; y mandó Cortés poner en órden los tiros y escopetas y ballesteros, y

siempre corredores del campo descubriendo, y los de á caballo y todos los demás muy apercebidos. Y desta manera caminamos hasta que llegamos una legua del pueblo; é ya que estábamos cerca del, salieron veinte indios principales á nos recibir de parte del Cacique, y trujeron unas piñas rojas de la tierra, muy olorosas, y las dieron á Cortés y á los de á caballo con gran amor, y le dijeron que su señor nos estaba esperando en los aposentos, y por ser hombre muy gordo y pesado no podía venir á nos recibir; y Cortés les dió las gracias, y se fueron adelante. E ya que íbamos entrando entre las casas, desque vimos tan gran pueblo, y no habíamos visto otro mayor, nos admiramos mucho dello; y como estaba tan vicioso y hecho un verjel, y tan poblado de hombres y mujeres las calles llenas que nos salian á ver, dábamos muchos loores á Dios, que tales tierras habíamos descubierto; y nuestros corredores del campo, que iban á caballo, parece ser llegaron á la gran plaza y patios donde estaban los aposentos, y de pocos días, según pareció, teníanlos muy encalados y relucientes, que lo saben muy bien hacer, y pareció al uno de los de á caballo que era aquello blanco que relucia plata, y vuelve á rienda suelta á decir á Cortés cómo tenían las paredes de plata. Y doña Marina é Aguilar dijeron que sería yeso ó cal, y tuvimos bien que reír de su plata é frenesi, que siempre después le decíamos que todo lo blanco le parecía plata. Dejemos de la burla, y digamos cómo llegamos á los aposentos, y el cacique gordo nos salió á recibir junto al patio, que porque era muy gordo así le nombraré, é hizo muy gran reverencia á Cortés y le zahumó, que así lo tenían de costumbre, y Cortés le abrazó, y allí nos aposentaron en unos aposentos harto buenos y grandes, que cabíamos todos, y nos dieron de comer y pusieron unos cestos de ciruelas, que había muchas, porque era tiempo dellas, y pan de maíz; y como veníamos hambrientos, y no habíamos visto otro tanto bastimento como entonces, pusimos nombre á aquel pueblo Villaviciosa, y otros lo nombraron Sevilla. Mandó Cortés que ningún soldado les hiciese enojo ni se apartase de aquella plaza. Y cuando el cacique gordo supo que habíamos comido, le envió á decir á Cortés que le quería ir á ver, é vino con buena copia de indios principales, y todos traian grandes bocetos de oro é ricas mantas; y Cortés tambien les salió al encuentro del aposento, y con grandes caricias y halagos le tornó á abrazar; y luego mandó el cacique gordo que trujesen un presente que tenía aparejado de cosas de joyas de oro y mantas, aunque no fué mucho, sino de poco valor, y le dijo á Cortés: «Lopelucio, lopelucio, recibe esto de buena voluntad; é que si mas tuviere, que se lo diera. Ya he dicho que en lengua totonaque dijeron señor y gran señor, cuando dicen lopelucio, etc. Y Cortés le dijo con doña Marina é Aguilar que él se lo pagaria en buenas obras, é que lo que hubiese menester, que se lo dijese, que lo haria por ellas; porque somos vasallos de un tan gran señor, que es el emperador don Carlos, que manda muchos reinos y señoríos, y que nos envia para deshacer agravios y castigar á los malos, y mandar que no sacrificasen mas ánimas; y se les dió á entender otras muchas cosas tocantes á nuestra santa fe. Y luego como aquello oyó el cacique gor-

do, dando suspiros, se quejó reciamiento del gran Montezuma y de sus gobernadores, diciendo que de poco tiempo acá le habías juzgado, y que le habías llevado todos sus joyas de oro, y les tiene tan apremiados, que no osan hacer sino lo que les manda, porque es señor de grandes ciudades, tierras, é vasallos y ejércitos de guerra. Y como Cortés entendió que de aquellas quejas que daban al presente no podían entender en ello, les dijo que él haría de manera que fuesen desagraviados; y porque él iba á ver sus acales (que en lengua de indios así llaman á los navíos), é hacer su estado é asiento en el pueblo de Quiahuistlan, que desde allí esté de asiento se verá mas de espacio; y el cacique gordo le respondió muy concertadamente. Y otro día de mañana salimos de Cempoal, y tenía aparejados sobre cuatrocientos indios de carga, que en aquellas partes llaman tamemes, que llevan dos arrobas de peso á cuestas y caminan con ellas cinco leguas; y desde vimos tanto indio para carga nos holgamos, porque de antes siempre traíamos á cuestas nuestras mochilas los que no traían indios de Cuba, porque no pasaron en la armada sino cinco ó seis, y no tantos como dice el Gómora. Y doña Marina é Aguilar nos dijeron, que en aquestas tierras, que cuando están de paz sin demandar quien lleve la carga, los caciques son obligados de dar de aquellos tamemes; y desde allí adelante, donde quiera que íbamos demandábamos indios para las cargas. Y despedido Cortés del cacique gordo, otro día caminamos nuestro camino, y fuimos á dormir á un pueblezuelo cerca de Quiahuistlan, y estaba despoblado, y los de Cempoal trujeron de cenar. Aquí es donde dice el coronista Gómora que estuvo Cortés muchos días en Cempoal, é que se concertó la rebelión é liga contra Montezuma: no le informaron bien; porque, como he dicho, otro día por la mañana salimos de allí, y donde se concertó la rebelión y por qué causa adelante lo diré. E quédese así, é digamos cómo entramos en Quiahuistlan.

CAPITULO XLVI.

Cómo entramos en Quiahuistlan, que era pueblo puesto en fortaleza, y nos acogieron de paz.

Otro día, á hora de las diez, llegamos en el pueblo fuerte, que se decía Quiahuistlan, que está entre grandes peñascos y muy altas cuestras, y si hubiera resistencia era mala de tomar. E yendo con buen concierto y ordenanza, creyendo que estuviere de guerra, iba el artillería delante, y todos subíamos en aquella fortaleza, de manera que si algo acontecía, hacer lo que éramos obligados. Entonces Alonso de Avila llevó cargo de capitán; é como era soberbio é de mala condición, porque un soldado que se decía Hernando Alonso de Villanueva no iba en buena ordenanza, le dió un bote de lanza en un brazo que le mancó; y después se llamó Hernando Alonso de Villanueva el Manquillo. Dirán que siempre salgo de orden al mejor tiempo por contar cosas viejas. Dejémoslo, y digamos que hasta en la mitad de aquel pueblo no hallamos indio ninguno con quien hablar, de lo cual nos maravillamos, que se habían ido huyendo de miedo aquel propio día; é cuando nos vieron subir á sus casas, y estando en lo mas de la fortaleza en una plaza junto adonde tenían los cues é casas

grandes de sus ídolos, vimos estar quince indios con buenas mantas, y cada uno un brasero de brasas, y en ellos de sus incienso, y vinieron donde Cortés estaba y le zahumaron, y á los soldados que cerca dellos estábamos, y con grandes reverencias le dicen que los perdonen porque no le han salido á recibir, y que fuésemos bien venidos é que reposemos, é que de miedo se habían huido é ausentado hasta ver qué cosas éramos, porque tenían miedo de nosotros y de los caballos, é que aquella noche les mandarían poblar todo el pueblo; y Cortés les mostró mucho amor, y les dijo muchas cosas tocantes á nuestra santa fe, como siempre lo teníamos de costumbre á do quiera que llegáramos, y que éramos vasallos de nuestro gran emperador don Carlos, y les dió unas cuentas verdes é otras cosillas de Castilla; y ellos trujeron luego gallinas y pan de malz. Y estando en estas pláticas, vinieron luego á decir á Cortés que venía el cacique gordo de Cempoal en andas, y las andas á cuestas de muchos indios principales; y desde llegó el Cacique habló con Cortés, juntamente con el cacique y otros principales de aquel pueblo, dando tantas quejas de Montezuma, y contaba de sus grandes poderes, y decíalo con lágrimas y suspiros, que Cortés y los que estábamos presentes tuvimos maucilla; y demás de contar por qué vía é modo los había sujetado, que cada año les demandaban muchos de sus hijos y hijas para sacrificar y otros para servir en sus casas y sementeras, y otras muchas quejas, que fueron tantas, que ya no se me acuerda; y que los recaudadores de Montezuma les tomaban sus mujeres é hijas si eran hermosas, y las forzaban; y que otro tanto hacían en aquellas tierras de la lengua de Totonaque, que eran mas de treinta pueblos; y Cortés los consolaba con nuestras lenguas cuanto podía, é que los favorecería en todo cuanto pudiese, y quitaría aquellos robos y agravios, y que para eso les envié á estas partes el Emperador nuestro señor, é que no tuviesen pena ninguna, que presto verían lo que sobre ello hacíamos; y con estas palabras recibieron algun contento, mas no se les aseguraba el corazón con el gran temor que tenían á los mejicanos. Y estando en estas pláticas vinieron unos indios del mismo pueblo á decir á todos los caciques que allí estaban hablando con Cortés, cómo venían cinco mejicanos que eran los recaudadores de Montezuma, é como los vieron se les perdió la color y temblaban de miedo, y dejan solo á Cortés y los salen á recibir, y de presto les enraman una sala y les guisan de comer y les hacen mucho cacao, que es la mejor cosa que entre ellos beben; y cuando entraron en el pueblo los cinco indios vinieron por donde estábamos, porque allí estaban las casas del Cacique y nuestros aposentos; y pasaron con tanta contención y presunción, que sin hablar á Cortés ni á ninguno de nosotros se fueron é pasaron delante; y traían ricas mantas labradas, y los bragueros de la misma manera (que entonces bragueros se ponían), y el cabello lucio é alzado, como atado en la cabeza, y cada uno unas rosas oliéndolas, y mosquenedores que les traían otros indios como criados, y cada uno un bordon con un garabato en la mano, y muy acompañados de principales de otros pueblos de la lengua totonaque; y hasta que los llevaron á aposentar y les die-

ver muy altamente no les dejaron de acompañar después que hubieron comido mandaron llamar al cacique gordo é á los demás principales, y les echó amenazas y les riñeron que por qué nos quedado en sus pueblos, y les dijeron que qué era que habitar y ver con nosotros. E que su señoría no era servido de aquello, porque sin embargo mandado no nos habian de recoger en sus casas joyas de oro. Y sobre ello al cacique gordo y demás principales les dijeron muchas amenazas, y luego les diesen veinte indios é indias para que los diesen por el mal oficio que habia hecho. En esto, viendolo Cortés, preguntó á doña Marina de Aguilar, nuestras lenguas, de qué se acordaban los caciques desde que vinieron aquellos, é quién eran. E doña Marina, que muy bien se lo contó lo que pasaba; é luego Cortés mandó al cacique gordo y á todos los mas principales dijo que quién eran aquellos indios, que tanta fiesta. Y dijeron que los recaudadores de Montezuma, é que vienen á ver por qué causa en el pueblo sin licencia de su señor, y que ahora ahora veinte indios é indias para sacrificioses Huichilótlas porque los dé victoria contra ellos, porque han dicho que dice Montezuma quiere tomar para que seais sus esclavos; y Cortés les consoló é que no hubiesen miedo, que él estaba con todos nosotros y que los castigaria. Y hablando á otro capitulo, y diré muy por extenso de lo que se hizo.

CAPITULO XLVII.

Se mandó que prendiesen aquellos cinco recaudadores de Montezuma, y mandó que desde allí adelante no obedeciesen tributo, y la rebelion que entonces se ordenó contra ellos.

Cortés entendió lo que los caciques le decian, que ya les habia dicho otras veces que el Rey de España le mandó que viniese á castigar los malos que no consintiesen sacrificios ni robos; y que los recaudadores venian con aquella demanda que luego los aprisionasen é los tuviesen en su casa que su señor Montezuma supiese la causa por la que se robaba y llevar por esclavos sus hijos y á hacer otras fuerzas. E cuando los caciques estaban espantados de tal osadía, mandar mensajeros del gran Montezuma fuesen maltratados y no osaban hacerlo; y todavía Cortés mandó para que luego los echasen en prisiones, y los matasen, y de tal manera, que en unas varas largas colares (según entre ellos se usa) los pusiesen que no se les podian ir; é uno dellos porque estaba atar lo dieron de palos; y demás desto, Cortés á todos los caciques que no les diesen obediencia á Montezuma, é que así lo era en todos los pueblos aliados y amigos. E que los recaudadores hubiese en otros pueblos como que se lo hiciesen saber, que él enviaria por donde aquella nueva se supo en toda aquella tierra, porque luego envió mensajeros el cacique mandadoselo saber, y tambien lo publicaron los

principales que habian traído en su compañía aquellos recaudadores, que como los vieron presos, luego se descargaron y fueron cada uno á su pueblo á dar mandado y á contar lo acaecido. E viendo cosas tan maravillosas é de tanto peso para ellos, dijeron que no osaran hacer aquello hombres humanos, sino teules, que así llaman á sus ídolos en que adoraban; é á esta causa desde allí adelante nos llamaron teules, que es, como he dicho, ó dioses ó demonios; y cuando dijere en esta relacion teules en cosas que han de ser tocadas nuestras personas, sepan que se dice por nosotros. Volvamos á decir de los prisioneros, que los querian sacrificar por consejo de todos los caciques, porque no se les fuese alguno dellos á dar mandado á Méjico; y como Cortés lo entendió, les mandó que no los matasen, que él los queria guardar, y puso de nuestros soldados que los velasen; é á media noche mandó llamar Cortés á los mismos nuestros soldados que los guardaban, y les dijo: «Mirad que solteia dos dellos, los mas diligentes que os parecieron, de manera que no lo sientan los indios destos pueblos;» que se los llevasen á su aposento; y así lo hicieron, y después que los tuvo delante les preguntó con nuestras lenguas que por qué estaban presos y de qué tierra eran, como haciendo que no los conocia; y respondieron que los caciques de Cempoal y de aquel pueblo con su favor y el nuestro los prendieron; y Cortés respondió que él no sabia nada y que le pesa dello; y les mandó dar de comer y les dijo palabras de muchos halagos, y que se fuesen luego á decir á su señor Montezuma cómo éramos todos sus grandes amigos y servidores; y porque no pasasen mas mal les quitó las prisiones, y que riñó con los caciques que los tenian presos, y que todo lo que hubiesen menester para su servicio que lo haría de muy buena voluntad, y que los tres indios sus compañeros que tienen en prisiones, que él los mandará soltar y guardar, y que vayan muy presto, no los tornen á prender y los maten; y los dos prisioneros respondieron que se lo tenían en merced, y que habian miedo que los tornarian á las manos, porque por fuerza habian de pasar por sus tierras; y luego mandó Cortés á seis hombres de la mar que esa noche los llevasen en un batel obra de cuatro leguas de allí, hasta sacillos á tierra segura fuera de los términos de Cempoal. Y como amaneció, y los caciques de aquel pueblo y el cacique gordo hallaron menos los dos prisioneros, querian muy de hecho sacrificar los otros que quedaban, si Cortés no se los quitara de su poder, é hizo del enojado porque se habian huido los otros dos; y mandó traer una cadena del navío y echólos en ella, y luego los mandó llevar á los navios, é dijo que él los queria guardar, pues tan mal cobro pusieron de los demás; y cuando los hubieron llevado les mandó quitar las cadenas, é con buenas palabras les dijo que presto les enviaria á Méjico. Dejémoslo así, que luego que esto fué hecho todos los caciques de Cempoal y de aquel pueblo é de otros que se habian allí juntado de la lengua totonaque, dijeron á Cortés que qué harian, pues que Montezuma sabría la prision de sus recaudadores, que ciertamente vendrian sobre ellos los poderes de Méjico del gran Montezuma, y que no podrian escapar de ser muertos y destruidos. Y dijo Cortés con semblante muy

alegre, que él y sus hermanos que allí estábamos los defenderíamos, y mataríamos á quien enojar los quisiese. Entonces prometieron todos aquellos pueblos y caciques á una que serian con nosotros en todo lo que les quisiésemos mandar, y juntarian todos sus poderes contra Montezuma y todos sus aliados. Y aquí dieron la obediencia á su majestad por ante un Diego de Godoy el escribano, y todo lo que pasó lo enviaron á decir á los mas pueblos de aquella provincia; é como ya no daban tributo ninguno, é los recogedores no parecian, no cabian de gozo en haber quitado aquel dominio. Y dejemos esto, y diré cómo acordamos de nos bajar á lo llano á unos prados, donde comenzamos á hacer una fortaleza. Esto es lo que pasa, y no la relacion que sobre ello dieron al coronista Gómora.

CAPITULO XLVIII.

Cómo acordamos de poblar la villa rica de la Veracruz, y de hacer una fortaleza en unos prados junto á unas salinas y cerca del puerto del Nombre-Feo, donde estaban anclados nuestros navios, y lo que allí se hizo.

Después que hubimos hecho liga y amistad con mas de treinta pueblos de las sierras, que se decian los totouaques, que entonces se rebelaron al gran Montezuma y dieron la obediencia á su majestad, y se prefirieron á nos servir, con aquella ayuda tan presta acordamos de poblar é de fundar la villa rica de la Veracruz en unos llanos media legua del pueblo, que estaba como en fortaleza, que se dice Quihuistlan, y traza de iglesia y plaza y atarazanas, y todas las cosas que convenian para parecer villa, é hicimos una fortaleza, y desde entonces los cimientos; y en acaballa de tener alta para enmaderar; y hechas troneras y cubos y barbicanas, dimos tanta priesa, que desde Cortés comenzó el primero á sacar tierra á cuestas y piedra é ahondar los cimientos, como todos los capitanes y soldados, y á la continua entendimos en ello y trabajamos por la acabar de presto, los unos en los cimientos y otros en hacer las tapias, y otros en acarrear agua y en las escaleras, en hacer ladrillos y tejas y buscar comida, y otros en la madera, y los herreros en la clavazon, porque teniamos herreros; y desta manera trabajábamos en ello á la continua desde el mayor hasta el menor, y los indios que nos ayudaban, de manera que ya estaba hecha iglesia y casas, é casi que la fortaleza. Estando en esto, parece ser que el gran Montezuma tuvo noticia en Méjico cómo le habian preso sus recaudadores é que le habian quitado la obediencia, y cómo estaban rebelados los pueblos totouaques; mostró tener mucho enojo de Cortés y de todos nosotros, y tenía ya mandado á un su gran ejército de guerreros que viniesen á dar guerra á los pueblos que se le rebelaron y que no quedase ninguno dellos á vida; é para contra nosotros aparejaba de venir con gran ejército y pujanza de capitanes; y en aquel instante van los dos indios prisioneros que Cortés mandó soltar, segun he dicho en el capítulo pasado, y cuando Montezuma entendió que Cortés les quitó de las prisiones y los envió á Méjico, y las palabras de ofrecimientos que les envió á decir, quiso nuestro Señor Dios que amansó su ira é acordó de enviar á saber de nosotros qué voluntad teniamos, y para ello envió dos man-

cebos sobrinos suyos, con cuatro viejos, grandes caciques, que los traian á cargo, y con ellos envió un presente de oro y mantas, é á dar las gracias á Cortés porque les soltó á sus criados; y por otra parte se envió á quejar mucho, diciendo que con nuestro favor se habian atrevido aquellos pueblos de hacelle tan gran traicion é que no le diesen tributo é quitalle la obediencia; é que ahora, teniendo respeto á que tiene por cierto que somos los que sus antepasados les habian dicho que habian de venir á sus tierras, é que debemos de ser de sus linajes, y porque estábamos en casa de los traidores, no les envió luego á destruir; mas que el tiempo andando no se sabaran de aquellas traiciones. Y Cortés recibió el oro y la ropa, que valia sobre dos mil pesos, y les abrazó, y dió por disculpa que él y todos nosotros éramos muy amigos de su señor Montezuma, y como tal servidor le tiene guardados sus tres recaudadores; y luego los mandó traer de los navios, y con buenas mantas y bien tratados se los entregó; y tambien Cortés se quejó mucho del Montezuma, y les dijo cómo su gobernador Pitapitque se fué una noche del real sin le hablar, y que no fué bien hecho, y que cree y tiene por cierto que no se lo mandaria el señor Montezuma que hiciese tal villanía, é que por aquella causa nos veniamos á aquellos pueblos donde estábamos, é que hemos recibido dellos honra; é que le pide por merced que les perdone el desacato que contra él han tenido; y que en cuanto á lo que dice que no le acuden con el tributo, que no pueden servir á dos señores, que en aquellos dias que allí hemos estado nos han servido en nombre de nuestro rey y señor, y porque el Cortés y todos sus hermanos iriamos presto á le ver y servir, y cuando allá estemos se dará orden en todo lo que mandare. Y después de aquestas pláticas y otras muchas que pasaron, mandó dar á aquellos mancebos, que eran grandes caciques, y á los cuatro viejos que los traian á cargo, que eran hombres principales, diamantes azules y cuentas verdes, y se les hizo honra; y allí delante dellos, porque habia buenos prados, mandó Cortés que corriesen y escaramuzasen Pedro de Albarado, que tenia una muy buena yegua alazana que era muy revuelta, y otros caballeros, de lo cual se holgaron de los haber visto correr; y despedidos y muy contentos de Cortés y de todos nosotros se fueron á su Méjico. En aquella sazón se le murió el caballo á Cortés, y compró ó le dieron otro que se decia el Avriero, que era castaño oscuro, que fué de Ortiz el músico y un Bartolomé García el minero, y fué uno de los mejores caballos que venian en el armada. Dejemos de hablar en esto, y diré que como aquellos pueblos de la sierra, nuestros amigos, y el pueblo de Cempoal solian estar de antes muy temerosos de los mejicanos, creyendo que el gran Montezuma los habia de enviar á destruir con sus grandes ejércitos de guerreros, y cuando vieron á aquellos parientes del gran Montezuma que venian con el presente por mí nombrado, y á darse por servidores de Cortés y de todos nosotros, estaban espantados, y decian unos caciques á otros que ciertamente éramos teules, pues que Montezuma nos habia miedo, pues enviaba oro en presente. Y si de antes teniamos mucha reputacion de esforzados, de allí adelante nos tuvieron

me mas. Y quedarse ha aqui, y diré lo que hizo
el gordo y otros sus amigos.

CAPITULO XLIX.

el cacique gordo y otros principales á quejarse de los
crímenes como en un pueblo fuerte, que se decía Cingapa-
estaban guarniciones de mejicanos y les hacían mucho
lo que sobre ello se hizo.

una de despedidos los mensajeros mejicanos, cacique gordo, con otros muchos principales y amigos, á decir á Cortés que luego vaya á un que se decía Cingapacinga, que estaria de Comendados de andadura, que serian ocho ó nueve le-
varque decian que estaban en el juntos muchos la guerra de los culúas, que se entiende por los que, y que les venian á destruir sus sementeras
los, y les saltaban sus vasellos y les hacian malos tratamientos; y Cortés lo creyó, segun se
tan afectuadamente; y viendo aquellas que-
tantas importunaciones, y habiéndoles pro-
que los ayudaria, y mataria á los culúas ó á otros
que los quisiesen enojar; é á esta causa no sabia
ir, salvo echillos de alli, y estuvo pensando en
dijo riendo á ciertos compañeros que estábamos
dándole: «Sabeis, señores, que me parece que
á estas tierras ya tenemos fama de esforzados,
que han visto estas gentes por los recaudado-
Montezuma, nos tienen por dioses ó por cosas
los ídolos. He pensado que, para que crean que
nosotros hasta para desbaratar aquellos indios
que dicen que están en el pueblo de la for-
sus enemigos, enviemos á Heredia el viejo; »
vizcaino, y tenia mala catadura en la cara, y la
pande, y la cara media acuchillada, é un ojo
cojo de una pierna, escopetero; el cual le
llamar, y le dijo: alid con estos caciques hasta el
estaban de alli un cuarto de legua; é cuando allí
des, haced que os parais á beber é lavar las ma-
tiré un tiro con vuestra escopeta, que yo os en-
llamar; que esto hago porque crean que somos
de aquel nombre y reputacion que nos tienen
y como vos sois mal agestado, crean que sois
y el Heredia lo hizo segun y de la manera que le
dado, porque era hombre que habia sido sol-
Italia; y luego envié Cortés á llamar al cacique
á todos los demás principales que estaban
ando el ayuda y socorro, y les dijo: «Allá envío
otros este mi hermano, para que male y eche
los culúas de ese pueblo, y me traiga presos á los
quisieren ir.» Y los caciques estaban elevados
lo oyeron, y no sabian si lo creer ó no, é mira-
Cortés si hacia algun mudamiento en el rostro,
ieron que era verdad lo que les decia; y luego
Heredia, que iba con ellos, cargó su escopeta, é
do tiros al aire por los montes porque lo oye-
ren los indios, y los caciques enviaron á dar
lo á los otros pueblos cómo llevan á un teule
tar á los mejicanos que estaban en Cingapacin-
pongo aqui por cosa de risa, porque vean
que tenia Cortés. Y cuando entendió que ha-
do el Heredia al rio que le habia dicho, mandé

de presto que le fuesen á llamar, y vueltos los caciques y el viejo Heredia, les tornó á decir Cortés á los caciques que por la buena voluntad que les tenia que el propio Cortés en persona con algunos de sus hermanos quería ir á lucelles aquel socorro y á ver aquellas tierras y fortalezas, y que luego le trujesen cinco hombres tamemes para llevar los tepuzques, que son los tiros, y vinieron otro dia por la mañana; y habiamos de partir aquel mismo dia con cuatrocientos soldados y catorce de á caballo y ballesteros y escopeteros, que estaban apercebidos; y ciertos soldados que eran de la parcialidad de Diego Velazquez dijeron que no querian ir, y que se fuese Cortés con los que quisiese; que ellos á Cuba se querian volver; y lo que sobre ello se hizo diré adelante.

CAPITULO I.

Cómo ciertos soldados de la parcialidad del Diego Velázquez, viendo que de hecho queríamos poblar y comenzamos a pacificar pueblos, dijeron que no querían ir a ninguna entrada, sino volverse a la isla de Cuba.

Ya me habrán oído decir en el capítulo antes desta que Cortés habia de ir á un pueblo que se dice Cingapacinga, y habia de llevar consigo cuatrocientos soldados y catorce de á caballo y ballesteros y escopeteros, y habia puestos en la memoria para ir con nosotros á ciertos soldados de la parcialidad del Diego Velazquez; é yendo los cuadrilleros á apercebirlos que saliesen luego con sus armas y caballos los que los tenían, respondieron soberbiamente que no querian ir á ninguna entrada, sino volverse á sus estancias y haciendas que dejaron en Cuba; que bastaba lo que habian perdido por sacarlos Cortés de sus casas, y que les habia prometido en Larenal que cualquiera persona que se quisiese ir que les daria licencia y navio y matalotaje; y á esta causa estaban siete soldados apercebidos para se volver á Cuba; y como Cortés lo supo, los envié á llamar, y preguntando por qué hacian aquella cosa tan fea, respondieron algo alterados, y dijeron que se maravillaban querer poblar adonde habia tanta fama de millares de indios y grandes poblaciones, con tan pocos soldados como éramos, y que ellos estaban dolientes y hartos de andar de una parte á otra, y que se querian ir á Cuba á sus casas y haciendas; que les diese luego licencia, como se lo habia prometido; y Cortés les respondió mansamente que era verdad que se le prometió, mas que no harian lo que debian en dejar la bandera de su capitán desamparada; y luego les mandó que sin deteniimiento ninguno se fuesen á embarcar, y les señaló un navio, y les mandó dar cazahe y una botija de aceite y otras legumbres de bastimentos de lo que teniamos. Y uno de aquellos soldados, que se decia Hulano Moron, vecino de la villa que se decia Delhayaño, tenia un buen caballo overo, labrado de las manos, y le vendió luego bien vendido á un Juan Ruano á trueco de otras haciendas que el Juan Ruano dejaba en Cuba; é ya que se querian hacer á la vela, fuimos todos los compañeros á alcaldes y regidores de nuestra Villa-Rica á requerir á Cortés que por via ninguna no diese licencia á persona ninguna para salir de la tierra, porque así convenia al servicio de Dios nuestro Señor y de su majestad; y que la persona que tal licencia pidiese, por hombre

que merecía pena de muerte, conforme á las leyes de la orden militar, pues quieren dejar á su capitán y bandera desamparada en la guerra é peligro, en especial habiendo tanta multitud de pueblos de indios guerreros como ellos han dicho; y Cortés hizo como que les quería dar la licencia, mas á la postre se la revocó, y se quedaron burlados y aun avergonzados, y el Moron su caballo vendido, y el Juan Ruano, que lo hubo, no se lo quiso volver, y todo fué maneado por Cortés, y fuimos nuestra entrada á Cingapacinga.

CAPITULO LI.

De lo que nos acaeció en Cingapacinga, y cómo á la vuelta que volvimos por Cempoal les derrocamos sus ídolos, y otras cosas que pasaron.

Como ya los siete hombres que se querían volver á Cuba estaban pacíficos, luego partimos con los soldados de infantería ya por mí nombrados, y fuimos á dormir al pueblo de Cempoal, y tenían aparejado para salir con nosotros dos mil indios de guerra en cuatro capitanías; y el primero día caminamos cinco leguas con buen concierto, y otro día á poco mas de visperas llegamos á las estancias que estaban junto al pueblo de Cingapacinga, é los naturales dél tuvieron noticia cómo íbamos; é ya que comenzábamos á subir por la fortaleza y casas, que estaban entre grandes riscos y peñascos, salieron de paz á nosotros ocho indios principales y papas, y dicen á Cortés llorando que por qué los quiere matar y destruir no habiendo hecho por qué, pues teníamos fama que á todos hacíamos bien y desagráviamos á los que estaban robados, y habíamos prendido á los recaudadores de Montezuma; y que aquellos indios de guerra de Cempoal que allí iban con nosotros estaban mal con ellos de enemistades viejas que habían tenido sobre tierras é términos, y que con nuestro favor les venían á matar y robar; y que es verdad que mejicanos solían estar en guaricion en aquel pueblo, y que pocos días había se habían ido á sus tierras cuando supieron que habíamos preso á otros recaudadores; y que le ruegan que no pasemos adelante la armada y les favorezcan; y como Cortés lo hubo muy bien entendido con nuestras lenguas doña Marina é Aguilar, luego con mucha brevedad mandó al capitán Pedro de Albarado y al maestro de campo, que era Cristóbal de Olí, y á todos nosotros los compañeros que con él íbamos, que detuviésemos á los indios de Cempoal que no pasasen mas adelante; y así lo hicimos, y por presto que fuimos á detenellos, ya estaban robando en las estancias; de lo cual hubo Cortés gran enojo, y mandó que viniesen luego los capitanes que traían á cargo aquellos guerreros de Cempoal, y con palabras de muy enojado y de grandes amenazas les dijo que luego les trujesen los indios é indias y mantas y gallinas que habían robado en las estancias, y que no entre ninguno dellos en aquel pueblo; y que porque le habían mentido y venían á sacrificar y robar á sus vecinos con nuestro favor eran dignos de muerte, y que nuestro rey y señor, cuyos vasallos somos, no nos envió á estas partes y tierras para que hiciesen aquellas maldades, y que abriesen bien los ojos no les aconteciese otra como aquella, porque no había de quedar hombre dellos á vida; y lue-

go los caciques y capitanes de Cempoal trujeron á Cortés todo lo que habían robado, así indios como indias y gallinas, y se les entregó á los dueños cuyo era, y con semblante muy furioso les tornó á mandar que se saliesen á dormir al campo, y así lo hicieron. Y desde los caciques y papas de aquel pueblo y otros comarcanos vieron que tan justificados éramos, y las palabras amorosas que les decía Cortés con nuestras lenguas, y también las cosas tocantes á nuestra santa fe, como lo teníamos de costumbre, y que dejaran el sacrificio y de se robar unos á otros, y las suciedades de sodomias, y que no adorasen sus malditos ídolos, y se les dijo otras muchas cosas buenas, tomáronnos tan buena voluntad, que luego fueron á llamar á otros pueblos comarcanos, y todos dieron la obediencia á su majestad; y allí luego dieron muchas quejas de Montezuma, como las pasadas que habían dado los de Cempoal cuando estábamos en el pueblo de Quiahuitlan; y otro día por la mañana Cortés mandó llamar á los capitanes y caciques de Cempoal, que estaban en el campo aguardando para verlo que les mandábamos, y aun muy temerosos de Cortés por lo que habían hecho en haberle mentido; y venidos delante, hizo amistades entre ellos y los de aquel pueblo, que nunca faltó por ninguno dellos; y luego partimos para Cempoal por otro camino, y pasamos por dos pueblos amigos de los de Cingapacinga, y estábamos descansando, porque hacía recio sol y veníamos muy cansados con las armas á cuestas; y un soldado que se decía Fustano de Mora, natural de Ciudad-Rodrigo, tomó dos gallinas de una casa de indios de aquel pueblo, y Cortés, que lo acertó á ver, hubo tanto enojo delo que delante dél hizo aquel soldado en los pueblos de paz en tomar las gallinas, que luego le mandó echar una soga á la garganta, y lo tenían ahorcando si Pedro de Albarado, que se halló junto de Cortés, no le cortara la soga con la espada, y medio muerto quedó el pobre soldado. He querido traer esto aquí á la memoria para que vean los curiosos lectores cuán ejemplarmente procedía Cortés, y lo que esto importa en esta ocasion. Después murió este soldado en una guerra en la provincia de Guatemala sobre un peñol. Volvamos á nuestra relacion: que, como salimos de aquellos pueblos que dejamos de paz, yendo para Cempoal, estaba el cacique gordo, con otros principales, aguardándonos en unas chozas con comida; que, aunque son indios, vieron y entendieron que la justicia es santa y buena, y que las palabras que Cortés les había dicho, que veníamos á desagrar y quitar tiranías, conformaban con lo que pasó en aquella entrada, y tuvieronnos en mucho mas que de antes, y allí dormimos en aquellas chozas, y todos los caciques nos llevaron acompañando hasta los aposentos de su pueblo; y verdaderamente quisieran que no saliéramos de su tierra, porque se temían de Montezuma no enviase su gente de guerra contra ellos; y dijeron á Cortés, pues éramos ya sus amigos, que nos quieran tener por hermanos, que será bien que tomásemos de sus hijas é parientas para hacer generacion; y que para que mas firmes sean las amistades trujeron ocho indias, todas hijas de caciques, y dieron á Cortés una de aquellas cacicas, y era sobrina del mismo cacique gordo, y otra dieron á Alonso Hernandez Puertocarre-

ra hija de otro gran cacique que se decía Cuesco-
mangua; y traíanlas vestidas á todas ocho con ri-
mises de la tierra y bien ataviadas á su usanza,
una dellas un collar de oro al cuello, y en las ore-
jas collitos de oro, y venían acompañadas de otras in-
dias para servir dellas; y cuando el cacique gordo
vió á Cortés, dijo á Cortés: «Tele (que quiere decir en
nuestra lengua) esta señora, estas siete mujeres son para los capi-
tanes que tienes, y esta, que es mi sobrina, es para tí,
señora de pueblos y vasallos.» Cortés las recibió
con mucho semblante y les dijo que se lo tenían en mer-
ced para tomallas, como dice que seamos herma-
nos, y que no hay necesidad que no tengan aquellos ídolos
que creen y adoran, que los traen engañados, y que
sacrifiquen; y que como él no vea aquellas cosas
más en el suelo y que no sacrifiquen, que luego
con nosotros muy más fija la hermandad; y que
las mujeres que se volverán cristianas primero
las recibamos, y que también habían de ser limpios
hombres, porque tenían muchachos vestidos en
ropa de mujeres que andaban á ganar en aquel mal-
lizio; y cada día sacrificaban delante de nosotros
cuatro y cinco indios, y los corazones ofrecían á
los ídolos y la sangre pegaban por las paredes, y cortá-
ban las piernas y brazos y muslos, y los comían como
que se trae de las carnicerías en nuestra tierra, y
algo creíendo que lo vendían por menudo en los tian-
ques que son mercados; y que como estas maldades se
hacen, y que no lo useu, que no solamente les seremos
hermanos, mas que les hará que sean señores de otras
tierras, y todos los caciques, papas y principales
dijeron que no les estaba bien de dejar sus ídolos
y dioses, y que aquellos sus dioses les daban salud
en las sembranzas y todo lo que habían menester; y
cuanto á lo de las sodomías, que ponían resis-
tencia en ello para que no se use más; y como Cortés
y nosotros vimos aquella respuesta tan desacata-
bámosla, vimos tantas crueldades y torpezas, ya
otra vez dichas, no las pudimos sufrir; y enton-
ces habló Cortés sobre ello y nos trujo á la memo-
ria santas y buenas doctrinas, y que cómo podíamos
ninguna cosa buena si no volvíamos por la honra
de Dios, y en quitar los sacrificios que hacían á los ído-
los, que estuviésemos muy apercebidos para pelear
lo viniesen á defender que no se los derrocáse-
n, que, aunque nos costase las vidas, en aquel día
de venir al suelo. Y puestos que estábamos todos
armados con nuestras armas, como lo teníamos de
costumbre para pelear, les dijo Cortés á los caciques
que habían de derrocar; y cuando aquello vieron,
mandó el cacique gordo á otros sus capitanes que
recibiesen muchos guerreros en defensa de sus
casas; y cuando vió que queríamos subir en un alto cu-
mullo de su adoratorio, que estaba alto y había muchas
escalas, que ya no se me acuerda qué tantas había, vió
el cacique gordo con otros principales muy albor-
otados y sañudos, y dijeron á Cortés que por qué les
queríamos destruir. Y que si les hacíamos deshonor á
nosotros y á los quitamos, que todos ellos perecerían,
y nosotros con ellos; y Cortés les respondió muy
sereno que otra vez les ha dicho que no sacrifiquen á

aquellas malas figuras, porque no les traigan mas en-
gañados, y que á esta causa los veníamos á quitar de allí,
é que luego á la hora los quitasen ellos; si no, que lue-
go los echarían á rodar por las gradas abajo; y les dijo
que no los terníamos por amigos, sino por enemigos
mortales, pues que les daba buen consejo y no le que-
rían creer; y porque habían visto que habían venido
sus capitanes puestos en armas de guerreros, que está
enojado con ellos y que se lo pagarán con quitalles las
vidas; y como vieron á Cortés que les decía aquellas
amenazas, y nuestra lengua doña Marina que se lo sa-
bia muy bien dar á entender y aun los amenazaba con
los poderes de Montezuma, que cada día los aguardaba,
por temor desto dijeron que ellos que no eran dignos
de llegar á sus dioses, y que si nosotros los queríamos
derrocar, que no era con su consentimiento, que se los
derrocásemos y hiciésemos lo que quisiésemos; y no lo
hubo bien dicho, cuando subimos sobre cincuenta sol-
dados y los derrocamos, y venían rodando aquellos sus
ídolos hechos pedazos, y eran de manera de dragones
espantables, tan grandes como becerros, y otras figu-
ras de manera de medio hombre y de perros grandes y
de malas semejanzas; y cuando así los vieron hechos
pedazos, los caciques y papas que con ellos estaban llo-
raban y tapaban los ojos, y en su lengua totonaque les
decían que les perdonasen y que no era mas en su ma-
no ni tenían culpa, sino estos tales que les derruecan,
é que por temor de los mejicanos no nos daban guerra;
y cuando aquello pasó, comenzaban las capitulaciones de
los indios guerreros, que he dicho que venían á nos-
dar guerra, á querer flechar; y cuando aquello vimos,
echamos mano al cacique gordo y á seis papas y á otros
principales, y les dijo Cortés que si hacían algun desco-
medimiento de guerra que habían de morir todos ellos;
y luego el cacique gordo mandó á sus gentes que se fue-
sen delante de nosotros y que no hiciesen guerra; y
como Cortés los vió sosegados, les hizo un parlamento,
lo cual diré adelante, y así se apaciguó todo; y esta de
Cingapacinga fué la primera entrada que hizo Cortés en
la Nueva-España, y fué de harto provecho; y no como
dico el coronista Gómara, que matamos y prendimos y
solamos tantos millares de hombres en lo de Cingapa-
cinga; y miren los curiosos que esto leyeren cuánto va
del uno al otro, por muy buen estilo que lo dice en su
Corónica, pues en todo lo que escribe no pasa como dice.

CAPITULO LII.

Cómo Cortés mandó hacer un altar y se puso una imagen de nues-
tra Señora y una cruz, y se dijo misa y se bautizaron las ocho
indias.

Como ya callaban los caciques y papas y todos los
mas principales, mandó Cortés que á los ídolos que der-
rocamos, hechos pedazos, que los llevasen adonde no
pareciesen mas y los quemasen; y luego salieron de un
aposento ocho papas que tenían cargo dellos, y tomaron
sus ídolos y los llevan á la misma casa donde salieron ó
los quemaron. El hábito que traían aquellos papas eran
unas mantas prietas, á manera de sábana, y loras lue-
gas hasta los piés, y unos como capillos que querían
parecer á los que traen los canónigos, y otros capillos
traían mas chicos como los que traen los dominicos, y

los traían muy largos hasta la cinta, y aun algunos hasta los piés, llenos de sangre pegada y muy enredados, que no se podían esparcir, y las orejas hechas pedazos, sacrificadas dellas, y hedían como azufre, y tenían otro muy mal olor como de carne muerta; y según decían, é alcanzamos á saber, aquellos papas eran hijos de príncipes y no tenían mujeres, mas tenían el maldito oficio de sodomias, y ayunaban ciertos días; y lo que yo les veía comer eran unos meollos ó pepitas de algodón cuando los desmontaban, salvo si ellos no comían otras cosas que yo no se las pudiese ver. Dejemos á los papas y volvamos á Cortés, que les hizo un buen razonamiento con nuestras lenguas doña Marina y Jerónimo de Aguilar, y les dijo que ahora los teníamos como hermanos, y que les favorecería en todo lo que pudiese contra Montezuma y sus mejicanos, porque ya envió á mandar que no les diesen guerra ni les llevasen tributo; y que pues en aquellos sus altos cues no habían de tener mas ídolos, que él les quiere dejar una gran Señora, que es madre de nuestro Señor Jesucristo, en quien creemos y adoramos, para que ellos también la tengan por Señora y abogada; y sobre ello, y otras cosas de pláticas que pasaron, se les hizo un buen razonamiento, y tan bien propuesto para según el tiempo, que no había mas que decir; y se les declaró muchas cosas tocantes á nuestra santa fe, tan bien dichas como ahora los religiosos se lo dan á entender; de manera que lo oían de buena voluntad. Y luego les mandó llamar todos los indios albañiles que había en aquel pueblo, y traer mucha cal, porque había mucha, y mandó que quitasen las costras de sangre que estaban en aquellos cues y que lo aderezasen muy bien, y luego otro día se enculó y se hizo un altar con buenas mantas, y mandó traer muchas rosas de las naturales que había en la tierra, que eran bien olorosas, y muchos ramos, y lo mandó enramar y que lo tuviesen limpio y barrido á la continua; y para que tuviesen cargo dello, upercibió á cuatro papas que se trasquilasen el cabello, que lo traían largo, como otra vez he dicho, y que vistiesen mantas blancas y se quitasen las que traían, y que siempre anduviesen limpios y que sirviesen aquella santa imagen de nuestra Señora, en barrer y enramar; y para que tuviesen mas cargo dello puso á un nuestro soldado cojo é viejo, que se decía Juan de Torres de Córdoba, que estuviese allí por ermitaño, é que mirase que se hiciese cada día así como lo mandaba á los papas. Y mandó á nuestros carpinteros, otra vez por mi nombrados, que hiciesen una cruz y la pusiesen en un pilar que teníamos ya nuevamente hecho y muy bien eucalado; y otro día de mañana se dijo misa en el altar, la cual dijo el padre fray Bartolomé de Olmedo, y entonces se dió orden como con el incienso de la tierra se incensase á la santa imagen de nuestra Señora y á la santa cruz, y también se les mostró hacer candelas de la cera de la tierra, y se les mandó que aquellas candelas siempre estuviesen ardiendo en el altar, porque hasta entonces no se sabían aprovechar de la cera; y á la misa estuvieron los mas principales caciques de aquel pueblo y de otros que se habían juntado. Y asimismo trajeron las ocho indias para volver cristianas, que todavía estaban en poder de

sus padres y tíos, y se les dió á entender que no habían de sacrificar mas ni adorar ídolos, salvo que habían de creer en nuestro Señor Dios; y se les amonestó muchas cosas tocantes á nuestra santa fe, y se bautizaron, y se llamó á la sobrina del cacique gordo doña Catalina, y era muy fea; aquella dieron á Cortés por la mano, y la recibió con buen semblante; á la hija de Cuesco, que era un gran cacique, se puso por nombre doña Francisca; esta era muy hermosa para ser india, y la dió Cortés á Alonso Hernandez Puertocarrero; las otras seis ya no se me acuerda el nombre de todas, mas sé que Cortés las repartió entre soldados. Y después desto hecho, nos despedimos de todos los caciques y principales, y dende adelante siempre les tuvieron muy buena voluntad, especialmente cuando vieron que recibió Cortés sus hijas y las llevamos con nosotros, y con muy grandes ofrecimientos que Cortés les hizo que les ayudaría, nos fuimos á nuestra Villa-Rica, y lo que allí se hizo lo diré adelante. Esto es lo que pasó en este pueblo de Cempoal, y no otra cosa que sobre ello hayan escrito el Gómora ni los demás cronistas.

CAPITULO LIII.

Cómo llegamos á nuestra villa rica de la Veracruz, y lo que allí pasó.

Después que hubimos hecho aquella jornada y quedaron amigos los de Cingapacinga con los de Cempoal; y otros pueblos comarcanos dieron la obediencia á su majestad, y se derrocaron los ídolos y se puso la imagen de nuestra Señora y la santa cruz, y le puso por ermitaño el viejo soldado y todo lo por mí referido, fuimos á la villa y llevamos con nosotros ciertos principales de Cempoal, y hallamos que aquel día había venido de la isla de Cuba un navío, y por capitán dél un Francisco de Saucedo, que llamábamos el Pulido; y pusímosle aquel nombre porque en demasía se preciaba de galán y pulido, y decían que había sido maestresala del almirante de Castilla, y era natural de Medina de Rioseco; y vino entonces Luis Marin, capitán que fué en lo de Méjico, persona que valió mucho, y vinieron diez soldados; y traía el Saucedo un caballo y Luis María una yegua, y nuevas de Cuba, que le habían llegado al Diego Velázquez de Castilla las provisiones para poder rescatar y poblar; y los amigos del Diego Velázquez se regocijaron mucho, y mas de que supieron que le trujeron provision para ser adelantado de Cuba. Y estando en aquella villa sin tener en qué entender mas de acabar de hacer la fortaleza, que todavía se entendía en ella, dijimos á Cortés todos los mas soldados que se quedase aquello que estaba hecho en ella para memoria, pues estaba ya para enmaderar, y que había ya mas de tres meses que estábamos en aquella tierra, é que sería bueno ir á ver qué cosa era el gran Montezuma y buscar la vida y nuestra ventura, é que antes que nos metiésemos en camino que enviásemos á besar los piés á su majestad y á darle cuenta de todo lo acaecido desde que salimos de la isla de Cuba; y también se puso en plática que enviásemos á su majestad el oro que se había habido, así rescatado como los presentes que nos envió Montezuma; y respondió Cortés que era muy bien acordado y que ya lo había puesto él en plática con ciertos

es; y porque en lo del oro por ventura habria soldados que querrian sus partes, y si se pariera poco lo que se podria enviar, por esta carga á Diego de Ordás y á Francisco de Monrrean personas de negocios, que fuesen de soldado de los que se tuviese sospecha que miran las partes del oro, y les decian estas palabras: Señores, ya veis que queremos hacer un presente á vuestra majestad del oro que aquí hemos habido, y el primero que enviamos destas tierras habia mucho mas; parécenos que todos le sirvamos partes que nos caben; los caballeros y soldados que estamos escritos tenemos firmado cómo no parte ninguna dello, sino que servimos á su con ello porque nos haga mercedes. El que su parte no se le negará; el que no la quisiere que todos hemos hecho, firmelo aquí;» y desta todos lo firmaron á una. Y hecho esto, luego raron para procuradores que fuesen á Castilla Hernandéz Puertocarrero y Francisco de Montañeque ya Cortés le habia dado sobre dos mil pannelles de su parte. Y se mandó apercebir el avio de toda la flota, y con dos pilotos, que fué en de Alaminos, que sabia cómo habian de des- por la canal de Behama, porque él fué el pri- navegó por aquella canal; y tambien aperci- cinco marineros, y se les dió todo recaudo de go. Y esto apercebido, acordamos de escribir haber á su majestad todo lo acaecido, y Cortés por sí, segun él nos dijo, con recta relacion; dimos su carta; y el Cabildo escribió juntamente soldados de los que fuimos en que se poblare, y le alzamos á Cortés por general; y con toda que no faltó cosa ninguna en la carta, é iba yo en ella; y demás destas cartas y relaciones, to- capitanes y soldados juntamente escribimos otra relacion; y lo que se contenia en la carta que me es lo siguiente.

CAPITULO LIV.

que y carta que escribimos á su majestad con nuestros señores Alonso Hernández Puertocarrero y Francisco de la cual carta iba firmada de algunos capitanes y soldados de poner en el principio aquel muy debido somos obligados á tan gran majestad del Em- nuestro señor, que fué así: «Siempre sacra, cesárea, real majestad;» y poner otras cosas convenian decir en la relacion y cuenta de nues- y viaje, cada capítulo por sí, fué esto que aquí una breve. Cómo salimos de la isla de Cuba con lo Cortés, los pregones que se dieron, cómo ve- á poblar, y que Diego Velazquez secretamente á rescatar, y no á poblar; cómo Cortés se que- con cierto oro rescatado, conforme á las ins- que de Diego Velazquez traia, de las cuales presentacion; cómo hicimos á Cortés que po- nombramos por capitan general y justicia ma- que otra cosa su majestad fuese servido mandar; prometimos el quinto de lo que se hubiese, des- cado su real quinto; cómo llegamos á Cozu-

mel y por qué ventura se hubo Jerónimo de Aguilar en la punta de Cotoche, y de la manera que decia que allí aportó él y un Gonzalo Guerrero, que se quedó con los indios por estar casado y tener hijos y estar ya hecho indio; cómo llegamos á Tabasco, y de las guerras que nos dieron y batallas que con ellos tuvimos; cómo los atrajimos de paz; cómo á do quiera que llegamos se les hacen buenos razonamientos para que dejasen sus ido- los, y se les declara las cosas tocantes á nuestra santa fe; cómo dieron la obediencia á su real majestad y fue- ron los primeros vasallos que tiene en aquestas partes; cómo hicieron un presente de mujeres, y en él una cacica, para india de mucho ser, que sabe la lengua de Méjico, que es la que se usa en toda la tierra, y que con ella y el Aguilar tenemos verdaderas lenguas; cómo desembarcamos en San Juan de Ulúa, y de las pláticas de los embajadores del gran Montezuma, y quién era el gran Montezuma y lo que se decia de sus grandezas y del presente que trujeron, y cómo fuimos á Cempoal, que es un pueblo grande, y desde allí á otro pueblo que se dice Quixhuistlan, que estaba en fortaleza, y cómo se hizo la liga y confederacion con nosotros y quitaron la obediencia á Montezuma en aquel pueblo, demás de treinta pueblos que todos le dieron la obediencia y están en su real patrimonio, y la isla de Cingapacinga; cómo hicimos la fortaleza, y que agora estamos de camino para ir la tierra adentro hasta vernos con el Montezu- ma; cómo aquella tierra es muy grande y de muchas ciudades y muy pobladísima, y los naturales grandes guerreros; cómo entre ellos hay muchas diversida- des de lenguas y tienen guerra unos con otros; cómo son idólatras y se sacrifican y matan en sacrificios mu- chos hombres é niños y mujeres, y comen carne huma- na y usan otras torpedades; cómo el primer descubri- dor fué un Francisco Hernandez de Córdoba, y luego cómo vino Juan de Grijalva, é que agora al presente le servimos con el oro que hemos habido, que es el sol de oro y la luna de plata y un casco de oro en granos co- mo se coge en las minas, y muchas diversidades y gé- neros de piezas de oro hechas de muchas maneras, mantas de algodón muy labradas de plumas y primas; otras muchas de oro, que fueron mosqueadores, rode- las y otras cosas que ya no se me acuerda, como há ya tantos años que pasó; tambien enviamos cuatro indios que quitamos en Cempoal, que tenian á engordar en unas jaulas de madera para después de gordos sacrifi- callos y comérselos. Y después de hecha esta relacion é otras cosas, dimos cuenta y relacion cómo quedába- mos en estos sus reinos cuatrocientos y cincuenta sol- dados á muy gran peligro entre tanta multitud de pue- blos y gentes belicosas y muy grandes guerreros, para servir á Dios y á su real corona; y le suplicamos que en todo lo que se nos ofreciese nos haga mercedes, y que no hiciese merced de la gobernacion destas tier- ras ni de ningunos oficios reales á persona ninguna, porque son tales, ricas y de grandes pueblos y ciuda- des, que convienen para un infante ó gran señor; y te- nemos pensamiento que, como don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos y arzobispo de Rosano, es su presidente y manda á todas las Indias, que lo dará á algun su deudo ó amigo, especialmente á un Diego

Velazquez que está por gobernador en la isla de Cuba; y la causa es por que se le dará la gobernacion ó otro cualquier cargo, que siempre le sirve con presentes de oro, y le ha dejado en la misma isla pueblos de indios que le sacan oro de las minas; de lo cual habia primeramente de dar los mejores pueblos á su real corona, y no le dejó ningunos, que solamente por esto es digno de que no se le hagan mercedes; y que, como en todo somos sus muy leales servidores, y hasta fenecer nuestras vidas le hemos de servir, se lo hacemos saber para que tenga noticia de todo, y que estamos determinados que hasta que sea servido de nuestros procuradores que allí enviamos besen sus reales piés y ver nuestras cartas, y nosotros veamos su real firma, que entonces, los pechos por tierra, para obedecer sus reales mandos; y que si el obispo de Burgos por su mandado nos envia á cualquiera persona á gobernar ó á ser capitán, que primero que le obedezcamos se lo harémos saber á su real persona á do quiera que estuviere y lo fuere servido de mandar, que le obedecerémos como mando de nuestro rey y señor, como somos obligados; y demás destas relaciones, le suplicamos que entre tanto que otra cosa sea servido mandar, que le hiciese merced de la gobernacion á Hernando Cortés, y dimos tantos loores dél y que es tan gran servidor suyo, hasta ponerlo en las nubes. Y después de haber escrito todas estas relaciones con todo el mayor acato y humildad que pudimos y convenia, y cada capítulo por sí, y declaramos cada cosa cómo y cuándo y de qué arte pasaron, como carta para nuestro rey y señor, y no del arte que va aquí en esta relacion; y la firmamos todos los capitanes y soldados que éramos de la parte de Cortés, é fueron dos cartas duplicadas; y nos rogó que se la mostrásemos; y como vió la relacion tan verdadera y los grandes loores que dél dábamos, hubo mucho placer y dijo que nos lo tenía en merced, con grandes ofrecimientos que nos hizo; empero no quisiera que dijéramos en ella ni mentáramos del quinto del oro que le prometimos, ni que declaráramos quién fueron los primeros descubridores; porque, segun entendimos, no hacia en su carta relacion de Francisco Hernandez de Córdoba ni del Grijalva, sino á él solo se atribuia el descubrimiento y la honra é honor de todo; y dijo que agora al presente aquello estuviera mejor por escribir, y no dar relacion dello á su majestad; y no faltó quien le dijo que á nuestro rey y señor no se le ha de dejar de decir todo lo que pasó. Pues ya escritas estas cartas y dadas á nuestros procuradores, les encomendamos mucho que por vía ninguna entrasen en la Habana ni fuesen á una estancia que tenia allí el Francisco de Montejo, que se decía el Marien, que era puerto para navios, porque no alcanzase á saber el Diego Velazquez lo que pasaba; y no lo hicieron así, como adelante diré. Pues ya puesto todo á punto para se ir á embarcar, dijo misa el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la Merced, y encomendádoles al Espíritu Santo que les guiase, en 26 dias del mes de julio de 1519 años partieron de San Juan de Ulúa, y con buen tiempo llegaron á la Habana; y el Francisco de Montejo con grandes importunaciones convocó é atrajo al piloto Alaminos guiase á su estancia, diciendo que iba á tomar basti-

mento de puercos y cazabe, hasta que le hizo hacer lo que quiso. Fué á surgir á su estancia, porque el Puertocarrero iba muy malo, y no hizo cuenta dél; y la noche que allí llegaron, desde la nao echaron un marinero en tierra con cartas é avisos para el Diego Velazquez; y supimos que el Montejo le mandó que fuese con las cartas, y en posta fué el marinero por la isla de Cuba de pueblo en pueblo publicando todo lo aquí por mi dicho, hasta que el Diego Velazquez lo supo. Y lo que sobre ello hizo, adelante lo diré.

CAPITULO LV.

Cómo Diego Velazquez, gobernador de Cuba, supo por cartas muy por cierto que enviáramos procuradores con embajadas y presentes á nuestro rey, y lo que sobre ello se hizo.

Como Diego Velazquez, gobernador de Cuba, supo las nuevas, así por las cartas que le enviaron secretas y dijeron que fueron del Montejo, como lo que dijo el marinero que se halló presente en todo lo por mi dicho en el capítulo pasado, que se había echado á nado para llevar las cartas; y cuando entendió del gran presente de oro que enviáramos á su majestad y supo quién eran los embajadores, temió y decía palabras muy lastimosas é maldiciones contra Cortés y su secretario Duero y del contador Amador de Laredo, y de presto mandó armar dos navios de poco porte, grandes veleros, con toda la artillería y soldados que pudo haber y con dos capitanes que fueron en ellos, que se decían Gabriel de Rojas, y el otro capitán se decía Hulano de Guzman, y les mandó que fuesen hasta la Habana, y que en todo caso le trujesen presa la nao en que iban nuestros procuradores y todo el oro que llevaban; y de presto, así como lo mandó, llegaron en ciertos dias á la canal de Bahama, y preguntaban los de los navios á barcos que andaban por la mar de acarreto que si habían visto ir una nao de mucho porte, y todos daban noticia della y que ya seria desembocada por la canal de Bahama, porque siempre tuvieron buen tiempo; y después de andar barloventeando con aquellos dos navios entre la canal y la Habana, y no hallaron recado de lo que venian á buscar, se volvieron á Santiago de Cuba; y si triste estaba el Diego Velazquez antes que enviase los navios, muy mas se congojó cuando los vió volver de aquel arte; y luego le aconsejaron sus amigos que se enviase á quejar á España al obispo de Burgos, que estaba por presidente de Indias, que hacia mucho por él; y tambien envió á dar sus quejas á la isla de Santo Domingo á la audiencia real que en ella residia y á los frailes jerónimos que estaban por gobernadores en ella, que se decían fray Luis de Figueroa y fray Alonso de Santo Domingo y fray Bernardino de Mauzanedo; los cuales religiosos solian estar y residir en el monasterio de la Mejorada, que es dos leguas de Medina del Campo; y envian en posta un navio á la Respinola y danles muchas quejas de Cortés y de todos nosotros. Y como alcanzaron á saber en la real audiencia nuestros grandes servicios, la respuesta que le dieron los frailes fué que á Cortés y los que con él andáramos en las guerras no se nos podia poner culpa, pues sobre todas cosas acudiamos á nuestro rey y señor, y le enviáramos tan gran presente, que otro como él no se había visto de mu-

tiempos pasados en nuestra España; y esto dijeron en aquel tiempo y sazón no había Perú ni México; y también le enviaron á decir que antes éramos de que su majestad nos hiciese muchas cosas. Entonces le enviaron al Diego Velazquez á un licenciado que se decía Zuazo, para que le residencia, ó á lo menos había pocos meses que llegado á la isla de Cuba; y como aquella res- le trujeron al Diego Velazquez, se congojó mu-; y como de antes era muy gordo, se paró flaco uellos dias; y luego con gran diligencia mandó todos los navios que pudo haber en la isla y obrir soldados y capitanes, y procuró enviar una armada para prender á Cortés y á todos nosotros; diligencia puso, que él mismo en persona an- villa en villa y en unas estancias y en otras, y la á todas las partes de la isla donde él no podia er á sus amigos fuesen á aquella jornada; por a que en obra de once meses ó un año allegó diez velas grandes y pequeñas y sobre mil y trecien- adados entre capitanes y marineros; porque, como del arte que he dicho, andar tan apasionado y o, todos los mas principales vecinos de Cuba, asi entes como los que tenían indios, se aparejaron servir, y también envió por capitán general de la armada á un hidalgo que se decía Pánfilo de az, hombre alto de cuerpo y membrudo, y lin- algo entonado, como medio de bóveda, y era na- de Valladolid, casado en la isla de Cuba con una que se llamaba María de Valenzuela, ya viudo, y uenos pueblos de indios y era muy rico. Donde ére agora haciendo y aderezando su armada, y á á decir de nuestros procuradores y su buen via- que en una sazón acontecian tres y cuatro co- o puedo seguir la relacion y materia de lo que ablando por dejar de decir lo que mas viene al dito, y á esta causa no me culpen porque salgo y parto de la orden por decir lo que mas adelante

CAPITULO LVI.

Nuestros procuradores con buen tiempo desembocaron la de Babama y en pocos dias llegaron á Castilla, y lo que moria les sucedió.

He dicho que partieron nuestros procuradores puerto de San Juan de Ulúa en 6 del mes de julio 10 años, y con buen viaje llegaron á la Habana, y desembocaron la canal, é dice que aquella fué la vez que por allí navegaron, y en poco tiempo en á las islas de la Tercera, y desde allí á Sevilla, en posta á la corte, que estaba en Valladolid, presidente del real consejo de Indias don Juan uez de Fonseca, que era obispo de Burgos, y se aba arzobispo de Rosano y mandaba toda la cor- que el Emperador nuestro señor estaba en Flán- era manco; y como nuestros procuradores le á besar las manos al Presidente muy ufanos, ndo que les hiciera mercedes, y dalle nuestras car- relaciones y á presentar todo el oro y joyas, lo ron que luego hiciese mensajero á su majestad y asen aquel presente y cartas, y que ellos mismos

HA. II.

irian con ello á besar sus reales piés; y en vez de aga- sajarlos, les mostró poco amor y los favoreció muy po- co, y aun les dijo palabras secas y ásperas. Nuestros embajadores dijeron que mirase su señoría los grandes servicios que Cortés y sus compañeros hacíamos á su majestad, y que le suplicasen otra vez que todas aque- llas joyas de oro, cartas y relaciones las enviase luego á su majestad para que sepa todo lo que pasa, y que ellos irian con él. Y les tornó á responder muy sober- biamente, y aun les mandó que no tuviesen ellos cargo dello, que él le escribiría lo que pasaba, y no lo que le decian, pues se habian levantado contra el Diego Ve- lazquez; y pasaron otras muchas palabras agrias; y en esta sazón llegó á la corte el Benito Martin, capellan de Diego Velazquez, otra vez por mí nombrado, dando muchas quejas de Cortés y de todos nosotros, de que el Obispo se airó mucho mas contra nosotros; y porque el Alonso Hernandez Puertocarrero, como era caballero primo del conde de Medellin, y porque el Montejo no osaba desagradar al Presidente, decía al Obispo que le suplicaba muy ahincadamente que sin pasion fuesen oidos y que no dijese las palabras que decía, y que lue- go enviase aquellos recaudos asi como los traian á su majestad, y que éramos servidores de la real corona, y que eran dignos de mercedes, y no de ser por pala- bras afrentados. Cuando aquello oyó el Obispo le mandó echar preso, y porque le informaron que habia sacado de Medellin tres años habia una mujer que se decía María Rodriguez y la llevó á las Indias. Por manera que todos nuestros servicios y los presentes de oro es- taban del arte que aquí he dicho; y acordaron nues- tros embajadores de callar hasta su tiempo é lugar. Y el Obispo escribió á su majestad á Flándes en favor de su privado é amigo Diego Velazquez, y muy malas pala- bras contra Hernando Cortés y contra todos nosotros; mas no hizo relacion de ninguna manera de las cartas que le enviábamos, salvo que se habia alzado Hernando Cortés al Diego Velazquez, y otras cosas que dijo. Vol- vamos á decir del Alonso Hernandez Puertocarrero y del Francisco de Montejo, y aun de Martin Cortés, pa- dre del mismo Cortés, y de un licenciado Nuñez, re- lator del real consejo de su majestad y cercano pariente del Cortés, qué hacian por él: acordaron de enviar mensajeros á Flándes con otras cartas como las que dieron al obispo de Burgos, porque iban duplicadas las que enviamos con los procuradores, y escribieron á su majestad todo lo que pasaba é la memoria de las joyas de oro del presente, y dando quejas del Obispo y des- cubriendo sus tratos que tenia con el Diego Velazquez; y aun otros caballeros les favorecieron, que no estaban muy bien con el don Juan Rodriguez de Fonseca; por- que, segun decian, era malquistado por muchas dema- sias y soberbias que mostraba con los grandes cargos que tenia; y como nuestros grandes servicios eran por Dios nue- tro Señor y por su majestad, y siempre po- niamos nuestras fuerzas en ello, quiso Dios que su majestad lo alcanzó á saber muy claramente; y como lo vió y entendió, fué tanto el contentamiento que mos- tró, y los duques, marqueses y condes y otros caballeros que estaban en su real corte, que en otra cosa no ha- blaban por algunos dias sino de Cortés y de todos nos-

otros los que le ayudamos en las conquistas, y de las riquezas que destas partes le enviamos; y así por esto como por las cartas glosadas que sobre ello le escribió el obispo de Burgos, desde que vió su majestad que todo era al contrario de la verdad, desde allí adelante le tuvo mala voluntad al Obispo, especialmente que no envió todas las piezas de oro, é se quedó con gran parte dellas. Todo lo cual alcanzó á saber el mismo Obispo, que se lo escribieron desde Flándes, de lo cual recibió muy grande enojo; y si de antes que fuesen nuestras cartas ante su majestad el Obispo decía muchos males de Cortés y de todos nosotros, de allí adelante á boca llena nos llamaba traidores; mas quiso Dios que perdió la furia y braveza, que desde ahí á dos años fué recusado y aun quedó corrido y afrentado, y nosotros quedamos por muy leales servidores, como adelante diré de que venga á coyuntura; y escribió su majestad que presto vendría á Castilla y entendería en lo que nos conviniese, é nos haría mercedes. Y porque adelante lo diré muy por extenso cómo y de qué manera pasó, seguidará aquí así, y nuestros procuradores aguardando la venida de su majestad. Y antes que mas pase adelante quiero decir, por lo que me han preguntado ciertos caballeros muy curiosos, y aun tienen razon de lo saber, que cómo puedo yo escribir en esta relacion lo que no vi, pues estaba en aquella sazón en las conquistas de la Nueva-España cuando los procuradores dieron las cartas, recaudos y presente de oro que llevaban para su majestad, y tuvieron aquellas contiendas con el obispo de Burgos? A esto digo que nuestros procuradores nos escribían á los verdaderos conquistadores lo que pasaba, así lo del obispo de Burgos como lo que su majestad fué servido mandar en nuestro favor, letra por letra en capítulos, y de qué manera pasaba; y Cortés nos enviaba otras cartas que recibía de nuestros procuradores, á las villas donde vivíamos en aquella sazón, para que viésemos cuán bien negociábamos con su majestad y qué grande contrario teníamos en el obispo de Burgos. Y esto doy por descargo de lo que me preguntaban aquellos caballeros que dicho tengo. Dejemos esto, y digamos en otro capítulo lo que en nuestro real pasó.

CAPITULO LVII.

Cómo después que partieron nuestros embajadores para su majestad con todo el oro y cartas y relaciones de lo que en el real se hizo, y la justicia que Cortés mandó hacer.

Desde á cuatro dias que partieron nuestros procuradores para ir ante el Emperador nuestro señor, como dicho habemos, y los corazones de los hombres son de muchas calidades é pensamientos, parece ser que unos amigos y criados del Diego Velazquez, que se decían Pedro Escudero y un Juan Cermeño, y un Gonzalo de Umbria, piloto, y Bernaldino de Coria, vecino que fué después de Chiapa, padre de un Hulano Centeno, y un clérigo que se decía Juan Díaz, y ciertos hombres de la mar que se decían Peñates, naturales de Gibráleon, estaban mal con Cortés, los unos porque no les dió licencia para se volver á Cuba, como se la habian prometido, y otros porque no les dió parte del oro que enviamos á Castilla; los Peñates porque los azotó en Cozumel, co-

mo ya otra vez tengo dicho, cuando hurtaron los tocinos á un soldado que se decía Barrio; acordaron todos de tomar un navio de poco parte é irse con él á Cuba á dar mandado al Diego Velazquez, para avisalle cómo en la Habana podian tomar en la estancia de Francisco Montejo á nuestros procuradores con el oro y recaudos; que, segun pareció, de otras personas principales que estaban en nuestro real fueron aconsejados que fuesen á aquella estancia que he dicho, y aun escribieron para que el Diego Velazquez tuviese tiempo de habellos á las manos. Por manera que las personas que he dicho ya tenían metido matulotoje, que era pan cazabe, aceite, pescado y agua, y otras pobrezas de lo que podian haber; é ya que se iban á embarcar, y era á mas de media noche, el uno dellos, que era el Bernaldino de Coria, parece ser se arrepintió de se volver á Cuba, y lo fué á hacer saber á Cortés. E como lo supo, é de qué manera y cuántos é por qué causas se querian ir, y quiénes fueron en los consejos y tramas para ello, les mandó luego sacar las velas, aguja y timon del navio, y los mandó echar presos y les tomó sus confesiones, y confesaron la verdad, y condenaron á otros que estaban con nosotros, que se disimuló por el tiempo, que no permitia otra cosa; y por sentencia que dió, mandó ahorcar al Pedro Escudero y á Juan Cermeño, y á cortar los piés al piloto Gonzalo de Umbria, y azotar á los marineros Peñates, á cada ducientos azotes; y al padre Juan Díaz si no fuera de nisa tambien lo castigara, mas metióle algo temor. Acuérdomo que cuando Cortés firmó aquella sentencia dijo con grandes suspiros y sentimientos: «¡Oh, quién no supiera escribir, para no firmar muertes de hombres!» Y parecemo que aqueste dicho es muy comun entre los jueces que sentencian algunas personas á muerte, que lo tomaron de aquel cruel Neron en el tiempo que dió muestras de buen emperador; y así como se hubo ejecutado la sentencia, se fué Cortés luego á mata-caballo á Cempoal, que es cinco leguas de la villa, y nos mandó que luego fuésemos tras él ducientos soldados y todos los de á caballo; y acuérdomo que Pedro de Albarado, que habia tres dias que le habia enviado Cortés con otros ducientos soldados por los pueblos de la sierra porque tuviesen qué comer, porque en nuestra villa pasábamos mucha necesidad de bastimentos, y le mandó que se fuese á Cempoal para que allí diéramos orden de nuestro viaje á Méjico. Por manera que el Pedro de Albarado no se halló presente cuando se hizo la justicia que dicho tengo. Y cuando nos vimos juntos en Cempoal, la orden que se dió en todo diré adelante.

CAPITULO LVIII.

Cómo acordamos de ir á Méjico, y antes que partiésemos dar con todos los navios al través, y lo que mas pasó; y esto de dar con los navios al través fué por consejo é acuerdo de todos nosotros los que éramos amigos de Cortés.

Estando en Cempoal, como dicho tengo, platicando con Cortés en las cosas de la guerra y camino para adelante, de plática en plática le aconsejamos los que éramos sus amigos que no dejase navio en el puerto ninguno, sino que luego diese al través con todos, y no quedasen ocasiones, porque entre tanto que estábamos

dentro no se alzasen otras personas como los
y demás desto, que teníamos mucha ayuda de
cañes, pilotos y marineros, que serían al pie de
personas, y que mejor nos ayudarían á pelear y
er que no estando en el puerto; y segun vi y en-
esta plática de dar con los navios al través que allí
osimos, el mismo Cortés lo tenía ya concertado,
e quiso que saliese de nosotros, porque si algo
andasen que pagase los navios, que era por nues-
rejo, y todos fuésemos en los pagar. Y luego
á un Juan de Escalante, que era alguacil mayor
ona de mucho valor y gran amigo de Cortés, y
go de Diego Velazquez porque en la isla de Cu-
dió buenos indios, que luego fuese á la villa, y
todos los navios se sacasen todas las anclas, ca-
nulas y lo que dentro tenían de que se pudiesen
char, y que diase con todos ellos al través, que
elases mas de los bateles; é que los pilotos é
os viejos y marineros que no eran buenos para ir
erra, que se quedasen en la villa, y con dos chin-
os que tuviesen cargo de pescar, que en aquel
siempre habia pescado, aunque no mucho; y
de Escalante lo hizo segun y de la manera que
mandado, y luego se vino á Cempoal con una ca-
de hombres de la mar, que fueron los que saca-
los navios, y salieron algunos dellos muy buenos
os. Pues hecho esto, mandó Cortés llamar á to-
caciques de la serranía de los pueblos nuestros
terados, y rebelarlos al gran Montezuma, y les di-
habian de servir á los que quedaban en la Villa-
acabar de hacer la iglesia, fortaleza y casas; y
ante dellos tomó Cortés por la mano al Juan de
nte, y les dijo: «Este es mi hermano;» y que lo
mandase que lo hiciesen; é que si hubiesen me-
favor ó ayuda contra algunos indios mejicanos,
ocurriesen, que él iria en persona á les ayudar.
los caciques se ofrecieron de buena voluntad
er lo que les mandase; é acuérdome que luego
unaron al Juan de Escalante con sus inciensos,
no quiso. Ya he dicho era persona muy bastante
cualquier cargo y amigo de Cortés, y con aquello
que le puso en aquella villa y puerto por capitán,
si algo enviase Diego Velazquez, que hubiese
encia. Dejallo he aquí, y diré lo que pasó. Aquí es
dice el coronista Gómora que mandó Cortés bur-
los navios, y tambien dice el mismo que Cortés
aba publicar á los soldados que queria ir á Méjico
ca del gran Montezuma. Pues ¿de qué condicion
los españoles para no ir adelante, y estarnos en
que no tengamos provecho é guerras? Tambien
el mismo Gómora que Pedro de Ircio quedó por
en la Veracruz; no le informaron bien. Digo
Juan de Escalante fué el que quedó por capitán y
al mayor de la Nueva-España, que aun al Pedro
no le habian dado cargo ninguno, ni aun de
otero, ni era para ello, ni es justo dar á nadie lo
lo tuvo, ni quitarlo á quien lo tuvo.

CAPITULO LIX.

De un razonamiento que Cortés nos hizo después de haber dado
con los navios al través, y cómo aprestamos nuestra ida para
Méjico.

Después de haber dado con los navios al través á ojos
vistas, y no como lo dice el coronista Gómora, una ma-
ñana, después de haber oido misa, estando que estába-
mos todos los capitanes y soldados juntos hablando con
Cortés en cosas de la guerra, dijo que nos pedia por mer-
ced que le oyésemos, y propuso un razonamiento desta
manera: «Que ya habíamos entendido la jornada á que
ibamos, y mediante nuestro Señor Jesucristo habíamos
de vencer todas las batallas y rencuentros, y que habia-
mos de estar tan prestos para ello como convenia; por-
que en cualquier parte que fuésemos desboratarios (lo
cual Dios no permitiese) no podríamos alzar cabeza,
por ser muy pocos, y que no teníamos otro socorro ni
ayuda sino el de Dios, porque ya no teníamos navios
para ir á Cuba, salvo nuestro buen pelear y corazones
fuertes; y sobre ello dijo otras muchas comparaciones
de hechos heroicos de los romanos.» Y todos á una
le respondimos que haríamos lo que ordenase; que
echada estaba la suerte de la buena ó mala ventura, co-
mo dijo Julio César sobre el Rubicon, pues eran todos
nuestros servicios para servir á Dios y á su majestad. Y
después deste razonamiento, que fué muy bueno, cier-
to, con otras palabras mas melosas y elocuencia que yo
aquí las digo, luego mandó llamar al cacique gordo, y
le tornó á traer á la memoria que tuviese muy reveren-
ciada y limpia la iglesia y cruz; é demás desto le dijo
que él se queria partir luego para Méjico á mandar á
Montezuma que no robe ni sacrifique; é que ha menester
ducientos indios tamemes para llevar el artillería, que
ya he dicho otra vez que llevan dos arrobas á cuestas
é andan con ellas cinco leguas; y tambien les deman-
dó cincuenta principales hombres de guerra que fuesen
con nosotros. Estando desta manera para partir, vino
de la Villa-Rica un soldado con una carta del Juan de
Escalante, que ya le habia mandado otra vez Cortés
que fuese á la villa para que le enviase otros soldados,
y lo que en la carta decia el Escalante era que andaba
un navio por la costa, y que le habia hecho ahumadas y
otras grandes señas, y habia puesto unas mantas blan-
cas por banderas, y que cabalgó á caballo con una capa
de grana colorada porque lo viesen los del navio; y
que le pareció á él que bien vieron las señas, banderas,
caballo y capa, y no quisieron venir al puerto; y que
luego envió españoles á ver en qué paraje iba, y le tru-
jeron respuesta que tres leguas de allí estaba surto,
cerca de una boca de un rio; y que se lo hace saber
para ver lo que manda. Y como Cortés vió la carta,
mandó luego á Pedro de Albarado que tuviese cargo de
todo el ejército que estaba allí en Cempoal, y junta-
mente con el á Gonzalo de Sandoval, que ya daba
muestras de varon muy esforzado, como siempre lo fué.
Este fué el primer cargo que tuvo el Sandoval; y aun so-
bre que le dió entonces aquel cargo, que fué el prime-
ro, y se lo dejó de dar á Alonso de Avila, tuvieron cier-
tas cosquillas el Alonso de Avila y el Sandoval. Volva-
mos á nuestro cuento, y es, que luego Cortés cabalgó

con cuatro de á caballo que le acompañaron, y mandó que le siguiésemos cincuenta soldados de los mas sueltos, porque Cortés nos nombró los que habíamos de ir con él; y aquella noche llegamos á la Villa-Rica. Y lo que allí pasamos diré adelante.

CAPITULO LX.

Cómo Cortés fué adonde estaba surto el navío, y prendimos seis soldados y marineros que del navío huyeron, y lo que sobre ello pasó.

Así como llegamos á la Villa-Rica, como dicho tengo, vino Juan de Escalante á hablar á Cortés, y le dijo que sería bien ir luego aquella noche al navío, por ventura no alzase velas y se fuese, y que reposase el Cortés, que él iría con veinte soldados. Y Cortés dijo que no podía reposar; que cabra coja no tenga siesta, que él quería ir en persona con los soldados que consigo traía; y antes que bocado comiésemos comenzamos á caminar la costa adelante, y topamos en el camino á cuatro españoles que venían á tomar posesion en aquella tierra por Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, los cuales enviaba un capitán que estaba poblando de pocos dias habia en el rio de Pónuco, que se llamaba Alonso Alvarez de Pineda ó Pinedo; y los cuatro españoles que tomamos se decian Guillen de la Lora, este venia por escribano; y los testigos que traia para tomar la posesion se decian Andrés Nuñez, y era carpintero de ribera, y el otro se decia maestro Pedro el de la Arpa, y era valenciano; el otro no me acuerdo el nombre. Y como Cortés hubo bien entendido cómo venían á tomar posesion en nombre de Francisco de Garay, é supo que quedaba en Jamaica y enviaba capitanes, preguntóles Cortés que por qué título ó por qué vía venían aquellos capitanes. Respondieron los cuatro hombres que en el año de 1518, como habia fama en todas las islas de las tierras que descubrimos cuando to de Francisco Hernandez de Córdoba y Juan de Grijalva, y llevamos á Cuba los veinte mil pesos de oro á Diego Velazquez, que entonces tuvo relacion el Garay del piloto Anton de Alaminos y de otro piloto que habíamos traído con nosotros, que podía pedir á su majestad desde el rio de San Pedro y San Pablo por la banda del norte todo lo que descubriese; y como el Garay tenia en la corte quien le favoreciese con el favor que esperaba, envió un mayordomo suyo que se decia Torralva, á lo negociar, y trujo provisiones para que fuese adelantado y gobernador desde el rio de San Pedro y San Pablo y todo lo que descubriese; y por aquellas provisiones envió luego tres navios con hasta ducientos y setenta soldados con bastimentos y caballos, con el capitán por mi nombrado, que se decia Alonso Alvarez Pineda ó Pinedo, y que estaba poblando en un rio que se dice Pónuco, obra de setenta leguas de allí; y que ellos hicieron lo que su capitán les mandó, y que no tienen culpa. Y como lo hubo entendido Cortés, con palabras amorosas les habló, y les dijo que si podríamos tomar aquel navío; y el Guillen de la Lora, que era el mas principal de los cuatro hombres, dijo que capearian y harian lo que pudiesen; y por bien que los llamaron y capearon, ni por señas que les hicieron, no quisieron venir; porque, segun dijeron aquellos hom-

bres, su capitán les mandó que mirasen que los soldados de Cortés no topasen con ellos; porque tenían noticia que estábamos en aquella tierra; y cuando vimos que no venia el batel, bien entendimos que desde el navío nos habian visto venir por la costa adelante, y que si no era con maña no volverian con el batel á aquella tierra; é rogóles Cortés que se desnudasen aquellos cuatro hombres sus vestidos para que se los vistiesen otros cuatro hombres de los nuestros, y así lo hicieron; y luego nos volvimos por la costa adelante por donde habíamos venido, para que nos viesen volver desde el navío, para que creyesen los del navío que de hecho nos volvimos, y quedábamos los cuatro de nuestros soldados vestidos los vestidos de los otros cuatro, y estuvimos con Cortés en el monte escondidos hasta mas de media noche que hiciese oscuro para volvernos enfrente del riachuelo, y muy escondidos, que no parecíamos otros, sino los cuatro soldados de los nuestros; y como amaneció comenzaron á capear los cuatro soldados, y luego vinieron en el batel seis marineros, y los dos saltaron en tierra con unas dos botijas de agua; y entonces aguardamos los que estábamos con Cortés escondidos que saltasen los demás marineros, y no quisieron saltar en tierra; y los cuatro de los nuestros que tenían vestidas las ropas de los otros de Garay hacian que estaban lavando las manos y escondiendo las caras, y decian los del batel: «Venís á embarcar; ¿qué hacéis? ¿por qué no venís?» Y entonces respondió uno de los nuestros: «Saltad en tierra y veréis aquí un poco.» Y como desconocieron la voz, se volvieron con su batel, y por mas que los llamaron, no quisieron responder; y queríamos lestirar con las escopetas y ballestas, y Cortés dijo que no se hiciese tal, que se fuesen con Dios á dar mandado á su capitán; por manera que se hubieron de aquel navío seis soldados, los cuatro hubimos primero, y dos marineros que saltaron en tierra; y así, volvimos á Villa-Rica, y todo esto sin comer cosa ninguna; y esto es lo que se hizo, y no lo que escribe el coronista Gómora, porque dice que vino Garay en aquel tiempo, y engañóse, que primero que viniese envió tres capitanes con navios; los cuales diré adelante en qué tiempo vinieron é qué se hizo dellos, y tambien en el tiempo que vino Garay; y pasemos adelante, é diremos cómo acordamos de ir á Méjico.

CAPITULO LXI.

Cómo ordenamos de ir á la ciudad de Méjico, y por consejo del Cacique fuimos por Tlascala, y de lo que nos acaeció así de reencuentros de guerra como de otras cosas.

Después de bien considerada la partida para Méjico, tomamos consejo sobre el camino que habíamos de llevar, y fué acordado por los principales de Compoal que el mejor y mas conveniente era por la provincia de Tlascala, porque eran sus amigos y mortales enemigos de mejicanos, é ya tenían aparejados cuarenta principales, y todos hombres de guerra; que fueron con nosotros y nos ayudaron mucho en aquella jornada, y mas nos dieron ducientos tamemes para llevar el artillería; que para nosotros los pobres soldados no habíamos menester ninguno, porque en aquel tiempo no teníamos qué llevar, porque nuestras armas, así lanzas cu-

mo escopetas y ballestas y rodela, y todo otro género dellas, con ellas dormíamos y caminábamos, y calzados nuestros alpargates, que era nuestro calzado, y como ha dicho siempre, muy apercebidos para pelear; y partimos de Cempoal demediado el mes de agosto de 1519 años, y siempre con muy buena orden, y los corredores del campo y ciertos soldados muy sueltos delante; y la primera jornada fuimos á un pueblo que se dice Jalepa, y desde allí á Socochima, y estaba muy fuerte y mala entrada, y en él había muchas parras de uvas de la tierra; y en estos pueblos se les dijo con doña Marina y Jerónimo de Aguilar, nuestras lenguas, todas las cosas tocantes á nuestra santa fe, y cómo éramos vasallos del emperador don Carlos, é que nos envió para quitar que no haya mas sacrificios de hombres ni se robasen unos á otros, y se les declaró muchas cosas que se les convenia decir; y como eran amigos de Cempoal y no tributaban á Montezuma, hallábamos en ellos muy buena voluntad y nos daban de comer, y se puso en cada pueblo una cruz, y se les declaró lo que significaba é que la tuviesen en mucha reverencia; y desde Socochima pasamos unas altas sierras y puerto, y llegamos á otro pueblo que se dice Texutla, y tambien hallamos en ellos buena voluntad, porque tampoco daban tributo como los demás; y desde aquel pueblo acabamos de subir todas las sierras y entramos en el despoblado, donde hacia muy gran frio y granizo aquella noche, donde tuvimos falta de comida, y venia un viento de la sierra nevada, que estaba á un lado, que nos hacia temblar de frio; porque, como habíamos venido de la isla de Cuba y de la Villa-Rica, y toda aquella costa es muy calurosa, y entramos en tierra fria, y no teníamos con qué nos abrigar sino con nuestras armas, sentíamos las heladas, como no éramos acostumbrados al frio; y desde allí fuimos á otro puerto, donde hallamos unas caserías y grandes adoratorios de ídolos, que ya he dicho que se dicen cues, y tenían grandes rimeros de leña para el servicio de los ídolos que estaban en aquellos adoratorios; y tampoco tuvimos qué comer, y lucia recio frio; y desde allí entramos en tierra de un pueblo que se decía Cocotlan, y enviamos dos indios de Cempoal á decirle al Cacique cómo íbamos, que tuviesen por bien nuestra llegada á sus casas; y era sujeto este pueblo á Méjico, y siempre caminábamos muy apercebidos y con gran concierto, porque víamos que ya era otra manera de tierra; y cuando vimos blanquear muchas azuteas, y las casas del Cacique y los cues y adoratorios, que eran muy altos y encañados, parecían muy bien, como algunos pueblos de nuestra España, y pusimosle nombre Castilblanco, porque dijeron unos soldados portugueses que parecia á la villa de Casteloblanco de Portugal, y así se llama ahora; y como supieron en aquel pueblo por mi nombrado, por los mensajeros que enviábamos, cómo íbamos, salió el Cacique á recibirnos, con otros principales junto á sus casas; el cual cacique se llamaba Olintecle, y nos llevaron á unos aposentos y nos dieron de comer poca cosa y de mala voluntad; y después que hubimos comido, Cortés les preguntó con nuestras lenguas de las cosas de su señor Montezuma; y dijo de sus grandes poderes de guerreros que tenía en todas las provincias sujetas, sin otros muchos ejér-

citos que tenía en las fronteras y provincias comarcanas; y luego dijo de la gran fortaleza de Méjico y cómo estaban fundadas las casas sobre agua, y que de una casa á otra no se podia pasar sino por puentes que tenían hechas y en canoas; y las casas todas de azuteas, y en cada azutea si querían poner mamparos eran fortalezas; y que para entrar dentro en la ciudad que había tres calzadas, y en cada calzada cuatro ó cinco aberturas por donde se pasaba el agua de una parte á otra; y en cada una de aquellas aberturas había una puente, y con alzar cualquiera dellas, que son hechas de madera, no pueden entrar en Méjico; y luego dijo del mucho oro y plata y piedras chalchihuis y riquezas que tenía Montezuma, su señor, que nunca acababa de decir otras muchas cosas de cuán gran señor era, que Cortés y todos nosotros estábamos admirados de lo oír; y con todo cuanto contaban de su gran fortaleza y puentes, como somos de tal calidad los soldados españoles, quisiéramos ya estar probando ventura, y aunque nos parecia cosa imposible, segun lo señalaba y decia el Olintecle. Y verdaderamente era Méjico muy mas fuerte y tenía mayores pertrechos de albarradas que todo lo que decia; porque una cosa es haberlo visto de la manera y fuerzas que tenía, y no como lo escribo; y dijo que era tan gran señor Montezuma, que todo lo que queria señoreaba, y que no sabia si seria contento cuando supiese nuestra estada allí en aquel pueblo, por nos haber aposentado y dado de comer sin su licencia; y Cortés le dijo con nuestras lenguas: «Pues hágoos saber que nosotros venimos de léjas tierras por mandado de nuestro rey y señor, que es el emperador don Carlos, de quien son vasallos muchos y grandes señores, y envia á mandar á ese vuestro gran Montezuma que no sacrifique ni mate ningunos indios, ni robe sus vasallos ni tome ningunas tierras, y para que dé la obediencia á nuestro rey y señor; y ahora lo digo asimismo á vos, Olintecle, y á todos los mas caciques que aquí estáis, que dejeis vuestros sacrificios y no comais carnes de vuestros prójimos, ni hagais sodomías ni las cosas feas que sois hacer, porque así lo manda nuestro Señor Dios, que es el que adoramos y creemos, y nos da la vida y la muerte y nos ha de llevar á los cielos;» y se les declaró otras muchas cosas tocantes á nuestra santa fe, y ellos á todo callaban. Y dijo Cortés á los soldados que allí nos hallamos: «Paréceme, señores, que ya que no podemos hacer otra cosa, que se ponga una cruz.» Y respondió el padre fray Bartolomé de Olmedo: «Paréceme, Señor, que en estos pueblos no es tiempo para dejarles cruz en su poder, porque son algo desvergonzados y sin temor; y como son vasallos de Montezuma, no la quemen ó hagan alguna cosa mala; y esto que se les dijo basta hasta que tengan mas conocimiento de nuestra santa fe;» y así, se quedó sin poner la cruz. Dejemos esto y de las santas amonestaciones que les hacíamos, y digamos que como llevábamos un lebril de muy gran cuerpo, que era de Francisco de Lugo, y ladraba mucho de noche, parece ser preguntaban aquellos caciques del pueblo á los amigos que traíamos de Cempoal que si era tigre ó leon, ó cosa con que mataban los indios; y respondieron: «Tráenle para que cuando alguno los enoja los mate.» Y tambien les preguntaron:

que aquellas bombardas que traíamos, qué hacíamos con ellas; y respondieron que con unas piedras que metíamos dentro dellas metábamos á quien queríamos; y que los caballos corrían como venados, y alcanzábamos con ellos á quien les mandábamos. Y dijo el Olintecle y los demás principales: «Luego de esta manera teules deben de ser.» Ya he dicho otras veces que á los ídolos ó sus dioses ó cosas malas llamaban teules. Y respondieron nuestros amigos: «Pues ¡cómo! ¿ahora lo veis? Mirad que no hagáis cosa con que los enojeis, que luego sabrán, que saben lo que tenéis en el pensamiento; porque estos teules son los que prendieron á los recaudadores del vuestro gran Montezuma, y mandaron que no les diesen mas tributo en todas las sierras ni en nuestro pueblo de Cempoal; y estos son los que nos derrocaron de nuestros templos nuestros teules, y pusieron los suyos, y han vencido los de Tabasco y Cincapacinga. Y demás desto, ya habréis visto cómo el gran Montezuma, aunque tiene tantos poderes, los envía oro y mantas, y ahora han venido á este vuestro pueblo y veo que no les dais nada; andad presto y traedles algun presente.» Por manera que traíamos con nosotros buenos esclavos, porque luego trujeron cuatro pinjantes y tres collares y unas lagartijas, aunque era de oro todo muy bajo; y mas trujeron cuatro indias, que eran buenas para moler pan, y una carga de mantas. Cortés las recibió con alegre voluntad y con grandes ofrecimientos. Acuérdomé que tenían en una plaza, adonde estaban unos adoratorios, puestos tantos rimeros de calaveras de muertos, que se podían bien contar, segun el concierto con que estaban puestas, que me parece que eran mas de cien mil, y digo otra vez sobre cien mil; y en otra parte de la plaza estaban otros tantos rimeros de zancarrones y huesos de muertos que no se podían contar, y tenían en unas vigas muchas cabezas colgadas de una parte á otra, y estaban guardando aquellos huesos y calaveras tres papas que, segun entendimos, tenían cargo dellos; de lo cual tuvimos que mirar mas después que entramos mas la tierra adentro; y en todos los pueblos estaban de aquella manera, á tambien en lo de Tlascala. Pasado todo esto que aquí he dicho, acordamos de ir nuestro camino por Tlascala, porque decían nuestros amigos estaban muy cerca, y que los términos estaban allí junto donde tenían puestos por señales unos mojones; y sobre ello se preguntó al cacique Olintecle que cuál era mejor camino y mas llano para ir á Méjico; y dijo que por un pueblo muy grande que se decía Choulula; y los de Cempoal dijeron á Cortés: «Señor, no vais por Choulula, que son muy traidores y tiene allí siempre Montezuma sus guardiciones de guerra;» y que fuésemos por Tlascala, que eran sus amigos, y enemigos de mejicanos; y así, acordamos de tomar el consejo de los de Cempoal, que Dios lo encaminaba todo; y Cortés demandó luego al Olintecle veinte hombres principales guerreros que fuesen con nosotros, y luego nos los dieron; y otro día de mañana fuimos camino de Tlascala, y llegamos á un pueblezuelo que era de los de Xalacingo, y de allí enviamos por mensajeros dos indios de los principales de Cempoal, de los indios que solían decir muchos bienes y loas de los tlascaltecas y que eran sus amigos, y les

enviamos una carta, puesto que sabíamos que no lo entenderían, y tambien un chapeo de los veljudos colorados de Flándes, que entonces se usaban; y lo que se hizo dirémos adelante.

CAPITULO LXII.

Cómo se determinó que fuésemos por Tlascala, y les enviamos mensajeros para que tuviesen por bien nuestra ida por su tierra, y cómo prendieron á los mensajeros, y lo que mas se hizo.

Como salimos de Castilblanco, y fuimos por nuestro camino, los corredores del campo siempre delante y muy apercebidos, en gran concierto los escopeteros y ballesteros, como convenia, y los de á caballo mucho mejor, y siempre nuestras armas vestidas, como lo teníamos de costumbre. Dejemos esto; no sé para qué gasto mas palabras sobre ello, sino que estábamos tan apercebidos, así de día como de noche, que si diesen al arma diez veces, en aquel punto nos hallaran muy puestos, calzados nuestros alpargates, y las espadas y rodela y lanzas puesto todo muy á mano; y con aquesta orden llegamos á un pueblezuelo de Xalacingo, y allí nos dieron un collar de oro y unas mantas y dos indias, y desde aquel pueblo enviamos dos mensajeros principales de los de Cempoal á Tlascala con una carta y con un chapeo vedejado de Flándes, colorado, que se usaban entonces; y puesto que la carta bien entendimos que no la sabrían leer, sino que como viesan el papel diferenciado de lo suyo, conocerían que era de mensajería, y lo que les enviamos á decir con los mensajeros cómo íbamos á su pueblo, y que lo tuviesen por bien, que no les íbamos á hacer enojo, sino tenellos por amigos; y esto fué porque en aquel pueblezuelo nos certificaron que toda Tlascala estaba puesta en armas contra nosotros, porque, segun paróció, ya tenían noticia cómo íbamos y que llevábamos con nosotros muchos amigos, así de Cempoal como los de Zocotlan y de otros pueblos por donde habíamos pasado, y todos solían dar tributo á Montezuma, tuvieron por cierto que íbamos contra ellos, porque les tenían por enemigos; y como otras veces los mejicanos con mañas y cautelas les entraban en la tierra y se la saqueaban, así creyeron querían hacer ora; por manera que luego como llegaron los dos nuestros mensajeros con la carta y el chapeo, y comenzaron á decir su embajada, los mandaron prender sin ser mas oídos, y estuvimos aguardando respuesta uquel día y otro; y como no venían, después de haber hablado Cortés á los principales de aquel pueblo, y dicho las cosas que convenían decir acerca de nuestra santa fe, y cómo éramos vasallos de nuestro rey y señor, que nos envié á estos partes para quitar que no sacrificquen y no maten hombres ni coman carne humana, ni hagan las torpedades que suelen hacer; y les dijo otras muchas cosas que en los mas pueblos por donde pasábamos les solíamos decir, y después de muchos ofrecimientos que les hizo que les ayudaria, les demandó veinte indios de guerra que fuesen con nosotros, y ellos nos los dieron de buena voluntad, y con la buena ventura, encomendándonos á Dios, partimos otro día para Tlascala; é yendo por nuestro camino con el concierto que ya he dicho, vienen nuestros mensajeros que tenían presos que parece ser, como andaban revueltos

en la guerra los indios que los tenían á cargo y guarda, se descuidaron, y de hecho, como eran amigos, los soltaron de las prisiones; y vinieron tan medrosos de lo que habían visto ó oído, que no lo acertaban á decir; porque, según dijeron, cuando estaban presos los amenazaban y decían: «Ahora hemos de matar á esos que llamáis tales y comer sus carnes, y veremos si son tan esforzados como publicáis, y también comeremos vuestras carnes, pues venís con traiciones y con embustes de aquel traidor de Montezuma;» y por mas que les decían las mensajerías, que éramos contra los mejicanos, que á todos los tlascaltecas los teníamos por hermanos, no aprovechaban nada sus razones; y cuando Cortés y todos nosotros entendimos aquellas soberbias palabras, y como estaban de guerra, puesto que nos dió bien que pensar en ello, dijimos todos: «Pues que así es, adelante en buen hora;» encomendándonos á Dios, y nuestra bandera tendida, que llevaba el alférez Corral; porque ciertamente nos certificaron los indios del poblezuelo donde dormimos, que habían de salir al camino á nos defender la entrada en Tlascala; y asimismo nos lo dijeron los de Cempoal, como dicho tengo. Pues yendo desta manera que he dicho, siempre íbamos hablando cómo habían de entrar y salir los de á caballo á media rienda y las lanzas algo torciadas, y de tres en tres porque se ayudasen; é que cuando rompiésemos por los escuadrones, que llevasen las lanzas por las caras y no parasen á dar lanzadas, porque no les echasen mano dellas, y que si acaeciese que les echasen mano, que con toda fuerza la tuviesen y debajo del brazo se ayudasen, y poniendo espuelas con la furia del caballo, se la tornarian á sacar ó llevarian al indio arrastrando. Dirán ahora que para qué tanta diligencia sin ver contrarios guerreros que nos acometiesen. A esto respondiendo, y digo que decía Cortés: «Mirá, señores compañeros, ya veis que somos pocos, hemos de estar siempre tan apercebidos y aparejados como si ahora vieseamos venir los contrarios á pelear, y no solamente vellos venir, sino hacer cuenta que estamos ya en la batalla con ellos; y que, como acontece muchas veces que echan mano de la lanza, por eso hemos de estar avisados para el tal menester, así dello como de otras cosas que convienen en lo militar; que ya bien he entendido que en el pelear no tenemos necesidad de avisos, porque he conocido que por bien que yo lo quiera decir, lo haréis muy mas animosamente;» y desta manera caminamos obra de dos leguas, y hallamos una fuerza bien fuerte hecha de cal y canto y de otro betun tan recio, que con picos de hierro era forzoso deshacerla, y hecha de tal manera, que para defensa era harto recia de tomar; y detuvimos á mirar en ella, y preguntó Cortés á los indios de Zocotlan que á qué fin tenían aquella fuerza de aquella manera; y dijeron que, como entre su señor Montezuma y los de Tlascala tenían guerras á la continua, que los tlascaltecas para defender mejor sus pueblos la habían hecho tan fuerte, porque ya aquella es su tierra; y reparamos un rato, y nos dió bien que pensar en ello y en la fortaleza. Y Cortés dijo: «Señores, sigamos nuestra bandera, que es la señal de la santa cruz, que con ella venceremos.» Y todos á una le respondimos que vamos mucho en buen hora, que Dios es fuer-

za verdadera; y así, comenzamos á caminar con el concierto que he dicho, y no muy lejos vieron nuestros corredores del campo hasta obra de treinta indios que estaban por espías, y tenían espadas de dos manos, rodajas, lanzas y penachos, y las espadas son de peder-nales, que cortan mas que navajas, puestas de arte que no se pueden quebrar ni quitar las navajas, y son largas como montantes, y tenían sus divisas y penachos; y como nuestros corredores del campo los vieron, volvieron á dar mandado. Y Cortés mandó á los mismos de á caballo que corriesen tras ellos y que procurasen tomar algunos sin heridas; y luego envió otros cinco de á caballo, porque si hubiese alguna celada, para que se ayudasen; y con todo nuestro ejército dimos presa y el paso largo, y con gran concierto, porque los amigos que teníamos nos dijeron que ciertamente traían gran copia de guerreros en celadas; y desde los treinta indios que estaban por espías vieron que los de á caballo iban hácia ellos y los llamaban con la mano, no quisieron aguardar, hasta que los alcanzaron y quisieron tomar á algunos dellos; mas defendiéronse muy bien, que con los montantes y sus lanzas hirieron los caballos; y cuando los nuestros vieron tan bravosamente pelear, y sus caballos heridos, procuraron de hacer lo que eran obligados, y mataron cinco dellos; y estando en esto, viene muy de presto y con gran furia un escuadron de tlascaltecas, que estaba en celado, de mas de tres mil dellos, y comenzaron á flechar en todos los nuestros de á caballo, que ya estaban juntos todos, y dan una refriega; y en este instante llegamos con nuestra artillería, escopetas y ballestas, y poco á poco comenzaron á volver las espaldas, puesto que se detuvieron buen rato peleando con buen concierto; y en aquel reencuentro hirieron á cuatro de los nuestros, y pareceme que desde allí á pocos dias murió el uno de las heridas; y como era tarde, se fueron los tlascaltecas recogiendo, y no los seguimos; y quedaron muertos hasta diez y siete dellos, sin muchos heridos; y desde aquellas sierras pasamos adelante, y era llano y había muchas casas de labranzas de maíz y magües, que es de lo que hacen el vino; y dormimos cabe un arroyo, y con el unto de un indio gordo que allí matamos, que se abrió, se curaron los heridos; que aceite no lo había; y tuvimos muy bien de cenar de unos perrillos que ellos crián, puesto que estaban todas las casas despobladas, y alzado el hato, y aunque los perrillos llevaban consigo, de noche se volvian á sus casas, y allí los apañábamos, que era harto buen mantenimiento; y estuvimos toda la noche muy á punto con escuchas y buenas rondas y corredores del campo, y los caballos ensillados y enfre-nados, por temor no diesen sobre nosotros. Y quedarse ha aquí, y diré las guerras que nos dieron.

CAPITULO LXIII.

De las guerras y batallas muy peligrosas que tuvimos con los tlascaltecas, y de lo que mas pasó.

Otro dia, después de habernos encomendado á Dios, partimos de allí, muy concertados todos nuestros escuadrones, y los de á caballo muy avisados de cómo habían de entrar rompiendo y salir; y en todo caso procurar que no nos rompiesen ni nos apartasen unos de

otros; é yendo así como dicho tengo, viénense á encontrar con nosotros dos escuadrones, que habria seis mil, con grandes gritas, atambores y trompetas, y flechando y tirando varas, y haciendo como fuertes guerreros. Cortés mandó que estuviésemos quedos, y con tres prisioneros que les habíamos tomado el día antes les enviamos á decir y á requerir que no nos diesen guerra, que los queremos tener por hermanos; y dijo á uno de nuestros soldados, que se decia Diego de Godoy, que era escribano de su majestad, mirase lo que pasaba, y diese testimonio dello si se hubiese menester, porque en algun tiempo no nos demandasen las muertes y daños que se recreciesen, pues les requeríamos con la paz; y como les habieron los tres prisioneros que les enviábamos, mostráronse muy mas recios, y nos daban tanta guerra, que no les podíamos sufrir. Entonces dijo Cortés: «Santiago y á ellos;» y de hecho arremetimos de manera, que les matamos y herimos muchas de sus gentes con los tiros, y entre ellos tres capitanes. Ibanse retrayendo hácia unos arcabuezos, donde estaban en celada sobre mas de cuarenta mil guerreros con su capitan general, que se decia Xicotenga, y con sus divisas de blanco y colorado, porque aquella divisa y librea era de aquel Xicotenga; y como habia allí unas quebradas, no nos podíamos aprovechar de los caballos, y con mucho concierto los pasamos. Al pasar tuvimos muy gran peligro, porque se aprovechaban de su buen flechar, y con sus lanzas y montantes nos hacian mala obra, y aun las hondas y piedras como granizo eran harto malas; y como nos vimos en lo llano con los caballos y artillería, nos lo pagaban, que matábulos muchos; mas no osábamos deshacer nuestro escuadrón, porque el soldado que en algo se desmandaba para seguir algunos indios de los montantes ó capitanes, luego era herido y corría gran peligro. Y andando en estas batallas, nos cercan por todas partes, que no nos podíamos valer poco ni mucho; que no osábamos arremeter á ellos si no era todos juntos, porque no nos desconcertasen y rompiesen; y si arremetíamos como dicho tengo, hallábulos sobre veinte escuadrones sobre nosotros, que nos resistían; y estaban nuestras vidas en mucho peligro, porque eran tantos guerreros, que á puñados de tierra nos cegaran, sino que la gran misericordia de Dios nos socorria y nos guardaba. Y andando en estas priesas entre aquellos grandes guerreros y sus temerosos montantes, parece ser acordaron de se juntar muchos dellos y de mayores fuerzas para tomar á manos á algun caballo, y lo pusieron por obra, y arremetieron, y echan mano á una muy buena yegua y bien revuelta, de juego y de carrera, y el caballero que en ella iba muy buen jinete, que se decia Pedro de Moron; y como entró rompiendo con otros tres de á caballo entre los escuadrones de los contrarios, porque así les era mandado, porque se ayudasen unos á otros, échanle mano de la lanza, que no la pudo sacar, y otros le dan de cuchilladas con los montantes y le hirieron malamente, y entonces dieron una cuchillada á la yegua, que le cortaron el pescuezo redondo, y allí quedó muerta; y si de presto no socorrieran los dos compañeros de á caballo al Pedro de Moron, también le acabaran de matar, pues

quizá podíamos con todo nuestro escuadrón ayudarle. Digo otra vez que por temor que nos desbaratasen ó acabasen de desbaratar, no podíamos ir ni á una parte ni á otra; que harto teníamos que sustentar no nos llevasen de vencida, que estábamos muy en peligro; y todavía acudíamos á la presa de la yegua, y tuvimos lugar de salvar al Moron y quitársele de su poder, que ya le llevaban medio muerto; y cortamos la cincha de la yegua, porque no se quedase allí la silla; y allí en aquel socorro hirieron diez de los nuestros; y tengo en mí que matamos entonces cuatro capitanes, porque andábulos juntos pié con pié, y con las espadas les hacíamos mucho daño; porque como aquello pasó se comenzaron á retirar y llevaron la yegua, la cual hicieron pedazos para mostrar en todos los pueblos de Tlascala; y después supimos que habían ofrecido á sus ídolos las herraduras y el chapen de Flándes vedijudo, y las dos cortas que les enviamos para que viniesen de paz. La yegua que mataron era de un Juan Sedeño; y porque en aquella sazón estaba herido el Sedeño de tres heridas del día antes, por esta causa se la dió al Moron, que era muy buen jinete, y murió el Moron entonces de allí á dos días de las heridas, porque no me acuerdo verle mas. Volvamos á nuestra batalla: que, como habia bien una hora que estábamos en las rencillas peleando, y los tiros les debrian de hacer mucho mal; porque, como eran muchos, andaban tan juntos, que por fuerza les habian de llevar copia dellos; pues los de á caballo, escopetas, ballestas, espadas, rodela y lanzas, todos á una peleábulos como valientes soldados por salvar nuestras vidas y hacer lo que éramos obligados; porque ciertamente las teníamos en grande peligro, cual nunca estuvieron; y á lo que después supimos, en aquella batalla les matamos muchos indios, y entre ellos ocho capitanes muy principales, hijos de los viejos caciques que estaban en el pueblo cabecera mayor; á esta causa se trujeron con muy buen concierto, y á nosotros que no nos pesó dello; y no los seguimos porque no nos podíamos tener en los piés, de cansados; allí nos quedamos en aquel poblezuelo, que todos aquellos campos estaban muy poblados, y aun tenían hechas otras casas debajo de tierra como cuevas, en que vivían muchos indios; y llamábase donde pasó esta batalla Tehuacingo ó Tehuacacingo, y fué dada en 2 días del mes de setiembre de 1519 años; y desde nos vimos con victoria, dimos muchas gracias á Dios, que nos libró de tan grandes peligros; y desde allí nos retrujimos luego á unos cues que estaban buenos y altos como en fortaleza, y con el unto del indio que ya he dicho otras veces se curaron nuestros soldados, que fueron quince, y murió uno de las heridas; y también se curaron cuatro ó cinco caballos que estaban heridos, y reposamos y cenamos muy bien aquella noche, porque teníamos muchas gallinas y pernillos que hubimos en aquellas casas, con muy buen recaudo de escuchas y rondas y los corredores del campo, y descansamos hasta otro día por la mañana. En aquesta batalla tomamos y prendimos quince indios y los dos principales; y una cosa tenían los tlascaltecas en esta batalla y en todas las demás, que en hiriéndoles cualquiera indio, luego lo llevaban, y no podíamos ver los muertos.

CAPITULO LXIV.

Como tuvimos nuestro real asentado en unos pueblos y caserías que se dicen Teoacingo ó Teuacingo, y lo que allí hicimos.

Como nos sentimos muy trabajados de las batallas pasadas y estaban muchos soldados y caballos heridos, y teníamos necesidad de adobar las ballestas y alistar almacén de saetas, estuvimos un día sin hacer cosa que de contar sea; y otro día por la mañana dijo Cortés que sería bueno ir á correr el campo con los de caballo que estaban buenos para ello, porque no pensasen los tlascaltecas que dejábamos de guerrear por la batalla pasada, y porque viesan que siempre los habíamos de seguir; y el día pasado, como he dicho, habíamos estado sin salirlos á buscar, é que era mejor irles nosotros á acometer que ellos á nosotros, porque no notiesen nuestra flaqueza y porque aquel campo es muy llano y muy poblado. Por manera que con siete de á caballo y pocos ballesteros y escopeteros, y obra de doscientos soldados y con nuestros amigos, salimos y dejamos en el real buen recaudo, según nuestra posibilidad, y por las casas y pueblos por donde íbamos prendimos hasta veinte indios é indias sin hacelles ningún mal; y los amigos, como son crueles, quemaron muchas casas y trujeron bien de comer gullinas y pernillos; y luego nos volvimos al real, que era cerca, y acordó Cortés de soltar los prisioneros, y se les dió primero de comer, y doña Marina y Aguilar los halagaron y dieron cuentas, y les dijeron que no fuesen mas locos, é que viniesen de paz, que nosotros les queremos ayudar y tener por hermanos; y entonces tambien soltamos los dos prisioneros primeros, que eran principales, y se les dió otra carta para que fuesen á decir á los caciques mayores, que estaban en el pueblo cabecera de todos los mas pueblos de aquella provincia, que no les veníamos á hacer mal ni enojo, sino para pasar por su tierra é ir á Méjico á hablar á Montezuma; y los dos mensajeros fueron al real de Xicotenga, que estaba de allí obra de dos leguas, en unos pueblos y casas que me parece que se llamaban Tecuacincapingo; y como les dieron la carta y dijeron nuestra embajada, la respuesta que les dió su capitán Xicotenga el mozo fué que fuésemos á su pueblo, adonde está su padre; que allí habían las paces con hartarse de nuestras carnes y honrar sus dioses con nuestros corazones y sangre, é que para otro día de mañana veríamos su respuesta; y cuando Cortés y todos nosotros oímos aquellas tan soberbias palabras, como estábamos hostigados de las pasadas batallas é encuentros, verdaderamente no lo tuvimos por bueno, y á aquellos mensajeros halagó Cortés con muchas palabras, porque les pareció que habían perdido el miedo, y les mandó dar unos sartalejos de cuentas, y esto para tornalles á enviar por mensajeros sobre la paz. Entonces se informó muy por extenso cómo y de qué manera estaba el capitán Xicotenga, y qué poderes tenía consigo, y les dijeron que tenía muy mas gente que la otra vez cuando nos dió guerra, porque traía cinco capitanes consigo, y que cada capitania traía diez mil guerreros. Fué desta manera que lo contaba, que de la parcialidad de Xicotenga, que ya no había del viejo padre del mismo ca-

pitán sino diez mil, y de la parte de otro gran cacique que se decía Masse-Escaci, otros diez mil, y de otro gran principal que se decía Chichimeca Tecla, otros tantos, y de otro gran cacique señor de Topeyanco, que se decía Tecapaneca, otros diez mil, é de otro cacique que se decía Guaxobcin, otros diez mil; por manera que eran á la cuenta cincuenta mil, y que habiau de sacar su bandera y seña, que era un ave blanca, tendidas las alas como que quería volar, que parece como avestruz, y cada capitán con su divisa y librea; porque cada cacique así las tenía diferenciadas. Digamos ahora como en nuestra Castilla tienen los duques y condes; y todo esto que aquí he dicho tuvimoslo por muy cierto, porque ciertos indios de los que tuvimos presos, que soltamos aquel día, lo decían muy claramente, aunque no eran creídos. Y cuando aquello vimos, como somos hombres y temíamos la muerte, muchos de nosotros y aun todos los mas nos confesamos con el padre de la Merced y con el clérigo Juan Díez, que toda la noche estuvieron en oír de penitencia y encomendándonos á Dios que nos librase no fuésemos vencidos; y desta manera pasamos hasta otro día; y la batalla que nos dieron, aquí lo diré.

CAPITULO LXV.

De la gran batalla que hubimos con el poder de tlascaltecas, y quiso Dios nuestro Señor darnos victoria, y lo que mas pasó.

Otro día de mañana, que fueron 5 de setiembre de 1519 años, pusimos los caballos en concierto, que no quedó ninguno de los heridos que allí no saliesen para hacer cuerpo é ayudasen lo que pudiesen, y apercebidos los ballesteros que con gran concierto gustasen el almacén, unos armando y otros soltando, y los escopeteros por el consiguiente, y los de espada y rodela que la estocada ó cuchillada que diésemos, que pasasen las entrañas, porque no se osasen juntar tanto como la otra vez, y el artillería bien apercebida iba; y como ya tenían aviso los de á caballo que se ayudasen unos á otros, y las lanzas terciadas, sin pararse á alancear sino por las caras y ojos, entrando y saliendo á media rienda, y que ningún soldado saliese del escuadrón, y con nuestra bandera tendida, y cuatro compañeros guardando al alférez Corral. Así salimos de nuestro real, y no habíamos andado medio cuarto de legua, cuando vimos asomar los campos llenos de guerreros con grandes penachos y sus divisas, y mucho ruido de trompetillas y bocinas. Aquí había bien que escribir y ponello en relacion lo que en esta peligrosa y dudosa batalla pasamos; porque nos cercaron por todas partes tantos guerreros, que se podía comparar como si hubiese unos grandes prados de dos leguas de ancho y otras tantas de largo, y en medio dellos cuatrocientos hombres; así era: todos los campos llenos dellos, y nosotros obra de cuatrocientos, muchos heridos y dolientes; y supimos de cierto que esta vez venían con pensamiento que no habían de dejar ninguno de nosotros á vida, que no había de ser sacrificado á sus ídolos. Volvamos á nuestra batalla: pues como comenzaron á romper con nosotros, ¡qué granizo de piedra de los honderos! Pues flechas, todo el suelo hecho parva de varas, todas de á dos gajos, que pasan cualquiera arma

y las entrañas, adonde no hay defensa, y los de espada y rodela, y de otras mayores que espadas, como montantes y lanzas, ¡qué priesa nos daban y con qué braveza se juntaban con nosotros, y con qué grandísimos gritos y alaridos! Puesto que nos ayudábamos con tan gran concierto con nuestra artillería y escopetas y ballestas, que les hacíamos harta daño, y á los que se nos llegaban con sus espadas y montantes les dábamos buenas estocadas, que les hacíamos apartar, y no se juntaban tanto como la otra vez pasada; y los de á caballo estaban tan diestros y hacíanlo tan varonilmente, que, después de Dios, que es el que nos guardaba, ellos fueron fortaleza. Yo vi entonces medio desbaratado nuestro escuadrón, que no aprovechaban voces de Cortés ni de otros capitanes para que tornásemos á cerrar; tanto número de indios cargó entonces sobre nosotros, sino que á puras estocadas les hicimos que nos diesen lugar; con que volvimos á ponernos en concierto. Una cosa nos daba la vida, y era que, como eran muchos y estaban amontonados, los tiros les hacían mucho mal; y demás desto, no se sabían capitanear, porque no podían allegar todos los capitanes con sus gentes; y á lo que supimos, desde la otra batalla pasada habían tenido pendencias y rencillas entre el capitán Xicotenga con otro capitán hijo de Chichimecatecle, sobre que decía el un capitán al otro que no lo había hecho bien en la batalla pasada, y el hijo de Chichimecatecle respondió que muy mejor que él, y se lo haría conocer de su persona á la suya de Xicotenga; por manera que en esta batalla no quiso ayudar con su gente el Chichimecatecle al Xicotenga; antes supimos muy ciertamente que convocó á la capitania de Guaxolcingo que no pelease. Y demás desto, desde la batalla pasada temían los caballos y tiros y espadas y ballestas y nuestro buen pelear, y sobre todo, la gran misericordia de Dios, que nos daba esfuerzo para nos sustentar; y como el Xicotenga no era obedecido de dos capitanes, y nosotros les hacíamos muy gran daño, que les matábamos muchas gentes; las cuales encubrían, porque, como eran muchos, en liriéndolos á cualquiera de los suyos, luego le apañaban y le llevaban á cuestras; y así en esta batalla como en la pasada no podíamos ver ningún muerto; y como ya peleaban de mala gana, y sintieron que las capitánias de los dos capitanes por mí nombrados no les acudían, comenzaron á aflujar; porque, según pareció, en aquella batalla matamos un capitán muy principal, que de los otros no los cuento; y comenzaron á retruarse con buen concierto, y los de á caballo á media rienda siguiéndolos poco trecho, porque no se podían ya tener de cansados; y cuando nos vimos libres de aquella tanta multitud de guerreros, dimos muchas gracias á Dios. Allí nos mataron un soldado y hirieron mas de sesenta, y también hirieron á todos los caballos; á mí me dieron dos heridas, la una en la cabeza, de pedrada, y otra en un muslo, de un flechazo; mas no eran para dejar de pelear y velar y ayudar á nuestros soldados; y asimismo lo hacían todos los soldados que estaban heridos, que si no eran muy peligrosas las heridas, habíamos de pelear y velar con ellos, porque de otra manera pocos quedaron que estuviesen sin heridas; y luego nos fuimos á nuestro real muy contentos y dando muchas gracias á Dios, y

enterramos los muertos en una de aquellas casas que tenían hechas en los soterranos, porque no viesen los indios que éramos mortales, sino que creyesen que éramos teules, como ellos decían; y derrocamos mucha tierra encima de la casa porque no oliesen los cuerpos, y se curaron todos los heridos con el unto del indio que otras veces he dicho. ¡Oh que mal refrigerio teníamos, que aun aceite para curar heridas ni sal no había! Otro falta teníamos, y grande, que era ropa para nos abrigar; que venía un viento tan frío de la sierra nevada, que nos hacía tiritar (aunque mostrábamos buen ánimo siempre), porque las lanzas y escopetas y ballestas mal nos cobijaban. Aquella noche dormimos con mas sosiego que la pasada, puesto que teníamos mucho recaudo de corredores y espías, velas y rondas. Y dejallo hé aquí, é diré lo que otro día hicimos en esta batalla, y prendimos tres indios principales.

CAPITULO LXVI.

Cómo otro día enviamos mensajeros á los caciques de Tlascala, rogándoles con la paz, y lo que sobre ello hicieron.

Después de pasada la batalla por mí contada, que prendimos en ella los tres indios principales, enviélos luego nuestro capitán Cortés, y con los dos que estaban en nuestro real, que habían ido otras veces por mensajeros, les mandó que dijese á los caciques de Tlascala que les rogábamos que vengan luego de paz y que nos den pasada por su tierra para ir á Méjico, como otras veces les hemos enviado á decir, é que si ahora no vienen, que los mataremos todas sus gentes; y porque los queremos mucho y tener por hermanos, no les quiséramos enojar si ellos no hubiesen dado causa á ello, y se les dijo muchos halagos para atraerlos á nuestra amistad; y aquellos mensajeros fueron de buena gana luego á la cabecera de Tlascala, y dijeron su embajada á todos los caciques por mí ya nombrados; los cuales hallaron juntos con otros muchos viejos y papas, y estaban muy tristes, así del mal suceso de la guerra como de la muerte de los capitanes parientes ó hijos suyos que en las batallas murieron, y dice que no les quisieron escuchar de buena gana; y lo que sobre ello acordaron, fué que luego mandaron llamar todos los adivinos y papas, y otros que echaban suertes, que llaman tascalnagual, que son como hechiceros, y dijeron que mirasen por sus adivinanzas y hechizos y suertes qué gente éramos, y si podríamos ser vencidos dándonos guerra de día y de noche á la continua, y también para saber si éramos teules, así como lo decían los de Cempoal; que ya he dicho otras veces que son cosas malas, como demonios; é qué cosas comíamos, é que mirasen todo esto con mucha diligencia; y después que se juntaron los adivinos y hechiceros y muchos papas, y hechas sus adivinanzas y echadas sus suertes y todo lo que solían hacer, parece ser dijeron que en las suertes hallaron que éramos hombres de hueso y de carne, y que comíamos gullinas y perros y pan y fruta cuando lo teníamos, y que no comíamos carnes de indios ni corazones de los que matábamos; porque, según pareció, los indios amigos que traíamos de Cempoal les hicieron encreyente que éramos teules é que comíamos corazones

de indios, á que las bombardas echaban rayos como caen del cielo, é que el lebrél, que era tigre ó león, y que los caballos eran para luncar á los indios cuando los queríamos matar; y les dijeron otras muchas niñerías. E volvamos á los papas: y lo peor de todo que les dijeron sus papas é indios fué que de día no podíamos ser vencidos, sino de noche, porque como anochece se nos quitaban las fuerzas; y mas les dijeron los hechiceros, que éramos esforzados, y que todas estas virtudes teníamos de día hasta que se ponía el sol, y desde que anochece no teníamos fuerzas ningunas. Y cuando aquello oyeron los caciques, y lo tuvieron por muy cierto, se lo enviaron á decir á su capitán general Xicotenga, para que luego con brevedad venga una noche con grandes poderes á nos dar guerra. El cual, como lo supo, juntó obra de diez mil indios, los mas esforzados que tenia, y vino á nuestro real, y por tres partes nos comenzó á dar una mono de flechas y tirar varas con sus tiraderas de un gajo y de dos, y los de espadas y macanas y montantes por otra parte; por manera que de repente tuvieron por cierto que llevarían algunos de nosotros para sacrificar; y mejor lo hizo nuestro Señor Dios, que por muy secretamente que ellos venían, nos hallaron muy apercibidos; porque, como sintieron su gran ruido que traían á mata-cabullo, vinieron nuestros corredores del campo y las espías á dar el arma, y como estábamos tan acostumbrados á dormir calzados y las armas vestidas y los caballos ensillados y enfrenados, y todo género de armas muy á punto, les resistimos con las escopetas y ballestas y á estocadas; de presto vuelven las espaldas, y como era el campo llano y hacia luna, los de á caballo los siguieron un poco, donde por la mañana hallamos tendidos muertos y heridos hasta veinte dellos; por manera que se vuelven con gran pérdida y muy arrepentidos de la vana de noche. Y aun oí decir que, como no les sucedió bien lo que los papas y las suertes y hechiceros les dijeron, que sacrificaron á dos dellos. Aquella noche mataron un indio de nuestros amigos de Cempoal, é hirieron dos soldados y un caballo, y allí prendimos cuatro dellos; y como nos vimos libres de aquella arrebatada refriega, dimos gracias á Dios, y enterramos el amigo de Cempoal, y curamos los heridos y al caballo, y dormimos lo que quedó de la noche con grande recaudo en el real, así como lo teníamos de costumbre; y desde que amaneció, y nos vimos todos heridos á dos y á tres heridas, y muy cansados, y otros dolientes y entrapados, y Xicotenga que siempre nos seguía, y faltaban ya sobre cincuenta y cinco soldados, que se habían muerto en las batallas y dolencias y frios, y estaban dolientes otros doce, y asimismo nuestro capitán Cortés también tenía calenturas, y aun el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la orden de la Merced, con el trabajo y peso de las armas, que siempre traíamos á cuestas, y otras malas venturas de frios y falta de sal, que no la comíamos ni la hallábamos; y demás desto, dábanos qué pensar qué fin habríamos en aquestas guerras, é ya que allí se acabasen, qué sería de nosotros, adónde habíamos de ir; porque entrar en Méjico teníamoslo por cosa de risa á causa de sus grandes fuerzas, y decíamos que cuando aquellos de Tlascala

nos habían puesto en aquel punto, y nos hicieron creer nuestros amigos los de Cempoal que estaban de paz, que cuando nos viésemos en la guerra con los grandes poderes de Montezuma, que ¿qué podríamos hacer? Y demás desto, no sabíamos de los que quedaron poblados en la Villa-Rica, ni ellos de nosotros; y como entre todos nosotros había caballeros y soldados tan excelentes varones y tan esforzados y de buen consejo, que Cortés ninguna cosa decía ni hacía sin primero tomar sobre ello muy maduro consejo y acuerdo con nosotros; puesto que el coronista Gómora diga: «Hizo Cortés esto, fué allá, vino de acullá;» no dice otras cosas que no llevan camino; y aunque Cortés fuera de hierro, según lo cuenta el Gómora en su Historia, no podía acudir á todas partes; bastaba que dijera que lo hacía como buen capitán, como siempre lo fué; y esto digo, porque después de las grandes mercedes que nuestro Señor nos hacía en todos nuestros hechos y en las victorias pasadas y en todo lo demás, parece ser que á los soldados nos daba gracia y consejo para aconsejar que Cortés hiciese todas las cosas muy bien hechas. Dejemos de hablar en loas pasadas, pues no hacen mucho á nuestra historia, y digamos cómo todos á una esforzábamos á Cortés, y le dijimos que curase de su persona, que allí estábamos, y que con el ayuda de Dios, que pues habíamos escapado de tan peligrosas batallas, que para algun buen fin era nuestro Señor servido de guardarnos; y que luego soltase los prisioneros y que los enviase á los caciques mayores otra vez por mí nombrados, que vengan de paz é se les perdonará todo lo hecho y la muerte de la yegua. Dejemos esto, y digamos cómo doña Marina, con ser mujer de la tierra, qué esfuerzo tan varonil tenía, que con oír cada día que nos habían de matar y comer nuestras carnes, y habernos visto cercados en las batallas pasadas, y que ahora todos estábamos heridos y dolientes, jamás vino flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer; y á los mensajeros que ahora enviábamos les habló la doña Marina y Jerónimo de Aguilar, que vengan luego de paz, y que si no vienen dentro de dos días, les iremos á matar y destruir sus tierras, é iremos á buscarlos á su ciudad; y con estas resueltas palabras fueron á la cabecera donde estaba Xicotenga el viejo. Dejemos esto, y diré otra cosa que he visto, que el coronista Gómora no escribe en su Historia ni hace mención si nos mataban ó estábamos heridos, ni pasábamos trabajos ni adolecíamos, sino todo lo que escribe es como si lo halláramos hecho. ¡Oh cuán mal le informaron los que tal le aconsejaron que lo pusiese así en su Historia! Y á todos los conquistadores nos ha dado qué pensar en lo que ha escrito, no siendo así; y debía de pensar que cuando viésemos su Historia habíamos de decir la verdad. Olvidemos al coronista Gómora, y digamos cómo nuestros mensajeros fueron á la cabecera de Tlascala con nuestro mensaje; y pareceme que llevaron una carta, que aunque sabíamos que no la habían de entender, sino porque se tenía por cosa de mandamiento, y con ella una saeta; y hallaron á los dos caciques mayores que estaban hablando con otros principales, y lo que sobre ello respondieron adelante lo diré.

CAPITULO LXVII.

Cómo tornamos á enviar mensajeros á los caciques de Tlascala para que vengau de paz, y lo que sobre ello hicieron y acordaron.

Como llegaron á Tlascala los mensajeros que enviamos á tratar de las paces, y les hallaron que estaban en consulta los dos mas principales caciques, que se decian Masse-Escaci y Xicotenga el viejo, padre del capitán general, que tambien se decia Xicotenga el mozo, otras muchas veces por mí nombrado, como las oyeron su embajada, estavieron suspensos un rato que no hablaron, y quiso Dios que inspiró en sus pensamientos que hiciesen paces con nosotros, y luego enviaron á llamar á todos los mas caciques y capitanes que habia en sus poblaciones, y á los de una provincia que están junto con ellos, que se dice Guaxocingo, que eran sus amigos y confederados, y todos juntos en aquel pueblo que estabau, que era cabecera, les hizo Masse-Escaci y el viejo Xicotenga, que eran bien entendidos, un razonamiento casi que fué desta manera, segun después supimos, aunque no las palabras formules: « Hermanos y amigos nuestros, ya habeis visto cuántas veces estos teules que están en el campo esperando guerras nos han enviado mensajeros á demandar paz, y dicen que nos vienen á ayudar y tener en lugar de hermanos; y asimismo habeis visto cuántas veces han llevado presos muchos de nuestros vasallos, que no les hacen mal y luego los sueltan; bien veis cómo les hemos dado guerra tres veces con todos nuestros poderes, así de dia como de noche, y no han sido vencidos, y ellos nos han muerto en los combates que les hemos dado muchas de nuestras gentes é hijos y parientes y capitanes; ahora de nuevo vuelven á demandar paz, y los de Cempoal, que traen en su compañía, dicen que son contrarios de Montezuma y sus mejicanos, y que les han mandado que no le den tributo los pueblos de las sierras Totonague ni los de Cempoal; pues bien se os acordará que los mejicanos nos dan guerra cada año, de mas de cien años á esta parte, y bien veis que estamos en estas nuestras tierras como acorralados, que no osamos salir á buscarnos, ni aun la comemos, ni aun algodón, que pocas mantas dello tenemos; pues si salen á han salido algunos de los nuestros á buscar, pocos vuelven con las vidas, que estos traidores de mejicanos y sus confederados nos los matan ó hacen esclavos; ya nuestros tecuahuaguas y adivinos y papas nos han dicho lo que sienten de sus personas destos teules, y que son esforzados. Lo que me parece es, que procuremos de tener amistad con ellos, y si no fueren hombres, sino teules, de una manera y de otra les hagamos buena compañía, y luego vayan cuatro nuestros principales y les lleven muy bien de comer, y mostrémosles amor y paz, porque nos ayuden y defiendan de nuestros enemigos, y traigámoslos aquí luego con nosotros, y démosles mujeres para que de su generacion tengamos parientes, pues segun dicen los embajadores que nos envian á tratar las paces, que traen mujeres entre ellos.» Y como oyeron este razonamiento, á todos los caciques les pareció bien, y dijeron que era cosa acertada, y que luego vayan á entender en las paces, y que se le envie á hacer saber á su capitán Xicotenga y

á los demás capitanes que consigo tiene, para que luego vengan sin dar mas guerras, y les digan que ya tenemos hechas paces; y enviaron luego mensajeros sobre ello; y el capitán Xicotenga el mozo no los quiso escuchar á los cuatro principales, y mostró tener enojo, y los trató mal de palabra, y que no estaba por las paces; y dijo que ya habia muerto muchos teules y la yegua, y que él queria dar otra noche sobre nosotros y acabarnos de vencer y matar; la cual respuesta, desde que la oyó su padre Xicotenga el viejo y Masse-Escaci y los demás caciques, se enojaron de manera, que luego enviaron á mandar á los capitanes y á todo su ejército que no fuesen con el Xicotenga á nos dar guerra, ni en tal caso le obedeciesen en cosa que les mandase si no fuese para hacer paces, y tampoco lo quiso obedecer; y cuando vieron la desobediencia de su capitán, luego enviaron los cuatro principales, que otra vez les habian mandado que viniesen á nuestro real y trujesen bastimento y para tratar las paces en nombre de toda Tlascala y Guaxocingo; y los cuatro viejos por temor de Xicotenga el mozo no vinieron en aquella sazón; y porque en un instante acuecen dos y tres cosas, así en nuestro real como en este tratar de paces, y por fuerza tengo de tomar entre manos lo que mas viene al propósito, dejaré de hablar de los cuatro indios principales que enviaron á tratar las paces, que aun no venian por temor de Xicotenga: en este tiempo fuimos con Cortés á un pueblo junto á nuestro real, y lo que pasó diré adelante.

CAPITULO LXVIII.

Cómo acordamos de ir á un pueblo que estaba cerca de nuestro real, y lo que sobre ello se hizo.

Como habia dos dias que estábamos sin hacer cosa que de contar sea, fué acordado, y aun aconsejamos á Cortés, que un pueblo que estaba obra de una legua de nuestro real, que le habiamos enviado á llamar de paz y no venia, que fuésemos una noche y diésemos sobre él, no para hacelles mal, digo matalles ni herilles ni traelles presos, mas de traer comida y atemorizalles ó hablalles de paz, segun viésemos lo que ellos hacian; y llamase este pueblo Zumpacingo, y era cabecera de muchos pueblos chicos, y era sujeto el pueblo donde estábamos allí donde teniamos nuestro real, que se dice Tecocungapacingo, que todo alrededor estaba muy poblado de casas é pueblos; por manera que una noche al cuarto de la modorra madrugamos para ir á aquel pueblo con seis de á caballo de los mejores, y con los mas sanos soldados y con diez ballesteros y ocho escopeteros, y Cortés por nuestro capitán, puesto que tenia calenturas ó tercianas; dejamos el mejor recaudo que pudimos en el real. Antes que amaneciese con dos horas caminamos, y hacia un viento tan frio aquella mañana, que venia de la sierra nevada, que nos hacia temblar é tiritar, y bien lo sintieron los caballos que llevábamos, porque dos dellos se atorozonaron y estaban temblando; de lo cual nos pesó en gran manera, temiendo no muriesen; y Cortés mandó que se volviesen al real los caballeros dueños cuyos eran, á curar dellos; y como estaba cerca el pueblo, llegamos á él antes que fuese de día; y como nos sintieron los naturales del, fuéronse huyendo de sus casas, dando voces

mos á otros que se guardasen de los tenles, que les libramos á matar; que no se aguardaban padres á hijos; y como los vimos, hicimos alto en un patio hasta que fuera de día, que no se les hizo daño ninguno; y como unos papas que estaban en unos cues, los mayores del pueblo y otros viejos principales vieron que estábamos allí sin les hacer enojo ninguno, vienen á Cortés y le dicen que les perdonen porque no han ido á nuestro real de paz ni llevar de comer cuando los enviamos á llamar, y la causa ha sido que el capitán Xicotenga, que está de allí muy cerca, se lo ha enviado á decir que no lo den; y porque de aquel pueblo y otros muchos le bastecen su real, é que tiene consigo todos los hombres de guerra y de toda la tierra de Tlascala; y Cortés les dijo con nuestras lenguas, doña Marina y Aguilar, que siempre iban con nosotros á cualquiera entrada que íbamos, y aunque fuese de noche, que no hubiesen miedo, y que luego fuesen á decir á sus caciques á la cabecera que vengan de paz, porque la guerra es mala para ellos; y envió á aquestos papas, porque de los otros mensajeros que habíamos enviado aun no teníamos respuesta ninguna sobre que enviaban á tratar las paces los caciques de Tlascala con los cuatro principales, que aun no habían venido; é aquellos papas de aquel pueblo buscaron de presto mas de eunventa gallinas é gallos, y dos indias para moler tortillas, y las trajeron, y Cortés se lo agradeció, y mandó luego le llevasen veinte indios de aquel pueblo á nuestro real, y sin temor ninguno fueron con el bastimento, y se estuvieron en el real hasta la tarde, y se les dió contezuelas, con que volvieron muy contentos á sus casas é á todas aquellas caserías. Nuestros vecinos decían que éramos buenos, que no les enojábamos, y aquellos viejos y papas avisaron dello al capitán Xicotenga cómo habían dado la comida y las indias, y riñó mucho con ellos, y fueron luego á la cabecera á hacello saber á los caciques viejos; y como supieron que no les hacíamos mal ninguno, y aunque pudiéramos matalles aquella noche muchos de sus gentes, y les enviábamos á demandar paces, se holgaron y les mandaron que cada día nos trujesen todo lo que hubiésemos menester, y tornaron otra vez á mandar á los cuatro principales, que otras veces les encargaron las paces, que luego en aquel instante fuesen á nuestro real y llevasen toda la comida y aparato que les mandaban; y así, nos volvimos luego á nuestro real con el bastimento é indias y muy contentos; é quedarse há aquí, y diré lo que pasó en el real entre tanto que habíamos ido á aquel pueblo.

CAPITULO LXIX.

Cómo después que volvimos con Cortés de Cimacingo, hallamos en nuestro real ciertas pláticas, y lo que Cortés respondió á ellas.

Vuelto de Cimacingo, que así se dice, con bastimentos y muy contentos en dejallo de paz, hallamos en el real corrillos y pláticas sobre los grandísimos peligros en que cada día estábamos en aquella guerra, y cuando llegamos arivaron mas las pláticas; y los que mas en ello hablaban é insistían, eran los que en la isla de Cuba dejaban sus casas y repartimientos de indios; y juntáronse hasta siete dellos, que aquí no quiero nombrar por su honor, y fueron al rancho y aposento

de Cortés, y uno dellos, que habló por todos, que tenía buena expresiva, y aun tenía bien en la memoria lo que había de proponer, dijo como á manera de aconsejarle á Cortés, que mirase cuál andábamos malamente heridos y flacos y corridos, y los grandes trabajos que teníamos, así de noche con velas y con espías, y rondas y corredores del campo, como de día é de noche peleando; y que por la cuenta que han echado, que desde que salimos de Cuba que faltaban ya sobre cincuenta y cinco compañeros, y que no sabemos de los de la Villa-Rica que dejamos poblados; é que pues Dios nos había dado vitoria en las batallas y reencuentros que desde que venimos en aquella provincia habíamos habido, y con su gran misericordia nos sustentia, que no le debíamos tentar tantas veces; é que no quiera ser peor que Pedro Carbonero, que nos había metido en parte que no se esperaba; si no, que un día ó otro habíamos de ser sacrificados á los idolos; lo cual plega Dios tal no permita; é que sería bueno volver á nuestra villa, y que en la fortaleza que hicimos, y entre los pueblos de los totonaques, nuestros amigos, nos estaríamos hasta que hiciésemos un navio que fuese á dar mandado á Diego Velazquez y á otras partes é islas para que nos enviasen socorro é ayudas, é que ahora fueran buenos los navios que dimos con todos al través, ó que se quedaran siquiera dos dellos para la necesidad si ocurriese, y que sin dalles parte dello ni de cosa ninguna, por consejo de quien no sabe considerar las cosas de fortuna, mandó dar con todos al través; y que plegue á Dios que él y los que tal consejo le dieron no se arrepientan dello; y que ya no podíamos sufrir la carga, cuanto mas muchas sobrecargas, y que andábamos peores que bestias; porque á las bestias que han hecho sus jornadas las quitan las albardas y les dan de comer y reposan, y que nosotros de día y de noche siempre andamos cargados de armas y calzados; y mas le dijeron, que mirase en todas las historias, así de romanos como las de Alejandro ni de otros capitanes de los muy nombrados que en el mundo ha habido, no se atrevieron á dar con los navios al través, y con tan poca gente meterse en tan grandes poblaciones y de muchos guerreros, como él ha hecho, y que parece que es autor de su muerte y de la de todos nosotros. E que quiera conservar su vida y las nuestras, y que luego nos volviésemos á la Villa-Rica, pues estaba de paz la tierra; y que no se lo habían dicho hasta entonces porque no han visto tiempo para ello, por los muchos guerreros que teníamos cada día por delante y en los lados; y pues ya no tornaban de nuevo, los cuales creían que volverían, y pues Xicotenga con su gran poder no nos ha venido á buscar aquellos tres días pasados, que debe estar allegando gente, y que no debíamos aguardar otra como las pasadas; y le dijeron otras cosas sobre el caso. E viendo Cortés que se lo decían algo como soberbios, puesto que iba á manera de consejo, le respondió muy mansamente, y dijo que bien conocido tenía muchas cosas de las que habían dicho, é que á lo que ha visto y tiene creído, que en el universo no hubiese otros españoles mas fuertes ni que con tanto ánimo hayan peleado ni pasado tan excesivos trabajos como nosotros; é que andar con las armas á cuestas á la continua, y velas,

rondas y frios, que si así no lo hubieramos hecho ya fuéramos perdidos, y que por salvar nuestras vidas, que aquellos trabajos y otros mayores habíamos de tomar; é dijo: «¿Para qué es, señores, contar en esto cosas de valentías, que verdaderamente nuestro Señor es servido ayudarnos? E que cuando se me acuerda vemos cercados de tantas capitánías de contrarios, y verles esgrimir sus montantes y andar tan junto de nosotros, ahora me pone grima, especial cuando nos mataron la yegua de una cuchillada, cuán perdidos y desbaratados estábamos, y entonces conocí vuestro muy grandísimo ánimo mas que nunca; y pues Dios nos libró de tan gran peligro, que esperanza tenía en él que así había de ser de allí adelante, pues en todos estos peligros no me conocierades tener pereza, que en ellos me hallaba con vuestras mercedes.» Y tuvo razon de lo decir, porque ciertamente en todas las batallas se hallaba de los primeros. «He querido, señores, traer esto á la memoria, que pues nuestro Señor fué servido guardarnos, tengamos esperanza que así será de aquí adelante, pues desde que entramos en la tierra, en todos los pueblos les predicamos la santa doctrina lo mejor que podemos, y les procuramos deshacer sus ídolos. Y pues que ya viamos que el capitán Xicotenga ni sus capitánías no parecían, y que de miedo no debían de osar volver, porque les debíamos de hacer mala obra en las batallas pasadas, y que no podría juntar sus gentes, habiendo sido ya desbaratado tres veces, y que por esta causa tenía confianza en Dios y en su abogado señor san Pedro, que era fenecida la guerra de aquella provincia; y ahora, como habeis visto, traen de comer los de Cimpacingo y quedan de paz, y estos nuestros vecinos que están por aquí poblados en sus casas; y que en cuanto dar con los navios al través, fué muy bien aconsejado, y que si no llamó á alguno dellos al consejo, como á otros caballeros, fué por lo que sintió en el arenal, que no lo quisiera ahora traer á la memoria; y que el acuerdo y consejo que ahora le dan y el que entonces le dieron es todo de una manera y todo uno, y que miren que hay otros muchos caballeros en el real que serán muy contrarios de lo que ahora piden y aconsejan, y que encaminemos siempre todas las cosas á Dios, y seguillas en su santo servicio será mejor. Y á lo que, señores, decís, que jamás capitanes romanos de los muy nombrados han acometido tan grandes hechos como nosotros, vuestras mercedes dicen verdad. E ahora en adelante, mediante Dios, dirán en las historias que desto harán memoria, mucho mas que de los autepasados; pues, como he dicho, todas nuestras cosas en servicio de Dios y de nuestro gran emperador don Carlos, y aun debajo de su recta justicia y cristiandad, serán ayudadas de la misericordia de nuestro Señor, y nos sostendrá que vamos de bien en mejor. Así que, señores, no es cosa bien acertada volver un paso atrás; que si nos viesen volver estas gentes y los que dejamos atrás de paz, las piedras se levantarían contra nosotros; y como ahora nos tienen por dioses y ídolos, que así nos llaman, nos juzgarían por muy cobardes y de pocas fuerzas. Y á lo que decís de estar entre los amigos totonaques, nuestros aliados, si nos viesen que damos vuelta sin ir á Méjico se levantarían contra nosotros, y la causa dello sería que, como

les quitamos que no diesen tributo á Montezuma, enviaría sus poderes mejicanos contra ellos para que los tornasen á tributar y sobre ello dalles guerra, y aun les mandaría que nos la den á nosotros; y ellos, por no ser destruidos, porque les temen en gran manera, lo ponían por la obra; así que, donde pensábamos tener amigos, serían enemigos; pues desde que lo supiese el gran Montezuma que nos habíamos vuelto, ¿qué diría? En qué terminaría nuestras palabras ni lo que le enviamos á decir? Que todo era cosa de burla ó juego de niños. Así que, señores, mal allá y peor acullá, mas vale que estemos aquí donde estamos, que es bien llano y todo bien poblado, y este nuestro real bien bastecido: unas veces gallinas, otras perros, gracias á Dios no faltó de comer, si tuviéramos sal, que es la mayor falta que al presente tenemos, y ropa para guarecernos del frio. Y á lo que decís, señores, que se han muerto desde que salimos de la isla de Cuba cincuenta y cinco soldados de heridas, hambres, frios, dolencias y trabajos, é que somos pocos, é todos heridos y dolientes; Dios nos da esfuerzo por muchos; porque vista cosa es que las guerras gastan hombres y caballos, y que unas veces comemos bien, y no venimos al presente para descansar, sino para pelear cuando se ofreciere; por tanto os pido, señores, por merced, que pues sois caballeros y personas que antes habiades de esforzar á quien viésedes mostrar flaqueza, que de aquí adelante se os quite del pensamiento la isla de Cuba y lo que allí dejais, y procuremos de hacer lo que siempre habeis hecho como buenos soldados; que después de Dios, que es nuestro socorro é ayuda, han de ser nuestros valerosos brazos.» Y como Cortés hubo dado esta respuesta, volvieron aquellos soldados á repetir en la plática, y dijeron que todo lo que decía estaba bien dicho; mas que cuando salimos de la villa que dejábamos poblada, nuestro intento era, y ahora lo es, de ir á Méjico, pues hay tan gran fama de tan fuerte ciudad y tanta multitud de guerreros, y que aquellos tlascaltecas decían que los de Cempoal eran pacíficos, y no había fama dellos, como de los de Méjico; y habemos estado tan á riesgo nuestras vidas, que si otro día nos dieran otra batalla como alguna de las pasadas, ya no nos podíamos tener de cansados, ya que no nos diesen mas guerras; que la ida de Méjico les parecía muy terrible cosa, y que mirase lo que decía y ordenaba. Y Cortés respondió, medio enojado, que valía mas morir por buenos, como dicen los cantares, que vivir deshonorados; y demás desto que Cortés les dijo, todos los mas soldados que le fuimos en alzar capitán y dimos consejo sobre dar al través con los navios, dijimos en alta voz que no curase de corrillos ni de oír semejantes pláticas, sino que con el ayuda de Dios con buen concierto estemos apercebidos para hacer lo que convenga, y así cesaron todas las pláticas; verdad es que murmuraban de Cortés é le maldecían, y aun de nosotros, que le aconsejábamos, y de los de Cempoal, que por tal camino nos trujeron, y decían otras cosas no bien dichas; mas en tales tiempos se disimulaban. En fin, todos obedecieron muy bien. Y dejaré de hablar en esto, y diré cómo los caciques viejos de la cabecera de Tlascala enviaron otra vez mensajeros de nuevo á su capitán general Xicotenga, que en todo caso no nos dó

guerra, y que vaya de paz luego á nos ver y llevar de comer, porque así está ordenado por todos los caciques y principales de aquella tierra y de Guaxocingo; y también enviaron á mandar á los capitanes que tenia en su compañía que si no fuese para tratar paces, que en cosa ninguna le obedeciesen; y esto le tornaron á enviar á decir tres veces, porque sabian cierto que no les quería obedecer, y tenia determinado el Xicotenga que una noche habia de dar otra vez en nuestro real, porque para ello tenia juntos veinte mil hombres; y como era soberbio y muy porfiado, así ahora como las otras veces no quiso obedecer. Y lo que sobre ello hizo diré adelante.

CAPITULO LXX.

Como el capitán Xicotenga tenia apercebidos veinte mil hombres guerreros escogidos, para dar en nuestro real, y lo que sobre ello se hizo.

Como Masse-Escaci y Xicotenga el viejo, y todos los mas caciques de la cabecera de Tlascala enviaron cuatro veces á decir á su capitán que no nos diese guerra, sino que nos fuese á hablar de paz, pues estaba cerca de nuestro real, y mandaron á los demás capitanes que con él estaban que no le siguiesen si no fuese para acompañarle si nos iba á ver de paz; como el Xicotenga era de mala condicion, porfiado y soberbio, acordó de nos enviar cuarenta indios con comida de gallinas, pan y fruta, y cuatro mujeres indias viejas y de ruin manera, y mucho copal y plumas de papagayos, y los indios que lo traian al parecer creimos que venian de paz; y llegados á nuestro real, zahumaron á Cortés, y sin hacer acato, como suelen entre ellos, dijeron: «Esto os envia el capitán Xicotenga, que comais si sois teules, como dicen los de Cempoal; é si quereis sacrificios, tomá esas cuatro mujeres que sacrifiqueis, y podeis comer de sus carnes y corazones; y porque no sabemos de qué manera lo haceis, por eso no las hemos sacrificado ahora delante de vosotros; y si sois hombres, comed de las gallinas, pan y fruta; y si sois teules, aquí os traemos copal (que ya he dicho que es como incienso) y plumas de papagayos; haced vuestro sacrificio con ello.» Y Cortés respondió con nuestras lenguas que ya les habia enviado á decir que quieren paz y que no venia á dar guerra, y les venian á rogar y manifestar de parte de nuestro Señor Jesucristo, que es él en quien creemos y adoramos, y el emperador don Carlos (cuyos vasallos somos), que no maten ni sacrifiquen á ninguna persona, como lo suelen hacer; y que todos nosotros somos hombres de hueso y de carne como ellos, y no teules, sino cristianos, y que no tenemos costumbre de matar á ningunos; que si matar quisiéramos, que todas las veces que nos dieron guerra de dia y de noche habia en ellos hartos en que pudiéramos hacer crueldades, y que por aquella comida que allí traen se lo agradece, y que no sean mas locos de lo que han sido, y vengan de paz. Y parece ser aquellos indios que envió el Xicotenga con la comida, eran espías para mirar nuestras chozas y entradas y salidas, y todo lo que en nuestro real habia, y ranchos y caballos y artillería, y cuántos estábamos en cada choza; y estuvieron aquel dia y la noche, y se iban unos con mensajes á su Xico-

tenga y venian otros; y los amigos que traíamos do Cempoal miraron y oyeron en ello, que no era cosa acostumbrada estar de dia ni de noche nuestros enemigos en el real sin propósito ninguno, y que cierto eran espías, y tomaron dellos mas sospecha porque cuando fuimos á lo del pueblezuelo Cimpacingo, dijeron dos viejos de aquel pueblo á los de Cempoal, que estaba apercebido Xicotenga con muchos guerreros para dar en nuestro real de noche de manera que no fuesen sentidos, y los de Cempoal entonces tuviéronlo por burla y cosa de fieros, y por no sabello muy de cierto no se lo habian dicho á Cortés; y súpolo luego doña Marina, y ella lo dijo á Cortés; y para saber la verdad mandó Cortés apartar dos de los tlascaltecas que parecian mas hombres de bien, y confesaron que eran espías de Xicotenga, y todo á la fin que venian; y Cortés les mandó soltar, y tomamos otros dos, y ni mas ni menos confesaron que eran espías; y tomáronse otros dos ni mas ni menos, y mas dijeron, que estaba su capitán Xicotenga aguardando la respuesta para dar aquella noche con todos sus capitanes en nosotros; y como Cortés lo hubo entendido, lo hizo saber en todo el real para que estuviésemos muy alerta, creyendo que habia de venir, como lo tenían concertado; y luego mandó prender hasta diez y siete indios de aquellas espías, y dellos se le cortaron las manos y á otros los dedos pulgares, y los enviamos á su capitán Xicotenga, y se les dijo que por el atrevimiento de venir de aquella manera se les ha hecho ahora aquel castigo, é digan que venga cuando quisiere, de dia ó de noche; que allí le aguardariamos dos dias, y que si dentro de los dos dias no viniese, que lo iríamos á buscar á su real; y que ya hubiéramos ido á les dar guerra y matalles, sino porque los quereamos mucho, y que no sean mas locos, y vengan de paz; y como fueron aquellos indios de las manos cortadas y dedos, en aquel instante dicen que ya Xicotenga queria salir de su real con todos sus poderes para dar sobre nosotros de noche, como lo tenían concertado; y como vió ir á sus espías de aquella manera, se maravilló y preguntó la causa dello, y le contaron todo lo acaecido, y desde entonces perdió el brio y soberbia; y demás desto, ya se le habia ido del real una capitania con toda su gente, con quien habia tenido contienda y bandos en las batallas pasadas. Dejemos esto aquí, é pasemos adelante.

CAPITULO LXXI.

Cómo vinieron á nuestro real los cuatro principales que habian enviado á tratar paces, y el razonamiento que hicieron, y lo que mas pasó.

Estando en nuestro real sin saber que habian de venir de paz, puesto que la deseábamos en gran manera, y estábamos entendiendo en aderezar armas y en hacer sacetas, y cada uno en lo que habia menester para en cosas de la guerra; en este instante vino uno de nuestros corredores del campo á gran priesa, y dijo que por el camino principal de Tlascala vienen muchos indios é indias con cargas, y que sin torcer por el camino, vienen hacia nuestro real, é que el otro su compañero de á caballo, corredor del campo, está atalayando para ver á qué parte van; y estando en esto llegó el otro su

compañero de á caballo, y dijo que muy cerca de allí venian derechos donde estábamos, y que de rato en rato hacian paradillos; y Cortés y todos nosotros nos alegramos con aquellas nuevas, porque creimos cierto ser de paz, como lo fué, y mandó Cortés que no se hiciese alboroto ni sentimiento, y que disimulados nos estuviésemos en nuestras chozas; y luego, de todas aquellas gentes que venian con las cargas se adelantaron cuatro principales que traian cargo de entender en las paces, como les fué mandado por los caciques viejos; y haciendo señas de paz, que era bajar la cabeza, se vinieron derechos á la choza y aposento de Cortés, y pusieron la mano en el suelo y besaron la tierra, y hicieron tres reverencias y quemaron sus copales, y dijeron que todos los caciques de Tlascala y vasallos y aliados, y amigos y confederados suyos, se vienen á meter debajo de la amistad y paces de Cortés y de todos sus hermanos los teules que consigo estaban, y que los perdona porque ho han salido de paz y por la guerra que nos han dado, porque creyeron y tuvieron por cierto que éramos amigos de Montezuma y sus mejicanos, los cuales son sus enemigos mortales de tiempos muy antiguos, porque vieron que venian con nosotros en nuestra compañía muchos de sus vasallos que le dan tributos; y que con enguño y traiciones les querian entrar en su tierra, como lo tenían de costumbre, para llevar robados sus hijos y mujeres, y que por esta causa no creian á los mensajeros que les enviábamos; y demás desto dijeron que los primeros indios que nos salieron á dar guerra así como entramos en sus tierras, que no fué por su mandado y consejo, sino por los chontales estomies, que son gentes como monteses y sin razon; y que como vieron que éramos tan pocos, que creyeron de tomarnos á manos y llevarnos presos á sus señores y ganar gracias con ello, y que ahora vienen á demandar perdon de su atrevimiento, y que cada dia traerán mas bastimento del que allí traian, y que lo recibamos con el amor que lo envian, y que de allí á dos dias vendrá el capitán Xicotenga con otros caciques, y dará mas relacion de la buena voluntad que toda Tlascala tiene de nuestra buena amistad. Y luego que hubieron acabado su razonamiento bajaron sus cabezas y pusieron las manos en el suelo y besaron la tierra; y luego Cortés les habló con nuestras lenguas con gravedad é hizo del enojado, é dijo que, puesto que habia causas para no los oir ni tener amistad con ellos, porque desde que entramos por su tierra les enviamos á demandar paces y les envió á decir que los queria favorecer contra sus enemigos los de Mejico, é no lo quisieron creer y querian matar nuestros embajadores, y no contentos con aquello, nos dieron guerra tres veces, y de noche, y que tenían espías y asechanzas sobre nosotros, y en las guerras que nos daban les pudiéramos matar muchos de sus vasallos; y no quise, y que los que murieron me pesa por ello, que ellos dieron causa á ello, y que tenían determinado de ir adonde están los caciques viejos á dallas guerra; que pues ahora vienen de paz de parte de aquella provincia, que él los recibe en nombre de nuestro rey y señor, y los agradece el bastimento que traen; y les mandó que luego fuesen á sus señores á les decir vengon ó envien á tratar las paces con mas certificacion;

y si no vienen, que iríamos á su pueblo á les dar guerra; y les mandó dar cuentas azules para que diesen á los caciques en señal de paz; y se les amonestó que cuando viviesen á nuestro real fuese de dia, y no de noche, porque los matariamos; y luego se fueron aquellos cuatro principales mensajeros, y dejaron en unas casas de indios algo apartadas de nuestro real las indias que traian para hacer pan, y gallinas y todo servicio, y veinte indios que les traigan agua y leña, y desde allí adelante los traian muy bien de comer; y cuando aquellos vinon, y nos pareció que eran verdaderas las paces, dimos muchas gracias á Dios por ello, y vinieron en tiempo que ya estábamos tan flacos y trabajados y descontentos con las guerras, sin saber el fin que habria dellas, cual se puede colegir; y en los capitulos pasados dice el coronista Gómora que Cortés se subió en unas peñas, y que vió al pueblo de Cimpacingo; digo que estaba junto á nuestro real, que liarto ciego era el soldado que lo queria ver y no lo via muy claro. Tambien dice que se le querian amotinar y rebelar los soldados, é dice otras cosas que yo no las quiero escribir, porque es gastar palabras, porque dice que lo sabe por informacion. Digo que capitán nunca fué tan obedecido en el mundo, segun adelante lo verán; que tal por pensamiento no pasó á ningun soldado desde que entramos en tierra adentro, sino fué cuando lo de los arenales, y las palairas que le decian en el capítulo pasado era por via de aconsejarle y porque les parecia que eran bien dichas, y no por otra via, porque siempre le siguieron muy bien y lealmente; y no es mucho que en los ejércitos algunos buenos soldados aconsejen á su capitán, y mas si se ven tan trabajados como nosotros andabamos; y quien viere su historia lo que dice, creerá que es verdad, segun lo refiere con tanta elocuencia, siendo muy contrario de lo que pasó. Y dejallo ha aquí, y diré lo que mas adelante nos avino con unos mensajeros que envió el gran Montezuma.

CAPITULO LXXII.

Cómo vinieron á nuestro real embajadores de Montezuma, gran señor de Mejico, y del presente que trajeron.

Como nuestro Señor Dios, por su gran misericordia, fué servido darnos vitoria de aquellas batallas de Tlascala, voló nuestra fama por todas aquellas comarcas, y fué á oídos del gran Montezuma á la gran ciudad de Mejico, y si antes nos tenían por teules, que son como sus ídolos, de allí adelante nos tenían en muy mayor reputacion y por fuertes guerreros, y puso espanto en toda la tierra cómo, siendo nosotros tan pocos y los tlascaltecas de muy grandes poderos, los vencimos, y ahora enviarnos á demandar paz. Por manera que Montezuma, gran señor de Mejico, de muy bueno que era, ó temió nuestra ida á su ciudad, despachó cinco principales hombres de mucha cuenta á Tlascala y á nuestro real para darnos el bien venido, y á decir que se habia holgado mucho de nuestra gran vitoria que hubimos contra tantos escuadrones de guerreros, y envió un presente, obra de mil pesos de oro, en joyas muy ricas y de muchas maneras labradas, y veinte cargas de ropa fina de algodón, y envió á decir que queria ser vasallo de nuestro gran emperador, y que se holgaba porque estábamos ya cerca de su ciudad, por la buena voluntad que tenía á Cor-

és y á todos los teulesus hermanos que con él estábamos, que así nos llamaba, y que viese cuánto quería de tributo cada año para nuestro gran emperador, que lo dará en oro, plata y joyas y ropa, con tal que no fuéramos á Méjico; y esto que no lo hacía porque no fuéramos, que de muy buena voluntad nos acogiera, sino por ser la tierra estéril y fragosa, y que le pesaría de nuestro trabajo si nos lo viese pasar, é que por ventura que no lo podría remediar tan bien como querría. Cortés le respondió y dijo que le tenía en merced la voluntad que mostraba y el presente que envió, y el ofrecimiento de dar á su majestad el tributo que decía; y luego rogó á los mensajeros que no se fuesen hasta ir á la cabecera de Tlascala, y que allí los despacharía, porque viese en lo que paraba aquello de la guerra; y á los les quiso dar luego la respuesta porque estaba purgado del día antes, y purgóse con unos manzanillas que hay en la isla de Cuba, y son muy buenas para quien sabe cómo se han de tomar. Dejaré esta materia, y diré lo que mas en nuestro real pasó.

CAPITULO LXXIII.

Como vino Xicoténga, capitán general de Tlascala, á entender en las paces, y lo que dijo, y lo que nos aviso.

Estando platicando Cortés con los embajadores de Montezuma, como dicho habemos, y quería reposar porque estaba malo de calenturas y purgado de otro día antes, viénenle á decir que venia el capitán Xicoténga con muchos caciques y capitanes, y que traen cubiertas mantas blancas y coloradas, digo la mitad de las mantas blancas y la otra mitad coloradas, que era su divisa y librea, y muy de paz, y traía consigo hasta cincuenta hombres principales que le acompañaban; y llegado al aposento de Cortés, le hizo muy grande acato en sus reverencias, como entre ellos se usa, y mandó quemar mucho copal, y Cortés con gran amor le mandó sentar cabe sí; y dijo el Xicoténga que él venia de parte de su padre y de Masse-Escaci, y de todos los caciques y república de Tlascala, á rogarle que los admitiese á nuestra amistad; y que venia á dar la obediencia á nuestro rey y señor, y á demandar perdon por haber tomado armas y habernos dado guerra; y que si lo hicieron, que fué por no saber quién éramos, porque tuvieron por cierto que veníamos de la parte de su enemigo Montezuma, que como muchas veces suelen tener astucias y mañas para entrar en sus tierras y robarles y saquealles, que así creyeron que lo quería hacer ahora; y que por esta causa procuraron de defender sus personas y patria, y fué forzado pelear; y que ellos eran muy pobres, que no alcanzan oro ni plata, ni piedras ricas ni ropa de algodón, ni aun sal para comer, porque Montezuma no les da lugar á ello para salir á buscalle; y que si sus antepasados tenían algun oro ó piedras de valor, que el Montezuma se le habían dado cuando algunas veces hacían paces ó treguas porque no los destruyesen, y esto en los tiempos muy atrás pasados; y porque al presente no tienen qué dar, que los perdona, que su pobreza era causa dello, y no la buena voluntad; y dió muchas quejas de Montezuma y de sus aliados, que todos eran contra ellos y les daban guerra,

HA-II.

puesto que se habían defendido muy bien; y que ahora quisiera hacer lo mismo contra nosotros, y no pudieron, aunque se habían juntado tres veces con todos sus guerreros, y que éramos invencibles; y que como conocieron esto de nuestras personas, que quieren ser nuestros amigos, y vasallos del gran señor emperador don Carlos, porque tienen por cierto que con nuestra compañía serian siempre guardadas y amparadas sus personas, mujeres é hijos, y no estarán siempre con sobresalto de los traidores mejicanos; y dijo otras muchas palabras de ofrecimientos con sus personas y ciudad. Era este Xicoténga alto de cuerpo y de grande espalda y bien hecho, y la cara tenía larga y como hojosa y robusta, y era de hasta treinta y cinco años, y en el parecer mostraba en su persona gravedad; y Cortés les dió las gracias muy cumplidas con halagos que le mostró, y dijo que él los recibía por tales vasallos de nuestro rey y señor y amigos nuestros; y luego dijo el Xicoténga que nos rogaba fuésemos á su ciudad, porque estaban todos los caciques viejos y papas aguardándonos con mucho regocijo; y Cortés le respondió que él iría presto, y que luego fuera, sino porque estaba entendiendo en negocios del gran Montezuma, y como despache aquellos mensajeros, que él será allá; y tornó Cortés á decir algo mas áspero y con gravedad de las guerras que nos habían dado de día y de noche; é que pues ya no puede haber emienda en ello, que se lo perdona, y que miren que las paces que ahora les damos que sean firmes y no haya mudamiento, porque si otra cosa hacen, que los matará y destruirá á su ciudad, y que no aguardasen otras palabras de paces, sino de guerra. Y como aquello oyó el Xicoténga y todos los principales que con él venian, respondieron á una que serian firmes y verdaderas, y que para ello quedaban todos en rehenes; y pasaron otras pláticas de Cortés á Xicoténga y de todos los mas principales, y se les dieron unas cuentas verdes y azules para su padre y para él y los mas caciques, y les mandó que dijese que iría presto á su ciudad. E á todas estas pláticas y ofrecimientos que le dicho estaban presentes los embajadores mejicanos, de lo cual les pesó en gran manera de las paces, porque bien entendieron que por ellas no les había de venir bien ninguno. Y desde que se hubo despedido el Xicoténga, dijeron á Cortés los embajadores de Montezuma, medio riendo, que si creía algo de aquellos ofrecimientos é paces que habían hecho de parte de toda Tlascala, que todo era burla y que no los creyesen, que eran palabras muy de traidores y engañosas; que lo hacían para que desde que nos tuviesen en su ciudad en parte donde nos pudiesen tomar á su salvo darnos guerra y matarnos; y que tuviésemos en la memoria cuántas veces nos habían venido con todos sus poderes á matar, y como no pudieron, y fueron dellos muchos muertos y otros heridos, que se querian ahora vengar con demandas y paz fingida. Y Cortés respondió con semblante muy esforzado, y dijo que no se le daba nada porque tuviessen tal pensamiento como decían; é ya que todo fuese verdad, que él se holgaria dello para castigalles con quitalles las vidas, y que eso se lo da que den guerra de día que de noche, ni que sea en el campo que en la ciudad; que en tanto tenía lo uno co-

II

mo lo otro; y para ver si es verdad, que por esta causa determina de ir allá. Y viendo aquellos embajadores su determinacion, rogáronle que aguardásemos allí en nuestro real seis dias, porque querian enviar dos de sus compañeros á su señor Montezuma, y que vendrian dentro de los seis dias con respuesta; y Cortés se lo prometió, lo uno porque, como he dicho, estaba con calenturas, y lo otro, como aquellos embajadores le dijeron aquellas palabras, puesto que hizo semblante no haber caso dellas, miró que si por ventura serian verdad, hasta ver mas certidumbre en las paces, porque eran tales, que habia que pensar en ellas; y como en aquella sazón vió que habia venido de paz, y en todo el camino por donde venimos de nuestra villa rica de la Veracruz eran los pueblos nuestros amigos y confederados, escribió Cortés á Juan de Escalante, que ya he dicho que quedó en la villa para acabar de hacer la fortaleza y por capitán de obra de sesenta soldados viejos y dolientes que allí quedaron; en las cuales cartas les hizo saber las grandes mercedes que nuestro señor Jesucristo nos ha hecho en las batallas que hubimos en las victorias y encuentros desde que entramos en la provincia de Tlascala, donde ahora han venido de paz, y que todos diesen gracias á Dios por ello; y que mirasen que siempre favoreciesen á los pueblos totonaques, nuestros amigos, y que le enviase luego en posta dos botijas de vino que habian dejado soterradas en cierta parte señalada de su aposento, y asimismo trujesen hostias de las que habiamos traído de la isla de Cuba, porque las que trujimos de aquella entrada ya se habian acabado. En las cuales cartas dice que hubieron mucho placer en la villa, y escribió el Escalante lo que allí habia sucedido, y todo vino muy presto; y en aquellos dias en nuestro real pusimos una cruz muy sumptuosa y alta, y mandó Cortés á los indios de Cimpacingo y á los de las casas que estaban junto de nuestro real que encalasen un cu y estuviese bien aderezado. Dejemos de escribir desto, y volvamos á nuestros nuevos amigos los caciques de Tlascala, que como vieron que no íbamos á su pueblo, ellos venian á nuestro real con gallinas y tunas, que era tiempo dellas, y cada día traian el bastimento que tenían en su casa, y con buena voluntad nos lo daban, sin que quisiesen tomar por ello cosa ninguna aunque se lo dábamos, y siempre rogando á Cortés que se fuese luego con ellos á su ciudad; y como estábamos aguardando á los mejicanos los seis dias, como les prometió, con palabras blandas les detenia; y luego, cumplido el plazo que habian dicho, vinieron de Méjico seis principales, hombres de mucha estatura, y trujeron un rico presente que envió el gran Montezuma, que fueron mas de tres mil pesos de oro en ricas joyas de diversas maneras, y ducientos piezas de ropa de mantas muy ricas de pluma y de otras labores, y dijeron á Cortés cuando lo presentaron, que su señor Montezuma se huelga de nuestra buena andanza, y que le ruega muy ahincadamente que ni en bueno ni malo no fuese con los de Tlascala á su pueblo ni se confiasen dellos, que lo querian llevar allá para robarle oro y ropa, porque son muy pobres, que una manta buena de algodón no alcanzan; é que por saber que el Montezuma nos tiene por amigos y nos envia aquel oro

y joyas y mantas, lo procurarán de robar muy mejor; y Cortés recibió con alegría aquel presente, y dijo que se lo tenia en merced y que él lo pagaria al señor Montezuma en buenas obras; y que si se sintiese que los tlascaltecas les pasase por el pensamiento lo que Montezuma les enviaba á avisar, que se lo pagaria con quitalles á todos las vidas, y que él sabe muy cierto que no harán villanía ninguna, y que todavia quiere ir á ver lo que hacen. Y estando en estas razones vienen otros muchos mensajeros de Tlascala á decir á Cortés cómo vienen cerca de allí todos los caciques viejos de la cabecera de toda la provincia á nuestros ranchos y chozas á ver á Cortés y á todos nosotros para llevarnos á su ciudad; y como Cortés lo supo, rogó á los embajadores mejicanos que aguardasen tres dias por los despachos para su señor, porque tenia al presente que hablar y despachar sobre la guerra pasada é paces que ahora tratan; y ellos dijeron que aguardarian. Y lo que los caciques viejos dijeron á Cortés se dirá adelante.

CAPITULO LXXIV.

Cómo vinieron á nuestro real los caciques viejos de Tlascala á rogar á Cortés y á todos nosotros que luego nos fuésemos con ellos á su ciudad, y lo que sobre ello pasó.

Como los caciques viejos de toda Tlascala vieron que no íbamos á su ciudad, acordaron de venir en andas, y otros en chamacas é á cuestras, y otros á pié, los cuales eran los por mí ya nombrados, que se decian Masse-Escaci, Xicotenga el viejo é ciego, é Guaxotacima, Chichimecatecle, Tecapaneca, de Topeyanco; los cuales llegaron á nuestro real con otra gran compañía de principales, y con gran acato hicieron á Cortés y á todos nosotros tres reverencias, y quemaron copal y tocaron las manos en el suelo y besaron la tierra; y el Xicotenga el viejo comenzó de hablar á Cortés desta manera, y díjole: «Malinche, Malinche, muchas veces te hemos enviado á rogar que nos perdones porque salimos de guerra, é ya te enviamos á dar nuestro descargo, que fué por defendernos del malo de Montezuma y sus grandes poderes, porque creímos que érades de su bando y confederados; y si supiéramos lo que ahora sabemos, no digo yo saliros á recibir á los caminos con muchos bastimentos, sino tenároslos barridos, y aun fuéramos por vosotros á la mar donde teniades vuestros acates (que son navíos); y pues ya nos habeis perdonado, lo que ahora os venimos á rogar yo y todos estos caciques es, que vais luego con nosotros á nuestra ciudad, y allí os darémos de lo que tuviéremos, é os serviremos con nuestras personas y hacienda; y mirá, Malinche, no hagas otra cosa, sino luego nos vamos; y porque tememos que por ventura te hubrán dicho esos mejicanos algunas cosas de falsedades y mentiras de las que suelen decir de nosotros, no los creas ni los oigas; que en todo son falsos, y tenemos entendido que por causa dellos no has querido ir á nuestra ciudad.» Y Cortés respondió con alegre semblante, y dijo que bien sabia, desde muchos años antes que á estas sus tierras viniésemos, cómo eran buenos, y que deso se maravilló cuando nos salieron de guerra, y que los mejicanos que allí estaban aguardaban respuestas para su señor Montezuma; é á lo que decian que fuésemos luego á su ciudad, y por el

vestimiento que siempre traían á otros cumplimientos, que se lo agradecía mucho y lo pagaría en buenas obras; é que ya se hubiera ido si tuviera quien nos llevase los tepuzques, que son las bombardas; y como oyeron aquella palabra sintieron tanto placer, que en los rostros se conociera, y dijeron: «Pues cómo, ¿por esto has estado, y no lo has dicho?» Y en menos de media hora traen sobre quinientos indios de carga, y otro día muy de mañana comenzamos á marchar caminando de la cabecera de Tlascala con mucho concierto, así de la artillería como de los caballos y escopetas y ballesteros, y todos los demás, según lo teníamos de costumbre; y habia rogado Cortés á los mensajeros de Montezuma que se fuesen con nosotros para ver en qué paraba lo de Tlascala, y desde allí les despacharía, y que en su aposento estarían porque no recibiesen ningún deshonor; porque, según dijeron, temíanse de los tlascaltecas. Antes que mas pase adelante quiero decir cómo en todos los pueblos por donde pasamos, ó en otros donde tenían noticia de nosotros, llamaban á Cortés Malinche; y así, le nombraré de aquí adelante Malinche en todas las pláticas que tuviéremos con cualesquier indios, así desta provincia como de la ciudad de Méjico, y no le nombraré Cortés sino en parte que convenga; y la causa de haberle puesto aqueste nombre es que, como doña Marina, nuestra lengua, estaba siempre en su compañía, especialmente cuando venían embajadores ó pláticas de caciques, y ella lo declaraba en lengua mexicana, por esta causa le llamaban á Cortés el capitán de marina, y para mas breve le llamaron Malinche; y también se le quedó este nombre á un Juan Perez de Arteaga, vecino de la Puebla, por causa que siempre andaba con doña Marina y con Jerónimo de Aguilar depreudiendo la lengua, y á esta causa le llamaban Juan Perez Malinche, que renombre de Arteaga de obra de dos años á esta parte lo sabemos. He querido traer esto á la memoria, aunque no habia para qué, porque se entienda el nombre de Cortés de aquí adelante, que se dice Malinche; y también quiero decir que, como entramos en tierra de Tlascala hasta que fuimos á su ciudad se pasaron veinte y cuatro dias, y entramos en ella á 23 de setiembre de 1519 años; y vamos á otro capítulo, y diré lo que allí nos a vino.

CAPITULO LXXV.

Como fuimos á la ciudad de Tlascala, y lo que los caciques viejos hicieron de un presente que nos dieron, y como trujeron sus hijas y sobrinas, y lo que mas pasó.

Como los caciques vieron que comenzaba á ir nuestro fardaje camino de su ciudad, luego se fueron adelante para mandar que todo estuviese aparejado para nos recibir y para tener los aposentos muy enramados; é ya que llegábamos á un cuarto de legua de la ciudad, salieron á recibir los mismos caciques que se habían adelantado, y traen consigo sus hijas y sobrinas y muchos principales, cada parentela y bando y parentela por sí; porque en Tlascala habia cuatro parcialidades, sin las de Tecupaneca, señor de Tepoyanco, que eran cinco; y también vinieron de todos los lugares sus sugetos, y traían sus libreas diferenciadas, que aunque eran de nequen, eran muy primas y de buenas labores y pintu-

ras, porque algodón no lo alcanzaban; y luego vinieron los papas de toda la provincia, que habia muchos por los grandes adoratorios que tenían, que ya he dicho que entre ellos se llama cues, que son donde tienen sus ídolos y sacrifican; y traían aquellos papas braseros con brasas, y con sus inciensos zahumando á todos nosotros, y traían vestidos algunos dellos ropas muy largas á manera de sobrepellices, y eran blancas, y traían capillas en ellos, como que querían parecer á las que traen los canónigos, como ya lo tengo dicho, y los cabellos muy largos y enredados, que no se pueden despareir si no se cortan, y llenos de sangre que les salían de las orejas, que en aquel día se habían sacrificado; y abajaban las cabezas como á manera de humildad cuando nos vieron, y traían las uñas de los dedos de las manos muy largas; é oímos decir que aquellos papas tenían por religiosos y de buena vida, y junto á Cortés se allegaron muchos principales acompañándole; y como entramos en lo poblado no cabían por las calles y azoteas, de tantos indios é indias que nos salían á ver con rostros muy alegres, y trujeron obra de veinte piñas hechas de muchas rosas de la tierra, diferenciadas las colores y de buenos olores, y las dieron á Cortés y á los demás soldados que les parecían capitanes, especial á los de á caballo; y como llegamos á unos buenos patios adonde estaban los aposentos, tomaron luego por la mano á Cortés, Xicotenga el viejo y Masse-Escaci, y le meten en los aposentos, y allí tenían aparejado para cada uno de nosotros á su usanza unas camillas de esteras y mantas de nequen; y también se aposentaron los amigos que traíamos de Cempoal y de Cocotlan cerca de nosotros; y mandó Cortés que los mensajeros del gran Montezuma se aposentasen junto con su aposento; y puesto que estábamos en tierra que víamos claramente que estaban de buenas voluntades y muy de paz, no nos descuidamos de estar muy apercebidos, según teníamos de costumbre; y parece ser que nuestro capitán, á quien cabia el cuarto de poner corredores del campo y espías y velas, dijo á Cortés: «Parece, Señor, que están muy de paz, y no habemos menester tanta guarda ni estar tan recatados como solemos.» «Mirá, señores, bien veo lo que decís; mas por la buena costumbre hemos de estar apercebidos, que aunque sean muy buenos, no habemos de creer en su paz, sino como si nos quisiesen dar guerra y los viésemos venir á encontrar con nosotros; que muchos capitanes por se confiar y descuidar fueron desbaratados, especialmente nosotros, como somos tan pocos, y habiéndonos enviado á avisar el gran Montezuma, puesto que sea fingido, y no verdad, hemos de estar muy alerta.» Dejemos de hablar de tantos cumplimientos é órden como teníamos en nuestras velas y guardas, y volvamos á decir cómo Xicotenga el viejo y Masse-Escaci, que eran grandes caciques, se enojaron mucho con Cortés, y le dijeron con nuestras lenguas: «Malinche, ó tú nos tienes por enemigos ó no muestras obras en lo que te vemos hacer, que no tienes confianza de nuestras personas y en las paces que nos has dado y nosotros á ti; y esto te decimos porque venimos que así os veláis y venís por los caminos apercebidos como cuando veniais á encontrar con nuestros escuadrones; y esto, Malinche, creemos que lo haces por

las traiciones y maldades que los mejicanos te han dicho en secreto para que estés mal con nosotros: mira no los creas; que ya aquí estás y te daremos todo lo que quisieres, hasta nuestras personas y hijos, y moriremos por vosotros; por eso demanda en rehenes todo lo que quisieres y fuere tu voluntad.» Y Cortés y todos nosotros estábamos espantados de la gracia y amor con que lo decían; y Cortés les respondió con doña Marina que así lo tiene creído, é que no ha menester rehenes, sino ver sus muy buenas voluntades; y que en cuanto á venir apercebidos, que siempre lo teníamos de costumbre y que no lo tuviesen á mal; y por todos los ofrecimientos se lo tenía en merced y se lo pagaría el tiempo andando. Y pasadas estas pláticas, vienen otros principales con gran aparato de gallinas y pan de maíz y tûnas, y otras cosas de legumbres que había en la tierra, y bastecen el real muy cumplidamente, que en veinte días que allí estuvimos todo lo hubo sobrado; y entramos en esta ciudad á 23 días del mes de setiembre de 1519 años; é quedarése aquí, y diré lo que mas pasó.

CAPITULO LXXVI.

Cómo se dijo misa estando presentes muchos caciques, y de un presente que trajeron los caciques viejos.

Otro día de mañana mandó Cortés que se pusiese un altar para que se dijese misa, porque ya teníamos vino é hostias; la cual misa dijo el clérigo Juan Díaz, porque el padre de la Merced estaba con calenturas y muy flaco, y estando presente Masse-Escaci el viejo y Xicotenga y otros caciques; y acabada la misa, Cortés se entró en su aposento, y con él parte de los soldados que le solíamos acompañar, y también los dos caciques viejos y nuestras lenguas, y díjole el Xicotenga que le querían traer un presente, y Cortés les mostraba mucho amor, y les dijo que cuando quisiesen; y luego tendieron unas esteruas, y una manta encima, y trujeron seis ó siete pecezuelos de oro y piedras de poco valor, y ciertas cargas de ropa de nequen, que toda era muy pobre que no valía veinte pesos; y cuando lo duban, dijeron aquellos caciques riendo: «Malinche, bien creemos que como es poco eso que te damos, no lo recibirás con buena voluntad; ya te hemos enviado á decir que somos pobres, é que no tenemos oro ni ningunas riquezas, y la causa dello es que esos traidores y malos de los mejicanos y Montezuma, que ahora es señor, nos lo han sacado todo cuando solíamos tener paces y treguas, que les demandábamos porque no nos diesen guerra; y no mires que es poco valor, sino recíbelo con buena voluntad, como cosa de amigos y servidores que te seremos;» y entonces también trujeron aparte mucho bastimento. Cortés lo recibió con alegría, y les dijo que en mas tenía aquello por ser de su mano y con la voluntad que se lo duban, que si le trujeran otros una casa llena de oro en granos, y que así lo recibe, y les mostró mucho amor; y parece ser tenían concertado entre todos los caciques de darnos sus hijas y sobrinas, las mas hermosas que tenían, que fuesen doncellas por casar; y dijo el viejo Xicotenga: «Malinche, porque mas claramente conozcáis el bien que os queremos y deseamos en todo contentaros, nosotros os queremos dar nuestras

hijas para que sean vuestras mujeres y hagáis generación, porque queremos teneros por hermanos, pues sois tan buenos y esforzados. Yo tengo una hija muy hermosa, é no ha sido casada, é quiérola para vos; y asimismo Masse-Escaci y todos los mas caciques dijeron que traerían sus hijas y que las recibiésemos por mujeres, y dijeron otros muchos ofrecimientos, y en todo el día no se quitaban, así el Masse-Escaci como el Xicotenga, de cabe Cortés; y como era ciego, de viejo, el Xicotenga, con la mano atentaba á Cortés en la cabeza y en las barbas y rostro, y se la traía por todo el cuerpo; y Cortés les respondió á lo de las mujeres, que él y todos nosotros se lo teníamos en merced, y que en buenas obras se lo pagaríamos el tiempo andando; y estaba allí presente el padre de la Merced, y Cortés le dijo: «Señor padre, paréceme que será ahora bien que demos un tanto á estos caciques para que dejen sus ídolos y no sacrifiquen, porque harán cualquier cosa que les mandáremos, por causa del gran temor que tienen á los mejicanos;» y el fraile dijo: «Señor, bien es; pero dejémoslo hasta que traigan las hijas, y entonces habrá materia para ello, y dirá vuesamerced que no las quiera recibir hasta que prometan de no sacrificar: si aprovechar, bien; si no, harémos lo que somos obligados;» y así quedó para otro día, y lo que se hizo se dirá adelante.

CAPITULO LXXVII.

Cómo trajeron las hijas á presentar á Cortés y á todos nosotros, y lo que sobre ello se hizo.

Otro día vinieron los mismos caciques viejos, y trajeron cinco indias hermosas, doncellas y mozas, y para ser indias eran de buen parecer y bien ataviadas, y traían para cada india otra moza para su servicio, y todas eran hijas de caciques, y dijo Xicotenga á Cortés: «Malinche, esta es mi hija, y no ha sido casada, que es doncella; tomadla para vos;» la cual le dió por la mano, y las demás que las diese á los capitanes; y Cortés se lo agradeció, y con buen semblante que mostró dijo que él las recibía y tomaba por suyas, y que ahora al presente que las tuviesen en su poder sus padres; y preguntaron los mismos caciques que por qué causa no las tomáhamos ahora; y Cortés respondió: «Porque quiero hacer primero lo que manda Dios nuestro Señor, que es en el que creemos y adoramos, y á lo que me envió el Rey nuestro señor, que es que quiten sus ídolos, que no sacrifiquen ni maten mas hombres, ni hagan otras torpedades malas que suelen hacer, y crean en lo que nosotros creemos, que es en un solo Dios verdadero;» y se les dijo otras muchas cosas tocantes á nuestra santa fe; y verdaderamente fueron muy bien declaradas, porque doña Marina y Aguilar, nuestras lenguas, estaban ya tan expertas en ello, que se les daba á entender muy bien; y se les mostró una imagen de nuestra Señora con su Hijo precioso en los brazos, y se les dió á entender cómo aquella imagen es figura como la de nuestra Señora, que se dice Santa María, que está en los altos cielos, y es la Madre de nuestro Señor, que es aquel niño Jesus que tiene en los brazos, y que le concibió por gracia del Espíritu Santo, quedando virgen antes del parto y en el parto y después del parto; y

«Esta gran Señora ruega por nosotros á su Hijo primogenito, que es nuestro Dios y Señor; y les dijo otras muchas cosas que se convenian decir sobre nuestra santa fe, y si quierun ser nuestros hermanos y tener amistad verdadera con nosotros; y para que con mejor voluntad tomásemos aquellas sus hijas, para tenellas, como dicen, por mujeres, que luego dejen sus malos ídolos, y crean y adoren en nuestro Señor Dios, que es el que nosotros creemos y adoramos, y verán cuánto bien les irán; porque, demás de tener salud y buenos temporales, sus cosas se les harán prósperamente, y cuando se muieran irán sus ánimas á los cielos á gozar de la gloria perdurable; y que si hacen los sacrificios que suelen hacer á aquellos sus ídolos, que son diablos, les llevarán á los infiernos, donde para siempre jamás arderán en vivas llamas. Y porque en otros razonamientos se les habia dicho otras cosas acerca de que dejasen los ídolos, en esta plática no se les dijo mas, y lo que respondieron á todo es, que dijeron: «Mulinche, ya te hemos entendido antes de ahora; y bien creemos que es vuestro Dios y esa gran Señora, que son muy buenos; mas mira: ahora venistes á estas nuestras tierras y casas; el tiempo andando entenderémos muy mas claramente vuestras cosas, y verémos cómo son, y haremos lo que sea bueno. ¿Como quieres que dejemos nuestros teules, que desde muchos años nuestros antepasados tienen por dioses y los han adorado y sacrificado? E ya que nosotros, que somos viejos, por te complacer lo quisiésemos hacer, ¿qué dirán todos nuestros papas y todos los vecinos mozos y niños desta provincia, sino levantarse contra nosotros? Especialmente que los papas han ya hablado con nuestros teules, y le respondieron que no los olvidásemos en sacrificios de hombres y en todo lo que de antes solíamos hacer; si no, que á toda esta provincia destruirían con hambres, pestilencias y guerra;» así que, dijeron y dieron por respuesta que no curásemos mas de les hablar en aquella cosa, porque no los habian de dejar de sacrificar aunque los matasen. Y desdeque vimos aquella respuesta, que la daban tan de veras y sin temor, dijo el padre de la Merced, que era entendido teólogo: «Señor, no cure vuesamerced de mas les importunar sobre esto, que no es justo que por fuerza les hagamos ser cristianos, y aun lo que hicimos en Cempoal en derrocalles sus ídolos, no quisiera yo que se liciera hasta que tengan conocimiento de nuestra santa fe; ¿qué aprovecha quitallas ahora sus ídolos de un cu y adoratorio, si los pasan luego á otros? Bien es que rayan sintiendo nuestras amonestaciones, que son santas y buenas, para que conozcan adelante los buenos consejos que les damos;» y tambien le hablaron á Cortés tres caballeros, que fueron Pedro de Albarado y Juan Velazquez de Leon y Francisco de Lugo, y dijeron á Cortés: «Muy bien dice el Padre, y vuesamerced con lo que ha hecho cumple, y no se toque mas á estos caciques sobre el caso;» y así se hizo. Lo que les mandamos con ruegos fué, que luego desembarazasen un cu que estaba allí cerca y era nuevamente hecho, é quitasen unos ídolos, y lo encaulasen y limpiasen para poner en él una cruz y la imagen de nuestra Señora; lo cual luego lo hicieron, y en él se dijo misa y se bauti-

zaron aquellas cacicas, y se puso nombre á la hija del Xicotenga doña Luisa, y Cortés la tomó por la mano, y se la dió á Pedro de Albarado, y dijo á Xicotenga que aquel á quien la daba era su hermano y su capitán, y que lo hubiese por bien, porque seria dél muy bien tratada, y el Xicotenga recibió contentamiento dello; y la hija ó sobrina de Masse-Escaci se puso nombre doña Elvira, y era muy hermosa; y paréceme que la dió á Juan Velazquez de Leon, y las demás se pusieron sus nombres de pila, y todas con dones, y Cortés las dió á Cristóbal de Olí y á Gonzalo de Sandoval y á Alonso de Avila; y después desto hecho se les declaró á qué fin se pusieron dos cruces, é que era porque tienen temor de las sus ídolos, y que á do quiera que estubamos de asiento ó dormiamos se ponen en los caminos; é á todo esto estaban muy atentos. Antes que mas pase adelante, quiero decir cómo de aquella cacica hija de Xicotenga, que se llamó doña Luisa, que se la dió á Pedro de Albarado, que así como se la dieron, toda la mayor parte de Tlascala la acataba y le daban presentes y la tenían por su señora, y della hubo el Pedro de Albarado, siendo soltero, un hijo que se dijo don Pedro, é una hija que se dice doña Leonor, mujer que ahora es de don Francisco de la Cueva, buen caballero, primo del duque de Alburquerque, é ha habido en ella cuatro ó cinco hijos muy buenos caballeros, y aquesta señora doña Leonor es tan excelente señora, en fin como hija de tal padre, que fué comendador de Santiago, adelantado y gobernador de Guatemala, y por la parte de Xicotenga gran señor de Tlascala, que era como rey. Dejemos estas relaciones, y volvamos á Cortés, que se informó de aquestos caciques y les preguntó muy por entero de las cosas de Méjico, y lo que sobre ello dijeron es esto que diré.

CAPITULO LXXVIII.

Cómo Cortés preguntó á Masse-Escaci é á Xicotenga por las cosas de Méjico, y lo que en la relacion dijeron.

Luego Cortés apartó aquellos caciques, y les preguntó muy por extenso las cosas de Méjico; y Xicotenga, como era mas avisado y gran señor, tomó la mano á hablar, y de cuando en cuando lo ayudaba Masse-Escaci, que tambien era gran señor, y dijeron que tenia Montezuma tan grandes poderes de gente de guerra, que cuando queria tomar un gran pueblo ó hacer un asalto en una provincia, que ponía en campo cien mil hombres, y que esto que lo tenia bien experimentado por las guerras y enemistades pasadas que con ellos tienen de mas de cien años; y Cortés le dijo: «Pues con tanto guerrero como decís que venian sobre vosotros, ¿cómo nunca os acabaron de vencer?» Y respondieron que, puesto que algunas veces les desbarataban y mataban, y llevaban muchos de sus vasallos para sacrificar, que tambien de los contrarios quedaban en el campo muchos muertos y otros presos, y que no venian tan encubiertos, que dello no tuviesen noticia, y cuando lo sabian, que se apercebían con todos sus poderes, y con ayuda de los de Guaxocingo se defendían é ofendían; é que, como todas las provincias y pueblos que ha robado Montezuma y puesto debajo de su dominio estaban muy mal con los mejicanos, y traían dellos por fuerza á la

guerra, no pelean de buena voluntad; antes de los mismos tenían avisos, y que á esta causa les defendian sus tierras lo mejor que podian, y que donde mas mal les habia venido á la continua es de una ciudad muy grande que está de allí andadura de un día, que se dice Cholula, que son grandes traidores, y que allí metia Montezuma secretamente sus capitánias; y como estaban cerca de noche, buciun salto y mas dijo Masse-Escaci, que tenia Montezuma en todas las provincias puestas guarniciones de muchos guerreros, sin los muchos que sacaba de la ciudad, y que todas aquellas provincias le tributan oro y plata, y plumas, y piedras y ropa de mantas y algodón, é indios é indias para sacrificar, y otros para servir; y que es un gran señor, que todo lo que quiere tiene, y que las casas en que vive tiene llenas de riquezas y piedras chalchihuites, que ha robado y tomado por fuerza á quien no se lo da de grado, y que todas las riquezas de la tierra están en su poder; y luego contaron del gran servicio de su casa, que era para nunca acabar si lo hubiese aquí de decir, pues de las muchas mujeres que tenia, y como casaba algunas de ellas, de todo daban relacion; y luego dicen de la gran fortaleza de su ciudad, de la manera que es la laguna, y la hondura del agua, y de las calzadas que hay por donde han de entrar en la ciudad, y las puentes de madera que tienen en cada calzada, y cómo entra y sale por el estrecho de abertura que hay en cada puente, y cómo en alzando cualquiera de ellas se pueden quedar aislados entre puente y puente sin entrar en su ciudad; y cómo está toda la mayor parte de la ciudad poblada dentro en la laguna, y no se puede pasar de casa en casa sino es por unas puentes levadizas que tienen hechas, ó en canoas, y todas las casas son de azuteas, y en las azuteas tienen hechos como á maneras de mamparos, y pueden pelear desde encima de ellas, y la manera como se provee la ciudad de agua dulce desde una fuente que se dice Chapultepeque, que está de la ciudad obra de media legua, y va el agua por unos edificios, y llega en parte que con canoas la llevan á vender por las calles; y luego contaron de la manera de las armas, que eran varas de á dos gejos, que tiraban con tiraderas que pasan cualesquier armas, y muchos buenos flecheros, y otros con lanzas de pedernales que tienen una braza de cuchilla, hechas de arte que cortan mas que navajas, y rodela y armas de algodón, y muchos honderos con piedras rollizas é otras lanzas muy largas y espadas de á dos manos de navajas, y trujeron pintados en unos paños grandes de nequen las batallas que con ellos habian habido y la manera del pelear; y como nuestro capitán y todos nosotros estábamos ya informados de todo lo que decian aquellos caciques, estorbó la plática y metiólos en otra mas honda, y fué que cómo ellos habian venido á poblar á aquella tierra, é de qué partes vinieron, que tan diferentes y enemigos eran de los mejicanos, siendo tan cerca unas tierras de otras; y dijeron que les habian dicho sus antecesores que en los tiempos pasados que habia allí entre ellos poblados hombres y mujeres muy altos de cuerpo y de grandes huesos, que porque eran muy malos y de malas maneras, que los mataron peleando con ellos, y otros que quedaban se murieron; é para que viésemos qué tamaños é

altos cuerpos tenían, trujeron un hueso ó zancarrón de uno de ellos, y era muy grueso, el altor del tamaño como un hombre de razonable estatura; y aquel zancarrón era desde la rodilla hasta la cadera: yo me medí con él, y tenia tan gran altor como yo, puesto que soy de razonable cuerpo; y trujeron otros pedazos de huesos como el primero, mas estaban ya comidos y deshechos de la tierra; y todos nos espantamos de ver aquellos zancarrones, y tuvimos por cierto haber habido gigantes en esta tierra; y nuestro capitán Cortés nos dijo que seria bien enviar aquel gran hueso á Castilla para que lo viese su majestad, y así lo enviamos con los primeros procuradores que fueron; y tambien dijeron aquellos mismos caciques, que sabian de aquellos sus antecesores que les habia dicho un su idolo en quien ellos tenían mucho devoción, que vendrian hombres de las partes de hácia donde sale el sol y de léjas tierras á les sojuzgar y señorear; que si somos nosotros, holgaran dello, que pues tan esforzados y buenos somos; y cuando trataron las paces se les acordó desto que les habia dicho su idolo, que por aquella causa nos dan sus hijas, para tener parientes que les defiendan de los mejicanos; y cuando acabaron su razonamiento, todos quedamos espantados, y deciamos si por ventura dicen verdad; y luego nuestro capitán Cortés les replicó, y dijo que ciertamente veniamos de hácia donde sale el sol, y que por esta causa nos envió el Rey nuestro señor á tenellos por hermanos, porque tienen noticia dellos, y que plegue á Dios nos dé gracia para que por nuestras manos é intercesion se salven; y dijimos todos: «Amen.» Hartos estarán ya los caballeros que esto leyeren de oír razonamientos y pláticas de nosotros á los de Tlascala, y ellos á nosotros; queria acabar, y por fuerza me he de detener en otras cosas que con ellos pasamos; y es que el volcan que está cabe Guaxocingo echaba en aquella sazón que estábamos en Tlascala mucho fuego, mas que otras veces solia echar; de lo cual nuestro capitán Cortés y todos nosotros, como no habiamos visto tal, nos admiramos dello; y un capitán de los nuestros, que se decia Diego de Ordás, tomóle codicia de ir á ver qué cosa era, y demandó licencia á nuestro general para subir en él; la cual licencia le dió, y aun de hecho se lo mandó; y llevó consigo á los de nuestros soldados y ciertos indios principales de Guaxocingo, y los principales que consigo llevaba poniente temor con decille que cuando estuviese á medio camino de Popocatepeque, que así se llamaba aquel volcan, no podria sufrir el temblor de la tierra ni llamas y piedras y ceniza que dél sale, é que ellos no se atreverian á subir mas de hasta donde tienen unos cues de idolos, que llaman los teules de Popocatepeque; y todavia el Diego de Ordás con sus dos compañeros fué su camino hasta llegar arriba, y los indios que iban en su compañía se le quedaron en lo bajo; después el Ordás y los dos soldados vieron al subir que comenzó el volcan de echar grandes llamaradas de fuego y piedras medio quemadas y livianas y mucha ceniza, y que temblaba toda aquella sierra y montaña adonde está el volcan, y estuvieron quedos sin dar mas paso adelante hasta de allí á una hora, que sintieron que habia pasado aquella llamarada y no echaba tanta ceniza ni humo, y subieron hasta la boca, que muy

redonda y ancho, y que habia en el anchur un cuarto de legua, y que desde allí se parecia la gran ciudad de Méjico y toda la laguna y todos los pueblos que están en ella poblados; y está este volcan de Méjico obra de doce ó trece leguas; y después de bien visto, muy gozoso el Ordás, y admirado de haber visto á Méjico y sus ciudades, volvió á Tlascala con sus compañeros, y los indios de Guaxocingo y los de Tlascala se lo tuvieron á mucho atrevimiento, y cuando lo contaban al capitán Cortés y á todos nosotros, como en aquella sazón no habíamos visto ni oído, como ahora, que sabemos lo que es, y han subido encima de la boca muchos españoles y aun frailes franciscos, nos admirábamos entonces dello; y cuando fué Diego de Ordás á Castilla lo demandó por armas á su majestad, é así las tiene ahora un su sobrino Ordás que vive en la Puebla; y después acá desde estamos en esta tierra no le habemos visto echar tanto fuego ni con tanto ruido como al principio, y aun estuvo ciertos años que no echaba fuego, hasta el año de 1539 que echó muy grandes llamas y piedras y ceniza. Dejemos de contar del volcan, que ahora, que sabemos qué cosa es y habemos visto otros volcanes, como son los de Nicaragua y los de Guatemala, se podían haber callado los de Guaxocingo sin poner en relacion, y diré cómo hallamos en este pueblo de Tlascala casas de madera hechas de redes, y llenas de indios é indias que tenían dentro encarcelados é á cebo hasta que estuviesen gordos para comer y sacrificar; las cuales cárceles les quebramos y deshicimos para que se fuesen los presos que en ellas estaban, y los tristes indios no osaban de ir á cabo ninguno, sino estarse allí con nosotros, y así escaparon las vidas; y dende en adelante en todos los pueblos que entrábamos, lo primero que mandaba nuestro capitán era quebrar las tales cárceles y echar fuera los prisioneros, y comunmente en todas estas tierras las tenían; y como Cortés y todos nosotros vimos aquella gran crueldad, mostró tener mucho enojo de los caciques de Tlascala, y se lo riñó bien enojado, y prometieron desde allí adelante que no matarian ni comerían de aquella manera mas indios. Dije yo que qué aprovechaban aquellos prometimientos, que en volviendo la cabeza hacían las mismas crueldades. Y dejémoslo así, y digamos cómo ordenamos de ir á Méjico.

CAPITULO LXXIX.

Cómo acordó nuestro capitán Hernando Cortés con todos nuestros capitanes y soldados que fuésemos á Méjico, y lo que sobre ello pasó.

Viendo nuestro capitán que habia diez y siete dias que estábamos holgando en Tlascala, y oíamos decir de las grandes riquezas de Montezuma y su próspera ciudad, acordó tomar consejo con todos nuestros capitanes y soldados de quien sentía que le tenían buena voluntad, para ir adelante, y fué acordado que con brevedad fuese nuestra partida; y sobre este camino hubo en el real muchas pláticas de desconformidad, porque decían unos soldados que era cosa muy temerosa irnos á meter en tan fuerte ciudad siendo nosotros tan pocos, y decían de los grandes poderes del Montezuma. Cortés respondió que ya no podíamos hacer otra cosa, porque

siempre nuestra demanda y apellido fué por al Montezuma, é que por demás eran ya otros consejos; y viendo que tan resueltamente lo decía, y sintieron los del contrario parecer que tan determinadamente se acordaba, y que muchos de los soldados ayudábamos á Cortés de buena voluntad con decir «Adelante en buen hora», no hubo mas contradiccion; y los que andaban en estas pláticas contrarias eran de los que tenían en Cuba haciendas; que yo y otros pobres soldados ofrecido tenemos siempre nuestras ánimas á Dios, que las crió, y los cuerpos á heridas y trabajos hasta morir en servicio de nuestro Señor y de su majestad. Pues viendo Xicotenga y Masse-Escaci, señores de Tlascala, que de hecho queríamos ir á Méjico, pesábales en el alma, y siempre estaban con Cortés avisándole que no curase de ir aquel camino, y que no se fiasse poco ni mucho de Montezuma ni de ningún mejicano, y que no se creyese de sus grandes reverencias ni de sus palabras tan humildes y llenas de cortesías, ni aun de cuantos presentes le ha enviado ni de otros ningunos ofrecimientos, que todos eran de traiderados; que en una hora se lo tornarían á tomar cuanto le habían dado, y que de noche y de día se guardase muy bien dello, porque tienen bien entendido que cuando mas descuidados estuviésemos nos darian guerra, y que cuando peleáremos con ellos, que los que pudiesemos matar que no quedasen con las vidas, al mancebo porque no tome armas, al viejo porque no dé consejo, y le dieron otros muchos avisos; y nuestro capitán les dijo que se lo agradecía el buen consejo, y les mostró mucho amor con ofrecimientos y dádivas que luego les dió al viejo Xicotenga y al Masse-Escaci y todos los mas caciques, y les dió mucha parte de la ropa fina de mantas que habia presentado Montezuma, y les dijo que sería bueno tratar paces entre ellos y los mejicanos para que tuviesen amistad, y trujesen sal y algodón y otras mercadurias; y el Xicotenga respondió que eran por demás las paces, y que su enemistad tienen siempre en los corazones arruigada, y que son tales los mejicanos, que so color de las paces les harán mayores traiciones, porque jamás mantienen verdad en cosa ninguna que prometen; é que no curase de hablar en ellas, sino que le tornaban á rogar que se guardase muy bien de no caer en manos de tan malas gentes; y estando platicando sobre el camino que habíamos de llevar para Méjico, porque los embajadores de Montezuma que estaban con nosotros, que iban por guías, decían que el mejor camino y mas llano era por la ciudad de Cholula, por ser vasallos del gran Montezuma, donde recibiríamos servicios, y á todos nosotros nos pareció bien que fuésemos á aquella ciudad; y los caciques de Tlascala, como entendieron que queríamos ir por donde nos encaminaban los mejicanos, se entristecieron, y tornaron á decir que en todo caso fuésemos por Guaxocingo, que eran sus parientes y nuestros amigos, y no por Cholula, porque en Cholula siempre tiene Montezuma sus tratos dobles encubiertos; y por mas que nos dijeron y aconsejaron que no entrásemos en aquella ciudad, siempre nuestro capitán, con nuestro consejo muy bien platicado, acordó de ir por Cholula; lo uno, porque decían todos que era grande poblacion y muy bien torreada, y

no lo otro; y para ver si es verdad, que por esta causa determina de ir allá. Y viendo aquellos embajadores su determinacion, rogándole que aguardásemos allí en nuestro real seis días, porque querian enviar dos de sus compañeros á su señor Montezuma, y que vendrian dentro de los seis días con respuesta; y Cortés se lo prometió, lo uno porque, como he dicho, estaba con calenturas, y lo otro, como aquellos embajadores le dijeron aquellas palabras, puesto que hizo semblante no haber caso dellas, miró que si por ventura serian verdad, hasta ver mas certidumbre en las paces, porque eran tales, que habia que pensar en ellas; y como en aquella sazón vió que habia venido de paz, y en todo el camino por donde venimos de nuestra villa rica de la Veracruz eran los pueblos nuestros amigos y confederados, escribió Cortés á Juan de Escalante, que ya he dicho que quedó en la villa para acabar de hacer la fortaleza y por capitán de obra de sesenta soldados viejos y dolientes que allí quedaron; en las cuales cartas le hizo saber las grandes mercedes que nuestro señor Jesucristo nos ha hecho en las batallas que hubimos en las vitorias y reencuentros desde que entramos en la provincia de Tlascala, donde ahora han venido de paz, y que todos diesen gracias á Dios por ello; y que mirasen que siempre favoreciesen á los pueblos totonaques, nuestros amigos, y que le enviase luego en posta dos botijas de vino que habian dejado soterradas en cierta parte señalada de su aposento, y asimismo trujesen hostias de las que habiamos traído de la isla de Cuba, porque las que trujimos de aquella entrada ya se habian acabado. En las cuales cartas dice que hubieron mucho placer en la villa, y escribió el Escalante lo que allí habia sucedido, y todo vino muy presto; y en aquellos días en nuestro real pusimos una cruz muy suntuosa y alta, y mandó Cortés á los indios de Cimpacingo y á los de las casas que estaban junto de nuestro real que encalasan un cu y estuviese bien aderezado. Dejemos de escribir desto, y volvamos á nuestros nuevos amigos los caciques de Tlascala, que como vieron que no íbamos á su pueblo, ellos venian á nuestro real con gallinas y tunas, que era tiempo dellas, y cada día traian el bastimento que tenían en su casa, y con buena voluntad nos lo daban, sin que quisiesen tomar por ello cosa ninguna aunque se lo dábamos, y siempre rogando á Cortés que se fuese luego con ellos á su ciudad; y como estábamos aguardando á los mejicanos los seis días, como les prometió, con palabras blandas les detenía; y luego, cumplido el plazo que habian dicho, vinieron de Méjico seis principales, hombres de mucha estima, y trujeron un rico presente que envió el gran Montezuma, que fueron mas de tres mil pesos de oro en ricas joyas de diversas maneras, y duecientas piezas de ropa de mantas muy ricas de pluma y de otras labores, y dijeron á Cortés cuando lo presentaron, que su señor Montezuma se huelga de nuestra buena andanza, y que le ruega muy ahincadamente que ni en bueno ni malo no fuese con los de Tlascala á su pueblo ni se confiase dellos, que lo querian llevar allá para robarle oro y ropa, porque son muy pobres, que una manta buena de algodón no alcanzan; é que por saber que el Montezuma nos tiene por amigos y nos envia aquel oro

y joyas y montas, lo procurarán de robar muy mejor; y Cortés recibió con alegría aquel presente, y dijo que se lo tenia en merced y que él lo pagaria al señor Montezuma en buenas obras; y que si se sintiese que los tlascaltecas les pasase por el pensamiento lo que Montezuma les enviaba á avisar, que se lo pagaria con quitalles á todos las vidas, y que él sabe muy cierto que no harán villanía ninguna, y que todavia quiere ir á ver lo que hacen. Y estando en estas razones vienen otros muchos mensajeros de Tlascala á decir á Cortés cómo vienen cerca de allí todos los caciques viejos de la cabecera de toda la provincia á nuestros ranchos y chozas á ver á Cortés y á todos nosotros para llevarnos á su ciudad; y como Cortés lo supo, rogó á los embajadores mejicanos que aguardasen tres días por los despachos para su señor, porque tenia al presente que hablar y despachar sobre la guerra pasada é paces que ahora tratan; y ellos dijeron que aguardarian. Y lo que los caciques viejos dijeron á Cortés se dirá adelante.

CAPITULO LXXIV.

Cómo vinieron á nuestro real los caciques viejos de Tlascala á rogar á Cortés y á todos nosotros que luego nos fuésemos con ellos á su ciudad, y lo que sobre ello pasó.

Como los caciques viejos de toda Tlascala vieron que no íbamos á su ciudad, acordaron de venir en andas, y otros en chamacas é á cuestras, y otros á pié, los cuales eran los por mí ya nombrados, que se decian Masse-Escaci, Xicotenga el viejo é ciego, é Guaxolacima, Chichimecatecle, Tecapaneca, de Topeyanco; los cuales llegaron á nuestro real con otra gran compañía de principales, y con gran acato hicieron á Cortés y á todos nosotros tres reverencias, y quemaron copal y tocaron las manos en el suelo y besaron la tierra; y el Xicotenga el viejo comenzó de hablar á Cortés desta manera, y dijo: «Malinche, Malinche, muchas veces te hemos enviado á rogar que nos perdones porque salimos de guerra, é ya te enviamos á dar nuestro descargo, que fué por defendernos del malo de Montezuma y sus grandes poderes, porque creimos que érades de su bando y confederados; y si supiéramos lo que ahora sabemos, no digo yo saliros á recibir á los caminos con muchos bastimentos, sino tenéroslos barridos, y aun fuéramos por vosotros á la mar donde teniades vuestros acates (que son navíos); y pues ya nos habeis perdonado, lo que ahora os venimos á rogar yo y todos estos caciques es, que vais luego con nosotros á nuestra ciudad, y allí os darémos de lo que tuviéremos, é os serviremos con nuestras personas y hacienda; y miró, Malinche, no hagas otra cosa, sino luego nos vamos; y porque tememos que por ventura te habrán dicho esas mejicanos algunas cosas de falsedades y mentiras de las que suelen decir de nosotros, no los creas ni los oigas; que en todo son falsos, y tenemos entendido que por causa dellos no has querido ir á nuestra ciudad.» Y Cortés respondió con alegre semblante, y dijo que bien sabia, desde muchos años antes que á estos sus tierras viniésemos, cómo eran buenos, y que deso se maravilló cuando nos salieron de guerra, y que los mejicanos que allí estaban aguardaban respuestas para su señor Montezuma; é á lo que decian que fuésemos luego á su ciudad, y por el

momento que siempre traían é otros cumplimientos, y lo agradecía mucho y lo pagaría en buenas obras; y ya se hubiera ido si tuviera quien nos llevase espuzques, que son las bombardas; y como oyeron la palabra sintieron tanto placer, que en los rostros conocieron, y dijeron: «¿Pues cómo, ¿por esto estado, y no lo has dicho?» Y en menos de media traen sobre quinientos indios de carga, y otro día de mañana comenzamos á marchar camino de la para de Tlascala con mucho concierto, así de la artillería como de los caballos y escopetas y ballesteros, y á los demás, según lo teníamos de costumbre; y llegado Cortés á los mensajeros de Montezuma que vienen con nosotros para ver en qué paraba lo de allá, y desde allí les despacharía, y que en su apogeo estarían porque no recibiesen ningún deshonor; y, según dijeron, teníanse de los tlascaltecas. Aunque mas pase adelante quiero decir cómo en todos pueblos por donde pasamos, ó en otros donde teníamos noticia de nosotros, llamaban á Cortés Malinche; y le nombraré de aquí adelante Malinche en todas las cosas que tuviéremos con cualesquier indios, así en la provincia como de la ciudad de México, y no le llamaré Cortés sino en parte que convenga; y la causa haberle puesto este nombre es que, como Marina, nuestra lengua, estaba siempre en su compañía, especialmente cuando venían embajadores ó caciques, y ella lo declaraba en lengua mexicana, por esta causa le llamaban á Cortés el capitán marina, y para mas breve le llamaron Malinche; y desde entonces se le quedó este nombre á un Juan Perez de Aranda, vecino de la Puebla, por causa que siempre iba con don Juan Marina y con Jerónimo de Aguilar declarando la lengua, y á esta causa le llamaban Juan Malinche, que renombre de Arteaga de obra de ellos á esta parte lo sabemos. He querido traer esta memoria, aunque no había para qué, porque se llama el nombre de Cortés aquí adelante, que se llama Malinche; y tambien quiero decir que, como entramos en tierra de Tlascala hasta que fuimos á su ciudad pasaron veinte y cuatro dias, y entramos en ella á setiembre de 1519 años; y vamos á otro campo, y diré lo que allí nos acausó.

CAPITULO LXXV.

Entramos á la ciudad de Tlascala, y lo que los caciques viejos traen de un presente que nos dieron, y como trajeron sus hijos y sobrinas, y lo que mas pasó.

Como los caciques vieron que comenzaba á ir nuestro camino de su ciudad, luego se fueron adelante mandando que todo estuviese aparejado para nos recibir, y para tener los aposentos muy enramados; é ya llegábamos á un cuarto de legua de la ciudad, cuando á recibir los mismos caciques que se habían juntado, y traen consigo sus hijas y sobrinas y principales, cada parentela y bando y parcialidad; porque en Tlascala había cuatro parcialidades, sin la Tecapaneca, señor de Tepoyanco, que eran cinco; y tambien vinieron de todos los lugares sus sujetos, con sus libreas diferenciadas, que aunque eran de diferentes, eran muy primas y de buenas labores y pintu-

ras, porque algodón no lo alcanzaban; y luego vinieron los papas de toda la provincia, que había muchos por los grandes adoratorios que tenían, que ya he dicho que entre ellos se llama cues, que son donde tienen sus ídolos y sacrifican; y traían aquellos papas braseros con brasas, y con sus incienso salumando á todos nosotros, y traían vestidos algunos dellos ropas muy largas á manera de sobrepellices, y eran blancas, y traían capillas en ellos, como que querían parecer á los que traen los canónigos, como ya lo tengo dicho, y los cabellos muy largos y enredados, que no se pueden despartir si no se cortan, y llenos de sangre que les salían de las orejas, que en aquel día se habían sacrificado; y abajaban las cabezas como á manera de humildad cuando nos vieron, y traían las uñas de los dedos de las manos muy largas; é oímos decir que aquellos papas tenían por religiosos y de buena vida, y junto á Cortés se allegaron muchos principales acompañándole; y como entramos en lo poblado no cabían por las calles y azoteas, de tantos indios é indias que nos salían á ver con rostros muy alegres, y trajeron obra de veinte piñas hechas de muchas rosas de la tierra, diferenciadas las colores y de buenos olores, y las dieron á Cortés y á los demás soldados que les parecían capitanes, especial á los de á caballo; y como llegamos á unos buenos patios adonde estaban los aposentos, tomaron luego por la mano á Cortés, Xicotenga el viejo y Masse-Escaci, y le meten en los aposentos, y allí tenían aparejado para cada uno de nosotros á su usanza unas camillas de esteras y mantas de nequen; y tambien se aposentaron los amigos que traíamos de Cempoal y de Cocotlan cerca de nosotros; y mandó Cortés que los mensajeros del gran Montezuma se aposentasen junto con su aposento; y puesto que estábamos en tierra que víamos claramente que estaban de buenas voluntades y muy de paz, no nos descuidamos de estar muy apercebidos, según teníamos de costumbre; y parece ser que nuestro capitán, á quien había el cuarto de poner corredores del campo y espías y velas, dijo á Cortés: «Parece, Señor, que están muy de paz, y no hubemos menester tanta guarda ni estar tan recatados como solemos.» «Mirá, señores, bien veo lo que decís; mas por la buena costumbre hemos de estar apercebidos, que aunque sean muy buenos, no habemos de creer en su paz, sino como si nos quisiesen dar guerra y los viésemos venir á encontrar con nosotros; que muchos capitanes por se confiar y descuidar fueron desbaratados, especialmente nosotros, como somos tan pocos, y habiéndonos enviado á avisar el gran Montezuma, puesto que sea fingido, y no verdad, hemos de estar muy alerta.» Dejemos de hablar de tantos cumplimientos é orden como tenían en nuestras velas y guardas, y volvamos á decir cómo Xicotenga el viejo y Masse-Escaci, que eran grandes caciques, se enojaron mucho con Cortés, y le dijeron con nuestras lenguas: «Malinche, ó tú nos tienes por enemigos ó no muestras obras en lo que te vemos hacer, que no tienes confianza de nuestras personas y en las paces que nos has dado y nosotros á ti; y esto te decimos porque vemos que así os veláis y venís por los caminos apercebidos como cuando venís á encontrar con nuestros escuadrones; y esto, Malinche, creemos que lo hacéis por

de altos y grandes cues, y en buen llano asentada, y verdaderamente de lejos parecía en aquella sazón á nuestra gran Valladolid de Castilla la Vieja; y lo otro, porque estaba en parte cercana de grandes poblaciones, y tener muchos bastimentos y tan á la mano á nuestros amigos los de Tlascala, y con intencion de estarnos allí hasta ver de qué manera podríamos ir á Méjico sin tener guerra, porque era de temer el gran poder de mejicanos; si Dios nuestro Señor primeramente no ponía su divina mano y misericordia, con que siempre nos ayudaba y nos daba esfuerzo, no podíamos entrar de otra manera. Y después de muchas pláticas y acuerdos, nuestro camino fué por Cholula; y luego Cortés mandó que fuesen mensajeros á les decir que cómo, estando tan cerca de nosotros, no nos enviaban á visitar y hacer aquel acato que son obligados á mensajeros, como somos, de tan gran rey y señor como es el que nos envió á notificar su salvación; y que los ruega que luego viniesen todos los caciques y papas de aquella ciudad á nos ver, y dar la obediencia á nuestro rey y señor; si no, que los tenía por de malas intenciones. Y estando diciendo esto, y otras cosas que convenia envialles á decir sobre este caso, vinieron á hacer saber á Cortés cómo el gran Montezuma enviaba cuatro embajadores con presentes de oro, porque jamás, á lo que habíamos visto, envió mensaje sin presentes de oro, y lo tenía por afrenta enviar mensajeros si no enviaba con ellos dádivas; y lo que dijeron aquellos mensajeros diré adelante.

CAPITULO LXXX.

Cómo el gran Montezuma envió cuatro principales, hombres de mucha cuenta, con un presente de oro y mantas, y lo que dijeron á nuestro capitán.

Estando platicando Cortés con todos nosotros y con los caciques de Tlascala sobre nuestra partida y en las cosas de la guerra, viniéronle á decir que llegaron á aquel pueblo cuatro embajadores de Montezuma, todos principales, y traían presentes; y Cortés les mandó llamar, y cuando llegaron donde estaba, hicieronle grande acato, y á todos los soldados que allí nos hallamos; y presentado su presente de ricas joyas de oro y de muchos géneros de hechuras, que valían bien diez mil pesos, y diez cargas de mantas de buenas labores de pluma, Cortés los recibió con buen semblante; y luego dijeron aquellos embajadores por parte de su señor Montezuma que se maravillaba mucho estar tantos días entre aquellas gentes pobres y sin policía, que aun para esclavos no son buenos, por ser tan malos y traidores y robadores, que cuando mas descuidados estuviésemos, de día y de noche nos matarían por nos robar, y que nos rogaba que fuésemos luego á su ciudad y que nos daría de lo que tuviese, y aunque no tan cumplido como nosotros merecíamos y él deseaba; y que puesto que todas las vituallas le entran en su ciudad de acarreo, que mandaría proveernos lo mejor que él pudiese. Aquesto hacía Montezuma por sacarnos de Tlascala, porque supo que habíamos hecho las amistades que dicho tengo en el capítulo que dello habla, y para ser perfectas, habían dado sus hijas á Malinche; porque bien tuvieron entendido que no les podía venir bien

ninguna de nuestras confederaciones, y á esta causa nos cebaba con oro y presentes para que fuésemos á sus tierras, á lo menos porque saliésemos de Tlascala. Volvamos á decir de los embajadores, que los conocieron bien los de Tlascala, y dijeron á nuestro capitán que todos eran señores de pueblos y vasallos, con quien Montezuma enviaba á tratar cosas de mucha importancia. Cortés les dió muchas gracias á los embajadores, con grandes caricias y señales de amor que les mostró, y les dió por respuesta que él iría muy presto á ver al señor Montezuma, y les rogó que estuviesen algunos días allí con nosotros, que en aquella sazón acordó Cortés que fuesen dos de nuestros capitanes, personas señaladas, á ver y hablar al gran Montezuma, á ver la gran ciudad de Méjico y sus grandes fuerzas y fortalezas, é iban ya camino Pedro de Albarado y Bernardino Vazquez de Tapia, y quedaron en rehenes cuatro de aquellos embajadores que habían traído el presente, y otros embajadores del gran Montezuma de los que solían estar con nosotros fueron en su compañía; y porque en aquel tiempo yo estaba mal herido y con calenturas, y harto tenía que curarme, no me acuerdo bien hasta dónde llegaron; mas de que supimos que Cortés había enviado así á la ventura á aquellos caballeros, y se lo tuvimos á mal consejo y le retrujimos, y le dijimos que cómo enviaba á Méjico no mas de para ver la ciudad y sus fuerzas; que no era buen acuerdo, y que luego los fuesen á llamar que no pasasen mas adelante; y les escribí que se volvieran luego. Demás desto, el Bernardino Vazquez de Tapia ya había adolecido en el camino de calenturas, y como vieron las cartas, se volvieron; y los embajadores con quien iban dieron relación dello á su Montezuma, y les preguntó que qué manera de rostros y proporcion de cuerpos llevaban los dos teules que iban á Méjico, y si eran capitanes; y parece ser que les dijeron que el Pedro de Albarado era de muy linda gracia, así en el rostro como en su persona, y que parecía como al sol y que era capitán; y demás desto, se lo llevaron figurado muy al natural su dibujo y cara, y desde entonces le pusieron nombre el Tonacio, que quiere decir el sol, hijo del sol, y así le llamaron de allí adelante; y el Bernardino Vazquez de Tapia dijeron que era hombre robusto y de muy buena disposición, que también era capitán; y al Montezuma le pesó porque se habían vuelto del camino. Y aquellos embajadores tuvieron razón de compararlos, así en los rostros como en el aspecto de las personas y cuerpos, como lo significaron á su señor Montezuma; porque el Pedro de Albarado era de muy buen cuerpo y ligero, y facciones y presencia, y así en el rostro como en el hablar en todo era agraciado, que parecía que estaba riendo, y el Bernardino Vazquez de Tapia era algo robusto, puesto que tenía buena presencia; y desde que volvieron á nuestro real, nos holgamos con ellos, y les decíamos que no era cosa acertada lo que Cortés les mandaba. Y dejamos esta materia, pues no hace mucho á nuestra relación, y diré de los mensajeros que Cortés envió á Cholula, y la respuesta que enviaron.

CAPITULO LXXXI.

Cómo enviaron los de Cholula cuatro indios de poca valía á desculparse por no haber venido á Tlascala, y lo que sobre ello pasó.

Ya he dicho en el capítulo pasado cómo envió nuestro capitán mensajeros á Cholula para que nos viniesen á ver á Tlascala; é los caciques de aquella ciudad, como entendieron lo que Cortés les mandaba, parecióles que sería bien enviar cuatro indios de poca valía á desculpar é á decir que por estar malos no venían, y no trujeron bastimento ni otra cosa, sino así secamente dieron aquella respuesta; y cuando vivieron aquellos mensajeros estaban presentes los caciques de Tlascala, é dijeron á nuestro capitán que para hacer burla dél y de todos nosotros enviaban los de Cholula aquellos indios, que eran macegales é de poca calidad. Por manera que Cortés les tornó á enviar luego con otros cuatro indios de Cempoal á decir que viniesen dentro de tres dias hombres principales, pues estaban cuatro leguas de allí, é que si no venían, que los ternia por rebeldes; y que cuando vengan, que les quiere decir cosas que les convienen para salvacion de sus ánimas, y buena policia para su buen vivir, y tenellos por amigos y hermanos, como son los de Tlascala, sus vecinos; y que si otra cosa acordaren, y no quieren nuestra amistad, que nosotros no por eso los procurariamos de descomplacer ni enojales. Y como oyeron aquella amorosa embajada, respondieron que no habian de venir á Tlascala, porque son sus enemigos, porque saben que han dicho dellos y de su señor Montezuma muchos males, y que vamos á su ciudad y salgamos de los términos de Tlascala; y si no licieren lo que deben, que los tengamos por tales como les enviamos á decir. Y viendo nuestro capitán que la excusa que decian era muy justa, acordamos de ir allí; y como los caciques de Tlascala vieron que determinadamente era nuestra ida por Cholula, dijeron á Cortés: «Pues que así quieres creer á los mexicanos, y no á nosotros, que somos tus amigos, ya te hemos dicho muchas veces que te guardes de los de Cholula y del poder de Méjico; y para que mejor te puedas ayudar de nosotros, te tenemos apurados diez mil hombres de guerra que vayan en vuestra compañía;» y Cortés les dió muchas gracias por ello, é consultó con todos nosotros que no sería bueno que llevásemos tantos guerreros á tierra que habiamos de procurar amistades, é que sería bien que llevásemos dos mil, y estos les demandó, y que los demás que se quedasen en sus casas. E dejemos esta plática, y diré de nuestro camino.

CAPITULO LXXXII.

Cómo fuimos á la ciudad de Cholula, y del gran recibimiento que nos hicieron.

Una mañana comenzamos á marchar por nuestro camino para la ciudad de Cholula, é íbamos con el mayor concierto que podiamos; porque, como otras veces he dicho, adonde esperábamos haber revueltas ó guerras nos apercebiamos muy mejor, é aquel día fuimos á dormir á un río que pasa obra de una legua chica de Cholula, adonde está hecha ahora una puente

de piedra, é allí nos hicieron unas chozas é ranchos; y esa noche enviaron los caciques de Cholula mensajeros, hombres principales, á darnos el parabien venidos á sus tierras, y trujeron bastimentos de gallinas y pan de su maíz, é dijeron que en la mañana vendrian todos los caciques y papas á nos recibir é á que les perdonasen porque no habian salido luego; y Cortés les dijo con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar que se lo agradecía, así por el bastimento que traian como por la buena voluntad que mostraban; é allí dormimos aquella noche con buenas velas y oscuchas y corredores del campo. Y como amaneció, comenzamos á caminar hácia la ciudad; é yendo por nuestro camino, ya cerca de la poblacion nos salieron á recibir los caciques y papas y otros muchos indios, é todos los mas traian vestidos unas ropas de algodón de hechura de marlotas, como las traian los indios capotecas; y esto digo é quien las ha visto y ha estado en aquella provincia, porque en aquella ciudad así se usan; é venian muy de paz y de buena voluntad, y los papas traian braseros con incienso, con que zahumaron á nuestro capitán é á los soldados que cerca dél nos hallamos. E parece ser aquellos papas y principales, como vieron los indios tlascaltecas que con nosotros venian, dijéronselo á doña Marina que se lo dijese á Cortés, que no era bien que de aquella manera entrasen sus enemigos con armas en su ciudad; y como nuestro capitán lo entendió, mandó á los capitanes y soldados y el fardaje que reparásemos; y como nos vió juntos é que no caminaba ninguno, dijo: «Paréceme, señores, que antes que entremos en Cholula que demos un tiento con buenas palabras á estos caciques é papas, é veamos qué es su voluntad; porque vienen murmurando de estos nuestros amigos de Tlascala, y tienen mucha razon en lo que dicen; é con buenas palabras les quiero dar á entender la causa porque veniamos á su ciudad. Y porque ya, señores, habeis entendido lo que nos han dicho los tlascaltecas, que son bulliciosos, será bien que por bien den la obediencia á su majestad, y esto me parece que conviene;» y luego mandó á doña Marina que llamase á los caciques y papas allí donde estaba á caballo, é todos nosotros juntos con Cortés; y luego vinieron tres principales y dos papas, y dijeron: «Mulicche, perdonadnos porque no fuimos á Tlascala á te ver y llevar comida, y no por falta de voluntad, sino porque son nuestros enemigos Masste-Escaci y Xicotenga é toda Tlascala, é porque han dicho muchos males de nosotros é del gran Montezuma, nuestro señor, que no basta lo que han dicho, sino que ahora tengan atrevimiento con vuestro favor de venir con armas á nuestra ciudad;» y que le piden por merced que les mande volver á sus tierras, ó á lo menos que se queden en el campo, é que no entren de aquella manera en su ciudad, é que nosotros que vamos mucho en buena hora. E como el capitán vió la razon que tenia, mandó luego á Pedro de Albarado é al maestre de campo, que era Cristóbal de Olí, que rogasen á los tlascaltecas que allí en el campo hiciesen sus ranchos y chozas, é que no entrasen con nosotros sino los que llevaban la artillería y nuestros amigos los de Cempoal, y les dijese la causa por que no mandaba, porque todos aquellos caciques y papas se temen dellos; é que cuan-

do hubiéremos de pasar de Cholula para Méjico que los enviara á llamar, é que no lo hayan por enojo; y como los de Cholula vieron lo que Cortés mandó, parecia que estaban mas sosegados, y les comenzó Cortés á hacer un parlamento, diciendo que nuestro rey y señor, cuyos vasallos somos, tiene grandes poderes y tiene debajo de su mando á muchos grandes príncipes y caciques, y que nos envió á estas tierras á les notificar y mandar que no adoren ídolos, ni sacrifiquen hombres ni coman de sus carnes, ni hagan sodomias ni otras torpedades; é que por ser el camino por allí para Méjico, adonde vamos á hablar al gran Montezuma, y por no haber otro mas cercano, venimos por su ciudad, y tambien para tenellos por hermanos; é que pues otros grandes curiques han dado la obediencia á su majestad, que será bien que ellos la den, como los demás. E respondieron que aun no habemos entrado en su tierra é ya les mandamos dejar sus teules, que así llaman á sus ídolos, que no lo pueden hacer; y dar la obediencia á ese vuestro rey que decis, les place; y así, la dieron de palabra, y no ante escribano. Y esto hecho, luego comenzamos á marchar para la ciudad, y era tanta la gente que nos salía á ver, que las calles é azuteas estaban llenas; é no me maravillo dello, porque no habian visto hombres como nosotros, ni caballos, y nos llevaron á aposentar á unas grandes salas, en que estuvimos todos é nuestros amigos los de Cempoal y los tlascaltecas que llevaron el fardaje, y nos dieron de comer aquel día é otro muy bien é abundantemente. E quedarse há aquí, y diré lo que mas pasamos.

CAPITULO LXXXIII.

Cómo tenían concertado en esta ciudad de Cholula de nos maliciar por mandado de Montezuma, y lo que sobre ello pasó.

Habiéndonos recibido tan solenemente como habemos dicho, é ciertamente de buena voluntad, sino que, según después pareció, envió á mandar Montezuma á sus embajadores que con nosotros estaban, que tratasen con los de Cholula que con un escuadron de veinte mil hombres que envió Montezuma, que estuviesen apercebidos para en entrando en aquella ciudad, que todos nos diesen guerra, y de noche y de día nos acapitasen, é los que pudiesen llevar atados de nosotros á Méjico, que se los llevasen; é con grandes prometimientos que les mandó, y muchas joyas y ropa que entonces les envió, é un atambor de oro; é á los papas de aquella ciudad que habian de tomar veinte de nosotros para hacer sacrificios á sus ídolos; pues ya todo concertado, y los guerreros que luego Montezuma envió estaban en unos ranchos é arcabuezos obra de media legua de Cholula, y otros estaban ya dentro en las casas, y todos puestos á punto con sus armas, hechos mamparos en las azuteas, y en las calles hoyos é albarradas para que no pudiesen correr los caballos, y aun tenían unas casas llenas de varas largas y colleras de cueros, é cordeles con que nos habian de atar é llevarnos á Méjico. Mejor lo hizo nuestro Señor Dios, que todo se les volvió al revés; é dejémoslo ahora, é volvamos á decir que, así como nos aposentaron como dicho hemos, é nos dieron muy bien de comer los dias primeros, é puesto que los vimos que estaban muy de paz, no dejábanos siempre de estar muy

apercebidos, por la buena costumbre que en ello teníamos, é al tercero día ni nos daban de comer ni parecían cacique ni papa; é si algunos indios nos venian á ver, estaban apartados, que no llegaban á nosotros, é riéndose como cosa de burla; é como aquello vió nuestro capitán, dijo á doña Marina é Aguilar, nuestras lenguas, que dijese á los embajadores del gran Montezuma que allí estaban, que mandasen á los caciques truer de comer; é lo que traían era agua y leña, y unos viejos que lo traían decían que no tenían maíz, é que en aquel día vinieron otros embajadores del Montezuma, é se juntaron con los que estaban con nosotros, é dijeron muy desvergonzadamente é sin hacer acato que su señor les enviaba á decir que no fuésemos á su ciudad, porque no tenia qué darnos de comer, é que luego se querian volver á Méjico con la respuesta; é como aquello vió Cortés, le pareció mal su plática, é con palabras blandas dijo á los embajadores que se maravillaba de tan gran señor como es Montezuma, tener tantos acuerdos, é que les rogaba que no se fuesen, porque otro día se querian partir para velle é hacer lo que mandase, y aun me parece que les dió unos sartalejos de cuentas; y los embajadores dijeron que si aguardarian; y hecho esto, nuestro capitán nos mandó juinar, y nos dijo: «Muy desconcertada veo esta gente, estemos muy alerta, que alguna maldad hay entre ellos;» é luego envió á llamar al Cacique é principal, que ya no se me acuerda cómo se llamaba, ó que enviase algunos principales; é respondió que estaba malo é que no podia venir é ni ellos; y como aquello vió nuestro capitán, mandó que de un gran cu que estaba junto de nuestros aposentos le trujésemos dos papas con buenas razones, porque habia muchos en él; trujimos dos dellos sin hacer deshonra, y Cortés les mandó dar á cada uno un chachihui, que son muy estimados entre ellos, como esmeraldas, é les dijo con palabras amorosas, que por qué causa el Cacique y principales é todos los mas papas están amedrentados, que los ha enviado á llamar y no habian querido venir; parece ser que el uno de aquellos papas era hombre muy principal entre ellos, y tenia cargo ó mando en todos los mas cues de aquella ciudad, que debía de ser á manera de obispo entre ellos, y le tenían gran acato; é dijo que los que son papas que no tenían temor de nosotros; que si el cacique y principales no han querido venir, que él iria á les llamar, y que como él les habla, que tiene creído que no harán otra cosa y que vernán; é luego Cortés dijo que fuese en buen hora, y quedase su compañero allí aguardando hasta que viniesen; é fué aquel papa é llamó al Cacique é principales, é luego vinieron juntamente con él al aposento de Cortés, y les preguntó con nuestras lenguas doña Marina é Aguilar, que por qué habian miedo é por qué causa no nos daban de comer, y que si reciben pena de nuestra estada en la ciudad, que otro día por la mañana nos queriamos partir para Méjico á ver é hablar al señor Montezuma, é que lo tengan aparejados tamemes para llevar el fardaje é tepuzques, que son las bombardas; é tambien, que luego traigan comida; y el Cacique estaba tan cortado, que no acertaba á hablar, y dijo que la comida que la buscarian; mas que su señor Montezuma les ha enviado á mandar que no la diesen, ni

queria que pasásemos de allí adelante; y estando en estas pláticas vinieron tres indios de los de Cempoal, nuestros amigos, y secretamente dijeron á Cortés que habian hallado junto adonde estábamos aposentados hechos hoyos en las calles é cubiertos con madera é tierra, que no mirando mucho en ello no se podría ver, é que quitaron la tierra de encima de un hoyo, que estaba lleno de estacas muy agudas para matar los caballos que corriesen, é que las azuleas que las tienen llenas de piedras é mamparos de adobes; y que ciertamente estaban de buen arte, porque tambien hallaron albarradas de maderos gruesos en otra calle; y en aquel instante vinieron ocho indios tlascaltecas de los que dejamos en el campo, que no entraron en Cholula, y dijeron á Cortés: «Mira, Malinche, que esta ciudad está de mala manera, porque sabemos que esta noche han sacrificado á su ídolo, que es el de la guerra, siete personas, y los cinco dellos son niños, porque les dé victoria contra vosotros; é tambien habemos visto que sacan todo el fardaje é mujeres é niños.» Y como aquello oyó Cortés, luego los despachó para que fuesen á sus capitanes los tlascaltecas, que estuviesen muy aparejados si los enviásemos á llamar, y tornó á hablar al cacique y papas y principales de Cholula que no tuviesen miedo ni anduviesen alterados, y que mirasen la obediencia que dieron, que no la quebrantasen, que les castigaria por ello; que ya les ha dicho que nos queremos ir por la mañana, que ha menester dos mil hombres de guerra de aquella ciudad que vayan con nosotros, como nos han dado los de Tlascala, porque en los caminos los habrá menester; é dijéronle que si darian así los hombres de guerra como los del fardaje; é demandaron licencia para irse luego á los apercebir, y muy contentos se fueron, porque creyeron que con los guerreros que habian de dar é con las capitánías de Montezuma que estaban en los arcabuzos y barrancas, que allí de muertos ó presos no podriamos escapar, por causa que no podrian correr los caballos; y por ciertos mamparos y albarradas, que dieron luego por aviso á los que estaban en guarnicion que hiciesen á manera de callejon que no pudiésemos pasar, y les avisaron que otro dia habiamos de partir, é que estuviesen muy á punto todos, porque ellos darian dos mil hombres de guerra; é como fuésemos descuidados, que allí harian su presa los unos y los otros, é nos podian atar; é que esto que lo tuviesen por cierto, porque ya habian hecho sacrificios á sus ídolos de guerra y les han prometido la victoria. Y dejemos de hablar en ello, que pensaban que seria cierto; é volvamos á nuestro capitán, que quiso saber muy por extenso todo el concierto y lo que pesaba; y dijo á doña Marina que llevase mas chalchihuis á los dos papas que habia hablado primero, pues no tenia miedo, é con palabras amorosas les dijese que les queria tornar á hablar Malinche, é que los trujese consigo; y la doña Marina fué y les habló de tal manera, que lo sabia muy bien hacer, y con dádvas vinieron luego con ella; y Cortés les dijo que dijiesen la verdad de lo que supiesen, pues eran sacerdotes de ídolos é principales, que no habian de mentir; é que lo que dijiesen, que no seria descubierta por via ninguna, pues que otro dia nos habiamos de partir, é que les daria mucha ropa; é dijeron que la

verdad es, que su señor Montezuma supo que íbamos á aquella ciudad, é que cada dia estaba en muchos acuerdos, é que no determinaba bien la cosa; é que unas veces les enviaba á mandar que si allí fuésemos que nos hiciesen mucha honra é nos encaminasen á su ciudad, é otras veces les enviaba á decir que ya no era su voluntad que fuésemos á Méjico; é que ahora nuevamente le han aconsejado su Tezcatepuca y su Huichilóbos, en quien ellos tienen gran devocion, que allí en Cholula los matasen, ó llevasen atados á Méjico. E que habia enviado el dia antes veinte mil hombres de guerra, y la mitad están ya aquí dentro desta ciudad é la otra mitad están cerca de aquí entre unas quebradas, é que ya tienen aviso que os habeis de ir mañana, y de las albarradas que se mandaron hacer y de los dos mil guerreros que os habemos de dar, é cómo tenian ya hechos conciertos que habian de quedar veinte de nosotros para sacrificar á los ídolos de Cholula. Y sabido todo esto, Cortés les mandó dar mantas muy labradas, y les rogó que no lo dijiesen, porque si lo descubrian, que á la vuelta que volviésemos de Méjico los matarian; é que se querian ir muy de mañana, é que hiciesen venir todos los caciques para hablalles, como dicho les tiene; y luego aquella noche tomó consejo Cortés de lo que habiamos de hacer, porque tenia muy extremados varones y de buenos consejos; y como en tales casos suele acaecer, unos decian que seria bien torcer el camino é irnos para Guaxocingo, otros decian que procurásemos haber paz por cualquiera via que pudiésemos, y que nos volviésemos á Tlascala; otros dimos parecer que si aquellas traiciones dejáramos pasar sin castigo, que en cualquiera parte nos tratarian otras peores, y pues que estábamos allí en aquel gran pueblo é habia hartos bastimentos, les diésemos guerra, porque mas la sentirian en sus casas que no en el campo, y que luego aperciésemos á los tlascaltecas que se hallasen en ello. Y á todos pareció bien este postrer acuerdo, y fué desta manera: que ya que les habia dicho Cortés que nos habiamos de partir para otro dia, que hiciésemos que liáramos nuestro hato, que era harto poco, y que unos grandes patios que habia donde posábamos, estaban con altas cercas, que diésemos en los indios de guerra, pues aquello era su merecido, y que con los embajadores de Montezuma disimulásemos, y les dijésemos que los malos de los cholultecas han querido hacer una traicion, y echar la culpa della á su señor Montezuma, é á ellos mismos como sus embajadores; lo cual no creiamos que tal mandase hacer, y que les rogáramos que se estuviesen en el aposento de nuestro capitán, é no tuviesen mas plática con los de aquella ciudad, porque no nos den que pensar que andan juntamente con ellos en las traiciones, y para que se vayan con nosotros á Méjico por guias; y respondieron que ellos ni su señor Montezuma no saben cosa ninguna de lo que les dicen; y aunque no quisieron, les pusimos guardas porque no se fuesen sin licencia y porque no supiese Montezuma que nosotros sabiamos que él era quien lo habia mandado hacer; é aquella noche estuvimos muy apercebidos y armados, y los caballos ensillados y enfrenados, con grandes velas y rondas, que esto siempre lo teniamos de costumbre, porque tuvimos por cierto que todas las capitánías,

así de mejicanos como de cholultecas, aquella noche habian de dar sobre nosotros; y una india vieja, mujer de un cacique, como sabia el concierto y trama que tenían ordenado, vino secretamente á doña Marina, nuestra lengua, y como la vió moza y de buen parecer y rica, le dijo y aconsejó que se fuese con ella á su casa si queria escapar la vida, porque ciertamente aquella noche ó otro dia nos habian de matar á todos, porque ya estaba así mundado y concertado por el gran Montezuma, para que entre los de aquella ciudad y los mejicanos se juntasen, y no quedase ninguno de nosotros á vida, ó nos llevasen atados á México; y porque sube esto, y por mancilla que tenia de la doña Marina, se lo venia á decir, y que tomase todo su hato y se fuese con ella á su casa, y que allí la casaria con un su hijo, hermano de otro mozo que traia la vieja, que la acompañaba. E como lo entendió la doña Marina, y en todo era muy avisada, le dijo: «¡Oh madre, qué mucho tengo que agradeceros eso que me decís! Yo me fuera ahora, sino que no tengo de quien fiarme para llevar mis mantas y joyas de oro, que es mucho. Por vuestra vida, madre, que aguardéis un poco vos y vuestro hijo, y esta noche nos iremos; que ahora ya veis que estos teules están velando, y sentirnos han;» y la vieja creyó lo que la decia, y quedóse con ella platicando, y le preguntó que de qué manera nos habian de matar, é cómo é cuándo se hizo el concierto; y la vieja se lo dijo ni mas ni menos que lo habian dicho los dos papas; é respondió la doña Marina: «Pues ¿cómo siendo tan secreto ese negocio, lo alcanzastes vos á saber?» Dijo que su marido se lo habia dicho, que es capitán de una parcialidad de aquella ciudad, y como tal capitán está ahora con la gente de guerra que tiene á cargo, dando orden para que se junten en las barrancas con los escuadrones del gran Montezuma, y que cree estarán juntos esperando para cuando fuésemos, y que allí nos matarian; y que esto del concierto que lo sabia tres dias habia, porque de México enviaron á su marido un atambor dorado, é á otras tres capitánias tambien les envió ricas mantas y joyas de oro, porque nos llevasen á todos á su señor Montezuma; y la doña Marina, como lo oyó, disimuló con la vieja, y dijo: «¡Oh cuánto me huelgo en saber que vuestro hijo con quien me quereis casar es persona principal! Mucho hemos estado hablando; no querria que nos sintiesen: por eso, madre, aguardad aquí, comenzaré á traer mi hacienda, porque no lo podré sacar todo junto; é vos é vuestro hijo, mi hermano, lo guardaréis, y luego nos podremos ir;» y la vieja todo se lo creia, y sentóse de reposo la vieja, ella y su hijo; y la doña Marina entra de presto donde estaba el capitán Cortés, y le dice todo lo que pasó con la india; la cual luego la mandó traer ante él, y la tornó á preguntar sobre las traiciones y conciertos, y le dijo ni mas ni menos que los papas, y le pusieron guardas porque no se fuese; y cuando amaneció era cosa de ver la prisa que traian los caciques y papas con los indios de guerra, con muchas risadas y muy contentos, como si ya nos tuvieran metidos en el garlito é redes; é trujeron mas indios de guerra que les pedimos, que no cupieron en los patios, por muy grandes que son, que aun todavía se están sin deshacer por memoria de lo pasado; é

por bien de mañana que vinieron los cholultecas con la gente de guerra, ya todos nosotros estábamos muy á punto para lo que se habia de hacer, y los soldados de espada y rodela puestos á la puerta del gran patio para no dejar salir á ningun indio de los que estaban con armas, y nuestro capitán tambien estaba á caballo, acompañado de muchos soldados para su guarda; y cuando vió que tan de mañana habian venido los caciques y papas y gente de guerra, dijo: «¡Qué voluntad tienen estos traidores de vernos entre las barrancas para oír hartar de nuestras carnes! Mejor lo hará nuestro Señor;» y preguntó por los dos papas que habian descubierto el secreto, y le dijeron que estaban á la puerta del patio con otros caciques que querian entrar, y mandó Cortés á Aguilar, nuestra lengua, que les dijese que se fuesen á sus casas, é que ahora no tenían necesidad dellos; y esto fué por causa que, pues nos hicieron buena obra, no recibiesen mal por ella, porque no los matasen; é como Cortés estaba á caballo, é doña Marina junto á él, comenzó á decir á los caciques é papas que, sin hacelles enojo ninguno, á qué causa nos querian matar la noche pasada. E que si les hemos hecho ó dicho cosa para que nos tratasen aquellas traiciones, mas de amonestalles las cosas que á todos los mas pueblos por donde hemos venido le decimos, que no sean malos ni sacrifiquen hombres, ni adoren sus ídolos ni coman las carnes de sus prójimos; que no sean sométicos é que tengan buena manera en su vivir, y decirles las cosas tocantes á nuestra santa fe, y esto sin apremiales en cosa ninguna; é á qué fin tienen ahora nuevamente aparejadas muchas varas largas y recias como colleras, y muchos cordeles en una casa junto al gran cu, é por qué han hecho de tres dias acá albarradas en las calles é hoyos é pertrechos en las azuteas, é por qué han sacado de su ciudad sus hijos é mujeres y hacienda; é que bien se ha parecido su mala voluntad y las traiciones, que no las pudieron encubrir, que aun de comer no nos daban, que por burla traian agua y leña, y decian que no habia maíz; y que bien sabe que tienen cerca de allí en unas barrancas muchas capitánias de guerreros esperándonos, creyendo que habiamos de ir por aquel camino á México, para hacer la traición que tienen acordada, con otra mucha gente de guerra que esta noche se ha juntado con ellos; que pues en pago de que los venian á tener por hermanos é decilles lo que Dios nuestro Señor y el Rey manda, nos querian matar é comer nuestras carnes, que ya tenían aparejadas las ollas con sal é ají é tomates; que si esto querian hacer, que fuera mejor nos diere guerra como esforzados y buenos guerreros en los campos, como hicieron sus vecinos los tlascaltecas; é que sabe por muy cierto lo que tenían concertado en aquella ciudad y aun prometido á su ídolo abogado de la guerra, y que le habian de sacrificar veinte de nosotros delante del ídolo, y tres noches antes ya pasadas que le sacrificaron siete indios porque les diese vitoria, la cual les prometió; é como es malo y falso, no tiene ni tuvo poder contra nosotros; y que todas estas maldades y traiciones que han tratado y puesto por la obra, han de caer sobre ellos; y esta razon se lo decia doña Marina, y se lo daban muy bien á entender; y como lo oyeron los papas y ca-

ciques y capitanes, dijeron que así es verdad lo que les dice, y que dello no tienen culpa, porque los embajadores de Montezuma lo ordenaron por mandado de su señor. Entonces les dijo Cortés que tales traiciones como aquellas, que mandan las leyes reales que no queden sin castigo, é que por su delito que han de morir; é luego mandó soltar una escopeta, que era la señal que teníamos apercebida para aquel efecto, y se les dió una mano que se les acordará para siempre, porque matamos muchos dellos, y otros se quemaron vivos, que no les aprovechó las promesas de sus falsos ídolos; y no tardaron dos horas que no llegaron allí nuestros amigos los tlascaltecas que dejamos en el campo, como ya he dicho otra vez, y peleaban muy fuertemente en las calles, donde los cholultecas tenían otras capitánías defendiéndolas porque no les entrásemos, y de presto fueron desbaratadas, y iban por la ciudad robando y cautivando, que no los podíamos detener; y otro día vinieron otras capitánías de las poblaciones de Tlascala, y les hacían grandes daños, porque estaban muy mal con los de Cholula; y como aquello vimos, así Cortés con los demás capitanes y soldados, por mancilla que hubimos dellos, detuvimos á los tlascaltecas que no hiciesen mas mal; y Cortés mandó á Pedro de Albarado y á Cristóbal de Olí que le trujesen todas las capitánías de Tlascala para les hablar, y no tardaron de venir, y les mandó que recogiesen toda su gente y se estuviesen en el campo, y así lo hicieron, que no quedó con nosotros sino los de Cempoal; y en aqueste instante vinieron ciertos caciques y papas cholultecas que eran de otros barrios, que no se hallaron en las traiciones, segun ellos decían (que, como es gran ciudad, era bando y parcialidad por sí), y rogaron á Cortés y á todos nosotros que perdonásemos el enojo de las traiciones que nos tenían ordepadadas, pues los traidores habían pagado con las vidas; y luego vinieron los dos papas amigos nuestros que nos descubrieron el secreto, y la vieja mujer del capitán que queria ser suegra de doña Marina (como ya he dicho otra vez), y todos rogaron á Cortés fuesen perdonados. Y Cortés cuando se lo decían mostró tener grande enojo, y mandó llamar á los embajadores de Montezuma que estaban detenidos en nuestra compañía, y dijo que, puesto que toda aquella ciudad merecia ser asolada y que pagaran con las vidas, que teniendo respeto á su señor Montezuma, cuyos vasallos son, los perdona, é que de allí adelante que sean buenos, é no les acontezca otra como la pasada, que morirán por ello. Y luego mandó llamar los caciques de Tlascala que estaban en el campo, é les dijo que volviesen los hombres y mujeres que habían cautivado, que bastaban los males que habían hecho. Y puesto que se les hacía de mal de volvello, é decían que de muchos mas daños eran mercedores por las traiciones que siempre de aquella ciudad han recibido, por mandado Cortés volvieron muchas personas; mas ellos quedaron desta vez ricos, así de oro é mantas, é algodon y sal é esclavos. Y demás desto, Cortés los hizo amigos con los de Cholula, que á lo que después vi é entendí, jamás quebraron las amistades; é mas les mandó á todos los papas é caciques cholultecas que poblasen su ciudad é que hiciesen tiangués é mercados, é que no hubiesen temor, que

no se les haria enojo ninguno; y respondieron que dentro en cinco dias harian poblar toda la ciudad, porque en aquella sazón todos los mas vecinos estaban amonstados, é dijeron que temian que Cortés les nombrase cacique, porque el que solia mandar fué uno de los que murieron en el patio. E luego preguntó que á quién le venia el cacicazgo, é dijeron que á un su hermano; al cual luego le señaló por gobernador, hasta que otra cosa fuese mandada. Y demás desto, desque vió la ciudad poblada y estaban seguros en sus mercados, mandó que se juntasen los papas y capitanes con los demás principales de aquella ciudad, y se les dió á entender muy claramente todas las cosas tocantes á nuestra santa fe, é que dejasen de adorar ídolos, y no sacrificasen ni comiesen carne humana, ni se robasen unos á otros, ni usasen las torpedades que solian usar, y que mirasen que sus ídolos los traen engañados, y que son malos y no dicen verdad, é que tuviesen memoria que cinco dias habia de las mentiras que les prometieron que les darían vitoria cuando sacrificaron las siete personas, é cómo todo cuanto dicen á los papas é á ellos es todo malo, é que les rogaba que luego los derrocasen é hiciesen pedazos, é si ellos no querian, que nosotros los quitaríamos, é que hiciesen encalar uno como humilladero, donde pusimos una cruz. Lo de la cruz luego lo hicieron, y respondieron que quitarían los ídolos; y puesto que se lo mandó muchas veces que los quitasen, lo dilataban. Y entonces dijo el padre de la Merced á Cortés que era por demás á los principios quitarles sus ídolos, hasta que vayan entendiendo mas las cosas, y ver en qué paraba nuestra entrada en Méjico, y el tiempo nos diria lo que habíamos de hacer, que al presente bastaba las amonestaciones que se les habia hecho, y ponesen la cruz. Dejé de hablar desto, y diré cómo aquella ciudad está asentada en un llano y en parte é sitio donde están muchas poblaciones cercanas, que es Tepeaca, Tlascala, Chalco, Tecamachalco, Guaxocingo é otros muchos pueblos, que por ser tantos, aquí no los nombro; y es tierra de maíz é otras legumbres, é de mucho ají, y toda llena de majales, que es de lo que hacen el vino, é hacen en ella muy buena loza de barro colorado é prieto é blanco, de diversas pinturas, é se bastece della Méjico y todas las provincias comarcanas, digamos ahora como en Castilla lo de Talavera é Palencia. Tenia aquella ciudad en aquel tiempo sobre cien torres muy altas, que eran cues é adoratorios donde estaban sus ídolos, especial el cu mayor era de mas altor que el de Méjico, puesto que era muy suntuoso y alto el cu mejicano, y tenia otros cien patios para el servicio de los cues; y segun entendimos, habia allí un ídolo muy grande, el nombre dél no me acuerdo, mas entre ellos tenian gran devocion y venian de muchas partes á le sacrificar, en tener como á manera de novenas, y le presentaban de las haciendas que tenían. Acuérdome que cuando en aquella ciudad entramos, que cuando vimos tan altas torres y blanquear, nos pareció al propio Valladolid. Dejemos de hablar desta ciudad y todo lo acaecido en ella, y digamos cómo los escuadrones que habia enviado el gran Montezuma, que estaban ya puestos entre los arcabuezos que están cabe Cholula, y tenian hechos mamparos y callejones para que no

pudiesen correr los caballos, como lo tenían concertado, como ya otra vez he dicho; ó como supieron lo acaecido, se vuelven mas que de paso para México, y dan relacion á su Montezuma segun y de la manera que todo pasó; y por presto que fueron, ya teníamos la nueva de dos principales que con nosotros estaban, que fueron en posta; y supimos muy de cierto que cuando lo supo Montezuma que sintió gran dolor y enojo, é que luego sacrificó ciertos indios á su ídolo Huichilóbos, que le tenían por dios de la guerra, porque les dijese en qué habia de parar nuestra ida á México, ó si nos dejaria entrar en su ciudad; y aun supimos que estuvo encerrado en sus devociones y sacrificios dos dias, juntamente con diez papas los mas principales, y hubo respuesta de aquellos ídolos que tenían por dioses, y fué que le aconsejaron que nos enviase mensajeros á disculpar de lo de Cholula, y que con muestras de paz nos deje entrar en México, y que estando dentro, con quitarnos la comida é agua, ó alzar cualquiera de las puentes, nos mataria, y que en un dia, si nos daba guerra, no quedaria uno de nosotros á vida, y que alli podria hacer sus sacrificios, así al Huichilóbos, que les dió esta respuesta, como á Texcatocupa, que tenían por dios del infierno, é se hartarian de nuestros muslos y piernas y brazos, y de las tripas y el cuerpo y todo lo demás hartarian las culebras y serpientes é ligres que tenían en unas casas de madera, como adelante diré en su tiempo y lugar. Dejemos de hablar de lo que Montezuma sintió de lo sobredicho, y digamos cómo esta cosa ó castigo de Cholula fué sabido en todas las provincias de la Nueva-España. Y si de antes teníamos fama de esforzados, y habian sabido de las guerras de Potonchan y Tabasco y de Cingapacunga y lo de Tlascala, y nos llamaban teules, que es nombre como sus dioses ó cosas malas, desde alli adelante nos tenían por adivinos, y decían que no se nos podria encubrir cosa ninguna mala que contra nosotros tratasen, que no lo supiésemos, y á esta causa nos mostraban buena voluntad. Y creo que estarán hartos los curiosos lectores de oír esta relacion de Cholula, é ya quisiera habella acabado de escribir. Y no puedo dejar de traer aqui á la memoria las redes de maderos gruesos que en ella hallamos; las cuales tenían llenas de indios y muchachos á cebo, para sacrificar y comer sus carnes; las cuales redes quebramos, y los indios que en ellas estaban presos les mandó Cortés que se fuesen adonde eran naturales, y con amenazas mandó á los capitanes y papas de aquella ciudad que no tuviesen mas indios de aquella manera ni comiesen carne humana, y así lo prometieron. Mas ¿qué aprovechaban aquellos prometimientos, que no lo cumplian? Pusemos ya adelante, y digamos que aquestas fueron las grandes crueldades que escribe y nunca acaba de decir el señor obispo de Chiapa, don fray Bartolomé de las Casas; porque afirma y dice que sin causa ninguna, sino por nuestro pasatiempo y porque se nos antojó, se hizo aquel castigo. Y tambien quiero decir que unos buenos religiosos franciscos, que fueron los primeros frailes que su majestad envió á esta Nueva-España despues de ganado México, segun adelante diré, fueron á Cholula para saber y pesquisar é inquirir cómo y de qué manera pasó aquel castigo, é por qué cau-

sa, é la pesquisa que hicieron fué con los mismos papas é viejos de aquella ciudad; y despues de bien subido de ellos mismos, hallaron ser ni mas ni menos que en esta mi relacion escribo; y si no se hiciera aquel castigo, nuestras vidas estaban en harto peligro, segun los escuadrones y capitanes tenían de guerreros mejicanos y de los naturales de Cholula, é albarradas é pertrechos; que si alli por nuestra desdicha nos mataran, esta Nueva-España no se ganara tan presto ni se atreviera á venir otra armada, é ya que viniera, fuera con gran trabajo, porque les defendieran los puertos; y se estuvieran siempre en sus idolatrias. Yo he oído decir á un fraile francisco de buena vida, que se decia fray Toribio Montelmea, que si se pudiera excusar aquel castigo, y ellos no dieran causa á que se hiciese, que mejor fuera; mas ya que se hizo, que fué bueno para que todos los indios de todas las provincias de la Nueva-España viesen y conociesen que aquellos ídolos y los demás son malos y mentirosos, y que viendo que lo que los habia prometido salió al revés, que perdiesen la devocion que antes tenían con ellos, y que desde alli en adelante no lo sacrificaban ni venian en romería de otras partes, como solian; y desde entonces no curaron mas dél, y le quitaron del alto en donde estaba, y lo escondieron ó quebraron, que no pareció mas, y en su lugar habian puesto otro ídolo. Dejémoslo ya, y diré lo que mas adelante hicimos.

CAPITULO LXXXIV.

De ciertas pláticas é mensajeros que enviamos al gran Montezuma.

Como habian ya pasado catorce dias que estábamos en Cholula, y no teníamos en qué entender, y vimos que quedaba aquella ciudad muy poblada, é hacian mercados, é habíamos hecho amistades entre ellos y los de Tlascala, é les teníamos puesto una cruz é amonestados las cosas tocantes á nuestra santa fe, y vimos que el gran Montezuma enviaba á nuestro real espías encubiertamente á saber é inquirir qué era nuestra voluntad, é si habíamos de pasar adelante para ir á su ciudad, porque todo lo alcanzaba á saber muy enteramente por dos embajadores que estaban en nuestra compañía; acordó nuestro capitan de entrar en consejo con ciertos capitanes é algunos soldados que sabia que le tenían buena voluntad, y porque, demás de ser muy esforzados, eran de buen consejo; porque ninguna cosa hacia sin primero tomar sobre ello nuestro parecer. Y fué acordado que blanda y amorosamente enviásemos á decir al gran Montezuma que para cumplir con lo que nuestro rey y señores nos envió á estas partes, hemos pasado muchos mares é remotas tierras, solamente para le ver é decille cosas que le serian muy provechosas cuando las haya entendido; que viviendo que veníamos camino de su ciudad, porque sus embajadores nos encaminaron por Cholula, que dijeron que eran sus vasallos; é que dos dias, los primeros que en ella entramos, nos recibieron muy bien, é para otro dia tenían ordenada una traicion, con pensamiento de matarnos; y porque somos hombres que tenemos tal colidad, que no se nos puede encubrir cosa de trato ni traicion ni maldad que contra nosotros quieran hacer, que luego no la sepamos; é que por esta causa castigamos á algu-

mas de los que querian ponerlo por obra. E que porque supo que eran sus sujetos, teniendo respeto á su persona y á nuestra gran amistad, dejó de matar y asolar todos los que fueran en pensar en la traicion; y lo peor de todo es, que dijeron los papas é caciques que por consejo é mandado dél y de sus embajadores lo querian hacer; lo cual nunca creimos, que tan gran señor como él es tal mandase, especialmente habiéndose dado por nuestro amigo; y tenemos colegido de su persona que, ya que tan mal pensamiento sus idolos le pusiesen de darnos guerra, que seria en el campo; mas en tanto teniamos que pelense en campo como en poblado, que de día que de noche, porque los matariamos á quien tal pensase hacer. Mas como lo tiene por grande amigo y le desea ver y hablar, luego nos partimos para su ciudad á dallo cuenta muy por entero de lo que el Rey nuestro señor nos mandó. Y como el Montezuma oyó esta embajada, y entendió que por lo de Cholula no le poníamos culpa, oímos decir que tornó á entrar con sus papas en ayunos é sacrificios que hicieron á sus ídolos, para que se tornase á rectificar que si nos dejaria entrar en su ciudad ó no, y si se lo tornaba á mandar, como le habia dicho otra vez. Y la respuesta que les tornó á dar fué como la primera, y que de hecho nos deje entrar, y que dentro nos mataria á su voluntad. Y mas le aconsejaron sus capitanes y papas, que si por algún estorbo en la entrada, que le haríamos guerra en los pueblos sus sujetos, teniendo, como teniamos, por amigos á los tlascaltecas y todos los totonaques de la sierra, é otros pueblos que habian tomado nuestra amistad, y por excusar estos males, que mejor y mas sano consejo es el que les ha dado su Huichilóh. Dejemos de mas decir de lo que Montezuma tenia acordado, é diré lo que sobre ello hizo, y cómo acordamos de ir camino de Méjico, y estando de partida llegaron mensajeros de Montezuma con un presente, y lo que envió á decir.

CAPITULO LXXV.

Como el gran Montezuma envió un presente de oro, y lo que envió á decir, y cómo acordamos ir camino de Méjico, y lo que mas acaeció.

Como el gran Montezuma hubo tomado otra vez consejo con sus Huichilóhs é papas é capitanes, y todos le aconsejaron que nos dejase entrar en su ciudad, é que allí nos matarian á su salvo. Y después que oyó las palabras que le enviaron á decir acerca de nuestra amistad, é tambien otras razones bravosas, cómo somos hombres que no se nos encubre traicion que contra nosotros se trate, que no lo sepamos, y que en lo de la guerra, que eso se nos da que sea en el campo ó en poblado, que de noche ó de día, ó de otra cualquier manera; é como habia entendido las guerras de Tlascala, é habia sabido lo de Potónchan é Tabasco é Cimpacanga, é agora lo de Cholula, estaba asombrado y con temeroso; y después de muchos acuerdos que tuvo, envió seis principales con un presente de oro y joyas de mucha diversidad de hechuras, que valdria, á lo que juzgaban, sobre dos mil pesos, y tambien envió ciertas cargas de mantas muy ricas de primas labores; é cuando aquellos principales llegaron ante Cortés con el presente, besaron la tierra con la mano, y con gran

acato, como entre ellos se usa, dijeron: «Malinche, nuestro señor el gran Montezuma te envía este presente, y dice que lo recibas con el amor grande que te tiene é á todos vuestros hermanos, é que le pesa del enojo que les dieron los de Cholula, é quisiera que los castigaras mas en sus personas, que son malos y mentirosos, é que las maldades que ellos querian hacer, le echaban á él la culpa é á sus embajadores; é que tuviésemos por muy cierto que era nuestro amigo, é que vamos á su ciudad cuando quisiéremos, que puesto que él nos quiere hacer mucha honra, como á personas tan esforzadas y mensajeros de tan alto rey como decís que es, é porque no tiene que nos dar de comer, que á la ciudad se lleva todo el bastimento de acarreo, por estar en la laguna poblados, no lo podia hacer tan cumplidamente; mas que él procurará de hacernos toda la mas honra que pudiere, y que por los pueblos por donde habiamos de pasar, que él ha mandado que nos den lo que hubiéremos menester;» é dijo otros muchos complimientos de palabra. Y como Cortés lo entendió por nuestras lenguas, recibió aquel presente con muestras de amor, é abrazó á los mensajeros y les mandó dar ciertos diamantes torcidos, é todos nuestros capitanes é soldados nos alegramos con tan buenas nuevas, é mandarnos que vamos á su ciudad, porque de día en día lo estábamos deseando todos los mas soldados, especial los que no dejábamos en la isla de Cuba bienes ningunos, é habiamos venido dos veces á descubrir primero que Cortés. Dejemos esto, y digamos cómo el capitán les dió buena respuesta y muy amorosa, y mandó que se quedasen tres mensajeros de los que vinieron con el presente, para que fuesen con nosotros por guías, y los otros tres volvieron con la respuesta á su señor, y les avisaron que ya íbamos camino. Y después que aquella nuestra partida entendieron los caciques mayores de Tlascala, que se decian Xicotenga el viejo é ciego, y Masse-Escaci, los cuales he nombrado otras veces, les pesó en el alma, é enviaron á decir á Cortés que ya le habian dicho muchas veces que mirase lo que hacia, é se guardase de entrar en tan grande ciudad, donde habia tantas fuerzas y tanta multitud de guerreros; porque un día ó otro nos darian guerra, é temian que no podriamos salir con las vidas; é que por la buena voluntad que nos tienen, que ellos quieren enviar diez mil hombres con capitanes esforzados, que vayan con nosotros con bastimento para el camino. Cortés les agradeció mucho su buena voluntad, y les dijo que no era justo entrar en Méjico con tanta copia de guerreros, especialmente siendo tan contrarios los unos de los otros; que solamente habia menester mil hombres para llevar los tepuzques é fardaje é para adobar algunos caminos. Ya he dicho otra vez que tepuzques en estas partes dicen por los tiros, que son de hierro, que llevábamos; y luego despacharon los mil indios muy apercebidos; é ya que estábamos muy á punto para raminar, vinieron á Cortés los caciques é todos los mas principales guerreros de Cempoal que andaban en nuestra compañía, y nos sirvieron muy bien y lealmente, é dijeron que se querian volver á Cempoal, y que no pasarian de Cholula adelante para ir á Méjico, porque cierto tenian que si allá iban, que habian de

morir ellos y nosotros, é que el gran Montezuma los mandaría matar, porque eran personas muy principales de los de Cempoal, que fueron en quitalle la obediencia é en que no se le diese tributo, y en aprisionar sus recaudadores cuando hubo la rebelion ya por mi otra vez escrita en esta relacion. Y como Cortés les vió que con tanta voluntad lo demandaban aquella licencia, les respondió con doña Marina é Aguilar que no hubiesen temor ninguno de que recibirian mal ni daño, é que, pues iban en nuestra compañía, que ¿quién habia de ser osado á los enojar á ellos ni á nosotros? E que les rogaba que mudasen su voluntad é que se quedasen con nosotros, y les prometió que les haria ricos; é por mas que se lo rogó Cortés, é doña Marina se lo decia muy afectuosamente, nunca quisieron quedar, sino que se querian volver; é como aquello vió Cortés, dijo: «Nunca Dios quiera que nosotros llevemos por fuerza á esos indios que tan bien nos han servido;» y mandó traer muchas cargas de mantas ricas, é se las repartió entre todos, é tambien envió al cacique gordo, nuestro amigo, señor de Cempoal, dos cargas de mantas para él y para su sobrino Cuesco, que así se llamaba otro gran cacique, y escribió al teniente Juan de Escalante, que dejáramos por capitán, y era en aquella sazón alguacil mayor, todo lo que nos habia acaecido, y cómo ya íbamos camino de Méjico, é que mirase muy bien por todos los vecinos, é se velase, que siempre estuviese de día é de noche con gran cuidado; que acabase de hacer la fortaleza, é que á los naturales de aquellos pueblos que los favoreciese contra mejicanos, y no les hiciese agravio, ni ningún soldado de los que con él estaban; y escritas estas cartas, y partidos los de Cempoal, comenzamos de ir de nuestro camino muy apercebidos.

CAPITULO LXXXVI.

Cómo comenzamos á caminar para la ciudad de Méjico, y de lo que en el camino nos avino, y lo que Montezuma envió á decir.

Así como salimos de Cholula con gran concierto, como lo teníamos de costumbre, los corredores del campo á caballo descubriendo la tierra, y peones muy sueltos juntamente con ellos, para si algun paso malo ó embarazo hubiese se ayudasen los unos á los otros, é nuestros tiros muy á punto, é escopetas é ballesteros, é los de á caballo de tres en tres para que se ayudasen, é todos los mas soldados en gran concierto. No sé yo para qué lo traigo tanto á la memoria, sino que en las cosas de la guerra por fuerza hemos de hacer relacion dello, para que se vea cuál andáramos la barba sobre el hombro. E así caminando, llegamos aquel día á unos ranchos que están en una como sierrezuela, que es poblacion de Guaxocingo, que me parece que se dicen los ranchos de Iscalpan, cuatro leguas de Cholula; y allí vinieron luego los caciques y papas de los pueblos de Guaxocingo, que estaban cerca, é eran amigos é confederados de los de Tlascala, y tambien vinieron otros pueblezuelos que están poblados á las faldas del volcan, que confinan con ellos, y trujeron todos mucho bastimento y un presente de joyas de oro de poca valia, y dijeron á Cortés que recibiese aquello, y no mirase á lo poco que era, sino á la voluntad con

que se lo daban; y le aconsejaron que no fuese á Méjico, que era una ciudad muy fuerte y de muchos guerreros, y que corriamos mucho peligro; é que ya que íbamos, que subido aquel puerto, que habia dos caminos muy anchos, y que el uno iba á un pueblo que se dice Chalco, y el otro Talmalanco, que era otro pueblo, y entrambos sujetos á Méjico, y que el un camino estaba muy barrido y limpio para que vamos por él, y que el otro camino lo tienen ciego, y cortados muchos árboles muy gruesos y grandes pinos porque no puedan ir caballos ni pudiésemos pasar adelante; y que abajado un poco de la sierra, por el camino que tenían limpio, creyendo que habíamos de ir por él, que tenían cortado un pedazo de la sierra, y habia allí mamparos é albarradas, é que han estado en el poso ciertos escuadrones de mejicanos para nos matar, é que nos aconsejaban que no fuésemos por el que estaba limpio, sino por donde estaban los árboles atravesados, é que ellos nos darán mucha gente que lo desembaracen. E pues que iban con nosotros los tlascaltecas, que todos quitarian los árboles, é que aquel camino salia á Talmalanco; é Cortés recibió el presente con mucho amor, y les dijo que les agradecia el aviso que le daban, y con el ayuda de Dios que no dejará de seguir su camino, é que irá por donde le aconsejaban. E luego otro día bien de mañana comenzamos á caminar, é ya era cerca de mediodía cuando llegamos en lo alto de la sierra, donde hallamos los caminos ni mas ni menos que los de Guaxocingo dijeron; y allí reparamos un poco y aun nos dió que pensar en lo de los escuadrones mejicanos, y en la sierra cortada donde estaban las albarradas de que nos avisaron. Y Cortés mandó llamar á los embajadores del gran Montezuma, que iban en nuestra compañía, y les preguntó que cómo estaban aquellos dos caminos de aquella manera, el uno muy limpio y barrido, y el otro lleno de árboles cortados nuevamente. Y respondieron que porque vamos por el limpio, que sale á una ciudad que se dice Chalco, donde nos harán buen recibimiento, que es de su señor Montezuma; y que el otro camino, que le pusieron aquellos árboles y le cagaron porque no fuésemos por él, que hay malos pasos é se rodea algo para ir á Méjico, que sale á otro pueblo que no es tan grande como Chalco; entonces dijo Cortés que queria ir por el que estaba embarazado, é comenzamos á subir la sierra puestos en gran concierto, y nuestros amigos apartando los árboles muy grandes y gruesos, por donde pasamos con gran trabajo, y hasta hoy están algunos dellos fuera del camino; y subiendo á lo mas alto, comenzó á nevar y se cajo de nieve la tierra, é caminamos la sierra abajo, y fuimos á dormir á unas caserías que eran como á manera de aposentos ó mesones, donde posaban indios mercaderes, é tuvimos bien de cenar, é con gran frio pusimos nuestras velas y rondas é aun corredores del campo; é otro día comenzamos á caminar, é á hora de misas mayores llegamos á un pueblo que ya he dicho que se dice Talmalanco, y nos recibieron bien, é de comer no faltó; é como supieron de otros pueblos de nuestra llegada, luego vinieron los de Chalco, é se juntaron con los de Talmalanco, é á Mecameca é Acitago, donde están las canoas, que es puerto dellos, é otros

pueblozuelos que ya no se me acuerda el nombre de los; y todos juntos trujeron un presente de oro y dos cargas de mantas é ocho indias, que valdria el oro sobreciento y cincuenta pesos, é dijeron: «Malinche, recibe estos presentes que te damos, y tenenos de aquí adelante por tus amigos;» y Cortés los recibió con grande amor, y se les ofreció que en todo lo que hubiesen menester los ayudaria; y cuando los vió juntos, dijo al padre de la Merced que les amonestase las cosas tocantes á nuestra santa fe é dejasen sus ídolos; y se les dijo todo lo que soliamos decir en los mas pueblos por donde habiamos venido; é á todo respondieron que buen dicho estaba é que lo verian adelante. Tambien se les dió á entender el gran poder del Emperador nuestro señor, y que veniamos á deshacer agravios é robos, é que para ello nos envió á estas partes; é como aquellos oyeron todos aquellos pueblos que dicho tengo, secretamente, que no lo sintieron los embajadores mejicanos, dieron tantas quejas de Montezuma y de sus recaudadores, que les robaban cuanto tenian, é las mujeres é hijas si eran hermosas las forzaban delante dellos y de sus maridos, y se las tomaban, é que les hacian trabajar como si fueran esclavos, que les hacian llevar en canoas é por tierra madera de pinos, é piedra é leña é miel, é otros muchos servicios de sembrar maizales, é les tomaban sus tierras para servicio de ídolos, é otras muchas quejas, que como há ya muchos años que pasó, no me acuerdo; é Cortés les consoló con palabras amorosas, que se las sabia muy bien decir con doña Marina, é que ahora al presente no puede entender en buecos justicia, é que se sufriesen, que él les quitaria aquel dominio; é secretamente les mandó que fuesen dos principales con otros cuatro amigos de Tlascala á ver el camino barrido que nos hubieron dicho los de Guazacoingo que no fuésemos por él, para que viesen que ábarradas é mamparos tenian, y si estaban allí algunos escuadrones de guerra; y los caciques respondieron: «Malinche, no hay necesidad de ir á ver, porque todo está ahora muy llano é aderezado. E has de saber que hubrá seis dias que estaban á un mal paso, que tenian cortada la sierra porque no pudiesen pasar, con mucha gente de guerra del gran Montezuma; y hemos sabido que su Huichilóbos, que es el dios que tienen de la guerra, les aconsejó que os dejen pasar, é cuando hayais entrado en Méjico, que allí os mataran; por tanto, lo que nos parece es, que os estéis aquí con nosotros, y os daremos de lo que tuviéremos; é no vais á Méjico, que sabemos cierto que, segun es fuerte y de muchos guerreros, no os dejarán con las vidas;» y Cortés les dijo con buen semblante que no tenian los mejicanos ni otras ningunas naciones poder para nos matar, salvo nuestro Señor Dios, en quien creemos. E que porque vean que el mismo Montezuma y á todos los caciques y papas les vamos á dar á entender lo que nuestro Dios manda, que luego nos queriamos partir, é que le diesen veinte hombres principales que vayan en nuestra compañía, é que haria mucho por ellos, é les haria justicia cuando haya entrado en Méjico, para que Montezuma ni sus recaudadores no les hagan las demasías y fuerzas que han dicho que los hacen; y con alegre rostro todos los de

HA-n.

aquellos pueblos por mí ya nombrados dieron buenas respuestas y nos trujeron los veinte indios; é ya que estábamos para partir, vinieron mensajeros del gran Montezuma, y lo que dijeron diré adelante.

CAPITULO LXXXVII.

Cómo el gran Montezuma nos envió otros embajadores con un presente de oro y mantas, y lo que dijeron á Cortés, y lo que les respondió.

Yo que estábamos de partida para ir nuestro camino á Méjico, vinieron ante Cortés cuatro principales mejicanos que envió Montezuma, y trujeron un presente de oro y mantas; y después de hecho su acato, como lo tenian de costumbre, dijeron: «Malinche, este presente te envia nuestro señor el gran Montezuma, y dice que le pesa mucho por el trabajo que habeis pasado en venir de tan léjas tierras á le ver, y que ya te ha enviado á decir otra vez que te dará mucho oro y plata y chalcihuis en tributo para vuestro emperador y para vos y los demás teules que traeis, y que no vengas á Méjico. Ahora nuevamente te pide por merced que no puses de aquí adelante, sino que te vuelvas por donde veniste; que él te promete de te enviar al puerto mucha cantidad de oro y plata y ricas piedras para ese vuestro rey, y para tí te dará cuatro cargas de oro, y para cada uno de tus hermanos una carga; porque ir á Méjico, es excusada tu entrada dentro, que todos sus vasallos están puestos en armas para no os dejar entrar.» Y demás desto, que no tenia camino, sino muy angosto, ni bastimentos que comiésemos; y dijo otras muchas razones y inconvenientes para que no pasásemos de allí; é Cortés con mucho amor abrazó á los mensajeros, puesto que le pesó de la embajada, y recibió el presente, que ya no se me acuerda qué tanto valia; é á lo que yo vi y entendí, jamás dejó de enviar Montezuma oro, poco ó mucho, cuando nos enviaba mensajeros, como otra vez he dicho. Y volviendo á nuestra relacion, Cortés les respondió que se maravillaba del señor Montezuma, habiéndose dado por nuestro amigo y siendo tan gran señor, tener tantas mudanzas, que unas veces dice uno y otras envia á mandar al contrario. Y que en cuanto á lo que dice que dará el oro para nuestro señor el Emperador y para nosotros, que se lo tiene en merced, y por aquello que ahora le envia, que en buenas obras se lo pagará, el tiempo andando; y que si le parecerá bien que estando tan cerca de su ciudad, será bueno volvernos del camino sin hacer aquello que nuestro señor nos manda. Que si el señor Montezuma hubiese enviado mensajeros y embajadores á algun gran señor, como él es, é ya que llegasen cerca de su casa aquellos mensajeros que enviaba se volbiesen sin le hablar y decirle á lo que iban, cuando volbiesen ante su presencia con aquel recaudo, ¿qué merced les haria, sino tenellos por cobardes y de poca calidad? Que así haria el Emperador nuestro señor con nosotros; y que de una manera ó otra que habiamos de entrar en su ciudad, y desde allí adelante que no le enviase mas excusas sobre aquel caso, porque le ha de ver y hablar y dar razon de todo el recaudo á que hemos venido, y ha de ser á su sola persona; y cuando lo haya entendido, si no le pareciere bien nuestra estada en su ciudad,

6

que nos volveremos por donde venimos. E cuanto á lo que dice, que no tiene comida sino muy poco, é que no nos podremos sustentar, que somos hombres que con poca cosa que comemos nos pasamos, é que ya vamos á su ciudad, que haya por bien nuestra ida. Y luego en despachando los mensajeros, comenzamos á caminar para Méjico; y como nos habian dicho y avisado los de Guaxocingo y los de Chalco que Montezuma habia tenido pláticas con sus ídolos y papas que si nos dejaría entrar en Méjico ó si nos daría guerra, y todos sus papas le respondieron que decia su Huichilóbos que nos dejase entrar, que allí nos podrá matar, segun dicho tengo otras veces en el capítulo que dello habla; y como somos hombres y temiamos la muerte, no dejábamos de pensar en ello; y como aquella tierra es muy poblada, íbamos siempre caminando muy chicas jornadas, y encomendándonos á Dios y á su bendita Madre nuestra Señora, y platicando cómo y de qué manera podíamos entrar, y pusimos en nuestros corazones con buena esperanza, que pues nuestro Señor Jesucristo fué servido guardarnos de los peligros pasados, que tambien nos guardaria del poder de Méjico; y fuimos á dormir á un pueblo que se dice Istapalatengo, que es la mitad de las casas en el agua y la mitad en tierra firme, donde está una sierrezuela, y agora está una venta cabe él, y allí tuvimos bien de cenar. Dejemos esto, y volvamos al gran Montezuma, que como llegaron sus mensajeros é oyó la respuesta que Cortés le envió, luego acordó de enviar á su sobrino, que se decia Cacamatzin, señor de Tezcucó, con muy gran fausto á dar el bien venido á Cortés y á todos nosotros; y como siempre teniamos de costumbre tener velas y corredores del campo, vino uno de nuestros corredores á avisar que venia por el camino muy gran copia de mejicanos de paz, y que al parecer venian de ricas mantas vestidos; y entonces cuando esto pasó era muy de mañana, y queriamos caminar, y Cortés nos dijo que reparásemos en nuestras posadas hasta ver qué cosa era; y en aquel instante vinieron cuatro principales, y hacen á Cortés gran reverencia, y le dicen que allí cerca viene Cacamatzin, grande señor de Tezcucó, sobrino del gran Montezuma, y que nos pide por merced que aguardemos hasta que venga; y no tardó mucho, porque luego llegó con el mayor fausto y grandeza que ningun señor de los mejicanos habiamos visto traer, porque venia en andas muy ricas, labradas de plumas verdes, y mucha argentería y otras ricas piedras engastadas en ciertas arboledas de oro que en ellas traia hechas de oro, y traian las andas á cuestras ocho principales, y todos decian que eran señores de pueblos; é ya que llegaron cerca del aposento donde estaba Cortés, le ayudaron á salir de las andas, y le barrieron el suelo, y le quitaban las pajas por donde habia de pasar; y desde llegaron ante nuestro capitán, le hicieron grande acato, y el Cacamatzin le dijo: «Malinche, aquí venimos yo y estos señores á te servir, hacerte dar todo lo que hubieres menester para tí y tus compañeros, y meteros en vuestras casas, que es nuestra ciudad; porque así nos es mandado por nuestro señor el gran Montezuma, y dice que por esto lo deja, y no por falta de muy buena voluntad que os tiene.» Y cuando nuestro capitán y todos nosotros vimos

tanto aparato y majestad como traian aquellos caciques, especialmente el sobrino de Montezuma, lo tuvimos por muy gran cosa, y platicamos entre nosotros que cuando aquel cacique traia tanto triunfo, ¿qué haria el gran Montezuma? Y como el Cacamatzin hubo dicho su razonamiento, Cortés le abrazó y le hizo muchas caricias á él y á todos los mas principales, y le dió tres piedras que se llaman marenjitas, que tienen dentro de sí muchas pinturas de diversos colores, é á los demás principales se les dió diamantes azules, y les dijo que se lo tenia en merced, é ¿cuándo pagaria al señor Montezuma las mercedes que cada dia nos hace? Y acabada la plática, luego nos partimos; é como habian venido aquellos caciques que dicho tengo, traian mucha gente consigo y de otros muchos pueblos que están en aquella comarca, que se llaman á vernos, todos los caminos estaban llenos dellos; y otro dia por la mañana llegamos á la calzada ancha, íbamos camino de Iztapalapa; y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha por nivel cómo iba á Méjico, nos quedamos admirados, y deciamos que parecia á las casas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cues y edificios que tenian dentro en el agua, y todas de cal y canto; y aun algunos de nuestros soldados decian que si aquello que veian si era entre sueños. Y no es de maravillar que yo aquí lo escriba desta manera, porque hay que ponderar mucho en ello, que no sé cómo lo cuente, ver cosas nunca oídas ni vistas y aun soñadas, como vimos. Pues desde que llegamos cerca de Iztapalapa, ver la grandeza de otros caciques que nos salieron á recibir, que fué el señor del pueblo, que se decia Coadlavaca, y el señor de Cuyoacan, que entrambos eran deudos muy cercanos del Montezuma; y de cuando entramos en aquella villa de Iztapalapa de la manera de los palacios en que nos aposentaron, de cuán grandes y bien labrados eran, de cantería muy prima, y la madera de cedros y de otros buenos árboles olorosos, con grandes patios é cuartos, cosas muy de ver, y entoldados con paramentos de algodón. Después de bien visto todo aquello, fuimos á la huerta y jardín, que fué cosa muy admirable vello y pasallo, que no me hartaba de mirallo y ver la diversidad de árboles y los olores que cada uno tenia, y andenes llenos de rosas y flores, y muchos frutales y rosales de la tierra, y un estanque de agua dulce; y otra cosa de ver, que podrian entrar en el verjel grandes cañones desde la laguna por una abertura que tenia hecha, sin saltar en tierra, y todo muy encalado y lucido de muchas maneras de piedras, y pinturas en ellas, que habia harto que ponderar, y de las aves de muchas roles y diversidades que entraban en el estanque. Digo otra vez que lo estuve mirando, y no creí que en el mundo hubiese otras tierras descubiertas como estas; porque en aquel tiempo no habia Perú ni memoria dél. Agora toda esta villa está por el suelo perdida, que no hay cosa en pie. Pasemos adelante, y diré cómo trajeron un presente de oro los caciques de aquella ciudad y los de Cuyoacan, que valia sobre dos mil pesos, y Cortés les dió muchas gracias por ello y les mostró grande amor, y so les dijo con nuestras lenguas las cosas tocantes á

nuestra santa fe, y se les declaró el gran poder de nuestro señor el Emperador; é porque hubo otras muchas pláticas, lo dejaré de decir, y diré que en aquella sazón era muy gran pueblo, y que estaba poblada la mitad de las casas en tierra y la otra mitad en el agua; agora en esta sazón está todo seco, y siembran donde solía ser laguna, y está de otra manera mudado, que si no lo hubiera de antes visto, no lo dijera, que no era posible que aquello que estaba lleno de agua esté agora sembrado de maizales y muy perdido. Dejémoslo aquí, y diré del solenísimo recibimiento que nos hizo Montezuma á Cortés y á todos nosotros en la entrada de la gran ciudad de Méjico.

CAPITULO LXXXVIII.

Del gran é solenne recibimiento que nos hizo el gran Montezuma á Cortés y á todos nosotros en la entrada de la gran ciudad de Méjico.

Luego otro día de mañana partimos de Iztapalapa muy acompañados de aquellos grandes caciques que atrás he dicho. Ibamos por nuestra calzada adelante, la cual es ancha de ocho pasos, y va tan derecha á la ciudad de Méjico, que me parece que no se tuerce poco ni mucho; é puesto que es bien ancha, toda iba llena de aquellas gentes, que no cabian, unos que entraban en Méjico y otros que salian, que nos venian á ver, que no nos podíamos rodear de tantos como vinieron, porque estaban llenas las torres y cues y en las canoas y de todas partes de la laguna; y no era cosa de maravillar, porque jamás habian visto caballos ni hombres como nosotros. Y de que vimos cosas tan admirables, no sabíamos qué nos decir, ó si era verdad lo que por delante parecia, que por una parte en tierra habia grandes ciudades, y en la laguna otras muchas, é viámoslo todo lleno de canoas, y en la calzada muchas puentes de trecho á trecho, y por delante estaba la gran ciudad de Méjico, y nosotros aun no llegábamos á cuatrocientos cincuenta soldados, y teníamos muy bien en la memoria las pláticas é avisos que nos dieron los de Guaxo-cingo é Tlascala y Tlamanalco, y con otros muchos consejos que nos habian dado para que nos guardásemos de entrar en Méjico, que nos habian de matar cuando dentro nos tuviesen. Miren los curiosos lectores esto que escribo, si habia bien que ponderar en ello; ¿qué hombres ha habido en el universo que tal atrevimiento tuviesen? Pasemos adelante, y vamos por nuestra calzada. Ya que llegábamos donde se aparta otra calzadilla que iba á Cuyoacan, que es otra ciudad adonde estaban unas como torres, que eran sus adoratorios, vinieron muchos principales y caciques con muy ricas mantas sobre sí, con galanías y libreas diferenciadas las de los unos caciques á los otros, y las calzadas llenas de ellos, y aquellos grandes caciques enviaba el gran Montezuma delante á recibirnos; y así como llegaban delante de Cortés decian en sus lenguas que fuésemos bien venidos, y en señal de paz tocaban con la mano en el suelo y besaban la tierra con la mesma mano. Así que, estuvimos detenidos un buen rato, y desde allí se adelantaron el Cacamacan, señor de Tezcucó, y el señor de Iztapalapa y el señor de Tacuba y el señor de Cuyoacan á encontrarse con el gran Montezuma, que

venia cerca en ricas andas, acompañado de otros grandes señores y caciques que tenían vasallos; é ya que llegábamos cerca de Méjico, adonde estaban otras torrecillas, se apeó el gran Montezuma de las andas, y traíenle del brazo aquellos grandes caciques debajo de un patio muy riquísimo á maravilla, y la color de plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha argentería y perlas y piedras chalchihuis, que colgaban de unas como bordaderas, que hubo mucho que mirar en ello; y el gran Montezuma venia muy ricamente ataviado, segun su usanza, y traia calzados unos como cotaras, que así se dice lo que se calzan, las suelas de oro, y muy preciada pedrería encima en ellas; é los cuatro señores que le traian del brazo venian con rica manera de vestidos á su usanza, que parece ser se los tenían aparejados en el camino para entrar con su señor, que no traian los vestidos con que nos fueron á recibir; y venian, sin aquellos grandes señores, otros grandes caciques, que traian el patio sobre sus cabezas, y otros muchos señores que venian delante del gran Montezuma barriendo el suelo por donde habia de pisar, y le ponian mantas porque no pisase la tierra. Todos estos señores ni por pensamiento le miraban á la cara, sino los ojos bajos é con mucho acato, excepto aquellos cuatro deudos y sobrinos suyos que le llevaban del brazo. E como Cortés vió y entendió é le dijeron que venia el gran Montezuma, se apeó del caballo, y desde llegó cerca de Montezuma, á una se hicieron grandes acatos; el Montezuma le dió el bien venido, é nuestro Cortés le respondió con doña Marina que él fuese el muy bien estado. E paréceme que el Cortés con la lengua doña Marina, que iba junto á Cortés, le daba la mano derecha, y el Montezuma no la quiso é se la dió á Cortés; y entonces sacó Cortés un collar que traia muy á mano de unas piedras de vidrio, que ya he dicho que se dicen margajitas, que tienen dentro muchas colores é diversidad de labores, y venia ensartado en unos cordones de oro con almizque porque diesen buen olor, y se le echó al cuello al gran Montezuma; y cuando se lo puso le iba á abrazar, y aquellos grandes señores que iban con el Montezuma detuvieron el brazo á Cortés que no le abrazase, porque lo tenían por menosprecio; y luego Cortés con la lengua doña Marina le dijo que holgaba agora su corazon en haber visto un tan gran príncipe, y que le tenia en gran merced la venida de su persona á le recibir y las mercedes que le hace á la continúa. E entonces el Montezuma le dijo otras palabras de buen comedimiento, é mandó á dos de sus sobrinos de los que le traian del brazo, que era el señor de Tezcucó y el señor de Cuyoacan, que se fuesen con nosotros hasta aposentarnos; y el Montezuma con los otros dos sus parientes, Cuexiauca y el señor de Tacuba, que le acompañaban, se volvió á la ciudad, y también se volvieron con él todas aquellas grandes compañías de caciques y principales que le habian venido á acompañar; é cuando se volvian con su señor estábamoslos mirando cómo iban todos, los ojos puestos en tierra, sin miralle y muy arrimados á la pared, y con gran acuto le acompañaban; y así, tuvimos lugar nosotros de entrar por las calles de Méjico sin tener tanto embarazo. ¿Quién podrá decir la multitud de hombres y mujeres y mucha-

chos que estaban en las calles é azimetas y en canons en aquellas acequias que nos salian á mirar? Era cosa de notar, que agora, que lo estoy escribiendo, se me representa todo delante de mis ojos como si ayer fuera cuando esto pasó; y considerada la cosa y gran merced que nuestro Señor Jesucristo nos hizo y fué servido de darnos gracia y esfuerzo para osar entrar en tal ciudad, é me huber guardado de muchos peligros de muerte, como adelante verán. Doyle muchas gracias por ello, que á tal tiempo me ha traído para podello escribir, é aunque no tan cumplidamente como convenia y se requiere; y dejemos palabras, pues las obras son buen testigo de lo que digo.

E volvamos á nuestra entrada en Méjico, que nos llevaron á aposentar á unas grandes casas, donde habia aposentos para todos nosotros, que habian sido de su padre del gran Montezuma, que se decia Axayuca, adonde en aquella sazón tenia el gran Montezuma sus grandes adoratorios de ídolos, é tenia una recámara muy secreta de piezas y joyas de oro, que era como tesoro de lo que habia heredado de su padre Axayuca, que no tocaba en ello; y asimismo nos llevaron á aposentar á aquella casa por causa que como nos llamaban teules, é por tales nos tenían, que estuviésemos entre sus ídolos, como teules que allí tenia. Sea de una manera ú de otra, allí nos llevaron, donde tenia hechos grandes estrados y salus muy entoldadas de paramentos de la tierra para nuestro capitan, y para cada uno de nosotros otras camas de esteras y unos tohillos encima, que no se dan mas cama por muy gran señor que sea, porque no las usan; y todos aquellos palacios muy lucidos y encañados y barridos y enramados; obra muy maravillosa; y el mismo Montezuma se lo echó al cuello á nuestro capitan Cortés, que tuvieron bien que admirar sus capitanes del gran favor que le dió; y cuando se lo hubo puesto, Cortés lo dió las gracias con nuestras lenguas; é dijo Montezuma: «Malinche, en vuestra casa estáis vos y vuestros hermanos, descansad;» y luego se fué á sus palacios, que no estaban lejos; y nosotros repartimos nuestros aposentos por capitánias, é nuestra artillería asestada en parte conveniente, y muy bien platicada la órden que en todo habíamos de tener, y estar muy apercebidos, así los de á caballo como todos nuestros soldados; y nos tenían aparejada una muy suculenta comida á su uso é costumbre, que luego comimos. Y fué esta nuestra venturosa é atrevida entrada en la gran ciudad de Tenustitlan, Méjico, á 8 días del mes de noviembre, año de nuestro Salvador Jesucristo de 1519 años. Gracias á nuestro Señor Jesucristo por todo. E puesto que no vaya expresado otras cosas que habia que decir, perdóneume, que no lo sé decir mejor por agora hasta su tiempo. E dejemos de mas pláticas, é volvamos á nuestra relacion de lo que mas nos avino; lo cual diré adelante.

CAPÍTULO LXXXIX.

Cómo el gran Montezuma vino á nuestros aposentos con muchos caciques que le acompañaban, é la plática que tuvo con nuestro capitan.

Como el gran Montezuma hubo comido, y supo que nuestro capitan y todos nosotros asimismo habia buen rato que habíamos hecho lo mismo, vino á nuestro aposento con gran copia de principales, é todos deudos suyos, é con gran pompa; é como á Cortés le dijeron que venia, le salió á la mitad de la sala á le recibir, y el Montezuma le tomó por la mano, é trajeron unos como asentaderos hechos á su usanza é muy ricos, y labrados de muchas maneras con oro; y el Montezuma dió á nuestro capitan que se sentase, é se asentaron entrambos, cada uno en el suyo, y luego comenzó el Montezuma un muy buen parlamento, é dijo que en gran manera se holgaba de tener en su casa y reino unos caballeros tan esforzados, como era el capitan Cortés y todos nosotros, é que habia dos años que tuvo noticia de otro capitan que vino á lo de Champoton, é tambien el año pasado le trujeron nuevas de otro capitan que vino con cuatro navios, é que siempre lo deseó ver, é que ahora que nos tiene ya consigo para servirnos y darnos de todo lo que tuviese. Y que verdaderamente debe de ser cierto que somos los que sus antepasados muchos tiempos antes habian dicho, que vendrian hombres de hacia donde sale el sol á señorear aquestas tierras, y que debemos de ser nosotros, pues tan valientemente peleamos en lo de Potonchan y Tabasco y con los tlascaltecas, porque todas las batallas se las trujeron pintadas al natural. Cortés le respondió con nuestras lenguas, que consigo siempre estaban, especial la doña Marina, y le dijo que no sabe con qué pagar él ni todos nosotros las grandes mercedes recibidas de cada día, é que ciertamente veniamos de donde sale el sol, y somos vasallos y criados de un gran señor que se dice el emperador don Carlos, que tiene sujetos á sí muchos y grandes principes, é que teniendo noticia dél y de cuán gran señor es, nos envió á estas partes á le ver é á rogar que sean cristianos, como es nuestro emperador é todos nosotros, é que salvarán sus ánimas él y todos sus vasallos, é que adelante le declarará mas cómo y de qué manera ha de ser, y cómo adoramos á un solo Dios verdadero, y quién es, y otras muchas cosas buenas que oirá, como les habia dicho á sus embajadores Tundit é Pitapitque é Quintalvor cuando estúbamos en los arenales. E acabado este parlamento, tenia apercebido el gran Montezuma muy ricas joyas de oro y de muchas hechuras, que dió á nuestro capitan, é asimismo á cada uno de nuestros capitanes dió cositas de oro y tres cargas de mantas de labores ricas de pluma, y entre todos los soldados tambien nos dió á cada uno á dos cargas de mantas, con alegría, y en todo parecia gran señor. Y cuando lo hubo repartido, preguntó á Cortés que si éramos todos hermanos, y vasallos de nuestro gran emperador, é dijo que sí, que éramos hermanos en el amor y amistad, é personas muy principales é criados de nuestro gran rey y señor. Y porque pasaron otras pláticas de buenos comedimientos entre Montezuma y Cortés, y por ser esta la primera vez que nos venia á visitar, y por no le ser

presado, cesaron los razonamientos; y habia mandado el Montezuma á sus mayordomos que á nuestro modo y manza estuviésemos proveidos, que és maíz, é piedras, e indias para hacer pan, é gallinas y fruta, y mucha yerba para los caballos; y el gran Montezuma se despidió con gran cortesía de nuestro capitan y de todos nosotros, y salimos con él hasta la calle, y Cortés nos mandó que al presente que no fuésemos muy lejos de los aposentos, hasta entender mas lo que conviniere. E quedarse lá aquí, é dire lo que adelante pasó.

CAPITULO XC.

Como luego otro dia fué nuestro capitan á ver al gran Montezuma, y de ciertas pláticas que tuvieron.

Otro dia acordó Cortés de ir á los palacios de Montezuma, é primero envió á saber qué hacia, y supiese cómo thamos, y llevó consigo cuatro capitanes, que fué Pedro de Alburado y Juan Velazquez de Leon y Diego de Ordás, é á Gonzalo de Sandoval, y tambien fuimos cinco soldados; y como el Montezuma lo supo, salió á nos recibir á la mitad de la sala, muy acompañado de sus sobrinos, porque otros señores no entraban ni comunicaban donde el Montezuma estaba, si no era á negocios importantes; y con gran acato que hizo á Cortés, y Cortés á él, le tomaron por las manos, é adonde estaba su estrado le hizo sentar á la mano derecha; y asimismo nos mandó sentar á todos nosotros en asientos que allí mandó traer; é Cortés le comenzó á hacer un razonamiento con nuestras lenguas doña Mariua é Aguilar; é dijo que ahora, que habia venido á ver y hablar á un tan gran señor como era, estaba descansado, y toda á nosotros, pues ha cumplido el viaje é mando que nuestro gran rey y señor le mandó; é lo que mas le viene á decir de parte de nuestro Señor Dios es, que ya su merced habrá entendido de sus embajadores Tencille é Italtipitque é Quintalvor, cuando nos hizo las mercedes de enviarnos la luna y el sol de oro en el arenal, como les dijimos que éramos cristianos é adoramos á un solo Dios verdadero, que se dice Jesucristo, el cual padeció muerte y pasion por nos salvar; y le digimos, cuando nos preguntaron que por qué adorábamos aquella cruz, que la adorábamos por otra que era señal donde nuestro Señor fué crucificado por nuestra salvacion, é que aquesta muerte y pasion que permitió que así fuese por salvar por ella todo el linaje humano, que estaba perdido; y que aquesta nuestro Dios resucitó al tercero dia y está en los cielos, y es el que hizo el cielo y tierra y la mar, y crió todas las cosas que hay en el mundo, y las aguas y rocios, y ninguna cosa se hace sin su santa voluntad; y que en él creemos y adoramos, y que aquellos que ellos tienen por dioses, que no lo son, sino diablos, que son cosas muy malas, y cuales tienen las figuras, que peores tienen los hechos; é que mirasen cuán malos son y de poca valia, que adonde tenemos puestas cruces como las que vieron sus embajadores, con temor dellas no osan parecer delante, y que el tiempo andando lo verian. E lo que agora le pide por merced es, que esté atento á las palabras que agora le quiere decir. Y luego le dijo muy bien dado á entender de la creacion del mundo, é cómo todos somos hermanos, hijos de un padre y de una madre, que se

decian Adán y Eva; cómo tal hermano, nuestro gran emperador, doliéndose de la perdicion de las ánimas, que son muchas las que aquellos sus idolos llevan al infierno, donde arden en vivas llamas, nos envió para que esto que ha nido lo remedie, y no adoren aquellos idolos ni les sacriliquen mas indios ni indias; y pues todos somos hermanos, no consientan sodomias ni robos; y mas lo dijo, que el tiempo andando enviaria nuestro rey y señor unos hombres que entre nosotros viven muy santamente, mejores que nosotros, para que se lo dién á entender; porque al presente no venimos á mas de se lo notificar; é así, se lo pide por merced que lo haga y cumpla. E porque pareció que el Montezuma queria responder, cesó Cortés la plática. E dijo: nos Cortés á todos nosotros que con él fuimos: «Con esto cumplimos, por ser el primer toque;» y el Montezuma respondió: «Señor Malinche, muy bien entendido tengo vuestras pláticas y razonamientos antes de agora, que á mis criados sobre vuestro Dios les dijistes en el arenal, y eso de la cruz y todas las cosas que en los pueblos por donde habeis venido habeis predicado, no os hemos respondido á cosa ninguna dellas porque desde ab-initio acá adoramos nuestros dioses y los tenemos por buenos, é así deben ser los vuestros, é no cureis mas al presente de nos hablar dellos; y en esto de la creacion del mundo, así lo tenemos nosotros creido muchos tiempos pasados; é á esta causa tenemos por cierto que sois los que nuestros antecesores nos dijeron que verian de adonde sale el sol, é á ese vuestro gran rey yo le soy en cargo y le daré de lo que tuviere; porque, como dicho tengo otra vez, bien ha dos años tengo noticia de capitanes que vinieron con navios por donde vosotros venistes, y decian que eran criados dese vuestro gran rey. Querria saber si sois todos unos;» é Cortés le dijo que sí, que todos éramos criados de nuestro emperador, é que aquellos vinieron á ver el camino é mares é puertos para lo saber muy bien, y venir nosotros como veniamos; y decialo el Montezuma por lo de Francisco Fernandez de Córdoba é Grijalva, cuando venimos á descubrir la primera vez; y dijo que desde entonces tuvo pensamiento de ver algunos de aquellos hombres que venian, para tener en sus reinos é ciudades, para les honrar; é pues que sus dioses le habian cumplido sus buenos deseos, é ya estúbamos en sus casas, las cuales se pueden llamar nuestras, que holgásemos yuviésemos descanso; que allí seríamos servidos, é que si algunas veces nos enviaba á decir que no entrásemos en su ciudad, que no era de su voluntad, sino porque sus vasallos tenían temor, que les decian que echábamos rayos é relámpagos, é con los caballos matábamos muchos indios, é que éramos teules bravos, é otras cosas de niñerías. E que agora, que ha visto nuestras personas, é que somos de hueso y de carne y de mucha razon, é sabe que somos muy esforzados, por estas causas nos tiene en mas estima que lo hubian dicho, é que nos daria de lo que tuviese. E Cortés é todos nosotros respondimos que se lo teniamos en grande merced tan sobrada voluntad; y luego el Montezuma dijo riendo, porque en todo era muy regocijado en su hablar de gran señor: «Malinche, bien sé que te han dicho esos de Tlascala, con quien tanta amistad

habeis tomado, que yo que soy como dios ó teule, que cuanto hay en mis casas es todo oro ó plata y piedras ricas; bien tengo conocido que como sois entendidos, que no lo creíades y lo teníades por burla; lo que ahora, señor Malinche, veis: mi cuerpo de hueso y de carne como los vuestros, mis casas y palacios de piedra y madera y cal; de ser yo gran rey, si soy, y tener riquezas de mis antecesores, si tengo; mas no las locuras y mentiras que de mí os han dicho; así que tambien lo teneis por burla, como yo tengo lo de vuestros truenos y relámpagos. E Cortés le respondió tambien riendo, y dijo que los contrarios enemigos siempre dicen cosas malas á sin verdad de los que quieren mal, é que bien ha conocido que en estas partes otro señor mas magnífico no le espera ver, é que no sin causa es tan nombrado delante de nuestro emperador. E estando en estas pláticas mandó secretamente Montezuma á un gran cacique, sobriño suyo, de los que estaban en su compañía, que mandase á sus mayordomos que trujesen ciertas piezas de oro, que parece ser debieran estar apartadas para dar á Cortés diez cargas de ropa fina; lo cual repartió, el oro y mantas entre Cortés y los cuatro capitanes, é á nosotros los soldados nos dió á cada uno dos collares de oro, que valdria cada collar diez pesos, é dos cargas de mantas. Valia todo el oro que entonces dió sobre mil pesos, y esto daba con una alegría y semblante de grande é valeroso señor; y porque pasaba la hora mas de mediodía, y por no le ser mas importuno, le dijo Cortés: «El señor Montezuma siempre tiene por costumbre de echarnos un cargo sobre otro, en hacernos cada dia mercedes; ya es hora que vuestra majestad coma;» y el Montezuma dijo que antes por haberle ido á visitar le hicimos merced; é así, nos despedimos con grandes cortesias dél y nos fuimos á nuestros aposentos, é íbamos platicando de la buena manera é crianza que en todo tenia, é que nosotros en todo le tuviésemos mucho acato, é con las gorras de armas colchadas quitadas cuando delante dél pasásemos; é así lo haciamos. E dejémoslo aquí, é pasemos adelante.

CAPITULO XCI.

De la manera é persona del gran Montezuma, y de cuán gran señor era.

Seria el gran Montezuma de edad de hasta cuarenta años, y de buena estatura y bien proporcionado, é cenceño é pocas carnes, y la color no muy moreno, sino propia color y matiz de indio, y traía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrian las orejas, é pocas barbas, prietas y bien puestas é ratas, y el rostro algo largo é alegre, é los ojos de buena manera, é mostraba en su persona en el mirar por un cabo amor, é cuando era menester gravedad. Era muy pulido y limpio, bañábase cada dia una vez á la tarde; tenia muchas mujeres por amigas, é hijas de señores, puesto que tenia dos grandes cacicas por sus legítimas mujeres, que cuando usaba con ellas era tan secretamente, que no lo alcanzaban á saber sino alguno de los que le servian; era muy limpio de sodomias; las mantas y ropas que se ponía cada un dia, no se las ponía sino desde á cuatro dias. Tenia sobre ducientos principales de su guarda en otras salas junto á la suya, y estos no para que habiasen

toiles con él, sino cual ó cual; y cuando le iban á hablar se habian de quitar las mantas ricas y ponerse otras de poca valia, mas habian de ser limpias, y habian de entrar descalzos y los ojos bajos puestos en tierra, y no miralle á la cara, y con tres reverencias que le hacian primero que á él llegasen, é le decian en ellas: «Señor, mi señor, gran señor;» y cuando le daban relacion á lo que iban, con pocas palabras los despachaba; sin levantar el rostro al despedirse dél, sino la cara é ojos bajos en tierra hácia donde estaba, é no vueltas las espaldas hasta que salian de la sala. E otra cosa vi, que cuando otros grandes señores venian de léjas tierras á pleitos ó negocios, cuando llegaban á los aposentos del gran Montezuma habíanse de descalzar é venir con pobres mantas, y no habian de entrar derecho en los palacios, sino rodear un poco por el lado de la puerta de palacio; que entrar de rota batida teníanlo por descaro; en el comer le tenian sus cocineros sobre treinta maneras de guisados hechos á su modo y usanza; teníanlos puestos en braseros de barro, chicos debajo, porque no se enfriasen. E de aquello que el gran Montezuma habia de comer guisaban mas de trecientos platos, sin mas de mil para la gente de guarda; y cuando habia de comer, salíase el Montezuma algunas veces con sus principales y mayordomos, y le señalaban cuál guisado era mejor é de qué aves é cosas estaba guisado, y de lo que le decian, de aquello habia de comer, é cuando salía á lo ver eran pocas veces; é como por pasatiempo, oi decir que le solian guisar carnes de muchachos de poca edad; y como tenia tantas diversidades de guisados y de tantas cosas, no lo echábamos de ver si era de carne humana y de otras cosas, porque cotidianamente le guisaban gallinas, gallos de papada, faisanes, perdices de la tierra, codornices, patos mansos y bravos, venado, puerco de la tierra, pajaritos de caña y palomas y liebres y conejos, y muchas maneras de aves é cosas de las que se crian en estas tierras, que son tantas, que no las acabaré de nombrar tan presto; y así, no miramos en ello. Lo que yo sé es, que desde nuestro capitán le reprehendió el sacrificio y comer de carne humana, que desde entonces mandó que no le guisasen tal manjar. Dejemos de hablar en esto, y volvamos á la manera que tenia en su servicio al tiempo de comer, y es desta manera: que si hacia frio teniente hecha mucha lumbre de ascuas de una leña de cortezas de árboles que no hacian humo, el olor de las cortezas de que hacian aquellas ascuas muy oloroso; y porque no le diesen mas calor de lo que él queria, ponian delante una como tabla labrada con oro y otras figuras de ídolos, y él sentado en un asentadero bajo, rico é blando, é la mesa tambien baja, hecha de la misma manera de los asentaderos, é allí le ponian sus manteles de mantas blancas y unos pañuelos algo largos de lo mismo, y cuatro mujeres muy hermosas y limpias le daban aguamanos en unos como á manera de aguamaniles hondos, que llaman sicales, y le ponian debajo para recoger el agua otros á manera de platos, y le daban sus toallas, é otras dos mujeres le traian el pan de tortillas; é ya que comenzaba á comer, echábanle delante una como puerta de madera muy pintada de oro, porque no le viesen comer; y estaban apartadas las cuatro mujeres aparte,

y allí se le ponian á sus lados cuatro grandes señores viejos y de edad, en pié, con quien el Montezuma de cuando en cuando platicaba é preguntaba cosas, y por mucho favor daba á cada uno destos viejos un plato de lo que él comia; é decian que aquellos viejos eran sus deudos muy cercanos, é consejeros y jueces de pleitos, y el plato y manjar que les daba el Montezuma comian en pie y con mucho acato, y todo sin mirarle á la cara. Servíase con barro de Cholula, uno colorado y otro prieto. Mientras que comia, ni por pensamiento habian de hacer alboroto ni hablar alto los de su guarda, que estaban en las salas cerca de la del Montezuma. Traianle frutas de todas quantas habia en la tierra, mas no comia sino muy poca, y de cuando en cuando traian unas como copas de oro fino, con cierta bebida hecha del mismo cacao, que decian era para tener acceso con mujeres; y entónces no mirábamos en ello; mas lo que yo vi, que traian sobre cincuenta jarros grandes hechos de buen cacao con su espuma, y de lo que bebia; y las mujeres le servian al beber con gran acato, y algunas veces al tiempo del comer estaban unos indios corcovados, muy feos, porque eran chicos de cuerpo y quebrados por medio los cuerpos, que entre ellos eran chocarreros; otros indios que debian de ser truhanes, que le decian gracias, é otros que le cantaban y bailaban, porque el Montezuma era muy aficionado á placeres y cantares. é á aquellos mandaba dar los relieves y jarros del cacao; y las mismas cuatro mujeres alzaban los manteles y le tornaban á dar agua á manos, y con mucho acato que le hacian; é hablaba Montezuma á aquellos cuatro principales viejos en cosas que le convenian, y se despedian dél con gran acato que le tenian, y él se quedaba reposando; y cuando el gran Montezuma habia comido, luego comian todos los de su guarda é otros muchos de sus serviciales de casa, y me parece que sacaban sobre mil platos de aquellos manjares que dicho tengo: pues jarros de cacao con su espuma, como entre mejicanos se hace, mas de dos mil, y fruta infinita. Pues para sus mujeres y criadas, é panaderas é cacaguateras era gran costa la que tenia. Dejemos de hablar de la costa y comida de su casa, y digamos de los mayordomos y tesoreros, é despensas y botillería, y de los que tenian cargo de las casas adonde tenian el maíz, digo que habia tanto que escribir, cada cosa por sí, que yo no sé por dónde comenzar, sino que estábamos admirados del gran concierto é abasto que en todo habia. Y mas digo, que se me habia olvidado, que es bien de tornallo á recitar, y es, que le servian al Montezuma estando á la mesa cuando comia, como dicho tengo, otras dos mujeres muy agraciadas; hacian tortillas amasadas con huevos y otras cosas sustanciosas, y eran las tortillas muy blancas, y traíanselas en unos platos cobijados con sus paños limpios, y tambien le traian otra manera de pan que son como bollos largos, hechos y amasados con otra manera de cosas sustanciales, y pan pachol, que en esta tierra así se dice, que es á manera de unos oblates. Tambien le ponian en la mesa tres cañutos muy pintados y dorados, y dentro traian liquidambar revuelto con unas yerbas que se dice tabaco, y cuando acababa de comer, después que le habian cantado y bailado, y alzada la mesa, tomaba el humo de uno

de aquellos cañutos, y muy poco, y con ello se dormia. Dejemos ya de decir del servicio de su mesa, y volvamos á nuestra relacion. Acuérdomé que era en aquel tiempo su mayordomo mayor un gran cacique que le pusimos por nombre Tapin, y tenia cuenta de todas las rentas que le traian al Montezuma, con sus libros hechos de su papel, que se dice amatl, y tenia destos libros una gran casa dellos. Dejemos de hablar de los libros y cuentas, pues va fuera de nuestra relacion, y digamos cómo tenia Montezuma dos casas llenas de todo género de armas, y muchas de ellas ricas con oro y pedrería, como eran rodela grande y chicas, y unas como macanas, y otras á manera de espadas de á dos manos, engastadas en ellas unas navajas de pedernal, que cortaban muy mejor que nuestras espadas, é otras lanzas mas largas que no las nuestras, con una braza de cuchillas, y engastadas en ellas muchas navajas, que aunque déu con ellas en un broquel ó rodela no saltan, é cortan en fin como navajas, que se rapan con ellas las cabezas; y tenian muy buenos arcos y flechas, y varas de á dos gajos, y otras de á uno con sus tiraderas, y muchas hondas y piedras rollizas hechas á mano, y unos como pavese, que son de arte que los pueden arrollar arriba cuando no peleau porque no les estorbe, y al tiempo del pelear, cuando son menester, los dejan caer, é quedan cubiertos sus cuerpos de arriba abajo. Tambien tenian muchas armas de algodón colchadas y ricamente labradas por defuera, de plumas de muchas colores á manera de divisos é invenciones, y tenian otros como capacetes y cascos de madera y de hueso, tambien muy labrados de pluma por defuera, y tenian otras armas de otras hechuras, que por excusar prolijidad las dejo de decir. Y sus oficiales, que siempre labraban y entendian en ello, y mayordomos que tenian cargo de las casas de armas. Dejemos esto, y vamos á la casa de aves, y por fuerza me he de detener en contar cada género de qué calidad eran. Digo que desde águilas reales y otras águilas mas chicas, é otras muchas maneras de aves de grandes cuerpos, hasta pajaritos muy chicos, pintados de diversas colores. Tambien donde hacen aquellos ricos plumajes que labran de plumas verdes, y las aves destas plumas es el cuerpo dellas á manera de las picazas que hay en nuestra España; llámanse en esta tierra quezales; y otros pájaros que tienen la pluma de cinco colores, que es verde, colorado, blanco, amarillo y azul; estos no sé cómo se llaman. Pues papagayos de otras diferenciadas colores tenia tantos, que no se me acuerda los nombres dellos. Dejemos patos de buena pluma y otros mayores que les querian parecer, y de todas estas aves pelábanles las plumas en tiempos que para ello era conveniente, y tornaban á pelechar; y todas las mas aves que dicho tengo, criaban en aquella casa, y al tiempo del encocar tenian cargo de les echar sus huevos ciertos indios é indias que miraban por todas las aves, é de limpiarles sus nidos y darles de comer, y esto á cada género é ralea de aves lo que era su mantenimiento. Y en aquella casa habia un estanque grande de agua dulce, y tenia en él otra manera de aves muy altas de zancos y colorado todo el cuerpo y alas y cola; no sé el nombre dellas, mas en la isla de Cuba las llamaban ipirís á otras como ellas. Y tambien en aquel estanque habia otras ricas

de aves que siempre estaban en el agua. Dejemos esto, y vamos á otra gran casa donde tenían muchos ídolos, y decían que eran sus dioses bravos, y con ellos muchos géneros de animales, de tigres y leones de dos maneras; unos que son de hechura de lobos, que en esta tierra se llaman adives, y zorros y otras alimañas chicas; y todas estas carniceras se las mantenían con carne, y las mas dellas criaban en aquella casa, y les daban de comer venados, gallinas, perrillos y otras cosas que cazaban, y aun oí decir que cuerpos de indios de los que sacrificaban. Y es desta manera que ya me habrán oído decir: que cuando sacrificaban á algún triste indio, que le userraban con unos navajones de pedernal por los pechos, y bullendo le sacaban el corazon y sangre, y lo presentaban á sus ídolos, en cuyo nombre hacían aquel sacrificio; y luego les cortaban los muslos y brazos y la cabeza, y aquello comían en fiestas y banquetes; y la cabeza colgaban de unas vigas, y el cuerpo del indio sacrificado no llegaban á él para le comer, sino dábalo á aquellos bravos animales; pues mas tenían en aquella maldita casa muchas víboras y culebras emponzoñadas, que traen en las colas unos que suenan como cascabeles; estas son las peores víboras que hay de todas, y teníanlas en cunas, tinajas y en cántaros grandes, y en ellos mucha pluma, y allí tenían sus huevos y criaban sus viboreznos, y les daban á comer de los cuerpos de los indios que sacrificaban y otras carnes de perros de los que ellos solían criar. Y aun tuvimos por cierto que cuando nos echaron de Méjico y nos mataron sobre ochocientos y cincuenta de nuestros soldados é de los de Narvaez, que de los muertos mantuvieron muchos días á aquellas fuertes alimañas y culebras, según diré en su tiempo y sazón; y aquestas culebras y bestias tenían ofrecidas á aquellos sus ídolos bravos para que estuviesen en su compañía. Digamos ahora las cosas infernales que hacían cuando bramaban los tigres y leones y aullaban los adives y zorros y silbaban las sierpes; era grima oírlo, y parecía infierno. Pasemos adelante, y digamos de los grandes oficiales que tenía de cada género de oficio que entre ellos se usaba; y comencemos por los lapidarios y plateros de oro y plata y todo vaciando, que en nuestra España los grandes plateros tienen que mirar en ello; y destos tenía tantos y tan primos en un pueblo que se dice Escapulco, una legua de Méjico; pues labrar piedras finas y chalchihuis, que son como esmeraldas, otros muchos grandes maestros. Vamos adelante á los grandes oficiales de asentar de pluma y pintores y entalladores muy sublimados, que por lo que ahora hemos visto la obra que hacen, tenemos consideración en lo que entonces labraban; que tres indios hay en la ciudad de Méjico, tan primos en su oficio de entalladores y pintores, que se dicen Marcos de Aquino y Juan de la Cruz y el Crespillo, que si fueran en tiempo de aquel antiguo é famoso Apéles, y de Miguel Angel ó Berruguete, que son de nuestros tiempos, les pusieran en el número de ellos. Pasemos adelante, y vamos á las indias de tejederos y labranderas, que le hacían tanta multitud de ropa fina con muy grandes labores de plumas; y de donde mas cotidianamente le traían, era de unos pueblos y provincia que está en la costa del norte de cabe la Vera-

Cruz, que la decían Costacan, muy cerca de San Juan de Ulúa, donde desembarcamos cuando veníamos con Cortés; y en su casa del mismo Montezuma todas las hijas de señores que tenía por amigas, siempre tejían cosas muy primas, é otras muchas hijas de mejicanos vecinos, que estaban como á manera de recogimiento, que querían parecer monjas; también tejían, y todo de pluma. Estas monjas tenían sus casas cerca del gran cu del Huichilóbo, y por devoción suya y de otro ídolo de mujer, que decían que era su abogada para casamientos, las metían sus padres en aquella religion hasta que se casaban, y de allí las sacaban para las casar. Pusemos adelante, y digamos de la gran cantidad de bailarones que tenía el gran Montezuma, y danzadores é otros que traen un palo con los piés, y de otros que vuelan cuando bailan por alto, y de otros que parecen como mactachines, y estos eran para darme placer. Digo que tenía un barrio destos que no entendían en otra cosa. Pasemos adelante, y digamos de los oficiales que tenía de canteros é albañiles, carpinteros, que todos entendían en las obras de sus casas. También digo que tenía tantos cuantos quería. No olvidemos las huertas de flores y árboles olorosos, y de muchos géneros que dellos tenía, y el concierto y pasaderos dellas, y de sus albercas, estanques de agua dulce, cómo viene una agua por un cabo y va por otro, é de los baños que dentro tenía, y de la diversidad de pajaritos chicos que en los árboles criaban; y qué de yerbas medicinales y de provecho que en ellas tenía, era casa de ver; y para todo esto muchos hortelanos, y todo labrado de cantería, así baños como paseaderos y otros retretes y apartamientos, como cenaderos, y también adonde bailaban é cantaban; é había tanto que mirar en esto de las huertas como en todo lo demás, que no nos hartábamos de ver su gran poder. E así por el consiguiente tenía maestros de todos cuantos oficios entre ellos se usaban, y de todos gran cantidad. Y porque yo estoy harto de escribir sobre esta materia, y mas lo estarán los lectores, lo dejaré de decir, y diré cómo fué nuestro capitán Cortés con muchos de nuestros capitanes y soldados á ver el Tatellulco, que es la gran plaza de Méjico, y subimos en el alto cu, donde estaban sus ídolos Tezcatlipuca, y su Huichilóbo; y esta fué la primera vez que nuestro capitán salió á ver la ciudad de Méjico, y lo que en ello pasó.

CAPITULO XCII.

Cómo nuestro capitán salió á ver la ciudad de Méjico y el Tatellulco, que es la plaza mayor, y el gran cu de su Huichilóbo, y lo que mas pasó.

Como había ya cuatro días que estábamos en Méjico, y no sabía el capitán ni ninguno de nosotros de los aposentos, exceptos á las casas y huertas, nos dijo Cortés que sería bien ir á la plaza Mayor á ver el gran adonatorio de su Huichilóbo, y que quería enviarme á decir al gran Montezuma que lo tuviese por bien; y para ello envió por mensajero á Jerónimo de Aguilar y á doña Marina, é con ellos á un pajeillo de nuestro capitán, que entendía ya algo de la lengua, que se decía Ortegulla; y el Montezuma, como lo supo, envió á decir que fuésemos mucho en buen hora, y por otra parte tenía no lo fuésemos á hacer algun deshonor á sus

ellos, y acordó de ir él en persona con muchos de sus principales, y en sus ricas andas salió de sus palacios hasta la mitad del camino, y cabe unos adoratorios se apeó de las andas, porque tenía por gran deshonor de sus hijos ir hasta su casa á adoratorio de aquella manera, y no ir á pie, y llevábanle de brazo grandes principales, e iban delante del Montezuma señores de vasallos, y llevaban dos bastones como cetros alzados en alto, que era señal que iba allí el gran Montezuma; y cuando iba en las andas llevaba una varita, la media de oro y media de palo, levantada como vara de justicia; y así se fué y subió en su gran cu, acompañado de muchas papas, y comenzó á zahumar y hacer otras ceremonias al huchilobos. Dejemos al Montezuma, que ya había ido adelante, como dicho tengo, y volvamos á Cortés y á nuestros capitanes y soldados, como siempre teníamos por costumbre de noche y de día estar armados, y así nos via estar el Montezuma, y cuando lo íbamos á ver no lo teníamos por cosa nueva. Digo esto porque á caballo nuestro capitán, con todos los mas que tenían caballos y la mas parte de nuestros soldados, muy apercebidos fuimos al Tatellulco, é iban muchos caciques que el Montezuma envió para que nos acompañasen; y cuando llegamos á la gran plaza, que se dice el Tatellulco, como no habíamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ella había y del gran concierto y regimiento que en todo tenían; y los principales que iban con nosotros nos lo iban mostrando: cada género de mercaderías estaban por sí, y tenían situados y señalados sus asientos. Comencemos por los mercaderes de oro y plata y piedras raras, y plumas y mantas y cosas labradas, y otras mercaderías, esclavos y esclavas; digo que traían tantos á vender á aquella gran plaza como traen los portugueses los negros de Guinea, é traíanlos atados en unas varas largas, con collares á los pescuezos porque no se les huyesen, y otros dejaban sueltos. Luego estaban otros mercaderes que vendían ropa mas basta, é algodón, é otras cosas de lino torcido, y cacagateros que vendían cacao; y desta manera estaban cuantos géneros de mercaderías hay en toda la Nueva-España, puesto que por su concierto, de la manera que hay en mi tierra, que es Medina del Campo, dond se hacen las ferias, que en cada calle están sus mercaderías por sí, así estaban en esta gran plaza; y los que vendían mantas de nequen y sogas, y cotaras, que son los zapatos que calzan, y hacen de nequen y de las raíces del mismo árbol muy dulces cocidas, y otras zarzabusterías que sacan del mismo árbol; todo estaba á una parte de la plaza en su lugar señalado; y cueros de tigres, de leones y de nutrias, y de adives y de venados y de otras alimañas, é tejones é gatos monteses, dellos adobados y otros sin adobar. Estaban en otra parte otros géneros de cosas é mercaderías. Pasemos adelante, y digamos de los que vendían frisoles y chia y otras legumbres é yerbas, á otra parte. Vamos á los que vendían gallinas, gallos de papada, conejos, liebres, venados y anadones, parrillos y otras cosas deste arte, á su parte de la plaza. Digamos de las fruterías, de las que vendían cosas cocidas, mazamorreras y malcocinado, también á su parte; puesto todo género de loza hecha de mil

maneras, desde tinajas grandes y jarrillos chicos, que estaban por sí aparte; y también los que vendían miel y melcochas y otras golosinas que hacían, como nuegados. Pues los que vendían madera, tablas, cuñas viejas é tajos é bancos, todo por sí. Vamos á los que vendían leña, acote é otras cosas desta manera. ¿Qué quieren mas que diga? Que hablando con acato, también vendían canoas llenas de hienda de hombres, que tenían en los esteros cerca de la plaza, y esto era para hacer ó para curtir cueros, que sin ella decían que no se hacían buenos. Bien tengo entendido que algunos se reirán desto; pues digo que es así; y mas digo, que tenían por costumbre que en todos los caminos que tenían hechos de cañas ó paja ó yerbas porque no los vieses los que pasasen por ellos, y allí se metían si tenían ganas de purgar los vientres porque no se les perdiere aquella suciedad. ¿Para qué gasto ya tantas palabras de lo que vendían en aquella gran plaza? Porque es para no acabar tan presto de contar por menudo todas las cosas, sino que papel, que en esta tierra llaman amatl, y unos cañutos de olores con liquidámbur, llenos de tabaco, y otros ungientos amarillos, y cosa deste arte vendían por sí; é vendían mucha grana debajo de los portales que estaban en aquella gran plaza; é había muchos herbolarios y mercaderías de otra manera; y tenían allí sus casas, donde juzgaban tres jueces y otros como alguaciles ejecutores que miraban las mercaderías. Olvidóseme había la sal y los que hacían navajas de pedernal, y de cómo las sacaban de la misma piedra. Pues pescaderas y otros que vendían unos panecillos que hacen de una como lama que cogen de aquella gran laguna, que se cueja y hacen panes dello, que tienen un sabor á manera de queso; y vendían hachas de latón y cobre y estaño, y jicaras, y unos jarrones muy pintados, de madera hechos. Ya querria haber acabado de decir todas las cosas que allí se vendían, porque eran tantas y de tan diversas calidades, que para que lo acabáramos de ver é inquirir era necesario mas espacio; que, como la gran plaza estaba llena de tanta gente y toda cercada de portales, que en un día no se podía ver todo; y fuimos al gran cu, é ya que íbamos cerca de sus grandes patios, é antes de salir de la misma plaza estaban otros muchos mercaderes, que segun dijeron, era que tenían á vender oro en granos como lo sacan de las minas, metido el oro en unos cañutillos delgados de los de ansarones de la tierra, é así blancos porque se pareciese el oro por defuera, y por el largor y gordor de los cañutillos tenían entre ellos su cuenta qué tantas mantas ó qué jiquipiles de cacao valia, ó qué esclavos, ó otra cualquier cosa á que lo trocaban; é así, dejamos la gran plaza sin mas la ver, y llegamos á los grandes patios y cercas donde estaba el gran cu, y tenía antes de llegar á él un gran círculo de patios, que me parece que eran mayores que la plaza que hay en Salamanca, y con dos cercas alrededor de cal y canto, y el mismo patio y sitio todo empedrado de piedras grandes de losas blancas y muy lisas, y adonde no había de aquellas piedras, estaba encalado y bruñido, y todo muy limpio, que no hallaran una paja ni polvo en todo él. Y cuando llegamos cerca del gran cu, antes que subiésemos ninguna grade del, envió el gran Mon-

tezuma desde arriba, donde estaba haciendo sacrificios, seis papas y dos principales para que acompañasen á nuestro capitán Cortés, y al subir de las gradas, que eran ciento y catorce, le iban á tomar de los brazos para le ayudar á subir, creyendo que se cansaría, como ayudaban á subir á su señor Montezuma, y Cortés no quiso que llegasen á él; y como subimos á lo alto del gran cu, en una placeta que arriba se hacia, adonde tenían un espacio como andamios, y en ellos puestas unas grandes piedras adonde ponían los tristes indios para sacrificar, allí había un gran bulto como de dragon é otras malas figuras, y mucha sangre derramada de aquel día. E así como llegamos, salió el gran Montezuma de un adoratorio donde estaban sus malditos ídolos, que era en lo alto del gran cu, y vinieron con él dos papas, y con mucho acato que hicieron á Cortés é á todos nosotros le dijo: «Causado estaréis, señor Mulínche, de subir á este nuestro gran templo.» Y Cortés le dijo con nuestras lenguas, que iban con nosotros, que él ni nosotros no nos cansábamos en cosa ninguna; y luego le tomó por la mano y le dijo que mirase su gran ciudad y todas las mas ciudades que había dentro en el agua, é otros muchos pueblos en tierra alrededor de la misma laguna; y que si no había visto bien su gran plaza, que desde allí la podría ver muy mejor; y así lo estuvimos mirando, porque aquel grande y maldito templo estaba tan alto, que todo lo señoreaba; y de allí vimos las tres calzadas que entran en Méjico, que es la de Iztapalapa, que fué por la que entramos cuatro días habia; y la de Tenuchba, que fué por donde después de ahí á ocho meses salimos huyendo la noche de nuestro gran desbarate, cuando Cuedlauaca, nuevo señor, nos echó de la ciudad, como adelante diremos; y la de Tepeaquilla; y vimos el agua dulce que venia de Chapultepeque, de que se proveia la ciudad; y en aquellas tres calzadas las puentes que tenían hechas de trecho á trecho, por donde entraba y salía el agua de la laguna de una parte á otra; é víamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venían con bastimentos é otras que venían con cargas é mercaderías; y vimos que cada casa de aquella gran ciudad y de todas las demás ciudades que estaban pobladas en el agua, de casa á casa no se pasaba sino por unas puentes levadizas que tenían hechas de madera ó en canoas; y vimos en aquellas ciudades cues é adoratorios á manera de torres é fortalezas, y todas blanqueando, que era cosa de admiración, y las casas de azuleas, y en las calzadas otras torrecillas é adoratorios que eran como fortalezas. Y después de bien mirado y considerado todo lo que habíamos visto, tornamos á ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella había, unos comprando y otros vendiendo, que solamente el rumor y el zumbido de las voces y palabras que allí había, sonaba mas que de una legua; y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto, y tamaño y llena de tanta gente, no la habían visto. Dejemos esto, y volvamos á nuestro capitán, que dijo á fray Bartolomé de Olmedo, ya otras veces por mí nombrado, que allí se halló: «Páreceme, señor padre, que será bien que demos un lieuto á Monte-

zuma sobre que nos deje hacer aquí nuestra iglesia; y el padre dijo que sería bien si aprovechase, mas que le parecia que no era cosa conveniente hablar en tal tiempo, que no via al Montezuma de arte que en tal cosa concediese; y luego nuestro Cortés dijo al Montezuma, con doña Marina, la lengua: «Muy gran señor es vuestra majestad, y de mucho mas es merecedor; hemos holgado de ver vuestras ciudades. Lo que os pido por merced es, que pues estamos aquí en este vuestro templo, que nos mostreis vuestros dioses y teules.» Y Montezuma dijo que primero hablaría con sus grandes papas; y luego que con ellos hubo hablado, dijo que entrásemos en una torrecilla é apartamiento á manera de sala, donde estaban dos como altares con muy ricas tablas encima del techo, é en cada altar estaban dos bultos como de gigante, de muy altos cuerpos y muy gordos, y el primero que estaba á la mano derecha decían que era el de Huichilóbos, su dios de la guerra, y tenía la cara y rostro muy ancho, y los ojos disformes é espantables, y en todo el cuerpo tanta de la pedrería é oro y perlas é aljófar pegado con engrudo, que hacen en esta tierra de unas como de raíces, que todo el cuerpo y cabeza estaba lleno dello, y ceñido al cuerpo unas á manera de grandes culebras hechas de oro y pedrería, y en una mano tenía un arco y en otra unas flechas. E otro ídolo pequeño que allí cabe él estaba, que decían era su paje, le tenía una lanza no larga y una rodela muy rica de oro é pedrería, é tenía puestos al cuello el Huichilóbos unas caras de indios y otros como corazones de los mismos indios, y estos de oro y dellos de plata con mucha pedrería azules; y estaban allí unos braseros con incienso, que es su copal, y con tres corazones de indios de aquel día sacrificados, é se quemaban, y con el humo y copal le habían hecho aquel sacrificio; y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan bañadas y negras de costras de sangre, y asimismo el suelo, que todo hedía muy malamente. Luego vimos á la otra parte de la mano izquierda estar el otro gran bulto del altar del Huichilóbos, y tenía un rostro como de oso y unos ojos que le relumbraban, hechos de sus espejos, que se dice Tezcat, y el cuerpo con ricas piedras pegadas segun y de la manera del otro su Huichilóbos; porque, segun decían, entrambos eran hermanos, y este Tezcatepuca era el dios de los infiernos, y tenía cargo de las ánimas de los mejicanos, y tenía ceñidas al cuerpo unas figuras como diablillos chicos, y las colas dellos como sierpes, y tenía en las paredes tantas costras de sangre y el suelo todo bañado dello, que en los mataderos de Castilla no había tanto hedor; y allí le tenían presentado cinco corazones de aquel día sacrificados; y en lo mas alto de todo el cu estaba otra concavidad muy ricamente labrada la madera della, y estaba otro bulto como de medio hombre y medio lagarto, todo lleno de piedras ricas, y la mitad dél enmantado. Este decían que la mitad dél estaba lleno de todas las semillas que había en toda la tierra, y decían que era el dios de las sementeras y frutas; no se me acuerda el nombre dél, y todo estaba lleno de sangre, así paredes como altar, y era tanto el hedor, que no víamos la hora de salirnos afuera, y allí tenían un tambor muy grande en demasia, que cuando le tañían el sonido dél era tan triste

y de tal manera, como dicen instrumento de los infernos, y mas de dos leguas de allí se oía; y decían que los coros de aquel atambor eran de serpientes muy grandes; y en aquella placeta tenían tantas cosas muy diabólicas de ver, de bocinas y trompetillas y navajones, y muchos corazones de indios que habían quemado, con que alumaban aquellos sus ídolos, y todo cuajado de sangre, y tenían tanto, que los doy á la maldición; y como todo hedía á carnicería, no vimos la hora de quitarnos de tan mal hedor y peor vista; y nuestro capitán dijo á Montezuma con nuestra lengua, como medio riendo: «Señor Montezuma, no sé yo cómo un tan gran señor é tal varón como vuestra majestad es, no haya coligido en su pensamiento cómo no son estos vuestros ídolos dioses, sino cosas malas, que se llaman diablos. Y para que vuestra majestad lo conozca y todos sus papas lo vean claro, hacedme una merced, que hayais por bien que en lo alto desta torre pongamos una cruz, y en una parte destes adoratorios, donde están vuestros Huichilobos y Tezcatlipuca, harémos un apartado donde pongamos una imagen de nuestra Señora; la cual imagen ya el Montezuma la había visto; y veréis el temor que dello tienen esos ídolos que os tienen engañados.» Y el Montezuma respondió medio enojado, y dos papas que con él estaban mostraron malas señales, y dijo: «Señor Malinche, si tal deshonor como has dicho creyera que habías de decir, no te mostrara mis dioses; aquellos tenemos por muy buenos, y ellos dan salud y aguas y buenas sementeras, é temporales y victorias, y cuanto queremos, é tenemoslos de adorar y sacrificar. Lo que os ruego es, que no se digan otras palabras en su deshonor;» y como aquello le oyó nuestro capitán, y tan alterado, no le replicó mas en ello, y con cara alegre le dijo: «Hora es que vuestra majestad y nosotros nos vamos;» y el Montezuma respondió que era bien, é que porque él tenía que rezar é hacer ciertos sacrificios en recompensa del gratlatlucol, que quiere decir pecado que había hecho en dejarnos subir en su gran cu é ser causa de que nos dejase ver sus dioses, é del deshonor que les hacíamos en decir mal dellos, que antes que se fuese que lo había de rezar é adorar. Y Cortés le dijo: «Pues que vos, perdone, Señor;» é luego nos bajamos las gradas abajo, y como eran ciento y catorce, é algunos de nuestros soldados estaban malos de bubas ó humores, les dolieron los muslos de bajar. Y dejaré de hablar de su adoratorio, y diré lo que me parece del círculo y manera que tenía; y si no lo dijere tan al natural como era, no se maravillen, porque en aquel tiempo tenía otro pensamiento de entender en lo que traíamos entre manos, que era en lo militar y lo que mi capitán Cortés me mandaba, y no en hacer relaciones. Volvamos á nuestra materia. Parece que el círculo del gran cu sería de seis muy grandes solares de los que dan en esta tierra, y desde abajo hasta arriba, adonde estaba una torrecilla, é allí estaban sus ídolos, ya estrechando, y en medio del alto cu hasta lo mas alto del van cinco concavidades á manera de barbancas y descubiertas sin mamparas; y porque hay muchos cues pintados en reposteros de conquistadores, é en uno que yo tengo, que cualquiera dellos al que los ha visto, podrá elegir la manera que tenían por defuera; mas lo que yo vi y en-

tendí, é dello hubo fama en aquellos tiempos que fundaron aquel gran cu, en el cimiento dél habían ofrecido de todos los vecinos de aquella gran ciudad oro é plata y aljófar é piedras ricas, é que le habían bañado con mucha sangre de indios que sacrificaron, que habían tomado en las guerras, y de toda manera de diversidad de semillas que había en toda la tierra, porque les diesen sus ídolos victorias é riquezas y muchos frutos. Dirán ahora algunos lectores muy curiosos que cómo pudimos alcanzar á saber que en el cimiento de aquel gran cu echaron oro y plata é piedras de chalchihuis ricas, y semillas, y lo rociaban con sangre humana de indios que sacrificaban, habiendo sobre mil años que se fabricó y se hizo. A esto doy por respuesta que desde que ganamos aquella fuerte y gran ciudad y se repartieron los solares, que luego propusimos que en aquel gran cu habíamos de hacer la iglesia de nuestro patrón é guiador señor Santiago, é cupo mucha parte de solar del alto cu para el solar de la santa iglesia, y cuando abrían los cimientos para hacerlos mas firmes, hallaron mucho oro y plata y chalchihuis, y perlas é aljófar y otras piedras. Y asimismo á un vecino de Méjico que le cupo otra parte del mismo solar, halló lo mismo; y los oficiales de la hacienda de su majestad demandábulo por de su majestad, que le venia de derecho, y sobre ello hubo pleito, é no se me acuerda lo que pasó, mas de que se informaron de los caciques y principales de Méjico y de Guatemuz, que entonces era vivo, é dijeron que es verdad que todos los vecinos de Méjico de aquel tiempo echaron en los cimientos aquellas joyas é todo lo demás, é que así lo tenían por memoria en sus libros y pinturas de cosas antiguas, é por esta causa se quedó para la obra de la santa iglesia de señor Santiago. Dejemos esto, y digamos de los grandes y suntuosos patios que estaban delante del Huichilobos, adonde está ahora señor Santiago, que se dice el Taltelulco, porque así se solía llamar. Ya he dicho que tenían dos cercas de cal y canto antes de entrar dentro, é que era empedrado de piedras blancas como lasas, y muy encalado y bruñido y limpio, y sería de tanto compás y tan ancho como la plaza de Salamanca; y un poco apartado del gran cu estaba una torrecilla que también era cosa de ídolos, ó puro infierno, porque tenía á la boca de la una puerta una muy espantable boca de las que pintan, que dicen que es como la que está en los infiernos, con la boca abierta y grandes colmillos para tragar las ánimas. É asimismo estaban unos bultos de diablos y cuerpos de serpientes junto á la puerta, y tenían un poco apartado un sacrificador, y todo ello muy ensangrentado y negro de humo é costras de sangre; y tenían muchas ollas grandes y cántaros é tinajas dentro en la casa llenas de agua, que era allí donde cocinaban la carne de los tristes indios que sacrificaban, que comían los papas, porque también tenían cabe el sacrificador muchos navajones y unos tajos de madera como en los que cortan carne en las carnicerías. Y asimismo detrás de aquella maldita casa, bien apartado della, estaban unos grandes rimeros de leña, y no muy lejos una gran alberca de agua que se llenaba y vaciaba, que le venia por su caño encubierto de la que entraba en la ciudad desde Chapultepec. Yo siempre la llamaba á aquella casa el infierno. Pasemos adelante del

potio y vamos á otro cu, donde era enterramiento de grandes señores mejicanos, que tambien tenian otros ídolos, y todo lleno de sangre é humo, y tenia otras puertas y figuras de infierno; y luego junto de aquel cu estaba otro lleno de calaveras é zancarrones puestos con gran concierto, que se podian ver, mas no se podian contar, porque eran muchos, y las calaveras por sí, y los zancarrones en otros rimeros; é allí habia otros ídolos, y en cada casa ó cu y adoratorio que he dicho, estaban papas con sus vestiduras largas de mantas prietas y las capillas como de dominicos, que tambien tiraban un poco á las de los canónigos, y el cabello muy largo y hecho, que no se podia desparcir ni desenredar; y todos los mus sacrificados las orejas, é en los mismos cabellos mucha sangre. Pasemos adelante, que habia otros cues apartados un poco de donde estaban las calaveras, que tenian otros ídolos y sacrificios de otras tales pinturas; é aquellos decian que eran abogados de los casamientos de los hombres. No quiero detenerme mas en contar de ídolos, sino solamente diré que en torno de aquel gran patio habia muchas casas, é no altas, é eran adonde estaban y residian los papas é otros indios que tenian cargo de los ídolos; y tambien tenian otra muy mayor alberca ó estanque de agua y muy limpia á una parte del gran cu, y era dedicada para solamente el servicio de Huichilólos é Tezcatepuca, y entraba el agua en aquella alberca por caños encubiertos que venian de Chalpultepec; é allí cerca estaban otros grandes aposentos á manera de monasterio, adonde estaban recogidas muchas hijas de vecinos mejicanos, como monjas, hasta que se casaban; y allí estaban dos bultos de ídolos de mujeres, que eran abogadas de los casamientos de las mujeres, y á aquellas sacrificaban y hacian fiestas porque les diesen buenos maridos. Mucho me he detenido en contar deste gran cu del Tatlulco y sus patios, pues digo era el mayor templo de sus ídolos de todo Méjico, porque habia tantos y muy suntuosos, que entre cuatro ó cinco barrios tenian un adoratorio y sus ídolos; y porque eran muchos, é yo no sé la cuenta de todos, pasaré adelante, y diré que en Cholula el gran adoratorio que en él tenian era de mayor altar que no el de Méjico, porque tenia ciento y veinte gradas, y segun dicen, el ídolo de Cholula tenianle por bueno, é iban á él en romería de todas partes de la Nueva-España á ganar perdones, y á esta causa le hicieron tan suntuoso cu, mas era de otra hechura que el mejicano, é asimismo los patios muy grandes é con dos cercas. Tambien digo que el cu de la ciudad del Tezcuco era muy alto, de ciento y diez y siete gradas, y los patios anchos y buenos, y hechos de otra manera que los demás. Y una cosa de reir es, que tenian en cada provincia sus ídolos, y los de la una provincia ó ciudad no aprovechaban á los otros; é así, tenian infinitos ídolos y á todos sacrificaban. Y después que nuestro capitán y todos nosotros nos cansamos de andar y ver tantas diversidades de ídolos y sus sacrificios, nos volvimos á nuestros aposentos, y siempre muy acompañados de principales y caciques que Montezuma enviaba con nosotros. Y quedarse há aquí, y diré lo que mas hicimos.

CAPITULO XCH.

Cómo hicimos nuestra Iglesia y altar en nuestro aposento, y una cruz fuera del aposento, y lo que mas pasamos, y hallamos la sala y recámara del tesoro del padre de Montezuma, y como se acordó prender al Montezuma.

Como nuestro capitán Cortés y el padre de la Merced vieron que Montezuma no tenia voluntad que en el cu de su Huichilólos pusiésemos la cruz ni hiciésemos la iglesia; y porque desde que entramos en la ciudad de Méjico, cuando se decia misa hacíamos un altar sobre mesas y tornábamos á quitarlo, acordóse que demandásemos á los mayordomos del gran Montezuma albañiles para que en nuestro aposento hiciésemos una iglesia; y los mayordomos dijeron que se lo harian saber al Montezuma, y nuestro capitán envió á decirselo con doña Marina y Aguilar, y con Orteguilla, supaje, que entendia ya algo la lengua, y luego dió licencia y mandó dar todo recaudo, é en tres dias teníamos nuestra iglesia hecha, y la santa cruz puesta delante de los aposentos, é allí se decia misa cada dia, hasta que se acabó el vino; que, como Cortés y otros capitanes y el fraile estuvieron malos cuando las guerras de Tlascala, dieron prisa al vino que teníamos para misas, y desde que se acabó, cada dia estábamos en la iglesia rezando de rodillas delante del altar é imágenes, lo uno por lo que éramos obligados á cristianos y buena costumbre, y lo otro porque Montezuma y todos sus capitanes lo viesen y se inclinassen á ello, y porque viesen el adoratorio, y vernos de rodillas delante de la cruz, especial cuando tañíamos á la Ave-Maria. Pues estando que estábamos en aquellos aposentos, como somos de tal calidad, é todo lo trascendemos é queremos saber, cuando miramos adónde mejor y en mas convenible parte habíamos de hacer el altar, dos de nuestros soldados, que uno dellos era carpintero de lo blanco, que se decia Alonso Yañez, vió en una pared una como señal que habia sido puerta, que estaba cerrada y muy bien encalada é bruñida; y como habia fama é teníamos relacion que en aquel aposento tenia Montezuma el tesoro de su padre Axayaca, sospechóse que estaria en aquella sala, que estaba de pocos dias cerrada y encalada; y el Yañez le dijo á Juan Velazquez de Leon y Francisco de Lugo, que eran capitanes, y aun deudos míos; el Alonso Yañez se allegaba á su compañía, como criado de aquellos capitanes, y se lo dijeron á Cortés, y secretamente se abrió la puerta, y cuando fué abierta, Cortés con ciertos capitanes entraron primero dentro, y vieron tanto número de joyas de oro é planchas, y tejuelos muchos, y piedras de chalchihuitl y otras muy grandes riquezas; quedaron elevados, y no supieron qué decir de tantas riquezas; y luego lo supimos entre todos los demás capitanes y soldados, y lo entramos á ver muy secretamente; y como yo lo vi, digo que me admiré, é como en aquel tiempo era manchado y no habia visto en mi vida riquezas como aquellas, tuve por cierto que en el mundo no debiera haber otras tantas; é acordóse por todos nuestros capitanes é soldados que ni por pensamiento se tocasse en cosa ninguna dellas, sino que la misma puerta se tornase luego á poner sus piedras y cerrase y encalase de la manera que la hallamos, y que no se hablase en ello,

porque no lo alcanzase á saber Montezuma, hasta ver otro tiempo. Dejemos esto desta riqueza, y digamos que, como teníamos tan esforzados capitanes y soldados, y de muchos buenos consejos y pareceres, y primeramente nuestro Señor Jesucristo ponía su divina mano en todas nuestras cosas, y así lo teníamos por cierto, apartaron á Cortés cuatro de nuestros capitanes, y juntamente doce soldados de quien él se fiaba é comunicaba, é yo era uno dellos, y le dijimos que mirase la red y garlito donde estábamos, y la fortaleza de aquella ciudad, y mirase las puentes y calzadas, y las palabras y avisos que en todos los pueblos por donde hemos venido nos han dado, que habia aconsejado el Huichilótl á Montezuma que nos dejase entrar en su ciudad, é que allí nos matarian; y que mirase que los corazones de los hombres son muy mudables, en especial en los indios, y que no tuviese confianza de la buena voluntad y amor que Montezuma nos muestra, porque de una hora á otra la mudaría, y cuando se le antojase darnos guerra, que con quitarnos la comida ó el agua, ó alzar cualquiera puente, que no nos podríamos valer; é que mire la gran multitud de indios que tiene de guerra en su guarda, é qué podríamos nosotros hacer para ofendellos á para defendernos? Porque todas las casas tienen en el agua; pues socorro de nuestros amigos los de Tascala; por dónde han de entrar? Y pues es cosa de ponderar todo esto que le decíamos, que luego sin mas dilacion prendiésemos al Montezuma si queríamos asegurar nuestras vidas, y que no se aguardase para otro día, y que mirase que con todo el oro que nos daba Montezuma, ni el que habíamos visto en el tesoro de su padre Axayaca, ni con cuanta comida comíamos, que todo se nos hacia rejalgir en el cuerpo, ó que ni de noche ni de día no dormíamos ni reposábamos, con aqueste pensamiento; é que si otra cosa algunos de nuestros soldados menos que esto que le decíamos sintiesen, que serian como bestias, que no tenían sentido, que se estaban al dulzor del oro, no viendo la muerte alojo. Y como esto oyó Cortés, dijo: «No creais, caballeros, que duermo ni estoy sin el mismo cuidado; que bien me lo habréis sentido; mas ¿qué poder tenemos nosotros para hacer tan grande atrevimiento como prender á tan gran señor en sus mismos palacios, teniendo sus gentes de guarda y de guerra? Qué manera á este se puede tener en querello poner por efeto, que no apellide sus guerreros y luego nos acometan?» Y replicaron nuestros capitanes, que fué Juan Velazquez de Leon y Diego de Ordás é Gonzalo de Sandoval y Pedro de Albarado, que con buenas palabras sacalle de su sala y traello á nuestros aposentos y decille que ha de estar preso; que si se alterare ó diere voces, que lo pagará su persona; y que si Cortés no lo quiere hacer luego, que les dé licencia, que ellos lo prenderán y lo pondrán por la obra; y que de dos grandes peligros en que estamos, que el mejor y el mas á propósito es prendelle, que no aguardar que nos diessen guerra; y que si la comenzaba, ¿qué remedio podríamos tener? También le dijeron ciertos soldados que nos parecia que los mayordomos de Montezuma que servian en darnos bastimento se desvergonzaban y no lo traian cumplidamente, como los primeros dias;

y tambien dos indios tlascaltecas, nuestros amigos, dijeron secretamente á Jerónimo de Aguilar, nuestra lengua, que no les parecia bien la voluntad de los mejicanos de dos dias atrás. Por manera que estuvimos platicando en este acuerdo bien una hora, si le prendiéramos ó no, y qué manera terníamos; y á nuestro capitán bien se le encajó este postrer consejo, y dejábmolo para otro día, que en todo caso lo habíamos de prender, y aun toda la noche estuvimos con el padre de la Merced rogando á Dios que lo encaminase para su santo servicio. Después destas pláticas, otro día por la mañana vinieron dos indios de Tascala muy secretamente con unas cartas de la Villa-Rica, y lo que se contenia en ello decia que Juan de Escalante, que quedó por alguacil mayor, era muerto, y seis soldados juntamente con él, en una batalla que le dieron los mejicanos; y tambien le mataron el caballo y á nuestros indios totonaques, que llevó en su compañía, y que todos los pueblos de la sierra y Cempoal y su sugeto están alterados y no les quieren dar comida ni servir en la fortaleza, y que no saben qué se hacer; y que como de antes los tenían por teules, que ahora, que han visto aquel desbarate, les hacen fieros, así los totonaques como los mejicanos, y que no les tienen en nada, ni saben qué remedio tomar. Y cuando oimos aquellas nuevas, sabe Dios cuánto pesar tuvimos todos. Aquesto fué el primer desbarate que tuvimos en la Nueva-España; miren los curiosos lectores la adversa fortuna cómo vuelve rodando; ¡quien nos vió entrar en aquella ciudad con tan solemne recibimiento y triunfantes, y nos teníamos en posesion de ricos con lo que Montezuma nos daba cada día, así al capitán como á nosotros; y haber visto la casa por mí nombrada llena de oro, y nos tenían por teules, que son ídolos, ú que todas las batallas vencíamos; é ahora habernos venido tan grande desman, que no nos tuviesen en aquella reputacion que de antes, sino por hombres que podíamos ser vencidos, y haber sentido cómo se desvergonzaban contra nosotros! En fin de mas razones, fué acordado que aquel mismo día de una manera y de otra se prendiese á Montezuma, ó morir todos sobre ello. Y porque para que vean los lectores de la manera que fué esta batalla de Juan de Escalante, y cómo le mataron á él y á seis soldados, y el caballo y los amigos totonaques que llevaba consigo, lo quiero aqui declarar antes de la prision de Montezuma, por no dejarlo atrás, porque es menester dallo bien á entender.

CAPITULO XCIV.

Cómo fué la batalla que dieron los capitanes mejicanos á Juan de Escalante, y cómo le mataron á él y el caballo y á otros seis soldados, y muchos amigos indios totonaques que tambien allí murieron.

Y es desta manera: que ya me habrán oido decir en el capítulo que dello habia, que cuando estábamos en un pueblo que se dice Quiahuistlan, que se juntaron muchos pueblos sus confederados, que eran amigos de los de Cempoal, y por consejo y convocacion de nuestro capitán, que los atrajo á ello, quitó que no diesen tributo á Montezuma, y se le rebelaron y fueron mas de treinta pueblos; y esto fué cuando le prendimos sus

recaudadores, según otras veces dicho tengo en el capítulo que dello habla; y cuando partimos de Cempoal para venir á Méjico quedó en la Villa-Rica por capitán y alguacil mayor de la Nueva-España un Juan de Escalante, que era persona de mucho ser y amigo de Cortés, y le mandó que en todo lo que aquellos pueblos nuestros amigos hubiesen menester les favoreciese; y parece ser que, como el gran Montezuma tenía muchas guarniciones y capitanes de gente de guerra en todas las provincias, que siempre estaban junto á la raya dellos; porque una tenía en lo de Soconusco por guarda de Guatimala y Chiapa, y otra tenía en lo de Guazacualco, y otra capitania en lo de Mechoacan, y otra á la raya de Pánuco, entre Tuzapan y un pueblo que le pusimos por nombre Almería, que es en la costa del norte; y como aquella guarnición que tenía cerca de Tuzapan pareció ser demandaron tributo de indios é indias y bastimentos para sus gentes á ciertos pueblos que estaban allí cerca y confinaban con ellos, que eran amigos de Cempoal y servían á Juan Escalante y á los vecinos que quedaron en la Villa-Rica y entendían en hacer la fortaleza; y como les demandaban los mejicanos el tributo y servicio, dijeron que no se le querían dar, porque Malincha les mandó que no lo diesen, y que el gran Montezuma lo ha tenido por bien; y los capitanes mejicanos respondieron que si no lo daban, que los vendrían á destruir sus pueblos y llevarlos cautivos, y que su señor Montezuma se lo había mandado de poco tiempo acá. Y como aquellas amenazas vieron nuestros amigos los totonaques, vinieron al capitán Juan de Escalante, é quejáronse reciamente que los mejicanos les venían á robar y destruir sus tierras; y como el Escalante lo entendió, envió mensajeros á los mismos mejicanos para que no hiciesen enojo ni robasen aquellos pueblos, pues su señor Montezuma lo había á bien, que somos todos grandes amigos; si no, que irá contra ellos y les dará guerra. A los mejicanos no se les dió nada por aquella respuesta ni lleros, y respondieron que en el campo los hallaría; y el Juan de Escalante, que era hombre muy bastante y de sangre en el ojo, apercibió todos los pueblos nuestros amigos de la sierra que viniesen con sus armas, que eran arcos, flechas, lanzas, rodela, y asimismo apercibió los soldados mas sueltos y sanos que tenía; porque ya he dicho otra vez que todos los mas vecinos que quedaban en la Villa-Rica estaban dolientes y eran hombres de la mar; y con dos tiros y un poco de pólvora, y tres ballestas y dos escopetas, y cuarenta soldados y sobre dos mil indios totonaques, fué adonde estaban las guarniciones de los mejicanos, que andaban ya robando un pueblo de nuestros amigos los totonaques, y en el campo se encontraron al cuarto del alba; y como los mejicanos eran mas doblados que nuestros amigos los totonaques, é como siempre estaban aterrorizados dellos de las guerras pasadas, á la primera refriega de flechas y varas y piedras y gritas huyeron, y dejaron al Juan de Escalante peleando con los mejicanos, y de tal manera, que llegó con sus pobres soldados hasta un pueblo que llaman Almería, y le puso fuego y le quemó las casas. Allí reposó un poco, porque estaba mal herido, y en aquellas refriegas y guerra le llevaron un soldado vivo que se de-

cía Arguello, que era natural de Leon y tenía la cabeza muy grande y la barba prieta y crespa, y era muy robusto de gesto y mancebo de muchas fuerzas, y le hirieron muy malamente al Escalante y otros seis soldados, y mataron el caballo, y se volvió á la Villa-Rica, y dende á tres días murió él y los soldados; y desta manera pasó lo que decimos de la Almería, y no como lo cuenta el coronista Gómora, que dice en su Historia que iba Pedro de Ircio á poblar á Pánuco con ciertos soldados; y para bien velar no teníamos recaudo, cuanto mas enviar á poblar á Pánuco; y dice que iba por capitán el Pedro de Ircio, que ni aun en aquel tiempo no era capitán ni aun cuadrillero, ni se le daba cargo, y se quedó con nosotros en Méjico. También dice el mismo coronista otras muchas cosas sobre la prision del Montezuma: habla de mirar que cuando lo escribía en su Historia que había de haber vivos conquistadores de los de aquel tiempo, que le dirían cuando lo leyese: «Esto pasa desta suerte.» Y dejallo he aquí, y volvamos á nuestra materia, y diré cómo los capitanes mejicanos, después de dale la batalla que dicho tengo al Juan de Escalante, se lo hicieron saber al Montezuma, y aun le llevaron presentada la cabeza del Arguello, que parece se murió en el camino de las heridas, que vivo le llevaban; y supimos que el Montezuma cuando se lo mostraron, como era robusto y grande, y tenía grandes barbas y crespas, hubo pavor y temió de la ver, y mandó que no la ofreciesen á ningun cu de Méjico, sino en otros ídolos de otros pueblos; y preguntó el Montezuma que, siendo ellos muchos millares de guerreros, que cómo no vencieron á tan pocos teules. Y respondieron que no aprovechaban nada sus varas y flechas ni buen pelear; que no les pudieron hacer retraer, porque una gran tequeciguata de Castilla venía delante dellos, y que aquella señora ponía á los mejicanos temor, y decía palabras á sus teules que los esforzaba; y el Montezuma entonces creyó que aquella gran señora que era santa María y la que le habíamos dicho que era nuestra abogada, que de antes dimos al gran Montezuma con su precioso Hijo en los brazos. Y porque esto yo no lo vi, porque estaba en Méjico, sino lo que dijeron ciertos conquistadores que se hallaron en ello; y pluguiese á Dios que así fuese. Y ciertamente todos los soldados que pasamos con Cortés tenemos muy creído, é así es verdad, que la misericordia divina y nuestra Señora la virgen María siempre era con nosotros; por lo cual le doy muchas gracias. Y dejallo he aquí, y diré lo que pasó en la prision del gran Montezuma.

CAPITULO XCV.

De la prision de Montezuma, y lo que sobre ello se hizo.

Como teníamos acordado el día antes de prender al Montezuma, toda la noche estuvimos en oracion con el padre de la Merced rogando á Dios que fuese de tal modo que redundase para su santo servicio, y otro día de mañana fué acordado de la manera que había de ser. Llevó consigo Cortés cinco capitanes, que fueron Pedro de Albarado y Gonzalo de Sandoval y Juan Velazquez de Leon y Francisco de Lugo y Alonso de Avila,

y con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar; y todos nosotros mandó que estuviésemos muy á punto y los caballos ensillados y enfrenados; y en lo de las armas no habia necesidad de ponello yo aqui por memoria, porque siempre de dia y de noche estábamos armados y calzados nuestros alpargates, que en aquella sazón era nuestro calzado; y cuando soliamos ir á hablar al Montezuma siempre nos vein armados de aquella manera; y esto digo porque, puesto que Cortés con los cinco capitanes iban con todas sus armas para le prender, el Montezuma no lo tendria por cosa nueva ni se alteraria dello. Ya puestos á punto todos, enviéle nuestro capitán á hacelle saber cómo iba á su palacio, porque así lo tenia por costumbre, y no se alterase viéndole ir de sobresalto; y el Montezuma bien entendió poco mas ó menos que iba enojado por lo de Almería, y no lo tenia en una castaña, y mandó que fuese mucho en buen hora; y como entró Cortés, después de le haber hecho sus acatos acostumbrados, le dijo con nuestras lenguas: «Señor Montezuma, muy maravillado estoy de vos, siendo tan valeroso principe y haberos dado por nuestro amigo, mandar á vuestros capitanes que teniades en la costa cerca de Tuzapan que tomasen armas contra mis españoles, y tener atrevimiento de robar los pueblos que están en guarda y mamparo de nuestro rey y señor, y de mandalles indios é indias para sacrificar y matar un español hermano mio y un caballo;» no le quiso decir del capitán ni de los seis soldados que murieron luego que llegaron á la Villa-Rica, porque el Montezuma no lo alcanzó á saber, ni tampoco lo supieron los indios capitanes que les dieron la guerra; y mas le dijo Cortés, que teniéndole por tan su amigo, mandé á mis capitanes que en todo lo que posible fuese os sirviesen y favoreciesen, y vuestra majestad, por el contrario, no lo ha hecho. Y asimismo en lo de Cholula tuvieron vuestros capitanes gran copia de guerreros, ordenado por vuestro mandado, que nos matasen; helo disimulado lo de entonces por lo mucho que os quiero; y asimismo ahora vuestros vasallos y capitanes se han avergonzado, y tienen pláticas secretas que nos queréis mandar matar; por estas causas no querría comenzar guerra ni destruir aquesta ciudad; conviene que para excusarlo todo, que luego callando y sin hacer ningun alboroto os vais con nosotros á nuestro aposento, que allí seréis servido y mirado muy bien como en vuestra propia casa; y que si alboroto ó voces daba, que luego seréis muerto de aquestos mis capitanes, que no los truigo para otro efeto. Y cuando esto oyó el Montezuma, estuvo muy espantado y sin sentido, y respondió que nunca tal mandó, que tomasen armas contra nosotros, y que enviaria luego á llamar sus capitanes, y cubria la verdad y los castigaria; y luego en aquel instante quitó de su brazo y muñeca el sello y señal de Huichilóbus, que aquello era cuando mandaba alguna cosa grave é de peso para que se cumpliese, é luego se cumplia; y en lo de ir preso y salir de sus palacios contra su voluntad, que no era persona la suya para que tal le mandasen, é que no era su voluntad salir; y Cortés le replicó muy buenas razones, y el Montezuma le respondia muy mejores, y que no habia de salir de sus casas; por manera que estuvieron mas de media hora

en estas pláticas; y como Juan Velazquez de Leon y los demás capitanes vieron que se detenía con él, y no veían la hora de habello sacado de sus casas y tenelle preso, hablaron á Cortés algo alterados, y dijeron: «¿Qué hace vuestra merced ya con tantas palabras? Ó le llevamos preso ó le daremos de estocadas; por eso tornadle á decir que si da voces ó hace alboroto, que le mataréis; porque mas vale que desta vez aseguremos nuestras vidas ó las perdamos. Y como el Juan Velazquez lo decia con voz algo alta y espantosa, porque así era su hablar, y el Montezuma vió á nuestros capitanes como enojados, preguntó á doña Marina que qué decían con aquellas palabras altas; y como la doña Marina era muy entendida, le dijo: «Señor Montezuma, lo que yo os aconsejo es que vais luego con ellos á su aposento sin ruido ninguno; que yo sé que os harán mucha honra, como gran señor que sois; y de otra manera, aqui quedaréis muerto; y en su aposento se sobrará la verdad;» y entonces el Montezuma dijo á Cortés: «Señor Malinche, ya que eso quereis que sea, yo tengo un hijo y dos hijas legítimas; tomaldas en rehenes, y á mi no me hagais esta afrenta; ¿qué dirán mis principales si me viesen llevar preso?» Tornó á decir Cortés que su persona habia de ir con ellos, y no habia de ser otra cosa. Y en fin de muchas mas razones que pasaron, dijo que él iria de buena voluntad; y entonces nuestros capitanes le hicieron muchas caricias, y le dijeron que le pedían por merced que no hubiese enojo, y que dijese á sus capitanes y á los de su guarda que iba de su voluntad, porque habia tenido plática de su idolo Huichilóbus y de los papas que le servían que convenia para su salud y guardar su vida estar con nosotros; y luego le trujeron sus ricas andas en que solia salir, con todos sus capitanes que le acompañaron, y fué á nuestro aposento, donde le pusimos guardas y velas y todos cuantos servicios y placeres le podíamos hacer, así Cortés como todos nosotros; tantos le hacíamos, y no se le echó prisiones ningunas; y luego le vinieron á ver todos los mayores principales mejicanos y sus sobrinos, é hablar con él y á saber la causa de su prision y si mandaba que nos diesen guerra; y el Montezuma les respondia que él holgaba de estar algunos dias allí con nosotros de buena voluntad, y no por fuerza; y cuando él algo quisiese, que se lo diria, y que no se alborotasen ellos ni la ciudad ni tomasen pesar dello, porque aquesto que ha pasado de estar allí, que su Huichilóbus lo tiene por bien, y se lo han dicho ciertos papas que lo saben, que hablaron con su idolo sobre ello; y desta manera que he dicho fué la prision del gran Montezuma; y allí donde estaba tenia su servicio y mujeres y baños en que se bañaba, y siempre á la continua estaban en su compañía veinte grandes señores y consejeros y capitanes, y se hizo á estar preso sin mostrar pasión en ello; y allí venían con pleitos embajadores de léjas tierras y le traían sus tributos, y despachaba negocios de importancia. Acuérdome que cuando venían ante él grandes caciques de otras tierras sobre términos y pueblos ó otras cosas de aquel arte, que por muy gran señor que fuese se quitaba las mantas ricas, y se ponía otras de nequen y de poca valia, y descalzo habia de venir; y cuando llegaba á los aposentos no entraba de-

recho, sino por un lado dellos, y cuando parecian delante del gran Montezuma, los ojos bajos en tierra; y antes que á él llegasen le hacian tres reverencias y le decian: «Señor, mi señor, gran señor;» y entonces le traian pintado é dibujado el pleito ó negocio sobre que venian, en unos paños ó mantas de nequen, y con unas varitas muy delgadas y pulidas le señalaban la causa del pleito; y estaban allí junto al Montezuma dos hombres viejos, grandes caciques, y cuando bien habian entendido el pleito aquellos jueces, le decian al Montezuma la justicia que tenian, y con pocas palabras los despachaba y mandaba quien habia de llevar las tierras ó pueblos; y sin mas replicar en ello, se salian los pleiteantes sin volver las espaldas, y con las tres reverencias se salian hasta la sala, y cuando se veian fuera de su presencia del Montezuma se ponian otras mantas ricas y se puseban por Méjico. Y dejaré de decir al presente desta prision, y digamos cómo los mensajeros que envió el Montezuma con su señal y sello á llamar sus capitanes que mataron nuestros soldados, los trujeron ante él presos, y lo que con ellos habló yo no lo sé; mas que se los envió á Cortés para que hiciese justicia dellos; y tomada su confesion sin estar el Montezuma delante, confesaron ser verdad lo atrás ya por mí dicho, é que su señor se lo habia mandado que diesen guerra y cobrasen los tributos, y si algunos teules fuesen en su defensa, que tambien les diesen guerra ó matasen. E vista esta confesion por Cortés, envióselo á decir al Montezuma cómo le condenaban en aquella cosa, y él se disculpó cuanto pudo, y nuestro capitan lo envió á decir que él así lo creia; que puesto que merecia castigo, conforme á lo que nuestro rey manda, que la persona que manda matar á otros sin culpa ó con culpa que muera por ello; mas que le quiere tanto y le desea todo bien, que ya que aquella culpa tuviese, que antes lo pagaria el Cortés por su persona que vérsela pasar al Montezuma; y con todo esto que le envió á decir estaba temeroso; y sin mas gastar razones, Cortés sentenció á aquellos capitanes á muerte é que fuesen quemados delante de los palacios del Montezuma, é así se ejecutó luego la sentencia; y porque no hubiese algun impedimento, entre tanto que se quemaban mandó echar unos grillos al mismo Montezuma; y cuando se los echaron él hacia bramuras, y si de antes estaba temeroso, entonces estuvo mucho mas; y después de quemados, fué nuestro Cortés con cinco de nuestros capitanes á su aposento, y él mismo le quitó los grillos, y tales palabras le dijo, que no solamente lo tenia por hermano, sino en mucho mas, é que como es señor y rey de tantos pueblos y provincias, que si él podia, el tiempo andando le haria que fuese señor de mas tierras de las que no ha podido conquistar ni le obedecian; y que si quiere ir á sus palacios, que le da licencia para ello; y declaraselo Cortés con nuestras leguas, y cuando se lo estaba diciendo Cortés, parecia se le saltaban las lágrimas de los ojos al Montezuma; y respondió con gran cortesía que se lo tenia en merced, porque bien entendió Montezuma que todo era palabras las de Cortés; é que ahora al presente que convenia estar allí preso, porque por ventura, como sus principales son muchos, y sus sobrinos é parientes le vienen cada día á decir que

será bien darnos guerra y sacallo de prision, que cuando lo vean fuera que le atraeran á ello, é que no queria ver en su ciudad revueltas, é que si no hace su voluntad, por ventura querrán alzar á otro señor; y que él les quitaba de aquellos pensamientos con dociles que sa dios Huichilóhes se lo ha enviado á decir que esté preso. E á lo que entendimos é lo mas cierto, Cortés habia dicho á Aguilar, la lengua, que lo dijese de secreto que aunque Malinche le manda salir de la prision, que los capitanes nuestros é soldados no querriamos. Y como aquello le oyó, el Cortés le echó los brazos encima, y lo abrazó y dijo: «No en balde, señor Montezuma, os quiero tanto como á mí mismo;» y luego el Montezuma demandó á Cortés un paje español que le servia, que sabia ya la lengua, que se decia Orteguilla, y fué barto provechoso así para el Montezuma como para nosotros, porque de aquel paje inquiria y sabia muchas cosas de las de Castilla el Montezuma, y nosotros de lo que decian sus capitanes; y verdaderamente le era tan buen servicial, que lo queria mucho el Montezuma. Dejemos de hablar cómo ya estaba el Montezuma contento con los grandes halagos y servicios y conversaciones que con todos nosotros tenia, porque siempre que ante él pasábamos, y aunque fuese Cortés, le quitábamos los bonetes de armas ó cascos, que siempre estábamos armados, y él nos hacia gran mesura y honra á todos; y digamos los nombres de aquellos capitanes de Montezuma que se quemaron por justicia, que se decia el principal Quetzalpopoca, y los otros se decian el uno Coatli y el otro Quiabuitle y el otro no me acuerdo el nombre, que poco va en saber sus nombres. Y digamos que como este castigo se supo en todas las provincias de la Nueva-España, temieron, y los pueblos de la costa adonde mataron nuestros soldados volvieron á servir muy bien á los vecinos que quedaban en la Villa-Rica. E han de considerar los curiosos que esto leyeren tan grandes hechos: que entonces hicimos dar con los navios al través; lo otro osar entrar en tan fuerte ciudad, teniendo tantos avisos que allí nos habian de matar cuando dentro nos tuviesen; lo otro tener tanta osadia de osar prender al gran Montezuma, que era rey de aquella tierra, dentro en su gran ciudad y en sus mismos palacios, teniendo tan gran número de guerreros de su guarda; y lo otro osar quemar sus capitanes delante de sus palacios y echalle grillos entre tanto que se hacia la justicia, que muchas veces, ahora que soy viejo, me paro á considerar las cosas heróicas que en aquel tiempo pasamos, que me parece las veo presentes. Y digo que nuestros hechos que no los haciamos nosotros, sino que venian todos encaminados por Dios; porque ¿qué hombres ha habido en el mundo que osasen entrar cuatrocientos y cincuenta soldados, y aun no llegáramos á ellos, en una tan fuerte ciudad como Méjico, que es mayor que Venecia, estando tan apartados de nuestra Castilla sobre mas de mil y quinientas leguas, y prender á un tan gran señor y hacer justicia de sus capitanes delante dél? Porque hay mucho que ponderar en ello, y no así secamente como yo lo digo. Pasaré adelante, y diré cómo Cortés despachó luego otro capitan que estuviese en la Villa-Rica como estaba el Juan Esculante que mataron.

CAPITULO XXVI.

Como nuestro Cortés envió á la Villa-Rica por teniente y capitán á un hidalgo que se decía Alonso de Grado, en lugar del alguacil mayor Juan de Escalante, y el alguacilazgo mayor se le dió á Gonzalo de Sandoval, y desde entonces fué alguacil mayor; y lo que después paso diré adelante.

Después de hecha justicia de Quetzalpopoca y sus capitanes, é socogado el gran Montezuma, acordó de enviar nuestro capitán á la Villa-Rica por teniente della á un soldado que se decía Alonso de Grado, porque era hombre muy entendido y de buena plática y presencia, y músico é gran escribano. Este Alonso de Grado era uno de los que siempre fué contrario de nuestro capitán Cortés porque no fuésemos á Méjico y nos volviésemos á la Villa-Rica, cuando hubo en lo de Tlascala ciertos carrillos, ya por mí dichos en el capítulo que dello habla; y el Alonso de Grado era el que lo mullia y hablaba; y si como era hombre de buenas gracias fuera hombre de guerra, bien le ayudara todo junto; esto digo porque cuando nuestro Cortés le dió el cargo, como conocía su condicion, que no era hombre de afrenta, y Cortés era gracioso en lo que decía, le dijo: « Hé aquí, señor Alonso de Grado, vuestros desenos cumplidos, que iréis ahora á la Villa-Rica, como lo deseábadis, y entenderéis en la fortaleza; y mirad no vais á ninguna entrada, como hizo Juan de Escalante, y os maten; » y cuando se lo estaba diciendo guiñaba el ojo porque lo viésemos los soldados que allí nos hallábamnos y sintiésemos á qué fin lo decía; porque sabía dél que aunque se lo mandara con pena no fuera. Pues dadas las provisiones é instrucciones de lo que habia de hacer, el Alonso de Grado le suplicó á Cortés que le hiciese merced de la vara de alguacil mayor, como la tenía el Juan de Escalante que mataron los indios, y le dijo que ya la habia dado á Gonzalo de Sandoval, y que para él no le faltaria, el tiempo andando, otro oficio muy honroso, y que se fuese con Dios; y le encargó que mirase por los vecinos é los honrase, y á los indios amigos no se les hiciese ningun agravio ni se les tomase cosa por fuerza, y que dos herreros que en aquella villa quedaban, y les habia enviado á decir y mandar que luego hiciesen dos cadenas gruesas del hierro y acías que sacaron de los navios que dimos al través, que con brevedad las enviase, y que diese priesa á la fortaleza que se acabase de enmaderar y cubrir de teja. Y como el Alonso de Grado llegó á la villa, mostró mucha gravedad con los vecinos, y queríase hacer servir dellos como gran señor, é á los pueblos que estaban de paz, que fueron mas de treinta, los enviaba á demandar joyas de oro é indias hermosas; y en la fortaleza no se le daba nada de entender en ella, y en lo que gastaba el tiempo era en bien comer y en jugar; y sobre todo esto, que fué peor que lo pasado, secretamente convocaba á sus amigos é á los que no lo eran para que si viniese á aquella tierra Diego Velazquez de Cuba ó cualquier su capitán, de dalle la tierra é hacerse con él; todo lo cual muy en posta se lo hicieron saber por cartas á Cortés á Méjico; y como lo supo, hubo enojo consigo mismo por haber enviado á Alonso de Grado conociéndole sus malas entrañas é condicion dañada; y como Cortés tenía siempre en el pensamiento que Diego Ve-

HA-11.

lazquez, gobernador de Cuba, por una parte ó por otra habia de alcanzar á saber cómo habíamos enviado á nuestros procuradores á su majestad, é que no le acudiríamos á cosa ninguna, é que por ventura enviaria armada y capitanes contra nosotros, parecióle que seria bien poner hombre de quien fiar el puerto é la villa, y envió á Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor por muerte de Juan de Escalante, y llevó en su compañía á Pedro de Ircio, aquel de quien cuenta el coronista Gómora que iba á poblar á Pánuco; y entonces el Pedro de Ircio fué á la villa, y tomó tanta amistad Gonzalo de Sandoval con él, porque el Pedro de Ircio, como habia sido mozo de espuelas en la casa del conde de Ureña y de don Pedro Giron, siempre contaba lo que les habia acontecido; y como el Gonzalo de Sandoval era de buena voluntad y no nada malicioso, y le contaba aquellos cuentos, tomó amistad con él, como dicho tengo, y siempre le hizo subir hasta ser capitán; y si en este tiempo de ahora fuera, algunas palabras mal dichas que no eran de decir decía el Pedro de Ircio en lugar de gracias, que se las reprendia harto Gonzalo de Sandoval, que le castigaran por ellas en muchos tribunales. Dejemos de contar vidas ajenas, y volvamos á Gonzalo de Sandoval, que llegó á la Villa-Rica, y luego envió preso á Méjico con indios que lo guardasen á Alonso de Grado, porque así se lo mandó Cortés; y todos los vecinos querian mucho á Gonzalo de Sandoval, porque á los que halló que estaban enfermos los proveyó de comida lo mejor que podia y les mostró mucho amor, y á los pueblos de paz tenia en mucha justicia y los favorecia en todo lo que se les ofrecia, y en la fortaleza comenzó á enmaderar y tejar, y hacia todas las cosas como conviene hacer todo lo que los buenos capitanes son obligados; y fué harto provechoso á Cortés y á todos nosotros, como adelante verán en su tiempo é sazón. Dejemos á Sandoval en la Villa-Rica, y volvamos á Alonso de Grado, que llegó preso á Méjico, y queria ir á hablar á Cortés, y no le consintió que pareciese delante dél, antes le mandó echar preso en un cepo de madera que entonces hicieron nuevamente. Acuérdomos que oia la madera de aquel cepo como á sabor de ajos y cebollas, y estuvo preso dos dias. Y como el Alonso de Grado era muy plático y hombre de muchos medios, hizo grandes ofrecimientos á Cortés que lo seria muy servidor, y luego le soltó; y aun desde allí adelante vi que siempre privaba con Cortés, mas no para que le diese cargos de cosas de guerra, sino conforme á su condicion; y aun el tiempo andando le dió la contaduría que solia tener Alonso de Avila, porque en aquel tiempo envió al mismo Alonso de Avila á la isla de Santo Domingo por procurador, segun adelante diré en su coyuntura. No quiero dejar de traer aquí á la memoria cómo cuando Cortés envió á Gonzalo de Sandoval á la Villa-Rica por teniente y capitán y alguacil mayor, le mandó que así como llegase le enviase dos herreros con todos sus aderezos de fuelles y herramientas, y mucho hierro de lo de los navios que dimos al través, y las dos cadenas grandes de hierro, que estaban ya hechas, y que enviase velas y jarcias y pez y estopa y una aguja de marear, y todo otro cualquier aparejo para hacer dos bergantines para andar en

la laguna de Méjico; lo cual luego se lo envió el Sandoval muy cumplidamente, según y de la manera que lo mandó.

CAPITULO XC VII.

Como estando el gran Montezuma preso, siempre Cortés y todos nuestros soldados le festejábamos y regocijábamos, y aun se le dio licencia para ir á sus cues.

Como nuestro capitán en todo era muy diligente, y vió que el Montezuma estaba preso, y por temor no se enojase con estar encerrado y detenido, procuraba cada día, después de haber rezado, que entonces no teníamos vino para decir misa, de irle á tener palacio, é iban con él cuatro capitanes, especialmente Pedro de Albarado y Juan Velazquez de Leon y Diego de Ordás, y preguntaban al Montezuma con mucha cortesía, y que mirase lo que mandaba, que todo se haría, y que no tuviese congoja de su prision; y le respondía que antes se holgaba de estar preso, y esto que nuestros dioses nos daban poder para ello, ó su Huichilóbos lo permitía; y de plática en plática le dieron á entender por medio del fraile mas por extenso las cosas de nuestra santa fe y el gran poder del Emperador nuestro señor; y aun algunas veces jugaba el Montezuma con Cortés al totoloque, que es un juego que ellos así le llaman, con unos bodoquillos chicos muy lisos que tenían hechos de oro para aquel juego, y tiraban con aquellos bodoquillos algo léjos á unos tejuelos que tambien eran de oro, é á cinco rayas ganaban ó perdían ciertas piezas é joyas ricas que ponían. Acuérdome que tanteaba á Cortés Pedro de Albarado, é al gran Montezuma un sobrino suyo, gran señor; y el Pedro de Albarado siempre tanteaba una raya de mas de las que había Cortés, y el Montezuma, como lo vió, decía con gracia y risa que no quería que le tantease á Cortés el Tonatio, que así llamaban al Pedro de Albarado; porque hacia mucho ixoxol en lo que tanteaba, que quiere decir en su lengua que mentía, que echaba siempre una raya de mas; y Cortés y todos nosotros los soldados que aquella sazón hacíamos guarda no podíamos estar de risa por lo que dijo el gran Montezuma. Dirán agora que por qué nos reímos de aquella palabra. E porque el Pedro de Albarado, puesto que era de gentil cuerpo y buena manera, era vicioso en el hablar demasiado, y como le conocimos su condición, por esto nos reímos tanto. E volvamos al juego: y si ganaba Cortés, daba las joyas á aquellos sus sobrinos y privados del Montezuma que le servían; y si ganaba Montezuma, nos lo repartía á los soldados que le hacíamos guarda; y aun no contento por lo que nos daba del juego, no dejaba cada día de darnos presentes de oro y ropa, así á nosotros como al capitán de la guarda, que entonces era Juan Velazquez de Leon, y en todo se mostraba Juan Velazquez grande amigo é servidor de Montezuma. Tambien me acuerdo que era de la vela un soldado muy alto de cuerpo y bien dispuesto y de muy grandes fuerzas, que se decía Fulano de Trujillo, y era hombre de la mar, y cuando le cabía el cuarto de la noche de la vela, era tan mal mirado, que hablando aquí con acato de los señores leyentes, hacia cosas deshonestas, que lo oyó el Montezuma; é como

era un rey destas tierras y tan valeroso, túvolo á mala crianza y desacato, que en parte que él lo oyese se hiciese tal cosa, sin tener respeto á su persona; y preguntó á su paje Orteguilla que quién era aquel mal criado é sucio, é dijo que era hombre que solía andar en la mar é que no sabe de policia é buena crianza, y tambien le dió á entender de la calidad de cada uno de los soldados que allí estábamos, cuál era caballero y cuál no, y le decía á la continua muchas cosas que el Montezuma deseaba saber. Y volvamos á nuestro soldado Trujillo, que desde fué de día Montezuma lo mandó llamar, y le dijo que por qué era de aquella condición, que sin tener miramiento á su persona, no tenía aquel acato debido; que le rogaba que otra vez no lo hiciese; y mandóle dar una joya de oro que pesaba cinco pesos: y al Trujillo no se le dió nada por lo que dijo, y otra noche adrede tiró otro traque, creyendo que le daría otra cosa; y el Montezuma lo hizo saber á Juan Velazquez, capitán de la guarda, y mandó luego el capitán quitar á Trujillo que no velase mas, y con palabras ásperas le respondieron. Tambien acaeció que otro soldado que se decía Pedro Lopez, gran ballestero, y era hombre que no se le entendía mucho, y era bien dispuesto y velaba al Montezuma, y sobre si era hora de tomar el cuarto uno tuvo palabras con un cuadrillero, y dijo: «Oh pesia tal con este perro, que por velarle á la continua estoy muy malo del estómago, para me morir;» y el Montezuma oyó aquella palabra y pesóle en el alma, y cuando vino Cortés á tenelle palacio lo alcanzó á saber, y tomó tanto enojo de ello, que al Pedro Lopez, con ser muy buen soldado, le mandó azotar dentro en nuestros aposentos; y desde allí adelante todos los soldados á quien cabía la vela, con mucho silencio y crianza estaban velando, puesto que no había menester mandarlo á mí ni á otros soldados de nosotros que le velábamos, sobre este buen comedimiento que con aqueste gran cacique habíamos de tener; y él bien conocía á todos, y sabía nuestros nombres y aun calidades; y era tan bueno, que á todos nos daba joyas, á otros mantas é indias hermosas. Y como en aquel tiempo era yo mancebo, y siempre que estaba en su guarda ó pasaba delante dél con muy grande acato le quitaba mi bonete de armas, y aun le había dicho el paje Orteguilla que vine dos veces á descubrir esta Nueva-España primero que Cortés, é yo le había hablado al Orteguilla que le quería demandar á Montezuma que me hiciese merced de una india hermosa; y como lo supo el Montezuma, me mandó llamar y me dijo: «Bernal Díez del Castillo, hanmo dicho que teneis motollina de oro y ropa; yo os mandaré dar hoy una buena moza; tratadla muy bien, que es hija de hombre principal; y tambien os darán oro y mantas.» Yo le respondí con mucho acato que le besaba las manos por tan gran merced y que Dios nuestro Señor le prosperase; y parece ser preguntó al paje que qué había respondido, y le declaró la respuesta; y díjole el Montezuma: «De noble condición me parece Bernal Díez;» porque á todos nos sabía los nombres, como tengo dicho; é me mandó dar tres tejuelos de oro é dos cargas de mantas. Dejemos de hablar de esto, y digamos cómo por la mañana, cuando hacia

sus oraciones y sacrificios á los ídolos, almorzaba poca cosa, é no era carne, sino oji, y estaba ocupado una hora en ir pleitos de muchas partes, de caciques que á él venian de lejas tierras. Ya he dicho otra vez en el capítulo que de ello habla, de la manera que entraban á negociar y el acato que le tenian, y cómo siempre estaban en su compañía en aquel tiempo para despachar negocios veinte hombres ancianos, que eran jueces; y porque está ya referido, no lo tornó á referir; y entonces alcanzamos á saber que las muchas mujeres que tenia por amigas, casaba dellas con sus capitanes ó personas principales muy privados, y aun dellas dió á nuestros soldados, y la que me dió á mí era una señora dellas, y bien se pareció en ella, que se dijo doña Francisca; y así se pasaba la vida, unas veces riendo y otras veces pensando en su prision. Quiero aquí decir, puesto que no vaya á propósito de nuestra relacion, porque me lo han preguntado algunas personas curiosas, que cómo, porque solamente el soldado por mi nombrado llamó perro al Montezuma, aun no en su presencia, le mandó Cortés azotar, siendo tan pocos soldados como éramos, y que los indios tuviesen noticia dello. A esto digo que en aquel tiempo todos nosotros, y aun el mismo Cortés, cuando pasábamos delante del gran Montezuma le hacíamos reverencia con los boneles de armas, que siempre traíamos quitados, y él era tan bueno y tan bien mirado, que á todos nos hacia mucha honra; que, demás de ser rey desta Nueva-España, su persona y condicion lo merecia. Y demás de todo esto, si bien se considera la cosa en que estaban nuestras vidas, sino en solamente mandar á sus vasallos le sacasen de la prision y darnos luego guerra, que en ver su presencia y real franqueza lo hicieran. Y como vimos que tenia á la continua consigo muchos señores que le acompañaban, y venian de lejas tierras otros muchos mas señores, y el gran palacio que le hacian y el gran número de gente que á la continua daba de comer y beber, ni mas ni menos que cuando estaba sin prision; todo esto considerándolo Cortés, hubo mucho enojo de cuando lo supo que tal palabra le dijese, y como estaba airado dello, de repente le mandó castigar como dicho tengo; y fué bien empleado en él. Pasemos adelante y digamos que en aquel instante llegaron de la Villa-Rica indios cargados con las cadenas de hierro gruesas que Cortés habia mandado hacer á los herreros. Tambien trajeron todas las cosas pertenecientes para los bergantines, como dicho tengo; y así como fué traido se lo hizo saber al gran Montezuma. Y dejallo lié aquí, y diré lo que sobre ello pasó.

CAPITULO XCVIII.

Como Cortés mandó hacer dos bergantines de mucho sosten á velas para andar en la laguna, y cómo el gran Montezuma dijo á Cortés que le diese licencia para ir á hacer oracion á sus templos, y lo que Cortés le dijo, y cómo le dió licencia.

Pues como hubo llegado el aderezo necesario para hacer los bergantines, luego Cortés se lo fué á decir y á hacer saber al Montezuma, que queria hacer dos navios chicos para se andar holgando en la laguna; que mandase á sus carpinteros que fuesen á cortar la madera, y que irian con ellos nuestros maestros de hacer

navios, que se decian Martin Lopez y un Alonso Nuñez; y como la madera de roble está obra de cuatro leguas de allí, de presto fué traida y dado el galivo della; y como habia muchos carpinteros de los indios, fueron de presto hechos y calafeteados y breados, y puestas sus jarcias y velas á su tamaño y medida, y una tolda á cada uno; y salieron tan buenos y veleros como si estuvieran un mes en tomar los galivos, porque el Martin Lopez era muy extremado maestro, y este fué el que hizo los trece bergantines para ayudar á ganar á Méjico, como adelante diré, é fué un buen soldado para la guerra. Dejemos aparte esto, é diré cómo el Montezuma dijo á Cortés que queria salir é ir á sus templos á hacer sacrificios é cumplir sus devociones, así para lo que á sus dioses era obligado como para que lo conozcan sus capitanes é principales, especial ciertos sobrinos suyos que cada dia le vienen á decir le quieren soltar y darnos guerra, y que él les da por respuesta que él se huelga de estar con nosotros; porque crean que es como se lo han dicho, porque así se lo mandó su dios Huichiló-bos, como ya otra vez se lo ha hecho creer. Y cuanto á la licencia que le demandaba, Cortés le dijo que mirase que no hiciese cosa con que peritiese la vida, y que para ver si habia algun descomedimiento, ó mandaba á sus capitanes ó papas que le soltasen ó nos diesen guerra, que para aquel efecto enviaba capitanes é soldados para que luego le matasen á estocadas en sintiendo alguna novedad de su persona, y que vaya mucho en buen hora, y que no sacrificase ningunas personas, que era gran pecado contra nuestro Dios verdadero, que es el que le hemos predicado, y que allí estaban nuestros altares é la imagen de nuestra Señora, ante quien podria hacer oracion sin ir á su templo. Y el Montezuma dijo que no sacrificaría ánima ninguna, é fué en sus muy ricas andas acompañado de grandes caciques con gran pompa, como solia, y llevaba delante sus insignias, que era como vara ó baston, que era la señal que iba allí su persona real, como hacen á los visoreyes desta Nueva-España; é con él iban para guardalle cuatro de nuestros capitanes, que se decian Juan Velazquez de Leon y Pedro de Albarado é Alonso de Avila y Francisco de Lugo, con ciento y cincuenta soldados, é tambien iban con nosotros el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la Orden de la Merced, para le retraer el sacrificio si le hiciese de hombres; é yendo como llamamos al cu de Huichiló-bos, ya que llegáramos cerca del maldito templo mandó que le sacasen de las andas, é fué arimado á hombros de sus sobrinos y de otros caciques hasta que llegó al templo. Ya he dicho otras veces que por las calles por donde iba su persona todos los principales habian de llevar los ojos puestos en el suelo y no le miraban á la cara; y llegado á las gradas del adoratorio, estaban muchos papas aguardando para le ayudar á subir de los brazos, é ya le tenian sacrificados desde la noche anterior cuatro indios; y por mas que nuestro capitán le decia, y se lo retraia el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la Orden de la Merced, no aprovechaba cosa ninguna, sino que habia de matar hombres y muchachos para sacrificar; y no podíamos en aquella sazón hacer otra cosa sino disimular con él porque estaba muy revuelto Méjico y otras grandes ciudades con los

sobrinos de Montezuma, como adelante diré; y cuando hubo hecho sus sacrificios, porque no tardó mucho en hacellos, nos volvimos con él á nuestros aposentos; y estaba muy alegre, y á los soldados que con él fuimos luego nos hizo merced de joyas de oro. Dejémoslo aquí, y diré lo que mas pasó.

CAPITULO XCIX.

Cómo echamos los dos bergantines al agua, y cómo el gran Montezuma dijo que quería ir á caza, y fué en los bergantines hasta un peñol donde había muchos venados y caza; que no entraba en el alcázar persona ninguna, con grave pena.

Como los dos bergantines fueron acabados de hacer y echados al agua, y puestos y aderezados con sus jarcias y mástiles, con sus banderas reales é imperiales, y apercebidos hombres de la mar para los marear, fueron en ellos al remo y vela, y eran muy buenos veleros. Y como Montezuma lo supo, dijo á Cortés que quería ir á caza en la laguna á un peñol que estaba acotado, que no osaban entrar en él á montear por muy principales que fuesen, so pena de muerte; y Cortés le dijo que fuese mucho en buen hora, y que mirase lo que de antes le había dicho cuando fué á sus ídolos, que no era mas su vida de revolver alguna cosa, y que en aquellos bergantines iría, que era mejor navegacion ir en ellos que en sus canoas y piraguas, por grandes que sean; y el Montezuma se holgó de ir en el bergantín mas velero, y metió consigo muchos señores y principales, y el otro bergantín fué lleno de caciques y un hijo de Montezuma, y apercebió sus monteros que fuesen en canoas y piraguas. Cortés mandó á Juan Velazquez de Leon, que era capitán de la guarda, y á Pedro de Albarado y á Cristóbal de Oli fuesen con él, y Alonso de Avila con ducientos soldados, que llevasen gran advertencia del cargo que les daba, y mirasen por el gran Montezuma; y como todos estos capitanes que le nombrado eran de sangre en el ojo, metieron todos los soldados que le dicho, y cuatro tiros de bronce con toda la pólvora que había, con nuestros artilleros, que se decían Mesa y Arvenga, y se hizo un toldo muy emparamentado, segun el tiempo; y allí entró Montezuma con sus principales; y como en aquella sazón hizo el viento muy fresco, y los marineros se holgaban de contentar y agrudar al Montezuma, mareaban las velas de arte que iban volando, y las canoas en que iban sus monteros y principales quedaban atrás, por muchos remeros que llevaban. Holgábase el Montezuma y decía que eran gran maestría la de las velas y remos todo junto; y llegó al peñol, que no era muy léjos, y mató toda la caza que quiso de venados y liebres y conejos, y volvió muy contento á la ciudad. Y cuando llegábamos cerca de Méjico mandó Pedro de Albarado y Juan Velazquez de Leon y los demás capitanes que disparasen el artillería, de qua se holgó mucho Montezuma, que, como le víamos tan franco y bueno, le teníamos en el acato que se tienen los reyes destas partes, y él nos hacía lo mismo. Y si hubiese de contar las cosas y condicion que él tenía de gran señor, y el acato y servicio que todos los señores de la Nueva-España y de otras provincias le hacían, es para nunca acabar, porque cosa ninguna que mandaba que le trujesen, aunque fuese volando, que luego no le era traído;

y esto dígoles porque un día estábamos tres de nuestros capitanes y ciertos soldados con el gran Montezuma, y acaso abatióse un gavilán en unas salas como corredores por una codorniz; que cerca de las casas y palacios donde estaba el Montezuma preso estaban unas palomas y codornices mansas, porque por grandeza las tenía allí para criar el indio mayordomo que tenía cargo de barrer los aposentos; y como el gavilán se abatió y llevó presa, vieronlo nuestros capitanes, y dijo uno dellos, que se decía Francisco de Acevedo el Pulido, que fué maestresala del almirante de Castilla: «¡O! qué lindo gavilán, y qué presa hizo, y tan buen vuelo tiene!» Y respondimos los demás soldados que era muy bueno, y que había en estas tierras muchas buenas aves de caza de volateria; y el Montezuma estuvo mirando en lo que hablabamos, y preguntó á su paje Orteguilla sobre la plática, y la respondió que decíamos aquellos capitanes que el gavilán que entro á cazar era muy bueno, é que si tuviésemos otro como aquel que le mostrarian á venir á la mano, y que en el campo le echarian á cualquier ave, aunque fuese algo grande, y la mataria. Entonces dijo el Montezuma: «A Pues yo mandaré agora que tomen aquel mismo gavilán, y verémos si le amansan y cazan con él. Todos nosotros los que allí nos hallamos le quitamos las gorras de armas por la merced; y luego mandó llamar sus cazadores de volateria, y les dijo que le trujesen el mismo gavilán; y tal maña se dieron en le tomar, que á horas del Ave-Maria vienen con el mismo gavilán, y le dieron á Francisco de Acevedo, y le mostró al señuelo; y porque luego se nos ofrocieron cosas en que iba mas que la caza, se dejará aquí de hablar en ello. Y he lo dicho porque era tan gran príncipe, que no solamente le traían tributos de todas las mas partes de la Nueva-España, y señoreaba tantas tierras, y en todas bien obedecido, que aun estando preso, sus vasallos temblaban dél, que hasta las aves que vuelan por el aire hacían tomar. Dejemos esto aparte, y digamos cómo la adversa fortuna vuelve de cuando en cuando su rueda. En aqueste tiempo tenía convocado entre los sobrinos y deudos del gran Montezuma á otros muchos caciques y á toda la tierra para darnos guerra y soltar al Montezuma, y alzarse algunos dellos por reyes de Méjico; lo cual diré adelante.

CAPITULO C.

Cómo los sobrinos del grande Montezuma andaban convocando á trayendo á sí las voluntades de otros señores para venir á Méjico y sacar de la prision al gran Montezuma y echarnos de la ciudad.

Como el Cacamatzin, señor de la ciudad de Tezcuco, que después de Méjico era la mayor y mas principal ciudad que hay en la Nueva-España, entendió que había muchos días que estaba preso su tío Montezuma, é que en todo lo que nosotros podíamos nos íbamos señoreando, y aun alcanzó á saber que habíamos abierto la casa donde estaba el gran tesoro de su abuelo Axayaca, y que no habíamos tomado cosa ninguna dello; é antes que lo tomásemos acordó de convocar á todos los señores de Tezcuco, sus vasallos, é al señor de Cuyoacan, que era su primo, y sobrino del Montezuma, é al señor de Tacuba é al señor de Iztapalapa, é á otro ca-

cacique muy grande, señor de Matalcingo, que era pariente muy cercano del Montezuma, y aun decian que le venia de derecho el reino y señorío de Méjico, y este cacique era muy valiente por su persona entre los indios; pues andando concertando con ellos y con otros señores mejicanos que para tal dia viniesen con todos sus poderes y nos diesen guerra, parece ser que el cacique que he dicho que era valiente por su persona, que ante sé el nombre, dijo que si le daban á él el señorío de Méjico, pues le venia de derecho, que él con toda su parentela, y de una provincia que se dice Matalcingo, serian los primeros que vendrian con sus armas á nos echar de Méjico, ó no quedaria ninguno de nosotros á vida. Y el Cacamatzin parece ser respondió que á él le venia el cacicazgo y él habia de ser rey, pues era sobrino de Montezuma, y que si no queria venir, que sin él ni su gente haria la guerra. Por manera que ya tenia el Cacamatzin apercebidos los pueblos y señores por mí ya nombrados, y tenia concertado que para tal dia viniesen sobre Méjico, é con los señores que dentro estaban de su parte les darian lugar á la entrada; é andando en estos tratos, lo supo muy bien Montezuma por la parte de su gran deudo, que no quiso conceder en lo que Cacamatzin queria; y para mejor lo saber envió Montezuma á llamar todos sus caciques y principales de aquella ciudad, y le dijeron cómo el Cacamatzin los andaba convocando á todos con palabras ó dádivas para que le ayudasen á darnos guerra y sollar al tio. Y como Montezuma era cuerdo y no queria ver su ciudad puesta en armas ni alborotos, se lo dijo á Cortés segun y de la manera que pasaba, el cual alboroto sabia muy bien nuestro capitan y todos nosotros, mas no tan por entero como se lo dijo. Y el consejo que sobre ello tomó era, que nos diese de su gente mejicana á iriamos sobre Tezcucó, y que le prenderiamos ó destruiriamos aquella ciudad é sus comarcas. E al Montezuma no le cuadró este consejo; por manera que Cortés le envió á decir al Cacamatzin que se quitase de andar revolviendo guerra, que será causa de su perdicion, é que le quiere tener por amigo, é que en todo lo que hubiere menester de su persona lo hará por él, é otros muchos cumplimientos. E como el Cacamatzin era mancebo, y halló otros muchos de su parecer que le acudirian en la guerra, envió á decir á Cortés que ya habia entendido sus palabras de halagos, que no las queria mas oír, sino quando le viese venir, que entonces le hablaria lo que quisiese. Tornó otra vez Cortés á le enviar á decir que mirase que no hiciese deservicio á nuestro rey y señor, que lo pagaria su persona y le quitaria la vida por ello; y respondió que ni conocia á rey ni quisiera haber conocido á Cortés, que con palabras blandas prendió á su tio. Como envió aquella respuesta, nuestro capitan rogó á Montezuma, pues era tan gran señor, y dentro en Tezcucó tenia grandes caciques y parientes por capitanes, y no estaban bien con el Cacamatzin, por ser muy soberbio y malquisto; y pues allí en Méjico con el Montezuma estaba un hermano del mismo Cacamatzin, mancebo de buena disposicion, que estaba huido del propio hermano porque no le matase, que después del Cacamatzin heredaba el reino de Tezcucó; que tuviese manera y concierto con todos los de Tezcucó que prendiesen al Caca-

matzin, ó que secretamente le enviase á llamar, y que si viese, que le echase mano y le tuviesen en su poder hasta que estuviese mas sossegado; y que pues que aquel su sobrino estaba en su casa huido por temor del hermano, y le sirva, que le alce luego por señor, y le quite el señorío al Cacamatzin, que está en su deservicio y anda revolviendo todas las ciudades y caciques de la tierra por señorear su ciudad é reino. Y el Montezuma dijo que le enviaria luego á llamar; mas que sentia del que no queria venir, y que si no viniese, que se ternia concierto con sus capitanes y parientes que le prendan; y Cortés le dió muchas gracias por ello, y aun le dijo: «Señor Montezuma, bien podeis creer que si os quereis ir á vuestros palacios, que en vuestra mano está; que desde que tengo entendido que me teneis buena voluntad é yo os quiero tanto, que no fuera yo de tal condicion, que luego no os fuera acompañando para que os fuéades con toda vuestra caballeria á vuestros palacios; y si lo he dejado de hacer, es por estos mis capitanes que os fueron á prender, porque no quieren que os suelte, y porque vuestra majestad dice que quiero estar preso por excusar las revueltas que vuestros sobrinos traen por haber en su poder esta ciudad é quitaros el mando;» y el Montezuma dijo que se lo tenia en merced, y como iba entendiendo las palabras halagüeñas de Cortés é via que lo decia, no por sollalle, sino probar su voluntad; y tambien Orteguilla, su poje, se lo habia dicho á Montezuma, que nuestros capitanes eran los que le aconsejaron que le prendiese, é que no creyese á Cortés, que sin ellos no le soltaria. Dijo el Montezuma á Cortés que muy bien estaba preso hasta ver en qué paraban los tratos de sus sobrinos, y que luego queria enviar mensajeros á Cacamatzin rogándole que viniese ante él, que le queria hablar en amistades entre él y nosotros; y le envió á decir que de su prision que no tenga él cuidado, que si se quisiese soltar, que muchos tiempos ha tenido para ello, y que Malinche le ha dicho dos veces que se vaya á sus palacios, y que él no quiere, por cumplir el mandado de sus dioses, que le han dicho que se esté preso, y que si no lo está, luego será muerto; y que esto que lo sabe muchos dias há de los papas que están en servicio de los ídolos; y que á esta causa será bien que tenga amistad con Malinche y sus hermanos. Y estas mismas palabras envió Montezuma á decir á los capitanes de Tezcucó, cómo enviaba á llamar á su sobrino para hacer las amistades, y que mirase no le trastornase su seso aquel mancebo para tomar armas contra nosotros. Y dejemos esta plática, que muy bien la entendió el Cacamatzin; y sus principales entraron en consejo sobre lo que harian, y el Cacamatzin comenzó á bravar y que nos habia de matar dentro de cuatro dias, é que al tio, que era una gallina, por no darnos guerra quando se lo aconsejaba al bajar la sierra de Chalco, quando tuvo allí buen aparejo con sus guarniciones, y que nos metió él por su persona en su ciudad, como si tuviera conocido que íbamos para hucella algun bien, y que cuanto ora le han traído de sus tributos nos daba; y que le habiamos escalado y abierto la casa donde está el tesoro de su abuelo Axayaca, y que sobre todo esto lo teniamos preso, é que ya le ardábamos diciendo que quitasen los ídolos del gran Huiclnilobos, é que queria-

nos poner los nuestros; é que porque esto no viniese mas mal, y para castigar tales cosas é injurias, que les rogaba que le ayudasen, pues todo lo que ha dicho han visto por sus ojos, y cómo quemamos los mismos capitanes del Montezuma, y que ya no se puede compadecer otra cosa sino que todos juntos á una nos diesen guerra; y allí les prometió el Cacamatzin que si quedaba con el señorío de Méjico que les habia de hacer grandes señores, y tambien les dió muchas joyas de oro y les dijo que ya tenia concertado con sus primos, los señores de Cuyoacan y de Iztapalapa y de Tauba y otros deudos, que le ayudarían, é que en Méjico tenía de su parte otras personas principales, que le darían entrada é ayuda á cualquiera hora que quisiese, y que unos por las calzadas, y todos los mas en sus piraguas y canoas chicas por la laguna, podrían entrar, sin tener contrarios que se lo defendiesen, pues su tío estaba preso; y que no tuviesen miedo de nosotros, pues saben que pocos dias habian pasado que en lo de Almería los mismos capitanes de su tío habian muerto muchos teules y un caballo, lo cual bien vieron la cabeza de un teule é el cuerpo del caballo; é que en una hora nos despacharian, é con nuestros cuerpos harían buenas fiestas y hartazgas. Y como hubo hecho aquel razonamiento, dicen que se miraban unos capitanes á otros para que hablasen los que solian hablar primero en cosas de guerra, é que cuatro ó cinco de aquellos capitanes le dijeron que; cómo habian de ir sin licencia de su gran señor Montezuma y dar guerra en su propia casa y ciudad? Y que se lo ovien primero á hacer saber, é que si es consentidor, que irán con él de muy buena voluntad, é que de otra manera, que no le quieren ser traidores. Y pareció ser que el Cacamatzin se enojó con los capitanes que le dieron aquella respuesta, y mandó echar presos tres de ellos; y como habia allí en el consejo y junta que tenían otros sus deudos y ganosos de bullicios, dijeron que le ayudarían hasta morir, é acordó de enviar á decir á su tío el gran Montezuma que habia de tener empacho en vialleá decir que venga á tener amistad con quien tanto mal y deshonra le ha hecho, teniéndole preso; é que no es posible sino que nosotros éramos hechiceros y con hechizos le teníamos quitado su gran corazon y fuerza, é que nuestros dioses y la gran mujer de Castilla que les dijimos que era nuestra abogada nos da aquel gran poder para hacer lo que hacíamos; é en esto que dijo á la postre no lo erraba, que ciertamente la gran misericordia de Dios y su bendita Madre nuestra Señora nos ayudaba. Y volvamos á nuestra plática, que en lo que se resumió, fué enviar á decir que él venia á pesar nuestro y de su tío á nos hablar y matar; y cuando el gran Montezuma oyó aquella respuesta tan desvergonzada, recibió mucho enojo, y luego en aquella hora envió á llamar seis de sus capitanes de mucha cuenta, y les dió su sello, y aun les dió ciertas joyas de oro, y les mandó que luego fuesen á Tezcuco y que mostrasen secretamente aquel su sello á ciertos capitanes y parientes que estaban muy mal con el Cacamatzin por ser muy soberbio, é que tuviesen tal orden y manera, que á él y á los que eran en su consejo los prendiesen y que luego se los trujesen delante. Y como fueron aquellos capitanes, y en Tezcuco entendieron lo que el Montezuma mandaba,

y el Cacamatzin era malquisto, en sus propios palacios le prendieron, que estaba platicando con aquellos sus confederados en cosas de la guerra, y tambien trujeron otros cinco presos con él. E como aquella ciudad está poblada junto á la gran laguna, aderezan una gran piragua con sus toldos y les meten en ella, y con gran copia de remeros los traen á Méjico, y cuando hubo desembarcado le meten en sus ricas andas, como rey que era, y con gran acato le llevan ante Montezuma; y parece ser estuvo hablando con su tío, y desvergonzósele mas de lo que antes estaba, y supo Montezuma de los conciertos en que andaba, que era alzarse por señor; lo cual alcanzó á saber mas por entero de los demás prisioneros que le trujeron, y si enojado estaba de antes del sobrino, muy mas lo estuvo entonces. Y luego se lo envió á nuestro capitan para que lo echase preso, y á los demás prisioneros mandó soltar; é luego Cortés fué á los palacios é al aposento de Montezuma y le dió las gracias por tan gran merced; y se dió orden que se alzase por rey de Tezcuco al mancebo que estaba en su compañía del Montezuma, que tambien era su sobrino, hermano del Cacamatzin, que ya ha dicho que por su temor estaba allí retraído al favor del tío porque no le matase, que era tambien heredero muy propiucuo del reino de Tezcuco; y para lo hacer solenemente y con acuerdo de toda la ciudad, mandó Montezuma que viesen ante él los mas principales de toda aquella provincia, y después de muy bien platicada la cosa, le alzaron por rey y señor de aquella gran ciudad, y se llamó don Carlos. Ya todo esto hecho, como los caciques y reyezuelos sobrinos del gran Montezuma, que eran el señor de Cuyoacan y el señor de Iztapalapa y el de Tauba, vieron é oyeron las prisiones del Cacamatzin, y supieron que el gran Montezuma habia sabido que ellos entraban en la conjuración para quitalle su reino y dársele á Cacamatzin, temieron, y no le venian á ver ni á hacer palacio como solian; é con acuerdo de Cortés, que le convocó é atrajo al Montezuma para que los mandase prender, en ocho dias todos estuvieron presos en la cadena gorda, que no poco se holgó nuestro capitan y todos nosotros. Miren los curiosos lectores en lo que andaban nuestras vidas, tratando de nos matar cada dia y comer nuestras carnes, si la gran misericordia de Dios, que siempre era con nosotros, no nos socorria; é aquel buen Montezuma á todas nuestras cosas daba buen acate; é miren qué gran señor era, que estando preso así era tan obedecido. Pues ya todo apaciguado é aquellos señores presos, siempre nuestro Cortés con otros capitanes é el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la orden de la Merced, estaban teniéndole palacio, é en todo lo que podían le daban mucho placer, y burlaban no de manera de desacato, que digo que no se sentaban Cortés ni ningún capitan hasta que el Montezuma les mandaba dar sus asentaderos ricos y les mandaba asentar; y en esto era tan bien mirado, que todos le queríamos con gran amor, porque verdaderamente era gran señor en todas las cosas que le víamos hacer. Y volviendo á nuestra plática, unas veces le daban á entender las cosas tocantes á nuestra santa fe, y se lo decia el fraile con el paje Ortega, que parece que le entraban ya algunas buenas razones en el corazon, pues las escuchaba con atencion

mejor que al principio. También le daban á entender el gran poder del Emperador nuestro señor, y cómo le daban vasallaje muchos grandes señores que le obedecían, y de léjas tierras; y decíanle otras muchas cosas que él se holgaba de les oír, y otras veces jugaba Cortés con él al altotoloque; y él, como no era nada escaso, nos daba cada día cual joyas de oro ó mantas. Y dejaré de hablar en ello, y pasaré adelante.

CAPITULO CI.

Cómo el gran Montezuma con muchos caciques y principales de la comarca dieron la obediencia á su majestad, y de otras cosas que sobre ello pasaron.

Como el capitán Cortés vió que ya estaban presos aquellos reyecillos por mí nombrados, y todas las ciudades pacíficas, dijo á Montezuma que dos veces le habia enviado á decir antes que entrásemos en Méjico que queria dar tributo á su majestad, y que pues ya habia entendido el gran poder de nuestro rey y señor, é que de muchas tierras le dan parias y tributos, y le son sujetos muy grandes reyes, que será bien que él y todos sus vasallos le den la obediencia, porque así se tiene por costumbre, que primero se da la obediencia que den las parias é tributo. Y el Montezuma dijo que juntaría sus vasallos é hablaría sobre ello; y en diez días se juntaron todos los mas caciques de aquella comarca, y no vino aquel cacique pariente muy cercano del Montezuma, que ya hemos dicho que decían que era muy esforzado, y en la presencia y cuerpo y miembros se le parecia. Bien era algo atronado, y en aquella sazón estaba en un pueblo suyo que se decía Tula; y á este cacique, según decían, le venia el reino de Méjico después del Montezuma; y como le llamaron, envió á decir que no queria venir ni dar tributo; que aun con lo que tiene de sus provincias no se puede sustentar. De la cual respuesta hubo enojo Montezuma, y luego envió ciertos capitanes para que le prendiesen; como era gran señor y muy emparentado, tuvo aviso dello y metióse en su provincia, donde no le pudo haber por entonces. Y dejallo hé aquí, y diré que en la plática que tuvo el Montezuma con todos los caciques de toda la tierra que habia enviado á llamar, que después que les habia hecho un parlamento sin estar Cortés ni ninguno de nosotros delante, salvo Orteguilla el paje, dicen que les dijo que mirasen que de muchos años pasados sabían por muy cierto, por lo que sus antepasados les han dicho, é así lo tiene señalado en sus libros de cosas de memorias, que de donde sale el sol habian de venir gentes que habian de señorear estas tierras, y que se habia de acabar en aquella sazón el señorío y reino de los mejicanos; y que él tiene entendido, por lo que sus dioses le han dicho, que somos nosotros; é que se lo han preguntado á su Huichilóbos los papas que lo declaran, y sobre ello les hacen sacrificios y no quieren responderles como suelo; y lo que mas les da á entender el Huichilóbos es, que lo que les ha dicho otras veces, aquello dé ahora por respuesta, é que no le pregunten mas; así, que bien da á entender que demos la obediencia al rey de Castilla, cuyos vasallos dicen estos señores que son; y porque al presente no va nada en ello, y el tiempo andando veremos si tenemos otra mejor respu-

ta de nuestros dioses, y como viéremos el tiempo, así harémos. Lo que yo os mando y ruego, que todos de buena voluntad al presente se la demos, y contribuyamos con alguna señal de vasallaje, que presto os diré lo que mas nos convenga; y porque ahora soy importunado de Malinche á ello, ninguno lo rehuse; é mirá que en diez y ocho años que há que soy vuestro señor, siempre me habeis sido muy leales, é yo os he enriquecido, é ensanchado vuestras tierras, é os he dado mandos é hacienda; é si ahora al presente nuestros dioses permiten que yo esté aquí detenido, no lo estuviera, sino que ya os he dicho muchas veces que migran Huichilóbos me lo ha mandado. Y desde que oyeron esto razonamiento, todos dieron por respuesta que harian lo que mandase, y con muchas lágrimas y suspiros, y el Montezuma muchas mas; y luego envió á decir con un principal que para otro día darian la obediencia y vasallaje á su majestad. Después Montezuma tornó á hablar con sus caciques sobre el caso, estando Cortés delante, é nuestros capitanes y muchos soldados, y Pedro Fernandez, secretario de Cortés; é dieron la obediencia á su majestad, y con mucha tristeza que mostraron; y el Montezuma no pudo sostener las lágrimas; é queriamoslo tanto é de buenas entrañas, que á nosotros de verle llorar se nos enternecieron los ojos, y soldado hubo que lloraba tanto como Montezuma: tanto era el amor que le teníamos. Y dejallo hé aquí, y diré que siempre Cortés y el padre fray Bartolomé de Olmudo, de la Merced, que era bien entendido, estaban en los palacios de Montezuma por alegralle, atruyéndole á que dejase sus ídolos; y pasaré adelante.

CAPITULO CII.

Cómo nuestro Cortés procuró de saber de las minas de oro, y de qué calidad eran, y asimismo en qué rios estaban, y qué puertos para navios desde lo de Pánuco hasta lo de Tabasco, especialmente el rio grande de Guaxualco, y lo que sobre ello pasó.

Estando Cortés é otros capitanes con el gran Montezuma, teniéndole en palacio, entre otras pláticas que le decía con nuestras lenguas doña Marina é Jerónimo de Aguilar é Orteguilla, le preguntó que á qué parte eran las minas é en qué rios, é cómo y de qué manera cogian el oro que le traían en granos, porque queria enviar á vello dos de nuestros soldados grandes mineros. Y el Montezuma dijo que de tres partes, y que donde mas oro se solia traer que era de una provincia que se dice Zacatula, que es á la banda del sur, que está de aquella ciudad andadura de diez ó doce dias, y que lo cogian con unas jícaras, en que lavan la tierra, é que allí quedan unos granos menudos después de lavado; é que ahora al presente se lo traen de otra provincia que se dice Gustepeque, cerca de donde desembarcamos, que es en la banda del norte, é que lo cogen de dos rios; é que cerca de aquella provincia hay otras buenas minas, en parte que no son sujetos, que se dicen los chinatecas y capotecas, y que no le obedecen; y que si quiere enviar sus soldados, que él daría principales que vayan con ellos; y Cortés le dió las gracias por ello, y luego despachó un piloto que se decía Gonzalo de Umbria, con otros dos soldados mineros, á lo de Zacatula.

Aqueste Gonzalo de Umbria era al que Cortés mandó cortar los piés cuando ahorcó á Pedro Escuderos é á Juan Cermeño y azotó los Peñates porque se alzaban en San Juan de Ulúa con el navio, segun mas largamente lo tengo escrito en el capítulo que dello habla. Dejemos de contar mas en lo pasado, y digamos cómo fueron con el Umbria, y se les dió de plazo para ir é volver cuarenta dias. E por la banda del norte despachó para ver los minas á un capitan que se decia Pizarro, moancebo de hasta veinte y cinco años; y á este Pizarro trataba Cortés como á pariente. En aquel tiempo no habia fama del Perú ni se nombraban Pizarros en esta tierra; é con cuatro soldados mineros fué, y llevó de plazo otros cuarenta dias para ir é volver, porque habia desde Méjico obra de ochenta leguas, é con cuatro principales mejicanos. Ya partidos para ver las minas, como dicho tengo, volvamos á decir cómo le dió el gran Montezuma á nuestro capitan en un paño de nequen pintados y señalados muy al natural todos los rios é ancones que habia en la costa del norte Pánuco hasta Tabasco, que son obra de ciento cuarenta leguas, y en ellos venia señalado el rio de Guazacualco; é como ya sabiamos todos los puertos y ancones que señalaban en el paño que le dió el Montezuma, de cuando veniamos á descubrir con Grijalva, excepto el rio de Guazacualco, que dijeron que era muy poderoso y hondo, acordó Cortés de enviar á ver qué era, y para hondar el puerto y la entrada. Y como uno de nuestros capitanes, que se decia Diego de Ordás, otras veces por mí nombrado, era hombre muy entendido y bien esforzado, dijo al capitan que él queria ir á ver aquel rio y qué tierras habia y qué manera de gente era, y que le diese hombres é indios principales que fuesen con él; y Cortés lo rehusaba, porque era hombre de buenos consejos y tenello en su compañía, y por no le descomplacer le dió licencia para que fuese; y el Montezuma le dijo al Ordás que en lo de Guazacualco no llegaba su señoría, é que eran muy esforzados, é que parase á ver lo que habia, y que si algo le aconteciese no le cargasen ni culpasen á él; y que antes de llegar á aquella provincia toparía con sus guarniciones de gente de guerra, que tenia en frontera, y que si los hubiese menester, que los llevase consigo; y dijo otros muchos cumplimientos. Y Cortés y el Diego de Ordás le dieron las gracias; é así, partió con dos de nuestros soldados y con otros principales que el Montezuma les dió. Aquí es donde dice el coronista Francisco Lopez de Gómora que iba Juan Velazquez con cien soldados á poblar á Guazacualco, é que Pedro de Ircio habia ido á poblar á Pánuco; é porque ya estoy harto de mirar en lo que el coronista va fuera de lo que pasó, lo dejaré de decir, y diré lo que cada uno de los capitanes que nuestro Cortés envió hizo, é vinieron con muestras de oro.

CAPITULO CIII.

Cómo volvieron los capitanes que nuestro capitan envió á ver las minas é á hondar el puerto é rio de Guazacualco.

El primero que volvió á la ciudad de Méjico á dar razon de á lo que Cortés los envió, fué Gonzalo de Umbria y sus compañeros, y trajeron obra de trecientos pesos en granos, que sacaron delante de los indios de un pue-

blo que se dice Cacatula, que, segun contaba el Umbria, los caciques de aquella provincia llevaron muchos indios á los rios, y con unas como bateas chicas lavaban la tierra y cogian el oro, y era de dos rios; y dijeron que si fuesen buenos mineros y la lavasen como en la isla de Santo Domingo ó como en isla de Cuba, que serian ricas minas; y asimismo trujeron consigo dos principales que envió aquella provincia, y trajeron un presente de oro hecho en joyas, que valdria ducientos pesos, é á darse é ofrecerse por servidores de su majestad; y Cortés se holgó tanto con el oro como si fueran treinta mil pesos, en saber cierto que habia buenas minas; é á los caciques que trajeron el presente les mostró mucho amor y les mandó dar cuentas verdes de Castilla, y con buenas palabras se volvieron á sus tierras muy contentos. Y decia el Umbria que no muy lejos de Méjico habia grandes poblaciones y otra provincia que se decia Matalcingo; y á lo que sentimos y vimos, el Umbria y sus compañeros vinieron ricos con mucho oro y bien aprovechados; que á este efecto le envió Cortés, para hacer buen amigo dél por lo pasado que dicho tengo, que le mandó cortar los piés. Dejémosle, pues volvió con buen recaudo, y volvamos al capitan Diego de Ordás, que fué á ver el rio de Guazacualco, que es sobre ciento y veinte leguas de Méjico; y dijo que pasó por muy grandes pueblos, que allí los nombró, é que todos le hacian honra; é que en el camino de Guazacualco topó á las guarniciones de Montezuma que estaban en frontera, é que todas aquellas comarcas se quejaban dellas, así de robos que les hacian, y les tomaban sus mujeres y les demandaban otros tributos; y el Ordás, con los principales mejicanos que llevaba, reprendió á los capitanes de Montezuma que tenian cargo de aquellas gentes, y les amenazaron que si mas robaban, que se lo haria saber á su señor Montezuma, y que enviaria por ellos y los castigaria, como liizo á Quetzalpopoca y sus compañeros porque habian robado los pueblos de nuestros amigos; y con estas palabras les metió temor; é luego fué camino de Guazacualco, y no llevó mas de un principal mejicano; y cuando el cacique de aquella provincia, que se decia Tochel, supo que iba, envió sus principales á le recibir, y le mostraron mucha voluntad, porque aquellos de aquella provincia y todos tenian relacion y noticia de nuestras personas, de cuando venimos á descubrir con Juan de Grijalva, segun largamente lo he escrito en el capítulo pasado que dello habla; y volvamos ahora á decir que, como los caciques de Guazacualco entendieron á lo que iba, luego le dieron muchas grandes canoas, y el mesmo cacique Tochel, y con él otros muchos principales hondaron la boca del rio, é hallaron tres brazas largas, sin la de caída, en lo mas bajo; y entrados en el rio un poco arriba, podian nadar grandes navlos, é mientras mas arriba mas hondo. Y junto á un pueblo que en aquella sazón estaba poblado de indios puebla estar carraças; y como el Ordás lo hubo ahondado y se vino con los caciques al pueblo, le dieron ciertas joyas de oro y una india hermosa, y se ofrecieron por servidores de su majestad, y se le quejaron de Montezuma y de su guarnicion de gente de guerra, y que habia poco tiempo que tuvieron una ba-

talla con ellos, y que cerca de un pueblo de pocas casas mataron los de aquella provincia á los mejicanos muchas de sus gentes, y por aquella causa llaman hoy en día, donde aquella guerra pasó, Cuilonemiqui, que en su lengua quiere decir donde mataron los putos mejicanos; y el Ordás les dió muchas gracias por la honra que habia recibido, y les dió ciertas cuentas de Castilla que llevaba para aquel efecto, y se volvió á Méjico, y fue alegremente recibido de Cortés y de todos nosotros; y decía que era buena tierra para ganados y granjerías, y el puerto á pique para las islas de Cuba y de Santo Domingo y de Jamaica, excepto que era lejos de Méjico y habia grandes ciénagas. Y á esta causa nunca tuvimos confianza del puerto para el descargo y trato de Méjico. Dejemos al Ordás, y digamos del capitán Pizarro y sus compañeros, que fueron en lo de Tustepeque á buscar oro y ver las minas, que volvió el Pizarro con un soldado solo á dar cuenta á Cortés, y trujeron sobre mil pesos de granos de oro sacado de las minas, y dijeron que en la provincia de Tustepeque y Malinaltepeque y otros pueblos comarcanos fué á los rios con mucha gente que le dieron, y cogieron la tercia parte del oro que allí traian, y que fueron en las sierras mas arriba á otra provincia que se dice los chinantecas, y como llegaron á su tierra, que salieron muchos indios con armas, que son unas lanzas mayores que las nuestras, y arcos y flechas y pavesinas, y dijeron que ni un indio mejicano no les entrase en su tierra; sino, que los matarian, y que los teules que vayan mucho en buen hora; y así, fueron, y se quedaron los mejicanos, que no pasaron adelante; y cuando los caciques de Chinanta entendieron á lo que iban, juntaron copia de sus gentes para lavar oro, y le llevaron á unos rios, donde cogieron el demás oro que venia por su parte en granos crespillos, porque dijeron los mineros que aquello era de mas duraderas minas, como de nacimiento; y tambien trujo el capitán Pizarro dos caciques de aquella tierra, que vinieron á ofrecerse por vasallos de su majestad y tener nuestra amistad, y aun trujeron un presente de oro; y todos aquellos caciques una decian mucho mal de los mejicanos, que eran tan aburridos de aquellas provincias por los robos que les hacian, que no podian ver, ni aun mentar sus nombres. Cortes recibió bien al Pizarro y á los principales que traia, y tomó el presente que le dieron, y porque há muchos años ya pasados, no me acuerdo qué tanto era; y se ofreció con buenas palabras que les ayudaria y seria su amigo de los chinantecas, y les mandó que fuesen á su provincia; y porque no recibiesen algunas molestias en el camino, mandó á dos principales mejicanos que los pusiesen en sus tierras, y que no se quitasen dellos hasta que estuviesen en salvo, y fueron muy contentos. Volvamos á nuestra plática: que preguntó Cortes por los demás soldados que habia llevado el Pizarro en su compañía, que se decian Barrientos y Heredia el viejo y Escalona el mozo y Cervantes el chorrero; y dijo que porque les pareció muy bien aquella tierra y era rica de minas, y los pueblos por donde fuimos muy de paz, les mandó que hiciesen una gran estancia de cacaguatales y maizales y pusiesen muchas aves de la tierra, y otras granjerías que habia de algo-

don, y que desde allí fuesen cotando todos los rios y vieses qué minas habia. Y puesta que Cortés calló por entonces, no se lo tuvo á bien á su pariente haber salido de su mandado, y supimos que en secreto riñó mucho con él sobre ello, y le dijo que era de poca cabilidad querer entender en cosas de criar aves é cacaguatales; y luego envió otro soldado que se decía Alonso Luis á llamar los demás que habia dejado el Pizarro, y para que luego viniesen llevó un mandamiento; y lo que aquellos soldados hicieron diré adelante en su tiempo y lugar.

CAPITULO CIV.

Cómo Cortés dijo al gran Montezuma que mandase á todos los caciques que tributasen á su majestad, pues comunmente sabian que tenían oro, y lo que sobre ello se hizo.

Pues como el capitán Diego de Ordás y los soldados por mí ya nombrados vinieron con muestras de oro y relacion que toda la tierra era rica, Cortés, con consejo del Ordás y de otros capitanes y soldados, acordó de decir y demandar al Montezuma que todos los caciques y pueblos de la tierra tributasen á su majestad, y que al mismo, como gran señor, tambien tributasen á diese de sus tesoros; y respondió que él enviaria por todos los pueblos á demandar oro, mas que muchos dellos no lo alcanzaban, sino joyas de poca valia que habian habido de sus antepasados; y de presto despachó principales á las partes donde habia minas, y les mandó que diese cada uno tantos tejuelos de oro fino del tamaño y gordor de otros que le solian tributar, y llevaban para muestras dos tejuelos, y de otras partes no le traian sino joyezuelas de poca valia. Tambien envió á la provincia donde era cacique y señor aquel su pariente muy cercano que no le queria obedecer, que estaba de Méjico obra de doce leguas; y la respuesta que trujeron los mensajeros fué, que decía que no queria dar oro ni obedecer al Montezuma, y que tambien él era señor de Méjico y le venia el señorío como al mismo Montezuma que le enviaba á pedir tributo. Y como esto oyó el Montezuma, tuvo tanto enojo, que de presto envió su señal y sello y con buenos capitanes para que se lo trujesen preso; y venido á su presencia el pariente, le habló muy descaudadamente y sin ningun temor, ó de muy esforzado, ó decian que tenía ramos de locura, porque era como atronado; todo lo cual alcanzó á saber Cortés, y envió á pedir por merced al Montezuma que se lo diese, que él lo queria guardar; porque, segun le dijeron, le habia mandado matar el Montezuma; y traído ante Cortés, le habló muy amorosamente, y que no fuese loco contra su señor, y que lo queria soltar. Y Montezuma cuando lo supo dijo que no lo soltase, sino que lo echasen en la cadena gorda, como á los otros reyezuelos por mí ya nombrados. Tornemos á decir que en obra de veinte días vinieron todos los principales que Montezuma habia enviado á cobrar los tributos del oro, que dicho tengo. Y así como vinieron, envió á llamar á Cortés y á nuestros capitanes y ciertos soldados que conocia que éramos de guarda, y dijo estas palabras formales, ó otras como ellas: «Hágoos saber, señor Malinche y señores capitanes y soldados, que á vuestro gran rey yo le soy en cargo y le tengo buena voluntad, así por se-

ñor y tan gran señor, como por haber enviado de tan lejas tierras á saber de mí; y lo que mas me pone en el pensamiento es, que él ha de ser el que nos ha de señorear, segun nuestros antepasados nos han dicho, y que nuestros dioses nos dan á entender por las respuestas que dellos tenemos; tomé ese oro que se ha recogido, y por ser tan de priesa no se true mas; y lo que yo tengo aparejado para el Emperador es todo el tesoro que he habido de mi padre, que está en vuestro poder y apuesto, que bien sé que luego que aquí venistes, abristes la casa y lo visteis é mirastes todo, y la tornastes á cerrar como antes estaba; y cuando se lo envié, recidíe en vuestros annales y cartas: « Esto os envia vuestro buen vasallo Montezuma; » y tambien yo os daré unas piedras muy ricas, que le envieis en mi nombre, que son chalchihuis, que no son para dar á otras personas, sino para ese vuestro gran emperador, que vale cada una piedra dos cargas de oro. Tambien le quiero enviar tres cerbatanas con sus esqueros y bodoqueras, que tienen tales obras de podrería, que se holgará de ellas; y tambien yo quiero dar de lo que tuviere, aunque es poco, porque todo el mas oro y joyas que tenia os he dado en veces. Y cuando aquello le oyó Cortés y todos nosotros, estuvimos espantados de la gran bondad y liberalidad del gran Montezuma, y con mucho acato le quitamos todos las gorras de armas, y le dijimos que se lo teniamos en merced, y con palabras de mucho amor le prometió Cortés que escribiríamos á su majestad de la magnificencia y franqueza del oro que nos dió en su real nombre. Y después que tuvimos otras pláticas de buenos comedimientos, luego en aquella hora envió Montezuma sus mayordomos para entregar todo el tesoro de oro y riqueza que estaba en aquella sala enclavada; y para ello y quitallo de sus bordaduras y donde estaba engastado tardamos tres dias, y aun para lo quitar y deshacer vinieron los plateros de Montezuma, de un pueblo que se dice Escapuzalco. Y digo que era tanto, que después de deshecho eran tres montones de oro; y pesado, hubo en ellos sobre seiscientos mil pesos, como adelante diré, sin la plata é otras muchas riquezas. Y no cuento con ello las planchas, y tejuelos de oro y el oro en grano de las minas; y se comenzó á fundir con los plateros indios que dicho tengo, naturales de Escapuzalco, é se hicieron unas barras muy anchas dello, como medida de tres dedos de la mano de anchor de cada una barra. Pues ya fundido y hecho barras, traen otro presente por sí de lo que el gran Montezuma habia dicho que daría, que fué cosa de admiracion ver tanto oro y las riquezas de otras joyas que trujo. Pues las piedras chalchihuis, que eran tan ricas algunas dellas, que valian entre los mismos caciques mucha cantidad de oro; pues las tres cerbatanas con sus bodoqueras, los engastes que tenian de piedras y perlas, y las pinturas de pluma é de pajaritos llanos de aljófar, é otras aves, todo era de gran valor. Dejamos de decir de penachos y plumas y otras muchas cosas ricas, que es para nunca acabar de traerlo aquí á la memoria; digamos agora cómo se marcó todo el oro que dicho tengo con una marca de hierro que mandó hacer Cortés, y los oficiales del Rey prohibidos por Cortés, y de acuerdo de todos nosotros, en nombre de

su majestad, hasta que otra cosa mandase; y la marca fué las armas reales como de un real y del tamaño de un toston de á cuatro, y esto sin las joyas ricas que nos pareció que no eran para deshacer; pues para pesar todas estas barras de oro y plata y las joyas que quedaron por deshacer no teniamos pesas de marcos ni balanza, y pareció á Cortés y á los mismos oficiales de la hacienda de su majestad que seria bien hacer de hierro unas pesas de hasta una arroba, y otras de media arroba, y de dos libras, y de una libra, y de media libra y de cuatro onzas; y esto no para que viniese muy justo, sino media onza mas ó menos en cada peso que pesaba y de cuanto pesó. Y dijeron los oficiales del Rey que habia en el oro, así en lo que estaba hecho arrobas como en los granos de las minas y en los tejuelos y joyas, mas de seiscientos mil pesos, sin la plata é otras muchas joyas que se dejaron de avaluar; y algunos soldados decían que habia mas. Y como ya no habia que hacer en ello sino sacar el real quinto y dar á cada capitán y soldado nuestras partes, é á los que quedaban en el puerto de la Villa-Rica tambien las suyas, parece ser Cortés procuraba de no lo repartir tan presto, hasta que tuviese mas oro é hubiese buenas pesas y razon y cuenta de á cómo salian; y todos los mas soldados y capitanes dijimos que luego se repartiese, porque habiamos visto que cuando se deshacian las piezas del tesoro de Montezuma estaba en los montones que he dicho mucho mas oro, y que faltaba la tercia parte dello, que lo tomaban y escondian, así por la parte de Cortés como de los capitanes y otros que no se sabia, y se iba menoscabando; é á poder de muchas pláticas se pesó lo que quedaba, y hallaron sobre seiscientos mil pesos, sin las joyas y tejuelos, y para otro dia habian de dar las partes. E diré cómo lo repartieron, é todo lo mas se quedó con ello el capitán Cortés é otras personas, y lo que sobre ello se hizo diré adelante.

CAPITULO CV.

Cómo se repartió el oro que habiamos, así de lo que dió el gran Montezuma como de lo que se recogió de los pueblos, y de lo que sobre ello acreció á un soldado.

Lo primero se sacó el real quinto, y luego Cortés dijo que le sacasen á él otro quinto como á su majestad, pues se lo prometimos en el arenal cuando le alzamos por capitán general y justicia mayor, como ya lo he dicho en el capítulo que dello habia. Luego tras esto dijo que habia hecho cierta costa en la isla de Cuba que gastó en el armada, que lo sacasen de monton; y demás desto, que se apartase del mismo monte la costa que habia hecho Diego Velazquez en los navios que dimos al través con ellos, pues todos fuimos en ellos; y tras esto, para los procuradores que fueron á Castilla. Y demás desto, para los que quedaron en la Villa-Rica, que eran setenta vecinos, y para el caballo que se le murió y para la yegua de Juan Sedeño, que mataron en lo de Tlascala de una cuchillada; pues para el padre de la Merced y el clérigo Juan Díaz y los capitanes y los que traian caballos, doubles partes, escopeteros y ballesteros por el consiguiente, é otras sacaliñas; de manera que quedaba muy poco de parte, y por ser tan poco muchos soldados hubo que no lo quisieron recibir; y con todo

se quedaba Cortés, pues en aquel tiempo no podíamos hacer otra cosa sino callar, porque demandar justicia sobre ello era por demás; é otros soldados hubo que tomaron sus partes á cien pesos, y daban voces por lo demás: y Cortés secretamente daba á unos y á otros por vía que les hacia merced por contentarlos, y con buenas palabras que les decia sufrían. Pues vamos á las partes que daban á los de la Villa Rica, que se lo mandó llevar á Tlascala para que allí se lo guardase; y como ello fué mal repartido, en tal paró todo, como adelante dire en su tiempo. En aquella sazón muchos de nuestros capitanes mandaron hacer cadenas de oro muy grandes á los plateros del gran Montezuma, que ya le dicho que tenía un gran pueblo dellos, melía legua de Méjico, que se dice Escapuzalco; y asimismo Cortés mandó hacer muchas joyas y gran servicio de vajilla, y algunos de nuestros soldados que habían henchido las manos; por manera que ya andaban públicamente muchos tejuelos de oro marcado y por marcar, y joyas de muchas diversidades de hechuras, é el juego largo, con unos naipes que hacían de cuero de atambores, tan buenos é tan bien pintados como los de España; los cuales naipes hacia un Pedro Valenciano, y desta manera estábamos. Dejemos de hablar en el oro y de lo mal que se repartió y peor se gozó, y dire lo que á un soldado que se decía Fulano de Cárdenas le acaeció. Parece ser que aquel soldado era piloto y hombre de la mar, natural de Triana y del condado; el pobre tenía en su tierra mujer é hijos, y como á muchos nos acaece, debía de estar pobre, y vino á buscar la vida para volverse á su mujer é hijos; é como había visto tanta riqueza en oro en planchas y en granos de las minas é tejuelos y barras fundidas, y al repartir dello vió que no le daban sino cien pesos, cayó malo de pensamiento y tristeza; y un su amigo, como le veía cada día tan pensativo y malo, íbale á ver y decíale que de qué estaba de aquella manera y suspiraba tanto; y respondió el piloto Cárdenas: «¡Oh cuerpo de tal conmigo! ¿Yo no he de estar malo viendo que Cortés así se lleva todo el oro, y como rey lleva quinto, y ha sacado para el caballo que se le murió y para los navíos de Diego Velazquez y para otras muchas trancañillas, y que muera mi mujer é hijos de hambre, pudiéndolos socorrer cuando fueren los procuradores con nuestras cartas, y le llevamos todo el oro y plata que habíamos habido en aquel tiempo?» Y respondiéndole aquel su amigo: «Pues ¿qué oro teniades vos para les enviar?» Y el Cárdenas dijo: «Si Cortés me diera mi parte de lo que me cabía, con ello se sostuviera mi mujer é hijos, y aun les sobraba; mas mirad qué embustes tuvo, hacernos firmar que sirviésemos á su majestad con nuestras partes, y sacar del oro para su padre Martín Cortés sobre seis mil pesos é lo que escondió; y yo y otros pobres que estamos de noche y de día batallando, como habeis visto en las guerras pasadas de Tabasco y Tlascala é lo de Gingapacanga é Cholula, y agora estar en tan grandes peligros como estamos, y cada día la muerte al ojo si se levantasen en esta ciudad, é que se alce con todo el oro é que lleve quinto como rey.» E dijo otras palabras sobre ello, y que tal quinto no le habíamos de dejar sacar, ni tener tantos reyes, sino solamente á su

majestad. Y replicó su compañero y dijo: «Pues ¿esos cuidados os matan, y agora veis que todo lo que traen los caciques y Montezuma se consume en él, uno en papo y otro en saco é otro so el sobaco, y allí va todo donde quiere Cortés y estos nuestros capitanes, que hasta el bastimento todo lo llevan? Por eso dejáos desos pensamientos, y rogad á Dios que en esta ciudad no perdamos las vidas;» y así, cesaron sus pláticas, las cuales alcanzó á saber Cortés; y como le decían que había muchos soldados descontentos por las partes del oro y de lo que habían hurtado del monton, acordó de hacer á todos un parlamento con palabras muy melifluas, y dijo que todo lo que tenía era para nosotros; que él no quería quinto, sino la parte que le cabe de capitán general, y cualquiera que hubiese menester algo que se lo daría; y aquel oro que habíamos habido que era un poco de aire; que mirásemos las grandes ciudades que hay é ricas minas, que todos seríamos señores dellas, y muy prósperos é ricos; y dijo otras razones muy bien dichas, que las sabía bien proponer. Y demás desto, á ciertos soldados secretamente daba joyas de oro, y á otros hacia grandes promesas, y mandó que los bastimentos que traían los mayordomos de Montezuma que lo repartiesen entre todos los soldados como á su persona; y demás desto, llamó aparte al Cárdenas y con palabras le halagó, y le prometió que con los primeros navíos le enviaría á Castilla á su mujer é hijos, é le dió trecientos pesos, y así se quedó contento. Y quedarse ha aquí, y dire cuando venga á coyuntura lo que al Cárdenas acaeció cuando fue á Castilla, y cómo le fué muy contrario á Cortés en los negocios que tuvo ante su majestad.

CAPITULO CVI.

Cómo hablaron palabras Juan Velazquez de Leon y el tesorero Gregorio Mejía sobre el oro que faltaba de los montones antes que se fundiese, y lo que Cortés hizo sobre ello.

Como el oro comunmente todos los hombres lo deseamos, y mientras unos mas tienen mas quieren, aconteció que, como faltaban muchas piezas de oro conocidas de los montones, ya otra vez por mí dicho, y Juan Velazquez de Leon en aquel tiempo hacia labrar á los indios de Escapuzalco, que eran todos plateros del gran Montezuma, grandes cadenas de oro y otras piezas de vajillas para su servicio; y como Gonzalo Mejía, que era tesorero, le dijo secretamente que se las diese, pues no estaban quintadas y eran conocidamente de las que había dado el Montezuma; y el Juan Velazquez de Leon, que era muy privado de Cortés, dijo que no le quería dar ninguna cosa, y que no lo había tomado de lo que estaba allegado ni de otra parte ninguna, salvo que Cortés se las había dado antes que se hiciesen barras; y el Gonzalo Mejía respondió que bastaba lo que Cortés había escondido y tomado á los compañeros, y todavía como tesorero demandaba mucho oro, que se había pagado el real quinto, y de palabras en palabras se desmandaron y vinieron á echar mano á las espadas, y si de presto no los metiéramos en paz, entrambos á dos acabarían allí sus vidas, porque eran personas de mucho ser y valientes por las armas; y salieron heridos cada uno con dos heridas. Y como Cortés lo supo, los

mandó echar presos cada uno en una cadena gruesa, y parece ser, según muchos soldados dijeron, que secretamente habló Cortés al Juan Velazquez de Leon, como era mucho su amigo, que estuviese preso dos días en la misma cadena, y que sacarian de la prisional Gonzalo Mejía, como á tesoro; y esto lo hacia Cortés porque viésemos todos los capitanes y soldados que hacia justicia, que con ser el Juan Velazquez uña y carne del mismo capitán, le tenía preso. Y porque pasaron otras cosas acerca del Gonzalo Mejía, que dijo á Cortés sobre el mucho oro que faltaba, y que se le quejaban dello todos los soldados porque no se lo demandaba al mismo capitán Cortés, pues era tesoro é estaba á su cargo; porque es larga relacion, lo dejaré de decir, y diré que, como el Juan Velazquez de Leon estaba preso en una sala cerca del Montezuma y su aposento, en una cadena gorda, y como el Juan Velazquez era hombre de gran cuerpo y muy membrudo, y cuando se paseaba por la sala llevaba la cadena arrastrando y hacia gran sonido, que lo oia el Montezuma, preguntó al paje Orteguita que á quién tenía preso Cortés en las cadenas, y el paje le dijo que era á Juan Velazquez, el que solía tener guarda de su persona, porque ya en aquella sazón no lo era, sino Cristóbal de Olí; y preguntó que por qué causa, y el paje le dijo que por cierto oro que faltaba. Y aquel mismo día fué Cortés á tener palacio al Montezuma, y después de las cortesías acostumbradas y de las palabras que entre ellos pasaron, preguntó el Montezuma á Cortés que por qué tenía preso á Juan Velazquez, siendo buen capitán y muy esforzado; porque el Montezuma, como he dicho otras veces, bien conocía á todos nosotros y aun nuestras calidades; y Cortés le dijo medio riendo que porque oratabanillo, que quiere decir loco, y que porque no le dan mucho oro quiere ir por sus pueblos y ciudades á demandarlo á los caciques, y porque no mate á algunos, por esta causa lo tiene preso; y el Montezuma respondió que le pedía por merced que le soltase, y que él enviaria á buscar mas oro y le daría de lo suyo; y Cortés hacia como que se le hacia de mal el saltallo, y dijo que si haria por complacer al Montezuma; y pareceme que lo sentencié en que fuese desterrado del real y fuese á un pueblo que se decía Cholula, con mensajero del Montezuma, á demandar oro, y primero los hizo amigos al Gonzalo Mejía y al Juan Velazquez, é vi que dentro de seis días volvió de cumplir su destierro, y desde allí adelante el Gonzalo Mejía y Cortés no se llevaron bien, y el Juan Velazquez vino con mas oro. He traído esto aquí á la memoria, aunque vaya fuera de nuestra relacion, porque vean que Cortés, so color de hacer justicia porque todos le temiésemos, era con grandes mañas. Y dejáremoslo aquí.

CAPITULO CVII.

Cómo el gran Montezuma dijo á Cortés que le quería dar una hija de las suyas para que se casase con ella, y lo que Cortés le respondió, y todavía la tomó, y la servian y honraban como hija de tal señor.

Como otras muchas veces he dicho, siempre Cortés y todos nosotros procurábamos de agradar y servir á Montezuma y tenerle palacio; y un día le dijo el Mon-

tezuma: «Mirá, Malinche, que tanto os amo, que os quiero dar una hija mia muy hermosa para que os caséis con ella y la tengais por vuestra legitima mujer;» y Cortés le quitó la gorra por la merced, y dijo que era gran merced la que le hacia; mas que era casado y tenía mujer, é que entre nosotros no podemos tener mas de una mujer, y que él la tenía en aquel agrado que hija de tan gran señor mereca, y que primero quiere se vuelva cristiana, como son otras señoras hijas de señores; y Montezuma lo hubo por bien, y siempre mostraba el gran Montezuma su acostumbrada voluntad; é de un día en otro no cesaba Montezuma sus sacrificios y de matar en ellos indios, y Cortés se lo retraía, y no aprovechaba cosa ninguna, hasta que tomó consejo con nuestros capitanes que haríamos en aquel caso, porque no se atrevia á poner remedio en ello por no revolver la ciudad é á los papas que estaban en el Huichilóhos; y el consejo que sobre ello se dió por nuestros capitanes é soldados, que hiciese que queria ir á derrocar los ídolos del alto cu de Huichilóhos, y si viésemos que se ponian en defendello ó que se alborotaban, que le demandase licencia para hacer un altar en una parte del gran cu, é poner un Crucifijo é una imagen de nuestra Señora; y como esto se acordó, fué Cortés á los palacios adonde estaba preso Montezuma, y llevó consigo siete capitanes y soldados, é dijo al Montezuma: «Señor, ya muchas veces he dicho á vuestra majestad que no sacrifiqueis mas ánimas á estos vuestros dioses, que os traen engañados, y no lo quereis hacer; hágos, Señor, saber que todos mis compañeros y estos capitanes que conmigo vienen, os vienen á pedir por merced que les deis licencia para los quitar de allí, y pondrémos á nuestra Señora santa María y una cruz; y que si ahora no les dais licencia, que ellos irán á los quitar, y no querria que matasen algun papa.» Y cuando el Montezuma oyó aquellas palabras y vio ir á los capitanes algo alterados, dijo: «¡Oh Malinche, y cómo nos quereis echar á perder toda esta ciudad! Porque estarán muy enojados nuestros dioses contra nosotros, y aun vuestras vidas no sé en qué pararán. Lo que os ruego, que ahora al presente os sufrais, que yo enviaré á llamar á todos los papas y veré su respuesta.» Y como aquello oyó Cortés, hizo un ademán que queria hablar muy en secreto al Montezuma solo con el fraile de la Merced, é que no estuviesen presentes nuestros capitanes que llevaba en su compañía, á los cuales mandó que le dejasen solo, y los mandó salir; y como se salieron de la sala, dijo al Montezuma que porque no se hiciese alboroto, ni los papas lo tuviesen á mal derrocalle sus ídolos, que él trataria con los mismos nuestros capitanes que no se hiciese tal cosa, con tal que en un apartamiento del gran cu hiciésemos un altar para poner la imagen de nuestra Señora é una cruz, é que el tiempo andando verian cuán buenos y provechosos son para sus ánimas y para dalle la salud y buenas sementeras y prosperidades; y el Montezuma, puesto que con suspiros y semblante muy triste, dijo que él lo trataria con los papas. Y en fin de muchas palabras que sobre ello hubo, se puso nuestro altar apartado de sus malditos ídolos, y la imagen de nuestra Señora y una cruz, y con mucha devocion, y todos

dando gracias á Dios, dijeron misa cantada el padre de la Merced, y ayudaba á la misa el clérigo Juan Díaz y muchos de los nuestros soldados; y allí mandó poner nuestro capitán á un soldado viejo para que tuviese guarda en ello, y rogó al Montezuma que mandase á los papas que no tocasen en ello, salvo para barrer y quemar incienso y poner candelas de cera ardiendo de noche y de día, y enrumallo y poner flores. Y dejallo así aquí, y diré lo que sobre ello a vino.

CAPITULO CVIII.

Cómo el gran Montezuma dijo á nuestro capitán Cortés que se saliese de Méjico con todos los soldados, porque se querian levantar todos los caciques y papas y darnos guerra hasta matarnos, porque así estaba asordado y dado consejo por sus ídolos, y lo que Cortés sobre ello hizo.

Como siempre á la continua nunca nos faltaban sobresaltos, y de tal calidad, que eran para acabar las vidas en ellos si nuestro Señor Dios no lo remediara, y así que, como habíamos puesto en el gran cu en el altar que hicimos la imagen de nuestra Señora y la cruz, y se dijo el santo Evangelio y misa, parece ser que los Huichilóbs y el Tezcatlipuca hablaron con los papas, y les dijeron que se querian ir de su provincia, pues tan mal tratados eran de los teules, é que adonde están aquellas figuras y cruz que no quieren estar, é que ellos no estarían allí si no nos mataban, é que aquello les daban por respuesta, é que no curasen de tener otra, é que se lo dijese á Montezuma y á todos sus capitanes, que luego comenzasen la guerra y nos matasen; y les dijo el ídolo que mirasen que todo el oro que solian tener para honrarlos lo habíamos deshecho y hecho ladrillos, é que mirasen que nos íbamos señoreando de la tierra, y que teníamos presos á cinco grandes enciques, y les dijeron otras maldades para atraellos á darnos guerra; y para que Cortés y todos nosotros lo supiésemos, el gran Montezuma le envió á llamar para que le quería hablar en cosas que iba mucho en ellas; y vino el paje Ortega, y dijo que estaba muy alterado y triste Montezuma, é que aquella noche é parte del día habían estado con él muchos papas y capitanes muy principales, y secretamente hablaban, que no lo pudo entender; y cuando Cortés lo oyó, fué de presto al palacio donde estaba el Montezuma, y llevó consigo á Cristóbal de Olí, que era capitán de la guardia, é á otros cuatro capitanes, é á doña Marina é á Jerónimo de Aguilar; y después que le hicieron mucho acato, dijo el Montezuma: «¡Oh, señor Malinche y señores capitanes, cuánto me pesa de la respuesta y mandado que nuestros teules han dado á nuestros papas é á mí é á todos mis capitanes! Y es que os demos guerra y os matemos é os hagamos ir por la mar adelante; lo que he colegido dello y me parece, es que antes que comiencen la guerra, que luego salgais desta ciudad y no quede ninguno de vosotros aquí; y esto, señor Malinche, os digo que hagais en todas maneras, que os conviene; si no, mataros han, y mirá que os va las vidas.» Y Cortés y nuestros capitanes sintieron pesar y aun se alteraron; y no era de maravillar de cosa tan nueva y determinada, que era poner nuestras vidas en gran peligro sobre ello en aquel instante, pues tan determinadamente nos lo avisaban; y Cortés lo dijo que él se lo

tenía en merced el aviso; que al presente de dos cosas le pesaban: no tener navios en que se ir, que mandó quebrar los que trujo; y la otra, que por fuerza había de ir el Montezuma con nosotros para que le vea nuestro gran emperador; y que le pide por merced que tenga por bien que hasta que se hagan tres navios en el arsenal que detenga á los papas y capitanes, porque para ellos es mejor partido; y que si comenzaren la guerra, que todos morirán en ella si la quisieren dar. E mas dijo, que porque vea Montezuma quiere luego hacer lo que le dice, que mande á sus capitanes que vayan con dos de nuestros soldados que son grandes maestros de hacer navios á cortar la madera cerca del arsenal. El Montezuma estuvo muy mas triste que de antes, como Cortés le dijo que había de ir con nosotros ante el Emperador, y dijo que le daría los carpinteros, y que luego despachase, y no hubiese mas palabras, sino obras; y que entre tanto que él mandaría á los papas y á sus capitanes que no curasen de alborotar la ciudad, é que á sus ídolos Huichilóbs que mandaría aplacasen con sacrificios, é que no sería con muertes de hombres. Y con esta tan alborotada plática se despidió Cortés del Montezuma, y estábamos todos con grande congoja, esperando cuándo habían de comenzar la guerra. Luego Cortés mandó llamar á Martín López y Andrés Nuñez, y con los indios carpinteros que le dió el gran Montezuma; y después de platicado el porte de que se podrían labrar los tres navios, le mandó que luego pusiese por la obra de los hacer é poner á punto, pues que en la Villa-Rica había todo aparejo de hierro y herreros, y jarcia y estopa, y calafates y breá; y así, fueron y cortaron la madera en la costa de la Villa-Rica, y con toda la cuenta y galivo della, y con buena priesa comenzó á labrar sus navios. Lo que Cortés le dijo á Martín López sobre ello no lo sé; y esto digo porque dice el coronista Gómara en su Historia que le mandó que hiciese muestras, como cosa de burla, que los labraba, porque lo supiese el gran Montezuma: remítome á lo que ellos dijeron, que gracias á Dios son vivos en este tiempo; mas muy secretamente me dijo el Martín López que de hecho y apriesa los labraba; y así, los dejó en astillero tres navios. Dejémoslos labrándolos, y digamos cuáles andábamos todos en aquella gran ciudad tan pensativos, temiendo que de una hora á otra nos habían de dar guerra en nuestras caberías de Tlascala; é doña Marina así lo decía al capitán, y el Ortega, el paje del Montezuma, siempre estaba llorando, y todos nosotros muy á punto, y buenas guardas al Montezuma. Digo, de nosotros estar á punto no había necesidad de decillo tantas veces, porque de día y de noche no se nos quitaban las armas, gorjales y antiparas, y con ello dormíamos. Y dirán ahora dónde dormíamos, de qué eran nuestras camas, sino un poco de paja y una estera, y el que tenía un toldillo, ponelle debajo, y calzados y armados, y todo género de armas muy á punto, y los caballos enfrenados y ensillados todo el día; y todos tan prestos, que en tocando el arma, como si estuviéremos puestos é aguardando para aquel punto; pues de velar cada noche, no quedaba soldado que no velaba. Y otra cosa digo, y no por me jactanciar dello, que quedé yo tan acostum-

brado de andar armado y dormir de la manera que he dicho, que después de conquistada la Nueva-España tenía por costumbre de me acostar vestido y sin cama, é que dormía mejor que en colchiones duermo; é ahora cuando voy á los pueblos de mi encomienda no llevo cama, é si alguna vez la llevo no es por mi voluntad, sino por algunos caballeros que se hallan presentes, porque no vean que por falta de buena cama la dejo de llevar; mas en verdad que me echo vestido en ella. Y otra cosa digo, que no puedo dormir sino un rato de la noche, que me tengo de levantar á ver el cielo y estrellas, y me he de pasear un rato al sereno, y esto sin poner en la cabeza el bonete ni paño ni cosa ninguna, y gracias á Dios no me hace mal, por la costumbre que tenía; y esto he dicho porque sepan de qué arte andamos los verdaderos conquistadores, y cómo estábamos tan acostumbrados á las armas y velar. Y dejemos de hablar en ello, pues que salgo fuera de nuestra relacion, y digamos cómo nuestro Señor Jesucristo siempre nos hace muchas mercedes. Y es, que en la isla de Cuba Diego Velazquez dió mucha prisa en su armada, como adelante diré, y vino en aquel instante á la Nueva-España un capitán que se decía Pánfilo de Narváez.

CAPITULO CIX.

Cómo Diego Velazquez, gobernador de Cuba, dió muy gran prisa en enviar su armada contra nosotros, y en ella por capitán general á Pánfilo de Narváez, y cómo vino en su compañía el licenciado Lucas Vazquez de Aillon, oidor de la real audiencia de Santo Domingo, y lo que sobre ello se hizo.

Volvamos ahora á decir algo atrás de nuestra relacion, para que bien se entienda lo que ahora diré. Ya he dicho en el capítulo que dello habla, que como Diego Velazquez, gobernador de Cuba, supo que habíamos enviado nuestros procuradores á su majestad con todo el oro que habíamos hallado, é el sol y la luna y muchas diversidades de joyas, y oro en granos sacados de las minas, y otras muchas cosas de gran valor, que no le acudíamos con cosa ninguna; y asimismo supo cómo don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Burgos é arzobispo de Rosano, que así se nombraba, é en aquella sazón era presidente de Indias y lo mandaba todo muy absolutamente, porque su majestad estaba en Flandes, y había tratado muy mal el obispo á nuestros procuradores; y dicen que le envió el Obispo desde Castilla en aquella sazón muchos favores al Diego Velazquez, é avisó é mandó para que nos enviase á prender, y que él le daba desde Castilla todo favor para ello; el Diego Velazquez con aquel gran favor hizo una armada de diez y nueve navíos y con mil y cuatrocientos soldados, en que traían sobre veinte tiros y mucha pólvora y todo género de aparejos, de piedras y pelotas, y dos artilleros, que el capitán de la artillería se decía Rodrigo Martín, y traía ochenta de á caballo y noventa ballesteros y setenta escopeteros; y el mismo Diego Velazquez por su persona, aunque era bien gordo y pesado, andaba en Cuba de villa en villa y de pueblo en pueblo proveviendo la armada y atrayendo los vecinos que tenían indios, y á parientes y amigos, que viniesen con Pánfilo de Narváez para que le llevasen preso á Cortés y á todos nos-

otros sus capitanes y soldados, é á lo menos no quedásemos algunos con las vidas; y andaba tan encendido de enojo y tan diligente, que vino hasta Guaniguanico, que es pasada la Habana mas de sesenta leguas. Y andando desta manera, antes que saliese su armada pareció ser alcanzarlo á saber la real audiencia de Santo Domingo y los frailes jerónimos que estaban por gobernadores; el cual aviso y relacion dellos les envió desde Cuba el licenciado Zuazo, que había venido á aquella isla á tomar residencia al mismo Diego Velazquez. Pues como lo supieron en la real audiencia, y tenían memorias de nuestros muy buenos y nobles servicios que hacíamos á Dios y á su majestad, y habíamos enviado nuestros procuradores con grandes presentes á nuestro rey y señor, y que el Diego Velazquez no tenía razon ni justicia para venir con armada á tomar venganza de nosotros, sino que por justicia lo mandase; y que si venia con la armada era gran estorbo para nuestra conquista, acordaron de enviar á un licenciado que se decía Lucas Vazquez de Aillon, que era oidor de la misma real audiencia, para que estorbase la armada al Diego Velazquez y no la dejase pasar, y que sobre ello pusiese grandes penas; é vino á Cuba el mismo oidor, y hizo sus diligencias y protestaciones, como le era mandado por la real audiencia, para que no saliese con su intencion el Velazquez; y por mas penas y requirimientos que le hizo é puso, no aprovechó cosa ninguna; porque, como el Diego Velazquez era tan favorecido del obispo de Burgos, y había gastado cuanto tenía en hacer aquella gente de guerra contra nosotros, no tuvo todos aquellos requirimientos que hicieron en una castañeta, antes se mostró mas bravoso. Y desde aquello vió el oidor, vino con el mesino Narváez para poner paces y dar buenos conciertos entre Cortés y el Narváez. Otros soldados dijeron que venia con intencion de ayudarnos, y si no lo pudiese hacer, tomar la tierra en sí por su majestad, como oidor; y desta manera vino hasta el puerto de San Juan de Ulúa. Y quedarse ha aquí, y pasará adelante y diré lo que sobre ello se hizo.

CAPITULO CX.

Cómo Pánfilo de Narváez llegó al puerto de San Juan de Ulúa, que se dice la Veracruz, con toda su armada, y lo que le sucedió.

Viniendo el Pánfilo de Narváez con toda su flota, que eran diez y nueve navíos, por la mar, parece ser junto á las sierras de San Martín, que así se llaman, tuvo un viento de norte, y en aquella costa es traviesa, y de noche se le perdió un navío de poco porte, que dió al través; venían en él por capitán un hidalguito que se decía Cristóbal de Morante, natural de Medina del Campo, y se ahogó cierta gente, y con toda la mas flota vino á San Juan de Ulúa; y como se supo de aquella grande armada, que para haberse hecho en la isla de Cuba, grande se puede llamar, tuvieron noticia della los soldados que había enviado Cortés á buscar las minas, y viénense á los navíos del Narváez los tres dellos, que se decían Cervantes el chocarrero, y Escalana, y otro que se decía Alonso Hernandez Carretero; y cuando se vieron dentro en los navíos y con el Narváez, dice que alzaban las manos á Dios, que los libró del poder de Cor-

tés y de salir de la gran ciudad de Méjico, donde cada día esperaban la muerte; y como caminán con el Narvaez y les mandaba dar de beber demasiado, estábanse diciendo los unos á los otros delante del mismo general: «Mira si es mejor estar aquí bebiendo buen vino que no cautivo en poder de Cortés, que nos traía de noche y de día tan ayasallados, que no osábamos hablar, y aguardando de un día á otro la muerte al ojo;» y aun decía el Cervantes, como era truhan, so color de gracias: «Oli Narvaez, Narvaez, qué bienaventurado que eres é á qué tiempo has venido, que tiene ese traidor de Cortés allegados mas de setecientos mil pesos de oro, y todos los soldados están muy mal con él porque les ha tomado mucha parte de lo que les cabía del oro de parte, é no quieren recibir lo que les da. Por manera que aquellos soldados que se nos huieron eran ruines y soeces, y decían al Narvaez mucho mas de lo que quería saber. Y tambien le dieron por aviso que ocho leguas de allí estaba poblada una villa que se dice la villa rica de la Veracruz, y estaba en ella un Gonzalo de Sandoval con sesenta soldados, todos viejos y dolientes, y que si enviase á ellos gente de guarda, luego se darian, y le decían otras muchas cosas. Dejemos todas estas pláticas, y digamos cómo luego lo alcanzó á saber el gran Montezuma cómo estaban allí surtos los navios, y con muchos capitanes y soldados, y envió sus principales secretamente, que no lo supo Cortés, y les mandó dar comida y oro y plata, y que de los pueblos mas cercanos les proveyesen de bastimento; y el Narvaez envió á decir al Montezuma muchas malas palabras y descomedimientos contra Cortés, y de todos nosotros que éramos unas gentes malas, ladrones, que veníamos huyendo de Castilla sin licencia de nuestro rey y señor, y que como tuvo noticia el Rey nuestro señor que estábamos en estas tierras, y de los males y robos que hacíamos, y teníamos preso al Montezuma, para estorbar tantos daños, que le mandó al Narvaez que luego viniese con todas aquellas naos y soldados y caballeros para que le suelten de las prisiones, y que á Cortés y á todos nosotros, como malos, nos prendiesen ó matasen, y en las mismas naos nos enviasen á Castilla, y que cuando allá llegásemos nos mandaria matar; y le envió á decir otros muchos desatinos; y eran los intérpretes para dárseles á entender á los indios los tres soldados que se nos fueron, que ya sabían la lengua. Y demás destas pláticas, le envió el Narvaez ciertas cosas de Castilla. Y cuando Montezuma lo supo, tuvo gran contento con aquellas nuevas; porque, como le decían que tenía tantos navios é caballos é tiros y escopetas y ballesteros, y eran mil y trescientos soldados, y desde arriba creyó que nos perdería. Y demás desto, como sus principales vieron á nuestros tres soldados (que traidores bellacos se pueden llamar) con el Narvaez y veían que decían mucho mal de Cortés, tuvo por cierto todo lo que el Narvaez le envió á decir; y toda la armada se la llevaron pintada en dos paños al natural. Entonces el Montezuma le envió mucho mas oro y mantas, y mandó que todos los pueblos de la comarca le llevasen bien de comer, é ya había tres días que lo sabía el Montezuma, y Cortés no sabía cosa ninguna. E un día yéndole á ver nuestro capitán y á tenelle palacio, después de las cortesías que entre ellos se tenían, pareció al capitán Cor-

tés que estaba el Montezuma muy alegre y de buen semblante, y le dijo qué tal se sentía, y el Montezuma respondió que mejor estaba; y tambien, como el Montezuma le vió ir á visitar en un día dos veces, temió que Cortés sabía de los navios, y por ganar por la mano y que no le tuviese por sospechoso le dijo: «Señor Malinche, ahora en este punto me han llegado mensajeros de cómo en el puerto donde desembarcastes han venido diez y ocho navios y mucha gente y caballos, é todo nos lo traen pintado en unas mantas; y como me visitastes hoy dos veces, creí que me veníades á dar nuevas dello; así que no habréis menester hacer navio; y porque no me lo decíades, por una parte tenía enojo de vos de tenérmelo encubierto, y por otra me holgaba porque vienen vuestros hermanos, para que todos os vais á Castilla é no haya mas palabras.» Y cuando Cortés oyó lo de los navios y vió la pintura del paño se holgó en gran manera, y dijo: «Gracias á Dios, que al mejor tiempo provee.» Pues nosotros los soldados era tanto el gozo, que no podíamos estar quedos, y de alegría escaramuzaron los caballos y tiramos tiros; é Cortés estuvo muy pensativo, porque bien entendió que aquella armada que la enviaba el gobernador Velazquez contra él y contra todos nosotros. Y como supo que era, comunicó lo que sentía della con todos nosotros, capitanes y soldados, y con grandes dádivas y ofrecimientos que nos haría ricos á todos nos atraía para queuviésemos con él, y no sabía quién venia por capitán; y estábamos muy alegres con las nuevas y con el mas oro que nos había dado Cortés por vía de mercedes, como que lo daba de su hacienda, y no de lo que nos cabía de parte, y viendo el gran socorro é ayuda que nuestro Señor Jesucristo nos enviaba. E quedarse ha aquí, é diré lo que pasó en el real de Narvaez.

CAPITULO CXI.

Cómo Pánfilo de Narvaez envió con cinco personas de su armada á requerir á Gonzalo de Sandoval, que estaba por capitán en la Villa-Rica, que se diese luego con todos los vecinos, y lo que sobre ello pasó.

Como aquellos tres malos de nuestros soldados por mí nombrados, que se le pasaron al Narvaez y le daban aviso de todas las cosas que Cortés y todos nosotros habíamos hecho desde que entramos en la Nueva España, y le avisaron que el capitán Gonzalo de Sandoval estaba ocho ó nueve leguas de allí en una villa que estaba poblada, que se decía la villa rica de la Veracruz, é que tenía consigo sesenta vecinos, y todos los mas viejos y dolientes, acordó de enviar á la villa á un clérigo que se decía Guevara, que tenía buena expresiva, é á otro hombre de mucha cuenta que se decía Amaya, pariente del Diego Velazquez, y á un escribano que se decía Vergara, y tres testigos, los nombres dellos no me acuerdo; los cuales envió que notificasen á Gonzalo de Sandoval que luego se diesen al Narvaez, y para ello dijeron que traían unos traslados de las provisiones, é dicen que ya el Gonzalo de Sandoval sabía de los navios por nuevas de indios, y de la mucha gente que en ellos venia; y como era muy varon en sus cosas, siempre estaba muy apercebido él, y sus soldados armados; y sospechando que aquella armada era de Diego Yc-

lazgo, y que enviara á aquella villa de sus gentes para se apoderar della, y por estar mas desembarazados de los soldados viejos y dolientes, los envió luego á un pueblo de indios que se dice Papalote, é quedó con los sanos; y el Sandoval siempre tenia buenas velas en los caminos de Cempoal, que es por donde habian de venir á la villa; y estaba convocando el Sandoval y atrayendo á sus soldados que si viniese Diego Velazquez ó otra persona, que no le diesen la villa; y todos los soldados dicen que le respondieron conforme á su voluntad, y mandó hacer una horca en un cerro. Pues estando sus espías en los caminos, vienen de presto y le dan noticia que vienen cerca de la villa donde estaban, seis españoles é indios de Cuba; y el Sandoval aguardo en su casa, que no les salió á recibir, y habia mandado que ningun soldado saliese de sus casas ni les hablasen. Y como el clérigo y los demás que traia en su compañía no topaba á ningun vecino español con quien hablar, sino eran indios que hacian la obra de la fortaleza; y como entraron en la villa, fuéronse á la iglesia á hacer oracion, y luego se fueron á la casa de Sandoval, que les pareció que era la mayor de la villa; é el clérigo, después del norabuena esteis, que así diz que dijo, y el Sandoval le respondió que en tal hora buena viniese; dicen que el clérigo Guevara (que así se llamaba) comenzó un razonamiento, diciendo que el señor Diego Velazquez, gobernador de Cuba, habia gastado muchos dineros en la armada, é que Cortés é todos los demás que habia traído en su compañía le habian sido traidores, y que les venia á notificar que luego fuesen á dar la obediencia al señor Pánfilo de Narvaez, que venia por capitán general del Diego Velazquez. E como el Sandoval oyó aquellas palabras y descomedimientos que el padre Guevara dijo, se estaba carcomiendo de pesar de lo que oia, y le dijo: «Señor padre, muy mal hablois en decir esas palabras de traidores; aquí somos mejores servidores de su majestad que no Diego Velazquez ni ese vuestro capitán; y porque sois clérigo no os castigo conforme á vuestra mala crianza. Andad con Dios á Méjico, que allá está Cortés, que es capitán general y justicia mayor de esta Nueva-España, y os responderá; aquí no teneis mas que hablar.» Entonces el clérigo muy bravo dijo á su escribano que con él venia, que se decía Vergara, que luego sacase las provisiones que traia en el seno y las notificase al Sandoval y á los vecinos que con él estaban; y dijo Sandoval al escribano que no leyese ningunos papeles, que no sabia si eran provisiones ó otras escrituras; y de plática en plática, ya el escribano comenzaba á sacar del seno las escrituras que traia, y el Sandoval le dijo: «Mirad, Vergara, ya os he dicho que no leais ningunos papeles aquí, sino id á Méjico; yo os prometo que si tal leyéredes, que yo os haga dar cien azotes, porque ni sabemos si sois escribano del Rey ó no; amostrad el título dello, y si le traeis, leeldo; y tampoco sabemos si son originales de las provisiones ó traslados ó otros papeles.» Y el clérigo, que era muy soberbio, dijo muy enojado: «¿Qué haceis con estos traidores? Sacad esas provisiones y notificádselas.» Y como el Sandoval oyó aquella palabra, le dijo que mentia como ruin clérigo, y luego mandó á sus soldados que los llevasen presos á Méjico;

y no lo hubo bien dicho, cuando en jamquillas de redes, como ánimas pecadoras los arrebataron muchos indios de los que trabajaban en la fortaleza, que los llevaron á cuestras, y en cuatro dias dan con ellos cerca de Méjico, que de noche y de dia con indios de remuda caminaban; é iban espantados de que veian tantas ciudades y pueblos grandes que les traian de comer, y unos los dejaban y otros los tomaban, y andar por su camino. Dicen que iban pensando si era encantamiento ó sueño; y el Sandoval envió con ellos por alguacil, hasta que llegase á Méjico, á Pedro de Solís, el yerno que fué de Orduña, que ahora llaman Solís de Atras-de-la-puerta. Y así como los envió presos, escribió muy en posta á Cortés quién era el capitán de la armada y todo lo acucido; y como Cortés lo supo que venian presos y llegaban cerca de Méjico, envióles gran banquete, é cabalgaduras para los tres mas principales, y mandó que luego los soltasen de la prision, y les escribió que lo pesó de que Gonzalo de Sandoval tal desacato tuviese, é que quisiera que les hiciera mucha honra; y como llegaron á Méjico los salió á recibir, y los metió en la ciudad muy honradamente; y como el clérigo y los demás sus compañeros vieron á Méjico ser tan grandísima ciudad, y la riqueza de oro que teniamos, é otras muchas ciudades en el agua de la laguna, é todos nuestros capitanes é soldados, y la gran franqueza de Cortés, estaban admirados; y á cabo de dos dias que estuvieron con nosotros, Cortés les habló de tal manera con prometimientos y halagos, y aun les untó las manos de tejuelos y joyas de oro, y los tornó á enviar á su Narvaez con bastimento que les dió para el camino; que donde venian muy bravos leones, volvieron muy mansos y se le ofrecieron por servidores. Y así como llegaron á Cempoal á dar relacion á su capitán, comenzaron á convocar todo el real de Narvaez que se pasasen con nosotros. Y dejallo he aquí, y diré cómo Cortés escribió al Narvaez, y lo que sobre ello pasó.

CAPITULO CXII.

Cómo Cortés, después de bien informado de quién era capitán, y quién y cuántos venian en la armada, y de los pettechos de guerra que traia, y de los tres nuestros falsos soldados que á Narvaez se pasaron, escribió al capitán é á otros sus amigos, especialmente á Andrés de Duero, secretario del Diego Velazquez; y tambien supo cómo Montezuma enviaba oro y ropa al Narvaez, y las palabras que le envió á decir el Narvaez al Montezuma, y de como venia en aquella armada el licenciado Lucas Vazquez de Aillon, oidor de la audiencia real de Santo Domingo, é la instruccion que traian.

Como Cortés en todo tenia cuidado y advertencia, y cosa ninguna se le pasaba que no procuraba poner remedio, y como muchas veces he dicho antes de ahora, tenia tan acertados y buenos capitanes y soldados, que, demás de ser muy esforzados, dábamos buenos consejos, acordóse por todos que se escribiese en posta con indios que llevasen las cartas al Narvaez antes que llegase el clérigo Guevara, con muchas caricias y ofrecimientos que todos á una le hiciésemos, y que haríamos todo lo que su merced mandase; y que le pediamos por merced que no alborotase la tierra, ni los indios vieses entre nosotros disensiones; y esto deste ofrecimiento fué por causa que, como éramos los de Cortés pocos solda-

dicen comparacion de los que el Narvaez traia, porque costumiese buena voluntad y para ver lo que sucedia; y nos ofrecimos por sus servidores, y tambien debajo destas buenas palabras no dejamos de buscar amigos entre los capitanes de Narvaez; porque el padre Guevara y el escribano Vergara dijeron á Cortés que Narvaez no venia bienquisto con sus capitanes, y que les enviase algunos tejuelos y cadenas de oro, porque dádivas quebrantan penas; y Cortés les escribió que se habia holgado en gran manera él y todos nosotros sus compañeros con su llegada á aquel puerto; y pues son amigos de tiempos pasados, que le pide por merced que no dé causa á que el Montezuma, que está preso, se suelte y la ciudad se levante, porque será para perderse él y su gente, y todos nosotros las vidas, por los grandes poderes que tiene; y esto, que lo dice porque el Montezuma está muy alterado y toda la ciudad revuelta con las palabras que de allá le ha enñado á decir; é que cree y tiene por cierto que de un tan esforzado y sabio varon como él es no habian de salir de su boca cosas de tal arte dichas, ni en tal tiempo, sino que el Cervantes el chocarrero y los soldados que llevó consigo, como eran ruines, lo dirian. Y demás de otras palabras que en la carta iban, se le ofreció con su persona y hacienda, y que en todo haria lo que mandase. Y tambien escribió Cortés al secretario Andrés de Bero y al oidor Lucas Vazquez de Aillon, y con las cartas envió ciertas joyas de oro para sus amigos; y después que hubo enviado esta carta secretamente, mandó dar al oidor cadenas y tejuelos, y rogó al padre de la Merced que luego tras la carta fuese al real de Narvaez, y le dió otras cadenas de oro y tejuelos y joyas muy estimadas que diese allá á sus amigos. Y así como llevo la primera carta que dicho habemos que escribió Cortés con los indios antes que llegase el padre Guevara, que fué el que Narvaez nos envió, andábala mostrando el Narvaez á sus capitanes, haciendo burla della y aun de nosotros; y un capitán de los que traia el Narvaez, que venia por veedor, que se decia Salvatierra, dicen que hacia bramuras desde la oyó, y decia al Narvaez, reprendiéndole, que para qué leia la carta de un traidor como Cortés é los que con él estaban, é que luego fuese contra nosotros, é que no quedase ninguno á vida; y juró que las orejas de Cortés que las habia de usar, y comer la una dellas; y decia otras liviandades. Por manera que no quiso responder á la carta ni nos tenia en una castañeta. Y en este instante llegó el clérigo Guevara y sus compañeros á su real, y hablan al Narvaez que Cortés era muy buen caballero é gran servidor del Rey, y le dice del gran poder de Mejico, y de las muchas ciudades que vieron por donde pasaron, é que entendieron que Cortés que le será servidor y hara cuanto mandase; é que será bien que por paz y sin ruido haya entre los unos y los otros concierto, y que mire el señor Narvaez á qué parte quiera ir de toda la Nueva-España con la gente que trae, que allí vaya, é que deje al Cortés en otras provincias; pues hay tierras hartas donde se pueden albergar. E como esto oyó el Narvaez, dicen que se enojó de tal manera con el padre Guevara y con el Amaya, que no los queria después mas ver ni escuchar; y desde los del real de Narvaez los vieron ir tan ricos al padre Guevara y al escribano

HA-II.

Vergara é á los demás, y les decian secretamente á todos los de Narvaez tanto bien de Cortés é de todos nosotros, é que habian visto tanta multitud de oro que en el real andaba en el juego de los naipes, muchos de los de Narvaez deseaban estar ya en nuestro real; y en este instante llegó nuestro padre de la Merced, como dicho tengo, al real de Narvaez con los tejuelos que Cortés los dió y con cartas secretas, y fué á besar las manos al Narvaez, é á decirle cómo Cortés hará todo lo que mandare, é que tenga paz y amor; é como el Narvaez era cabezudo y venia muy pujante, no lo quiso oír; antes dijo delante del mismo padre que Cortés y todos nosotros éramos unos traidores; é porque el fraile respondia que antes éramos muy leales servidores del Rey, le trató mal de palabra; y muy secretamente repartió el fraile los tejuelos y cadenas de oro á quien Cortés le mandó, y convocaba y atraia á sí los mas principales del real de Narvaez. Y dejallo lié aquí, y diré lo que al oidor Lucas Velazquez de Aillon y al Narvaez les aconteció, y lo que sobre ello pasó.

CAPITULO CXIII.

Cómo hubieron palabras el capitán Páullo de Narvaez y el oidor Lucas Vazquez de Aillon, y el Narvaez le mandó prender y le envió en un navio preso á Cuba ó á Castilla, y lo que sobre ello ayino.

Parece ser que, como el oidor Lucas Vazquez de Aillon venia á favorecer las cosas de Cortés y de todos nosotros, porque así se lo habia mandado la real audiencia de Santo Domingo y los frailes jerónimos que estaban por gobernadores, como sabian los muchos y buenos y leales servicios que hacíamos á Dios primeramente y á nuestro rey y señor, y del gran presente que enviamos á Castilla con nuestros procuradores; é demás de lo que la audiencia real le mandó, como el oidor vió las cartas de Cortés, y con ellas tejuelos de oro, si de antes decia que aquella armada que enviaba era injusta, y contra toda justicia que contra tan buenos servidores del Rey como éramos era mal hecho venir, de allí adelante lo decia muy clara y abiertamente; y decia tanto bien de Cortés y de todos los que con él estábamos, que ya en el real de Narvaez no se hablaba de otra cosa. Y demás desto, como veian y conocian en el Narvaez ser la pura miseria, y el oro y ropa que el Montezuma les enviaba todo se lo guardaba, y no daba cosa dello á ningun capitán ni soldado; antes decia, con voz, que hablaba muy entonado, medio de bóveda, á su mayordomo: «Mirad que no falte ninguna manta, porque todas están puestas por memoria;» é como aquello conocian dél, é oian lo que dicho tengo del Cortés y los que con él estábamos, de muy francos, todo su real estaba medio alborotado, y tuvo pensamiento el Narvaez que el oidor entendia en ello, é poner zizaña. Y demás desto, cuando Montezuma les enviaba bastimento, que reparaba el despensero ó mayordomo de Narvaez, no tenia cuenta con el oidor ni con sus criados, como era razon, y sobre ello hubo ciertas cosquillas y ruido en el real; y tambien porque el consejo que daban al Narvaez el Salvatierra, que dicho tengo que venia por veedor, y Juan Bono, vizcaino, y un Gamarra, y sobre todo, los grandes favores que tenia de Castilla de don Juan Rodrí-

8

guez de Fonseca, obispo de Burgos, tuvo tan gran atrevimiento el Narvaez, que prendió al oidor del Rey, á él y á su escribano y ciertos criados, y lo hizo embarcar en un navio, y los envió presos á Castilla ó á la isla de Cuba. Y aun sobre todo esto, porque un hidalgo que se decia Fulano de Oblanco y era letrado, decia al Narvaez que Cortés era muy servidor del Rey, y todos nosotros los que estábamos en su compañía éramos dignos de muchas mercedes, y que parecia mal llamarnos traidores, y que era mucho mas mal prender á un oidor de su majestad; y por esto que le dijo, le mandó echar preso; y como el Gonzalo de Oblanco era muy noble, de enojo murió dentro de cuatro dias. Tambien mandó echar presos á otros dos soldados de los que traia en su navio, que sabia que hablaban bien de Cortés, y entre ellos fué un Sancho de Barahona, vecino que fué de Guatimala. Tornemos á decir del oidor que llevaban preso á Castilla, que con palabras buenas é con temores que puso al capitan del navio y al muestre y al piloto que le llevaban á cargo, les dijo que, llegados á Castilla, que en lugar de paga de lo que hacen, su majestad les mandaria aborcar; y como aquellas palabras oyeron, le dijeron que les pagase su trabajo y le llevarian á Santo Domingo; y así, mudaron la derrota que Narvaez les habia mandado que fuesen; y llegado á la isla de Santo Domingo y desembarcado, como la audiencia real que allí residia y los frailes jerónimos que estaban por gobernadores oyeron al licenciado Lucas Vazquez, y vieron tan grande desacato é atrevimiento, sintieronlo mucho, y con tanto enojo, que luego lo escribieron á Castilla al real consejo de su majestad; y como el obispo de Burgos era presidente y lo mandaba todo, y su majestad no habia venido de Flándes, no hubo lugar de se hacer cosa ninguna de justicia en nuestro favor; antes el don Juan Rodriguez de Fonseca diz que se holgó mucho, creyendo que el Narvaez nos habia ya prendido y desbaratado; y cuando su majestad estaba en Flándes, y oyeron á nuestros procuradores, y lo que el Diego Velazquez y el Narvaez habian hecho en enviar la armada sin su real licencia, y haber prendido á su oidor, les hizo harto daño en los pleitos y demandas que después le pusieron á Cortés y á todos nosotros, como adelante diré, por mas que decian que tenian licencia del obispo de Burgos, que era presidente, para hacer el armada que contra nosotros enviaron. Pues como ciertos soldados, parientes y amigos del oidor Lucas Vazquez, vieron que el Narvaez le habia preso, temieron no les acaeciese lo que hizo con el letrado Gonzalo de Oblanco, porque ya les traia sobre los ojos y estaba mal con ellos, acordaron de se ir desde los arenales huyendo á la villa donde estaba el capitan Sandoval con los dolientes; y cuando llegaron á le besar las manos, el Sandoval les hizo mucha honra, y supo dellos todo lo aquí por mí dicho, y cómo queria enviar el Narvaez á aquella villa soldados á prenderlo. Y lo que mas pasó diré adelante.

CAPITULO CXIV.

Cómo Narvaez con todo su ejército se vino á un pueblo que se dice Cempoal, e lo que en el concierto se hizo, e lo que nosotros hicimos estando en la ciudad de Méjico, é como acordamos de ir sobre Narvaez.

Pues como Narvaez hubo preso al oidor de la audiencia real de Santo Domingo, luego se vino con todo su fardaje é pertrechos de guerra á asentar su real en un pueblo que se dice Cempoal, que en aquella sazón era muy poblado; é la primera cosa que hizo, tomó por fuerza al cacique gordo (que así le llamábamos) todas las mantas é ropa labrada é joyas de oro, é tambien le tomó las indias que nos habian dado los caciques de aquel pueblo, que se las dejamos en casa de sus padres é hermanos, porque eran hijas de señores, é para ir á la guerra muy delicadas. Y el cacique gordo dijo muchas veces al Narvaez que no le tomase cosa ninguna de las que Cortés dejó en su poder, así el oro como mantas é indias, porque estaria muy enojado, y le venia á mal de Méjico, así al Narvaez como al mismo cacique porque se las dejaba tomar. E mas, se le quejó el mismo cacique de los robos que le hacian sus soldados en aquel pueblo, é le dijo que cuando estaba allí Malinche, que así llamaban á Cortés, con sus gentes, que no les tomaban cosa ninguna, é que era muy bueno él é sus soldados los teules, porque teules nos llamaban; é como aquellas palabras le oia el Narvaez, hacia burla dél, é un Salvatierra que venia por veedor, otras veces por mí nombrado, que era el que mas bravezas é fieros hacia, dijo á Narvaez é otros capitanes sus amigos: «¿No habeis visto qué miedo que tienen todos estos caciques desta nonada de Cortesillo?» Tengan atencion los curiosos lectores cuán bueno fuera no decir mal de lo bueno; porque juro amen que cuando dimos sobre el Narvaez, uno de los mas cobardes é para menos fué el Salvatierra, como adelante diré; é no porque no tenia buen cuerpo é membrudo, mas era mal engalibado, mas no de lengua, y decian que era natural de tierra de Burgos. Dejemos de hablar del Salvatierra, é diré cómo el Narvaez envió á requerir á nuestro capitan é á todos nosotros con unas provisiones que decian que eran traslados de los originales que traia para ser capitan por el Diego Velazquez; las cuales enviaba para que nos las notificase escribano, que se decia Alonso de Mata, el cual después, el tiempo andando, fué vecino de la Puebla, que era balletero; é enviaba con el Mata á otras tres personas de calidad. E dejallo he aquí, así al Narvaez como á su escribano, é volveré á Cortés, que como cada dia tenia cartas é avisos, así de los del real de Narvaez como del capitan Gonzalo de Sandoval, que quedaba en la Villa-Rica, é le hizo saber que tenia consigo cinco soldados, personas muy principales é amigos del licenciado Lucas Vazquez de Aillon, que es el que envió preso Narvaez á Castilla ó á la isla de Cuba; é la causa que daban por que se vinieron del Real de Narvaez fué, que pues el Narvaez no tuvo respeto á un oidor del Rey, que menos se lo tenia á ellos, que eran sus deudos; de los cuales soldados supo el Sandoval muy por entero todo lo que pasaba en el real de Narvaez é la voluntad que tenia, porque decia que muy de hecho habia de venir en nuestra busca á Méjico para nos prender. Pa-

semos adelante, y diré que Cortés tomó luego consejo con nuestros capitanes é todos nosotros los que sabia que le habíamos de ser muy servidores, é solía llamar á consejo para en casos de calidad, como estos; é por todos fué acordado que brevemente, sin mas aguardar cartas ni otras razones, fuésemos sobre el Narvaez, é que Pedro de Albarado quedase en Méjico en guarda del Montezuma con todos los soldados que no tuviesen buena disposicion para ir á aquella jornada; é tambien para que quedasen allí las personas sospechosas que sentiamos que serian amigos del Diego Velazquez é de Narvaez; é en aquella sazón, é antes que el Narvaez viniese, habia enviado Cortés á Tlascala por mucho maíz, porque habia mala sementera en tierra de Méjico por falta de aguas; porque teniamos muchos naborias é amigos del mismo Tlascala, habiamoslo menester para ellos; é trujeron el maíz que he dicho, é muchas gallinas é otros bastimentos, los cuales enviamos al Pedro de Albarado, é aun le hicimos unas defensas á manera de mamparos é fortaleza con arte ó falconete, é cuatro tiros gruesos é toda la pólvora que teniamos, é diez ballesteros é catorce escopeteros é siete caballos, puesto que sabiamos que los caballos no se podrian aprovechar dellos en el patio donde estaban los aposentos; é quedaron por todos los soldados contados, de á caballo y escopeteros é ballesteros, ochenta é tres. Y como el gran Montezuma vió é entendió que queriamos ir sobre el Narvaez, é como Cortés le iba á ver cada dia á la Tenella palacio, jamás quiso decir ni dar á entender como el Montezuma ayudaba al Narvaez é le enviaba oro é mantas é bastimentos. Y de una plática en otra, le preguntó el Montezuma á Cortés que dónde queria ir, é para qué habia hecho ahora de nuevo aquellos pertrechos é fortaleza, é que cómo andábamos todos alborotados; é lo que Cortés le respondió é en qué se resumió la plática diré adelante.

CAPITULO CXV.

Cómo el gran Montezuma preguntó á Cortés que cómo queria ir sobre el Narvaez, siendo los que trata doblados mas que nosotros, y que le pesaria mucho si nos viniese algun mal.

Como estaba platicando Cortés con el gran Montezuma, como lo tenian de costumbre, dijo el Montezuma á Cortés: «Señor Malinche, á todos vuestros capitanes é compañeros os veo andar desasosegados, é tambien he visto que no me visitais sino de cuando en cuando, é Ortegulla el paje me dice que quereis ir de guerra sobre esos vuestros hermanos que vienen en los montes, é que quereis dejar aqui en mi guarda al Tonatio; hacedme merced que me lo declareis, para que si yo en algo os pudiere servir é ayudar, lo haré de muy buena voluntad. E tambien, señor Malinche, no querría que os viniese algun desman, porque vos teneis muy pocos trules, y esos que vienen son cinco veces mas; é ellos dicen que son cristianos como vosotros é vasallos de ese vuestro emperador, é tienen imágenes y ponen cruz, é les dicen misa, é dicen é publican que sois gentes que venistes huyendo de Castilla de vuestro rey y señor, é que os vienen á prender ó á matar; en verdad que yo no os entiendo. Por tanto, mirad primero lo que haceis.» Y Cortés le respondió con nuestras

lenguas doña Marina é Jerónimo de Aguilar, con un semblante muy alegre, que si no le ha venido á dar relacion dello, es como le quiere mucho y por no le dar pesar con nuestra partida, é que por esta causa lo ha dejado, porque así tiene por cierto que el Montezuma le tiene voluntad. E que cuanto á lo que dice, que todos somos vasallos de nuestro gran emperador, que es verdad, é de ser cristianos como nosotros, que si son; é á lo que dicen que venimos huyendo de nuestro rey y señor, que no es así, sino que nuestro rey nos envió para velle y hablalle todo lo que en su real nombre le ha dicho é platicado; é á lo que dice que trae muchos soldados é noventa caballos é muchos tiros é pólvora, é que nosotros somos pocos, é que nos vienen á matar é prender, nuestro Señor Jesucristo, en quien creemos é adoramos, é nuestra Señora santa María, su bendita Madre, nos dará fuerzas, y mas que no á ellos, pues que son malos é vienen de aquella manera. E que como nuestro emperador tiene muchos reinos é señorios, hay en ellos mucha diversidad de gentes, unas muy esforczadas é otras mucho mas, é que nosotros somos de dentro de Castilla, que llaman Castilla la Vieja, é nos nombran por sobrenombre castellanos; é que el capitan que está ahora en Cemponl y la gente que trae que es de otra provincia que llaman Vizcaya, é que tienen la habla muy revesada, como á manera de decir como los otomis tierra de Mejico; é que él verá cuál se los traeriamos presos; é que no tuviese pesar por nuestra ida, que presto volveriamos con vitoria. E lo que ahora le pide por merced, que mire que queda con él su hermano Tonatio, que así llamaban á Pedro de Albarado, con ochenta soldados; que después que solgamos de aquella ciudad no haya algun alboroto, ni consienta á sus capitanes ó papas hagan cosas que sean mal hechas, porque después que volvamos, si Dios quisiere, no tengan que pagar con las vidas los malos revolvedores; é que todo lo que hubiere menester de bastimentos, que se los diesen; é allí le abrazó Cortés dos veces al Montezuma, é asimismo el Montezuma á Cortés; é doña Marina, como era muy avisada, se lo decia de arte que ponía tristeza con nuestra partida. Allí le ofreció que haria todo lo que Cortés le encargaba, y aun prometió que enviaria en nuestra ayuda cinco mil hombres de guerra, é Cortés le dió gracias por ello, porque bien entendió que no los habia de enviar; é le dijo que no habia menester su ayuda, sino era la de Dios nuestro Señor, que es la ayuda verdadera, é la de sus compañeros que con él ibamos; é tambien le encargó que mirase que la imagen de nuestra Señora é la cruz que siempre lo tuviesen muy enramado, é limpia la iglesia, é quemasen candelas de cera, que tuviesen siempre encendidas de noche y de dia, é que no consintiesen á los papas que hiciesen otra cosa; porque en aquesto conoceria muy mejor su buena voluntad é amistad verdadera. E después de tornados otra vez á abrazar, le dijo Cortés que le perdonase, que no podia estar mas en plática con él, por entender en la partida; é luego habló á Pedro de Albarado é á todos los soldados que con él quedaban, é les encargó que guardasen al Montezuma con mucho cuidado no se soltase, é que obedeciesen al Pedro de Albarado; y prometiéndoles que, me-

diente Dios, que á todos les habia de hacer ricos; é allí quedó con ellos el clérigo Juan Diaz, que no fué con nosotros, é otros soldados sospechosos, que aquí no declaro por sus nombres; é allí nos abrazamos los unos á los otros, é sin llevar indias ni servicio, sino á la ligera, tiramos por nuestras jornadas por la ciudad de Cholula, y en el camino envió Cortés á Tlascala á rogar á nuestros amigos Nicotenga y Masse-Escaci é á todos los mas caciques, que nos enviasen de presto cuatro mil hombres de guerra; y enviaron á decir que si fueran para pelear con indios como ellos, que si hicieran, é aun muchos mas de los que les demandaban, é que para contra teules como nosotros, é contra bombardas é caballos, que les perdonen, que no los quieren dar; é proveyeron de veinte cargas de gallinas; é luego Cortés escribió en posta á Sandoval que se juntase con todos sus soldados muy prestamente con nosotros, que íbamos á unos pueblos obra de doce leguas de Cempoal, que se dicen Tampaniquita é Mitalaguita, que ahora son de la encomienda de Pedro Moreno Melrano, que vive en la Puebla; é que mirase muy bien el Sandoval que Narvaez no le prendiese, ni hubiese á las manos á él ni á ninguno de sus soldados. Pues yendo que íbamos de la manera que le dicho, con mucho concierto para pelear si topásemos gente de guerra de Narvaez ó al mismo Narvaez, y nuestros corredores del campo descubriendo, é siempre una jornada adelante dos de nuestros soldados grandes peones, personas de mucha confianza, y estos no iban por camino derecho, sino por partes que no podían ir á caballo, para saber é inquirir de indios de la gente de Narvaez. Pues yendo nuestros corredores del campo descubriendo, vieron venir á un Alonso de Mata, el que decían que era escribano, que venia á notificar los papeles ó traslados de las provisiones, segun dijo atrás en el capítulo que dello habla, é á los cuatro españoles que con él venian por testigos, y luego vinieron los dos nuestros soldados de á caballo á dar mandado, y los otros dos corredores del campo se estuvieron en palabras con el Alonso de Mata é con los cuatro testigos; y en este instante nos dimos prisa en andar y alargamos el paso, y cuando llegaron cerca de nosotros hicieron gran reverencia á Cortés y á todos nosotros, y Cortés se apeó del caballo y supo á lo que venian. Y como el Alonso de Mata queria notificar los despachos que traia, Cortés le dijo que si era escribano del Rey, y dijo que sí; y mandóle que luego exhibiese el título, é que si le traia, que leyese los recados, é que haria lo que viese que era servicio de Dios é de su majestad; y si no le traia, que no leyese aquellos papeles; é que tambien habia de ver los originales de su majestad. Por manera que el Mata, medio cortado é medroso, porque no era escribano de su majestad, y los que con él venian no sabian qué le decir; y Cortés les mandó dar de comer, y porque comiesen reparamos allí; y les dijo Cortés que íbamos á unos pueblos cerca del real del señor Narvaez, que se decían Tampanequita, y que allí podia enviar á notificar lo que su capitán mandase; y tenia Cortés tanto sufrimiento, que nunca dijo palabra mala del Narvaez, é apartadamente habló con ellos y les untó las manos con tejuelos de oro, y luego se volvieron á su Narvaez di-

ciendo bien de Cortés y de todos nosotros; y como muchos de nuestros soldados por gentileza en aquel instante llevábamos en las armas joyas de oro, y otros cadenas y collares al cuello, y aquellos que venian á notificar los papeles les vieron, dicen en Cempoal maravillarse de nosotros; y muchos habian en el real de Narvaez, personas principales, que querian venir á tratar paces con Cortés y su capitán Narvaez, como á todos nos veian ir ricos. Por manera que llegamos á Tampaniquita, é otro dia llegó el capitán Sandoval con los soldados que tenia, que serian hasta sesenta; porque los demás viejos y dolientes los dejó en unos pueblos de indios nuestros amigos, que se decían Papalote, para que allí les diesen de comer; y tambien vinieron con él los cinco soldados parientes y amigos del licenciado Lúcas Vazquez de Aillon, que se habian venido huyendo del real de Narvaez, y venian á besar las manos á Cortés; á los cuales con mucha alegría recibió muy bien; y allí estuvo contando el Sandoval á Cortés de lo que les acaeció con el clérigo furioso Guevara y con el Vergara y con los demás, y cómo los mandó llevar presos á Méjico, segun y de la manera que dicho tengo en el capítulo pasado. Y tambien dijo cómo desde la Villallica envió dos soldados como indios, puestas mantillas ó mantas, y eran como indios propios, el real de Narvaez; é como eran morenos, dijo Sandoval que no parecían sino propios indios, y cada uno llevó una carguilla de ciruelas á vender, que en aquella sazón era tiempo dellas, cuando estaba Narvaez en los arenales, antes que se pasasen al pueblo de Cempoal; é que fueron al rancho del bravo Salvatierra, é que les dió por las ciruelas un sartalejo de cuentas amarillas. Ecuando hubieron vendido las ciruelas, el Salvatierra les mandó que le fuesen por yerba, creyendo que eran indios, allí junto á un riachuelo que está cerca de los ranchos, para su caballo, é fueron é cogieron unas carguillas dello, y esto era á hora del Ave-María cuando volvieron con la yerba, y se estuvieron en el rancho en cuellillas como indios hasta que anocheció, y tenían ojo y sentido en lo que decían ciertos soldados de Narvaez que vinieron á tener palacio é compañía al Salvatierra, y después les decía el Salvatierra: «¡Oh, á qué tiempo hemos venido, que tiene allegado este traidor de Cortés mas de setecientos mil pesos de oro, y todos seremos ricos; pues los capitanes y soldados que consigo trae, no será menos sino que tengan mucho oro!» Y decían por allí otras palabras. Y desde que fué bien escuro vienen los dos nuestros soldados que estaban hechos como indios, y callando salen del rancho, y van adonde tenia el caballo, y con el freno que estaba junto con la silla le enfrenan y ensillan, y cabalgan en él. Y viniéndose para la villa de camino, topan otro caballo mancoabe el riachuelo, y tambien se lo trujeron. Y preguntó Cortés al Sandoval por los mismos caballos, y dijo que los dejó en el pueblo de Papalote, donde quedaban los dolientes; porque por donde él venia con sus compañeros no podian pasar caballos, porque era tierra muy fragosa y de grandes sierras, y que vino por allí por no topár con gente del Narvaez; y cuando Cortés supo que era el un caballo de Salvatierra se holgó en gran manera, é dijo: «Ahora braveará mas cuando lo halle

menos. » Volvamos á decir del Salvatierra, que cuando amaneció é no halló á los dos indios que le trujeron á vender las ciruelas, ni halló su caballo ni la silla y el freno, dijeron después muchos soldados de los del mismo Narvaez que decía cosas que los hacia reir; porque luego conoció que eran españoles de los de Cortés los que los llevaron los caballos; y desde allí adelante se velaban. Volvamos á nuestra materia: y luego Cortés con todos nuestros capitanes y soldados estuvimos platicando como y de qué manera duríamos en el real de Narvaez; é lo que se concertó antes que fuésemos sobre el Narvaez diré adelante.

CAPITULO CXVI.

Como acordó Cortés con todos nuestros capitanes y soldados que tornásemos á enviar al real de Narvaez al fraile de la Merced, que era muy sagaz y de buenos medios, y que se hiciese muy servidor del Narvaez, á que se mostrase favorable á su parte mas que no á la de Cortés, é que secretamente contase al artillero que se decía Rodrigo Martín é á otro artillero que se decía Usagre, é que hablase con Andrés de Duero para que viniese á verse con Cortés, é que otra carta que escribiésemos al Narvaez que mirase que se le diese en sus manos, é lo que en tal caso convenia, é que tuviese mucha reverencia; y para esto llevó mucha cantidad de tejuelos e cadenas de oro para repartir.

Pues como ya estábamos en el pueblo todos juntos, acordamos que con el padre de la Merced se escribiese otra carta al Narvaez, que decian en ella así, ó otras palabras formales como estas que diré, después de puesto su aceto con gran cortesía: que nos habíamos holgado de su venida, é creíamos que con su generosa persona haríamos gran servicio á Dios nuestro Señor y á su majestad; é que no nos ha querido responder cosa ninguna, antes nos llama de truidores, siendo muy leales servidores del Rey; é ha revuelto toda la tierra con las palabras que envió á decir á Montezuma; é que le envió Cortés á pedir por merced que escogiese la provincia en cualquiera parte que él quisiese quedar con la gente que tiene, ó fuese adelante, é que nosotros iríamos á otras tierras é haríamos lo que á buenos servidores de su majestad somos obligados; é que le hemos pedido por merced que si trae provisiones de su majestad que envíe los originales para ver y entender si vienen con la real firma y ver lo que en ellas se contiene, para que luego que los veamos, los pechos por tierra para obedecerla; é que no ha querido hacer lo uno ni lo otro, sino tratarnos mal de palabra y revolver la tierra; que le pedimos y requerimos de parte de Dios y del Rey nuestro señor que dentro en tres dias envíe á notificar los despachos que trae con escribano de su majestad, é que cumpliremos como mandado del Rey nuestro señor todo lo que en las reales provisiones mandare; que para aquel efeto nos hemos venido á aquel pueblo de Pangnenezquita, por estar mas cerca de su real; é que si no trae las provisiones y se quisiere volver á Cuba, que se vuelva y no alborote mas la tierra, con protestacion que si otra cosa hace, que iremos contra él á le prender y enviallo preso á nuestro rey y señor, pues sin su real licencia nos viene á dar guerra é desasosigar todas las ciudades; é que todos los males é muertes y fuegos y menoscubos que sobre esto acaecieren, que sea á su cargo, y no al nuestro; y esto

se escribe ahora por carta misiva, porque no osa ningun escribano de su majestad írselo á notificar, por temor no le acaezca tan gran desacato como el que se tuvo con un oidor de su majestad, y que ¿dónde se vió tal atrevimiento de le enviar preso? Y que allende de lo que dicho tiene, por lo que es obligado á la honra y justicia de nuestro rey, que le conviene castigar aquel gran desacato y delito, como capitan general y justicia mayor que es de aquesta Nueva-España, le cito y emplaza para ello, y se lo demandará usando de justicia, pues es crimen *laesae majestatis* lo que ha tentado, é que hure á Dios testigo de lo que ahora dice; y tambien le enviamos á decir que luego volviese al cacique gordo las mantas y ropa y joyas de oro que le habian tomado por fuerza, y ansimismo las hijas de señores que nos habian dado sus padres, y mandase á sus soldados que no robasen á los indios de aquel pueblo ni de otros. Y después de puesta su cortesía y firmada de Cortés y de nuestros capitanes y algunos soldados, iba allí mi tirina; y entonces se fué con el mismo padre fray Bartolomé de Olmedo un soldado que se decía Bartolomé de Usagre, porque era hermano del artillero Usagre, que tenia cargo del artillería de Narvaez; y llegados nuestro religioso y el Usagre á Cempoal, adonde estaba el Narvaez, diré lo que dice que pasó.

CAPITULO CXVII.

Cómo el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la orden de nuestra Señora de la Merced, fué á Cempoal, adonde estaba el Narvaez é todos sus capitanes, y lo que paso con ellos, y les dió la carta.

Como el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la Orden de la Merced, llegó al real de Narvaez, sin mas gastar yo palabras en tornallo á recitar, hizo lo que Cortés le mandó, que fué convocar á ciertos caballeros de los de Narvaez y al artillero Rodrigo Minn, que así se llamaba, é al Usagre, que tenia tambien cargo de los tiros; y para mejor le atraer, fué un su hermano del Usagre con tejuelos de oro, que dió de secreto al hermano; y ansimismo el padre fray Bartolomé de Olmedo repartió todo el oro que Cortés le mandó, y habló al Andrés de Duero que luego se viniese á nuestro real con Cortés; y demás desto, ya el fraile habia ido á ver y hablar al Narvaez y hacérsele muy gran servidor; y andando en estos pasos, tuvieron gran sospecha de lo en que andaba nuestro fraile, é aconsejaban al Narvaez que luego le prendiese, é así lo querian hacer; y como lo supo Andrés de Duero, que era secretario del Diego Velazquez, y era de Tudela de Duero, y se tenían por deudos el Narvaez y él, porque el Narvaez tambien era de tierra de Valladolid é del mismo Valladolid, y en toda la armada era muy estimado é preeminente, el Andrés de Duero fué al Narvaez y le dijo que le habian dicho que querian prender al padre fray Bartolomé de Olmedo, mensajero y embajador de Cortés; que mirase que ya que hubiese sospecha que el fraile hablaba algunas cosas en favor de Cortés, que no es bien prenderle, pues que claramente se ha visto cuánta honra é dádivas da Cortés á todos los suyos del Narvaez que habian; é que fray Bartolomé de Olmedo ha hablado con él después que allí ha venido, é lo que siente dél es que desea que él y otros caballeros del real de Cortés

le vengan á recibir, é que todos fuesen amigos; é que mire cuánto bien dice Cortés á los mensajeros que envía; que no le sale por la boca á él ni á cuantos están con él, sino el señor capitán Narvaez, é que sería poquedad prender á un religioso; é que otro hombre que vino con él, que es hermano de Usagre el artillero, que le viene á ver; que convida á fray Bartolomé de Olmedo á comer, y le saque del pecho la voluntad que todos los de Cortés tienen. Y con aquellas palabras, y otras sabrosas que le dijo, amansó al Narvaez. Y luego desque esto pasó, se despidió Andrés de Duero del Narvaez, y secretamente habló al padre lo que había pasado; y luego el Narvaez envió á llamar á fray Bartolomé de Olmedo, y como vino, le hizo mucho acato, y medio riendo (que era el fraile muy cuerdo y sagaz) le suplicó que se apartase en secreto, y el Narvaez se fué con él paseando á un patio, y el fraile le dijo: «Bien entendido tengo que vuestra merced me quería mandar prender; pues lágole saber, Señor, que no tiene mejor ni mayor servidor en su real que yo, y tengo por cierto que muchos caballeros y capitanes de los de Cortés le querrian ya ver en las manos de vuestra merced; y así, creo que vendrémos todos; y para mas le atraer á que se desconcierte, le han hecho escribir una carta de desvarios, firmada de los soldados, que me dieron que diese á vuestra merced, que no la he querido mostrar hasta agora, que vine á pláticas, que en un río la quise echar por las necesidades que en ella trae; y esto hacen todos sus capitanes y soldados de Cortés por verle ya desconcertar.» Y el Narvaez dijo que se la diese, y el padre fray Bartolomé de Olmedo le dijo que la dejó en su posada é que iria por ella; é así, se despidió para ir por la carta; y entre tanto vino al aposento de Narvaez el bravo Salvatierra; y de presto el padre fray Bartolomé de Olmedo llamó á Duero que fuese luego en casa del Narvaez para ver dälle la carta, que bien sabía ya el Duero della, y aun otros capitanes de Narvaez que se habían mostrado por Cortés; porque el fraile consigo la traía, sino porque tuviesen juntos muchos de los de aquel real y le oyesen. E luego como vino el padre fray Bartolomé de Olmedo con la carta, se la dió al mismo Narvaez, y dijo: «No se maraville vuestra merced con ella, que ya Cortés anda desvariando; y sé cierto que si vuestra merced le habla con amor, que luego se le dará él y todos los que consigo trae.» Dejémos de razones de fray Bartolomé, que las tenía muy buenas, y digamos que le dijeron á Narvaez los soldados y capitanes que leyese la carta, y cuando la oyeron, dice que hacían bromas al Narvaez y al Salvatierra, y los demás se reían, como haciendo burla della; y entonces dijo el Andrés de Duero: «Ahora yo no sé cómo se esto; yo no lo entiendo; porque este religioso me ha dicho que Cortés y todos se le darán á vuestra merced, y escribir ahora estos desvarios!» Y luego de buena tinta también le ayudó á la plática al Duero un Agustín Bermúdez, que era capitán é alguacil mayor del real de Narvaez, é dijo: «Ciertamente, también he sabido del padre fray Bartolomé de Olmedo muy en secreto que como enviase buenos terceros, que el mismo Cortés venia á verse con vuestra merced para que se diese con sus soldados; y será bien que envíe á su real, pues

no está muy lejos, al señor veedor Salvatierra é al señor Andrés de Duero, é yo iré con ellos;» y esto dijo adrede por ver qué diría el Salvatierra. Y respondió el Salvatierra que estaba mal dispuesto é que no iria á ver un traidor; y el padre fray Bartolomé de Olmedo le dijo: «Señor veedor, bueno es tener templanza, pues está cierto que le ternéis preso antes de muchos días.» Pues concertada la partida del Andrés de Duero, parece ser muy en secreto trató el Narvaez con el mismo Duero y con tres capitanes que tuviesen modo con el Cortés cómo se viesen en unas estancias é casas de indios que estaban entre el real de Narvaez y el nuestro, é que allí se darían conciertos donde habíamos de ir con Cortés á poblar y partir términos, y en las vistas le prenderia; y para ello tenía ya hablado el Narvaez á veinte soldados de sus amigos; lo cual luego supo fray Bartolomé del Narvaez é del Andrés de Duero, y avisaron á Cortés de todo. Dejamos al fraile en el real de Narvaez, que ya se había hecho muy amigo y pariente del Salvatierra, siendo el fraile de Olmedo y el Salvatierra de Burgos, y comia con él cada día. E digamos de Andrés de Duero, que quedaba aperciéndose para ir á nuestro real y llevar consigo á Bartolomé de Usagre, nuestro soldado, porque el Narvaez no alcanzase á saber del lo que pasaba; y diré lo que en nuestro real hicimos.

CAPITULO CXVIII.

Cómo en nuestro real hicimos tarde de los soldados que éramos, y cómo trajeron duecias y cincuenta picas muy largas, con unos hierros de cobre cada una, que Cortés había mandado hacer en unos pueblos que se dicen los chichinatecas, y nos imponamos como habíamos de jugar dellas para derrocar la gente de á caballo que tenía Narvaez, y otras cosas que en el real pasaron.

Volvamos á decir algo atrás de lo dicho, y lo que mas pasó. Así como Cortés tuvo noticia del armada que traía Narvaez, luego despachó un soldado que había estado en Italia, bien diestro de todas armas, y mas de jugar una pica, y le envió á una provincia que se dice los chichinatecas, junto adonde estaban nuestros soldados los que fueron á buscar minas; porque aquellos de aquella provincia eran muy enemigos de los mejicanos é pocos días había que tomaron nuestra amistad, é usaban por armas muy grandes lanzas, mayores que las nuestras de Castilla, con dos brazos de pedernal é navajas; y enviélos á rogar que luego le trajesen á do quiera que estuviesen trecientas dellas, é que les quitasen las navajas, é que pues tenían mucho cobre, que les hiciesen á cada una dos hierros, y llevó el soldado la manera cómo habían de ser los hierros; y como llegó, de presto buscaron las lanzas é hicieron los hierros; porque en toda la provincia á aquella sazón había cuatro ó cinco pueblos, sin muchas estancias, y las recogieron, é hicieron los hierros muy mas perfectamente que se los enviamos á mandar; y también mandó á nuestro soldado, que se decía Tovilla, que les demandase dos mil hombres de guerra, é que para el día de pascua del Espíritu Santo viniese con ellos al pueblo de Panguenequita, que así se decía, é que preguntase en qué parte estábamos, é que todos dos mil hombres trajesen lanzas; por manera que el soldado se los demandó, é los caciques dijeron que ellos venían con la gente de guerra; y el

soldado se vino luego con obra de dueños indios, que trajeron las lanzas, y con los demás indios de guerra quedó para venir con ellos otro soldado de los nuestros, que se decía Barrientos; y este Barrientos estaba en la estancia y minas que descubrian, ya otra vez por mí nombradas, y allí se concertó que habia de venir de la manera que está dicho á nuestro real; porque sería de andadura diez ó doce leguas de lo uno á lo otro. Pues venido el nuestro soldado Tovilla con las lanzas, eran muy extremadas de buenas; y así, se daba orden y nos imponía el soldado é nos mostraba á jugar con ellas, y cómo nos habíamos de haber con los de á caballo, é ya teníamos hecho nuestro alarde y copia y memoria de todos los soldados y capitanes de nuestro ejército, y llamamos dueños y seis, contados atambor é píforo, sin alraille, y con cinco de á caballo y dos artilleros y pocos ballesteros y menos escapeteros; y á lo que tuvimos ojo, para pelear con Narvaz eran las picas, y fueron muy buenas, como adelante verán; y dejemos de platicar mas en el alarde y lanzas, y diré cómo llegó Andrés de Duero, que envió Narvaz á nuestro real, é trujo consigo á nuestro soldado Usagre y dos indios naborias de Cuba, y lo que dijeron y concertaron Cortés y Duero, según después alcanzamos á saber.

CAPITULO CXIX.

Como vino Andrés de Duero á nuestro real y el soldado Usagre y dos indios de Cuba, naborias del Duero, y quien era el Duero y á lo que venia, y lo que tuvimos por cierto y lo que se concertó.

Y es desta manera, que tengo de volver muy atrás á recitar lo pasado. Ya he dicho en los capítulos mas adelante destos que cuando estábamos en Santiago de Cuba, que se concertó Cortés con Andrés de Duero y con un contador del Rey, que se decía Amador de Lares, que eran grandes amigos del Diego Velazquez, y el Duero era su secretario, que tratase con el Diego Velazquez que le hiciesen á Cortés capitán general para venir en aquella armada, y que partiria con ellos todo el oro y plata y joyas que le cupiese de su parte de Cortés; y como el Andrés de Duero vió en aquel instante á Cortés, su compañero, tan rico y poderoso, y so color que venia á poner paces y á favorecer á Narvaz, y en lo que entendió era á demandar la parte de la compañía, porque ya el otro su compañero Amador de Lares era fallecido; y como Cortés era sagaz y manso, no solamente le prometió de darle gran tesoro, sino que tambien le daría mando en toda la armada, ni mas ni menos que su propia persona, y que, después de conquistada la Nueva-España, le daría otros tantos pueblos como á él, con tal que tuviese concierto con Agustín Bermúdez, que era alguacil mayor del real de Narvaz, y con otros caballeros que aquí no nombro, que estaban convocados para que en todo caso fuesen en desviar al Narvaz para que no se hiciese con la vida é con honra y le desbaratase; y como á Narvaz tuviese muerto ó preso, y deshecha su armada, que ellos quedarían por señores y partirían el oro y pueblos de la Nueva-España; y para mas le atraer y convocar á lo que dicho tengo, le cargó de oro sus dos indios de Cuba; y según pareció, el Duero se lo prometió, y aun ya se lo habia prometido el Agustín

Bermúdez por firmas y cartas; y tambien envió Cortés al Bermúdez y á un clérigo que se decía Juan de Leon, y al clérigo Guevara, que fué el que primero envió Narvaz, y otros sus amigos, muchos tejuelos y joyas de oro, y les escribió lo que le pareció que convenia, para que en todo le ayudasen; y estuvo el Andrés de Duero en nuestro real el día que llegó hasta otro día después de comer, que era día de pascua de Espíritu Santo, y comió con Cortés y estuvo hablando con él en secreto buen rato; y cuando hubieron comido se despidió el Duero de todos nosotros, así capitanes como soldados, y luego fué á caballo otra vez adonde Cortés estaba, y dijo: «¿Qué manda vuestra merced? Que no quiero ir;» y respondióle: «Que vaya con Dios, y mire, señor Andrés de Duero, que haya buen concierto de lo que tenemos platicado; si no, en mi conciencia (que así juraba Cortés), que antes de tres días con todos mis compañeros seré allá en vuestro real, y al primero que le oche lanza será á vuestra merced si otra cosa siento al contrario de lo que tenemos hablado.» Y el Duero se rió, y dijo: «No faltará en cosa que sea contrario de servir á vuestra merced;» y luego se fué, y llegado á su real, diz que dijo al Narvaz que Cortés y todos los que estábamos con él sentían estar de buena voluntad para pasarnos con el mismo Narvaz. Dejemos de hablar deso del Duero, y diré cómo Cortés luego mandó llamar á un nuestro capitán que se dice Juan Velazquez de Leon, persona de mucha cuenta y amigo de Cortés, y era pariente muy cercano del gobernador de Cuba Diego Velazquez; y á lo que siempre tuvimos creído, tambien le tenía Cortés convocado y atraído á sí con grandes dádivas y ofrecimientos que le daría mando en la Nueva-España y le haría su igual; porque el Juan Velazquez siempre se mostró muy gran servidor y verdadero amigo, como adelante verá. Y cuando hubo venido delante de Cortés y hecho su acato, le dijo: «¿Qué manda vuestra merced?» Y Cortés, como hablaba algunas veces muy meloso y con la risa en la boca, le dijo medio riendo: «A lo que, señor Juan Velazquez, le hice llamar es, que me dijo Andrés de Duero que dice Narvaz, y en todo su real hay fama, que si vuestra merced va allá, que luego yo soy deshecho y desbaratado, porque creen que se ha de hacer con Narvaz; y á esta causa he acordado que por mi vida, si bien me quiere, que luego se vaya en su buena yegua rucia, y que lleve todo su oro y la sanfarrona (que era muy pesada cadena de oro), y otras cositas que ya le daré, que dé allá por mí á quien yo le dijere; y su sanfarrona de oro, que pesa mucho, llevará al hombro, y otra cadena que pesa mas que ella llevará con dos vueltas, y allá verá qué le quiere Narvaz; y en viniendo que se venga, luego irán allá el señor Diego de Ordás, que le desean ver en su real, como mayordomo que era del Diego Velazquez.» Y el Juan Velazquez respondió que él haría lo que su merced mandaba, mas que su oro ni cadenas que no las llevaría consigo, salvo lo que le diese para dar á quien mandase; porque donde su persona estuviere, es para le siempre servir, mas que cuanto oro ni piedras de diamantes puede haber. «Así lo tengo yo creído, dijo Cortés, y con esta confianza, Señor, le envío; mas si no lleva todo su oro

y joyas, como le mando, no quiero que vaya allá.» Y el Juan Velazquez respondió: «Háganse lo que vuestra merced mandare;» y no quiso llevar las joyas, y Cortés allí le habló secretamente, y luego se partió, y llevó en su compañía á un mozo de espuelas de Cortés para que le sirviese, que se decia Juan del Rio. Y dejemos desta partida de Juan Velazquez, que dijeron que lo envió Cortés por descuidar á Narvaez, y volvamos á decir lo que en nuestro real pasó: que dende á dos horas que se partió el Juan Velazquez, mandó Cortés tocar el atambor á Canillas, que así se llamaba nuestro atambor, y á Benito de Veger, nuestro píforo, que tocase su tamborino, y mandó á Gonzalo de Sandoval, que era capitán y alguacil mayor, que llamase á todos los soldados, y comenzásemos á marchar luego á paso largo camino de Cempoal; é yendo por nuestro camino se mataron dos puerco de la tierra, que tienen el ombligo en el espinazo, y dijimos muchos soldados que era señal de victoria; y dormimos en un repecho cerca de un riachuelo, y sendas piedras por almohadas, como lo teniamos de costumbre, y nuestros corredores del campo adelante, y espías y rondas; y cuando amaneció, caminamos por nuestro camino derecho, y fuimos á hora de mediodía á un rio, adonde está ahora poblada la villa rica de la Veracruz, donde desembarcan las barcas con mercaderías que vienen de Castilla; porque en aquel tiempo estaban pobladas junto al rio unas casas de indios y arboledas; y como en aquella tierra hace grandísimo sol, reposamos allí, como dicho tengo, porque traíamos nuestras armas y picas. Y dejamos ahora de mas caminar, y digamos lo que al Juan Velazquez de Leon le avino con Narvaez y con un su capitán que tambien se decia Diego Velazquez, sobrino del Velazquez, gobernador de Cuba.

CAPITULO CXX.

Cómo llegó Juan Velazquez de Leon y el mozo de espuelas que se decia Juan del Rio al real de Narvaez, y lo que en él pasó.

Ya he dicho cómo envió Cortés al Juan Velazquez de Leon y al mozo de espuelas para que le acompañase á Cempoal, y á ver lo que Narvaez queria, que tanto deseo tenia de tenello en su compañía; por manera que así como partieron de nuestro real se dió tanta prisa en el camino, y fué amanecer á Cempoal, y se fué á apearse el Juan Velazquez en casa del cacique gordo, porque el Juan del Rio no tenia caballo, y desde allí se van á pié á la posada de Narvaez. Pues como los indios de Cempoal le conocieron, holgaron de le ver y hablar, y decian á voces á unos soldados de Narvaez que allí posaban en casa del cacique gordo, que aquel era Juan Velazquez de Leon, capitán de Malinche; y así como lo oyeron los soldados, fueron corriendo á demandar albricias á Narvaez cómo habia venido Juan Velazquez de Leon, y antes que el Juan Velazquez llegase á la posada del Narvaez, que ya le iba á le hablar, como de repente supo el Narvaez su venida, le salió á recibir á la calle, acompañado de ciertos soldados, donde se encontraron el Juan Velazquez y el Narvaez, y se hicieron muy grandes acatos, y el Narvaez abrazó al Juan Velazquez, y le mandó sentar en una silla, que luego trajeron sillas cerca de sí, y le dijo que porqué no se

fué á apearse á su posada; y mandó á sus criados que le fuesen luego por el caballo y fardaje, si le llevaba, porque en su casa y caballeriza y posada estaria; y Juan Velazquez dijo que luego se queria volver, que no venia sino á besalle las manos, y á todos los caballeros de su real, y para ver si podia dar concierto que su merced y Cortés tuviesen paz y amistad. Entonces dicen que el Narvaez apartó al Juan Velazquez, y le comenzó á decir airado cómo que tales palabras le habia de decir de tener amistad ni paz con un traidor que se alzó á su primo Diego Velazquez con la armada. Y el Juan Velazquez respondió que Cortés no era traidor, sino buen servidor de su majestad, y que ocurrir á nuestro rey y señor, como envió é ocurrió, no se le ha de atribuir á traicion, y que le suplica que delante del no se diga tal palabra. Y entonces el Narvaez le comenzó á hacer grandes prometimientos que se quedase con él, y que concierte con los de Cortés que se le den y vengan luego á meter en su obediencia, prometiéndole con juramento que seria en todo su real el mas preeminente capitán, y en el mando segunda persona; y el Juan Velazquez respondió que mayor traicion haria él en dejar al capitán que tiene jurado en la guerra y desampararlo, conociendo que todo lo que ha hecho en la Nueva-España es en servicio de Dios nuestro Señor y de su majestad; que no dejará de acudir á Cortés, como acudia á nuestro rey y señor, y que le suplica que no hable mas en ello. En aquella sazón habian venido á ver á Juan Velazquez todos los mas principales capitanes del real de Narvaez, y le abrazaban con gran cortesía, porque el Juan Velazquez era muy de palacio y de buen cuerpo, membrudo, y de buena presencia y rostro y la barba muy bien puesta, y llevaba una cadena muy grande de oro echada al hombro, que le daba vueltas debajo el brazo, y parecia muy bien, como bravo y buen capitán. Dejemos deste buen parecer de Juan Velazquez y cómo le estaban mirando todos los capitanes de Narvaez, y aun nuestro padre fray Bartolomé de Olmedo tambien le vino á ver y en secreto hablar, y ansimismo el Andrés de Duero y el alguacil mayor Bermudez, y parece ser que en aquel instante ciertos capitanes de Narvaez, que se decian Gamarra y un Juan Yusto, y un Juan Bono de Quejo, vizcaino, y Salvatierra el bravo, aconsejaron al Narvaez que luego prendiese al Juan Velazquez, porque les pareció que hablaba muy sueltamente en favor de Cortés; é ya que habia mandado el Narvaez secretamente á sus capitanes y alguaciles que le echasen preso, supolo Agustín Bermudez y el Andrés de Duero, y el padre fray Bartolomé de Olmedo y un clérigo que se decia Juan de Leon, y otras personas que se habian dado por amigos de Cortés, y dicen al Narvaez que se maravillan de su merced querer mandar prender al Juan Velazquez de Leon, que ¿qué puede hacer Cortés contra él, aunque tenga en su compañía otros cien Juan Velazquez? Y que mire la honra y acatos que hace Cortés á todos los que de su real han ido, que les sale á recibir y á todos les da oro y joyas, y vienen cargados como abejas á las colmenas, y de otras cosas de mantas y mosqueadores, y que á Andrés de Duero y al clérigo Guevara, y Amaya y á Vergara el escribano, y á Alonso de Meta y otros que

tu real, bien los pudiera prender y no lo hizo; mas dicho tienen, les hace mucha honra, y mejor que le torne á hablar al Juan Velazquez la cortesía, y le convida á comer para otro día; era que el Narvaez le pareció bien el consejo, y tornó á hablar con palabras muy amorosas. Fuese tercero en que Cortés se le diese con otros, y le convidó para otro día á comer; y Velazquez respondió que él haría lo que pudiese el caso; mas que tenía á Cortés por muy porbezudo en aquel negocio, y que sería mejor ir en las provincias, y que escogiese la tierra su merced quisiese; y esto decía el Juan Velazquez para el amansar; y entre aquellas pláticas llevado de Narvaez el padre fray Bartolomé de Olmedo, y le dijo, como su privado y consejero que ya hecho: «Mande vuestra merced hacer alarde su artillería y caballos y escopeteros y ballestadores, para que lo vea el Juan Velazquez de el mozo de espuelas Juan del Rio, para que vea vuestro poder é gente, y se venga á vuestro aunque le pese;» y esto le dijo fray Bartolomé como por vía de su muy gran servidor y por hacerle que trabajasen todos los de á caballo en su real. Por manera que por el día nuestro fraile hizo hacer alarde delante el Juan de Leon y el Juan del Rio, estando presente religioso; y cuando fué acabado de hacer dijo Velazquez al Narvaez: «Gran pujanza trae merced; Dios se lo acreciente.» Entonces dijo: «Ahí verá vuestra merced que si quisiera contra Cortés le hubiera traído preso, y á cuando con él.» Entonces respondió el Juan Velazquez: «Téngale vuestra merced por tal, y á los que con él estamos, que salremos muy bien vuestras personas;» y así cesaron las pláticas; y al día siguiente convidado á comer al Juan Velazquez como dicho tengo, y comió con el Narvaez un hermano de Diego Velazquez, gobernador de Cuba, que era su capitán; y estando comiendo, tratóse de cómo Cortés no se daba al Narvaez, y de los requerimientos que le enviaban, y de unas y otras, desmuntóse el sobrino de Diego Velazquez, que también se decía Diego Velazquez como dijo que Cortés y todos los que con él estaban, los traidores, pues no se venían á someter al; y el Juan Velazquez cuando lo oyó se levantó de la silla en que estaba, y con mucho acato al señor capitán Narvaez, ya le suplicado á vuestra merced que no se consienta que se digan palabras de estas que dicen de Cortés ni de ninguno de los que con él estamos, porque verdaderamente son maldecir mal de nosotros, que tan lealmente hemos á su majestad;» y el Diego Velazquez respondió bien dichas, y pues volvía por un traidor, por debía de ser y otro tal como él, y que no era Velazquez buenos; y el Juan Velazquez, echando su espada, dijo que mentía, que era mejor que no él, y de los buenos Velazquez, mejor que él ni su tío, y que se lo haría conocer si el señor capitán Narvaez los daba licencia; y como había

allí muchos capitanes, así de los de Narvaez y algunos de los de Cortés, se metieron en medio, que de hecho le iba á dar el Juan Velazquez una estocada; y aconsejaron al Narvaez que luego le mandase salir de su real, así á él como al padre fray Bartolomé de Olmedo á Juan del Rio; porque á lo que sentían, no hacían provecho ninguno, y luego sin mas dilación les mandaron que se fuesen; y ellos, que no veían la hora de verse en nuestro real, lo pusieron por obra. E dicen que el Juan Velazquez yendo á caballo en su buena yegua y su cota puesta, que siempre andaba con ella y con su capote y gran cadena de oro, se fué á despedir del Narvaez, y estaba allí con el Narvaez el mancebo Diego Velazquez, el de la brega, y dijo al Narvaez: «¿Qué manda vuestra merced para nuestro real?» Y respondió el Narvaez, muy enojado, que se fuese, á que valiera mas que no hubiera venido; y dijo el mancebo Diego Velazquez palabras de amenaza é injurias al Juan Velazquez, y le respondió á ellas el Juan Velazquez de Leon que es grande su atrevimiento, y digno de castigo por aquellas palabras que le dijo; y echándose mano á la barba, le dijo: «Pura estas, que yo vea antes de muchos días si vuestro esfuerzo es tanto como vuestro hablar;» y como venían con el Juan Velazquez seis ó siete de los del real de Narvaez, que ya estaban convocados por Cortés, que le iban á despedir, dicen que trabaron del como enojados, y le dijeron: «Váyase ya y no cure de mas hablar;» y así, se despidieron, y á buen andar de sus caballos se van para nuestro real, porque luego lo avisaron á Juan Velazquez que el Narvaez los quería prender y aperecía muchos de á caballo que fuesen tras ellos; é viniendo su camino, nos encontramos al rio que dicho tengo, que está ahora cabe la Veracruz; y estando que estábamos en el rio por mí ya nombrado, teniendo la siesta, porque en aquella tierra hacemuchocolor y muy recia; porque, como caminábamos con todas nuestras armas á cuestas y cada uno con una pica, estábamos cansados; y en este instante vino uno de nuestros corredores del campo á dar mandado á Cortés que vian venir buen rato de allí dos ó tres personas de á caballo, y luego presumimos que serian nuestros embajadores Juan Velazquez de Leon y fray Bartolomé de Olmedo y Juan del Rio; y como llegaron adonde estábamos, ¡qué regocijos y alegrías tuvimos todos! Y Cortés, cuántas caricias y buenos comedimientos hizo al Juan Velazquez y á fray Bartolomé de Olmedo! Y tenía razon, porque le fueron muy servidores; y allí contó el Juan Velazquez paso por paso todo lo atrás por mí dicho que le acaeció con Narvaez, y cómo envió secretamente á dar las cadenas y tejuelos de oro á las personas que Cortés mandó. Pues oir de nuestro fraile, como era muy regocijado, sabido muy bien representar, cómo se hizo muy servidor del Narvaez, y que por hacer burla del le aconsejó que hiciese el alarde y sacase su artillería, y con qué astucia y mañas le dió la corta; pues cuando contaba lo que le acaeció con el Salvatierra y se le hizo muy pariente, siendo el fraile de Olmedo y el Salvatierra adelante de Burgos, y de los fieros que le decía el Salvatierra que había de hacer y acontecer en prendiendo á Cortés y á todos nosotros, y aun se le quejó de los soldados que le hurtaron su caballo y el

de otro capitán; y todos nosotros nos holgamos de lo oír, como si fuéramos á bodas y regocijo, y sabíamos que otro día habíamos de estar en batalla; y que habíamos de vencer ó morir en ella, siendo como hermanos, dueños y sesenta y seis soldados, y los de Narvaez cinco veces mas que nosotros. Volvamos á nuestra relación, y es que luego caminamos todos para Cempoal, y fuimos á dormir á un riachuelo, adonde estaba en aquella sazón una puente, obra de una legua de Cempoal, adonde está ahora una estancia de vacas. Y de jallo he aquí, y diré lo que se hizo en el real de Narvaez después que vinieron el Juan Velazquez y el fraile y Juan del Rio, y luego volveré á contar lo que hicimos en nuestro real, porque en un instante acontecen dos ó tres cosas, y por fuerza he de dejar las unas por contar lo que mas viene á propósito desta relación.

CAPITULO CXXI.

De lo que se hizo en el real de Narvaez después que de allí salieron nuestros embajadores.

Pareció ser que como se vinieron el Juan Velazquez y el fraile é Juan del Rio, dijeron al Narvaez sus capitanes que en su real sentían que Cortés había enviado muchas joyas de oro, y que tenía de su parte amigos en el mismo real, y que sería bien estar muy apercebido y avisar á todos sus soldados que estuviesen con sus armas y caballos prestos; y demás desto, el cacique gordo, otras veces por mí nombrado, temía mucho á Cortés, porque había consentido que Narvaez tomase las mantas y oro é indias que le tomó; y siempre espionaba sobre nosotros en qué parte dormíamos, por qué camino veníamos, porque así se lo había mandado por fuerza el Narvaez; y como supo que ya llegábamos cerca de Cempoal, le dijo al Narvaez el cacique gordo: «¿Qué haceis, que estáis muy descuidado? ¿Pensáis que Malinche y los teules que trae consigo que son así como vosotros? Pues yo os digo que cuando no os catáredes será aquí y os matará;» y aunque hacían burla de aquellas palabras que el cacique gordo les dijo, no dejaron de se apercebir, y la primer cosa que hicieron fué pregonar guerra contra nosotros á fuego y sangre y á toda ropa franca; lo cual supimos de un soldado que llamaban el Galleguillo, que se vino huyendo aquella noche del real de Narvaez, ó le envió el Andrés de Duero, y dió aviso á Cortés de lo del pregon y de otras cosas que convino saber. Volvamos á Narvaez, que luego mandó sacar toda su artillería y los de á caballo, escopeteros y ballesteros y soldados á un campo, obra de un cuarto de legua de Cempoal, para allí nos aguardar y no dejar ninguno de nosotros que no fuese muerto ó preso; y como llovió mucho aquel día, estaban ya los de Narvaez hartos de estar aguardándonos al agua; y como no estaban acostumbrados á aguas ni trabajos, y no nos tenían en nada sus capitanes, le aconsejaron que se volviesen á los aposentos, y que era afrenta estar allí, como estaban, aguardando á dos ó tres, y es que decían que éramos, y que asestase su artillería delante de sus aposentos, que era diez y ocho tiros gruesos, y que estuviesen toda la noche cuarenta de á caballo esperando en el camino por do habíamos de venir á Cempoal,

y que tuviese al paso del rio, que era por donde habíamos de pasar, sus espías, que fuesen buenos hombres de á caballo y peones ligeros para dar mandado, y que en los patios de los aposentos de Narvaez anduviesen toda la noche veinte de á caballo; y este concierto que le dieron fué por hacelle volver á los aposentos; y mas le decían sus capitanes: «Pues; cómo, Señor! ¿Por tal tiene á Cortés, que se ha de atrever con unos gulos que tiene á venir á este real, por el dicho deste indio gordo? No lo crea vuestra merced, sino que echa aquellas algaradas y muestras de venir porque vuestra merced venga á buen concierto con él;» por manera que así como dicho tengo se volvió Narvaez á su real, y después de vuelto, públicamente prometió que quien matase á Cortés ó á Gonzalo de Sandoval que le daría dos mil pesos; y luego puso espías al rio á un Gonzalo Carrasco, que vive ahora en la Puebla, y al otro que se decía Fulano Hurtado; el nombre y apellido y señal secreta que dió cuando batallasen contra nosotros en su real había de ser Santa María, Santa María; y demás desto concierto que tenían hecho, mandó Narvaez que en su aposento durmiesen muchos soldados, así escopeteros como ballesteros, y otros con partesanas, y otros tantos mandó que estuviesen en el aposento del veedor Salvatierra, y Gamarra, y del Juan Bono. Ya he dicho el concierto que tenía Narvaez en su real, y volveré á decir la orden que se dió en el nuestro.

CAPITULO CXXII.

Del concierto y orden que se dió en nuestro real para ir contra Narvaez, y el razonamiento que Cortés nos hizo, y lo que respondimos.

Llegados que fuimos al riachuelo que ya he dicho, que estará obra de una legua de Cempoal, y había allí unos buenos prados, después de haber enviado nuestros corredores del campo, personas de confianza, nuestro capitán Cortés á caballo nos envió á llamar, así á capitanes como á todos los soldados, y de que nos vió juntos dijo que nos pedía por merced que callásemos; y luego comenzó un parlamento por tan lindo estilo y plática, tan bien dichas cierto otras palabras mas sabrosas y llenas de ofertas, que yo aquí no sabré escribir; en que nos trajo á la memoria desde que salimos de la isla de Cuba, con todo lo acaecido por nosotros hasta aquella sazón, y nos dijo: «Bien saben vuestras mercedes que Diego Velazquez, gobernador de Cuba, me eligió por capitán general, no porque entre vuestras mercedes no había muchos caballeros que eran merecedores dello; y saben que creísteis que veníamos á poblar, y así se publicaba y pregonó; y segun han visto, enviaba á rescatar; y saben lo que pasamos sobre que me quería volver á la isla de Cuba á dar cuenta á Diego Velazquez del cargo que me dió, conforme á su instrucción; pues vuestras mercedes me mandastes y requeristes que poblásemos esta tierra en nombre de su majestad, como, gracias á nuestro Señor, la tenemos poblada, y fué cosa cuerda; y demás desto, me hicistes vuestro capitán general y justicia mayor della, hasta que su majestad otra cosa sea servido mandar. Como ya he dicho, entre algunos de vuestras mercedes hubo algunas pláticas de tornar á Cuba, que no lo quiero

declarar, pues á manera de decir, ayer pasó, y fué tanta y buena nuestra quedada, y hemos hecho á su majestad gran servicio, que esto claro está; y con lo que prometimos en nuestras cartas á su majestad, después de le haber dado cuenta y relacion de nuestros hechos, que punto no quedó, é que esta tierra es de la manera que hemos visto y conocido, que es cuatro veces mayor que Castilla, y de los pueblos y muy rica de oro y minas, y tiene otras provincias; y cómo enviamos á suplicar á su majestad que no la diese en gobernacion ni de otra manera á persona ninguna; y porque creíamos por cierto que el obispo de Burgos don Rodrigo de Fonseca, que era en aquella sazón presidente de Indias y tenía mucho mando, que la diera á su majestad para el Diego Velazquez ó al marqués de Villahermosa ó amigo del Obispo, porque esta tierra es tan buena para dar á un infante ó gran señor, que yo determino de no dallo á persona ninguna, que su majestad oyese á nuestros procuradores, y por vos viésemos su real firma, é vista, que con lo que me habéis servido mandar los pechos por tierra; y con las ya sabian que enviamos y servimos á su majestad con todo el oro y plata, joyas é todo cuanto tenemos habido; y mas dijo: «Bien se les acordará, señores, cuántas veces hemos llegado á punto de muerte en las guerras y batallas que hemos habido. Pues no me traellas á la memoria, que acostumbrados es de trabajos y aguas y vientos y algunas veces pes, y siempre traer las armas á cuestras y dormir en los suelos, así nevando como lloviendo, que si miras en ello, los cueros tenemos ya curtidos de los trabajos. No quiero decir de mas de cincuenta de nuestros compañeros que nos han muerto en las guerras, ni de vuestras mercedes como estáis entrapados y de heridas que aun están por sanar; pues que me traer á la memoria los trabajos que trajimos en las batallas de Tabasco, y los que se hallaron en la de Almería y lo de Cingapacinga, y cuántas por las sierras y caminos nos procuraban quitar las vidas. Pues en las batallas de Tlascala en qué punto murieron y cuáles nos traian; pues la de Cholula ya me traen á la memoria las cosas para comer nuestros cuerpos; y la salida de los puertos no se los había olvidado por los trabajos que tenía Montezuma para no dejar ninguno de nosotros, y bien vieron los caminos todos llenos de árboles cortados; pues los peligros de la entrada en la gran ciudad de Méjico, cuántas leuamos la muerte al ojo, y quién los podrá poner? Pues vean los que han venido de vuestras mercedes, los primeros que no yo, la una con Francisco Hernández de Córdoba y la otra con Juan de Grijalva los trabajos, hambres y sedes, heridas y muertes de los soldados que en descubrir aquestas tierras me trajeron, y todo lo que en aquellos dos viajes habéis hecho de vuestras haciendas;» y dijo que no querían otras muchas cosas que tenía por decir por memoria, y no habia tiempo para scaballo de platicar, y era tarde y venia la noche; y mas dijo: «Digame, señores: Pánfilo de Narvaez viene contra nosotros con mucha rabia y deseo de nos haber á las

manos, y no habian desembarcado, y nos llamaban de traidores y malos; y envió á decir al gran Montezuma, no palabras de sabio capitán, sino de alborotador; y demás desto, tuvo atrevimiento de prender á un oidor de su majestad, que por solo este delito es digno de ser castigado. Ya habrán oido cómo han pregonado en su real guerra contra nosotros á ropa franca, como si fuéramos moros.» Y luego, después de haber dicho esto Cortés, comenzó á sublimar nuestras personas y esfuerzos en las guerras y batallas pasadas, y que entonces peleábamos por salvar nuestras vidas, y que ahora hemos de pelear con todo vigor por vida y honra, pues nos vienen á prender y echar de nuestras casas y robar nuestras haciendas; y demás desto, que no sabemos si trae provisiones de nuestro rey y señor, salvo favores del obispo de Burgos, nuestro contrario; y si por ventura caemos debajo de sus manos de Narvaez (lo cual Dios no permitu), todos nuestros servicios, que hemos hecho á Dios primeramente y á su majestad, tornarán en deservicios, y harán procesos contra nosotros, y dirán que hemos muerto y robado y destruido la tierra, donde ellos son los robadores y alborotadores y deservidores de nuestro rey y señor; dirán que le han servido; y pues vemos por los ojos todo lo que he dicho, y como buenos caballeros somos obligados á volver por la honra de su majestad y por las nuestras, y por nuestras casas y haciendas; y con esta intencion salí de Méjico, teniendo confianza en Dios y de nosotros; que todo lo ponía en las manos de Dios primeramente, y después en las nuestras; que veamos lo que nos parece.» Entonces respondimos, y tambien juntamente con nosotros Juan Velazquez de Leon y Francisco de Lugo y otros capitanes, que tuviese por cierto que, mediante Dios, habiamos de vencer ó morir sobre ello, y que mirase no le convenciesen con partidos, porque si alguna cosa hacia fea, le daríamos de estocadas. Entonces, como vió nuestras voluntades, se holgó mucho, y dijo que con aquella confianza venia; y allí hizo muchas ofertas y prometimientos que seríamos todos muy ricos y valerosos. Hecho esto, tornó á decir que nos pedia por merced que callásemos, y que en las guerras y batallas es menester mas prudencia y saber para bien vencer los contrarios, que no demasiada osadía; y que porque tenía conocido de nuestros grandes esfuerzos que por ganar honra cada uno de nosotros se queria adelantar de los primeros á encontrar con los enemigos, que fuésemos puestos en ordenanza y capitanías; y para que la primera cosa que hiciésemos fuese tomarles el artillería, que eran diez y ocho tiros que tenían asestados delante de sus aposentos de Narvaez, mandó que fuese por capitán suyo de Cortés uno que se decia Pizarro, que ya he dicho otras veces que en aquella sazón no habia fama de Perú ni Pizarros, que no era descubierto; y era el Pizarro suelto mancebo, y le señaló sesenta soldados mancebos, y entre ellos me nombraron á mí; y mandó que, después de tomada el artillería, acudiésemos todos á los aposentos de Narvaez, que estaba en un muy alto cu; y para prender á Narvaez señaló por capitán á Gonzalo de Sandoval con otros sesenta compañeros; y como era alguacil mayor, le dió un mandamiento que decia así: «Gonzalo de Sandoval,

alguacil-mayor desta Nueva-España por su majestad, yo os mando que prendais el cuerpo de Pánfilo de Narvaez, é si se os defendiere, matalde, que así conviene al servicio de Dios y de su majestad, y le prendió á un aidor. Dado en este real;» y la firma, Hernando Cortés, y refrendado de su secretario Pedro Hernandez. Y después de dado el mandamiento, prometió que al primer soldado que le echase la mano le daría tres mil pesos, y al segundo dos mil, y al tercero mil; y dijo que aquello que prometía que era para guantes, que bien víamos la riqueza que había entre nuestras manos; y luego nombró á Juan Velazquez de Leon para que prendiese á Diego Velazquez, con quien había tenido la brega, y le dió otros sesenta soldados. Narvaez estaba en su fortaleza é altos cues, y el mismo Cortés por sobresaliente con otros veinte soldados para acudir adonde mas necesidad hubiese, y donde él tenía el pensamiento de asistir era para prender á Narvaez y á Salvatierra; pues ya dadas las copias á los capitanes, como dicho tengo, dijo: «Bien sé que los de Narvaez son por cuatro veces mas que nosotros; mas ellos no son acostumbrados á las armas, y como están la mayor parte dellos mal con su capitan, y muchos dolientes, les tomaremos de sobresalto; tengo pensamiento que Dios nos dará vitoria, que no porfiarán mucho en su defensa, porque mas bienes les harémos nosotros que no su Narvaez; así, señores, pues nuestra vida y honra está, después de Dios, en vuestros esfuerzos é vigorosos brazos, no tengo mas que os pedir por merced ni traer á la memoria sino que en esto está el toque de nuestras honras y famas para siempre jamás; y mas vale morir por buenos que vivir afrentados;» y porque en aquella sazón llovía y era tarde no dijo mas. Una cosa he pensado después acá, que jamás nos dijo tengo tal concierto en el real hecho, ni Fulano ni Zutano es en nuestro favor, ni cosa ninguna destas, sino que peleásemos como varones; y esto de no decirnos que tenía amigos en el real de Narvaez fué de muy cuerdo capitan, que por aquel efeto no dejásemos de batallar como esforzados, y nouviésemos esperanza en ellos, sino, después de Dios, en nuestros grandes ánimos. Dejemos desto, y digamos cómo cada uno de los capitanes por mi nombrados estaban con los soldados señalados, poniéndose esfuerzo unos á otros. Pues mi capitan Pizarro, con quien habíamos de tomar la artillería, que era la cosa de mas peligro, y habíamos de ser los primeros que habíamos de romper hasta los tiros, también decía con mucho esfuerzo cómo habíamos de entrar y calar nuestras picas hasta tener la artillería en nuestro poder, y cuando se la hubiésemos tomado, que con ella misma mandó á nuestros artilleros, que se decían Mesa y el siciliano Aruega, que con las pelotas que estuviesen por descargar se diese guerra á los del aposento de Salvatierra. También quiero decir la gran necesidad que teníamos de armas, que por un peto ó capacete ó casco ó habera de hierro diéramos aquella noche cuanto nos pidieran por ello y todo cuanto habíamos ganado; y luego secretamente nos nombraron el apellido que habíamos de tener estando batallando, que era Espíritu Santo, Espíritu Santo; que esto se suele hacer secreto en las guerras porque se conozcan y apelliden por

el nombre, que no lo sepan unos contrarios de otros; y los de Narvaez tenían su apellido y voz Santa María. Santa María. Ya hecho todo esto, como yo era gran amigo y servidor del capitan Sandoval, me dijo aquella noche que me pedía por merced que cuando hubiésemos tomado el artillería, si quedaba con la vida, siempre me hablase con él y le siguiese; é ya le prometí, é así lo hice, como adelante verán. Digamos ahora en qué se entendió un rato de la noche, sino en aderezar y pensar en lo que teníamos por delante, pues para cenar no teníamos cosa ninguna; y luego fueron nuestros corredores del campo, y se puso espías y velas á mí y á otros dos soldados, y no tardó mucho, cuando viene un corredor del campo á me preguntar que si he sentido algo, é yo dije que no; y luego vino un cuadrillero, y dijo que el Galleguillo que había venido del real de Narvaez no parecía, y que era espía echada del Narvaez; é que mandaba Cortés que luego marchásemos camino de Cempoal, é oímos tocar nuestro pífaro y atambor, y los capitanes apercibiendo sus soldados, y comenzamos á marchar, y el Galleguillo hallaron debajo de unas mantas durmiendo; que, como llovió y el pobre no era acostumbrado á estar al agua ni frios, metióse allí á dormir. Pues yendo nuestro paso tendido, sin tocar pífaro ni atambor, que luego mandó Cortés que no tocasen, y nuestros corredores del campo descubriendo la tierra, llegamos al río, donde estaban las espías de Narvaez, que ya he dicho que se decían Gonzalo Carrasco é Hurtado, y estaban descuidados, que tuvimos tiempo de prender al Carrasco, y el otro fué dando voces al real de Narvaez y diciendo: «Al arma, al arma, que viene Cortés.» Acuérdomos que cuando pasábamos aquel río, como llovía, venía un poco hondo, y las piedras resbalaban algo, y como llevábamos á cuestas las picas y armas, nos hacía mucho estorbo; y también me acuerdo cuando se prendió á Carrasco decía á Cortés á grandes voces: «Mira, señor Cortés, no vayas allá; que juro á tal que está Narvaez esperándonos en el campo con todo su ejército;» y Cortés le dió en guarda á su secretario Pedro Hernandez; y como vimos que el Hurtado fué á dar mandado, no nos detuvimos cosa, sino que el Hurtado iba dando voces y mandando dar al arma, y el Narvaez llamando sus capitanes, y nosotros calando nuestras picas y cerrando con su artillería, todo fué uno, que no tuvieron tiempo sus artilleros de poner fuego sino á cuatro tiros, y las pelotas algunas dellas pasaron por alto, é una dellas mató á tres de nuestros compañeros. Pues en este instante llegaron todos nuestros capitanes, tocando al arma nuestro pífaro y atambor; y como había muchos de los de Narvaez á caballo, detuviéronse un poco con ellos, porque luego derrocaron seis ó siete dellos. Pues nosotros los que tomamos el artillería no osábamos desampararla, porque el Narvaez desde su aposento nos tiraba saetas y escopetas; y en aquel instante llegó el capitan Sandoval y sube de presto las gradas arriba, y por mucha resistencia que le ponía el Narvaez y le tiraban saetas y escopetas y con partesanas y lanzas, todavía las subió él y sus soldados; y luego como vimos los soldados que ganamos el artillería que no había quien nos la defendiese, se la dimos á nuestros artilleros por mi nombra-

dos, y fuimos muchos de nosotros y el capitán Pizarro á ayudar al Sandoval, que les hacian los de Narvaez venir seis ó siete gradas abajo retrayéndose, y con nuestra llegada tornó á las subir, y estuvimos buen rato peleando con nuestras picas, que eran grandes; y cuando no me cato oimos voces del Narvaez, que decía: «Santa María, valéme; que muerto me han y quebrado un ojo;» y cuando aquello oimos, luego dimos voces: «Vitoria, vitoria por los del nombre del Espíritu Santo; que muerto es Narvaez;» y con todo esto no les pudimos entrar en el cu donde estaban hasta que un Martín Lopez, el de los bergantines, como era alto de cuerpo, puso fuego á las pajas del alto cu, y vinieron todos los de Narvaez rodando las gradas abajo; entonces prendimos á Narvaez, y el primero que le echó mano fué un Pero Sanchez Farfan, é yo se lo di al Sandoval y á otros capitanes del mismo Narvaez que con él estaban todavía dando voces y apellidando: «Viva el Rey, viva el Rey, y en su real nombre Cortés; vitoria, vitoria; que muerto es Narvaez.» Dejemos este combate, é vamos á Cortés y á los demás capitanes que todavía estaban batallando cada uno con los capitanes del Narvaez que aun no se habian dado, porque estaban en muy altos cues, y con los tiros que les tiraban nuestros artilleros y con nuestras voces, é muerte del Narvaez, como Cortés era muy avisado, mandó de presto pregonar que todos los de Narvaez se vengán luego á someter debajo de la bandera de su majestad, y de Cortés en su real nombre, so pena de muerte; y aun con todo esto no se daban los de Diego Velazquez el mozo ni los de Salvatierra, porque estaban en muy altos cues y no los podian entrar; hasta que Gonzalo de Sandoval fué con la mitad de nosotros los que con él estábamos, y con los tiros y con los pregones les entramos, y se prendieron así al Salvatierra como los que con él estaban, y al Diego Velazquez el mozo; y luego Sandoval vino con todos nosotros los que fuimos en prender al Narvaez á ponerle mas en cobro, puesto que le habiamos echado dos pares de grillos, y cuando Cortés y el Juan Velazquez y el Ordás tuvieron presos á Salvatierra y al Diego Velazquez el mozo y á Gamarra y á Juan Yuste y á Juan Bono, vizcaíno, y á otras personas principales; vino Cortés desconocido, acompañado de nuestros capitanes, adonde teniamos á Narvaez, y con el calor que hacia grande, y como estaba cargado con las armas é andaba de una parte á otra apellidando á nuestros soldados y haciendo dar pregones, venia muy sudando y cansado, y tal, que no le alcanzaba un huelgo á otro, é dijo á Sandoval dos veces, que no lo acertaba á decir del trabajo que traia, é dijo: «¿Qué es de Narvaez? Qué es de Narvaez?» É dijo Sandoval: «Aquí está, aquí está, é á muy buen recaudo;» y tornó Cortés á decir muy sin huelgo: «Mirá, hijo Sandoval, que no os quiteis dél vos y vuestros compañeros, no se os suelte mientras yo voy á entender en otras cosas; é mirad estos capitanes que con él teneis presos que en todo haya recausto;» y luego se fué, y mandó dar otros pregones que, so pena de muerte, que todos los de Narvaez luego en aquel punto se vengán á someter debajo de la bandera de su majestad, y en su real nombre de Hernando Cortés, su capitán general y justicia mayor, é que ninguno trajese ningunas ar-

mas, sino que todos las diesen y entregasen á nuestros alguaciles; y todo esto era de noche, que no amanecía, y aun llovía de rato en rato, y entonces salía la luna, que cuando allí llegamos hacia muy oscuro y llovía, y también la escuridad ayudó; que, como hacia tan oscuro, habia muchos cocayos (así los llaman en Cuba), que relumbraban de noche, é los de Narvaez creyeron que eran muchas de las escopetas. Dejemos esto, y pasemos adelante: que, como el Narvaez estaba muy mal herido y quebrado el ojo, demandó licencia á Sandoval para que un cirujano que traia en su armada, que se decía maestro Juan, le curase el ojo á él y otros capitanes que estaban heridos, y se la dió, y estándole curando llegó allí cerca Cortés disimulado, que no le conociesen, á le ver curar; dijéronle al Narvaez que estaba allí Cortés, y como se lo dijeron, dijo el Narvaez: «Señor capitán Cortés, tené en mucho esta vitoria que de mí habeis habido y en tener presa mi persona;» y Cortés le respondió que daba muchas gracias á Dios, que se la dió, y por los esforzados caballeros y compañeros que tenia, que fueron parte para ello. É que una de las menores cosas que en la Nueva-España ha hecho es prendelle y desbaratalle; y que si le ha parecido bien tener atrevimiento de prender á un oidor de su majestad. Y cuando hubo dicho esto se fué de allí, que no le habló mas, y mandó á Sandoval que le pusiese buenas guardas, y que él no se quitase dél con personas de recuado; ya le teniamos echado dos pares de grillos y le llevábamos á un aposento, y puestos soldados que le habiamos de guardar, y á mí me señló Sandoval por uno dellos, y secretamente me mandó que no dejase hablar con él á ninguno de los de Narvaez hasta que amaneciese, que Cortés le pusiese mas en cobro. Dejemos desto, y digamos cómo Narvaez habia enviado cuarenta de á caballo para que nos estuviesen aguardando en el paso del rio cuando viniésemos á su real, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, y supimos que andaban todavía en el campo; tuvimos temor no nos viniesen á acometer para nos quitar sus capitanes é al mismo Narvaez que teniamos presos, y estábamos muy apercebidos; y acordó Cortés de les enviar á pedir por merced que se viniesen al real, con grandes ofrecimientos que á todos prometió; y para los traer envió á Cristóbal de Olí, que era nuestro maestro de campo, é á Diego de Ordás, y fueron en unos caballos que tomaron de los de Narvaez, que de todos los nuestros no trajimos ningunos, que atados quedaron en un montecillo junto á Cempoal; que no trajimos sino picas, espadas y rodela y puñales; y fueron al campo con un soldado de los de Narvaez, que les mostró el rastro por donde habian ido, y se toparon con ellos; y en fin, tantas palabras de ofertas y ofrecimientos les dijeron por parte de Cortés, y antes que llegasen á nuestro real ya era de día claro; y sin decir cosa ninguna Cortés ni ninguno de nosotros á los atabaleros que el Narvaez traia, comenzaron á tocar los atabales y á tañer sus pífaros y tambores, y decían: «Viva, viva la gala de los romanos, que siendo tan pocos han vencido á Narvaez y á sus soldados;» é un negro que se decía Guidela, que fué muy gracioso truhan, que traia el Narvaez, daba voces que decía: «Mirad que los romanos no han hecho tal lazaña;» y

por mas que les deciamos que callasen y no tañiesen sus atabales, no querian, hasta que Cortés mandó que prendiesen al atabalero, que era medio loco, que se decia Tapia; y en este instante vino Cristóbal de Oli y Diego de Ordás, y trajeron á los de á caballo que dicho tengo, y entre ellos venia Andrés de Duero y Agustín Bermudez y muchos amigos de nuestro capitan; y así como venian, iban á besar las manos á Cortés, que estaba sentado en una silla de caderas, con una ropa larga de color como naranjada, con sus armas debajo, acompañado de nosotros. Pues ver la gracia con que les hablaba y abrazaba, y las palabras de tantos cumplimientos que les decia, era cosa de ver qué alegre estaba; y tenia mucha razon de verse en aquel punto tan señor y pujante; y así como le besaban la mano se fueron cada uno á su posada. Digamos ahora de los muertos y heridos que hubo aquella noche. Murió el alférez de Narvaez, que se decia Fulano de Fuentes, que era un hidalgo de Sevilla; murió otro capitan de Narvaez que se decia Rojas, natural de Castilla la Vieja; murieron otros dos de Narvaez; murió uno de los tres soldados que se le habian pasado, que habian sido de los nuestros, que llamabamos Alonso Garcia el carretero, y heridos de los de Narvaez hubo muchos; y tambien murieron de los nuestros otros cuatro, y hubo mas heridos, y el cacique gordo tambien salió herido; porque, como supa que veniamos cerca de Cempoal, se acogió al aposento de Narvaez, y allí le hirieron, y luego Cortés le mandó curar muy bien y le puso en su casa, y que no se le hiciese enojo. Pues Cervántes el loco y Escalonilla, que son los que se pasaron al Narvaez que habian sido de los nuestros, tampoco libraron bien, que Escalonilla salió bien herido, y el Cervántes bien apaleado, é ya he dicho que murió el Carretero. Vamos á los del aposento de Salvatierra, el muy fiero, que dijeron sus soldados que en toda su vida vieron hombre para menos ni tan cortado de muerte cuando nos oyó tocar al arma y cuando deciamos: «Vitoria, vitoria; que muerto es Narvaez.» Dicen que luego dijo que estaba muy malo del estómago, é que no fué para cosa ninguna. Esto lo he dicho por sus fieros y bravear; y de los de su compañía tambien hubo heridos. Digamos del aposento del Diego Velazquez y otros capitanes que estaban con él, que tambien hubo heridos, y nuestro capitan Juan Velazquez de Leon prendió al Diego Velazquez, aquel con quien tuvo las bregas estando comiendo con el Narvaez, y le llevó á su aposento y le mandó curar y hacer mucha honra. Pues ya he dado cuenta de todo lo acaecido en nuestra batalla, digamos agora lo que mas se hizo.

CAPITULO CXXIII.

Cómo después de desbaratado Narvaez segun y de la manera que he dicho, vinieron los indios de Chinanta que Cortés habia enviado á llamar, y de otras cosas que pasaron.

Ya he dicho en el capítulo que dello habla, que Cortés envió á decir á los pueblos de Chinanta, donde trajeron las lanzas é picas, que viniesen dos mil indios de ellos con sus lanzas, que son mucho mas largas que no las nuestras, para nos ayudar, é vinieron aquel mismo dia y algo tarde, después de preso Narvaez, y

venian por capitanes los caciques de los mismos pueblos é uno de nuestros soldados, que se decia Barrientos, que habia quedado en Chinanta para aquel efecto; y entraron en Cempoal con muy gran ordenanza, de dos en dos; y como traian las lanzas muy grandes y de buen cuerpo, y tienen en ellas una braza de cuchilla de pedernales, que cortan tanto como navajas, segun ya otra vez he dicho, y traia cada indio una rodela como pavesina, y con sus banderas tendidas, y con muchos plumajes y atanibores y trompetillas, y entre cada lancero é lancero un flechero, y dando gritos y silbos decian: «Viva el Rey, viva el Rey, y Hernando Cortés en su real nombre;» y entraron bravos, que era cosa de notar, y serian mil y quinientos, que parecian, de la manera y concierto que venian, que eran tres mil; y cuando los de Narvaez los vieron se admiraron, é dicen que dijeron unos á otros que si aquella gente les tomara en medio é entraran con nosotros, qué tal que les pararan; y Cortés habló á los indios capitanes muy amorosamente, agradeciéndole su venida, y les dió cuentas de Castilla, y les mandó que luego se volbiesen á sus pueblos, y que por el camino no hiciesen daño á otros pueblos, y tornó á enviar con ellos al mismo Barrientos. Y quedarse ha aquí, y diré lo que mas Cortés hizo.

CAPITULO CXXIV.

Como Cortés envió al puerto al capitan Francisco de Lugo, y en su compañía dos soldados que habian sido maestros de hacer navios, para que luego trajese allí á Cempoal todos los maestros y pilotos de los navios y flota de Narvaez, y que les sacasen las velas y timones é agujas, porque no fuesen á dar mandado á la isla de Cuba á Diego Velazquez de lo acaecido, y como puso almirante de la mar.

Pues acabado de desbaratar al Pánfilo de Narvaez, é presos él y sus capitanes, é á todos los demás tomado sus armas, mandó Cortés al capitan Francisco de Lugo que fuese al puerto donde estaba la flota de Narvaez, que eran diez y ocho navios, y mandase venir allí á Cempoal á todos los pilotos y maestros de los navios, y que les sacasen velas y timones é agujas, porque no fuesen á dar mandado á Cuba á Diego Velazquez; é que si no le quisiesen obedecer, que les echase presos; y llevó consigo el Francisco de Lugo dos de nuestros soldados, que habian sido hombres de la mar, para que lo ayudasen; y tambien mandó Cortés que luego le enviasen á un Sancho de Barahona, que le tenia preso el Narvaez con otros soldados. Este Barahona fué vecino de Guatimala, hombre rico; y acuérdomos que cuando llegó ante Cortés, que venia muy doliente y flaco, y le mandó hacer honra. Volvamos á los maestros y pilotos, que luego vinieron á besar las manos al capitan Cortés, á los cuales tomó juramento que no soldrian de su mandado, é que le obedecieran en todo lo que les mandase; y luego les puso por almirante y capitan de la mar á un Pedro Caballero, que habia sido maestro de un navio de los de Narvaez; persona de quien Cortés se fió mucho, al cual dicen que le dió primero buenos tejuelos de oro; y á este mandó que no dejase ir de aquel puerto ningun navio á parte ninguna, y mandó á todos los maestros y pilotos y marineros que todos le obedeciesen, y que si de Cuba enviase Diego Velazquez mas navios (porque tuvo aviso Cortés que estaban dos navios para venir),

ese modo que á los capitanes que en él viniesen se les diese presos, y les sacase el timón é velas y aguada que otra cosa en ello Cortés mandase. Lo que hizo Pedro Caballero, como adelante diré. Los ya los navios y el puerto seguro, y digamos lo concertó en nuestro real é los de Narvaez, y luego se dió orden que fuesen á conquistar y á Juan Velazquez de Leon á lo de Pánuco, y para Cortés le señaló ciento y veinte soldados, los ciento de ser de los de Narvaez, y los veinte de los nuestros entremetidos, porque tenían mas experiencia en tierra; y tambien habia de llevar dos navios para el rio de Pánuco fuesen á descubrir la costa; y tambien á Diego de Ordás dió otra capitana de otros ciento y veinte soldados para ir á poblar Guacacualco, y los ciento habian de ser de los de Narvaez y los veinte de los nuestros, segun y de la que á Juan Velazquez de Leon; y habia de llevar dos navios para desde el rio de Guacacualco á la isla de Jamaica por ganados de yeguas y buecos y ovejas, y gallinas de Castilla y caudal para multiplicar la tierra, porque la provincia de Guacacualco era buena para ello. Pues para ir aque-
llos con sus soldados y llevar todas sus armazones Cortés se las mandó dar, y soltar todos los principales capitanes de Narvaez, y el Salvatierra, que no estaba malo del estómago. Pues para diles las armas, algunos de nuestros soldados les tenían tomado caballos y espadas y otras cosas, y Cortés que luego se las volviésemos, y sobre no haber hubió ciertas pláticas enojosas, y fueron, que los soldados que las teniamos muy claramente, se las queriamos dar, pues que en el real de Cortés se pregonaron guerra contra nosotros á ropa y con aquella intencion venian á nos prender y á lo que teniamos, é que siendo nosotros tan grandes señores de su majestad, nos llamaban traidores, y se las queriamos dar; y Cortés todavia porfiaba y las diésemos, é como era capitán general, hubió de hacer lo que mandó, que yo les di un caballo de la ya escondido, ensillado y enfrenado, y dos espadas y tres puñales y una adarga, y otros muchos de los soldados dieron tambien otros caballos y armas; Alonso de Avila era capitán y persona que oia á Cortés cosas que convenian, é juntamente con él fray Bartolomé de Olmedo, hablaron aparte á Cortés y le dijeron que parecia que queria remedar á Alejandro Macedonio, que después que con sus soldados habia hecho alguna gran hazaña, que mas procuraba honrar y hacer mercedes á los que vencian que á los capitanes y soldados, que eran los que lo venian á servir, que lo decian porque lo han visto en aque-
llos que allí estábamos después de preso Narvaez, que las joyas de oro que le presentaban los indios de las comarcas y bastimentos daba á los capitanes de Narvaez, é como si no nos conociera, así nos lo hizo; y que no era bien hecho, sino muy grande error, habiéndole puesto en el estado en que estaba. Cortés respondió que todo cuanto tenia, lo daba como bienes, era para nosotros, é que al fin no podia mas sino con dádivas y palabras y

ofrecimientos honrar á los de Narvaez; porque, como son muchos, y nosotros pocos, no se levanten contra él y contra nosotros, y lo matasen. A esto respondió el Alonso de Avila, y le dijo ciertas palabras algo soberbias, de tal manera, que Cortés le dijo que quien no le quisiese seguir, que las mujeres han parido y paren en Castilla soldados; y el Alonso de Avila dijo con palabras muy soberbias y sin acato que así era verdad, que soldados y capitanes é gobernadores, é que aquello merecíamos que dijese. Y como en aquella sazón estaba la cosa de arte que Cortés no podia hacer otra cosa sino callar, y con dádivas y ofertas le atrajo á sí; y como conoció del ser muy atrevido, y tuvo siempre Cortés temor que por ventura un día ó otro no hiciese alguna cosa en su daño, disimuló; y deude allí adelante siempre le enviaba á negocios de importancia, como fué á la isla de Santo Domingo, y después á España cuando enviamos la recámara y tesoro del gran Montezuma, que robó Juan Florin, gran cosario francés; lo cual diré en su tiempo y lugar. Y volvamos ahora al Narvaez y á un negro que traia lleno de viruelas, que harto negro fué en la Nueva-España, que fué causa que se pegase é hinchióse toda la tierra dellas, de lo cual hubo gran mortandad; que, segun decian los indios, jamás tal enfermedad tuvieron, y como no la conocian, lavábanse muchas veces, y á esta causa se murieron gran cantidad dellos. Por manera que negra la ventura de Narvaez, y mas prieta la muerte de tanta gente sin ser cristianos. Dejemos ahora todo esto, y digamos cómo los vecinos de la Villa-Rica que habian quedado poblados, que no fueron á Méjico, demandaron á Cortés las partes del oro que les cabia, y dijeron á Cortés que, puesto que allí les mandó quedar en aquel puerto y villa, que tambien servian allí á Dios y al Rey como los que fuimos á Méjico, pues entendian en guardar la tierra y hacer la fortaleza, y algunos dellos se hallaron en lo de Almería, que aun no tenían sanas las heridas, y que todos los mas se hallaron en la prision de Narvaez, y que les diesen sus partes; y viendo Cortés que era muy justo lo que decian, dijo que fuesen dos hombres principales vecinos de aquella villa con poder de todos, y que lo tenia apartado, y que se lo darian; y paréceme que les dijo que en Tlascala estaba guardado, que esto no me acuerdo bien; é así, luego despacharon de aquella villa dos vecinos por el oro y sus partes, y el principal se decia Juan de Alcántara el viejo. Y dejemos de platicar en ello, y después diremos lo que sucedió al Alcántara y al otro; y digamos cómo la adversa fortuna vuelve de presto su rueda, que á grandes bonanzas y placeres siguen las tristezas; y es que en este instante vienen nuevas que Méjico estaba alzado, y que Pedro de Albarado está cercado en su fortaleza y aposento, y que le ponian fuego por todas partes en la misma fortaleza, y que le han muerto siete soldados, y que estaban otros muchos heridos; y enviaba á demandar socorros con mucha instancia y priesa; y esta nueva trujeron dos tlascaltecas sin carta ninguna, y luego vino una carta con otros tlascaltecas que envió el Pedro de Albarado, en que decia lo mismo. Y cuando aquella tan mala nueva oímos, sabe Dios cuánto nos pesó, y á grandes jornadas comenzamos á caminar para Méjico, y quedó

preso en la Villa-Rica el Narvaez y el Salvatierra, y por teniente y capitán pareceme que quedó Rodrigo Rangel, que tuviese cargo de guardar al Narvaez y de recoger muchos de los de Narvaez que estaban enfermos. Y también en este instante, ya que queríamos partir, vinieron cuatro grandes principales que envió el gran Montezuma ante Cortés á quejarse del Pedro de Albarado, y lo que dijeron llorando con muchas lágrimas de sus ojos fué, que Pedro de Albarado salió de su aposento con todos los soldados que le dejó Cortés, y sin causa ninguna dió en sus principales y caciques, que estaban bailando y haciendo fiesta á sus ídolos Huichilóhobos y Tezcatepuca, con licencia que para ello les dió el Pedro de Albarado, é que mató é irió muchos dellos, y que por se defender le mataron seis de sus soldados. Por manera que daban muchas quejas del Pedro de Albarado; y Cortés les respondió á los mensajeros algo desabrido, é que él iría á Méjico y pornía remedio en todo; y así, fueron con aquella respuesta á su gran Montezuma, y dicen la sintió por muy mala y hubo enojo della. Y asimismo luego despachó Cortés cartas para Pedro de Albarado, en que le envió á decir que mirase que el Montezuma no se soltase, é que ibamos á grandes jornadas; y le hizo saber de la vitoria que habíamos habido contra Narvaez; lo cual ya sabía el gran Montezuma. Y de julio hé aquí, y diré lo que mas adelante pasó.

CAPITULO CXXV.

Cómo fuimos grandes jornadas, así Cortés con todos sus capitanes como todos los de Narvaez, excepto Pánfilo de Narvaez y Salvatierra, que quedaban presos.

Como llegó la nueva referida cómo Pedro de Albarado estaba cercado y Méjico rebelado, cesaron las capitanías que habían de ir á poblar á Pánuco y á Guacacualco, que habían dado á Juan Velazquez de Leon y á Diego de Ordás, que no fué ninguno dellos, que todos fueron con nosotros; y Cortés habló á los de Narvaez, que sintió que no irían con nosotros de buena voluntad á hacer aquel socorro, y les rogó que dejasen atrás enemistades pasadas por lo de Narvaez, ofreciéndoles de hacerlos ricos y dallas cargos; y pues venían á buscar la vida, y estaban en tierra donde podían hacer servicio á Dios y á su majestad, y enriquecer, que ahora les venia lance; y tantas palabras les dijo, que todos á una se le ofrecieron que irían con nosotros; y si supieran las fuerzas de Méjico, cierto está que no fuera ninguno. Y luego caminamos á muy grandes jornadas hasta llegar á Tlascala, donde supimos que hasta que Montezuma y sus capitanes habían sabido cómo habíamos desbaratado á Narvaez, no dejaron de darle guerra á Pedro de Albarado, y le habían ya muerto siete soldados y le quemaron los aposentos; y cuando supieron nuestra vitoria cesaron de darle guerra; mas dijeron que estaban muy fatigados por falta de agua y bastimento, lo cual nunca se lo había mandado dar Montezuma; y esta nueva trujeron indios de Tlascala en aquella misma hora que hubimos llegado. Y luego Cortés mandó hacer alarde de la gente que llevaba, y hirió sobre mil y trescientos soldados, así de los nuestros como de los de Narvaez, y sobre noventa y seis caballos y ochenta ballesteros y otros tantos escopeteros; con los

cuales le pareció á Cortés que llevaba gente para poder entrar muy á su salvo en Méjico; y demás desto, en Tlascala nos dieron los caciques dos mil hombres, indios de guerra; y luego fuimos á grandes jornadas hasta Tezcucó, que es una gran ciudad, y no se nos hizo honra ninguna en ella ni pareció ningún señor, sino todo muy remontado y de mal arte; y llegamos á Méjico día de señor San Juan de junio de 1520 años, y no parecían por las calles caciques ni capitanes ni indios conocidos, sino todas las casas despobladas. Y como llegamos á los aposentos que solíamos posar, el gran Montezuma salió al patio para hablar y abrazar á Cortés y darle el bien venido, y de la vitoria con Narvaez; y Cortés, como venia victorioso, no le quiso oír, y el Montezuma se entró en su aposento muy triste y pensativo. Pues ya aposentados cada uno de nosotros donde solíamos estar antes que saliésemos de Méjico para ir á lo de Narvaez, y los de Narvaez en otros aposentos, é ya habíamos visto é hablado con el Pedro de Albarado y los soldados que con él quedaron, y ellos nos daban cuenta de las guerras que los mejicanos les daban y trabajo en que les tenían puesto, y nosotros les dábamos relacion de la vitoria contra Narvaez. Y dejaré esto, y diré cómo Cortés procuró saber qué fue la causa de se levantar Méjico, porque bien entendido teníamos que á Montezuma le pesó dello, que si le pluguiera ó fuera por su consejo, dijeron muchos soldados de los que se quedaron con Pedro de Albarado en aquellos trances, que si Montezuma fuera en ello, que á todos les mataran, y que el Montezuma los aplacaba que cesasen la guerra; y lo que contaba el Pedro de Albarado á Cortés sobre el caso era, que por libertar los mejicanos al Montezuma, é porque su Huichilóhobos se lo mandó porque pusimos en su casa la imagen de nuestra Señora la Virgen santa Maria y la cruz. Y mas dijo, que habían llegado muchos indios á quitar la santa imagen del altar donde la pusimos, y que no pudieron quitalla, y que los indios lo tuvieron á gran milagro, y que se lo dijeron al Montezuma, é que les mandó que la dejasen en el mismo lugar y altar, y que no curasen de hacer otra cosa; y así, la dejaron. Y mas dijo el Pedro de Albarado, que por lo que el Narvaez les había enviado á decir al Montezuma, que le venia á soltar de las prisiones y á prendernos, y no salió verdad; y como Cortés había dicho al Montezuma que en teniendo navíos nos habíamos de ir á embarcar y salir de toda la tierra, é que no nos íbamos, é que todo eran palabras, é que ahora habían visto venir muchos mas teules, antes que todos los de Narvaez y los nuestros tornásemos á entrar en Méjico, que sería bien matar al Pedro de Albarado y á sus soldados, y soltar al gran Montezuma, y después no quedar á vida ninguno de los nuestros é de los de Narvaez, cuanto mas que tuvieron por cierto que nos venciera el Narvaez. Estas pláticas y descargo dió el Pedro de Albarado á Cortés, y le tornó á decir Cortés que á qué causa les fué á dar guerra estando bailando y haciendo sus fiestas y bailes y sacrificios que hacían á su Huichilóhobos y á Tezcatepuca; y el Pedro de Albarado dijo que luego le habían de venir á dar guerra, según el concierto tenían entre ellos hecho, y todo lo demás que lo supo de un papa y de dos pri-

capitales y de otros mejicanos; y Cortés le dijo: «Pues hanme dicho que os demandaron licencia para hacer el areito bailes;» é dijo que así era verdad, é que fué por tomalles descuidados; é que porque temiesen y no viniesen á dale guerra, que por esto se adelantó á dar en ellos; y como aquello Cortés le oyó, le dijo, muy enojado, que era muy mal hecho, y grandé desatino y poca verdad; é que pluguiera á Dios que el Montezuma se hubiera soltado, é que tal cosa no la oyera á sus ídoles; y así le dejó, que no le habló mas en ello. También dijo el mismo Pedro de Albarado que cuando andaba con ellos en aquella guerra, que mandó poner á un tiro que estaba cebado fuego, con una pelota y muchos perdigones, é que como venían muchos escuadrones de indios á le quemar los aposentos, que salió á pelear con ellos, á que mandó poner fuego al tiro, é que no salió, y que hizo una arremetida contra los escuadrones que le daban guerra, y cargaban muchos indios sobre él, é que venía retrayéndose á la fuerza y aposento, é que entonces sin poner fuego al tiro salió la pelota y los perdigones y mató muchos indios; y que si aquello no acaeciera, que los enemigos los mataran á todos, como en aquella vez le llevaron dos de sus soldados vivos. Otra cosa dijo el Pedro de Albarado, y esta sola cosa la dijeron otros soldados, que las demás pláticas solo el Pedro de Albarado lo contaba; y es, que no tenía agua para beber, y cavaron en el patio, é hicieron un pozo y sacaron agua dulce, siendo todo salado también. Todo fué muchos bienes que nuestro Señor Dios nos hacia. E á esto del agua digo yo que en Méjico estaba una fuente que muchas veces y todas las mas manaba agua algo dulce; que lo demás que dicen algunas personas, que el Pedro de Albarado, por codicia de haber mucho oro y joyas de gran valor con que bailaban los indios, les fué á dar guerra, yo no lo creo ni nunca tal oí, ni es de creer que tal hiciese, puesto que lo dice el obispo fray Bartolomé de las Casas aquello y otras cosas que nunca pasaron; sino que verdaderamente dió en ellos por metelles temor, é que con aquellos males que les hizo tuviesen barto que curar y llorar en ellos, porque no le viniesen á dar guerra; y como dicen que quien acomete vence, y fué muy peor, segun pareció. Y también supimos de mucha verdad que tal guerra nunca el Montezuma mandó dar, é que cuando combatian al Pedro de Albarado, que el Montezuma les mandaba á los suyos que no lo hiciesen, y que le respondian que ya no era cosa de sufrir tenelle preso, y estando bailando irles á matar, como fueron; y que le habian de sacar de allí y matar á todos los teules que le defendian. Estas cosas y otras sé decir que lo oí á personas de fe y que se hallaron con el Pedro de Albarado cuando aquello pasó. Y dejallo he aquí, y diré la gran guerra que luego nos dieron, y es desta manera.

CAPITULO CXXVI.

Cómo nos dieron guerra en Méjico, y los combates que nos daban, y otras cosas que pasamos.

Como Cortés vió que en Tezcuco no nos habian hecho ningun recibimiento, ni aun dado de comer, sino mal y por mal cabo, y que no hallamos principales con quien hablar, y lo vió todo rematado y de mal arte, y

HA-II.

venido á Méjico lo mismo; y vió que no hacian tianguex, sino todo levantado, é oyó al Pedro de Albarado de la manera y desconcierto con que les fué á dar guerra; y parece ser habia dicho Cortés en el camino á los capitanes, alabándose de sí mismo, el gran acato y mando que tenia, é que por los pueblos é caminos le saldrian á recibir y hacer fiestas, y que en Méjico mandaba tan absolutamente, así al gran Montezuma como á todos sus capitanes, é que le darian presentes de oro como solian; y viendo que todo estaba muy al contrario de sus pensamientos, que aun de comer no nos daban, estaba muy airado y soberbio con la mucha gente de españoles que traia, y muy triste y mohino; y en este instante envió el gran Montezuma dos de sus principales á rogar á nuestro Cortés que le fuese á ver, que le queria hablar, y la respuesta que le dió fué: «Vaya para perro, que aun tianguex no quiere hacer ni de comer nos manda dar;» y entonces, como aquello le oyeron á Cortés nuestros capitanes, que fué Juan Velazquez de Leon y Cristóbal de Olí y Alonso de Avila y Francisco de Lugo, dijeron: «Señor, temple su ira, y mire cuánto bien y honra nos ha hecho este rey destas tierras, que es tan bueno, que si por él no fuese ya fuéramos muertos y nos habrian comido, é mire que hasta las hijas le han dado. Y como esto oyó Cortés, se indignó mas de las palabras que le dijeron, como parecian de reprension, é dijo: «¿Qué cumplimiento tango yo de tener con un perro que se hacia con Narvaez secretamente, é ahora veis que aun de comer no nos da?» Y dijeron nuestros capitanes: «Esto nos pareco que debe hacer, y es buen consejo.» Y como Cortés tenia allí en Méjico tantos españoles, así de los nuestros como de los de Narvaez, no se le daba nada por cosa ninguna, é hablaba tan airado y descomedido. Por manera que tornó á hablar á los principales que dijese á su señor Montezuma que luego mandase hacer tianguex y mercados; si no, que hará é que acontecerá; y los principales bien entendieron las palabras injuriosas que Cortés dijo de su señor, y aun también la reprension que nuestros capitanes dieron á Cortés sobre ello; porque bien los conocian, que habian sido los que solian tener en guarda á su señor, y sabian que eran grandes servidores de su Montezuma; y segun y de la manera que lo entendieron, se lo dijeron al Montezuma, y de enojo, ó porque ya estaba concertado que nos diesse guerra, no tardó un cuarto de hora que vino un soldado á gran prisa muy mal herido, que venia de un pueblo que está junto á Méjico, que se dice Tacuba, y traia unas indias que eran de Cortés, é la una hija del Montezuma, que parece ser las dejó á guardar allí al señor de Tacuba, que eran sus parientes del mismo señor, cuando fuimos á lo de Narvaez. Y dijo aquel soldado que estaba toda la ciudad, y camino por donde venia lleno de gente de guerra con todo género de armas, y que le quitaron las indias que traia y le dieron dos heridas, é que si no se le soltara, que le tenían ya asido para le meter en una canoa y llevarle á sacrificar, y habian deshecho una puente. Y desque aquello oyó Cortés y algunos de nosotros, ciertamente nos pesó mucho; porque bien entendido teniamos los que soliamos batallar con indios, la mucha multitud que de ellos se suelen juntar, que por bien que peleásemos,

y aunque mas soldados trujésemos ahora, que habíamos de pasar gran riesgo de nuestras vidas, y hambres y trabajos, especialmente estando en tan fuerte ciudad. Pásemos adelante, y digamos que luego mandó á un capitán que se decía Diego de Ordás, que fuese con cuatrocientos soldados, y entre ellos, los mas ballesteros y escopeteros y algunos de á caballo, é que mirase qué era aquello que decía el soldado que había venido herido y trajo las nuevas; é que si viese que sin guerra y ruido se pudiese apaciguar, lo pacíficase; y como fué el Diego de Ordás de la manera que lo fué mandado, con sus cuatrocientos soldados, aun no hubo bien llegado á media calle por donde iba, cuando le salen tantos escuadrones mejicanos de guerra y otros muchos que estaban en las azuleas, y les dieron tan grandes combates, que le mataron á las primeras arremetidas ocho soldados, y á todos los mas hirieron, y al mismo Diego de Ordás le dieron tres heridas. Por manera que no pudo pasar un paso adelante, sino volverse poco á poco al aposento; y al retraer le mataron otro buen soldado, que se decía Lezcano, que con un montante había hecho cosas de muy esforzado varón; y en aquel instante si muchos escuadrones salieron al Diego de Ordás, muchos mas vinieron á nuestros aposentos, y tiran tanta vara y piedra con hondas y flechas, que nos hirieron de aquella vez sobre cuarenta y seis de los nuestros, y doce murieron de las heridas. Y estaban tanto sobre nosotros, que el Diego de Ordás, que se venia retrayendo, no podia llegar á los aposentos por la mucha guerra que les daban, unos por detrás y otros por delante y otros desde las azuleas. Pues quizá aprovechaban mucho nuestros tiros y escopetas, ni ballestas ni lanzas, ni estocadas que les dábamos, ni nuestro buen pelear; que, aunque los matábamos y heríamos muchos dellos, por las puntas de las picas y lanzas se nos metian; con todo esto, cerraban sus escuadrones y no perdían punto de su buen pelear, ni les podíamos apartar de nosotros. Y en fin, con los tiros y escopetas y ballestas, y el mal que les hacíamos de estocadas, tuvo lugar el Ordás de entrar en el aposento; que hasta entonces, aunque queria, no podia pasar, y con sus soldados bien heridos y veinte y tres menos, y todavía no cesaban muchos escuadrones de nos dar guerra y decirnos que éramos como mujeres, y nos llamaban de bellacos y otros vituperios. Y aun no ha sido nada todo el daño que nos han hecho hasta ahora, á lo que después hicieron. Y es, que tuvieron tanto atrevimiento, que, unos dándonos guerra por una parte y otros por otra, entraron á ponernos fuego en nuestros aposentos, que no nos podíamos valer con el humo y fuego, hasta que se puso remedio en derrocar sobre él mucha tierra y atajar otras salas por donde venia el fuego, que verdaderamente allí dentro creyeron de nos quemar vivos; y duraron estos combates todo el día y aun la noche, y aun de noche estaban sobre nosotros tantos escuadrones, y tiraban varas y piedras y flechas á bulto y piedra perdida, que entonces estaban todos aquellos patios y suelos hechos parvas de ellos. Pues nosotros aquella noche en curar heridos, y en poner remedio en los portillos que habían hecho y en apercebirnos para otro día, en esto se pasó. Pues desde que amaneció, acordó nuestro capitán que con todos los nuestros y los

de Narvaez saliésemos á pelear con ellos, y que llevásemos tiros y escopetas y ballestas, y procurásemos de los vencer, á lo menos que sintiesen mas nuestras fuerzas y esfuerzo mejor que el día pasado. Y digo que si nosotros teníamos hecho aquel concierto, que los mejicanos tenían concertado lo mismo, y peleábamos muy bien; mas ellos estaban tan fuertes y tenían tantos escuadrones, que se mudaban de rato en rato, que aunque estuvieren allí diez mil Hétotes troyanos y otros tantos Roldanes, no les podían entrar; porque sabello ahora yo aquí decir cómo pasó, y vimos este tesón en el pelear, digo que no lo sé escribir; porque ni aprovechaban tiros ni escopetas ni ballestas, ni apachegar con ellos, ni matalles treinta ni cuarenta de cada vez que arremetíamos; que tan enteros y con mas vigor peleaban que al principio; y si algunas veces les íbamos ganando alguna poca de tierra ó parte de calle, y hacían que se retraían, era para que les siguiésemos, por apartarnos de nuestra fuerza y aposento, para dar mas á su salvo en nosotros, creyendo que no volveríamos con las vidas á los aposentos; porque al retraernos hacían mucho mal. Pues para pasar á quemalles las casas, ya he dicho en el capítulo que dello habla, que de casa á casa tenían una puente de madera levadiza, alzábala, y no podíamos pasar sino por agua muy honda. Pues desde las azuleas, los cantos y piedras y varas no lo podíamos sufrir. Por manera que nos maltrataban y herían muchos de los nuestros, é no sé yo para qué lo escribo así tan tibiamente; porque unos tres ó cuatro soldados que se habían hallado en Italia, que allí estaban con nosotros, juraron muchas veces á Dios que guerras tan bravosas jamás habían visto en algunas que se habían hallado entre cristianos, y contra la artillería del rey de Francia ni del Gran Turco, ni gente como aquellos indios con tanto ánimo cerrar los escuadrones vieron; y porque decían otras muchas cosas y causas que daban á ello, como adelante verán. Y quedarse ha aquí, y diré cómo con harto trabajo nos retrujimos á nuestros aposentos, y todavía muchos escuadrones de guerreros sobre nosotros con grandes gritos é silbos, y trompetillas y atambores, llamándonos de bellacos y para poco, que no sabíamos atenderles todo el día en batalla, sino volvernos retrayendo. Aquel día mataron diez ó doce soldados, y todos volvimos bien heridos; y lo que pasó de la noche fué en concertar para que de ahí á dos días saliésemos todos los soldados cuantos sanos había en todo el real, y con cuatro ingenios á manera de torres, que se hicieron de madera bien recios, en que pudiesen ir debajo de cualquiera dellos veinte y cinco hombres; y llevaban sus ventanillas en ellos para ir los tiros, y también iban escopeteros y ballesteros, y junto con ellos habíamos de ir otros soldados escopeteros y ballesteros y los tiros, y todos los demás de á caballo hacer algunas arremetidas. Y hecho este concierto, como estuvimos aquel día que entendíamos en la obra y fortalecer muchos portillos que nos tenían hechos, no salimos á pelear aquel día; no sé cómo lo diga, los grandes escuadrones de guerreros que nos vinieron á los aposentos á dar guerra, no solamente por diez ó doce partes, sino por mas de veinte; porque en todo estábamos repartidos, y otros en muchas partes; y entre

los adobáramos y fortalecíamos, como dicho es muchos escuadrones procuraron entrarnos á escala vista, que por tiros ni ballestas ni por muchas arremetidas y estocadas les traer. Pues lo que decían, que en aquel día no quedar ninguno de nosotros, y que habían de á sus dioses nuestros corazones y sangre, y piernas y brazos, que bien tendrían para hacer fiestas; y que los cuerpos ocharían á los tiburones y víboras y culebras que tienen encerrados en el mar de ellos; é que á aquel efecto há dos mandaron que no les diesen de comer; y que no comiéramos, que hubríamos mal gozo del y de tantas; y á los de Tlascala que con nosotros les decían que les meterían en jaulas á engordar, á poco harían sus sacrificios con sus cuerpos muy afectuosamente decían que les diésemos el Señor Montezuma, y decían otras cosas; y de continuo siempre silbos y voces, y rociadas de piedra y flecha; y cuando amaneció, después de encomendar á Dios, salimos de nuestros aposentos por las torres, que me parece á mí que en otras donde me he hallado en guerras en cosas que me costaron, las llaman buros y mantas; y con escopetas y ballestas delante, y los de á caballo algunas arremetidas; é como he dicho, aun matábamos muchos dellos, no aprovechaba cosa hacer volver las espaldas, sino que si siempre muy descontentos habian peleado los doce días pasados, muy descontentos con mayores fuerzas y escuadrones estaban, y todavía determinamos que, aunque á todos costaba, de ir con nuestras torres é ingenios hasta el cerro de Huichilóobos. No digo por extenso los grandes trabajos que en una casa fuerte nos dieron, ni diré que los caballos los herían ni nos aprovechábamos porque, aunque arremetían á los escuadrones palcos, tiraban tanta flecha y vara y piedra, que podían valer, por bien armados que estaban; iban avanzando, luego se dejaban caer los mexicanos salvo en las acequias y laguna, donde tenían otros reparos para los de á caballo; y estaban muchos indios con lanzas muy largas para acabarlos; así que no aprovechaba cosa ninguna de apartarnos á comer ni á deshacer ninguna cosa por demás; porque, como he dicho, están en el agua, y de casa á casa una puente levadiza; é nado era cosa muy peligrosa, porque desde las torres tiraban tanta piedra y cantos, que era cosa ponernos en ello. Y demás desto, en algunas casas poníamos fuego tardaba una casa á se quemar un día entero, y no se podía pegar fuego de una á otra, lo uno por estar apartadas la una de otra, en medio, y lo otro por ser de azuleas; así que además nuestros trabajos en aventurar nuestras vidas en aquello. Por manera que fuimos al gran cuartel, y luego de repente suben en él mas de mil mejicanos, sin otras capitánias que en ellos con grandes lanzas y piedra y vara, y se ponen en medio, y los resistieron la subida un buen rato, que iban las torres ni los tiros ni ballestas ni escopetas de á caballo; porque, aunque querían arre-

meter los caballos, había unas losas muy grandes, empedrado todo el patio, que se iban á los caballos los pies y manos; y eran tan lisas, que caían; é como desde las gradas del alto cu nos defendían el paso, é á un lado é otro teníamos tantos contrarios, aunque nuestros tiros llevaban diez ó quince dellos, é á estocadas y arremetidas matábamos otros muchos, cargaba tanta gente, que no les podíamos subir al alto cu, y con gran concierto tornamos á portar sin llevar las torres, porque ya estaban desbaratadas, y les subimos arriba. Aquí se mostró Cortés muy varón, como siempre lo fué. ¡Oh qué pelear y fuerte batalla que aquí tuvimos! Era cosa de notar vernos á todos corriendo sangre y llenos de heridas, é mas de cuarenta soldados muertos. Equiso nuestro Señor que llegamos adonde solíamos tener la imagen de nuestra Señora, y no la hallamos; que pareció, según supimos, que el gran Montezuma tenía ó devoción en ella ó miedo, y la mandó guardar; y pusimos luego á sus ídolos, y se quemó un pedazo de la sala con los ídolos Huichilóobos y Tezcatlipuca. Entouces nos ayudaron muy bien los tlascaltecas. Pues ya hecho esto, estando que estábamos unos peleando y otros poniendo el fuego, como dicho tengo, ver los papas que estaban en este gran cu y sobre tres ó cuatro mil indios, todos principales, y que nos bajábamos, cuál nos hacían venir rodando seis gradas y aun diez abajo, y hay tanto que decir de otros escuadrones que estaban en los petriles y concavidades del gran cu, tirándonos tantas varas y flechas, que así á unos escuadrones como á los otros no podíamos hacer cara ni sustentarnos; acordamos, con mucho trabajo y riesgo de nuestras personas, de nos volver á nuestros aposentos, los castillos deshechos y todos heridos, y muertos cuarenta y seis, y los indios siempre apretándonos, y otros escuadrones por las espaldas, que quien nos vió, aunque aquí mas claro lo diga, y no lo sé significar; pues aun no digo lo que hicieron los escuadrones mejicanos, que estaban dando guerra en los aposentos en tanto que andábamos fuera, y la gran portada y teson que ponían de les entrar á quemarlos. En esta batalla prendimos dos papas principales, que Cortés nos mandó que los llevasen á buen recado. Muchas veces he visto pintada entre los mejicanos y tlascaltecas esta batalla y subida que hicimos en este gran cu; y tiene lo por cosa muy heróica, que aunque nos pintan á todos nosotros muy heridos corriendo sangre, y muchos muertos en retratos que tienen dello hechos, en mucho lo tienen esto de poner fuego al cu y estar tanto guerrero guardándolo en los petriles y concavidades, y otros muchos indios abajo en el suelo y patios llenos, y en los lados otros muchos, y deshechas nuestras torres, cómo fué posible subille. Dejemos de hablar dello, y digamos cómo con gran trabajo tornamos á los aposentos; y si mucha gente nos fueron siguiendo y dando guerra, otros muchos estaban en los aposentos, que ya les tenían derrocadas unas paredes para entralles; y con nuestra llegada cesaron, mas no de manera que en todo lo que quedó del día dejaban de tirar vara y piedra y flecha, y en la noche grita y piedra y vara. Dejemos de su gran teson y portada que siempre á la continua tenían de estar sobre nosotros, como he dicho; é digamos que aquella noche se nos fué en curar heridos y enterrar los muer-

tos, y en aderezar para salir otro día á pelear, y en poner fuerzas y mamparos á las paredes que habian derrocado é á otros portillos que habian hecho, y tomar consejo cómo y de qué manera podríamos pelear sin que recibiésemos tantos daños ni muertes; y en todo lo que platicamos no hallábamos remedio ninguno. Pues tambien quiero decir las maldiciones que los de Narvaz echaban á Cortés, y las palabras que decian, que renegaban dél y de la tierra, y aun de Diego Velazquez, que acá les envió; que bien pacíficos estaban en sus casas en la isla de Cuba; y estaban embelesados y sin sentido. Volvamos á nuestra plática, que fué acordado de demandalles paces para salir de Méjico; y desde amaneció vienen muchos mas escuadrones de guerreros, y muy de hecho nos cercan por todas partes los aposentos; y si mucha piedra y flecha tiraban de antes, mucho mas espesas y con mayores alaridos y silbos vinieron este dia; y otros escuadrones por otras partes procuraban de nos entrar, que no aprovechaban tiros ni escopetas, aunque les hacian harto mal. Y viendo todo esto, acordó Cortés que el gran Montezuma les hablase desde una azutea, y les dijese que cesasen las guerras y que nos queríamos ir de su ciudad; y cuando al gran Montezuma se lo fueron á decir de parte de Cortés, dicen que dijo con gran dolor: «¿Qué quiere de mí ya Malinche? Que yo no deseo vivir ni oírle, pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traído.» Y no quiso venir; y aun dicen que dijo que ya no le querian ver ni oír á él ni á sus falsas palabras ni promesas y mentiras; y fué el padre de la Merced y Cristóbal de Olí, y le hablaron con mucho acato y palabras muy amorosas. Y dijoles el Montezuma: «Yo tengo creído que no aprovecharé cosa ninguna para que cese la guerra, porque ya tienen alzado otro señor, y han propuesto de no os dejar salir de aquí con la vida; y así, creo que todos vosotros habéis de morir en esta ciudad.» Y volvamos á decir de los grandes combates que nos daban, que Montezuma se puso á un petril de una azutea con muchos de nuestros soldados que le guardaban, y les comenzó á hablar á los suyos con palabras muy amorosas, que dejasen la guerra, que nos iríamos de Méjico; y muchos principales mejicanos y capitanes bien le conocieron, y luego mandaron que callasen sus gentes y no tirasen varas ni piedras ni flechas, y cuatro dellos se allegaron en parte que Montezuma les podía hablar, y ellos á él, y llorando le dijeron: «Oli señor, é nuestro gran señor, y cómo nos pesa de todo vuestro mal y daño, y de vuestros hijos y parientes! Hacémosos saber que ya hemos levantado á un vuestro primo por señor;» y allí le nombró cómo se llamaba, que se decía Coadlauaca, señor de Iztapalapa, que no fué Guatemuz, el cual desde á dos meses fué señor. Y mas dijeron, que la guerra que la habian de acabar, y que tenían prometido á sus ídolos de no lo dejar hasta que todos nosotros muriésemos; y que rogaban cada día á su Huichilóbs y á Tezcatepuca que lo guardase libre y sano de nuestro poder, é como saliese como deseaban, que no lo dejarían de tener muy mejor que de antes por señor, y que les perdonase. Y no hubieron bien acabado el razonamiento, cuando en aquella sazón tiran tanta piedra y vara, que los nuestros le arrojaban; y como vieron que entre tanto que hablaba con ellos

no daban guerra, se descuidaron un momento del rodear, y le dieron tres pedradas é un flechazo, una en la cabeza y otra en un brazo y otra en una pierna; y puesto que le rogaban que se curase y comiese, y le decian sobre ello buenas palabras, no quiso; antes cuando no nos catamos, vinieron á decir que era muerto, y Cortés lloró por él, y todos nuestros capitanes y soldados; é hombres hubo entre nosotros, de los que le conocíamos y tratábamos, que tan llorado fué como si fuera nuestro padre; y no nos hemos de maravillar dello viendo que tan bueno era; y decian que habia diez y siete años que reinaba, y que fué el mejor rey que en Méjico habia habido, y que por su persona habia vencido tres desafíos que tuvo sobre las tierras que sojuzgó.

CAPITULO CXXVII.

Desque fué muerto el gran Montezuma, acordó Cortés de hacello saber á sus capitanes y principales que nos daban guerra, y lo que mas sobre ello pasó.

Pues como vimos á Montezuma que se habia muerto, ya le dicho la tristeza que todos nosotros hubimos por ello, y aun al fraile de la Merced, que siempre estaba con él, y no le pudo atraer á que se volviese cristiano; y el fraile le dijo que creyese que de aquellas heridas moriria, á que él respondia que él debia de mandar que le pusiesen alguna cosa. En fin de mas razones, mandó Cortés á un papa é á un principal de los que estaban presos, que soltamos para que fuesen á decir al cacique que alzaron por señor, que se decía Coadlauaca, y á sus capitanes, cómo el gran Montezuma era muerto, y que ellos lo vieron morir, y de la manera que murió, y heridas que le dieron los suyos, y dijese cómo á todos nos pesaba dello, y que lo enterrasen como gran rey que era, y que alzasen á su primo del Montezuma que con nosotros estaba, por rey, pues le pertenecia de heredar, é á otros sus hijos; é que al que habian alzado por señor que no le venia de derecho, é que tratasen paces para salirnos de Méjico; que si no lo hacian ahora que era muerto Montezuma, á quien teníamos respeto, y que por su causa no les destruíamos su ciudad, que saldriamos á dalles guerra y á quemalles todas las casas, y les haríamos mucho mal; y porque lo vieses cómo era muerto el Montezuma, mandó á seis mejicanos muy principales y los mas papas que teníamos presos que lo sacasen á cuestras y lo entregasen á los capitanes mejicanos, y les dijese lo que Montezuma mandó al tiempo que se queria morir, que aquellos que llevaron á cuestras se hallaron presentes á su muerte; y dijeron al Coadlauaca toda la verdad, cómo ellos propios le mataron de tres pedradas y un flechazo; y cuando así le vieron muerto, vimos que hicieron muy gran llanto, que bien oimos las gritas y aullidos que por él daban; y aun con todo esto no cesó la gran batería que siempre nos daban, que era sobre nosotros de vara y piedra y flecha, y luego la comenzaron muy mayor, y con gran braveza nos decian: «Ahora pagaréis muy de verdad la muerte de nuestro rey y el deshonor de nuestros ídolos; y las paces que nos enviáis á pedir, salid acá, y concertarémos cómo y de qué manera han de ser;» y decian tantas palabras sobre ello, y de otras

cosas que ya no se me acuerda, y las dejaré aquí de decir, y que ya tenían elegido buen rey, y que no era de corazón tan flaco, que le podáis engañar con palabras falsas, como fué al buen Montezuma; y del enterramiento, que no tuviesen cuidado, sino de nuestras vidas, que en dos días no quedarían ningunos de nosotros, para que tales cosas enviemos á decir; y con estas pláticas muy grandes gritas y silbos, y rociadas de piedra, vara y flecha, y otros muchos escuadrones todavía procurando de poner fuego á muchas partes de nuestros aposentos; y como aquello vió Cortés y todos nosotros, acordamos que para otro día saliésemos del real, y diésemos guerra por otra parte, adonde había muchas casas en tierra firme, y que hiciésemos todo el mal que pudiésemos, y fuésemos hácia la calzada, y que todos los de á caballo rompiesen con los escuadrones y los alanceasen ó echasen en la laguna, y aunque les matasen los caballos; y esto se ordenó para ir si por ventura con el daño y muerte que les hiciésemos cesaría la guerra y se trataría alguna manera de paz para salir libres sin mas muertes y daños. Y puesto que otro día lo hicimos todos muy varonilmente, y matamos muchos contrarios y se quemaron obra de veinte casas, y fuimos hasta cerca de tierra firme, todo fué nonada para el gran daño y muertes de mas de veinte soldados, y heridas que nos dieron; y no pudimos ganalles ninguna puente, porque todas estaban medio quebradas, y cargaron muchos mejicanos sobre nosotros, y tenían puestos albarradas y mamparos en parte adonde couucian que podían alcanzar los caballos. Por manera que, si muchos trabajos teníamos hasta allí, muchos mayores tuvimos adelante. Y de jallo he aquí, y volvamos á decir cómo acordamos de salir de Méjico. En esta entrada y salida que hicimos con los de á caballo, que era un juéves, acuérdomeme que iba allí Sandoval y Lares el buen jinete, y Gonzalo Dominguez, Juan Velazquez de Leon y Francisco de Morla, y otros buenos hombres de á caballo de los nuestros y de los de Narvaez; asimismo iban otros buenos jinetes; mas estaban espantados y temerosos los de Narvaez, como no se habían hallado en guerras de indios, como nosotros los de Cortés.

CAPITULO CXXVIII.

Como acordamos de nos ir huyendo de Méjico, y lo que sobre ello se hizo.

Como vimos que cada día iban menguando nuestras fuerzas, y las de los mejicanos crecían, y víamos muchos de los nuestros muertos, y todos los mas heridos, ó que aunque peleábamos muy como varones, no los podíamos hacer retirar ni que se apartasen los muchos escuadrones que de día y de noche nos daban guerra, y la pólvora apocada, y la comida y agua por el consiguiente, y el gran Montezuma muerto, las paces que les enviámos á demandar no las quisieron acetar; en fin, víamos nuestras muertes á los ojos, y las puentes que estaban alzadas; y fué acordado por Cortés y por todos nuestros capitanes y soldados que de noche nos fuésemos, cuando viésemos que los escuadrones guerreros estuviesen mas descuidados; y para mas les descuidar, aquella tarde les enviámos á decir con un papa de los

que estaban presos, que era muy principal entre ellos, y con otros prisioneros, que nos dejen ir en paz de allí á ocho días, y que los dariamos todo el oro; y esto por descuidarlos y salirnos aquella noche. Y demás desto, estaba con nosotros un soldado que se decia Botello, al parecer muy hombre de bien y latino, y habia estado en Roma, y decían que era nigromántico, otros decían que tenia familiar, algunos le llamaban astrólogo; y este Botello habia dicho cuatro días habia que hallaba por sus suertes y astrologías que si aquella noche que venia no salíamos de Méjico, y si mas aguardáramos, que ningun soldado podría salir con la vida; y aun habia dicho otras veces que Cortés habia de tener muchos trabajos y habia de ser desposado de su ser y honra, y que después habia de volver á ser gran señor y de mucha renta; y decia otras muchas cosas deste arte. Dejemos al Botello, que después tornaré hablar en él, y diré cómo se dió luego orden que se hiciese de maderos y ballestas muy recias una puente que llevásemos para poner en las puentes que tenían quebradas; y para ponella y llevalla, y guardar el paso hasta que pasase todo el fardaje y los de á caballo y todo nuestro ejército, señalaron y mandaron á cuatrocientos indios tlascaltecas y ciento y cincuenta soldados; y para llevar el artillería señalaron dueientos y cincuenta indios tlascaltecas y cincuenta soldados; y para que fuesen en la delantera peleando señalaron á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Acebedo el pulido, y á Francisco de Lugo y á Diego de Ordás ó Andrés de Tapia; y todos estos capitanes, y otros ocho ó nueve de los de Narvaez, que aquí no nombro, y con ellos, para que les ayudasen, cien soldados mancebos sueltos; y para que fuesen entre medias del fardaje y naborias y prisioneros, y acudiesen á la parte que mas conviniese de pelear, señalaron al mismo Cortés y á Alonso de Avila, y á Cristóbal de Oli é á Bernardino Vazquez de Tapia, y á otros capitanes de los nuestros, que no me acuerdo ya sus nombres, con otros cincuenta soldados; y para la retaguarda señalaron á Juan Velazquez de Leon y á Pedro de Albarado, con otros muchos de á caballo y mas de cien soldados, y todos los mas de los de Narvaez; y para que llevasen á cargo los prisioneros y á doña Marina y á doña Luisa señalaron trecientos tlascaltecas y treinta soldados. Pues hecho este concierto, ya era noche, y para sacar el oro y llevallo y repartillo, mandó Cortés á su camarero, que se decia Cristóbal de Guzman, y á otros sus criados, que todo el oro y plata y joyas lo sacasen de su aposento á la sala con muchos indios de Tlascala, y mandó á los oficiales del Rey, que era en aquel tiempo Alonso de Avila y Gonzalo Mejía, que pusiesen en cobro todo el oro de su majestad, y para que lo llevasen les dió siete caballos heridos y cojos y una yegua, y muchos indios tlascaltecas, que, según dijeron, fueron mas de ochenta, y cargaron dello lo que mas pudieron llevar, que estaba hecho todo lo mas dello en barras muy anchas y grandes, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, y quedaba mucho mas oro en la sala hecho montones. Entonces Cortés llamó su secretario, que se decia Pedro Hernadez, y á otros escribanos del Rey, y dijo: «Dadme por testimonio que no

puedo mas hacer sobreguardar este oro. Aquí tenemos en esta casa y sala sobre setecientos mil pesos por todo, y veis que no lo podemos pasar ni poner cobro mas de lo puesto; los soldados que quisieren sacar dello, desde aquí se lo doy, como se ha de quedar aquí perdido entre estos perros;» y desde aquello oyeron, muchos soldados de los de Narvaez y aun algunos de los nuestros cargaron dello. Yo digo que nunca tuve codicia del oro, sino procurar salvar la vida; porque la teníamos en gran peligro; mas no dejé de apañar de una petaquilla que allí estaba cuatro chalcilhuis, que son piedras muy precindas entre los indios, que presto me eché entre los pechos entre las armas; y aun entonces Cortés mandó tomar la petaquilla con los chalcilhuis que quedaban, para que la guardase su mayordomo; y aun los cuatro chalcilhuis que yo tomé, si no me los hubiera echado entre los pechos, me los demandara Cortés; los cuales me fueron muy buenos para curar mis heridas y comer del valor dellos. Volvamos á nuestro cuento: que desde supimos el concierto que Cortés habia hecho de la manera que habíamos de salir y llevar la madera para las puentes, y como hacia algo oscuro, que habia neblina é lloviznaba, y era antes de media noche, comenzaron á traer la madera á puente, y ponella en el lugar que habia de estar, y á caminar el fardaje y artillería y muchos de á caballo, y los indios tlascaltecas con el oro; y después que se puso en la puente, y pasaron todos así como venian, y pasó Sandoval é muchos de á caballo, tambien pasó Cortés con sus compañeros de á caballo tras de los primeros, y otros muchos soldados. Y estando en esto, suenan los cornetas y gritas y silbos de los mejicanos, y decian en su lengua: «Taltelulco, Taltelulco, salí presto con vuestras canoas, que se van los teules; atajados en las puentes;» y cuando no me cato, vimos tantos escuadrones de guerreros sobre nosotros, y toda la laguna cuajada de canoas, que no nos podíamos valer, y muchos de nuestros soldados ya habian pasado. Y estando desta manera, carga tanta multitud de mejicanos á quitar la puente y á herir y matar á los nuestros, que no se dabun á manos unos á otros; y como la desdicha es mala, y en tales tiempos ocurre un mal sobre otro, como llovia, resbalaron dos caballos y se espantaron, y caen en la laguna, y la puente caida y quitada; y carga tanto guerrero mejicano para acoballa de quitar, que por bien que peleábamos, y matábamos muchos dellos, no se pudo mas aprovechar della. Por manera que aquel paso y abertura de agua presto se hinchó de caballos muertos y de los caballeros cuyos eran, que no podian nadar, y mataban muchos dellos y de los indios tlascaltecas é indias naborias, y fardaje y petacas y artillería; y de los muchos que se ahogaban, ellos y los caballos, y de otros muchos soldados que allí en el agua mataban y metian en las canoas, que era muy gran lástima de lo ver y oír, pues la grito y llores y lastimas que decian demandando socorro: «Ayudadme, que me ahogo;» otros, «Socorredme, que me matan;» otros demandando ayuda á nuestra Señora santa María y á señor Santiago; otros demandaban ayuda para subir á la puente, y estos eran ya que escapaban nadando, y asiados á muertos y á petacas para subir arriba, adonde es-

taba la puente; y algunos que habian subido, y pensaban que estaban libres de aquel peligro, habia en las calzadas grandes escuadrones guerreros que los apañaban é amorrinaban con unas macanas, y otros que los flechaban y alanceaban. Pues quizá habia algun concierto en la salida, como lo habíamos concertado, maldito aquel; porque Cortés y los capitanes y soldados que pasaron primero á caballo, por salvar sus vidas y llegar á tierra firme, agujaron por las puentes y calzadas adelante, y no aguardaron unos á otros; y no lo erraron, porque los de á caballo no podian pelear en las calzadas; porque yendo por la calzada, ya que arremetían á los escuadrones mejicanos, echábanseles al agua, y de la una parte la laguna y de la otra azuteas, y por tierra les tiraban tanta flecha y vara y piedra, y con lanzas muy largas que habian hecho de las espaldas que nos tomaron, como partesanas, mataban los caballos con ellas; y si arremetia alguno de á caballo y mataba algun indio, luego le mataban el caballo; y así, no se atrevian á correr por la calzada. Pues vista cosa es que no podian pelear en el agua y puestos; sin escopetas ni ballestas y de noche, ¿qué podíamos hacer sino lo que hacíamos? Que era que arremetiésemos treinta y cuarenta soldados que nos juntábamos, y dar algunas cuchilladas á los que nos venian á echar mano, y andar y pasar adelante, hasta salir de las calzadas; porque si aguardáramos los unos á los otros, no salieramos ninguno con la vida, y si fuera de dia, peor fuera; y aun los que escapamos fué que nuestro Señor Dios fué servido darnos esfuerzo para ello; y para quien no lo vió aquella noche la multitud de guerreros que sobre nosotros estaban, y las cruces que de los nuestros arrebataban y llevaban á sacrificar, era cosa de espanto. Pues yendo que íbamos cincuenta soldados de los de Cortés y algunos de Narvaez por nuestra calzada adelante, de cuando en cuando salian escuadrones mejicanos á nos echar manos. Acuérdome que nos decian: «¡Oh, oh, oh huilones!» que quiere decir: Oh putos, ¿aun aquí quedais vivos, que no os han muerto los tlacanes? Y como les acudimos con cuchilladas y estocadas, pasamos adelante; é yendo por la calzada cerca de tierra firme, cabe el pueblo de Tacuba, donde ya habian llegado Gonzalo de Sandoval y Cristóbal de Oli y Francisco de Salcedo el pulido, y Gonzalo Dominguez, y Lares, y otros muchos de á caballo, y soldados de los que pasaron adelante antes que desamparasen la puente, segun y de la manera que dicho tengo; é ya que llegáramos cerca oíamos voces que daba Cristóbal de Oli y Gonzalo de Sandoval y Francisco de Morla, y decian á Cortés, que iba adelante de todos: «Aguardad, señor capitán; que dicen estos soldados que vamos huyendo, y los dejamos morir en las puentes y calzadas á todos los que quedan atrás; tornémoslos á amparar y recoger; porque vienen algunos soldados muy heridos y dicen que los demás quedan todos muertos, y no salen ni vienen ningunos.» Y la respuesta que dió Cortés, que los que habíamos salido de las calzadas era milagro; que si á las puentes volviessen, pocos escaparían con las vidas, ellos y los caballos; y todavía volvió el mismo Cortés y Cristóbal de Oli, y Alonso de Avila y Gonzalo de Sandoval, y Fran-

cisco de Morla y Gonzalo Dominguez, con otros seis ó siete de á caballo, y algunos soldados que no estaban heridos; mas no fueron mucho trecho, porque luego encontraron con Pedro de Albarado bien herido, con una lanza en la mano, á pié, que la yegua alazana ya se la habían muerto, y traía consigo siete soldados, los tres de los nuestros y los cuatro de Narvaez, también muy heridos, y ocho tlascaltecas, todos corriendo sangre de muchas heridas; y entre tanto volvió Cortés por la calzada con los capitanes y soldados que dicho tengo, reparamos en los patios junto á Tacuba, y ya habían venido de Méjico, como está cerca, dando voces, y á dar mandado á Tacuba y á Escapuzalco y á Teneyuca para que nos saliesen al encuentro. Por manera que nos comenzaron á tirar vara y piedra y flecha, y con sus lanzas grandes, engastonadas en ellas de nuestras espadas que nos tomaron en este desbarate; y hacíamos algunas arremetidas, en que nos defendíamos dellos y les ofendíamos. Volvamos á Pedro de Albarado, que, como Cortés y los demás capitanes y soldados le encontraron de aquella manera que he dicho, y como supieron que no venían mas soldados, se les saltaron las lágrimas de los ojos; porque el Pedro de Albarado y Juan Velazquez de Leon, con otros mas de á caballo y mas de cien soldados, habían quedado en la retaguarda; y preguntando Cortés por los demás, dijo que todos quedaban muertos, y con ellos el capitán Juan Velazquez de Leon y todos los mas de á caballo que traía, así de los nuestros como de los de Narvaez, y mas de ciento y cincuenta soldados que traía; y dijo el Pedro que después que les mataron los caballos y la yegua, que se juntaron para se amparar obra de ochenta soldados, y que sobre los muertos y pelucas y caballos que se olieron, pasaron la primera puente; en esto como se me acuerda bien si dijo que pasó sobre los muertos, y entonces no miramos lo que sobre ello dijo á Cortés, sino que allí en aquella puente le mataron á Juan Velazquez y mas de ducientos compañeros que traía, que no les pudieron valer. Y asimismo á esta otra puente, que les hizo Dios mucha merced en escapar con las vidas; y decía que todas las puentes y calzadas estaban llenas de guerreros. Dejemos esto, y diré que en la triste puente que dicen ahora que fué el salto del Albarado, yo digo que en aquel tiempo ningún soldado se paró á vello, si saltaba poco ó mucho, que harto teníamos en mirar y salvar nuestras vidas, porque eran muchos los mejicanos que contra nosotros había; porque en aquella coyuntura no lo podíamos ver ni tener sentido en salto, si saltaba ó pasaba poco ó mucho; y así sería cuando el Pedro de Albarado llegó á la puente, como él dijo á Cortés, que había pasado asido á pelucas y caballos y cuerpos muertos, porque ya que quisiera saltar y sustentarse en la lanza en el agua, era muy hondo, y no pudiera llegar al suelo con ella para poderse sustentar sobre ella; y demás desto, la abertura muy antigua y alta, que no la podría saltar por muy mas suelto que era. También digo que no la podía saltar ni sobre la lanza ni de otra manera; porque después desde cerca de un año que volvimos á poner cerco á Méjico y la ganamos, me hallé muchas veces en aquella puente peleando con escuadrones mejicanos, y tenían allí he-

chos remparos y albarradas, que se llama ahora la puente del salto de Albarado; y platicábamos muchos soldados sobre ello, y no hallábamos razón ni soltura de un hombre que tal saltase. Dejemos este salto, y digamos que, como vieron nuestros capitanes que no acudían mas soldados, y el Pedro de Albarado dijo que todo quedaba lleno de guerreros, y que ya que algunos quedasen rezagados, que en las puentes los matarian, volvamos á decir desto del salto de Albarado: digo que para qué portan algunas personas que no lo saben ni lo vieron, que fué cierto que la saltó el Pedro de Albarado la noche que salimos huyendo, aquella puente y abertura del agua; otra vez digo que no la pudo saltar en ninguna manera; y para que claro se vea, hoy día está la puente; y la manera del altor del agua que solía venir y que tan alta estaba la puente, y el agua muy honda, que no podía llegar al suelo con la lanza. Y porque los lectores sepan que en Méjico hubo un soldado que se decía Fulano de Ocampo, que fué de los que vinieron con Garay, hombre muy plático, y se preciaba de hacer libelos infamatorios y otras cosas á manera de masepasquines; y puso en ciertos libelos á muchos de nuestros capitanes cosas feas que no son de decir no siendo verdad; y entre ellos, cosas de otras cosas que dijo de Pedro de Albarado, que había dejado morir á su compañero Juan Velazquez de Leon con mas de ducientos soldados y los de á caballo que les dejamos en la retaguarda, y se escapó él, y por escaparse dió aquel gran salto, como suele decir el refrán: «Saltó, y escapó la vida.» Volvamos á nuestra materia: é porque los que estábamos ya en salvo en lo de Tacuba no nos acabásemos del todo de perder, é porque habían venido muchos mejicanos y los de Tacuba y Escapuzalco y Teneyuca y de otros pueblos comarcanos sobre nosotros, que todos envieron mensajeros desde Méjico para que nos saliesen al encuentro en las puentes y calzadas, y desde los maizales nos hacían mucho daño, y mataron tres soldados que ya estaban heridos, acordamos lo mas presto que pudiésemos salir de aquel pueblo y sus maizales, y con seis ó siete tlascaltecas que sabían ó atinaban el camino de Tlascala, sin ir por camino derecho nos guiaban con mucho concierto hasta que saliésemos á unas caserías que en un cerro estaban, y allí junto á un cu é adoratorio y como fortaleza, adonde reparamos; que quiero tornar á decir que, seguidos que íbamos de los mejicanos, y de las flechas y varas y piedras con sus hondas nos tiraban; y cómo nos cercaban, dando siempre en nosotros, es cosa de espantar; y como lo he dicho muchas veces, estoy harto de decirlo, los lectores no lo tengan por cosa de prolijidad, por causa que cada vez ó cada rato que nos apretaban y herían y daban recia guerra, por fuerza tengo de tornar á decir de los escuadrones que nos seguían, y mataban muchos de nosotros. Dejémoslo ya de traer tanto á la memoria, y digamos cómo nos defendíamos en aquel cu y fortaleza, nos albergamos, y se curaron los heridos, y con muchas lumbres que hicimos. Pues de comer no lo había, y en aquel cu y adoratorio, después de ganada la gran ciudad de Méjico, hicimos una iglesia, que se dice Nuestra Señora de los Remedios, muy devota, é van ahora allí en romería y á tener novenas muchos

vecinos y señoras de Méjico. Dejemos esto, y volvamos á decir qué lástima era de ver curar y apretar con algunos paños de mantos nuestras heridas; y como se habían resfriado y estaban hinchadas, dolían. Pues mas de llorar fué los caballos y esforzados soldados que faltaban; ¿qué es de Juan Velazquez de Leon, Francisco de Salcedo y Francisco de Morla, y un Lares el buen jinete, y otros muchos de los nuestros de Cortés? ¿Para qué cuento yo estos pocos? Porque para escribir los nombres de los muchos que de los nuestros faltaron, es no acabar tan presto. Pues de los de Narvaez, todos los mas en las puentes quedaron cargados de oro. Digamos ahora, ¿qué es de muchos tlascaltecas que iban cargados de burras de oro, y otros que nos ayudaban? Pues al astrólogo Botello no le aprovechó su astrología, que también allí murió. Volvamos á decir cómo quedaron muertos, así los hijos de Montezuma como los prisioneros que traíamos, y el Cacamatzin y otros reyezuelos. Dejemos ya de contar tantos trabajos, y digamos cómo estábamos pensando en lo que por delante teníamos, y era que todos estábamos heridos, y no escapar sino veinte y tres caballos. Pues los tiros y artillería y pólvora no sacamos ninguna; las ballestas fueron pocas, y esas se remediaron luego, é hicimos saetas. Pues lo peor de todo era que no sabíamos la voluntad que habíamos de hallar en nuestros amigos los de Tlascala. Y demás desto, aquella noche, siempre cercados de mejicanos, y grita y vara y flecha, con hondas sobre nosotros, acordamos de nos salir de allí á media noche, y con los tlascaltecas, nuestras guías, por delante con muy gran concierto; llevábamos los muy heridos en el camino en medio, y los cojos con bordones, y algunos que no podían andar y estaban muy malos á ancas de caballos de los que iban cojos, que no eran para batallar, y los de á caballo sanos delante, y á un lado y á otro repartidos; y por este arte todos nosotros los que mas sanos estábamos haciendo rostro y cara á los mejicanos, y los tlascaltecas que estaban heridos iban dentro en el cuerpo de nuestro escuadrón, y los demás que estaban sanos hacían cara juntamente con nosotros; porque los mejicanos nos iban siempre picando con grandes voces y gritos y silbos, diciendo: «Allá iréis donde no quede ninguno de vosotros á vida;» y no entendíamos á qué fin lo decían, según adelante verán. Olvidado me he de escribir el contento que recibimos de ver viva á nuestra doña Marina y á doña Luisa, hija de Xicotenga, que las escaparon en las puentes unos tlascaltecas hermanos de la doña Luisa, que salieron de los primeros, y quedaron muertas todas las mas naborias que nos habían dado en Tlascala y en Méjico: allí quedaron en las puentes con los demás. Y volvamos á decir cómo llegamos aquel día á un pueblo grande que se dice Gualquitan, el cual pueblo fué de Alonso de Avila; y aunque nos daban grita y voces y tiraban piedra y vara y flecha, todo lo suportábamos. Y desde allí fuimos por unas caserías y pueblezuelos, y siempre los mejicanos siguiéndonos, y como se juntaban muchos, procuraban de nos matar, y nos comenzaban á cercar, y tiraban tanta piedra con hondas, y vara y flecha, que mataron á dos de nuestros soldados en un paso malo, que iban mancos, y también un caballo, é hi-

rieron á muchos de los nuestros; y también nosotros á estocadas les matamos algunos dellos, y los de á caballo á lanzadas les mataban, aunque pocos; y así, dormimos en aquellas casas, y allí comimos el caballo que mataron. Y otro día muy de mañana comenzamos á caminar con el concierto que de antes, y aun mejor, y siempre la mitad de los de á caballo adelante; y poco mas de una legua, en un llano, ya que creímos ir en salvo, vuelven tres de los nuestros de á caballo, y dicen que están los campos llenos de guerreros mejicanos aguardándonos; y cuando lo oímos, bien que tuvimos temor, é grande, mas no para desmayar del todo, ni dejar de encontrarnos con ellos y pelear hasta morir; y allí reparamos un poco, y se dió orden cómo habían de entrar y salir los de á caballo á media rienda, y que no se parasen á lancear, sino las lanzas por los rostros hasta romper sus escuadrones, y que todos los soldados, las estocadas que diésemos, que les pasásemos las entrañas, y que todos hiciésemos de manera que vengásemos muy bien nuestras muertes y heridas, por manera que si Dios fuese servido, que escapásemos con las vidas; y después de nos encomendar á Dios y á santa María muy de corazón, é invocando el nombre del señor Santiago, desque vimos que nos comenzaban á cercar, de cinco en cinco de á caballo rompieron por ellos, y todos nosotros juntamente. ¡Oh qué cosa de ver era esta tan temerosa y rompida batalla, cómo andábamos pié con pié, y con qué furia los perros peleaban, y qué herir y matar hacían en nosotros con sus lanzas y macanas y espadas de dos manos! Y los de á caballo, como era el campo llano, cómo alanceaban á su placer, entrando y saliendo á media rienda; y aunque estaban heridos ellos y sus caballos, no dejaban de batallar muy como varones esforzados. Pues todos nosotros los que teníamos caballos, parece ser que á todos se nos ponía esfuerzo doblado, que aunque estábamos heridos, y de refresco teníamos mas heridas, no curábamos de los apretar, por no nos parar á ello, que no había lugar, sino con grandes ánimos apechugábamos á les dar de estocadas. Pues quiero decir cómo Cortés y Cristóbal de Oli, y Pedro de Albarado, que tomó otro caballo de los de Narvaez, porque su yegua se la habían muerto, como dicho tengo; y Gonzalo de Sandoval, cuál andaban de una parte á otra rompiendo escuadrones, aunque bien heridos; y las palabras que Cortés decía á los que andábamos envueltos con ellos, que la estocada y cuchillada que diésemos fuese en señores señalados; porque todos traían grandes penachos con oro y ricas armas y divisas. Pues oir cómo nos esforzaba el valiente y animoso Sandoval, y decía: «Ea, señores, que hoy es el día que hemos de vencer; tened osperanza en Dios que saldremos de aquí vivos; para algun buen fin nos guarda Dios.» Y tornaré á decir los muchos de nuestros soldados que nos mataban y herían. Y dejemos esto, y volvamos á Cortés y Cristóbal de Oli y Sandoval, y Pedro de Albarado y Gonzalo Domínguez, y otros muchos que aquí no nombro; y todos los soldados poníamos grande ánimo para pelear; y esto, nuestro Señor Jesucristo y nuestra Señora la Virgen santa María nos lo ponía, y señor Santiago, que ciertamente nos ayudaba; y así lo certifico

un capitán de Guatemuz, de los que se hallaron en la batalla; y quiso Dios que allegó Cortés con los capitanes por mí nombrados en parte donde andaba el capitán general de los mejicanos con su bandera tendida, con ricas armas de oro y grandes penachos de argentería; y como lo vió Cortés al que llevaba la bandera, con otros muchos mejicanos, que todos traían grandes penachos de oro, dijo á Pedro de Albarado y á Gonzalo de Sandoval y á Cristóbal de Oli y á los demás capitanes: «Ea, señores, rompamos con ellos.» Y encomendándose á Dios, arremetió Cortés y Cristóbal de Oli, y Sandoval y Alonso de Avila y otros caballeros, y Cortés dió un encuentro con el caballo al capitán mejicano, que le hizo abatir su bandera, y los demás nuestros capitanes acabaron de romper el escuadrón, que eran muchos indios; y quien siguió al capitán que traía la bandera, que aun no había caído del encuentro que Cortés le dió, fué un Juan de Salamanca, natural de Ontiveros, con una buena yegua overa, que le acabó de matar y le quitó el rico penacho que traía, y se le dió á Cortés, diciendo que, pues él le encontró primero y le hizo abatir la bandera y hizo perder el brio, le daba el plumaje; mas dende á ciertos años su majestad se le dió por armas al Salamanca, y así las tienen en sus postereros sus descendientes. Volvamos á nuestra batalla, que nuestro Señor Dios fué servido que, muerto aquel capitán que traía la bandera mejicana y otros muchos que allí murieron, aljó su batallar de arte, que se iban retrayendo, y todos los de á caballo siguiéndoles y alcanzándoles. Pues á nosotros no nos dolían las heridas ni teníamos hambre ni sed, sino que parecía que no habíamos habido ni pasado ningún mal trabajo. Seguimos la victoria matando é hiriendo. Pues nuestros amigos los de Tlascala estaban hechos unos leones, y con sus espadas y montantes y otras armas que allí apañaron, hacíanlo muy bien y esforzadamente. Ya vueltos los de á caballo de seguir la victoria, todos dimos muchas gracias á Dios, que escapamos de tan gran multitud de gente; porque no se había visto ni hallado en todas las Indias, en batalla que se haya dado, tan gran número de guerreros juntos; porque allí estaba la flor de Méjico y de Tezcucó y Salcoacan, ya con pensamiento que de aquella vez no quedara roso ni velloso de nosotros. Pues qué armas tan ricas que traían, con tanto oro y penachos y divisas, y todos los mas capitanes y personas principales, y allí junto donde fué esta reñida y nombrada y temerosa batalla para en estas partes (así se puede decir, pues Dios nos escapó con las vidas), había cerca un pueblo que se dice Obtumba; la cual batalla tienen muy bien pintada, y en retratos entallada los mejicanos y tlascaltecas, entre otras muchas batallas que con los mejicanos hubimos hasta que ganamos á Méjico. Y tengan atención los curiosos lectores que esto leyeren, que quiero traer aquí á la memoria que cuando entramos al socorro de Pedro de Albarado en Méjico fuimos por todos sobre mas de mil y treientos soldados, con los de á caballo, que fueron noventa y siete, y ochenta ballesteros y otros tantos escopeteros, y mas de dos mil tlascaltecas, y metimos mucha artillería; y fué nuestra entrada en Méjico día de señor San Juan de ju-

nio de 1520 años, y fué nuestra salida huyendo á 10 del mes de julio del año siguiente, y fué esta nombrada batalla de Obtumba á 14 del mes de julio. Digamos ahora, ya que escapamos de todos los trances por mí atrás dichos, quiero dar otra cuenta qué tantos mataron, así en Méjico, en puentes y calzadas, como en todos los reencuentros, y en esta de Obtumba, y los que mataron por los caminos. Digo que en obra de cinco dias fueron muertos y sacrificados sobre ochocientos y setenta soldados, con setenta y dos que mataron en un pueblo que se dice Tustepeque, y á cinco mujeres de Castilla; y estos quemaron en Tustepeque eran de los de Narvaez, y mataron sobre mil y ducientos tlascaltecas. También quiero decir cómo en aquella sazón mataron á un Juan de Alcántara el viejo, con otros tres vecinos de la Villa-Rica, que venían por las partes del oro que les cabía; de lo cual tengo hecha relacion en el capítulo que dello trata. Por manera que también perdieron las vidas y aun el oro; y si miramos en ello, todos comunmente hubimos malgozo de las partes del oro que nos dieron; y si de los de Narvaez murieron muchos mas que de los de Cortés en las puentes, fué por salir cargados de oro, que con el peso dello no podían salir ni nadar. Dejemos de hablar en esta materia, y digamos cómo íbamos muy alegres y comiendo unas calabazas que llaman ayotes, y comiendo y caminando hacia Tlascala; que por salir de aquellas poblaciones, por temor no se tornasen á juntar escuadrones mejicanos, que aun todavía nos daban grita en partes que no podíamos ser señores dellos, y nos tiraban mucha piedra con hondas, y vara y flecha, hasta que fuimos á otras caserías y pueblo chico; porque estaba todo poblado de mejicanos, y allí estaba un buen cu y casa fuerte, donde reparamos aquella noche y nos curamos nuestras heridas, y estuvimos con mas reposo; y aunque siempre teníamos escuadrones de mejicanos que nos seguían, mas ya no se osaban llegar; y aquellos que veían era como quien decía: «Allá iréis fuera de nuestra tierra.» Y desde aquella poblacion y casa donde dormimos se parecían las sierrezuelas que están cabe Tlascala, y como las vimos, nos alegramos como si fueran nuestras casas. Pues quizá sabíamos cierto que nos habían de ser leales ó qué voluntad ternían, ó qué había acontecido á los que estaban poblados en la Villa-Rica, si eran muertos ó vivos. Y Cortés nos dijo que, pues éramos pocos, que no quedamos sino cuatrocientos y cuarenta, con veinte caballos y doce ballesteros y siete escopeteros, y no teníamos pólvora, y todos heridos y cojos y mancos, que mirásemos muy bien cómo nuestro Señor Jesucristo fué servido escaparnos con las vidas; por lo cual siempre le hemos de dar muchas gracias y loores, y que volvimos otra vez á disminuirnos en el número y copia de los soldados que con él pasamos desde Cuba, y que primero entramos en Méjico cuatrocientos y cincuenta soldados; y que nos rogaba que en Tlascala no les hiciésemos enojo, ni se les tomase ninguna cosa; y esto dió á entender á los de Narvaez, porque no estaban acostumbrados á ser sujetos á capitanes en las guerras, como nosotros; y mas dijo, que tenía esperanza en Dios que los halláramos buenos y leales; ó que si otra cosa fuese, lo que Dios no permiti-

ta, que nos han de tornar á andar los puños con corazones fuertes y brazos vigorosos, y que para eso fuésemos muy apercebidos, y nuestros corredores del campo adelante. Llegamos á una fuente que estaba en una ladera, y allí estaban unas como cercas y reamparamos de tiempos viejos, y dijeron nuestros amigos los tlascaltecas que allí partian términos entre los mejicanos y ellos; y de buen reposo nos paramos á lavar, y á comer de la miseria que habíamos habido, y luego comenzamos á marchar, y fuimos á un pueblo de los tlascaltecas, que se dice Gualioapar, donde nos recibieron y nos daban de comer; mas no tanto, que si no se lo pagáramos con algunas piecezuelas de oro y chalcitihuis que llevábamos algunos de nosotros, no nos lo daban de balde; y allí estuvimos un día reposando, curando nuestras heridas, y ausimismo curamos los caballos. Pues cuando lo supieron en la cabecera de Tlascala, luego vino Masse-Escaci y principales, y todos los mas sus vecinos, y Xicotenga el viejo, y Chichimecatecle y los de Guaxocingo; y como llegaron á aquel pueblo donde estábamos, fueron á abrazar á Cortés y á todos nuestros capitanes y soldados; y llorando algunos de ellos, especial el Masse-Escaci y Xicotenga, y Chichimecatecle y Tecapaneca, dijeron á Cortés: «¡Oh Malinche, Malinche, y cómo nos pesa de vuestro mal y de todos vuestros hermanos, y de los muchos de los nuestros que con vosotros han muerto; ya os lo habíamos dicho muchas veces, que no os tiédeses de gente mejicana, porque de un día á otro os habian de dar guerra; no me quisistes creer: ya es hecho, al presente no se puede hacer mas de curaros y daros de comer; en vuestras casas estáis, descansad, é iremos luego á nuestro pueblo y os aposentaremos; y no pienses, Malinche, que habeis hecho poco en escapar con las vidas de aquella tan fuerte ciudad y sus puentes; é yo digo que si de antes os teníamos por muy esforzados, ahora os tenemos en mucho mas. Bien sé que lloran muchas mujeres é indios destos nuestros pueblos las muertes de sus hijos y maridos y hermanos y parientes; no te congojes por ello, y mucho debes á tus dioses, que te han aportado aquí, y salido de entre tanta multitud de guerreros que os aguardaban en lo de Obtumba, que cuatro días habia que lo supe que os esperaban para os matar. Yo queria ir en vuestra busca con treinta mil guerreros de los nuestros, y no pude salir, á causa que no estábamos juntos y los andaba juntando.» Cortés y todos nuestros capitanes y soldados los abrazamos, y les dijimos que se lo teníamos en merced, y Cortés les dió á todos los principales joyas de oro y piedras que todavía se escaparon, cada cual soldado lo que pudo; y ansimesmo dimos algunos de nosotros á nuestros conocidos de lo que teníamos. Pues qué fiesta y alegría mostraron con doña Luisa y con doña Marina cuando las vieron en salvamento, y qué llorar, y qué tristeza tenían por los demás indios que no venian, que se quedaron muertos, en especial el Masse-Escaci por su hija doña Elvira, y lloraba la muerte de Juan Velazquez de Leon, á quien la dió. Y desta manera fuimos á la cabeza de Tlascala con todos los caciques, y á Cortés aposentaron en las casas de Masse-Escaci, y Xicotenga dió sus aposentos á Pedro de Albarado, y allí nos curamos y tornamos á

convalecer, y aun se murieron cuatro soldados de las heridas, y á otros soldados no se les habian sanado. Y dejallo he aquí, y diré lo que mas pasó.

CAPITULO CXXIX.

Cómo fuimos á la cabecera y mayor pueblo de Tlascala, y lo que allí pasamos.

Pues como habia un día que estábamos en el pueblezuelo de Gualioapar, y los caciques de Tlascala por mí nombrados nos hicieron aquellos ofrecimientos, que son dignos de no olvidar y de ser gratificados, y hechos en tal tiempo y coyuntura; después que fuimos á la cabeza y pueblo mayor de Tlascala, nos aposentaron, como dicho tengo, parece ser que Cortés preguntó por el oro que habian traído allí, que eran cuarenta mil pesos; el cual oro fueron las partes de los vecinos que quedaban en la Villa-Rica; y dijo Masse-Escaci y Xicotenga el viejo y un soldado de los nuestros, que se habia allí quedado doliente, que no se halló en lo de Méjico cuando nos desbarataron, que habian venido de la Villa-Rica un Juan de Alcántara y otros dos vecinos, é que lo llevaron todo porque traian cartas de Cortés para que se lo diesen; la cual carta mostró el soldado, que habia dejado en poder del Masse-Escaci cuando le dieron el oro; y preguntando cómo y cuándo y en qué tiempo lo llevó, y sabido que fué, por la cuenta de los días, cuando nos daban guerra los mejicanos, luego entendimos cómo en el camino habian muerto y tornado el oro, y Cortés hizo sentimiento por ello; y tambien estábamos con pena por no saber de los de la Villa-Rica, no hubiesen corrido algun desmán; y luego por la posta escribió con tres tlascaltecas, en que les hizo saber los grandes peligros que en Méjico nos habíamos visto, y cómo y de qué manera escapamos con las vidas, y no se les dió relacion de cuántos faltaban de los nuestros; y que mirasen que siempre estuviesen muy alertos y se velasen; y que si hubiese algunos soldados sanos se les enviasen, y que guardasen muy bien al Narvaez y al Salvatierra; y si hubiese pólvora ó ballestas, porque queria tornar á correr los rededores de Méjico; y tambien escribió al capitán que quedó por guarda y capitán de la mar, que se decia Caballero, y que mirase no fuese ningun navio á Cuba ni Narvaez se saltase; y que si viese que dos navios de los de Narvaez, que quedaban en el puerto, no estaban para navegar, que diese con ellos al través, y le enviase los marineros con todas las armas que tuviesen; y por la posta fueron y volvieron los mensajeros, y trajeron cartas que no habian tenido guerras; que un Juan de Alcántara y los dos vecinos que enviaron por el oro, que los deben de haber muerto en el camino; y que bien supieron la guerra que en Méjico nos dieron, porque el cacique gordo de Cempoal se lo habia dicho; y ausimismo escribió el almirante de la mar, que se decia Pedro Caballero, y dijeron que harian lo que Cortés les mandaba, é enviaria los soldados, é que el un navio estaba bueno, y que al otro daria al través y enviaria la gente, é que habia pocos marineros, porque habian adolescido y se habian muerto, y que agora escribian las respuestas de las cartas; y luego vinieron con el socorro que enviaban de la Villa-Rica, que fueron cuatro hombres con tres du

que todos fueron siete, y venia por capitán de un soldado que se decía Lencero, cuya fué la venta, ora diceu de Lencero. Y cuando llegaron á Tlascalco venian dolientes y flacos, muchas veces por el pasatiempo y burlar dellos decíamos: «El soldado Lencero; que venian siete soldados, y los cinco de bubas y los dos hinchados, con grandes barrigas. Dejemos burlas, y digamos lo que allí en Tlascalco aconteció con Xicotenga el mozo, y de su mala ventura, el cual habia sido capitán de toda Tlascalco, lo nos dieron las guerras por mí otras veces dichos capitulos que dello habia. Y es el caso que, como yo en aquella su ciudad que salimos huyendo de ella, y que nos habian muerto mucha copia de soldados de los nuestros como de los indios tlascaltecas habian ido de Tlascalco en nuestra compañía, y que nos á nos socorrer é amparar en aquella provincia á Xicotenga el mozo andaba convocando á todos amigos y amigos, y á otros que sentia que eran de cercanía, y les decía que en una noche, ó de día, lo mas aparejado tiempo viesen, que nos matasen, y haria amistades con el señor de Méjico, que en la sazón habian alzado por rey á uno que se decía Ixtlilxóchitl; y que demás desto, que en las mantas y ropa habíamos dejado en Tlascalco á guardar y el oro que agora sacábamos de Méjico tendrían qué robar, y serian todos ricos con ello; lo cual alcanzó á saber Xicotenga, su padre, y se lo riñó, y le dijo que pensase tal por el pensamiento, que era mal hecho; y si lo alcanzase á saber Masse-Escaci y Chichimecatepec, que por ventura le matarian, y al que en tal caso fuese; y por mas que el padre se lo riñó, no le dio lo que le decía, y todavía entendia en su mal intento; y vino á oídos de Chichimecatepec, que era amigo mortal del mozo Xicotenga, y lo dijo á Masse-Escaci, y acordaron entrar en acuerdo y como cuando y sobre ello llamaron al Xicotenga el viejo y los señores de Guazocingo, y mandaron traer preso ante Xicotenga el mozo, y Masse-Escaci propuso un racio delante de todos, y dijo que si se les acordaban oido decir de mas de cien años hasta entonces en toda Tlascalco habian estado tan prósperos y como después que los teules vinieron á sus tierras en todas sus provincias habian sido en tanto trabajo, y que tenian mucha ropa de algodón y oro, y cosas, la que hasta allí no solian comer; y por donde que iban de sus tlascaltecas con los teules les honra por su respeto, puesto que ahora les habian muerto en Méjico muchos dellos; y que tengan en memoria lo que sus antepasados les habian dicho muchos años atrás, que de adonde sale el sol habian de ir hombres que les habian de señorear; é que ya que agora andaba Xicotenga en aquellas traiciones y maldades, concertando de nos dar guerra y matar. Que era mal hecho, é que no podia dar ninguna cosa de sus bellequerías y maldades, que siempre encerradas en su pecho; y agora que los veia ver aquella manera desbaratados, que nos habia de ir para en estando sanos volver sobre los pueblos de los indios, sus enemigos, queria hacer aquella traición. Mas palabras que el Masse-Escaci y su padre Xi-

cotenga el ciego le dijeron, el Xicotenga el mozo respondió que era muy bien acordado lo que decía por tener paces con mejicanos, y dijo otras cosas que no pudieron sufrir; y luego se levantó el Masse-Escaci y el Chichimecatepec y el viejo de su padre, ciego como estaba, y tomaron al Xicotenga el mozo por los cabellos y de las mantas, y se las rompieron, y á empujones y con palabras injuriosas que le dijeron, lo echaron de las gradas abajo donde estaba, y las mantas todas rompidas; y aun si por el padre no fuera, lo querian matar, y á los demás que habian sido en su consejo echaron presos; y como estábamos allí retraídos, y no era tiempo de le castigar, no osó Cortés hablar mas en ello. He traido esto aquí á la memoria para que vean de cuánta lealtad y buenos fueron los de Tlascalco, y cuánto les debemos, y aun al buen viejo Xicotenga, que á su hijo dicen que le habia mandado matar luego que supo sus tramas y traición. Dejemos esto, y digamos cómo habia veinte y dos días que estábamos en aquel pueblo curándonos nuestras heridas y convaleciendo, y acordó Cortés que fuésemos á la provincia de Tepeaca, que estaba cerca, porque allí habian muerto muchos de nuestros soldados y de los de Narvaez, que se venian á Méjico, y en otros pueblos que están junto de Tepeaca, que se dice Cuicula; y como Cortés lo dijo á nuestros capitanes, y apercebían á los soldados de Narvaez para ir á la guerra, y como no eran tan acostumbrados á guerras y habian escapado de la rota de Méjico y puentes de lo de Otumba, y no vian la hora de volver á la isla de Cuba á sus indios é minas de oro, renegaban de Cortés y de sus conquistas, especial el Andrés de Duero, compañero de nuestro Cortés; porque ya lo habrán entendido los curiosos lectores en dos veces que lo he declarado en los capitulos pasados, cómo y de qué manera fué la compañía; maldescían el oro que le habia dado á él y á los demás capitanes, que todo se habia perdido en las puentes, como habian visto las grandes guerras que nos daban, y con haber escapado con las vidas estaban muy contentos; y acordaron de decir á Cortés que no querian ir á Tepeaca ni á guerra ninguna, sino que se querian volver á sus casas; que bastaba lo que habian perdido en haber venido de Cuba; y Cortés les habló muy mansa y amorosamente, creyendo de los atraer para que fuesen con nosotros á lo de Tepeaca; y por mas pláticas y reprensiones que les dió, no querian; y como vieron los de Narvaez que con Cortés no aprovechaban sus palabras, lo hicieron requerimiento en forma delante de un escribano del Rey para que luego se fuese á la Villa-Rica, poniéndole por delante que no teniamos caballos ni escopetas ni ballestas ni pólvora, ni hilo para hacer cuerdas, ni almacén; que estábamos heridos, y que no habian quedado por todos nuestros soldados y los de Narvaez sino cuatrocientos y cuarenta soldados; que los mejicanos nos tomarian todos los puertos y sierras y pasos, é que los navios, si mas aguardaban, se comerian de broma; y dijeron en el requerimiento otras muchas cosas. Y cuando se le hubieron dado y leído el requerimiento á Cortés, sin muchas palabras decian en él, muy muchas mas contrariedades respondió; y demás desto, todos los mas de nosotros de los que habiamos pasado con Cortés le di-

mos que mirase que no diese licencia á ninguno de los de Narvaez ni á otras personas para volver á Cuba, sino que procurásemos todos de servir á Dios é al Rey; é que esto era lo bueno, y no volverse á Cuba. Cuando Cortés hubo respondido al requerimiento, como vieron las personas que le estaban requiriendo que muchos de nosotros ayudáramos el intento de Cortés y que les estorbáramos sus grandes importunaciones que sobre ello le hablaban y requerían, con no mas de que decíamos que no es servicio de Dios ni de su majestad que dejen desamparado su capitan en las guerras, en fin de muchas razones que pasaron, obedecieron para ir con nosotros á las entradas que se ofreciesen; mas fué que les prometió Cortés que en habiendo coyuntura los dejaría volver á su isla de Cuba; y no por aquesto dejaron de murmurar dél y de su conquista, que tan caro les habia costado en dejar sus casas y reposo y liaberse venido á meter adonde no estaban seguros de las vidas; y mas decían, que si en otra guerra entrásemos con el poder de Méjico, que no se podría excusar tarde ó temprano de tenella, que creían é tenían por cierto que no nos podríamos sustentar contra ellos en las batallas, segun habian visto lo de Méjico y puentes, y en la nombrada de Obtumba; y mas decían, que nuestro Cortés por mandar y siempre ser señor, y nosotros los que con él pasábamos no tener que perder sino nuestras personas, asistíamos con él; y decían otros muchos desatinos, y todo se les disimulaba por el tiempo en que lo decían; mas no tardaron muchos meses que no les dió licencia para que se volviesen á sus casas; lo cual diré en su tiempo y sazón. Y dejémoslo de repetir, y digamos de lo que dice el coronista Gómora, que yo estoy muy harto de declarar sus borrones, que dice que le informaron; las cuales informaciones no son así como él lo escribe; y por no me detener en todos los capitulos á tornallas á recitar y trauer á la memoria cómo y de qué manera pasó, lo he dejado de escribir; y ahora pareciéndome que en esto de este requerimiento que escribe que hicieron á Cortés no dice quién fueron los que lo hicieron, si eran de los nuestros ó de los de Narvaez, y en esto que escribe es por sublimar á Cortés y abatir á nosotros los que con él pasamos; y sopan que hemos tenido por cierto los conquistadores verdaderos que esto vemos escrito, que le debieron de granjear al Gómora con dádvas porque lo escribiese desta manera, porque en todas las batallas y reencuentros éramos los que sosteníamos á Cortés, y ahora nos aniquila en lo que dice este coronista que le requeríamos. Tambien dice que decia Cortés en las respuestas del mismo requerimiento que para animarnos y esforzarnos que enviara á llamar á Juan Velazquez de Leon y al Diego de Ordás, que el uno dellos dijo estaba poblando en lo de Pánuco con trecientos soldados, y el otro en lo de Guacacualco con otros soldados, y no es así; porque luego que fuimos sobre Méjico al socorro de Pedro de Albarado, cesaron los conciertos que estaban hechos, que Juan Velazquez de Leon habia de ir á lo de Pánuco y el Diego de Ordás á lo de Guacacualco, segun mas largamente lo tengo escrito en el capitulo pasado que sobre ello tengo hecha relacion; porque estos dos capitanes fueron á Méjico con nosotros al socorro de Pedro de Albarado,

y en aquella derrota el Juan Velazquez de Leon quedó muerto en las puentes, y el Diego de Ordás salió muy mal herido de tres heridas que le dieron en Méjico, segun ya lo tengo escrito cómo y cuándo y de qué arto pasó. Por manera que el coronista Gómora, si como tiene buena retórica en lo que escribe, acertara á decir lo que pasó, muy bien fuera. Tambien he estado mirando cuando dice en lo de la batalla de Obtumba, que dice que si no fuera por la persona de Cortés que todos fuéramos vencidos, y que él solo fué el que la venció en el dar, como dió el encuentro al que traia el estandarte y seña de Méjico. Ya he dicho, y lo torno agora á decir, que á Cortés toda la honra se le debe, como bueno y esforzado capitan; mas sobre todo hemos de dar gracias á Dios, que él fué servido poner su divina misericordia, con que siempre nos ayudaba y sustentaba; y Cortés en tener tan esforzados y valerosos capitanes y valientes soldados como tenia; é después de Dios, con nosotros le dábamos esfuerzo y rompíamos los escuadrones y le sustentábamos, para que con nuestra ayuda y de nuestros capitanes guerreasen de la manera que guerreamos, como en los capitulos pasados sobre ello dicho tengo; porque siempre andaban juntos con Cortés todos los capitanes por mí nombrados, y aun agora los torno á nombrar, que fueron Pedro de Albarado, Cristóbal de Oli, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Morla, Luis Marin, Francisco de Lugo y Gonzalo Domínguez, y otros muy buenos y valientes soldados que no alcanzábamos caballos; porque en aquel tiempo diez y seis caballos y yeguas fueron los que pasaron desde la isla de Cuba con Cortés, y no los habia, aunque nos costaran á mil pesos; y como el Gómora dice en su Historia que solo la persona de Cortés fué el que venció lo de Obtumba, ¿por qué no declaró los heróicos hechos que estos nuestros capitanes y valerosos soldados hicimos en esta batalla? Así que, por estas causas tenemos por cierto que por ensalzar á Cortés solo lo dijo, porque de nosotros no hace mencion; si no, preguntémoslo á aquel muy esforzado soldado que se decia Cristóbal de Olea, cuántas veces se balló en ayudar á salvar la vida á Cortés, hasta que en las puentes cuando volvimos sobre Méjico perdió la vida él y otros muchos soldados por le salvar. Olvidádoseme habia de otra vez que le salvó en lo de Suchimileco, que quedó mal herido el Olea; é para que bien se entienda esto que digo, uno fué Cristóbal de Olea y otro Cristóbal de Oli. Tambien lo que dice el coronista en lo del encuentro con el caballo que dió al capitan mejicano y le hizo abatir la bandera, así es verdad; mas ya he dicho otra vez que un Juan de Salamanca, natural de la villa de Ontiveros, que después de ganado Méjico fué alcalde mayor de Guacacualco, es el que le dió una lanzada y lo mató y quitó el rico penacho que llevaba, y se le dió el Salamanca á Cortés; y su majestad, el tiempo andando, lo dió por armas al Salamanca; y esto he traído aquí á la memoria, no por dejar de ensalzar y tenelle en mucha estima á nuestro capitan Cortés, y débesele todo honor y prex é honra de todas las batallas é vencimientos hasta que ganamos esta Nueva-España, como se suele dar en Castilla á los muy nombrados capitanes, y como los romanos daban triunfos á Pompeyo y Julio César y á los Cipiones; mas

signo de loores es nuestro Cortés que no los romanos. También dice el mismo Gómora que Cortés mandó matar secretamente á Xicotenga el mozo en Tlascala por las traiciones que andaba concertando para nos matar, como antes he dicho. No pasa así como dice; que donde lo mandó ahorcar fué en un pueblo junto á Tezcucuo, como adelante diré sobre qué fué; y también dice este cronista que iban tantos millares de indios con nosotros á las entradas, que no tiene cuenta ni razon en tantos como pone; y también dice de las ciudades y pueblos y poblaciones que eran tantos millares de casas, no siendo la quinta parte; que si se suma todo lo que pone en su Historia, son mas millones de hombres que en toda Castilla están poblados, y eso se le da poder mil que ochenta mil, y en esto se jacta, creyendo que va muy apacible su Historia á los oyentes no diciendo lo que pasó; miren los curiosos lectores cuánto va de su historia á esta mi relacion, en decir letra por letra lo acaecido, y no miren la retórica ni ornato; que ya cosa vista es que es mas apacible que no esta tan grosera mia; mas suple la verdad la falta de plática y corta retórica. Dejemos ya de contar ni de traer á la memoria los borrones declarados, y cómo yo soy mas obligado á decir la verdad de todo lo que pasa que no á lisonjas; y demás del daño que hizo con no ser bien informado, ha dado ocasion que el doctor Illescas y Pablo Jobio se sigan por sus palabras. Volvamos á nuestra historia, y digámos como acordamos ir sobre Tepeaca; y lo que pasó en la entrada diré adelante.

CAPITULO CXXX.

Como fuimos á la provincia de Tepeaca, y lo que en ella hicimos; y otras cosas que pasaron.

Como Cortés habia pedido á los caciques de Tlascala, ya otras veces por mí nombrados, cinco mil hombres de guerra para ir á correr y castigar los pueblos adonde habian muerto españoles, que era á Tepeaca y Cacahuila y Tecamachalco, que estaria de Tlascala seis ó siete leguas, de muy entera voluntad tenian aparejados hasta cuatro mil indios; porque, si mucha voluntad teniamos nosotros de ir á aquellos pueblos, mucha mas gana tenian el Masse-Escaci y Xicotenga el viejo, porque les habian venido á robar unas estancias y tenian voluntad de enviar gente de guerra sobre ellos, y la causa fué esta: porque, como los mejicanos nos echaron de Méjico, segun y de la manera que dicho tengo en los capítulos pasados que sobre ello hablan, y supieron que en Tlascala nos habiamos recogido, y tuvieron por cierto que en estando sanos que habiamos de venir con el poder de Tlascala á cortarles las tierras de los pueblos que mas cercanos confinan con Tlascala; á este efeto enviaron á todas las provincias adonde sentian que habiamos de ir muchos escuadrones mejicanos de guerreros que estuviesen en guarda y guarniciones, y en Tepeaca estaba la mayor guarnicion dellos. Lo cual supo el Masse-Escaci y el Xicotenga, y aun se temian dellos. Pues ya que todos estábamos á punto, comenzamos á caminar, y en aquella jornada no llevamos artilleria ni escopetas, porque todo quedó en las puentes; é ya que algunas escopetas escaparon, no teniamos pólvora; y fuimos con diez y siete de á caballo y seis ballestas y cuatrocientos y veinte

soldados, los mas de espada y rodela, y con obra de cuatro mil amigos de Tlascala y el bastimento para un dia; porque las tierras adonde íbamos era muy poblado y bien abastecido de maiz y gallinas y perrillos de la tierra; y como lo teniamos de costumbre, nuestros corredores del campo adelante; y con muy buen concierto fuimos á dormir obra de tres leguas de Tepeaca. E ya tenian alzado todo el ardaje de las estancias y poblacion por donde pasamos, porque muy bien tuvieron noticia cómo íbamos á su pueblo; é porque ninguna cosa liciésemos sino por buena orden y justificadamente, Cortés les envió á decir con seis indios de su pueblo de Tepeaca, que habiamos tomado en aquella estancia, que para aquel efeto los prendimos, é con cuatro de sus mujeres, cómo íbamos á su pueblo á saber é inquirir quién y cuántos se hallaron en la muerte de mas de diez y ocho españoles que mataron sin causa ninguna, viniendo camino para Méjico; y también veniamos á saber á qué causa tenian agora nuevamente muchos escuadrones mejicanos, que con ellos habian ido á robar y saltar unas estancias de Tlascala, nuestros amigos; que les ruega que luego vengan de paz adonde estábamos para ser nuestros amigos, y que despidan de su pueblo á los mejicanos; si no, que iremos contra ellos como rebeldes y matadores y salteadores de caminos, y les castigaria á fuego y sangre y los daria por esclavos; y como fueron aquellos seis indios y cuatro mujeres del mismo pueblo, si muy fieras palabras les enviaron á decir, mucho mas bravosa nos dieron la respuesta con los mismos seis indios y dos mejicanos que venian con ellos; porque muy bien conocido tenian de nosotros que á ningunos mensajeros que nos enviaban haciamos ninguna demasia, sino antes dalles algunas cuentas para atrácellos; y con estos que nos enviaron los de Tepeaca, fueron las palabras bravosas dichas por los capitanes mejicanos, como estaban vitoriosos de lo de las puentes de Méjico; y Cortés les mandó dar á cada mensajero una manta, y con ellos les tornó á requerir que viniesen á lo ver y hablar y que no hubiesen miedo; é que pues ya los españoles que habian muerto no los podian dar vivos, que vengan ellos de paz y se les perdonará todos los muertos que mataron; y sobre ello se les escribió una carta; y aunque sabiamos que no la habian de entender, sino como vian papel de Castilla tenian por muy cierto que era cosa de mandamiento; y rogó á los dos mejicanos que venian con los de Tepeaca como mensajeros, que volviesen á traer la respuesta, y volvieron; y lo que dijeron era, que no pasásemos adelante y que no volviésemos por donde veniamos, sino que otro dia pensaban tener buenas hartazgas con nuestros cuerpos, mayores que las de Méjico y sus puentes y la de Obtumba; y como aquello vió Cortés comunicó con todos nuestros capitanes y soldados, y fué acordado que se hiciese un auto por ante escribano que diese fe de todo lo pasado, y que se diesen por esclavos á todos los aliados de Méjico que hubiesen muerto españoles, porque habiendo dado la obediencia á su majestad, se levantaron, y mataron sobre ochocientos y sesenta de los nuestros y sesenta caballos, y á los demás pueblos por salteadores de caminos y matadores de hombres; é hecho este auto, enviémosle á hacer saber, amonestándolos y requirién-

do con la paz; y ellos tomaron á decir que si luego no nos volviamos, que saldrian á nos matar; y se apercehirón para ello, y nosotros lo mismo. Otro día tuvimos en un llano una buena batalla con los mejicanos y tepeaqueños; y como el campo era labranzas de maíz é maqueyales, puesto que peleaban valerosamente los mejicanos, presto fueron desbaratados por los de á caballo, y los que no los teniamos no estábamos de espacio; pues ver á nuestros amigos de Tlascala tan animosos cómo peleaban con ellos y les siguieron el alcance; allí hubo muertes de los mejicanos y de Tepeaca muchos, y de nuestros amigos los de Tlascala tres, y hirieron dos caballos, el uno se murió, y tambien hirieron doce de nuestros soldados, mas no de suerte que peligró ninguno. Pues seguida la victoria, allegáronse muchas indias y muchachos que se tomaron por los campos y casas; que hombres no curábamos dellos, que los tlascaltecas los llevaban por esclavos. Pues como los de Tepeaca vieron que con el bravear que hacian los mejicanos que tenian en su pueblo y guarnicion eran desbaratados, y ellos juntamente con ellos, acordaron que sin decillo cosa ninguna viniesen adonde estábamos; y los recibimos de paz y dieron la obediencia á su majestad, y echaron los mejicanos de sus casas, y nos fimos nosotros al pueblo de Tepeaca, adonde se fundó una villa que se nombró la villa de Segura de la Frontera, porque estaba en el camino de la Villa-Rica, en una buena comarca de buenos pueblos sujetos á Méjico, y habia mucho maíz, y guardaban la raya nuestros amigos los de Tlascala; y allí se nombraron alcaldes y regidores, y se dió orden en cómo se corriese los rededores sujetos á Méjico, en especial los pueblos adonde habian muerto españoles; y allí hicieron hacer el hierro con que se habian de herrar los que se tomaban por esclavos, que era una G, que quiere decir guerra. Y desde la villa de Segura de la Frontera corrimos todos los rededores, que fué Cachula y Tecemechalco y el pueblo de las Guayaguas, y otros pueblos que no se me acuerda el nombre; y en lo de Cachula fué adonde habian muerto en los aposentos quince españoles; y en este de Cachula hubimos muchos esclavos, de manera que en obra de cuarenta dias tuvimos aquellos pueblos pacíficos y castigados. Ya en aquella sazón habian alzado en Méjico otro señor por rey, porque el señor que nos echó de Méjico era fallecido de viruelas, y aquel señor que hicieron rey era un sobrino ó pariente muy cercano del gran Montezuma, que se decia Guatemuz, mancebo de hasta veinte y cinco años, bien gentil hombre para ser indio, y muy esforzado; y se hizo temer de tal manera, que todos los suyos temblaban dél; y estaba casado con una hija de Montezuma; bien hermosa mujer para ser india; y como este Guatemuz, señor de Méjico, supo cómo habiamos desbaratado los escuadrones mejicanos que estaban en Tepeaca, y que habian dado la obediencia á su majestad del emperador Carlos V, y nos servian y daban de comer, y estábamos allí poblados; y temió que les correriamos lo de Guaxaca y otras provincias, y que á todos les atraeriamos á nuestra amistad, envió á sus mensajeros por todos los pueblos para que estuviesen muy alerta con todas sus armas, y á los caciques les daba joyas de oro, y á otros perdonaba los tributos; y

sobre todo, mandaba ir muy grandes capitanes y guarniciones de gente de guerra para que mirasen no les entrásemos en sus tierras; y les enviaba á decir que peleasen muy reciamente con nosotros, no les acaeciese como en lo de Tepeaca, adonde estaba nuestra villa doce leguas. Para que bien se entiendan los nombres destos pueblos, un nombre es Cachula, otro nombre es Guacachula. Y dejaré de contar lo que en Guacachula se hizo, hasta su tiempo y lugar; y diré cómo en aquel tiempo é instante vinieron de la Villa-Rica mensajeros cómo habia venido un navio de Cuba, y ciertos soldados en él.

CAPITULO CXXXI.

Cómo vino un navio de Cuba que enviaba Diego Velazquez, é venia en él por capitan Pedro Barba, y la manera que el almirante que dejó nuestro Cortés por guarda de la mar teula para los prender, y es desta manera.

Pues como andábamos en aquella provincia de Tepeaca, castigando á los que fueron en la muerte de nuestros compañeros, que fueron diez y ocho los que mataron en aquellos pueblos, y atrayéndolos de paz, y todos daban la obediencia á su majestad; vinieron cartas de la Villa-Rica cómo habia venido un navio al puerto, y vino en él por capitan un hidalgo que se decia Pedro Barba, que era muy amigo de Cortés; y este Pedro Barba habia estado por teniente del Diego Velazquez en la Habana, y traia trece soldados y un caballo y una yegua, porque el navio que traia era muy chico; y traia cartas para Pánfilo de Narvaez, el capitan que Diego Velazquez habia enviado contra nosotros, creyendo que estaba por él la Nueva-España, en que le enviaba á decir el Diego Velazquez que si acaso no habia muerto á Cortés, que luego se le enviase preso á Cuba, para enviárselo á Castilla, que así lo mandaba don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Burgos y arzobispo de Rosano, presidente de Indias, que luego fuese preso con otros de nuestros capitanes; porque el Diego Velazquez tenia por cierto que éramos desbaratados, ó á lo menos que Narvaez señoreaba la Nueva-España. Pues como el Pedro Barba llegó al puerto con su navio y echó anclas, luego le fué á visitar y dar el bien venido el almirante de la mar que puso Cortés, el cual se decia Pedro Caballero ó Juan Caballero, otras veces por mí nombrado, con un batel bien esquipado de marineros y armas encubiertas, y fué al navio de Pedro Barba; y después de hablar palabras de buen comediimiento, qué tal viene vuestra merced, y quitar las gorras y abrazarse unos á otros, como se suele hacer, preguntó el Pedro Caballero por el señor Diego Velazquez, gobernador de Cuba, qué tal queda, y responde el Pedro Barba que bueno; y el Pedro Barba y los demás que consigo traian preguntan por el señor Pánfilo de Narvaez, y cómo le va con Cortés; y responden que muy bien, é que Cortés anda huyendo y alzado con veinte de sus compañeros, é que Narvaez está muy próspero é rico, y que la tierra es muy buena; y de plática le dicen al Pedro Barba que allí junto estaba un pueblo, que desembarque é que se vayan á dormir y estar en él, que les traerán comida y lo que hubieren menester, que para solo aquello estaba señalado aquel pueblo; y tantas palabras les dicen, que en el batel y en otros que luego allí

de los otros navios que estaban surtos les sacaron tierra, y cuando los vieron fuera del navio, y tropia de marineros junto con el almirante Pedro Barba, dijeron al Pedro Barba: «Sed preso por el capitán Cortés, mi señor;» y así los prendieron, y los espantados, y luego les sacaban del navio las alimou y agujas, y los enviaban adonde estaban Cortés en Tepeaca; por los cuales habíamos hacer, con el socorro que venia en el mejor tiempo de la ser; porque en aquellas entradas que he dicho hacíamos, no eran tan en salvo, que muchos de los soldados no quedáramos heridos, y otros adonde del trabajo; porque, de sangre y polvo que estaba en las entradas, no echábamos otra cosa del, y por la boca, como traíamos siempre las armas las y no parar noches ni días; por manera que ya iban muerto cinco de nuestros soldados de dolor dado en obra de quince días. También quiero decir con este Pedro Barba vino un Francisco Lopez, el regidor que fué de Guatimala, y Cortés hacia honra al Pedro Barba, y le hizo capitán de batallas, y dió nuevas que estaba otro navio chico en que le queria enviar el Diego Velazquez con caballos y alforjas; el cual vino dende á ocho días, y venia con capitán un hidalgo natural de Medina del Campo se decia Rodrigo Morejon de Lobera, y traia ocho soldados y seis ballestas y mucho hilo de seda, é una yegua; y ni mas ni menos que habiéndolo al Pedro Barba, así hicieron á este Rodrigo Morejon, y luego fueron á Segura de la Frontera con todos ellos nos alegramos, y Cortés les hacia honra y les daba cargos; y gracias á Dios, ya nos fortaleciendo con soldados y ballestas y dos ó tres caballos mas. Y dejallo he aquí, y volveré á decir en Guacachula hacian los ejércitos mejicanos que en frontera, y cómo los caciques de aquel pueblo dieron secretamente á demandar favor á Cortés y allos de allí.

CAPITULO CXXXII.

De Guacachula vinieron á demandar favor á Cortés sobre los ejércitos mejicanos los trataban mal y los robaban, y lo sobre ello se hizo.

Lo dicho que Guatemuz, señor que nuevamente dado por rey de Méjico, enviaba grandes guarniciones á sus fronteras; en especial envió una muy poderosa de mucha copia de guerreros á Guacachula, y á Ozuca, que estaba dos ó tres leguas de Guacachula; porque bien temió que por allí le habíamos de las tierras y pueblos sujetos á Méjico; y parecia, como envió tanta multitud de guerreros y como nuevo señor, hacian muchos robos y fuerzas naturales de aquellos pueblos adonde estaban apuestos, y tantas, que no les podian sufrir los de aquella provincia, porque decian que les robaban las mantas y gallinas y joyas de oro, y sobre todo, las mujeres si eran hermosas, y que las forzaban de sus maridos y padres y parientes. Como oyeran que los del pueblo de Cholula estaban todos en paz y aseados después que los mejicanos iban en él, y agora ansimesmo en lo de Tepeaca

y Tecamachalco y Cochlula, á esta causa vinieron cuatro principales muy secretamente de aquel pueblo, por mi otras veces nombrado, y dicen á Cortés que envíe teules y caballos á quitar aquellos robos y agravios que les hacian los mejicanos, é que todos los de aquel pueblo y otros comarcanos nos ayudarian para que matásemos á los escuadrones mejicanos; y de que Cortés lo oyó, luego propuso que fuese por capitán Cristóbal de Oli con todos los mas de á caballo y ballesteros y con gran copia de tlascaltecas; porque con la ganancia que los de Tlascala habian llevado de Tepeaca, habian venido á nuestro real é villa muchos mas tlascaltecas; y nombró Cortés para ir con el Cristóbal de Oli á ciertos capitanes de los que habian venido con Narvaez; por manera que llevaba en su compañía sobre trecientos soldados y todos los mejores caballos que teníamos. E yendo que iba con todos sus compañeros camino de aquella provincia, pareció ser que en el camino dijeron ciertos indios á los de Narvaez cómo estaban todos los campos y casas llenas de gente de guerra de mejicanos, mucho mas que los de Obtumba, y que estaba allí con ellos el Guatemuz, señor de Méjico; y tantas cosas dicen que les dijeron, que atemorizaron á los de Narvaez; y como no tenían buena voluntad de ir á entradas ni ver guerras, sino volverse á su isla de Cuba, y como habian escapado de la de Méjico y calzadas y puentes de la de Obtumba, no se querian ver en otra como lo pasado; y sobre ello dijeron los de Narvaez tantas cosas al Cristóbal de Oli, que no pasase adelante, sino que se volviese, y que mirase no fuese peor esta guerra que las pasadas, donde perdiesen las vidas; y tantos inconvenientes le dijeron, y dábanle á entender que si el Cristóbal de Oli queria ir, que fuese en buen hora, que muchos dellos no querian pasar adelante; de modo que, por muy esforzado que era el capitán que llevaba, aunque les decia que no era cosa volver, sino ir adelante, que buenos caballos llevaban y mucha gente, y que si volviesen un paso atrás que los indios los tenían en poco, é que en tierra llana era, y que no queria volver, sino ir adelante; y para ello, de nuestros soldados de Cortés le ayudaban á decir que no se volviese, y que en otras entradas y guerras peligrosas se habian visto, é que, gracias á Dios, habian tenido vitoria, no aprovechó cosa ninguna con cuanto les decian; sino por vía de ruegos le trastornaron su seso, que volviesen y que desde Cholula escribiesen á Cortés sobre el caso; y así, se volvió; y de que Cortés lo supo, se enojó, y envió á Cristóbal de Oli otros dos ballesteros, y le escribió que se maravillaba de su buen esfuerzo y valentía, que por palabras de ninguno dejase de ir á una cosa señalada como aquella; y de que el Cristóbal de Oli vió la carta, hacia bramuras de enojo, y dijo á los que tal le aconsejaron que por su causa habia caído en falta. Y luego, sin mas determinacion, les mandó fuesen con él, é que el que no quisiese ir, que se volviese al real por cobarde, que Cortés le castigaria en llegando; y como iba hecho un bravo leon de enojo con su gente camino de Guacachula, antes que llegasen con una legua, le salieron á decir los caciques de aquel pueblo de la manera y arte que estaban los de Culua, y cómo habia de dar en ellos, y de qué manera habia de ser ayudado; y como lo hubieron entendido, apercebió

los de á caballo y ballesteros y soldados, y segun y de la manera que tenían en el concierto da en los de Culúa; y puesto que pelcaron muy bien por un buen rato, y le hirieron ciertos soldados y mataron dos caballos y hirieron otros ocho en unas fuerzas y albarradas que estaban en aquel pueblo, en obra de una hora estaban ya puestos en huida todos los mejicanos; y dicen que nuestros tlascaltecas que lo hicieron muy varonilmente, que mataban y prendian muchos dellos, y como les ayudaban todos los de aquel pueblo y provincia, hicieron muy grande estrago en los mejicanos, que presto procuraron retraerse á hacerse fuertes en otro gran pueblo que se dice Ozucar, donde estaban otras muy grandes guarniciones de mejicanos, y estaban en gran fortaleza, y quebraron una puente porque no pudiesen pasar caballos ni el Cristóbal de Oli; porque, como he dicho, andaba enojado, hecho un tigre, y no tardó mucho en aquel pueblo; que luego se fué á Ozucar con todos los que le pudieron seguir, y con los amigos de Guacachula pasó el rio y dió en los escuadrones mejicanos, que de presto los venció, y allí le mataron dos caballos, y á él le dieron dos heridas, y la una en el muslo, y el caballo muy bien herido, y estuvo en Ozucar dos dias; y como todos los mejicanos fueron desbaratados, luego vinieron los caciques y señores de aquel pueblo y de otros comarcas á demandar paz, y se dieron por vasallos de nuestro rey y señor; y como todo fué pacífico, se fué con todos sus soldados á nuestra villa de la Frontera. Y porque yo no fui en esta entrada, digo en esta relacion que dicen que pasó lo que he dicho; y nuestro Cortés le salió á recibir, y todos nosotros, y hubimos mucho placer, y reiamos de cómo le habian convocado á que se volviese, y el Cristóbal de Oli tambien reia, y decia que mucho mas cuidado tenían algunos de sus minas y de Cuba que no de las armas, y que juraba á Dios que no le acaciese llevar consigo, si á otra entrada fuese, sino de los pobres soldados de los de Cortés, y no de los ricos que venian de Narvaez, que querian mandar mas que no él. Dejemos de platicar mas desto, y digamos cómo el coronista Gómora dice en su Historia que por no entender bien el Cristóbal de Oli á los naguatatos é intérpretes se volvía del camino de Guacachula, creyendo que era trato doble contra nosotros; y no fué así como dice, sino que los mas principales capitanes de los del Narvaez, como les decian otros indios que estaban grandes escuadrones de mejicanos juntos y mas que en lo de Méjico y Obtumba, y que con ellos estaba el señor de Méjico, que se decia Guatemuz, que entonces le habian alzado por rey, como habian escapado tan mal parados de lo de Méjico, tuvieron grande temor de entrar en aquellas batallas, y por esta causa convocaron al Cristóbal de Oli que se volviese, y aunque todavía porfiaba de ir adelante, esta es la verdad. Y tambien dice que fué el mismo Cortés á aquella guerra cuando el Cristóbal de Oli se volvía; no fué así, que el mismo Cristóbal de Oli, maestre de campo, es el que fué, como dicho tengo. Tambien dice dos veces que los que informaron á los de Narvaez cómo estaban los muchos millares de indios juntos, que fueron los de Guaxocingo, cuando pasaban por aquel pueblo. Tambien digo que se engañó, por-

que claro está que para ir desde Tepeaca á Cachula no habian de volver atrás por Guaxocingo, que era ir como si estuviésemos agora en Medina del Campo, y para ir á Salamanca tomar el camino por Valladolid; no es mas lo uno en comparacion de lo otro. Y dejemos ya esta materia, y digamos lo que mas en aquel instante aconteció, é fué que vino un navio al puerto del peñol del Nombre-Feo, que se decia el Tal de Bernal, junto á la Villa-Rica, que venia de lo de Pánuco, que era de los que enviaba Garay, y venia en él por capitán uno que se decia Camargo, y lo que pasó adelante diré.

CAPITULO CXXXIII.

Cómo aportó al peñol y puerto que está junto á la Villa-Rica un navio de los de Francisco Garay, que habia enviado á poblar el rio de Pánuco, y lo que sobre ello mas pasó.

Estando que estábamos en Segura de la Frontera, de la manera que en mi relacion habrán oido, vinieron cartas á Cortés cómo habia aportado un navio de los que el Francisco de Garay habia enviado á poblar á Pánuco, é que venia por capitán uno que se decia Fulano Camargo, y traia sobre sesenta soldados, y todos dolientes y muy amarillos é hinchadas las barrigas, y que habian dicho que otro capitán que el Garay habia enviado á poblar á Pánuco, que se decia Fulano Alvarez Pinedo, que los indios del Pánuco lo habian muerto, y á todos los soldados y caballos que habia enviado á aquella provincia, y que los navíos se los habian quemado; y que este Camargo, viendo el mal suceso, se embarcó con los soldados que dicho tengo, y se vino á socorrer á aquel puerto, porque bien tenia noticia que estábamos poblados allí, y á causa que por sustentar las guerras con los indios no tenían qué comer, y venian muy flacos y amarillos é hinchados; y mas dijeron, que el capitán Camargo habia sido fraile dominico, é que habia hecho profesion; los cuales soldados, con su capitán, se fueron luego su poco á poco á la villa de la Frontera, porque no podian andar á pié de flacos; y cuando Cortés los vió tan hinchados y amarillos, que no eran para pelear, harto teniamos que curar en ellos; al Camargo hizo mucha honra, y á todos los soldados, y tengo que el Camargo murió luego, que no me acuerdo bien qué se hizo, y tambien se murieron muchos soldados; y entonces por burlar les llamamos y pusimos por nombre los panzaverdetes, porque traian las colores de muertos y las barrigas muy hinchadas; y por no me detener en contar cada cosa en qué tiempo y lugar acontecian, pues eran todos los navíos que en aquel tiempo venian á la Villa-Rica del Garay, y puesto que se vinieron los unos de los otros un mes delanteros, hagamos cuenta que todos aportaron á aquel puerto, agora son un mes antes los unos que los otros; y esto digo porque vino luego un Miguel Díaz de Auz, aragonés, por capitán de Francisco de Garay, el cual le enviaba para socorro al capitán Fulano Alvarez Pinedo, que creia que estaba en Pánuco; y como llegó al puerto del Pánuco, y no halló ni pelo de la armada de Garay, luego entendió por lo que vido que le habian muerto; porque al Miguel Díaz le dieron guerra, luego que llegó con un navio, los indios de aquella provincia, y por aquel efeto vino á aquel nuestro puerto y desembarcó sus soldados,

no mas de cincuenta, y mas siete caballos, y se fue para donde estábamos con Cortés; y este fué el socorro y al mejor tiempo que lo habíamos menester. Y para que bien sepan quién fué este Miguel de Auz, digo yo que sirvió muy bien á su majestad en lo que se ofreció en las guerras y conquistas de Nueva-España, y este fué el que trajo pleito, después de la Nueva-España, con un cuñado de Cortés, que decia Andrés de Barrios, natural de Sevilla, que fué el danzador, sobre el pleito de la mitad de Garay, que se sentenció después con que le dé la mitad de lo que rentare el pueblo, mas de dos mil y quinientos pesos de su parte, con tal que no entre en el pleito por dos años, porque en lo que le acusaban era de haber muerto ciertos indios en aquel pueblo y en otros que habian tenido. Dejemos de hablar desto, y vamos á lo que desde á pocos dias que Miguel Díaz de Auz venia á aquel puerto de la manera que digo, aportó luego otro navio que enviaba el mismo Garay en ayuda y socorro de su armada, creyendo que los estaban buenos y sanos en el rio de Pánuco, y en él por capitán un viejo que se decia Ramirez, era hombre anciano, y á esta causa le llamamos el viejo, porque habia en nuestro real dos barcos, y traia sobre cuarenta soldados y diez caballos é otras armas, y el Francisco de Auz hacia sino echar unos navios tras de otros al río, y todo era favorecer y enviar socorro á Cortés, y una fortuna le ocurría, y á nosotros era de gran provecho; y todos estos de Garay que dicho tengo fueron buenos, y adonde estábamos; y porque los soldados que Miguel Díaz de Auz venian muy recios y gordos pusimos por nombre los de los lomos recios; que traia el viejo Ramirez traian unas armas de guerra de tanto gorrión, que no las pasara ninguna flecha y pesaban mucho, y pusimoslos por nombre los de las bardillas; y cuando fueron los capitanes que digamos delante de Cortés les hizo mucha honra. Desde contar de los socorros que teníamos de Garay, fueron buenos, y digamos cómo Cortés envió á Gonzalo de Sandoval á una entrada á unos pueblos que se dicen Xalacingo y Cacatami.

CAPITULO CXXXIV.

Envio Cortés á Gonzalo de Sandoval á pacificar los pueblos de Xalacingo y Cacatami, y llevó doscientos soldados y veinte de caballo y doce ballesteros, y para que supiese qué españoles eran en ellos, y que mirase que armas les habian tomado y de qué tierra era, y les demandase el oro que robaron, y de lo que les habia pasado.

Como ya Cortés tenia copia de soldados y caballos y otras cosas, se iba fortaleciendo con los dos navichuelos que le habian enviado Diego Velazquez, y envió en ellos por capitán Pedro Barba y Rodrigo de Morejon de Lubera, y en ellos sobre veinte y cinco soldados, y dos caballos y una yegua, y luego vinieron los tres navios de Garay, que fué el primero capitán que vino, Carlos, y el segundo Miguel Díaz de Auz, y el postrero el viejo, y traian, entre todos estos capitanes el nombrado, sobre ciento y veinte soldados, y diez caballos é yeguas, é las yeguas eran de juego y

HA-11.

de carrera. Y Cortés tuvo noticia de que en unos pueblos que se dicen Cacatami y Xalacingo, é en otros sus comarcas, habian muerto muchos soldados de los de Narvaez que venian camino de Méjico, é asimismo que en aquellos pueblos habian muerto y robado el oro á un Juan de Alcántara é á otros dos vecinos de la Villa Rica, que era lo que les habia cabido de las partes á todos los vecinos que quedaban en la misma villa, segun mas largo lo he escrito en el capítulo que dello se trata; y envió Cortés para hacer aquella entrada por capitán á Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, y muy esforzado y de buenos consejos, y llevó consigo doscientos soldados, todos los mas de los nuestros de Cortés, y veinte de á caballo é doce ballesteros y buena copia de tlascaltecas; y antes que llegase á aquellos pueblos supo que estaban todos puestos en armas, y juntamente tenian consigo guarniciones de mejicanos, é que se habian muy bien fortalecido con albarradas y pertrechos, porque bien habian entendido que por las muertes de los españoles que habian muerto, que luego habíamos de ser contra ellos para los castigar, como á los de Tepeaca y Cuicula y Tecuachalco; y Sandoval ordenó muy bien sus escuadrones y ballesteros, y mandó á los de á caballo cómo y de qué manera habian de ir y romper; y primero que entrasen en su tierra les envió mensajeros á decirles que viniesen de paz y que diesen el oro y armas que habian robado, é que la muerte de los españoles se les perdonaria. Y á esto de les enviar mensajeros á decirles que viniesen de paz fueron tres ó cuatro veces, y la respuesta que les enviaban era, que allí iban; que como habian muerto é comido los teules que los demandaban, que así harian al capitán y á todos los que llevaba; por manera que no aprovechaban mensajes; y otra vez les tornó á enviar á decir que él les haria esclavos por traidores y saqueadores de caminos, y que se aparejasen á defender; y fué Sandoval con sus compañeros y los entró por dos partes; que puesto que peleaban muy bien todos los mejicanos y los naturales de aquellos pueblos, sin mas referir lo que allí en aquellas batallas pasó, los desbarató, y fueron huyendo todos los mejicanos y caciques de aquellos pueblos, y siguió el alcance y se prendieron muchas gentes menudas; que de los indios no se curaban, por no tener qué guardar; y hallaron en unos cuecos de aquel pueblo muchos vestidos y armas y frenos de caballos y dos sillas, y otras muchas cosas de la jineta, que habian presentado á sus indios; y acordó Sandoval de estar allí tres dias, y vinieron los caciques de aquellos pueblos á pedir perdon y á dar la obediencia á su majestad Cesárea; y Sandoval les dijo que diesen el oro que habian robado á los españoles que mataron é que luego les perdonaria; y respondieron que el oro, que los mejicanos lo habian robado y que lo enviaron al señor de Méjico que entonces habian alzado por rey, y que no tenían ninguno; por manera que les mandó que en cuanto el perdon, que fuesen adonde estaba el Malinche, é que él les haria é perdonaria; y así, se volvió con una buena presa de mujeres y muchachos, que echaron el hierro por esclavos. Y Cortés se holgó mucho cuando lo vió venir bueno y sano, puesto que traia cosa de ocho soldados mal heridos y tres caballos menos, y aun el

Sandoval traía un flechazo; é yo no fui en esta entrada, que estaba muy malo de calenturas y echaba sangre por la boca; é gracias á Dios, estuve bueno porque me sangraron muchas veces. E como Gonzalo de Sandoval habia dicho á los caciques de Xalacingo é Cacatami que viniesen á Cortés á demandar paces, no solamente vinieron aquellos pueblos solos, sino tambien otros muchos de la comarca, y todos dieron la obediencia á su majestad, y traian de comer á aquella villa adonde estábamos. E fué aquella entrada que hizo de mucho provecho, y se pacificó toda la tierra; y dende en adelante tenia Cortés tanta fama en todos los pueblos de la Nueva-España, lo uno de muy justificado y lo otro de muy esforzado, que á todos ponía temor, y muy mayor á Guatemuz, el señor y rey nuevamente alzado en Méjico; y tanta era la autoridad, ser y mando que habia cobrado nuestro Cortés, que venian ante él pleitos de indios de léjas tierras, en especial sobre cosas de cacicazgos y señoríos; que, como en aquel tiempo orduvo la viruela tan comun en la Nueva-España, fullecián muchos caciques, y sobre á quién le pertenecia el cacicazgo y ser señor y partir tierras ó vasallos ó bienes venian á nuestro Cortés, como á señor absoluto de toda la tierra, para que por su mano é autoridad alzase por señor á quien le pertenecia. Y en aquel tiempo vinieron del pueblo de Ozucar y Guacachula, otras veces ya por mí nombrado; porque en Ozúcar estaba casada una pariente muy cercana de Montezuma con el señor de aquel pueblo, y tenian un hijo que decian era sobrino del Montezuma, é segun parece, heredaba el señorío, é otros decian que le pertenecia á otro señor, y sobre ello tuvieron muy grandes diferencias, y vinieron á Cortés, y mandó que le heredase el pariente de Montezuma, y luego cumplieron su mandado; é así vinieron de otros muchos pueblos de á la redonda sobre pleitos, y á cada uno mandaba dar sus tierras y vasallos, segun sentia por derecho que les pertenecia. Y en aquella sazón tambien tuvo noticia Cortés que en un pueblo que estaba de allí seis leguas, que se decia Cocotlan, y le pusimos por nombre Castilblanco (como ya otras veces he dicho, dando la causa por qué se le puso este nombre), habian muerto nueve españoles, envió al mismo Gonzalo de Sandoval para que los castigase y los trajese de paz, y fué allá con treinta de á caballo y cien soldados, y ocho ballesteros y cinco escopeteros, y muchos tlascaltecas, que siempre se mostraron muy aficionados y eran buenos guerreros. Y después de hechos sus requerimientos y protestaciones, que vieron y les enviaron á decir otras muchas cosas de cumplimientos con cinco indios principales de Tepeaca, y si no venian que les daria guerra y haria esclavos. Y pareció ser estaban en aquel pueblo otros escuadrones de mejicanos en su guarda y amparo, y respondieron que señor tenían, que era Guatemuz; que no habian menester ni venir ni ir á llamado de otro señor; que si allá fuesen, que en el camino les hallarian, que no se les habian ahora fallecido las fuerzas menos que las tenían en Méjico y puentes y calzadas, é que ya sabian á qué tanto llegaban nuestras valentías. Y cuando aquello oyó Sandoval, puesto muy en orden su gente cómo habia de pelear, y los de á caballo y escopeteros y ballesteros, mandó á

los tlascaltecas que no se metiesen en los enemigos al principio, porque no estorbasen á los caballos y porque no corriesen peligro, ó hiriesen algunos dellos con las ballestas y escopetas ó los atropellasen con los caballos, hasta haber rompido los escuadrones, y cuando los hubiesen desbaratado, que prendiesen á los mejicanos y siguiesen el alcance; y luego comenzó á caminar hácia el pueblo, y salen al camino y encuentro dos escuadrones de guerreros junto á unas fuerzas y barrancas, y allí estuvieron fuertes un rato, y con las ballestas y escopetas les hacian mucho mal; por manera que tuvo Sandoval lugar de pasar aquella fuerza é alharradas con los caballos; y aunque le hirieron nueve caballos, y uno murió, y tambien le hirieron cuatro soldados, como se vió fuera de mal paso é tuvo lugar por donde corriesen los caballos, y aunque no era buena tierra ni llano, que habia muchas piedras, de tras los escuadrones, rompiendo por ellos, que los llevó hasta el mismo pueblo, adonde estaba un gran patio, y allí tenían otra fuerza y unos cuos, adonde se tornaron á hacer fuertes; y puesto que peleaban muy bravosamente, todavia los venció, y mató hasta siete indios, porque estaban en malos pasos; y los tlascaltecas no habian menester mandalles que siguiesen el alcance, que con la ganancia, como eran guerreros, ellos tenían el cargo, especialmente como sus tierras no estaban léjos de aquel pueblo; allí se hubieron muchas mujeres y gente menuda, y estuvo allí el Gonzalo de Sandoval dos dias, y envió á llamar los caciques de aquel pueblo con unos principales de Tepeaca que iban en su compañía, y vinieron, y demandaron perdon de la muerte de los españoles, y Sandoval les dijo que si daban las ropas y hacienda que robaron de los que mataron, que se les perdonaria, y respondieron que todo lo habian quemado y que no tenian ninguna cosa, y que los que mataron, que los mas dellos habian ya comido, y que cinco teules enviaron vivos á Guatemuz, su señor, y que ya habian pagado la pena con los que agora les habian muerto en el campo y en el pueblo; que les perdonase, é que llevarian muy bien de comer y bastecerian la villa donde estaba Malinche. Y como el Gonzalo de Sandoval vió que no se podia hacer mas, les perdonó, y allí se ofrecieron de servir bien en lo que les mandasen; y con este acuerdo se fué á la villa, y fué bien recibido de Cortés y de todos los del real. Donde dejé de hablar mas en ello, y digamos cómo se horronaron todos los esclavos que se habian habido en aquellos pueblos y provincia, y lo que sobre ello se hizo.

CAPITULO CXXXV.

Cómo se recogieron todas las mujeres y esclavos de todo nuestro real que habiamos habido en aquello de Tepeaca y Cachula, Tecamechalco y en Castilblanco y en sus tierras, para que se herrasen con el hierro en nombre de su majestad, y lo que sobre ello pasó.

Como Gonzalo de Sandoval hubo llegado á la villa de Segura de la Frontera, de hacer aquellas entradas que ya he dicho, y en aquella provincia todos los teniamos ya pacíficos, y no teniamos por entonces dónde ir á entrar, porque todos los pueblos de los alrededores habian dado la obediencia á su majestad, acordó Cortés, con

los oficiales del Rey, que se herrasen las piezas y esclavos que se habían hubido, para sacar su quinto, después que se hubiese primero sacado el de su majestad, y para ello mandó dar pregones en el real é villa que todos los soldados llevásemos á una casa que estaba señalada para aquel efeto á herrar todas las piezas que tuviésemos recogidas, y dieron de plazo aquel día que se pregono y otro; y todos ocurrimos con todas las indias, muchachas y muchachos que habíamos habido; que de hombres de edad no nos curábamos dellos, que eran malos de guardar, y no habíamos menester su servicio, teniendo á nuestros amigos los tlascaltecas. Pues ya juntas todas las piezas, y hecho el hierro, que era una G como esta, que quería decir guerra, cuando no nos catamos, apartan el real quinto, y luego sacan otro quinto para Cortés; y demás desto, la noche antes, cuando metimos las piezas, como he dicho, en aquella casa, habían ya escondido y tomado las mejores indias, que no pareció allí ninguna buena, y al tiempo del repartir dábamos las viejas y ruines; y sobre esto hubo muy grandes murmuraciones contra Cortés y de los que mandaban hurtar y esconder las buenas indias; y de tal manera se lo dijeron al mismo Cortés soldados de los de Narvaez, que juraban á Dios que no habían visto tal, haber dos reyes en la tierra de nuestro rey y señor y sacar dos quintos; y uno de los soldados que se lo dijeron fué un Juan Bono de Quejo; y mas dijo, que no estarían en tal tierra, y que lo harían subir en Castilla á su majestad y á los de su real consejo de Indias; y tambien dijo á Cortés otro soldado muy claramente que no bastó repartir el oro que se había habido en Méjico de la manera que lo repartió, y que cuando estaba repartiendo las partes decía que eran trecientos mil pesos los que se habían llegado, y que cuando salimos huyendo de Méjico mandó tomar por testimonio que quedaban mas de setecientos mil, y que agora el pobre soldado que había echado los hofes y estaba lleno de heridas por haber una buena india, y les habían dado enaguas y camisas, habían tomado y escondido las tales indias, y que cuando dieron el pregon para que se llevasen á herrar, que creyeron que á cada soldado volverían sus piezas y que apreciarían qué tantos pesos valían, y que como las apreciarían pagasen el quinto á su majestad, y que no habría mas quinto para Cortés; y decían otras murmuraciones peores que estas; y como Cortés aquello vió, con palabras algo blandas dijo que juraba en su conciencia (que aquesto tenía costumbre de jurar) que de allí adelante no sería ni se haría de aquella manera, sino que buenas ó malas indias, sacadas al almoneda, y la buena que se vendería por tal, y la que no lo fuese por menos precio, y de aquella manera no terminaría que reunir con él. Y puesto que allí en Tepenaca no se hicieron mas esclavos, mas después en lo de Tezcoco casi que fué desta manera, como adelante diré. Y dejé de hablar en esta materia, y digamos otra cosa casi peor que esto de los esclavos, y es que ya he dicho en el capitulo que dello habla, cuando la triste noche que salimos de Méjico huyendo, cómo quedaban en la sala donde posaba Cortés muchas barras de oro perdido, que no lo podían sacar, mas de lo que cargaron en la yegua y caballos y muchos tlascaltecas, y lo

que hurtaron los amigos y otros soldados que cargaron dello; y como lo demás se quedaba perdido en poder de los mejicanos, Cortés dijo delante de un escribano del Rey que cualquiera que quisiese sacar oro de lo que allí quedaba, que se lo llevase mucho en buena hora por suyo, como se había de perder; y muchos soldados de los de Narvaez cargaron dello, y usimismo algunos de los nuestros, y por sacallo perdieron muchos dellos las vidas, y los que escaparon con la presa que traían, habían estado en gran riesgo de morir y salieron llenos de heridas. Y como en nuestro real y villa de Segura de la Frontera, que así se llamaba, alcanzó Cortés á saber que había muchas barras de oro, y que andaban en el juego, y como dice el refrán que el oro y amores son malos de encubrir, mandó dar un pregon, so graves penas, que traigan á manifestar el oro que sacaron, y que les dará la tercera parte dello, y si no lo traen, que se lo tomará todo; y muchos soldados de los que lo tenían no lo quisieron dar, y á alguno se lo tomó Cortés como prestado, y mas por fuerza que por grado; y como todos los mas capitanes tenían oro, y aun los oficiales del Rey muy mejor, que hicieron sacos dello, se calló lo del pregon, que no se habló en ello; mas pareció muy mal esto que mandó Cortés. Dejémoslo ya de mas declarar, y digamos cómo todos los mas capitanes y personas principales de los que pasaron con Narvaez demandaron licencia á Cortés para se volver á Cuba, y Cortés se la dió, y lo que mas acaeció.

CAPITULO CXXXVI.

Cómo demandaron licencia á Cortés los capitanes y personas mas principales de los que Narvaez había traído en su compañía para se volver á la isla de Cuba, y Cortés se la dió y se fueron. Y de cómo despachó Cortés embajadores para Castilla y para Santo Domingo y Jamáica, y lo que sobre cada cosa acaeció.

Como vieron los capitanes de Narvaez que ya teníamos socorros, así de los que vinieron de Cuba como los de Jamáica que había enviado Francisco de Garay para su armada, segun lo tengo declarado en el capitulo que dello habla, y vieron que los pueblos de la provincia de Tepenaca estaban pacíficos, después de muchas palabras que á Cortés dijeron, con grandes ofertas y ruegos le suplicaron que les diese licencia para se volver á la isla de Cuba, pues se lo había prometido, y luego Cortés se la dió, y les prometió que si volvía á ganar la Nueva-España y ciudad de Méjico, que al Andrés de Duero, su compañero, que le daría mucho mas oro que le había de antes dado; y así hizo otras ofertas á los demás capitanes, en especial á Agustín Bermúdez, y les mandó dar matalotaje que en aquella sazón había, que era maiz y porrillos salados y algunas gallinas, y un navio de los mejores, y escribió Cortés á su mujer Catalina Juarez la Marcáida y á Juan Nuñez, su cuñado, que en aquella sazón vivía en la isla de Cuba, y les envió ciertas barras y joyas de oro, y les hizo saber todas las desgracias y trabajos que nos habían acaecido, y cómo nos echaron de Méjico. Dejemos esto, y digamos las personas que pidieron la licencia para se volver á Cuba, que todavía iban ricos, y fueron Andrés de Duero y Agustín Bermúdez, y Juan Bono de Quejo y Bernardino de Quesada, y Francisco Velázquez el corenvaro, pariente del Diego

Velazquez el gobernador de Cuba, y Gonzalo Carrasco el que vive en la Puebla, que después se volvió á esta Nueva-España, y un Melchor de Velasco, que fué vecino de Guatimala, y un Jimenez que vive en Guajaca, que fué por sus hijos, y el comendador Leon de Cervantes, que fué por sus hijas, que después de ganado Méjico las casó muy honradamente; y se fué uno que se decia Maldonado, natural de Medellín, que estaba doliente; no digo Maldonado el que fué marido de doña María del Rincón, ni por Maldonado el ancho, ni otro Maldonado que se decia Alvaro Maldonado el fiero, que fué casado con una señora que se decia María Arias; y tambien se fue un Várgas, vecino de la Trinidad, que le llamaban en Cuba Várgas el galán; no digo el Várgas que fué suegro de Cristóbal Lobo, vecino que fué de Guatimala; y se fué un soldado de los de Cortés, que se decia Cárdenas, piloto; aquel Cárdenas fué el que dijo á un su compañero qué ¿cómo podíamos reposar los soldados teniendo dos reyes en esta Nueva-España? Este fué á quien Cortés dió trecientos pesos para que se fuese con su mujer é hijos. Y por excusar profundidad de ponellos todos por memoria, se fueron otros muchos que no me acuerdo bien sus nombres; y cuando Cortés les dió la licencia, dijimos que para qué se la daba, pues que éramos pocos los que quedábamos; y respondió que por excusar escándalos é importunaciones, y que ya veíamos que para la guerra algunos de los que se volvian á Cuba no lo eran, y que valia mas estar solos que mal acompañados; y para los despachar del puerto envió Cortés á Pedro de Albarado; y en habiéndolos embarcado, le mandó que se volviese luego á la villa. Y digamos ahora que tambien envió á Castilla á Diego de Ordás y á Alonso de Mendoza, natural de Medellín y de Cáceres, con ciertos recaudos de Cortés, que yo no sé otros que llevase nuestros, ni nos dió parte de cosa de los negocios que enviaba á tratar con su majestad, ni lo que pasó en Castilla yo no lo alcancé á saber, salvo que á boca llena decia el obispo de Búrgos delante del Diego de Ordás que así Cortés como todos los soldados que pasamos con él éramos malos y traidores, puesto que el Ordás se cierto respondia muy bien por todos nosotros; y entonces le dieron al Ordás una encomienda de señor Santiago, y por armas el volcan que está entre Guaxacoingo y cerca de Cholula; y lo que negoció adelante lo diré, segun lo supimos por carta. Dejemos esto aparte, y diré cómo Cortés envió á Alonso de Avila, que era capitán y contador desta Nueva-España, y juntamente con él envió otro hidalgo que se decia Francisco Alvarez Chico, que era hombre que entendia de negocios; y mandó que fuesen con otro navio para la isla de Santo Domingo, á hacer relacion de todo lo acaecido á la real audiencia que en ella residia, y á los frailes jerónimos que estaban por gobernadores de todas las islas, que tuviesen por bueno lo que habíamos hecho en las conquistas y el desbarate de Narvaez, y cómo habia hecho esclavos en los pueblos que habian muerto españoles y se habian quitado de la obediencia que habian dado á nuestro rey y señor, y qué así se entendia hacer en todos lo mas pueblos que fueron de la liga y nombre de mejicanos; y que suplicaba que hiciese relacion dello en Castilla á nuestro gran empe-

rador, y tuviesen en la memoria los grandes servicios que siempre le hacíamos, y que por su intercesion y de la real audiencia fuésemos favorecidos con justicia contra la mala voluntad y obras que contra nosotros trataba el obispo de Búrgos y arzobispo de Rosano; y tambien envió otro navio á la isla de Jamáica por caballos é yeguas, y el capitán que con él fué se decia Fulano de Solís, que después de ganado Méjico le llamamos Solís el de la huerta, yerno de uno que se decia el bachiller Ortega. Bien sé que dirán algunos curiosos lectores que sin dineros cómo enviaba al Diego de Ordás á negocios á Castilla; pues está claro que para Castilla y para otras partes son menester dineros; y que asimismo envió á Alonso de Avila y á Francisco Alvarez Chico á Santo Domingo á negocios, y á la isla de Jamáica por caballos é yeguas. A esto digo que, como al salir de Méjico salimos huyendo la noche por ni muchas veces referida, que, como quedaban en la sala muchas barras de oro perdido en un montón, que todos los mas soldados apañaban dello, en especial los de á caballo, y los de Narvaez mucho mejor, y los oficiales de su majestad que lo tenían en poder y cargo llevaron los fardos hechos. Y demás desto, cuando se cargaron de oro mas de ochenta indios tlascaltecas por mandado de Cortés, y fueron los primeros que salieron en las puentes, vista cosa era que salvarian muchas cargas dello, que no se perderia todo en la calzada; y como nosotros los pobres soldados que no teníamos mando, sino ser mandados, en aquella sazón procurábamos salvar nuestras vidas, y después de curar nuestras heridas, á esta causa no mirábamos en el oro, si salieron muchas cargas dello en las puentes ó no, ni se nos daba mucho por ello; y Cortés con algunos de nuestros capitanes lo procuraron de haber de algunos de los tlascaltecas que lo sacaron, y tuvimos sospecha que los cuarenta mil pesos de las partes de los de la Villa-Rica, que tambien lo hubo y echó fama que lo habian robado, y con ello envió á Castilla á los negocios de su persona y á comprar caballos, y á la isla de Santo Domingo á la audiencia real; porque en aquel tiempo todos se callaban con las barras de oro que tenían, aunque mas pregones habian dado. Dejemos esto, y digamos como ya estando de paz todos los pueblos comarcanos de Tepeuca, acordó Cortés que quedase en la villa de Segura de la Frontera por capitán un Francisco de Orozco con obra de veinte soldados que estaban heridos y dolientes; y con todos los mas de nuestro ejército fuimos á Tlascala, y se dió orden que se cortase madera para hacer trece bergantines para ir otra vez sobre Méjico; porque hallábamos por muy cierto que para la laguna, sin bergantines no la podíamos señorear ni podíamos dar guerra, ni entrar otra vez por las calzadas en aquella gran ciudad sino con gran riesgo de nuestras vidas; y el que fué maestro de cortar la madera y dar el galibo y cuenta y raxon cómo habian de ser veleros y ligeros para aquel efeto, y los hizo, fué un Martín Lopez, que ciertamente, demás de ser un buen soldado, en todas las guerras sirvió muy bien á su majestad. En esto de los bergantines trabajó en ellos como fuerte varón; y me parece que si por dicha no viniera en nuestra compañía de los primeros, como vino, que

hasta enviar por otro maestro á Castilla se pasara mucho tiempo, ó no viniera ninguno. Volveré á nuestra materia, é digamos ahora que cuando llegamos á Tlascala ya era fallecido de viruelas nuestro gran amigo y muy leal vasallo de su majestad Masse-Escaci, de la cual muerte nos pesó á todos; y Cortés lo sintió tanto, como él decía, como si fuera su padre, y se puso luto de mantos negros, y asimismo muchos de nuestros capitanes y soldados; y á sus hijos y parientes del Masse-Escaci Cortés y todos nosotros les hacíamos mucha honra; y porque en Tlascala había diferencias sobre el mundo y cacicazgo, señaló y mandó que lo fuese un su hijo legítimo del Masse-Escaci, porque así se lo había mandado su padre antes que muriese; y aun dijo á sus hijos y parientes que mirasen que no saliesen del mandado de Malinche y de sus hermanos, porque ciertamente éramos los que habíamos de señorear estas tierras, y les dió otros muchos buenos consejos. Dejemos ya de contar del Masse-Escaci, pues ya es muerto, y digamos de Xicotenga el viejo y de Chichimecatelec y de todos los demás caciques de Tlascala, que se ofrecieron de servir á Cortés, así en cortar la madera para los bergantines como para todo lo demás que les quisiesen mandar en la guerra contra mejicanos, é Cortés les abrazó con mucho amor y les dió gracias por ello, especialmente á Xicotenga el viejo y á Chichimecatelec; y luego procuró que se volviese cristiano, y el buen viejo de Xicotenga de buena voluntad dijo que lo quería ser, y con la mayor fiesta que en aquella sazón se pudo hacer, en Tlascala le bautizó el padre de la Merced, y le puso nombre don Lorenzo de Vargas. Volvamos á decir de nuestros bergantines, que el Martín López se dió tanta prisa en cortar la madera, con la gran ayuda de los indios que le ayudaban, que en pocos días la tenía ya cortada toda, y señalada su cuenta en cada madero para qué parte y lugar había de ser, según tienen sus señales los oficiales, maestros y carpinteros de ribera; y también le ayudaba otro buen soldado que se decía Andrés Nuñez, é un viejo carpintero que estaba cojo de una herida, que se decía llamábase el viejo; y luego despachó Cortés á la Villa-Rica por mucho hierro y clavazón de los navios que dimos al traves, y por áncoras y velas é jarcias y cables y estopa, y por todo aparejo de hacer navios, y mandó venir todos los herreros que había, y á un Hernando de Aguilar, que era medio herrero, que ayudaba á machacar; y porque en aquel tiempo había en nuestro real tres hombres que se decían Aguilar, llamamos á este Hernando de Aguilar Maja-hierro; y envió por capitán á la Villa-Rica, por los aparejos que he dicho, para mandarlo traer, á un Santa Cruz, burgalés, regidor que después fué de Méjico, persona muy buen soldado y diligente; y hasta las calderas para hacer brea, y todo cuanto de antes habían sacado de los navios, trujo con mas de mil indios, que todos los pueblos de aquellas provincias, enemigos de mejicanos, luego se los daban para traer las cargas. Pues como no teníamos pez para brea, ni aun los indios lo sabían hacer, mandó Cortés á cuatro hombres de la mar, que sabían de aquel oficio, que en unos pinos cerca de Guaxocingo, que los llaman losucos, fuesen á hacer la pez. Pasemos adelante, puesto

que no va muy á propósito de la materia en que estaba hablando, que me han preguntado ciertos caballeros curiosos, que conocían muy bien á Alonso de Avila, que cómo, siendo capitán y muy esforzado, y era contador de la Nueva-España, y siendo belicoso y de su inclinación mas para guerra que no ir á solicitar negocios con los frailes jerónimos que estaban por gobernadores de todas las islas, ¿por qué causa le envió Cortés, teniendo otros hombres que estaban mas acostumbrados á negocios, como era un Alonso de Grado ó un Juan de Cáceres el rico, y otros que me nombraron? A esto digo que Cortés le envió al Alonso de Avila porque sintió dél ser muy varón, y porque osaría responder por nosotros conforme á justicia; y también le envió por causa que, como el Alonso de Avila había tenido diferencias con otros capitanes, y tenía gran atrevimiento de decir á Cortés cualquiera cosa que le convenia decirle, y por excusar ruidos y por dar la capitania que tenía á Andrés de Tapia, y la contaduría á Alonso de Grado, como luego se la dió, por estas razones le envió. Volvamos á nuestra relacion: pues viendo Cortés que ya era cortada la madera para los bergantines, y se habían ido á Cuba las personas por mí nombradas, que eran de los de Narvaz, que los teníamos por sobre huesos, especialmente poniendo temores que siempre nos ponian, que no seríamos bastantes para resistir el gran poder de mejicanos, cuando oían que decíamos que habíamos de ir á poner cerco sobre Méjico; y libres de aquellos temores, acordó Cortés que fuésemos con todos nuestros soldados á Tezcuco, é sobre ello hubo grandes y muchos acuerdos; porque unos soldados decían que era mejor sitio y acedquias y zanjas para hacer los bergantines, en Ayocingo, junto á Chalco, que no en la zanja y estero de Tezcuco; y otros porfian que mejor seria en Tezcuco, por estar en parte y sitio y cerca de muchos pueblos; y que teniendo aquella ciudad por nosotros, desde allí haríamos entradas en las tierras comarcanas de Méjico; y puestos en aquella ciudad, tomaríamos el mejor parecer como sucediesen las cosas. Pues ya que estaba acordado lo por mí dicho, viene nueva y carias, que trajeron tres soldados, de cómo había venido á la Villa-Rica un navio de Castilla y de las islas de Canaria, de buen porte, cargado de muchas balistas y tres caballos, é muchas mercaderías, escopetas, pólvora é hilo de balistas, y otras armas; y venia por señor de la mercadería y navio un Juan de Burgos, y por maestro un Francisco Medel, y venian trece soldados; y con aquella nueva nos alegramos en gran manera, y si de antes que supiésemos del navio nos dábamos prisa en la partida para Tezcuco, mucho mas nos dimos entonces, porque luego le envió Cortés á comprar todas las armas y pólvora y todo lo mas que traía, y aun el mismo Juan de Burgos y el Medel y todos los pasajeros que traía se vinieron luego para donde estábamos; con los cuales recibimos contento, viendo tan buen socorro y en tal tiempo. Acuérdome que entonces vino un Juan del Espinar, vecino que fué de Guatimula, persona que fue muy rico; y también vino un Sagredo, tío de una mujer que se decía la Sagrada, que estaba en Cuba, naturales de la villa de Medellín; también vino un viz-

caluo que se decía Monjaraz, tio que decía ser de Andrés de Monjaraz y Gregorio de Monjaraz, soldados que estaban con nosotros, y padre de una mujer que después vino á Méjico, que se decía la Monjaraza, muy hermosa mujer. He traido aquí esto á la memoria por lo que adelante diré, y es que jamás fué el Monjaraz á guerra ninguna ni entrada con nosotros, porque andaba doliente en aquel tiempo; é ya que estaba muy bueno y sano é presumia de muy valiente soldado, cuando teníamos puesto cerco á Méjico dijo el Monjaraz que queria ir á ver cómo batallábamos con los mejicanos; porque no tenía á los mejicanos ni á otros indios por valientes; y fué, y se subió en un alto cu, como torrecilla, y nunca supimos cómo ni de qué manera le mataron indios en aquel mismo día, y muchas personas dijeron, que le habian conocido en la isla de Santo Domingo, que fué permissão divina que muriese aquella muerte, porque habia muerto á su mujer, muy honrada y buena y hermosa, sin culpa ninguna, y que huseó testigos falsos que juraron que le hacia maleficio. Quiero dejar ya de contar cosas pasadas, y digamos cómo fuimos á la ciudad de Tezcucó, y lo que mas pasó.

CAPITULO CXXXVII.

Cómo caminamos con todo nuestro ejército camino de la ciudad de Tezcucó, y lo que en el camino nos avino, y otras cosas que pasaron.

Como Cortés vió tan buena prevencion, así de escopetas y pólvora y ballestas y caballos, y conoció de todos nosotros, así capitanes como soldados, el gran deseo que teníamos de estar ya sobre la gran ciudad de Méjico, acordó de hablar á los caciques de Tlascala para que le diesen diez mil indios de guerra que fuesen con nosotros aquella jornada hasta Tezcucó, que es una de las mayores ciudades que hay en toda la Nueva-España, después de Méjico; y como se lo demandó y les hizo un buen parlamento sobre ello, luego Xicotenga el viejo, que en aquella sazón se habia vuelto cristiano y se llamó don Lorenzo de Várgas, como dicho tengo, dijo que le placía de buena voluntad, no solamente diez mil hombres, sino muchos mas si los queria llevar, y que iria por capitan dellos otro cacique muy esforzado é nuestro gran amigo que se decía Chichimecatecle, y Cortés le dió las gracias por ello; y después de hecho nuestro alarde, que ya no me acuerdo bien qué tanta copia éramos, así de soldados como de los demás, un día después de la pascua de Navidad del año de 1520 años comenzamos á caminar con mucho concierto, como lo teníamos de costumbre; fuimos á dormir á un pueblo sujeto de Tezcucó, y los del mismo pueblo nos dieron lo que habíamos menester de allí adelante; era tierra de mejicanos, é íbamos mas recatados, nuestra artillería puesta en mucho concierto, y ballesteros y escopeteros, y siempre cuatro corredores del campo á caballo, y otros cuatro soldados de espada y rodela muy sueltos, juntamente con los de á caballo para ver los pasos si estaban para pasar caballos, porque en el camino tuvimos aviso que estaba embarazado de aquel día un mal paso, y la sierra con árboles cortados, porque bien tuvieron noticia en Méjico y en Tezcucó cómo caminábamos há-

cia su ciudad, y aquel día no hallamos estorbo ninguno, y fuimos á dormir al pié de la sierra, que serian tre leguas, y aquella noche tuvimos buen frio, y con nuestras rondas y espías y velas y corredores del campo la pasamos; y cuando amaneció comenzamos á subir un puertezuelo y unos malos pasos como barrancas, y estaba cortada la sierra, por donde no podíamos pasar, y puesta mucha maderá y pinos en el camino; y como llevábamos tantos amigos tlascaltecas, de presto se des- embarazó, y con mucho concierto caminamos con una capisania de escopetas y ballestas delante, y con nuestros amigos cortando y apartando árboles para poder pasar los caballos, hasta que subimos la sierra, y aun- habamos un poco abajo adonde se descubria la laguna de Méjico y sus grandes ciudades pobladas en el agua; y cuando la vimos dimos muchas gracias á Dios, que nos la tornó á dejar ver. Entonces nos acordamos de nuestro desbarate pasado, de cuando nos echaron de Méjico, y prometimos, si Dios fuese servido de darnos mejor suceso en esta guerra, de ser otros hombres en el trato y modo de cercarla; y luego bajamos la sierra, donde vimos grandes ahumadas que hacian, así los de Tezcucó como los de los pueblos sujetos; é andando mas adelante, topamos con un buen escuadrón de gente, guerreros de Méjico y de Tezcucó, que nos aguardaban á un mal paso, que era un arcabuzo donde estaba una puente como quebrada, de maderá, algo honda, y corria un buen golpe de agua; mas luego desbaratamos los escuadrones y pasamos muy á nuestro salvo. Pues oir la grita que nos daban desde las estancias y barrancas, no hacian otra cosa, y era en parte que no podian correr caballos, y nuestros amigos los tlascaltecas les apañaban gallinas, y lo que podian robules no les dejaban, puesto que Cortés les mandaba que si no diesen guerra, que no se la diesen; y los tlascaltecas decian que si estuvieran de buenos corazones y de paz, que no salieran al camino á darnos guerra, como estaban al paso de las barrancas y puente para no nos dejar pasar. Volvamos á nuestra materia, y digamos cómo fuimos á dormir á un pueblo sujeto de Tezcucó, y estaba despoblado, y puestas nuestras velas y rondas y escuchas y corredores del campo, y estuvimos aquella noche con cuidado no diesen en nosotros muchos escuadrones de mejicanos guerreros que estaban aguardándonos en unos malos pasos; de lo cual tuvimos aviso porque se prendieron cinco mejicanos en la puente primera que dicho tengo, y aquellos dijeron lo que pasaba de los escuadrones, y segun después supimos, no se atrevieron á darnos guerra ni á mas aguardar; porque, segun pareció, entre los mejicanos y los de Tezcucó tuvieron diferencias y bandos; y tambien, como aun no estaban muy sanos de las viruelas, que fué dolencia que en toda la tierra dió y cundió, y como habian sabido cómo en lo de Guacachula é Ozucar, y en Tepeaca y Xalacingo y Castilblanco todas las guariciones mejicanas habíamos desbaratado, y asimismo corria fama, y así lo creian, que iban con nosotros en nuestra compañía todo el poder de Tlascala y Guaxocingo, acordaron de no nos aguardar; y todo esto nuestro Señor Jesucristo lo encaminaba; y desque amaneció, puestos todos nosotros en gran concierto, así artillería como escopetas y ballestas, y los corredores

del campo adelante descubriendo tierra, comenzamos á caminar hacia Tezcuco, que sería de allí de donde dormimos obra de dos leguas; é aun no habíamos andado media legua cuando vimos volver nuestros corredores del campo muy alegres, y dijeron á Cortés que venían hasta diez indios, y que traían unas señas y veletas de oro, y que no traían armas ningunas, y que en todas las caserías y estancias por donde pasaban no les daban grita ni voces como habían dado el día antes; antes, al parecer, todo estaba de paz; y Cortés y todos nuestros capitanes y soldados nos alegramos, y luego mandó Cortés reparar, hasta que llegaron siete indios principales, naturales de Tezcuco, y traían una bandera de oro en una lanza larga, y antes que llegasen abajaron su bandera y se humillaron, que es señal de paz; y cuando llegaron ante Cortés, estando doña Marina é Jerónimo de Aguilar, nuestras lenguas, delante, dijeron: «Malinche, Cocoivacin, nuestro señor y señor de Tezcuco, te envía á rogar que le quieras recibir á tu amistad, y te está esperando de paz en su ciudad de Tezcuco, y en señal dello recibe esta bandera de oro; y que te pida por merced que mandes á todos los tlascaltecas é á tus hermanos que no los hagan mal en su tierra, y que te vayas á aposentar en su ciudad, y él te dará lo que hubieres menester;» y mas dijeron, que los escudrones que allí estaban en las barrancas y pasos malos, que no eran de Tezcuco, sino mejicanos, que los enviaba Guatemuz. Y cuando Cortés oyó aquellas paces holgó mucho dellas, y asimismo todos nosotros, é abrazó á los mensajeros, en especial á tres dellos, que eran parientes del buen Montezuma, y los conocíamos todos los mas soldados, que habían sido sus capitanes; y considerada la embajada, luego mandó Cortés llamar los capitanes tlascaltecas, y les mandó muy afectuosamente que no hiciesen mal ninguno ni les tomasen cosa ninguna en toda la tierra, porque estaban de paz; y así lo hacían como se lo mandó; mas comida no se les defendía si era solamente maíz é frisoles, y aun gallinas y perrillos, que había muchos en todas las casas, llenas dello; y entonces Cortés tomó consejo con nuestros capitanes, y á todos les pareció que aquel pedir de paz y de aquella manera que era fingido; porque si fueran verdaderas no vinieran tan arrebatadamente, y aun trujeran bastimento; y con todo esto, recibió Cortés la bandera, que valía hasta ochenta pesos, y dió muchas gracias á los mensajeros, y les dijo que no tenían por costumbre de hacer mal ni daño á ningunos vasallos de su majestad; antes les favorecía y miraba por ellos, y que si guardaban las paces que decían, que les favorecería contra los mejicanos, y que ya había mandado á los tlascaltecas que no hiciesen daño en su tierra, como habían visto, y que así lo cumplirían adelante; y que bien sabía que en aquella ciudad mataron sobre cuarenta españoles nuestros hermanos cuando salimos de Méjico, y sobre ducentos tlascaltecas, y que robaron muchas cargas de oro y otros despojos que dellos hubieron; que ruega á su señor Cocoivacin é á todos los mas caciques y capitanes de Tezcuco que le den el oro y ropa, y que la muerte de los españoles, que pues ya no tenía remedio, que un se les pediría; y respondieron aquellos mensajeros que ellos lo dirían á su señor así

como se lo mandaba; mas que el que los mandó matar fué el que en aquel tiempo alzaron en Méjico por señor después de muerto Montezuma, que se decía Coadlauca, é hubo todo el despojo, y le llevaron á Méjico todos los mas teules, y que luego los sacrificaron á su Huichilobos; y como Cortés vió aquella respuesta, por no los resabir ni atemorizar, no les replicó en ello sino que fuesen con Dios, y quedó uno dellos en nuestra compañía, y luego nos fuimos á unos arrabales de Tezcuco, que se decían Guautinchan ó Huachtutan, que ya se me olvidó el nombre, y allí nos dieron bien de comer y todo lo que hubimos menester, y aun derribamos unos ídolos que estaban en unos aposentos donde posábamos, y otro día de mañana fuimos á la ciudad de Tezcuco, y en todas las calles ni casas no vimos mujeres ni muchachos ni niños, sino todos los indios como asombrados y como gente que estaba de guerra, y fuimos á aposentar á unos aposentos y salas grandes, y luego mandó Cortés llamar á nuestros capitanes y todos los mas soldados, y nos dijo que no saliésemos de unos patios grandes que allí había, y que estuviésemos muy apercebidos, porque no le parecía que estaba aquella ciudad pacífica, hasta ver cómo y de qué manera estaba, y mandó al Pedro de Albarado y á Cristóbal de Oli é á otros soldados, y á mí con ellos, que subiésemos al gran cu, que era bien alto, y llevásemos hasta veinte escopeteros para nuestra guarda, y que mirásemos desde el alto cula laguna y la ciudad, porque bien se parecía toda; y vimos que todos los moradores de aquellas poblaciones se iban con sus haciendas y hatos é hijos y mujeres, unos á los montes y otros á los carrizales que hay en la laguna, que toda iba cuajada de canoas, dellas grandes y otras chicas; y como Cortés lo supo, quiso prender al señor de Tezcuco que envió la bandera de oro, y cuando le fueron á llamar ciertos papas que envió Cortés por mensajeros, ya estaba puesto en cobra, que él fué el primero que se fué huyendo á Méjico, y fueron con él otros muchos principales. Y así se pasó aquella noche, que tuvimos grande recaudo de velas y rondas y espías, y otro día muy de mañana mandó llamar Cortés á todos los mas principales indios que había en Tezcuco; porque, como es gran ciudad, había otros muchos señores, partes contrarias del cacique que se fué huyendo, con quien tenían debates y diferencias sobre el mando y reino de aquella ciudad; y venidos ante Cortés, informado dellos cómo y de qué manera y desde qué tiempo acá señoreaba el Cocoivacin, dijeron que por codicia de reinar había muerto malamente á su hermano mayor, que se decía Coxcozca, con favor que para ello le dió el señor de Méjico, que ya he dicho que se decía Coadlauca, el cual fué el que nos dió la guerra cuando salimos huyendo después de muerto Montezuma; é que allí había otros señores á quien venía el reino de Tezcuco mas justamente que no al que lo tenía, que era un mancebo que luego en aquella sazón se volvió cristiano con mucha solemnidad, y lo bautizó el fraile de la Merced, y se llamó don Hernando Cortés, porque fué su padrino nuestro capitán. En queste mancebo dijeron que era hijo legítimo del señor y rey de Tezcuco, que se decía su padre Nezabal Pintzintli; y luego sin mas dilaciones, con grandes fiestas y rego-

ojos de todo Tezcucó, le alzaron por rey y señor natural, con todas las ceremonias que á los tales reyes solían hacer, é con mucha paz y en amor de todos sus vasallos y otros pueblos comarcanos, é mandaba muy absolutamente y era obedecido; y para mejor le industriar en las cosas de nuestra santa fe y ponerle en toda policía, y para que deprendiese nuestra lengua, mandó Cortés que tuviese por oyos á Antonio de Villareal, marido que fué de una señora hermosa que se dijo Isabel de Ojeda; é á un bachiller que se decía Escobar puso por capitán de Tezcucó, para que viese y defendiese que no contratase con el don Fernando ningún mejicano; y á un buen soldado que se decía Pedro Sánchez Farfán, marido que fué de la buena y honrada mujer María de Estrada. Dejemos de contar su gran servicio de aqueste cacique, y digamos cuán amado y obedecido fué de los suyos, y digamos cómo Cortés le demandó que diese mucha copia de indios trabajadores para ensanchar y abrir mas las acequias y zanjas por donde habíamos de sacar los bergantines á la laguna de que estuviesen acabados y puestos á punto para ir á la vela, y se le dió á entender al mismo don Hernando y á otros sus principales á qué fin y efeto se habían de hacer, y cómo y de qué manera habíamos de poner cerco á Méjico, y para todo ello se ofreció con todo su poder y vasallos, que no solamente aquello que le mandaba, sino que enviaria mensajeros á otros pueblos comarcanos para que se diesen por vasallos de su majestad y tomasen nuestra amistad y voz contra Méjico. Y todo esto concertado, después de nos haber aposentado muy bien, y cada capitania por sí, y señalados los puestos y lugares donde habíamos de acudir si hubiese rebato de mejicanos, porque estábamos á guarda la raya de su laguna, porque de cuando en cuando enviaba Guatemuz grandes piraguas y canoas con muchos guerreros, y venían á ver si nos tomaban descuidados; y en aquella sazón vinieron de paz ciertos pueblos sujetos á Tezcucó, á demandar perdón y paz si en algo habían errado en las guerras pasadas, y habían sido en la muerte de los españoles; los cuales se decían Guatinchan; y Cortés les habló á todos muy amorosamente y les perdonó. Quiero decir que no había día ninguno que dejasen de andar en la obra y zanja y acequia de siete á ocho mil indios, y la abrían y ensanchaban muy bien, que podían nadar por ella navíos de gran porte. Y en aquella sazón, como teníamos en nuestra compañía sobre siete mil tlascaltecas, y estaban deseosos de ganar honra y de guerrear contra mejicanos, acordó Cortés, pues que tan fieles compañeros teníamos, que fuésemos á entrar y dar una vista á un pueblo que se dice Iztapalapa, el cual pueblo fué por donde habíamos pasado cuando la primera vez venimos para Méjico, y el señor del fué el que alzaron por rey en Méjico después de la muerte del gran Montezuma, que ya he dicho otras veces que se decía Coudlauacan; y de aqueste pueblo, según supimos, recibíamos mucho daño, porque eran muy contrarios contra Chalco y Talmalanco y Mecameca y Chimaloacan, que querían venir á tener nuestra amistad, y ellos lo estorbaban; y como había ya doce días que estábamos en Tezcucó sin hacer cosa que de contar sea, fuimos á aquella entrada de Iztapalapa.

CAPITULO CXXXVIII.

Cómo fuimos á Iztapalapa con Cortés, y llevó en su compañía á Cristóbal de Oli y á Pedro de Albarado, y quedó Gonzalo de Sandoval por guarda de Tezcucó, y lo que nos acaeció en la toma de aquel pueblo.

Pues como había doce días que estábamos en Tezcucó, y teníamos los tlascaltecas, por mí ya otra vez nombrados, que estaban con nosotros, y porque tuviesen que comer, porque para tantos como eran no se lo podían dar abundantemente los de Tezcucó, y porque no recibiesen pesadumbre dello; y también porque estaban deseosos de guerrear con mejicanos, y se vengar por los muchos tlascaltecas que en las derrotas pasadas les habían muerto y sacrificado, acordó Cortés que él por capitán general, y con Pedro de Albarado y Cristóbal de Oli, y con trece de á caballo y veinte ballesteros y seis escopeteros y ducientos y veinte soldados, y con nuestros amigos de Tlascala y con otros veinte principales de Tezcucó que nos dió don Hernando, cacique mayor de Tezcucó, y estos sabíamos que eran sus primos y parientes del mismo cacique y enemigos de Guatemuz, que ya le habían alzado por rey en Méjico; fuésemos camino de Iztapalapa, que estará de Tezcucó obra de cuatro leguas. Ya he dicho otra vez, en el capítulo que dello trata, que estaban mas de la mitad de las casas edificadas en el agua y la mitad en tierra firme; é yendo nuestro camino con mucho concierto, como lo teníamos de costumbre, como los mejicanos siempre tenían velas y guarniciones y guerreros contra nosotros, que sabían que íbamos á dar guerra á algunos de sus pueblos para luego les socorrer, así le hicieron saber á los de Iztapalapa para que se aperciesen, y les enviaron sobre ocho mil mejicanos de socorro. Por manera que en tierra firme aguardaron como buenos guerreros, así los mejicanos que fueron en su ayuda como los pueblos de Iztapalapa, y pelearon un buen rato muy valerosamente con nosotros; mas los de á caballo rompieron por ellos, y con las ballestas y escopetas y todos nuestros amigos los tlascaltecas, que se metían en ellos como perros rabiosos, de presto dejaron el campo y se metieron en su pueblo; y esto fué sobre cosa pensada y con un ardor que entre ellos tenían acordado, que fuera harto dañoso para nosotros si de presto no saliéramos de aquel pueblo; y fué desta manera, que hicieron que huyeron, y se metieron en canoas en el agua y en las casas que estaban en el agua, y dellos en unos carrizales; y como ya era noche oscura, nos dejan aposentar en tierra firme sin hacer ruido ni muestra de guerra; y con el despojo que habíamos habido é la vitoria estábamos contentos; y estando de aquella manera, puesto que teníamos velas, espías y rondas, y aun corredores del campo en tierra firme, cuando no nos caímos vino tanta agua por todo el pueblo, que si los principales que llevábamos de Tezcucó no dieran voces y nos avisaran que saliésemos presto de las casas, todos quedáramos ahogados; porque soltaron dos acequias de agua y abrieron una calzada, con que de presto se hinchó todo de agua, y los tlascaltecas nuestros amigos, como no son acostumbrados á rios caudalosos ni sabían nadar, quedaron muertos dos dellos; y nosotros, con gran riesgo de nues-

tras personas, todos bien mojados, y la pólvora perdida, salimos sin hato; y como estábamos de aquella manera y con mucho frío, y aun sin cenar, pasamos mala noche; y lo peor de todo era la burla y grita que nos daban los de Iztapalapa y los mejicanos desde sus casas y canoas. Pues otra cosa peor nos vino, que como en Méjico salían el concierto que tenían hecho de nos anegar con haber rompido la calzada y acequias, estaban esperando en tierra y en la laguna muchos batallones de guerreros, y cuando amaneció nos dan tanta guerra, que harto teníamos que nos sustentar contra ellos, no nos desbaratasen; é mataron dos soldados y un caballo, é hirieron otros muchos, así de nuestros soldados como tlascaltecos, y poco á poco aflojaron en la guerra, y nos volvimos á Tezcuco medio afrentados de la burla y ardid de echarnos el agua, y también como no ganamos mucha reputación en la batalla postrera que nos dieron, porque no habia pólvora; mas todavía quedaron temerosos, y tuvieron bien en que entender en enterrar é quemar muertos y curar heridos y en reparar sus casas. Donde lo dejare, y diré cómo vinieron de paz á Tezcuco otros pueblos, y lo que mas se hizo.

CAPITULO CXXXIX.

Como vinieron tres pueblos comercanos á Tezcuco á demandar paces y perdón de las guerras pasadas y muertes de españoles, y los descargos que daban sobre ello, y como fue Gonzalo de Sandoval á Tlaxcala y Tlalmalanco en su socorro contra mejicanos, y lo que mas pasó.

Habiendo dos días que estábamos en Tezcuco de vuelta de la entrada de Iztapalapa, vinieron á Cortés tres pueblos de paz á demandar perdón de las guerras pasadas y de muertes de españoles que mataron, y los descargos que daban era que el señor de Méjico que alzaron después de la muerte del gran Montezuma, el cual se decía Coadlauaca, que por su mandado salieron á dar guerra con los demás sus vasallos; y que si algunos teules mataron y prendieron y robaron, que el mismo Señor les mandó que así lo hiciesen; y los teules, que se los llevaron á Méjico para sacrificar, y también le llevaron el oro y caballos y ropa; y que ahora, que piden perdón por ello, y que por esta causa que no tienen culpa ninguna, por ser mandados y apremiados por fuerza para que lo hiciesen; y los pueblos que digo que en aquella sazón vinieron se decían Tepetezcuco y Obtumba: el nombre del otro pueblo no me acuerdo; mas se decir que en este de Obtumba fué la nombrada batalla que nos dieron cuando salimos huyendo de Méjico, adonde estuvieron juntos los mayores escuadrones de guerreros que ha habido en toda la Nueva-España contra nosotros, adonde creyeron que no escapáramos con las vidas, según mas luego lo tengo escrito en los capitulos pasados que dello hablan; y como aquellos pueblos se hallaban culpados y habian visto que habíamos ido á lo de Iztapalapa, y no les fué muy buen con nuestra ida, y aunque nos quisieron anegar con el agua y esperarón dos batallas campales con muchos escuadrones mejicanos; en fin, por no se hallar en otras como las pasadas, vinieron á demandar paces antes que fuésemos á sus pueblos á castigarlos; y Cortés, viendo que no estaba en tiempo de hacer otra

cosa, los perdonó, puesto que les dió grandes repreensiones sobre ello, y se obligaron con palabras de muchos ofrecimientos de siempre ser contra mejicanos y de ser vasallos de su majestad y de nos servir; y así lo hicieron. Dejemos de hablar destes pueblos, y digamos cómo vinieron luego en aquella sazón á demandar paces y nuestra amistad los de un pueblo que está en la laguna, que se dice Mezquique, que por otra parte le llamábamos Venezuela; y estos, según pareció, jamás estuvieron bien con mejicanos, y los querían mal de corazón; y Cortés y todos nosotros tuvimos en mucho la venida deste pueblo, por estar dentro en la laguna, por tenellos por amigos, y con ellos creíamos que habian de convocar á sus comercanos que también estaban poblados en la laguna, y Cortés se lo agradeció mucho, y con ofrecimientos y palabras blandas los despidió. Pues estando que estábamos desta manera, vinieron á decir á Cortés cómo venian grandes escuadrones de mejicanos sobre los cuatro pueblos que primero habian venido á nuestra amistad, que se decían Gautinchan y Huaxutlan; de los otros dos pueblos no se me acuerda el nombre; y dijeron á Cortés que no osurían esperar en sus casas, é que se querían ir á los montes, ó venirse á Tezcuco, adonde estábamos; y tantas cosas le dijeron á Cortés para que les fuese á socorrer, que luego apercebió veinte de á caballo y ducientos soldados y trece ballesteros y diez escopeteros, y llevo en su compañía á Pedro de Albarado y á Cristóbal de Oli, que era maese de campo, y fuimos á los pueblos que vinieron á Cortés á dar tantas quejas como dicho tengo, que estarian de Tezcuco obra de dos leguas; y según pareció, era verdad que los mejicanos los enviaban á amenzar que les habian de destruir y darles guerra porque habian tomado nuestra amistad; mas sobre lo que mas los amenzaban y tenían contiendas, era por unas grandes labores de tierras de maizales que estaban ya para coger, cerca de la laguna, donde los de Tezcuco y aquellos pueblos lastecian nuestro real; y los mejicanos por tomalles el mala, porque decian que era suyo, y aquella vega de los maizales tenían por costumbre aquellos cuatro pueblos de los sembrar y beneficiar para los papas de los ídolos mejicanos; y sobre esto destes maizales se habian muerto los unos á los otros muchos indios; y como aquello entendió Cortés, después de les decir que no hubiesen miedo y que se estuviesen en sus casas, les mandó que cuando hubiesen de ir á coger el maíz, así para su mantenimiento como para abastecer nuestro real, que enviara para ello un capitán con muchos de á caballo y soldados para en guarda de los que fuesen á traer el maíz; y con aquello que Cortés les dijo quedaron muy contentos, y nos volvimos á Tezcuco. Y desde en adelante, cuando habia necesidad en nuestro real de maíz, apercebíamos á los tamemes de todos aquellos pueblos, é con nuestros amigos los de Tlascala y con diez de á caballo y cien soldados, con algunos ballesteros y escopeteros, íbamos por el maíz; y esto digo porque yo fui dos veces por ello, y la una tuvimos una buena escaramuza con grandes escuadrones de mejicanos que habian venido en mas de mil canoas aguantandonos en los maizales, y como llevábamos amigos, puesto que los mejicanos

pelearon muy como varones, los hicimos embarcar en sus canoas, y allí mataron uno de nuestros soldados é hirieron doce; y asimismo hirieron muchos tlascaltecas, y ellos no se fueron alabando, que allí quedaron tendidos quince ó veinte, y otros cinco que llevamos presos. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo otro día tuvimos nueva como querían venir de paz los de Chalco y Talmulanco y sus sujetos, y por causa de las guarniciones mejicanas que estaban en sus pueblos, no les daban lugar á ello, y les hacían mucho daño en su tierra, y les tomaban las mujeres, y mas si eran hermosas, y delante de sus padres ó madres ó maridos tenían acceso con ellas; y asimismo, como estaba en Tlascala cortada la madera y puesta á punto para hacer los bergantines, y se pasaba el tiempo sin la traer á Tezcuco, sentíamos mucha pena dello todos los mas soldados; y demás desto, vienen del pueblo de Venenzuela, que se decía Mesquique, y de otros pueblos nuestros amigos á decir á Cortés que los mejicanos les daban guerra porque han tomado nuestra amistad; y tambien nuestros amigos los tlascaltecas, como tenían ya junta cierta ropilla y sal, y otras cosas de despojos é oro, y querían algunos dellos volverse á su tierra, no osaban, por no tener camino seguro. Pues viendo Cortés que para socorrer á unos pueblos de los que le demandaban socorro, é ir á ayudar á los de Chalco para que viniesen á nuestra amistad, no podía dar recaudo á unos ni á otros, porque allí en Tezcuco había menester estar siempre la barba sobre el hombro y muy alerta, lo que acordó fué, que todo se dejase atrás, y la primera cosa que se hiciese fuese ir á Chalco y Talmulanco, y para ello envió á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Lugo, con quince de á caballo y ducientos soldados, y con escopeteros y ballesteros y nuestros amigos los de Tlascala, é que procurase de romper y deshacer en todas maneras á las guarniciones mejicanas, y que se fuesen de Chalco y Talmulanco, porque estuviese el camino de Tlascala muy desembarazado y pudiesen ir y venir á la Villa-Rica sin tener contradicción de los guerreros mejicanos. Y luego como esto fué concertado, muy secretamente con indios de Tezcuco se le hizo saber á los de Chalco para que estuviesen muy apercebidos, para dar de día y de noche en las guarniciones de mejicanos; y los de Chalco, que no esperaban otra cosa, se apercebieron muy bien; y como el Gonzalo de Sandoval iba con su ejército, parecióle que era bien dejar en la retaguarda cinco de á caballo y otros tantos ballesteros, con todos los mas tlascaltecas que iban cargados de los despojos que habían habido; y como los mejicanos siempre tenían puestas velas y espías, y sabían cómo los nuestros iban camino de Chalco, tenían aparejados nuevamente, sin los que estaban en Chalco en guarnición, muchos escuadrones de guerreros que dieron en la rezaga, donde iban los tlascaltecas con su hato, y los trataron mal, que no los pudieron resistir los cinco de á caballo y ballesteros, porque los dos ballesteros quedaron muertos y los demás heridos. De manera que, aunque el Gonzalo de Sandoval muy presto volvió sobre ellos y los desbarató, y mató siete mejicanos, como estaba la laguna cerca, se le acogieron á las canoas en que habían venido, porque

todas aquellas tierras están muy pobladas de los sujetos de Méjico; y cuando los hubo puesto en huida, é vió que los cinco de á caballo que había dejado con los ballesteros y escopeteros en la retaguarda, eran dos de los ballesteros muertos, y estaban los demás heridos, ellos y sus caballos; y aun con haber visto todo esto, no dejó de decilles á los demás que dejó en su defensa que habían sido para poco en no haber podido resistir á los enemigos y defender sus personas y de nuestros amigos, y estaba muy enojado dellos, porque eran de los nuevamente venidos de Castilla, y les dijo que bien le parecía que no sabían qué cosa era guerra; y luego puso en salvo todos los indios de Tlascala con su ropa, y tambien despachó unas cartas que envió Cortés á la Villa-Rica, en que en ellas envió á decir al capitán que en ella quedó todo lo acaecido acerca de nuestras conquistas y el pensamiento que tenía de poner cerco á Méjico, y que siempre estuviesen con mucho cuidado velándose; y que si había algunos soldados que estuviesen en disposición para tomar armas, que se los enviase á Tlascala, y que de allí no pasasen hasta estar los caminos mas seguros, porque corrían riesgo; y despachados los mensajeros, y los tlascaltecas puestos en su tierra, volvió Sandoval para Chalco, que era muy cerca de allí, y con gran concierto sus corredores del campo adelante; porque bien entendió que en todos aquellos pueblos y caserías por donde iba, que había de tener rebato de mejicanos; é venido por su camino, cerca de Chalco vió venir muchos escuadrones mejicanos contra él, y en un campo llano, puesto que había grandes labranzas de maizales y magueis, que es de donde sacan el vino que ellos beben, le dieron una buena refriega de vara y flecha, y piedras con hondas, y con lanzas largas para matar á los caballos. De manera que Sandoval cuando vido tanto guerrero contra sí, esforzando á los suyos, rompió por ellos dos veces, y con las escopetas y ballesas y con pocos amigos que le habían quedado los desbarató; y puesto que le hirieron cinco soldados y seis caballos y muchos amigos, mas tal priesa les dió, y con tanta furia, que le pagaron muy bien el mal que primero le habían hecho; y como lo supieron los de Chalco, que estaban cerca, le salieron á recibir al Sandoval al camino, y le hicieron mucha honra y fiesta; y en aquella derrota se prendieron ocho mejicanos, y los tres personas muy principales. Pues hecho esto, otro día dijo el Sandoval que se quería volver á Tezcuco, y los de Chalco le dijeron que querían ir con él para ver y hablar á Malinche, y llevar consigo dos hijos del señor de aquella provincia, que había pocos días que era fallecido de viruelas, y que antes que muriese, que había encomendado á todos sus principales y viejos que llevasen sus hijos para verse con el capitán, y que por su mano fuesen señores de Chalco; y que todos procurasen de ser sujetos al gran rey de los teules, porque ciertamente sus antepasados les habían dicho que habían de señorear aquellas tierras y hombres que vernían con barbas de húa donde sale el sol, y que por las cosas que han visto éramos nosotros; y luego se fué el Sandoval con todo su ejército á Tezcuco, y llevó en su compañía los hijos del señor y los demás principales y los ocho prisioneros mejica-

nos, y cuando Cortés supo su venida se alegró en gran manera; y después de le haber dado cuenta el Sandoval de su viaje y cómo venían aquellos señores de Chalco, se fué á su aposento; y los caciques se fueron luego ante Cortés, y después de le haber hecho grande acato, le dijeron la voluntad que traían de ser vasallos de su majestad y según y de la manera que el padre de aquellos dos mancebos se lo había mandado, y para que por su mano les hiciese señores; y cuando hubieron dicho su razonamiento, le presentaron en joyas ricas obra de ducientos pesos de oro. Y como el capitán Cortés lo hubo muy bien entendido por nuestras lenguas doña Marina é Jerónimo de Aguilar, les mostró mucho amor y les abrazó, y dió por su mano el señorio de Chalco al hermano mayor, con mas de la mitad de los pueblos sus sujetos; y todo lo de Talmatenco y Chimaloacan dió al hermano menor, con Ayocingo y otros pueblos sujetos. Y después de haber pasado otras muchas razones de Cortés á los principales viejos y con los caciques nuevamente elegidos, le dijeron que se querían volver á su tierra, y que en todo servirían á su majestad, y á nosotros en su real nombre, contra mejicanos, é que con aquella voluntad habían estado siempre, é que por causa de las guarniciones mejicanas que habían estado en su provincia no han venido antes de ahora á dar la obediencia; y también dieron nuevas á Cortés que dos españoles que había enviado á aquella provincia por maíz antes que nos echasen de Méjico, que porque los culchúas no los matasen, que los pusieron en salvo una noche en Guaxocingo nuestros amigos, y que allí salvaron las vidas, lo cual ya lo sabíamos días había, porque el uno de ellos era el que se fué á Tlascala; y Cortés se lo agradeció mucho, y les rogó que esperasen allí dos días, porque había de enviar un capitán por la madera y tablazon á Tlascala, y los llevaría en su compañía y les pernia en su tierra, porque los mejicanos no les saliesen al camino; y ellos fueron muy contentos y se lo agradecieron mucho. Y dejemos de hablar en esto, y diré cómo Cortés acordó de enviar á Méjico aquellos ocho prisioneros que prendió Sandoval en aquella derrota de Chalco, á decir al señor que entonces habían alzado por rey, que se decía Guatemuz, que deseaba mucho que no fuesen causa de su perdición ni de aquella tan gran ciudad, y que viniesen de paz, y que les perdonaría la muerte y daños que en ella nos hicieron, y que no se les demandaría cosa ninguna; y que las guerras, que á los principios son buenas de comenzar, y que al cabo se destruirían; y que bien sabíamos de las albarradas é pertrechos, almacenes de varas y flechas y lanzas y macanas é piedras rollizas, y todos los géneros de guerra que á la continua están haciendo y aparejando, que para qué es gastar el tiempo en balde en hacerlo, y que para qué quiere que mueran todos los suyos y la ciudad se destruya; y que mire el gran poder de nuestro Señor Dios, que es en el que creemos y adoramos, que él siempre nos ayude; é que también mire que todos los pueblos sus comarcas nos tenemos de nuestro bando, pues los tlascaltecas no desean sino la misma guerra por vengarse de las traiciones y muertes de sus naturales que les han hecho, y que dejen las armas y vengán de paz, y les pro-

metió de hacer siempre mucha honra; y les dijo doña Marina é Aguilar otras muchas buenas razones y consejos sobre el caso; y fueron ante el Guatemuz aquellos ocho indios nuestros mensajeros; mas no quiso hacer cuenta dellos el Guatemuz ni enviar respuesta ninguna, sino hacer albarradas y pertrechos, y enviar por todas sus provincias á mandar que si algunos de nosotros tomasen desmandados que se los trujesen á Méjico para sacrificar, y que cuando los enviasen á llamar, que luego viniesen con sus armas; y les envió á quitar y perdonar muchos tributos, y aun á prometer grandes promesas. Dejemos de hablar en los aderezos de guerra que en Méjico se hacían, y digamos cómo volvieron otra vez muchos indios de los pueblos de Guatinchan é Guaxutlan descalabrados de los mejicanos porque habían tomado nuestra amistad y por la contienda de los maizales que solían sembrar para los papas mejicanos en el tiempo que les servían, como otras veces he dicho en el capítulo que dello habla; y como estaban cerca de la laguna de Méjico, cada semana les venían á dar guerra, y aun llevaron ciertos indios presos á Méjico; y como aquello vió Cortés, acordó de ir otra vez por su persona y con cien soldados y veinte de á caballo y doce escopeteros y ballesteros; y tuvo buenas espías para cuando sintiesen venir los escuadrones mejicanos, que se lo viniesen á decir; y como estaba de Tezcuco aun no dos leguas, un miércoles por la mañana amaneció adonde estaban los escuadrones mejicanos, y pelearon ellos de manera que presto los rompió, y se metieron en la laguna en sus canoas, y allí se mataron cuatro mejicanos y se prendieron otros tres, y se volvió Cortés con su gente á Tezcuco; y desde en adelante no vinieron mas los culchúas sobre aquellos pueblos. Y dejemos esto, y digamos cómo Cortés envió á Gonzalo de Sandoval á Tlascala por la madera y tablazon de los bergantines, y lo que mas en el camino hizo.

CAPITULO CXL.

Cómo fué Gonzalo de Sandoval á Tlascala por la madera de los bergantines, y lo que mas en el camino hizo en un pueblo que le pusimos por nombre el Pueblo-Morisco.

Como siempre estábamos con grande deseo de tener ya los bergantines acabados y vernos ya en el cerco de Méjico, y no perder ningún tiempo en balde, mandó nuestro capitán Cortés que luego fuese Gonzalo de Sandoval por la madera, y que llevase consigo ducientos soldados y veinte escopeteros y ballesteros y quince de á caballo, y buena copia de tlascaltecas y veinte principales de Tezcuco, y llevase en su compañía á los mancebos de Chalco y á los viejos, y los pusiesen en salvo en sus pueblos; é antes que partiesen hizo amistades entre los tlascaltecas y los de Chalco; porque, como los de Chalco solían ser del bando y confederados de los mejicanos, y cuando iban á la guerra los mejicanos sobre Tlascala llevaban en su compañía á los de la provincia de Chalco para que les ayudasen, por estar en aquella comarca, desde entonces se tenían mala voluntad y se trataban como enemigos; mas como he dicho, Cortés los hizo amigos allí en Tezcuco, de manera que siempre entre ellos hubo gran amistad, y se favorecieron de allí adelante los unos de los otros. Y

también mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval que cuando tuviesen puestos en su tierra los de Chalco, que fuesen á un pueblo que allí cerca estaba en el camino, que en nuestra lengua le pusimos por nombre el Pueblo-Morisco, que era sujeto á Tezcuco; porque en aquel pueblo habian muerto cuarenta y tantos soldados de los de Narvaez y aun de los nuestros y muchos tlascaltecas, y robado tres cargas de oro cuando nos echaron de Méjico; y los soldados que mataron eran que venian de la Veracruz á Méjico cuando íbamos en el socorro de Pedro de Albarado; y Cortés le encargó al Sandoval que no dejase aquel pueblo sin buen castigo, puesto que mas merecian los de Tezcuco, porque ellos fueron los agresores y capitanes de aquel daño, como en aquel tiempo eran muy hermanos en armas con la gran ciudad de Méjico, y porque en aquella sazón no se podia hacer otra cosa, se dejó de castigar en Tezcuco. Y volvamos á nuestra plática, y es que Gonzalo de Sandoval hizo lo que el capitan le mandó, así en ir á la provincia de Chalco, que poco se rodeaba, y dejar allí á los dos mancebos señores della, y fué al Pueblo-Morisco, y antes que llegasen los nuestros ya sabian por sus espías cómo iban sobre ellos, y desampararon el pueblo y se van huyendo á los montes, y el Sandoval los siguió, y mató tres ó cuatro porque hubo manciella dellos; mas hubiéronse mujeres y mozas, é prendió cuatro principales, y el Sandoval los halagó á los cuatro que prendió, y les dijo que cómo habian muerto tantos españoles. Y dijeron que los de Tezcuco y de Méjico los mataron en una celada que les pusieron en una cuesta por donde no podian pasar sino uno á uno, porque era muy angosto el camino; y que allí cargaron sobre ellos gran copia de mejicanos y de Tezcuco, y que entonces los prendieron y mataron, y que los de Tezcuco los llevaron á su ciudad, y los repartieron con los mejicanos; y esto que les fué mandado, y que no pudieron hacer otra cosa; y que aquello que hicieron, que fué en venganza del señor de Tezcuco, que se decia Cacamatzin, que Cortés tuvo preso y se habia muerto en las puentes. Hallóse allí en aquel pueblo mucha sangre de los españoles que mataron, por las paredes, que habian rociado con ella á sus ídolos; y tambien se halló dos caras que habian desollado, y adobado los cueros como pellejos de guantes, y las tenian con sus barbas puestas y ofrecidas en unos de sus altares; y asimismo se halló cuatro cueros de caballos curtidos, muy bien aderezados, que tenian sus pelos y con sus herraduras, colgados y ofrecidos á sus ídolos en el su cu mayor; y halláronse muchos vestidos de los españoles que habian muerto, colgados y ofrecidos á los mismos ídolos; y tambien se halló en un mármol de una casa, adonde los tuvieron presos, escrito con carbones: «Aquí estubo preso el sin ventura de Juan Yuste, con otros muchos que traia en mi compañía.» Este Juan Yuste era un hidalgo de los de á caballo que allí mataron, y de las personas de calidad que Narvaez habia traído; de todo lo cual el Sandoval y todos sus soldados hubieron manciella y les pesó; mas ¿qué remedio habia ya que hacer sino usar de piedad con los de aquel pueblo, pues se fueron huyendo y no aguardaron, y llevaron sus mujeres é hijos, y algunas mujeres que se preñan

dian lloraban por sus maridos y padres? Y viendo esto el Sandoval, á cuatro principales que prendió y á todas las mujeres las soltó, y envió á llamar á los del pueblo, los cuales vinieron y le demandaron perdon, y dieron la obediencia á su majestad y prometieron de ser siempre contra mejicanos y servirnos muy bien; y preguntados por el oro que robaron á los tlascaltecas cuando por allí pasaron, dijeron que otros habian tomado los cargos dello, y que los mejicanos y los señores de Tezcuco se lo llevaron, porque dijeron que aquel oro habia sido de Montezuma, y que lo habia tomado de sus templos y se lo dió á Mulínche, que lo tenia preso. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo fué Sandoval camino de Tlascala, y junto á la cabecera del pueblo mayor, donde residian los caciques, topó con toda la madera y tablazon de los bergantines, que la traian á cuestras sobre ocho mil indios, y venian otros tantos á la retaguarda dellos con sus armas y penachos, y otros dos mil para remudar las cargas que traian el bastimento; y venian por capitanes de todos los tlascaltecas Chichimecatecle, que ya he dicho otras veces en los capitulos pasados que dello habian, que era indio muy principal y esforzado; y tambien venian otros dos principales, que se decian Teulepité y Teutical, y otros caciques y principales, y á todos los traia á cargo Martín Lopez, que era el maestro que cortó la madera y dió la cuenta para las tablazones, y venian otros españoles que no me acuerdo sus nombres; y cuando Sandoval los vió venir de aquella manera hubo mucho placer por ver que le habian quitado aquel cuidado, porque creyó que estuviera en Tlascala algunos dias detenido, esperando á salir con toda la madera y tablazon; y así como venian, con el mismo concierto fueron dos dias caminando, hasta que entraron en tierra de mejicanos, y les daban gritos desde las estancias y barrancas, y en partes que no les podian hacer mal ninguno los nuestros con caballos ni escopetas; entonces dijo el Martín Lopez, que lo traia todo á cargo, que sería bien que fuesen con otro recaudo que hasta entonces venian, porque los tlascaltecas le habian dicho que temian aquellos caminos no saliesen de repente los grandes poderes de Méjico y les desbaratasen, como iban cargados y embarazados con la madera y bastimentos; y luego mandó Sandoval repartir los de á caballo y ballesteros y escopeteros, que fuesen unos en la delantera y los demás en los lados; y mandó á Chichimecatecle, que iba por capitan delante de todos los tlascaltecas, que se quedase detrás para ir en la retaguarda juntamente con el Gonzalo de Sandoval; de lo cual se afrentó aquel cacique, creyendo que no lo tenian por esforzado; y tantas cosas le dijeron sobre aquel caso, que lo hubo por bueno viendo que el Sandoval quedaba juntamente con él, y le dieron á entender que siempre los mejicanos daban en el fardoje, que quedaba atrás; y como lo hubo bien entendido, abrazó al Sandoval y dijo que le lucian honra en aquello. Dejemos de hablar en esto, y digamos que en otros dos dias de camino llegaron á Tezcuco, y antes que entrasen en aquella ciudad se pusieron muy buenas mantas y penachos, y con tambores y cornetas, puestos en ordenanza, cumbaron, y no quebraron el hilo en mas de

medio día que iban entrando y dando voces y silbos y diciendo: «Viva, viva el Emperador, nuestro señor, y Castilla, Castilla, y Tlascala, Tlascala.» Y llegaron á Tezcucó, y Cortés y ciertos capitanes les salieron á recibir, con grandes ofrecimientos que Cortés hizo á Chichimecatecle y á todos los capitanes que traía; é las piezas de maderos y tablazones y todo lo demás perteneciente á los bergantines se puso cerca de las zanjás y esteros donde se habían de labrar; y desde allí adelante tanta prisa se daban en hacer trece bergantines el Martín López, que fué el maestro de los lacer, con otros españoles que le ayudaban, que se decían Andrés Nuñez y un viejo que se decía Ramírez, que estaba cojo de una herida, y un Diego Hernández, aserrador, y ciertos carpinteros, y dos herreros con sus fraguas, y un Hernando de Aguilar, que les ayudaba á machacar; todos se dieron gran prisa hasta que los bergantines estuvieron armados y no faltó sino calafatearlos y ponellos los mástiles y jarcias y velas. Pues ya hecho esto, quiero decir el gran recaudo que teníamos en nuestro real de espías y escuchas y guarda para los bergantines, porque estaban junto á la laguna, y los mejicanos procuraron tres veces de les poner fuego, y aun prendimos quince indios de los que lo venían á poner, de quien se supo muy largamente todo lo que en Méjico hacían y concertaba Guatemuz; y era, que por vía ninguna habían de hacer paces, sino morir todos peleando ó quitarnos á todos las vidas. Quiero tornar á decir los llamamientos y mensajeros en todos los pueblos sujetos á Méjico, y cómo les perdonaba el tributo y el trabajar, que de día y de noche trabajaban de hacer casas y ahondar los pasos de las puentes y hacer alharradas muy fuertes, y poner á punto sus varas y tiraderas, y hacer unas lanzas muy largas para matar los caballos, engastados en ellas de las espadas que nos tomaron la noche del desbarate, y poner á punto sus hondas con piedras rollizas, y espadas de á dos manos, y otras mayores que espadas, como macanas, y todo género de guerra. Dejemos esta materia, y volvamos á decir de nuestra zanja y aceraquia, por donde habían de salir los bergantines á la gran laguna, que estaba ya muy ancha y honda, que podían nadar por ella navíos de razonable porte; porque, como otras veces he dicho, siempre andaban en la obra ocho mil indios trabajadores. Dejemos esto, y digamos cómo nuestro Cortés fué á una entrada de Saltocan.

CAPITULO CXLI.

Como nuestro capitán Cortés fué á una entrada al pueblo de Saltocan, que está de la ciudad de Méjico obra de seis leguas, puesto y poblado en la laguna, y dende allí á otros pueblos; y la que en el camino pasó diré adelante.

Como habían venido allí á Tezcucó sobre quince mil tlascaltecas con la madera de los bergantines, y había cinco días que estaban en aquella ciudad sin hacer cosa que de contar sea, y no tenían mantenimientos, antes les faltaban; y como el capitán de los tlascaltecas era muy esforzado y orgulloso, que ya he dicho otras veces que se decía Chichimecatecle, dijo á Cortés que quería ir á hacer algún servicio á nuestro gran emperador y batallar contra mejicanos, así por mostrar sus fuerzas

y buena voluntad para con nosotros, como para vengarse de las muertes y robos que habían hecho á sus hermanos y vasallos, así en Méjico como en sus tierras; y que le pedía por merced que ordenase y mandase á qué parte podrían ir que fuesen nuestros enemigos; y Cortés les dijo que los tenía en mucho su buen deseo, y que otro día quería ir á un pueblo que se dice Saltocan, que está de aquella ciudad cinco leguas, mas que están fundadas las casas en el agua de la laguna, é que había entrada para él por tierra; el cual pueblo había enviado á llamar de paz días había tres veces, y no quiso venir, y que les tornó á enviar mensajeros nuevamente con los de Tepetezcucó y de Ohtumba, que eran sus vecinos, y que en lugar de venir de paz, no quisieron, antes trataron mal á los mensajeros y descalabraron dellos, y la respuesta que dieron fué, que si allá íbamos, que no tenían menos fuerza y fortaleza; que fuesen cuando quisiesen, que en el campo les hallaríamos; é que habían tenido aquella respuesta de sus ídolos que allí nos matarían, y que les aconsejaron los ídolos que esta respuesta diesen; y á esta causa Cortés se apercebió para ir él en persona á aquella entrada, y mandó á doscientos y cincuenta soldados que fuesen en su compañía, y treinta de á caballo, y llevó consigo á Pedro de Albarado y á Cristóbal de Oli y muchos ballesteros y escopeteros, y á todos los tlascaltecas, y una capitania de hombres de guerra de Tezcucó, y los mas dellos principales; y dejó en guarda de Tezcucó á Gonzalo de Sandoval, para que mirase mucho por los bergantines y real, no diesen una noche en él; porque ya he dicho que siempre habíamos de estar la barba sobre el hombre, lo uno por estar tan á la raya de Méjico, y lo otro por estar en tan gran ciudad como era Tezcucó, y todos los vecinos de aquella ciudad eran parientes y amigos de mejicanos; y mandó al Sandoval y á Martín López, maestro de hacer los bergantines, que dentro de quince días los tuviesen muy á punto para echar al agua y navegar en ellos, y se partió de Tezcucó para hacer aquella entrada. Después de haber oído misa salió con su ejército, é yendo su camino, no muy lejos de Saltocan encontró con unos grandes escuadrones de mejicanos, que le estaban aguardando en parte que creyeron aprovecharse de nuestros españoles y matar los caballos; mas Cortés marchó con los de á caballo, y él juntamente con ellos; y después de haber disparado las escopetas y ballestas, rompieron por ellos y mataron algunos de los mejicanos, porque luego se acogieron á los montes y á partes que los de á caballo no los pudieron seguir; mas nuestros amigos los tlascaltecas prendieron y mataron obra de treinta; y aquella noche fué Cortés á dormir á unas caserías, y estuvo muy sobre aviso con sus corredores de campo y velas y rondas y espías, porque estaba entre grandes poblaciones; y supo que Guatemuz, señor de Méjico, había enviado muchos escuadrones de gente de guerra á Saltocan para los ayudar, los cuales fueron en canoas por unos hondos esteros; y otro día de mañana junto al pueblo comenzaron los mejicanos y los de Saltocan á pelear con los nuestros, y tirábanles mucha vara y flecha, y piedra con hondos desde las aceraquias donde estaban, é hirieron á diez de nuestros soldados y muchos de los amigos tlascaltecas, y ningún

mal les podían hacer los de á caballo, porque no podían correr ni pasar los esteros, que estaban todos llenos de agua, y el camino y calzada que solían tener, por donde entraban por tierra en el pueblo, de pocos días le habían deshecho y le abrieron á mano, y la ahondaron de manera que estaba hecho acequia y lleno de agua, y por esta causa los nuestros no podían en ninguna manera entrarles en el pueblo ni hacer daño ninguno; y puesto que los escopeteros y ballesteros tiraban á los que andaban en canoas, traíanlos tan bien armados de talabardones de madera, é demás de los talabardones, guardábanse bien; y nuestros soldados, viendo que no aprovechaba cosa ninguna y no podían atinar al camino y calzada que de antes tenían en el pueblo, porque todo lo hallaban lleno de agua, renegaban del pueblo y aun de la venida sin provecho, y aun medio corridos de cómo los mejicanos y los del pueblo les daban grande grita y les llamaban de mujeres, é que Malinche era otra mujer, y que no era esforzado sino para engañarlos con palabras y mentiras; y en este instante dos indios de los que allí venían con los nuestros, que eran de Tepetzeuco, que estaban muy mal con los de Saltocan, dijeron á un nuestro soldado, que había tres días que vinieron, cómo abrían la calzada y la lavaron y la hicieron zanja, y echaron de otra acequia el agua por ella, y que no muy lejos adelante está por abrir é iba camino al pueblo. Y cuando nuestros soldados lo hubieron entendido, y por donde los indios les señalaron, se ponen en gran concierto los ballesteros y escopeteros, unos armando y otros soltando, y esto poco á poco, y no todos á la par, y el agua á vuelapié, y á otras partes á mas de la cinta, pasan todos nuestros soldados, y muchos amigos siguiéndolos, y Cortés con los de á caballo aguardándolos en tierra firme, haciéndoles espaldas, porque temió no viniesen otra vez los escuadrones de Méjico y diesen en la rezaga; y cuando pasaban las acequias los nuestros, como dicho tengo, los contrarios daban en ellos como á terrero, y hirieron muchos; mas, como iban deseosos de llegar á la calzada que estaba por abrir, todavía pasan adelante, hasta que diern en ella por tierra sin agua, y vanse al pueblo; y en fin de mas razones, tal mano les dieron, que les mataron muchos mejicanos, y lo pagaron muy bien, é la burla que dellos hacían; donde hubieron mucha ropa de algodón y oro y otros despojos; y como estaban poblados en la laguna, de presto se meten los mejicanos y los naturales del pueblo en sus canoas con todo el hato que pudieron llevar, y se van á Méjico; y los nuestros, de que los vieron despoblados, quemaron algunas casas, y no osaron dormir en él por estar en el agua, y se vinieron donde estaba el capitán Cortés aguardándolos; y allí en aquel pueblo se hubieron muy buenas indias, y los tlascaltecas salieron ricos con mantas, sal y oro y otros despojos, y luego se fueron á dormir á unas caserías que serían una legua de Saltocan, y allí se curaron, y un soldado murió dende á pocos días de un flechazo que le dieron por la garganta; y luego se pusieron velas y corredores del campo, y hubo buen recueldo, porque todas aquellas tierras estaban muy pobladas de culchúas; y otro día fueron camino de un gran pueblo que se dice Coluatitlan, é yendo por el camino, los de aquellas poblaciones y otros muchos

mejicanos que con ellos se juntaban, les daban muy grande grita y voces, diciéndoles vituperios, y era en parte que no podían correr los caballos ni se les podía hacer ningún daño, porque estaban entre acequias; y desta manera llegaron á aquella población, y estaba despoblado de aquel mismo día y alzado el hato, y en aquella noche durmieron allí con grandes velas y rondas; y otro día fueron camino de un gran pueblo que se dice Tenayuca, y este pueblo solíamos llamar la primera vez que entramos en Méjico el pueblo de las Serpes, porque en el adoratorio mayor que tenían hallamos dos grandes bultos de serpes de malas figuras, que eran sus ídolos en quien adoraban. Dejemos esto, y digamos del camino, y es que este pueblo hallaron despoblado como el pasado, que todos los indios naturales dellos se habían juntado en otro pueblo que estaba mas adelante; y desde allí fué á otro pueblo que se dice Escapuzalco, que sería del uno al otro una legua, y asimismo estaba despoblado. Este Escapuzalco era donde labraban el oro é plata al gran Montezuma, y solíamosle llamar el pueblo de los Plateros; y desde aquel pueblo fué á otro, que ya he dicho que se dice Tacuba, que es obra de media legua el uno del otro. En este pueblo fué donde reparamos la triste noche cuando salimos de Méjico desbaratados, y en él nos mataron ciertos soldados, según dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla; y tornemos á nuestra plática: que antes que nuestro ejército llegase al pueblo, estaban en campo aguardando á Cortés muchos escuadrones de todos aquellos pueblos por donde había pasado, y los de Tacuba y de mejicanos, porque Méjico está muy cerca dél, y todos juntos comenzaron á dar en los nuestros, de manera que tuvo harto nuestro capitán de romper en ellos con los de á caballo; y andaban tan juntos los unos con los otros, que nuestros soldados á buenas cuchilladas los hicieron retraer; y como era noche, durmieron en el pueblo con buenas velas y escuchas, y otro día de mañana, si muchos mejicanos habían estado juntos, muchos mas se juntaron aquel día, y con gran concierto venían á darnos guerra, de tal manera, que herían algunos soldados; mas todavía los nuestros los hicieron retraer en sus casus y fortaleza, de manera que tuvieron tiempo de les entrar en Tacuba y quemar muchas casas y metelles á sacomano; y como aquello supieron en Méjico, ordenaron de salir muchos mas escuadrones de su ciudad á pelear con Cortés, y concertaron que cuando peleasen con él, que hiciesen que volvían huyendo hácia Méjico, y que poco á poco metiesen á nuestro ejército en su calzada, y que cuando los tuviesen dentro, haciendo como que se retraían de miedo; é así como lo concertaron lo hicieron, y Cortés, creyendo que llevaba victoria, los mandó seguir hasta una puente; y cuando los mejicanos sintieron que tenían ya metido á Cortés en el garlito pasada la puente, vuelve sobre él tanta multitud de indios, que unos por tierra, otros con canoas y otros en las azuteas, le dan tal mano, que le ponen en tan gran aprieto, que estuvo la cosa de arte, que creyó ser perdido é desbaratado; porque á una puente donde había llegado cargaron tan de golpe sobre él, que ni poco ni mucho se podía valer; é un alférez que llevaba una bandera, por sostener el gran ímpetu de los contrarios le

hirieron muy malamente y cayó con su bandera desde un puente abajo en el agua, y estuvo en ventura de no se ahogar, y aun le tenían ya asido los mejicanos para le meter en unas canoas, y él fué tan esforzado, que se escapó con su bandera; y en aquella refriega mataron cinco soldados, é hirieron muchos de los nuestros; y Cortés, viendo el gran atrevimiento y mala consideración que habia hecho en haber entrado en la calzada de la manera que le dicho, y sintió cómo los mejicanos le habian cebado, luego mandó que todos se retrajesen; y con el mejor concierto que pudo, y no vueltas las espaldas, sino los rostros á los contrarios, pié contra pié, como quien hace represas, y los ballesteros y escopeteros unos armando y otros tirando, y los de á caballo haciendo algunas arremetidas, mas eran muy pocas, porque luego les herian los caballos; y desta manera se escapó Cortés aquella vez del poder de Méjico, y cuando se vió en tierra firme dió muchas gracias á Dios. Allí en aquella calzada y puente fué donde un Pedro de Ircio, muchas veces por mí nombrado, dijo al alférez que cayó con la bandera en la laguna, que se decia Juan Volante, por le alentar (que no estaba bien con él por amores de una mujer) ciertas palabras pesadas, y no tuvo razon de decir aquellas palabras, porque el alférez era un hidalgo y hombre muy esforzado, y como tal se mostró aquella vez y otras muchas; y al Pedro de Ircio no le fue muy bien de su mala voluntad que tenia contra Juan Volante, el tiempo andando. Dejamos á Pedro de Ircio, y digamos que en cinco dias que allí en lo de Tacuba estuvo Cortés tuvo batalla y reencuentros con los mejicanos y sus aliados; y desde allí dió la vuelta para Tezcucó, y por el camino que habia venido se volvió, y le daban grita los mejicanos, creyendo que volvía huyendo, y aun sospecharon lo cierto, que con gran temor volvió; y les esperaban en partes que querian ganar honra con él y matalle los caballos, y le echaban celadas; y como aquello vió, los echó una en que les mató é hirió muchos de los contrarios, é á Cortés entonces le mataron dos caballos é un soldado, y con esto no le siguieron mas; é á buenas jornadas llegó á un pueblo sujeto á Tezcucó, que se dice Aculman, que estará de Tezcucó dos leguas y media; y como lo supimos cómo habia allí llegado, salimos con Gonzalo de Sandoval á le ver y recibir, acompañado de muchos caballeros y soldados y de los caciques de Tezcucó, especial de don Hernando, principal de aquella ciudad; y en las vistas nos alegramos mucho, porque habia mas de quince dias que no habiamos sabido de Cortés ni de cosa que le hubiese acaecido; y después de le haber dado el bien venido y haberle hablado algunas cosas que convenian sobre lo militar, nos volvimos á Tezcucó aquella tarde, porque no osábamos dejar el real sin buen recado; y nuestro Cortés se quedó en aquel pueblo hasta otro dia, que llegó á Tezcucó; y los tlascultecas, como ya estaban ricos y venian cargados de despojos, demandaron licencia para irse á su tierra, y Cortés se la dió; y fueron por parte que los mejicanos no tuvieron espías sobre ellos, y salvaron sus haciendas. Y á cabo de cuatro dias que nuestro capitán reposaba y estaba dando priesa en hacer los bergantines, vinieron unos pueblos de la costa del norte á demandar paces y darse por vasallos de su majestad; los cuales pue-

blos se llaman Tzacapan y Mascalcingo é Naultran, y otros pueblezuelos de aquellas comarcas, y trajeron un presente de oro y ropa de algodón; y cuando llegaron delante de Cortés, con gran acato, después de haber dado su presente, dijeron que le pedian por merced que les admitiese á su amistad, y que querian ser vasallos del rey de Castilla, y dijeron que cuando los mejicanos mataron sus teules en lo de Almería, y era capitán dellos Quete Alpopoca, que ya habiamos quemado por justicia, que todos aquellos pueblos que allí venian fueron en ayudar á los teules; y después que Cortés les hubo oido, puesto que entendia que habian sido con los mejicanos en la muerte de Juan de Escalante y los seis soldados que le mataron en lo de Almería, segun he dicho en el capítulo que dello habia, les mostró mucha voluntad y recibió el presente, y por vasallos del Emperador nuestro señor, y no les demandó cuenta sobre lo acaecido ni se lo trajo á la memoria, porque no estaba en tiempo de hacer otra cosa; y con buenas palabras y ofrecimientos los despachó. Y en este instante vinieron á Cortés otros pueblos de los que se habian dado por nuestros amigos á demandar favor contra mejicanos, y decian que les fuésemos á ayudar, porque venian contra ellos grandes escuadrones, y les habian entrado en su tierra y llevado presos muchos de sus indios, y á otros habian descalabrado. Y tambien en aquella sazón vinieron los de Chulco y Talmamalco, y dijeron que si luego no les socorrian que serian perdidos, porque estaban sobre ellos muchas guarniciones de sus eneignos; y tantas lástimas decian, que traian en un paño de manta do nequen pintado al natural los escuadrones que sobre ellos venian, que Cortés no sabia qué se decir ni qué responderles, ni dar remedio á los unos ni á los otros; porque habia visto que estábamos muchos de nuestros soldados heridos y dolientes, y se habian muerto ocho de dolor de costado y de echar sangre cuajada, revuelta con todo, por la boca y narices; y era del quebrantamiento de las arinas que siempre traíamos á cuestas, é de que á la continua íbamos á las entradas, y de polvo que en ellas tragábamos; y demás desto, viendo que se habian muerto tres ó cuatro soldados de heridas, que nunca parábamos de ir á entrar, unos venidos y otros vueltos. La respuesta que les dió á los primeros pueblos fué que les halagó y dijo que iria presto á les ayudar, y que entre tanto que iba, que se ayudasen de otros pueblos sus vecinos, y que esperasen en campo á los mejicanos, y que todos juntos les diesen guerra, é que si los mejicanos vieses que les mostraban cara y ponian fuerzas contra ellos, que temerian, é que ya no tenían tantos poderes los mejicanos para les dar guerra como solian, porque tenían muchos contrarios; y tantas palabras les dijo con nuestras lenguas, é los esforzó, que reposaron algo sus corazones, y no tanto, que luego demandaron cartas para dos pueblos sus comarcas, nuestros amigos, para que les fuesen á ayudar. Las cartas en aquel tiempo no las entendian; mas bien sabian que entre nosotros se tenia por cosa cierta que cuando se enviaban eran como mandamientos ó señales que les mandaban algunas cosas de calidad; é con ellas se fueron muy contentos, y las mostraron á sus amigos y los llamaron; y como nuestro Cortés se lo mandó, aguardaron en el cam-

po á los mejicanos y tuvieron con ellos una batalla, y con ayuda de nuestros amigos sus vecinos, á quien dieron la carta, no les fué mal en la pelea. Volvamos á los de Chalco: que viendo nuestro Cortés que era cosa muy importante para nosotros que aquella provincia estuviese desembarazada de gentes de Culchúa; porque, como he dicho otra vez, por allí habían de ir é venir á la villa rica de la Veracruz é á Tlascala, y habíamos de mantener nuestro real, porque es tierra de mucho maíz, luego mandó á Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, que se aparejase para otro día de mañana ir á Chalco, y le mandó dar veinte á caballo y ducientos soldados, y doce ballesteros y diez escopeteros, y los tlascaltecas que había en nuestro real, que eran muy pocos, porque, como dicho habemos en este capítulo, todos los mas se habían ido á su tierra cargados de despojos, y también llevó una capitania de los de Tezcuco, y en su compañía al capitán Luis Marín, que era su muy íntimo amigo; y quedamos en guarda de aquella ciudad y bergantines Cortés é Pedro de Albarado y Cristóbal de Oli con los demás soldados. Y antes que Gonzalo de Sandoval vaya para Chalco, como está acordado, quiero aquí decir cómo, estando escribiendo en esta relacion todo lo acaecido á Cortés, de Saltocan, acuso estaban presentes dos hidalgos muy curiosos que habían leído la Historia de Gómora, y me dijeron que tres cosas se me olvidaban de escribir, que tenía escrito el coronista Gómora de la misma entrada que hizo Cortés; y la una era que dió Cortés vista á Méjico con trece bergantines, y peleó muy bien con el gran poder de Guatemuz, con sus grandes cuernos y pimagas en la laguna; la otra era que cuando Cortés entró en la calzada de Méjico que tuvo pláticas con los señores y caciques mejicanos, y les dijo que les quitaría el bastimento y se morirían de hambre; y la otra fué que Cortés no quiso decir á los de Tezcuco que había de ir á Saltocan, porque no le diesen aviso. Yo respondí á los mismos hidalgos que me lo dijeron, que en aquella sazón los bergantines no estaban acabados de hacer, é que ¿cómo podía llevar por tierra bergantines ni por la laguna los caballos ni tanta gente? Que es cosa de reir ver lo que escribe; y que cuando entró en la calzada de Tacuba, como dicho habemos, que tanto tuvo Cortés en escapar él y su ejército, que estuvo medio desbaratado; y en aquella sazón no habíamos puesto cerco á Méjico; para vedalles los mantenimientos, ni tenían hambre, y eran señores de todos sus vasallos; y lo que pasó muchos días adelante, cuando los teníamos en grande aprieto, pone ahora el Gómora; y en lo que dice que se apartó Cortés por otro camino para ir á Saltocan, no lo supiesen los de Tezcuco, digo que por fuerza fueron por sus pueblos y tierras de Tezcuco, porque por allí era el camino, y no otro; y en lo que escribe va muy errado, y á lo que yo he sentido, no tiene él la culpa, sino el que le informó, que por sublimar á quien á él se le antojó, ensalzó sus cosas, y porque no se declarasen nuestros heroicos hechos le daban aquellas relaciones; y esta es la verdadera; y como lo hubieron bien entendido los mismos que me lo dijeron, y vieron claro lo que les dije ser así, se convencieron. Y dejemos esta plática, y tornemos al capitán Gonzalo de Sandoval, que partió

de Tezcuco después de haber oído misa, y fue á amanecer cerca de Chalco; y lo que pasó diré adelante.

CAPITULO CXLII.

Cómo el capitán Gonzalo de Sandoval fué á Chalco é á Tlamanalco con todo su ejército; y lo que en aquella jornada pasó dire adelante.

Ya he dicho en el capítulo pasado cómo los pueblos de Chalco y Tlamanalco vinieron á decir á Cortés que les enviase socorro, porque estaban grandes guarrniciones juntas para les venir á dar guerra; é tantas lúsimas le dijeron, que mandó á Gonzalo de Sandoval que fuese allá con ducientos soldados y veinte de á caballo, é diez ó doce ballesteros y otros tantos escopeteros, y nuestros amigos los de Tlascala y otra capitania de los de Tezcuco; y llevó al capitán Luis Marín por compañero, porque era su muy grande amigo; y después de haber oído misa, en 12 días del mes de marzo de 1521 años, fué á dormir á unas estancias del mismo Chalco, y otro día llegó por la mañana á Tlamanalco, y los caciques y capitanes le hicieron buen recibimiento y le dieron de comer, y le dijeron que luego fuese hácia un gran pueblo que se dice Guaztepeque, porque hallaría juntos todos los poderes de Méjico en el mismo Guaztepeque ó en el camino antes de llegar á él, é que todos los de aquella provincia de Chalco irían con él; y al Gonzalo de Sandoval parecióle que sería muy bien ir muy á punto; y puesto en concierto, fué á dormir á otro pueblo sujeto del mismo Chalco, Chiumlacan, porque las espías que los de Chalco tenían puestas sobre los culchúas vinieron á avisar cómo estaban en el campo no muy lejos de allí la gente de guerra sus enemigos, é que había algunas quebradas de arcabuezos, adonde esperaban; y como el Sandoval era muy avisado y de buen consejo, puso los escopeteros y ballesteros por delante, y los de á caballo mandó que de tres en tres se hermanasen, y cuando hubiesen gastado los ballesteros y escopeteros algunos tiros, que todos juntos los de á caballo rompiesen por ellos á media rienda y las lanzas terciadas, y que no curasen alancear, sino por los rostros, hasta ponerlos en huida, y que no se deshermanasen; y mandó á los soldados de á pié que siempre estuviesen hechos un cuerpo, y no se metiesen entre los contrarios hasta que se le mandase; porque, como le decían que eran muchos los enemigos (y así fué verdad), y estaban entre aquellos malos pasos, y no sabían si tenían hoyos hechos ó algunas albarradas, quería tener sus soldados enteros, no le viniese algun desmán; é yendo por su camino, vió venir por tres partes repartidos los escuadrones de mejicanos dando gritos y tañendo trompetillas y atabales, con todo género de armas, según lo suelen traer, y se vinieron como leones bravos á encontrar con los nuestros; y cuando el Sandoval los vió tan denodados, no guardó á la orden que había dado, y dijo á los de á caballo que antes que se juntasen con los nuestros que luego rompiesen, y el Sandoval delante animando á los suyos dijo: «Santiago, y á ellos;» y de aquel tropel fueron algunos de los escuadrones mejicanos medio desbaratados, mas no del todo, que se juntaron todos é hicieron rostro, porque se ayudaban con los malos pasos é quebradas, porque

los de á caballo, por ser los pasos muy agros, no podían correr, y se estuvieron sin ir tras ellos; á esta causa les tornó á mandar Sandoval á todos los soldados que con buen concierto les entrasen, los ballesteros y escopeteros delante, y los rodeleros que les fuesen á los lados, y cuando viesen que les iban hiriendo y haciendo mala obra, y oyesen un tiro desta otra parte de la barranca, que sería señal que todos los de á caballo á una arremetiesen á les echar de aquel sitio, creyendo que les meterían en tierra llana que había allí cerca; y apercebió á los amigos que ellos ansimismo acudiesen con los españoles, y así se hizo como lo mandó; y en aquel tropel recibieron los nuestros muchas heridas, porque eran muchos los contrarios que sobre ellos cargaron; y en fin de mas pláticas, les hicieron ir retrayendo, mas fue hacia otros malos pasos; y Sandoval con los de á caballo los fué siguiendo, y no alcanzó sino tres ó cuatro; y uno de los nuestros de á caballo que iba en el alcance, que se decía Gonzalo Dominguez, como era mal camino, rodó el caballo y tomóle debajo, y dende á pocos días murió de aquella mala caída. He traído esto aquí á la memoria deste soldado, porque este Gonzalo Dominguez era uno de los mejores jinetes y esforzado que Cortés había traído en nuestra compañía; y teníamosle en tanto en las guerras, por su esfuerzo, como al Cristóbal de Olí y á Gonzalo de Sandoval; por la cual muerte hubo mucho sentimiento entre todos nosotros. Volvamos á Sandoval y á todo su ejército, que los fué siguiendo hasta cerca del pueblo que se dice Guaztepeque, y antes de llegar á él le salen al encuentro sobre quince mil mejicanos, y le comenzaban á cercar y le hicieron muchos soldados y cinco caballos; mas como la tierra era en parte llana, con el gran concierto que llevaba rompe los dos escuadrones con los de á caballo, y los demás escuadrones vuelven las espaldas hacia el pueblo para tornar á aguardar á unos mamparos que tenían hechos; mas nuestros soldados y los amigos les siguieron de manera, que no tuvieron tiempo de aguardar, y los de á caballo siempre fueron en el alcance por otras partes, hasta que se encerraron en el mismo pueblo en partes que no se pudieron haber; y creyendo que no volverían más á pelear aquel día, mandó Sandoval reposar su gente, y se curaron los heridos y comenzaron á comer, que se había habido mucho despojo; y estando comiendo vinieron dos de á caballo y otros dos soldados que había puesto antes que comenzase á comer, los unos para corredores del campo y los otros por espías, y vinieron diciéndole: «Al arma, al arma; que vienen muchos escuadrones de mejicanos; y como siempre estaban acostumbrados á tener las armas muy á punto, de presto cabalgan y salen á una gran plaza, y en aquel instante vinieron los contrarios, y allí hubo otra buena batalla; y después que estuvieron buen rato haciendo obra en unos mamparos, desde allí hirieron algunos de los nuestros, y tal prisa les dió el Gonzalo de Sandoval con los de á caballo, y con las escopetas y tallestas y cuchilladas los soldados, que les hicieron huir del pueblo por otras barrancas, y por aquel día no volvieron mas; y cuando el capitán Sandoval se vió libre desta refriega dió muchas gracias á Dios, y se fué á reposar y dormir á una huerta que había en aquel pue-

lla-n.

blo, la mas hermosa y de mayores edificios y cosa mucho de mirar que se había visto en la Nueva-España; y tenía tantas cosas, que era muy admirable, y ciertamente era huerta para un gran principe, y aun no se acabó de andar por entonces toda, porque tenía mas de un cuarto de legua de largo. Y dejemos de hablar de la huerta, y digamos que yo no vine en esta entrada, ni en este tiempo que digo anduve esta huerta, sino desde obra de veinte días que vine con Cortés cuando rodeamos los grandes pueblos de la laguna, como adelante diré; y la causa por que no vine en aquella sazón es porque estaba muy mal herido de un bote de lanza que me dieron en la garganta junto al guznate, que estuve della á peligro de muerte, de que agora tengo una señal, y diéronmela en lo de Iztapalapa, cuando nos apretaron tanto; y como yo no fui en esta entrada, por eso digo en esta mi relación: «Fueron y esto hicieron y tal les acaeció;» y no digo: «Hicimos ni hice ni vine ni en ello me hallé;» mas todo lo que escribo acerca dello pasó al pié de la letra; porque luego se sabe en el real de la manera que en las entradas acaece; y así, no se puede quitar ni alargar mas de lo que pasó. Y dejaré de hablar en esto, y volveré al capitán Gonzalo de Sandoval, que otro día de mañana, viendo que no había mas bullicio de guerreros mejicanos, envió á llamar á los caciques de aquel pueblo con cinco indios naturales de los que habían prendido en las batallas pasadas, y los dos dellos eran principales, y les envió á decir que no hubiesen miedo y que vengan de paz, y que lo pasado se lo perdona, y les dijo otras buenas razones, y los mensajeros que fueron á tratar las paces, mas no osaron venir los caciques por miedo de los mejicanos; y en aquel mismo día también envió á decir á otro gran pueblo que estaba de Guaztepeque obra de dos leguas, que se dice Acapistla, que mirasen que son buenas las paces, que no querían guerra, y que miren y tengan en la memoria en qué han parado los escuadrones de culchúas que estaban en aquel pueblo de Guaztepeque, sino que todos han sido desbaratados; que vengan de paz, y que los mejicanos que tienen en guarnición que les echen fuera de su tierra, y que si no lo hacen, que irá allá de guerra y los castigará; y la respuesta fué que vayan cuando quisieren, que bien piensan tener con sus cuerpos y carnes buenas hartazgas, y sus ídolos sacrificios; y como aquella respuesta le dieron, y los caciques de Chalco que con Sandoval estaban, que sabían que en aquel pueblo de Acapistla estaban muchos mas mejicanos en guarnición para les ir á Chalco á dar guerra cuando vieses vuelto al Sandoval, á esta causa le rogaron que fuese allá y los echase de allí; y el Sandoval estaba para no ir, lo uno porque estaba herido y tenía muchos soldados y caballos heridos, y lo otro, como había tenido tres batallas, no se quisiera meter por entonces en hacer mas de lo que Cortés le mandaba; y también algunos caballeros de los que llevaba en su compañía, que eran de los de Narvaez, le dijeron que se volviese á Tezcucó y que no fuese á Acapistla, porque estaba en gran fortaleza, no le acaeciese algun desmán; y el capitán Luis Marin le aconsejó que no dejase de ir á aquella fuerza y hacer lo que pudiese; porque los caciques de Chalco decían que si desde allí se volvían sin deshacer el poder que estaba

mal les podían hacer los de á caballo, porque no podían correr ni pasar los esteros, que estaban todos llenos de agua, y el camino y calzada que solían tener, por donde entraban por tierra en el pueblo, de pocos días le habían deshecho y le abrieron á mano, y la abondaron de manera que estaba hecho acequia y lleno de agua, y por esta causa los nuestros no podían en ninguna manera entralles en el pueblo ni hacer daño ninguno; y puesto que los escopeteros y ballesteros tiraban á los que andaban en canoas, traíanlas tan bien armadas de talabardones de madera, é demás de los talabardones, guardábanse bien; y nuestros soldados, viendo que no aprovechaba cosa ninguna y no podían atinar al camino y calzada que de antes tenían en el pueblo, porque todo lo hallaban lleno de agua, renegaban del pueblo y aun de la venida sin provecho, y aun medio corridos de cómo los mejicanos y los del pueblo les daban grande grita y les llamaban de mujeres, é que Malinche era otra mujer, y que no era esforzado sino para engañarlos con palabras y mentiras; y en este instante dos indios de los que allí venían con los nuestros, que eran de Tepetecucan, que estaban muy mal con los de Saltocon, dijeron á un nuestro soldado, que había tres días que vinieron, cómo abrían la calzada y la lavaron y la hicieron zanja, y echaron de otra acequia el agua por ella, y que no muy lejos adelante está por abrir é iba camino al pueblo. Y cuando nuestros soldados lo hubieron entendido, y por donde los indios les señalaron, se ponen en gran concierto los ballesteros y escopeteros, unos armando y otros soltando, y esto poco á poco, y no todos á la par, y el agua á vuelapié, y á otras partes á mas de la cinta, pasan todos nuestros soldados, y muchos amigos siguiéndolos, y Cortés con los de á caballo aguardándolos en tierra firme, haciéndoles espaldas, porque temió no viniesen otra vez los escuadrones de Méjico y diesen en la rezaga; y cuando pasaban las acequias los nuestros, como dicho tengo, los contrarios daban en ellos como á terrero, y hirieron muchos; mas, como iban deseosos de llegar á la calzada que estaba por abrir, todavía pasan adelante, hasta que dieron en ella por tierra sin agua, y vanse al pueblo; y en fin de mas razones, tal mano les dieron, que les mataron muchos mejicanos, y lo pagaron muy bien, é la burla que dellos hacían; donde hubieron mucha ropa de algodón y oro y otros despojos; y como estaban poblados en la laguna, de presto se meten los mejicanos y los naturales del pueblo en sus canoas con todo el hato que pudieron llevar, y se van á Méjico; y los nuestros, de que los vieron despoblados, quemaron algunas casas, y no osaron dormir en él por estar en el agua, y se vinieron donde estaba el capitán Cortés aguardándolos; y allí en aquel pueblo se hubieron muy buenas indias, y los tlascaltecas salieron ricos con montas, sal y oro y otros despojos, y luego se fueron á dormir á unas caserías que serían una legua de Saltocon, y allí se curaron, y un soldado murió dende á pocos días de un flechazo que le dieron por la garganta; y luego se pusieron velas y corredores del campo, y hubo buen recaudo, porque todas aquellas tierras estaban muy pobladas de culehúas; y otro día fueron camino de un gran pueblo que se dice Coluntitlan, é yendo por el camino, los de aquellas poblaciones y otros muchos

mejicanos que con ellos se juntaban, les daban muy grande grita y voces, diciéndoles vituperios, y era en parte que no podían correr los caballos ni se les podía hacer ningun daño, porque estaban entre acequias; y desta manera llegaron á aquella poblacion, y estaba despoblado de aquel mismo día y alzado el hato, y en aquella noche durmieron allí con grandes velas y rondas; y otro día fueron camino de un gran pueblo que se dice Tena-yuca, y este pueblo solíamos llamar la primera vez que entramos en Méjico el pueblo de las Sierpes, porque en el adoratorio mayor que tenían hallamos dos grandes bultos de sierpes de malas figuras, que eran sus idolos en quien adoraban. Dejemos esto, y digamos del camino, y es que este pueblo hallaron despoblado como el pasado, que todos los indios naturales dellos se habían juntado en otro pueblo que estaba mas adelante; y desde allí fué á otro pueblo que se dice Escapuzalco, que sería del uno al otro una legua, y asimismo estaba despoblado. Este Escapuzalco era donde labraban el oro é plata al gran Montezuma, y solíamosle llamar el pueblo de los Plateros; y desde aquel pueblo fué á otro, que ya he dicho que se dice Tacuba, que es obra de media legua el uno del otro. En este pueblo fué donde reparamos la triste noche cuando salimos de Méjico desbaratados, y en él nos mataron ciertos soldados, segun dicho tengo en el capitulo pasado que dello habla; y tornemos á nuestra plática: que antes que nuestro ejército llegase al pueblo, estaban en campo aguardando á Cortés muchos escuadrones de todos aquellos pueblos por donde había pasado, y los de Tacuba y de mejicanos, porque Méjico está muy cerca dél, y todos juntos comenzaron á dar en los nuestros, de manera que tuvo harto nuestro capitán de romper en ellos con los de á caballo; y andaban tan juntos los unos con los otros, que nuestros soldados á buenas cuchilladas los hicieron retraer; y como era noche, durmieron en el pueblo con buenas velas y escuchas, y otro día de mañana, si muchos mejicanos habían estado juntos, muchos mas se juntaron aquel día, y con gran concierto venían á darnos guerra, de tal manera, que herían algunos soldados; mas todavía los nuestros los hicieron retraer en sus casas y fortaleza, de manera que tuvieron tiempo de les entrar en Tacuba y quemalles muchas casas y metelles á sacomano; y como aquello supieron en Méjico, ordenaron de salir muchos mas escuadrones de su ciudad á pelear con Cortés, y concertaron que cuando peleasen con él, que hiciesen que volvían huyendo hacia Méjico, y que poco á poco metiesen á nuestro ejército en su calzada, y que cuando los tuviesen dentro, haciendo como que se retraían de miedo; é así como lo concertaron lo hicieron, y Cortés, creyendo que llevaba victoria, los mandó seguir hasta una puente; y cuando los mejicanos sintieron que tenían ya metido á Cortés en el garlito pasada la puente, vuelve sobre él tanta multitud de indios, que unos por tierra, otros con canoas y otros en las azuleas, le dan tal rigo, que le ponen en tan gran aprieto, que estuvo la cosa de arte, que creyó ser perdido é desbaratado; porque á una puente donde había llegado cargaron tan de golpe sobre él, que ni poco ni mucho se podía valer; é un alférez que llevaba una bandera, por sostener el gran impetu de los contrarios le

hirieron muy malamente y cayó con su bandera desde la puente abajo en el agua, y estuvo en ventura de no se ahogar, y aun le tenían ya asido los mejicanos para le meter en unos canoas, y él fué tan esforzado, que se escapó con su bandera; y en aquella refriega mataron cinco soldados, é hirieron muchos de los nuestros; y Cortés, viendo el gran atrevimiento y mala consideración que había hecho en haber entrado en la calzada de la manera que le dicho, y sintió cómo los mejicanos le habían cebado, luego mandó que todos se retrajesen; y con el mejor concierto que pudo, y no vueltas las espaldas, sino los rostros á los contrarios, pié contra pié, como quien hace represas, y los bailesteros y escopeteros unos armando y otros tirando, y los de á caballo haciendo algunas arremetidas, mas eran muy pocas, porque luego les herian los caballos; y desta manera se escapó Cortés aquella vez del poder de Méjico, y cuando se vió en tierra firme dió muchas gracias á Dios. Allí en aquella calzada y puente fué donde un Pedro de Ircio, muchas veces por mí nombrado, dijo al alférez que cayó con la bandera en la laguna, que se decia Juan Volante, por le afrentar (que no estaba bien con él por amores de una mujer) ciertas palabras pesadas, y no tuvo razon de decir aquellas palabras, porque el alférez era un hidalgo y hombre muy esforzado, y como tal se mostró aquella vez y otras muchas; y al Pedro de Ircio no le fue muy bien de su mala voluntad que tenia contra Juan Volante, el tiempo andando. Dejemos á Pedro de Ircio, y digamos que en cinco dias que allí en lo de Tacuba estuvo Cortés tuvo batalla y reencuentros con los mejicanos y sus aliados; y desde allí dió la vuelta para Tezcuco, y por el camino que había venido se volvió, y le daban grita los mejicanos, creyendo que volvía huyendo, y aun sospecharon lo cierto, que con gran temor volvió; y les esperaban en partes que querian ganar honra con él y matarle los caballos, y le echaban celadas; y como aquello vió, les echó una en que les mató é hirió muchos de los contrarios, é á Cortés entonces le mataron dos caballos é un soldado, y con esto no le siguieron mas; é á buenas jornadas llegó á un pueblo sujeto á Tezcuco, que se dice Aculman, que estará de Tezcuco dos leguas y media; y como lo supimos cómo había allí llegado, salimos con Gonzalo de Sandoval á le ver y recibir, acompañado de muchos caballeros y soldados y de los caciques de Tezcuco, especial de don Hernando, principal de aquella ciudad; y en las vistas nos alegramos mucho, porque había mas de quince dias que no habíamos sabido de Cortés ni de cosa que le hubiese acaecido; y después de le haber dado el bien venido y haberle hablado algunas cosas que convenian sobre lo militar, nos volvimos á Tezcuco aquella tarde, porque no osábamos dejar el real sin buen recado; y nuestro Cortés se quedó en aquel pueblo hasta otro dia, que llegó á Tezcuco; y los tlascaltecas, como ya estaban ricos y venian cargados de despojos, demandaron licencia para irse á su tierra, y Cortés se la dió; y fueron por parte que los mejicanos no tuvieron espías sobre ellos, y salvaron sus haciendas. Y á cabo de cuatro dias que nuestro capitán reposaba y estaba dando prieta en hacer los bergantines, vinieron unos pueblos de la costa del norte á demandar paces y darse por vasallos de su majestad; los cuales pue-

blos se llaman Tucapan y Mascalcingo é Naultrau, y otros pueblezuelos de aquellas comarcas, y trajeron un presente de oro y ropa de algodón; y cuando llegaron delante de Cortés, con gran acato, después de haber dado su presente, dijeron que le pedian por merced que les admitiese á su amistad, y que querian ser vasallos del rey de Castilla, y dijeron que cuando los mejicanos mataron sus teules en lo de Almería, y era capitán dellos Quele Alpopoca, que ya habíamos quemado por justicia, que todos aquellos pueblos que allí venian fueron en ayudar á los teules; y después que Cortés les hubo oido, puesto que entendia que habían sido con los mejicanos en la muerte de Juan de Esculante y los seis soldados que le mataron en lo de Almería, segun le dicho en el capitulo que dello habla, les mostró mucha voluntad y recibió el presente, y por vasallos del Emperador nuestro señor, y no les demandó cuenta sobre lo acaecido ni se lo trajo á la memoria, porque no estaba en tiempo de hacer otra cosa; y con buenas palabras y ofrecimientos los despachó. Y en este instante vinieron á Cortés otros pueblos de los que se habían dado por nuestros amigos á demandar favor contra mejicanos, y decian que les fuésemos á ayudar, porque venian contra ellos grandes escuadrones, y les habían entrado en su tierra y llevado presos muchos de sus indios, y á otros habían descabrado. Y tambien en aquella sazón vinieron los de Chalco y Talmanalco, y dijeron que si luego no les socorrian que serian perdidos, porque estaban sobre ellos muchas guarniciones de sus enemigos; y tantas lústimas decian, que traian en un puño de manta de nequeu pintado al natural los escuadrones que sobre ellos venian, que Cortés no sabia qué se decir ni qué respondelles, ni dar remedio á los unos ni á los otros; porque había visto que estábamos muchos de nuestros soldados heridos y dolientes, y se habían muerto ocho de dolor de costado y de echar sangre cuajada, revuelta con todo, por la boca y narices; y era del quebrantamiento de las armas que siempre traíamos á cuestras, é de que á la continua ibamos á las entradas, y de polvo que en ellas tragábamos; y demás desto, viendo que se habían muerto tres ó cuatro soldados de heridas, que nunca parábamos de ir á entrar, unos venidos y otros vueltos. La respuesta que les dió á los primeros pueblos fué que les halagó y dijo que iria presto á les ayudar, y que entre tanto que iba, que se ayudasen de otros pueblos sus vecinos, y que esperasen en campo á los mejicanos, y que todos juntos les diesen guerra, é que si los mejicanos viesan que les mostraban cara y ponian fuerzas contra ellos, que temerian, é que ya no tenían tantos poderes los mejicanos para les dar guerra como solian, porque tenían muchos contrarios; y tantas palabras les dijo con nuestras lenguas, é los esforzó, que reposaron algo sus corazones, y no tanto, que luego demandaron cartas para dos pueblos sus comarcanos, nuestros amigos, para que les fuesen á ayudar. Las cartas en aquel tiempo no las entendian; mas bien sabian que entre nosotros se tenia por cosa cierta que cuando se enviaban eran como mandamientos ó señales que les mandaban algunas cosas de calidad; é con ellas se fueron muy contentos, y las mostraron á sus amigos y los llamaron; y como nuestro Cortés se lo mandó, aguardaron en el cam-

po á los mejicanos y tuvieron con ellos una batalla, y con ayuda de nuestros amigos sus vecinos, á quien dieron la corta, no les fué mal en la pelea. Volvamos á los de Chalco: que viendo nuestro Cortés que era cosa muy importante para nosotros que aquella provincia estuviese desembarazada de gentes de Culchúa; porque, como he dicho otra vez, por allí habían de ir á venir á la villa rica de la Veracruz é á Tlascala, y habíamos de mantener nuestro real, porque es tierra de mucho maíz, luego mandó á Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, que se aparejase para otro día de mañana ir á Chalco, y le mandó dar veinte á caballo y ducientos soldados, y doce ballesteros y diez escopeteros, y los tascaltecas que había en nuestro real, que eran muy pocos, porque, como dicho habemos en este capítulo, todos los mas se habían ido á su tierra cargados de despojos, y también llevó una capitania de los de Tezcucó, y en su compañía al capitán Luis Marín, que era su muy íntimo amigo; y quedamos en guarda de aquella ciudad y bergantines Cortés é Pedro de Albarado y Cristóbal de Oli con los demás soldados. Y antes que Gonzalo de Sandoval vaya para Chalco, como está acordado, quiero aquí decir cómo, estando escribiendo en esta relación todo lo acaecido á Cortés, de Saltocan, acaso estaban presentes dos hidalgos muy curiosos que habían leído la Historia de Gómora, y me dijeron que tres cosas se me olvidaban de escribir, que tenía escrito el coronista Gómora de la misma entrada que hizo Cortés; y la una era que dió Cortés vista á Méjico con trece bergantines, y peleó muy bien con el gran poder de Guatemuz, con sus grandes caños y pimguas en la laguna; la otra era que cuando Cortés entró en la calzada de Méjico que tuvo pláticas con los señores y caciques mejicanos, y les dijo que les quitaría el bastimento y se morirían de hambre; y la otra fué que Cortés no quiso decir á los de Tezcucó que había de ir á Saltocan, porque no le diesen aviso. Yo respondí á los mismos hidalgos que me lo dijeron, que en aquella sazón los bergantines no estaban acabados de hacer, é que ¿cómo podía llevar por tierra bergantines ni por la laguna los caballos ni tanta gente? Que es cosa de reir ver lo que escribe; y que cuando entró en la calzada de Tacuba, como dicho habemos, que harto tuvo Cortés en escupir él y su ejército, que estuvo medio desbaratado; y en aquella sazón no habíamos puesto cerco á Méjico, para vedalles los mantenimientos, ni tenían hambre, y eran señores de todos sus vasallos; y lo que pasó muchos días adelante, cuando los teníamos en grande aprieto, pone ahora el Gómora; y en lo que dice que se apartó Cortés por otro camino para ir á Saltocan, no lo supiesen los de Tezcucó, digo que por fuerza fueron por sus pueblos y tierras de Tezcucó, porque por allí era el camino, y no otro; y en lo que escribe va muy errado, y á lo que yo he sentido, no tiene él la culpa, sino el que le informó, que por sublimar á quien á él se le antojó, ensalzó sus cosas, y porque no se declarasen nuestros heroicos hechos le daban aquellas relaciones; y esta es la verdadera; y como lo hubieron bien entendido los mismos que me lo dijeron, y vieron claro lo que les dije ser así, se convencieron. Y dejemos esta plática, y tornemos al capitán Gonzalo de Sandoval, que partió

de Tezcucó después de haber oído misa, y fue á amanecer cerca de Chalco; y lo que pasó diré adelante.

CAPITULO CXLII.

Cómo el capitán Gonzalo de Sandoval fué á Chalco é á Tlamanalco con todo su ejército; y lo que en aquella jornada pasó dire adelante.

Ya he dicho en el capítulo pasado cómo los pueblos de Chalco y Tlamanalco vinieron á decir á Cortés que les enviase socorro, porque estaban grandes guarniciones juntas para les venir á dar guerra; é tantas lástimas le dijeron, que mandó á Gonzalo de Sandoval que fuese allí con ducientos soldados y veinte de á caballo, é diez ó doce ballesteros y otros tantos escopeteros, y nuestros amigos los de Tlascala y otra capitania de los de Tezcucó, y llevó al capitán Luis Marín por compañero, porque era su muy grande amigo; y después de haber oído misa, en 12 días del mes de marzo de 1521 años, fué á dormir á unas estancias del mismo Chalco, y otro día llegó por la mañana á Tlamanalco, y los caciques y capitanes lo hicieron buen recibimiento y le dieron de comer, y le dijeron que luego fuese hacia un gran pueblo que se dice Guaztepeque, porque hallaría juntos todos los poderes de Méjico en el mismo Guaztepeque ó en el camino antes de llegar á él, é que todos los de aquella provincia de Chalco irían con él; y al Gonzalo de Sandoval parecióle que sería muy bien ir muy á punto; y puesto en concierto, fué á dormir á otro pueblo sujeto del mismo Chalco, Chimalacan, porque las espías que los de Chalco tenían puestas sobre los culchúas vinieron á avisar cómo estaban en el campo no muy lejos de allí la gente de guerra sus enemigos, é que había algunas quebradas é arcabuezos, adonde esperaban; y como el Sandoval era muy avisado y de buen consejo, puso los escopeteros y ballesteros por delante, y los de á caballo mandó que de tres en tres se harnanasen, y cuando hubiesen gastado los ballesteros y escopeteros algunos tiros, que todos juntos los de á caballo rompiesen por ellos á media rienda y las lanzas terciadas, y que no curasen alancear, sino por los rostros, hasta ponerlos en huida, y que no se deshermanasen; y mandó á los soldados de á pié que siempre estuviesen hechos un cuerpo, y no se metiesen entre los contrarios hasta que se le mandase; porque, como le decían que eran muchos los enemigos (y así fué verdad), y estaban entre aquellos malos pasos, y no sabían si tenían hoyos hechos ó algunas albarradas, quería tener sus soldados enteros, no le viniese algun desmán; é yendo por su camino, vió venir por tres partes repartidos los escuadrones de mejicanos dando gritas y tañendo trompetillas y atabales, con todo género de armas, según lo suelen traer, y se vinieron como leones bravos á encontrar con los nuestros; y cuando el Sandoval los vió tan denodados, no guardó á la órden que había dado, y dijo á los de á caballo que antes que se juntasen con los nuestros que luego rompiesen, y el Sandoval delante animando á los suyos dijo: «Santiago, y á ellos»; y de aquel tropel fueron algunos de los escuadrones mejicanos medio desbaratados, mas no del todo, que se juntaron todos é hicieron rostro, porque se ayudaban con los malos pasos é quebradas, porque

los de á caballo, por ser los pasos muy agros, no podían correr, y se estuvieron sin ir tras ellos; á esta causa les tornó á mandar Sandoval á todos los soldados que con buen concierto les entrasen, los ballesteros y escopeteros delante, y los rodeleros que les fuesen á los lados, y cuando viesan que les iban hiriendo y haciendo mala obra, y oyese un tiro desta otra parte de la barranca, que sería señal que todos los de á caballo á una arremetiesen á les echar de aquel sitio, creyendo que les meterían en tierra llana que había allí cerca; y apercebió á los amigos que ellos ansimismo acudiesen con los españoles, y así se hizo como lo mandó; y en aquel trapel recibieron los nuestros muchas heridas, porque eran muchos los contrarios que sobre ellos cargaron; y en fin de mas pláticas, les hicieron ir retrayendo, mas fué hacia otros malos pasos; y Sandoval con los de á caballo los fué siguiendo, y no alcanzó sino tres ó cuatro; y uno de los nuestros de á caballo que iba en el alcance, que se decía Gonzalo Dominguez, como era mal camino, rodó el caballo y tomóle debajo, y dendo á pocos dias murió de aquella mala caída. He traído esto aquí á la memoria deste soldado, porque este Gonzalo Dominguez era uno de los mejores jinetes y esforzado que Cortés había traído en nuestra compañía; y teníamosle en tanto en las guerras, por su esfuerzo, como al Cristóbal de Oli y á Gonzalo de Sandoval; por la cual muerte hubo mucho sentimiento entre todos nosotros. Volvamos á Sandoval y á todo su ejército, que los fué siguiendo hasta cerca del pueblo que se dice Guaztepeque, y antes de llegar á él le salen al encuentro sobre quinco mil mejicanos, y le comenzaban á cercar y le hirieron muchos soldados y cinco caballos; mas como la tierra era en parte llana, con el gran concierto que llevaba rompe los dos escuadrones con los de á caballo, y los demás escuadrones vuelven las espaldas hacia el pueblo para tornar á aguardar á unos mamparos que tenían hechos; mas nuestros soldados y los amigos les siguieron de manera, que no tuvieron tiempo de aguardar, y los de á caballo siempre fueron en el alcance por otras partes, hasta que se encerraron en el mismo pueblo en partes que no se pudieron haber; y creyendo que no volverían mas á pelear aquel día, mandó Sandoval reposar su gente, y se curaron los heridos y comenzaron á comer, que se había habido mucho despojo; y estando comiendo vinieron dos de á caballo y otros dos soldados que había puesto antes que comenzase á comer, los unos para corredores del campo y los otros por espías, y vinieron diciéndole: «Al arma, al arma; que vienen muchos escuadrones de mejicanos;» y como siempre estaban acostumbrados á tener las armas muy á punto, de presto cabalgan y salen á una gran plaza, y en aquel instante vinieron los contrarios, y allí hubo otra buena batalla; y después que estuvieron buen rato haciendo cara en unos mamparos, desde allí hirieron algunos de los nuestros, y tal prisa les dió el Gonzalo de Sandoval con los de á caballo, y con las escopetas y ballestas y cuchilladas los soldados, que les hicieron huir del pueblo por otras harrancas, y por aquel día no volvieron mas; y cuando el capitán Sandoval se vió libre desta refriega dió muchas gracias á Dios, y se fué á reposar y dormir á una huerta que había en aquel pue-

HA-n.

blo, la mas hermosa y de mayores edificios y cosa mucho de mirar que se había visto en la Nueva-España; y tenía tantas cosas, que era muy admirable, y ciertamente era huerta para un gran príncipe, y aun no se acabó de andar por entonces toda, porque tenía mas de un cuarto de legua de largo. Y dejemos de hablar de la huerta, y digamos que yo no vine en esta entrada, ni en este tiempo que digo anduve esta huerta, sino desde obra de veinte dias que vine con Cortés cuando rodeamos los grandes pueblos de la laguna, como adelante diré; y la causa por que no vine en aquella sazón es porque estaba muy mal herido de un bote de lanza que me dieron en la garganta junto al goznate, que estuvo della á peligro de muerte, de que agora tengo una señal, y diéronmela en lo de Iztapalapa, cuando nos apretaron tanto; y como yo no fui en esta entrada, por eso digo en esta mi relación: «Fueron y esto hicieron y tal les acaeció;» y no digo: «Hicimos ni hice ni vine ni en ello me hallé;» mas todo lo que escribo acerca dello pasó al pié de la letra; porque luego se sabe en el real de la manera que en las entradas acaece; y así, no se puede quitar ni alargar mas de lo que pasó. Y dejaré de hablar en esto, y volveré al capitán Gonzalo de Sandoval, que otro día de mañana, viendo que no había mas bullicio de guerreros mejicanos, envió á llamar á los caciques de aquel pueblo con cinco indios naturales de los que habían prendido en las batallas pasadas, y los dos dellos eran principales, y les envió á decir que no hubiesen miedo y que vengan de paz, y que lo pasado se lo perdona, y les dijo otras buenas razones, y los mensajeros que fueron á tratar las paces, mas no osaron venir los caciques por miedo de los mejicanos; y en aquel mismo día tambien envió á decir á otro gran pueblo que estaba de Guaztepeque obra de dos leguas, que se dice Acapistla, que mirasen que son buenas las paces, que no querían guerra, y que miren y tengan en la memoria en qué han parado los escuadrones de culchúas que estaban en aquel pueblo de Guaztepeque, sino que todos han sido desbaratados; que vengan de paz, y que los mejicanos que tienen en guarnición que les echen fuera de su tierra, y que si no lo hacen, que irá allá de guerra y los castigará; y la respuesta fué que vayan cuando quisieren, que bien piensan tener con sus cuerpos y carnes buenos hartazgos, y sus ídolos sacrificios; y como aquella respuesta le dieron, y los caciques de Chalco que con Sandoval estaban, que sabían que en aquel pueblo de Acapistla estaban muchos mas mejicanos en guarnición para les ir á Chalco á dar guerra cuando viesan vuelto al Sandoval, á esta causa le rogaron que fuese allá y los echase de allí; y el Sandoval estaba para no ir, lo uno porque estaba herido y tenía muchos soldados y caballos heridos, y lo otro, como había tenido tres batallas, no se quisiera meter por entonces en hacer mas de lo que Cortés le mandaba; y tambien algunos caballeros de los que llevaba en su compañía, que eran de los de Narvuez, le dijeron que se volviese á Tezcucó y que no fuese á Acapistla, porque estaba en gran fortaleza, no le acaeciese algun desmán; y el capitán Luis Marín le aconsejó que no dejase de ir á aquella fuerza y hacer lo que pudiese; porque los caciques de Chalco decían que si desde allí se volvían sin deshacer el poder que estaba

junto en aquella fortaleza, que así como vean ó sepan que Sandoval vuelve á Tezcuco, que luego son sus enemigos en Chalco; y como era el camino de un pueblo á otro obra de dos leguas, acordó de ir, y aperció sus soldados y fué allí; y luego como llegó á vista del pueblo, antes de llegar á él le salen muchos guerreros, y le comenzaron á tirar vara y flecha y piedra con boudas, y fué tanta como granizo, que le hirieron tres caballos y muchos soldados, sin podelles hacer cosa ni daño ninguno; y hecho esto, luego se suben entre sus riscos y fortalezas, y desde allí les daban voces y gritas y tenían sus caracoles y atabales; y como el Sandoval así vió la cosa, acordó de mandar á algunos de á caballo que se apeasen, y á los demás de á caballo que se estuviesen en el campo en lo llano á punto, mirando no viniesen algunos socorros mejicanos á los de Acapistla entre tanto que combatían aquel pueblo; y como vió que los caciques de Chalco y sus capitanes y muchos de sus indios de guerra que allí estaban remolotando y no osaban pelear con los contrarios, adrede para probarlos y ver lo que decían, les dijo Sandoval: «¿Qué hacéis allí? ¿Por qué no les comenzáis á combatir? Y entrá en ese pueblo y fortaleza; que aquí estamos, que os defenderemos;» y ellos respondieron que no se atrevían, porque era gran fortaleza, y que por esta causa venía el Sandoval y sus hermanos los teules con ellos, y con su mamparo y esfuerzo venían los de Chalco á les echar de allí. Por manera que se apercebe el Sandoval de arte que él y todos sus soldados y escopeteros y ballesteros les comenzaron de entrar y subir; y puesto que recibieron en aquella subida muchas heridas, y al mismo capitán le descalabraron otra vez y le hirieron muchos de los amigos, todavía les entró en el pueblo, donde se les hizo mucho daño; y todos los que mas daño les hicieron fueron los indios de Chalco y los demás amigos tlascaltecas, porque nuestros soldados, si no fué hasta rompellos y ponellos en huida, no curaron de dar cuchilladas á ningún indio, porque les parecía crueldad; y en lo que mas se empleaban era en buscar una buena india ó haber algún despojo; y lo que comunmente hacían era reñir á los amigos porque eran tan crueles y por quitalles algunos indios ó indias porque no los mataban. Dejemos de hablar desto, y digamos que aquellos guerreros mejicanos que allí estaban, por se defender se vinieron por unos riscos abajo cerca del pueblo, y como había muchos de ellos heridos de los que se venían á esconder en aquella quebrada y arroyo, y se desangraban, venía el agua algo turbia de sangre, y no duró aquella turbieza un Ave-María. E aquí dice el coronista Gómora en su Historia que por venir el río tinto en sangre los nuestros pasaron sed por causa de la sangre. A esto digo que había fuentes de agua clara abajo en el mismo pueblo, que no tenían necesidad de otra agua. Volvamos á decir que luego que aquello fué hecho se volvió el Sandoval con todo su ejército á Tezcuco, y con buen despojo, en especial con muy buenas piezas de indios. Digamos ahora cómo el señor de Méjico, que se decía Guatemuz, lo supo, y el desbarate de sus ejércitos, dicen que mostró mucho sentimiento de ello, y mas de que los de Chalco tenían tanto atrevimiento, siendo sus súbditos y vasallos, de osar tomar armas

tres veces contra ellos; y estando tan enojado, acordó que entre tanto que el Sandoval se volvía al real de Tezcuco, de enviar grandes poderes de guerreros, que de presto juntó en la ciudad de Méjico con otros que estaban junto á la laguna, y en mas de dos mil canoas grandes, con todo género de armas, salen sobre veinte mil mejicanos, y vienen de repente en la tierra de Chalco por hacelles todo el mal que pudiesen; y fué de tal arte y tan presto, que aun no hubo bien llegado el Sandoval á Tezcuco ni hablado á Cortés, cuando estaban otra vez mensajeros de Chalco en canoas por la laguna demandando favor á Cortés, porque le dijeron que habían venido sobre dos mil canoas, y en ellas veinte mil mejicanos, y que fuesen presto á los socorrer; y cuando Cortés lo oyó, y Sandoval, que entonces en aquel instante llegaba á hablalle y á dalle cuenta de lo que había hecho en la entrada donde venía, el Cortés no le quiso escuchar á Sandoval, de enojo, creyendo que por su culpa ó descuido recibían mala obra nuestros amigos los de Chalco; y luego sin mas dilacion ni le oír le mandó volver y que dejase allí en el real todos los heridos que traía, y con los sanos luego fué muy en posta; y destas palabras que Cortés le dijo recibió mucha pena el Sandoval, y porque no le quiso escuchar, y luego partió para Chalco; y como llegó con todo su ejército bien cansado de las armas y largo camino, pareció ser que los de Chalco, luego como lo supieron por sus espías que los mejicanos venían tan de repente sobre ellos, y cómo había tenido Guatemuz aquella cosa concertada que diesen sobre ellos, como dicho tengo, sin mas aguardar socorro de nosotros, enviaron á llamar á los de la provincia de Guaxocingo ó Tlascala, que estaban cerca, los cuales vinieron aquella noche mesma, muy aparejados con sus armas, y se juntaron con los de Chalco, que serían por todos mas de veinte mil de ellos, é ya les habían perdido el temor á los mejicanos, y gentilmente los aguardaron en el campo y pelearon como muy valientes, puesto que los mejicanos mataron y prendieron hasta quince capitanes y hombres principales, y de otra gente de guerra de no tanta cuenta se prendieron otros muchos; y túvose esta batalla entre los mejicanos por grande deshonra suya, viendo que los de Chalco los vencieron, y en mucho mas que si los desbaratáramos nosotros; y como llegó Sandoval á Chalco, y vió que no tenía qué hacer ni de qué se temer, que ya no volverían otra vez los mejicanos sobre Chalco, da vuelta á Tezcuco y llevó los presos mejicanos, con lo cual se holgó mucho Cortés; y Sandoval mostró grande enojo de nuestro capitán por lo pasado, y no le fué á ver ni hablar, puesto que Cortés le envió á decir que lo había entendido de otra manera, y que creyó que por descuido del Sandoval no se había remediado, pues que iba con mucha gente de á caballo y soldados, y sin haber desbaratado los mejicanos se volvía. Dejemos de hablar desta materia, porque luego tornaron á ser amigos Cortés y el Sandoval, y no sabía Cortés placer que hacer al Sandoval por tenelle contento, que no le hacía. Dejallo he aquí, y diré cómo acordamos de herrar todas las piezas, esclavas y esclavos que se habían habido, que fueron muchas, y de cómo vino en aquel instante un navío de Castilla, y lo que mas pasó.

CAPITULO CXLIII.

Como se herraron los esclavos en Tezcucó, y cómo vino nueva que había venido al puerto de la Villa-Rica un navío, y los pasajeros que en él vinieron; y otras cosas que pasaron dire adelante.

Como hubo llegado Gonzalo de Sandoval con gran presa de esclavos, y otros muchos que se habían habido en las entradas pasadas, fué acordado que luego se herrasen; y de que se hubo pregonado que se llevasen á herrar á una casa señalada, todos los mas soldados llevamos las piezas que habíamos habido, para echar el hierro de su majestad, que era una G, que quiere decir guerra, segun y de la manera que lo teníamos de antes concertado con Cortés, segun lo dicho en el capítulo que dello habla, creyendo que se nos habia de volver después de pagado el real quinto, que las apreciaban cuánto podia valer cada pieza; y no fué así, porque si en lo de Tepaca se hizo muy malamente, segun otra vez dicho tengo, muy peor se hizo en esto de Tezcucó, que después que sacaban el real quinto, era otro quinto para Cortés y otras partes para los capitanes; y en la noche antes cuando las tenían juntas nos desaparecieron las mejores indias. Pues como Cortés nos habia dicho y prometido que las buenas piezas se habían de vender en el almoneda por lo que valiesen, y las que no fuesen tales por menos precio, tanpoco hubo buen concierto en ello, porque los oficiales del Rey que tenían cargo dellas hacian lo que querían; por manera que si mal se hizo una vez, esta vez peor; y desde allí adelante muchos soldados que tomábamos algunas buenas indias, porque no nos las tomasen, como las pasadas, las escondíamos y no las llevábamos á herrar, y decíamos que se habían huido; y si era privado de Cortés, secretamente la llevaban de noche á herrar y las apreciaban en lo que valian y les echaban el hierro y pagaban el quinto; y otras muchas se quedaban en nuestros aposentos, y decíamos que eran naborias que habían venido de paz de los pueblos comarcanos y de Tlascala. También quiero decir que como ya habia dos ó tres meses pasados que algunas de las esclavas que estaban en nuestra compañía y en todo el real conocían á los soldados cuál era bueno ó cuál malo, y trataba bien á las indias naborias que tenía ó cuál las trataba mal, y tenían fama de caballeros, y de otra manera cuando las vendían en el almoneda, y si las sacaban algunos soldados que las tales indias ó indios no les contentaban ó las habían tratado mal, de presto se les desaparecían que no las vian mas, y preguntar por ellas era por demás; y en fin, todo se quedaba por deuda en los libros del Rey, así en lo de las almonedas y los quintos; y al dar las partes del oro se consumió, que ningunos ó muy pocos soldados llevaron partes, porque ya lo debían, y aun muchos mas pesos de oro que después cobraron los oficiales del Rey. Dejemos esto, y digamos cómo en aquella sazón vino un navío de Castilla, en el cual vino por tesorero de su majestad un Julian de Alderete, vecino de Tordesillas, y vino un Orduña el viejo, vecino que fué de la Puebla, que después de ganado Méjico trajo cuatro ó cinco hijas, que casó muy honradamente; era natural de Tordesillas; y vino un fraile de san Francisco que se decía fray Pedro Melgarejo de Urrea, natural de Sevilla, que trajo unas

bulas de señor san Pedro, y con ellas nos componian si algo éramos en cargo en las guerras en que andábamos; por manera que en pocos meses el fraile fué rico y compuesto á Castilla; trajo entonces por comisario y quien tenía cargo de las bulas á Jerónimo Lopez, que después fué secretario en Méjico; vinieron un Antonio Carvajal, que ahora vive en Méjico, ya muy viejo, capitán que fué de un bergantin; y vino Jerónimo Ituriz de la Mota, yerno que fué, después de ganado Méjico, del Orduña, que ansimismo fué capitán de un bergantin, natural de Búrgos; y vino un Briones, natural de Salamanca; á este Briones ahorcaron en esta provincia de Guatemala por amotinador de ejércitos, desde á cuatro años que se vino huyendo de lo de Honduras; y vinieron otros muchos que ya no me acuerdo, y también vino un Alonso Díaz de la Ileguera, vecino que fué de Guatemala, que ahora vive en Valladolid; y trajeron en este navío muchas armas y pólvora, y en fin como navío que venia de Castilla, á vino cargado de muchas cosas, y con él nos alegramos, y de las nuevas que de Castilla trajeron no me acuerdo bien; mas parece que dijeron que el obispo de Burgos ya no tenía mano en el gobierno, que no estaba su majestad bien con él desde que alcanzó á saber de nuestros muy buenos é notables servicios, y cómo el Obispo escribía á Flándes al contrario de lo que pasaba y en favor de Diego Velazquez, y halló muy claramente su majestad ser verdad todo lo que nuestros procuradores de nuestra parte le fueron á informar, y á esta causa no le oía cosa que dijese. Dejemos esto, y volvamos á decir que como Cortés vió los bergantines que estaban acabados de hacer, y la gran voluntad que todos los soldados teníamos de estar ya puestos en el cerco de Méjico, y en aquella sazón volvieron los de Chalco á decir que los mejicanos venían sobre ellos, y que les enviasen socorro, y Cortés les envió á decir que él quería ir en persona á sus pueblos y tierras, y no se volver hasta que á todos los contrarios echase de aquellas comarcas; y mandó apercebir trecientos soldados y treinta de á caballo, y todos los mas escopeteros y ballesteros que habia, y gente de Tezcucó; y fué en su compañía Pedro de Albarado y Andrés de Tapia y Cristóbal de Oli, y ansimismo fué el tesorero Julian de Alderete, y el fraile fray Pedro Melgarejo, que ya en aquella sazón habia llegado á nuestro real; é yo fui entonces con el mismo Cortés, porque me mandó que fuese con él; y lo que pasamos en aquella entrada dire adelante.

CAPITULO CXLIV.

Cómo nuestro capitán Cortés fué á una entrada y se rodeó la laguna, y todas las ciudades y grandes pueblos que alrededor hallamos, y lo que mas nos pasó en aquella entrada.

Como Cortés habia dicho á los de Chalco que les habia de ir á socorrer porque los mejicanos no viviesen y les diesen guerra, porque harto teníanmos cada semana de ir y venir á les favorecer, mandó apercebir todos los soldados y ejército, que fueron trecientos soldados y treinta de á caballo, y veinte ballesteros y quince escopeteros, y el tesorero Julian de Alderete y Pedro de Albarado y Andrés de Tapia y Cristóbal de Oli, y fué también el fraile fray Pedro Melgarejo, y á mí me mandó que fuese con él, y muchos tlascaltecas y amigos de Tezcucó; y dejó en

guarda de Texcuco y bergantines á Gonzalo de Sandoval con buena copia de soldados y de á caballo. Y una mañana, después de haber oído misa, que fué viernes 3 días del mes de abril de 1521 años, fuimos á dormir á Talmamalco, y allí nos recibieron muy bien; y el otro día fuimos á Chalco, que estaba muy cerca el uno del otro: allí mandó Cortés llamar á todos los caciques de aquella provincia, y se les hizo un parlamento con nuestras lenguas doña Marina é Jerónimo de Aguilar, en que se les dió á entender cómo agora al presente íbamos á ver si podría traer de paz á algunos de los pueblos que estaban mas cerca de la laguna, y tambien para ver la tierra y sitio para poner cerco á la gran ciudad de Méjico, y que por la laguna habian de echar los bergantines, que eran trece, y que les rogaba á todos que para otro día que estuviesen aparejadas todas sus gentes de guerra para ir con nosotros; y cuando lo hubieron entendido, todos á una de muy buena voluntad dijeron que sí lo harían; y otro día fuimos á dormir á otro pueblo que estaba sujeto al mismo Chalco, que se dice Chimaluacan, y allí vinieron mas de veinte mil amigos, así de Chalco y de Texcuco y Guaxocingo, y los tlascaltecas y otros pueblos; y vinieron tantos, que en todas las entradas que yo habia ido, después que en la Nueva-España entré, nunca ví tanta gente de guerra de nuestros amigos como ahora fueron en nuestra compañía. Ya he dicho otra vez que iba tanta multitud dellos á causa de los despojos que habian de haber, y lo mas cierto, por hartarse de carne humana si hubiese batallas, porque bien sabían que las habia de haber; y son á manera de decir como cuando en Italia salía un ejército de una parte á otra, y les seguían cuervos y milanos y otras aves de rapina, que se mantenían de los cuerpos muertos que quedaban en el campo cuando se daba alguna muy sangrienta batalla; así he juzgado que nos seguían tantos millares de indios. Dejemos esta plática, y volvamos á nuestra relacion: que en aquella sazón se tuvo nueva que estaban en un llano cerca de allí aguardando muchos escuadrones y capitánias de mejicanos é sus aliados, todos los de aquellas comarcas, para pelear con nosotros; y Cortés nos apercibió que fuésemos muy alerta y saliésemos de aquel pueblo donde dormimos, que se dice Chimaluacan, después de haber oído misa, que fué bien de mañana; y con mucho concierto fuimos caminando entre unos peñascos y por medio de dos sierrezuelas, que en ellas habia fortalezas y mamparos, donde habia muchos indios é indias recogidos é hechos fuertes; y dende su fortaleza nos daban gritos é voces y alaridos, y nosotros no curamos de pelear con ellos, sino callar y caminar y pasar adelante hasta un pueblo grande que estaba despoblado, que se dice Yautepaque, y tambien pasamos de largo; y llegamos á un llano donde habia unas fuentes de muy poca agua, é á una parte estaba un gran peñol con una fuerza muy mala de ganar, segun luego pareció por la obra; y como llegamos en el paraje del peñol, porque vimos que estaba lleno de guerreros, y de lo alto dél nos daban gritos y tiraban piedras é varas y flechas, y hirieron tres soldados de los nuestros, entonces mandó Cortés que reparásemos allí, é dijo: «Parece que todos estos mejicanos se ponen en fortalezas y hacen burla de nosotros de que

no les acometemos;» y esto dijo por los que dejábamos atrás en las sierrezuelas; y luego mandó á unos de á caballo y á ciertos hallesteros que diesen una vuelta á una parte del peñol, y que mirasen si habia otra subida mas conveniente de buena entrada para les poder combatir; y fueron, y dijeron que lo mejor de todo era donde estábamos, porque en todo lo demás no habia subida ninguna, que era toda Peña tajada; y luego Cortés mandó que les fuésemos entrando y subiendo. El alférez Cristóbal del Corral delante, y otras banderas, y todos nosotros siguiéndolas, y Cortés con los de á caballo aguardando en lo llano por guarda de otros escuadrones de mejicanos, no viniesen á dar en nuestro fundaje ó en nosotros entre tanto que combatíamos aquella fuerza; y como comenzamos á subir por el peñol arriba, echaban los indios guerreros que en él estaban tantas piedras muy grandes y peñascos, que fué cosa espantosa, como se venian despeñando y saltando, como no nos mataban á todos; y fué cosa inconsiderada y no de nuestro capitán mandarnos subir; y luego á mis piés murió un soldado que se decia Fulano Martínez, valenciano, que habia sido maestre sala de un señor de salva en Castilla, y este llevaba una celada, y no dijo ni habló palabra; y todavía subíamos, y como venian las galgas rodando y despeñándose y dando saltos (que así llamábamos á las grandes piedras que venian despeñadas), luego mataron á otros dos soldados, que se decían Gaspar Sanchez, sobrino del tesorero de Cuba, y á un Fulano Bravo; y todavía subíamos, y luego mataron á otro soldado muy esforzado que se decia Alonso Rodriguez, y á otros dos descabrados, y en las piernas golpes todos los mas de nosotros, y todavía porfiar é ir adelante; é yo, como en aquel tiempo era suelto, no dejaba de seguir al alférez Corral; é íbamos debajo de unas como socarreñas é concavidades que se hacian en el peñol de trecho á trecho, á ventura de si me encontraban algunos peñascos entre tanto que subia de socarreña ó socarreña, que fué muy gran ventura; y estaba el alférez Cristóbal del Corral mamparándose detrás de unos árboles gruesos que tenían muchas espigas, que nacen en aquellas concavidades, y estaba descabrado y el rostro todo lleno de sangre é la bandera rota, y me dijo: «Oh señor Bernal Diaz del Castillo, que no es cosa el pasar mas adelante, y mirá no os cojan algunas lauchas ó galgas; estése al reparo de aquesta concavidad;» porque ya no nos podíamos tener aun con las manos, cuanto mas podellas subir. En este tiempo ví que de la misma manera que Corral é yo habíamos subido de socarreña en socarreña venia Pedro Barba, que era capitán de hallesteros, con otros dos soldados; é yo le dije desde arriba: «Oh señor capitán, no suba mas adelante, que no se podrá tener con piés y manos, no vuelva rodando;» y cuando se lo dije, me respondió como muy esforzado, ó por dar aquella respuesta como gran señor, dijo que eso habia de decir, sino ir adelante; é yo recibí de aquella palabra remordimiento de mi persona, y le respondí: «Pues veamos cómo sube donde yo estoy;» y todavía pasé bien arriba; y en aquel instante vienen tantas piedras muy grandes que echaron de lo alto, que tenían represas para aquel efecto, que hirieron á Pedro Barba y le mataron un soldado, y no pasaron mas un paso de allí

donde estaban; y entonces el alférez Corral dió voces para que dijeren á Cortés de mano en mano que no se podía subir mas arriba, é que el retraer también era muy peligroso; y como Cortés lo entendió, porque allá bajo donde estaba en tierra llana le habían muerto tres soldados y herido siete del gran ímpetu de las galgas que iban despeñándose, y aun tuvo por cierto Cortés que todos los mas de los que habíamos subido arriba estábamos muertos ó bien heridos, porque donde él estaba no podía ver las vueltas que daba aquel peñol; y luego por señas y por voces y por unas escopetas que saltaron, tuvimos arriba nuestras señas que nos mandaban retraer; y con buen concierto, de socarreña en socarreña bajamos abajo todos descalabrados y corriendo sangre, y las banderas rotas, y ocho muertos; y desde Cortés así nos vió, dió muchas gracias á Dios; y luego le dijeron lo que habíamos pasado yo y el Pedro Barba, porque se lo dijo el mismo Pedro Barba y el alférez Corral estando platicado de la gran fuerza, é que fue maravilla cómo no nos llevaron las galgas de vuelo, segun eran muchas; y aun lo supieron luego en todo el real. Dejemos todo esto, y digamos cómo estaban muchas capitánias de mejicanos aguardando en partes que no les podíamos ver ni saber dellos, y estaban esperando para socorrer y ayudar á los del peñol; y bien entendieron lo que fué, que no podríamos subilles en la fuerza, y que entre tanto que estábamos peleando tenían concertado que los del peñol por una parte y ellos por la otra darian en nosotros; y como lo tenían acordado, así vinieron á les ayudar á los del peñol; y cuando Cortés lo supo que venian mandó luego á los de á caballo y á todos nosotros que fuésemos á encontrar con ellos, y así se hizo; y aquella tierra era llana, y á partes habia unas como vegas que estaban entre otros serrejones; y seguimos á los contrarios hasta que llegamos á otro muy fuerte peñol, y en el alcance se mataron muy pocos indios, porque se acogian en partes que no se podian haber. Pues vueltos á la fuerza que probábamos á subir, é viendo que allí no habia agua ni la habíamos bebido en todo el día, ni aun los caballos, porque las fuentes que dicho tengo que allí estaban no la tenían, sino todo; que, como teníamos tantos enemigos, estaban sobre ellas y no las dejaban manar, y á esta causa mudamos nuestro real y fuimos por una vega abajo cerca de otro peñol, que seria del uno al otro obra de legua y media poco mas ó menos, creyendo que hallaríamos agua, y no la habia sino muy poca; y cerca de aquel peñol habia unos árboles de morales de la tierra, y allí nos paramos, y estaban obra de doce ó trece casas al pié de la guerra y fuerza; y así que nosotros llegamos nos comenzaron á dargrita y tirar galgas y varas y flechas desde lo alto, y estaba en esta fuerza mucha mas gente que en el primero peñol, y aun era muy mas fuerte, segun después vimos; y nuestros escopeteros y ballesteros les tiraban, mas estaban tan altos y tenían tantos mamparos, que no se les podía hacer mal ninguno; pues entrálles á subilles no habia remedio, y aunque probamos dos veces, que por las casas que allí estaban habia unos pasos, hasta dos vueltas podíamos ir, mas desde allí adelante ya he dicho por que el primero; de manera que así en esta fuerza como en la primera no ganamos nin-

guna reputacion, antes los mejicanos y sus confederados tenían vitoria; é aquella noche dormimos en aquellos morales bien muertos de sed, y se acordó para otro día que desde otro peñol que estaba cerca del fuesen todos los ballesteros y escopeteros, y que subiesen en él, que habia subida, aunque no buena; porque desde aquel alcanzarían las ballestas y escopetas al otro peñol fuerte y podíanle combatir; y mandó Cortés á Francisco Verdugo y al tesorero Julian de Alderete que se apercibian de buenos ballesteros, y á Pedro Barba, que era capitán, que fuesen por caudillos, y que todos los mas soldados hiciésemos acometimiento que por los pasos y subidas de las casas que dicho tengo que los queríamos subir, y así los comenzamos á entrar; mas echaban tanta piedra grande y menuda, que hirieron á muchos soldados; y demás desto, no les subiamos de hecho, porque era por demás, que aun tenernos con las manos y piés no podíamos; y entre tanto que nosotros estábamos de aquella manera, los ballesteros y escopeteros desde el peñol que he dicho les alcanzaban con las ballestas y escopetas, y aunque no muy bien, mataban algunos y herian otros; de manera que estuvimos dándoles combates obra de media hora; y quiso nuestro Señor Dios que acordaron de se dar de paz, y fué por causa que no tenían agua ninguna, que estaba mucha gente arriba en el peñol, en un llano que se hacia arriba, é habiase acogido á él de todas aquellas comarcas así hombres como mujeres y niños é gente menuda; y para que entendiésemos abajo que querian paces, desde el peñol las mujeres meneaban unas mantas hacia abajo, y con las palmas daban unas con otras, señalando que nos harian pan y tortillas, y los guerretos no nos tiraban vara ni piedra ni flecha; y cuando Cortés lo entendió, mandó que no se les hiciese mal ninguno, y por señas se les dió á entender que bajasen cinco principales á entender en las paces; los cuales bajaron, y con grande acato dijeron á Cortés que les perdonase, que por favorecerse y defenderse se habian subido en aquellas fuerzas; y Cortés les dijo con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar, algo enojado, que eran dignos de muerte por haber empezado la guerra; mas que pues han venido, que vayan luego al otro peñol é llamen los caciques é hombres principales que en él están, é traigan los muertos, é que lo pasado se les perdonará; y que vengan de paz, si no, que habíamos de ir sobre ellos y ponelles cerco hasta que se mueran de sed; porque bien sabíamos que no tenían agua, porque en toda aquella tierra no la hay sino muy poca; y luego fueron á llamarlos así como se lo mandó. Dejemos de hablar en ello hasta que vuelvan con la respuesta; y digamos cómo estando platicando Cortés con el fraile Melgarejo y el tesorero Alderete sobre las guerras pasadas que habíamos habido antes que viniesen á la Nueva-España, y en la del peñol, y el gran poder de los mejicanos, y las grandes ciudades que habian visto después que vinieron de Castilla; y decian que si el Emperador nuestro señor le informara de la verdad el obispo de Búrgos, como le escribia al contrario, que nos enviara á hacer grandes mercedes; que no se acuerdan que otros mayores servicios haya recebido ningún rey en el mundo que el que nosotros le habíamos hecho en ganar tantas

ciudades, sin ser sabidor su majestad de cosa ninguna. Dejemos otras muchas pláticas que pasaron, y digamos cómo mandó nuestro capitán Cortés al alférez Corral y á otros dos capitanes, que fueron Juan Jaramillo y á Pedro de Ircio, y á mí, que me hallé allí con ellos, que subiésemos al peñol y viésemos la fortaleza qué tal era, é que si estaban muchos indios heridos ó muertos de saetas y escopetas, é qué gente estaba recogida; é cuando esto nos mandó dijo: «Mirá, señores, que no les toméis ni un grano de maíz;» y según yo entendí, quisiera que nos aprovecháramos; y subidos al peñol por unos malos pasos, digo que era una fuerte que el primero, porque era peña tajada; é ya que estábamos arriba, para entrar en la fuerza era como quien entra por una abertura no mas ancha que dos bocas de llo ó de horno; é ya puestos en lo mas alto é llano, estaban grandes anchuras de prados, y todo lleno de gente, así de guerra como de muchas mujeres é niños, é hallamos hasta veinte muertos y muchos heridos, y no tenían gota de agua que beber, y tenían todo su hato y su hacienda hechos fardajes, y otros muchos llos de mantas, que eran del tributo que daban á Guatemuz; é como yo así vi tantas cargas de ropa y supe que eran del tributo, comencé á cargar cuatro tlascaltecas mis naborias que llevé conmigo, y también eché á cuestras de otros cuatro indios de los que la guardaban otros cuatro fardos, y á cada uno eché una carga; é como Pedro de Ircio lo vió, dijo que no lo llevase, é yo porfaba que sí; y como era capitán, hizo lo que mandó, porque me amenazó que se lo diría á Cortés; y me dijo el Pedro de Ircio que bien había visto que dijo Cortés que no les tomásemos un grano de maíz, é yo dije que así era verdad, que por esa palabra ni una quería llevar de aquella ropa; por manera que no me dejó llevar cosa ninguna; y bajamos á dar cuenta á Cortés de lo que habíamos visto é á lo que nos envió; y me dijo el Pedro de Ircio á Cortés, por me revolver con él, lo pasado, pensando que le contentaba mucho; después de le dar cuenta de lo que había, dijo: «No se les tomó cosa ninguna; que ya había cargado Bernal Díaz del Castillo de ropa á ocho indios, é si no se lo estorbara yo, ya los traía cargados;» entonces dijo Cortés medio enojado: «Pues ¿por qué no lo trajo? Y también os habiades de quedar allí vos con la ropa é indios con los de arriba;» é dijo: «Mirá cómo no entendieron que los envié porque se aprovecharan, y á Bernal Díaz, que me entendió, quitaron el despojo que traía de los perros, que se quedarán riendo con los que nos han muerto y herido;» é cuando aquello oyó el Pedro de Ircio dijo que quería tornar á subir á la fuerza; y entonces le dijo que ya no había coyuntura para ello, y que no fuese allá de ninguna manera. Dejemos esta plática, y digamos cómo vinieron los del otro peñol, y en fin de muchas razones que pasaron sobre que les perdonasen, todos dieron la obediencia á su majestad; y como no había agua en aquel paraje, nos fuimos luego camino de un pueblo ya nombrado en el capítulo pasado, que se dice Guaztepeque, adonde estaba la huerta que he dicho que es la mejor que había visto en toda mi vida, y así lo torno á decir; que Cortés y el tesoro Alderete desde entonces la vieron y pasearon algo della, se admiraron y dijeron que mejor cosa de huerta no habían

visto en Castilla. Y digamos cómo en aquella noche nos aposentamos todos en ella; y los caciques de aquel pueblo vinieron de paz á hablar y servir á Cortés, porque Gonzalo de Sandoval los había recibido ya de paz cuando entró en aquel pueblo, según mas largamente he escrito en el capítulo pasado que dello habla; y aquella noche reposamos allí, y á otro día muy de mañana nos partimos para Cornabaca y hallamos unos escuadrones de guerreros mejicanos que de aquel pueblo habían salido, y los de á caballo les siguieron mas de legua y media hasta encerrarlos en otro gran pueblo que se dice Tepuztlan; y estaban tan descuidados los moradores dél, que dimos en ellos antes que sus espías que tenían sobre nosotros llegasen. Aquí se hubieron muy buenas indias é despojos, y no aguardaron ningunos mejicanos ni los naturales en el pueblo; y nuestro Cortés envió á llamar á los caciques por tres ó cuatro veces que viniesen todos de paz, y que si no venían, que les quemaría el pueblo y los iríamos á buscar; y la respuesta fué que no querían venir; é porque otros pueblos tuviesen temor dello, mandó poner fuego á la mitad de las casas que allí cerca estaban, y en aquel instante vinieron los caciques del pueblo por donde aquel día pasamos, que ya he dicho que se dice Yautepeque, y dieron la obediencia á su majestad; y otro día fuimos camino de otro mejor y mayor pueblo, que se dice Coudabaca, y comunmente corrompimos ahora aquel vocablo y le llamamos Guernabaca, y había dentro en él mucha gente de guerra, así de mejicanos como de los naturales, y estaba muy fuerte por unas cavas y riachuelo que están en las barrancas por donde corre el agua, muy hondas, de mas de ocho estados abajo, puesto que no llevaban mucha agua, y es fortaleza para ellos; y también no había entrada para caballos sino por unas dos puentes, y teníanlas quebradas; y desta manera estaban tan fuertes, que no los podíamos llegar, puesto que nos llegáramos á pelear con ellos desde parte de sus cavas y riachuelo en medio, y ellos nos tiraban mucha vara y flecha é piedras con hondas; y estando desta manera, avisaron á Cortés que mas adelante, obra de media legua, había entrada para los caballos, y luego fué allá con los de á caballo, y todos nosotros estábamos buscando paso, y vimos que desde unos árboles que estaban junto con la cava se podía pasar á la otra parte de aquella honda cava, y puesto que cayeron tres soldados desde los árboles abajo en el agua, y aun el uno se quebró la pierna, todavía pasamos, aunque con harto peligro; porque de mí digo que verdaderamente cuando pasaba que lo vi muy peligroso é malo de pasar, y se me desvanecía la cabeza, y todavía pensé yo y otros veinte ó treinta soldados y muchos tlascaltecas, y comenzamos á dar por las espaldas de los mejicanos, que estaban tirando vara y flecha á los nuestros; y cuando lo vieron, que lo tenían por cosa imposible, creyeron que éramos muchos mas; y en esta instante allegaron Cristóbal de Olí é Pedro de Albarado y Andrés de Tapia, con otros de á caballo, que habían pasado con mucho riesgo de sus personas por una puente quebrada, y damos en los contrarios; por manera que volvieron las espaldas y se fueron huyendo á los montes y á otras partes de aquella honda cava, donde no se pudieron haber; é dende á poco rato también lle-

66 Cortés con todos los demás de á caballo. En este pueblo se hubo gran despojo, así de mantas muy grandes como de buenas indias, é allí mandó Cortés que estuviesen aquel día, y en una luerta del señor de aquel pueblo nos aposentamos todos, y era muy buena. Que quiera decir el gran recaudo de velas y escuchas y corredores del campo que do quiera que estábamos, ó por los caminos llevábamos, es prolijidad recitallo tantas voces; y por esta causa pasare adelante, y diré que vinieron nuestros corredores del campo á decir á Cortés que venían hasta veinte indios, y á lo que parecía en sus meneos y semblantes eran caciques y hombres principales que le traían mensajes ó á demandar paces, y eran los caciques de aquel pueblo; y cuando llegaron adonde Cortés estaba le hicieron mucho acato y le presentaron ciertas joyas de oro, y le dijeron que les perdouase porque no salieron de paz, que el señor de México les enviaba á mandar que, pues estaban en fortaleza, que desde allí nos diesen guerra, y les envió un buen escuadron de mejicanos para que les ayudasen; é que á lo que ahora han visto, que no habrá cosa, por fuerte que sea, que no la combatamos y señoreemos, y que le pidan por merced que los reciba de paz; y Cortés les mostró buena cara y dijo que somos vasallos de un gran señor, que es el emperador don Carlos, que á los que le quisieren servir que á todos haga mercedes, y que á ellos en su real nombre los reciba de paz; y allí dieron la obediencia á su majestad; y acuérdomos que dijeron aquellos caciques que en pago de no haber venido de paz hasta entonces permitieron nuestros dioses á los suyos que les hiciese castigo en sus personas y haciendas. Donde los dejaré agora; y digamos cómo otro día de mañana caminamos para otra gran población que se dice Suchimileco; y lo que pasamos en el camino y en la ciudad y reencuentros de guerra que nos dieron diré adelante, hasta que volvimos á Tezcoco, y lo que mas pasamos.

CAPITULO CXLV.

De la gran sed que hubo en este camino, y del peligro en que nos vimos en Suchimileco con muchas batallas y reencuentros que con los mayasos y con los naturales de aquella ciudad tuvimos, y de otros muchos reencuentros de guerras que hasta volver á Tezcoco pasamos.

Pues como caminamos para Suchimileco, que es una gran ciudad, y en toda la mas della están fundadas las casas en el agua, de agua dulce, y estará de México obra de dos leguas y media; pues yendo por nuestro camino con gran concierto y ordenanza, como lo teníamos de costumbre, fuimos por unos pinares, y no habia agua en todo el camino; y como íbamos con nuestras armas á cuestas y era ya tarde y hacia gran sol, aquejábanos mucho la sed, y no sabíamos si habia agua adelante, y habíamos andado ciertas leguas, ni tampoco teníamos certinidad qué tanto estaba de allí un pozo que nos decían que habia en el camino; y como Cortés así vido todo nuestro ejército cansado, y los amigos tlascaltecas se desmayaron y se murió uno de sed, y un soldado de los nuestros que era viejo y estaba doliente, me parece que tambien se murió de sed, acordó Cortés de parar á la sombra de unos pinares, y mandó á seis de

á caballo que fuesen adelante, camino de Suchimileco, é que vieses qué tanto de allí habia población ó estancias, ó el pozo que tuvimos noticia que estaba cerca, para ir á dormir á él; y cuando fueron los de á caballo, que era Cristóbal de Oli y un Valdenebro y Pedro Gonzalez de Trujillo, y otros muy esforzados varones, acordé yo de me apartar en parte que no me viese Cortés ni los de á caballo, y llevé tres naborias mics tlascaltecas, bien esforzados é sueltos indios, y fui tras ellos hasta que me vieron ir, y me aguardaron para me hacer volver, no hubiese algun rebato de guerreros mejicanos donde no me pudiese valer, é yo todavía porfiaba á ir con ellos; y el Cristóbal de Oli, como era yo su amigo, me dijo que fuese y que aparejase los puños á pelear con los indios y los piés á ponerme en salvo; y era tanta la sed que tenía, que aventuraba mi vida por me hartar de agua; y pasando obra de media legua adelante, habia muchas estancias y caserías de los de Suchimileco en unas laderas de unas sierrezuelas; entonces los de á caballo que he dicho se apartaron para buscar agua en las casas, y la hallaron y se hartaron della, y uno de mis tlascaltecas me sacó de una casa un gran cántaro de agua, que así los hay grandes cántaros en aquella tierra, de que me harté yo y ellos; y entonces acordé desde allí de me volver donde estaba Cortés reposando, porque los moradores de aquellas estancias ya comenzaban á se apellidar y nos daban grita, y truje el cántaro lleno de agua con los tlascaltecas, y hallé á Cortés que ya comenzaba á caminar con todo su ejército; y como le dije que habia agua en unas estancias muy cerca de allí y que habia bebido y que traía agua en el cántaro, la cual traían los tlascaltecas muy escondida porque no me la tomasen, porque á la sed no hay ley; de la cual bebió Cortés y otros caballeros, y se holgó mucho, y todos se alegraron y se dieron priesa á caminar, y llegamos á las estancias antes de se poner el sol, y por las cosas hallaron agua, aunque no mucha, y con la sed que traían algunos soldados, comían unos como cardos, y á algunos se les dañaron las bocas y lenguas; y en este instante vinieron los de á caballo é dijeron que el pozo que estaba lejos, y que ya estaba toda la tierra apellidando guerra, é que era bien dormir allí; y luego pusieron velas y espías y corredores del campo, é yo fui uno de los que pusieran por velas, y pareceme que llovió aquella noche un poco ó que hizo mucho viento; y otro día muy de mañana comenzamos á caminar, é á obra de las ocho llegamos á Suchimileco. Saber yo ahora decir la multitud de guerreros que nos estaban esperando, unos por tierra é otros en un paso de una puente que tenían quebrada, é los muchos mamparos y albarradas que tenían hecho en ellas, é las lanzas que traían hechas como al modo de las espadas que hubieron cuando la gran matanza que hicieron de los nuestros en lo de las puentes de México, y otros muchos indios capitanes que todos traían espadas de las nuestras muy relucientes; pues flecheros y varas de á dos gajos, y piedra con hondas, y espadas de á dos manos como montantes, hechas de á dos manos de navajas. Digo que estaba toda la tierra firme llena de ellos, y al pasar de aquella puente estuvieron peleando con nosotros cerca de media hora, que no les podíamos entrar, que ni bastaban ballestas ni

escopetas ni grandes arremetidas que hacíamos, y lo peor de todo era que ya venían otros escuadrones dellos por las espaldas dándonos guerra; y cuando aquello vimos, rompimos por el agua y puente medio nadando, y otros á vuelapíe, y allí hubo algunos de nuestros soldados que bebieron tanta agua por fuerza, que se les hincharon las barrigas dello. Y volvamos á nuestra batalla: que al pasar de la puente hirieron á muchos de los nuestros é mataron dos soldados, y luego les llevamos á buenas cuchilladas por unas calles donde había tierra firme adelante, y los de á caballo, juntamente con Cortés, salen por otras partes á tierra firme, adonde toparon sobre mas de diez mil indios, todos mejicanos, que venían de refresco para ayudar á los de aquel pueblo; y peleaban de tal manera con los nuestros, que les aguardaban con las lanzas á los de á caballo, é hirieron á cuatro dellos; y Cortés, que se halló en aquella gran presa, y el caballo en que iba, que era muy bueno, castaño oscuro, que le llamaban el Romo, ú de muy gordo u de cansado, como estaba holgado, desmayó el caballo, y los contrarios mejicanos, como eran muchos, echaron mano á Cortés y le derribaron del caballo; otros dijeron que por fuerza le derrocaron; ahora sea por lo uno ó por lo otro, en aquel instante llegaron muchos mas guerreros mejicanos para si pudieran apañarle vivo á Cortés; y como aquello vieron unos tlascaltecas y un soldado muy esforzado, que se decía Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja, de tierra de Medina del Campo, de presto llegaron, y á buenas cuchilladas y estocadas hicieron lugar, y tornó Cortés á cabalgar, aunque bien herido en la cabeza, y quedó el Olea muy malamente herido de tres cuchilladas; y en aquel tiempo acudimos allí todos los mas soldados que mas cerca dél nos hallamos; porque en aquella sazón, como en aquella ciudad había en cada calle muchos escuadrones de guerreros y por fuerza habíamos de seguir las banderas, no podíamos estar todos juntos, sino pelear unos á unas partes y otros á otras, como nos fué mandado por Cortés; mas bien entendimos que donde andaba Cortés y los de á caballo que había mucho que hacer, por las muchas gritas y voces y alaridos que oíamos. Y en fin de mas razones, puesto que había adonde andábamos muchas guerreros, fuimos con gran riesgo de nuestras personas adonde estaba Cortés, que ya se le habían juntado hasta quince de á caballo y estaban peleando con los enemigos junto á unas acequias, adonde se mamparaban y estaban albarradas; y como llegamos, les pusimos en huida, aunque no del todo volvían las espaldas; y porque el soldado Olea que acudió á nuestro Cortés estaba muy mal herido de tres cuchilladas y se desangraba, y las calles de aquella ciudad estaban llenas de guerreros, dijimos á Cortés que se volviese á unos mamparos y se curase el Cortés y el Olea; y así, volvimos, y no muy sin sobra de vara y piedra y flecha, que nos tiraban de muchas partes donde tenían mamparos y albarradas, creyendo los mejicanos que volvíamos retrayéndonos, é nos seguían con gran furia; y en este instante viene Pedro de Albarado é Andrés de Tapia y Cristóbal de Oli y todos los mas de á caballo que fueron con ellos á otras partes, el Oli corriendo sangre de la cara y el Pedro de Albarado herido,

y el caballo y todos los demás cada cual con su herida, y dijeron que habían peleado con tanto mejicano en el campo, que no se podían valer; y porque cuando pasamos la puente que dicho tengo, parece ser Cortés repartió que la mitad de á caballo fuesen por una parte y la otra mitad por otra; y así, fueron siguiendo tras unos escuadrones, y la otra mitad tras los otros. Pues ya que estábamos curando los heridos con quemalles con aceite é apretalles con mantas, suenan tantas voces y trompetillas é caracoles por unas calles en tierra firme, y por ellas vienen tantos mejicanos á un patio donde estábamos curando los heridos, é tiramos tanta vara y piedra, que hirieron de repente á muchos soldados; mas no les fué muy bien de aquella cabalgada, que presto arremetimos con ellos, y á buenas cuchilladas y estocadas quedaron hartos dellos tendidos. Pues los de á caballo no tardaron en salir al encuentro, que mataron muchos, puesto que entonces hirieron dos caballos é mataron un soldado; de aquella vez los echamos de aquel sitio é patio; y cuando Cortés vió que no había mas contrarios, nos fuimos á reposar á otro grande patio, adonde estaban los grandes adoratorios de aquella ciudad, y muchos de nuestros soldados subieron en el cu mas alto, adonde tenían sus ídolos, y desde allí vieron la gran ciudad de Méjico y toda la laguna, porque bien se señoreaba todo; y vieron venir sobre dos mil canoas que venían de Méjico llenas de guerreros, y venían derechos adonde estábamos; porque, según otro día supimos, el señor de Méjico, que se decía Guatemuz, les enviaba para que aquella noche ó día diesen en nosotros; y juntamente envió por tierra sobre otros diez mil guerreros para que, unos por una parte y otros por otra, tuviesen manera que no saliésemos de aquella ciudad con las vidas ninguno de nosotros. También había apercibido otros diez mil hombres para les enviar de refresco cuando estuviesen dándonos guerra, y esto se supo otro día de cinco capitanes mejicanos que en las batallas preudimos; y mejor lo ordenó nuestro Señor Jesucristo; porque así como vino aquella gran flota de canoas, luego se entendió que venían contra nosotros, y acordóse que hubiese muy buena vela en todo nuestro real, repartido á los puertos y acequias por donde habían de venir á desembarcar, y los de á caballo muy á punto toda la noche, ensillados y enfrenados, aguardando en la calzada y tierra firme, y todos los capitanes, y Cortés con ellos, haciendo vela y ronda toda la noche, é á mí é á otros diez soldados nos pusieron por velas sobre unas paredes de cal y canto, y tuvimos muchas piedras é ballesas y escopetas y lanzas grandes adonde estábamos, para que si por allí, en unas acequias que era desembarcadero, llegasen canoas, que les resistiésemos é liciésemos volver, é á otros soldados pusieron en guarda en otras acequias. Pues estando velando yo y mis compañeros, sentimos el rumor de muchas canoas que venían á remo callado á desembarcar á aquel puesto donde estábamos, y á buenas pedradas y con las lanzas les resistimos, que no osaron desembarcar, y á uno de nuestros compañeros enviamos que fuese á dar aviso á Cortés; y estando en esto, volvieron otra vez otras muchas canoas cargadas de guerreros, y

nos comenzaron á tirar mucha vara y piedra y flecha, y los tornamos á resistir, y entonces descalabraron á dos de nuestros soldados; y como era de noche muy oscuro, se fueron á juntar las canoas con sus capitanes de la flota de canoas, y todas juntas fueron á desembarcar á otro puertezuelo ó acequias hondas; y como no son acostumbrados á pelear de noche, se juntaron todos con los escuadrones que Guatemuz enviaba por tierra, que eran ya dellos mas de quince mil indios. También quiero decir, y esto no por me jactanciar, que como nuestro compañero fué á dar aviso á Cortés cómo habían llegado allí en el puerto donde velábamos muchas canoas de guerreros, segun dicho tengo, luego vino á hablar con nosotros el mismo Cortés, acompañado de diez de á caballo, y cuando llegó cerca sin nos hablar, dimos voces yo y un Gonzalo Sanchez, que era del Algarbe portugués, y dijimos: «¿Quién viene ahí? ¿No podeis hablar?» Y le tiramos tres ó cuatro pedradas; y como me conoció Cortés en la voz á mí y á mi compañero, dijo Cortés al tesoroero Julian de Alderete y á fray Pedro Melgarejo y al maestre de campo, que era Cristóbal de Oli, que le acompañaban á rondar: «No es menester poner aquí mas recaudo, que dos hombres están aquí puestos entre los que velan, que son de los que pasaron conmigo de los primeros, que bien podemos fiar dellos esta vela, y aunque sea otra cosa de mayor afrenta;» y desdeque nos hablaron, dijo Cortés que mirásemos el peligro en que estábamos; se fueron á requerir á otros puestos, y cuando no me cato, sin mas nos hablar, oímos cómo traían á un soldado azotando por la vela, y era de los de Norvaez. Pues otra cosa quiero traer á la memoria, y es, que ya nuestros escopeteros no tenían pólvora ni los ballesteros saetas; que el día antes se dieron tal prisa, que lo habían gastado; y aquella misma noche mandó Cortés á todos los ballesteros que alistasen todas las saetas que tuviesen y las emplumasen y pusiesen sus casquillos, porque siempre traíamos en las entradas muchas cargas de almacén de saetas, y sobre cinco cargas de casquillos hechos de cobre, y todo aparejo para donde quiera que llegásemos tener saetas; y toda la noche estuvieron emplumando y poniendo casquillos todos los ballesteros, y Pedro Berba, que era su capitán, no se quitaba de encima de la obra, y Cortés, que de cuando en cuando acudía. Dejemos esto, y digamos ya que fué de día claro cuál nos vinieron á cercar todos los escuadrones mejicanos en el patio donde estábamos; y como nunca nos cogian descuidados, los de á caballo por una parte, como era tierra firme, y nosotros por otra, y nuestros amigos los tlascaltecas, que nos ayudaban, rompimos por ellos y se mataron y hirieron tres de sus capitanes, sin otros muchos que luego otro día se murieron; y nuestros amigos hicieron buena presa, y se prendieron cinco principales, de los cuales supimos los escuadrones que Guatemuz había enviado; y en aquella batalla quedaron muchos de nuestros soldados heridos, é uno murió luego. Pues no se acabó en esta refriega; que yendo los de á caballo siguiendo el alcance, se encuentran con los diez mil guerreros que el Guatemuz enviaba en ayuda ó socorro de refresco de los que de antes había enviado, y los capitanes mejicanos que con ellos venían traían espadas de

las nuestras, haciendo muchas muestras con ellas de esforzados, y decían que con nuestras armas nos habían de matar; y cuando los nuestros de á caballo se hallaron cerca dellos, como eran pocos, y eran muchos escuadrones, temieron; é á esta causa se pusieron en parte para no se encontrar luego con ellos hasta que Cortés y todos nosotros fuésemos en su ayuda; é como lo supimos, en aquel instante cabalgan todos los de á caballo que quedaban en el real, aunque estaban heridos ellos y sus caballos, y salimos todos los soldados y ballesteros, y con nuestros amigos los tlascaltecas, y arremetimos de manera, que rompimos y tuvimos lugar de nos juntar con ellos pié con pié, y á buenas estocadas y cuchilladas se fueron con la mala ventura, y nos dejaron de aquella vez el campo. Dejemos esto, y tornaremos á decir que allí se prendieron otros principales, y se supo dellos que tenía Guatemuz ordenado de enviar otra gran flota de canoas y muchos mas guerreros por tierra; y dijo á sus guerreros que cuando estuviésemos causados, y heridos muchos y muertos de los reencuentros pasados, que estaríamos descuidados con pensar que no enviaria mas escuadrones contra nosotros, é que con los muchos que entonces enviaria nos podría desbaratar; y como aquello se supo, si muy apercebidos estábamos de antes, mucho mas lo estuvimos entonces, y fué acordado que para otro día saliésemos de aquella ciudad y no aguardásemos mas batallas; y aquel día se nos fué en curar heridos y en adobar armas y hacer saetas; y estando de aquella manera, pareció ser que, como en aquella ciudad eran ricos y tenían unas casas muy grandes llenas de mantas y ropa y camisas de mujeres de algodón, y habia en ella oro y otras muchas cosas y plumajes, alcanzároulo á saber los tlascaltecas y ciertos soldados en qué parte ó paraje estaban las casas, y se las fueron á mostrar unos prisioneros de Suchimileco, y estaban en la laguna dulce y podían pasar á ellas por una calzada, puesto que habia dos ó tres puentes chicos en la calzada, que pasaban á ellas de unas acequias hondas á otras; y como nuestros soldados fueron á las casas y las hallaron llenas de ropa, y no habia guarda, cárganse ellos y muchos tlascaltecas de ropa y otras cosas de oro, y se vienen con ello al real; y como lo vieron otros soldados, van á las mismas casas, y estando dentro sacando ropa de unas cajas muy grandes de madera, vino en aquel instante una gran flota de canoas de guerreros de Méjico y dan sobre ellos é hirieron muchos soldados, y apañan á cuatro soldados vivos é los llevaron á Méjico, é los demás se escaparon de buena; y llamábanse los que llevaron Juan de Lara, y el otro Alonso Hernandez, y de los demás no me acuerdo sus nombres, mas sé que eran de la capitania de Andrés de Monjaraz. Pues como le llevaron á Guatemuz estos cuatro soldados, alcanzó á saber cómo éramos muy pocos los que veníamos con Cortés y que muchos estaban heridos, y tanto como quiso saber de nuestro viaje, tanto supo; y como fué bien informado, manda cortar piés y brazos á los tristes nuestros compañeros, y los envia por muchos pueblos nuestros amigos de los que nos habían venido de paz, y les envia á decir que antes que volvámos á Tezcuco piensa no quedará ninguno de nosotros á vida; y con los corazones y sangre hizo sacrificio á sus ídolos.

Dejemos esto, y digamos cómo luego tornó á enviar muchas flotas de canoas llenas de guerreros, y otras capitánias por tierra, y les mandó que procurasen que no saliésemos de Suchimileco con las vidas. Y porque ya estoy harto de escribir de los muchos reencuentros y batallas que en estos cuatro dias tuvimos con mejicanos, é no puedo dejar otra vez de hablar en ellas, digo que cuando amaneció vinieron desta vez tantosculchúas mejicanos por los esteros, y otros por las calzadas y tierra firme, que tuvimos harto que romper en ellos; y luego nos salimos de aquella ciudad á una gran plaza que estaba algo apartada del pueblo, donde solian hacer sus mercados; y allí, puestos con todo nuestro fardaje para caminar, Cortés comenzó á hacer un parlamento cerca del peligro en que estábamos, porque sabíamos cierto que en los caminos é pasos malos nos estaban aguardando todo el poder de Méjico y otros muchos guerreros puestos en esteros y acequias; é nos dijo que seria bien, é así nos lo mandaba de hecho, que fuésemos desembarazados y dejásemos el fardaje á lato, porque no nos estorbaba para el tiempo de pelear. Y cuando aquello le oímos, todos á una le respondimos que, mediante Dios, que hombres éramos para defender nuestra hacienda y personas é la suya, y que seria gran poquedad si tal hiciésemos; y desdeque vió nuestra voluntad y respuesta, dijo que á la mano de Dios lo encomendaba; y luego se puso en concierto cómo habíamos de ir, el fardaje y los heridos en medio, y los de á caballo repartidos, la mitad dellos delante y la otra mitad en la retaguarda, y los ballesteros tambien con todos nuestros amigos, é allí poníamos mas recaudo, porque siempre los mejicanos tenian por costumbre que daban en el fardaje; de los escopeteros no nos aprovechábamos, porque no tenian pólvora ninguna; y desta manera comenzamos á caminar. Y cuando los escuadrones mejicanos que habia enviado Guatemuz aquel dia vieron que nos íbamos retrayendo de Suchimileco, creyeron que de miedo no los osábamos esperar, como ello fué verdad, y salen de repente tantos dellos y se vienen derechos á nosotros, é hirieron dos soldados, é dos murieron de ahí á ocho dias, é quisieron romper y desbaratar por el fardaje; mas, como íbamos con el concierto que he dicho, no tuvieron lugar, y en todo el camino hasta que llegamos á un gran pueblo que se dice Cuyoacoan, que está obra de dos leguas de Suchimileco, nunca nos saltaron rebatos de guerreros que nos salian en partes que no nos podíamos aprovechar dellos, y ellos sí de nosotros, de mucha vara y piedra y flecha; y como tenian cerca los esteros y zanjas, ponianse en salvo. Pues llegados á Cuyoacoan á obra de las diez del día, hallámosla despoblada. Quiero ahora decir que están muchas ciudades las unas de las otras cerca, de la gran ciudad de Méjico obra de dos leguas, porque Suchimileco y Cuyoacoan y Chohuilobusco é Iztapalapa y Coadlauaca y Mezquique, y otros tres ó cuatro pueblos que están poblados los mas dellos en el agua, que están á legua y media ó á dos leguas las unas de las otras, y de todas ellas se habian juntado allí en Suchimileco muchos indios guerreros contra nosotros. Pues volvamos á decir que como llegamos á aquel gran pueblo ya estaba despoblado, y está en tierra llana, acordamos de

reposar aquel día que llegamos é otro, porque se curasen los heridos y hacer saetas, porque bien entendido teníamos que habíamos de haber mas batallas antes de volver á nuestro real, que era Texcoco; é otro dia muy de mañana comenzamos á caminar, con el mismo concierto que solíamos llevar, camino de Tacuba, que está de donde salimos obra de dos leguas, y en el camino salieron en tres partes muchos escuadrones de guerreros, y todas tres les resistimos, y los de á caballo los seguian por tierra llana hasta que se acogian á los esteros é acequias; é yendo por nuestro camino de la manera que he dicho, apartóse Cortés con diez de á caballo á echar una calada á los mejicanos que salian de aquellos esteros y salian á dar guerra á los nuestros, y llevó consigo cuatro mozos de espuelas, y los mejicanos hacian que iban huyendo, y Cortés con los de á caballo y sus criados siguiéndoles; y cuando miró por sí estaba una gran capitania de contrarios puestos en celada, y dan en Cortés y los de á caballo, que les hirieron los caballos, y si no dieran vuelta de presto, allí quedarán muertos ó presos. Por manera que apañaron los mejicanos dos de los soldados mozos de espuelas de Cortés, de los cuatro que llevaba, y vivos los llevaron á Guatemuz é los sacrificaron. Dejemos de hablar deste desman por causa de Cortés, y digamos cómo habíamos ya llegado á Tacuba con nuestras banderastendidas, con todo nuestro ejército y fardaje, y todos los mas de á caballo habian llegado, y tambien Pedro de Albarado y Cristóbal de Oli, y Cortés no venia con los diez de á caballo que llevó en su compañía. Tuvimos mala sospecha no les hubiese acaecido algun desman, y luego fuimos con Pedro de Albarado y Cristóbal de Oli é Andrés de Tapia en su buaca, con otros de á caballo, hácia los esteros donde le vimos apartar, y en aquel instante vinieron los otros dos mozos de espuelas que habian ido con Cortés, que se escaparon, é se decia el uno Monroy y el otro Tomás de Rijoies, y dijeron que ellos por ser ligeros escaparon, é que Cortés y los demás se vienen poco á poco porque truen los caballos heridos; y estando en esto viene Cortés, con el cual nos alegramos, puesto que él venia muy triste y como lloroso; llamábanse los mozos de espuelas que llevaron á Méjico á sacrificar, el uno Francisco Martin Vendobal, y este nombre de Vendobal se le puso por ser algo loco, y el otro se decia Pedro Gallego. Pues como allí llegó Cortés á Tacuba, llovía mucho, y reparamos cerca de dos horas en unos grandes patios; y Cortés con otros capitanes y el tesorero Alderete, que venia ya malo, y el fraile Melgarejo y otros muchos soldados subimos en el gran cu de aquel pueblo, que desde él se señoreaba muy bien la ciudad de Méjico, que está muy cerca, y toda la laguna y las mas ciudades que están en el agua pobladas; y cuando el fraile y el tesorero Alderete vieron tantas ciudades y tan grandes, y todas asentadas en el agua, estaban admirados. Pues cuando vieron la gran ciudad de Méjico y la laguna y tanta multitud de canoas, que unas iban cargadas con bastimentos y otras iban á pescar y otras baidas, mucho mas se espantaron, porque no las habian visto hasta en aquella sazón; y dijeron que nuestra venida en esta Nueva-España que no eran cosas de hombres humanos, sino que la gran misericordia de

Dios era quien nos sostenia; é que otras veces han dicho que no se acuerdan haber leído en ninguna escritura que hayan hecho ningunos vascellos tan grandes servicios á su rey como son los nuestros, é que ahora lo dicen muy mejor, y que dello harian relacion á su majestad. Dejemos de otras muchas pláticas que allí pasaron, y crímo consolaba el fraile á Cortés por la pérdida de sus mozos de espuelas, que estaba muy triste por ellos; y digamos cómo Cortés y todos nosotros estábamos mirando desde Tacuba el gran cu del idolo Huichilóbo y el Tatlulco y los aposentos donde solíamos estar, y mirábamos toda la ciudad, y las puentes y calzada por donde salimos huyendo; y en este instante suspiró Cortés con una muy gran tristeza, muy mayor que la que de antes traia, por los hombres que le mataron antes que en el alto cu subiese; y desde entonces dijeron en cantar ó romance:

En Tacuba está Cortés
Con su escuadron esforzado,
Triste estaba y muy penoso,
Triste y con gran cuidado,
La una mano en la mejilla,
Y la otra en el costado, etc.

Acuérdome que entonces le dijo un soldado que se decia el bachiller Alonso Perez, que después de ganada la Nueva-España fué fiscal é vecino en Méjico: « Señor capitan, no esté vuestra merced tan triste; que en las guerras estas cosas suelen acaecer, y no se dirá por vuestra merced:

Mira Nero, de Tarpeya,
A Roma cómo se ardia.

Y Cortés le dijo que ya veia cuántas veces habia enviado á Méjico á rogalles con la paz, y que la tristeza no la tenia por sola una cosa, sino en pensar en los grandes trabajos en que nos habiamos de ver hasta tornar á señorear, y que con la ayuda de Dios presto lo poriamos por la obra. Dejemos estas pláticas y romances, pues no estábamos en tiempo dellos, y digamos cómo se tomó parecer entre nuestros capitanes y soldados si daríamos una vista á la calzada, pues estaba tan cerca de Tacuba, donde estábamos; y como no habia pólvora ni muchas saetas, y todos los mas soldados de nuestro ejército heridos, acordándonos que otra vez, poco mas habia de un mes, que Cortés les probó á entrar en la calzada con muchos soldados que llevaba, y estuvo en gran peligro; porque temió ser desbaratado, como dicho tengo en el capitulo pasado que dello habia; y fué acordado que luego nos fuésemos nuestro camino, por temor nouviésemos en ese dia ó en la noche alguna refriega con los mejicanos; porque Tacuba está muy cerca de la gran ciudad de Méjico, y con la llevada que entonces llevaron vivos de los soldados no enviase Guatemuz sus grandes poderes contra nosotros; y comenzamos á caminar, y pasamos por Escapuzalco y hallámosle despoblado, y luego fuimos á Tenayuca, que era gran pueblo, que le solíamos llamar el pueblo de las Serpes. Ya he dicho otra vez, en el capitulo que dello habla, que tenian tres sierpes en el adoratorio mayor en que adoraban, y las tenian por sus ídolos, y tambien estaban despoblados; y desde allí

fuimos á Guatitlan, y en todo este dia no dejó de llover muy grandes aguaceros, y como íbamos con nuestras armas á cuestas, quejamás las quitábamos de dia ni de noche, y con la mucha agua y del peso dellas íbamos quebrantados, y llegamos ya que anochece á aquel gran pueblo, y tambien estaba despoblado, y en toda la noche no dejó de llover, y habia grandes lodos, y los naturales dél y otros escuadrones mejicanos nos daban tanta grita de noche desde unas acequias y partes que no les podiamos hacer mal; y como hacia muy oscuro y llovía, no se podian poner velas ni rondas, y no hubo concierto ninguno ni acertábamos con los puestos; y esto digo porque á mí me pusieron para velar la prima, y jamás acudió á mí puesto ni cuadrillero ni rondas, y así se hizo en todo el real. Dejemos desto descuido, y tornemos á decir que otro dia fuimos camino de otra gran poblacion, que no me acuerdo el nombre, y habia grandes lodos en él, y hallámosla despoblada; y otro dia pásamos por otros pueblos y tambien estaban despoblados; y otro dia llegamos á un pueblo que se dice Aculman, sujeto de Tezcucó; y como supieron en Tezcucó cómo íbamos, salieron á recebir á Cortés, é vinieron muchos españoles que habian venido entonces de Castilla. Y tambien vino á recebirnos el capitan Gonzalo de Sandoval con muchos soldados, y juntamente el señor de Tezcucó, que ya he dicho que se decia don Fernando; y se hizo á Cortés buen recibimiento, así de los nuestros como de los recién venidos de Castilla, y muchos mas de los naturales de los pueblos comarcanos; pues trujeron de comer, y luego esa noche se volvió Sandoval á Tezcucó con todos sus soldados á poner en cobro su real. Y otro dia por la mañana fué Cortés con todos nosotros camino de Tezcucó; y como íbamos cansados y heridos, y dejábamos muertos nuestros soldados y compañeros, y sacrificados en poder de los mejicanos, en lugar de descansar y curar nuestras heridas, tenian ordenada una conjuracion ciertas personas de culidad, de la parcialidad de Narvaez, de matar á Cortés y á Gonzalo de Sandoval é á Pedro de Albarado é Andrés de Tapia. Y lo que mas pasó diré adelante.

CAPITULO CXLVI.

Cómo desde que llegamos con Cortés á Tezcucó con todo nuestro ejército y soldados, de la entrada de rodear los pueblos de la laguna, tenian concertado entre ciertas personas de los que habian pasado con Narvaez, de matar á Cortés y á todos los que fuésemos en su defensa; y quien fué primero autor de aquella chirriola fué uno que habia sido gran amigo de Diego Velazquez, gobernador de Cuba; al cual soldado Cortés le mandó ahorcar por sentencia; y cómo se herraron los esclavos y se apreció todo el real y los pueblos nuestros amigos, y se hizo alarde y ordenanzas, y otras cosas que mas pasaron.

Ya he dicho, como veniamos tan destrozados y heridos de la entrada por mí nombrada, pareció ser que un gran amigo del gobernador de Cuba, que se decia Antonio de Villafuía, natural de Zamora ó de Toro, se concertó con otros soldados de los de Narvaez, los cuales no nombro sus nombres por su honor, que así como viniese Cortés de aquella entrada, que le mataban, y habia de ser desta manera: que, como en aquella sazón habia venido un navío de Castilla, que cuando

Cortés estuviere sentado á la mesa comiendo con sus capitanes é soldados, que entre aquellas personas que tenían hecho el concierto, que trujesen una carta muy cerrada y sellada, como que venia de Castillo, y que dijese que era de su padre Martin Cortés, y que cuando la estuviere leyendo le diesen de puñaladas, así al Cortés como á todos los capitanes y soldados que cerca de Cortés nos hallásemos en su defensa. Pues ya hecho y consultado todo lo por mí dicho, los que lo tenían concertado, quiso nuestro Señor que dieron parte del negocio á dos personas principales, que aquí tampoco quiero nombrar, que habian ido en la entrada con nosotros, y aun á uno dellos en el concierto que tenían le habian nombrado por uno de los capitanes generales después que hubiesen muerto á Cortés; y asimismo á otros soldados de los de Nurvaez hacian alguacil mayor é alférez, y alcaldes y regidores, y contador y tesorero y veedor, y otras cosas deste arte, y aun repartido entre ellos nuestros bienes y caballos; y este concierto estuvo encubierto dos dias después que llegamos á Tezcucuo; y nuestro Señor Dios fué servido que tal cosa no pasase, porque era perderse la Nueva-España y todos nosotros muriéramos, porque luego se levantarán bandos y chirinolas. Pareció ser que un soldado lo descubrió á Cortés, que luego pusiese remedio en ello antes que mas fuego sobre aquel caso se encendiese; porque le certificó aquel buen soldado que eran muchas personas de calidad en ello; y como Cortés lo supo, después de hacer grandes ofrecimientos y dádivas que le dió á quien se lo descubrió, muy presto secretamente lo hace saber á todos nuestros capitanes, que fueron Pedro de Albarado é Francisco de Lugo, y á Cristóbal de Oli y á Gonzalo de Sandoval, é Andrés de Tupa é á mí, y á dos alcaldes ordinarios que eran de aquel año, que se decian Luis Marin y Pedro de Ircio, y á todos nosotros los que éramos de la parte de Cortés; y así como lo supimos, nos apercebimos, y sin mas tardar fuimos con Cortés á la posada de Antonio de Villafañe, y estaban con él muchos de los que eran en la conjuración, y de presto le echamos mano al Villafañe con cuatro alguaciles que Cortés llevaba, y los capitanes y soldados que con el Villafañe estaban comenzaron á huir, y Cortés les mandó detener y prender algunos dellos; y cuando tuvimos preso al Villafañe, Cortés le sacó del seno el memorial que tenia con las firmas de los que fueron en el concierto que dicho tengo; y como lo hubo leído, y vió que eran muchas personas en ello de calidad, é por no infamarlos, echó fama que comió el memorial el Villafañe, y que no le habia visto ni leído, é luego hizo proceso contra él; y tomada la confesion, dijo la verdad, é con muchos testigos que habia de fe y de creer, que tomaron sobre el caso, por sententia que dieron los alcaldes ordinarios, juntamente con Cortés y el maestro de campo Cristóbal de Oli, y después que se confesó con el padre Juan Díaz, le ahorcaron de una ventana del aposento donde posaba el Villafañe; y no quiso Cortés que otro ninguno fuese infamado en aquel mal caso, puesto que en aquella sazón echaron presos á muchos por poner temores y hacer señal que queria hacer justicia de otros; y como el tiempo no daba lugar á ello, se disimuló; y luego acordó

Cortés de tener guarda para su persona, y fué su capitán un hidalgo que se decia Antonio de Quiñones, natural de Zamora, con doce soldados, buenos hombres y esforzados, y le velaban de dia y de noche, y á nosotros de los que sentia que éramos de su banda, nos rogaba que mirásemos por su persona. Y desde allí adelante, aunque mostraba gran voluntad á las personas que eran en la conjuración, siempre se recelaba dellos. Dejemos esta materia, y digamos cómo luego se mandó preguntar que todos los indios é indias que habiamos hallado en aquellas entradas los llevasen á herrar dentro de dos dias á una casa que estaba señalada para ello; y por no gustar mas palabras en esta relacion sobre la manera que se vendian en la almoneda, mas de las que otras veces tengo dichas en las dos veces que se herraron, si mal lo habian hecho de antes, muy peor se hizo esta vez, que, después de sacado el real quinto, sacaba Cortés el suyo, y otras treinta sacalinas para capitanes; y si eran hermosas y buenas indias las que metiamos á herrar, las hurtaban de noche del monton, que no parecian hasta de ahí á buenos dias; y por esta causa se dejaban de herrar muchas piezas, que después teniamos por valiosas. Dejemos de hablar en esto, y digamos lo que después en nuestro real se ordenó.

CAPITULO CXLVII.

Cómo Cortés mandó á todos los pueblos nuestros amigos que estaban cercanos de Tezcucuo, que hiciesen almacen de saetas é casquillos de cobre, y lo que en nuestro real mas pasó.

Como se hubo hecho justicia del Antonio de Villafañe, y estaban ya pacíficos los que eran juntamente con él conjurados de matar á Cortés y á Pedro de Albarado y al Sandoval y á los que fuésemos en su defensa, segun mas largamente lo tengo escrito en el capítulo pasado; é viendo Cortés que ya los bergantines estaban hechos, y puestas sus jarcias y velas y remos muy buenos, y mas remos de los que habian menester para cada bergantin, y la zanja de agua por donde habian de salir á la laguna muy ancha é hondable, envió á decir á todos los pueblos nuestros amigos que estaban cerca de Tezcucuo, que en cada pueblo hiciesen ocho mil casquillos de cobre, que fuesen segun otros que les llevaron por muestra, que eran de Castilla; y asimismo les mandó que en cada pueblo labrasen y desbastasen otras ocho mil saetas de una madera muy buena, que tambien les llevaron muestra, y les dió de plazo ocho dias para que trujesen las saetas y casquillos á nuestro real; lo cual trujeron para el tiempo que se les mandó, que fueron mas de cincuenta mil casquillos y otras tantas mil saetas, y los casquillos fueron mejores que los de Castilla; y luego mandó Cortés á Pedro Barba, que en aquella sazón era capitán de ballesteros, que los repartiese, así saetas como casquillos, entre todos los ballesteros, é que les mandase que siempre desbastasen el almacen, y las emplumasen con engrudo, que pega mejor que lo de Castilla, que se hace de unas como raíces que se dice castile; y asimismo mandó al Pedro Barba que cada ballestero tuviese dos cuerdas bien pulidas y aderezadas para sus ballestas, y otras tantas nueces, para que si se quebrase alguna cuerda ó faltase la nuez, que luego se pusiese otra, é que siempre tirasen á terrero y vieses á

qué pasos allegaba la fuga de sus ballestas, y para ello se le dio mucho hilo de Valencia para las cuerdas; porque en el navio que le dicho que vino pocos dias habia de Castilla, que era de Juan de Búrgos, trujo mucho hilo y gran cantidad de pólvora y ballestas y otras muchas armas, y herraje y escopetas. Y tambien mandó Cortés á los de á caballo que tuviesen sus caballos herrados y las lanzas puestas á punto, á que cada dia cabalgasen y corriesen y les mostrasen muy bien á revolver y escaramuzar; y hecho esto, envió mensajeros y cartas á nuestro amigo Xicotenga el viejo, que, como ya he dicho otras veces, era vuelto cristiano y se llamaba don Lorenzo de Vargas, y á su hijo Xicotenga el mozo, y á sus hermanos y al Chichimecatecle, haciéndoles saber que en pasando el dia de Corpus Christi habiamos de partir de aquella ciudad para ir sobre Méjico á ponerle cerco, y que le enviase veinte mil guerreros de los suyos de Tlascala y los de Guaxocingo y Cholula, pues todos eran amigos y hermanos en armas; é ya lo sabian los tlascaltecas de sus mismos indios el plazo y concierto, como siempre iban de nuestro real cargados de despojos de las entradas que haciamos. Tambien aperció á los de Chalco y Tlamanalco y sus sujetos que se apercebiesen para cuando los enviásemos á llamar; y se les hizo saber como era para poner cerco á Méjico, y en qué tiempo habiamos de ir; y tambien se les dijo á don Hernando, señor de Tezcuco, y á sus principales y á todos sus sujetos, y á todos los mas pueblos nuestros amigos; y todos á una respondieron que lo harian muy cumplidamente lo que Cortés les enviaba á mandar, é que vernian, y los de Tlascala vinieron pasada la pascua del Espíritu Santo. Hecho esto, se acordó de hacer alarde un dia de pascua; lo cual diré adelante el concierto que se dió.

CAPITULO CXLVIII.

Cómo se hizo alarde en la ciudad de Tezcuco en los patios mayores de aquella ciudad, y los de á caballo, ballesteros y escopeteros y soldados que se hallaron, y las ordenanzas que se pregonaron, y otras cosas que se hicieron.

Después que se dió la orden, así como antes he dicho, y se enviaron mensajeros y cartas á nuestros amigos los de Tlascala y á los de Chalco, y se dió aviso á los demás pueblos, acordó Cortés con nuestros capitanes y soldados que para el segundo dia del Espíritu Santo, que fué el año de 1521 años, se hiciese alarde; el cual alarde se hizo en los patios mayores de Tezcuco, y halláronse ochenta y cuatro de á caballo y seiscientos y cincuenta soldados de espada y de rodela, é muchos de lanzas, é ciento y noventa y cuatro ballesteros y escopeteros; y destos se sacaron para los trece bergantines los que ahora diré: para cada bergantin doce ballesteros y escopeteros, estos no habian de remar; y demás desto, tambien se sacaron otros doce remeros para cada bergantin, á seis por banda; que son los doce que he dicho. Y demás desto, un capitán por cada bergantin. Por manera que sale á cada bergantin á veinte y cinco soldados con el capitán, é trece bergantines que eran, á veinte y cinco soldados, son docientos y ochenta y ocho; y con los artilleros que les dieron, demás de los veinte y cinco soldados, fueron

en todos los bergantines treientos soldados por la cuenta que he dicho; y tambien les repartió los tiros de frutera é halconetes que teniamos y la pólvora que les parecia que habian menester; y esto hecho, mandó pregonar las ordenanzas que todos habiamos de guardar.

Lo primero, que ninguna persona fuese osada de blasfemar de nuestro Señor Jesucristo ni de nuestra Señora su bendita Madre, ni de los santos apóstoles ni otros santos, so graves penas.

Lo segundo, que ningun soldado tratase mal á nuestros amigos, pues iban para os ayudar, ni les tomasen cosa ninguna, aunque fuesen de las cosas que ellos habian adquirido en la guerra, ni plata ni chalchicuis.

Lo tercero, que ningun soldado fuese osado de salir ni de dia ni de noche de nuestro real para ir á ningun pueblo de nuestros amigos ni á otra parte á traer de comer ni á otra cualquier cosa, so graves penas.

Lo cuarto, que todos los soldados llevasen muy buenas armas y bien colchadas, y gorjal y papuligos y antiparas y rodela; que, como sabiamos, que era tanta la multitud de vara y piedra y flecha y lanza, para todo era menester llevar las armas que decia el pregon.

Lo quinto, que ninguna persona jugase caballo ni armas por via ninguna, con gran pena que se les puso.

Lo sexto y último, que ningun soldado ni hombre de á caballo ni ballestero ni escopetero duerma sin estar con todas sus armas vestidas y con alpargates calzados, excepto si no fuese con gran necesidad de heridas ó estar doliente, porque estuviésemos muy bien aparejados para cualquier tiempo que los mejicanos viniesen á nos dar guerra. Y demás desto, se pregonaron las leyes que se mandan guardar en lo militar, que es al que se duerme en la vela ó se va del puesto que le ponen, pena de muerte; y se pregonó que ningun soldado vaya de un real á otro sin licencia de su capitán, so pena de muerte. Mas se pregonó, que el soldado que dejare su capitán en la guerra ó batalla é se huya, pena de muerte. Esto pregonado, diré en lo que mas se entendió.

CAPITULO CXLIX.

Cómo Cortés buscó á los marineros que eran menester para remar en los bergantines, y se les señaló capitanes que habian de ir con ellos, y de otras cosas que se hicieron.

Después de hecho el alarde ya otras veces dicho, como vió Cortés que para remar los bergantines no hallaban tantos hombres del mar que supiesen remar, puesto que bien se conocian los que habiamos traído en nuestros navios que dimos al través con ellos cuando venimos con Cortés, é asimismo se conocian los marineros de los navios de Narvaez y de los de Jamáica, y todos estaban puestos por memoria y los habian apercebido porque habian de remar, y aun con todos ellos no habia recaudo para todos trece bergantines, y muchos dellos rehusaban y aun decian que no habian de remar; y Cortés hizo pesquisa para saber los que eran marineros y habian visto que iban á pescar, ó si eran de Pálos ó Moguer ó de Triana ó del Puerto ó de otro cualquier puerto ó parte donde hay marineros, les mandaba, so graves penas, que entrasen en los bergantines, y aunque mas hidalgos dijese que eran, les hizo ir á remar; y desta manera juntó ciento y cincuenta hombres para

remar, y ellos fueron los mejor librados que nosotros los que estábamos en las calzadas batallando, y quedaron ricos de despojos, como adelante diré; y desde Cortés les hubo mandado que anduviesen en los bergantines, y les repartió los ballesteros y escopeteros y pólvora y tiros é saetas y todo lo demás que era menester, y les mandó poner en cada bergantín las banderas reales y otras banderas del nombre que se decía ser el bergantín, y otras cosas que convenían, nombró por capitanes para cada uno dellos á los que ahora aquí diré: á Garcibolguin, Pedro Barba, Juan de Limpias, Carvajal el sordo, Juan Jaramillo, Jerónimo Ruiz de la Mota, Carvajal, su compañero, que ahora es muy viejo y vive en la calle de San Francisco; é á un Portillo, que entonces vino de Castilla, buen soldado, que tenía una mujer hermosa; é á un Zumora, que fué maestro de navios, que vivía ahora en Guaxaca; é á un Colmenero, que era marineró, buen soldado; é á un Lerma é á Ginés Nortes é á Briones, natural de Salamanca; el otro capitán no me acuerdo su nombre; é á Miguel Díaz de Auz; é cuando los hubo nombrado, mandó á todos los ballesteros y escopeteros é á los demás soldados que habían de remar, que obedeciesen á los capitanes que les ponía y no saliesen de su mandado, so graves penas; y les dió las instrucciones que cada capitán había de hacer y en qué puesto habían de ir de las calzadas é con qué capitanes de los de tierra. Acabado de poner en concierto todo lo que he dicho, viniéronle á decir á Cortés que venían los capitanes de Tlascala con gran copia de guerreros, y venía en ellos por capitán general Xicotenga el mozo, el que fué capitán cuando las guerras de Tlascala, y este fué el que nos trataba la traición en Tlascala cuando salimos huyendo de Méjico, según otras muchas veces lo he referido; é que traía en su compañía otros dos hermanos, hijos del buen viejo don Lorenzo de Vargas, é que traía gran copia de tlascaltecas y de guaxocingo, y otro capitán de cholultecas; y aunque eran pocos, porque, á lo que siempre vi, después que en Cholula se les hizo el castigo ya otra vez por mi dicho en el capítulo que dello habla, después acá jamás fueron con los mejicanos ni aun con nosotros, sino que se estaban á la mira, que aun cuando nos echaron de Méjico no se hallaron ser nuestros contrarios. Dejémosesto, y volvamos á nuestra relación: que como Cortés supo que venía Xicotenga y sus hermanos y otros capitanes, é vinieron un día primero del plazo que les enviaron á decir que viniesen, salió á les recibir Cortés un cuarto de legua de Tezcuco, con Pedro de Albarado y otros nuestros capitanes; y como encontraron con el Xicotenga y sus hermanos, les hizo Cortés mucho acato y les abrazó, y á todos los mas capitanes, y venían en gran ordenanza y todos muy lucidos, con grandes divisas cada capitania por sí, y sus banderas tendidas, y el ave blanca que tienen por armas, que parece águila con sus alas tendidas; traían sus alféreces revolando sus banderas y estandartes, y todos con sus arcos y flechas y espadas de á dos manos y varas con tiraderas, é otros macanas y lanzas grandes é otras chieas é sus penachos, y puestos en concierto y dando voces y gritos é silbos, diciendo: ¡Viva el Emperador, nuestro señor, y Castilla, Castilla, Tlascala, Tlascala! y tardaron en

entrar en Tezcuco mas de tres horas, y Cortés los mandó aposentar en unos buenos aposentos, y los mandó dar de comer de todo lo que en nuestro real había; é después de muchos abrazos y ofrecimientos que los haría ricos, se despidió dellos y les dijo que otro día les diría lo que habían de hacer, é que ahora venían cansados, que reposasen; y en aquel instante que llegaron aquellos caciques de Tlascala que dicho tengo, entraron en nuestro real cartas que enviaba un soldado que se decía Hernando de Barrientos, desde un pueblo que se dice Chinanta, que estará de Méjico obra de noventa leguas; y lo que en ella se contenía era que habían muerto los mejicanos en el tiempo que nos echaron de Méjico á tres compañeros suyos cuando estaban en las estancias y minas donde los dejó el capitán Pizarro, que así se llamaba, para que buscasen y descubriesen todas aquellas comarcas si había minas ricas de oro, según dicho tengo en el capítulo que dello habla; y que el Barrientos que se acogió á aquel pueblo de Chinanta, adonde estaba, y que son enemigos de mejicanos. Esto pueblo fué donde trujeron las picas cuando fuimos sobre Narvaez. Y porque no hacen al caso á nuestra relación otras particularidades que decía en la carta, se dejará de decir; y Cortés sobre ella le escribió en respuesta dándole relación de la manera que íbamos de camino para poner cerco á Méjico, y que á todos los caciques de aquellas provincias les diese sus encomiendas, y que mirase que no se viniese de aquella tierra hasta tener carta suya, porque en el camino no le matasen los mejicanos. Dejemos esto, y digamos cómo Cortés ordenó de la manera que habíamos de ir á poner cerco á Méjico, y quién fueron los capitanes, y lo que mas en el cerco sucedió.

CAPITULO CL.

Cómo Cortés mandó que fuesen tres guarniciones de soldados y de á caballo y ballesteros y escopeteros por tierra á poner cerco á la gran ciudad de Méjico, y los capitanes que nombró para cada guarnición, y los soldados y de á caballo y ballesteros y escopeteros que les repartió, y los sitios y ciudades donde habíamos de asentar nuestros reales.

Mandó que Pedro de Albarado fuese por capitán de ciento y cincuenta soldados de espada y rodela, y muchos llevaban lanzas, y les dió treinta de á caballo y diez y ocho escopeteros y ballesteros, y nombró que fuesen juntamente con él á Jorgo de Albarado, su hermano, y á Gutierre de Badajoz y á Andrés de Monjaraz, y estos mandó que fuesen capitanes de cada cincuenta soldados, y que repartiesen entre todos tres los escopeteros y ballesteros, tanto á una capitania como á otra; y que el Pedro de Albarado fuese capitán de los de á caballo y general de las tres capitánias, y le dió ocho mil tlascaltecas con sus capitanes, y á mí me señaló y mandó que fuese con el Pedro de Albarado, y que fuésemos á poner sitio en la ciudad de Tacuba; y mandó que las armas que llevásemos fuesen muy buenas, y papahigos y gorjales y antiparas, porque era mucha la vara y piedra como granizo, y flechas y lanzas y macanas y otras armas de espadas de á dos manos con que los mejicanos peleaban con nosotros, y para tener defensa con ir bien armados; y aun con todo esto, cada día que bata-

habíamos habido muertos y heridos, según adelante diré. Fuémos á otra capitania.

Dió á Cristóbal de Oli, que era maestro de campo, otros treinta de á caballo y ciento y setenta y cinco soldados y veinte escopeteros y ballesteros, y todos con sus armas, según y de la manera que los dió á Pedro de Albarado; y le nombró otros tres capitanes, que fué Andrés de Tapia y Francisco Verdugo y Francisco de Lugo, y entre todos tres capitanes repartiesen los soldados y escopeteros y ballesteros; y que el Cristóbal de Oli fuese capitán general de las tres capitanías y de los de á caballo, y le dió otros ocho mil tlascaltecas, y le mandó que fuese á asentar su real en la ciudad de Cuauacoan, que está de Tacuba dos leguas.

De otra guarnición de soldados hizo capitán á Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, y le dió veinte y cuatro de á caballo y catorce escopeteros y ballesteros y ciento y cincuenta soldados de espada y rodela y lanza, y mas de ocho mil indios de guerra de los de Chalco y Guazocingo y de otros pueblos por donde el Sandoval había de ir, que eran nuestros amigos, y le dió por compañeros y capitanes á Luis Marin y á Pedro de Treio, que eran amigos del Sandoval; y les mandó que entre los dos capitanes repartiesen los soldados y ballesteros y escopeteros, y que el Sandoval tuviese á su cargo los de á caballo y que fuese general de todos, y que rentase su real junto á Iztapalapa, é que le diese guerra y le hiciese todo el mal que pudiese hasta que otra cosa le fuese mandado; y no partió Sandoval de Tezcuco hasta que Cortés, que era capitán de los bergantines, estaba muy á punto para salir con los trece bergantines por la laguna; en los cuales llevaba trecentos soldados, con ballesteros y escopeteros, porque así estaba ordenado. Por manera que Pedro de Albarado y Cristóbal de Oli habíamos de ir por una parte y Sandoval por otra. Digamos ahora que los unos á mano derecha y los otros desviados por otro camino; y esto es así, porque los que no saben aquellas ciudades y la laguna lo entiendan, porque se tornaban casi que á juntar. Dejemos de hablar mas en ello, y digamos que á cada capitán se le dió las instrucciones de lo que les era mandado; y como nos habíamos de partir para otro día por la mañana, y porque nouviésemos tantos embarazos en el camino, enviamos adelante todas las capitanías de Tlascala hasta llegar á tierra de mejicanos. Estando que iban los tlascaltecas descuidados con su capitán Chichimecatecle, é otros capitanes con sus gentes, no vieron que iba Xicotenga el mozo, que era el capitán general dellos; y preguntando y pesquisando el Chichimecatecle qué se había hecho ó adónde se había quedado, alcanzaron á saber que se había vuelto aquella noche encubiertamente para Tlascala, y que iba á tomar por fuerza el cacicazgo é vasallos y tierra del mismo Chichimecatecle; y las causas que para ello decían los tlascaltecas eran, que como el Xicotenga el mozo vió ir los capitanes de Tlascala á la guerra, especialmente á Chichimecatecle, que no tendría contraditores, porque no tenía temor de su padre Xicotenga el ciego, que como padre le ayudaría, y nuestro amigo Mame-Escaci, que ya era muerto; é á quien temía era el Chichimecatecle. Y también dijeron que siempre

conocieron del Xicotenga no tener voluntad de ir á la guerra de Méjico, porque le oían decir muchas veces que todos nosotros y ellos habían de morir en ella. Pues desde aquello vió y entendió el Chichimecatecle, cuyas eran las tierras y vasallos que iba á tomar, vuelve del camino mas que de paso, é viene á Tezcuco á hacerse saber á Cortés; é como Cortés lo supo, mandó que con brevedad fuesen cinco principales de Tezcuco y otros dos de Tlascala, amigos del Xicotenga, é hacedle volver del camino, y le dijese que Cortés le rogaba que luego se volviese para ir contra sus enemigos los mejicanos, y que mire que su padre don Lorenzo de Vargas, si no fuera viejo y ciego, como estaba, viniera sobre Méjico; y que pues toda Tlascala fueron y son muy leales servidores de su majestad, que no quiera él infamarlos con lo que ahora hace, y le envió á hacer muchos prometimientos y promesas, y que le daría oro y mantas porque volviese; y la respuesta que le envió á decir fué, que si el viejo de su padre y Masse-Escaci lo hubieran creído, que no se hubieran señoreado tanto dellos, que les hace hacer todo lo que quiere; y por no gastar mas palabras, dijo que no quería venir. Y como Cortés supo aquella respuesta, de presto dió un mandamiento á un alguacil, y con cuatro de á caballo y cinco indios principales de Tezcuco que fuesen muy en posta, y donde quiera que lo alcanzasen que lo ahorcasen; é dijo: «Ya en este cacique no hay enmienda, sino que siempre nos ha de ser traidor y malo y de malos consejos;» y que no era tiempo para mas le sufrir, que bastaba lo pasado y presente. Y como Pedro de Albarado lo supo, rogó mucho por él, y Cortés ó le dió buena respuesta ó secretamente mandó al alguacil é á los de á caballo que no le dejasen con la vida; y así se hizo, que en un pueblo sujeto á Tezcuco le ahorcaron, y en esto hubieron de parar sus traiciones. Algunos tlascaltecas hubo que dijeron que su padre don Lorenzo de Vargas envió á decir á Cortés que aquel su hijo era malo y que no se confiase dél, y que procurase de le matar. Dejemos esta plática así, y diré que por esta causa nos detuvimos aquel día sin salir de Tezcuco; y otro día, que fueron 13 de mayo de 1521 años, salimos entrambas capitanías juntas; porque así Cristóbal de Oli como Pedro de Albarado habíamos de llevar un camino, y fuimos á dormir á un pueblo sujeto de Tezcuco, que se dice Aculma; y pareció ser que el Cristóbal de Oli envió adelante á aquel pueblo á tomar posada, y tenía puesto en cada casa por señal ramos verdes encima de las azuteas; y cuando llegamos con Pedro de Albarado no hallamos donde posar, y sobre ello ya habíamos echado mano á las armas los de nuestra capitania contra los de Cristóbal de Oli, y aun los capitanes desafiados, y no faltó caballeros de entrambas partes que se metieron entre nosotros, y se pacificó algo el ruido, y no tanto, que todavía estábamos todos resabidos; y desde allí lo hicieron saber á Cortés, y luego envió en posta á fray Pedro Melgarejo y al capitán Luis Marin, y escribió á los capitanes y á todos nosotros, reprendiéndonos por la cuestión y persuadiéndonos á paz; y como llegaron nos hicieron amigos; mas desde allí adelante no se llevaron bien los capitanes, que fué Pedro de Albarado y Cristóbal de Oli;

y otro día fuimos caminando entrambas las capitánías juntas, y fuímonos á dormir á un gran pueblo que estaba despoblado, porque ya era tierra de mejicanos; y otro día fuimos nuestro camino tambien á dormir á otro gran pueblo que se decia Guautitlan, que otras veces he nombrado, y tambien estaba sin gente; é otro día pasamos por otros dos pueblos, que se decian Tennyuca y Escapuzalco, y tambien estaban despoblados; y asimismo se aposentaron todos nuestros amigos los tlascaltecas, y aun aquella tarde fueron por las estancias de aquellas poblaciones y trujeron de comer, y con buenas velas y escuchas y corredores del campo, como siempre teníamos para que no nos cogiesen desapercibidos, dormimos aquella noche; porque ya he dicho otras veces que la ciudad de Méjico está junto á Tacuba; é ya que anochecía oímos grandes gritas que nos daban desde la laguna, diciéndonos muchos vituperios y que no éramos hombres para salir á pelear con ellos; y tenían tantas de las canoas llenas de gente de guerra, y las calzadas asimismo llenas de guerreros, y aquellas palabras que nos decían eran con pensamiento de nos indignar para que saliésemos aquella noche á guerrear, y herirnos mas á su salvo; y como estábamos escarmentados de lo de las calzadas y puentes muchas veces por mi nombradas, no quisimos salir hasta otro día, que fué domingo, después de haber oído misa, que nos la dijo el padre Juan Díaz; y después de nos encomendar á Dios, acordamos que entrambas capitánías juntas fuésemos á quebrar el agua de Chalputepeque, de que se proveía la ciudad, que estaba desde allí de Tacuba aun no media legua. E yendo á les quebrar los caños, topamos muchos guerreros, que nos esperaban en el camino; porque bien entendido tenían que aquello había de ser lo primero en que los podríamos dañar; y así como nos encontraron cerca de unos pasos malos, comenzaron á nos flechar y tirar vara y piedra con hondas, é nos hirieron á tres soldados; mas de presto les hicimos volver las espaldas, y nuestros amigos los de Tlascala los siguieron de manera, que mataron veinte y prendieron siete ó ocho dellos; y como aquellos grandes escuadrones estuvieron puestos en huida, les quebramos los caños por donde iba el agua á su ciudad, y desde entonces nunca fué á Méjico entre tanto que duró la guerra. Y como aquello hubimos hecho, acordaron nuestros capitanes que luego fuésemos á dar una vista y entrar por la calzada de Tacuba y hacer lo que pudiésemos para les ganar una puente; y llegados que fuimos á la calzada, eran tantas las canoas que en la laguna estaban llenas de guerreros y en las mismas canoas é calzadas, que nos admirábamos dello; y tiraron tanta de vara y flecha y piedra con hondas, que en la primera refriega hirieron treinta de nuestros soldados é murieron tres; y aunque nos hacían tanto daño, todavía les fuimos entrando por la calzada adelante hasta una puente, y á lo que yo entendí, ellos nos daban lugar á ello, por meterlos de la parte de la puente; y como allí nos tuvieron, digo que cargaron tanta multitud de guerreros sobre nosotros, que no nos podíamos valer; porque por la calzada dicha, que son ocho pasos de ancho, ¿qué podíamos hacer á tan gran poderío que estaban de la una parto y de la otra de la calzada y daban en nos-

otros como á terrero? Porque ya que nuestros escopeteros y ballesteros no hacían sino arinar y tirar á las canoas, no les hacíamos daño, sino muy poco, porque las traían muy bien armadas de talabardones de madera. Pues cuando arremetíamos á los escuadrones que peleaban en la misma calzada luego se echaban al agua, y había tantos dellos, que no nos podíamos valer. Pues los de á caballo no aprovechaban cosa ninguna, porque les herían los caballos de la una parto y de la otra desde el agua; y ya que arremetían tras los escuadrones, echábanse al agua, y tenían hechos unos mamparras, donde estaban otros guerreros aguardando con unas lanzas largas que habían hecho con las armas que nos tomaron cuando nos echaron de Méjico é salimos buyendo; y desta manera estuvimos peleando con ellos obra de un hora, y tanta prisa nos daban, que no nos podíamos sustentar contra ellos; y aun vimos que venía por otras partes una gran flota de canoas á atajarnos los pasos para tomarnos las espaldas, y conociendo esto nuestros capitanes y todos nuestros soldados, apercebimos que los amigos tlascaltecas que llevábamos nos embarazaban mucho la calzada, que se saliesen fuera, porque en el agua vista cosa es que no pueden pelear; y acordamos de con buen concierto retraernos y no pasar mas adelante. Pues cuando los mejicanos nos vieron retraer y echar fuera los tlascaltecas, ¡qué grita y alaridos nos daban! Y cómo se venían á juntar con nosotros pié con pié, digo que yo no lo sé escribir, porque toda la calzada linchieron de vara y flecha é piedra de las que nos tiraban, pues las que caían en el agua muchas mas serían; y como nos vimos en tierra firme, dimos gracias á Dios por nos haber librado de aquella batalla, y ocho de nuestros soldados quedaron aquella vez muertos y mas de cincuenta heridos; y aun con todo esto nos daban grita y decían vituperios desde las canoas, y nuestros amigos los tlascaltecas les decían que saliesen á tierra y que fuesen doblados los contrarios, y pelearían con ellos. Esta fué la primera cosa que hicimos, quitálles el agua y darle vista á la laguna, aun que no ganamos honra con ellos; y aquella noche nos estuvimos en nuestro real y se curaron los heridos, y aun se murió un caballo, y pusimos buen cobro de velas y escuchas; y otro día de mañana dijo el capitán Cristóbal de Oli que se quería ir á su puesto, que era é Cuyoacoan, que estaba de allí legua y media; é por mas que le rogó Pedro de Albarado y otros caballeros que no se apartasen aquellas dos capitánías, sino que se estuviesen juntas, jamás quiso; porque, como era el Cristóbal muy esforzado, y en la vista que el día antes dimos á la laguna no nos sucedió bien, decía el Cristóbal de Oli que por culpa de Pedro de Albarado habíamos entrado inconsideradamente; por manera que jamás quiso quedar, y se fué adonde Cortés le mandó, que es Cuyoacoan, y nosotros nos quedamos en nuestro real; y no fué bien apartarse una capitánía de otra en aquello sazón, porque si los mejicanos tuvieran aviso que éramos pocos soldados, en cuatro ó cinco días que allí estuvimos apartados antes que los bergantines viniesen, y dieran sobre nosotros y en los de Cristóbal de Oli, corriéramos harto trabajo ó hiciera gran daño. Y de aquesta manera estuvimos en Tacuba, y el Cristóbal de

Oli en su real, sin osar dar mas vista ni entrar por las calzadas, y cada dia teníamos en tierra rebatos de muchos mejicanos que salían á tierra firme á pelear con nosotros, y aun nos desafiaban para meternos en parte donde fuesen señores de nosotros y no les pudiésemos hacer ningun daño. Y de jallo he aquí, y diré cómo Gonzalo de Sandoval salió de Tezcuco cuatro dias después de la fiesta de Corpus Christi, y se vino á Iztapalapa, que casi todo el camino era de amigos y sujetos de Tezcuco; y como llegó á la poblacion de Iztapalapa, luego les comenzó á dar guerra y á quemar muchas casas de las que estaban en tierra firme, porque las demás casas todas estaban en la laguna; mas no tardó muchas horas, que luego vinieron en socorro de aquella ciudad grandes escuadrones de mejicanos, y tuvo Sandoval con ellos una buena batalla y grandes reencuentros cuando peleaban en tierra; y después de acogidos á las canoas, les tiraban mucha vara y flecha y piedra, y herian algunos soldados. Y estando desta manera peleando, vieron que en una sierrezuela que está allí junto á Iztapalapa en tierra firme hacian grandes ahumadas, y que les respondian con otras ahumadas de otros pueblos que están poblados en la laguna, y era señal que se apellidaban todas las canoas de Mejico y de todos los pueblos de alrededor de la laguna, porque vieron á Cortés que ya habia salido de Tezcuco con los trece bergantines, porque luego que se vino el Sandoval de Tezcuco no aguardó allí mas Cortés; y la primera cosa que hizo en entrando en la laguna fué combatir á un peñol que estaba en una isleta junto á Mejico, donde estaban recogidos muchos mejicanos, así de los naturales de aquella ciudad como de los forasteros que se habian ido á hacer fuertes; y salió á la laguna contra Cortés todo el número de canoas que habia en todo Méjico y en todos los pueblos que están poblados en el agua ó cerca de ella, que son Suchimileco, Cuyoacoan, Iztapalapa é Huichilobusco y Mexicalcingo, é otros pueblos que por no me detener no nombro, y todos juntamente fueron contra Cortés, y á esta causa aflujaron algo los que daban guerra en Iztapalapa á Sandoval; y como todos los mas de aquella ciudad en aquel tiempo estaban poblados en el agua, no les podia hacer mal ninguno, puesto que á los principios mató muchos de los contrarios; y como Beraba muy gran copia de amigos, con ellos cautivó y prendió mucha gente de aquellas poblaciones. Dejemos al Sandoval, que quedó aislado en Iztapalapa, que no podia venir con su gente á Cuyoacoan sino era por una calzada que atravesaba por mitad de la laguna, y si por ella viniera, no hubiera bien entrado cuando le desbarataran los contrarios, por causa que por entrambas á dos partes del agua lo habian de guerrear, y él no habia de ser señor de poderse defender, y á esta causa se estuvo quedo. Dejemos al Sandoval, y digamos que como Cortés vió que se juntaban tantas flotas de canoas contra sus trece bergantines, los temió en gran manera, y eran de temer, porque eran mas de cuatro mil canoas; y dejó el combate del peñol y se puso en parte de la laguna, para si se viese en aprieto poder salir con sus bergantines á lo largo y correr á la parte que quisiese, y mandó á sus capitanes que en ellos venian que no curasen de embestir ni apretar contra canoas ningunas

HA-11.

hasta que refrescase mas el viento de tierra, porque en aquel instante comenzaba á ventear; y como las canoas vieron que los bergantines reparaban, creian que de temor dellos lo hacian, y era verdad como lo pensaron, y entonces les daban mucha priesa los capitanes mejicanos, y mandaban á todas sus gentes que luego fuesen á embestir con nuestros bergantines; y en aquel instante vino un viento muy recio y muy bueno, y con buena priesa que se dieron nuestros remeros y el tiempo aparejado, mandó Cortés embestir con la flota de canoas, y trastornaron muchas dellas y prendieron y mataron muchos indios, y las demás canoas se fueron á recoger entre las cascas que están en la laguna, en parte que no podian llegar á ellas nuestros bergantines; por manera que este fué el primer combate que se hubo por la laguna, é Cortés tuvo vitoria, gracias á Dios por todo, amen. Y como aquello fué hecho, se fué con los bergantines hácia Cuyoacoan, adonde estaba asentado el real de Cristóbal de Oli, y peleó con muchos escuadrones mejicanos que le esperaban en partes peligrosas, creyendo de tomarle los bergantines; y como le daban mucha guerra desde las canoas que estaban en la laguna y desde unas torres de ídolos, mandó sacar de los bergantines cuatro tiros, y con ellos daba guerra, y mataba y heria muchos indios; y tanta priesa tenian los artilleros, que por descuido se les quemó la pólvora, y aun se chamuscaron algunos dellos las caras y manos; y luego despachó Cortés un bergantin muy ligero á Iztapalapa al real de Sandoval para que trajesen toda la pólvora que tenia, y le escribió que de allí donde estaba no se mudase. Dejemos á Cortés, que siempre tenia rebatos de mejicanos, hasta que se juntó en el real de Cristóbal de Oli, y en dos dias que allí estuvo siempre le combatian muchos contrarios; y porque yo en aquella sazón estaba en lo de Tacuba con Pedro de Albarado, diré lo que hicimos en nuestro real; y es que, como sentimos que Cortés andaba por la laguna, entramos por nuestra calzada adelante y con gran concierto, y no como la primera vez, y les llegamos á la puente, y los ballesteros y escopeteros con mucho concierto, tirando unos y armando otros, y á los de á caballo les mandó Pedro de Albarado que no entrasen con nosotros entre las calzadas; y desta manera estuvimos, unas veces peleando y otras poniendo resistencia no entrasen por tierra, porque cada dia teníamos refriegas, y en ellas nos mataron tres soldados; y tambien entendiamos en adobar los malos pasos. Dejemos esto, y digamos cómo Gonzalo de Sandoval, que estaba en Iztapalapa, viendo que no les podia hacer mal á los de Iztapalapa, porque estaban en el agua, y ellos á él le herian sus soldados, acordó de se venir á unas casas é poblacion que estaban en el agua, que podian entrar en ellas, y les comenzó á combatir; y estándoles dando guerra, envió Guatemuz, gran señor de Méjico, á muchos guerreros á los ayudar y deshacer y abrir la calzada por donde habia entrado el Sandoval, para tomarles dentro y que no tuviesen por donde salir; y envió por otra parte mucha mas gente de guerra; y como Cortés estaba con Cristóbal de Oli, é vieron salir gran copia de canoas hácia Iztapalapa, acordó de ir con los bergantines y con toda la capitania de Cristóbal de Oli hácia Iztapalapa en busca de Sandoval;

12

é yendo por la laguna con los bergantines y el Cristóbal de Oli por la calzada, vieron que estaban abriendo la calzada muchos mejicanos, y tuvieron por cierto que estaba allí en aquellas cosas el Sandoval, y fueron con los bergantines é le hallaron peleando con el escuadron de guerreros que envió el Guatemuz, y casó algo la pelea; y luego mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval que dejase aquello de Iztapalapa é fuese por tierra á poner cerco á otra calzada que va desde Méjico á un pueblo que se dice Tepeaquilla, adonde ahora llaman Nuestra Señora de Guadalupe, donde hace y ha hecho muchos y admirables milagros. E digamos cómo Cortés repartió los bergantines, y lo que mas se hizo.

CAPITULO CLI.

Cómo Cortés mandó repartir los doce bergantines, y mandó que se sacase la gente del mas pequeño bergantin, que se decía Bosca-Ruido, y de lo demás que pasó.

Como Cortés y todos nuestros capitanes y soldados entendimos que sin los bergantines no podriamos entrar por las calzadas para combatir á Méjico, envió cuatro dellos á Pedro de Albarado, y en su real, que era el de Cristóbal de Oli, dejó seis bergantines, y á Gonzalo de Sandoval, en la calzada de Tepeaquilla, envió dos; y mandó que el bergantin mas pequeño que no anduviese mas en el agua, porque no le trastornasen las canoas, que no era de sustento, y la gente y marineros que en él andaban mandó repartir en esotros doce, porque ya estaban muy mal heridos veinte hombres de los que en ellos andaban. Pues desde que nos vimos en nuestro real de Tacuba con aquella ayuda de los bergantines, mandó Pedro de Albarado que los dos dellos anduviesen por la una parte de la calzada y los otros dos de la otra parte, é comenzamos á pelear muy de hecho, porque las canoas que nos solian dar guerra desde el agua, los bergantines las desbarataban; y así, teniamos lugar de les ganar algunas puentes y albarradas; y cuando con ellos estábamos peleando, era tanta la piedra con hondas y vara y flecha que nos tiraban, que por bien que íbamos armados, todos los mas soldados nos descalabraban, y quedábamos heridos, y hasta que la noche nos despartía no dejábamos la pelea y combate. Pues quiero decir el mudarse de escuadrones con sus divisas é insignias de las armas que de los mejicanos se remudaban de rato en rato, pues á los bergantines cuál los paraban de las azuteas, que los cargaban de vara y flecha y piedra, porque era mas que granizo, y no lo sé aquí decir ni habrá quien lo pueda comprender, sino los que en ello nos hallamos, que venia tanta multitud dellas como granizo, é de presto cubrian la calzada; pues ya que con tantos trabajos les ganábamos alguna puente ó albarrada y la dejábamos sin guarda, aquella misma noche la habian de tornar á ahondar, y ponian muy mejores defensas, y aun hacian hoyos encubiertos en el agua, para que otro dia cuando peleásemos, al tiempo de retraer, nos embarazásemos y cayésemos en los hoyos, y pudiesen en sus canoas desbaratarnos; porque ansimismo tenian aparejadas muchas canoas para ello, puestas en partes que no las viesen nuestros bergantines, para cuando nos tuviesen en aprieto en los hoyos, los uos por tierra y los otros

por el agua dar en nosotros; y para que nuestros bergantines no nos pudiesen venir á ayudar tenian hechas muchas estacadas en el agua, encubiertas en partes que en ellas zabordasen, y desta manera peleábamos cada dia. Ya he dicho otras veces que los caballos muy poco aprovechaban en las calzadas, porque si arremetian ó daban alcance á los escuadrones que con nosotros peleaban, luego se les arrojaban en el agua, y á unos mamparos que tenian hechos en las calzadas, donde estaban otros escuadrones de guerreros aguardando con lanzas largas de las nuestras, ó dultes que habian hecho muy mas largas que son las nuestras, de las armas que tomaron cuando el gran desbarate que nos dieron en Méjico; y con aquellas lanzas y grandes rociadas de flecha y vara é piedra que tiraban de la laguna, herian y mataban los caballos antes que se les hiciese á los contrarios daño; y demás desto, los caballeros cuyos eran no los querian aventurar, porque costaba en aquella sazón un caballo ochocientos pesos, y aun algunos costaban á mas de mil, y no los habia, especialmente no pudiendo alancear por las calzadas sino muy pocos contrarios. Dejemos esto, y digamos que cuando la noche nos despartía curábamos nuestros heridos con aceite, é un soldado que se decía Juan Catalan, que nos las santiguaba y ensalmaba, y verdaderamente digo que hallábamos que nuestro Señor Jesucristo era servido de darnos esfuerzo, demás de las muchas mercedes que cada dia nos hacia, y de presto sanaban; y así heridos y entrapajados habiamos de pelear desde la mañana hasta la noche, que si los heridos se quedaran en el real sin salir á los combates, no hubiera de cada capitania veinte hombres sanos para salir. Pues nuestros amigos los de Tlascala, como veian que aquel hombre que dicho tengo nos santiguaba, todos los heridos y descalabrados venian á él, y eran tantos, que en todo el dia harto tenia que curar. Pues quiero decir de nuestros capitanes y alféreces y compañeros de bandera, que saliamos llenos de heridas y las banderas rotas, y digo que cada dia habiamos menester un alférez, porque saliamos tales, que no podían tornar á entrar á pelear y llevar las banderas; pues con todo esto, por ventura teniamos que comer, no digo de falta de tortillas de maíz, que hirtas teniamos, sino algun refrigerio para los heridos maldito aquel. Lo que nos daba la vida era unos quilitos, que son unas yerbas que comen los indios, y cerezas de la tierra mientras las habia, y después tunas, que en aquella sazón vino el tiempo dellas; y otro tanto como haciamos en nuestro real, hacian en el real donde estaba Cortés y en el de Sandoval, que jamás dia alguno faltaban capitanes de mejicanos, que siempre les iban á dar guerra, ya he dicho otras veces que desde que amanecia hasta la noche; porque para ello tenia Guatemuz señalados los capitanes y escuadrones que á cada calzada habian de acudir, y el Taltelulco é los pueblos de la laguna, ya otra vez por mí nombrados, tenian señaladas, para que en viendo una señal en el cu mayor de Taltelulco, acudiesen unos en canoas y otros por tierra, y para ello tenian los capitanes mejicanos señalados y con gran concierto cómo y cuándo y á qué partes habian de acudir. Dejemos esto, y digamos cómo nosotros mudamos otra ór-

den y manera de pelear, y es esta que diré: que como viamos que cuantas obras de agua ganábamos de día, y sobre lo ganar mataban de nuestros soldados, y todos los más estábamos heridos, lo tornaban á cegar los mejicanos, acordamos que todos nos fuésemos á meter en la calzada, en una placeta donde estaban unas torres de ídolos que los habíamos ya ganado, y habia espacio para hacer nuestros ranchos, aunque eran muy malos, que en lloviendo todos nos mojábamos, é no eran para más de cubrirnos del sereno é del sol; y dejamos en Tacuba las indias que nos hacian pan, y quedaron en su guarda todos los de á caballo y nuestros amigos los de Tlascala, para que mirasen y guardasen los pasos, no viesen de los pueblos comarcanos á darnos en la retaga en las calzadas mientras que estábamos peleando; y desde que hubimos asentado nuestros ranchos adonde dicho tengo, desde allí adelante procuramos que luego las casas ó barrios ó aberturas de agua que les ganásemos, que luego lo regásemos, y que las casas diésemos con ellas en tierra y las deshiciésemos, porque ponellas fuego, tardaban mucho en se quemar, y desde unas casas á otras no se podian encender, porque, como ya otras veces he dicho, cada casa estaba en el agua, y sin pasar en puentes ó en canoas no pueden ir de una parte á otra; porque si queriamos ir por el agua nadando, desde las azuteas que tenian nos hacian mucho mal, y derrocándose las casas estábamos muy mas seguros, y cuando les ganábamos alguna albarrada ó puente ó paso malo donde ponian mucha resistencia, procurábamos de la guardar de día y de noche, y es desta manera que todas nuestras capitánias velábamos las noches juntas; y el concierto que para ello se dió fué, que tomaba la vela desde que anohecía hasta media noche la primera capitania, y eran sobre cuarenta soldados, y desde media noche hasta dos horas antes que amaneciese tomaba la vela otra capitania de otros cuarenta hombres, y no se iban del puesto los primeros, que allí en el suelo dormiamos, y este cuarto es el de la modorra; y luego venian otros cuarenta y tantos soldados, y velaban el alba, que eran aquellas dos horas que habia hasta el día, y tampoco se habian de ir los que velaban la modorra, que allí habian de estar; por manera que cuando amanecía nos hallábamos velando sobre ciento y veinte soldados todos juntos, y aun algunas noches, cuando sentiamos mucho peligro, desde que anohecía hasta que amanecía todos los del real estábamos juntos aguardando el gran impetu de los mejicanos, por temor no nos rompiesen, porque teniamos aviso de unos capitanes mejicanos que en las batallas prendimos, que el Guatemuz tenia pensamientos y puesto en plática con sus capitanes que procurasen en una noche ó de día romper por nosotros en nuestra calzada, é que venciéndonos por aquella nuestra parte, que luego eran vencidas y desbaratadas las dos calzadas, donde estaba Cortés, y en la donde estaba Gonzalo de Sandoval; y tambien tenia concertado que los nueve pueblos de la laguna, y el mismo Tacuba y Capuzalco y Tenayuca, que se juntasen, que para el día que ellos quisiesen romper y dar en nosotros, que se diese en las espaldas en la calzada, é que las indias que nos hacian pan, que teniamos en Tacuba, y fardaje, que las

llevasen de vuelo una noche. Y como esto alcanzamos á saber, apercebimos á los de á caballo, que estaban en Tacuba, que toda la noche velasen y estuviesen alerta, y tambien á nuestros amigos los tlascaltecas; y así como el Guatemuz lo tenia concertado lo puso por obra, que vinieron muy grandes escuadrones, y unas noches nos venian á romper y dar guerra á media noche, y otras á la modorra, y otras al cuarto del alba, é venian algunas veces sin hacer rumor, y otras con grandes alaridos, de suerte que no nos daban un punto de quietud; y cuando llegaban adonde estábamos velando, la vara, piedra y flecha que tiraban, é otros muchos con lanzas, era cosa de ver; y puesto que herian algunos de nosotros, como los resistiamos, volvian muchos heridos, é otros muchos guerreros vinieron á dar en nuestro fardaje, é los de á caballo é tlascaltecas los desbarataron diferentes veces; porque, como era de noche, no aguardaban mucho; y desta manera que he dicho velábamos, que ni porque lloviese, ni vientos ni frios, y aunque estábamos metidos en medio de grandes lodos y heridos, allí habiamos de estar; y aun esta miseria de tortillas é yerbas que habiamos de comer, é tunas, sobre la obra del batallar, como dicen los oficiales, habia de ser; pues con todos estos recaudos que poniamos con tanto trabajo, heridas y muertes de los nuestros, nos tornaban abrir la puente ó calzada que les habiamos ganado, que no se les podia defender de noche que no lo hiciesen, é otro día se la tornábamos á ganar y á cegar, y ellos á la tornar á abrir é hacer mas fuerte con mamparos, hasta que los mejicanos mudaron otra manera de pelear, la cual diré en su coyuntura. Y dejemos de hablar de tantas batallas como cada día teniamos, y otro tanto en el real de Cortés y en el de Sandoval, y digamos que qué aprovechaba haberles quitado el agua de Chalpuतेpeque, ni menos aprovechaba haberles vedado que por las tres calzadas no les entrase bastimento ni agua. Ni tampoco aprovechaban nuestros bergantines estándose en nuestros reales, no sirviendo de más de cuando peleábamos poder hacernos espaldas de los guerreros de las canoas y de los que peleaban de las azuteas; porque los mejicanos metian mucha agua y bastimentos de los nueve pueblos que estaban poblados en el agua; porque en canoas les proveian de noche, é de otros pueblos sus amigos, de maiz é gallinas y todo lo que querian; é para otro día evitar que no les entrase aquesto, fué acordado por todos los tres reales que dos bergantines anduviesen de noche por la laguna á dar caza á las canoas que venian cargadas con bastimentos é agua, é todas las canoas que se les pudiesen quebrar ó traer á nuestros reales, que se las tomasen; y hecho este concierto, fué bueno, puesto que para pelear y guardarnos hacian falta de noche los dos bergantines, mas hicieron mucho provecho en quitar que no les entrasen bastimentos é agua; y aun con todo esto no dejaban de ir muchas canoas cargadas dello; y como los mejicanos andaban descuidados en sus canoas metiendo bastimentos, no habia día que no traian los bergantines que andaban en su busca presa de canoas y muchos indios colgados de las entenas. Dejemos esto, y digamos el ardid que los mejicanos tuvieron para tomar nuestros bergantines y

matar los que en ellos andaban, y es desta manera: que, como he dicho, cada noche y en las mañanas iban á buscar por la laguna sus canoas y las trastornaban con los bergantines, y prendian muchas dellas, acordaron de armar treinta piraguas, que son canoas muy grandes, con muy buenos remeros y guerreros, y de noche se metieron todas treinta entre unos carrizales en parte que los bergantines no las pudiesen ver, y cubiertas de ramos echaban de antenoche dos ó tres canoas, como que llevaban bastimentos ó metian agua, y con buenos remeros, y en parte que les parecia á los mejicanos que los bergantines habian de correr cuando con ellos peleasen, habian hincado muchos maderos gruesos, hechos estacadas, para que en ellos zabordasen; pues como iban las canoas por la laguna mostrando señal de temerosas, arrimadas algo á los carrizales, salen dos de nuestros bergantines trasellas, y las dos canoas hacen que se van retrayendo á tierra á la parte que estaban las treinta piraguas en celada, y los bergantines siguiéndolas, é ya que llegaban á la celada salen todas las piraguas juntas y dan tras nuestros bergantines, é de presto hirieron á todos los soldados é remeros y capitanes, y no podian ir á una parte ni á otra, por las estacadas que les tenían puestas; por manera que mataron al un capitán, que se decia Fulano de Portillo, gentil soldado que habia sido en Italia, é hirieron á Pedro Barba, que fué otro muy buen capitán, y desde á tres días murió de las heridas; y tomaron el bergantín. Estos dos bergantines eran del real de Cortés, de lo cual recibió muy gran pesar; mas desde á pocos días se lo pagaron muy bien con otras celadas que echaron; lo cual diré á su tiempo. Y dejemos agora de hablar dellos, y digamos cómo en el real de Cortés y en el de Gonzalo de Sandoval siempre tenían muy grandes combates, y muy mayores en el de Cortés, porque mandaba quemar y derrocar casas y cegar puentes, y todo lo que ganaba cada día lo cegaba, y enviaba á mandar á Pedro de Albarado que mirase que no pasásemos puente ni abertura de la calzada sin que primero la tuviésemos ciega, é que no quedase casa que no se derrocara y se pusiese fuego; y con los adobes y madera de las casas que derrocábamos, cegábamos los pasos y aberturas de las puentes; y nuestros amigos los de Tlascala nos ayudaban en toda la guerra muy como varones. Dejemos desto, y digamos, como los mejicanos vieron que todas las casas las allanábamos por el suelo, é que las puentes y aberturas las cegábamos, acordaron de pelear de otra manera, y fué, que abrieron una puente y zanja muy ancha y honda, que cuando la pasábamos en partes no hallábamos pié, é tenían en ella hechos muchos hoyos, que no los podíamos ver dentro en el agua, é unos mamparos é albarradas, así de la una parte como de la otra de aquella abertura, é tenían hechas muchas estacadas con maderos gruesos en partes que nuestros bergantines zabordasen si nos viniesen á socorrer cuando estuviésemos peleando sobre tomalles aquella fuerza; porque bien entendian que la primera cosa que hubíamos de hacer era deshacerles el albarrada y pasar aquella abertura de agua para entalles en la ciudad; y ansimismo tenían aparejadas en partes escondidas muchas ca-

noas bien armadas de guerreros, y buenos guerreros; y un domingo de mañana comenzaron á venir por tres partes grandes escuadrones de guerreros, y nos acometen de tal manera, que tuvimos bien que hacer en sustentarnos, no nos desbaratasen; é ya en aquella sazón habia mandado Pedro de Albarado que la mitad de los de á caballo, que solian estar en Tacuba, durmiesen en la calzada, porque no tenían tanto riesgo como al principio, porque ya no habia azuteas, y todas las mas casas estaban derrocadas, y podian correr por algunas partes de las calzadas sin que de las canoas ni azuteas les pudiesen herir los caballos. Y volvamos á nuestro propósito, y es, que de aquellos tres escuadrones que vinieron muy bravosos, los unos por una parte donde estaba la gran abertura en el agua, y los otros por unas casas de las que les habíamos derrocado, y el otro escuadron nos habia tomado las espaldas de la parte de Tacuba, y estábamos como cercados; los de á caballo, con nuestros amigos los de Tlascala, rompieron por los escuadrones que nos habian tomado las espaldas, y todos nosotros estuvimos peleando muy valerosamente con los otros dos escuadrones hasta les hacer retner; mas era fingida aquella muestra que hacian que huian, y les ganamos la primera albarrada, y la otra albarrada donde se hicieron fuertes tambien la desampararon; y nosotros, creyendo que llevábamos vitoria, pasamos aquella agua á vuelapié, y por donde la pasamos no habia ningunos hoyos, é vamos siguiendo el alcance entre unas grandes casas y torres de adoratorios, y los contrarios hacian que todavía huian é se retraian, é no dejaban de tirar vara y piedra con hondas, y mucha flecha; y cuando no nos catamos, tenían encubiertos en partes que no los podíamos ver tanta multitud de guerreros que nos salen al encuentro, y otros muchos desde las azuteas é desde las casas; y los que primero hacian que se iban retrayendo, vuelven sobre nosotros todos á una, y nos dan tal mano, que no les podíamos sustentar; y acordamos de nos volver retrayendo con gran concierto; y tenían aparejadas en el agua y abertura que les teníamos ganado, tanta flota de canoas en la parte por donde primero habíamos pasado, donde no habia hoyos, porque no pudiésemos pasar por aquel paso, que nos hicieron ir á pasar por otra parte adonde he dicho que estaba muy mas honda el agua y tenían hechos muchos hoyos; y como venian contra nosotros tanta multitud de guerreros y nos veníamos retrayendo, pasábamos el agua á nado é á vuelapié, é caíamos todos los mas soldados en los hoyos, entonces acudieron todas las canoas sobre nosotros, y allí apañaron los mejicanos cinco de nuestros soldados y los llevaron á Guatemuz, é hirieron á todos los mas, pues los bergantines que aguardábamos para nuestra ayuda no podian venir, porque todos estaban zabordados en las estacadas que les tenían puestas, y con las canoas y azuteas les dieron buena mano de vara y flecha, y mataron dos soldados remeros é hirieron á muchos de los nuestros. E volvamos á los hoyos é aberturas: digo que fué maravilla cómo no nos mataron á todos en ellos; de mí digo que ya me habian echado mano muchos indios, y tuve manera para desembarazar el brazo, y nuestro Señor Jesucristo me dió esfuerzo para que á buenas es-

locadas que les di, me salvase, y bien herido en un brazo; y como me vi fuera de aquella agua en parte segura, me quedé sin sentido, sin me poder sostener en mis pies o sin huelgo ninguno; y esto causó la gran fuerza que puse para me descubrir de aquella gentecilla, é de la mucha sangre que me salió; é digo que cuando me tenían engarrafado, que en el pensamiento yo me encomendaba á nuestro Señor Dios é á nuestra Señora su bendita Madre, y ponía la fuerza que he dicho, por donde me salvé; gracias á Dios por las mercedes que me hace. Otra cosa quiero decir, que Pedro de Albarado y los de á caballo, como tuvieron harto en romper los escuadrones que nos venían por las espaldas de la parte de Tacuba, no pasó ninguno dellos aquella agua ni albaradas, sino fué uno solo de á caballo que había venido poco había de Castilla, y allí le mataron á él y al caballo; y como vió el Pedro de Albarado que nos veníamos retrayendo, nos iba ya á socorrer con otros de á caballo, y si allí pasara, por fuerza habíamos de volver sobre los indios; y si volviera, no quedara ninguno dellos ni de los caballos ni de nosotros á vida, porque la cosa estaba de arte que cayeran en los hoyos, y había tantos guerreros, que les mataran los caballos con lanzas que para ello tenían largas, y dende las muchas azuteas que había, porque esto que pasó era en el cuerpo de la ciudad; y con aquella vitoria que tenían los mejicanos, todo aquel día, que era domingo, como dicho tengo, tornaron á venir á nuestro real otra tanta multitud de guerreros, que no nos dejaban ni nos podíamos valer, que ciertamente creyeron de nos desbaratar; y nosotros con unos tiros de bronce y buen pelear nos sostuvimos contra ellos, y con velar todas las capitánias juntas cada noche. Dejemos desto, y digamos, como Cortés lo supo, del gran enojo que tenía, escribió luego en un bergantín á Pedro de Albarado que mirase que en bueno ni en malo dejase un paso por cegar, y que todos los de á caballo durmiesen en las calzadas, y en toda la noche estuviesen ensillados y enfrenados, y que no corásemos de pasar mas adelante hasta haber cegado con adobes y madera aquella gran abertura, y que tuviesen buen recaudo en el real. Pues como vimos que por nosotros había acaecido aquel desmán, desde allí adelante procurábamos do tapar y cegar aquella abertura; y aunque fué con harto trabajo y heridas que sobre ella nos daban los contrarios, é muerte de seis soldados, en cuatro días la tuvimos cegada, y en las noches sobre ella misma velábamos todas las tres capitánias, segun la orden que dicho tengo y quiero decir que entonces, como los mejicanos estaban junto á nosotros cuando velábamos, que tambien ellos tenían sus velas, y por cuartos se mudaban, y era desta manera: que hacían grande lumbre, que ardía toda la noche, y los que velaban estaban apartados de la lumbre, y desde lejos no les podíamos ver, porque con la claridad de la leña, que siempre ardía, no podíamos ver los indios que velaban; mas bien sentíamos cuando se remudaban y cuando venían á atizar su leña; y muchas noches había que, como llovía en aquella sazón mucho, les apagaba la lumbre, y la tornaban á encender, y sin hacer rumor ni hablar entre ellos palabra, se entendían con unos silbos que daban. Tambien quiero decir que

nuestros escopeteros y ballesteros, muchas veces cuando sentíamos que se venían á trocar las velas, les tiraban á bulto, é piedras y saetas perdidas, y no les hacíamos mal, porque estaban en parte que, aunque de noche quisiéramos ir á ellos, no podíamos, con otra gran abertura de zanja bien honda que habían abierto á mano, é albaradas y mamparos que tenían; é tambien ellos nos tiraban á bulto mucha piedra é vara y flecha. Dejemos de hablar destas velas, é digamos cómo cada día íbamos por nuestra calzada adelante, peleando con muy buen concierto, y les ganaron la abertura que he dicho donde velaban; y era tanta la multitud de los contrarios que contra nosotros cada día venían, y la vara, flecha y piedra que tiraban, que nos herían á todos, aunque íbamos con gran concierto y bien armados. Pues ya que se había pasado todo el día batallando, y se venía la tarde, y no era coyuntura para pasar mas adelante, sino volvernos retrayendo, en aquel tiempo tenían ellos muchos escuadrones aparejados, creyendo que con la gran priesa que nos dieran al tiempo del retraer nos desbaratarían, porque venían tan bravos como tigres, y pié con pié se juntaron con nosotros; y como aquello conocíamos dellos, la manera que teníamos para retraer era esta: que la primera cosa que hacíamos era echar de la calzada á nuestros amigos los tlascaltecas; porque, como eran muchos, con nuestro favor querían llegar á pelear con los mejicanos, y como eran mañosos, que no deseaban otra cosa sino vernos embarazados con los amigos, y con grandes arremetidas que hacían por todas tres partes para nos poder tomar en medio ó atajar algunos de nosotros; y con los muchos tlascaltecas, que embarazaban, no podíamos pelear á todas partes, é por esta causa los echábamos fuera de la calzada, en parte que los poníamos en salvo; y cuando nos vimos que no teníamos embarazo dellos, nos retraíamos al real, no vueltas las espaldas, sino haciéndoles rostro, unos ballesteros y escopeteros soltando y otros armando; y nuestros cuatro bergantines cada dos de los lados de las calzadas por la legua, defendiéndonos por las flotas de las canoas, y de las muchas piedras de las azuteas y casas que estaban por derrocar; y aun con todo este concierto teníamos harto riesgo de nuestras personas hasta volvernos á los ranchos, y luego nos quemábamos con aceite nuestras heridas y apretallas con mantas de la tierra, y cenar de las tortillas que nos traían de Tacuba, é yerbas y tunas quien lo tenía; y luego íbamos á velar á la abertura del agua, como dicho tengo, y luego á otro día por la mañana, sus, á pelear; porque no podíamos hacer otra cosa, porque por muy de mañana que fuese, ya estaban sobre nosotros los batallones contrarios, y aun llegaban á nuestro real y nos decían vituperios; y desta manera pasábamos nuestros trabajos. Dejemos por agora de contar de nuestro real, que es el de Pedro de Albarado, y volvamos al de Cortés, que siempre de noche y de día le daban combates, y le mataban y herían muchos soldados, y era de la manera que á nosotros los del real de Tacuba; y siempre traía dos bergantines á dar caza de noche á las canoas que entraban en México con bastimentos é agua; é parece ser que el un bergantín prendió á dos principales que venían en una de las muchas

canoas que venian con bastimento, y dellos supo Cortés que tenían en celada entre unos matorrales cuarenta piraguas y otras tantas canoas para tomar á alguno de nuestros bergantines, como hicieron la otra vez; y aquellos dos principales que se prendieron, Cortés les halagó y dió mantas, y con muchos prometi-mientos que en ganando á Méjico les daría tierras, y con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar les preguntó que á qué parte estaban las piraguas; porque no se pusieron donde la otra vez; y ellos señalaron en el puesto y paraje que estaban, y aun avisaron que habían lincado muchas estacas de maderos gruesos en partes, para que si los bergantines fuesen huyendo de sus piraguas, zabordasen, y allí los apañasen y matasen á los que iban en ellos. Y como Cortés tuvo aquel aviso, aperebió seis bergantines que aquella noche se fuesen á meter á unos carrizales apartados obra de un cuarto de legua, donde estaban las piraguas, y que se cubriesen con mucha rama; y fueron á remo callado, y estuvieron toda la noche aguardando, y otro día de mañana mandó Cortés que fuese un bergantin como que iba á dar caza á las canoas que entraban con bastimentos, y mandó que fuesen los dos indios principales que se prendieron dentro del bergantin, porque mostrasen en qué parte estaban las piraguas, porque el bergantin fuese hacia allá; y ansimismo los mejicanos nuestros contrarios concertaron de echar dos canoas echadizas, como la otra vez, adonde estaba su celada, como que traian bastimento, para que se cebase el bergantin en ir tras ellas; por manera que ellas tenían un pensamiento y nosotros otro como el suyo de la misma manera; y como el bergantin que echó Cortés vió á las canoas que echaron los indios para cebarle, iba tras ellas, y las dos canoas hacian que se iban huyendo á tierra adonde estaba su celada de sus piraguas, y luego nuestro bergantin hizo semblante que no osaba llegar á tierra, y que se volvía retrayendo; y cuando las piraguas y otras muchas canoas le vieron que se volvía, salen tras él con gran furia y remar todo lo que podian, y le iban siguiendo; y el bergantin se iba como huyendo donde estaban los otros seis bergantines en celada, y todavía las piraguas siguiéndole; y en aquel instante soltaron unas escopetas, que era la señal de cuando habian de salir nuestros bergantines; y cuando oyeron la señal, salen con grande impetu y dieron sobre las piraguas y canoas, que trastornaron, y mataron y prendieron muchos guerreros, y tambien el bergantin que echaron para en celada, que iba ya á lo largo, vuelve á ayudar á sus compañeros; por manera que se llevó buena presa de prisioneros y canoas; y dande allí adelante no osaban los mejicanos echar mas celadas, ni se atrevian á meter bastimentos ni agua tan á ojos vistas como solian; y desta manera pasaba la guerra de los bergantines en la laguna y nuestras batallas en las calzadas. Y digamos agora, como vieron los pueblos que estaban en la laguna poblados, que ya los he nombrado otras veces, que cada día teniamos vitoria, así por el agua como por tierra, y vieron venir á nuestra amistad muchos amigos, así los de Chalco como los de Tezcuco é Tlascala é otras poblaciones, y con todos les hacian mucho mal y daño en sus

pueblos, y les cautivaban muchos indios é indias; parece ser se juntaron todos, é acordaron de venir de paz ante Cortés, y con mucha humildad le demandaron perdon si en algo nos habían enojado, y dijeron que eran mandados, que no podian hacer otra cosa; y Cortés holgó mucho de los ver venir de paz de aquella manera, y aun cuando lo supimos en nuestro real de Pedro de Albarado y en el de Gonzalo de Sandoval, nos alegramos todos los soldados. Y volviendo á nuestra plática: Cortés con buen semblante y con muchos halagos les perdonó, y les dijo que eran dignos de gran castigo por haber ayudado á los mejicanos; y los pueblos que vinieron fueron Iztapalapa, Huichilobusco é Cuauacan é Mezquique, y todos los de la laguna y agua dulce; y les dijo Cortés que no habiamos de alzar real hasta que los mejicanos viniesen de paz, ó por guerra los acabase; y les mandó que en todo nos ayudasen con todas las canoas que tuviesen para combatir á Méjico, é que viniesen á hacer sus ranchos é trajesen comida, lo cual dijeron que así lo harian; é hicieron los ranchos de Cortés, y no traian comida, sino muy poca y de mala gana. Nuestros ranchos, donde estaba Pedro de Albarado nunca se hicieron, que así nos estábamos al agua, porque ya saben los que en esta tierra han estado que por junio, julio y agosto son en estas partes cotidianamente las aguas. Dejemos esto, y volvamos á nuestra calzada y á los combates que cada día dábamos á los mejicanos, y cómo les ibamos ganando muchas torres de ídolos y casas y otras aberturas de zanjas y puentes que de casa á casa tenían hechas, y todo lo cegábamos con adobes y la madera de las casas que deshaciamos y derrocábamos, y aun sobre ellas velábamos; y aun con toda esta diligencia que poníamos, lo toruaban á hondur y ensanchar, y ponian mas albarradas, y porque entre todas tres nuestras capitánias teniamos por deshonra que unos batallásemos é hiciésemos rostro á los escuadrones mejicanos, y otros estuviesen cegando los pasos y aberturas y puentes; y por excusar diferencias sobre los que habiamos de batallar ó cegar aberturas, mandó Pedro de Albarado que una capitania tuviese cargo de cegar y entender en la obra un día, y las dos capitánias batallasen é hiciesen rostro contra los enemigos, y esto habia de ser por rueda, un día una y luego otro día otra capitania, hasta que por todas tres volviese la anilana y rueda; y con esta orden no quedaba cosa que les ganábamos que no dabamos con ella en el suelo, y nuestros amigos los tlascaltecas, que nos ayudaban; y así les ibamos entrando en su ciudad; mas al tiempo del retraer todas tres capitánias habiamos de pelear juntos, porque entonces era donde corriamos mucho peligro; y como otra vez he dicho, primero haciamos salir de las calzadas todos los tlascaltecas, porque cierto era demasiado embarazo para cuando peleábamos. Dejemos de hablar de nuestro real, y volvamos al de Cortés y al de Gonzalo de Sandoval, que á la continua, así de día como de noche, tenían sobre sí muchos contrarios por tierra y flotas de canoas por la laguna, y siempre les daban guerra, y no les podian apartar de sí. Pues en lo de Cortés, por les ganar una puente y obra muy honda, que era mala de ganar, en ella tenían los mejicanos muchos mamparos

y albarradas, que no se podían pasar sino á nado, é ya que se pudiesen á pasalla, estábanles aguardando muchos guerreros con flechas y piedras con honda, y vara y macanas y espadas de á dos manos, y lanzas como dallas, y engastadas las espadas que nos tomaron, acudiendo siempre gran multitud de guerreros, y la laguna llena de canoas de guerra; y había junto á las albarradas muchas azuteas, y dellas les tiraban muchas piedras, de que con gran dificultad se podían defender; y los herían muchos, y algunos mataban, y los bergantines no les podían ayudar, por las estacadas que tenían puestas, en que se embarzaban los bergantines; y sobre guialles esta fuerza y puente y abertura pasaron los de Cortés mucho trabajo, y estuvieron muchas veces á punto de perderse, e le mataron cuatro soldados en el combate y le hirieron sobre treinta; y como era ya tarde cuando la acabaron de ganar, no tuvieron tiempo de la cegar, y se volvieron retrayendo con muy grande trabajo y peligro, y con mas de treinta soldados heridos y muchos tlascaltecas descalabrados, aunque peleaban bravosamente. Dejemos esto, y digamos otra manera con que Guatemuz mandó pelear á sus capitanes, haciendo apercebir todos sus poderes para que nos diesen guerra continuamente; y es que, como para otro día era fiesta de señor San Juan de junio, que entonces se cumplía un año puntualmente que habíamos entrado en Méjico, cuando el socorro del capitán Pedro de Albarado, y nos desbarataron, según dicho tengo en el capítulo que dello habla, parece ser tenía cuenta en ello el Guatemuz, y mandó que en todos tres reales nos diesen toda la guerra y con la mayor fuerza que pudiesen con todos sus poderes, así por tierra como con las canoas por el agua, para acabarnos de una vez, como decían se lo tenía mandado su Huichitólos, y mandó que fuese de noche al cuarto de la modorra; y porque los bergantines no nos pudiesen ayudar, en todas mas partes de la laguna tenían hechas unas estacadas para que en ellas zaboridasen; y vinieron con esta furia y impetu, que si no fuera por los que velábamos puntos, que éramos sobre ciento y veinte soldados, y todos muy acostumbrados á pelear, nos entraran en el real y corriamos harto peligro, y con muy grande concierto les resistimos, y allí hirieron á quince de los nuestros, y dos murieron de ahí á ocho días de las heridas. Pues en el real de Cortés también les pusieron en grande aprieto é trabajo, é hubo muchos muertos y heridos, y en lo de Sandoval por el consiguiente, y desta manera vinieron dos noches arreo; y también en aquellos encuentros quedaron muchos mejicanos muertos y muchos heridos; y como Guatemuz y sus capitanes y papas vieron que no aprovechaba nada la guerra que dieron aquellas noches, acordaron que con todos sus poderes juntos viniesen al cuarto del alba y diesen en nuestro real, que se dice el de Tacuba; y vinieron tan bravosos, que nos cercaron por todas partes, y aun nos tenían medio desbaratados y atajados; y quiso Dios darnos esfuerzo, que nos tornamos á hacer un cuerpo y nos manparamos algo con los bergantines, y á buenas estocadas y cuchilladas, que andábamos pié con pié, los apartamos algo de nosotros, y los de á caballo no estaban holgando; pues los ballesteros y escopeteros

hacían lo que podían, que harto tuvieron que romper en otros escuadrones que ya nos tenían tomadas las espaldas; y en aquella batalla mataron á ocho de nuestros soldados, y aun á Pedro de Albarado le descalabraron, y si nuestros amigos los tlascaltecas durmieran aquella noche en la calzada, corriamos gran riesgo con el embrazo que ellos nos pusieran, como eran muchos; mas la experiencia de lo pasado nos hacía que luego los echásemos fuera de la calzada y se fuesen á Tacuba, y quedábamos sin cuidado. Tornemos á nuestra batalla, quemamos muchos mejicanos, y se prendieron cuatro personas principales. Bien tengo entendido que los curiosos lectores se hablarán ya de ver cada día combates, y no se puede hacer menos, porque noventa y tres días estuvimos sobre esta tan fuerte ciudad, cada día é de noche teníamos guerras y combates, y por esta causa los liemos de decir muchos veces, de cómo é cuándo é de qué manera é arte pasaba; é no lo pongo aquí por capítulos lo que cada día hacíamos, porque me parece que sería gran prolijidad é sería cosa para nunca acabar, y parecería á los libros de Amadís é de otros corros de caballeros; é porque de aquí adelante no me quiero detener en contar tantas batallas é encuentros que cada día é de noche teníamos, si posible fuere, lo diré lo mas breve que pueda, hasta el día de señor San Hipólito, que, gracias á nuestro Señor Jesucristo, nos apoderamos desta tan gran ciudad y prendimos al rey della, que se decía Guatemuz, é á sus capitanes; puesto que antes que le prendiésemos tuvimos muy grandes desmanes, é casi que estuvimos en gran ventura de nos perder en todos nuestros reales, especialmente en el real de Cortés por descuido de sus capitanes, como adelante verán.

CAPITULO CLII.

Cómo desbarataron los indios mejicanos á Cortés, é le llevaron vivos para sacrificar asenta y dos soldados, é le hirieron en una pierna, y el gran peligro en que nos vimos por su causa.

Como Cortés vió que no se podían cegar todas las aberturas y puentes ézanjas de agua que ganábamos cada día, porque de noche las tornaban á abrir los mejicanos y hacían mas fuertes albarradas que de antes tenían hechas, é que era gran trabajo pelear y cegar puentes y velar todos juntos, en demás como estábamos heridos, acordó de poner en pláticas con los capitanes y soldados que tenía en su real, que se decían Cristóbal de Olí y Francisco Verdugo y Andrés de Tapia, y el alférez Corral y Francisco de Lugo, y también nos escribió al real de Pedro de Albarado y al de Gonzalo de Sandoval, para tomar parecer de todos los capitanes y soldados; y el caso que propuso fué, que si nos parecia que fuésemos entrando de golpe en la ciudad hasta entrar y llegar al Taltelulco, que es la plaza mayor de Méjico, que es muy mas ancha y grande que no la de Salamanca; é que llegados que llegásemos, que sería bien asentar en él todos tres reales, que desde allí podíamos batallar por las calles de Méjico, y sin tener tantos trabajos é riesgo al retraer, ni tener tanto que cegar ni velar las puentes. Y como en tales pláticas y consejos suele acnecor, hubo en ellas muchos pareceres, porque los unos decían que no era buen consejo ni

acuerdo meternos tan de hecho en el cuerpo de la ciudad, sino que nos estuviésemos como estábamos batallando y derrocando y abrasando casas; y las causas mas evidentes que dimos los que éramos en este parecer fué, que si nos metíamos en el Tlaltelulco y dejábamos todas las calzadas y puentes sin guarda y desmamparadas, que como los mejicanos son muchos y guerreros, y con las muchas canoas que tienen nos tornarian á abrir las puentes y calzadas, y no seríamos señores dellas, é que con sus grandes poderes nos darian guerra de noche y de día; é que, como siempre tienen muchos estacadas, nuestros bergantines no nos podrian ayudar, y de aquella manera que Cortés decía, seríamos nosotros los cercados, y ellos ternian por sí la tierra, campo y laguna; y le escribimos sobre el caso, para que no nos aconteciese como la pasada cuando salimos huyendo de Méjico; y cuando Cortés hubo visto el parecer de todos, y vió las buenas razones que sobre ello le dábamos, en lo que se resumió en todo lo platicado fué, que para otro día saliésemos de todos tres reales con toda la mayor pujanza, así los de á caballo como los ballesteros, escopeteros y soldados, é que los fuésemos ganando hasta la plaza mayor, que es el Tlaltelulco, apercebidos los tres reales y los tlascaltecas y de Tezcuco y los pueblos de la laguna que nuevamente habian dado la obediencia á su majestad, para que con todas sus canoas se viniesen á ayudar á todos nuestros bergantines. Una mañana, después de haber oído misa y nos encomendar á Dios, salimos de nuestro real con el capitán Pedro de Albarado, y también salió Cortés del suyo, y Gonzalo de Sandoval con todos sus capitanes, y con grande pujanza iba ganando puentes y albarradas, y los contrarios peleaban como fuertes guerreros, y Cortés por su parte llevaba vitoria, y asimismo Gonzalo de Sandoval por la suya, pues por nuestro real ya les habíamos ganado otra albarrada y una puente, y esto fué con mucho trabajo, porque habia muy grandísimos poderes del Guatemuz, y la estaban guardando, y salimos della muchos de nuestros soldados muy mal heridos, é uno murió luego de las heridas, y nuestros amigos los tlascaltecas salieron mas de mil dellos maltratados y descalabrados, y todavía íbamos siguiendo la vitoria muy ufanos. Volvamos á decir de Cortés y de todo su ejército, que ganaron una abertura de agua muy honda, y estaba en ella una calzadilla muy angosta, que los mejicanos con maña y ardid la habian hecho de aquella manera, porque tenían pensado entre sí lo que ahora á nuestro general Cortés le aconteció; y es que, como llevaba vitoria él y todos sus capitanes y soldados, y la calzada llena de nuestros amigos, é iban siguiendo á los contrarios, y puesto que hacian que huían, no dejaban de tirarnos piedra, vara y flecha, y hacian algunas paradillas como que resistian á Cortés, hasta que le fueron cebando para que fuese tras ellos, y desde que vieron que de hecho iba tras ellos siguiendo la vitoria, hacian que iban huyendo dél. Por manera que la adversa fortuna vuelve su rueda, y á las mayores prosperidades acuden muchas tristezas. Y como nuestro Cortés iba vitorioso y en el alcance de los contrarios, por su descuido é porque nuestro Señor Jesucristo lo permitió, él y sus capitanes y soldados dejaron de ce-

gar el abertura de agua que habian ganado; y como la calzadilla por donde iban con maña la habian hecho angosta, y aun entraba en ella agua por algunas partes, y habia mucho lodo y cieno, como los mejicanos le vieron pasar aquel paso sin cegar, que no deseaban otra cosa, y aun para aquel efeto tenían apercebidos muchos escuadrones de guerreros mejicanos con esforzados capitanes, y muchas canoas en la laguna, en parte que nuestros bergantines no les podian hacer daño ninguno con las grandes estacadas que les tenían puestas en que zambordasen, vuelven sobre nuestro Cortés y contra todos sus soldados con tan grande furia de escudrones y con tales alaridos y gritos, que los nuestros no les pudieron defender su gran impetu y fortaleza con que vinieron á pelear, y acordaron todos los soldados con sus capitanes y banderas de se volver retrayendo con gran concierto; mas, como venian contra ellos tan rabiosos contrarios, hasta que les metieron en aquel mal paso se desconcertaron de suerte, que vuelven huyendo sin hacer resistencia; y nuestro Cortés, desde que así los vió venir desbaratados, los esforzaba y decía: «Tened, tened, señores, tened recio; ¿qué es esto, que así habeis de volver las espaldas?» Y no les pudo detener ni resistir; y en aquel paso que dejaron de cegar, y en la calzadilla, que era angosta y mala, y con las canoas le desbarataron é hirieron en una pierna y le llevaron vivos sobre sesenta y tantos soldados, y le mataron seis caballos é yeguas, y á Cortés ya le tenían muy engarrado seis ó siete capitanes mejicanos, é quiso Dios nuestro Señor ponelle esfuerzo para que se defendiese y se librase dellos, puesto que estaba herido en una pierna; porque en aquel instante luego llegó allí un muy esforzado soldado, que se decía Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja; no lo digo por Cristóbal de Oli; y desde allí le vió asido de tantos indios, peleó luego tan bravosamente, que mutó á estocadas cuatro de aquellos capitanes que tenían engarrado á Cortés, y también le ayudó otro muy valiente soldado que se decía Lerma, y les hicieron que dejasen á Cortés, y por le defender allí perdió la vida el Olea, y el Lerma estuvo á punto de muerte, y luego acudieron allí muchos soldados, aunque bien heridos, y echian mano á Cortés y le ayudan á salir de aquel peligro; y entonces también vino con mucha presteza su capitán de la guarda, que se decía Antonio de Quiñones, natural de Zamora, y le tomaron por los brazos y le ayudaron á salir del agua, y luego le trajeron un caballo, en que se escapó de la muerte; y en aquel instante también venia un su camarero ó mayordomo que se decía Cristóbal de Guzman, y le traía otro caballo; y dende las azuteas los guerreros mejicanos, que andaban muy bravos y vitoriosos, prendieron al Cristóbal de Guzman, é vivo le llevaron á Guatemuz; y todavía los mejicanos iban siguiendo á Cortés y á todos sus soldados hasta que llegaron á su real. Pues ya aquel desastre acuecido, le hallaron en salvo los españoles, los escuadrones mejicanos no dejaban de seguilles, dándoles caza y grita y diciéndoles vituperios y llamándoles de cobardes. Dejemos de hablar de Cortés y de su desbarate, y volvamos á nuestro ejército, que es el de Pedro de Albarado: como íbamos muy vitoriosos, y cuando no nos catamos vimos venir

contra nosotros tantos escuadrones de mejicanos, y con grandes gritas y hermosas divisas y penachos, y nos echaron delante de nosotros cinco cabezas que entonces habian cortado de los que habian tomado á Cortés, y venian corriendo sangre, y decian: «Así os mataremos, como hemos muerto á Malinche y á Sandoval y á los que consigo traian, y esas son sus cabezas; por eso conoceldas bien;» y diciéndonos estas palabras se venian á cerrar con nosotros hasta nos echar mano; que no aprovechaban cuchilladas ni estocadas, ni ballesteros ni escopeteros, y no hacian sino dar en nosotros como á terrero; y con todo eso, no perdiamos punto en nuestra ordenanza al retraer, porque luego mandamos á nuestros amigos los tascaltecas que prestamente nos desembarazasen las calzadas y pasos malos; y en este tiempo ellos se lo tuvieron bien en cargo, que como vieron las cinco cabezas corriendo sangre, y decian que habian muerto á Malinche y á Sandoval y á todos los trules que consigo traian, é que así habian de hacer á nosotros, ya los tascaltecas temieron en gran manera, porque creyeron que era verdad; y por esto digo que desembarazaron la calzada muy de veras. Volvamos á decir, como nos íbamos retrayendo oímos tañer del cu mayor, donde estaban sus ídolos Huichilóbs y Tezcatepuca, que señorea el altor del á toda la gran ciudad, tañian un atambor de muy triste sonido, en fin como instrumento de demonios, y retumbaba tanto, que se oía dos ó tres leguas, y juntamente con él muchos atabales; entonces, segun después supimos, estaban ofreciendo diez corazones y mucha sangre á los ídolos que dicho tengo, de nuestros compañeros. Dejemos el sacrificio, y volvamos al retraer que nos retraíamos, y á la gran guerra que nos daban, así de la calzada como de las aziteas y lagunas con las canoas; y en aquel instante vienen mas escuadrones á nosotros, que de nuevo enviaba Guatemuz, y manda tocar su corneta, que era una señal que cuando aquella se tocase era que habian de pelear sus capitanes de manera que hiciesen presa ó morir sobre ello, y retumbaba el sonido que se metía en los oídos; y de que lo oyeron aquellos sus escuadrones y capitanes, saber yo aquí decir ahora con qué rabia y esfuerzo se metian entre nosotros á nos echar mano, es cosa de espanto, porque yo no lo sé aquí escribir; que ahora que me pongo á pensar en ello, es como si risiblemente lo viese; mas vuelvo á decir, y así es verdad, que si Dios no nos diera esfuerzo, segun estábamos todos heridos, él nos salvó, que de otra manera no nos podíamos llegar á nuestros ranchos; y le doy muchas gracias y loores por ello, que me escapó aquella vez y otras muchas de poder de los mejicanos. Y volviendo á nuestra plática: allí los de á caballo hacian arremetidas; y con dos tiros gruesos que pusimos junto á nuestros ranchos, unos tirando y otros cebando, nos sosteniamos, porque la calzada estaba llena de bote en bote de contrarios y nos venian hasta las casas, como cosa venida, á echarnos vara y piedra; y como he dicho, con aquellos tiros matábamos muchos dellos; y quien bien ayudó aquel día fué un hidalgo que se dice Pedro Moreno de Medrano, que vive agora en la Puebla, porque él fué el artillero, que los artilleros que soliamos tener se habian muerto, y dellos estaban muy malamente

heridos. Volvamos al Pedro Moreno de Medrano, que, demás de siempre haber sido un muy esforzado soldado, aquel día fué de muy grandísima ayuda para nosotros; y estando que estábamos de aquella manera, bien angustiados y heridos, y no sabiamos de Cortés ni de Sandoval ni de sus ejércitos si les habian muerto ó desbaratado, como los mejicanos nos decian cuando nos arrojaron las cinco cabezas que tenian asidos por los cabellos y de las barbas, y decian que ya habian muerto á Malinche y tambien á Sandoval é á todos los teules, que así nos habian de matar á nosotros aquel mismo día; y no podiamos saber dellos, porque batallábamos los unos de los otros cerca de media legua, y adonde desbarataron á Cortés era mas léjos; y á esta causa estábamos muy penosos, así heridos como sanos, y hechos un cuerpo estuvimos sosteniendo el gran impetu de los mejicanos que sobre nosotros estaban, creyendo que en aquel día no quedara persona viva de nosotros, segun la guerra que nos daban. Pues de nuestros bergantines ya habian tomado uno é muerto tres soldados y herido el capitan y todos los mas soldados que en ellos venian, y fué socorrido de otro bergantin, donde andaba por capitan Juan Jaramillo, y tambien tenian zalabardado en otra parte otro que no podia salir, de que era capitan Juan de Limpas Coravujal, que en aquella sazón ensordeció de coraje, que ahora vive en la Puebla; y peleó por su persona tan valerosamente, y esforzó á todos los soldados que en el bergantin remaban, que rompieron las estacadas, y salieron todos muy mal heridos, y salvó su bergantin: aquesto fué el primero que rompió estacadas. Volvamos á Cortés, que, como estaba él y toda su gente los mas muertos, y otros heridos, se iban todos los escuadrones mejicanos hasta su real á darle guerra, y aun le echaron delante de sus soldados, que resistian á los mejicanos cuando peleaban, otras cuatro cabezas corriendo sangre de aquellos soldados que habian llevado vivos á Cortés, y les decian que eran del Tonotio, que es Pedro de Albarado, y de Gonzalo de Sandoval y de otros teules, á que ya nos habian muerto á todos. Entonces dicen que desmayó Cortés mucho mas de lo que antes estaba él y los que consigo traia, mas no de manera que sintiesen en él mucha flaqueza; y luego mandó al maestro de campo Cristóbal de Oli y á sus capitanes que mirasen no les rompiesen los muchos mejicanos que estaban sobre ellos, é que todos juntos hiciesen cuerpo, así heridos como sanos; y mandó á Andrés de Tapia que con tres de á caballo viniese á Tacula por tierra, que es nuestro real, que mirase qué habia sido de nosotros, y que si no éramos desbaratados, que nos contase lo por el pasado, y que nos dijese que tuviésemos muy buen recaudo en el real, que todos juntos hiciésemos cuerpo, así de día como de noche, en la vela; y esto que nos enviaba á mandar, ya lo teniamos todos por costumbre. Y el capitan Andrés de Tapia y los tres de á caballo que con él venian se dieron muy buena presa, y aunque tuvieron en el camino una refriega de vara y flecha que les dieron en un paso los mejicanos; que ya habia puesto Guatemuz en los caminos muchos indios guerreros porque no supiésemos los unos de los otros los desmaues, y aun venia herido el Andres de Tapia, y

traía en su compañía á Guillen de la Loa, y el otro se decía Valde-Nebro, y á un Juan de Cuellar, hombres muy esforzados; y de que llegaron á nuestro real y nos hallaron batallando con el poder de Méjico, que todo estaba junto contra nosotros, se holgaron en el alma, y nos contaron lo acaecido del desbarate de Cortés, y lo que nos enviaba á decir, y no nos quisieron declarar qué tantos eran los muertos, y decían que hasta veinte y cinco, y que todos los demás estaban buenos. Dejemos de hablar ahora en esto, y volvamos al Gonzalo de Sandoval, y á sus capitanes y soldados, que andaban victoriosos en la parte y calles de su conquista; y cuando los mejicanos hubieron desbaratado á Cortés, cargaron sobre el Gonzalo de Sandoval y su ejército y capitanes, de arte que no se pudo valer, y le mataron dos soldados y le hirieron á todos los que traía, y á él le dieron tres heridas, la una en el muslo y la otra en la cabeza y la otra en un brazo; y estando batallando con los contrarios, le ponen delante seis cabezas de los de Cortés, y le dicen que aquellas cabezas eran de Malinche y del Tonutio y de otros capitanes, y que así habían de hacer al Gonzalo de Sandoval y á los que con él estaban, y le dieron muy fuertes combates; y de que aquello vió el buen capitán Sandoval, mandó á sus capitanes y soldados que todos tuviesen mucho ánimo, mas que de antes, é que no desmayasen, é que mirasen al retraer no hubiese algun desmán ó desconcierto en la calzada, porque es angosta; y lo primero que hizo fué mandarse salir de la calzada á los amigos tlascaltecas, que tenía muchos, y porque no les estorbasen al retraer; y con sus dos bergantines y sus ballesteros y escopeteros con mucho trabajo se retrajo á su estancia, y con toda su gente bien herida y aun desmayada, y dos soldados menos; y como se vió fuera de la calzada, puesto que estaban cercados de mejicanos, esforzó su gente y capitanes, y les encomendó mucho que todos juntos hiciesen cuerpo, así de día como de noche, é que guardasen el real no le desbaratasen; y como conocía del capitán Luis Marin que lo hacía bien, así herido y atrapado como estaba el Sandoval, tomó consigo otros de á caballo, y por tierra fué muy por la posta al real de Cortés, y aun en el camino tuvo su salmorejo de piedra y vara y flecha; porque, como ya otra vez he dicho, en todos los caminos tenía Guatemuz indios mejicanos guerreros para no dejar pasar de un real á otro con nuevas ningunas, para que así nos vencieran mas fácilmente; y cuando el Sandoval vió á Cortés, le dijo: «Oh señor capitán, y qué es esto? ¿Aquestos son los grandes consejos y ardidés de guerra que siempre nos daba? ¿Cómo ha sido este desmán?» Y Cortés le respondió, saltándose las lágrimas de los ojos: «Oh hijo Sandoval, que mis pecados lo han permitido, que no soy tan culpante en el negocio como me hacen, sino es el tesorero Julian de Alderete, á quien le encargué que cegase aquel mal paso donde nos desbarataron, y no lo hizo, como no es acostumbrado á guerras ni á ser mandado de capitanes;» y entonces respondió el mismo tesorero, que se halló junto á Cortés, que vino á ver y hablar al Sandoval y á saber de su ejército si eran muertos ó desbaratados, é dijo que el mismo Cortés tenía la culpa, y no él; y la causa que dió fué que, como

Cortés iba con vitoria, por seguilla muy mejor decías «Adelante, caballeros;» é que no les mandó cegar puentes ni pasos malos, é que si se lo mandara, que con su capitania y con sus amigos lo hiciera;» y también culpaban mucho á Cortés en no haber mandado con tiempo salir de las calzadas á los muchos amigos que llevaba; é porque hubo otras muchas pláticas y respuestas al tesorero, que iban dichas con enojo, se dejarán de decir; é diré cómo en aquel instante llegaron dos bergantines de los que antes tenía Cortés en su compañía y calzada, que no sabían dellos después del desbarate, y según pareció, habían estado detenidos, porque estuvieron zabordados en unas estacadas, y según dijeron los capitanes, habían estado cercados de unas canoas que les daban guerra, y venían todos heridos, y dijeron que Dios primeramente les ayudó, y con su viento y con grandes fuerzas que pusieron al remar rompieron las estacadas y se salvaron; de lo cual hubo mucho placer Cortés, porque hasta entonces, aunque no lo publicaba por no desmayar á los soldados, como no sabían dellos, les tenían por perdidos. Dejemos esto, y volvamos á Cortés, que luego encomendó á Sandoval mucho que fuese en posta á nuestro real, que se dice Tacuba, y mirase si éramos desbaratados ó de qué manera estábamos, é que si éramos vivos, que nos ayudase á poner resistencia en el real, no nos rompiesen; y dijo á Francisco de Lugo que fuese en compañía de Sandoval, porque bien entendido tenía que había escuadrones de guerreros mejicanos en el camino, y le dijo que ya había enviado á saber de nosotros á Andrés de Tapia con tres de á caballo, y temía no le hubiesen muerto en el camino; y cuando se lo dijo y se despidió fué á abrazar á Gonzalo de Sandoval, y le dijo: «Mirá, pues veis que yo no puedo ir á todas partes, á vos os encomiendo estos trabajos, pues veis que estoy herido y cojo; ruegos pongais cobro en estos tres reales: bien sé que Pedro de Albarado y sus capitanes y soldados habrán batallado y hecho como caballeros, mas temo el gran poder destos perros, no les hayan desbaratado; pues de mí y de mi ejército ya veis de la manera que estoy;» y en posta vino el Sandoval y el Francisco de Lugo donde estábamos, y cuando llegó sería hora de visperas, y porque, según pareció é supimos, el desbarate de Cortés fué antes de misa mayor; y cuando llegó Sandoval nos halló batallando con los mejicanos, que nos querían entrar en el real por unas casas que habíamos derrocado, y otros por la calzada, y otros en canoas por la laguna, y tenían ya un bergantín zabordado en unas estacadas, y de los soldados que en ellos iban, habían muerto los dos, y los demás heridos; y como Sandoval nos vió á mí y á otros soldados en el agua metidos á mas de la cinta, ayudando al bergantín á echalle en lo hondo, y estaban sobre nosotros muchos indios con espadas de las nuestras que habían tomado en el desbarate de Cortés, y otros con montantes de navajas dándonos cuchilladas, y á mí me dieron un flechazo, y querían llegar con gran fuerza sus canoas, según la fuerza ponían, y le tenían atados muchas sogas para llevárselo y metelle dentro de la ciudad; y como el Sandoval nos vió de aquella manera, dijo: «Oh hermanos, pondré fuerza en que no lloven el bergantín;» y tomamos tanto esfuerzo, que luego le sacamos en sal-

vo, puesto que, como he dicho, todos los marineros salieron heridos y dos soldados muertos. En aquella sazón vinieron á la calzada muchas capitánias de mejicanos, y nos herian á los de á caballo y á todos nosotros, y aun el Sandoval le dieron una buena pedrada en la cara; y entonces Pedro de Albarado le socorrió con otros de á caballo, y como venian tantos escuadrones, é yo y otros soldados les hacíamos cara, Sandoval nos mandó que poco á poco nos retrájesemos porque no les matasen los caballos; é porque no nos retraíamos de presto como quisiera, dijo: «¿Quereis que por amor de vosotros me maten á mí y á todos aquestos caballeros? Por amor de Dios, hermanos, que os retrayais;» y entonces le tornaron á herir á él y á su caballo; y en aquella sazón echamos á los amigos fuera de la calzada, y poco á poco, haciendo cara, y no vueltas las espaldas, como quien va haciendo represas, unos ballesteros y escopeteros tirando y otros armando y otros cebando sus escopetas, y no soltaban todos á la par; y los de á caballo que hacian algunos arremetidas, y el Pedro Moreno Medrano con sus tiros en armar y tirar; y por mas mejicanos que llevaban las pelotas, no les podian apartar, sino que todavia nos iban siguiendo, con pensamiento que aquella noche nos habian de llevar á sacrificar. Pues ya que estábamos en salvo cerca de nuestros aposentos, pasada ya una grande obra donde habia mucha agua é muy honda, y no nos podian alcanzar las piedras ni varas ni flecha, y estando el Sandoval y el Francisco de Lugo y Andrés de Tapia con Pedro de Albarado, contando cada uno lo que le habia acaecido y lo que Cortés mandaba, tornó á sonar el atambor de Huichilobos y otros muchos atabalejos, y caracoles y cornetas y otras como trompas, y todo el sonido dellas espantable y triste; y miramos arriba al alto cu, donde los tenían, y vimos que llevaban por fuerza á rempujones y bofetadas y paños á nuestros compañeros que habian tomado en la derrota que dieron á Cortés, que los llevaron por fuerza á sacrificar; y de que ya los tenían arriba en una placeta que se hacia en el adoratorio, donde estaban sus malditos idolos, vimos que á muchos dellos les ponian plumajes en las cabezas, y con unos como aventadores les hacian bailar delante del Huichilobos, y cuando habian bailado, luego les ponian de espaldas encima de unas piedras que tenían hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedreñal les useraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo, y se los ofrecian á sus idolos que allí presentes tenían, y á los cuerpos dábanles con los piés por las gradas alujo; y estaban aguardando otros indios carniceros, que les cortaban brazos y piernas, y las caras desollaban y las adobaban como cueros de guantes, y con sus barbas las guardaban para hacer liestas con ellas cuando hacian borracheras, y se comian las carnes con chilmoile; y desta manera sacrificaron á todos los demás, y les comieron piernas y brazos, y los corzones y sangre ofrecian á sus idolos, como dicho tengo, y los cuerpos, que eran las barrigas, echaban á lostigres y leones y sierpes y culebras que tenían en la casa de las alimañas, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, que atrás dello he platicado. Pues de aquellas crueldades vimos todos los de nuestro real y Pedro de

Albarado y Gonzalo de Sandoval y todos los demás capitanes. Miren los curiosos lectores que esto leyeren, qué lástima terníamos dellos; y decíamos entre nosotros: «¡Oh gracias á Dios, que no me llevaron á mí hoy á sacrificar!» Y tambien tengan atencion que no estábamos lejos dellos y no les podíamos remediar, y antes rogábamos á Dios que fuese servido de nos guardar de tan cruelísima muerte. Pues en aquel instante que hacian aquel sacrificio, vinieron sobre nosotros grandes escuadrones de guerreros, y nos daban por todas partes bien que hacer, que ni nos podíamos valer de una manera ni de otra contra ellos, y nos decian: «Mirad que desta manera habeis de morir todos, que nuestros dioses nos lo han prometido muchas veces.» Pues las palabras de amenazas que decian á nuestros amigos los tlascaltecas eran tan lastimosas y malas, que los hacian destornar, y les echaban piernas de indios asadas y brazos de nuestros soldados, y les decian: «Comé de las carnes destos teules y de vuestros hermanos, que ya bien hartos estamos dellos, y deso que nos sopra bien os podeis hartar; y mirad que las casas que habeis derrocado, que os hemos de traer para que las torneis á hacer muy mejores, y con piedras y lanzas y cal y canto, y pintadas; por eso ayudad muy bien á estos teules, que á todos los veréis sacrificados.» Pues otra cosa mandó hacer Guatemuz, que, como hubo aquella vitoria de Cortés, envió á todos los pueblos nuestros confederados y amigos, y á sus parientes, piés y manos de nuestros soldados, y caras de soldados con sus barbas, y las cabezas de los caballos que mataron; y les envió á decir que éramos muertos mas de la mitad de nosotros é que presto nos acabarian, é que dejasen nuestra amistad y se viniesen á Méjico, y que si luego no lo dejaban, que les enviaria á destruir; y les envió á decir otras muchas cosas para que se fuesen de nuestro real y nos dejasen, pues habíamos de ser presto muertos de su mano; y á la continua dándonos guerra, así de dia como de noche; y como velábamos todos los del real juntos, y Gonzalo de Sandoval y Pedro de Albarado y los demás capitanes haciéndonos compañía en la vela, aunque venian de noche grandes capitánias de guerreros, los resistíamos. Pues los de á caballo todo el dia y la noche estaba la mitad dellos en lo de Tacuba y la otra mitad en las calzadas. Pues otro mayor mal nos hicieron, que cuanto habíamos cegado desde que en la calzada entramos, todo lo tornaron á abrir, y hicieron alharradas muy mas fuertes que de antes. Pues los amigos de las ciudades de la laguna que nuevamente habian tomado nuestra amistad y nos vinieron á ayudar con las canoas, creyeron llevar lano y volvieron trasquilados, porque perdieron muchos las vidas y mas de la mitad de las canoas que traian, y otros muchos volvieron heridos; y aun con todo esto, desde allí adelante no ayudaron á los mejicanos, porque estaban mal con ellos, salvo estarse á la mira. Dejemos de hablar mas en contar lástimas, y volvamos á decir el recaudo y manera que teníamos, y cómo Sandoval y Francisco de Lugo, y Andrés de Tapia y los demás caballeros que habian venido á nuestro real, les pareció que era bien volverse á sus puestos y dar relacion á Cortés cómo y de qué manera estábamos; y se fueron en posta, y dijeron á

Cortés cómo Pedro de Albarado y todos sus soldados teníamos muy buen recaudo, así en el batallar como en el velar; y aun el Sandoval, como me tenía por amigo, dijo á Cortés cómo me halló á mí y á otros soldados batallando en el agua á mas de la cinta defendiendo un bergantín que estaba zabordado en unas estacadas, é que si por nuestras personas no fuera, que mataran á todos los soldados y al capitán que dentro venia; é porque dijo de mi persona otras loas que yo aquí no tengo de decir, porque otras personas lo dijeron y se supo en todo el real, no quiero aquí recitallo; y cuando Cortés lo hubo bien entendido del buen recaudo que teníamos en nuestro real, con elló descansó su corazon, y desde allí adelante mandó á todos tres reales que no batallásemos poco ni mucho con los mejicanos; entiéndese que no curásemos de tomar ninguna puente ni albarrada, salvo defender nuestros reales no nos los rompiesen; porque de batallar con ellos, no habia bien esclarecido el día antes, cuando estaban sobre nuestro real tirando muchas piedras con hondas, y varas y flecha, y diciéndonos muchos vituperios feos; y como teníamos junto á nuestro real una obra de agua muy ancha y honda, estuvimos cuatro días arreo que no la pasamos, y otro tanto se estuvo Cortés en el suyo, y Sandoval en el suyo; y esto de no salir á batallar y procurar de ganar las albarradas que habian tornado á abrir y hacer fuertes, era por causa que todos estábamos muy heridos y trabajados, así de velas como de las armas, y sin comer cosa de sustancia; y como faltaban del día antes sobre sesenta y tantos soldados de todos tres reales, y siete caballos, porque recibíamos algun alivio y para tomar maduro consejo de lo que habíamos de hacer de allí adelante, mandó Cortés que estuviésemos quedos, como dicho tengo. Y dejallo hé aquí, y diré cómo y de qué manera peleábamos, y todo lo que en nuestro real pasó.

CAPITULO CLIII.

De la manera que peleábamos é se nos fueron todos los amigos á sus pueblos.

La manera que teníamos en todos tres reales de pelear es esta: que velábamos de noche todos los soldados juntos en las calzadas, y nuestros bergantines á nuestros lados, también en las calzadas, y los de á caballo rondando la mitad dellos en lo de Tacuba, adonde nos hacian pan y teníamos nuestro fardaje, y la otra mitad en las puentes y calzada, y muy de mañana aparejábamos los puños para pelear y batallar con los contrarios, que nos venian á entrar en nuestro real y procuraban de nos desbaratar; y otro tanto hacian en el real de Cortés y en el de Sandoval, y esto no fué sino cinco días, porque luego tomamos otra orden, lo cual diré adelante; y digamos cómo los mejicanos hacian cada día grandes sacrificios y fiestas en el cu mayor de Tatluclo, y tañian su maldito atambor y otras trompas y atabales y caracoles, y daban muchos gritos y alaridos, y tenían cada noche grandes luminarias de mucha leña encendida, y entonces sacrificaban de nuestros compañeros á sus malditos ídolos Huichilóobos y Tezcatepuca, y hablaban con ellos; y según ellos decian, que en la mañana ó en aquella misma noche nos habian de matar.

Parece ser que, como sus ídolos son perversos y malos, por engañarlos para que no viniesen de paz, les hacian en creyente que á todos nosotros nos habian de matar, y á los tlascaltecas y á todos los demás que fuesen en nuestra ayuda; y como nuestros amigos lo oían, teníanlo por muy cierto, porque nos vian desbaratados. Dejemos destas pláticas, que eran de sus malos ídolos, y digamos cómo en la mañana venian muchas capitánias juntas á nos cercar y dar guerra, y se remudaban de rato en rato, unos de unas divisas y señales, y venian otros de otras libreas; y entonces cuando estábamos peleando con ellos nos decian muchas palabras, diciéndonos de apocados y que no éramos buenos para cosa ninguna, ni para liacer casas ni maizales, y que no éramos sino para venilles á robar su ciudad, como gente mala que habíamos venido huyendo de nuestra tierra y de nuestro rey y señor; y esto decian por lo que Narvaez les habia enviado á decir, que veníamos sin licencia de nuestro rey, como dicho tengo; y nos decian que de allí á ocho días no habia de quedar ninguno de nosotros á vida, porque así se lo habian prometido la noche antes sus dioses; y desta manera nos decian otras cosas malas, y á la postre decian: «Mirá cuán malos y bellacos sois, que aun vuestras carnes son malas para comer, que amargan como las hieles, que no las podemos tragar de amargor;» y parece ser, como aquellos días se habian hartado de nuestros soldados y compañeros, quiso nuestro Señor que les amargasen las carnes. Pues á nuestros amigos los tlascaltecas, si muchos vituperios nos decian á nosotros, mas les decian á ellos, é que les ternian por esclavos para sacrificar y liacer sus sementeras, y tornar á edificar las casas que les habíamos derrocado, é que las habian de hacer de cal y canto labradas, que su Huichilóobos se lo habia prometido; y diciendo esto, luego el bravoso pelear, y se venian por unas casas derrocadas, y con las muchas cañas que tenían nos tomaban las espaldas, y aun nos tenían algunas veces atajados en las calzadas; y nuestro Señor Jesucristo nos sustentaba cada día, que nuestras fuerzas no bastaban; mas todavía les hacíamos volver muchos dellos heridos, y muchos quedaban muertos. Dejemos de hablar de los grandes combates que nos daban, y digamos cómo nuestros amigos los de Tlascala y de Cholula y Guaxocingo, y aun los de Tezcuco, acordaron de se ir á sus tierras, y sin lo saber Cortés ni Pedro de Albarado ni Sandoval, se fueron todos los mas; que no quedó en el real de Cortés sino este Suchel, que después que se bautizó se llamó don Cárlos, y era hermano de don Fernando, señor de Tezcuco, y era muy esforzado hombre; y quedaron con él otros sus parientes y amigos, que serian hasta cuarenta; y en el real de Sandoval quedó otro cacique de Guaxocingo con obra de cincuenta hombres; y en nuestro real quedaron dos hijos de nuestro amigo don Lorenzo de Vargas, y el esforzado de Chichimecatecle con obra de ochenta tlascaltecas, parientes y vasallos; y como nos hallamos solos y con tan pocos amigos, recibimos pena; y Cortés y Sandoval y cada uno en su real preguntaban á los amigos que les quedaban que por qué se habian ido de aquella manera los demás sus hermanos, y decian que, como vian que los mejicanos hablaban de noche con sus ídolos, é prome-

tian que nos habian de matar á nosotros y á ellos, que creian que debia de ser verdad, y del miedo se iban; y que lo que le daba mas crédito á ello era vernos á todos heridos y nos habian muerto á muchos de nosotros, é que dellos mismos faltaban mas de mil y ducientos, y que temieron no matasen á todos; y tambien porque Xicotenga el inozo, que mandó ahorcar Cortés en Tezcuco, siempre les decia que sabia por sus adivinanzas que á todos nos habian de matar, é que no habia de quedar ninguno de nosotros á vista, y por esta causa se fueron. El puesto que Cortés en lo secreto sintió pesar dello, mas con rostro alegre les dijo que no tuviesen miedo, é que lo que aquellos mejicanos les decian que era mentira y por desmayarlos; y tantas palabras de prometimientos les dijo, y con palabras amorosas los esforzó á estar con él, y otro tanto dijimos al Chichimecatecle y á los dos Xicotengas. Y en aquestas pláticas que en aquella sazón decia Cortés á este Suchel, que ya he dicho que se dijo don Carlos, como era de suyo señor y esforzado, dijo á Cortés: «Señor Malinche, no recibas pena por no batallar cada dia en tu real algunas veces, y otro tanto manda al Tonatio, que era Pedro de Albarado, que así lo llamaban, que se esté en el suyo, y Sandoval en Tepeaquilla, y con los bergantines anden cada dia á quitar y defender que no les entren bastimentos ni agua, porque están aquí dentro en esta gran ciudad tantos mil azipiles de guerreros, que por fuerza, siendo tantos, se les ha de acabar el bastimento que tienen, y el agua que ahora beben es medio salobre, que toman de unos hoyos que tienen hechos, y como llueve de dia y de noche, recogen el agua para beber y dello se sustentan; mas ¿qué pueden hacer si les quitas la comida y el agua, si no es mas que guerra la que ternán con la hambre y sed?» Como Cortés aquello entendió, le echó los brazos encima y le dió gracias por ello, con prometimientos que le daria pueblos; y aqueste consejo le habiamos puesto en plática muchos soldados á Cortés; mas somos de tal calidad, que no quisiéramos aguardar tanto tiempo, sino entrásemos luego la ciudad. Y cuando Cortés hubo bien considerado lo que nosotros tambien le habiamos dicho, y sus capitanes y soldados se lo decian, mandó á dos bergantines que fuesen á nuestro real y al de Sandoval á nos decir que estuviésemos otros tres dias sin les ir entrando en la ciudad; y como en aquella sazón los mejicanos estaban vitoriosos, no osábamos enviar un bergantin solo, y por esta causa envió dos; y una cosa nos ayudó mucho, y es que ya osaban nuestros bergantines romper las estacadas que los mejicanos les habian hecho en la laguna para que zaboradasen; y es desta manera: que remaban con gran fuerza, y para que mas furia trujesen tomaban de algo atrás, y si hacia algun viento, á todas velas, y con los remos muy mejor; y así, eran señores de la laguna y aun de muchas partes de las casas que estaban apartadas de la ciudad; y los mejicanos, como aquello vieron, se les quebró algo su braveza. Dejemos esto, y volvamos á nuestras batallas; y es que, aunque no teniamos amigos, comenzamos á cegar y á tapar la gran abertura que he dicho otras veces que estaba junto á nuestro real; con la primera capitania que venia la rueda de acarrear adobes y madera y cegar lo poniamos muy por la obra y con

grandes trabajos, y las otras dos capitanías batallábamos. Ya he dicho otras veces que así lo teniamos concertado, y habia de andar por rueda; y en cuatro dias que todos trabajamos en ella la teniamos cegada y allanada; y otro tanto hacia Cortés en su real con el mismo concierto, y aun él en persona llevaba adobes y madera hasta que quedaban seguras las puentes y calzadas y aberturas, por tunello seguro al retraer; y Sandoval ni mas ni menos en el suyo, y en nuestros bergantines junto á nosotros, sin temer estacadas; y desta manera les fuimos entrando poco á poco. Volvamos á los grandes escuadrones que á la continua nos daban guerra, que muy bravosos y vitoriosos se venian á juntar pié con pié con nosotros, y de cuando en cuando, como se mudaban unos escuadrones, venian otros. Pues digamos el ruido y alarido que traian, y en aquel instante el resonido de la corneta de Guatemuz, y entonces apechugaban de tal arte con nosotros, que no nos aprovechaban cuchilladas ni estocadas que les dábamos, y nos venian á echar mano; y como, después de Dios, nuestro buen pelear nos habia de valer, teniamos muy reciamente contra ellos, hasta que con las escopetas y ballestas y arremetidas de los de á caballo, que estaban á la continua con nosotros la mitad dellos, y con nuestros bergantines, que no temian ya las estacadas, les haciamos estar á raya, y poco á poco les fuimos entrando; y desta manera batallábamos hasta cerca de la noche, que era hora de retraer. Pues ya que nos retraiamos, ya he dicho otras veces que habia de ser con gran concierto, porque entonces procuraban de nos atajar en la calzada y pasos malos; y si de antes lo procuraban, en estos dias, con la vitoria que habian alcanzado, lo ponian muy por la obra; y digo que por tres partes nos tenian tomados en medio en este dia; mas quiso nuestro Señor Dios que, puesto que hirieron muchos de nosotros, nos tornamos á juntar, y matamos y prendimos muchos contrarios; y como no teniamos amigos que echar fuera de las calzadas, y los de á caballo nos ayudaban valientemente, puesto que en aquella refriega y combate les hirieron dos caballos, y volvimos á nuestro real bien heridos, donde nos curamos con aceite y apretar nuestras heridas con mantas, y comer nuestras tortillas con ají y yerbas y lunas, y luego puestos todos en la vela. Digamos ahora lo que los mejicanos hacian de noche en sus grandes y altos cues, y es que tañian su maldito atambor, que dije otra vez que era el de mas maldito sonido y mas triste que se podia inventar, y sonaba muy lejos, y tañian otros peores instrumentos. En fin, cosas diabólicas, y tenian grandes lumbres y daban grandísimos gritos y silbos, y en aquel instante estaban sacrificando de nuestros compañeros de los que tomaron á Cortés, que supimos que sacrificaron diez dias arreo hasta que los acabaron, y el postrero dejaron á Cristóbal de Guzman, que vivo le tuvieron diez y ocho dias, segun dijeron tres capitanes mejicanos que prendimos; y cuando les sacrificaban, entonces hablaba su Huichilóhob con ellos y les prometia vitoria é que habiamos de ser muertos á sus manos antes de ocho dias, é que nos diesen buenas guerras aunque en ellas muriesen muchos; y desta manera les traian engañados. Dejemos ahora de sus sacrificios, y volvamos á decir que cuando otro dia

amanecía ya estaban sobre nosotros todos los mayores poderes que Guatemuz podía juntar, y como teníamos cegada la abertura y calzada y puentes, ni sé ellos cómo la ponían en seco, tenían atrevimiento á venir hasta nuestros ranchos y tirar vara y piedra y flecha, si no fuera por los tiros con que siempre les hacíamos apartar, porque Pedro Moreno Medrano, que tenía cargo dellos, les hacía mucho daño; y quiero decir que nos tiraban suetas de las nuestras con ballestas, cuando tenían vivos á cinco ballesteros, y al Cristóbal de Guzman con ellos, y les hacían que les armasen las ballestas y les mostrasen cómo habían de tirar, y ellos y los mejicanos tiraban aquellos tiros y no nos hacían mal; y también batallaba reciamente Cortés y Sandoval, y les tiraban saetas con ballestas; y esto sabíamoslo por Sandoval y los bergantines que iban de nuestro real al de Cortés y del de Cortés al nuestro y al de Sandoval, y siempre nos escribía de la manera que habíamos de batallar y todo lo que habíamos de hacer, y encomendándonos la vela, y que siempre estuviesen la mitad de los de á caballo en Tacuba guardando el fardaje y las indias que nos hacían pan, y que parásemos mientes no rompiesen por nosotros una noche, porque unos prisioneros que en el real de Cortés se prendieron le dijeron que Guatemuz decía muchas veces que diesen en nuestro real de noche, pues no había tlascaltecas que nos ayudasen; porque bien sabían que se nos habían ido ya todos los amigos. Ya he dicho otra vez que poníamos gran diligencia en velar. Dejemos esto, y digamos que cada día teníamos muy recios rebatos, y no dejábamos de los ir ganando albaradas y puentes y aberturas de agua; y como nuestras bergantines osaban ir por do quiera de la laguna y no temían á las estucadas, ayudábanlos muy bien. Y digamos cómo siempre andaban dos bergantines de los que tenía Cortés en su real á dar caza á las canoas que metían agua y bastimentos, y cogían en la laguna uno como medio lama, que después de seco tenía un sabor como de queso, y traían en los bergantines muchos indios presos. Tornemos al real de Cortés y de Gonzalo de Sandoval, que cada día iban conquistando y ganando albaradas y puentes; y en aquestos trances y batallas se habían pasado, cuando en el desbarate de Cortés, doce ó trece días; y como este Suchel, hermano de don Hernando, señor de Tezcuco, vió que volvíamos muy de hecho en nosotros, y no era verdad lo que los mejicanos decían, que dentro de diez días nos habían de matar, porque así se lo había prometido su Huichilóbo, envió á decir á su hermano don Hernando que luego enviase á Cortés todo el poder de guerreros que pudiese sacar de Tezcuco, y vinieron dentro en dos días que él se lo envió á decir mas de dos mil hombres. Acuérdate que vinieron con ellos Pedro Sanchez Farfan y Antonio de Villarreal, marido que fué de la Ojeda, porque aquestos dos soldados había dejado Cortés en aquella ciudad, y el Pedro Sanchez Farfan era capitán y el Antonio Villarreal era ayo de don Fernando; y cuando Cortés vió tan buen socorro se holgó mucho y les dijo palabras halagüeñas, y asimismo en aquella sazón volvieron muchos tlascaltecas con sus capitanes, y venía por capitán dellos un cacique de Topyanco que se decía Tecapanaca, y también vinieron otros muchos

indios de Guaxocingo y pocos de Cholula; y como Cortés supo que habían vuelto, mandó que todos fuesen á su real para les hablar, y primero que viniesen les mandó poner guardas en el camino para defendellos, por si saliesen mejicanos; y cuando parecieron delante, Cortés les hizo un parlamento con don Marina y Jerónimo de Aguilar, y les dijo que bien habían creído y tenido por cierto la buena voluntad que siempre les ha tenido y tiene, así por haber servido á su majestad como por las buenas obras que dellos hemos recibido, y que si les mandó desde que venimos á aquella ciudad venir con nosotros á destruir á los mejicanos, que su intento fué porque se aprovecharan y volviessen ricos á sus tierras y se vengasen de sus enemigos; que no para que por su sola mano hubiésemos de ganar aquella gran ciudad; y puesto que siempre les ha hallado buenos y en todo nos han ayudado, que bien habrán visto que cada día les mandábamos salir de las calzadas, porque nosotros estuviésemos mas desembarazados sin ellos para pelear, é que ya les habían dicho y amonestado otras veces que el que nos da vitoria y en todo nos ayuda es nuestro Señor Jesucristo, en quien creemos y adoramos; y porque se fueron al mejor tiempo de la guerra eran dignos de muerte, por dejar sus capitanes peleando y desarmárallos, é que porque ellos no saben nuestras leyes y ordenanzas, que es de perdonar; é que porque mejor lo entiendan, que mirasen que estando sin ellos íbamos derrocando casas y ganando albaradas; é que desde allí adelante les mandaba que no maten á ningunos mejicanos, porque les quiere tomar de paz. Y después que les hubo dicho este razonamiento, abrazó á Chichimecatecle y á los dos mozellos Xicotengas y á este Suchel hermano de don Hernando, y les prometió que los daría tierras y vasallos mas de los que tenían, teniéndoles en mucho á los que quedaron en nuestro real; y asimismo habló muy bien á Tecapanaca, señor de Topyanco, y á los caciques de Guaxocingo y Cholula, que estaban en el real de Sandoval. Y como les hubo platicado lo que dicho tengo, cada uno se fué á su real. Dejemos desto, y volvamos á nuestras grandes guerras y combates que siempre teníamos y nos daban, y porque siempre de día y de noche no hacíamos sino batallar, y á las tardes al retraer siempre herían á muchos de nuestros soldados, dejaré de contar muy por extenso lo que pasaba; y quiero decir, como en aquellos días llovía en las tardes, que nos holgábamos que viniese el aguacero temprano, porque, como se mojaban los contrarios, no peleaban tan bravosamente y nos dejaban retraer en salvo, y desta manera teníamos descanso. Y porque ya estoy harto de escribir batallas, y mas cansado y herido estaba de me hallar en ellas, y á los lectores les parecerá prolijidad recitalas tantas veces, ya he dicho que no puede ser menos, porque en noventa y tres días siempre batallábamos á la continua; mas desde aquí adelante, si lo pudiese excusar, no lo traería tanto á la memoria en esta relacion. Volvamos á nuestro cuento: y como en todos tres reales les íbamos entrando en su ciudad, Cortés por la suya, y Sandoval también por su parte, y Pedro de Albarado por la nuestra, llegamos adonde tenían la fuente, que ya he dicho otra vez que bebían agua salobre; la cual quebramos y deshicimos

porque no se aprovecharan della, y estaban guardándola algunos mejicanos, y tuvimos buena refriega de vara y piedra y flecha, y muchas lanzas largas con que aguardaban á los de á caballo, porque por todas partes de las calles que les habíamos ganado andaban ya, porque ya estaba lleno y sin agua y podían correr muy gentilmente. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo Cortés envió á Guatemuz mensajeros rogándole con la paz, y fué de la manera que diré adelante.

CAPITULO CLIV.

Cómo Cortés envió á Guatemuz á rogarle que tengamos paz.

Después que Cortés vió que íbamos en la ciudad ganando muchas puentes y calzadas y albarradas y derrocando casas, como teníamos presos tres principales personas que eran capitanes de Méjico, les mandó que fuesen á hablar á Guatemuz para que tuviesen paces con nosotros; y los principales dijeron que no osaban ir con tal mensaje, porque su señor Guatemuz les mandaría matar. En fin de pláticas, tanto se lo rogó Cortés y con promesas que les hizo y mantas que les dió, que fueron, y lo que les mandó que dijese al Guatemuz es, que porque lo quiere bien, por ser deudo tan cercano del gran Montezuma, su amigo, y casado con su hija, y porque ha mancilla que aquella gran ciudad no se acabe de destruir, y por excusar la gran matanza que cada día hacíamos en sus vecinos y forasteros, que le ruega que venga de paz, y en nombre de su majestad les perdonará todas las muertes y daños que nos han hecho, y les hará muchas mercedes; é que tenga consideración que se lo ha enviado á decir tres ó cuatro veces, é que él por ser mancebo ó por sus consejeros, y la principal causa por sus malditos ídolos ó papas, que le aconsejan mal, no ha querido venir, sino darnos guerra; é pues que ya ha visto tantas muertes como en las batallas que nos dan les han sucedido, y que tenemos de nuestra parte todas las ciudades y pueblos de toda aquella comarca, y cada día nuevamente vienen mas contra ellos, que se compadezca de tal perdimiento de sus vasallos y ciudad. También les envió á decir que se les habían acabado los mantenimientos, é que ya Cortés lo sabía, é que también seguía no la tenían; y les envió á decir otras palabras bien dichas, que los tres principales las entendieron muy bien por nuestras lenguas, y demandaron á Cortés una carta, y esta no porque la entendían, sino porque sabían claramente que cuando enviábamos alguna mensajería ó cosas que les mandábamos, era un papel de aquellos que llaman amaños, señal como mandamiento. Y cuando los tres mensajeros parecieron ante su señor Guatemuz, con grandes lágrimas y sollozando le dijeron lo que Cortés les mandó; y el Guatemuz desde que lo oyó, y sus capitanes que juntamente con él estaban, pareció ser que al principio recibió pasión de que fuesen atrevidos aquellos capitanes de illes con tales embajadas; mas, como el Guatemuz era mancebo y muy gentil hombre, y de buena disposición y rostro alegre, y aun la color tenía algo mas que tiraba á blanco que á matiz de indios, que era de obra de veinte y tres años y era casado con una muy hermosa mujer, hija del gran Montezuma, su tío; y según después alcanzamos á saber,

tenía voluntad de hacer paces, y para platicarlo mandó juntar todos sus capitanes y principales y papas de los ídolos, y les dijo que tenía voluntad de no tener guerra con Malinche ni todos nosotros; y la plática que sobre ello les puso fué, que ya habían probado todo lo que se puede hacer sobre la guerra y mudado muchas maneras de pelear, y que somos de tal manera, que cuando pensaban que nos tenían vencidos, que entonces volvíamos muy mas reciamente sobre ellos; y que al presente sabía los grandes poderes de amigos que nuevamente nos habían venido, y que todas las ciudades eran contra ellos, y que ya los bergantines les habían rompido sus estacadas, y que los caballos corrían á rienda suelta por las calles de su ciudad; y les puso por delante otras muchas desventajas que tenían sobre los mantenimientos y agua; que les rogaba y mandaba que cada uno dellos diese sobre ello su parecer, y los papas también dijese el suyo y lo que á sus dioses Huichilóhobos y Tezcatlipuca les han oído hablar, y que ninguno tuviese temor de hablar y decir la verdad de lo que sentía. Y según pareció, lo dijeron: «Señor y nuestro gran señor, ya tenemos á tí por nuestro rey y señor, y es muy bien empleado en tí el reinado, pues en todas tus cosas te has mostrado varón y te viene de derecho el reino. Las paces que dices, buenas son; mas mira y piensa en ello, que cuando estos teules entraron en estas tierras y en esta ciudad, cuál nos ha ido de mal en peor; mirad los servicios y dádivas que les hizo y dió nuestro señor, vuestro tío, el gran Montezuma, en qué paró. Pues vuestro primo Cacamatzin, rey de Tezcucó, por el consiguiente. Pues vuestros parientes los señores de Iztapalapa é Cuyoacocun y Tacuba y de Talateingo, ¿qué se hicieron? Pues los hijos de nuestro gran señor Montezuma todos murieron. Pues oro y riquezas desta ciudad, todo se ha consumido. Pues ya ves que á todos tus súbditos y vasallos de Tepeaca y Chalco, y aun de Tezcucó, y aun de todas estas vuestras ciudades y pueblos, les ha hecho esclavos y señalando las caras. Mira primero lo que nuestros dioses te han prometido: toma buen consejo sobre ello, y no te fies de Malinche ni de sus palabras; que mas vale que todos muramos en esta ciudad peleando, que no venios en poder de quien nos harán esclavos y nos atormentarán.» Y los papas en aquel tiempo le dijeron que sus dioses les habían prometido victoria tres noches arreo cuando les sacrificaban; y entonces el Guatemuz, medio enojado, les dijo: «Pues así queréis que sea, guardad mucho el maíz y bastimentos que tenemos, y muramos todos peleando; y desde aquí adelante ninguno sea osado á me demandar paces, si no, yo le mataré;» y allí todos prometieron de pelear noches y días y morir en la defensa de su ciudad. Pues ya esto acabado, tuvieron trato con los de Suchimilco y otros pueblos que les metiesen agua en canoas de noche, y abrieron otras fuentes en partes que tenían agua, aunque sabore. Dejemos ya de hablar en este su concierto, y digamos de Cortés y de todos nosotros, que estuvimos dos días sin entalles en su ciudad esperando la respuesta, y cuando no nos catamos, vienen tantos escudrones de guerreros mejicanos en todos tres reales y nos dan tan recia guerra, que como leones muy bravos venían á encontrar con nosotros, que en todos su se-

so creyeron de llevarnos de vencida. Esto que digo fué por nuestra parte del real de Pedro de Albarado, que en lo de Cortés y Sandoval tambien dijeron que les habian llegado á sus reales, que no les podian defender, aunque mas les mataban y herian; y cuando peleaban tocaban la corneta de Guatemuz, y entonces habiamos de tener órden que no nos desbaratasen, porque ya he dicho otras veces que entonces se metian por las espadas y lanzas para nos echar mano; é como ya estábamos acostumbrados á los rencuentros, puesto que cada día herian y mataban de nosotros, teniamos con ellos pié con pié, y desta manera pelearon seis ó siete dias arreo, y nosotros les matábamos y heriamos muchos dellos, y con todo esto no se les daba nada por morir. Acuérdoime que decian: «¿En qué se anda Malinche con nosotros, cada día demandándonos paces? Que nuestros ídolos nos han prometido vitoria, y tenemos hartos bastimentos y agua, y á ninguno de vosotros hemos de dejar á vida; por eso no tornen á hablar sobre las paces, pues las palabras son para las mujeres y las arinas para los hombres;» y diciendo esto, se vienen á nosotros como perros dañados, y hablando y peleando todo era uno, y hasta que la noche nos despartia estábamos peleando, y luego, como dicho tengo, al retraer con gran concierto, porque nos venian siguiendo con grandes capitanijs y escuadrones dellos, y echábamos á los amigos fuera de la calzada, porque ya habian venido muchos mas que de antes, y nos volviamos á nuestras chozas, y luego ir y velar todos juntos, y en la vela cenábamos nuestra mala ventura, como dicho tengo otras veces, y bien de madrugada alto á pelear, porque no nos daban mas espacio; y desta manera estuvimos muchos dias; y estando desta manera tuvimos otro combate, y es que se juntaban de tres provincias, que se dicen Matalacingo y Malinalco, y otros pueblos que no se me acuerda de sus nombres, que estaban obra de ocho leguas de Méjico, para venir sobre nosotros, y mientras estuviésemos batallando con los mejicanos darnos en las espaldas y en nuestros reales, y que entonces saldrian los poderes mejicanos, y los unos por una parte y los otros por otra, tenian pensamientos de nos desbaratar; y porque hubo otras pláticas, lo que sobre ello se hizo diré adelante.

CAPITULO CLV.

Cómo fué Gonzalo de Sandoval contra las provincias que venian á ayudar á Guatemuz.

Y para que esto se entienda bien, es menester volver algo atrás á decir desde que á Cortés desbarataron y se llevaron á sacrificar sesenta y tantos soldados, y aun bien puedo decir sesenta y dos, porque tantos fueron después, quo bien se contaron. Y tambien he dicho que Guatemuz envió las cabezas de los caballos y caras que habian desollado, y piés y manos de nuestros soldados que habian sacrificado, á muchos pueblos y á Matalacingo y Malinalco, y les envió á hacer saber que ya habia muerto la mitad de nuestras gentes, y que les rogaba que para que nos acabasen de matar, que le viniesen á ayudar, é que darian guerra en nuestros reales de día y de noche, y que por fuerza habiamos de pelear con ellos por defendorse; é que cuando estuviésemos pe-

leando, saldrian ellos de Méjico y nos darian guerra por otra parte, de manera que nos vencerian, y tenian que sacrificar muchos de nosotros á sus ídolos, y harian hartazgo con nuestros cuerpos. De tal manera se lo envió á decir, que lo creyeron y tuvieron por cierto; y demás desto, en Matalacingo tenia el Guatemuz muchos parientes por parte de la madre, y como vieron las caras y cabezas que dicho tengo, y lo que les envió á decir, luego pusieron por la obra de se juntar con todos sus poderes que tenian, y de venir en socorro de Méjico y de su pariente Guatemuz, y venian ya de hecho contra nosotros, y por el camino por donde pasaron estaban tres pueblos, y les comenzaron á dar guerra y robaron las estancias, y robaron niños para sacrificar; los cuales pueblos enviaron á se lo hacer saber á Cortés para que les enviase ayuda y socorro; y como lo supo, de presto mandó á Andrés de Tapia, y con veinte de á caballo y cien soldados y muchos amigos les socorrió muy bien y les hizo retraer á sus pueblos, con mucho daño que les hizo, y se volvió al real; de que Cortés hubo mucho placer y contentamiento; y después desto, en aquel instante vinieron mensajeros de los pueblos de Cuernabaca á demandar socorro, que los mismos de Matalacingo, de Malinalco y otras provincias venian sobre ellos, é que enviase socorro; y para ello envió á Gonzalo de Sandoval con veinte de á caballo y ochenta soldados, los mas sanos que habia en todos tres reales, y muchos amigos; y sabe Dios cuáles quedábamos con gran riesgo de nuestras personas, porque todos los mas estábamos heridos muy malamente y no teniamos refrigerio ninguno. Y porque hay mucho que decir en lo que Sandoval hizo en el desbarate de los contrarios, se dejará de decir, mas de que se vino muy de presto por socorrer á su real, y trajo dos principales de Matalacingo consigo, y los dejó mas de paz que de guerra; y fué muy provechosa aquella entrada que hizo, lo uno por evitar que á muchos amigos no se les hiciese ni recibiesen mas daño, y lo otro porque no viniesen á nuestros reales, como venian de hecho, y porque viese Guatemuz y sus capitanes que no tenian ya ayuda ni favor de aquellas provincias; y tambien cuando con ellos estábamos peleando nos decian que nos habian de matar con ayuda de Matalacingo y de otras provincias, é que sus dioses se lo habian prometido así. Dejemos ya de decir de la ida y socorro que hizo Sandoval, y volvamos á decir de cómo Cortés envió á rogar á Guatemuz que viniese de paz é que le perdonaria todo lo pasado; y le envió á decir que el Rey nuestro señor le envió á decir ahora nuevamente que no le destruyese mas aquella ciudad y tierras, y que por esta causa los cinco dias pasados no le habia dado guerra ni entrado batallando; y que mire que ya no tienen bastimentos ni agua, y mas de las dos partes de su ciudad por el suelo, é que de los socorros que esperaba de Matalacingo, que se informe de aquellos dos principales que entonces les envió, é digan cómo les ha ido en su venida; y le envió á decir otras cosas de muchos ofrecimientos, que fueron con estos mensajeros los dos indios de Matalacingo, y la dijeron lo que habia pasado; y no les quiso responder cosa ninguna, sino solamente les mandó que se volviesen á sus pueblos, y luego les mandó salir de Méjico. De-

amos á los mensajeros, que luego salieron, y los mejicanos por tres partes con la mayor furia que hasta allí habíamos visto, y se vienen á nosotros, y en todos tres reales nos dieron muy recia guerra; y puesto que les heríamos y matábamos muchos dellos, pareceme que desean morir peleando, y entonces cuando mas recios andaban con nosotros pié con pié peleando, nos decían: «Tenitoyrey Castilla, Tenitoy Ajaca;» que quiera decir en su lengua: «¿Qué dirá el rey de Castilla? ¿Qué dirá ahora?» Y con estas palabras tirar vara y piedra y flecha, que cubrían el suelo y calzada. Dejemos esto, que ya les íbamos ganando gran parte de la ciudad, y en ellos sentíamos que, puesto que peleaban muy como varones, no se remudaban ya tantos escuadrones como solían, ni abrían ranjas ni calzadas; mas otra cosa tenían muy cierta, que al tiempo que nos retraíamos nos venían siguiendo hasta nos echar mano; y también se nos había acabado ya la pólvora en todos tres reales, y en aquel instante había venido á la Villa-Rica un navío que era de una armada de un licenciado Lúcas Vazquez de Aillon, que se perdió y desbarató en las islas de la Florida, y el navío aportó á aquel puerto, como dicho tengo, y venían en él ciertos soldados y pólvora y ballestas y otras cosas; y el teniente que estaba en la Villa-Rica, que se decía Rodrigo Rangel, que tenía en guarda á Narvaz, envió luego á Cortés pólvora y ballestas y soldados. Y volvamos á nuestra conquista, por abreviar: que mandó y acordó Cortés con todos los demás capitanes y soldados que les entrásemos todo cuanto pudiésemos hasta llegalles al Tatlulco, que es la plaza mayor, adonde estaban sus altos cues y adoratorios; y Cortés por su parte y Sandoval por la suya, y nosotros por la nuestra, les íbamos ganando puentes y albarradas, y Cortés les entró hasta una plazuela donde tenían otros adoratorios. En aquellos cues estaban unas vigas, y en ellas muchas cabezas de nuestros soldados que habían muerto y desbaratado en las batallas pasadas, y tenían los cabellos y barbas muy crecidas, mas que cuando eran vivos, y no lo había yo creído si no lo viera desde tres días, que como fuimos ganando por nuestra parte dos aberturas y puentes, tuvimos lugar de las ver, é yo conocía tres soldados mis compañeros; y cuando las vimos de aquella manera se nos saltaron las lágrimas de los ojos; y en aquella sazón se quedaron allí donde estaban, mas desde á doce días se quitaron, y las pusimos aquellas y otras cabezas que tenían ofrecidas á otros ídolos, y las enterramos en una iglesia que se dice ahora los Mártires, que nosotros hicimos. Dejemos desto, y digamos cómo fuimos batallando por la parte de Pedro de Albarado y llegamos al Tatlulco, y había tantos mejicanos en guarda de sus ídolos y altos cues, y tenían tantas albarradas, que estuvimos bien dos horas que no se lo pudimos tomar; y cómo podían ya correr caballos, puesto que les hirieron á los mas; mas nos ayudaron muy bien y alancearon muchos mejicanos; y como había tantos contrarios en tres partes, fuimos las tres capitánías á batallar con ellos; y á la una capitánía, que era de un Gutierre de Badajoz, mandó Pedro de Albarado que subiese en el alto cu de Huichilóbo, y peleó muy bien con los contrarios y muchos papas que en las casas de los adoratorios estaban, y de tal manera le daban guerra los contrarios,

HA. II.

que le hacían venir las gradas abajo; y luego Pedro de Albarado nos mandó que le fuésemos á socorrer y dejásemos el combate en que estábamos; é yendo que íbamos, nos siguieron los escuadrones con quien peleábamos, y todavía les subíamos sus gradas arriba. Aquí había bien que decir en qué trabajo nos vimos los unos y los otros en ganalles aquellas fortalezas, que ya he dicho otras veces que eran muy altas; y en aquellas batallas nos tornaron á herir á todos muy malamente, y todavía les pusimos fuego á los ídolos, y levantamos nuestras banderas, y estuvimos batallando en lo llano, después de le haber puesto fuego, hasta la noche, que no nos podíamos valer de tanto guerrero. Dejemos de hablar en ello, y digamos que como Cortés y sus capitanes vieron en aquella sazón desde sus barrios y calles en sus partes lejos del alto cu, y las llamaradas en que el cu mayor ardía, y nuestras banderas encima, se heló mucho, y se quisieran hollar en él; mas no podían, porque había un cuarto de legua de la una parte á la otra, y tenían muchas puentes y aberturas de agua por ganar, y por donde andaba le daban recia guerra, y no podían entrar tan presto como quisieran en el cuerpo de la ciudad; mas desde á cuatro días se juntó con nosotros, así Cortés como Sandoval, é podíamos ir desde un real á otro por las calles y casas derrocadas y puentes y albarradas deshechas y aberturas de agua todo ciego; y en este instante se iban retrayendo Guatemuz con todos sus guerreros en una parte de la ciudad dentro de la laguna, porque las casas y palacios en que vivía ya estaban por el suelo; y con todo esto, no dejaban cada día de salir á nos dar guerra, y al tiempo de retraer nos iban siguiendo muy mejor que de antes; é viendo esto Cortés, que se pasaban muchos días, y no venían de paz ni tal pensamiento tenían, acuerdo con todos nuestros capitanes que les echásemos celadas; y fué desta manera: que de todos tres reales se juntaron hasta treinta de á caballo y cien soldados los mas sueltos y guerreros que conocía Cortés, y envió á llamar de todos tres reales mil tlascaltecas, y nos metimos en unas casas grandes que habían sido de un señor de Méjico, y esto fué muy de mañana, y Cortés iba entrando con los demás de á caballo que le quedaban, y sus soldados y ballesteros y escopeteros por las calles y calzadas como solía; y ya llegaba Cortés á una abertura y puente de agua, y entonces estaban peleando con los escuadrones de mejicanos que para ello estaban aparejados, y aun muchos mas que Guatemuz enviaba para guardar la puente; y como Cortés vió que había gran número de contrarios, hizo que se retraía y mandaba echar los amigos fuera de la calzada, porque creyesen que de hecho se iban retrayendo; y le iban siguiendo al principio poco á poco, y cuando vieron que de hecho hacia que iba huyendo, van tras él todos los poderes que en aquella calzada le daban guerra; y como Cortés vió que había pasado algo adelante de las casas adonde estaba la celada, tiraron dos tiros juntos, que ora señal de cuándo habíamos de salir de la celada, y salen los de á caballo primero, y salimos todos los soldados y dimos en ellos á placer; pues luego volvió Cortés con los suyos y nuestros amigos los tlascaltecas, é hicieron gran matanza. Por manera que se hirieron y mataron muchos, y desde allí adelante no

13

nos seguian al tiempo del retraer; y tambien en el real de Pedro de Albarado les echó una celada, mas no tan buena como esta; y en aquel dia no me hallé yo en nuestro real con Pedro de Albarado por causa que Cortés me mandó que para la celada quedase con él. Dejemos desto, y digamos cómo estábamos ya en el Tatelulco, y Cortés nos mandó que pasásemos todas las capitánias á estar en él, é que allí velásemos, por causa que veníamos mas de media legua desde el real á batallar con los mejicanos; y estuvimos allí tres dias sin hacer cosa que de contar sea, porque nos mandó que no les entrásemos mas en la ciudad ni les derrocásemos mas casas, porque les queria tornar á requerir con las paces; y en aquellos dias que allí estuvimos en el Tatelulco envió Cortés á Guatemuz rogándole que se diese y no hubiese miedo, y con grandes ofrecimientos que le prometia que su persona seria muy acatada y honrada dél, y que mandaria á Méjico y á todas sus tierras y ciudades como solia; y les envió bastimentos y regalos, que eran tortillas y gallinas y cerezas y tunas y caza, é que no tenían otra cosa; y el Guatemuz entró en consejo con sus capitanes, y lo que le aconsejaron fué, que dijese que queria paz, é que aguardarian tres dias, é que al cabo de los tres dias se verian el Guatemuz y Cortés, y se darian los conciertos de las paces; y en aquellos tres dias tenían tiempo de aderezar puentes y abrir calzadas y adobar piedra y vara y flecha y hacer albarradas; y envió Guatemuz cuatro mejicanos principales con aquella respuesta; é creíamos que eran verdaderas las paces, y Cortés les mandó dar muy bien de comer y beber, y les tornó á enviar á Guatemuz, y con ellos les envió mas refresco como de antes; y el Guatemuz tornó á enviar á Cortés otros mensajeros, y con ellos dos mantas ricas, y dijeron que Guatemuz vernia para cuando estaba acordado; y por no gastar mas razones sobre el caso, él nunca quiso venir, porque le aconsejaron que no creyese á Cortés, y poniéndole por delante el fin de su tio el gran Montezuma y sus parientes y la destruicion de todo el linaje noble de los mejicanos, é que dijese que estaba malo, é que saliesen todos de guerra, é que placiera á sus dioses, que les darian vitoria contra nosotros, pues tantas veces se la habia prometido. Pues como estábamos aguardando al Guatemuz y no venia, vimos luego la burla que de nosotros hacia; y en aquel instante salian tantos batallones de mejicanos con sus divisas, y dan á Cortés tanta guerra, que no se podia valer; y otro tanto fué por nuestra parte de nuestro real; pues en el de Sandoval lo mismo; y era de tal manera, que parecia que entonces comenzaban de nuevo á batallar; y como estábamos algo descuidados, creyendo que estaban ya de paz, hirieron á muchos de nuestros soldados, y tres fueron heridos muy malamente, y el uno dellos murió, y mataron dos caballos y hirieron otros mas; é ellos no se fueron mucho alabando, que muy bien lo pagaron; y como esto vido Cortés, mandó que luego les tornásemos á dar guerra y les entrásemos en su ciudad á la parte donde se habian recogido; y como vieron que les íbamos ganando toda la ciudad, envió Guatemuz á decir á Cortés que queria hablar con él desde una gran abertura de agua, y habia de ser Cortés de la una parte y el Guatemuz de la otra, y señalaron el tiempo pa-

ra otro dia de mañana; y fué Cortés para hablar con él, y no quiso Guatemuz venir al puesto, sino envió á muchos principales, los cuales dijeron que su señor Guatemuz no osaba venir por temor que cuando estuviese hablando le tirarian espopetas y ballestas y le matarian; y entonces Cortés les prometió con juramento que no les enojaria en cosa ninguna, y no aprovechó, que no le creyeron. En aquella sazón dos principales de los que hablaban con Cortés sacaron de un fardalejo que traian tortillas é una pierna de gallina y cerezas, y sentáronse muy de espacio á comer, porque Cortés los viese y entendiese que no tenían hambre; y desde allí le envió á decir á Guatemuz, que pues no queria venir, que no se le daba nada y que presto les entraria en todas sus casas, y veria si tenía maíz, cuanto mas gallinas; y desta manera se estuvieron otros cuatro ó cinco dias que no les dábamos guerra; y en este instante se salian de noche muchos pobres indios que no tenían qué comer, y se venian al real de Cortés y al nuestro, como aburridos de hambre; y cuando aquello vió Cortés, mandó que en bueno ni en malo no les diésemos guerra, é que quizá se les mudaria la voluntad para venir de paz, y no venian; y en el real de Cortés estaba un soldado que decia él mismo que él habia estado en Italia en compañía del Gran Capitan, y se halló en la chirinola de Garayana y en otras grandes batallas, y decia muchas cosas de ingenios de la guerra, é que haria un trabuco en el Tatelulco, con que en dos dias que con él tirase á la parte y casas de la ciudad adonde el Guatemuz se habia retraido, que las haria que luego se diesen de paz; y tantas cosas dijo á Cortés sobre ello, que luego puso en obra hacer el trabuco, y trajeron piedra, cal y madera de la manera que él la demandó, y carpinteros y clavazon, y todo lo perteneciente para hacer el trabuco, é hicieron dos hondas de recias sogas, y trajeron grandes piedras, y mayores que botijas de arroba; é ya que estaba armado el trabuco segun y de la manera que el soldado dió la orden, y dijo que estaba bueno para tirar, y pusieron en la honda una piedra hecbiza, lo que con ella se hizo es, que no pasó adelante del trabuco, porque fué por alto y luego cayó allí donde estaba armado; y desde aquello vió Cortés hubo mucho enojo del soldado que le dió la orden para que lo hiciese, y tenia pesar en sí mismo, porque él creído tenia que no era para en la guerra ni para en cosa de afrenta, y no era mas de hablar, que se habia hallado de la manera que he dicho; y segun el mismo soldado decia, que se decia Fulano de Sotelo, natural de Sevilla, y luego Cortés mandó deshacer el trabuco. Dejemos desto, y digamos que como vió que el trabuco era cosa de burla, acordó que con todos doce bergantines fuese en ellos Gonzalo de Sandoval por capitan general y entrase en el rincon de la ciudad adonde se habia retraido Guatemuz, el cual estaba en parte que no podian entrar en sus palacios y casas sino por el agua; y luego Sandoval apercibió á todos los capitanes de los bergantines; y lo que hizo diré adelante cómo y de qué manera pasó.

CAPITULO CLVI.

Cómo se prendió Guatemuz.

Pues como Cortés vió que el trabuco no aprovechó cosa ninguna, antes hubo enojo con el soldado que le aconsejó que lo hiciese, y viendo que no quería paces ningunas Guatemuz y sus capitanes, mandó á Gonzalo de Sandoval que entrase con los bergantines en el sitio y rincón de la ciudad adonde estaban retraídos el Guatemuz con toda la flor de sus capitanes y personas mas nobles que en Méjico habia, y le mandó que no matase ni hiriese á ningunos indios, salvo si no le diesen guerra, é que aunque se la diesen, que solamente se defendiese, y no les hiciesen otro mal, y que les derrocasse las casas y muchas barbacanas que habian hecho en la laguna; y Cortés se subió luego en el cu mayor del Tatelulco para ver cómo entraba Sandoval con los bergantines, y les fueron acompañando Pedro de Albarado y Luis Marín, y Francisco de Lugo y otros soldados; y como el Sandoval entró con los bergantines en aquel paraje donde estaban las casas del Guatemuz, cuando se vió cercado el Guatemuz, tuvo temor no le prendiesen ó le matasen, y tenia aparejadas cincuenta grandes piraguas para si se viese en aprieto salvarse en ellas y meterse en unos carrizales, é ir desde allí á tierra, y esconderse en unos pueblos de sus amigos; y asimismo tenia mandado á los principales y gente de mas cuenta que allí en aquel rincón tenia, y á sus capitanes, que hiciesen lo mismo; y como vieron que les entraban en las casas, se embarcan en las canoas, é ya tenían metida su hacienda de oro y joyas y toda su familia, y se meten en ellas, y tira la laguna adelante, acompañado de muchos capitanes y principales; y como en aquel instante iba la laguna llena de canoas, y Sandoval luego tuvo noticia que Guatemuz con toda la gente principal se iba huyendo, mandó á los bergantines que dejasen de derrocar casas y siguiesen el alcance de las canoas, é que mirasen que tuviesen lino é ojo á qué parte iba el Guatemuz, y que no le ofendiesen ni le hiciesen enojo ninguno, sino que buenamente procurasen de lo prender; y como un Garci-Holguín, que era capitán de un bergantín, amigo de Sandoval, y era muy gran velero su bergantín, y llevaba buenos remeros, le mandó que siguiese hácia la parte que le habian dicho que iba el Guatemuz y sus principales y las grandes piraguas, y le mandó que si le alcanzase, que no le hiciese mal ninguno mas de prendelle, y el Sandoval siguió por otra parte con otros bergantines que le acompañaban; é quiso Dios nuestro Señor que el Garci-Holguín alcanzó á las canoas é grandes piraguas en que iba el Guatemuz, y en el arte del y de los toldos é piragua, y aderezo del y de la canoa, lo conoció el Holguín y supo que era el grande señor de Méjico, y dijo por señas que aguardasen, y no querian, y él hizo como que les queria tirar con las escopetas y ballestas, y hubo el Guatemuz miedo de ver aquello, y dijo: «No me tiren, que yo soy el rey de Méjico y desta tierra, y lo que te ruego es, que no me llegues á mi mujer ni á mis hijos, ni á ninguna mujer ni á ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me tomes á mí y me lloves á Ma-

linche.» Y como el Holguín le oyó, se gozó en gran manera y le abrazó, y le metió en el bergantín con mucho acato, á él, á su mujer y á veinte principales que con él iban, y les hizo asentar en la popa en unos petates y mantas, y les dió de lo que traia para comer, y á las canoas en que iba su hacienda no les tocó en cosa ninguna, sino que juntamente las llevó con su bergantín; y en aquella sazón el Gonzalo de Sandoval se puso á una parte para ver los bergantines, y mandó que todos se recogiesen á él, y luego supo que Garci-Holguín habia prendido al Guatemuz, y que le llevaba á Cortés; y como el Sandoval lo supo, mandó á los remeros que llevaba en su bergantín que remasen á la mayor prisa que pudiesen, y cuando alcanzó á Holguín le dijo que le diese el prisionero, y el Holguín no se lo quiso dar, porque dijo que él lo habia prendido, y no el Sandoval; y el Sandoval dijo que así era verdad, y que él era general de los bergantines, y que el Holguín venia debajo de su dominio é mando, y que por ser su amigo se lo habia mandado, y tambien porque era su bergantín muy ligero, mas que los otros; é mandó que le siguiesen y le prendiesen, y que el Sandoval, como á su general, le habia de dar el prisionero; y el Holguín todavía porfiaba que no queria; y en aquel instante fué otro bergantín á gran prisa á Cortés á demandalle albricias, que, como dicho tengo, estaba muy cerca, en el Tatelulco, mirando desde el cu mayor cómo entraba el Sandoval; y entonces le contaron la diferencia que traia Sandoval con el Holguín sobre tomarle el prisionero; y cuando Cortés lo supo, luego despachó al capitán Luis Marín y á Francisco de Lugo para que luego hiciesen venir al Gonzalo de Sandoval y al Holguín, sin mas debatir, é que trajese al Guatemuz y á la mujer y familia con mucho acato, porque él determinaria cuyo era el prisionero y á quién se habia de dar la honra dello; y entretanto que le fueron á llamar, hizo aderezar Cortés un estrado lo mejor que pudo con petates y mantas y otros asientos, y mucha comida de lo que Cortés tenia para sí, y luego vino el Sandoval y Holguín con el Guatemuz, y le llevaron ante Cortés; y cuando se vió delante del le hizo mucho acato, y Cortés con alegría le abrazó, y le mostró mucho amor á él y á sus capitanes; y entonces el Guatemuz dijo á Cortés: «Señor Malinche, ya yo he hecho lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo mas; y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, toma luego ese puñal que traes en la cinta y máteme luego con él.» Y esto cuando se lo decia lloraba muchas lágrimas con sollozos, y tambien lloraban otros grandes señores que consigo traia; y Cortés le respondió con doña Marina y Aguilar, nuestras lenguas, y dijo muy amorosamente que por haber sido tan valiente y haber vuelto y defendido su ciudad se lo tenia en mucho y tenia en mas á su persona, y que no es digno de culpa ninguna, é que antes se lo ha de tener á bien que á mal; é que lo que Cortés quisiera, fué que, cuando iban de vencida, que porque no hubieran mas destruicion ni muerte en sus mejicanos, que vieran de paz y de su voluntad; é que pues ya es pasado lo uno y lo otro, y no hay remedio ni enmienda en ello, que descanse su corazón y de sus capitanes, é que

mandará á México y á sus provincias como de antes lo solian hacer; y Guatemuz y sus capitanes dijeron que se lo tenían en merced; y Cortés preguntó por la mujer y por otras grandes señoras mujeres de otros capitanes, que lo habían dicho que venían con Guatemuz; y el mismo Guatemuz respondió y dijo que había rogado á Gonzalo de Sandoval y á Garci-Holguin que les dejase estar en las canoas en que estaban, hasta ver lo que el Muliuche ordenaba; y luego Cortés envió por ellas, y les mandó dar de comer de lo que había lo mejor que pudo en aquella sazón; y luego, porque era tarde y quería llover, mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval que se fuese á Cuyoacoan, y llevase consigo á Guatemuz y á su mujer y familia y á los principales que con él estaban; y luego mandó á Pedro de Albarado y á Cristóbal de Oli que cada uno se fuese á sus estancias y reales, y luego nosotros nos fuimos á Tacuba, y Sandoval dejó á Guatemuz en poder de Cortés en Cuyoacoan, y se volvió á Tepeaquilla, que era su puesto y real. Prendióse Guatemuz y sus capitanes en 13 de agosto, á hora de vísperas, día de señor San Hipólito, año de 1521, gracias á nuestro Señor Jesucristo y á nuestra Señora la Virgen santa María, su bendita Madre, amen. Llovió y tronó y relampagueó aquella noche, y hasta media noche mucho mas que otras veces. Y como se hubo preso Guatemuz, quedamos tan sordos todos los soldados, como si de antes estuviera uno puesto encima de un campanario y tañesen muchas campanas, y en aquel instante que las tañían cesasen de las tañer; y esto digo al propósito, porque todos los noventa y tres días que sobre esta ciudad estuvimos, de noche y de día daban tantos gritos y voces é silbos, unos escuadrones mejicanos apercibiendo los escuadrones y guerreros que habían de batallar en la calzada, é otros llamando las canoas que habían de guerrear con los bergantines y con nosotros en los puentes, y otros apercibiendo á los que habían de hincar palizadas y abrir y ahondar las calzadas y aberturas y puentes, y en hacer albarradas, y otros en aderezar piedra y vara y flecha, y las mujeres en hacer piedra rolliza para tirar con las hondas; pues desde los adoratorios y casas malditas de aquellos malditos ídolos, los atambores y cornetas, y el atambor grande y otras bocinas dolorosas, que de continuo no dejaban de se tocar; y desta manera, de noche y de día no dejábamos de tener gran ruido, y tal, que no nos oíamos los unos á los otros; y después de preso el Guatemuz cesaron las voces y el ruido, y por esta causa he dicho como si de antes estuviéramos en campanario. Dejemos desto, y digamos cómo Guatemuz era de muy gentil disposicion, así de cuerpo como de faciones, y la cara algo largo y alegre, y los ojos mas parecían que cuando miraba que eran con gravedad y halagüeños, y no había falta en ellos, y era de edad de veinte y tres ó veinte y cuatro años, y el color tiraba mas á blanco que al color y matiz de esotros indios morenos, y decían que su mujer era sobrina de Montezuma, su tío, muy hermosa mujer y moza. Y antes que mas pasemos adelante, digamos en qué paró el pleito del Sandoval y del Garci-Holguin sobre la prision de Guatemuz; y es, que Cortés le dijo que los romanos tuvieron otra contienda de

la misma manera que esta, entre Mario y Lucio Cornelio Sila, y esto fué cuando Sila trajo preso á Yugurta, que estaba con su suegro el rey Ibócos; y cuando entraba en Roma triunfando de los hechos y hazañas heroicos, pareció ser que Sila metió en su triunfo á Yugurta con una cadena de hierro al pescuezo, y Mario dijo que no le había de meter Sila, sino él; é ya que le metía, que había de declarar que el Mario lo dió aquella facultad y le envió por él para que en su nombre le llevase preso, y se lo dió el rey Ibócos; pues que el Mario era capitán general y debajo de su mano y bandera militaban, y el Sila, como era de los patricios de Roma, tenía mucho favor; y como Mario era de una villa cerca de Roma, que se decia Arpino, y advenedizo, puesto que había sido siete veces cónsul, no tuvo el favor que el Sila, y sobre ello hubo las guerras civiles entre Mario y el Sila, y nunca se determinó á quién se había de dar la honra de la prision de Yugurta. Volvamos á nuestro propósito, y es, que Cortés dijo que haría relacion dello á su majestad, y á quien fuese servido de hacer merced se lo daría por armas, que de Castilla traerian sobre ello la determinacion; y desde á dos años vino mandado por su majestad que Cortés tuviese por armas en sus reposteros ciertos reyes, que fueron Montezuma, gran señor de México; Cacamatzin, señor de Texcoco, y los señores de Iztapalapa y de Cuyoacoan y Tacuba, y otro gran señor que decían que era pariente muy cercano del gran Montezuma, á quien decían que de derecho le venia el reino y señorío de México, que era señor de Matalcingo y de otras provincias; y á esto Guatemuz, sobre que fué este pleito. Dejemos desto, y digamos de los cuerpos muertos y cabezas que estaban en aquellas casas adonde se había retraído Guatemuz; y es verdad, y juro amen, que toda la laguna y casas y barbacoas estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba. Puesen las calles y en los mismos patios del Tatelulco no había otras cosas, y no podíamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos. Yo he leído la destruicion de Jerusalem; mas si en ella hubo tanta mortandad como esta yo no lo sé; porque fultaron en esta ciudad gran multitud de indios guerreros, y de todas las provincias y pueblos sujetos á México que allí se habían acogido, todos los mas murieron; que, como he dicho, así el suelo y la laguna y barbacoas, todo estaba lleno de cuerpos muertos, y hedía tanto, que no había hombre que sufrirlo pudiese; y á esta causa, así como se prendió Guatemuz, cada uno de los capitanes se fueron á sus reales, como dicho tengo, y aun Cortés estuvo malo del hedor que se le entró por las narices en aquellos días que estuvo allí en el Tatelulco. Dejemos desto, y pasemos adelante, y digamos cómo los soldados que andaban en los bergantines fueron los mejor librados é hubieron buen despojo, á causa que podían ir á ciertas casas que estaban en los barrios de la laguna, que sentían que habría oro, ropa y otras riquezas, y tambien lo iban á buscar á los carrizales, donde lo iban á esconder los indios mejicanos cuando les ganábamos algun barrio y casa; y tambien porque, so color que iban á dar caza á las canoas que metían bastimentos y agua, si

topaban algunas en que iban algunos principales huyendo á tierra firme para se ir entre ellos, otomites, que estaban comarcanos, les despojaban de lo que llevaban. Quiero decir que nosotros los soldados que militábamos en las calzadas y por tierra firme no podíamos haber provecho ninguno, sino muchos flechazos y lanzadas y heridas de vara y piedra, á causa que cuando íbamos ganando alguna casa ó casas, ya los moradores dellas habian salido y sacado toda la hacienda que tenían, y no podíamos ir por agua sin que primero cegásemos las aberturas y puentes; y á esta causa lo dicho en el capítulo que dello habla, que cuando Cortés buscaba los marineros que habian de andar en los bergantines, que fueron mejor librados que no los que batallábamos por tierra; y así pareció claro, porque los capitanes mejicanos, y aun el Guatemuz, dijeron á Cortés, cuando les demandó el tesoro del gran Montezuma, que los que andaban en los bergantines habian robado mucha parte dello. Dejemos de hablar mas en esto hasta mas adelante, y digamos que, como habia tanta hedentina en aquella ciudad, que Guatemuz le rogó á Cortés que diese licencia para que se saliese todo el poder de Méjico á aquellos pueblos comarcanos, y luego les mandó que así lo hiciesen. Digo que en tres días con sus noches iban todas tres calzadas llenas de indios é indias y muchachos, llenos de bote en bote, que nunca dejaban de salir, y tan flacos y sucios ó amarillos é hediondos, que era lástima de los ver; y después que la hubieron desembarazado, envió Cortés á ver la ciudad, y estaban, como dicho tengo, todas las casas llenas de indios muertos, y aun algunos pobres mejicanos entre ellos, que no podian salir, y lo que purgaban de sus cuerpos era una suciedad como echaban los puercos muy flacos que no comen sino yerba; y hallóse toda la ciudad arada, y sacadas las raíces de las yerbas que habian comido cocidas: hasta las cortezas de los árboles tambien las habian comido. De manera que agua dulce no les hallamos ninguna, sino salada. Tambien quiero decir que no comian las carnes de sus mejicanos, sino eran de los enemigos tlascaltecos y las nuestras que apañaban; y no se ha hallado generacion en el mundo que tanto sufriese la hambre y sed y continuas guerras como esta. Dejemos de hablar en esto, y pasemos adelante: que mandó Cortés que todos los bergantines se juntasen en unas utarazanas que después se hicieron. Volvamos á nuestras pláticas: que después que se ganó esta grande y populosa ciudad, y tan nombrada en el universo, después de haber dado muchas gracias á nuestro Señor y á su bendita Madre, ofreciendo ciertas promesas á Dios nuestro Señor, Cortés mandó hacer un banquete en Cuycacoan, en señal de alegrías de la haber ganado, y para ello tenían ya mucho vino de un navío que habia venido al puerto de la Villa-Rica, y tenia puercos que le trajeron de Cuba; y para hacer la fiesta mandó convidar á todos los capitanes y soldados que le pareció que era bien tener cuenta con ellos en todos tres reales; y cuando fuimos al banquete no habia mesas puestas, ni aun asientos para la tercia parte de los capitanes y soldados que fuimos, y hubo mucho desconcierto, y valiera mas que no se hiciera, por muchas cosas no muy

buenas que en él se acordaron, y tambien porque esta planta de Noé hizo á algunos hacer desatinos, y hombres hubo en él que, después de haber comido, anduvieron sobre las mesas, que no acertaban á salir al patio; otros decian que habian de comprar caballos con sillas de oro, y ballesteros hubo que decian que todas las saetas que tuviesen en su aljaba que habian de ser de oro, de las partes que les habian de dar; y otros iban por las gradas abajo rodando. Pues ya que habian alzado las mesas, salieron á danzar las damas que habia, con los galanes cargados con sus armas, que era para reir, y fueron las damas pocas, que no habia otras en todos los reales ni en la Nueva-España; é dejó de nombrarlas por sus nombres é de referir como otro dia hubo sátira; porque quiero decir que, como hubo cosas tan malas en el convite y en los bailes, el buen fraile fray Bartolomé de Olmedo lo murmuraba, é le dijo á Sandoval lo mal que le parecia, é que bien dábamos gracias á Dios para que nos ayudase adelante; é el Sandoval tan presto le dijo á Cortés lo que fray Bartolomé murmuraba é gruñia, y el Cortés, que era discreto, le mandó llamar é le dijo: «Padre, no excusaba solazar y alegrar los soldados con lo que vuestra reverencia ha visto é yo he hecho de mala gana; ahora resta que vuestra reverencia ordene una procesion, y que diga misa é nos predique, y diga á los soldados que no roben las hijas de los indios, y que no hurten ni riñan pendenencias, é que hagan como católicos cristianos, para que Dios nos haga bien.» E fray Bartolomé se lo agradeció á Cortés; que no sabia lo que habia dicho Albarado, y pensaba que salia del buen Cortés, su amigo; y el fraile hizo una procesion, en que íbamos con nuestras banderas levantadas y algunas cruces á trechos, y cantando las letanias, y á la postre una imagen de nuestra Señora; y otro dia predicó fray Bartolomé, é comulgaron muchos en la misa después de Cortés y Albarado, é dimos gracias á Dios por la victoria. Y dejemos de mas hablar en esto, y quiero decir otras cosas que pasaron que se me olvidaba, y aunque no vengan ahora dichas sino algo atrás, sin propósito; y es, que nuestros amigos Chichimecatecle y los dos mancebos Xicotengas, hijos de don Lorenzo de Vargas, que se solia llamar Xicotenga el viejo y ciego, guerrearon muy valientemente contra el poder de Méjico, y nos ayudaron muy esforzada y extremadamente de bien; y asimismo un hermano del señor de Tezcuco don Hernando, que se decia Suchel, que después se llamó don Carlos; este hizo cosas de muy esforzado y valiente varon; y otro capitán natural de una ciudad de la laguna, que no se me acuerda su propio nombre, tambien hacia maravillas, y otros muchos capitanes de pueblos que nos ayudaban, todas guerreaban muy poderosamente; y Cortés les habló y les dió muchas gracias y loores porque nos habian ayudado, con muchas buenas palabras y promesas de que el tiempo andando les daria tierras y vasallos y les haria grandes señores, y les despidió; y como estaban ricos de ropa de algodón y oro, y otras muchas cosas ricas de despojos, se fueron alegres á sus tierras, y aun llevaron muchas cargas de tesoros cecinados de indios mejicanos, que repartieron entre sus parientes y amigos, y como cosas de sus enemigos, la comieron por fies-

tas. Agora, que estoy fuera de los recios combates y batallas de los mejicanos, que con nosotros, y nosotros con ellos teníamos de noche y de día, porque doy muchas gracias á Dios, que dellas me libró, quiero contar una cosa muy temeraria que me acaeció, y es, que después que vi de abrir por los pechos y sacar los corazones y sacrificar á aquellos sesenta y dos soldados que dicho tengo que llevaron vivos de los de Cortés, y ofrecellos los corazones á los ídolos, y esto que agora diré, les parece á algunas personas que es por falta de no tener muy grande ánimo; y si bien lo consideran, es por el demasiado ánimo con que en aquellos días habia de poner mi persona en lo mas recio de las batallas, porque en aquella sazón presumia de buen soldado y era tenido en esta reputación, y habia de hacer lo que mas osados y atrevidos soldados suelen hacer, y en aquella sazón yo hacia delante de mis capitanes; y como de cada día via llevar á nuestros compañeros á sacrificar, y habia visto, como dicho tengo, que les aserraban por los pechos y sacalles los corazones bullendo, y cortalles piés y brazos, y se los comieron á los sesenta y dos que dicho tengo, temia yo que un día que otro habian de hacer de mí lo mismo, porque ya me habian llevado así dos veces, y quiso Dios que me escapé; y acordóseme de aquellas muertes, y por esta causa desde entonces temí desta cruel muerte; y esto he dicho porque antes de entrar en las batallas se me ponía por delante una como grima y tristeza grandísima en el corazón; y encomendándome á Dios y á su bendita Madre nuestra Señora, y entrar en las batallas, todo era uno, y luego se me quitaba aquel temor; y tambien quiero decir qué cosa tan nueva era agora tener yo aquel temor no acostumbrado, habiéndome hallado en muchos reencuentros muy peligrosos, ya habia de estar curtido el corazón y esfuerzo y ánimo en mi persona agora á la postre mas arraigado que nunca; porque, si bien los sé contar y traer á la memoria, desde que vine á descubrir con Francisco Fernandez de Córdoba y con Grijalva, y volví con Cortés, y me hallé en lo de la Punta de Cotoche y en lo de Lázaro, que por otro nombre se dice Campeche, y en Potonchan y en la Florida, segun que mas largamente lo tengo escrito cuando vine á descubrir con Francisco Fernandez de Córdoba. Dejemos desto, y volvamos á hablar en lo de Grijalva y en la misma de Potonchan, y con Cortés en lo de Tabasco y la de Cingapacinga, y en todas las guerras y reencuentros de Tlascala y en lo de Cholula, y cuando desbaratamos á Narvaez me señalaron para que les fuésemos á tomar la artillería, que eran diez y ocho tiros que tenían cebados y cargados con sus pelotas de piedra, los cuales les tomamos, y este trance fué de mucho peligro; y me hallé en el primer desbarate cuando los mejicanos nos echaron de Méjico, ó por mejor decir, salimos huyendo cuando nos mataron en obra de ocho dias ochocientos y cincuenta soldados; y me hallé en las entradas de Tepeaca y Cachula y sus alrededores, y en otros reencuentros que tuvimos con los mejicanos cuando estábamos en Tezcuco sobre coger las mieblas de maíz, y en lo de Itzapalapa cuando nos quisieron anegar, y me hallé cuando subimos en los peñoles, y ahora los llaman las fuerzas ó fortaleza que

ganó Cortés, y en lo de Suchimileco, é otros muchos reencuentros; y entré con Pedro de Albarado con los primeros á poner cerco á Méjico, y les quebramos el agua de Chalputepeque, y en la primera entrada que entramos en la calzada con el mismo Pedro de Albarado; y después desto, cuando desbarataron por la misma nuestra parte y llevaron seis soldados vivos, y á mí me llevaban, é ya se hacia cuenta que eran siete conmigo, segun me llevaban engarrafado á sacrificar; y me hallé en todas las demás batallas ya por mi memoradas, que cada día y de noche teníamos, hasta que vi, como dicho tengo, las crueles muertes que dieron delante de mis ojos á aquellos sesenta y dos soldados nuestros compañeros; ya he dicho que agora que por mí habian pasado todas estas batallas y peligros de muerte, que no lo habia de tener como lo temia agora á la postre. Digan agora todos aquellos caballeros que desto del militar entienden, y se han hallado en trances peligrosos de muerte, á qué fin echarán mi temor, si es á mucha flaqueza de ánimo ó á mucho esfuerzo; porque, como he dicho, sentia yo en mi pensamiento que habia de poner por mi persona, batallando en parte que por fuerza habia de temer la muerte mas que otras veces, y por esto me temblaba el corazón y temia la muerte; y todas aquestas batallas que aquí he dicho donde me he hallado, verán en mi relacion en qué tiempo y cómo y cuándo y dónde y de qué manera otras muchas entradas y reencuentros tuvo Cortés y muchos de nuestros capitanes, sin estos que aquí tengo dichos que no me hallé yo en ellos, porque eran de cada día tantos, que aunque fuera de hierro mi cuerpo, no lo pudiera sufrir, en especial que siempre andaba herido y pocas veces estaba sano, y á esta causa no podia ir á todas las entradas; pues aun no han sido nada los trabajos y peligros y reencuentros de muerte que de mi persona he recontado, que después que ganamos esta fuerte y gran ciudad pasé otros muchos, como adelante verán cuando venga á coyuntura. Y dejemos ya, y diré y declararé por qué he dicho en todas estas guerras mejicanas cuando nos mataron nuestros compañeros, digo lleváronlos, y no digo matáronlos, y la causa es esta: porque los guerreros que con nosotros peleaban, aunque pudieran matar luego á los que llevaban vivos de nuestros soldados, no los mataban luego, sino dábanles heridas peligrosas porque no se defendiesen, y vivos los llevaban á sacrificar á sus ídolos, y aun primero les hacian bailar delante de Huichilóbos, que era su ídolo de la guerra; y esta es la causa por que he dicho los llevaron. Y dejemos esta materia, y digamos lo que Cortés hizo después de ganado Méjico.

CAPITULO CLVII.

Cómo mandó Cortés adobar los caños de Chalputepeque, é otras muchas cosas.

La primera cosa que mandó Cortés á Gutierrez fué que adobasen los caños del agua de Chalputepeque, segun y de la manera que solian estar antes de la guerra, é que luego fuese el agua por sus caños á entrar en aquella ciudad de Méjico; é que luego con mucha diligencia limpiasen todas las calles de Méjico de todas aquellas cabezas y cuerpos de muertos, que todas las

enterrasen, para que quedasen limpias y sin que hubiese hedor ninguno en toda aquella ciudad; y que todas las calzadas y puentes que las tuviesen tan bien aderezadas como de antes estaban, y que los palacios y casas que las hiciesen nuevamente, y que dentro de dos meses se volviesen á vivir en ellas; y luego les señaló Cortés en qué parte habían de poblar, y la parte que habían de dejar desembarazada para en que poblásemos nosotros. Dejémoslos agora destes mandados y de otros que ya no me acuerdo, y digamos cómo el Guatemuz y todos sus capitanes dijeron á nuestro capitán Cortés que muchos capitanes y soldados que andaban en los bergantines, y de los que andábamos en las calzadas batallando, les habíamos tomado muchas hijas y mujeres de algunos principales; que le pedían por merced que se las hiciese volver; y Cortés les respondió que serían muy malas de las haber de poder de los compañeros que las tenían, y puso alguna dificultad en ello; pero que las buscasen y trajesen ante él, é que vería si eran cristianas ó si querían volver á casa de sus padres y de sus maridos, y que luego se las mandaría dar; y dióles licencia para que las buscasen en todos tres reules, é un mandamiento para que el soldado que las tuviese luego se las diese si las indias se querían volver de buena voluntad con ellos; y andaban muchos principales en busca dellas de casa en casa, y eran tan solícitos, que las hallaron, y las mas dellas no quisieron ir con sus padres ni madres ni maridos, sino estarse con los soldados con quien estaban, y otras se escondían, y otras decían que no querían volver á idolatrar, y aun algunas dellas estaban ya preñadas; y desta manera, no llevaron sino tres, que Cortés mandó expresamente que las diesen. Dejemos desto, y digamos que luego mandó hacer unas atarazanas y fortaleza en que estuviesen los bergantines, y nombró alcaide que estuviese en ellas, y paréceme que fué á Pedro de Albarado, hasta que vino de Castilla un Salazar que se decía de la Peñalada. Digamos de otra materia: cómo se recogió todo el oro y plata y joyas que se hubieron en Méjico, é fué muy poco, segun pareció, porque todo lo demás hubo fama que lo mandó echar Guatemuz en la laguna cuatro dias antes que se prendiese; ó que demás desto, que lo habían robado los tlascaltecos y los de Tezcuco y Guaxocingo y Cholula, y todos los demás de nuestros amigos que estaban en la guerra; y demás desto, que los que andaban en los bergantines robaron su parte; por manera que los oficiales del Rey decían y publicaban que Guatemuz lo tenía escondido, y Cortés holgaba dello de que no lo diese, por habello él todo para sí; y por estas causas acordaron de dar tormento á Guatemuz y al señor de Tacuba, que era su primo y gran privado; y ciertamente le pesó mucho á Cortés, porque á un señor como Guatemuz, rey de tal tierra, que es tres veces mas que Castilla, le atormentasen por codicia del oro, que ya habían hecho pesquisas sobre ello, y todos los mayordomos de Guatemuz decían que no había mas de lo que los oficiales del Rey tenían en su poder, y eran hasta trecientos y ochenta mil pesos de oro, porque ya lo habían fundido y hecho barras; y de allí se sacó el real quinto, é otro quinto para Cortés; y como los conquistadores que no estaban bien con Cortés vie-

ron tan poco oro, y al tesorero Julian de Alderete le decían algunos dellos que tenían sospecha que por quedarse Cortés con el oro no quería que prendiesen al Guatemuz ni le diesen tormento; y porque no le achacasen algo á Cortés, y no lo podía excusar, consintió que le diesen tormento á Guatemuz, como al señor de Tacuba; y lo que confesaron fué, que cuatro dias antes que le prendiesen lo echaron en la laguna, así el oro como los tiros y escopelas y ballestas, y otras muchas cosas de guerra que de nosotros tenían de cuando nos echaron de Méjico y cuando desbarataron agora á la postre á Cortés; y fueron adonde Guatemuz había señalado, y entraron buenos nadadores y no hallaron cosa ninguna; y lo que yo vi, que fuimos con el Guatemuz á las casas donde solía vivir, y estaba una como alberca grande de agua honda, y de aquella alberca sacamos un sol de oro como el que nos hubo dado el gran Montezuma, y muchas joyas y piezas de poco valor, que eran del mismo Guatemuz; y el señor de Tacuba dijo que él tenía en unas casas suyas grandes, que estaban de Tacuba obra de cuatro leguas, ciertas cosas de oro, é que le llevasen allá é que decía donde estaba soterrado y lo daría; y fué Pedro de Albarado y seis soldados con él, é yo fui en su compañía; y cuando llegamos dijo que por morir en el camino había dicho aquello, é que le matasen, que no tenía oro ni joyas ningunas; y así, nos volvimos sin ello, y así se quedó, que no hubimos mas oro que fundir; verdad es que la recámara del Montezuma, que después poseyó el Guatemuz, no se había llegado á muchas joyas y piezas de oro, que todo ello tomó para que con ello sirviésemos á su majestad; y porque había muchas joyas de diversas hechuras y primas labores, y si me parase á escribir cada cosa y hechura dello por sí, sería y es gran prolijidad, lo dejaré de decir en esta relacion; mas dijeron allí muchas personas, é yo digo de verdad, que valía dos veces mas que la que había sacado para repartir el real quinto de su majestad; todo lo cual enviamos al Emperador nuestro señor con Alonso de Avila, que en aquel tiempo vino de la isla de Santo Domingo, y con Antonio de Quiñones; lo cual dire adelante cómo y dónde, en qué manera y cuándo fueron. Y dejemos de hablar dello, y volvamos á decir que en la laguna, donde decía Guatemuz que había echado el oro, entré yo y otros soldados á zabullidas, y siempre sacábamos peronzuelos de poco precio, lo cual luego nos lo demandó Cortés y el tesorero Julian de Alderete; y ellos mismos fueron con nosotros adonde lo habíamos sacado, y llevaron consigo buenos nadadores, y sacaron obra de noventa ó cien pesos de sartalejos de cuentas y ánades y pernillos y pinjantes y collaritos y otras cosas de nomada, que así se puede decir, segun había la fama en la laguna del oro que de antes había echado. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo todos los capitanes y soldados estábamos algo pensativos de ver el poco oro que parecía y las partecillas que dello nos daban; y el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la orden de la Merced, y Alonso de Avila, que entonces había vuelto de la isla de Santo Domingo de cuando le enviaron por procurador, y Pedro de Albarado y otros caballeros y capitanes dijeron á Cortés que, pues que había poco oro, que las

partes que habian de caber á todos que las diesen y repartiesen á los que quedaron mancos y cojos y ciegos y tuertos y sordos, y á otros que se habian quemado con la pólvora, y á otros que estaban dolientes de dolor de costado; que á aquellos les diese todo el oro, y que para aquellos seria bien dárselo, é que todos los demás que estabamos sanos lo habríamos por bien; y si esto te dijeron á Cortés, fué sobre cosa pensada, creyendo que nos daria mas que las partes que nos venian, porque habia mucha sospecha que lo tenian escondido todo; y lo que respondió fué, que veria las partes que cabian, é que visto, en todo pondria remedio; y como todos los capitanes y soldados queríamos ver lo que nos cabia de parte, dábamos prisa para que se echase la cuenta y se declarase á qué tantos pesos salíamos; y después que lo hubieron tanteado, dijeron que cabian los de á caballo á cien pesos, y á los ballesteros y escopeteros y rodeleiros que no se me acuerda bien; y de que aquellas partes nos señalaron, ningún soldado lo quiso tomar; y entonces murmuramos de Cortés y del tesorero Alderete, y el tesorero por descargarse decia que no podia haber mas, porque Cortés sucaba otro quinto del monton, como el de su majestad, para él, y se pagaba de muchas costas de los caballos que se habian muerto, y tambien dejaban de meter en el monton otras muchas piezas que habíamos de enviar á su majestad; y que riñésemos con Cortés, y no con él; y como en todos tres reales habia soldados que habian sido amigos y paniaguados del Diego Velazquez, gobernador de Cuba, de los que habian pasado con Narvaez, que no estaban bien con Cortés, como vieron que no les daban las partes del oro que ellos quisieran, no lo quisieron recibir lo que les daban; y como Cortés estaba en Cuyoacan y posaba en unos grandes palacios que estaban blanqueados y enlucados las paredes, donde buenamente se podia escribir con carbon y con otras tintas, amanecian cada mañana escritos moles, unos en prosa y otros en versos, algo maliciosos, á manera como mase-pasquines é libelos; y unos decian que el sol y la luna y el cielo y estrellas y la mar y la tierra tienen sus cursos, é que si algunos veces salen mas de la inclinacion para que fueron criados mas de sus medidas, que vuelven á su ser, y que así habia de ser la ambicion de Cortés en el mundar; y otros decian que mas conquistados nos traia que la misma conquista que dimos á México, y que no nos nombrásemos conquistadores de Nueva-España, sino conquistados de Hernando Cortés; y otros decian que no bastaba tomar buena parte del oro como general, sino tomar parte de quinto como rey, sin otros aprovechamientos que tenia; y otros decian: «¡Oh, qué triste está el alma mia hasta que la parte vea!» Otros decian que Diego Velazquez gastó su hacienda é descubrió toda la costa hasta Pánuco, y la vino Cortés á gozar; y decian otras cosas como estas, y aun decian palabras que no son para decir en esta relacion. Y como Cortés sali cada mañana y lo leia, y como estaban unas chanzonetas en prosa y otras en metro, y por muy gentil estilo y consonancia cada mole y copia á lo que iba inclinada y á la fin que tiraba su dicho, y no como yo aquí lo digo; y como Cortés era algo poeta, y se preciaba de dar respuestas inclinadas

á las de sus heróicos hechos, y deshaciendo los del Diego Velazquez y Grijalva y Narvaez, respondia tambien por buenos consonantes y muy á propósito en todo lo que escribia; y de cada dia iban mas desvergonzados los metros, hasta que Cortés escribió: «Pared blanca, papel de necios.» Y amanecia mas adelante: «Y aun de sabios y verdades.» Y aun bien supo Cortés quién lo escribia, y fué un Fulano Tirado, amigo de Diego Velazquez, yerno que fué de Ramirez el viejo, que vivia en la Puebla, y un Villalobos, que fué á Castilla, y otro que se decia Mansilla, y otros que ayudaban de buena parte á Cortés á los puntos que le tiraban; y de tal manera andaba la cosa, que fray Bartolomé de Olmedo le dijo á Cortés que no permitiese que aquello pasase adelante, sino que con cordura vedase que no escribiesen en la pared. Fué buen consejo, y mandó Cortés que no se atreviese ninguno á poner letretrós ni perques de malicias; que castigaria á los desvergonzados que escribiesen con graves penas, y á lo que aprovechó. Dejemos desto, y digamos que, como habia muchas deudas entre nosotros, que debíamos de ballestas á cuarenta y á cincuenta pesos, y de una escopeta ciento, y de un caballo ochocientos, y mil, y á veces mas, y una espada cincuenta, y desta manera eran tan caras las cosas que habíamos comprado; pues un cirujano que se llamaba maestro Juan, que curaba algunos malos heridos y se igualaba por la cura á excesivos precios, y tambien un médico que se decia Murcia, que era boticario y barbero, tambien curaba; y otras treinta trampas y zurrabusterias que debíamos, demandaban que les pagásemos de las partes que nos daban; y el remedio que Cortés dió fué que puso dos personas de buena conciencia, que sabian de mercaderias, que apreciases qué podian valer las mercaderias y cosas de las que habíamos tomado fiado, y que lo apreciases; llamábanse los apreciadores el uno Santa Clara, persona muy honrada, y el otro se decia Fulano de Llerena; y se mandó que todo aquello que aquellos apreciadores dijese que valia cada cosa de las que nos habian vendido, y las curas que nos habian hecho los cirujanos, que pasasen por ello; é que si no teniamos dineros, que aguardasen por ello tiempo de dos años. Otra cosa tambien se hizo: que todo el oro que se fundió echaron tres quilates mas de lo que tenia de ley, porque ayudasen á las pagas, y tambien porque en aquel tiempo habian venido mercaderes y navíos á la Villa-Rica, y creyendo que en echarlo los tres quilates mas, que ayudasen á la tierra y á los conquistadores; y no nos ayudó en cosa ninguna, antes fué en nuestro perjuicio; porque los mercaderes, porque aquellos tres quilates saliesen á la cabal de sus ganancias, cargaban en los mercaderias y cosas que vendian cinco quilates, y así anduvo el oro de tres quilates tepuzque, que quiere decir en la lengua de indios cobre; y así agora tenemos aquel modo de hablar, que nombramos á algunas personas que son preeminentes y de merecimiento el señor don Fulano de tal nombre, Juan ó Martin ó Alonso, y otras personas que no son de tanta calidad les decimos no mas de su nombre, y por haber diferencia de los unos á los otros, decimos á Fulano de tal nombre tepuzque. Volvamos á nuestra plática: que viendo que no era justo que

el oro anduviere de aquella manera, se envió á hacer saber á su majestad para que se quitase y no anduviere en la Nueva-España; y su majestad fué servido de mandar que no anduviere mas, é que todo lo que se le hubiese de pagar en almojarifazgo y penas de cámara que se le pagase de aquel oro malo hasta que se acabase y no hubiese memoria dello, y desta manera se llevó todo á Castilla. Y quiero decir que en aquella sazón que esto pasó ahorcaron dos plateros que falsaban las marcas y las echaban cobre puro. Mucho me he detenido en contar cosas viejas y salir fuera de mi relacion. Volvamos á ella, y diré que, como Cortés vió que muchos soldados se le desvergonzaban y le pedian mas partes, y le decian que se lo tomaba todo para sí, y le pedian prestados dineros, acordó de quitar de sobre sí aquel dominio y de enviar á poblar á todas las provincias que le pareció que convenia que se poblasen. A Gonzalo de Sandoval mandó que fuese á poblar á Tutepeque, é que castigase unas guarniciones mejicanas que mataron cuando salimos de Méjico sesenta personas, y entre ellas seis mujeres de Castilla que allí habian quedado de los de Narváez; é que poblase á Medellín, é que pasase á Guacacualco é que poblase aquel puerto, y tambien mandó que fuese á conquistar la provincia de Pánuco; y á Rodrigo Rangel que se estuviese en la Villa-Rica, y en su compañía Pedro de Ircio; y á Juan Velazquez Chicó mandó que fuese á Colima, y á un Villa-Fuerte á Zacatula, y Cristóbal de Oli que fuese á Mechoacán; ya en este tiempo se habian casado Cristóbal de Oli con una señora portuguesa, que se decia doña Filipa de Araujo; y envió á Francisco de Horozco á poblar á Guaxaca, porque en aquellos dias que habiamos ganado á Méjico, como lo supieron en todas estas provincias que le nombrado que Méjico estaba destruida, no lo podian creer los caciques y señores dellas, como estan tan lejos, y enviaban principales á dar á Cortés el parabien de las victorias, y á darse y ofrecerse por vasallos de su majestad, y á ver cosa tan temida como de ellos fué Méjico si era verdad que estaba por el suelo; y todos traian grandes presentes de oro, que daban á Cortés, y aun traian consigo á sus hijos pequeños, y les mostraban á Méjico, y como sulemos decir: «Aquí fué Troya;» y se lo declaraban. Dejemos desto, y digamos una plática que es bien que se declare; porque me dicen muchos curiosos letores que ¿qué es la causa que los verdaderos conquistadores que ganamos la Nueva-España y la grande y fuerte ciudad de Méjico, por qué no nos quedamos en ella á poblar y no nos veniamos á otras provincias? Tienen razon de lo preguntar; quiero decir la causa por qué, y es esto que diré. En los libros de la renta de Montezuma miráramos de qué partes le traian el oro, y dónde habia minas y cacao y ropa de mantas; y de aquellas partes que veiamos en los libros que traian los tributos del oro para el gran Montezuma, queriamos ir allá, en especial viendo que salia de Méjico un capitan principal y amigo de Cortés, como era Sandoval; y tambien como viamos que en todos los pueblos de la redonda de Méjico no tenian minas de oro ni algodón ni cacao, sino mucho maíz y maqueyales, de donde sacaban el vino, y á esta causa le teniamos por tierra pobre, y nos fuimos

á otras provincias á poblar, y en todas fuimos muy engañados. Acuérdomos que fui á hablar á Cortés que me diese licencia para que fuese con Sandoval, y me dijo: «En mi conciencia, hermano Bernal Diaz del Castillo, que vivis engañado; que yo quisiera que quedárades aquí conmigo; mas si es vuestra voluntad ir con vuestro amigo Gonzalo de Sandoval, id en buena hora, é yo tendré siempre cuidado de lo que se os ofreciere; mas bien sé que os arrepentireis por me dejar.» Volvamos á decir de las partes del oro, que todo se quedó en poder de los oficiales del Rey, por las esclavas que habiamos sacado en las almonedas. No quiero poner aquí por memoria qué tantos de á caballo ni halisteros ni escopeteros ni soldados, ni en cuántos dias de tal mes despachó Cortés á los capitanes para que fuesen á poblar las provincias por mí arriba dichas, porque seria larga relacion; basta que digo pocos dias después de ganado Méjico é preso Guatemuz, é de ahí á otros dos meses envió á otro capitan á otras provincias. Dejemos ahora de hablar en Cortés, y diré que en aquel instante vino al puerto de la Villa-Rica, con dos novios, un Cristóbal de Tapia, vecedor de las fundaciones que se hacian en Santo Domingo, y otros decian que era alcaide de aquella fortaleza que está en la isla de Santo Domingo, y traia provisiones y cartas misivas de don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Burgos, é se nombraba arzobispo de Rosano, para que le diésemos la gobernacion de la Nueva-España al Tapia; é lo que sobre ello pasó diré adelante.

CAPITULO CLVIII.

Cómo llegó al puerto de la Villa-Rica un Cristóbal de Tapia, que venia para ser gobernador.

Pues como Cortés hubo despachado los capitanes y soldados por mí ya dichos á pacificar y poblar provincias, en aquella sazón vino un Cristóbal de Tapia, vecedor de la isla de Santo Domingo, con provisiones de su majestad, guiados y encaminados por don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Burgos y arzobispo de Rosano, porque así se llamaba, para que le admitiesen á la gobernacion de la Nueva-España; y demás de las provisiones, traia muchos cartas misivas del mismo obispo para Cortés y para otros muchos conquistadores y capitanes de los que habian venido con Narváez, para que favoreciesen al Cristóbal de Tapia; y demás de las cartas que traia cerradas y selladas del obispo, traia otras en blanco para que el Tapia en la Nueva-España pusiese todo lo que quisiese y le pareciese, y en todas ellas traia grandes prometimientos que no haria muchas mercedes si dábamos la gobernacion al Tapia, y por otra parte muchas amenazas, y decia que su majestad nos enviaria á castigar. Dejemos desto; que Tapia presentó sus provisiones en la Villa-Rica de la Veracruz delante de Gonzalo de Albarado, hermano de Pedro de Albarado, que estaba en aquella sazón por teniente de Cortés, porque un Rodrigo Rangel, que solia estar allí por alente mayor, no sé qué desatinos habia hecho cuando allí estaba, y le quitó Cortés el cargo; y presentadas las provisiones, el Gonzalo de Albarado las obedeció y puso sobre su cabeza como provi-

siones y mundo de su rey y señor; é que en cuanto al cumplimiento, que se juntarian los alcaldes y regidores de aquella villa é que platicarian y verian cómo y de qué manera eran ganados y habidas aquellas provisiones, é que todos juntos las obedecian, porque él solo era una persona, y tambien porque querian ver si su majestad era sabidor que tales provisiones se enviasen; y esta respuesta no le cuadró bien al Tapia, y aconsejéronle que se fuese luego á Méjico, adonde estaban Cortés con todos los mas capitanes y soldados, y que allá las obedecieran; y demás de presentar las provisiones, como dicho tengo, escribió á Cortés de la manera que venia por gobernador; y como Cortés era muy avisado, si muy buenas cartas le escribió el Tapia, y vió las ofertas y ofrecimientos del obispo de Burgos, y por otra parte las amenazas; si muy buenas palabras y muy llenas de cumplimientos él le escribió, otras muy mejores y mas halagüeñas y blandosamente y amorosas y llenas de cumplimientos le escribió Cortés en respuesta; y luego Cortés rogó y mandó á ciertos de nuestros capitanes que se fuesen á ver con el Tapia, los cuales fueron Pedro de Albarado y Gonzalo de Sandoval y Diego de Soto el de Toro y un Valdenebro y el capitan Andrés de Tapia, á los cuales envió á llamar por la posta que dejasen de poblar por entonces las provincias en que estaban, é que fuesen á la Villa-Rica, donde estaba el Cristóbal de Tapia, y con ellos mandó que fuese un fraile que se decia fray Pedro Melgarejo de Urraca. Ya que el Tapia iba camino de Méjico á se ver con Cortés, encontró con nuestros capitanes y con el fraile por mí nombrados, y con palabras y ofrecimientos que le hicieron, volvió del camino para un pueblo que se decia Cempoal, y allí le demandaron que mostrase otra vez las provisiones, y que verian cómo y de qué manera lo mandaba su majestad, y si venia en ellas su real firma ó era sabidor dello, é que los pechos por tierra las obedecieran en nombre de Hernando Cortés y de toda la Nueva-España, porque traian poder para ello; y el Tapia les tornó á notificar y mostrar las provisiones, y todos aquellos capitanes á una las obedecieron y pusieron sobre sus cabezas como provisiones de nuestro rey y señor, é que en cuanto al cumplimiento, que suplicaban dellas para ante el Emperador nuestro señor, y dijeron que no era sabidor dellas ni de cosa ninguna, é que el Cristóbal de Tapia no era suficiente para ser gobernador, é que el obispo de Burgos era contra todos los conquistadores que serviamos á su majestad, y andaba ordenando aquellas cosas sin dar verdadera relacion á su majestad, y por favorecer al Diego Velazquez, y al Tapia por casar con uno dellos á una doña Fulana de Fonseca, sobrina del mismo obispo; y luego que el Tapia vió que no aprovechaban palabras ni provisiones ni cartas de ofertas ni otros cumplimientos, adoleció de enojo; y aquellos nuestros capitanes le escribían á Cortés todo lo que pasaba, y le avisaron que enviase aquellos de oro y barras, é que con ellos amansaria la furia del Tapia; lo cual el oro vino por la posta, y le compraron unos negros y tres caballos y el un navio, y se volvió á embarcar en el otro navio y se fué á la isla de Santo Domingo, de donde habia salido; é cuando allá llegó, la audiencia real que en ella residia

y los frailes jerónimos que estaban por gobernadores notaron muy bien su vuelta de aquella manera, y se enojaron con él porque antes que saliese de la isla para ir á la Nueva-España le habian mandado expresamente que en aquella sazón no curase de venir, porque seria causa de quebrar el hilo y conquistas de Méjico, y no les quiso obedecer; antes, con favor del obispo de Burgos don Juan Rodríguez de Fonseca, se resolvió; que no osaban hacer otra cosa los oidores sino lo que el obispo de Burgos mandaba, porque era presidente de Indias, porque su majestad estaba en aquella sazón en Flándes, que no habia venido á Castilla. Dejemos esto del Tapia, y digamos cómo luego envió Cortés á Pedro de Albarado á poblar á Tustepeque, que era tierra rica de oro. Y para que bien lo entiendan los que no saben los nombres destos pueblos, uno es Tustepeque, adonde fué Gonzalo de Sandoval, y otro es Tustepeque, adonde en esta sazón va Pedro de Albarado; y esto declaro porque no me culpen que digo que dos capitanes fueron á poblar una provincia de un nombre, y son dos provincias; y tambien habia enviado á poblar el rio de Pánuco, porque Cortés tuvo noticia que un Francisco de Garay hacia grande armada para venirla á poblar; porque, segun pareció, se lo habia dado su majestad al Garay por gobernacion y conquista, segun mas largamente lo he dicho y declarado en los capitulos pasados cuando hablaba de todos los navios que envió adelante Garay, que desbarataron los indios de la misma provincia de Pánuco; é hizo lo Cortés porque si viniese el Garay la hallase por Cortés poblada. Dejemos desto, y digamos cómo Cortés envió otra vez á Rodrigo Rangel por teniente de Villa-Rica, y quitó al Gonzalo de Albarado, y lo mandó que luego le enviase á Pánfilo de Narvaez donde estaba poblando Cortés en Cuyoacan, que aun no habia entrado á poblar á Méjico hasta que se edificasen todas las casas y palacios adonde habia de vivir; y envió por el Pánfilo de Narvaez porque, segun le dijeron, que cuando el Cristóbal de Tapia llegó á la Villa-Rica con las provisiones que dicho tengo, el Narvaez habló con él, y en pocas palabras le dijo: «Señor Tapia, paréceme que un buen recaudo traeis y tal le llevaréis como yo; mirad en lo que yo he parado trayendo tan buena armada, y mirad por vuestra persona, no os maten, y no os cureis de perder tiempo; que la ventura de Cortés é sus soldados no es acabada; entended en que os den algun oro por esas cosas que traeis, é idos á Castilla ante su majestad, que allá no faltará quien os ayude, y diréis lo que pasa, en especial teniendo, como teneis, al señor obispo de Burgos; y esto es mejor consejo.» Dejémoslos desta plática, y diré cómo Narvaez fué su camino á Méjico, y vió aquellas grandes ciudades y poblaciones; y cuando llegó á Tezcuco se admiró, y cuando vió á Cuyoacan, mucho mas, y desque vió la gran laguna y ciudades que en ella están pobladas, y después la gran ciudad de Méjico; y como Cortés supo que venia, le mandó hacer mucha honra; y llegado ante él, se hincó de rodillas y le fué á besar las manos, y Cortés no lo consintió y le hizo levantar, y le abrazó y le mostró mucho amor, y lo hizo asentar cabe sí, y entonces el Narvaez le habló y le dijo: «Señor capitan, agora digo de verdad que la menor cosa

que hizo vuestra merced y sus valerosos soldados en esta Nueva-España fué desbaratarme á mí y prenderme, y aunque trajera mayor poder del que traje, pues he visto tantas ciudades y tierras que ha domado y sujetado al servicio de Dios nuestro Señor y del emperador Carlos V; y puédeso vuestra merced atabar y tener en tanta estima, que yo así lo digo, y dirán todos los capitanes muy nombrados que el día de hoy son vivos, que en el universo se puede anteponer á los muy afamados é ilustres varones que ha habido; y otra tan fuerte ciudad como Méjico no la hay; y vuestra merced y sus muy eslozados soldados son dignos que su majestad les haga muy crecidas mercedes;» y le dijo otras muchas alabanzas; y Cortés le respondió que nosotros no éramos bastantes para hacer lo que estaba hecho, sino la gran misericordia de Dios nuestro Señor, que siempre nos ayudaba, y la buena ventura de nuestro gran César. Dejémonos desta plática y de las ofertas que hizo Narvaes á Cortés que le sería servidor, y diré cómo en aquella sazón se pasó Cortés á poblar la insigne y gran ciudad de Méjico, y repartió solares para las iglesias y monasterios y casas reales y plazas, y á todos los vecinos les dió solares; y por no gastar mas tiempo en escribir segun y de la manera que agora está poblada, que, segun dicen muchas personas que se han hallado en muchas partes de la cristiandad, otra mas populosa y mayor ciudad y de mejores casas y muy bien pobladas no se ha visto. Pues estando dando la orden que dicho tengo, al mejor tiempo que estaba Cortés algo descansando, le vinieron cartas del Pánuco que toda la provincia estaba levantada é puesta en armas, y que era gente muy belicosa y de muchos guerreros, porque habian muerto muchos soldados que habia enviado Cortés á poblar, y que con brevedad enviase el mayor socorro que pudiese; y luego acordó Cortés de ir él mismo en persona, porque todos los capitanes habian ido á sus conquistas; y llevó todos los mas soldados que pudo y hombres de á caballo y ballesteros y escopeteros, porque ya habian llegado á Méjico muchas personas de las que el vedor Tapia traia consigo, y otros que alli estaban de los de Lucas Vazquez de Aillon, que habian ido con él á la Florida, y otros que habian venido de las islas en aquel tiempo; y dejando en Méjico buen recaudo, y por capitán dél á Diego de Soto, natural de Toro, salió Cortés de Méjico; y en aquella sazón no habia herraje, sino muy poco, para los muchos caballos que llevaba, porque pasaban de ciento y treinta de á caballo y ducientos y cincuenta soldados, y contados entre los ballesteros y escopeteros y de á caballo, y tambien llevó diez mil mejicanos; y en aquella sazón ya habia vuelto de Mechoacan Cristóbal de Oli, porque dejó aquella provincia de paz y trajo consigo muchos caciques y al hijo del cacique Conci, que así se llamaba, y era el mayor señor de todas aquellas provincias, y trajo mucho oro bnyo, que lo tenían revuelto con plata y cobre; y gastó Cortés en aquella ida que fué á Pánuco mucha cantidad de pesos de oro, que después demandaba á su majestad que le pagase aquella costa, y los oficiales de la real hacienda no se los quisieron recibir en cuenta ni le quisieron pagar cosa dello, porque respondieron que si habia hecho aquel gasto en la con-

quista de aquella provincia, que lo hizo por se apoderar della, porque Francisco de Garay, que venia por gobernador, no la hubiese, porque ya tenia noticia que venia de la isla de Jamáica con gran pujanza y armada. Volvamos á nuestra relacion, y diré cómo Cortés llegó con todo su ejército á la provincia de Pánuco y los halló de guerra, y los envió á llamar de paz muchas veces, mas no quisieron venir; é tuvo con ellos en algunos días muchos reencuentros de guerra, y en dos batallas que le aguardaron le mataron tres soldados y le hirieron mas de treinta, y mataron cuatro caballos y hubo muchos heridos, y murieron de los mejicanos sobre ciento, sin otros mas de ducientos que quedaron heridos; porque fueron los guastecas, que así se llaman en aquellas provincias, sobre mas de sesenta mil hombres guerreros cuando aguardaron á nuestro capitán Cortés; mas quiso nuestro Señor que fueron desbaratados, y todo el campo adonde fueron estas batallas quedó lleno de muertos y heridos de los naguastecas naturales de aquellas provincias; por manera que no se tornaron mas á juntar por entonces para dar guerra; y Cortés estuvo ocho días en un pueblo que estaba allí cerca, donde habian sido aquellas reñidas batallas, por causa de que se curasen los heridos y se enterrasen los muertos, y habia muchos bastimentos; y para tornarle á llamar de paz envió al padre fray Bartolomé de Olmedo, y diez caciques, personas principales, de los que se habian prendido en aquellas batallas, y doña Marina y Jerónimo de Aguilar, que siempre Cortés los llevaba consigo; y el padre fray Bartolomé de Olmedo les hizo un parlamento muy discreto, y les dijo que «¿cómo se podian defender todos los de aquellas provincias de no se dar por vasallos de su majestad, pues han visto y tenido nueva que con el poder de Méjico, siendo tan fuertes guerreros, estaba asolada la ciudad y puesta por el suelo? E que vengan luego de paz y no hayan miedo, é que lo pasado de las muertes, que Cortés, en nombre de su majestad, se lo perdonaria;» y tales palabras les dijo el buen fray Bartolomé de Olmedo con amor, y otras llenas de amenazas, que, como estaban hostigados y habian visto muertos muchos de los suyos, y abrasados y asolados todos sus pueblos, vinieron de paz, y todos trajeron joyas de oro, aunque no de mucho precio, que presentaron á Cortés, y él con halagos y mucho amor les recibió de paz; y dende allí se fué Cortés con la mitad de sus soldados á un rio que se dice Chile, que está de la mar obra de cinco leguas, y volvió á enviar mensajeros á todos los pueblos de la otra parte del rio á llamalles de paz, y no quisieron venir; porque, como estaban encarnizados de los muchos soldados que habian muerto en obra de dos años que habian pasado de los capitanes que Garay envió á poblar aquel rio, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, así creyeron que harian á nuestro Cortés; y como estaban entre grandes lagunas y rios y ciénagas, que es muy grande fortaleza para ellos; y la respuesta que dieron fué matar á los mensajeros que Cortés les habia enviado á hablar sobre las paces, y á estos de agora tuvieron presos ciertos días, y estuvo Cortés aguardando para ver si podria acabar con ellos que mudasen su mal propósito; y como no vinieron, mandó

buscar todas las canoas que en el río pudo haber, y con ellas y unas barcas que se hicieron de madera de navíos viejos de los de Guray, y pasaron de noche de la otra parte del río ciento y cincuenta soldados, y los mas de ellos ballesteros y escopeteros, y cincuenta de á caballo; y como los principales de aquellas provincias velaban sus pasos y ríos, como los vieron, dejáronlos pasar, y estaban aguardando de la otra parte; y si muchos guastecos se habían juntado en las primeras batallas que dieron á Cortés, muchos mas estaban juntos esta vez, y vienen como leones rubios á se encontrar con los nuestros; y á los primeros encuentros mataron dos soldados é hirieron sobre treinta, y tambien mataron tres caballos é hirieron otros quince, y muchos mejicanos; mas tal prisa les dieron los nuestros, que no pararon en el campo, é luego se fueron huyendo, y quedaron dellos muertos y heridos gran cantidad; y después que pasó aquella batalla, los nuestros se fueron á dormir á un pueblo que estaba despoblado, que se habían huido los moradores dél, y con buenas velas y escuchas y rondas y corredores del campo estuvieron, y de cenar no les faltó; y cuando amaneció, andando por el pueblo, vieron estar en un cu é adoratorio de ídolos, colgados muchos vestidos y carns de soldados, adobadas como cueros de guantes, y con sus barbas y cabellos, que eran de los soldados que habían muerto á los capitanes que había enviado Guray á poblar el río de Pánuco, y muchas dellas fueron conocidas de otros soldados, que decían que eran sus amigos, y á todos se les quebró los corazones de lástima de las ver de aquella manera, y luego las quitaron de donde estaban y las llevaron para enterrar; y desde aquel pueblo se pasaron á otro lugar, y como conocían que toda la gente de aquella provincia era muy belicosa, siempre iban muy recatados y puestos en ordenanza para pelear, no les tomase descuidados y despercebidos; y los descubridores de todo aquel campo dieron con unos grandes escudrones de indios que estaban en celadas, para que cuando estuviesen los nuestros en las casas apeados dar en los caballos y en ellos; y como fueron sentidos, no tuvieron lugar de hacer todo lo que querían; mas todavía salieron muy denodadamente y pelearon con los nuestros como valientes guerreros, y estuvieron mas de media hora que los de á caballo y los escopeteros no les podían hacer retraer ni apartar de sí, y mataron dos caballos y hirieron otros siete, y tambien hirieron quince soldados y murieron tres de las heridas. Una cosa tenían estos indios: que ya que los llevaban de vencida, se tornaban á relucir, y aguardaron tres veces en la pelea, lo cual pocas veces se ha visto acaecer entre estas gentes; y viendo que los nuestros les herían y mataban, se acogieron á un río caudaloso é corriente, y los de á caballo y peones sueltos fueron en pos dellos é hirieron muchos; é otro día acordaron de correrles el campo é ir á otros pueblos que estaban despoblados, y en ellos hallaron muchas tinajas de vino de la tierra puestas en unos soterráños á manera de bodegas; y estuvieron en estas poblaciones cinco días corriéndoles las tierras, y como todo estaba sin gentes y despoblado, se volvieron al río de Chile; y Cortés tornó luego á enviar á llamar de paz á todos los mismos pueblos

que estaban de guerra de aquella parte del río, y como les habían muerto mucha gente, temieron que volverían otra vez sobre ellos, y á esta causa enviaron á decir que vendrían de ahí á cuatro días, que buscaban joyas de oro para le presentar; y Cortés aguardó todos los cuatro días que habían dicho que vendrían, y no vinieron por entonces; y luego mandó á un pueblo muy grande que estaba cabe una laguna, que era muy fuerte por sus ciénagas y río, que de noche obscuro y medio lloviznando, que en muchas canoas que luego mandó buscar, atadas de dos en dos, y otras sueltas, y en barcas bien hechas, pasasen aquella laguna á una parte del pueblo en parte y paraje que no fuesen vistos ni sentidos de los de aquella población, y pasaron muchos amigos mejicanos, y sin ser vistos, dan en el pueblo, el cual pueblo destruyeron, y hubo muy gran despojo y estrago en él; allí cargaron los amigos de todas las haciendas de los naturales que dél tenían; y desde aquello vieron, todos los mas pueblos comarcanos dende á cinco días acordaron de venir de paz, excepto otras poblaciones que estaban muy á trasmano, que los nuestros no pudieron ir á ellos en aquella sazón; y por no me detener en gastar mas palabras en esta relacion de muchas cosas que pasaron, las dejaré de decir, sino que entonces pobló Cortés una villa con ciento y treinta vecinos, y entre ellos dejó veinte y siete de á caballo y treinta y seis escopeteros y ballesteros, por manera que todos fueron los ciento y treinta; llamábase esta villa Sant-Estéban del Puerto, y está obra de una legua de Chile; y en los vecinos que en aquella villa poblaron repartió y dió por encomienda todos los pueblos que habían venido de paz, y dejó por capitán dellos y por su teniente á un Pedro Vallejo; y estando en aquella villa de partida para Méjico, supo por cosa muy cierta que tres pueblos que fueron cabeceras para la rebelion de aquella provincia, y fueron en la muerte de muchos españoles, andaban de nuevo, después de haber ya dado la obediencia á su majestad y haber venido de paz, convocando y atrayendo á los demás pueblos sus comarcanos, y decían que después que Cortés se fuese á Méjico con los de á caballo y soldados, que á los que quedaban poblados que diesen un día ó noche en ellos y que tendrían buenas hartazgas con ellos; y subida por Cortés la verdad muy de raíz, les mandó quemar las casas; mas luego se tornaron á poblar. Dignos que Cortés había mandado antes que partiese de Méjico para ir á aquella entrada, que dende la Veracruz le enviasen un barco cargado con vino y vituallas y conservas y bizcocho y heraje, porque en aquella sazón no había trigo en Méjico para hacer pan; é yendo que iba el barco su viaje á la derrota de Pánuco, cargado de lo que fué mandado, parece ser que hubo muy recios nortes y dió con él en parte que se perdió, que no se salvaron sino tres personas, que aportaron en unas tablas á una isleta donde había unos muy grandes arenales, sería tres ó cuatro leguas de tierra, donde había muchos lobos marinos, que solían de noche á dormir á los arenales, y mataron de los lobos, y con lumbré que sacaron con unos palillos como la sacan en todas las Indias las personas que saben cómo se ha de sacar, tuvieron lugar de asar la carne de los lobos, y cavaron en mitad de la isla é hicie-

ron unos como pozos y sacaron agua algo salobre, y tambien habia una fruta que parecian ligos. y con la carne de los lobos marinos y la fruta y agua salobre se mantuvieron mas de dos meses; y como aguardaban en la villa de Sant-Estéban el refresco y bastimento y herraje, escribió Cortés á sus mayordomos á Méjico que cómo no enviaban el refresco; y cuando vieron la carta de Cortés, tuvieron por muy cierto que se habia perdido el barco, y enviaron luego los mayordomos de Cortés un navio chico de poca porte en busca del barco que se perdió, y quiso Dios que se toporon en la isleta donde estaban los tres españoles de los que se perdieron, con ahumados que hacian de noche é de dia; é desque vieron el barco, se alegraron, y embarcados, vinieron á la villa, y llamábase el uno dellos Fulano Galiano, vecino que fué de Méjico. Dejémonos desto, y digamos, como en aquella sazón nuestro capitan Cortés se venia ya para Méjico, tuvo noticia que en unos pueblos que estaban en unas sierras que eran muy agras se habian rebelado y hacian grande guerra á otros pueblos que estaban de paz, y acordó de ir allá antes que entrase en Méjico; é yendo por su camino, los de aquella provincia lo supieron é aguardaron en un paso malo, y dieron en la rezaga del fardaje y le mataron ciertos tamemes y robaron lo que llevaban; y como era el camino malo, por defender el fardaje los de á caballo que los iban á socorrer reventaron dos caballos; y llegados á las poblaciones, muy bien se lo pagaron; que, como iban muchos mejicanos nuestros amigos, por se vengar de lo que les robaron en el puerto y camino malo, como dicho tengo, mataron y cautivaron muchos indios, y aun el cacique y su capitan murieron ahorcados después que hubieron vuelto lo que habian robado; y esto hecho, Cortés mandó á los mejicanos que no hiciesen mas daño, y luego envió á llamar de paz á todos los principales y papas de aquella poblacion, los cuales vinieron y dieron la obediencia á su majestad; y el cacique cargo mandó que lo tuviese un hermano del cacique que habian ahorcado, y los dejó en sus casas pacíficos y muy bien castigados, y entonces se volvió á Méjico. Y antes que pase adelante, quiero decir que en todas las provincias de la Nueva-España otra gente mas sucia y mala y de peores costumbres no la hubo como esta de la provincia de Pánuco, y sacrificadores y crueles en demasía, y borrachos y sucios y malos, y tenían otras treinta torpezas; y si miramos en ello, fueron castigados á fuego y á sangre dos ó tres veces, y otros mayores males les vino en tener por gobernador á Nuño de Guzman, que desde le dieron la gobernacion, los hizo casi á todos esclavos y los envió á vender á las islas, segun mas largamente lo diré en su tiempo y lugar. Volvamos á nuestra relacion, y diré, después que Cortés volvió á Méjico, en lo que entendió é hizo.

CAPITULO CLIX.

Cómo Cortés y todos los oficiales del Rey acordaron de enviar á su majestad todo el oro que le habia cabido de su real quinto de todos los despojos de Méjico, y cómo se envió á por sí la cámara del oro y todas las joyas que fueron de Montezuma y de Guatemaz, y lo que sobre ello acaeció.

Como Cortés volvió á Méjico de la entrada de Pánuco, anduvo entendiendo en la poblacion y edificacion

de aquella ciudad; y viendo que Alonso de Avila, ya otra vez por mí nombrado en los capitulos pasados, habia vuelto en aquella sazón de la isla de Santo Domingo, y trajo recaudo de lo que le habian enviado á negociar con la audiencia real é frailes jerónimos que estaban por gobernadores de todas las islas, é los recaudos que entonces trajo fué, que nos daban licencia para poder conquistar toda la Nueva-España y herrar los esclavos, segun y de la manera que llevaron en una relacion, y repartir y encomendar los indios como en las islas Española é Cuba é Jamáica se tenia por costumbre; y esta licencia que dieron fué hasta en tanto que su majestad fuese sabidor dello, ó fuese servido mandar otra cosa; de lo cual luego le hicieron relacion los mismos frailes jerónimos, y enviaron un navio por la posta á Castilla, y entonces su majestad estaba en Flándes, que era mancebo, y allá supo los recaudos que los frailes jerónimos le enviaban; porque al obispo de Búrgos, puesto que estaba por presidente de Indias, como conocian dél que nos era muy contrario, no le daban cuenta dello ni trataban con él otras muchas cosas de importancia, porque estaban muy mal con sus cosas. Dejemos esto del Obispo, y volvamos á decir que, como Cortés tenia á Alonso de Avila por hombre atrevido y no estaba muy bien con él, siempre le queria tener muy lejos de sí, porque verdaderamente si cuando vino el Cristóbal de Tapia con las provisiones el Alonso de Avila se hallara en Méjico, porque entonces estaba en la isla de Santo Domingo, y como el Alonso de Avila era servidor del obispo de Búrgos é habia sido su criado, y le traian cartas para él, fuera gran contrador de Cortés y de sus cosas, y á esta causa siempre procuraba Cortés de tenello apartado de su persona; y cuando vino deste viaje que dicho tengo, por consejo de fray Bartolomé de Olmedo, por le contentar y agradar, le encomendó en aquella sazón el pueblo de Guatilan, y le dió ciertos pesos de oro, y con palabras y ofrecimientos y con el depósito del pueblo por mi nombrado, que es muy bueno y de mucha renta, le hizo tan su amigo y servidor, que le envió después á Castilla, y juntamente con él á su capitan de la guarda, que se decia Antonio de Quiñones, los cuales fueron por procuradores de la Nueva-España y de Cortés, y llevaron dos navios, y en ellos ochenta y ocho mil castellanos en barras de oro; y llevaron la recámara que llamamos del gran Montezuma, que tenia en su poder Guatemaz, y fué un gran presente, en lin para nuestro gran coser, porque fueron muchas joyas muy ricas y perlas tamañas algunas dellas como avellanas, y muchos chulchucos, que son piedras finas como esmeraldas, y por ser tantas y no me detener en escribirlas, lo dejaré de decir y traer á la memoria; y tambien enviarnos unos pedazos de huesos de gigantes que se hallaron en un cu é adoratorio en Guayocan, que eran segun y de la manera de otros grandes zancarrones que nos dieron en Tlascala, los cuales habiamos enviado la primera vez, y eran muy grandes en demasía; y le llevaron tres tigres, y otras cosas que ya no me acuerdo; y por estos procuradores escribió el cabildo de Méjico á su majestad, y asimismo todos los mas conquistadores escribimos con el cabildo juntamente, é fray Bartolomé de Olmedo, de la orden de la

Merced, y el tesorero Julian de Alderete; y todos á una decíamos de los muchos y buenos é leales servicios que Cortés y todos nosotros los conquistadores le habíamos hecho y á la continua hacíamos, y todo lo por nosotros sucedido desde que entramos á ganar la ciudad de México, y cómo estaba descubierta la mar del Sur y se tenía por cierto que era cosa muy rica; y suplicamos á su majestad que nos enviase obispos y religiosos de todas órdenes, que fuesen de buena vida y doctrina, para que nos ayudasen á plantar mas por entero en estas partes nuestra santa fe católica, y le suplicamos todos á una que la gobernacion desta Nueva-España que le hiciese merced della á Cortés, pues tan bueno y leal servidor le era, y á todos nosotros los conquistadores nos hiciese merced para nosotros y para nuestros hijos que todos los oficios reales, en fin de tesorero, contador y factor, y escribanías públicas é fieles ejecutores y alcaldías de fortalezas, que no hiciese merced dellas á otras personas, sino que entre nosotros se nos quedase; y le suplicamos que no enviase letrados, porque en entrando en la tierra la pondrian revuelta con sus libros, é habria pleitos y disensiones; y se le hizo saber lo de Cristóbal de Tapia, cómo venia guiado por don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Burgos, y que no era suficiente para gobernar, y que se perdiera esta Nueva-España si él quedara por gobernador; y que tuviese por bien de saber claramente qué se habían hecho las cartas y relaciones que le habíamos escrito dando cuenta de todo lo que habia acaecido en esta Nueva-España, porque teníamos por muy cierto que el mismo obispo no se le enviaba, y antes le escribía al contrario de lo que pasaba, en favor de Diego Velazquez, su amigo, y de Cristóbal de Tapia, por casalle con una parienta suya que se decia doña Pretonila de Fonseca; y cómo presentó ciertas provisiones que venian firmadas é guiadas por el dicho obispo de Burgos, y que todos estábamos los pechos por tierra para las obedecer, como se obedecieron; mas viendo que el Tapia no era hombre para guerra, ni tenia aquel ser ni cordura para ser gobernador, que suplicaron de todas las provisiones hasta informar á su real persona de todo lo acaecido, como agora le informamos, y le hacíamos sabidor como sus leales vasallos, é somos obligados á nuestro rey y señor; y que agora, que de lo que mas fuere servido mandar, que aquí estamos los pechos por tierra para cumplir su real mando; y tambien le suplicamos que fuese servido de enviar á mandar al obispo de Burgos que no se entremetiese en cosas ningunas de Cortés ni de todos nosotros, porque seria quebrar el hilo á muchas cosas de conquistas que en esta Nueva-España nosotros entendíamos, y en pacificar provincias, porque habia mandado el mismo obispo de Burgos á los oficiales que estaban en la casa de la contratacion de Sevilla, que se decían Pedro de Illasga y Juan Lopez de Recalte, que no despusen pasar ningún recaudo de armas ni soldados ni favor para Cortés ni para los soldados que con él estaban; y tambien se le hizo relacion cómo Cortés habia ido á pacificar la provincia de Pánuco y la dejó de paz, y las muy recias y fuertes batallas que con los naturales della tuvo, y cómo era gente muy belicosa y guerrera, y cómo habian muerto los de aquella provincia á los ca-

pitanes que habia enviaba Francisco de Garay, y á todos sus soldados, por no se saber dar maña en las guerras; y que habia gastado Cortés en la entrada sobre sesenta mil pesos, y que los demandaba á los oficiales de su real hacienda y no se los quisieron pagar. Tambien se le hizo sabidor cómo agora hacia el Garay una armada en la isla de Jamáica, y que venian á poblar el rio de Pánuco; y porque no le acaeciese como á sus capitanes, que se los mataron, que suplicábamos á su majestad que le enviase á mandar que no salga de la isla hasta que esté muy de paz aquella provincia, porque nosotros se la conquistáremos y se la entregáremos; porque si en aquella sazón viniese, viendo los naturales de aquellas tierras dos capitanes que manden, tendrán divisiones y levantamientos, especial los mejicanos; y escribísete otras muchas cosas. Pues Cortés por su parte no se le quedó nada en el tintero, y aun de manera hizo relacion en su carta de todo lo acaecido, que fueron veinte y una plana; é porque yo las lei todas, é lo entendí muy bien, lo declaro aquí como dicho tengo. Y demás desto, enviaba Cortés á suplicar á su majestad que le diese licencia para ir á la isla de Cuba á prender al gobernador della, que se decia Diego Velazquez, para enviársele á Castilla, para que allá su majestad le mandase castigar, porque no le desbaratase mas ni revolviere la Nueva-España, porque enviaba desde la isla de Cuba á mandar que matasen á Cortés. Dejémosnos de las cartas, y digamos de su buen viaje que llevaron nuestros procuradores después que partieron del puerto de la Veracruz, que fué en 20 dias del mes de diciembre de 1522 años, y con buen viaje desembarcaron por la canal de Bahama, y en el camino se les sollaron dos tigres de los tres que llevaban, é hirieron á unos marineros; y acordaron de matar al que quedaba, porque era muy bravo y no se podian valer con él; y fueron su viaje hasta la isla que llaman de la Tercera; y como el Antonio de Quiñones era capitán y se preciaba de muy valiente y enamorado, parece ser que se revolvió en aquella isla con una mujer é hubo sobre ella cierta quistion, y diéronle una cuchillada en la cabeza, de que al cabo de algunos dias murió, y quedó solo Alonso de Avila por capitán. E ya que iba el Alonso de Avila con los dos navios camino de España, no muy lejos de aquella isla topa con ellos Juan Florin, francés cosario, y toma todo el oro y navios, y prende al Alonso de Avila y llévale preso á Francia. Y tambien en aquella sazón robó el Juan Florin otro navio que venia de la isla de Santo Domingo, y le tomó sobre veinte mil pesos de oro y muy gran cantidad de perlas y azúcar y cueros de vacas, y con todo esto se volvió á Francia muy rico, é hizo grandes presentes á su rey é al almirante de Francia de las cosas é piezas de oro que llevaba de la Nueva-España, que toda Francia estaba maravillada de las riquezas que enviábamos á nuestro gran emperador, y aun al mismo rey de Francia le tomaba codicia de tener parte en las islas de la Nueva-España; y entonces es cuando dijo que solamente con el oro que le iba á nuestro César destas tierras le podia dar guerra á su Francia; y aun en aquella sazón no era ganado ni habia nueva del Pirú, sino, como dicho tengo, lo de la Nueva-España y las islas de Santo Domingo y San Juan y Cuba y Jamáica; y en-

tonces dice que dijo el rey de Francia, ó se lo envió á decir á nuestro gran emperador, que cómo habian partido entre él y el rey de Portugal el mundo, sin darle parte á él? Que mostrasen el testamento de nuestro padre Adán, si les dejó á ellos solamente por herederos y señores de aquellas tierras que habian tomado entre ellos dos, sin darle á él ninguna de ellas, é que por esta causa era lícito robar y tomar todo lo que pudiese por la mar; y luego tornó á mandar á Juan Florin que volviese con otra armada á buscar la vida por la mar; y de aquel viage que volvió, ya que llevaba otra gran presa de todas ropas entre Castilla y las islas de Canari, dió con tres ó cuatro navios recios y de armada, vizcaínos, y los unos por una parte y los otros por otra embisten con el Juan Florin, y le rompen y desharatan, y prendenle á él y á otros muchos franceses, y les tomaron sus navios y ropa, y á Juan Florin y á otros capitanes llevaron presos á Sevilla á la casa de la contratación, y los enviaron presos á su majestad; y después que lo supo, mandó que en el camino hiciesen justicia dellos, y en el puerto del Pico los ahorcaron; y en esto paró nuestro oro y capitanes que lo llevaban, y el Juan Florin que lo robó. Pues volvamos á nuestra relacion, y es, que llevaron á Francia preso á Alonso de Avila, y le metieron en una fortaleza, creyendo haber del gran rescate, porque, como llevaba tanto oro á su cargo, guardábale bien; y el Alonso de Avila tuvo tales maneras y concierto con el caballero francés que lo tenia á cargo ó le tenia por prisionero, que para que en Castilla supiesen de la manera que estaba preso y le viniesen á rescatar, dijo que fuesen por la posta todas las cartas y poderes que llevaba de la Nueva-España, y que todas se diesen en la corte de su majestad al licenciado Nuñez, primo de Cortés, que era relator del real Consejo, ó á Martin Cortés, padre del mismo Cortés, que vivia en Medellín, ó á Diego de Ordás, que estaba en la corte; y fueron á todo buen recaudo, que las hubieron á su poder, y luego las despacharon para Flándes á su majestad, porque al obispo de Burgos no le dieron cuenta ni relacion dello, y todavía lo alcanzó á saber el obispo de Burgos, y dijo que se holgaba que se hubiese perdido y robado todo el oro. Dejemos al Obispo, y vamos á su majestad, que, como luego lo supo, dijeron, quien lo vió y entendió, que hubo algun sentimiento de la pérdida del oro, y de otra parte se alegró viendo que tanta riqueza le enviaban, é que sintiese el rey de Francia que con aquellos presentes que le enviábamos que lo podría dar guerra; y luego envió á mandar al obispo de Burgos que en lo que tocaba á Cortés é á la Nueva-España, que en todo le diese favor y ayuda, y que presto vendría á Castilla y entendería en ver la justicia de los pleitos y contiendas de Diego Velazquez y Cortés. Y dejemos esto, y digamos cómo luego supimos en la Nueva-España la pérdida del oro y riquezas de la recámara, y prision de Alonso de Avila, y todo lo demás aquí por mi memorado, y tuvimos dello gran sentimiento; y luego Cortés con brevedad procuró de haber é llegar todo el mas oro que pudo recoger, y de hacer un tiro de oro bajo y de plata de lo que habian traído de Mechoacan, para enviar á su majestad, y llamóse el tiro Fénix. Y tambien quiero decir que siempre estuvo el pueblo de Guatitlan,

que dió Cortés á Alonso de Avila, por el mismo Alonso de Avila, porque en aquella sazón no le tuvo su hermano Gil Gonzalez de Benavides, hasta mas de tres años adelante, que el Gil Gonzalez vino de la isla de Cuba, é ya el Alonso de Avila estaba suelto de la prision de Francia y habia venido á Yucatan por contador; y entonces dió poder al hermano para que se sirviese del, porque jamás se le quiso traspasar. Dejémos de cuentos viejos, que no hacen á nuestra relacion, y digamos todo lo que acaeció á Gonzalo de Sandoval y á los demás capitanes que Cortés habia enviado á poblar las provincias por mí ya nombradas, y entre tanto acabó Cortés de mandar forjar el tiro é allegar el oro para enviar á su majestad. Bien sé que dirán algunos curiosos lectores que por qué, cuando envió Cortés á Pedro de Albarado y á Gonzalo de Sandoval y los demás capitanes á las conquistas y pacificaciones ya por mí nombradas, no concluí con ellos en esta mi relacion lo que habian hecho en ellas, y en lo que en las jornadas á cada uno ha acaecido, y lo vuelvo ahora á recitar, que es volver muy atrás de nuestra relacion; y las causas que agora doy á ellos es que, como iban camino de sus provincias á las conquistas, y en aquel instante llegó al puerto de la Villa-Rica el Cristóbal de Tapia, otras muchas veces por mí nombrado, que venia para ser gobernador de la Nueva-España; y para consultar Cortés lo que sobre el caso se podría hacer, é tener ayuda y favor dellos, como Pedro de Albarado é Gonzalo de Sandoval eran tan experimentados capitanes y de buenos consejos, envió por la posta á los llamar, y dejaron sus conquistas é pacificaciones suspensas, é como he dicho, vinieron al negocio de Cristóbal de Tapia, que era mas importante para el servicio de su majestad, porque se tuvo por cierto que si el Tapia se quedara para gobernar, que la Nueva-España y Méjico se levantarán otra vez; y en aquel instante tambien vino Cristóbal de Oli de Mechoacan, como era cerca de Méjico, y le halló de paz, y le dieron mucho oro y plata; y como era recién casado, y la mujer moza y hermosa, apresuró su venida. Y luego, tras esto de Tapia, acontoció el levantamiento de Panuco, y fué Cortés á lo pacificar, como dicho tengo en el capitulo que dello habia, y tambien para escribir á su majestad, como escribimos, y enviar el oro y dar poder á nuestros capitanes y procuradores por mí ya nombrados; y por estos estorbos, que fueron los unos tras los otros, lo torno aquí á traer á la memoria, y es desta manera que diré.

CAPITULO CLX.

Cómo Gonzalo de Sandoval llegó con su ejército á un pueblo que se dice Tustepeque, y lo que allí hizo, y después pasó á Guacualco, y todo lo mas que le avino.

Llegado Gonzalo de Sandoval á un pueblo que se dice Tustepeque, toda la provincia le vino de paz, excepto unos capitanes mejicanos que fueron en la muerte de sesenta españoles y mujeres de Castilla que se habian quedado malos en aquel pueblo cuando vino Narvaez, y era en el tiempo que en Méjico nos desbarataron; entonces los mataron en el mismo pueblo; é dende obra de dos meses que hubieron muerto los por mí dichos, porque entonces fui con Sandoval, yo posé en una como

torrecilla, que era adoratorio de ídolos, adonde se habían hecho fuertes cuando les daban guerra, y allí los cercaron, y de hambre y de sed y de heridas les acabaron las vidas; y digo que posé en aquella torrecilla á causa que había en aquel pueblo de Tustepeque muchos mosquitos de día, é como está muy alto é con el aire no había tantos mosquitos como abajo, y también por estar cerca del aposento donde posaba el Sandoval. Y volviendo á nuestra plática, procuró el Sandoval de prender á los capitanes mejicanos que les dieron la guerra y les mataron los sesenta soldados que dicho tengo, y prendió el mas principal dellos y hizo justicia, y por justicia lo mandó quemar; otros muchos había juntamente con él que merecían pena de muerte, y disimuló con ellos, y aquel pagó por todos; y cuando fué hecho envió á llamar de paz unos pueblos zapotecas, que es otra provincia que estará obra de diez leguas de aquel pueblo de Tustepeque, y no quisieron venir, y envió á ellos para los traer de paz á un capitán que se decía Briones (otras muchas veces ya lo he nombrado), que fué capitán de bergantines y había sido buen soldado en Italia, según él decía, y le dió sobre cien soldados, y entre ellos treinta ballesteros y escopeteros y mas de cien amigos de los pueblos que habían venido de paz; é yendo que iba el Briones con sus soldados y con buen concierto, pareció ser los zapotecas supieron que iba á sus pueblos, y echando una celada en el camino, que le hicieron volver mas que de paso rodando unas cuevas y laderas abajo, y le hirieron mas de la tercia parte de los soldados que llevaba, é murió uno de las heridas, porque aquellas sierras donde están poblados aquellos zapotecas son tan agrias y malas, que no pueden ir por ellas caballos, y los soldados habían de ir á pié por unas sendas muy angostas, por contadero, uno á uno siempre; hay neblinas y rocíos y resbalaban en los caminos; y tienen por armas unas lanzas muy largas, mayores que las nuestras, con una braza de cuchilla de navajas de pederal, que cortan mas que nuestras espadas, é unas pavesinas, que se cubren con ellas todo el cuerpo, y mucha flecha y vara y piedra, y los naturales muy sueltos y cenceños á maravilla, y con un silbo ó voz que dan entre aquellas sierras resuena y retumba la voz por un buen rato, digamos ahora como ecos. Por manera que se volvió el capitán Briones con su gente herida, y aun él también trujo un flechazo; llámase aquel pueblo que le desbarató Tiltipeque; y después que vino de paz el mismo pueblo, se dió en encomienda á un soldado que se dice Ojeda el tuerto, que ahora vive en la villa de San Ildefonso. Pues cuando el Briones volvió á dar cuenta al Sandoval de lo que le había acaecido, y se lo contaba cómo eran grandes guerreros, y el Sandoval era de buena condición, y el Briones se tenía por muy como valiente, y solía decir que en Italia había muerto y herido y hendido cabezas y cuerpos de hombres, le decía el Sandoval: «¿Parécete, señor capitán, que son estas tierras otras que las donde anduvo militando? Y el Briones respondió medio enojado, y dijo que juraba á tal que mas quisiera batallar contra tiros y grandes ejércitos de contrarios, así de turcos como de moros, que no con aquellos zapotecas, y daba razones para ello que parecían que cuadraban; y todavía el Sandoval le dijo que

no quisiera haberle enviado, pues así fué desbaratado, que creyó que pusiera otras fuerzas como él se alababa que había hecho en Italia, porque este Briones había poco tiempo que vino de Castilla; y le dijo el Sandoval: «¿Qué dirán ahora los zapotecas, que no somos tan varones como creían que éramos?» Dejemos desta entrada, pues no aprovechó, antes dañó, y digamos cómo el mismo Gonzalo de Sandoval envió á llamar de paz á otra provincia que se dice Xaltepeque, que también eran zapotecas, que continúan con otra provincia y pueblos, que se decían los minxes, gentes muy sueltas y guerreros, que tenían diferencias con los de Xaltepeque, que ahora, como digo, son los que enviaba á llamar, y vinieron de paz obra de veinte caciques y principales, y trajeron un presente de oro en grano, que entonces habían sacado de las minas en diez cahuitillos y joyas de muchas hechuras, y traían vestidas aquellos principales unas ropas de algodón muy largas que les daban hasta los pies, con muchas labores en ellas labradas, y eran digamos ahora á la manera de albornoces moriscos; y como vinieron delante el Sandoval, con mucho acato se lo presentaron, y lo recibió con alegría, y les mandó dar cuentas de Castilla, y les hizo honra y halagos, y le mandaron al Sandoval que les diese algunos teules, que en su lengua así nos llamaban á los españoles, para ir juntamente con ellos contra los pueblos de los minxes, sus contrarios, que les daban guerra; y el Sandoval, como no tenía soldados en aquella sazón para les dar ayuda, como la demandaban, porque los que llevó el Briones estaban todos heridos, y otros habían adolecido, é cuatro muertos, por ser la tierra muy calurosa é doliente, con buenas palabras les dijo que él enviara á Méjico á decir á Malinche, que así decían á Cortés, que les enviase muchos teules, é que se reportasen hasta que viniesen, y que entre tanto, que irían con ellos diez de sus compañeros para ver los pasos y tierra, para ir á dar guerra á sus contrarios los minxes; y esto no lo decía el Sandoval sino para que viésemos los pueblos y minas donde sacaban el oro que trajeron; y desta manera los despidió, excepto á tres dellos, que mandó que quedasen para ir con nosotros; y luego despachó para ir á ver los pueblos y minas, como he dicho, á un soldado que se decía Alonso del Castillo el de lo pensado; y me mandó el Sandoval que yo fuese con él, y otros seis soldados, y que mirásemos muy bien las minas y la manera de los pueblos. Quiero decir por qué se llamaba aquel capitán que iba con nosotros por caudillo Castillo el de lo pensado, y es por esta causa que diré. En la capitania del Sandoval había tres soldados que tenían por renombre Castillos: el uno dellos era muy galán, y preciábase dello en aquella sazón, que era yo, y é esta su causa me llamaban Castillo el galán; los otros dos Castillos, el uno dellos era de tal calidad, que siempre estaba pensativo, y cuando hablaban con él se paraba mucho mas á pensar lo que había de decir, y cuando respondía ó hablaba era un descuido ó cosas que teníamos que reir, y por esto le llamábamos Castillo de los pensamientos; y el otro era Alonso del Castillo, que ahora iba con nosotros, que de repente decía cualquiera cosa, y respondía muy á propósito de lo que preguntaban, y se decía Castillo el de lo pensado. Dejemos de

contar donaires, y volvamos á decir como fuimos á aquella provincia á ver las minas, y llevamos muchos indios de los de aquellos pueblos, y con unas como hechuras de bateas lavaron en tres rios delante de nosotros, y en todos tres sacaron oro, é hincheron cuatro cañutillos dello, que era cada uno del tamaño de un dedo de la mano, el de en medio, y eran poco menos que cañones de patos de Castilla, y con aquella muestra de oro volvimos donde estaba el Gonzalo de Sandoval, y se holgó, creyendo que la tierra era rica; y luego entendió en hacer los repartimientos de aquellos pueblos y provincia á los vecinos que habian de quedar allí poblados; y tomó para sí unos pueblos que se dicen Guazpaltepeque, que en aquel tiempo era la mejor cosa que habia en aquella provincia muy cerca de las minas, y aun le dieron luego sobre quince mil pesos de oro, creyendo que tomaba una muy buena cosa; y la provincia de Xaltepeque, donde trajimos el oro, depositó en el capitan Luis Marina, que le daba un condado, y todos salieron muy malos repartimientos, así lo que tomó el Sandoval como lo que dió á Luis Marina, y aun á mí me mandaba quedar en aquella provincia, y me daba muy buenos indios y de mucha renta, que pluguiera á Dios que los tomara, que se dice Meldatan y Orizaba, donde está ahora el ingenio del Virey, y otro pueblo que se dice Ozotequipa, y no los quise, por parecerme que si no iba en compañía del Sandoval, teniéndole por amigo, que no hacia lo que convenia á la calidad de mi persona; y el Sandoval verdaderamente conoció mi voluntad, y por hallarme con él en las guerras, si las hubiese adelante, lo hice. Dejemos desto, y digamos que nombró á la villa que pobló Medellín, porque así le fué mandado por Cortés, porque el Cortés nació en Medellín de Extremadura; y era en aquella sazón el puerto un río que se dice Chalchocuera, que es el que hubimos puesto por nombre río de Banderas, donde se rescataron los diez y seis mil pesos; y por aquel río venían las barcas con la mercadería que venia de Castilla hasta que se mudó á la Veracruz. Dejemos desto, é vamos camino de Guacacualco, que será de la villa de la Veracruz, que dejamos poblada, otra de sesenta leguas, y entramos en una provincia que se dice Citta, la mas fresca y llena de bastimentos y bien poblada que habiamos visto, y luego vino de paz; y es aquella provincia que he dicho de doce leguas de largo y otras tantas de ancho, muy poblado todo. Y llegamos al gran río de Guacacualco, y enviamos á llamar los caciques de aquellos pueblos, que era cabecera de aquellas provincias, y estuvieron tres dias que no vinieron ni enviaban respuesta; por lo cual creimos que estaban de guerra, y aun así lo tenían consultado, que no nos dejasen pasar el río; y después tomaron acuerdo de venir de ahí á cinco dias, y trajeron de comer y unas joyas de oro muy fino, y dijeron que cuando quisiésemos pasar, que ellos traerian muchas canoas grandes; y Sandoval se lo agradeció mucho, y tomó consejo con algunos de nosotros si nos atreveríamos á pasar todos juntos de una vez en todas las canoas; y lo que nos pareció y aconsejamos, que primero pasasen cuatro soldados y viesen la manera que habia en un pueblezuelo que estaba junto al río, y que mirasen y procurasen de inquirir y saber si estaban de guerra, y antes que pasásemosuviésemos con nosotros.

otros el cacique mayor, que se dice Tochiel; y así, fueron los cuatro soldados y vieron todo á lo que les enviáramos, y se volvieron con relacion á Sandoval cómo todo estaba de paz, y aun vino con ellos el hijo del mismo cacique Tochiel, que así se decia, y trajo otro presente de oro, aunque no de mucha valia. Entonces le halagó el Sandoval, y le mandó que trujesen cien canoas atadas de dos en dos, y pasamos los caballos un dia después de pascua de Espíritu Santo; y por acortar de palabras, volvamos en el pueblo que estaba junto al río abajo, y pusimosle por nombre la villa del Espíritu Santo, é pusimos aquel sublimado nombre, lo uno, que en pascua de Espíritu Santo desbaratamos á Narvaez, y lo otro, porque aquel santo nombre fué nuestro apellido cuando le prendimos y desbaratamos; lo otro por pasar aquel río aquel mismo dia, y porque todas aquellas tierras vinieron de paz sin dar guerra, y allí poblamos toda la flor de los caballeros y soldados que habiamos salido de Méjico á poblar con el Sandoval, y el mismo Sandoval, y Luis Marina, y un Diego de Godoy, y el capitan Francisco de Medin, y Francisco Marmolejo, y Francisco de Lugo, y Juan Lopez de Aguirre, y Hernando de Montes de Oca, y Juan de Salamanca, y Diego de Azamar, y un Mantilla, y otro soldado que se decia Mejia Rapapelo, y Alonso de Grado, y el licenciado Ledesma, y Luis de Bustamante, y Pedro Castellar, y el capitan Briones, é yo y otros muchos caballeros é personas de calidad, que si los hubiese aquí de nombrar á todos, es no acabar tan presto; mas tengan por cierto que soliamos salir á la plaza á un regocijo é alarde sobre ochenta de á caballo, que eran mas entonces aquellos ochenta que ahora quinientos; y la causa es esta, que no habia caballos en la Nueva-España, sino pocos y caros, y no los alcanzaban á comprar sino cual ó cual. Dejemos desto, y diré cómo repartió Sandoval aquellas provincias y pueblos en nosotros, después de las haber enviado á visitar é hacer la division de la tierra y ver las calidades de todas las poblaciones; y fueron las provincias que repartió lo que ahora diré. Primeramente á Guacacualco, Guazpaltepeque é Tepeca é Chinanta é los zapotecas; é de la otra parte del río la provincia de Copileo é Cimatan y Tabasco y las sierras de Cachula, todos los zoqueselas, Tachteapa é Cinacantan é todos los quilenes, y Papana-chasta; y estos pueblos que he dicho teniamos todos los vecinos que en aquella villa quedamos poblados en repartimiento, que valiera mas que allí yo no me quedara, segun después sucedió, la tierra pobre y muchos pleitos que trujimos con tres villas que después se poblaron: la una fué la villa rica de la Veracruz, sobre Guazpaltepeque y Chinanta y Tepeca; la otra con la villa de Tabasco, sobre Cimatan y Copileo; la otra con Chiapa, sobre los quilenes y zoques; la otra con Santo Ildefonso, sobre los zapotecas; porque todas estas villas se poblaron después que nosotros poblamos á Guacacualco, y á nos dejar todos los términos que teniamos, fuéramos ricos; y la causa por que se poblaron estas villas que he dicho fué, que envió á mandar su majestad que todos los pueblos de indios mas cercanos y en camarea de cada villa le señaló términos; por manera que de todas partes nos cortaron las faidas, y nos quedamos en blanco, y á esta causa el tiempo andando, se fué despoblado Guaca-

cualco; y con haber sido la mejor poblacion y de generosos conquistadores que hubo en la Nueva-España, es ahora una villa de pocos vecinos. Volvamos á nuestra relacion; y es, que estando Sandoval entendiendo en la poblacion de aquella villa y llamando otras provincias de paz, le vinieron cartas cómo habia entrado un navio en el rio de Aguayalco, que es puerto, aunque no bueno, que estaba de allí quince leguas, y en él venia de la isla de Cuba la señora doña Catalina Xarez la Marceyda, que así tenia el sobrenombre, mujer que fué de Cortés, y la traia un su hermano Juan Xarez, el vecino que fué, el tiempo andundo, de Méjico, y la Zambrana y sus hijos de Villégas, de Méjico, y sus hijas, y aun la abuela y otras muchas señoras casadas; y aun me parece que entonces vino Elvira Lopez la Larga, mujer que entonces era de Juan de Palma; el cual Palma vino con nosotros, que murió ahorcado, que después esta Elvira fué mujer de un Arguera; y tambien vino Antonio Dios Dado, el vecino que fué de Guatimala, y vinieron otros muchos que ya no se me acuerdan sus nombres. Y como el Gonzalo de Sandoval lo alcanzó á saber, él en persona, con todos los mas capitanes y soldados, fuimos por aquellas señoras y por todas las mas que traia en su compañía. E acuérdomé que en aquella sazón llovió tanto, que no podíamos ir por los caminos ni pasar rios ni arroyos, porque venian muy crecidos, que salieron de madre y habia hecho grandes mortes, y con el mal tiempo, por no andar al través, entraron con el navio en aquel puerto de Aguayalco, y la señora doña Catalina Xarez la Marceyda y toda su compañía se holgaron con nosotros: luego las trujimos á todas aquellas señoras y su compañía á nuestra villa de Guacacualco, y lo hizo saber el Sandoval muy en posta á Cortés de su venida, y las llevó luego camino de Méjico, y fueron acompañándolas el mismo Sandoval y Briones y Francisco de Lugo y otros caballeros. Y cuando Cortés lo supo, dijeron que le habia pesado mucho de su venida, puesto que no lo demostró y les mandó salir á recibir; y en todos los pueblos les hacian mucha honra hasta que llegaron á Méjico, y en aquella ciudad hubo regocijos y juego de cañas; y dende á obra de tres meses que hubieron llegado oímos decir que esta señora murió de asma. Y digamos de lo que le acaeció á Villafuerte, el que fué á poblar á Zacatula, y á un Juan Alvarez Chico, que tambien fué á Colima; y á Villafuerte le dieron mucha guerra y le mataron ciertos soldados, y estaba la tierra levantada, que no les querian obedecer ni dar tributos, y al Juan Alvarez Chico ni mas ni menos; y como lo supo Cortés, le pesó dello; y como Cristóbal de Olí habia venido de lo de Mechoacan, y venia rico y la habia dejado de paz, y le pareció á Cortés que tenia buena mano para ir á asegurar y pacificar aquellas dos provincias de Zacatula y Colima, acordó de le enviar por capitán, y le dió quince de á caballo y treinta escopeteros y ballesteros; é yendo por su camino, ya que llegaba cabe Zacatula, le aguardaron los naturales de aquella provincia muy gentilmente á un mal paso, y le mataron dos soldados y le hirieron quince, é todavía les venció, y fué á la villa donde estaba Villafuerte con los vecinos que en ella estaban poblados, que no osaban ir á los pueblos que tenian en encomienda, porque no los acapillasen; y le habian muerto cuatro

vecinos en sus mismos pueblos, porque comunmente en todas las provincias y villas que se pueblan, á los principales les dan encomenderos, y cuando les piden tributos se alzan y matan los españoles que pueden; pues cuando el Cristóbal de Olí vió que ya tenia espaciada aquella provincia y le habian venido de paz, fué desde Zacatula á Colima, y hallóla de guerra, y tuvo con los naturales della ciertos rencuentros y le hirieron muchos soldados, y al fin los desbarató y quedaron de paz. El Juan Alvarez Chico, que habia ido por capitán no sé qué se hizo dél; paréceme que murió en aquella guerra. Pues como el Cristóbal de Olí hubo pacificado á Colima y le pareció que estaba de paz, como era casado con una portuguesa hermosa, que ya he dicho que se decia doña Felipa de Araujo, dió la vuelta para Méjico, y no se hubo bien vuelto, cuando se tornó á levantar lo de Colima y Zacatula; y en aquel instante habia llegado á Méjico Gonzalo de Sandoval con la señora doña Catalina Xarez Marceyda y con el Juan Xarez y todas sus compañías, como ya otra vez dicho tengo en el capítulo que dello habla; acordó Cortés de enviarle por capitán para apaciguar aquellas provincias, y con muy pocos de á caballo que entonces le dió y obra de quince ballesteros y escopeteros, conquistadores viejos, fué á Colima y castigó á dos caciques, y tal maña se dió, que toda la tierra dejó muy de paz y nunca mas se levantó, y se volvió por Zacatula é hizo lo mismo, y de presto se volvió á Méjico. Y volvamos á Guacacualco, y digamos cómo luego que se partió Gonzalo de Sandoval para Méjico con la señora doña Catalina Xarez se nos rebelaron todas las mas provincias de las que estaban encomendadas á los vecinos, é tuvimos muy gran trabajo en las torrar á pacificar; y la primera que se levantó fué Xaltepeque, zapotecas, que estaban poblados en altas y malas sierras, y tras esto se levantó lo de Cimatan y Copilco, que estaban entre grandes rios y ciénugas, y se levantaron otras provincias, y aun hasta doce leguas de la villa hubo pueblos que mataron á su encomendero, y lo andábamos pacificando con muy grandes trabajos. Y estando que estábamos en una entrada con el capitán Luis Marin é un alcalde ordinario y todos los regidores de nuestra villa, vinieronnos cartas que habia venido al puerto un navio, y que en él venia Juan Bono de Quexo, vizcaíno, é que habia subido el rio arriba con el navio, que era pequeño, hasta la villa, é que decia que traia cartas é provisiones de su majestad para nos notificar que luego fuésemos á la villa é dejásemos la pacificacion de la provincia; y como aquella nueva supimos, y estábamos con el teniente Luis Marin, así alcaldes y regidores fuimos á ver qué queria. Y después de nos abrazar y dar el parabien-venidos los unos y los otros, porque el Juan Bono era muy conocido de cuando vino con Narvaez, dijo que nos podia por merced que nos juntásemos en cabildo, que nos queria notificar ciertas provisiones de su majestad y de don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos; que traia muchas cartas para todos. Y según pareció, traia el Juan Bono cartas en blanco con la firma del Obispo; y entre tanto que nos fueron á llamar en la pacificacion donde estábamos, se informó el Juan Bono quién éramos los regidores, y las cartas que traia en blanco escribió en ellas palabras de ofrecimientos

que el Obispo nos enviaba si dábamos la tierra á Cristóbal de Tapia, que el Juan Bono no creyó que era vuelto para la isla de Santo Domingo; y el Obispo tenía por cierto que no le recibiríamos, é á aquel efeto envió á Juan Bono con aquellos recaudos; é traía para mí, como regidor, una carta del mismo obispo, que escribió el Juan Bono. Pues ya que habíamos entrado en cabildo y vimos sus despachos y provisiones, que nunca nos había querido decir lo que era hasta entonces, de presto le despachamos con decir que ya el Tapia era vuelto á Castilla, é que fuese á Méjico, adonde estaba Cortés, é allá le diría lo que le conviniese; é cuando aquello oyó el Juan Bono, que el Tapia no estaba en la tierra, se puso muy triste, y otro día se embarcó, é fué á la Villa-Rica, é desde allí á Méjico, y lo que allá pasó yo no lo sé; salvo que oí decir que Cortés le ayudó para la costa y se volvió á Castilla. Y dejemos de contar mas cosas, que había bien que decir cómo siempre que en aquella villa estuvimos nunca nos faltaron trabajos y conquistas de las provincias que se habían levantado; y volvamos á decir de Pedro de Albarado cómo le fué en lo de Tutepeque y en su población.

CAPITULO CLXI.

Cómo Pedro de Albarado fué á Tutepeque á poblar una villa, y lo que en la pacificación de aquella provincia y poblar la villa le acaeció.

Es menester que volvamos algo atrás para dar relacion desta ida que fué Pedro de Albarado á poblar á Tutepeque; y es así: que como se ganó la ciudad de Méjico, y se supo en todas las comarcas y provincias que una ciudad tan fuerte estaba por el suelo, enviaban á dar el parabien de la vitoria á Cortés, y á ofrecerse por vasallos de su majestad; y entre muchos grandes pueblos que en aquel tiempo vinieron, fué uno que se dice Tutepeque, zapotecas, y trajeron un presente de oro á Cortés, y dijéronle que estaban otros pueblos algo apartados que se decían Tutepeque, muy enemigos suyos, é que les venían á dar guerra porque habían enviado los de Guantepeque á dar la obediencia á su majestad, y que estaban en la costa del sur, y que era gente muy rica, así de oro que tenían en joyas, como de minas; y le demandaron á Cortés con mucha inportunacion les diesen hombres de á caballo y escopeteros y ballesteros para ir contra sus enemigos; é Cortés les habló muy amorosamente, y les dijo que quería enviar con ellos al Tonatio, que así le llamaban al Pedro de Albarado; y dijo á fray Bartolomé que fuese con Albarado, y luego le dió sobre ciento y ochenta soldados, y entre ellos treinta y cinco de á caballo, y le mandó que en la provincia de Guaxaca, donde estaba un Francisco de Orozco por capitán, pues estaba de paz aquella provincia, que le demandase otros veinte soldados, y los mas dellos ballesteros; y así como lo fué mandado, ordenó su partida, y salió de Méjico el año de 22; é mandóte Cortés que luego fuese é viese ciertos peñoles que decían que estaban alzados, y entonces todo lo halló de paz y de buena voluntad, y tardó mas de cuarenta días en llegar á Tutepeque; y el señor del y todos los principales, desque supieron que estaban ya cerca de su pueblo, le salieron á recibir de paz, y les llevaron á aposentar en lo

mas poblado del pueblo, adonde el cacique tenía sus adoratorios y sus grandes aposentos, y estaban las casas muy juntas unas de otras y son de paja; porque en aquella provincia no tenían azuleas, porque es tierra muy caliente; y dijo fray Bartolomé á Albarado, con sus capitanes y soldados, que no era bien aposentarse en aquellas casas tan juntas unas de otras, porque si ponían fuego no se podrían valer; y parecióle bien el consejo á Albarado, y fué acordado que se fuesen en cabo del pueblo; y como fué aposentado, el cacique le llevó muy grandes presentes de oro y bien de comer, y cada día que allí estuvieron le llevó presentes muy ricos de oro; y como el Albarado vido que tanto oro tenían, le mandó hacer unas estriberas de oro fino, de la manera de otras que le dió para que por ellas las hiciese, y se las trajeron hechas; y dende á pocos días echó preso al cacique porque le dijeron los de Teguantepaque al Pedro de Albarado que le quería dar guerra toda aquella provincia, é que cuando le aposentaron entre aquellas casas donde estaban los ídolos y aposentos, que era por les quemar é que allí muriesen todos; y á esta causa le echó preso. Otros españoles de fe y de creer dijeron que por sacarle mucho oro, é sin justicia murió en las prisiones; ahora sea lo uno ó lo otro, aquel cacique dió á Pedro de Albarado mas de treinta mil pesos, y murió de enojo y de la prision; y aunque fray Bartolomé de Olmedo le animaba y consolaba, no bastó para que no se muriese encorajado y de pesar; é quedó á un su hijo el cacicazgo, y le sacó Albarado mucho mas oro que al padre; y luego envió á visitar los pueblos de la comarca, y los repartió entre los vecinos, y pobló una villa que se puso por nombre Segura, porque los mas vecinos que allí poblaron habían sido de antes vecinos de Segura de la Frontera, que era Tepeaca. Y como esto tuvo hecho, y tenía ya llegado buena suma de pesos de oro, y se lo llevaba á Méjico para dar á Cortés; y tambien le dijeron que Cortés le escribió que todo el oro que pudiese haber, que lo trajese consigo para enviar á su majestad, por causa que habían robado los franceses lo que habían enviado con Alonso de Avila é Quinones, é que no diese parte ninguna dello á ningun soldado de los que tenía en su compañía; é ya que el Albarado quería partir para Méjico, tenían hecha ciertos soldados una conjuración, y los mas dellos ballesteros y escopeteros, de matar otro día á Pedro de Albarado y á sus hermanos porque les llevaban el oro sin dar partes, y aunque se las pedían muchas veces, no se lo quiso dar, y porque no les daba buenos repartimientos de indios; y esta conjuración, si no se lo descubriera á fray Bartolomé de Olmedo un soldado que se decía Trebejo, que era en la misma trama, aquella noche que venía habían de dar en ellos; y como el Albarado lo supo del fraile, que se lo dijo á hora de visperas, yendo á caballo á caza por unas cañas, é iban en su compañía á caballo de los que entraban en la conjuración, para disimular con ellos dijo: «Señores, á mí me ha dado dolor de costado; volvamos á los aposentos, y llámenme un barbero que me haga sangre.» Y como volvió, envió á llamar á sus hermanos Jorge y Gonzalo Gomez, todos Albarados, é á los alcaldes y alguaciles, y prenden los que eran en la conjuración, y por justicia ahorcaron á dos dellos, que se decían

el uno Fulano de Salamanca, natural del Condado, que habia sido piloto, é á otro que se decia Bernardo Levantisco, y murieron como buenos cristianos, que el fray Bartolomé trabajó mucho con ellos; y con estos dos aparciguó los demás, y luego se fué para Méjico con todo el oro, y dejó poblada la villa; y cuando los vecinos que en ella quedaron vieron que los repartimientos que les daban no eran buenos, y la tierra doliente y muy calurosa, é habian adolecido muchos dellos, é las naborias é esclavos que llevaban se les habian muerto, y aun muchos murciéguos y mosquitos y aun chinches, y sobre todo, que el oro no lo repartió el Albarado entre ellos y se lo llevó, acordaron de quitarse de mal ruido y despoblar la villa, y muchos dellos se vinieron á Méjico y otros á Guaxaca é á Guatimala, y se derramaron por otras partes; y cuando Cortés lo supo, envió á hacer pesquisa sobre ello, y hallóse que por los alcaldes y regidores en el cabildo se concertó que se despoblasen, y sentenciaron á los que fueron en ello á pena de muerte; mas el fray Bartolomé pidió á Cortés que no los ahorcase, y eso con mucho alinco; y así, fué después la pena un destierro; y desta manera sucedió en lo de Tutepeque, que jamás nunca se pobló, y aunque era tierra rica, por ser doliente; y como los naturales de aquella tierra vieron esto, que se habia despoblado, é la crueldad que Pedro de Albarado habia hecho sin causa ni justicia ninguna, se tornó á rebelar, y volvió á ellos el Pedro de Albarado y los llamó de paz, y sin dale guerra volvieron á estar de paz. Dejemos esto, é digamos que, como Cortés tenia ya llegados sobre ochenta mil pesos de oro para enviar á su majestad, y el tiro Fénix forjado, vino en aquella sazón nueva como habia venido á Pánuco Francisco de Garay con grande armada; y lo que sobre ello se hizo diré adelante.

CAPITULO CLXII.

Como vino Francisco de Garay de Jamáica con grande armada para Pánuco, y lo que le aconteció, y muchas cosas que pasaron.

Como he dicho en otro capítulo que habia de Francisco de Garay, como era gobernador en la isla de Jamáica é rico, y tuvo nueva que habiamos descubierto muy ricas tierras quando lo de Francisco Hernandez de Córdoba é Juan de Grijuva, y habiamos llevado á la isla de Cuba veinte mil pesos de oro, y los hubo Diego Velazquez, gobernador que era de aquella isla, y que venia en aquel instante Hernando Cortés á la Nueva-España con otra armada, tomóle gran codicia á Garay de venir á conquistar algunas tierras, pues tenia mejor candal que otros ningunos; y tuvo nueva plática de un Anton de Alaminos, que fué el piloto mayor que habiamos traído quando lo descubrimos, cómo estaban muy ricas tierras y muy pobladas desde el rio de Pánuco adelante, é que aquello podia enviar á suplicar á su majestad que le hiciese merced. Y después de bien informado el mismo Garay del piloto Alaminos y de otros pilotos que se habian hallado juntamente con el Alaminos en el descubrimiento, acordó de enviar á su mayordomo, que se decia Juan de Torralba, á la corte con cartas y dineros, á suplicar á los caballeros que en aquella sazón estaban por presidente é oidores de su majestad

que le hiciesen merced de la gobernacion del rio de Pánuco, con todo lo demás que descubriese é estuviere por poblar; y como su majestad en aquella sazón estaba en Flándes, y estaba por presidente de Indias don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos é arzobispo de Rosano, que lo mandaba todo, y el licenciado Zapata y el licenciado Várgas y el secretario Lope de Conchillos, le trajeron provisiones que fuese adelantado y gobernador del rio de San Pedro y San Pablo, con todo lo que descubriese; y con aquellas provisiones envió luego tres navios con hasta ducientos y cuarenta soldados, con muchos caballos y escopeteros y ballesteros y bastimentos, y por capitan dellos á un Alonso Alvarez Pineda ó Pinedo, otras veces por mi ya nombrado. Pues como hubo enviado aquella armada, ya he dicho otras veces que los indios de Pánuco se la desbarataron, y mataron al capitan Pineda y á todos los soldados y caballos que tenia, excepto obra de sesenta soldados que vinieron al puerto de la Villa-Rica con un navío, y por capitan dellos un Camargo, que se acogieron á nosotros; y tras aquellos tres navios, viendo el Garay que no tenia nuevas dellos, envió otros dos navios con muchos soldados y caballos y bastimentos, y por capitan dellos á Miguel Diaz de Ajuz é á un Ramirez, los cuales se vinieron tambien á nuestro puerto; y como vieron que no hallaron en el rio de Pánuco pelo ni uso de los soldados que habia enviado Garay, salvo los navios quebrados, todo lo cual tengo ya dicho otra vez en mi relacion; mas es necesario que se torne á decir desde el principio para que bien se entienda. Pues volviendo á nuestro propósito y relacion, viendo el Francisco de Garay que ya habia gastado muchos pesos de oro, é oyó decir de la buena ventura de Cortés, y de las grandes ciudades que habia descubierto, y del mucho oro y joyas que habia en la tierra, tuvo envidia y codicia, y le vino mas la voluntad de venir él en persona y traer la mayor armada que pudiese; buscó once navios y dos bergantines, que fueron trece velas, y allegó ciento y treinta y seis de á caballo y ochocientos y cuarenta soldados, los mas ballesteros y escopeteros, y basteciélos muy bien de todo lo que hubieron menester, que era pan cazabe é tocinos; é tasajos de vacas, que ya habia hurto ganado vacuno; que, como era rico y lo tenia todo de su cosecha, no le dolía el gasto; y para ser hecha aquella armada en la isla de Jamáica, fué demasiada la gente y caballos que allegó, y en el año de 1523 años salió de Jamáica con toda su armada por San Juan de junio, é vino á la isla de Cuba é á un puerto que se dice Xagua, y allí alcanzó á saber que Cortés tenia pacificada la provincia de Pánuco é poblada una villa, y habia gastado en la pacificar mas de setenta mil pesos de oro, é que habia enviado á suplicar á su majestad le hiciese merced de la gobernacion della, juntamente con la Nueva-España; y como le decian de las cosas heróicas que Cortés y sus compañeros habiamos hecho, y como tuvo nueva que con ducientos y sesenta y seis soldados habiamos desbaratado á Pánuco de Narvaez, habiendo traído sobre mil y treientos soldados, con ciento de á caballo y otros tantos escopeteros y ballesteros, y diez y ocho tiros, temió la fortuna de Cortés; é en aquella sazón que estaba el Garay en aquel puerto de Xagua lo vinieron á

ver muchos vecinos de la isla de Cuba, y viniéronse en su compañía del Garay ocho ó diez personas principales de aquella isla, y le vino á ver el licenciado Zunzo, que habia venido á aquella isla á tomar residencia á Diego Velazquez por mandado de la real audiencia de Santo Domingo; y platicando el Garay con el licenciado sobre la ventura de Cortés, que temia que habia de tener diferencias con él sobre la provincia de Pánuco, le rogó que se fuese con el Garay en aquel viaje, para ser intercesor entre él y Cortés; y el licenciado Zunzo respondió que no podia ir por entonces sin dar residencia, mas que presto seria allí en Pánuco; y luego el Garay mandó dar velas, é va su derrota para Pánuco, y en el camino tuvo un mal tiempo, y los pilotos que llevaban subieron mas arriba hacia el rio de Palmas, y surgió en el propio rio día de señor Santiago, y luego envió á ver la tierra, y á los capitanes y soldados que envió no les pareció buena, y no tuvieron gana de quedar allí, sino que se viniese al propio rio de Pánuco á la poblacion é villa que Cortés habia poblado, por estar mas cerca de Méjico; y como aquella nueva le trajeron, acordó el Garay de tomar juramento á todos sus soldados que no le desmampararian sus banderas, é que lo obedecieran como á tal capitan general, é nombró alcaldes y regidores y todo lo perteneciente á una villa; dijo que se habia de nombrar la villa Garayana, é mandó desembarcar todos los caballos y soldados de los navios desembarazados; envió los navios costa á costa con un capitan que se decia Grijulva, y él y todo su ejército se vino por tierra costa á costa cerca de la mar, y anduvo dos dias por malos despoblados, que eran ciénegas; pasó un rio que venia de unas sierras que vieron desde el camino, que estaban de allí obra de cien leguas, y pasaron aquel gran rio en barcas é en unas canoas que hallaron quebradas. Luego en pasando el rio estaba un pueblo despoblado de aquel día, é hallaron muy bien de comer maíz é gallinas, é habia muchas guayabas muy buenas. Allí en este pueblo el Garay prendió unos indios que entendian la lengua mejicana, y halagóles y dióles camisas, envióles por mensajeros á otros pueblos que le decian que estaban cerca, porque recibiesen de paz, y rodeó una ciénega; fué á los mismos pueblos, recibiendo de paz, diéronle muy bien de comer y muchas gallinas de la tierra, é otras aves, como á manera de asarones, que tomaban en las lagunas; é como muchos de los soldados que llevaba Garay iban cansados, y parece ser no les daban de lo que los indios traian de comer, se amotinaron algunos é se fueron á robar á los indios de aquellos pueblos por donde venian, é estuvieron en este pueblo tres dias; otro dia fueron su camino con guías. Llegaron á un gran rio, no le podian pasar sino con canoas que les dieron los de los pueblos de paz donde habian estado; procuraron de pasar cada caballo á nado, y remando con cada canoa un caballo que le llevasen del cabestro; y como eran muchos caballos y no se daban maña, se les ahogaron cinco caballos; salen de aquel rio, dan en unas malas ciénegas, y con mucho trabajo llegaron á tierra de Pánuco; é ya que en ella se hallaron, creyeron tener de comer, y estaban todos los pueblos sin maíz ni bastimentos y muy alterados, y esto fué á causa de las guerras que Cortés con ellos habia tenido

poco tiempo habia; y tambien si alguna comida tenian, habianlo alzado y puesto en cobro; porque, como vieron tantos españoles y caballos, tuvieron miedo dellos y despoblaban los pueblos, é adonde pensaba Garay reposar, tenia mas trabajo; y demás desto, como estaban despobladas las casas donde posaba, habia en ellas muchos murciélagos é chinches y mosquitos, é todo les daba guerra; é luego sucedió otra mala ventura, que los navios que venian costa á costa no habian llegado al puerto ni sabian dellos, porque en ellos traian mucho bastimento; lo cual supieron de un español que los vino á ver é hallaron en un pueblo, que era de los vecinos que estaban poblados en la villa de Santi-Esteban del Puerto, que estaba huido por temor de la justicia por cierto delito que habia hecho; el cual les dijo cómo estaban poblados en una villa muy cerca de allí y cómo Méjico era muy buena tierra, é que estaban los vecinos que en ella vivian ricos; é como oyeron los soldados que traia Garay al español, que con él hablaron muchos, que la tierra de Méjico era buena é la de Pánuco no era tan buena, se desmandaron y se fueron por la tierra á robar, é ibanse á Méjico; y en aquella sazón, viendo el Garay que se le amotinaban sus soldados y no los podia haber, envió á un su capitan que se decia Diego de Ocampo á la villa de Santi-Esteban á saber qué voluntad tenia el teniente que estaba por Cortés, que se decia Pedro de Vallejo, y aun le escribió haciéndole saber cómo traia provisiones y recaudos de su majestad para gobernar y ser adelantado de aquellas provincias, é cómo habia aportado con sus navios al rio de Palmas, é del camino é trabajos que habia pasado; y el Vallejo hizo mucha honra al Diego de Ocampo y á los que con él iban, y le dió buena respuesta, y les dijo que Cortés holgara de tener tan buen vecino por gobernador, mas que lo habia costado muy caro la conquista de aquella tierra, y que su majestad le habia hecho merced de la gobernacion, y que venga cuando quisiere con sus ejércitos é que se le hará todo servicio, é que le pide por merced que mande á sus soldados que no hagan injusticias ni robos á los indios, porque se le han venido á quejar dos pueblos; y tras esto, muy en posta escribió al Vallejo á Cortés, y aun le envió la carta del Garay, é hizo que escribiese otra al mismo Diego de Ocampo, y le envió é decir que qué mandaba que se hiciese, é que de presto enviasen muchos soldados é viniese Cortés en persona. Y desde que Cortés vió la carta, envió á llamar á fray Bartolomé é á Pedro de Albarado, é á Gonzalo de Sandoval é á un Gonzalo de Ocampo, hermano del otro Diego de Ocampo que venia con Garay, y envió con ellos los recaudos que tenia, cómo su majestad le habia mandado que todo lo que conquistase tuviese en sí hasta que se averiguase la justicia entre él y Diego Velazquez, é se lo notificasen al Garay. Dejemos de hablar desto, y digamos que luego como Gonzalo de Ocampo volvió con la respuesta del Vallejo al Garay, y le pareció buena respuesta, se vino con todo su ejército á se juntar mas cerca de la villa de Santi-Esteban del Puerto, é ya el Pedro de Vallejo tenia concertado con los vecinos de la villa, é con aviso que tuvo de cinco soldados que se habian ido de la villa, que eran del mismo Garay, de los amotinados; y como estaban muy descuidados é no se

velaban, é como quedaban en un pueblo bueno é grande que se dice Nachaplan, y los del Vallejo sabian bien la tierra, dan en la gente de Garay, y le prenden sobre cuarenta soldados, y se los llevaron á su villa de Santi-Estóban del Puerto, y ellos tuvieron por nueva su prision; y la causa que dijo el Vallejo por que los prendió, era porque, sin presentar las provisiones y recaudos que traian, andaban robando la tierra; y viendo esto Garay, hubo gran pesar, y tornó á enviar á decir al Vallejo que le diese sus soldados, amenazándole con la justicia de nuestro rey y señor; y el Vallejo respondió que cuando vea las reales provisiones, que las obedecerá y pondrá sobre su cabeza, é que fuera mejor que cuando vino Ocampo las trajera y presentara para las cumplir, é que le pido por merced que mande á sus soldados que no roben ni saqueen los pueblos de su majestad; y en este instante llegaron fray Bartolomé é Albarado, los capitanes que Cortés enviaba con los recaudos; y como el Diego de Ocampo era en aquella sazón alcalde mayor por Cortés en Méjico, comenzó de hacer requirimientos al Garay que no entrase en la tierra, porque su majestad mandó que la tuviese Cortés, y en demandas y respuestas, en que andaba el fray Bartolomé, se pasaron ciertos dias, y entre tanto se le iban al Garay muchos soldados, que anochebian y no amanecian en el real; y vió Garay que los capitanes de Cortés traian mucha gente de á caballo y escopeteros, y de cada día le venian mas, y supo que de sus navios que habia mandado venir costa á costa, se le habian perdido dos dellos con tormenta de nortes, que es travesía, y los demás navios que estaban en la boca del puerto, y que el teniente Vallejo les envió á requerir que luego se entrasen dentro en el rio, no les vintese algun desman y tormenta como la pasada; si no, que los ternia por cosarios que andaban á robar; y los capitanes de los navios respondieron que no tuviese Vallejo que entender ni mandar en ello, que ellos estarian donde quisiesen; y en este instante el Francisco de Garay temió la buena fortuna de Cortés; y como andaban en estos trances el alcalde mayor Diego de Ocampo, y Pedro de Albarado y Gonzalo de Sandoval, tuvieron pláticas secretas con los de Garay y con los capitanes que estaban en los navios en el puerto, y se concertaron con ellos que se entrasen en el puerto y se diesen á Cortés; y luego un Martin de San Juan Lepuzcuano y un Castro Mocho, maestros de navios, se entregaron é dieron con sus naos al teniente Vallejo por Cortés; é como los tuvo, fué en ellos el mismo Vallejo á requerir al capitán Juan de Grijalva, que estaba en la boca del puerto, que se entrase dentro á surgir, ó se fuese por la mar donde quisiese; y respondiéndole con tirarle muchos tiros; y luego enviaron en una barca un escribano del Rey, que se decia Vicente Lopez, á le requerir que se entrase en el puerto, y aun llevó cartas para el Grijalva, del Pedro de Albarado y de fray Bartolomé, con ofertas y prometiimientos que Cortés le haria mercedes; y como vió las cartas y que todas las naos habian entrado en el rio, así hizo el Juan de Grijalva con su nao capitana; y el teniente Vallejo le dijo que fuese preso en nombre del capitán Hernando Cortés; mas luego le soltó á él y á cuantos estaban detenidos, á causa que le decia fray

Bartolomé: «Hagamos nuestra cosa sin sangre, pues podemos, y serán Dios y el César mas agradados.» Y desde que el Garay vió el mal recaudo que tenia, y sus soldados huidos y amotinados, y los navios todos al través, y los demás estaban tomados por Cortés, si muy triste estuvo antes que se los tomasen, mas lo estuvo después que se vido desbaratado; y luego demandó con grandes protestaciones que hizo á los capitanes de Cortés que le diesen sus naos y todos sus soldados, que se queria volver al rio de Palmas, y presentó sus provisiones y recaudos que para ello traia, y que por no tener debates ni cuestiones con Cortés, que se queria volver; y aquellos caballeros le respondieron que fuese mucho en buena hora, y que ellos mandarian á todos los soldados que estaban en aquella provincia y por los pueblos amotinados que luego se vengán á su capitán y vayan en los navios; y le mandaron proveer de todo lo que hubiese menester, así de bastimentos como de armas y tiros é pólvora, é que escribirán á Cortés lo proveyese muy cumplidamente de todo lo que hubiese menester; y el Garay con esta respuesta y ofrecimientos estaba contento; y luego se dieron pregones en aquella villa, y en todos los pueblos enviaron alguaciles á prender los soldados amotinados para los traer al Garay, y por mas penas que les ponian, era pregonar en balde, que no aprovechaba cosa ninguna; y algunos soldados que traian presos decian que ya habian llegado á la provincia de Pánuco, y que no eran obligados á mas le seguir, ni cumplir el juramento que les habia tomado, y ponian otras perentorias, que decian que no era capitán el Garay para saber mandar, ni hombre de guerra. Como vió el Garay que no aprovechaban pregones ni la buena diligencia que le parecia que ponian los capitanes de Cortés en traer sus soldados, estaba desesperado; pues viéndose desmamparado de todos, aconsejaronle los que venian por parte de Cortés que le escribiese luego al mismo Cortés, é que ellos serian intercesores con él para que volviese al rio de Palmas; y que tenian á Cortés por tan de buena condicion, que le ayudaria en todo lo que pudiese, y que el Pedro de Albarado y el fraile serian fiadores dello; y luego el Garay escribió á Cortés, dándole relacion de su viaje y trabajos, que si su merced mandaba, que le iria á ver y comunicar cosas cumplideras al servicio de Dios y de su majestad, encomendándole su honra y estado, y que lo ordenase de manera que no fuese disminuida su honra; y tambien escribió fray Bartolomé y Pedro de Albarado, y el Diego de Ocampo y Gonzalo de Sandoval, suplicando al Cortés por las cosas del Francisco de Garay, para que en todo fuese ayudado, pues en los tiempos pasados habian sido grandes amigos; y Cortés, viendo aquellas cartas, tuvo lástima del Garay, y le respondió con mucha mansedumbre, y que le pesaba de todos sus trabajos, y que se venga á Méjico, que le prometa que en todo lo que pudiese ayudar lo hará de muy buena voluntad, y que á la obra se remite; y mandó que por do quiera que viniese le hiciesen honra y le diesen todo lo que hubiese menester, y aun le envió al camino refresco; y cuando llegó á Tezcuco le tenian hecho un banquete; y llegado á Méjico, el mismo Cortés y muchos caballeros le salie-

ron á recibir, y el Garay iba espantado de ver tantas ciudades, y mas cuando vió la gran ciudad de Méjico; y luego Cortés lo llevó á sus palacios, que entonces nuevamente los hacia; y después que se hubieron comunicado él y el Garay, el Garay le contó sus desdichas y trabajos, encomendándole que por su mano fuese remediado; y el mismo Cortés se le ofreció muy de voluntad, y fray Bartolomé y Pedro de Albarado y Gonzalo de Sandoval le fueron buenos medianeros; y do ahí á tres ó cuatro dias que hubo llegado, porque la amistad suya fuese mas duradera y segura, trató fray Bartolomé que se casase una hija de Cortés, que se decía doña Catalina Cortés é Pizarro, que era niña, con un hijo de Garay, el mayorazgo, que traia consigo en la armada é le dejó por capitán de su armada; y Cortés vino en ello, y le mandó en dote con doña Catalina gran cantidad de pesos de oro, y que Garay fuese á poblar el rio de Palmas, é que Cortés le diese lo que hubiese menester para la poblacion y pacificacion de aquella provincia, y aun le prometió capitanes y soldados de los suyos, para que con ellos descuidase en las guerras que hubiese; y con estos prometimientos, y con la buena voluntad que Garay halló en Cortés, estaba muy alegre: yo tengo por cierto que así como lo habia capitulado y ordenado Cortés, lo cumpliría. Dejamos esto del casamiento y de las promesas, y diré cómo en aquella sazón fué á posar el Garay en casa de un Alonso de Villanueva, porque Cortés hacia sus casas y palacio muy grandes, y de tantos patios, que era admiracion; y Alonso de Villanueva, segun pareció, habia estado en Jamaica cuando Cortés lo envió á comprar caballos, que esto no lo afirmo si era entonces ó después; era muy grande amigo de Garay, y por el conocimiento pasado suplicó el Garay á Cortés para pasarse á las casas del Villanueva, y se le hacia toda la honra que podia, y todos los vecinos de Méjico le acompañaban. Quiero decir cómo en aquella sazón estaba en Méjico Pánfilo de Narvaez, que es el que hubimos desbaratado, como dicho tengo otras veces, y fué á ver y hablar al Garay; abrazáronse el uno al otro, y se pusieron á platicar cada uno de sus trabajos y desdichas; y como el Narvaez era hombre que hablaba muy entonado, de plática en plática, medio riendo, le dijo el Narvaez: «Señor adelantado don Francisco de Garay, hanme dicho ciertos soldados de los que le han venido trayendo y amotinados que solia decir vuesamerced á los caballeros que traia en su armada: «Mirad que hagamos como varones, y peleemos muy bien con estos soldados de Cortés, no nos tomen descuidados como tomaron á Narvaez;» pues, señor don Francisco de Garay, á mí peleando me quebraron este ojo, y me robaron y me quemaron cuanto tenia, y hasta que me mataron el alférez y muchos soldados y prendieron mis capitanes, nunca me habian vencido tan descuidado como á vuesamerced le han dicho: hágole saber que otros mas venturosos en el mundo no ha habido que Cortés; y tiene tales capitanes y soldados, que se podian nombrar tan en ventura cada uno en lo que tuvo entre manos como Octaviano, y en el vencer como Julio César, y en el trabajar y ser en las batallas mas que Anibal.» Y el Garay respondia que no habia necesidad

que se lo dijese; que por las obras se veia lo que decia, y que ¿qué hombre hubo en el mundo que con tan pocos soldados se atreviese á dar con los navios al través, y meterse en tan recios pueblos y grandes ciudades á les dar guerra? Y respondia Narvaez recitando otros grandes hechos de Cortés; y estuvieron el uno y el otro platicando en las conquistas desta Nueva-España como á manera de coloquio. Y dejemos estas alabanzas que entre ellos se tuvo, y diré cómo Garay suplicó á Cortés por el Narvaez, para que le diese licencia para volver á la isla de Cuba con su mujer, que se decía Maria de Valenzuela, que estaba rica de las minas y de los buenos indios que tenia el Narvaez; y demás de se lo suplicar el Garay á Cortés con muchos ruegos, la misma mujer de Narvaez se lo habia enviado á suplicar á Cortés por cartas, le dejase ir á su marido; porque, segun parece, se conocian cuando Cortés estaba en Cuba, y eran compadres; y Cortés le dió licencia y le ayudó con dos mil pesos de oro; y cuando el Narvaez tuvo licencia se humilló mucho á Cortés, con prometimientos que primero lo hizo que en todo le seria servidor, y luego se fué á Cuba. Dejemos de mas platicar desto, y digamos en qué paró Garay y su armada; y es, que yendo una noche de Navidad del año de 1523, juntamente con Cortés, á maitines, que los cantaron muy bien, y fray Bartolomé dijo lindamente la misa del Gallo, después de vueltos de la iglesia, almorzaron con mucho regocijo, y desde allí á una hora, con el aire que le dió al Garay, que estaba de antes mal dispuesto, le dió dolor de costado con grandes calenturas; mandáronle los médicos sangrar y purgáronle, y desque vieron que arrechaba el mal, le dijeron á fray Bartolomé que le dijese á Garay que moria, que se confesase y que hiciese testamento; lo cual luego lo hizo fray Bartolomé, y le dijo, como llegaba su acabamiento, que se dispusiese como buen cristiano y honrado caballero, é que no perdiese su ánima, ya que habia perdido la hacienda. El Garay le respondió: «Teneis razon, padre; yo quiero que me confeseis esta noche, y recibir el santo cuerpo de Jesucristo e hacer mi testamento.» E cumpliólo muy honradamente; y desque hubo comulgado, hizo su testamento, y dejó por albaceas á Cortés y á fray Bartolomé de Olmedo; y luego, dende á cuatro dias que le dió el mal, dió el alma á nuestro Señor Jesucristo, que la crió; y esto tiene la cañida de la tierra de Méjico, que en tres ó cuatro dias mueren de aquel mal de dolor de costado, que esto ya lo he dicho otra vez, y lo tenemos bien experimentado de cuando estábamos en Tezcuco y en Cuyoacan, que se murieron muchos de nuestros soldados. Pues ya muerto Garay, perdónale Dios, amen, le hicieron muchas honras al enterramiento, y Cortés y otros caballeros se pusieron luto; y murió el Garay fuera de su tierra, en casa ajena y lejos de su mujer é hijos. Dejemos de contar desto, y volvamos á decir de la provincia del Pánuco, que, como el Garay se vino á Méjico, y sus capitanes y soldados, como no tenían cabeza ni quien les mandase, cada uno de los soldados que aquí nombraré, que el Garay traia en su compañía, se querian hacer capitanes; los cuales se decian, Juan de Grijalva, Gonzalo de Figueroa, Alonso de Mendoza,

Lorenzo de Ulloa, Juan de Medina el tuerto, Juan de Villa, Antonio de la Cerda y un Tobarda; este Tobarda fué el mas bullicioso de todos los del real de Garay; y sobre todos ellos quedó por capitán un hijo del Garay, que queria casar Cortés con su hija, y no le acataban ni lucian cuenta del todos los que he nombrado ni ninguno de los de su capitania; antes se juntaban de quince en quince y de veinte en veinte, y se andaban robando los pueblos y tomando las mujeres por fuerza, y mantas y gallinas, como si estuvieran en tierra de moros, robando lo que hallaban. Y como aquellos vieron los indios de aquella provincia, se concertaron todos á una de los matar, y en pocos dias sacrificaron y comieron mas de quinientos españoles, y todos eran de los de Garay, y en pueblos hubo que sacrificaron mas de cien españoles juntos; y por todos los demás pueblos no hacian sino, á los que andaban desmandados, matarlos y comer y sacrificar; y como no habia resistencia, ni obedecian á los vecinos de la villa de Santi-Esteban, que dejó Cortés poblada, é ya que salian á les dar guerra, era tanta la multitud que salia de guerreros, que no se podian valer con ellos; y á tanto vino la cosa y atrevimiento que tuvieron, que fueron muchos indios sobre la villa, y la combatieron de noche y de dia de arte, que estuvo en gran riesgo de se perder; y si no fuera por siete ó ocho conquistadores viejos de los de Cortés, y por el capitán Vallejo, que ponian velas y andaban rondando y esforzando á los demás, ciertamente les entrarán en su villa; y aquellos conquistadores dijeron á los demás soldados de Garay que siempre procurasen de estar juntamente con ellos, y que allí en el campo estaban muy mejor, y que allí los hallasen los contrarios, y que no se volviesen á la villa; y así se hizo, y pelearon con ellos tres veces, y puesto que mataron al capitán Vallejo é hirieron otros muchos, todavía los desbarataron y mataron muchos indios dellos; y estaban tan furiosos todos los indios naturales de aquella provincia, que quemaron y abasaron una noche cuarenta españoles, y mataron quince caballos, y muchos de los que mataron eran de los de Cortés, en un pueblo, y todos los demás fueron de los de Garay; y como Cortés alcanzó á saber estos destrozos que hicieron en esta provincia, tomó tanto enojo, que quiso volver en persona contra ellos, y como estaba muy malo de un brazo que se le habia quebrado, no pudo venir; y de presto mandó á Gonzalo de Sandoval que viniese con cien soldados y cincuenta de á caballo y dos tiros y quince arcabuceros y ballesteros, y le dió ocho mil tlascaltecas y mejicanos, y le mandó que no viniese sin que les dejase muy bien castigados, de manera que no se tornasen á alzar. Pues como el Sandoval era muy ardidoso, y cuando le mandaban cosa de importancia no dormia de noche, no se tardó mucho en el camino, que con gran concierto da orden cómo habian de entrar y salir los de á caballo en los contrarios, porque tuvo aviso que le estaban esperando en dos malos pasos todas las capitancias de los guerreros de aquellas provincias; y acordó enviar la mitad de todo su ejército al un mal paso, y él se estuvo con la otra mitad de su compañía á la otra parte; y mandó á los escopeteros y ballesteros no hiciesen sino armar unos y soltar otros, y

dar en ellos y hasta ver si los podria hacer poner en huida; y los contrarios tiraban mucha vara y flecha y piedra, é hirieron á muchos soldados y de nuestros amigos. Viendo Sandoval que no les podia entrar, estuvieron en aquel mal paso hasta la noche, y envió á mandar á los demás que estaban en aquel otro mal paso que hiciesen lo mismo, y los contrarios nunca desmampararon sus puestos; é otro dia por la mañana, viendo Sandoval que no aprovechaba cosa estar allí como habia dicho, mandó enviar á llamar á las demás capitancias que habia enviado al otro mal paso, é hizo que levantaba su real, y que se volvía camino de Méjico como amedrentado; y como los naturales de aquellas provincias que estaban juntos les pareció que de miedo se iban retrayendo, salen al camino, é iban siguiéndole dándole grita y diciéndole vituperios; y todavía el Sandoval, aunque mas indios salian tras él, no volvía sobre ellos, y esto fué por descuidalles, para, como habian ya estado aguardando tres dias, volver aquella noche y pasar de presto con todo su ejército los malos pasos; é así lo hizo, que á media noche volvió y tomóles algo descuidados, y pasó con los de á caballo; y no fué tan sin grande peligro, que le mataron tres caballos é hirieron muchos soldados; y cuando se vió en buena tierra y fuera del mal paso con sus ejércitos, él por una parte y los demás de su capitania por otra, dan en grandes escuadrones que aquella misma noche se habian juntado, desde supieron que volvió; y eran tantos, que el Sandoval tuvo receo no le rompiesen y desbaratasen, y mandó á sus soldados que se tornasen á juntar con él para que peleasen juntos, porque vió y entendió de aquellos contrarios que como tigres rabiosos se venian á meter por las puntas de las espadas, y habian tomado seis lanzas á los de á caballo, como no eran hombres acostumbrados á la guerra; de lo cual Sandoval estaba tan enojado, que decia que valiera mas que trajera pocos soldados de los que él conocia, y no los que trujo; y allí les mandó á los de á caballo de la manera que habian de pelear, que eran nuevamente venidos; y es, que las lanzas algo terciadas, y no se parasen á dur lanzadas, sino por los rostros y pasar adelante hasta que les hayan puesto en huida; y les dijo que vista cosa es que si se parasen á alancear, que la primera cosa que el indio hace desde que está herido es echar mano de la lanza, y como les vean volver las espaldas, que entonces á media rienda los han de seguir, y las lanzas todavía terciadas, y si les echaren mano de las lanzas, porque aun con todo esto no dejan de asir dellas, que para se las sacar de presto de sus manos, poner piernas al caballo, y la lanza bien apretada con la mano asida y debajo del brazo para mejor se ayudar y sacarla del poder del contrario, y si no la quisiero soltar, traerla arrastrando con la fuerza del caballo. Pues ya que los estuvo dando orden cómo habian de batallar, y vió á todos sus soldados y de á caballo juntos, se fué á dormir aquella noche á orilla de un rio, y allí puso buenas velas y escuchas y corredores del campo, y mandó que toda la noche tuviesen los caballos ensillados, y asimismo ballesteros y escopeteros y soldados muy opercebidos; mandó á los amigos tlascaltecas y mejicanos que estuviesen sus capitancias algo apartadas de

los nuestros, porque ya tenía experiencia de lo de Méjico; porque si de noche viniesen los contrarios á dar en los reales, que no hubiese estorbo ninguno en los amigos; y esto fué porque el Sandoval temió que vendrían, porque vió muchas capitánias de contrarios que se juntaban muy cerca de sus reales, y tuvo por cierto que aquella noche les habian de venir á combatir, é oia muchos gritos y cornetas é tambores muy cerca de allí; é segun entendian, habianle dicho nuestros amigos á Sandoval que decian los contrarios que para aquel día cuando amaneciese habian de matar á Sandoval y á toda su compañía; y los corredores del campo vinieron muchas veces á dar aviso que sentian que se apellidaban de muchas partes y se juntaban; y cuando fué día claro Sandoval mandó salir á todas sus compañías con gran ordenanza, á los de á caballo les tornó á traer á la memoria como otras veces les habia dicho: fbanse por el camino adelante por unas caserías, adonde oian los tambores y cornetas; y no hubo bien andado medio cuarto de legua, cuando le salen al encuentro tres escuadrones de guerreros y lo comenzaron á cercar; y como aquello vió, manda arremeter la mitad de los de á caballo por una parte y la otra mitad por la otra, y puesto que le mataron dos soldados de los nuevamente venidos de Castilla, y tres caballos, todavía les rompió de tal manera, que fué desde allí adelante matando é hiriendo en ellos, que no se juntasen como de antes. Pues nuestros amigos los mejicanos y tlascaltecas hacian mucho daño en todos aquellos pueblos, y prendieron mucha gente, y abrasaron todos los pueblos que por delante hallaban, hasta que el Sandoval tuvo lugar de llegar á la villa de Sant-Estéban del Puerto, y halló los vecinos tales y tan debilitados, unos muy heridos y otros muy dolientes, y lo peor, que no tenían maiz que comer ellos y veinte y ocho caballos; y esto á causa que de noche y de día les daban guerra, y no tenían lugar de traer maiz ni otra cosa ninguna, é hasta aquel mismo día que llegó Sandoval no habian dejado de los combatir, porque entonces se apartaron del combate; y después de haber ido todos los vecinos de aquella villa á ver y hablar al capitán Sandoval, y darle gracias y loores por los haber venido en tal tiempo á socorrer, le contaron los de Garay que si no fuera por siete ó ocho conquistadores viejos de los de Cortés, que les ayudaron mucho, que corrían mucho riesgo sus vidas, porque aquellos ocho salían cada día al campo y hacían salir los demás soldados, é resistían que los contrarios no les entrasen en la villa; y también porque, como lo capitaneaban é por su acuerdo se hacia todo, é habian mandado que los dolientes y heridos se estuviesen dentro en la villa, y que todos los demás aguardasen en el campo, y que de aquella manera se sostenían con los contrarios; y Sandoval los abrazó á todos, y mandó á los mismos conquistadores, que bien los conocía, y aun eran sus amigos, en especial Fulano Navarrete y Carrascosa, y un Fulano de Alamilla y otros cinco, que todos eran de los de Cortés, que repartiesen entre ellos de los de á caballo y ballesteros y escopeteros que el Sandoval traía, é que por dos partes fuesen é enviasen maiz é bastimento, é hiciesen guerra é prendiesen todas las mas gentes que pudiesen, en especial caciques; y esto

mandó el Sandoval porque él no podía ir, que estaba mal herido en un muslo, y en la cara tenía una pedrada, y asimismo entre los de su compañía traía otros muchos soldados heridos, y porque se curasen estuvo en la villa tres días que no salió á dar guerra; porque, como habia enviado los capitanes ya nombrados, y conoció dellos que lo harían bien, y vió que de presto enviaron maiz y bastimento, con esto estuvo los tres días; y también le enviaron muchas indias y gente menuda que habian preso, y cinco principales de los que habian sido capitanes en las guerras; y Sandoval les mandó soltar á todas las gentes menudas, excepto á los principales, y les envió á decir que desde allí adelante que no prendiesen si no fuesen á los que fueron en la muerte de los españoles, y no mujeres ni muchachos, y que buenamente les enviasen á llamar, é así lo hicieron; y ciertos soldados de los que habian venido con Garay, que eran personas principales, que el Sandoval halló en aquella villa, los cuales eran por quien se habia revuelto aquella provincia, que ya los he nombrado á todos los mas dellos en el capitulo pasado, vieron que Sandoval no les encomendaba cosa ninguna para ir por capitanes con soldados, como mandó á los siete conquistadores viejos de los de Cortés, comenzaron á murmurar dél entre ellos, y aun convocaban á otros soldados á decir mal del Sandoval y de sus cosas, y aun ponían en pláticas de se levantar con la tierra, so color de que estaba allí con ellos el hijo de Francisco de Garay como adelantado della; y como lo alcanzó á saber el Sandoval, les habló muy bien y les dijo: «Señores, en lugar de me lo tener á bien, como, gracias á Dios, os hemos venido á socorrer, me han dicho que decís cosas que para caballeros como sois no son de decir: yo no os quito vuestro ser y honra en enviar los que aquí hallé por caudillos y capitanes; y si hallara á vuestras mercedes que érades caudillos, harto fuera yo de ruin si les quitara el cargo. Querría saber una cosa: por qué no lo fuistes cuando estabades cercados. Lo que me dijistes todos á una es, que si no fuera por aquellos siete soldados viejos, que tuviérades mas trabajo; y como sabian la tierra mejor que vuestras mercedes, por esta causa los envié: así que, señores, en todas nuestras conquistas de Méjico no mirábamos en estas cosas é puntos, sino en servir lealmente á su majestad: así, os pido por merced que desde aquí adelante lo hagais, é yo no estaré en esta provincia muchos días, si no me matan en ella, que me iré á Méjico. El que quedare por teniente de Cortés os dará muchos cargos, é á mí me perdonad.» Y con esto concluyó con ellos, y todavía no dejaron de tenerle mala voluntad; y esto pasado, luego otro día sale Sandoval con los que trujo en su compañía de Méjico y con los siete que habia enviado, y tiene tales modos, que prendió hasta veinte caciques, que todos habian sido en la muerte de mas de seiscientos españoles que mataron de los de Garay y de los que quedaron poblados en la villa de los de Cortés, y á todos los mas pueblos envió á llamar de paz, y muchos dellos vinieron, y con otros disimulaba aunque no venían; y esto hecho, escribió muy en posta á Cortés dándole cuenta de todo lo acaecido, é qué mandaba que hiciese de los presos; porque Pedro de Vallejo, que

dejó Cortés por su teniente, era muerto de un flechazo, á quién mandaba que quedase en su lugar; y también le escribió que lo habían hecho muy como varones los soldados ya por mí nombrados; y como el Cortés vió la carta, se holgó mucho en que aquella provincia estuviese ya de paz; y en la sazón que le dieron la carta á Cortés estábanle acompañando muchos caballeros conquistadores é otros que habían venido de Castilla; é dijo Cortés delante dellos: « ¡Oh Gonzalo de Sandoval! ¡en cuán gran cargo es soy, y cómo me quitais de muchos trabajos! » Y allí todos le alabaron mucho, diciendo que era un muy extremado capitán, y que se podía nombrar entre los muy afamados. Dejemos destas loas; y luego Cortés le escribió que, para que mas justificadamente castigase por justicia á los que fueron en la muerte de tanto español y robos de hacienda y muertes de caballos, que enviaba al alcalde mayor Diego de Ocampo para que se hiciese informacion contra ellos, é lo que se sentenciasse por justicia que lo ejecutase; y le mandó que en todo lo que pudiese les aplaciese á todos los naturales de aquella provincia, é que no consintiese que los de Garay ni otras personas ningunas los robasen ni les hiciesen malos tratamientos; y como el Sandoval vió la carta, y que venia el Diego de Ocampo, se holgó dello, y desde á dos dias que llegó el alcalde mayor Ocampo hicieron proceso contra los capitanes y caciques que fueron en la muerte de los españoles, y por sus confesiones, por sentencia que contra ellos pronunciaron, quemaron y ahorcaron ciertos dellos, é á otros perdonaron; y los cacicazgos dieron á sus hijos y hermanos, á quien de derecho les convenia. Y esto hecho, el Diego de Ocampo parece ser traia instrucciones é mandamientos de Cortés para que inquiriesese quién fueron los que entraban á robar la tierra é andaban en bandos y rencillas, y convocando á otros soldados que se alzasen, y mandó que les hiciese embarcar en un navío y los enviase á la isla de Cuba, y aun envió dos mil pesos para Juan de Grijalva si se queria volver á Cuba; é si quisiese quedar, que le ayudase y diese todo recaudo para venir á Méjico; é en fin de mas razones, todos de buena voluntad se quisieron volver á la isla de Cuba, donde tenían indios, y les mandó dar mucho bastimento de maíz é gallinas é de todas las cosas que había en la tierra, y se volvieron á sus casas é isla de Cuba; y esto hecho, nombraron por capitán á un Fulono de Vallecillo, é dieron la vuelta el Sandoval y el Diego de Ocampo para Méjico, y fueron bien recibidos de Cortés y de toda la ciudad, que temian todos algun mal desbaratamiento de los nuestros, y se alegraron y solazaron mucho cuando vieron venir á Sandoval con vitoria. Y fray Bartolomé de Olmedo dijo á Cortés que se diesen loores á Dios; y así, se hizo una fiesta á nuestra Señora, y predicó muy santamente fray Bartolomé de Olmedo, y como buen letrado, que lo era el fraile; y desde en adelante no se tornó mas á levantar aquella provincia. Y dejemos de hablar mas en ello, é digamos lo que le aconteció al licenciado Zuazo en el viaje que venia de Cuba á la Nueva España.

CAPITULO CLXIII.

Cómo el licenciado Alonso de Zuazo venia en una carabela á la Nueva-España, con dos frailes de la merced, amigos de fray Bartolomé de Olmedo, y dió en unas isletas que llaman las Viboras, é de la muerte de uno de los frailes, y lo que mas le aconteció.

Como ya he dicho en el capítulo pasado que hablé de cuando el licenciado Zuazo fué á ver á Francisco de Garay al pueblo Xagua, que es la isla de Cuba, cabe la villa de la Trinidad; y el Garay le importunó que fuese con él en su armada para ser medianero entre él y Cortés, porque bien entendido tenía que había de tener diferencias sobre la gobernacion de Pánuco; y el Alonso de Zuazo le prometió que así lo haria en dando cuenta de la residencia del cargo que tuvo de justicia en aquella isla de Cuba, donde al presente vivia; y en hallándose desembarazado, luego procuró de dar residencia y hacerse á la vela, é ir á la Nueva-España, adonde había prometido, é llevó consigo dos frailes de la Merced, que se decia el uno fray Gonzalo de Pontovedra y el otro fray Juan Varillas, natural de Salamanca, é este era muy amigo del padre fray Bartolomé de Olmedo, é había pedido licencia á sus prelados para ir en busca suya é le ayudar, é estaba con fray Gonzalo en Cuba á la ventura de si había ocasion de ir con el fray Bartolomé; y el Zuazo, que se decia pariente del fray Juan, le pidió se fuese con él, y se embarcaron en un navío chico, é yendo por su viaje, é salidos de la punta que llaman de Sant-Anton, y también se dice por otro nombre la tierra de los Gamatabeis, que son unos salivajes que no sirven á españoles; y navegando en su navío, que era de poco porte, é porque el piloto erró la derrota, é descajó con las corrientes, fué á dar en unas isletas que son entre unos bajos que llaman las Viboras, y no muy léjos destos bajos están otras que llaman los Alcranes, y entre estas isletas se suelen perder navíos grandes, y lo que le dió la vida á Zuazo fué ser su navío de poco porte. Pues volviendo á nuestra relacion: porque pudiesen llegar con el navío á una isleta que vieron que estaba cerca, que no bañaba la mar, echaron muchos tocinos al agua, y otras cosas que traian para malotaje, para aliviar el navío, para poder irsin tocar en tierra hasta la isleta, é cargaron tantos tiburones á los tocinos, que á unos marineros que se echaron al agua á mas de la cinta, los tiburones, encornizados en los tocinos, apañaron á un marinero dellos y le despedazaron y tragarón, y si de presto no se volvieran los demás marineros á la carabela, todos perecieran, segun andaban los tiburones encarnizados en la sangre del marinero que mataron; pues lo mejor que pudieron allegaron con su carabela á la isleta, y como habían echado á la mar el bastimento y cazabe, y no tenían qué comer, y tampoco tenían agua que beber, ni lumbré, ni otra cosa con que pudiesen sustentarse, salvo unos tascos de vaca que dejaron de arrojar á la mar, fué ventura que traian en la carabela dos indios de Cuba, que sabian sacar lumbré con unos palicos secos que hallaron en la isleta adonde aportaron, é dellos sacaron lumbré, y cavaron en un arenal y sacaron agua salobre, y como la isleta era chica y de arenales, venian á ella á desovar muchas tortugas, é así como salian las trastorubaban

los indios de Cuba las conchas arriba; é suele poner cada una de ellas sobre cien huevos tamaños como de paton; é con aquellas tortugas é muchos huevos tuvieron bien con que se sustentan trece personas que escaparon en aquella isleta; y tambien mataron los marineros que salian de noche al arenal los lobos marinos de la isleta, que fueron luto buenos para comer. Pues estando desta manera, como en la carabela acertaron á traer dos carpinteros de ribera, y tenían sus erramientas, que no se les habian perdido, acordaron de hacer una barca para ir con ella á la vela, é con la tablon é clavos, estopas é jarcias y velas que sacaron del navio que se perdió, hacen una buena barca como batel, en que fueron tres marineros é un indio de Cuba á la Nueva-España, y para matalotaje llevaron de las tortugas y de los lobos marinos asados, y con agua salobre, y con la carta é aguja de marear, después de se encomendar á Dios, fueron su viaje, é unas veces con buen tiempo é otras veces con contrario, llegaron al puerto de Calchocuca, que es el rio de Banderas, adonde en aquella sazón se descargaban las mercaderías que venian de Castilla, y dende allí fueron á Medellín, adonde estaba por teniente de Cortés un Simon de Cuenca; y como los marineros que venian en la barca lo dijeron al teniente el gran peligro en que estaba el licenciado Alonso Zuazo, luego sin mas dilacion el Simon de Cuenca buscó marineros é un navio de poco porte, y con mucho refresco lo despachó á la isleta adonde estaba el Zuazo; y el Simon de Cuenca le escribió al mismo licenciado cómo Cortés se holgaria mucho con su venida, é asimismo le hizo saber á Cortés todo lo acaecido, y cómo le entró el navio bastecido; de lo cual se holgó Cortés del buen aviamiento que el teniente hizo, y mandó que en aportando allí al puerto, que le diesen todo lo que hubiese menester, y vestidos y cabalgaduras, é que le enviasen á Méjico; y partió el navio, é fué con buen viaje á la isleta, con el cual se holgó el Zuazo y su gente. Volvamos á decir cómo cuando llegó el navio se habia muerto en pocos dias, de no poder comer bocado de las viandas, el fraile fray Gonzalo, de que habian habido gran pesar fray Juan é Zuazo; é habiéndole encomendado á Dios su alma, se embarcaron en él, y de presto con buen tiempo llegaron á Medellín, é se les hizo mucha honra, y fueron á Méjico, y Cortés les mandó salir á recibir, y les llevó á sus palacios y se regocijó con ellos, y le hizo su alcalde mayor al licenciado Alonso de Zuazo, y en esto paró su viaje. Dejemos de hablar dello, y digo que esta relacion que doy, es por una carta que nos escribió á la villa de Guacaleco Cortés al cabildo della, adonde declaraba lo por mí aqui dicho, é porque dentro en dos meses vino al puerto de aquella villa el mismo barco en que vinieron los marineros á dar aviso del Zuazo, é allí hicieron un barco del descargo de la misma barca, y los marineros nos lo contaban segun de la manera que aquí lo escribo. Dejemos esto, y diré cómo Cortés envió á Pedro de Albarado á pacificar la provincia de Guatemala.

CAPITULO CLXIV.

Cómo Cortés envió á Pedro de Albarado á la provincia de Guatemala para que poblara una villa y los trajese de paz, y lo que sobre ello se hizo.

Pues como Cortés siempre tuvo los pensamientos muy altos y de señorear, quiso en todo remedar á Alejandro Macedonio, y con los muy buenos capitanes y extremados soldados que siempre tuvo, después que se hubo poblado la gran ciudad de Méjico é Guaxaca é Zactula é Colima é la Veracruz é Pánuco é Guacacaleco, y tuvo noticia que en la provincia de Guatemala habia recios pueblos de mucha gente é que habia más, acordó de enviar á la conquistar y poblar á Pedro de Albarado, é aun el mismo Cortés habia enviado á rogar á aquella provincia que viniesen de paz, é no quisieron venir; é dióle al Albarado para aquel viaje sobre trecientos soldados, y entre ellos ciento y veinte escopeteros y ballesteros, y mas, le dió ciento y treinta y cinco de á caballo, cuatro tiros y mucha pólvora, y un artillo-ro que se decía Fulano de Usagre, y sobre ducentos tlascaltecas y cholultecas, y cien mejicanos, que iban sobresalientes. Fray Bartolomé de Olmedo, que era amigo grande de Albarado, le demandó licencia á Cortés para irse con él é predicar la fe de Jesucristo á los de Guatemala; mas Cortés, que tenia con el fraile siempre harta comunicacion, decía que no, y que iria con Albarado un buen clérigo que habia venido de España con Garay, é que tuviese voluntad de quedarse para predicar la pascua del Nacimiento de Jesucristo; mas el fraile tanto le cansó, que se hubo de ir con Albarado, aunque con poca voluntad de Cortés, que siempre con él hablaba de todos los negocios. Y después de dadas las instrucciones en que le mandaba á Albarado que con toda diligencia procurase de los traer de paz sin darles guerra, é que con ciertas lenguas que llevaba les predicase fray Bartolomé de Olmedo las cosas tocantes á nuestra santa fe, é que no les consintiese sacrificios ni sodomías ni robarse unos á otros, é que las cárceles é redes que hallase hechas, adonde suelen tener presos indios á engordar para comer, que las quebrase y que los saquen de las prisiones, y que con amor y buena voluntad los atraya á que den la obediencia á su majestad, y en todo se les hiciese buenos tratamientos, entonces fray Bartolomé de Olmedo pidió que se fuese con ellos el clérigo ya por mí arriba memorado, que vino con Garay para que le ayudase, y el clérigo era bueno, y Cortés se le dió y dijo que fuese en buen hora. Pues ya despedido el Pedro de Albarado de Cortés y de todos los caballeros amigos suyos que en Méjico habia, y se despidieron los unos de los otros, partió de aquella ciudad en 13 dias del mes de diciembre de 1523 años, y mandóle Cortés que fuese por unos peñoles que cerca del camino estaban alzados en la provincia de Guantepeque, los cuales peñoles trajén de paz; llámense el peñol de Güelamo, que era entonces de la encomienda de un soldado que se dice Güelamo; y dende allí fué á Tecuantepeque, pueblo grande, y son zapotecas, y le recibieron muy bien, porque estaban de paz, é ya se habian ido de aquel pueblo, como dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla, á

Méjico, y dado la obediencia á su majestad é á ver á Cortés, y aun le llevaron un presente de oro; y dende Tecuantepeque fué á la provincia de Soconusco, que era en aquel tiempo muy poblada de mas de quince mil vecinos, y tambien le recibieron de paz y le dieron un presente de oro y se dieron por vasallos de su majestad; y dende Soconusco llegó cerca de otras poblaciones que se dicen Zapotitlan, y en el camino, en una puente de un rio que hay allí un mal paso, halló muchos escuadrones de guerreros que le estaban aguardando para no dejalle pasar, y tuvo una batalla con ellos, en que le mataron un caballo é hirieron muchos soldados, y uno murió de las heridas; y eran tantos los indios que se habian juntado contra Albarado, no solamente los de Zapotitlan, sino de otros pueblos comarcanos, que por muchos dellos que herian, no los podian apartar, y por tres veces tuvieron rencuentros, y quiso nuestro Señor Dios que le venció y le vinieron de paz; y dende Zapotitlan iba camino de un recio pueblo que se dice Quetzaltenango, y antes de llegar á él tuvo otros rencuentros con los naturales de aquel pueblo y con otros sus vecinos, que se dice Utatlan, que era cabecera de ciertos pueblos que están en su contorno á la redonda del Quetzaltenango, y en ellos le hirieron ciertos soldados, puesto que el Pedro de Albarado y su gente mataron é hirieron muchos indios; y luego estaba una mala subida de un puerto que dura legua y media, y con ballesteros y escopeteros y todos sus soldados puestos en gran concierto, lo comenzó á subir, y en la cumbre del puerto hallaron una india gorda que era hechicera, y un perro de los que ellos crían, que son buenos para comer, que no saben ladrar, sacrificados, que es señal de guerra; y mas adelante halló tanta multitud de guerreros que le estaban esperando, y le comenzaron á cercar; y como eran los pasos malos y en sierra muy agra, los de á caballo no podian correr ni revolver ni aprovecharse dellos; mas los ballesteros y escopeteros y soldados de espada y rodela tuvieron reciamente con ellos pié con pié, y fueron peleando las cuevas y puerto abajo, hasta llegar á unas barrancas, donde tuvo otra muy reñida escaramuza con otros muchos escuadrones de guerreros que allí en aquellas barrancas esperaban, y era con un ardor que entre ellos tenían acordado, y fué desta manera: que, como fuese el Pedro de Albarado peleando, hacian que se iban retrayendo, y como les fuese siguiendo hasta donde le estaban esperando sobre seis mil indios guerreros, y estos eran de los de Utatlan y de otros pueblos sus sujetos, que allí los pensaban matar; y Pedro de Albarado y todos sus soldados pelearon con ellos con grande ánimo, y los indios le hirieron tres soldados y dos caballos, mas todavía les venció y puso en huida; y no fueron muy lejos, que luego se tornaron á juntar y rehacer con otros escuadrones, y tornaron á pelear como valientes guerreros, creyendo desbaratar al Pedro de Albarado y á su gente; é fué cabe una fuente, adonde le aguardaron de arte, que se venian ya pié con pié con los de Pedro de Albarado, y muchos indios hubo dellos que aguardaron dos ó tres juntos á un caballo, y se ponian á fuerzas para derrotales, é otros los tomaban de las colas; y aquí se vió el Pedro de Albarado en gran aprieto, porque como

eran muchos los contrarios, no podian sustentar á tantas partes de los escuadrones que les daban guerra á él y todos los suyos; y como hubieron gran coraje con el ánimo que les daba fray Bartolomé de Olmedo, diciéndoles que peleasen con intencion de servir á Dios y extender su santa fe, que él les ayudaria, y que habian de vencer ó morir sobre ello; é con todo, temian no los desbaratasen, porque se vieron en gran aprieto; y danles una mano con las escopetas y ballestas, y á buenas cuchilladas les hicieron que se apartasen algo. Pues los de á caballo no estaban de espacio, sino alancear y atropellar y pasar adelante, hasta que los hubieron desbaratado, que no se juntaron en aquellos tres dias; é como vió que ya no tenia contrarios con quien pelear, se estuvo en el campo sin ir á poblado, rancheando y buscando de comer; y luego se fué con todo su ejército al pueblo de Quetzaltenango, y allí supo que en las batallas pasadas les habian muerto dos capitanes señores de Utatlan; y estando reposando y curando los heridos, tuvo aviso que venia otra vez contra él todo el poder de aquellos pueblos comarcanos, y se habian juntado mas de dos xiquipiles, que son diez y seis mil indios, que cada xiquipil son ocho mil guerreros, é que venian con determinacion de morir todos ó vencer; y como el Pedro de Albarado lo supo, se salió con su ejército en un llano, y como venian tan determinados los contrarios, comenzaron á cercar el ejército de Pedro de Albarado y tirar vara, flecha y piedra y con lanas, y como era muy llano y podian muy bien correr á todas partes los caballos, dan en los escuadrones contrarios de tal manera, que de presto les hizo volver las espaldas; aquí le hirieron muchos soldados é un caballo, y segun pareció, murieron ciertos indios principales, así de aquel pueblo como de toda aquella tierra; por manera que dende aquella vitoria ya temian aquellos pueblos mucho á Albarado, y concertaron toda aquella comarca de le enviar á demandar paces, é le trajeron un presente de oro de poca valia porque acetase las paces, é fué con acuerdo de todos los caciques de aquella provincia, porque otra vez se tornaron á juntar muchos mas guerreros que de antes, y les mandaron á sus guerreros que secretamente estuviesen entre las barrancas de aquel pueblo de Utatlan, y que si enviaban á demandar paces, era que, como el Pedro de Albarado y su ejército estaba en Quetzaltenango haciendo entradas y corredurias, é siempre traian presa de indios é indias, y por llevalle á otro pueblo muy fuerte y cercado de barrancas, que se dice Utatlan, para que cuando le tuviesen dentro y en parte que ellos creian aprovecharse dél y de sus soldados, dar en ellos con los guerreros que ya estaban aparejados y escondidos para ello. Volvamos á decir cómo fueron con el presente delante de Pedro de Albarado muchos principales; y después de hecha su cortesía á su usanza, le demandaron perdon por las guerras pasadas, ofreciéndose por vasallos de su majestad, y le ruegan que porque su pueblo es grande, está en parte mas apacible donde le puedan servir, é junto á otras poblaciones, que se vna con ellos á él. Y el Pedro de Albarado los recibió con mucho amor, y no entendió las cautelas que traian; y después de les haber respondido el mal que habian hecho

en salir de guerra, acató sus paces, é otro día por la mañana fué con su ejército con ellos á Utatlan, que así se dice el pueblo, é desde que hubo entrado dentro é vieron una casa tan fuerte, porque tenía dos puertas, y la una dellas tenía veinte y cinco escalones antes de entrar en el pueblo, y la otra puerta con una calzada que era muy mala y deshecha por todas partes, y las casas muy juntas y las calles muy angostas, y en todo el pueblo no había mujeres ni gente menuda, cercado de barrancas, é de comer no les proveían sino mal y tarde, y los caciques muy demudados en los parlamentos, avisaron al Pedro de Albarado unos indios de Quetzaltenango que aquella noche los querían matar á todos en aquellos pueblos si allí se quedaban, é que tenían puestos entre las barrancas muchos escuadrones de guerreros para en viendo arder las casas juntarse con los de Utatlan, y dar en nosotros los unos por una parte é los otros por otra, é con el fuego é humo no se podrían valer, é que entonces los quemarían vivos; y como el Pedro de Albarado entendió el gran peligro en que estaban, de presto mandó á sus capitanes é á todo su ejército que sin mas tardar se saliesen al campo, y les dijo el peligro que tenían; y como lo entendieron, no tardaron de se ir á lo llano cerca de unas barrancas, porque en aquel tiempo no tuvieron mas lugar de salir á tierra llana de en medio de tan recios pasos; é á todo esto el Pedro de Albarado mostraba buena voluntad á los caciques y principales de aquel pueblo y de otros comarcanos, y les dijo que porque los caballos eran acostumbados de andar pacienco en el campo un rato del día, que por esta causa se salió del pueblo, porque estaban muy juntas las casas y calles; y los caciques estaban muy tristes porque así los vieron salir; é ya el Pedro de Albarado no pudo mas disimular la traicion que tenían urdida, y sobre ello y sobre los escuadrones que tenía juntos en las barrancas mandó prender al cacique de aquel pueblo y por justicia le mandó quemar. Fray Bartolomé de Olmedo pidió á Albarado que quería ver si podría enseñarle y predicarle la fe de Cristo para le bautizar; y el fraile pidió un día de término, y no lo hizo en dos; pero al fin quiso Jesucristo que el cacique se hizo cristiano, y le bautizó el fraile, y pidió á Albarado que no le quemasen, sino que le ahorcasen, y el Albarado se lo concedió, y dió el señorío á su hijo, y luego se salió á tierra llana fuera de las barrancas, y tuvo guerra con los escuadrones que tenían aparejados para el efeto que he dicho; y después que hubieron probado sus fuerzas y mala voluntad con los nuestros, fueron desbaratados. Y dejemos de hablar de aquesto, y digamos cómo en aquella sazón en un gran pueblo que se dice Guatimala se supo las batallas que Pedro de Albarado había habido después que entró en la provincia, y en todas había sido vencedor, y que al presente estaba en tierra de Utatlan, y que desde allí hacía entradas y daba guerras á muchos pueblos; y segun pareció, los de Utatlan y sus sujetos eran enemigos de los de Guatimala, é acordaron los de Guatimala de enviar mensajeros con presentes de oro á Pedro de Albarado, y darse por vasallos de su majestad; y enviaron á decir que si habían menester algun servicio de sus personas para aquellas guerras, que ellos vendrían; y

el Pedro de Albarado los recibió de buena voluntad, y les envió á dar muchas gracias por ello; y para ver si era como se lo decían, y como no sabía la tierra, para que le encaminasen les envió á demandar dos mil guerreros, y esto por causa de muchas barrancas y pasos malos que estaban cortados porque no pudiesen pasar los nuestros, para que si fuesen menester los adobasen, y llevar el sardaje; y los de Guatimala se los enviaron luego con sus capitanes; y Pedro de Albarado estuvo en la provincia de Utatlan siete ú ocho días haciendo entradas, y eran de los pueblos rebeldes que habían dado la obediencia á su majestad, y después de dada se tornaban á alzar, y herraron muchos esclavos é indias, y pagaron el real quinto, y los demás repartieron entre los soldados; y luego se fué á la ciudad de Guatimala, y fué bien recibido y hospedado; y desde fueron allí llegados, le contaba Albarado á fray Bartolomé de Olmedo y á los capitanes suyos que nunca tan apretado se había visto como en batallar con los de Utatlan, é que eran corajudos é buenos guerreros, y que se había hecho buena hacienda; mas fray Bartolomé de Olmedo le replicó que Dios lo había hecho, é que para que tuviese por bien é pluguiese de les ayudar en adelante, que no sería malo darle gracias y hacer fiesta á Dios y á su Madre, é que la gente oyese misa y que él predicase á los indios; dijo Albarado y todos los capitanes: «Esa es la verdad, padre; hágase una fiesta á la Virgen;» é se aparejó un altar, é confesaron en día y medio todos, é los comulgó fray Bartolomé de Olmedo, é después de la misa predicó, é había allí muchos indios, é les declaró muchas cosas de nuestra santa fe, porque dijo muy buenas teologías, que el fraile dicen que la sabía; y le plugo á Dios que mas de treinta indios quisiesen ser bautizados, é los bautizó de allí á dos días el fraile, é estaban otros deseando bautizarse, por ver cómo hablaban é comunicaban mas los nuestros con los bautizados que no con ellos, é todos generalmente estaban con alegría con Albarado; y los caciques de aquella ciudad le dijeron que muy cerca de allí había unos pueblos junto á una laguna, é que tenían un peñol muy fuerte, é que eran sus enemigos é que les daban guerra, y que bien sabían los de aquel pueblo que no estaba lejos é cómo estaba allí el Pedro de Albarado, y que no venían á dar la obediencia como los demás pueblos, y que eran muy malos y de malas condiciones; el cual pueblo se dice Atitlan; y el Pedro de Albarado les envió á fogar que viniesen de paz y que serian del muy bien tratados, y otras blandas palabras; y la respuesta que enviaron fué, que maltrataron los mensajeros, y viendo que no aprovechaban, tornó á enviar otros embajadores para les traer de paz, porque tres veces les envió á traer de paz, y todas tres les maltrataron de palabra; y fué Pedro de Albarado en persona á ellos, y llevó sobre ciento y cuarenta soldados, y entre ellos veinte ballesteros y escopeteros y cuarenta de á caballo, y con dos mil guatemaltecos; é cuando llegó junto al pueblo les tornó á requerir con la paz, y no le respondieron sino con arcos y flechas, que comenzaron á flechar; y cuando aquello vió, que no llegó muy lejos de allí y estaba dentro del agua, salióle al encuentro dos buenas escuadrones de indios guerreros con grandes lanzas y

buenos arcos y flechas, y con otras muchas armas y co-seletes, y tañendo sus atabales, y con sus penachos y divisas, y peleó con ellos buen rato, é hubo muchos heridos de los soldados; mas no tardaron mucho en el campo los contrarios, que luego fueron huyendo á acogerse al peñol, y el Pedro de Albarado con sus soldados tras ellos, y de presto les ganó el peñol, y hubo muchos muertos y heridos, é mas hubiera si no se echaran todos al agua; y se pasaron á una isleta, y entonces se saquearon las casas que estaban pobladas junto á la laguna; y se salieron á un llano adonde habia muchos maizales, y durmió allí aquella noche. Otro dia de mañana fueron al pueblo de Atitlan, que ya he dicho que así se dice, y estaba despoblado; y entonces mandó que corriesen la tierra é las güertas de cacaguatales, que tenían muchas, é trajeron presos dos principales de aquel pueblo, y el Pedro de Albarado les envió luego aquellos principales, con los que estaban presos del dia antes, á rogar á los demás caciques vengan de paz, y que les dará todos los prisioneros, y que serán del muy bien mirados y honrados, y que si no vienen, que les dará guerra como á los de Quetzaltenango é Utatlan, é les cortará sus árboles de cacaguatales y hará todo el daño que pudiere; en fin de mas razones, con estas palabras y amenazas luego vinieron de paz y trajeron un presente de oro, y se dieron por vasallos de su majestad, y luego el Pedro de Albarado y su ejército se volvió á Guatemala; é se ocupaba el fray Bartolomé de Olmedo en predicarles la santa fe á los indios, é decia misa en un altar que hicieron, en que pusieron una cruz, que la adoraban ya los indios, como miraban que nosotros la adorábamos; é tambien puso el fraile una imagen de la Virgen que habia traído Garay é se la dió cuando muriera; era pequeña, mas muy hermosa, é los indios se enamoraban della, y el fraile les decia quién era, y ellos la adoraban; é estando algunos dias sin hacer cosa mas de lo por mí memorado, vinieron de paz todos los pueblos de la comarca, y otros de la costa del sur, que se llaman los pipiles; y muchos de aquellos pueblos que vinieron de paz se quejaron que en el camino por donde venian estaba una poblacion que se dice Izcuintepeque, y que eran malos, y que no les dejaban pasar por su tierra y les iban á saquear sus pueblos, y dieron otras muchas quejas dellos; y el Pedro de Albarado los envió á llamar de paz, y no quisieron venir, antes enviaron á decir muy soberbias palabras; é acordó de ir á ellos con todos los mas soldados que tenia, y de á caballo y escopeteros y ballesteros, y muchos amigos de Guatemala, y sin ser sentidos, da una mañana sobre ellos, en que se hizo mucho daño y presa, que valiera mas que nunca se hiciera, sino conforme á justicia; que fué mal hecho y no conforme á lo que su majestad mandó. E ya que hemos hecho relacion de la conquista y pacificacion de Guatemala y sus provincias, y muy cumplidamente lo dice en una memoria que dello tiene hecha un vecino de Guatemala, deudo de los Albarados, que se dice Gonzalo de Albarado, lo cual verán mas por extenso, si yo en algo aquí faltare; y esto digo porque no me falté en estas conquistas hasta que pasamos por aquestas provincias, estando todo de guerra, en el año de 1524 años, é fué cuando veniamos de las Higueras á

Honduras con el capitán Luis Marin, que nos volvimos para Méjico; y mas digo, que tuvimos en aquella sazón con los de Guatemala algunos reencuentros de guerra, y tenían hechos muchos hoyos y cortados en pasos malos pedazos de sierras para que no pudiésemos pasar con las grandes barrancas; y aun entro un pueblo que se dice Iuanazagapa y Petapa, en unas quebradas hondas estuvimos allí detenidos guerreado con los naturales de aquella tierra dos dias, que no podíamos pasar un mal paso; y entonces me hirieron de un flechazo, mas fué poca cosa; y pasamos con harto trabajo, porque estaban en el paso muchos guerreros guatemaltecos y de otros pueblos; y porque hay mucho que decir, y por fuerza tengo de traer á la memoria algunas cosas en su tiempo y lugar, y esto fué en el tiempo que hubo fama que Cortés era muerto y todos los que con él fuimos á las Higueras, lo dejaré por agora, y digamos de la armada que Cortés envió á las Higueras y Honduras. Tambien digo que esta provincia de Guatemala no eran guerreros los indios, porque no esperaban sino en barrancas, y con sus flechas no hacian nada, y no aguardaban á que los rompieran en campo llano.

CAPITULO CLXY.

Cómo Cortés envió una armada para que pacifícasse y conquistase aquellas provincias de Higueras y Honduras, envió por capitán della á Cristóbal de Olí, y lo que pasó diré adelante.

Como Cortés tuvo nueva que habia ricas tierras y buenas minas en lo de Higueras é Honduras, é aun le hicieron creer unos pilotos que habian estado en aquel paraje ó bien cerca dél, que habian hallado unos indios pescando en la mar y que les tomaron las redes, é que las plumadas que en ellas traian para pescar que eran de oro revuelto con cobre; y le dijeron que creyeron que habia por aquel paraje estrecho, y que pasaban por él de la banda del norte á la del sur; y tambien, segun entendimos, su majestad le encargó y mandó á Cortés por cartas, que en todo lo que descubriese mirase é inquiriesese con grande diligencia y solicitud de buscar el estrecho ó puerto ó paraje para la especeria, agora sea por lo del oro ó por buscar el estrecho; Cortés acordó de enviar por capitán de aquella jornada á un Cristóbal de Olí, que fué maestro de campo en lo de Méjico, lo uno porque le via hecho de su mano, y era casado con una portuguesa que se decia doña Filipa de Araujo (ya le he nombrado otras veces), y tenia el Cristóbal de Olí buenos indios de repartimiento cerca de Méjico, creyendo que le seria fiel y haria lo que le encomendase; y porque para ir por tierra tan largo viaje era grande inconveniente y trabajo y gasto, acordó que fuese por la mar, porque no era tan grande estorbo é costa, y dióle cinco navios y un bergantin muy bien artillados, y con mucha pólvora y bien bastecidos, y dióle trecientos y setenta soldados, y en ellos cien ballesteros y escopeteros y veinte y dos caballos, y entre estos soldados fueron cinco conquistadores de los nuestros, que pasaron con el mismo Cortés la primera vez, habiendo servido á su majestad muy bien en todas las conquistas, y tenían ya sus casas y reposo; y esto digo así, porque no aprovechaba cosa decir á Cortés: « Señor, déjeme descansar, que harto estoy

de servir;» que les hacia ir adonde mandaba por fuerza; é llevó consigo á un Briones, natural de Salamanca, é habia sido capitan de bergantines y soldado en Italia, y este Briones era muy bullicioso y enemigo de Cortés; y llevó otros muchos soldados que no estaban bien con Cortés porque no les dió buenos repartimientos de indios ni las partes del oro, y le querian muy mal; y en las instrucciones que Cortés le dió fué, que dende el puerto de la Villa-Rica fuese su derrota á la Habana, y que allí en la Habana hallaria á un Alonso de Contreras, soldado viejo de Cortés, natural de Orgaz, que llevó seis mil pesos de oro para que comprase caballos y cazabe é puercos y tocinos, y otras cosas pertenecientes para el armada; el cual soldado envió Cortés adelante á Cristóbal de Oli por causa de que si veian ir el armada los vecinos de la Habana, encarecian los caballos y todos los demás bastimentos; y mandó al Cristóbal de Oli que en llegando á la Habana tomase los caballos que estuviesen comprados, y de allí fuese su derrota para Higueiras, que era buena navegacion y muy cerca, y le mandó que buenamente, sin haber muertes de indios, cuando hubiese desembarcado procurase poblar una villa en algun buen puerto, é que á los naturales de aquellas provincias los trajese de paz, y buscase oro y plata, y que procurase de saber é inquirir si habia estrecho, ó qué puertos habia por la banda del sur, si allí pasase; y le dió dos clérigos, que el uno dellos sabia la lengua mejicana, y le encargó que con diligencia les predicasen las cosas de nuestra santa fe, y que no consintiesen sodomias ni sacrificios, sino que buena y mansamente se los desabrigasen; y le mandó que todas las casas de madera adonde tenian indios é indias á engordar, encarcelados, para comer, que se las quebrasen, y soltasen los tristes encarcelados; y le mandó que en todas partes pusiesen cruces, y le dió muchas imágenes de nuestra Señora para que pusiese en los pueblos, y le dijo estas palabras: «Mirá, hijo Cristóbal de Oli, de esta manera lo procurad hacer;» y después de abrazados y despedidos con mucho amor y paz, se despidió el Cristóbal de Oli de Cortés y de toda su casa, y fué á la Villa-Rica, donde estaba toda su armada muy á punto, y en ciertos dias del mes é año que no me acuerdo, se embarcó con todos sus soldados, y con buen tiempo llegó á la Habana, y halló los caballos comprados y todo lo demás de bastimentos, y cinco soldados, que eran personas de calidad, de los que habia echado de Pánuco Diego de Ocampo, porque era muy bandolero y bullicioso; y á estos soldados ya los he nombrado algunos dellos cómo se llamaban, en el capitulo pasado cuando la pacificacion de Pánuco, y por esta causa los dejaré ahora de nombrar; y estos soldados aconsejaron al Cristóbal de Oli, pues que habia fama de tierra rica donde iba, y llevaba buena armada, bien bastecida, y muchos caballos y soldados, que se alzase desde luego á Cortés, y que no le coneciese dende allí por superior ni le acudiese con cosa ninguna. El Briones, otra vez por mí nombrado, se lo habia dicho muchas veces secretamente al Cristóbal de Oli sobre el caso, é al gobernador de aquella isla, que ya he dicho otras muchas veces que se decia Diego Velazquez, enemigo mortal de Cortés; y el Diego Velazquez vino donde estaba la

armada, y lo que se concertaron fué, que entre él y Cristóbal de Oli tuviesen aquella tierra de Higueiras y Honduras por su majestad, y en su real nombre Cristóbal de Oli, y que el Diego Velazquez le proveeria de lo que hubiese menester, é haria sabidor dello en Castilla á su majestad para que le trujesen la gobernacion; y desta manera se concertó la compañía del armada; y quiero decir la condicion y presencia de Cristóbal de Oli: era valiente por su persona, así á pie como á caballo; era extremado varon, mas no era para mandar, sino para ser mandado, y era de edad de treinta y seis años, natural de cerca de Baeza ó Linares, y su presencia y altor era de buen cuerpo y membrudo y de grande espalda, bien entallado é algo rubio, y tenia muy buena presencia en el rostro, y traia el bezo de bajo siempre como hendido á manera de grieta; en la plática hablaba algo gordo y espantoso, y era de buena conversacion, y tenia otras buenas condiciones de ser franco, y era al principio cuando estaba en Méjico gran servidor de Cortés, sino que esta ambicion de mandar y no ser mandado le cegó, y con los malos consejeros, y tambien como fué criado en casa de Diego Velazquez cuando mozo, y fué lengua de la isla de Cuba, reconoció el pan que en su casa habia comido, aunque mas obligado era á Cortés que no á Diego Velazquez. Pues ya liecho este concierto con Diego Velazquez, vinieron en compañía con el Cristóbal de Oli muchos vecinos de la isla de Cuba, especialmente los que he dicho que fueron en aconsejarle que se alzase. Y de que no tenia mas en que entender en aquella isla, en los navios metido todo su matalotaje, mandó alzar velas á toda su armada, fué á desembarcar con buen tiempo obra de quince leguas adelante, á puerto de Caballos, en una comba, y allegó á 3 de mayo: á esta causa nombró á una villa Triunfo de la Cruz; é hizo nombramiento de alcaldes y regidores á los soldados que Cortés le habia mandado cuando estaba en Méjico que honrase y diese cargos, y tomó la posesion de aquellas tierras por su majestad, y de Hernando Cortés en su real nombre, é hizo otros votos que convenian; y todo esto que hacia era porque los amigos de Cortés no entendiesen que iba alzado, para ver si pudiese hacer dellos buenos amigos de que alcanzasen á saber las cosas, y tambien que no sabia si acudiria la tierra tan rica y de buenas minas como decian; y tiró á dos hitos, como dicho tengo: el uno, que si habia buenas minas y la tierra muy poblada, alzarse con ella; y el otro, que si no acudiese tan buena, volver á Méjico á su mujer y repartimientos, y desculpárse con Cortés con decille que la compañía que hizo con Diego Velazquez fué porque le diese bastimentos y soldados, y no acudirle en cosa ninguna; é que bien lo podia ver, pues tomó la posesion por Cortés; y esto tenia en el pensamiento, segun muchos de sus amigos dijeron, con quien él habia comunicado. Dejémosle ya poblado el Triunfo de la Cruz, que Cortés nunca supo cosa ninguna hasta mas de ocho meses. Y porque por fuerza tengo volver otra vez á hablar en él, lo dejaré ahora, y diré lo que nos acaeció en Guacacualco, y cómo Cortés me envió con el capitan Luis Marin á pacificar la provincia de Chiapa.

CAPITULO CLXVI.

Como los que quedamos poblados en Guacacualco siempre andábamos pacificando las provincias que se nos alzaban, y como Cortés mandó al capitán Luis Marín que fuese á conquistar é á pacificar la provincia de Chiapa, y me mandó que fuese con él, y á fray Juan de las Varillas, el pariente de Zuazo, fraile mercenario, y lo que en la pacificación pasó.

Pues como estábamos poblados en aquella villa de Guacacualco muchos conquistadores viejos y personas de calidad, y teníamos grandes términos repartidos entre nosotros, que era la misma provincia de Guacacualco é Citta, é lo de Tabasco é Cimatan é Chotalpa, y en las sierras arriba lo de Cachula é Zoque é Quilenes, hasta Cinacatan, é Chamula, é la ciudad de Chiapa de los indios, y Papanaustla é Pinula, y hacia la banda de Méjico la provincia de Xaltepeque y Guazpaltepeque é Chiononta é Tepeca, y otros pueblos, y como al principio todas las provincias que habia en la Nueva-España las nos dellas se alzaban cuando les pedian tributo, y aun mataban á sus encomenderos, y á los españoles que podian tomar á su salvo los acapillaban, así nos aconteció en aquella villa, que casi no quedó provincia que todos no se nos rebelaron; y á esta causa siempre andamos de pueblo en pueblo con una capitania, atrayéndolos de paz; y cómo los de Cimatan no querian venir de paz á la villa ni obedecer su mandamiento, acordó el capitán Luis Marín que por no enviar capitania de muchos soldados contra ellos, que fuésemos cuatro vecinos á traer de paz; yo fui el uno dellos, y los demás se llamaban Rodrigo de Euzo, natural de Avila, y un Francisco Martín, medio vizcaíno, y el otro se decía Francisco Jimenez, natural de Inguileta de Extremadura; y lo que nos mandó el capitán fué, que buenamente y con amor los llamásemos de paz, y que no les dijésemos palabras de que se enojasen; é yendo que íbamos á su provincia, que son las poblaciones entre grandes ciénagas y caudalosos rios, é ya que llegábamos á dos leguas de su pueblo, les enviamos mensajeros á decir cómo íbamos, y la respuesta que dieron fué, que salen á nosotros tres escuadrones de flecheros y lanceros, que á la primera refriega mataron dos de nuestros compañeros, é á mí me dieron la primera herida de un flechazo en la garganta, que con la sangre que me salía, é en aquel tiempo no podia apretallo ni tomar la sangre, estuvo mi vida en harto peligro; pues el otro mi compañero que estaba por herir, que era el Francisco Martín, puesto que yo y él siempre hacíamos cara é heríamos algunos contrarios, acordó de tomar las de Villadiego y acogerse á unas canoas que estaban cabe un rio que se decía Macanpa; y como yo quedaba solo y mal herido, porque no me acabasen de matar, é sin sentido é poco acuerdo, me metí entre unos matorrales, y volviendo en mí, con fuerte corazón dije: «¡Oh, valgame nuestra Señora! ¿Si es verdad que tengo que morir hoy en poder destes perros? Y tomé tal esfuerzo, que salgo de las matas y rompo por los indios, que á buenas cuchilladas y estocadas me dieron lugar que saliese de entre ellos; y aunque me tornaron á herir, fui á las canoas, donde estaba ya mi compañero Francisco Martín con cuatro indios amigos, que eran los que habíamos traído con nosotros, que nos llevaban el bato; que estos indios, cuando estábamos peleando con los

cimatecas, dejando las cargas, se acogieron al rio en las canoas; y lo que nos dió la vida á mí y Francisco Martín fué, que los contrarios se embarazaron en robar nuestra ropa y pelacas. Dejemos de hablar en esto, y digamos que Dios fué servido escaparnos de no morir allí, y en las canoas pasamos aquel rio, que es muy grande é hondo, é hay en él muchos lagartos; y porque no nos siguiesen los cimatecas, que así se llaman, estuvimos ocho dias por los montes, y dende pocos dias se supo en Guacacualco esta nueva, y dijeron los indios que habíamos traído, que llevaron la misma nueva, que todos los cuatro indios que quedaron en las canoas, como dicho tengo, que éramos muertos; y estos, de que nos vieron heridos é los dos muertos, se fueron huyendo y nos dejaron en la polea, y en pocos dias llegaron á Guacacualco; y como no parecíamos ni habia nueva de nosotros, creyeron que éramos muertos, como los indios dijeron; y como era costumbre de Indias y en aquella sazón se usaba, ya habia repartido el capitán Luis Marín en otros conquistadores nuestros pueblos, hecho mensajeros á Cortés para enviar las cédulas de encomienda, y aun vendido nuestras haciendas, y al cabo de veinte y tres dias aportamos á la villa; de lo cual se holgaron nuestros amigos, mas á quien les habia dado nuestros indios les pesó; y viendo el capitán Luis Marín que no podíamos apaciguar aquellas provincias, y mataban muchos de nuestros soldados, acordó de ir á Méjico á demandar á Cortés mas soldados y socorro y pertrechos de guerra, y mandó que entre tanto que iba no saliésemos de la villa ningunos vecinos á los pueblos léjos, si no fuese á los que estaban cuatro ó cinco leguas de allí, para traer comidas. Pues llegado á Méjico, dió cuenta á Cortés de todo lo acaecido, y entonces le mandó que volviese á Guacacualco, y envió con él treinta soldados, y entre ellos á un Alonso de Grado, por mí muchas veces nombrado; á fray Juan de las Varillas, que habia venido con Zuazo, que era gran estudiante, que solia decir habia estudiado en su colegio de la Veracruz de Salamanca, de donde era, y decian que de muy noble linaje; y le mandó que con todos los vecinos que estábamos en la villa y los soldados que traia consigo fuésemos á la provincia de Chiapa, que estaba de guerra, que la pacificásemos y poblásemos una villa; y como el capitán Luis Marín vino con estos despachos, nos apercibimos todos, así los que estábamos allí poblados como los que traian de nuevo, y comenzamos á abrir caminos, porque eran montes y ciénagas muy malas, y echábamos en ellas maderos y ramos para poder pasar los caballos, y con gran trabajo fuimos á salir á un pueblo que se dice Tezpuntlan, que hasta entonces por el río arriba solíamos ir en canoas, que no habia otro camino abierto; y dende aquel pueblo fuimos á otro pueblo la sierra arriba, que se dice Cachula; y para que bien se entienda, este Cachula es en la provincia de Chiapa; y esto digo porque está otro pueblo del mismo nombre junto á la Puebla de los Angeles; y dende Cachula fuimos á otros pueblezuelos sujetos al mismo Cachula, y fuimos abriendo camino nuevo el río arriba, que venian de la poblacion de Chiapa, porque no habia camino ninguno, y todos los rededores que estaban poblados habian grande miedo á los chiapanecas, porque cierta-

to eran en aquel tiempo los mayores guerreros y yo habia visto en toda la Nueva-España, aunque entre ellos los tlascaltecas ni mejicanos ni zapotecos ni mixtecos; y esto digo porque jamás Méjico los señoreó, porque en aquella sazón era aquella tierra muy poblada, y los naturales della eran en manera belicosos y daban guerra á sus comarcas que eran los de Cinacatan y á todos los pueblos de la zona quilenayas, asimismo á los pueblos que se llaman los zoques, y robaban y cautivaban á la continua á los pueblezuelos donde podian hacer presa, y con que dellos mataban hacian sacrificios y hartazgas; más desto, en los caminos de Teguantepeque tenían pasos malos puestos guerreros para saltar á los mercaderes que trataban de una provincia á otra; esta causa dejaban algunas veces de tratar las unas provincias con las otras, y aun habían traído por fuerza los pueblos y hécholes poblar y estar junto á Chiapa, tenían por esclavos y con ellos hacian sus sementeras. Volvamos á nuestro camino, que fuimos el río á Chiapa su ciudad, y era por cuaresma año de 1524, lo de los años no me acuerdo bien; y antes de llegar á Chiapa se hizo alarde de todos los de á caballo, escopeteros y ballesteros que íbamos en aquella entrada, y no se pudo hacer hasta entonces, por causa que unos de nuestra villa y otros forasteros aun no se habían recogido, que andaban en los pueblos de la sierra de Chalupa demandando el tributo que les eran obligados á dar; y con el favor de venir capitán con la gente de guerra, como veníamos, se atrevían á ir á ellos, que de lo que ni daban tributo ni se les daba nada de nosotros. Fuimos á nuestro alarde, que se hallaron veinte y siete de á caballo que podían pelear, y otros cinco que no podían para ello, y quince ballesteros y ocho escopeteros, pólvora y tiro, y un soldado por artillero, que de él mismo soldado que habia estado en Italia; esto me acordé porque no era para cosa ninguna, que era muy grande; y llevábamos sesenta soldados de espada y rodel y obra de ochenta mejicanos, y el cacique de Chalupa con otros principales suyos; y estos indios de guerra que he dicho, iban temblando de miedo, y por los lados llevamos que nos ayudasen á abrir camino y traer el fardaje. Pues yendo nuestro camino en compañía, ya que llegamos cerca de sus poblaciones, siempre íbamos adelante por espías y descubridores del camino cuatro soldados muy sueltos, é yo era uno dellos, é iba mi caballo, que no era tierra por donde podían ir, é íbamos siempre media legua adelante de nuestro ejército; y como los chiapanecas son grandes cazadores, andaban entonces á caza de venados, y de venados sintieron, apellidáronse todos con grandes alaridos, y como llegamos á sus poblaciones, tenían muy malos caminos y grande sementera de maíz é otras legumbres, y el primer pueblo que topamos se dice Escuintla, que está de la cabecera obra de cuatro leguas, y aquel instante le habían despoblado, y tenían mucho de gallinas y otros bastimentos, que tuvimos bien que comer y cenar; y estando reposando en el pueblo, pues que teníamos puestas nuestras velas y escuchas y corredores del campo, vienen dos de á caballo que estaban corredores á dar mandado y diciendo: «¡Al arma, que

HA-II.

vienen muchos guerreros chiapanecas!» Y nosotros, que siempre estábamos muy apercebidos, les salimos al encuentro antes que llegasen al pueblo, y tuvimos una gran batalla con ellos, porque traían muchas varas tostadas, con sus tiraderas y arcos y flechas, y lanzas mayores que las nuestras, con buenas armas de algodón y penachos, y otros traían unas porras como macanas; y allí donde hubimos esta batalla habia mucha piedra, y con hondas nos hacian mucho daño, y nos comenzaron á cercar de arte, que de la primera rociada mataron dos de nuestros soldados y cuatro caballos, y le hirieron á fray Juan y trece soldados y á muchos de nuestros amigos, y al capitán Luis Marín le dieron dos heridas, y estuvimos en aquella batalla toda la tarde hasta que anocheció; y como hacia oscuro, y habían sentido el cortar de nuestras espadas y escopetas y ballestas, y las lanzadas, se retiraron, de lo cual nos holgamos, y hallamos quince dellos muertos y otros muchos heridos, que no se pudieron ir, y de dos dellos que nos parecían principales se tomó aviso, y dijeron que estaba toda la tierra apercebida para dar en nosotros otro día; y aquella noche enterramos los muertos y curamos los heridos y al capitán, que estaba malo de las heridas, porque se había desangrado mucho, que por causa de no se apartar de la batalla para se las curar ó apretar se le había metido frío en ellas. Pues ya hecho esto, pusimos buenas velas y escuchas y corredores del campo, y teníamos los caballos ensillados y enfrenados, y todos nuestros soldados á punto, porque tuvimos por cierto que venían de noche sobre nosotros, é como habíamos visto el tesoro que tuvieron en la batalla pasada, que ni por ballestas ni lanzas ni escopetas ni aun estocadas no les podíamos retraer ni apartar un paso atrás, tuvimos por buenos guerreros y osados en el pelear; y esa noche se dio orden cómo para otro día los de á caballo habíamos de arremeter de cinco en cinco hermanados, y las lanzas terciadas, y no pararnos á dar lanzadas hasta ponerlos en huida, sino las lanzas altas y por las caras, y atropellar y pasar adelante; y esto concertó ya otras veces lo había dicho el Luis Marín, y aun algunos de nosotros de los conquistadores viejos se lo habíamos dado por aviso á los nuevamente venidos de Castilla, y algunos dellos no curaron de guardar la orden, sino que pensaban que en dar una lanzada á los contrarios que hacían algo; y salióles á cuatro dellos al revés, porque les tomaron las lanzas y les hirieron á ellos los caballos con ellas. Quiero decir que se juntaban seis ó siete de los contrarios y se abruzaban con los caballos, creyendo de los tomar á munos, y aun derrocaron á un soldado del caballo, y si no le socorriéramos, ya lo hubieran sacrificado, y donde ahí á dos días se murió. Volvamos á nuestra relación, y es, que otro día de mañana acordamos de ir por nuestro camino para su ciudad de Chiapa, y verdaderamente se podía decir ciudad, y bien poblada, y las casas y calles muy en concierto, y de más de cuatro mil vecinos, sin otros muchos pueblos sujetos á ella, que estaban poblados á su rededor; é yendo que íbamos con mucho concierto, y el tiro puesto en orden, y el artillero bien apercebido de lo que había de hacer, y no habíamos caminado cuarto de legua, cuando nos encontramos con todo el poder de Chiapa, que campos y

cuestas venian llenos dellos, con grandes penachos y buenas armas ó grandes lanzas, flecha y vara con tiraderas, piedra y hondas, con grandes voces é grita y silbos. Era cosa de espantar cómo se juntaron con nosotros pié con pié y comenzaron á pelear como rabiosos leones; y nuestro negro artillero que llevábamos (que bien negro se podrá llamar), cortado de miedo y temblando, ni supo tirar ni poner fuego al tiro; é ya que á poder de voces que le dábamos pegó fuego, hirió á tres de nuestros soldados, que no aprovechó cosa ninguna; y como el capitán vió de la manera que andábamos, rompimos todos los de á caballo puestos en cuadrillas, según lo habíamos concertado, y los escopeleros y balisteros y de espada y rodela hechos un cuerpo, porque no les desharásen, nos ayudaron muy bien; mas eran tantos los contrarios que sobre nosotros vivieron, que si no fuéramos de los que en aquellas batallas nos hallamos cursados á otras afrentas, pusiera á otros gran temor, y aun nosotros nos admiramos de ver cuán fuertes estaban; y fray Juan nos daba ánimo, y decía que Dios nos había de pagar nuestro trabajo, y el César. El capitán Luis Marín nos dijo: «Ea, señores, Santiago y á ellos, y tornémosles otra vez á romper con ánimo.» Esforzados, dimosles tal mano, que á poco rato iban vueltas las espaldas; y cómo había allí donde fué esta batalla muy malos pedregales para poder correr caballos, no les podíamos seguir; é yendo en el alcance, y no muy lejos de donde comenzamos aquella batalla, ya que íbamos algo descuidados, creyendo que por aquel día no se tornarían á juntar, é dábamos gracias á Dios del buen suceso, aquí estaban tras unos cerros otros mayores escuadrones de guerreros que los pasados, con todas sus armas, y muchos dellos traían sogas para echar lazos á los caballos y asir de las sogas para los derrocar, y tenían tendidas en otras muchas partes muchas redes con que suelen tomar venados, para los caballos, y para atar á nosotros muchas sogas; y todos los escuadrones que he dicho se vienen á encontrar con nosotros, é como muy fuertes y recios guerreros, nos dan tal mano de flecha, vara y piedra, que tornaron á herir casi que todos los nuestros, y tomaron cuatro lanzas á los de á caballo, y mataron dos soldados y cinco caballos; y entonces traían en medio de sus escuadrones una india algo vieja, muy gorda, y según decían, aquella india la tenían por su diosa y adivinaba, y les había dicho que así como ella llegase adonde estábamos peleando, que luego habíamos de ser vencidos; y traían en un brusero salumerío, y unos idoles de piedra, y venia pintada todo el cuerpo, y pagado algodón á las pinturas, y sin miedo ninguno se metió en los indios nuestros amigos, que venían hechos un cuerpo con sus capitanas, y luego fué despozada la maldita diosa. Volvamos á nuestra batalla: que desde el capitán Luis Marín y todos nosotros vimos tanta multitud de guerreros contrarios, y que tan osadamente peleaban, nos admiramos y dijimos, al fraile que nos encomendase á Dios; y arremetiendo á ellos con el concierto pasado, fuimos rompiendo poco á poco y los hicimos huir, y se escondían entro' unos pedregales, y otros se echaron al río, que estaba cerca á hondo, y se fueron nadando, que son en gran manera buenos nadadores; y desde habíamos desbaratado, descansamos un rato;

y el fraile cantó una salve, y algunos soldados de buenas voces le ayudaban, é no sonaba mal, y todos dimos muchas gracias á Dios; y hallamos muertos donde tuvimos esta batalla muchos dellos, y otros heridos, y acordamos de irnos á un pueblo que estaba junto al río, cerca de la ciudad, donde había buenas ciruelas; porque, como era cuaresma, y en este tiempo las hay maduras, y en aquella poblacion son buenas; y allí nos estuvimos todo lo mas del día enterrando los muertos en partes donde no los pudiesen ver ni hallar los naturales de aquel pueblo, y curamos los heridos y diez caballos, y acordamos de dormir allí con gran recado de velas y escuchas. A poco mas de media noche se pasaron á nuestro real diez indios principales de dos pueblezuelos que estaban poblados junto á la cabecera ó ciudad de Chiapa, en cinco canoas del mismo río, que es muy grande y hondo, y venian los indios con las canoas á remo callado, y los que lo remaban eran diez indios, personas principales, naturales de los pueblezuelos que estaban junto al río; y como desembarcaron hacia la parte de nuestro real, en saltando en tierra, luego fueron presos por nuestras velas, y ellos lo tuvieron por bien que los prendiesen; y llevados ante el capitán, dijeron: «Señor, nosotros no somos chiapanecas, sino de otra provincia que se dice Xaltepeque, y estos malos chiapanecas con gran guerra que nos dieron nos mataron mucha gente, y á todos los mas de nuestros pueblos nos trajeron aquí por fuerza cautivos á poblar con nuestras mujeres e hijos, é nos han tomado cuanto hacienda tenemos, y ha doce años que nos tienen por esclavos, y les labramos sus sementeras y maizales, y nos hacen ir á pescar y hacer otros oficios, y nos toman nuestras hijas y mujeres. Venimos á daros aviso, porque nosotros os traeremos esta noche muchas canoas en que paseis este río, que sin ellas no podeis pasar sino con gran trabajo, y tambien os mostraremos un vado, aunque no va muy bajo; y lo que, señor capitán, os pedimos de merced es, que pues os hacemos esta buena obra, que cuando hayais vencido y desbaratado estos chiapanecas, que nos deis licencia para que salgamos de su poder é irnos á nuestras tierras; y para que mejor creais lo que os decimos que es verdad, en las canoas que ahora pasamos dejamos escondidas en el río, con otros nuestros compañeros y hermanos, y os traemos presentadas tres joyas de oro, que eran unas como diademas; y tambien tenemos gallinas y ciruelas;» y demandaron licencia para ir por ello, y dijeron que había de ser muy callado, no los sintiesen los chiapanecas, que están velando y guardando los pasos del río; y cuando el capitán entendió lo que los indios le dijeron, y la gran ayuda que era pasar aquel río y corriente río, dió gracias á Dios y mostró buena voluntad á los mensajeros, y prometió de hacerlo como lo pedían, y aun de darles ropa y despojos de lo que hubiésemos de aquella ciudad; y se informó de ellos cómo en las dos batallas pasadas les habíamos muerto y herido mas de ciento veinte chiapanecas, y que tenían aparejados para otro día otros muchos guerreros, y que á los de los pueblezuelos donde eran estos mensajeros les hacían salir á pelear contra nosotros; y que no temiésemos dellos, que antes nos ayudarían, y que al pasar del río nos habían de aguardar, porque tenían por im-

sible que terníamos atrevimiento de pasalle; y que cuando lo estuviésemos pasando, que allí nos desbaratarían; y dado este aviso, se quedaron dos de aquellos indios con nosotros, y los demás fueron á sus pueblos á dar orden para que muy de mañana trujesen veinte canoas, en lo cual cumplieron muy bien su palabra; y después que se fueron reposamos algo de lo que quedó de la noche, y no sin mucho recado de velas y escuchas y rondas, porque oímos el gran rumor de los guerreros que se juntaban en la ribera del río, y el tañer de las trompetillas y atambores y cornetas; y como amaneció, vimos las canoas, que ya descubiertamente las traían, á pesar de los de Chiapa; porque, según pareció, ya habían sentido los de Chiapa cómo los naturales de aquellos pueblezuelos se les habían levantado y hecho fuertes y eran de nuestra parte, y habían prendido algunos dellos, y los demás se habían hecho fuertes en un gran cen, y á esta causa había revueltas y guerra entre los chiapanecas y los pueblezuelos que dicho tengo; y luego nos fuéron á mostrar el vado, y entonces nos daban mucha prisa aquellos amigos que pasásemos presto el río, con temor no sacrificasen á sus compañeros que habían prendido aquella noche; pues de que llegamos al vado que nos mostraron, iba muy hondo; y puestos todos en gran concierto, así los ballesteros como escopeteros y los de caballo, y los indios de los pueblezuelos nuestros amigos con sus canoas, y aunque nos daba el agua cerca de los pechos, todos hechos un tropel, para soportar el ímpetu y fuerza del agua, quiso Dios que pasamos cerca de la otra parte de tierra; y antes de acabar de pasar, vienen contra nosotros muchos guerreros y nos dan una buena rociada de vara con tiraderas, y flechas y piedra y otras grandes lanzas, que nos hirieron casi que á todos los mas, y á algunos á dos y á tres heridas, y mataron dos caballos; y un soldado de á caballo, que se decía Fulano Guerrero ó Guerra, se ahogó al pasar del río, que se metió con el caballo en un recio raudal, y era natural de Toledo, y el caballo salió á tierra sin el amo. Volvamos á nuestra pelea, que nos detuvieron un buen rato al pasar del río, que no les podíamos hacer retraer ni nosotros podíamos llegar á tierra, y en aquel instante los de los pueblezuelos que se habían hecho fuertes contra los chiapanecas, nos vinieron á ayudar en las espaldas, é á los que estaban al río batallando con nosotros hirieron y mataron muchos dellos, porque les tenían grande enemistad, como los habían tenido presos muchos años; y como aquello vimos, salimos á tierra los de á caballo, y luego ballesteros, escopeteros y de espada y rodela, y los amigos mejicanos, y dámosles una tan buena mano, que se van huyendo, que no paró indio con indio; y luego sin mas tardar, puestos en buen concierto, con nuestras banderas tendidas, y muchos indios de los dos pueblezuelos con nosotros, entramos en su ciudad; y como llegamos á lo mas poblado, donde estaban sus grandes cues y adoratorios, tenían las casas tan juntas, que no osamos asentar real, sino en el campo, y en parte que aunque pusiesen fuego no nos pudiesen hacer daño; y nuestro capitán envió á llamar de paz á los caciques y capitanes de aquel pueblo, y fueron los mensajeros tres indios de los pueblezuelos nuestros amigos, que el uno de ellos se decía Xakpeque, y asimismo envió con ellos seis

capitanes chiapanecas que habíamos preso en las batallas pasadas, y les envió á decir que vengan luego de paz, y se les perdonará lo pasado, y que si no vienen, que los iremos á buscar y les daremos mayor guerra que la pasada y les quemaremos su ciudad; y con aquellas bravosas palabras luego á la hora vinieron, y aun trajeron un presente de oro, y se disculparon por haber salido de guerra, y dieron la obediencia á su majestad, y rogaron á Luis Marín que no consintiese á nuestros amigos que quemasen ninguna casa, porque ya habían quemado antes de entrar en Chiapa, en un pueblezuelo que estaba poblado antes de llegar al río, muchas casas; y Luis Marín les prometió que así lo haría, y mandó á los mejicanos que traíamos y á los de Cachiula que no hiciesen mal ni daño. Quiero tornar á decir que este Cachiula que aquí nombro no es la que está cerca de Méjico, sino un pueblo que se dice como él, que está en las sierras camino de Chiapa, por donde pasamos. Dejemos esto, y dígoos cómo en aquella ciudad hallamos tres cárceles de redes de madera llenas de prisioneros atados con collares á los pescuezos, y estos eran de los que prendían por los caminos, é algunos dellos eran de Guantepeque, y otros zapotecas é otros quilenes, otros de Soconusco; los cuales prisioneros sacamos de las cárceles é se fué cada uno á su tierra. También hallamos en los cues muy malas figuras de ídolos que adoraban, é todos los quebró fray Juan, é muchos indios é muchachos sacrificados, y hallamos muchas cosas malas de sodomías que usaban; y mandóles el capitán que luego fuesen á llamar todos los pueblos comarcanos que vengan de paz á dar la obediencia á su majestad. Los primeros que vinieron fueron los de Cinacatan y Gopanaustlan, é Piuola é Guequitzlan é Chamula, é otros pueblos que ya no se me acuerda los nombres dellos, quiniles, y otros pueblos que eran de la lengua zoque, y todos dieron la obediencia á su majestad, y aun estaban espantados cómo, tan pocos como éramos, podíamos vencer á los chiapanecas; y ciertamente mostraron todos gran contento, porque estaban mal con ellos. Estuvimos en aquella ciudad cinco días, é dijo fray Juan misa é confesaron algunos soldados, é predicó á los indios en su lengua, que la sabía bien, y los indios holgaron de oírle y adoraron la santa cruz, é decían que se habían de bautizar, y que parecíamos muy buena gente, y tomaron amor al fraile fray Juan. Y en aquel instante un soldado de aquellos que traíamos en nuestro ejército desmandóse del real, y viose sin licencia del capitán á un pueblo que había venido de paz, que ya le dicho que se dice Chamula, y llevó consigo ocho indios mejicanos de los nuestros, y demandó á los de Chamula que le diesen oro, y decía que lo mandaba el capitán, é los de aquel pueblo le dieron unas joyas de oro, y porque no le daban mas, echó preso al cacique; y cuando vieron los del pueblo hacer aquella demasía, quisieron matar al atrevido y desconsiderado soldado, y luego se alzaron, y no solamente ellos, pero también hicieron alzar á los de otro pueblo que se decía Gueyhuiztlan, sus vecinos; y de que aquello alcanzó á saber el capitán Luis Marín, prende al soldado, y luego manda que por la posta le llevasen á Méjico para que Cortés le castigase; y esto hizo el Luis Marín porque era un hombre el sol-

dado que se tenía por principal, que por su honor no nombro su nombre, hasta que venga en coyuntura en parte que hizo otra cosa que aun es muy peor, como era malo y cruel con los indios, como adelante diré. Y después desto hecho, el capitán Luis Marín envió á llamar al pueblo de Chamula que venga de paz, é les envió á decir que ya había castigado y enviado á Méjico al español que les iba á demandar oro y les hacía aquellas demasías. La respuesta que dieron fué mala, y la tuvimos por muy peor por causa de que los pueblos comarcanos no se alzasen; y fué acordado que luego fuésemos sobre ellos, y hasta traelles de paz no les dejar; y después de como les habló muy blaudamente á los caciques chiapanecas, y fray Juan les dijo con buenas lenguas, que las sabía, las cosas tocantes á nuestra santa fe, y que dejasen los ídolos y sacrificios y sodomías y robos, y les puso cruces é una imagen de nuestra Señora en un altar que les mandamos hacer, y el capitán Luis Marín les dió á entender cómo éramos vasallos de su majestad cesárea, é otras muchas cosas que convenian, y aun les dejamos poblada mas de la mitad de su ciudad; y los dos pueblos nuestros amigos que nos trajeron las canoas para pasar el río y nos ayudaron en la guerra sacieron de poder de los chiapanecas con todas sus haciendas é mujeres é hijos, y se fueron á poblar al río abajo, obra de diez leguas de Chiapa, donde ahora está poblado lo de Xaltepeque, y el otro pueblo que se dice Istatlán se fué á su tierra, que era de Guantepeque. Volvamos á nuestra partida para Chamula, y es que luego enviamos á llamar á los de Cinacatan, que eran gente de razón, y muchos dellos mercaderes, y se les dijo que nos trajesen ducientos indios para llevar el fardaje, é que íbamos á su pueblo porque por allí era el camino de Chamula; y demandó á los de Chiapa otros ducientos indios guerreros con armas para ir en nuestra compañía, y luego los dieron; y salimos de Chiapa una mañana, y fuimos á dormir á unas salinas, donde nos tenían hechos los de Cinacatan buenos ranchos; y otro día á mediodía llegamos á Cinacatan, y allí tuvimos la santa pascua de Resurrección; y tornamos á enviar á llamar de paz á los de Chamula, é no quisieron venir, é hubimos de ir á ellos, que sería entonces donde estaban poblados de Cinacatan obra de tres leguas, y tenían entonces las casas y pueblos de Chamula en una fortaleza muy mala de ganar, y muy honda cava por la parte que les habíamos de combatir, y por otras partes muy peor é mas fuerte; é así como llegamos con nuestro ejército, nos tiran tanta piedra de lo alto é vara y flecha, que cubría el suelo; pues las lanzas muy largas con mas de dos varas de cuchilla de pedernales, que ya he dicho otras veces que cortaban mas que espadas, y unas rodela hechas á manera de pavesinas, con que se cubren todo el cuerpo cuando pelean, y cuando no las han menester, las arrollan y doblan de manera que no les hacen estorbo ninguno, é con hondas mucha piedra, y tal priesa se daban á tirar flecha y piedra, que hirieron cinco de nuestros soldados é dos caballos, é con muchas voces é gran grito é silbos é alaridos, y atambores y caracoles, que era cosa de poner espanto á quien no los conociera; y como aquello vió Luis Marín, entendió que de los caballos no se podían aprovechar, que era

sierra, mandó que se tornasen á bajar á lo llano, porque donde estábamos era gran cuesta y fortaleza, y aquello que les mandó fué porque temíamos que venían allí á dar en nosotros los guerreros de otros pueblos que se dicen Quiahuitlan, que estaba alzado, y porque hubiese resistencia en los de á caballo; y luego comenzamos de tirar en los de la fortaleza muchas saetas y escopetas, y no les podíamos hacer daño ninguno, con los grandes mamparos que tenían, y ellos á nosotros sí, que siempre herían muchos de los nuestros; y estuvimos aquel día desta manera peleando, y no se les daba cosa ninguna por nosotros, y si les procurábamos de entrar donde tenían hechos unos mamparos y almenas, estaban sobre dos mil lanceros en los puestos para defensa de los que les probamos á entrar; y ya que quisiéramos entrar é aventurar las personas en arrojarlos dentro de su fortaleza, habíamos de caer de tan alto, que nos hubíamos de hacer pedruzos, y no era cosa para ponernos en aquella ventura; y después de bien acordado cómo y de qué manera habíamos de pelear, se concertó que trajésemos madera y tablas de un pueblezuelo que allí junto estaba despoblado, é hiciésemos burros ó mantas, que así se llaman, y en cada uno dellos cabian veinte personas, y con azadones y picos de hierro que traíamos, é con otros azadones de la tierra, de palo, que allí había, les cavábamos y deshacíamos su fortaleza, y deshicimos un portillo para poderles entrar, porque de otra manera era excusado; porque por otras dos partes, que todo lo miramos mas de una legua de allí al rededor, estaba otra muy mala entrada y peor de ganar que adonde estábamos, por causa que era una bajada tan agra, que á manera de decir, era entrar en los abismos. Volvamos á nuestros mamparos y mantas, que con ellos les estábamos deshaciendo sus fortalezas, y nos echaban de arriba mucha pez y resina ardiendo, y agua y sangre toda revuelta y muy caliente, y otras veces lumbre y rescoldo, y nos hacían mala obra, y luego tras esto mucha multitud de piedras y muy grandes que nos desbarataron nuestros ingenios, que nos hubimos de retirar y tornarnos á adobar; y luego volvimos sobre ellos, y cuando vieron que les hacíamos mayores portillos, se ponen cuatro papas y otras personas principales sobre una de sus almenas, y vienen cubiertos con sus pavesinas é otros talabardones de madera, é dicen: «Pues que deseáis é quereis oro, entrad dentro, que aquí tenemos mucho;» y nos echaron desde las almenas siete diademas de oro fino, y muchas cuentas vaciadizas é otras joyas, como caracoles y ánades, todo de oro, y tras ello mucha flecha y vara y piedra, é ya les teníamos hechas dos grandes entradas; y como era ya noche y en aquel instante comenzó á llover, dejamos el combate para otro día, y allí dormimos aquella noche con buen recaudo; y mandó el capitán á ciertos de á caballo que estaban en tierra llana, que no se quitasen de sus puestos y tuviesen los caballos ensillados y enfrenados. Volvamos á los chamultecas, que toda la noche estuvieron tañendo atabales y trompetillas y dando voces y gritos, y decían que otro día nos habían de matar, que así se lo había prometido su ídolo; y cuando amaneció volvimos con nuestros ingenios y mantas á hacer mayores entradas, y los contrarios con grande ánimo defendiendo su fortaleza,

y aun hirieron esta dia á cinco de los nuestros, y á mí me dieron un buen bote de lanza, que me pasaron las armas, y ya no fuera por el mucho algodón y bien colchadas que eran, me mataran, porque con ser buenas las pasaron y echaron buen pelote de algodón fuera, me dieron una chica herida; y en aquella sazón era mas de mediodía, y vino muy grande agua y luego una muy oscura neblina; porque, como eran sierras altas, siempre hay neblinas y aguaceros; y nuestro capitán, como llovía mucho, se apartó del combate, y como yo era acostumbrado á las guerras pasadas de Méjico, bien entendí que en aquella sazón que vino la neblina no daban los contrarios tantas voces ni gritos como de antes; y veía que estaban arrimadas á los aduarez y fortalezas y barbacañas muchas lanzas, y que no las veía menear, sino hasta duecientas dellas, sospeché lo que fué, que se querían ir ó se iban entonces, y de presto les entramos por un portillo yo y otro mi compañero, y estaban obra de duecientos guerreros, los cuales arremetieron á nosotros y nos dan muchos botes de lanza; y si de presto no fuéramos socorridos de unos indios de Cinacatan, que dieron voces á nuestros soldados, que entraron luego con nosotros en su fortaleza, allí perdiéramos las vidas; y como estaban aquellos chamultecas con sus lanzas haciendo cara y vieron el socorro, se van huyendo, porque los demás guerreros ya se habían huido con la neblina; y nuestro capitán con todos los soldados y amigos entraron dentro, y estaba ya alzado todo el hato, y la gente menuda y mujeres ya se habían ido por el paso muy malo, que he dicho que era muy hondo y de mala subida y peor bajada; y fuimos en el alcance, y se prendieron muchas mujeres y muchachos y niños y sobre treinta hombres, y no se halló despojo en el pueblo, salvo bastimento; y esto hecho, nos volvimos con la presa caminando de Cinacatan, y fué acordado que asentásemos nuestro real junto á un río adonde está ahora poblada la Ciudad-Real, que por otro nombre llaman Chiapa de los Españoles; y desde allí soltó el capitán Luis Marín seis indios con sus mujeres, de los presos de Chamula, para que fuesen á llamar los de Chamula, y se les dijo que no hubiesen miedo, y se les darian todos los prisioneros; y fueron los mensajeros, y otro dia vinieron de paz y llevaron toda su gente, que no quedó ninguna; y después de haber dado la obediencia á su majestad, me depositó aquel pueblo el capitán Luis Marín, porque desde Méjico se lo había escrito Cortés, que me diese una buena cosa de lo que se conquistase, y tambien porque era yo mucho su amigo del Luis Marín, y porque fué el primer soldado que les entró dentro; y Cortés me envió cédula de encomienda guardada, y me tributaron mas de ocho años. En aquella sazón no estaba poblada la Ciudad-Real, que después se pobló, é se dió mi pueblo para la poblacion. Dejemos esto, y digamos cómo yo pedí á fray Juan que les predicase, y él lo hizo de voluntad, y les puso altar y una cruz y una imagen de la Virgen, y se bautizaron luego quince; é decía el fraile que esperaba en Dios habian de ser aquellos buenos católicos, é yo me alegraba, porque los quería bien, como á cosa mia. Pero volvamos á nuestra relacion: que, como ya Chamula estaba de paz, é Gueguistitán, que estaba alzado, no quisieron venir de paz

aunque les enviásemos á llamar, acordó nuestro capitán que fuésemos á los buscar á sus pueblos; y digo aquí pueblos, porque entonces eran tres pueblezuelos, y todos puestos en fortaleza; y dejamos allí adonde estaban nuestros ranchos los heridos y fardaje, y fuimos con el capitán los mas sueltos y sanos soldados, y los de Cinacatan nos dieron sobre trecientos indios de guerra, que fueron con nosotros, y seria de allí á los pueblos de Gueguistitán obra de cuatro leguas; y como íbamos á sus pueblos, hallamos todos los caminos cerrados, llenos de maderos é árboles cortados y muy embarazados, que no podian pasar caballos, y con los amigos que llevábamos los desembarazamos é quitaron los maderos; y fuimos á un pueblo de los tres, que ya he dicho que era fortaleza, y hallámosle lleno de guerreros, y comenzaron á nos dar grita y voces y á tirar vara y flecha, y tenían granzas y pavesinas y espadas de á dos manos de pedernal, que cortan como navajas, segun y de la manera de los de Chamula; y nuestro capitán con todos nosotros les íbamos subiendo la fortaleza, que era muy mas mala y recia de tomar que no la de Chamula; acordaron de se ir huyendo y dejar el pueblo despojado y sin cosa ninguna de bastimentos; y los canacantecas prendieron dos indios dellos, que luego trajeron al capitán, los cuales mandó soltar, para que llamasen de paz á todos los mas sus vecinos, y aguardamos allí un dia que volviesen con la respuesta, y todos vinieron de paz, y trajeron un presente de oro de poca valía y plumajes de quetzales, que son unas plumas que se tienen entre ellos en mucho, y nos volvimos á nuestros ranchos; y porque pasaron otras cosas que no hacen á nuestra relacion, se dejarán de decir, y diremos cómo cuando hubimos vuelto á los ranchos pusimos en plática que seria bien poblar allí adonde estábamos una villa, segun que Cortés nos mandó que poblásemos, y muchos soldados de los que allí estábamos decíamos que era bien, y otros que tenían buenos indios en lo de Guacacualco eran contrarios, y pusieron por achaque que no teníamos herraje para los caballos, y que éramos pocos, y todos los mas heridos, y la tierra muy poblada, y los mas pueblos estaban en fortalezas y en grandes sierras, y que no nos podríamos valer ni aprovechar de los caballos, y decian por allí otras cosas; y lo peor de todo, que el capitán Luis Marín é un Diego de Godoy, que era escribano del Rey, persona muy entremetida, no tenían voluntad de poblar, sino volver á nuestros ranchos y villa; é un Alonso de Grado, que ya le he nombrado otras veces en el capítulo pasado, el cual era mas bullicioso que hombre de guerra, parece ser traia secretamente una cédula de encomienda firmada de Cortés, en que le daba la mitad del pueblo de Chiapa cuando estuviere pacificado, y por virtud de aquella cédula demandó al capitán Luis Marín que le diese el oro que hubo en Chiapa que dieron los indios, é otro que se tomó en los templos de los ídolos del mismo Chiapa, que serian mil é quinientos pesos, y Luis Marín decía que aquello era para ayudar á pagar los caballos que habían muerto en la guerra en aquella jornada; y sobre ello y sobre otras diferencias estaban muy mal el uno con el otro, y tuvieron tantas palabras, que el Alonso de Grado, como era mal condicionado, se desconcertó en hablar; y quien

se metia en medio y lo revolvía todo era el escribano Diego de Godoy. Por manera que Luis Marin los echó presos al uno y al otro, y con grillos y cadenas los tuvo seis ó siete dias presos, y acordó de enviar á Alonso de Grado á Méjico preso, y al Godoy con ofertas y promettimientos y buenos intercesores le soltó; y fué peor, que se concertaron luego el Grado y el Godoy de escribir desde allí á Cortés muy en posta, diciendo muchos males de Luis Marin, y aun Alonso de Grado me rogó á mí que de mi parte escribiese á Cortés, y en la carta le disculpase al Grado, porque le decia el Godoy al Grado que Cortés en viendo mi carta le daría crédito, y no diese bien del Marin; é yo escribí lo que me pareció que era verdad, y no culpando al capitan Marin; y luego envió preso á Méjico al Alonso de Grado, con juramento que le tomó que se presentaría ante Cortés dentro de ochenta dias, porque desde Cinacatan habia por la vía y camino que venimos sobre ciento y noventa leguas hasta Méjico. Dejemos de hablar de todas estas revueltas y embarazos; é ya partido el Alonso de Grado, acordamos de ir á castigar á los de Cimatán, que fueron en matar los dos soldados cuando me escapé yo y Francisco Martin, vizcaíno, de sus manos; é yendo que íbamos caminando para unos pueblos que se dicen Tapeola, é antes de llegar á ellos habia unas sierras y pasos tan malos, así de subir como de bajar, que tuvimos por cosa dificultosa el poder pasar por aquel puerto; y Luis Marin envió á rogar á los caciques de aquellos pueblos que los adobasen de manera que pudiésemos pasar é ir por ellos, é así lo hicieron, y con mucho trabajo pasaron los caballos, y luego fuimos por otros pueblos que se dicen Silo, Suchiapa é Coyumelapa, y desde allí fuimos á este Panguaxaya; y llegados que fuimos á otros pueblos que se dicen Tecomayacatal é Ateapan, que en aquella sazón todo era un pueblo y estaban juntas casas con casas, y era una poblacion de las grandes que habia en aquella provincia, y estaba en mi encomendada por Cortés; y como entonces era mucha poblacion, y con otros pueblos que con ellos se juntaron, salieron de guerra al pasar de un rio muy hondo que pasa por el pueblo, é hirieron seis soldados y mataron tres caballos, y estuvimos buen rato peleando con ellos; y al fin pasamos el rio é se huyeron, y ellos mismos pusieron fuego á las casas y se fueron al monte; estuvimos cinco dias curando los heridos y haciendo entradas, donde se tomaron muy buenas indias, y se les envió á llamar de paz, y que se les daría la gente que habíamos preso y que se les perdonaría lo de la guerra pasada; y vinieron todos los mas indios y poblaron su pueblo, y demandaban sus mujeres é hijos, como lo habian prometido. El escribano Diego de Godoy aconsejaba al capitan Luis Marin que no los diese, sino que se echase el hierro del Rey, y que se echase á los que una vez habian dado la obediencia á su majestad y se tornaban á levantar sin causa ninguna; y porque aquellos pueblos salieron de guerra y nos flecharon y nos mataron los tres caballos, decia el Godoy que se pagasen los tres caballos con aquellas piezas de indios que estaban presos; é yo repliqué que no se herrasen, y que no era justo, pues vinieron de paz; y sobre ello yo y el Godoy tuvimos grandes debates y palabras y aun cuchilladas,

que entrambos salimos heridos, hasta que nos despartieron y nos hicieron amigos; y el capitan Luis Marin era muy bueno y no era malicioso, é vió que no era justo hacer mas de lo que le pedi por merced, y mandó que diesen todas las mujeres y toda la mas gente que estaba presa á los caciques de aquellos pueblos, y los dejamos en sus casas muy de paz; y desde allí atravesamos al pueblo de Cimatán y á otros pueblos que se dicen Talulupan, y antes de entrar en el pueblo tenian hechas unas saeteras y andamios junto á un monte, y luego estaban unas ciénagas; é así como llegamos nos dan de repente una tan buena rociada de flecha con muy buen concierto y ánimo, y hirieron sobre veinte soldados y mataron dos caballos, y si de presto no les desbaratáramos y deshiciéramos sus cercados y saeteras, mataran é hirieran muchos mas, y luego se acogieron á las ciénagas; y estos indios destas provincias son grandes flecheros, que pasan con sus flechas y arcos dos dobles de armas de algodón bien colchadas, que es mucha cosa; y estuvimos en su pueblo dos dias, y los enviamos á llamar de paz y no quisieron venir; y cómo estábamos cansados, y habia allí muchas ciénagas que tiemblan, que no pueden entrar en ellas los caballos ni aun ninguna persona sin que se atolle en ellas, y han de salir arrastrando y á gatas, y aun si salen es maravilla, tanto son de malas. É por no ser yo mas largo sobre este caso, por todos nosotros fué acordado que volviésemos á nuestra villa de Guacacualco, y volvimos por unos pueblos de la Chontalpa, que se dicen Guimango é Nacaxu, y Xuica é Teotitan Copileo, é pasamos otros pueblos, y á Ulapa, y el rio de Ayagualco é al de Tonala, y luego á la villa de Guacacualco; y del oro que se hubo en Chiapa y en Chamula, sueldo por libra se pagaron los caballos que mataron en las guerras. Dejemos esto, y digamos que como el Alonso de Grado llegó á Méjico delante de Cortés, y cuando supo de la manera que iba, le dijo muy enojado: «¿Cómo, señor Alonso de Grado, que no podeis caber ni en una parte ni en otra? Lo que os ruego es que mudeis esa mala condicion; si no, en verdad que os enviaré á la isla de Cuba, aunque sepa daros tres mil pesos con que allí vivais, porque ya no os puedo sufrir;» y el Alonso de Grado se le humilló de manera, que tornó á estar bien con el Cortés, y el Luis Marin y fray Juan escribieron á Cortés todo lo acaecido. Y dejallo he aquí, y diré lo que pasó en la corte sobre el obispo de Búrgos é arzobispo de Rosano.

CAPITULO CLXVII.

Cómo estando en Castilla nuestros procuradores, recusaron al obispo de Búrgos, y lo que mas pasó.

Ya he dicho en los capitulos pasados que don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos é arzobispo de Rosano, que así se nombraba, hacia mucho por las cosas de Diego Velazquez, y era contrario de las de Cortés y á todas las nuestras; y quiso nuestro Señor Jesucristo que en el año de 1521 fué elegido en Roma por sumo pontífice nuestro muy santo padre el papa Adriano de Lobayna, y en aquella sazón estaba en Castilla por gobernador della y residia en la ciudad de Victoria, y nuestros procuradores fueron á besar sus san-

los piés; y un gran señor alemán, que era de la cámara de su majestad, que se decía mosiur de Lason, le vino á dar el parabien del pontificado por parte del Emperador nuestro señor á su santidad, y el mosiur de Lason tenía noticia de los heroicos hechos y grandes hazañas que Cortés y todos nosotros habíamos hecho en la conquista desta Nueva-España, y los grandes, muchos, buenos y notables servicios que siempre hacíamos á su majestad, y de la conversion de tantos millares de indios que se convertían á nuestra santa fe; y pareciere ser aquel caballero alemán suplicó al santo padre Adriano que fuese servido entender muy de hecho en las cosas entre Cortés y el obispo de Burgos, y su cantidad lo tomó también muy á pechos; porque, atendido de las quejas que nuestros procuradores propusieron ante nuestro santo padre, le habían ido otras muchas personas de calidad á se quejar del mismo Obispo de muchos agravios é injusticias que decían que hacía; porque, como su majestad estaba en Flándes, y el Obispo era presidente de Indias, todo se lo mandaba, y era malquisto; y según entendimos, nuestros procuradores hallaron color para le osar recusar. Por manera que se juntaron en la corte Francisco de Montejo y Diego de Ordás y el licenciado Francisco Nuñez, primo de Cortés, y Martín Cortés, padre del mismo Cortés, y con favor de otros caballeros y grandes señores que les favorecieron, y uno dellos, y el que mas metió la mano, fué el duque de Béjar; y con estos favores le recusaron con gran osadía y atrevimiento al obispo ya por mí dicho, y las causas que dieron muy bien probadas. Lo primero fué que el Diego Velazquez dió al Obispo un muy buen pueblo en la isla de Cuba, y que con los indios del pueblo le sacaban oro de las minas y se lo enviaba á Castilla; y que á su majestad no le dió ningún pueblo, siendo mas obligado á ello que al Obispo. Y lo otro, que en el año de 1517 años, que nos juntamos ciento y diez soldados con un capitán que se decía Francisco Hernandez de Córdoba, é que á nuestra costa compramos navios y mataloteje y todo lo demás, y salimos á descubrir la Nueva-España; y que el obispo de Burgos hizo relacion á su majestad que Diego Velazquez la descubrió, y no fué así. Y lo otro, que envió el mismo Diego Velazquez á lo que habíamos descubierto á un sobrino suyo que se decía Juan de Grijalva, é que descubrió mas adelante, é que hubo en aquella jornada sobre veinte mil pesos de oro de rescate, y que todo lo mas envió el Diego Velazquez al mismo Obispo, é que no dió parte dello á su majestad; é que cuando vino Cortés á conquistar la Nueva-España, que envió un presente á su majestad, que fué la luna de oro y el sol de plata é mucho oro en grano sacado de las minas, é gran cantidad de joyas y tejuelos de oro de diversas maneras, y escribimos á su majestad el Cortés y todos nosotros sus soldados dándole cuenta y razon de lo que pasaba, y envió con ello á Francisco de Montejo é á otro caballero que se decía Alonso Hernandez Puertocarrero, primo del conde de Medellin, que no los quiso oír, y les tomó todo el presente de oro que iba para su majestad, y les trató mal de palabra, llamándolos de traidores, é que venían á procurar por otro traidor; y que las cartas que venían para su majestad las encu-

bró, y escribió otras muy al contrario dellas, diciendo que su amigo Diego Velazquez envia aquel presente; y que no le envió todo lo que traían, que el Obispo se quedó con la mitad y mayor parte dello; y porque el Alonso Hernandez Puertocarrero, que era uno de los dos procuradores que enviaba Cortés, le suplicó al Obispo que le diese licencia para ir á Flándes, adonde estaba su majestad, le mando echar preso, y que murió en las cárceles; y que envió á mandar en la casa de la contratación de Sevilla al contador Pedro de Isusala y Juan Lopez de Recalde, que estaban en ella por oficiales de su majestad, que no diesen ayuda ninguna para Cortés, así de soldados como de armas ni otra cosa, y que proveía los oficiales y cargos, sin consultallo con su majestad, á hombres que no lo merecían ni tenían habilidad ni saber para mandar, como fue al Cristóbal de Tapia, y que por casar á su sobrina doña Petronila de Fonseca con Tapia ó con el Diego Velazquez le prometió la gobernacion de Nueva-España; é que aprobaba por buenas las falsas relaciones é procesos que hacían los procuradores de Diego Velazquez, los cuales eran Andrés de Duero y Manuel de Rojas y el padre Benito Martín, y aquellas enviaba á su majestad por buenas, y las de Cortés y de todos los que estábamos sirviendo á su majestad, siendo muy verdaderas, encubría y torcía y las condenaba por malas; y le pusieron otros muchos cargos, y todo muy bien probado, que no se pudo encubrir cosa ninguna, por mas que alegaban por su parte; y luego que esto fué hecho y sacado en limpio, fué llevado á Zaragoza, adonde su santidad estaba en aquella sazón que le recusó, y como vió los despachos y causas que se dieron en la recusacion, y que las partes del Diego Velazquez, por mas que alegaban que habia gastado en navios y costas, fueron rechazados sus dichos; que, pues no acudió á nuestro rey y señor, sino solamente al obispo de Burgos, su amigo, y Cortés hizo lo que era obligado, como leal servidor, mandó su santidad, como gobernador que era de Castilla, demás de ser papa, al obispo de Burgos que luego dejase el cargo de entender en las cosas y pleitos de Cortés, y que no entendiese en cosa ninguna de las Indias, y declaró por gobernador desta Nueva-España á Hernando Cortés, y que si algo habia gastado Diego Velazquez, que se lo pagásemos; y aun envió á la Nueva-España bulas con muchas indulgencias para los hospitales é iglesias, y escribió una carta encomendando á Cortés y á todos nosotros los conquistadores que estábamos en su compañía que siempreuviésemos mucha diligencia en la santa conversion de los naturales, é fuese de manera que no hubiese muertes ni robos, sino con paz y cuanto mejor se pudiese hacer, é que les vedásemos y quitásemos sacrificios y sodomías y otras torpiedades; y decía en la carta que, demás del gran servicio que hacíamos á Dios nuestro Señor y á su majestad, que su santidad, como nuestro padre y pastor, tenía cargo de rogar á Dios por nuestras ánimas, pues tanto bien por nuestra mano ha venido á toda la cristianidad; y aun nos envió otras santas bulas para nuestras absoluciones. E viendo nuestros procuradores lo que mandaba el santo Padre, así como pontífice y gobernador de Castilla, enviaron luego correos muy en posta adon-

de su majestad estaba, que ya habia venido de Flándes y estaba en Castilla, y aun llevaron cartas de su santidad para nuestro monarca; y después de muy bien informado de lo de atrás por mí dicho, confirmó lo que el sumo Pontífice mandó, y declaró por gobernador de la Nueva-España á Cortés, y á lo que el Diego Velázquez gastó de su hacienda en la armada, que se le pagase, y aun le mandó quitar la gobernacion de la isla de Cuba, por cuanto habia enviado el armada con Pánfilo de Narvaez sin licencia de su majestad, no embargante que la real audiencia y los frailes jerónimos que residían en la isla de Santo Domingo por gobernadores se lo habian defendido, y aun sobre se lo quitar enviaron á un oidor de la misma real audiencia, que se decía Lucas Vazquez de Ayllon, para que no consintiese ir la tal armada, y en lugar de le obedecer, le echaron preso y le enviaron con prisiones en un navio. Dejemos de hablar desto, y digamos que, como el obispo de Burgos supo lo por mí atrás dicho; y lo que su santidad y su majestad mandaban, é se lo fueron á notificar, fué muy grande el enojo que tomó, de que cayó muy malo, é se salió de la corte y se fué á Toro, donde tenia su asiento y casas; y por mucho que metió la mano su hermano don Antonio de Fonseca, señor de Coca é Alaéjos, en le favorecer, no lo pudo volver en el mando que de antes tenia. Y dejemos de hablar desto, y digamos que á gran bonanza que en favor de Cortés hubo, se siguió contrariedad; que le vinieron otros grandes contrastes de acusaciones que le ponian por Pánfilo de Narvaez y Cristóbal de Tapia y por el piloto Cárdenas, que he dicho en el capítulo que sobre ello habla que cayó malo de pensamiento cómo no le dieron la parte del oro de lo primero que se envió á Castilla; y tambien le acusó un Gonzalo de Umbria, piloto, á quien Cortés mandó cortar los piés porque se alzaba con un navio con Cermeño y Pedro Escudero, que mandó ahorcar Cortés.

CAPITULO CLXVIII.

Cómo fueron ante su majestad Pánfilo de Narvaez y Cristóbal de Tapia, y un piloto que se decía Gonzalo de Umbria y otro soldado que se llamaba Cárdenas, con favor del obispo de Burgos, aunque no tenia cargo de entender en cosas de Indias, que ya le habian quitado el cargo y se estaba en Toro: todos los por mí referidos dieron ante su majestad muchas quejas de Cortés, y lo que sobre ello se hizo.

Ya he dicho en el capítulo pasado cómo su santidad vió y entendió los grandes servicios que Cortés y todos nosotros los conquistadores que en su compañía militábamos habíamos hecho á Dios nuestro Señor é á su majestad é á toda la cristiandad, y de cómo se le hizo merced á Cortés de le hacer gobernador de la Nueva-España, é las bulas é indulgencias que envió para las iglesias é hospitales, y las santas absoluciones para todos nosotros; y visto por su majestad lo que el santo Padre mandaba, después de bien informado de toda la verdad, lo confirmó con otros reales mandos; y en aquella sazón se quitó el cargo de presidente de Indias al obispo de Burgos, y se fué á vivir á la ciudad de Toro; y en este instante llegó á Castilla Pánfilo de Narvaez, el cual habia sido capitán de la armada que envió Diego Velázquez contra nosotros; y tambien en

aquel tiempo llegó Cristóbal de Tapia, el que habia enviado el mismo obispo á tomar la gobernacion de la Nueva-España, y llevaron en su compañía á un Gonzalo de Umbria, piloto, é á otro soldado que se decía Cárdenas, y todos juntos se fueron á Toro á demandar favor al obispo de Burgos para se ir á quejar de Cortés delante su majestad, porque ya su majestad habia venido de Flándes, y el Obispo no deseaba otra cosa sino que hubiese quejas de Cortés y de nosotros; é tales favores é presas les dió el Obispo, que se juntaron los procuradores del Diego Velázquez que estaban en la corte, que se decían Bernardino Velázquez, que ya lo habia enviado desde Cuba para que procurase por él, y Benito Martín é Manuel de Rojas, y fueron todos juntos delante del Emperador nuestro señor, y se quejaron reciamente de Cortés; y los capitulos que contra él pusieron fué, que Diego Velázquez envió á descubrir y poblar la Nueva-España tres veces, y que gastó gran suma de pesos de oro en navíos y armas y matalotaje, y en cosas que dió á los soldados, y que envió con la armada á Hernando Cortés por capitán, y se alzó con ella, y que no le acudió con ninguna cosa. Tambien le acusaron que, no embargante todo esto, que envió el Diego Velázquez á Pánfilo de Narvaez por capitán de mas de mil y treientos soldados, con diez y ocho navíos y muchos caballos y escopeteros y ballesteros, y con cartas y provisiones de su majestad, y firmadas de su presidente de Indias, que era el obispo de Burgos é arzobispo de Rosano, para que le diesen gobernacion de la Nueva-España, y no lo quiso obedecer; antes le dió guerra y desbarató, y mató su alférez y sus capitanes, y le quebró un ojo, y que le quemó cuanta hacienda tenia, y le prendió al mismo Narvaez y á otros capitanes que tenia en su compañía. Y que, no embargante esto desbaraste, que proveyó el mismo obispo de Burgos para que fuese el Cristóbal de Tapia, que presente estaba, como fué, á tomar la gobernacion de aquellas tierras en nombre de su majestad, y que no lo quiso obedecer, y que por fuerza le hizo volver á embarcar; y acusábale que habia demandado á los indios de todas las ciudades de la Nueva-España mucho oro en nombre de su majestad, y se lo tomaba y encubria y lo tenia en su poder; acusábale que, á pesar de todos sus soldados, llevó quinto como rey de todas las partes que se habian habido en Méjico; acusábale que mandó quemar los piés á Guatemuz é á otros caciques porque diesen oro; acusábale que no dió ni acudió con las partes del oro á los soldados, y que todo lo resumió en sí; acusábale los palacios que hizo y casas muy fuertes, y que eran tan grandes como una gran aldea, y que hacia servir en ellas á todas las ciudades de la redonda de Méjico, y que les hacia traer grandes cipreses y piedra desde léjas tierras, y que habia dado ponzoña á Francisco de Garay por le tomar su gente y armada; y le pusieron otras muchas cosas y acusaciones, y tantas, que su majestad estaba enojado de oir tantas injusticias como del Cortés decian, creyendo que era verdad. Y demás desto, como el Narvaez hablaba muy eutonado, dijo estas palabras que oírán: «Y porque vuestra majestad sepa cuál andaba la cosa, la noche que me prendieron y desbarataron, que teniendo vuestras rea-

les provisiones en el seno, que las saque de prisa, y mi ojo quebrado, porque no me quemasen, porque ardia en aquella sazón el aposento en que estaba, me las tomó por fuerza del seno un capitán de Cortés, que se dice Alonso de Avila, y es el que ahora está preso en Francia, y no me las quiso dar, y publicó que no eran provisiones, sino obligaciones que venia á cobrar. Entonces dice que se rió el Emperador, y la respuesta que dió fué, que en todo mandaría hacer justicia; y luego mandó juntar ciertos caballeros de sus reales consejos y de su real cámara, personas de quien su majestad tuvo confianza que harían recta justicia, que se decían, Mercurio Catirinario, gran canceller italiano, y mosiur de Lasao y el doctor de La-Rocha, flamencos, y Hernando de Vega, señor de Grajales y comendador mayor de Castilla, y el doctor Lorenzo Galindez de Caravajal y el licenciado Várgas, tesorero general de Castilla; y desde á su majestad le dijeron que estaban juntos, les mandó que mirasen muy justificadamente los pleitos y debates entre Cortés y Diego Velazquez á aquellos querellosos, y que en todo hiciesen justicia, no teniendo afición á las personas ni favoreciesen á ninguno dellos, excepto á la justicia; y luego visto por aquellos caballeros el real mando, acordaron de se juntar en unas casas y palacios donde posaba el gran canceller, y mandaron parecer al Narvaez y al Cristóbal de Tapia, y al piloto Umbría y á Cárdenas, y á Manuel de Rojas y á Benito Martín y á un Velazquez, que estos eran procuradores del Diego Velazquez; y asimismo parecieron por la parte de Cortés su padre Martín Cortés y el licenciado Francisco Nuñez y Francisco de Montejo y Diego de Ordás, y mandaron á los procuradores del Diego Velazquez que propusiesen todas las quejas y demandas y capítulos contra Cortés; y dan las mismas quejas que dieron ante su majestad. A esto respondieron por Cortés sus procuradores, que á lo que decían que habia enviado el Diego Velazquez á descubrir la Nueva-España de los primeros, y gastó muchos pesos de oro, que no fué así como dicen; que los que lo descubrieron fué un Francisco Hernandez de Córdoba con ciento y diez soldudos á su costa; y que antes el Diego Velazquez es digno de gran pena, porque mandaba á Francisco Hernandez y á los compañeros que lo descubrieron que fuesen á la isla de los Guanajes á cautivar indios por fuerza, para se servir dellos como esclavos; y desto mostraron probanzas, y no hubo contradiccion en ello. Y tambien dijeron que si el Diego Velazquez volvió á enviar á su pariente Grijalva con otra armada, que no le mandó el Diego Velazquez poblar, sino rescatar, y que todo lo mas que se gustó en la armada pusieron los capitanes que fueron en los navios, y no Diego Velazquez, y que uno dellos era el mismo Francisco de Montejo, que allí estaba presente, y los demás fueron Pedro de Albarado y Alonso de Avila, é que rescataron veinte mil pesos, é que se quedó con todo lo mas dellos el Diego Velazquez, y lo envió al obispo de Búrgos para que le favoreciese, y que no dió parte dello á su majestad, sino lo que quiso, y que, demás de aquello, le dió indios al mismo obispo en la isla de Cuba, que le sacaban oro; y que á su majestad no le dió ningun pueblo, siendo mas obligado á ello que no al Obispo; de lo cual hubo buena probanza, y no hubo contradiccion

en ello. Tambien dijeron que si envió á Hernando Cortés con otra armada, que fué elegido primeramente por gracia de Dios y en ventura del mismo Emperador nuestro césar é señor, é que tienen por cierto que si otro capitán enviaran, que le desbarataran, segun la multitud de guerreros que contra él se juntaban; y que cuando le envió el Diego Velazquez que, no le enviaba á poblar, sino á rescatar; de lo cual hubo probanzas dello; y que si se quedó á poblar fué por los requirimientos que los compañeros le hicieron, y que viendo que era servicio de Dios y de su majestad, pobló, y fué cosa muy acertada, y que dello se hizo relacion á su majestad y se le envió todo el oro que pudo haber, y que se lo escribió sobre ello dos cartas haciéndole saber todo lo sobredicho; y que para obedecer sus reales mandos estaba Cortés con todos sus compañeros los pechos por tierra; y se le hizo relacion de todas las cosas que el obispo de Búrgos hacia por el Diego Velazquez, y que enviamos nuestros procuradores con el oro y cartas, y que el Obispo encubria nuestros muchos servicios, y que no enviaba á su majestad nuestras cartas, sino otras de la manera que él queria, y que el oro que enviamos, que se quedaba con todo lo mas dello, y que torcia todas las cosas que convenian que su majestad fuese sabidor dellas, y que en cosa ninguna le decia verdaderamente lo que era obligado á nuestro rey y señor, y que porque nuestros procuradores querian ir á Flándes delante su real persona, echó preso al uno dellos, que se decía Alonso Hernandez Puertocarrero, primo del conde de Medellin, y que murió en la cárcel, y que mandaba el mesmo obispo á los oficiales de la casa de la contratacion de Sevilla que no diesen ayuda ninguna á Cortés, así de armas como de soldados, sino que en todo le contradijesen, é que á boca llena nos llamaban de traidores; é que todo esto hacia el Obispo porque tenia tratado casamiento con el Diego Velazquez ó con el Tapia de casar una sobrina que se decía doña Petronila de Fonseca, y le habia prometido que le haria gobernador de Méjico; y para todo esto que he dicho mostraron traslados de las cartas que hubimos escrito á su majestad, é otras grandes probanzas; y la parte de Diego Velazquez no contradijo en cosa ninguna, porque no habia en qué. E que á lo que decían de Pánfilo de Narvaez, que envió el Diego Velazquez con diez y ocho navios y mil treientos soldados y cien caballos, y ochenta escopeteros é otros tantos ballesteros, é habia hecho mucha costa, á esto respondieron que el Diego Velazquez es digno de pena de muerte por haber enviado aquella armada sin licencia de su majestad, y que cuando enviaba sus procuradores á Castilla, en nada ocurría á nuestro rey y señor, como era obligado, sino solamente al obispo de Búrgos, y que la real audiencia de Santo Domingo y los frailes jerónimos que estaban por gobernadores le enviaron á mandar al Diego Velazquez á la isla de Cuba, so graves penas, que no enviasse aquella armada hasta que su majestad fuese sabidor dello, y que con su real licencia le enviase; porque hacer otra cosa era grande deservicio de Dios y de su majestad, poner zizañas en la Nueva-España en el tiempo que Cortés y sus compañeros estábamos en las conquistas y conversion de tantos cuentos

de los naturales que se convertían á nuestra santa fe católica, y que para detener la armada le enviaron á un oidor de la misma audiencia real, que se decía el licenciado Lúcas Vázquez de Ayllón, y en lugar de le obedecer, y los reales mandos que llevaba, le echaron preso, y sin ningún acato le enviaron en un navio; y que pues que Narvaez estaba delante, que fué el que hizo aquel tan desacutado delito, por tocar en crimen *laesae majestatis*, es digno de muerte, que suplicaban á aquellos caballeros por mí nombrados, que estaban por jueces, que le mandasen castigar; y respondieron que harían justicia sobre ello. Volvamos á decir en los descargos que daban nuestros procuradores, y es, que á lo que dicen que no quiso Cortés obedecer las reales provisiones que llevaba Narvaez, y le dió guerra y le desbarató y quebró un ojo, y prendió á él y todos sus compañeros y capitanes, y les puso fuego á los aposentos. A esto respondieron que, así como llegó Narvaez á la Nueva-España y desembarcó, que la primera cosa que hizo el Narvaez fué enviar á decir al gran cacique Montezuma, que Cortés tenía preso, que le venía á soltar y á matar todos los que estábamos con Cortés, y que alborotó la tierra de manera, que lo que estaba pacífico se volvió en guerra, é que como Cortés supo que había venido al puerto de la Veracruz, le escribió muy amorosamente, y que si traía provisiones de su majestad, que las quería ver y obedecería con aquel acato que se debe á su rey y señor; y que no le quiso responder á sus cartas, sino siempre en su real llamándole de traidor, no lo siendo, sino muy leal servidor de su majestad; é que mandó pregonar Narvaez en su real guerra á fuego y sangre y ropa franca contra Cortés é sus compañeros; y que le rogó muchas veces con la paz, y que mirase no revolviese la Nueva-España de manera que diese causa para que todos se perdiesen, y que se apartaría á una parte, cual él quisiese, á conquistar, y el Narvaez fuese por la parte que mas le agradase, y que entrambos sirviesen á Dios y á su majestad, é pacificasen aquellas tierras; y yá poco le quiso responder á ello; y como Cortés vió que no aprovechaban todos aquellos cumplimientos ni le mostraba las reales provisiones, y supo el gran desacato que había hecho el Narvaez en prender al oidor de su majestad, que para le castigar por aquel delito acordó de ir á hablar con él para ver las reales provisiones, é á saber por qué causa prendió al oidor; y que el Narvaez tenía concertado de prender á Cortés sobre seguro; y para ello presentaron probanzas y testimonios bastantes, y aun por testigo á Andrés de Duero, que se halló por la parte del Narvaez cuando aquello pasó, y el mismo Duero fué el que dió aviso á Cortés dello; y á todo esto la parte del Diego Velazquez no había en qué contradecir cosa ninguna sobre ello. E á lo que le acusaban que vino á Pánuco Francisco de Garay, y con grande armada, y provisiones de su majestad en que le hacían gobernador de aquella provincia, y que Cortés tuvo astucias y gran diligencia para que se le amotinase al Garay sus soldados, y los indios de la misma provincia mataron á muchos dellos, y le tomó ciertos navios, é hizo otras demasías hasta que el Garay se vió perdido y desampa-

rado y sin capitanes y soldados, y se fué á meter por las puertas de Cortés y le aposentó en sus casas, y que dende á ocho días que le dió un almuerzo, de que murió, de ponzoña que le dieron en él; á esto respondieron que no era así, porque no tenía necesidad de los soldados que el Garay traía para les hacer amotinar, sino que, como el Garay no era hombre para la guerra, no se daba maña con los soldados, y como no toparon con la tierra cuando desembarcó, sino grandes rios y malas ciénagas y mosquitos y murciélagos, y los que traía en su compañía tuvieron noticia de la gran prosperidad de Méjico y las riquezas y la buena fama de la liberalidad de Cortés, que por esta causa se le iban á Méjico, y que por los pueblos de aquellas provincias andaban á robar sus soldados á los naturales y les tomaban sus hijas y mujeres, y que se levantaron contra ellos y le mataron los soldados que dicen, y que los navios, que no los tomó, sino que dieron al través; y si envió sus capitanes Cortés, fué para que hablasen al Garay ofreciéndoles por Cortés, y también para ver las reales provisiones, si eran contrarias de las que antes tenía Cortés; y que viéndose el Garay desbaratado de sus soldados, y navios dados al través, que se vino á socorrer á Méjico, y Cortés le mandó hacer mucha honra por los caminos y banquetes en Tezcuco, y cuando entró en Méjico lo salió á recibir y le aposentó en sus casas, y habían tratado casamiento de los hijos, é que le quería dar favor é ayudar para poblar el rio de Palmas, é que si cayó malo, que Dios fué servido de le llevar desto mundo, ¿qué culpa tiene Cortés para ello? Y que se le hicieron muchas honras al enterramiento y se pusieron lutos, y que los médicos que le curaban juraron que era dolor de costado, y que esta es la verdad; y no hubo otra contradicción. E á lo que decían que llevaba quinto como rey, respondieron que cuando lo hicieron capitán general y justicia mayor hasta que su majestad mandase en ello otra cosa, le prometieron los soldados que lo darian quinto de las partes, después de sacado el real quinto, é que lo tomó por causa que después gastaba cuanto tenía en servicio de su majestad, como fué en lo de la provincia de Pánuco, que pagó de su hacienda sobre seis mil pesos de oro, y envió en presentes á su majestad mucho oro de lo que le había cabido del quinto; y mostraron probanzas de todo lo que decían, y no hubo contradicción por los procuradores de Diego Velazquez. E á lo que decían que á los soldados les había tomado Cortés sus partes del oro que les cabía, dijeron que les dieron conforme á la cuenta del oro que se halló en la toma de Méjico, porque se halló muy poco, que todo lo habían robado los indios de Tlascala y Tezcuco y los demás guerreros que se hallaron en las batallas y guerras; y no hubo contradicción sobre ello. E á lo que dijeron que Cortés había mandado quemar los pies con aceite á Guatemuz é otros caciques porque diesen oro, á esto respondieron que los oficiales de su majestad se los quemaron, contra la voluntad de Cortés, porque descubriesen el tesoro de Montezuma; y para esto dieron informacion bastante. Y á lo que le acusaban que había labrado muy grandes casas, y había en ellas una villa, y que hacía traer los árboles y cipreses y piedras de lejos

tierras, á esto respondieron que las casas es verdad que son muy suntuosas, y que para servir con ellas y cuanto tiene Cortés á su majestad las hizo fabricar en su real nombre, é que los árboles é cipreses, que están junto á la ciudad é que los traían por agua, é que piedra, que había tanta de los adoratorios que deshicieron de los ídolos, que no había menester traerla de fuera, é que para las labrar no hubo menester mas de mandar al gran cacique Guatemuz que las labrase con los indios oficiales, que hay muchos de hacer casas é carpinteros, é que el Guatemuz llamó de todos sus pueblos para ello, é que así se usaba entre los indios hacer las casas y palacios de los señores. E á lo que se quejaba Narvaez que le sacó Alonso de Avila las provisiones reales por fuerza, y no se las quiso dar, y publicó que eran obligaciones que le debían al Narvaez de ciertos caballos é yeguas que había vendido, que venía á cobrar, é que fué por mandado de Cortés; á esto respondieron que no vieron provisiones, sino solamente tres obligaciones que le debían al Narvaez de caballos é yeguas que había vendido fiadas, é que Cortés nunca tales provisiones vió ni le mandó tomar. E á lo que se quejaba el piloto Umbria, que Cortés le mandó cortar y deszocar los piés sin causa ninguna, á esto respondieron que por justicia y sentencia que sobre ello hubo se le cortaron, porque se quería alzar con un navío y dejar en la guerra á su capitán y venirse á Cuba él y otros dos hombres que Cortés mandó ahorcar por justicia. E á lo que el Cárdenas demandaba, que no le habían dado parte del primer oro que se envió á su majestad, dijeron que él firmó con otros muchos que no quería parte dello, sino que se enviase á su majestad, y que allende desto, le dió Cortés trecientos pesos para que trujese á su mujer é hijos, é que el Cárdenas no era hombre para la guerra, é que era mentecato é de poca calidad, é que con los trecientos pesos estaba muy bien pagado. Y á la postro respondieron que, si fué Cortés contra el Narvaez, y le desbarató y quebró el ojo, y le prendió á él y á sus capitanes, y se le quemó su aposento, que el Narvaez fué causa dello por lo que dicho y alegado tienen, y por le castigar el gran desacato que tuvo de prender á un oidor de su majestad, y que como la justicia era por la parte de Cortés y sus compañeros, que en aquella batalla que hubo con Narvaez fué nuestro Señor servido dar vitoria á Cortés, que con ducientos y sesenta y seis soldados, sin caballos é sin arcabuces ni ballestas, desbarató con buena maña y con dádivas de oro al Narvaez, y le quebró el ojo, y prendió á él y sus capitanes, siendo contra Cortés mil trecientos soldados, y entre ellos ciento de á caballo y otros tantos escopeteros y ballesteros, y que si Narvaez quedara por capitán, la Nueva-España se perdiera. Y á lo que decían del Cristóbal de Tapia, que venía para tomar la gobernación de la Nueva-España con provisiones de su majestad, y que no le quisieron obedecer, á esto responden que el Cristóbal de Tapia, que delante estaba, fué contento de vender unos caballos y negros; que si él fuera á Mexico, adonde Cortés estaba, y le mostrara sus recaudos, obedeciera; mas que viendo todos los caballeros y cabildos de todas las ciudades y villas que convenia que Cortés gobernase en aquella sazón, porque

vieron que el Tupia no era capaz para ello, que suplicaron de las reales provisiones para ante su majestad, segun parecerá de los autos que sobre ello pasaron. Y cuando hubieron acabado de poner por la parte del Diego Velazquez y del Narvaez sus demandas, é aquellos caballeros que estaban por jueces vieron las respuestas y lo que por la parte de Cortés fué alegado, y todo probado, y sobre ello habían estado embarazados cinco dias en oír á los unos y á los otros, acordaron de ponello todo en la consulta con su majestad; y después de muy acordado por todos en ella, lo que fué sentenciado es esto: lo primero, que dieron por muy bueno y leal servidor de su majestad á Cortés y á todos nosotros los verdaderos conquistadores que con él pasamos, y tuvieron en mucho nuestra gran felicidad, y loaron y ensalzaron en gran manera las grandes batallas y osadía que contra los indios tuvimos, y no se olvidó de decir cómo, siendo nosotros tan pocos, desbaratamos al Narvaez; y luego mandaron poner silencio al Diego Velazquez acerca del pleito de la gobernación de la Nueva-España, y que si algo había gastado en las armadas, que por justicia lo pidiese á Cortés; y luego declararon por sentencia que Cortés fuese gobernador de la Nueva-España, segun lo mandó el sumo Pontífice, é que daban en nombre de su majestad los repartimientos por buenos, que Cortés había hecho, y le dieron poder para repartir la tierra desde allí adelante, y por bueno todo lo que había hecho, porque claramente era servicio de Dios y de su majestad. En lo de Garay ni en otras cosas de las acusaciones que le ponían, que pues no daban informaciones tocantes acerca dello, que lo reservaban para el tiempo andando, y le enviarian á tomar residencia; y en lo que Narvaez pedía, que le tomaron sus provisiones del seno, é que fué Alonso de Avila, que estaba en aquella sazón preso en Francia, que le prendió Juan Florin, francés, gran cosario, cuando robó la recámara que llamábamos de Montezuma, dijeron aquellos caballeros que lo fuese á pedir á Francia, y que lo citasen pareciese en la corte de su majestad, para ver lo que sobre ello respondia; y á los dos pilotos Umbria y Cárdenas les mandaron dar cédulas reales para que en la Nueva-España les den indios que ronten á cada uno mil pesos de oro. Y mandaron que todos los conquistadores fuésemos antepuestos y nos diesen buenas encomiendas de indios, y que nos pudiésemos asentar en los mas preeminentes lugares, así en las santas Iglesias como en otras partes. Pues ya dada y pronunciada esta sentencia por aquellos caballeros que su majestad puso por jueces, llevóla á firmar á Valladolid, donde su majestad estaba, porque en aquel tiempo pasó de Flándes, y en aquella sazón mandó pasar allí toda su real corte y consejo, y firmóla su majestad, y dió otras sus reales provisiones para echar los tornadizos de la Nueva-España, porque no hubiese contradicción en la conversión de los naturales. Y asimismo mandó que no hubiese letrados por ciertos años, porque do quiera que estaban revolvián pleitos é debates y zizañas; y diéronse todos estos recaudos firmados de su majestad y señalados de aquellos caballeros que fueron jueces, y de don Garcia de Padilla, en la misma villa de Valladolid, á 17 de mayo

de mil y quinientos y tantos años, y venian refrendadas del secretario don Francisco de los Cobos, que después fué comendador mayor de Leon; y entonces escribió su majestad cesárea á Cortés é á todos los que con él pasamos, agradeciéndonos los muchos y buenos é notables servicios que le hacíamos; y tambien en aquella sazón el rey don Hernando de Hungría, rey de romanos, que así se nombraba, padre del emperador que agora es, escribió otra carta en respuesta de lo que Cortés le había escrito, y enviado presentadas muchas joyas de oro; y lo que decía el rey de Hungría en la carta que escribió á Cortés era, que ya tenía noticia de los muchos y grandes servicios que había hecho á Dios primeramente, y á su señor y hermano el Emperador, y á toda la cristiandad, y que en todo lo que se le ofreciese, que se lo haga saber, porque sea intercesor en ello con su señor y hermano el Emperador, porque de mucho mas era merecedora su generosa persona, y que diese sus encomiendas á los fuertes soldados que le ayudaron; y decía otras palabras de ofrecimientos; y acuérdate que en la firma decía: «Yo el Rey, é infante de Castilla;» y refrendada de su secretario, que se decía Fulano de Castillejo; y esta carta yo la lei dos ó tres veces en Méjico, porque Cortés me la mostró para que viese en cuán grande estima éramos tenidos los verdaderos conquistadores, de su majestad. Pues como todos estos despachos tuvieron nuestros procuradores, luego enviaron con ellos por la posta á un Rodrigo de Paz, primo de Cortés y deudo del licenciado Francisco Nuñez, y tambien vino con ellos un hidalgo de Extremadura, pariente del mismo Cortés, que se decía Francisco de las Casas, y trajeron un buen navío velero, y vinieron camino de la isla de Cuba, y en Santiago de Cuba, donde Diego Velazquez estaba por gobernador, se le notificaron las reales provisiones y sentencia, para que se dejase del pleito de Cortés y le demandase los gastos que había hecho; la cual notificación se hizo con trompetas; y el Diego Velazquez, de pesar, cayó malo, y dende á pocos meses murió muy pobre y descontento; y por no volver yo otra vez á recitar lo que en Castilla negoció el Francisco de Montejo y el Diego de Ordás, dirélo ahora, y fué así: que al Francisco de Montejo su majestad le hizo merced de la gobernación y adelantamiento de Yucatan é Cozumel, y trajo don y señoría, y al Diego de Ordás su majestad le confirmó los indios que tenía en la Nueva-España y le dió una encomienda de señor Santiago, y el volcan que estaba cabe Guaxocingo por armas, y con ello se vinieron á la Nueva-España. Dende á dos ó tres años el mismo Ordás volvió á Castilla y demandó la conquista del Marañón, donde se perdió él y su hacienda. Dejemos desto, y digamos cómo el obispo de Búrgos, que en aquella sazón supo los grandes favores que su majestad hizo á Cortés y á todos nosotros los conquistadores, y cómo muy claramente aquellos caballeros que fueron jueces habían alcanzado á saber los tratos que entre él y Diego Velazquez había, y cómo tomaba el oro que enviábamos á su majestad, y encubría y torcía nuestros muchos servicios, y aprobaba por buenos los de su amigo Diego Velazquez, si muy triste y pensativo estaba de antes, ahora desta vez cayó malo dello y de otros

enajos que tuvo con un caballero su sobrino, que se decía don Alonso de Fonseca, arzobispo que fué de Santiago, porque pretendía aquel arzobispado de Santiago el don Juan Rodríguez de Fonseca. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo el Francisco de las Casas y el Rodrigo de Paz llegaron á la Nueva-España, y entraron en Méjico con las reales provisiones que de su majestad traían para ser gobernador Cortés, qué alegrías y regocijos se hicieron, y qué de torneos fueron por todas las provincias de la Nueva-España á demandar albricias á las villas que estaban pobladas, y qué mercedes hizo Cortés al de las Casas y al Rodrigo de Paz y á otros que venian en su compañía, que eran de Medellín, su tierra de Cortés; y es, que al Francisco de las Casas le hizo capitán y le dió luego un buen pueblo que se dice Anguitlan, y al Rodrigo de Paz le dió otros muy buenos y ricos pueblos, y le hizo su mayordomo mayor y su secretario, y mandaba absolutamente al mismo Cortés; y tambien á los que vinieron de su tierra de Medellín, á todos les dió indios, y al maestro del navío en que trajeron la nueva de cómo Cortés era gobernador le dió oro, con que volvió rico á Castilla. Dejemos ahora esto de recitar las alegrías y albricias que se dieron por las nuevas, y quiero decir lo que me han preguntado algunos curiosos lectores, y tienen razon de poner plática sobre ello, que ¿cómo pude yo alcanzar á saber lo que pasó en España, así de lo que mandó su santidad como de las quejas que dieron de Cortés, y las respuestas que sobre ello propusieron nuestros procuradores, y la sentencia que sobre ello se dió, y otras muchas particularidades que aqui digo y declaro, estando yo en aquella sazón conquistando en la Nueva-España é sus provincias, no lo pudiendo ver ni oír? Yo les respondí que, no solamente lo alcancé yo á saber, sino que todos los mas conquistadores que lo quisieron ver y leer en cuatro ó cinco cartas y relaciones por sus capitulos declarado, cómo y cuándo y en qué tiempo acaeció lo por mí dicho; las cuales cartas y memoria las escribieron de Castilla nuestros procuradores porque conociésemos que entendian con mucho calor en nuestros negocios. Yo dije en aquel tiempo muchas veces que solamente lo que procuraban, segun pareció, era por las cosas de Cortés y las suyas dellos, y que nosotros los que lo ganábamos y conquistábamos, y le pusimos en el estado que Cortés estaba, quedamos siempre con un trabajo sobre otro, y roguemos á nuestro Señor Dios nos dé favor y ánimo, y ponga en corazon á nuestro gran César mande que su recta justicia se cumpla, pues que en todo es muy católico. Pasemos adelante, y digamos en lo que Cortés entendió desde que le vino la gobernación.

CAPITULO CLXIX.

De en lo que Cortés entendió después que le vino la gobernación de la Nueva-España, cómo y de qué manera repartió los pueblos de indios, é otras cosas que mas pasaron, y una manera de platicar que sobre ello se ha declarado entre personas doctas.

Ya que le vino la gobernación de la Nueva-España á Hernando Cortés, paréceme á mí y á otros conquistadores de los antiguos, de los mas experimentados y maduro consejo, que lo que había de mirar Cortés era acordarse desde el día que salió de la isla de Cuba y

tener atención á todos los trabajos en que se vió, así cuando en lo de los arenales, cuando desembarcamos, qué personas fueron en le favorecer para que fuese capitán general y justicia mayor de la Nueva-España; y lo otro, quién fueron los que se hallaron siempre á su lado en todas las guerras, así de Tabasco y Cingapucinga, y en tres batallas de Tlascala, y en la de Cholula cuando tenían puestas las ollas con ají para nos comer cocidos; y también quién fueron en favorecer su partido cuando por seis ó siete soldados que no estaban bien con él le hacían requirimientos que se volviese á la Villa-Rica y no fuese á Méjico, poniéndole por delante la gran pujanza de guerreros y gran fortaleza de la ciudad; y quién fueron los que entraron con él en Méjico y se hallaron en prender al gran Montezuma; y luego que vino Pánfilo de Narvaz con su armada, qué soldados fueron los que llevó en su compañía y le ayudaron á prender y desbaratar al Narvaz; y luego quién fueron los que volvieron con él á Méjico al socorro de Pedro de Albarado, y se hallaron en aquellas fuertes y grandes batallas que nos dieron, hasta que salimos huyendo de Méjico, que de mil y treientos soldados quedaron muertos sobre ochocientos y cincuenta, con los que mataron en Tustepeque é por los caminos, y no escapamos sino cuatrocientos y cuarenta muy heridos, y á Dios misericordia. Y también se le había de acordar de aquella muy temerosa batalla de Otumba, quién, después de dos dias, se la ayudó á vencer y salir de aquel tan gran peligro; y después quién y cuántos le ayudaron á conquistar lo de Tepeaca y Cachula y sus comarcas, como fué Oznare y Guacachula y otros pueblos; y la vuelta que dimos por Tezcuco para Méjico, y de otras muchas entradas que desde Tezcuco hicimos, así como la de Iztapalapa, cuando nos quisieron anegar con echar el agua de la laguna, como echaron, creyendo nos ahogar; y asimismo las batallas que hubimos con los naturales de aquel pueblo y mejicanos que les ayudaron; y luego la entrada del Saltoan y los peñoles que llaman hoy día del Marqués, y otras muchas entradas; y el rodear de los grandes pueblos de la laguna, y de los muchos encuentros y batallas que en aquel viaje tuvimos, así de los de Suchimilco como de los de Tacuba; y vueltos á Tezcuco, quién le ayudó contra la conjuración que tenían concertado de le matar, cuando sobre ello ahorcó un Villafañe; y pasado esto, quién fueron los que le ayudaron á conquistar á Méjico, y en noventa y tres dias, á la continua de día y de noche, tener batallas y muchas heridas y trabajos, hasta que se prendió á Guatemuz, que era el que mandaba en aquella sazón á Méjico; y quién fueron en le ayudar y favorecer cuando vino á la Nueva-España un Cristóbal de Tapia para que le diese la gobernación. Y demás de todo esto, quiénes fueron los soldados que escribimos tres veces á su majestad en loor de los grandes y muchos y buenos servicios que Cortés le había hecho, y que era digno de grandes mercedes y le hiciese gobernador de la Nueva-España. No quiero aquí traer á la memoria otros servicios que siempre á Cortés hacemos; pues los varones y fuertes soldados que en todo esto nos hallamos, y ahora que le vino la gobernación, que, después de Dios, con nuestra ayuda

se la dieron, bien fuera que tuviere cuenta con Pedro, Sancho y Martín y otros que lo merecían; y el soldado y compañero que estaba por su ventura en Colima ó en Zacatula, ó en Pánuco ó en Guacacualco, y los que andaban huyendo cuando despoblaron á Tustepeque, y estaban pobres y no les cupo suerte de buenos indios, pues que había bien que dalles; y sacalles de mala tierra, pues que su majestad muchas veces se lo mandaba y encargaba por sus reales cartas misivas, y no daba Cortés nada de su hacienda, habíales de dar con que se remediasen, y en todo anteponelles; y siempre cuando escribiese á los procuradores que estaban en Castilla en nuestro nombre, que procurasen por nosotros; y el mismo Cortés había de escribir muy afectuosamente para que nos diese para nosotros y nuestros hijos cargos y oficios reales, todos los que en la Nueva-España hubiese; mas digo que nial ajeno de pelo cuelga, é que no procuraba sino para él; lo uno la gobernación que le trajeron antes que fuese marqués, é después que fué á Castilla y vino marqués. Dejemos esto, y pongamos aquí otra manera, que fuera harto buena y justa para repartir todos los pueblos de la Nueva-España, según dicen muy doctos conquistadores, que lo ganamos, de prudente y maduro juicio; que lo que había de hacer es esto: hacer cinco partes la Nueva-España, y la quinta parte de las mejores ciudades y cabeceras de todo lo poblado dalla á su majestad de su real quinto, y otra parte dejalla por repartir, para que fuese la renta della para iglesias y hospitales y monasterios, y para que su majestad, si quisiese hacer algunas mercedes á caballeros que le hayan servido en Italia, de allí pudiera haber para todos; y las tres partes que quedarán repartillas en su persona de Cortés y en todos nosotros los verdaderos conquistadores, según y de la calidad que sentia que era cada uno, y dalles perpetuos, porque en aquella sazón su majestad lo tuviera por bien; porque, como no había gastado cosa ninguna en estas conquistas, ni sabia ni tenia noticia destas tierras, estando, como estaba, en aquella sazón en Flandes, y viendo una buena parte de las del mundo que le entregamos, como sus muy leales vasallos, lo tuviera por bien y nos hiciera merced dellas, y con ello quedáramos; y no anduviéramos ahora, como andamos, abatidos y de mal en peor, y muchos de los conquistadores no tenemos con qué nos sustentar; ¿qué harán los hijos que dejamos? Quiero decir lo que hizo Cortés, y á quién dió los pueblos. Primeramente al Francisco de las Casas, á Rodrigo de Paz, al factor y vedor y contador que en aquella sazón vinieron de Castilla; á un Avalos y á Saavedra, sus deudos; á un Barrios, con quien casó su cuñada, hermana de su mujer doña Catalina Juárez; y á Alonso Lucas, y á un Juan de la Torre, y á Luis de la Torre, á Villégas, y á un Alonso Valiente, á un Iñigo el tuerto. Y ¿para qué cuento yo estos pocos? Que á todos cuantos vinieron de Medellín, á otros criados de grandes señores, que le contaban cuentos de cosas que le agradaban, les dió lo mejor de la Nueva-España. No digo yo que era malo el dar á todos, pues había de qué; mas que había de anteponer primero lo que su majestad le mandaba, y á los soldados que le ayudaron á tener el ser y valor que tenía, ayúdalles; y pues que

ya es hecho, no quiero volver á repetirlo; y para ir á entradas y guerras y á cosas que le convenian, bien se acordaba adónde estábamos, y nos enviaba á llamar para las batallas y guerras, como adelante diré. Y dejaré de contar mas lúsimas y de cuán avasallados nos traia, pues no se puede ya remediar. Y no dejaré de decir lo que Cortés decía después que le quitaron la gobernacion, que fué cuando vino Luis Ponce de Leon, y como murió el Luis Ponce, dejó por su teniente á Marcos de Aguilar, como adelante diré; y es, que íbamos á Cortés á decirle algunos caballeros y capitanes de los antiguos que le ayudamos en las conquistas, que nos diese de los indios, de los muchos que en aquel instante Cortés tenia, pues que su majestad mandaba que le quitasen algunos dellos, como se los habian de quitar, é luego se los quitaron; y la respuesta que daba era, que se sufriesen como él se sufría; que si le volvía su majestad á hacer merced de la gobernacion, que en su conciencia (que así juraba) que no lo erraría como en lo pasado, y que daría buenos repartimientos á quien su majestad le mandó, y enmendaría el gran yerro pasado que hizo; y con aquellos prometimientos y palabras blandas creia que quedaban contentos aquellos conquistadores. Dejémoslo ya, y digamos que en aquella sazón, á pocos dias antes, vinieron de Castilla los oficiales de la hacienda real de su majestad, que fué Alonso de Estrada, tesorero, y era natural de Ciudad-Real, y vino el factor Gonzalo de Solazar, y vino Rodrigo de Alborno por contador, que ya habia fallecido Julian de Alderete, y este Alborno era natural de Palatinas ó de la Gama, y vino el veedor Pedro Almindes Chirino, natural de Ubeda ó Baeza, y vinieron muchas personas con cargos. Dejemos esto, y quiero decir que en este instante rogó un Rodrigo Rangel á Cortés (el cual Rangel muchas veces le he nombrado) que, pues no se habia hallado en la toma de Méjico ni en ningunas batallas con nosotros en toda la Nueva-España, que porque hubiese alguna fama dél, que le hiciese merced de le dar una capitania para ir á conquistar á los pueblos de los zapotecas, que estaban de guerra, y llevar en su compañía á Pedro de Ircio, para ser su consejero en lo que habia de hacer; y como Cortés conocia al Rodrigo Rangel, que no era para dally ningún cargo, á causa que estaba siempre doliente y con grandes dolores y bubas, y muy flaco y las zaucas y piernas muy delgadas, y todo lleno de llagas, cuerpo y cabeza abierta, denegaba aquella entrada, diciendo que los indios zapotecas eran gente mala de domar por las grandes y altas sierras adonde están poblados, y que no podian llevar caballos; y que siempre hay neblinas y rocios, y que los caminos eran angostos y resbalosos, y que no pueden andar por ellos sino á manera de decir los piés junto á las cabezas de los que vienen atrás: entendiéndolo de la manera que aquí lo digo, que así es verdad; porque los que van arriba, con los que vienen detrás vienen cabezas con piés; y que no era cosa de ir á aquellos pueblos, y que ya que fuese, que habia de llevar soldados bien sueltos y robustos, y experimentados en las guerras; y como el Rangel era muy porliado y de su tierra de Cortés, húbolo de conceder lo que pedía; y según después supimos, Cortés lo hubo por bueno emballe de se mu-

riese, porque era de mala lengua; é Cortés escribió á Guacacualco á diez ó doce que nombró en la carta, que nos rogaba que fuésemos con el Rangel á le ayudar, y entre los soldados que mandó ir me nombró á mí, y fuimos todos los vecinos á quien Cortés escribió. Ya he dicho que hay grandes sierras en lo poblado de los zapotecas, y que los naturales de allí son gente muy ligeros é sueltos, y con unas voces é silbos que dan, retumban todos los valles como á manera de ecos; y como habíamos de llevar al Rangel, no podíamos andar ni hacer cosa que buena fuese. E ya que íbamos á algún pueblo, hallábamole despoblado, y como no estaban juntas las casas, sino unas en un cerro y otras en un valle, y en aquel tiempo llovía, y el pobre Rangel dando voces de dolor de las bubas, y la mala gana que todos teníamos de andar en su compañía, y viendo que era tiempo perdido, y que si por ventura los zapotecas, como son ligeros y tienen grandes lanzas, muy mayores que las nuestras, y son grandes flecheros, que si nos aguardaban é hiciesen cara, como no podíamos ir por los caminos sino uno á uno, temíamos no nos viniese algun desman, y el Rangel estaba mas malo que cuando vino, acordó de dejar la negra conquista, que negra se podia llamar, y volverse cada uno á su casa; y el Pedro de Ircio, que traía por consejero, fué el primero que se lo aconsejó, y le dejó solo, y se fué á la Villa-Rica, donde vivía; y el Rangel dijo que se queria ir á Guacacualco con nosotros, por ser la tierra caliente, para prevalecerse de su mal, y los que éramos vecinos de Guacacualco que allí estábamos, por peor tuvimos llevarlo con nosotros que á la venida que venimos con él á la guerra; y llegados á Guacacualco, luego dijo que queria ir á pacificar las provincias de Cimatán y Talatupán, que ya he dicho muchas veces en el capítulo que dello habla cómo no habian querido venir de paz á causa de los grandes rios y ciénagas tembladeras entre quien estaban poblados; y demás de la tortaleza de las ciénagas, ellos de su naturaleza son grandes flecheros, y tenían muy grandes arcos y tiran muy á certero. Volvamos á nuestro cuento: que mostró Rangel provisiones en aquella villa, de Hernando Cortés, cómo le enviaba por capitán para que conquistase las provincias que estoviesen de guerra, y señaladamente la de Cimatán y Talatupán; y apercibió todos los mas vecinos de aquella villa que fuésemos con él; y era tan temido Cortés, que, aunque nos pesó, no osamos hacer otra cosa, como vimos sus provisiones, y fuimos con el Rangel sobre cien soldados, dellos á caballo y á pié, con obra de veinte y seis ballesteros y escopeteros; é fuimos por Tonala é Ayacualco, é Copilco, Zacualco, y pasamos muchos rios en canoas y en barcas, y pasamos por Teutitán, Copilco y por todos los pueblos que llamamos la Chontalpa, que estaban de paz, é llegamos obra de cinco leguas de Cimatán, é en unas ciénagas y malos pasos estaban juntos todos los mas guerreros de aquella provincia, y tenían hechos unos cercados y grandes albarradas de puros y maderos gruesos, y ellos de dentro con unos petries y saeteras, por donde podian flechar; é de presto nos dau una tan buena refriega de flecha y vara tostada con tiraderas, que mataron siete caballos é hirieron ocho soldados, y al mismo Rangel, que iba á caballo, le dieron

un flechazo en un brazo, y no le entró sino muy poco; y como los conquistadores viejos habíamos dicho al Rangel que siempre fuesen hombres sueltos á pié descubriendo caminos y celadas, y le habíamos dicho de otras veces cómo aquellos indios solían pelear muy bien y con maña, y como él era hombre que hablaba mucho, dijo que votaba á tal, que si nos creyera, que no le aconteciera aquello, y que de allí adelante que nosotros fuésemos los capitanes y le mandásemos en aquella guerra; y luego como fueron curados los soldados y ciertos caballos que también hirieron, demás de los siete que mataron, mandóme á mí que fuese adelante descubriendo, y llevaba un lebril muy bravo, que era del Rangel, y otros dos soldados muy sueltos y ballesteros, y le dijeron que se quedase bien atrás con los de á caballo, y los soldados y ballesteros fuesen junto conmigo; é yendo nuestro camino para el pueblo de Cimatan, que era en aquel tiempo bien poblado, hallamos otras albarradas y fuerzas, ni mas ni menos que las pasadas, y tiramos á los que ibamos delante tanta flecha y vara, que de presto mataron el lebril, é si yo no fuera muy armado, allí quedara, porque me dieron siete flechas, que con el mucho algodón de las armas se detuvieron, y todavía sali herido en una pierna, y á mis compañeros á todos hirieron; y entonces yo di voces á unos indios nuestros amigos, que venían un poco atrás de nosotros, para que viniesen de presto los ballesteros y escopeteros y peones, y que los de á caballo quedasen atrás, porque allí no podían correr ni aprovecharse dellos, y se los flecharían; y luego acudieron así como lo envié á decir, porque deantes cuando yo me adelanté así lo tenía concertado, que los de á caballo quedasen muy atrás y que todos los demás estuviesen muy prestos en teniendo señal ó mandado, y como vinieron los ballesteros y escopeteros, los hicimos desembarazar las albarradas, y se acogieron á unas grandes ciénagas que temblaban, y no había hombre que en ellas entrase, que pudiese salir sino á gatas ó con grande ayuda. En esto llegó Rangel con los de á caballo, é allí cerca estaban muchas casas que entonces despoblaron los moradores dellas, y reposamos aquel día y se curaron los heridos. Otro día caminamos para ir al pueblo de Cimatan, y hay grandes cabanas llenas, y en medio de las cabanas muy malisimas ciénagas, y en una dellas nos aguardaron, y fué con ardid que entre ellos concertaron para aguardar en el campo raso de las cabanas, y propusieron que los caballos, por codicia de los alcanzar y alancear, irían corriendo tras ellos á rienda suelta y atollarían en las ciénagas, y así fué como lo concertaron, que por mas que habíamos dicho y aconsejado al Rangel que mirase que había muchas ciénagas y que no corriese por aquellas cabanas á rienda suelta, que atollarían los caballos, y que suelen tener aquellos indios estas astucias, no lo quiso creer; y el primero que atolló en ellas fue el mismo Rangel, y allí le mataron el caballo, y si de presto no fuera socorrido, ya se hubian echado en aquellas malas ciénagas muchos indios para le apañar y llevar vivo á sacrificar, y todavía salió descalabrado en las llagas que tenía en la cabeza; y como toda aquella provincia era muy poblada, y estaba allí

junto otro pueblezuelo, fuimos á él, y entonces huyeron los moradores, y se curó el Rangel y tres soldados que habían herido; y dende allí fuimos á otras casas que también estaban sin gente, que entonces las despoblaron sus dueños, y hallamos otra fuerza con grandes maderos y bien cercada y sus saeteras; y estando reposando aun no había un cuarto de hora, vienen tantos guerreros cimitecas, y nos cercan en el pueblezuelo, que mataron un soldado y á dos caballos, y tuvimos bien que hacer en hacellos apartar; y entonces nuestro Rangel estaba muy doliente de la cabeza, é había muchos mosquitos, que no dormía de noche ni día, y murciéugulos muy grandes que le mordían y desangraban; y como siempre llovía, y algunos soldados que el Rangel había traído consigo, de los que nuevamente habían venido de Castilla, vieron que en tres partes nos habían aguardado los indios de aquella provincia, y habían muerto once caballos y dos soldados, y herido á otros muchos, aconsejaron al Rangel que se volviese dende allí, pues la tierra era mala de ciénagas y estaba muy malo; y el Rangel, que lo tenía en gana, y porque pareciese que no era de su albedrío y voluntad aquella vuelta, sino por consejo de muchos, acordó de llamar á consejo sobre ello á personas que eran de su parecer para que se volviesen; y en aquel instante habíamos ido veinte soldados á ver si podíamos tomar alguna gente de unas huertas de cacagualtes que allí junto estaban, y trujimos dos indios y tres indias; y entonces el Rangel me llamó á mí aparte é á consejo, y díjome de su mal de cabeza, é que le aconsejaban todos los demás soldados que se volviese donde estaba Cortés, y me declaró todo lo que había pasado; y entonces le reprendí su vuelta, y como nos conocíamos de mas de cuatro años atrás, de la isla de Cuba, le dije: «¿Cómo, Señor? ¿Qué dirán de vuesamerced, estando cerca del pueblo de Cimatan quererse volver? Pues Cortés no lo terná á bien, y maliciosos que os quieren malos lo darán en cara, que en la entrada de los zapotecas ni aquí no habeis hecho cosa ninguna que buena sea, trayendo, como traeis, tan buenos conquistadores, que son los de nuestra villa de Guacacualco; pues por lo que toca á nuestra honra y á la de vuesamerced, é yo y otros soldados somos de parecer que pasemos adelante; yo iré con todos mis compañeros descubriendo ciénagas y montes, y con los ballesteros y escopeteros pasaremos hasta la cabecera de Cimatan, y mi caballo dele vuesamerced á otro caballero que sepa muy bien menear la lanza é tener ánimo para mandarle, que yo no puedo servirle dél yendo á lo que voy, y que va mas que en alancear, y véngase con los de á caballo algo atrás.» Y como el Rodrigo Rangel aquello me oyó, como era hombre vocinglero y hablaba mucho, salió de la casilla en que estaba en el consejo, é á muy grandes voces llamó á todos los soldados, é dijo el Rodrigo Rangel: «Ya es echada la suerte que hemos de ir adelante, que voto á tal (que siempre era este su jurar y su hablar), que Bernal Díaz del Castillo me ha dicho la verdad y lo que á todos conviene;» y puesto que á algunos soldados les pesó, otros lo hubieron por muy bueno; y luego comenzamos á caminar puestos en gran concierto, los ballesteros y escopeteros junto conmigo, y los de á caballo atrás por amor de los montes y cién-

magas, donde no podían correr caballos, hasta que llegamos á otro pueblo, que entonces lo despolparon los naturales dél, y dende allí fuimos á la cabecera de Cimatán, y tuvimos otra buena refriega de flecha y varn, y de presto les hicimos huir, y quemaron los mismos vecinos naturales de aquel pueblo muchas casas de las suyas, y allí prendimos hasta quince hombres y mujeres, y les enviamos á llamar con ellos á los cimitecas que viniesen de paz, y les dijimos que en lo de las guerras se les perdonaria; y vinieron los parientes y maridos de las mujeres y gente ignuda que teníamos presos, y dímosles toda la presa, é dijeron que traerian de paz á todo el pueblo, é jamás volvieron con la respuesta; y entonces me dijo á mí el Rangel: «Voto á tal, que me habeis engañado, é que habeis de ir á entrar con otros compañeros, é que me habeis de buscar otros tantos indios é indias como los que me hicisteis soltar por vuestro consejo;» y luego fuimos cincuenta soldados, é yo por capitán, é dimos en unos ranchos que tenían en unas ciénagas que temblaban, que no osamos entrar en ellas; y dende allí se fueron huyendo por unos grandes breñales y espinos, que se llaman entre ellos Xiguaquetlan, muy malos, que pasan los piés, y en unas bueltas de cacaguatales prendimos seis hombres y mujeres con sus hijos chicos, y nos volvimos adonde quedaba el capitán, y con aquello le apaciguamos; y los tornó luego á soltar para que llamasen de paz á los cimitecas, y en fin de razones, no quisieron venir, y acordamos de nos volver á nuestra villa de Guacacualco; y en esto paró la entrada de zapotecas é la de Cimatán, y esta es la fama que queria que hubiese dél Rangel cuando pidió á Cortés aquella conquista. Y dende allí á dos años, ó poco tiempo mas, volvimos de hecho á los zapotecas y á las demás provincias, y las conquistamos y trujimos de paz; y el buen fray Bartolomé de Olmedo, que era santo fraile, trabajó mucho con ellos, y les predicaba y enseñaba los artículos de la fe, y bautizó en aquellas provincias mas de quinientos indios; pero, en verdad que estaba cansado y viejo, y que no podía ya andar caminos, que tenia una mala enfermedad. Y dejemos esto, y digamos cómo Cortés envió á Castilla á su majestad sobre ochenta mil pesos de oro con un Diego de Soto, natural de Toro, y paréceme que con un Ribera el tuerto, que fué su secretario; y entonces envió el tiro muy rico, que era de oro bajo y plata, que le llamaban el Ave Fénix, y tambien envió á su padre Martin Cortés muchos millares de pesos de oro. Y lo que sobre ello pasó diré adelante.

CAPITULO CLXX.

Cómo el capitán Hernando Cortés envió á Castilla, á su majestad, ochenta mil pesos en oro y plata, y envió un tiro, que era una culebrina muy ricamente labrada de muchas figuras, y toda ella, ó la mayor parte, era de oro bajo, revuelto con plata de Merchoacan, que por nombre se decia el Fénix, y tambien envió á su padre, Martin Cortés, sobre cinco mil pesos de oro; y lo que sobre esto avino diré adelante.

Pues como Cortés habia recogido y allegado obra de ochenta mil pesos de oro, y la culebrina que se decia el Fénix ya era acabada de forjar, y salió muy extremada pieza para presentar á un tan alto émpereador como nuestro gran César, y decia en un letrado que tenia es-

crito en la mesma culebrina: «Esta ave nació sin par, yo en serviros sin segundo, y vos sin igual en el mundo.» Todo lo envió á su majestad con un hidalgo natural de Toro, que se decia Diego de Soto, y no me acuerdo bien si fué en aquella sazón un Juan de Ribera, que era tuerto de un ojo, que tenia una nube, el cual habia sido secretario de Cortés. A lo que yo senti dél Ribera, era un hombre no de buenas entrañas, porque cuando jugaba á nipes é á dados no me parecia que jugaba bien, y demás desto, tenia muchos malos reveses; y esto digo porque, llegado á Castilla, se alzó con los pesos de oro que le dió Cortés para su padre Martin Cortés, y porque se lo pidió Martin Cortés, y por ser el Ribera de suyo mal inclinado, no mirando á los bienes que Cortés le habia hecho siendo un pobre hombre, en lugar de decir verdad y bien de su amo, dijo tantos males, y por tal manera los razonaba, que, como tenia gran retórica é habia sido su secretario del mismo Cortés, le daban crédito, especial el obispo de Búrgos. Y como el Narváez y el Cristóbal de Tapia, y los procuradores del Diego Velazquez y otros que les ayudaban, y habia caecido en aquella sazón la muerte de Francisco de Garay, todos juntos tornaron otra vez á dar muchas quejas de Cortés ante su majestad, y tantas y de tal manera, é dijeron que fueron parciales los jueces que puso su majestad, por dádivas que Cortés les envió para aquel efeto, que otra vez estaba revuelta la cosa, y Cortés tan desfavorecido, que lo pasara mal si no fuera por el duque de Béjar, que le favoreció y quedó por su liador, que le enviase su majestad á tomar residencia ó que no le hallaria culpado. Y esto hizo el Duque porque ya tenia tratado casamiento á Cortés con una señora sobrina suya, que se decia doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Aguilar, don Carlos de Arellano, y hermana de unos caballeros y privados del Emperador. Y como en aquella sazón llegaron los ochenta mil pesos de oro y las cartas de Cortés, dando en ellas muchas gracias y ofrecimientos á su majestad por las grandes mercedes que le habia hecho en dale la gobernación de Méjico, y haber sido servido mandalle favorecer con justicia en la sentencia que dió en su favor, cuando la junta que mandó hacer de los caballeros de su real consejo y cámara. En fin de mas razones, todo lo que estaba dicho contra Cortés se tornó á sosegar con que le fuesen á tomar residencia, y por entonces no se habló mas en ello. Y dejemos ya de decir destes nublados que sobre Cortés estaban ya para descargar, y digamos del tiro y de su letrado de tan sublimado servidor como Cortés se nombró; que, como se supo en la corte, y ciertos duques y marqueses, y condes y hombres de gran valia se tenían por tan grandes servidores de su majestad, y tenían en sus pensamientos que otros caballeros tanto como ellos no hubiesen servido á su majestad, tuvieron que murmurar del tiro, y aun de Cortés porque tal blason escribió. Tambien otros grandes señores, como fué el almirante de Castilla y el duque de Béjar y el conde de Aguilar, dijeron á los mismos caballeros que habian puesto en pláticas que era muy bravo el blason de la culebrina, no se murayillen que Cortés ponga aquel escrito en el tiro. Veamos ahora, en nuestros tiempos ha habido capitán que tales hazañas haga, y que tantas tierras

haya ganado sin gastar ni poner en ello su majestad cosa ninguna, y tantos cuentos de gentes se hayan convertido á nuestra santa fe? Y demás desto, no solamente el Cortés, sino los soldados y compañeros que tiene, que le ayudaron á ganar una tan fuerte ciudad, y de tantos vecinos y de tantas tierras, son dignos de que su majestad les haga muchas mercedes; porque, si miramos en ello, nosotros de nuestros antepasados, que hicieron heroicos hechos y sirvieron á la corona real y á los reyes que en aquel tiempo reinaron, como Cortés y sus compañeros han hecho, lo heredamos, y nuestros blasones y tierras é rentas; y con estas palabras se olvidó lo del blason; y porque no pasase de Sevilla la culebrina, tuvimos nueva que á don Francisco de los Cóbos, comendador mayor de Leon, le hizo su majestad merced della, y que la deshicieron y afinaron el oro, y lo fundieron en Sevilla, é dijeron que valió sobre veinte mil ducados. Y en aquel tiempo, como Cortés envió aquel oro y el tiro, y las riquezas que habia enviado la primera vez, que fueron la luna de plata y el sol de oro, y otras muchas joyas de oro con Francisco de Montejo y Alonso Hernandez Puertocarrero, y lo que hubo enviado la segunda vez con Alonso de Avila y Quiñones, que esto fué la cosa mas rica que hubo en la Nueva-España, que era la recámara de Montezuma y de Guatemuz y de los grandes señores de Méjico, y lo robó Juan Florin, francés; y como esto se supo en Castilla, tuvo Cortés gran fama, así en Castilla como en otras muchas partes de la cristianidad, y en todas partes fué muy loado. Dejemos esto, y digamos en qué paró el pleito de Martín Cortés con el Ribera sobre los tantos mil pesos que enviaba Cortés á su padre, y es, que andando en el pleito, y pasando Ribera por la villa de Cadahalso, comió ó almorzó unos torreznos, y así como los comió murió súpitamente y sin confesion; perdónele Dios, amen. Dejemos lo acaecido en Castilla, y volvamos á decir de la Nueva-España, cómo Cortés estaba siempre entendiendo en la ciudad de Méjico que fuese muy bien poblada de los naturales mejicanos, como de antes estaban, y les dió franquezas y libertades que no pagasen tributo á su majestad hasta que tuviesen hechas sus casas y aderezadas calzadas y puentes, y todos los edificios y caños por donde solia venir el agua de Chalputepeque para entrar en Méjico, y en la poblacion de los españoles tuviesen hechas iglesias y hospitales, de los cuales cuidaba como superior y vicario el buen padre fray Bartolomé de Olmedo, y habia él mismo recogido en un hospital todos los indios enfermos y los curaba con mucha caridad, y otras cosas que convenian. Y en aquel tiempo vinieron de Castilla al puerto de la Veracruz doce frailes franciscos, y por vicario general de ellos un muy buen religioso que se decia fray Martin de Valencia, y era natural de una villa de tierra de campo que se decia Valencia de don Juan; y este muy reverendo religioso venia nombrado por el santo Padre para ser vicario, y lo que en su venida y recebimiento se hizo diré adelante.

CAPITULO CLXXI.

Cómo vinieron al puerto de la Veracruz doce frailes franciscos de muy santa vida, y venia por su vicario y guardian fray Martin de Valencia, y era tan buen religioso, que hubo fama que hacia milagros; y era natural de una villa de tierra de campo que se dice Valencia de Don Juan, y lo que Cortés hizo en su venida.

Como ya he dicho en los capitulos pasados que sobre ello hablan, habiamos escrito á su majestad suplicándole nos enviase religiosos franciscos de buena y santa vida para que nos ayudasen á la conversion y santa doctrina de los naturales desta tierra para que se volviesen cristianos, y les predicasen nuestra santa fe, como se la habia fray Bartolomé de Olmedo dado á entender dende que entramos en la Nueva-España, y sobre ello habia escrito Cortés, juntamente con todos nosotros los conquistadores que ganamos la Nueva-España, á don fray Francisco de los Angeles, que era general de los franciscos, que después fué cardenal, para que nos hiciese mercedes que fuesen los religiosos que enviase de santa vida, para que nuestra santa fe siempre fuese ensalzada, y los naturales destas tierras conociesen lo que les deciamos cuando estábamos batallando con ellos, y les deciamos que su majestad enviaria religiosos, y de mucha mejor vida que nosotros éramos, para que les diesen á entender los razonamientos y predicaciones de nuestra fe; y ellos nos preguntaban si eran como el padre fray Bartolomé de Olmedo, y nosotros deciamos que sí. Dejemos esto, y digamos cómo el general don fray Francisco de los Angeles nos hizo merced que luego envió los religiosos que dicho tengo; y entonces vino con ellos fray Toribio Motolinea, y pusieronle este nombre de Motolinea los caciques y señores de Méjico, que quiere decir el fraile pobre, porque cuanto le daban por Dios lo daba á los indios, y se quedaba algunas veces sin comer, y traia unos hábitos muy rotos y andaba descalzo, y siempre les predicaba, y los indios le querian mucho, porque era una santa persona. Volvamos á nuestra relacion. Como Cortés supo que estaban en el puerto de la Veracruz, mandó en todos los pueblos, así de indios como donde vivian españoles, que por donde viniesen les barriesen los caminos, y adonde posasen les hiciesen ranchos si fuesen en el campo, y en poblado, cuando llegasen á las villas ó pueblos de indios, les saliesen á recibir y les repicasen las campanas, y que todos comunmente, después de los haber recibido, les hiciesen mucho acato; y que los naturales llevasen candelas de cera encendidas y con las cruces que hubiese, y por mas humildad, y porque los indios lo viesen, para que tomasen ejemplo, mandó á los españoles se hincasen de rodillas á besarles las manos y hábitos, y aun les envió Cortés al camino mucho refresco y les escribió muy amorosamente. Y viniendo por su camino, ya que llegaban cerca de Méjico, el mismo Cortés, acompañado de fray Bartolomé de Olmedo y de nuestros valerosos capitanos y esforzados soldados, los salimos á recibir, y juntamente fueron con nosotros Guatemuz, el señor de Méjico, con todos los mas principales mejicanos y otros muchos caciques de otras ciudades; y cuando Cortés supo que allegaban cerca, se apeó del caballo, y todos nosotros juntamente con él; á ya que nos encontramos con los reverendos religiosos,

el primero que se arrodilló delante del fray Martín de Valencia y le fué á besar las manos fué Cortés, y no lo consintió, y le besó los hábitos; é el padre fray Bartolomé les abrazó é saludó muy tiernamente, y los besamos el hábito arrodillados todas las capitales y soldados que allí íbamos, y el Guatemuz y los señores de Méjico; y de que el Guatemuz y los demás caciques vieron ir á Cortés de rodillas á besarle las manos, espantáronse en gran manera; y como vieron á dos frailes descalzos y flacos, y los hábitos rotos, y no llevar caballo, sino á pié y muy amarillos, y ver á Cortés, que lo tenían por ídolo ó cosa como sus dioses, así arrodillado delante dellos, donde entonces tomaron ejemplo todos los indios, que cuando agora vienen religiosos les hacen aquellos recibimientos y acatos, según y de la manera que dicho tengo; y mas digo, que cuando Cortés con aquellos religiosos hablaba, que siempre tenía la gorra en la mano quitada y en todo les tenía grande acato; é digo que se me olvidaba que fray Bartolomé les hospedó por orden de Cortés en una muy buena casa, é se fué á vivir con ellos é los regaló mucho. Dejémoslos en buena hora y digamos de otra materia, y es, que de ahí á tres años y medio, ó poco tiempo mas adelante, vinieron doce frailes dominicos, é venia por provincial ó por prior dellos un religioso que se decia fray Tomás Ortiz; é era vizenino, é decian que había estado por prior ó provincial en unas tierras que se dice la Punta del Drago; é quiso Dios que cuando vinieron les dió dolencia de mal de modorra, de que todos los mas murieron; lo cual diré adelante, é cómo é cuándo é con quién vinieron, é la condicion que decian que tenía el prior, é otras cosas que pasaron; é después han venido otros muchos y buenos religiosos y de santa vida, y de la misma orden de señor santo Domingo, en ejemplo muy santos, é han industriado á los naturales destas provincias de Guatemala en nuestra santa fe muy bien, é han sido muy provechosos para todos. Quiero dejar esta materia de los religiosos, é diré que, como Cortés siempre temia que en Castilla, por parte del obispo de Burgos, se juntarian los procuradores de Diego Velazquez, gobernador de Cuba, é dirian mal dél delante del Emperador nuestro señor, é como tuvo nueva cierta, por cartas que le escribió su padre Martín Cortés ó Diego de Ordás, que le trataban casamiento con la señora doña Juana de Zúñiga, sobrina del duque de Béjar, don Alvaro de Zúñiga, procuró de enviar todos los mas pesos que podia allegar, así de sus tributos como de los que le presentaban los caciques de toda la tierra, lo uno para que conociese el duque de Béjar sus grandes riquezas, juntamente con sus heroicos hechos é hazañas; é lo mas principal, para que su majestad le favoreciese é hiciese mercedes; é entonces le envió treinta mil pesos, é con ellos escribió á su majestad; lo cual diré adelante.

CAPITULO CLXXII.

Cómo Cortés escribió á su majestad y le envió treinta mil pesos de oro, y cómo estaban entendiendo en la conversion de los naturales é reedificacion de Méjico, y de cómo había enviado un capitán que se decia Cristóbal de Olí á pacificar las provincias de Honduras con una buena armada, y se alzó con ella, y dió relacion de otras cosas que habían pasado en Méjico, y en el navío que iban las cartas de Cortés envió otras cartas muy secretas el contador de su majestad, que se decia Rodrigo de Albornoz, y en ellas decian mucho mal de Cortés y de todos los que con él pasamos, y lo que su majestad sobre ello mandó que se proveyese.

Teniendo ya Cortés en sí la gobernacion de la Nueva-España por mandado de su majestad, parecióle seria bien hacerle sabidor cómo estaba entendiendo en la santa conversion de los naturales y la reedificacion de la gran ciudad de Tonustitlan, Méjico; y tambien le dió relacion de cómo había enviado un capitán que se decia Cristóbal de Olí á poblar unas provincias que se nombraron Honduras, y que le dió cinco navios bien bastecidos, é gran copia de soldados y muchos caballos y tiros, y escopeteros y ballesteros, y todo género de armas, y que gastó muchos millares de pesos de oro en hacer la armada, y que el Cristóbal de Olí se le alzó con ella, y quien le aconsejó que se alzase fué un Diego Velazquez, gobernador de la isla de Cuba, que hizo compañía con él en el armada, y que si su majestad era servido, que tenia determinado de enviar con brevedad otro capitán para que le tome la misma armada ó le traiga preso, ó ir él en persona por ello; porque, si quedaba sin castigo, se atreverian otros capitanes á se levantar con otras armadas que por fuerza había de enviar á conquistar y poblar otras tierras que están de guerra, é á esta causa suplicaba á su majestad le diese licencia para ello; y tambien se envió á quejar del Diego Velazquez, no tan solamente de lo del capitán Cristóbal de Olí, sino por las conjuraciones y escándalos, y por sus cartas que enviaba desde la isla de Cuba para que le matasen á Cortés; porque, en saliendo de aquella ciudad de Méjico para ir á conquistar algunos pueblos recios, que se levantaban y hacian conjuraciones los de la parte del Diego Velazquez para le matar y levantarse con la gobernacion, y que había hecho justicia de uno de los mas culpados; y que este favor les daba el obispo de Burgos, que estaba por presidente de Indias, por ser muy amigo del Diego Velazquez; y escribió cómo le enviaba y servia con treinta mil pesos de oro, y que si no fuera por los bulliciosos y conjuraciones pasadas, que recogiera mucho mas oro, y que con el ayuda de Dios y en la buenaventura de su real majestad, que en todos los navios que de Méjico fuesen enviaria lo que pudiese; y ansimismo escribió á su padre Martín Cortés é á un su deudo, que se decia el licenciado Francisco Nuñez, que era relator del real consejo de su majestad, y tambien escribió á Diego de Ordás, en que les hacia saber todo lo atrás dicho; y tambien dió noticia cómo un Rodrigo de Albornoz, que estaba por gobernador en Méjico, que secretamente andaba murmurando en Méjico de Cortés porque no le dió tan buenos indios como él quisiera, y tambien porque le demandó una cacica, hija del señor de Texcoco, y no se la quiso dar, porque en aquella sazón la casó con una persona de calidad; y les

dió aviso que había sabido que fué secretario en Flándes y que era muy servidor de don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, y que era hombre que tenía costumbre de escribir cosas nuevas y aun por cifras, y que por ventura escribiría al Obispo, como era presidente de Indias, porque en aquel tiempo no sabíamos que le habían quitado el cargo, cosas contrarias de la verdad; que tuviesen aviso de todo; y estas cartas envió Cortés duplicadas, porque siempre se temió que el obispo de Burgos, como era presidente, había mandado á Pedro de Isazaga y á Juan Lopez de Recalde, oficiales de la casa de la contratación de Sevilla, que todas las cartas y despachos de Cortés se las enviasen por la posta para saber lo que en ellas iba, porque en aquella sazón su majestad había venido de Flándes y estaba en Castilla, para hacer relación á su majestad cesárea, y el obispo de Burgos, por ganar por la mano, antes que nuestros procuradores le diesen las cartas de Cortés; y aun en aquella sazón no sabíamos en la Nueva-España que habían quitado el cargo al obispo de Burgos, don Juan Rodríguez de Fonseca, de ser presidente de Indias. Dejémonos de las cartas de Cortés, y diré que deste navio donde iba el pliego que dicho tengo de Cortés, envió el contador Albornoz, ya por mi memorado, otras cartas á su majestad y al obispo de Burgos y al real consejo de Indias, y lo que en ellas decía por capítulos, hizo saber todas las causas y cosas que de antes había sido acusado Cortés, cuando su real majestad le mandó poner jueces á los caballeros de su real consejo, ya otra vez por mi nombrados en el capítulo que dello habla; cuando por sentencia que sobre ello dieron, nos dieron por muy leales servidores de su majestad; y demás de aquellos capítulos que hubieron acusado á Cortés, agora de nuevo escribió el Albornoz que Cortés demandaba á todos los caciques de la Nueva-España muchos tejuelos de oro y les mandaba sacar mucho oro de minas, y esto que les decía Cortés que era para enviar á su real majestad, y se quedaba con todo ello y no lo enviaba á su majestad, y que hizo unas casas muy fortalecidas, y que ha juntado muchas hijas de grandes señores para las casar con soldados españoles, y se las piden hombres honrados por mujeres y que no se las quiero dar, por tenerlas por amigas; y dijo que todos los caciques y principales le tenían en tanta estima como si fuese rey, y que en esta tierra no conocen á otro rey ni señor sino es á Cortés, é como rey llevaba quinto, y que tiene muy grande cantidad de barras de oro atesorado, y que no ha sentido bien de su persona, si está alzado ó será leal para adelante, y que había necesidad que su majestad con brevedad mandase venir á estas partes un caballero con grande copia de soldados muy bien apercibidos para le quitar el mando y señorío; y escribió otras cosas sobre esta materia. Quiero dejar de mas particularizar lo que iba en las cartas, y diré que fueron á manos del obispo de Burgos, que residía en Toro; y como en aquella sazón estaba en la corte el Pánfilo de Narvaez y Cristóbal de Tapia, ya otras muchas veces por mi nombrados, y todos los procuradores del Diego Velazquez, é con aquella carta de Albornoz les avisó el obispo de Burgos para que nuevamente se quejasen ante su majestad de Cortés de todo lo que de antes le hubieron dado relación,

y dijese que los jueces que puso su majestad se mostraron mucho por la parte de Cortés, y que su majestad fuese servido viese agora nuevamente lo que escribe el contador su oficial; y pura testigo dello hicieron presentación de las cartas que dicho tengo. Pues venido su majestad las cartas y las palabras y quejas que el Narvaez decía muy entonado, porque así hablaba, demandando justicia, creyó que eran verdaderas; y el obispo de Burgos don Juan Rodríguez de Fonseca, que les ayudó con otras muchas cartas de favor; dijo su majestad: «Yo quiero enviar á castigar á Cortés, pues tanto mal dicen del que hace, aunque mas oro envíe; porque mas riqueza es hacer justicia que no todos los tesoros que puedo enviar;» y mandó proveer que luego despachasen el almirante de Santo Domingo que viniese á costa de Cortés con seiscientos soldados, y si se hallase culpado le cortase la cabeza, y castigase á todos los que fuimos en desbaratar á Pánfilo de Narvaez; y porque viniese el Almirante le había prometido su majestad el almirantazgo de la Nueva-España, que en aquella sazón traía pleito en la corte sobre él. Pues ya dadas las provisiones, pareció ser el Almirante se detuvo ciertos días ó no se atrevió á venir, porque no tenía dineros, y así mismo porque le aconsejaron que mirase la buenaventura de Cortés, que con haber traído Narvaez toda la armada que trajo le desbarató, y que era aventurar su vida y estado, y no saldria con la demanda, especialmente que no hallarian en Cortés ni en ninguno de sus compañeros culpa ninguna, sino mucha lealtad; y demás desto, segun pareció, dijeron á su majestad que era gran cosa dar el almirantazgo de la Nueva-España por pocos servicios que le podría hacer en aquella jornada que le enviaba: é ya que se andaba aporreciendo el Almirante para venir á la Nueva-España, alcanzáronlo á saber los procuradores de Cortés y su padre Martín Cortés y un fraile que se decía fray Pedro Melgarejo de Urrea, y como tenían las cartas que les envió Cortés duplicadas, y entendieron por ellas que había trato doble en el contador Albornoz ó en otras personas que no estaban muy bien con Cortés, todos juntos se fueron luego al duque de Béjar y le dieron relación de todo lo arriba por mi memorado y le mostraron las cartas de Cortés; y como supo que enviaban tan de repente al Almirante con muchos soldados, hubo muy grande sentimiento dello el Duque, porque ya estaba concertado de casar á Cortés con la señora doña Juana de Zúñiga, sobrina del mismo duque de Béjar; y luego sin mas dilación fué delante de su majestad, acompañado con ciertos condes amigos suyos y deudos, y con ellos iba el viejo Martín Cortés, padre del mismo Cortés, y fray Pedro Melgarejo de Urrea, y cuando llegaron delante del Emperador nuestro señor se humillaron é hicieron todo el acatamiento debido, que eran obligados á nuestro rey y señor, y dijo el mismo Duque que suplicaba á su majestad que no diese oídos á una carta de un hombre como era el contador Albornoz, que era muy contrario á Cortés, hasta que hubiese otras informaciones de lo y de creer, y que no enviase armada; y mas dijo el Duque á su majestad, que como, siendo tan cristianísimo y recto en hacer justicia, tan deliberadamente enviaba á mandar prender á Cortés y á sus soldados, habiéndole hecho

tan buenos y leales servicios, que otros en el mundo no se han hecho, ni aun hallado en ningunas escrituras que hayan hecho otros vasallos á los reyes pasados? Y que ya una vez ha puesto la cabeza por fiadora de Cortés y por todos sus soldados, y que son muy leales y lo serán de aquí adelante, y que agora la torná á poner de nuevo por fiadora, con todo su estado, con mucho gusto, de que siempre nos hallaría muy leales, lo cual su majestad veria adelante; demás desto, le mostraron las cartas que Cortés enviaba á su padre Martin Cortés, en que en ellas daba relacion por qué causa el contador Albornoze escribía mal contra Cortés, que fué, como dicho tengo, porque no le dió buenos indios, como él los demandaba, y una hija de una cacica muy principal; y mas le dijo el Duque, que mirase su real majestad cuántas veces le había enviado y servido con mucha cantidad de oro, é dió otros muchos descargos por Cortés; y viendo su majestad la justicia clara que Cortés y todos nosotros los conquistadores teníamos, mandó proveer que le viniese á tomar la residencia persona que fuese de calidad y ciencia y temeroso de nuestro Señor. En aquella sazón estaba la corte en Toledo, y por teniente de corregidor del conde de Alcaudete un caballero que se decia el licenciado Luis Ponce de Leon, primo del mismo conde don Martin de Córdoba, que así se llamaba, porque en aquella sazón era corregidor de aquella ciudad; y su majestad mandó llamar á este licenciado Luis Ponce de Leon, y le mandó que fuese luego á la Nueva-España y tomase residencia á Cortés, y que si en algo fuese culpante de lo que le acusaban, que con rigor de justicia le castigase; y el licenciado Luis Ponce de Leon dijo que él cumpliría el real mandato, y se comenzó á apercibir para el camino, y no vino con tanta priesa, porque tardó en llegar á la Nueva-España mas de dos años y medio. Y deJullos he aquí, así á los del bando del gobernador de Cuba, Diego Velazquez, que acusaban á Cortés, como al licenciado Luis Ponce de Leon, que se aderezaba para el viaje, como dicho tengo; aunque vaya muy fuera de mi relacion y pase adelante, es por lo que agora diré, que al cabo de dos años alcanzamos á saber todo lo por mí aquí dicho de las cartas de Cortés y del Albornoze, porque lo escribió Martin Cortés de la corte; y para que sepan los curiosos lectores cómo siempre tenia por costumbre el mismo Albornoze de escribir á su majestad lo que no pasó, bien tendrán noticia las personas que han estado en la Nueva-España y en la ciudad de Méjico cómo en el tiempo que era virey don Antonio de Mendoza, que fué muy ilustrísimo varon, digno de gran memoria, que haya santa gloria, y como gobernaba tan justificadamente y con tan recta justicia, el Rodrigo Albornoze no estaba bien con él y escribió á su majestad diciendo mal de su gobernacion, y las mismas cartas que envió á la corte volvieron á la Nueva-España á manos del mismo virey; y como las hubo entendido, y el mal que decia, envió á llamar al Rodrigo de Albornoze, y con palabras muy blandas y de espacio, que así hablaba vagoroso el Virey, le mostró las cartas y le dijo: «Pues que toneis por costumbre de escribir á su majestad, escribid la verdad, y andad con Dios, para ruin hombre;» y quedó muy avergonzado y corrido el contador. Dejemos de hablar desta materia, y diré cómo

Cortés, sin saber en aquella sazón cosa de todo lo pasado que en la corte se habia tratado con él, envió una armada contra Cristóbal de Oli á Honduras, y lo que pasó diré adelante.

CAPITULO CLXXXIII.

Cómo, sabiendo Cortés que Cristóbal de Oli se habia alzado con la armada y habia hecho compañía con Diego Velazquez, gobernador de Cuba, envió contra él á un capitan que se llamaba Francisco de las Casas, y lo que entonces sucedió diré adelante.

He menester volver muy atrás de nuestra relacion para que bien se entienda. Ya he dicho en el capítulo que dello habla, cómo Cortés envió á Cristóbal de Oli con una armada á las Higueras y Honduras, y se alzó con ella; é como Cortés supo que Cristóbal de Oli se habia alzado con el armada, con favor de Diego Velazquez, gobernador de Cuba, estaba muy pensativo; y como era animoso y no se dejaba mucho burlar en tales casos, y como ya habia hecho relacion dello á su majestad, como dicho tengo, en la carta que le escribió, y que entendia de ir ó enviar contra el Cristóbal de Oli á otros capitanes; en aquella sazón habia venido de Castilla á Méjico un caballero que se decia Francisco de las Casas, persona de quien se podia fiar, é su deudo de Cortés; acordó de enviar contra el Cristóbal de Oli cinco navíos bien artillados y bastecidos, y cien soldados, y entre ellos iban conquistadores de Méjico, de los que Cortés habia traído de la isla de Cuba en su compañía, que era un Pedro Moreno Medrano y un Juan Nuñez de Mercado y un Juan Bello, y otros que aquí no nombro, que murieron en el camino. Pues ya despachado el Francisco de las Casas con poderes muy bastantes y mandamientos para prender al Cristóbal de Oli, salió del puerto de la Veracruz con sus navíos buenos y bastecidos, y con sus pendones con las armas reales, y con buen tiempo llegó á una bahía que llamaron el Triunfo de la Cruz, donde el Cristóbal de Oli tenia su armada, y allí junto poblada una villa que se llamó Triunfo de la Cruz, y segun ya otras veces he dicho en el capítulo que dello habla; y como el Cristóbal de Oli vió aquellos navíos surtos en su puerto, puesto que el Francisco de las Casas mandó poner en sus navíos banderas de paz, no lo tuvo por cierto el Cristóbal de Oli, antes mandó apercibir dos carabelas muy artilladas con muchos soldados, y les defendió el puerto para no les dejar saltar en tierra; y como aquello vió el de las Casas, que era hombre animoso, mandó sacar y echar á la mar sus bateles con muchos hombres apercebidos, y con unos tiros, falconetes y escopetas y ballistas, y él con ellos, con pensamiento de tomar tierra de una manera ó de otra, y el Cristóbal de Oli para defendella, tuvieron buena pelea, y el de las Casas echó una de las dos carabelas del contrario á fondo, y mató á cuatro soldados é hirieron á otros; y como vió el Cristóbal de Oli que no tenia allí todos los soldados, porque los habia enviado pocos dias habia en dos capitanes, á entrar en un rio que llaman de Pechin, á prender á otro capitan que estaba conquistando en aquella provincia, que se decia Gil Gonzalez de Avila, porque aquel rio del Pechin caia en la gobernacion del Golfo-Dulce, y estaba aguardando por horas á sus gentes,

acordó el Cristóbal de Oli de demandar partidos de paz al Francisco de las Casas, porque bien entendió el Cristóbal de Oli que si tomaba tierra, que habian de venir á las manos, y por tener soldados juntos demandó las paces; y el de las Casas acordó de estar aquella noche con sus navios en la mar, apartado de tierra al reparo, ó esperando con intencion de se ir á otra bahía á desembarcar, y tambien porque cuando andaban las diferencias y pelea de la mar le dieron al de las Casas una carta secretamente que serian en su ayuda ciertos soldados de la parte de Cortés que estaban con el Cristóbal de Oli, y que no dejase de venir por tierra para prender al Cristóbal de Oli. Pues estando con este acuerdo, fué la ventura tal de Cristóbal de Oli, y desdicha del de las Casas, que hubo aquella noche un viento norte muy recio, y como es travesía en aquella costa, dió con los navios de Francisco de las Casas al través en tierra, de manera que se perdió cuanto traía y se ahogaron treinta soldados, y todos los demás fueron presos y estuvieron sin comer dos dias, muy mojados del agua salada, porque en aquel tiempo llovía mucho, y tuvieron trabajo y frio; y el Cristóbal de Oli estaba muy gozoso y triunfante por tener preso al Francisco de las Casas, y á los demás soldados que prendió les hizo luego jurar que siempre serian en su ayuda, y serian contra Cortés si viniese á aquella tierra en persona; y como hubieron jurado, los soltó de las prisiones; solamente tuvo preso al Francisco de las Casas; y dende á poco tiempo vinieron sus capitanes que habia enviado á prender á Gil Gonzalez de Avila; que, segun pareció, el Gil Gonzalez de Avila habia venido por gobernar y capitan de Golfo-Dulce, y habia poblado una villa que la nombraron San Gil de Buena-Vista, que estaba obra de una legua del puerto que agora llaman Golfo-Dulce, porque el rio de Chipin en aquel tiempo era poblado de buenos pueblos, y el Gil Gonzalez no tenia consigo sino muy pocos soldados, porque habian adolecido todos los mas, é dejaba poblada con otros soldados la misma villa de San Gil de Buena-Vista; y como el Cristóbal de Oli tuvo noticia dello, les envió á prender, y sobre no dejarse prender, le mataron ocho españoles de los de Gil Gonzalez y á un su sobrino, que se decía Gil de Avila; y como el Cristóbal de Oli se vió con dos prisioneros que eran capitanes, estaba muy alegre y contento; y como tenia fama de esforzado, y ciertamente lo era por su persona, para que se supiese en todas las islas, lo escribió á la isla de Cuba á su amigo Diego Velazquez, y luego se fué dende el Triunfo de la Cruz la tierra adentro á un pueblo que en aquel tiempo estaba muy poblado, y habia otros muchos pueblos en aquella comarca; el cual pueblo se dice Naco, que agora está destruido él y todos los demás; y esto digo porque yo los vi y me bañé en ellos, y en San Gil de Buena-Vista y en el rio de Pichin y en el rio de Balama, y lo he andado en el tiempo que fui con Cortés, segun mas largamente lo diré quando venga su tiempo y lugar. Volvamos á nuestra relacion: que ya que el Cristóbal de Oli estaba de asiento en Naco con sus prisioneros y copia de soldados, deude allí enviaba á hacer entradas á otras partes, y envió por capitan á un Briones, el cual Briones fué uno de los primeros consejeros para que se alzara el Cristó-

bal de Oli, y de suyo era bullicioso, y aun tenia cortadas las asillas bajas de las orejas, y decía el mismo Briones que estando en una fortaleza siendo soldado se las habian cortado porque no se queria dar él ni otros capitanes; el cual Briones ahorcaron después en Guatimala por revolver y amotinador de ejércitos. Volvamos á nuestra relacion: pues yendo por capitan aquel Briones con gran copia de soldados, túvose fama en el real de Cristóbal de Oli que se habia alzado el Briones con todos los soldados que llevaba en su compañía, y se iba á la Nueva-España, y salió verdad. Y viendo esto Francisco de las Casas y el Gil Gonzalez de Avila, que estaban presos y hallaban tiempo oportuno para matar á Cristóbal de Oli, y como andaban sueltos sin prisiones, por no tenellos en nada, porque se tenia por muy valiente el Cristóbal de Oli, muy secretamente se concertaron con los soldados y amigos de Cortés que en diciendo: «¡Aquí del Rey, y Cortés en su real nombre, contra este tirano!» le diesen de cuchilladas. Pues hecho este concierto, el Francisco de las Casas, medio burlando y riendo, le decía al Oli: «Señor capitan, soldadme; iré á la Nueva-España á hablar á Cortés y á darte razon de mi desbarate, é yo seré tercero para que vuestra merced quede con esta gobernacion y por su capitan, y mire que es su hechura de Cortés; pues mi prision no hace á su caso, antes le estorbo en las conquistas;» y el Cristóbal de Oli respondió que él estaba muy bien así, y que se holgaba de tener un tal varon en su compañía; y de que aquello vió el Francisco de las Casas le dijo: «Pues mire bien vuesa merced por su persona, que un dia ó otro tengo de procurar de le matar;» y esto se lo decía medio burlando y riendo. Y al Cristóbal de Oli no se le dió nada por lo que le decía, y tenialo como cosa de burla; y como el concierto que he dicho estaba hecho con los amigos de Cortés, estando cenando á una mesa y habiendo alzado los manteles, y se habian ido á cenar los maestrescals y pajes, y estaban delante Juan Nuñez de Mercado y otros soldados de la parte de Cortés que sabian el concierto, el Francisco de las Casas y el Gil Gonzalez de Avila cada uno tenia escondido un cuchillo de escribanta muy apudados como navajas, porque ningunas armas se las dejaban traer; y estando platicando con el Cristóbal de Oli de las conquistas de México y ventura de Cortés, y muy descuidado el Cristóbal de Oli de lo que le avino, el Francisco de las Casas le echó mano de las barbas y le dió por la garganta con el cuchillo, que le traía hecho como una navaja para aquel efecto, y juntamente con él, el Gil Gonzalez de Avila y los soldados de Cortés do presto le dieron tantas heridas, que no se pudo valer, y como era muy recio é membrudo y de muchas fuerzas, se escabulló dando voces: «¡Aquí de los mios!» Mas como todos estaban cenando, ó su ventura fué tal que no acudieron tan presto, se fué huyendo á esconder entre unos matorrales, creyendo que los suyos le ayudarian, y puesto que vinieron de presto muchos dellos á le ayudar, el Francisco de las Casas daba voces y apellidando: «¡Aquí del Rey é de Cortés contra este tirano; que ya no es tiempo de mas sufrir sus tiranías!» Pues como oyeron el nombre de su majestad y de Cortés, todos los que venian á favorecer la parte del Cris-

tóbal de Oli no osaron defenderle, antes luego los mandó prender el de las Casas; y después de hecho, se pregonó que cualquiera persona que supiese de Cristóbal de Oli y no le descubriese, muriese por ello; y luego se supo dónde estaba y le prendieron, y se hizo proceso contra él, y por sentencia que entrambos á dos capitanes dieron, le degollaron en la plaza de Naco; y así murió por se haber alzado por malos consejeros, con ser hombre muy esforzado, é sin mirar que Cortés le había hecho su maese de campo y dado muy buenos indios, y era casado con una portuguesa que se decía doña Filipa de Araujo, y tenía una hija en ella. Y porque en el capítulo pasado tengo dicho el estatura de Cristóbal de Oli y facciones, y de qué tierra era y qué condicion tenía, en esto no diré mas sino de que el Francisco de las Casas y Gil Gonzalez de Avila se vieron libres, y su enemigo muerto, juntaron sus soldados, y entrambos á dos fueron capitanes muy conformes, y el de las Casas pobló á Trujillo y púsole aquel nombre porque era él natural de Trujillo de Extremadura; y el Gil Gonzalez envió mensajeros á San Gil de Buena-Vista, que dejaba poblado, á hacer saber lo que había pasado, y á mandar á su teniente, que se decía Armenta, que se estuviesen poblados como los dejaba y no hiciesen alguna novedad, porque iba á la Nueva-España á demandar socorro é ayuda de soldados á Cortés, y que presto volvería. Pues ya todo esto que he dicho concertado, acordaron entrambos capitanes de se venir á Méjico á hacer saber á Cortés todo lo acaecido. Y dejallo lé aquí hasta su tiempo y lugar, y diré lo que Cortés concertó sin saber cosa ninguna de lo pasado que se hizo en Naco.

CAPITULO CLXXIV.

Cómo Hernando Cortés salió de Méjico para ir camino de las Higueras en busca de Cristóbal de Oli y de Francisco de las Casas y de los demás capitanes y soldados; dase cuenta de los caballeros y capitanes que sacó de Méjico para ir en su compañía, y del grande aparato y servicio que llevó hasta llegar á la villa de Guacacualco, y de otras cosas que entonces pasaron.

Como el capitán Hernando Cortés había pocos meses que había enviado al Francisco de las Casas contra el Cristóbal de Oli, como dicho tengo en el capítulo pasado, parecióle que por ventura no habría buen suceso la armada que había enviado, y también porque le decían que aquella tierra era rica de minas de oro, y á esta causa estaba muy codicioso, así por las minas, como pensativo en los contrastes que podrían acaecer á la armada, poniéndosele por delante las desdichas que en tales jornadas la mala fortuna suele acarrear; y como de su condicion era de gran corazón, hubíase arrepentido por haber enviado al Francisco de las Casas, sino haber ido él en persona, y no porque no conocía muy bien que el que envió era varón para cualquiera cosa de afrenta; y estando en estos pensamientos, acordó de ir, y dejó en Méjico buen recaudo de artillería, así en las fortalezas como en las atarazanas, y dejó por gobernadores en su lugar como tenientes al tesorero Alonso de Estrada y al contador Alborno, y si supiera de las cartas que el contador Alborno hubó escrito á Castilla á su majestad diciendo mucho mal dél, no le dejara tal poder, y aun no sé yo cómo le aviniera por ello; y dejó

por su alcalde mayor al licenciado Zuazo, ya otras muchas veces por mí nombrado, y por teniente de alguacil mayor y su mayordomo de todas sus haciendas á un Rodrigo de Paz, su deudo, y dejó el mayor recaudo que pudo en Méjico, y encomendó á todos aquellos oficiales de la hacienda de su majestad, á quien dejaba el cargo de la gobernacion, que tuviesen muy grande cuidado de la conversion de los naturales, y ansimismo lo encomendó á un fray Toribio Motolinea, de la orden del señor san Francisco, y al padre fray Bartolomé de Olmedo, de mí tantas veces nombrado, fraile de la orden de nuestra Señora de la Merced, é que tenía mucha mano é estimacion en todo Méjico, é lo merecía, porque era muy buen fraile é religioso; y les encargó que mirasen no se alzase Méjico ni otras provincias; y porque quedase mas pacífico y sin cabeceras de los mayores caciques, trajo consigo al mayor de Méjico, que se decía Guatemuz, otras muchas veces por mí memorado, que fué el que nos dió guerra cuando ganamos á Méjico, y también al señor de Tacuba, y á un Juan Velazquez, capitán del mismo Guatemuz, y á otros muchos principales, y entre ellos á Tapiezuela, que era muy principal; y aun de la provincia de Mechoacan trajo otros caciques, y á doña Marina la lengua, porque Jerónimo de Aguilar ya había fallecido, y trajo en su compañía muchos caballeros y capitanes vecinos de Méjico, que fueron Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, y Luis Marin y Francisco Marmolejo, Gonzalo Rodriguez de Ocampo, Pedro de Ircio, Avalos y Saavedra, que eran hermanos, y un Palacios Rubios, y Pedro de Saucedo el Romo, y Jerónimo Ruiz de la Mora, Alonso de Grado Santa Cruz, burgalés; Pedro de Solís Casquete, que así le llamábamos; Juan Jaramillo, Alonso Valiente, y un Navarrete y un Serna, y Diego de Mazariegos, primo del tesorero, y Gil Gonzalez de Benavides, y Hernan Lopez de Avila, y Gaspar de Garnica, y otros muchos que no se me acuerdan sus nombres; y trajo á fray Juan de las Varillas el de Salamanca, fraile de la Merced, y un clérigo y dos frailes franciscanos, flamencos, buenostólogos, que predicaban, y trajo por mayordomo á un Carranza y por maestra de la á Juan de Iasso y á un Rodrigo Mañueco, y por botiller á Cervan Bejarano, y por repostero á un Fulano de San Miguel, que solía vivir en Guaxaca; por dispensero á un Guinea, que ansimismo fué vecino de Guaxaca; y trajo grandes vajillas de oro y de plata, y quien tenía cargo de la plata era un Tello de Medina, y por camarero un Salazar, natural de Madrid; por médico á un licenciado Pero Lopez, vecino que fué de Méjico, y cirujano á maese Diego de Pedruza, y otros muchos pajes, y uno de ellos era don Francisco de Montejo, el cual fué capitán en Yucatan el tiempo andando, no digo al adelantado su padre; y dos pajes de lanza, que el uno se decía Puebla, y ocho mozos de espuelas, y dos cazadores halconeros, que se decían Perates y Garcicaro y Alvaro Montañés; y llevó cinco chirimías y sacabuches y dulzainas, y un volteador, y otro que jugaba de manos y hacia titeres, y caballero Gonzalo Rodriguez de Ocampo, y acémilas con tres acemileros españoles, y una gran manada de puercos, que venían comiendo por el camino; y venían con los caciques que dicho tengo sobre tres mil indios mejicanos con sus ar-

mas de guerra, sin otros muchos que eran de su servicio de aquellos caciques; á ya que estaba Cortés de partida para venir su viaje, viendo el factor Salazar y el veedor Chirinos, que quedaban en Méjico, que no les dejaba Cortés cargo ninguno ni se hacia tanta cuenta de ellos como quisieran, acordaron de se hacer muy amigos del licenciado Zuazo y de Rodrigo de Paz y de todos los amigos y viejos conquistadores de Cortés que quedaban en Méjico, y todos juntos le hicieron un requirimiento á Cortés que no salga de Méjico, sino que gobierne la tierra, y le ponen por delante que se alzará toda la Nueva-España, y sobre ellos pasaron grandes pláticas y respuestas de Cortés á los que le hacian el requirimiento; y de que no le pudieron convencer á que se quedase, dijo el factor y el veedor que le querian venir á servir y acompañarle hasta Guacacualco, que por allí era su viaje. Pues ya partidos de Méjico de la manera que he dicho, saber yo decir los grandes recibimientos y fiestas que en todos los pueblos por donde pasaban se les hacia, fuera cosa maravillosa; y mas se le juntaron en el camino de otros cincuenta soldados y gente estravagante, nuevamente venidos de Castilla, y Cortés les mandó ir por dos caminos hasta Guacacualco, porque para todos juntos no habria tantos bastimentos. Pues yendo por sus jornadas el factor, Gonzalo de Sandoval y el veedor, iban haciendo mil servicios á Cortés, en especial el factor, que cuando con Cortés hablaba estaba la gorra quitada hasta el suelo, y con muy grandes reverencias y palabras delicadas y de grande amistad, y con retórica muy subida, le iba diciendo que se volviese á Méjico y no se pusiese en tan largo y trabajoso camino, y poniéndole por delante muchos inconvenientes; y aun algunas veces por le complacer iba cantando por el camino junto á Cortés, y decia en los cantares: «Ay tio, volvámonos; ay tio, volvámonos;» y respondia Cortés cantando: «Adelante, mi sobrino; adelante, mi sobrino, y no creais en agüeros; que será lo que Dios quisiere; adelante, mi sobrino,» etc. Dejemos de hablar en el factor y de sus blandas y delicadas palabras, y diré cómo en el camino, en un pueblezuelo de un Ojeda el tuerto, cerca de otro pueblo que se dice Orizaba, se casó Juan Jaramillo con Doña Marina la lengua delante de testigos. Pusimos adelante, y diré cómo iban camino de Guacacualco, y llegan á un pueblo grande que se dice Guazpaltepeque, que era de la encomienda de Gonzalo de Sandoval, y como lo supimos en Guacacualco, que venia Cortés con tanto caballero, así alcalde mayor como capitanes, y todo el cabildo y regidores, fuimos treinta y tres leguas á le recibir y darle el parabien-venido, como quien va á ganar beneficio; y esto digo aquí para que vean los curiosos lectores é otras personas cuán tenido y aun temido estaba Cortés, porque no se hacia mas de lo que él queria, ahora sea bueno ó malo; y donde Guazpaltepeque fué caminando á nuestra villa, y en un rio grande que hay en el camino comenzó á tener contrastes, porque al pasar se le trastornaron tres canoas y se le perdió cierta plata y ropa, y aun al Juan Jaramillo se le perdió la mitad de su fardaje, y no se pudo saber cosa ninguna á causa que estaba el rio lleno de lagartos muy grandes; y donde allí fuimos á un pueblo

que se dice Uluta, y hasta llegar á Guacacualco le fuimos acompañando, y todo por poblado; y quiero decir el gran recaudo de canoas que teniamos ya mandado que estuviesen aparejadas y atadas de dos en dos en el gran rio junto á la villa, que pasaban de trecientas. Pues el gran recibimiento que le hicimos con arcos triunfales y con ciertas emboscadas de cristianos é moros, y otros grandes regocijos é invenciones de fuegos, y le aposentamos lo mejor que pudimos, así á Cortés como á todos los que traia en su compañía; y estuvo allí seis dias, y siempre el factor le iba diciendo que se volviese del camino que iba, y que mirase á quién dejaba en su poder; que tenia al contador por muy revoltoso y doblado, amigo de novedades, y que el tesorero se jactanciaba que era hijo del Rey Católico, y que no sentia bien de algunas cosas de pláticas que en ellos vió que hablaban en secreto después que les dió el poder, y aun de antes; y demás desto, ya en el camino tenia Cortés cartas que enviaba donde Méjico diciendo mal de su gobernacion de los que dejaba, y dello avisaban al factor sus amigos; y sobre ello decia el factor á Cortés que tambien sabia el gobernar, y el veedor que allí estaba delante, como los que dejaba en Méjico, y se le ofrecieron por muy servidores; y decia tantas cosas melosas y con tan amorosas palabras, que le convenció para que le diese poder al factor y al veedor Chirinos para que fuesen gobernadores, y fué con esta condicion: que si viesen que el Estrada y el Albornoz no hacian lo que debian al servicio de nuestro Señor y de su majestad, gobernasen ellos solos. Estos poderes fueron causa de muchos males y revueltas que hubo en Méjico, como diré de que haya pasado cuatro capitulos é hayamos hecho un muy trabajoso camino, y hasta le haber acabado y estar en una villa que se llama Trujillo no contaré en esta relacion lo acaecido en Méjico; pero diré que el padre fray Bartolomé de Olmedo y los frailes de san Francisco murmuraban de Cortés porque habia dado estos poderes, y decian que plegue á Dios no haya Cortés arrepentimiento dello; y no decian muy mal, como luego veremos; pero poco importó que ellos lo murmurasen, que no hacia Cortés mucha monta de ellos, aunque eran buenos frailes, porque no les tenia tanta voluntad como al padre fray Bartolomé de Olmedo, que era siempre su consejero. Pero dejemos esto, y diré que cuando se despidieron el factor y el veedor de Cortés para se volver á Méjico, ¡con cuántos cumplimientos y abrazos! Y tenia el factor una manera como de sollozos, que parecia que queria llorar al despedirse, y con sus provisiones en el seno de la manera que él las quiso notar, y el secretario, que se decia Alonso Valiente, que era su amigo, las hizo. Vuélvense para Méjico, y con ellos Hernan Lopez de Avila, que estaba malo de dolores y tullido de bubas, y dejémoslos ir su camino; que no tocaré en esta relacion en cosa ninguna de los grandes alborotos y zizañas que en Méjico hubo, hasta su tiempo y lugar, desque hubiéremos llegado con Cortés todos los caballeros por mí nombrados, con otros muchos que salimos de Guacacualco, y hasta que ya hayamos hecho esta tan trabajosa jornada, que estuviémos en punto de nos perder, segun adelante diré; y porque en una sazon acaecen dos ó tres cosas, y por no

quebrar el hilo de lo uno por decir de lo otro, acordé de seguir el de nuestro trabajosísimo camino.

CAPITULO CLXXV.

De lo que Cortés ordenó después que se volvió el factor y veedor á Méjico, y del trabajo que llevamos en el largo camino, y de las grandes poentes que hicimos, y hambre que pasamos en dos años y tres meses que tardamos en este viaje.

Después de despedidos el factor y el veedor, lo primero que mandó Cortés fué escribir á la Villa-Rica á un su mayordomo, que se decía Simon de Cuenca, que cargase dos navios que fuesen de poco porte, de bizcocho de maiz, porque en aquella sazón no se cogia pan de trigo en Méjico, y seis pipas de vino y aceite y vinagre y tocinos, herraje, y otras cosas de bastimentos, y mandó que se fuesen costa á costa del norte, y que le escribiría y haria saber dónde habia de aportar, y que el mismo Simon de Cuenca viniese por capitán; y luego mandó que todos los vecinos de Guacacualco fuésemos con él, que no quedaron sino los dolientes. Ya he dicho otras veces que estaba poblada aquella villa de los conquistadores mas antiguos de Méjico, y todos los mas hijosdalgo, que se habian hallado en las conquistas pasadas de Méjico, y en el tiempo que habíamos de reposar de los grandes trabajos y procurar de haber algunos bienes y granjerías, nos mandó ir jornada de mas de quinientas leguas, y toda la mas tierra por donde íbamos de guerra, y dejamos perdido cuanto teníamos, y estuvimos en el viaje mas de dos años y tres meses. Pues volviendo á nuestra plática, ya estábamos todos apercebidos con nuestras armas y caballos, que no le osábamos decir de no; é ya que alguno se lo decía, por fuerza le hacia ir; y éramos por todos, así los de Guacacualco como los de Méjico, sobre ducientos y cincuenta soldados, y los ciento y treinta de á caballo, y los demás escopeteros y ballesteros, sin otros muchos soldados nuevamente venidos de Castilla; y luego me mandó á mí que fuese por capitán de treinta españoles y de tres mil indios mejicanos, y fuese á unos pueblos que estaban de guerra, que se decían Cimatan, é que en aquellos pueblos mantuviese los tres mil indios mejicanos, y si los naturales de aquella provincia estuviesen de paz ó se viniesen á someter al servicio de su majestad, que no les hiciese enojo ni fuerza ninguna, salvo mandar dar de comer á aquellas gentes; y si no quisiesen venir, que los enviase á llamar tres veces de paz, de manera que lo entendiesen muy bien, é por ante un escribano que iba conmigo é testigos; y si no quisiesen venir, que les diese guerra, y para ello me dió poder y sus instrucciones, las cuales tengo hoy dia firmadas de su nombre y de su secretario Alonso Valiente; y así hice aquel viaje como lo mandó, quedando de paz aquellos pueblos; mas dende á pocos meses, como vieron que quedaban pocos españoles en Guacacualco, é íbamos los conquistadores con Cortés, se tornaron á alzar, y luego sali con mis soldados españoles é indios mejicanos al pueblo donde Cortés mandó que saliese, que se decía Iquiuapa. Volvamos á Cortés y á su viaje: que salió de Guacacualco y fué á Tonala, que hay ocho leguas, y luego pasó un rio en canoas y fué á otro pueblo que se dice el Ayagualulco, y pasó otro rio en ca-

noas, y dende el Ayagualulco pasó siete leguas de allí un estero que entra en la mar, y le hicieron una puente que habia de largo cerca de medio cuarto de legua; cosa espantosa cómo la hicieron en el estero, porque siempre Cortés enviaba adelante dos capitanes de los vecinos de Guacacualco, y uno dellos se decía Francisco de Medina, hombre diligente, que sabia muy bien mandar á los naturales desta tierra. Pasada aquella gran puente, fué por unos pueblezuelos, hasta llegar á otro gran rio que se dice Mazapa, que es el que viene de Chiapa, que los marineros llaman rio de dos bocas; allí tenían muchas canoas atadas de dos en dos; y pasado aquel gran rio, fué por otros pueblos, adonde yo sali con mi compañía de soldados, que se dice Iquiuapa, como dicho tengo, y dende allí pasó otro rio en puentes que hicimos de maderos, y luego un estero, y llegó á otro gran pueblo que se dice Copilco, y dende allí comienza la provincia que llaman la Chontalpa, y estaba toda muy poblada y llena de huertas de cacao, y muy de paz; y dende Copilco pasamos por Nacaxuxuica, y llegamos á Zagutan, y en el camino pasamos otro rio por canoas. Aquí se le perdió á Cortés cierto herraje; y esto pueblo cuando á él allegamos estaba de paz, y luego á la noche se fueron huyendo los moradores dél, y se pasaron de la parte de un gran rio entre unas ciénagas, y mandó Cortés que les fuésemos á buscar por los montes, que fué cosa bien inconsiderada é sin provecho aquello que mandó, y los soldados que los fuimos á buscar pasamos aquel gran rio con harto trabajo, y trujimos siete principales y gente menuda; mas poco aprovecharon, que luego se volvieron á huir, y quedamos solos y sin guías. En aquella sazón vinieron allí los caciques de Tabasco con cincuenta canoas cargadas de maiz y bastimento; tambien vinieron unos indios de los pueblos de mi encomienda que en aquella sazón yo tenia, é trajeron cargadas ciertas canoas de bastimentos; los cuales pueblos se dicen Teapan; é fuimos á Tepetitán é Iztapa, y en el camino habia un rio muy caudaloso que se dice Chilapa, y estuvimos cuatro dias en hacer barcas. Yo dije á Cortés que el rio arriba, por relacion que tenia, habia un pueblo que se dice Chilapa, que es del nombre del mismo rio; que seria bien enviar cinco indios de los que traíamos por guías en una canoa quebrada que allí hallamos, y les enviase á decir que trajesen canoas; y con los cinco indios fué un soldado, y como se lo dije á Cortés; y así lo mandó; y fueron el rio arriba é toparon dos caciques que traian seis grandes canoas y bastimento, y con aquellas canoas y barcas pasamos, y estuvimos cuatro dias en el pasaje; y dende allí fuimos á Tepetitán, y hallámosle despoblado y quemadas las casas; y segun supimos, habianles dado guerra otros pueblos y llevado mucha gente cautiva, y quemado el pueblo de pocos dias pasados, y en todos los tres dias que anduvimos de camino, después de pasado el rio de Chilapa, era muy cenagoso, y atolaban los caballos hasta las cinchas, y habia muy grandes campos; y desde allí fuimos á otro pueblo que se dice Iztapa, y de miedo se fueron los indios, y se pasaron de la parte de otro rio muy caudaloso, y fuimos á buscar, y trujimos los caciques y muchos indios con sus mujeres y hijos, y Cortés los habló

con halagos, y mandó que les volviésemos cunro indios y tres indios que les habíamos tomado en los montes; y en pago dello, y de buena voluntad, trajeron presentados á Cortés ciertas piezas de oro de poca valía; y estuvimos en este pueblo tres días, porque había buena yerba para los caballos y mucho maíz, y decía Cortés que era buena tierra para poblar allí una villa; porque tenía nueva que en los alrededores había buenas poblaciones para servicio de la tal villa; y en este pueblo de Iztapa se informó Cortés de los caciques y mercaderes de los naturales del mismo pueblo, el camino que habíamos de llevar; y aun les mostró Cortés un paño de nequen que traía de Guacacualco, donde venían señalados todos los pueblos del camino por donde habíamos de ir hasta Huyncala, que en su lengua se dice la Gran Acala, porque había otro pueblo que se decía Acala la Chica; y allí dijeron que en todo lo mas de nuestro camino había muchos ríos y esteros, y para llegar á otro pueblo que se dice Tamaztepeque había otros tres ríos y un gran estero; y que habíamos de estar en el camino tres jornadas; y desque aquello entendió Cortés é supo de los ríos, les rogó que fuesen todos los caciques á hacer puentes y llevasen canoas, y no lo hicieron; y con maíz tostado y otras legumbres hicimos mochila para los tres días, creyendo que era como lo decían, y por echarnos de sus casas dijeron que no había mas jornada, y había siete jornadas, y hallamos los ríos sin puentes ni canoas, y hubimos de hacer una puente de muy gruesos maderos, por donde pasaron los caballos, y todos nuestros soldados y capitanes fuimos en cortar la madera y acarrearla, y los mejicanos ayudando lo que podían; y estuvimos en hacella tres días, que no teníamos qué comer sino yerbas y unas raíces de unas que llaman en esta tierra quecuexque, montesinas, las cuales nos abrasaron las lenguas y bocas. Pues ya pasado aquel estero, no hallábamos camino ninguno, y hubimos de abrirle con las espadas á manos, y anduvimos dos días por el camino que abrimos, creyendo que iba derecho al pueblo; y una mañana tomamos el mismo camino que abrimos, y desque Cortés lo vió, quería reventar de enojo, y como oyó él murmurar del mal que decían dél y aun de su vinje, con la gran hambre que había, y que no miraba mas de su apetito, sin pensar bien lo que hacía, y que era mejor que nos volviésemos para Méjico que no morir todos de hambre. Pues otra cosa había, que eran los montes muy altos en demasía y espesos, y á mala vez podíamos ver el cielo, pues ya que quisiesen subir en algunos árboles para alalayar la tierra, no vian cosa ninguna, segun eran muy cerradas todas las montañas; y las guías que traíamos las dos huyeron, y la otra que quedada estaba malo, que no sabía dar razón de camino ni de otra cosa; y como Cortés en todo era diligente, y por falta de solicitud no se descuidaba, traíamos una aguja de marear, y á un piloto que se decía Pedro Lopez, y con el dibujo del paño que traíamos de Guacacualco, donde venían señalados los pueblos, mandó Cortés que fuésemos con el aguja por los montes, y con las espadas abríamos caminos hácia el leste, que era la señal del paño donde estaba el pueblo; y aun dijo Cortés que si otro día estábamos sin dar en pueblo, que no

sabía qué hiciésemos; y muchos de nuestros soldados, y aun todos los mas, deseábamos volvernos á la Nueva-España; y todavía seguíamos nuestra derrota por los montes, y quiso Dios que vimos unos árboles antiguamente cortados, y luego una vereda chica, é yo y el Pedro Lopez, que íbamos delante abriendo camino con otros soldados, volvimos á decir á Cortés que se alegrase, que había estancias; con lo cual todo nuestro ejército tomó mucho contento; y antes de llegar á las estancias estaba un río y ciénagas, mas con harto trabajo lo pasamos de presto, y dimos en el pueblo, que aquel día se había despoblado, y hallamos muy bien de comer maíz y frísoles y otras legumbres; y como íbamos muertos de hambre, dímonos buena harlaza, y aun los caballos se reformaron, y por todo dimos muchas gracias á Dios; y ya en el camino se había muerto el volteador que llevábamos, ya por mí nombrado, y otros tres españoles de los recién venidos de Castilla; pues indios de los de Mechoacan y mejicanos morían muchos, é otros muchos caían malos y se quedaban en el camino como desesperados. Pues como estaba despoblado aquel pueblo, y no teníamos lengua ni quien nos guiase, mandó Cortés que fuésemos dos capitanes por los montes y estancias á los buscar, y en unas canoas que estaban en un gran río junto al pueblo fueron otros soldados y dieron con muchos indios de aquel pueblo, y con buenas palabras y halagos vinieron sobre treinta dellos, y todos los mas caciques y papas; y Cortés les habló amorosamente con doña Marina, y trajeron mucho maíz y gallinas, y señalaron el camino que habíamos de llevar hasta otro pueblo que se dice Izguatepeque, el cual estaba tres jornadas, que serían diez y seis leguas, y antes de llegar á él estaba otro pueblo sujeto, deste Tamaztepeque, donde salimos. Antes que pasáramos adelante, quiero decir que con gran hambre que traíamos, así españoles como mejicanos, pareció ser que ciertos caciques de Méjico apañaron dos ó tres indios de los pueblos que dejábamos atrás, y traíanlos escondidos con sus cargas, á manera y traje como ellos, y con la hambre, en el camino los mataron y los asaron en hornos que para ello hicieron debajo de tierra y con piedras, como en su tiempo lo solían hacer en Méjico, y se los comieron; y asimismo habían apañado las dos guías que traíamos, que se habían huido, y se los comieron; y alcanzólo á saber Cortés, y mandó llamar los caciques mejicanos, y riñó malamente con ellos, que si otra tal hacían que los castigaria; y predicó un fraile francisco de los que traíamos, cosas muy santas y buenas; y de que hubo acabado el sermón, mandó Cortés por justicia quemar á un indio mejicano por la muerte de los indios que comieron, puesto que supo que todos eran culpantes en ello, porque pareciese que lucía justicia y que él no sabía de otros culpantes sino el que quemó. Dejemos de contar muy por extenso otros muchos trabajos que pasábamos, y cómo las chirimias y sacabuches y dulzainas que Cortés traía, que otra vez he hecho memoria dellos, como en Castilla eran acostumbrados á regalos y no sabían de trabajos, y con la hambre habían adolecido y no le daban música, excepto uno, y renegábamos todos los soldados de lo oír, y decíamos que parecían zorros ó adibes que au-

haban, que mas valiera tener mas que comer que música. Volvamos á nuestra relacion, y diré cómo algunas personas me han preguntado que cómo habiendo tanta hambre como dicho tengo, por qué no comíamos la manada de los puercos que traian para Cortés, pues á la necesidad de hambre no hay ley; y viendo la hambre que habia, que Cortés los habia de mandar repartir por todos en tales tiempos. A esto digo que ya habia echado fama uno que venia por despensero y mayordomo de Cortés, que se decia Guinea y era hombre doblado, y hacia en creyente que en los rios al pasar dellos los habian comido tiburones y lagartos; y porque no los viésemos venian siempre cuatro jornadas atrás rezagados; y demás desto, para tantos soldados como éramos, para un día no habia en todos ellos, y á esta causa no se comieron; y demás desto, para no enojar á Cortés. Dejemos esta plática, y diré que siempre por los pueblos y caminos por donde pasábamos dejábamos puestas cruces donde habia árboles para señalabar, en especial ceibas, y quedaban señaladas las cruces, y son mas fijas hechas en aquellos árboles que no de maderos, porque crece la corteza y quedan mas perfectas, y quedaban cartas en partes que las pudiesen leer, y decia en ellas: «Por aquí pasó Cortés en tal tiempo;» y esto se hacia porque si viniesen otras personas en nuestra busca supiesen cómo íbamos adelante. Volvamos á nuestro camino para ir á Ciguatpecad, que fueron con nosotros sobre veinte indios de aquel pueblo de Tamaztepeque, y nos ayudaron á pasar dos rios y en barcas y en canoas, y aun fueron por mensajeros á decir á los caciques del pueblo donde íbamos que no hubiesen miedo, que no los haríamos ningun enojo; y así, aguardaron en sus casas muchos dellos; y lo que allí pasó diré adelante.

CAPITULO CLXXVI.

Cómo desde hubimos llegado al pueblo de Ciguatpecad envió Cortés por capitán á Francisco de Medina para que, topando á Simon de Cuenca, viniesen con los dos navios ya otra vez por mi memorados al Triunfo de la Santa Cruz, al Golfo-Dulce, y de lo que mas pasó.

Pues como hubimos llegado á este pueblo que dicho tengo, Cortés halagó mucho á los caciques y principales y les dió buenos chalchihuites de Méjico, y se informaron á qué parte salia un rio muy caudaloso y recio que junto á aquel pueblo pasaba, y le dijeron que iba á dar en unos esteros donde habia una poblacion que se dice Gueyatasta, y que junto dél estaba otro gran pueblo que se dice Xicalango; parecióle á Cortés que seria bien luego enviar dos españoles en canoas para que saliesen á la costa del norte y supiesen del capitán Simon de Cuenca y sus dos navios, que habia mandado cargar de vituallas para el camino que dicho tengo, y escribióle haciéndole saber de nuestros trabajos y que saliesen por la costa adelante; y después de bien informado cómo podria ir por aquel rio hasta las poblaciones por mi dichas, envió dos españoles, y el mas principal dellos, que ya le he nombrado otras veces, se decia Francisco de Medina, y dióle poder para ser capitán, juntamente con el Simon de Cuenca, que este Medina era muy diligente y tenia lengua de toda la tierra, y este fué el soldado que hizo levantar el pueblo de Chamula

cuando fuimos con el capitán Luis Marin á la conquista de Chiapa, como dicho tengo en el capitulo que dello habia; y valiera mas que tal poder nunca le diera Cortés, por lo que adelante acaeció, y es, que fué por el rio abajo hasta que llegó adonde el Simon de Cuenca estaba con sus dos navios en lo de Xicolango, esperando nuevas de Cortés, y después de dadas las cartas de Cortés, presentó sus provisiones para ser capitán, y sobre el mandar tuvieron palabras entrambos capitanes, de manera que vinieron á las armas, y de la parte del uno y del otro murieron todos los españoles que iban en el navio, que no quedaron sino seis ó siete; y cuando vieron los indios de Xicalango á Gueyatasta aquella revuelta, dan en ellos y acabáronlos de matar á todos, é queman los navios, que nunca supimos cosa ninguna dellos hasta de allí á dos años y medio. Dejemos mas de hablar en esto, y volvamos al pueblo donde estábamos, que se dice Ciguatpecad, y diré cómo los indios principales dijeron á Cortés que habia dende allí á Gueyatasta tres jornadas y que en el camino habia de pasar dos rios, y el uno dellos era muy hondo y ancho, y luego habia unos malos tremedales y grandes ciénagas, y que si no tenia canoas que no podria pasar caballos ni aun ninguno de su ejército; y luego Cortés envió á dos soldados con tres indios principales de aquel pueblo para que se lo mostrasen y tanteasen el rio y ciénagas, y viesesen de qué manera podríamos pasar, y que trajesen buena relacion dellos; y llamábanse los soldados que envió, Martin Garcia, y era valenciano y alguacil de nuestro ejército, y el otro se decia Pedro de Ribera; y el Martin Garcia, que era á quien mas se lo encomendó Cortés, vió los rios, y con unas canoas chicas que tenian en el mismo rio lo vió, y miró que con hacer puentes podria pasar, y no curó de ver las malas ciénagas que estaban una legua adelante; y volvió á Cortés y le dijo que con hacer puentes podrian pasar, creyendo que las ciénagas no eran trabajosas, como después las hallamos; y luego Cortés me mandó á mí y á un Gonzalo Nejia, y mandó que fuésemos con ciertos principales de Ciguatpecad á los pueblos de Acala, y que halagásemos á los caciques y con buenas palabras los atrajésemos para que no huyesen, porque aquella poblacion de Acala eran sobre veinte pueblezuelos, dellos en tierra firme y otros en unas como isletas, y todo se andaba en canoas por rios y esteros; y llevamos con nosotros los tres indios de los de Ciguatpecad por guías, y la primera noche que dormimos en el camino se nos huyeron, que no osaron ir con nosotros; porque, segun despues supimos, eran sus enemigos y tenian guerra unos con otros; y sin guías hubimos de ir, y con trabajos pasamos las ciénagas; y llegados al primer pueblo de Acala, puesto que estaban alborotados y parecia estar de guerra, con palabras amorosas y con dallas unas cuentas les halagamos, y les rogamos que fuesen á Ciguatpecad á ver á Malinche y le llevasen de comer. Pareció ser que el día que llegamos á aquel pueblo no sabian nuevas ningunas de cómo habia venido Cortés y que traia mucha gente, así de á caballo como mejicanos, é otro día tuvieron nueva de indios mercaderes del gran poder que traia, y los caciques mostraron mas voluntad de enviar comida que cuando llegamos, y dijeron que cuando hubiese

llegado á aquellos pueblos le servirían y harían lo que pudiesen en darle de comer, y en cuanto ir adonde estaba, que no querían ir, porque eran sus enemigos. Pues estando que estábamos en estas pláticas con los caciques, vinieron dos españoles con cartas de Cortés, en que me mandaba que con todo el bastimento que pudiese haber saliese de allí á tres dias al camino con ello, por causa que ya le habían despoblado toda la gente de aquel pueblo donde le habia dejado, y me hizo saber que venia ya camino de Acala y que no habia traido maíz ninguno ni lo hallaba, y que pusiese mucha diligencia en que los caciques no se ausentasen; y tambien los españoles que me trajeron las cartas me dijeron cómo Cortés habia enviado el rio arriba de Ciguatpecad cuatro españoles, y los tres dellos de los nuevamente venidos de Castilla, en canoas á demandar bastimento á otros pueblos que decian que estaban allí cerca, y que no habian vuelto y que creian que los habian muerto, y así salió verdad. Volvamos á Cortés, que comenzó de caminar, y en dos dias llegó al gran rio que ya otras veces he dicho, y luego puso mucha diligencia en hacer una puente, y fué con tanto trabajo y con maderos gruesos y grandes, que, después de hecha, se admiraron los indios de Acala del haber de tal manera puesto los maderos, y estúvose en hacer cuatro dias; y como salió Cortés del pueblo ya otras veces por mi nombrado con todos sus soldados, no traian maíz ni bastimento, y con los cuatro dias que estuvo en el camino pasaron muy gran hambre ó trabajo, é lo peor de todo, que no sabian si adelante terminan maíz ó si estaba de paz aquella provincia; aunque algunos soldados viejos se remedian con cortar árboles muy altos que parecen palmas, que tienen por fruta unas al parecer de nueces muy encarceladas, y aquellas asaban y quebraban y comian. Dejemos de hablar en esta hambre, y diré cómo la misma noche que acabaron de hacer la puente llegué yo con mis tres compañeros y con ciento y treinta cargas de maíz y ochenta gallinas y miel y frisoles y sal, y otras frutas, y como llegué de noche ya que escurecia, estaban todos los mas soldados aguardando el bastimento, porque ya sabian que yo habia ido á lo traer; y Cortés les decia á los capitanes y soldados que tenia esperanza en Dios que presto tendrian todos de comer, pues que yo habia ido á Acala para traerlo, si no me habian muerto los indios, como mataron á los otros cuatro españoles que envió á buscar comida. E volviendo á nuestra materia: así como llegué con el maíz y bastimento á la puente, como era de noche, cargaron todos los soldados dello y lo tomaron todo, que no dejaron á Cortés ni á ningún capitán ni á Sandoval cosa ninguna, con dar voces: «Dejaldo, que es para el capitán Cortés;» y asimismo su mayordomo Carranza, que así se llamaba, y el despensero Guinea daban voces y se abrazaban con el maíz, que les dejases siquiera una carga; y como era de noche, decianle los soldados: «Buenos puercos habeis comido vosotros y Cortés, y nos habeis visto morir de hambre é no nos dábades nada dellos;» y no curaban de cosa que les decian, sino que todo se lo apañaban. Pues como Cortés supo que se lo habian tomado y que no le dejaron cosa ninguna, renegaba de la paciencia y pateaba, y estaba tan enojado, que decia que querian

hacer pesquisa y castigar á quien se lo tomó, é dijeron lo de los puercos que comió. Y como vió y consideró que el enojo era por demás y dar voces en desierto, me mandó llamar á mi, y muy enojado me dijo que cómo puse tal cobro en el bastimento. Yo le dije que procurara su merced de enviar adelante guardas para ello, y aunque él en persona estuviera guardándolo, se lo tomaran, porque le guarde Dios de la hambre, que no tiene ley; y como vió que no habia remedio ninguno, y que tenia mucha necesidad, me halagó con palabras melosas, estando delante el capitán Gonzalo de Sandoval, y me dijo: «Oh señor hermano Bernal Díaz del Castillo, por amor de mí, que si dejastes algo escondido en el camino, que paraís conmigo, que bien creido tengo de vuestra buena diligencia que traeríades para vos y para vuestro amigo Sandoval.» Y como vi sus palabras y de la manera que lo dijo, hube lástima dél; y tambien Sandoval me dijo: «Pues yo, juro á tal, tampoco tengo un puño de maíz de que tostar y hacer cacalote;» y entonces concerté y dije que conviene que esta noche al cuarto de la modorra, después que está reposado el real, vamos por doce carros de maíz y veinte gallinas y tres jarros de miel y frisoles y sal, y dos indias para hacer pan, que me dieron en aquellos pueblos para mí, y hemos de venir de noche, que nos lo arrebatarán en el camino los soldados, y esto hemos de partir entre vuestra merced y Sandoval y yo é mi gente; y el se holgó en el alma y me abrazó; y Sandoval dijo que queria ir aquella noche conmigo por el bastimento, y lo trajimos, con que pasaron aquella hambre, y tambien le di una de las dos indias á Sandoval; é preguntó Cortés si los frailes tenian qué comer, é yo le respondí que cuidaba Dios mejor dellos que él, porque todos los soldados les daban de lo que habian tomado por la noche, ó que no morirían de hambre. He traido aquí esto á la memoria para que vean en cuánto trabajo se ponen los capitanes en tierras nuevas; que á Cortés, que era muy temido, no le dejaron maíz que comer, y que el capitán Sandoval no quiso fiar de otro la parte que le habia de caber, que él mismo fué conmigo por ello, teniendo muchos soldados que pudiera enviar. Dejemos de contar del gran trabajo del hacer de la puente y de la hambre pasada, y diré cómo obra de una legua adelante dimos en las ciénagas muy malas, y eran de tal manera, que no aprovechaba poner maderos ni ramos ni hacer otra manera de remedios para poder pasar los caballos, que atolaban todo el cuerpo sumido en las grandes ciénagas, que creimos no escapar ninguno dellos, sino que todos quedarian allí muertos; y todavía porfamos de ir adelante, porque estaba obra de medio tiro de ballesta tierra firme y buen camino, y como iban los caballos con tanto trabajo y se hizo un callejon por la ciénaga de lodo y agua, que pasaron sin tanto riesgo de se quedar muertos, puesto que iban á veces medio á nada entre aquella ciénaga y el agua; pues ya llegados en tierra firme, dimos gracias á Dios por ello, y luego Cortés me mandó que con brevedad volviese á Acala y que pusiese gran recaudo en los caciques que estuviesen de paz, y que luego enviase al camino bastimento; y así lo hice, que el mismo dia que llegué á Acala de noche envié tres españoles que iban conmigo con mas de cien

indios cargados de maíz é otras cosas; y cuando Cortés me envió por ello, dije que mirase que él en persona lo aguardase, no lo tomasen como la otra vez; y así lo hizo, que se adelantó con Sandoval y Luis Marin, y lo hubieron todo y lo repartieron; y otro día, á obra de mediodía llegaron á Acala, y los caciques le fueron á dar el bien venido y le llevaron bastimento; y dejallo la aquí, y diré lo que mas pasó.

CAPITULO CLXXVII.

De en lo que Cortés entendió después de llegado á Acala, y cómo en otro pueblo mas adelante, sujeto al mismo Acala, mandó ahorcar á Guatemuz, que era gran cacique de Méjico, y á otro cacique que era señor de Tacuba, y la causa por qué; y otras cosas que entonces pasaron.

Desde que Cortés hubo llegado á Guevacala, que así se llamaba, y los caciques de aquel pueblo le vinieron de paz, y les habló con doña Marina la lengua de tal manera que al parecer se holgaban, y Cortés les daba cosas de Castilla, y trajeron maíz y bastimento, y luego mandó llamar todos los caciques, y se informó dellos del camino que habíamos de llevar, y les preguntó que si sabían de otros hombres como nosotros con barbas y caballos, y si habían visto navíos ir por la mar; y dijeron que ocho jornadas de allí había muchos hombres con barbas y mujeres de Castilla y caballos, y tres acalles (que en su lengua acalles llaman á los navíos); de la cual nueva se holgó Cortés de saber; y preguntando por los pueblos y camino por donde habíamos de ir, todo se lo trujeron figurado en unas mantas, y aun los ríos y ciénagas y atolladeros; y les rogó que en los ríos pusiesen puentes y llevasen canoas, pues tenían mucha gente y eran grandes poblaciones; y los caciques dijeron que, puesto que eran sobre veinte pueblos, que no les querían obedecer todos los mas dellos, en especial unos que estaban entre unos ríos, y que era necesario que luego enviase de sus teules, que así nos llamaban á los soldados, á les hacer traer maíz y otras cosas, y que les mandase que los obedeciesen, pues que eran sus sujetos. Y como aquello entendió Cortés, luego mandó á un Diego de Mazariegos, primo del tesorero Alonso de Estrada, que quedaba por gobernador en Méjico, que porque viese y conociese que Cortés tenía mucha cuenta de su persona, que le hacía honra de envialle por capitán á aquellos pueblos y á otros comarcas; cuando le envió, secretamente le dijo que porque él no entendía muy bien las cosas de la tierra, por ser nuevamente venido de Castilla, y no tenía tanta experiencia por ser en cosa de indios, que me llevase á mí en su compañía, y lo que yo le aconsejase no saliese dello; y así lo hizo, y no quisiera escribir esto en esta relación, porque no pareciese que me jactanciaba dello; y no lo escribiera, sino porque fué público en todo el real, y aun después lo vi escrito de molde en unas cartas y relaciones que Cortés escribió á su majestad, haciéndole saber todo lo que pasaba y del viaje de Honduras, y por esta causa lo escribo. Volvamos á nuestra materia. Fuimos con el Mazariegos hasta ochenta soldados en canoas que nos dieron los caciques, y cuando hubimos llegado á las poblaciones, todos de buena voluntad nos dieron de lo que tenían, y trajimos sobre cien canoas de maíz é bastimento y gallinas y miel y sal, y diez indios que tenían

por esclavas, y vinieron los caciques á ver á Cortés; de manera que todo el real tuvo muy bien que comer, y dentro á cuatro días se huyeron todos los mas caciques, que no quedaron sino tres guías, con los cuales fuimos nuestro camino y pasamos dos ríos, el uno en puentes, que luego se quebraron al pasar, y el otro en barcas, y fuimos á otro pueblo sujeto al mismo Acala, y estaba ya despoblado, y allí buscamos comida y maíz que tenían escondido por los montes. Dejemos de contar nuestros trabajos y caminos, y digamos cómo Guatemuz, gran cacique de Méjico, y otros principales mejicanos que iban con nosotros, habían puesto en plática, ó lo ordenaban, de nos matar á todos y volverse á Méjico, y llegados á su ciudad, juntar sus grandes poderes y dar guerra á los que en Méjico quedaban, y tornarse á levantar; y quien lo descubrió á Cortés fueron dos grandes caciques mejicanos, que se decían Tapia y Juan Velazquez; este Juan Velazquez fué capitán general de Guatemuz cuando nos dieron guerra en Méjico. Y como Cortés lo alcanzó á saber, hizo informaciones sobre ello, no solamente de los dos que lo descubrieron, sino de otros caciques que eran en ello; y lo que confesaron era que, como nos vian ir por el camino descuidados y descontentos, y que muchos soldados habían adolecido, y que siempre nos faltaba la comida, y que ya se habían muerto de hambre cuatro chirimías y el volteador y otros cinco soldados, y también se habían vuelto otros tres soldados camino de Méjico, y se iban á su aventura por los caminos por donde habían venido, y que mas querían morir que ir adelante; que seria bien que cuando pasásemos algun río ó ciénaga dar en nosotros, porque eran los mejicanos sobre tres mil y traían sus armas y lanzas, y algunos con espadas. El Guatemuz confesó que así era como lo habían dicho los demás; empero que no salió dél aquel concierto, y que no sabe si todos fueron en ello ó se efetuaria, y que nunca tuvo pensamiento de salir con ello, sino solamente la plática que sobre ello hubo; y el cacique de Tacuba dijo que entre él y Guatemuz habían dicho que valía mas morir de una vez que morir cada día en el camino, viendo la gran hambre que pasaban sus macechuelas y parientes. Y sin haber mas probanzas, Cortés mandó ahorcar al Guatemuz y al señor de Tacuba, que era su primo, y antes que los ahorcasen, los frailes franciscos y el mercenario fueron esforzándolos y encomendando á Dios con la lengua doña Marina; y cuando le ahorcaron dijo el Guatemuz: «¡Oh capitán Malinche! Dios había que yo tenía entendido é había conocido tus falsas palabras, que esta muerte me habías de dar, pues yo no me la di cuando te entregaste en mi ciudad de Méjico; ¿por qué me matas sin justicia? Dios te lo demande.» El señor de Tacuba dijo que daba por bien empleada su muerte por morir junto con su señor Guatemuz. Y antes que los ahorcasen los fué confesando fray Juan el mercenario, que sabía, como dicho he, algo de la lengua, y los caciques les rogaban les encomendasen á Dios, que eran para indios buenos cristianos, y creían bien é verdaderamente; é yo tuve gran lástima del Guatemuz y de su primo, por habelles conocida tan grandes señores, y aun ellos me hacían honra en el camino en cosas que se me ofrecían, especial en darnme algunos indios para

traer yerba para mi caballo. Y fué esta muerte que les dieron muy injustamente dada, y pareció mal á todos los que íbamos aquella jornada. Volvimos á ir nuestro camino con gran concierto, por temor que los mejicanos, viendo ahorcar á su señor, no se alzasen; mas traían tanta mala ventura de hambre y dolencia, que no se les acordaba dello; y después que los hubieron ahorcado, segun dicho tengo, luego fuimos camino de otro pueblezuelo, y antes de entrar en él pasamos un río bien hondable en barcas, y hallamos el pueblo sin gente, que aquel día se habían ido, é buscamos de comer por las estancias, é hallamos ocho indios que eran sacerdotes de ídolos, y de buena voluntad se vinieron á su pueblo con nosotros, é Cortés les habló con doña Marina para que llamasen sus vecinos, y que no hubiesen miedo y que trujesen de comer; y ellos dijeron á Cortés que le rogaban que mandase que no les llegasen á unos ídolos que estaban junto á la casa donde Cortés posaba, é que le traieran comida y harían lo que pudiesen; y Cortés dijo que él haría lo que decían, é que no llegarían á cosa ninguna; mas que para qué querían aquellas cosas de ídolos, que son de barro y de maderos viejos, y que eran cosas malas, que les engañaban; y tales cosas les predicó con los frailes y doña Marina, que respondieron muy bien á lo que les decían, que los dejarían, y trajeron veinte cargas de maíz y unas gallinas; y Cortés se informó dellos que si sabían qué tantos soles de allí había hombres con barbas como nosotros, y caballos; y dijeron que siete soles, que se decía el pueblo donde estaban los de á caballo Nito, y que ellos irían por guías hasta otro pueblo, y que habíamos de dormir una noche en despoblado antes de llegar á él; y Cortés les mandó hacer una cruz en un árbol muy grande, que se dice ceiba, que está junto á las casas adonde tenían los ídolos. También quiero decir que, como Cortés andaba mal dispuesto, y aun muy pensativo y descontento del trabajo camino que llevábamos, é como había mandado ahorcar á Guatemuz é su primo el señor de Tacuba sin tener justicia para ello, é había cada día hambre, é que adolescian españoles é morían muchos mejicanos, pareció ser que de noche no reposaba de pensar en ello, y salíase de la cama donde dormía á pasear en una sala adonde había ídolos, que era aposento principal de aquel pueblezuelo, adonde tenían otros ídolos, y descuidóse y cayó mas de dos estados abajo y se descalabró la cabeza, y calló, que no dijo cosa buena ni mala sobre ello, salvo curarse la descalabratura, y todo se lo pasaba y sufría. E otro día muy de mañana proseguimos á caminar con nuestras guías, y sin acontecer cosa que de contar sea, fuimos á dormir cabe un estero y cerca de unos montes muy altos; é otro día fuimos por nuestro camino, é á hora de misa mayor llegamos á un pueblo nuevo, y en aquel día se había despoblado y metido en unas ciénagas, y eran nuevamente hechas las casas y de pocos días, y tenían en el pueblo hechas albarradas de maderos gruesos, y todo cercado de otros maderos muy recios, y hechas caves hondas antes de la entrada en él, y dentro dos cercas, la una como barbacana, y con sus cubos y troneras; y tenían á otra parte por cerca unas peñas muy altas, llenas de piedras hechizas á mano, con grandes mamparos; y por otra parte una

gran ciénaga, que era fortaleza. Pues desde que hubimos entrado en las casas hallamos tantos gallos de papada y gallinas cocidas, como los indios las comen, con sus ajíes y pon de maíz, que se dice entre ellos tamales, que por una parte nos admirábamos de cosa tan nueva, y por otra nos alegrábamos con la mucha comida, y nos dió que pensar en tan nuevo caso; y también hallamos una gran casa llena de lanzas chicas y arcos y flechas, y buscamos por los alrededores de aquel pueblo si había maizales y gente, y no había ninguna, ni aun grano de maíz. Estando desta manera, vinieron hasta quince indios que salieron de las ciénagas, que eran principales de aquel pueblo, y pusieron las manos en el suelo y besaron la tierra, y dicen á Cortés medio llorando que lo piden por merced que aquel pueblo ni cosa alguna no se la quemén, porque son nuevamente venidos allí á hacerse fuertes por causa de sus enemigos, que me parece que dijeron que se decían lacandones, porque les han quemado y destruido dos pueblos en tierra llana, adonde vivían, y les han robado y muerto mucha gente; los cuales pueblos habíamos de ver abrasados adelante por el camino adonde habíamos de ir, que están en tierra muy llana; y allí dieron cuenta cómo y de qué manera les daban guerra, y la causa por que eran sus enemistades; é Cortés les preguntó que cómo tenían tanto gallo y gallinas á cocer; y dijeron que por horas aguardaban á sus enemigos, que les habían de venir á dar guerra, é que si les vencían, que les habían de tomar sus haciendas y gallos y llevarles cautivos; que porque no lo hubiesen ni gozasen se lo querían antes comer; y que si ellos les desbarataban á los enemigos, que irían á sus pueblos y les tomarían sus haciendas; y Cortés dijo que le pesaba dello y de su guerra, y por ir de camino no lo podía remediar. Llamábase aquel pueblo, y otras grandes poblaciones por donde otro día pasamos, las mazotecas, que quiero decir en su lengua los pueblos ó tierras de venados; y tuvieron razon de ponelles aquel nombre, por lo que adelante diré. Y desde allí fueron con nosotros dos indios dellos, y nos fueron mostrando sus poblaciones quemadas, y dieron relación á Cortés cómo estaban los españoles adelante. Y dejallo he aquí, y diré cómo otro día salimos de aquel pueblo, y lo que mas hubo en el camino.

CAPITULO CLXXVIII.

Cómo seguimos nuestro viaje, y lo que en ello nos ovino.

Como salimos del pueblo cercado, que así le llamábamos de allí adelante, entramos en bueno y llano camino, y todo cabuñas y sin árboles, y hacia un sol tan caluroso y recio, que otro mayor resistero no habíamos tenido en el camino. E yendo por aquellos campos rases, había tantos de venados y corrían tan poco, que luego los alcanzábamos á caballo, por poco que corriamos tras ellos, y se mataron sobre veinte; y preguntando á las guías que llevábamos que cómo corrían tan poco aquellos venados, y no se espantaban de los caballos ni de otra cosa ninguna, dijeron que en aquellos pueblos, que ya he dicho que se decían las mazotecas, que los tienen por sus dioses, porque les ha parecido en su figura, y que les mandó su ídolo que no les ma-

ten ni espanten, y que así lo han hecho, y que á esta causa no huyen, y en aquella caza, á un pariente de Cortés, que se decía Palacios Rubios, se le murió un caballo porque se le deritió la manteca en el cuerpo con el gran calor y corrió mucho. Dejemos la caza, y digamos que luego llegamos á las poblaciones quemadas, que era mancilla verlo todo destruido é quemado. E yendo por nuestras jornadas, como Cortés siempre enviaba adelante corredores del campo á caballo y sueltos peones, alcanzaron dos indios naturales de otro pueblo que estaba adelante, por donde habíamos de ir, que venían de caza y cargados de un gran león y muchas iguanas, que son de hechura de sierpes chicas, que en estas partes así las llaman, iguanas, que son muy buenas de comer; y les preguntaron que si estaba cerca su pueblo, y dijeron que sí y que ellos guiarían hasta el pueblo, y estaba en una isleta cercada de agua dulce, que no podíamos pasar por la parte que íbamos sino en canoas, y rodeamos poco mas de media legua; y tenían paso, que daba el agua hasta la cinta, y hallámosle poblado con la mitad de los vecinos, porque los demás se habían dado buena priesa á esconder con sus haciendas entre unos carrizales, donde tenían cerca sus sementeras, donde durmieron muchos de nuestros soldados que se quedaron en los maizales, y tuvieron bien de cenar y se bastecieron para otros días; y hallamos en el pueblo un gran lago de agua dulce, y tan lleno de pescados grandes, que parecían como sábalos, muy desabridos, que tienen muchas espinas, y con unas mantas viejas y con redes rotas que hallamos en aquel pueblo, porque ya estaba despoblado, se pescaron todos los peces que había en el agua, que eran mas de mil; y allí buscamos guías, las cuales se tomaron en unas labranzas; y de que Cortés les hubo hablado con doña Marina que nos encaminasen á los pueblos adonde había hombres con barbas y caballos, se alegraron cómo no les hacíamos mal ninguno; y dijeron que ellos nos mostrarían el camino de buena voluntad, que de antes creían que los queríamos matar; y fueron cinco dellos con nosotros por un camino bien ancho, y mientras mas adelante íbamos se iba ensangostando, á causa de un gran río y estero que allí cerca estaba, que parece ser en él se embarcaban y desembarcaban en canoas, é iban por agua al pueblo donde habíamos de ir, que se dice Tayasal, el cual está en una isleta cerca de agua, é si no es en canoas, no pueden entrar en él por tierra, y blanqueaban las casas y adoratorios de mas de dos leguas que se parecían, y era cabecera de otros pueblos chicos que allí cerca están. Volvamos á nuestra relacion: que como vimos que el camino ancho que de antes traíamos se había vuelto en vereda muy angosta, bien entendimos que por el estero se mandaban, é así nos lo dijeron las guías que traíamos; acordamos de dormir cerca de unos altos montes, y aquella noche fueron cuatro capitanes de soldados por las veredas que salían al estero, á tomar guías, y quiso Dios que se tomaron dos canoas con diez indios y dos mujeres, y traían las canoas cargadas con maíz y sal, y luego los llevaron á Cortés, y les halagó y habló muy amorosamente con la lengua doña Marina, y dijeron que eran naturales del pueblo que estaba en la isleta, y que estaría de allí, á lo que seña-

laban, obra de cuatro leguas; y luego Cortés mandó que se quedase con nosotros la mayor canoa y cuatro indios y las dos mujeres, y la otra canoa envió al pueblo con seis indios y dos españoles, á rogar al Cacique que traiga canoas al pasar del río, y que no se le haría ningún enojo, y le envió unas cuentas de Castilla, y luego fuimos nuestro camino por tierra hasta el gran río, y la una canoa fué por el estero hasta llegar al río; é ya estaba el Cacique con otros muchos principales aguardando al pasaje con cincocanoas, y trujeron cinco gallinas y maíz, y Cortés les mostró gran voluntad; y después de muchos buenos razonamientos que hubo de los caciques á Cortés, acordó de ir con ellos á su pueblo en aquellas canoas, y llevó consigo treinta ballesteros; y llegado á las casas, le dieron de comer y poco oro bajo y de poca valía, y unas mantas, y le dijeron que había españoles así como nosotros en dos pueblos, que el uno ya he dicho que se decía Nito, que es el San Gil de Buena-Vista, al Golfo-Dulce; y agora le dan nuevas que hay otros muchos españoles en Naco, y que habrá del un pueblo al otro diez días de camino, y que el Nito es en la costa del norte y el Naco en la tierra adentro; y Cortés nos dijo que por ventura el Cristóbal de Olí había repartido su gente en dos villas; que entonces no sabíamos de los de Gil Gonzalez de Avila, que pobló á San Gil de Buena-Vista. Volvamos á nuestro viaje, que todos pasamos aquel gran río en canoas, y dormimos obra de dos leguas de allí, y no anduvimos mas porque aguardamos á Cortés que viniese del pueblo, y como vino, mandó que dejásemos en aquel pueblo un caballo morcillo, que estaba malo de la caza de los venados, y se le había derretido el unto en el cuerpo y no se podía tener; y en este pueblo se huyó un negro y dos indias naborias, y se quedaron tres españoles, que no se echaron menos hasta de ahí á tres días; que mas querían quedar entre enemigos que venir con tanto trabajo con nosotros. Este día estuve yo muy malo de calenturas y del gran sol que se me había entrado en la cabeza, porque ya he dicho otra vez que entonces hacía recio sol; y bien se pareció, porque luego comenzó á llover tan recias aguas, que en tres días y noches no dejó de llover; y no nos paramos en el camino, porque aunque quisiéramos aguardar que hiciera buen tiempo, no teníamos bastimento de maíz, y por temor no faltase íbamos caminando. Volvamos á nuestra relacion: que desde á dos días dimos en una sierrezuela de unas piedras que cortaban como navajas; y puesto que fueron nuestros soldados á buscar otros caminos para dejar aquella sierra de los pedernales, mas de una legua á una parte é á otra no hallaron otro camino, sino pasar por el que íbamos; é hicieron tanto daño aquellas piedras á los caballos, que como llovía resbalaban y caían, y cortábanse piernas y brazos y aun en los cuerpos, y mientras mas abajábamos, peor era, porque ya era la bajada de la sierrezuela; allí se nos quedaron ocho caballos muertos, y los mas que escaparon de jarretados; y se le quebró una pierna á un soldado que se decía Palacios Rubios, deudo de Cortés; y cuando nos vimos fuera de la sierra de los Pedernales, que así la llamábamos desde allí adelante, dimos muchas gracias y loores á Dios. Pues ya que llegábamos

cerca de un pueblo que se dice Taica, íbamos gozosos creyendo hallar bastimentos, y antes de llegar á él venia un río de una sierra entre grandes peñascos y derumbaderos, y como habia llovido tres dias y tres noches, venia tan furioso y con tanto ruido, que bien se oia á dos leguas, por caer entre grandes peñas; y demás desto, venia muy hondo, y pasalle era por demás, y acordamos de hacer una puente desde unas peñas á otras, y tanta prisa nos dimos en tanella hecha, con árboles muy gruesos, que en tres dias comenzamos á pasar para ir al pueblo; y como estuvimos allí los tres dias haciendo la puente, los indios naturales del pueblo tuvieron lugar de esconder el maíz y todo el bastimento y ponerse en cobro, que no los podíamos hallar en todos los alrededores; y con la hambre, que ya nos aquejaba, estábamos todos como atónitos, pensando en la comida é trabajos. Yo digo que verdaderamente nunca habia sentido tanto dolor en mi corazón como entonces, viendo que no tenia de comer ni qué dar á mi gente, y estar con calenturas, puesto que con diligencia lo buscábamos mas de dos leguas del pueblo en todos los alrededores; y esto era víspera de pascua de la Resurrección de nuestro Salvador Jesucristo. Miren los lectores qué Pascua podíamos tener sin comer, que con maíz fuéramos muy contentos. Pues como aquesto vió Cortés, luego envió de sus criados y mozos de espuelas, con las guías, á buscar por los montes y barrancas maíz: el primer día de Pascua trujeron obra de una hanega; y como vió la gran necesidad, mandó llamar á ciertos soldados, todos los mas vecinos de Guacacualco, y entre ellos me nombró á mí, y nos dijo que nos rogaba mucho que trastornásemos toda la tierra y buscásemos de comer; que ya víamos en qué estado estaba todo el real; y en aquella sazón estaba delante de Cortés, cuando nos lo mandaba, Pedro de Ircio, que hablaba mucho, y dijo que le suplicaba que le enviase por nuestro capitán, y le dijo Cortés: «Id en buen hora;» y como aquello yo entendí, y sabia que Pedro de Ircio no podia andar á pié, y nos habia de estorbar antes que ayudar, secretamente dije á Cortés y al capitán Sandoval que no fuese Pedro de Ircio, que no podia andar por los lodos y ciénagas con nosotros, porque era paticorto y no era para ello, sino para mucho hablar, y que no era para ir á entradas; que se pararía ó sentaría en el camino de rato en rato. Y luego mandó Cortés que se quedase, y fuimos cinco soldados con dos guías por unos rios bien hondos, y después de pasados los rios, dimos en unas ciénagas, y luego en unas estancias, donde estaba recogida toda la mayor parte de gente de aquel pueblo, y hallamos cuatro casas llenas de maíz y muchos frísoles y sobre treinta gallinas, y melones de la tierra, que se dicen en estas tierras ayotes, y apañamos cuatro indios y tres mujeres, y tuvimos buena Pascua, y esa noche llegaron á aquellas estancias sobre mil mejicanos que mandó Cortés que fuesen tras nosotros y nos siguiesen porque tuviesen de comer; y todos muy alegres cargamos á los mejicanos todo el maíz que pudieron llevar, y que Cortés lo repartiase, y tambien le enviamos veinte gallinas para Cortés y Sandoval, y los indios y las indias, y quedamos guardando dos casas de maíz, no las quemasen ó

llevasen de noche los naturales del pueblo; y luego otro dia pasamos mas adelante con otras guías, y topamos otras estancias, y habia maíz y gallinas, y otras cosas de legumbres, y luego hice tinta, y en un cuero de atambor escribí á Cortés que enviase muchos indios, porque habia hallado otras estancias con maíz; y como le envié las indias y los indios y lo por mi dicho, y lo supieron en todo el real, otro dia vinieron sobre treinta soldados y mas de quinientos indios, y todos llevaron recaudo, y desta manera, gracias á Dios, se proveyó el real; y estuvimos en aquel pueblo cinco dias, y ya he dicho que se dice Taica. Dejemos desto, y quiero decir que, como hicimos esta puente, y en todos los caminos hicimos las grandes puentes, y después que aquellas tierras y provincias estuvieron de paz, los españoles que por aquellos caminos estaban y pasaban, y hallaban algunas de las puentes sin se haber deshecho al cabo de muchos años, y los grandes árboles que en ellas poníamos, se admiran dello, y suelen decir agora: «Aquí son las puentes de Cortés;» como si diesen, las columnas de Hércules. Dejémoslos destas memorias, pues no hacen á nuestro caso, y digamos cómo fuimos por nuestro camino á otro pueblo que se dice Tania, y estuvimos en llegar á él dos dias, y hallámoste despoblado y buscamos de comer, y hallamos maíz é otras legumbres, mas no muy abastado; y fuimos por los alrededores del á buscar camino, y no le hallábamos, sino todos rios y arroyos, y las guías que habíamos traído del pueblo que dejamos atrás se huyeron una noche á ciertos soldados que las guardaban, que eran de los recién venidos de Castilla, que pareció ser se durmieron; y de que Cortés lo supo, quiso castigar á los soldados por ello, y por ruegos los dejó, y entonces envió á buscar guías y camino, y era por demás hallarlo por tierra enjuta, porque todo el pueblo estaba cercado de rios y arroyos, y no se podían tomar ningunos indios ni indias; y demás desto, llovía á la continua, y no nos podíamos valer de tanta agua, y Cortés y todos nosotros estaban espantados y penosos de no saber ni hallar camino por donde ir, y entonces muy enojado dijo Cortés á Pedro de Ircio y á otros capitanes, que eran los de Méjico: «Agora querria yo que hubiese quien dijese que querria ir á buscar guías ó camino, y no dejallo todo á los vecinos de Guacacualco;» y Pedro de Ircio, como oyó aquellas palabras, se apercibió con seis soldados, sus conocidos y amigos, y fué por una parte, y un Francisco Marínolejo, que era persona de calidad, con otros seis soldados, por otra parte, y un Santa Cruz, burgalés, regidor que fué de Méjico, fué por otra con otros soldados, y anduvieron todos tres dias, y puesto que fueron á una parte y á otra, no hallaron camino ni guías, sino todo agua y arroyos y rios, y cuando hubieron venido sin recaudo ninguno, queria reventar Cortés de enojo, y dijo al Sandoval que me dijese á mí el gran trabajo en que estábamos, y que me rogase de su parte que fuese á buscar guías y camino; y esto lo dijo con palabras amorosas y á manera de ruegos, por causa que supo cierto que yo estaba malo, como dicho tengo, que aun tenia calenturas; y aun me habian apercibido antes que á Sandoval, me hallase para ir con Francisco Marínolejo, que era mi amigo, y dije que no podia ir por estar malo y cansado, que siem-

pre me daban á mí el trabajo, y que enviasen á otro; y luego vino Sandoval otra vez á mi rancho, y me dijo por ruegos que fuese con otros dos compañeros, los que yo escogiese, porque decía Cortés que, después de Dios, en mí tenía confianza que traería recaudo; y puesto que yo estaba malo, no le pude perder vergüenza, y demandé que fuese conmigo un Hernando de Aguilar y un Hinojosa, hombres que sabía que eran de sufrir trabajo; y salimos, y fuimos por unos arroyos abajo, y fuera de los arroyos, en el monte había unas señales de ramas cortadas, y seguimos aquel rastro mas de una legua, y luego salimos del arroyo, y dimos en unos ranchos pequeños, despoblados de aquel día, y seguimos el mismo rastro, y desde lejos en una cuesta vimos unos maizales y una casa, y sentimos gente en ella; y como era ya puesta del sol, estuvimos en el monte hasta buen rato de la noche, que nos pareció que debían de dormir los moradores de aquellas milpas, y muy callando dimos presto en la casa y prendimos tres indios y dos mujeres mozas y hermosas para ser indios, y una vieja, y tenían dos gallinas y un poco de maíz y trujimos el maíz y gallinas con los indios é indias, y muy alegres volvimos al real; y cuando Sandoval lo supo, que fué el primero que estaba aguardando en el camino sobre tarde, de gozo no podía caber, y fuimos delante de Cortés, que lo tuvo en mas que si le dieran otra buena cosa. Entonces dijo Sandoval á Pedro de Ircio si tuvo Bernal Díaz del Castillo razón el otro día cuando fué á buscar maíz, en decir que no quería ir sino con hombres sueltos, y no con quien vaya todo el camino muy de espacio, contando lo que le acaeció al conde de Urueña y á don Pedro Jiron, su hijo (porque estos cuentos decía el Pedro de Ircio muchas veces); no teneis razón de decir que él os revolvía con el señor capitán é conmigo; é todos se rieron dello; y esto dijo el Sandoval porque el Pedro de Ircio estaba mal conmigo; y luego Cortés me dió las gracias por ello y dijo: «Siempre tuvo que había de traer recaudo.» Quiero dejar destas alabanzas, pues son vaciadizas, que no traen provecho ninguno; que otros las dijeron en Méjico cuando contaban deste trabajoso viaje. Volvamos á decir que Cortés se informó de las guías y de las dos mujeres, y todos conformaron que por un río abajo habíamos de ir á un pueblo que está de allí dos días de camino: el nombre del pueblo se decía Oculizti, que era de mas de ducientas casas, y estaba despoblado de pocos días pasados; é yendo por nuestro río abajo, topamos unos grandes ranchos, que eran de indios mercaderes, donde hacían jornada, y allí dormimos; y otro día entramos en el mismo río y arroyo, y fuimos obra de media legua por él, y dimos en buen camino, y á aquel pueblo de Coliata llegamos aquel día, y había mucho maíz y legumbres, y en una casa de adoratorios de ídolos se halló un bonete viejo colorado y un alparagate ofrecido á los ídolos; y ciertos soldados que fueron por las barrancas trujeron á Cortés dos indios viejos y cuatro indias que se tomaron en los maizales de aquel pueblo, y Cortés les preguntó con nuestra lengua doña Marina por el camino, y qué tanto estaban de allí los españoles, y dijeron que dos días, y que no había poblado ninguno hasta allí, y que tenían las casas junto á la costa de la mar; y luego incontinenti mandó Cor-

tés á Sandoval que fuese á pié con otros seis soldados, y que saliese á la mar, y que de una manera ú de otra procurase saber é inquirir si eran muchos españoles los que allí estaban poblados con Cristóbal de Olí, porque en aquella sazón no creíamos que hubiese otro capitán en aquella tierra; y esto quería saber Cortés para que diésemos sobre Cristóbal de Olí de noche si allí estuviese, ó prendelle á él ó á sus soldados; y el Gonzalo de Sandoval fué con los seis soldados, y tres indios por guías, que para ello llevaba de aquel pueblo de Oculizti; é yendo por la costa del norte, vió que venía por la mar una canoa ú remo y á la vela, y se escondió de día en un monte, porque vieron venir la canoa con los indios mercaderes, y venía costa á costa, y traían mercaderías de sal y de maíz, é iban á entrar en el río grande del Golfo-Dulce, y de noche la tomaron en un ancon que era puerto de Canoas, y en la misma canoa se metió el Sandoval con dos compañeros y con los indios remeros que traía la misma canoa y con las tres guías, y se fué costa á costa, y los demás soldados se fueron por tierra, porque supo que estaba cerca el río grande, y llegados que hubieron cerca del río grande, quiso la ventura que habían venido aquella mañana cuatro vecinos de la villa, que estaba poblada, y un indio de Cuba, de los de Gil Gonzalez de Avila, en una canoa, y pasaron de la parte del río á buscar una fruta que llaman zapotes para comer asados, porque en la villa donde estaban, pasaban mucha hambre y estaban todos los mas dolientes, y no osaban salir á buscar bastimentos á los pueblos, porque les habían dado guerra los indios cercanos y muerto diez soldados después que los dejó allí Gil Gonzalez de Avila. Pues estando derrocando los de Gil Gonzalez los zapotes del árbol, y estaban encima del árbol los dos hombres, cuando vieron venir la canoa por la mar, en que venía el Gonzalo de Sandoval; y sus compañeros se espantaron y admiraron de cosa tan nueva, y no sabían si huir, si esperar; y como llegó Sandoval á ellos les dijo que no hubiesen miedo; y así, estuvieron queditos y muy espantados; y después de bien informados el Sandoval y sus compañeros de los españoles cómo y de qué manera estaban allí poblados los de Gil Gonzalez de Avila, y del mal suceso de la armada del de las Casas, que se perdió, y cómo el Cristóbal de Olí los tuvo presos al de las Casas y al Gil Gonzalez de Avila, y cómo degollaron en Naco á Cristóbal de Olí por sentencia que dieron contra él, y cómo eran partidos para Méjico, y supieron quién y cuántos estaban en la villa, y la gran hambre que pasaban, y cómo había pocos días que habían ahorcado en aquella villa al teniente y capitán que les dejó allí el Gil Gonzalez de Avila, que se decía Armenta, y por qué causa le ahorcaron, que fué porque no les dejaba ir á Cuba; acordó Sandoval de llevar luego aquellos hombres á Cortés, y no hacer novedad ni ir á la villa sin él, para que de sus personas fuese informado; y entonces un soldado que se decía Alonso Ortiz, vecino que después fué de una villa que se dice San Pedro, suplicó á Sandoval que le hiciese merced de darle licencia para adelantarse una hora para llevar las nuevas á Cortés y á todos los que con él estábamos, porque le diésemos albricias, y así lo hizo; de las cuales nuevas se holgó Cortés y todo nuestro real,

creyendo que allí acabáramos de pasar tantos trabajos como pasábamos, y se nos doblaron mucho mas, segun adelante diré; é á Alonso Ortiz, que llevó estas nuevas, Cortés le dió luego un caballo muy bueno rosillo, que llaman Cabeza de Moro, y todos le dimos de lo que entonces teníamos; y luego llegó el capitán Sandoval con los soldados y el indio de Cuba, y dieron relacion á Cortés de todo lo por mí dicho, y de otras muchas cosas que les preguntaba, y cómo tenían en aquella villa un navío que estaban calafateando en un puerto obra de media legua de allí, el cual tenían para se embarcar todos en él e irse á Cuba, y que porque no les habia dejado emburcar el teniente Armenta le ahorcaron, y tambien porque mandaba dar garrote á un clérigo que revolvia la villa, y alzaron por teniente á un Antonio Nieto en lugar del Armenta, que ahorcaron. Dejemos de hablar de las nuevas de los dos españoles, y digamos los lloros que en su villa se hicieron viendo que no volvia aquella noche los vecinos y el indio de Cuba, que habian ido á buscar la fruta, que creyeron que indios los habian muerto, ó tigres ó leones, y el uno de los vecinos era casado, y su mujer lloraba por él, y todos los vecinos, y tambien el clérigo, que se llamaba el bachiller Hulano Velazquez; y se juntaron en la iglesia, y rogaban á Dios que les ayudase y que no viniesen mas males sobre ellos, y no hacia la mujer sino rogar á Dios por el ánima del marido. Volvamos á nuestra relacion: que luego Cortés nos mandó á todo nuestro ejército ir camino de la mar, que seria seis leguas, y aun en el camino habia un estero muy crecido y hondo, que crecia y menguaba, y estuvimos aguardando que menguase medio dia, y lo pasamos á vuelapié é á nado, y llegamos al gran rio del Golfo-Dulce, y el primero que quiso ir á la villa, que estaba de allí dos leguas, fué el mismo Cortés con seis soldados, sus mozos de espuelas, y fué, é las dos canoas atadas, que una era en que habian venido los soldados de Gil Gonzalez á buscar zapotes, y la otra que Sandoval habia tomado en la costa á los indios; que para aquel menester las habian varado en tierra y escondido en el monte para pasar en ellas, y las tornaron á echar al agua, y se ataron una con otra de manera que estaban bien fijas, y en ellas pasó Cortés y sus criados, y luego en las mismas canoas mandó que se pasasen dos caballos, y es desta manera, en las canoas remando, y los caballos del cabestro nadando junto á las canoas y con maña, y no dar mucho lazo al caballo, porque no trastorne la canoa; mandó que hasta que viésemos su carta ó mandato, que no pasásemos ningunos en las mismas canoas, por el gran riesgo que habia en el pasaje, que Cortés se vió arrepentido de haber ido en ellas, porque venia el rio con gran furia. Y dejallo he aquí, y diré lo que mas nos pasó.

CAPITULO CLXXIX.

Cómo Cortés entró en la villa donde estaban poblados los de Gil Gonzales de Avila, y de la gran alegría que todos los vecinos hubieron, y lo que Cortés ordenó.

Después que Cortés hubo pasado el gran rio del Golfo-Dulce de la manera que dicho tengo, fué á la villa donde estaban poblados los españoles de Gil Gonzalez de Avila, que acia de allí á dos leguas, que estaban

HA-n.

junto á la mar, y no adonde solian estar primero poblados, que llamaron San Gil de Buena-Vista; y cuando vieron entre sus casas hombres á caballo y otros seis á pié, espantáronse en gran manera, y como supieron que era Cortés, que tan nombrado era en todas estas partes de las Indias y en Castilla, no sabian qué se hacer de placer; y después de venir todos á besarle las manos y darle el parabien-venido, Cortés les habló muy amorosamente, y mandó al teniente, que se decia Nieto, fuese donde duban carena al navío y trujesen dos bateles que tenían, y que si habia canoas, que asimismo las trujesen atadas de dos en dos, y mandó que se buscase todo el cazabe que allí tenían y lo llevasen al capitán Sandoval, que otro pan de maiz no habia para que comiesen, y repartiase entre todos nosotros los de su ejército; y el teniente lo buscó luego y no se hallaron cincuenta libras dello, porque no comian sino zapotes asados y legumbres y algun marisco que pescaban; y aun aquel cazabe que dieron guardaron para el matalote para irse á Cuba cuando estuviere calafateado el navío; y con dos bateles y ocho marineros que luego vinieron, escribió Cortés á Sandoval que él mismo en persona y el capitán Luis Marin fuesen los postreros que pasasen aquel gran rio, y que mirase que no se embacasen mas de los que él mandase; y los bateles pasaron sin mucha carga, por causa de la gran corriente del rio, que venia muy crecido y recio, y con cada batel dos caballos, y en las canoas no pasase caballo ninguno, que se perderian y trastornarian, segun la furia del corriente; y sobre el pasar delante uno que se decia Saavedra, hermano de otro Abalos, parientes de Cortés, querian pasar primero, puesto que Sandoval decia que en la primera barea pasarian, porque pasaban en aquella sazón los tres religiosos, y que era justo tener primero cumplimiento con ellos; y como el Saavedra era pariente de Cortés, no quisiera que Sandoval le pusiera impedimento, sino que callara; y respondióle no tan bien mirado como convenia; y el Sandoval, que no se las sufría, tuvieron palabras, de manera que el Saavedra echó mano á un puñal; y puesto que el Sandoval, como estaba dentro en el rio á mas de la rodilla el agua deteniendo que los bateles no se cargasen demasiado, así como estaba arremetió el Saavedra, y le tenía tomada la mano donde tenia el puñal, y le derrocó en el agua, y si de presto no nos metiéramos entre ellos y los despartiéramos, ciertamente el Saavedra librara mal, porque todos los mas soldados nos mostramos de la parte del Sandoval. Dejemos esta cuestion, y diré cómo estuvimos cuatro dias en pasar aquel rio, y de comer, ni por pensamiento, si no era de unas pacayas que nacen de unas palmillas chicas, y otras como nueces, que asábamos y las partíamos, y los medios dollos comíamos; y en aquel rio se alojó un soldado con su caballo, el cual soldado se decia Tarifa, que pasaba en una canoa, y no pareció mas él ni el caballo. Tambien se ahogaron dos caballos, y el uno era de un soldado que se decia Solís Casquete, que hacia bramuras por él é maldicia á Cortés y á su viaje. Quiero decir de la grande hambre que allí en el pasar del rio hubo, y aun del murmurar de Cortés y de su venida, y aun de todos nosotros que le seguíamos; pues cuando hubimos lle-

gado al pueblo no había bocado de cazabe que comer, ni aun los vecinos lo tenían, ni sabían caminos, si no era de dos pueblos que allí cerca solían estar, que se habían ya despoblado, y luego Cortés mandó al capitán Luis Marín que con los vecinos de Guacacualco fuésemos á buscar maíz; lo cual adelante diré.

CAPITULO CLXXX.

Cómo otro día después de haber llegado á aquella villa, que yo no le sé otro nombre sino San Gil de Buena-Vista, fuimos con el capitán Luis Marín hasta ochenta soldados, todos á pié, á buscar maíz, y á descubrir la tierra, y lo que más pasó diré adelante.

Ya he dicho que como llegamos á aquella villa que Gil González de Avila tenía poblada, no tenían qué comer, y eran hasta cuarenta hombres y cuatro mujeres de Castilla y las dos mulatas, y todos dolientes y los colores muy amarillos; y como no teníamos qué comer nosotros ni ellos, no víamos la hora de irlo á buscar; y Cortés mandó que saliese el capitán Luis Marín con los de Guacacualco y buscásemos maíz; y fuimos con él sobre ochenta soldados á pié hasta ver si había caminos para caballos, y llevábamos con nosotros un indio de Cuba que nos fuese guiando á unas estancias y pueblos que estaban de allí ocho leguas, donde hallamos mucho maíz é infinitos cacaguatales y frisoles y otras legumbres, donde tuvimos bien qué comer, y aun enviamos á decir á Cortés que enviase todos los indios mejicanos y llevarían maíz, y le socorrimos entonces con otros indios con diez hanegas de ello, y luego enviamos por nuestros caballos; y como Cortés supo que estábamos en buena tierra, y se informó de indios mercaderes que entonces se habían prendido en el río del Golfo-Dulce, que para ir á Naco, donde degollaron á Cristóbal de Oli, era camino derecho por donde estábamos, envió á Gonzalo de Sandoval con toda la mayor parte de su ejército que nos siguiese, y que nos estuviésemos en aquellas estancias hasta ver su mandado. Y como llegó el Sandoval adonde estábamos, y vió que había abastadamente qué comer, se holgó mucho, y luego envió á Cortés sobre treinta hanegas de maíz con indios mejicanos, lo cual repartió á los vecinos que en aquella villa quedaban; y como estaban hambrientos y no eran acostumbrados sino á comer zapotecas asadas y cazabe, y como se hartaron de tortillas, con el maíz que les enviamos, se les hincharon las barrigas, é como estaban dolientes, se murieron siete dellos; y estando desta manera con tanta hambre, quiso Dios que aportó allí un navío que venía cargado de las islas de Cuba con siete caballos y cuarenta puercos y ocho pipas de tasajos salados, y pan cazabe, y venían hasta quince pasajeros y ocho marineros, y cuya era toda la mascargazon de aquel navío se decía Anton de Camargo, y Cortés compró fiado todo cuanto bastimento traía, y repartió dello á los vecinos; y como estaban de antes en tanta necesidad y debilitados, y se hartaron de la carne salada, dió á muchos dellos cámaras, de que murieron catorce. Pues como vino aquel navío con la gente y marineros, parecióle á Cortés que era bien ir á ver y calar y bojar aquel tan poderoso río, si había poblaciones arriba, y qué tierra era; y luego mandó calafatear un bergantín que estaba al través, que era de los de Gil González de Avila, y adobar un

batel y hacelle como barco del descargo, y con cuatro canoas, atadas unas con otras, y con treinta soldados y los ocho hombres de la mar de los nuevamente venidos en el navío, y Cortés por su capitán, y con veinte indios mejicanos, se fué por el río, y obra de diez leguas que hubo ido el río arriba, halló una laguna muy ancha, que tenía el ojo de anchor seis leguas, y no había población ninguna al rededor della, porque todo era anegadizo; y siguiendo el río arriba, venía ya muy corriente mas que de antes, y había unos saltaderos, que no podían ir con el bergantín y los bateles y las canoas, acordó de las dejar allí en el río en un remanso con seis españoles en guarda dellas, y fué por tierra por un camino angosto, y llegó á unos pueblezuelos despoblados, y luego dió en unos maizales, y de allí tomó tres indios por guías, que le llevaron á unos pueblos chicos, donde tenían mucho maíz y gallinas, y aun tenían faisanes, que en estas tierras llaman sacachueles, y perdicines de la tierra y palomas; y esto de tener perdicines desta manera, yo lo he visto y hallado en pueblos que están en comarca destos de Golfo-Dulce, cuando fui en busca de Cortés, como adelante diré. Volvamos á nuestra relación: que allí tomó Cortés guías y pasó adelante, y fué á otros pueblezuelos que se dicen Cinacan, Tenciante, donde tenían grandes cacaguatales y maizales y algodón, y antes que á ellos llegasen oyeron tañer atabales y trompetillas, haciendo fiestas y borracheras; y por no ser sentido Cortés, estuvo escondido con sus soldados en un monte; y cuando vió que era tiempo de ir á ellos, arremeten todos á una, y prendieron hasta diez indios y quince mujeres, y todos los mas indios de aquel pueblo de presto se fueron á tomar sus armas, y vuelven con arcos y flechas y lanzas, y comenzaron á flechar á los nuestros, y Cortés con los suyos fué contra ellos, y acuchillaron ocho indios que eran principales; y como vieron el pleito mal parado y las mujeres tomadas, enviaron cuatro hombres viejos, y los dos eran sacerdotes de ídolos, é vinieron muy mansos á rogar á Cortés que les diese los presos, y trujeron ciertas joyezuelas de oro de poca valla; y Cortés les habló con doña Marina, que allí iba con Juan Jaramillo, su marido, porque Cortés sin ella no podía entender los indios, y les dijo que llevasen el maíz é gallinas y sal y todo el bastimento que allí les señaló, é dió á entender adónde habían quedado los bergantines y el barco y las canoas, y luego les daría los presos; y les dieron á entender en qué parte del río quedaban, y dijeron que sí harían, y que cerca de allí estaba uno como estero que salía al río; y luego hicieron barcas, y medio nadando las llevaron hasta que dieron en fondo, que pudieron nadar bien. Pues como Cortés había quedado de les dar todos los presos, pareció ser mandó Cortés que se quedasen tres mujeres con sus maridos para hacer pan y servirse de los indios, y no se las dieron; y sobre ello apellidanse todos los indios de aquel pueblo, y sobre las barrancas del río dan una buena mano de vara, flecha y piedra á Cortés y á sus soldados, de manera que hirieron á Cortés en la cara y á otros doce soldados; allí se les desbarató una barca y se perdió la mitad de lo que traía, y se ahogó un mejicano; y en aquel río hay tantos moxicotes, que no se podían valer, y Cortés todo lo sufrió, y da vuelta para su

villa, que no sé cómo se la nombró, y bastécela mucho mas de lo que estaba. Ya he dicho que el pueblo do llegó Cortés se decía Cinacan, y me han dicho ahora que estará do Guatemala setenta leguas, y tardó Cortés en este viaje y volverá la villa veinte y seis días; y como vió que no era bien poblar allí, por no haber pueblos de indios, y como tenía mucho bastimento, así de lo que antes estaba como de lo que al presente traía, acordó de escribir á Gonzalo de Sandoval que luego se fuese á Naco, y le hizo saber todo lo aquí por mí dicho de su viaje del Golfo-Dulce, según lo tengo aquí relatado, y como iba á poblar á Puerto de Caballos, y que le enviase diez soldados de los de Guacacualco, que sin ellos no se hallaba en las entradas.

CAPITULO CLXXXI.

Cómo Cortés se embarcó con todos los soldados que había traído en su compañía y los que había en San Gil de Buena-Vista, y fue á poblar adonde agora llaman Puerto de Caballos, y se le puso nombre la Natividad, y lo que en él se hizo.

Pues como Cortés vió que en aquel asiento que halló poblando á los de Gil Gonzalez de Avila no era bueno, acordó de se embarcar en los dos navíos y bergantín con todos cuantos en aquella villa estaban, que no quedó ninguno, y en ocho días de navegación fué á desembarcar adonde agora llaman Puerto de Caballos, y como vió aquella bahía buena para puerto, y supo de indios que había cerca poblaciones, acordó de poblar una villa que la nombró Natividad, y puso por su teniente á un Diego de Godoy, y dende allí hizo dos entradas en la tierra adentro á unos pueblos cercanos, que ahora están despoblados; tomó lengua de los como había cerca otros pueblos, basteció la villa de maíz, y supo que estaba el pueblo de Naco, donde degollaron á Cristóbal de Oh, cerca, y escribió á Gonzalo de Sandoval, creyendo que ya había llegado y estaba de asiento en Naco, que le enviase diez soldados de los de Guacacualco, y decía en la carta que sin ellos no se hallaba en hacer entradas; y le escribió cómo quería ir dende allí al puerto de Honduras, adonde estaba poblada la villa de Trujillo, y que el Sandoval con sus soldados pacificasen aquellas tierras y poblasen una villa; la cual carta vino á Sandoval estando que estábamos en las estancias por mí ya dichas, que no habíamos llegado á Naco. Y dejemos de decir de Cortés y sus entradas que hacia dende Puerto de Caballos, y de los muchos mosquitos que en ella le picaban, así de día como de noche; que á lo que después le oía decir, tenía con ellos tan malas noches, que estaba la cabeza sin sentido, de no dormir. Pues como Gonzalo de Sandoval vió las cartas de Cortés, luego se fue dende aquellas estancias que dicho tengo, á unos pueblezuelos que se dicen Cuyacan, que estaban de allí siete leguas, y no se pudo ir luego á Naco, como Cortés le había mandado, por no dejar atrás en los caminos muchos soldados que se habían apartado á otras estancias por tener qué comer ellos y sus caballos, y por causa que al pasar de un río muy hondo que no se podía vadear, y era camino de las estancias, é por dejar recaudo de una canoa con que pasasen los españoles que quedaban rezagados y muchos indios mejicanos que venían dolientes; y esto fué también porque de unos

pueblos cercanos de las estancias, que confinaban con el río y Golfo-Dulce, venían cada día allí de guerra muchos indios de los pueblos, y porque no hiciesen algun mal recaudo y muertes de españoles y de indios mejicanos, mandó Sandoval que quedásemos á aquel paso ocho soldados, y á mí me dejó por caudillo dellos, y que tuviésemos una canoa del pasaje siempre varada en tierra, y que estuviésemos alerta si daban voces pasajeros de los que estaban en las estancias, para luego les pasar; y una noche vinieron muchos indios guerreros de los pueblos cercanos y de las estancias, creyendo que no nos velábamos; é por tomarnos la canoa dan de repente en los ranchos en que estábamos y les pusieron fuego, y no vinieron tan secreto, que ya les habíamos sentido; y nos recogimos todos ocho soldados y cuatro mejicanos de los que estaban sanos, y arremetimos á los guerreros, y á cuchilladas les hicimos volver por donde habían venido, puesto que flecharon á dos soldados y á un indio, mas no fueron mucho las heridas; y como aquello vimos, fuimos tres compañeros á las estancias adonde sentíamos que habían quedado indios y españoles dolientes, que sería una legua de allí, y trujimos á un Diego de Mazariegos, ya otras veces por mí nombrado, y á otros españoles que estaban en su compañía y á indios mejicanos que estaban dolientes, y luego les pasamos el río y fuimos adonde Sandoval estaba; é yendo que íbamos nuestro camino, como un español de los que habíamos recogido en las estancias iba muy malo, y era de los nuevamente venidos de Castilla, y medio isleño, hijo de ginovés, y como iba malo, y sin tener qué le dar de comer, sino tortillas y pinol, ya que llegábamos obra de media legua de donde estaba Sandoval, se murió en el camino y no tuve gente para llevar el cuerpo muerto hasta el real; y llegado donde el Sandoval estaba, le dije de nuestro viaje y del hombre que se quedó muerto, y hubo enojo conmigo porque entre todos nosotros no le trujimos á cuestras ó en un caballo, y le dijimos al Sandoval que traíamos dos dolientes en cada caballo é nos veníamos á pie, y que por esta causa no se pudo traer; y un soldado que se decía Bartolomé de Villanueva, que era mi compañero, respondió al Sandoval muy soberbio que barto teníamos que traer nuestras personas, sin traer muertos á cuestras, y que reuegaba de tanto trabajo é pérdida como Cortés nos había causado; y luego mandó Sandoval á mí y al Villanueva, sin mas parar le fuésemos á enterrar; y llevamos dos indios mejicanos y un azadón, é hicimosle su sepultura y lo enterramos y le pusimos una cruz, y hallamos en la faltriquera del muerto una taleguilla con muchos dados y un papel escrito, que era una memoria de donde era natural y cuyo hijo era y que bienes tenía en Tenerife; é después, el tiempo andando, se envió aquella memoria á Tenerife; perdónale Dios, amen. Dejemos de contar cuentos, y quiero decir que luego Sandoval acordó que fuésemos á otros pueblos que agora están cerca de unas minas que descubrieron dende á tres años; y dende allí fuimos á otro pueblo que se dice Quinistan, y otro día á hora de misa fuimos á Naco, y en aquella sazón era buen pueblo y hallámosle despoblado de aquel mismo día; y después de nos aposentar en unos patios muy grandes, adonde habían degollado al maestre de

campo Cristóbal de Oli, otras veces por mí nombrado, que estaba el pueblo bien bastecido de maíz y de frisoles y ají, y también hallamos un poco de sal, que era la cosa que mas deseábamos, y allí asentamos nuestro fardaje, como si hubiéramos de estar en él para siempre. Hay en este pueblo la mejor agua que habíamos visto en toda la Nueva-España, y un árbol que en mitad de la siesta, por recio sol que hiciese, parecía que la sombra del árbol refrescaba el corazón, y caía del uno como rocío muy delgado que confortaba las cabezas; y aqueste pueblo en aquella sazón fué muy poblado y en buen asiento, y había fruta de los zapotes colorados y de los chicos, y estaba en comarca de otros pueblos chicos. Y de ello hé aquí, y diré lo que allí nos avino.

CAPITULO CLXXXII.

Cómo el capitán Gonzalo de Sandoval comenzó á pacificar aquella provincia de Naco, y de los grandes reencuentros que con los de aquella provincia tuvo, y lo que mas se hizo.

Desde que hubimos llegado al pueblo de Naco y recogido maíz, frisoles y ají, y con tres principales de aquel pueblo que allí en los maizales prendimos, á los cuales Gonzalo de Sandoval halagó y dió cuentas de Castilla, y les rogó que fuesen á llamar á los demás caciques, que no se les haría enojo ninguno, fueron así como se lo mandó, y vinieron dos caciques; mas no pudo acabar con ellos que se poblase el pueblo, salvo traer de cuando en cuando poca comida; ni nos hacían bien ni mal, ni nosotros á ellos; y así estuvimos los primeros días, y Cortés había escrito á Gonzalo de Sandoval, como de antes dicho tengo, que luego le enviase á Puerto de Caballos diez soldados de los de Guacualco, y todos nombrados por sus nombres, y entre ellos era yo uno, y en aquella sazón estaba yo algo malo, y dije á Sandoval que me excusase, porque estaba mal dispuesto, y él, que lo había gana, y así quedé; y envió ocho soldados muy buenos varones para cualquiera afrenta, y aun fueron de tan mala voluntad, que renegaban de Cortés y aun de su viaje, y tenían mucha razón, porque no sabían cierto si la tierra por donde habían de ir estaba de paz. Acordó Sandoval de mandar á los caciques de Naco cinco principales indios, que fuesen con ellos hasta el Puerto de Caballos, y les puso temores que si algún enojo recibía alguno de sus soldados, que les quemaría el pueblo y que les iría á buscar y dar guerra; y mandó que en todos los pueblos por donde pasasen les diesen muy bien de comer; y fueron su viaje hasta el Puerto de Caballos, donde hallaron á Cortés, que se quería embarcar para ir á Trujillo, y se holgó con ellos, y supo cómo quedábamos buenos, y los llevó consigo en los navios, y luego se embarcó, y dejó en aquella villa de Puerto de Caballos á un Diego de Godoy por su capitán, con hasta cuarenta vecinos, que eran todos los mas de los que solían ser de Gil Gonzalez de Avila y de los nuevamente venidos de las islas; y de que Cortés se hubo embarcado y su teniente Godoy quedó en la villa, con los soldados que mas sanos tenía hacia entradas en los pueblos comarcados, é trujo dos dellos de paz; mas como los indios vieron que los soldados que allí quedaban estaban todos los mas dellos dolientes y se morían cada día, no

hacían cuenta dellos, y á esta causa no les acudían con comida, ni ellos eran para illo á buscar, y pasaban gran necesidad de hambre, y en pocos días se murieron la mitad dellos, y se despoblaron otros tres dellos, que se vinieron huyendo donde estábamos con Sandoval. Y de ello he aquí en este estado, y volveré á Naco, que, como Sandoval había visto que no se querían venir á poblar el pueblo los indios vecinos y naturales de Naco, aunque los enviaba á llamar muchas veces, y á los demás pueblos comarcados, no venían ni hacían cuenta de nosotros, acordó de ir en persona y hacer de manera que viniesen; y fuimos luego á unos pueblos que se decían Girimonga y Aculaco, y á otros tres pueblos que estaban cerca de Naco, y todos vinieron á dar la obediencia á su majestad, y luego fuimos á Quizmitán y á otro pueblo de la sierra, y ansimesmo vinieron; por manera que todos los indios de aquella comarca venían de paz, y como no se les demandaba cosa ninguna mas de lo que ellos querían dar, no tenían pesadumbre de venir, y desta manera estaba todo de paz hasta donde pobló Cortés la villa que agora se dice Puerto de Caballos. Y dejémos esta materia, porque por fuerza tengo de volver á decir de Cortés, que fué á desembarcar al puerto de Trujillo; y porque en una sazón acaecieron ó tres cosas, como otras veces he dicho en los capítulos pasados, y tengo de meter la pluma por los pasos contados, donde y de qué manera nosotros conquistábamos y poblábamos, como muy claramente lo hubrán visto los curiosos lectores; y aunque se deje por agora de decir de Sandoval y todo lo que en la provincia de Naco le avino, quiero decir lo que Cortés hizo en Trujillo.

CAPITULO CLXXXIII.

Cómo Cortés desembarcó en el puerto que llaman de Trujillo, y cómo todos los vecinos de aquella villa le salieron á recibir y se holgaron mucho con él, y de todo lo que allí hizo.

Como Cortés se hubo embarcado en el puerto de Caballos, y llevó en su compañía muchos soldados de los que trujo de Méjico y los que le envió Gonzalo de Sandoval, y con buen tiempo en seis días llegó al puerto de Trujillo; y cuando los vecinos que allí vivían, que dejó poblados Francisco de las Casas, supieron que era Cortés, todos fueron á la mar, que estaba cerca, á lo recibir, y le besaron las manos, porque muchos vecinos de aquellos eran bandoleros de los que echaron de Pánuco, y fueron en dar consejo á Cristóbal de Oli para que se alzase, y los habían desterrado de Pánuco, según dicho tengo en el capítulo que dello habla; y como se hallaban culpantes, suplicaron á Cortés que les perdonase; y Cortés con muchas caricias y ofrecimientos los abrazó á todos y los perdonó, y luego se fué á la iglesia, y después de hecha oración, le aposentaron lo mejor que pudieron, y le dieron cuenta de todo lo acaecido del Francisco de las Casas y del Gil Gonzalez de Avila, y por qué causa degollaron á Cristóbal de Oli, y cómo se habían ido camino de Méjico, y cómo habían pacificado algunos pueblos de aquella provincia; y como Cortés bien lo hubo entendido, á todos los honró de palabras y con dejalles los cargos según y de la manera que los tenían, excepto que hizo capi-

tan general de aquellas provincias á su primo Saavedra, que así se llamaba, lo cual tuvieron por bien; y luego envió á llamar á todos los pueblos comarcanos, y como tuvieron nueva que era el capitán Matínche, que así le llamaban, y sabían que había conquistado á Méjico, luego vinieron á su llamado y le trujeron presentes de bastimentos; y cuando se hubieron juntado los caciques de cuatro pueblos mas principales, Cortés les habló con doña Marina y les dijo las cosas tocantes á nuestra santa fe, y que todos éramos vasallos del gran emperador que se dice don Carlos de Austria, y que tiene muy grandes señores por vasallos, y que nos envió á estas partes para quitar sodomías y robos é idolatrías, y para que no consienta comer carne humana, ni hubiesen sacrificios ni robasen, ni se diesen guerra unos á otros, sino que fuesen hermanos y como tales se tratasen, y también venia para que diesen la obediencia á tan alto rey y señor como les había dicho que tenemos, y le contribuyan con servicios y de lo que tuvieren, como hacemos todos sus vasallos; y les dijo otras muchas cosas la doña Marina, que lo sabía bien decir; y los que no quisiesen venir á se someter al dominio de su majestad, que les castigaria, y aun fray Juan de las Varillas y los dos religiosos franciscos que Cortés traía les predicaron cosas muy santas y buenas, y lo que decían los frailes franciscos se lo declaraban dos indios mejicanos que sabían la lengua española, con otros intérpretes de aquella lengua; y mas les dijo, que en todo les guardaria justicia, porque así lo mandaba nuestro rey y señor; y porque hubo otros muchos razonamientos y los entendieron muy bien los caciques, dijeron que se daban por vasallos de su majestad y que harían lo que Cortés les mandaba, y luego les dijo que trojesen bastimento á aquella villa; y también les mandó que viniesen muchos indios y trujesen hachas, y que talasen un monte que estaba dentro en la villa, para que desde allí se pudiese ver la mar y puerto; y también les mandó que fuesen en canoas á llamar tres ó cuatro pueblos que están en unas isletas que se llaman los Guanajes, que en aquella sazón estaban pobladas, y que trujesen pescado, pues que tenían mucho; y así lo hicieron, que dentro en cinco dias vinieron los pueblos de las isletas, y todos traían presentes de pescado y gallinas; y Cortés les mandó dar unas puercas y un baraco que se halló en Trujillo, y de los que traía de Méjico, para que hiciesen casta, porque le dijo un español que era buena tierra para multiplicar con soltales en las isletas sin ponerles guarda; y así fué como dijo, que dentro en dos años hubo muchos puercos y los iban á montar. Dejemos esto, pues no hace á nuestra relación, y no me lo tengan por prolijidad en contar cosas viejas; y diré que vinieron tantos indios á talar los montes de la villa que Cortés les mandó, que en dos dias se vió claramente muy bien la mar, é hicieron quince canas, y una para Cortés muy buena; y esto hecho, se informó Cortés qué pueblos y tierras estaban rebeldes y no querían venir de paz; y unos caciques de un pueblo que se dice Papayoca, que era cabecera de otros pueblos, que en aquella sazón era grande pueblo, que agora está con muy poca gente ó casi ninguna, le dió á Cortés una memoria de muchos pueblos que no que-

rian venir de paz, que estaban en grandes sierras y tenían fuerzas hechas; y luego Cortés envió al capitán Saavedra con los soldados que le pareció que convenían ir con él, y con los ocho de Guacacualco fué por su camino hasta que llegó á las poblaciones que solían estar de guerra, y salieron de paz los mas dellos, excepto tres pueblos, que no se quisieron venir; y tan temido era Cortés de los naturales y tan nombrado, que hasta los pueblos de O'unché, donde fueron las minas ricas que después se descubrieron, era temido y acutado, y llamábale en todas aquellas provincias el capitán Hue, Hue de Marina, que quiere decir el capitán viejo que trae á doña Marina. Dejemos á Saavedra, que está con su gente sobre los pueblos que no se querían dar, que me parece que se decían los acaltecos, y volvamos á Cortés, que estaba en Trujillo, é ya le habían adolescido los frailes franciscos y un su primo que se decía Abalos, y el licenciado Pedro Lopez, y Carranza el mayordomo y Guinea el dispensero y un Juan Flamenco, y otros muchos soldados, así de los que traía como de los que halló en Trujillo, y aun el Anton de Carmoña, que trujo el navio con el bastimento; y acordó de los enviar á la isla de Cuba, á la Habana, ó á Santo Domingo si viesen que el tiempo hacia bueno en la mar, y para ello les dió el un navio bien aderezado y calafateado, con el mejor matalotaje que se pudo haber; y escribió á la audiencia real de Santo Domingo y á los frailes jerónimos y á la Habana, dando cuenta cómo había salido de Méjico en busca de Cristóbal de Oli, y cómo dejó sus poderes á los oficiales de su majestad, y del trabajoso camino que había traído, y cómo el Cristóbal de Oli hubo preso á un capitán que se decía Francisco de las Casas, que Cortés había enviado para tomar el armada al mismo Cristóbal de Oli, y que también había preso á un Gil Gonzalez de Avila, siendo gobernador del Golfo-Dulce; y que teniéndolos presos, los dos capitanes se concertaron y le dieron de cuchilladas, y por sentencia, después que lo tuvieron preso, le degollaron, y que al presente estaba poblando la tierra y pueblos sujetos á aquella villa de Trujillo, y que era tierra rica de minas, y que enviase soldados; que en aquella tierra de Santo Domingo no tenían con qué se sustentar; y para dar crédito que había oro envió muchas joyas y piezas de las que traía en su recámara, é vajilla de lo que trujo de Méjico, y aun de la vajilla de su aparador, y por su capitán de aquel navio á un su primo que se decía Abalos, y le mandó que de camino tomase veinte y cinco soldados que había dejado un capitán, que tuvo nueva que andaba á saquear indios en las isletas en lo de Cozumel. Y partido del puerto de Honduras, que así se llamaba, unas veces con buen tiempo é otras con contrario, pasaron adelante de la Punta de Sant-Anton, que está junto á las sierras que llaman de Guaniguanico, que será de la Habana sesenta ó setenta leguas, y con temporal dieron con el navio en tierra, de manera que se ahogaron los frailes y el capitán Abalos y muchos soldados, y dellos se salvaron en el batel y en tablas, y con mucho trabajo aportaron á la Habana, y dende allí fué la fama volando por toda la isla de Cuba cómo Cortés y todos nosotros éramos vivos, y en pocos dias fué la nueva á Santo Domingo,

porque el licenciado Pedro Lopez, médico que iba allí, que escapó en una tabla, escribió á la real audiencia de Santo Domingo en nombre de Cortés, y todo lo acaecido, y cómo estaba poblando en Trujillo, y que había menester bastimento y vino y caballos, y que para lo comprar traían mucho oro, y que se perdió en la mar de la manera que ya dicho tengo. Y como aquella nueva se supo, todos se alegraron, porque ya había fama, é lo tenían por cierto, que Cortés y todos nosotros sus compañeros éramos muertos; las cuales nuevas supieron en la Española de un navio que fué de la Nueva-España; y como en Santo Domingo se supo que estaba de asiento poblando Cortés las provincias que dicho tengo, luego los oidores y mercaderes comenzaron de cargar dos navios viejos con caballos y potros, y camisas y bonetes y cosas de bujerías, y no trujeron cosa de comer, sino una pipa de vino, ni fruta, salvo los caballos y todo lo demás de tarabusterías, entre tanto que se armaban los navios para venir, que aun no habían llegado al puerto. Quiero decir que como Cortés estaba en Trujillo, se le vinieron á quejar ciertos indios de las islas de los Guanajes, que sería de allí ocho leguas, y dijeron que estaba anclado un navio junto á su pueblo, y el batel del navio lleno de españoles con escopetas y ballestas, y que les querían tomar por fuerza sus macegales, que se dice entre ellos vasallos, y que á lo que han entendido, son robadores, y que así les tomaron los años pasados muchos indios, y los llevaron presos en otro navio como aquel que estaba surto; y que enviase Cortés á poner cobro en ello; y como Cortés lo supo, luego mandó armar un bergantin con la mejor artillería que había y con veinte soldados y con buen capitán, y les mandó que en todo caso tomasen el navio que los indios decían, y se lo trujesen preso con todos los españoles que dentro andaban, pues que eran robadores de los vasallos de su majestad; y mandó á los indios que armasen sus canoas, y con varas y flechas que fuesen junto al bergantin, y que ayudasen á prender aquellos hombres, y para ello dió poder al capitán. Pues yendo con su bergantin armado y muchas canoas de los naturales de aquellas isletas, como los del navio que estaba surto los vieron ir á la vela, no aguardaron mucho, que alzaron velas y se fueron huyendo, porque bien entendieron que iban contra ellos, y no los pudo alcanzar el bergantin; y después se alcanzó á saber que era un bachiller Moreno, que había enviado la audiencia real de Santo Domingo á cierto negocio á Nombre de Dios, y parece ser descayeron del viaje, ó vino de hecho sobre cosa pensada á robar los indios de los Guanajes. Y volvamos á Cortés, que se quedó en aquella provincia pacificándola, y volveré á decir lo que á Sandoval le acaeció en Naco.

CAPITULO CLXXXIV.

Cómo el capitán Gonzalo de Sandoval, que estaba en Naco, prendió á cuarenta soldados españoles y á su capitán, que venían de la provincia de Nicaragua, y hacían muchos daños y robos á los indios de los pueblos por donde pasaban.

Estando Sandoval en el pueblo de Naco atrayendo de paz todos los mas pueblos de aquella comarca, vinieron ante él cuatro caciques de dos pueblos que se decían

Quecuspan y Tanchinalchapa, y dijeron que estaban en sus pueblos muchos españoles de la manera de los que con él estábamos, con armas y caballos, y que les tomaban sus haciendas é hijas y mujeres, y que las echaban en cadenas de hierro, de lo cual hubo gran enojo el Sandoval; y preguntando que qué tanto sería de allí donde estaban, dijeron que en un día llegaríamos; y luego nos mandó apercebir á los que habíamos de ir con él, lo mejor que podíamos, con nuestras armas y caballos y ballestas y escopetas, y fuimos con él setenta hombres; y llegados á los pueblos donde estaban los soldados, les hallamos muy de reposo, sin pensamiento que los hubíamos de prender; y como nos vieron ir de aquella manera, se alborotaron y echaron mano á las armas, y de presto prendimos al capitán y á otros muchos dellos, sin que hubiese sangre ni de una parte ni de otra; y Sandoval les dijo con palabras algo desabridas, si les parecía bien andar robando á los vasallos de su majestad, y si sería buena conquista y pacificación aquella; y unos indios é indias que traían en collares se los hizo sacar dellos y se los dió á los caciques de aquel pueblo, y á los demás mandó que se fuesen á sus tierras, que era cerca de allí. Pues como aquello fué hecho, mandó al capitán que allí venía, que se decía Pedro de Garro, que él y sus soldados fuesen presos y se fuesen con nosotros al pueblo de Naco, y caminámos con ellos; y traían los soldados muchas indias de Nicaragua, y algunas dellas hermosas, é indias naborias que tenían en su servicio, y todos los mas dellos traían caballos; y como nosotros estábamos trillados y deshechos de los caminos pasados, y no teníamos indias que nos hiciesen pan, eran ellos unos condes en el servirse, segun nuestra pobreza. Pues como llegamos con ellos á Naco, Sandoval les dió posadas en partes convenientes, porque venían entre ellos ciertos hidalgos y personas de calidad; y cuando hubieron reposado un día, y su capitán Garro vió que éramos de los de Cortés, hizose muy amigo de Sandoval y de nosotros y se holgaban con nuestra compañía; y quiero decir cómo y de qué manera é por qué causa venía aquel capitán con aquellos soldados, y es desta manera que diré: pareció ser que Pedro Arias de Avila, gobernador que fué en aquella sazón de Tierra-Firme, envió un su capitán que se decía Francisco Hernandez, persona muy principal entre ellos, á conquistar y pacificar las tierras de Nicaragua y lo mas que descubriese, y dióle copia de soldados, así á caballo como ballesteros, y llegó á las provincias de Nicaragua y Leon, que así las llaman, las cuales pacificó y pobló; y como se vió con muchos soldados y próspero, y apartado del Pedro Arias de Avila, y por consejeros que tuvo para ello, y también, segun entendí, un bachiller Moreno, por mí ya nombrado, que al audiencia real de Santo Domingo y los frailes jerónimos que gobernaban en las islas le habían enviado á Tierra-Firme á cierto pleito, que tengo en mi pensamiento que era sobre la muerte de Balboa, yerno de Pedro Arias, al cual degolló sin justicia cuando le hubo casado con su hija doña Isabel Arias de Peñalosa, que así se llamaba; y el bachiller Moreno dijo al capitán Francisco Hernandez que como conquistase cualquiera tierra, acudiese á nuestro rey y señor para que le hiciese gobernador de-

lla, que no hacia traicion; y que el Balboa, que degolló Pedro Arias, siendo su yerno, que fué contra toda justicia, pues que el Balboa primero envió sus procuradores á su majestad para ser adelantado; y so color destas palabras que tomó del bachiller Moreno, envió el Francisco Hernandez á su capitan Pedro de Garro para que por banda del norte le buscasse puerto para hacer sabidor á su majestad de las provincias que habia pacificado y poblado, para que le hiciese merced que él fuese gobernador dellas, pues estaban tan apartadas de la gobernacion de Pedro Arias. E viniendo que venia el Pedro de Garro para aquel efeto, le prendimos, como dicho tengo. Y como el Sandoval entendió el intento á lo que venian, platicó con el Garro y el Garro con él secretamente, y dióse orden que lo hiciésemos saber á Cortés, que estaba en Trujillo; y que el Sandoval tenia por cierto que Cortés le ayudaria para que quedase el Francisco Hernandez por gobernador de Nicaragua. Pues ya esto concertado, envian Sandoval y el Garro diez hombres, los cinco de los nuestros y los otros cinco del Garro, para que costa á costa fuesen á Trujillo con las cartas, porque allí residia Cortés entonces, como dicho tengo en el capítulo que dello habla; y llevaron sobre veinte indios de Nicaragua de los que trujo Garro para que les ayudasen á pasar los rios, é yendo por sus jornadas, no pudieron pasar el rio de Pichin ni otro que se decia Balama, porque venian muy crecidos, y á cabo de quince dias vuelven los soldados á Naco sin hacer cosa ninguna de lo que les fué mandado; de lo cual hubo tanto enojo el Sandoval, que de palabra trató mal al que iba por caudillo; y luego sin mas tardar ordena que vaya por la tierra adentro el capitan Luis Marin con diez soldados, los cinco de Garro y los demás de los nuestros, é yo fui con ellos, y fuimos todos á pié y atravesamos muchos pueblos que estaban de guerra; y si hubiesse de escribir por extenso los grandes trabajos y reencuentros que con indios de guerra tuvimos, y los rios y aucones que pasamos en barcas y á nado, y la hambre que algunos dias tuvimos, era para no acabar tan presto, y cosas muy de notar; mas digo que habia dia que pasábamos tres rios caudalosos en barcas y á nado; y como llegamos á la costa, hubo muchos esteros, donde habia lagartos; y en un rio que se dice Xagua, que está del Triunfo de la Cruz diez leguas, estuvimos dos dias en el pasar en barcas, segun venia de racio, y allí hallamos calaveras y huesos de siete caballos que se habian muerto de mala yerba que habian pacido, y fueron de los de Cristóbal de Oli; y de allí fuimos al Triunfo de la Cruz, y hallamos naos quebradas dadas al través, y de allí fuimos en cuatro dias á un pueblo que se dice Quemara, y salieron muchos indios de guerra contra nosotros, y traian unas lanzas grandes y gordas, que con sus rodela mandaban con la mano derecha y sobre el brazo izquierdo, y jugaban de la manera que nosotros peleamos con las picas, y se nos venian á juntar pié con pié, y con las ballestas que llevábamos y á cuchilladas nos dieron lugar que pasásemos adelante, y allí hirieron dos de nuestros soldados; y estos indios que he dicho que salieron de guerra no creyeron que éramos de los de Cortés, sino de otros capitanes, que les ibamos á robar sus indios. Dejemos de contar

trabajos pasados, y digo que en otros dos dias de camino llegamos á Trujillo, y antes de entrar en él, que seria hora de visperas, vimos á cinco de á caballo, y era Cortés y otros caballeros, que se habian salido á pasear por la costa, y cuando nos vieron de léjos no sabian qué cosa nueva podia ser; y como nos conoció Cortés, se apeó del caballo y con las lágrimas en los ojos nos vino á abrazar, y nosotros á él, y nos dijo: «¡Oh hermanos y compañeros míos, qué deseo tenia de veros y saber qué tales estábades!» Y estaba tan flaco, que hubimos lástima de verle; porque, segun supimos, habia estado á punto de morir de calenturas y tristeza que en sí tenia, y aun en aquella sazón no sabia cosa buena ni mala de lo de México; y dijeron otras personas que estaba ya tan á punto de morir, que le tenian hechos unos hábitos de san Francisco para le enterrar con ellos; y luego á pié se fué con todos nosotros á la villa, y nos aposentó y cenamos con él; y tenia tanta pobreza, que aun de cazabe no nos hartamos; y como le hubimos dado relacion á lo que veniamos, y leído las cartas sobre lo de Francisco Hernandez para que le ayudase, dijo que haria cuanto pudiese por él. Y en aquella sazón que allegamos á Trujillo habia tres dias que habian venido los dos navios chicos con las mercaderías que enviaban de Santo Domingo, que era caballos y potros y armas viejas, y unas camisas y bonetes colorados, y cosas de poca valia, y no trujeron sino una pipa de vino, ni fruta ni cosa de provecho; que valiera mas que aquellos navios no vinieran, segun todos nos aleudamos en comprar de aquellas bujerías. Pues estando que estábamos con Cortés dando cuenta de nuestro trabajoso camino, vieron venir en alta mar un navio á la vela, y llegado al puerto, venia de la Habana, que enviaba el licenciado Zuazo, el cual licenciado habia dejado Cortés en México por alcalde mayor, y enviaba un poco de refresco para Cortés con una carta, la cual es esta que se sigue; y si no dijere las palabras formales que en ella venian, á lo menos diré la substancia della.

CAPITULO CLXXXV.

Cómo el licenciado Zuazo envió una carta desde la Habana á Cortés, y lo que en ella se contiene es lo que diré adelante.

Pues como hubo tomado puerto el navio que dicho tengo, un hidalgo que venia por capitan del, cuando saltó en tierra luego fué á besar las manos á Cortés y le dió una carta del licenciado Zuazo; y después que Cortés la hubo leído, tomó tanta tristeza, que luego comenzó al parecer á sollozar en su aposento, y no salió de donde estaba hasta otro dia por la mañana, que era sábado, é se confesó con fray Juan aquella noche, y le mandó que dijese misa de nuestra Señora muy de mañana, é comulgó; é después de dicha misa, nos rogó que le escuchásemos, y sabriamos nuevas de la Nueva-España, cómo echaron fama que todos éramos muertos, y cómo nos habian tomado nuestras haciendas y las habian vendido en el almoneda, y quitado nuestros indios y repartido en otros españoles, sin tener méritos, y comenzó á leer la carta, y decia así. E lo primero que leyó fué las nuevas que vinieron de Castilla de su padre Martin Cortés y de Ordás, y cómo el contador Albornoz le habia sido contrario en las cartas que

escribió el Albornoz á su majestad y al obispo de Burgos, y lo que su majestad sobre ellas habia mandado proveer, de enviar al almirante de Santo Domingo con seiscientos hombres, segun ya lo tengo dicho en el capítulo que dello habla; y cómo el duque de Bejar quedó por su fiador, y puso su estado y cabeza por el Cortés y por nosotros, que éramos muy leales servidores de su majestad, y otras cosas que ya las he referido en el capítulo que dello habla; y cómo al capitán Narvaez la dieron una conquista del río de Palmas, y que á un Nuño de Guzman le dieron la gobernacion de Pánuco, y que el obispo de Burgos era fallecido; y en las cosas de la Nueva-España dijo que, como Cortés hubo dado en Guacacualco los poderes y provisiones al factor Gonzalo de Salazar y á Pedro Almindéz Chirinos para ser gobernadores de Méjico si viesen que el tesorero Alonso de Estrada y el contador Albornoz no gobernaban bien, así como llegaron á Méjico el factor y veedor con sus poderes, se hicieron muy amigos del mismo licenciado Zuazo, que era alcalde mayor, y de Rodrigo de Paz, que era alguacil mayor del capitán, y de Andrés de Tapia y Jorge de Albarado, y de todos los demás conquistadores de Méjico; y cuando se vió el factor con tantos amigos de su banda dijo que el mismo factor y veedor habian de gobernar, y no el tesorero ni el contador, y sobre ello hubo muchos ruidos y muertes de hombres, los unos por favorecer al factor y al veedor, y otros por ser amigos del tesorero y el contador; de manera que quedaron con el cargo de gobernadores el factor y veedor, y echaron presos á los contrarios, tesorero y contador, y á otros muchos que fueron en su favor, y cada día habia cuchilladas y revueltas, y que los indios que vacaban los daban á sus amigos, aunque no tenían méritos; y que al licenciado Zuazo que no le dejaban hacer justicia, y que al Rodrigo de Paz le habia echado preso porque le iba á la mano, y que el mismo licenciado Zuazo los volvió á concertar y hacer amigos, así al factor é tesorero y contador é á Rodrigo de Paz, y que estuvieron ocho días en concordia, y que en esta sazón se levantaron ciertas provincias que se decian los zapotecas y minxes, y un pueblo y fortaleza do habia un gran peñol que se dice Coatlan, y que enviaron á él muchos soldados de los que habian venido nuevamente de Castilla y de otros que no eran conquistadores, y envió por capitán dellos al veedor Chirinos, y que gastaban muchos pesos de oro de las haciendas de su majestad y lo que estaba en su real caja, y que llevaban tantos bastimentos al real donde estaban, que todo era veetrías y juegos de naipes, y que á los indios no se les daba por ellos cosa ninguna, y que de repente de noche se salian los indios del peñol y daban en el real del veedor, y le mataron ciertos soldados y le hirieron otros muchos, y á esta causa envió el factor con el mismo cargo á un capitán de los de Cortés, que se decia Andrés de Monjaraz, para que estuviese en compaña del veedor, porque este Monjaraz se habia hecho muy amigo del factor, y en aquella sazón estaba tullido el Monjaraz de bubas, que no era para hacer cosa que buena fuese, y los indios estaban muy vitoriosos, y que Méjico estaba cada día para se alzar; y que el factor procuró por todas vias de enviar oro á Castilla á su ma-

jestad é al comendador mayor de Leon don Francisco de los Cóbos; porque en aquella sazón echó fama el factor que Cortés y todos nosotros éramos muertos en poder de indios, en un pueblo que se dice Xicalango, y en aquel tiempo habia venido de Castilla Diego de Ordás, que es el que Cortés hubo enviado por procurador de la Nueva-España, y lo que procuró fué para él una encomienda de Santiago, y trujo por cédula de su majestad sus indios y unas armas del volcan que está cabe Guaxocingo, y que como llegó á Méjico, dijo el Ordás que queria ir á buscar á Cortés, y esto fué porque vió las revueltas y zizañas, y que se hizo muy amigo del factor, y fué por la mar á ver si era vivo ó muerto Cortés, con un navío grande y un bergantín, y fué costa á costa hasta que llegó á un pueblo que se dice Xicalango, adonde habian muerto al Simón de Cuenca y al capitán Francisco de Medina y á los españoles que consigo estaban, segun mas largo lo tengo escrito en el capítulo que dello habla; y como aquella nueva supo el Ordás, se volvió á la Nueva-España, y sin desembarcar en tierra escribió el factor con unos pasajeros, que tiene por cierto que Cortés es muerto. Y como echó esta nueva el Ordás, en el mismo navío que fué en busca de Cortés, luego atravesó la isla de Cuba á comprar becerros y yeguas. Y cuando el factor vió la carta de Ordás, la anduvo mostrando en Méjico á unos y á otros, y echó fama que era muerto Cortés y todos los que con él fuimos, é se puso luto, é hizo hacer un túmulo é monumento en la iglesia mayor de Méjico, é hizo las honras por Cortés; y luego se hizo pregonar con trompetas y atabales por gobernador y capitán general de la Nueva-España, y mandó que todas las mujeres que se habian muerto sus maridos en compaña de Cortés, que hiciesen bien por sus almas y se casasen, y aun lo envió á decir á Guacacualco é á otras villas; é porque una mujer de un Alonso Valiente, que se decia Juana de Mansilla, no se quiso casar, y dijo que su marido y Cortés y todos nosotros éramos vivos, y que no éramos los conquistadores viejos personas de tan poco ánimo como los que estaban en el peñol de Coatlan con el veedor Chirinos, porque los indios les daban guerra, y no ellos á los indios, y que tenía esperanza en Dios que presto vería á su marido Alonso Valiente y á Cortés y á todos los mas conquistadores viejos de vuelta para Méjico, y que no se queria casar; porque dijo estas palabras la mandó el factor azotar por las calles públicas de Méjico, por hechicera; y tambien, como hay en este mundo hombres traidores aduladores, y era uno dellos uno que le teniamos por hombre honrado, que por su honor aquí no le nombro, dijo al factor delante otras muchas personas que estaba malo de espanto porque, yendo una noche pasada cerca del Tlatelulco, que es la iglesia de señor Santiago, donde solia estar el idolo mayor, que se decia Huichilóhob, que vió en el patio que se ardian en vivas llamas el alma de Cortés y de doña Marina é la del capitán Sandoval, é que de espanto dello estaba muy malo. Tambien vino otro hombre que no nombro, que tambien le tenían en buena reputacion, é dijo al factor que andaban en los patios de Tezcuco unas cosas malas, y que decian los indios que era el alma de doña Marina y la de Cortés; y todas eran mentiras y traiciones, sino

por se congraciarse con el factor dijeron aquello, ó el factor se lo mandó decir. Y en aquel tiempo había llegado á Méjico Francisco de las Casas y Gil Gonzalez de Avila, que son los capitanes por mí muchas veces nombrados, que degollaron á Cristóbal de Oli; y de que el de las Casas vió aquellas revueltas y que el factor se había hecho pregonar por gobernador, dijo públicamente que era mal hecho, y que no se había de consentir tal cosa, porque Cortés era vivo, y que él así lo creía, é que ya que eso fuese, lo cual Dios no permitiese, que para gobernador, que mas persona y caballero y mas méritos tenía Pedro de Albarado que no el factor, y que le enviasen á llamar al Pedro de Albarado; y secretamente su hermano Jorge de Albarado y aun el tesorero y otros vecinos mejicanos le escribieron para que se viniese en todo caso á Méjico con todos los soldados que tenía, y que procurarían de le dar la gobernación hasta saber si Cortés era vivo, y enviar á hacer saber á su majestad si fuese servido mandar otra cosa; é que ya que el Pedro de Albarado con aquellas cartas se venia para Méjico, tuvo temor del factor, según las amenazas le envió á decir al camino que le mataría; é como supo que habían ahorcado á Rodrigo de Paz y preso al licenciado Zuazo, se volvió á su conquista; y en aquel tiempo que había recogido el factor cuanto oro pudo haber en Méjico y Nueva-España, para hacer con ello mensajero á su majestad, y enviar con ello á un su amigo que se decía Peña con sus cartas secretas, y el Francisco de las Casas y el licenciado Zuazo y Rodrigo de Paz se lo contradijeron, y aun también el tesorero y contador, que hasta saber nuevas ciertas si Cortés era vivo, que no hiciese relación que era muerto, pues no lo tenían por cierto, y que si oro quería enviar á su majestad de sus reales quintos, que era muy bien, mas que fuese juntamente con parecer y acuerdo del tesorero y contador, y no solo en su nombre; y porque lo tenían ya en los navíos y para hacerse á la vela con ello, fué el de las Casas con mandamientos del alcalde mayor Zuazo y con favor de Rodrigo de Paz y de los demás oficiales de la hacienda de su majestad y conquistadores, que detuviesen el navío hasta que escribiesen á nuestro rey de la manera que estaba la Nueva-España; porque, según pareció, el factor no consentía que otras personas escribiesen, sino solamente sus cartas; y después que el factor vió que el de las Casas y el licenciado no eran buenos amigos y le iban á la mano, luego los mandó prender, é hizo proceso contra el Francisco de las Casas y contra el Gil Gonzalez de Avila sobre la muerte de Oli, y los sentenció á degollar, y de hecho quería ejecutar la sentencia, por mas que apelaban á su majestad; y con gran importunidad les otorgó la apelación, y los envió á Castilla presos con los procesos que contra ellos hizo; y hecho esto, de luego tras el mismo Zuazo, y que en justo y en creyente lo arrebataron y llevaron en una acémila al puerto de la Veracruz y le embarcaron para la isla de Cuba, diciendo que porque fuese á dar residencia del tiempo que fué en ella juez; y que al Rodrigo de Paz, que le echó preso y le demandó el oro y plata que era de Cortés, porque como su mayordomo sabía dello, diciendo que lo tenía escondido, porque lo quería enviar á su majes-

tad, pues era de los bienes que tenía Cortés usurpados á su majestad; y porque no lo dió, pues era claro que lo tenía, sobre ello le dió tormento, y con acate y fuego le quemó los piés y aun parte de las piernas, y estaba muy flaco y malo de las prisiones, y para morir; y no contento con los tormentos, viendo el factor que si le daba vida, que se iría á quejar del á su majestad, le mandó ahorcar por revoltoso y bandolero, y que á todos los mas soldados y vecinos de Méjico que eran de la banda de Cortés los mandó prender, y se retrujeron en la casa de los frailes franciscos Jorge de Albarado y Andrés de Tapia; y todos los mas eran con Cortés, puesto que otros muchos conquistadores se allegaron al factor porque les daba buenos indios, y que andaban á viva quien vence, y que en la casa de la munición de las armas todas las sacó el factor y las mandó llevar á sus palacios, y que la artillería que estaba en la fortaleza y atarazanas las mandó asestar delante de sus casas, é hizo capitán de ella á un don Luis de Guzman, deudo del duque de Medina-Sidonia, y puso por capitán de su guarda á un Artiaga, que ya no se me acuerda el nombre, y para guarda de su persona á un Ginés Nortes y un Pedro Gonzalez Sabiote, y otros soldados que eran de los de Cortés; y mas decía en la carta que escribió Zuazo á Cortés, que mirase que fuese luego á poner recaudo en Méjico, porque, demás de todos estos males y escándalos, había otros peores, que había escrito el factor á su majestad que le habían hallado en su recámara de Cortés un cuño con que marcaba el oro que los indios le traían á escondidas, é que no pagaba quinto dello; y también dijo que porque viese cuál andaba la cosa en Méjico, que porque un vecino de Guacacualco que vino á aquella ciudad á demandar unos indios que en aquel tiempo vacaron por muerte de otro vecino de los que estaban poblados en la villa, por muy secretamente que dijo el vecino de Guacacualco á una mujer donde posaba, que por qué se había casado, que ciertamente era vivo su marido y todos los que fueron con Cortés, y dió causas y razones para ello; como lo supo el factor, que luego le fueron con la parlería, envió por él á cuatro alguaciles, y lo llevaron engarrado á la cárcel, y lo quería mandar ahorcar por revoltoso, hasta que el pobre vecino, que se decía Gonzalo Hernandez, tornó á decir que, como vido llorar á la mujer por su marido, que por la consolar lo había dicho que era vivo, mas que ciertamente todos éramos muertos; y luego le dió los indios que demandaba, y le mandó que no estuviese mas en Méjico y que no dijese otra cosa, porque le mandaría ahorcar; y mas decía en el cabo de su carta, cómo luego de á poco tiempo que había salido de Méjico Cortés había muerto el buen padre fray Bartolomé, que era un santo hombre, y que lo había llorado todo Méjico, y que le habían enterrado con grande pompa en señor Santiago, é que los indios habían estado todo el tiempo desde que murió hasta que le enterraron sin comer bocado, é que los padres franciscos habían predicado á sus honras y enterramiento, y que habían dicho dél que era un santo varón, y que le debían mucho el Emperador, pero mas los indios; pues si al Emperador le había dado aquellos vasallos, como Cortés y los demás conquistadores viejos, á los indios

les habia dado el conocimiento de Dios y ganado sus almas para el cielo; é que habia convertido é bautizado mas de dos mil y quinientos indios en Nueva-España, que así se lo habia dicho el padre fray Bartolomé de Olmedo algunas veces al tal predicador; é que habia hecho mucha falta fray Bartolomé de Olmedo, porque con su autoridad é santidad componia las disensiones é ruidos, y hacia bien á los pobres; é luego decia Zuazo que todo en Méjico estaba perdido, y acababa su carta diciendo: «Esto que aquí escribo á vuestra merced, »pasa así, y dejélos allá, y embarcáronme preso, y trujéronme con grillos aquí donde estoy.» Y después que Cortés la hubo leído, estábamos tan tristes y enojados, así del Cortés, que nos trujo con tantos trabajos, como del factor, y echábamostes dos mil maldiciones, así al uno como al otro, y se nos saltaban los corazones de coraje. Pues Cortés no pudo tener las lágrimas, que con la misma carta se fué luego á encerrar á su aposento, y no quiso que le viésemos hasta mas de mediodía, y todos nosotros aun le dijimos é rogamos que luego se embarcase en tres navios que allí estaban, y que nos fuésemos á la Nueva-España; y él nos respondió muy amorosa y mansamente, y nos dijo: «¡Oh hijos y compañeros míos, que veo por una parte aquel mal hombre del factor, que está muy poderoso, y temo cuando sepa que estamos en el puerto, no haga otras desvergüenzas y atrevimientos aun mas de lo que ha hecho, ó me mate ó ahogue ó eche preso, así á mí como á vuestras personas; yo me embarcaré luego con el ayuda de Dios, y ha de ser solamente con cuatro ó cinco de vuestras mercedes, y tengo de ir muy secretamente á desembarcar á puerto que no sepan en Méjico de nosotros, hasta que desconocidos entremos en la ciudad; y demás desto, Sandoval está en Naco con pocos soldados, y ha de ir por tierra de guerra, en especial por Guatemala, que no está en paz. Conviene que vos, señor Luis Marin, con todos los compañeros que aquí venistes en mi busca, os volvais y os junteis con Sandoval, y se vayan camino de Méjico.» Dejemos esto, y quiero volver á decir que luego que Cortés escribió al capitán Francisco Hernandez, que estaba en Nicaragua, que fué el que enviaba á buscar puerto al Pedro de Garro, y se le ofreció Cortés que haria por él todo lo que pudiese, y le envió dos acémilas cargadas de herraje, porque sabia que tenia falta dello, y tambien le envió herramientas de minas, y ropas ricas para su vestir, y cuatro tazas y jarros de plata de su vajilla, y otras joyas de oro; lo cual entregó á un hidalgo que se decia Fulano de Cabrera, que fué uno de los cinco soldados que fueron con nosotros en busca de Cortés; y este Cabrera fué después capitán de Venalcázar, y fué muy esforzado capitán y extremado hombre por su persona, natural de Castilla la Vieja; el cual fué maestro de campo de Blasco Nuñez Vela, é murió en la misma batalla que murió el Virey. Quiero dejar cuentos viejos, y quiero decir que como yo vi que Cortés se habia de ir á la Nueva-España por la mar, le fui á pedir por merced que en todo caso me llevase en su compañía, y que mirase que en todos sus trabajos y guerras me habia hallado siempre á su lado y le habia ayudado, y que agora era tiempo que yo conociese dél si tenia respeto á los servicios que yo le habia hecho, y

amistad y ruego presente. Entonces me abrazó y medijo: «Pues si os llevo conmigo, ¿quién irá con Sandoval? Ruegos, hijo, que vais con vuestro amigo Sandoval; que yo os prometo y empeño estas barbas yo os haga muchas mercedes, que bien os lo debo antes de ahora.» En fin, no aprovechó cosa ninguna, que no me dejó ir consigo. Tambien quiero decir cómo estando que estábamos en aquella villa de Trujillo, un hidalgo que se decia Rodrigo Mañueco, maestresala de Cortés, hombre de palacio, por dar contento y alegría á Cortés, que estaba muy triste, y tenia razon, apostó con otros caballeros que subiria armado de todas armas á una casa que nuevamente habian hecho los indios de aquella provincia para Cortés, segun lo he declarado en el capitulo que dello habla, las cuales casas estaban en un cerro algo alto; y subiendo armado, reventó al subir de la cuesta, y murió dello; y ausimismo, como vieron ciertos hidalgos de los que halló Cortés en aquella villa que no les dejaba cargos, como ellos quisieran, estaban revolviendo bandos, é Cortés lo apaciguó con decir que los llevaria en su compañía á Méjico, é que allá les daria cargos honrosos. Y dejémoslo aquí, y diré lo que Cortés mas hizo, y es, que mandó á un Diego de Godoy, que habia puesto por capitán en el Puerto de Caballos, con ciertos vecinos que estaban malos, y no se podian valer de pulgas y mosquitos y no tenian con qué se mantener, que todas estas miserias tenian, que se pasasen á Naco, pues era buena tierra, é que nosotros nos fuésemos con el capitán Luis Marin camino de Méjico, é si hubiese lugar, que fuésemos á ver la provincia de Nicaragua, para demandalla á su magestad en gobernacion el tiempo andando, si aportase á Méjico; y después que Cortés nos abrazó y nosotros á él, y le dejamos embarcado, se fué á la vela para su via de Méjico, y nosotros partimos para Naco, y muy alegres en saber que habiamos de caminar la via de Méjico; y con muy gran trabajo é falta de comida llegamos á Naco, y Sandoval se bologó con nosotros, y cuando llegamos, ya el Pedro de Garro, con todos sus soldados, se habia despedido del Sandoval, y se fué muy gozoso á Nicaragua á dar cuenta á su capitán Francisco Hernandez de lo que habia concertado con Sandoval; y luego otro dia que llegamos á Naco nos partimos y fuimos camino de Méjico, y los soldados de la compañía de Garro que habian ido con nosotros á Trujillo se fueron camino de Nicaragua con el presente y carta que Cortés enviaba á Francisco Hernandez. Dejé de decir de nuestro camino, y diré lo que sobre el presente sucedió á Francisco Hernandez con el gobernador Pedro Arias de Avila.

CAPITULO CLXXXVI.

Cómo fueron por la posta dando Nicaragua ciertos amigos del Pedro Arias de Avila á hacelle saber cómo Francisco Hernandez, que envió por capitán á Nicaragua, se cartaba con Cortés y se le habia alzado con las provincias de Nicaragua, y lo que sobre ello Pedro Arias hizo.

Como un soldado que se decia Fulano Garabito, y un compañero, y otro que se decia Zamorano eran íntimos amigos de Pedro Arias de Avila, gobernador de Tierra-Firme, vieron que Cortés habia enviado presentes á Francisco Hernandez, y habian entendido que Pedro

de Garro y otros soldados hablaban secretamente con el Francisco Hernandez, y tuvieron sospecha que quería dar aquellas provincias á tierras á Cortés; y demás desto, el Garabito era enemigo de Cortés, porque siendo mancebos, en la isla de Santo Domingo el Cortés le habia acuchillado sobre amores de una mujer; y cómo el Pedro Arias lo alcanzó, por cartas y mensajeros, á saber, viene mas que de paso con gran copia de soldados á pie y á caballo, y prende al Francisco Hernandez; é ya el Pedro de Garro, como alcanzó á saber que venia el Pedro Arias, y muy enojado contra él, de presto se huyó y se vino á nosotros, y si el Francisco Hernandez quisiera venir, tiempo tuvo para hacer lo mismo, y no quiso, creyendo que Pedro Arias lo hiciera de otra manera con él, porque habian sido muy grandes amigos; y después que el Pedro Arias hubo hecho proceso contra el Francisco Hernandez, y halló que se le alzaba por sentencia, le degolló en la misma villa donde estaba poblado, y en esto paró la venida de Garro y los presentes de Cortés. Y dejarlo he aquí, y diré cómo Cortés volvió al puerto de Trujillo con tormenta, y lo que mas pasó.

CAPITULO CLXXXVII.

Cómo yendo Cortés por la mar la derrota de Méjico tuvo tormenta, y dos veces tornó arriba al puerto de Trujillo, y lo que allí le avino.

Pues como dicho tengo en el capítulo pasado que Cortés se embarcó en Trujillo para ir á Méjico, pareció ser tuvo tormentas en la mar, unas veces con viento contrario, é otra vez se le quebró el mástil del trinquete y mandó arribar á Trujillo; y como estaba flaco y mal dispuesto y quebrantado de la mar, y muy temeroso de ir á la Nueva-España, por temor no le prendiese el factor, parecióle que no era bien ir en aquella sazón á Méjico; y desembarcado en Trujillo, mandó á fray Juan, que se habia embarcado con Cortés, que dijese misas al Espíritu Santo é hiciese procesion y rogativas á nuestro Señor Dios y á santa María nuestra Señora la Virgen, que le encaminase lo que mas fuese para su santo servicio; y pareció ser el Espíritu Santo le alumbró de no ir por entonces aquel viaje, sino que conquistase y poblase aquellas tierras; y luego sin mas dilacion envió por la posta á mata-caballo tres mensajeros tras nosotros, que ibamos camino de Méjico, é nos envió sus cartas rogándonos que no pasásemos mas adelante, y que conquistásemos y poblásemos la tierra, porque el santo Angel de su guarda se lo ha alumbrado y puesto en el pensamiento, y que él así lo piensa hacer. Y cuando vimos la carta y que tan de hecho lo mandaba, no lo pudimos sufrir y le echábamos mil maldiciones, y que no hubiese ventura en todo cuanto pusiese mano, pues así nos habia echado á perder; y demás desto, dijimos todos á una al capitán Sandoval que si quería poblar, que se quedase con los que quisiese, que harto conquistados y perdidos nos traia, y que jurábamos que no le habíamos de aguardar mas, sino irnos á las tierras de Méjico, que ganamos; y ansimismo el Sandoval era de nuestro parecer; y lo que con nosotros pudo acabar fué, que le escribiésemos por la posta con los mismos sus mensajeros que nos trajeron las cartas,

dándole á entender nuestra voluntad; y en pocos dias recibió nuestras cartas con firmas de todos; y las respuestas que á ellas nos dió, fué ofrecerse en gran manera á los que quisiésemos quedar á poblar aquella tierra, y en cabo de aquella carta traia una cortapisa que decia que si no le querian obedecer como lo mandaba, que en Castilla y en todas partes habia soldados. Y de que aquella respuesta vimos, todos nos queriamos ir camino de Méjico é perdelle la vergüenza; y como aquello vió Sandoval, muy afectuosamente y con grandes ruegos nos importunó que aguardásemos algunos dias, que él en persona iria á hacer embarcar á Cortés; y le escribimos en respuesta de la carta, que ya habia de tener compasion y otro miramiento del que tiene, de habernos traído de aquella manera, y que por su causa nos han robado y vendido nuestras haciendas y tomado los indios; y los mas soldados que allí con nosotros estaban, que eran casados, dijeron que ni sabian de sus mujeres é hijos; y le suplicamos todos que luego se volviese á embarcar y se fuese camino de Méjico; porque, así como dice que hay soldados en Castilla y en todas partes, que tambien sabe que hay gobernadores y capitanes puestos en Méjico, é que do quiera que llegáremos nos darán nuestros indios aunque les pese, y no le estaremos á Cortés aguardando que por su mano nos los dé; y luego fué Sandoval, y llevó en su compañía á un Pedro de Saucedo el romo, y á un herrador que se decia Francisco Donaire, y llevó consigo su buen caballo, que se decia Motilla, y juró que habia de hacer embarcar á Cortés y que se fuese á Méjico. Y porque he traído aquí á la memoria del caballo Motilla, fué de mejor carrera y revuelto, y en todo de buen parecer, castaño oscuro, que hubo en la Nueva-España; y tanto fué de bueno, que su majestad tuvo noticia dél, y aun el Sandoval se lo quiso enviar presentado. Dejemos de hablar del caballo Motilla, y volvamos á decir que Sandoval me demandó á mí mi caballo, que era muy bueno, así de juego como de carrera y de camino, y este caballo hube en seiscientos pesos, que solia ser de un Abalos, hermano de Saavedra, porque otro que truja me le mataron en una entrada de un pueblo que se dice Zulaco, que me habia costado en aquella sazón sobre seiscientos pesos; y el Sandoval me dió otro de los suyos á trueco del que le di, que no me duró el que me dió dos meses, que tambien me lo mataron en otra guerra; y no me quedó sino un potro muy ruin que habia mercado de los mercaderes que vinieron de Trujillo, como otras veces he dicho en el capítulo que dello habia. Volvamos á nuestra relacion, y dejemos de contar de las averías de caballos y de mi trabajo, é que antes que Sandoval de nosotros partiese, nos habló á todos con mucho amor y dejó á Luis Marin por capitán, y nos fuimos luego á unos pueblos que se dicen Marayani, y desde allí á otro pueblo que en aquella sazón era de muchas casas, que se decia Acalteca, y que allí esperásemos la respuesta de Cortés; y en pocos dias llegó Sandoval á Trujillo, y se holgó mucho el Cortés de ver al Sandoval, y como vió lo que le escribiamos, no sabia qué consejo tomar, porque ya habia mandado á su primo Saavedra, que era capitán, que fuese con todos los soldados á pacificar los pueblos que estaban de guerra; y

por mas palabras é importunaciones que el Sandoval dijo á Cortés y Pedro de Saucedo el romo y el fray Juan de Varillas, que tambien deseaba volverse á Méjico para ver qué dejó ordenado fray Bartolomé, é si habian venido mas frailes de su hábito, nunca se quiso embarcar Cortés; y lo que pasó diré adelante.

CAPITULO CLXXXVIII.

Como Cortés envió un navío á la Nueva-España, y por capitan dél á un criado suyo que se decia Martin de Orantes, y con cartas y poderes para que gobernase Francisco de las Casas y Pedro de Albarado si ahí estuviesen, y si no, el Alonso de Estrada y el Alborno.

Pues como Gonzalo de Sandoval no pudo acabar que Cortés se embarcase, sino que todavía quiso conquistar y poblar aquella tierra, que en aquella sazón era bien poblada y habia fama de minas de oro, fué acordado por Cortés é Sandoval que luego sin mas dilacion enviase un navío á Méjico con un criado suyo que se decia Martin de Orantes, hombre diligente, que se podia fiar dél cualquier negocio de importancia, y fuese por capitan del navío, y llevó poderes para Pedro de Albarado y Francisco de las Casas, si estuviesen en Méjico, para que fuesen gobernadores de la Nueva-España hasta que Cortés fuese; y si no estaban en Méjico, que gobernase el tesorero Alonso de Estrada y el contador Alborno, segun y de la manera que les habia de antes dado el poder; y revocó los poderes del factor y veedor, y escribió muy amorosamente, así al tesorero como á Alborno, puesto que supo de las cartas contrarias que hubo escrito á su majestad contra Cortés; y tambien escribió á todos sus amigos de los conquistadores, y mandó al Martin de Orantes que fuese á desembarcar á una bahía entre Pánuco y la Veracruz; y así se lo mandó Cortés al piloto y marineros, y aun se lo pagó muy bien, y que no echasen en tierra otra persona, salvo al Martin de Orantes, y que luego en echándolo en tierra, alzase anclas y diesen velas y se fuesen á Pánuco. Pues ya dando uno de los mejores navíos de los tres que allí estaban, y metido matalotaje, y después de haber oido misa, dan velas, y quiere nuestro Señor dalles tan buen tiempo, que en pocos dias llegaron á la Nueva-España, y vanse derechamente á la bahía cerca de Pánuco, la cual bahía sabia muy bien el Martin de Orantes; y como saltó en tierra, dando muchas gracias á Dios por ello, luego se disfrazó el Martin de Orantes porque no le conociesen, y quitó sus vestidos, y tomó otros como de labrador, porque así le fué mandado por Cortés, y aun llevó hechos los vestidos de Trujillo; y con todas sus cartas y poderes bien liados en el cuerpo, de manera que no hiciesen bulto, iba á mas andar por su camino á pié, que era sueto peon, á Méjico, y cuando llegaba á los pueblos de indios donde habia españoles, metiase entre los indios por no tener pláticas, no le conociesen los españoles; é ya que no podia menos de tratar con españoles, no le podia conocer, porque ya habia dos años y tres meses que salimos de Méjico y le habian crecido las barbas, y cuando le preguntaban algunos cómo se llamaba, adónde iba ó venia, que acaso no podia menos de responderles, decia que se decia Juan de Flechilla é que era labrador; por manera que en cuatro dias que salió del

navío, entró en Méjico de noche y se fué á la casa de los frailes de señor san Francisco, donde halló muchos retraidos, y entre ellos á Jorge de Albarado y á Andrés de Tapia, y á Juan Nuñez de Mercado é á Pedro Moreno Medrano, y á otros conquistadores y amigos de Cortés; y como vieron al de Orantes y supieron que Cortés era vivo, y vieron sus cartas, no podian estar de placer los unos é los otros, y saltaban y bailaban; pues los frailes franciscos, y entre ellos fray Toribio Motolina y un fray Domingo Altamirano, daban todos saltos de placer y muchas gracias á Dios por ello, y luego sin mas dilacion cierran todas sus puertas del monasterio, porque ninguno de los traidores, que habia muchos, fuesen á dar mandado ni hubiesen pláticas sobre ello; y á media noche lo hacen saber al tesorero y al contador Alborno y á otros amigos de Cortés; y así como lo supieron, sin hacer ruido, vinieron á San Francisco y vieron los poderes que Cortés les enviaba, y acordaron sobre todas cosas de ir á prender al factor; y toda la noche se les fué en apercebir amigos é armas para otro dia por la mañana le prender, porque el veedor en aquel tiempo estaba sobre el peñol de Coatlan; y como amaneció, fué el tesorero con todos los del bando de Cortés, y el Martin de Orantes con ellos, porque le conociesen y se alegrasen; y fueron á las casas del factor diciendo: «Viva, viva el Rey nuestro señor, y Hernando Cortés en su real nombre, que es vivo é viene agora á esta ciudad, é yo soy su criado Orantes;» y como oian aquel ruido los vecinos, y tan de mañana oian decir «Viva el Rey», todos acudieron, como eran obligados, á tomar armas, creyendo que habia alguna otra cosa, para favorecer las cosas de su majestad; y después que oyeron decir que Cortés era vivo é vieron al Orantes, se holgaban; y luego se juntaron con el tesorero para ayudalle muchos vecinos de Méjico, porque, segun pareció, el contador no ponía en ello mucho calor; antes le pesaba y andaba doblado, hasta que el Alonso de Estrada se lo repudió, y aun sobre ello tuvieron palabras muy sentidas y feas, que no le contentaron mucho al contador; é yendo que iban á las casas del factor, ya estaba muy apercebido; que luego lo supo, que le avisó dello el mismo contador cómo le iban á prender; y mandó asestar su artillería delante de sus casas, y era capitan della don Luis de Guzman, primo del duque de Medina-Sidonia, y tenia sus capitanes apercebidos con muchos soldados; decianse los capitanes Artiaga y Ginés y Pedro Gonzalez; y así como llegó el tesorero y Jorge de Albarado y Andrés de Tapia é Pedro Moreno, con todos los demás conquistadores, y el contador, aunque flojamente y de mala gana, con todas sus gentes, apellidando: «Aquí del Rey, y Hernando Cortés en su real nombre;» les comenzaron á entrar, unos por las azuteas, y otros por las puertas de los aposentos y por otras dos partes. Todos los que eran de la parte del factor desmayaron, porque el capitan de la artillería, que fué don Luis de Guzman, tiró por su parte, é los artilleros por la suya, y desmampararon los tiros; pues el capitan Artiaga dió prisa en se esconder, y el Ginés Nortes se descolgó y echó por unos corredores abajo; que no quedó con el factor sino Pedro Gonzalez Sabiote y otros cuatro criados del factor; y como se vió desmamparado, el mismo factor to-

mó un tizon para poner fuego á los tiros; mas diéronle tanta prisa, que no pudo mas, y allí le prendieron y le pusieron guardas, hasta que hicieron una red de maderos gruesos y le metieron dentro, y allí le daban de comer, y en esto paró la cosa de su gobernacion; y luego hicieron mensajeros á todas las villas de la Nueva-España, dando relacion de todo lo acaecido; y estando desta manera, á unas personas les placia, y á los que el factor habia dado indios y cargos les pesaba. Y fué la nueva al peñol de Coatlan y á Guazaca, donde estaba el veedor; y como lo supo él y sus amigos, fué tan grande la tristeza y pesar que tomó, que luego cayó malo, y dejó el cargo de capitán á Andres de Monjaraz, que estaba malo de bubas, ya otra vez por mí nombrado, y se vino en posta á la ciudad de Tezcuco y se metió en el monasterio de san Francisco; y como el tesorero y el contador, que ya eran gobernadores, lo supieron, le enviaron á prender allí en el monasterio; porque antes que se viniese el veedor habia enviado alguaciles con mandamientos y soldados á le prender do quiera que le hallasen, y aun á quitarle el cargo de capitán; y como supieron los alguaciles que estaba en Tezcuco, le sacaron del monasterio y le trujeron á Méjico, y le echaron en otra jaula como al factor; y luego en posta envian mensajeros á Guatimala, á Pedro de Albarado, y le hacen saber de la prision del factor y veedor; y como Cortés estaba en Trujillo, que no es muy lejos de su conquista, que fue luego en su busca y le hiciese venir á Méjico, y le dieron cartas y relacion de todo lo por mí arriba dicho, segun y de la manera que pasó. Y demás desto, la primera cosa que el tesorero hizo, fue mandar honrar á Juana de Mansilla, que habia mandado azotar el factor por hechicera; y fué desta manera, que mandó cabalgar á caballo á todos los caballeros de Méjico, y el mismo tesorero la llevó á las ancas de su caballo por las calles de Méjico, y decia que como matrona romana hizo lo que hizo, y la volvió en su honra de la afrenta que el factor la habia hecho; y con mucho regocijo la llamaron de allí adelante doña Juana de Mansilla, y dijeron que era digna de mucho loor, pues no la pudo hacer el factor que se casase ni dijese menos de lo que primero habia dicho, que su marido y Cortés y todos éramos vivos.

CAPITULO CLXXXIX.

Cómo el tesorero, con otros muchos caballeros, rogaron á los frailes franciscos que enviasen á un fray Diego de Altamirano, que era deudo de Cortés, que fuese en un navio á Trujillo y lo hiciese venir, y lo que sucedió.

Como el tesorero y otros caballeros de la parte de Cortés vieron que convenia que luego viniese Cortés á la Nueva-España, porque ya se comenzaban bandos, y el contador no estaba de buena voluntad para que el factor ni el veedor estuviesen presos, y sobre todo, temia el contador á Cortés en gran manera cuando supiese lo que habia escrito dél á su majestad, segun lo tengo ya dicho en dos partes, en los capitulos pasados que dello habian, acordaron de ir á rogar á los frailes franciscos que diesen licencia á fray Diego Altamirano que en un navio que le tenían presto y bien bestecido, y con buena compañía, fuese á Trujillo é hiciese venir á Cortés; porque aqueste religioso era su pariente,

y hombre que antes que se metiese fraile habia sido soldado é hombre de guerra, y sabia de negocios, y los frailes lo hubieron por bien, y el fraile Altamirano, que lo tenia en voluntad. Dejemos de hablar en el viaje del fraile, que se está apercibiendo, y diré que, como el factor y veedor estaban presos, y pareció ser que, como dicho tengo otras veces, el contador andaba muy doblado y de mala voluntad, y viendo que las cosas de Cortés se hacian prósperamente; y como el factor solia tener por amigos á muchos hombres bandoleros que siempre quisieron cuestiones y revueltas, y porque tenian buena voluntad al factor y al Chirinos, porque les daban pesos de oro é indios, acordaron de se juntar muchos dellos, y aun algunas personas de calidad y de todos jaeces, y tenian concertado de soltar al factor y al veedor, y de matar al tesorero y á los carceleros, y dicen que lo sabia el contador é se holgaria mucho dello; y para ponello en efecto hablaron muy secretamente á un cerrajero que hacia ballestas, que se decia Guzman, hombre soez, que decia gracias y chocarrias; y le dijeron muy secreto que les hiciese unas llaves para abrir las puertas de la cárcel y de las redes donde estaba el factor y el veedor, y que se lo pagarian muy bien, y le dieron un pedazo de oro en señal de la hechura de las llaves, y le previnieron y dijeron y encargaron que mirase que lo tuviese en muy secreto; y el cerrajero dijo con palabras muy halagüeñas é alegres que le placia, y que hubiesen ellos mas secreto de lo que mostraban, pues aquel caso en que tanto iba, se lo descubrieron á él, sabiendo quién era, que no lo descubriesen á otros, y que se holgaba que el factor y veedor saliesen de la prision; y preguntándoles que quién y cuántos eran en el negocio, é adónde se habian de llegar cuando fuesen á hacer aquella buena obra, é qué dia é qué hora, y todo se lo decian muy claramente, segun lo tenian acordado; y comenzó á forjar unas llaves segun la forma de los moldes que le traian para hacerlas, y no para que las hiciese perfectas ni podrian abrir con ellas, y esto hacia adrede, porque fuesen y viniesen á su tienda á la obra de las llaves para que las hiciese buenas, y entre tanto saber mas de raíz el concierto que estaba hecho; y mientras mas se dilató la hechura de las llaves, mejor lo alcanzó á saber; y venido el dia que habian de ir con sus llaves, que ya habia hecho buenas, y todos puestos á punto con sus armas, fué el cerrajero de presto en casa del tesorero Alonso de Estrada y le da relacion dello, y sin mas dilacion, cuando lo supo el tesorero, envia secretamente á apercibir á todos los que eran del bando de Cortés, sin hacerle saber al contador, y van á la casa donde estaban recogidos los que habian de soltar al factor, y de presto prenden hasta veinte hombres de los que estaban armados, y otros se huyeron, que no se pudieron haber; y hecha la pesquisa á que se habian juntado, hallóse que era para soltar á los por mí nombrados y matar al tesorero; y allí tambien se supo que el contador lo habia por bien, y cómo habia entre ellos tres ó cuatro hombres muy revoltosos y bandoleros, y en todas las zizanas y revueltas que en Méjico en aquella sazón habian pasado se habian hallado, y aun el uno dellos habia hecho fuerza á una mujer de Castilla. Después que se

hizo proceso contra ellos, el cual hizo un bachiller que se decía Ortega, que estaba por alcalde mayor y era de su tierra de Cortés, sentenció los tres dellos á ahorcar y á otros á azotar, y decíanse los que ahorcaron, el uno Pastrana y el otro Valverde y el otro Escobar, y los que azotaron no me acuerdo sus nombres; y el cerrajero se entendió por muchos días, que hubo miedo no le matase la parcialidad del factor por haber descubierto aquello que con tanto secreto se lo dijeron. Dejemos de hablar en esto, pues que ya son muertos, y aunque vaya tan gran salto, como diré, fuera de nuestra relacion, tambien lo que agora diré viene á coyuntura, y es que, como el factor hubo enviado la nao con todo el oro que pudo haber para su majestad, según dicho tengo en los capítulos pasados, y escribió á su majestad que Cortés era muerto, y como se le hicieron las honras, y hizo saber otras cosas que le convenian, y enviaba á suplicar á su cesárea majestad que le hiciese merced de la gobernation; pareció ser que en la misma nao que él envió sus despachos iban otras cartas muy encubiertas, que el factor no pudo saber dellas; las cuales cartas eran para su majestad, y que supiese todo lo que pasaba en la Nueva-España y de las injusticias y cosas atroces que el factor y veedor habian hecho; y demás desto, ya tenia su majestad relacion dello por parte de la audiencia real de Santo Domingo y de los frailes jerónimos, cómo Cortés era vivo y que estaba sirviendo á su real corona en conquistar y poblar la provincia de Honduras; y de que los del real consejo de las Indias y el comendador de Leon lo supieron, lo hicieron saber á su majestad; y entonces dicen que dijo el Emperador nuestro señor. «Mal hecho ha sido todo lo que han hecho en la Nueva-España en se haber levantado contra Cortés, y mucho me han deservido; pues es vivo (téngole por tal), serán castigados por justicia los malhechores en llegando que llegue á Méjico.» Volvamos á nuestra relacion, y es, que el fraile Altamirano se embarcó en el puerto de la Veracruz, según estaba acordado, y con buen tiempo en pocos días llegó al puerto de Trujillo, donde estaba Cortés; y cuando los de la villa y Cortés vieron un navío poderoso venir á la vela hácia el puerto, luego pensaron lo que fué, que venia de la Nueva-España para llevar á Méjico. Y como hubo tomado puerto, y salió el fraile á tierra muy acompañado de los que traia en su compañía, y Cortés conoció algunos dellos que habia visto en Méjico, todos le fueron á besar las manos, y el fraile le abrazó, y con palabras muy santas y buenas se fueron á la iglesia á hacer oracion, y dende allí á los aposentos, adonde el padre fray Diego Altamirano le dijo que era su primo, y le contó lo acaecido en Méjico, según mas largamente lo tengo escrito, y lo que Francisco de las Casas habia hecho por Cortés, y cómo era ido á Castillo; todo lo cual que le dijo el fraile, lo sabia Cortés por la carta del licenciado Zuazo, como dicho tengo en el capítulo que dello habla; y Cortés mostró gran sentimiento dello, y dijo que, pues nuestro Señor Dios fué servido que aquello pasase, que le daba muchas gracias por ello y por estar Méjico ya en paz, y que él se quería ir luego por tierra, porque por la mar no se atrevia, porque, como se hubo embarcado la otra vez dos veces, y no pudo navegar porque las aguas vienen

muy corrientes y contrarias, y habia de ir siempre con trabajo, y tambien como estaba flaco. Luego le dijeron los pilotos que en aquel tiempo era en el mes de abril, y que no hay corrientes y es la mar bonanza; por manera que acordó de embarcarse; y no se pudo hacer luego á la vela, hasta que viniese el capitán Gonzalo de Sandoval, que le habia enviado á unos pueblos que se dicen Olancho, que estaban de allí hasta cincuenta y cinco leguas, porque habia ido pocos días habia á echar de aquella tierra un capitán de Pedro Arias de Avila, que se decía Rójas, el que habia enviado Pedro Arias á descubrir tierras y buscar minas dende Nicaragua, después que hubo degollado al Francisco Hernandez, como dicho tengo; porque, según pareció, los indios de aquella provincia de Olancho se vinieron á quejar á Cortés cómo muchos soldados de los de Nicaragua les tomaban sus hijas y sus mujeres, y les robaban sus gallinas y todo lo que tenían; y el Sandoval fué con brevedad, y llevó sesenta hombres, y quiso prender al Rójas, y por ciertos caballeros que se metieron de por medio de la una parte y de la otra, los hicieron amigos, y aun le dió el Rójas al Sandoval un indio paje para que le sirviese; y luego en aquella sazón llegó la carta de Cortés al Sandoval para que luego sin mas dilacion se viniese con todos sus soldados, y le dió relacion de cómo vino el fraile, y todo lo acaecido en Méjico; y como lo entendió, hubo mucho placer y no via la hora que dar vuelta, y vino en posta después de haber echado de allí al Rójas; y luego Cortés, como vido al Sandoval, hubo mucho placer, é de sus instrucciones al capitán Saavedra, que quedaba por su teniente en aquella provincia, y lo que tenia de hacer; y escribió al capitán Luis Marin y á todos nosotros que luego nos fuésemos camino de Guatimala, y nos hizo saber todo lo acaecido en Méjico, según y de la manera que aquí se hace mencion, y lo de la venida del fraile, y de la prision del factor y veedor, según y como aquí va declarado; y tambien mandó que el capitán Godoy, que quedaba en Puerto de Caballos pobado, se pasase á Naco con toda su gente; las cuales cartas dió á Saavedra para que con gran diligencia nos las enviase, y el Saavedra no quiso encaminarlas, por malicia, y se descuidó, y supimos que de hecho no quiso dallas; que nunca supimos dellas. Y volviendo á nuestra relacion: Cortés se confesó con su confesor fray Juan, y recibió al cuerpo de Cristo una mañana, porque, como estaba tan malo, temia morir; é se embarcó con todos sus amigos, y con buen tiempo llegó en el paraje de la Habana, y porque le hizo mejor tiempo que para la Nueva-España, fué al puerto; con el cual se holgaron todos los vecinos de la Habana sus conocidos, y tomaron refresco; y supo nuevas, de un navío que habia pocos días que habia aportado é venido de la Nueva-España, que estaba en paz é asegado Méjico, y que el peñol de Coatlan, como supieron los indios que en él estaban hechos fuertes y daban guerra á los españoles, que Cortés y los conquistadores éramos vivos, vinieron de paz al tesoro de debajo de ciertas condiciones; y pasará adelante.

CAPITULO CXG.

Cómo Cortés se embarcó en la Habana para ir á la Nueva-España, y con buen tiempo llegó á la Veracruz, y de las alegrías que todos hicieron con su venida.

Como Cortés hubo descansado en la Habana cinco dias, no via la hora que estar en Méjico, y luego mandó embarcar toda su gente y se hacen á la vela, y en doce dias, con buen tiempo, llegó cerca del puerto de Medellín, enfrente de la isla de Sacrificios, y allí mandó anclar los navios por aquella noche, é acordó con veinte soldados sus amigos que saltaron en tierra, y vanse á pié obra de media legua junto á San Juan de Ulúa, que así se llamaba, é quiso su ventura que toparon una arria de caballos que venia á aquel puerto de Ulúa con ciertos pasajeros para se embarcar para Castilla, é vase Cortés á la Veracruz en los caballos ó mulos de la arria, que serian cinco leguas de andadura, y mandó que no fuesen ningunos á avisar cómo venia; y antes que amaneciese con dos horas llegó á la villa, y fué derecho á la iglesia, que estaba abierta la puerta, y se metió dentro en ella con toda su compañía; y como era muy de mañana, vino el sacristan, que era nuevamente venido de Castilla, y como vió la iglesia toda llena de gente forastera, y no conocia á Cortés ni á los que con él estaban, salió dando voces á la calle, llamando á la justicia, que estaban en la iglesia muchos hombres forasteros, para que les mandasen salir della; y á las voces que dió el sacristan, vino el alcalde mayor é otros alcaldes ordinarios, con tres alguaciles é otros muchos vecinos con armas, pensando que era otra cosa, y entraron de repente y comenzaron á decir con palabras airadas que saliesen de la iglesia; y como Cortés estaba llano del camino, no le conocieron hasta que le oyeron hablar, é por los hábitos blancos conocieron á fray Juan de las Varillas, aunque él los traia bien sucios de la mar; y como vieron que era Cortés, vanle todos á besar las manos y darle la buena venida; pues á los conquistadores que vivian en aquella villa Cortés los abrazaba y los nombraba por sus nombres, qué tales estaban, y les decia palabras amorosas; y luego se dijo misa, y le llevaron á aposentar en las mejores casas que habia de Pedro Moreno Medrano, y estuvo allí ocho dias, y le hicieron muchas fiestas y regocijos, y luego por la posta envian mensajeros á Méjico á decir cómo habia llegado; y Cortés escribió al tesorero y al contador, puesto que supo que no era su amigo el contador, y á todos sus amigos y al monasterio de San Francisco; de las cuales nuevas todos se alegraron; y como lo supieron todos los indios de la redonda, traíente presentes de oro y mantas, y cacao y gallinas y frutas, y luego se partió de Medellín; é yendo por su jornada, le tenian el camino limpio, y hechos aposentos con grandes enramadas é con mucho bastimento para Cortés y todos los que iban en su compañía. Pues saber yo decir lo que los mejicanos hicieron de alegrías, que se juntaron con todos los pueblos de la redonda de la laguna, y le enviaron al camino gran presente de joyas de oro y ropa é gallinas, y todo género de frutas de la tierra que en aquella sazón habia, y le enviaron á decir que les perdona, por ser de repen-

te su llegada, que no le envian mas; que de que vaya á su ciudad harán lo que son obligados, y le servirán como á su capitan que los conquistó y los tiene en justicia; y de aquella misma manera vinieron otros pueblos. Pues la provincia de Tlascala no se olvidó mucho, que todos los principales le salieron á recibir con danzas y bailes y regocijos y muchos bastimentos, y después llegó á obra de tres leguas de la ciudad de Tezcuco, que es casi aquella ciudad tamaña poblacion con sus sujetos como Méjico; de allí salió el contador Albornoz, que á aquel efeto habia venido para recibir á Cortés por estar bien con él, que le temia en gran manera; y juntó muchos españoles de todos los pueblos de la redonda, y con los que estaban en su compañía y los caciques de aquella ciudad, con grandes invenciones de juegos y danzas, fueron á recibir á Cortés mas de dos leguas; con lo cual se holgó; y cuando llegó á Tezcuco le hicieron otro gran recibimiento, y durmió allí aquella noche; y otro dia de mañana fué camino de Méjico, y escribióle el tesorero y el cabildo, y todos los caballeros y conquistadores amigos de Cortés, que se detuviesen en unos pueblos dos leguas de Tenustitlan, Méjico; que bien pudiera entrar aquel dia, y que lo dejase para otro dia por la mañana, porque gozasen todos del gran recibimiento que le hicieron; y salió el tesorero con todos los conquistadores y caballeros y cabildo de aquella ciudad, y todos los oficiales en ordenanza, y llevaron los mas ricos vestidos y calzas y jubones que pudieron, con todo género de instrumentos; y los caciques mejicanos por su parte con muchas maneras de invenciones de divisas y libreas que pudieron haber; y la laguna llena de canoas, é indios guerreros en ellas, segun y de la manera que solian pelear con nosotros, en el tiempo de Guatemuz, los que salieron por las calzadas. Fueron tantos los juegos y regocijos, que se quedarán por decir, pues en todo el dia por las calles de Méjico todo era bailes y danzas, y después que anocheció muchas lumbres á las puertas. Pues aun lo mejor quedaba por decir, que los frailes franciscos, otro dia después que Cortés hubo llegado, hicieron procesiones, dando muchos loores á Dios por las mercedes que los habia hecho en haber venido Cortés. Pues volviendo á su entrada en Méjico, se fué luego al monasterio de señor san Francisco, adonde hizo decir misas, y daba loores á Dios, que le sacó de los trabajos pasados de Honduras y le trujo á aquella ciudad; y luego se pasó á sus casas, que estaban muy bien labradas, con ricos palacios, y allí era servido y temido de todos como un príncipe; y los indios de todas las provincias le venian á var, y le traian presentes de oro, y aun los caciques del pañol de Coatlan, que se habian alzado, le vinieron á dar la bienvenida y le trujeron presentes; y fué su entrada de Cortés en Méjico por el mes de junio, año de 1524 ó 25; y como Cortés hubo descansado, luego mandó prender á los bandoleros, y comenzó á hacer pesquisas sobre los tratos del factor y veedor; y tambien prendió á Gonzalo de Ocampo ó á Diego de Ocampo, que no sé bien el nombre de pila, que fué al que hallaron los papeles de los libelos infamatorios; y tambien se prendió á un Ocaña, escribano, que era muy viejo, que llamaban cuerpo y alma del

factor; y después que los tuvo presos, tenía pensamiento Cortés, viendo la justicia que para ello había, de hacer proceso contra el factor y veedor; y por sentencia los despachó, y si de presto lo hiciera, no hubiera en Castilla quien dijera: «Mal hizo Cortés;» y su majestad lo tuviera por bien hecho; y esto yo lo oí decir á los del real consejo de Indias, estando presente el señor obispo fray Bartolomé de las Casas, en el año de 1540, cuando yo allá fui sobre mis pleitos, que se descuidó mucho Cortés en ello, y se lo tuvieron á flojedad.

CAPITULO CXCI.

Como en este instante llegó al puerto de San Juan de Ulúa, con tres navios, el licenciado Luis Ponce de Leon, que vino á tomar residencia á Cortés, y lo que sobre ello pasó; é hay necesidad de volver algo atrás para que bien se entienda lo que agora diré.

Ya he dicho en los capítulos pasados las grandes quejas que de Cortés dieron ante su majestad, estando la corte en Toledo; y los que dieron las quejas fueron los de la parte de Diego Velazquez, con todos los por mí nombrados, y tambien ayudaron á ellas las cartas del Albornoz; y como su majestad creyó que era verdad, había mandado al almirante de Santo Domingo que viniese con gran copia de soldados á prender á Cortés y á todos los que fuimos en desbaratar á Narvaez; y tambien he dicho que, como lo supo el duque de Béjar don Alvaro de Zúñiga, que fué á suplicar á su majestad que hasta saber la verdad que nose creyese de cartas de hombres que estaban muy mal con Cortés; é cómo no vino el almirante, é las causas por qué; y cómo su majestad proveyó que viniese un hidalgo que en aquella suzon estaba en Toledo, que se decía el licenciado Luis Ponce de Leon, primo del conde de Alcaudete, y le mandó que le viniese á tomar residencia, y si le hallase culpado en las acusaciones que le pusieron, que le castigase de manera que en todas partes fuese sonada la justicia que sobre ello hiciese; y para que tuviese noticia de todas las acusaciones que acusaban á Cortés, trujo consigo las memorias de las cosas que habían dicho contra Cortés, é instrucciones por donde había de tomar la residencia; y luego se puso en la jornada y viajé con tres navios; que esto no se me acuerda bien, si eran tres ó cuatro, y con buen tiempo que le hizo llegó al puerto de San Juan de Ulúa, y luego se desembarcó y se vino á la villa de Medellín; y como supieron quién era y que venia por juez á tomar residencia á Cortés, luego un mayordomo de Cortés que allí residia, que se decía Gregorio de Villalobos, en posta se lo hizo saber á Cortés, y en cuatro dias lo supo en Méjico; de que se admiró Cortés, que tan de repente le tomaba su venida, porque quisiera sabello mas temprano para irle á hacer la mayor honra y recehimiento que pudiera; y al tiempo que le vinieron las cartas estaba en señor San Francisco, que queria recibir el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, y con mucha humildad rogaba á Dios que en todo le ayudase; y como tuvo las nuevas por muy ciertas, de presto despachó mensajeros para saber quién eran los que venian, y si traian cartas de su majestad; y desde vino la primera nueva dende á dos dias vinieron tres mensajeros que enviaba el licenciado Luis

Ponce de Leon con cartas para Cortés, y una era de su majestad, por las cuales supo que su majestad mandaba que le tomasen residencia; y vistas las reales cartas, con mucho acato é humildad las besó y puso sobre su cabeza, y dijo que recibia gran merced que su majestad le enviase quien le oyese de justicia, y luego despachó mensajeros con respuesta para el mismo Luis Ponce, con palabras sabrosas y ofrecimientos muy mejor dichos que yo lo sabré decir, é que le diese aviso por cuál de los dos caminos queria venir, porque para Méjico había un camino por una parte é otro por un atajo, para que tuviese aparejado lo que convenia para servir á criado de tan alto rey y señor; y desde el licenciado vió las cartas, respondió que venia muy cansado de la mar y que queria reposar algunos dias, y dándole muchas gracias y mercedes por la gran voluntad que mostraba. Pues como algunos vecinos de aquella villa que eran enemigos de Cortés, y otros de los que trujo Cortés consigo de lo de Honduras que no estaban bien con él, que fueron de los que hubo desterrado de Pánuco, y por cartas que luego le escribieron á Luis Ponce, de Méjico, otros contrarios de Cortés, le dijeron que Cortés queria hacer justicia del factor y veedor antes que llegase á Méjico el licenciado; y mas le dijeron, que mirase bien por su persona, que si Cortés le escribió con tantos ofrecimientos, es para saber por cuál de los dos caminos queria venir, que era para despachalle, y que no se fiase de sus palabras ni ofertas; y le dijeron otras muchas cosas de males que decian había hecho Cortés, así á Narvaez como á Garay, y de los soldados que dejaba perdidos en Honduras, y sobre tres mil mejicanos que murieron en el camino, y que un capitan que se decía Diego de Godoy, que dejó allá poblado con obra de treinta soldados, todos dolientes, que creen que serán muertos; é salió verdad así como se lo dijeron, lo de Godoy y soldados; y que le suplicaban que luego en posta fuese á Méjico, y que no curase de hacer otra cosa, é que tomase ejemplo en lo del capitan Narvaez y en lo del adelantado Garay y en lo de Cristóbal de Topia, que no le quiso obedecer, y le hizo embarcar, é se volvió por donde vino; y le dijeron otros muchos daños y desatinos contra Cortés, por ponelle mal con él, y aun le hicieron encreyente que no le obedecería. Y como aquello vió el licenciado Luis Ponce, é traia consigo otros hidalgos, que fueron el alguacil mayor Proaño, natural de Córdoba, y á un su hermano, y á Salazar de la Pedrada, que venia por alcaide de la fortaleza, que murió luego de dolor de costado, y á un licenciado ó bachiller que se decía Marcos de Aguilar, y á un soldado que se decía Bocanegra, de Córdoba, y á ciertos frailes de Santo Domingo, y por provincial dellos un fray Tomás Ortiz, que decian había estado ciertos años por prior en una tierra que llamaban, no me acuerdo el nombre; y deste religioso, que venia por prior, decian todos los que venian en su compañía que era mas desenvuelto para entender en negocios que no para el santo cargo que traia. Pues volviendo á nuestra relacion, el Luis Ponce tomó consejo con estos hidalgos que traia en su compañía si iria luego á Méjico ó no, y todos le aconsejaron que no se parase ni de dia ni de noche, creyendo que era verdad lo que decian de los ma-

les de Cortés; por manera que cuando los mensajeros de Cortés llegaron con otras cartas en respuesta de las que le escribió el licenciado, y mucho refresco que le traían, ya estaba el licenciado cerca de Iztapalapa, donde se le hizo un gran recibimiento con mucha alegría y contento que Cortés tenía con su venida, y le mandó hacer un banquete muy cumplido; y después de bien servidos en la comida de muchos y buenos manjares, dijo Andrés de Tapia, que sirvió en aquella fiesta de maestresala, que por ser cosa de apetito para en aquel tiempo en estas tierras, porque era cosa nueva, que si quería su merced que le sirviesen de natas y requesones; y todos los caballeros que allí comían con el licenciado se holgaron que los trujesen, y estaban muy buenas las natas y requesones, y comieron algunos tanto dellos, que se le revolvió el estómago á uno dellos y rebotó, y este porque comió demasiado dellos, y otros no tuvieron ningun sentimiento de les haber hecho mal ni daño en el estómago; y entonces dijo aquel religioso que venía por prior ó provincial, que se decía fray Tomás Ortiz, que las natas é requesones venían revueltas con rejalar, y que él no las quiso comer por aquel temor; y otros que allí comieron dijeron que vieron comer al fraile dellas hasta hartarse, y había dicho que estaban muy buenas; y por haber servido de maestresala el Tapia, sospecharon lo que nunca por el pensamiento le pasó. Y volvamos á nuestra relacion: que en este recibimiento de Iztapalapa no se halló Cortés, que en Méjico se quedó; mas fama hubo echadiza muy secretamente que enviaba á Luis Ponce un buen presente de tejuelos y barras de oro; esto no lo sé bien ni lo afirmo; otros dijeron que nunca tal pasó. Pues como Iztapalapa está dos leguas de Méjico, y tenía puestos hombres para que le avisasen á qué hora venía á Méjico para salirle á recibir, fué Cortés con toda la caballería que en Méjico había, en que iban el mismo Cortés é Gonzalo de Sandoval, y el tesorero Alonso de Estrada y el contador, y todo el cabildo de Méjico y los conquistadores, y Jorge de Albarado y Gomez de Albarado, porque Pedro de Albarado en aquella sazón no estaba en Méjico, sino en Guatimala, que había ido en busca de Cortés é de nosotros; y salieron otros muchos caballeros que nuevamente habían venido de Castilla; y cuando encontraron á Luis Ponce en la calzada se hicieron grandes acatos entre él é Cortés; y el licenciado Luis Ponce en todo pareció muy bien mirado, que se hizo muy de rogar sobre que Cortés le dió la mano derecha y él no la quería tomar, y estuvieron en cortesías hasta que la tomó; y como entraron en la ciudad, el licenciado iba admirado de la gran fortaleza que en ella había y de las muchas ciudades y poblaciones que había visto en la laguna, y decía que tenía por cierto no haber habido capitán en el universo que con tan pocos soldados hubiese ganado tantas tierras ni haber tomado tan fuerte ciudad; é yendo hablando en esto, se fueron derechos al monasterio de san Francisco, adonde les dijeron misa; y después de acabada la misa, Cortés dijo al licenciado Luis Ponce que presentase las reales provisiones y entendiese en hacer lo que su majestad le mandaba, porque él tenía que pedir justicia contra el factor y vecedor; y respon-

HA-II.

dió que se quedase para otro día; y de allí le llevó Cortés, acompañado de toda la caballería que le había salido á recibir, á aposentar en sus palacios, donde le tenían todo entapizado y una muy solene comida, y servida con tantas vajillas de oro y plata, y con tal concierto, que el mismo Luis Ponce dijo secretamente al alguacil mayor Proaño y á un Bocanegra que ciertamente que parecía que Cortés en todos los cumplimientos y en sus palabras y obras que era de muchos años atrás gran señor. Y dejare de hablar destas loas, pues no hacen á nuestra relacion, y diré que otro día fueron á la iglesia mayor, y después de dicha misa, mandó que el cabildo de aquella ciudad estuviese presente, y los oficiales de la real hacienda y los capitanes y conquistadores de Méjico; y cuando á todos los vió juntos, delante de dos escribanos, y el uno era de los del cabildo y el otro que Luis Ponce traía consigo, presentó sus reales provisiones, y Cortés con mucho acato las besó y puso sobre su cabeza, é dijo que las obedecía como mandamiento é cartas de su rey y señor, é las cumpliría pecho por tierra; y así lo hicieron todos los caballeros conquistadores y cabildo y oficiales de la real hacienda de su majestad; y después que esto fué hecho, tomó el licenciado las varas de la justicia al alcalde mayor y alcaldes ordinarios, y de la hermandad y alguaciles, y como las tuvo en su poder, se las volvió á dar, y dijo á Cortés: «Señor capitán, esta gobernacion de vuesamerced me manda su majestad que tome en mí, no porque deja de ser merecedor de otros muchos y mayores cargos, mas hemos de hacer lo que nuestro rey y señor nos manda.» Y Cortés con mucho acato le dió gracias por ello, y dijo que él siempre está presto para lo que en servicio de su majestad le fuese mandado; lo cual vería muy presto, y conocería cuán lealmente había servido á nuestro rey y señor, por las informaciones y residencia que dél tomaría, y conocería las malicias de algunas personas, que ya le habrán á él ido con consejos y cartas llenas de malicias; y el licenciado respondió que adonde hay hombres buenos tambien hay otros que no son tales, que así es el mundo; que á los que ha hecho buenas obras dirán bien dél, y á los que malas, al contrario; y en esto se pasó aquel día; é otro día, después de haber oído misa, que se le dijo en los mismos palacios donde posaba el licenciado, con mucho acato envió con un caballero á que llamase á Cortés, estando delante el fray Tomás Ortiz, que venía por prior, sin haber otras personas delante, sino todos tres en secreto, con mucho acato le dijo el licenciado Luis Ponce: «Señor capitán, sabrá vuesamerced que su majestad me mandó y encargó que á todos los conquistadores que pasaron desde la isla de Cuba, que se hallaron en ganar estas tierras y ciudad, y á todos los demás conquistadores que después vinieron, que les dé buenos indios en encomienda, y anteponga y favorezca algo mas á los primeros; y esto digno, porque soy informado que muchos de los conquistadores que con vuesamerced pasaron están con pobres repartimientos, y los ha dado á personas que agora nuevamente han venido de Castilla, que no tienen méritos; si así es, no le dió su majestad la gobernacion para este efecto, sino para cumplir sus reales mandos;» y Cortés

48

dijo que á todos habia dado indios, y que la ventura de cada uno era, que á unos cupieron buenos indios y á otros no tales, y que lo podrá emendar, pues para ello es venido, y los conquistadores son merecedores dello; y tambien le preguntó que qué era de los conquistadores que habia llevado á Honduras en su compañía, que cómo los dejaba allá perdidos y muertos de hambre, en especial que le informaron que un Diego de Godoy, que dejó por caudillo de treinta ó cuarenta hombres en Puerto de Caballos, que le habian muerto indios, porque todos estaban muy malos; y así como lo dijeron salió verdad, como adelante diré; y que fuera bueno que, pues habian ganado aquella ciudad y la Nueva-España, que quedaran á gozar el provecho, y á los que habian nuevamente venido de Castilla aquellos llevar á conquistar y poblar; y preguntó por el capitán Luis Marin é por Bernal Diaz del Castillo y por ciertos soldados é los demás soldados que consigo llevó; é Cortés le respondió que para cosas de afrenta y guerras no se atreviera á ir á tierras largas si no llevara soldados conocidos, y que presto vernian á aquella ciudad, porque ya deben de venir camino, y que en todo su merced les ayudase, y les diese buenas encomiendas de indios. Y tambien le dijo el licenciado Luis Ponce algo con palabras ásperas, que cómo habia ido contra el Cristóbal de Oli tan léjos y largos caminos sin tener licencia de su majestad, y dejar á Méjico en condicion de se perder. A esto respondió que como capitán general de su majestad, que le pareció que convenia aquello á su real servicio porque otros capitanes no se alzasen, y que dello hizo primero relacion á su majestad; y demás desto, le preguntó sobre la prision y desbarato de Nurvaez, y de cómo se le perdió la armada y soldados de Francisco de Garay, y de qué murió tan presto, y de cómo hizo embarcar á Cristóbal de Tapia; y le preguntó de otras muchas cosas que aquí no relato; y Cortés á todo le respondió dándole razones muy buenas, de que Luis Ponce en algo parecia que quedaba contento; y todo esto que le preguntaba traia por memoria de Castilla, y de otras muchas cosas que ya le habian dicho en el camino, y en Méjico le habian informado dello: y como á aquestos preguntas que he dicho estaba presente el fray Tomás Ortiz, como las hubieron acabado de decir, se fué Cortés á su posada, y secretamente apartó el fraile á tres conquistadores amigos de Cortés, y les dijo que Luis Ponce queria cortar la cabeza á Cortés, porque así lo traia mandado por su majestad, é á aquel efeto le habia preguntado lo sobredicho; y aun el mismo fraile otro dia muy de mañana de secreto se lo dijo á Cortés por estas palabras: « Señor capitán, por lo mucho que os quiero, y de mi oficio y religion es avisar en tales casos, hágoos, Señor, saber que Luis Ponce trae provisiones de su majestad para os degollar. » Y cuando Cortés esto oyó, é habian pasado los razonamientos por mí dichos, estaba muy penoso y pensativo; y por otra parte le habian dicho que aquel fraile era de mala condicion y bullicioso, y que no le creyese muchas cosas de lo que decia; y segun pareció, dijo el fraile aquellas palabras á Cortés á efeto que le echase por intercesor y rogador que no le ejecutase el tal mandado, y porque le diese por ello algunas barras de

oro. Otras personas dijeron que el Luis Ponce lo dijo por metelle temor á Cortés é le echase rogadores que no le degollase; y como aquello sintió Cortés, respondió al fraile con mucha cortesía y con grandes ofrecimientos, y le dijo que antes tenia creído que su majestad, como cristianísimo rey, que le enviaria á hacer mercedes por sus muchos y buenos y leales servicios que siempre le hizo, y no se hallará deservicio ninguno que haya hecho; y que con esta confianza estaba, y que él tenia al señor Luis Ponce por persona que no saldria de lo que su majestad le mandaba; y como aquello oyó el fraile, y no le rogó que fuese su intercesor para con Luis Ponce, quedó confuso; y diré lo que mas pasó; porque Cortés jamás le dió ningunos dineros de lo que le habia prometido.

CAPITULO CXII.

Cómo el licenciado Luis Ponce, después que hubo presentado las reales provisiones y fué obedecido, mandó pregonar residencia contra Cortés é los que habian tenido cargos de justicia, y cómo cayó malo de mal de modorra y della falleció, y lo que mas le sucedió.

Después que hubo presentado Luis Ponce las reales provisiones, con mucho acato de Cortés y el cabildo y los demás conquistadores fué obedecido; mandó pregonar residencia general contra Cortés y contra los que habian tenido cargo de justicia y habian sido capitanes; y como muchas personas que no estaban bien con Cortés, é otros que tenian justicia sobre lo que pedian, qué priesa se daban de dar quejas de Cortés y de presentar testigos, que en toda la ciudad andaban pleitos; y las demandas que le ponian, unos que no les dió partes de oro, como era obligado, é otros le demandaban que no les dió indios, conforme á lo que su majestad mandaba, y que los dió á criados de su padre Martín Cortés y á otras personas sin méritos, criados de señores de Castilla. Otros le demandaban caballos que les mataron en las guerras, que puesto que habian habido mucho oro de que se les pudiera pagar, que no se les satisfizo por quedarse con el oro. Otros demandaban afrentas de sus personas, que por mandado de Cortés les habian hecho. Volvamos á nuestra residencia, que luego que se comenzó á tomar quiso nuestro Señor Jesucristo que por nuestros pecados y desdicha cayó malo de modorra el licenciado Luis Ponce, y fué desta manera, que viniendo del monasterio de señor san Francisco de oír misa, le dió una muy recia calentura, y echóse en la cama y estuvo cuatro dias amodorrado, sin tener el sentido que convenia, y todo lo mas del dia y de la noche era dormir; y como aquello vieron los médicos que le curaban, que se decian el licenciado Pedro Lopez y el doctor Ojeda y otro médico que él traia de Castilla, todos á una les pareció que se confesase y recibiese los santos Sacramentos, y el mismo licenciado lo tuvo en gran voluntad; y después de recibidos con gran humildad y contricion, hizo testamento, y dejó por su teniente de gobernador al licenciado Márco de Aguilar, que habia traído consigo desde la Española. Otros dijeron que era bachiller, y no licenciado, y que no tenia autoridad para mandar; y dejóle el poder desta manera: que todas las cosas de pleitos y debates y residencias, y la prision del factor y veedor, se estuviese en el estado que lo dejaba hasta que su majestad fuese

subidor de lo que pasaba, y que luego hiciese mensajeros en un navio á su majestad. Y ya hecho su testamento y ordenada su ánima, al noveno día que cayó malo dió la ánima á nuestro Señor Jesucristo, y como hubo fallecido, fueron grandes los lutos y tristezas que todos los conquistadores á una sintieron: como si fuera padre de todos, así lo lloraban, porque ciertamente él venia para remediar á los que hallase que derechamente habian servido á su majestad, y antes que muriese así lo suplicaba; y le hallaron en los capítulos é instrucciones que de su majestad traia, que diese de los mejores repartimientos de indios á los conquistadores, de manera que conociesen mejoría en todo; y Cortés, con todos los mas caballeros de la ciudad, se pusieron luto y le llevaron á enterrar con gran pompa á San Francisco, y con toda la cara que entonces se pudo haber: fué su enterramiento muy solene para en aquel tiempo. Oí decir á ciertos caballeros que se hallaron presentes cuando cayó malo, que, como Luis Ponce era músico y de suyo regocijado, por alegralle le iban á tañer con una vigüela y á dar música, y que mandó que le tañesen una baja, y con los pies estando en la cama hacia sentido en la boca y los meneaba hasta acabarla, y acabada, perdió el habla, que fué todo uno. Pues como fué muerto y enterrado de la manera que dicho tengo, oír el murmurar que en Méjico habia de las personas que estaban mal con Cortés y con Sandoval, que dijeron y afirmaron que le dieron ponzoña con que murió, que así habia hecho al Francisco de Garay; é quien mas lo afirmaba era fray Tomás Ortiz, ya que venia por prior de ciertos frailes que traia en su compañía, que tambien murió de modorra el mismo prior de ahí á dos meses, él y otros frailes; y tambien quiero decir que pareció ser que en el navio en que vino el Luis Ponce, que dió pestilencia en ellos, porque á mas de cien personas que en él venian les dió modorra y dolencia, de que murieron en la mar, y después de desembarcados en la villa de Medellín murieron muchos dellos, y aun de los frailes quedaron muy pocos, y fué fama que aquella modorra cundió en Méjico.

CAPITULO CXIII.

Cómo después que murió el licenciado Ponce de Leon comenzó á gobernar el licenciado Márkos de Aguilar, y las contiendas que sobre ello hubo, y cómo el capitán Luis Marin con todos los que veniamos en su compañía topamos con Pedro de Albarado, que andaba en busca de Cortés, y nos alegramos los unos con los otros, porque estaba la tierra de guerra, por la poder pasar sin tanto peligro.

Segun que lo habia dejado en el testamento Luis Ponce, todos los mas conquistadores que estaban mal con Cortés quisieran que fuera la residencia adelante, como le habian comenzado á tomar; y Cortés dijo que no se podia entender en él, conforme al testamento de Luis Ponce; mas que si quisiera tomársela el Márkos de Aguilar, que fuesen mucho en buen hora; y habia otra contradiccion por parte del cabildo de Méjico, en que decian que no podia mandar Luis Ponce en su testamento que gobernase el licenciado Aguilar solo, lo uno porque era muy viejo y caducaba, y estaba tullido de bubas y era de poca autoridad, y así lo mostraba en su persona, y no sabia las cosas de la tierra, ni tenia noticia della ni de las personas que tenian méritos; y que demás desto, que

no le ternian respeto ni le acatarian, y que seria bien que para que todos temiesen, y la justicia de su majestad fuese de todos muy acatada, que tomase por acompañado en la gobernacion á Cortés hasta que su majestad mandase otra cosa; y el Márkos de Aguilar dijo que no saldria poco ni mucho de lo que Luis Ponce mandó en el testamento, y que él solo habia de gobernar, y que si querian poner otro gobernador por fuerza que no hacian lo que su majestad mandaba; y demás desto que dijo Márkos de Aguilar, Cortés temió si otra cosa se hiciese, por mas palabras que le decian los procuradores de las ciudades y villas de la Nueva-España, que procurase de gobernar y que ellos atraerian con buenas palabras al Márkos de Aguilar para ello, pues que estaba claro que estaba muy doliente, y en servicio de Dios y de su majestad; y por mas que le decian á Cortés, nunca quiso tocar mas en aquella tecla, sino que el viejo Aguilar solo gobernase; y aunque estaba tan doliente y ético, que le daba de mamar una mujer de Castilla, y tenia unas cabras, que tambien bebia leche dellas; y en aquella sazón se le murió un hijo que traia consigo, de modorra, segun y de la manera que murió Luis Ponce; dejaré esto hasta su tiempo, é quiero volver muy atrás de lo de mi relacion, é diré lo que el capitán Luis Marin hizo, que quedaba con toda su gente en Naco esperando respuesta de Sandoval para saber si Cortés era embarcado ó no, y nunca habiamos tenido respuesta ninguna. Ya he dicho cómo Sandoval se partió de nosotros para hacer embarcar á Cortés que fuese á la Nueva-España, y que nos escribiria lo que sucediese, para que nos fuésemos con Luis Marin camino de Méjico; y puesto que escribió Sandoval y Cortés por dos partes, nunca tuvimos respuesta, porque el Saavedra nunca nos quiso escribir, con malicia; y fué acordado por Luis Marin y por todos los que con él veniamos que con brevedad fuésemos soldados á caballo á Trujillo á saber de Cortés, y fué Francisco Marmolejo por nuestro capitán, é yo fui uno de los diez, y fuimos por la tierra adentro de guerra hasta llegar á Olancho, que agora llaman Guayape, donde fueron las minas ricas de oro, y allí tuvimos nueva de dos españoles que estaban dolientes y de un negro, cómo Cortés era embarcado pocos dias habia con los caballeros y conquistadores que consigo traia, y que le envió á llamar la ciudad de Méjico, que todos los vecinos mejicanos estaban con voluntad de le servir, y que vino un fraile francisco por él, y que su primo de Cortés, Saavedra, quedaba por capitán cerca de allí en unos pueblos de guerra; de las cuales nuevas nos alegramos, y luego escribimos al capitán Saavedra con indios de aquel pueblo de Olancho, que estaba de paz, y en cuatro dias vino respuesta del Saavedra, y nos hizo relacion de algunas cosas, y dimos muchas gracias á Dios por ello, y á buenas jornadas volvimos donde Luis Marin estaba; y acuérdomé que tiramos piedras á la tierra que dejamos atrás, y con la ayuda de Dios iremos á Méjico, é yendo por nuestras jornadas hallamos á Luis Marin en un pueblo que se dice Acalteca; y así como llegamos con aquellas nuevas tomó mucha alegría, y luego tiramos camino de un pueblo que se dice Maniani, y hallamos en él á seis soldados que eran de la compañía de Pedro de Albarado, que andaba en nuestra busca, y uno

dellos fué Diego de Villanueva, conquistador, buen soldado y uno de los fundadores desta ciudad de Guatemala, natural de Villanueva de la Serena, que es en el maestrazgo de Alcántara; y cuando nos conocimos nos abrazamos los unos á los otros, y preguntando por su capitán Pedro de Albarado, dijeron que allí cerca venia con muchos caballeros, y que venian en busca de Cortés y de nosotros, y nos contaron todo lo acaecido en Méjico, ya por mí dicho, y cómo habían enviado á llamar á Pedro de Albarado para que fuese gobernador, y la causa por qué no fué, segun lo dicho en el capitulo que dello habla, fué por temor del factor; é yendo por nuestro camino, luego de ahí á dos dias nos encontramos con el Pedro de Albarado y sus soldados, que fué junto á un pueblo que se dice la Choluteca Malulaca. Pues saber decir cómo se holgó en saber que Cortés era ido á Méjico, porque excusaba el trabajoso camino que habia de llevar en su busca, fué por temor del factor; y estando allí en el pueblo de la Choluteca, habían llegado en aquella sazón ciertos capitanes de Pedro Arias de Avila, que se decian Garabito y Campañon, y otros que no se me acuerdan los nombres, que, segun ellos decian, venian á descubrir tierras y á partir términos con el Pedro de Albarado; y como llegamos á aquel pueblo con el capitán Luis Marin, estuvimos juntos tres dias los de Pedro Arias y Pedro de Albarado y nosotros; y desde allí envié el Pedro de Albarado á un Gaspar Arias de Avila, vecino que fué de Guatemala, á tratar ciertos negocios con el gobernador Pedro Arias de Avila, é oi decir que era sobre casamientos, porque el Gaspar Arias era gran servidor de Pedro de Albarado. Y volviendo á nuestro viaje, en aquel pueblo se quedaron los de Pedro Arias, y nosotros fuimos camino de Guatemala, y antes de llegar á la provincia de Guzacatlan, en aquella sazón llovía mucho y venia un río que se decía Lempa muy crecido, y no le pudimos pasar en ninguna manera; acordamos de cortar un árbol que se llama ceiba, y era de tal gordor, que dél se hizo una canoa que en estas partes otra mayor no la habia visto, y con gran trabajo estuvimos cinco dias en pasar el río, y aun hubo mucha falta de maíz; é pasado el río, dimos en unos pueblos que pusimos por nombre los chapanaustiques, que era así su nombre, adonde mataron los indios naturales de aquellos pueblos un soldado que se decía Nicuesa, é hirieron otros tres de los nuestros que habían ido á buscar de comer, y venian ya desbaratados, y les fuimos á socorrer, y por no nos detener se quedaron sin castigo; y esto es en la provincia donde agora está poblada la villa de San Miguel; y desde allí entramos en la provincia de Guzacatlan, que estaba de guerra, y hallamos bien de comer; y desde allí veniamos á unos pueblos cerca de Petapa, y en el camino tenían los guatemaltecos unas sierras cortadas y unas barrancas muy hondas, donde nos aguardaron, y estuvimos en se las tomar y pasar tres dias: allí me hirieron de un flechazo, mas no fué nada la herida, y luego venimos á Petapa, y otro día dimos en este valle que llamamos del Tuerito, donde agora está poblada esta ciudad de Guatemala, que entonces todo estaba de guerra sobre pasillos con los naturales; y acordome que cuando veniamos por un repecho abajo comenzó á temblar la tierra de tal manera, que muchos soldados cayeron

en el suelo, porque duró gran rato el temblor; y luego fuimos camino del asiento de la ciudad de Guatemala la vieja, donde solian estar los caciques que se decian Cinacan y Sacachul, y antes de entrar en la dicha ciudad estaba una barranca muy honda, y aguardándonos todos los escudrones de los guatemaltecos para no dejarnos pasar, y les hicimos ir con la mala ventura, y pasamos á dormir á la ciudad, y estaban los aposentos y las casas con tan buenos edificios y ricos, en fin como de caciques que mandaban todas las provincias comarcanas; y desde allí nos salimos á lo llano y hicimos ranchos y chozas, y estuvimos en ellos diez dias, porque el Pedro de Albarado envió dos veces á llamar de paz á los de Guatemala y á otros pueblos que estaban en aquella comarca, y hasta ver su respuesta aguardamos los dias que he dicho, y de que no quisieron venir ningunos dellos, fuimos por nuestras jornadas largas, sin parar hasta donde Pedro de Albarado habia dejado su ejército, porque estaba todo de guerra, y estaba en él por capitán un hermano que se decía Gonzalo de Albarado. Llamábase aquella poblacion donde los hallamos Olinetepeque, y estuvimos descansando ciertos dias, y luego fuimos á Sacanuseco, y dende allí á Teguanetepeque, y entonces fallecieron en el camino dos vecinos españoles de Méjico que venian de aquella trabajosa jornada con nosotros, y un cacique mejicano que se decía Juan Veluzquez, capitán que fué de Guatemuz; y por la posta fuimos á Guaxaca, porque entonces alcanzamos á saber la muerte de Luis Ponce y otras cosas por mí ya dichas, y decian muchos bienes de su persona y que venia para cumplir lo que su majestad le mandaba, y no vimos la hora de haber llegado á Méjico. Pues como veniamos sobre ochenta soldados, y entre ellos Pedro de Albarado, y llegamos á un pueblo que se dice Chalco, dende allí enviamos á hacer saber á Cortés cómo habiamos de entrar en Méjico otro día, que nos tuviesen aparejadas posadas, porque veniamos destrozados; que habia mas de dos años y tres meses que salimos de aquella ciudad. Y de que se supo en Méjico que llegabamos á Iztapalapa á las calzadas, salió Cortés con muchos caballeros y el cabildo á nos recibir; y antes de ir á parte ninguna, así como veniamos fuimos á la iglesia mayor á dar gracias á nuestro Señor Jesucristo, que nos volvió á aquella ciudad, y dende la iglesia Cortés nos llevó á sus palacios, adonde nos tenia aparejada una muy solenne comida é muy bien servida; é ya tenia aderezada la posada de Pedro de Albarado, que entonces era su casa la fortaleza, porque en aquella sazón estaba nombrado por alcaide della y de las atarazanas; y al capitán Luis Marin llevó Sandoval á posar á sus casas, é á mí é á otro amigo mio, que se decía el capitán Luis Sanchez, nos llevó Andrés de Tapia á las suyas y nos hizo mucha honra, y el Sandoval me envió ropas para me ataviar é oro é cacao para gastar; y así hizo Cortés é otros vecinos de aquella ciudad á soldados amigos conocidos de los que veniamos allí. Y otro día, después de nos encomendar á Dios, salimos por la ciudad yo y mi compañero el capitán Luis Sanchez, y llevamos por intercesores al capitán Sandoval é Andrés de Tapia, y fuimos á ver y hablar al licenciado Marcos de Aguilar, que, como he dicho, estaba por gobernador por el poder que para

ello lo dejó el licenciado Luis Ponce; y los intercesores que fueron con nosotros, que ya he dicho que era el capitán Sandoval y Andrés de Tapia, hicieron relación á Márcos de Aguilar de nuestras personas y servicios para suplicarle que nos diese indios en Méjico, porque los indios de Guacacualco no eran de provecho; y después de muchas palabras y ofertas que sobre ello nos dió el Márcos de Aguilar, con prometimientos, dijo que no tenía poder para dar ni quitar indios, porque así lo dejó en el testamento Luis Ponce de León al tiempo que falleció, que todas las cosas de pleitos y vacaciones de indios de la Nueva-España se estuviesen en el estado que estaban hasta que su majestad enviara á mandar otra cosa, y que si le enviaban poder para dar indios, que nos daría de lo mejor que hubiese en la tierra; y luego nos despedimos dél. En este tiempo vino de la isla de Cuba Diego de Ordás, y como fué el que hubo escrito las cartas que envió el factor diciendo que todos éramos muertos cuantos habíamos salido de Méjico con Cortés, Sandoval é otros caballeros con palabras muy desabridas le dijeron que por qué había escrito lo que no sabía, no teniendo noticia dello, y que fueron aquellas cartas tan malas, que se hubiera de perder la Nueva-España por ellas. Y el Diego de Ordás respondió con grandes juramentos que nunca talescribió, sino solamente que tuvo nueva, de un pueblo que se dice Xicalango, que habían venido los pilotos y capitanes y marineros de dos navios, y se habían muerto los del un bando con el otro, y que los indios acabaron de matar á ciertos marineros que quedaban en los navios; y que pareciesen las mismas cartas, y verían si era así; que si el factor las glosó é hizo otras, que no tenía culpa. Pues para saber Cortés la verdad, el factor y veedor estaban presos en las jaulas y no se atrevía á hacer justicia dellos, segun lo dejó mandado Luis Ponce de León; y como Cortés tenía otros muchos debates, acordó de callar en lo del factor hasta que viniese mandado de su majestad, y temió no le viniesen mas males sobre ello; y porque entonces puso demanda que lo volviesen mucha cantidad de sus haciendas que le vendieron y tomaron para decir misas y honras por su alma, pues que fueron hechas todas aquellas honras con malicia, no siendo muerto, y por dar crédito á toda la ciudad que éramos muertos, é no por su alma; que pues van que hacían bienes y honras por Cortés y por nosotros, creyesen que era verdad que éramos muertos. Y andauo en estos pleitos, un vecino de Méjico, que se decia Juan de Cáceres el Rico, compró los bienes y misas que habían hecho por el alma de Cortés, que fuesen por la de Cáceres. Y dejaré de contar cosas viejas, y diré cómo el Diego de Ordás, como era hombre de buenos consejos, viendo que á Cortés ya no le tenían acato ni se daban nada por él después que vino Luis Ponce de León, y le habían quitado la gobernacion, y que muchas personas se le desvergonzaban y no le tenían en nada, le aconsejó que se sirviese como señor y se llamase señoría y pusiese dosel, y que no solamente se nombrase Cortés, sino don Hernando Cortés. También le dijo el Ordás que mirase que el factor fué criado del comendador mayor don Francisco de los Cóbos, que es el que manda á toda Castilla y que algun día le habría menester

al don Francisco de los Cóbos, y que el mismo Cortés no estaba bien acreditado con su majestad ni con los de su real consejo de Indias; y que no curase de matar al factor hasta que por justicia fuese sentenciado, porque había grandes sospechas en Méjico que le queria despachar y matar en la misma jaula. Y pues viene agora á coyuntura, quiero decir, antes que mas pase adelante en esta mi relacion, por qué tan secretamente en todo lo que escribo, cuando viene á pláticas de decir de Cortés no le he nombrado ni nombro don Hernando Cortés, ni otros títulos de marqués ni capitán, salvo Cortés á boca llena. La causa dello es, porque el mismo se preciaba de que le llamasen solamente Cortés; y en aquel tiempo aun no era marqués; porque era tan tenido y estimado este nombre de Cortés en toda Castilla como en tiempo de los romanos solian tener á Julio César ó á Pompeyo, y en nuestros tiempos teniamos á Gonzalo Hernandez, por sobrenombre Gran Capitán, y entre los cartagineses Aníbal, ó de aquel valiente nunca vencido caballero Diego García de Paredes. Dejemos de hablar en los blasones pasados, y diré cómo el tesorero Alonso de Estrada en aquella sazón casó dos hijas, la una con Jorge de Albarado, hermano de don Pedro de Albarado, y la otra con un caballero que se decia don Luis de Guzman, hijo de don Juan de Saavedra, conde del Castellar; y entonces se concertó que Pedro de Albarado fuese á Castilla á suplicar á su majestad le hiciese merced de la gobernacion de Guatimala; y entre tanto que iba envió á Jorge de Albarado por su capitán á la pacificacion della; y cuando el Jorge de Albarado vino trujo consigo de camino sobre duientos indios de Tlascala y de Cholula y mexicanos, y de Guacachula y de otras provincias que le ayudaron en las guerras. También en aquella sazón envió el Márcos de Aguilar á poblar la provincia de Chiapa, y fué un caballero que se decia don Juan Enriquez de Guzman, deudo muy cercano del duque de Medina-Sidonia; y tambien envió á poblar la provincia de Tabasco, que es el rio que llaman de Grijalva, y fué por capitán un hidalgo que se decia Baltasar Osorio, natural de Sevilla; y ansimismo envió á pacificar los pueblos de los zapotecas, que están en unas muy altas sierras, y fué por capitán un Alonso de Herrera, natural de Jerez, y este capitán fué de los soldados de Cortés; y por no contar al presente lo que cada uno destos capitanes hizo en sus conquistas, lo dejaré de decir hasta que venga á tiempo y sazón; é quiero lucir relacion de cómo en este tiempo falleció el Márcos de Aguilar, y lo que pasó sobre el testamento que hizo para que gobernase el tesorero.

CAPITULO CXCV.

Cómo Márcos de Aguilar falleció, y dejó en el testamento que gobernase el tesorero Alonso de Estrada, y que no entendiese en pleitos del factor ni veedor ni dar ni quitar indios hasta que su majestad mandase lo que mas en ello fuese servido, segun y de la manera que le dejó el poder Luis Ponce de León.

Teniendo en sí la gobernacion Márcos de Aguilar, como dicho tengo, estaba muy ético y doliente y malo de hubas; los médicos le mandaron que mamase á una mujer de Castilla, y con leche de cabras se sostuvo cerca de ocho meses, y de aquella dolencia y calenturas

que le dieron falleció, y en el testamento que hizo mandó que solo gobernase el tesorero Alonso de Estrada, ni mas ni menos que tuvo el poder de Luis Ponce de Leon; y viendo el cabildo de Méjico é otros procuradores de ciertas ciudades, que en aquella sazón se hallaron en Méjico, que el Alonso de Estrada solo no podía gobernar tan bien como convenia, por causa que Nuño de Guzman, que habia dos años que vino de Castilla por gobernador de la provincia de Pánuco, se metia en los términos de Méjico y decia que eran sujetos de su provincia; é como venia furioso, é no miraba á lo que su majestad le mandaba en las provisiones que dello traia; porque un vecino de Méjico, que se decia Pedro Gonzalez de Trujillo, persona muy noble, dijo que no queria estar debajo de su gobernacion, sino de la de Méjico, pues los indios de su encomienda no eran de los de Pánuco, y por otras palabras que pasaron, sin mas ser oido, le mandó ahorcar; y demás desto, hizo otros desatinos, que ahorcó á otros españoles por hacerse temer, y no tenia acato ni se le daba nada por Alonso de Estrada el tesorero, aunque era gobernador, ni le tenia en la estima que era obligado; y viendo aquellos desatinos de Nuño de Guzman el cabildo de Méjico y otros caballeros vecinos de aquella ciudad, porque temiese el Nuño de Guzman é hiciese lo que su majestad mandaba, suplicaron al tesorero que juntamente con él gobernase Cortés, pues convenia al servicio de Dios nuestro Señor y de su majestad; y el tesorero no quiso, é otras personas dicen que Cortés no lo quiso acatar, porque no dicesen maliciosos que por fuerza queria señorear, y tambien porque hubo murmuraciones que tenían sospecha en la muerte de Márcos de Aguilar, que Cortés fué causa della é dió con qué murió; y lo que se concertó fué, que juntamente con el tesorero gobernase Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor y persona que se hacia mucha cuenta dél; é lo hubo por bien el tesorero; mas otras personas dijeron que si lo acetó fué por casar una hija con el Sandoval, y si se casara con ella, fuera el Sandoval muy mas estimado y por ventura hubiera la gobernacion, porque en aquella sazón no se tenia en tanta estima esta Nueva-España como agora. Pues estando gobernando el tesorero y el Gonzalo de Sandoval, pareció ser, como en este mundo hay hombres muy desatinados, que un Fulano Proaño, que dicen que se fué en aquella sazón á lo de Xalisco, huyendo de Méjico, que después fué muy rico; y el Sandoval, como gobernador que era, que habia de hacer justicia sobre ello y prender al Proaño, no lo hizo, porque se fué huyendo adonde no podia sea habido, por mucha diligencia que sobre ello puso; y puesto que claramente se supo que no podia alcanzar justicia, lo disimuló. Dejemos esto, y quiero decir que en aquellos dias que anduvieron los conciertos dichos para que Cortés gobernase con el tesorero, y pusieron al Sandoval por compañero en la gobernacion, segun ya dicho tengo, aconsejaron á Alonso de Estrada que luego por la posta fuese en un navio á Castilla é hiciese relacion dello á su majestad, y aun le indujeron que dijese que por fuerza le pusieron á Sandoval por compañero, segun ya dicho tengo, porque no quiso ni consintió que Cortés juntamente gobernase con él; y demás desto, ciertas perso-

nas, que no estaban bien con Cortés, escribieron otras cartas de por sí, y en ellas decian que Cortés habia mandado dar ponzoña á Luis Ponce de Leon y á Márcos de Aguilar, é que ansimismo al adelantado Garay, é que en unos requesones que les dieron en un pueblo que se dice Iztapalapa creian que les dieron rejulgar en ellos, y que por aquella causa no quiso comer un fraile de la orden de señor santo Domingo dellos; y todo lo que escribian de Cortés eran maldades y traiciones que le levantaron, y tambien escribieron que Cortés queria matar al factor y veedor; y en aquella sazón tambien fué á Castilla el contador Alborno, que jamás estuvo bien con Cortés. Y como su majestad y los del real consejo de Indias vieron las cartas que he dicho que enviaron diciendo mal de Cortés, y se informaron del contador Alborno, é lo de Luis Ponce é lo de Márcos de Aguilar, ayudó muy mal contra Cortés, é haber oido lo del desbarate del Narvaez y del Garay, y lo de Tapia y lo de Catalina Suarez la Marceyda, su primera mujer; y estaban mal informados de otras cosas, é creyeron ser verdad lo que agora escribian; luego mandó su majestad proveer que solo Alonso de Estrada gobernase, y dió por bueno cuanto habia hecho, y en los indios que encomendó; que sacasen de las prisiones y jaulas al factor y veedor y les volviesen sus bienes, y por la posta vino un navio con las provisiones; y para castigar á Cortés de lo que le acusaban, mandó que luego viniese un caballero que se decia don Pedro de la Cueva, comendador mayor de Alcántara, y que á costa de Cortés trujese trecientos soldados, y que si le hallase culpado le cortase la cabeza, y á los que juntamente con él habian hecho algun deservicio á su majestad, é que á los verdaderos conquistadores que les diese de los pueblos que quitasen á Cortés; y ansimismo mandó proveer que viniese audiencia real, creyendo con ella habria recta justicia. E ya que se estaba apercibiendo el comendador don Pedro de la Cueva para venir á la Nueva-España, por ciertas pláticas que después hubo en la corte, ó porque no le dieron tantos mil ducados como pedia para el viaje, y porque con el audiencia real, creyendo que lo pusieran en justicia, se estorbó su jornada, que no vino, é porque el duque de Béjar quedó por nuestro fiador otra vez. Y quiero volver al tesorero, que, como se vió tan favorecido de su majestad, é haber sido tantas veces gobernador, y agora de nuevo le mandaba su majestad gobernar solo, y aun le hicieron creer al tesorero que habian informado al Emperador nuestro señor que era hijo del Rey Católico, y estaba muy ufano, y tenia razon; é lo primero que hizo fué enviar á Chiapa por capitán á un su primo, que se decia Diego de Mazariegos, y mandó tomar residencia á don Juan Enriquez de Guzman, el que habia enviado por capitán Márcos de Aguilar, y mas robos y quejas se halló que habia hecho en aquella provincia que bienes; y tambien envió á conquistar é pacificar los pueblos de los zapotecas y minxes, y que fuesen por dos partes, para que mejor los prendiesen, á traer de paz, que fuese por la parte de la banda del norte, é envió á un Fulano de Barrios, que decian que habia sido capitán en Italia y que era muy esforzado, que nuevamente habia venido de Castilla á Méjico (no digo por Barrios el de Sevilla, el cuñado que

loé de Cortés), y le dió sobre cien soldados, y entre ellos muchos escopeteros y ballesteros. Llegado este capitán con sus soldados á los pueblos de los zapotecas, que se decían los tiltepeques, una noche salen los indios naturales de aquellos pueblos y dan sobre el capitán y sus soldados; y tan de repente dieron en ellos, que mataron al capitán Barrios y á otros siete soldados, y á todos los nias hirieron, y si de presto no tomaran las de Villadiego, y se vinieran á acoger á unos pueblos de paz, todos murieran. Aquí verá cuánto va de los conquistadores viejos á los nuevamente venidos de Castilla, que no saben qué cosa es guerra de indios ni sus astucias: en esto paró aquella conquista. Digamos ahora del otro capitán que fué por la parte de Guaxaca, que se decía Figuero, natural de Cáceres, que también dijeron que había sido capitán en Castilla, y era muy amigo del tesorero Alonso de Estrada, y llevó otros cien soldados de los nuevamente venidos de Castilla á Méjico, y muchos escopeteros y ballesteros ya un diez de á caballo; y como llegaron á las provincias de los zapotecas, envió á llamar á un Alonso de Herrera, que estaba en aquellos pueblos por capitán de treinta soldados, por mandado de Márcos de Aguilar en el tiempo que gobernaba, según lo tengo dicho en el capítulo que dello hace mención; y venido el Alonso de Herrera á su llamado, porque, según pareció, traía poder el Figuero para que estuviere debajo de su mano, é sobre ciertas pláticas que tuvieron, ó porque no quiso quedar en su compañía, vinieron á echar mano á las espadas, y el Herrera acuchilló al Figuero y á otros tres de los soldados que traía, que le ayudaban. Pues viendo el Figuero que estaba herido y manco de un brazo, y no se atrevía á entrar en las sierras de los mixes, que eran muy altas y malas de conquistar, y los soldados que traía no sabían conquistar aquellas tierras, acordó de andarse á desenterrar sepulturas de los enterramientos de los caciques de aquella provincia, porque en ellas halló cantidad de joyas de oro, con que antiguamente tenían costumbre de se enterrar los principales de aquellos pueblos; y dióse tal maña, que sacó dellas sobre cien mil pesos de oro, y con otras joyas que hubo de dos pueblos, acordó de dejar la conquista á pueblos en que estaba, y dejolos muy mas de guerra á algunos dellos que los halló, y fué á Méjico, y dende allí se iba á Castilla el Figuero con su oro; y embarcado en la Veracruz, fué su ventura tal, que el navío en que iba dió con recio temporal al través junto á la Veracruz, de manera que se perdió él y su oro y se ahogaron quince pasajeros, y todo se perdió; y en aquello pararon los capitanes que envió el tesorero á conquistar aquellos pueblos, que nunca vinieron de paz hasta que los vecinos de Guacacualco los conquistamos, y como tienen altas sierras y no pueden ir caballos, me quebranté el cuerpo, de tres veces que me hallé en aquellas conquistas; porque, puesto que en los voranos los atraíamos de paz, en entrando las aguas se tornaban á levantar y mataban á los españoles que podían haber desmandados; y como siempre les seguíamos, vinieron de paz, y está poblada una villa que dicen San Alfonso. Pasemos adelante, y dejaré de traer á la memoria desastres de capitanes que no han sabido conquistar, y digo que, co-

mo el tesorero supo que habían acuchillado á su amigo el capitán Figuero, como dicho tengo, envió luego á prender á Alonso de Herrera, é no se pudo haber, porque se fué huyendo á unas sierras, y los alguaciles que envió trujeron preso á un soldado de los que solía tener el Herrera consigo; y así como llegó á Méjico, sin mas ser oído, le mandó el tesorero cortar la mano derecha. Llamábase el soldado Cortejo, y era hijodalgo; y demás desto, en aquel tiempo un mozo de espuelas de Gonzalo de Sandoval tuvo otra quistion con otro criado del tesorero, y le acuchilló, de que hubo muy gran enojo el tesorero, y le mandó cortar la mano; y esto fué en tiempo que Cortés ni Sandoval no estaban en Méjico, que se habían ido á un gran pueblo que se dice Cornabaca, y se fueron por quitarse de bullicios y parterías, y también por apaciguar ciertos encuentros que había entre los caciques de aquel pueblo. Pues como supieron Cortés y Gonzalo de Sandoval por cartas que el Cortejo y mozo de espuelas estaban presos y que les querían cortar las manos, de presto vinieron á Méjico; y de que hallaron lo que dicho tengo, y no había remedio en ello, sintieron mucho aquella afrenta que el tesorero hizo á Cortés y á Sandoval, y dicen que le dijo Cortés tales palabras al tesorero en su presencia, que no las quisiera oír, y aun tuvo temor que le quería mandar matar, y con este temor allegó el tesorero soldados y amigos para tener en su guarda, y sacó de las jaulas al factor y veedor para que, como oficiales de su majestad, se favoreciesen los unos á los otros contra Cortés; y de que los hubo sacado, de ahí á ocho dias, por consejo del factor y otras personas que no estaban bien con Cortés, le dijeron al tesorero que en todo caso luego desterrase á Cortés de Méjico; porque entre tanto que estuviere en aquella ciudad jamás podría gobernar bien ni habría paz, y siempre habría bandos. Pues ya esto destierro firmado del tesorero, se lo fueron á notificar á Cortés, y dijo que lo cumpliría muy bien, y que daba gracias á Dios, que dello ora sorvido, que de las tierras y ciudad que él con sus compañeros había descubierto y ganado, derramando de día y de noche mucha sangre de su cuerpo, y muerte de tantos soldados, que lo viniesen á desterrar personas que no eran dignas de bien ninguno ni de tener los oficios que tienen, y que él iría á Castilla á dar relacion dello á su majestad y demandar justicia contra ellos; y que fué gran ingratitud la del tesorero, desconocido del bien que le había hecho Cortés; y luego se salió de Méjico y se fué á una villa suya que se dice Cuyoacan, y dende allí á Tezcucó, y dende allí á pocos dias á Tlascala; y en aquel instante la mujer del tesorero, que se decía doña Marina Gutierrez de la Caballería, cierto digna de buena memoria por sus muchas virtudes, como supo el desconcierto que su marido había hecho en sacar de las jaulas al factor y veedor y haber desterrado á Cortés, con gran pesar que tenía, le dijo á su marido: «Plega á Dios que por estas cosas que habeis hecho no os venga mal dello;» y le trujo á la memoria los bienes y mercedes que siempre Cortés le había hecho, y los pueblos de indios que le dió, y que procurase de tornar á hacer amistades con él para que vuelva á la ciudad de Méjico, ó que se guardase muy bien, no le matasen; y tantas cosas le dijo, que,

según muchas personas después platicaban, se había arrepentido el tesoro de lo haber desterrado, y aun de haber sacado de las jaulas al factor y veedor, porque en todo le iban á la mano y eran muy contrarios á Cortés. Y en aquella sazón vino de Castilla don fray Julian Garcés, primer obispo que fué de Tlascala, y era natural de Aragon, y por honra del cristianísimo Emperador nuestro señor se llamó Carolense, y fué gran predicador, y se vino por su obispado de Tlascala; y como supo lo que el tesoro había hecho en el destierro de Cortés, le pareció muy mal, y por poner concordia entre ellos se vino á una ciudad, ya otras veces por mí nombrada, que se dice Tezcucó; y como estaba junto á la laguna, se embarcó en dos canoas grandes, y con dos clérigos y un fraile y su fardaje se vino á la ciudad de Méjico, y antes de entrar en ella supieron su venida en Méjico, y le salieron á recibir con toda la pompa y cruces y clerecía y religiosos y cabildo, ó conquistadores ó caballeros y soldados que en Méjico se hallaron; y cuando el Obispo hubo descansado dos días, el tesoro le echó por intercesor para que fuese adonde Cortés estaba en aquella sazón y los hiciese amigos, é le alzaba el destierro, y que se volviese á Méjico; y fué el Obispo y trató las amistades, y nunca pudo acabar cosa ninguna con Cortés; antes, como dicho tengo, se fué á Tezcucó ó á Tlascala muy acompañado de caballeros é otras personas, y en lo que entendía Cortés era en allegar todo el oro y plata que podía para ir á Castilla, y demás de lo que le daban de los tributos de sus pueblos, empeñaba otras rentas é indios que le prestaban amigos; y ansimismo se aparejaban el capitán Gonzalo de Sandoval y Andrés de Tapia, y llegaron y recogían todo el oro y plata que podían de sus pueblos, porque estos dos capitanes fueron en compañía de Cortés á Castilla. Pues como estaba Cortés en Tlascala, ibanle á ver muchos vecinos de Méjico y de otras villas, y soldados que no tenían encomiendas de indios, y los caciques de Méjico le iban á servir; y aun, como hay hombres bulliciosos y amigos de escándalos é novedades, le iban á aconsejar para que si se quería alzar por rey en la Nueva-España, que en aquel tiempo tenía lugar y que ellos serían en lo ayudar; y Cortés echó presos á dos hombres de los que le vinieron con aquellas pláticas, y les trató mal, llamándoles de traidores, y estuvo para los ahorcar; y también le trujeron otra carta de otros bandoleros, que le enviaron de Méjico, y le decían lo mismo; y esto era, según dijeron, para tentar á Cortés ó tomarle en algunas palabras que de su boca dijese sobre aquel mal caso; y como Cortés en todo era servidor de su majestad, con amenazas dijo á los que le venían con aquellos tratos que no viniesen mas delante dél con aquellas parlerías de traiciones, que los mandaría ahorcar; y luego escribió al Obispo lo que pasaba, para que él dijese al tesoro que, como gobernador, mandase castigar á los traidores que le venían con aquellos consejos; si no, que él los mandaría ahorcar. Dejemos á Cortés en Tlascala aderezando para se ir á Castilla, y volvamos al tesoro y factor y veedor, que, así como venían á Cortés hombres bandoleros que deseaban ruidos y andar en bullicios, también iban y decían al tesoro y al factor que ciertamente Cortés estaba llegando

gente para los venir á matar, aunque echaba fama que para venir á Castilla, y á aquel efecto estaban todos los caciques mejicanos y de Tezcucó en Tlascala, y de todos los mas pueblos de alrededor de la laguna en su compañía, para ver cuándo los mandaba dar guerra. Entonces temió mucho el factor y veedor y el tesoro, creyendo que les quería matar; y para saber é inquirir si era verdad, volvieron á importunar al mismo Obispo que fuese á ver qué cosa era, y escribieron con grandes ofertas á Cortés, demandándole perdón; y el Obispo lo hubo por bueno el ir á hacer amistades, por visitar á Tlascala; y desde que llegó donde Cortés estaba, después de le salir á recibir toda aquella provincia, y ver la gran lealtad y lo que había hecho Cortés en prender los bandoleros, y las palabras que sobre aquel caso le escribió, luego hizo mensajeros al tesoro, y dijo que Cortés era muy leal caballero y gran servidor de su majestad, y que en nuestros tiempos se podía poner en la cuenta de los muy afamados servidores de la corona real, y que en lo que estaba entendiendo era aviarse para ir ante su majestad, y que podían estar sin sospecha de lo que pensaban; y también le escribió que tuvo mala consideración en le haber desterrado, y que no lo acertó. Entonces diz que le dijo en la carta que le escribió: «Oh señor tesoro Alonso de Estrada, y cómo ha dañado y estragado este negocio!» Dejemos esto de la carta; que no me acuerdo bien si volvió Cortés á Méjico para dejar recaudo á las personas á quien había de dar los poderes para entender en su estado y casa é cobrar los tributos de los pueblos de su encomienda; salvo sé que dejó el poder mayor al licenciado Juan Altamirano y á Diego de Ocampo y Alonso Valiente y á Santa Cruz, burgalés, y sobre todos á Altamirano; é ya tenía llegado muchas aves de las diferenciadas de otras que hay en Castilla, que era cosa muy de ver, y dos tigres, y muchos barriles de liquidimbar y bálsamo cuajado y otro como aceite, y cuatro indios maestros de jugar el palo con los piés, que en Castilla y en todas partes es cosa de ver, y otros indios bailadores, que suelen hacer una manera de ingenio, al parecer como que vuelan por alto estando bailando; y llevó tres indios corcovados de tal manera, que era cosa monstruosa, porque estaban quebrados por el cuerpo y eran muy enanos; y también llevó indios é indias muy blancos, que con el gran bláncor no veían bien; y entonces los caciques de Tlascala le rogaron que llevase en su compañía tres hijos de los mas principales de aquella provincia, y entre ellos fué un hijo de Xicotenga el viejo ciego, que después se llamó don Lorenzo de Vargas, y llevó otros caciques mejicanos; y estando aderezando su partida, le llegaron nuevas de la Veracruz que habían venido dos navíos muy buenos veleros, y en ellos le trujeron cartas de Castilla, y lo que se contenía en ellas diré adelante.

CAPITULO CXC.

Cómo vinieron cartas á Cortés de España, del cardenal de Sigüenza don Garcia de Loyosa, que era presidente de Indias y luego fué arzobispo de Sevilla, y de otros caballeros, para que en todo eso se fuese luego á Castilla, y le trujeron nuevas que era muerto su padre Martín Cortés; y lo que sobre ello hizo.

Ya he dicho en el capítulo pasado lo acaecido entre Cortés y el tesoro y el factor y veedor, é por qué cau-

sa lo desterró de Méjico, y cómo vino dos veces el obispo de Tlascala á entender en amistades, y Cortés nunca quiso responder á cartas ni á cosa ninguna que le diesen, y se aperció para ir á Castilla; y le vinieron cartas del presidente de Indias don García de Loyosa, y del duque de Béjar y de otros caballeros, en que le decían que, como estaba ausente, daban quejas delante de su majestad, y decían en las quejas muchos males y muertes que había hecho dar á los gobernadores que su majestad enviaba, y que fuese en todo caso á volver por su honra; y le trujeron nuevas que su padre Martín Cortés era fallecido; y como vió las cartas, le pesó mucho, así de la muerte de su padre como de las cosas que dél decían que había hecho, no siendo así; y se puso luto, puesto que lo traía en aquel tiempo por la muerte de su mujer doña Catalina Suarez la Marceyda, é hizo gran sentimiento por su padre, y las honras lo mejor que pudo; y si mucho deseo tenía de antes de ir á Castilla, desde allí adelante se dió mayor prisa, porque luego mandó á su mayordomo, que se decía Pedro Ruiz de Esquivel, natural de Sevilla, que fuese á la Veracruz, y de dos navios que habían llegado, que tenían fama que eran nuevos y veleros, que los comprase; y estaba aperebiendo bizcocho y cecina y tocinos y lo perteneciente para el matalotaje muy cumplidamente, como convenia para un gran señor y rico que Cortés era, y cuantas cosas se pudieron haber en la Nueva-España que eran buenas para el mar, y conservas que á Castilla vinieron; y fueron tantas y de tanto género, que para dos años se pudieran mantener otros dos navios, aunque tuvieran mucha mas gente, con lo que en Castilla les sobró. Pues yendo el mayordomo por la laguna de Méjico en una canoa grande para ir á un pueblo que se dice Ayotcingo, que es donde desembarcan las canoas, que por ir mas presto á hacer lo que Cortés le mandaba fué por allí, y llevó seis indios mejicanos remeros y un negro, é ciertas barras de oro para comprar los navios; y quien quiera que fué, le aguardó en la misma laguna y le mató, que nunca se supo quién ni quién no, ni pareció canoa ni indios ni el negro que la remaba, salvo que desde allí á cuatro dias hallaron al Esquivel en una isleta de la laguna, el medio cuerpo comido de aves carniceras. Sobre la muerte deste mayordomo hubo grandes sospechas, porque unos decían que era hombre que se alaba de cosas que decía él mismo que pasaba con damas é con otras señoras, é decían otras cosas malas que diz que hacia; é á esta causa estaba malquisto, y ponian sospechas de otras muchas cosas que aquí no declaro; por manera que no se supo de su muerte, ni aun se pesquísó muy de raíz quién le mató, perdónese Dios; y luego Cortés volvió á enviar de presto á otros mayordomos para que le tuviesen aparejados los navios é metido el bastimento é pipas de vino, y mandó dar pregones que cualesquier personas que quisieren ir á Castilla les daré pasaje y comida de balde, yendo con licencia del Gobernador. Y luego Cortés, acompañado de Gonzalo de Sandoval y de Andrés de Tapia y de otros caballeros, se fué á la Veracruz, y como se hubo confesado y comulgado se embarcó; y quiso nuestro Señor Dios darle tal viaje, que en cuarenta y un dias llegó á Castilla, sin parar en la Habana ni en isla ninguna, y fué á des-

embarcar cerca de la villa de Pálos, junto á nuestra señora de la Rávida; y como se vieron en salvamento en aquella tierra, hincan las rodillas en tierra y alzan las manos al cielo, dando muchas gracias á Dios por las mercedes que siempre les hacia; y llegaron á Castilla en el mes de diciembre de 1527 años. Y pareció ser que Gonzalo de Sandoval iba muy doliente, y á grandes alegrías hubo tristezas, que fué Dios servido desde ahí á pocos dias de le llevar desta vida en la villa de Pálos, y en la posada que estaba era de un cordonero de hacer jarcias y cables y maromas, y antes que muriese le hurtó el huésped trece barras de oro; lo cual vió el Sandoval por sus ojos que se las sacaron de una caja, porque aguardó el cordonero que no estuviese allí persona ninguna en compañía del Sandoval; é tuvo tales astucias, que envió á sus criados del Sandoval que fuesen por la posta á la Rávida á llamar á Cortés; y el Sandoval, puesto que lo vió, no osó dar voces, porque, como estaba muy debilitado y flaco y malo, temió que el cordonero, que le pareció mal hombre, no le echase el colchon ó almohada sobre la boca y le ahogase; y luego se fué el huésped á Portugal, luyendo con las barras de oro y no se pudo cobrar cosa ninguna. Volvamos á Cortés, que cuando supo que estaba muy malo el Sandoval vino luego por la posta adonde estaba, y el Sandoval le dijo la maldad que su huésped le había hecho, y cómo le hurtó las barras de oro y se fué huyendo; en lo cual, puesto que pusieron gran diligencia para que se cobrasen, como se pasó á Portugal, se quedó con ello; y el Sandoval cada dia iba empeorando de su mal, y los médicos que le curaban le dijeron que luego se confesase y recibiese los santos Sacramentos é hiciese testamento, y él lo hizo con grande devoción, y mandó muchas mandas así á pobres como á monasterios, y nombró por su albacea á Cortés y heredera á una hermana ó hermanas; é la una hermana, el tiempo andando, se casó con un hijo bastardo del conde de Medellin; y como hubo ordenado su alma y hecho testamento, dió el ánimo á nuestro Señor Dios, que la crió, y por su muerte se hizo gran sentimiento, y con toda la pompa que pudieron le enterraron en el monasterio de nuestra Señora de la Rávida; y Cortés, con todos los caballeros que iban en su compañía, se pusieron luto; perdónese Dios, amen. Y luego Cortés envió correo á su majestad y al cardenal de Sigüenza, y al duque de Béjar y al conde de Aguilar y á otros caballeros, é hizo saber cómo había llegado á aquel puerto y de cómo Gonzalo de Sandoval había fallecido, é hizo relacion de la calidad de su persona y de los grandes servicios que había hecho á su majestad, y que fué capitán de mucha estima así para mandar ejércitos como para pelear por su persona; y como aquellas cartas llegaron ante su majestad, recibió alegría de la venida de Cortés, puesto que le pesó de la muerte del Sandoval, porque ya tenía noticia de su generosa persona, y ansimismo le posó al cardenal don García de Loyosa y al real consejo de Indias; pues el duque de Béjar y el conde de Aguilar y otros caballeros se holgaron en gran manera, puesto que á todos les pesó de la muerte del Sandoval; y luego fué el duque de Béjar, juntamente con el conde de Aguilar, á dar mas relacion dello á su majestad, puesto que ya tenía la carta de Cortés, y di-

jo que bien sabía la gran lealtad de quien había fiado, y que caballero que tan grandes servicios le había hecho, que en todo lo demás lo había de mostrar en lealtad, como era obligado á su rey y señor, lo cual se ha parecido bien ahora por la obra; y esto dijo el Duque porque en el tiempo que ponían las acusaciones y decían muchos males contra Cortés delante de su majestad, puso tres veces su cabeza y estado por liador de Cortés y de los soldados que estábamos en su compañía, que éramos muy leales y grandes servidores de su majestad y dignos de grandes mercedes, porque en aquel tiempo no estaba descubierto el Perú ni había la fama de lo que después hubo; y luego su majestad envió á mandar que por todas las ciudades y villas por donde Cortés pasase le hiciesen mucha honra, y el duque de Medina-Sidonia le hizo gran recibimiento en Sevilla y le presentó caballos muy buenos; y después que reposó allí dos días, fué á jornadas largas á Nuestra Señora de Guadalupe para tener novenas, y fué su ventura tal, que en aquella sazón había allí llegado la señora doña María de Mendoza, mujer del comendador mayor de Leon don Francisco de los Cóbos, y había traído en su compañía muchas señoras de grande estado, y entre ellas una señora doncella, hermana suya, que de ahí á dos años casó con el adelantado de Canaria; y como Cortés lo supo, hubo gran placer, y luego como llegó, después de haber hecho oración delante de nuestra Señora y dado limosna á pobres y mandar decir misa, puesto que llevaba luto por su padre y su mujer y por Gonzalo de Sandoval, fué muy acompañado de los caballeros que llevó de la Nueva-España y con otros que se le habían allegado para su servicio, y fué á hacer gran acato á la señora doña María de Mendoza y á una señora doncella, su hermana, que era muy hermosa, y á todas las demás señoras que con ellas venían, y como Cortés en todo era muy cumplido y regocijado, y la fama de sus grandes hechos volaba por toda Castilla, pues plática y agraciada expresiva no le faltaba, y sobre todo, mostrarse muy franco y tener riquezas de que dar, comenzó á hacer grandes presentes de muchas joyas de oro de diversas hechuras á todas aquellas señoras, y después de las joyas, dió penachos de plumas verdes llenas de argentería de oro y de perlas, y en todo lo que dió fué muy aventajada la señora doña María de Mendoza y la señora su hermana; y después que hubo hecho aquellos ricos presentes, dió por sí sola á la señora doncella ciertos tejuelos de oro muy fino para que hiciese joyas, y tras esto, mandó dar mucho liquidámbur y bálsamo para que se sahumasen; y mandó á los indios maestros de jugar el palo con los piés, que delante de aquellas señoras les hiciesen fiesta y trujesen el palo de un pié al otro, que fué cosa de que se contentaron y aun se admiraron de lo ver; y demás de todo esto, supo Cortés que de la tierra por donde había venido la señora doncella se le mancó una acémila, y secretamente mandó comprar dos muy buenas y que las entregasen á los mayordomos que traían cargo de su servicio; y aguardó en la villa de Guadalupe hasta que partiesen para la corte, que en aquella sazón estaba en Toledo, y fuéles acompañando y sirviendo é haciendo banquetes y fiestas, y tan gran servidor se mostró, que lo sabía muy

bien hacer y representar, que la señora doña María de Mendoza le trató casamiento con su hermana; y si Cortés no fuera desposado con la señora doña Juana de Guzman, sobrina del duque de Béjar, ciertamente tuviera grandísimos favores del comendador mayor de Leon y de la señora doña María de Mendoza, su mujer, y su majestad le diera la gobernacion de la Nueva-España. Dejemos de hablar en este casamiento, pues todas las cosas son guiadas y encaminadas por la mano de Dios, y diré cómo escribió la señora doña María de Mendoza al comendador mayor de Leon, su marido, sublimando en gran manera las cosas de Cortés, y que no era nada la fama que tiene de sus heroicos hechos para lo que ha visto y conocido de su persona y conversacion y franqueza, y le representó otras gracias que en él había conocido y los servicios que le había hecho, y que le tenga por su muy gran servidor, y que á su majestad le haga sabidor de todo y le suplique que le haga mercedes. Y como el comendador mayor vió la carta de su mujer, se holgó con ella; y como era el mas privado que hubo en nuestros tiempos del Emperador, llevóle la misma carta á su majestad, y de su parte le suplicó que en todo le favoreciese, y así su majestad lo hizo, como adelante diré; é dijo el duque de Béjar y el almirante al Cortés, como por pasatiempo, cuando hubo llegado á la corte, que habían oído decir á su majestad, cuando supo que había venido á Castilla, que tenia deseo de ver y conocer á su persona, que tantos y tan buenos servicios le ha hecho, y de quien tantos males le han informado que hacia con mañas é astucias. Pues llegado Cortés á la corte, su majestad le mandó señalar posada. Pues por parte del duque de Béjar y del conde de Aguilar y de otros grandes señores, sus deudos, le salieron á recibir y se le hizo mucha honra; y otro día, con licencia de su majestad, fué á le besar sus reales piés, llevando en su compañía por sus intercesores, por mas le honrar, al Almirante y al duque de Béjar y al comendador mayor de Leon; y Cortés, después de demandar licencia para hablar, se arrodilló en el suelo, y su majestad le mandó levantar, y luego representó sus muchos y notables servicios, y todo lo acontecido en las conquistas é ida de Honduras, y las tromas que hubo en Méjico del factor y veedor, y contó todo lo que llevaba en la memoria; y porque era muy larga relacion, y por no embarazar mas á su majestad, entre otras pláticas, dijo: «Ya vuestra majestad estará cansado de me oír, y para un tan gran emperador y monarca de todo el mundo, como vuestra majestad es, no es justo que un vasallo como yo tenga tanto atrevimiento, y mi lengua no está acostumbrada á hablar con vuestra majestad, y podría ser que mi sentido no diga con aquel tan debido acato que debo todas las cosas acaecidas; aquí tengo este memorial, por donde vuestra majestad podrá ver, si fuere servido, todas las cosas muy por extenso cómo pasaron;» y entonces se hincó de rodillas para besarle los piés por las mercedes que fué servido hacerle en lo haber oído, y el Emperador nuestro señor le mandó levantar; y el Almirante y el duque de Béjar dijeron á su majestad que era digno de grandes mercedes, y luego le hizo marqués del Valle y le mandó dar ciertos pueblos, y aun le mandaba dar el hábito de señor

Santiago, y como no se lo señalaron con renta, se colió por entonces; que esto yo no lo sé bien de qué manera fué; y le hizo capitán general de la Nueva-España y mar del Sur, y Cortés se tornó á humillar para besarle sus reales piés, y su majestad le mandó que se levantara. Y después de hechas estas grandes mercedes, dende ahí á pocos dias que habia llegado á Toledo adeleció Cortés, que llegó á estar tan al cabo, que creyeron que se muriera; y el duque de Béjar y el comendador mayor don Francisco de los C6bos suplicaron á su majestad que, pues que Cortés tan grandes servicios le habia hecho, que le fuese á visitar antes de su muerte á su posada; y su majestad fué acompañado de duques, marqueses y condes y del don Francisco de los C6bos, y le visitó; que fué muy grande favor, y por tal se tuvo en la corte; y después que estuvo Cortés bueno, como se tenia por tan grande privado de su majestad, y el conde de Nasao le favorecia, y el duque de Béjar y el almirante de Castilla, un domingo yendo á misa, ya su majestad estaba en la iglesia mayor, acompañado de duques y marqueses y condes, y estaban asentados en sus asientos conforme al estilo y calidad que entre ellos se tenia por costumbre de se asentar, vino Cortés algo tarde á misa, sobre cosa pensada, y pasó por delante de aquellos ilustrísimos señores con su falda de luto alzada, y se fué á asentar cerca del conde de Nasao, que estaba su asiento el mas cercano del Emperador; y de que así lo vieron pasar delante de aquellos grandes señores de salva, murmuráronlo de su grande presuncion y osadía, y tuvieronlo por desacato, y que no se le habia de atribuir á la policía de lo que dél decian; y entre aquellos duques y marqueses estaba el duque de Béjar y el almirante de Castilla y el duque de Aguilar, y dijeron que aquello no se le habia de tener á Cortés á mal miramiento, porque su majestad por le honrar le habia mandado que se fuese á sentar cerca del conde de Nasao; y que demás de aquello, que su majestad mandó que mirasen y tuviesen noticia que Cortés, con sus compañeros, habia ganado tantas tierras, que toda la cristianidad le era en cargo; que ellos, los estados que teman que los habian heredado de sus antepasados por servicios que habian hecho, y que por estar desposado Cortés con su sobrina su majestad le mandaba honrar. Volvamos á Cortés, y diré que, viéndose tan sublimado en privanza con el Emperador y el duque de Nasao y con el duque de Béjar, y aun del Almirante, é ya con título de marqués, comenzó á tenerse en tanta estima, que no tenia cuenta, como era razon, con quien le habia favorecido é ayudado para que su majestad le diese el marquesado, ni al cardenal fray García de Loyosa ni á C6bos, ni á la señora doña Maria de Mendoza ni á los del real consejo de Indias, que todo se le pasaba por alto, y todos sus cumplimientos eran con el duque de Béjar y conde Nasao y el Almirante; é creyendo que tenia muy bien entablado su juego con tener privanza con tan grandes señores, comenzó á suplicar con mucha instancia á su majestad que le hiciese merced de la gobernacion de la Nueva-España, y para ello representó otra vez sus servicios, y que siendo gobernador entendia descubrir por la mar del Sur islas é tierras muy ricas, y se ofreció con otros muchos cumplimientos; y

aun echó otra vez por intercesores al conde Nasao y al duque de Béjar y al Almirante; y su majestad le respondió que se contentase que le habia dado el marquesado de mucha renta, y que tambien habia de dar á los que le ayudaron á ganar la tierra, que eran merecedores dello; que pues lo conquistaron, que lo gocen. Y dende allí adelante comenzó de caer de la grande privanza que tenia; porque, segun dijeron muchas personas, el Cardenal, que era presidente del real consejo de Indias, y los del real consejo de Indias habian entrado en consulta con su majestad sobre las cosas y mercedes de Cortés, y les pareció que no fuese gobernador; otros dijeron que el comendador mayor y la señora doña Maria de Mendoza le fueron algo contrarios porque no hacia cuenta dellos: ora sea por lo uno ó por lo otro, el Emperador no le quiso mas oír, por mas que le importunaban, sobre la gobernacion. Y en este instante se fué su majestad á embarcar á Barcelona para pasar á Flándes, y fueron acompañándole muchos duques y marqueses, y siempre él echaba por intercesores aquellos duques y marqueses para suplicar á su majestad que le diese la gobernacion; y su majestad respondió al conde Nasao que no le hablase mas en aquel caso, que ya le habia dado un marquesado que tenia mas renta de la que el conde Nasao tenia con todo su estado. Dejemos á su majestad embarcado con buen viaje, y volvamos á Cortés y las grandes fiestas que se hicieron á sus velaciones, y de las ricas joyas que dió á la señora doña Juana de Zúñiga, su mujer; é fueron tales, que, segun dijeron quien las vió, y la riqueza dellas, que en toda Castilla no se habian dado mas estimadas; y de algunas dellas la serenísima emperatriz doña Isabel, nuestra señora, tuvo voluntad de las haber, segun lo que dellas le contaban los lapidarios, y aun dijeron que ciertas piedras que Cortés le hubo presentado, que se descuidó ó no quiso dallo de las mas ricas, como las que dió á la marquesa, su mujer. Quiero traer á la memoria otras cosas que á Cortés le acaecieron en Castilla el tiempo que estuvo en la corte, y fué, que triunfaba con mucha alegría, y segun dijeron muchas personas que vinieron de allá, que estaban en su compañía, que hubo fama que la serenísima emperatriz doña Isabel, nuestra señora, no estaba tan bien en los negocios de Cortés como al principio que llegó á la corte, cuando alcanzó á saber que habia sido ingrato al Cardenal y al real consejo de Indias, y aun al comendador mayor de Leon y con la señora doña Maria de Mendoza, y alcanzó á saber que tenia otras muy ricas piedras, mejores que las que le hubo dado; y con todo esto que le informaron, mandó á los del real consejo de Indias que en todo fuese ayudado; y entonces capituló Cortés que enviaria por ciertos años por la mar del Sur dos navíos de armada bien bastecidos, y con setenta soldados y capitanes con todo género de armas, á su costa, á descubrir islas é otras tierras, y que de lo que descubriese le harian ciertas mercedes; á las cuales capitulaciones me remito, porque ya no se me acuerdan. Y tambien en aquel instante estaba en la corte don Pedro de la Cueva, comendador mayor de Alcántara, hermano del duque de Alburquerque, porque este caballero fué el que su majestad habia mandado que fuese á la Nueva-España con gran copia de

soldados á cortar la cabeza á Cortés si le hallase culpado, é á otras cualesquier personas que hubiesen hecho alguna cosa en deservicio de su majestad; y como vió á Cortés, y supo que su majestad le habia hecho marqués, y era casado con la señora doña Juana de Zúñiga, se holgó mucho dello, y se comunicaba cada dia el comendador don Pedro de la Cueva con el marqués don Fernando Cortés; y dijo al mismo Cortés que si por ventura fuera á la Nueva-España y llevara los soldados que su majestad le mandaba, que por mas leal y justificado que le hallase, que por fuerza habia de pagar la costa de los soldados, y aun su huida, y que fueran mas de trecientos mil pesos; y que lo hizo mejor de venir ante su majestad. Y porque tuvieron otras muchas pláticas, que aquí no relato, las cuales de Castilla nos escribieron personas que se hallaron presentes á ellas, y de todo lo demás por mí relatado en el capitulo que dello habla; y demás desto, nuestros procuradores lo escribieron, y aun el mismo Marqués escribió los grandes favores que de su majestad alcanzó, y no declaró la causa por que no le dieran la gobernación. Dejemos esto, y digo que desde ahí á pocos dias después que fué marqués envió á Roma á besar los santos piés de nuestro muy santo padre el papa Clemente; porque Adriano, que hacia por nosotros, ya habia fallecido tres ó cuatro años habia, y envió por su embajador á un hidalgo que se decia Juan de Herrada, y con él envió un rico presente de piedras ricas é joyas de oro, y dos indios maestros de jugar el palo con los piés; y le hizo relacion de su llegada á Castilla y de las tierras que habia ganado, y de los servicios que hizo á Dios primeramente y á nuestro gran emperador, y le dió toda la relacion por un memorial de las tierras, cómo son muy grandes y la manera que en ellas hay, y que todos los indios eran idólatras y que se han vuelto cristianos, y otras muchas cosas que convenian decir á nuestro muy santo padre; y porque yo no lo alcancé á saber tan por extenso como en la carta iba, lo dejuré aquí de decir, y aun esto que aquí digo, después lo alcanzamos á saber del mismo Juan de Herrada cuando vino de Roma á la Nueva-España; é supimos que enviaba á suplicar á nuestro muy santo padre que se quitasen parte de los diezmos. Y para que bien entiendan los curiosos lectores quién es este Juan de Herrada, fué un buen soldado que hubo ido en nuestra compañía á las Honduras cuando fué Cortés; y después que vino de Roma fué al Perú, y le dejó don Diego de Almagro por ayo de su hijo don Diego el mozo; y este fué tan privado de don Diego de Almagro, é fué el capitan de los que mataron á don Francisco Pizarro el viejo, y después maese de campo de Almagro el mozo. Volvamos á decir lo que le aconteció en Roma al Juan de Herrada, que, después que fué á besar los santos piés de su santidad, y presentó los dones que Cortés le envió y los indios que traian el palo con los piés, su santidad lo tuvo en mucho, y dijo que daba gracias á Dios, que en sus tiempos tan grandes tierras se hubiesen descubiertas y tantos números de gentes se hubiesen vuelto á nuestra santa fe; y mandó hacer procesiones, y que todos diesen gracias por ello á Dios nuestro Señor; y dijo que Cortés y todos sus soldados habiamos hecho grandes servicios á Dios primeramente, y al emperador

don Carlos, nuestro señor, y á toda la cristiandad, y que éramos dignos de grandes mercedes; y entonces nos envió bulas para nos absolver á culpa y á pena de todos nuestros pecados, é otras indulgencias para los hospitales é iglesias, con grandes perdones; y dió por muy bueno todo lo que Cortés habia hecho en la Nueva-España, segun y como su antecesor el papa Adriano; y en lo de los diezmos no sé si le hizo cierta merced; y escribió á Cortés en respuesta de su carta, y lo que en ella se contenia yo no lo supe, porque, como dicho tengo, deste Juan de Herrada y de un soldado que se decia Campo, que volvieron dendo Roma, alcancé á saber lo que aquí escribió; porque, segun dijeron, después que hubo estado en Roma diez dias, y habian los indios maestros de jugar el palo con los piés estado delante de su santidad y de los sacros cardenales, que se holgaron mucho de lo ver, su santidad le hizo merced al Juan de Herrada de le hacer conde palatino y le mandó dar cierta cantidad de ducados para que se volviese, y una carta de favor para el Emperador nuestro señor, que le hiciese su capitan y le diese buenos indios de encomienda. Y como Cortés ya no tenia mando en la Nueva-España, y no le dió cosa ninguna de lo que el santo Padre mandaba, se puso al Perú, donde fué capitan.

CAPITULO CXCVI.

Cómo entre tanto que Cortés estaba en Castilla con título de marqués, vino la real audiencia á Méjico, y en lo que entendió.

Pues estando Cortés en Castilla con título de marqués, en aquel instante llegó la real audiencia á Méjico, segun su majestad lo habia mandado, como dicho tengo en el capitulo que dello habla, y por presidente Nuño de Guzman, que solia estar por gobernador en Panamá, y cuatro licenciados por oidores; los nombres dellos se decian Matienzo, que era natural de Vizcaya ó cerca de Navarra, y Delgadillo, de Granada, y un Maldonado, de Salamanca; no es este el licenciado Alonso Maldonado el bueno, que fué gobernador de Guatemala; y vino un licenciado Parada, que solia estar en la isla de Cuba; y así como llegaron estos oidores á Méjico, después que les hicieron gran recibimiento en la entrada de la ciudad, en obra de quince ó veinte dias que habian llegado, se mostraron muy justificados en hacer justicia, y traian los mayores poderes que nunca á la Nueva-España después trujeron vireyes ni presidentes, y era para hacer el repartimiento perpetuo, y anteponer á los conquistadores y hacelles muchas mercedes, porque así se lo mandó su majestad; y luego hacen saber de su venida á todas las ciudades é villas que en aquella sazón estaban pobladas en la Nueva-España, para que envíen procuradores con las memorias y copias de las indias que hay en cada provincia, para hacer el repartimiento perpetuo, y en pocos dias se juntaron en Méjico los procuradores de las ciudades é villas y otros conquistadores; y en aquella sazón estaba yo en Méjico por procurador síndico de la villa de Guacacualco, donde en aquel tiempo era vecino; y como vi lo que el presidente y oidores mandaron, fui por la posta á nuestra villa para elegir quiénes habian de venir por procuradores para hacer el repartimiento perpetuo; y cuando llegué hubo

muchas contrariedades en elegir los que habian de venir, porque unos vecinos querian que viniesen sus amigos, y otros no lo consentian, y por votos hubimos de salir elegidos el capitan Luis Marin y yo. Llegados á Méjico, demandamos todos los procuradores de las mas villas y ciudades que se habian juntado el repartimiento perpetuo, segun su majestad mandaba; y en aquella sazón estaba trastocado el Nuño de Guzman y el Matienzo y Delgadillo, porque los otros dos oidores, que fueron Maldonado y Parada, luego que á aquella ciudad llegaron fallecieron de dolor de costado; y si alli estuviera Cortés, segun hay maliciosos, tambien le infamaran y dijeran que Cortés los habia muerto. Y volviendo á nuestra relacion, fué causa de les volver el propósito que no hiciesen el repartimiento segun su majestad mandaba, dijeron muchas personas que lo entendieron muy bien, que fué el factor Salazar, porque se hizo tan íntimo amigo de Nuño de Guzman y de Delgadillo, que no se hacia otra cosa sino lo que mandaba, y tal como el consejo dieron, en tal paró todo; y lo que le aconsejaron fué, que no hiciesen el repartimiento perpetuo por via ninguna; porque, si lo hacian, que no serian tan señores ni los ternian en tanto acato los conquistadores y pobladores, con decir que no les podia dar ni quitar mas indios de los que entonces les diese; y de otra manera, que los ternian siempre debajo de su mano, y podrian dar y quitar á quien quisiesen, y serian muy ricos y poderosos; y tambien trataron entre el factor y Nuño de Guzman y Delgadillo que fuese el mismo factor á Castilla por la gobernacion de la Nueva-España para Nuño de Guzman, porque ya sabian que Cortés no tenia tanto favor con su majestad como al principio que fué á Castilla, y no se le habian dado, por mas intercesores que echó ante su majestad para que se la diesen. Pues ya embarcado el factor en una nao que llamaban la Sornosa, dió al través con gran tormenta en la costa de Guacacualco, y se salvó en un batel y volvió á Méjico, y no hubo efecto su ida á Castilla. Dejemos desto, y diré en lo que entendieron luego que á Méjico llegaron el Nuño de Guzman y Matienzo y Delgadillo, y fué en tomar residencia al tesorero Alonso de Estrada, la cual dió muy buena; y si se mostrara tan varon como creimos que lo fuera, él se quedara por gobernador, porque su majestad no le mandaba quitar la gobernacion; antes, como dicho tengo en el capítulo pasado, habia venido mandado pocos meses habia de su majestad que gobernase solo el tesorero, y no juntamente con el Gonzalo de Sandoval, y dió por muy buenas las encomiendas que habia de antes dado, y al Nuño de Guzman no le nombraban en las provisiones mas de por presidente y repartidor juntamente con los oidores; y demás desto, si se pusiera de hecho en tener la gobernacion en sí, todos los vecinos de Méjico y los conquistadores que en aquella sazón estábamos en aquella ciudad le favorecíamos, pues víamos que su majestad no le quitaba del cargo que tenia; y demás desto, vimos en el tiempo que gobernó hacia justicia y tenia mucha voluntad y buen celo de cumplir lo que su majestad mandaba; y dende á pocos dias falleció de enojo dello. Dejemos de hablar en esto, y diré en lo que luego entendieron en la audiencia real, y fueron muy contrarios en las cosas

del Marqués; y enviaron á Guatemala á tomar residencia á Jorge de Albarado, y vino un Orduña el viejo, natural de Tordesillas, y lo que pasó en la residencia yo no lo sé; y luego le pusieron en Méjico muchas demandas á Cortés por via del fiscal y el factor Salazar, y anisimismo le puso otras demandas, y los escritos que daba en los estrados era con muy gran desacato y palabras muy mal dichas, y que habia hecho muchos deservicios á su cesárea majestad, y otras muchas cosas feas, y tan malas, que el licenciado Juan Altamirano, ya por ni otra vez nombrado, que era la persona á quien Cortés habia dejado su poder cuando fué á Castilla, se levantó en pié, con su gorra quitada, en los mismos estrados, y dijo al presidente é oidores con mucho acato que suplicaba á su alteza que le mandasen al factor que en los escritos que diese, que fuesen bien mirados, y que no le consientan que diga del Marqués, pues es buen caballero y tan grande servidor de vuestra alteza, tan malas y feas palabras, é que demanden su justicia como debe; y no aprovechó cosa ninguna lo que el licenciado Altamirano allí en los estrados le suplicó, porque para otro dia tuvo el factor otros mas feos escritos; y fué la cosa, segun después alcanzamos á saber, que el Nuño de Guzman y el Delgadillo le daban lugar á ello en tal manera, que el licenciado Altamirano y el factor, y del presidente é oidores, sobre los escritos vinieron á palabras muy feas é sentidas que entre ellos dijeron, y el Altamirano echó mano á un puñal para el factor, y le iba á dar si no se abrazara con él Nuño de Guzman y Matienzo y Delgadillo, y luego toda la ciudad revuelta, y llevaron preso á las atarazanas al licenciado Altamirano, y el factor á la posada; y los conquistadores fuimos al presidente á suplicar por el Altamirano, y dende allí á tres dias le sacaron de la prision y los hicimos amigos. Y pasemos adelante, que hubo luego otra tormenta mayor, y fué, que en aquella sazón habia aportado allí á Méjico un deudo del capitan Pánfilo de Narvaez, el cual se decia Zavallos, que le enviaba dende Cuba su mujer del Pánfilo de Narvaez, la cual se decia Maria de Valenzuela, en busca de su marido Narvaez, que habia ido por gobernador al rio de Palmas, porque ya tenia fama que era perdido ó muerto; y trujo su poder para haber sus bienes do quiera que los hallase, y tambien creyendo que habia aportado á la Nueva-España; y como llegó á Méjico este Zavallos, secretamente, segun el Zavallos dijo y así fué fama, el Nuño de Guzman y el Matienzo y Delgadillo le hablaron para que ponga demanda y dé queja de todos los conquistadores que fuimos juntamente con Cortés en desbaratar á Narvaez, y se le quebró el ojo y se quemó su hacienda, y tambien demandó la muerte de los que alli murieron; y el Zavallos, dada su queja como se lo mandaron, y grandes informaciones dello, prendieron á todos los conquistadores que en aquella ciudad nos hallamos, que en las probanzas vieron que fueron en ello, que pasaron de mas de cientos y cincuenta, y á mí tambien me prendieron, y nos sentenciaron en ciertos pesos de oro de tipuzque, y nos desterraron de cinco leguas de Méjico, y luego nos alzaron el destierro, y aun á muchos de nosotros no nos demandaron el dinero de la sentencia, porque era poca cosa; y tras-

esta tormenta, ponen á Cortés otra demanda las personas que mal le querian, y fué, que se habia alzado con mucha cantidad de oro y joyas y plata de gran valia, que se hubo en la toma de Méjico, y aun la recámara de Guatemuz, y que no dió parte dello á los conquistadores, sino á cosa de ochenta pesos, y que en su nombre lo envió á Castilla, diciendo que servia á su majestad con ello, y se quedó con la mayor parte dello, que no lo envió todo; y eso que envió, que lo robó en el mar un Juan Florin, francés, cosario, que fué el que ahorcaron en el Puerto Pico, como dicho tengo en los capítulos que dello hablan, y que era obligado el Cortés á pagar todo aquello que el Juan Florin robó, y mas lo que escondió; y le pusieron otras demandas, y en todas le condenaban que lo pagase de sus bienes, y se los vendian; y tambien tuvieron manera y concertaron para que un Juan Suarez, cuñado de Cortés, demandase públicamente en los estrados la muerte de su hermana doña Catalina Suarez la Marcaйда, la cual demandó en los estrados, como se lo mandaron, y presentó testigos cómo y de qué manera dicen que fué su muerte; y luego tras esto hubo otros impedimentos, y fué que, como le pusieron á Cortés la demanda que dicho tengo de la recámara de Guatemuz, y del oro y plata que se hubo en Méjico, muchos de los que éramos amigos de Cortés nos juntamos, con licencia de un alcalde ordinario, en casa de un García Helguia, y firmamos que no queríamos parte de aquellas demandas del oro ni de la recámara, ni por nuestra parte fuese compelido Cortés á que pagase ninguna cosa dello, y decíamos que sabíamos cierto y claramente que lo enviaba á su majestad, y lo hubimos por bueno hacer aquel servicio á nuestro rey y señor; y como el presidente y los oidores vieron que dimos peticiones sobre ello, nos mandaron prender á todos, diciendo que sin su licencia no nos habíamos de juntar ni firmar cosa ninguna; y como vieron la licencia del alcalde, puesto que nos sentenciaron en destierro de Méjico cinco leguas, luego nos le alzaron, y todavía lo recibíamos por grandes molestias y agravios; y luego tras esto se pregonó que todos los que venian del linaje de indios, ó moros que hubiesen quemado ó ensambenitado por la Santa Inquisición en el cuarto grado á sus padres ó abuelos, que dentro de seis meses saliesen de la Nueva-España, so pena de perdimiento de la mitad de sus bienes; y en aquel tiempo vieran el acusar que acusaban unos á otros, y el infamar que hacian, y no salieron de la Nueva-España sino dos. Y para los conquistadores, como eran tan buenos y cumplian lo que su majestad mandaba, en cuanto al dar indios á los que eran verdaderos conquistadores, á ninguno dejaban de dar indios, é de lo que vacaba les hacian muchas mercedes. Lo que les echó á perder fué la demasiada licencia que daban para herrar esclavos. Pues en lo de Pánuco se herrarón tantos, que casi despoblaron aquella provincia; y el Nuño de Guzman, que era franco y de noble condicion, envió en agüinaldo una cédula de un pueblo que se dice Guazpaltepeque al contador Albornoz, que habia pocos dias que volvió de Castilla é vino casado con una señora que se decia doña Catalina de Loaisa, y aun trujo el Rodrigo de Albornoz de España licencia de su majestad

para hacer un ingenio de azúcar en un pueblo que se dice Cempoal, el cual pueblo en pocos años destruyó. Volvamos á nuestro cuento: que, como el Nuño de Guzman hacia aquellas franquezas y herraba tantos indios por esclavos, é hizo muchas molestias á Cortés; y del licenciado Delgadillo decian que hacia dar indios á personas que le acudian con cierta renta, y hacia compañías, y tambien porque puso por alcalde mayor en la villa de Guaxaca á su hermano, que se decia Berrio, y hallaron que el hermano llevaba cohechos y hacia muchos agravios á los vecinos; y tambien se halló que en la villa de los zapotecos puso otro teniente, que se decia Delgadillo como él, que tambien llevaba cohechos y hacia injusticias, y el licenciado Matienzo era viejo; y fueron tantas las cosas que dellos decian con probanzas, yaun cartas de los prelados y religiosos, que, viendo su majestad y los del real consejo de Indias las informaciones y cartas que contra ellos fueron, mandó que luego sin mas dilacion se quitase redondamente toda la real audiencia y los castigasen, y pusiesen otro presidente é oidores que fuesen de ciencia y buena conciencia y rectos en hacer justicia; y mandó que luego fuesen á la provincia de Pánuco á saber qué tantos mil esclavos habian herrado, y fué el mismo Matienzo por mandado de su majestad, que á este viejo oidor hallaron con menos cargos y mejor juez que á los demás; y demás desto, luego se dieron por ningunas las cédulas que habian dado para herrar esclavos, y se mandaron quebrar todos los hierros con que se herraban, y que dende allí adelante no se hiciesen mas esclavos, y aun se mandó hacer memoria de los que habia en toda la Nueva-España, para que no se vendiesen ni se sacasen de una provincia á otra; y demás desto, mandó que todos los repartimientos y encomiendas de indios que habia dado el Nuño de Guzman y los demás oidores á deudos y panaguados y á sus amigos, ó á otras personas que no tenían méritos, que luego sin ser mas oídos se los quitasen, y los diesen á las personas que su majestad habia mandado que los hubiese. Quiero traer aquí la memoria qué de pleitos y debates hubo sobre este tornar á quitar los indios de encomienda que ya les habia dado el Nuño de Guzman, juntamente con los oidores; unos alegaban ser conquistadores no lo siendo, é otros pobladores de tantos años, y que si entraban y salian en casa del presidente é oidores, que era para les servir y honrar y acompañar, é hacer lo que por ellos les fuese mandado en cosas que fuesen cumplideras al servicio de su majestad, y que no entraban en sus cosas por criados ni panaguados, y cada uno defendia y alegaba lo que mas á su provecho podia; y fué de tal manera la cosa, que á pocos de los que les habian dado los indios, se los tornaron á quitar, sino fué á los que diré aquí: el pueblo de Guazpaltepeque al contador Rodrigo de Albornoz, que le hubo enviado el Nuño de Guzman en agüinaldo, y tambien le quitaron á un Villaroel, marido que fué de Isabel de Ojeda, otro pueblo de Cornabaca, y tambien los quitaron á un mayordomo de Nuño de Guzman, que se decia Villegas, y á otros deudos y criados de los mismos oidores, y otros se quedaron con ellos. Pues como se supo esta nueva en Méjico, que vino de Castilla, que quitaban redondamente toda la audien-

cia real, en lo que entendieron Nuño de Guzman y Delgadillo y Matienzo fué luego enviar procuradores á Castilla para abonar sus cosas con probanzas de testigos que ellos quisieron tomar como quisieron, para que dijese que eran muy buenos jueces y que hacian lo que su majestad les mandaba, y otros abonos que les convenia decir para que en Castilla los diesen por buenos jueces. Pues para elegir á las personas que habian de ir con los poderes, así para que procurasen por ellos como para cosas que convenian á aquella ciudad y Nueva-España, y á la gobernacion della, mandaron que nos juntásemos en la iglesia mayor todos los procuradores que teniamos poder de las ciudades é villas, que en aquella sazón nos hallamos en Méjico, y con nosotros juntamente algunos conquistadores, personas de cuenta, y por nuestros votos quisieron que eligiéramos para que fuese procurador á Castilla al factor Salazar; porque, como ya he dicho otras veces, puesto que el Nuño de Guzman y el Matienzo y Delgadillo hacian algunos desatinos, ya atrás por mí memorados, por otra parte eran tan buenos para todos los conquistadores y pobladores, que nos daban de los indios que vacaban; y con esta confianza creyeron que votáramos por el factor, que era la persona que ellos querian enviar en su nombre. Pues como nos hubimos juntado en la iglesia mayor de aquella ciudad, como nos fué mandado, eran tantas las voces y tabaola y behetría que daban muchas personas de las que no eran llamadas para aquel efeto, que se entraron por fuerza en la iglesia, que, aunque les mandábamos salir fuera della, no querian ni aun callar; en fin, como cosa de comunidad daban voces; y como aquello vimos, fuimos á decir al presidente é oidores que para otro dia lo dejáramos, y que en casa del mismo presidente, donde hacian la real audiencia, eligiríamos á quien viésemos que convenia; y después nos pareció que solamente querian nombrar personas amigas del Nuño de Guzman y Delgadillo y Matienzo; y acordamos se eligiese una persona por parte de los mismos oidores y otra por la parte de Cortés; y fueron nombrados, á Bernardino Vazquez de Tapia por la parte de Cortés, y por la parte de los oidores á un Antonio de Carvajal, que fué capitán de bergantines; mas, á lo que entonces á mí me pareció, así el Bernardino Velazquez de Tapia como el Carvajal eran aficionados á las cosas del Nuño de Guzman mucho mas que á las de Cortés, y tenian razon, porque ciertamente nos hacian mas bien y cumplian algo de lo que su majestad mandaba en dar indios que no Cortés, puesto que nos pudiera dar muy mejor que todos en el tiempo que tuvo el mando; mas, como somos tan leales los españoles, por haber sido Cortés nuestro capitan le teniamos afición, mas que él tuvo voluntad de nos hacer bien, habiéndosele mandado su majestad, pudiendo quando era gobernador. Pues ya elegidos, sobre los capítulos que habian de llevar hubo otras contiendas; porque decian el presidente é oidores que era cumplidero al servicio de Dios y de su majestad, y con parecer de todos los procuradores, que no volviese Cortés á la Nueva-España, porque estando en ella siempre habría bandos y revueltas, y quedando en ella no habría buena gobernacion, y por ventura

se alzaría con ella; y todos los mas procuradores lo contradeciamos, y que era muy leal y gran servidor de su majestad; y en aquella sazón llegó don Pedro de Albarado á Méjico, que habia venido de Castilla y traia la gobernacion de Guatemala, é adelantado, é comendador de Santiago, y casado con una señora que se decia doña Francisca de la Cueva, y falleció aquella señora así como llegó á la Veracruz. Pues como llegó á Méjico, con mucho luto él y sus criados, y como entendió los capítulos que enviaban por parte del presidente é oidores, túvose orden que el mismo adelantado, con los demás procuradores, escribiésemos á su majestad todo lo que la audiencia real intentaba; y como fueron los procuradores, por mí ya nombrados, á Castilla con los recaudos y capítulos que habian de pedir, y los del real consejo de Indias conocieron que todo iba guiado contra Cortés por pasion, no quisieron hacer cosa que conviniese al Nuño de Guzman ni á los demás oidores, porque ya estaba mandado por su majestad que de hecho les quitasen el cargo; y tambien en este instante Cortés estaba en Castilla, que en todo les fué muy contrario, é volvía por su honra y estado, y luego se apercibió Cortés para venir á la Nueva-España con la señora marquesa su mujer y casa; y entre tanto que viene, diré cómo Nuño de Guzman fué á poblar una provincia que se dice Xalisco, é acertó en ello muy mejor que no Cortés en lo que envió á descubrir, como adelante verán.

CAPITULO CXCVII.

Como Nuño de Guzman supo por cartas ciertas de Castilla que le quitaban el cargo, porque habia mandado su majestad que le quitasen de presidente á él y á los oidores, y viniesen otros en su lugar, acordó de ir á pacificar y conquistar la provincia de Xalisco, que agora se dice la Nueva-Galicia.

Pues como Nuño de Guzman supo por cartas ciertas que le quitaban el cargo de ser presidente á él y á los oidores, é venian otros oidores; como en aquella sazón todavía era presidente el Nuño de Guzman, allegó todos los mas soldados que pudo, así de á caballo como escopeteros y ballesteros, para que fuesen con él á una provincia que se dice Xalisco; y los que no querian ir de grado, apremiábalos que fuesen, ó por fuerza, ó habian de dar dineros á otros soldados que fuesen en su lugar, y si tenian caballos se los tomaban, y cuando mucho, no les pagaban sino la mitad menos de lo que valian; y los vecinos ricos de Méjico ayudaron con lo que podian, y llevó muchos indios mejicanos cargados y otros de guerra para que le ayudasen, y por los pueblos que pasaba con su fardaje hacíales grandes molestias; y fué á la provincia de Mechoacan, que por allí era su camino, y tenian los naturales de los pueblos de aquella provincia, de los tiempos pasados, mucho oro, é aunque era bajo, porque estaba revuelto con plata, le dieron cantidad dello; y porque el Cazonci era el mayor cacique de aquella provincia, que así se llamaba, no le dió tanto oro como le demandaba el Nuño de Guzman, le atormentó y le quemó los piés, y porque le demandaba indios é indias para su servicio, y por otras trancanillas que se le levantaron al pobre cacique, lo ahorcó, que fué una de las mas malas é feas cosas que presidente ni otras personas podian hacer, y todos los

que iban en su compañía se lo tuvieron á mal é á crueldad; y llevó de aquella provincia muchos indios cargados hasta donde pobló la ciudad que agora llaman de Compostela, con harta costa de la hacienda de su majestad y de los vecinos de Méjico, que llevó por fuerza; y porque yo no me hallé en aquesta jornada, se quedará aquí; mas cierto que Cortés ni el Nuño de Guzman jamás se hubieron bien; y también sé que siempre se estuvo en aquella provincia el Nuño de Guzman hasta que su majestad mandó que enviasen por él á Xalisco á su costa, y le trujeron preso á Méjico á dar cuenta de las demandas y sentencias que contra él dieron en la real audiencia que nuevamente en aquella sazón vino, y le prendiesen á pedimiento de Matienzo y Delgadillo. Quiero lo dejar en este estado, y diré cómo llegó la real audiencia á Méjico, y lo que hizo.

CAPITULO CXCVIII.

Cómo llegó la real audiencia á Méjico, y lo que se hizo.

Ya he dicho en el capítulo pasado cómo su majestad mandó quitar toda la real audiencia de Méjico, y dió por ningunas las encomiendas de indios que habían dado el presidente é oidores que en ella residían; porque los daban á sus deudos y paniaguados y á otras personas que no tenían méritos; y mandó su majestad que se los quitasen y los diesen á los conquistadores que estaban con pobres repartimientos; y porque tuvieron noticia que no hacían justicia ni cumplieron sus reales mandatos; é mandó venir otros oidores que fuesen de ciencia y conciencia, y les encargó que en todo hiciesen justicia, y por presidente vino don Sebastian Ramirez de Villaseca, que en aquella sazón era obispo de Santo Domingo, y cuatro licenciados por oidores, que se decían el licenciado Alonso Maldonado de Salamanca, y el licenciado Zainos, de Toro ó de Zamora, y el licenciado Vasco de Quiroga, de Madrigal, que después fué obispo de Mechoacan, y el licenciado Salmeron, de Madrid; y primero llegaron á Méjico los oidores que llegase el obispo de Santo Domingo; y se le hizo dos grandes recibimientos, así á los oidores, que vinieron primero, como al presidente, que vino de allí á pocos días; y luego mandaron pregonar residencia general, y de todas las ciudades y villas vinieron muchos vecinos y procuradores, y aun caciques y principales, y dieron tantas quejas del presidente é oidores pasados, de agravios y cohechos é injusticias que les habían hecho, que estaban espantados el presidente é oidores que les tomaban la residencia. Pues los procuradores de Cortés les ponen tantas demandas de los bienes é hacienda que les hicieron vender en las almonedas, como dicho tengo antes de agora, que si todo en lo que les condenaban hubieran de pagar, montaba sobre doscientos mil pesos de oro. Y como el Nuño de Guzman estaba en Xalisco, é no quería venir á la Nueva-España á dar su residencia, respondía el Delgadillo y Matienzo en la residencia que les tomaban, que todas aquellas demandas que les ponían eran á cargo de Nuño de Guzman, que como presidente lo mandaba de hecho, y no eran á su cargo, y que mandasen enviar por él, que venga á Méjico á descargarse de los cargos que le po-

nen; y puesto que ya había enviado á Xalisco la real audiencia provisiones para que pareciese personalmente en Méjico, no quiso venir; y el presidente é oidores, por no alborotar la Nueva-España, disimularon la cosa, y hacen saber dello á su majestad, y luego enviaron sobre ello el real consejo de Indias á un licenciado que se decía Fulano de la Torre, el cual decían que era natural de Badajoz, para que le tomase residencia en la provincia de Xalisco y para que le traiga preso á Méjico y que le eche preso en la cárcel pública; y trujo comisión para que nos pagase el Nuño de Guzman todo en lo que nos sentencié á los conquistadores sobre lo de Narvaez, y lo de las firmas cuando nos echaron presos, como dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla, y dejaré apercibiendo á este licenciado de la Torre para venir á la Nueva-España, y diré en qué paró la residencia. Yes, que al Delgadillo y Matienzo les vendieron sus bienes para pagar las sentencias que contra ellos dieron, y los echaron presos en la cárcel pública por lo que mas debían, que no alcanzó á pagar con sus bienes; y á un hermano de Delgadillo, que se decía Berrio, que estaba por alcalde mayor en Guaxaca, hallaron contra él tantos agravios y cohechos que había llevado, que le vendieron sus bienes para pagar á quien los había tomado, y le echaron preso por lo que no alcanzaba, y murió en la cárcel; y otro tanto hallaron contra otro pariente de Delgadillo que estaba por alcalde mayor en los zapotecas, que también se llamaba Delgadillo, como el pariente, y murió en la cárcel; y ciertamente eran tan buenos jueces y rectos en hacer justicias los nuevamente venidos, que no entendían sino solamente en hacer lo que Dios y su majestad manda, y en que los indios conociesen que les favorecían y que fuesen bien doctrinados en la santa doctrina; y demás desto, luego quitaron que no se herrasen esclavos, y hicieron otras buenas cosas; y como el licenciado Salmeron y el licenciado Zainos eran viejos, acordaron de enviar á demandar licencia á su majestad para se ir á Castilla, porque ya habían estado cuatro años en Méjico y estaban ricos y habían servido bien en los cargos que habían traído, é su majestad les envió licencia, después de haber dado residencia, que dieron muy buena; pues el presidente don Sebastian Ramirez, obispo que en aquella sazón era de Santo Domingo, también fué á Castilla, porque su majestad le envió á llamar para se informar dél de las cosas de la Nueva-España y para ponelle por presidente de la chancillería real de Granada; y dende cierto tiempo lo pasaron á la de Valladolid y le dieron el obispado de Tuy; y dende á pocos días vacó el de Leon, y se le dieron, y era presidente, como dicho tengo, en la chancillería de Valladolid, y en aquel instante vacó el obispado de Cuenca, y se le dieron. Por manera que se alcanzaban unas bulas de los obispos á otras, y por ser buen juez vino á subir en el estado que he dicho; y en esta sazón vino la muerte á llamarle, y pareceme á mí, según nuestra santa fe, que está en la gloria con los bienaventurados; porque, á lo que conocí y comuniqué con él cuando era presidente en Méjico, en todo era muy recto y bueno, y como tal persona, había sido, antes que fuese obispo de Santo Domingo, inquisidor en

Volvamos á nuestra relacion, y diré del licenciado Alonso Maldonado, que su majestad le mandó fuese á la provincia de Guatimala ó Honduras é algun por presidente y gobernador, y en todo fué bueno y recto juez y gran servidor de su majestad: un tuvo título de adelantado de Yucatan por cañon que tuvo hecho con su suegro don Francisco Intero. Pues el licenciado Quiroga fué tan bueno, dieron el obispado de Mechoacan. Dejemos de estos prosperados por sus virtudes, y volvamos al delgadillo y Matienzo, que fueron á Castilla sus tierras muy pobres, y no con buenas famas; á dos ó tres años dijeron que murieron, é ya la sazón habia su majestad mandado que viniese Nueva-España por visorey el ilustrísimo y buen varón, é digno de loable memoria, don Antonio de Mendoza, hermano del marques de Mondéjar; y vinieron oidores el doctor Quesada, natural de Ledesma, el licenciado Tejada, de Logroño, y aun en aquel tiempo estaba por oidor el licenciado Maldonado, que habia ido á ser presidente de Guatimala; y tambien por oidor un licenciado que se decia Loaysa, de Ciudad-Real, y como era hombre viejo, esres ó cuatro años en Méjico, y allegó pesos de oro á Castilla y se volvió á su casa; y de ahí á tiempo vino un licenciado de Sevilla, que se decia Luna, que después fué doctor, y todos fueron muy jueces; y después que se les hizo grandes recibimientos en la entrada de aquella ciudad, se pregonó hacia general contra el presidente é oidores pasados y todos los hallaron muy rectos y buenos, y usaron sus cargos conforme á justicia. Y volviendo á la relacion cerca del Nuño de Guzman, que se estaba en Xalisco, y como el virey don Antonio de Mendoza á saber que su majestad mandó venir al lido de la Torre á tomalle residencia en Xalisco y preso en la cárcel pública, y hacerlo que pagase á los del Valle lo que se hallase deberle, y á los adelantados tambien nos pagase en lo que nos señalase sobre lo de Narvaez, por hacerle bien y porque no molestado y afrentado, le envió á llamar que viniese á Méjico sobre su palabra, y le señaló por su palacio; y el Nuño de Guzman así lo hizo, vino luego; y el Virey le hacia mucha honra y gracia, y comía con él; y en este instante llegó á Méjico el licenciado de la Torre, y como traia mandado de su majestad que luego echase preso á Nuño de Guzman en todo hiciese justicia, puesto que primero comunicó con el Virey, y parece ser no halló tanta voluntad para ello como quisiera, acordó de le sacar de la casa del Virey, á do estaba; y decia á voces: manda su majestad; así se ha de hacer, y no otra cosa; y lo llevó á la cárcel pública de aquella ciudad, y preso ciertos dias, hasta que rogó por él el Virey le sacaron de la cárcel; y como conocieron lo la Torre que traia recios aceros para no dejar recutar la justicia, y tomar residencia muy á las espaldas al Nuño de Guzman; y como la malicia humana muchas veces no deja cosa en que pueda infamar á infame, parece ser que, como el licenciado de la Torre era algo aficionado al juego, especial de naipes.

pues, puesto que no jugaba sino al triunfo, é á la primera por pasatienpo, quien quiera que fué, por parte de Nuño de Guzman, como en aquel tiempo se usaban traer unos tabardos con mangas largas, especial los juristas, metieron en una de las mangas del tabardo del licenciado de la Torre una baraja de naipes de los chichos, y ataron la manga de arte que no se pudiesen salir en aquel instante; é yendo el licenciado por la plaza de Méjico, acompañado de personas de calidad, quien quiera que fué en metelle los naipes, tuvo manera que se le desató, é salieronle los naipes pocos á pocos, y dejó rastro dellos en el suelo en la plaza por donde iba, é las personas que le iban acompañando, desdeque vieron salir de aquella manera los naipes, se lo dijeron, que mirase lo que traia en la manga del tabardo; y cuando el licenciado vió tan grande burla dijo con grande enojo: «Bien parece que no quieren que haga yo justicia á los derechos; mas si no me muero, yo la haré de manera que su majestad sepa deste desacato que conmigo se ha hecho;» y dende á pocos dias cayó malo, y de pensamiento dello ó de otras cosas, de calenturas que le ocurrieron murió.

CAPITULO CXCIX.

Cómo vino don Fernando Cortés, marqués del Valle, de España, casado con la señora doña María de Zúñiga, con título de marqués del Valle y capitán general de la Nueva-España y de la mar del Sur; y cómo trujo consigo al padre fray Juan Leguizamo y otros once frailes de la Merced, y del recibimiento que se le hizo.

Como habia mucho tiempo que Cortés estaba en Castilla, é ya casado, como dicho tengo, y con título de marqués y capitán general de la Nueva-España y de la mar del Sur, tuvo gran deseo de se volver á la Nueva-España á su casa y estado é tomar posesion de su marquesado; y como supo que estaban las cosas en Méjico en el estado que he referido, de la manera y por mi dicha, se dió prisa, é se embarcó con toda su casa, é trujo en su compañía doce frailes de la Merced para que llamasen adelante lo que habia dejado empezado fray Bartolomé, ya por mí memorado, y los que después dél fueron, y estos de ahora no eran menos virtuosos é buenos que los otros; que se los dió por tales á Cortés el general de la Merced por mandado del consejo de las Indias, é venia por cabeza dellos un fray Juan de Leguizamo, vizcaíno, buen letrado y santo, segun decian, y con él se confesaba el Marqués y la Marquesa; é como dicho he, embarcaronse todos, é con buen tiempo que les hizo en la mar, llegó Cortés con los suyos, menos un fraile de los doce, que se murió á pocos dias de embarcacion al puerto de la Veracruz, é se hizo recibimiento, mas no con la solemnidad que solia; y luego se fué por ciertas villas de su marquesado; y llegado á Méjico, se le hizo otro recibimiento; y en lo que entendió fué en presentar sus provisiones de marqués y hacerse pregonar por capitán de la Nueva-España y del mar del Sur, y demandar al Visorey y audiencia real que le contasen sus vasallos de la manera que éntendiese; y esto me parece á mí que vino mandado de su majestad para que se les contase; porque, á lo que yo entendi, cuando le dieron el marquesado demandó á su majestad que le hiciese merced de ciertas villas y pueblos con

tantos mil vecinos tributarios; y porque esto yo no lo sé bien, remítome á los caballeros ó otras personas que lo saben mejor, y á los pleitos que sobre ello se han traído; porque tenía el Marqués en el pensamiento, cuando demandó á su majestad aquella merced de los vasallos, que se había de contar cada casa de vecino ó cacique ó principal de aquellas villas por un tributario, como si dijésemos ahora que no se habían de contar los hijos varones que eran ya casados, ni yernos, ni otros muchos indios que estaban en cada casa en servicio del dueño della, sino solamente cada vecino por un tributario, ora tuviese muchos hijos ó yernos ó otros allegados criados; y la audiencia real de Méjico proveyó que lo fuese á contar un oidor de la misma real audiencia, que se decía el doctor Quesada, y comenzó á contar desta manera: el dueño de cada casa por un tributario, y si tenían hijos de edad, cada hijo un tributario, y si tenía yernos, cada yerno un tributario, y los indios que tenía en su servicio, aunque fuesen esclavos, cada uno contaban por un tributario. Por manera que en muchas de las casas contaban diez y doce y quince tributarios; y Cortés tenía por sí, y así lo proponía, y demandó á la real audiencia que cada casa era un vecino y se había de contar solo un tributario; y si cuando el Marqués suplicó á su majestad le hiciese merced del marquesado, lo declarara que le diera tal villa y tal villa con los vecinos y moradores que tenía, su majestad le hiciera merced dellas; y el Marqués creyó y tenía por cierto que demandando los vasallos que acertaba en ello, y salió al contrario. Por manera que nunca le faltaron pleitos, y á esta causa estuvo mal con las cosas del doctor Quesada, que se los fué á contar, y aun con el Visorey y audiencia real no le faltaron cosquillas, y se hizo relacion dello á su majestad por parte de la real audiencia, para saber de la manera que habían de contar; y se estuvo suspenso el contar de los vasallos ciertos años, que siempre el Marqués llevó sus tributos dellos sin haber cuenta. Volvamos á nuestra materia: como esto pasó, de ahí á pocos días se fué desde Méjico á una villa de su marquesado, que se dice Cornabaca, y llevó á la Marquesa, é hizo allí su asiento, que nunca mas la trujo á la ciudad de Méjico. Y demás desto, como dejó capitulado con la serenísima emperatriz doña Isabel, nuestra señora, de gloriosa memoria, y con los del real consejo de Indias, que había de enviar armadas por la mar del Sur á descubrir islas y tierras, y todo á su costa, comenzó á hacer navíos en un puerto de una su villa, que era en aquel tiempo del marquesado, que se dice Teguantepeque, y en otros puertos de Zacatula y Acapulco; y las armadas que envió diré adelante, que nunca tuvo ventura en cosa que pusiese la mano, sino todo se le tornaba espinas y se le hacía mal; muy mejor acertó Nuño de Guzman, como adelante diré.

CAPITULO CC.

De los gastos que el marqués don Hernando Cortés hizo en las armadas que envió á descubrir, y cómo en todo lo demás no tuvo ventura; é he menester volver mucho atrás de mí relacion para que bien se entienda lo que ahora dijere.

En el tiempo que gobernaba la Nueva-España Márkos de Aguilar por virtud del poder que para ello le

dejó el licenciado Luis Ponce de Leon al tiempo que falleció, segun ya lo he declarado muchas veces antes que Cortés fuese á Castilla, envió el mismo marqués del Valle cuatro navíos que había labrado en una provincia que se dice Zacatula, bien bastecidos de bastimento y artillería, con buenos marineros y con dcientos y cincuenta soldados, y mucho rescate de cosas de mercería de Castilla, y todo lo que era menester de vituallas y pan bizcocho para mas de un año, y envió en ellos por capitán general á un hidalgo que se decía Alvarado de Saavedra; fueron su viaje y derrota para las islas de los Malucos y Especería ó la China, y este fué por mandado de su majestad, que se lo hubo escrito á Cortés desde la ciudad de Granada en 22 de junio de 1526 años; y porque Cortés me mostró la misma carta á mí y á otros conquistadores que le estábamos teniendo compañía, lo digo y declaro aquí; y aun le mandó su majestad á Cortés que á los capitanes que envinse, que fuesen á buscar una armada que había salido de Castilla para la China, é iba en ella por capitán un frey don Garcia de Loaysa, comendador de San Juan de Ródas; y en esta sazón que se apercebía el Saavedra para el viaje, aportó á la costa de Guantepeque un patache, que era de los que habían salido de Castilla con la armada del mismo comendador que dicho tengo, y venia en el mismo patache por capitán un Ortuño de Lango, natural de Portugalete; del cual dicho capitán y pilotos que en el patache venian se informó el Alvaro de Saavedra Ceron de todo lo que quiso saber, y aun llevó en su compañía á un piloto y á dos marineros, y se lo pagó muy bien, porque volviesen otra vez con él, y tomó plática de todo el viaje que habían traído y de las derrotas que habían de llevar; y después de haber dado las instrucciones y avisos que los capitanes y pilotos que van á descubrir suelen dar en sus armadas, después de haber oído misa y encomendándose á Dios, se hicieron á la vela en el puerto de Esguatanejo, que es la provincia de Colima ó Zacatula, que no lo sé bien, y fué en el mes de diciembre en el año de 1527 ó 28, y quiso nuestro Señor Jesucristo encaminalles, que fueron á los Malucos é á otras islas; y los trabajos y hambres y dolencias que pasaron, y aun muchos que se murieron en aquel viaje, yo no lo sé; mas yo vi dende á tres años en Méjico á un marinero de los que habían ido con el Saavedra, y contaba cosas de aquellas islas y ciudades donde fueron, que yo me estaba admirado; y estas son las tierras é islas que ahora van desde Méjico con armada á descubrir y tratar; y aun oí decir que los portugueses que estaban por capitanes en ellas, que prendieron al Saavedra ó á gente suya y que los llevaron á Castilla, ó que tuvo dello noticia su majestad; y como há tantos años que pasó y yo no me hallé en ello, mas de, como tengo dicho, haber visto la carta que su majestad escribió á Cortés, en esto no diré mas. Quiero decir ahora cómo en el mes de mayo de 1532 años, después que Cortés vino de Castilla, envió desde el puerto de Acapulco otra armada con dos navíos bien bastecidos con todo género de bastimentos y marineros, los que eran menester, y artillería y rescate, y ochenta soldados escopeteros y ballesteros, y envió por capitán general á un Diego Hurlado de Mendoza; y estos

avios envió á descubrir por la costa del sur á buscar islas y tierras nuevas; y la causa dello es, porque, dicho tengo en el capítulo que dello habla, así capituló Cortés con los del real consejo de cuando su majestad se fué á Flándes. Y volviendo del viaje de los dos navios, fué que, yendo el capitán Hurtado sin ir á buscar islas ni se meter mucho en hacer cosa que de contar sea, se apartaron de la compañía amotinados mas de la mitad de los soldados que llevaba con el un navio; y dicen que ellos, por concierto que entre el capitán y los amotinados se hizo, fué dalles el navio en que iban para volver á Nueva-España; mas nunca tal es de creer, que ellos les diera licencia, sino que ellos se la tomaron ya que daban vuelta los amotinados, les hizo el contrario y les echó en tierra, y fueron á tomar, y con mucho trabajo vinieron á Xalisco, y dieron cuenta dello, y desde allí voló la nueva á Méjico, de lo que pesó mucho á Cortés; y el Diego Hurtado corrió por la costa, y nunca se oyó decir mas dél ni del navio, ni jamás pareció. Quiero dejar de decir desta historia, pues se perdió; y diré cómo Cortés luego despachó otros dos navios que estaban ya hechos en el puerto de Guantepeque, los cuales basteció muy convenientemente, así de pan como de carne, y todo lo necesario que en aquel tiempo se pudo haber, y con mucha artillería y buenos marineros, y setenta soldados y cien escuderos, y por capitán dellos á un hidalgo que se decía Becerra de Mendoza, de los Becerras de Badajoz y Mérida; y fué en el otro navio por capitán un alcaide de Grijalva, y este Grijalva iba debajo de la bandera de Becerra; y fué por piloto mayor un vizcaíno que se decía Ortuño Jimenez, gran cosmógrafo; y mandó á Becerra que fuese por la mar en busca del capitán Hurtado, y si no le hallase, se metiese en mar y buscasen islas y tierras nuevas, porque habia de ir á descubrir islas de perlas; y el piloto Ortuño Jimenez quando estaba platicando con otros pilotos en las costas de la mar, antes que partiese para aquella jornada, le prometia de les llevar á tierras bien afortunadas de riquezas, que así las llamaban, y decia tantas cosas, como serian todos ricos, que algunas personas le creyeron; y después que salieron del puerto de Guantepeque, la primera noche se levantó un viento contrario, que partió los dos navios el uno del otro, que nunca se vieron; y bien se pudieran tornar á juntar, porque luego hizo buen tiempo, salvo que el Hernando de Sotomayor, por no ir debajo de la mano de Becerra, se hizo á la mar y se apartó con su navio, porque el Becerra era muy soberbio y mal acondicionado; y en tal manera segun adelante diré; y tambien se apartó el Hernando de Grijalva porque quiso ganar honra por sí mismo si descubria alguna buena isla, y metiéndose dentro de la mar mas de doscientas leguas, y descubrió una isla que le puso nombre Santo Tomé, y estaba despoblada; y le avisó á Grijalva y á su derrota, y volveré á decir cómo le acacó al Becerra con el piloto Ortuño Jimenez que riñeron en el viaje, y como el Becerra iba con todos los mas soldados que iban en la armada concertó el Ortuño, con otros vizcaínos marineros con los soldados con quien habia tenido palabras

al Becerra, de dar en él una noche y matarle, y así lo hicieron, que estando durmiendo le despacharon al Becerra y á otros soldados; y si no fuera por dos frailes franciscanos que iban en aquella armada, que se metieron en despartillos, mas males hubiera; y el piloto Jimenez con sus compañeros se alzaron con el navio, y por ruego de los frailes les fueron á echar en tierra de Xalisco, así á los religiosos como á otros heridos; y el Ortuño Jimenez dió vela, y fué á una isla que le puso nombre Santa-Cruz, donde dijeron que habia perlas y estaba poblada de indios como salvajes; y como saltó en tierra para tomar agua, y los naturales de aquella bahía ó isla estaban de guerra, los mataron, que no quedaron salvo los marineros que quedaban en el navio; y como vieron que todos eran muertos, se volvieron al puerto de Xalisco con el navio, y dieron nuevas de lo acaecido, y certificaron que la tierra era buena y bien poblada y rica de perlas; y luego fué esta nueva á Méjico, y como Cortés lo supo, hubo gran pesar de lo acaecido; y como era hombre de corazon que no reposaba, con tales sucesos acordó de no enviar mas capitanes, sino ir él en persona; y en aquel tiempo tenia sacados de astillero tres navios de buen porte en el puerto de Guantepeque; y como le dieron las nuevas que habia perlas adonde mataron al Ortuño Jimenez, y porque siempre tuvo en pensamiento de descubrir por la mar del Sur grandes poblaciones, tuvo voluntad de lo ir á poblar, porque así lo tenia capitulado con la serenísima emperatriz doña Isabel, de gloriosa memoria, como ya dicho tengo, y los del real consejo de Indias, quando su majestad pasó á Flándes; y como en la Nueva-España se supo que el Marqués iba en persona, creyeron que era á cosa cierta y rica, y viniéronle á servir tantos soldados, así de á caballo y otros arcabuceros y ballesteros, y entre ellos treinta y cuatro casados, que se le juntaron por todos sobre trecientos y veinte personas, con las mujeres casadas; y después de bien bastecidos los navios de mucho bizcocho y carne y aceite, y aun dijeron vino y vinagre y otras cosas pertenecientes para bastimento; y llevó mucho rescate y tres herreros con sus fraguas y dos carpinteros de ribera con sus herramientas, y otras muchas cosas que aquí no relato por no me detener, y con buenos y expertos pilotos y marineros, mandó que los que se quisiesen ir á embarcar al puerto de Guantepeque, donde estaban los tres navios, que se fuesen, y esto por no llevar tanto embarzo por tierra; y él se fué desde Méjico con el capitán Andrés de Tapia y otros capitanes y soldados, y llevó clérigos y religiosos que le decian misa, y llevó médicos y cirujanos y botica; y llegados al puerto adonde se habian de hacer á la vela, ya estaban allí los tres navios que vinieron de Guantepeque; y como todos los soldados se vinieron juntos, con sus caballos y á pie, Cortés se embarcó con los que le pareció que podrian ir de la primera barcada hasta la isla ó bahía que nombraron de Santa-Cruz, adonde decian que habia perlas; y como Cortés llegó con buen viaje á la isla, que fué en el mes de mayo de 1536 ó 7 años, que ya no me acuerdo, y luego despachó los navios para que volviesen los demás soldados y mujeres casadas, y caballos que quedaban aguardando con el capitán Andrés de Tapia, y luego se embarcaron; y alzadas velas,

yendo por su derrota, dióles un temporal que les echó cabe un gran río, que le pusieron nombre San Pedro y San Pablo; y asegurado el tiempo, volvieron á seguir su viaje, y dióles otra tormenta que les despartió á todos tres navios, y el uno dellos fué al puerto de Santa-Cruz, adonde Cortés estaba, y el otro fué á encallar y dar al través en tierra de Xalisco; y los soldados que en él iban estaban muy descontentos del vinje, y de muchos trabajos, se volvieron á la Nueva-España, y otros se quedaron en Xalisco; y el otro navio aportó á una bahía que llaman el Guayabal; y pusieronle este nombre porque habia allí mucha fruta que llaman guayabas; y como habian dado al través, tardaban tanto y no acudian donde Cortés estaba, y les aguardaban por horas, porque se les habian acabado los bastimentos; y en el navio que dió al través en tierra de Xalisco iba la carne y bizcocho y toda el mas bastimento; á esta causa estaban muy congojosos así Cortés como todos los soldados, porque no tenían qué comer; y en aquella tierra no cogen los naturales del maíz, que son gente salvaje y sin policía, y lo que comen es frutas de las que hay entre ellos, y pesquerías y muriscos, y de los soldados que estaban con Cortés, de hambres y de dolencias se murieron veinte y tres, y muchos mas estaban dolientes, y maldecian á Cortés y á su isla y bahía y descubrimiento; y cuando aquello vió, acordó de ir en persona con el navio que allí aportó, y con cincuenta soldados y con dos herreros y carpinteros y tres calafates, en busca de los otros dos navios, porque por los tiempos y vientos que habian corrido, entendió que habian dado al través; é yendo en busca dellos, halló al uno encallado, como dicho tengo, en la costa de Xalisco, y sin soldados ningunos, y el otro estaba cerca de unos arracifes, y con gran trabajo y con tornallos á aderezar y calafatear, volvió á la isla de Santa-Cruz con sus tres navios y bastimento, y comieron tanta carne los soldados que lo aguardaban, que como estaban debilitados de no comer cosas de sustancia de muchos dias atrás, les dió cámaras y tanta dolencia, que se murieron la mitad dellos, y por no ver Cortés delante de sus ojos tantos males, fué á descubrir á otras tierras, y entonces toparon con la California, que es una bahía; y como Cortés estaba tan trabado y flaco, deseaba volver á la Nueva-España; sino que de empacho, porque no dijese del que habia gastado gran cantidad de pesos de oro, y no habia topado tierras de provecho ni tenia ventura en cosa que pusiese la mano, y que eran maldiciones de los soldados y conquistadores verdaderos de la Nueva-España, á este efeto no se iba; y en aquel instante, como la marquesa doña Juana de Zúñiga, su mujer, no sabia ningunas nuevas, mas que habia dado al través un navio en la costa de Xalisco, estaba muy penosa, creyendo no se hubiese muerto ó perdido; y luego envió en su busca dos navios, los cuales uno dellos fué en que habia vuelto á la Nueva-España el Grijalva, que habia ido con el Becerra, y el otro navio era nuevo, que lo acabaron de labrar en Cuantepeque; los cuales dos navios cargaron de bastimento lo que en aquella sazón pudieron haber, y envió por capitán dellos á un Fulano de Ulloa, y escribió muy afectuosamente al Marqués, su marido, con palabras y ruegos que

luego se volviese á Méjico á su estado y marquesado, y que mirase los hijos é hijas que tenia, y dejase de portar mas con la fortuna, y se contentase con los heroicos hechos y fama que en todas partes hay de su persona; y asimismo le escribió el virey don Antonio de Mendoza muy sabrosa y amorosamente, pidiéndole por merced que se volviese á la Nueva-España; los cuales dos navios con buen vinje llegaron donde Cortés estaba, y cuando vió cartas del Virey y los ruegos de la Marquesa é hijos, dejó por capitán con la gente que allí tenia á Francisco de Ulloa, y todos los bastimentos que para él traía, y luego se embarcó, y vino al puerto de Acapulco, y tomado tierra, á buenas jornadas vino á Cornabaca, adonde estaba la Marquesa, con la cual hubo mucho placer; y todos los vecinos de Méjico se holgaron con su venida, y aun el Virey y audiencia real; porque habia fama que se decía en Méjico que se querian alzar todos los caciques de la Nueva-España viendo que no estaba en la tierra Cortés; y demás desto, luego se vinieron todos los soldados y capitanes que habia dejado en aquella isla ó bahía que llaman la California; y esto de su venida no sé de qué manera fué, si ellos de hecho se vinieron, ó el Virey y la audiencia real les dió licencia para ello; y desde á pocos meses, como Cortés estaba algo mas reposado, envió otros navios bien bastecidos, así de pan y carne como de buenos marineros, y sesenta soldados y buenos pilotos, y fué en ellos por capitán el Francisco de Ulloa, otras veces por mí nombrado; y aquestos navios que envió, fué que la audiencia real de Méjico se lo mandaba expresamente que los enviase, para cumplir Cortés lo capitulado con su majestad, segun dicho tengo en los capitulos pasados que dello hablan. Volvamos á nuestra relacion, y es que salieron del puerto de la Natividad por el mes de junio de mil y quinientos y treinta y tantos años, y este de los años no me acuerdo bien; y le mandó Cortés al capitán que corriese la costa adelante y acabasen de bajar la California, y procurasen de buscar al capitán Diego Hurtado, que nunca mas pareció; y tardó en el viaje en ir y venir siete meses, y sé que no hizo cosa que de contar sea; y volvió al puerto de Xalisco, y dende á pocos dias que el Ulloa estaba en tierra descansando, un soldado de los que habia llevado en su capitania le aguardó en parte que le dió de estocadas, donde le mató; y en esto que he dicho paró los viajes y descubrimientos que el Marqués hizo; y aun le oi decir muchas veces que habia gastado en las armadas sobre trecientos mil pesos de oro; y para que su majestad le pagase alguna cosa dello, y sobre el contar de los vasallos, determinó de ir á Castilla, y para demandar á Nuño de Guzman cierta cantidad de pesos de oro de los que la real audiencia le hubo sentenciado al Nuño de Guzman que pagase á Cortés de cuando le mandó vender sus bienes; porque en aquel tiempo el Nuño de Guzman fué preso á Castilla; y si miramos en ello, en cosa ninguna tuvo ventura después que ganó la Nueva-España, y dicen que son maldiciones que le echaron.

CAPITULO CCI.

Cómo en Méjico se hicieron grandes fiestas y banquetes por alegría de las paces del cristianísimo emperador nuestro señor, de gloriosa memoria, con el rey Francisco de Francia, cuando las vistas de Aguas-Muertas.

En el año de 38 vino nueva á Méjico que el cristianísimo emperador nuestro señor, de gloriosa memoria, fué á Francia, y el rey Francisco de Francia le hizo gran recibimiento en un puerto que se dice Aguas-Muertas, donde se hicieron paces y se abrazaron los reyes con gran amor, estando presente madama Leonor, reina de Francia, mujer del rey Francisco y hermana del Emperador, do felice recordacion, nuestro señor, donde se hizo gran solemnidad y fiestas en aquellas paces, y por honra y alegría dellas, el virey don Antonio de Mendoza y el marqués del Valle y la real audiencia y ciertos caballeros conquistadores hicieron grandes fiestas. En esta sazón habian hecho amistades el marqués del Valle y el visorey don Antonio de Mendoza, que estaban algo amordazados sobre el contar de los vasallos del marquésado y sobre que el Virey favoreció mucho al Nuño de Guzman para que no pagase la cantidad de pesos de oro que se le debia á Cortés desde el tiempo que fué el Nuño de Guzman presidente en Méjico; y acordaron de hacer grandes fiestas y regocijos, y fueron tales, que otras como ellas, á lo que á mí me parece, no he visto hacer en Castilla, así de justas y juegos de cañas, correr toros, encontrarse unos caballeros con otros, y otros grandes disfraces que habia; é todo esto que he dicho no es nada para las muchas invenciones de otros juegos, como se solian hacer en Roma quando entraban triunfando los cónsules y capitanes que habian vencido batallas, y los epítafios y carteles que sobre cada cosa habia; y el inventor de aquellas cosas fué un caballero romano que se decia Luis de Leon, persona que decian que era de linaje de los patricios, natural de Roma; y es, que como se acabaron de hacer las fiestas, mandó el Marqués apercebir navios y matalotaje para ir á Castilla, para suplicar á su majestad que le mandase pagar algunos pesos de oro de los muchos que habia gastado en las armadas que envió á descubrir; y porque tenia pleitos con Nuño de Guzman, que en aquella sazón le envió preso al Nuño de Guzman el audienciu real á España, y tambien tenia pleitos sobre el contar de los vasallos; y entonces Cortés me rogó á mí que fuese con él, y que en la corte demandaría mejor mis pueblos ante los señores del real consejo de Indias que no en la audiencia real de Méjico; y luego me embarqué y fui á Castilla, y el Marqués no fué de allí á dos meses, porque dijo que no tenia allegado tanto oro como quisiera llevar, y porque estaba malo del empuñe del pié, del caño que le dieron, y esto fué en el año de 540; y porque el año pasado de 539 falleció la serenísima emperatriz nuestra señora, doña Isabel, de gloriosa memoria, la cual falleció en Toledo en 4.º día del mes de mayo, y fué llevado á sepultar su cuerpo á la ciudad de Granada, y por su muerte se hizo gran sentimiento en la Nueva-España, y se pusieron todos los mas conquistadores grandes lutos, é yo, como regidor que era de la villa de Guacuculan é conquistador mas antiguo, me puse grandes lutos, y con ellos fui á Castilla; y llegado

á la corte, me los torné á poner mucho mayores, como era obligado, por la muerte de nuestra reina y señora, y en aquel tiempo tambien llegó á la corte Hernando Pizarro, que vino del Perú, y fué cargado de luto, con mas de cuarenta hombres que llevaba consigo, que le acompañaban; y tambien en esa sazón llegó Cortés á la corte con luto él y sus criados, que estaba en aquella sazón la corte en Madrid; y los señores del real consejo de Indias, como supieron que Cortés llegaba cerca de Madrid, le mandaron salir á recibir, y le señalaron por posada las casas del comendador don Juan de Castilla; y cuando algunas veces iba Cortés al real consejo de Indias, salia un oidor hasta la puerta donde hacian el acuerdo del real Consejo, y le llevaba con mucho acato á los estrados donde estaba el presidente don fray García de Loaysa, cardenal de Sigüenza, y después fué arzobispo de Sevilla; y oidores el licenciado Gutierrez Velazquez y el obispo de Lugo y el doctor don Juan Bernal Díaz del Luco y el doctor Beltran; y un poco junto de las sillas de aquellos señores caballeros le ponian á Cortés otra silla é le oian; y desde entonces nunca mas volvió á la Nueva-España, porque entonces le tomaron residencia, y su majestad no le quiso dar licencia para que se volviese á la Nueva-España, puesto que echó por intercesores al almirante de Castilla y al duque de Bejar y al comendador mayor de Leon; y aun tambien echó por intercesora á la señora doña María de Mendoza, y nunca le quiso dar licencia su majestad; antes mandó que le detuviesen hasta acabar de dar la residencia, y nunca la quisieron concluir; y la respuesta que le daban en el real consejo de Indias era, que hasta que su majestad viniese de Flándes de hacer el castigo de Gante, que no podian darle licencia. Y tambien en aquella sazón al Nuño de Guzman le mandaron desterrar de su tierra y que siempre anduviese en la corte, y le sentenciaron en cierta cantidad de pesos de oro; mas no le quitaron los indios de su encomienda de Nalisco; y tambien andaba él y sus criados cargados de luto; y como en la corte nos via, así al marqués Cortés como al Pizarro y al Nuño de Guzman y todos los demás que veniamos de la Nueva-España á negocios, y otras personas del Perú con lutos, tenian por chiste de llamarnos los indianos peruleros enlutados. Volvamos á nuestra relacion: que tambien en aquel tiempo á Hernando Pizarro le mandaron echar preso en la Mota de Medina, y entonces me vine yo á la Nueva-España, y supe que habia pocos meses que se habian alzado en las provincias de Nalisco unos peñoles que se llaman Cochitlan, y que el virey don Antonio de Mendoza los envió á pacificar á ciertos capitanes, y á uno que se decia Cristóbal de Oñite, y los indios alzados daban grandes combates á los españoles y soldados, que de Méjico enviaron á demandar socorro al don Pedro de Albarado, que en aquella sazón estaba en unos sus navios de una gran armada que hizo en lo de Guatimala para la China; y fué á favorecer á los españoles que estaban sobre los peñoles por mí ya nombrados, y llevó gran copia de soldados, y dende á pocos dias murió por causa de un caballo que le tomó debajo y le machucó el cuerpo, como adelante diré. Y quiero dejar esta plática, y traeré á la memoria dos armadas que salieron de la Nueva-España: la una era la que hizo el virey don

Antonio de Mendoza, y la otra fué la que hizo don Pedro de Albarado, segun dicho tengo.

CAPITULO CCII.

Cómo el virey don Antonio de Mendoza envió tres navios á descubrir por la banda del sur en busca de Francisco Vazquez Coronado, y le envió bastimentos y soldados, que estaban en la conquista de la Cibola.

Ya he dicho en el capítulo pasado que dello habla que el virey don Antonio de Mendoza y la real audiencia de Méjico enviaron á descubrir las siete ciudades, que por otro nombre se llama Cibola, y fué por capitán general un hidalgo que se decia Francisco Vazquez Coronado, natural de Salamanca, que en aquella sazón se habia casado con una señora que, además de ser virtuosa, era hermosa, hija del tesoro Alonso de Estrada, y en aquel tiempo estaba el Francisco Vazquez por gobernador, aunque se lo habian quitado. Pues partidos por tierra con muchos soldados de á caballo y escopeteros y ballesteros, habia dejado por su teniente en lo de Xalisco á un hidalgo que se decia Fulano de Oñate; y después de ciertos meses que hubo llegado á las siete ciudades, pareció ser que un fraile francisco que se decia fray Marcos de Nica habia ido de antes á descubrir aquellas tierras, ó fué en aquel vinjo con el mismo Francisco Vazquez Coronado, que esto no lo sé bien; y cuando llegaron á las tierras de la Cibola, y vieron los campos tan llanos y llenos de vacas y toros disformes de los nuestros de Castilla, y los pueblos y casas con sobrados, y subian por escaleras, parecióle al fraile que seria bien volver á la Nueva-España, como luego vino, á dar relacion al virey don Antonio de Mendoza que enviase navios por la costa del sur, con herraje y tiros y pólvora y ballestas y armas de todas maneras, y vino y aceite y bizcocho, porque lo hizo relacion que las tierras de la Cibola estaban en la comarca de la costa del sur, y que con los bastimentos y herraje serian ayudados el Francisco Vazquez y sus compañeros, que ya quedaban en aquella tierra; y á esta causa envió los tres navios que dicho tengo, y fué por capitán general un Hernando de Alarcón, maestresala que fué del mismo virey, y fué por capitán de otro navio un hidalgo que se dice Marcos Ruiz de Rojas, natural de Madrid; otros dijeron que habia ido por capitán de otro navio un Fulano Maldonado; y porque yo no fui en aquella armada, mas de por oidas lo digo desta manera; y fueron dadas todas las instrucciones á los pilotos y capitanes de lo que habian de hacer y cómo se habian de regir y navegar.

CAPITULO CCIII.

De una muy grande armada que hizo el adelantado don Pedro de Albarado en el año de 1537.

Razon es que se traiga á la memoria y no quede por olvido una muy buena armada que el adelantado don Pedro de Albarado hizo el año de 1537 en la provincia de Guatimala, donde era gobernador, y en un puerto que se dice Acaxatla, en la banda del sur, y fué para cumplir ciertas capitulaciones que con su majestad hizo la segunda vez que volvió á Castilla, y vino casado con una señora que se decia doña Beatriz de la Cueva; y fué el concierto que se capituló con su majestad, que el Ade-

lantado pudiese ciertos navios y pilotos y marineros y soldados y bastimentos, y todo lo que hubiese menester, á su costa, para enviar á descubrir por la via del poniente á la China ó Malucos ó otras cualesquier islas de la Especería, y para lo que descubriese, su majestad le prometió en las mismas tierras que le haria ciertas mercades y daria renta en ellas; y porque yo no he visto lo capitulado, me remito á ello, y por esta causa lo dejo de poner en esta relacion. Y volviendo á nuestra materia, y es que, como siempre el Adelantado fué muy servil de su majestad, lo cual se pareció en las conquistas de la Nueva-España é ida del Perú, y en todo puso su persona, con cuatro hermanos suyos, que sirvieron á su majestad en lo que pudieron; y en esto de ir á lo del poniente con buena armada, se quiso aventajar á todas las armadas que hizo el marqués del Valle, de las cuales tengo hecha larga relacion en los capítulos que dello hablan; y esto que digo es porque puso en la mar del Sur trece navios de buen porte, y entre ellos una galera y un patache, y todos muy bien bastecidos, así de pan como de carne y pipas de agua, y todo bastimento que en aquella sazón pudieron haber, y muy bien artillados, y con buenos pilotos y marineros, los que habian menester. Pues para hacer tan pujante armada, y estando tan apartados del puerto de la Veracruz, que son mas de ducientas leguas hasta donde se labraron los navios, que en aquella sazón de la Veracruz se trajo el hierro para la clavazon y anclas y pipas, y otras muchas cosas pertenecientes para aquella flota, gastó en ella mas millares de pesos de oro que en Castilla se pudieran gastar aunque se labraran en Sevilla ochenta navios; y fueron tantos los gastos que hizo, que no le bastó la riqueza que trajo del Perú, ni el oro que le sacaban de las minas en la provincia de Guatimala, ni los tributos de sus pueblos, ni lo que le presentaron sus deudos y amigos y lo que tomó fiado de mercaderes; é ya que en aquella ocasion se quisiera ayudar de traer anclas é hierro y otras muchas cosas pertenecientes para los navios, desde el Puerto de Caballos no venian navios ni mercaderes, ni se trataba aquel puerto en aquella sazón como ahora. Volvamos á nuestra relacion: que aun no es nada los pesos de oro que gastó en los navios para lo que dió á capitanes y alférez y moeses de campo y á seiscientos y cincuenta soldados, y los muchos caballos que entonces compró, que valian los buenos á trecientos pesos, y los comunes á ciento y cincuenta y á ducientos; pues arcabuces y pólvora y ballestas y todo género de armas fueron tan excesivos gastos, los cuales se podrán colegir; y fueron tan altos los pensamientos que tuvo de hacer gran servicio á su majestad, y descubrielle por el poniente la China ó Malucos y Especería, y aun de conquistar algunas islas della, y á lo menos dar traza que por la parte de su gobernacion hubiese el fruto della, pues que aventuraba todo su hacienda y persona. Pues ya puesto á punto sus naos para navegar, y en cada una sus estandartes reales, y señalados pilotos y capitanes, y dadas las instrucciones de lo que habian de hacer y derrotas que habian de llevar, y las señas de los furoles para de noche, y á todos los soldados, como dicho tengo, que fueron sobre seiscientos y cincuenta, con

mas de ducientos caballos; y después de oido misa del Espíritu Santo, el mismo adelantado por capitán general de toda su armada, dan velas en ciertos dias del año de 1538, y fué navegando por su derrota hasta el puerto de la Purificación, que es en la provincia de Xalisco, porque en aquel puerto habia de tomar agua y mas soldados y bastimento. Pues como supo el virey don Antonio de Mendoza desta tan pujante armada, que para en estas partes era muy grande, y de los muchos soldados y caballos y artilleria que llevaba, tuvo por muy gran cosa de cómo pudo juntar y armar trece navios en la costa del sur, y allegar tantos soldados, estando tan apartado del puerto de la Veracruz y de Méjico: es cosa de pensar en ello á las personas que tienen noticia destas tierras y saben los gustos que hacen. Pues como el virey don Antonio de Mendoza supo y se informó que era para descubrir la China, y alcanzó á saber de pilotos y cosmógrafos que se podia descubrir muy bien por el poniente, y se lo certificó un deudo suyo que se decia Villalóbos, que sabia mucho de alturas y del arte de navegacion, acordó de escribir desde Méjico al Adelantado con ofertas y buenos prometimientos para que se diese orden en que la armada hiciese compañía con él: para lo efetuar fueron á hacer el concierto don Luis de Castilla y un mayordomo mayor del Virey, que se decia Agustin Guerrero; y después que el Adelantado vió los recaudos que llevaban para hacer concierto, y bien platicado sobre el negocio, se concertó que se viesen el Virey y el Adelantado en un pueblo que se dice Chiribitio, que es en la provincia de Mechoacan, que era de la encomienda de un Juan de Albarado, deudo del mismo Adelantado; y como el Virey supo adónde se habian de ver, fué en posta desde Méjico al pueblo por mí nombrado, donde estaba el Adelantado aguardando al Virey para hacer la plática, y allí se vieron, y concertaron que fuesen entrambos á dos á ver la armada, y luego fueron, y cuando lo hubieron visto, se volvieron á Méjico, para desde allí enviar capitán general de toda la flota; y el Adelantado queria que fuese un deudo suyo por general, que se decia Juan de Albarado (no digo por el de Chiribitio, sino otro su sobrino), que tenia indios en Guatimala; y el Virey queria que fuese juntamente con él un Fulano Villalóbos; y en este tiempo tuvo mucha necesidad el Adelantado de venir á su gobernacion de Guatimala á cosas que le convenian, y lo dejó todo aparte por estar presente en su armada, y fué al puerto de la Natividad por tierra, donde en aquella sazón estaban todos sus navios y soldados, para que por su mano fuesen despachados; é ya que estaban para se hacer á la vela, le vino una carta que le envió un Cristóbal de Oñate, que estaba por teniente de gobernador de aquella provincia de Xalisco, por ausencia de Francisco Vazquez Coronado, que habia ido por capitán á las siete ciudades que llaman de Cibola, como dicho tengo en el capítulo que dello habla; y lo que el Oñate en la carta le decia, era que, pues en todo era gran servidor de su majestad, en este caso que ahora ha ocurrido se parecerán muy mejor sus servicios; que por amor de Dios, que luego con brevedad le vaya á socorrer con su persona y soldados y caballos y arcabuceros, porque está cercado en partes

que si no son socorridos no se podrá defender de muchas capitánias de indios guerreros que están en unas fuerzas y peñoles que se dicen de Cochlitan, y que han muerto á muchos españoles de los que estaban en su compañía, y se temia no le acabasen de desbaratar; y le significó en la carta otras muchas lísticas, y que á salir los indios de aquellos peñoles é fortaleza vitoriosos, la Nueva-España estaba en gran peligro. Y como el Adelantado vió la carta, y en ella las palabras que dicho tengo, y otros españoles le dijeron en el peligro en que estaban, luego mandó juntar sus soldados, así de caballo como arcabuceros y ballesteros, y fué en posta á hacer aquel socorro; y cuando llegó al real estaban tan afligidos los cercados, que si no fuera por él, segun se vió, los mataran los indios, y con su llegada alojaron algo, y no que dejasen de dar muy bravosa guerra; y estando peleando entre unos peñoles un soldado, pareció ser que el caballo en que iba se le derriscó, y vino rodando por el peñol abajo con tan gran furia y saltos por donde el Adelantado estaba, que no se pudo apartar á cabo ninguno, sino que el caballo le encontró de arte, que le trató mal y le quebrantó todo el cuerpo, porque le tomó debajo, y fué de tal manera, que se sintió muy malo, y para guarecello y curallo, creyendo que no fuera tanto el quebramiento, le llevaron en andas á curar á una villa, que era la mas cercana de aquellos peñoles, que se dice la Purificación; é yendo por el camino se comenzó á pasmar, y llegado á la villa, de allí á pocos dias, después de se haber confesado y comulgado, dió el ánima á Dios nuestro Señor, que la crió. Algunas personas dijeron que hizo testamento, y no ha parecido. Falleció aqueste caballero por sacalle luego del real, que si de allí no le sacaran y le curaran como era razon, no se pasmora; y á todas las cosas que nuestro Señor hace y ordena démosle muchas gracias y loores por ello; pues ya es fallecido, perdónelo Dios. En aquella villa le enterraron con la mayor pompa que pudieron; y después he oido decir que Juan de Albarado, el encomendero de Chiribitio, llevó sus huesos de donde estaban enterrados al mismo pueblo de su encomienda, y mandó hacer muchas honras y misas y limosnas por su ánima. Pues como se supo su muerte en el real de Cochlitan y en su flota y armada, como no habia capitán general ni cabeza que los mandase, muchos de los soldados se fueron cada uno por su parte con las pagas que les dieron; y cuando á Méjico llegó esta nueva, todos los mas caballeros, juntamente con el Virey, la sintieron; y como faltó el Adelantado, luego en posta envian por el Virey para que les vaya á socorrer, y el Virey no pudo ir luego, y envió al licenciado Maldonado, é hizo lo que pudo en aquel socorro; y luego fué el Virey y llevó todos los soldados que pudo allegar, y quiso Dios que venció á los indios de los peñoles, y desbaratados, se volvieron á Méjico á cabo de muchos dias que en esta guerra estuvieron con gran trabajo. Dejemos aquel socorro que el Adelantado hizo, pues á todos los cercados ayudó, y él murió del arte que ya he dicho; é quiero decir que, como se supo en Guatimala de su muerte, la tristeza y lloros que hubo en su casa, y su querida mujer doña Beatriz de la Cueva rompió la cara y se mesaba los cabellos, juntamente con sus damas y doncellas

que tenía para casar; pues su amada hija y señores hijos, y un caballero, yerno suyo, que se dice don Francisco de la Cueva, primo segundo del duque de Alburquerque, que dejaba por gobernador de aquella provincia, tuvieron mucho pesar, y todos los vecinos conquistadores hicieron sentimiento y le hicieron solenes honras, porque el obispo don Francisco Marroquin, de buena memoria, sintió mucho su muerte, y con toda la clerecía y cera y pompa que pudieron rogaban á Dios por su ánima cada día; y en esto de las honras puso el Obispo gran solicitud. Y también quiero decir que un mayordomo del Adelantado, por mostrar mas tristeza por la muerte de su señor, mandó que se entintasen todas las paredes de las casas con un betún de tinta que no se pudiese quitar. Y también oí decir que muchos caballeros iban á consolar á la señora doña Beatriz de la Cueva, mujer del Adelantado, porque no tomase tanta tristeza por su marido, y le decían que diese gracias á Dios, pues que dello fué servido; y ella, como buena cristiana, decía que así se las daba; y como las mujeres son tan lastimosas por lo que bien quieren, y que deseaba morirse y no estar en este triste mundo con tantos trabajos: traigo aquí esto á la memoria por lo que el coronista Francisco Lopez de Gómora dice en su *Crónica*, que dijo aquella señora que ya no tenía nuestro Señor Jesucristo en qué mas mal la pudiese hacer de lo hecho, y por aquella blasfemia fué servido que desde á pocos días vino en esta ciudad una tormenta y tempestad de agua y cieno y piedras muy grandes y maderos muy gordos, que descendió de un volcan que está media legua de Guatemala, que derribó toda la mayor parte de las casas donde vivía aquella señora, mujer del Adelantado, estando en una recámara rezando con sus damas y doncellas, que las tomó á todas debajo, y las mas se ahogaron. Y en las palabras que dijo el Gómora que había dicho aquella señora, no pasó como dice, sino como dicho tengo; y si nuestro Señor Jesucristo fué servido de la llevar deste mundo, fué secreto de Dios; de la cual avenida y terremoto diré adelante en su tiempo y lugar; y quiero ahora referir otras cosas que son muy de notar: que con haber servido el Adelantado tan bien á su majestad, y con sus cuatro hermanos, que se decían Jorge, Gonzalo y Gomez y Juan, y todos Albarados, cuando falleció, como dicho tengo, no les quedaron á sus hijos ó hijas ningunos pueblos de los que tenía en su encomienda, habiéndolos él ganado y conquistado, y haber venido á descubrir esta Nueva-España con Juan de Grijalva y después con Cortés. Pues digamos ahora adónde murieron él y sus hijos y mujer y hermanos, que es cosa de mirar en ello. Ya he dicho que murió en lo de Achitlan, y su hermano Jorge de Albarado en la villa de Madrid, yendo á suplicar á su majestad le gratificase sus servicios, y esto fué en el año de 1540; y el Gomez de Albarado en el Pirú; el Gonzalo de Albarado no se me acuerda si murió en Guaxaca ó en México, el Juan de Albarado yendo á la isla de Cuba á poner cobro en la hacienda que dejó en aquella isla. Pues sus hijos, el mayor, que se decía don Pedro, fué á Castilla en compañía de un su tío que se decía Juan de Albarado el mozo, vecino que fué de Guatemala, é iba á besar los pies del Emperador nuestro señor y

traerle á la memoria los servicios de su padre; y nunca mas se supo nueva dellos, porque creyeron que se perdieron en la mar ó los cultivaron moros. Pues don Diego, el hijo menor, como se vió perdido, volvió al Pirú, y en una batalla murió. Pues doña Beatriz, su mujer, yá he dicho dos veces cómo la tormenta la llevó deste mundo, á ella y á otras señoras que estaban en su compañía. Tengan agora mas cuenta los curiosos lectores desto que aquí tengo referido, y miren que el Adelantado murió solo sin su querida mujer y amadas hijas, y la mujer sin su querido marido, y los hijos el uno yendo á Castilla y el otro en una batalla en el Pirú, y los hermanos segun y de la manera que dicho tengo. Nuestro Señor Jesucristo los lleve á su santa gloria, amen. Agora nuevamente se han hecho en esta ciudad de Guatemala dos sepulcros juntos al altar de la santa iglesia mayor para traer los huesos del adelantado don Pedro de Albarado, que están enterrados en el pueblo de Chiribitío, y traídos que sean á esta ciudad, enterrarles en el un sepulcro, y el otro sepulcro es para que cuando Dios nuestro Señor sea servido llevar desta presente vida á don Francisco de la Cueva y á doña Leonor de Albarado, su mujer, é hija del mismo Adelantado, enterrarse en ellos; porque á su costa traen los huesos de su padre y mandaron hacer el sepulcro en la santa iglesia, como dicho tengo. Dejemos esta materia, y volveré á decir en lo que paró la armada, y es, que después que murió, como he referido, donde á un año, poco mas ó menos tiempo, el virrey don Antonio de Mendoza mandó que tomasen ciertos navíos, los mejores y mas nuevos de los trece que enviaba el Adelantado á descubrir la China por la banda del poniente, y envió por capitán de los navíos á un su deudo, que se decía Fulano de Villalobos, y que se fuese la mesma derrota que tenía concertado de enviar á descubrir; y en lo que paró este viaje yo no lo sé bien, y á esta causa no doy mas relacion dello; y también he oído decir que nunca los herederos del Adelantado cobraron cosa ninguna, así de navíos como de bastimentos, sino que todo se perdió. Dejemos esta materia, é diré lo que Cortés hizo.

CAPITULO CCIV.

De lo que el marqués del Valle hizo desde que estaba en Castilla.

Como su majestad volvió á Castilla á hacer el castigo de Gante, é hizo la gran armada para ir sobre Argel, le fué á servir en ella el marqués del Valle, y llevó en su compañía á su hijo el mayorazgo; también llevó á don Martin Cortés, el que hubo en doña Marina, y llevó muchos escuderos y criados y caballos, y gran copia y servicio, y se embarcó en una buena galera, en compañía de don Enrique Enriquez; y como Dios fué servido hubiese tan recia tormenta, se perdió casi que toda la real armada; también dió al través la galera en que iba Cortés, y escapó él y sus hijos y todos los mas caballeros que en ella iban, con gran riesgo de sus personas; y en aquel instante, como no hay tanto acuerdo como debia haber, especialmente viendo la muerte al ojo, dijeron muchos de los criados de Cortés que le vieron que se ató en unos paños revueltos al brazo, y en el paño ciertas joyas de piedras muy riquísimas que llevaba como

mor, como se suele decir, para no menester, y revuelta del salir en salvo de la gatera, y con la multitud de gente que habia, se le perdieron todas las joyas y piedras que llevaba, que, á lo que decian, muchos pesos de oro. Y volveré á decir de la armadura y pérdida de caballeros y soldados que fueron. Aconsejaron á su majestad los capitanes de campo que eran del real consejo de Guerra; luego alzáse el cerco y real de sobre Argel, y se fue á Buja, pues que veian que nuestro Señor Dios vido dalles aquel tiempo contrario, y no se poder mas de lo hecho; en el cual acuerdo y aconsejaron á Cortés para que diese su parecer; y lo supo, dijo que si su majestad era servido, que andara, con el ayuda de Dios y con la buena ventura de nuestro César, que con los soldados que estaban en el campo, de tomar á Argel; y tambien dijo á vuelta de las palabras muchos loores de sus capitanes y de los que nos hallamos con él en la conquista de Argel, diciendo que fuimos para sufrir hambres y trabajos, que do quiera que les llamase hacia con ellos á los hechos, y que heridos y entrajados no desearan pelear y tomar cualquier ciudad y fortaleza, y sobre ello aventurasen á perder las vidas; y muchos caballeros le oyeron aquellas palabras, dijo á su majestad que fuera bien haberle llamado á la guerra, y que se tuvo á descuido no haberle llamado; otros caballeros dijeron que si no fué llamado porque sentian en el Marqués que seria de condescender, y aquel tiempo de tanta tormenta no daban á muchos consejeros, salvo que su majestad y los caballeros de la real armada se pusiesen en salvo que estaban en muy gran peligro, y que el tiempo, con el ayuda de Dios volverian á poner á Argel; y así, se fueron por Buja. Dejemos esta parte, y diré cómo volvieron á Castilla de aquella trabajada. Y como el Marqués estaba muy cansado, y estar en Castilla en la corte y haber venido por él ya era viejo, quebrantado del camino ya por mí deseaba en gran manera volver á la Nueva-España; dieran licencia; y como habia enviado á Méjico á su hija la mayor, que se decia doña María Cortés, ya concertado de la casar con don Alvaro Perez, hijo del marqués de Astorga y heredero del estado, y le habia prometido sobre cien mil ducados en casamiento, y otras muchas cosas de vestidos, joyas, y vino á recibirla á Sevilla; y este casamiento se desconcertó, segun dijeron muchos caballeros culpa de don Alvaro Perez Osorio; de que él se recibió tanto enojo, que de calenturas y cáquexia tuvo recias estuvo al cabo; y andando con la cáquexia, que siempre empeoraba, acordó salir de por quitarse de muchas personas que le importaban en negocios, y se fué á Castilleja de la Cuesta á entender en su alma y ordenar su testamento; lo lo hubo ordeñado como convenia, y haber recibido los santos Sacramentos, fué nuestro Señor Jesu Christo servido de llevarle deste trabajoso mundo, y en 2 dias del mes de diciembre de 1517 años, y su cuerpo á enterrar con grande pompa y muchos y clerecia, y grande sentimiento de muchos

caballeros, y fué enterrado en la capilla de los duques de Medina-Sidonia; y después fueron traidos sus huesos á la Nueva-España, y están en un sepulcro en Cuayocan ó en Tezcuco; esto no lo sé bien; porque así lo mandó en su testamento. Quiero decir la edad que tenia, á lo que á mí se me acuerda; lo declararé por esta cuenta que diré: en el año que pasamos con Cortés desde Cuba á la Nueva-España fué el de 519 años, y entonces solia decir, estando en conversacion de todos nosotros los compañeros que con él pasamos, que habia treinta y cuatro años, y veinte y ocho que habian pasado hasta que murió, que son sesenta y dos años. Las hijas é hijos que dejó legítimos fué don Martin Cortés, marqués que agora es, y doña María Cortés, la que he dicho que estaba concertada en el casamiento con don Alvaro Perez Osorio, heredero del marquesado de Astorga; que después casó esta doña Maria con el conde de Luna, de Leon; y á doña Juana, que casó con don Hernando Enriquez, que ha de heredar el marquesado de Tarifa, y á doña Catalina de Arellano, que murió en Sevilla; y mas digo, que les llevó la señora marquesa doña Juana de Zúñiga, su madre, á Castilla cuando vino por ellas un fraile de santo Domingo, que se dice fray Antonio de Zúñiga, el cual fraile era hermano de la misma marquesa; y tambien se casó otra señora doncella que estaba en Méjico, que se decia doña Leonor Cortés, con un Juanes de Tolosa, vizcaíno, persona rica, que tenia sobre cien mil pesos y unas buenas minas de plata; del cual casamiento tuvo mucho enojo el marqués el mozo, que vino á la Nueva-España; y tambien tuvo dos hijos varones bastardos, que se decian don Martin Cortés, que fué coneadador de Santiago; este caballero hubo en doña Marina talangua; é á don Luis Cortés, que tambien fué coneadador de Santiago, que hubo en otra señora que se decia doña Fulana de Hermosilla; y hubo otras tres hijas bastardas; la una hubo en una indiana de Cuba que se decia doña Fulana Pizarro, y la otra en otra india mexicana; y sé yo que estas señoras doncellas tenían buen dote, porque dende niñas les dió buenos indios, que fueron unos pueblos que se dicen Chinanta, y en el testamento y mandas que hizo, yo no lo sé bien, mas tengo en mí que, como sabio, lo haria bien, y tuvo mucho tiempo para ello, y como era viejo, que lo haria con mucha cordura y mandaria descargar su conciencia; y mandó que hiciesen un hospital en Méjico, y tambien mandó que en una su villa que se dice Cuayocan, que está obra de dos leguas de Méjico, que se hiciese un monasterio de monjas, y que le trajesen sus huesos á la Nueva-España; y dejó buenas rentas para cumplir su testamento, y las mandas fueron muchas y buenas y de muy buen cristiano; y por excusar prolijidad no lo declaro, é tambien por no me acordar de todas, aquí no las relato. La letra y blason que traia en sus armas ó reposteros fueron de muy estorzado varon y conforme á sus heróicos hechos, y estaban en latín, y como yo no sé latín, no lo declaro; y traia en ellos siete cabezas de reyes presos en una cadena, é á lo que á mí me parece, segun vi y entiendo, fueron los reyes que agora diré: Montezuma, gran señor de Méjico, á Cacamatzin, su sobrino de Montezuma, que tambien fué

gran señor de Tezcuco, é á Coadiabaca, que ansimismo era señor de Iztapalapa y de otros pueblos, y al señor de Tacuba é al señor de Cuyoacan, é á otro gran cacique de dos provincias que se decían Tulapa, junto á Mutalcingo. Esto que dicho tengo, decían que era hijo de una su hermana de Montezuma, y muy propiucuo heredero de Méjico; y el postrer rey fué Guatemuz, el qua nos dió guerra é defendía la ciudad cuando la gu-namos á ella y á sus provincias; y estos siete grandes caciques son los que el Marqués traía en sus reposteros y blasones por armas, porque de otros reyes yo no me acuerdo que se hubiesen preso que fuesen reyes, como dicho tengo en el capítulo que dello habla; pasaré adelante, y diré su proporción y condición de Cortés. Fué de buena estatura y cuerpo y bien proporcionado y membrudo, y la color de la cara tiraba algo á cenicienta, é no muy alegre; y si tuviera el rostro mas largo, mejor le pareciera; los ojos en el mirar amorosos, y por otra graves; las barbas tenía algo prietas y pocas y rasas, y el cabello que en aquel tiempo se usaba era de la misma manera que las barbas, y tenía el pecho alto y la espalda de buena manera, y era ceniciento y de poca barriga y algo estevado, y las piernas y muslos bien sacados, y era buen jinete y diestro de todas armas, así á pié como á caballo, y sabía muy bien menearlas, y sobre todo, corazón y ánimo, que es lo que hace al caso. Oí decir que cuando mancabo, en la isla Española fué algo travieso sobre mujeres, é que se acuchillaba algunas veces con hombres esforzados y diestros, y siempre salió con vitoria; y tenía una señal de cuchillada cerca de un bezo debajo, que si miraban bien en ello, se le parecía, mas cubriánselo las barbas; la cual señal le dieron cuando andaba en aquellas quisiones. En todo lo que mostraba, así en su presencia y meneo como en pláticas y conversacion, y en comer y en el vestir, en todo daba señales de gran señor. Los vestidos que se ponía eran segun el tiempo y usanza, y no se le daba nada de no traer muchas sedas ni damascos ni rasos, sino llanamente y muy pulido; ni tampoco traía cadenas grandes de oro, salvo una cadenita de oro de prima hechura, con un joyel con la imágon de nuestra Señora la Virgen santa María, con su Hijo precioso en los brazos, y con un letrero en latín en lo que era de nuestra Señora, y de la otra parte del joyel el señor san Juan Bautista, con otro letrero; y también traía en el dedo un anillo muy rico con un diamante, y en la gorra, que entonces se usaba de terciopelo, traía una medalla, y no me acuerdo el rostro que en la medalla traía figurado la letra dél; mas después, el tiempo andando, siempre traía gorra de paño sin medalla. Servíase ricamente, como gran señor, con dos maestresales y mayordomos y muchos pajes, y todo el servicio de su casa muy cumplido, é grandes vajillas de plata y de oro. Comía á mediodía bien, y bebía una buena taza de vino agüado, que cabría un cuartillo, y también cenaba, y no era nada regalado ni se le daba nada por comer manjares delicados ni costosos, salvo cuando veía que había necesidad que se gastase ó los hubiese menester. Era muy afable con todos nuestros capitanes y compañeros, especial con los que pusamos con él de la isla de Cuba la primera vez; y era latino,

y oí decir que era bachiller en leyes, y cuando hablaba con letrados y hombres latinos, respondía á lo que le decían en latín. Era algo poeta, hacía coplas en metros y en prosa; y en lo que platicaba lo decía muy apacible y con muy buena retórica, y rezaba por las mañanas en unas horas, é oía misa con devoción; tenía por su muy abogada á la Virgen María nuestra Señora, la cual todo fiel cristiano la debemos tener por nuestra intercesora y abogada; y también tenía á señor san Pedro, Santiago, y al señor san Juan Bautista, y era liñosero. Cuando juraba decía: «En mi conciencia;» y cuando se enojaba con algun soldado de los nuestros sus amigos le decía: «¡Oli, mal pese á vos!» Y cuando estaba muy enojado se le hinchaba una vena de la gurganta y otra de la frente, y aun algunas veces, de muy enojado, arrojaba una manta, y no decía palabra fea ni injuriosa á ningun capitán ni soldado; y era muy sufrido, porque soldados hubo muy desconsiderados que decían palabras muy descomedidas, y no les respondía cosa muy sobrada ni mala; y aunque había materia para ello, lo mas que les decía era: «Callad, é idos con Dios, y de aquí adelante tened mas miramiento en lo que dijéredes, porque os costará caro por ello, é os haré castigar.» Era muy porfiado, en especial en cosas de la guerra, que, por mas consejo y palabras que le decíamos sobre cosas desconsideradas de combates que nos mandaba dar cuando rodeamos los pueblos grandes de la laguna, y en los peñoles que agora llaman del Marqués, le dijimos que no subiesemos arriba en unas fuerzas y peñoles, sino que les tuviésemos cercados, por causa de las muchas galgas que dende lo alto de la fortaleza venían derriscando, que nos echaban, porque era imposible defendernos del golpe é ímpetu con que venían, y era aventurarnos todos á morir, porque no bastaría esfuerzo ni consejo ni cordura; y todavía porfió contra todos nosotros, y hubimos de comenzar á subir, y corrimos harto peligro, y murieron diez ó doce soldados, y todos los mas salimos descalabrados y heridos, sin hacer cosa que de contar sea hasta que mudamos otro consejo. Y demás desto, en el camino que fuimos á las Higueras ó á lo de Cristóbal de Oli cuando se alzó con la armada, yo le dije muchas veces que fuésemos por las sierras, y porfió que mejor era por la costa; y tampoco acertó, porque si fuéramos por donde yo decía, era toda la tierra poblada. Y para que bien lo entienda quien lo ha andado, es de Guacacualco, camino derecho de Chiapa, y de Chiapa á Guatemala, y de Guatemala á Naco, que es adonde en aquella sazón estaba el Cristóbal de Oli. Dejemos esta plática, y diré que cuando luego venimos con nuestra armada á la Villa-Rica y comenzamos á hacer la fortaleza, el primero que cavó y sacó tierra en los cimientos fué Cortés, y siempre en las batallas le vi que entraba en ellas juntamente con nosotros. Comenzaré á decir en las batallas de Tabasco, que él fué por capitán de los de á caballo y peleó muy bien. Venimos á la Villa-Rica, ya le dicho acerca de lo de la fortaleza. Pues en dar, como dimos, con trece navíos al través por consejo de nuestros valerosos capitanes y fuertes soldados, y no como lo dice Gómara. Pues en las guerras de Tlascala, en tres batallas se mostró muy es-

capitan. Y en la entrada de Méjico con cuatro soldados, cosa es de pensar en ello, y mas temimiento de prender al gran Montezuma dentro en palacios, teniendo tan grandes números de guerra; tambien digo que lo prendimos por consejo de los capitanes y de todos los mas soldados. Y otra que no es de olvidar de la memoria, el quemar de sus palacios á capitanes del Montezuma porron en la muerte de un nuestro capitan que se llama de Escalante, y de otros siete soldados; de los capitanes indios no me acuerdo sus nombres; en ello, que no hace á nuestro caso. Y tambien atrevimiento y osadía fué que con dádivas y oro, y por buenas moñas y arditos de guerra dió contra Pánfilo de Narvaez, capitan de Diego Velázquez, que traia sobre mil y treientos soldados, y en ellos hombres de la mar, y traia noventa balleo y otros tantos ballesteros, y ochenta escuderos, que así se llamaban; y nosotros con doscientos y seis compañeros, sin caballos ni escudo, ni ballestas, sino solamente nuestras picas y puñales y rodela, los desbaratamos, y prendimos a Narvaez. Pasemos adelante, y quiero decir que entramos otra vez en Méjico al socorro de Pedro de Albarado, y antes que saliésemos huyendo cuanmos en el alto cu de Huichilóbo, vi que se mostraron varon, puesto que no nos aprovecharon nada en las nuestras. Pues en la derrota y muy mala guerra de Obtumba, cuando nos estaban espiando toda la flor y valientes guerreros mejicanos y sus sujetos para nos matar allí. Tambien se mostraron esforzado cuando dió un encuentro al capitan de Guatomez, que le hizo abatir sus banderas y el gran brio de su valeroso pelear de todos sus reyes, con tanto esfuerzo como peleaban, y desdichos, nuestros esforzados capitanes que le ayudaron fué Pedro de Albarado é Gonzalo de San Pedro de Cortés, y un Lárez é Audrés de Tapia, y otros escuderos soldados que aquí no nombro, de los que no son caballos y de los de Narvaez, tambien ayudaron bien; y quien luego mató al capitan del escudo fué un Juan de Salamanca, natural de Ontivero, le quitó un rico penacho, y se lo dió á Cortés adelante, y diré que tambien se halló Cortés ante con nosotros en una batalla bien peligrosa en Ixtapalapa, y lo hizo como buen capitan. Y en Huichimileco, cuando le derribaron los escuderos mejicanos del caballo, y le ayudaron ciertos tlaxcaltecos nuestros amigos, y sobre todos un nuestro escudero soldado que se decía Cristóbal de Olen, natural de Castilla la Vieja (tengan atencion á esto que que uno era Cristóbal de Oli, que fué maese de campo, y otro es Cristóbal de Olen; y esto declaro aquí para no arguyan sobre ello y no digan que voy errando tambien se mostró Cortés muy como esforzado sobre Méjico estábamos, y en una calzadilla le mataron los mejicanos, y le llevaron á sacrificar, y dos soldados, y á Cortés le tenían engarrado para llevar á sacrificar, y lo habian herido en la cara, y quiso Dios que por su buen esfuerzo y

pelear, y porque le socorrió el mismo Cristóbal de Olen, que fué el que la otra vez en Huichimileco le libró de los mejicanos y le ayudó á cabalgar, y salvó á Cortés la vida, y el esforzado Olen quedó allí muerto con los demás que dicho tengo; y ahora que lo estoy escribiendo se me representa la manera y proporcion de la persona del Cristóbal de Olen y de su gran esfuerzo, y aun se me pone tristeza por ser de mi tierra y deudo de mis deudos. No quiero decir otras muchas proezas y valentías que hizo nuestro marqués del Valle, porque son tantas y de tal manera, que no acabaré tan presto de las relatar, y volveré á decir de su condicion, que era muy aficionado á juegos de naipes é dados, y cuando jugaba era muy afable en el juego, y decía ciertos requiebros que suelen decir los que juegan á los dados. Era muy cuidadoso en todas las conquistas que hicimos, y muchas noches rondaba y andaba requiriendo las velas, y entraba en los ranchos y aposentos de nuestros soldados, y al que hallaba sin armas ó estaba descalzo los alpargates le reprendia y le decía que á la oveja ruin le pesaba la lana, y le reprendia con palabras agras. Cuando fuimos á las Higueras vi que habia tomado una maña ó condicion que no solia tener en las guerras pasadas, que cuando comia, si no dormia un sueño, se le revolvia el estómago y rebotaba y estaba malo, y por excusar este mal cuando íbamos caminando, le ponian debajo de un árbol ó otra sombra, una alfombra que llevaban á mano para aquel efecto, ó una capa, y aunque mas sol hiciese ó lloviese, no dejaba de dormir un poco, y luego caminar. Y tambien vi que cuando estábamos en las guerras de la Nueva-España era cenceño y de poca barriga, y después que volvimos de las Higueras engordó mucho y de gran barriga. Y tambien vi que se paraba la barba prieta, siendo de antes que blanqueaba. Tambien quiero decir que solia ser muy franco cuando estaba en la Nueva-España y la primera vez que fué á Castilla, y cuando volvió la segunda vez, en el año de 1540, le tenían por escaso, y le puso pleito un su criado que se decía Ulloa, hermano de otro que mataron, que no le pagaba su servicio; y tambien, si bien se quiere considerar y miramos en ello, después que ganamos la Nueva-España siempre tuvo trabajos, y gastó muchos pesos de oro en las armadas que hizo; en la California ni ida de las Higueras tuvo ventura, ni en otras cosas desque acabó de conquistar la tierra, quizás para que la tuviese en el cielo; é yo lo creo así, que era buen caballero y muy devoto de la Virgen y del apóstol san Pedro y de otros santos. Dios le perdone sus pecados, y á mí tambien, y me dé buen acobamiento, que importa mas que las conquistas y vitorias que hubimos de los indios.

CAPITULO CCV.

De los valerosos capitanes y fuertes soldados que pasamos desde la isla de Cuba con el venturoso y muy animoso capitan don Hernando Cortés, que después de ganado Méjico fué marqués del Valle y tuvo otros ditados.

Primeramente, el mismo marqués don Hernando Cortés murió junto á Sevilla, en una villa que se dice Castilleja de la Cuesta; y pasó don Pedro de Albarado, que después de ganado Méjico fué comendador de San-

tiago y adelantado y gobernador de Guatemala y Honduras y Chiapa; murió en lo de Xalisco yendo que fué á socorrer un ejército de españoles que estaba sobre el peñol de Cochtitlan, segun lo he dicho y declarado en el capítulo que dello habla; y pasó Gonzalo de Sandoval, que fué capitán muy preeminente y alguacil mayor, y fué gobernador cierto tiempo en la Nueva-España cuando Alonso de Estrada gobernaba. Tuvo del grande noticia, y de sus heroicos hechos, su majestad, y murió en la villa de Pálos yendo que iba con don Hernando Cortés á besar los pies á su majestad; y pasó un Cristóbal de Oli, esforzado capitán y maestro de campo que fué en las guerras de Méjico, y murió en lo de Naco degollado por justicia, porque se alzó con una armada que le habia dado Cortés. Estos tres capitanes que dicho tengo, fueron muy loados y alabados delante de su majestad cuando Cortés fué á la corte, porque dijo al Emperador nuestro señor que tuvo en su ejército, cuando conquistó á Méjico y Nueva-España, tres capitanes que podian ser tenidos en tanta estima como los muy afeados que hubo en el mundo. El primero que dijo fué don Pedro de Albarado, que, demás de ser esforzado, tenia gracia en su persona y parecer para hacer gente de guerra; y dijo por el Cristóbal de Oli que era un héctor en el esfuerzo para combatir persona por persona, y que si como era esforzado tuviera consejo, fuera muy mas tenido en el esfuerzo que suelen decir de Héctor, mas habia de ser mandado; y dijo por el Gonzalo de Sandoval que era tan valeroso y esforzado capitán y de buenos consejos, que podia ser uno de los buenos roroneles que ha habido en España, y que en todo era tan bastante, que osara decir y hacer; y tambien dijo Cortés que tuvo muy buenos y valerosos soldados, y que peleábamos con muy gran esfuerzo; y lo que sobre esto caso propone Bernal Díaz del Castillo es, que si esto que ahora dice Cortés, escribiera la primera vez que hizo relacion á su majestad de las cosas de la Nueva-España, bueno fuera; mas en aquel tiempo que escribió á su majestad, toda la honra y prez de nuestras conquistas se daba á sí mismo, y no hacia relacion de cómo se llamaban los capitanes y fuertes soldados, ni de nuestros heroicos hechos; sino escribia á su majestad: «Esto hice, esto otro mandé hacer á uno de mis capitanes;» é quedábamos en blanco hasta ya á la postre, que no podia ser menos de nombrarnos. Volvamos á nuestra relacion: pasó otro muy buen capitán y bien animoso, que se decia Juan Velazquez de Leon, murió en las puentes; pasó don Francisco de Montejo, que después de ganado Méjico fué adelantado de Yucatan, murió en Castilla; y pasó Luis Marin, capitán que fué en lo de Méjico, persona preeminente y bien esforzado, murió de su muerte; y pasó un Pedro de Ircio, era ardido de corazon y de mediana estatura é pasicorto, é hablaba mucho que habia hecho y acontecido en Castilla por su persona, y lo que viamos é conociamos dél no era para nada, y llamábamoste que era otro Agrójes, sin obras; fué cierto tiempo capitán en la calzada de Tepenquilla en el real de Sandoval; y pasó otro buen capitán que se decia Andrés de Tapia, fué muy esforzado, murió en Méjico de su muerte; pasó un Juan de Escalante, capitán que fué en la Villa-Rica cuando fuimos sobre

Méjico, murió en poder de indios en la batalla que nombramos de Almería, que son unos pueblos que están entre Tucapan y Campoot; tambien mataron en su compañía siete soldados que ya no se me acuerdan sus nombres, y le mataron el caballo: este fué el primer desman que tuvimos en la Nueva-España; y tambien pasó un Alonso de Avila, fué capitán y el primer contador puesto por Cortés que hubo en la Nueva-España; persona muy esforzada, fué algo amigo de ruidos, y don Hernando Cortés, conociendo su inclinacion, porque no hubiese zizanas, procuró de lo enviar por procurador de la isla Española, do residia la audiencia real y los frailes jerónimos que estaban por gobernadores, y cuando le envió le dió buenas barras y joyas de oro por contentalle. Pasamos adelante: pasó un Francisco de Lugo, capitán que fué en algunas entradas, hombre bien esforzado; fué hijo bastardo de un caballero de Medina del Campo que se decia Alvaro de Lugo el viejo, señor de unas villas que están cabe Medina del Campo, murió de su muerte; y pasó un Andrés de Monjaraz, capitán que fué cierto tiempo en lo de Méjico; estaba muy malo de bubas y dolores que le impedian barto para la guerra, murió de su muerte; y pasó un su hermano que se decia Gregorio de Monjaraz, buen soldado, ensorescedió estando en la guerra de Méjico, murió de su muerte; y pasó Diego de Ordás, capitán que fué en la primera vez que fuimos sobre Méjico, y después de ganada la Nueva-España fué comendador de Santiago y fué al rio de Marañon por gobernador, donde murió; y pasaron cuatro hermanos de don Pedro de Albarado, que se decian Jorge de Albarado, fué capitán cierto tiempo en lo de Méjico y en la provincia de Guatemala, murió en Madrid en el año de 1540; y el otro su hermano se decia Gomez de Albarado, murió en el Perú; y el otro se llamaba Gonzalo de Albarado; Juan de Albarado era bastardo, murió en la mar yendo que iba á la isla de Cuba á comprar caballos; pasó Juan Jaramillo, capitán que fué de un bergantín cuando estábamos sobre Méjico, y este es el que casó con doña Marina la lengua; fué persona preeminente, murió de su muerte; pasó un Cristóbal Flores, hombre de valía, murió en lo de Xalisco, yendo que fué con Nuño de Guzman; y pasó un Cristóbal Martin de Gamboa, caballero que fué de Cortés, murió de su muerte; y pasó un Coicedo, fué hombre rico, murió de su muerte; y pasó un Francisco de Saucedo, natural de Medina de Rioseco, y porque era muy pulido le llamábamos el Galan; decian que habia sido maestresala del almirante de Castilla, murió en las puentes; pasó un Gonzalo Dominguez, muy esforzado y gran jinete, y murió en poder de indios; y pasó un Francisco de Morla, muy esforzado soldado y buen jinete, natural de Jerez, murió en las puentes; tambien pasó otro buen soldado que se decia Fulano de Mora, natural de Ciudad-Rodrigo, murió en los peñoles que están en la provincia de Guatemala; y pasó un Francisco de Bonal, persona de valía, natural de Salamanca, murió de su muerte; pasó un Fulano de Láres, bien esforzado y buen jinete, murió en las puentes; pasó otro Láres, ballestero, tambien murió en las puentes; pasó un Simon de Cuenca, que fué mayordomo de Cortés, matáronlo indios en lo de Xicalau-

tambien murieron en su compañía otros diez soldados que no se me acuerdan sus nombres; y tambien Francisco de Medina, natural de Aracena, fué en una entrada, murió en lo de Xicuitingo en la guerra de indios; tambien murieron en su compañía quinientos soldados que tampoco me acuerdo sus nombres; y tambien pasó un Maldonado, que le llamaban el Ancho, natural de Salamanca, persona preeminente, y habia sido capitán de entradas, murió de su muerte; y pasaron dos hermanos que se decian Francisco Alvarez Chico y Juan Alvarez Chico, naturales de Segovia; el Francisco Alvarez era hombre de negocios, estaba doliente, y murió en la isla de Santo Domingo; el Juan Alvarez murió en lo de Colima, en poder de los indios; y pasó un Francisco de Terrazas, mayordomo de Cortés, persona preeminente, murió de su muerte; y pasó un Cristóbal del Corral, el primer alférez que tuvimos en lo de Méjico, persona bien esforzada, fué a Castilla y allí murió; pasó un Antonio de Villanar, marido que fué de Isabel de Ojeda, que después se casó con el nombre de Villa-Real y dijo que se decia Antonio de Cardona, murió de su muerte; pasó un Alonso Rodriguez Magarino, persona preeminente, murió de su muerte; y Francisco Flores pasó misinismo, fué vecino de Guaxaca, persona muy noble, murió de su muerte; y pasó un Alonso de Grado, y era hombre por entender en negocios que guerra, y este, por fortunas que tuvo con Cortés, se casó con Isabel, hija de Montezuma, murió de su muerte; y con cuatro soldados que tenían por sobrenombres: el uno, que era hombre anciano, murió en las montañas, y el otro se decia Solís, y porque era travieso le llamábamos Casquete, murió de su muerte en Goatiaco; el otro se decia Pedro de Solís Tras-de-la-puerta, lo estaba siempre en su casa tras de la puerta mirando los que pasaban por la calle, y él no podía ser más yerno de Orduña el viejo, vecino de la Puebla, murió de su muerte; y el otro Solís se decia el Huerta, y nosotros le llamábamos Sayo de seda, lo se preciaba mucho de traer sayo de seda, y murió de su muerte; é pasó un esforzado soldado que se decia Benítez, murió en las puentes; é pasó otro esforzado soldado que se decia Juan Ruano, murió en las puentes; y pasó Bernardino Vazquez de Tapia, persona muy preeminente y rico, murió de su muerte; y pasó un muy esforzado soldado que se decia Cristóbal de la Cruz, natural de tierra de Medina del Campo, y bien de decir que, después de Dios, por este salvó la Cortés la primera vez en lo de Suchimilco, cuando vio Cortés en gran aprieto, que le derribaron los mejicanos del caballo, que se decia el Romo, Olea llegó de los primeros á socorrerle, é hizo cosas por su persona, que tuvo lugar Cortés de caer en el caballo, y luego le socorrimos ciertos soldados que en aquel tiempo llegamos, y el Olea quedó herido; y la postrera vez que le socorrió este Olea, fué en Méjico en la calzadilla le desbarataron los indios y le mataron sesenta y dos soldados, y á Cortés ya engarrafado un escuadron de mejicanos le llevaron á sacrificar, y le habian dado una cuchillada en una pierna, y el buen Olea con su ánimo tan

esforzado peleó tan bravosamente que se le quitó, y allí perdió la vida este esforzado varón; que ahora que lo estoy escribiendo se me enternece el corazón, é me parece que ahora le veo y se me representa su presencia y grande ánimo cómo muchas veces nos ayudaba á pelear; y de aquella derrota escribió Cortés á su majestad que no fueron sino veinte y ocho los que murieron, y como he dicho, fueron sesenta y dos. Y para que bien se entienda esto que escribo del Olea, y no digan algunas personas que sulgo de la órden de lo que pasó, sepan que el uno es Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja, y este que he dicho; y otro fué Cristóbal de Olí, que fué maestro de campo, natural que fué de Ubeda ó de Linares, porque estos dos capitanes casi que tienen un nombre. Volvamos á nuestro cuento: que tambien pasó con nosotros un buen soldado que tenia una mano menos, que se la cortaron en Castilla por justicia, murió en poder de indios; pasó otro soldado que se decia Tuvilla, que coxeaba de una pierna, que decia él que se había hollado en la del Garcellano con el Gran Capitan, murió en poder de indios; pasaron dos hermanos que se decian Gonzalo Lopez de Jimena y Juan Lopez de Jimena; el Gonzalo Lopez murió en poder de indios, y el Juan Lopez fué alcalde mayor en la Veracruz y murió de su muerte; y pasó un Juan de Cuellar, buen jinete; este casó primera vez con una hija del señor de Tezcuco, la cual se decia doña Ana y era hermosa, murió de su muerte; y pasó otro Fulano que se decia Cuellar, deudo de Francisco Verdugo, vecino de Méjico, murió de su muerte; y pasó un Santos Hernandez, hombre anciano, natural de Soria, que por sobrenombre le llamábamos el Buen Viejo, jinete batidor, murió de su muerte; y pasó un Pedro Moreno Medrano, vecino que fué de la Veracruz, y muchas veces fué en ella alcalde ordinario, y era recto en hacer justicia, y después fué á vivir á la Puebla; fué hombre que sirvió muy bien á su majestad, así de soldado como de hacer justicia, murió de su muerte; y pasó un Juan de Linpias Carvajal, buen soldado, capitán que fué de bergantines, y ensordeciéndose en la guerra, murió de su muerte; y pasó un Melchor de Gálvez, vecino que fué de Guaxaca, murió de su muerte; y pasó un Roman Lopez, que después de ganado Méjico se le quebró un ojo, persona preeminente, murió en Guaxaca; pasó un Villandrando, que decian que era deudo del conde de Ribadeo, persona preeminente, murió de su muerte; pasó un Osorio, natural de Castilla la Vieja, buen soldado y persona de mucha cuenta, murió en la Veracruz; pasó un Rodrigo de Castañeda, fué naguntato y buen soldado, murió en Castilla; pasó un Fulano de Pilar, fué buena lengua, murió en lo de Cuyoacan cuando fué con Nuño de Guzman; pasó otro soldado que se dice Granada, vive en Méjico; pasó un Martin Lopez, fué un muy buen soldado, este fué el maestro de hacer los trece bergantines, que fué haría ayuda para ganar á Méjico, y de soldado sirvió bien á su majestad, vive en Méjico; pasó un Juan de Najara, buen soldado y ballestero, sirvió bien en la guerra; y pasó un Ojeda, vecino de los zapotecas, y quebróronle un ojo en lo de Méjico; pasó un Fulano de la Serna, que tuvo unas minas de plata, tenia una cuclillada por la cara, que le dieron en la guerra,

no me acuerdo qué se hizo dél; y pasó un Alonso Hernandez Puertocarrero, primo del conde de Medellín, caballero preeminente, y este fué á Castilla la primera vez que enviamos presentes á su majestad, y en su compañía fué don Francisco de Montejo antes que fuese adelantado, y llevaron mucho oro en granos sacado de las minas, y joyas de diversas hechuras, y el sol de oro y la luna de plata. Y segun pareció, el obispo de Burgos, que se decia don Juan Rodriguez de Fonseca, arzobispo de Rosano, mandó prender al Alonso Hernandez Puertocarrero porque decia al mismo obispo que queria ir á Flándes con el presente á su majestad, y porque procuraba por las cosas de Cortés, y tuvo achaque el obispo para le prender porque le acusaron al Puertocarrero que habia traído á la isla de Cuba una mujer casada, y en Castilla murió; y puesto que era uno de los principales compañeros que con nosotros pasaron, se me olvidaba de poner en esta cuenta, hasta que me acordé dél; y tambien pasó otro muy buen soldado que se decia Alonso Luis ó Juan Luis, y era muy alto de cuerpo y le deciamos por sobrenombre el Niño, murió en poder de indios; y pasó otro buen soldado que se decia Hernando Burgueño, natural de Aranda de Duero, murió de su muerte; é pasó otro buen soldado que se decia Alonso de Monroy, é porque se decia que era hijo de un comendador de Santisteban, porque no le conociesen se llamaba Salamanca, murió en poder de indios; y vamos adelante, que tambien pasó un Fulano de Villalobos, natural de Santa Olalla, que se fué á Castilla rico; y pasó un Tirado de la Puebla, era hombre de negocios, murió de su muerte; y pasó un Juan del Río, fué á Castilla; y pasó un Juan Rico de Alanis, buen soldado, murió en poder de indios; y pasó un Gonzalo Hernandez de Alanis, bien esforzado soldado; pasó un Juan Rico de Alanis, murió de su muerte; é pasó un Fulano Navarrete, vecino que fué de Pánuco, murió de su muerte; pasó un Francisco Martin de Vendabal, viro le llevaron los indios á sacrificar, y ansimismo á otro su compañero que se decia Pedro Gallego, y desto echamos mucha culpa á Cortés, porque quiso echar una celada á unos escuadrones mejicanos, y los mejicanos se la echaron al mismo Cortés y le arrebataron los dos soldados, y los llevaron á sacrificar delante de sus ojos, que no se pudieron valer; y pasaron tres soldados que se decian Trujillos; el uno natural de Trujillo, y era muy esforzado y murió en poder de indios; y el otro, natural de Güelva, tambien fué de mucho ánimo, murió en poder de indios, y el otro era natural de Leon, tambien murió en poder de indios; y pasó un soldado que se decia Juan Flamenco, murió de su muerte; y pasó un Francisco del Barco, natural del Barco de Avila, capitán que fué en la Cholulteca, murió de su muerte; pasó un Juan Perez, que mató á su mujer, que se decia la hija de la Vaquera, murió de su muerte; y pasó otro buen soldado que se decia Nájera el Corcovado, extremado hombre por su persona, murió en Colima ó en Zacatula; é pasó otro buen soldado que se decia Madrid el Corcovado, murió en Colima ó Zacatula; y pasó otro soldado que se decia Juan de Inhiesta, fué balladero, murió de su muerte; y pasó un Fulano de Alamilla, vecino que fué de Pánuco, buen balladero, murió de su muerte; y pasó un Fulano Mo-

ron, gran músico, vecino de Colima ó Zacatula, murió de su muerte; pasó un Fulano de Varela, buen soldado, vecino que fué de Colima ó Zacatula, murió de su muerte; pasó un Fulano de Valladolid, vecino de Colima ó Zacatula, murió en poder de indios; é pasó un Fulano de Villafuerte, persona de valía, que casó con una deuda de la mujer que primero tuvo Hernando Cortés, y era vecino de Zacatula ó de Colima, murió de su muerte; y pasó un Fulano Gutierrez, vecino de Colima ó Zacatula, murieron de su muerte; y pasó otro buen soldado que se decia Valladolid el Gordio, murió en poder de indios; y pasó un Pacheco, vecino que fué de Méjico, persona preeminente, murió de su muerte; y pasó un Hernando de Lerma ó de Lema, hombre anciano, que fué capitán, murió de su muerte; pasó un Fulano Suarez el Viejo, que mató á su mujer con una piedra de moler maíz, murió de su muerte; y pasó un Fulano de Angulo é un Francisco Gutierrez y otro mancebo que se decia Santa-Clara, vecinos que fueron de la Habana, que murieron en poder de indios; y pasó un Garci-Caro, vecino que fué de Méjico, murió de su muerte; y pasó un mancebo que se decia Larios, vecino que fué de Méjico, murió de su muerte, que tuvo pleito sobre sus indios; pasó un Juan Gomez, vecino que fué de Guatimala, fué rico á Castilla; y pasaron dos hermanos que se decian los Jimenez, naturales que fueron de Linguijuela de Extremadura; el uno murió en poder de indios, el otro de su muerte; y pasaron dos hermanos que se decian los Florines, murieron en poder de indios; y pasó un Francisco Gonzalez de Nájera é un su hijo que se decia Pero Gonzalez de Nájera, y dos sobrinos del Francisco Gonzalez que se decian los Ramirez; el Francisco Gonzalez murió en los peñoles que están en la provincia de Guatimala, y los sobrinos en las puentes de Méjico; y pasó otro buen soldado que se decia Amaya, vecino que fué de Guaxaca, murió de su muerte; y pasaron dos hermanos que se decian Carmonas, naturales de Jerez, murieron de sus muertes; y pasaron otros dos hermanos que se decian los Vargas, naturales de Sevilla; el uno murió en poder de indios, y el otro de su muerte; y pasó otro buen soldado que se decia Polanco, natural de Avila, vecino que fué de Guatimala, murió de su muerte; y pasó un Hernan Lopez de Avila, tenedor que fué de los bienes de los difuntos, fué rico á Castilla; y pasó un Juan de Aragon, vecino de Guatimala, murió de su muerte; y pasó un Fulano de Cieza, que tiraba bien una barra, murió en poder de indios; pasó un Santisteban, viejo, balladero, vecino de Chiapa, murió de su muerte; pasó un Bartolomé Pardo, murió en poder de indios; pasó un Bernardino de Coria, vecino que fué de Chiapa, padre de uno que se decia Centeno, murió de su muerte; y pasó un Pedro Escudero y un Juan Cermeno, y otro su hermano que se llamaba como él, buenos soldados; al Pedro Escudero y á Juan Cermeno mandó Cortés ahorcar porque se alzaban con un navío para ir á la isla de Cuba á dar mando á Diego Velozquez, de cuando enviamos los embajadores, oro y plata á su majestad, para que los saliese á tomar en la Habana, y quien lo descubrió fué el Bernardino de Coria, y murieron ahorcados; y pasó un Gonzalo de Umbría, piloto, muy buen soldado; á este

mandó Cortés cortar los dedos de los pies por-
 iba por piloto con los demás, y fuése á Castilla á
 ante su majestad, y lo fué muy contrario á Cortés,
 majestad le mandó dar su real cédula para que en
 Nueva-España le diesen mil pesos de oro cada año
 en pueblos de indios, y nunca volvió de Casti-
 lla que temió á Cortés; y pasó un Rodrigo Rangel,
 persona preeminente, y estaba muy tullido de
 una pierna, nunca fué á la guerra para que dél se liaga me-
 rito, y de dolores murió; y pasó un Francisco de
 Oñate, que tambien estaba malo de hubas y muy do-
 lido, y habia sido soldado en Italia, que estuvo cier-
 ta por capitán en lo de Tepeaca entro tanto que
 moros en la guerra de Méjico, no sé qué se hizo ni
 murió; y pasó un soldado que se decia Mesa, y
 era artillero en Italia, y así lo fué en la Nueva-
 España, y murió ahogado en un río después de ganado
 el río; y pasó otro muy esforzado soldado que se de-
 cía Arbolanche, natural de Castilla la Vieja, mu-
 rió en poder de indios; y pasó otro soldado que se de-
 cía Velazquez, natural de Arévalo, murió en las
 guerras cuando fuimos con Cortés; y pasó un Martín
 de Aranda, valenciano, buen soldado, murió en lo de Hi-
 guayán; y pasó otro buen soldado que se decia Alonso
 Prietos; este se fué dende Tuztepeque á se acoger
 los indios de Chinanta cuando se alzó Méjico, y
 de Tuztepeque murieron sesenta y seis soldados y
 mujeres de Castilla de los de Nurvaez y de los
 ros, que mataron los mejicanos que estaban en
 aquella provincia; y pasó un Almodóvar
 ó un su hijo que se decia Alvaro de Almodóvar,
 sobrinos que tenian el mesmo sobrenombre de
 Almodóvar, é el un sobrino murió en poder de indios,
 y el Alvaro y el sobrino murieron sus muer-
 tes; pasaron dos hermanos que se decian los Martínez,
 de Fregenal, buenos hombres por sus perso-
 nas, murieron en poder de indios; y pasó un buen
 soldado que se decia Juan del Puerto, murió tullido de
 una pierna; y pasó otro buen soldado que se decia Lagos,
 murió en poder de indios; y pasó un fraile de nuestra
 orden de la Merced que se decia fray Bartolomé de
 la Cruz, y era teólogo y gran cantor y virtuoso, murió
 en la guerra; y pasó otro soldado que se decia Sancho
 de la Cruz, natural de las Garrovillas; este, segun de-
 bía llevarlo á Castilla de la isla de Santo Domingo
 mil pesos de oro en unos borceguies, que cogió
 en las minas ricas, y como llegó á Castilla lo jugó y
 perdió, y se vino con nosotros, á indios le mataron; y
 pasó un Alonso Hernandez de Palo, ya hombre viejo,
 pobre; el uno se decia Alonso Hernandez, buen
 soldado, y el otro no se me acuerda el nombre, y el
 otro Hernandez murió en poder de indios y los demás
 moros de sus muertes; y pasó otro buen soldado que
 se decia Alonso de la Mesta, natural de Sevilla ó del Aja-
 guir, murió en poder de indios, y los demás murieron de
 sus muertes; y pasó otro buen soldado que se decia Ra-
 mon de Montañés, murió en poder de indios; pasó otro
 buen hombre por su persona, que se decia Pedro
 de Aranda, é se casó con una valenciana que se decia
 Francisca de Valtierra; fuése al Pirú, é hubo fa-
 ta, murieron helados él y la mujer y un caballo y

unos negros y otras gentes; é pasó un buen ballestero
 que se decia Cristóbal Díaz, natural del Colmenar de
 Arenas, murió de su muerte; é pasó otro soldado que
 se decia Retamales, matáronle indios en lo de Tabas-
 co; é pasó otro esforzado soldado que se decia Ginés
 Nortes, murió en lo de Yucatan en poder de indios; pasó
 otro muy diestro soldado é bien esforzado, que se de-
 cía Luis Alonso, é cortaba muy bien con una espada,
 murió en poder de indios; é pasó un Alonso Catalan,
 buen soldado, murió en poder de indios; é otro soldado
 que se decia Juan Siciliano, vecino que fué de Méjico,
 murió de su muerte; é pasó otro buen soldado que se
 decia Canillas, fué en Italia atambor, y tambien en la
 Nueva-España, murió en poder de indios; é pasó un
 Hernandez, secretario que fué de Cortés, natural de Se-
 villa, murió en poder de indios; pasó un Juan Díaz, que
 tenia una gran nube en un ojo, natural de Búrgos, que
 traía á cargo el rescate é vituallas de Cortés, murió en
 poder de indios; pasó un Diego de Coria, vecino que fué
 de Méjico, murió de su muerte; pasó otro buen soldado,
 mancebo, que se decia Juan Nuñez de Mercado, que
 era natural de Cuéllar, otros decian que era natural de
 Madrigal; este soldado cegó de los ojos, vecino que
 ahora es de la Puebla; y pasó otro buen soldado, y el
 mas rico que todos los que pasamos con Cortés, que se
 decia Juan Sedeño, natural de Arévalo, é trujo un na-
 vio suyo é una yegua é un negro, é tocinos é mucho
 pan é cazabe, murió de su muerte é fué persona pre-
 eminente; é pasó un Fulano de Balnor, vecino que fué
 de la Trinidad, murió en poder de indios; é pasó un
 Zaragoza, ya hombre viejo, padre que fué de Zarago-
 za el escribano de Méjico, murió de su muerte; é pasó
 un buen soldado que se decia Diego Martín de Aya-
 monte, murió de su muerte, é pasó otro soldado que
 se decia Cárdenas, decia él mismo que era nieto del co-
 mendador mayor don Fulano de Cárdenas, murió en
 poder de indios; y pasó otro soldado que se decia Cár-
 denas, hombre de la mar, piloto, natural de Triana;
 este fué el que dijo que no habia visto tierra adonde
 hubiese dos reyes como en la Nueva-España, porque
 Cortés llevaba quinto como rey, después de sacado el
 real quinto, é de pensamiento dello cayó malo, é fué á
 Castilla é dió relacion dello á su majestad, é de otras co-
 sas de agravios que le habian hecho, é fué muy contra-
 rio á Cortés, é su majestad le mandó dar su real cédula
 para que le diesen indios que rentasen mil pesos; y así
 como vino á Méjico con ella, murió de su muerte; é
 pasó otro buen soldado que se decia Arguello, natural
 de Leon, murió en poder de indios; é pasó otro sol-
 dado que se decia Diego Hernandez, natural de Salces
 de los Gallegos, ayudó á aserrar la madera de los ber-
 gantines, é cegó é murió su muerte; é pasó otro sol-
 dado de muchas fuerzas é animoso, que se decia Fulan-
 o Vazquez, murió en poder de indios; é pasó otro sol-
 dado ballestero que se decia Arroyuelo, decian que
 era natural de Olmedo, murió en poder de indios; é
 pasó un Fulano Pizarro, capitán que fué en entradas,
 decia Cortés que era su deudo; en aquel tiempo no ha-
 bia nombre de Pizarros ni el Pirú estaba descubierto,
 murió en poder de indios; é pasó un Alvaro Lopez, ve-
 cino que fué de la Puebla, murió de su muerte; é pasó

otro soldado que se decía Yañez, natural de Córdoba, y este soldado fué con nosotros á las Higuerns, y entre tanto que fué se le casó la mujer con otro marido, é de que volvimos de aquel viaje no quiso tomar á la mujer, murió de su muerte; é pasó un buen soldado é bien suelto peon que se decía Magallanes, portugués, murió en poder de indios; é pasó otro portugués Platero, murió en poder de indios; é pasó otro portugués, ya hombre anciano, que se decía Martín de Alpedrino, murió de su muerte; é pasó otro portugués que se decía Juan Alvarez Rubazo, murió de su muerte; é pasó otro muy esforzado portugués que se decía Gonzalo Sanchez, murió de su muerte; é pasó otro portugués, vecino que fué de la Puebla, que se decía Gonzalo Rodriguez, persona preeminente, murió de su muerte; é pasaron otros dos portugueses, vecinos de la Puebla, que se decían los Villanuevas, altos de cuerpo, no sé qué se hicieron é dónde murieron; é pasaron tres soldados que tenían por sobrenombres Fulanos de Avila; el uno, que se decía Gaspar de Avila, fué yerno de Hortigosa, el escribano, murió de su muerte; é el otro Avila se allegaba con el capitán Andrés de Tapia, murió en poder de indios; el otro Avila no me acuerdo adónde fué á ser vecino; é tambien pasaron dos hermanos, hombres ancianos, que se decían los Vandadas, decían que eran naturales de tierra de Avila, murieron en poder de indios; é pasaron otros tres soldados que tenían por sobrenombres Espinosas; el uno era vizcaíno, é murió en poder de indios; y el otro se decía Espinosa de la Bendición, porque siempre traía por plática con la buena bendición; era muy buena aquella plática, é murió de su muerte; y el otro Espinosa era natural de Espinosa de los Monteros, murió en poder de indios; é pasó un Pedro Peton de Toledo, murió de su muerte; é vino otro buen soldado que se decía Villasinda, natural de Portillo, que se metió fraile francisco, murió de su muerte; é pasaron dos buenos soldados que se decían por sobrenombre San Juan; el uno llamábamos San Juan el Entonado, porque era muy presuntuoso, murió en poder de indios; y el otro se decía San Juan de Vichilla, era gallego, murió de su muerte; é pasó otro buen soldado que se decía Izquierdo, natural de Castromocho, fué vecino en la villa de San Miguel, sujeta á Guatimala, murió de su muerte; é pasó un Aparicio Martín, que casó con una que se decía la Medina, natural de Medina de Rioseco, vecino que fué de San Miguel, murió de su muerte; é pasó un buen soldado que se decía Cáceres, natural de Trujillo, murió en poder de indios; é pasó otro buen soldado que se decía Alonso de Herrera, natural de Jerez; este fué capitán en los zapotecas, é acuchilló á otro capitán que se decía Figuero sobre ciertas contiendas de las capitanías, é por temor del tesorero Alonso de Estrada, que en aquella sazón era gobernador, porque no le prendiese, se fué á lo de Maraúon, é allá murió en poder de indios, y el Figuero se ahogó en la mar yendo á Castilla; é tambien pasó un mancebo que se decía Maldonado, natural de Medellín, estuvo malo de bubas, é no sé si murió de su muerte; no lo digo por Maldonado de la Veracruz, marido que fué de doña María del Rincón; é pasó otro soldado que se decía Morales, ya hombre anciano, que cojeaba de una pierna; decían que fué

soldado delcomendador Solís, fué alcalde ordinario en la Villa-Rica, é hacia recta justicia; é pasó otro soldado que se decía Escalona el mozo, murió en poder de indios; é pasaron tres soldados, que todos tres fueron vecinos en la Villa-Rica, que nunca fueron á guerra ni á entrada ninguna de la Nueva-España; al uno decían Arévalo é al otro Juan Leon é al otro Madrigal, murieron de su muerte; é pasó otro soldado que se decía por sobrenombre Lencero, cuya fué la venta que agora se dice de Lencero, que está entre la Veracruz é la Puebla, que fué buen soldado y se metió fraile mercenario; pasó un Alonso Durán, que era algo viejo y no via bien, que ayudaba de sacristán é se metió fraile mercenario; é pasó otro soldado que se decía Navarro, que se allegaba en casa del capitán Sandoval, é después se casó en la Veracruz, murió de su muerte; é pasó otro buen soldado que se decía Alonso de Talavera, que se allegaba en casa del capitán Sandoval, murió en poder de indios; é pasaron dos indios, que se decía el uno Juan de Manzanilla y el otro Pedro Manzanilla; el Pedro Manzanilla murió en poder de indios, el Juan de Manzanilla fué vecino de la Puebla, murió de su muerte; é pasó un soldado que se decía Benito Rejel, fué atambor de ejércitos de Italia, y tambien lo fué en la Nueva-España, murió de su muerte; é pasó un Alonso Romero, que fué vecino de la Veracruz, persona rica y preeminente, murió de su muerte; é pasó un soldado que se decía Simón de Portillo, natural de Portillo, é tuvo muy buenos indios y estuvo rico, é dejó sus indios y vendió sus bienes, é lo repartió á pobres é se metió fraile, é fué de santa vida; é otro buen soldado que se decía Quintero, natural de Moguer, é tuvo buenos indios y estuvo rico, é lo dió por Dios é se metió fraile francisco y fué buen religioso; é otro soldado que se decía Alonso de Aguilar, cuya fué la venta que ahora llaman de Aguilar, que está entre la Veracruz y la Puebla, y fué persona rica y tuvo buen repartimiento de indios, todo lo vendió y dió por Dios, é se metió fraile dominico y fué muy buen religioso; é otro soldado que se decía Fulano Burguillos, tenía buenos indios y estuvo rico, é lo dejó é se metió fraile francisco, y este Burguillos después se salió de la órden; é otro buen soldado que se decía Escalante, era galán y buen jinete, metióse fraile francisco, que después se salió del monasterio é se volvió á triunfar, é de ahí obra de un mes se tornó á tomar los hábitos y fué buen religioso; otro soldado que se decía Gaspar Díaz, natural de Castilla la Vieja, é fué rico, así de sus indios como de sus tratos, todo lo dió por Dios, é se fué á los pinares de Guaxocingo, en parte muy solitaria, é hizo una ermita é se puso en ella por ermitaño, é fué de tan buena vida é se daba á ayunos y disciplinas, que se paró muy flaco é debilitado, é decían que dormía en el suelo en unas pajas; é de que lo supo el obispo don fray Juan de Zumarraga le mandó que no hiciese tan áspera vida, é tuvo tan buena fama el ermitaño Gaspar Díaz, que se metieron en su compañía otros ermitaños, é todos hicieron buenas vidas, é á cuatro años que allí estaban fué Dios servido llevarle á su santa gloria; é pasó otro soldado que se decía Ribadeo, gallego, que por sobrenombre le llamábamos Beberreo, porque bebía mucho vino, murió en

de indios en lo de Almería; pasó otro soldado llamábase el Galleguillo porque era chico de ; murió en poder de indios; pasó un esforzado que se decía Lorma; este fué uno de los que á salvar la vida á Cortés, como dicho tengo capítulo que dello habla, y se fué entre los indios burrido de temor del mismo Cortés, á quien llamado á salvar la vida, por ciertas cosas de enojo rtes contra él tuvo, que aquí no declaro por su nimen mas supimos del vivo ni muerto; mala la tuvimos; tambien pasó otro buen soldado que a Pinedo, criado que habia sido de Diego Velazgo gobernador de Cuba, y cuando vino Narvaez se Méjico para el mismo capitán Narvaez, y en el de mataron indios, sospechóse que por mandado les; pasó otro soldado y buen ballestero que se Pedro Lopez, murió de su muerte; y asimismo ro Pedro Lopez, ballestero, que fué con Alonso a la isla Española, é allí se quedó; é pasaron reros, el uno se llamaba Juan García y el otro Martín, que casó con la Bernauda, que se llamaba Marina Márquez, y el otro no me acuerdo su nombre murió en poder de indios é los dos de sus ; é pasó otro soldado que se decía Alvaro Garcino que fué de Méjico, cuñado de unos Zamorrio de su muerte; é pasó otro soldado, ya homiano, que se decía Paredes, padre de un Paredes pra está en lo de Yucatan, murió en poder de é pasó otro soldado que se decía Gonzalo Mejia lo, porque decía el mismo que era nieto de un ne andaba á robar en el tiempo del rey don Juan paña de un Centeno, murió en poder de indios; y Pedro de Tapia, y murió tullido después de Méjico; é pusieron ciertos pilotos que se decian de Alaminos é un su hijo que tambien tenia el hombre que su padre, eran naturales de Pólos; anacho de Triana, é un Juan Alvarez, el Man- de Güelva, é un Sopuerta del Condado, ya homiano, é un Cárdenas. Este fué el que estuvo pensamiento cómo sacaban dos quintos del oro, para Cortés; é un Gonzalo de Umbria, é hubo to que se decía Galdin, é tambien hubo mas, que ya no se me acuerdan sus nombres; mas el vi que se quedó para vecino en Méjico fué el ta, que todos los demás se fueron á Cuba é Ja á otras islas é á Castilla á ganar pilotajes, por el Cortés, porque estaba mal con ellos porque aviso á Francisco de Garay de las tierras que de su majestad que le hiciese mercedes; y aun cuatro pilotos dellos á se quejar de Cortés de su majestad, los cuales fueron los Alaminos é mas é el Gonzalo de Umbria, é les mandó dar reales para que en la Nueva-España diesen á lo mil pesos de rentu; é el Cárdenas vino, é los nunca vinieron. É pasó otro soldado que se decía Ginovés, y era piloto, murió en poder de indios; tambien pasó otro Lorenzo Ginovés, vecino que Guaxaca, marido de una portuguesa vieja, mu- ti muerte; é pasó otro soldado que se decía En- natural de tierra de Palencia; este soldado se de cansado é del peso de las armas é del calor

HA-11.

que le daban; é pasó otro soldado que se decía Cristóbal de Jaen, era carpintero, murió en poder de indios; é pasó un Ochoa, vizcaíno, hombre rico y preeminente, vecino que fué de Guaxaca, murió de su muerte; é pasó un bien esforzado soldado que se decía Zamudio, fuése á Castilla porque acuchilló á unos en Méjico; en Castilla fué capitán de una capitania de hombres de armas, murió en Locastil con otros muchos caballeros españoles; é pasó otro soldado que se decía Cervantes el Loco, era chocarrero é truhán, murió en poder de indios; é pasó uno que llamaban Plazuela, matáronlo indios; é pasó un buen soldado que se decía Alonso Perez Maite, que vino casado con una india muy hermosa del Bayamo, murió en poder de indios; é pasó un Martin Vunquez, natural de Olmedo, hombre rico é preeminente, vecino que fué de Méjico, murió de su muerte; pasó un Sebastian Rodriguez, buen ballestero, y después de ganado Méjico fué trompeta, murió de su muerte; é pasó otro ballestero que se decía Peñalosa, compañero del Sebastian Rodriguez, murió de su muerte; é pasó un soldado que se decía Alvaro, hombre de la mar, natural de Pólos, que decian que tuvo en indias de la tierra treinta hijos en obra de tres años, matáronlo indios en lo de las Higueras; é pasó otro soldado que se decía Juan Perez Malinche, que después le oí nombrar Arteaga, vecino de la Puebla, fué hombre rico y murió de su muerte; pasó un buen soldado que se decía Pedro Gonzalez Sabote, murió de su muerte, pasó otro buen soldado que se decía Jerónimo de Aguilar; esto Aguilar pongo en esta cuenta porque fué el que hallamos en la Punta de Cotoche, que estaba en poder de indios, é fué nuestra lengua, murió tullido de bubas; é pasó otro soldado que se decía Pedro Valenciano, vecino de Méjico, murió su muerte; pasaron tres soldados que tenían por sobrenombres Tarifas; el uno fué vecino de Guaxaca, marido de una mujer que se decía Catalina Muñoz, murió de su muerte; el otro se decía Tarifa el de los servicios, porque siempre andaba diciendo que servia á su majestad é que no le daban nada, y era natural de Sevilla, hombre hablador, murió de su muerte; y el otro llamaban Tarifa el de las manos blancas, tambien era natural de Sevilla, llamábase así porque no era para la guerra ni para cosa de trabajo, sino hablar de cosas pasadas que le habian acaecido en Sevilla, murió en el rio del Golfo-Dulce en el viaje de Higueras, ahogóse él é su caballo, que nunca parecieron mas; pasó otro buen soldado que se decía Pedro Sanchez Farfan, que estuvo por capitán en Tezcucó entre tanto que andábamos en la guerra, murió su muerte; é pasó otro soldado que se decía Alonso de Escobar, el poje que fué de Diego Velazquez, de quien se tuvo mucha cuenta, matáronlo indios; é pasó otro soldado que se decía el bachiller Escobar, era boticario, é curaba así de cirugía como de medicina, enloqueció y murió su muerte; é pasó otro soldado que se decía tambien Escobar, bien esforzado; mas fué tan bullicioso, que murió ahorcado porque forzó á una mujer casada y por revoltoso; é pasó otro soldado que se decía Fulano de Santiago, natural de Güelva, fuése á Castilla rico; pasó otro su compañero del Santiago que se decía Ponce, murió en poder de indios; pasó un Fulano Mendez, ya hombre anciano,

matáronlo indios; otros tres soldados que murieron en las guerras que tuvimos en lo de Tabasco; el uno se decía Saldaña, los otros dos no me acuerdo sus nombres; é pasó otro buen soldado é ballestero, era hombre ya anciano, que jugaba mucho á los naipes, murió en poder de indios; é pasó otro soldado anciano que trajo un su hijo que se decía Ortegulla, paje que fué del gran Montezuma, así al viejo como al hijo mataron los indios; é pasó otro soldado que se decía Fulano de Caona, natural de Medina de Rioseco, murió en poder de indios; é pasó otro soldado que se decía Juan de Cáceres, que después de ganado Méjico fué hombre muy rico y vecino de Méjico, murió de su muerte; pasó otro soldado que se decía Gonzalo Hurones, natural de las Garrovillas, murió de su muerte; é pasó otro soldado, ya hombre anciano, que se decía Ramirez el viejo, murió de su muerte, vecino que fué de Méjico; pasó otro soldado, y muy esforzado, que se decía Lois Farfan, murió en poder de indios; é pasó otro soldado que se decía Morillas, murió en poder de indios; é pasó otro soldado que se decía Fulano de Rójas, que después pasó al Pirú; é pasó un Astorga, hombre anciano y vecino que fué de Guexaca, murió de su muerte; pasaron dos hermanos que se llamaban Tostados, el uno murió en poder de indios y el otro de su muerte; y pasó otro buen soldado que se decía Baldoínos, murió en poder de indios; tambien quiero aquí poner á Guillen de la Loa é á Andrés Nuñez é á maese Pedro el de la Harpa é á otros tres soldados que tomamos del navío que venian de los de Garay, como dicho tengo, é por esta causa los pongo aquí con los de Cortés, por ser todo en un tiempo; el Guillen de la Loa murió de un cañonazo, y los otros dellos de su muerte, y otros en poder de indios; y pasó un Porras, muy bermejo y gran cantor, murió en poder de indios; é pasó un Ortiz, gran tañedor de vigüela, y enseñaba á danzar, y vino un su compañero que se decía Bartolomé García, fué minero en la isla de Cuba; esto Ortiz y el Bartolomé García pasaron el mejor caballo de todos los que pasaron en nuestra compañía, el cual caballo les tomó Cortés ó se lo pagó, murieron entrambos compañeros en poder de indios; pasó otro buen soldado que se decía Serrano, era buen ballestero, murió en poder de indios; y pasó un hombre anciano que se decía Pedro Valencia, natural de un lugar de cabe Plasencia, murió de su muerte; pasó otro soldado que se decía Quintero, fué maestro de navios, matáronle indios; pasó un Alonso Rodríguez, que dejó buenas minas en la isla de Cuba, estaba rico, murió en poder de indios en los Peñoles, que ahora llaman, que ganó Cortés; é tambien murió allí otro buen soldado que se decía Gaspar Sanchez, sobrino del tesorero de Cuba, con otros seis soldados que fueron delos de Narvaez; é tambien pasó un Pedro de Palma, primer marido que tuvo Elvira Lopez la Larga; murió ahorcado é otro soldado que se decía Trebejo, natural de Fuenteguinaldo, los cuales mandó ahorcar Gil Gonzalez de Avila ó Francisco de las Casas, y juntamente con ellos á un clérigo de misa, por revoltosos y hombres amotinadores de ejércitos cuando se venian á la Nueva-España desde Naco, después que hubieron degollado á Cristóbal de Olí, como dicho tengo en el capítulo que dello habla. Estos

soldados y clérigo eran de los que habian ido con Cristóbal de Olí, puesto que eran de los que pasaron con Cortés. A mí me enseñaron un árbol gordo donde los ahorcaron, viniendo que veniamos de las Higueras en compañía de Luis Marin. E volviendo é nuestro cuento, tambien pasó un fray Juan de las Varillas, mercenario, buen teólogo y virtuoso, é murió su muerte; un Andrés de Mola Levantisco, murió en poder de indios; é tambien pasó un buen soldado que se decía Alberza, natural de Villanueva de la Serena, murió en poder de indios; pasaron otros muy buenos soldados que solian ser hombres de la mar, como fueron pilotos, maestros y contramaestros; de los mas mancebos de los navios que dimos al través, muchos dellos fueron animosos en las guerras y batallas, y por no me acordar de todos no pongo aquí sus nombres. E tambien pasaron otros soldados, hombres de la mar, que se decian los Peñates, y otras Pinzones, los unos naturales de Gibraltor y otros de Pálos; dellos murieron en poder de indios, y otros fueron á Castilla á quejarse de Cortés. Tambien me quiero yo poner aquí en esta relacion á la postre de todos, puesto que vine á descubrir dos veces primero que Cortés, y la tercera con el mismo Cortés, segun lo tengo ya dicho en el capítulo que dello habla, y doy muchas gracias y loores á Dios nuestro Señor y á nuestra Señora la Virgen santa Maria, su bendita Madre, que me ha guardado que no sea sacrificado, como en aquellos tiempos sacrificaron todos los mas de mis compañeros que nombrados tengo, para que ahora se descubran muy claramente nuestros heróicos hechos, y quién fueron los valerosos capitanes y fuertes soldados que ganamos estas partes del Nuevo-Mundo, y no resieran la honra y prez y nuestra valia á un solo capitan.

CAPITULO CCVI.

De las estatutas y proporciones y edades que tuvieron ciertos capitanes valerosos y fuertes soldados que fueron de Cortés, cuando venimos á conquistar la Nueva-España.

El marqués don Hernando Cortés, ya he dicho en el capítulo que dél habla, en el tiempo que falleció en Castilleja de la Cuenca, de su edad, proporcion y persona, é qué condiciones tenia, é otras cosas que hallarán escritas en esta relacion, si lo quisieren ver. Tambien he dicho en el capítulo que dello habla, del capitan Cristóbal de Olí, de cuándo fué con la armada á las Higueras, de la edad que tenia, y de sus condiciones é proporciones; allí lo hallarán. Quiero ahora poner la edad é proporciones y parecer de don Pedro de Albarado. Fué comendador de Santiago, adelantado y gobernador de Guatimala é Honduras é Chiapa, seria de obra de treinta y cuatro años cuando acá pasó; fué de muy buen cuerpo é bien proporcionado, é tenia el rostro y cara muy alegre y en el mirar muy amoroso; é por ser tan agraciado le pusieron por nombre los indios mejicanos Tonatio, que quiere decir el sol. Era muy suelto é buen jinete, y sobre todo, ser franco é de buena conversacion, y en el vestir se traia muy pulido y con ropas ricas, y traia al cuello una cadena de oro con un joyel. ya no se me acuerdan las letras que tenia el joyel; y en un dedo un anillo de diamante; y porque ya he dicho dónde falleció y otras cosas acerca de la persona, en

esta no quiero poner mas. El adelantado Francisco de Montejo fué de mediana estatura, el rostro alegre, y amigo de regocijos é buen jinete; é cuando acá pasó sería de edad de treinta y cinco años, y era mas dado á negocios que para la guerra; era franco y gastaba mas de lo que tenía de renta; fué adelantado y gobernador de Yucatan, murió en Castilla. El capitán Gonzalo de Sandoval fué muy esforzado, y sería cuando acá pasó de hasta veinte y dos años; fué alguacil mayor de la Nueva-España y fué gobernador della, juntamente con el tesorero Alonso de Estrada, obra de once meses; su estatura muy bien proporcionada y de razonable cuerpo y membrudo; el pecho alto y ancho, y asimismo tenía la espalda, y de las piernas algo estevado; el rostro tiraba algo á robusto, y la barba y el cabello que se usaba algo crespo y acastanado, y la voz no la tenía muy clara, sino algo espantosa, y ceceaba tanto cuanto; no era hombre que sabía letras, sino á las buenas llanas, ni era codicioso de haber oro, sino solamente hacer sus cosas como buen capitán esforzado, y en las guerras que tuvimos en la Nueva-España siempre tenía cuenta en mirar por los soldados que le parecía que lo hacían bien, y les favorecía y ayudaba; no era hombre que traía ricos vestidos, sino muy llanamente, como buen soldado; tuvo el mejor caballo y de mejor carrera, revuelto á una mano y á otra, que decían que no se había visto mejor en Castilla ni en esta tierra; era castaño acastanado, y una estrella en la frente y un pié izquierdo calzado, que se decía el caballo Motilla; é cuando hay ahora diferencia sobre buenos caballos suelen decir: «Es en bondad tan bueno como Motilla.» Dejaré lo del caballo, y diré deste valeroso capitán que falleció en la villa de Pálos cuando fué á Castilla con don Hernán Cortés á besar los piés á su majestad; y deste Gonzalo de Sandoval fué de quien dijo el marqués Cortés á su majestad que, demás de los fuertes y valerosos soldados que tuvo en su compañía, que fué tan animoso capitán, que se podía nombrar entre los muy esforzados que hubo en el mundo, y que podía ser coronel de muchos ejércitos, y para decir y hacer. Fué natural de Medellín, hijodalgo; su padre fué alcaide de una fortaleza. Pasemos á decir de otro buen capitán que se decía Juan Velazquez de Leon, natural de Castilla la Vieja: sería de hasta veinte y seis años cuando acá pasó; era de buen cuerpo, é derecho é membrudo, é buena espalda é pecho, é todo bien proporcionado é bien sacado, el rostro robusto, la barba algo crespa é alheñada, é la voz espantosa é gorda, é algo tartamudo; fué muy animoso y de buena conversacion; é si algunos bienes tenía en aquel tiempo los repartía con sus compañeros. Dijose que en la isla Española mató á un caballero persona por persona, en aquella tierra principal, que era hombre rico, que se decía Balcasas; y desde le hubo muerto se retrujo, y la justicia de aquella isla nunca lo pudo haber, ni la real audiencia, para hacer sobre el caso justicia; y aunque le iban á prender, por su persona se defendía de los alguaciles, é se vino á la isla de Cuba, é de Cuba á la Nueva-España, é fué muy buen jinete, é á pié é á caballo muy extremado varón; murió en las puentes cuando salimos huyendo de Méjico. Y Diego de Ordás fué natural de Tierra de Campos, y sería de edad de cuarenta años cuando

acá pasó: fué capitán de soldados de espada y rodela, porque no era hombre de á caballo; fué muy esforzado y de buenos consejos, era de buena estatura é membrudo, é tenía el rostro muy robusto é la barba algo prieta é no mucha; en la habla no acertaba bien á pronunciar algunas palabras, sino algo tartajoso; era franco é de buena conversacion; fué comendador de Santiago; murió en lo de Marañon, siendo capitán ó gobernador, que esto no lo sé muy bien. El capitán Luis Marín fué de buen cuerpo é membrudo y esforzado; era estevado é la barba algo rubia, el rostro largo é alegre, excepto que tenía unas señales como que había tenido viruelas; sería de hasta treinta años cuando acá pasó; era natural de Sanlúcar, ceceaba un poco como sevillano. Fué buen jinete y de buena conversacion, murió en lo de Mechoacan. El capitán Pedro de Ircio era de mediana estatura y paticorto, é tenía el rostro alegre, é muy plático en demasía que haría é acontecería, é siempre contaba cuentos de don Pedro Jiron é del conde de Ureña; era ardid de corazón, é á esta causa le llamábamos Agríes sin obras, é sin hacer cosas que de contar sean murió en Méjico. El primer contador de su majestad que eligió Cortés hasta que el Rey nuestro señor mandase otra cosa, era de buen cuerpo é rostro alegre, en la plática expresiva, muy clara é de buenas razones, é muy esforzado; sería de hasta treinta y tres años cuando acá pasó, é tenía otra cosa, que era franco con sus compañeros; mas era tan soberbio é amigo de mandar é no ser mandado, é algo envidioso; era orgulloso y bullicioso, que Cortés no le podía sufrir, é á esta causa le envió á Castilla por procurador juntamente con un Antonio de Quiñones, natural de Zamora, é con ellos envió la recámara é riquezas de Montezuma é de Guatemuz, é franceses lo robaron, é prendieron al Alonso de Avila, porque el Quiñones ya era muerto en la Tercera, é desde á dos años volvió el Alonso de Avila á la Nueva-España; ó en Yucatan ó en Méjico murió. Este Alonso de Avila fué tío de los caballeros que degollaron en Méjico, hijos de Gil Gonzalez de Benavides, lo cual tengo ya dicho y declarado en mi historia. Andrés de Monjaras fué capitán cuando la guerra de Méjico, y era de razonable estatura, y el rostro alegre y la barba prieta, y de buena conversacion; siempre estuvo malo de bubas, é á esta causa no hizo cosa que de contar sea, mas póngolo aquí en esta relacion para que sepan que fué capitán, y sería de hasta treinta años cuando acá pasó; murió de dolor de las bubas. Pasemos á un muy esforzado soldado que se decía Cristóbal de Olea, natural de tierra de Medina del Campo; sería de edad de veinte y seis años cuando acá pasó; era de buen cuerpo é membrudo, ni muy alto ni bajo; tenía buen pecho é espalda, el rostro algo robusto, mas era apacible, é la barba é cabello tiraba algo como crespo, é la voz clara; este soldado fué en todo lo que le vimos hacer tan esforzado é presto en las armas, que le teníamos muy buena voluntad é le honrábamos, y él fué el que escapó de muerte á don Fernando Cortés en lo de Suchimileco, cuando los escuadrones mejicanos le habían derribado del caballo al Romo, é le tenían asido y engarrado para lo llevar á sacrificar, é asimismo le libró otra vez cuando en lo de la calzadilla de Méjico lo tenían otra vez asido muchos meji-

canos para lo llevar vivo á sacrificar, é le hubian ya herido en una pierna al mismo Cortés, y le llevaron vivos sesenta y dos soldados. Este esforzado soldado hizo cosas por su persona, que, aunque estaba muy mal herido, mató é acuchilló é dió estocadas á todos los indios que le llevaban á Cortés, que les hizo que lo dejasen; é así le salvó la vida, y el Cristóbal de Olea quedó muerto allí por lo salvar. Quiero decir de dos soldados que se decian Gonzalo Dominguez é un Láres; digo que fueron tan esforzados, que los teniamos en tanto como Cristóbal de Olea; eran de buenos cuerpos é membrudes, é los rostros alegres, é bien hablados, é muy buenas condiciones; é por no gastar mas palabras en sus loas, podráse contar con los mas esforzados soldados que ha habido en Castilla; murieron en las batallas de Otumba, digo el Láres, y el Dominguez en la de Guantepeque, de un caballo que le tomó debajo. Vamos á otro buen capitán é esforzado soldado que se decia Andrés de Tapia, sería de obra de veinte y cuatro años cuando acá pasó; era de color el rostro algo ceniciento, é no muy alegre, é de buen cuerpo é de poca barba; era y fué buen capitán, así á pié como á caballo; murió de su muerte. Si hubiera de escribir todas las facciones é proporciones de todos nuestros capitanes é fuertes soldados que pasamos con Cortés, era gran prolijidad; porque, segun todos eran esforzados é de mucha cuenta, dignos éramos de estar escritos con letras de oro; é no pongo aquí otros muchos valerosos capitanes que fueron de los de Narvaez, porque mi intento desde que comencé á hacer mi relacion no fué sino para escribir nuestros heróicos hechos é hazañas de los que pasamos con Cortés; solo quiero poner al capitán Pánfilo de Narvaez, que fué el que vino contra Cortés desde la isla de Cuba con mil y treientos soldados, sin contar en ellos hombres de la mar, é con ducientos y sesenta y seis soldados los desbaratamos, segun se verá en mi relacion, é cómo é cuándo é de qué manera pasó aquel hecho. E volviendo á mi materia, era el Narvaez al parecer de obra de cuarenta y dos años, é alto de cuerpo é de recios miembros, é tenia el rostro largo é la barba rubia, é agradable presencia, é la plática e voz muy vagorosa é entonada, como que salia de bóveda; era buen jinete é decian que era esforzado; era natural de Valladolid ó de Tudela de Duero; era casado con una señora que se decia María de Valenzuela; fué en la isla de Cuba capitán é hombre rico; decian que era muy escaso, é cuando le desbaratamos se le quebró un ojo, y tenia buenas razones en lo que hablaba: fué á Castilla delante su majestad á quejarse de Cortés é de nosotros, é su majestad le hizo merced de la gobernacion de cierta tierra en lo de la Florida, é allí se perdió é gastó cuanto tenia. Como los caballeros curiosos han visto é leído la memoria atrás dicha de todos los capitanes é soldados que pasamos con el venturoso é esforzado don Fernando Cortés, marqués del Valle, á la Nueva-España desde la isla de Cuba, é pongo por escrito sus proporciones, así de cuerpo como de rostro é edades, é las condiciones que tenian, é en qué parte murieron, é de qué partes eran, me han dicho que se maravillaban de mí que como á cabo de tantos años no se me ha olvidado é tengo memoria dellos. A esto respondo y digo que no es mu-

cho que se me acuerde ahora sus nombres, puea éramos quinientos y cincuenta compañeros que siempre conversábamos juntos, así en las entradas como en las velas, y en las batallas y encuentros de guerras, é los que mataban de nosotros en las tales peleas é cómo los llevaban á sacrificar. Por manera que comunicábamos los unos con los otros, en especial cuando saliamos de algunas muy sangrientas é dudosas batallas echábamos menos los que allí quedaban muertos, é á esta causa los pongo en esta relacion; é no es de maravillar dello, pues en los tiempos pasados hubo valerosos capitanes que andando en las guerras sabian los nombres de sus soldados, é los conocian é los nombraban, é aun sabian de qué provincias é tierras eran naturales, é comunmente eran en aquellos tiempos cada uno de los ejércitos que traian treinta mil hombres; y decian las historias que dellos han escrito, que Mitridates, rey de Ponto, fué uno de los que conocian á sus ejércitos, y otro fué el rey de los epirotas, y por otro nombre se decia Alejandro. Tambien dicen que Aníbal, gran capitán de Cartago, conocia á todos sus soldados; y en nuestros tiempos el esforzado y gran capitán Gonzalo Hernandez de Córdoba conocia á todos los mas soldados que traian en sus capitanías, y así han hecho otros muchos valerosos capitanes. Y mas digo, que, como ahora los tengo en la mente y sentido y memoria, supiera pintar y esculpir sus cuerpos y figuras y talles y meneos, y rostros y facciones, como hacia aquel gran pintor y muy nombrado Apéles, é los pintores de nuestros tiempos Berruguete, é Micael Angel, ó el muy afamado Burgalés, que dicen que es otro Apéles, dibujara á todos los que dicho tengo al natural, y aun segun cada uno entraba en las batallas y el ánimo que mostraba; é gracias á Dios y á su bendita Madre nuestra Señora, que me escapó de no ser sacrificado á los ídolos, é me libró de otros muchos peligros é trances, para que haga ahora esta memoria.

CAPITULO CCVII.

De las cosas que aquí van declaradas cerca de los méritos que tenemos los verdaderos conquistadores; las cuales seran apacibles de las oír.

Ya he recontado los soldados que pasamos con Cortés, y dónde murieron; y si bien se quiere tener noticia de nuestras personas, éramos todos los mas hijos-dalgo, aunque algunos no pueden ser de tan claros linajes, porque vista cosa es que en este mundo no nacen todos los hombres iguales, así en generosidad como en virtudes. Dejando esta plática aparte, de nuestras antiguas noblezas, con heróicos hechos y grandes hazañas que en las guerras hicimos, peleando de día y de noche, sirviendo á nuestro rey y señor, descubriendo estas tierras, y hasta ganar esta Nueva-España y gran ciudad de Méjico y otras muchas provincias á nuestra costa, estando tan apartados de Castilla ni tener otro socorro ninguno, salvo el de nuestro Señor Jesucristo, que es el socorro y ayuda verdadera, nos ilustramos mucho mas que de antes; y si miramos las escrituras antiguas que dello hablan, si son así como dicen, en los tiempos pasados fueron ensalzados y puestos en gran estado muchos caballeros, así en España como en otras partes, sirviendo, como en aque-

lla sazón sirvieron en las guerras, y por otros servicios que eran aceptos á los reyes que en aquella sazón reinaban. Y tambien he notado que algunos de aquellos caballeros que entonces subieron á tener títulos de estados y de ilustres, no iban á las tales guerras ni entraban en batallas sin que se les diesen sueldos y salarios; y no emibargante que se lo pagaban, les dieron villas y castillos y grandes tierras perpetuas, y privilegios con franquezas, los cuales tienen sus descendientes. Y demás desto, quando el rey don Jaime de Aragon conquistó y ganó de los moros mucha parte de sus reinos, los repartió á los caballeros y soldados que se hallaron en lo ganar, y desde aquellos tiempos tienen sus blasones y son valerosos; y tambien quando se ganó Granada, y del tiempo del Gran Capitan á Nápoles, y tambien el príncipe de Oranga en lo de Nápoles, dieron tierras y señorios á los que ayudaron en las guerras y batallas; é nosotros, sin saber su majestad cosa ninguna, le ganamos esta Nueva-España. He traído esto aquí á la memoria para que se vean nuestros muchos y buenos y notables y leales servicios que hicimos á Dios y al Rey y á toda la cristiandad, y se pongan en una balanza y medida cada cosa en su cantidad, y hallarán que somos dignos y merecedores de ser puestos y remunerados como los caballeros por mi atrás dichos; y aunque entre los valerosos soldados que en estas hojas de atrás pasadas he puesto por memoria hubo muchos esforzados y valerosos compañeros, que me tenían á mí en reputacion de razonable soldado, volviendo á mi materia, miren los curiosos lectores con atencion esta mi relacion, y verán en cuántas batallas y reencuentros de guerras muy peligrosos me he hallado desde vine á descubrir, y dos veces estuve asido y engarrado de muchos indios mejicanos, con quien en aquella sazón estaba peleando, para me llevar á sacrificar, y Dios me dió esfuerzo que me escapé, como en aquel instante llevaron á otros muchos mis compañeros, sin otros grandes peligros y trabajos, así de hambre y sed, é infinitas fatigas que suelen recrecer á los que semejantes descubrimientos van á hacer en tierras nuevas; lo cual hallarán escrito parte por parte en esta mi relacion; y quiero dejar de entrar mas la pluma en esto, y diré los bienes que se han seguido de nuestras ilustres conquistas.

CAPITULO CCVIII.

Cómo los indios de toda la Nueva-España tenían muchos sacrificios y torpezas, y se los quitamos, y les impusimos en las cosas santas de buena doctrina.

Pues he dado cuenta de cosas que se contienen, bien es que diga los bienes que se han hecho, así para el servicio de Dios y de su majestad, con nuestras ilustres conquistas; y aunque fueron tan costosas de las vidas de todos los mas de mis compañeros, porque muy pocos quedamos vivos, y los que murieron fueron sacrificados, y con sus corazones y sangre ofrecidos á los ídolos mejicanos, que se decian Tezcatepuca, y Itzichílobo, quiero comenzar á decir de los sacrificios que hallamos por las tierras y provincias que conquistamos, las cuales estaban llenas de sacrificios y maldades, porque mataban cada un año, solamente en Méjico

y ciertos pueblos que están en la laguna, sus vecinos, segun hallo por cuenta que dello hicieron religiosos franciscos, que fueron los primeros que vinieron á la Nueva-España, después de fray Bartolomé de Olmedo, tres años y medio antes que viniesen los dominicos, que fueron muy buenos religiosos y de santa doctrina; y hallaron sobre dos mil y quinientas personas, chicas y grandes. Pues en otras provincias á esta cuenta muchos mas serian; y tenían otras maldades de sacrificios, y por ser de tantas maneras, no los acabaré de escribir todas por extenso; mas las que yo vi y entendí ponaré aquí por memoria. Tenian por costumbre que sacrificaban las frentes y las orejas, lenguas y labios, los pechos, brazos y molledos, y las piernas; y en algunas provincias eran retajados, y tenían pedernales de navajas, con que se retajaban. Pues los adoratorios, que son cues, que así los llaman entre ellos, eran tantos, que los doy á la maldicion, y me parece que eran casi que al modo como tenemos en Castilla y en cada ciudad nuestras santas iglesias y parroquias, y ermitas y humilladeros, así tenían en esta tierra de la Nueva-España sus casas de ídolos llenas de demonios y diabólicas figuras; y demás destos cues, tenían cada indio é india dos altares, el uno junto adonde dormian, y el otro á la puerta de su casa, y en ellos muchas arquillas de maderas, y otros que llaman petacas, llenos de ídolos, unos chicos y otros grandes, y piedrezuelas y pedernales, y librillos de un papel de cortezas de árbol, que llaman amatl, y en ellos hechos sus señales del tiempo y de cosas pasadas. Y demás desto, eran los mas dellos sométicos, en especial los que vivian en las costas y tierra caliente, en tanta manera, que andaban vestidos en hábito de mujeres muchachos á ganar en aquel diabólico y abominable oficio. Pues comer carne humana, así como nosotros truemos vaca de las carnicerías; y tenían en todos los pueblos, de madera gruesa hechas á manera de casas, como jaulas, y en ellas metian á engordar muchos indios é indias y muchachos, y en estando gordos los sacrificaban y comian; y demás desto, las guerras que se daban unas provincias y pueblos á otros, y los que cautivaban y prendian los sacrificaban y comian. Pues tener excesos carnales hijos con madres, y hermanos con hermanas, y tíos con sobrinas, halláronse muchos que tenían este vicio desta torpeza. Pues de borrachos, no lo sé decir, tantas ciudades que entre ellos pasaban; sola una quiero aquí poner, que hallamos en la provincia de Pánuco, que se embudaban por el sieso con unos cañutos, y se henchian los vientres de vino de lo que entre ellos se hacia, como quando entre nosotros se echa una melecina; torpeza jamás oída. Pues tener mujeres, cuantas querian; tenían otros muchos vicios y maldades; y todas estas cosas por mi recontadas, quiso nuestro Señor Jesucristo que con santa ayuda, que nosotros los verdaderos conquistadores que escapamos de las guerras y batallas y peligros de muerte, ya otras veces por mí dicho, se lo quitamos, y les pusimos en buena policia de vivir y les íbamos enseñando la santa doctrina. Verdad es que después desde á dos años pasados, y que todas las mas tierras teniamos de paz, y con la policia y manera de vivir que he dicho, vinieron á la Nueva-

España unos buenos religiosos franciscos, que dieron muy buen ejemplo y doctrina, y desde ahí á otros tres ó cuatro años vinieron otros buenos religiosos de señor santo Domingo, que se lo han quitado muy de raíz, y han hecho mucho fruto en la santa doctrina y cristiandad de los naturales. Mas, si bien se quiere notar, después de Dios, á nosotros los verdaderos conquistadores que los descubrimos y conquistamos, y desde el principio les quitamos sus ídolos y les dimos á entender la santa doctrina, se nos debe el premio y galardón de todo ello, primero que á otras personas, aunque sean religiosos; demás que religiosos llevamos con nosotros de la Merced, porque cuando el principio es bueno, el medio y el cabo todo es digno de loor; lo cual pueden ver los curiosos lectores de la policía y cristiandad y justicia que les mostramos en la Nueva-España. Y dejaré esta materia, y diré los mas bienes que, después de Dios, por nuestra causa han venido á los naturales de la Nueva-España.

CAPITULO CCIX.

De cómo imposimos en muy buenas y santas doctrinas á los indios de la Nueva-España, y de su conversión, y de cómo se bautizaron, y volvieron á nuestra santa fe, y les enseñamos oficios que se usau en Castilla, y á tener y guardar justicia.

Después de quitadas las idolatrías y todos los malos vicios que se usaban, quiso nuestro Señor Dios que con su santa ayuda, y con la buena ventura y santas cristiandades de los cristianísimos emperador don Carlos, de gloriosa memoria, y de nuestro rey y señor, felicísimo é invictísimo rey de las Españas, don Felipe nuestro señor, su muy amado y querido hijo, que Dios le dé muchos años de vida, con acrecentamiento de mas reinos, para que en este su santo y feliz tiempo lo goce él y sus descendientes, se han bautizado desde que los conquistamos todas cuantas personas habia, así hombres como mujeres, y niños que después han nacido, que de antes iban perdidas sus ánimas á los infiernos, y ahora, como hay muchos y buenos religiosos de señor san Francisco y de santo Domingo y de nuestra Señora de la Merced, y de otras órdenes, andan en los pueblos predicando, y en siendo la criatura de los días que manda nuestra santa madre Iglesia de Roma, los bautizan; y demás desto, con los santos sermones que les hacen, el santo Evangelio está muy bien plantado en sus corazones, y se confiesan cada año, y algunos de los que tienen mas conocimiento á nuestra santa fe se comulgan. Y demás desto, tienen sus iglesias muy ricamente adornadas de altares, y todo lo perteneciente para el santo culto divino, con cruces y candeleros y ciriales, y cáliz y patenas, y platos, unos chicos y otros grandes, de plata, é incensario, todo labrado de plata. Pues capas, casullas y frontales, en pueblos ricos los tienen, y comunmente de terciopelo y damasco y raso y de tafetan, diferenciados en las colores y labores, y las mangas de las cruces muy labradas de oro y seda, y en algunas tienen perlas; y las cruces de los difuntos de raso negro, y en ellas figurada la misma cara de la muerte, con su disforme semejanza y huesos, y el cobertor de las mismas andas, unos las tienen buenas y otros no tan buenas. Pues

campanas, las que han menester segun la calidad que es cada pueblo. Pues cantores de capilla de voces bien concertadas, así tenores como típles y contraltos, no hay falta; y en algunos pueblos hay órganos, y en todos los mas tienen flautas y chirimías y sacabuches y dulzainas. Pues trompetas altas y sordas, no hay tantas en mi tierra, que es Castilla la Vieja, como hay en esta provincia de Guatimala; y es para dar gracias á Dios, y cosa muy de contemplación, ver cómo los naturales ayudan á decir una santa misa, en especial si la dicen franciscos ó mercenarios, que tienen cargo del curato del pueblo donde la dicen. Otra cosa buena tienen, que les han enseñado los religiosos, que así hombres como mujeres, é niños que son de edad para las deprender, saben todas las santas oraciones en sus mismas lenguas, que son obligados á saber; y tienen otras buenas costumbres cerca de la santa cristiandad, que cuando pasan cabe un santo altar ó cruz abajan la cabeza con humildad y se hincan de rodillas, y dicen la oración del Pater-noster ó el Ave-Mario; y mas les mostramos los conquistadores á tener candelas de cera encendidas delante los santos altares y cruces, porque de antes no se sabian aprovechar della en hacer candelas. Y demás de lo que dicho tengo, les enseñamos á tener mucho acato y obediencia á todos los religiosos y á los clérigos, y que cuando fuesen á sus pueblos les saliesen á recibir con candelas de cera encendidas y repicasen las campanas, y les diesen bien de comer, y así lo hacen con los religiosos; y tenían estos cumplimientos con los clérigos. Demás de las buenas costumbres por mí dichas, tienen otras santas y buenas, porque cuando es el día del Corpus Christi ó de Nuestra Señora, ú de otras fiestas solenes que entre nosotros hacemos procesiones, salen todos los mas pueblos cercanos de esta ciudad de Guatimala en procesion con sus cruces y con candelas de cera encendidas, y traen en los hombros en andas la imagen del santo ó santa de que es la advocación de su pueblo, lo mas ricamente que pueden, y vienen cantando las letanías y otras santas oraciones, y tañen sus flautas y trompetas; y otro tanto hacen en sus pueblos cuando es el día de las tales solenes fiestas, y tienen costumbre de ofrecer los domingos y pascuas, especialmente el día de Todos-Santos. Y pasemos adelante, y digamos cómo todos los mas indios naturales destas tierras han deprendido muy bien todos los oficios que hay en Castilla entre nosotros, y tienen sus tiendas de los oficios y obreros, y ganan de comer á ello, y los plateros de oro y de plata, así de martillo como de vaciadero, son muy extremados oficiales, y asimismo lapidarios y pintores; y los entalladores hacen tan primas obras con sus súbiles alegras de hierro, especialmente entallan esmeriles, y dentro dellos figurados todos los pasos de la santa pasión de nuestro redentor y salvador Jesucristo, que si no los hubiera visto, no pudiera creer que indios lo hacian; que se me significa á mí juicio que aquel tan nombrado pintor como fué el muy antiguo Apéles, y de los de nuestros tiempos, que se dicen Berruguete y Micael Angel, ni de otro moderno ahora nuevamente nombrado, natural de Búrgos, que se dice que en sus obras tan primas es otro Apéles, del cual se tiene gran fama, no harán con sus muy sú-

tiles pinceles las obras de los esmeriles, ni relicarios que hacen tres indios grandes maestros de aquel oficio, mejicanos, que se dicen Andrés de Aquino y Juan de la Cruz y el Crespillo. Y demás desto, todos los mas hijos de principales solian ser gramáticos, y lo aprendian muy bien, si no se mandara quitar en el santo sínodo que mandó hacer el reverendísimo arzobispo de Méjico; y muchos hijos de principales saben leer y escribir y compouer libros de canto llano; y hay oficiales de tejer seda, raso y tafetan, y hacer paños de lana, aunque sean veinticuatrorenos, hasta frisas y sayal, y mantas y frazadas, y son cardadores y perales y tejedores, segun y de la manera que se hace en Segovia y en Cuenca, y otros sombrereros y jaboneros; solos dos oficios no han podido entrar en ellos, aunque lo han procurado, que es hacer el vidrio ni ser boticarios; mas yo los tengo por de tan buenos ingenios, que lo aprenderán muy bien, porque algunos dellos son cirujanos y herbolarios, y saben jugar de mano y hacer titeres, y hacen vihuelas muy buenas. Pues labradores, de su naturaleza lo son antes que viniésemos á la Nueva-España, y ahora crían ganado de todas suertes y doman bueyes, y aran las tierras y sieembran trigo, y lo benefician y cogen, y lo venden, y hacen pan y bizcocho, y han plantado sus tierras y heredades de todos los árboles y frutas que hemos traído de España, y venden el fruto que procedo dello; y han puesto tantos árboles, que porque los duraznos no son buenos para la salud y los platanales les hacen mucha sombra, han cortado y cortan muchos, y lo ponen de membrillares y manzanas y perales, que los tienen en mas estima. Pasemos adelante, y diré de la justicia que les hemos enseñado á guardar y cumplir, y como cada año eligen sus alcaldes ordinarios y regidores y escribanos y alguaciles, fiscales y mayoresdomos, y tienen sus casas de cabildo, donde se juntan dos días de la semana, y ponen en ellas sus porteros y sentencian, y mandan pagar deudas que se deben unos á otros, y por algunos delitos de crimen azotan y castigan; y si es por muertes ó cosas atroces, remitenlo á los gobernadores, si no hay audiencia real; y segun me han dicho personas que lo saben muy bien, en Tlascala y en Tezcuco y en Cholula, y en Guaxocingo y en Tepoaca, y en otras ciudades grandes, quando hacen los indios cabildo, que salen delante de los que están por gobernadores y alcaldes, maceros con mazas doradas, segun sacan los viroyes de la Nueva-España; y hacen justicia con tanto primor y autoridad como entre nosotros, y se precian y desean saber mucho de las leyes del reino por donde sentencien. Demás desto, todos los caciques tienen caballos y son ricos, traen jaeces con buenas sillas, y se pasean por las ciudades, villas y lugares donde se van á holgar ó son naturales, y llevan sus indios por pajes que les acompañan, y aun en algunos pueblos juegan cañas y corren toros y corren sortijas, especial si es día de Corpus Christi ó de señor San Juan ó señor Santiago, ó de Nuestra Señora de Agosto, ó la advocacion de la iglesia del santo de su pueblo; y hay muchos que aguardan los toros, y aunque sean bravos, y muchos dellos son jinetes, en especial en un pueblo que se

dice Chiupa de los Indios, y los que son caciques todos los mas tienen caballos y algunos lutos de yeguas y mulas, y se ayudan con ello á traer leña y maíz y cal, y otras cosas deste arte, y lo venden por las plazas, y son muchos dellos arrieros segun y de la manera que en nuestra Castilla se usa. Y por no gustar mas palabras, todos los oficios hacen muy perfectamente, hasta paños de tapiceria. Dejaré de hablar mas en esta materia, y diré otras muchas grandezas que por nuestra causa ha habido y hay en esta Nueva-España.

CAPITULO CCX.

De otras cosas y proverbios que se han segun de nuestras ilustres conquistas y trabajos.

Ya habrán oido en los capitulos pasados lo por mi recountedo acerca de los bienes y provechos que se han hecho con nuestros ilustres hazañas y conquistas; diré ahora del oro, plata y piedras preciosas, y otras riquezas de granas é lanas, y hasta zarzaparrilla y cuoros de vacas, que desta Nueva-España han ido y van cada año á Castilla á nuestro rey y señor, así lo de sus reales quintos como otros muchos presentes que le hubimos enviado así como le ganamos estas tierras, sin las grandes cantidades que llevan mercaderes y pasajeros; que después que el sabio rey Salomon fabricó y mandó hacer el santo templo de Jerusalem con el oro y plata que le trujeron de las islas de Társis y Ofir y Subá, no se ha oido en ninguna escritura antigua que mas oro, plata y riquezas han ido cotidianamente á Castilla que de estas tierras; y esto digo así, porque ya que del Pirú, como es notorio, han ido muchos millares de oro y plata, en el tiempo que ganamos esta Nueva-España no habia nombre del Pirú ni estaba descubierto, ni se conquistó desde ahí á diez años, y nosotros siempre desde el principio, como dicho tengo, comenzamos á enviar á su majestad presentes riquisimos; y por esta causa, y por otras que diré, antepongo á la Nueva-España, porque bien sabemos que en las cosas acaecidas del Pirú siempre los capitanes y gobernadores y soldados han tenido guerras civiles, y todo revuelto en sangre y en muertes de muchos soldados; y en esta Nueva-España siempre tenemos, y ternemos para siempre jamás el pecho por tierra, como somos obligados, á nuestro rey y señor, y ponemos nuestras vidas y haciendas en cualquiera cosa que se ofrezca para servir á su majestad. Y demás desto, miren los curiosos lectores qué de ciudades, villas y lugares están pobladas en estas partes de españoles, que, por ser tantos y no saber yo los nombres de todos, se quedarán en silencio; y tengan atencion á los obispos que hay, que son diez, sin el arzobispado de la muy insigne ciudad de Méjico, y cómo hay tres audiencias reales, todo lo cual diré adelante, así de los que han gobernado, como de los arzobispos y obispos que ha habido; y miren las santas iglesias catedrales y los monasterios donde están dominicos, como franciscos y mercenarios y agustinos; y miren qué hay de hospitales, y los grandes perdones que tienen, y la santa casa de Nuestra Señora de Guadalupe, que está en lo de Tepeaquilla, donde solia estar asentado el real de Gonzalo de Sandoval quando ganamos á Méjico; y miren los santos milagros que ha

hecho y hace de cada día, y démosle muchas gracias á Dios y á su bendita Madre nuestra Señora por ello, que nos dió gracia y ayuda que ganásemos estas tierras, donde hay tanta cristiandad. Y también tengan cuenta cómo en Méjico hay colegio universal, donde estudian y deprenden la gramática, teología, retórica y lógica y filosofía, y otros artes y estudios, é hay moldes y maestros de imprimir libros, así en latín como en romance, y se gradúan de licenciados y doctores; y otras muchas grandezas pudiera decir, así de minas ricas de plata que en ellas están descubiertas y se descubren á la continua, por donde nuestra Castilla es prosperada y tenida y acatada; y si no basta lo bien que ya he dicho y propuesto de nuestras conquistas, quiero decir que miren las personas sabias y leídas esta mi relacion desde el principio hasta el cabo, y verán que en ningunas escrituras en el mundo, ni en hechos hazañosos humanos, ha habido hombres que mas reinos y señoríos hayan ganado, como nosotros los verdaderos conquistadores para nuestro rey y señor, y entre los fuertes conquistadores mis compañeros, puesto que los hubo muy esforzados, á mí me tenían en la cuenta dellos, y el mas antiguo de todos; y digo otra vez que yo, yo, yo lo digo tantas veces, que yo soy el mas antiguo y he servido como muy buen soldado á su majestad; y quiero poner una cuestion á manera de diálogo; y es, que habiendo visto la buena é ilustre fama que suena en el mundo de nuestros muchos y buenos y notables servicios que hemos hecho á Dios y á su majestad y á toda la cristiandad, da grandes voces y dice que fuera justicia y razon que tuviéramos buenas rentas, y mas aventajadas que tienen otras personas que no han servido en estas conquistas ni en otras partes á su majestad; y asimismo pregunta que dónde están nuestros palacios y moradas, y qué blasones tenemos en ellas diferenciadas de las demás; y si están en ellas esculpidos y puestos por memoria nuestros heróicos hechos y armas, segun y de la manera que tienen en España los caballeros que dicho tengo en el capítulo pasado, que sirvieron en los tiempos pasados á los reyes que en aquella sazón reinaban, pues nuestras hazañas no son menores que las que ellos lucieron; antes son de muy memorable fama, y se pueden contar entre los nombrados que ha habido en el mundo. Y demás desto, pregunta la ilustre Fama por los conquistadores que hemos escapado de las batallas pasadas, y por los muertos, dónde están sus sepulcros y qué blasones tienen en ellos. A estas cosas se le puede responder con mucha brevedad: a Oh excelente é ilustre Fama, y entre buenos y virtuosos desenda y loada, y entre maliciosos y personas que han procurado escorecer nuestros heróicos hechos no querrian ver ni oír vuestro ilustre nombre, porque nuestras personas no ensalceis como conviene; hágoos, Señora, saber que de quinientos cincuenta soldados que pasamos con Cortés desde la isla de Cuba, no somos vivos en toda la Nueva-España de todos ellos, hasta este año de 1568, que estoy trasladando esta relacion, sino cinco; que todos los demás murieron en las guerras ya por mí dichas, en poder de indios, y fueron sacrificados á los idolos, y los demás murieron de sus muertes. Y los sepulcros, que me pregunta dónde los

tienen, digo que son los vientres de los indios, que los comieron las piernas y muslos, brazos y molledos, piés y manos; y lo demás, fueron sepultados sus vientres, que echaban á los tigres y sierpes y alcones, que en aquel tiempo tenían por grandeza en casas fuertes, y aquellos fueron sus sepulcros y allí están sus blasones; y á lo que á mí se me figura, con letras de oro habían de estar escritos sus nombres, pues murieron aquella cruelísima muerte, y por servir á Dios y á su majestad y dar luz á los que estaban en tinieblas, y también por haber riquezas, que todos los hombres comunmente veníamos á buscar; y demás de le haber dado cuenta á la ilustre Fama, me pregunta por los que pasaron con Narvaez y con Garay; digo que los de Narvaez fueron mil y treientos, sin contar entre ellos hombres de la mar, y no son vivos de todos ellos sino diez ó once, que todos los mas murieron en las guerras y sacrificados, y sus cuerpos comidos de indios, ni mas ni menos que los nuestros; y los que pasaron con Garay de la isla de Jamaica, á mi cuenta, con las tres capitánias que vinieron á San Juan de Ulúa, antes que pasase el Garay con los que trajo á la postre cuando él vino, serian por todos mil y ducientos soldados, y todos los mas fueron sacrificados en la provincia de Pánuco, y comidos sus cuerpos de los naturales de la provincia. Y demás desto, pregunta la loable Fama por otros quince soldados que aportaron á la Nueva-España, que fueron de los de Lócas Vazquez de Ayllon cuando le desbarataron, y él murió en la Florida. A esto digo que todos son muertos; y hágoos saber, excelente Fama, que de todos los que he recontado y ahora somos vivos de los de Cortés, hay cinco, y estamos muy viejos y dolientes de enfermedades, y muy pobres y cargados de hijos, é hijas para casar y nietos, y con poca renta, y así pasamos nuestras vidas con trabajos y miserias. Y pues ya he dado cuenta de lo que me han preguntado, y de nuestros palacios y blasones y sepulcros, suplicoos, ilustrísima Fama, que de aquí adelante alceis mas vuestra excelente y virtuosísima voz, para que en todo el mundo se vean claramente nuestras grandes proezas; porque hombres maliciosos, con sus sucudidas y envidiosas lenguas, no las escuchan. A esto que he suplicado á la virtuosísima Fama, me responde que lo hará de muy buena voluntad, y que se espanta cómo no tenemos los mejores repartimientos de indios, pues los ganamos, y su majestad lo manda dar como lo tiene el marqués Cortés; no se entiende que sea tanto, sino moderadamente. Y mas dice la loable Fama, que las cosas del valeroso y animoso Cortés han de ser siempre muy estimadas y contadas entre los hechos de valerosos capitanes, y que no hay memoria de ninguno de nosotros en los libros históricos que están escritos del coronista Francisco Lopez de Gómora, ni en la del doctor Illescas, que escribió el Pontifical, ni en otros modernos coronistas; y solo el marqués Cortés dicen en sus libros que es el que lo descubrió y conquistó, y que los capitanes y soldados que los ganamos quedamos en blanco, sin haber memoria de nuestras personas y conquistas, y que ahora se ha holgado mucho en saber claramente que todo lo que he escrito en mi relacion es verdad; y que la misma escritura consigo al pié de la letra dice lo que pasó,

y no lisonjas viciosas, ni por sublimar á un solo capitán quieran deshacer á muchos capitanes y valerosos soldados, como ha hecho el Francisco Lopez de Gómara y los demás cronistas que siguen su propia historia. Y mas me prometió la buena fama, que por su parte lo porná con voz muy clara á lo quiera que se hallare. Y demás de lo que ella declara, que mi historia si se imprime, cuando la vean é oyan, la durán lo verdadera, y oscurecerá las lisonjas de los pasados. Y demás de lo que he propuesto á manera de dialogo, me preguntó un doctor, oidor de la audiencia real de Guatimala, que como Cortés, cuando escribía á su majestad y fué la primera vez á Castilla, no procuró por nosotros, pues por nuestra causa, después de Dios, fué marqués y gobernador. A esto respondí entonces, y ahora lo digo, que, como tomé para sí al principio, cuando su majestad le hizo merced de la gobernacion, todo lo mejor de la Nueva-España, creyendo que siempre fuera señor absoluto y que por su mano nos diern indios ó quitara, y á esta causa se presumió que no lo hizo ni quiso escribir; y también, porque en aquel tiempo su majestad le dió el marquesado que tiene, y como le importunaba que le diese luego la gobernacion de la Nueva-España, como de antes la habia tenido, y le respondió que ya le habia dado el marquesado, no curó de demandar cosa ninguna para nosotros que bien nos hiciese, sino solamente para él. Y demás desto, habian informado el factor y veedor y otros caballeros de Méjico á su majestad que Cortés habia tomado para sí las mejores provincias y pueblos de la Nueva-España, y que habia dado á sus amigos y parientes que nuevamente habian venido de Castilla otros buenos pueblos, y que no dejaba para el real patrimonio sino poca cosa; después supimos mandó su majestad que de lo que tenia sobrado diese á los que con él pasamos; y en aquel tiempo su majestad se embarcó en Barcelona para ir á Flándes; y si Cortés en el tiempo que ganamos la Nueva-España la hiciera cinco partes, y la mejor y de mas ricas provincias y ciudades diera la quinta parte á nuestro rey y señor de su real quinto, bien hecho fuera, y tomara para sí una parte y media, y dejara para iglesias y monasterios y propios de ciudades, y que su majestad tuviera que dar y hacer mercedes á caballeros que le servian en las guerras de Italia ó contra turcos ó moros, y las dos partes y media nos repartierna perpetuas, con ellas nos quedáramos, así Cortés con la una parte como nosotros; porque, como nuestro César fué tan cristianísimo y no le costó el conquistar cosa ninguna, nos hiciera estas mercedes; y demás desto, como en aquella sazón no sabiamos qué cosa era demandar justicia, ni á quién la pedir sobre nuestros servicios, ni otros agravios y fuerzas que pasaban en las guerras, sino solamente al mismo Cortés como capitán, y que lo mandaba muy de hecho, nos quedamos en blanco con lo poco que nos habian depositado, hasta que vinimos que á don Francisco de Montejo, que fué á Castilla ante su majestad, le hizo merced de ser adelantado y gobernador de Yucatan, y le dió los indios que tenia en Méjico y le hizo otras mercedes; y Diego de Ordás, que asimismo fué ante su majestad, le dió una encomienda de Santiago y los indios que tenia en

la Nueva-España; y á don Pedro de Albarado, que tambien fué á besar los pies á su majestad, le hizo adelantado y gobernador de Guatimala y Chiapa, y comendador de Santiago, y otras mercedes de los indios que tenia; y á la postre fué Cortés y le dió el marquesado y capitán general del mar del Sur; y desde los conquistadores vimos que los que no parecian ante su majestad no tenian quien suplicase nos hiciese el Rey mercedes, enviamos á suplicarle que lo que de aliadelante vacase, nos lo mandase dar perpetuo; y como se vieron nuestras justificaciones, cuando envió la primera audiencia real á Méjico, y vino en ella por presidente Nuño de Guzman y por oidores el licenciado Delgadillo, natural de Granada, y Matienzo, de Vizcaya, y otros dos oidores que llegando á Méjico murieron; y mandó su majestad expresamente al Nuño de Guzman que todos los indios de la Nueva-España se hiciesen un cuerpo, á fin que las personas que tenian repartimientos grandes que les habia dado Cortés, que no les quedasen tanto y los quitasen dello, y que á los verdaderos conquistadores nos diese los mejores pueblos y de mas renta, y que para su real patrimonio dejasen las cabeceras y mejores ciudades. Y tambien mandó su majestad que á Cortés que le contasen los vasallos, y que le dejasen los que tenian capitulados en su marquesado, y lo demás no me acuerdo qué mandó sobre ello; y la causa por donde no hizo el repartimiento perpetuo el Nuño de Guzman y los oidores, fué por malos terceros, que por su honor aquí no nombro, porque le dijeron que si repartia la tierra, que cuando los conquistadores y pobladores se vieses con sus indios perpetuos no les ternian en tanto acato ni serian tan señores de les mandar, porque no tenian qué quitar ni poner, ni les vernian á suplicar que les diesen de comer; y de otra manera, que ternian que dar de lo que vacase á quien quisiesen, y ellos serian ricos y ternian mayores poderes; y á este fin se dejó de hacer. Verdad es que el Nuño de Guzman y los oidores, en vacando indios, luego los depositaban á conquistadores y pobladores, y no eran tan malos como los hacian para los vecinos y pobladores, que á todos les contentaban y daban de comer; y si les quitaron redondamente de la audiencia real, fué por las contrariedades que tuvieron con Cortés y sobre el herrar de los indios libres por esclavos. Quiero dejar este capitulo y pasaré á otro, y diré acerca del repartimiento perpetuo.

CAPITULO CCXI.

Como el año de 1550, estando la corte en Valladolid, se juntaron en el real consejo de Indias ciertos prelados y caballeros, que vinieron de la Nueva-España y del Piru por procuradores, y otros hidalgos que se hallaron presentes, para dar orden que se hiciese el repartimiento perpetuo; y lo que en la junta se hizo y platted es lo que diré.

En el año de 1550 vino del Pirú el licenciado de la Gasca, y fué á la corte, que en aquella sazón estaba en Valladolid, y trujo en su compañía á un frile dominico que se decia don fray Martin el Regente; y en aquel tiempo su majestad le mandó hacer merced al mismo regente del obispado de las Charcas; y entonces se puntaron en la corte don fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, y don Vasco de Quiroga, obispo de Me-

choacan, y otros caballeros que vinieron por procuradores de la Nueva-España y del Pirú, y ciertos hidalgos que venian á pleitos ante su majestad, que todos se hallaron en aquella sazón en la corte, y juntamente con ellos, á mí me mandaron llamar, como á conquistador mas antiguo de la Nueva-España; y como el de la Gasca y todos los demás peruleros habian traído cantidad de millares de pesos de oro, así para su majestad como para ellos, y lo que traian de su majestad se le envió desde Sevilla á Augusta de Alemania, donde en aquella sazón estaba su majestad, y en su real compañía nuestro felicísimo don Felipe, rey de las Españas, nuestro señor, su muy amado y querido hijo, que Dios guarde; y en aquel tiempo fueron ciertos caballeros con el oro y por procuradores del Pirú á suplicar á su majestad que fuese servido hacernos mercedes para que mandase hacer el repartimiento perpetuo; y segun pareció, otras veces antes de aquella se lo habian suplicado por parte de la Nueva-España, cuando fué un Gonzalo Lopez y un Alonso de Villanueva con otros caballeros procuradores de Méjico; y su majestad mandó en aquel tiempo dar el obispado de Palencia al licenciado de la Gasca, que fué obispo y conde de Pernia, porque tuvo ventura que así como llegó á Castilla habia vacado; y se decia en la corte que por estar de paz el Pirú y tornar á haber el oro y plata que le habian robado los Contreras. Y volviendo á mi relacion, lo que proveyó su majestad sobre la perpetuidad de los repartimientos de indios, fué enviar á mandar al marqués de Mondéjar, que era presidente en el real consejo de Indias, y al licenciado Gutierrez Velazquez, y al licenciado Tello de Sandoval, y al doctor Hernan Perez de la Fuente, y al licenciado Gregorio Lopez, y al doctor Riberadeneyra, y al licenciado Brivesca, que eran oidores del mismo real consejo de Indias, y á otros caballeros de otros reales consejos, que todos se juntasen y que viesen y platicasen cómo se podia hacer el repartimiento, de manera que en todo fuese bien mirado el servicio de Dios, y su real patrimonio no viniese á menos; y desde todos estos prelados y caballeros estuvieron juntos en las casas de Pero Gonzalez de Leon, donde residia el real consejo de Indias, se platicó en aquella muy ilustrísima junta que se diesen los indios perpetuos en la Nueva-España y en el Pirú, no me acuerdo bien si nombró el nuevo reino de Granada á Bobotan; mas pareceme que tambien entraron con los demás, y las causas que se propusieron en aquel negocio fueron santas y buenas. Lo primero se platicó que, siendo perpetuos, serian muy mejor tratados é industriados en nuestra santa fe, y que si algunos adoleciesen, los curarian como á hijos y les quitarian parte de sus tributos; y que los encomendados se perpetuarian mucho mas en poner heredades y viñas y sementeras, y criarían ganados y cesarian pleitos y contiendas sobre indios; y no habia menester visitadores en los pueblos, y habria paz y concordia entre los soldados en saber que ya no tienen poder los presidentes y gobernadores para en vacando indios se los dar por vía de parentesco ni por otras maneras que en aquella sazón les daban; y con dalles perpetuos á los que han servido á su majestad, descargaba su real conciencia; y le dijo otras muy buenas razones; y mas le

dijo, que se habian de quitar en el Pirú á hombres bandoleros, los que se hallasen que habian deservido á su majestad. Y después que por todos aquellos de la ilustrísima junta fué muy bien platicado lo que dicho tengo, todos los mas procuradores, con otros caballeros, dimos nuestros pareceres y votos que se hiciesen perpetuos los repartimientos; luego en aquella sazón hubo votos contrarios, y fué el primero el obispo de Chiapa, y lo ayudó su compañero fray Rodrigo, de la orden de santo Domingo, y ansimismo el licenciado Gasca, que era obispo de Palencia y conde de Pernia, y el marqués de Mondéjar y dos oidores del consejo real de su majestad; y lo que propusieron en la contradicción aquellos caballeros por mí dichos, salvo el marqués de Mondéjar, que no se quiso mostrar á una parte ni á otra, sino que se estuvo á la mira á ver lo que decian y ver los que mas votos tenian, fué decir que ¿cómo habian de dar indios perpetuos? Ni aun de otra manera por sus vidas no los habian de tener, sino quitárselos á los que en aquella sazón los tenian, porque personas habia entre ellos en el Pirú que tenian buena renta de indios, que merecian que los hubieran castigado, cuanto y mas dárseles ahora perpetuos; y que do creian que habia en el Pirú paz y asentada la tierra, habria soldados que, como viesan que no habia que les dar, se amotinarian y habria mas discordias. Entonces respondió don Vasco de Quiroga, obispo de Mechoacan, que era de nuestra parte, y dijo al licenciado de la Gasca que ¿por qué no castigó á los bandoleros y traidores, pues conocia y le eran notorias sus maldades, y que él mismo les dió indios? Y á esto respondió el de la Gasca, y se paró á reir, y dijo: «Creerán, señores, que no hice poco en salir en paz y en salvo de entre ellos, y algunos descuarticó y hice justicia;» y pasaron otras razones sobre aquella materia; y entonces dijimos nosotros, y muchos de aquellos señores que allí estábamos juntos, que se diesen perpetuos en la Nueva-España á los verdaderos conquistadores que pasamos con Cortés, y á los de Narvaez y á los de Garay, pues habiamos quedado muy pocos, porque todos los demás murieron en las batallas peleando en servicio de su majestad, y lo habiamos servido bien; y que con los demás hubiese otra moderación. E ya que teniamos esta plática por nuestra parte, y la orden que dicho tengo, unos de aquellos prelados y señores del consejo de su majestad dijeron que cesase todo hasta que el Emperador nuestro señor viniese á Castilla, que se esperaba cada dia, para que en una cosa de tanto peso y calidad se hallase presente; y puesto que por el obispo de Mechoacan é ciertos caballeros, é yo juntamente con ellos, que éramos de la parte de la Nueva-España, fué tornado á replicar, pues que estaban ya dados los votos conformes, se diesen perpetuos en la Nueva-España; y que los procuradores del Pirú procurasen por sí, pues su majestad lo habia enviado á mandar, y en su real mando mostraba afición para que en la Nueva-España se diesen perpetuos; y sobre ello hubo muchas pláticas y alegaciones; y dijimos que, ya que en el Pirú no se diesen, que mirasen los muchos servicios que hicimos á su majestad y á toda la cristiandad; y no aprovechó cosa ninguna con los señores del real consejo de Indias y con el obispo fray Bartolomé

de las Casas, y fray Rodrigo, su compañero, y con el obispo de las Charcas; y dijeron que en viniendo su majestad de Augusta de Alemania, se proveería de manera que los conquistadores serian muy contentos; y así, se quedó por hacer. Dejaré esta plática, y diré que en posta se escribió en un navio á la Nueva-España, como se supo en la ciudad de Méjico las cosas arriba dichas que pasaron en la corte. Concertaban los conquistadores de enviar por sí solos procuradores ante su majestad, y aun á mí me escribió de Méjico á esta ciudad de Guatimala el capitán Andrés de Tapia, y un Pedro Moreno Medrano y Juan de Limpas Carvajal el sordo dende la Puebla, porque ya en aquella sazón era yo venido de la corte; y lo que me escribían, fué dándome cuenta y relacion de los conquistadores que enviaban su poder; y en la memoria me contaban á mí por uno de los mas antiguos, é yo mostré las cartas en esta ciudad de Guatimala á otros conquistadores, para que las ayudásemos con dineros para enviar los procuradores; y segun pareció, no se concertó la ida por falta de pesos de oro, y lo que se concertó en Méjico, fué que los conquistadores, juntamente con toda la comunidad, enviasen á Castilla procuradores, pero no se negoció. Y después desto, mandó el invictísimo nuestro rey y señor don Felipe (que Dios guarde y deje vivir muchos años, con aumento de mas reinos) en sus reales ordenanzas y provisiones que para ello ha dado, que los conquistadores y sus hijos en todo conozcamos mejoría, y luego los antiguos pobladores casados, segun se verá en sus reales cédulas.

CAPITULO CCXII.

De otras pláticas y relaciones que aquí irán declaradas, que serán agradables de oír.

Como acabé de sacar en limpio esta mi relacion, me rogaron dos licenciados que se la emprestase para saber muy por extenso las cosas que pasaron en las conquistas de Méjico y Nueva-España, y ver en qué diferencia lo que tenían escrito los coronistas Francisco Lopez de Gómora y el doctor Illéscas acerca de las heroicas hazañas que hizo el marqués del Valle, de lo que en esta relacion escribo; é yo se la presté, porque de sabios siempre se pega algo á los idiotas sin letras como yo soy, y les dije que no enmendasen cosa ninguna de las conquistas, ni poner ni quitar, porque todo lo que yo escribo es muy verdadero; y cuando lo hubieron visto y leído los dos licenciados, el uno dellos era muy retórico, y tal presuncion tenia de sí, que después de la sublimar y alabar de la gran memoria que tuve para no se me olvidar cosa de todo lo que pasamos dende que venimos á descubrir primero que viniese Cortés dos veces, y la postrera vino con Cortés, que fué en el año de 17 con Francisco Hernandez de Córdoba, y en el 18 con un Juan de Grijalva, y en el de 19 vine con el mismo Cortés; y volviendo á mi plática, me dijeron los licenciados que cuanto á la retórica, que va segun nuestro comun hablar de Castilla la Vieja, é que en estos tiempos se tiene por mas agradable, porque no van razones hermosadas ni afeitadas, que suelen componer los coronistas que han escrito en cosas de guerras, sino toda una llaneza, y debajo de decir verdad se encierran las hermo-

sadas razones; y mas dijeron, que les parece que me alabo mucho de mí mismo en lo de las batallas y reencuentros de guerra en que me hallé, y que otras personas lo habian de decir y escribir primero que yo; y tambien, que para dar mas crédito á lo que he dicho, que diese testigos y razones de algunos coronistas que lo hayan escrito, como suelen poner y alegar los que escriben, y aprueban con otros libros de cosas pasadas, y no decir, como digo tan secamente, esto hice y tal me acaeció, porque yo no soy testigo de mí mismo. A esto respondí, y digo agora, que en el primer capitulo de mi relacion, en una carta que escribió el marqués del Valle en el año de 1540 dende la gran ciudad de Méjico á Castilla, á su majestad, haciéndole relacion de mi persona y servicios, le hizo saber cómo vine á descubrir la Nueva-España dos veces primero que no él, y tercera vez volví en su compañía, y como testigo de vista me vió muchas veces batallar en las guerras mejicanas y en toma de otras ciudades como esforzado soldado, hacer en ellas cosas notables y salir muchas veces de las batallas mal herido, y cómo fui en su compañía á Honduras é Higueras, que así nombran en esta tierra, y otras particularidades que en la carta se contenian, que por excusar prolijidad aquí no declaro; y ansimismo escribió á su majestad el ilustrísimo virey don Antonio de Mendoza, haciendo relacion de lo que habia sido informado de los capitanes, en compañía de los que en aquel tiempo militaban, y conformaba todo con lo que el marqués del Valle escribió; y ansimismo por probanzas muy bastantes que por mi parte fueron presentadas en el real consejo de Indias en el año de 540. Así, señores licenciados, vean si son buenos testigos Cortés y el virey don Antonio de Mendoza y mis probanzas; y si esto no basta, quiero dar otro testigo, que no lo habia mejor en el mundo, que fué el emperador nuestro señor don Carlos V, que por su real carta, cerrada con su real sello, mandó á los vireyes y presidentes que, teniendo respeto á los muchos y buenos servicios que le constó haberle hecho, sea antepuesto y conozca mejoría yo y mis hijos; todas las cuales cartas tengo guardados los originales dellas, y los traslados se quedaron en la corte en el archivo del secretario Ochoa de Luyando; y es todo y por descargo de lo que los licenciados me propusieron. Y volviendo á la plática, si quieren mas testigos tengan atención y miren la Nueva-España, que es tres veces mas que nuestra Castilla y está mas poblada de españoles, que por ser tantas ciudades y villas aquí no nombro, y miren las grandes riquezas que destas partes van cotidianamente á Castilla; y demás desto, he mirado que nunca quieren escribir de nuestros heroicos hechos los dos coronistas Gómora y el doctor Illéscas, sino que de toda nuestra preza y honra nos dejaron en blanco, si agora yo no hiciera esta verdadera relacion; porque toda la honra dan á Cortés; y puesto que tengan razon, no nos habian de dejar en olvido á los conquistadores, y de las grandes hazañas que hizo Cortés me cabe á mi parte, pues me hallé en su compañía de los primeros en todas las batallas que él se halló, y después en otras muchas que me envió con capitanes á conquistar otras provincias; lo cual hallarán escrito en esta mi relacion, dónde, cuándo y en

qué tiempo, y también mi parte de lo que escribió en un blason que puso en una culebrina, que fué un tiro que se nombró el Ave Fenix, el cual se forjó en Méjico de oro y plata y cobre, y le enviamos presentado á su majestad, y decian las letras del blason: «Esta ave nació sin par, yo en serviros sin segundo, y vos sin igual en el mundo.» Así que parte me cabe desta loa de Cortés; y demás desto, cuando fué Cortés la primera vez á Castilla á besar los piés á su majestad, le hizo relación que tuvo en las guerras mejicanas muy esforzados y valerosos capitanes y compañeros, que, á lo que creía, ningunos mas animosos que ellos habia oido en coronías pasadas de los romanos; también me cabe parte dello. Y cuando fué á servir á su majestad en lo de Argel, sobre cosas que allí acaecieron cuando alzaron el campo por la gran tormenta que hubo, dicen que dijo en aquella sazón muchas loas de los conquistadores sus compañeros; así, que de todos sus hazañas me cabe á mi parte dellas, pues yo fui en la ayudar. Y volviendo á nuestra relación de lo que dijeron los licenciados, que me alabo mucho de mi persona y que otros lo habian de decir, y esto respondí que en este mundo las cosas que se suelen alabar unos vecinos á otros las virtudes y bondades que en ellos hay, y no ellos mismos; mas él no se halló en la guerra, ni lo vió ni lo entendió, ¿cómo lo puede decir? ¿Habíanlo de hablar los pájaros en el tiempo que estábamos en las batallas, que iban volando, ó las nubes que pasaban por alto, sino solamente los capitanes y soldados que en ello nos hallamos? Y si hubiérais visto, señores licenciados, que en esta mi relación hubiera yo quitado su prez y honra á algunos de los valerosos capitanes y fuertes soldados, mis compañeros, que en las conquistas nos hallamos, y aquella misma honra me pusiera á mi solo, justo fuera quitarme parte; mas aun no me alabo tanto cuanto yo puedo y debo, y á esta causa lo escribo para que quede memoria de mí; y quiero poner aquí una comparación, y aunque es por la una parte muy alta, y de la otra de un pobre soldado como yo, dicen los coronistas en los comentarios del emperador y gran batallador Julio César que se halló en cincuenta y tres batallas aplazadas, yo digo que me hallé en muchas mas batallas que el Julio César; lo cual, como dicho tengo, verán en mi relación. Y también dicen los coronistas que fué muy animoso y presto en las armas y muy esforzado en dar una batalla, y cuando tenia espacio, de noche escribia por propias manos sus heróicos hechos; y puesto que tuvo muchos coronistas, no lo quiso fiar dellos, que él lo escribió, é há muchos años, y no lo sabemos cierto; y lo que yo digo, ayer fué, á manera de decir; así que no es mucho que yo ahora en esta relación declare en las batallas que me hallé peleando, y en todo lo acaecido, para que digan en los tiempos venideros: «Esto hizo Bernal Díaz del Castillo, para que sus hijos y descendientes gocen las loas de sus heróicos hechos;» como agora vemos las famas y blasones que hay de tiempos pasados de valerosos capitanes, y aun de muchos caballeros y señores de vasallos. Quiero dejar esta plática, porque si hubiese de meter mas en ella la pluma, dirian algunas personas matiosas y desparcidas lenguas, que no me querrán oír de buena gana, que salgo

del órden que debo, y por ventura les será muy odioso; y esto que dicho tengo de mí mismo, ayer fué, á manera de decir, que no son muchos años pasados, como las historias romanas; y testigos hay conquistadores que dirán que todo lo que digo es así, que si en alguna cosa me hallasen vicioso ó oscuro, es de tal manera el mundo, que me lo contradirían; mas la misma relación da testimonio; y aun con decir verdad, hay matiosos que lo contradirían si pudiesen. Y para que bien se entienda todo lo que dicho tengo, y en las batallas y reencuentros de guerra en que me he hallado desde que vine á descubrir la Nueva-España hasta que estuvo pacificada, sin las que adelante diré; y puesto que hubo otras muchas guerras y reencuentros, y que yo no me hallé en ellas, así por estar mal herido como por tener otros males que con los trabajos de las guerras suelen crecer; y también, como habia muchas provincias que conquistar, unos soldados ibamos á unas entradas y provincias y otros iban á otras; mas en las que yo me hallé son las siguientes:

Primeramente, cuando vine á descubrir á la Nueva-España y lo de Yucatan con un capitan que se decía Francisco Hernandez de Córdoba, en la Punta de Cotoche un buen reencuentro de guerra.

Luego mas adelante, en lo de Champoton, una buena batalla campal, en que nos mataron la mitad de todos nuestros compañeros é yo salí mal herido, y el capitan con dos heridas, de que murió.

Luego de aquel viaje en lo de la Florida, cuando fuimos á tomar agua, un buen reencuentro de guerra, donde salí herido, y allí nos llevaron vivo un soldado.

Y cuando vine con otro capitan que se decía Juan de Grijalva, una batalla campal que fué con los de Champoton, que fué en el mismo pueblo la primera vez cuando lo de Francisco Hernandez, y nos mataron diez soldados, y el capitan salió mal herido.

Después cuando vine tercera vez con el capitan Cortés, en lo de Tabasco, que se dice el rio de Grijalva, en dos batallas campales, yendo por capitan Cortés.

De que llegamos á la Nueva-España, en la de Cingapacinga, con el mismo Cortés.

De ahí á pocos dias en tres batallas campales en la provincia de Tlascala, con Cortés.

Luego el peligro de lo de Cholula.

Entrados en Méjico, me hallé en la prision de Montezuma; no lo escribo por cosa que sea de contar de guerra, sino por el gran atrevimiento que tuvimos en prender aquel tan grande cacique.

De allí obra de cuatro meses, cuando vino el capitan Narvaez contra nosotros, y traia mil y treientos soldados, noventa de á caballo y ochenta ballesteros y noventa espingarderos, y nosotros fuimos sobre él ducentos y sesenta y seis, y le desbaratamos y prendimos con Cortés.

Luego fuimos al socorro de Albarado, que le dejamos en Méjico en guarda del gran Montezuma, y se alzó Méjico, y en ocho dias con sus noches que nos dieron guerra los mejicanos, nos mataron sobre ochocientos y sesenta soldados; pongo aquí en estos dias, que batallamos seis dias, y batallas en que me hallé.

Luego en la batalla que dimos en esta tierra de Ob-

tumba; luego cuando fuimos sobre Tepeaca, en una batalla campal, yendo por capitán el marqués Cortés.

Después cuando íbamos sobre Tezcuco, en un reencuentro de guerra con mejicanos y los de Tezcuco, yendo Cortés por capitán.

En dos batallas campales, y salí bien herido de un bote de lanza en la garganta, en compañía de Cortés.

Luego en dos reencuentros de guerra con los mejicanos cuando íbamos á socorrer ciertos pueblos de Tezcuco, sobre la cuestión de unos maizales de una vega, que están entre Tezcuco y Méjico.

Luego cuando fui con el capitán Cortés, que dimos vuelta á la laguna de Méjico, en los pueblos mas recios que en la comarca había, los Peñoles, que ahora se llaman, del Marqués, donde nos mataron ocho soldados y tuvimos mucho riesgo en nuestras personas, que fué bien desconsiderada aquella subida y tomada del peñol, con Cortés.

Luego en la batalla de Cuernabaca, con Cortés.

Luego en tres batallas en Suchimilteco, donde estuvimos en gran riesgo todos de nuestras personas, y nos mataron cuatro soldados, con el mismo Cortés.

Luego cuando volvimos sobre Méjico, en noventa y tres días que estuvimos en la ganar, todos los mas desiertos días y noches teníamos batallas campales, y hallo por cuenta que serian mas de ochenta batallas, reencuentros de guerras en las que entonces me hallé.

Después de ganado Méjico, me envió el capitán Cortés á pacificar las provincias de Guacacualco y Chiapa y zapotecas, y me hallé en tomar la ciudad de Chiapa, y tuvimos dos batallas campales y un reencuentro.

Después en los de Chamula y Cuittán otros dos encuentros de guerra.

Después en Teapa y Cimatan otros dos reencuentros de guerra, y mataron dos compañeros míos, y á mí me hirieron malamente en la garganta.

Mas, que se olvidaba, cuando nos echaron de Méjico, que salimos huyendo, en nueve días que peleamos de día y de noche, en otras cuatro batallas.

Después la ida de Higueiras y Honduras con Cortés, que estuvimos dos años y tres meses hasta volver á Méjico, y en un pueblo que llamaban Culacotu hubimos una batalla campal, y á mí me mataron el caballo, que me costó seiscientos pesos.

Después de vuelto á Méjico ayudé á pacificar las sierras de los zapotecas y minxes, que se habían alzado entre tanto que estuvimos en aquella guerra.

No cuento otros muchos reencuentros de guerra, porque seria nunca acabar, ni digo de cosas de grandes peligros en que me hallé y se vido mi persona.

Y tampoco quiero decir cómo soy uno de los primeros que volvimos á poner cerco á Méjico primero que Cortés cuatro ó cinco días; por manera que vine primero que el mismo Cortés á descubrir la Nueva-España dos veces, y como dicho tengo, me hallé en tomar la gran ciudad de Méjico y en quitarles el agua de Chalputepeque, y hasta que se ganó Méjico no entró agua dulce en aquella ciudad.

Por manera que, á la cuenta que en esta relacion hallarán, me he hallado en ciento y diez y nueve batallas y reencuentros de guerra, y no es mucho que me alaba dello, pues que es la mera verdad; y estos no son cuentos viejos ni de muchos años pasados, de historias romanas ni ficciones de poetas; que claros y verdaderos están mis muchos y notables servicios que he hecho á Dios primeramente, y á su majestad y á toda la cristiandad, y muchas gracias y loores doy á nuestro Señor Jesucristo, que me ha escapado para que agora tan claramente lo escriba; é mas digo, é me alabo dello, que me hallé yo en tantas batallas y reencuentros de guerra como dicen las historias en que se halló el emperador Enrique IV.

VERDADERA RELACION
DE LA
CONQUISTA DEL PERÚ Y PROVINCIA DEL CUZCO,
LLAMADA LA NUEVA-CASTILLA,

CONQUISTADA POR
FRANCISCO PIZARRO,
capitan de la sacra, católica, cesárea majestad del Emperador nuestro señor;

ENVIADA Á SU MAJESTAD
POR FRANCISCO DE JEREZ,
natural de la muy noble y leal ciudad de Sevilla, secretario del sobredicho capitan en todas las provincias y conquista de la Nueva-Castilla,
y uno de los primeros conquistadores della.

PRÓLOGO.

Ponguez á gloria de Dios nuestro soberano Señor, y honra y servicio de la católica cesárea majestad, sea alegría para los fieles y espanto para los infieles, y finalmente admiracion á todos los humanos, la Providencia divina y la ventura del César, y la prudencia y esfuerzo y militar disciplina y trabajosas y peligrosas navegaciones y batallas de los españoles, vasallos del invictisimo Carlos, emperador del romano imperio, nuestro natural rey y señor; me ha parecido escrebir esta relacion, y enviarla á su majestad para que todos tengan noticia de lo ya dicho, que sea á gloria de Dios; porque, ayudados con su divina mano, han vencido y traído á nuestra santa fe católica tanta multitud de gentilidad, y á honra de nuestro César, porque con su gran poder y buena ventura en su tiempo tales cosas suceden, y alegría de los fieles que por ellos tales y tantas batallas se han vencido, y tantas provincias descubiertas y conquistadas, y tantas riquezas traídas para su rey y reinos y para ellos; y será lo dicho, que los cristianos han hecho temor á los infieles y admiracion á todos los humanos; porque ¿cuándo se vieron en los antiguos ni modernos tan grandes empresas de tan poca gente contra tanta, y por tantos climas de cielo y golfos de mar y distancia de tierra ir á conquistar lo no visto ni sabido? Y ¿quién se igualará con los de España? No por cierto los judios, griegos ni romanos, de quien mas que de todos se escribe; porque, si los romanos tantas provincias sojuzgaron, fué con igual ó poco menor número de gente, y en tierras sabidas y proveídas de mantenimientos usados, y con capitanes y ejércitos pagados. Mas nuestros españoles, siendo pocos en número, que nunca fueron juntos sino docientos ó trecientos, y algunas veces ciento y aun menos; y el mayor número fué sola una vez veinte años há, que fueron con el capitan Pedrarias mil y trecientos hombres. Y los que en diversas veces han ido no han sido pagados ni forzados, sino de su propia voluntad y á su costa han ido; y así, han conquistado en nuestros tiempos mas tierra que la que antes se sabia que todos los principes fieles y infieles poseian, manteniéndose con los mantenimientos bestiales de aquellos que no tenian noticia de pan ni vino; sufriendose con yerbas y raices y frutas, han conquistado lo que ya todo el mundo sabe; y por tanto, no escrebiré al presente mas de lo sucedido en la conquista de la Nueva-Castilla, y mucho no escrebiré, por evitar prolijidad.

CONQUISTA DEL PERÚ.

SIENDO descubierta la mar del Sur, y conquistados y pacificados los moradores de Tierra-Firme; habiendo poblado el gobernador Pedrarias de Avila la ciudad de Panamá y la ciudad de Nata, y la villa del Nombre de Dios; viviendo en la ciudad de Panamá el capitán Francisco Pizarro, hijo del capitán Gonzalo Pizarro, caballero de la ciudad de Trujillo; teniendo su casa y hacienda y repartimiento de indios como uno de los principales de la tierra, porque siempre lo fué, y se señaló en la conquista y poblacion en las cosas del servicio de su majestad; estando en quietud y reposo, con celo de conseguir su buen propósito y hacer otros muchos señalados servicios á la corona real, pidió licencia á Pedrarias para descubrir por aquella costa del mar del Sur á la vía de levante, y gastó mucha parte de su hacienda en un navío grande que hizo, y en otras cosas necesarias para su viaje. Y partió de la ciudad de Panamá á 14 dias del mes de noviembre de 1528 años, llevando en su compañía ciento y doce españoles, los cuales llevaban algunos indios para su servicio. Y comenzó su viaje, en el cual pasaron muchos trabajos por ser invierno y los tiempos contrarios. Dejo de decir muchas cosas que les sucedieron, por evitar prolijidad; solamente diré las cosas notables que mas hacen al caso.

Setenta dias después que salieron de Panamá saltaron en tierra en un puerto que después se nombró de la Hambre; en muchos de los puertos que antes hallaron habian tomado tierra, y por no hallar poblaciones los dejaban; y en este puerto se quedó el capitán con ochenta hombres (que los demás ya eran muertos); y porque los mantenimientos se les habian acabado, y en aquella tierra no los habia, envió el navío con los marineros y un capitán á la isla de las Perlas, que está en el término de Panamá, para que trujese mantenimientos, porque pensó que en término de diez ó doce dias seria socorrido; y como la fortuna siempre ó las mas veces es adversa, el navío se detuvo en ir y volver cuarenta y siete dias, y en este tiempo se sustentaron el capitán y los que con él estaban con un marisco que cogian de la costa de la mar con gran trabajo, y algunos, por estar debilitados, cogiendolo se morian, y con unos palmitos amargos. En este tiempo que el navío tardó en ir y volver murieron mas de veinte hombres; cuando el navío volvió con el socorro del bastimento, dijeron el

capitán y los marineros que, como no habian llevado bastimentos, á la ida comieron un cuero de vaca curtido que llevaban para zurrones de la bomba, y cocido, lo repartieron. Con el bastimento que el navío trujo, que fué maíz y puercos, se reformó la gente que quedaba viva; y de allí partió el capitán en seguimiento de su viaje, y llegó á un pueblo situado sobre la mar, que está en una fuerza alta, cercado el pueblo de palenque; allí fallaron harto mantenimiento, y el pueblo desamparado de los naturales, y otro dia vino mucha gente de guerra; y como eran belicosos y bien armados, y los cristianos estaban flacos de la hambre y trabajos pasados, fueron desbaratados, y el capitán ferido de siete heridas, la menor dellas peligrosa de muerte; y creyendo los indios que lo hirieron que quedaba muerto, lo dejaron; fueron feridos con él otros diez y siete hombres, y cinco muertos; visto por el capitán este desbarato, y el poco remedio que allí habia para curarse y reformar su gente, embarcóse y volvió á la tierra de Panamá, y desembarcó en un pueblo de indios cerca de la isla de las Perlas, que se llama Cuchama; de allí envió el navío á Panamá, porque ya no se podia sostener en el agua, de la mucha broma que habia cogido. Y fizo saber á Pedrarias todo lo sucedido, y quedóse curando á sí y á sus compañeros. Cuando este navío llegó á Panamá, pocos dias antes habia partido en seguimiento y busca del capitán Pizarro el capitán Diego de Almagro, su compañero, con otro navío y con setenta hombres, y navegó hasta llegar al pueblo donde el capitán Pizarro fué desbaratado; y el capitán Almagro hubo otro recuento con los indios de aquel pueblo, y tambien fué desbaratado y le quebraron un ojo, y hirieron muchos cristianos; con todo esto, hicieron á los indios desamparar el pueblo y lo quemaron. De allí se embarcaron y siguieron la costa hasta llegar á un gran río que llamaron de San Juan, porque en su día llegaron allí; donde hallaron alguna muestra de oro, y no hallando rastro del capitán Pizarro, volvióse el capitán Almagro á Cuchama, donde lo halló; y concertaron que el capitán Almagro fuese á Panamá y aderezase los navíos, y hiciese mas gente para proseguir su propósito y acabar de gastar lo que les quedaba, que ya debian mas de diez mil castellanos. En Panamá hubo gran contradiccion de parte de Pedrarias y de otros, diciendo que no se debía proceder en tal viaje, de que su majestad no era servido. El

capitan Almagro, con el poder que llevaba de su compañero, tuvo mucha constancia en lo que los dos habían comenzado, y requirió al gobernador Pedrarias que no los estorbare, porque ellos creían, con ayuda de Dios, que su majestad sería servido de aquel viaje; á Pedrarias fué forzado consentir que hiciese gente. Con ciento y diez hombres salió de Panamá, y fué donde estaba el capitan Pizarro con otros cincuenta de los primeros ciento y diez que con él salieron, y de los setenta que el capitan Almagro llevó cuando le fué á buscar; que los ciento y treinta ya eran muertos. Los dos capitanes partieron en sus dos navios con ciento y setenta hombres, y iban costearo la tierra, y donde pensaban que había poblado saltaban en tierra con tres canoas que llevaban, en las cuales remaban sesenta hombres; y así iban á buscar mantenimientos. Desta manera anduvieron tres años pasando grandes trabajos, hambres y frios; y murió de hambre la mayor parte de ellos, que no quedaron vivos cincuenta, sin descubrir hasta en fin de los tres años buena tierra, que todo era cienagas y anegadizos inhabitables; y esta buena tierra que se descubrió fué desde el rio de San Juan, donde el capitan Pizarro se quedó con la poca gente que le quedó, y envió un capitan con el mas pequeño navio á descubrir alguna buena tierra la costa adelante, y el otro navio envió con el capitan Diego de Almagro á Panamá para traer mas gente, porque yendo los dos navios juntos y con la gente no podían descubrir, y la gente se moría. El navio que fué á descubrir volvió á cabo de setenta dias al rio de San Juan, adonde el capitan Pizarro quedó con la gente; y dió relacion de lo que le había sucedido, y fué, que llegó hasta el pueblo de Canebi, que es en aquella costa, y antes deste pueblo habían visto, los que en el navio iban, otras poblaciones muy ricas de oro y plata, y la gente de mas razon que toda la que antes habían visto de indios; y trujeron seis personas para que dependiesen la lengua de los españoles, y trujeron oro y plata y ropa. El capitan y los que con él estaban recibieron tanta alegría, que olvidaron todo el trabajo pasado y los gastos que habían hecho. Y como aquellos que deseaban verse en aquella tierra, pues tan buena muestra daba de sí, venido el capitan Almagro de Panamá con el navio cargado de gente y caballos, los dos navios con los capitanes y toda la gente salieron del rio de San Juan para ir á aquella tierra nuevamente descubierta; y por ser trabajosa la navegacion de aquella costa, se detuvieron mas tiempo de lo que los bastimentos pudieron suplir, y fué forzado saltar la gente en tierra, y caminando por ella buscaban mantenimientos, por donde los podían haber, para comer. Y los navios por la mar llegaron á la bahia de San Mateo y á unos pueblos que los españoles les pusieron por nombre de Santiago, y á los pueblos de Lacamez, que todos van discuriendo por la costa adelante. Vistas por los cristianos estas poblaciones, que eran grandes y de mucha gente y belicosa, que en estos pueblos de Lacamez, llegando noventa españoles á una legua del pueblo, los salieron á recibir mas de diez mil indios de guerra, y viendo que no les querian hacer mal los cristianos ni tomarles de sus bienes, antes con mucho amor tratándoles la paz, los indios dejaron de les hacer

HA-11.

guerra, como ellos traian en propósito. En esta tierra había muchos mantenimientos, y la gente tenía muy buena orden de vivir; los pueblos con sus calles y plazas: pueblo había que tenía mas de tres mil casas, y otros había menores.

Pareció á los capitanes é á los otros españoles que, siendo tan pocos, no harian fruto en aquella tierra, por no poder resistir á los indios; é acordaron que se cargasen los navios del mantenimiento que en aquellos pueblos había, y que volviesen atrás, á una isla que se dice del Gallo, porque allí podian estar seguros entre tanto que los navios llegaban á Panamá á hacer saber al Gobernador la nueva de lo descubierto, y á pedirle mas gente para que los capitanes pudiesen conseguir su propósito y pacificar la tierra. Y en los navios iba el capitan Almagro, porque por algunas personas fué escripto al Gobernador que mandase volver la gente á Panamá, diciendo que no podian sufrir mas trabajos de los que habían sufrido en tres años que había que andaban descubriendo; á lo cual proveyó el Gobernador que todos los que se quisiesen venir á Panamá, que pudiesen hacer, y los que quisiesen quedar para descubrir mas adelante, que tuviesen libertad para ello; y así, se quedaron con el capitan Pizarro diez y seis hombres, é toda la otra gente se fué en los dos navios á Panamá. El capitan Pizarro estuvo en aquella isla cinco meses, hasta que volvió el uno de los navios, en el cual fueron cien leguas mas adelante de lo que estaba descubierto, y hallaron muchas poblaciones y mucha riqueza, y trujeron mas muestra de oro y plata y ropa de la que antes habían traído, que los indios de su voluntad les daban; y así, volvió el capitan con ellos, porque el término que el Gobernador le había dado se le acababa; y el dia que el término se cumplió entró en el puerto de Panamá.

Como estos dos capitanes estaban tan gastados, que ya no se podian sostener, debiendo, como debian, mucha suma de pesos de oro, con poco mas de mil castellanos que el capitan Francisco Pizarro pudo haber prestados entre sus amigos se vino con ellos á Castilla, y hizo relacion á su majestad de los grandes y señalados servicios que en servicio de su majestad había hecho; en gratificacion de los cuales le hizo merced de la gobernacion y adelantamiento de aquella tierra, y del hábito de Santiago y de ciertas alcavilas, y del alguacilazgo mayor, y otras mercedes y ayudas de costa le fueron hechas por su majestad, como emperador y rey que á todos los que en su real servicio andan hace muchas mercedes, como ha siempre hecho. Por esta causa otros se han animado á gastar sus haciendas en su real servicio, descubriendo por aquella mar del Sur y por todo el mar Oceano tierras y provincias que tan remotas están de la conversacion destes reinos de Castilla.

Despuñado por su majestad el gobernador y adelantado Francisco Pizarro, partió del puerto de Sanlúcar con una armada, y con próspero viento, sin ningún contraste, llegó al puerto del Nombre de Dios, y de allí se fué con la gente á la ciudad de Panamá, donde tuvo muchas contradicciones y estorbos para que no saliese de allí á ir á poblar la tierra que él había descubierto, como su majestad le había mandado. Y con la firmeza

que en la prosecucion dello tuvo, con la mas gente, que fueron ciento y ochenta hombres y treinta y siete caballos, en tres navios parti6 del puerto de Panamá; y tuvo tan venturosa navegacion, que en trece dias llegó á la bahía de San Mateo, que en los principios, cuando se descubrió, en mas de dos años no pudieron llegar á aquellos pueblos; y allí desembarcó la gente y los caballos, y fueron por la costa de la mar, y en todas las poblaciones della hallaban la gente alzada; y caminaron hasta llegar á un gran pueblo que se dice Coaque, al cual saltaron porque no se alzase como los otros pueblos; y allí tomaron quince mil pesos de oro y mil y quinientos marcos de plata y muchas piedras de esmeraldas, que por el presente no fueron conocidos ni tenidas por piedras de valor; por esta causa los españoles las daban y rescataban con los indios por ropa y otras cosas que los indios les daban por ellas. Y en este pueblo prendieron al cacique señor dél, con alguna gente suya, y hallaron mucha ropa de diversas maneras, y muchos mantenimientos, en que habia para mantenerse los españoles tres ó cuatro años.

Deste pueblo de Coaque despachó el Gobernador los tres navios para la ciudad de Panamá y para Nicoraguan, para que en ellos viniese mas gente y caballos, para poder efectuar la conquista y poblacion de la tierra; y el Gobernador se quedó allí con la gente reposando algunos dias hasta que dos de los navios volvieron de Panamá con veinte y seis de caballo y treinta de pié; y estos venidos, parti6se el Gobernador de allí con toda la gente de pié y de caballo, y anduvieron la costa adelante (la cual es muy poblada), poniendo á todos los pueblos debajo el señorío de su majestad; porque los señores destos pueblos, de una voluntad salian á los caminos á recibir al Gobernador sin ponerse en defensa; y el Gobernador, sin les hacer mal ni enojo alguno, los recibia á todos amorosamente, haciéndoles entender algunas cosas para los atraer en conocimiento de nuestra santa fe cat6lica por algunos religiosos que para ello llevaba. Así anduvo el Gobernador con la gente española hasta llegar á una isla que se decia la Pugna, á la cual los cristianos llamaron la isla de Santiago, que está dos leguas de la Tierra-Firme; y por ser esta isla bien poblada y rica y abundosa de mantenimientos, pasó el Gobernador á ella en los dos navios y en balsas de maderos que los indios tienen, en las cuales pasaron los caballos.

El Gobernador fué recibido en esta isla por el cacique señor della con mucha alegría y buen recibimiento, así de mantenimientos que le sacaron al camino, como de diversos instrumentos músicos que los naturales tienen para su recreacion.

Esta isla tiene quince leguas en circúito; es fértil y bien poblada. Hay en ella muchos pueblos, y siete caciques son señores dellos, y uno es señor de todos ellos. Y este señor dió de su voluntad al Gobernador alguna cantidad de oro y plata. Y por ser el tiempo de invierno el Gobernador reposó con su gente en aquella isla; porque, caminando en tal tiempo con las aguas que hacia, no podia ser sin gran detrimento de los españoles; y entre tanto que pasó el invierno fueron allí curados algunos enfermos que habia. Y como la inclinacion

de los indios es de no obedecer ni servir á otra generacion si por fuerza no son atraidos á ello, estando este cacique con el Gobernador pacíficamente, habiéndose ya dado por vasallo de su majestad: supose por las lenguas que el Gobernador tenia consigo que el Cacique tenia hecha junta de toda su gente de guerra, y que habia muchos dias que no entendia en otra cosa sino en hacer armas, demás de las que los indios tenían; lo cual por vista de ojos se vió, porque en el mismo pueblo donde los españoles estaban aposentados y el Cacique residia, se hallaron en la casa del Cacique y en otras muchas mucha gente toda puesta á punto de guerra, esperando á que se recogiese toda la gente de la isla para dar aquella noche sobre los cristianos. Sabida la verdad, y habida informacion secretamente sobre ello, luego mandó el Gobernador prender al Cacique y á tres hijos suyos y á otros dos principales que pudieron ser presos y tomados á vida, y en la otra gente dieron todos los españoles de sobresalto, y aquella tarde mataron alguna gente; y los demás todos huyeron y desampararon el pueblo; y la casa del Cacique y otras algunas fueron metidas á saco, y en ellas se halló algun oro y plata y mucha ropa. Aquella noche en el real de los cristianos hubo mucha guarda, en que todos velaron, que eran setenta de caballo y ciento de pié; y antes que otro dia fuese amanescido se oyó en el real grita de gente de guerra, y en breve tiempo se vió cómo se venian allegando al real mucho número de indios, todos con sus armas y atabales y otros instrumentos que traen en sus guerras; y venida la gente, dividida por muchas partes, que tomaban el real de los cristianos en medio, y siendo el dia claro, viniendo la gente y entrándose por el real, mandó el Gobernador que los acometiesen con mucho ánimo; y al acometer fueron heridos algunos cristianos y caballos. Y todavia, como nuestro Señor favorece y socorre en las necesidades á los que andan en su servicio, los indios fueron desbaratados y volvieron las espaldas, y los de caballo siguieron el alcance, hiriendo y matando en ellos; y en este recuento fué muerta alguna cantidad de gente, y recogidos los cristianos el real, porque los caballos estaban fatigados, porque desde la mañana hasta mediodía duró el seguir el alcance.

Otro dia envió el Gobernador la gente dividida en cuadrillas á buscar á los contrarios por la isla y á hacerles guerra; la cual se les hizo en término de veinte dias; de manera que ellos quedaron bien castigados, y diez principales que fueron presos con el Cacique, porque él confesó que le habian aconsejado que ordenase la traicion que tenia urdida, y que él no queria veniren ello, y no lo pudo estorbar á los principales. Destos hizo justicia el Gobernador, quemando algunos, y á otros cortando las cabezas.

Por el alzamiento y traicion que el Cacique y indios de la isla de Santiago tenían ordenado se les hizo guerra, hasta que, apremiados della, desampararon la isla y se pasaron á Tierra-Firme; y por ser la isla tan poblada, abundosa y rica, porque no se acabase de destruir, acordó el Gobernador de poner en libertad al Cacique, porque recogiese la gente que andaba derramada, y la isla se tornase á poblar. El Cacique fué contento, con

voluntad de servir á su majestad de allí adelante, por la honra que en su prision se le habia hecho. Y porque en aquella isla no se podia hacer fruto, el Gobernador se partió con algunos españoles y caballos, que en tres navios que allí estaban cupieron, para el pueblo de Tumbes, que á la sazón estaba de paces, dejando allí la otra gente con un capitán en tanto que los navios volvian por ella, y para ayudar á pasar mas presto, vinieron por mandado del Gobernador ciertas balsas de Tumbes, que el Cacique envió, y en ellas se metieron tres cristianos con alguna ropa. En tres dias arribaron los navios á la playa de Tumbes. Y como el Gobernador salió en tierra, huyó la gente de los pueblos alzada; supose de algunos indios que fueron presos, que se habian alzado los cristianos y ropa que traian en las balsas. Luego que la gente fué salida de los navios, y los caballos fueron sacados, mandó el Gobernador volver por la gente que quedó en la isla. El y la gente se aposentaron en el pueblo del Cacique en dos casas fuertes, la una á manera de fortaleza. El Gobernador mandó á los españoles que corriesen el campo, y que subiesen por un rio arriba que corre por entre aquellos pueblos, para que supiesen de los tres cristianos que en las balsas habian llevado, si se pudiesen hallar antes que los indios los matasen. Y aunque se puso mucha diligencia en correr la tierra, de la primera hora que los españoles desembarcaron no se pudieron hallar los tres cristianos ni saber dellos. Esta gente se recogió en dos balsas con toda la mas comida que pudo haber, y se prendieron algunos indios, de los cuales envió el Gobernador mensajeros al Cacique y á algunos principales, requiriéndoles de parte de su majestad que viniesen de paz y trujesen los tres cristianos vivos sin les hacer mal ni daño, y que él los recibiria por vasallos de su majestad, aunque habian sido transgresores; donde no, que les haria guerra á fuego y á sangre hasta destruirlos. Algunos dias pasaron que no quisieron venir, antes se ensoberbecian y hacian fuertes de la otra parte del rio, que iba crecido y no se podia apear, y decian que pasasen allá los españoles, que á los otros tres ya los habian muerto. Como fué llegada toda la gente que en la isla habia quedado, el Gobernador mandó hacer una gran balsa de madera, y por el mejor paso del rio mandó pasar á un capitán con cuarenta de caballo y ochenta de pié, y pasaron en aquella balsa desde por la mañana hasta la hora de vísperas, y mandó á este capitán que les hiciese guerra, pues eran rebeldes y habian muerto á los cristianos; y que si después de haber castigado conforme al delito que habian cometido viniesen de paz, que los recibiese, conforme á los mandamientos de su majestad, y que con ellos los requiriese y llamase. Así se partió este capitán con su gente, y después de haber pasado el rio, llevando sus guías, anduvo toda la noche hácia donde la gente estaba, y á la mañana dió sobre el real donde habian estado aposentados, y siguió el alcance todo aquel dia, hiriendo y matando en ellos, y prendió á los que á vida se pudieron tomar, y cerca de la noche los cristianos se recogieron á un pueblo, y otro dia por la mañana salió gente por sus cuadrillas en busca de los contrarios, y así fueron castigados; y visto por el capitán que bastaba el daño que se les habia hecho, envió

mensajeros á llamar de paz al Cacique, y el cacique de aquella provincia, que ha por nombre Quilimasa, envió con los mensajeros un principal suyo, y por él respondió que por el mucho temor que tenía de los españoles no osaba venir; que si fuese cierto que no le habian de matar, que venia de paz. El capitán respondió al mensajero que no recibiria mal ni daño, que viniese sin temor; que el Gobernador lo recibiria de paz por vasallo de su majestad, y le perdonaria el delito que habia hecho. Con esta seguridad, aunque con mucho temor, vino el cacique con algunos principales. Y el capitán le recibió alegremente, diciendo que á los que venian de paz no se les habia de hacer daño, aunque se hubiesen alzado; y que pues él era venido, que no les haria mas guerra de la hecha; que hiciese venir su gente á los pueblos. Después que mandó llevar de la otra parte del rio el mantenimiento que halló, el capitán se fué con los españoles adonde habia quedado el Gobernador, llevando consigo al Cacique y á los principales indios, y contó al Gobernador todo lo que habia pasado; el cual dió gracias á nuestro Señor por las mercedes que le hizo, dándoles victoria sin ser herido algun cristiano, y dijoles que se fuesen á reposar. El Gobernador preguntó al Cacique que por qué se habia alzado y muerto los cristianos, habiendo sido tan bien tratado dél y habiéndole restituído mucha parte de su gente que el cacique de la isla le habia tomado, y habiéndole dado los capitanes que le habian quemado su pueblo para que él hiciese justicia dellos, creyendo que fuera fiel y agradeciera estos beneficios. El Cacique le respondió: «Yo supe que ciertos principales míos que en las balsas venian llevaron tres cristianos y los mataron, y yo no fui en ello; pero tuve temor que me echásedes á mí la culpa.» El Gobernador le dijo: «Esos principales que eso hicieron me traed aquí, y venga la gente á sus pueblos.» El Cacique envió á llamar su gente y á los principales, y dijo que no se podian haber los que mataron á los cristianos, porque se habian aposentado de su tierra. Después que el Gobernador hubo estado allí algunos dias, viendo que no podian ser habidos los indios matadores, y que el pueblo de Tumbes estaba destruido, aunque parecia ser gran cosa, por algunos edificios que tenia y dos casas cercadas, la una con dos cercas de tierra ciega, y sus patios y aposentos y puertas con defensas, que para entre indios es buena fortaleza. Dicen los naturales que á causa de una gran peste que en ellos dió, y de la guerra que han habido del cacique de la isla están asolados; y por no haber en esta comarca mas indios de los que están sujetos á este cacique, determinó el Gobernador de partirse con alguna gente de pié y de caballo en busca de otra provincia mas poblada de naturales para asentar en ella pueblo; y así, se partió, dejando en ella su tiniente con los cristianos que quedaron en guarda del fardaje, y el Cacique quedó de paz, recogiendo su gente á los pueblos.

El primero dia que el Gobernador partió de Tumbes, que fué á 16 de mayo de 1532 años, llegó á un pueblo pequeño, y en tres dias siguientes llegó á un pueblo que está entre unas sierras; el cacique señor de aquel pueblo fué llamado Juan; allí reposó tres dias, y en otras tres jornadas llegó á la ribera de un rio que estaba bien

poblada y bastecida de muchos mantenimientos de la tierra y ganado de ovejas: el camino está todo hecho á mano, ancho y bien labrado, y en algunos pasos malos hechas sus calzadas. Llegado á este río, que se dice Turicarami, usentó su real en un pueblo grande llamado Puechio; y todos los mus caciques que habia el río abajo vinieron de paz al Gobernador, y los deste pueblo le salieron á recibir al camino. El Gobernador los recibió á todos con mucho amor, y les notificó el requerimiento que su majestad manda para atraellos en conocimiento y obediencia de la Iglesia y de su majestad; y entendiéndolo ellos por sus lenguas, dijeron que querian ser sus vasallos, y por tales los recibió el Gobernador con la solemnidad que se requiere, y dieron servicio y mantenimientos. Antes de llegar á este pueblo un tiro de ballesta hay una gran plaza con una fortaleza cercada, y dentro muchos aposentos, donde los cristianos se aposentaron, porque los naturales no recibiesen enojo. Así en este como en todos los otros que venian de paz mandó el Gobernador pregonar, so graves penas, que ningún daño les fuese hecho en personas ni en bienes, ni les tomasen los mantenimientos mas de los que ellos quisiesen dar para el sostenimiento de los cristianos, castigando y ejecutando las penas en los que lo contrario hacian; porque los naturales traian cada día cuanto mantenimiento era necesario, y yerba para los caballos, y servian en todo lo que les era mandado. Como el Gobernador viese la ribera de aquel río ser abundosa y muy poblada, mandó que se viese la comarca della, y si habia puerto en buen paraje; y fué hallado muy buen puerto á la costa de la mar cerca desta ribera y caciques señores de mucha gente en parte donde podian venir á servir este río. El Gobernador fué á visitar todos estos pueblos, y vistos, dijo que le parecia ser buena esta comarca para ser poblada de españoles; y porque se cumpla lo que su majestad manda, y los naturales vengán á la conversión y conocimiento de nuestra santa fe católica, hizo mensajeros á los españoles que quedaron en Túmbez que viniesen, para que, con acuerdo de las personas que su majestad mandase, luciese la poblacion en la parte mas conveniente á su servicio y bien de los naturales; y después de enviado este mensajero, parecióle que habria dilacion en la venida si no fuese persona á quien el cacique é indios de Túmbez tuviesen temor, para que ayudasen á venir la gente, y envió á su hermano Hernando Pizarro, capitán general; y después supo el Gobernador que ciertos caciques que viven en la sierra no querian venir de paz, aunque eran requeridos por los mandamientos de su majestad; y envió un capitán con veinte y cinco de caballo y gente de pie para traellos al servicio de su majestad. Hallándolos el capitán ausentados de sus pueblos, él les fué á requerir que viniesen de paz, y ellos vinieron de guerra, y el capitán soltó contra ellos, y en breve tiempo, firiendo y matando, fueron desbaratados los indios; y el capitán les tornó á requerir que viniesen de paz; donde no, que les haria guerra hasta destruirlos; y así, vinieron de paz, y el capitán los recibió; y dejando toda aquella provincia pacificada, se volvió donde el Gobernador estaba, y trujo los caciques; y el Gobernador los recibió con mucho amor y mandólos

volver á sus pueblos y recoger su gente; y el capitán dijo que habia hallado en los pueblos destes caciques de la sierra minas de oro fino, y que los vecinos lo cogen, y trujo muestra dello, y que las minas están veinte leguas deste pueblo.

El capitán que fué á Túmbez por la gente vino con ella desde en treinta días; alguna della vino por mar con el fardaje en un navío y en un barco y en balsas. Estos eran venidos de Panamá con mercaderías, y no trajeron gente, porque el capitán Diego de Almagro quedaba haciendo una armada para venir á esta poblacion, con propósito de poblar por sí. Sabido por el Gobernador que estos navios eran llegados, porque con mas brevedad se descargase el fardaje y se subiese el río arriba, él se partió del pueblo de Puechio por el río abajo, con alguna gente. Llegado donde está un cacique llamado Lachira, halló ciertos cristianos que habian desembarcado, los cuales se quejaron al Gobernador que el Cacique les habia hecho mal tratamiento, y la noche antes no habian dormido de temor, porque vieron andar alterados á los indios yacaudillados. El Gobernador hizo informacion de los indios naturales, y halló que el cacique de Lachira con sus principales, y otro llamado Almotaje, tenian concertado de matar á los cristianos el día que llegó el Gobernador. Vista la informacion, el Gobernador envió secretamente á prender al cacique de Almotaje y los principales indios, y él prendió tambien al de Lachira y algunos de sus principales, los cuales confesaron el delito. Luego mandó hacer justicia, quemando al cacique de Almotaje y á sus principales é algunos indios y á todos los principales de Lachira: deste cacique de Lachira no hizo justicia, porque pareció no tener tanta culpa y ser apremiado de sus principales, y porque estas dos poblaciones quedaban sin cabezas y se perderian; al cual apercibió que de allí adelante fuese bueno, que á la primera ruindad no le perdonaria, y que recogiese toda su gente y la de Almotaje, y la gobernase é rigiese hasta que un muchacho, heredero en el señorío de Almotaje, fuese de edad para gobernar. Este castigo puso mucho temor en toda la comarca; de manera que una junta que se dijo que tenian urdida todos los comarcanos para venir á dar sobre el Gobernador y españoles, se deshizo, y de allí adelante todos sirvieron mejor, con mas temor que antes. Hecha esta justicia, y recogida toda la gente y fardaje que vino de Túmbez, vista aquella comarca y ribera por el reverendo padre Vicente de Valverde, religioso de la orden de santo Domingo, y por los oficiales de su majestad, el Gobernador, con acuerdo destas personas, como sus majestades mandan (porque en esta comarca y ribera concurren las causas y cualidades que debe haber en tierra que ha de ser poblada de españoles, y los naturales della podran servir sin padecer fatiga demasiada, teniendo principalmente respecto á su conservacion, como es la voluntad de su majestad que se tenga), asentó y fundó pueblo en nombre de su majestad. Junto á la ribera deste río, seis leguas del puerto de mar, hay un cacique señor de una poblacion que se llama Tangarara, á la cual se puso por nombre San Miguel; y porque los navios que habian venido de Panamá no recibiesen detrimento dilatándose su tor-

nada, el Gobernador, con acuerdo de los oficiales de sus majestades, mandó fundir cierto oro que estos caciques y el de Tumbes habían dado de presente, y sacado el quinto perteneciente á sus majestades, la resta perteneciente á la compañía el Gobernador la tomó prestada de los compañeros para pagarla del primer oro que se hubiese, y con este oro despachó los navios, pagados sus fletes, y los mercaderes despacharon sus mercaderías y se partieron. El Gobernador envió á avisar al capitán Almagro, su compañero, cuánto sería deservido Dios y su majestad de intentar y hacer nueva población para estorbarle su propósito. Habiendo proveído el Gobernador el despacho destes navios, repartió entre las personas que se avendicaron en este pueblo las tierras y solares, porque los vecinos sin ayuda y servicio de los naturales no se podían sostener ni poblar el pueblo, y sirviendo sin estar repartidos los caciques en personas que los administrasen, los naturales recibirían mucho daño; porque, como los españoles tengan conocidos á los indios que tienen administración, son bien tratados y conservados. A esta causa, con acuerdo del religioso y de los oficiales que les pareció convenir así al servicio de Dios y bien de los naturales, el Gobernador depositó los caciques y indios en los vecinos deste pueblo, porque los ayudasen á sostener, y los cristianos los doctrinasen en nuestra santa fe conforme á los mandamientos de su majestad; entre tanto que provee lo que mas conviene al servicio de Dios y suyo y bien del pueblo y de los naturales de la tierra, fueron elegidos alcaldes y regidores y otros oficiales públicos, á los cuales fueron dadas ordenanzas por donde se rigiesen.

Tuvo noticia el Gobernador que la vía de Chincha y del Cuzco hay muchas y grandes poblaciones abundosas y ricas; y que doce ó quince jornadas deste pueblo está un valle poblado que se dice Caxamalca, adonde reside Atabalipa, que es el mayor señor que al presente hay entre los naturales, al cual todos obedecen; y que lejos tierra de donde es natural, ha venido conquistando; y como llegó á la provincia de Caxamalca (por ser tan rica y opacible), asentó en ella, y de allí va conquistando mas tierra; y por ser este señor tan temido, los comarcanos deste rio no están domésticos al servicio de su majestad como conviene, antes se favorecen con este Atabalipa, y dicen que á él tienen por señor y no hay otro, y que pequeña parte de su hueste basta para matar á todos los cristianos; poniendo mucho temor con su acostumbrada crueldad. El Gobernador acordó de partirse en busca de Atabalipa para traerlo al servicio de su majestad, y para pacificar las provincias comarcanas; porque, este conquistado, lo restante ligeramente sería pacificado.

Salíó el Gobernador de la ciudad de San Miguel en demanda de Atabalipa á 24 dias de setiembre año de 1532. El primero dia de su camino puso la gente el rio en dos valses, y los caballos nadando; aquella noche durmió en un pueblo de la otra parte del rio; en tres dias siguientes llegó al valle de Piura, á una fortaleza de un cacique, adonde halló un capitán con ciertos españoles, al cual él había enviado para pacificar aquel cacique, y porque no pusiesen en necesidad al

cacique de San Miguel; allí estuvo el Gobernador diez dias reformándose de lo que era menester para su viajo; y contando los cristianos que llevaba, halló sesenta y siete de á caballo y ciento y diez de á pié, tres dellos escopeteros y algunos ballesteros; é porque el teniente de San Miguel le escribió que quedaban allí pocos cristianos, mandó pregonar el Gobernador que los que quisiesen volver á avendicarse en el pueblo de San Miguel que asignarian indios con que se sostuviesen, como á los otros vecinos que allí quedaban; y que él iria á conquistar con los que le quedasen, pocos ó muchos. De allí se volvieron cinco de caballo y cuatro de pié. Por manera que se cumplieron con estos cincuenta y cinco vecinos, sin otros diez ó doce que quedaron sin vecindades por su voluntad; al Gobernador quedaron sesenta y dos de á caballo y ciento y dos de á pié. Allí mandó el Gobernador que hiciesen armas los que no las tenían, para sus personas y para sus caballos; y reformó los ballesteros, cumpliéndolos á veinte, y puso un capitán que tuviese cargo dellos.

Luego que hubo proveído en todo lo que convenia, se partió con la gente; y habiendo caminado hasta mediodía, llegó á una plaza grande cercada de tapias, de un cacique llamado Pabor; el Gobernador y su gente se aposentaron allí. Súpose que este cacique era gran señor, el cual al presente estaba destruido; que el Cuzco viejo, padre de Atabalipa, le había destruido veinte pueblos y muerto la gente dellos. Con todo este daño, tenia mucha gente, y junto con él está otro su hermano, tan gran señor como él. Estos eran de paz, depositados en la ciudad de San Miguel; esta población y la de Piura está en unos valles llanos muy buenos. El Gobernador se informó allí de los pueblos y caciques comarcanos y del camino de Caxamalca, y informáronle que dos jornadas de allí había un pueblo grande, que se dice Caxas, en el cual había guarnición de Atabalipa esperando á los cristianos, si fuesen por allí. Subido por el Gobernador, mandó secretamente á un capitán con gente de pié y de caballo, para que fuese al pueblo de Caxas, porque si allí hobiese gente de Atabalipa no tomasen soberbia yendo á ellos; y mandóle que buenamente procurase de los pacificar y traerlos á servicio de su majestad, requiriéndoles por sus mandamientos. Luego aquel dia se partió el capitán; otro dia se partió el Gobernador, y llegó á un pueblo llamado Zaran, donde esperó al capitán que fué á Caxas; el cacique del pueblo trujo al Gobernador mantenimiento de ovejas y otras cosas, á una fortaleza donde el Gobernador llegó á mediodía. Otro dia partió de la fortaleza y llegó al pueblo de Zaran, en el cual mandó asentar su real para esperar al capitán que había ido á Caxas; el cual desde en cinco dias envió un mensajero al Gobernador, haciéndole saber lo que les había sucedido. El Gobernador respondió luego cómo en aquel pueblo quedaba esperando que desque hubiesen negociado viniesen á se juntar con él; y que de camino visitasen y pacificasen otro pueblo que está cerca de la ciudad de Caxas, que se dice de Gicabamba; y que tenia noticia que este cacique de Zaran es señor de buenos pueblos y de un valle abundoso, el cual está depositado en los vecinos de la ciudad de San Miguel. En ocho dias que el Gobernador estuvo espe-

rando al capitán se reformaron los españoles, y aderezaron sus caballos para la conquista y viaje. Venido el capitán con su gente, hizo relación al Gobernador de lo que en aquellos pueblos había visto; en que dijo que había estado dos días y una noche hasta llegar á Caxas, sin reposar mas de á comer, subiendo grandes sierras por tomar de sobresalto aquel pueblo; y que con todo esto no pudo llegar (aunque llevó buenas guías) sin que en el camino topase con espías del pueblo; y que algunos dellos fueron tomados, de los cuales supieron cómo estaba la gente; y puestos los cristianos en orden, siguió su camino hasta llegar al pueblo, y á la entrada dél halló un asiento de real donde pareció haber estado gente de guerra. El pueblo de Caxas está en un valle pequeño entre unas sierras, y la gente del pueblo estaba algo alterada; y como el capitán les dió seguro, y les hizo entender cómo venia de parte del Gobernador para los recibir por vasallos del Emperador; entonces salió un capitán, que dijo que estaba por Atabalipa recibiendo los tributos de aquellos pueblos, del cual se informó del camino de Caxamalca, y de la intención que Atabalipa tenía para recibir á los cristianos, y de la ciudad del Cuzco, que está de allí treinta jornadas; que tiene la cerca un día de andadura, y la casa de aposento del Cacique tiene cuatro tiros de ballesta, y que hay una sala donde está muerto el Cuzco viejo, que el suelo está chapado de plata, y el techo y las paredes de chapas de oro y plata entretejidas. Y que aquellos pueblos habían estado hasta un año antes por el Cuzco, hijo del Cuzco viejo; que hasta que Atabalipa, su hermano, se levantó, y ha venido conquistando la tierra, echándoles grandes pechos y tributos, y que cada día hace en ellos grandes crueldades, y que, demás del tributo que le dan de sus haciendas y granjerías, se lo dan de sus hijos y hijas. Y que aquel asiento de real que allí estaba fué de Atabalipa, que pocos días antes se había ido de allí con cierta parte de su hueste, y que se halló en aquel pueblo de Caxas una casa grande, fuerte y cercada de tapias, con sus puertas, en la cual estaban muchas mujeres hilando y tejiendo ropas para la hueste de Atabalipa, sin tener varones, mas de los porteros que las guardaban, y que á la entrada del pueblo había ciertos indios ahorcados de los pies; y supo deste principal que Atabalipa los mandó matar porque uno dellos entró en la casa de las mujeres á dormir con una; al cual, y á todos los porteros que consintieron, ahorcó.

Como este capitán hubo apaciguado este pueblo de Caxas, fue al de Guacamba, que es una jornada de allí, y es mayor que el de Caxas y de mejores edificios, y la fortaleza toda de piedra bien labrada, asentadas las piedras grandes de largo de cinco y seis palmos, tan juntas, que parece no haber entre ellas mezcla, con su azulea alta de cantería, con dos escaleras de piedra en medio de dos aposentos. Por medio deste pueblo y del de Caxas pasa un río pequeño, de que los pueblos se sirven, y tienen sus puentes con calzadas muy bien hechas. Pasa por aquellos dos pueblos un camino ancho, hecho á mano, que atraviesa toda aquella tierra, y viene desde el Cuzco hasta Guito, que hay mas de trecientas leguas; va llano, y por la sierra bien labrada; están ancho, que seis de á caballo pueden ir por él á la par sin

llegar uno á otro; van por el camino caños de agua traídos de otra parte, de donde los caminantes beben. A cada jornada hay una casa á manera de venta, donde se aposentan los que van y vienen. A la entrada deste camino en el pueblo de Caxas, está una casa al principio de una puente, donde reside una guarda que recibe el portazgo de los que van y vienen, y páganlo en la misma cosa que llevan; y ninguno puede sacar carga del pueblo si no la mete. Aquesta costumbre tienen antiguamente, y Atabalipa la suspendió en cuanto tocaba á lo que sacaban para su gente de guarnición. Ningun pasajero puede entrar ni salir por otro camino con carga, sino por do está la guarda, so pena de muerte. También dijo que halló en estos dos pueblos dos casas llenas de calzado y panes, de sal y un manjar que parecia albóndigas, y depósito de otras cosas para la hueste de Atabalipa; y dijo que aquellos pueblos tenían buena orden y vivían políticamente. Con el capitán vino un indio principal con otros algunos, y dijo el capitán que aquel indio había venido con cierto presente para el Gobernador; este mensajero dijo al Gobernador que su señor Atabalipa le envía desde Caxamalca para le traer aquel presente, que eran dos fortalezas á manera de fuente, figuradas en piedra, con que beba, y dos cargas de patos secos desollados, para que, hechos polvos, se sahume con ellos, porque así se usa entre los señores de su tierra; y que le envía á decir que él tiene voluntad de ser su amigo, y esperarle de paz en Caxamalca. El Gobernador recibió el presente y le habló bien, diciendo que holgaba mucho de su venida, por ser mensajero de Atabalipa, á quien él deseaba ver por las nuevas que dél oía; que, como él supo que hacia guerra á sus contrarios, determinó de ir á verlo y ser su amigo y hermano, y favorecerle en su conquista con los cristianos que con él venían; y mandó que le diesen de comer á él y á los que con él venían, y todo lo que hubiesen menester, y fuesen bien aposentados, como embajadores de tan gran señor; y después que hubieron reposado, los mandó venir ante sí, y les dijo que si querían volver ó reposar allí algún día, que hiciesen á su voluntad. El mensajero dijo que quería volver con la respuesta á su señor; el Gobernador le dijo: «Dirásle de mi parte lo que te he dicho, que no parará en algún pueblo del camino por llegar presto á verme con él.» Y dióle una camisa y otras cosas de Castilla para que le llevase. Partido este mensajero, el Gobernador se detuvo allí dos días, porque la gente que había venido de Caxas venia fatigada del camino; y entre tanto escribió á los vecinos del pueblo de San Miguel la relación que de la tierra tenía y las nuevas de Atabalipa, y los envió las dos fortalezas y ropas de lana de la tierra que de Caxas trujeron (que es cosa de ver en España la obra y primeza della, que mas se juzgara ser seda que de lana, con muchas labores y figuras de oro, de martillo, muy bien asentado en la ropa). Como el Gobernador hubo despachado estos mensajeros para el pueblo de San Miguel, él se partió, y anduvo tres días sin hallar pueblo ni agua, mas de una fuente pequeña, de donde con trabajo se proveyó. Al cabo de tres días llegó á una gran plaza cercada, en la cual no halló gente; supose que es de un cacique señor de un pueblo que se dice Copiz, que está cerca de allí en un valle, y que aque-

leza está despoblada porque no tenía agua. Otro día el Gobernador con la luna, porque había luna hasta llegar á poblado; á mediodía llegó á la cercada con muy buenos aposentos, de donde le fué á recibir algunos indios; y porque allí no había mantenimientos, se fué dos leguas de allí al cacique; llegado allá, mandó que la gente se fuese junta en cierta parte dél. Allí supo el Gobernador los principales indios de aquel pueblo, que se llamaban Motux, que el cacique dél estaba en Caxamalca había llevado trecientos hombres de guerra. Hizo un capitán puesto por Atabalipa. Allí reposó el Gobernador cuatro días, y en ellos vió alguna parte de la gente deste cacique, que pareció tener mucha en un bandoso. Todos los pueblos que hay de allí hasta lo de San Miguel están en valles, y asimismo todos los de que se tiene noticia que hay hasta el pié de la sierra que está cerca de Caxamalca. Por este camino toman los indios una misma manera de vivir: los hombres usan una ropa larga que arrastra por el suelo, y los vestidos de mujeres de Castilla; los hombres traen las armas cortadas; es gente sucia, comen carne y pescado, todo crudo; el maíz comen cocido y tostado; otras suciedades de sacrificios y mezquitas, á las que tienen en veneración; todo lo mejor de sus frutos ofrecen en ellos. Sacrifican cada mes á sus dioses, y con la sangre dellos, untan las caras á los dioses y las puertas á las mezquitas, y echan della en las sepulturas de los muertos; y los meses en que hacen sacrificio se dan de voluntad á la guerra, riendo y bailando y cantando, y ellos la piden á los dioses que están hartos de beber, ante que les corten las cabezas; también sacrifican ovejas. Las mezquitas son cercadas de las otras casas, cercadas de piedra, muy bien labradas, asentadas en lo mas alto de los cerros; en Tumbes y en estas poblaciones usan un mismo tipo de sacrificios. Siembran de arroz en las vegas de los rios, repartiendo las aguas en ellas; cogen mucho maíz y otras semillas y raíces, y en esta tierra llueve poco. El Gobernador caminó dos días por unos valles muy buenos, durmiendo á cada jornada en casas fuertes y de tapias; los señores destes pueblos dicen que el viejo posaba en estas casas cuando iba caminando una tierra arenosa y seca, hasta que llegó á otro cerro poblado, por el cual pasa un río furioso y caudaloso; y porque iba crecido, el Gobernador durmió de una parte, y mandó á un capitán que lo pasase á nadar, que sabían nadar; que fuese á los pueblos de la otra parte, porque no viniese gente á estorbarlos. El capitán Hernando Pizarro pasó, y los indios de un pueblo que están á la otra parte vinieron á recibirlos, y aposentóse en una fortaleza cercada; y como se que estaban alzados los indios de los pueblos aunque algunos indios salieron á él de paz, los pueblos estaban yermos y la ropa alzada, él les escribió por Atabalipa, si sabían que esperaba de paz con la gente á los cristianos; y ninguno le quiso decir, por temor que tenían de Atabalipa, hasta que, aparte un principal y atormentado, dijo que la gente esperaba de guerra con su gente en tres par-

tes, la una al pié de la sierra, y otra en Caxamalca, con mucha soberbia, diciendo que ha de matar á los cristianos; lo cual dijo este principal que él lo había oído. Otro día por la mañana lo hizo saber el capitán al Gobernador. Luego mandó el Gobernador cortar árboles de la una parte y de la otra del río, con que la gente y fardaje pasase; y fueron hechos tres pontones, por donde en todo aquel día pasó la hueste y los caballos á nado; en todo esto trabajó el Gobernador mucho hasta ser pasada la gente; y como hubo pasado, se fué á aposentar á la fortaleza donde el capitán estaba; y mandó llamar á un cacique, del cual supo que Atabalipa estaba adelante de Caxamalca, en Guamachuco, con mucha gente de guerra, que serían cincuenta mil hombres; como el Gobernador oyó tanto número de gente, creyendo que erraba el cacique en la cuenta, informóse de su manera de contar, y supo que cuentan de uno hasta diez, y de diez hasta ciento, y de diez cientos, hacen mil, y cinco dieces de millares era la gente que Atabalipa tenía. Este cacique de quien el Gobernador se informó es el principal de los de aquel río; el cual dijo que al tiempo que vino Atabalipa por aquella tierra, él se había escondido por temor; y como no lo halló en sus pueblos, de cinco mil indios que tenía, le mató los cuatro mil, y le tomó seiscientos mujeres y seiscientos moachos para repartir entre su gente de guerra; é dijo que el cacique señor de aquel pueblo y fortaleza donde estaba se llama Cinto, y estaba con Atabalipa.

Aquí reposó el Gobernador y su gente cuatro días; y un día antes que se hubiese de partir habló con un indio principal de la provincia de San Miguel, y le dijo si se atrevía á ir á Caxamalca por espía y traer aviso de lo que hubiese en la tierra. El indio respondió: «No osaré ir por espía; mas iré por tu mensajero á hablar con Atabalipa, y sabré si hay gente de guerra en la sierra, y el propósito que tiene Atabalipa.» El Gobernador le dijo que fuese como quisiese; y que si en la sierra hubiese gente, como allí habían sabido, que le enviase aviso con un indio de los que consigo llevaba, y que hablase con Atabalipa y su gente, y les dijese el buen tratamiento que él y los cristianos hacen á los caciques de paz, y que no hacen guerra sino á los que se ponen en ella, y que de todo les dijese verdad, según lo que había visto; y que si Atabalipa quisiese ser bueno, que él sería su amigo y hermano, y le favorecería y ayudaría en su guerra. Con esta embajada se partió aquel indio, y el Gobernador prosiguió su viaje por aquellos valles, hallando cada día pueblo con su casa cercada como fortaleza, y en tres jornadas llegó á un pueblo que está al pié de la sierra, dejando á la mano derecha el camino que había traído, porque aquel va siguiendo por aquellos valles la Chíncha, y este otro va á Caxamalca derecho; el cual camino se supo que iba hasta Chíncha poblado de buenos pueblos, y viene desde el río de San Miguel, hecho de calzada, cercado de ambas partes de tapias; dos carretas pueden ir por él á la par; y de Chíncha va al Cuzco, y en mucha parte dél van árboles de una parte y otra, puestos á mano para que hagan sombra al camino. Este camino se hizo para el Cuzco viejo, por donde venía á visitar su tierra, y aquellas casas cercadas eran sus aposentos. Algunos de los cristianos fue-

ron de parecer que fuese el Gobernador con ellos por aquel camino á Chinchla, porque por el otro camino había una mala sierra de pasar antes de llegar á Caxamalca, y en ella había gente de guerra de Atabalipa, y yendo por allí se les podía seguir algún detrimento. El Gobernador respondió que ya tenía noticia Atabalipa que él iba en su demanda desde que partió del río de San Miguel; que si dejasen aquel camino dirían los indios que no osaban ir á ellos, y tomarían mas soberbia de la que tenían; por lo cual, y por otras muchas causas, dijo que no se había de dejar el camino comenzado, y ir á do quiera que Atabalipa estuviese; que todos se animasen á hacer como ellos esperaba; que no les pudiese temer la mucha gente que decían que tenía Atabalipa; que, aunque los cristianos fuesen menos, el socorro de nuestro Señor es suficiente para que ellos desbaratasen á los contrarios y los hacer venir en conocimiento de nuestra santa fe católica, como cada día se ha visto hacer nuestro Señor milagros en otras mayores necesidades; que así lo haría en la presente, pues iban con buena intención de atraer aquellos infieles al conocimiento de la verdad, sin les hacer mal ni daño, sino á los que quisieren contradecirlo y ponerse en armas.

Hecho este razonamiento por el Gobernador, todos dijeron que fuese por el camino que le pareciese que mas convenia; que todos le seguirían con mucho ánimo, y al tiempo del efecto vería lo que cada uno hacia. Llegados al pié de la sierra, reposaron un día para dar orden en la subida. Habido su acuerdo el Gobernador con personas experimentadas, determinó de dejar la retaguarda y fardaje, y tomó consigo cuarenta de á caballo y sesenta de á pié, y los demás dejó con un capitán, y mandóle que fuese en su seguimiento muy condescientemente, y que él le avisaría de lo que hubiese de hacer. Con este concierto comenzó á subir el Gobernador; los caballeros llevaban sus caballos de diestro, hasta que á mediodía llegaron á una fortaleza cercada, que está encima de una sierra en un mal paso, que con poca gente de cristianos se guardaría una gran hueste, porque era tan agria, que por partes había que subían como por escaleras, y no había otra parte por do subir sino por solo aquel camino. Subióse este puso sin que alguna gente lo defendiese; esta fortaleza está cercada de piedra, asentada sobre una sierra cercada de Peña Tajada. Allí paró el Gobernador á descansar y á comer; es tanto el frío que hace en esta sierra, que, como los caballos venían hechos al calor que en los valles hacía, algunos dellos se resfriaron. De allí fué el Gobernador á dormir á otro pueblo, y hizo mensajero á los que atrás venían, haciéndoles saber que seguramente podían subir aquel paso; que trabajasen por venir á dormir á la fortaleza. El Gobernador se aposentó aquella noche en aquel pueblo en una casa fuerte, cercada de piedra y labrada de cantería, tan ancha la cerca como cualquier fortaleza de España, con sus puertas; que si en esta tierra hubiese los maestros y herramientas de España no pudiera ser mejor labrada la cerca. La gente deste pueblo era alzada, excepto algunas mujeres y pocos indios, de los cuales mandó el Gobernador á un capitán que tomase de los mas principales dos, y les preguntase á cada uno por sí de las cosas de aquella tierra y dónde estaba Atabalipa,

si esperaba de paz ó de guerra. El capitán supo dellos cómo había tres días que Atabalipa era venido á Caxamalca y que tenía consigo mucha gente; que no sabían lo que quería hacer; que siempre habían oído que quería paz con los cristianos, y que la gente deste pueblo estaba por Atabalipa. Ya que el sol se quería poner llegó un indio de los que había llevado el indio que el Gobernador envió por mensajero, y dijo que le había enviado el principal indio que iba por mensajero desde cerca de Caxamalca, porque allí había encontrado dos mensajeros de Atabalipa que venían atrás; que otro día llegarían y que Atabalipa estaba en Caxamalca, y que él no quiso parar hasta ir á hablar á Atabalipa, y que él volvería con la respuesta, y que en el camino no había hallado gente de guerra. Luego el Gobernador hizo saber todo esto por su carta al capitán que había quedado con el fardaje, y que otro día caminaría pequeña jornada por esperalle, y de allí caminaría toda la gente junta. Otro día por la mañana caminó el Gobernador con su gente, subiendo todavía la sierra, y paró en lo alto della en un llano cerca de unos arroyos de agua, para esperar á los que atrás venían. Los españoles se aposentaron en sus toldos de algodón que traían, haciendo fuego por defenderse del gran frío que en la sierra hacía; que en Castilla en tierra de campos no hace mayor frío que en esta sierra; la cual es rasa de monte, toda llena de una yerba como esparto corto; algunos árboles hay adrados, y las aguas son tan frías, que no se pueden beber sin calentarse. Dende á poco rato que el Gobernador había aquí reposado llegó la retaguarda, y por otra parte los mensajeros que Atabalipa enviaba, los cuales traían diez ovejas. Llegados ante el Gobernador, y hecho su acatamiento, dijeron que Atabalipa enviaba aquellas ovejas para los cristianos y para saber el día que llegarían á Caxamalca, para les enviar comida al camino. El Gobernador los recibió bien, y les dijo que se holgaba con su venida, por enviarlos su hermano Atabalipa; que él iría lo mas presto que pudiese. Después que hubieron comido y reposado, el Gobernador les preguntó de las cosas de la tierra y de las guerras que tenía Atabalipa. El uno dellos respondió que cinco días había que Atabalipa estaba en Caxamalca para esperar allí al Gobernador, y que no tenía consigo sino poca gente; que la había enviado á dar guerra al Cuzco, su hermano. Preguntóle el Gobernador en particular lo que había pasado en todas aquellas guerras, y cómo comenzó á conquistar; el indio dijo: «Mi señor Atabalipa es hijo del Cuzco viejo, que es ya fallecido, el cual señoreó todas estas tierras; y á este su hijo Atabalipa dejó por señor de una gran provincia que está adelante de Tomipunta, la cual se dice Guito, y á otro su hijo mayor dejó todas las otras tierras y señorío principal; y por ser sucesor del señorío se llama Cuzco, como su padre. Y no contento con el señorío que tenía, vino á dar guerra á su hermano Atabalipa, el cual le envió mensajeros rogándole que le dejase pacíficamente en lo que su padre le había dejado por herencia; y no lo queriendo hacer el Cuzco, mató á sus herederos y á un hermano de los dos que fué con la embajada. Visto esto por Atabalipa, salió á él con mucha gente de guerra hasta llegar á la provincia de Tumeponiba, que era del

lo de su hermano; y por defenderse de la gente, á el pueblo principal de aquella provincia y mató á la gente. E allí le vinieron nuevas que su hermano entrado en su tierra haciendo guerra, y fué sobre como el Cuzco supo su venida, fué huyendo á su hermano. Atabalipa fué conquistando las tierras del Cuzco, que algun pueblo se le defendiese, porque sabían bien que en Tumepomba hizo, y de todas las tierras señoreaba se rehacia de gente de guerra. Y conegó á Caxamalca parecióle la tierra buena y abundante, y asentó allí, para acabar de conquistar toda la tierra de su hermano, y envió con un capitán dos hombres de guerra sobre la ciudad donde su hermano reside; y como su hermano tenía mucho número de gente, mató estos dos mil hombres; y Atabalipa á enviar mas gente con dos capitanes, seis meses de pocos días acá le han venido nuevas destas cosas, que han ganado toda la tierra del Cuzco, y llegar á su pueblo, y han desbaratado á él y á su hermano, y traen presa su persona, y le tomaron mucho plata. » El Gobernador dijo al mensajero: «Mucho ligado de lo que me has dicho, por saber de la vida de tu señor; porque, no contento su hermano que tenía, quería abajar á tu señor del estado en el que le había dejado. A los soberbios les acuescino al Cuzco; que no solamente no alcanzan tohamente desean, pero aun ellos quedan perdidos bienes y personas. » Y creyendo el Gobernador todo lo que este indio había dicho era de parte de Atabalipa, por poner temor á los cristianos y dar á entender su poderio y destreza, dijo al mensajero: «Bien que lo que has dicho es así, porque Atabalipa es un señor, y tengo nuevas que es buen guerrero; mas te saber que mi señor el Emperador, que es rey de España y de todas las Indias y Tierra-Firme, y se le todo el mundo, tiene muchos criados mayores que Atabalipa, y capitanes suyos han vencido y matado á muy mayores que Atabalipa y su hermano y su hermano; y el Emperador me envió á estas tierras á los moradores dellas en conocimiento de Dios su obediencia, y con estos pocos cristianos que yo vienes he yo desbaratado mayores señores que Atabalipa. Y si él quisiere mi amistad y recibirme á él, como otros señores han hecho, yo le seré amigo y le ayudaré en su conquista, y se quedará contentado; porque yo voy por estas tierras de largo para descubrir la otra mar; y si quisiere guerra, yo se la haré, como la he hecho al cacique de la isla de San Juan y al de Túmbez, y todos los demás que conmigo se querido; que yo á ninguno hago guerra ni enojo, sino la busca.

Por estas cosas por los mensajeros, estuvieron un tiempo atónitos, que no hablaban, oyendo que tan los españoles hacían tan grandes hechos; y de allí á dijeron que se querían ir con la respuesta á su señor, diciéndole que los cristianos irían presto, porque les da refresco al camino; y el Gobernador los despidió otro día por la mañana tomó el camino todavía de guerra, y en unos pueblos que cerca de allí en un camino fué á dormir aquella noche. Y luego que el Gobernador allí fué llegado, vino el principal

mensajero que Atabalipa había primero enviado con el presente de las fortalezas que vino á Zaran por la vía de Caxas. El Gobernador mostró holgarse mucho con él, y le preguntó qué tal quedaba Atabalipa; él respondió que bueno, y le enviaba con diez ovejas que traía para los cristianos, y habló muy desenvueltamente, y en sus razones parecía hombre vivo. Como hubo hecho su razonamiento, preguntó el Gobernador á las lenguas que qué decía. Dijeron que lo mismo que había dicho el otro mensajero el día antes, y otras muchas razones alabando el gran estado de su señor y la gran pujanza de su hueste, y asegurando y certificando al Gobernador que Atabalipa le recibiría de paz y lo quería tener por amigo y hermano. El Gobernador le respondió con muy buenas palabras, como al otro había respondido. Este embajador traía servicio de señor y cinco ó seis vasos de oro fino, con que bebía, y con ellos daba de beber á los españoles de la cacha que traía, y dijo que con el Gobernador se quería ir hasta Caxamalca.

Otro día por la mañana se partió el Gobernador y caminó por las sierras como primero, y llegó á unos de Atabalipa, adonde reposó un día. Otro día vino allí el mensajero que había enviado el Gobernador á Atabalipa, que era un principal indio de la provincia de San Miguel; y viendo al mensajero de Atabalipa, que presente estaba, arremetió contra él, y tirábale de las orejas, tirando reciamente, hasta que el Gobernador mandó que lo soltase, que dejándolos, hubiera entre ellos mala escaramuza. Preguntóle el Gobernador que por qué había hecho aquello al mensajero de su hermano Atabalipa; él dijo: «Este es un gran bellaco, llevador de Atabalipa, y viene aquí á decir mentiras, mostrando ser persona principal; que Atabalipa está de guerra fuera de Caxamalca en el campo, y tiene mucha gente; que yo hallé el pueblo sin gente, y de ahí fui á las tiendas, y vi que tiene mucha gente y ganado y muchas tiendas, y todos están á punto de guerra, y á mi me quisieron matar, si no fuera porque les dije que si me mataban, que matarian acá á los embajadores de allá, y que hasta que yo volviese no los dejarían ir; y con esto me dejaron; y no me quisieron dar de comer, sino que me rescatase. Díjeles que me dejasen ver á Atabalipa y decirle mi embajada, y no quisieron, diciendo que estaba ayunando y no podía hablar con nadie. Un tio suyo salió á hablar conmigo, y yo le dije que era tu mensajero y todo lo que mas mandaste que yo dijese. Él me preguntó qué gente son los cristianos y qué armas traen. E yo le dije que son valientes hombres y muy guerreros; que traen caballos que corren como viento, y los que van en ellos llevan unas lanzas largas y con ellas matan á cuantos hallan, porque luego en dos saltos los alcanzan, y los caballos con los pies y bocas matan muchos. Los cristianos que andan á pié dije que son muy sueltos, y traen en un brazo una rodela de madera con que se defienden y jubones fuertes colchados de algodón y unas espadas muy agudas que cortan por ambas partes de golpe un hombre por medio, y á una oveja llevan la cabeza, y con ella cortan todas las armas que los indios tienen; y otros traen ballestas que tiran de lejos, que de cada saetada matan un hombre, y tiros de pólvora que tiran pelotas de fuego, que matan mucha gente.

Ellos dijeron que todo es nada; que los cristianos son pocos y los caballos no traen armas, que luego los matarán con sus lanzas. Yo dije que tienen los cueros duros, que sus lanzas no los podrán pasar, y dijeron que de los tiros de fuego no tienen temor, que no traen los cristianos mas que dos. Al tiempo que me quería venir les rogué que me dejasen ver á Atabalipa, pues sus mensajeros ven y hablan al Gobernador, que es mejor que él, y no me quisieron dejar hablar con él, y así me vine. Pues mirad si tengo razon de matar á este; porque siendo un llevador de Atabalipa (como me han dicho que es), habla contigo y come á tu mesa, y á mí, que soy hombre principal, no me quisieron dejar hablar con Atabalipa ni durme de comer, y con buenas razones me defendí que no me mataron.» El mensajero de Atabalipa respondió muy atemorizado de ver que el otro indio hablaba con tanto atrevimiento, y dijo que si no habia gente en el pueblo de Caxamalca era por dejar las casas vacias en que los cristianos se aposentasen, y Atabalipa está en el campo porque así lo tiene de costumbre después que comenzó la guerra; y si no tedejaron hablar con Atabalipa fué porque ayunaba, como tiene de costumbre, y no te le dejaron ver, porque los dias que ayuna está retraido, y ninguno no le habla en aquel tiempo, y ninguno osaria hacerle saber que tú estabas allí; que si él lo supiera, él te hiciera entrar y dar de comer. Otros muchas razones dijo, asegurando que Atabalipa estaba esperando de paz. Si todos los razonamientos que entre este indio y el Gobernador pasaron se hobiesen de escribir por extenso, seria hacer escriptura, y por abreviar va en suma. El Gobernador dijo que bien creía que era así como él decía, porque no tenia menos confianza de su hermano Atabalipa; y no dejó de le hacer tan buen tratamiento de allí adelante como antes; riñendo con el indio su mensajero, dando á entender que le pesaba porque le habia maltratado en su presencia; teniendo en lo secreto por cierto que era verdad lo que su indio habia dicho, por el conocimiento que tenia de las cautelosas mañas de los indios.

Otro dia partió el Gobernador, y fué á dormir á un llano de Zavana por llegar otro dia á mediodia á Caxamalca, que decian que estaba cerca. Allí vinieron mensajeros de Atabalipa con comida para los cristianos. Otro dia en amaneciendo partió el Gobernador con su gente puesto en orden, y anduvo hasta una legua de Caxamalca, donde esperó que se juntase la retaguarda; y toda la gente y caballos se armaron, y el Gobernador los puso en concierto para la entrada del pueblo, y hizo tres haces de los españoles de á pie y de á caballo.

Con esta órden caminó, enviando mensajeros á Atabalipa que viniese allí al pueblo de Caxamalca para verse con él. Y en llegando á la entrada de Caxamalca vieron estar el real de Atabalipa una legua de Caxamalca, en la haldada de una sierra. Llegó el Gobernador á este pueblo de Caxamalca viérnes á la hora de visperas, que se contaron 15 dias de noviembre año del Señor de 1532. En medio del pueblo está una plaza grande cercada de tapias y de casas de aposento, y por no hallar el Gobernador gente, reparó en aquella plaza, y envió un mensajero á Atabalipa haciéndole saber cómo era llegado; que viniese á verse con él y á mostrarle dónde se aposentase. En-

tre tanto mandó ver el pueblo, porque si hobiese otra mejor fuerza asentase allí el real; y mandó que estuviesen todos en la plaza, y los de á caballo sin apearse hasta ver si Atabalipa venia, y visto el pueblo, no se hallaron mejores aposentos que la plaza. Este pueblo, que es el principal de este valle, está asentado en la haldada de una sierra; tiene una legua de tierra llana; pasan por este valle dos rios; este valle va llano, mucha tierra poblada de una parte, y de otra cercado de sierras. Este pueblo es de dos mil vecinos; á la entrada dél hay dos puentes, porque por allí pasan dos rios. La plaza es mayor que ninguna de España, toda cercada con dos puertas, que salen á las calles del pueblo. Las casas della son de mas de docientos pasos en largo, son muy bien hechas, cercadas de tapias fuertes, de altura de tres estados; las paredes y el techo cubierto de paja y madera asentada sobre las paredes; estan dentro destas casas unos aposentos repartidos en ocho cuartos muy mejor hechos que ninguno de los otros. Las paredes dellas son de piedra de cantería muy bien labradas, y cercados estos aposentos por si con su cerca de cantería y sus puertas, y dentro en los patios sus pilas de agua traída de otra parte por caños para el servicio destas casas; por la delantera desta plaza, á la parte del campo, está encorporada en la plaza una fortaleza de piedra con una escalera de cantería, por donde suben de la plaza á la fortaleza; por la delantera della, á la parte del campo, está otra puerta falsa pequeña, con otra escalera angosta, sin salir de la cerca de la plaza. Sobre este pueblo, en la ladera de la sierra, donde comienzan las casas dél, esta fortaleza está asentada en un peñol, la mayor parte dél tajado. Esta es mayor que la otra, cercada de tres cercas, fecha subida como caracol. Fuerzas son que entre indios no se han visto tales: entre la sierra y esta plaza grande está otra plaza mas pequeña, cercada toda de aposentos; y en ellos habia muchas mujeres para el servicio de aqueste Atabalipa. Y antes de entrar en este pueblo hay una casa cercada de un corral de tapia, y en él una arboleda puesta por mano. Esta casa dicen que es del sol, porque en cada pueblo hacen sus mezquitas al sol. Otras mezquitas hay en este pueblo, y en toda esta tierra las tienen en veneracion, y cuando entran en ellas se quitan los zapatos á la puerta. La gente de todos estos pueblos, después que se subió á la sierra, hacen ventaja á toda la otra que queda atrás, porque es gente limpia y de mejor razon, y las mujeres muy honestas; traen sobre la ropa las mujeres unas reatas muy labradas, fajadas por la barriga; sobre esta ropa traen cubierta una manta desde la cabeza hasta media pierna, que parece mantillo de mujer. Los hombres visten camisetitas sin mangas y unas mantas cubiertas. Todas en su casa tejen lana y algodón, y hacen la ropa que es menester, y calzado para los hombres de lana y algodón, hecho como zapatos. Como el Gobernador hubo estado con los españoles esperando que Atabalipa viniese ó enviase á darle aposento, y como vió que se hacia ya tarde, envió un capitan con veinte de á caballo á hablar á Atabalipa y á decir que viniese á hablar con él; al cual mandó que fuese pacíficamente sin trabar contienda con su gente, aunque ellos la quisiesen; que lo mejor

que pudiese llegase á hablarle, y volviese con la respuesta. Este capitán llegaría al medio camino cuando el Gobernador subió encima de la fortaleza y delante de las tiendas vió en el campo gran número de gente; y porque los cristianos que habían ido no se viesan en detrimento si les quisiesen ofender, para que pudiesen mas á su salvo salirse de entre ellos y defenderse, envió otro capitán hermano suyo con otros veinte de á caballo; al cual mandó que no consintiese que hiciesen ningunas voces. Desde á poco rato comenzó á llover y caer granizo, y el Gobernador mandó á los cristianos que se aposentasen en los aposentos del palacio, y el capitán de la artillería con los tiros en la fortaleza. Estando en esto vino un indio de Atabalipa á decir al Gobernador que se aposentase donde quisiese, con tanto que no se subiese en la fortaleza de la plaza; que él no podía venir por entonces, porque ayunaba. El Gobernador le respondió que así lo haría, y que había enviado á su hermano á rogarle que viniese á verse con él, porque tenía mucho deseo de verle y conocerle por las buenas nuevas que dél tenía. Con esta respuesta se volvió el mensajero; y el capitán Hernando Pizarro con los cristianos volvió en anocheciendo. Venidos ante el Gobernador, dijeron que en el camino habían hallado un mal paso en una ciénaga que de antes parecía ser hecho de calzada, porque desde este pueblo va todo el camino ancho hecho de calzada de piedra y tierra hasta el real de Atabalipa; y como la calzada iba sobre los malos pasos, rompieron sobre aquel mal paso, y que lo pasaron por otra parte; y que antes de llegar al real pasaron dos ríos, y por delante pasa un río, y los indios pasan por una puente; y que desta parte está el real cercado de agua, y que el capitán que primero fué dejó la gente desta parte del río porque la gente no se alborotase, y no quiso pasar por la puente porque no se hundiese su caballo, y pasó por el agua, llevando consigo la lengua, y pasó por entre un escuadrón de gente que estaba en pie; y llegado al aposento de Atabalipa, en una plaza había cuatrocientos indios que parecían gente de guarda; y el tirano estaba á la puerta de su aposento sentado en un asiento bajo, y muchos indios delante dél, y mujeres en pie, que casi lo rodeaban; y tenía en la frente una borla de lana que parecía seda, de color de carmesí, de dos manos, asida de la cabeza con sus cordones, que le bajaba hasta los ojos; la cual lo hacía mucho mas grave de lo que él es; los ojos puestos en tierra, sin los alzar á mirar á ninguna parte; y como el capitán llegó ante él le dijo por la lengua ó faraute que llevaba que era un capitán del Gobernador, y que le enviaba á lo ver y decir de su parte el mucho deseo que él tenía de su vista; y que si le pluguiese de le ir á ver se holgaría el señor Gobernador; y que otras razones le dijo, á las cuales no le respondió, ni alzó la cabeza á le mirar, sino un principal suyo respondía á lo que el capitán hablaba. En esto llegó el otro capitán donde el primero había dejado la gente, y preguntóles por el capitán, y dijéronle que hablaba con el Cacique. Dejando allí la gente, pasó el río, y llegando cerca de donde Atabalipa estaba, dijo el capitán que con él estaba: «Este es un hermano del Gobernador; háblale, que viene á verte.» Entonces alzó los ojos

el Cacique y dijo: «Maizabíllica, un capitán que tengo en el río de Zuricara, me envió á decir cómo tratábadis mal á los caciques, y echábadelos en cadenas; y me envió una collera de hierro, y dice que él mató tres cristianos y un caballo. Pero yo huelgo de ir mañana á ver al Gobernador y ser amigo de los cristianos, porque son buenos.» Hernando Pizarro respondió: «Maizabíllica es un bollaco, y á él y á todos los indios de aquel río mataría un solo cristiano; ¿cómo podía él matar cristianos ni caballo, siendo ellos unas gallinas? El Gobernador ni los cristianos no tratan mal los caciques si no quieren guerra con él, porque á los buenos que quieren ser sus amigos los trata muy bien, y á los que quieren guerra se la hace hasta destruirlos; y cuando tú vieres lo que hacen los cristianos ayudándote en la guerra contra tus enemigos, conocerás cómo Maizabíllica te mintió.» Atabalipa dijo: «Un cacique no me ha querido obedecer; mi gente irá con vosotros, y haréisle guerra.» Hernando Pizarro respondió: «Para un cacique, por mucha gente que tenga, no es menester que vayan tus indios, sino diez cristianos á caballo lo destruirán.» Atabalipa se rió y dijo que habiesen; los capitanes dijeron que ayunaban, por defenderse de beber su brebaje. Importunados por él, lo aceptaron. Luego vinieron mujeres con vasos de oro, en que traían chicha de maíz. Como Atabalipa las vido, alzó los ojos á ellas, sin les decir palabra, se fueron presto, é volvieron con otros vasos de oro mayores, y con ellos les dieron á beber. Luego se despidieron, quedando Atabalipa de ir á ver al Gobernador otro día por la mañana. Su real estaba asentado en la falda de una serrezuela, y las tiendas, que eran de algodón, tomaban una lengua de largo; en medio estaba la de Atabalipa. Toda la gente estaba fuera de sus tiendas en pie, y las armas hincadas en el campo, que son unas lanzas largas como picas. Parecióles que había en el real mas de treinta mil hombres. Cuando el Gobernador supo lo que había pasado mandó que aquella noche hiciese buena guarda en el real, y mandó á su capitán general que requiriese las guardas, y que las rondas anduviesen toda la noche al rededor del real; lo cual así se hizo. Venido el día sábado, por la mañana llegó al Gobernador un mensajero de Atabalipa, y le dijo de su parte: «Mi señor te envía á decir que quiere venir á verte, y traer su gente armada, pues tú enviaste la tuya ayer armada; y que le envíes un cristiano con quien venga.» El Gobernador respondió: «Di á tu señor que venga en hora buena como quisiera; que de la manera que viniere lo recibiré como amigo y hermano; y que no le envíes cristiano porque no se usa entre nosotros enviar lo de un señor á otro.» Con esta respuesta se partió el mensajero; el cual en siendo llegado al real, las atalayas vieron venir la gente. Desde á poco rato vino otro mensajero, y dijo al Gobernador: «Atabalipa te envía á decir que no quería traer su gente armada; porque aunque viniesen con él, muchos vernían sin armas, porque los quería traer consigo y aposentarlos en este pueblo; y que le aderezasen un aposento de los desta plaza, donde él pose, que sea una casa que se diga de la Sierpe, que tiene dentro una sierpe de piedra.» El Gobernador respondió que así se haría; que viniese

presto; que tenía deseo de verle. En poco rato vieron venir todo el campo lleno de gente, reparándose á cada paso, esperando á la que salía del real; y hasta la tarde duró el venir de la gente por el camino; venían repartidos en escuadrones. Después que fueron pasados todos los malos pasos, asentaron en el campo cerca del real de los cristianos, y todavía salía gente del real de los indios. Luego el Gobernador mandó secretamente á todos los españoles que se armasen en sus posadas y tuviesen los caballos ensillados y enfrenados, repartidos en tres capitanías, sin que ninguno saliese de su posada á la plaza; y mandó al capitán de la artillería que tuviese los tiros asentados hacia el campo de los enemigos, y cuando fuese tiempo les pusiese fuego. En las calles por donde entró á la plaza puso gente en celada; y tomó consigo veinte hombres de á pié, y con ellos estuvo en su aposento, porque con él tuviesen cargo de prender la persona de Atabalipa si cautelosamente viniese, como parecía que venía, con tanto número de gente como con él venía. Y mandó que fuese tomado á vida; y á todos los demás mandó que ninguno saliese de su posada, aunque viesen entrar á los contrarios en la plaza, hasta que oyesen soltar el artillería. Y que él tenía atalayas, y viendo que venía de ruin arte, avisaría cuando hobiesen de salir; á saldrían todos de sus aposentos, y los de á caballo en sus caballos, cuando oyesen decir: «Santiago.»

Con este concierto y orden que se ha dicho estuvo el Gobernador esperando que Atabalipa entrase, sin que en la plaza pareciese algun cristiano, excepto el atalaya que daba aviso de lo que pasaba en la huerte. El Gobernador y el Capitán General andaban requiriendo los aposentos de los españoles, viendo cómo estaban apercebidos para salir cuando fuesen menester, diciéndoles á todos que hiciesen de sus corazones fortalezas, pues no tenían otras, ni otro socorro sino el de Dios, que socorre en las mayores necesidades á quien anda en su servicio; y que aunque para cada cristiano había quinientos indios, que tuviesen el esfuerzo que los buenos suelen tener en semejantes tiempos, y que esperasen que Dios pelearía por ellos; y que al tiempo del acometer fuesen con mucha furia y tiento, y rompiesen sin que los de caballo se encontrasen unos con otros. Estas y semejantes palabras decían el Gobernador y el Capitán General á los cristianos para los animar; los cuales estaban con voluntad de salir al campo mas que de estar en sus posadas. En el ánimo de cada uno parecía que haría por ciento; que muy poco temor les ponía ver tanta gente.

Viendo el Gobernador que el sol se iba á poner, y que Atabalipa no levantaba de donde había reparado, y que todavía venía gente de su real, envióle á decir con un español que entrase en la plaza y viniese á verlo ante que fuese noche. Como el mensajero fué á Atabalipa hizole acatamiento, y por señas le dijo que fuese donde el Gobernador estaba. Luego él y su gente comenzaron á andar, y el español volvió delante, y dijo al Gobernador que venía, y que la gente que traía en la delantera traían armas secretas debajo de las camisetas, que eran jubones de algodón fuertes, y talegas de piedras y hondas; que lo parecía que traían ruin intención. Luego

la delantera de la gente comenzó á entrar en la plaza; venía delante un escuadrón de indios vestidos de una librea de colores á manera de escaques; estos venían quitando las pajas del suelo y barriendo el camino. Tras estos venían otras tres escuadras vestidos de otra manera, todos cantando y bailando. Luego venía mucha gente con armaduras, patenas y coronas de oro y plata. Entre estos venía Atabalipa en una litera aforrada de pluma de papagayos de muchas colores, guarnecida de chupas de oro y plata.

Traíanle muchos indios sobre los hombros en alto, y tras desta venían otras dos literas y dos hamacas, en que venían otras personas principales; luego venía mucha gente en escuadrones con coronas de oro y plata. Luego que los primeros entraron en la plaza, apartaron y dieron lugar á los otros. En llegando Atabalipa en medio de la plaza, hizo que todos estuviesen quedos, y la litera en que él venía y las otras en alto: no cesaba de entrar gente en la plaza. De la delantera salió un capitán, y subió en la fuerza de la plaza, donde estaba el artillería, y alzó dos veces una lanza á manera de seña. El Gobernador, que esto vió, dijo á fray Vicente que si quería ir á hablar á Atabalipa con un faraute; él dijo que sí, y fué con una cruz en la mano y con su Biblia en la otra, y entró por entre la gente hasta donde Atabalipa estaba, y le dijo por el faraute: «Yo soy sacerdote de Dios, y enseño á los cristianos las cosas de Dios, y asimismo vengo á enseñar á vosotros. Lo que yo enseño es lo que Dios nos habló, que está en este libro; y por tanto, de parte de Dios y de los cristianos te ruego que seas su amigo, porque así lo quiere Dios, y venirte ha bien dello; y vé á hablar al Gobernador, que te está esperando.» Atabalipa dijo que le diese el libro para verle, y él se lo dió cerrado; y no acertando Atabalipa á abrirlo, el religioso extendió el brazo para lo abrir, y Atabalipa con gran desden le dió un golpe en el brazo, no queriendo que lo abriese; y porfiando él mismo por abrirlo, lo abrió; y no maravillándose de las letras ni del papel, como otros indios, lo arrojó cinco ó seis pasos de sí. E á las palabras que el religioso había dicho por el faraute respondió con mucha soberbia, diciendo: «Bien sé lo que habeis hecho por ese camino, cómo habeis tratado á mis caciques y tomado la ropa de los bohíos.» El religioso respondió: «Los cristianos no han hecho esto; que unos indios trajeron la ropa no lo sabiendo el Gobernador, y él la mandó volver.» Atabalipa dijo: «No portiré de aquí hasta que toda me la traigan.» El religioso volvió con la respuesta al Gobernador. Atabalipa se puso en pié encima de las andas, hablando á los suyos que estuviesen apercebidos. El religioso dijo al Gobernador lo que había pasado con Atabalipa, y que había echado en tierra la sagrada escritura. Luego el Gobernador se armó un sayo de armas de algodón, y tomó su espada y adarga, y con los españoles que con él estaban entró por medio de los indios; y con mucho ánimo, con solos cuatro hombres que le pudieron seguir, llegó hasta la litera donde Atabalipa estaba, y sin temor le echó mano del brazo izquierdo, diciendo: «Santiago.» Luego soltaron los tiros y tocaron las trompetas, y salió la gente de á pié y de á caballo. Como los indios vieron el tropel de los

te, hubieron muchos de aquellos que en la plaza; y fué tanta la furia con que huyeron, que corran un lienzo de la cerca de la plaza, y muchos unos sobre otros. Los de caballo salieron por ellos, hiriendo y matando, y siguieron el al. La gente de á pié se dió tan buena priesa en los la plaza quedaron, que en breve tiempo fueron de ellos metidos á espada. El Gobernador tenía del brazo á Atabalipa, que no le podía sacar de las, como estaba en alto. Los españoles hicieron danza en los que tenían las andas, que cayeron en lo; y si el Gobernador no defendiera á Atabalipa, para el soberbio todas las crueldades que había. El Gobernador, por defender á Atabalipa, fué de una pequeña herida en la mano. En todo esto á indio armas contra español; porque fué tanto el to que tuvieron de ver al Gobernador entre ellos, ar de improvisa el artillería y entrar los caballos al, como era cosa que nunca habían visto, que con turbación procuraban mas huir por salvar las vidas de hacer guerra. Todos los que traían las andas abalipa pareció ser hombres principales, los cuantos murieron, y también los que venían en las li-y hamacas; y el de la una litera era su paje y á quien él mucho estimaba; y los otros eran tam-ñores de mucha gente y consejeros suyos; murió en el cacique señor de Caxamalca. Otros capitulurieron, que por ser gran número no se hace caso, porque todos los que venían en guarda de Ataburran grandes señores. Y el Gobernador se fué á su a con su prisionero Atabalipa, despojado de sus laras, que los españoles les habían rompido por le de las andas. Cosa fué maravillosa ver preso en feve tiempo á tan gran señor, que tan poderoso. El Gobernador mandó luego sacar ropa de la tier- hizo vestir; y así, aplacándole del enojo y turba- que tenía de verse tan presto caído de su estado, otras muchas palabras, le dijo el Gobernador: «No por afrenta haber sido así preso y desbaratado, los cristianos que yo traigo, aunque son pocos mero, con ellos he sujetado mas tierra que la tu- ebaratado otros mayores señores que tú, ponién- debajo del señorío del Emperador, cuyo vasallo eual es señor de España y del universo mundo, y mandado venimos á conquistar esta tierra, por- dos vengais en conocimiento de Dios y de su san- gólica; y con la buena demanda que traemos per- Dios, criador de cielo y tierra y de todas las cosas as; y porque lo ocozais y salgais de la bestialidad diabolica en que vivis, que tan pocos como somos amos tanta multitud de gente; y cuando hubié- to el error en que habeis vivido, conoceréis el cio que recebis en haber venido nosotros á esta por mandado de su majestad; y debes tener á ventura que no has sido desbaratado de gente como vosotros sois, que no dais á ninguno; nos- usamos de piedad con nuestros enemigos venci- no hacemos guerra sino á los que nos la hacen, mandolos destruir, no lo hacemos, antes los perdo-; que poniendo yo preso al cacique señor de la lo dejé porque de allí adelante fuese bueno; y lo

mismo hice con los caciques señores de Tumbes y Chilimasa y con otros, que teniéndolos en mi poder, siendo merecedores de muerte, los perdoné. Y si tú fuiste preso, y tu gente desbaratada y muerta, fué por- que venias con tan gran ejército contra nosotros, en- viándote á rogar que vinieses de paz, y echaste en tier- ra el libro donde estaban las palabras de Dios, por esto permitió nuestro Señor que fuese abajada tu soberbia, y que ningun indio pudiese ofender á ningun cris- tiano.»

Hecho este razonamiento por el Gobernador, respon- dió Atabalipa que había sido engañado de sus capita- nes, que le dijeron que no liciere caso de los españo- les; que él de paz queria venir, y los suyos no lo deja- ron, y que todos los que le aconsejaron eran muertos. Y que también había visto la bondad y ánimo de los es- pañoles; y que Maizalilica, sintiendo que envió á decir de los cristianos, como ya fuese de noche, y viese el Gobernador que no eran recogidos los que habían ido en el alcance, mandó tirar los tiros y tañer las trompe- tas porque se recogiesen. Dende á poco rato entraron todos en el real con gran presa de gente que habían to- mado á vida, en que había mas de tres mil personas. El Gobernador les preguntó si venían todos buenos. Su capitán general, que con ellos venia, respondió que solo un caballo tenía una pequeña herida. El Gobernador dijo con mucha alegría: «Doy gracias á Dios nuestro Señor, y todos, señores, las debemos dar, por tan gran milagro como en este día por nosotros ha fecho; y ver- daderamente podemos creer que sin especial socorro suyo no fuéramos parte para entrar en esta tierra, cuanto mas vencer una tan gran hueste. Plega á Dios, por su misericordia, que, pues tiene por bien de nos hacer tantas mercedes, nos dé gracia para hacer tales obras, que alcancemos su santo reino. Y porque, seño- res, vernéis fatigados, váyase cada uno á reposar á su posada, y porque Dios nos ha dado victoria no nos des- cuidemos; que, aunque van desbaratados, son mañosos y diestros en la guerra, y este señor (como sabemos) es temido y obedecido, y ellos intentarán toda ruindad y cautela para sacarlo de nuestro poder. Esta noche y to- das las demás haya buena guarda de velas y ronda, de manera que nos hallen opecebidos.» Y así, se fueron á cenar, y el Gobernador hizo asentar á su mesa á Ata- balipa, y haciéndole buen tratamiento, y sirviéronlo co- mo á su misma persona; y luego le mandó dar de sus mujeres que fueron presas las que él quiso para su ser- vicio, y mandóle hacer una cama en la cámara que el mismo Gobernador dormia, teniéndole suelto sin pri- sion, sino las guardas que velaban. La batalla duró poco mas de media hora, porque ya era puesto el sol cuando se comenzó; si la noche no la atajara, que de mas de treinta mil hombres que vinieron quedaran pocos. Es opinión de algunos que han visto gente en campo, que había mas de cuarenta mil; en la plaza quedaron muer- tos dos mil, sin los feridos. Vióse en esta batalla una cosa muy maravillosa, y es, que los caballos, que el día antes no se podían mover de resfriados, aquel día an- duvieron con tanta furia, que parecia no haber tenido mal. El Capitán General requirió aquella noche las ve- las y ronda, poniéndolas en conveniente lugar. Otro día

por la mañana envió el Gobernador un capitán con treinta de á caballo á correr por todo el campo, y mandó quebrar las armas de los indios; y entre tanto la gente del real hicieron sacar á los indios que fueron presos los muertos de las plazas. El capitán con los de á caballo recogió todo lo que había en el campo y tiendas de Atabalipa, y entró antes de mediodía en el real con una cabalgada de hombres y mujeres, y ovejas y oro y plata y ropa; en esta cabalgada hubo ochenta mil pesos y siete mil marcos de plata y catorce esmeraldas; el oro y plata en piezas monstruosas y platos grandes y pequeños, y cántaros y ollas y braseros y copones grandes, y otras piezas diversas. Atabalipa dijo que todo esto era vajilla de su servicio, y que sus indios que habían huido habían llevado otra mucha cantidad. El Gobernador mandó que soltasen todas las ovejas, porque era mucha cantidad y embarazaban el real, y que los cristianos matasen todos los días cuantas hobiesen menester; y los indios que la noche antes habían recogido mandó el Gobernador poner en la plaza para que los cristianos tomasen los que hobiesen menester para su servicio; todos los demás mandó soltar y que se fuesen á sus casas, porque eran de diversas provincias, que los traía Atabalipa para sostener sus guerras y para servicio de su ejército.

Algunos fueron de opinión que matasen todos los hombres de guerra ó les cortasen las manos. El Gobernador no lo consintió, diciendo que no era bien hacer tan grande crueldad; que aunque es grande el poder de Atabalipa y podía recoger gran número de gente, que mucho sin comparación es mayor el poder de Dios nuestro Señor, que por su infinita bondad ayuda á los suyos; y que tuviesen por cierto que el que los había librado del peligro del día pasado los libraria de ahí adelante, siendo las intenciones de los cristianos buenas, de atraer aquellos bárbaros infieles al servicio de Dios y al conocimiento de su santa fe católica; que no quisiesen parecer á ellos en las crueldades y sacrificios que hacen á los que prenden en sus guerras; que bien bastaba los que eran muertos en la batalla; que aquellos habían sido traídos como ovejas á corral; que no era bien que muriesen ni se les hiciese daño; y así, fueron sueltos.

En este pueblo de Caxamalca fueron halladas ciertas casas llenas de ropa liada en fardos arrimados hasta los techos de las casas. Dicen que era depositado para bastecer el ejército. Los cristianos tomaron la que quisieron, y todavía quedaron las casas tan llenas, que parecía no haber hecho falta la que fué tomada. La ropa es la mejor que en las Indias se ha visto; la mayor parte della es de lana muy delgada y prima, y otra de algodón de diversas colores y bien matizadas. Las armas que se hallaron con que hacen la guerra y su manera de pelear es la siguiente. En la delantera vienen honderos que tiran con hondas piedras guijañas lisas y hechas á mano, de hechura de huevos; los honderos traen rodela que ellos mismos hacen de tablillas angostas y muy fuertes; asimismo traen jubones colchados de algodón; tras destes vienen otros con porras y hachas de armas; las porras son de braza y media de largo, y tan gruesas como una lanza jineta; la porra que está al cabo en-

gastanada es de metal, tan grande como el puño, con cinco ó seis puntas agudas, tan gruesa cada punta como el dedo pulgar; juegan con ellas á dos manos; las hachas son del mismo tamaño y mayores; la cuchilla de metal de anchor de un palmo, como alabarda. Algunas hachas y porras hay de oro y plata, que traen los principales; tras estos vienen otros con lanzas pequeñas arrojadizas, como dardos; en la retaguarda vienen piqueros con lanzas largas de treinta palmos; en el brazo izquierdo traen una manga con mucho algodón, sobre que juegan con la porra. Todos vienen repartidos en sus escuadras con sus banderas y capitanes que los mandan, con tanto concierto como turcos. Algunos dellos traen capacetes grandes, que les cubren hasta los ojos, hechos de madera; en ellos mucho algodón, que de hierro no pueden ser mas fuertes. Esta gente, que Atabalipa tenía en su ejército, eran todos hombres muy diestros y ejercitados en la guerra, como aquellos que siempre andan en ella, é son mancebos é grandes de cuerpo, que solos mil dellos bastan para asolar una población de aquella tierra, aunque tenga veinte mil hombres. La casa de aposento de Atabalipa, que en medio de su real tenía, es la mejor que entre indios se ha visto, aunque pequeña; hecha en cuatro cuartos, y en medio un patio, y en él un estanque, al cual viene agua por un caño, tan caliente, que no se puede sufrir la mano en ella. Esta agua nasce hirviendo en una sierra que está cerca de allí. Otra tanta agua fría viene por otro caño, y en el camino se juntan y vienen mezcladas por un solo caño al estanque; y cuando quieren que venga la una sola, tienen el caño de la otra. El estanque es grande, hecho de piedra; fuera de la casa, á una parte del corral, está otro estanque, no tan bien hecho como este; tiene sus escaleras de piedra, por do bajan á lavarse. El aposento donde Atabalipa estaba entre día es un corredor sobre un huerto, y junto está una cámara, donde dormía, con una ventana sobre el patio y estanque, y el corredor asimismo sale sobre el patio; las paredes están enjalbegadas de un betón bermejo, mejor que almagre, que luce mucho, y la madera que cae sobre la cobija de la casa está teñida de la misma color; y el otro cuarto frontero es de cuatro bóvedas, redondas como campanas, todas cuatro encorporadas en una; este es encalado, blanco como nieve. Los otros dos son casas de servicio. Por la delantera deste aposento pasa un río.

Ya se ha dicho de la victoria que los cristianos hicieron en la batalla y prision de Atabalipa, y de la manera de su real y ejército. Ahora se dirá del padre deste Atabalipa, y cómo se hizo señor, y otras cosas de su grandeza y estado, según que él mismo lo contó al Gobernador. Su padre deste Atabalipa se llamó el Cuzco, que señoreó toda aquella tierra; de mas de trecientas leguas la obedecían y daban tributo. Fué natural de una provincia mas atrás de Guito, y como hallase aquella tierra donde estaba apacible y abundosa y rica, asentó en ella, y puso nombre á una gran ciudad donde estaba la ciudad del Cuzco. Era tan temido y obedecido, que lo tuvieron cuasi por su dios, y en muchos pueblos le tenían hecho de bulto. Tuvo cien hijos y hijas, y los mas son vivos; ocho años há que murió, y

su heredero á un hijo suyo llamado así como era hijo de su mujer legítima. Llamen mujer á la mas principal, á quien mas quiere el marido era mayor que Atabalipa. El Cuzco viejo dejó por de la provincia de Guito, apartada del otro principal, á Atabalipa, y el cuerpo del Cuzco en la provincia de Guito, donde murió, y la cabeza en la ciudad del Cuzco, y la tienen en mucha cion, con mucha riqueza de oro y plata; que la inde está es el suelo y paredes y techo todo chapado de oro y plata, entretejido uno con otro; y en esta hay otras veinte casas las paredes chapadas de una delgada de oro por de dentro y por de fuera. Toda tiene muy ricos edificios; en ella tenia el su tesoro, que eran tres bohíos llenos de piezas y cinco de plata, y cien mil tejuelos de oro que sacado de las minas; cada tejuelo pesa cincuenta libras; esto habia habido del tributo de las tierras que habia señoreado. Adelante desta ciudad hay otra á Collo, donde hay un rio que tiene mucha caudal de oro; y camino de diez jornadas desta provincia de Caxamalca, en otra provincia que se dice Guaya, hay otro rio tan rico como este. En todas estas provincias hay muchas minas de oro y plata. La que están en la sierra con poco trabajo; que un indio en un día cinco ó seis marcos, la cual sacan con plomo y estaño y piedra zufre, y después la lavan, y para sacarla pegan fuego á la sierra; y como cuando la piedra zufre, cae la plata á pedazos; y en la Chinchica hay las mayores minas. De aquí á la ciudad del Cuzco hay cuarenta jornadas de indios carneros, y la tierra es bien poblada. Chinchica está á medianoche, que es gran poblacion. En toda esta tierra se cria ganado de ovejas; muchas se hacen monjes por no poder sostener tantas como se crían. En España los que con el Gobernador están se matan la ciento y cincuenta, y parece que ninguna falta les harían en este valle aunque estuviesen un año. Y los indios generalmente las comen en toda esta

El mismo dijo Atabalipa que después de la muerte de su padre, él y su hermano el Cuzco estuvieron en paz hasta cada uno en la tierra que le dejó su padre; pero al haber un año, poco mas, que su hermano el Cuzco se levantó contra él con voluntad de tomarle su reino, y después le envió á rogar á Atabalipa que no le declarara guerra, sino que se contentase con lo que su padre le habia dejado; y el Cuzco no lo quiso hacer, y Atabalipa salió de su tierra, que se dice Guito, con la gente de guerra que pudo, y vino á Tomepomba, donde con su hermano una batalla, y mató á Atabalipa con mil hombres de la gente del Cuzco, y lo llevó huyendo; y porque el pueblo Tomepomba se puso en defensa, lo abrasó, y mató toda la gente dél, y asolar todos los pueblos de aquella comarca, y no hacer por seguir á su hermano; y el Cuzco se volvió a su tierra huyendo, y Atabalipa vino conquistando y poniendo en poder toda aquella tierra, y todos los pueblos que habian, sabiendo la grandísima destruccion que habian en Tomepomba. Seis meses habia que Atabalipa habia enviado dos pajes suyos, muy valientes

hombres, el uno llamado Quisques, y el otro Chalachin, los cuales fueron con cuarenta mil hombres sobre la ciudad de su hermano, y fueron ganando toda la tierra hasta aquella ciudad donde el Cuzco estaba, y se la tomaron, y mataron mucha gente, y prendieron su persona y le tomaron todo el tesoro de su padre, y luego lo hicieron saber á Atabalipa, y mandó que se lo enviasen preso, y tiene nueva que llegaran presto con mucho tesoro; y los capitanes se quedaron en aquella ciudad que habian conquistado, por guardar la ciudad y el tesoro que en ella habia, y tenian diez mil hombres de guarnicion, de los cuarenta mil que llevaron, y los otros treinta mil hombres fueron á descansar á sus casas con el despojo que habian habido, y todo lo que su hermano el Cuzco poseia tenia Atabalipa subjectado.

Atabalipa y estos sus capitanes generales andaban en andas, y después que la guerra comenzó ha muerto mucha gente, y Atabalipa ha hecho muchas crueldades en los contrarios, y tiene consigo á todos los caciques de los pueblos que ha conquistado, y tiene puestos gobernadores en todos los pueblos, porque de otra manera no pudiera tener tan pacífica y subjecta la tierra como la ha tenido; y con esto ha sido muy temido y obedecido, y su gente de guerra muy servida de los naturales, y dél muy bien tratada. Atabalipa tenia pensamiento, si no le acaesciera ser preso, de irse á descansar á su tierra, y de camino acabar de asolar todos los pueblos de aquella comarca de Tomepomba, que se le habia puesto en defensa, y poblalla de nuevo de su gente, y que le enviasen sus capitanes, de la gente del Cuzco que han conquistado, cuatro mil hombres casados para poblar á Tomepomba. Tambien dijo Atabalipa que entregaria al Gobernador á su hermano el Cuzco, al cual sus capitanes enviaban preso de la ciudad, para que hiciese dél lo que quisiese; y porque Atabalipa temia que á él mesino matarian los españoles, y dijo al Gobernador que daria para los españoles que le habian predicado mucha cantidad de oro y plata; el Gobernador le preguntó qué tanto daria y en qué término; Atabalipa dijo que daria de oro una sala que tiene veinte y dos pies en largo y diez y siete en ancho, llena hasta una raya blanca que está á la mitad del alto de la sala, que será lo que dijo de altura de estado y medio, y dijo que hasta allí henchiria la sala de diversas piezas de oro, cántaros, ollas y tejuelos, y otras piezas, y que de plata daria todo aquel bohío dos veces lleno, y que esto cumpliria dentro de dos meses. El Gobernador le dijo que despachase mensajeros por ello, y que cumpliendo lo que decia no tuviese ningun temor. Luego despachó Atabalipa mensajeros á sus capitanes, que estaban en la ciudad del Cuzco, que le enviasen dos mil indios cargados de oro y muchos de plata, esto sin lo que venia camino con su hermano, que traian preso. El Gobernador le preguntó que qué tanto tardarian sus mensajeros en ir á la ciudad del Cuzco; Atabalipa dijo que cuando envia con prisa á hacer saber alguna cosa, corren por postas de pueblo en pueblo, y llega la nueva en cinco dias, y que yendo todo el camino los que él envia con el mensaje, aunque sean hombres sueltos, tardan quince dias en ir. Tambien le preguntó el Gobernador que por qué habia mandado matar á algunos indios que habian

hallado muertos en su real los cristianos que recogieron el campo; Atabalipa dijo que el día que el Gobernador envió á su hermano Hernando Pizarro á su real para hablar con él, que uno de los cristianos arremetió con el caballo, y aquellos que estaban muertos se habían retraído, y por eso los mandó matar.

Atabalipa era hombre de treinta años, bien apersonado y dispuesto, algo grueso; el rostro grande, hermoso y feroz, los ojos encarnizados en sangre; hablaba con mucha gravedad, como gran señor; hacia muy vivos razonamientos, y entendidos por los españoles, conocían ser hombre sabio; era hombre alegre, aunque crudo; hablando con los suyos era muy robusto y no mostraba alegría. Entre otras cosas, dijo Atabalipa al Gobernador que diez jornadas de Caxamalca, camino del Cuzco, está en un pueblo una mezquita que tienen todos los moradores de aquella tierra por su templo general, en la cual todos ofrecen oro y plata, y su padre la tuvo en mucha veneración, y él asimismo; la cual mezquita dijo Atabalipa que tenía mucha riqueza; porque, aunque en cada pueblo hay mezquita donde tienen sus ídolos particulares en que ellos adoran, en aquella mezquita estaba el general ídolo de todos ellos; y que por guarda de aquella mezquita estaba un gran sabio, el cual los indios creían que sabía las cosas por venir, porque hablaba con aquel ídolo y se las decía. Oídas estas palabras por el Gobernador (aunque antes tenía noticia desta mezquita), dió á entender á Atabalipa cómo todos aquellos ídolos son vanidad, y el que en ellos habla es el diablo, que los engaña por los llevar á perdición, como ha llevado á todos los que en tal creencia han vivido y fenecido; y dióle á entender que Dios es uno solo, criador del cielo y tierra y de todas las cosas visibles é invisibles, en el cual los cristianos creen, y á este solo debemos tener por Dios y hacer lo que manda, y recibir agua de bautismo; y á los que así lo hicieren llevará á su reino, y los otros irán á las penas infernales, donde para siempre están ardiendo todos los que carecieron deste conocimiento, que han servido al diablo haciéndole sacrificios y ofrendas y mezquitas; todo lo cual de aquí adelante ha de cesar, porque á esto le envía el Emperador, que es rey y señor de los cristianos y de todos ellos, y por vivir, como han vivido, sin conocer á Dios, permitió que con tan gran poder de gente como tenía, fuese desbaratado y preso de tan pocos cristianos; que mirase cuán poca ayuda le había hecho su dios, por donde conocería que es el diablo que los engañaba. Atabalipa dijo que, como hasta entonces no habían visto cristianos él ni sus antepasados, no supieron esto, y que él había vivido como ellos; y mas dijo Atabalipa, que está espantado de lo que el Gobernador le había dicho; que bien conocía que aquel que hablaba en su ídolo no es dios verdadero, pues tan poco le ayuda.

Como el Gobernador y los españoles hubieron descansado del trabajo del camino y de la batalla, luego envió mensajeros al pueblo de San Miguel, haciendo saber á los vecinos lo que le había acaecido, y por saber dellos cómo les iba, y si habían venido algunos navios, de lo cual mandó que le avisasen; y mandó hacer en la plaza de Caxamalca una iglesia donde se celebrase el santísimo sacramento de la misa, y mandó derribar la

cerca de la plaza, porque era baja, y fué hecha de tapias de altura de dos estados, de largura de quinientos y cincuenta pasos. Otras cosas mandó hacer para guarda del real. Cada día se informaba si se hacía algun ayuntamiento de gente, y de las otras cosas que en la tierra pasaban.

Subido por los caciques desta provincia la venida del Gobernador y la prisión de Atabalipa, muchos dellos vinieron de paz á ver al Gobernador. Algunos destes caciques eran señores de treinta mil indios, todos sujetos á Atabalipa, y como ante él llegaban, le hacían gran acatamiento besándole los pies y las manos; él los recibía sin mirarlos. Cosa extraña es decir la gravedad de Atabalipa, y la mucha obediencia que todos le tenían. Cada día le traían muchos presentes de toda la tierra. Así, preso como estaba, tenía estado de señor y estaba muy alegre; verdad es que el Gobernador le hacía muy buen tratamiento, aunque algunas veces le dijo que algunos indios habían dicho á los españoles cómo hacía ayuntar gente de guerra en Guamachuco y en otras partes. Atabalipa respondió que en toda aquella tierra no había quien se moviese sin su licencia; que tuviese por cierto que si gente de guerra viniese, que él la mandaba venir, y que entonces hiciese del lo que quisiese, pues lo tenía en su prisión. Muchas cosas dijeron los indios que fueron mentira, aunque los cristianos tenían alteración. Entre muchos mensajeros que venían á Atabalipa, le vino uno de los que traían preso á su hermano, á decirle que cuando sus capitanes supieron su prisión habían ya muerto al Cuzco. Subido esto por el Gobernador, mostró que le pesaba mucho, y dijo que no le habían muerto, que lo trujesen luego vivo, y si no, que él mandaría matar á Atabalipa. Atabalipa afirmaba que sus capitanes lo habían muerto sin saberlo él. El Gobernador se informó de los mensajeros, y supo que lo habían muerto.

Pasadas estas cosas, desde algunos días vino gente de Atabalipa y un hermano suyo que venía del Cuzco, y trájole unos hermanos y mujeres de Atabalipa, y trujo muchas vasijas de oro, cántaros y ollas y otras piezas, y mucha plata, y dijo que por el camino venía mas; porque, como es tan larga la jornada, cansan los indios que lo traen y no pueden llevar tan alina; que cada día entrará mas oro y plata de lo que queda mas atrás. Y así, entran algunos días veinte mil, y otras veces treinta mil, y otras cincuenta, y otras sesenta mil pesos de oro en cántaros y ollas grandes de á dos arrobas y de á tres, y cántaros y ollas grandes de plata, y otras muchas vasijas. Todo lo mandó poner el Gobernador en una casa donde Atabalipa tenía sus guardas, hasta tanto que con ello y con lo que ha de venir cumpla lo que ha prometido. Veinte días eran pasados de diciembre del sobredicho año, cuando llegaron á este pueblo ciertos indios mensajeros del pueblo de San Miguel con una carta en que hacían saber al Gobernador cómo habían arribado á esta costa, á un puerto que se dice Cancebí, junto con Quaque, seis navios en que venían ciento y cincuenta españoles y ochenta y cuatro caballos; los tres navios venían de Panamá, en que venía el capitán Diego de Almagro con ciento y veinte hombres, y las otras tres carabelas venían de Nicoragua con treinta hombres, y que venían á esta

nacion con voluntad de servir en ella, y que des-
necbi, como hobieron echado la gente y los caba-
ra venir por tierra, se adelantó un navio á saber
estaba el Gobernador, y llegó hasta Túmbez, y
quede aquella provincia no le quiso dar razon del
tralle la carta que el Gobernador le dejó para
los navios que por allí viniesen. Y este navio se vol-
u llevar nueva del Gobernador, y otro que tras él
salido siguió la costa adelante hasta que llegó al
de San Miguel, donde desembarcó el maestre y
pueblo, en el cual hubo mucha alegría con la ve-
de aquella gente. Y luego se volvió el maestre con
irias que el Gobernador habia enviado á los del
o, en que les hacia saber la victoria que Dios ha-
do á él y á su gente, y la mucha riqueza de la tier-
Gobernador y todos los que con él estaban ho-
a mucho placer con la venida destos navios. Luego
chó el Gobernador sus mensajeros, escribiendo al
on Diego de Almagro y algunas personas de las
o él venian, haciéndoles saber cuánto holgaba
u venida, y que, llegados al pueblo de San Miguel,
le no le pusiesen en necesidad, se saliesen á los
des comarcas que están en el camino de Caxa-
i, porque tienen mucha abundancia de mantenim-
tos, y que él proveeria de hundir oro para pagar
to de los navios, porque se volviesen luego.

mo de cada día venian caciques al Gobernador,
con entre ellos dos caciques que se dicen de los la-
es, porque su gente sautea á todos los que pasan
n tierra; estos están camino del Cuzco. Pasados
ta días de la prision de Atabalipa, un cacique del
o donde está la mezquita, y el guardian della, lle-
ante el Gobernador, el cual preguntó á Atabalipa
quén eran; dijo que el uno era señor del pueblo
mezquita y el otro guardian della, y que se hol-
con su venida, porque pagaria las mentiras que
ha dicho; y pidió una cadena para echar al guar-
porque le habia aconsejado que tuviese guerra con
istianos, que el idolo le habia dicho que los ma-
todos; y tambien dijo á su padre el Cuzco, quan-
taba á la muerte, que no moriria de aquella enfer-
a. Y el Gobernador mandó traer la cadena, y á
dipa se la echó diciendo que no se la quitasen has-
e hiciese traer todo el oro de la mezquita, y dijo á
dipa que lo queria dar á los cristianos, pues que
plo es mentiroso; y dijo el guardian: «Yo quiero
ver si te quitará esta cadena ese que tú dices que
dios. El Gobernador y el cacique que vino con el
han despacharon sus mensajeros para que truje-
oro de la mezquita y lo que el cacique tenia, y
n que volverian dende en cinquenta días con to-
o. Subido por el Gobernador que se ayuntaba gen-
la tierra y que habia gente de guerra en Guana-
o, envió el Gobernador á Hernando Pizarro con
de caballo y algunos de pie á Guamachuco, que
tres jornadas de Caxamalca, para saber qué se
para que hiciese venir el oro y plata que está en
achuco. El capitán Hernando Pizarro se partió de
malca vispera de los Reyes del año 1533; quince
después llegaron á Caxamalca ciertos cristianos con
n cantidad de oro y plata, en que vinieron mas de

HA-II.

trecientas cargas de oro y plata en cántaros y ollas gran-
des y otras diversas piezas. Todo lo mandó el Goberna-
dor poner con lo que primero habian traído, en una casa
donde Atabalipa tenia puestas guardas, diciendo que
él lo queria tener á recaudo, pues habia de cumplir lo
que habia prometido, para que venido lo entregase to-
do junto; y por tenerlo á mejor recaudo puso el Gober-
nador cristianos que lo guardasen de día y de noche, y
al tiempo que se mete en la casa lo cuentan todo, por-
que no haya fraude. Con este oro y plata vino un her-
mano de Atabalipa, y dijo que en Jauja quedaba mayor
cantidad de oro, lo cual traian ya por el camino, y ve-
nia con ello uno de los capitanes de Atabalipa, llamado
Chilicuchima. Hernando Pizarro escribió al Goberna-
dor que él se habia informado de las cosas de la tierra,
y que no habia nueva de ayuntamiento de gente ni de
otra cosa, sino que el oro estaba en Jauja, y con ello un
capitan, y que le hiciese saber qué mandaba que hicie-
se, si mandaba que pasase adelante, porque hasta versu
respuesta nose partiria de allí. El Gobernador respon-
dió que llegase á la mezquita, porque tenia preso al
guardian della, y Atabalipa habia mandado traer el te-
soro que en ella estaba, y que despachase presto de
traer todo el oro que en la mezquita hallase, y que le
escribiese de cada pueblo lo que le sucediese por el ca-
mino; y así lo hizo. Viendo el Gobernador la dilacion
que habia en el traer del oro, envió tres cristianos para
que hiciesen venir el oro que estaba en Jauja y para
que viesen el pueblo del Cuzco, y dió poder á uno do-
llos para que en su lugar, en nombre de su majestad,
tomase posesion del pueblo del Cuzco y de sus comar-
cas ante un escribano público que con ellos iba; y con
ellos envió un hermano de Atabalipa. Y mandóles que
no hiciesen mal á los naturales ni les tomasen oro ni
otra cosa contra su voluntad, ni hiciesen mas de lo que
quisiese aquel principal que con ellos iba, porque no los
matasen, y que procurasen de ver el pueblo del Cuzco,
y de todo trujesen relacion; los cuales se partieron de
Caxamalca á 15 días de hebrero del año sobredicho.

El capitán Diego de Almagro llegó á este pueblo con
alguna gente, y entraron en Caxamalca vispera de Pas-
cua Florida, á 14 de abril del dicho año; el cual fué bien
recibido del Gobernador y de los que con él estaban. Un
negro que partió con los cristianos que fueron al Cuzco
volvió á 28 de abril con ciento y siete cargas de oro y
siete de plata; este negro volvió desde Jauja, donde ha-
llaron los indios que venian con el oro, y otros cristia-
nos se fueron al Cuzco; y dijo este negro que venia el
capitán Hernando Pizarro muy presto, que era ido á Jau-
ja á verse con Chilicuchima. El Gobernador mandó po-
ner este oro con lo otro, y contáronse todas las piezas.

A 25 días del mes de marzo entró en este pueblo de
Caxamalca el capitán Hernando Pizarro con todos los
cristianos que llevó y con el capitán Chilicuchima. Fué-
le hecho muy buen recibimiento por el Gobernador y
por los que con él estaban. Trujo de la mezquita veinte
y siete cargas de oro y dos mil marcos de plata, y dió al
Gobernador la relacion que Miguel Estete, veedor (que
con él fué en el viaje), hizo; la cual es la siguiente:

LA RELACION DEL VIAJE QUE HIZO EL SEÑOR CAPITAN HERNANDO PIZARRO POR MANDADO DEL SEÑOR GOBERNADOR, SU HERMANO, DESDE EL PUEBLO DE CAXAMALCA Á PARCAMA, Y DE ALLÍ Á JAUIA.

Miércoles, día de la Epifanía (que se dice vulgarmente la fiesta de los tres Reyes Magos, á 5 de enero del año de 1533, partió el capitán Hernando Pizarro del pueblo de Caxamalca con veinte de caballo y ciertos escopeteros, y el mismo día fué á dormir á unas caserías que están cinco leguas deste pueblo. Otro día fué á comer á otro pueblo que se dice Ichoca, donde fué bien recibido y le dieron lo que fué menester para él y para su gente. Aquel día fué á dormir á otro pueblo pequeño que se dice Guancasanga, sujeto del pueblo de Guamachuco. Otro día de mañana llegó al pueblo de Guamachuco, el cual es grande y está en un valle entre sierras; tiene buena vista y aposentos; el señor dél se llama Guamucho-ro, del cual el capitán y los que con él iban fueron bien recibidos. Allí vino un hermano de Atabalipa que venia de dar priesa á que viniese el oro del Cuzco; dél supo el capitán que veinte jornadas de allí venia el capitán Chilicuchima y traia toda la cantidad que Atabalipa habia mandado. Visto que el oro venia tan lejos, el capitán hizo mensajero al Gobernador para saber lo que mandaba que hiciese; que él no pasaria de allí hasta ver su respuesta. En este pueblo se informó de algunos indios si venia tan lejos Chilicuchima; y apremiando á algunos principales, le dijeron que Chilicuchima quedaba siete leguas de allí en el pueblo de Andamarca, con veinte mil hombres de guerra, y que venia á matar á los cristianos y á librar á su señor; y el que esto confesó dijo que habia comido el día antes con él. Tomado aparte otro compañero deste principal, dijo lo mismo. Visto esto por el capitán, determinó de ir á verse con Chilicuchima, y ordenada su gente, tomó el camino en la mano, y aquel día fué á dormir á un pueblo pequeño que se dice Tambo, sujeto de Guamachuco, y allí se tornó á informar, y á todos cuantos indios preguntaba decian lo mismo que los primeros. En este pueblo hubo buena guarda toda la noche, y otro día por la mañana continuó su camino con mucho concierto, y antes de mediodía llegó al pueblo de Andamarca, y no halló al capitán ni nuevas dél, mas de las que primero el hermano de Atabalipa habia dado, que estaba en un pueblo que se dice Jauja con mucho oro y que venia de camino. En este pueblo de Andamarca lo alcanzó la respuesta del señor Gobernador, en que decía que, pues tenia noticia que Chilicuchima y el oro venian tan lejos, que ya sabia que él tenia en su poder al obispo de la mezquita de Pachacama y el mucho oro que habia mandado; que se informase del camino que habia para ir allá, y que si le parecia que seria bueno ir allá por ello, que fuese; porque entre tanto llegaría lo que venia del Cuzco. El capitán se informó del camino y jornadas que habia hasta la mezquita; y aunque lo gente que llevaba iba mal aderezada de herraje y de otras cosas necesarias para tan largo camino, visto el servicio que á su majestad se hacia en ir por aquel oro, porque los indios no lo alzasen, y tambien por ver qué tierra era, y si era dispuesta para poblar en ella cristianos; aunque tuvo noticia que

habia en ella muchos rios y puentes de redes, y largo camino y malos pasos, determinó de ir, y llevó algunos principales que habian estado en aquella tierra; y así comenzó su camino á 14 de enero, y el mismo día pasó algunos malos pasos y dos rios, y fué á dormir á un pueblo que se dice Totopamba, que está en una ladera. De los indios fué bien recibido y dieron bien de comer y todo lo que fué menester para aquella noche, y indios para las cargas. Otro día salió deste pueblo y fué á dormir á otro pequeño pueblo que se dice Coronga; al medio camino está un gran puerto de nieve, y por todo el camino mucha cantidad de ganados con sus pastores que lo guardan, y tienen sus casas en las sierras al modo de España. En este pueblo dieron comida y todo lo que fué menester, y indios para las cargas; este pueblo es sujeto de Guamachuco. Otro día partió deste pueblo, y fué á dormir á otro pequeño que se dice Pinga, y no se halló en él gente, porque se ausentaron de miedo. Esta jornada fué muy mala, porque habia una bajada de escaleras hechas de piedra, muy agra y peligrosa para los caballos. Otro día á hora de comer llegó á un pueblo grande que está en un valle; en medio del camino hay un rio grande muy furioso; tiene dos puentes juntas hechas de red, desta manera, que sacan un gran cimientto desde el agua y lo suben bien alto, y de una parte del rio á otra hay unas maromas hechas de bejucos, á manera de bimbres, tan gruesas como el muslo, y tiéndelas atadas con grandes piedras, y de la una á la otra hay anchor de una carreta, y atraviesan recios cordeles muy tejidos y por debajo ponen unas piedras grandes para que apesque la puente. Por la una destas pasa la gente común, y tiene su portero que pide portazgo, y por la otra pasan los señores y sus capitanes: esta está siempre cerrada, y abriéronla para que pasase el capitán y su gente, y los caballos pasaron muy bien. En este pueblo descansó el capitán dos días, porque la gente y los caballos iban fatigados del mal camino; en este pueblo fueron los cristianos muy bien recibidos y servidos de comida y de todo lo que fué menester; llámase el señor deste pueblo Pumapaecha. El día siguiente se partió el capitán deste pueblo y fué á comer á un pueblo pequeño, donde dieron todo lo necesario, y junto á este pueblo se pasó otra puente de red como la otra, y fué á dormir dos leguas de allí á otro pueblo, donde le salieron á recibir de paz y dieron comida para los cristianos y indios que llevasen las cargas. Esta jornada fué por un valle abajo de maizales y pueblos pequeños de una parte y otra de camino. Otro día domingo partió deste pueblo, y por la mañana llegó á otro pueblo, donde recibió el capitán y los que con él iban mucho servicio, y á la noche llegaron á otro pueblo, donde asimesmo les fué hecho mucho servicio, y presentaron los indios de aquel pueblo muchas ovejas y chicha y todo lo demás que fué menester. Toda aquella tierra es muy abundante de ganados y maíz, que yendo los cristianos por el camino van andar los hatos de ovejas por el camino. El día siguiente partió el capitán de aquel pueblo, y por el valle fué á comer á un pueblo grande que se dice Guarax, y el señor dél Pumacapillay, donde dél y de sus indios fué bien proveido de comida y gente para llevar las cargas. Este pueblo está en un llano, pasa un rio junto á él; desde

aracen otros pueblos, adonde hay muchos ganados. Solamente para dar de comer al capitán y á los que con él iba, tenían en un corral docientas vacas de ganado. De aquí salió el capitán tarde, y fué á otro pueblo que se dice Sucaracoay, donde dieron buen recibimiento; llámase el señor deste pueblo Marrocana. En este pueblo descansó el capitán, porque la gente y los caballos venían cansados del camino. En este pueblo hubo buena guarda, por un grande y Chilicuchima estaba cerca con cincuenta mil hombres. Otro día partió deste pueblo por lo de labranzas y mucho ganado; fué á dormir dos días de allí, á un pueblo pequeño que se dice Pachiaqui dejó el camino real que va al Cuzco y tomó el llano. Otro día partió deste pueblo, fué á dormir que se dice Marcara; el señor dél se llama Corcoles es de señores de ganado que tienen en él sus vacas, y en cierto tiempo del año los llevan allí á matar, como hacen en Castilla, en Extremadura; pueblo corren las aguas hacia la mar, y se hace el camino difícil, porque toda la tierra adentro es muy húmeda mucha agua y nieve, y la costa muy caliente, y muy poco, que no basta para lo que siembran, pero de las aguas que bajan de la sierra riegan la tierra, la cual es muy abundosa de mantenimientos y frutos. Otro día partió deste pueblo, y por un río abajo fué á dormir á un pueblo pequeño que se dice Guaracanga, y otro día fué á dormir á un pueblo grande que se dice Parpunga, que está á la mar; tiene una casa fuerte con cinco cercas, pintada de muchas labores por de dentro y por fuera, con sus portadas muy bien labradas á la manera de España, con dos tigres á la puerta principal. Los indios deste pueblo anduvieron remontados, de ver una gente nunca antes vista y los caballos de los cuales se maravillaban mas; y el capitán les habló por la lengua que llevaban, asegurándoles que les servirían bien. En este pueblo tornó á tomar el camino mas ancho, que está hecho á mano por labranzas de la costa, tapiado de paredes de una parte y de la otra. En este pueblo de Parpunga estuvo el capitán dos días porque la gente descansase y por arreglar el herraje. Partiendo el capitán deste pueblo, pasó él y su gente un río en balsas y los caballos á nado; fué á dormir á un pueblo que se dice Guamamaque está en un barranco sobre la mar; junto á este pueblo se pasó otro río á nado con mucha dificultad, porque el río iba muy crecido y furioso. En estos ríos de las montañas no hay puentes, porque van muy grandes y derechos; el señor deste pueblo y su gente lo hicieron ayudar á pasar las cargas, y dieron muy bien de comer á los cristianos, y gente para las cargas. Deste pueblo partió el capitán con su gente á 9 días del mes de mayo, y fué á dormir á otro pueblo sujeto de Guamamaque son tres leguas de camino, la mayor parte poblado de labranzas y arboledas y fructales; el camino limpio y bueno; este día fué á dormir á un pueblo muy grande que está cerca de la mar, que se dice Guarna. Este pueblo está en un buen sitio, tiene grandes edificios de adobe; los cristianos fueron bien servidos de los señores del pueblo y de sus indios, y dieron todo lo que tu-

vieron menester en aquel día. Luego el siguiente día se partió el capitán y su gente, y fueron á dormir á un pueblo que se llama Llachu, que se le puso nombre el pueblo de las Perdices, porque en cada casa habia muchas perdices puestas en jaulas. Los indios deste pueblo salieron de paz y holgaronse mucho con el capitán y sirviéronle bien, y el cacique deste pueblo nunca pareció. Otro día partió el capitán deste pueblo algo de mañana, porque le habian hecho saber que era grande la jornada, y fué á comer á un pueblo grande que se llama Suculacumbi, que hay cinco leguas de camino. El señor del pueblo y los indios salieron de paz y dieron todo lo necesario de comida para aquel día; y á hora de vísperas salieron el capitán y su gente deste pueblo por allegar otro día al pueblo donde estaba la mezquita; y pasó un gran río á vado y por el camino tapiado, y fué á dormir á un lugar del sobredicho pueblo, legua y media dél. Otro día domingo, á 30 de enero, partió el capitán deste pueblo, y sin salir de arboledas y pueblos llegó á Pacalcami, que es el pueblo donde está la mezquita. A medio camino está otro pueblo, donde el capitán comió. El señor de Pacalcami y los principales dél salieron á recibir á los cristianos de paz y mostraron mucha voluntad á los españoles. Luego el capitán se fué á posentar con su gente á unos aposentos muy grandes que están á una parte del pueblo, y luego dijo el capitán que iba por mandado del señor Gobernador por el oro de aquella mezquita, que el Cacique habia mandado al señor Gobernador, y que luego lo juntasen y se lo diesen, ó lo llevasen adonde el señor Gobernador estaba; y juntándose todos los principales del pueblo y los pajes del ídolo, dijeron que lo darian, y anduvieron disimulando y dilutando. En conclusion, que trujeron muy poco y dijeron que no habia mas. El capitán disimuló con ellos, y dijo que queria ir á ver aquel ídolo que tenían y que lo llevasen allá, y así fué llevado. El ídolo estaba en una buena casa bien pintada, en una sala muy oscura, hidionda y muy cerrada; tienen un ídolo hecho de palo muy sucio, y aquel dicen que es su dios, el que los cria y sostiene y cria los mantenimientos; á los pies dél tenían ofrecidas algunas joyas de oro; tienenle en tanta veneración, que solos sus pajes y criados que dicen que él señala, esos le sirven, y otro no osa entrar, ni tienen á otro por digno de tocar con la mano en las paredes de su casa. Averiguóse que el diablo se reviste en aquel ídolo y habla con aquellos sus aliados, y les dice cosas diabólicas que manifiesten por toda la tierra. A este tienen por dios y le hacen muchos sacrificios; vienen á este diablo en peregrinacion de trescientas leguas con oro y plata y ropa, y los que llegan van al portero y piden su don, y él entra y habla con el ídolo, y él dice que se lo otorga. Antes que ninguno destes sus ministros entre á servirle, dicen que ha de ayunar muchos días y no se ha de allegar á mujer. Por todas las calles deste pueblo y á las puertas principales dél, y á la redonda desta casa, hay muchos ídolos de palo, y los adoran á imitacion de su diablo. Hase averiguado con muchos señores desta tierra que desde el pueblo de Catamez, que es al principio desta gobernacion, toda la gente desta costa servia á esta mezquita con oro y plata y daban cada año cierto tributo; tenían sus casas y mayordomos adonde echaban el tributo,

adonde se halló algun oro y muestra de haber alzado mucho mas; averiguóse con muchos indios haberlo alzado por mandado del diablo. Muchas cosas se podrían decir de las idolatrias que se hacen á este ídolo; mas por evitar proleidad no las digo, mas de cuanto se dice entre los indios que aquel ídolo les hace entender que es su dios y que los puede hundir si le enojan y no le sirven bien, y que todas las cosas del mundo están en su mano. Y la gente estaba tan escandalizada y temerosa de solamente haber entrado el capitan á verle, que pensaban que en yéndose de allí los cristianos los habia de destruir á todos. Los cristianos dieron á entender á los indios el gran yerro en que estaban, y que el que hablaba dentro de aquel ídolo es el diablo, que los tenia engañados, y amonestáronles que de allí adelante no creyesen en él ni hiciesen lo que les aconsejase, y otras cosas acerca de sus idolatrias. El capitan mandó deshacer la bóveda donde el ídolo estaba y quebrarle delante de todos, y les dió á entender muchas cosas de nuestra santa fe católica, y les señaló por armas para que se defendiesen del demonio la señal de la cruz. Este pueblo de Xachacama es gran cosa, tiene junto á esta mezquita una casa del sol, puesta en un cerro, bien labrada, con cinco cercas; hay casas con terrados, como en España; el pueblo parece ser antiguo, por los edificios caídos que en él hay; lo mas de la cerca está caída. El principal señor dél se llama Taurichumbi. A este pueblo vinieron los señores comarcanos á ver al capitan con presentes de lo que habia en su tierra y con oro y plata; maravilláronse mucho de haberse atrevido el capitan á entrar donde el ídolo estaba y haberle quebrantado. El señor de Mulaque, llamado Linco, vino á dar la obediencia á su majestad, y trujo presente de oro y plata; el señor de Hoar, llamado Alincay, hizo lo mismo; el señor de Gualco, llamado Guarili, asimismo trujo oro y plata; el señor de Chinchá, con diez principales suyos, trujeron presentes de oro y plata; este señor dijo que se llamaba Tambianve, y el señor de Guarva, llamado Guaxchupaicho, y el señor de Colixa, llamado Aci, y el señor de Sallicuamarca, llamado Ispito, y otros señores y principales de las comarcas traian sus presentes de oro y plata, que se juntó, con lo que fué sacado de la mezquita, noventa mil pesos. A todos estos caciques habló el capitan muy bien, agradeciéndoles su venida; y mandóles, en nombre de su majestad, que siempre lo hiciesen así, y enviélos muy contentos.

En este pueblo de Xachacama tuvo el capitan Hernando Pizarro noticia que Chilicuchima, capitan de Atabalipa, estaba cuatro jornadas de allí con mucha gente y con el oro, y que no queria pasar de allí, antes decia que venia á dar guerra á los cristianos. El capitan le envió un mensajero asegurándole, y envióle á decir que viniese con el oro, que ya sabia que su señor estaba preso y habia muchos dias que le esperaba, y que tambien estaba enojado el señor Gobernador de su turbanza, y otras muchas cosas le envió á decir, asegurándole para que viniese; porque él no podia ir á verse con él, porque habia mal camino para los caballos, y que en un pueblo que estaba en el camino, el que mas presto llegase aguardase al otro. Chilicuchima envió á decir que él haria lo que el capitan mandaba, y que en ello

no habria otra cosa. Y así, el capitan se despachó del dicho pueblo de Xachacama para venir á juntarse con Chilicuchima, y por las mismas jornadas vino hasta el pueblo de Guarva que está en el llano junto á la mar, y allí dejó la costa y tornó á entrar por la tierra adentro. A 3 dias del mes de marzo salió el capitan Hernando Pizarro del dicho pueblo de Guarva, y caminó por un rio arriba, cercado de muchas arboledas, todo aquel dia, y á la noche fué á dormir á un pueblo que está en la ribera deste rio; este pueblo donde el capitan fué á dormir está sujeto al sobredicho pueblo de Guarva, y llámase Guaranga. El dia siguiente partió el capitan deste pueblo, y fué á dormir á otro pueblo pequeño que se dice Aillon, que está situado junto á la sierra, el cual es sujeto á otro pueblo mas principal llamado Aratambo, de muchos ganados y maíz.

Otro dia, á 5 dias del dicho mes, fué á dormir á otro pueblo sujeto de Caxatambo, que se dice Chinchá. En el camino está un puerto de nieve muy agro, la nieve daba á las cinchas de los caballos; este pueblo es de muchos ganados; aquí estuvo el capitan dos dias. Sabado, á 7 del dicho mes, partió deste pueblo y fué á dormir á Caxatambo; este es un muy gran pueblo, situado en un valle hondo, donde hay muchos ganados, y por todo el camino hay muchos corrales de ovejas.

Llámanse el señor deste pueblo Sachao; hízolo bien en el servicio de los españoles. En este pueblo tornó á tomar el camino ancho por donde el dicho Chilicuchima habia de ir; hay tres dias de travesía. Aquí se informó el capitan si habia pasado á juntarse con él, como habia quedado; todos los indios le decian que habia pasado y llevaba todo el oro; y segun después pareció, ellos estaban avisados que lo dijiesen así, porque el capitan se viniese, y él quedaba en Jauja sin pensamiento de venir; y como se cree destes indios que pocas veces dicen verdad, el capitan determinó, aunque fué gran trabajo y peligro, de salir al camino real por donde Chilicuchima habia de venir, para saber si habia pasado, y si no fuese pasado, ir á verse con él do quiera que estuviese, así por traer el oro como por deshacer el ejército que tenia y atraerlo por bien, y si no quisiese, dar en él y prenderlo. Y así, el capitan con su gente tomó la via de un pueblo grande, llamado Pombo, que está en el camino real. Lunes, á 9 de dicho mes, fué á dormir á un pueblo que está entre sierras, que se dice Oyu. El Cacique salió de paz, y dió á los cristianos todo lo que tuvieron menester para aquella noche. Otro dia de mañana fué el capitan á dormir á un pueblo chico de pastores que está cerca de una laguna de agua dulce, que tiene tres leguas de circúito, en un llano donde hay muchos ganados medianos como los de España y de lana muy fina. Otro dia miércoles por la mañana llegó el capitan con su gente al pueblo de Pombo, y salieron á recibir todos los señores del pueblo y algunos capitanes de Atabalipa que estaban allí con cierta gente. Allí halló el capitan ciento y cincuenta arrobas de todo oro que Chilicuchima enviaba, y él quedaba con su gente en Jauja. Luego como el capitan se aposentó y preguntó á los capitanes de Atabalipa qué era la causa que Chilicuchima enviaba aquel oro, y no venia él, como habia prometido, ellos respondieron que porque él te-

cho miedo de los cristianos no había venido, y porque esperaba mucho oro que venía del Cuzco iba ir con tan poco. El capitán Hernando Pizarro le mensajero desde este pueblo á Chilicuchima asole, y haciéndole saber que, pues él no había visto que él iba adonde estaba, que no tuviese miedo. El pueblo descansó un día, por llevar los caballos llevados para si fuese menester pelear.

Mes, á 14 días de dicho mes de marzo, se partió con toda su gente de pie y de caballo, y del diablo de Pombo para ir á Jauja, y este día fué á un pueblo llamado Xacamalca, seis leguas de la boca del pueblo de donde partió; hay en el campo una laguna de agua dulce que comienza de junto á este, y tiene de circuito ocho ó diez leguas, toda cerca de pueblos, y cerca della hay muchos ganados, y mucha aves de agua de muchas maneras y pescados frescos. En esta laguna tuvo el padre de Alubalipa y las balsas traidas de Tumbos para su recreación. En esta laguna un río que va al pueblo de Pombo, y en una parte del muy sesgo y hondable, y pueden por él á desembarcar á una puente que está junto al río; los que pasan pagan portazgo, como en Espora. Por todo este río hay muchos ganados, y púsose un hombre Guadiana, porque le parece mucho.

Después, á 15 días del dicho mes, partió el capitán del río de Xacamalca, y fué á comer á una casa que está cerca de allí, donde tenía buen recibimiento de comida, y fué á dormir otras tres leguas adelante, á un pueblo llamado Carma, que está en una ladera de una montaña le llevaron á aposentar en una casa pintada de colores muy buenos aposentos. El señor deste pueblo le dijo, así en el dar de comer como en dar gente y cargas. Domingo por la mañana se partió el capitán deste pueblo, porque era algo grande la jornada, comenzó á caminar su gente puesta en orden, recele que Chilicuchima estaba de mal arte, porque no le había hecho mensajero. A hora de vísperas llegó á un pueblo llamado Yanaimalca; del pueblo le salieron á recibir y allí supo que Chilicuchima estaba fuera de Jauja, y le tuvo mas sospecha, y porque estaba una legua de allí, en acabando de comer caminó, y llegando á un cerro y desde un cerro, vieron muchos escuadrones de gente, y no sabían si eran de guerra ó del pueblo. Entonces el capitán con su gente á la plaza principal del pueblo, vieron que los escuadrones eran de gente de guerra, que se habían juntado para hacer fiestas. Como el capitán llegó, ante de apearse, preguntó á Chilicuchima, y dijéronle que era ido á otros pueblos que otro día se venía. So color de ciertos negocios se había ausentado hasta saber de los indios que tenían con el capitán el propósito que los españoles llevaban, porque, como él vía que había hecho mal en no ir lo que había prometido, y que el capitán había ido ochenta leguas á verse con él, y por estas causas temió que iba á prenderle ó matarle, y por el miedo el capitán tenía á los cristianos, especialmente á los caballos, por eso se ausentó. El capitán llevaba consigo á un hijo del Cuzco viejo, el cual, como supo que Chilicuchima se había ausentado, dijo que quería ir adonde estaba; y así, fué en unas andas. Toda aquella no-

che estuvieron los caballos ensillados y enfrenados, y mandó á los señores del pueblo que ningún indio pareciese en la plaza, porque los caballos estaban enojados y los matarían. Otro día siguiente vino aquel hijo del Cuzco, y con él Chilicuchima, los dos en andas bien acompañados; y entrando por la plaza se apeó, y dejó toda la gente, y con algunos que le acompañaban fué á la posada del capitán Hernando Pizarro á verle y á desculpase por no haber ido, como lo había prometido, y como no le había salido á recibir, diciendo que no había podido mas con sus grandes ocupaciones; y preguntándole el capitán cómo no había ido á juntarse con él, según lo había prometido, Chilicuchima respondió que su señor Atabalipa le había enviado á mandar que se estuviese quedado; el capitán le respondió que ya no tenía ningún enojo del; pero que se aparejase, que había de ir con él adonde estaba el Gobernador, el cual tenía preso á su señor Atabalipa, y que no le había de soltar hasta que diese el oro que había mandado, y que él sabía cómo tenía mucho oro; que lo allegase todo, y que se fuesen juntos, y que le sería hecho buen tratamiento. Chilicuchima respondió que su señor le había enviado á mandar que se estuviese quedado; que si no le enviase á mandar otra cosa, que no osaría ir; porque, como aquella tierra era nuevamente conquistada, si él se fuese tornándose á rebelar. Hernando Pizarro estuvo porfiando con él mucho; en conclusion, quedó que él se vería en ello aquella noche, y por la mañana le hablaría. El capitán lo quería atraer por buenas razones por no alborotar la tierra, porque pudiera venir daño á tres españoles que eranidos á la ciudad del Cuzco. Otro día por la mañana Chilicuchima fué á su posada, y dijo que, pues él quería que fuese con él, que no podía hacer otra cosa de lo que mandaba; que él se quería ir con él, y que dejaría otro capitán con la gente de guerra que allí tenía; y aquel día juntó hasta treinta cargas de oro bajo, y concertaron de irse desde á dos días; en los cuales vinieron hasta treinta ó cuarenta cargas de plata; en estos días se guardaron mucho los españoles, y de día y de noche estaban los caballos ensillados, porque aquel capitán de Atabalipa se vido tan poderoso de gente, que si hubiera dado de noche en los cristianos hiciera gran daño. Este pueblo de Jauja es muy grande y está en un hermoso valle; es tierra muy templada, pasa cerca del pueblo un río muy poderoso; es tierra abundosa; el pueblo está hecho á la manera de los de España, y las calles bien trazadas; á vista del hay otros pueblos sujetos á él; era mucha la gente de aquel pueblo y de sus comarcas, que, al parecer de los españoles, se juntaban cada día en la plaza principal cien mil personas, y estaban los mercados y calles del pueblo tan llenos de gentes, que parecía que no faltaba persona. Había hombres que tenían cargo de contar toda esta gente, para saber los que venían á servir á la gente de guerra; otros tenían cargo de mirar lo que entraba en el pueblo. Tenía Chilicuchima mayordomos que tenían cargo de proveer de mantenimientos á la gente; tenía muchos carpinteros que labraban madera, y otras muchas grandezas tenía acerca de su servicio y guarda de su persona; tenía en su casa tres ó cuatro porteros. Finalmente, en su servicio y en todo lo demás imitaba á

su señor; este era temido en toda aquella tierra porque era muy valiente hombre, que habia conquistado, por mandado de su señor, mas de seiscientas leguas de tierra, donde hubo muchos recuentros en el campo y en pasos malos, y en todos fué vencedor, y ninguna cosa le quedó por conquistar en toda aquella tierra.

Viércoles, á 20 dias del mes de marzo, partió el capitán Hernando Pizarro del dicho pueblo de Jauja para dar la vuelta al pueblo de Caxamalca, y con él Chilicuchima, y por las mismas jornadas vino hasta el pueblo de Pombo, adonde viene á salir el camino real del Cuzco; donde estuvo el dia que llegó y otro. Miércoles partieron del dicho pueblo de Pombo, y por unos llanos, donde habia muchos hatos de ganado, fueron á dormir á unos aposentos grandes. Este dia nevó mucho. Otro dia fueron á dormir á un pueblo que está entre unas sierras, que se dice Tambo; hay junto á él un hondo rio, donde hay una puente, y para bajar al rio hay una escalera de piedra muy ogra, que habiendo resistencia de arriba, harian mucho daño. El capitán fué bien servido del señor deste pueblo de todo lo que fué menester para él, y hicieron gran fiesta por respecto del capitán Hernando Pizarro, y tambien porque venia con él Chilicuchima, á quien solian hacer fiestas. Otro dia fueron á dormir á otro pueblo llamado Tonsucancha, y el cacique principal del se llama Tillima; aquí tuvieron buen recibimiento, y hubo mucha gente de servicio; porque, aunque el pueblo era pequeño, acudieron allí los comarcanos á recibir y ver á los cristianos. En este pueblo hay muchos ganados pequeños de muy buena lana, que parece á la de España. Otro dia fueron á dormir á otro pueblo que se dice Guaneso, que habia de allí cinco leguas de camino, lo mas del enlosado y empedrado, y hechas sus acequias por do va el agua. Dicen que fué hecho por causa de las nieves que en cierto tiempo del año caen por aquella tierra. Este pueblo de Guaneso es grande y está en un valle cercado de sierras muy agras; tiene el valle tres leguas en circúito, y por la una parte, viniendo á este pueblo de Caxamalca, hay una gran subida muy agria; en este pueblo hicieron buen recibimiento al capitán y á los cristianos, y dos dias que allí estuvieron hicieron muchas fiestas. Este pueblo tiene otros comarcanos que le son sujetos; es tierra de muchos ganados. El postrimero dia del sobredicho mes partió el capitán con su gente deste pueblo, y llegaron á una puente de un rio caudal, hecha de maderos muy gruesos, y en ella habia porteros que tenían cargo de cobrar el portazgo, como entre ellos es costumbre. Este dia fueron á dormir á cuatro leguas de aqueste pueblo donde Chilicuchima tuvo proveido de todo lo que fué menester para aquella noche. Otro dia, 1.º del mes de abril, partieron deste pueblo, y fueron á dormir á otro que se llama Pincosmarca; este pueblo está en la ladera de una sierra agria; llámase el Cacique Parpay. Otro dia partió el capitán deste pueblo, y fué á dormir tres leguas de allí, á un buen pueblo llamado Guari, donde hay otro rio grande y hondo, donde hay otra puente. Este lugar es muy fuerte, porque tiene por las dos partes hondos barrancos. Aquí dijo Chilicuchima que habia habido un recuento con la gente del Cuzco, que le habia aguardado en este paso, y se le defendieron

los ó tres dias; y cuando los del Cuzco iban de vencida, ya que era pasada alguna gente, quemaron la puente, y Chilicuchima y su gente pasaron nadando, y mataron muchos de los del Cuzco. Otro dia partió el capitán deste pueblo, y fué á dormir á otro lugar que se llama Guacango, que hay cinco leguas de camino. Otro dia se fué á dormir á otro pueblo que se dice Piscobamba; este pueblo es muy grande y está en la ladera de una sierra; llámase el cacique del Tanguame; deste cacique y de sus indios fué el capitán bien recibido y los cristianos bien servidos. En el medio del camino deste pueblo á Guacacamba hay otro rio hondalile, y en él otras dos puentes juntas, hechas de red, como las que arriba dije, que sacan un cimiento de piedra de junto al agua, y de una parte á otra hay unas maromas tan gruesas como el muslo, hechas de bimbres, y sobre ellas atraviesan muchos cordeles gruesos y muy tejidos, y hacen sus bordos altos; y por debajo están unas piedras muy grandes atadas, para tener recia la puente, y los caballos pasaron muy bien la puente, aunque se andaba, que es una cosa muy temerosa de pasar para quien no la pasado; pero no hay peligro, porque está muy fuerte. En todas estas puentes hay guardas, como en España, y tienen la misma orden que arriba dije. Otro dia partió el capitán con su gente deste pueblo, y fué á dormir á unas caserías que están á cinco leguas del. Otro dia partió el capitán con su gente deste pueblo, que se dice Agoa, sujeto de Piscobamba; es buen pueblo y de muchos maizales; está entre sierras; el Cacique y sus indios dieron lo que fué menester aquella noche, y á la mañana dieron la gente de servicio que fué menester. Otro dia fueron el capitán y su gente á dormir á otro pueblo que se dice Conchuelo, que son cuatro leguas de camino muy agrio. Este pueblo está en una hoya; media legua antes que lleguen á él va camino muy ancho cortado por Peña, hechos en la Peña escalones; hay muchos malos pasos, y fuertes si hubiese defensa. Partiendo de allí el capitán y su gente, fueron á dormir á otro pueblo, llamado Andamarca, que es donde se apartó para ir á Pachamaca; á este pueblo se vienen á juntar los dos caminos reales que van al Cuzco. Del pueblo de Pombo á este hay tres leguas de camino muy agrio; en las bajadas y subidas tiene hechas sus escaleras de piedra; por la parte de la ladera tiene su pared de piedra porque no puedan resbalar, porque por algunas partes podrian caer, que se harian pedazos; para los caballos es gran bien, que caerian si no hobiese pared. En medio del camino hay una puente de piedra y madera muy bien hecha, entre dos peñoles, y á la una parte de la puente hay unos aposentos bien hechos y un patio empedrado, donde dicen los indios que cuando los señores de aquella tierra caminaban por allí les tenían hechos banquetes y fiestas.

Deste pueblo vino el capitán Hernando Pizarro por las mismas jornadas que llevó hasta la ciudad de Caxamalca, donde entró, y con él Chilicuchima, á 23 dias del mes de mayo año de 1533. Aquí se ha visto una cosa que no se ha visto después que las Indias se descubrieron, y aun entre españoles es bien de notar, que el tiempo que Chilicuchima entró por las puertas donde estaba preso su señor, tomó á un indio de los que consigo llevaba y

una carga mediana, y echósele encima, y con él otros muchos principales de aquellos que consigo llevaba; y así cargado él y los otros, entró donde su señor estaba, y cuando lo vió, alzó las manos al sol, y dióle gracias porque se lo había dejado ver; y luego con mucho acatamiento, llorando, se llegó á él y le besó en el rostro y las manos y los pies, y asimismo los otros principales que venían con él. Atabalipa mostró tanta majestad, que, con no tener en todo su reino á quien tanto quisiese, no le miró á la cara ni hizo dél mas caso que del mas triste indio que viniera delante dél; y esto de cargarse para entrar á ver á Atabalipa es cierta cerimonia que se hace á todos los señores que han reinado en aquella tierra. La cual dicha relacion, yo Miguel de Estete, vecedor que fui en el viaje que el dicho capitán Hernando Pizarro hizo, truje de todo lo susodicho, de la manera que sucedió. — *Miguel Estete.*

Prosigue el primer auctor.

Visto por el Gobernador que seis navios que estaban en el puerto de San Miguel no se podían sostener, y que dilatando su partida se perdieran, y los maestros dellos, que á él vinieron, le habian requerido que los pagase y los despachase, el Gobernador hizo ayuntamiento para despacharlos, y para hacer relacion á su majestad de lo sucedido. E juntamente con los oficiales de su majestad acordó que se hiciese fundicion de todo el oro que hay en este pueblo, que Atabalipa habia hecho traer, y de todo lo demás que llegara ante que la fundicion se acabe, porque fundido y repartido, no se detenga mas aquí el Gobernador, y vaya á hacer la poblacion, como manda su majestad.

Año de 1533, undados trece dias del mes de mayo, se pregonó y comenzó á hacer la fundicion. Pasados diez dias, llegó á este pueblo de Caxamalca uno de los tres cristianos que fueron á la ciudad del Cuzco; este es el que fué por escribano, y trujo la razon de cómo se habia tomado posesion en nombre de su majestad en aquella ciudad del Cuzco; asimismo trujo relacion de los pueblos que hay en el camino, en que dijo que hay treinta pueblos principales, sin la ciudad del Cuzco, y otros muchos pueblos pequeños; y dijo que la ciudad del Cuzco es tan grande como se ha dicho, y que está asentada en una ladera cerca del llano, las calles muy bien concertadas y empedradas, y que en ocho dias que allí estuvieron no pudieron ver todo lo que allí habia; y que una casa del Cuzco tenia chapería de oro, que la casa es muy bien hecha y cuadrada, y tiene de esquina á esquina trecientos y cincuenta pasos, y de las chapas de oro que esta casa tenia quitaron setecientas planchas, que una con otra tenían á quinientos pesos, y de otra casa quitaron los indios cantidad de docientos mil pesos, y que por ser muy bajo no lo quisieron recibir, que tenia á siete ó ocho quilates el peso; y que no vieron mas casas chapadas de oro destas dos, porque los indios no les dejaron ver toda la ciudad, y que por la muestra y parecer de la ciudad y de los oficiales della creen que hay mucha riqueza en ella; y que hallaron allí al capitán Quisquis, que tiene esta ciudad por Atabalipa, con treinta mil hombres de guarnicion,

con que la guarda, porque confina con caribes y con otras gentes que tienen guerra con aquella ciudad; y otras muchas cosas dijo que hay en aquella ciudad, y de la buena orden della, y que el principal que con ellos fué viene con los otros dos cristianos con seiscientas planchas de oro y plata, y mucha cantidad que les dió en Jauja el principal que allí dejó Chilicuchima. Por manera que en todo el oro que traen vienen ciento y setenta y ocho cargus, y son las cargas de puligueros que las traen cuatro indios, y que traen poca plata, y que el oro viene á los cristianos poco á poco y deteniéndose, porque son menester muchos indios para ello, y los vienen recogiendo de pueblo en pueblo, y que cree que llegará á Caxamalca dentro en un mes. El oro que se ha dicho que venia del Cuzco entró en este pueblo de Caxamalca á 13 dias de junio del año sobredicho, y vinieron docientas cargas de oro y veinte y cinco de plata; en el oro al parecer habia mas de ciento y treinta quintales; y después de haber venido esto, vinieron otras sesenta cargas de oro bajo; la mayor parte de todo esto eran planchas, á manera de tablas de cajas, de á tres y á cuatro palmos de largo. Esto quitaron de las paredes de los bohíos, y traian agujeros, que parece haber estado clavadas. Acabóse de huarir y repartir todo este oro y plata que se ha dicho, dia de Santiago; y pesado todo el oro y plata por una romana, hecha la cuenta, reducido todo á buen oro, hubo en todo un cuento y trecientos y veinte y seis mil y quinientos y treinta y nueve pesos de buen oro. De lo cual perteneció á su majestad su quinto, después de sacados los derechos de fundidor, docientos y sesenta y dos mil y docientos y cincuenta y nueve pesos de buen oro. Y en la plata hubo cincuenta y un mil y seiscientos y diez marcos, y á su majestad perteneció diez mil y ciento y veinte y un mil marcos de plata. De todo lo demás, sacado el quinto y los derechos del fundidor, repartió el Gobernador entre todos los conquistadores que lo ganaron, y cupieron á los de caballo á ocho mil y ochocientos y ochenta pesos de oro y á trecientos y sesenta y dos marcos de plata, y los de pié á cuatro mil y cuatrocientos y cuarenta pesos y á ciento y ochenta y un marcos de plata, y algunos á mas y otros á menos, segun pareció al Gobernador que cada uno merecia, segun la cualidad de las personas y trabajo que habian pasado. De cierta cantidad de oro que el Gobernador apartó ante del repartimiento, dió á los vecinos que quedaron en el pueblo de San Miguel y á toda la gente que vino con el capitán Diego de Almagro y todos los mercaderes y marineros que vinieron después de la guerra hecha; por manera que á todos los que en aquella tierra se hallaron alcanzó parte, y por esta causa se puede llamar fundicion general, pues á todos fué general. Vióse en esta fundicion una cosa harto de notar, que hubo un dia que se hundieron ochenta mil pesos, y comunmente se hundian cincuenta ó sesenta mil pesos. Esta hundicion fué hecha por los indios, que hay entre ellos grandes plateros y fundidores, que fundian con nueve forjas.

No dejaré de decir los precios que en esta tierra se han dado por los mantenimientos y otras mercaderias, aunque algunos no lo creerán por ser tan subidos; y puédoles decir con verdad, pues lo vi, y compré algunas

cosas. Un caballo se vendió por mil y quinientos pesos, y otros tres mil y trecientos. El precio comun dellos era dos mil y quinientos, y no se hallaban á este precio. Una botija de vino de tres azumbres sesenta pesos, y yo di por dos azumbres cuarenta pesos; un par de borciguies treinta ó cuarenta pesos, unas calzas otro tanto; una capa cien pesos, y ciento y veinte; una espada cuarenta ó cincuenta, una cabeza de ajos medio peso; á este respecto eran las otras cosas (es tanto un peso de oro como un castellano); una mano de papel diez pesos. Yo di por poco mas de media onza de azafran dañado doce pesos. Muchas cosas habia que decir de los crecidos precios á que se han vendido todas las cosas, y de lo poco en que era tenido el oro y la plata. La cosa llegó á que si uno debía á otro algo le daba de un pedazo de oro á bulto sin lo pesar, y aunque le diese al doble de lo que le debía no se le daba nada, y de casa en casa andan los que debian con un indio cargado de oro buscando á los acreedores para pagar lo que debian.

Dicho se ha cómo se acabó la fundicion y se repartió el oro y plata, y de la riqueza de aquella tierra, y como es tenido en tan poco el oro y plata, así de los españoles como de los indios. Hay lugar de los que son sujetos al Cuzco, que agora estaba por Atabalipa, adonde dicen que hay dos casas hechas de oro, y las pajas dellas, con que están cubiertas, todas hechas de oro. Con el oro que aquí se trujo del Cuzco trajeron algunas pajas hechas de oro macizo con su espigueta hecha al cubo, propia como nace en el campo. Si hubiera de contar la diversidad de las piezas de oro que se trajeron, sería para nunca acabar. Pieza hubo de asiento que pesó ocho arrobas de oro, y otras fuentes grandes con sus caños corriendo agua, en un lago hecho en la misma fuente, donde hay muchas aves hechas de diversas maneras, y hombres sacando agua de la fuente, todo hecho de oro. Asimismo se sabe por dicho de Atabalipa y de Chilicuchima y otros muchos, que tenia Atabalipa en Jauja ciertas ovejas, y pastores que las guardan, todo hecho de oro, y las ovejas y pastores grandes como los que hay en esta tierra; estas piezas eran de su padre, las cuales prometió dar á los españoles. Grandes cosas se cuentan de las riquezas de Atabalipa y de su padre.

Agora digamos una cosa que no es para dejar de escribir, y es que pareció ante el señor un cacique señor del pueblo de Caxamalca, y por las lenguas le dijo: «Hógote saber que después que Atabalipa fué preso, envió á Quito, su tierra, y por todas las otras provincias, á hacer ayuntamiento de mucha gente de guerra para venir sobre tí y tu gente y mataros á todos, y que toda esta gente viene con un gran capitán llamado Luminabe, y que está muy cerca de aquí, y verná de noche y dará en este real, quemándolo por todas partes, y el primero que trabajarán de matar será á tí, y sacarán de prision á su señor Atabalipa. Y de la gente natural de Quito vienen docientos mil hombres de guerra y treinta mil caribes que comen carne humana, y de otra provincia que se dice Pazaita, y de otras partes, viene gran número de gente.» Oído por el Gobernador este aviso, agradeciéndolo mucho al Cacique, y bizole mucha honra, y mandó á un escribano que lo asentase todo, y bizole sobre ello informacion, y tomó el dicho á un tio de

Atabalipa y á algunos señores principales y á algunas indias, y hallóse ser verdad todo lo que le dijo el cacique señor de Caxamalca. El Gobernador habló á Atabalipa, diciendo: «¿Qué traicion es esta que me tienes armada, habiéndote yo hecho tanta honra como á hermano y confiándome de tus palabras?» Y declaróle todo lo que habia sabido y tenia por informacion. Atabalipa respondió diciendo: «¿Burlaste conmigo? Siempre me hablas cosas de burlas; ¿qué parte somos yo y toda mi gente para enojár á tan valientes hombres como vosotros? No me digas estas burlas.» Y todo esto sin mostrar semblante de turbacion, sino riendo, por mejor disimular su maldad, y otras muchas vivezas de hombre agudo ha dicho después que está preso, de que los españoles que se las han oído están espantados, de ver en hombre bárbaro tanta prudencia. El Gobernador mandó traer una cadena y que se la echasen á la garganta, y envió dos indios por espías á saber dónde estaba este ejército, porque se decía que estaba á siete leguas de Caxamalca, por ver si estaba en parte donde pudiese enviar sobre ellos ciento de á caballo; y supo que estaba en tierra muy agria y que se venian acercando, y supose que luego que le fué echada la cadena á Atabalipa envió sus mensajeros á hacer saber á aquel su gran capitán cómo el Gobernador lo habia muerto; y que sabida esta nueva por él y por los de su hueste, se habian retraido atrás; y que tras aquellos mensajeros envió otros, enviándoles á mandar que luego viniesen sin detenerse, enviándoles avisos cómo y por dónde y á qué hora habian de dar en el real, porque él está vivo, y si se tardaban lo hallarian muerto.

Sabido todo esto por el Gobernador, mandó poner mucho recaudo en el real, y que todos los de caballo rondasen toda la noche, y en cada cuarto rondaban cincuenta de caballo, y en el del alba todos ciento y cincuenta; y en todas estas noches no durmieron el Gobernador y sus capitanes, requiriendo las rondas y mirando lo que convenia, y los cuartos que cabian de dormir á la gente no se quitaban las armas, y los caballos estaban ensillados. Con este recaudo estaba el real, hasta unsábado á puesta de sol vinieron dos indios de los que servían á los españoles á decir al Gobernador que venian huyendo de la gente del ejército, que llegaba á tres leguas de allí, y que aquella noche ó otra llegarían á dar en el real de los cristianos, porque á gran priesa se venian acercando, por lo que Atabalipa les habia enviado á mandar. Luego el Gobernador, con acuerdo de los oficiales de su majestad y de los capitanes y personas de experiencia, sentenció á muerte á Atabalipa, y mandó por su sentencia, por la traicion por él cometida, que muriese quemado si no se tornase cristiano, por la seguridad de los cristianos y por el bien de toda la tierra y conquista y pacificacion della; porque, muerto Atabalipa, juego desbarataria toda aquella gente, y no tornian tanto ánimo para ofender y hacer lo que les habia enviado á mandar. Y así, le sacaron á hacer del justicia, y llevándole á la plaza, dijo que queria ser cristiano. Luego lo hicieron saber al Gobernador, y dijo que lo bautizasen; y bautizólo el muy reverendo padre fray Vicente de Valverde, que lo iba esforzando. El Gobernador mandó que no lo quemasen, sino que lo ahogasen atado á

un palo en la plaza, y así fué hecho; y estuvo allí hasta otro día por la mañana, que los religiosos y el Gobernador, con los otros españoles, lo llevaron á enterrar á la iglesia con mucha solemnidad, con toda la mas honra que se le pudo hacer. Así acabó este que tan cruel habia sido, con mucho ánimo, sin mostrar sentimiento, diciendo que encomendaba sus hijos al Gobernador. Al tiempo que lo llevaban á enterrar hubo gran llanto de mujeres y criados de su casa. Murió en sábado á la hora que fué preso y desbaratado. Algunos dijeron que por sus pecados murió en tal día y hora como fué preso; y así pagó los grandes males y crueldades que en sus vasallos habia hecho, porque todos á una vez dicen que fué el mayor carnicero y cruel que los hombres vieron; que por muy pequeña causa asolaba un pueblo, por un pequeño delito que un solo hombre dél hubiese cometido, y mataba diez mil personas; por tiranía tenia sujeta toda aquella tierra, y de todos era malquistado.

Luego tomó el Gobernador otro hijo del Cuzco viejo, llamado Atabalipa, que mostraba tener amistad á los cristianos, y lo puso en el señorío en presencia de los caciques y señores comarcanos y de otros indios; y les mandó que lo tuviesen todos por señor y le obedeciesen como antes obedecian á Atabalipa, pues este era señor natural por ser hijo legítimo del Cuzco viejo; y todos dijeron que lo tenían por tal señor y le obedecerian, como el Gobernador les mandaba.

Ahora quiere decir una cosa admirable, y es, que veinte días antes que esto aconciese, ni se supiese de la hueste que Atabalipa habia hecho juntar, estando Atabalipa una noche muy alegre con algunos españoles, hablando con ellos, pareció á deshora una señal en el cielo, á la parte del Cuzco, como cometa de fuego, que duró mucha parte de la noche; y vista esta señal por Atabalipa, dijo que muy presto habia de morir en aquella tierra un gran señor.

Cuando el Gobernador hubo puesto en el estado y señorío desta tierra á Atabalipa el menor (como ya es dicho), díjole el Gobernador que le queria notificar lo que su majestad manda, y lo que ha de hacer y cumplir para ser su vasallo. Atabalipa respondió que habia de estar retraido cuatro días sin hablar á ninguno, porque así se usa entre ellos cuando un señor muere, para que el sucesor sea temido y obedescido, y luego le dan todos la obediencia. Así, estuvo los cuatro días retraido, y después asentó con él las paces el Gobernador con solemnidad de trompetas, y le entregó la bandera real, y él la recibió y alzó con sus manos por el Emperador nuestro señor, dándose por su vasallo. Luego todos los señores principales y caciques que presentes se hallaron, con mucho acatamiento lo recibieron por señor y le besaron la mano y en el carrillo; y volviendo las caras al sol, le dieron gracias, las manos juntas, diciendo que les habia dado señor natural. Así fué recibido este señor al estado de Atabalipa, y luego le pusieron una borla muy rica atada por la cabeza, que descende desde la frente, que cuasi le tapaba los ojos, que entre ellos es corona, que trae el que es señor en el señorío del Cuzco, y así la traía Atabalipa.

Y después de todo esto, algunos de los españoles que

habian conquistado la tierra, mayormente los que habia mucho tiempo que estaban allí, y otros que, fatigados de enfermedades y heridas, no podian servir ni estar allí, demandaron licencia al Gobernador, suplicándole que los dejase venir á sus tierras con el oro y platu y piedras y joyas que les habian cabido de su parte; la cual licencia les fué concedida, y algunos dellos vinieron con Hernando Pizarro, hermano del Gobernador, y á otros se les dió después licencia, visto que cada día lo venia gente de nuevo, que concurría á la fama de la riqueza que habian habido. Y el Gobernador dió algunas ovejas y cerneros y indios á los españoles á quien habia dado licencia, para que trujesen su oro y plata y ropa hasta el pueblo de San Miguel, y en el camino perdieron algunos particulares oro y plata en cantidad de mas de veinte y cinco mil castellanos, porque los cerneros y ovejas se les huian con el oro y plata, y tambien huian algunos indios. Y en este camino padecieron, desde la ciudad del Cuzco hasta el puerto, que son cuasi docientas leguas, mucha hambre y mucha sed y mucho trabajo, y grande falta de bestias ó personas para que los trujesen sus haciendas. Y así, embarcándose, vinieron á Panamá, y desde allí al Nombre de Dios, adonde se embarcaron, y nuestro Señor los trujo hasta Sevilla, adonde hasta agora son venidas cuatro naos, las cuales trujeron la siguiente cantidad de oro y plata.

Año de 1533, á 5 días del mes de diciembre, llegó á esta ciudad de Sevilla la primera desta cuatro naos, en la cual vino el capitán Cristóbal de Mena, el cual trujo suyos ocho mil pesos de oro y novecientos y cincuenta marcos de plata. Item vino un reverendo clérigo, natural de Sevilla, llamado Juan de Sosa, que trujo seis mil pesos de oro y ochenta marcos de plata. Item vinieron en esta nao, allende de lo sobredicho, treinta y ocho mil y novecientos y cuarenta y seis pesos.

Año de 1534, á 9 días del mes de enero, llegó al rio de Sevilla la segunda nao, nombrada Santa María del Campo, en la cual vino el capitán Hernando Pizarro, hermano de Francisco Pizarro, gobernador y capitán general de la Nueva-Castilla. En esta nao vinieron para su majestad ciento y cincuenta y tres mil pesos de oro y cinco mil y cuarenta y ocho marcos de plata. Mas, trujo para pasajeros y personas particulares trecientos y diez mil pesos de oro y trece mil y quinientos marcos de plata, sin lo de su majestad. Lo sobredicho vino en barras y planchas y pedazos de oro y plata, cerrado en cajas grandes.

Allende de la sobredicha cantidad, trujo esta nao para su majestad treinta y ocho vasijas de oro y cuarenta y ocho de plata, entre las cuales habia una águila de plata que cabian en su cuerpo dos cántaros de agua, y dos ollas grandes, una de oro y otra de plata, que en cada una cabrá una vaca despalazada; y dos costales de oro, que cabrá en cada uno dos hanegas de trigo, y un ídolo de oro del tamaño de un niño de cuatro años, y dos atambores pequeños. Las otras vasijas eran cántaros de oro y plata, que en cada uno cabrán dos arrobas y mas. Item en esta nao trujeron, de pasajeros, veinte y cuatro cántaros de plata y cuatro de oro.

Este tesoro fué descargado en el muelle y llevado á

la casa de la contratacion, las vasijas á cargas, y lo restante en veinte y siete cajas, que un par de bueyes llevaban dos cajas en una carreta.

En el sobredicho año, el 3.º día del mes de junio, llegaron otras dos naos; en la una venia por maestre Francisco Rodríguez, y en la otra Francisco Pabon; en las cuales trujeron para pasajeros y personas particulares ciento y cuarenta y seis mil y quinientos y diez y ocho pesos de oro y treinta mil y quinientos y once marcos de plata.

Allende de las vasijas y piezas de oro y plata sobredichas, suma el oro destas cuatro naos setecientos y ocho mil y quinientos y ochenta pesos. Es tanto un peso de oro como un castellano; véndese comunmente cada peso por cuatrocientos y cincuenta maravedis; y contando todo el oro que se registró de todas cuatro naos,

sin poner en cuenta las vasijas y otras piezas, suma lo restante trecientos y diez y ocho cuentos y ochocientos y sesenta y un mil maravedis.

Y la plata es cuarenta y nueve mil y ocho marcos. Es cada marco ocho onzas, que, contándolo á dos mil y docientos y diez maravedis, suma toda la plata ciento y ocho cuentos y trecientos y siete mil y seiscientos y ochenta maravedis.

La una de las dos naos postreras que llegaron (en la cual vino por maestre Francisco Rodríguez) es de Francisco de Jerez, natural desta ciudad de Sevilla, el cual escribió esta relacion por mandado del gobernador Francisco Pizarro, estando en la provincia de la Nueva-Castilla, en la ciudad de Caxamalca, por secretario del señor Gobernador.

À DIOS GRACIAS.

DIRIGE EL AUTOR SUS METROS

AL EMPERADOR REY NUESTRO SEÑOR.

Oh cesarea majestad,
Emperador, rey de España
Y de la gran tierra extraña
Nueva, y de mas cantidad,
Que el gran Océano baña;
Invicto, semper augusto,
Suplico no os dé mal gusto
El poner ejemplo en vos
Cómo pocas veces Dios
Favoresce sino al justo.

Cuando vuestra majestad
Niño comenzó á reinar,
Dejábase gobernar,
Conociendo ser su edad
Tierna para sentenciar:
Mas después, como crecía,
Y mejor ya conocía
Á qué es obligado el rey,
Comenzó á regir por ley,
Como la ley disponía.

Y en comenzando á regir,
Puso el reino temeroso
Y juntamente amoroso,
Porque comenzó á sentir
Rey severo y piadoso;
Que la gran severidad
Junta está con la piedad,
Porque la severa mano,
Con castigar al tirano,
Pone al pueblo en libertad.

Hizo Dios de dos hermanos
Ser el uno emperador,
Y él hizo por sucesor
Al otro rey de romanos
Y de Hungría rey señor;
Y á vos, Carlo, dió poder
Con que pudistes vencer
Al turco tan poderoso;
Pues justo, sabio, animoso,
¿Qué mas puede rey tener?

Por estas virtudes tales,
Y por vuestra religion,
Quiso Dios, no sin razon,
Daros tales naturales,
Que ponen admiracion.
Tan sabia gente y tan buena,
Tan de esfuerzo y virtud llena,
Que cuando os sucede guerra
Os defienden vuestra tierra
Y os sojuzgan el ajena.

¿Quereis ver qué tales son
Solos vuestros castellanos?
Digan franceses, romanos,
Moros y cualquier nacion,
Cuáles quedan de sus manos.
Ningun señor tiene gente
Tan robusta y tan valiente,
Cristiano, gentil ni moro;
Y este es el cierto tesoro
Para ser el rey potente.

Aventurando sus vidas
Han hecho lo no pensado,
Hallar lo nunca hallado,
Ganar tierras no sabidas,
Enriquecer vuestro estado,
Ganaros tantas partidas
De gentes antes no oídas,
Y tambien, como se ha visto,
Hacer convertirse á Cristo
Tantas ánimas perdidas.

¿Quién pensó ver en un ser
Guerra humana y divina,
Toda junta en un metal,
Que vencen á Lucifer
Con el arma temporal?
No sé cómo se conciertan
Cosas en que tanto ociertan;
Que solamente con ver
Pocos á muchos vencer,
Les hacen que se conviertan.

De lo que hacen y traen,
Sin saber contar el cuánto,
Nos ponen tan gran espanto,
Que los pensamientos caen,
Que no pueden subir tanto;
Por lo cual tiene Castilla
Una tal ciudad, Sevilla,
Que en todas las de cristianos
Pueden bien los castellanos
Contarla por maravilla.

Bella salen, á ella vienen
Ciudadanos labradores,
De pobres hechos señores,
Pero ganan lo que tienen
Por buenos conquistadores;
Y pues para lo escribir
Só que no puede cumplir
Memoria, papel ni mano,
De un manco sevillano
Que he visto quiero decir.

Entre los muchos que han ido
(Hablo de los que han tornado)
Ser este el mas señalado,
Porque he visto que ha venido,
Sin tener cargo, cargado;
Y metió en esta colmena,
De la flor blanca, muy buena,
Ciento y diez arrobas buenas,
En nueve cajas bien llenas,
Segun vimos y se suena.

Há veinte años que está allá,
Los diez y nueve en pobreza,
Y en uno cuanta riqueza
Ha ganado y trae acá
Ganó con gran fortaleza;
Peleando y trabajando,
No durmiendo, mas velando,
Con mal comer y beber:
Ved si merece tener

Lo que así ganó burlando.
Tanto otro allá estuviera,
Sin que allá nada ganara;
Sin dubda desconfiara,
Y sin nada se volviera,
Sin que mas tiempo esperara;
De modo que su ganancia
Procedió de su constancia,
Que quiso con su virtud
Proveer su senectud
Con las obras de su infancia.

Con ventura, que es juez
En cualquiera calidad,
Se partió desta ciudad,

.....
En quince años de su edad;
Y ganó en esta jornada
Traer la pierna quebrada,
Con lo demás que traía,
Sin otra mercadería,
Sino su persona armada.

Sobre esta tanta excelencia
Hay mil malos envidiosos,
Maldicientes, mentirosos,
Que quieren poner dolencia
En los hombres virtuosos;
Con esta envidia mortal,
Aunque este es su natural,
Dicen dél lo que no tiene,
De envidia de cómo viene;
Mas no le es ninguno igual.

Y porque en un hombre tal
Hemos de hablar forzado,
Debe ser muy bien mirado,
Porque no se hable mal
En quien debe ser honrado;

Y pues yo, que escribo, quiero
Ser autor muy verdadero,
Porque culpado no fuese,
Antes que letra escribiese,
Me he informado bien primero.

Y he sabido que su vida
Es de varon muy honesto,
Y que mil veces la ha puesto
En arrisco tan perdida
Cuanto está ganada en esto;
Y bien parece en lo hecho
Que quien de tan grande estrecho
Ha salido con victoria,
Bien merece fama y gloria
Con el mundano provecho.

Es de un Pedro de Jerez,
Hijo, ciudadano honrado;
Yo en mi vida le he hablado,
Sino fué sola una vez
De paso y arrebatado:
Al hijo nunca lo vi,
Mas por lo que dél oí,
Y que por quien es, merece,
Muy poquito me parece
Lo que en su favor escribí.

Dicenme pues sin reproche
Milite sabio en la guerra,
Y en su tierra ó no su tierra,
Dicen que nunca una noche
Sin obrar virtud se encierra;
Y que desde do ha partido
Hasta ser aquí venido
Tiene en limosna gastados
Mil y quinientos ducados,
Sin los mas que da escondido.

Esto he querido escribir
Para que vuestra majestad,
Porque si alguna maldad
De envidia van á decir,
Sepa de mí la verdad;
Y estos tales el buen rey
Es obligado por ley
Honrar y favorecellos,
Y juntamente con ellos,
Domine, memento mei.

Y porque estoy obligado
Que he de escribir las hazañas
De los de vuestras Españas,
Cada hecho señalado
En vuestras partes ó extrañas;
Pareciéndome esta cosa
Digna de escribir en prosa
Y en metro, como la envío,
Tómese el intento mío,
Si no va escrita sabrosa.

LA

CRÓNICA DEL PERÚ,

NUEVAMENTE ESCRITA

POR PEDRO DE CIEZA DE LEON,

vecino de Sevilla.

AL MUY ALTO Y MUY PODEROSO SEÑOR DON FILIPE, PRÍNCIPE DE LAS ESPAÑAS, ETC., NUESTRO SEÑOR.

MUY ALTO Y MUY PODEROSO SEÑOR : Como no solamente admirables hazañas de muchos y muy valerosos varones , sino infinitas cosas dignas de perpetua memoria , de grandes y diferentes provincias , hayan quedado en las tinieblas del olvido por falta de escriptores que las refiriesen , y de historiadores que las tratasen , habiendo yo pasado al Nuevo-Mundo de Indias , donde en guerras y descubrimientos y poblaciones de pueblos he gastado lo mas de mi tiempo , sirviendo á su majestad , á que yo siempre he sido muy aficionado , determiné tomar esta empresa de escrebir las cosas del memorable y gran reino del Perú , al cual pasé por tierra desde la provincia de Cartagena , adonde , y en la de Popayan , yo estuve muchos años . Y después de me haber hallado en servicio de su majestad en aquella última guerra que se acabó contra los tiranos rebeldes , considerando muchas veces su grande riqueza , las cosas admirables que en sus provincias hay , los tan varios sucesos de los tiempos pasados y presentes acaecidos , y lo mucho que en lo uno y en lo otro hay que notar , acordé de tomar la pluma para lo recopilar y poner en efeto mi deseo , y hacer con él á vuestra alteza algun señalado servicio , de manera que mi voluntad fuese conocida ; teniendo por cierto vuestra alteza recibiria servicio en ello , sin mirar las flacas fuerzas de mi facultad ; antes confiado juzgará mi intencion conforme á mi deseo , y con su real clemencia admitirá la voluntad con que ofrezco este libro á vuestra alteza , que trata de aquel gran reino del Perú , de que Dios le ha hecho señor . No deje de conocer , serenísimo y muy esclarecido Señor , que para decir las admirables cosas que en este reino del Perú ha habido y hay , conviniera que las escribiera un Tito Livio ó Valerio , ó otro de los grandes escriptores que ha habido en el mundo ; y aun estos se vieran en trabajo en lo contar ; porque , ¿ quién podrá decir las cosas grandes y diferentes que en él son , las sierras altísimas y valles profundos por donde se fue descubriendo y conquistando , los rios tantos y tan grandes , de tan crecida hondura ; tanta variedad de provincias como en él hay , con tan diferentes calidades ; las diferencias de pueblos y gentes con diversas costumbres , ritos y cerimonias extrañas ; tantas aves y animales , árboles y peces tan diferentes y ignotos ? Sin lo cual , ¿ quién podrá contar los nunca oídos trabajos que tan pocos españoles en tanta grandeza de tierra han pasado ? Quién pensará ó podrá afirmar los inopinados casos que en las guerras y descubrimientos de mil y seiscientas leguas de tierra les han sucedido : las hambres , sed , muertes , temores y cansancio ? De todo esto hay tanto que decir , que á todo escriptor cansara en lo escrebir . Por esta causa , de lo mas importante dello , muy poderoso Señor , ha hecho y copilado esta historia de lo que yo vi y traté , y por informaciones ciertas de personas de fe pude alcanzar . Y no tuviera atrevimiento de ponerla en juicio de la contrariedad del mundo , si no tuviera esperanza que vuestra alteza , como cosa suya , la ilustrará , ampa-

rá y defenderá de tal suerte, que por todo él libremente ose andar; porque muchos escriptores ha habido que con este temor buscan principes de gran valor á quien dirigir sus obras, y de algunas no hay quien diga haber visto lo que tratan, por ser lo mas fantasiado, y cosa que nunca fué. Lo que yo aqui escribo son verdades y cosas de importancia, provechosas, muy gustosas, y en nuestros tiempos acaecidas, y dirigidas al mayor y mas poderoso principe del mundo, que es á vuestra alteza. Temeridad parece intentar un hombre de tan pocas letras lo que otros de muchas no osaron, mayormente estando tan ocupado en las cosas de la guerra; pues muchas veces cuando los otros soldados descansaban, cansaba yo escribiendo. Mas ni esto, ni las asperezas de tierras, montañas y rios ya dichos, intolerables hambres y necesidades, nunca bastaron para estorbar mis dos oficios de escrebir y seguir á mi bandera y capitan sin hacer falta. Por haber escripto esta obra con tantos trabajos, y dirigirla á vuestra alteza, me parece debria bastar para que los lectores me perdonasen las faltas que en ella á su juicio habrá. Y si ellos no perdonaren, á mi me basta haber escripto lo cierto; porque esto es lo que mas he procurado, porque mucho de lo que escribo vi por mis ojos estando presente, y anduve muchas tierras y provincias por ver lo mejor; y lo que no vi trabajé de me informar de personas de gran crédito, cristianos y indios. Plega al todopoderoso Dios, pues fué servido de hacer á vuestra alteza señor de tan grande y rico reino como es el Perú, le deje vivir y reinar por muchos y muy felices tiempos, con aumento de otros muchos reinos y señoríos.

PROEMIO DEL AUTOR,

EN QUE SE DECLARA EL INTENTO DESTA OBRA Y LA DIVISION DELLA.

Habiendo yo salido de España, donde fui nacido y criado, de tan tierna edad, que casi no habia enteros trece años, y gastado en las Indias del mar Océano tiempo de mas de diez y siete, muchos dellos en conquistas y descubrimientos, y otros en nuevas poblaciones y en andar por unas y por otras partes; y como notase tan grandes y peregrinas cosas como en este Nuevo-Mundo de Indias hay, vinome gran deseo de escrebir algunas dellas, de lo que yo por mis propios ojos habia visto, y tambien de lo que habia oido á personas de gran crédito. Mas, como mirase mi poco saber, desechaba de mí este deseo, teniéndolo por vano; porque á los grandes juicios y dotos fué concedido el componer historias, dándoles lustre con sus claras y sabias letras, y á los no tan sabios, aun pensar en ello es desvario; y como tal, pasé algun tiempo sin dar cuidado á mi flaco ingenio, hasta que el todopoderoso Dios, que lo puede todo, favoreciéndome con su divina gracia, tornó á despertar en mí lo que ya yo tenia olvidado. Y cobrando ánimo, con mayor confianza determiné de gastar algun tiempo de mi vida en escrebir historia. Y para ello me movieron las causas siguientes:

La primera, ver que en todas las partes por donde yo andaba ninguno se ocupaba en escrebir nada de lo que pasaba. Y que el tiempo consume la memoria de las cosas, de tal manera, que si no es por rastros y vias exquisitas, en lo venidero no se sabe con verdadera noticia lo que pasó.

La segunda, considerando que, pues nosotros y estos indios todos, todos traemos origen de nuestros antiguos padres Adán y Eva, y que por todos los hombres el Hijo de Dios descendió de los cielos á la tierra, y vestido de nuestra humanidad, recibió cruel muerte de cruz para nos redimir y hacer libres del poder del demonio, el cual demonio tenia estas gentes, por la permission de Dios, opresas y captivas tantos tiempos habia; era justo que por el mundo se supiese en qué manera tanta multitud de gentes como destos indios habia fué reducida al gremio de la santa madre Iglesia, con trabajo de españoles; que fué tanto, que otra nacion alguna de todo el universo no los pudiera sufrir. Y así los eligió Dios para una cosa tan grande, mas que á otra nacion alguna.

Y tambien porque en los tiempos que han de venir se conozca lo mucho que ampliaron la corona real de Castilla. Y como siendo su rey y señor nuestro invictisimo emperador, se poblaron los ricos y abundantes reinos de la Nueva-España y Perú, y se descubrieron otras insulas y provincias grandisimas.

Y así, al juicio de varones dotos y benévolos suplico sea mirada esta mi labor con equidad, pues

saben que la malicia y murmuracion de los ignorantes y insipientes es tanta, que nunca les falta qué redargüir ni qué notar. De donde muchos, temiendo la rabiosa envidia destos escorpiones, tuvieron por mejor ser notados de cobardes que de animosos, en dar lugar que sus obras saliesen á luz.

Pero yo ni por temor de lo uno ni de lo otro dejaré de salir adelante con mi intencion, teniendo en mas el favor de los pocos y sabios que el daño que de los muchos y vanos me puede venir.

Tambien escrebí esta obra para que los que, viendo en ella los grandes servicios que muchos nobles caballeros y mancebos hicieron á la corona real de Castilla, se animen y procuren de imitarlos. Y para que, notando, por el consiguiente, cómo otros no pocos se extremaron en cometer traiciones, tiranias, robos y otros yerros, tomando ejemplo en ellos y en los famosos castigos que se hicieron, sirvan bien y lealmente á sus reyes y señores naturales.

Por las razones y causas que dicho tengo, con toda voluntad de proseguir, puse mano en la presente obra; la cual, para que mejor se entienda, la he dividido en cuatro partes, ordenadas en la manera siguiente:

Esta primera parte trata la demarcacion y division de las provincias del Perú, así por la parte de la mar como por la tierra, y lo que tienen de longitud y latitud; la descripcion de todas ellas; las fundaciones de las nuevas ciudades que se han fundado de españoles; quién fueron los fundadores; en qué tiempo se poblaron; los ritos y costumbres que tenían antiguamente los indios naturales, y otras cosas extrañas y muy diferentes de las nuestras, que son dignas de notar.

En la segunda parte trataré el señorío de los ingas yupangues, reyes antiguos que fueron del Perú, y de sus grandes hechos y gobernacion; qué número dellos hubo, y los nombres que tuvieron; los templos tan soberbios y suntuosos que edificaron; caminos de extraña grandeza que hicieron; y otras cosas grandes que en este reino se hallan. Tambien en este libro se da relacion de lo que cuentan estos indios del diluvio, y de cómo los ingas engrandescen su origen.

En la tercera parte trataré el descubrimiento y conquistas deste reino del Perú, y de la grande constancia que tuvo en él el marqués don Francisco Pizarro, y los muchos trabajos que los cristianos pasaron cuando trece dellos con el mismo Marqués (permitiéndolo Dios) lo descubrieron. Y después que el dicho don Francisco de Pizarro fué por su majestad nombrado por gobernador, entró en el Perú, y con ciento sesenta españoles lo ganó, prendiendo á Atabaliba. Y asimesmo en esta tercera parte se trata la llegada del adelantado don Pedro de Albarado, y los conciertos que pasaron entre él y el gobernador don Francisco Pizarro. Tambien se declaran las cosas notables que pasaron en diversas partes deste reino, y el alzamiento y rebellion de los indios en general, y las causas que á ello les movió. Trátase la guerra tan cruel y porfiada que los mismos indios hicieron á los españoles que estaban en la gran ciudad del Cuzco, y las muertes de algunos capitanes españoles y indios; donde hace fin esta tercera parte en la vuelta que hizo de Chile el adelantado don Diego de Almagro, y con su entrada en la ciudad del Cuzco por fuerza de armas, estando en ella por justicia mayor el capitan Hernando Pizarro, caballero de la orden de Santiago.

La cuarta parte es mayor escriptura que las tres dichas, y de mas profundas materias. Es dividida en cinco libros, y á estos intitulo *Las guerras civiles del Perú*; donde se verán cosas extrañas que en ninguna parte del mundo han pasado entre gente tan poca y de una misma nacion.

El primero libro destas *Guerras civiles* es de la guerra de las Salinas: trata la prision del capitan Hernando Pizarro por el adelantado don Diego de Almagro; y cómo se hizo recibir por gobernador en la ciudad del Cuzco, y las causas por que la guerra se comenzó entre los gobernadores Pizarro y Almagro; los tratos y conciertos que entre ellos se hicieron hasta dejar en manos de un juez arbitro el debate; los juramentos que se tomaron y vistas que se hicieron de los mismos gobernadores, y las provisiones reales y cartas de su majestad que el uno y el otro tenían; la sentencia que se dió, y cómo el Adelantado soltó de la prision en que tenía á Hernando Pizarro; y la vuelta al Cuzco del Adelantado, donde con gran crueldad y mayor enemistad se dió la batalla en las Salinas, que es media legua del Cuzco. Y cuéntase la abajada del capitan Lorenzo de Aldana, por general del gobernador don Francisco Pizarro, á las provincias de Quito y Popayan; y los descubrimientos que se hicieron por los capitanes Gonzalo Pizarro, Pedro de Candia, Alonso de Albarado, Peranzúrez y otros. Hago fin con la ida de Hernando Pizarro á España.

El segundo libro se llama *La guerra de Chupas*. Será de algunos descubrimientos y conquistas, y de la conjuracion que se hizo en la ciudad de los Reyes por los de Chile, que se entienden los

que habian seguido al adelantado don Diego de Almagro antes que le matasen, para matar al marqués don Francisco Pizarro, de la muerte que le dieron; y cómo don Diego de Almagro, hijo del Adelantado, se hizo recibir por toda la mayor parte del reino por gobernador, y cómo se alzó contra él el capitán Alonso de Albarado en las Chachapoyas, donde era capitán y justicia mayor de su majestad por el marqués Pizarro; y Perálvarez Holgín y Gomez de Tordoya, con otros, en el Cuzco. Y de la venida del licenciado Cristóbal Vaca de Castro por gobernador; de las discordias que hubo entre los de Chile, hasta que, después de haberse los capitanes muerto unos á otros, se dió la cruel batalla de Chupas, cerca de Guamanga; de donde el gobernador Vaca de Castro fué al Cuzco y cortó la cabeza al mozo don Diego, en lo cual concluyo en este segundo libro.

El tercero libro, que llamo *La guerra civil de Quito*, sigue á los dos pasados, y su escriptura será bien delicada y de varios acaescimientos y cosas grandes. Dase en él noticia cómo en España se ordenaron las nuevas leyes, y los movimientos que hubo en el Perú, juntas y congregaciones, hasta que Gonzalo Pizarro fué recebido en la ciudad del Cuzco por procurador y capitán general; y lo que sucedió en la ciudad de los Reyes entre tanto que estos ñublados pasaban, hasta ser el Visorey preso por los oidores, y de su salida por la mar; y la entrada que hizo en la ciudad de los Reyes Gonzalo Pizarro, adonde fué recebido por gobernador, y los alcances que dió al Visorey, y lo que mas entre ellos pasó hasta que en la campaña de Añaquito el Visorey fué vencido y muerto. También doy noticia en este libro de las mudanzas que hubo en el Cuzco y Charcas y en otras partes; y los recuentros que tuvieron el capitán Diego Centeno por la parte del Rey, y Alonso de Toro y Francisco de Carvajal en nombre de Pizarro, hasta que el constante varón Diego Centeno, constreñido de necesidad, se metió en lugares ocultos, y Lope de Mendoza, su maestre de campo, fué muerto en la de Pecona. Y lo que pasó entre los capitanes Pedro de Hinojosa, Juan de Illanes, Melchior Verdugo, y los mas que estaban en la Tierra-Firme.

Y la muerte que el adelantado Belalcázar dió al mariscal don Jorge Robledo en el pueblo de Pozo; y cómo el Emperador nuestro señor, usando de su grande clemencia y benignidad, envió perdon, con aperebimiento que todos se reduciesen á su servicio real; y del proveimiento del licenciado Pedro de la Gasca por presidente, y de su llegada á la Tierra-Firme, y los avisos y formas que tuvo para atraer á los capitanes que allá estaban al servicio del Rey; y la vuelta de Gonzalo Pizarro á la ciudad de los Reyes, y las crueldades que por él y sus capitanes eran hechas; y la junta general que se hizo para determinar quién irían por procuradores generales á España; y la entregada del armada al Presidente. Y con esto haré fin, concluyendo con lo tocante á este libro.

En el cuarto libro, que intitulo de *La guerra de Guarina*, trato de la salida del capitán Diego Centeno, y cómo con los pocos que pudo juntar entró en la ciudad del Cuzco y la puso en servicio de su majestad; y cómo asimismo, determinado por el Presidente y capitanes, salió de Panamá Lorenzo de Aldana, y llegó al puerto de los Reyes con otros capitanes, y lo que hicieron; y cómo muchos, desamparando á Gonzalo Pizarro, se pasaban al servicio del Rey. También trato las cosas que pasaron entre los capitanes Diego Centeno y Alonso de Mendoza, hasta que juntos todos, dieron la batalla en el campo de Guarina á Gonzalo Pizarro, en la cual Diego Centeno fué vencido y muchos de sus capitanes y gente muertos y presos; y de lo que Gonzalo Pizarro proveyó y hizo hasta que entró en la ciudad del Cuzco.

El quinto libro, que es de la guerra de Jaquijaguana, trata de la llegada del presidente Pedro de la Gasca al valle de Jauja, y los proveimientos y aparejos de guerra que hizo sabiendo que Diego Centeno era desbaratado; y de su salida deste valle y allegada al de Jaquijaguana, donde Gonzalo Pizarro con sus capitanes y gentes le dieron batalla, en la cual el Presidente, con la parte del Rey, quedaron por vencedores, y Gonzalo Pizarro y sus secuaces y valedores fueron vencidos y muertos por justicia en este mismo valle. Y cómo allegó al Cuzco el Presidente, y por pregon público dió por traidores á los tiranos; y salió al pueblo que llaman de Guaynarima, donde repartió la mayor parte de las provincias deste reino entre las personas que le paresció. Y de allí fué á la ciudad de los Reyes, donde fundó la audiencia real que en ella está.

Concluido con estos libros, en que se incluye la cuarta parte, hago dos comentarios: el uno de las cosas que pasaron en el reino del Perú después de fundada el audiencia hasta que el Presidente salió del.

El segundo, de su llegada á la Tierra-Firme; y la muerte que los Contréras dieron al obispo de Nicaragua, y cómo con pensamiento tiránico entraron en Panamá y robaron gran cantidad de oro y plata, y la batalla que les dieron los vecinos de Panamá junto á la ciudad, donde los mas fueron

presos y muertos, y de otros hecha justicia; y cómo se cobró el tesoro. Concluyo con los motines que tuvo en el Cuzco y con la ida del mariscal Alonso de Albarado, por mandado de los señores oidores, á lo castigar; y con la entrada en este reino para ser visorey el ilustre y muy prudente varon don Antonio Mendoza.

Y si no va escripta esta historia con la suavidad que da á las letras la sciencia, ni con el ornato que requeria, va á lo menos llena de verdades; y á cada uno se da lo que es suyo con brevedad, y con moderacion se reprenden las cosas mal hechas.

Bien creo que hubiera otros varones que salieran con el fin deste negocio mas al gusto de los lectores, porque siendo mas sabios, no lo dudo; mas mirando mi intencion, tomarán lo que pude dar, pues de cualquier manera es justo se me agradezca. El antiguo Diodoro Siculo en su proemio dice que los hombres deben sin comparacion mucho á los escriptores, pues mediante su trabajo viven los acaescimientos hechos por ellos grandes edades. Y así, llamó á la escriptura Ciceron testigo de los tiempos, maestra de la vida, luz de la verdad. Lo que pido es, que en pago de mi trabajo, aunque vaya esta escriptura desnuda de retórica, sea mirada con moderacion; pues á lo que siento, va tan acompañada de verdad. La cual sujeto al parecer de los dotos y virtuosos; y á los demás pido se contenten con solamente la leer, sin querer juzgar lo que no entienden.

LA CRÓNICA DEL PERÚ.

CAPITULO PRIMERO.

En que se trata el descubrimiento de las Indias, y de algunas cosas que en los principios de su descubrimiento se hicieron, y de las que agora son.

PASADO habían mil y cuatrocientos y noventa y dos años que la princesa de la vida, gloriosa virgen María, Señora nuestra, parió al unigénito Hijo de Dios, cuando, reinando en España los católicos reyes don Fernando y doña Isabel, de gloriosa memoria, el memorable Cristóbal Colón salió de España con tres carabelas y noventa españoles, que los dichos reyes le mandaron dar. Y navegando mil y docientas leguas por el ancho mar Océano la vía del poniente, descubrió la isla Española, donde agora es la ciudad de Santo Domingo. Y de allí se descubrió la isla de Cuba, San Juan de Puerto-Rico, Yucatan, Tierra-Firme y la Nueva-España, y las provincias de Guatimala y Nicaragua, y otras muchas, hasta la Florida; y después el gran reino del Perú, Rio de la Plata, y estrecho de Magallanes; habiendo pasado tantos tiempos y años que en España de tan gran grandeza de tierra no se supo, ni della se tuvo noticia. En cuya navegacion y descubrimiento de tantas tierras, el prudente lector podrá considerar cuántos trabajos, hambre y sed, temores, peligros y muertes los españoles pasaron; cuánto derramamiento de sangre y vidas suyas costó. Lo cual todo, así los Reyes Católicos, como la real majestad del invictísimo César don Carlos, quinto emperador deste nombre, rey y señor nuestro, han permitido y tenido por bien, porque la doctrina de Jesucristo y la predicacion de su santo Evangelio por todas partes del mundo se extienda, y la santa fe nuestra sea ensalzada. Cuya voluntad, así á los ya dichos Reyes Católicos como de su majestad, ha sido y es que gran cuidado se tuviese de la conversion de las gentes de todas aquellas provincias y reinos, porque este era su principal intento; y que los gobernadores, capitanes y descubridores, con celo de cristiandad, les hiciesen el tratamiento que como á prójimos se debía; y puesto que la voluntad de su majestad esta es y fué, algunos de los gobernadores y capitanes lo miraron siniestramente, haciendo á los indios muchas vejaciones y males, y los indios por defenderse se ponian en armas, y mataron á muchos cristianos y algunos capitanes. Lo cual fué causa que estos indios padecieron crueles tor-

mentos, quemándolos y dándoles otras recios muertes. No dejó yo de tener que, como los juicios de Dios sean muy justos, permitió que estas gentes, estando tan apartadas de España, padeciesen de los españoles tantos males; pudo ser que su divina justicia lo permitiese por sus pecados, y de sus pasados, que debían ser muchos, como aquellos que carecian de fe. Ni tampoco afirmo que estos males que en los indios se hacian eran por todos los cristianos; porque yo sé y vi muchas veces hacer á los indios buenos tratamientos por hombres templados y temerosos de Dios; porque, si algunos enfermaban, los curaban y sangraban ellos mismos, y les hacian otras obras de caridad; y la bondad y misericordia de Dios, que no permite mal alguno de que no saque los bienes que tiene determinado, ha sacado de estos males muchos y señalados bienes, por haber venido tanto número de gentes al conocimiento de nuestra santa fe católica, y á estar en camino para poderse salvar. Pues sabiendo su majestad de los daños que los indios recibían, siendo informado dello, y de lo que convenia al servicio de Dios y suyo, y á la buena gobernacion de aquestas partes, ha tenido por bien de poner visoreyes y audiencias, con presidentes y oidores; con lo cual los indios parece han resucitado y cesado sus males. De manera que ningun español, por muy alto que sea, les osa hacer agravio. Porque, demás de los obispos, religiosos, clérigos y frailes que contino su majestad provee, muy suficientes para enseñar á los indios la doctrina de la santa fe y administracion de los santos sacramentos, en estas audiencias hay varones doctos y de gran cristiandad que castigan á aquellos que á los indios hacen fuerza y maltratamiento y demasia alguna. Así que ya en este tiempo no hay quien ose hacerles enojo; y son en la mayor parte de aquellos reinos señores de sus haciendas y personas, como los mismos españoles, y cada pueblo está tasado moderadamente lo que ha de dar de tributo. Acuérdome que estando yo en la provincia de Junja pocos años há, me dijeron los indios con harto contento y alegría: «Este es tiempo alegre, bueno, semejable al de Tupanga Yupangue.» Este era un rey que ellos tuvieron antiguamente muy pindoso. Ciertó, desto todos los que somos cristianos nos debemos alegrar y dar gracias á nuestro Señor Dios, que en tanta grandeza y tierra, y tan apartada de nuestra España y de toda Europa haya,

tanta justicia y tan buena gobernación; y juntamente con esto, ver que en todas partes hay templos y casas de oración donde el todopoderoso Dios es alabado y servido, y el demonio alzado y vituperado y abatido; y derribados los lugares que para su culto estaban hechos tantos tiempos había, agora estar puestas cruces, insignias de nuestra salvación, y los ídolos y simulacros quebrados, y los demonios con temor, huidos y atemorizados. Y que el sacro Evangelio es predicado y poderosamente va volando de levante en poniente y de septentrión al mediodía, para que todas naciones y gentes reconozcan y alaben un Dios y Señor.

CAPITULO II.

De la ciudad de Panamá y de su fundación, y por qué se trata della primero que de otra alguna.

Antes que comenzara á tratar las cosas desto reino del Perú, quisiera dar noticia de lo que tengo entendido del origen y principio que tuvieron las gentes destas Indias ó Nuevo-Mundo, especialmente los naturales del Perú, segun ellos dicen que lo oyeron á sus antiguos, aunque ello es un secreto que solo Dios puede saber lo cierto dello. Mas, como mi intencion principal es, en esta primera parte figurar la tierra del Perú y contar las fundaciones de las ciudades que en él hay, los ritos y ceremonias de los indios deste reino, dejaré su origen y principio (digo lo que ellos cuentan y podemos presumir) para la segunda parte, donde lo trataré copiosamente. Y pues, como digo, en esta parte lie de tratar de la fundación de muchas ciudades, considero yo que si en los tiempos antiguos, por haber Elisa Dido fundado á Cartago y dádole nombre y república, y Rómulo á Roma, y Alejandro á Alejandría; los cuales por razon destas fundaciones hay dellos perpetua memoria y fama; cuánto mas y con mas razon se perpetuará en los siglos por venir, la gloria y fama de su majestad, pues en su real nombre se han fundado en este gran reino del Perú tantas ciudades y tan ricas, donde su majestad á las repúblicas ha dado leyes con que quieta y pacíficamente vivan. Y porque, sin las ciudades que se poblaron y fundaron en el Perú, se fundó la ciudad de Panamá en la provincia de Tierra-Firme, llamado Castilla del Oro, comienzo por ella, aunque hay otras en este reino de mas calidad. Pero hágolo porque al tiempo que él se comenzó á conquistar salieron della los capitanes que fueron á descubrir al Perú, y los primeros caballos y lenguas, y otras cosas pertenecientes para las conquistas. Por esto hago principio en esta ciudad, y después entraré por el puerto de Uraba, que cae en la provincia de Cartagena, no muy lejos del gran río del Darién, donde daré razon de los pueblos de indios, y las ciudades de españoles que hay desde allí hasta la villa de Plata y asiento de Potosí, que son los fines del Perú por la parte de sur, donde á mi ver hay mas de mil y docientas leguas de camino; lo cual yo anduve todo por tierra, y traté, vi y supe las cosas que en esta historia trato; las cuales lie mirado con grande estudio y diligencia, para las escribir con aquella verdad que debo, sin mezcla de cosa siniestra. Digo pues que la ciudad de Panamá es fundada junto á la mar del Sur y diez y ocho leguas del Nombre de Dios, que o á po-

blado junto á la mar del Norte. Tiene poco circuito donde está situada, por causa de una palude ó laguna que por la una parte la ciñe; la cual, por los malos vapores que desta laguna salen, se tiene por enferma. Está trazada y edificada de levante á poniente, en tal manera, que saliendo el sol no hay quien pueda andar por ninguna calle della, porque no hace sombra ninguna. Y esto siéntese tanto porque luce grandísimo calor, y porque el sol es tan enfermo, que si un hombre acostumbrado andar por él, aunque no sea sino pocas horas, le dará tales enfermedades que muera; que así ha acontecido á muchos. Media legua de la mar había buenos sitios y sanos, y adonde pudieran al principio poblar esta ciudad. Mas, como las casas tienen gran precio, porque cuestan mucho á hacerse, aunque ven el notorio daño que todos reciben en vivir en tan mal sitio, no se ha mudado; y principalmente porque los antiguos conquistadores son ya todos muertos, y los vecinos que agora hay son contratantes, y no piensan estar en ella mas tiempo de cuanto puedan hacerse ricos; y así, idos unos, vienen otros; y pocos ó ningunos miran por el bien público. Cerca desta ciudad corre un río que nace en unas sierras. Tiene asimismo muchos términos y corren otros muchos ríos, donde en algunos dellos tienen los españoles sus estancias y granjerías, y han plantado muchas cosas de España, como son naranjos, cidras, higueros. Sin esto hay otras frutas de la tierra, que son piñas olorosas y plátanos, muchos y buenos guayabas, caimitos, aguacates, y otras frutas de las que suele haber de la misma tierra. Por los campos hay grandes hatos de vacas, porque la tierra es dispuesta para que se crien en ella; los ríos llevan mucho oro; y así, luego que se fundó esta ciudad se sacó mucha cantidad; es bien proveida de mantenimiento, por tener refresco de entrambas mares; digo de entrambas mares, entiéndese la del Norte, por donde vienen las naos de España á Nombre de Dios; y la mar del Sur, por donde se navega de Panamá á todos los puertos del Perú. En el término desta ciudad no se da trigo ni cebada. Los señores de las estancias cogen mucho maíz, y del Perú y de España traen siempre harina. En todos los ríos hay pescado, y en la mar lo pescan bueno, aunque diferente de lo que se cria en la mar de España; por la costa, junto á las casas de la ciudad, hallan entre el arena unas almejas muy menudas que llaman chucha, de la cual hay gran cantidad; y creo yo que al principio de la población desta ciudad, por causa destas almejas se quedó la ciudad en aquesta parte poblada, porque con ellas estaban seguros de no pasar hambre los españoles. En los ríos hay gran cantidad de lagartos, que son tan grandes y fieros, que es admiración verlos; en el río del Cenu he yo visto muchos y muy grandes, y comido hartos huevos de los que ponen en las playas; un lagarto destes hallamos en seco en el río que dicen de San Jorge, yendo á descubrir con el capitán Alonso de Cáceres las provincias de Uru-
to, tan grande y disforme, que tenía mas de veinte y cinco piés en largo, y allí le matamos con las lanzas, y era cosa grande la braveza que tenía; y después de muerto lo comimos, con la hambre que llevábamos; es mala carne y de un olor muy enhastioso; estos lagar-

los ó caimanes han comido á muchos españoles y caballos y indios, pasando de una parte á otra, atravesando estos rios. En el término desta ciudad hay poca gente de los naturales, porque todos se han consumido por muchos tratamientos que recibieron de los espúñoles, y con enfermedades que tuvieron. Toda la mas desta ciudad está poblada, como ya dije, de muchos y muy honrados mercaderes de todas partes; tratan en ella y en el Nombre de Dios; porque el trato es tan grande, que casi se puede comparar con la ciudad de Venecia; porque muchas veces acaesce venir navios por la mar del Sur á desembarcar á esta ciudad, cargados de oro y plata; y por la mar del Norte es muy grande el número de las flotas que allegan al Nombre de Dios, de las cuales gran parte de las mercaderías viene á este reino por el rio que llaman de Chugre, en barcos, y del que está cinco leguas de Panamá los traen en grandes y muchas reuas que los mercaderes tienen para este efecto. Junto á la ciudad hace la mar un ancon grande, donde cerca del surgen las naos, y con la marea entran en el puerto, que es muy bueno para pequeños navios. Esta ciudad de Panamá fundó y pobló Pedrarias de Avila, gobernador que fué de Tierra-Firme en nombre del invictissimo ósar don Carlos Augusto, rey de España, nuestro señor, año del Señor de 1520; y está en casi ocho grados de la Equinocial á la parte del norte; tiene un buen puerto, donde entran las naos con la menguante hasta quedar en seco. El flujo y reflujo desta mar es grande, y mengua tanto, que queda la playa mas de media legua descubierta del agua, y con la creciente se torna á henchir; y quedar tanto croo yo que lo causa tener poco fondo, pues quedan las naos de baja mar en tres brazas, y cuando la mar es crecida están en siete. Y pues en este capitulo he tratado de la ciudad de Panamá y de su asiento, en el siguiente diré los puertos y rios que hay por la costa hasta llegar á Chile; porque será grande claridad para esta obra.

CAPITULO III.

De los puertos que hay desde la ciudad de Panamá hasta llegar á la tierra del Perú, y las leguas que hay de uno á otro, y en los grados de altura que están.

A todo el mundo es notorio cómo los españoles, ayudados por Dios, con tanta felicidad han ganado y señoreado este Nuevo-Mundo, que Indias se llama. En el cual se incluyen tantos y tan grandes reinos y provincias, que es cosa de admiracion pensarlos, y en las conquistas y descubrimientos tan venturosos, como todos los que en esta edad vivimos sabemos. He yo considerado que, como el tiempo trastornó con el tiempo largo otros estados y monarquías y las traspasó á otras gentes, perdiéndose la memoria de los primeros, que andando el tiempo podria suceder en nosotros lo que en los pasados; lo cual Dios nuestro Señor no permita, pues estos reinos y provincias fueron ganadas y descubiertas en tiempo del cristianismo y gran Carlos semper agosto, emperador de los romanos, rey y señor nuestro, el cual tanto cuidado ha tenido y tiene de la conversion destos indios. Por las cuales causas yo creeré que para siempre España será la cabeza deste reino,

y todos los que en él vivieren reconocerán por señores á los reyes della. Por tanto, en este capitulo quiero dar á entender á los que esta obra leyeren la manera del navegar por los rumbos y grados que en el camino de mar hay de la ciudad de Panamá al Perú. Donde digo que el navegar de Panamá para el Perú es por el mes de enero, hebrero y marzo, porque en este tiempo hay siempre grandes brisas y no reinan los vendavales, y las naos con brevedad allegan adonde van, antes que reine otro viento, que es el sur, el cual gran parte del año corre en la costa del Perú; y así, antes que viene el sur, las naos acaban su navegacion. Tambien pueden salir por agosto y setiembre, mas no van tan bien como en el tiempo ya dicho. Si fuera destos meses algunas naos partieran de Panamá, irán con trabajo, y aun harán mala navegacion y muy larga; y así, muchas naos arriban sin poder tomar la costa. El viento sur, y no otro, reina mucho tiempo, como dicho he, en las provincias del Perú desde Chile hasta cerca de Tumbes; el cual es provechoso para venir del Perú á la Tierra-Firme, Nicaragua y otras partes; mas para ir es dificultoso. Saliendo de Panamá, los navios van á reconocer las islas que llaman de las Perlas, las cuales están en ocho grados escasos á la parte del sur. Serán estas islas hasta veinte y cinco ó treinta, pegadas á una que es la mayor de todas. Solian ser pobladas de naturales, mas en este tiempo ya no hay ninguno. Los que son señores dellas tienen negros y indios de Nicaragua y Cubagua, que les guardan los ganados y siembran las sembreras, porque son fértiles. Sin esto, se han sacado gran cantidad de perlas ricas, por lo cual les quedó el nombre de islas de Perlas. Destas islas van á reconocer á la punta de Carachine, que está dellas diez leguas norueste sueste con la isla Grande. Los que llegaren á este cabo verán ser la tierra alta y montañosa; está en siete grados y un tercio. Desta punta corre la costa á puerto de Piñas al sudueste cuarta del sur, y está della ocho leguas, en seis grados y un cuarto. Es tierra alta, de grandes breñas y montañas; junto á la mar hay grandes pinales, por lo cual le llaman puerto de Piñas; desde donde vuelve la costa al sur cuarta de sudueste hasta cabo de Corrientes, el cual sale á la mar y es apuesto. Y prosiguiendo el camino por el rumbo ya dicho, se va hasta llegar á la isla que llaman de Palmas, por los grandes palmares que en ella hay; terná en contorno poco mas de legua y media; hay en ella rios de buen agua, y solia ser poblada. Está de cabo de Corrientes veinte y cinco leguas y en cuatro grados y un tercio. Desta isla corre la costa por el mismo rumbo hasta llegar á la bahía de la Buena ventura, y está de la isla tres leguas, poco mas; junto á la bahía, la cual es muy grande, está un peñol ó farallon alto; está la entrada de la bahía en tres grados y dos tercios; toda aquella parte está llena de grandes montañas, y salen á la mar muchos y muy grandes rios, que nacen en la sierra; por el uno dellos entran las naos hasta llegar al pueblo ó puerto de la Buena ventura. Y el piloto que entrare ha de saber bien el rio, y si no, pasará gran trabajo, como lo he pasado yo y otros muchos, por llevar pilotos nuevos. Desta bahía corre la costa á leste cuarta del sueste hasta la isla que llaman de la Gorgona, la cual está de la bahía

velute y cinco leguas. La costa que corre en este término es baja, llena de manglares y otras montañas bravas. Salen á la costa muchos ríos grandes, y entre ellos, el mayor y mas poderoso es el río de San Juan, el cual es poblado de gentes bárbaras, y tienen las casas armadas en grandes horcones á manera de barlincons ó tabladitos, y allí viven muchos moradores, por ser las caneyes ó casas largas y muy anchas. Son muy riquísimos estos indios de oro, y la tierra que tienen muy fértil, y los ríos llevan abundancia deste metal; mas es tan frágosa y llena de paludes ó lagunas, que por ninguna manera se puede conquistar, sino es á costa de mucha gente y con gran trabajo. La isla de la Gorgona es alta, y adonde jamás deja de llover y tronar, que parece que los elementos unos con otros combaten. Terná dos leguas de contorno, llena de montañas; hay arroyos de buen agua y muy dulce, y en los árboles se ven muchas pavas, faisanes y gatos pintados y grandes culebras, y otras aves nocturnas; parece que nunca fué poblada. Aquí estuvo el marqués don Francisco Pizarro con trece cristianos españoles, compañeros suyos, que fueron los descubridores desta tierra, que llamamos Perú. Muchos días (como diré en la tercera parte desta obra) ellos y el Gobernador pasaron grandes trabajos y hambres, hasta que enteramente Dios fué servido que descubriese las provincias del Perú. Esta isla de la Gorgona está en tres grados; della corre la costa al oes-sudueste hasta la isla del Gallo, y toda esta costa es baja y montañosa y salen á ella muchos ríos. Es la isla del Gallo pequeña, terná de contorno casi una legua, hace unas barrancas bermejas en la misma costa de Tierra-Firme á ella; está en dos grados de la Equinocial. De aquí vuelve la costa al sudueste hasta la punta que llaman de Manglares, la cual está en otros dos grados escasos, y hay de la isla á la punta ocho leguas, poco mas ó menos. La costa es baja, montañosa, y salen á la mar algunos ríos, los cuales la tierra dentro están poblados de las gentes que dije que hay en el río de San Juan. De aquí corre la costa al sudueste hasta la bahía que llaman de Santiago, y hácese una grande ensenada, donde hay un aucon que nombran de Sardinias; está en él el grande y furioso río de Santiago, que es de donde comenzó la gobernacion del marqués don Francisco Pizarro. Está quince leguas la bahía de Punta de Manglares, y acaece las naos tener la proa en ochenta brazas y estar la popa zabordada en tierra, y tambien acontiece ir en dos brazas y dará luego en mas de quince; lo cual hace la furia del río; mas, aunque hay estos bancos, no son peligrosos ni dejan las naos de entrar y salir á su voluntad. Está la bahía de San Mateo en un grado largo; della van corriendo al oeste en demanda del cabo de San Francisco, que está de la bahía diez leguas. Está este cabo en tierra alta, y junto á él se hacen unas barrancas bermejas y blancas, tambien altas, y está este cabo de San Francisco en un grado á la parte del norte de la Equinocial. Desde aquí corre la costa al sudueste hasta llegar al cabo de Passáos, que es por donde pasa la línea Equinocial. Entre estos dos cabos ó puntas salen á la mar cuatro ríos muy grandes, á los cuales llaman los Quiximies; hácese un puerto razonable, donde las naos toman agua muy buena y leña. Hácense del cabo de Passáos á la Tierra-

Firme unas sierras altas que dicen de Quaque; el cabo es una tierra no muy baja, y vense unas barracas como las pasadas.

CAPITULO IV.

En que se declara la navegacion hasta llegar al Callao de Lima, que es el puerto de la ciudad de los Reyes.

Declarado he, aunque brevemente, de la manera que se navega por este mar del Sur hasta llegar al puerto de los Quiximies, que ya es tierra del Perú; y agora será bien proseguir la derrota hasta llegar á la ciudad de los Reyes. Saliendo pues de cabo de Passáos, va la costa al sur cuarta del sudueste hasta llegar á Puerto-Viejo, y antes de llegar á él está la bahía que dicen de los Caruques, en la cual entran las naos sin ningun peligro; y es tal, que pueden dar en él carena á navíos aunque fuesen de mil toneles. Tiene buena entrada y salida, excepto que en medio de la furna que se hace de la bahía están unas rocas ó isla de peñas; mas por cualquier parte pueden entrar y salir las naos sin peligro alguno, porque no tiene mas recuesta de la que ven por los ojos. Junto á Puerto-Viejo, dos leguas la tierra dentro, está la ciudad de Santiago, y un monte redondo al sur, otras dos leguas, al cual llaman Monte-Cristo; está Puerto-Viejo en un grado de la Equinocial á la parte del sur. Mas adelante, por la misma derrota á la parte del sur cinco leguas, está el cabo de San Lorenzo, y tres leguas dél al sudueste está la isla que llaman de la Plata, la cual terná en círculo legua y media, donde en los tiempos antiguos solian tener los indios naturales de la Tierra-Firme sus sacrificios, y mataban muchos corderos y ovejas y algunos niños, y ofrecían la sangre dellos á sus idolos ó diablos, la figura de los cuales tienen en piedras adonde adoraban. Viniendo descubriendo el marqués don Francisco Pizarro con sus trece compañeros, dieron en esta isla, y hallaron alguna plata y joyas de oro, y muchas mantas y camisetas de lana muy pintadas y galanas; desde aquel tiempo hasta agora se le quedó por lo dicho el nombre que tiene de isla de Plata. El cabo de San Lorenzo está en un grado á la parte del sur. Volviendo al camino, digo que va prosiguiendo la costa al sur cuarta del sudueste hasta la punta de Santa Elena; antes de llegar á esta punta hay dos puertos; el uno se dice Callo, y el otro Zalango, donde las naos surgen y toman agua y leña. Hay del cabo de San Lorenzo á la puente de Santa Elena quince leguas, y está en dos grados largos; hácese una ensenada de la punta á la parte del norte, que es buen puerto. Un tiro de ballesta dél está una fuente, donde nasce y mana gran cantidad de un be-tun, que parece pez natural y alquitran; salen desto cuatro ó cinco ojos. Deslo, y de los pozos que hicieron los gigantes en esta punta, y lo que cuentan dellos, que es cosa de oír, se tratará adelante. Desta punta de Santa Elena van al río de Tumbéz, que está della veinte y cinco leguas; está la punta con el río al sur cuarta al sudueste; entre el río y la punta se hace otra gran ensenada. Al nordeste del río de Tumbéz está una isla, que terná de contorno mas de diez leguas, y ha sido riquísima y muy poblada; tanto, que competían los naturales con los de Tumbéz y con otros de la Tierra-Fir-

me, y se dieron entre unos y otros muchas batallas y hubo grandes guerras; y con el tiempo, y con la que tuvieron con los españoles, han venido en gran disminución. Es la isla muy fértil y abundante y llena de árboles; es de su majestad. Hay fama que de antiguo está enterrado en ella gran suma de oro y plata en sus adoratorios. Cuentan los indios que hoy son vivos que usaban los moradores desta isla grandes religiones, y eran dados á mirar en agujeros y en otros abusos, y que eran muy viciosos; y aunque sobre todo muchos dellos usaban el pecado abominable de la sodomía, dormían con sus hermanas carnales, y hacían otros grandes pecados. Cerca desta isla de la Puna está otra mas metida en la mar, llamada Santa Clara; no hay ni hubo en ella población ni agua ni leña; pero los antiguos de la Puna tenían en esta isla enterramientos de sus padres y hacían sacrificios; y había puestos en las alturas donde tenían sus aras gran suma de oro y plata y fina ropa, dedicado y ofrecido todo al servicio de su Dios. Entrados los españoles en la tierra, lo pusieron en tal parte (á lo que cuentan algunos indios), que no se puede saber dónde está. El río de Tumbes es muy poblado, y en los tiempos pasados lo era mucho mas. Cerca dél solía estar una fortaleza muy fuerte y de linda obra, hecha por los íngas, reyes del Cuzco y señores de todo el Perú; en la cual tenían grandes tesoros, y había templo del sol y casa de mamaconas, que quiere decir mujeres principales virgenes, dedicadas al servicio del templo; las cuales casi al uso de la costumbre que tenían en Roma las virgenes vestales vivían y estaban. Y porque desto trato largo en el segundo libro desta historia, que trata de los reyes íngas y de sus religiones y gobernacion, pasaré adelante. Ya está el edificio desta fortaleza muy gastado y deshecho, mas no para que deje de dar muestra de lo mucho que fué. La boca del río de Tumbes está en cuatro grados al sur; de allí corre la costa hasta Cabo-Blanco al su-sudueste; del cabo al río hay quince leguas, y está en tres grados y medio, de donde vuelve la costa al sur hasta isla de Lobos. Entre Cabo-Blanco y isla de Lobos está una punta que llaman de Parina, y sale á la mar casi tanto como el cabo que hemos pasado; desta punta vuelve la costa al sudueste hasta Paita. La costa de Tumbes para delante es sin montañas, y si hay algunas sierras son peladas, llenas de rocas y peñas; lo demás todo es arenales, y salen á la mar pocos ríos. El puerto de Paita está de la punta pasadas ocho leguas, poco mas; Paita es muy buen puerto, donde las naos limpian y dan cebo; es la principal escala de todo el Perú y de todas las naos que vienen á él. Está este puerto de Paita en cinco grados; de la isla de Lobos (que ya dijimos) córrase leste oeste hasta llegar á ella, que estará cuatro leguas; y de allí, prosiguiendo la costa al sur, se va hasta llegar á la punta del Aguja. Entre medias de isla de Lobos y punta de Aguja se hace una grande enseñada, y tiene gran abrigo para reparar las naos; está la punta del Aguja en seis grados; al sur de ella se van dos islas que se llaman de Lobos-Marinos, por la gran cantidad que hay dellos. Norte sur con la punta está la primera isla, apartada de Tierra-Firme cuatro leguas; pueden pasar todas las naos por entre la tierra

y ella. La otra isla, mas forana, está doce leguas desta primera, y en siete grados escasos. De punta de Aguja vuelve la costa al su-sudueste hasta el puerto que dicen de Casma. De la isla primera se corre norueste sudueste hasta Mal-Abrito, que es un puerto que solamente con bonanza pueden las naos tomar puerto y lo que les conviene para su navegacion. Diez leguas mas adelante está el arracife que dicen de Trujillo; es mal puerto, y no tiene mas abrigo que el que hacen las boyas de las anclas; algunas veces toman allí refresco las naos; dos leguas la tierra dentro está la ciudad de Trujillo. Deste puerto, que está en siete grados y dos tercios, se va al puerto de Guanape, que está siete leguas de la ciudad de Trujillo, en ocho grados y un tercio. Mas adelante al sur está el puerto de Santa, en el cual entran los navíos, y está junto á él un gran río y de muy subrosa agua; la costa toda es sin montaña (como dije atrás), arenales y sierras peladas de grandes rocas y piedras; está Santa en nueve grados. Mas adelante, á la parte del sur, está un puerto cinco leguas de aquí, que ha por nombre Ferrol, muy seguro, mas no tiene agua ni leña. Seis leguas adelante está el puerto de Casma, adonde tambien hay otro río y mucha leña, de los navíos toman siempre refresco; está en diez grados. De Casma corre la costa al sur hasta los farallones que dicen de Guabra; mas adelante está Guarney, por donde corre un río, de donde se va por la misma derrota hasta llegar á la Barrauca, que está de aquí veinte leguas á la parte del sur. Mas adelante seis leguas está el puerto de Guaura, donde las naos pueden tomar toda la cantidad de sal que quisieren; porque hay tanta, que bastaria para proveer á Italia y á toda España, y aun no la acabarian, segun es mucha. Cuatro leguas mas adelante están los farallones; córrase de la punta que hace la tierra con ellos nordeste sudueste; ocho leguas en la mar está el farallon mas forano; y están estos farallones en ocho grados y un tercio. De allí vuelve la costa al sueste hasta la isla de Lima; á medio camino, algo mas cerca de Lima que de los farallones, está una baja que ha por nombre Salmerina, la cual está de tierra nueve ó diez leguas. Esta isla hace abrigo al Callao, que es el puerto de la ciudad de los Reyes; y con este abrigo que da la isla está el puerto muy seguro, y así lo están las naos. El Callao, que, como digo, es el puerto de la ciudad de los Reyes, está en doce grados y un tercio.

CAPITULO V.

De los puertos y ríos que hay desde la ciudad de los Reyes hasta la provincia de Chile, y los grados en que están, y otras cosas pertenecientes á la navegacion de aquellas partes.

En la mayor parte de los puertos y ríos que he declarado he yo estado, y con mucho trabajo he procurado investigar la verdad de lo que cuento, y lo he comunicado con pilotos diestros y expertos en la navegacion destas partes, y en mi presencia han tomado el altura; y por ser cierto y verdadero lo escribo. Por tanto, prosiguiendo adelante en este capitulo, daré noticia de los mas puertos y ríos que hay en la costa desde este puerto de Lima hasta llegar á las provincias de Chile, porque de lo del estrecho de Magallanes no podré hacer cumplida relacion, por haber perdido una

copiosa relacion que hubo de un piloto de los que vinieron en una de las naos que envió el obispo de Plascencia. Digo pues que, saliendo las naos del puerto de la ciudad de los Reyes, van corriendo al sur hasta llegar al puerto de Sangalla, el cual es muy bueno, y el principio se tuvo por cierto que la ciudad de los Reyes se fundara cerca del; el cual está della treinta y cinco leguas, y en catorce grados escasos de la Equinocial á la parte del sur. Junto á este puerto de Sangalla hay una isla que llaman de Lobos-Marinos. Toda la costa de aquí adelante es baja, aunque á algunas partes hay sierras de rocas peladas, y todo arenales muy espesos; en los cuales nunca jamás creo llovió ni agora llueve, ni cae mas de un pequeño rocio, como adelante trataré deste admirable secreto de naturaleza. Cerca desta isla de Lobos hay otras siete ó ocho isletas pequeñas, las cuales están en triángulo unas de otras; algunas dellas son altas, y otras bajas, despobladas, sin tener agua ni leña ni árbol ni yerba ni otra cosa, sino lobos marinos y arenales no poco grandes. Solían los indios, segun ellos mismos dicen, ir de la Tierra-Firme á hacer en ellas sus sacrificios; y aun se presume que hay enterrados grandes tesoros. Estarán de la Tierra-Firme estas isletas poco mas de cuatro leguas. Mas adelante, por el rumbo ya dicho, está otra isla que tambien llaman de Lobos, por los muchos que en ella hay, y está en catorce grados y un tercio. Deste isla van prosiguiendo el viaje de la navegacion, corriendo la costa al sudueste cuarta el sur. Y después de haber andado doce leguas mas adelante de la isla, se allega á un promontorio que nombran de la Nasca, el cual está en quince grados menos un cuarto. Hay en él abrigo para las naos, pero no para echar las burcas ni salir á tierra con ellas. En la misma derrota está otra punta ó cabo que se dice de San Nicolás, en quince grados y un tercio. Deste punta de San Nicolás vuelve la costa al sudueste, y después de haber andado doce leguas, se allega al puerto de Hacari, donde las naos toman bastimento, y traen agua y leña del valle, que estará del puerto poco mas de cinco leguas. Está este puerto de Hacari en diez y seis grados. Corriendo la costa adelante deste puerto, se va hasta llegar al rio de Ocona. Por esta parte es la costa brava; mas adelante está otro rio que se llama Camona, y adelante está tambien otro llamado Quilca. Cerca deste rio media legua está una caleta muy buena y segura, y adonde los navios paran. Llaman á este puerto Quilca como al rio; y de lo que en él se descarga se provee la ciudad de Arequipa, que está del puerto diez y siete leguas. Y está este puerto y la misma ciudad en diez y siete grados y medio. Navegando deste puerto por la costa adelante, se va en unas islas dentro en la mar cuatro leguas, adonde siempre están indios, que van de la Tierra-Firme á pescar en ellas. Otras tres leguas mas adelante está otra isleta muy cerca de la Tierra-Firme, y á sotaviento della surgen las naos; porque tambien las envian deste puerto á la ciudad de Arequipa, al cual nombran Chuli, que es mas adelante de Quilca doce leguas; está en diez y siete grados y medio largos. Mas adelante deste puerto está á dos leguas un rio grande que se llama Tambopolla. Y diez leguas mas adelante deste rio sale á la mar una punta mas que to-

da la tierra una legua, y están sobre ella tres farallones. Al abrigo desta punta, poco mas de una legua antes de ella, está un buen puerto que se llama Ilo, y por él sale á la mar un rio de agua muy buena, que tiene el mismo nombre del puerto; el cual está en diez y ocho grados y un tercio. De aquí se corre la costa al sueste cuarta leste. Y siete leguas mas adelante está un promontorio, que los hombres de la mar llaman Morro de los Diablos. Toda aquella costa es (como ya dije) brava y de grandes riscos. Mas adelante deste promontorio cinco leguas está un rio de buen agua, no muy grande, y deste rio al sueste cuarta leste; doce leguas mas adelante sale otro morro alto, y hace unas barrancas. Sobre este morro está una isla, y junto á ella el puerto de Arica, el cual está en veinte y nueve grados y un tercio. Deste puerto de Arica corre la costa al su-sudueste nueve leguas; sale á la mar un rio que se llama Pizagua. Deste rio hasta el puerto de Tarapaca se corre la costa por la misma derrota, y habrá del rio al puerto cantidad de veinte y cinco leguas. Cerca de Tarapaca está una isla que torná de contorno poco mas de una legua; y está de la Tierra-Firme legua y media, y hace una bahía, donde está el puerto, en veinte y uno grados. De Tarapaca se va corriendo la costa por la misma derrota, y cinco leguas mas adelante hay una punta que ha por nombre de Tacama. Pasada esta punta, diez y seis leguas mas adelante, se allega al puerto de los Moxillones, el cual está en veinte y dos grados y medio. Deste puerto de Moxillones corre la costa al su-sudueste cantidad de noventa leguas. Es costa derecha, y hay en ella algunas puntas y bahías. En fin dellas está una grande, en la cual hay un buen puerto y agua que se llama Copayapo; está en veinte y seis grados. Sobre esta ensenada ó bahía está una isla pequeña, media legua de la Tierra-Firme. De aquí comienza lo poblado de las provincias de Chile. Pasado este puerto de Copayapo, poco mas adelante sale una punta, y cabe ella se hace otra bahía, sobre la cual están dos farallones pequeños, y en cabo de la bahía está un rio de agua muy buena. El nombre deste rio es el Guasco. La punta dicha está en veinte y ocho grados y un cuarto. De aquí se corre la costa al sudueste. Y diez leguas adelante sale otra punta, la cual hace abrigo para las naos, mas no tiene agua ni leña. Cerca desta punta está el puerto de Coquimbo; hay entre él y la punta pasada siete islas. Está el puerto en veinte y nueve grados y medio. Diez leguas mas adelante, por la misma derrota, sale otra punta, y en ella se hace una gran bahía que ha por nombre de Atongayo. Mas adelante cinco leguas está el rio de Limara. Deste rio se va por el mismo rumbo hasta llegar á una bahía que está del nuevo leguas, la cual tiene un farallón y no agua ninguna, y está en treinta y un grados; llámanlo Chocapa. Mas adelante por la misma derrota, cantidad de veinte y una leguas, está un buen puerto que se llama de Quintero; está en treinta y dos grados; y mas adelante diez leguas está el puerto de Valparaíso, y de la ciudad de Santiago, que es lo que decimos Chile, está en treinta y dos grados y dos tercios. Prosiguiendo la navegacion por la misma derrota, se allega á otro puerto que se llama Potocalma, que está del pasado veinte y cuatro leguas. Doce leguas mas adelante

se ve una punta, á un cabo della está un río, al cual nombran de Mauque ó Maule. Mas adelante catorce leguas está otro río que se llama Itata, y caminando al sur cuarta sudeste veinte y cuatro leguas, está otro río que se llama Biobio en altura de treinta y ocho grados escasos. Por la misma derrota, cantidad de quince leguas, está una isla grande, y se afirma que es poblada, cinco leguas de la Tierra-Firme; esta isla se llama Luchengo. Adelante desta isla está una bahía muy ancha, que se dice de Valdibia, en la cual está un río grande que nombran de Ainiléndos. Está la bahía en treinta y nueve grados y dos tercios. Yendo la costa al su-sudueste, está el cabo de Santa María, en cuarenta y dos grados y un tercio á la parte del Sur. Hasta aquí es lo que se ha descubierto y se ha navegado. Dicen los pilotos que la tierra vuelve al sueste hasta el estrecho de Magallanes. Uno de los navios que salieron de España con comision del obispo de Plasencia desembocó por el estrecho, y vino á aportar al puerto de Quilca, que es cerca de Arequipa. Y de allí fué á la ciudad de los Reyes y á Panamá. Traia buena relacion de los grados en que estaba el estrecho, y de lo que pasaron en su viaje y muy trabajosa navegacion; la cual relacion no pongo aquí, porque al tiempo que dimos la batalla á Gonzalo Pizarro, cinco leguas de la ciudad del Cuzco, en el valle de Jaquijaguana, la dejó entre otros papeles míos y registros, y me la hurtaron, de que me ha pesado mucho; porque quisiera concluir allí con esta cuenta; recibase mi voluntad en lo que he trabajado, que no ha sido poco, por saber la verdad, mirando las cartas nuevas de marear que se han hecho por los pilotos descubridores desta mar. Y porque aquí se concluye lo que toca á la navegacion desta mar del Sur, que hasta agora se ha hecho, de que yo he visto y podido haber noticia; por tanto, de aquí pasaré á dar cuenta de las provincias y naciones que hay desde el puerto de Uraba hasta la villa de Plata, en cuyo camino habrá mas de mil y doscientas leguas de una parte á otra. Donde pondré la traza y figura de la gobernacion de Popayan y del reino del Perú.

Y porque antes que trate desto conviene para claridad de lo que escribo hacer mencion desto puerto de Uraba (porque por él fué el camino que yo llevé), comenzaré dél, y de allí pasaré á la ciudad de Antiocha y á los otros puertos, como en la siguiente orden parescerá.

CAPÍTULO VI.

Cómo la ciudad de San Sebastian estuvo poblada en la Calata de Uraba, y de los indios naturales que están en la comarca della.

En los años de 1509 fueron gobernadores de la Tierra-Firme Alonso de Ojeda y Niquessa, y en la provincia del Darien se pobló una ciudad que tuvo por nombre Nuestra Señora del Antigua, donde afirman algunos españoles de los antiguos que se hallaron la flor de los capitanes que ha habido en estas Indias. Y entonces, aunque la provincia de Cartagena estaba descubierta, no la poblaron, ni hacían los cristianos españoles mas que contratar con los indios naturales, de los cuales, por via de rescate y contratacion se habia gran suma de oro fino y bajo. Y en el pueblo grande de Tarasco, que

está de Cartagena (que antiguamente se nombraba Celamar) cuatro leguas, entró el gobernador Ojeda, y tuvo con los indios una porfiada batalla, donde le mataron muchos cristianos, y entre ellos al capitan Juan de la Cosa, valiente hombre y muy determinado. Y él, por no ser tambien muerto á manos de los mismos indios, le convino dar la vuelta á las naos. Y después desto pasado, el gobernador Ojeda fundó un pueblo de cristianos en la parte que llaman de Uraba, adonde puso por su capitan y lugarteniente á Francisco Pizarro, que después fué gobernador y marqués. Y en esta ciudad ó villa de Uraba pasó muchos trabajos este capitan Francisco Pizarro con los indios de Uraba y con hambres y enfermedades, que para siempre quedará dél fama. Los cuales indios (según decian) no eran naturales de aquella comarca, antes era su antigua patria la tierra que está junto al río grande del Darien. Y deseando salir de la subjecion y mando que sobre ellos los españoles tenían, por librarse de estar sujetos á gente que tan mal los trataba, salieron de su provincia con sus armas, llevando consigo sus hijos y mujeres. Los cuales, llegados á la Calata que dicen Uraba, se hubieron de tal manera con los naturales de aquella tierra, que con gran crueldad los mataron á todos y les robaron sus haciendas, y quedaron por señores de sus campos y heredades.

Y entendido esto por el gobernador Ojeda, como tuviese grande esperanza de haber en aquella tierra alguna riqueza, y por asegurar á los que se habian ido á vivir á ella, envió á poblar el pueblo que tengo dicho, y por su teniente á Francisco Pizarro, que fué el primer capitan cristiano que allí hubo. Y como después feneciesen tan desastradamente estos dos gobernadores Ojeda y Niquessa, habiéndose habido los del Darien con tanta crueldad con Niquessa, como es público entre los que han quedado vivos de aquel tiempo, y Pedrarias vióiese por gobernador á la Tierra-Firme, no embargante que se hallaron en la ciudad del Antigua mas de dos mil españoles, no se entendió en poblar á Uraba.

Andando el tiempo, después de haber el gobernador Pedrarias cortado la cabeza á su yerno el adelantado Vasco Nuñez de Balboa, y lo mismo al capitan Francisco Hernandez en Nicaragua, y haber muerto los indios del río del Cenu al capitan Becerra con los cristianos que con él entraron, y pasados otros trances, viniendo por gobernador de la provincia de Cartagena don Pedro de Heredia, envió al capitan Alonso de Heredia, su hermano, con copia de españoles muy principales, á poblar segunda vez á Uraba, intitulándola ciudad de San Sebastian de Buena-Vista; la cual está asentada en unos pequeños y rasos collados de campaña, sin tener montaña, sino es en los ríos ó ciénagas. La tierra á ella comarcana es doblada, y por muchas partes llena de montañas y espesuras. Estará del mar del Norte casi media legua. Los campos están llenos de unos palmares muy grandes y espesos, que son unos árboles gruesos, y llevan unas ramas como palma de dátiles, y tiene el árbol muchas cáscaras hasta que llegan á lo interior dél; cuando lo cortan sin ser la madera recia, es muy trabajosa de cortar. Dentro deste árbol, en el corazon dél, se crían unos palmitos tan

grandes, que en dos dellos tiene harto que llevar un hombre; son blancos y muy dulces. Cuando andaban los españoles en las entradas y descubrimientos, en tiempo que fué teniente de gobernador desta ciudad Alonso Lopez de Ayala y el comendador Hernán Rodríguez de Sosa, no comían muchos días otra cosa que estos palmitos; y es tanto trabajo cortar el árbol y sacar el palmito dél, que estaba un hombre con una hacha cortando medio día primero que lo sacase; y como los comían sin pan y bebían mucha agua, muchos españoles se hinchaban y morían, y así murieron muchos dellos. Dentro del pueblo, y á las riberas de los ríos, hay muchos naranjales, plátanos, guayabas y otras frutas. Vecinos hay pocos, por ser la contratación casi ninguna. Tiene muchos ríos que nacen en las sierras. La tierra dentro hay algunos indios y caciques, que solían ser muy ricos por la gran contratación que tenían con los que moran en la campaña pasadas las sierras, y en el Bahaybo. Estos indios que en estos tiempos señorean esta region, ya dije cómo muchos dellos dicen su naturaleza haber sido pasado el gran río del Darién, y la causa por que salieron de su antigua patria. Son los señoretos ó caciques de los indios obedescidos y temidos, todos generalmente dispuestos y limpios, y sus mujeres son de las hermosas y amorosas que yo he visto en la mayor parte destas Indias donde he andado. Son en el comer limpios, y no acostumbran las fealdades que otras naciones. Tienen pequeños pueblos, y las casas son á manera de ramadas largas de muchos estantes. Duermin y duermen en amacas; no tienen ni usan otras camas. La tierra es fértil, abundante de mantenimientos y de raíces gustosas para ellos y también para los que usaren comerlas. Hay grandes manadas de puercos zainos pequeños, que son de buena carne ambrosa, y muchos dantas ligeras y grandes; algunos quieren decir que eran de linaje ó forma de cebras. Hay muchos pavos y otra diversidad de aves, mucha cantidad de pescado por los ríos. Hay muchos tigres grandes, los cuales matan á algunos indios y hacen daño en los ganados. También hay culebras muy grandes y otras alimañas por las montañas y espesuras, que no sabemos los nombres; entre los cuales hay los que llamamos pericos ligeros, que no es poco de ver su talle tan fiero, y con la flojedad y torpeza que andan. Cuando los españoles daban en los pueblos destes indios y los tomaban de sobresalto, hallaban gran cantidad de oro en unos canastillos que ellos llaman habas, en joyas muy ricas de campanas, platos, joyeles, y unos que llaman caricurries, y otros caracoles grandes de oro bien fino, con que se atapaban sus partes deshonestas; también tenían zarcillos y cuentas muy menudas, y otras joyas de muchas maneras, que les tomaban; tenían ropa de algodón mucha. Las mujeres andan vestidas con unas mantas que les cubren de las tetas hasta los piés, y de los pechos arriba tienen otra manta con que se cubren. Preciáanse de hermosas; y así, andan siempre peinadas y galanas á su costumbre. Los hombres andan desnudos y descalzos, sin traer en sus cuerpos otra cobertura ni vestidura que la que les dió natura. En las partes deshonestas traían atados con unos hilos unos caracoles de hueso ó de muy fino oro, que pesaban algunos

que yo ví á cuarenta y á cincuenta pesos cada uno, y algunos á mas, y pocos á menos. Hay entre ellos grandes mercaderes y contratantes que llevan á vender la tierra dentro muchos puercos de los que se crían en la misma tierra, diferentes de los de España, porque son mas pequeños y tienen el ombligo á las espaldas, que debo ser alguna cosa que allí los nace. Llevan también sal y pescado; por ello traen oro, ropa y de lo que mas ellos tienen necesidad; las armas que usan son unos arcos muy recios, sacados de unas palmas negras, de una brasa cada uno, y otros mas largos con muy grandes y agudas flechas, unidas con una yerba tan rufia y pestifera, que es imposible al que llega y hace sangre no morir, aunque no sea la sangre mas de cuanto sacarian de un hombre picándole con un alfiler. Así que pocos ó ninguno de los que han herido con esta yerba dejaron de morir.

CAPITULO VII.

De cómo se hace la yerba tan ponzoñosa con que los indios de Santa Marta y Cartagena tantos españoles han muerto.

Por ser tan nombrada en todas partes esta yerba ponzoñosa que tienen los indios de Cartagena y Santa Marta, me pareció dar aquí relacion de la composicion della, la cual es así. Esta yerba es compuesta de muchas cosas; las principales yo las investigué y procuré saber en la provincia de Cartagena, en un pueblo de la costa, llamado Bahaire, de un cacique ó señor dél, que habia por nombre Macuriz, el cual me enseñó unas raíces cortas, de mal olor, tirante el color dellas á pardas. Y díjome que por la costa del mar, junto á los árboles que llamamos manzanillos, cavaban debajo la tierra, y de las raíces de aquel pestífero árbol sacaban aquellas; las cuales quemán en unas cazuelas de barro y hacen dellas una pasta, y buscan unas hormigas tan grandes como un escarabajo de los que se crían en España, negrasimas y muy malas, que solamente de picar á un hombre se le hace una roucha, y le da tan gran dolor, que casi lo priva de su sentido, como aconteció yendo caminando en la jornada que hicimos con el licenciado Juan de Vadillo, acertando á pasar un río un Noguero y yo, adonde aguardamos ciertos soldados que quedaban atrás; porque él iba por cabo de escuadra en aquella guerra, adonde le picó una de aquellas hormigas que digo, y le dió tan gran dolor, que se le quitaba el sentido y se le hinchó la mayor parte de la pierna, y aun le dieron tres ó cuatro calenturas del gran dolor, hasta que la ponzoña acabó de hacer su curso. También buscan para hacer esta mala cosa unas arañas muy grandes, y asimismo le echan unos gusanos peludos, delgados, complidos como medio dedo, de los cuales yo no me podré olvidar; porque, estando guardando un río en las montañas que llaman de Abibe, abujé por un ramo de un árbol donde yo estaba, uno destes gusanos, y me picó en el pescuezo, y llevó la mas trabajosa noche que en mi vida tuve, y de mayor dolor. Hucenla también con las alas del morciélugo y la cabeza y cola de un pescado pequeño que hay en el mar, que ha por nombre peje tamborino, de muy gran ponzoña; y con supos y colas de culebras, y unas manzanillas que parecen en el color y olor naturales de España. Y algunos recién

venidos della á estas partes, saltando en la costa, como no saben la ponzoña que es, las comen. Yo conocí a un Juan Agraz (que ugora le vi en la ciudad de San Francisco del Quito), que es de los que vinieron de Cartagena con Vadillo, que cuando vino de España y salió del navio en la costa de Santa Marta comió diez ó doce destas manzanas, y le oí jurar que en el olor, color y sabor no podian ser mejores, salvo que tienen una leche que debe ser la maleia tan mala que se convierte en ponzoña; después que las hubo comido pensó reventar, y si no fuera socorrido con aceite, ciertamente muriera. Otras yerbas y raíces tambien le echan á esta yerba; y cuando la quieren hacer aderezan mucha lumbre en un llano desviado de sus casas ó aposentos, poniendo unas ollas; buscan alguna esclava ó india que ellos tengan en poco, y aquella india la cuece y pone en la perficion que ha de tener, y del olor y baho que echa de sí muere aquella persona que la luce, segun yo ví.

CAPITULO VIII.

En que se declaran otras costumbres de los indios sujetos á la ciudad de Uraba.

Con aquestay yerba tan mala como he contado untan los indios las puntas de sus flechas, y están tan diestros en el tirar, y son tan certeros y tiran con tanta fuerza, que ha acuescido muchas veces pasar las armas y caballo de una parte á otra, ó al caballero que va encima, si no son demasiadamente las armas buenas y tienen mucho algodón; porque en aquella tierra, por su aspereza y humedad, no son buenas las cotas ni corazas, ni aprovechan nada para la guerra destes indios, que pelean con flechas. Mas, con todas sus mañas, y con ser tan mala la tierra, los han conquistado y muchas veces saqueado soldados de á pié, dándoles grandes alcañices, sin llevar otra cosa que una espada y una rodeta. Y diez ó doce españoles que se hallan juntos acometen á ciento y á docientos dellos. No tienen casa ni templo de adoracion alguna, ni hasta agora se les ha hallado mas de que ciertamente hablan con el diablo los que para ello señalan, y le hacen la honra que pueden, teniendo en gran veneracion; el cual se les aparece (segun yo he oido á algunos dellos) en visiones espantables y terribles, que les pone su vista gran temor. No tienen mucha razon para conocer las cosas de naturaleza. Los hijos heredan á los padres, siendo habidos en la principal mujer. Cásanse con hijas de sus hermanos, y los señores tienen muchas mujeres. Cuando se muere el señor, todos sus criados y amigos se juntan en su casa de noche, con las tinieblas della, sin tener lumbre ninguna; teniendo gran cantidad de vino hecho de su maíz, beben, llorando el muerto; y después que han hecho sus ceremonias y hechicerías, lo meten en la sepultura, enterrando con el cuerpo sus armas y tesoro, y mucha comida y cántaros de su chicha ó vino, y algunas mujeres vivas. El demonio les hace entender que allá donde van han de tornar á vivir en otro reino que les tiene aparejado, y que para el camino les conviene llevar el mantenimiento que digo, como si el infierno estoviese lejos. Esta ciudad de San Sebastian fundó y pobló Alonso de Heredia, hermano del adelantado don Pedro de Heredia gobernador por

su majestad de la provincia de Cartagena, como ya dije.

CAPITULO IX.

Del camino que hay entre la ciudad de San Sebastian y la ciudad de Antiocha, y las sierras, montañas y rios y otras cosas que allí hay; y como y en qué tiempo se puede andar.

Yo me hallé en esta ciudad de San Sebastian de Buena-Vista el año de 1536, y por el de 37 salió della el licenciado Juan de Vadillo, juez de residencia y gobernador que en aquel tiempo era de Cartagena, con una de las mejores armadas que han salido de la Tierra-Firme, segun que tengo escripto en la cuarta parte desta historia. Y fuimos nosotros los primeros españoles que abrimos camino del mar del Norte al del Sur. Y deste pueblo de Uraba hasta la villa de Plata, que son los fines del Perú, anduve yo, y me apartaba por todas partes á ver las provincias que mas podía, para poder entender y notar lo que en ellas habia. Por tanto, de aquí adelante diré lo que vi y se me ofrece, sin querer engrandescer ni quitar cosa de lo que soy obligado; y desto los lectores reciban mi voluntad. Digo pues que saliendo de la ciudad de San Sebastian de Buena-Vista, que es el puerto que dicen de Uraba, para ir á la ciudad de Antiocha, que es la primera poblacion y la última del Perú á la parte del norte, van por la costa cinco leguas hasta llegar á un pequeño rio que se llama Rio-Verde, del cual á la ciudad de Antiocha hay cuarenta y ocho leguas. Todo lo que hay desde este rio hasta unas montañas de que luego haré mencion, que se llaman de Abibe, es llano, pero lleno de muchos montes y muy espesas arboledas y de muchos rios. La tierra es despoblada junto al camino, por haberse los naturales retirado á otras partes desviados del. Todo lo mas del camino se anda por rios, por no haber otros caminos, por la grande espesura de la tierra. Para poderla caminar, y pasar seguramente las sierras sin riesgo, han de caminarlo por enero, hebrero, marzo y abril; pasados estos meses, hay grandes aguas y los rios van crecidos y furiosos; y aunque se puede caminar, es con gran trabajo y mayor peligro. En todo tiempo los que han de ir por este camino han de llevar buenas guias que sepan atinar á salir por los rios. En todos estos montes hay grandes manadas de los puercos que he dicho; en tanta cantidad, que hay atajo de mas de mil juntos, con sus lechoncillos, y llevan gran ruido por do quiera que pasan. Quien por allí caminar con buenos perros no le faltará de comer. Hay grandes dantos, muchos leones y osos crecidos, y mayores tigres. En los árboles andan de los mas lindos y pintados gatos que puede ser en el mundo, y otros monos tan grandes, que hacen tal ruido, que desde lejos los que son nuevos en la tierra piensan que es de puercos. Cuando los españoles pasan debajo de los árboles por donde los monos andan, quiebran ramos de los árboles y les dan con ellos, cocándoles y haciendo otros visajes. Los rios llevan tanto pescado, que con cualquiera red se tomara gran cantidad. Viniedo de la ciudad de Antiocha á Cartagena, cuando la poblamos, el capitán Jorge Robledo y otros, hallabamos tanto pescado, que con patos matábamos lo que queríamos. Por los árboles que están junto á los rios

hay una que se llama iguana, que parece serpiente; para apropiarla, remedada en gran manera á un lagarto de los de España, grande, salvo que tiene la cabeza mayor y mas fiera y la cola mas larga; pero en la color y parecer no es mas ni menos. Quitado el cuero y asadas ó guisadas, son tan buenas de comer como conejos, y para mi mas gustosas las hembras; tienen muchos huevos; de manera que ella es una buena comida, y quien no las conoce huiría de ellas, y antes le pondría temor y espanto su vista que no deseo de comerla. No sé determinar si es carne ó pescado, ni ninguno lo acaba de entender; porque vemos que se echa de los árboles al agua y se halla bien en ella, y tambien la tierra dentro, donde no hay rio, ninguna se halla. Hay otras que se llaman hicotetas, que es tambien buen mantenimiento; son de manera de galápagos; hay muchos pavos, faisanes, papagayos de muchas maneras, y guncamayos, que son mayores, muy pintadas; asimismo se ven algunas águilas pequeñas y tórtolas, perdices, palomas y otras aves nocturnas y de rapina. Hay, sin esto, por estos montes culebras muy grandes. Y quiero decir una cosa y contarla por cierta, aunque no la vi, pero sé haberse hallado presentes muchos hombres dignos de crédito; y es, que yendo por este camino el teniente Juan Greciano, por mandado del licenciado Santa Cruz, en busca del licenciado Juan de Vadillo, y llevando consigo ciertos españoles, entre los cuales iba un Manuel de Peralta y Pedro de Barros y Pedro Jimon, hallaron una culebra ó serpiente tan grande, que tenia de largo mas de veinte pies, y de muy grande anchor. Tenia la cabeza rosilla, los ojos verdes, sobresaltados; y como los vió, quiso eucorar para ellos, y el Pedro Jimon le dió tal lanzada, que haciendo grandes buscas, murió, y le hallaron en su vientre un venado chico, entero como estaba cuando lo comió; y oí decir que ciertos españoles, con la hambre que llevaban, comieron el venado y aun parte de la culebra. Hay otras culebras no tan grandes como esta, que hacen cuando andan un ruido que suena como cascabel. Estas si muerden á un hombre lo matan. Otras muchas serpientes y animalas fieras, dicen los indios naturales que hay por aquellas espesuras, que yo no pongo por no las haber visto. De los palmares de Uraba hay muchos, y de otras frutas campesinas.

CAPITULO X.

De la grandera de las montañas de Abibe, y de la admirable y proverbiosa madera que en ella se cria.

Pasados estos llanos y montañas desuso dichas, se allega á los muy anchas y largas sierras que llaman de Abibe. Esta sierra prosigue su cordillera al occidente; corre por muchas y diversas provincias y partes otras que no hay poblado. De largura no se sabe cierto lo que tiene; de anchura, á partes tiene veinte leguas, y á partes mucho mas, y á otras poco menos. Los caminos que los indios tenían, que atravesaban por estas bravas montañas (porque en muchas partes de ellas hay poblado), eran tan malos y dificultosos, que los caballos no podían ni podrán andar por ellos. El capitán Francisco Cesar, que fué el primero que atravesó por aquellas montañas, caminando hacia el nacimiento del sol, hasta que con gran trabajo dió en el valle del Cauca, que está

pasada la sierra, que cierto son asperisimos los caminos, porque todo está lleno de malezas y arboledas; las raíces son tantas, que enredan los pies de los caballos y de los hombres. Lo mas alto de la sierra, que es una subida muy trabajosa y una bajada de mas peligro, cuando la bajamos con el licenciado Juan de Vadillo, por estar en lo mas della unas laderas muy derechas y malas, se hizo con gruesos horcones y palancas grandes y mucha tierra, una como pared, para que pudiesen pasar los caballos sin peligro; y aunque fué provechoso, no dejaron de despedirse muchos caballos y hacerse pedazos, y aun españolesse quedaron algunos muertos, y otros estaban tan enfermos, que por no caminar con tanto trabajo se quedaban en las montañas, esperando la muerte con grande miseria, escondidos por la espesura, porque no los llevasen los que iban sanos si los vieran. Caballos vivos se quedaron tambien algunos que no pudieron pasar por ir flacos. Muchos negros se huyeron y otros se murieron. Cierta, mucho mal pasamos los que por allí anduvimos, pues íbamos con el trabajo que digo. Poblado no hay ninguno en lo alto de la sierra, y si lo hay, está apartado de aquel lugar por donde la atravesamos; porque en el anchor destas sierras por todas partes hay valles, y en estos valles gran número de indios, y muy ricos de oro. Los rios que abujan desta sierra ó cordillera hacia el poniente se tiene que en ellos hay mucha cantidad de oro. Todo lo mas del tiempo del año llueve; los árboles siempre están destilando agua de la que ha llovido. No hay yerba para los caballos, si no son unas palmas cortas que echan unas pencas largas. En lo interior deste árbol ó palma se crien unos palmitos pequeños de grande amargor. Yo me he visto en tanta necesidad y tan fatigado de la hambre, que los he comido. Y como siempre llueve, y los españoles y mas caminantes van mojados, ciertamente si les faltase lumbre creo morirían todos los mas. El dador de los bienes, que es Cristo, nuestro Dios y Señor, en todas partes muestra su poder y tiene por bien de nos hacer mercedes y darnos remedio para todos nuestros trabajos; y así, en estas montañas, aunque no hay falta de leña, toda está tan mojada, que el fuego que estuviere encendido apagará, cuanto mas dar lumbre. Y para suplir esta falta y necesidad que se pasaría en aquellas sierras, y aun en mucha parte de las Indias, hay unos árboles largos, delgados, que casi parecen fresnos, la madera de dentro blanca y muy enjuta; cortados estos, se enciende luego la lumbre y arde como tea, y no se apaga hasta que es consumida y gastada con el fuego. Enteramente nos dió la vida hallar esta madera. Adonde los indios están poblados tienen mucho bastimento y frutas, pescado y gran cantidad de mantas de algodón muy pintadas. Por aquí ya no hay de la mala yerba de Uraba; y no tienen estos indios montañeses otras armas sino lanzas de palma y dardos y macanas. Y por los rios (que no hay pocos) tienen hechas puentes de unos grandes y recios hejucos, que son como unas raíces largas que nacen entre los árboles, que son tan recios algunos dellos como cuerdas de cáñamo; juntando gran cantidad hacen una soga ó maroma muy grande, la cual echan de una parte á otra del rio y la atan fuertemente á los árboles, que hay muchos

junto á los ríos, y echando otras, las atan y juntan con barrotes fuertes, de manera que queda como puente. Pasan por allí los indios y sus mujeres, y son tan peligrosas, que yo querría ir más por la de Alcántara que no por ninguna dellas; no embargante que, aunque son tan dificultosas, pasan (como ya dije) los indios y sus mujeres cargadas, y con sus hijos, si son pequeños, áuestas, tan sin miedo como si fuesen por tierra firme. Todos los mas destos indios que viven en estas montañas eran sujetos á un señor ó cacique grande y poderoso, llamado Nutibara. Pasadas estas montañas, se allega á un muy lindo valle de compañía ó cubaña, que es tanto como decir que en él no hay montaña ninguna, sino sierras peladas muy agram y encumbradas para andar, salvo que los indios tienen sus caminos por las lomas y laderas bien desechados.

CAPITULO XI.

Del cacique Nutibara y de su señorío, y de otros caciques sujetos á la ciudad de Antiocha.

Cuando en este valle entramos con el licenciado Juan de Vadillo, estaba poblado de muchas casas muy grandes de madera, la cobertura de una paja larga; todos los campos llenos de toda manera de comida de la que ellos usan. De lo superior de las sierras nascen muchos ríos y muy hermosos; sus riberas estaban llenas de frutas de muchas maneras, y de unas palmas delgadas muy largas, espinosas; en lo alto dellas crián un racimo de una fruta que llamamos pixivae, muy grande y de mucho provecho, porque hacen pan y vino con ella, y si cortan la palma sacan de dentro un palmito de buen tamaño, subroso y dulce. Habia muchos árboles que llamamos aguacates y muchas guabas y guayabas, muy olorosas piñas. Desta provincia era señor ó rey uno llamado Nutibara, hijo de Auunaibe, tenía un hermano que se decía Quinuchu. Era en aquel tiempo su lugarteniente en los indios montañeses que vivían en las sierras de Abibe (que ya pasamos) y en otras partes; el cual proveyó siempre á este señor de muchos peces, pescado, aves y otras cosas que en aquellas tierras se crián; y le daban en tributo mantas y joyas de oro. Cuando iba á la guerra le acompañaba mucha gente con sus armas. Las veces que salía por estos valles caminaba en unas andas engastadas en oro, y en hombros de los mas principales; tenía muchas mujeres. Junto á la puerta de su aposento, y lo mesmo en todas las casas de sus capitanes, tenían puestas muchas cabezas de sus enemigos, que ya habían comido; las cuales tenían allí como en señal de triunfo. Todos los naturales desta region comen carne humana, y no se perdonan en este caso; porque en tomándose unos á otros (como no sean naturales de un propio pueblo) se comen. Hay muchas y muy grandes sepulturas, y que no deben ser poco ricas. Tenían primero una grande casa ó templo dedicado al demonio; los horcones y madera vi yo por mis propios ojos. Al tiempo que el capitán Francisco César entró en aquel valle le llevaron los indios naturales del á aquesta casa ó templo, creyendo que, siendo tan pocos cristianos los que con él venían, fácilmente y con poco trabajo los matarian. Y así, salieron de guerra mas de veinte mil indios con gran tropel y con mayor ruido;

mas, aunque los cristianos no eran mas de treinta y nueve y trece caballos, se mostraron tan valerosos y valientes, que los indios huyeron, después de haber durado la batalla buen espacio de tiempo, quedando el campo por los cristianos; adonde ciertamente César se mostró ser digno de tener tal nombre. Los que escribieren de Cartagena tienen harto que decir deste capitán; lo que yo toco no lo hago por mas que por ser necesario para claridad de mi obra. Y si los españoles que entraron con César en este valle fueran muchos, cierto quedarán todos ricos y sacaran mucho oro, que después los indios sacaron por consejo del diablo, que de nuestra venida les avisó, segun ellos propios afirman y dicen. Antes que los indios diesen la batalla al capitán César le llevaron á aquesta casa que digo, la cual tenían (segun ellos dicen) para reverenciar al diablo; y cavando en cierta parte hallaron una bóveda muy bien labrada, la boca al nascimiento del sol; en la cual estaban muchas ollas llenas de joyas de oro muy fino, porque era todo lo mas de veinte y veinte y un quitate, que montó mas de cuarenta mil ducados. Dijéronle que adelante estaba otra casa donde había otra sepultura como aquella, que tenía mayor tesoro; sin lo cual, le afirmaban mas que en el valle hallaría otras mayores y mas ricas, aunque lo que le decían lo era mucho. Cuando después entramos con Vadillo hallamos algunas destos sepulturas sacadas, y la casa ó templo quemada. Una india que era de un Baptista Zimbron me dijo á mí que después que César se volvió á Cartagena se juntaron todos los principales y señores destos valles, y hechos sus sacrificios y ceremonias, les apareció el diablo (que en su lengua se llama *Guaca*) en figura de tigre, muy fiero, y que les dijo cómo aquellos cristianos habían venido de la otra parte del mar, y que presto habían de volver otros muchos como ellos, y habían de ocupar y procurar de señorear la tierra; por tanto, que se aparejasen de armas para les darguerra. El cual, como esto les hobiese hablado, desapareció; y que luego comenzaron de aderezarse, sacando primero grande suma de tesoros de muchas sepulturas.

CAPITULO XII.

De los costumbres destos indios, y de las armas que usan y de las ceremonias que tienen, y quien fue el fundador de la ciudad de Antiocha.

La gente destos valles es valiente para entre ellos, y así cuentan que eran muy temidos de los comarcanos. Los hombres andan desnudos y descalzos, y no traen sino unos maures angostos, con que se cubren las partes vergonzosas, asidos con un cordel, que traen atado por la cintura. Preciáanse de tener los cabellos muy largos; las armas con que pelean son dardos y lanzas largas, de la palma negra que arriba dije; tiraderas, hondas, y unos bastones largos, como espadas de á dos manos, á quien llaman *mocauas*. Las mujeres andan vestidas de la cintura abajo con mantas de algodón muy pintadas y galunas. Los señores cuando se casan hacen una manera de sacrificio á su dios, y juntándose en una casa grande, donde ya están las mujeres mas hermosas, toman por mujer la que quieren, y el hijo desta es el heredero, y si no tiene el señor hijo, hereda el

hijo de su hermana. Confinan estas gentes con una provincia que está junto á ella, que se llama Tutuba, de muy gran poblacion de indios muy ricos y guerreros. Sus costumbres conforman con estos sus comarcanos. Tienen armadas sus casas sobre árboles muy crecidos, hechas de muchos horcones altos y muy gruesos, y tiene cada una mas de docientos dellos; la varazon es de no menos grandeza; la cobija que tienen estas tan grandes casas es hojas de palma. En cada una dellas viven muchos moradores con sus mujeres y hijos. Extiéndense estas naciones hasta la mar del Sur, la vía del poniente. Por el oriente confinan con el gran río del Darien. Todas estas comarcas son montañas muy bravas y muy temerosas. Cerca de aquí dicen que está aquella grandeza y riqueza del Dabaybe, tan mentada en la Tierra-Firme. Por otra parte deste valle, donde es señor Nutibara, tiene por vecinos otros indios, que están poblados en unos valles que se llaman de Nore, muy fértiles y abundantes. En uno dellos está agora asentada la ciudad de Antiocha. Antiguamente habia gran poblado en estos valles, segun nos lo dan á entender sus edificios y sepulturas, que tiene muchas y muy de ver, por ser tan grandes, que parecen pequeños cerros. Estos, aunque son de la misma lengua y traje de los del Guaca, siempre tuvieron grandes pendencias y guerras; en tanta manera, que unos y otros vinieron en gran disminucion, porque todos los que se tomaban en la guerra los comian y ponian las cabezas á las puertas de sus casas. Andan desnudos estos, como los demás; los señores y principales algunas veces se cubren con una gran manta pintada, de algodón. Las mujeres andan cubiertas con otras pequeñas mantas de lo mismo. Quiero, antes que pase adelante, decir aquí una cosa bien extraña y de grande admiracion. La segunda vez que volvimos por aquellos valles, cuando la ciudad de Antiocha fué poblada en las sierras que están por encima dellos, oí decir que los señores ó caciques de los valles de Nore buscaban de las tierras de sus enemigos todas las mujeres que podian, las cuales traídas á sus casas, usaban con ellas como con las suyas propias; y si se emparejaban dellos, los hijos que nacen los criaban con mucho regalo hasta que habian doce ó trece años, y desta edad, estando bien gordos, los comian con gran sabor, sin mirar que eran sus sustancia y carne propia; y desta manera tenían mujeres para solamente engendrar hijos en ellas, para después comer; pecado mayor que todos los que ellos hacen. Y hácame tener por cierto lo que digo, ver lo que pasó á uno de estos principales con el licenciado Juan de Vadillo, que en este año está en España, y si le preguntan lo que yo escribo, dirá ser verdad; y es, que la primera vez que entraron cristianos españoles en estos valles, que fuimos yo y mis compañeros, vino de paz un señorete que habia por nombre Nabonuco, y traa consigo tres mujeres; y viniendo la noche, las dos dellas se echaron á la larga encima de un tapete ó estera, y la otra atravesada para servir de almohada; y el indio se echó encima de los cuerpos dellas muy tendido, y tomó de la mano otra mujer hermosa que quedaba atrás con otra gente suya que luego vino. Y como el licenciado Juan de Vadillo le vió de aquella suerte, preguntóle que para qué ha-

bia traido aquella mujer que tenia de la mano; y mirándolo al rastro el indio, respondió mansamente que para comerla, y que si él no hubiera venido, lo hubiera ya hecho. Vadillo, oido esto, mostrando espantarse, le dijo: «Pues ¿cómo, siendo tu mujer, la has de comer?» El Cacique, alzando la voz, tornó á responder, diciendo: «Mira, mira, y aun al hijo que puiere tengo tambien de comer.» Esto que he dicho pasó en el valle de Nore y en el de Guica, que es el que dije quedar atrás. Oí decir á este licenciado Vadillo algunas veces cómo supo por dicho de algunos indios viejos, por las lenguas que traíamos, que cuando los naturales del iban á la guerra, á los indios que prendian en ella hacian sus esclavos, á los cuales casaban con sus parientas y vecinas, y los hijos que habian en ellas aquellos esclavos, los comian; y que después que los mismos esclavos eran muy viejos y sin potencia para engendrar, los comian tambien á ellos. Y á la verdad, como estos indios no tenían fe, ni conocian al demonio, que tales pecados les hacia hacer, cuán malo y perverso era, no me espanto dello, porque hacer esto, mas lo tenían ellos por valentía que por pecado. Con estas muertes de tanta gente, hultábase nosotros, cuando descubrimos aquellas regiones, tanta cantidad de cabezas de indios á las puertas de las casas de los principales, que parecia que en cada una dellas habia habido carnicería de hombres. Cuando se mueren los principales señores destes valles, llorántenlos muchos dias arreo, y tresquillan sus mujeres, y mátanse las mas queridas, y hacen una sepultura tan grande como un pequeño cerro, la puerta della hacia el nacimiento del sol. Dentro de aquella tan gran sepultura hacen una bóveda mayor de lo que era menester, muy entosada, y allí meten al difunto lleno de mantas, y con el oro y armas que tenia; sin lo cual después que con su vino, hecho de maiz ó de otras raíces, han embeodado á las mas hermosas de sus mujeres y algunos muchachos sirvientes, los metian vivos en aquella bóveda, y allí los dejaban para que el señor abajase mas acompañado á los infiernos. Esta ciudad de Antiocha está fundada y asentada en un valle destes que digo, el cual está entre los fumosos y nombrudos y muy riquísimos rios del Darien y de Santa Marta, porque estos valles están en medio de ambas cordilleras. El asiento de la ciudad es muy bueno y de grandes llanos, junto á un pequeño río. Está la ciudad mas allegada al norte que ninguna de las del reino del Perú. Corren junto á ella otros rios, muchos y muy buenos, que nascen de las cordilleras que están á los lados, y muchas fuentes manantiales de muy clara y sabrosa agua; los rios, todos los mas llevan oro en gran cantidad y muy fino, y están pobladas sus riberas de muchas arboledas de frutas de muchas maneras; á toda parte cercada de grandes provincias de indios muy ricos de oro, porque todos lo cogen en sus propios pueblos. La contratacion que tienen es mucha. Usan de romanas pequeños, y de pesos para pesar el oro. Son todos grandes carniceros de comer carne humana. En tomándose unos á otros no se perdonan. Un día vi yo en Antiocha, cuando le poblamos, en unas sierras donde el capitán Jorge Robledo la fundó (que después, por mandado del capitán Juan Cabrera, se pasó donde agora

está), que estando en un maizal, vi junto á mí cuatro indios, y arremetieron á un indio que entonces llegó allí, y con las macanas le mataron; y á las voces que yo di lo dejaron, llevándole las piernas; sin lo cual, estando aun el pobre indio vivo, le bebían la sangre y le comían á bocados sus entrañas. No tienen flechas, ni usan mas armas de las que he dicho arriba. Casa de adoracion ó templo no se les ha visto mas de aquella que en el Guaca quemaron. Hablan todos en general con el demonio, y en cada pueblo hay dos ó tres indios antiguos y diestros en maldades que hablan con él; y estos dan las respuestas y denuncian lo que el demonio les dice que ha de ser. La inmortalidad del ánima no la alcanzan enteramente. El agua y todo lo que la tierra produce lo echan á naturaleza, aunque bien alcanzan que hay Hacedor; mas su creencia es falsa, como diré adelante. Esta ciudad de Antiocha pobló y fundó el capitán Jorge Robledo en nombre de su majestad el emperador don Carlos, rey de España y de estas Indias, nuestro señor, y con poder del adelantado don Sebastian de Belalcázar, su gobernador, y capitán general de la provincia de Popayan, año del nacimiento de nuestro Señor de 1541 años. Esta ciudad está en siete grados de la Equinocial, á la parte del norte.

CAPITULO XIII.

De la descripción de la provincia de Popayan, y la causa por que los indios della son tan indómitos, y los del Perú son tan domésticos.

Porque los capitanes del Perú poblaron y descubrieron esta provincia de Popayan, la porné con la misma tierra del Perú, haciéndola toda una; mas no la apropiaré á ella, porque es muy diferente la gente, la disposición de la tierra y todo lo demás della; por lo cual será necesario que desde el Quito (que es donde verdaderamente comienza lo que llamamos Perú) ponga la traza de todo y el sitio della; y desde Pasto, que es tambien donde por aquella parte comienza esta provincia, y se acaba en Antiocha. Digo pues que esta provincia se llamó de Popayan por causa de la ciudad de Popayan, que en ella está poblada. Tendrá de longitud doscientas leguas, poco mas ó menos, y de latitud treinta y cuarenta, y á partes mas y á cabos menos. Por la una parte tiene la costa de la mar del Sur y unas montañas altísimas muy ásperas, que van de buengo della al oriente. Por la otra parte corre la larga cordillera de los Andes, y de entrambas cordilleras nascen muchos ríos, y algunos muy grandes, de los cuales se hacen anchos valles; por el uno dellos, que es el mayor de todas estas partes del Perú, corre el gran río de Santa Marta. Inclúyese en esta gobernacion la villa de Pasto, la ciudad de Popayan, la villa de Timana, que está pasada la cordillera de los Andes, la ciudad de Cali, que está cerca del puerto de la Buena ventura, la villa de Ancerma, la ciudad de Cartago, la villa de Arma, ciudad de Antiochia, y otras que se habrán poblado después que yo salí della. En esta provincia hay unos pueblos frios y otros calientes, unos sitios sanos y otros enfermos, en una parte llueve mucho y en otra poco, en una tierra comen los indios carne humana y en otras no la comen. Por una parte tiene por vecino al nuevo

reino de Granada, que está pasado los montes de los Andes; por otra parte al reino del Perú, que comienza del largo della al oriente. Al poniente continúa con la gobernacion del río de San Juan, al norte con la de Cartagena. Muchos se espantan como estos indios, teniendo muchos dellos sus pueblos en partes dispuestas para conquistarlos, y que en toda la gobernacion (dejando la villa de Pasto) no hace frio demasiado ni calor, ni deja de haber otras cosas convenientes para la conquista, cómo han salido tan indómitos y portindos; y los del Perú, estando sus valles entre montañas y sierras de nieve y muchos riscos y ríos, y mas gentes en número que los de acá, y grandes despoblados, cómo sirven y han sido y son tan sujetos y domables. A lo cual diré que todos los indios sujetos á la gobernacion de Popayan han sido siempre, y lo son, bebetrias. No hubo entre ellos señores que se hiciesen temer. Son flojos, perezosos, y sobre todo, aborrescen el servir y estar sujetos; que es causa bastante para que recelasen de estar debajo de gente extraña y en su servicio. Mas esto no fuera parte para que ellos salieran con su intencion; porque, costreñidos de necesidad, hicieran lo que otros hacen. Mas hay otra causa muy mayor; la cual es, que todas estas provincias y regiones son muy fértiles, y á una parte y á otra hay grandes espesuras de montañas, de cañaverales y de otras malezas. Y como los españoles los aprietan, queman las casas en que moran, que son de madera y paja, y vanse una legua de allí ó dos ó lo que quieren; y en tres ó cuatro dias hacen una casa, y en otros tantos siembran la cantidad de maíz que quieren, y lo cogen dentro de cuatro meses. Y si allí tambien los van á buscar, dejado aquel sitio, van adelante ó vuelven atrás, y adonde quiera que van ó están hallan qué comer y tierra fértil y aparejada y dispuesta para darles fruto; y por esto sirven cuando quieren y es en su mano la guerra ó la paz, y nunca les falta de comer. Los del Perú sirven bien y son domables, porque tienen mas razon que estos y porque todos fueron sujetados por los reyes ingas, á los cuales dieron tributo, sirviéndolos siempre, y con aquella condicion nascian; y si no lo querian hacer, la necesidad les constreñía á ello; porque la tierra del Perú toda es despoblada, llena de montañas y sierras y campos nevados. Y si se salian de sus pueblos y valles á estos desiertos no podian vivir, ni la tierra da fruto ni hay otro lugar que lo dé que las mismos valles y provincias suyas; de manera que por no morir, sin ninguno poder vivir, han de servir y no desamparar sus tierras; que es bastante causa y buena razon para declarar la duda susodicha. Pues pasando adelante, quiero dar noticia particularmente de las provincias desta gobernacion y de las ciudades de españoles que en ella están poblados, y quién fueron los fundadores. Digo pues que desta ciudad de Antiocha tenemos dos caminos: uno para ir á la villa de Ancerma, otro para ir á la ciudad de Cartago; y antes que diga lo que se contiene en el que va á Cartago y Arma, diré lo tocante á la villa de Ancerma, y luego volveré á hacer lo mismo destotro.

CAPITULO XIV.

Es que se continúe el camino que hay desde la ciudad de Antiocha á la villa de Ancerna, y qué tanto hay de una parte á otra, y de las tierras y regiones que en este camino hay.

Saliendo de la ciudad de Antiocha, y caminando hacia la villa de Ancerna, verse ha aquel nombrado y rico cerro de Buritica, que tanta multitud de oro ha salido dél en el tiempo pasado. El camino que hay de Antiocha á la villa de Ancerna son setenta leguas; es el camino muy fragoso, de muy grandes sierras peladas, de poca montaña. Todo ello ó lo mas está poblado de indios, y tienen las casas muy apartadas del camino. Luego que salen de Antiocha se allega á un pequeño cerro que se llama Corome, que está en unos vallecetes, donde solia haber muchos indios y poblacion; y entrados los españoles á conquistarios, se han disminuido en grande cantidad. Tiene este pueblo muy ricas minas de oro y muchos arroyos donde lo pueden sacar. Hay pocos árboles de fruta, y maíz se da poco. Los indios son de la habla y costumbres de los que hemos pasado; de aquí se va á un asiento que está encima de un gran cerro, donde solia estar un pueblo junto de grandes casas, todas de mineros, que cogian oro por su riqueza. Los caciques comarcanos tienen allí sus casas, y les sacaban sus indios harta cantidad de oro. Y cierto se tiene que deste cerro fué la mayor parte de la riqueza que se halló en el Cenu en las grandes sepulturas que en él se sacaron; que yo vi sacar hartas y bien ricas antes que fuésemos al descubrimiento de Urte con el capitán Alonso de Cáceres. Pues volviendo á la materia: acuérdomme cuando descubrimos este pueblo con el licenciado Juan de Vadillo, que un clérigo que iba en el armada, que se llamaba Francisco de Frias, halló en una casa ó bolio deste pueblo de Buritica una intuma, que es á manera de una albornia grande, llena de tierra, y se apartaban los granos de oro de entre ella muy espesos y grandes; vimos tambien allí los nascimientos y minas donde lo cogian, y las macanas ó coas con que lo labraban. Cuando el capitán Jorge Robledo pobló esta ciudad de Antiocha fué á ver estos nascimientos, y lavaron una baten de tierra, y salió cantidad de una cosa muy menuda. Un minero afirmaba que era oro, otro decia que no, sino lo que llamamos margarita; y como íbamos de camino, no se miró mas en ello. Entrados los españoles en este pueblo, lo quemaron los indios, y nunca han querido volver mas á poblarlo. Acuérdomme que yendo á buscar comida un soldado llamado Toribio, halló en un río una piedra tan grande como la cabeza de un hombre, toda llena de volas de oro, que penetraban la piedra de una parte á otra, y como la vido, se la cargó en sus hombros para la traeral real; y viniendo por una sierra arriba, encontró con un perrillo pequeño de los indios, y como lo vido, arremetió á lo malar para comer, saltando la piedra de oro, la cual se volvió rodando al río, y el Toribio mutó al perro, teméndolo por de mas precio que al oro, por la hambre que tenía, que fué causa que la piedra se quedase en el río donde primero estaba. Y así se tornara en cosa que se pudiera comer, no faltara quien la volviera á buscar, porque cierto teníamos necesidad muy grande de bastimento.

En otro río vi yo á un negro del capitán Jorge Robledo de una butada de tierra sacar dos granos de oro bien crecidos: en conclusion, si la gente fuera doméstica y bien inclinada, y no tan carnívoros de comerse unos á otros, y los capitanes y gobernadores mas piadosos, para no haberlos apocado, la tierra de aquellas comarcas muy rica es. Deste pueblo que estaba asentado en este cerro, que se llama Buritica, nasce un pequeño río; hace mucha llanada, casi á manera de valle, donde está asentada una villa de minas que ha por nombre Santa Fe, que pobló el mismo capitán Jorge Robledo, y es sufragana á la ciudad de Antiocha; por tanto, no hay qué decir della. Las minas se han hallado muy ricas junto á este pueblo, en el río grande de Santa Marta, que pasa junto á él. Cuando es verano sacan los indios y negros en las playas harta riqueza, y por tiempos sacarán mayor cantidad, porque habrá mas negros. Tambien está junto á este pueblo otra poblacion, que se llama Xuudaba, de la misma nacion y costumbres de los comarcanos á ellos. Tienen muchos valles muy poblados y una cordillera de montaña en medio, que divide las unas regiones de las otras. Mas alejante está otro pueblo que se llama Caramanta, y el cacique ó señor Cauroma.

CAPITULO XV.

De las costumbres de los indios desta tierra, y de la montaña que hay para llegar á la villa de Ancerna.

La gente desta provincia es dispuesta, belicosa, diferente en la lengua á las pasadas. Tiene á todas partes este valle montañas muy bravas, y pasa un espacioso río por medio dél, y otros muchos arroyos y fuentes, donde hacen sal; cosa de admiracion y hazañosa de oír. Deltas y de otras muchas que hay en esta provincia hablaré adelante, cuando el discurso de la obra nos diere lugar. Una laguna pequeña hay en este valle, donde hacen sal muy blanca. Los señores ó caciques y sus capitanes tienen casas muy grandes, y á las puertas dellas puestas unas cañas gordas de las destas partes, que parecen pequeñas vigas; encima dellas tienen puestas muchos cabezas de sus enemigos. Cuando van á la guerra, con agudos cuchillos de pedernal, ó de unos juncos ó de cortezas ó cáscara de cañas, que tambien los hacen dellas bien agudos, cortan las cabezas á los que prenden. Y á otros dan muertes temerosas, cortándoles algunos miembros, segun su costumbre, á los cuales comen luego, poniendo las cabezas, como he dicho, en lo alto de las cañas. Entre estas cañas tienen puestas algunas tablas, donde esculpen la figura del demonio, muy fiera, de manera humana, y otros ídolos y figuras de gatos, en quien adoran. Cuando tienen necesidad de agua ó de sol para cultivar sus tierras, piden (segun dicen los mismos indios naturales) ayuda á estos sus dioses. Hablan con el demonio los que para aquella religion están señalados; y son grandes agoreros y hechiceros, y miran en prodigios y señales y guardan supersticiones, las que el demonio les manda: tanto es el poder que ha tenido sobre aquellos indios, permitiéndolo Dios nuestro Señor por sus pecados ó por otra causa que él sabe. Decian las lenguas cuando entramos con el licenciado Juan de Vadillo, la primera vez que los descubrimos, que el principal señor dellas, que habia por

ca, ó nunca faltan vallas ó de qué hacellas. Hay pocos indios á las riberas del río, y los pueblos son pequeños, porque se han retirado todos del camino. Después de haber andado algunas jornadas, se allega á un pueblo que solia ser muy grande; llamábase el Pueblo-Llano; y como entraron los españoles en la tierra, se retiraron adentro de unas cordilleras que estaban de aquel lugar poco mas de dos leguas. Los indios son de pequeños cuerpos, y tienen algunas flechas traidas de la otra parte de la montaña de los Andes, porque los naturales de aquellas partes las tienen. Son grandes contratantes; su principal mercadería es sal. Andan desnudos, sus mujeres lo mismo, porque no traen sino unas mantas muy pequeñas, con que se atapan del vientre hasta los muslos. Son ricos de oro, y los ríos llevan harto deste metal. En las demás costumbres parecen á sus comarcanos. Desviado deste pueblo está otro que se llama Mugia, donde hay muy gran cantidad de sal y muchos mercaderes que la llevan pasada la cordillera, por la cual traen mucha suma de oro y ropa de algodón, y otras cosas de las que ellos han menester. Desta sal, y dónde la sacan y cómo la llevan adelante, se tratará. Pasando deste pueblo, hacia el oriente está el valle de Aburra; para ir á él se pasa la serranía de los Andes muy fácilmente y con poca montaña, y aun sin tardar mas que un día; la cual descubrimos con el capitán Jorge Robledo, y no vimos mas de algunos pueblos pequeños y diferentes de los que habíamos pasado, y no tan ricos. Cuando entramos en este valle de Aburra, fué tanto el aborrecimiento que nos tomaron los naturales del, que ellos y sus mujeres se ahorcaban de sus caballos ó de los árboles, y aullando con gemidos lastimeros, dejaban allí los cuerpos y abajaban las ánimas á los infiernos. Hay en este valle de Aburra muchas llanadas; la tierra es muy fértil, y algunos ríos pasan por ella. Adelante se vió un camino antiguo muy grande, y otros por donde contratan con las naciones que están al oriente, que son muchas y grandes; las cuales sabemos que las hay, mas por fama que por haberlo visto. Mas adelante del Pueblo-Llano se allega á otro que llá por nombre Cenufara; es rico, y adonde se cree que hay grandes sepulturas ricas. Los indios son de buenos cuerpos, andan desnudos como los que habíamos pasado, y conforman con ellos en el traje y en lo demás. Adelante está otro pueblo que se llama el Pueblo-Blanco, y dejamos para ir á la villa de Arma el río grande á la diestra mano.

Otros ríos muchos hay en este camino, que por ser tantos y no tener nombres no los pongo. Cabe Cenufara queda un río de montaña y de muy gran podería, por el cual se camina casi una jornada; á la siniestra mano está una grande y muy poblada provincia, de la cual luego escribiré. Estas regiones y poblaciones estuvieron primero puestas debajo de la ciudad de Cartago y en sus límites, y señalando por sus términos hasta el río grande por el capitán Jorge Robledo, que la pobló; mas, como los indios sean tan indómitos y enemigos de servirni ir á la ciudad de Cartago, mandó el adelantado Belalcázar, gobernador de su majestad, que se dividiesen los indios, quedando todos estos pueblos fuera de los límites de Cartago, y que se fundase en ella una villa

de españoles, la cual se pobló, y fué el fundador Miguel Muñoz en nombre de su majestad, siendo su gobernador desta provincia el adelantado don Sebastian de Belalcázar, año de 1512. Estuvo primero poblada á la entrada de la provincia de Arma, en una sierra; y fué tan cruel la guerra que los naturales dieron á los españoles, que por ello, y por haber poca anchura para hacer sus sementeras y estancias, se pasó dos leguas ó poco mas de aquel sitio hacia el río grande, y está veinte y tres leguas de la ciudad de Cartago y doce de la villa de Ancerna y una del río grande, en una llanada que se hace entre dos ríos pequeños, á manera de ladera, cercada de grandes palmares, diferentes de los que de suso he dicho, pero mas provechosos, porque sacan de lo interior de los árboles muy sabrosos palmitos, y la fruta que echan tambien lo es, de la cual, quebrada en unas piedras, sacan leche, y aun hacen nata y manteca singular, que encienden lámparas y arde como aceite. Yo he visto lo que digo, y he hecho en todo la experiencia. El sitio desta villa se tiene por algo enfermizo; son las tierras tan fértiles, que no hacen mas de apalear la paja y quemar los cañaverales, y esto hecho, una llanada de maíz que siembran da ciento y mas, y siembran el maíz dos veces en el año; las demás cosas tambien se dan en abundancia. Trigo hasta agora no se ha dado ni han sembrado ninguno, para que pueda afirmar si se dará ó no. Las minas son ricas en el río grande, que está una legua desta villa, mas que en otras partes, porque si echan negros, no habrá día que no den cada uno dos ó tres ducados á su año. El tiempo andando, ella vendrá á ser de las ricas tierras de las Indias. El repartimiento de indios que por mis servicios se me dió fué en los términos desta villa. Bien quisiera que hubiera en qué extendiera la pluma algun tanto, pues tenia para ello raxon tan justa; mas la calidad de las cosas sobre que ella está fundada no lo consiente, y principalmente porque muchos de mis compañeros, los descubridores y conquistadores que salimos de Cartagena, están sin indios, y los tienen los que los han habido por dineros ó por haber seguido á los que han gobernado, que cierto no es pequeño mal.

CAPITULO XVIII.

De la provincia de Arma y de sus costumbres, y de otras cosas notables que en ella hay.

Esta provincia de Arma, de donde la villa tomó nombre, es muy grande y muy poblada y la mas rica de todas sus comarcas; tiene mas de veinte mil indios de guerra, ó lo tenia cuando yo escribí esto, que fué la primera vez que entramos cristianos españoles en ella, sin las mujeres y niños. Sus casas son grandes y redondas, hechas de grandes varas y vigas, que empiezan desde abajo y suben arriba, hasta que, hecho en lo alto de la casa un pequeño arco redondo, fenese el enmaderamiento; la cobertura es de paja. Dentro destas casas hay muchos apartados entoldados con osteras, tienen muchos moradores; la provincia tendrá en longitud diez leguas, y de latitud seis ó siete, y en circúito diez y ocho leguas poco menos, de grandes y ásperas sierras sin montaña, todas de campaña. Los mas valles y laderas parecen huertas, segun están pobladas y llanas de arboledas

de frutales de todas maneras, de las que suelen haber en estas partes, y de otra muy gustosa llamada Pitahaya de color morada; tiene esta fruta tal propiedad, que en comiendo della, aunque no sea sino una, queriendo orinar, se echa la orina de color de sangre. En los montes tambien se halla otra fruta, que la tengo por muy singular, que llaman uvillas pequeñas, y tienen un olor muy suave. De las sierras nacen algunos rios, y uno dellos, que nombramos el rio de Arma, es de invierno trabajoso de pasar; los demás no son grandes; y ciertamente, segun la disposicion dellos, yo creo que por tiempo se ha de sacar destes rios oro, como en Vizcaya hierro. Los que esto leyeron, y hubieren visto la tierra como yo, no les parecerá cosa fabulosa. Sus labranzas tienen los indios por las riberas destes rios; y todos ellos unos con otros se dieron siempre guerra cruel, y difieren en las lenguas en muchas partes; tanto, que casi en cada barrio y loma hay lengua diferente. Eran y son riquísimos de oro á maravilla, y si fueran los naturales desta provincia de Arma del jaez de los del Perú, y tan domésticos, yo prometo que con sus minas ellos rentaran cada año mas de quinientos mil pesos de oro; tienen ó tenían deste metal muchas y grandes joyas, y es tan fino, que el de menos ley tiene diez y nueve quilates. Cuando ellos iban á la guerra llevaban coronas, y unas patesen en los pechos, y muy lindas plumas y brazales, y otras muchas joyas. Cuando los descubrimos la primera vez que entramos en esta provincia con el capitan Jorge Robledo, me acuerdo yo se vieron indios armados de oro de los pies á la cabeza, y se le quedó hasta hoy la parte donde los vimos, por nombre la loma de los Armados; en lanzas largas solian llevar banderas de gran valor. Las casas tienen en lo llano y plazas que hacen las lomas, que son los senecimientos de las sierras, las cuales son muy ásperas y fragosas. Tienen grandes fortalezas de las cañas gordas que he dicho, arrancadas con sus raíces y cepas, las cuales tornan á plantar en hileras de veinte en veinte por su órden y compás, como calles; en mitad desta fuerza tienen, ó tenían cuando yo los vi, un tablado alto y bien labrado de las mismas cañas, con su escalera, para hacer sus sacrificios.

CAPITULO XIX.

De los ritos y sacrificios que estos indios tienen, y cuán grandes carnívoros son de comer carne humana.

Las armas que tienen estos indios son dardos, lanzas, hondas, tiraderas con sus estolicas; son muy grandes vocedores; cuando van á la guerra llevan muchas vocinas y atambores y flautas y otros instrumentos. En gran manera son cautelosos y de poca verdad, ni la paz que prometen sustentan. La guerra que tuvieron con los españoles se dirá adelante en su tiempo y lugar. Muy grande es el dominio y señorío que el demonio, enemigo de natura humana, por los pecados de aquesta gente sobre ellos tuvo, permitiéndolo Dios; porque muchas veces era visto visiblemente por ellos. En aquellos tablados tenían muy grandes manojos de cuerdas de cubuya, á manera de crizneja (la cual nos aprovechó para hacer alpargates), tan largas, que tenían á mas de cuarenta brozas cada una de aquestas sogas; de lo alto del tablado ataban los indios que tomaban en la guerra

por los hombros y dejábanlos colgados, y á algunos dellos les sacaban los corazones y los ofrecían á sus dioses, al demonio, á honra de quien se hacian aquellos sacrificios, y luego, sin tardar mucho, comian los cuerpos de los que así mataban. Casa de adoracion no se ha visto ninguna, mas de que en las casas ó aposentos de los señores tenían un aposento muy esterado y aderezado; en Paucora vi yo uno destes oratorios, como adelante diré; en lo secreto dellos estaba un retrete, y en él habia muchos encensarios de barro; en los cuales, en lugar de encienso, quemaban ciertas yerbus menudas; yo las vi en la tierra de un señor desta provincia, llamado Yayo, y eran tan menudas, que casi no salian de la tierra; unas tenían una flor muy negra y otras la tenían blanca; en el olor parecian á verbena; y estas, con otras resinas, quemaban delante de sus idolos; y después que han hecho otras supersticiones, viene el demonio, el cual cuentan que les aparece en figura de indio y los ojos muy resplandecientes, y á los sacerdotes ó ministros suyos daba la respuesta de lo que preguntaban y de lo que querian saber. Hasta agora en ninguna destas provincias están clérigos ni frailes, ni osan estar, porque los indios son tan malos y carnívoros, que muchos han comido á los señores que sobre ellos tenían encomienda; aunque cuando van á los pueblos de los españoles les amonestan que dejen sus vanidades y costumbres gentílicas y se alleguen á nuestra religion, recibiendo agua de bautismo; y permitiéndolo Dios, algunos señores de las provincias desta gobernacion se han tornado cristianos, y aborrecen al diablo y escupen de sus dichos y maldades. La gente desta provincia de Arma son de medianos cuerpos, todos morenos; tanto, que en la color todos los indios y indias destas partes (con haber tanta multitud de gentes, que casi no tienen número, y tan gran diversidad y largura de tierra) parecen que todos son hijos de una madre y de un padre; las mujeres destes indios son de las feas y sucias que yo vi en todas aquellas comarcas; andan ellas y ellos desnudos, salvo que para cubrir sus vergüenzas se ponen delante dellas unos maures tan anchos como un palmo y tan largos como palmo y medio; con esto se atapan la delantera, lo demás todo anda descubierto. En aquella tierra no tornán los hombres deseo de ver las piernas á las mujeres, pues que hora haga frio ó sientan calor, nunca las atapan; algunas de las mujeres andan tresquiladas, y lo mismo sus maridos. Las frutas y mantenimientos que tienen es maiz y yuca y otras raíces muchas y muy sabrosas, algunas guayabas y paltas y palmas de los pixivales. Los señores se casan con las mujeres que mas les agradan; la una destas se tiene por la mas principal; y los demás indios casanse unos con hijas y hermanas de otros, sin órden ninguna, y muy pocos hallan las mujeres vírgines; los señores pueden tener muchas, los demás á una y á dos y á tres, como tiene la posibilidad; en muriéndose los señores ó principales, los entierran dentro en sus casas ó en lo alto de los cerros, con las ceremonias y lloros que acostumbrau, los que de suso he dicho; los hijos heredan á los padres en el señorío y en las casas y tierras; faltando hijo, lo hereda el que lo es de la hermana, y no del hermano. Adelante diré la causa por que en la mayor parte des-

tas provincias heredan los sobrinos hijos de la hermana, y no del hermano, segun yo oí á muchos naturales dellos, que es causa que los señorios ó cacicazgos se hereden por la parte femenina, y no por la masculina. Son tan amigos de comer carne humana estos indios, que se ha visto haber tomado indias tan preñadas que querían parir, y con ser de sus mismos vecinos, arrojarlas á ellas, y con gran presteza abrirlas el vientre con sus cuchillos de pedernal ó de caña, y sacar la criatura; y habiendo hecho gran fuego, en un pedazo de olla tostarlo y comerlo luego, y acabar de matar la madre, y con las inundicias comérsela con tanta prisa, que era cosa de espanto. Por los cuales pecados, y otros que estos indios cometen, ha permitido la divina Providencia que, estando tan desviados de nuestra region de España, que casi parece imposible que se pueda andar de una parte á otra, hayan abierto caminos y carreras por la mar tan larga del Océano y llegado á sus tierras, adonde solamente diez ó quinze cristianos que se hallan juntos acometen á mil, á diez mil dellos, y los vencen y sujetan; lo cual tambien creo no venir por nuestros merecimientos, pues somos tan pecadores, sino por querer Dios castigarnos por nuestra mano, pues permite lo que se hace. Pues volviendo al propósito, estos indios no tienen creencia, á lo que yo alcancé, ni entienden mas de lo que permite Dios que el demonio les diga. El mando que tienen los caciques ó señores sobre ellos no es mas de que los hacen sus casas y les labran sus campos; sin lo cual, les dan mujeres las que quieren, y les sacan de los rios oro, con que contratan en las comarcas; y ellos se nombran capitanes en las guerras, y se hallan con ellos en las batallas que dan. En todas las cosas son de poca constancia; no tienen vergüenza de nada ni saben qué cosa sea virtud, y en malicias son muy astutos unos para con otros. Adelante desta provincia, á la parte de oriente, está la montaña de suso dicha, que se llama de los Andes, llena de grandes sierras; pasada esta, dicen los indios que está un hermoso valle con un rio que pasa por él, adonde (segun dicen estos naturales de Arma) hay gran riqueza y muchos indios. Por todas estas partes las mujeres paren sin parteras, y aun por todas las mas de las Indias; y en pariendo, luego se van á lavar ellas mismas al rio, haciendo lo mismo á las criaturas, y hora ni momento no se guardan del aire ni sereno, ni les hace mal; y veo que muestran tener menos dolor cincuenta destas mujeres que quieren parir, que una sola de nuestra nacion. No sé si va en el regulo de las unas ó en ser bestiales las otras.

CAPITULO XX.

De la provincia de Paucara, y de su manera y costumbres.

Pasada la gran provincia de Arma, está luego otra, á quien dicen de Paucara, que tenia cinco ó seis mil indios cuando la primera vez en ella entramos con el capitán Jorge Robledo. Difiera en la lengua á la pasada; las costumbres todas son unas, salvo que estos son mejor gente y mas dispuestos, y las mujeres traen unas mantas pequeñas con que se cubren cierta parte del cuerpo, y ellos hacen lo mismo. Es muy fértil esta provincia para sembrar maíz y otras cosas; no son tan ricos de

oro como los que quedan atrás, ni tienen tan grandes casas, ni es tan fragosa de sierras; un rio corre por ella, sin otros muchos arroyos. Junto á la puerta del principal señor, que habia por nombre Pinana, estaba un ídolo de madera tan grande como un hombre, de buen cuerpo, tenia el rostro hacia al nacimiento del sol y los brazos abiertos; cada martes sacrificaban dos indios al demonio en esta provincia de Paucara, y lo mismo en la de Arma, segun nos dijeron los indios, aunque estas que sacrificaban, si lo hacian, tampoco alcanzo si serian de los mismos naturales ó de los que prendian en la guerra. Dentro de las casas de los señores tienen de las cañas gordas que de suso he dicho, las cuales, después de secas, en extremo son recias, y hacen un cerco como jaula, ancha y corta y no muy alta, tan recia-mente atadas, que por ninguna manera los que meten dentro se pueden salir; cuando van á la guerra, los que prenden pónenlos allí y mándales dar muy bien de comer, y de que están gordos, sácanlos á sus plazas, que están junto á las casas, y en los dias que hacen fiesta los matan con gran crueldad y los comen; yo vi algunas destas jaulas ó cárceles en la provincia de Arma; y es de notar que cuando quieren matar algunos de aquellos malaventurados para comerlos, los hacen linear de rodillas en tierra, y abajando la cabeza, le dan junto al colodrillo un golpe, del cual queda atordido y no habia ni se queja, ni dice mal ni bien. Yo he visto lo que digo muchas veces, matar los indios, y no hablar ni pedir misericordia; antes algunos se rien cuando los matan, que es cosa de grande admiracion; y esto mas procede de bestialidad que no de ánimo; las cabezas destes que comen ponen en lo alto de las cañas gordas. Pasada esta provincia, por el mismo camino se allega á una loma alta, la cual, con sus vertientes á una parte y á otra, está poblada de grandes poblaciones ó barrios lo alto della. Cuando entramos la primera vez en ella estaba muy poblada de grandes casas; llámase este pueblo Pozo, y es de la lengua y costumbres que los de Arma.

CAPITULO XVI.

De los indios de Pozo, y cuán valientes y temidos son de sus comarcas.

En esta provincia de Pozo habia tres señores cuando en ella entramos con el capitán Jorge Robledo, y otros principales; ellos y sus indios eran y son los mas valientes y esforzados de todas las provincias sus vecinas y comarcas. Tienen por una parte el rio grande y por otra la provincia de Carrapa y la de la Picara, de las cuales dire luego; por la otra parte la de Paucara, que ya dije; estos no tienen amistad con ninguna gente de las otras. Su origen y principio fué (á lo que ellos cuentan) de ciertos indios que en los tiempos antiguos salieron de la provincia de Arma, los cuales, pareciéndoles la disposicion de la tierra donde agora están fértil, la poblaron, y dellos proceden los que agora hay. Sus costumbres y lengua es conforme con los de Arma; los señores y principales tienen muy grandes casas, redondas, muy altas; viven en ellas diez ó quinze moradores, y en algunas menos, como es la casa. A las puertas dellas hay grandes palizadas y fortalezas hechas de las cañas gordas, y en medio destas fuerzas habia muy grandes

tablados entoldados de esteras, las cañas tan espesas, que ningún español de los de á caballo podía entrar por ellas; desde lo alto del tablado miraban todos los caminos, para ver lo que por ellos venía. Pimamarca se llamaba el principal señor deste pueblo cuando entramos en él con Robledo. Tienen los hombres mejor disposición que los de Arma, y las mujeres por el consiguiente; son de grandes cuerpos, de feos rostros, aunque algunas hay que son hermosas, aunque yo vi pocas que lo fuesen. Dentro de las casas de los señores había, entrando en ellas, una renglera de ídolos, que tenían cada uno quince ó veinte, todos á la fila, tan grandes como un hombre, los rostros hechos de cera, con grandes visajes, de la forma y manera que el demonio se les aparecía; dicen que algunas veces, cuando por ellos era llamado, se entraba en los cuerpos ó talles destes ídolos de palo, y dentro dellos respondía; las cabezas son de calavernas de muertos. Cuando los señores se mueren los enterran dentro en sus casas en grandes sepulturas, metiendo en ellas grandes cántaros de su vino hecho de maíz, y sus armas y su oro; adornándolos de las cosas mas estimadas que tienen, enterrando á muchas mujeres vivas con ellos, segun y de la manera que hacen los demás que he pasado. En la provincia de Arma me acuerdo yo, la segunda vez que por allí pasó el capitán Jorge Robledo, que fuimos por su mandado á sacar en el pueblo del señor Yayo un Antonio Pimentel y yo una sepultura, en la cual hallamos mas de docientas piezas pequeñas de oro, que en aquella tierra llaman chigualelas, que se ponen en las mantas, y otras patenas; y por haber malísimo olor de los muertos, lo dejamos sin acabar de sacar lo que había. Y si lo que hay en el Perú y en estas tierras enterrado se sacase, no se podría numerar el valor, segun es grande, y en tanto lo pondero, que es poco lo que los españoles han habido para compararlo con ello. Estando yo en el Cuzco tomando de los principales de allí la relacion de los ingas, oí decir que Paulo Inga y otros principales decían que si todo el tesoro que había en las provincias y guacas (que son sus templos) y en los enterramientos se juntara, que haría tan poca mella lo que los españoles habían sacado, cuanto poca se haría sacando de una gran vasija de agua una gota della; y que haciendo mas clara y patente la comparación, tomaban una medida grande de maíz, de la cual sacando un puño, decían: «Los cristianos han habido esto, lo demás está en tales partes, que nosotros mismos no sabemos dello.» Así que, grandes son los tesoros que en estas partes están perdidos; y lo que se ha hubido, si los españoles no lo hubieran hubido, ciertamente todo ello ó lo mas estuviere ofrecido al diablo y á sus templos y sepulturas, donde enterraban sus difuntos, porque estos indios no lo quieren ni lo buscan para otra cosa, pues no pagan sueldo con ello á la gente de guerra, ni mercaderías ni reinos, ni quieren mas que enriquecerse con ello siendo vivos, y después que son muertos llevárselo consigo, aunque me pareció á mí que con todas estas cosas éramos obligados á los amonestar que viniesen á conocimiento de nuestra santa fe católica, sin pretender solamente henchir las bolsas. Estos indios y sus mujeres andan desnudos, como sus comarcanos; son grandes labradores; cuando están sembrando ó

cavando la tierra, en la una mano tienen la macana para rozar y en la otra la lanza para pelear. Los señores son aquí mas temidos de sus indios que en otras partes; herédanles en el señorío sus hijos, ó sobrinos si les faltan hijos. La manera que tenían en la guerra es que la provincia de Picara, que está deste pueblo dos leguas, y la de Paucura, que está legua y media, y la de Carrapa, que estará otro tanto, cada una destas provincias tenía mas indios que esta tres veces, y con ser así, con unos y con otros tenían guerra crudelísima, y todas los tenían y desechaban su amistad. Salían de sus pueblos mucha copia de gente, dejándolo en él recaudo bastante para su defensa, llevando muchos instrumentos de bocinas y atambores y flautas, iban contra los enemigos, llevando cordales recios para atar los que prendiesen dellos; llegando pues adonde combaten con ellos, anda la grita y estruendo muy grande entre unos y otros, y luego vienen á las manos y mátanse y prendense, y quémanse las casas. En todas sus peleas siempre fueron mas hombres en ánimo y esfuerzo estos indios de Pozo, y así lo confiesan sus vecinos comarcanos. Son tan carniceros de comer carne humana como los de Arma, porque yo les vi un día comer mas de cien indios y indias de los que habían muerto y preso en la guerra, andando con nosotros, estando conquistando el adelantado don Sebastian de Belalcázar las provincias de Picara y Paucura, que se habían rebelado, y fué Peraquita, que á la sazón era señor en este pueblo de Pozo; y en las entradas que hicimos mataron los indios que he dicho, buscándolos entre las matas, como si fueran conejos; y por las riberas de los rios se juntaban veinte ó treinta indios destes en ala, y debajo de las matas y entre las rocas los sacaban, sin que se les quedase ninguno.

Estando en la provincia de Paucura un Rodrigo Alonso y yo y otros dos cristianos, íbamos en seguimiento de unos indios, y al encuentro salió una india de las frescas y hermosas que yo vi en todas aquellas provincias; y como la vimos la llamamos; la cual, como nos vió, como si viera al diablo, dando gritos se volvió adonde venían los indios de Pozo, teniendo por mejor fortuna ser muerta y comida por ellos que no quedar en nuestro poder. Y así, uno de los indios que andaban con nosotros confederados en nuestra amistad, sin que lo pudiésemos estorbar, con gran crueldad le dió tan gran golpe en la cabeza que la atordió, y allegando luego otro, con un cuchillo de pedernal la degolló. Y la india cuando se fué para ellos no hizo mas de hincar la rodilla en tierra y aguardar la muerte, como se la dieron, y luego se bebieron la sangre y se comieron crudo el corazón con las entrañas, llevándose los cuartos y la cabeza para comer la noche siguiente.

Otros dos indios vi que mataban destes de Paucura, los cuales se reían muy de gana, como si no hubieran ellos de ser los que habían de morir; de manera que estos indios y todos sus vecinos tienen este uso de comer carne humana, y antes que nosotros entrásemos en sus tierras ni las ganásemos lo usaban. Son muy ricos de oro estos indios de Pozo, y junto á su pueblo hay grandes minas de oro en las playas del rio grande, que pasa por él.

Aquí en este lugar prendió el adelantado don Sebas-

tian de Belalcázar y su capitán y teniente general Francisco Hernández Jiron al mariscal don Jorge Robledo y le cortó la cabeza, y también hizo otras muertes. Y por no dar lugar que el cuerpo del mariscal fuese llevado á la villa de Arina, lo comieron los indios á él y á los demás que mataron, no enbargante que los enteraron; y quemaron una casa encima de los cuerpos, como adelante diré, en la cuarta parte desta historia, donde se tratan las guerras civiles que en este reino del Perú han pasado; y allí lo podrán ver los que saber lo quisieren, sacada á luz.

CAPITULO XXII.

De la provincia de Picara y de los señores della.

Saliedo de Pozo y caminando á la parte de oriente está situada la provincia de Picara, grande y muy poblada. Los principales señores que habia en ella cuando la descubrimos se nombraban Picara, Chuscucurua, Sanguitama, Chambiriqua, Ancora, Aupirimi, y otros principales. Su lengua y costumbres es conforme con los de Paucara. Extiendese esta provincia hácia unas montañas, de las cuales nascen rios de muy linda y dulce agua. Son ricos de oro, á lo que se cree. La disposicion de la tierra es como la que habemos pasado, de grandes sierras, pero la mas poblada; porque todas las sierras y laderas y cañadas y valles están siempre tan labradas, que da gran contento y placer ver tantas sementeras. En todas partes hay muchas arboledas de todas frutas. Tienen pocas casas, porque con la guerra las queman. Habia mas de diez ó doce mil indios de guerra cuando la primera vez entramos en esta provincia, y andan los indios della desnudos, porque ellos ni sus mujeres no traen mas de pequeñas mantas ó muereas, con que se cubren las partes vergonzosas; en lo demás ni quitan ni ponen á los que quedan atrás, y tienen la costumbre que ellos en el comer y en beber y en se casar. Y por el consiguiente, cuando los señores y principales mueren los meten en sus sepulturas grandes y muy hondas, bien acompañados de mujeres vivas y adornados de las cosas preciadas suyas, conforme á la costumbre general de los mas indios destas partes. A las puertas de las casas de los caciques hay plazas pequeñas, todas cercadas de las cañas gordas, en lo alto de las cuales tienen colgadas las cabezas de los enemigos, que es cosa temerosa de verlas, segun están muchas, y fieras con sus cabellos largos, y las caras pintadas de tal manera, que parecen rostros de demonios. Por lo bajo de las cañas hacen unos agujeros por donde el aire puede respirar cuando algun viento se levanta; hacen gran sonido, parece música de diablos. Tampoco les sabe mal á estos indios la carne humana, como á los de Pozo; porque cuando entramos en él la vez primera con el capitán Jorge Robledo, salieron con nosotros destos naturales de Picara mas de cuatro mil, los cuales se dieron tal maña, que mataron y comieron mas de trecientos indios. Pasada la montaña que está por encima desta provincia al oriente, que es la cordillera de los Andes, afirman que hay una grande provincia y valle que dicen llamarse Arbi, muy poblada y rica. No lo ha descubierto ni sabemos mas desta fama. Por los caminos tienen siempre estos indios de Picara grandes

pues ó estacas de palma negra, agudas como de hierro, puestas en hoyos y cubiertas muy sotilmente con paja ó yerba. Cuando los españoles y ellos contienden en guerra ponen tantas, que se anda con gran trabajo por la tierra; y así, muchos se las han lineado por las piernas y piés. Algunos destos indios tienen arcos y flechas; mas no hay en ellas yerba ni se dan maña á tirarlas, por lo cual no hacen con ellas daño. Hondas tienen, con que tiran piedras con mucha fuerza. Los hombres son de mediano cuerpo; las mujeres lo mismo, y algunas bien dispuestas. Partidos desta provincia hácia la ciudad de Cartago, se va á la provincia de Carrapa, que no está muy léjos, y es bien poblada y muy rica.

CAPITULO XXIII.

De la provincia de Carrapa y de lo que hay que decir della.

La provincia de Carrapa está doce leguas de la ciudad de Cartago, asentada en unas sierras muy ásperas, raras, sin haber en ellas montaña mas de la cordillera de los Andes, que pasa por encima. Las casas son pequeñas y muy bajas, hechas de cañas, y la cobertura de unos colchillos de otras cañas menudas y delgadas, de las cuales hay muchas en aquellas partes. Las casas ó aposentos de los señores, algunos son bien grandes y otros no. Habia, cuando la primera vez entramos cristianos españoles en esta provincia de Carrapa, cinco principales. Al mayor y mas grande llamaban Irrúa, el cual los años pasados se habia entrado en ella por fuerza, y como hombre poderoso y tirano, la mandaba casi toda. Entre las sierras hay algunos vallecetes y llanos muy poblados y llenos de rios y arroyos y muchas fuentes, el agua no tan delgada ni sabrosa como la de los rios y fuentes que se han pasado. Los hombres son muy crecidos de cuerpo, los rostros largos, y las mujeres lo mismo, y robustas. Son riquísimos de oro, porque tenían grandes piezas del muy finas, y muy lindos vasos, con que bebían el vino que ellos hacen del maíz, tan recio, que bebiendo mucho priva el sentido á los que lo beben. Son tan viciosos en beber, que se bebe un indio de una asentada una arroba y mas, no de un golpe, sino de muchas veces. Y teniendo el vientre lleno deste brobe, provocan á vómito y lanzan lo que quieren, y muchos tienen con la una mano la vasija con que están bebiendo y con la otra el miembro con que orinan. No son muy grandes comedores, y esto del beber es vicio envejecido en costumbre que generalmente tienen todos los indios que hasta agora se han descubierto en estas Indias. Si los señores mueren sin hijos manda su principal mujer, y aquella muerta, hereda el señorío el sobrino del muerto, con que ha de ser hijo de su hermana, si la tiene, y son de lenguaje por sí. No tienen templo ni casa de adoracion; el demonio habla también con algunos destos indios, como con los demás.

Dentro de sus casas entierran, después de muertos, á sus difuntos, en grandes bóvedas que para ello hacen; con los cuales meten mujeres vivas y otras muchas cosas de las preciadas que ellos tienen, como hacen sus comarcanos.

Cuando alguno destos indios se siente enfermo hace grandes sacrificios por su salud, como lo aprendieron de sus pasados, todo dedicado al maldito demonio, el

cual (por quererlo Dios permitir) les hace entender las cosas todas ser en su mano y ser el superior de todo. No porque (como dije) estas gentes ignoren que hay un solo Dios hacedor del mundo, porque esta dignidad no permite el poderoso Dios que el demonio pueda atribuir á sí lo que le es tan ajeno; mas esto créenlo mal y con grandes abusos; aunque yo alcancé dellos mismos que á tiempos están mal con el demonio, que lo aborrescen, conociendo sus mentiras y falsedades; mas, como por sus pecados los tenga tan sujetos á su voluntad, no dejaban de estar en las prisiones de su engaño, ciegos en su ceguedad, como los gentiles y otras gentes de mas saber y entendimiento que ellos, hasta que la luz de la palabra del sacro Evangelio otre en los corazones dellos; y los cristianos que en estas Indias anduvieren procuren siempre de aprovechar con doctrina á estas gentes, porque haciéndolo de otra manera, no sé cómo les irá cuando los indios y ellos parezcan en el juicio universal ante el acatamiento divino. Los señores principales se casan con sus sobrinas, y algunos con sus hermanas, y tienen muchas mujeres. Los indios que matan tambien los comen, como los demás. Cuando van á la guerra llevan todos muy ricas piezas de oro, y en sus cabezas grandes coronas, y en las muñecas gruesos brazales, todo de oro; llevan delante de sí grandes banderas muy preciadas. Yo vi una que dieron en presente al capitán Jorge Robledo la primera vez que entramos con él en su provincia, que pesó tres mil y tantos pesos, y un vaso de oro tambien le dieron, que valió docientos y noventa, y otras dos cargas deste metal en joyas de muchas maneras. La bandera era una manta larga y angosta puesta en una vara, llena de unas piezas de oro pequeñas, á manera de estrellas, y otras con talle redondo. En esta provincia hay tambien muchos frutales y algunos venados y guadaquinojas y otras cazas, y otros muchos mantenimientos y raíces comestres gustosas para comer. Salidos della, pasamos á la provincia de Quimbaya, donde está asentada la ciudad de Cartago. Hay de la villa de Arma á ella veinte y dos leguas. Entre esta provincia de Carrapa y la de Quimbaya está un valle muy grande despoblado, de donde era señor este tirano que he dicho, llamado Irrón, que mandaba en Carrapa. Fué muy grande la guerra que sus sucesores y él tuvieron con los naturales de Quimbaya; por los cuales hubieron al fin de dejar su patria, y con las mañas que tuvo se entró en esta provincia de Carrapa. Hay fama que tiene grandes sepulturas de señores que están enterrados en él.

CAPITULO XXIV.

De la provincia de Quimbaya y de las costumbres de los señores della, y de la fundacion de la ciudad de Cartago, y quién fué el fundador.

La provincia de Quimbaya terá quince leguas de longitud y diez de latitud desde el rio Grande hasta la montaña nevada de los Andes, todo ello muy poblado, y no es tierra tan áspera ni fragosa como la pasada. Hay muy grandes y espesos cañaverales; tanto, que no se puede andar por ellos sino es con muy gran trabajo, porque toda esta provincia y sus rios están llenos destes cañaverales. En ninguna parte de las Indias no he

visto ni oído adonde haya tanta multitud de cañas como en ella; pero quiso Dios nuestro Señor que sobrasen aquí cañas porque los moradores no tuviesen mucho trabajo en hacer sus casas. La sierra nevada, que es la cordillera grande de los Andes, está siete leguas de los pueblos desta provincia. En lo alto della está un volcan que quando hace cluro echa de sí grande cantidad de humo; y nascen desta sierra muchos rios, que riegan toda la tierra. Los mas principales son: el rio de Tacurumbi, el de la Cegue, el que pasa por junto á la ciudad, y otros que no se podrán contar, segun son muchos; en tiempo de invierno, quando vienen creciendo, tienen sus puentes hechas de cañas atadas fuertemente con bejucos recios á árboles que hay de una parte de los rios á otra. Son todos muy ricos de oro. Estando yo en esta ciudad el año pasado de 1547 años, se sacaron en tres meses mas de quince mil pesos, y el que mas cuadrilla tenia era tres ó cuatro negros y algunos indios. Por donde vienen estos rios se hacen algunos valles, aunque, como he dicho, son de cañaverales; y en ellos hay muchos árboles de frutas de las que suele haber en estas partes, y grandes palmares de los pixivaes.

Entre estos rios hay fuentes de agua salobre, que es cosa maravillosa de ver del arte como salen por mitad de los rios, y para por ello dar gracias á Dios nuestro Señor. Adelante haré capitulo por sí destas fuentes, porque es cosa muy de notar. Los hombres son bien dispuestos, de buenos rostros; las mujeres lo mismo, y muy amorosas. Las casas que tienen son pequeñas, la cobertura de hoja de cañas. Hay muchas plantas de frutas y otras cosas que los españoles han puesto, así de España como de la misma tierra. Los señores son en extremo regalados; tienen muchas mujeres, y son todos los desta provincia amigos y confederados. No comen carne humana sino es por muy gran fiesta, y los señores solamente eran muy ricos de oro. De todas las cosas que por los ojos eran vistas tenían ellos hecho joyas de oro, y muy grandes vasos, con que bebían de su vino. Uno vi yo que dió un cacique llamado Tacurumbi al capitán Jorge Robledo, que cobia en él dos azumbres de agua. Otro dió este mismo cacique á Miguel Muñoz, mayor y mas rico. Las armas que tienen son lanzas, dardos y unas estolicas, que arrojan de rodeo con ellas unas tiraderas, que es mala arma. Son entendidos y avisados, y algunos muy grandes hechiceros. Juntanse á hacer fiestas en sus solaces después que han bebido; hácense un escuadron de mujeres á una parte y otro á otra, y lo mismo los hombres, y los muchachos no están parados, que tambien lo hacen y arremeten unos á otros, diciendo con un soneto: «Batatabati, batatabati» que quiere decir, en juguemos; y así, con tiraderas y varas se comienza el juego, que después se acaba con heridas de muchos y muertes de algunos. De sus cabellos hacen grandes rodellas, que llevan quando van á la guerra á pelear. Ha sido gente muy indómita y trabajosa de conquistar, hasta que se hizo justicia de los caciques antiguos; aunque para matar algunos no hubo mucha, pues todo era sobre sacarles este negro oro, y por otras causas que se contarán en su lugar. Quando salían á sus fiestas y placeres en

alguna plaza, juntábanse todos indios, y dos dellos con dos atambores hacían son; donde tomando otro delautero, comienzan á danzar y bailar; el cual todos siguen, y llevando cada uno la vasija del vino en la mano; porque beber, bailar, cantar, todo lo hacen en un tiempo. Sus cantares son recitar á su uso los trabajos presentes y recontar los sucesos pasados de sus mayores. No tienen creencia ninguna; hablan con el demonio de la manera que los demás.

Cuando están enfermos se bañan muchas veces, en el cual tiempo cuentan ellos mismos que ven visiones espantables. Y pues trato desta materia, diré aquí lo que aconteció en el año pasado de 46 en esta provincia de Quimbaya. Al tiempo que el visorey Blasco Núñez Vela andaba envuelto en las alteraciones causadas por Gonzalo Pizarro y sus consortes, vino una general pestilencia por todo el reino del Perú, la cual comenzó de mas adelante del Cuzco y cundió toda la tierra; donde murieron gentes sin cuento. La enfermedad era, que daba un dolor de cabeza y accidente de calentura muy recio, y luego se pasaba el dolor de la cabeza al oído izquierdo, y agravaba tanto el mal, que no duraban los enfermos sino dos ó tres dias. Venida pues la pestilencia á esta provincia, está un río casi media legua de la ciudad de Cartago, que se llama de Consota, y junto á él está un pequeño lago, donde hacen sal del agua de un manantial que está allí. Y estando juntas muchas indias haciendo sal para las casas de sus señores, vieron un hombre alto de cuerpo, el vientre rasgado y sacadas las tripas y inmundicias, y con dos niños de brazo; el cual llegado á las indias, les dijo: «Yo os prometo que tengo de matar á todas las mujeres de los cristianos y á todas las mas de vosotras;» y fuése luego. Las indias y indios, como era de día, no mostraron temor ninguno, antes contaron este cuento riéndose cuando volvieron á sus casas. En otro pueblo de un vecino que se llama Giralde Gilestopiñan vieron esta misma figura encima de un caballo, y que corria por todas las sierras y montañas como un viento; donde há pocos dias la pestilencia y mal de oído dió de tal manera, que la mayor parte de la gente de la provincia faltó, y á los españoles se les murieron sus indias de servicio, que pocas ó ningunas quedaron; sin lo cual, andaba un espanto, que los mismos españoles parecia estar asombrados y temerosos. Muchas indias y muchachos afirmaban que visiblemente ven muchos indios de los que ya eran muertos. Bien tiene esta gente entendimiento de pensar que hay en el hombre mas que cuerpo mortal; no tienen tampoco que sea ánima, sino alguna trasfiguración que ellos piensan. Y creen que los cuerpos todos han de resucitar; pero el demonio les hace entender que será en parte que ellos han de tener gran placer y descanso; por lo cual les echan en las sepulturas mucha cantidad de su vino y maíz, pescando y otras cosas, y juntamente con ellos sus armas, como que fuesen poderosas para los librar de las penas infernales. Es costumbre entre ellos que, muertos los padres, heredan los hijos, y faltando hijo, el sobrino hijo de la hermana. También antiguamente no eran naturales estos indios de Quimbaya, pero muchos tiempos há que se entraron en la provincia, matando á todos los naturales, que no debían ser

pocos, segun lo dan á entender las muchas labranzas, pues todos aquellos bravos cañaverales parece haber sido poblado y labrado, y lo mesmo las partes donde hay monte, que hay árboles tan gruesos como dos bueyes, y otros mas; donde se ve que solia ser poblado; por donde yo conjeturo haber gran curso de tiempo que estos indios poblaron en estas Indias. El temple de la provincia es muy sano, adonde los españoles viven mucho y con pocas enfermedades, ni con frio ni con calor.

CAPITULO XXV.

En que se prosigue el capítulo pasado sobre lo que toca á la ciudad de Cartago y á su fundación, y del animal llamado chucha.

Como estos cañaverales que he dicho sean tan cerrados y espesos; tanto, que si un hombre no supiese la tierra se perderia por ellos, porque no atinaría á salir, segun son grandes; entre ellos hay muchas y muy altas ceibas, no poco anchas y de muchas ramas, y otros árboles de diversas maneras, que por no saber los nombres no los pongo. En lo interior dellos ó de algunos hay grandes cuevas y concavidades, donde crían dentro abejas, y formado el panal, se saca tan singular miel como la de España. Unas abejas hay que son poco mayores que mosquitos; junto á la abertura del panal, después que lo tienen bien cerrado, sale un cañuto que parece cera, como medio dedo, por donde entran las abejas á hacer su labor, cargadas las alicas de aquello que cogen de la flor; la miel destas es muy rala y algo agria, y sacarán de cada colmena poco mas que un cuartillo de miel, otro linaje hay destas abejas que son poco mayores, negras, porque las que he dicho son blancas; el abertura que estas tienen para entrar en el úrbol es de cera revuelta con cierta mixtura, que es mas dura que piedra; la miel es sin comparación mejor que la pasada, y hay colmena que tiene mas de tres azumbres; otras abejas hay que son mayores que las de España, pero ninguna dellas pica mas de cuanto, viendo que sacan la colmena, cargan sobre el que corta el árbol, apégandose á los cabellos y barbas; de las colmenas destas abejas grandes hay alguna que tiene mas de media arroba, y es mucho mejor que todas las otras; algunas destas saqué yo, aunque mas vi sacar á un Pedro de Velasco, vecino de Cartago. Hay en esta provincia, sin las frutas dichas, otra que se llama enimito, tan grande como durazno, negro de dentro; tienen unos cuexquecitos muy pequeños, y una leche que se apega á las barbas y manos, que se tarda largo en tirar; otra fruta hay que se llama círuelas, muy sabrosas; hay tambien aguacates, guabas y guayubas, y algunas tan agrias como limones, de buen olor y sabor. Como los cañaverales son tan espesos, hay muchas alimañas por entre ellos, y grandes leones, y tambien hay un animal que es como una pequeña raposa, la cola larga y los piés cortos, de color parda, la cabeza tiene como zorra; vi una vez una destas, la cual tenía siete hijos y estaban junto á ella, y como sintió ruido abrió una bolsa que natura le puso en la misma barriga, y tomó con gran presteza los hijos, huyendo con mucha ligereza, de una manera que yo me espanté de su presteza, siendo tan pequeña y correr con tan gran carga, y que anduviese tanto. Llaman

á este animal chucha. Hay unas culebras pequeñas de mucha ponzoña, y cantidad de venudos, y algunos conejos y muchos guadaquinajes, que son poco mayores que liebres, y tienen buena carne y sabrosa para comer. Y otras muchas cosas hay, que dejo de contar porque me parece que son menudas. La ciudad de Cartago está asentada en una loma llana, entre dos arroyos pequeños, siete leguas del río grande de Santa Marta, y cerca de otro pequeño, del agua del cual beben los españoles; este río tiene siempre puente de las cañas gordas que habemos contado; la ciudad á una parte y á otra tiene muy dificultosas salidas y malos caminos, porque en tiempo de invierno son los todos grandes; llueve todo lo mas del año, y caen algunos rayos y hace grandes relámpagos; está tan bien guardada esta ciudad, que bien se puede tener cierto que no la hurtan á los que en ella viven; digo esto porque hasta estar dentro en las casas no la ven. El fundador della fué el mismo capitán Jorge Robledo, que pobló las demás que hemos pasado, en nombre de su majestad del emperador don Carlos, nuestro señor, siendo gobernador de todas estas provincias el adelantado don Francisco Pizarro, año del Señor de 1510 años. Llámase Cartago porque todos los mas de los pobladores y conquistadores que con Robledo se hallaron habíamos salido de Cartagena, y por esto se le dió este nombre. Ya que he llegado á esta ciudad de Cartago, pasaré de aquí á dar razón del grande y espacioso valle donde está asentada la ciudad de Cali y la de Popayan, donde se camina por los cañaverales hasta salir á un llano, por donde corre un río grande que llaman de la Vieja; en tiempo de invierno se pasa con harto trabajo; está de la ciudad cuatro leguas, luego se allega al río grande, que está una; mas, pasado de la otra parte con balsas ó canoas, se juntan los dos caminos haciéndose todo uno, el que va de Cartago y el que viene de Aucerna; hay de la villa de Aucerna á la ciudad de Cali camino de cincuenta leguas, y desde Cartago poco mas de cuarenta y cinco.

CAPITULO XXVI.

En que se contienen las provincias que hay en este grande y hermoso valle, hasta llegar á la ciudad de Cali.

Desde la ciudad de Popayan comienza entre las cordilleras de la sierra que dicho tengo á se allanar este valle, que tiene en ancho á doce leguas, y á menos por unas partes y á mas por otras, y por algunas se junta y hace tan estrecho él y el río que por él corre, que ni con burcos ni balsas ni con otra ninguna cosa no pueden andar por él, porque, con la mucha furia que lleva, y las muchas piedras y remolinos, se pierden y se van al fondo, y se han ahogado muchos españoles y indios, y perdido muchas mercaderías por no poder tomar tierra, por la gran recia que lleva; todo este valle, desde la ciudad de Cali hasta estas estrechuras, fué primero muy poblado de muy grandes y hermosos pueblos, las casas juntas y muy grandes. Estas poblaciones y indios se han perdido y gastado con tiempo y con la guerra; porque, como entró en ellos el capitán Sebastian de Belalcázar, que fué el primer capitán que los descubrió y conquistó, aguardaron siempre de guerra, peleando

muchas veces con los españoles por defender su tierra y ellos no ser sujetos; con las cuales guerras, y por la hambre que pasaron, que fué mucha, por dejar de sembrar, se murieron todos los mas. También hubo otra ocasión para que se consumiesen tan presto, y fué, que el capitán Belalcázar pobló y fundó en estos llanos y en mitad destes pueblos la ciudad de Cali, que después se tornó á reedificar adonde agora está. Los indios naturales estaban tan porfiados en no querer tener amistad con los españoles, teniendo por pesado su mundo, que no quisieron sembrar ni cultivar las tierras, y se pasó por esta causa mucha necesidad, y se murieron tantos, que afirman que falta la mayor parte dellos. Después que se fueron los españoles de aquel sitio, los indios serranos que estaban en lo alto del valle abajaron muchos dellos y dieron en los tristes que habian quedado, que estaban enfermos y muertos de hambre; de tal manera que en breve espacio mataron y comieron todos los mas; por las cuales causas todas aquellas naciones han quedado dellos tan pocos, que casi no son ningunos. De la otra parte del río hácia el oriente está la cordillera de los Andes, la cual pasada, está otro valle mayor y mas vistoso, que llaman de Neiva, por donde pasa el otro brazo del río grande de Santa Marta. En las laldas de las sierras, á unos vortientes y á otras, hay muchos pueblos de indios de diferentes naciones y costumbres, muy bárbaros y que todos los mas comen carne humana, y le tienen por manjar precioso y para ellos muy gustoso. En la cumbre de la cordillera se hacen unos pequeños valles, en los cuales está la provincia de Buga; los naturales della son valientes guerreros; á los españoles que fueron allí cuando mataron á Cristóbal de Ayala los aguardaban sin temor ninguno, y cuando mataron á este que digo, se vendieron sus bienes en el almoneda á precios muy excesivos, porque se vendió una puerca en mil y seiscientos pesos, con otro cochino; y se vendían cochinos pequeños á quinientos, y una oveja de las del Perú en docientos y ochenta pesos; yo la vi pagar á un Andrés Gomez, vecino que es agora de Cartago, y la cobró Pedro Romero, vecino de Aucerna; y los mil y seiscientos pesos de la puerca y del cochino cobró el adelantado don Sebastian de Belalcázar de los bienes del mariscal don Jorge Robledo, que fué el que lo mercó; y aun vi que la misma puerca se comió un día que se hizo un hanquete, luego que llegamos á la ciudad de Cali con Vadillo; y Juan Pacheco, conquistador, que agora está en España, mercó un cochino en docientos y veinte y cinco pesos; y los cochillos se vendían á quince pesos, á Jerónimo Luis Tejelo oí decir que cuando fué con el capitán Miguel Muñoz á la jornada que dicen de la Vieja mercó una almorada para hacer alpargates por treinta pesos, y aun yo he morcado unos alpargates en ocho pesos de oro. También se vendió en Cali un pliego de papel en otros treinta pesos. Otras cosas habia aquí que decir en gran gloria de los nuestros españoles, pues en tan poco tienen los dineros, que, como tengan necesidad, en ninguna cosa los estiman; de los vientres de las puercas compraban, antes que naciesen, los lechones á cien pesos y mas. Si les era de agradecer á los que lo compraban ó no, porque hubiese multiplicado dello, no trato

desto; mas quiero decir que el prudente lector piense y mire que desde el año de 27 hasta este de 47 lo que se ha descubierto y poblado; y mirando esto, verán todos cuánto merecen, y en cuánto se ha de tener el honor de los conquistadores y descubridores, que tanto en estas partes han trabajado, y cuánto razon hay para que su majestad les haga mercedes á los que han pasado por estos trabajos y servidole lealmente sin haber sido carniceros de indios; porque los que se han preciado de serlo, antes merecen castigo que premio, á mi entender. Cuando se descubria esta provincia merocaban los caballos á tres mil y á cuatro mil pesos, y aun en este tiempo algunos hay que no acaban de pagar las deudas viejas, y que estando llenos de heridas y llantos de servir, los meten en las cárceles sobre la puga que les piden los acreedores. Pasada la cordillera está el gran valle que ya dije, adonde estuvo fundada la villa de Neiva; y viniendo hácia el poniente hay mayores pueblos, y de mas gente en las sierras, porque en los llanos ya conté la causa por que se murieron los que habia; los pueblos de las sierras allegan hasta la costa de la mar del Sur, y van de luengo descendiendo al sur; tienen las casas como las que dije que habia en Tatabe, sobre árboles muy grandes, hechos en ellos altos á manera de sobrado, en los cuales moran muchos moradores; es muy fértil y abundante la tierra destos indios, y muy proveida de puercos y de dantas y otras salvajinas y cazas, pavas y papagayos, guacamayas, faisanes y mucho pescendo. Los rios no son pobres de oro, antes podrémos afirmar que son riquísimos y que hay abundancia deste metal; por cerca dellos pasa el gran rio del Darien, muy nombrado, por la ciudad que cerca dél estuvo fundada. Todas las mas destas naciones comen tambien carne humana; algunos tienen arcos y flechas, y otros de los bastones ó macanas que he dicho, y muy grandes lanzas y dardos. Otra provincia está por encima deste valle hácia el norte, que confina con la provincia de Ancerma, que se llaman los naturales della los chancos, tan grandes, que parecen pequeños gigantes, espaldudos, robustos, de grandes fuerzas, los rostros muy largos, las cabezas anchas; porque en esta provincia y en la de Quimbaya, y en otras partes destas Indias (como adelante diré), cuando la criatura nasce le ponen la cabeza del arte que ellos quieren que la tenga; y así, unas quedan sin colodrillo y otras la frente sumida y otros hacen que la tenga muy larga; lo cual hacen cuando son recién nacidos con unas tabletas, y después con sus ligaduras; las mujeres destos son tan bien dispuestas como ellos, andan desnudos ellos y ellas, y descalzos; no traen mas que maures, con que se cubren sus vergüenzas, y estos no de algodón, sino de unas cortezas de árboles los sacan, y hacen delgados y muy blandos, tan largos como una vara y de anchor de dos palmos; tienen grandes lanzas y dardos con que pelean; salen algunas veces de su provincia á dar guerra á sus comarcas los de Ancerma. Cuando el mariscal Robledo entró en Cartago esta última vez, que no debiera, á que le recibiesen por lugarteniente del juez Miguel Díaz Armendariz, envió de aquella ciudad ciertos españoles á guardar el camino que va de Ancerma á la ciudad de Cali, adonde hallaron

ciertos indios destos, que abajaban á matar á un cristiano que iba con unas cabras á Cali, y mataron uno ó dos destos indios, y se espantaron de ver su grandeza. De manera que, aunque no se ha descubierto la tierra destos indios, sus comarcas afirman ser tan grandes como de suso he dicho. Por las sierras que abajan de la cordillera que está al poniente y valles que se hacen, hay grandes poblaciones y muchos indios, que dan su poblacion hasta cerca de la ciudad de Cali, y continúan con los de las Barbaacoas. Tienen sus pueblos extendidos y derramados por aquellas sierras, las casas juntas de diez en diez y de quince en quince, en algunas partes mas y en otras menos; llaman á estos indios gorriones, porque cuando poblaron en el valle la ciudad de Cali nombraban al pescado gorrion, y venian cargados dél diciendo: «Gorrion, gorrion;» por lo cual, no sabiéndoles nombre propio, llamáronles, por su pescado, gorriones, como hicieron en Ancerma en llamarla de aquel nombre por la sal, que llaman los indios (como ya dije) ancer; las casas destos indios son grandes, redondas, la cobertura de paja; tienen pocas arboledas de frutales; oro bajo de cuatro ó cinco quilates alcanzan mucho, de lo fino poseen poco. Corren por sus pueblos algunos rios de buenas aguas. Junto á las puertas de sus casas, por grandeza, tienen de dentro de la portada muchos pies de los indios que han muerto, y muchas manos; sin lo cual, de las tripas, porque no se les pierda nada, las hinchen de carne ó de ceniza, unas á manera de morcillas y otras de longanizas, desto mucha cantidad; las cabezas, por consiguiente, tienen puestas, y muchos cuartos enteros. Un negro de un Juán de Cispedes, cuando entramos con el licenciado Juan de Vadillo en estos pueblos, como viese estas tripas, creyendo ser longanizas, arremetió á descolgarlas para comerlas; lo cual hiciera si no estuvieran como estaban, tan secas del humo y del tiempo que habia que estaban allí colgadas. Fuera de las casas tienen puestas por orden muchas cabezas, piernas enteras, brazos, con otras partes de cuerpos, en tanta cantidad, que no se puede creer. Y si yo no hubiera visto lo que escribo, y supiera que en España hay tantos que lo saben y lo vieron muchas veces, cierto no contara que estos hombres hacían tan grandes carnicerías de otros hombres solo para comer; y así, sabemos que estos gorriones son grandes carniceros de comer carne humana; no tienen ídolos ningunos, ni casa de adoracion se les ha visto; hablan con el demonio los que para ello están señalados, segun es público. Clérigos ni frailes tampoco no han osado andar á solas amonestando á estos indios, como se hace en el Perú y en otras tierras destas Indias, por miedo que no los maten.

Estos indios están apartados de valle y rio grande á dos y á tres leguas y á cuatro, y algunos á mas, y á sus tiempos abajan á pescar á las lagunas y al rio grande dicho, donde vuelven con gran cantidad de pescendo; son de cuerpos medianos, para poco trabajo; no visten mas que los maures que he dicho que traen los demas indios; las mujeres todas andan vestidas de unas mantas gruesas de algodón. Los muertos que son mas principales los envuelven en muchas de aquellas mantas, que son tan largas como tres varas y tan anchas como

dos. Después que los tienen envueltos en ellas les vuelven á los cuerpos una cuerda que hacen de tres ramales, que tiene mas de docientas brazas; entre estas mantas le ponen algunas joyas de oro; otros entierran en sepulturas hondas. Cae esta provincia en los términos y jurisdicción de la ciudad de Cali; junto á ellos, y en la barranca del río, está un pueblo no muy grande, porque con las guerras pasadas se perdió y consumió la gente dél, que fué mucha; de una gran laguna que está pegada á este pueblo, habiendo crecido el río, se hinche; la cual tiene sus desagüaderos y flujos cuando mengua y baja; matan en esta laguna infinidad de pescado muy sabroso, que dan á los caminantes y contratan con ello en las ciudades de Cartago y Cali y otras partes; sin lo mucho que ellos dan y comen, tienen grandes depósitos dello seco para vender á los de las sierras, y grandes cántaros de mucha cantidad de manteca que del pescado sacan. Al tiempo que veníamos descubriendo con el licenciado Juan de Vadillo llegamos á este pueblo con harta necesidad y hallamos algunos pescado; y después, cuando íbamos á poblar la villa de Ancerma con el capitán Robledo, hallamos tanto, que pudieran henchir dos navios dello. Es muy fértil de maíz y de otras cosas esta provincia de los gorriones; hay en ella muchos venados y guadaquinajes y otras salvajinas, y muchas aves; y en el gran valle del Cali, con ser muy fértil, están las vegas y llanos con su yerba desiertas, y no dan provecho sino á los venados y á otros animales que los pasean, porque los cristianos no son tantos que puedan ocupar tan grandes campañas.

CAPITULO XXVII.

De la manera que está asentada la ciudad de Cali, y de los indios de su comarca, y quién fué el fundador.

Para llegar á la ciudad de Cali se pasa un pequeño río que llaman Río-Frío, lleno de muchas espesuras y florestas; abájase por una loma que tiene mas de tres leguas de camino; el río va muy recio y frío, porque nasce de las montañas; va por la una parte deste valle, hasta que, entrando en el río Grande, se pierde su nombre. Pasado este río, se camina por grandes llanos de campaña; hay muchos venados pequeños, pero muy ligeros. En aquestas vegas tienen los españoles sus estancias ó granjas, donde están sus criados para entender en sus haciendas.

Los indios vienen á sembrar las tierras y á coger los maizales de los pueblos que los tienen en los altos de la serranía. Junto á estas estancias pasan muchas acequias y muy hermosas, con que riegan sus sementeras, y sin ellas, corren algunos ríos pequeños de muy buena agua; por los ríos y acequias ya dichos hay puestos muchos naranjos, limas, limones, granados, grandes platanos y mayores cañaverales de cañas dulces; sin esto, hay piños, guayabas, guabas y guanabanas, raltas y unas uvillas que tienen una cáscara por encima, que son sabrosas; caimitos, ciruelas; otras frutas hay muchas y en abundancia, y á su tiempo singulares; melones de España y mucha verdura y legumbres de España y de la misma tierra. Trigo hasta agora no se ha dado, aunque dicen que en el valle de Lile, que está de la ciudad cinco leguas, se dará; viñas, por el consi-

guiente, no se han puesto; la tierra, dispocion tieno para que en ella se crien muchas como en España. La ciudad está asentada una legua del río Grande, ya dicho, junto á un pequeño río de agua singular que nace en las sierras que están por encima della; todas las riberas están llenas de frescas huertas, donde siempre hay verduras y frutas de las que ya he dicho. El pueblo está asentado en una mesa llana; si no fuese por el calor que en él hay, es uno de los mejores sitios y asientos que yo he visto en gran parte de las Indias; porque para ser bueno ninguna cosa le falta; los indios y caciques que sirven á los señores que los tienen por encomiende están en las sierras; de algunas de sus costumbres diré, y del puerto de mar por donde les entran las mercaderías y ganados. En el año que yo salí desta ciudad había veinte y tres vecinos que tenían indios. Nunca faltan españoles viandantes, que andan de una parte á otra entendiendo en las contrataciones y negocios. Pobló y fundó esta ciudad de Cali el capitán Miguel Muñoz en nombre de su majestad, siendo el adelantado don Francisco Pizarro, gobernador del Perú, año de 1537 años; aunque (como en lo de atrás dije) la había primero edificado el capitán Sebastian de Belalcázar en los pueblos de los gorriones; y para pasarlo adonde agora está Miguel Muñoz, quieren decir algunos que el cabildo de la misma ciudad se lo requirió y forzó á que lo hiciese; por donde parece que la honra desta fundación á Belalcázar y al cabildo ya dicho compete; porque si á la voluntad de Miguel Muñoz se mirara, no sabemos lo que fuera, segun cuentan los mismos conquistadores que allí eran vecinos.

CAPITULO XXVIII.

De los pueblos y señores de indios que están sujetos á los términos desta ciudad.

A la parte del poniente desta ciudad, hácia la serranía, hay muchos pueblos poblados de indios sujetos á los moradores della, que han sido y son muy domésticos, gente simple, sin malicia. Entre estos pueblos está un pequeño valle que se hace entre las sierras; por una parte lo cercan unas montañas, de las cuales luego diré; por la otra sierras altísimas de campaña, muy pobladas. El valle es muy llano, y siempre está sembrado de muchos maizales y yucales, y tiene grandes arboledas de frutales, y muchos palmares de las palmas de los pixivales; las casas que hay en él son muchas y grandes, redondas, altas y armadas sobre derechas vigas. Caciques y señores había seis cuando yo entré en este valle; son tenidos en poco de sus indios, á los cuales tienen por grandes serviciales, así á ellos como á sus mujeres, muchas de las cuales están siempre en las casas de los españoles. Por mitad deste valle, que se nombra de Lile, pasa un río, sin otros que de las sierras abajan á dur en él; las riberas están bien pobladas de las frutas que hay de la misma tierra, entre las cuales hay una muy gustosa y olorosa, que nombran granadillas.

Junto á este valle confina un pueblo, del cual era señor el mas poderoso de todos sus comarcanos, y á quien todos tenían mas respeto, que se llamaba Petecuy. En medio deste pueblo está una gran casa de madera muy

alta y redonda, con una puerta en el medio, en lo alto della habia cuatro ventanos por donde entraba claridad; la cobertura era de paja; así como entraban dentro, estaba en alto una larga tabla, la cual la atravesaba de una parte á otra, y encima della estaban puestos por orden muchos cuerpos de hombres muertos de los que habian vencido y preso en las guerras, todos abiertos; y abríanlos con cuchillos de pederal y los desollaban, y después de haber comido la carne, henchian los cueros de ceniza y hacían rostros de cera con sus propias cabezas, poniéndolos en la tabla de tal manera, que parecían hombres vivos.

En las manos á unos les ponían dardos y á otros lanzas y á otros macanas. Sin estos cuerpos, habia mucha cantidad de manos y pies colgados en el bohío ó casa grande, y en otro que estaba junto á éste habian grande número de muertos y cabezas y osamenta; tanto, que era espanto verlo, contemplando tan triste espectáculo, pues todos habian sido muertos por sus vecinos, y comidos como si fueran animales campestres, de lo cual ellos se gloraban y lo tenían por gran valentía, diciendo que de sus padres y mayores lo aprendieron. Y así, no contentándose con los mantenimientos naturales, hacían sus vientres sepulturas insaciables unos de otros, aunque á la verdad ya no comen como solian este manjar; antes, inspirando en ellos el espíritu del cielo, han venido á conocimiento de su ceguera, volviéndose cristianos muchos dellos, y hay esperanza que cada dia se volverán mas á nuestra santa fe, mediante el ayuda y favor de Dios, nuestro Redentor y Señor.

Un indio natural desta provincia, de un pueblo llamado Ueache (repartimiento que fué del capitán Jorge Robledo), preguntándole yo qué era la causa por que tenían allí tanta multitud de cuerpos de hombres muertos, me respondió que era grandeza del señor de aquel valle, y que no solamente los indios que habia muerto quería tener delante, pero aun las armas suyas las mandaba colgar de las vigas de las casas para memoria, y que muchas veces estando la gente que dentro estaban durmiendo de noche, el demonio entraba en los cuerpos que estaban llenos de ceniza, y con figura espantable y temerosa asombraba de tal manera á los naturales, que de solo espanto morían algunos.

Estos indios muertos, que este señor tenía como por triunfo, de la manera dicha, eran los mas dellos naturales del grande y espacioso valle de la ciudad de Cali; porque, como atrás conté, habia en él muy grandes provincias llenas de millares de indios, y ellos y los de la sierra nunca dejaban de tener guerra, ni entendían en otra cosa lo mas del tiempo.

No tienen estos indios otras armas que las que usan sus comarcas. Andan desnudos generalmente, aunque ya en este tiempo los mas traen camisetas y mantas de algodón, y sus mujeres tambien andan vestidas de la misma ropa. Traen ellos y ellas abiertas las narices, y puestos en ellas unos que llaman caricuris, que son á manera de clavos retorcidos de oro, tan gruesos como un dedo, y otros mas y algunos menos. A los cuellos se ponen tambien unas gargantillas ricas y bien hechas de oro fino y bajo, y en las orejas traen colgados unos anillos retorcidos y otras joyas. Su traje antiguo era

ponerse unamanta pequeña como delantal por delante, y echarse otra pequeña por las espaldas, y las mujeres cubrirse desde la cintura abajo con mantas de algodón. En este tiempo andan ya como tengo dicho. Traen atados grandes ramales de cuentas de hueso menudas, blancas y coloradas, que llaman chaquiras. Cuando los principales morían hacían grandes y hondas sepulturas dentro de las casas de sus moradas, adonde los metían bien proveídos de comida y sus armas y oro, si alguno tenían. No guardan religion alguna, á lo que entendemos, ni tampoco se les halló casa de adoracion. Cuando algun indio de ellos estaba enfermo se bañaba, y para algunas enfermedades les aprovechaba el conocimiento de algunas yerbas, con la virtud de las cuales sanaban algunos dellos. Es público y entendido dellos mismos que hablan con el demonio los que para ello estaban escogidos. El pecado nefando no he oído que estos ni ningunos de los que quedan atrás use; antes, si algun indio por consejo del diablo comete este pecado, es tenido dellos en poco y le llaman mujer. Cásense con sus sobrinas, y algunos señores con sus hermanas, como todos los demás. Heredan los señoríos y heredamientos los hijos de la mujer principal. Algunos dellos son agoreros, y sobre todo muy sucios.

Mas adelante deste pueblo, de que era señor Patecuy, hay otros muchos pueblos; los indios naturales dellos son todos confederados y amigos. Sus pueblos tienen desviados alguna distancia unos de otros. Son grandes las casas, redondas, la cobertura de paja larga. Sus costumbres son como las que habemos pasado. Dieron al principio mucha guerra á los españoles, y hicieron en ellos grandes castigos, con los cuales escarmentaron de tal manera, que nunca mas se han rebelado; antes de todos los mas, como dije atrás, se han tornado cristianos, y andan vestidos con sus camisetas, y sirven con voluntad á los que tienen por señores. Adelante destas provincias, hacia la mar del Sur, está una que llaman los Timbas, en la cual hay tres ó cuatro señores, y está melida entre unas grandes y bravas montañas, de las cuales se hacen algunos valles, donde tienen sus pueblos y casas muy tendidas, y los campos muy labrados, llenos de mucha comida y de arboledas de frutales, de palmares y de otras cosas. Las armas que tienen son lanzas y dardos. Han sido trabajosos de sojuzgar y conquistar, y no están enteramente domados, por estar poblados en tan mala tierra, y porque ellos son belicosos y valientes; han muerto á muchos españoles y hecho gran daño. Son de las costumbres destes, y poco diferentes en el lenguaje. Mas adelante hay otros pueblos y regiones, que se extienden hasta llegar junto á la mar, todos de una lengua y de unas costumbres.

CAPITULO XXIX.

En que se concluya lo tocante á la ciudad de Cali, y de otros indios que están en la montaña, junto al puerto que llaman la Buena Ventura.

Sin estas provincias que he dicho, tiene la ciudad de Cali sujetos á sí otros muchos indios que están poblados en unas bravas montañas de las mas ásperas sierras que hay en el mundo. En esta serranía, en las lomas que hacen y en algunos valles están poblados, y con ser

tan dificultosa como digo y tan llena de espesura, es muy fértil y de muchas comidas y frutos de todas maneras, y en mas cantidad que en los llanos. Hay en todos aquellos montes muchos animales y muy bravos, especialmente muy grandes tigres, que han muerto y cada dia matan muchos indios y españoles que van á la guerra ó vienen della para ir á la ciudad. Las casas que tienen son algo pequeñas, la cobija de unas hojas de palma, que hay muchas por los montes, y cercadas de gruesos y muy grandes palos á manera de pared, porque sea fortaleza para que de noche no hagan daño los tigres. Las armas que tienen, y traje y costumbres, son ni mas ni menos que los del valle de Lilo, y en la habla casi dan á entender que todos son unos. Son membrudos, de grandes fuerzas. Han estado siempre de paz desde el tiempo que dieron la obediencia á su majestad, y en gran confederacion con los españoles, y aunque siempre van y vienen cristianos por sus pueblos, no les hacen mal ni han muerto ninguno hasta agora; antes luego que los ven les dan de comer. Está de los pueblos destes indios el puerto de la Buenaventura tres jornadas, todo de montañas llenas de abrojos y de palmas y de muchas ciénagas, y de la ciudad de Cali treinta leguas; el cual no se puede sustentar sin el favor de los vecinos de Cali. No hago capítulo por sí deste puerto, porque no hay mas que decir dél de que fué fundado por Juan Ladrillo (que es el que descubrió el rio) con poder del adelantado don Pascual de Andagoya, y después se quiso despoblar por ausencia deste Andagoya, por cuanto, por las alteraciones y diferencias que hubo entre él y el adelantado Belalcázar sobre las gobernaciones y terminos (como adelante se tratará), Belalcázar lo prendió y lo envió preso á España. Y entonces el cabildo de Cali, juntamente con el Gobernador, proveyó que residiesen siempre en el puerto seis ó siete vecinos, para que, venidos los navios que allí allegan de la Tierra-Firme y Nueva-España y Nicaragua, puedan descargar seguramente de los indios las mercaderías, y hallar casas donde meterlas; lo cual se ha hecho y hace así. Y los que allí residen son pagados á costa de los mercaderes, y entre ellos está un capitán, el cual no tiene poder para sentenciar, sino para oír y remitirlo á la justicia de la ciudad de Cali. Y para saber la manera en que este pueblo ó puerto de la Buenaventura está poblado, parece que hasta lo dicho. Para llevar á la ciudad de Cali las mercaderías que en este puerto se descargan, de que se provee toda la gobernacion, hay un solo remedio con los indios destas montañas, los cuales tienen por su ordinario trabajo llevarlas á cuevas, que de otra manera era imposible poderse llevar. Porque, si quisiesen hacer camino para reruas, seria tan dificultoso, que creo no se podría andar con bestias cargadas, por la grande aspereza de las sierras; y aunque hay por el rio Bagua otro camino por donde entran los ganados y caballos, van con mucho peligro y mueren muchos, y allegan tales, que en muchos dias no son de provecho. Llegado algun navio, los señores destes indios envían luego al puerto la cantidad que cada uno puede, conforme á la posibilidad del pueblo, y por caminos y cuevas que suben los hombres abajados, y por bejucos y por tales partes que temen ser

despeñados, suben ellos con cargas y fardos de á tres arrobas y á mas, y algunos en unas silleas de cortezas de árboles llevan á cuevas un hombre ó una mujer, aunque sea de gran cuerpo. Y desta manera caminan con las cargas, sin mostrar cansancio ni demasiado trabajo, y si hubiesen alguna paga irían con descuido á sus casas; mas todo lo que ganan y les dan á los tristes, lo llevan los encomenderos; aunque á la verdad dan poco tributo los que andan á este trato. Pero, aunque ellos mas digan que van y vienen de buena gana, buen trabajo pasan. Cuando allegan cerca de la ciudad de Cali, que han entrado en los llanos, se despenan y van con gran pena. Yo he oido loar mucho los indios de la Nueva-España de que llevan grandes cargas, mas estos me han espantado. Y si yo no hubiera visto y pasado por ellos y por las montañas donde tienen sus pueblos, ni lo creyera ni lo afirmara. Mas adelante destes indios hay otras tierras y naciones de gentes, y corre por ellas el rio de San Juan, muy riquísimo á maravilla y de muchos indios, salvo que tienen las casas armadas sobre árboles. Y hay otros muchos rios poblados de indios, todos ricos de oro; pero no se pueden conquistar, por ser la tierra llena de montaña y de los rios que digo, y por no poderse andar sino con barcos por ellos mismos. Las casas ó caneyes son muy grandes, porque en cada una viven á veinte y á treinta moradores.

Entre estos rios estuvo poblado un pueblo de cristianos; tampoco diré nada dél, porque permaneció poco, y los indios naturales mataron á un Payo Romero que estuvo en el por lugarteniente del adelantado Andagoya, porque de todos aquellos rios tuvo hecha merced de su majestad, y se llamaba gobernador del rio de San Juan. Y al Payo Romero con otros cristianos sacaron los indios, con engaño en canoas á un rio, diciéndoles que les querian dar mucho oro, y allí acudieron tantos indios que mataron á todos los españoles, y al Payo Romero llevaron consigo vivo (á lo que después se dijo); dándole grandes tormentos y despreciándolo sus miembros, murió; y tomaron dos ó tres mujeres vivas, y les hicieron mucho mal; y algunos cristianos, con gran ventura y por su ánimo escaparon de la crueldad de los indios. No se tornó mas á fundar allí pueblo, ni aun lo habrá, segun es mala aquella tierra. Prosiguiendo adelante, porque yo no tengo de ser largo ni escribir mas de lo que heve al propósito de mi intento, diré lo que hay desde esta ciudad de Cali á la de Popayan.

CAPITULO XXX.

En que se contiene el camino que hay desde la ciudad de Cali á la de Popayan, y los pueblos de indios que hay en medio.

De la ciudad de Cali (de que acabo de tratar) hasta la ciudad de Popayan hay veinte y dos leguas, todo de buen camino de campaña, sin montaña ninguna, aunque hay algunas sierras y laderas, mas no son ásperas y dificultosas como las que quedan atrás. Saliendo pues de la ciudad de Cali, se camina por unas vegas y llanos, en las cuales hay algunos rios, hasta llegar á uno que no es muy grande, que se llama Xamundi, en el cual hay hecha siempre puente de las cañas gordas, y quien lleva caballo échalo por el vado y pasa sin peligro.

En el nacimiento deste rio hay unos indios que se ex-

tienden tres ó cuatro leguas á una parte, que se llaman Xamundi, como el río, el cual nombre tomó el pueblo y el río de un cacique que se llama así. Contratan estos indios con los de la provincia de los Timbas, y poseyeron y alcanzaron mucho oro, de lo cual han dado cantidad á las personas que los han tenido por encomienda.

Adelante deste río, en el mismo camino de Popayan, cinco leguas del, está el río grande de Santa Marta, y para pasarlo sin peligro hay siempre balsas y canoas, con las cuales pasan los indios comarcanos á los que van y vienen de una ciudad á otra. Este río hácia la ciudad de Cali fué primero poblado de grandes pueblos, los cuales se han consumido con el tiempo y con la guerra que les hizo el capitán Belalcázar, que fué el primero que los descubrió y conquistó, aunque el haberse acabado tan breve ha sido gran parte, y aun la principal, su mala costumbre y malísimo vicio, que es comerse unos á otros. De las reliquias destes pueblos y naciones ha quedado alguna gente á las riberas del río de una parte y otra, que se llaman los aguales, que sirven y están sujetos á la ciudad de Cali. Y en las sierras en la una cordillera y en la otra hay muchos indios, que por ser la tierra fragosa y por las alteraciones del Perú no se han podido pacificar, aunque, por escondidos y apartados que estén, han sido vistos por los indomables españoles, y por ellos muchas veces vencidos. Todos, unos y otros, andan desnudos y guardan las costumbres de sus comarcanos. Pasado el río grande, que está de la ciudad de Popayan catorce leguas, se pasa una ciénaga que dura poco mas de un cuarto de legua, la cual pasada, el camino es muy bueno hasta que se allega á un río que se llama de las Ovejas; corre mucho riesgo quien en tiempo de invierno pasa por él, porque es muy hondo y tiene la boca y el vado junto al río grande, en el cual se han ahogado muchos indios y españoles; luego se camina por una loma que dura seis leguas, llana y muy buena de andar, y en el remate della se pasa un río que ha por nombre Piandamo. Las riberas deste río y toda esta loma fué primero muy poblado de gente; la que ha quedado de la furia de la guerra se ha apartado del camino, adonde piescan que están mas seguros; á la parte oriental está la provincia de Guambia y otros muchos pueblos y caciques; las costumbres dellos diré adelante. Pasado este río de Piandamo, se pasa otro río que se llama Plaza, poblado, así su nacimiento como por todas partes; mas adelante se pasa el río grande, de quien ya he contado; lo cual se hace á vado, porque no lleva aun medio estado de agua. Pasado pues este río todo el término que hay desde él á la ciudad de Popayan, está lleno de muchas y hermosas estancias, que son á la manera de las que llamamos en nuestra España alcarrías ó cortijos; tienen los españoles en ellas sus ganados. Y siempre están los campos y vegas sembrados de maíces; ya se comenzaba á sembrar trigo, el cual se dura en cantidad, por ser la tierra aparcada para ello. En otras partes deste reino se da el maíz á cuatro y á cinco meses; de manera que hacen en el año dos sementeras. En este pueblo no se siembra sino una vez cada año, y viénense á coger los maíces por mayo y junio y los trigos por julio y agosto, como en España. Todas estas vegas y valles fueron primero muy poblados y sujetados por el

señor llamado Popayan, uno de los principales señores que hubo en aquellas provincias. En este tiempo hay pocos indios, porque con la guerra que tuvieron con los españoles, vinieron á comerse unos á otros, por la hambre que pasaron, causada de no querer sembrar á fin de que los españoles, viendo falta de mantenimiento, se fuesen de sus provincias. Hay muchas arboledas de frutales, especialmente de los aguacates ó peras, que destas hay muchos y muy subrosas. Los ríos que están en la cordillera ó sierra de los Andes abajan y corren por estos llanos y vegas y son de muy linda agua y muy dulce; en algunos se ha hallado muestra de oro. El sitio de la ciudad está en una mesa alta, en muy buen asiento, el mas sano y de mejor temple que hay en toda la gobernación de Popayan y aun en la mayor parte del Perú; porque verdaderamente la calidad de los aires mas parece de España que de Indias. Hay en ella muy grandes casas, hechas de paja; esta ciudad de Popayan es cabeza y principal de todas las ciudades que tengo escrito, salvo de la de Uraba, que ya dije ser de la gobernación de Cartagena. Todas las demás están debajo del nombre desta, y en ella hay iglesia catedral; y por ser la principal y estar en el comedio de las provincias se intituló la gobernación de Popayan. Por la parte de oriente tiene la larga cordillera de los Andes, al poniente están della las otras montañas que están por lo alto de la mar del Sur, por estas partes tiene los llanos y vegas que ya son dichas. La ciudad de Popayan fundó y pobló el capitán Sebastian de Belalcázar en nombre del emperador don Carlos, nuestro señor, con poder del adelantado don Francisco Pizarro, gobernador de todo el Perú por su majestad, año del Señor de 1536 años.

CAPITULO XXXI.

Del río de Santa Marta y de las cosas que hay en sus riberas.

Ya que he llegado á la ciudad de Popayan y declarado lo que tienen sus comarcas, asiento, fundación, poblaciones; para pasar adelante me pareció dar razon de un río que cerca della pasa, el cual es uno de los dos brazos que tiene el gran río de Santa Marta. Y antes que deste río trate, digo que hullo yo que entre los escriptores, de cuatro ríos principales se hace mencion, que son: el primero Ganges, que corre por la India Oriental; el segundo el Nilo, que divide á Asia de Africa y riega el reino de Egipto; el tercero y cuarto el Tigris y Eufrates, que cercan las dos regiones de Mesopotamia y Capadocia; estos son los cuatro que la Santa Escritura dice salir del paraíso terrenal. Tambien hullo que se hace mencion de otros tres, que son: el río Indo, de quien la India tomó nombre, y el río Danubio, que es el principal de la Europa, y el Tanaís, que divide á Asia de Europa. De todos estos el mayor y mas principal es el Ganges, del cual dice Ptolomeo, en el libro de Geografía, que la menor anchura que este río tiene es ocho mil pasos y la mayor es veinte mil pasos; de manera que sería la mayor anchura del Gange espacio de siete leguas. Esta es la mayor anchura del mayor río del mundo que antes que estas Indias se descubriesen se sabia; mas agora se han descubierto y hallado ríos de tan extraña grandeza, que mas parecen senos de mar que ríos que corren por la tierra. Esto parece por lo que afirman

muchos de los españoles que fueron con el adelantado Orillana; los cuales dicen que el río por do descendió del Perú hasta la mar del Norte (el cual río comunmente se llama de las Amazonas ó del Marañón) tiene en largura mas de mil leguas, y de anchura en partes mas de veinte y cinco. Y el río de la Pluta se afirma por muchos que por él han andado, que en muchos lugares yendo por medio del río, no se ve la tierra de sus riberras; así que, por muchas partes tiene mas de ocho leguas de ancho; y el río del Darien grande, y no menos lo es el de Uraparia; y sin estos, hay en estas Indias otros ríos de mucha grandeza, entre los cuales es este río de Santa Marta: esto se hace dos brazos; del uno dellos digo que por cima de la ciudad de Popayan, en la grande cordillera de los Andes, cinco ó seis leguas della, comienzan unos valles que de la misma cordillera se hacen, los cuales en los tiempos pasados fueron muy poblados y agora tambien lo son, aunque no tanto ni con mucho, de unos indios á quien llaman los coconucos; y destes y de otro pueblo que está junto, que nombran Cotara, nasce este río, que, como he dicho, es uno de los brazos del grande y riquísimo río de Santa Marta. Estos dos brazos nacen el uno del otro mas de cuarenta leguas, y adonde se juntan es tan grande el río, que tiene de ancho una legua, y cuando entra en la mar del Norte junto á la ciudad de Santa Marta tiene mas de siete, y es muy grande la furia que lleva y el ruido con que su agua entra entre las ondas para quedar convertido en mar; y muchas naos toman agua dulce bien dentro en la mar; porque, con la gran furia que lleva, mas de cuatro leguas entra en la mar sin mezclarse con la salada: este río sale á la mar por muchas bocas y aberturas. Desde esta sierra de los coconucos (que es, como tengo dicho, nacimiento deste brazo) se ve como un pequeño arroyo, y extiéndose por el ancho valle de Cali. Todas las aguas, arroyos y lagunas de entrambas cordilleras vienen á parar á él; de manera que cuando llega á la ciudad de Cali va tan grande y poderoso, que, á mi ver, llevara tanta agua como Guadalquivir por Sevilla. De allí para abajo, como entran muchos arroyos y algunos ríos, cuando llega á Buritica, que es junto á la ciudad de Antiocha, ya va muy mayor. Hay tantas provincias y pueblos de indios desde el nacimiento deste río hasta que entra en el mar Océano, y tanta riqueza, así de minas ricas de oro como lo que los indios tenían, y aun tienen algunos, y tan grande la contratación del, que no se puede encarecer, segun es mucho; y hácelo ser menos, no ser de mucha razon las mas de las gentes naturales de aquellas regiones, y son de tan diferentes lenguas, que era menester llevar muchos intérpretes para andar por ellas. La provincia de Santa Marta, lo principal de Cartagena, el nuevo reino de Granada y esta provincia de Popayan, toda la riqueza dellas está cerca deste río, y demas de lo que se sabe y está descubierto, hay muy grande noticia de mucho poblado entre la tierra que se hace entre el un brazo y el otro, que mucha della está por descubrir; y los indios dicen que hay en ella mucha cantidad de riqueza, y que los indios naturales desta tierra alcanzan de la mortal yerba de Uraba. El adelantado don Pedro de Heredia pasó por la puente de Breuenco, adonde, con ir el río tan grande, estaba hecha

por los indios en gruesos árboles y recios bejucos, que son del arte de los que atrás dije, y anduvo por la tierra algunas jornadas, y por llevar pocos caballos y españoles dió la vuelta. Tambien por otra parte mas oriental, que es menos peligrosa, que se llama el valle de Aburra, quiso el adelantado don Sebastian de Belalcázar enviar un capitán á descubrir enteramente la tierra que se hace en las juntas destes tan grandes ríos; y estando ya de camino, se deshizo la entrada, porque llevaron la gente al visorey Blasco Núñez Vela en aquel tiempo que tuvo la guerra con Gonzalo Pizarro y sus secaces. Volviendo pues al río de Santa Marta, digo que cuando se juntan entrambos brazos hacen muchas islas, de las cuales hay algunas que son pobladas; y cerca de la mar hay muchos y muy fieros lagartos y otros grandes pescados y manatíes, que son tan grandes como una becerra y casi de su talle, los cuales nascen en las playas y islas, y salen á pascor cuando lo pueden hacer sin peligro, volviéndose luego á su natural. Por bajo de la ciudad de Antiocha, ciento y veinte leguas poco mas ó menos, está poblada la ciudad de Mopox, de la gobernacion de Cartagena, donde llaman á este río Cauca; tiene de corrida desde donde nace hasta entrar en la mar mas de cuatrocientas leguas.

CAPITULO XXXII.

En que se concluye la relacion de los mas pueblos y señores sujetos á la ciudad de Popayan, y lo que hay que decir hasta salir de sus terminos.

Tiene esta ciudad de Popayan muchos y muy anchos terminos, los cuales están poblados de grandes pueblos, porque hacia la parte de oriente tiene (como dije) la provincia de Guambia, poblada de mucha gente, y otra provincia que se dice Guamza y otro pueblo que se llama Maluaso, y Polindara y Palace, y Tembío y Colara, y otros pueblos; sin estos, hay muchos comarcas á ellos, todos los cuales están bien poblados; y los indios desta tierra alcanzan mucho oro de baja ley, de á siete quilates, y alguno á mas y otro menos. Tambien poseyeron oro fino, de que hacian joyas; pero en comparacion de lo bajo fué poco. Son muy guerreros y tan caribes y caribes como los de la provincia de Arma y Pozo y Antiocha; mas, como no hayan tenido estas naciones de por aquí entero conocimiento de nuestro Dios verdadero Jesucristo, parece que no se tiene tanta cuenta con sus costumbres y vida, no porque dejan de entender todo aquello que á ellos les parece que les cuadra y les está bien, viviendo con cautelas, procurándose la muerte unos á otros con sus guerras, y con los españoles la tuvieron grande, sin querer estar por la paz que prometieron luego que por ellos fueron conquistados; antes llegó á tanto su dureza, que se dejaban morir por no sujetarse á ellos, creyendo que con la falta de mantenimiento dejarían la tierra; mas los españoles, por sustentar y salir á luz con su nueva poblacion, pasaron muchos miserias y necesidades de hambres, segun que adelante diré; y los naturales, con su propósito ya dicho, se perdieron y consumieron muchos millares dellos, comiéndose unos á otros los cuerpos y enviando los ánimas al infierno; y puesto que á los principios se tuvo algun cuidado de la conversion destes indios, no se les

daba entera noticia de nuestra santa religion, porque habia pocos religiosos. En el tiempo presente hay mejor orden, así en el tratamiento de sus personas como en su conversion, porque su majestad con gran fervor de cristiandad manda que les prediquen la fe, y los señores del su muy alto consejo de las Indias tienen mucho cuidado que se cumpla, y envian frailes doctos y de buena vida y costumbres, y mediante el favor de Dios se hace gran fruto. Hacia la Sierra-Nevada, ó cordillera de los Andes, están muchos valles poblados de los indios que ya tengo dicho; llámanse los coconucos, donde nasce el rio grande, ya pasado, y todos son de las costumbres que he puesto tener los de atrás, salvo que no usan el abominable pecado de comer la humana carne. Hay muchos volcanes ó bocas de fuego por lo alto de la sierra: del uno sale agua caliente, de que hacen sal, y es cosa de ver y de oír del arte que se hace; lo cual tengo prometido de dar razon en esta obra, de muchas fuentes de gran admiracion que hay en estas provincias; acabando de decir lo tocante á la villa de Pasto lo tratare. Tambien está junto á estos indios otro pueblo que se llama Zotara, y mas adelante, al mediodía, la provincia de Guanaca; y á la parte oriental está asimismo la muy porfiada provincia de los Puez, que tanto daño en los españoles han hecho, la cual terná seis ó siete mil indios de guerra. Son valientes, de muy grandes fuerzas, diestros en el pelear, de buenos cuerpos y muy limpios; tienen sus capitanes y superiores, á quien obedescen; están poblados en grandes y muy ásperas sierras; en los valles que hacen tienen sus asentios, y por ellos corren muchos rios y arroyos, en los cuales se cree que habrá buenas minas. Tienen para pelear lanzas gruesas de palma negra, tan largas, que son de á veinte y cinco palmas y mas cada una, y muchas tiraderas, grandes galgas, de las cuales se aprovechan á sus tiempos. Han muerto tantos y tan esforzados y valientes españoles, así capitanes como soldados, que pone muy gran lástima y no poco espanto ver que estos indios, siendo tan pocos, hayan hecho tanto mal; aunque no ha sido esto sin culpa grande de los muertos, por tenerse ellos en tanto, que pensaban no ser parte estas gentes á les hacer mal, y permitió Dios que ellos muriesen y los indios quedasen victoriosos; y así lo estuvieron hasta que el adelantado don Sebastian de Belalcázar, con gran daño dellos y destruicion de sus tierras y comidas, los atrajo á la paz, como relataré en la quarta parte, de las guerras civiles. Hacia el oriente está la provincia de Guachicone, muy poblada; mas adelante hay otros muchos pueblos y provincias; por estotra parte al sur está el pueblo de Cochesquino y la lagunilla y el pueblo que llaman de las Barrancas, donde está un pequeño rio que tiene este nombre; mas adelante está otro pueblo de indios y un rio que se dice las Juntas, y adelante está otro que llaman de los Capitanes, y la gran provincia de los Masteles, y la poblacion de Patia, que se extiende por un hermoso valle, donde pasa un rio que se hace de los arroyos y rios que nascen en los mas destos pueblos; el cual lleva su corriente á la mar del Sur. Todas sus vegas y campañas fueron primero muy pobladas; hanse retirado los naturales que han quedado de las guerras á las sierras y altos de arriba. Hacia el poniente está la provincia de Bambu y otros

poblados, los cuales contratan unos con otros; y sin estos, hay otros pueblos poblados de muchos indios, donde se ha fundado una villa, y llaman á aquellas provincias de Chapanchita. Todas estas naciones están pobladas en tierras fértiles y abundantes, y poseen gran cantidad de oro bajo de poca ley, que á tenerla entera no les pesara á los vecinos de Popayan. En algunas partes se les han visto ídolos, aunque templo ni casa de adoracion no sabemos que la tengan; hablan con el demonio, y por su consejo hacen muchas cosas conforme al que se les manda; no tienen conocimiento de la inmortalidad del ánima enteramente; mas creen que sus mayores tornan á vivir, y algunos tienen (según á mí me informaron) que las ánimas de los que mueren entran en los cuerpos de los que nascen; á los difuntos les hacen grandes y hondas sepulturas, y entierran á los señores con algunas sus mujeres y hacienda, y con mucho mantenimiento y de su vino; en algunas partes los queman hasta los convertir en ceniza, y en otras no mas de hasta quedar el cuerpo seco. En estas provincias hay de las mismas comidas y frutas que tienen los demás que quedan atrás, salvo que no hay de las palmas de los pizivacs; mas cogen gran cantidad de papas, que son como turmas de tierra; andan desnudos y descalzos, sin traer mas que algunas pequeñas mantas, y enjazezados con sus joyas de oro. Las mujeres andan cubiertas con otras pequeñas mantas de algodón, y traen á sus cuellos collares de unas moxquitas de fino oro y de bajo, muy galanas y vistosas. En la orden que tienen en los casamientos no trato, porque es cosa de niñería; y así, otras cosas dejo de decir por ser de poca calidad; algunos son grandes agoreros y hechiceros. Asimismo sabemos que hay muchas yerbas provechosas y dañosas en aquellas partes; todos los mas comian carne humana. Fué la provincia comarcana á esta ciudad la mas poblada que hubo en la mayor parte del Perú, y si fuera señoreada y sujetada por los ingas, fuera la mejor y mas rica, á lo que todos creen.

CAPITULO XXXIII.

En que se da relacion de lo que hay desde Popayan á la ciudad de Pasto, y quién fué el fundador della, y lo que hay que decir de los naturales sus comarcanos.

Desde la ciudad de Popayan hasta la villa de Pasto hay cuarenta leguas de camino, y pueblos que tengo escripto. Salidos dellos, por el mismo camino de Pasto se allega á un pueblo que en los tiempos antiguos fué grande y muy poblado, y cuando los españoles lo descubrieron asimismo lo era, y agora en el tiempo presente todavia tiene muchos indios. El valle de Patia, por donde pasa el rio que dije, se hace muy estrecho en este pueblo, y los indios toda su poblacion la tienen de la banda del puente en grandes y muy altas barrancos. Llaman á este pueblo los españoles el pueblo de la sal. Son muy ricos, y han dado grandes tributos de fino oro á los señores que han tenido sobre ellos encomienda. En sus armas, traje y costumbres conforman con los de atrás, salvo que estos no comen carne humana como ellos, y son de alguna mas razon. Tienen muchas y muy olorosas piñas, y contratan con la provincia de Chapanchita y con otras á ella comarca-

nas. Mas adelante deste pueblo está la provincia de los Masteles, que tenía ó tenía mas de cuatro mil indios de guerra. Junto con ella está la provincia de los Abades y los pueblos de Isancal y Pangán y Zacuapuz, y el que llaman los Chorros del Agua, y Pichilimbuy, y también están Tuyles y Angayan, y Pugal y Chuchaldo, y otros caciques y algunos pueblos. La tierra adentro, mas hacia el poniente, hay gran noticia de mucho poblado y ricas minas y mucha gente, que llega hasta la mar del Sur. También son comarcas con estos otros pueblos, cuyos nombres son Ascul, Matkma, Tucures, Zapays, Iles, Guaimatal, Funos, Chapal, Males y Piales, Pupiales, Turca, Cumba. Todos estos pueblos y caciques tenían y tienen por nombre Pastos, y por ellos tomó el nombre la villa de Pasto, que quiere decir poblacion hecha en tierra de pasto. También comarcan con estos pueblos y indios de los pastos otros indios y naciones á quien llaman los quillacingas, y tienen sus pueblos hacia la parte del oriente, muy poblados. Los nombres de los mas principales dellos contré, como tengo de costumbre, y nombranse Mocondino y Bejenlino, Buysaco, Guajanzanga y Moxoxonduque, Guacuanquer y Macaxinata. Y mas al oriente está otra provincia algo grande, muy fértil, que tiene por nombre Cibundoy. También hay otro pueblo que se llama Pastoco, y otro que está junto á una laguna que está en la cumbre de la montaña y mas alta sierra de aquellas cordilleras, de agua frigidísima, porque, con ser tan larga, que tiene mas de ocho leguas en largo y mas de cuatro en ancho, no se cria ni hay en ella ningun pescado ni aves, ni aun la tierra en aquella parte produce ni da maiz ninguno ni arboledas. Otra laguna hay cerca desta, de su misma natura. Mas adelante se parecen grandes montañas y muy largas, y los españoles no saben lo que hay de la otra parte dellas.

Otros pueblos y señores hay en los términos desta villa, que, por ser cosa superflua, no los nombro, pues tengo contado los principales. Y concluyendo con esta villa de Pasto, digo que tiene mas indios naturales sujetos á si que ninguna ciudad ni villa de toda la gobernacion de Popayan, y mas que Quito y otros pueblos del Perú. Y cierto, sin los muchos naturales que hay, antiguamente debió de ser muy mas poblada, porque es cosa admirable de ver, que, con tener grandes términos de muchas vegas y riberas de rios, y sierras y altas montañas, no se andará por parte (aunque mas frágosa y dificultosa sea) que no se vea y parezca haber sido poblada y labrada del tiempo que digo. Y aun cuando los españoles los conquistaron y descubrieron habia gran número de gente. Las costumbres destes indios quillacingas ni pastos no conforman uos con otros, porque los pastos no comen carne humana cuando pelean con los españoles ó con ellos mismos. Las armas que tienen son piedras en las manos y palos á manera de cayados, y algunos tienen lanzas mal hechas y pocas; es gente de poco ánimo. Los indios de lustre y principales se tratan algo bien; la demás gente son de ruines cataduras y peores gestos, así ellos como sus mujeres, y muy sucios todos; gente simple y de poca malicia. Y así ellos como todos los demás que se

HA-II.

han pasado son tan poco asquerosos, que cuando se espulgan se comen los piños como si fuesen piñones, y los vasos en que comen y ollas donde guisan sus manjares no están mucho tiempo en los lavar y limpiar. No tienen creencia ni se les han visto diolos, salvo que ellos creen que después de muertos han de tornar á vivir en otras partes alegres y muy deleitosas para ellos. Hay cosas tan secretas entre estas naciones de las Indias, que solo Dios las alcanza. Su traje es, que andan las mujeres vestidas con una manta angosta á manera de costal, en que se cubren de los pechos hasta la rodilla; y otra manta pequeña encima, que viene á caer sobre la larga, y todas las mas son hechas de yerbas y de cortezas de árboles, y algunas de algodón. Los indios se cubren con una manta asimismo larga, que tendrá tres ó cuatro varas, con la cual se dan una vuelta por la cintura y otra por la garganta, y echan el ramal que sobra por encima de la cabeza, y en las partes deshonestas traen maures pequeños. Los quillacingas también se ponen maures para cubrir sus vergüenzas, como los pastos, y luego se ponen una manta de algodón cosida, ancha y abierta por los lados. Las mujeres traen unas mantas pequeñas, con que también se cubren, y otra encima que les cubre las espaldas y les cae sobre los pechos, y junto al pescuezo dan ciertos puntos en ella. Los quillacingas hablan con el demonio; no tienen templo ni creencia. Cuando se muereu hacen las sepulturas grandes y muy hondas; dentro dellas meten su linber, que no es mucho. Y si son señores principales les echan dentro con ellos algunos de sus mujeres y otros indios de servicio. Y hay entre ellos una costumbre, la cual es (según á mí me informaron), que si muere alguno de los principales dellos, los comarcas que están á la redonda, cada uno da al que ya es muerto, de sus indios y mujeres dos ó tres, y llévanlos donde está hecha la sepultura, y junto á ella les dan mucho vino hecho de maiz; tanto, que los embriagan; y viéndolos sin sentido, los meten en las sepulturas para que tengan compañía al muerto. De manera que ninguno de aquellos bárbaros muere, que no lleve de veinte personas arriba en su compañía; y sin esta gente, meten en las sepulturas muchos cántaros de su vino ó brehaje y otras comidas. Yo procuré, cuando pase por la tierra destes indios, saber lo que digo con gran diligencia, inquirendo en ello todo lo que pude, y pregunté por qué tenían tan mala costumbre, que, sin las indias suyas que enterraban con ellos, buscaban mas de las de sus vecinos; y alcancé que el demonio les aparece (según ellos dicen) espantable y temeroso, y les hace entender que han de tornar á resucitar en un gran reino que él tiene aparejado para ellos, y para ir con mas autoridad echan los indios y indias en las sepulturas. Y por otros engaños deste malito enemigo caen en otros pecados. Dios nuestro Señor sabe por qué permite que el demonio hable á estas gentes y haya tenido sobre ellos tan gran poder, y que por sus dichos estén tan engañados. Aunque ya su divina majestad alza su ira dellos; y aborresciendo al demonio, muchos dellos se allegan á seguir nuestra sagrada religion. Los pastos, algunos hablan con el demonio. Cuando los señores

25

se mueren, tambien les hacen la honra á ellos posible, llorándolos muchos dias, y metiendo en las sepulturas lo que de otros tengo dicho. En todos los términos de estos pastos se da poco maíz, y hay grandes criaderos para ganados, especialmente para puercos, porque estos se crían en gran cantidad. Dase en aquella tierra mucha cebada y papas y ziquimas, y hay muy sabrosas granadillas, y otras frutas de las que atrás tengo contado. En los Quillacingas se da mucho maíz, y tienen las frutas que estotros; salvo los naturales de la laguna, que estos ni tienen árboles ni siembran en aquella parte maíz, por ser tan fría la tierra, como he dicho. Estos quillacingas son dispuestos y belicosos, algo indómitos. Hay grandes rios, todos de agua muy singular; y se cree, que ternán oro en abundancia algunos dellos. Un rio de estos está entre Popayan y Pusto, que se llama rio caliente. En tiempo de invierno es peligroso y trabajoso de pasar. Tienen maromas gruesas para pasarlos los que van de una parte á otra. Lleva la mas excelente agua que yo he visto en las Indias, ni aun en España. Pasado este rio, para ir á la villa de Pusto hay una sierra que tiene de subida grandes tres leguas. Hasta este rio duró el grande alcance que Gonzalo Pizarro y sus secaces dieron al visorey Blasco Núñez Vela, el cual se tratará adelante en la cuarta parte desta crónica, que es donde escribo las guerras civiles, donde se verán sucesos grandes que en ellas hubo.

CAPITULO XXXIV.

En que se concluye la relacion de lo que hay en esta tierra hasta salir de los términos de la villa de Pusto.

En estas regiones de los pastos hay otro rio algo grande, que se llama Angasmayo, que es hasta donde llegó el rey Guaynacapa, hijo del gran capitán Topainga Yupangue, rey del Cuzco. Pasado el rio Caliente y la gran sierra de cuesta que dije, se va por unas lomas y laderas y un pequeño despoblado ó páramo, adonde, cuando yo lo pasé, no hubo poco frio. Mas adelante está una sierra alta, en su cumbre hay un volcan, del cual algunas veces sale cantidad de humo, y en los tiempos pasados (según dicen los naturales) reventó una vez y echó de sí muy gran cantidad de piedras. Queda este volcan para llegar á la villa de Pusto, yendo de Popayan como vamos, á la mano derecha. El pueblo está asentado en un muy lindo y hermoso valle, por donde se pasa un rio de muy subrosa y dulce agua, y otros muchos arroyos y fuentes que vienen á dar á él. Llámase este el valle de Atris; fué primero muy poblado, y agora se han retirado á la serranía; está cercado de grandes sierras, algunas de montañas y otras de campaña. Los españoles tienen en todo este valle sus estancias y caserías, donde tienen sus granjerías, y las vegas y campiña deste rio está siempre sembrado de muchos y muy hermosos trigos y cebadas y maíz, y tiene un molino en que muelen el trigo; porque ya en aquella villa no se come pan de maíz, por la abundancia que tienen de trigo. En aquellos llanos hay muchos venados, conejos, perdices, palomas, tórtolas faisanes, y pavos. Los indios toman de aquella caza mucha. La tierra de los pastos es muy fría en demasia, y en el verano hace mas frio que no en el invierno, y lo

mismo en el pueblo de los cristianos; de manera que aqui no da fastidio al marido la compañía de la mujer ni el traer mucha ropa. Hay invierno y verano, como en España. La villa vieiosa de Pusto fundó y pobló el capitán Lorenzo de Aldana en nombre de su majestad, siendo el adelantado don Francisco Pizarro su gobernador y capitán general de todas estas provincias y reinos del Perú, año del Señor de 1530 años; y el dicho Lorenzo de Aldana, teniente general del mismo don Francisco Pizarro, del Quito y Pusto, Popayan, Timana, Cali, Ancerna y Carluago. Y gobernándolo el todo por su persona y por los tenientes que él nombraba, según dicen muchos conquistadores de aquellas ciudades, el tiempo que él estuvo en ellas miro mucho el aumento de los naturales, y mandó siempre que fuesen todos bien tratados.

CAPITULO XXXV.

De los notables fuentes y rios que hay en estas provincias, y cómo se hace sal muy buena por arteificio muy singular.

Antes que trate de los términos del Perú ni pase de la gobernacion de Popayan, me pareció que seria bien dar noticia de las notables fuentes que hay en esta tierra y los rios del agua, de los cuales hacen sal, con que las gentes se sustentan, y pasan sin tener salinas, por no las haber en aquellas partes y la mar estar lejos de algunas destas provincias. Quando el licenciado Juan de Vudillo salió de Cartagena, atravesamos los que con él veníamos las montañas de Abibo, que son muy ásperas y dificultosas de andar, y las pasamos con no poco trabajo, y se nos murieron muchos caballos, y quedó en el camino la mayor parte de nuestro bagaje. Y entrados en la campaña, hallamos grandes pueblos llenos de arboledas de frutales y de grandes rios. Y como se nos viniese acabando la sal que sacamos de Cartagena, y nuestra comida fuese yerbas y frijoles, por no haber carne sino era de caballos y algunos perros que se tomaban, comenzamos á sentir necesidad, y muchos, con la falta de la sal, perdian la color y andaban amarillos y flacos, y aunque dabamos en algunas estancias de los indios, y se tomaban algunas cosas, no hallábamos sino alguna sal negra, envuelta con el ají que ellos comen; y esta tan poca, que se tenía por dichoso quien podia haber alguna. Y la necesidad, que enseña á los hombres grandes cosas, nos deparó en lo alto de un cerro un lago pequeño, que tenía agua de color negra y salobre; y trayendo della, echábamos en las ollas alguna cantidad, que les daba sabor para poder comer.

Los naturales de todos aquellos pueblos desta fuente ó lago, y de otras algunas que hay, tomaban la cantidad del agua que querian, y en grandes ollas la cocían, y después de haber el fuego consumido la mayor parte della, viene á cuajarse y quedar hecha sal negra y no de buen sabor; pero al fin con ella guisan sus comidas, y viven sin sentir la falta que sintieran si no tuvieran aquellas fuentes.

La Providencia divina tuvo y tiene tanto cuidado de sus criaturas, que en todas partes les dió las cosas necesarias. Y si los hombres siempre contemplasen en

las cosas de naturaleza, conocerian la obligacion que tienen de servir al verdadero Dios nuestro.

En un pueblo que se llama Cori, que está en los términos de la villa de Ancerma, está un rio que corre con alguna furia; junto al agua deste rio están algunos ojos del agua salobre que tengo dicha y sacan los indios naturales della la cantidad que quieren; y haciendo grandes fuegos, ponen en ellos ollas bien crecidas en que cuecen el agua hasta que mengua tanto, que de una arroba no queda medio azumbre; y luego, con la experiencia que tienen, la cuajan, y se convierte en sal purísima y excelente y tan singular como la que sacan de las salinas de España. En todos los términos de la ciudad de Antiochia hay gran cantidad destas fuentes, y hacen tanta sal, que la llevan la tierra adentro, y por ella traen oro y ropa de algodón para su vestir, y otras cosas de las que ellos tienen necesidad en sus pueblos.

Pasado el rio grande, que corre cerca de la ciudad de Culi y junto á la de Popayan, mas abajo de la villa de Arma, hácia el norte, descubrimos un pueblo con el capitan Jorge Robledo, que se llama Mungia, desde donde atravesamos la cordillera ó montaña de los Andes y descubrimos el valle de Aburra y sus llanos.

En este pueblo de Mungia, y en otro que ha por nombre Cenofata, hallamos otras fuentes que nascian junto á unas sierras cerca de los rios; y del agua de aquellas fuentes hacian tanta cantidad de sal, que vimos las casas casi llenas, hechas muchas formas de sal, ni mas ni menos que panes de azucar. Y esta sal la llevaban por el valle de Aburra á las provincias que están al oriente, las cuales no han sido vistas ni descubiertas por los españoles hasta agora. Y con esta sal son ricos en extremo estos indios.

En la provincia de Caramanta, que no es muy lejos de la villa de Ancerma, hay una fuente que nasce dentro de un rio de agua dulce, y echa el agua della un vapor á manera de humo, que debe cierto salir de algun metal que corre por aquella parte; y desta agua hacen los indios sal blanca y buena. Y tambien dicen que tienen una laguna que está junto á una peña grande, al pié de la cual hay del agua ya dicha, con que hacen sal para los señores y principales, porque afirman que se hace mejor y mas blanca que en parte ninguna.

En la provincia de Ancerma, en todos los mas pueblos della hay destas fuentes, y con su agua hacen tambien sal.

En las provincias de Arma y Carrapa y Picara pasan alguna necesidad de sal, por haber gran cantidad de gente y pocas fuentes para la hacer; y así, la que se lleva se vende bien.

En la ciudad de Cartago todos los vecinos della tienen sus aparejos para hacer sal, la cual hacen una legua de allí en un pueblo de indios que se nombra de Consota, por donde corre un rio no muy grande. Y cerca del se hace un pequeño cerro, del cual nasce una fuente grande de agua muy denegrida y espesa, y sacando de la de abajo, y cociéndola en calderas ó pailones, después de haber menguado la mayor parte de-

lla, la cuajan, y queda hecha sal de grano blanca y tan perfecta como la de España, y todos los vecinos de aquella ciudad no gustan otra sal mas que la que allí se hace.

Mas adelante está otro pueblo llamado Coinza, y pasan por él algunos rios de agua muy singular. Y noté en ellos una cosa que vi (de que no poco me admiré), y fué, que dentro de los mismos rios, y por la madre que hace el agua que por ellos corre, nascian destas fuentes salobres, y los indios con grande industria tenian metidos en ellas unos coñutos de las cañas gordas que hay en aquellas partes, á manera de bombas de navios, por donde sacaban la cantidad del agua que querian, sin que se envolvese con la corriente del rio, y hacian della su sal. En la ciudad de Cali no hay ningunas fuentes destas, y los indios habian sal por rescate, de una provincia que se llama los Timbas, que está cerca de la mar. Y los que no alcanzaban este rescate, cociendo del agua dulce, y con unas yerbas venia á cuajarse y quedar hecha sal mala y de ruin sabor. Los españoles que viven en esta ciudad, como está el puerto de la Buenaventura cerca, no sienten falta de sal, porque del Perú vienen navios que traen grandes piedras dello.

En la ciudad de Popayan tambien hay algunas fuentes, especialmente en los Coconucos, pero no tanta ni tan buena como la de Cartago, y Ancerma, y la que he dicho en lo de atrás.

En la villa de Pasto toda la mas de la sal que tienen es de rescate, buena, y mas que la de Popayan. Muchas fuentes, sin las que cuento, he ya visto por mis propios ojos, que dejo de decir, porque me parece que basta lo dicho para que se entienda de la manera que son aquellas fuentes y la sal que hacen del agua dellas, corriendo los rios de agua dulce por encima. Y pues he declarado esta manera de hacer sal en estas provincias, puse adelante, comenzando á tratar la descripcion y traza que tiene este grande reino del Perú.

CAPITULO XXXVI.

En que se contiene la descripcion y traza del reino del Perú, que se entiende desde la ciudad de Quito hasta la villa de Plata, que hay mas de setecientas leguas.

Ya que he concluido con lo tocante á la gobernacion de la provincia de Popayan, me parece que es tiempo de extender mi pluma en dar noticia de las cosas grandes que hay que decir del Perú, comenzando de la ciudad del Quito. Pero antes que diga la fundacion desta ciudad, será conveniente figurar la tierra de aquel reino, el cual tendrá de longitud setecientas leguas, y de latitud á partes ciento y á partes mas, y por algunas menos.

No quiero yo tratar agora de lo que los reyes ingas señorearon, que fueron mas de mil y docientas leguas; mas solamente diré lo que se entiende Perú, que es desde Quito hasta la villa de Plata, desde el un término hasta el otro. Y para que esto mejor se entienda, digo que esta tierra del Perú son tres cordilleras ó cumbres desiertas y adonde los hombres por ninguna manera podrian vivir. La una destas cordilleras es las montañas de los Andes, llena de grandes espesuras, y la

tierra tan enferma, que, sino es pasado el monte, no hay gente ni jamás la hubo. La otra es la serranía que va de luengo desta cordillera ó montaña de los Andes, la cual es frigidísima y sus cumbres llenas de grandes montañas de nieve, que nunca deja de caer. Y por ninguna manera podrían tampoco vivir gentes en esta longura de sierras, por causa de la mucha nieve y frío, y también porque la tierra no da de sí provecho, por estar quemada de las nieves y de los vientos, que nunca dejan de correr. La otra cordillera halla yo que es los arenales que hay desde Túmbez hasta mas adelante de Turapaca, en los cuales no hay otra cosa que ver que sierras de arena y gran sol que por ellas se esparce, sin haber agua ni yerba ni árboles ni cosa criada, sino pájaros, que con el don de sus alas pueden atravesar por donde quiera. Siendo tan largo aquel reino como digo, hay grandes despoblados por las razones que he puesto. Y la tierra que se habita y donde hay poblado es desta manera: que la montaña de los Andes por muchas partes hace quebradas y algunas abras, de las cuales salen valles algo hondos, y tan espaciosos, que hay entre las sierras grande llanura, y aunque la nieve caiga, toda se quita por los alitos. Y los valles, como están abrigados, no son combatidos de los vientos, ni la nieve allega á ellos; antes es la tierra tan frutífera, que todo lo que siembra da de sí fruto provechoso, y hay arboledas y se erian muchas aves y animales. Y siendo la tierra tan provechosa, está toda bien poblada de los naturales, y lo que es en la serranía. Hacen sus pueblos concertados de piedra, la cobertura de paja, y viven sanos y son muy sueltos. Y así desta manera, haciendo abras y llanadas las sierras de los Andes y la Nevada, hay grandes poblaciones, en las cuales hubo y hay mucha cantidad de gente, porque destos valles corren ríos de agua muy buena, que van á dar á la mar del Sur. Y así como estos ríos entran por los espesos arenales que he dicho y se extienden por ellos, de la humedad del agua se erian grandes arboledas y hácense unos valles muy lindos y hermosos; y algunos son tan anchos, que tienen á dos y á tres leguas, adonde se ven gran cantidad de algarrobos, los cuales se erian aunque están tan lejos del agua. Y en todo el término donde hay arboledas es la tierra sin arenas y muy fértil y abundante. Y estos valles fueron antiguamente muy poblados; todavía hay indios, aunque no tantos como solian, ni con mucho. Y como jamas no llovió en estos llanos y arenales del Perú, no hacian las casas cubiertas como los de la serranía, sino terrados galanos ó casas grandes de adobes, con sus estantes ó mórmoles, y para guarecerse del sol ponian unas esteras en lo alto. En este tiempo se hace así, y los españoles en sus casas no usan otros tejados que estas esteras embarradas. Y para hacer sus sementeras de los ríos que riegan estos valles, sacan acequias, tan bien sacadas y con tanta orden, que toda la tierra riegan y siembran, sin que se les pierda nada. Y como es de riego, están aquellas acequias muy verdes y alegres, y llenas de arboledas de frutales de España y de la misma tierra. Y en todo tiempo se coge en aquellos valles mucha cantidad de trigo y maíz y de todo lo que se siembra. De manera que, aunque he figurado al Pe-

rú ser tres cordilleras desiertas y despobladas, dellas mismas por la voluntad de Dios salen los valles y ríos que digo; fuera dellas por ninguna manera podrían los hombres vivir, que es causa por donde los naturales se pudieron conquistar tan fácilmente y para que sirvan sin se rebelar, porque si lo hiciesen, todos perescerian de hambre y de frío. Porque (como digo), sino es la tierra que ellos tienen poblada, lo demás es despoblado, lleno de sierras de nieve y de montañas altísimas y muy espantosas. Y la figura dellas es, que, como tengo dicho, tiene este reino de longitud setecientas leguas, que se extiende de norte á sur, y si hemos de contar lo que mandaron los reyes Incas, mil y doscientas leguas de camino derecho, como he dicho, de norte á sur por meridiano. Y tendrá por lo mas ancho de lo vante á poniente poco mas que cien leguas, y por otras partes á cuarenta y á sesenta, y á menos y á mas. Esto que digo de longitud y latitud se entiende quanto á la longura y anchura que tienen las sierras y montañas que se extienden por toda esta tierra del Perú, segun que he dicho. Y esta cordillera tan grande, que por la tierra del Perú se dice Andes, dista de la mar del Sur por unas partes cuarenta leguas y por otras partes sesenta, y por otras mas y por algunas menos; y por ser tan alta, y la mayor altura estar tan allegada á la mar del Sur, son los ríos pequeños, porque las vertientes son cortas.

La otra serranía que tambien va de luengo desta tierra, sus cumbres y fenescimientos se rematan en los llanos y acaban cerca de la mar, á partes á tres leguas y por otras partes á ocho y á diez, y á menos y á mas. La constelacion y calidad de la tierra de los llanos es mas cálida que fria, y unos tiempos mas que otros, por estar tan baja, que casi la mar es tan alta como la tierra, ó poco menos. Y cuando en ella hay mas calor es cuando el sol ha pasado ya por ella y ha llegado al trópico de Capricornio, que es á 11 de diciembre, de donde da la vuelta á la línea Equinocial. En la serranía, no embargante que hay partes y provincias muy templadas, podráse decir al contrario que de los llanos, porque es mas fria que caliente. Esto que he dicho es quanto á la calidad particular destas provincias, de las cuales adelante diré lo que hay mas que contar dellas.

CAPITULO XXXVII.

De los pueblos y provincias que hay desde la villa de Pasto hasta la ciudad de Quito.

Pues tengo escripto de la fundacion de la villa vieja de Pasto, será bien, volviendo á ella, proseguir el camino dando noticia de lo que hay hasta llegar á la ciudad del Quito.

Dije que la villa de Pasto está fundada en el valle de Atris, que cae en la tierra de los quillacingas, gentes desvergonzadas, y ellos y los pastos son muy sucios, y tenidos en poca estimacion de sus convecinos. Saliendo de la villa de Pasto, se va hasta llegar á un cacique ó pueblo de los pastos, llamado Funes; y caminando mas adelante, se llega á otro que está del poco mas de tres leguas, á quien llaman Iles, y otras tres leguas mas adelante se ven los aposentos de Guaimatan, y prosiguiendo el camino hácia Quito, se va el

pueblo de Ipiales, que está de Guahmatán tres leguas.

En todos estos pueblos se da poco maíz, ó casi ninguno, á causa de ser la tierra muy fría y la semilla del maíz muy delicada; mas criáanse abundancia de papas y quinua y otras raíces que los naturales siembran. De Ipiales se camina hasta llegar á una provincia pequeña que ha por nombre de Guaca, y antes de llegar á ella se ve el camino de los ingas, tan famoso en estas partes como el que hizo Anibal por los Alpes cuando abajó á la Italia. Y puede ser este tenido en mas estimacion, así por los grandes aposentos y depósitos que habia en todo él, como por ser hecho con mucha dificultad por tan ásperas y fragosas sierras, que pone admiracion verlo. Tambien se llega á un río, cerca del cual se ve adonde antiguamente los reyes ingas tuvieron hecha una fortaleza, de donde daban guerra á los pastos y salían á la conquista dellos; y está una puente en este río, hecha natural, que parece artificial, la cual es de una peña viva, alta y muy gruesa, y hácese en el medio della un ojo, por donde pasa la furia del río, y por encima van los caminantes que quieren. Llámase esta puente Lurichaca en lengua de los ingas, y en la nuestra querrá decir puente de piedra. Cerca desta puente está una fuente cálida; porque en ninguna manera, metiendo la mano dentro, podrán sufrir tenerla mucho tiempo, por el gran calor con que el agua sale; y hay otros manantiales, y el agua del río y la disposicion de la tierra tan fría, que no se puede conpadecer sino es con muy gran trabajo. Cerca desta puente quisieron los reyes ingas hacer otra fortaleza, y tenían puestas guardas fieles que tenían cuidado de mirar sus propias gentes no se les volbiesen al Cuzco ó á Quito; porque tenían por conquista sin provecho la que hacian en la region de los pastos.

Hay en todos los mas de los pueblos ya dichos una fruta que llaman mortuños, que es mas pequeña que endrino, y son negros; y entre ellos hay otras uvillas que se parecen mucho á ellos, y si comen alguna cantidad destas se embriagan y hacen grandes baseas, y están un dia natural con gran pena y poco sentido. Sé esto porque yendo á dar la batalla á Gonzalo Pizarro, fuimos juntos un Rodrigo de las Peñas, amigo mio, y un Tarazona, alférez del capitán don Pedro de Cabrera, y otros; y llegados á este pueblo de Guaca, habiendo el Rodrigo de las Peñas comido destas uvillas que digo, se paró tal, que creimos muriera dello. De la pequeña provincia de Guaca se va hasta llegar á Tuza, que es el último pueblo de los pastos, el cual á la mano derecha tiene las montañas que están sobre el mar Dulce, y á la izquierda las cuestras sobre la mar del Sur; mas adelante se llega á un pequeño cerro, endonde se ve una fortaleza que los ingas tuvieron antiguamente, con su cava, y que para entre indios no debió ser poco fuerte. Del pueblo de Tuza y desta fuerza se va hasta llegar al río de Mira, que no es poco cálido, y que en él hay muchas frutas y melones singulares, y buenos conejos, tortugas, perdices, y se coge gran cantidad de trigo y cebada, y lo mismo de maíz y otras cosas muchas, porque es muy fértil. Deste río de Mira se abaja hasta los grandes y suntuosos aposentos de Carangue; antes de llegar á ellos se ve la laguna que llaman Ya-

guarcocha, que en nuestra lengua quiere decir mar de sangre; adonde, antes que entrasen los españoles en el Perú, el rey Guaynacapa, por cierto enojo que le hicieron los naturales de Carangue y de otras pueblos á él comarcanos, cuentan los mismos indios que mandó matar mas de veinte mil hombres y echarlos en esta laguna; y como los muertos fuesen tantos, pareció algun lago de sangre, por lo cual dieron la significacion ó nombre ya dicho.

Mas adelante están los aposentos de Carangue, adonde algunos quisieron decir que nació Atabaliba, hijo de Guaynacapa, aunque su madre era natural deste pueblo. Y cierto no es así, porque yo lo procuré con gran diligencia, y nació en el Cuzco Atabaliba, y lo demás es burla. Están estos aposentos de Carangue en una plaza pequeña; dentro dellos hay un estanque hecho de piedra muy prima, y los palacios y morada de los ingas están asimismo hechos de grandes piedras galanas y muy sutilmente asentadas, sin mezcla, que es no poco de ver. Habia antiguamente templo del sol, y estaban en él dedicadas y ofrecidas para el servicio del mas de docientas doncellas muy hermosas, las cuales eran obligadas á guardar castidad, y si corrompian sus cuerpos eran castigadas muy cruelmente. Y á los que cometian el adulterio (que ellos tenían por gran sacrilegio) los ahorcaban ó enterraban vivos. Eran miradas estas doncellas con gran cuidado, y habia algunos sacerdotes para hacer sacrificios conforme á su religion. Esta casa del sol era en tiempo de los señores ingas tenida en mucha estimacion, y tenianla muy guardada y reverenciada, llena de grandes vasijas de oro y plata y otras riquezas, que no así ligeramente se podrían decir; tanto, que las paredes tenían chapadas de planchas de oro y plata; y aunque está todo esto muy arruinado, se ve que fué grande cosa antiguamente; y los ingas tenían en estos aposentos de Carangue sus guarniciones ordinarias con sus capitanes, las cuales en tiempo de paz y de guerra estaban allí para resistir á los que se levantasen. Y pues se habla destes señores ingas, para que se entienda la calidad grande que tuvieron y lo que mandaron en este reino, trataré algo dellos antes que pase adelante.

CAPITULO XXXVIII.

En que se trata quién fueron los reyes ingas, y lo que mandaron en el Perú.

Porque en esta primera parte tengo muchas veces de tratar de los ingas, y dar noticia de muchos aposentos suyos y otras cosas memorables, me pareció cosa justa decir algo dellos en este lugar, para que los lectores sepan lo que estos señores fueron, y no ignoren su valor ni entiendan uno por otro, no embargante que yo tengo hecho libro particular dellos y de sus hechos, bien copioso.

Por las relaciones que los indios del Cuzco nos dan se colige que habia antiguamente gran desorden en todas las provincias deste reino que nosotros llamamos Perú, y que los naturales eran de tan poca razon y entendimiento, que es de no creer; porque dicen que eran muy bestiales, y que muchos comian carne humana, y otros tomaban á sus hijas y madres por mujeres, co-

metiendo, sin esto, otros pecados mayores y mas graves, teniendo gran cuenta con el demonio, al cual todos ellos servian y tenían en grande estimacion. Sin esto, por los cerros y collados altos tenían castillos y fortalezas, desde donde, por causas muy livianas, salian á darse guerra unos á otros, y se mataban y captivaban todos los mas que podian. Y no embargante que anduviesen metidos en estos pecados y cometiesen estas maldades, dicen tambien que algunos dellos eran dados á la religion, que fué causa que en muchas partes deste reino se hicieron grandes templos, en donde hacian su oracion y era visto el demonio y por ellos adorado, haciendo delante de los ídolos grandes sacrificios y supersticiones. Y viviendo desta manera las gentes deste reino, se levantaron grandes tiranos en las provincias de Collao y en los valles de los yungas y en otras partes, los cuales unos á otros se daban grandes guerras, y se cometian muchas muertes y robos, y pasaron por unos y por otros grandes calamidades; tanto, que se destruyeron muchos castillos y fortalezas, y siempre duraba entre ellos la porfia, de que no poco se holgaba el demonio, enemigo de natura humana, porque tantas ánimas se perdiesen.

Estando desta suerte todas las provincias del Perú, se levantaron dos hermanos, que el uno dellos habia por nombre Mangocapa, de los cuales cuentan grandes maravillas los indios, y fábulas muy donosas. En el libro por mí alegado las podrá ver quien quisiere cuando salga á luz. Este Mangocapa fundó la ciudad del Cuzco, y estableció leyes á su usanza, y él y sus descendientes se llamaron ingas, cuyo nombre quiere decir ó significar reyes ó grandes señores. Pudieron tanto, que conquistaron y señorearon desde Pasto hasta Chile, y sus banderas vieron por la parte del Sur al rio de Maule, y por la del Norte al rio de Angasmayo, y estos rios fueron término de su imperio, que fué tan grande, que hay de una parte á otra mas de mil y trecientas leguas. Y edificaron grandes fortalezas y aposentos fuertes, y en todas las provincias tenían puestos capitanes y gobernadores. Hicieron tan grandes cosas, y tuvieron tan buena gobernacion, que pocos en el mundo les hicieron ventaja; eran muy vivos de ingenio y tenían gran cuenta, sin letras, porque estas no se han hallado en estas partes de las Indias. Pusieron en buenas costumbres á todos sus súbditos, y diéronles orden para que se vistiesen, y trajesen ojotas en lugar de zapatos, que son como albacas. Tenian grande cuenta con la inmortalidad del ánima y con otros secretos de naturaleza. Creían que habia Hacedor de las cosas, y al sol tenían por dios soberano, al cual hicieron grandes templos; y engañados del demonio, adoraban en árboles y en piedras, como los gentiles. En los templos principales tenían gran cantidad de vírgines muy hermosas, conforme á las que hubo en Roma en el templo de Vesta, y casi guardaban los mismos estatutos que ellas. En los ejércitos escogian capitanes valerosos y los mas fieles que podian. Tuvieron grandes mañas para sin guerra hacer de los enemigos amigos, y á los que se levantaban, castigaban con gran severidad y no poca crueldad. Y pues (como digo) tengo hecho libro destes ingas, basta lo dicho para que los que leyeren este libro en-

tiendan lo que fueron estos reyes y lo mucho que valieron; y con tanto, volveré á mi camino.

CAPITULO XXXIX.

De los mas pueblos y aposentos que hay desde Carangue hasta llegar á la ciudad de Quito, y de lo que cuentan del barto que hicieron los del Otabalo á los de Carangue.

Ya conté en el capítulo pasado el mando y grande poder que los ingas, reyes del Cuzco, tuvieron en todo el Perú, y será bien, pues ya algun tanto se declaró aquello, proseguir adelante.

De los reales aposentos de Carangue, por el camino famoso de los ingas, se va hasta llegar al aposento de Otobalo, que no ha sido ni deja de ser muy principal y rico; el cual tiene á una parte y á otra grandes poblaciones de indios naturales. Los que están al poniente destes aposentos son Poritaco, Collaguazo, los guancas y cayambes, y cerca del rio grande del Marañon están los quixos, pueblos derramados, llenos de grandes montañas. Por aquí entró Gonzalo Pizarro á la entrada de la canela que dicen, con buena copia de españoles y muy lucidos y gran abasto de mantenimiento; y con todo esto, pasó grandísimo trabajo y mucha hambre. En la cuarta parte desta obra daré noticia cumplida deste descubrimiento, y contaré cómo se descubrió por aquella parte el rio Grande, y como por él salió al mar Océano el capitán Orúllana, y la ida que hizo á España, hasta que su majestad lo nombró por su gobernador y adelantado de aquellas tierras.

Hacia el oriente están las estancias ó tierras de labor de Cotocoyambe y las montañas de Yumblo y otras poblaciones muchas, y algunas que no se han descubierto enteramente.

Estos naturales de Otobalo y Carangue se llaman los guamaracanas por lo que dije de las mujeres que hizo Guaynacapa en la laguna, donde mató los mas de los hombres de edad; porque, no dejando en estos pueblos sino á los niños, díjoles guamaracana, que quiere decir en nuestra lengua, agora sois muchachos. Son muy enemigos los de Carangue de los de Otobalo; porque cuentan los mas dellos que, como se divulgase por toda la comarca del Quito (en cuyos términos están estos indios) de la entrada de los españoles en el reino y de la prision de Atabaliba, después de haber recibido grande espanto y admiracion, teniendo por cosa de gran maravilla y nunca vista lo que oían de los caballos y de su gran ligereza, creyendo que los hombres que en ellos venian y ellos fuese todo un cuerpo, derramó la fama sobre la venida de los españoles cosas grandes entre estas gentes; y estaban aguardando su venida, creyendo que, pues habian sido poderosos para desbaratar al inga su señor, que tambien lo serian para sojuzgarlos á todos ellos. Y en este tiempo dicen que el mayordomo ó señor de Carangue tenia gran cantidad de tesoro en sus aposentos, suyo y del Inga. Y Otobalo, que debia de ser cauteloso, mirando agudamente que en semejantes tiempos se han grandes tesoros y cosas preciadas, pues estaba todo perturbado; porque, como dice el pueblo, á rio vuelto, etc., llamó á los mas de sus indios y principales, entre los cuales escogió y señaló los que le parecieron mas dispuestos y ligeros, y á estos mandó que se vis-

tiesen de sus camisetas y mantas largas, y que tomando varas delgadas y cumplidas, subiesen en los mayores de sus carneros y se pusiesen por los altos y collados de manera que pudiesen ser vistos por los de Carangue, y él con otro mayor número de indios y algunas mujeres, fingiendo gran miedo y mostrando ir temerosos, llegaron al pueblo de Carangue, diciendo cómo venían huyendo de la furia de los españoles, que encima de sus caballos habían dado en sus pueblos, y por escapar de su crueldad habían dejado sus tesoros y haciendas.

Puso, según se dice, grande espanto esta nueva, y tuvieronla por cierta, porque los indios en los carneros parecieron por los altos y laderas, y como estuviesen apartados, creyeron ser verdad lo que Otabalo afirmaba, y sin tiento comenzaron á huir. Otabalo, haciendo muestra de querer hacer lo mismo, se quedó en la rezaga con su gente y dió la vuelta á los aposentos destos indios de Carangue, y robó todo el tesoro que halló, que no fué poco, y vuelto á su pueblo, dende á pocos días fué publicado el engaño.

Entendido el hurto tan extraño, mostraron gran sentimiento los de Carangue, y hubo algunos debates entre unos y otros; mas, como el capitán Sebastian de Bolleazar con los españoles, dende á pocos días que esto pasó, entró en las provincias del Quito, dejaron sus pasiones por entender en defenderse. Y así, Otabalo y los suyos se quedaron con lo que robaron, según dicen muchos indios de aquellas partes, y la enemistad no ha cesado entre ellos.

De los aposentos de Otabalo se va á los de Cochesqui; y para ir á estos aposentos se pasa un puerto de nieve, y una legua antes de llegar á ellos es la tierra tan fría, que se vive con algún trabajo. De Cochesqui se camina á Guallabamba, que está del Quito cuatro leguas, donde, por ser la tierra baja y estar casi debajo de la Equinocial, es cálido; mas no tanto, que no esté muy poblado y se den todas las cosas necesarias á la humana sustentación de los hombres. Y agora los que habemos andado por estas partes hemos conocido lo que hay debajo desta línea Equinocial, aunque algunos autores antiguos (como tengo dicho) tuvieron ser tierra inhabitable. Debajo della hay invierno y verano, y está poblada de muchas gentes, y las cosas que se siembran se dan muy abundantemente, en especial trigo y cebada.

Por los caminos que van por estos aposentos hay algunos ríos, y todos tienen sus puentes, y ellos van bien desechados, y hay grandes edificios y muchas cosas que ver, que, por acortar escriptura, voy pasando por ello.

De Guallabamba á la ciudad de Quito hay cuatro leguas, en el término de las cuales hay algunas estancias y caserías que los españoles tienen para criar sus ganados, hasta llegar al campo de Añquito; adonde en el año de 1540 años, por el mes de enero, llegó el visorey Blasco Núñez Vela con alguna copia de españoles que le seguían, contra la rebelión de los que sustentaban la tiranía; y salió desta ciudad de Quito Gonzalo Pizarro, que con colores falsos había tomado el gobierno del reino, y llamándose gobernador, acompañado de la mayor parte de la nobleza de todo el Perú, dió batalla al Visorey, en la cual el mal afortunado Visorey fué muere-

to, y muchos varones y caballeros valerosos, que mostrando su lealtad y deseo que tenían de servir á su majestad quedaron muertos en el campo, según que mas largamente lo trataré en la cuarta parte desta obra, que es donde escribo las guerras civiles tan crueles que hubo en el Perú entre los mismos españoles, que no será poca lástima oírlos. Pasado este campo de Añquito, se llega luego á la ciudad de Quito, la cual está fundada y trazada de la manera siguiente.

CAPITULO XL.

Del sitio que tiene la ciudad de San Francisco del Quito, y de su fundación, y quien fué el que la fundó.

La ciudad de San Francisco del Quito está á la parte del norte en la inferior provincia del reino del Perú. Corre el término desta provincia de longitud (que es de este oeste) casi setenta leguas, y de latitud veinte y cinco ó treinta. Está asentada en unos antiguos aposentos que los incas habían en el tiempo de su señorío mandado hacer en aquella parte, y habíalos ilustrado y acrecentado Guaynacapa y el gran Tupac Inca, su padre. A estos aposentos tan reales y principales llamaban los naturales Quito, por donde la ciudad tomó denominación y nombre del mismo que tenían los antiguos. Es sitio sano, mas frío que caliente. Tiene la ciudad poca vista de campos ó casi ninguna, porque está asentada en una pequeña llanada á manera de hoya que unas sierras altas donde ella está arrimada hacen que estén de la misma ciudad entre el norte y el poniente. Es tan pequeño sitio y llanada, que se tiene que el tiempo adelante han de edificar con trabajo si la ciudad se quisiere alargar, la cual podrían hacer muy fuerte si fuese necesario. Tiene por comarcas las ciudades de Puerto Viejo y Guayaquil, las cuales están della á la parte del poniente á sesenta y á ochenta leguas, y á la del sur tiene asimismo las ciudades de Loja y San Miguel, la una ciento y treinta, la otra ochenta. A la parte del levante están della las montañas y nacimiento del río que en el mar Océano es llamado mar Dulce, que es el mas cercano al de Marañón. También está en el propio paraje la villa de Pasto, y á la parte del norte la gobernación de Popayan, que queda atrás.

Esta ciudad de Quito está metida debajo la línea Equinocial tanto, que la pasa casi á siete leguas. Es tierra toda la que tiene por términos al parecer estéril; pero en efecto es muy fértil; porque en ella se crían todos los ganados abundantemente, y lo mismo todos los otros bastimentos de pan y legumbres, frutas y aves. Es la disposición de la tierra muy alegre, y en extremo parece á la de España en la yerba y en el tiempo, porque entra el verano por el mes de abril y marzo y dura hasta el mes de noviembre; y aunque es fría, se agosta la tierra ni mas ni menos que en España.

En las vegas se coge gran cantidad de trigo y cebada, y es mucho el mantenimiento que hay en la comarca desta ciudad, y por tiempo se darán toda la mayor parte de las frutas que hay en nuestra España, porque ya se comienzan á criar algunas. Los naturales de la comarca en general son mas domésticos y bien inclinados y mas sin vicio que ningunos de los pasados, ni aun de los que hay en toda la mayor parte del Perú, lo cual es

según lo que yo vi y entendí; otros habrá que tendrán otro parecer; mas si hubieren visto y notado lo uno y lo otro como yo, tengo por cierto que serán de mi opinión. Es gente mediana de cuerpo y grandes labradores, y han vivido con los mismos ritos que los reyes incas, salvo que no han sido tan políticos ni lo son, porque fueron conquistados dellos, y por su mano dada la orden que agora tienen en el vivir; porque antiguamente eran como los comarecanos á ellos, mal vestidos y sin industria en el edificar.

Hay muchos valles calientes, donde se crían muchos árboles de frutas y legumbres, de que hay grande cantidad en todo lo mas del año. También se dan en estos valles viñas, aunque, como es principio, de sola la esperanza que se tiene de que se darán muy bien se puede hacer relación, y no otra cosa. Hay árboles muy grandes de naranjos y limas, y las legumbres de España que se crían son muy singulares, y todas las mas y principales que son necesarias para el mantenimiento de los hombres. También hay una manera de especia que llamamos canela, la cual truen de las montañas que están á la parte del levante, que es una fruta ó manera de flor que nace en los muy grandes árboles de la canela, que no hay en España que se puedan comparar, sino es aquel ornamento ó capullo de las bellotas, salvo que es leonado en la color, algo tirante á negro, y es mas grueso y de mayor concavidad; es muy sabroso al gusto, tanto como la canela, sino que no se compadece comérlo mas que en polvo, porque usando dello como de canela en guisados, pierde la fuerza y aun el gusto; es cálido y coriál, según la experiencia que dólso tiene, porque los naturales de la tierra lo rescatan y usan dello en sus enfermedades; especialmente aprovecha para dolor de ijada y de tripas y para dolor de estómago; lo cual toman bebido en sus brebajes.

Tienen mucha cantidad de algodón, de que se hacen ropas para su vestir y para pagar sus tributos. Había en los términos desta ciudad de Quito gran cantidad deste ganado que nosotros llamamos ovejas, que mas propiamente tiran á camellos. Adelante trataré deste ganado y de su tallo, y cuántas diferencias hay destas ovejas y carneros que decimos del Perú. Hay tambien muchos venados y muy grande cantidad de conejos y perdices, tórtolas, palomas y otras cazas. De los mantenimientos naturales fuera del maíz, hay otros dos que se tienen por principal bastimento entre los indios; al uno llaman papas, que es á manera de turmas de tierra, el cual, después de cocido, queda tan tierno por de dentro como castaña cocida; no tiene cáscara ni huesco mas que lo que tiene la turma de la tierra; porque tambien nace debajo de tierra, como ella; produce esta fruta una yerba ni mas ni menos que la amopola; hay otro bastimento muy bueno, á quien llaman quinua, la cual tiene la hoja ni mas ni menos que bledo morisco, y crece la planta dél casi un estado de hombre, y echa una semilla muy menuda, della es blanca y della es colorada; de la cual hacen brebajes, y tambien la comen guisada como nosotros el arroz.

Otras muchas raíces y semillas hay sin estas; mas conociendo el provecho y utilidad del trigo y de la cebada, muchos de los naturales sujetos á esta ciudad

del Quito siembran de lo uno y de lo otro, y usan comer dello, y hacen brebajes de la cebada. Y como arriba dije, todos estos indios son dados á la labor, porque son grandes labradores, aunque en algunas provincias son diferentes de las otras naciones, como diré quando pasaré por ellos, porque las mujeres son las que labran los campos y benolician las tierras y mieses, y los maridos hilan y tejen y se ocupan en hacer ropa y se dan á otros oficios femiiles, que debieron aprender de los incas; porque yo he visto en pueblos de indios comarecanos al Cuzco, de la generacion de los incas, mientras las mujeres están arando, estar ellos hilando y aderezando sus armas y su vestido, y hacen cosas mas pertenecientes para el uso de las mujeres que no para el ejercicio de los hombres. Había en el tiempo de los incas un camino real hecho á manos y fuerzas de hombres, que salía desta ciudad y llegaba hasta la del Cuzco, de donde salía otro tan grande y soberbio como él, que iba hasta la provincia de Chile, que está del Quito mas de mil y docientas leguas; en los cuales caminos había á tres y á cuatro leguas muy galanos y hermosos aposentos ó palacios de los señores, y muy ricamente aderezados. Podráse comparar este camino á la calzada que los romanos hicieron, que en España llamamos camino de la Plata.

Detenido me he en contar las particularidades del Quito mas de lo que suelo en las ciudades de que tengo escripto en lo de atrás, y esto ha sido porque (como algunas veces he dicho) esta ciudad es la primera poblacion del Perú por aquella parte, y por ser siempre muy estimada, y agora en este tiempo todavía es de lo bueno del Perú; y para concluir con ella, digo que la fundó y pobló el capitan Sebastian de Belalcázar, que después fué adelantado y gobernador en la provincia de Popayan, en nombre del emperador don Carlos, nuestro señor, siendo el adelantado don Francisco Pizarro, gobernador y capitan general de los reinos del Perú y provincias de la Nueva-Castilla, año del nacimiento de nuestro redentor Jesucristo de 1534 años.

CAPITULO XLI.

De los pueblos que hay salidos del Quito hasta llegar á los reales palacios de Tumebamba, y de algunas costumbres que tienen los naturales dellos.

Desde la ciudad de San Francisco de Quito hasta los palacios de Tumebamba hay cincuenta y tres leguas. Luego que salen della, por el camino ya dicho se va á un pueblo llamado Panzaleo. Los naturales dél difieren en algo á los comarecanos, especialmente en la ligadura de la cabeza; porque por ella son conocidos las linajes de los indios y las provincias donde son naturales.

Estos y todos los deste reino en mas de mil y docientas leguas hablaban la lengua general de los incas, que es la que se usaba en el Cuzco. Y hablábase esta lengua generalmente, porque los señores incas mandaban y era ley en todo su reino, y castigaban á los padres si la dejaban de mostrar á sus hijos en la niñez. Mas, no embargante que hablaban la lengua del Cuzco (como digo), todos se tenían sus lenguas, las que usaron sus antepasados. Y así, estos de Panzaleo tenían otra lengua que los de Carangue y Otavalo. Son del cuerpo

y disposicion como los que declaró en el capítulo pasado. Andan vestidos con sus camisetas sin mangas ni collar, no mas que abiertas por los lados, por donde sacan los brazos, y por arriba, por donde asimismo sacan la cabeza, y con sus mantas largas de lana y algunas de algodón. Y desta ropa la de los señores era muy prima y con colores muchas y muy perfectas. Por zapatos traen unas ojotas de una raíz ó yerba que llaman cabuya, que echa unas pencas grandes, de las cuales salen unas hebras blancas, como de cáñamo, muy recias y provechosas, y destas hacen sus ojotas ó albarcas, que les sirven por zapatos, y por la cabeza traen puestos sus ramales. Las mujeres, algunas andan vestidas á uso del Cuzco, muy galanas, con una manta larga que las cubre desde el cuello hasta los piés, sin sacar mas de los brazos, y por la cintura se la atan con uno que llaman chumbe, á manera de una reata galana y muy prima y algo mas ancha. Con estas se atan y aprietan la cintura, y luego se ponen otra manta delgada, llamada líquida, que los cee por encima de los hombros y decidiendo hasta cubrir los piés. Tienen, para prender estas mantas, unos alfileres de plata ó de oro grandes, y al cabo algo anchos, que llaman topes. Por la cabeza se ponen tambien una cinta no poca galana, que nombran vincha, y con sus ojotas en los piés andan. En fin, el uso del vestir de las señoras del Cuzco ha sido el mejor y mas galano y rico que hasta agora se ha visto en todas estas ludias. Los cabellos tienen gran cuidado de se los peinar, y tráentos muy largos. En otra parte trataré mas largamente este traje de las pollas ó señoras del Cuzco.

Entre este pueblo de Panzaleo y la ciudad del Quito hay algunas poblaciones á una parte y á otra en unos montes. A la parte del poniente está el valle de Uchillo y Langazi, adonde se dan, por ser la tierra muy templada, muchas cosas de las que escribí en el capítulo de la fundacion de Quito, y los naturales son amigos y confederados. Por estas tierras no se comen los unos á otros, ni son tan malos como algunos de los naturales de las provincias que en lo de atrás tengo escrito. Antiguamente solian tener grandes adoratorios á diversos dioses, segun publica la fama dellos mismos. Después que fueron señoreados por los reyes ingas hacian sus sacrificios al sol, al cual adoraban por Dios.

De aquí se toma un camino que va á los montes de Yumbo, en los cuales están unas poblaciones, donde los naturales dellas son de no tan buen servicio como los comorcanos á Quito, ni tan donables, antes son mas viciosos y soberbios; lo cual hace vivir en tierra tan áspera y tener en ella, por ser cálida y fértil, mucho regalo. Adoran tambien al sol, y parécense en las costumbres y afectos á sus comarcanos; porque fueron, como ellos, sojuzgados por el gran Topainga Yupangue y por Guaynacapa, su hijo.

Otro camino sale hacia el nacimiento del sol, que va á otras poblaciones llamadas Quixo, pobladas de indios de la manera y costumbres destos.

Adelante de Panzaleo tres leguas están los aposentos y pueblo de Mulahulo, que, aunque agora es pueblo pequeño, por haberse aporaleo los naturales, antiguamente tenia aposentos para cuando los ingas ó sus capitanes

pasaban por allí, con grandes depósitos para proveimientos de la gente de guerra. Está á la mano derecha deste pueblo de Mulahulo un volcan ó boca de fuego, del cual dicen los indios que antiguamente reventó y echó de sí gran cantidad de piedras y ceniza; tanto, que destruyó mucha parte de los pueblos donde alcanzó aquella tormenta. Quieren decir algunos que antes que reventase se vián visiones infernales y se oían algunas voces temerosas. Y parece ser cierto lo que cuentan estos indios deste volcan, porque al tiempo que el adelantado don Pedro de Albarado, gobernador que fué de la provincia de Guatinula, entró en el Perú con su armada, viniendo á salir á estas provincias de Quito, les pareció que llovía ceniza algunos dias, y así lo afirman los españoles que venian con el. Y era que debió de reventar alguna boca de fuego destas, de las cuales hay muchas en aquellas sierras, por los grandes números que debe de haber de piedra zofra.

Poco mas adelante de Mulahulo está el pueblo y grandes aposentos llamados de la Tacuanga, que eran tan principales como los de Quito. Y en los edificios, aunque están ruïnados, se parece la grandeza dellos, porque en algunas paredes destos aposentos se ve bien claro dónde estaban encajadas las ovejas de oro y otras grandeas que esculpian en las paredes. Especialmente habia esta riqueza en el aposento que estaba señalado para los reyes ingas, y en el templo del sol, donde se hacian los sacrificios y supersticiones, que es donde tambien estaban cantidad de vírgines dedicadas para el servicio del templo, á las cuales (como ya otras veces he dicho) llamaban mamacunas. No embargante que en los pueblos pasados que he dicho hubiese aposentos y depósitos, no habia en tiempo de los ingas casa real ni templo principal, como aquí ni en otros pueblos mas adelante, hasta llegar á Tumebamba, como en esta historia iré relatando. En este pueblo tenian los señores ingas puesto mayordomo mayor, que tenia cargo de coger los tributos de las provincias comarcanas y recogerlos allí, adonde asimismo habia gran cantidad de mitimaes. Esto es, que, visto por los ingas que la cabeza de su imperio era la ciudad del Cuzco, de donde se daban las leyes y salian los capitanes á seguir la guerra, el cual estaba de Quito mas de seiscientas leguas y de Chile otro mayor camino; considerando ser toda esta longura de tierra poblada de gentes bárbaras, y algunas muy belicosas; para con mas facilidad tener seguro y quieto su señorío, tenian esta orden desde el tiempo del rey inga Yupangue, padre del gran Topainga Yupangue y abuelo de Guaynacapa, que luego que conquistaban una provincia destas grandes mandaban salir ó pasar de allí diez ó doce mil hombres con sus mujeres, ó seis mil, ó la cantidad que querian. Los cuales se pasaban á otro pueblo ó provincia que fuese del temple y manera del de donde salian; porque, si eran de tierra fria eran llevados á tierra fria, y si de caliente á caliente; y estos tales eran llamados mitimaes, que quiere significar indios venidos de una tierra á otra. A los cuales se les daban heredades en los campos y tierras para sus labores, y sitio para hacer sus casas. Y á estos mitimaes mandaban los ingas que estuviesen siempre obedientes á lo que sus gobernadores y capitanes les mandasen;

de tal manera, que si los naturales se rebelasen, siendo ellos de parte del Gobernador, eran luego castigados y reducidos al servicio de los ingas. Y por consiguiente, si los mitimaes buscaban algun alboroto eran apremiados por los naturales; y con esta industria tenían estos señores su imperio seguro que no se les rebelase, y las provincias bien proveídas de mantenimiento, porque la mayor parte de la gente dellas estaban, como digo, los de unas tierras en otras. Y tuvieron otro aviso para no ser aborrecidos de los naturales, que nunca quitaron el señorío de ser caciques á los que les venia de herencia y eran naturales. Y si por ventura alguno cometia delito ó se hallaba culpado en tal manera que mereciese ser privado del señorío que tenia, daban y encomendaban el cacicazgo á sus hijos ó hermanos, y mandaban que fuesen obedecidos por todos. En el libro de los ingas trato mas largamente esta cuenta de los mitimaes, que se entiende lo que tengo dicho. Y volviendo á la materia, digo que en estos aposentos tan principales de la Tacunga habia destos indios á quien llaman mitimaes, que tenían cargo de hacer lo que por el mayordomo del Inga les era mandado. Al rededor destos aposentos á una parte y á otra hay las poblaciones y estancias de los caciques y principales, que no están poco proveídos de mantenimientos.

Cuando se dió la última batalla en el Perú (que fué en el valle de Xaquixaguana, donde Gonzalo Pizarro fué muerto), salimos de la gobernacion de Popayan con el adelantado don Sebastian de Belalcázar pocos menos de docientos españoles, para hallarnos de la parte de su majestad contra los tiranos; y por cierto que llegamos algunos de nosotros á este pueblo, porque no caminábamos todos juntos, y que nos proveian de bastimento y de las demás cosas necesarias con tanta razon y tan cumplidamente, que no sé adónde mejor se pudiera hacer. Porque en una parte tenían gran cantidad de conejos y en otra de puercos y en otra de gallinas, y por el consiguiente de ovejas y corderos y carneros, y otras aves; y así, proveian á todos los que por allí pasaban. Andan todos vestidos con sus mantas y camisetas, ricas y galanas, y mas bastas; cada uno como tiene la posibilidad. Las mujeres andan tan bien vestidas como dije que andaban las de Mulabato, y son casi de la habla dellas. Las casas que tienen todas son de piedra y cubiertas con paja; unas dellas son grandes y otras pequeñas, como es la persona y tiene el aparejo. Los señores y capitanes tienen muchas mujeres; pero la una dellas ha de ser la principal y legitima de la sucesion, de la cual se hereda el señorío. Adoran al sol, y cuando se mueren los señores les hacen sepulturas grandes en los cerros ó campos, adonde los meten con sus joyas de oro y plata y armas, ropa y mujeres vivas, y no las mas feas, y mucho mantenimiento. Y esta costumbre de enterrar así los muertos en toda la mayor parte destas Indias se usa, por consejo del demonio, que les hace entender que de aquella suerte han de ir al reino que él les tiene aparejado; hacen muy grandes lloros por los difuntos, y las mujeres que quedan sin se matar, con las demás sirvientas, se tresquilan y están muchos días en lloros continuos; y después de llorar la mayor parte del día y la noche en que mueren, un año arreo, lo

lloran. Usan el beber ni mas ni menos que los pasados, y tienen por costumbre de comer luego por la mañana, y comen en el suelo, sin se dar mucho por manteles ni por otros paños; y después que han comido su maiz y carne ó pescado, todo el día gastan en beber su chicha ó vino que hacen del maiz, trayendo siempre el vaso en la mano. Tienen gran cuidado de hacer sus areitos ó cantares ordenadamente, asidos los hombres y mujeres de las manos, y andando á la redonda á son de un atambor, recontando en sus cantares y endechas las cosas pasadas, y siempre bebiendo hasta quedar muy embriagados; y como están sin sentido, algunos toman las mujeres que quieren, y llevadas á alguna casa, usan con ellas sus lujurias, sin tenerlo por cosa fea, porque ni entienden el don que está debajo de la vergüenza ni miran mucho en la honra, ni tienen mucha cuenta con el mundo, porque no procuran mas de comer lo que cogen con el trabajo de sus manos. Creen la inmortalidad del ánima, á lo que entendemos dellos, y conocen que hay Hacedor de todas las cosas del mundo; en tal manera, que contemplando la grandeza del cielo y el movimiento del sol y de la luna y de las otras maravillas, tienen que hay Hacedor destas cosas, aunque, ciegos y engañados del demonio, creen que el mismo demonio en todo tiene poder, puesto que muchos dellos, viendo sus maldades y que nunca dice verdad ni la trata, lo aborrecen, y mas le obedecen por temor que por creer que en él haya deidad. Al sol hacen grandes reverencias y le tienen por dios; los sacerdotes usaban de gran santidad, y son reverenciados por todos y tenidos en mucho, donde los hay.

Otras costumbres y cosas tenía que decir destos indios; y pues casi las guardan y tienen generalmente, yendo caminando por las provincias iré tratando de todas, y concluyo en este capítulo con decir que estas de la Tacunga usan por armas para pelear lanzas de palma y tiraderas y dardos y hondas. Son morenos como los ya dichos; las mujeres muy amorosas, y algunas hermosas. Hay todavía muchos mitimaes de los que habia en el tiempo que los ingas señoreaban las provincias de su reino.

CAPITULO XLII.

De los mas pueblos que hay desde la Tacunga hasta llegar á Riobamba, y lo que pasó en él entre el adelantado don Pedro de Albarado y el mariscal don Diego de Almagro.

Luego que salen de la Tacunga, por el camino real que va á la grande ciudad del Cuzco se llega á los aposentos de Mulimbato, de los cuales no tengo que decir mas de que están poblados de indios de la nacion y costumbres de los de la Tacunga; y habia aposentos ordinarios, y depósitos de las cosas que por los delegados del Inga era mandado, y obedecian al mayordomo mayor, que estaba en la Tacunga; porque los señores tenían aquellos por cosa principal, como Quito y Tumbabamba, Caxamalca, Jaña y Bilcas y Paria, y otros de la misma manera, que eran como cabeza de reino ó de obispo, como le quisieren dar el sentido, y adonde estaban los capitanes y gobernadores, que tenían poder de hacer justicia y formar ejércitos si alguna guerra se ofrecia, ó se levantaba algun tirano; no embargante que los

cosas arduas y de mucha importancia no lo determinaban sin lo hacer saber á los reyes ingas; para lo cual tenían tan gran aviso y orden, que en ocho días iba por la posta la nueva de Quito al Cuzco; porque, para Inca-illo, tenían cada media legua una pequeña casa, adonde estaban siempre dos indios con sus mujeres, y así como llegaba la nueva que habían de llevar al aviso, iba corriendo el uno sin parar la media legua, y antes que llegase, á voces decía lo que pasaba y había de decir; lo cual oído por el otro que estaba en otra casa, corría otra media legua con tanta ligereza, que, según es la tierra áspera y fragosa, en caballos ni mulas no pudieran ir con mas brevedad; y porque en el libro de los reyes ingas (que es el que saldrá con ayuda de Dios tras este) trato largo esto de las postas, no diré mas; porque lo que toco, solamente es para dar claridad al lector y para que lo entienda.

De Muliambato se va al río llamado Ambato, donde asimismo hay aposentos que servían de lo que los pasados. Luego están tres leguas de allí los suntuosos aposentos de Mocha, tantos y tan grandes, que yo me espanté de los ver; pero ya, como los reyes ingas perdieron su señorio, todos los palacios y aposentos, con otras grandezas suyas, se han ruinado y parado tales, que no se ven mas de las trazas y alguna parte de los edificios dellos, que, como fuesen obrados de linda piedra y de obra muy prima, durará grandes tiempos y edades estas memorias, sin se acobar de gustar.

Hay á la redonda de Mocha algunos pueblos de indios, los cuales todos andan vestidos, y lo mismo sus mujeres, y guardan los costumbres que tienen los de atrás, y son de una misma lengua.

A la parte del poniente están los pueblos de indios llamados sichos, y al oriente los pillaros; todos, unos y otros, tienen grandes provisiones de mantenimientos, porque la tierra es muy fértil y hay grandes manadas de venados y algunas ovejas y carneros de los que se nombran del Perú, y muchos conejos y perdices, tórtolas y otras caza. Sin esto, por todos estos pueblos y campos tienen los españoles gran cantidad de hatos de vacas, las cuales se crían muchas por los pastos tan excelentes que tienen, y muchas cabras por ser la tierra aparcada para ellas, que no les falta mantenimiento; y puercos se crían mas y mejores que en la mayor parte de las Indias, y se hacen tan buenos perniles y locinos como en Sierra-Morena.

Saliedo de Mocha se llega á los grandes aposentos de Riobamba, que no son menos que ver que los de Mocha; los cuales están en la provincia de los Puruues, en unos muy hermosos y vistosos campos, muy propios á los de España en el temple, yerbas y flores y otras cosas, como sabe quien por ellos ha andado. En este Riobamba estuvo algunos dias depositada la ciudad de Quito ó asentada, desde donde se pasó á donde agora está, y sin esto, son mas memorados estos aposentos de Riobamba; porque, como el adelantado don Pedro de Albarado, gobernador que fué de la provincia de Guatimala, que confina con el gran reino de la Nueva-España, saliese con una armada de navios llenos de muchos y muy principales caballeros (de lo cual largamente trataré en la tercera parte desta obra), sal-

tando en la costa con los españoles á la fama del Quito, entró por unas montañas bien ásperas y fragosas, adonde pasaron grandes hombres y necesidades. Y no me parece que debo pasar de aquí sin decir alguna parte de los males y trabajos que estos españoles y todos los demás padecieron en el descubrimiento destas Indias, porque yo tengo por muy cierto que ninguna nación ni gente que en el mundo haya sido, tantos ha pasado. Cosa es muy digna de notar que en menos tiempo de sesenta años se haya descubierto una navegacion tan larga y una tierra tan grande y llena de tantas gentes, descubriéndola por montañas muy ásperas y fragosas y por desiertos sin camino, y huberlas conquistado y ganado, y en ellas poblado de nuevo mas de docientas ciudades. Ciento los que esto han hecho, merecedores son de gran loor y de perpetua fama, mucho mayor que la que mi memoria sabrá imaginar ni mi flaca mano escribir. Una cosa diré por muy cierta, que en este camino se padeció tanta hambre y cansancio, que muchos dejaron cargas de oro y muy ricas esmeraldas por no tener fuerzas para las llevar. Pues pasando adelante, digo que, como ya se supiese en el Cuzco la venida del adelantado don Pedro de Albarado por una probanza que trajo Gabriel de Rojas, el gobernador don Francisco Pizarro, no embargante que estaba ocupado en poblar aquella ciudad de cristianos, salió della para tomar posesion en la marítima costa de la mar del Sur y tierra de los llanos, y al mariscal don Diego de Almagro, su compañero, mandó que á toda furia fuese á las provincias de Quito y tomase en su poder la gente de guerra que su capitán Sebastian de Belalcázar tenía, y pusiese en todo el recaudo que convenia. Y así, á grandes jornadas el diligente Mariscal anduvo, hasta llegar á las provincias de Quito, y tomó en sí la gente que halló allí, hablando ásperamente al capitán Belalcázar porque habia salido de Tanguaca sin mandamiento del Gobernador.

Y pasadas otras cosas que tengo escriptas en su lugar, el adelantado don Pedro de Albarado, acompañado de Diego de Albarado, de Gomez de Albarado, de Alonso de Albarado, mariscal que es agora del Perú, y del capitán Garcilaso de la Vega, Juan de Saavedra, Gomez de Albarado, y de otros caballeros de mucha calidad, que en la parte por mí alegada tengo nombrado, llegó cerca de donde estaba el mariscal don Diego de Almagro y pasaron algunos trances; tanto, que algunos creyeron que llegarán á romper unos con otros; y por medios del licenciado Caldera y de otras personas cuerdas vinieron á concertarse que el Adelantado dejase en el Perú la armada de navios que traía y pertrechos pertenecientes para la guerra y armada, y los demás aderezos y gente, y que por los gustos que en ello habia hecho se le diesen cien mil castellanos; lo cual capitulado y concertado, el Mariscal tomó en sí la gente, y el Adelantado se fué á la ciudad de los Reyes, donde ya el gobernador don Francisco Pizarro, sabidos los concertos, lo estaba aguardando, y le hizo la honra y buen recibimiento que merecia un capitán tan valeroso como fué don Pedro de Albarado; y dándole sus cien mil castellanos, se volvió á su gobernacion de Guatimala. Todo lo cual que tengo escripto pasó y se concertó en los aposentos y llanura de Riobamba, de que agora trato. Tambien fué

aquí donde el capitán Belalcázar, que después fué gobernador de la provincia de Popayan, tuvo una batalla con los indios bien porfiada, y adonde, con muerte de muchos dellos, quedó la victoria con los cristianos, según se contará adelante.

CAPITULO XLIII.

Que trata lo que hay que decir de los mas pueblos de indios que hay hasta llegar á los aposentos de Tumebamba.

Estos aposentos de Riobamba ya tengo dicho cómo están en la provincia de los Puruaes, que es de lo bien poblado de la comarca de la ciudad de Quito, y de buena gente; estos andan vestidos, ellos y sus mujeres. Tienen las costumbres que usan sus comarcanos, y para ser conocidos, traen su ligadura en la cabeza, y algunos ó todos los mas tienen los cabellos muy largos y se los entrenchan bien menudamente; las mujeres hacen lo mismo. Adoran al sol, hablan con el demonio los que entre todos escogen por mas idóneos para semejante caso, y tuvieron, y aun parece que tienen otros ritos y abusos, como tuvieron los ingas, de quien fueron conquistados. A los señores cuando se mueren les hacen, en la parte del campo que quieren, una sepultura honda cuadrada, adonde le meten con sus urnas y tesoro, si lo tiene. Algunas destas sepulturas hacen en las propias casas de sus moradas; guardan lo que generalmente todos los mas de los naturales destas partes usan, que es echar en las sepulturas mujeres vivas de las mas hermosas; lo cual hacen porque yo he oído á indios que para entre ellos son tenidos por hombres de crédito, que algunas veces, permitiéndolo Dios por sus pecados y idolatrías, con las ilusiones del demonio, les parece ver á los que de mucho tiempo eran muertos, andar por sus heredades adornados con lo que llevaron consigo, y acompañados con las mujeres que con ellos se metieron vivas; y viendo esto, pareciéndoles que adonde las ánimas van es menester oro y mujeres, lo echan todo, como he dicho. La causa desto, y tambien por qué hereda el señorío el hijo de la hermana, y no del hermano, adelante lo trataré.

Muchos pueblos hay en esta provincia de los Puruaes, á una parte y á otra, que no trato dellos por evitar prolijidad. A la parte de levante de Riobamba están otras poblaciones en la montaña que confina con los nacimientos del río del Marañon y la sierra llamada Tinguagua, al rededor de la cual hay asimismo muchas poblaciones; las cuales unas y otras guardan y tienen las mismas costumbres que estos indios, y andan todos ellos vestidos, y sus casas son hechas de piedra. Fueron conquistados por los señores ingas y sus capitanes, y hablan la lengua general de Cuzco, aunque tenían y tienen las sayas particulares. A la parte del poniente está otra sierra nevada, y en ella no hay mucha población, que llaman Urcolazo. Cerca desta sierra se toma un camino que va á salir á la ciudad de Santiago, que llaman Guayaquil.

Saliendo de Riobamba, se va á otros aposentos llamados Cayambi. Es la tierra toda por aquí llana y muy fría; partidos della, se llega á los tambos ó aposentos de Teocaxas, que están puestos en unos grandes llanos des-

poblados y no poco fríos, en donde se dió entre los indios naturales y el capitán Sebastian de Belalcázar la batalla llamada Teocaxas; la cual, aunque duró el día entero y fué muy reñida (según diré en la tercera parte desta obra), ninguna de las partes alcanzó la victoria.

Tres leguas de aquí están los aposentos principales, que llaman Tiquizambi, que tienen á la mano diestra á Guayaquil y sus montañas, y á la siniestra á Pomollata y Quizna y Maras, con otras regiones que hay, hasta entrar en las del Río-Grande, que así se llaman; pasados de aquí, en lo bajo están los aposentos de Chancabán, la cual, por ser tierra cálida, es llamada por los naturales Yungas, que quiere significar ser tierra caliente; adonde, por no haber nieves ni frío demasiado, se crían árboles y otras cosas que no hay adonde hace frío; y por esta causa todos los que moran en valles ó regiones calientes y templadas son llamados yungas, y hay de ellos que tienen este nombre, y jamás se perderá mientras hubieren gentes, aunque puse muchas edades. Hay destes aposentos hasta los reales santuarios de Tumebamba casi veinte leguas; el cual término está todo repartido de aposentos y depósitos que estaban hechos á dos y á tres y á cuatro leguas. Entre los cuales están los principales, llamado el uno Cañaribamba y el otro Hancuñari, de donde tomaron los naturales nombre, y su provincia, de llamarse los cañares, como hoy se llaman. A la mano diestra y siniestra deste real camino que llevo, hay no pocos pueblos y provincias, las cuales no nombro, porque los naturales dellas, como fueron conquistados y señoreados por los reyes ingas, guardaban las costumbres de los que voy contando, y hablaban la lengua general del Cuzco, y andaban vestidos ellos y sus mujeres. Y en la orden de sus casamientos y heredar el señorío se hacia como los que he dicho atrás en otros capítulos, y lo mismo en meter cosas de comer en las sepulturas y en los lloros generales, y enterrar con ellos mujeres vivas. Todos tenían por dios soberano al sol; creían lo que todos creen, que hay llacador de todas las cosas criadas, al cual en la lengua del Cuzco llaman Ticebirucoche; y aun que tuviesen este conocimiento, antiguamente adoraban árboles y piedras y á la luna, y otras cosas, impuestos en ello por el demonio, enemigo nuestro, con el cual hablan los señalados para ello, y les obedescen muchas cosas; aunque ya en estos tiempos, habiendo nuestro Dios y Señor alzado su ira destas gentes, fué servido que se predicase el sagrado Evangelio y tuviesen lumbre de la fe, que no alcanzaban. Y así, en estos tiempos ya aborrecen al demonio, y en muchas partes que era estimado y venerado, es aborrecido y detestado como malo, y los templos de los muchos dioses deshechos y derribados; del tal manera, que ya no hay señal de estatua ni simulacro, y muchos se han vuelto cristianos, y en pocos pueblos del Perú dejan de estar clérigos y frailes que los doctrinan. Y para que mas fácilmente conozcan el error en que han vivido, y conocido, abracen nuestra santa fe, se ha hecho arte para hablar su lengua con gran industria, para que se entiendan los unos y los otros; en lo cual no ha trabajado poco el reverendo padre fray Domingo de Santo Tomás, de la orden de señor santo Domingo. Hay en todo lo mas deste camino rios pequeños, y algunos medianos

y pocos grandes, todos de agua muy singular, y en algunos hay puentes para pasar de una parte á otra.

En los tiempos pasados, antes que los españoles ganasen este reino, habia por todas estas sierras y campiñas gran cantidad de ovejas de las de aquella tierra, y mayor número de guanacos y vicuñas, mas, con la priesa que se han dado en las matar los españoles, han quedado tan pocas, que casi ya no hay ninguna. Lobos ni otras bestias, ni animales dañosos no se han hallado en estas partes, salvo los tigres que dije haber en las montañas de la Buenaventura, y algunos leones pequeños y osos. Tambien se ven por las quebradas y partes donde hay montaña algunas culebras, y por todas partes raposas, chuchas y otras salvajinas de las que en aquella tierra se crián; perdices, palomas, tórtolas y venados hay muchos, y en la comarca de Quito hay gran cantidad de conejos, y por las montañas algunas dantas.

CAPITULO XLIV.

De la grandeza de los ricos palacios que habia en los asientos de Tumbamba de la provincia de los Cañares.

En algunas partes deste libro he apuntado el gran poder que tuvieron los ingas reyes del Perú, y su mucho valor, y como en mas de mil y docientas leguas que mandaron de costa tenian sus delegados y gobernadores, y muchos aposentos y grandes depósitos llenos de las cosas necesarias; lo cual era para provision de la gente de guerra; porque en uno destos depósitos habia lanzas, y en otros dardos, y en otros ojotas, y en otros las demás armas que ellos tienen. Asimismo unos depósitos estaban proveídos de ropas ricas, y otros de mas bastas, y otros de comida y todo género de mantenimientos. De manera que, aposentado el señor en su aposento, y alojada la gente de guerra, ninguna cosa, desde la mas pequeña hasta la mayor y mas principal, debia de haber para que pudiesen ser proveídos; lo cual si lo eran, y hacian en la comarca de la tierra algunos insultos y latrocinios, eran luego con gran rigor castigados, mostrándose en esto tan justicieros los señores ingas, que no dejaban de mandar ejecutar el castigo aunque fuese en sus propios hijos; y no embargante que tenia esta orden, y habia tantos depósitos y aposentos (que estaba el reino lleno dellos), tenian á diez leguas y á veinte, y á mas y á menos, en la comarca de las provincias, unos palacios suntuosos para los reyes, y hecho templo del sol, adonde estaban los sacerdotes y las mamaconas virgenes ya dichas, y mayores depósitos que los ordinarios; y en estos estaba el gobernador y capitán mayor del Inga con los indios mitimases y mas gente de servicio. Y el tiempo que no habia guerra, y el Señor no caminaba por aquella parte, tenia cuidado de cobrar los tributos de su tierra y término, y mandar bastecer los depósitos y renovarlos á los tiempos que convenian, y hacer otras cosas grandes; porque, como tengo apuntado, era como cabeza de reino ó de obispado. Era grande cosa uno destos palacios; porque, aunque moria uno de los reyes, el sucesor no ruinaba ni deshacia nada, antes lo acrecentaba y paraba mas illustre; porque cada uno hacia su palacio, mandando estar el de su antecesor adornado como él lo dejó.

Estos aposentos famosos de Tumbamba, que (como

tengo dicho) están situados en la provincia de los Cañares, eran de los soberbios y ricos que hubo en todo el Perú, y adonde habia los mayores y mas primos edificios. Y cierto ninguna cosa dicen destos aposentos los indios, que no vemos que fuese mas, por las reliquias que dellos han quedado.

Está á la parte del poniente dellos la provincia de los Guancabillas, que son términos de la ciudad de Guayaquile y Puerto-Viejo, y al oriente el rio grande del Marañon, con sus montañas y algunas poblaciones.

Los aposentos de Tumbamba están asentados á las juntas de dos pequeños rios en un llano de campaña que tenia mas de doce leguas de contorno. Es tierra fria y basterida de mucha caza de venados, conejos, perdices, tórtolas y otras aves. El templo del sol era hecho de piedras muy sutilmente labradas, y algunas destas piedras eran muy grandes, unas negras toscas, y otras parecian de jaspe. Algunos indios quisieron decir que la mayor parte de las piedras con que estaban hechos estos aposentos y templo del sol las habian traído de la gran ciudad del Cuzco por mandado del rey Guaynacapa y del gran Topainga, su padre, con crecidas maromas, que no es pequeña admiracion (si así fue), por la grandeza y muy gran número de piedras y la gran longura del camino. Las portadas de muchos aposentos estaban galanas y muy pintadas, y en ellas asentadas algunas piedras preciosas y esmeraldas, y en lo de dentro estaban las paredes del templo del sol y los palacios de los reyes ingas, chapados de finisimo oro y entalladas muchas figuras; lo cual estaba hecho todo lo mas deste metal y muy fino. La cobertura destas casas era de paja, tan bien asentada y puesta, que si algun fuego no la gasta y consume, durará muchos tiempos y edades sin gustarse. Por de dentro de los aposentos habia algunos manojos de paja de oro, y por las paredes esculpidas ovejas y corderos de lo mismo, y aves y otras cosas muchas. Sin esto, cuentan que habia suma grandísima de tesoro en cántaros y ollas y en otras cosas, y muchas mantas riquisimas llenas de argenteria y chaquiras. En fin, no puedo decir tanto, que no quede corto en querer engrandescer la riqueza que los ingas tenian en estos sus palacios reales, en los cuales habia grandísima cuenta, y tenian cuidado muchos plateros de labrar las cosas que he dicho y otras muchas. La ropa de lana que habia en los depósitos era tanta y tan rica, que si se guardara y no se perdiera valiera un gran tesoro. Las mujeres virgenes que estaban dedicadas al servicio del templo eran mas de docientas y muy hermosas, naturales de los Cañares y de la comarca que hay en el distrito que gobernaba el mayordomo mayor del Inga, que residia en estos aposentos. Y ellas y los sacerdotes eran bien proveídos por los que tenian cargo del servicio del templo, á las puertas del cual habia porteros, de los cuales se afirma que algunos eran castrados, que tenian cargo de mirar por las mamaconas, que así habian por nombre las que residian en los templos. Junto al templo y á las casas de los reyes ingas habia gran número de aposentos, adonde se alojaba la gente de guerra, y mayores depósitos llenos de las cosas ya dichas; todo lo cual estaba siempre bastantemente proveído, aunque mucho se gastase; porque los conta-

dores tenían á su usanza grande cuenta con lo que entra y salía, y dello se hacía siempre la voluntad del señor. Los naturales desta provincia, que han por nombre los Cañares, como tengo dicho, son de buen cuerpo y de buenos rostros. Tienen los cabellos muy largos, y con ellos dada una vuelta á la cabeza de tal manera, que con ella y con una corona que se ponen redonda de palo, tan delgado como liero de ceduzo, se ve claramente ser cañares, porque para ser conocidos traen esta señal. Sus mujeres por el consiguiente se precian de traer los cabellos largos y dar otra vuelta con ellos en la cabeza, de tal manera, que son tan conocidas como sus maridos. Andan vestidos de ropa de lana y de algodón, y en los piés traen ojotas, que son (como tengo ya otra vez dicho) á manera de albarcas. Las mujeres son algunas hermosas y no poco ardientes en lujuria, amigas de españoles. Son estas mujeres para mucho trabajo, porque ellas son las que caván las tierras y siembran los campos y cogen las sementeras, y muchos de sus maridos están en sus casas tejiendo y hilando y aderezando sus armas y ropa, y curando sus rostros y haciendo otros oficios afeminados. Y cuando algun ejército de españoles pasa por su provincia, siendo, como aquel tiempo eran, obligados á dar indios que llevasen á cuestras las cargas del fardo de los españoles, muchos daban sus hijas y mujeres, y ellos se quedaban en sus casas. Lo cual yo vi al tiempo que fuimos á juntarnos con el licenciado Gasco, presidente de su majestad, porque nos dieron gran cantidad de mujeres, que nos llevaban las cargas de nuestro bagaje.

Algunos indios quieren decir que mas hacen esto por la gran falta que tienen de hombres y abundancia de mujeres, por causa de la gran crueldad que hizo Atabaliba en los naturales desta provincia al tiempo que entró en ella, después de haber en el pueblo de Ambato muerto y desbaratado al capitán general de Guascar inga, su hermano, llamado Atoco. Que afirman que, no embargante que salieron los hombres y niños con ramos verdes y hojas de palma á pedirle misericordia, con rostro airado, acompañado de gran severidad, mandó á sus gentes y capitanes de guerra que los matasen á todos; y así, fueron muertos gran número de hombres y niños, segun que yo trato en la tercera parte desta historia. Por lo cual los que agora son vivos dicen que hay quince veces mas mujeres que hombres; y habiendo tan gran número, sirven desto y de lo mas que les mandan sus maridos y padres. Las casas que tienen los naturales cañares, de quien voy hablando, son pequeñas, hechas de piedra, la cobertura de paja. Es la tierra fértil y muy abundante de mantenimientos y caza. Adoran al sol, como los pasados. Los señores se casan con las mujeres que quieren y mas los agrada; y aunque estas sean muchas, una es la principal. Y antes que se casen hacen gran convite, en el cual, después que han comido y bebido á su voluntad, hacen ciertas cosas á su uso. El hijo de la mujer principal hereda el señorío, aunque el señor tenga otros muchos hijos habidos en las demás mujeres. A los difuntos los metían en las sepulturas de la suerte que hacían sus comarcas, acompañados de mujeres vivas, y meten con ellos de sus cosas ricas; y usan de las armas y costumbres

que ellos. Son algunos grandes agoreros y hechiceros; pero no usan el pecado nefundo ni otras idolatrias, mas de que cierto solian estimar y reverenciar al diablo, con quien hablaban los que para ello estaban elegidos. En este tiempo son ya cristianos los señores, y se llamaba (cuando yo pase por Tumebamba) el principal dellos don Fernando. Y ha placido á nuestro Dios y redentor que merezcan tener nombre de hijos suyos y estar debajo de la unión de nuestra santa madre Iglesia, pues es servido que oigan el sacro Evangelio, fructificando en ellos su palabra, y que los templos destes indios se hayan derribado.

Y si el demonio alguna vez los engaña, es con encubierto engaño, como suelo muchas veces á los fieles, y no en público, como solia antes que en estas Indias se pusiese el estandarte de la cruz, bandera de Cristo.

Muy grandes cosas pasaron en el tiempo del reinado de los ingas en estos reales aposentos de Tumebamba, y muchos ejércitos se juntaron en ellos para cosas importantes. Cuando el Rey moria, lo primero que hacía el sucesor, después de haber tomado la borla ó corona del reino, era enviar gobernadores á Quito y á este Tumebamba, á que tomasen la posesion en su nombre, mandando que luego le hiciesen palacios dorados y muy ricos, como los habian hecho á sus antecesores. Y así, cuentan los orejones del Cuzco (que son los mas sabios y principales deste reino) que inga Yupangue, padre del gran Tupac Inga, que fué el fundador del templo, se holgaba de estar un tiempo en estos aposentos que en otra parte; y lo mismo dicen de Topu Inga, su hijo. Y afirman que estando en ellos Guaynacapa, supo de la entrada de los españoles en su tierra, en tiempo que estaba don Francisco Pizarro en la costa con el navio en que venia él y sus trece compañeros, que fueron los primeros descubridores del Perú; y aun que dijo que después de sus dias habia de mandar el reino gente extranjera y semejante á la que venia en el navio. Lo cual diria por dicho del demonio, como aquel que pronosticaba que los españoles habian de procurar de volver á la tierra con potencia grande. Y cierto oí á muchos indios entendidos y antiguos que sobre hacer unos palacios en estos aposentos fué harta parte para haber las diferencias que hubo entre Guascar y Atabaliba. Y concluyendo en esto, digo que fueron gran cosa los aposentos de Tumebamba; y ya está todo desbaratado y muy ruinado, pero bien se ve lo mucho que fueron.

Es muy ancha esta provincia de los Cañares y llena de muchos rios, en los cuales hay gran riqueza. El año de 1514 se descubrieron tan grandes y ricas minas en ellos, que sacaron los vecinos de la ciudad de Quito mas de ochocientos mil pesos de oro. Y era tanta la cantidad que habia deste metal, que muchos sacaban en la batea mas oro que tierra. Lo cual afirmo porque pasó así, y hablé yo con quien en una batea sacó mas de setecientos pesos de oro. Y sin lo que los españoles hubieron, sacaron los indios lo que no sabemos.

En toda parte desta provincia que se siembre trigo se da muy bien, y lo mismo hace la cebada, y se cree que se harán grandes viñas y se darán y crerán todas las frutas y legumbres que sembraren de las que hay en España, y de la tierra hay algunas muy sabrosas.

Para hacer y edificar ciudades no falta grande sitio, antes lo hay muy dispuesto. Cuando pasó por allí el visorey Blasco Núñez Vela, que iba huyendo de la furia tiránica de Gonzalo Pizarro y de los que eran de su parte, dicen que dijo que si se viese puesto en la gobernación del reino, que había de fundar en aquellos llanos una ciudad, y repartir los indios comarcanos á los vecinos que en ella quedasen. Mas siendo Dios servido, y permitiéndolo por algunas causas que él sabe, hubo de ser el Visorey muerto; y Gonzalo Pizarro mandó al capitán Alonso de Mercadillo que fundase una ciudad en aquellas comarcas, y por tenerse este asiento por término de Quito no se pobló en él, y se asentó en la provincia de Chapurra, según diré luego. Desde la ciudad de San Francisco del Quito hasta estos aposentos hay cincuenta y cinco leguas. Aquí dejare el camino real por donde voy caminando, por dar noticia de los pueblos y regiones que hay en las comarcas de las ciudades Puerto-Viejo y Guayaquil; y concluido con sus fundaciones, volveré al camino real que he comenzado.

CAPITULO XLV.

Del camino que hay de la provincia de Quito á la costa de la mar del Sur, y términos de la ciudad de Puerto-Viejo.

Llegado he con mi escriptura á los aposentos de Tumebamba, por poder dar noticia de manera que se entienda de las ciudades de Puerto-Viejo y Guayaquil. Y cierto rehusó en este paso la carrera de pasar adelante; porque, lo uno, yo oíuve poco por aquellas comarcas, y lo otro, porque los naturales son faltos de razón y orden política; tanto, que con gran dificultad se puede colegir dello sino poco, y tambien porque me pareció que bastaba proseguir el camino real; mas la obligacion que tengo de satisfacer á los curiosos me hace tomar animo de pasar adelante para darles verdadera relacion de todas las cosas que mas posible me fuere. Lo cual creo cierto me será agradecido por ellos y por los doctos hombres benévotos y prudentes. Y así, de lo mas verdadero y cierto que yo hallé tomé la relacion y noticia que aquí diré. Lo cual hecho, volveré á mi principal camino.

Pues volviendo á estas ciudades de Puerto-Viejo y Guayaquil, es desta manera: que saliendo por el camino de Quito á la parte de la costa de la mar del Sur, comenzaré desde Quaque, que es por aquel cabo el principio desta tierra, y por la otra se podrá decir el fin. De Tumebamba no hay camino derecho á la costa, sino es para ir á salir á los términos de la ciudad de San Miguel, primera poblacion hecha por los cristianos en el Perú.

Por lo cual digo que en la comarca de Quito, no muy lejos de Tumebamba, está una provincia que ha por nombre Chumbo, puesto que antes de llegar allí hay otras mayores y menores pobladas de gente vestida, y que sus mujeres son de buen parecer. Hay en la comarca destes pueblos aposentos principales, como en los pasados, y sirvieron y obedecieron á los ingas señores suyos, y hablaban la lengua general que se mandó por ellos que se usase en todas partes. Y á tiempos usan de congregaciones para hallarse con ellos los

mas principales, adonde tratan lo que conviene al beneficio, así de sus patrias como de los particulares provechos dello. Tienen las costumbres como los que arriba he dicho, y son semejantes á ellos en las religiones. Adoran por dios al sol y á otros dioses que ellos tienen ó tenían. Creen la inmortalidad del ánima. Tienen su cuenta con el demonio, y permitiéndolo Dios por sus pecados, tenía sobre ellos gran señorío. Agora en este tiempo, como por todas partes se predica la santa fe, muchos se llegan y están conjuntos con los cristianos, y tienen entre ellos clérigos y frailes que les doctrinan y enseñan las cosas de la fe.

Cada uno de los naturales destas provincias y todos los mas linajes de gentes que habitan en aquellas partes tienen una señal muy cierta y usada, por la cual en todas partes son conocidos. Estando yo en el Cuzco entraban de muchas partes gentes, y por las señales conocíamos que los unos eran canches y los otros cañas y los otros collas, y otros guancas y otros cañares y otros chapoyas. Lo cual cierto fué galana invencion para en tiempo de guerra no tenerse unos por otros, y para en tiempo de paz conocerse á sí propios entre muchos linajes de gentes que se congregaban por mandado de los señores y se juntaban para cosas tocantes á su servicio, siendo todos de una color y fuciones y aspecto, y sin barbas, y con un vestido, y usando por toda la tierra un solo lenguaje. En todos los mas destes pueblos principales hay iglesias adonde se dicen misas y se doctrina, y se tiene gran cuidado y orden en traer los muchachos hijos de los indios á que aprendan las oraciones, y con ayuda de Dios se tiene esperanza que siempre irá en crecimiento.

Esta provincia de Chumbo van hasta catorce leguas, todo camino áspero y á partes dificultoso, hasta llegar á un rio, en el cual hay siempre naturales de la comarca que tienen balsas en que llevan á los caminantes por aquel rio á salir al paso que dicen de Guaynacapa. El cual está (á lo que dicen) de la isla de la Puna doce leguas por una parte, y por otra hay indios naturales y no de tanta razon como los que atrás quedan, porque algunos dello enteramente no fueron conquistados por los reyes ingas.

CAPITULO XLVI.

En que se da noticia de algunas cosas tocantes á las provincias de Puerto-Viejo y á la linea Equinocial.

El primer puerto de la tierra del Perú es el de Pasos, y del y del rio de Santiago comenzó la gobernacion del marqués don Francisco Pizarro, porque lo que queda atrás hacia la parte del norte cae en los términos de la provincia del rio de San Juan; y así, se puede decir que entra en los límites de la ciudad de Santiago de Puerto-Viejo, donde, por ser esta tierra tan vecina á la Equinocial, se creen que son en alguna manera los naturales no muy sanos.

En lo tocante á la linea, algunos de los cosmógrafos antiguos variaron, y erraron en afirmar que por ser cálida no se podía habitar. Y porque esto es claro y manifiesto á todos los que habemos visto la fertilidad de la tierra y abundancia de las cosas para la sustentacion de los hombres pertenecientes, y porque desta linea Equi-

nociel se loca en algunas partes desta historia, por tanto daré aquí razon de lo que della tengo entendido de hombres peritos en la cosmografía; lo cual es, que la línea Equinociel es una vara ó círculo imaginado por medio del mundo, de levante en poniente, en igual apartamiento de los polos del mundo. Dicese Equinociel porque pasando el sol por ella hace equinocio, que quiere decir igualdad del día y de la noche. Esto es dos veces en el año, que son á 11 de marzo y á 13 de setiembre. Y es de saber que (como dicho tengo) fué opinion de algunos autores antiguos que debajo desta línea Equinociel era inhabitable; lo cual creyeron porque, como allí envia el sol sus rayos derechamente á la tierra, habria tan excesivo calor, que no se podría habitar. Desta opinion fueron Virgilio y Ovidio y otros singulares varones. Otros tuvieron que alguna parte seria habitada, siguiendo á Ptolomeo, que dice: «No conviene que pensemos que la tórrida zona totalmente sea inhabitada.» Otros tuvieron que allí no solamente era templada y sin demasiado calor, mas aun templadísima. Y esto afirma san Isidoro en el primero de las *Etimologías*, donde dice que el paraíso terrenal es en el oriente, debajo de la línea Equinociel, templadísimo y amenísimo lugar. La experiencia agora nos muestra que, no solo debajo de la Equinociel, mas toda la tórrida zona, que es de un trópico á otro, es habitada, rica y viciosa, por razon de ser todo el año los días y noches casi iguales. De manera que el frescor de la noche templó el calor del día, y así continuo tiene la tierra sazón para producir y criar los frutos. Esto es lo que de su propio natural tiene, puesto que accidentalmente en algunas partes hace diferencia.

Pues tornando á esta provincia de Santiago de Puerto-Viejo, digo que los indios desta tierra no viven mucho. Y para hacer esta experiencia en los españoles, hay tan pocos viejos hasta agora, que mas se han apocado con las guerras que no con enfermedades. Desta línea hacia la parte del polo Artico está el trópico de Cáncer cuatrocientas y veinte leguas della, en veinte y tres grados y medio, donde el sol llega á los 11 de junio y nunca pasa dél; porque desde allí da la vuelta hacia la misma línea Equinociel, y vuelve á ella á 13 de setiembre; y por el consiguiente deciendo hasta el trópico de Capricornio otras cuatrocientas y veinte leguas, y está en los mismos veinte y tres grados y medio. Por manera que hay distancia de ochocientas y cuarenta leguas de trópico á trópico. A esta llamaron los antiguos la tórrida zona, que quiere decir tierra tostada ó quemada, porque el sol en todo el año se mueve encima della.

Los naturales desta tierra son de mediano cuerpo, y tienen y poseen fertilísima tierra, porque se da gran cantidad de maíz y yuca y ajos ó batatas, y otras muchas maneras de raíces provechosas para la sustentación de los hombres. Y tambien hay gran cantidad de guayabas muy buenas, de dos ó tres maneras, y guabas y aguacates y tunas de dos suertes, las unas blancas y de tan singular sabor, que se tiene por fruta gustosa; caimitos, y otra fruta que llaman cerecillos. Hay tambien gran cantidad de melones de los de España y de los de la tierra, y se dan por todas partes muchas legumbres y ha-

bas, y hay muchos árboles de naranjos y limas, y no poca cantidad de plátanos, y se erian en algunas partes singulares piñas; y de los puercos que solia haber en la tierra hay gran cantidad, que tenían (como conté hablando del puerto de Urahu) el ombligo junto á los lomos, lo cual no es sino alguna cosa que allí les nace, y como por la parte de abajo no se halla ombligo, dijeron serlo que está arriba; y la carne destes es muy sabrosa. Tambien hay de los puercos de la casta de España y muchos venados de la mas singular carne y sabrosa que hay en la mayor parte del Perú. Perdices se erian no pocas manadas dellas, y tórtolas, palomas, pavas, faisanes y otro gran número de aves, entre las cuales hay una que llaman xutu, que será del tamaño de un gran pato; á esta erian los indios en sus casas, y son domésticas y buenas para comer. Tambien hay otra que tiene por nombre macho, que es poco menor que un gallo, y es linda cosa ver las colores que tiene y cuán vivas; el pico destas es algo grueso y mayor que un dedo, y partido en dos perfectísimas colores, amarilla y colorada. Por los montes se ven algunas zorras y osos, leoncillos pequeños y algunos tigres y cuilebras; pero, en fin, estos animales autes buyen del hombre que no le acometen. Otros algunos habrán de que yo no tengo noticia. Y tambien hay otras aves nocturnas y de rapia, así por la costa como por la tierra dentro, y algunos condores y otras aves que llaman gallinazas hediondas, ó por otro nombre auras. En las quebradas y montes hay grandes espesuras, florestas y árboles de muchas maneras, provechosas para hacer casas y otras cosas; en lo interior de algunos ellos erian abejas, que hacen en la concavidad de los árboles panales de miel singular. Tienen estos indios muchas pesquerías, adonde matan pescado en cantidad; entre ellos se toman unos que llaman bonitos, que es mala naturaleza de pescado, porque causa á quien lo come calenturas y otros males. Y aun en la mayor parte desta costa se erian en los hombres unas berrugas hermejas del grandor de nueces, y les nascen en la frente y en las narices y en otras partes; que, demás de ser mal grave, es mayor la fealdad que hace en los rostros, y créese que de comer algun pescado procede este mal. Como quiera que sea, reliquias son de aquella costa, y sin los naturales, ha habido muchos españoles que han tenido estas berrugas.

En esta costa y tierra sujeta á la ciudad de Puerto-Viejo y á la de Guayaquil hay dos maneras de gente, porque desde el cabo de Pasnos y río de Santiago hasta el pueblo de Zelango son los hombres labrados en el rostro, y comienza la labor desde el nacimiento de la oreja y superior dél, y deciendo hasta la barba, del anchor que cada uno quiere. Porque unas se labran la mayor parte del rostro y otros menos, casi y de la manera que se labran los moros. Las mujeres destes indios, por el consiguiente, andan labradas y vestidas ellas y sus maridos de mantas y camisetas de algodón, y algunas de luan. Traen en sus personas algun adorno de joyas de oro y unas cuentas muy menudas, á quien llaman chaquiras coloradas, que era rescate extremado y rico. Y en otras provincias he visto yo que se tenía por tan preciada esta chaquiras, que se daba harta cantidad de oro por ella. En la provincia de Quimbaya (que es donde está

situada la ciudad de Cartago) le dieron ciertos caciques ó principales al mariscal Robledo mas de mil y quinientos pesos por poco menos de una libra. Pero en aquel tiempo por tres ó cuatro diamantes de vidrio daban docientos y treientos pesos. Y en esto de vender á los indios, seguros estamos que no nos llamaremos á engaño con ellos. Aun me ha acaecido vender á indio una hacha pequeña de cobre, y darne él por ella tanto oro fino como la hacha pesaba; y los pesos tampoco iban muy por el fiel; pero ya es otro tiempo, y saben bien vender lo que tienen y mercar lo que han menester. Y los principales pueblos donde los naturales usan labrarse en esta provincia son: Pasnos, Xaramizo, Pimpanguaco, Pechausemeque y el valle de Xagua, Pechonse, y los de Monte-Cristo, Apechigue y Silos, y Canilloha y Manta y Zopil, Manavi, Xaraguaza, y otros que no se cuentan, que están á una parte y á otra. Las casas que tienen son de madera, y por cobertura paja, unas pequeñas y otras mayores, y como tiene la posibilidad el señor delta.

CAPITULO XLVII.

De lo que se tiene sobre si fueron conquistados estos indios desta comarca, ó no, por los ingas, y la muerte que dieron á ciertos capitanes de Topainga Yupangue.

Muchos dicen que los señores ingas no conquistaron ni pasieron debajo de su señorío á estos indios naturales de Puerto-Viejo de que voy aquí tratando; ni que enteramente los tuvieron en su servicio, aunque algunos afirman lo contrario, diciendo que si los señorearon y tuvieron sobre ellos mando. Y cuenta el vulgo sobre esto que Guaynacapa en persona vino á los conquistar, y porque en cierto caso no quisieron cumplir su voluntad, que mandó por ley que ellos y sus descendientes y sucesores se sacasen tres dientes de la boca de los de la parte de encima y otros tres de los mas bajos, y que en la provincia de los Guancabiles se usó mucho tiempo esta costumbre. Y á la verdad, como todas las cosas del pueblo sea una confusion de variedad, y jamás saben dar en el blanco de la verdad, no me espanto que digan esto, pues en otras cosas mayores fingen desvarios no pensados, que después quedan en el sentido de las gentes, y no ha de servir para entre los cuerdos sino de fábulas y novelas. Y esta digresion quiero hacerla en este lugar para que sirva en lo de adelante; pues las cosas que ya están escriptas, si se reiteran muchas veces es fastidio para el lector. Servirá (como digo) para dar aviso que en las mas de las cosas que el vulgo cuenta de los acaecimientos que han pasado en Perú son variaciones, como arriba digo. Y en lo que toca á los naturales, los que fueren curiosos de saber sus secretos entenderán lo que yo digo. Y en lo tocante á la gobernacion y á las guerras y debates que ha habido, no pongo por jueces sino á los varones que se hallaron en las consultas y congregaciones y en el despacho de los negocios; estos tales digan lo que pasó, y cuenten los dichos del pueblo, y verán cómo no concuerda lo uno con lo otro. Y esto baste para aquí.

Volviendo pues al propósito, digo que (según yo tengo entendido de indios viejos capitanes que fueron de Guaynacapa) en tiempo del gran Topainga Yupangue, su padre, vinieron ciertos capitanes suyos con alguna

copa de gente, sacada de las guarniciones ordinarias que estaban en muchas provincias del reino, y con muchas maneras que tuvieron los atrajeron á la amistad y servicio de Topainga Yupangue. Y muchos de los principales fueron con presentes á la provincia de los Paltas á le hacer reverencia; y él los recibió benignamente y con mucho amor, dando á algunos de los que le vinieron á ver piezas ricas de lana hechas en el Cuzco. Y como le conviniese volver á las provincias de arriba, adonde por su gran valor era tan estimado, que le llamaban padre y le honraban con nombres preeminentes, fué tanta su benevolencia y amor para con todos, que adquirió entre ellos fama perpetua. Y por dar asiento en cosas tocantes al buen gobierno del reino, partió sin poder por su persona visitar las provincias destos indios; en las cuales dejó algunos gobernadores y naturales del Cuzco, para que les hiciesen entender la manera con que habian de vivir para no ser tan rústicos y para otros efectos provechosos. Pero ellos, no solamente no quisieron admitir el buen deseo destos que por mandato de Topainga quedaron en estas provincias para que los encaminasen en buen uso de vivir y en la policía y costumbres suyas, y les hiciesen entender lo tocante al agricultura, y les diesen manera de vivir con mas acertada orden de la que ellos usaban; mas antes, en pago del beneficio que recibieran si no fueran tan mal conocidos, los mataron todos, que no quedó ninguno en los términos desta comarca, sin que les hiciesen mal ni les fuesen tiranos para que lo mereciesen. Esta grande crueldad afirman que entendió Topainga, y por otras causas muy importantes la disimuló, no pudiendo entender en castigar á los que tan malamente habian muerto á estos sus capitanes y vasallos.

CAPITULO XLVIII.

Cómo estos indios fueron conquistados por Guaynacapa, y de cómo habiaban con el demonio, y sacrificaban y enterraban con los señores mujeres vivas.

Pasado lo que tengo contado en esta provincia de Santiago, comarcana á la ciudad de Puerto-Viejo, es público entre muchos de los naturales della que andando los tiempos, y reinando en el Cuzco aquel que tuvieron por grande y poderoso rey, llamado Guaynacapa, bajando por su propia persona á visitar las provincias de Quito, sojuzgó enteramente á su señorío á todos estos naturales desta provincia; aunque cuentan que primero le mataron mayor número de gente y capitanes que á su padre Topainga, y con mayor falsedad y engaño, como diré en el capítulo siguiente. Y hase de entender que todas estas materias que escribo en lo tocante á los sucesos y cosas de los indios, lo cuento y trato por relacion que de todo me dieron ellos mismos; los cuales, por no tener letras ni saberlas, y para que el tiempo no consumiese sus añoscimientos y hazañas, tenían una gentil y galana invencion, como trataré en la segunda parte desta crónica. Y aunque en estas comarcas se hicieron servicios á Guaynacapa, y presentes de esmeraldas ricas y de oro y de las cosas que ellos mas tenían, no habia aposentos ni depósitos, como habemos dicho que hay en las provincias pasadas. Y esto tambien lo causaba ser la tierra tan enfer-

ma y los pueblos tan pequeños; lo cual era causa que no quisiesen residir en ella los orejones, por tenerla por de poca estimación, pues en la que ellos moraban y poseían había bien donde se pudiesen extender. Eran los naturales destos pueblos que digo, en extremo agoreros y usaban de grandes religiones; tanto, que en la mayor parte del Perú no hubo otras gentes que tanto como estos sacrificasen, según es público y notorio. Sus sacerdotes tenían cuidado de los templos y del servicio de los simulacros ó ídolos que representaban la figura de sus falsos dioses; delante de los cuales, á sus tiempos y horas, decían algunos cantares y hacían las ceremonias que aprendieron de sus mayores, al uso y costumbre que sus antiguos tenían. Y el demonio con espantable figura se dejaba ver de los que estaban establecidos y señalados para aquel maldito oficio; los cuales eran muy reverenciados y temidos por todos los linajes y tierras destos indios. Entre ellos uno era el que daba las respuestas y les hacía entender todo lo que pasaba, y aun muchas veces, por no perder el crédito y reputación y carecer de su honor, hacía apariencias con grandes meneos, para que creyesen que el demonio le comunicaba las cosas arduas y de mucha calidad, y todo lo que había de suceder en lo futuro; en lo cual pocas veces acertaba, aunque hablase por boca del mismo diablo. Y ninguna batalla ni acaescimiento ha pasado entre nosotros mismos, en nuestras guerras locas y civiles, que los indios de todo este reino y provincia no lo hayan primero anunciado y dicho; mas cómo y adónde se ha de dar, antes ni ahora ni en ningún tiempo nunca de veras aciertan ni acertaban; pues está muy claro, y así se ha de creer, que solo Dios sabe los acaescimientos por venir, y no otra criatura. Y si el demonio acierta en algo es acaso, y porque siempre responde equívocamente, que es decir, palabras que pueden tener muchos entendimientos. Y por el don de su sutilidad y astucia, y por la mucha edad y experiencia que tiene en todas las cosas, habla con los simples que le oyen; y así, muchos de los gentiles conocieron el engaño destas respuestas. Muchos destos indios tienen por cierto el demonio ser falso y malo, y le obedescian mas por temor que por amor, como trataré mas largo en lo de adelante. De manera que estos indios, unas veces engañados por el demonio, y otras por el mismo sacerdote, fingiendo lo que no era, los traía sometidos en su servicio, todo por la permission del poderoso Dios. En los templos ó guacas, que es su adoratorio, les daban á los que tenían por dioses presentes y servicios, y mataban animales para ofrecer por sacrificio la sangre dellos. Y porque les fuese mas grato, sacrificaban otra cosa mas noble, que era sangre de algunos indios, á lo que muchos afirman. Y si habían preso á algunos de sus comarcanos, con quien tuviesen guerra ó alguna enemistad, juntábanse (según también cuentan), y después de haberse embriagado con su vino y haber hecho lo mismo del preso, con sus navajas de pedernal ó de cobre el sacerdote mayor dellos lo mataba, y cortándole la cabeza, la ofrecían con el cuerpo al maldito demonio, enemigo de natura humana. Y cuando alguno dellos estaba enfermo bañábase muchas veces, y hacía otras ofrendas y sacrificios, pidiendo la salud.

Los señores que moraban muy llorados y metidos en las sepulturas, adonde también echaban con ellos algunas mujeres vivas y otras cosas de las mas preciadas que ellos tenían. No ignoraban la inmortalidad del ánima; mas tampoco podemos afirmar que lo sabían enteramente. Mas es cierto que estos, y aun los mas de gran parte destas Indias (según contaré adelante), que con las ilusiones del demonio, andando por las sembraderas, se les aparece en figura de las personas que ya eran muertas, de los que habían sido sus conocidos, y por ventura padres ó parientes; los cuales parecía que andaban con su servicio y aparato, como cuando estaban en el mundo. Con tales apariencias ciegos, los tristes seguían la voluntad del demonio; y así, metían en las sepulturas la compañía de vivos y otras cosas, para que llevase el muerto mas honra; teniendo ellos que haciéndolo así guardaban sus religiones y cumplían el mandamiento de sus dioses, y iban á lugar deleitoso y muy alegre, adonde habían de andar envueltos en sus comidas y bebidas, como solían acá en el mundo al tiempo que fueron vivos.

CAPITULO XLIX.

De cómo se daban poco estos indios de haber las mujeres vírgenes, y de cómo usaban el nefando pecado de la sodomia.

En muchas destas partes los indios dellas adoraban al sol, aunque todavía tenían tino á creer que había un Hacedor, y que su asiento era en el cielo. El adorar al sol, ó debieron de tomarlo de los ingas, ó era por ellos hecho antiguamente en la provincia de los Guancavilcas, por sacrificio establecido por los mayores y usado de muchos tiempos dellos.

Solían (según dicen) sacarse tres dientes de lo superior de la boca y otros tres de lo inferior, como en lo de atrás apunté, y sacaban destos dientes los padres á los hijos cuando eran de muy tierna edad, y creían que en hacerlo no cometían maldad, antes lo tenían por servicio grato y muy apacible á sus dioses. Casábanse como lo hacían sus comarcanos, y aun al afirmar que algunos ó los mas, antes que casasen, á la que había de tener marido la corrompían, usando con ella sus lujurias. Y sobre esto me acuerdo de que en cierta parte de la provincia de Cartagena, cuando casan las hijas y se ha de entregar la esposa al novio, la madre de la moza, en presencia de algunos de su linaje, la corrompe con los dedos. De manera que se tenía por mas honor entregarla al marido con esta manera de corrupción que no con su virginidad. Ya de la una costumbre ó de la otra, mejor era la que usan algunas destas tierras, y es, que los mas parientes y amigos tornan dueña á la que está virgen, y con aquella condicion la casan y los maridos la reciben.

Heredan en el señorio, que es mando sobre los indios, el hijo al padre, y si no, el segundo hermano; y faltando estos (conforme á la relacion que á mi me dieron), viene al hijo de la hermana. Hay algunas mujeres de buen parecer. Entre estos indios de que voy tratando, y en sus pueblos se hace el mejor y mas sabroso pan de maíz que en la mayor parte de las Indias, tan gustoso y bien amasado, que es mejor que alguno de trigo que se tiene por bueno.

En algunos pueblos destes indios tienen gran cantidad de cueros de hombres llenos de ceniza, tan espantables como los que dije en lo de atrás que había en el valle de Lile, sujeto á la ciudad de Cali. Pues como estos fuesen malos y viciosos, no embargante que entre ellos había mujeres muchas, y algunas hermosas, los mas dellos usaban (á lo que á mí me certificaron) pública y descubiertamente el pecado nefando de la sodomía; en lo cual dicen que se gloriaban demasadamente. Verdad es que los años pasados el capitán Pacheco y el capitán Olmos, que agora está en España, hicieron castigo sobre los que cometían el pecado susodicho, amonestándoles cuánto dello el poderoso Dios se desirve. Y los escarmentaron de tal manera, que ya se usa poco ó nada este pecado, ni aun las demás costumbres que tenían dañosas, ni usan los otros abusos de sus religiones, porque han oído doctrina de muchos clérigos y frailes, y van entendiendo cómo nuestra fe es la perfecta y la verdadera y que los dichos del demonio son falsos y sin fundamento, y cuyas engañosas respuestas han cesado. Y por todas partes donde el santo Evangelio se predica y se pone la cruz, se espanta y huye, y en público no osa hablar ni hacer mas que los saltadores, que hacen á furto y en oculto sus saltos. Lo cual hace el demonio á los llucos, y á los que por sus pecados están endurecidos en sus vicios. Verdad es que la fe imprime mejor en los mozos que no en muchos viejos; porque, como están envejecidos en sus vicios, no dejan de cometer sus antiguos pecados secretamente, y de tal manera, que los cristianos no los puedan entender. Los mozos oyen á los sacerdotes nuestros, y escuchan sus santas amonestaciones, y siguen nuestra doctrina cristiana. De manera que en estas comarcas hay de malos y buenos, como en todas las demás partes.

CAPITULO L.

Cómo antiguamente tuvieron una esmeralda por dios, en que adoraban los indios de Manta; y otras cosas que hay que decir destas indias.

En muchas historias que he visto, he leído, si no me engaño, que en unas provincias adoraban por dios á la semejanza del toro, y en otra á la del gallo y en otra al león, y por el consiguiente tenían mil supersticiones desto, que mas parece, al leerlo, materia para reír que no para otra cosa alguna. Y solo noto desto que digo, que los griegos fueron excelentes varones, y en quien muchos tiempos y edades florecieron las letras, y hubo en ellos varones muy ilustres y que vivirá la memoria dellos todo el tiempo que hubiere escripturas, y cayeron en este error. Los egipcios fué lo mismo, y los babilónicos; pues los romanos, á dicho de graves y doctos hombres, les pasaron; y tuvieron unos y otros unas maneras de dioses, que son cosa donosa pensar en ello, aunque algunas destas naciones atribuyan el adorar y reverenciar por dios á uno por haber recebido del algun beneficio, como fué á Saturno y á Júpiter y á otros; mas ya eran hombres, y no bestias. De manera pues que adonde había tanta ciencia humana, aunque falsa y engañosa, erraron. Así estos indios, no embargante que adoraban al sol y á la luna, también adoraban en árboles, en piedras y en la mar y

en la tierra, y en otras cosas que la imaginación les daba. Aunque, según yo me informa, en todas las mas partes destas que tenían por sagradas era visto por sus sacerdotes el demonio, con el cual comunicaban no otra cosa que perdición para sus ánimas. Y así, en el templo muy principal de Pachacama tenían una zorra en grande estimación, la cual adoraban. Y en otras partes, como iré recontando en esta historia, y en esta comarca afirman que el señor de Manta tiene ó tenía una piedra de esmeralda, de mucha grandeza y muy rica, la cual tuvieron y poseyeron sus antecesores por muy venerada y estimada, y algunos dias la ponían en público, y la adoraban y reverenciaban como si estuviera en ella encerrada alguna deidad. Y como algun indio ó india estuviese malo, después de haber hecho sus sacrificios iban á hacer oración á la piedra, á la cual afirman que hacían servicio de otras piedras, haciendo entender el sacerdote que hablaba con el demonio que venía la salud mediante aquellas ofrendas; las cuales después el cacique y otros ministros del demonio aplicaban á sí, porque de muchas partes de la tierra adentro venían los que estaban enfermos al pueblo de Manta á hacer los sacrificios y á ofrecer sus dones. Y así, me afirmaron á mí algunos españoles de los primeros que descubrieron este reino, hallar mucha riqueza en este pueblo de Manta, y que siempre dió mas que los comarcanos á él á los que tuvieron por señores ó encomenderos. Y dicen que esta piedra tan grande y rica, que jamás han querido decir della, aunque han hecho muchas amenazas á los señores y principales, ni aun lo dirán jamás, á lo que se cree, aunque los maten á todos: tanta fué la veneración en que la tenían. Este pueblo de Manta está en la costa, y por el consiguiente todos los mas de los que he contado. La tierra adentro hay mas número de gente y mayores pueblos, y difieren en la lengua á los de la costa, y tienen los mismos mantenimientos y frutas que ellos. Sus casas son de madera, pequeñas; la cobertura de paja ó de hoja de palma. Andan vestidos unos y otros, estos que nombro, serranos, y lo mismo sus mujeres. Alcanzaron algun ganado de las ovejas que dicen del Perú, aunque no tantas como en Quito ni en las provincias del Cuzco. No eran tan grandes hechiceros ni agoreros como los de la costa, ni aun eran tan malos en usar el pecado nefando. Tiénesse esperanza que hay minas de oro en algunos rios desta sierra, y que cierto está en ella la riquísima mina de las esmeraldas; la cual, aunque muchos capitanes han procurado saber dónde está, no se ha podido alcanzar, ni los naturales lo dirán. Verdad es que el capitán Olmos dicen que tuvo lengua desta mina, y aun afirman que supo dónde estaba; lo cual yo creo, si así fuera, lo dijera á sus hermanos ó á otras personas. Y cierto, mucho ha sido el número de esmeraldas que se han visto y hallado en esta comarca de Puerto-Viejo, y son las mejores de todas las Indias; porque, aunque en el nuevo reino de Granada haya mas, no son tales, ni con mucho se igualan en el valor las mejores de allá á las comunes de acá.

Los caraques y sus comarcanos es otro linaje de gente, y no son labrados, y eran de menos saber que sus vecinos, porque eran belictrios; por causas muy li-

vianas se daban guerra unos á otros. En naciendo la criatura le ahajaban la cabeza, y después la ponían entre dos tablas, liada de tal manera, que cuando era de cuatro ó cinco años le quedaba ancha ó larga y sin colorillo; y esto muchos lo hacen, y no contentándose con las cabezas que Dios les da, quieren ellos darles el talle que mas les agrada; y así, unos la hacen ancha y otros larga. Decían ellos que ponían destos talles las cabezas porque serían mas sanos y para mas trabajo. Algunas destas gentes, especialmente los que están abajo del pueblo de Colima á la parte del norte, andaban desnudos, y se contrataban con los indios de la costa que va de largo hácia el río de San Juan. Y cuentan que Guaynacapa llegó, después de haberle muerto sus capitanes, hasta Colima, adonde mandó hacer una fortaleza; y como viese andar los indios desnudos, no pasó adelante, antes dicen que dió la vuelta, mandando á ciertos capitanes suyos que contratasen y señoreasen lo que pudiesen, y llegaron por entonces al río de Santiago. Y cuentan muchos españoles que hay vivos en este tiempo de los que vinieron con el adelantado don Pedro de Albarado, especialmente lo oí al mariscal Alonso de Albarado y á los capitanes Garcilaso de la Vega y Juan de Saavedra, y á otro hidalgo que ha por nombre Suer de Cangas, que, como el adelantado don Pedro llegóse á desembarcar con su gente en esta costa, y llegado á este pueblo, hallaron gran cantidad de oro y plata en vasos y otras joyas preciadas; sin lo cual, hallaron tan gran número de esmeraldas, que si las conocieran y guardaran se hubiera por su valor mucha suma de dinero; mas, como todos afirmasen que eran de vidrio, y que para hacer la experiencia (porque entre algunos se platicaba que podrían ser piedras) las llevaban donde tenían una bigornia, y que allí con martillos las quebraban, diciendo que si eran de vidrio luego se quebrarían, y si eran piedras se pararían mas perfectas con los golpes. De manera que por la falta de conocimiento y poca experiencia quebraron muchas destas esmeraldas, y pocos se aprovecharon dellas, ni tampoco del oro y plata gozaron, porque pasaron grandes hambres y frios, y por las montañas y caminos se dejaban las cargas del oro y de la plata. Y porque en la tercera parte he dicho ya tener escrito estos sucesos cumplidamente, pasaré adelante.

CAPITULO LI.

En que se concluye la relación de los indios de la provincia de Puerto-Viejo, y lo demás tocante á su fundación, y quién fué el fundador.

Brevemente voy tratando lo tocante á estas provincias de Puerto-Viejo, porque lo mas sustancial lo he declarado, para luego volver á los aposentos de Tumebamba, donde dejé la historia de que voy tratando. Por tanto, digo que luego que el adelantado don Pedro de Albarado y el mariscal don Diego de Almagro se concertaron en los llanos de Riobamba, el adelantado don Pedro se fué para la ciudad de los Reyes, que era adonde habia de recibir la paga de los cien mil castellanos que se le dieron por el armada. Y en el interin el mariscal don Diego de Almagro dejó mandado al capitán Sebastian de Belalcázar algunas cosas tocantes á

la provincia y conquista del Quito, y entendió en reformar los pueblos marítimos de la costa, lo cual hizo en San Miguel y en Cluimo; miró lugar provechoso y que tuviese las calidades convenientes para fundar la ciudad de Trujillo, que después pobló el marqués don Francisco Pizarro.

En todos estos caminos verdaderamente (según que yo entendí) el mariscal don Diego de Almagro se mostró diligente capitán; el cual, como llegóse á la ciudad de San Miguel, y supiese que los naos que venían de la Tierra-Firme y de las provincias de Nicaragua y Guatemala y de la Nueva-España, llegadas á la costa del Perú, saltaban los que venían en ellas en tierra y hacían mucho daño en los naturales de Manta y en los mas indios de la costa de Puerto-Viejo, por evitar estos daños, y para que los naturales fuesen mirados y favorecidos, porque supo que habia copin dellos y adonde se podía fundar una villa ó ciudad, determinó de enviar un capitán á lo hacer.

Y así, dicen que mandó luego al capitán Francisco Pacheco que saliese con la gente necesaria para ello; y Francisco Pacheco, haciéndolo así como le fué mandado, se embarcó en un pueblo que ha por nombre Pienaza, y en la parte que mejor le pareció, fundó y pobló la ciudad de Puerto-Viejo, que entonces se nombró villa. Esto fué día de San Gregorio, á 12 de marzo, año del nacimiento de nuestro redentor Jesucristo de 1535, y fundóse en nombre del emperador don Carlos, nuestro rey y señor.

Estando entendiendo en esta conquista y poblacion el capitán Francisco Pacheco, vino del Quito (donde tambien andaba por teniente general de don Francisco Pizarro el capitán Sebastian de Belalcázar) Pedro de Puelles, con alguna copia de españoles, á poblar la misma costa de la mar del Sur, y hubo entre unos y otros, á lo que cuentan, algunas cosquillas, hasta que, ida la nueva al gobernador don Francisco Pizarro, envió á mandar lo que entendió que convenia mas al servicio de su majestad y á la buena gobernacion y conservacion de los indios. Y así, después de haber el capitán Francisco Pacheco conquistado las provincias, y andado por ellas poco menos tiempo de dos años, pobló la ciudad, como tengo dicho, habiéndose vuelto el capitán Pedro de Puelles á Quito. Llamóse al principio la villa nueva de Puerto-Viejo, la cual está asentada en lo mejor y mas conveniente de sus comarcas, no muy lejos de la mar del Sur. En muchos términos desta ciudad de Puerto-Viejo hacen para enterrar los difuntos unos hoyos muy hondos, que tienen mas talle de pozos que de sepulturas; y cuando quieren meterlos dentro, después de estar bien limpio de la tierra que han cavado, júntese mucha gente de los mismos indios, adonde bailan y cantan y lloran, todo en un tiempo, sin olvidar el beber, teniendo sus atambores y otras músicas mas temerosas que suaves; y hechas estas cosas, y otras á uso de sus antepasados, meten al difunto dentro destas sepulturas tan hondas; con el cual, si es señor ó principal, ponen dos ó tres mujeres de las mas hermosas y queridas suyas, y otras joyas de las mas preciadas, y con la comida y cántaros de su vino de maíz los que les parecio. Hecho esto, ponen encima de la sepultura una caña

de las gordas que ya he dicho haber en aquellas partes, y como sean estas cañas huecas, tienen cuidado á sus tiempos de les echar deste brebaje, que estos llaman azúa, hecho de mizú ó de otras raíces; porque, engañados del demonio, creen y tienen por opinión (según yo lo entendí dellos) que el muerto bebe deste vino que por la caña le echan. Esta costumbre de meter consigo los muertos sus armas en las sepulturas, y su tesoro y mucho mantenimiento, se usaba generalmente en la mayor parte destas tierras que se han descubierto; y en muchas provincias metían también mujeres vivas y muchachos.

CAPITULO LII.

De los pozos que hay en la punta de Santa Elena, y de lo que cuentan de la venida que hicieron los gigantes en aquella parte, y del ojo de alquitran que en ella está.

Porque al principio desta obra conté en particular los nombres de los puertos que hay en la costa del Perú, llevando la órden desde Panamá hasta los fines de la provincia de Chilo, que es una gran longura, me pareció que no convenia tornarlos á recitar, y por esta causa no trataré desto. También he dado ya noticia de los principales pueblos desta comarca; y porque en el Perú hay fama de los gigantes que vinieron á desembarcar á la costa en la punta de Santa Elena, que es en los términos desta ciudad de Puerto-Viejo, me pareció dar noticia de lo que oí dellos, según que yo lo entendí, sin mirar las opiniones del vulgo y sus dichos varios, que siempre engrandece las cosas mas de lo que fueron.

Cuentan los naturales por relacion que oyeron de sus padres, la cual ellos tuvieron y tenían de muy atrás, que vinieron por la mar en unas balsas de juncos á manera de grandes barcas unos hombres tan grandes, que tenía tanto uno dellos de la rodilla abajo como un hombre de los comunes en todo el cuerpo, aunque fuese de buena estatura, y que sus miembros conformaban con la grandeza de sus cuerpos, tan disformes, que era cosa monstruosa ver las cabezas, según eran grandes, y los cabellos, que les llegaban á las espaldas. Los ojos señalaban que eran tan grandes como pequeños platos. Afirman que no tenían barbas, y que venían vestidos algunos dellos con pieles de animales y otros con la ropa que les dió natura, y que no trajeron mujeres consigo. Los cuales, como llegasen á esta punta, después de haber en ella hecho su asiento á manera de pueblo (que aun en estos tiempos hay memoria de los sitios destas casas que tuvieron), como no hallasen agua, para remediar la falta que della sentían, hicieron unos pozos hondísimos; obra por cierto digna de memoria, hecha por tan fortísimos hombres como se presume que serían aquellos, pues era tanta su grandeza. Y cavaron estos pozos en Peña Viva hasta que hallaron el agua, y después los labraron desde ella hasta arriba de piedra, de tal manera, que durará muchos tiempos y edades; en los cuales hay muy buena y sabrosa agua, y siempre tan fría, que es gran contento beberla. Habiendo pues hecho sus asientos estos crecidos hombres ó gigantes, y teniendo estos pozos ó cisternas, de donde bebían, todo el mantenimiento que hallaban en la comarca de la tier-

ra que ellos podían hollar lo destruían y comían; tanto, que dicen que uno dellos comía mas vianda que cincuenta hombres de los naturales de aquella tierra; y como no bastase la comida que hallaban para sustentarse, mataban mucho pescando en la mar con sus redes y aparejos, que según razón tenían. Vivieron en grande aborrecimiento de los naturales; porque por usar con sus mujeres los mataban, y á ellos hacían lo mismo por otras causas. Y los indios no se hallaban bastantes para matar á esta nueva gente que había venido á ocuparles su tierra y señorio, aunque se hicieron grandes juntas para ploticar sobre ellos; pero no les osaron acometer. Pasados algunos años, estando todavía estos gigantes en esta parte, como les faltasen mujeres, y los naturales no les cuadrasen por su grandeza, ó porque sería vicio usado entre ellos, por consejo y inducimiento del maldito demonio, usaban unos con otros el pecado nefando de la sodomía, tan gravísimo y horrendo; el cual usaban y cometían pública y descubiertamente, sin temor de Dios y poca vergüenza de sí mismos. Y afirman todos los naturales que Dios nuestro Señor, no siendo servido de disimular pecado tan malo, les envió el castigo conforme á la fealdad del pecado. Y así, dicen que, estando todos juntos envueltos en su maldita sodomía, vino fuego del cielo temeroso y muy espantable, haciendo gran ruido, del medio del cual salió un ángel resplandeciente, con una espada tojante y muy resfulgente, con la cual de un solo golpe los mató á todos y el fuego los consumió; que no quedó sino algunos huesos y calaveras, que para memoria del castigo quiso Dios que quedasen sin ser consumidas del fuego. Esto dicen de los gigantes; lo cual creemos que pasó, porque en esta parte que dicen se han hallado y se hallan huesos grandísimos. Y yo he oído á españoles que han visto pedazo de muela, que juzgaban que á estar entera pesara mas de media libra carnicera; y también que habían visto otro pedazo del hueso de una canilla, que es cosa admirable contar cuán grande era; lo cual hace testigo haber pasado; porque, sin esto, se ve adonde tuvieron los sitios de los pueblos y los pozos ó cisternas que hicieron. Querer afirmar ó decir de qué parte ó por qué camino vinieron estos, no lo puedo afirmar, porque no lo sé. Este año de 1389 oí yo contar, estando en la ciudad de los Reyes, que siendo el ilustrísimo don Antonio de Mendoza visorey y gobernador de la Nueva-España, se hallaron ciertos huesos en ella de hombres tan grandes como los destes gigantes, y aun mayores; y sin esto, también he oído antes de agora que en un antiquísimo sepulcro se hallaron en la ciudad de Méjico ó en otra parte de aquel reino ciertos huesos de gigantes. Por donde se puede tener, pues tantos lo vieron y lo afirman, que hubo estos gigantes, y aun podrian ser todos unos. En esta punta de Santa Elena (que, como dicho tengo, está en la costa del Perú, en los términos de la ciudad de Puerto-Viejo) se ve una cosa muy de notar, y es, que hay ciertos ojos y mineros de alquitran tan perfecto, que podrian calafatear con ello á todos los navios que quisiesen, porque mana; y este alquitran debe ser algun minero que pasa por aquel lugar, el cual sale muy caliente; y destes mineros de alquitran yo no he visto ninguno en las par-

tes de las Indias que he andado; aunque creo que Gonzalo Hernandez de Oviedo, en su primera parte de la *Historia natural y general de Indias*, da noticia deste y de otros. Mas, como yo no escribo generalmente de las Indias, sino de las particularidades y acaescimientos del Perú, no trato de lo que hay en otras partes, y con esto se concluye en lo tocante á la ciudad de Puerto-Viejo.

CAPITULO LIII.

De la fundación de la ciudad de Guayaquil, y de la muerte que dieron los naturales á ciertos capitanes de Guaynacapa.

Mas adelante, hácia el poniente, está la ciudad de Guayaquil, y luego que se entra en sus términos los indios son guancavilcas, de los desdentados, que por sacrificio y antigua costumbre y por honra de sus malditos dioses se sacaban los dientes que he dicho atrás, y por haber ya declarado su traje y costumbres, no quiero en este capítulo tornarlo á repetir.

En tiempo de Topainga Yupangue, señor del Cuzco, ya dije cómo, después de haber vencido y subjectado las naciones deste reino, en que se mostró capitán excelente y alcanzó grandes victorias y trofeos deshaciendo las guarniciones de los naturales, porque en ninguna parte parecían otras armas ni gente de guerra, sino la que por su mandado estaba puesta en los lugares que él constituía, mandó á ciertos capitanes suyos que fuesen corriendo de largo la costa y mirasen lo que en ella estaba poblado, y procurasen con toda benevolencia y amistad allegarlo á su servicio; á los cuales sucedió lo que dije atrás, que fueron muertos, sin quedar ninguno con la vida, y no se entendió por entonces en dar el castigo que merecían aquellos que, falsando la paz, habían muerto á los que debajo de su amistad dormían (como dicen) sin cuidado ni recelo de semejante traición; porque el Inga estaba en el Cuzco, y sus gobernadores y delegados tenían harto que hacer en sustentar los términos que cada uno gobernaba. Andando los tiempos, como Guaynacapa sucediese en el señorío, y saliese tan valeroso y valiente capitán como su padre, y aun de mas prudencia y vanaglorioso de mandar, con gran celeridad salió del Cuzco acompañado de los mas principales orejones de los dos famosos linajes de la ciudad del Cuzco, que habían por nombre los hanancuzcos y orencuzcos, el cual, después de haber visitado el solenne templo de Pachacama y las guarniciones que estaban y por su mandado residían en la provincia de Jauja y en la de Caxamalca y otras partes, así de los moradores de la serranía, como de los que vivían en los fructíferos valles de los llanos, llegó á la costa, y en el puerto de Tumbes se había hecho una fortaleza por su mandado, aunque algunos indios dicen ser mas antiguo este edificio; y por estar los moradores de la isla de la Puna diferentes con los naturales de Tumbes, les fué fácil de hacer la fortaleza á los capitanes del Inga, que á no haber estas guerrillas y debates locos, pudiera ser que se vieran en trabajo. De manera que puesta en término de acabar, llegó Guaynacapa, el cual mandó edificar templo del sol junto á la fortaleza de Tumbes, y colocar en él número de mas de docientas vírgenes, las mas hermosas que se hallaron en la comarca, hijas de

los principales de los pueblos. Y en esta fortaleza (que en tiempo que no estaba ruinada fué, á lo que dicen, cosa harto de ver) tenía Guaynacapa su capitán ó delagado con cantidad de mitimaes y muchos depósitos llenos de cosas preciadas, con copia de mantenimiento para sustentacion de los que en ella residían, y para la gente de guerra que por allí pasase. Y aun cuentan que le trajeron un león y un tigre muy fiero, y que mandó los tuviesen muy guardados; las cuales bestias deben ser las que echaron para que despedazasen al capitán Pedro de Candia al tiempo que el gobernador don Francisco Pizarro, con sus trece compañeros (que fueron los descubridores del Perú, como se tratará en la tercera parte desta obra), llegaron á esta tierra. Y en esta fortaleza de Tumbes había gran número de plateros que hacían cántaros de oro y plata con otras muchas maneras de joyas, así para el servicio y ornamento del templo, que ellos tenían por sacrosanto, como para el servicio del mismo Inga, y para chapar las planchas desta metal por las paredes de los templos y palacios. Y las mujeres que estaban dedicadas para el servicio del templo no entendían en mas que hilar y tejer ropa finísima de lana, lo cual hacían con mucho primor. Y porque estas materias se escriben bien larga y copiosamente en la segunda parte, que es de lo que pude entender del reinado de los ingas que hubo en el Perú, desde Mangocapa, que fué el primero, hasta Guascar, que derechamente siendo señor, fué el último, no trataré aquí en este capítulo mas de lo que conviene para su claridad. Pues luego que Guaynacapa se vió apoderado en la provincia de los guancavilcas y en la de Tumbes y en lo demás á ello comarcano, envió á mandar á Tumbala, señor de la Puna, que viniese á le hacer reverencia, y después que le hubiese obedecido, le contribuyese con lo que hubiese en su isla. Oído por el señor de la isla de la Puna lo que el Inga mandaba, pesóle en gran manera; porque, siendo él señor y habiendo recibido aquella dignidad de sus progenitores, tenía por grave carga, perdiendo la libertad, don tan estimado por todas las naciones del mundo, recibir al extraño por solo y universal señor de su isla, al cual sabía que, no solamente habían de servir con las personas, mas permitir que en ella se hiciesen casas fuertes y edificios, y á su costa sustentarlos y proveerlos, y aun darle para su servicio sus hijas y mujeres las mas hermosas, que ora lo que mas sentían. Mas al fin, platicado unos con otros de la calamidad presente, y cuán poca era su potencia para repudiar el poder del Inga, hallaron que sería consejo saludable otorgar el amistad, aunque fuese con fingida paz. Y con esto envió Tumbala mensajeros propios á Guaynacapa con presentes, haciéndole grandes ofrecimientos, persuadiéndole quisiese venir á la isla de la Puna á holgarse en ella algunos dias. Lo cual pasado, y Guaynacapa satisfecho de la humildad con que se ofrecían á su servicio, Tumbala, con los mas principales de la isla, hicieron sacrificios á sus dioses, pidiendo á los adivinos respuesta de lo que harían para no ser sujetos del que pensaba de todos ser soberano señor. Y cuenta la fama vulgar que enviaron sus mensajeros á muchas partes de la comarca de la Tierra-Firme para tentar los ánimos de los naturales della; porque procu-

roban con sus dichos y persuasiones provocarlos á ira contra Guaynacapa, para que, levantándose y tomadas las armas, eximir de sí el mando y señorío del Inga. Y esto se hacia con una secreta disimulacion, que por pocos, fuera de los movedores, era entendida. Y en el interin destas pláticas Guaynacapa vino á la isla de la Puna, y en ella fué honradamente recebido y aposentado en los aposentos reales que para él estaban ordenados y hechos de tiempo breve, en los cuales se congregaban los orejones con los de la isla, mostrando todos una amicitia simple y no fingida.

Y como muchos de los de la Tierra-Firme desearan vivir como vivieron sus antepasados, y siempre el mando extraño y peregrino se tiene por muy grave y pesado, y el natural por muy fácil y ligero, conjuráronse con los de la isla de Puna para matar á todos los que habia en su tierra que entraron con el Inga. Y dicen que en este tiempo Guaynacapa mandó á ciertos capitanes suyos que con cantidad de gente de guerra fuesen á visitar ciertos pueblos de la Tierra-Firme y á ordenar ciertas cosas que convenian á su servicio, y que mandaron á los naturales de aquella isla que los llevasen en balsas por la mar á desembarcar por un rio arriba á parte dispuesta para ir adonde iban encaminados, y que hecho y ordenado por Guaynacapa esto y otras cosas en esta isla, se volvió á Tumbes ó á otra parte cerca della, y que salido, luego entraron los orejones, mancebos nobles del Cuzco, con sus capitanes, en las balsas, que muchas y grandes estaban aparejadas, y como fuesen descuidados dentro en el agua, los naturales engañosamente desataban las cuerdas con que iban atados los polos de las balsas, de tal manera que los pobres orejones caian en el agua, adonde con gran crueldad los mataban con las armas secretas que llevaban; y así, matando á unos y ahogando á otros, fueron todos los orejones muertos, sin quedar en las balsas sino algunas mantas, con otras joyas suyas. Hechas estas muertes, los agresores era mucha la alegría que tenían, y en las mismas balsas se saludaban y hablaban tan alegremente, que pensaban que por la hazaña que habian cometido estaba ya el Inga con todas sus reliquias en su poder. Y ellos, gozándose del trofeo y victoria, se aprovechaban de los tesoros y ornamentos de aquella gente del Cuzco; mas de otra suerte les sucedió el pensamiento, como irá relatando, á lo que ellos mismos cuentan. Muertos (como es dicho) los orejones que vinieron en las balsas, los matadores con gran celeridad volvieron adonde habian salido para meter de nuevo mas gente en ellas. Y como estuviesen descuidados del juego que habian hecho á sus confines, embarcáronse mayor número con sus ropas, armas y ornamentos, y en la parte que mataron á los de antes, mataron á estos, sin que ninguno escapase; porque, si querian salvar las vidas algunos que sabian nadar, eran muertos con crueldades y temerosos golpes que les daban, y si se zambullian para ir huyendo de los enemigos á pedir favor á los peces que en el piélago del mar tienen su morada, no les aprovechaba, porque eran tan diestros en el nadar como lo son los mismos peces; porque lo mas del tiempo que viven, gastan dentro en la mar en sus pesquerias; alcanzábanlos, y allí en el agua los mataban y ahogaban, de manera que

la mar estaba llena de la sangre, que era señal de trista espectáculo. Pues luego que fueron muertos los orejones que vinieron en las balsas, los de la Puna con los otros que les habian sido consortes en el negocio se volvieron á su isla. Estas cosas fueron sabidas por el rey Guaynacapa, el cual, como lo supo, recibió (á lo que dicen) grande enojo y mostró mucho sentimiento porque tantos de los suyos y tan principales careciesen de sepulturas (y á la verdad en la mayor parte de las Indias se tiene mas cuidado de hacer y adornar la sepultura donde han de meterse después de muertos, que no en aderezar la casa en que han de vivir siendo vivos), y que luego hizo llamamiento de gente, juntando las reliquias que le habian quedado, y con gran voluntad entendió en castigar los bárbaros de tal manera, que, aunque ellos quisieron ponerse en resistencia, no fueron parte ni tampoco de gozar del perdon, porque el delito se tenia por tan grave, que mas se entendia en castigarlo con toda severidad que en perdonarlo con clemencia ni humanidad. Y así, fueron muertos con diferentes especies de muertes muchos millares de indios, y empalados y ahogados no pocos de los principales que fueron en el consejo. Después de haber hecho el castigo bien grande y temeroso, Guaynacapa mandó que en sus cantares en tiempos tristes y calamitosos se refiriese la maldad que allí se cometió; lo cual, con otras cosas, recitan ellos en sus lenguas como á manera de endechas. Y luego intentó de mandar hacer por el rio de Guayaquil, que es muy grande, una calzada, que cierto, segun parece por algunos pedazos que della se ve, era cosa soberbia; mas no se acabó ni se hizo por entero lo que él queria; y llámase esto que digo el Paso de Guaynacapa. Y hecho este castigo, y mandado que todos obedesciesen á su gobernador, que estaba en la fortaleza de Tumbes, y ordenadas otras cosas, el Inga salió de aquella comarca. Otros pueblos y provincias están en los términos desta ciudad de Guayaquil, que no hay que decir dellos mas que son de la manera y traje de los ya dichos, y tienen una misma tierra.

CAPITULO LIV.

De la isla de la Puna y de la Plata, y de la admirable rafa que llaman xataparrilla, tan provechosa para todas enfermedades.

La isla de la Puna, que está cerca del puerto de Tumbes, terná de contorno poco mas de diez leguas. Fué antiguamente tenuta en mucho, porque, demás de ser los moradores della muy grandes contratantes y tener en su isla abasto de las cosas pertenecientes para la humana sustentacion, que era causa bastante para ser ricos, eran para entre sus comarcanos tenidos por valientes. Y así, en los siglos pasados tuvieron muy grandes guerras y contiendas con los naturales de Tumbes y con otras comarcas. Y por causas muy livianas se mataban unos á otros, robándose y tomándose las mujeres y hijos. El gran Topainga envió embajadores á los desta isla, pidiéndoles que quisiesen ser sus amigos y confederados; y ellos, por la fama que tenían y porque habian oido del grandes cosas, oyeron su embajada, mas no le sirvieron ni fueron enteramente sojuzgados hasta en tiempo de Guaynacapa, aunque otros dicen que antes fueron metidos debajo del señorío de los ingas por inga

Yupangue, y que se rebelaron. Como quiera que sea, pasó lo que he dicho de los capitanes que mataron, según es público. Son de medianos cuerpos, morenos, andan vestidos con ropas de algodón ellos y sus mujeres, y traen grandes vueltas de chaquiras en algunas partes del cuerpo, y pónense otras piezas de oro para mostrarse galanos.

Tiene esta isla grandes florestas y arboledas, y es muy viciosa de frutas. Dase mucho maíz y yuca y otras raíces gustosas, y asimismo hay en ella muchas aves de todo género, muchos papagayos y guacamayas, y gaticos pintados y monos y zorras, leones y culebras, y otros muchos animales. Cuando los señores se mueren son muy llorados por toda la gente della, así hombres como mujeres, y entiérralos con gran veneración á su uso, poniendo en la sepultura cosas de las mas ricas que él tiene y sus armas, y algunas de sus mujeres de las mas hermosas, las cuales, como acostumbran en la mayor parte destas Indias, se meten vivas en las sepulturas para tener compañía á sus maridos. Lloran á los difuntos muchos dias arreo, y tresquillanse las mujeres que en su casa quedan, y aun las mas cercanas en parentesco; y pónense á tiempos tristes y hácenles sus obsequios. Eran dados á la religion y amigos de cometer algunos vicios. El demonio tenia sobre ellos el poder que sobre los pasados, y ellos con él sus pláticas, las cuales oian por los que estaban señalados para aquel efecto.

Tuvieron sus templos en partes ocultas y oscuras, adonde con pinturas horribles tenian las paredes oscupidas. Y delante de sus altares, donde se hacian los sacrificios, mataban algunos animales y algunas aves, y aun tambien mataban, á lo que se dice, indios esclavos ó tomados en tiempo de guerra en otras tierras, y ofrecian la sangre delllos á su maldito diablo.

En otra isla pequeña que confina con esta, la cual llaman de la Plata, tenian en tiempo de sus padres un templo ó guaca, adonde tambien adoraban á sus dioses y hacian sacrificios, y en circuíto del templo y junto al adoratorio tenian cantidad de oro y plata y otras cosas ricas de sus ropas de lana y joyas, las cuales en diversos tiempos habian allí ofrecido. Tambien dicen que cometian algunos destos de la Puna el pecado nefando. En este tiempo, por la voluntad de Dios, no son tan malos; y si lo son, no públicamente ni hacen peccados al descubierto, porque hay en la isla clérigo, y tienen ya conocimiento de la ceguedad con que vivieron sus padres y cuán engañosa era su creencia, y cuánto se gana en creer nuestra santa fe católica y tener por Dios á Jesucristo, nuestro redentor. Y así, por su gran bondad, permitiéndolo su misericordia, muchos se han vuelto cristianos, y cada día se vuelven mas.

Aquí nace una yerba, de que hay mucha en esta isla y en los términos desta ciudad de Guayaquil, la cual llaman zarzaparrilla, porque sale como zarza de su nacimiento, y echa por los pimpollos y mas partes de sus ramos unas pequeñas hojas. Las raíces desta yerba son provechosas para muchas enfermedades, y mas para el mal de bubas y dolores que causa á los hombres esta pestífera enfermedad; y así, á los que quieren sanar, con meterse en un aposento caliente y que esté abrigado,

de manera que la frialdad ó aire no dañe al enfermo, con solamente purgarse y comer viandas delicadas y de dieta y beber del agua destas raíces, las cuales curan lo que conviene para aquel efecto, y sacada el agua, que sale muy clara y no de mal sabor ni ninguno olor, dándola á beber al enfermo algunos dias, sin le hacer otro beneficio, purga la malestia del cuerpo de tal manera, que en breve queda mas sano que antes estaba, y el cuerpo mas enjuto y sin señal ni cosa de las que suelen quedar con otras curas; antes queda en tanta perfección, que parece nunca estuvo malo, y así verdaderamente se han hecho grandes curas en este pueblo de Guayaquil en diversos tiempos. Y muchos que traian las asaduras dañadas y los cuerpos podridos, con solamente beber el agua destas raíces quedaban sanos y de mejor color que antes que estuviesen enfermos. Y otros que venian agravados de las bubas y las traian metidas en el cuerpo y la boca de mal olor, bebiendo esta agua los dias convenientes, tambien sanaban. En fin, muchos fueron hinchados y otros llagados y volvieron á sus casas sanos. Y tengo por cierto que es una de las mejores raíces ó yerbas del mundo y la mas provechosa, como se ve en muchos que han sanado con ella. En muchas partes de las Indias hay desta zarzaparrilla; pero hólase que no es tan buena ni tan perfecta como la que se cria en la isla de la Puna y en los términos de la ciudad de Guayaquil.

CAPITULO LV.

De cómo se fundó y pobló la ciudad de Santiago de Guayaquil, y de algunos pueblos de indios que son á ella sujetos, y otras cosas hasta salir de sus términos.

Para que se entienda la manera como se pobló la ciudad de Santiago de Guayaquil, será necesario decir algo dello, conforme á la relacion que yo pude alcanzar, no embargante que en la tercera parte desta obra se trata mas largo en el lugar que se cuenta el descubrimiento de Quito y conquista de aquellas provincias por el capitán Sebastian de Belalcázar, el cual, como tuviese poderes largos del adelantado don Francisco Pizarro y supiese haber gente en las provincias de Guayaquil, acordó por su persona poblar en la comarca dellas una ciudad. Y así, con los españoles que le pareció llevar, salió de San Miguel, donde á la sazón estaba allegando gente para volver á la conquista del Quito, y entrando en la provincia, luego procuró atraer los naturales á la paz de los españoles y á que conociesen que habian de tener por señor y rey natural á su majestad. Y como los indios ya sabian estar poblado de cristianos San Miguel y Puerto-Viejo, y lo mismo Quito, salieron muchos delllos de paz, mostrando holgarse con su venida; y así, el capitán Sebastian de Belalcázar en la parte que le pareció fundó la ciudad, donde estuvo pocos dias, porque le convino ir la vuelta de Quito, dejando por alcaide y capitán á un Diego Daza. Y como saliese de la provincia, no se tardó mucho cuando los indios comenzaron á entender las importunidades de los españoles y la gran codicia que tenian, y la priesa con que les podian oro y plata y mujeres hermosas. Y estando divididos unos de otros, acordaron los indios, después de lo haber platicado en sus ayuntamientos, de los matar, pues

tan fácilmente lo podían hacer; y como lo determinaron lo pusieron por obra, y dieron en los cristianos estando bien desecudados de tal cosa, y mataron á todos los mas, que no escaparon sino cinco ó seis de ellos y su caudillo Diego Daza; los cuales pudieron, aunque con trabajo y gran peligro, llegar á la ciudad del Quito, de donde habia salido ya el capitán Belalcázar á hacer el descubrimiento de las provincias que están mas llegadas al norte, dejando en su lugar á un capitán que ha por nombre Juan Díaz Hidalgo. Y como se supiese en Quito esta nueva, algunos cristianos volvieron con el mismo Diego Daza y con el capitán Tapia, que quiso hallarse en esta población para entender en ella; y vueltos, tuvieron algunos encuentros con los indios, porque unos á otros se habian hablado y animado, diciendo que habian de morir por defender sus personas y haciendas. Y aunque los españoles procuraron de los atraer de paz, no podían, por les haber cobrado grande odio y enemistad; la cual mostraron de tal manera, que mataron algunos cristianos y caballos, y los demás se volvieron á Quito. Pasado lo que voy contando, el gobernador don Francisco Pizarro, como lo supo, envió al capitán Zaera á que hiciese esta población; el cual, entrando de nuevo en la provincia, estando entendiendo en hacer el repartimiento del depósito de los pueblos y caciques entre los españoles que con él entraron en aquella conquista, el Gobernador lo envió á llamar á toda prisa para que fuese con la gente que con él estaba al socorro de la ciudad de los Reyes, porque los indios la tuvieron cercada por algunas partes. Con esta nueva y mando del Gobernador se tornó á despojar la nueva ciudad. Pasados algunos días, por mandado del mismo adelantado don Francisco Pizarro, tornó á entrar en la provincia el capitán Francisco de Orillana con mayor cantidad de españoles y caballos, y en el mejor sitio y mas dispuesto pobló la ciudad de Santiago de Guayaquil en nombre de su majestad, siendo su gobernador y capitán general en el Perú don Francisco Pizarro, año de nuestra reparacion de 1537 años. Muchos indios de los guanacavilcas sirven á los españoles vecinos desta ciudad de Santiago de Guayaquil; y sin ellos, están en su comarca y jurisdiccion los pueblos de Yacual, Colonche, Chinduy, Chongon, Daule, Chonaca, y otros muchos que no quiero contar porque va poco en ello. Todos están poblados en tierras fértiles de mantenimiento, y todas las frutas que he contado haber en otras partes tienen ellos abundantemente. Y en las concavidades de los árboles se cria mucha miel singular. Hay en los términos desta ciudad grandes campos rasos de campaña, y algunas montañas, florestas y espesuras de grandes arboledas. De las sierras abajan rios de agua muy buena.

Los indios, con sus mujeres, andan vestidos con sus camisetas y algunos maures para cubrir sus vergüenzas. En las cabezas se ponen unas coronas de cuentas muy menudas, á quien llaman chaquiras, y algunas son de plata y otras de cuero de tigre ó de leon. El vestido que las mujeres usan es ponerse una manta de la cintura abajo, y otra que les cubre hasta los hombros, y traen los cabellos largos. En algunos destos pueblos los

caciques y principales se clavan los dientes con puntas de oro. Es fama entre algunos que cuando hacen sus seimenteras sacrificaban sangre humana y corazones de hombres á quien ellos reverenciaban por dioses, y que habia en cada pueblo indios viejos que hablaban con el demonio. Y cuando los señores estaban enfermos, para aplacar la ira de sus dioses y pedirles salud hacian otros sacrificios llenos de sus supersticiones, matando hombres, segun yo tuve por relacion, teniendo por grato sacrificio el que se hacia con sangre humana. Y para hacer estas cosas tenian sus atambores y campanillas y idolos, algunos figurados á manera de leon ó de tigre, en que adoraban. Cuando los señores morian, hacian una sepultura redonda con su bóveda, la puerta adonde sale el sol, y en ella le metian, acompañado de mujeres vivas y sus armas y otras cosas, de la manera que acostumbraban todos los mas que quedan atrás. Las armas con que pelean estos indios son varas y bastones, que acá llamamos macanas. La mayor parte de ellos se ha consumido y acabado. De los que quedan, por la voluntad de Dios se han vuelto cristianos algunos, y poco á poco van olvidando sus costumbres malas y se llegan á nuestra santa fe. Y pareciéndome que basta lo dicho de las ciudades de Puerto-Viejo y Guayaquil, volveré al camino real de los ingas, que dejó llegado á los aposentos reales de Tumebamba.

CAPITULO XVI.

De los pueblos de indios que hay saliendo de los aposentos de Tumebamba hasta llegar al paraje de la ciudad de Loja, y de la fundacion desta ciudad.

Saliedo de Tumebamba por el gran camino hacia la ciudad del Cuzco, se va por toda la provincia de los Cañares hasta llegar á Cañaribamba y á otros aposentos que están mas adelante. Por una parte y por otra se ven pueblos desta misma provincia y una montaña que está á la parte de oriente, la vertiente de la cual es poblada y discurre hacia el rio del Muraño. Estando fuera de los términos destos indios cañares, se llega á la provincia de los Paltas, en la cual hay unos aposentos que se nombran en este tiempo de las Piedras, porque allí se vieron muchas y muy primas, que los reyes ingas en el tiempo de su reinado habian mandado á sus mayordomos ó delegados, por tener por importante esta provincia de los Paltas, se hiciesen estos tambos, los cuales fueron grandes y galanos, y labrada política y muy primamente la cantería con que estaban hechos, y asentados en el nacimiento del rio de Tumbes, y junto á ellos muchos depósitos ordinarios, donde echaban los tributos y contribuciones que los naturales eran obligados á dar á su rey y señor, y á sus gobernadores en su nombre.

Hacia el poniente destos aposentos está la ciudad de Puerto-Viejo; al oriente están las provincias de los bracamoros, en las cuales hay grandes regiones y muchos rios, y algunos muy crecidos y poderosos. Y se tiene grande esperanza que andando veinte ó treinta jornadas hallarán tierra fértil y muy rica; y hay grandes montañas, y algunas muy espantables y temerosas. Los indios andan desnudos, y no son de tanta razon como los del Perú, ni fueron subyeltados por los reyes ingas,

ni tienen la policía que estos, ni en sus juntas se guarda orden ni la tuvieron mas que los indios sujetos á la ciudad de Antiocha y á la villa de Arma, y á los mas de la gobernacion de Popayan; porque estos que están en estas provincias de los bracamoros les imitan en las mas de las costumbres, y en tener casi unos mismos afetos naturales como ellos; afirman que son muy valientes y guerreros. Y aun los mismos orejones del Cuzco confiesan que Guaynacapa volvió huyendo de la furia dellos.

El capitan Pedro de Vergara anduvo algunos años descubriendo y conquistando en aquella region, y pobló en cierta parte della. Y con las alteraciones que hubo en el Perú, no se acabó de hacer enteramente el descubrimiento; antes salieron por dos ó tres veces los españoles que en él andaban para seguir las guerras civiles. Después el presidente Pedro de la Gasca tornó á enviar á este descubrimiento al capitan Diego Palomino, vecino de la ciudad de San Miguel. Y aun estando yo en la ciudad de los Reyes vinieron ciertos conquistadores á dar cuenta al dicho presidente y oidores de lo que por ellos habia sido hecho. Como es muy curioso el doctor Bravo de Saravia, oidor de aquella real audiencia, le estaban dando cuenta en particular de lo que habian descubierto. Y verdaderamente, metiendo por aquella parte buena copia de gente, el capitan que descubriere al occidente dará en próspera tierra y muy rica, á lo que yo alcancé, por la gran noticia que tengo dello. Y no embargante que á mí me consta haber poblado el capitan Diego Palomino, por no saber la certidumbre de aquella poblacion ni los nombres de los pueblos, dejaré de decir lo que de las demás se cuenta, aunque basta lo apuntado para que se entienda lo que puede ser. De la provincia de los Cañares á la ciudad de Loja (que es la que tambien nombran la Zarza) ponen diez y siete leguas; el camino todo fragoso y con algunos cenagales. Está entremedias la poblacion de los Pallas, como tengo dicho.

Luego que parten del aposento de las Piedras comienza una montaña no muy grande, aunque muy fria, que dura poco mas de diez leguas, al fin de la cual está otro aposento, que tiene por nombre Tamboblanco; de donde el camino real va á dar al rio llamado Catamayo.

A la mano diestra, cerca deste mismo rio, está asentada la ciudad de Loja, la cual fundó el capitan Alonso de Mercadillo en nombre de su majestad, año del Señor de 1546 años.

A una parte y á otra de donde está fundada esta ciudad de Loja hay muchas y muy grandes poblaciones, y los naturales dellas casi guardan y tienen las mismas costumbres que usan sus comarcanos; y para ser conocidos tienen sus llantos ó ligaduras en las cabezas. Usaban de sacrificios como los demás, adorando por dios al sol y á otras cosas mas comunes; quanto al Hacedor de todo lo criado, tenían lo que he dicho tener otros; y en lo que toca á la inmortalidad del ánima, todos entienden que en lo interior del hombre hay mas que cuerpo mortal. Muertos los principales, engañados por el demonio como los demás destos indios, los ponen en sepulturas grandes, acompañados de mujeres vivas y de sus cosas preciadas.

Y aun hasta los indios pobres tuvieron gran diligencia en adornar sus sepulturas; pero ya, como algunos entiendan lo poco que aprovecha usar de sus vanidades antiguas, no consienten matar mujeres para echar con los que mueren en ellas, ni derraman sangre humana, ni son tan curiosos en esto de las sepulturas; antes, riéndose de los que lo hacen, aborrecen lo que primero sus mayores tuvieron en tanto; de donde ha venido que, no tan solamente no curan de gastar el tiempo en hacer estos solenes sepulcros, mas antes, sintiéndose vecinos á la muerte mandan que los entierren, como á los cristianos, en sepulturas pobres y pequeñas; esto guardan agora los que, lavados con la santísima agua del bautismo, merecen llamarse siervos de Dios y ser tenidos por ovejas de su pasto; muchos millares de indios viejos hay que son tan malos agora como lo fueron antes, y lo serán hasta que Dios por su bondad y misericordia los traiga á verdadero conocimiento de su ley; y estos, en lugares ocultos y desviados de las poblaciones y caminos que los cristianos usan y andan, y en altos cerros ó entre algunas rocas de nieves, mandan poner sus cuerpos envueltos en cosas ricas y mantas grandes pintadas, con todo el oro que poseyeron; y estando sus ánimas en las tinieblas, los lloran muchos dias, consintiendo los que dello tienen cargo que se maten algunas mujeres, para que vayan á les tener compañía, con muchas cosas de comer y beber. Toda la mayor parte de los pueblos sujetos á esta ciudad fueron señoreados por los ingas, señores antiguos del Perú; los cuales (como en muchas partes desta historia tengo dicho) tuvieron su asiento y corte en el Cuzco, ciudad ilustrada por ellos, y que siempre fué cabeza de todas las provincias, y no embargante que muchos destos naturales fuesen de poca razon, mediante la comunicacion que tuvieron con ellos, se apartaron de muchas cosas que tenían de rústicos, y se llegaron á alguna mas policía. El temple destas provincias es bueno y sano; en los valles y riberas de rios es mas templado que en la serranía; lo poblado de las sierras es tambien buena tierra, mas fria que caliente, aunque los desiertos y montañas y rocas nevadas lo son en extremo. Hay muchos guanacos y vicuñas, que son de la forma de sus ovejas, y muchas perdices, unas poco menores que gallinas y otras mayores que tórtolas. En los valles y llanadas de riberas de rios hay grandes florestas y muchas arboledas de frutas de las de la tierra, y los españoles en este tiempo han ya plantado algunas parras y higueras, naranjos y otros árboles de los de España. Criause en los términos desta ciudad de Loja muchas manadas de puercos de la casta de los de España, y grandes hatos de cabras y otros ganados, porque tienen buenos pastos y muchas aguas de los rios que por todas partes corren, los cuales abajan de las sierras, y son las aguas dellos muy delgadas; tiénese esperanza de haber en los términos desta ciudad ricas minas de plata y de oro, y en este tiempo se han ya descubierto en algunas partes; y los indios, como ya están seguros de los combates de la guerra, y con la paz sean señores de sus personas y haciendas, crían muchas gallinas de las de España, y capones, palomas y otras cosas de las que han podido haber. Legumbres se crían bien en

esta nueva ciudad y en sus términos. Los naturales de las provincias sujetas á ella unos son de mediano cuerpo y otros no; todos andan vestidos con sus camisetas y mantas, y sus mujeres lo mismo. Adelante de la montaña, en lo interior della, afirman los naturales haber gran poblado y algunos rios grandes, y la gente rica de oro, no embargante que andan desnudos ellos y sus mujeres, porque la tierra debe ser mas cálida que la del Perú, y porque los ingas no los señorearon. El capitán Alonso de Mercadillo, con copia de españoles, salió en este año de 1550 á ver esta noticia, que se tiene por grande. El sitio de la ciudad es el mejor y mas conveniente que se lo pudo dar, para estar en comarca de la provincia. Los repartimientos de indios que tienen los vecinos della, los tenían primero por encomienda los que lo eran de Quito y San Miguel; y porque los españoles que caminaban por el camino real para ir al Quito y á otras partes corrian riesgo de los indios de Carrochamba y de Chaparra, se fundó esta ciudad, como ya está dicho; la cual, no embargante que la mandó poblar Gonzalo Pizarro en tiempo que andaba envuelto en su rebelion, el presidente Pedro de la Gasca, mirando que al servicio de su majestad convenia que la ciudad ya dicha no se despoblase, aprobó su fundacion, confirmando la encomienda á los que estaban señalados por vecinos y á los que, después de justiciado Gonzalo Pizarro, él dió indios. Y pareciéndome que hasta lo ya contado desta ciudad, pasando adelante, trataré de las demás del reino.

CAPITULO LVII.

De las provincias que hay de Tamboblanco á la ciudad de San Miguel, primera poblacion hecha de cristianos españoles en el Perú; y de lo que hay que decir de los naturales dellas.

Como convenga en esta escriptura satisfacer á los lectores de las cosas notables del Perú, aunque para mí sea gran trabajo parar con ella en una parte y volver á otra, no lo dejaré de hacer. Por lo cual trataré en este lugar, sin proseguir el camino de la serranía, la fundacion de San Miguel, primera poblacion hecha de cristianos españoles en el Perú, y la que tambien lo es de los llanos y arenales que en este gran reino hay; y della relataré las cosas destos llanos, y las provincias y valles por donde va de largo otro camino hecho por los reyes ingas, de tanta grandeza como el de la sierra. Y daré noticia de los yungas y de sus grandes edificios, y tambien contare lo que yo entendí del secreto del no llover en todo el discurso del año en estos valles y llanos de arenales, y la gran fertilidad y abundancia de las cosas necesarias para la humana sustentacion de los hombres; lo cual hecho, volveré á mi camino de la serranía, y proseguiré por él hasta dar fin á esta parte primera; pero antes que abaje á los llanos, digo que, yendo por el propio camino real de la sierra, se llega á las provincias de Calva y Ayabaca; de las cuales quedan los bracamoros y montañas de los Andes al oriente, y al poniente la ciudad de San Miguel, de quien luego escribiré. En la provincia de Caxas habia grandes aposentos y depósitos mandados hacer por los ingas y gobernador, con número de mitimaes, que tenían cuidado de cobrar los tributos. Saliendo de Caxas, se va hasta lle-

gar á la provincia de Guancabamba, adonde estaban mayores edificios que en Calva, porque los ingas tenían allí sus fuerzas, entre las cuales estaba una agraciada fortaleza, la cual yo vi, y está desbaratada y deshecha, como todo lo demás; habia en esta Guancabamba templo del sol con número de mujeres. De la comarca destas regiones venian á adorar á este templo y á ofrecer sus dones; las mujeres vírgines y ministros que en él estaban eran reverenciados y muy estimados, y los tributos de los señores de todas las provincias se traian; sin lo cual, iban al Cuzco cuando les era mandado. Adelante de Guancabamba hay otros aposentos y pueblos; algunos dellos sirven á la ciudad de Loja, los demás están encomendados á los moradores de la ciudad de San Miguel. En los tiempos pasados unos indios destos tenían con otros sus guerras y contiendas, segun ellos dicen, y por cosas livianas se mataban, tomándose las mujeres, y aun afirman que andaban desnudos y que algunos dellos comian carne humana, pareciendo en esto y en otras cosas á los naturales de la provincia de Popayan. Como los reyes ingas los señorearon, conquistaron y mandaron, perdieron mucha parte destas costumbres y usaron de la policía y razon que agora tienen, que es mas de la que algunos de nosotros dicen. Y así, hicieron sus pueblos ordenados de otra manera que antes los tenían. Usan de ropas de la lana de sus ganados, que es fina y buena para ello, y no comen carne humana, antes lo tienen por gran pecado y aborrecen al que lo hace; y no embargante que son todos los naturales destas provincias tan conjuntos á los de Puerto Viejo y Guayaquil, no cometian el pecado nefando, porque yo entendí dellos que tenían por sucio y apocado á quien lo usaba, si engañado del demonio habia alguno que tal cometiese. Afirman que antes que fuesen los naturales destas comarcas subjectados por inga Yupangue y por Topainga, su hijo, padre que fué de Guaynacapa, abuelo de Atabaliba, se defendieron tan bien y con tan gran denuedo, que murieron por no perder su libertad muchos millares dellos y hartos de los orejones del Cuzco; mas tanto los apretaron, que por no acabarse de perder, ciertos capitanes en nombre de todos dieron la obediencia á estos señores. Los hombres destas comarcas son de buen parecer, morenos; ellos y sus mujeres andan vestidos como aprendieron de los ingas, sus antiguos señores. En unas partes destas traen los cabellos demasidamente largos, y en otras cortos, y en algunas trenzados muy menudamente. Barbas, si les nace algunas, se las pelan, y por maravilla vi en todas las tierras que anduve indio que las tuviese. Todos entienden la lengua general del Cuzco, sin la cual, usan sus lenguas particulares, como ya he contado. Solia haber gran cantidad del ganado que llaman ovejas del Perú; en este tiempo hay muy pocas, por la priesa que los españoles les han dado. Sus ropas son de lana destas ovejas y de vicunias, que es mejor y mas fina, y de algunos guanacos que andan por los altos y despoblados; y los que no pueden tenerlas de lana, las hacen de algodón. Por los valles y vegas de lo poblado hay muchos rios y arroyos pequeños y algunas fuentes, el agua dellas muy buena y sabrosa. Hay en todas partes grandes criaderos para ganados, y de los manteni-

mientos y raíces ya dichas, y en los mas destos aposentos y provincias hay clérigos y frailes, los cuales, si quisieren vivir bien y abstenerse como requiere su religion, harán gran fruto, como ya por la voluntad de Dios en las mas partes deste gran reino se hace; porque muchos indios y muchachos se vuelven cristianos, y con su gracia cada día irá en crecimiento. Los templos antiguos, que generalmente llaman guacas, todos están ya derribados y profanados, y los ídolos quebrados, y el demonio, como malo, lanzado de aquellos lugares, adonde por los pecados de los hombres era tan estimado y reverenciado; y está puesta la cruz. En verdad los españoles habíamos de dar siempre infinitas gracias á nuestro Señor Dios por ello.

CAPITULO LVIII.

En que se prosigue la historia hasta contar la fundacion de la ciudad de San Miguel, y quién fué el fundador.

La ciudad de San Miguel fué la primera que en este reino se fundó por el marqués don Francisco Pizarro, y adonde se hizo el primer templo á honra de Dios nuestro Señor. Y para contar lo de los llanos, comenzando desde el valle de Tumbéz, digo que por él corre un río, el nacimiento del cual es (como dije atrás) en la provincia de los Pallas, y viene á dar á la mar del Sur. La provincia, pueblos y comarca destos valles de Tumbéz por naturaleza es sequísima y estéril, puesto que en este valle algunas veces llueve y aun llega el agua hasta cerca de la ciudad de San Miguel; y este llover es por las partes mas llegadas á las sierras, porque en las que están cercanas á la mar no llueve. Este valle de Tumbéz solia ser muy poblado y labrado, lleno de lindas y frescas acequias, sacadas del río, con las cuales regaban todo lo que querian, y cogian mucho maíz y otras cosas necesarias á la sustentacion humana, y muchas frutas muy gustosas. Los señores antiguos dél, antes que fuesen señoreados por los ingas, eran temidos y muy obedecidos por sus súbditos, mas que ningunos de los que se han escripto, segun es público y muy entendido por todos; y así, eran servidos con grandes ceremonias. Andaban vestidos con sus mantas y camisetas, y traian en la cabeza puestos sus ornamentos, que era cierta manera redonda que se ponian hecha de lana, y alguna de oro ó plata, ó de unas cuentas muy menudas, que tengo ya dicho llamarse chaquiras. Eran estos indios dados á sus religiones y grandes sacrificadores, segun que mas largamente conté en las fundaciones de las ciudades de Puerto-Viejo y Guayaquil. Son mas regalados y viciosos que los serranos; para labrar los campos son muy trabajadores, y llevan grandes cargas; los campos labran hermosamente y con mucho concierto, y tienen en el regarlos grande orden; crianse en ellos muchos géneros de frutas y raíces gustosas. El maíz se da dos veces en el año; dello y de fríoles y habas cogen harta cantidad quando lo siembran. Las ropas para su vestir son hechas de algodón, que cogen por el valle lo que para ello han menester. Sin esto, tienen estos indios naturales de Tumbéz, grandes pesquerías, de que les viene harta provecho; porque con ello y con lo que mas contratan con los de la sierra han sido siempre ricos. Deste valle de Tumbéz se va en dos jornadas al valle

de Solana, que antiguamente fué muy poblado, y que habia en él edificios y depósitos. El camino real de las ingas pasa por estos valles entre arboledas y otras frescuras muy alegres; saliendo de Solana se llega á Pochecos, que está sobre el río llamado tambien Pochecos, aunque algunos le llaman Maicabilla, porque por bajo del valle estaba un principal ó señor llamado deste nombre; este valle fué en extremo muy poblado, y cierto debió ser gran cosa y mucha la gente dél, segun lo dan á entender los edificios grandes y muchos; los cuales aunque están gastados, se ve haber sido verdad lo que del cuentan y la mucha estimacion en que los reyes ingas lo tuvieron, pues en este valle tenian sus palacios reales y otros aposentos y depósitos; con el tiempo y guerras se ha todo consumido en tanta manera, que no se ve, para que se crea lo que se afirma, otra cosa que las muchas y muy grandes sepulturas de los muertos, y ver que, siendo vivos, eran por ellos sembrados y cultivados tantos campos como en el valle están. Dos jornadas mas adelante de Pochecos está el ancho y gran valle de Pirra, adonde se juntan dos ó tres ríos, que es causa que el valle sea tan ancho, en el cual está fundada y edificada la ciudad de San Miguel; y no embargante que esta ciudad se tenga en este tiempo en poca estimacion por ser los repartimientos cortos y pobres, es justo se conozca que merece ser honrada y privilegiada por haber sido principio de lo que se ha hecho, y asiento que los fuertes españoles tomaron antes que por ellos fuese preso el gran señor Atabaliba. Al principio estuvo poblada en el asiento que llaman Tangarara, de donde se pasó por ser sitio enfermo, adonde los españoles vivian con algunas enfermedades; adonde agora está fundada es entre dos valles llanos muy frescos y llenos de arboledas, junto á la poblacion, mas cerca del un valle que del otro, en un asiento áspero y seco y que no pueden, aunque lo han procurado, llevar el agua á él con acequias, como se hace en otras partes muchas de los llanos; es algo enferma, á lo que dicen los que en ella han vivido, especialmente de los ojos; lo cual creo causan los vientos y grandes polvos del verano y las muchas humidades del invierno; afirman no llover antiguamente en esta comarca, sino era algun rocío que caia del cielo, y de pocos años á esta parte caen algunos aguaceros pesados; el valle es como el de Tumbéz, y adonde hay muchas viñas y higuerales y otros árboles de España, como luego diré. Esta ciudad de San Miguel pobló y fundó el adelantado don Francisco Pizarro, gobernador del Perú, llamado en aquel tiempo la Nueva-Castilla, en nombre de su majestad, año del Señor de 1531 años.

CAPITULO LIX.

Que trata la diferencia que hace el tiempo en este reino del Perú, que es cosa notable en no llover en toda la longura de los llanos que son á la parte del mar del Sur.

Antes que pase adelante, me pareció declarar aquí lo que toca al no llover; de lo cual es de saber que en las sierras comienza el verano por abril, y dura mayo, junio, julio, agosto, setiembre, y por octubre ya entra el invierno y dura noviembre, diciembre, enero, febrero, marzo; de manera que poco difiere á nuestra España

del tiempo; y así, los campos se agostan á sus
los días y las noches casi son iguales, y cuando
crescen algo y son mayores es por el mes de no-
re; mas en estos llanos junto á la mar del Sur es
trario de todo lo susodicho, porque cuando en la
lla es verano, es en ellos invierno, pues vemos co-
el verano por octubre y durar hasta abril, y en-
entra el invierno; y verdaderamente es cosa ex-
considerar esta diferencia tan grande, siendo den-
una tierra y en un reino; y lo que es mas de notar,
ir algunas partes pueden con las capas de agua
á los llanos, sin las traer enjutas; y para lo des-
claro, parten por la mañana de tierra donde
y antes de visperas se hallan en otra donde ja-
erme que llovió; porque desde principio de octu-
adelante no llueve en todos los llanos, sino es
pequeño rocío, que apenas en algunas partes mata
lo; y por esta causa los naturales viven todos de
y no labran mas tierra de la que los rios pueden
porque en toda la mas (por parte de su esterili-
to se cria yerba, sino toda es arenales y pedre-
sequisimos, y lo que en ellos nasce son árboles
la hoja y sin fruto ninguno; tambien nascen mu-
géneros de cardones y espinas, y á partes ningun-
destas, sino arena solamente; y el llamar in-
en los llanos no es mas de ver unas nieblas muy
es, que parece que andan preñadas para llover
o, y destilan, como tengo dicho, una lluvia tan li-
que apenas moja el polvo, y es cosa extraña que,
adár el cielo tan cargado de nublados en el tien-
digo, no llueve mas en los seis meses ya dichos,
estos rocíos pequeños por estos llanos, y se po-
as días que el sol, escondido entre la espesura de
blados, no es visto; y como la serranía es tan alta
lanos y costa tan baja, parece que atrae á sí los
los sin los dejar parar en las tierras bajas; de ma-
que cuando las aguas son naturales llueve mucho
tierra y nada en los llanos, antes luce en ellos
olor; y cuando caen los rocíos que digo es por el
o que la sierra está clara y no llueve en ello; tam-
ay otra cosa notable, que es, haber un viento solo
la costa, que es el sur; el cual, aunque en otras
es sea húmido y atrae lluvias, en esta no lo es; y
por quite contrario, reina á la continúa por aquella
hasta cerca de Túmbaz; y de allí adelante, como
tros vientos, saliendo de aquella costelación de
Nuevo y viene ventando con grandes aguaceros.
natural de lo susodicho no se sabe, mas de que
claro que de cuatro grados de la línea á la parte
y hasta pasar del trópico de Capricornio va esté-
a region.

A cosa muy de notar se ve, y es, que debajo de la
en estas partes, en unas es caliente y húmida y
es fria y húmida; pero esta tierra es caliente y
y saliendo della, á una parte y á otra llueve; esto
por lo que he visto y notado dello; quien ha-
razones naturales, bien podrá decirlos, porque
lo que vi, y no alcanzo otra cosa mas de lo dicho.

CAPITULO LX.

Del camino que los ingas mandaron hacer por estos llanos, en el
cual habia aposentos y depósitos como en el de la sierra, y por
qué estos indios se llaman yungas.

Por llevar con toda órden mi escriptura, quise, antes
de volver á concluir con lo tocante á las provincias de
las sierras, declarar lo que se me ofresce de los llanos;
pues, como he dicho en otras partes, es cosa tan impor-
tante; y en este lugar daré noticia del gran camino que
los ingas mandaron hacer por mitad dellos, el cual,
aunque por muchos lugares está ya desbaratado y des-
hecho, da muestra de la grande cosa que fué y del poder
de los que lo mandaron hacer.

Guaynacapa y Topainga Yupangue, su padre, fueron,
á lo que los indios dicen, los que bajaron por toda la
costa, visitando los valles y provincias de los yungas,
aunque tambien cuentan algunos dellos que inga Yu-
pangue, abuelo de Guaynacapa y padre de Topainga,
fué el primero que vió la costa y anduvo por los llanos
della; y en estos valles y la costa los caciques y princi-
pales por su mandado hicieron un camino tan ancho
como quince piés, por una parte y por otra del iba una
pared mayor que un estado, bien fuerte; y todo el es-
pacio deste camino iba limpio y oclado por debajo de
arboledas, y destos árboles por muchas partes caian
sobre el camino ramos dellos llenos de frutos, y por to-
das las florestas audaban en las arboledas muchos gé-
neros de pájaros y papagayos y otras aves; en cada uno
destos valles habia para los ingas aposentos grandes y
muy principales, y depósitos para proveimientos de la
gente de guerra, porque fueron tan temidos, que no osa-
ban dejar de tener gran proveimiento; y si faltaba al-
guna cosa se hacia castigo grande, y por el consiguien-
te, si alguno de los que con él iban de una parte á otra
era osado de entrar en las somenteras ó casas de los in-
dios, aunque el daño que hiciesen no fuese mucho,
mandaba que fuese muerto. Por este camino duraban
las paredes que iban por una y otra parte del hasta que
los indios, con la muchedumbre de arena, no podían ar-
mar cimiento; desde donde, para que no se errase y se
conociese la grandeza del que aquello mandaba, hin-
caban largos y cumplidos púlos á manera de vigas de
trecho á trecho; y así como se tenia cuidado de lim-
piar por los valles el camino y renovar las paredes si se
ruinaban y gastaban, lo tenían en mirar si algun horcon
ó púlo largo de los que estaban en los arenales se caía
con el viento, de torruirlo á poner; de manera que este
camino, cierto fué gran cosa, aunque no tan trabajoso
como el de la sierra. Algunas fortalezas y templos del
sol habia en estos valles, como iré declarando en su lu-
gar; y porque en muchas partes desta obra he de nom-
brar ingas y tambien yungas, satisfaré al lector en decir
lo que quiere significar yungas, como hice en lo de atrás
lo de los ingas: así, entenderán que los pueblos y pro-
vincias del Perú están situadas de la manera que he de-
clarado, muchas dellas en las abras que hacen las mon-
tañas de los Andes y serranía nevada, y á todos los
moradores de los altos nombran serranos y á los que
habitan en los llanos llaman yungas; y en muchos lu-
gares de la sierra por donde van los rios, como, las sier-
ras siendo muy altas, las llanuras estén abrigadas y

templadas, tanto, que en muchas partes hace calor, como en estos llanos, los moradores que viven en ellos, aunque estén en la sierra se llaman yungas; y en todo el Perú, cuando hablan destas partes abrigadas y cálidas que están entre las sierras, luego dicen: «Es yunga;» y los moradores no tienen otro nombre, aunque lo tengan en los pueblos y comarcas; de manera que los que viven en las partes ya dichas, y los que moran en todos estos llanos y costa del Perú, se llaman yungas, por vivir en tierra cálida.

CAPITULO LXI.

De cómo estos yungas fueron muy servidos, y eran dados á sus religiones, y como había ciertos linajes y naciones dellos.

Antes que vaya contando los valles de los llanos y las fundaciones de las tres ciudades Trujillo, los Reyes, Arequipa, diré aquí algunas cosas á esto tocantes, por no reiterarlo en muchas partes dellas que yo vi y otras que supe de fray Domingo de Santo Tomás, de la orden de santo Domingo; el cual es uno de los que bien saben la lengua, y que ha estado mucho tiempo entre estos indios, doctrinándolos en las cosas de nuestra santa fe católica; así que, por lo que yo vi y comprendí el tiempo que anduve por aquellos valles, y por la relación que tengo de fray Domingo, haré á estos llanos: los señores naturales dellos fueron muy temidos antiguamente y obedecidos por sus súbditos, y se servían con gran aparato, según su usanza, trayendo consigo indios truhanes y bailarines, que siempre los estaban festejando, y otros continuo tañían y cantaban. Tenían muchas mujeres, procurando que fuesen las más hermosas que se pudiesen hallar, y cada señor en su valle tenía sus aposentos grandes, con muchos pilares de adobes y grandes terrados y otros portales, cubiertos con esteras, y en el círculo desta casa había una plaza grande donde se hacían sus bailes y oreitos; y cuando el señor comía se juntaba gran número de gente, los cuales bebían de su brebeje, hecho de maíz ó de otras raíces. En estos aposentos estaban porteros que tenían cargo de guardar las puertas y ver quién entraba ó salía por ellas; todos andaban vestidos con sus camisetos de algodón y mantas largas, y las mujeres lo mismo, salvo que la vestimenta de la mujer era grande y mucha ó manera de capuz abierta por los lados, por donde sacaban los brazos. Algunos dellos tenían guerra unos con otros, y en partes nunca pudieron los más dellos aprender la lengua del Cuzco. Aunque hubo tres ó cuatro linajes de generaciones destas yungas, todos ellos tenían unos ritos y usaban unas costumbres; gastaban muchos días y noches en sus banquetes y bebidas; y cierto, cosa es grande la cantidad de vino ó chicha que estos indios beben, pues nunca dejan de tener el vaso en la mano. Solían hospedar y tratar muy bien á los españoles que pasaban por sus aposentos, y recibirlos honradamente; ya no lo hacen así, porque luego que los españoles rompieron la paz y contendieron en guerra unos con otros, por los malos tratamientos que les hacían fueron aborrecidos de los indios, y también porque algunos de los gobernadores que han tenido les han hecho entender algunas bajezas tan grandes, que ya no se precian de hacer buen tratamiento á los que pasan, pero presumen de tener por

mozos á algunos de los que solían ser señores; y esto consiste en el estado en el gobierno de los que han venido á mandar, algunos de los cuales ha parecido grave la orden del servicio de acá, y que es opresión y molestia á los naturales sustentarlos en las costumbres antiguas que tenían, las cuales, si las tuvieran, ni les quebrantaban sus libertades ni aun los dejaban de poner más cercanos á la buena policía y conversión; porque verdaderamente pocas naciones hubo en el mundo, á mi ver, que tuvieron mejor gobierno que los incas. Salido del gobierno yo no apruebo cosa alguna, antes lloro las extorsiones y malos tratamientos y violentas muertes que los españoles han hecho en estos indios, obradas por su crueldad, sin mirar su nobleza y la virtud tan grande de su nación; pues todos los más destes valles están ya casi desiertos, habiendo sido en lo pasado tan poblados como muchos saben.

CAPITULO LXII.

Cómo los indios destes valles y otros destes reinos creían que las ánimas salían de los cuerpos y no morían, y por que mandaban echar sus mujeres en las sepulturas.

Muchas veces he tratado en esta historia que en la mayor parte deste reino del Perú es costumbre muy usada y guardada por todos los indios de enterrar con los cuerpos de los difuntos todas las cosas preciosas que ellos tenían, y algunas de sus mujeres las más hermosas y queridas dellos. Y parece que esto se usaba en la mayor parte destas indias, por donde se colige que con la manera que el demonio engaña á los unos procura de engañar á los otros. En el Cuzco, que cae en la provincia de Cartagena, me hallé yo el año de 1535, donde se sacó en un campo raso, junto á un templo que allí estaba hecho á honra deste maldito demonio, tan gran cantidad de sepulturas, que fué cosa admirable, y algunas tan antiguas, que había en ellas árboles nacidos gruesos y grandes, y sacaron más de un millón destas sepulturas, sin lo que los indios sacaron dellas, y sin lo que se queda perdido en la misma tierra. En estas otras partes también se han hallado grandes tesoros en sepulturas, y se hallarán cada día. Y no he muchos años que Juan de la Torre, capitán que fué de Gonzalo Pizarro, en el valle de Ica, que es en estos valles de los llanos, halló una destas sepulturas, que afirman valió lo que dentro della sacó más de cincuenta mil pesos. De manera que en mandar hacer las sepulturas magníficas y altas, y adornarlas con sus cosas y bóvedas, y meter con el difunto todo su haber y mujeres y servicio, y mucha cantidad de comida, y no pocos cántaros de chicha ó vino de lo que ellos usan, y sus armas y ornamentos, da á entender que ellos tenían conocimiento de la inmortalidad del ánima, y que en el hombre había más que cuerpo mortal, y engañados por el demonio cumplían su mandamiento, porque él les hacía entender (según ellos dicen) que después de muertos habían de resucitar en otra parte que les tenía aparejada, adonde habían de comer y beber á su voluntad, como lo hacían antes que muriesen; y para que creyesen que sería lo que él les decía cierto, y no falso y engañoso, á tiempos, y cuando la voluntad de Dios era servida de darle poder y permitirlo, tomaba la

figura de alguno de los principales que ya era muerto, y mostrándose con su propia figura y talle tal cual él tuvo en el mundo, con apariencia del servicio y ornamento, hacia entenderles que estaba en otro reino alegre y apacible, de la manera que allí lo vian. Por los cuales dichos y ilusiones del demonio, ciegos estos indios, teniendo por ciertas aquellas falsas apariencias, tienen mas cuidado en aderezar sus sepulcros ó sepulturas que ninguna otra cosa. Y muerto el señor, le echan su tesoro, y mujeres vivas y muchachos, y otras personas con quien él tuvo, siendo vivo, mucha amistad. Y así, por lo que tengo dicho, era opinion general en todos estos indios yungas, y aun en los serranos deste reino del Perú, que las ánimas de los difuntos no morian, sino que para siempre vivian, y se juntaban allí en el otro mundo unos con otros, adonde, como arriba dije, creian que se holgaban y comian y bebian, que es su principal gloria. Y teniendo esto por cierto, enterraban con los difuntos las mas queridas mujeres dellos, y los servidores y criados mas privados, y finalmente todas sus cosas preciadas y armas y plumajes, y otros ornamentos de sus personas; y muchos de sus familiares, por no caber en su sepultura, hacian hoyos en las heredades y campos del señor ya muerto, ó en las partes donde él solia mas holgarse y festejarse, y allí se metian, creyendo que su ánima pasaria por aquellos lugares, y los llevaria en su compañía para su servicio; y aun algunas mujeres, por le echar mas carga, y que tuviese en mas el servicio, pareciéndoles que las sepulturas aun no estaban hechas, se colgaban de sus mismos cabellos, y así se mataban. Creemos ser todas estas cosas verdad, porque las sepulturas de los muertos lo dan á entender, y porque en muchas partes creen y guardan esta tan maldita costumbre; y aun yo me acuerdo, estando en la gobernación de Cartagena, habré mas de doce ó trece años, siendo en ella gobernador y juez de residencia el licenciado Juan de Vadillo, de un pueblo llamado Pirina salió un muchacho, y venia huyendo adonde estaba Vadillo, porque le querian enterrar vivo con el señor de aquel pueblo, que habia muerto en aquel tiempo. Y Alaya, señor de la mayor parte del valle de Jauja, murió há casi dos años, y cuentan los indios que echaron con él gran número de mujeres y sirvientes vivos; y aun, si yo no me engaño, se lo dijeron al presidente Gasca, y aunque no poco se lo retrajo á los demás señores, haciéndoles entender que era gran pecado el que cometian, y desvario sin fruto. Ver al demonio transfigurado en las formas que digo, no hay duda sino que lo ven; llámanle en todo el Perú Sopay. Yo he oído que lo han visto desta suerte muchas veces, y aun tambien me afirmaron que en el valle de Lile, en los hombres de ceniza que allí estaban, entraba y hablaba con los vivos, diciéndoles estas cosas que voy escribiendo. A fray Domingo, que es (como tengo dicho) gran investigador destes secretos, le oí que dijo una cierta persona que lo habia enviado á llamar don Paulo, hijo de Guaynacapa, á quien los indios del Cuzco recibieron por inga, y contóle cómo un criado suyo decia que junto á la fortaleza del Cuzco oia grandes voces, las cuales decian con gran ruido: «¿Por qué no guardas, Inga, lo que eres obligado á guardar? Come

y bebe y huélgate; que presto dejarás de comer y beber y holgarte.» Y estas voces oyó el que lo dijo á don Paulo cinco ó seis noches. Y sin se pasar muchos dias, murió el don Paulo, y el que oyó las voces tambien. Estas son mañas del demonio y lozos que él arma para prender las ánimas destes, que tanto se precian de agoreros. Todos los señores destes llanos y sus indios traen sus señales en las cabezas, por donde son conocidos los unos y los otros. En la Puna y en lo mas de la comarca de Puerto-Viejo, ya escribí cómo usaban el pecado nefando; en estos valles ni en lo demás de la serranía no cuentan que cometian este pecado. Bien creo yo que seria entre ellos lo que es en todo el mundo, que habria algun malo; mas si se conocia, hacianle grande afrenta, llamándole mujer, diciéndole que dejase el hábito de hombre que tenia. Y agora en nuestro tiempo, como ya vayan dejando los mas de sus ritos, y el demonio no tenga fuerza ni poder, ni hay templo ni oráculo público, van entendiendo sus engaños y procuran de no ser tan malos como lo fueron antes que oyesen la palabra del sacro Evangelio. En sus comidas y bebidas y lujurias con sus mujeres, yo creo, si la gracia de Dios no abaja en ellos, aprovecha poco amonestaciones para que dejen estos vicios, en los cuales entienden las noches y los dias, sin cansar.

CAPITULO LXIII.

Cómo usaban hacer los enterramientos, y cómo lloraban á los difuntos cuando hacian las obsequias.

Pues conté en el capitulo pasado lo que se tiene destes indios en lo tocante á lo que creen de la inmortalidad del ánima y á lo que el enemigo de natura humana les hace entender, me parece será bien en este lugar dar razon de cómo hacian las sepulturas y de la manera que metian en ellas á los difuntos. Y en esto hay una gran diferencia, porque en una parte las hacian hondas, y en otra altas, y en otra llanas, y cada nación buscaba nuevo género para hacer los sepulcros de sus difuntos; y cierto, aunque yo lo he procurado mucho y platicando con varones doctos y curiosos, no he podido alcanzar lo cierto del origen destes indios ó su principio, para saber de dó tomaron esta costumbre, aunque en la segunda parte desta obra, en el primero capitulo, escribo lo que desto he podido alcanzar. Volviendo pues á la materia, digo que he visto que tienen estos indios distintos ritos en hacer las sepulturas, porque en la provincia de Collao (como relataré en su lugar) las hacen en las heredades, por su órden, tan grandes como torres, unas mas y otras menos, y algunas hechas de buena labor, con piedras excelentes, y tienen sus puertas que salen al nacimiento del sol, y junto á ellas (como tambien diré) acostumbra hacer sus sacrificios y quemar algunas cosas, y rociar aquellos lugares con sangre de corderos ó de otros animales.

En la comarca del Cuzco entierran á sus difuntos sentados en unos asentamientos principales, á quien llaman dulhos, vestidos y adornados de lo mas principal que ellos poseian.

En la provincia de Jauja, que es cosa muy principal en estos reinos del Perú, los meten en un pellejo de una oveja fresco, y con él los cosen, formándoles por lo

fuera el rostro, narices, boca y lo demás, y desta suerte los tienen en sus propias casas, y á los que son señores y principales ciertas veces en el año los sacan sus hijos y los llevan á sus heredades y caserías en andas con grandes ceremonias, y les ofrecen sus sacrificios de ovejas y corderos, y aun de niños y mujeres. Teniendo noticia desto el arzobispo don Jerónimo de Loaysa, mandó con gran rigor á los naturales de aquel valle y á los clérigos que en él estaban entendiendo en la doctrina, que enterrasen todos aquellos cuerpos, sin que ninguno quedase de la suerte que estaba.

En otras muchas partes de las provincias que he pasado los entierran en sepulturas hondas y por de dentro huecas, y en algunas, como es en los términos de la ciudad de Antiocha, hacen las sepulturas grandes, y echan tanta tierra, que parecen pequeños cerros. Y por la puerta que dejan en la sepultura entran con sus difuntos y con las mujeres vivas y lo demás que con él meten. Y en el Cauca muchas de las sepulturas eran llanas y grandes, con sus cuadras, y otras eran con mogoles, que parecían pequeños collados.

En la provincia de Chinchun, que es en estos llanos, los entierran echados en barbacons ó camas hechas de cañas.

En otro valle destes mismos, llamado Lunaguana, los entierran sentados. Finalmente, acerca de los enterramientos, en estar echados ó en pié ó sentados, discrepan unos de otros. En muchos valles destes llanos, en saliendo del valle por las sierras de rocas y de arena, hay hechas grandes paredes y apartamientos, adonde cada linaje tiene su lugar establecido para enterrar sus difuntos, y para ello han hecho grandes huecos y concavidades cerradas con sus puertas, lo mas primamente que ellos pueden; y cierto es cosa admirable ver la gran cantidad que hay de muertos por estos arenales y sierras de secadales; y apartados unos de otros, se ven gran número de calavernas y de sus ropas, ya podrecidas y gastadas con el tiempo. Llaman á estos lugares, que ellos tienen por sagrados, guaca, que es nombre triste, y muchas dellas se han abierto, y aun sacado los tiempos pasados, luego que los españoles ganaron este reino, gran cantidad de oro y plata; y por estos valles se usa mucho el enterrar con el muerto sus riquezas y cosas preciadas, y muchas mujeres y sirvientes de los mas privados que tenía el señor siendo vivo. Y usaron en los tiempos pasados de abrir las sepulturas y renovar la ropa y comida que en ellas habían puesto. Y cuando los señores morían, se juntaban los principales del valle y hacían grandes lloros, y muchas de las mujeres se cortaban los cabellos hasta quedar sin ningunos, y con atambores y flautas salían con sonos tristes cantando por aquellas partes por donde el señor solía festejarse mas á menudo, para provocar á llorar á los oyentes. Y habiendo llorado, hacían mas sacrificios y supersticiones, teniendo sus pláticas con el demonio. Y después de hecho esto, y muertose algunas de sus mujeres, los metían en las sepulturas con sus tesoros y no poca comida, teniendo por cierto que iban á estar en la parte que el demonio les hace entender. Y guardaron, y aun agora lo acostumbran generalmente, que antes que los metían en las sepulturas los lloran

cuatro ó cinco ó seis dias, ó diez, segun es la persona del muerto, porque mientras mayor señor es, mas honra se le hace y mayor sentimiento muestran, llorándolo con grandes gemidos y endechándolo con música dolorosa, diciendo en sus cantares todas las cosas que sucedieron al muerto siendo vivo. Y si fué valiente, llevándolo con estos lloros, contando sus hazañas; y al tiempo que meten el cuerpo en la sepultura, algunas joyas y ropas suyas queman junto á ella, y otras meten con él. Muchas destas ceremonias ya no se usan, porque Dios no lo permite, y porque poco á poco van estas gentes conociendo el error que sus padres tuvieron, y cuán poco aprovechan estas pompas y vanas horas, pues basta enterrar los cuerpos en sepulturas comunes, como se entierran los cristianos, sin procurar de llevar consigo otra cosa que buenas obras, pues lo demás sirve de agradar al demonio, y que el ánima abaja al infierno mas pesada y agravada. Aunque cierto los mas de los señores viejos tengo que se deben de mandar enterrar en partes secretas y ocultas, de la manera ya dicha, por no ser vistos ni sentidos por los cristianos. Y que lo hagan así lo sabemos y entendemos por los dichos de los mas mozos.

CAPITULO LXIV.

Cómo el demonio hacia entender á los indios destas partes que era ofrenda grata á sus dioses tener indios que existiesen en los templos para que los señores tuviesen con ellos conocimiento, cometiendo el gravísimo pecado de la sodomía.

En esta primera parte desta historia he declarado muchas costumbres y usos destes indios, así de los que yo alcancé el tiempo que anduve entre ellos, como de lo que tambien oí á algunos religiosos y personas de mucha calidad, los cuales, á mi ver, por ninguna cosa dejarían de decir la verdad de lo que sabían y alcanzaban, porque es justo que los que somos cristianos tengamos alguna curiosidad, para que, sabiendo y entendiendo las malas costumbres destes, apartarlos dellas y hacerles entender el camino de la verdad, para que se salven. Por tanto diré aquí una maldad grande del demonio, la cual es, que en algunas partes deste gran reino del Perú, solamente algunos pueblos comarcaban á Puerto-Viejo y á la isla de la Puna usaban el pecado nefando, y no en otras. Lo cual yo tengo que era así porque los señores ingas fueron limpios en esto, y tambien los demás señores naturales. En toda la gobernacion de Popayan tampoco alcancé que cometiesen este maldito vicio, porque el demonio debía de contentarse con que usasen la crueldad que cometían de comenar unos á otros, y ser tan crueles y perversos los padres para los hijos. Y en estos, por los tener el demonio mas presos en las cadenas de su perniciosa, se tiene ciertamente que en los oráculos y adivinatorios donde se daban las respuestas, hacia entender que convenia para el servicio suyo que algunos mozos desde su niñez estuviesen en los templos, para que á tiempo, y cuando se hiciesen los sacrificios y fiestas solenes, los señores y otros principales usasen con ellos el maldito pecado de la sodomía. Y para que entiendan los que esto leyeren cómo aun se guardaba entre algunos esta diabólica santimonía, pondré una relacion que me dió della en

la ciudad de los Reyes el padre fray Domingo de Santo Tomás, la cual tengo en mi poder y dice así:

Verdad es que generalmente entre los serranos y yungas ha el demonio introducido este vicio debajo de especie de santidad, y es que cada templo ó adoratorio principal tiene un hombre ó dos ó mas, segun es el ídolo, los cuales andan vestidos como mujeres, desde el tiempo que eran niños y hablaban como tales, y en su manera, traje y todo lo demás remedaban á las mujeres. Con estos, casi como por via de santidad y religion, tienen las fiestas y dias principales su ayuntamiento carnal y torpo, especialmente los señores y principales. Esto sé porque he castigado á dos: el uno de los indios de la sierra, que estaba para este efeto en un templo, que ellos llaman guaca, de la provincia de los Conchucos, término de la ciudad de Guanuco; el otro era en la provincia de Chincha; indios de su majestad; á los cuales habiéndoles yo sobre esta maldad que cometian, y agravándoles la fealdad del pecado, me respondieron que ellos no tenían culpa, porque desde el tiempo de su niñez los habian puesto allí sus caciques para usar con ellos este maldito y nefando vicio, y para ser sacerdotes y guarda de los templos de sus indios. De manera que lo que les saqué de aquí es que estaba el demonio tan señoreado en esta tierra, que, no se contentando con los hacer caer en pecado tan enorme, les hacia entender que el tal vicio era especie de santidad y religion, para tenerlos mas sujetos. Esto me dió de su misma letra fray Domingo, que por todos es conocido y saben cuán amigo es de verdad. Y aun tambien me acuerdo que Diego de Galvez, secretario que agora es de su majestad en la corte de España, me contó cómo, viniendo él y Peralonso Carrasco, un conquistador antiguo que es vecino de la ciudad del Cuzco, de la provincia del Collao, vieron uno ó dos destos indios que habian estado puestos en los templos como fray Domingo dice. Por donde yo creo bien que estas cosas son obras del demonio, nuestro adversario, y se parece claro, pues con tan baja y maldita obra quiere ser servido.

CAPITULO LXV.

Cómo en la mayor parte destas provincias se usó poner nombre á los muchachos, y cómo miraban en agujeros y señales.

Una cosa noté en el tiempo que estuve en estos reinos del Perú, y es, que en la mayor parte de sus provincias se usó poner nombres á los niños cuando tenían quince ó veinte dias, y les duran hasta ser de diez ó doce años, y deste tiempo, y algunos de menos, tornan á recibir otros nombres, habiendo primero en cierto dia que está establecido para semejantes casos, juntándose la mayor parte de los parientes y amigos del padre; adonde bailan á su usanza y beben, que es su mayor fiesta, y después de ser pasado el regocijo, uno de ellos, el mas anciano y estimado, tresquila al mozo ó moza que ha de recibir nombre y le corta las uñas, las cuales con los cabellos guardan con gran cuidado. Los nombres que les ponen y ellos usan son nombres de pueblos y de aves, ó yerbas ó pescado. Y esto entendí que pasa así, porque yo he tenido indio que habia por nombre Ureo, que quiere decir carnuro, y otro que se

llamaba

llamaba Llama, que es nombre de oveja, y otros he visto llamarse Piscos, que es nombre de pájaros; y algunos tienen gran cuenta con llamarse los nombres de sus padres ó abuelos. Los señores y principales buscan nombres á su gusto, y los mayores que para entre ellos hallan; aunque Atabaliba (que fué el inga que prendieron los españoles en la provincia de Caxamalca) quiere decir su nombre tanto como gallina, y su padre se llamaba Guaynacapa, que significa mancebo rico. Tenian por mal agüero estos indios que una mujer pariese dos criaturas de un vientre, ó cuando alguna criatura nace con algun defecto natural, como es en una mano seis dedos, ó otra cosa semejante. Y si (como digo) alguna mujer paria de un vientre dos criaturas, ó con algun defecto, se entristecian ella y su marido, y ayunaban sin comer ni beber chicha, que es el vino que ellos beben, y hacian otras cosas á su uso y como lo aprendieron de sus padres. Asimismo miraban estos indios mucho en señales y en prodigios. Y cuando corre alguna estrella es grandísima la grita que hacen, y tienen gran cuenta con la luna y con los planetas, y todos los mas eran agoreros. Cuando se prendió Atabaliba en la provincia de Caxamalca, hay vivos algunos cristianos que se hallaron con el marqués don Francisco Pizarro, que lo prendió, que vieron en el cielo de media noche abajo una señal verde, tan gruesa como un brazo y tan larga como una lanza jineta; y como los españoles andorriesen mirando en ello, y Atabaliba lo entondiese, dicen que les pidió que lo sacasen para la ver, y como la vió, se paró triste, y lo estuvo el dia siguiente; y el gobernador don Francisco Pizarro le preguntó que por qué se habia parado tan triste. Respondió él: «He mirado la señal del cielo, y digote que cuando mi padre Guaynacapa murió se vió otra señal semejante á aquella.» Y dentro de quince dias murió Atabaliba.

CAPITULO LXVI.

De la fertilidad de la tierra de los llanos, y de las muchas frutas y raíces que hay en ellos, y la orden tan buena con que riegan los campos.

Pues ya he contado lo mas brevemente que he podido algunas cosas convenientes á nuestro propósito, será bien volver á tratar de los valles, contando cada uno por sí particularmente, como se ha hecho de los pueblos y provincias de la serranía, aunque primero daré alguna razon de las frutas y mantenimientos y acequias que hay en ellos. Lo cual hecho, proseguiré con lo que falta. Digo pues que toda la tierra de los valles adonde no llega la arena, hasta donde toman las arboledas dellos, es una de las mas fértiles tierras y abundantes del mundo, y la mas gruesa para sembrar todo lo que quisieren, y adonde con poco trabajo se puede cultivar y aderezar. Ya he dicho cómo no llueve en ellos, y cómo el agua que tienen es de riego de los rios que bajan de las sierras, hasta ir á dar á la mar del Sur. Por estos valles siembran los indios el maíz, y lo cogen en el año dos veces, y se da en abundancia; y en algunas partes ponen raíces de yuca, que son provechosas para hacer pan y brehaje á falta de maíz, y crianse muchas batatas dulces, que el sabor dellas es casi como de castañas; y asimismo hay algunas papas y muchos frisoles, y otras

ruíces gustosas. Por todos los valles destos llanos hay tambien una de las singulares frutas que yo he visto, á la qual llaman pepinos, de muy buen sabor y muy olorosos algunos dellos. Naceu asimismo gran cantidad de árboles de guayabas, y de muchas guabas y paltas, que son á manera de peras, y guanabanas y caimitos, y piñas de las de aquellas partes. Por las casas de los indios se ven muchos perros diferentes de la casta de España, del tamaño de gozques, á quien llaman choncos. Crian tambien muchos patos, y en la espesura de los valles hay algarrobas algo largas y angostas, no tan gordas como vainas de habas. En algunas partes hacen pan destas algarrobas, y lo tienen por bueno. Usan mucho de secar las frutas y raíces que son aparejadas para ello, como nosotros hacemos los ligos, pasas y otras frutas. Agora en este tiempo por muchos destos valles hay grandes viñas, de donde cogen muchas uvas. Hasta agora no se ha hecho vino, y por eso no se puede certificar qué tal será; presúmese que, por ser de regalo, será llco. Tambien hay grandes higuerales y muchos granados, y en algunas partes se dan ya beinbrillos. Pero ¿para qué voy contando esto, pues se cree y tiene por cierto que se darán todas las frutas que de España sembraren? Trigo se coge tanto como saben los que lo han visto, y es cosa hermosa de ver campos llenos de sementeras por tierra estéril de agua natural, y que estén tan frescos y viciosos, que parecen matas de albahaca. La cebada se da como el trigo; limones, limas, naranjas, cidras, toronjas, todo lo hay mucho y muy bueno, y grandes platanales. Sin lo dicho, hay por todos estos valles otras frutas muchas y sabrosas que no digo, porque me parece que basta haber contado las principales. Y como los rios abajan de la sierra por estos llanos, y algunos de los valles son anchos, y todos se siembran ó solian sembrarse cuando estaban mas poblados, sacaban acequias en cabos y por partes, que es cosa extraña afirmar, porque las echaban por lugares altos y bajos, y por laderas de los cabezos y laldas de sierras que están en los valles, y por ellos mismos atraviesan muchas, unas por una parte y otras por otra, que es gran delectación caminar por aquellos valles, porque parece que se anda entre huertas y florestas llenas de frescuras. Tenian los indios y aun tienen muy gran cuenta en esto de sacar el agua y echarla por estas acequias; y algunas veces me ha acaecido á mi parar junto á una acequia, y sin haber acabado de poner la tienda, estar el acequia seca, y haber echado el agua por otra parte. Porque, como los rios no se sequen, es en mano destos indios echar el agua por los lugares que quieren. Y están siempre estas acequias muy verdes, y hay en ellas mucha yerba de grama para los caballos, y por los árboles y florestas andan muchos pájaros de diversas maneras, y gran cantidad de palomas, tórtolas, pavas, faisanes y algunas perdices y muchos venados. Cosa mala, ni serpientes, culebras, lobos, no los hay; y lo que mas se ve es algunas raposas, tan engañosas, que aunque haya gran cuidado en guardar las cosas, adonde quiera que se aposenten españoles ó indios han de hurtar, y cuando no hallan qué, se llevan los látigos de las cinchas de los caballos, ó las riendas de los frenos. En muchas partes destos valles hay gran cantidad de caña-

verales de cañas dulces, que es causa que en algunos lugares se hacen azúcares y otras frutas con su miel. Todos estos indios yungas son grandes trabajadores, y cuando llevan cargas encima de sus hombros se desnudan en carnes, sin dejar en sus cuerpos sino es una pequeña manta del largor de un palmo y de menos anchor, con que cubren sus verguenzas, y conidas sus mantas á los cuerpos, van corriendo con las cargas. Y volviendo al riego destos indios, como en él tenían tanto orden para regar sus campos, la tenían mayor y tienen en sembrarlos con muy gran concierto. Y dejando esto, diré el camino que hay de la ciudad de San Miguel hasta la de Trujillo.

CAPITULO LXVII.

Del camino que hay desde la ciudad de San Miguel hasta la de Trujillo, y de los valles que hay en medio.

En los capítulos pasados declaré la fundación de la ciudad de San Miguel, primera población hecha de cristianos en el Perú. Por tanto, trataré de lo que desta ciudad hay hasta la de Trujillo. Y digo que de una ciudad á otra puede haber sesenta leguas, poco mas ó menos. Saliendo de San Miguel hasta llegar al valle de Motupe hay veinte y dos leguas, todo de arenales y camino muy trabajoso, especialmente por donde agora se camina. En el término destas veinte y dos leguas hay ciertos vallecetes; y aunque de lo alto de la sierra descenden algunos rios, no abajan por ellos, antes se sumen y esconden entre los arenales de tal manera, que no dan de sí provecho ninguno. Y para andar esta veinte y dos leguas es menester salir por la tarde, porque caminando toda la noche se llegue á buena hora adonde están unos jogüeyes, de los cuales beben las caminantes, y de allí salen sin sentir mucho la calor del sol; y los que pueden llevar sus calabazas de agua y botas de vino para lo de adelante. Llegado al valle de Motupe, se ve luego el camino real de los ingas, ancho y obrado de la manera que conté en los capítulos pasados. Este valle es ancho y muy fértil, y no embarazado que tambien abaja de la sierra un rio razonable á dar en él, se esconde antes de llegar á la már. Los algarrobos y otros árboles se extienden gran trecho, causado de la humedad que hallan abajo sus raíces. Y aunque en lo mas bajo del valle hay pueblos de indios, se mantienen del agua que sacan de pozos hondos que hacen, y unos y otros tienen su contratación dando unas cosas por otras, porque no usan de moneda ni se ha hallado cuño della en estas partes. Cuentan que habia en este valle grandes aposentos para los ingas y muchos depósitos, y por los altos y sierras de pedregales tienen y tienen sus guacas y enterramientos. Con las guerras pasadas falta mucha gente dél; y los edificios y aposentos están deshechos y desbaratados, y los indios viven en casas pequeñas, hechas como ya dije en los capítulos de atrás. En algunos tiempos contratan con los de la serranía, y tienen en este valle grandes algodones, de que hacen su ropa. Cuatro leguas de Motupe está el hermoso y fresco valle de Xayauca, que tiene de ancho casi cuatro leguas; pasa por él un lindo rio, de donde sacan acequias, que hasta regar todo lo que los indios quieren sembrar. Y fué en los tiempos pasados este va-

He muy poblado, como los demás, y había en él grandes aposentos y depósitos de los señores principales, en los cuales estaban sus mayordomos mayores, que tenían los cargos que otros que en lo de atrás he contado. Los señores naturales destes valles fueron estimados y acatados por sus súbditos; todavía lo son los que han quedado, y andan acompañados y muy servidos de mujeres y criados, y tienen sus porteros y guardas. Deste valle se va al de Tuqueme, que también es grande y vistoso y lleno de florestas y arboledas, y asimismo dan muestra los edificios que tiene, aunque ruínados y derribados, de lo mucho que fué. Mas adelante una jornada pequeña está otro valle muy hermoso, llamado Cinto. Y ha de entender el lector que de valle á valle destes, y de los mas que quedan de escribir, es todo arenales y pedregales sequisimos, y que por ellos no se ve cosa viva ni nacida, yerba ni árbol, sino son algunos pájaros ir volando. Y como van caminando por tanta arena y se ve el valle (aunque esté lejos), reciben gran contento, especialmente si van á pié y con mucho sol y gana de beber. Conviene no caminar por estos llanos hombres nuevos en la tierra, si no fuera con buenas guías que los sepan llevar por los arenales. Deste valle se llega al de Collique, por donde corre un río que tiene el nombre del valle; y es tan grande, que no se puede vadear sino es cuando en la sierra es verano y en los llanos invierno; aunque á la verdad, los naturales del se dan tan buena maña á sacar acequias, que aunque sea invierno en la sierra, algunas veces dejan la madre y corriente descubierta. Este valle es también ancho y lleno de arboledas como los pasados, y faltan en él la mayor parte de los naturales, que, con las guerras que hubo entre unos españoles con otros, se han consumido con males y trabajos que estas guerras acarrear.

CAPITULO LXVIII.

En que se prosigue el mismo camino que se ha tratado en el capítulo pasado, hasta llegar á la ciudad de Trujillo.

Deste valle de Collique se camina hasta llegar á otro valle que nombran Zana, de la suerte y manera que los pasados. Mas adelante se entra en el valle de Pacasmayo, que es el mas fértil y bien poblado de todos los que tengo escrito, y adonde los que son naturales deste valle, antes que fuesen señoreados por los ingas, eran poderosos y muy estimados de sus comarcanos, y tenían grandes templos, donde hacían sus sacrificios á sus dioses. Todo está ya derribado. Por las rocas y sierras de pedregales hay gran cantidad de guacos, que son los enterramientos destes indios. En todos los mas destes valles están clérigos ó frailes, que tienen cuidado de la conversion dellos y de su doctrina, no consintiendo que usen de sus religiones y costumbres antiguas. Por este valle pasa un muy hermoso río, del cual sacan muchas y grandes acequias, que bastan á regar los campos que del quieren los indios sembrar, y tiene de las raíces y frutas ya contadas. Y el camino real de los ingas pasa por él, como hace por los demás valles, y en este había grandes aposentos para el servicio dellos. Algunas antigüedades cuentan de sus progenitores, que por las tener por fabulas no las escribo. Los delegados de los ingas cogían los tributos en los depósitos que para guar-

da dellos estaban hechos, de donde eran llevados á las cabeceras de las provincias, lugar señalado para residir los capitanes generales, y adonde estaban los templos del sol. En este valle de Pacasmayo se hace gran cantidad de ropa de algodón y se crían bien las vacas, y mejor los puercos y cabras, con los demás ganados que quieren, y tiene muy buen temple. Yo pasó por él en el mes de setiembre del año de 1548, á juntarme con los demás soldados que salimos de la gobernacion de Popayan con el campo de su majestad, para castigar la alteracion pasada, y me pareció extremadamente bien este valle, y alababa á Dios viendo su frescura, con tantas arboledas y florestas llenas de mil géneros de pájaros. Yendo mas adelante se llega al de Chacama, no menos fértil y abundoso que Pacasmayo por su grandeza y fertilidad, sin lo cual hay en él gran cantidad de cañaverales dulces, de que se hace mucho azúcar y muy bueno, y otras frutas y conservas; y hay un monesterio de Santo Domingo, que fundó el reverendo padre fray Domingo de Santo Tomás. Cuatro leguas mas adelante está el valle de Chimo, ancho y muy grande, y adonde está edificada la ciudad de Trujillo. Cuentan algunos indios que antiguamente, antes que los ingas tuviesen señoríos, hubo en este valle un poderoso señor, á quien llamaban Chimo, como el valle se nombra agora, el cual hizo grandes cosas, venciendo muchas batallas, y edificó unos edificios que, aunque son tan antiguos, se parece claramente haber sido gran cosa. Como los ingas, reyes del Cuzco, se hicieron señores destes llanos, tuvieron en mucha estimacion á este valle de Chimo, y mandaron hacer en él grandes aposentos y casas de placer, y el camino real pasa de largo, hecho con sus paredes. Los caciques naturales deste valle fueron siempre estimados y tenidos por ricos. Y esto se ha conocido ser verdad, pues en las sepulturas de sus mayores se ha hallado cantidad de oro y plata. En el tiempo presente hay pocos indios, y los señores no tienen tanta estimacion, y lo mas del valle está repartido entre los españoles, pobladores de la nueva ciudad de Trujillo, para hacer sus casas y heredamientos. El puerto de la mar, que nombran al arrecife de Trujillo, no está muy lejos deste valle, y por toda la costa matan mucho pescado para proveimiento de la ciudad y de los mismos indios.

CAPITULO LXIX.

De la fundacion de la ciudad de Trujillo, y quién fué el fundador.

En el valle de Chimo está fundada la ciudad de Trujillo, cerca de un río algo grande y hermoso, del cual sacan acequias, con que los españoles riegan sus huertas y vergeles, y el agua dellas pasa por todas las casas desta ciudad, y siempre están verdes y floridas. Esta ciudad de Trujillo es situada en tierra que se tiene por sana, y á todas partes cercada de muchos heredamientos, que en España llaman granjas ó cortijos, en donde tienen los vecinos sus ganados y sementeras. Y como todo ello se riega, hay por todas partes puestas muchas viñas y granados y higueras, y otras frutas de España, y gran cantidad de trigo y muchos naranjales, de los cuales es cosa hermosa ver el azahar que sacan. Tam-

bien hay cidras, toronjas, limas, limones. Frutas de las naturales hay muchas y muy buenas. Sin esto, se crían muchas aves, gallinas, enpones. De manera que se podrá tener que los españoles vecinos de esta ciudad son de todas proveídos, por tener tanta abundancia de las cosas ya contadas; y no falta de pescado, pues tiene la mar á media legua. Esta ciudad está asentada en un llano que hace el valle en medio de sus frescuras y arboledas, cerca de unas sierras de rocas y secadales, bien trazada y edificada, y las calles muy anchas y la plaza grande. Los indios serranos abajan de sus provincias á servir á los españoles que sobre ellos tienen encomienda, y proveen la ciudad de las cosas que ellos tienen en sus pueblos. De aquí sacan navios cargados de ropa de algodón hecha por los indios, para vender en otras partes. Fundó y pobló la ciudad de Trujillo el adelantado don Francisco Pizarro, gobernador y capitán general en los reinos del Perú, en nombre del emperador don Carlos, nuestro señor, año del nacimiento de nuestro salvador Jesucristo de 1530 años.

CAPITULO LXX.

De los mas valles y pueblos que hay por el camino de los llanos, hasta llegar á la ciudad de los Reyes.

En la serranía, antes de llegar al paraje de la ciudad de los Reyes, están pobladas las ciudades de la frontera de los chachapoyas y la ciudad de Leon de Guanuco. No determino tratar dellas nada hasta que vaya dando noticia de los pueblos y provincias que me quedan de contar de la serranía, en donde escribiré sus fundaciones con la mas brevedad que yo pudiere; y con tanto, pasará adelante con lo comenzado. Digo que desta ciudad de Trujillo á la de los Reyes hay ochenta leguas, todo camino de arenales y valles. Luego que salen de Trujillo se va al valle de Guanape, que está siete leguas mas hácia la ciudad de los Reyes, que no fué en los tiempos pasados menos nombrado entre los naturales, por el brebaje de chicha que en él se hacía, que Madrugal ó San Martín en Castilla, por el buen vino que cogen. Antiguamente también fué muy poblado este valle, y hubo en él señores principales, y fueron bien tratados y honrados por los ingas después que dellos se hicieron señores. Los indios que han quedado de las guerras y trabajos pasados entienden en sus labranzas como los demás, sacando acequias del rio para regar los campos que labran, y claro se ve cómo los reyes ingas tuvieron en él depósitos y aposentos. Un puerto de mar hay en este valle de Guanape, provechoso, porque muchas de las naos que andan por esta mar del Sur, de Panamá al Perú, se sirven en él de mantenimiento.

De aquí se camina al valle de Santa; y antes de llegar á él se pasa un valle pequeño, por el cual no corre rio, salvo que se ve cierto ojo de agua buena, de que beben los indios y caminantes que van por aquella parte; y esto se debe causar de algun rio que corre por las entrañas de la misma tierra. El valle de Santa fué en los tiempos pasados muy bien poblado, y hubo en él grandes capitanes y señores naturales; tanto, que á los principios osaron competir con los ingas; de los cuales cuentan que, mas por amor y maña que tuvieron, que por rigor ni fuerza de armas, se hicieron señores de-

llos, y después los estimaron y tuvieron en mucho, y edificaron por su mandado grandes aposentos y muchos depósitos; porque este valle es uno de los mayores y mas ancho y largo de cuantos se han pasado. Corre por él un rio furioso y grande, y en tiempo que en la sierra es invierno viene crecido, y algunos españoles se han ologado pasándolo de una á otra parte. En este tiempo hay balsos con que pasan los indios, de los cuales hubo antiguamente muchos millares dellos, y agora no se hallan cuatrocientos naturales; de lo cual no es poca lastima contemplar en ello. Lo que mas me admiró cuando pasé por este valle fué ver la muchedumbre que tienen de sepulturas, y que por todas las sierras y secadales en los altos del valle hay número grande de apartados, hechos á su usanza, todos cubiertos de huesos de muertos. De manera que lo que hay en este valle mas que ver es las sepulturas de los muertos y los campos que labraron siendo vivos. Solian sacar del rio grandes acequias, con que regaban todo lo mas del valle, por lugares altos y por laderas. Mas agora, como haya tan pocos indios como he dicho, todos los mas de los campos están por labrar, hechos florestas y breñales, y tantas espesuras, que por muchas partes no se puede hender. Los naturales de aquí andan vestidos con sus mantas y conisetas, y las mujeres lo mismo. Por la cabeza traen sus ligaduras ó señales. Frutas de las que se han contado se dan en este valle muy bien, y legumbres de España, y matan mucho pescado. Las naos que andan por la costa siempre toman agua en este rio; se proveen destas cosas. Y como haya tantas arboledas y tan poca gente, crianse en estas espesuras tanta cantidad de mosquitos, que dan pena á los que pasan ó duermen en este valle, del cual está el de Guambacho dos jornadas, de quien no terné que decir mas de que es de la suerte y manera de los que quedan atrás, y que tenía aposentos de los señores; y del rio que corre por él sacaban acequias para regar los campos que sembraban. Deste valle fui yo en día y medio al de Guamey, que también en lo pasado tuvo mucha gente. Crián en este tiempo cantidad de ganado de puercos y vacas y yeguas. Deste valle de Guamey se llega al de Parimonga, no menos deleitoso que los demás, y creo yo que en él no hay indios ningunos que se aprovechen de su fertilidad; y si de ventura han quedado algunos, estarán en las cabezadas de la sierra y mas alto del valle, porque no vemos otra cosa que arboledas y florestas desiertas. Una cosa hay que ver en este valle, que es una galana y bien trazada fortaleza al uso de los que la edificaron; y cierto es cosa de notar, ver por donde llevaban el agua por acequias para regar lo mas alto della. Las moradas y aposentos eran muy galanos, y tienen por las paredes pintados muchos animales fieros y pájaros, cercada toda de fuertes paredes y bien obrada; ya está toda muy ruinada, y por muchas partes minada, por buscar oro y plata de enterramientos. En este tiempo no sirve esta fortaleza de mas de ser testigo de lo que fué. A dos leguas desto valle está el rio de Guaman, que en nuestra lengua castellana quiere decir rio del Halcon, y comunmente le llaman la Barranca. Este valle tiene las calidades que los demás; y cuando en la sierra llueve mucho, este rio de suso dicho es peligroso, y al-

gunos pasando de una parte á otra se han ahogado. Una jornada mas adelante está el valle de Guaura, de donde pasaremos al de Lima.

CAPÍTULO LXXI.

De la manera que está situada la ciudad de los Reyes, y de su fundacion, y quién fué el fundador.

El valle de Lima es el mayor y mas ancho de todos los que se han escripto de Tímbez á él; y así, como era grande, fué muy poblado. En este tiempo hay pocos indios de los naturales; porque, como se pobló la ciudad en su tierra y les ocuparon sus campos y riegos, unos se fueron á unos valles y otros á otros. Si de ventura han quedado algunos, tendrán sus campos y acequias para regar lo que siembran. Al tiempo que el adelantado don Pedro de Albarado entró en este reino hallóse el adelantado don Francisco Pizarro, gobernador dél por su majestad, en la ciudad del Cuzco. Y como el mariscal don Diego de Almagro fuese á lo que apuntó en el capítulo que trata de Riobamba, temiéndose el adelantado no quisiese ocupar alguna parte de la costa, abajando á estos llanos, determinó de poblar una ciudad en este valle. Y en aquel tiempo no estaba poblado Trujillo ni Arequipa ni Guamanga, ni las otras ciudades que después se fundaron. Y como el gobernador don Francisco Pizarro pensase hacer esta poblacion, después de haberse visto el valle de Sangalla y otros asientos desta costa, abajando un dia con algunos españoles por donde la ciudad está agora puesta, les pareció lugar conveniente para ello y que tenia las calidades necesarias; y así, luego se hizo la traza y se edificó la ciudad en un campo raso deste valle, dos pequeñas leguas de la mar. Nace por encima della un rio á la parte de levante, que en tiempo que en la serranía es verano lleva poca agua, y cuando es invierno va algo grande, y entra en la mar por la del poniente. La ciudad está asentada de tal manera, que nunca el sol toma al rio de través, sino que nace á la parte de la ciudad; la cual está tan junto al rio, que desde la plaza un buen bracero puede dar con una pequeña piedra en él, y por aquella parte no se puede atargar la ciudad para que la plaza pudiese quedar en comarca; antes de necesidad ha de quedar á una parte. Esta ciudad, después del Cuzco, es la mayor del todo el reino del Perú y la mas principal, y en ella hay muy buenas casas, y algunas muy galanas con sus torres y terrados, y la plaza es grande y las calles anchas, y por todas las mas de las casas pasan acequias, que es no poco contento; del agua dellas se sirven y riegan sus huertos y jardines, que son muchos, frescos y deleitosos. Está en este tiempo asentada en esta ciudad la corte y chancilleria real; por lo cual, y porque la contratacion de todo el reino de Tierra-Firme está en ella, hay siempre mucha gente y grandes y ricas tiendas de mercaderes. Y en el año que yo salí deste reino habia muchos vecinos de los que tenían encomienda de indios, tan ricos y prósperos, que valian sus haciendas á ciento y cincuenta mil ducados, y á ochenta, y á sesenta, y á cincuenta, y algunos á mas y otros á menos. En fin, ricos y prósperos los dejó á todos los mas; y muchas veces salen navios del puerto desta ciudad que llevan á ochocientos mil ducados

cada uno, y algunos mas de un millon. Lo cual yo ruego al todopoderoso Dios que, como sea para su servicio y crecimiento de nuestra santa fe y salvacion de nuestras ánimas, él siempre lo lleve en crecimiento. Por encima de la ciudad, á la parte de oriente, está un grande y muy alto cerro, donde está puesta una cruz. Fuera de la ciudad, á una parte y á otra, hay muchas estancias y heredamientos, donde los españoles tienen sus ganados y palomares, y muchas viñas y huertas muy frescas y deleitosas, llenas de las frutas naturales de la tierra, y de liguerales, platanales, granados, cañas dulces, melones, naranjos, limas, cidras, toronjas y las legumbres que se han traído de España; todo tan bueno y gustoso, que no tiene falta, antes digno por su belleza para dar gracias al gran Dios y Señor nuestro, que lo crió. Y cierto, para pasar la vida humana, cesando los escándulos y alborotos y no habiendo guerra, verdaderamente es una de las buenas tierras del mundo, pues vemos que en ella no hay hambre ni pestilencia, ni llueve, ni caen rayos ni relámpagos, ni se oyen truenos; antes siempre está el cielo sereno y muy hermoso. Otras particularidades della se pudieran decir; mas, pareciéndome que basta lo dicho, pasaré adelante, concluyendo con que la pobló y fundó el adelantado don Francisco Pizarro, gobernador y capitán general en estos reinos, en nombre de su majestad el emperador don Carlos, nuestro señor, año de nuestra reparacion de 1530 años.

CAPÍTULO LXXII.

Del valle de Pachacama y del antiquísimo templo que en él estuvo, y cómo fué reverenciado por los yungas.

Pasando de la ciudad de los Reyes por la misma costa, á cuatro leguas della está el valle de Pachacama, muy nombrado entre estos indios. Este valle es deleitoso y frutífero, y en él estuvo uno de los suntuosos templos que se vieron en estas partes; del cual dicen que, no embargante que los reyes incas hicieron, sin el templo del Cuzco, otros muchos, y los ilustraron y acrecentaron con riqueza, ninguno se igualó con este de Pachacama; el cual estaba edificando sobre un pequeño cerro hecho á mano, todo de adobes y de tierra, y en lo alto puesto el edificio, comenzando desde lo bajo, y tenía muchas puertas, pintadas ellas y las paredes con figuras de animales fieros. Dentro del templo donde ponian el idolo estaban los sacerdotes, que no fingian poca santimonía. Y cuando hacian los sacrificios delante de la multitud del pueblo iban los rostros hácia las puertas del templo y las espaldas á la figura del idolo, llevando los ojos bajos y llenos de gran temblor, y con tanta turbacion, segun publican algunos indios de los que hoy son vivos, que casi se podrá comparar con lo que se lee de los sacerdotes de Apolo cuando los gentiles aguardaban sus vanas respuestas. Y dicen mas, que delante de la figura deste demonio sacrificaban número de animales y alguna sangre humana de personas que mataban; y que en sus fiestas, las que ellos tenían por mas solenes, daba respuestas; y como eran oídas, las creian y tenían por de mucha verdad. Por los terrados deste templo y por lo mas bajo estaba enterrada gran suma de oro y plata. Los sacerdotes eran muy es-

timados, y los señores y caciques los obedecían en muchas cosas de las que ellos mandaban; y es fama que había junto al templo hechos muchos y grandes aposentos para los que venían en romería, y que á la redonda del no se permitía enterrar ni era digno de tener sepultura, sino eran los señores ó sacerdotes ó los que venían en romería y á traer ofrendas al templo. Cuando se hacían las fiestas grandes del año era mucha la gente que se juntaba, haciendo sus juegos con sonos de instrumentos de música de la que ellos tienen. Pues como los ingas, señores tan principales, señoreasen el reino y llegasen á este valle de Pachacama, y tuviesen por costumbre mandar por toda la tierra que ganaban que se hiciesen templos y adoratorios al sol, viendo la grandeza deste templo y su grande antigüedad, y la autoridad que tenía con todas las gentes de las comarcas, y la mucha devoción que á él todos mostraban, pareciéndoles que con gran dificultad lo podrían quitar, dicen que trataron con los señores naturales y con los ministros de su dios ó demonio que este templo de Pachacama se quedase con el autoridad y servicio que tenía, con tanto que se hiciese otro templo grande y que tuviese el mas eminente lugar para el sol; y siendo hecho como los ingas lo mandaron su templo del sol, se hizo muy rico y se pusieron en él muchas mujeres virgines. El demonio Pachacama, alegre con este concierto, afirman que mostraba en sus respuestas gran contento, pues con lo uno y lo otro era él servido, y quedaban las ánimas de los simples malaventurados presas en su poder. Algunos indios dicen que en lugares secretos habla con los mas viejos este malvado demonio Pachacama; el cual, como ve que ha perdido su crédito y autoridad, y que muchos de los que le solían servir tienen ya opinión contraria, conociendo su error, les dice que el Dios que los cristianos predicán y él son una cosa, y otras palabras dichas de tal adversario; y con engaños y falsas apariencias procura estorbar que no reciban agua del bautismo; para lo cual es poca parte, porque Dios, doliéndose de las ánimas destos pecadores, es servido que muchos vengan á su conocimiento y se llamen hijos de su Iglesia; y así, cada día se bautizan. Y estos templos todos están deshechos y ruïnados de tal manera, que lo principal de los edificios falta; y á pesar del demonio, en el lugar donde él fué tan servido y adorado está la cruz, para mas espanto suyo y consuelo de los fieles. El nombre deste demonio queria decir hacedor del mundo, porque camac quiere decir hacedor, y pacha, mundo. Y cuando el gobernador don Francisco Pizarro (permitiéndolo Dios) prendió en la provincia de Caxamalca á Atabaliba, teniendo gran noticia deste templo y de la mucha riqueza que en él estaba, envió al capitán Hernando Pizarro, su hermano, con copia de españoles, para que llegasen á este valle y sacasen todo el oro que en el maldito templo hubiese, con lo cual diese la vuelta á Caxamalca. Y aunque el capitán Hernando Pizarro procuró con diligencia llegar á Pachacama, es público entre los indios que los principales y los sacerdotes del templo habían sacado mas de cuatrocientas cargas de oro, lo cual nunca ha parecido, ni los indios que hoy son vivos saben dónde está, y todavía halló Hernando Pizarro (que fué, como digo, el primer capitán espa-

ñol que en él entró) alguna cantidad de oro y plata. Y andando los tiempos, el capitán Rodrigo Orgoñez y Francisco de Godoy y otros sacaron gran suma de oro y plata de los enterramientos, y aun se presume y tiene por cierto que hay mucho mas; pero, como no se sabe dónde está enterrado, se pierde, y si no fuere acaso hallarse, poco se cobrará. Desde el tiempo que Hernando Pizarro y los otros cristianos entraron en este templo, se perdió y el demonio tuvo poco poder, y los idolos que tenía fueron destruidos, y los edificios y templo del sol por el consiguiente se perdió, y aun la mas desta gente falta; tanto, que muy pocos indios han quedado en él. Es tan vicioso y lleno de arboledas como sus comarcas, y en los campos deste valle se crían muchas vacas y otros ganados y yeguas, de las cuales salen algunos caballos buenos.

CAPITULO LXXIII.

De los valles que hay desde Pachacama hasta llegar á la fortaleza del Guarco, y de una cosa notable que en este valle se hace.

Deste valle de Pachacama, donde estaba el templo ya dicho, se va hasta llegar al de Chilca, donde se ve una cosa que es de notar por ser muy extraña, y es, que ni del cielo se ve caer agua ni por él pasa río ni arroyo, y está lo mas del valle lleno de sementeras de maiz y de otras raíces y árboles de frutas. Es cosa notable de ver lo que en este valle se hace, que, para que tenga la humedad necesaria, los indios hacen unas hoyas anchas y muy hondas, en las cuales siembran y ponen lo que tengo dicho; y con el rocío y humedad es Dios servido que se crie, pero el maiz por ninguna forma ni via podría nacer ni mortificarse el grano, si con cada uno no echasen una ó dos cabezas de sardina de las que toman con sus redes en la mar; y así, al sembrar, las ponen y juntan con el maiz en el propio hoyo que hacen para echar los granos, y desta manera nace y se da en abundancia. Ciertamente es cosa notable y nunca vista que en tierra donde ni llueve ni cae sino algún pequeño rocío puedan gentes vivir á su placer. El agua que beben los deste valle la sacan de grandes y hondos pozos. Y en este paraje, en la mar matan tantas sardinias, que basta para mantenimiento destos indios y para hacer con ellas sus sementeras. Y hubo en él aposentos y depósitos de los ingas, para estar cuando andaban visitando las provincias de su reino. Tres leguas mas adelante de Chilca está el valle de Mala, que es adonde el demonio, por los pecados de los hombres, acabó de meter el mal en esta tierra que había comenzado, y se confirmó la guerra entre los dos gobernadores, don Francisco Pizarro y don Diego de Almagro, pasando primero grandes trances y acacimientos, porque dejaron el negocio del debate (que era sobre en cuál de las gobernaciones caía la ciudad del Cuzco) en manos y poder de fray Francisco de Bobadilla, fraile de la orden de nuestra Señora de la Merced; y habiendo tomado juramento solemne á los unos capitanes y á los otros, los dos adelantados Pizarro y Almagro se vieron, y de las vistas no resultó mas de volver con gran disimulación don Diego de Almagro á poder de su gente y capitanes, y el juez árbitro Bobadilla sentenció los debates, y declaró lo que yo escribo en la cuarta parte

desta historia, en el primer libro, de la guerra de las Salinas. Por este valle de Mala pasa un río muy bueno, lleno de espesas arboledas y florestas. Adelante deste valle de Mala, poco mas de cinco leguas, está el del Guarco, bien nombrado en este reino, grande y muy ancho, y lleno de arboledas de frutales. Especialmente hay en él cantidad de guayabas muy olorosas y gustosas y mayor de guabas. El trigo y maíz se da bien, y todas las mas cosas que siembran, así de las naturales como de lo que plantan de los árboles de España. Hay, sin esto, muchas palomas, tórtolas y otros géneros de pájaros. Y las florestas y espesuras que hace el valle son muy sombrías; por debajo dellas pasan las acequias. En este valle dicen los moradores que hubo en los tiempos pasados gran número de gentes, y que competían con los de la sierra y con otros señores de los llanos. Y que como los ingas viniesen conquistando y haciéndose señores de todo lo que vian, no queriendo estos naturales quedar por sus vasallos, pues sus padres los habían dejado libres, se mostraron tan valerosos, que sostuvieron la guerra y la mantuvieron con no menos ánimo que virtud mas tiempo de cuncho años, en el discurso de los cuales pasaron entre unos y otros cosas notables, á lo que dicen los orejones del Cuzco y ellos mismos, segun se trata en la segunda parte. Y como la porfía durase, no embargante que el Inga se retiraba los veranos al Cuzco por causa del calor, sus gentes trataron la guerra, que, por ser larga, y el rey inga haber tomado voluntad de la llegar al cabo, abajando con la nobleza del Cuzco, edificó otra nueva ciudad, á la cual nombró Cuzco, como á su principal asiento. Y cuentan asimismo que mandó que los barrios y collados tuviesen los nombres propios que tenían los del Cuzco; durante el cual tiempo, después de haber los del Guarco y sus valedores hecho hasta lo último que pudieron, fueron vencidos y puestos en servidumbre del rey tirano; y que no tenía otro derecho á los señoríos que adquiría mas que la fortuna de la guerra. Y habiéndole sido próspera, se volvió con su gente al Cuzco, perdiéndose el nombre de la nueva poblacion que habían hecho. No embargante que por triunfo de su vitoria mandó edificar en un collado alto del valle la mas agraciada y vistosa fortaleza que había en todo el reino del Perú, fundada sobre grandes losas cuadradas, y las portadas muy bien hechas y los recebimientos y patios grandes. De lo mas alto desta casa real abajaba una escalera de piedra que llegaba hasta la mar; tanto, que las mismas ondas della baten en el edificio con tan grande ímpetu y fuerza, que pone grande admiracion pensar cómo se pudo labrar de la manera tan prima y fuerte que tiene. Estaba en su tiempo esta fortaleza muy adornada de pinturas, y antiguamente había mucho tesoro en ella de los reyes ingas. Todo el edificio desta fuerza, aunque es tanto como tengo dicho, y las piedras muy grandes, no se parece mezcla ni señal de cómo las piedras coajan unas en otras y están tan apegadas, que á mala vez se parece la juntura. Cuando este edificio se hizo, dicen que, llegando á lo interior de la peña con sus picos y herramientas, hicieron concavidades, en las cuales habiendo socavado, ponían encima grandes losas y piedras; de manera que con tal cimiento quedó

el edificio tan fuerte. Y cierto, para ser obra hecha por estos indios, es digna de loor y que causa á los que la ven admiracion; aunque está desierta y ruinada, se ve haber sido lo que dicen en lo pasado. Y donde es esto fortaleza y lo que ha quedado de la del Cuzco, me parece á mí que se debía mandar so graves penas que los españoles ni los indios no acabasen de deshacerlas, porque estos dos edificios son los que en todo el Perú parecen fuertes y mas de ver, y aun, andando los tiempos, podrian aprovechar para algunos efetos.

CAPITULO LXXIV.

De la gran provincia de Chincha, y cuánto fué estimado en los tiempos antiguos.

Adelante de la fortaleza del Guarco, poco mas de dos leguas, está un río algo grande, á quien llaman de Lunaguana, y el valle que hace, por donde pasa su corriente, es de la natura de los pasados. Seis leguas deste río de Lunaguana está el hermoso y grande valle de Chincha, tan nombrado en todo el Perú como temido antiguamente por los mas de los naturales. Lo cual se cree que sería así, pues sabemos que cuando el marqués don Francisco Pizarro con sus trece compañeros descubrió la costa deste reino, por toda ella le decían que fuese á Chincha, que era la mayor y mejor de todo. Y así, como cosa tenida por tal, sin saber los secretos de la tierra, en la capitulacion que hizo con su majestad pidió por términos de su gobernacion desde Tempulla ó el río de Santiago hasta este valle de Chincha. Queriendo saber el origen destes indios de Chincha y de dónde vinieron á poblar en este valle, dicen que cantidad dellos salieron en los tiempos pasados debajo de la bandera de un capitán esforzado, dellos mismos, el cual era muy dado al servicio de sus religiones, y que, con buena maña que tuvo, pudo llegar con toda su gente á este valle de Chincha, adonde hallaron mucha gente, y todos de tan pequeños cuerpos, que el mayor tenía poco mas que dos codos; y que mostrándose esforzados, y estos naturales cobardes y tímidos, les tomaron y ganaron su señorío; y afirmaron mas, que todos los naturales que quedaron se fueron consumiendo, y que los abuelos de los padres, que hoy son vivos, vieron en algunas sepulturas los huesos suyos, y ser tan pequeños como se ha dicho. Y como estos indios así quedasen por señores del valle, y fuese tan fresco y abundante, cuentan que hicieron sus pueblos concertados; y dicen mas, que por una peña oyeron cierto oráculo, y que todos tuvieron al tal lugar por sagrado, al cual llaman Chincha y Camay. Y siempre le hicieron sacrificios, y el demonio hablaba con los mas viejos, procurando de los tener tan engañados como tenía á los demás. En este tiempo los caciques principales deste valle, con otros muchos indios, se han vuelto cristianos, y hay en él fundado monesterio del glorioso santo Domingo. Volviendo al propósito, afirman que crecieron tanto en poder y en gente estos indios, que los mas de los valles comarcanos procuraron de tener con ellos confederacion y amistad á gran ventaja y honor suyo; y que, viéndose tan poderosos, en tiempo que los primeros ingas entendían en la fundacion del Cuzco acordaron de salir con sus armas á robar las provincias de las sierras, y así dicen que lo

puñeron por obra, y que hicieron gran daño en los soras y lucanes, y que llegaron hasta la gran provincia de Collao. De donde, después de haber conseguido muchas victorias y habido grandes despojos, dieron la vuelta á su valle; donde estuvieron ellos y sus descendientes dándose á sus placeres y pasatiempos con muchedumbre de mujeres, usando y guardando los ritos y costumbres que los demás. Y tanta fué la gente que habia en este valle, que muchos españoles dicen que cuando se ganó por el Marqués y ellos este reino, habia mas de veinte y cinco mil hombres, y agora creo yo que no hay cabales cinco mil: tantos han sido los combates y fatigas que han tenido. El señorío destes fué siempre seguro y próspero, hasta que el valeroso inga Yupangue extendió su señorío tanto, que superó la mayor parte deste reino, y deseando tener mando sobre los señores de Chinchá, envió un capitán suyo de su linaje, llamado Capuinga Yupangue, el cual con ejército de muchos orejones y otras gentes llegó á Chinchá, donde tuvo con los naturales algunos recuentros, y no pudiendo del todo sojuzgarlos, pasó adelante. En tiempo de Tupainga Yupangue, padre de Guaynacapa, concluyen en decir que hubieron al cabo de quedar por sus súbditos, y desde aquel tiempo tomaron leyes de los señores ingas, gobernándose los pueblos del valle por ellas, y se hicieron grandes y suntuosos aposentos para los reyes, y muchos depósitos donde ponian los mantenimientos y provisiones de la guerra; y puesto que los ingas no privaron del señorío á los caciques y principales, pusieron su delegado ó mayordomo mayor en el valle, y mandaron que adorasen al sol, á quien ellos tenian por Dios; y así, se hizo en este valle templo del sol. En el cual se pusieron la cantidad de vírgines que se ponian en otros del reino, y con los ministros del templo para celebrar sus fiestas y hacer sus sacrificios; y no embarazante que se hiciese este templo del sol tan principal, los naturales de Chinchá no dejaron de adorar tambien en su antiguo templo de Chinchaycama. Tambien tuvieron los reyes ingas en este gran valle sus mitimaes, y mandaron que en algunos meses del año residiesen los señores en la corte del Cuzco, y en las guerras que se hicieron en tiempo de Guaynacapa se halló en las mas dellas el señor de Chinchá, que hoy es vivo, hombre de gran razon y de buen entendimiento, para ser indio.

Este valle es uno de los mayores de todo el Perú, y es cosa hermosa de ver sus arboledas y acequias y cuántas frutas hay por todo él, y cuán sabrosos y olorosos pepinos, no de la naturaleza de los de España, aunque en el talle les parecen algo, porque los de acá son amarillos quitándoles la cáscara, y tan gustosos, que cierto ha menester comer muchos un hombre para quedar satisfecho. Por las florestas hay de las aves y pájuros en otras partes referidos. De las ovejas desta tierra casi no hay ninguna, porque las guerras de los cristianos que unos con otros tuvieron acabaron las muchas que tenian. Tambien se da en este valle mucho trigo, y se crian los sarmientos de viñas que han plantado, y se dan todas las mas cosas que de España ponen.

Habia en este valle grandísima cantidad de sepultu-

ras hechas por los altos y secadales del valle. Muchas dellas abrieron los españoles y sacaron gran suma de oro. Usaron estos indios de grandes bailes, y los señores andaban con gran pompa y aparato, y eran muy servidos por sus vasallos. Como los ingas los señorearon, tomaron dellos muchas costumbres, y usaron su traje, imitándoles en otras cosas que ellos mandaban, como únicos señores que fueron. Haberse apocado la mucha gente deste gran valle haia causado las guerras largas que hubo en este Perú, y sacar para llevarlos cargados muchas veces (según es público) gran cantidad dellos.

CAPITULO LXXV.

De los mas valles que hay hasta llegar á la provincia de Tarapaca.

De la hermosa provincia de Chinchá, caminando por los llanos y arenales, se va al fresco valle de Ica, que no fué menos grande y poblado que los demás. Pasa por él un rio, el cual, en algunos meses del año, el tiempo que en la serranía es verano, lleva tan poca agua, que sienten falta della los moradores deste valle. En el tiempo que estaban en su prosperidad, antes que fuesen subyeltados por los españoles, cuando gozaban del gobierno de los ingas, demás de las acequias con que regaban el valle, tenian una muy mayor que todas, traída con grande orden de lo alto de las sierras, de tal manera, que pasaban sin echar menos el rio. Agora en este tiempo, cuando tienen falta y el acequia grande está deshecha, por el mismo rio hacen grandes pozas ó trechos, y el agua queda en ellas, de que beben y llevan acequias pequeñas para riego de sus sementeras. En este valle de Ica hubo antiguamente grandes señores, y fueron muy temidos y obedecidos. Los ingas mandaron hacer en él sus palacios y depósitos, y usaron de las costumbres que he puesto tener los de atrás. Y así, enteraban con sus difuntos mujeres vivas y grandes tesoros. Hay en este valle grandes espesuras de algarrobales y muchas arboledas de frutas de las ya escriptas, y venados, palomas, tórtolas y otras cazas; crianse muchos potros y vacas. Deste valle de Ica se camina hasta verso los lindos valles y rios de la Nasca. Los cuales fueron asimismo en los tiempos pasados muy poblados, y los rios regaban los campos de los valles con la orden y manera ya puesta. Las guerras pasadas consumieron con su crueldad (según es público) todos estos pobres indios. Algunos españoles de crédito me dijeron que el mayor daño que á estos indios les vino para su destruccion fué por el debate que tuvieron los dos gobernadores Pizarro y Almagro sobre los limites y términos de sus gobernaciones, que tan caro costó, como verá el lector en su lugar.

En el principal valle destes de la Nasca (que por otro nombre se llama Caxamalca) habia grandes edificios con muchos depósitos, mandados hacer por los ingas. Y de los naturales no tengo mas qué tratar de que tambien cuentan que sus progenitores fueron valientes para entre ellos, y estimados por los reyes del Cuzco. En las sepulturas y guacas suyos he oido que sacaron los españoles cantidad de tesoro. Y siendo estos valles tan fértiles como he dicho, se ha plantado en uno dellos gran cantidad de cañaverales dulces, de que hacen mu-

cho azúcar, y otras frutas que llevan á vender á las ciudades desta reino. Por todos estos valles y por los que se han pasado va de luengo el hermoso y gran camino de los ingas, y por algunas partes de los areales se ven señales para que atinen el camino que han de llevar. Destos valles de la Nasca van hasta llegar al de Hacari, y adelante están Ocoña y Camaña y Quileca, en los cuales hay grandes rios. Y no embargante que en los tiempos presentes hay poca gente de los naturales, en los pasados hubo la que en todas partes destes llanos, y con las guerras y calamidades pasadas se fueron apocando, hasta quedar en lo que vemos. Quanto á lo demás, son los valles frutíferos y abundantes, aparejados para criar ganados. Adelante desto valle de Quileca, que es el puerto de la ciudad de Arequipa, está el valle de Chuli y Tantiapalla y el de Ilo. Mas adelante están los ricos valles de Tarapaca. Cerca de la mar, en la comarca destes valles, hay algunas islas bien pobladas de lobos marinos. Los naturales van á ellas en balsas, y de las rocas que están en sus altos traen gran cantidad de estiércol de las aves para sembrar sus maizales y mantenimientos, y hallanlo tan provechoso, que la tierra se para con ello muy gruesa y frutifera, siendo en la parte que lo siembran estéril; porque si dejan de echar deste estiércol, cogen poco maíz, y no podrían sustentarse si las aves, posándose en aquellas rocas de las islas de guso dichas, no dejasen lo que después de cogido se tiene por estimado, y como tal contratan con ello, como cosa preciada, unos con otros.

Decir mas particularidades de los dichas en lo tocante á estos valles hasta llegar á Tarapaca, pareceme que importa poco, pues lo principal y mas substancial se ha puesto de lo que yo vi y puede alcanzar. Por tanto, concluyo en esto con que de los naturales han quedado pocos, y que antiguamente habia en todos los valles aposentos y depósitos como en los pasados que hay en los llanos y areales. Y los tributos que daban á los reyes ingas, unos dellos los llevaban al Cuzco, otros á Hantuncolla, otros á Bileas y algunos á Caxamalca; porque las grandezas de los ingas y las cabezas de las provincias, lo mas substancial era en la sierra.

En los valles de Tarapaca es cierto que hay grandes minas y muy ricas, y de plata muy blanca y rosplandeciente. Adelante dellas, dicen los que han andado por aquellas tierras que hay algunos desiertos hasta que se llega á los términos de la gobernacion de Chile. Por toda esta costa se mata pescado, y alguno bueno, y los indios hacen balsas para sus pesquerías de grandes haces de avena ó de cueros de lobos marinos, que hay tantos en algunas partes, que es cosa de ver los buñidos que dan cuando están muchos juntos.

CAPITULO LXXVI.

De la fundacion de la ciudad de Arequipa, cómo fué fundada y quien fue su fundador.

Desde la ciudad de los Reyes hasta la de Arequipa hay ciento y veinte leguas. Esta ciudad está puesta y edificada en el valle de Quileca, entorreo leguas de la mar, en la mejor parte y mas fresca que se halló conveniente para el edificar; y es tan bueno el asiento y templo desta ciudad, que se alaba por la mas sana del

Perú y mas apacible para vivir. Dase en ella muy excelente trigo, del cual hacen pan muy bueno y sabroso. Desde el valle de Hacari para adelante, hasta pasar de Tarapaca, son términos suyos, y en la provincia de Condesuyo tiene asimismo algunos pueblos sujetos á sí, y algunos vecinos españoles tienen encomienda sobre los naturales dellas. Los hubinas y chiquiguanita y quimistaca y los collaguas son pueblos de los sujetos á esta ciudad, los cuales antiguamente fueron muy poblados, y poseian mucho ganado de sus ovejas. La guerra de los españoles consumió la mayor parte de lo uno y de lo otro. Los indios que eran serranos de las partes ya dichas adoraban al sol y enterraban á los principales en grandes sepulturas, de la manera que hacian los demás. Todos, unos y otros, andan vestidos con sus mantas y caquisetas. Por las mas partes destas atravesaban caminos reales antiguos, hechos para los reyes, y habia depósitos y aposentos, y todos daban tributo de lo que cogian y tenian en sus tierras. Esta ciudad de Arequipa, por tener el puerto de la mar tan cerca, es bien proveida de los refrescos y mercaderías que traen de España, y la mayor parte del tesoro que sale de las Charcas viene á ella, desde donde lo embarcan en navios que lo mas del tiempo hay en el puerto de Quileca, para volver á la ciudad de los Reyes. Algunos indios y cristianos dicen que por el paraje de Hacari, bien adentro en la mar, hay unas islas grandes y ricas, de las cuales publica la fama que se traia mucha suma de oro para contratar con los naturales desta costa. En el año de 1550 salí yo del Perú, y habian los señores del audiencia real encargado al capitan Gomez de Solis el descubrimiento destas islas. Créese que serán ricas, si las hay. En lo tocante á la fundacion de Arequipa, no tengo que decir mas de que cuando se fundó fué en otro lugar, y por causas convenientes se pasó adonde agora está. Cerca della hay un volcan, que algunos temen no reviente y haga algun daño. En algunos tiempos ha en esta ciudad grandes temblores la tierra. La cual pobló y fundó el marqués don Francisco Pizarro, en nombre de su majestad, año de nuestra reparacion de 1530 años.

CAPITULO LXXVII.

En que se declara cómo adelante de la provincia de Guancabamba está la de Caxamalca, y otras grandes y muy pobladas.

Porque las mas provincias deste gran reino se imitaban los naturales dellas en tanta manera unos á otros, que se puede bien afirmar en muchas cosas parecer que todos eran unos; por tanto, brevemente toco lo que hay en algunas por haberlo escripto largo en las otras. Y pues ya he concluido lo mejor que he podido en lo de los llanos, volveré á lo de las sierras. Y para hacerlo, digo que en lo de atrás escribí los pueblos y aposentos que habia de la ciudad de Quito hasta la de Loja y provincia de Guancabamba, donde paré por tratar la fundacion de San Miguel y lo demás que de suso he dicho. Y volviendo á este camino, me parece que habrá de Guancabamba á la provincia de Caxamalca cincuenta leguas, poco mas ó menos; la cual es término de la ciudad de Trujillo. Y fué ilustrada esta provincia por la prision de Atabaliba, y muy memorada en todo esto

reino por ser grande y muy rica. Cuentan los moradores de Caxamalca que fueron muy estimados por sus comarcas antes que los ingas los señoreasen, y que tenían sus templos y adoratorios por los altos de los cerros, y que puesto que anduviesen vestidos, no era tan primamente como lo fué después y lo es agora. Dicen unos de los indios que fué el primero que los sojuzgó inga Yupangue, otros dicen que no fué sino su hijo Topainga Yupangue. Cualquiera dellos que fuese, se afirma por muy averiguado que primero que quedase por señor de Caxamalca le mataron en las batallas que se dieron gran parte de su gente, y que mas por maña y buenas palabras, blandas y amorosas, que por fuerza, quedaron debajo de su señorío. Los naturales señores desta provincia fueron muy obedecidos de sus indios y tenían muchas mujeres. La una de las cuales era la mas principal, cuyo hijo, si lo habian, sucedia en el señorío. Y cuando fallecia, usaban lo que guardaban los demás señores y caciques pasados, enterrando consigo de sus tesoros y mujeres, y hacíanse en estos tiempos grandes lloros continuos. Sus templos y adoratorios eran muy venerados, y ofrecían en ellos por sacrificio sangre de corderos y de ovejas, y decían que los ministros destes templos hablaban con el demonio. Y cuando celebraban sus fiestas se juntaban número grande de gente en plazas limpias y muy barridas, adonde se hacían los bailes y areitos, en los cuales no se gastaba poca cantidad de su vino, hecho de maíz y de otras raíces. Todos andan vestidos con mantas y camisetas ricas, y traen por señal en la cabeza, para ser conocidos dellos, unas londas, y otros unos cordones á manera de cinta no muy ancha.

Conada y conquistada esta provincia de Caxamalca por los ingas, afirman que la tuvieron en mucho y mandaron hacer en ella sus palacios, y edificaron templo para el servicio del sol, muy principal, y habia número grande de depósitos. Y las mujeres vírgines que estaban en el templo no entendían en mas que hilar y tejer ropa finísima, y tan prima cuanto aquí se puede encarecer; á las cuales daban los mejores colores y mas perlas que se pudieran dar en gran parte del mundo. Y en este templo habia gran riqueza para el servicio dél. En algunos dias era visto el demonio por los ministros suyos, con el cual tenían sus pláticas y comunicaban sus cosas. Habia en esta provincia de Caxamalca gran cantidad de indios mitimaes, y todos obedecían al mayordomo mayor, que tenía cargo de proveer y mandar en los términos y distrito que le estaba asignado; porque, puesto que por todas partes y en los mas pueblos habia grandes depósitos y aposentos, aquí se venia á dar la cuenta, por ser la cabeza de las provincias á ella comarcanas y de muchos de los valles de los llanos. Y así, dicen que, no embargante que en los pueblos y valles de los arenales habia los templos y santuarios por mí escriptos, y otros muchos, de muchos dellos venían á reverenciar al sol y á hacer en su templo sacrificios. En los palacios de los ingas habia muchas cosas que ver, especialmente unos baños muy buenos, adonde los señores y principales se bañaban estando aquí aposentados. Ya ha venido en gran disminucion esta provincia; porque, muerto Guaynacapa, rey natural destes

reinos, en el propio año y tiempo que el marqués don Francisco Pizarro con sus trece compañeros, por la voluntad de Dios, merecieron descubrir tan próspero reino, donde, luego que en el Cuzco se supo, el primogénito y universal heredero Guascar, su hijo mayor y habido en su legítima mujer la Coya, que es nombre de reina y de señora la mas principal, tomó la bota y corona de todo el imperio, y envió por todas partes sus mensajeros para que por fin y muerte de su padre le obedeciesen y tuviesen por único señor. Y como en la conquista del Quito se hubiese hallado en la guerra con Guaynacapa el gran capitán Chalicuchima y el Quizquiz, Inlagualpac y Oruminavi, y otros que para entre ellos se tenían por muy famosos, habían platicado de hacer otro nuevo Cuzco en el Quito y en las provincias que caen á la parte del norte, para que fuese reino dividido y apartado del Cuzco, y tomar por señor á Atabaliba, noble mancebo y muy entendido y avisado, y que estaba bienquisto de todos los soldados y capitanes viejos, porque habia salido de la ciudad del Cuzco con su padre, de tierna edad, y andado grandes tiempos en su ejército. Y aun muchos indios dicen tambien que el mismo Guaynacapa, antes de su muerte, conociendo que el reino que dejaba era tan grande, que tenía de costa mas de mil leguas, y que por la parte de los quillacingas y popaynaenses habia otra gran tierra, determinó de lo dejar por señor de lo de Quito y sus conquistas. Como quiera que sea, de la una manera ó de la otra, entendido por Atabaliba y los de su bando cómo Guascar queria que le diesen la obediencia, se pusieron en armas; aunque primero, por astucia del capitán Atoco, se afirma que Atabaliba fué preso en la provincia de Tumebamba, donde tambien dicen que con ayuda de una mujer Atabaliba se soltó, y llegado á Quito, hizo junta de gente, y dió en los pueblos de Ambato batalla campal al capitán Atoco, en la cual fué muerto, y vencida la parte del rey Guascar, según que mas largamente tengo escripto en la tercera parte desta obra, que es donde se trata del descubrimiento y conquista deste reino. Sabida pues en el Cuzco la muerte de Atoco, salieron por mandado del rey Guascar los capitanes Guanacabque y Ingaroque con gran número de gente, y tuvieron grandes guerras con Atabaliba por constreñirlo á que diese obediencia al rey natural Guascar. Y él, no solamente por no se la dar, pero por quitarle el señorío y reinado y haberlo para sí, procuraba llegar gentes y buscar favores. De manera que sobre esto hubo grandes contiendas, y murieron en las guerras y batallas (á lo que se afirma por cierto entre los mismos indios) mas de cien mil hombres, porque luego hubo entre todos parcialidades y division, yendo siempre Atabaliba vencedor. El cual llegó con su gente á la provincia de Caxamalca (que es causa por que trato aquí esta historia), adonde supo lo que ya habia oído de las nuevas gentes que habian entrado en el reino, y que ya estaban cerca dél. Y teniendo por cierto que le sería muy fácil prenderlos para los tener por sus siervos, mandó al capitán Chalicuchima que con grande ejército fuese al Cuzco y procurase de prender ó matar á su enemigo. Y así ordenado, quedándose él en Caxamalca, llegó el gobernador don Francisco Pizarro, y después de pasadas las

cesos que se cuentan en la parte arriba dicha, recuento entre el poder de Atabaliba y los es- que no fueron mas de ciento y sesenta; en el rieron cantidad de indios, y Atabaliba fué pre- estos debates, y con el tiempo largo que estu- cristianos españoles en Caxamalca, quedó tal, juzgaban por mas que el nombre, y cierto en lo gran daño. Después se tornó á conservar al- o; mas, como nunca, por nuestros pecados, han guerras y calamidades, no ha tornado ni tornará que era. Por encomienda la tiene el capitan Verdugo, vecino que es de la ciudad de Tru- dos los edificios de los ingas y depósitos están, demás, deshechos y muy ruinados.

provincia de Caxamalca es fertilísima en gran porque en ella se da trigo tan bien como en se criau muchos ganados, y hay abundancia y otras raíces provechosas, y de todas las fru- he dicho haber en otras partes. Hay, sin esto, y muchas perdices, palomas, tórtolas y otras los indios son de buena manera, pacíficos, y tre otros tienen entre sus costumbres algunas para pasar esta vida sin necesidad; y danse honra; y así, no son ambiciosos por haberla; cristianos que pasan por su provincia los hospedan bien de comer, sin les hacer enojo ni mal, sea uno solo el que pisare. Destas cosas y otras mucho á estos indios de Caxamalca los españo- en ellos han estado muchos dias. Y son de ingenio para sacar acequias y para hacer ca- cultivar las tierras y criar ganados, y labrar ro muy primamente. Y hacen por sus manos la tapiceria como en Flándes, de la lana de sus , y tan de ver, que parece la trama della toda endo tan solamente lana. Las mujeres son amo- algunas hermosas. Andan vestidas muchas de- de las pallas del Cuzco. Sus templos y gua- están deshechos, y quebrados los ídolos; y mu- han vuelto cristianos; y siempre están entre brigos ó frailes dotrinándolos en las cosas de santa fe católica. Hubo siempre en la comarca y desta provincia de Caxamalca ricas minas de

CAPITULO LXXVIII.

fundacion de la ciudad de la Frontera, y quién fué el funda- de algunas costumbres de los indios de su comarca.

de llegar á esta provincia de Caxamalca sale no, que tambien fué mandado hacer por los gas, por el cual se iba á las provincias de los boyas. Y pues en la comarca dellas está poblada d de la Frontera, será necesario contar su fun- de donde pasará á tratar lo de Guanuco. Tengo lo y sabido por muy cierto que antes que los ganasen ni entrasen en este reino del Perú, s, señores naturales que fueron dól, tuvieron guerras y conquistas; y los indios chachapo- leron por ellos conquistados, aunque primero, mder su libertad y vivir con tranquilidad y so- elearon de tal manera, que se dice poder tan- el Inga muy feamente. Mas, como la potencia

de los ingas fuese tanta, y los chachapoyas tuviesen pocos favores, hubieron de quedar por siervos del que queria ser de todos monarca. Y así, después que tuvie- ron sobre sí el mandito real del Inga, fueron muchos al Cuzco por su mandado; adonde les dió tierras para la- brar y lugares para casas no muy léjos de un collado que está pegado á la ciudad, llamado Carmenga. Y porque del todo no estaban pacíficas las provincias de la serranía confinantes á los Chachapoyas, los ingas mandaron con ellos y con algunos orejones del Cuzco hacer frontera y guarnicion, para tenerlo todo seguro. Y por esta causa tenían gran proveimiento de armas de todas las que ellos usan, para estar apercebidos á lo que sucediese. Son estos indios naturales de Chachapoyas los mas blancos y agraciados de todos cuantos yo he visto en las Indias que he andado, y sus mujeres fueron tan hermosas, que por solo su gentileza muchas dellas merecieron serlo de los ingas y ser llevadas á los tem- plos del sol; y así, vemos hoy día que las indias que han quedado deste linaje son en extremo hermosas, porque son blancas y muchas muy dispuestas. Andan vestidas ellas y sus maridos con ropa de lana, y por las cabezas usan ponerse sus llantos, que son la señal que traen para ser conocidos en toda parte. Después que fueron sujetos por los ingas, tomaron dellos leyes y costumbres, con que vivian, y adoraban al sol y á otros dioses, como los demás; y así, debian hablar con el de- monio y enterrar sus difuntos como ellos, y les ini- taban en otras costumbres.

En los pueblos desta provincia de los Chachapoyas en- tró el mariscal Alonso de Albarado siendo capitan del marqués don Francisco Pizarro. El cual, después que hubo conquistado la provincia y puesto los indios na- turales debajo del servicio de su majestad, pobló y fun- dó la ciudad de la Frontera en un sitio llamado Levan- to, lugar fuerte y que con los picos y azadones se alla- nó para hacer la poblacion, aunque dende á pocos dias se pasó á otra provincia que llaman los Guancas, co- marca que se tiene por sana. Los indios chachapoyas y estos guancas sirven á los vecinos desta ciudad que sobre ellos tienen encomienda, y lo mismo hace la pro- vincia de Cascayunga y otros pueblos que dejo de nom- brar por ir poco en ello. En todas estas provincias hubo grandes aposentos y depósitos de los ingas. Y los pueblos son muy sanos, y en algunos dellos hay ricas minas de oro. Andan los naturales todos ves- tidos, y sus mujeres lo mismo. Antiguamente tuvie- ron templos y sacrificaban á los que tenían por dios- ses, y poseyeron gran número de ganado de ovejas. Ha- cian rica y preciada ropa para los ingas, y hoy día la hacen muy prima, y tapiceria tan fina y vistosa, que es de tener en mucho por su primor. En muchas partes de las provincias dichas, sujetas á esta ciudad, hay or- boledas y cantidad de frutas semejantes á las que ya se han contado otras veces, y la tierra es fértil y el trigo y cebada se da bien, y lo mismo hacen parras de uvas y higueras y otros árboles de fruta que de España han plantado. En las costumbres, ceremonias y entier- ros y sacrificios, puédese decir destos lo que se ha es- crito de los demás, porque tambien se enterraban en grandes sepulturas, acompañados de sus mujeres

y riqueza. A la redonda de la ciudad tienen los españoles sus estancias con sus granjerías y sementeras, donde cogen gran cantidad de trigo y se dan bien las legumbres de España. Por la parte de oriente desta ciudad pasa la cordillera de los Andes; al poniente está la mar del Sur. Y pasado el monte y espesura de los Andes está Mayobamba y otros rios muy grandes, y algunas poblaciones de gentes de menos razón que estos de que voy tratando, segun que diré en la conquista que hizo el capitán Alonso de Albarado en estas Chachapoyas, y Juan Perez de Guevara en las provincias que están metidas en los montes. Y tiéuse por cierto que por esta parte la tierra adentro están poblados los descendientes del famoso capitán Aucaullo; el cual, por la crueldad que los capitanes generales del Inga usaron con él, desnaturándose de su patria, se fué con los chancas que le quisieron seguir, segun trataré en la segunda parte. Y la fama cuenta grandes cosas de una laguna donde dicen que están los pueblos destos.

En el año del Señor de 1530 años llegaron á la ciudad de la Frontera (siendo en ella corregidor el noble caballero Gomez de Albarado) mas de docientos indios, los cuales contaron que habia algunos años que, saliendo de la tierra donde vivian número grande de gente dellos, atravesaron por muchas partes y provincias, y que tanta guerra les dieron, que saltaron todos, sin quedar mas de los que dijo. Los cuales afirman quedá la parte de levante hay grandes tierras, pobladas de mucha gente, y algunas muy ricas de metales de oro y plata; y estos, con los demás que murieron, salieron á buscar tierras para poblar, segun oí. El capitán Gomez de Albarado y el capitán Juan Perez de Guevara y otros han procurado haber la demanda y conquista de aquella tierra, y muchos soldados aguardaban al señor Visorey para seguir al capitán que llevase poder de hacer el descubrimiento. Pobló y fundó la ciudad de la Frontera de los Chachapoyas el capitán Alonso de Albarado en nombre de su majestad, siendo su gobernador del Perú el adelantado don Francisco Pizarro, año de nuestra reparacion de 1536 años.

CAPITULO LXXIX.

Que trata la fundacion de la ciudad de Leon de Guanuco, y quién fué el fundador della.

Para decir la fundacion de la ciudad de Leon de Guanuco, es de saber que quando el marqués don Francisco Pizarro fundó en los llanos y arenales la rica ciudad de los Reyes, todas las provincias que están sufraganeas en estos tiempos á esta ciudad sirvieron á ella, y los vecinos de los Reyes tenían sobre los caciques encomienda. Y como Illatopa el tirano, con otros indios de su linaje y sus allegados, anduviese dando guerra á los naturales desta comarca y ruinas los pueblos, y los repartimientos fuesen demasiados, y estuviesen muchos conquistadores sin tener encomienda de indios, queriendo el Marqués tirar inconvenientes y gratificar á estos tales, dando tambien indios á algunos españoles de los que habian seguido al adelantado don Diego de Almagro, á los cuales procuraba atraer á su amistad, deseando contentar á los unos y á los otros, pues habian trabajado y servido á su majestad, tuviesen al-

gun provecho en la tierra. Y no embargante que el cabildo de la ciudad de los Reyes procuró con protestaciones y otros requerimientos estorbar lo que se hacia en daño de su república, el Marqués, nombrando por su teniente al capitán Gomez de Albarado, hermano del adelantado don Pedro de Albarado, le mandó que fuese con copia de españoles á poblar una ciudad en las provincias del nombrado Guanuco. Y así, Gomez de Albarado se partió, y después de haber pasado con los naturales algunas cosas, en la parte que le pareció fundó la ciudad de Leon de Guanuco, á la cual dió luego nombre de república, señalando los que parecían convenientes para el gobierno della. Hecho esto, y pasados algunos años, se despobló la nueva ciudad por causa del alzamiento que hicieron los naturales de todo lo mas del reino; y á cabo de algunos dias Pedro Barroso tornó á reedificar esta ciudad; y última vez, con poderes del licenciado Cristóbal Vaca de Castro, después de pasada la cruel batalla de Chupas, Pedro de Puellas fué á entender en las cosas della y se acabó de asentar, porque Juan de Varagas y otros habian preso al tirano Illatopa. De manera que aunque ha habido lo que se ha escripto, podré decir haber sido el fundador Gomez de Albarado, pues dió nombre á la ciudad, y si se despoñó fué por necesidad mas que por voluntad, y con tenerla para volverse los vecinos españoles á sus casas. El cual la pobló y fundó en nombre de su majestad, con poder del marqués don Francisco Pizarro, su gobernador y capitán general en este reino, año del Señor de 1539 años.

CAPITULO LXXX.

Del asiento desta ciudad y de la fertilidad de sus campos, y costumbres de los naturales, y de un hermosa aposento ó palacio de Guanuco, edificio de los ingas.

El sitio desta ciudad de Leon de Guanuco es bueno y se tiene por muy sano, y alabado por pueblo donde hace muy templadas noches y mañanas, y adonde, por su buen temple, los hombres viven sanos. Cógese en ella trigo en gran abundancia y maíz. Danse viñas, críanse higuerales, naranjos, cidras, limones y otras frutas de las que se han plantado de España, y de las frutas naturales de la tierra hay muchas y muy buenas, y todas las legumbres que de España han traído; sin esto, hay grandes platanales; de manera que él es buen pueblo, y se tiene esperanza que será cada dia mejor. Por los campos se crían gran cantidad de vacas, cabras, yeguas y otros ganados; hay muchas perdices, tórtolas, palomas y otras aves, y halcones para volarlas. En los montes tambien hay algunos leones, y osos muy grandes y otros animales, y por los mas de los pueblos que son sujetos á esta ciudad atraviesan caminos reales, y habia depósitos y aposentos de los ingas, muy bastecidos. En lo que llaman Guanuco habia una casa real de admirable edificio, porque las piedras eran grandes y estaban muy poidamente asentadas. Este palacio ó aposento era cabeza de las provincias comarcanas á los Andes, y junto á él habia templo del sol con número de virgines y ministros; y fué tan gran cosa en tiempo de los ingas, que habia á la continua para solamente servicio del mas de treinta mil indios. Los mayordos-

mas de los ingas tenían cuidado de cobrar los tributos ordinarios, y las comarcas acudían con sus servicios á este palacio. Cuando los reyes ingas mandaban que pareciesen personalmente los señores de las provincias en la corte del Cuzco, lo hacían. Cuentan que muchas destas naciones fueron valientes y robustas, y que antes que los ingas los señoreasen, se dieron entre unos y otros muchas y muy crueles batallas, y que en las mas partes tenían los pueblos derramados, y tan desviados, que los unos no sabían por entero de los otros, sino era cuando se juntaban á sus congregaciones y fiestas. Y en los altos edificaban sus fuerzas y fortalezas, de donde se daban guerra los unos á los otros por causas muy livianas. Y los templos suyos estaban en lugares convenientes para hacer sus sacrificios y supersticiones; oían en algunos dellos respuesta del demonio, que se comunicaba con los que para aquella religion estaban señalados. Creían la inmortalidad del ánima debajo de la ceguera general de todos. Estos indios son de buena razon, y la dan de sí á todo lo que les preguntan y dellos quieren saber. Los señores naturales destes pueblos, cuando fallecían no los metían solo en las sepulturas, antes los acompañaban de mujeres vivas de las mas hermosas, como todos los demás usaban. Y estando estos muertos, sus ánimas fuera de los cuerpos, están estas mujeres que con ellos enterran aguardando la hora espantosa de la muerte, tan temerosa de pasar, para irse á juntar con el muerto, metidas en las grandes bóvedas que hacen en las sepulturas; teniendo por gran felicidad y bienaventuranza ir juntas con su marido ó señor, creyendo que luego habían de entender en servillo de la manera que acostumbraban en el mundo. Y por esta causa les parecia que la que presto pasase desta vida, mas en breve se vería en la otra con el señor ó marido suyo. Esta costumbre procede de lo que otras veces tengo dicho, que es ver (á lo que ellos dicen) aparencias del demonio por los heredamientos y sementeras, que demuestra ser los señores que ya eran muertos, acompañados de sus mujeres y de lo que mas con ellos metieron en las sepulturas. Entre estos indios habia algunos que eran agoreros y miraban en las señales de estrellas.

Señoreadas estas gentes por los ingas, guardaron y mantuvieron las costumbres y ritos dellos, y hicieron sus pueblos ordenados, y en cada uno habia depósitos y aposentos reales, y usaron de mas policía en el traje y ornamento suyo, y hablaban la lengua general del Cuzco, conforme á la ley y edictos de los reyes, que mandaban que todos sus súbditos la supiesen y hablasen. Los conchucos y la gran provincia de Guaylos, Tamará y Bumbon, y otros pueblos mayores y menores, sirven á esta ciudad de Leon de Guanuco, y son todos fertilísimos de mantenimientos, y hay muchas raices gustosas y provechosas para la humana sustentacion. Habia en los tiempos pasados tan gran cantidad de ganado de ovejas y carneros, que no tienen cuenta; mas las guerras lo acabaron en tanta manera, que desta muchedumbre que habia ha quedado tan poco, que si no lo guardan los naturales para hacer sus ropas y vestidos de su lana, se verán en trabajo. Las casas destes indios, y aun las de todos los mas son de piedra y la

cobertura de paja. Por las cabezas traen todos sus cordones y señales para ser conocidos. El pecado nefando (aunque el demonio ha tenido sobre ellos gran poder) no le oído que lo usasen. Verdad es que, como suele ser en todas partes, no dejará de haber algunos malos; mas estos tales, si los conocen y lo saben, son tenidos en poco y por afeminados, y casi los mandan como á mujeres, segun tengo escripto.

En muchas partes desta comarca se hallan grandes minas de plata, y sise dan á sacarla, será mucha la que se abra.

CAPITULO LXXXI.

De lo que hay que decir desde Caxamalca hasta el valle de Jauja, y del pueblo de Guamachuco, que comarca con Caxamalca.

Declarado he lo que pude entender en lo tocante á las fundaciones de las ciudades de la Frontera de los Chachapoyas y de Leon de Guanuco; volviendo pues al camino real, diré las provincias que hay desde Caxamalca hasta el hermoso valle de Jauja, del cual á Caxamalca habrá ochenta leguas, poco mas ó menos, todo camino real de los ingas.

Mas adelante de Caxamalca casi once leguas está otra provincia grande y que antiguamente fué muy poblada, á la cual llaman Guamachuco. Y antes de llegar á ella, en el comedio del camino, hay un valle muy apacible y deleitoso, el cual, como está obrigado con las sierras, es su asiento cálido; y pasa por él un lindo rio, en cuyos riberas se da trigo en abundancia y parras de uvas, higueras, naranjos, limones, y otras muchas plantas que de España se han traído. Antiguamente en las vegas y llanuras deste valle habia aposentos para los señores, y muchas sementeras para ellos y para el templo del sol. La provincia de Guamachuco es semejable á la de Caxamalca, y los indios son de una lengua y traje, y en las religiones y sacrificios se imitaban los unos á los otros, y por el consiguiente en las ropas y llantos. Hubo en esta provincia de Guamachuco en los tiempos pasados grandes señores; y así, cuentan que fueron muy estimados de los ingas. En lo mas principal de la provincia está un campo grande, donde estaban edificados los tambos ó palacios reales, entre los cuales hay dos de anchor de veinte y dos piés, y de largor tienen tanto como una carrera de caballos; todos hechos de piedra, y el ornato dellos de crecidas y gruesas vigas, puesta en lo mas alto la paja, que ellos usan con grande órden. Con las alteraciones y guerras pasadas se ha consumido mucha parte de la gente desta provincia. El temple della es bueno, mas frio que caliente, muy abundante de mantenimiento y de otras cosas pertenecientes para la sustentacion de los hombres. Habia, antes que los españoles entrasen en este reino en la comarca desta provincia de Guamachuco, gran número de ganado de ovejas, y por los altos y despoblados andaban otra mayor cantidad del ganado campestre y salvaje, llamado guanucos y vicuñas, que son del tallo y manera del manso y doméstico.

Tenían los ingas en esta provincia (segun á mi me informaron) un soto real, en el cual, so pena de muerte, era mandado que ninguno de los naturales entrase en él á matar deste ganado silvestre, del cual habia mu-

mero grande, y algunos leones, osos, raposas y venados. Y cuando el Inga queria hacer alguna caza real mandaba juntar tres mil ó cuatro mil indios, ó diez mil ó veinte mil, ó los que él era servido que fuesen; y estos cercaban una gran parte del campo de tal manera, que poco á poco y con buena orden se venian á juntar tanto, que se asian de las manos; y en lo que ellos mismos habian cercado estaba la caza recogida; donde es gran pasatiempo ver los guanacos los saltos que dan; y las raposas, con el temor que han, andan por una parte y por otra, buscando salida; y entrando en el cercado otro número de indios con sus aillos y palos, matan y toman el número que el señor quiere; porque destas cazas tomaban diez mil ó quince mil cabezas de ganados, ó el número que queria: tanto fué lo mucho que dello habia. De la lana destes ganados ó vicunias se hacian las ropas preciadas para ornamento de los templos y para servicio del mismo Inga y de sus mujeres y hijos. Son estos indios de Guamachuco muy domésticos, y han estado casi siempre en gran confederacion con los españoles. En los tiempos antiguos tenian sus religiones y supersticiones, y adoraban en algunas piedras tan grandes como huevos, y otras mayores, de diversas colores, las cuales tenian puestas en sus templos ó guacas, que tenian por los altos y sierras de nieve. Señoreados por los ingas, reverenciaban al sol, y usaron de mas policia, así en su gobernacion como en el tratamiento de sus personas. Solian en sus sacrificios derramar sangre de ovejas y corderos, desollando los vivos sin degollarlos, y luego con gran presteza les sacaban el corazon y asadura para mirar en ello sus señales y hechicerias, porque algunos dellos eran agoreros, y miraron (á lo que yo supe y entendí) en el correr de las cometas, como la gentilidad, y donde estaban sus oráculos vián al demonio, con el cual es público que tenían sus coloquios. Ya estas cosas han caído, y sus ídolos están destruidos, y en su lugar puesta la cruz, para poner temor y espanto al demonio, nuestro adversario. Y algunos indios, con sus mujeres y hijos, se han vuelto cristianos, y cada día, con la predicacion del santo Evangelio, se vuelven mas, porque en estos aposentos principales no deja de haber clérigos ó frailes que los dotriñan. Desta provincia de Guamachuco sale un camino real de los ingas á dar á los Conchucos; y en Bombon se torna á juntar con otro tan grande como él. El uno de los cuales dicen que fué mandado hacer por Topuinga Yupangue, y el otro por Guaynacapa, su hijo.

CAPITULO LXXXII.

En que se trata cómo los ingas mandaban que estuviesen los aposentos bien proveidos, y cómo así lo estaban para la gente de guerra.

Desta provincia de Guamachuco, por el real camino de los ingas se va hasta llegar á la provincia de los Conchucos, que está de Guamachuco dos jornadas pequeñas, y en el comedio dellas habia aposentos y depósitos, para cuando los reyes caminaban poderse alojar. Porque fué costumbre suya, cuando andaban por alguna parte desto gran reino, ir con gran majestad y servirse con gran aparato, á su usanza y costumbre;

porque afirman que, sino era cuando convenia á su servicio, no andaban mas de cuatro leguas cada día. Y para que hubiese recaudo bastante para su gente, habia en el término de cuatro á cuatro leguas aposentos y depósitos con grande abundancia de todas las cosas que en estas partes se podia haber; y aunque fuese despoblado y desierto, habia de haber estos aposentos y depósitos; y los delegados ó mayordomos que residian en las cabeceras de las provincias tenian especial cuidado de mandar á los naturales que tuviesen muy buen recaudo en estos tambos ó aposentos; y para que los unos no diesen mas que los otros, y todos contribuyesen con su tributo, tenian cuenta por una manera de ñudos, que llaman quipo, por lo cual, pasando el campo, se entendian y no habia ningun fraude. Y cierto, aunque á nosotros nos parece ciega y oscura, es una gentil manera de cuenta; la cual yo diré en la segunda parte. De manera que aunque de Guamachuco á los Conchucos hubiese dos jornadas, en dos partes estaban hechos destes aposentos y depósitos dichos. Y el camino por todas estas partes lo tenían siempre muy limpio; y si algunas sierras eran fragosas, se desechaban por las laderas, haciendo grandes descansos y escaleras enlosadas, y tan fuertes, que viven y viviran en su ser muchas edades.

En los Conchucos no dejaba de haber aposentos y otras cosas, como en los pueblos que se han pasado, y los naturales son de mediano cuerpo. Andan vestidos ellos y sus mujeres, y traen sus cordones ó señales por las cabezas. Afirman que los indios desta provincia fueron belicosos, y los ingas se vieron en trabajo para sojuzgarlos, puesto que algunos de los ingas siempre procuraron atraer á sí las gentes por buenas obras que les hacian y palabras de amistad. Españoles han muerto algunos destes indios en diversas veces; tanto, que el marqués don Francisco Pizarro envió al capitán Francisco de Chaves con algunos cristianos, y hicieron la guerra muy temerosa y espantable; porque algunos españoles dicen que se quemaron y empalaron número grande de indios. Y á la verdad, en aquellos tiempos, ó poco antes, sucedió el alzamiento general de las mas provincias, y mataron tambien los indios en el término que hay del Cuzco á Quito mas de setecientos cristianos españoles, á los cuales daban muertes muy crueles á los que podian tomar vivos y llevarlos entre ellos. Dios nos libre del furor de los indios, que cierto es de temer cuando pueden efetuar su deseo; aunque ellos decian que peleaban por su libertad y por eximirse del tranciento tan áspero que se les hacia, y los españoles por quedar por señores de su tierra y dellos. En esta provincia de los Conchucos ha habido siempre uñeros ricos de metales de oro y plata. Adelante della cantidad de diez y seis leguas está la provincia de Piscobamba, en la cual habia un tambo ó aposento para señores, de piedra, algo ancho y muy largo. Andan vestidos como los demás estos indios naturales de Piscobamba, y traen por las cabezas puestas unas pequeñas mulleras de lana colorada. En costumbres parecen á los comarcanos, y tiénense por entendidos y muy domésticos y bien inclinados y amigos de cristianos; y la tierra donde tienen los pueblos es muy fértil y abundante, y hay

frutas y mantenimientos de los que todos tiembran. Mas adelante está la provincia de Guaymas, está de Piscobamba ocho leguas, en sierras altas, y es de ver el real camino cuán bien hecho, elado va por ellos, y cuán ancho y llano por las y por las sierras, sacavadas algunas partes iba para hacer sus descansos y escaleras. También estos indios medianos cuerpos, y son grandajadores y eran dados a sacar plata, y en tiempo tributaban con ella a los reyes ingas. Entre estos antiguos se ve una fortaleza grande ó alta, que es una á manera de cuadra, que tenía de largo y cuarenta pasos y de ancho mayor, y por partes della están figurados rostros y talles, todo primisimamente obrado; y dicen algunos de los ingas, en señal de triunfo por haber ganado cierta batalla, mandaron hacer aquella niebla por tenerla para fuerza de sus aliados. Otros, y lo tienen por mas cierto, que no es esto, antiguamente, muchos tiempos antes que los pasen, hubo en aquellas partes hombres á gigantes, tan crecidos como lo mostraban las que estaban esculpidas en las piedras; y que luego, y con la guerra grande que tuvieron con ellos, agora son señores de aquellos campos, se disminuyeron, sin haber quedado de ellos otra cosa que las piedras y cimienta que he contado. Adiante provincia está la de Pincos, cerca de donde el río, en el cual están padrones para poner la que hacen para pasar de una parte á otra. Son tales de aquí de buenos cuerpos, y que para ser ponen gentil presencia. Adelante está el grande aposento de Guanuco, cabecera principal de los que se han pasado de Caxamalca á él, y muchos, como se contó en los capítulos de tiempo que escribí la fundación de la ciudad de Guanuco.

CAPITULO LXXXIII.

Laguna de Bombon, y cómo se presume ser nacimiento del gran río de la Plata.

La provincia de Bombon es fuerte por la disposición que fué causa que los naturales fueron muy fuertes; y antes que los ingas los señoreasen, pasaron muchos grandes trances y batallas, hasta que se publica muchos indios de los mas viejos) las y afrescimientos que les hicieron quedados súbditos. Hay una laguna en la tierra desierta, que terná de contorno mas de diez leguas. La orilla de Bombon es llana y muy fría, y las sierras no tienen algun espacio de la laguna. Los indios tienen los puestos á la redonda della, con grandes fortalezas que en ellos tenían. Poseyeron estos de Bombon gran número de ganado, y aun las guerras se ha consumido y gastado, segun se presume, todavia les ha quedado alguno; y los altos y despoblados de sus términos se ven manadas de lo silvestre. Dase poco maíz en esta, por ser la tierra tan fría como he dicho; pero se da de tener otras raíces y mantenimientos, con los que sustentan. En esta laguna hay algunas islas y

rocas, en donde en tiempo de guerra se guardaban los indios y están seguros de sus enemigos. Del agua que sale desta pulude ó lago se tiene por cierto que nasce el famoso río de la Plata, porque por el valle de Jauja va hecho río poderoso, y adelante se juntan con él los ríos de Parcos, Bilcas, Abancay, Apurima, Yucay; y corriendo al occidente, atraviesa muchas tierras, donde donde salen para entrar en él otros ríos mayores que no sabemos, hasta llegar al Paraguay, donde andan los cristianos españoles primeros descubridores del río de la Plata. Creo yo, por lo que he oído deste gran río, que debe de nacer de dos ó tres brazos, ó por ventura mas, como el río del Marañon, el de Santa Marta y el del Darien, y otros destas partes. Como quiera que ello sea, en este reino del Perú creemos ser su nacimiento en esta laguna de Bombon, adonde viene á parar el agua que se deshace, con el calor del sol, de las nieves que caen sobre los altos y sierras, que no debe de ser poca.

Adelante de Bombon diez leguas está la provincia de Tarama, que los naturales della no fueron menos belicosos que los de Bombon. Es de mejor temple, que es causa de que se coja en ella mucho maíz y trigo, y otras frutas de las naturales que suele haber en estas tierras. Había en Tarama en los tiempos pasados grandes aposentos y depósitos de los reyes ingas. Andan los naturales vestidos, y lo mismo sus mujeres, de ropa de lana de sus ganados, y hacian su adoracion al sol, que ellos llaman Mocha. Cuando alguno se casa, juntándose en sus convites, bebiendo de su vino, allegan á se ver el novio y la esposa; y dándose paz en los carrillos, y hechas otras ceremonias, queda hecho el casamiento. Y cuando los señores mueren, los entierran de la suerte y manera que todos los de atrás usan, y las mujeres que quedan se tresquilan y ponen capirotes negros, y se untan los rostros con una mixtura negra que ellos hacen, y ha de estar con esta viudez un año. El cual pasado, segun que yo lo entendí, y no antes, se puede casar, si lo quiere hacer. En el año tienen sus fiestas generales, y los ayunos por ellos establecidos los guardan con grande observancia, sin comer carne ni sal ni dormir con sus mujeres. Y al que entre ellos tienen por mas dado á la religion y amigo de sus dioses ó demonios, ruegan que ayune un año entero por la salud de todos; lo cual hecho, al tiempo del coger de los maíces, se juntan, y gastan algunos dias y noches en comer y beber. Es gente limpia del pecado nefando; tanto, que entre ellos se tiene un refran antiguo y donoso, el cual es, que antiguamente debió de haber en la provincia de Guaylas algunos naturales viciosos en este pecado tan grave, yuviéronlo por tan feo los indios comarcanos y vecinos á los que lo usaron, que por los afrentar y apocar decian, hablando en ello, el refran, que no han perdido de la memoria, que en su lengua dice: «Así Guaylas;» y en la nuestra dirá: «Tras lá vayan los de Guaylas.» Es publico entre ellos que hablan con el demonio en sus oráculos y templos, y los indios viejos señalados para hacer las religiones tenían con ellos sus coloquios, y el demonio respondia con voces roncadas y temerosas. De Tarama, yendo por el real camino de los ingas, se llega al grande y her-

moso valle de Jauja, que fué una de las principales cosas que hubo en el Perú.

CAPITULO LXXXIV.

Que trata del valle de Jauja y de los naturales dél, y cuán gran cosa fue en los tiempos pasados.

Por este valle de Jauja pasa un río, que es el que dije en el capítulo de Bomban ser el nacimiento del río de la Plata. Tiená este valle de largo catorce leguas, y de ancho cuatro, y cinco, y mas, y menos. Fué todo tan poblado, que al tiempo que los españoles entraron en él, dicen y se tiene por cierto que había mas de treinta mil indios, y agora dudo haber diez mil. Estaban todos repartidos en tres parcialidades, aunque todos tenían y tienen por nombre los Guancas. Dicen que del tiempo de Guaynacapa ó de su padre hubo esta orden, el cual les partió las tierras y términos; y así, llaman á la una parte Jauja, de donde el valle tomó nombre, y el señor Cucixaca. La segunda llaman Maricabilca, de que es señor Guacarapora. La tercera tiene por nombre Laxapalanga, y el señor Alaya. En todas estas partes había grandes aposentos de los ingas, aunque los mas principales estaban en el principio del valle, en la parte que llaman Jauja, porque había un grande cercado donde estaban fuertes aposentos y muy primos de piedra, y casa de mujeres del sol, y templo muy riquísimo, y muchos depósitos llenos de todas las cosas que podían ser labidas. Sin lo cual, había grande número de plateros que lababan vasos y vasijas de plata y de oro para el servicio de los ingas y ornamentos del templo. Estaban estantes mas de ocho mil indios para el servicio del templo y de los palacios de los señores. Los edificios todos eran de piedra. Lo alto de las casas y aposentos eran grandísimas vigas, y por cobertura paja larga. Tuviron estos guancas con los ingas, antes que los conquistasen, grandes batallas, como se dirá en la segunda parte. Para la guarda de las mujeres del sol había gran recodo, y si alguna usaba con hombre, la castigaban con gran rigor.

Estos indios cuentan una cosa muy donosa, y es, que afirman que su origen y nacimiento procede de cierto varón (de cuyo nombre no me acuerdo) y de una mujer que se llamaba Orochombe, que salieron de una fuente, á quien llaman Guaribilca, los cuales se dieron tan buena maba á engendrar, que los guancas proceden dellos; y que para memoria desto que cuentan, hicieron sus pasados una muralla alta y muy grande, y junto á ella un templo, adonde, como á cosa principal, venían á adorar. Lo que desto se puede colegir es, que, como estos indios carecieron de fe verdadera, permitiéndolo nuestro Dios por sus pecados, el demonio tuvo sobre ellos gran poder; el cual, como malo y que deseaba la perdición de sus ánimas, les hacía entender estos desvarios, como á otros que hacía creer que nascieron de piedras y de lagunas y de cuevas; todo á fin de que le hiciesen templos, donde él fuese adorado. Conocen estos indios guancas que hay llacedor de las cosas, al cual llaman Ticelirucocha. Creían la inmortalidad del ánima. A los que tomaban en las guerras desollaban, y llenchian los cueros de ceniza, y de otros hacían atambores. Andan vestidos con muntas y

camisetas. Los pueblos tenían á barrios como fortalezas hechas de piedra, que parecían pequeñas torres, anchas del nacimiento y angostas en lo alto. Hoy día á quien ve estos pueblos de lejos le parecen torres de España. Todos ellos fueron antiguamente belerías, y se daban guerra unos á otros. Mas después, cuando fueron gobernados por los ingas, se dieron mas á la labor y criaban gran cantidad de ganado. Usaron de ropas mas largas que las que ellos traían. Por tantos trenen en las cabezas una cinta de lana del color de cuatro dedos. Peleaban con hondas y con dardos y algunas lanzas. Antiguamente cabe la fuente ya dicha edificaron un templo, á quien llamaban Guaribilca; yo lo vi; y junto á él estaban tres ó cuatro árboles llamados molles, como grandes nogales. A estos tenían por sagrados, y junto á ellos estaba un asiento hecho para los señores que venían á sacrificar; de donde se bajaba por unas losas hasta llegar á un cercado, donde estaba la traza del templo. Había en la puerta puestos porteros que guardaban la entrada, y abajaba una escalera de piedra hasta la fuente ya dicha, adonde está una gran muralla antigua, hecha en triángulo; desto aposentos estaba un llano, donde dicen que solía estar el demonio, á quien adoraban; el cual hablaba con algunos dellos en aquel lugar.

Dicen, sin esto, otra cosa estos indios, que oyeron á sus pasados que un tiempo remanescieron mucha multitud de demonios por aquella parte, los cuales hicieron mucho daño en los naturales, espantándolos con sus vistas; y que estando así, parecieron en el cielo cinco soles, los cuales con su resplandor y vista turbaron tanto á los demonios, que desaparecieron, dando grandes aullidos y gemidos; y el demonio Guaribilca, que estaba en este lugar de suso dicho, nunca mas fué visto, y que todo el sitio donde él estaba fué quemado y abrasado; y como los ingas reinaron en esta tierra y señorearon este valle, aunque por ellos fué mandado edificar en él templo del sol tan grande y principal como solían en las demás partes, no dejaron de hacer sus ofrendas y sacrificios á este de Guaribilca. Lo cual todo, así lo uno como lo otro, está desthecho y ruinado, y lleno de grandes herbazales y malezas; porque, entrado en este valle el gobernador don Francisco Pizarro, dicen los indios que el obispo fray Vicente de Valverde quebró figuras de los ídolos; desde el cual tiempo en aquel lugar no se oído mas el demonio. Yo fui á ver este edificio y templo dicho, y fué conmigo don Cristóbal, hijo del señor Alaya, ya difunto, y me mostró esta antigualla. Y este y los otros señores del valle se han vuelto cristianos, y hay dos clérigos y un fraile que tienen cargo de los enseñar en las cosas de nuestra santa fe católica. Este valle de Jauja está cercado de sierras de nieve; por las mas partes dél hay valles, donde los guancas tienen sus sementeras. La ciudad de los Reyes estuvo en este valle asentada antes que se poblase en el lugar que agora está, y hallaron en él cantidad de oro y plata.

CAPITULO LXXXV.

En que se declara el camino que hay de Jauja hasta llegar á la ciudad de Guamanga, y lo que en este camino hay que notar.

Hallo yo que hay de este valle de Jauja á la ciudad de la Victoria de Guamanga treinta leguas. Y caminando por el real camino se va, hasta que en unos altos que están por encima del valle se ven ciertos edificios muy antiguos, todos deshechos y gastados. Prosiguiendo el camino, se llega al pueblo de Acos, que está junto á un tremedal lleno de grandes juncales; donde había aposentos y depósitos de los ingas, como en los demás pueblos de sus reinos. Los naturales de Acos están desviados del camino real, poblados entre unas sierras que están al oriente, muy ásperas. No tengo que decir á los mas de que todos andan vestidos con ropas de lana, y sus casas y pueblos son de piedra, cubiertas con paja, como todas las demás. De Acos sale el camino para ir al aposento de Pico, y por una loma, hasta que, abajando por unas laderas, que, puesto que por ser ásperas hace que parezca el camino dificultoso, va tan bien desechado y tan ancho, que casi parecerá ir hecho por tierra llana; y así abaja al rio que pasa por Jauja, el cual tiene su puente, y el paso se llama Angoyaco; y junto á esta puente se ven unas barrancas blancas, de donde sale un manantial de agua salobre. En este paso de Angoyaco estaban edificios de los ingas, y un cercado de piedra, adonde había un baño del agua que salía por aquella parte, que de suyo por naturaleza manaba cúlida y conveniente para el baño; de lo cual se preciaron todos los señores ingas, y aun los mas indios de estas partes usaron y usan lavarse y bañarse cada día, ellos y sus mujeres. Por la parte que corre el rio va este lugar á manera de valle pequeño, en donde hay muchos árboles de molles y otros frutales y flores. Caminando mas adelante, se llega al pueblo de Picoy, pasando primero otro rio pequeño, adonde tambien hay puente, porque en tiempo de invierno corre con mucha furia. Saliendo de Picoy, se va á los aposentos de Parcos, que estaban hechos en la cumbre de una sierra. Los indios están poblados en grandes sierras ásperas y muy altas, que están á una parte y á otra de estos aposentos, y todavia hay algunos donde los españoles que van y vienen por aquellos caminos se albergan. Antes de llegar á este pueblo de Parcos, en un despoblado pequeño está un sitio que tiene por nombre Pucara (que en nuestra lengua quiere decir cosa fuerte), adonde antiguamente (á lo que los indios dicen) hubo palacios de los ingas y templo del sol; y muchas provincias acudían con los tributos ordinarios á este Pucara, para entregarlos al mayordomo mayor, que tenia cargo de los depósitos y de coger estos tributos. En este lugar hay tanta cantidad de piedras, hechas y nacidas de tal manera, que desde lejos parece verdaderamente ser alguna ciudad ó castillo muy torrendo; por donde se juzga que los indios le pusieron buen nombre. Entre estos riscos ó peñas está una peña junto á un pequeño rio, tan grande, cuanto admirable de ver, contemplando su grosor y granitor, la mas fuerte que se puede pensar. Yo la vi, y dormí una noche en ella, y me parece que torné de altura mas de docientos codos

HA-II.

y en contorno mas de docientos pasos, en lo mas alto della. Si estuviera en alguna frontera peligrosa, fácilmente se pudiera hacer tal fortaleza, que fuera tenida por inexpugnable. Y tiene otra cosa que notar esta gran peña, que por su contorno hay tantas concavidades, que pueden estar debajo della mas de cien hombres y algunos caballos. Y en esto, como en las demás cosas, muestra Dios su gran poder y proveimiento; porque todos estos caminos están llenos de cuevas, donde los hombres y animales se pueden guarecer del agua y nieve. Los naturales desta comarca que se ha pasado tienen sus pueblos en grandes sierras, como tengo dicho. Lo alto de las mas dellas, en todo lo mas del tiempo está lleno de copos de nieve. Y siembran sus comidas en lugares abrigados, á manera de valles, que se hacen entre las mismas sierras. Y en muchas dellas hay grandes velas deste metal de plata. De Parcos abaja el camino real por una sierra, hasta llegar á un rio que tiene el mismo nombre que los aposentos; en donde está una puente armada sobre grandes padrones de piedra. En esta sierra de Parcos fué donde se dió batalla entre los indios y el capitán Morgovejo de Quiñones, y adonde Gonzalo Pizarro mandó matar al capitán Caspar Rodriguez de Camporedon, como se dirá en los libros de adelante. Pasado este rio de Parcos, está el aposento de Asangaro; repartimiento que es de Diego Gavilan, de donde se va por el real camino hasta llegar á la ciudad de San Juan de la Victoria de Guamanga.

CAPITULO LXXXVI.

Que trata la razon por que se fundó la ciudad de Guamanga, siendo primero sus provincias términos del Cuzco y de la ciudad de los Reyes.

Después de pasada la porfiada guerra que hubo en el Cuzco entre los indios naturales y los españoles, viéndose desbaratado el rey Mango Inga Yupangue, y que no podía tornar á cobrar la ciudad del Cuzco, determinó de retirarse á las provincias de Viticos, que están en lo mas adentro de las regiones, pasada la cordillera de la gran montaña de los Andes; habiéndole primero dado el capitán Rodrigo Orgóñez un gran alcance; en el cual libertó al capitán Ruy Díaz, que habia algunos dias que el inga tenia en su poder. Y como tuviese este pensamiento Mango Inga, muchos de los orejones del Cuzco, que era la nobleza de aquella ciudad, quisieron seguirle. Allegado pues á Viticos el rey Mango Inga con suma muy grande de tesoros, que tomó de muchas partes donde él lo tenia, y sus mujeres y aparato, hicieron su asiento en el lugar que les pareció mas fuerte, de donde salieron muchas veces y por muchas partes á inquietar lo que estaba pacífico, procurando de hacer el daño que pudiesen á los españoles, á los cuales tenían por crueles enemigos, pues por haberles ocupado su señorío les habia sido forzado dejar su natural tierra y vivir en destierro. Estas cosas y otras publicaba Mango Inga y los suyos por las partes que salían á robar, y á hacer el daño que digo. Y como en estas provincias no se habiese edificado ninguna ciudad de españoles, antes los naturales dellas, unos estaban encomendados á los vecinos de la ciudad del Cuzco y otros á los

28

moso valle de Jauja, que fué una de las principales cosas que hubo en el Perú.

CAPÍTULO LXXXIV.

Que trata del valle de Jauja y de los naturales dél, y cuán gran cosa fué en los tiempos pasados.

Por este valle de Jauja pasa un río, que es el que dije en el capítulo de Bombon ser el nacimiento del río de la Plata. Tornó este valle de largo catorce leguas, y de ancho cuatro, y cinco, y mas, y menos. Fué todo tan poblado, que al tiempo que los españoles entraron en él, dicen y se tiene por cierto que habia mas de treinta mil indios, y agora dudo haber diez mil. Estaban todos repartidos en tres parcialidades, aunque todos tenían y tienen por nombre los Guancas. Dicen que del tiempo de Guaynacapa ó de su padre hubo esta orden, el cual les partió las tierras y términos; y así, llaman á la una parte Jauja, de donde el valle tomó nombre, y el señor Cucizaca. La segunda llaman Maricabilca, de que es señor Guacarapora. La tercera tiene por nombre Laxapalanga, y el señor Alaya. En todas estas partes habia grandes aposentos de los ingas, aunque los mas principales estaban en el principio del valle, en la parte que llaman Jauja, porque habia un grande cercado donde estaban fuertes aposentos y muy primos de piedra, y casa de mujeres del sol, y templo muy riquísimo, y muchos depósitos llenos de todas las cosas que podian ser habidas. Sin lo cual, habia grande número de plateros que labraban vasos y vasijas de plata y de oro para el servicio de los ingas y ornamentos del templo. Estaban estantes mas de ocho mil indios para el servicio del templo y de los palacios de los señores. Los edificios todos eran de piedra. Lo alto de las casas y aposentos eran grandísimas vigas, y por cobertura paja larga. Tuvieron estos guancas con los ingas, antes que los conquistasen, grandes batallas, como se dirá en la segunda parte. Para la guarda de las mujeres del sol habia gran recaudo, y si alguna usaba con hombre, la castigaban con gran rigor.

Estos indios cuentan una cosa muy donosa, y es, que afirman que su origen y nacimiento procede de cierto varón (de cuyo nombre no me acuerdo) y de una mujer que se llamaba Urochomba, que salieron de una fuente, á quien llaman Guaribilca, los cuales se dieron tan buena maña á engendrar, que los guancas proceden dellos; y que para memoria desto que cuentan, hicieron sus pasados una muralla alta y muy grande, y junto á ella un templo, adonde, como á cosa principal, venian á adorar. Lo que desto se puede colegir es, que, como estos indios carecieron de fe verdadera, permitiéndolo nuestro Dios por sus pecados, el demonio tuvo sobre ellos gran poder; el cual, como malo y que deseaba la perdición de sus ánimas, les hacia entender estos desvaríos, como á otros que hacia creer que nascieron de piedras y de lagunas y de cuevas; todo á fin de que le hiciesen templos; donde él fuese adorado. Conocen estos indios guancas que hay Hacedor de las cosas, al cual llaman Ticobiracocha. Creían la immortalidad del ánima. A los que tomaban en las guerras desollaban, y llenaban los cueros de ceniza, y de otros hacían atambores. Andan vestidos con mantas y

camisetas. Los pueblos tenían ázazas hechas de piedra, que pares res, anchas del nacimiento y angosta á quien ve estos pueblos de léjos de España. Todos ellos fueron antiguos y se daban guerra unos á otros. Ido fueron gobernados por los ingas labor y criaban gran cantidad de ropas mas largas que las que ellos traen en las cabezas una cinta de cuatro dedos. Peleaban con algunas lanzas. Antiguamente cab edificaron un templo, á quien llam lo vi; y junto á él estaban tres ó cuatro molles, como grandes nogales sagrados, y junto á ellos estaba un los señores que venían á sacrificar jaba por unas losas hasta llegar á estaba la traza del templo. Habia e porteros que guardaban la entrada calera de piedra hasta la fuente ya una gran muralla antigua, hecha e aposentos estaba un llano, donde d el demonio, á quien adoraban; el e gunos dellos en aquel lugar.

Dicen, sin esto, otra cosa estos i sus pasados que un tiempo remane titud de demonios por aquella parl ron mucho daño en los naturales, sus vistas; y que estando así, par cinco soles, los cuales con su respl ron tanto á los demonios, que desa grandes aullidos y gemidos; y el d que estaba en este lugar de suso di visto, y que todo el sitio donde él y abrasado; y como los ingas reina señorearon este valle, aunque por edificar en él templo del sol tan como solian en las demás partes, i sus ofrendas y sacrificios á este de todo, así lo uno como lo otro, está e y lleno de grandes herbazales y m trado en este valle el gobernador zarro, dicen los indios que el obis Valverde quebró figuras de los id tiempo en aquel lugar no fué oido fui á ver este edificio y templo dich Cristóbal, hijo del señor Alaya, y a tró esta antigualla. Y este y los otr se han vuelto cristianos, y hay dos que tienen cargo de los enseñar en santa fe católica. Este valle de Jai sierras de nieve; por las mas partes d los guancas tienen sus sementeras Reyes estuvo en este valle asentad blase en el lugar que agora está, y i dad de oro y plata.

de la ciudad de los Reyes, era causa que los indios de Mango inga pudiesen fácilmente hacer grandes daños á los españoles y á los indios sus confederados, y así mataron y robaron á muchos. Y llegó á tanto este negocio, que el marqués don Francisco Pizarro envió capitanes contra él. Y saliendo del Cuzco por su mandado el futor Itin Suarez de Carvajal, envió al capitán Villadiego con alguna copia de españoles á correr la tierra, porque tuvieron nueva que estaba Mango inga no muy lejos de donde ellos estaban. Y no embargante que se vieron sin caballos (que es la fuerza principal de la guerra para estos indios), confiados de sus fuerzas, y con la codicia que tuvieron de gozar del Inga, porque creyeron que con él vendrían sus mujeres con parte de su tesoro y aparato, subiendo por una alta sierra, llegaron á la cumbre della tan cansados y fatigados, que Mango inga, con pocos mas de ochenta indios, dió, por aviso que tuvo, en los cristianos, que eran veinte y ocho ó treinta, y mató al capitán Villadiego y á todos los mas, que no escaparon sino dos ó tres, con ayuda de indios amigos, que los pusieron delante la presencia del futor, que mucho sintió la desgracia sucedida. Lo cual entendido por el marqués don Francisco Pizarro, con gran prisa salió de la ciudad del Cuzco con gente, mandando salir luego tras Mango inga; aunque no aprovechó, porque con las cabezas de los cristianos se retiró á su asiento de Vilicos, hasta que después el capitán Gonzalo Pizarro le dió grandes alcances y le deslizo muchas alharradas, ganándole algunas puentes. Y como los males y daños que los indios que andaban alzados hicieron hubiesen sido muchos, el gobernador don Francisco Pizarro, con acuerdo de algunos varones y de los oficiales reales que con él estaban, determinó de poblar en el comedio del Cuzco y de Lima (que es la ciudad de los Reyes) una ciudad de cristianos, para que hiciesen el paso seguro á los caminantes y contratantes; la cual se llamó San Juan de la Frontera; hasta que después el licenciado Cristóbal Vaca de Castro, su predecesor en el gobierno del reino, por la victoria que hubo de los de Chile en las tomas ó llanadas de Chupas, la llamó de la Victoria. Todos los pueblos y provincias que habia en la comarca desde los Andes hasta la mar del Sur eran términos de la ciudad del Cuzco y de la de los Reyes, y los indios estaban encomendados á los vecinos destas dos ciudades. Mas, como el gobernador don Francisco Pizarro determinase de hacer esta fundación, requirió á los unos y á los otros que viniesen á ser vecinos en la nueva ciudad; donde no, que perdiesen el aucion que tenían á la encomienda de los indios de aquella parte, quedando con solamente los que poseían desde la provincia de Jauja, que se dió por términos á Lima, y desde la de Andabailas, que se dió al Cuzco. Esta ciudad está trazada y fundada de la manera siguiente.

CAPITULO LXXXVII.

De la fundación de la ciudad de Guamanga, y quién fué el fundador.

Quando el marqués don Francisco Pizarro determinó de asentar esta ciudad en esta provincia, hizo su fun-

dación, no donde agora está, sino en un pueblo de indios llamado Guamanga, que fué causa que la ciudad tomase este mismo nombre, que estaba cerca de la larga y gran cordillera de los Andes; donde dejó por su teniente al capitán Francisco de Cárdenas. Andando los tiempos, por algunas causas se mudó en la parte donde agora está, que es en un llano cerca de una cordillera de pequeñas sierras que están á la parte del sur; y aunque en otro llano, media legua deste sitio, pudiera estar mas al gusto de los pobladores, pero por la falta del agua se dejó de hacer. Cerca de la ciudad pasa un pequeño arroyo de agua muy buena, de donde beben los desta ciudad, en la cual han edificado las mayores y mejores casas que hay en todo el Perú, todas de piedra, ladrillo y teja, con grandes torres; de manera que no falta aposentos. La plaza está llana y bien grande. El sitio es sanísimo, porque ni el sol, aire ni sereno hace mal, ni es húmeda ni cálida, antes tiene un grande y excelente temple de bueno. Los españoles han hecho sus caserías, donde están sus ganados, en los rios y valles comarcanos á la ciudad. El mayor rio dellos tiene por nombre Vinaque, adonde están unos graniles y muy antiquísimos edificios, que cierto, segun están gastados y ruinados, debe de haber pasado por ellos muchas edades. Preguntando á los indios comarcanos quién hizo aquella antigualla, responden que otras gentes barbadas y blancas como nosotros; los cuales, muchos tiempos antes que los ingas reinasen, dicen que vinieron á estas partes y hicieron allí su morada. Y desto y de otros edificios antiguos que hay en este reino, me parece que no son la traza dellos como los que los ingas hicieron ó mandaron hacer. Porque este edificio era cuadrado, y los de los ingas largos y angostos. Y tambien hay fama que se hallaron ciertas letras en una losa deste edificio; lo cual ni lo afirmo, ni dejo de tener para mí que en los tiempos pasados hubiese llegado aquí alguna gente de tal juicio y razon, que hiciese estas cosas y otras que no vemos. En este rio de Vinaque, y por otros lugares comarcanos á esta ciudad, se coge gran cantidad de trigo de lo que siembran, del cual se hace pan tan excelente y bueno como lo mejor del Andalucia. Hase puesto algunas parras, y se cree que por tiempos labrá grandes y muchas viñas, y por el consiguiente se darán las mas cosas que de España plantaren. De las frutas naturales hay muchas y muy buenas, y tantas palomas, que en alguna parte de las Indias vi donde tantas se criasen. En tiempo del estío se pasa alguna necesidad de yerba para los caballos; mas con el servicio de los indios no se siente esta falta; y hase de entender que caballos y mas bestias no comen en ningún tiempo del año paja, ni acá la que se coge aprovecha de nada, porque los ganados tampoco la comen, sino la yerba de los campos. Las salidas que tiene esta ciudad son buenas, aunque por muchas partes hay tantas espinas y abrojos, que conviene llevar tino los que caminaren así á pié como á caballo. Esta ciudad de San Juan de la Victoria de Guamanga fundó y pobló el marqués don Francisco Pizarro, gobernador del Perú, en nombre de su majestad, á 9 dias del mes de enero de 1539 años.

CAPITULO LXXXVIII.

En que se declaran algunas cosas de los naturales comarcanos á esta ciudad.

Muchos indios se repartieron á los vecinos desta ciudad de Guamanga para que sobre ellos tuviesen encomienda. Y no embargante que en este tiempo haya gran número dellos, muchos son los que faltan con las guerras. Los mas dellos eran mitimaes, que, segun ya dije, eran indios traspuestos de unas tierras en otras; industria de los reyes ingas. Algunos destos eran orejones, aunque no de los principales del Cuzco. Por la parte de oriente está desta ciudad la gran serranía de los Andes. Al poniente está la costa y mar del Sur. Los pueblos de indios que hay junto al camino real ya los he nombrado; los que quedan tienen tierra fértil de mantenimiento, y abundante de ganado, y todos andan vestidos. Tenian en partes escondidas adoratorios y oráculos, donde hacian sus sacrificios y vanidades. En sus enterramientos usaron lo que todos, que es enterrar con los difuntos algunas mujeres y de sus cosas preciadas. Señoreados por los ingas, adoraban al sol y gobernábanse por sus leyes y costumbres. Fueron en los principios gente indómita, y tan belicosa, que los ingas tuvieron aprieto en su conquista; tanto, que afirman que en tiempo que reinaba inga Yupangue, después de haber desbaratado á los soras y lucanes, provincias donde moran gentes robustas y que tambien caen en los términos desta ciudad, se encastillaron en un fuerte peñol número grande de indios, con los cuales se pasaron grandes trances, como se relatará en su lugar. Porque ellos, por no perder su libertad ni ser siervos del tirano, tenian en poco la hambre y prolija guerra que pasaban. Inga Yupangue, por el consiguiente, codicioso del señorío y deseoso de no perder reputacion, los cercó y tuvo en grande aprieto mas de dos años; en fin de los cuales, después de haber hecho lo posible, se dieron á este inga. En el tiempo que Gonzalo Pizarro se levantó en el reino por temor de sus capitanes y con voluntad de servir á su majestad, los principales vecinos desta ciudad de Guamanga, después de haber alzado bandera en su real nombre, se fueron á este peñol á encastillar, y vieron (á lo que oí á algunos dellos) reliquias de lo que los indios cuentan. Todos traen sus señales para ser conocidos y como lo usaron sus pasados, y algunos hubo que se dieron mucho en mirar señales y que fueron grandes agoreros, preciándose de contar lo que habia de suceder de futuro, en lo cual desvariaron, como agora desvarian cuando quieren decir ó pronosticar lo que criatura ninguna sabe ni alcanza; pues lo que está por venir solo Dios lo sabe.

CAPITULO LXXXIX.

De los grandes aposentos que hubo en la provincia de Bilcas, que es pasada la ciudad de Guamanga.

Desde la ciudad de Guamanga á la del Cuzco hay sesenta leguas, poco mas ó menos. En este camino están las lomas y llano de Chupas, que es donde se dió la cruel batalla entre el gobernador Vaca de Castro y don Diego de Almagro el mozo, tan porfiada y reñida como

en su lugar escribo. Mas adelante, yendo por el real camino, se llega á los edificios de Bilcas, que están once leguas de Guamanga; adonde dicen los naturales que fué el medio del señorío y reino de los ingas; porque desde Quito á Bilcas afirman que hay tanto como de Bilcas á Chile, que fueron los fines de su imperio. Algunos españoles que han andado el camino de lo uno y lo otro dicen lo mismo. Inga Yupangue fué el que mandó hacer estos aposentos, á lo que los indios dicen; y sus predecesores acrecentaron los edificios. El templo del sol fué grande y muy labrado. Adonde están los edificios hay un altozano en lo mas alto de una sierra, la cual tenian siempre limpia. A una parte deste llano, hácia el nacimiento del sol, estaba un adoratorio de los señores, hecho de piedra, cercado con una pequeña muralla; de donde salia un terrado no muy grande, de anchor de seis piés, yendo fundadas otras cercas sobre él, hasta que en el remate estaba el asiento para donde el señor se ponía á hacer su oracion, hecho de una sola pieza, tan grande, que tiene de largo once piés y de ancho siete; en la cual están hechos dos asientos para el efeto dicho. Esta piedra dicen que solia estar llena de joyas de oro y de pedrería, que adornaban el lugar que ellos tanto veneraron y estimaron, y en otra piedra no pequeña, que está en este tiempo en mitad desta plaza á manera de pila, donde sacrificaban y mataban los animales y niños tiernos (á lo que dicen), cuya sangre ofrecian á sus dioses. En estos terrados se ha hallado por los españoles algun tesoro de lo que estaba enterrado. A las espaldas deste adoratorio estaban los palacios de Topainga Yupangue y otros aposentos grandes, y muchos depósitos donde se ponian las armas y ropa fina, con todas las demás cosas de que daban tributo los indios y provincias que caian en la jurisdiccion de Bilcas, que, como otras veces he dicho, era como cabeza de reino. Junto á una pequeña sierra estaban y están mas de setecientas casas, donde recogian el maíz y las cosas de proveimiento de la gente de guerra que andaba por el reino. En medio de la gran plaza habia otro escañó á manera de teatro, donde el señor se asentaba para ver los bailes y fiestas ordinarias. El templo del sol, que era hecho de piedra, asentada una en otra muy primamente, tenia dos portadas grandes; para ir á ellas habia dos escaleras de piedra, que tenian, á mi cuenta, treinta gradas cada una. Dentro deste templo habia aposentos para los sacerdotes y para los que miraban las mujeres mamaconas, que guardaban su religion con grande observancia, sin entender en mas de lo dicho en otras partes desta historia. Y afirman los orejones y otros indios que la figura del sol era de gran riqueza, y que habia mucho tesoro en piezas y enterrado; y que servian á estos aposentos mas de cuarenta mil indios, repartidos en cada tiempo su cantidad, entendiendo cada principal lo que le era mandado por el gobernador que tenia poder del rey inga; y que solamente para guardar las puertas del templo habia cuarenta porteros. Por medio desta plaza pasaba una gentil acequia, traída con mucho primor, y tenian los señores sus baños secretos para ellos y para sus mujeres. Lo que hay que ver desto son los cimientos de los edificios, y las paredes y cercas de los adoratorios, y

las piedras dichas, y el templo con sus gradas, aunque desbaratado y lleno de herbazales, y todos los mas de los depósitos derribados; en fin, fué lo que no es, y por lo que es juzgamos lo que fué. De los españoles primeros conquistadores hay algunos que vieron lo mas deste edificio entero y en su perlecion; y así lo he oido yo á ellos mismos.

De aquí prosigue el camino real hasta Uramarca, que está siete leguas mas adelante hácia el Cuzco; en el cual término se pasa el espacioso rio llamado Bileus, por estar cerca de estos aposentos. De una parte y de otra del rio están hechos dos grandes y muy crecidos padrones de piedra, sacados con cimientos muy hondos y fuertes, para poner la puente que es hecha de maromas de rama á manera de las sogas que tienen las uñorias para sacar agua con la rueda. Y estas después de hechas son tan fuertes, que pueden pasar los caballos á rienda suelta, como si fuesen por la puente de Alcántara ó de Córdoba. Tenia de largo esta puente, cuando yo la pasé, ciento y sesenta y seis pasos. En el nacimiento deste rio está la provincia de los soras, muy fértil y abundante, poblada de gentes belicosas. Ellos y los lucanes son de una habla y andan vestidos con ropa de lana; poseyeron mucho ganado, y en sus provincias hay minas ricas de oro y plata, y en tanto estimaron los ingas á los soras y lucanes, que sus provincias eran cámaras suyas, y los hijos de los principales residian en la corte del Cuzco. Hay en ellas aposentos y depósitos ordinarios, y por los desiertos gran número de ganado salvaje; y volviendo al camino principal se llega á los aposentos de Uramarca, que es poblacion de mitimaes; porque los naturales, con las guerras de los ingas, murieron los mas dellos.

CAPITULO XC.

De la provincia de Andabailas, y lo que se contiene en ella hasta llegar al valle de Xaquixaguana.

Cuando yo entré en esta provincia era señor della un indio principal llamado Basco, y los naturales han por nombre chancas. Andan vestidos con mantas y camisetas de lana. Fueron en los tiempos pasados tan valientes (á lo que se dice) estos, que no solamente ganaron tierras y señoríos, mas pudieron tanto, que tuvieron cercada la ciudad del Cuzco, y se dieron grandes batallas entre los de la ciudad y ellos, hasta que por el valor de inga Yupangue fueron vencidos; y tambien fué natural desta provincia el capitan Ancoallo, tan mentado en estas partes por su grande valor; del cual cuentan que, no pudiendo sufrir el ser mandado por los ingas y las tiranías de algunos de sus capitanes, después de haber hecho grandes cosas en la comarca de Tarama y Bombon, se metió en lo mas adentro de las montañas y pobló riberas de un lago que está, á lo que tambien se dice, por bajo del rio de Moyobamba. Preguntándoles yo á estos chancas qué sentian de sí propios y dónde tuvo principio su origen, cuentan otra niñería ó novela como los de Jauja, y es, que dicen que sus padres remanecieron y salieron por un palude pequeño, llamado Soclococha, desde donde conquistaron hasta llegar á una parte que nombran Chuquibamba, adonde luego hicieron su asiento. Y pasados algunos

años, contendieron con los quichúas, nacion muy astuta, y señores que eran desta provincia de Andabailas, la cual ganaron y quedaron por señores della hasta hoy. Al lago de donde salieron tenian por sagrado, y era su principal templo donde adoraban y sacrificaban. Usaron los entierros como los demás; y así, creian la immortalidad del ánima, que ellos llaman xongon, que es tambien nombre de corazon. Metian con los señores que enterraban mujeres vivas y algun tesoro y ropa. Tenian sus dias señalados, y aun deben agora tener, para solemnizar sus fiestas, y plazas hechas para sus bailes. Como en esta provincia ha estado á la continua clérigo industriando á los indios, se han vuelto algunos dellos cristianos, especialmente de los mozos. Ha tenido siempre sobre ella encomienda el capitan Diego Maldonado. Todos los mas traen cabellos largos entranzados menudamente, puestos unos cordones de lana que les viene á caer por debajo de la barba. Las casas son de piedra. En el comedio de la provincia habia grandes aposentos y depósitos para los señores. Antiguamente hubo muchos indios en esta provincia de Andabailas, y la guerra los ha apocado como á los demás deste reino. Es muy larga y poseen gran número de ganado doméstico, y en sus términos no tiene cuenta lo que hay montes. Y es bien bastecida de mantenimientos y dase trigo, y por los valles calientes hay muchos árboles de fruta. Aquí estuvimos muchos dias con el presidente Gasca cuando iba á castigar la rebelion de Gonzalo Pizarro, y fué mucho lo que estos indios pasaron y sirvieron con la importunidad de los españoles. Y este buen indio, señor deste valle, Guasco, entendia en este proveimiento con gran cuidado. Desta provincia de Andabailas (que los españoles comunmente llaman Andagunillas) se llega al rio de Abancay, que está nueve leguas mas adelante hácia el Cuzco; y tiene este rio sus padrones ó pilares de piedra bien fuertes, adonde está puente, como en los demás rios. Por donde este pasa hacen las sierras un valle pequeño, adonde hay arboledas y se crian frutas y otros mantenimientos abundantemente. En este rio fue donde el adelantado don Diego de Almagro desbarató y prendió al capitan Alonso de Albarado, general del gobernador don Francisco Pizarro, como diré en la guerra de las Salinas. No muy lejos deste rio estaban aposentos y depósitos como los que habia en los demás pueblos pequeños, y no de mucha importancia.

CAPITULO XCI.

Del rio de Apurima y del valle de Xaquixaguana, y de la calzada que pasa por él, y lo que mas hay que contar hasta llegar á la ciudad del Cuzco.

Adelante está el rio de Apurima, que es el mayor de los que se han pasado desde Caxamalca hácia la parte del Sur, ocho leguas del de Abancay; el camino va bien desechado por las laderas y sierras, y debieron de pasar gran trabajo los que hicieron este camino en quebrantar las piedras y allanarlo por ellas, especialmente cuando se abaja por él al rio, que va tan áspero y dificultoso este camino, que algunos caballos cargados de plata y de oro han caido en él y perdido, sin lo poder cobrar. Tiene dos grandes pilares de piedra para poder armar la puente. Cuando yo volví á la

ciudad de los Reyes después que hubimos desbaratado á Gonzalo Pizarro, pasamos este río algunos soldados sin puente, por estar deshecha, metidos en un cesto cada uno por sí; descolgándonos por una maroma que estaba atada á los pilares de una parte á otra del río, mas de cincuenta estados, que no es pequeño espanto ver lo mucho á que se ponen los hombres que por las Indias andan. Pasado este río, se ve luego donde estuvieron los aposentos de los ingas, y en donde tenían un oráculo, y el demonio respondía (á lo que los indios dicen) por el tronco de un árbol, junto al cual enterraban oro y hacían sus sacrificios. Deste río de Apurima se va hasta llegar á los aposentos de Limatambo, y pasando la sierra de Bilcacongá (que es donde el adelantado don Diego de Almagro con algunos españoles tuvo una batalla con los indios, antes que se entrase en el Cuzco), se llega al valle de Xaquixaguana; el cual es llano, situado entre las cordilleras de sierras. No es muy ancho ni tampoco largo. Al principio del es el lugar donde Gonzalo Pizarro fué desbaratado, y juntamente él, con otros capitanes y valedores suyos, justificado por mandado del licenciado Pedro de la Gasca, presidente de su majestad. Había en este valle muy suntuosos aposentos y ricos, donde los señores del Cuzco salían á tomar sus placeres y solaces. Aquí fué también donde el gobernador don Francisco Pizarro mandó quemar al capitán general de Atabaliba Chalcuchima. Hay deste valle á la ciudad del Cuzco cinco leguas, y pasa por él el gran camino real. Y del agua de un río que nace cerca deste valle se hace un grande tremedal hondo, y que con gran dificultad se pudiera andar si no se hiciera una calzada ancha y muy fuerte, que los ingas mandaron hacer, con sus paredes de una parte y otra, tan firmes, que durarán muchos tiempos. Saliendo de la calzada, se camina por unos pequeños collados y laderas hasta llegar á la ciudad del Cuzco. Antiguamente fué todo este valle muy poblado y lleno de sementeras, tantas y tan grandes, que era cosa de ver, por ser hechas con una orden de paredes anchas; y con su compás algo desviado salían otras, habiendo distancia en el ancho de una y otra para poder sembrar sus sementeras de maíz y de otras raíces que ellos siembran. Y así, estaban hechas desta manera, pegadas á las laldas de las sierras. Muchas destas sementeras son de trigo, porque se da bien. Y hay en él muchos ganados de los españoles vecinos de la antigua ciudad del Cuzco. La cual está situada entre unos cerros, de la manera y forma que en el siguiente capítulo se declara.

CAPITULO XCII.

De la manera y forma con que está fundada la ciudad del Cuzco, y de los cuatro caminos reales que della salen, y de los grandes edificios que tuvo, y quien fué el fundador.

La ciudad del Cuzco está fundada en un sitio bien áspero y por todas partes cercado de sierras, entre dos arroyos pequeños, el uno de los cuales pasa por medio, porque se ha poblado de entrambas partes. Tiene un valle á la parte de levante, que comienza desde la propia ciudad; por manera que las aguas de los arroyos que por la ciudad pasan, corren al poniente. En este valle, por ser frío demasiado, no hay género de árbol que pue-

da dar fruta, sino son algunos molles. Tiene la ciudad á la parte del norte en el cerro mas alto y mas cercano á ella una fuerza, la cual por su grandeza y fortaleza fué excelente edificio, y lo es en este tiempo, aunque lo mas della está deshecho; pero todavía están en pié los grandes y fuertes cimientos con los cubos principales. Tiene asimismo á las partes de levante y del norte las provincias de Andesuyo, que son las espesuras y montañas de los Andes y la mayor de Chichasuyo, que se entienden las tierras que quedan hácia el Quito. A la parte del sur tiene las provincias de Collao y Condesuyo; de las cuales el Collao está entre el viento levante y el austro ó mediodía, que en la navegacion se llama sur, y la de Condesuyo entre el sur y poniente. Una parte desta ciudad tenía por nombre Hanancuzco, y la otra Orencozco, lugares donde vivían los mas nobles della y adonde había linajes antiguos. Por otra estaba el cerro de Carmenga, de donde salen á trechos ciertas torrecillas pequeñas, que servían para tener cuenta con el movimiento del sol, de que ellos mucho se preciaron. En el comedio cerca de los collados della, donde estaba lo mas de la poblacion, había una plaza de buen tamaño, la cual dicen que antiguamente era tremedal ó lago, y que los fundadores con mezcla y piedra lo allanaron y pusieron como agora está. Desta plaza salían cuatro caminos reales; en el que llamaban Chichasuyo se camina á las tierras de los llanos con toda la serranía, hasta las provincias de Quito y Pasto; por el segundo camino, que nombran Condesuyo, entran las provincias que son sujetas á esta ciudad y á la de Arequipa. Por el tercero camino real, que tiene por nombre Andesuyo, se va á las provincias que caen en las faldas de los Andes, y á algunos pueblos que están pasada la cordillera. En el último camino destes que dicen Collasuyo entran las provincias que llegan hasta Chile. De manera que, como en España los antiguos hacían division de toda ella por las provincias, así estos indios, para contar las que había en tierra tan grande, lo entendían por sus caminos. El río que pasa por esta ciudad tiene sus puentes para pasar de una parte á otra. Y en ninguna parte deste reino del Perú se halló forma de ciudad con noble ornamento, sino fué este Cuzco, que (como muchas veces he dicho) era la cabeza del imperio de los ingas y su asiento real. Y sin esto, las mas provincias de las Indias son poblaciones. Y si hay algunos pueblos no tienen traza ni orden, ni cosa política que se haya de loar; el Cuzco tuvo gran manera y calidad, debió ser fundada por gente de gran ser. Había grandes calles, salvo que eran angostas, y las casas hechas de piedra pura, con tan lindas junturas, que ilustra el antigüedad del edificio, pues estaban piedras tan grandes muy bien asentadas. Lo demás de las casas todo era madera y peja ó terrados, porque teja, ladrillo ni cal no vemos reliquia dello. En esta ciudad había en muchas partes aposentos principales de los reyes ingas, en los cuales el que sucedía en el señorío celebraba sus fiestas. Estaba asimismo en ella el magnífico y solemne templo del Sol, al cual llamaban Curicanche, que fué de los ricos de oro y plata que hubo en muchas partes del mundo. Lo mas de la ciudad fué poblada de mitimaes, y hubo en ella grandes leyes y estatutos á su usanza, y de tal ma-

nero, que por todos era entendido, así en lo tocante de sus vanidades y templos como en lo del gobierno. Fué la mas rica que hubo en las Indias de lo que dellas sabemos, porque de muchos tiempos estaban en ella tesoros allegados para grandeza de los señores, y ningun oro ni plata que en ella entraba podia salir, so pena de muerte. De todas las provincias venian á tiempos los hijos de los señores á residir en esta corte con su servicio y aparato. Habia gran suma de plateros, de doradores, que entendian en labrar lo que era mandado por los ingas. Residia en su templo principal que ellos tenían su gran sacerdote, á quien llamaban Vilacoma. En este tiempo hay casas muy buenas y torreadas, cubiertas con teja. Esta ciudad, aunque es fria, es muy sana, y la mas proveida de mantenimientos de todo el reino, y la mayor dél, y adonde mas españoles tienen encomienda sobre los indios; la cual fundó y pobló Mangocapa, primer rey inga que en ella hubo. Y después de haber pasado otros diez señores que le sucedieron en el señorío, la reedificó y tornó á fundar el adelantado don Francisco Pizarro, gobernador y capitán general destos reinos, en nombre del emperador don Carlos, nuestro señor, año de 1534 años, por el mes de octubre.

CAPITULO XCIII.

En que se declaran mas en particular las cosas desta ciudad del Cuzco.

Como fuese esta ciudad la mas importante y principal deste reino, en ciertos tiempos del año acudian los indios de las provincias, unos á hacer los edificios y otros á limpiar las calles y barrios, y á hacer lo que mas les fuese mandado. Cerca dello, á una parte y á otra, son muchos los edificios que hay, de aposentos y depósitos que hubo, todos de la traza y compostura que tenían los demás de todo el reino; aunque unos mayores y otros menores, y unos mas fuertes que otros. Y como estos ingas fueron tan ricos y poderosos, algunos destos edificios eran dorados y otros estaban adornados con planchas de oro. Sus antecesores tuvieron por cosa sagrada un cerro grande que llamaron Guanacaure, que está cerca desta ciudad; y así, dicen que sacrificaban en él sangre humana y de muchos corderos y ovejas, y como esta ciudad estoviese llena de naciones extranjeras y tan peregrinas, pues habia indios de Chile, Pasto, cañares, chachapoyas, guancas, collas, y de los mas linajes que hay en las provincias ya dichas, cada linaje dellos estaba por sí, en el lugar y parte que les era señalado por los gobernadores de la misma ciudad. Estos guardaban las costumbres de sus padres y andaban al uso de sus tierras, y aunque hubiese juntos cien mil hombres, fácilmente se conocian con las señales que en las cabezas se ponian. Algunos destos extranjeros enterraban á sus difuntos en cerros altos, otros en sus casas, y algunos en las beredades, con sus mujeres vivas y cosas de las preciadas que ellos tenían por estimadas, como de suso es dicho, y cantidad de mantenimiento; y los ingas (á lo que yo entendí) no les vedaban ninguna cosa destas, con tanto que todos adorasen al sol y le hiciesen reverencia, que ellos llaman Mocha. En muchas partes desta ciudad hay grandes edificios debajo la tierra, y en las mismas entrañas della hoy día se ha-

llan algunas losas y caños, y aun joyas y piezas de oro de lo que enterraban; y cierto debe de haber en el circuíto desta ciudad enterrados grandes tesoros, sin saber dellos los que son vivos; y como en ella hubiese tanta gente, y el demonio tan enseñoreado sobre ellos por la permission de Dios, habia muchos hechiceros, agoreros, idolatradores; y destas reliquias no está del todo limpia esta ciudad, especialmente de las hechicerías. Cerca desta ciudad hay muchos valles templados, y adonde hay arboledas y frutales y se cria lo uno y lo otro bien; lo cual traen lo mas dello á vender á la ciudad. Y en este tiempo se coge mucho trigo, de que hacen pan. Y hay plantados en los lugares que digo muchos naranjos y otros árboles de frutas de España y de la misma tierra. Del rio que pasa por la ciudad tienen sus molindas, y cuatro leguas della se ven las pedreras donde sacaban la cantería, losas y portadas para los edificios, que no es poco de ver. Demás de lo dicho, se crían en el Cuzco muchas gallinas y capones, tan buenos y gordos como en Granada, y por los valles hay hatos de vacas y cabras y otros ganados, así de España como de lo natural. Y puesto que no haya en esta ciudad arboledas, criáanse muy bien las legumbres de España.

CAPITULO XCIV.

Que trata del valle de Yucay y de los fuertes aposentos de Tambo, y parte de la provincia de Condesuyo.

Cuatro leguas desta ciudad del Cuzco, poco mas ó menos, está un valle llamado de Yucay, muy hermoso, metido entre el altura de las sierras, de tal manera, que con el abrigo que le hacen es de temple sano y alegre, porque ni hace frio demasiado ni calor, antes se tiene por tan excelente, que se ha platicado algunas veces por los vecinos y regidores del Cuzco de pasar la ciudad á él, y tan de veras, que se pensó poner en efecto. Mas, como haya tan grandes edificios en las casas de sus moradas, no se mudará por no tornar de nuevo á edificar, ni lo permitirán porque no se pierda la antigüedad de la ciudad. En este valle de Yucay han puesto y plantado muchas cosas de las que dije en el capítulo precedente. Y cierto en este valle y en el de Bilcas, y en otros semejantes (según lo que parece en lo que agora se comienza), hay esperanza que por tiempos habrá buenos pagos de viñas y huertas, y vergeles frescos y vistosos. Y digo en particular mas deste valle que de otros, porque los ingas lo tuvieron en mucho, y se venian á él á tomar sus regocijos y fiestas; especialmente Viracocha inga, que fué abuelo de Topainga Yupangue. Por todas partes dél se ven pedrazos de muchos edificios y muy grandes que habia, especialmente los que hubo en Tambo, que está el valle abajo tres leguas, entre dos grandes cerros, junto á una quebrada por donde pasa un arroyo. Y aunque el valle es del temple tan bueno como de suso he dicho, lo mas del año están estos cerros bien blancos de la mucha nieve que en ellos cae. En este lugar tuvieron los ingas una gran fuerza de las mas fuertes de todo su señorío, asentada entre unas rocas, que poca gente bastaba á defenderse de mucha. Entre estas rocas estaban algunos peñas tajadas, que hacian inexpugnable el sitio; y por lo bajo está lleno de gran-

des andenes que parecen murallas, unas encima de otras, en el ancho de las cuales sembraban las semillas de que comían. Y agora se ve entre estas piedras algunas figuras de leones y de otros animales fieros, y de hombres con unas armas en las manos á manera de alabardas, como que fuesen guarda del paso, y esto bien obrado y primamente. Los edificios de las casas eran muchos, y dicen que en ellos habia, antes que los españoles señoreasen este reino, grandes tesoros, y cierto se ven en estos edificios piedras puestas en ellos, labradas y asentadas, tan grandes, que era menester fuerza de mucha gente y con mucho ingenio para llevarlas y ponerlas donde están. Sin esto, se dice por cierto que en estos edificios de Tambo ó de otros que tenían este nombre (que no es solo este lugar el que se llamó Tambo), se halló en cierta parte del palacio real ó del templo del sol oro derretido en lugar de mezcla, con que, juntamente con el betun que ellos ponen, quedaban las piedras asentadas unas con otras. Y que el gobernador don Francisco Pizarro hubo desto mucho antes que los indios lo deshiciesen y llevasen, y de Pacaritambo dicen algunos españoles que en veces sacaron cantidad de oro Hernando Pizarro y don Diego de Almagro el mozo. Estas cosas no dejo yo de pensar que son así cuando me acuerdo de las piezas tan ricas que se vieron en Sevilla, llevadas de Caxamalca, adonde se juntó el tesoro que Atabaliba prometió á los españoles, sacado lo mas del Cuzco; y fué poco para lo que después se repartió, que se halló por los mismos cristianos; y mas que lo uno y lo otro, lo que los indios han llevado está enterrado en partes que ninguno sabe dello; y si la ropa fina que se desperdició y perdió en aquellos tiempos se guardara, valiera tanto, que no lo oso afirmar, segun tengo que fuera mucho; y con tanto, digo que los indios que llamaban chumbiblicas y los ubinas, y Pomatambo, y otras naciones muchas que no cuento, entran en lo que llaman Condesuyo. Algunos dellos fueron belicosos, y los pueblos tienen entre sierras altísimas. Poseían suma sin cuento de ganado doméstico y bravo. Las casas todas son de piedra y paja. En muchos lugares habia aposentos de los señores. Y tuvieron estos naturales sus ritos y costumbres como todos, y en sus templos sacrificaban corderos y otras cosas, y es fama que el demonio era visto en un templo que tenian en cierta parte desta comarca de Condesuyo, y aun en este tiempo he yo oído á algunos españoles que se ven apariencias deste nuestro enemigo y adversario. En los rios que pasan por los aimarnes se ha cogido mucha suma de oro, y se sacaba en el tiempo que yo estaba en el Cuzco. En Pomatambo y en algunas otras partes deste reino se hace tapiceria muy buena, por ser muy buena la lana de que se hace, y las colores tan perfetas, que sobrepujan á las de otros reinos. En esta provincia de Condesuyo hay muchos rios, algunos dellos pasan con puentes de criznejas, hechas como tengo ya dicho que se hacen deste reino. Asimismo hay muchas frutas de las naturales y muchas arboledas. Hay tambien venados y perdices, y buenos balcones para volarlas.

CAPITULO XCV.

De las montañas de los Andes y de su gran espesura, y de las grandes culebras que en ella se crían, y de las malas costumbres de los indios que viven en lo interior de la montaña.

Esta cordillera de sierras que se llama de los Andes se tiene por una de las grandes del mundo, porque su principio es desde el estrecho de Magallanes, á lo que se la visto y cree; y viene de largo por todo este reino del Perú, y atraviesa tantas tierras y provincias, que no se puede decir. Toda está llena de altos cerros, algunos dellos bien poblados de nieve, y otros de bocas de fuego. Son muy dificultosas estas sierras y montañas, por su espesura y porque lo mas del tiempo llueve en ellas, y la tierra es tan sombría, que es menester ir con gran tino, porque las raíces de los árboles salen debajo della y ocupan todo el monte, y cuando quieren pasar caballos se recibe mas trabajo en hacer los caminos. Fama es entre los orejones del Cuzco que Topainga Yupangua atravesó con grande ejército esta montaña, y que fueron muy difíciles de conquistar y traer á su señorío muchas gentes de las que en ellas habitaban; en las faldas dellas, á las vertientes de la mar del Sur, eran los naturales de buena razon, y que todos andaban vestidos, y se gobernaron por las leyes y costumbres de los ingas; y por el consiguiente, á las vertientes de la otra mar, á la parte del nacimiento del sol, es público que los naturales son de menos razon y entendimiento, los cuales crían gran cantidad de coca, que es una yerba preciada entre los indios, como diré en el capítulo siguiente; y como estas montañas sean tan grandes, púedese tener ser verdad lo que dicen de haber en ellas muchos animales, así como osos, tigres, leones, dantas, puercos y gaticos pintados, con otras salvajinas muchas y que son de ver; y tambien se han visto por algunos españoles unas culebras tan grandes, que parecen vigas, y estas se dice que, aunque se sienten encima dellas, y sea su grandeza tan monstruosa y de tallo tan fiero, no hacen mal ni se muestran tieras en matar ni hacer daño á ninguno. Tratando yo en el Cuzco sobre estas culebras con los indios, me contaron una cosa que aquí diré, la cual escribo porque me la certificaron; y es, que en tiempo de inga Yupangua, hijo que fué de Viracocha inga, salieron por su mandado ciertos capitanes con mucha gente de guerra á visitar estos Andes y á someter los indios que pudiesen al imperio de los ingas; y que entrados en los montes, estas culebras mataron á todos los mas de los que iban con los capitanes ya dichos, y que fué el daño tanto, que el Inga mostró por ello gran sentimiento; lo cual visto por una vieja encantadora, le dijo que la dejase ir á los Andes, que ella adormiría las culebras de tal manera, que nunca hiciesen mal; y dándole licencia, fué adonde habían recebido el daño; y allí, haciendo sus conjuros y diciendo ciertas palabras, las volvió, de tieras y bravas, en tan mansas y bobas como agora están. Esto puede ser ficción ó fábula que estos dicen; pero lo que agora se ve es, que estas culebras, con ser tan grandes, ningún daño hacen. Estos Andes, adonde los ingas tuvieron aposentos y casas principales, en partes fueron muy poblados. La tierra es muy fértil, porque se da bien el

maíz y yuca, con las otras raíces que ellos siembran, y frutas hay muchas y muy excelentes, y los mas de los españoles vecinos del Cuzco han ya hecho plantar naranjos y linas, higueras, parrales y otras plantas de España; sin lo cual, se hacen grandes platanales y hay piñas sabrosas y muy olorosas. Bien adentro destas montañas y espesuras afirman que hay gente tan rústica, que ni tienen casa ni ropa, antes andan como animales, matando con flechas aves y bestias los que pueden para comer, y que no tienen señores ni capitanes, salvo que por las cuevas y huecos de árboles se allegan unos en unas partes y otros en otras. En las mas de las cuales, dicen tambien (que yo no les he visto) que hay unas monas muy grandes que andan por los árboles, con las cuales, por tentacion del demonio (que siempre busca cómo y por dónde los hombres cometerán mayores pecados y mas graves), estos usan con ellas como mujeres, y afirman que algunas parian monstruos que tenían las cabezas y miembros deshonestos como hombres, y las manos y piés como mona; son, segun dicen, de pequeños cuerpos y de talle monstruoso, y vellosos. En fin, parascerán (si es verdad que los hay) al demonio, su padre. Dicen mas, que no tienen habla, sino un gemido ó aullido temeroso. Yo esto ni lo afirmo ni dejo de entender, que, como muchos hombres de entendimiento y razon y que saben que hay Dios, gloria y infierno, dejando á sus mujeres, se han ensuciado con mulas, perras, yeguas y otras bestias, que me da gran pena referirlo, puede ser que esto así sea. Yendo yo el año de 1540 á los Charcas á ver las provincias y ciudades que en aquella tierra hay, para lo cual llevaba del presidente Gasca cartas para todos los corregidores, que me diesen favor para saber y inquirir lo mas notable de las provincias, acertamos una noche á dormir en una tienda un hidalgo, vecino de Málaga, llamado Diego Lopez de Nuncibay, y yo, y nos contó un español que allí se halló cómo por sus ojos habia visto en la montaña uno destos monstruos muerto, del talle y manera dicha. Y Juan de Varagas, vecino de la ciudad de la Paz, me dijo y afirmó que en Guanuco le decian los indios que oian aullido destos diablos ó monas; de manera que esta fama hay deste pecado cometido por estos malaventurados. Tambien he oido por muy cierto que Francisco de Almendras, que fué vecino de la villa de Plata, tomó á una india y á un perro cometiendo este pecado, y que mandó quemar la india. Y sin todo esto, he oido á Lope de Mendieta y á Juan Ortiz de Zárate, y á otros vecinos de la villa de Plata, que oyeron á indios suyos cómo en la provincia de Aulaga parió una india de un perro tres ó cuatro monstruos, los cuales vivieron pocos dias. Plega á nuestro Señor Dios que, aunque nuestras maldades sean tantas y tan grandes, no permita que se cometan pecados tan feos y enormes.

CAPITULO XCVI.

Cómo en todas las mas de las Indias usaron los naturales dellas traer yerba ó raíces en la boca, y de la preciosa yerba llamada coca, que se cria en muchas partes deste reino.

Por todas las partes de las Indias que yo he andado he notado que los indios naturales muestran gran de-

leitacion en traer en las bocas raíces, ramos ó yerbas. Y así, en la comarca de la ciudad de Antiochia algunos usan truer de una coca menuda, y en las provincias de Arma, de otras yerbas; en las de Quimbaya y Ancerna, de unos árboles medianos, tiernos y que siempre están muy verdes, cortan unos palotes, con los cuales se dan por los dientes sin se causar. En los mas pueblos de los que están sujetos á la ciudad de Cui y Popayan traen por las bocas de la coca menuda ya dicha, y de unos pequeños calabazos sacan cierta mistura ó confacion que ellos hacen, y puesto en la boca, lo traen por ella, haciendo lo mismo de cierta tierra que es á manera de cal. En el Perú en todo él se usó y usa traer esta coca en la boca, y desde la mañana hasta que se van á dormir la traen, sin la echar della. Preguntando á algunos indios por qué causa traen siempre ocupada la boca con aquesta yerba (la cual no comen ni hacen mas de traerla en los dientes), dicen que sienten poco la hambre y que se hallan en gran vigor y fuerza. Creo yo que algo lo debe de causar, aunque mas me parece una costumbre aviciada y conveniente para semejante gente que estos indios son. En los Andes, desde Guamanga hasta la villa de Plata, se siembra esta coca, la cual da árboles pequeños y los labran y regalan mucho para que den la hoja que llaman coca, que es á manera de arrayan, y sécala al sol, y después la ponen en unos cestos largos y angostos, que terná uno dellos poco mas de una arroba, y fué tan preciada esta coca ó yerba en el Perú el año de 1548, 49 y 51, que no hay para qué pensar que en el mundo haya habido yerba ni raíz ni cosa criada de árbol que crie y produzga cada año como esta, fuera la especiería, que es cosa diferente, se estimase tanto, porque valieron los repartimientos en estos años, digo, los mas del Cuzco, la ciudad de la Paz, la villa de Plata, á ochenta mil pesos de renta, y á sesenta, y á cuarenta, y á veinte, y á mas y á menos, todo por esta coca. Y al que le daban encomienda de indios luego ponía por principal los cestos de coca que cogia. En fin, teníanlo como por posesion de yerba de Trujillo. Esta coca se llevaba á vender á las minas de Potosí, y diéronse tanto al poner árboles della y coger la hoja, que es esta coca, que no vale ya tanto ni con mucho; mas nunca dejará de ser estimada. Algunos están en España ricos con lo que hubieron del valor desta coca, mercándola y tornándola á vender, y rescatándola en los tiangués ó mercados á los indios.

CAPITULO XCVII.

Del camino que se anda desde el Cuzco hasta la ciudad de la Paz, y de los pueblos que hay hasta salir de los indios que llaman canches.

Desde la ciudad del Cuzco hasta la ciudad de la Paz hay ochenta leguas, poco mas ó menos, y es de saber que antes que esta ciudad se poblase fueron tórnimos del Cuzco todos los pueblos y valles que hay sujetos á esta nueva ciudad de la Paz. Digo pues que, saliendo del Cuzco por el camino real de Collasuyo, se va hasta llegar á las angosturas de Mohina, quedando á la sinistramano los aposentos de Quispianche; va el camino por este lugar, luego que salen del Cuzco, hecho de calzada ancha y muy fuerte de cantería. En Mohina está

un tremedal lleno de cenagales, por los cuales va el camino hecho en grandes cimientos, la calzada de suso dicha. Hubo en este Mohina grandes edificios; ya están todos perdidos y deshechos. Y cuando el gobernador don Francisco Pizarro entró en el Cuzco con los españoles, dicen que hallaron cerca destes edificios, y en ellos mismos, mucha cantidad de plata y de oro, y mayor de ropa de la precinda y rica que otras veces he notado, y á algunos españoles he oído decir que hubo en este lugar un bulto de piedra conforme al talle de un hombre, con manera de vestidura larga y cuentus en la mano, y otras figuras y bultos. Lo cual era grandeza de los ingas, y señales que ellos querían que quedase para en lo futuro; y algunos eran ídolos en que adoraban. Adelante de Mohina está el antiguo pueblo de Urcos, que estará seis leguas del Cuzco; en este camino está una muralla muy grande y fuerte, y segun dicen los naturales, por lo alto della venían caños de agua, sacada con grande industria de algun río y traída con la policía y orden que ellos hacen sus acequias. Estaba en esta gran muralla una ancha puerta, en la cual había porteros que cobraban los derechos y tributos que eran obligados á dar á los señores, y otros mayordomos de los mismos ingas estaban en este lugar para prender y castigar á los que con atrevimiento eran osados á sacar plata y oro de la ciudad del Cuzco, y en esta parte estaban las canterías de donde sacaban las piedras para hacer los edificios, que no son poco de ver. Está asentado Urcos en un cerro, donde hubo aposentos para los señores; de aquí á Quichizana hay tres leguas, todo de sierras bien ásperas; por medio dellas abaja el río de Yucay, en el cual hay puente de la hechura de las otras que se ponen en semejantes ríos; cerca deste lugar están poblados los indios que llaman cavinás, los cuales, antes que fuesen señoreados por los ingas, tenían abiertas las orejas y puesto en el redondo dellas aquel ornamento suyo, y eran orejones. Maucapá, fundador de la ciudad del Cuzco, dicen que los atrajo á su amistad. Andan vestidos con ropa de lana, los mas dellos sin cabellos, y por la cabeza se dan vuelta con una trenza negra. Los pueblos tienen en las sierras hechas las casas de piedra. Tuvieron antiguamente un templo en gran veneración, á quien llamaban Auzuncata, cerca del cual dicen que sus pasados vieron un ídolo ó demonio con la figura y traje que ellos traen, con el cual tenían su cuenta, haciéndole sacrificios á su uso. Y cuentan estos indios que tuvieron en los tiempos pasados por cosa cierta que las ánimas que salían de los cuerpos iban á un gran lago, donde su vana creencia les hacía entender habersido su principio, y quede allí entraban en los cuerpos de los que nascían. Después, como lo señorearon los ingas, fueron mas polidos y de mas razon, y adoraron al sol, no olvidando el reverenciar á su antiguo templo. Adelante desta provincia están los canches, que son indios bien domésticos y de buena razon, faltos de malicia, y que siempre fueron provechosos para trabajo, especialmente para sacar metales de plata y de oro, y poseyeron mucho ganado de sus ovejas y carneros; los pueblos que tienen no son mas ni menos que los de sus vecinos, y así andan vestidos, y traen por señal en las cabezas unas trenzas

negras que les viene por debajo de la barba. Antiguamente cuentan que tuvieron grandes guerras con Viracocha inga y con otros de sus predecesores, y que puestos en su señorío, los tuvieron en mucho. Usan por armas algunos dardos y hondas y unos que llaman aillos, con que prendian á los enemigos. Los enterramientos y religiones suyas conformaban con los ya dichos, y las sepulturas tienen hechas por los campos de piedra altas, en las cuales metían á los señores con algunas de sus mujeres y otros sirvientes. No tienen cuenta de honra ni pompa, aunque es verdad que algunos de los señores se muestran soberbios con sus naturales y los tratan ásperamente. En señalados tiempos del año celebraban sus fiestas, teniendo para ello sus días situados. En los aposentos de los señores tenían sus plazas para hacer sus bailes, y adonde el señor comía y bebía. Hablaban con el demonio en la manera que todos los demás. En toda la tierra destes canches se da trigo y maíz y hay muchas perdices y condores, y en sus casas tienen los indios muchas gallinas, y por los ríos toman mucho pescado, bueno y sabroso.

CAPITULO XCVIII.

De la provincia de los Canas y de los que dicen de Ayavire, que en tiempo de los ingas fué, á lo que se tiene, gran cosa.

Luego que salen de los Canches, se entra en la provincia de los Canas, que es otra nacion de gente, y los pueblos dellos se llaman en esta manera: Haturcuna, Chicuna, Horuro, Cacho, y otros que no cuento. Andan todos vestidos, y lo mismo sus mujeres, y en la cabeza usan ponerse unos bonetes de lana, grandes y muy redondos y altos. Antes que los ingas los señoreasen tuvieron en los collados fuertes sus pueblos, de donde salían á darse guerra; después los bajaron á lo llano, haciéndolos concertadamente. Y tambien hacen, como los canches, sus sepulturas en las heredades, y guardan y tienen unas mismas costumbres. En la comarca destes canas hubo un templo á quien llamaban Aencocagua; es donde sacrificaban conforme á su costumbre. Y en el pueblo de Chaca había grandes aposentos hechos por mandado de Topinga Yupangue. Pasado un río, está un pequeño cercado, dentro del cual se halló alguna cantidad de oro, porque dicen que á conmemoracion y remembranza de su dios Ticeviracocha, á quien llaman huaceler, estaba hecho este templo, y puesto en él un ídolo de piedra de la estatura de un hombre, con su vestimenta y una corona ó tiara en la cabeza; algunos dijeron que podía ser esta hechura á figura de algun apóstol que llegó á esta tierra; de lo cual en la segunda parte tratare lo que desto sentí y pude entender, y lo que dicen del fuego del cielo que abajó, el cual convirtió en ceniza muchas piedras. En toda esta comarca de los Canas hace frio, y lo mismo en los Canches, y es bien proveída de mantenimientos y ganados. Al poniente tienen la mar del Sur, y al oriente la espesura de los Andes. Del pueblo de Chicuna, que es desta provincia de los Canas, hasta el de Ayavire habrá quince leguas, en el cual término hay algunos pueblos destes canas, y muchos llanos, y grandes vegas bien aparcadas para criar ganados, aunque el ser fria esta region demasiadamente lo estorba; y la muchedumbre

de yerba que en ella se cria no da provecho sino es á los guanacos y vicuñas. Antiguamente fué (á lo que dicen) gran cosa de ver este pueblo de Ayavire, y en este tiempo lo es, especialmente las grandes sepulturas que tiene, que son tantas, que ocupan mas campo que la poblacion. Afirman por cierto los indios que los naturales deste pueblo de Ayavire fueron de linaje y prosapia de los canas, y que Inga Yupangue tuvo con ellos algunas guerras y batallas, en las cuales, demás de quedar vencidos del Inga, se hallaron tan quebrantados, que hubieron de rendirsele y darse por sus siervos, por no acabar de perderse. Mas, como algunos de los ingas debieron ser vengativos, cuentan mas, que, después de haber con engaño y cautela muerto el Inga mucho número de indios de Copacopa y de otros pueblos confinantes á la montaña de los Andes, hizo lo mismo de los naturales de Ayavire, de tal manera, que pocos ó ningunos quedaron vivos, y los que escaparon, es público que andaban por las sementeras llamando á sus mayores, muertos de mucho tiempo, y lamentando su perdicion con gemidos de gran sentimiento, de la destruicion que por ellos y por su pueblo habia venido. Y como este Ayavire está en gran comarca, y cerca dél corre un río muy bueno, mandó Inga Yupangue que le hiciesen unos palacios grandes, y conforme al uso dellos se edificaron, haciendo tambien muchos depósitos pegados á la falda de una pequeña sierra, donde metian los tributos; y como cosa importante y principal, mandó fondar templo del sol. Hecho esto, como los naturales de Ayavire faltasen por la causa dicha, Inga Yupangue mandó que viniesen de las naciones comarcanas indios con sus mujeres (que son los que llaman mitimaes), para que fuesen señores de los campos y heredades de los muertos, y hiciesen la poblacion grande y concertada junto al templo del sol y á los aposentos principales. Y dende en adelante fué en crecimiento este pueblo, hasta que los españoles entraron en este reino; y después con las guerras y calamidades pasadas ha venido en gran disminucion, como todos los demás. Yo entré en él en tiempo que estaba encomendado á Juan de Pancorbo, vecino del Cuzco, y con las mejores lenguas que se pudieron haber se entendió este suceso que escribo. Cerca deste pueblo está un templo desbaratado, donde antiguamente hacian los sacrificios; y tuve por cosa grande las muchas sepulturas que están y se parecen por toda la redonda deste pueblo.

CAPITULO XCIX.

De la gran comarca que tienen los Collas, y la disposicion de la tierra donde están sus pueblos, y de cómo tenían puestos mitimaes, para proveimiento dellos.

Esta parte que llaman Collas es la mayor comarca, á mi ver, de todo el Perú, y la mas poblada. Desde Ayavire comienzan los Collas, y llegan hasta Caracollo. Al oriente tienen las montañas de los Andes, al poniente las cabezadas de las sierras nevadas y las vertientes dellas, que van á parar á la mar del Sur. Sin la tierra que ocupan con sus pueblos y labores, hay grandes despo-blados, y que están bien llenos de ganado silvestre. Es la tierra del Collao toda llana, y por muchas partes corren rios de buen agua; y en estos llanos hay hermosas

vegas y muy espaciosas, que siempre tienen yerba en cantidad, y á tiempos muy verde, aunque en el estio se agosta como en España. El invierno comienza (como ya he escrito) de octubre y dura hasta abril. Los dias y las noches son casi iguales, y en esta comarca hacemos frio que en ninguna otra de las del Perú, fuera los altos y sierras nevadas, y cáusalo ser la tierra alta; tanto, que alina emparejara con las sierras. Y cierto si esta tierra del Collao fuera un valle hondo como el de Jauja ó Choquiabo, que pudiora dar maíz, se tuviera por lo mejor y mas rico de gran parte destas Indias. Caminando con viento es gran trabajo andar por estos llanos del Collao; faltando el viento y haciendo sol da gran contento ver tan lindas vegas y tan pobladas; pero, como sea tan fria, no da fruto el maíz ni hay ningun género de árboles; antes es tan estéril, que no da frutas de las muchas que otros valles producen y crían. Los pueblos tienen los naturales juntos, pegadas las casas unas con otras, no muy grandes, todas hechas de piedra, y por cobertura paja, de la que todos en lugar de teja suelen usar. Y fué antiguamente muy poblada toda esta region de los Collas, y adonde hubo grandes pueblos todos juntos. Al rededor de los cuales tienen los indios sus sementeras, donde siembran sus comidas. El principal mantenimiento dellos es papas, que son como turnas de tierra, segun otras veces he declarado en esta historia, y estas las secan al sol y guardan de una cosecha para otra; y llaman á esta papa, después de estar seca, chuno, y entre ellos es estimada y tenida en gran precio, porque no tienen agua de acequias, como otros muchos deste reino, para regar sus campos; antes si les falta el agua natural para hacer las sementeras, padecen necesidad y trabajo si no se hallan con este mantenimiento de las papas secas. Y muchos españoles enriquecieron y fueron á España prósperos con solamente llevar deste chuno á vender á las minas de Potosí. Tienen otra suerte de comida, llamada oca, que es por el consiguiente provechosa; aunque mas lo es la semilla, que tambien cogen, llamada quinua, que es menuda como arroz. Siendo el año abundante, todos los moradores deste Collao viven contentos y sin necesidad; mas si es estéril y falta de agua, pasan grandísima necesidad; aunque á la verdad, como los reyes ingas que mandaron este imperio fueron tan sabios y de tan buena gobernacion y tan bien proveidos, establecieron cosas y ordenaron leyes á su usanza, que verdaderamente, si no fuera mediante ello, las mas de las gentes de su señorío pasaran gran trabajo y vivieran con gran necesidad, como antes que por ellos fueran señoreados. Y esto he lo dicho porque en estos Collas, y en todos los mas valles del Perú que por ser frios no eran tan fértiles y abundantes como los pueblos cálidos y bien proveidos, mandaron que, pues la gran serranía de los Andes comarcaba con la mayor parte de los pueblos, que de cada uno saliese cierta cantidad de indios con sus mujeres, y estos tales puestos en las partes que sus caciques les mandaban y señalaban, labraban sus campos, en donde sembraban lo que faltaba en sus naturalezas, proveyendo con el fruto que cogian á sus señores ó capitanes, y eran llamados mitimaes. Hoy dia sirven y están debajo de la encomienda principal, y crían y curan la

preciada coca. Por manera que, aunque en todo el Collao no se coge ni siembra maíz, no les falta á los señores naturales dél y á los que lo quieren procurar con la orden ya dicha, porque nunca dejan de traer cargas de maíz, coca y frutas de todo género, y cantidad de miel, la cual hay en toda la mayor parte destas espesuras, criada en la concavidad de los árboles de la manera que conté en lo de Quimbaya. En la provincia de los Charcas hay desta miel muy buena. Francisco de Carvajal, maestro de campo de Gonzalo Pizarro, el cual se dió por traidor, dicen que siempre comía desta miel, y aunque la bebía como si fuera agua ó vino, afirmando hallarse con ella sano y muy recio, y así estaba él cuando yo lo vi justiciar en el valle de Xaquixaguana con gran sujeto, aunque pasaba de ochenta años su edad á la cuenta suya.

CAPITULO C.

De lo que se dice destos collas, de su origen y trajo, y cómo hacían sus enterramientos cuando morían.

Muchos destos indios cuentan que oyeron á sus antiguos que hubo en los tiempos pasados un diluvio grande y de la manera que yo lo escribo en el tercero capítulo de la segunda parte. Y dan á entender que es mucha la antigüedad de sus antepasados, de cuyo origen cuentan tantos dichos y fábulas, si lo son, que no quiero detenerme en lo escribir, porque unos dicen que salieron de una fuente, otros que de una peña, otros de lagunas. De manera que de su origen no se puede sacar dellos otra cosa. Concuerdan unos y otros que sus antecesores vivían con poca orden antes que los ingas los señoreasen; y que por lo alto de los cerros tenían sus pueblos fuertes, de donde se daban guerra, y que eran viciosos en otras costumbres malas. Después tomaron de los ingas lo que todos los que quedaban por sus vasallos aprendían, y hicieron sus pueblos de la manera que agora los tienen. Andan vestidos de ropa de lana ellos y sus mujeres; las cuales dicen que, puesto que antes que se casen puedan andar sueltamente, si después de entregada al marido le hace traición, usando de su cuerpo con otro varón, la mataban. En las cabezas traen puestos unos bonetes á manera de morteros, hechos de su lana, que nombran *chucos*; y tiénenlos todos muy largas y sin colodrillo, porque desde niños se les quebrantan y ponen como quieren, seguntengo escrito. Las mujeres se ponen en la cabeza unos capillos casi del talle de los que tienen los frailes. Antes que los ingas reinasen, cuentan muchos indios destos collas que hubo en su provincia dos grandes señores, el uno tenía por nombre Zupana y el otro Cari, y que estos conquistaron muchos pucare, que son sus fortalezas; y que el uno dellos entró en la laguna de Titicaca, y que halló en la isla mayor que tiene aquel palude gentes blancas y que tenían barbas, con las cuales peleó de tal manera, que los pudo matar á todos. Y mas dicen, que, pasado esto, tuvieron grandes batallas con los canas y con los cunches. Y al fin de haber hecho notables cosas estos dos tiranos ó señores que se habían levantado en el Collao, volvieron las armas contra sí, dándose guerra el uno al otro, procurando el amistad y favor de Viracoché Inga, que en aquellos tiempos

reinaba en el Cuzco, el cual trató la paz en Chucuito con Cari, y tuvo tales mañas, que sin guerra se hizo señor de muchas gentes destos collas. Los señores principales andan muy acompañados, y cuando van camino los llevan en andas y son muy servidos de todos sus indios. Por los despoblados y lugares secretos tenían sus guacas ó templos, donde honraban sus dioses, usando de sus vanidades, y hablando en los oráculos con el demonio los que para ello eran elegidos. La cosa mas notable y de ver que hay en este Collao, á mi ver, es las sepulturas de los muertos. Cuando yo pasé por él me detenía á escribir lo que entendía de las cosas que había que notar destos indios. Y verdaderamente me admiraba en pensar cómo los vivos se daban poco por tener casas grandes y galanas, y con cuánto cuidado adornaban las sepulturas donde se habían de enterrar, como si toda su felicidad no consistiera en otra cosa; y así, por las vegas y llanos cerca de los pueblos estaban las sepulturas destos indios hechas como pequeños torres de cuatro esquinas, unas de piedra sola y otras de piedra y tierra, algunas anchas y otras angostas; en fin, como tenían la posibilidad ó eran las personas que las edificaban. Los chapiteles algunos estaban cubiertos con paja, otros con unas losas grandes; y parecióme que tenían las puertas estas sepulturas hacia la parte de levante. Cuando morían los naturales en este Collao, llorábanlos con grandes lloros muchos dias, teniendo las mujeres bordones en las manos y ceñidas por los cuerpos, y los parientes del muerto traía cada uno lo que podía, así de ovejas, corderos, maíz, como de otras cosas, y antes que enterrasen al muerto mataban los ovejas y ponían las asaduras en las plazas que tienen en sus esposos. En los dias que lloran á los difuntos, antes de los haber enterrado, del maíz suyo, ó del que los parientes han ofrecido, hacían mucho de su vino ó brebaje para beber; y como hubiese gran cantidad deste vino, tienen al difunto por mas honrado que si se gastase poco. Hecho pues su brebaje y muertas las ovejas y corderos, dicen que llevaban al difunto á los campos donde tenían la sepultura; yendo (si era señor) acompañando al cuerpo la mas gente del pueblo, y junto á ella quemaban diez ovejas ó veinte, ó mas ó menos, como quien era el difunto; y mataban las mujeres, niños y criados que habían de enviar con él para que le sirviesen conforme á su vanidad; y estos tales, juntamente con algunas ovejas y otras cosas de su casa, entierran junto con el cuerpo en la misma sepultura, metiendo (según tambien se usa entre todos ellos) algunas personas vivas; y enterrado el difunto desta manera, se vuelven todos los que le habían ido á honrar á la casa donde le sacaron, y allí comen la comida que se había recogido y beben la chicha que se había hecho, saliendo de cuando en cuando á las plazas que hay hechas junto á las casas de los señores, en donde en corro, y como lo tienen de costumbre, bailan llorando. Y esto dura algunos dias, en fin de los cuales, habiendo mandado juntar los indios y indios mas pobres, les dan á comer y beber lo que ha sobrado; y si por caso el difunto era señor grande, dicen que no luego en muriendo le enterraban, porque antes que lo hiciesen lo tenían algunos dias, usando de otras vanidades que no digo. Lo cual

hecho, dicen que salen por el pueblo las mujeres que habían quedado sin se mutar, y otras sirvientas, con sus mantas capirotes; y destas unas llevan en las manos las armas del señor, otras el ornamento que se ponían en la cabeza, y otras sus ropas; finalmente, llevan el duho en que se sentaba y otras cosas, y andaban á son de una tambor que lleva delante un indio que va llorando; y todos dicen palabras dolorosas y tristes; y así van encendiendo por las mas partes del pueblo, diciendo en sus cantos lo que por el señor pasó siendo vivo, y otras cosas á esto tocantes. En el pueblo de Nicasio me acuerdo cuando iba á los Churcas, que yendo juntos un Diego de Uceda, vecino que es de la ciudad de la Paz, y yo, vimos ciertas mujeres andar de la suerte ya dicha, y con las lenguas del mismo pueblo entendimos que decían lo contado en este capítulo que ellos usan, y aun dijo uno de los que allí estaban: «Cuando acaben estas indias de llorar, luego se han de embriagar y matarse algunas dellas para ir á tener compañía al señor que agora murió.» En muchos otros pueblos he visto llorar muchos dias á los difuntos, y ponerse las mujeres por las cabezas sogas de esparto para mostrar mas sentimiento.

CAPÍTULO CI.

De cómo usaron hacer sus cubos de año estos indios, y de cómo tuvieron antiguamente sus templos.

Como estas gentes tuviesen en tanto poner los muertos en las sepulturas, como se ha declarado en el capítulo antes deste, pasado el entierro, las mujeres y sirvientas que quedaban se tresquilaban los cabellos, poniendose las mas comunes ropas suyas, sin darse mucho por curar de sus personas; sin lo cual, por hacer mas notable el sentimiento, se ponían por sus cabezas sogas de esparto, y gastaban en continuos lloros, si el muerto era señor, un año, sin hacer en la casa donde él moria lumbre por algunos dias. Y como estos fuesen engañados por el demonio, por la permission de Dios, como todos los demás, con las falsas apariencias que hacia, haciendo con sus ilusiones demostracion de algunas personas de las que eran ya muertas, por las heredades, parecidos que los vian adornados y vestidos como los pusieron en las sepulturas; y para echar mas cargo á sus difuntos, usaron y usan estos indios hacer sus cubos de año, para lo cual llevan á su tiempo algunas yerbas y animales, los cuales matan junto á las sepulturas, y queman mucho sebo de coriteros; lo cual hecho, vierten muchas vasijas de su brebaje por las mismas sepulturas, y con ello dan fin á su costumbre tan ciega y vana. Y como fuese esta nacion de los Collas tan grande, tuvieron antiguamente grandes templos y sus ritos, venerando mucho á los que tenían por sacerdotes y que hablaban con el demonio; y guardaban sus fiestas en el tiempo del coger las papas, que es su principal mantenimiento, matando de sus animales para hacer los sacrificios semejantes. En este tiempo no sabemos que tengan templo público; antes, por la voluntad de nuestro Dios y Señor, se han fundado muchas iglesias católicas, donde los sacerdotes nuestros predicán el santo Evangelio, enseñando la fe á todos los que destes indios quieren recibir agua del bautismo.

Y cierto, si no hubiera habido las guerras, y nosotros con verdadera intencion y propósito hubiéramos procurado la conversion destas gentes, tengo para mí que muchos que se han condenado destes indios se hubieran salvado. En este tiempo por muchas partes deste Collao andan y están frailes y clérigos puestos por los señores que tienen encomienda sobre los indios que entienden en doctrinarlos; lo cual plegue á Dios llevar adelante, sin mirar nuestros pecados. Estos naturales del Collao dicen lo que todos los mas de la sierra, que el hacedor de todas las cosas se llama Ticoviracocha, y conocen que su asiento principal es el cielo; pero engañados del demonio, adoraban en dioses diversos, como todos los gentiles hicieron; usan de una manera de romances ó cantares, con los cuales les queda memoria de sus acaecimientos, sin se les olvidar, aunque carecen de letras; y entre los naturales deste Collao hay hombres de buena razon, y que la dan de sí en lo que les preguntan y dellos quieren saber; y tienen cuenta del tiempo, y conocieron algunos movimientos, así del sol como de la luna, que es causa que ellos tengan su cuenta al uso de como lo aprendieron de tener sus años, los cuales hacen de diez en diez meses; y así, entendí yo dellos que nombraban al año mari, y el mes y luna aespagueze, y al día auro. Cuando estos quedaron por vasallos de los ingas, hicieron por su mandado grandes templos, así en la isla de Titicaca como en Hatuncolla y en otras partes. Destos se tiene que aborrecían el pecado nefando, puesto que dicen que algunos de los rústicos que andaban guardando ganado lo usaban secretamente, y los que ponían en los templos por inducimiento del demonio, como ya tengo contado.

CAPÍTULO CII.

De las antiguallas que hay en Pucara, y de lo mucho que dicen que fue Hatuncolla, y del pueblo llamado Asaguro, y de otras cosas que de aquí se cuentan.

Ya que he tratado algunas cosas de lo que yo pude entender de los collas lo mas brevemente que he podido, me parece proseguir con mi escriptura por el camino real, para dar relacion particular de los pueblos que hay hasta llegar á la ciudad de la Paz, que está fundada en el valle de Chuquinbo, términos desta gran comarca del Collao; de lo cual digo que desde Ayavire, yendo por el camino real, se va hasta llegar á Pucara, que quiere decir cosa fuerte, que está cuatro leguas de Ayavire. Y es fama entre estos indios que antiguamente hubo en este Pucara gran poblado; en este tiempo casi no hay indio. Yo estuve un día en este lugar mirándolo todo. Los comarcanos á él dicen que Topianga Yupangue tuvo en tiempo de su reinado cercados estos indios muchos dias; porque primero que los pudiese sujetar se mostraron tan valerosos, que le mataron mucha gente; pero, como al fin quedasen vencidos, mandó el Inga, por memoria de su victoria, hacer grandes bultos de piedra; si es así, yo no lo sé mas de que lo dicen. Lo que vi en este Pucara es grandes edificios ruïnados y desbaratados, y muchos bultos de piedra, figurados en ellos figuras humanas y otras cosas dignas de notar. Deste Pucara hasta Hatuncolla hay cantidad

de quince leguas; en el comedio dellas están algunos pueblos, como son Nicasio, Xullaca y otros. Hatuncolla fué en los tiempos pasados la mas principal cosa del Collao, y afirman los naturales dél que antes que los ingas los sojuzgasen, los mandaron Zapana y otros descendientes suyos, los cuales pudieron tanto, que ganaron muchos despojos en batallas que dieron á los comarcanos; y después los ingas adornaron este pueblo con erecimiento de edificios y mucha cantidad de depósitos, adonde por su mandado se ponian los tributos que se traian de las comarcas, y habia templo del sol con número de mameconas y sacerdotes para servicio dél, y cantidad de mitimaes y gente de guerra puesta por frontera para guarda de la provincia y seguridad de que no se levantara tirano ninguno contra el que ellos tenían por su soberano señor. De manera que se puede con verdad afirmar haber sido Hatuncolla gran cosa, y así lo muestra su nombre, porque hatun quiere decir en nuestra lengua, grande. En el tiempo presente todo está perdido, y faltan de los naturales la mayor parte, que se han consumido con la guerra. De Ayavire (el que ya queda atrás) sale otro camino, que llaman Omasuyo, que pasa por la otra parte de la gran laguna, de que luego diré, y mas cerca de la montaña de los Andes; iban por él á los grandes pueblos de Horuro y Asillo y Asangaro, y á otros que no son de poca estima, antes se tienen por muy ricos, así de ganados como de mantenimiento. Cuando los ingas señoreaban este reino, tenían por todos estos pueblos muchas manadas de sus ovejas y carneros. Está en el paraje dellos, en el monte de la serranía, el nombrado y riquísimo rio de Carhuaya, donde en los años pasados se sacaron mas de un millon y setecientos mil pesos de oro, tan fino, que subia de la ley, y deste oro todavia se halla en el rio, pero álzase con trabajo y con muerte de los indios, si ellos son los que lo han de sacar, por tenerse por enfermo aquel lugar, á lo que dicen; pero la riqueza del rio es grande.

CAPITULO CIII.

De la gran laguna que está en esta comarca del Collao y cuán honda es, y del templo de Titicaca.

Como sea tan grande esta tierra del Collao (según se dijo en los capítulos pasados), hay, sin lo poblado, muchos desiertos y montes nevados y otros campos bien poblados de yerba, que sirva de mantenimiento para el ganado campesino que por todas partes anda. Y en el comedio de la provincia se hace una laguna, la mayor y mas aucha que se ha hallado ni visto en la mayor parte destas Indias, y junto á ella están los mas pueblos del Collao; y en islas grandes que tiene este lago siembran sus sementeras y guardan las cosas preciadas, por tenerlas mas seguras que en los pueblos que están en los caminos.

Acuérdome que tengo ya dicho cómo hace en esta provincia tanto frio, que, no solamente no hay arboledas de frutales, pero el maíz no se siembra porque tampoco da fruto por la misma razon. En los junciales deste lago hay grande número de pájaros de muchos géneros, y patos grandes y otras aves, y matan en ellos dos ó tres géneros de peces bien sabrosos, aunque se

tiene por enfermo lo mas dello. Esta laguna es tan grande, que tiene de contorno ochenta leguas, y tan honda, que el capitán Juan Ladrillero me dijo á mí que por algunas partes della, andando en sus bergantines, se hallaba tener setenta y ochenta brazas, y mas, y en partes menores. En fin, en esto y en las olas que hace cuando el viento la sopla parece algun seno de mar; querer yo decir cómo está reclusa tanta agua en aquella laguna y de dónde nace, no lo sé; porque, puesto que muchos rios y arroyos entren en ella, pareceme que dellos solos no bastaba á se hacer lo que hay; mayormente saliendo lo que desta laguna se desagua por otra menor, que llaman de los Aulagas. Podria ser que del tiempo del diluvio quedó así con esta agua que vemos, porque á mí ver, si fuera ojo de mar estuviera sobre el agua, y no dulce, cuanto mas que estará de la mar mas de sesenta leguas. Y toda esta agua desagua por un rio hondo y que se tuvo por gran fuerza para esta comarca, al cual llaman el Desaguadero, y entra en la laguna que digo arriba llamarse de las Aulagas. Otra cosa se nota sobre este caso, y es, que vemos cómo el agua de una laguna entra en la otra (esta es la del Collao en la de los Aulagas), y no cómo sale, aunque por todas partes se ha andado el lago de los Aulagas. Y sobre esto he oido á españoles y indios que en unos valles de los que están cercanos á la mar del Sur se han visto y ven continuo ojos de agua que van por debajo de tierra á dar á la misma mar; y creen que podria ser que fuese el agua destes lagos, desaguando por algunas partes, abriendo camino por las entrañas de la misma tierra, hasta ir á parar donde todas van, que es la mar. La gran laguna del Collao tiene por nombre Titicaca, por el templo que estuvo edificado en la misma laguna; de donde los naturales tuvieron por opinion una vanidad muy grande, y es, que cuentan estos indios que sus antiguos lo afirmaron por cierto, como hicieron otras burlerías que dicen, que carecieron de lumbrerías muchos dias, y que estando todos puestos en tinieblas y obscuridad, salió desta isla de Titicaca el sol muy resplandeciente, por lo cual la tuvieron por cosa sagrada, y los ingas hicieron en ella el templo que digo, que fué entre ellos muy estimado y venerado, á honra de su sol, poniendo en él mujeres virgines y sacerdotes con grandes tesoros; de lo cual, puesto que los españoles en diversos tiempos han habido mucho, se tiene que falta lo mas. Y si estos indios tuvieron alguna falta de la lumbrería que dicen, podria ser causado por algun eclipse del sol; y como ellos son tan agoreros, fingirian esta fábula, y tambien les ayudarian á ello las ilusiones del demonio, permitiéndolo Dios por sus pecados dellos.

CAPITULO CIV.

En que se continúa este camino y se declaran los pueblos que hay hasta llegar á Tiaguanao.

Pues volviendo adonde dejé el camino que prosigo en esta escriptura, que fué en Hatuncolla, digo que dél se pasa por Pucarcolla y por otros pueblos desta nacion de los Collas hasta llegar á Chuquito, que es la mas principal y entera poblacion que hay en la mayor parte deste gran reino, el cual ha sido y es cabeza de los indios que su majestad tiene en esta comarca; y es

cierto que antiguamente los ingas tambien tuvieron por importante cosa á este Chiquito, y es de lo mas antiguo de todo lo que se ha escripto, á la cuenta que los mismos indios dan. Carjapusa fué señor deste pueblo, y para ser indio, fué hombre bien entendido. Hay en él grandes aposentos, y antes que fuesen señoreados por los ingas pudieron mucho los señores deste pueblo, de los cuales cuentan dos por los mas principales, y los nombran Cari y Yumalla. En este tiempo es (como digo) la cabecera de los indios de su majestad, cuyos pueblos se nombran Xuli, Chilane, Acos, Pomata, Cepita, y en ellos hay señores y mandan muchos indios. Cuando yo pasé por aquella parte era corregidor Ximon Pinto y gobernador don Gaspar, indio, harto entendido y de buena razon. Son ricos de ganado de sus ovejas, y tienen muchos mantenimientos de los naturales, y en las islas y en otras partes tienen puestos mitimaes para sembrar su coca y maíz. En los pueblos ya dichos hay iglesias muy labradas, fundadas las mas por el reverendo padre fray Tomás de San Martín, provincial de los dominicos, y los muchachos y los que mas quieren se juntan á oír la doctrina evangélica, que les predicán frailes y clérigos, y los mas de los señores se han vuelto cristianos. Por junto á Cepita pasa el Desaguadero, donde en tiempo de los ingas solia haber portatgueros que cobraban tributo de los que pasaban la puente, la cual era hecha de haces de avena, de tal manera, que por ella posan caballos y hombres y lo demás. En uno destos pueblos, llamado Xuli, dió garrote el maestre de campo Francisco de Caravajal al capitán Hernando Bachicao, en ejemplo para conocer que pudo ser azote de Dios las guerras civiles y debates que hubo en el Perú, pues unos á otros se mataban con tanta crueldad, como se dirá en su lugar. Mas adelante destos pueblos está Guaquí, donde hubo aposentos de los ingas, y está hecha en él iglesia para que los niños oigan en ella la doctrina á sus horas.

CAPITULO CV.

Del pueblo de Tiaguanaco y de los edificios tan grandes y antiguos que en él se ven.

Tiaguanaco no es pueblo muy grande, pero es mentado por los grandes edificios que tiene, que cierto son cosa notable y para ver. Cerca de los aposentos principales está un collado hecho á mano, armado sobre grandes cimientos de piedra. Mas adelante deste cerro están dos ídolos de piedra del talle y figura humana, muy primamente hechos y formados las fuciones; tanto, que parece que se hicieron por mano de grandes artifices ó maestros; son tan grandes, que parecen pequeños gigantes, y vese que tienen forma de vestimentas largas, diferenciadas de las que vemos á los naturales destas provincias; en las cabezas parece tener su ornamento. Cerca destas estatuas de piedra está otro edificio, del cual la antigüedad suya y falta de letras es causa para que no se sepa qué gentes hicieron tan grandes cimientos y fuerzas, y qué tanto tiempo por ello ha pasado, porque de presente no se ve mas que una muralla muy bien obrada y que debe de haber muchos tiempos y edades que se hizo; algunas de las piedras están muy gastadas y consumidas, y en esta parte hay piedras tan

grandes y crecidas, que causa admiracion pensar cómo, siendo de tanta grandeza, bastaron fuerzas humanas á las traer donde las vemos; y muchas destas piedras que digo, están labradas de diferentes maneras, y algunas dellas tienen forma de cuerpos de hombres, que debieron ser sus ídolos; junto á la muralla hay muchos huecos y concavidades debajo de tierra; en otro lugar mas hácia el poniente deste edificio están otras mayores antiguallas, porque hay muchas portadas grandes con sus quicios, umbrales y portaletes, todo de una sola piedra. Lo que yo mas noté cuando anduve mirando y escribiendo estas cosas fué, que destas portadas tan grandes salian otras mayores piedras, sobre que estaban formadas, de las cuales tenían algunas treinta pies de ancho, y de largo quince y mas, y de frente seis, y esto y la portada y sus quicios y umbrales era una sola piedra, que es cosa de mucha grandeza, bien considerada esta obra; la cual yo no alcanzo ni entiendo con qué instrumentos y herramienta se labró, porque bien se puede tener que antes que estas tan grandes piedras se labrasen ni pusiesen en perfeccion, mucho mayores debian estar para las dejar como las vemos, y nótese por lo que se ve destos edificios, que no se acabaron de hacer; porque en ellos no hay mas que estas portadas y otras piedras de extraña grandeza, que yo vi labradas algunas y aderezadas para poner en el edificio, del cual estaba algo desviado un retrete pequeño, donde está puesto un gran ídolo de piedra en que debian de adorar, y aun es fama que junto á este ídolo se halló alguna cantidad de oro, y al rededor deste templo habia otro número de piedras grandes y pequeñas, labradas y talladas como las ya dichas.

Otras cosas hay mas que decir deste Tiaguanaco, que paso por no detenerme; concluyendo que yo para mí tengo esta antigualla por la mas antigua de todo el Perú; y así, se tiene que antes que los ingas reinasen, con muchos tiempos, estaban hechos algunos edificios destos; porque yo he oído afirmar á indios que los ingas hicieron los edificios grandes del Cuzco por la forma que vieron tener la muralla ó pared que se ve en este pueblo; y aun dicen mas, que los primeros ingas plantaron de hacer su corte y asiento della en este Tiaguanaco. Tambien se nota otra cosa grande, y es, que en muy gran parte desta comarca no hay ni se ven rocas, canteras ni piedras donde pudiesen haber sacado las muchas que vemos, y para traerlas no debia de juntarse poca gente. Yo pregunté á los naturales, en presencia de Juan Varagas (que es el que sobre ellos tiene encomienda), si estos edificios se habian hecho en tiempo de los ingas, y riéronse desta pregunta, afirmando lo ya dicho, que antes que ellos reinasen estaban hechos, mas que ellos no podian decir ni afirmar quién los hizo, mas de que oyeron á sus pasados que en una noche remanejó hecho lo que allí se via. Por esto, y por lo que tambien dicen haber visto en la isla de Titicaca hombres barbados, y haber hecho el edificio de Vinaque semejantes gentes, digo que por ventura pudo ser que antes que los ingas mandasen debió de haber alguna gente de entendimiento en estos reinos, venida por alguna parte que no se sabe, los cuales harian estas cosas, y siendo pocos, y los naturales tantos, serian muere-

los en las guerras. Por estar estas cosas tan ciegas podemos decir que bienaventurada la invencion de las letras, que con la virtud de su sonido dura la memoria muchos siglos, y hacen que vuele la fama de las cosas que suceden por el universo, y no ignoramos lo que queremos, teniendo en las manos la letura; y como en este Nuevo-Mundo de Indias no se hayan hallado letras, vamos á tino en muchas cosas. Apartados destes edificios están los aposentos de los ingas y la casa donde nació Mango Inga, hijo de Guaynacapa, y están junto á ellos dos sepulturas de los señores naturales deste pueblo, tan altas como torres anchas y esquinadas, las puertas al nascimiento del sol.

CAPITULO CVI.

De la fundacion de la ciudad llamada Nuestra Señora de la Paz, y quién fué el fundador, y el camino que della hay hasta la villa de Plata.

Del pueblo de Tiaguanaco, yendo por el camino derecho se va hasta llegar al de Viacha, que está de Tiaguanaco siete leguas; quedan á la siniestra mano los pueblos llamados Cacoyavire, Caquingora, Mallama y otros desta calidad, que me parece va poco en que se nombren todos en particular; entre ellos está el llano junto á otro pueblo que nombran Guarina, lugar que fué donde en los dias pasados se dió batalla entre Diego Centeno y Gonzalo Pizarro; fué cosa notable (como se escribirá en su lugar), y adonde murieron muchos capitanes y caballeros de los que seguian el partido del Rey debajo de la bandera del capitan Diego Centeno, y algunos de los que eran cómplices de Gonzalo Pizarro, el cual fué Dios servido que quedase por vencedor della. Para llegar á la ciudad de la Paz se deja el camino real de los ingas y se sale al pueblo de Laxa; adelante del una jornada está la ciudad, puesta en la angostura de un pequeño valle que hacen las sierras, y en la parte mas dispuesta y llana se fundó la ciudad, por causa del agua y leña, de que hay mucha en este pequeño valle como por ser tierra mas templada que los llanos y vegas del Collao, que están por lo alto della; adonde no hay las cosas que para proveimiento de semejantes ciudades requiere que haya; no embargante que se ha tratado entre los vecinos de la mudar cerca de la laguna grande de Titicaca ó junto á los pueblos de Tiaguanaco ó de Guanqui. Pero ella se quedará fundada en el asiento y aposentos del valle de Chuquibabo, que fué donde en los años pasados se sacó gran cantidad de oro de mineros ricos que hay en este lugar. Los ingas tuvieron por gran cosa á este Chuquibabo; cerca dél está el pueblo de Oyune, donde dicen que está en la cumbre de un gran monte de nieve gran tesoro escondido en un templo que los antiguos tuvieron; el cual no se puede hallar ni saben á qué parte está. Fundó y pobló esta ciudad de Nuestra Señora de la Paz el capitan Alonso de Mendoza, en nombre del Emperador nuestro señor, siendo presidente en este reino el licenciado Pedro de la Gasca, año de nuestra reparacion de 1549 años. En este valle que hacen las sierras, donde está fundada la ciudad, siembran maíz y algunos árboles, aunque pocos, y se cria hortaliza y legumbres de España. Los españoles son bien proveidos de mantenimientos y pes-

cado de la laguna y de muchas frutas que traen de los valles calientes, adonde se siembra gran cantidad de trigo, y crían vacas, cobras y otros ganados. Tiene esta ciudad ásperas y dificultosas salidas, por estar, como digo, entre las sierras; junto á ella pasa un pequeño río de muy buena agua. Desta ciudad de la Paz hasta la villa de Plata, que es en la provincia de los Charcas, hay noventa leguas, poco mas ó menos. De aquí, para proseguir con orden, volveré al camino real que dejé; y así, digo que desde Viacha se va hasta Hayohayo, donde hubo grandes aposentos para los ingas. Y mas adelante de Hayohayo está Siquisica, que es hasta donde llega la comarca de los collas, puesto que á una parte y á otra hay destes pueblos otros algunos. Deste pueblo de Siquisica van al pueblo de Caracollo, que está once leguas dél; el cual está asentado en unas vegas de campaña cerca de la gran provincia de Paria, que fué cosa muy estimada por los ingas; y andan vestidos los naturales de la provincia de Paria como todos los demás, y traen por ornamento en las cabezas un tocado á manera de bonetes pequeños hechos de lana. Fueron los señores muy servidos de sus indios, y habia depósitos y aposentos reales para los ingas, y templo del sol. Agora se ve gran cantidad de sepulturas altas, donde metian sus difuntos. Los pueblos de indios sujetos á Paria, que son Caponota y otros muchos, dellos están en la laguna y dellos en otras partes de la comarca; mas adelante de Paria están los pueblos de Pocoata, Macha, Caracaca, Moromoro, y cerca de los Andes están otras provincias y grandes señores.

CAPITULO CVII.

De la fundacion de la villa de Plata, que está situada en la provincia de los Charcas.

La noble y leal villa de Plata, poblacion de españoles en los Charcas, asentada en Chuquisaca, es muy mentada en los reinos del Perú y en mucha parte del mundo, por los grandes tesoros que della, han ido estos años á España. Y está puesta esta villa en la mejor parte que se halló, á quien (como digo) llaman Chuquisaca, y es tierra de muy buen temple, muy aparejada para criar árboles de fruta y para sembrar trigo y cebada, viñas y otras cosas.

Las estancias y heredamientos tienen en este tiempo gran precio, causado por la riqueza que se ha descubierto de las minas de Potosí. Tiene muchos términos y pasan algunos rios por cerca della, de agua muy buena, y en los heredamientos de los españoles se crían muchas vacas, yeguas y cabras; y algunos de los vecinos desta villa son de los ricos y prósperos de las Indias, porque el año de 1548 y 49 hubo repartimiento, que fué el del general Pedro de Hinojosa, que rentó mas de cien mil castellanos, y otros á ochenta mil, y algunos á mas. Por manera que fué gran cosa los tesoros que hubo en estos tiempos. Esta villa de Plata pobló y fundó el capitan Perazúñez, en nombre de su majestad del emperador y rey nuestro señor, siendo su gobernador y capitan general del Perú el adelantado don Francisco Pizarro, año de 1538 años, y digo que, sin los pueblos ya dichos, tiene esta villa á Totorá, Tapacari, Sipisipe, Cochabamba, los Carangues, Quillanca, Chaian-

to, Chaquí y los Chichas, y otros muchos, y todos muy ricos, y algunos, como el valle de Cochabamba, fértiles para sembrar trigo y maíz y criar ganados. Mas adelante desta villa está la provincia de Tucumá y las regiones donde entraron á descubrir el capitán Filipe Gutierrez y Diego de Rojas y Nicolás de Heredia; por la cual parte descubrieron el río de la Plata, y llegaron mas adelante hacia el sur; de donde está la fortaleza que hizo Sebastian Gaboto; y como Diego de Rojas murió de una herida de flecha con yerba, que los indios le dieron, y después con gran soltura Francisco de Mendoza prendió á Filipe Gutierrez, y le construyó volver al Perú con mucho riesgo, y el mismo Francisco de Mendoza á la vuelta que volvió del descubrimiento del río fué muerto, juntamente con su maestro de campo Ray Sanchez de Hinojosa, por Nicolás de Heredia, no se descubrieron enteramente aquellas partes, porque tantas pasiones tuvieron unos con otros, que se volvieron al Perú; y encontrando con Lope de Mendoza, maestro de campo del capitán Diego Centeno, que venia huyendo de la furia de Caravajal, capitán de Gonzalo Pizarro, se juntaron con él. Estando ya divididos y en un pueblo que llaman Pocona, fueron desbaratados por el mismo Caravajal, y luego, con la diligencia que tuvo, presos en su poder el Nicolás de Heredia y Lope de Mendoza, y muertos ellos y otros. Mas adelante está la gobernación de Chile, de que es gobernador Pedro de Valdivia, y otras tierras comarcanas con el estrecho que dicen de Magallanes. Y porque las cosas de Chile son grandes y convendría hacer particular relacion dellas, he yo escrito lo que he visto desde Uraba hasta Potosí, que está junto con esta villa, camino tan grande, que á mi ver habrá (tomando desde los términos que tiene Uraba hasta salir de los de la villa de Plata) bien mil y docientas leguas, como ya he escrito; por tanto, no pasaré de aquí en esta primera parte mas de decir los indios sujetos á la villa de Plata, que sus costumbres y las de los otros son todas unas. Cuando fueron sojuzgados por los ingas, hicieron sus pueblos ordenados, y todos andan vestidos, y lo mismo sus mujeres, y adoran al sol y en otras cosas, y tuvieron templos en que hacian sus sacrificios, y muchos dellos, como fueron los que llaman naturales charcas y los curangues, fueron muy guerreros. Desta villa salieron en diversas veces capitanes con vecinos y soldados á servir á su majestad en las guerras pasadas, y sirvieron lealmente; con lo cual hubo fin en lo tocante á su fundación.

CAPITULO CVIII.

De la riqueza que hubo en Porco, y de cómo en los términos desta villa hay grandes vetas de plata.

Parece por lo que oí y los indios dicen, que en tiempo que los reyes ingas mandaron este gran reino del Perú les sacaban en algunas partes desta provincia de los Charcas cantidad grande de metal de plata, y para ello estaban puestos indios, los cuales daban el metal de plata que sacaban á los veedores y delegados suyos. Y en este cerro de Porco, que está cerca de la villa de Plata, habia minas, donde sacaban plata para los señores; y afirman que mucha de la plata que estaba en el templo del sol de Curicancha fué sacada

deste cerro; y los españoles han sacado mucha dél. Agora en este año se está limpiando una mina del capitán Hernando Pizarro, que afirman que le valdrá por año las ausedradas que della sacarán mas de docientos mil pesos de oro. Antonio Alvarez, vecino desta villa, me mostró en la ciudad de los Reyes un poco de metal, sacado de otra mina que él tiene en este cerro de Porco, que casi todo parecia plata; por manera que Porco fué antiguamente cosa riquísima, y agora lo es, y se cree que será para siempre. Tambien en muchas sierras comarcanas á esta villa de Plata y de sus términos y jurisdiccion se han hallado ricas minas de plata; y tiénese por cierto, por lo que se ve, que hay tanto deste metal, que si hubiese quien lo buscasse y sacase, sacarían del poco menos que en la provincia de Vizcaya sacan hierro. Pero por no sacarlo con indios, y por ser la tierra fria para negros y muy costosa, parece que es causa que esta riqueza tan grande esté perdida. Tambien digo que en algunas partes de la comarca desta villa hay ríos que llevan oro, y bien fino. Mas como las minas de plata son mas ricas, danse poco por sacarlo. En los Chichas, pueblos derramados, que están encomendados á Hernando Pizarro y son sujetos á esta villa, se dice que en algunas partes dellos hay minas de plata; y en las montañas de los Andes nascen ríos grandes, en los cuales, si quisieren buscar mineros de oro, tengo que se hallaran.

CAPITULO CIX.

Cómo se descubrieron las minas de Potosí, donde se ha estado riqueza nunca vista ni oída en otros tiempos, de plata, y de cómo, por no correr el metal, la sacan los indios con la invención de las guairas.

Las minas de Porco y otras que se han visto en estos reinos, muchas dellas desde el tiempo de los ingas están abiertas, y descubiertas las vetas de donde sacaban el metal; pero las que se hallaron en este cerro de Potosí (de quien quiero agora escribir) ni se vió la riqueza que habia ni se sacó del metal, hasta que el año de 1547 años, andando un español llamado Villaroel con ciertos indios á buscar metal que sacar, dió en esta grandeza, que está en un collado alto, el mas hermoso y bien asentado que hay en toda aquella comarca; y porque los indios llaman Potosí á los cerros y cosas altas, quedósele por nombre Potosí, como le llaman. Y aunque en este tiempo Gonzalo Pizarro andaba dando guerra al Visorey, y el reino lleno de alteraciones causadas desta rebelion, se pobló la falda deste cerro y se hicieron casas grandes y muchas, y los españoles hicieron su principal asiento en esta parte, pasando la justicia á él; tanto, que la villa estaba casi desierta y despoblada; y así, luego tomaron minas, y descubrieron por lo alto del cerro cinco vetas riquísimas, que nombran Veta-Bica, Veta del Estañó, y la cuarta de Mendieta, y la quinta de Oñate; y fué tan sonada esta riqueza, que de todas las comarcas venian indios á sacar plata á este cerro, el sitio del cual es frio, porque junto á él no hay ningún poblado. Pues tomada posesion por los españoles, comenzaron á sacar plata: desta manera, que aunque tenia mina le daban los indios que en ella entraban un marco, y si era muy rica, doscada semana; y si no tenia mina, á los señores comendados de indios les daban mo-

dio marco cada semana. Cargó tanta gente sacar plata, que parecía aquel sitio una gran ciudad. Y porque forzado ha de ir en crecimiento ó venir en disminucion tanta riqueza, digo que para que se sepa la grandeza destas minas, segun lo que yo vi el año del Señor de 1540 en este asiento, siendo corregidor en él y en la villa de Plata por su majestad el licenciado Polo, que cada sábado en su propia casa, donde estaban las cajas de las tres llaves, se haria fundicion, y de los quintos reales venian á su majestad treinta mil pesos, y veinte y cinco, y algunos poco menos y algunos mas de cuarenta. Y con sacar tanta grandeza, que montaba el quinto de la plata que pertenece á su majestad mas de ciento y veinte mil castellanos cada mes, decian que salia poca plata y que no andaban las minas buenas. Y esto que venia á la fundicion era solamente metal de los cristianos, y no todo lo que tenian, porque mucho sacaban en tejuelos para llevar lo querian, y los indios verdaderamente se cree que llevaron á sus tierras grandes tesoros. Por donde, con gran verdad se podrá tener que en ninguna parte del mundo se halló cerro tan rico, ni ningún principe de un solo pueblo, como es esta famosa villa de Plata, tuvo ni tiene tantas rentas ni provechos; pues desde el año de 1548 hasta el de 51 le han valido sus quintos reales mas de tres millones de ducados, que monta mas que cuanto hubieron los españoles de Atabaliba ni se halló en la ciudad del Cuzco cuando la descubrieron. Parece, por lo que se ve, que el metal de la plata no puede correr con fuelles ni quedar con la materia del fuego convertido en plata. En Porco y en otras partes deste reino donde sacan metal hacen grandes planchas de plata, y el metal lo purifican y apartan de la escoria que se cria con la tierra, con fuego, teniendo para ello sus fuelles grandes. En este Potosí, aunque por muchos se ha procurado, jamás han podido salir con ello; la reciera del metal parece que lo causa, ó algun otro misterio; porque grandes maestros han intentado, como digo, de los sacar con fuelles, y no ha prestado nada su diligencia; y al fin, como para todas las cosas puedan hallar los hombres en esta vida remedio, no les faltó para sacar esta plata, con una invencion la mas extraña del mundo, y es, que antiguamente, como los ingas fueron tan ingeniosos en algunas partes que les sacaban plata, debia no querer correr con fuelles, como en esta de Potosí, y para aprovecharse del metal hacian unas formas de burro, del talle y manera que es un albaquero en España, teniendo por muchas partes algunos agujeros ó respiraderos. En estos tales ponian carbon, y el metal encima; y puestos por los cerros ó laderas donde el viento tenia mas fuerza, sacaban dél plata, la cual apuraban y alinaban después con sus fuelles pequeños, ó cañones con que soplan. Desta manera se sacó toda esta multitud de plata que ha salido deste cerro, y los indios se iban con el metal á los altos de la redonda dél, á sacar plata. Llamán á estas formas guairas, y de noche hay tantas dellas por todos los campos y collados, que parecen luminarias; y en tiempo que hace viento recio se saca plata en cantidad; cuando el viento falta, por ninguna manera pueden sacar ninguna. De manera que, así como el viento es provechoso para na-

HA-H.

vegar por el mar, lo es en este lugar para sacar la plata; y como los indios no hayan tenido veedores ni se pueda irles á la mano en cuanto al sacar la plata, por llevarla ellos (como está ya dicho) á sacar á los cerros, se cree que muchos han enriquecido y llevado á sus tierras gran cantidad desta plata. Y fué esto causa que de muchas partes del reino acudian indios á este asiento de Potosí para aprovecharse, pues habia para ello tan grande aparejo.

CAPITULO CX.

De cómo junto á este cerro de Potosí habia el mas rico mercado del mundo en tiempo que estas minas estaban en su prosperidad.

En todo este reino del Perú se sabe por los que por él habemos andado que hubo grandes tiangués, que son mercados, donde los naturales contrataban sus cosas; entre los cuales, el mas grande y rico que hubo antiguamente fué el de la ciudad del Cuzco; porque aun en tiempo de los españoles se conoció su grandeza, por el mucho oro que se compraba y vendia en él, y por otras cosas que traian de todo lo que se podia haber y pensar. Mas no se igualó este mercado ó tianguéz ni otro ninguno del reino al soberbio de Potosí; porque fué tan grande la contratacion, que solamente entre indios, sin entrevenir cristianos, se vendia cada dia, en tiempo que las minas andaban prósperas, veinte y cinco y treinta mil pesos de oro, y dias de mas de cuarenta mil; cosa extraña, y que creo que ninguna feria del mundo se iguala al trato deste mercado. Yo lo noté algunas veces, y via que en un llano que hacia la plaza deste asiento, por una parte del iba una hilera de cestos de coca, que fué la mayor riqueza destas partes; por otra rimeros de mantas y camisetas ricas delgadas y bastas; por otra estaban montones de maiz y de papas secas y de las otras sus comidas; sin lo cual, habia gran número de cuartos de carne de la mejor que habia en el reino. En fin, se vendian otras cosas muchas que no digo; y duraba esta feria ó mercado desde la mañana hasta que escurecia la noche; y como se sacase plata cada dia, y estos indios son amigos de comer y beber, especialmente los que tratan con los españoles, todo se gastaba lo que se traia á vender; en tanta manera, que de todas partes acudian con bastimentos y cosas necesarias para su proveimiento. Y así, muchos españoles enriquecieron en este asiento de Potosí con solamente tener dos ó tres indios que les contrataban en este tianguéz, y de muchas partes acudieron grandes cuadrillas de aucaonas, que se entienda ser indios libres que podian servir á quien fuese su voluntad; y las mas hermosas indias del Cuzco y de todo el reino se hallaban en este asiento. Una cosa miré el tiempo que en él estuve, que se hacian muchas trapuzas, y por algunos se trataban pocas verdades. Y el valor de las cosas fueron tantas mercaderias, que se vendian los ruanes, paños y holandas casi tan barato como en España, y en ulmoneda vi yo vender cosas por tan poco precio, que en Sevilla se tuvieran por baratas. Y muchos hombres que habian habido mucha riqueza, no hartando su codicia insaciable, se perdieron en tratar de mercar y vender; algunos de los cuales se fueron huyendo á Chile y á Tucumán y á otras partes, por miedo

de las deudas; y así, todo lo mas que se trataba, era pleitos y debates, que unos con otros tenían. El asiento deste Potosí es sano, especialmente para indios, porque pocos ó ningunos adolecian en él. La plata llevan por el camino real del Cuzco á dar á la ciudad de Arequipa, cerca de donde está el puerto de Quilca. Y toda la mayor parte della llevan carneros y ovejas; que, á faltar estos, con gran dificultad se pudiera contratar ni andar en este reino, por la mucha distancia que hay de una ciudad á otra, y por la falta de bestias.

CAPITULO CXI.

De los carneros, ovejas, guanacos y vicuñas que hay en toda la mayor parte de la serranía del Perú.

Paréceme que de ninguna parte del mundo se ha oído ni entendido que se hubiesen hallado la manera de ovejas como son las destas Indias, especialmente en este reino, en la gobernación de Chile y en algunas de las provincias del río de la Plata, puesto que podrá ser que se hallen y vean en partidas que nos están ignotas y escondidas. Estas ovejas digo que es uno de los excelentes animales que Dios crió, y mas provechoso, el cual parece que la Majestad divina tuvo cuidado de criar este ganado en estas partes para que las gentes pudiesen vivir y sustentarse. Porque por vía ninguna estos indios, digo los serranos del Perú, pudieran pasar la vida si no tuvieran deste ganado, ó de otro que les diere el provecho que del sacan; el cual es de la manera que en este capítulo diré.

En los valles de los llanos, y en otras partes calientes, siembran los naturales algodón, y hacen sus ropas dél, con que no sienten falta ninguna; porque la ropa de algodón es conveniente para esta tierra.

En la serranía, en muchas partes, como es en la provincia de Collao, los Soras y Charcas de la villa de Plata, y en otros valles, no se cria árbol, ni el algodón aunque se sembrara daría fruto. Y poder los naturales, si no lo tuvieran de suyo, por vía de contratación haber ropa todos, fuera cosa imposible. Por lo cual el dador de los bienes, que es Dios, nuestro sumo bien, crió en estas partes tanta cantidad del ganado que nosotros llamamos ovejas, que si los españoles con las guerras no dieran tanta prisa á lo apocar, no había cuento ni suma lo mucho que por todas partes había. Mas, como tengo dicho, en indios y ganado vino gran pestilencia con las guerras que los españoles unos con otros tuvieron. Llamen los naturales á las ovejas llamas y á los carneros ureas. Unos son blancos, otros negros, otros pardos. Su talle es, que hay algunos carneros y ovejas tan grandes como pequeños asnillos, crecidos de piernas y anchos de barriga; tira su pescuezo y talle á camello, las cabezas son largas, parecen á las de las ovejas de España. La carne deste ganado es muy buena si está gorda, y los corderos son mejores y de mas sabor que los de España. Es ganado muy doméstico y que no da ruido. Los carneros llevan á dos y á tres arrobas de peso muy bien, y en cansando no se pierdo, pues la carne es tan buena. Verdaderamente en la tierra del Collao es gran placer ver salir los indios con sus arados en estos carneros, y á la tarde verlos volver á sus cascas cargados de leña. Comen de la yerba del campo.

Cuando sequejan, echándose como los camellos, gimen. Otro linaje hay deste ganado, á quien llaman guanacos, desta forma y talle; los cuales son muy grandes, y andan hechos montetes por los campos manadas grandes dellos, y á saltos van corriendo con tanta ligereza, que el perro que los ha de alcanzar ha de ser demasiado ligero. Sin estos, hay asimesmo otra suerte destas ovejas ó llamas, á quien llaman vicuñas; estas son mas ligeras que los guanacos, aunque mas pequeños; andan por los despoblados, comiendo de la yerba que en ellos cria Dios. La lana destas vicuñas es excelente, y toda tan buena, que es mas fina que la de las ovejas merinas de España. No sé yo si se podrian hacer paños della; sé que es cosa de ver la ropa que se hacia para los señores desta tierra. La carne destas vicuñas y guanacos tira el sabor della á carne de monte, mas es buena. Y en la ciudad de la Puz comí yo en la posada del capitán Alonso de Mendoza cecina de uno destes guanacos gordos, y me pareció la mejor que habia visto en mi vida. Otro genero hay de ganado doméstico, á quien llaman pacos, aunque es muy feo y lanudo; es del talle de las llamas ó ovejas, salvo que es mas pequeño; los corderos cuando son tiernos mucho se parecen á los de España. Pare en el año una vez una destas ovejas, y no mas.

CAPITULO CXII.

Del árbol llamado molle, y de otras yerbas y raíces que hay en este reino del Perú.

Cuando escribí lo tocante á la ciudad de Guayaquil traté de la zarzaparrilla, yerba tan provechosa, como suben los que han andado por aquellas partes. En este lugar me pareció tratar de los árboles llamados molles, por el provecho grande que en ellos hay. Y digo que en los llanos y valles del Perú hay muy grandes arboledas, y lo mismo en las espesuras de los Andes, con árboles de diferentes naturas y maneras; de los cuales pocos ó ningunos hay que parecen á los de España. Algunos dellos, que son los aguacates, guayabos, caimitos, guabos, llevan fruta de la suerte y manera que en algunos lugares desta escriptura he declarado; los demás son todos llenos de abrojos ó espinas ó montes claros, y algunas cebras de gran grandor, en las cuales, y en otros árboles que tienen huecos y concavidades, crían las abejas miel singular con grande orden y concierto. En toda la mayor parte de lo poblado desta tierra se ven unos árboles grandes y pequeños, á quien llaman molles; estos tienen la hoja muy menuda, y en el olor conforme á hinojo, y la corteza ó cáscara deste árbol es tan provechosa, que si está un hombre con grave dolor de piernas, y las tiene hinchadas, con solamente cocerlas en agua y lavarse algunas veces, queda sin dolor ni hinchazon. Para limpiar los dientes son los ramitos pequeños provechosos; de una fruta muy menuda que cria este árbol hacen vino ó brebaje muy bueno, y vinagre, y miel harto buena, con no mas de deshacer la cantidad que quieran desta fruta con agua en alguna vasija, y puesta al fuego, después de ser gastada la parte perteneciente, queda convertida en vino ó en vinagre ó en miel, segun es el cocimiento. Los indios tienen en mucho estos árboles. Y en estas partes hay yerbas de gran virtud, de las cua-

les diré de algunas que yo vi; y así, digo que en la provincia de Quimbaya, donde está situada la ciudad de Cartago, se crían unos bejuco ó raíces por entre los árboles que hay en aquella provincia, tan provechosos para purgar, que con solamente tomar poco mas de una braza dellos, que serán del gordor de uu dedo, y echarlos en una vasija de agua que tenga poco menos de un azumbre, embebe en una noche que está en el agua la mayor parte della; de la otra bebiendo cantidad de medio cuartillo de agua, es tan cordial y provechosa para purgar, que el enfermo queda tan limpio como si hubiera purgado con rubarbo. Yo me purgué una ó dos veces en la ciudad de Cartago con este bejuco ó raíz, y me fué bien, y todos lo tenemos por medicinal. Otras habas hay para este efeto, que algunos las alaban y otros dicen que son dañosas. En los aposentos de Bileas me adolectó á mí una esclava por ir enferma de ciertas llagas que llevaba en la parte inferior; por un carnero que di á unos indios, vi que trajeron unas yerbas que echaban una flor amarilla, y las tostaron á la candela para hacerlas polvo, y con dos ó tres veces que la untaron quedó sana.

En la provincia de Andaguailas vi otra yerba tan buena para la boca y dentadura, que limpiándose con ella una hora ó dos, dejaba los dientes sin olor, y blancos como nieve. Otras muchas yerbas hay en estas partes, provechosas para la salud de los hombres; y algunas tan dañosas, que mueren con su ponzoña.

CAPITULO CXIII.

De cómo en este reino hay grandes salinas y baños, y la tierra es aparejada para criarse olivos y otras frutas de España; y de algunos animales y aves que en él hay.

Pues concluí en lo tocante á las fundaciones de las nuevas ciudades que hay en el Perú, bien será dar noticia de algunas particularidades y cosas notables antes de dar fin á esta primera parte. Y agora diré de las grandes salinas naturales que vemos en este reino, pues para la sustentacion de los hombres es cosa muy importante. En toda la gobernacion de Popayan contó cómo no habia salinas ningunas, y que Dios nuestro Señor proveyó de manantiales salobres del agua, de los cuales las gentes hacen sal, con que pasan sus vidas. Acá en el Perú hay tan grandes y hermosas salinas, que dellas se podrian proveer de sal todos los reinos de España, Italia, Francia y otras mayores partes. Cerca de Túmbez y de Puerto-Viejo, dentro en el agua, junto á la costa de la mar, sacan grandes piedras de sal, que llevan en naos á la ciudad de Cali y á la Tierra-Firme, y á otras partes donde quieren. En los llanos y arcuaes deste reino, no muy lejos del valle que llaman de Guaura, hay unas salinas muy buenas y muy grandes, la sal albisima, y grandes montones della, la cual toda está perdida, que muy pocos indios se aprovechan della. En la serranía cerca de la provincia de Guailas hay otras salinas mayores que estas. Media legua de la ciudad del Cuzco están otras pozas, en las cuales los indios hacen tanta sal, que basta para el proveimiento de muchos dellos. En las provincias de Condesuyo y en algunas de Andesuyo hay, sin las salinas ya dichas, algunas bien grandes y de sal muy excelente. Por ma-

nera que podré afirmar que cuanto á sal es bien proveido este reino del Perú.

Hay asimismo en muchas partes grandes baños, y muchas fuentes de agua caliente, donde los naturales se bañaban y bañan. Muchas dellas he yo visto por las partes que anduve dél; y en algunos lugares deste reino, como los llanos y valles de los rios y la tierra templada de la serranía, son muy fértiles, pues los trigos se crían tan hermosos y dan fruto en gran cantidad; lo mismo hace el maíz y cebada. Pues viñas no hay pocas en los términos de San Miguel, Trujillo y los Reyes y en las ciudades del Cuzco y Guamanga, y en otras de la serranía comienza ya á las haber, y se tiene grande esperanza de hacer buenos vinos. Naranjales, granados y otras frutas, todas las hay, de las que han traido de España como las de la tierra. Legumbres de todo género se hallan; y en fin, gran reino es el del Perú, y el tiempo andando será mas, porque se habrán hecho grandes poblaciones adonde hubiere aparejo para se hacer; y pasada esta nuestra edad, se podrán sacar del Perú para otras partes trigo, vinos, carnes, lanas y aun sedas. Porque para plantar moreras hay el mejor aparejo del mundo; sola una cosa vemos que no se ha traido á estas Indias, que es olivos, que, después del pan y vino, es lo mas principal. Paréceme á mí que se traen engertos dellos para poner en estos llanos y en las vegas de los rios de las tierras, que se harán tan grandes montañas dellos como en el ajarafe de Sevilla y otros grandes olivares que hay en España. Porque si quiere tierra templada, la tiene; si con mucha agua, lo mismo, y sin ninguna y con poca. Jamás truena ni se ve relámpago ni caen nieves ni hielos en estos llanos, que es lo que daña el fruto de los olivos. En fin, como vengan los engertos, tambien vendrá tiempo en lo futuro que provea el Perú de aceite como de lo demás. En este reino no se han hallado encinales; y en la provincia de Collao y en la comarca del Cuzco, y en otras partes dél, si se sembrasen, me parece lo mismo que de los olivares, que habrá no pocas dehesas. Por tanto, mi parecer es que los conquistadores y pobladores destas partes no se les vaya el tiempo en contar de batallas y alcances; entiendan en plantar y sembrar, que esto que aprovechará mas. Quiero decir aquí una cosa que hay en esta serranía del Perú, y es, unas raposas no muy grandes, las cuales tienen tal propiedad, que echan de sí tan pestífero y hediondo olor, que no se pueda compadecer; y si por caso alguna destas raposas orina en alguna liza ó cosa otra, aunque mucho se lave, por muchos dias tiene el mal olor ya dicho. En ninguna parte dél se han visto lobos ni otros animales dañosos, salvo los grandes tigros que conté que hay en la montaña del puerto de la Buenaventura, comarcana á la ciudad de Cali, los cuales han muerto algunos españoles y muchos indios. Avestruces adelante de los Charcas se han hallado, y los indios los temen en mucho. Hay otro género de animal, que llaman viscacha, del tamaño de una liebre y de la forma, salvo que tienen la cola larga como raposas; crían en pedregales y entre rocas, y muchas matan con ballestas y arcabuces, y los indios con lazos; son buenas para comer como estén manidas; y aun de los pelos ó lana destas viscachas hacen los in-

dios mantas grandes, tan blandas como si fuesen de seda, y son muy preciadas. Hay muchos halcones, que en España serian estimados; perdices, en muchos lugares he dicho haber dos maneras dellas, unas pequeñas y otras como gallinas; hurones hay los mejores del mundo. En los llanos y en la sierra hay unas aves muy hediondas, á quien llaman auras; mantiénense de comer cosas muertas y otras bascosidades. Del linaje destas hay unos condores grandísimos, que casi parecen grifos; algunos acometen á los corderos y guanacos pequeños de los campos.

CAPITULO CXIV.

De cómo los indios naturales deste reino fueron grandes maestros de plateros y de hacer edificios, y de cómo para las ropas finas tuvieron colores muy perfectos y buenas.

Por las relaciones que los indios nos dan se entiende que antiguamente no tuvieron el orden en las cosas ni la pulicía que después que los ingas los señorearon y agora tienen; porque cierto entre ellos se han visto y ven cosas tan primamente hechas por su mano, que todos los que dellas tienen noticia se admiran; y lo que mas se nota es que tienen pocas herramientas y aparejos para hacer lo que hacen, y con mucha facilidad lo han hecho con gran primor. En tiempo que se ganó este reino por los españoles, se vieron piezas hechas de oro y barro y plata, soldado lo uno y lo otro de tal mune- ra, que parecia que habia nascido así. Viéronse cosas mas extrañas de argentería, de figuras y otras cosas mayores, que no cuento por no haberlo visto; baste que afirmo haber visto que con dos peduzos de cobre y otras dos ó tres piedras vi hacer vajillas, y tan bien labradas, y llenos los bernegales, fuentes y candeleros de follajes y labores, que tuvieran bien que hacer otros oficiales en hacerlo tal y tan bueno con todos los aderezos y herramien- tas que tienen; y cuando labran no hacen mas de un hornillo de barro, donde ponen el carbon, y con unos cañutos soplan en lugar de fuelles. Sin las cosas de plata, muchos hacen estampas, cordones y otras cosas de oro; y muchachos, que quien los ve juzgara que aun no saben hablar, entienden en hacer destas cosas. Poco es lo que agora labran, en comparacion de las grandes y ricas piezas que hacian en tiempo de los ingas; pues la chaquira tan menuda y pareja la hacen, por lo cual parece haber grandes plateros en este reino, y hay muchos de los que estaban puestos por los reyes ingas en las partes mas principales dél. Pues de armar cimien- tos, fuertes edificios, ellos lo hacen muy bien; y así, ellos mismos labran sus moradas y casas de los españoles, y hacen el ladrillo y teja y asientan las piedras bien grandes y crecidas, unas encima de otras, con tanto primor, que casi no se parece la juntura; tambien hacen bultos y otras cosas mayores, y en muchas partes se han visto que los han hecho y hacen sin tener otras herramientas mas que piedras y sus grandes ingenios. Para sacar grandes acequias no creo yo que en el mundo ha habido gente ni nacion que por partes tan ásperas ni dificultosas las sacasen y llevasen, como largamente declaré en los capítulos dichos. Para tejer sus mantas tienen sus telares pequeños; y antiguamente en tiempo que los reyes ingas mandaron este reino, tenían en las

cabezas de las provincias cantidad de mujeres, que llamaban mamaconas, que estaban dedicadas al servicio de sus dioses en los templos del sol, que ellos tenían por sagrados; las cuales no entendian sino en tejer ropa finísima para los señores ingas, de lana de las vicuñas; y cierto fué tan prima esta ropa, como habrán visto en España por alguna que allá fué luego que se ganó este reino. Los vestidos destes ingas eran camisetas desta ropa, unas pobladas de argentería de oro, otras de esmeraldas y piedras preciosas, y algunas de plumas de aves, otras de solamente la manta. Para hacer estas ropas tuvieron y tienen tan perfectos colores de carmesí, azul, amarillo, negro y de otras suertes, que verdaderamente tienen ventaja á las de España.

En la gobernacion de Popayan hay una tierra con la cual, y con unas hojas de un árbol, queda teñido lo que quieren de un color negro perfecto. Recitar las particularidades con que y cómo se hacen estas colores témpolo por menudencia, y parésceme que basta contar solamente lo principal.

CAPITULO CXV.

Cómo en la mayor parte deste reino hay grandes mineros de metales.

Desde el estrecho de Magallanes comienza la cordillera ó longura de sierras que llamamos Andes, y atraviesa muchas tierras y grandes provincias, como escrebi en la descripcion desta tierra, y sabemos que á la parte de la mar del Sur (que es al poniente) se halla en los maris y collados gran riqueza; y las tierras y provincias que cuen á la parte de levante se tienen por pobres de metales, segun dicen los que pasaron al rio de la Plata conquistando, y salieron algunos dellos al Perú por la parte de Potosi; los cuales cuentan que la fama de riqueza los trajo á unas provincias tan fértiles de bastimento como pobladas de gente, que están á las espaldas de los Charcas, pocas jornadas adelante. Y la noticia que tenían no era otra sino el Perú, ni la plata que vieron, que fué poca, salió de otra parte que de los términos de la villa de Plata, y por vía de contratacion la habian los de aquellas partes. Los que fueron á descubrir con los capitanes Diego de Rójas, Filipe Gutierrez, Nicolás de Heredia, tampoco hallaron riqueza. Despues de entrados en la tierra que está pasada la cordillera de los Andes, el adelantado Francisco de Orillana yendo por el Marañon en el barco, al tiempo que andando en el descubrimiento de la canela, lo envió el capitán Gonzalo Pizarro, aunque muchas veces daba con los españoles en grandes pueblos, poco oro ni plata, ó ninguno, vieron. En fin no hay para qué tratar sobre esto, pues sino fué en la provincia de Bogotá, en ninguna otra de la otra parte de la cordillera de los Andes se ha visto riqueza ninguna; lo cual todo es al contrario por la parte del sur, pues se han hallado las mayores riquezas y tesoros que se han visto en el mundo en muchas edades; y si el oro que habia en las provincias que están comarcanas al rio grande de Santa Marta, desde la ciudad de Popayan hasta la villa de Mopox, estuviera en un poder y de un solo señor, como fué en las provincias del Perú, hubiera mayor grandeza que en el Cuzco. En fin, por las faldas desta cordillera se han hallado grandes

mineros de plata y oro, así por la parte de Antiocha como de la de Cartago, que es en la gobernación de Popayan, y en todo el reino del Perú; y si hubiese quien lo sacase, hay oro y plata que sacar para siempre jamás; porque en las sierras y en los llanos y en los rios, y por todas partes que caven y busquen, hallarán plata y oro. Sin esto, hay gran cantidad de cobre y mayor de hierro por los secadales y cabezadas de las sierras que abajan á los llanos. En fin, se halla plomo, y de todos los metales que Dios crió es bien proveído este reino; y á mí parece que mientras hubiere hombres, no dejará de haberse gran riqueza en él; y tanta ha sido la que déi se ha sacado, que ha encarecido á España de tal manera, cual nunca los hombres lo pensaron.

CAPITULO CXVI.

Cómo muchas naciones destes indios se daban guerra unos á otros, y cuán opresos tienen los señores y principales á los indios pobres.

Verdaderamente yo tengo que há muchos tiempos y años que hay gentes en estas Indias, segun lo demuestran sus antigüedades, y tierras tan anchas y grandes como han poblado; y aunque todos ellos son morenos lampiños y se parecen en tantas cosas unos á otros, hay tanta multitud de lenguas entre ellos, que casi á cada lengua y en cada parte hay nuevas lenguas. Pues como hayan pasado tantas edades por estas gentes, y hayan vivido sueltamente, unos á otros se dieron grandes guerras y batallas, quedándose con las provincias que ganaban. Y así, en los términos de la villa de Arma, de la gobernación de Popayan, está una gran provincia, á quien llaman Carrapa, entre la cual y la de Quimbaya (que es donde se fundó la ciudad de Cartago) habia cantidad de gente; los cuales, llevando por capitán ó señor á uno dellos, el mas principal, llamado Irtua, se entraron en Carrapa, y á pesar de los naturales, se hicieron señores de lo mejor de su provincia. Y esto sé porque cuando descubrimos enteramente aquellas comarcas, vimos las rocas y pueblos quemados que habian dejado los naturales de la provincia de Quimbaya. Todos fueron lanzados della antiguamente por los que se hicieron señores de sus campos, segun es público entre ellos. En muchas partes de las provincias desta gobernación de Popayan fué lo mismo. En el Perú no hablan otra cosa los indios, sino decir que los unos vinieron de una parte y los otros de otra, y con guerras y contiendas los unos se hacian señores de las tierras de los otros, y bien parece ser verdad, y la gran antigüedad desta gente por las señales de los campos que labraban, ser tantos, y porque en algunas partes que se ve que hubo sementeras y fué poblado, hay árboles nascidos tan grandes como bueyes. Los ingas claramente se conoce que se hicieron señores deste reino por fuerza y por maña, pues cuentan que Mangocapa, el que fundó el Cuzco, tuvo poco principio, y duraron en el señorío hasta que, habiendo division entre Guascar, único heredero, y Atabaliba sobre la gobernación del imperio, entraron los españoles y pudieron fácilmente ganar el reino y á ellos apartarlos de sus porfias; por lo cual parece que tambien se usó de guerras y tranias entre estos indios, como en las demás partes del mundo, pues leemos que ti-

ranos se hicieron señores de grandes reinos y señoríos. Yo entendí en el tiempo que estuve en aquellas partes que es grande la opresión que los mayores tienen á los menores, y con el rigor que algunos de los caciques mandan á los indios; porque si el encomendero les pide alguna cosa, ó que por fuerza hayan de hacer algun servicio personal ó con hacienda, luego estos tales mandan á sus mundones que lo provean, los cuales andan por las casas de los mas pobres, mandando que lo cumplan; y si dan alguna excusa, aunque sea justa, no solamente no los oyen, mas maltrátalos, tomándoles por fuerza lo que quieren. En los indios del Itay y en otros pueblos del Collao oí yo lamentar á los pobres indios esta opresión, y en el valle de Jauja y en otras muchas partes, los cuales, aunque reciben algun agravio, no saben quejarse. Y si son necesarios ovejas ó carneros, no se va por ellos á las mandas de los señores, sino á las dos ó tres que tienen los tristes indios; y algunos son tan molestados, que se ausentan por miedo de tantos trabajos como les mandan hacer. Y en los llanos y valles de los yungas son mas trabajados por los señores que en la serranía. Verdad es que, como ya en las mas provincias deste reino estén religiosos doctrinándolos, y algunos entiendan la lengua, oyen estas quejas y remedian muchas dellas. Todo va cada día en mas orden, y hay tanto temor entre cristianos y caciques, que no osan poner las manos en un indio, por la gran justicia que hay, con haberse puesto en aquestas partes las audiencias y chancillerías reales; cosa de grande remedio para el gobierno dellas.

CAPITULO CXVII.

En que se declaran algunas cosas que en esta historia se han tratado cerca de los indios, y de lo que acaeció á un clérigo con uno dellos en un pueblo deste reino.

Porque algunas personas dicen de los indios grandes males, comparándolos con las bestias, diciendo que sus costumbres y manera de vivir son mas de brutos que de hombres, y que son tan malos, que, no solamente usan el pecado nefando, mas que se comen unos á otros; y puesto que en esta mi historia yo haya escripto algo desto y de algunas otras fealdades y abusos dellos, quiero que se sepa que no es mi intención decir que esto se entienda por todos; antes es de saber que, si en una provincia comen carne humana y sacrifican sangre de hombres, en otras muchas aborrecen este pecado. Y si por el consiguiente, en otra el pecado de contra natura, en muchas lo tienen por gran fealdad y no lo acostumbran, antes lo aborrecen; y así son las costumbres dellos; por manera que será cosa injusta condenarlos en general. Y aun destes males que estos hacian, pareco que los descargu la falta que tenían de la lumbré de nuestra santa fe, por lo cual ignoraban el mal que cometian, como otras muchas naciones, mayormente los pasados gentiles, que tambien como estos indios estuvieron faltos de lumbré de fe, sacrificaban tanto y mas que ellos. Y aun si miramos, muchos hay que han profesado nuestra ley y recibido agua del santo bautismo; los cuales, engañados por el demonio, cometen cada día graves pecados; de manera que si estos indios usaban de las costumbres que he escripto, fué porque no tuvieron quien los enuaminase en el camino de la verdad en los tiempos pasa-

dos. Agora los que oyen la doctrina del santo Evangelio conocen las tinieblas de la perdición que tienen los que della se apartan, y el demonio, como le crece mas la envidia de ver el fruto que sale de nuestra santa fe, procura de engañar con temores y espantos á estas gentes; pero poca parte es, y cada dia será menos, mirando lo que Dios nuestro Señor obra en todo tiempo, en ensalzamiento de su santa fe. Y entre otras notables, diré una que pasó en esta provincia, en un pueblo llamado Lampaz, segun se contiene en la relacion que me dió en el pueblo de Asangaro, repartimiento de Antonio de Quiñones, vecino del Cuzco, un clérigo, contándome lo que le pasó en la conversion de un indio; al cual yo rogué me la diese por escrito de su letra, que sin tirar ni poner cosa alguna es la siguiente: «Márco Olazo, clérigo, vecino de Valladolid, estando en el pueblo de Lampaz doctrinando los indios á nuestra santa fe cristiana, año de 1517, en el mes de mayo, siendo la luna llena, vinieron á mí todos los caciques y principales á me rogar muy alincadamente les diese licencia para que hiciesen lo que ellos en aquel tiempo acostumbraban hacer; yo les respondí que habia de estar presente, porque si fuese cosa no lícita en nuestra santa fe católica, de allí adelante no lo hiciesen; ellos lo tuvieron por bien; y así, fueron todos á sus casas; y siendo, á mi ver, el mediodía en punto, comenzaron á tocar en diversas partes muchos atabales con un solo palo, que así los tocan entre ellos, y luego fueron en la plaza en diversas partes della, echadas por el suelo mantas, á manera de tapíres, para se asentar los caciques y principales, muy aderezados y vestidos de sus mejores ropas, los cabellos hechos trenzas hasta abajo, como tienen por costumbre, de cada lado una crizneja de cuatro ramales, tejida. Sentados en sus lugares, vi que salieron derecho por cada cacique un muchacho de edad de hasta de doce años, el mas hermoso y dispuesto de todos, muy ricamente vestido á su modo, de las rodillas abajo las piernas á manera de salvaje, cubiertas de borlas coloradas; asimismo los brazos, y en el cuerpo muchas medallas y estampas de oro y plata; traia en la mano derecha una manera de arma como alabarda, y en la izquierda una bolsa de lana, grande, en que ellos echan la coca; y al lado izquierdo venia una muchacha de hasta diez años, muy hermosa, vestida de su mismo traje, salvo que por detrás traia gran falda, que no acostumbraban traer los otras mujeres, la cual falda le traia una india mayor, hermosa, de mucha autoridad. Tras esta venian otras muchas indias á manera de dueñas, con mucha mesura y crianza; y aquella niña llevaba en la mano derecha una bolsa de lana, muy rica, llena de muchas estampas de oro y plata; de las espaldas le colgaba un cuero de leon pequeño, que las cubria todas. Tras estas dueñas venian seis indios á manera de labradores, cada uno con su arado en el hombro, y en las cabezas sus diademas y plumas muy hermosas, de muchos colores. Luego venian otros seis como sus mozos, con unos costales de papas, tocando su atambor, y por su orden llegaron hasta un paso del señor. El muchacho y niña ya dichos, y todos los demás, como iban en su orden, le hicieron una muy gran reverencia, bajando sus cabezas, y el Cacique y los demás la recibieron inclinando las suyas. Hecho esto cada cual á su ca-

cique, que eran dos parcialidades, por la misma orden que iban el niño y los demás se volvieron hácia tras, sin quitar el rostro dellos, cuanto veinte pasos, por la orden que tengo dicho; y allí los labradores hincaron sus arados en el suelo en renglera, y dellos colgaron aquellos costales de papas, muy escogidas y grandes; lo cual hecho, tocando sus atabales, todos en pié, sin se mudar de un lugar, lucian una manera de baile, alzándose sobre las puntas de los piés, y de rato en rato alzaban hácia arriba aquellas bolsas que en las manos tenian. Solamente hacian estos esto que tengo dicho, que eran los que iban con aquel muchacho y muchacha, con todas sus dueñas, porque todos los caciques y la demás gente estaban por su orden sentados en el suelo con muy gran silencio, escuchando y mirando lo que lucian. Esto hecho, se sentaron y trajeron un cordero de hasta un año, sin ninguna mancha, todo de una color, otros indios que habian ido por él, y adelante del señor principal, cercado de muchos indios al rededor porque yo no lo viese, tendido en el suelo vivo, le sacaron por un lado toda el asadura, y esta fué dada á sus agoreros, que ellos llamaban guacacamayos, como sacerdotes entre nosotros. Y vi que ciertos indios dellos llevaban apriesa cuanto mas podian de la sangre del cordero en las manos y la echaban entre las papas que tenian en los costales. Y en este instante salió un principal que habia pocos dias que se habia vuelto cristiano, como diré abajo, dando voces y llamándolos de perros y otras cosas en su lengua, que no entendí; y se fué al pié de una cruz alta que estaba en medio de la plaza, desde donde á mayores voces, sin ningun temor, osadamente reprendia aquel rito diabólico. De manera que con sus dichos y mis amonestaciones se fueron muy temerosos y corridos, sin haber dado fin á su sacrificio, donde pronostican sus sementeras y sucesos de todo el año. Y otros que se llaman homo, á los cuales preguntan muchas cosas por venir, porque hablan con el demonio y traen consigo su figura, hecho de un hueso hueco, y encima un hulto de cera negra, que acá hay. Estando yo en este pueblo de Lampaz, un juéves de la Cena vino á mí un muchacho mio que en la iglesia dormia, muy espantado, rogando me levantara y fuese á bautizar á un cacique que en la iglesia estaba hincado de rodillas delante de las imágenes, muy temeroso y espantado; el cual estando la noche pasada, que fué miércoles de Tinieblas, metido en una guaca, que es donde ellos adoran, decia haber visto un hombre vestido de blanco, el cual le dijo que: qué hacia allí con aquella estatua de piedra? Que se fuese luego, y viniese para mí á se volver cristiano. Y cuando fué de dia yo me levanté y recé mis horas, y no creyendo que era así, me llegué á la iglesia para decir misa, y lo hallé de la misma manera, hincado de rodillas. Y como me vió se echó á mis piés, rogándome mucho le volviese cristiano, á lo cual le respondí que sí haria, y dije misa, la cual oyeron algunos cristianos que allí estaban; y dicha, lo bapticé, y salió con mucha alegría, dando voces, diciendo que él ya era cristiano, y no indio, como los indios; y sin decir nada á persona ninguna, fué á donde tenia su casa y la quemó, y sus mujeres y ganados repartió por sus hermanos y parientes, y se vino á la iglesia, donde estuvo siempre predicando á los indios

lo que les convenia para su salvacion, amonestándoles se apartasen de sus pecados y vicios; lo cual hacia con gran hervor, como aquel que estaba alumbrado por el Espíritu Santo, y á la continua estaba en la iglesia ó junto á una cruz. Muchos indios se volvieron cristianos por las persuasiones deste nuevo convertido. Contaba que el hombre que vió estando en la guaca ó templo del diablo era blanco y muy hermoso, y que sus ropas asimismo eran resplandecientes.»

Esto me dió el clérigo por escripto y yo veo cada dia grandes señales, por las cuales Dios se sirve en estos tiempos mas que en los pasados. Y los indios se convierten y van poco á poco olvidando sus ritos y malas costumbres, y si se han tardado, ha sido por nuestro descuido mas que por la malicia dellos; porque el verdadero convertir los indios ha de ser amonestando y obrando bien, para que los nuevamente convertidos tomen ejemplo.

CAPITULO CXVIII.

De cómo, queriéndose volver cristiano un cacique comarcano de la villa de Ancerna, veia visiblemente á los demonios, que con espantos le querian quitar de su buen propósito.

En el capítulo pasado escribí la manera cómo se volvió cristiano un indio en el pueblo de Lampaz; aquí diré otro extraño caso, para que los fieles glorifiquen el nombre de Dios, que tantas mercedes nos hace, y los malos y incrédulos teman y reconozcan las obras del Señor. Yes, que siendo gobernador de la provincia de Popayan el adelantado Belalcázar en la villa de Ancerna, donde era su teniente un Gomez Hernandez, sucedió que casi cuatro leguas desta villa está un pueblo llamado Písa, y el señor natural dél, teniendo un hermano mancebo de buen parecer que se llama Tamaracunga, y inspirando Dios en él, deseaba volverse cristiano y queria venir al pueblo de los cristianos á recebir bautismo. Y los demonios, que no les debía agradar el tal deseo, pesándoles de perder lo que tenían por tan ganado, espantaban á aqueste Tamaracunga de tal manera, que lo asombraban, y permitiéndolo Dios, los demonios, en figura de unas aves hediondas llamadas auras, se ponian donde el Cacique solo las podia ver; el cual, como se sintió tan perseguido del demonio, envió á toda priesa á llamar á un cristiano que estaba cerca de allí; el cual fué luego donde estaba el Cacique, y sabida su intencion, lo signó con la señal de la cruz, y los demonios lo espantaban mas que primero, viéndolos solamente el indio en figuras horribles. El cristiano via que caian piedras por el aire y silbaban; y viniendo del pueblo de los cristianos un hermano de un Juan Pacheco, vecino de la misma villa, que á la sazón estaba en ella en lugar del Gomez Hernandez, que habia salido á lo que dicen de Caramanta, se juntó con el otro, y vian que el Tamaracunga estaba muy desmayado y maltratado de los demonios; tanto, que en presencia de los cristianos lo traian por el aire de una parte á otra, y él quejándose, y los demonios silbaban y daban alaridos. Y algunas veces estando el Cacique sentado y teniendo delante un vaso para beber, vian los dos cristianos cómo se alzaba el vaso con el vino en el aire y dende á un poco parascia sin el vino, y á cabo de un rato vian caer

el vino en el vaso, y el Cacique atapábase con mantas el rostro y todo el cuerpo por no ver las malas visiones que tenia delante; y estando así, sin se tirar ropa ni desatapar la cara, le ponian barr en la boca, como que lo querian ahogar. En fin, los dos cristianos, que nunca dejaban de rezar, acordaron de se volver á la villa y llevar al Cacique para que luego se baptizase, y vinieron con ellos y con el Cacique pasados de docientos indios; mas estaban tan temerosos de los demonios, que no osaban llegar al Cacique; y yendo con los cristianos, llegaron á unos malos pasos, donde los demonios tomaron al indio en el aire para despeñarlo, y él daba voces diciendo: «Valéme, cristianos, valéme;» los cuales luego fueron á él y le tomaron en medio, y los indios ninguno osaba hablar, cuanto mas ayudar á este, que tanto por los demonios fué perseguido para provecho de su ánima y mayor confusion y envidia deste cruel enemigo nuestro; y como los dos cristianos viesen que no era Dios servido de que los demonios dejasen á aquel indio, y que por los riscos lo querian despeñar, tomaronlo en medio, y atando unas cuerdas á los cintos, rezando y pidiendo á Dios los oyese, caminaron con el indio en medio, de la manera ya dicha, llevando tres cruces en las manos, pero todavia los derribaron algunas veces, y con trabajo grande llegaron á una subida, donde se vieron en mayor aprieto. Y como estuviesen cerca de la villa, enviaron á Juan Pacheco un indio para que viniese á los socorrer, el cual fué luego allá, y como se juntó con ellos, los demonios arrojaban piedras por los aires, y desta suerte llegaron á la villa, y se fueron derechos con el Cacique á las casas desta Juan Pacheco, adonde se juntaron todos los mas de los cristianos que estaban en el pueblo, y todos vian caer piedras pequeñas de lo alto de la casa y oian silbos. Y como los indios cuando van á la guerra dicen: «Hu, hu, hu;» así oian que lo decian los demonios muy apriesa y recio. Todos comenzaron á suplicar á nuestro Señor que, para gloria suya y salud del ánima de aquel infiel, no permitiese que los demonios tuviesen poder de lo matar; porque ellos por lo que andaban, segun las palabras que el Cacique les oia, era porque no se volviese cristiano. Y como tirasen muchas piedras, salieron para ir á la iglesia; en la cual, por ser de paja, no habia Sacramento, y algunos cristianos dicen que oyeron pasos por la misma iglesia antes que se abriese, y como la abrieron y entraron dentro, el indio Tamaracunga dicen que decia que via los demonios con lieras cataduras, las cabezas abajo y los piés arriba. Y entrado un fraile llamado fray Juan de Santa Maria, de la orden de nuestra Señora de la Merced, á le baptizar, los demonios en su presencia y de todos los cristianos, sin los ver mas que solo el indio, lo tomaron y lo tuvieron en el aire, poniéndolo como ellos estaban, la cabeza abajo y los piés arriba. Y los cristianos diciendo á grandes voces: «Jesucristo, Jesucristo sea con nosotros;» y siguiéndose con la cruz, arremetieron al indio y lo tomaron, poniéndole luego una estola, y le echaron agua bendita; pero todavia se oian ruidos y silbos dentro en la iglesia, y Tamaracunga los via visiblemente, y fueron á él y le dieron tantos bofetones, que le arrojaron lejos de allí un sombrero que tenia puesto en los ojos por no los ver, y en el rostro le echaban saliva

podrida y hedionda. Todo esto pasó de noche, y venido el día, el fraile se vistió para decir misa, y en el punto que se comenzó, en aquel no se oyó cosa ninguna, ni los demonios osaron parir ni el Cacique recibió mas daño; y como la misa santísima se acabó, el Tumaracunga pidió por su boca agua del bautismo, y luego hizo lo mismo su mujer y hijo, y después de ya bautizado, dijo que, pues ya era cristiano, que lo dejaran andar solo, para ver los demonios si tenían poder sobre él; y los cristianos lo dejaron ir, quedando todos rogando á nuestro Señor, y suplicándole que para ensalzamiento de su santa fe, y para que los indios infieles se convirtiesen, no permitiese que el demonio tuviese mas poder sobre aquel que ya era cristiano. Y en esto salió Tumaracunga con gran alegría, diciendo: «Cristiano soy;» y labandando en su lengua á Dios, dió dos ó tres vueltas por la iglesia, y no vió ni sintió mas los demonios; antes se fué á su casa alegre y contento, obrando el poder de Dios; y fué este caso tan notado en los indios, que muchos se volvieron cristianos y se volverán cada día. Esto pasó en el año de 1549 años.

CAPITULO CXIX.

Cómo se han visto claramente grandes milagros en el descubrimiento destas Indias, y querer guardar nuestro soberano Señor Dios á los españoles, y cómo tambien castiga á los que son crueles para con los indios.

Antes de dar conclusion en esta primera parte, me pareció decir aquí algo de las obras admirables que Dios nuestro Señor ha tenido por bien de mostrar en el descubrimiento que los cristianos españoles han hecho en estos reinos, y asimismo el castigo que ha permitido en algunas personas notables que en ellos han sido; porque por lo uno y por lo otro se conozca cómo le habemos de amar como á padre y temer como á señor y juez justo, y para esto digo que, dejando aparte el descubrimiento primero, hecho por el almirante don Cristóbal Colón, y los sucesos del marqués don Fernando Cortés y los otros capitanes y gobernadores que descubrieron la Tierra-Firme, porque yo no quiero contar de tan atrás, mas solo decir lo que pasó en los tiempos presentes; el marqués don Francisco Pizarro, cuántos trabajos pasó él y sus compañeros, sin ver ni descubrir otra cosa que la tierra que queda á la parte del norte del río de San Juan, no bastaron sus fuerzas, ni los socorros que les hizo el adelantado don Diego de Almagro, para ver lo de adelante. Y el gobernador Pedro de los Ríos, por la copla que le escribieron, que decía:

¡ Ah señor Gobernador!
Miradlo bien por entero,
Allí va el recogedor,
Acá queda el carnicero.

Dando á entender que Almagro iba por gente para la carnicería de los muchos trabajos, y Pizarro los mataba en ellos. Por lo cual envió á Juan Tufur, de Panamá, con mandamiento para que los trajese; y desconfiados de descubrir, se volvieron todos con él, sino fueron trece cristianos, que quedaron con don Francisco Pizarro; los cuales estuvieron en la isla de la Gorgona hasta que don Diego de Almagro les envió una nao, con la cual á su ventura navegaron; y quiso Dios, que lo puede todo,

que lo que en tres ó cuatro años no pudieron ver ni descubrir por mar ni por tierra, lo descubriesen en diez ó doce días. Y así, estos trece cristianos con su capitán descubrieron al Perú, y después á enbo de algunos años, cuando el mismo Marqués con ciento y sesenta españoles entró en él, no bastaron á defenderse de la multitud de los indios, si no permitiera Dios que hubiera guerra crudelísima entre los dos hermanos Guascar y Atabaliba, y ganaron la tierra. Cuando en el Cuzco generalmente se levantaron los indios contra los cristianos no había mas de ciento y ochenta españoles de á pie y de caballo. Pues estando contra ellos Mango Inga, con mas de docientos mil indios de guerra, y durando un año entero, milagro es grande escapar de las manos de los indios; pues algunos dellos mismos afirman que van algunas veces, cuando andaban peleando con los españoles, que junto á ellos andaba una figura celestial que en ellos hacía gran daño, y vieron los cristianos que los indios pusieron fuego á la ciudad, el cual ardió por muchas partes, y emprendiendo en la iglesia, que era lo que deseaban los indios ver deshecho, tres veces la encendieron, y tantas se apagó de suyo, á dicho de muchos que en el mismo Cuzco dello me informaron, siendo en donde el fuego ponían paja seca sin mezcla ninguna.

El capitán Francisco César, que salió á descubrir de Cartagena el año de 1536, y anduvo por grandes montañas, pasando muchos ríos hondables y muy furiosos con solamente sesenta españoles, á pesar de los indios todos, estuvo en la provincia del Guaca, donde estaba una casa principal del demonio, de la cual sacó de un enterramiento treinta mil pesos de oro. Y viendo los indios cuán pocos eran, se juntaron mas de veinte mil para matarlos, y los cercaron á todos y tuvieron con ellos batalla. En la cual los españoles, puesto que eran tan pocos, como he dicho, y venían desbaratados y flacos, pues no comían sino raíces, y los caballos desherrados, los favoreció Dios de tal manera, que mataron y hirieron á muchos indios sin faltar ninguno dellos; y no hizo Dios solo este milagro por estos cristianos, antes fué servido de los guiar por camino que volvieron á Uraba en diez y ocho días, habiendo andado por el otro cerca de un año.

Destas maravillas muchas hemos visto cada día; mas baste decir que pueblan en una provincia donde hay treinta ó cuarenta mil indios, cuarenta ó cincuenta cristianos; á pesar dellos, ayudados de Dios están, y pueden tanto, que los sujetan y atraen á sí; y en tierras temerosas de grandes lluvias y terremotos continos, como cristianos entren en ellas, luego vemos claramente el favor de Dios, porque cesa lo mas de todo; y rasgadas estas tales tierras, dan proverbio, sin se ver los huracanes tan continos y rayos y aguaceros que en tiempo que no había cristianos se van. Mas es tambien de notar otra cosa, que, puesto que Dios vuelva por los suyos, que llevan por guía su estandarte, que es la cruz, quiero que no sea el descubrimiento como tiranos, porque los que esto hacen, vemos sobre ellos castigos grandes. Y así, los que tales fueron, pocos murieron sus muertes naturales, como fueron los principales que se hallaron en tratar la muerte de Atabaliba, que todos los

mas han muerto miserablemente y con muertes desastadas. Y aun parece que las guerras que ha habido tan grandes en el Perú, las permitió Dios para castigo de los que en él estaban; y así, á los que esto consideraren les parecerá que Caravajal era verdugo de su justicia, y que vivió hasta que el castigo se hizo, y después pagó el con la muerte los pecados graves que hizo en la vida. El mariscui don Jorge Robledo, consintiendo hacer en la provincia de Pozo gran daño á los indios, y que con las balistas y perros matasen tantos como ellos mataron, Dios permitió que en el mismo pueblo fuese sentenciado á muerte, y que fuese por su sepultura los vientres de los mismos indios, muriendo asimismo el comendador Hernán Rodríguez de Sosa y Baltasar de Ledesma, y fueron juntamente con él comidos por los indios, habiendo primero sido demasiadamente crueles contra ellos. El adelantado Belalcázar, que á tantos indios dió muerte en la provincia de Quito, Dios permitió de le castigar, con que en vida se vió tirado del mando de gobernador por el juez que le tomó cuenta, y pobre y lleno de trabajos, tristezas y pensamientos, murió en la gobernación de Cartagena, viniendo con su residencia á España. Francisco García de Tovar, que tan temido fué de los indios, por los muchos que mató, ellos mismos le mataron y comieron.

No se engañe ninguno en pensar que Dios no ha de castigar á los que fueren crueles para con estos indios, pues ninguno dejó de recibir la pena conforme al delito. Yo conosco un Roque Martín, vecino de la ciudad de Culi, que á los indios que se nos murieron, cuando viniendo de Cartagena llegamos aquella ciudad, haciéndolos cuartos, los tenía en la percha para dar de comer á sus perros; después indios lo mataron, y aun creo que comieron. Otros muchos pudiera decir que dejó, concluyendo con que, puesto que nuestro Señor en las conquistas y descubrimientos favorezca á los cristianos, si después se vuelven tiranos, castígalos severamente, segun se ha visto y ve, permitiendo que algunos mueran de repente, que es mas de temer.

CAPITULO CXX.

De las diócesis ó obispados que hay en este reino del Perú, y quién son los obispos de ellos, y de la chancillería real que está en la ciudad de los Reyes.

Pues en muchas partes desta escriptura he tratado los ritos y costumbres de los indios y los muchos templos y adoratorios que tenían, donde el demonio por ellos era visto y servido, me parece será bien escribir los obispados que hay, y quién han sido y son los que rigen las iglesias, pues es cosa tan importante el tener, como tienen, á su cargo tantas ánimas. Después que se descubrió este reino, como se hubiese hallado en la conquista el muy reverendo señor don fray Vicente de Valverde, de la orden de señor santo Domingo, traidus las bulas del sumo Pontífice, su majestad lo nombró por obispo del reino, al qual lo fué hasta que los indios le mataron en la isla de Puna. Y como se fuesen poblando ciudades de españoles, acrecentáronse los obispados; y así, se proveyó por obispo del Cuzco el muy reverendo señor don Juan Solano, de la orden de señor santo Domingo, que vive en este año de 1550, y es al pre-

sente obispo del Cuzco, donde está la silla episcopal, y de Guamanga, Arequipa, la nueva ciudad de la Paz. Y de la villa de Plata, de la ciudad de los Reyes y Trujillo, Guamaco, Chachapopas, lo es el reverendísimo señor don Hierónimo de Loaysa, fraile de la misma orden, el qual en este tiempo se nombró por arzobispo de los Reyes. De la ciudad de San Francisco del Quito y de Sant Miguel, Puerto-Viejo, Guayaquil, es obispo don García Díaz de Arias; tiene su silla en el Quito, que es la cabeza de su obispado. De la gobernación de Popayan es obispo don Juan Valle; tiene su asiento en Popayan, que es cabeza de su obispado, en el qual se incluyen las ciudades y villas que conté en la descripción de la dicha provincia. Estos señores son los que yo dejé por obispos al tiempo que salí del reino; los cuales tienen en los pueblos y ciudades de sus obispados cuidado de poner curas y clérigos que celebren los divinos oficios. La gobernación del reino resplandece en este tiempo en tanta manera, que los indios enteramente son señores de sus haciendas y personas, y los españoles temen los castigos que se hacen, y las tiranías y malos tratamientos de indios han ya cesado por la voluntad de Dios, que cura todas las cosas con su gracia. Para esto ha aprovechado poner audiencias y chancillerías reales y que en ellas estén varones doctos y de autoridad, y que, dando ejemplo de su limpieza, osen ejecutar la justicia y haber hecho la tasación de los tributos en este reino. Es visorey el excelente señor don Antonio de Mendoza, tan valeroso y abastado de virtudes quanto falto de vicios, y oidores los señores el licenciado Andrés de Cianca, y el doctor Bravo de Saravia y el licenciado Hernando de Santillan. La corte y chancillería real está puesta en la ciudad de los Reyes. Y concluyo este capítulo con que, al tiempo que en el consejo de su majestad de Indias se estaba viendo por los señores dél esta obra, vino de donde estaba su majestad el muy reverendo señor don fray Tomás de San Martín proveído por obispo de las Charcas, y su obispado comienza desde el término donde se acaba lo que tiene la ciudad del Cuzco hacia Chile, y llega hasta la provincia de Tucuma, en el qual quedan la ciudad de la Paz y la villa de Plata, que es cabeza deste nuevo obispado que agora se provee.

CAPITULO CXXI.

De los monesterios que se han fundado en el Perú desde el tiempo que se descubrió hasta el año de 1550 años.

Pues en el capítulo pasado he declarado brevemente los obispados que hay en este reino, cosa conveniente será hacer mención de los monesterios que se han fundado en él, y quién fueron los fundadores, pues en estas casas asisten graves varones, y algunos muy doctos. En la ciudad del Cuzco está una casa de señor Santo Domingo, en el propio lugar que los indios tenían su principal templo; fundóla el reverendo padre fray Juan de Oñas. Hay otra casa de señor San Francisco; fundóla el reverendo padre fray Pedro Portugués. De nuestra Señora de la Merced está otra casa; fundóla el reverendo padre fray Sebastian. En la ciudad de la Paz está otro monesterio de señor San Francisco; fundólo el reveren-

do padre fray Francisco de los Angeles. En el pueblo de Chuquito está otro de dominicos; fundólo el reverendo padre fray Tomás de San Martín. En la Villa de Plata está otro de franciscos; fundólo el reverendo padre fray Hierónimo. En Guamanga está otro de dominicos; fundólo el reverendo padre fray Martín de Esquivel; y otro monesterio de nuestra Señora de la Merced; fundólo el reverendo padre fray Sebastian. En la ciudad de los Reyes está otro de franciscos; fundólo el reverendo padre fray Francisco de Santa Ana; y otro de dominicos; fundólo el reverendo padre fray Juan de Oñas. Otra casa está de nuestra Señora de la Merced; fundóla el reverendo padre fray Miguel de Orenes. En el pueblo de Chíncha está otra casa de Santo Domingo; fundóla el reverendo padre fray Domingo de santo Tomás. En la ciudad de Arequipa está otra casa desta orden; fundóla el reverendo padre fray Pedro de Ulloa. Y en la ciudad de Leon de Guanuco está otra; fundóla el mismo padre fray Pedro de Ulloa. En el pueblo de Chicama está otra casa desta misma orden; fundóla el reverendo padre fray Domingo de Santo Tomás. En la ciudad de Trujillo hay monesterio de franciscos, fundado por el reverendo padre fray Francisco de la Cruz; y otro de la Merced, que fundó el reverendo pa-

dre fray En el Quito está otra casa de dominicos; fundóla el reverendo padre fray Alonso de Montenegro; y otro de la Merced, que fundó el reverendo padre fray., y otro de franciscos, que fundó el reverendo padre fray Iodoco Rique, flamenco. Algunas casas habrá mas de las dichas, que se habrán fundado, y otras que se fundarán por los muchos religiosos que siempre vienen proveidos por su majestad y por los de su consejo real de Indias, á los cuales se les da socorro, con que puedan venir á entender en la conversion destas gentes, de la hacienda del Rey, porque así lo manda su majestad, y se ocupan en la dotrina destes indios con grande estudio y diligencia. Lo tocante á la tasacion y á otras cosas que convenia tratarse quedará para otro lugar, y con lo dicho hago fin con esta primera parte, á gloria de Dios todopoderoso, nuestro Señor, y de su bendita y gloriosa Madre, Señora nuestra. La qual se comenzó á escrebir en la ciudad de Cartago, de la gobernacion de Popayan, año de 1544; y se acabó de escrebir originalmente en la ciudad de los Reyes, del reino del Perú, á 8 dias del mes de setiembre de 1550 años, siendo el autor de edad de treinta y dos años, habiendo gastado los diez y siete dellos en estas Indias.

HISTORIA

DEL

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE LA PROVINCIA DEL PERÚ,

Y DE LAS GUERRAS Y COSAS SEÑALADAS EN ELLA.

ACACECIDAS

HASTA EL VENCIMIENTO DE GONZALO PIZARRO Y DE SUS SEGUACES, QUE EN ELLA SE REBELARON CONTRA SU MAJESTAD;

POR

AGUSTIN DE ZARATE,

contador de mercedes de la majestad cesárea.

Á LA MAJESTAD DEL REY DE INGLATERRA, PRÍNCIPE NUESTRO SEÑOR, DON FELIPE II.

SACRA CATÓLICA REAL MAJESTAD: Sirviendo yo el cargo de secretario en el real consejo de Castilla, donde habia quince años que residia, en fin del año pasado de 1543 me fué mandado por la majestad del Emperador Rey nuestro señor, y por los del su consejo de las Indias, que fuese á las provincias del Perú y Tierra-Firme á tomar cuenta á los oficiales de la Hacienda real del cargo de sus oficinas y á traer los alcances que della resultasen. Y así, me embarqué en la flota donde fué proveido por visorey del Perú Blasco Núñez Vela. Llegados allá, vitantas revueltas y novedades en aquella tierra, que me pareció cosa digna de ponerse por memoria, aunque, después de escrito lo de mi tiempo, conocí que no se podía bien entender si no se declaraban algunos presupuestos, de donde aquello toma su origen; y así, de grado en grado fui subiendo hasta hallarme en el descubrimiento de la tierra; porque van los negocios tan dependientes unos de otros, que por cualquiera que falte no tienen los que se siguen la claridad necesaria; lo cual me compelió á comenzar (como dicen) del huevo trojano. No pude en el Perú escribir ordenadamente esta relacion (que no importara poco para su perfeccion), porque solo haberla allá comenzado me hubiera de poner en peligro de la vida con un maestre de campo de Gonzalo Pizarro, que amenazaba de matar á cualquiera que escribiese sus hechos, porque entendió que eran mas dignos de la ley de olvido (que los atenienses llamaban amnistia) que no de memoria ni perpetuidad. Necesitéme á cesar allá en la escriptura, y á traer acá para acabarla los memoriales y diarios que pude haber, por medio de los cuales escribí una relacion que no lleva la prolijidad y cumplimiento que requiere el nombre de historia, aunque no va tan breve ni sumaria, que se pueda llamar comentarios, mayormente yendo dividida por libros y capítulos, que es muy diferente de aquella manera de escribir. No me atreviera á emprender el un estilo ni el otro si no confiara en lo que dice Tulio, y después de él Cayo Plinio, que, aunque la poesia y la oratoria no tienen gracia sin mucha elocuencia, la historia, de cualquier manera que se escriba, deleita y agrada, porque por medio della se alcanzan á saber nuevos acontecimientos, á que los hombres tienen natural inclinacion, y aun muchas veces se huelgan en oírlos contar á un rústico por palabras groseras y mal ordenadas. Y así, no siendo el estilo de esta escriptura tan elocuente como se requería, servirá de saberse por él la verdad del hecho, quedando licencia y aun facilidad á quien quisiere tomar este trabajo para escribir la

historia de nuevo con mejores palabras y orden, como vemos que aconteció muchas veces en las historias griegas y latinas, y aun en las de nuestros tiempos. Lo que toca á la verdad, que es donde consiste el alma de la historia, he procurado que no se pueda enmendar, escribiendo las cosas naturales y accidentales que yo vi sin ninguna falta ni disimulacion, y tomando relacion de lo que pasó en mi ausencia, de personas fidedignas y no apasionadas; lo cual se halla con gran dificultad en aquella provincia, donde hay pocos que no estén mas aficionados á una de las dos parcialidades de Pizarro ó de Almagro que en Roma estuvieron por César ó Pompeyo, ó poco antes por Sila ó Mario. Pues entre los vivos ó los muertos que en el Perú vivieron, no se hallará quien no haya recibido buenas ó malas obras de una de las dos cabezas ó de los que dellas dependen. Si hubiere alguno que cuente diferentemente este negocio, será quanto á la primera de las tres partes en que las historias se dividen, que es de los intentos ó consejos, en lo cual no es cosa nueva diferir los historiadores; pero quanto á las otras dos partes, que contienen hechos y sucesos, he trabajado lo que pude por no errar. Cuando acabé esta relacion sali de la opinion, en que hasta entonces estuve, de culpar á los historiadores porque en acabando sus obras no las sacan á luz, creyendo yo que su pretension era que el tiempo encubriese sus defectos, consumiendo los testigos del hecho; pero agora entiendo la razon que tienen para lo que hacen en esperar que se mueran las personas de quien tratan, y aun algunas veces les venia bien que peresciesen sus descendientes y linaje; porque en recontar cosas modernas hay peligro de hacer graves ofensas, y no hay esperanza de ganar algunas gracias, pues el que hizo cosa indebida, por livianamente que se toque, siempre quedará quejoso de haber sido el autor demasiado en la culpa de que le infama, y corto en la desculpa que él alega. Y por el contrario, el que merece ser alabado sobre alguna hazaña, por perfectamente que el historiador la cuente, nunca dejará de culparle de corto, porque no refinó mas copiosamente su hecho hasta hinchir un gran volumen de solas sus alabanzas. De lo cual procede necesitarse el que escribe á traer pleito, ó con el que reprende, por lo mucho que se alargó, ó con el que alaba, por la brevedad de que usó. Y así, seria muy sano consejo á los historiadores entretener sus historias, no solamente los nueve años que Horacio manda en otras cualesquier obras, pero aun noventa, para que los que proceden de los culpados tengan color de negar su descendencia, y los nietos de los virtuosos quedensatisfechos con cualquier loor que vieren escrito dellos. El temor deste peligro me habia quitado el atrevimiento de publicar por agora este libro, hasta que vuestra majestad me hizo á mi tanta merced, y á él tan gran favor, de leerle en el vinje y navegacion que prósperamente hizo de la Coruña á Inglaterra, y recebirle por suyo y mandarme que le publicase y hiciese imprimir. Lo cual cumplí en llegando á esta villa de Ambers, los ratos que tuve desocupados de la labor de la moneda de vuestra majestad, que es mi principal negocio. A vuestra majestad suplico resciba en servicio mi trabajo, y tenga por suyo este libro, como lo es el autor del, porque desta manera estará seguro de las mormuraciones, que pocas veces faltan en semejantes obras. En lo cual rescibiré señalada merced de vuestra majestad, cuya real persona nuestro Señor guarde, con acrescentamiento de mas reinos y señorios, como por sus criados es deseado. De Ambers, 30 de marzo año 1553.

DECLARACION

DE LA DIFICULTAD QUE ALGUNOS TIENEN EN AVERIGUAR POR DONDE PUDIERON PASAR
AL PERU LAS GENTES QUE PRIMERAMENTE LE POBLARON.

Este asunto generalmente, segun la dignidad que le corresponde, trató con elegante erudicion el padre presentado fray Gregorio Garcia, del orden de Santo Domingo, que con muchas adiciones y reflexiones se acabó de imprimir el año de 1729.

La duda que suelen tener sobre averiguar por dónde podrian pasar á las provincias del Perú las gentes que desde los tiempos antiguos en ella habitan, parece que esta satisfecha por una historia que recuenta el divino Platon algo sumariamente en el libro que intitula *Timeo* ó *De Natura*, y después muy á la larga y copiosamente en otro libro ó dialogo que se sigue inmediatamente

después del *Timeo*, llamado *Atlántico*, donde trata una historia que los egipcios recontaban en loor de los atenienses, los cuales dicen que fueron partes para vencer y desbaratar ciertos reyes y gran número de gentes de guerra, que vino por la mar desde una grande isla llamada Atlántica, que comenzaba desde las columnas de Hércules; la cual isla dicen que era mayor que toda Asia y Africa. Contenia diez reinos, los cuales dividió Neptuno entre diez hijos suyos, y al mayor, que se llamaba Atlas, dió el mayor y mejor. Cuenta otras muchas y muy memorables cosas de las costumbres y riquezas desta isla, especialmente de un templo que estaba en la ciudad principal, las paredes, techumbres, cubiertas con planchas de oro y plata y laton, y otras muchas particularidades que serian largas para referir, y se pueden ver en el original, donde se tratan copiosamente; muchas de las cuales costumbres y ceremonias vemos que se guardan el día de hoy en la provincia del Perú. Desde esta isla se navegaba a otras islas grandes que estaban de la otra parte della, vecinas a la tierra continente, allende la cual se seguia el verdadero mar. Las palabras formales de Platon en el principio del *Timeo* son estas, hablando Sócrates con los atenienses: «Tiènese por cierto que vuestra ciudad resistió en los tiempos pasados á innumerable número de enemigos que, saliendo del mar Atlántico, habian tomado y ocupado casi toda Europa y Asia, porque entónces aquel estrecho era navegable, teniendo á la boca dél y casi á su puerta una insula que comenzaba desde cerca de las columnas de Hércules, que dicen haber sido mayor que Asia y Africa juntamente, desde la cual habia contratacion y comercio á otras islas, y de aquellas islas se comunicaba con la tierra firme y continente que estaba frontero dellas, vecina del verdadero mar, y aquel mar se puede con razon llamar verdadero mar, y aquella tierra se puede justamente llamar tierra firme y continente.» Hasta aqui Platon, aunque poco mas abajo dice que nueve mil años antes que aquello se escribiese sucedió tan gran pujanza de aguas en la mar de aquel paraje, que en un día y una noche anegó toda esta isla, hundiendo las tierras y gentes, y que después aquel mar quedó con tantas ciénagas y bajos, que nunca mas por ella habian podido navegar, ni pasar á las otras islas ni á la tierra firme de que alli se hace mencion. Esta historia dicen todos los que escriben sobre Platon que fué cierta y verdadera, en tal manera que los mas dellos, especialmente Marsilio Ficino y Platino, no quieren admitir que tenga sentido alegórico, aunque algunos se lo dan, como lo refiere el mismo Marsilio en las *Anotaciones sobre el Timeo*, y no es argumento para ser fabuloso lo que alli dice de los nueve mil años; porque, segun Eudoxo, aquellos años se entendian, segun la cuenta de los egipcios, lunares, y no solares; por manera que eran nueve mil meses, que son setecientos y cincuenta años. Tambien es casi demostracion para creer lo desta isla, saber que todos los historiadores y cosmógrafos antiguos y modernos llaman al mar que anegó esta isla Atlántico, reteniendo el nombre de quando era tierra. Pues sobre presupuesto de ser historia verdadera, ¿quién podrá negar que esta isla Atlántica comenzaba desde el estrecho de Gibraltar, ó poco después de pasado Cádiz, y llegaba y se extendia por ese gran golfo, donde, así norte sur como leste hueste, tiene espacio para poder ser mayor que Asia y Africa? Las islas que dice el texto que se contrataban desde alli, parece claro que serian la Española, Cuba y San Juan y Jamaica, y las demás que están en aquella comarca. La tierra firme que se dice estar frontero destas islas, consta por razon que era la misma Tierra-Firme que agora se llama así, y todas las provincias con quien es continente, que, comenzando desde el estrecho de Magallanes, contiene corriendo hácia el norte la tierra del Perú y la provincia de Popayan y Castilla del Oro, y Veragua, Nicaragua, Guatemala, Nueva-España, las Siete-Ciudades, la Florida, los Bacallaos, y corre desde alli para el septentrion hasta juntar con las Noruegas; en lo cual sin ninguna duda hay mucha mas tierra que en todo lo poblado del mundo que conociamos antes que aquello se descubriese, y no causa mucha dificultad en este negocio el no haberse descubierto antes de agora por los romanos ni por las otras naciones que en diversos tiempos ocuparon á España; porque es de creer que duraba la maleza de la mar para impedir la navegacion, y yo lo he oido, y lo creo, que comprendió el descubrimiento de aquellas partes debajo de esta autoridad de Platon; y así, aquella tierra se puede claramente llamar la tierra continente de que trata Platon, pues quedaron en ella todas las señas que él da de la otra, mayormente aquella en que dice que es vecina al verdadero mar, que es el que verdaderamente llamamos del Sur, pues por lo que dél se ha navegado hasta nuestros tiempos consta claro que, respecto de su anchura y grandeza, todo el mar Mediterráneo y lo sabido del Océano, que llaman vulgarmente del Norte, son rios. Pues si todo esto es verdad, y concuerdan tambien las señas dello con las palabras de Platon, no sé por qué se tenga dificultad entender que por esta via hayan podido pasar al Perú

muchas gentes, así desde esta gran isla Atlántica como desde las otras islas para donde desde aquella isla se navegaba, y aun desde la misma tierra firme podian pasar por tierra al Perú, y si en aquello habia dificultad, por la misma mar del Sur, pues es de creer que tenian noticia y uso de la navegacion, aprendida del comercio que tenian con esta gran isla, donde dice el texto que tenia grande abundancia de navíos, y aun puertos hechos á mano para conservacion dellos, donde faltaban naturales. Esto es lo que se puede sacar por rastro cerca desta materia, que no es poco para cosa tan antigua y sin luz, mayormente teniendo respecto á que en el Perú no hay letras con qué conservar memoria de los hechos pasados, ni aun las pinturas, que sirven por letras en la Nueva-España, sino unas ciertas cuerdas de diversas colores, añudadas. De forma que por aquellos nudos, y por las distancias dellos se entienden, pero muy confusamente, como se declara mas largo en la historia que yo tengo hecha en las cosas del Perú. Puedo decir lo que Horacio en una carta:

*Si quid novisti rectius istis,
Candidus imperti, si non vis, utere mecum.*

Cerca del descubrimiento desta nueva tierra, parece que le cuadra un dicho á manera de profecía, que hace Séneca en la tragedia *Medea*, por estas palabras:

*Venient annis saecula seris,
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, novosque typhis delegat orbes,
Atque ingens pateat tellus.
Nec sit terris ultima Thyle.*

La principal relacion deste libro, quanto al descubrimiento de la tierra, se tomó de Rodrigo Lozano, vecino de Trujillo, que es en el Perú, y de otros que lo vieron.

HISTORIA

DEL

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DEL PERÚ.

CAPITULO PRIMERO.

De la noticia que se tuvo del Perú, y cómo se comenzó á descubrir.

En el año del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo de 1525 años, tres vecinos de la ciudad de Panamá (que es puerto de la mar del Sur), en la provincia de Tierra-Firme, llamada Castillo del Oro, se juntaron en compañía universal de todas sus haciendas, que fueron don Francisco Pizarro, natural de la ciudad de Trujillo, y don Diego de Almagro, natural de la villa Malagon, cuyo linaje nunca se pudo bien averiguar, porque algunos dicen que fué echado á la puerta de la iglesia, y que un clérigo llamado Hernando de Luque le crió. Y como estos fuesen los mas caudalosos de aquella tierra, pensando ser acrecentados y servir á su majestad del emperador don Carlos, nuestro señor, propusieron descubrir por la mar del Sur la costa de levante de la Tierra-Firme, hácia aquella parte que después se llamó Perú; y tomando licencia don Francisco Pizarro de Pedro Arias de Avila, que á la sazón gobernaba aquella tierra por su majestad, aderezó un navio con harta dificultad, y se metió en él con ciento y catorce hombres; y descubrió una pequeña y pobre provincia, cincuenta leguas de Panamá, que se llama Perú, de donde después impropriamente toda la tierra que por aquella costa se descubrió, por espacio de mas de mil y docientas leguas, por luen-go de costa se llamó Perú; y pasando adelante, halló otra tierra que los españoles llamaron el Pueblo-Quemado, donde los indios le daban tan continua guerra y lo mataban tanta gente, que le fué forzado volverse mal herido á la tierra de Chinchama, que era cerca de Panamá; y en este medio tiempo don Diego de Almagro, que allí habia quedado, hizo otro navio, y en él se embarcó con setenta españoles, y fué en busca de don Francisco Pizarro por la costa hasta el rio que llamó de San Juan, que era cien leguas de Panamá; y como no le halló, se tornó buscando, hasta que por el rastro conoció haber estado en el Pueblo-Quemado, donde desembarcó; y como los indios quedaron victoriosos por haber echado de la tierra á don Francisco Pizarro, se le defendian animosamente, y aun le hacian hurto daño, hasta que un dia los indios le entraron un fuerte

donde se defendian, por descuido de aquellos á quien tocaba la defensa por aquella parte, y desbarataron los españoles, y á don Diego le quebraron un ojo, y le trajeron á términos, que le fué forzado acogerse á la mar, y se volvió costeando hácia Tierra-Firme, y llegando á Chinchama, halló allí á don Francisco Pizarro, y se vió con él, y juntando los ejércitos y enviando por mas gente, se relucieron de hasta docientos españoles, y tornaron á navegar la costa arriba en los dos navios y en tres canoas que habian hecho; en la cual navegacion pasaron muchos y muy grandes trabajos, porque toda la costa es anegada de los esteros de muchos rios que en ella entran en la mar, con abundancia de lagartos, que los naturales llaman caimanes, que son unas bestias que se crían en las bocas de aquellos rios, tan grandes, que comunmente tienen á veinte y á veinte y cinco piés de largo, y en sintiendo en el agua cualquiera persona ó bestia, le muerden y llevan debajo del agua, donde le comen, y especialmente huelen mucho los perros. Salen á desovar en la arena, donde entierron gran cantidad de huevos, y los crían en seco, y ellos andan por la arena no muy ligeros, y después se acogen al agua; en lo cual, y en otras particularidades que en ellos se hallan, parecen muy semejantes á los cocodrillos del Nilo. Y asimesmo padecian mucha hambre, porque no hallaban comida sino la fruta de unos árboles llamados mangles, de que hay abundancia en aquella ribera, que son muy recios y altos y derechos, y por criarse en el agua salada, la fruta es tambien salada y amarga; pero la necesidad les hacia que se sustentasen con ella y con algun pescado que tomaban, y con marisco y cangrejos, porque en toda aquella costa no se cria maíz; y así, andaban remando en las canoas contra la gran corriente del mar, que siempre corre hácia el norte, y ellos iban al sur. Por toda la costa salian á ellos indios de guerra, dándoles gritos y llamándolos desterrados, y que tenian cabellos en las caras, y que eran criados del espuma de la mar, sin tener otro linaje, pues por ella habian venido, y que para qué andaban vagando el mundo; que debian ser grandes holgazanes, pues en ninguna parte paraban á labrar ni sembrar la tierra. Y por habérseles muerto á estos capitanes mucha gente, así de hambre como en las refriegas de los indios,

se acordó que don Diego volviese á Panamá por gente, donde trajo ochenta hombres, y con ellos y con los que habían quedado vivos pudieron llegar hasta la tierra que se llamaba Catamez, que era ya fuera de aquellos manglares; tierra de mucha comida y medianamente poblada, donde todos los indios que salían de guerra traían sembradas las caras con clavos de oro en agujeros que para ello tenían hechos; y por ser la tierra tan poblada, no pasaron adelante hasta que don Diego de Almagro tornó á Panamá por mas gente; y entre tanto se volvió don Francisco Pizarro á le esperar á una pequeña isla que estaba junto á la tierra, que llamaron la isla del Gallo, donde quedó padesciendo harta necesidad de todo lo necesario.

CAPITULO II.

Cómo quedó don Francisco Pizarro aislado en la Gorgona, y cómo con la poca gente navegó, pasando la línea Equinocial.

Cuando don Diego de Almagro volvió á Panamá por socorro, halló que su majestad había proveído por gobernador della un caballero de Córdoba, llamado Pedro de los Rios, el cual le impidió la vuelta, porque los que quedaron con don Francisco Pizarro en la isla del Gallo le enviaron secretamente á pedir que no permitiese que fuese mas gente á morir en aquella peligrosa jornada, sin ningun provecho, como habían muerto los pasados; y á ellos les mandase volver. Por lo cual Pedro de los Rios envió un teniente con su mandamiento para que todos los que quisiesen se pudiesen volver á Panamá libremente, sin que forzasen á ninguno á quedarse. Pues como la gente supo este mandato, se embarcaron luego con gran alegría, como si escaparon de tierra de moros; de forma que solos doce hombres se quisieron quedar con don Francisco Pizarro, con los cuales, por ser tan pocos, no osó quedar allí, y se fué á una isla deshabitada, seis leguas dentro en la mar, que, por ser toda llena de fuentes y arroyos, la llamaron la Gorgona, donde se sostuvieron comiendo cangrejos, exaivas y grandes culebras, de que allí hay abundancia, hasta que el navio volvió de Panamá, y en llegando, sin traer mas gente, salvo comida, se metió en él con solos sus doce compañeros, cuya constancia y virtud fué causa del descubrimiento de la tierra del Perú; uno de los cuales se llamaba Nicolás de Ribera, natural de Olvera; y Pedro de Candía, natural de la isla de Candía, en Grecia; y Juan de Torre, y Alonso Birceño, natural de Benavente; y Cristóbal de Peralta, natural de Baeza; y Alonso de Trujillo, natural de Trujillo; y Francisco de Cuellar, natural de Cuellar; y Alonso de Molina, natural de Ubeda. Y guiándolos un piloto, llamado Bartolomé Ruiz, natural de Moguer, navegaron con harto trabajo y peligro contra la fuerza de los vientos y corrientes, hasta que llegaron á una provincia llamada Motupe, que está en medio de dos pueblos que los cristianos poblaron, y nombraron al uno Trujillo y al otro San Miguel; y no osando pasar adelante por la poca gente que tenía, á la vuelta, en el rio que llaman de Puechos ó de la Chira, tomó cierto ganado de las ovejas de la tierra y algunos indios que sirvieron de lenguas, y volviendo á la mar, hizo saltar en el puerto de Tumbes, de donde se trajo noticia de una casa muy

principal que el señor del Porú allí tenía, con una poblacion de indios ricos, que era una de las cosas señaladas del Perú hasta que los indios de la isla de la Puna lo destruyeron, como adelante se dirá; y allí se quedaron tres españoles huidos, que después se supo haber sido muertos por los indios, y con esta noticia se tornó á Panamá, habiendo andado tres años en el descubrimiento, padesciendo grandes trabajos y peligros, así con la falta de comida como con las guerras y resistencia de los indios, y con los motines que entre su misma gente había, desconfiando los mas dellos de poder hallar cosa de provecho. Lo cual todo apaciguaba y proveía don Francisco con mucha prudencia y buen ánimo, confiado en la gran diligencia con que don Diego de Almagro le iría siempre proveyendo de mantenimientos y gente y caballos y armas. De manera que, con ser los mas ricos de la tierra, no solamente quedaron pobres, pero adeudados en mucha suma.

CAPITULO III.

De cómo don Francisco Pizarro vino á España á dar noticia á su majestad del descubrimiento del Perú, y de algunas costumbres de los naturales dél.

Hecho el descubrimiento, como arriba está dicho, don Francisco Pizarro se vino á España y dió noticia á su majestad de todo lo acaecido, y le suplicó que en remuneracion de sus trabajos le hiciese merced de la gobernacion de aquella tierra, que él quería tornar á descubrir y poblar; lo cual su majestad hizo, capitulando con él lo que se acostumbraba con los otros capitanes á quien se había encomendado el descubrimiento de otras provincias; y con tanto, se volvió á Panamá, llevando consigo á Hernando Pizarro y á Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro y á Francisco Martin de Alcántara, sus hermanos; entre los cuales solos Hernando Pizarro y Juan Pizarro eran legítimos y hermanos de padre y madre, hijos de Gonzalo Pizarro el Largo, vecino de Trujillo, que fué capitan de infanteria en el reino de Navarra; don Francisco era su hijo natural y Gonzalo Pizarro lo mesmo, aunque de diferentes madres, y Francisco Martin era hermano de don Francisco, de madre solamente; y demás destos, llevó consigo otra mucha gente para el descubrimiento, que los mas dellos eran naturales de Trujillo y Cáceres y de otros lugares de Extremadura. Y así, llegado á Panamá, comenzaron á aderezar las cosas necesarias para el descubrimiento debajo de la misma compañía, caso que hubo algunas disensiones entre don Francisco y don Diego; porque había sentido mucho don Diego que don Francisco hubiese negociado en España con su majestad todo lo que á él tocaba, trayendo título de gobernador y adelantado mayor del Perú, sin hacer mencion de cosa que á él tocase, como quier que en todos los trabajos y costas del descubrimiento había puesto la mayor parte. De todo esto le consoló don Francisco, diciendo que su majestad no había sido servido por entonces de darle para él cosa ninguna, caso que se lo había pedido; pero que él le prometía y daba su palabra de renunciar en él el adelantamiento, y le enviaria á suplicar que le pasase en él. Y con esto quedó algo satisfecho don Diego; y así, los dejaremos poniendo en orden la armada y las otras cosas

necesarias al descubrimiento, por contar el sitio de la provincia del Perú y las cosas señaladas y costumbres de las gentes.

CAPITULO IV.

De la gente que habita debajo de la línea Equinocial, y otras cosas señaladas que allí hay.

La tierra del Perú, de que se ha de tratar en esta historia, comienza desde la línea Equinocial adelante hacia el mediodía. La gente que habita debajo de la línea y en las faldas della tienen los gestos ajulados, hablan de papo, andaban tresquilados y sin vestidos, mas que unos pequeños refajos, con que cubrían sus vergüenzas. Y las indias siembran y amasan y muelen el pan que en toda aquella provincia se come, que en la lengua de las islas se llama maíz, aunque en la del Perú se llama zara. Los hombres traen unas camisas cortas hasta el ombligo y sus vergüenzas de fuera. Hácense las coronas casi á manera de frailes, aunque adelante ni atrás no traen ningun cabello, sino á los lados. Preciáanse de traer muchas joyas de oro en las orejas y en las narices, mayormente esmeraldas, que se hallan solamente en aquel paraje, aunque los indios no han querido mostrar los veneros dellas; créese que nascan allí, porque se han hallado algunas mezcladas y pegadas con guijeros, que es señal de cuajarse dellas. Atáanse los brazos y piernas con muchas vueltas de cuentas de oro y de plata, y de turquesas menudas, y de contezuelas blancas y coloradas, y caracoles, sin consentir traer á las mujeres ninguna cosa destas. Es tierra muy caliente y enferma, especialmente de unas berrugas muy enconadas que nacen en el rostro y otros miembros, que tienen muy hondas las raíces, de peor calidad que las bubas. Tienen en esta provincia las puertas de los templos hacia el oriente, tapadas con unos paramentos de algodón, y en cada templo hay dos figuras de bulto de carbones negros, ante las cuales siempre queman leña de árboles que huelen muy bien, que allí se crían, y en rompiéndoles la corteza, distila dellos un licor, cuyo olor trasciende tanto, que da fustidio, y si con él untan algun cuerpo muerto y se lo echan por la garganta, jamás se corrompe. También hay en los templos figuras de grandes sierpes, en que adoran; y demás de los generales, tenía cada uno otros particulares, segun su trato y oficio, en que adoraban: los pescadores en figuras de tiburones, y los cazadores segun la caza que ejercitaban, y así todos los demás; y en algunos templos, especialmente en los pueblos que llaman de Pasao, en todos los pilares dellos tenían hombres y niños, crucificados los cuerpos, ó los cueros tan bien curados, que no oían mal, y clavadas muchas cabezas de indios, que con cierto comimiento las consumen, hasta quedar como un puño. La tierra es muy seca, aunque llueve á menudo; es de pocas aguas dulces, que corren, y todos beben de pozos ó de aguas rebalsadas, que llaman jagueyes; hacen las casas de unas gruesas cañas que allí se crían; el oro que allí nasce es de baja ley; hay pocas frutas; navegan la mar con canoas falcadas, que son cavadas en troncos de árboles, y con balsas. Es costa de gran pesquería y muchas ballenas. En unos pueblos desta provincia, que llamaban Caraque, tenían sobre las puertas de los tem-

PLA-II.

plos unas figuras de hombres con una vestidura de la mesma hechura de almática de diácono.

CAPITULO V.

De los veneros de pez que hay en la punta de Santa Elena, y de los gigantes que allí hubo.

Cerca desta provincia, en una punta que los españoles llamaron de Santa Elena, que se mete en la mar, hay ciertos veneros donde mana un betun que parece pez ó alquitran, y suple por ellos. Junto á esta punta, dicen los indios de la tierra que habitaron unos gigantes, cuya estatura era tan grande como cuatro estados de un hombre mediano. No declaran de qué parte vinieron; manteníanse de las mesmas viandas de los indios, especialmente pescado, porque eran grandes pescadores; á lo cual iban en balsas, cada uno en la suya, porque no podían llevar mas, con navegar tres caballos en una balsa; apeaban la mar en dos brazas y media; holgaban mucho de topar tiburones ó lufes, ó otros peces muy grandes, porque tenían mas que comer; comía cada uno mas que treinta indios; andaban desnudos por la dificultad de hacer los vestidos; eran tan crueles, que sin causa ninguna mataban muchos indios, de quien eran muy temidos. Vieron los españoles en Puerto-Viejo dos figuras de bulto destos gigantes, una de hombre y otra de mujer. Hay memoria entre los indios, descendiendo de padres en hijos, de muchas particularidades destos gigantes, especialmente del fin dellos; porque dicen que bajó del cielo un mancebo resplandeciente como el sol, y peleó con ellos, tirándoles llamas de fuego, que se metían por las peñas donde daban, y hasta hoy están allí los agujeros señalados; y así, se fueron retrayendo á un valle, donde los acabó de matar todos. Y con todo esto, nunca se dió entero crédito á lo que los indios decían cerca destos gigantes, hasta que siendo teniente de gobernador en Puerto-Viejo el capitán Juan de Olmos, natural de Trujillo, en el año de 543, y oyendo todas estas cosas, hizo cavar en aquel valle, donde hallaron tan grandes costillas y otros huesos, que si no parecieran juntas las cabezas, no era creíble ser de personas humanas; y así, hecha la averiguación y vistas las señales de los rayos en las peñas, se tuvo por cierto lo que los indios decían; y se enviaron á diversas partes del Perú algunos dientes de los que allí se hallaron, que tenía cada uno tres dedos de ancho y cuatro de largo. Tiénese por cosa cierta entre los españoles, vistas estas señales, que por ser, como dicen que era, esta gente muy dados al vicio contra natura, la Justicia divina los quitó de la tierra, enviando algun ángel para ello, como se hizo en Sodoma y en otras partes; y así para esto como para todas las otras antigüedades que en el Perú se saben, se ha de presuponer la dificultad que hay en la averiguación; porque los naturales ningun género de letras ni escritura saben ni usan, ni aun las pinturas, que sirven en lugar de libros en la Nueva-España, sino solamente la memoria que se conserva de unos en otros; y las cosas de cuenta se perpetúan por medio de unas cuerdas de algodón, que llaman los indios quippos, denotando los números por nudos de diversas hechuras, subiendo por el espacio de la cuenta desde las unidades á decenas, y así dando

arriba, y poniendo la cuerda del color que es la cosa que quieren mostrar; y en cada provincia hay personas que tienen cargo de poner en memoria por estas cuerdas las cosas generales, que llaman quippo camaio; y así, se hallan casas públicas llenas destas cuerdas, las cuales con gran facilidad da á entender el que las tiene á cargo, aunque sean de muchas edades antes dél.

CAPITULO VI.

De las gentes y cosas que hay pasada la línea Equinocial hácia el mediodía, por la costa de la mar.

Pasada la línea Equinocial, hácia el mediodía hay una isla de doce leguas de bojo, muy cerca de la Tierra-Firme, la cual isla llaman la Puna, abundante de mucha caza de venados y pesquería y de muchas aguas dulces. Solia estar poblada de mucha gente, y tenían guerras con todos los pueblos comarcanos, especialmente con los de Tumbéz, que están doce leguas de allí. Vestían camisas y paños; eran señores de muchas balsas, con que navegaban. Estas balsas son hechas de unos pulos largos y livianos, atados sobre otros dos palos, y siempre los de encima son nones, comunmente cinco, y algunas veces siete ó nueve, y el de en medio es mas largo que los otros, como piérego de correla, donde va sentado el que rema; de manera que la balsa es hechura de la mano tendida, que van menguándose los dedos, y encima hacen unos tablados por no mojar-se. Hay balsas en que caben cincuenta hombres y tres caballos; navegan con la vela y con remos, porque los indios son grandes marineros dellas, aunque algunas veces ha acaescido, yendo españoles en las balsas, desatar los indios muy sotilmente los palos, y apartarse cada uno por su cabo, y así perecer los cristianos y salvarse los indios sobre los palos, y aun sin ningun arrimo, por ser grandes nadadores. Peleaban los desta isla con tiraderas y hondas, y con porras y luchas de plata y cobre. Tenían muchas lanzas con hierros de oro bajo, y hombres y mujeres traían muchas joyas y anillos de oro. Servíanse con vasijas de oro y plata, y el señor de aquella isla era muy temido de sus vasallos, y tan celoso, que todos los servidores de su casa y guardas de sus mujeres traían cortadas las narices y miembros genitales. Y en otra pequeña isla, junto á ella, se halló en una casa el retrato de una huerta con los arboles y plantas de plata y oro. Frontero desta isla, y en la Tierra-Firme, había unos pueblos que, por cierto enojo que hicieron al señor del Perú, les dió por pena que se sacasen los dientes de la mejilla alta; y así, hasta el día de hoy hombres y mujeres andan desdentados.

En pasando de Tumbéz hácia el mediodía, en espacio de quinientas leguas por luengo de costa, ni en diez leguas la tierra adentro, no llueve ni truena jamás, ni cae rayo, caso que pasadas las diez leguas ó algo mas ó menos, como la sierra dista de la mar, llueve y truena, y hay invierno y verano á los tiempos y de la manera que en Castilla, y al tiempo que en la sierra es invierno en la costa es verano, y así por el contrario; y por todo el espacio descubierto de la tierra del Perú, que es desde la ciudad de Pasto, donde comienza, hasta la provincia de Chili, que agora está descubierta, hay mas de mil y ochocientas leguas, mas largas que las de

Castilla; y en todas ellas va á la larga una cordillera de sierras muy ásperas, que unas veces distan de la mar quince y veinte leguas, y otras se meten los ramos de la sierra por la tierra y hacen menor la distancia; por manera que todo lo descubierto del Perú se entiende por dos nombres, que toda la distancia que hay desde las montañas á la mar, agora diste poco ó mucho, se llaman los Llanos, y todo lo demás se llama la Sierra. Estos llanos son muy secos y de muy grandes arroyales, porque no llueve jamás en ellos, ni se halla fuente ni pozo ni otro ningun manantial, sino cuatro ó cinco jagueyes que, por estar junto á la mar, el agua es muy salobre. Mantiénense del agua de los rios que descenden de la sierra, y se juntan de las nieves y lluvias que allí caen; porque tampoco en la sierra se hallan sino muy pocas fuentes. Estos rios están apartados unos de otros algunas veces doce y quince y veinte leguas, pero lo mas ordinario es á siete y á ocho leguas; y así, los caminantes hacen comunmente jornada en ellos, porque no tienen otra agua que beber. Por las orillas destes rios, una legua en ancho, y á veces mas ó menos, como lo sufre la disposicion de la tierra, hay muy grandes frescuras de arboledas y frutales y maizales, que los indios siembran; y después que los españoles fueron á aquella tierra, tambien siembran trigo, lo cual todo riegan con las acequias que sacan destes rios, en que tienen muy grande experiencia é industria; porque algunas veces, para desmentir los valles que se ofrescen en medio, acontece rodear con la acequia siete y ocho leguas, con no tener el tal valle media legua de distancia de punta á punta. La frescura destes valles tura de largo, como viene el rio desde la mar á la sierra; corren los rios con tanto impetu por venir de tan alto, que muchos dellos, como son el de Santa y el de la Barranca y otros semejantes, no los podrian pasar los españoles á caballo sin ayuda de los indios, que les defienden la corriente, poniéndose hácia la parte baja asidos con varales y otros palos; aun con todo esto, pasando los rios, no es seguro detenerse á dar agua ni otra cosa, porque la furia del agua desbarata al caballo y al que va encima, y le hace perder los sentidos, y el principal peligro consiste en que, si cae el caballo ó el hombre, la gran corriente los lleva abajo sin dejarlos levantar, porque es tan furiosa, que ordinariamente lleva tras sí piedras bien grandes. Los que caminan por los llanos van siempre por la orilla de la mar, que casi no se apartan del agua, ó á lo menos pocas veces la pierden de vista, y en los inviernos es peligroso camino, porque vienen los rios tan crecidos, que no se pueden pasar sino en las balsas que arriba están dichas, ó en otras que hacen hinchendo unas redes de calabazas, y sobre ellas va tendido de pechos el que ha de pasar, y un indio va delante, asida la balsa, á nado con una cuerda, y otro detrás echándola hácia adelante. Y asimismo en las riberas destes rios hay frutales de diversas maneras y algodones y salces y cañas y carrizos y juncos y juncia y espadañas y otros géneros de yerbas. Es tierra muy fértil, y en todo el año se siembra, y se coge el trigo y el malz sin esperar tiempo cierto para ello.

Los indios no viven en casas, sino debajo de árboles ó de ramadas. Las mujeres visten unos hábitos de algo-

don hasta los plés, á manera de lobas; los hombres traen pañetes y unas camisetas hasta la rodilla, y encima unas mantas; y aunque la manera del vestir es comun á todos, difieren en lo que traen en las cabezas, segun el uso de cada tierra; porque unos traen trenzas de lana, y otros un solo cordon de lana y otros muchos cordones de diversas colores; y no hay ninguno que no traiga algo en la cabeza, y en cada provincia es diferentemente. Dividense en tres géneros todos los indios destos llanos, porque á unos llaman yungas y á otros tallanes y á otros mochicas; en cada provincia hay diferente lenguaje, caso que los caciques y principales y gente noble, demás de la lengua propia de su tierra, saben y hablan entre sí todos una misma lengua, que es la del Cuzco, por causa que el rey del Perú, llamado Guaynacaba, padre de Atabaliba, pareciéndole que era poco acatamiento de sus vasallos, especialmente de los caciques y gente principal, que mas de ordinario con él trataban, haber de negociar por intérprete, mandó que todos los caciques de la tierra y sus hermanas y parientes enviasen sus hijos á servirle en su corte, so color que aprendiesen la lengua, aunque principalmente su intento era asegurar la tierra de todos los principales con tenerlos sus hijos en rehenes. Como quier que sea, por esta forma consiguió que toda la gente noble de su reino supiese y hablase la lengua de su corte, de la manera que en Fránces se introdujo que los caballeros y nobles hablasen la lengua francesa; de manera que el español que supiere la lengua del Cuzco puede pasar por todo el Perú, en los llanos y en la sierra, entendiendo y siendo entendido de los principales.

CAPITULO VII.

Del viento que corre en los llanos del Perú, y la razon de la sequedad dellos.

Con razon podrian dudar los que leyeren esta historia de la causa por que no llueve en todos los llanos del Perú, como arriba está dicho, habiendo razones de que en ellos hubiese de haber grandes lluvias, pues tienen tan cerca de la una parte la mar, que comunmente engendra humedades y vapores, y de la otra las altas sierras, de que hemos hecho relacion, donde nunca faltan nieves y aguas; y la razon natural que hallan los que con diligencia lo han inquirido es, que en todos estos llanos y costa de la mar corre todo el año un solo viento, que los marineros llaman sudueste, que viene prolongando la costa, tan impetuoso, que no deja parar ni levantar las nubes ó vapores de la tierra ni de la mar á que lleguen á congelarse á la region del oiro; y de las altas sierras que exceden estos vapores ó nubes se ven abajo, que parece que son otro cielo, y sobre ellos está muy claro, sin ningun nublado; y este viento causa tambien correr las aguas de aquella mar hácia la parte del norte, como corren, aunque algunos dan para ello otra causa, que como la mar del Sur va á embocar por el estrecho de Magallanes, y por ser tan angosto, que no tiene mas de dos leguas, no puede caber por él tan gran pujanza de agua, especialmente encontrándose allí con las aguas del mar del Norte, que le estorban la entrada; y así, no pudiendo caber toda el agua por allí, necesariamente tiene de hacer reflexion

y retraerse hácia atrás; y así, es causa de que las corrientes vuelvan atrás contra el norte; de donde nace otro inconveniente, que es ser por esta razon tan dificultosa la navegacion de Panamá para el Perú, porque siempre tienen el viento contrario, y mucha parte del año tambien las corrientes, que si no van á la bolina y forcejando contra el viento, no es posible navegar.

En toda esta costa del Perú hay grandes pesquerías de todos géneros de peces y muchos lobos marinos. Desde el rio de Tumbes arriba no se hallan lagartos; algunos dicen que lo causa ser la tierra mas templada, porque ellos son amigos de calor; pero por mas cierto se tiene causarlo la furia con que corren los rios, que no los dejan criar, porque ellos ordinariamente crian en las rebalsas de los rios. En toda la largura de los llanos hay pobladas de cristianos cinco ciudades. La primera se llama Puerto-Viejo, que está muy cerca de la línea Equinocial. Esta tiene pocos vecinos, porque es tierra pobre y enferma, aunque hay algunas esmeraldas, como arriba está dicho. Cincuenta leguas mas arriba, quince leguas la tierra adentro, está otra ciudad que se llama San Miguel, y en lengua de los indios se llamaba Piura; lugar fresco y bien proveido, aunque sin minas de oro ni de plata. Allí hay una enfermedad natural de la tierra, que da en los ojos á los mas que por allí pasan. Sesenta leguas adelante, la costa arriba, está una ciudad en un valle que llaman Chirino, y la ciudad se llama Trujillo; está dos leguas de la mar, aunque el puerto es peligroso; está asentada en un llano á la orilla de un rio; es muy abundante de aguas, y fértil de trigo, maíz y ganado. Está la poblacion hecha por mucha orden y razon, y en ella hasta trecientas casas de españoles. Ochenta leguas mas arriba hay otra ciudad, dos leguas de un puerto de mar muy bueno y seguro, asentada en un valle que se dice Lima, y la ciudad se dice los Reyes, porque se pobló dia de la Epifanía. Está en un llano junto á un rio caudaloso; la tierra es muy abundante de pan y de todo género de frutas y ganados. Está la ciudad poblada de suerte que todas las calles van á dar á la plaza á cordel, y por cualquiera se paresco el campo por dos partes. Es de muy apacible vivienda por causa de su templanza, que en todo el año no hay frio ni calor que dé pesadumbre; los cuatro meses del estío de España hace en ella alguna mas diferencia de frio que en el otro tiempo. Estos cuatro meses cae en ella hasta el mediodia un rocío menudo como las nieblas de Valladolid, salvo que no es dañoso para la salud; antes los que tienen enfermedad de cabeza la lavan con este rocío. Dase muy bien toda fruta de Castilla, especialmente naranjas, cidras, limones, toronjas, dulce y agro, y higos y granadas, y aun de uvas hubiera abundancia si las alteraciones de la tierra hubieran dado lugar, porque algunas hay nascidas que se pusieron de granos de pasas. Tambien hay grande abundancia de verdura y legumbres de Castilla y gran aparejo para criallas, porque en cada casa hay una acequia de agua sacada del rio, que podria hacer moler un molino. Hay en el rio muchas paradas de molinos de Castilla, donde los españoles muelen su trigo; por manera que esta ciudad se tiene por la mas sana y apacible vivienda de la tierra, por ser el puerto de gran comercio

y contratación, y que para proveerse de lo necesario acuden á él de todas las ciudades que están la tierra arriba, en cuyas minas se halla tanta abundancia de oro y plata como de aquella provincia se trae; y tambien por estar en medio de la tierra, y haber su majestad mandado por esta razon que resida allí la audiencia real, á cuya causa acuden todos los vecinos de la tierra á pedir allí justicia; y es de creer que cada dia se irá aumentando mas en vecindad. Terná agora quinientas casas, aunque toma muy mayor sitio que una ciudad de España que tenga mil y quinientas, así por ser las calles muy anchas y la plaza, como porque cada casa ocupa un solar de ochenta piés de delantera, y doblado el largo. Los edificios no se pueden hacer de mas de un suelo, porque no hay madera en la tierra que sufra hollar-se, y á tres años se come de carcoma; y con todo esto, las casas son muy suntuosas y de grande autoridad y muchos aposentos; los cuales edifican haciendo las paredes de los cuartos de adobes, con cinco piés de ancho, y en medio lo hinchén de tierra todo lo necesario para subir el aposento, hasta que las ventanas que salen á la calle queden bien altas del suelo. Las escaleras están descubiertas en los patios, y van á dar en unos terrados que sirven de corredor ó antecuarto para entrar desde allí á los aposentos. Las techumbres se hacen y cubren con unos tirantes toscos, y encima dellos se pone un cielo de unas esteras pintadas como las de Almeria, que cubren tambien las mismas tirantes, ó de unos lienzos pintados; y encima de todos se hacen ramadas, y así quedan los aposentos muy altos y frescos y defendidos del sol, porque del agua no hay necesidad defenderlos, pues, como está dicho, nunca llueve. Ciento y treinta leguas desta ciudad, la costa arriba, está otra villa que se intitula la villa hermosa de Arequipa, que será pueblo de hasta trecientas casas, muy sano, y abundante de todo género de comida. Está doce leguas de la mar, de cuya causa se espera que se poblará mucho, porque suben á él los navios con ropa y vino y otros mantenimientos, de donde se provee la ciudad del Cuzco y la provincia de los Charcas, adonde acude la mayor parte de la gente de la tierra por causa de la contratación de las minas de Potosí y Porco; y tambien se trae de allí esta villa gran abundancia de plata para embarcar en los mismos navios, y llevarlo por mar á la ciudad de los Reyes ó á Panamá, con que se excusa llevarlo por tierra, con gran peligro y riesgo y trabajo, después que, en ejecución de la ordenanza real, no se cargan los indios. Desde esta ciudad pueden ir por tierra junto á la costa de la mar, por espacio de cuatrocientas leguas, á la provincia que descubrió y pobló el gobernador Pedro de Valdivia, que se llama Chili, que en lengua de indios quiere decir frio, por causa de los grandes frios que para llegar á ellos se pasan, como la historia lo declarará adelante, quando tratarse de la jornada que hizo el adelantado don Diego de Almagro. Este es el sitio y poblacion de la parte del Perú en los llanos del; con que se debe presuponer que la mar es tan bonanza y limpia en toda aquella costa, por tanto espacio de tierra como hemos dicho, que jamás hay tormenta ni maleza ni hajo, ni otro impedimento para que los naos no puedan surgir seguramente con sola una áncora en toda la costa.

CAPITULO VIII.

De la calidad de la sierra del Perú, y de la poblacion desta de indios y cristianos.

Los indios que habitan en la sierra son muy diferentes de los de los llanos en fuerzas y esfuerzo y razon, y viven mas políticamente, en cascas cubiertas de tierra, y visten camisas y mantas de lana de las ovejas que allí se crían; andan en cabello con unas reatas atadas á las cabezas; las mujeres visten unos hábitos sin mangas, muy saídas con unas cintas de lana por todo el cuerpo, con que se hacen los talles largos; traen cobijados unas mantellinas de lana preñidas al cuello con unos grandes alfileres de oro ó plata, como cada una alcanza, los cuales, en su lengua se llaman topos, que tienen las cabezas grandes y llanas, y tan agudas, que les sirven de cuchillos. Ayudan mucho á sus maridos en las labores y trabajos del campo y en los caseros, y aun casi lo trabajan ellas todo. Son comunmente blancas y de muy buenos gestos y faciones, mucho mas que las de los llanos. Y asimesmo la tierra es muy diferente de los llanos, porque toda está cubierta de yerba, y con gran abundancia de arroyos y aguas muy frias; de las cuales, juntándose, se hacen los rios que van por los llanos. Hay muchas flores por los campos, y verduras como las de Castilla. Hay por todas partes berros y mastuerzo y almirones y verbena y zarzamoras y hacederas, y hay otras yerbas que echan unas flores amarillas, y las hojas como apio, que en poniéndola en cualquier llaga, aunque esté corrompida, luego la limpia, y si la ponen sobre la carne sana, la come asta el hueso. Hay muchos géneros de árboles de la tierra, con gran diversidad de frutas, tan sabrosas como las de Castilla. Hay alisos y nogales silvestres. Tienen los indios muchas ovejas silvestres y otras domésticas. Hay venados y corzos, y otros géneros de animales menores, y abundancia de raposos. De todos estos animales hacen los indios una caza de gran regocijo, que ellos llaman chaco, desta manera: que se juntan cuatro ó cinco mil indios, mas ó menos, como lo sufre la poblacion de la tierra, y pónense apartados uno de otro en corro; tanto, que ocupan dos ó tres leguas de tierra; y después se van juntando paso á paso al son de ciertos cantares que ellos saben para aquel propósito, y viénense á juntar hasta trabarse de las manos, y aun hasta cruzar los brazos unos con otros, y así viénense á juntar gran número de caza, como en corral, de todos géneros de animales, y allí toman y matan lo que les parece; y son tan grandes las voces que dan, que, no solamente espantan los animales, mas hacen caer entre ellos aturdidas muchas perdices y nelliis y otras aves, que, embarazadas con la mucha gente y grandes gritos, se dejan tomar á manos, y algunas dellas con redes. Hay por los montes leones y osos negros y gatos, y monos de diversas maneras, y otros muchos géneros de salvajinas, y las aves que hay en los llanos y en la sierra son águilas y palomas, tórtolas, pitos, colorucos, papagayos, alcaudones, mochuelos, patos y gallarelas, garzas blancas y pardas, ruiseñores, y otras diversidades de hermosas aves; y entre ellas hay unas tan pequeñas, que un cigarron es mayor, y tienen unas plumas

largas como un tornasol verde. Hay por las costas tan grandes lúitres, que, tendidas las alas, tienen quince ó diez y seis palmos de punta á punta; estas se mantienen de lobos marinos, y cuando los ven en tierra, uno dellos hace presa en los piés ó cola, y otro le saca los ojos, y así otros lo pican hasta matarle y cebarse en él. Hay otras aves, que llaman alcetraces, que son de hechura de gallinas, aunque muy mayores, porque les puede caber en el papo tres celemines de trigo, y son tan generales en toda la costa de la mar del Sur, que por espacio de mas de dos mil leguas nunca faltan; mantíenese de marisco, y cuando sienten hombre muerto entran á buscarle la tierra adentro treinta y cuarenta leguas. Es la carne dellas tan hedionda y mala, que algunos que con necesidad la han comido mueren como con ponzoña. Ya está dicho que en toda esta sierra llueve y graniza y nieva y hace gran frío, aunque hay en ella valles tan hondos, que no se sienten por la mucha calor; y allí se puede criar una yerba, que los indios tienen en mas que oro ni plata, llamada coca, cuya hoja es casi de hechura de la del zumaque; y tiénese experiencia que el que trae esta hoja en la boca no ha sed ni hambre. En algunas partes desta sierra no hay ningunos árboles, y los que caminan por ellas hacen lumbres de unos céspedes que por allí se crían. Hay veneros de tierra de diversas colores, y venas de oro y plata, las cuales los indios conocían y fundien muy mejor y con menos trabajo y costa que los cristianos; porque en las sierras mas altas hacían unos hornillos con las puertas hacia el mediodía, de donde hemos dicho que siempre sopla el viento, y allí echán el metal con estiércol de ovejas; y encendiendo el viento el carbon, se derrite y cendra la plata y oro; y aun agora se ha visto en la gran abundancia de plata que se saca en las minas de Potosí que no se puede fundir con fuelles, sino que los indios lo funden en estos hornillos, que ellos llaman guarais, que quiere decir viento, porque se enciende con él. Es tan abundante y fértil esta tierra de cualquier cosa que en ella se siembra, que de una hanega de trigo salen ciento y cinquenta, y á veces docientas, y lo ordinario es ciento, con no haber arados con que labrar la tierra, sino unas palas agudas con que los indios la revuelven; y siembran los granos de trigo haciendo un agujero con un palo y metiéndolos allí, como hacen en España cuando siembran habas. Danse las verduras y legumbres en tanta abundancia, que se vió en la ciudad de Trujillo nacer rábanos tan gruesos como un hombre, muy tiernos y macizos y que las hojas ocupaban dos pasos al derredor, y lo mesmo las lechugas y coles y otras hortaliças que se sembraron de la simiente que se llevó de Castilla; pero la que nació después en la tierra no creció tanto. Las viandas que en aquella tierra comen los indios son maíz cocido y tostado en lugar de pan, y carne de venados cecinata, á manera de moxama, y pescado seco, y unas raíces de diversos géneros, que ellos llaman yuca, y ajís y zamotes y papas, y otras de otras maneras, y altramuces, y otras legumbres. Beben un brebaje en lugar de vino, que hacen echando maíz con agua en unas tinajas que guardan debajo de

tierra, y allí hiervo; y demás del maíz crudo, le echan en cada tinaja cierta cantidad de maíz maseado, para la cual hay hombres y mujeres que se alquilan, y sirven como levadura. Tiénese por mejor y mas recio lo que se hace con agua embalsada que con la que corre. Este brebaje se llama comunmente chicha en lenguaje de las islas, porque en lengua del Perú se llama azña: es blanco ó tinto, como la color del maíz le echan, y omborracha mas fácilmente que vino de Castilla, aunque si los indios lo pudiesen haber, segun son aficionados á ello, dejarían lo de su tierra. También hacen otra bebida de una frutilla que nasce en unos árboles, que llaman molles, aunque no es tan preciosa como la chicha.

CAPITULO IX.

De las ciudades de cristianos que hay en la sierra del Perú.

En la sierra del Perú hay algunas poblaciones de cristianos, que comienzan desde la ciudad de Quito, la cual está en cuatro grados, poco mas ó menos, allende de la línea Equinocial. Solia ser lugar muy apacible y abundante de pan y ganados, y mucho mas por los años de 44 y 45, que se descubrieron muy ricas minas de oro, y iba poblándose y acrecentándose el lugar de mucha gente, hasta que la furia de la guerra acudió allí, que fué causa que muriesen casi todos los vecinos de aquella ciudad á manos de Gonzalo Pizarro y de sus capitanes, porque habían servido y favorecido al visorey Blasco Núñez Vela el tiempo que allí residió, como adelante mas particularmente se dirá. Desde esta ciudad no hay poblacion de cristianos por la sierra hasta un descubrimiento de la provincia de los Bracamoros, que el capitán Juan Porcel por una parte y el capitán Vergara por la otra descubrieron, y hicieron en ellas unas pequeñas poblaciones para desde allí entrar á descubrir mas adelante, conquistando y descubriendo la tierra, y aun estas poblaciones se deshiciéron, porque Gonzalo Pizarro trajo consigo estos capitanes con su gente, para ayudarse dellos en sus guerras; y este descubrimiento se hizo por órden del licenciado Vaca de Castro, siendo gobernador de aquella provincia; que por la parte de San Miguel envió al capitán Porcel, y mucho mas arriba, por la provincia de los Chachapoyas, envió á Vergara, creyendo que iban por diversas entradas, caso que ellos después se toparon, y aun tuvieron diferencia sobre á quién pertenescin; y viniendo llamados por Vaca de Castro para dar entro ellos asiento, se hallaron al principio de la guerra en la ciudad de los Reyes, en servicio del Visorey; y después de él preso, se quedaron con Gonzalo Pizarro, y cesó el negocio de la entrada. Está este descubrimiento á ciento y sesenta leguas de la ciudad de Quito, por la sierra. Mas adelante otras ochenta leguas hay una provincia que se dice de los Chachapoyas, donde hay una poblacion de cristianos que se intitula Levanto, tierra fértil de comida y de razonables minas; es la provincia muy fuerte y segura, porque está cercada casi por todas partes de un muy hondo valle, por el cual va un río que le cerca por la mayor parte, que cortando las puentes dél habría mucha dificultad de conquistarla; esta provincia pobló de cristianos el mariscal Alonso

de Albarado, á quien estaba encomendada. Mas adelante por espacio de sesenta leguas hay otra poblacion de cristianos que se llama Guanuco, hecha por mandado del licenciado Vaca de Castro, que la llamó Leon, por ser natural de la ciudad de Leon, en España. Es tierra de mucha comida, y créese que hay en ella abundancia de minas, especialmente hácia la parte que tiene ocupada el Inga, que está alzado y de guerra en la provincia de los Andes, como adelante se declarará; y desde esta ciudad no hay en la sierra lugar de cristianos hasta la villa de Guanmanga, que por los cristianos se nombra San Juan de la Victoria, que hay distancia de sesenta leguas; esta villa es de poca poblacion de cristianos, aunque se cree que se acrecentaría mucho si el Inga viniese de paz, porque está muy cerca della, y los tiene ocupada á los vecinos la mejor tierra, donde hay muchas minas y abundancia de coca, que es una yerba de mucho provecho, como arriba está dicho. Desta villa de Guanmanga al Cuzco hay distancia de ochenta leguas, en las cuales hay grande aspereza de caminos, por las muchas sierras y quebradas, que son causa de grandes peligros. La ciudad del Cuzco antes de los cristianos era el asiento y corte de los reyes de aquella provincia, y desde ella se gobernaba tanta distancia de tierra como está declarado y se declarará. Y allí acudían los caciques de todas partes, así á traer los tributos del señor como á tratar sus negocios y á pedir su justicia unos contra otros; y en toda la provincia no había otro lugar poblado de indios ni que tuviese forma de ciudad, sino esta, donde hay una muy buena fortaleza, labrada de piedras cuadradas tan grandes, que causa admiracion haberse podido traer allí á fuerza de indios, sin ayuda de bueyes ni mulas ni otros animales; porque hay muchas piedras que no las moverán diez pares de bueyes cada una dellas. Las casas y edificios en que hoy viven los cristianos son las mismas que los indios tenían, aunque algunas reparadas y otras acrescentadas; la ciudad se divide en cuatro estancias, en cada una de las cuales tenía mandado el Rey, que en lengua de los indios se llama Inga, que viviesen y se aposentasen los indios de hácia la parte que correspondía á aquel cuartel desta manera que el que tira hácia el mediodía: se llama Collasuyo, por una provincia que está hácia aquella parte, llamada Colla; y el que está hácia la parte del norte, contrario de este, se llama Chinchasuyo, por causa de una provincia muy nombrada que cae en aquel derecho, llamada Chíncha, que agora es de su majestad, harto pobre y despoblada segun lo que solia; y así, desta manera se nombran los otros dos cuarteles de oriente y poniente, Andesuyo y Condesuyo; y ningún indio podía vivir en el aposento diferente del que estaba señalado á su tierra, sin gran pena. La tierra comarcaná á esta ciudad es muy abundante de toda comida, y es tan sana, que en entrando en ella un hombre sin enfermedad, pocos ó ninguna vez adolece. Está cercada de muchas y ricas minas de oro, en las cuales se ha sacado tanto como á España ha venido; aunque agora, después que se descubrieron las minas de Potosí, se han despoblado las del oro, así porque se halla muy mayor ganancia en la plata, como porque es con

muy menor peligro de los indios y aun de los cristianos que tratan en ello. Desde esta ciudad del Cuzco á la villa de Plata, que es en la provincia de las Charcas, hay ciento y cinquenta leguas, y mas, y en medio hay una provincia muy grande y llana, que se llama el Callao, que dura mas de cinquenta leguas, y la principal parte, que se llama Chiquito, es de su majestad; y por haber tan gran distancia despoblada de cristianos, el licenciado de la Gasca el año de 49 mandó poblar un lugar en esta provincia del Callao, que se nombra Nuestra Señora de la Paz. La villa de Plata es lugar de mucho frio, mas que ninguna otra de la sierra; hay en ella pocos vecinos, pero muy ricos; y aun estos que hay, la mayor parte del año residen en el asiento de las minas que hay en el cerro de Porco, y despues en el de Potosí, cuando se descubrió, como adelante se dirá. Desde esta villa de Plata, entrando la tierra adentro, la mano izquierda, hácia la parte del oriente, se descubrió por mandado del licenciado Vaca de Castro, que envió á ello al capitán Diego de Rojas y á Filipe Gutierrez, una provincia que se llama de Diego de Rojas, que dicen ser muy buena y sana tierra, y abundante de comida, aunque no se ha hallado en ella tanta riqueza como se tenía creído que hubiera; y por ella han venido al Perú el capitán Domingo de Leala y sus compañeros en el año de 49, por manera que han andado toda la tierra que hay entre la mar del Sur y la del Norte, cuando subieron por el rio de la Plata, descubriendo la tierra por el mar del Norte. Este es el sitio de todo lo que está descubierto y poblado en toda la provincia del Perú, hácia la mar del Sur, imaginando la tierra por luengo de costa, sin haber entrado á descubrir la tierra adentro, porque hallan en ello gran dificultad, á causa de la aspereza de las sierras, que son tan dobladas, que no se pueden pasar sin gran dificultad y frios y falta de comida; y á todo veciera la industria y buen ánimo de los españoles, si no desconfiasen ser delante la tierra rica.

CAPITULO X.

Del origen de los reyes del Perú, que llaman Ingas.

En todas las provincias del Perú había señores principales, que llamaban en su lengua curacas, que es lo mismo que en las islas solian llamar caciques; porque los españoles que fueron á conquistar el Perú, como en todas las palabras y cosas generales y mas comunes iban amostrados de los nombres en que las llamaban de las islas de Santo Domingo y San Juan y Cuba y Tierra-Firme, donde habían vivido, y ellos no sabían los nombres en la lengua del Perú, nombrábanlas con los vocablos que de las tales cosas traían aprendidos, y esto se ha conservado de tal manera, que los mismos indios del Perú cuando hablan con los cristianos nombran estas cosas generales por los vocablos que han oído dellos, como al Cacique, que ellos llaman curaca, nunca lo nombran sino cucicua, y aquel su pan de que está dicho, le llaman maiz, con nombrarse en su lengua zara, y el breboje llaman chicha, y en su lengua azúa, y así de otras muchas cosas. Estos señores mantenían en paz sus indios, y eran sus capitanes en las guerras que tenían con sus comercia-

nos, sin tener señor general de toda la tierra, hasta que de la parte del Collao, por una gran laguna que allí hay, llamada Titicaca, que tiene ochenta leguas de bojo, vino una gente muy belicosa, que llamaron ingas; los cuales andan trasquilados y las orejas horadadas, y metidos en los agujeros unos pedazos de oro redondo con que los van ensanchando. Estos tales se llaman ringrim, que quiere decir oreja. Y al principal dellos llamaron Zapalla inga, que es solo señor, aunque algunos quieren decir que le llamaron inga Viracocha, que es tanto como espuma ó grasa de la mar; porque, como no sabían el origen de la tierra donde vino, creían que se había criado de aquella laguna, que desagua por un gran río que corre hacia la parte del occidente, que tiene en parte media legua de ancho, el cual entra en otra pequeña laguna que está cuarenta leguas de la grande; así se consume sin que haya otro desagüero, con gran admiración de los que consideran cómo en tan pequeño sumidero desaparecen tan gran cantidad de agua; aunque en esta pequeña nunca se halló suelo, creyese que va por debajo á la mar, como lo hace el río Alfeo en Grecia. Estos ingas comenzaron á poblar la ciudad del Cuzco, y desde allí fueron sojuzgando toda la tierra y la hicieron tributaria; y de allí adelante iba sucediendo en este señorío el que mas poder y fuerzas tenía, sin guardar orden legítima de sucesión, sino por vía de tiranía y violencia; de manera que su derecho estaba en las armas. La insignia ó corona que estos ingas traían para mostrar su señorío era una borla de lana colorada que les tomaba desde una sien hasta la otra, y casi les cubría los ojos, y con un hilo de esta borla entregado á uno de aquellos orejones gobernaban la tierra y proveían lo que querían, con mayor obediencia que en ninguna provincia del mundo se ha visto tener á las provisiones de su rey; tanto, que acontecía enviar á asolar una provincia entera y matar cuantos hombres y mujeres en ella había, por mano de uno solo de estos orejones, sin que llevase otro poder de gente ni de comisión mas de uno de aquellos hilos de la borla, y en viéndole, ofrescerse todos de muy buena gana á la muerte. Por la sucesión de estos ingas vino el señorío á uno dellos que se llamó Guaynacaba (que quiere decir mancebo rico), que fué el que mas tierras ganó y acrecentó á su señorío, y el que mas justicia y razón tuvo en la tierra, y la redujo á policía y cultura; tanto, que pareció cosa imposible una gente bárbara y sin letras regirse con tanto concierto y orden, y tenerle tanta obediencia y amor sus vasallos, que en servicio suyo hicieron dos caminos en el Perú tan señalados, que no es justo que se queden en olvido; porque ninguna de aquellas que los autores antiguos contaron por las siete obras mas señaladas del mundo se hizo con tanta dificultad y trabajo y costa como estas. Cuando este Guaynacaba fue desde la ciudad del Cuzco con su ejército á conquistar la provincia de Quito, que hay cerca de quinientas leguas de distancia, como iba por la sierra, tuvo grande dificultad en el pasaje por causa de los malos caminos y grandes quebradas y despeñaderos que había en la sierra por do iba. Y así, pareciéndoles á los indios que era

justo hacerle camino nuevo por donde volviese victorioso de la conquista, porque había sujetado la provincia, hicieron un camino por toda la cordillera de la sierra, muy ancho y llano, rompiendo é igualando las peñas donde era menester, y igualando y subiendo las quebradas de mampostería; tanto, que algunas veces subían la labor desde quince y veinte estados de hondo; y así dura este camino por espacio de las quinientas leguas. Y dicen que era tan llano cuando se acabó, que podía ir una carreta por él, aunque después acá, con las guerras de los indios y de los cristianos, en muchas partes se han quebrado las mamposterías de estos pasos por detener á los que vienen por ellos, que no puedan pasar. Y verá la dificultad desta obra quien considerare el trabajo y costo que se ha empleado en España en allanar dos leguas de sierra que hay entre el espinar de Segovia y Guadarrama, y como nunca se ha acabado perfectamente, con ser paso ordinario, por donde tan continuamente los reyes de Castilla pasan con sus casas y corte todas las veces que van ó vienen del Andalucía ó del reino de Toledo á esta parte de los puertos. Y no contentos con haber hecho tan insigne obra, cuando otra vez el mismo Guaynacaba quiso volver á visitar la provincia de Quito, á que era muy aficionado por haberla él conquistado, tornó por los llanos, y los indios le hicieron en ellos otro camino de casi tanta dificultad como el de la sierra, porque en todos los valles donde alcanza la frescura de los ríos y arboledas, que, como arriba está dicho, comunmente ocupan una legua, hicieron un camino que casi tiene cuarenta pies de ancho, con muy gruesas tapias del un cabo y del otro, y cuatro ó cinco tapias en alto, y en saliendo de los valles, continuaban el mismo camino por los arenales, hincando palos y estacas por cordel, para que no se pudiese perder el camino ni torcer á un cabo ni á otro; el cual dura las mismas quinientas leguas que el de la sierra; y aunque los palos de los arenales están rompidos en muchas partes, porque los españoles en tiempo de guerra y de paz hacían con ellos tumbre, pero las paredes de los valles se están el día de hoy en las mas partes enteras, por donde se puede juzgar la grandeza del edificio; y así, fué por el uno y vino por el otro Guaynacaba,teniéndosele siempre por donde había de pasar, cubierto y sembrado con ramos y flores de muy suave olor.

CAPITULO XI.

De las cosas señaladas que Guaynacaba hizo en el Perú.

Demás de la obra y gasto de estos caminos, mandó Guaynacaba que en el de la sierra, de jornada á jornada, se hiciesen unos palacios de muy grandes anchuras y aposentos, donde pudiese haber su persona y casa, con todo su ejército, y en el de los llanos otros semejantes, aunque no se podían hacer tan menudos y espesos como los de la sierra, sino á la orilla de los ríos, que, como tenemos dicho, están apartados ocho ó diez leguas, y en partes quince y veinte. Estos aposentos se llaman tambos, donde los indios en cuya jurisdicción caían, tenían hecha provision y depósito de todas las cosas que en él había menester para proveimiento de su ejército, no solamente de mantenimiento, mas aun

LIBRO SEGUNDO.

DE LA CONQUISTA QUE HICIERON EN LA PROVINCIA DEL PERÚ DON FRANCISCO PIZARRO Y SU GENTE.

Va tenemos dicho en el libro precedente cómo don Francisco Pizarro estaba en Panamá, habiendo vuelto de España, aderezando las cosas necesarias para la conquista del Perú, aunque don Diego de Almagro no proveía con tanto calor como solía de lo que era necesario, porque la hacienda principal y el crédito estaba en él; y la causa de su tibieza fué el descontento que tenía de que don Francisco Pizarro no le había traído ninguna merced de su majestad; pero en fin, dándole sus disculpas, se redujeron en amistad, aunque nunca los hermanos de don Francisco quedaron en gracia de don Diego, especialmente Fernando Pizarro, de quien él tenía la principal queja. En fin, Hernando Ponce de Leon flotó un navío que allí tenía á don Francisco Pizarro, en el cual se metió él con sus cuatro hermanos y la mas gente de pié y de caballo que pudo allegar, con harta dificultad, por la mucha desconfianza que tenían las gentes desta conquista, á causa de los grandes reveses que en ella había habido los años pasados; y él se hizo á la vela en principio del año de 31, y por ser los vientos contrarios tomó la costa de la tierra del Perú, mas de cien leguas mas atrás de donde la había de tomar; y así, le fué forzado desembarcar la gente y caballos, yendo su camino por la costa arriba, pasando grandes trabajos y falta de comida, por causa de los esteros que había en las entradas de los rios, tan grandes, que les era forzado pasarlos á nado los hombres y los caballos; en lo cual valía mucho la industria y ánimo con que don Francisco los regia, y los peligros en que ponía su persona, pasando muchas veces él mismo á cuestras los que no sabían nadar, hasta que llegaron á un pueblo que estaba junto á la mar, que se llama Coaque, asaz rico de mercaderías, bien poblado y bastecido de comida, donde pudo reformar su gente, que muy flaca la traía, y de allí envió á Panamá y á Nicaragua dos navíos, y en ellos mas de treinta mil castellanos de oro, que habían tomado en Coaque, para acreditar la tierra y poner codicia á la gente que pasase á ella. En este pueblo de Coaque se hullaron algunas esmeraldas, y muy buenas, porque están debajo de la línea, y muchas se perdieron y quebraron, porque los que allí iban eran tan poco prácticos en este género de piedras, que les pareció que para ser finas las esmeraldas no se habían de quebrar con martillo, como los diamantes; y así, creyendo que los indios los engañaban con algunas piedras falsas, las daban con una piedra; y así destruyeron grandísimo valor destas esmeraldas; y luego les sobrevino una enfermedad de berrugas, de que arriba tenemos hecha mencion, tan general en todo el ejército, que pocos se libraron della; no embargante lo cual, el Gobernador, per-

suadiendo la gente que lo causaba la mala constelacion de la tierra, pasó adelante con ellos hasta la provincia que llamaron Puerto-Viejo, conquistando y pacificando toda aquella comarca; y allí le alcanzó el capitan Benalcázar y Juan Flores, que vinieron de Nicaragua con un navío y alguna gente de pié y de caballo.

CAPITULO II.

De lo que al gobernador le aconteció en la isla de Puna y su conquista.

Pacificada la provincia de Puerto-Viejo, el Gobernador con su gente caminó al puerto de Tumbes, y de allí determinó pasar en balsas que para ello hizo á la isla de Puna, que, como arriba hemos dicho, esta frontero de aquel puerto, y pasó los caballos y la gente aquel brazo de mar con gran peligro, porque los indios tenían concertado entre sí de cortar las cuerdas de las balsas y anegar los cristianos que en ella llevaban. Y sabido por el Gobernador, mandó que todos fuesen muy sobre aviso y las espadas desenvainadas, sin que perdiesen de ojo á ningún indio; y llegados á la isla, los indios les salieron de paz y los recibieron muy bien, aunque los tenían armada celada para los matar todos aquella noche. Y sabido por el Gobernador, dió sobre ellos y los desbarató y prendió al cacique principal, y otro día el realamenció cercando de gente de guerra. Muy animosamente el Gobernador y sus hermanos apriesa cabalgaron, repartiendo los españoles á todas partes, y envió á socorrer los navíos que cerca de tierra estaban, porque los indios daban sobre ellos por la parte del mar con balsas, y tanto los españoles pelearon, que los desbarataron, matando y hiriendo muchos dellos; y solos dos ó tres españoles allí murieron, aunque otros quedaron mal heridos, especialmente Gonzalo Pizarro, de una peligrosa herida que le dieron en una rodilla. Y después desto, llegó el capitan Hernando de Soto con mas gente de pié y de caballo que de Nicaragua traía, y á causa que todos los indios de aquella isla andaban en muchas balsas por entre los anegados manglares, no se les podía hacer la guerra, el Gobernador acordó pasar en Tumbes, después que hizo repartimiento del oro que allí le dieron, á causa que adolescía la gente en aquella isla, que es muy enferma, porque está cerca de la línea Equinocial.

CAPITULO III.

De cómo el Gobernador pasó á Tumbes, y de la conquista que hizo hasta que pobló á San Miguel.

En esta isla de la Puna, que hemos dicho, había mas de seiscientos indios y mujeres de Tumbes captivos, con

un principal de Tumbes que también estaba cautivo, y á todos los libertó el gobernador Pizarro, y les dió balsas para que se fuesen á sus tierras. Y al tiempo que él se embarcó en los navios para pasar á Tumbes, envió con unos indios de aquellos de Tumbes tres cristianos en una balsa, que primero llegó á Tumbes que los navios, y en llegando sacrificaron aquellos tres españoles á sus ídolos en pago del beneficio que del gobernador Pizarro habían rescibido en los sacar de cautivos, y lo mismo hicieron al capitán Hernando de Soto, que en otra balsa iba con indios de aquella tierra, con un solo criado suyo, entrando ya por el río de Tumbes arriba, sino fuera por Diego de Aguero y por Rodrigo Lozano, que ya habían desembarcado, y corriendo la ribera del río arriba, le avisaron, y dió la vuelta luego; y por estar toda la tierra alzada no hubo balsas para ayudar á desembarcar la gente y caballos; y á esta causa no salieron aquella tarde con el Gobernador en tierra sino Hernando Pizarro y su hermano Juan Pizarro, y el obispo don fray Vicente de Valverde y el capitán Soto, y otros dos españoles que en toda la noche no se apearon de los caballos, y bien mojados, que, como la mar andaba brava, se trastornó la balsa con ellos al salir, á causa que no la supieron meter los españoles sin indios, como no los había; y quedó haciendo desembarcar la gente Hernando Pizarro, y mas de dos leguas el Gobernador anduvo sin poder haber habla con indio ninguno, que todos andaban por los cerros con las armas en las manos; y ya que á la mar se volvía, toparon con el capitán Mena y con el capitán Juan de Salcedo, que á buscar al Gobernador venían con alguna gente de caballo que ya había desembarcado; y recogida toda la gente, el Gobernador asentó el real en Tumbes, y en tanto llegó el capitán Benalcázar, que en la isla había quedado con la gente, que en los navios no pudo venir en la primera barcada, y hasta que los navios tornaron por él, siempre los indios le dieron guerra, y mas de veinte días el Gobernador estuvo en Tumbes haciendo mensajeros al señor de aquella tierra, y jamás á las paces quiso venir, y continuo hacia mucho daño en la gente servil del real cuando por comida iban, sin que los españoles le pudiesen ofender, porque estaban de la otra parte del río, hasta que el Gobernador hizo traer balsas de la costa allí sin que los indios lo supiesen. Y una tarde, con sus hermanos Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, y con el capitán Soto y Benalcázar, pasaron mas de cincuenta de caballo el río en las balsas, y dando una trasnochada muy trabajosa, por ser el camino muy angosto y de espesos montes y de espinos, dieron cuando amaneció sobre el real de los indios, y haciendo cuanto daño pudieron en él, hicieron todos aquellos quince días cruda guerra á fuego y á sangre por los tres españoles que sacrificaron, hasta que el principal señor de Tumbes vino á las paces con algun presente de oro y plata; y luego se partió el Gobernador con la mayor parte de la gente, y con la otra dejó al contador Antonio Navarro y al tesorero Alonso Requelme; y cuando llegó treinta leguas de Tumbes, al río de Poechos, hizo de paz á todos los pueblos y caciques que en la ribera de aquel río vivían, y hizo buscar y descubrir el puerto de Paita, que era el mejor de aquella costa, y envió al capitán Hernando

de Soto á los pueblos y caciques que en la ribera de aquel río vivían, donde, después que algun reencuentro con él hubieron, le vinieron de paz; y por allí llegaron al Gobernador mensajeros del Cuzco, que Guascar le enviaba, haciéndole saber la rebelión de su hermano Atabaliba, que en aquel tiempo no lo habían aun preso, como después lo prendieron, como ya hemos dicho, y le enviaba á decir lo socorriese y le diese favor para se defender dél. El Gobernador envió á Hernando Pizarro á Tumbes para que trajese toda la gente que allí había quedado, y después que volvió por ella pobló la ciudad de San Miguel en un pueblo de indios, llamado Tangerara, en la ribera del río de la Chira, cerca de la mar; porque los navios que viniesen de Panamá hallasen puerto seguro, porque ya algunos habían venido. Y repartido el oro y plata que allí hubieron, dejando en la ciudad solos los vecinos, el Gobernador se partió con toda la otra gente á la provincia de Caxamalca, porque supo que estaba allí Atabaliba.

CAPITULO IV.

De cómo el Gobernador fué á Caxamalca, y de lo que acaesció allí.

Partido el Gobernador para Caxamalca, pasó con todo su ejército gran necesidad de sed en un despoblado de veinte leguas, en que no hay agua ni árboles, sino toda arena seca y muy calurosa, que es desde donde agora está poblada la ciudad de San Miguel hasta la provincia de Motupe, en la cual halló unos frescos valles y bien poblados, donde pudo bien reformar la gente con la abundancia de comida que allí había; y subiendo por allí á la sierra, topó con un mensajero de Atabaliba, que le traía unos zapatos pintados y unos puñetes de oro, y le dijo que cuando ante él llegase fuese calzado con aquellos zapatos y puestos los puños, para que en ellos le conociese. El Gobernador lo recibió alegremente y respondió que así lo haría, y que él no venía á hacerle mal, ni se le haría si él no le daba muy notoria ocasión para ello; porque el emperador y rey de Castilla, por cuyo mandado él iba, no permitía que á nadie se hiciese daño contra razón. Y como el mensajero se partió, el Gobernador fué tras él, caminando con mucho aviso, porque los indios no viniesen al camino á dar sobre su gente, y cuando llegó á Caxamalca topó otro mensajero, que le vino á decir que no se aposentase sin mandado de Atabaliba. Y á esto ninguna cosa respondió el Gobernador mas que hacer su aposento, y después de hecho, envió al capitán Soto con hasta veinte de á caballo al real de Atabaliba, que estaba una legua de allí, á le hacer saber su venida; y cuando Soto llegó al real, en presencia de Atabaliba arremetió el caballo, y algunos indios, con miedo, se desviaron de la carrera, por lo cual Atabaliba los hizo luego matar; y Atabaliba no le había querido dar respuesta ninguna hasta que llegó Hernando Pizarro, á quien el Gobernador había enviado tras Hernando de Soto, con otra cierta gente de caballo, sino que hablaba con otro cacique, y aquel cacique con la lengua, y la lengua con Soto, y en llegando Hernando Pizarro luego habló con él derechamente por medio de solo el intérprete, y Hernando Pizarro le dijo cómo el Gobernador, su hermano, venía á él de parte de su majestad, que para le dar á entender su real vo-

luntad deseaba verse con él y ser su amigo. A lo cual respondió Atabaliba que él sería contento de su amistad con que volviese á los indios todo el oro y plata que en su tierra habia tomado, y se fuese luego della, y que para dar orden en esto otro dia se iria á ver con el Gobernador al tambo de Caxamalca. Y después de haber visto Hernando Pizarro el real poblado de tantas tiendas y gente de guerra, que parecia una ciudad, se volvió con aquella respuesta al Gobernador; y dándosela, y contándole particularmente lo que habia visto, le puso algun temor, porque para cada cristiano habia cien indios; pero, como el Gobernador y todos los demás de su real eran de grande ánimo, aquella noche se esforzaron unos á otros, considerando que no tenían otro socorro sino el de Dios, en cuya ayuda esperaban, haciendo lo que en sí era, como hombres animosos; y en toda aquella noche estuvieron guardando el real y aderezando sus armas, sin dormir en toda ella.

CAPITULO V.

Cómo se dió la batalla contra Atabaliba, y cómo fué preso.

Luego, otro dia de mañana, el Gobernador ordenó su gente, partiendo los sesenta de á caballo que habia en tres partes, para que estuviesen escondidos con los capitanes Soto y Benalcázar; y de todos dió cargo á Hernando Pizarro y á Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, y él se puso en otra parte con la infantería, prohibiendo que nadie se moviese sin su licencia ó hasta que disparase la artillería. Atabaliba tardó gran parte del dia en ordenar su gente, y señalando lugar por donde cada capitán habia de entrar, y mandó que por cierta parte secreta, hacia la parte por donde habian entrado los cristianos, se pusiese un capitán suyo, llamado Ruminagui, con cinco mil indios, para que guardase las espaldas á los españoles y matase á todos los que volviesen huyendo. Y luego Atabaliba movió su campo tan despacio, que mas de cuatro horas tardó en andar una pequeña legua. El venia en una litera, sobre hombros de señores, y delante dél trecientos indios vestidos de una librea, quitando todas las piedras y embarazos del camino, hasta las pajas, y todos los otros caciques y señores venian tras él en andas y hamacas, teniendo en tan poco los cristianos, que los pensaban tomar á manos; porque un gobernador indio habia enviado á decir á Atabaliba cómo eran los españoles muy pocos, y tan torpes y para poco, que no sabian andar á pié sin cansarse; y por eso andaban en unas ovejas grandes, que ellos llamaban caballos; y así, entró en un cercado que está delante del tambo de Caxamalca; y como vió tan pocos españoles, y esos á pié (porque los de á caballo estaban escondidos), pensó que no osarian parecer delante dél ni le esperarían; y levantándose sobre las andas, dijo á su gente: «Estos rendidos están;» y todos respondieron que sí. Y luego llegó el obispo don fray Vicente de Valverde con un *Breviario* en la mano, y le dijo cómo un Dios en Trinidad habia criado el cielo y la tierra y todo cuanto habia en ello, y hecho á Adán, que fué el primero hombre de la tierra, sacando á su mujer Eva de su costilla, de donde todos fuimos engendrados, y como por desobediencia destes nuestros primeros padres caímos todos en pecado, y no alcanzábamos gracia para ver á

Dios ni ir al cielo, hasta que Cristo, nuestro redentor, vino á nacer de una virgen por salvarnos, y para esto efecto resucitó muerto, pasión; y después de muerto, resucitó glorificado, y estuvo en el mundo un poco de tiempo, hasta que se subió al cielo, dejando en el mundo en su lugar á san Pedro y á sus sucesores, que residían en Roma, á los cuales los cristianos llamaban papas; y estos habian repartido las tierras de todo el mundo entre los príncipes y reyes cristianos, dando á cada uno cargo de la conquista, y que aquella provincia suya habia repartido á su majestad del emperador y rey don Carlos, nuestro señor, y su majestad habia enviado en su lugar al gobernador don Francisco Pizarro para que le hiciese saber de parte de Dios y suya todo aquello que le habia dicho; que si él queria creerlo y recibir agua de bautismo y obedecerle, como lo hacia la mayor parte de la cristiandad, él le defendería y ampararía, teniendo en paz y justicia la tierra, y guardándoles sus libertades, como lo solia hacer á otros reyes y señores que sin riesgo de guerra se le sujetaban; y que si lo contrario hacia, el Gobernador le daría cruda guerra á fuego y sangre, con la lanza en la mano; y que en lo que tocaba á la ley y creencia de Jesucristo y su ley evangélica, que si, después de bien informado della, él de su voluntad la quisiese creer, que haria lo que convenia á la salvacion de su ánima; donde no, que ellos no le harían fuerza sobre ello. Y después que Atabaliba todo esto entendió, dijo que aquellas tierras y todo lo que en ellas habia las habia ganado su padre y sus abuelos, los cuales las habian dejado á su hermano Guascar inga, y que por haberle vencido y tenerle preso á la sazón eran suyas y las poseía, y que no sabia él cómo san Pedro las podia dar á nadie; y que si las habia dado, que él no consentía en ello ni se lo daba nada; y á lo que decía de Jesucristo, que habia criado el cielo y los hombres y todo, que él no sabia nada de aquello ni que nadie criase nada sino el sol, á quien ellos tenían por dios, y á la tierra por madre, y á sus guacas; y que Pachacamú lo habia criado todo lo que allí habia, que de lo de Castilla él no sabia nada ni lo habia visto; y preguntó al Obispo que cómo sabría él ser verdad todo lo que habia dicho, ó por dónde se lo daría á entender. El Obispo dijo que en aquel libro estaba escrito que era escriptura de Dios. Y Atabaliba le pidió el *Breviario* ó *Biblia* que tenía en la mano; y como se lo dió, lo abrió, volviendo las hojas á un cabo y á otro, y dijo que aquel libro no le decía á él nada ni le hablaba palabra, y le arrojó en el campo. Y el Obispo volvió adonde los españoles estaban, diciendo: «A ellos, á ellos;» y como el Gobernador entendió que si esperaba que los indios le acometiesen primero, los desbaratarían muy fácilmente, se adelantó, y envió á decir á Hernando Pizarro que hiciese lo que habia de hacer. Y luego mandó disparar el artillería, y los de caballo acometieron por tres partes en los indios, y el Gobernador acometió con la infantería hacia la parte donde venia Atabaliba; y llegando á las andas, comenzaron á matar los que las llevaban, y apenas era muerto uno, cuando en lugar dél se ponian otros muchos á mucha porfia. Y viendo el Gobernador que si se dilataba mucho la defensa los desbaratarían, porque aunque ellos mataban muchos in-

dios, importaba mas un cristiano, arremetió con gran furia á la litera, y echando mano por los cabellos á Atabaliba (que los traia muy largos), tiró recio para sí y le derribó, y en este tiempo los cristianos daban tantas cuchilladas en las andas, porque eran de oro, que hirieron en la mano al Gobernador; pero en fin él se echó en el suelo, y por muchos indios que cargaron, le prendió. Y como los indios vieron á su señor en tierra y preso, y ellos acometidos por tantas partes y con la furia de los caballos, que ellos tanto temian, volvieron las espaldas y comenzaron á huir á toda furia, sin aprovecharse de las armas, y era tanta la prisa, que con huir los unos derribaban los otros; y tanta gente se arrimó hacia una esquina del cercado donde fué la batalla, que derribaron un pedazo de la pared, por donde pudieron salirse; y la gente de caballo continuo fué en el alcance hasta que la noche les hizo volver. Y como Ruminahui oyó el sonido de la artillería y vió que un cristiano despenó de una atalaya abajo al indio que le habia de hacer la seña para que acudiese, entendió que los españoles habian vencido, y se fué con toda su gente huyendo, y no paró hasta la provincia de Quito, que es mas de docientas y cincuenta leguas de allí, como adelante se dirá.

CAPITULO VI.

De cómo Atabaliba mandó matar á Guascar, y cómo Hernando Pizarro fué descubriendo la tierra.

Preso Atabaliba, otro día de mañana fueron á coger el campo, que era maravilla de ver tantas vasijas de plata y de oro como en aquel real habia, y muy buenas, y muchas tiendas y otras ropas y cosas de valor, que mas de sesenta mil pesos de oro valia sola la vajilla de oro que Atabaliba traia, y mas de cinco mil mujeres á los españoles se vinieron de su buena gana de las que en el real andaban. Y después de todo recogido, Atabaliba dijo al Gobernador que, pues preso lo tenia, lo tratase bien, y que por su liberación él le daría una cuadra que allí habia, llena de vasijas y de piezas de oro y tanta plata, que llevar no la pudiese. Y como entendió que de aquello que decia el Gobernador se admiraba, como que no lo creia, le tornó á decir que mas que aquello le daría; y el Gobernador se le ofresció que él lo trataría muy bien, y Atabaliba se lo agradeció mucho, y luego por toda la tierra hizo mensajeros, especialmente al Cuzco, para que se recogiese el oro y plata que habia prometido para su rescate, que era tanto, que parecia imposible cumplirlo, porque les habia de dar un portal muy largo que estaba en Caxamalca, hasta donde el mismo Atabaliba estando en pié pudo alcanzar con la mano todo el derredor lleno de vasijas de oro, segun le dicho; y para este efecto hizo señalar esta altura con una línea colorada al derredor del portal; y aunque después cada día entraba en el real gran cantidad de oro y plata, no les pareció á los españoles tanto, que fuese parte para solamente comenzar á cumplir la promesa. Por lo cual mostraron andar descontentos y murmurando, diciendo que el término que habia señalado Atabaliba para dar su rescate era pasado, y que no vian aparejo ellos de poderse traer; de donde inferian que esta dilacion era á efecto de juntarse gente para venir

sobre ellos y destruirlos. Y como Atabaliba era hombre de tan buen juicio, entendió el descontento de los cristianos, y preguntó al Marqués la causa dello, el cual se la dijo, y él le replicó que no tenia razon de quejarse de la dilacion, pues no habia sido tanta que pudiese causar sospecha, y que debian tener consideracion á que la principal parte de donde se habia de traer aquel oro era la ciudad del Cuzco, y que desde Caxamalca á ella habia cercu de docientas leguas muy largas y de mal camino, y que habiéndose de traer sobre hombros de indios, no debian tener aquella por tardanza larga, y que ante todas cosas, ellos se satisficiesen si les podia dar lo que les habia prometido ó no, y que baltando que era verdadera la posibilidad, los hacia poco al caso que tardase un mes mas ó menos; y que esto se podría hacer con darle una ó dos personas que fuesen al Cuzco á lo ver, y que les pudiesen traer nuevas. Muchas opiniones hubo en el real sobre si se averiguaria esta determinacion que Atabaliba pedia, porque se tenia por cosa peligrosa liarse nadie de los indios para meterse en su poder; de lo cual Atabaliba se rió mucho, diciendo que no sabia él por qué habia de rehusar ningun español de confiarse de su palabra y ir al Cuzco debajo della, quedando él allí atado con una cadena, con sus mujeres y hijos y hermanos en rehenes. Y así, con esto se determinaron á la jornada el capitán Hernando de Soto y Pedro del Barco, á los cuales envió Atabaliba en sendas hamacas, con mucha copia de indios que los llevaban en hombros casi por la posta, porque no es en mano de los indios ir despacio con las hamacas; y aunque no son mas de dos los que las llevan, todo el número de los hamaqueros (que por lo menos serian cincuenta ó sesenta para cada uno) van corriendo, y en andando ciertos pasos se mudan otros dos, en lo cual tienen tanta destreza, que lo hacen sin pararse. Pues desta manera caminaron Hernando de Soto y Pedro del Barco la via del Cuzco, y á pocas jornadas de Caxamalca toparon los capitanes y gente de Atabaliba que traian preso á Guascar, su hermano; el cual, como supo de los cristianos, los quiso hablar y habló, y informado muy bien dellos de todas las particularidades que quiso saber, como oyó que el intento de su majestad, y del Marqués en su nombre, era tener en justicia así á los cristianos como á los indios que conquistasen, y dar á cada uno lo suyo, les contó la diferencia que habia entre él y su hermano, y cómo, no solamente le queria quitar el reino (que por derecha sucesion le pertenecia, como al hijo mayor de Guaynacaba), pero que para este efecto le traia preso y le queria matar, y que les rogaba que se volviesen al Marqués y de su parte le contasen el agravio que le hacian, y le suplicasen que, pues ambos estaban en su poder, y por esta razon el era señor de la tierra, hiciese entre ellos justicia, adjudicando el reino á quien perteneciese, pues decian que esto era su principal intento; y que si el Marqués lo hacia, no solamente cumpliria lo que por su hermano se habia proferido de dar en el timbo ó portal de Caxamalca un estado de hombre lleno de vasijas de oro, pero que le hinchiria todo el timbo hasta la techumbre, que era tres tanto mas; y que se informasen y supiesen si él podia hacer mas fácilmente aquello que su hermano lo

otro; porque para cumplir Atabaliba lo que habia prometido le era forzoso deshacer la casa del sol del Cuzco, que estaba toda labrada de tablones de oro y plata igualmente, por no tener otra parte donde haberlo; y él tenia en su poder todos los tesoros y joyas de su padre, con que fácilmente podia cumplir mucho mas que aquello; en lo cual decia verdad, aunque los tenia todos enterrados en parte donde persona del mundo no lo sabia, ni después acá se ha podido hallar, porque los llevó á enterrar y esconder con mucho número de indios que lo llevan á cuestras, y en acabando de enterrarlos mató á todos para que no lo dijese ni se pudiese saber, aunque los espáñoles, después de pacificada la tierra y agora, cada día andan rastreando con gran diligencia y cavando hacía todas aquellas partes donde sospechan que lo metió; pero nunca han hallado cosa ninguna. Hernando de Soto y Pedro del Barco respondieron á Guascar que ellos no podian dejar el viaje que llevaban, y á la vuelta (pues habia de ser tan presto) entenderian en ello; y así, continuaron su camino, lo cual fué causa de la muerte de Guascar y de perderse todo aquel oro que les prometia; porque los capitanes que le llevaban preso hicieron luego saber por la posta á Atabaliba todo lo que habia pasado, y era tan sagaz Atabaliba, que consideró que si á noticia del Gobernador venia esta demanda, que así por tener su hermano justicia como por la abundancia de oro que prometia (á lo cual tenia ya entendido la alicion y codicia que tenían los cristianos), le quitarian á él el reino y le darian á su hermano, y aun podria ser que le matasen por quitar de medio embarazos, tomando para ello ocasion de que contra razon habia prendido á su hermano y alzándose con el reino. Por lo cual determinó de hacer matar á Guascar, aunque le ponía temor para no lo hacer haber oido muchas veces á los cristianos que una de las leyes que principalmente se guardaban entre ellos era que el que mataba á otro habia de morir por ello; y así, acordó tentar el ánimo del Gobernador para ver qué sentiria sobre el caso; lo cual hizo con mucha industria, que un día fingió estar muy triste y llorando y sollozando, sin querer comer ni hablar con nadie; y aunque el Gobernador le importunó mucho sobre la causa de su tristeza, se hizo de rogar en decirla; y en fin le vino á decir que le habian traído nueva que un capitan suyo, viéndole á él preso, habia muerto á su hermano Guascar, lo cual él habia sentido mucho, porque le tenia por hermano mayor y aun por padre; y que si le habia hecho prender no habia sido con intencion de hacerse daño en su persona ni reino, salvo para que le dejase en paz la provincia de Quito, que su padre le habia mandado después de haberla ganado y conquistado, siendo cosa fuera de su señorío. El Gobernador le consoló que no tuviese pena; que la muerte era cosa natural, y que poca ventaja se llevarian unos á otros, y que cuando la tierra estuviere pacífica él se informaria quiénes habian sido en la muerte y los castigaria. Y como Atabaliba vió que el Marqués tomaba tan livianamente el negocio, deliberó ejecutar su propósito; y así, envió á mandar á los capitanes que traian preso á Guascar que luego le matasen. Lo cual se hizo con tan gran presteza, que apenas se pudo averiguar después si cuando hizo

Atabaliba aquellas apariencias de tristeza habia sido antes ó después de la muerte. De todo este mal suceso comunmente se echaba la culpa á Hernando de Soto y Pedro del Barco por la gente de guerra, que no están informados de la obligacion que tienen las personas á quien algo se manda (especialmente en la guerra) de cumplir precisamente su instruccion, sin que tengan libertad de mudar los intentos segun el tiempo y negocios, si no llevan expresa comision para ello; dicea los indios que cuando Guascar se vido matar dijo: «Yo he sido poco tiempo señor de la tierra, y menos lo será el traidor de mi hermano, por cuyo mandado muero, siendo yo su natural señor.» Por lo cual los indios, cuando después vieron matar á Atabaliba (como se dirá en el capitulo siguiente), creyeron que Guascar era hijo del sol, por haber profetizado verdaderamente la muerte de su hermano; y asimismo dijo que cuando su padre se despidió dél le dejó mandado que cuando á aquella tierra viniese una gente blanca y barbada se hiciese su amigo, porque aquellos habian de ser señores del reino, lo cual pudo bien ser industria del demonio, pues antes que Guaynacuba muriese ya el Gobernador andaba por la costa del Perú conquistando la tierra. Pues en tanto que el Gobernador quedó en Caxamalca, envió á Hernando Pizarro, su hermano, con cierta gente de á caballo á descubrir la tierra; el cual llegó hasta Pachacamá, que era cien leguas de allí, y en tierra de Guamacucho encontró á un hermano de Atabaliba, llamado Illéscas, que traia mas de trecientos mil pesos de oro para el rescate de su hermano, sin otra mucha cantidad de plata; y después de haber pasado por muy peligrosos pasos y puentes, llegó á Pachacamá, donde supo que en la provincia de Jauja, que era cuarenta leguas de allí, estaba el capitan de Atabaliba de quien arriba se ha hecho mencion, llamado Cilicuchima, con un gran ejército, y él le envió á llamar, rogándole que se viniese á ver con él. Y como no quiso venir el indio, Hernando Pizarro determinó de ir allá y le habló, aunque todos tuvieron por demasiada osadía la que Hernando Pizarro tuvo en irse á meter en poder de su enemigo bárbaro y tan poderoso; en fin, le dijo y prometió tales cosas, que le hizo derramar la gente é irse con él á Caxamalca á ver á Atabaliba, y por volver mas presto vinieron por las cordilleras de unas sierras nevadas, donde hubieran de perecer de frio; y cuando Cilicuchima hubo de entrar á ver á Atabaliba se descalzó y llevó su carga ante él, segun su costumbre, y le dijo llorando que si él con él se hallara no le prendieran los cristianos. Atabaliba le respondió que habia sido juicio de Dios que le prendiesen, por tenerlos él en tan poco, y que la principal causa de la prision y vencimiento habia sido huir su capitan Ruminagui con los cinco mil hombres con que habia de acudir al tiempo de la necesidad.

CAPITULO VII.

De cómo mataron á Atabaliba porque le levantaron que queria matar á los cristianos, y de cómo fué don Diego de Almagro al Perú la segunda vez.

Estando el gobernador don Francisco Pizarro en la provincia de Poechos, antes que llegase á Caxamalca

(como está dicho), recibió una carta sin firma, que después se supo haberla escrito un secretario de don Diego de Almagro desde Panamá, dándole aviso como don Diego había hecho un gran navío para con él y con otros embarcarse con la mas gente que pudiese, y irle á tomar la delantera, y á posesionarse en la mejor parte de la tierra, que era pasados los límites de la gobernación de don Francisco; la cual, conforme á las provisiones que había llevado de su majestad, duraba desde la línea Equinocial docientos y cincuenta leguas adelante norte sur; de la cual caria el Gobernador á nadie dió parte; y así, se dijo y creyó que don Diego se había embarcado en Panamá con ciertos navios y gente, y hecho á la vela para el Perú con este intento, aunque tocando en la tierra de Puerto-Viejo. Y sabido el buen suceso del Gobernador, y cómo tenía tanta cantidad de oro y plata, de lo cual le pertenecía la mitad, mudó el propósito (si es verdad que le traía). Y porque tuvo noticia del aviso que se había dado al Gobernador, ahorcó su secretario, y con toda aquella gente se fué á juntar con el Gobernador á Caxamalen, donde halló ya junta gran parte del rescate de Atabaliba, con grande admiración de los unos y de los otros, porque no se creía haberse visto en el mundo tanto oro y plata como allí había; y así, el día que se hizo el ensayo y fundición del oro y plata que llamaban de la compañía, se halló montarse en el oro mas de seiscentos cuentos de maravedis; y esto con haberse ensayado el oro muy depriesa, y con solamente las puntas, porque no había agua fuerte para alinar el ensayo; de cuya causa siempre se ensayaba el oro dos ó tres quilates menos de la ley, que después pareció tener por el verdadero ensayo, en que se acrecentó la hacienda mas de cien cuentos de maravedis. Y cuanto á la plata, hubo mucha cantidad; tanto, que á su majestad le perteneció de su real quinto treinta mil marcos de plata, blanca, tan fina y cendrada, que mucha parte della se halló después ser oro de tres ó cuatro quilates; y del oro cupo á su majestad de quinto ciento y veinte cuentos de maravedis; de manera que á cada hombre de á caballo le cupieron mas de doce mil pesos en oro, sin la plata, porque estos llevaban una cuarta parte mas que los peones, y aun con toda esta suma no se había concluido la centésima parte de lo que Atabaliba había prometido dar por su rescate. Y porque á la gente que vino con don Diego de Almagro, que era muchí y muy principal, no le pertenecía cosa ninguna de aquella hacienda, pues se daba por el rescate de Atabaliba, en cuya prisión ellos no se habían hallado, el Gobernador les mandó dar todavía á mil pesos para ayuda de la costa, y acordóse de enviar á Hernando Pizarro á dar noticia á su majestad del próspero suceso que en su buena ventura había habido. Y porque entonces no se había hecho la fundición y ensayo, ni se sabía cierto lo que podría pertenecer á su majestad de todo el montón, trujo cien mil pesos de oro y veinte mil marcos de plata; para los cuales escogió las piezas mas abultadas y vistosas, para que fuesen tenidas en mas en España; y así, trajo muchas tinajas y braseros y atambores, y carneros y figuras de hombres y mujeres, con que hinchó el peso y valor arriba dicho, y con ello se fué á embarcar, con gran pesar y sentimiento de Atabaliba,

que le era muy afeionado y comunicaba con él todas sus cosas; y así, despidiéndose del, le dijo: «Vaste, capitán, pésame dello; porque en yéndote tú, sé que me han de matar este gordo y este tuerto;» lo cual decía por don Diego de Almagro, que, como hemos dicho arriba, no tenía mas de un ojo, y por Alonso de Requelme, tesorero de su majestad, á los cuales había visto murmurar contra él por la razón que adelante se dirá. Y así fué, que, partido Hernando Pizarro, luego se trató la muerte de Atabaliba por medio de un indio que era intérprete entre ellos, llamado Filipillo, que había venido con el Gobernador á Cuztila; el cual dijo que Atabaliba quería matar á todos los españoles secretamente, y para ello tenía apercibida gran cantidad de gente en lugares secretos; y como las averiguaciones que sobre esto se hicieron era por lengua del mismo Filipillo, interpretaba lo que quería, conforme á su intención. La causa que lo movió nunca se pudo bien averiguar, mas de que fué una de dos: ó que este indio tenía amores con una de las mujeres de Atabaliba, y quiso con su muerte gozar della seguramente, lo cual había ya venido á noticia de Atabaliba; y él se quejó dello al Gobernador, diciendo que sentía mas aquel desacato que su prisión ni cuantos desastres le habían venido, aunque se le siguiese la muerte con ellos; que un indio tan bajo le tuviese en tan poco y le hiciese tan gran afrenta, sabiendo él la ley que en aquella tierra había en semejante delito; porque el que se hallaba culpado en él, y aun el que solamente lo intentaba, le quemaban vivo con la misma mujer, si tenía culpa, y mataban á sus padres é hijos y hermanos y á todos los otros parientes cercanos, y aun hasta las ovejas del tal adúltero; y demás desto, despoblaban la tierra donde él era natural, sembrándola de sal y cortando los árboles, y derribando las casas de toda la población, y haciendo otros muy grandes castigos en memoria del delito. Otros dicen que la principal causa de la muerte de Atabaliba fué la gran diligencia y maña que tuvieron para encaminarla esta gente que fué con don Diego de Almagro por su interés particular; porque les decían los que habían hecho la conquista que, no solamente no tenían ellos parte en todo el oro y plata que hasta entonces estaba dado, pero ni en todo lo que de allí adelante se diese, hasta que fuese cumplida toda la suma del rescate de Atabaliba, que parecia no poderse hinchir aunque se juntase para ello todo cuanto oro había en el mundo, pues resultaba todo ello del rescate de aquel príncipe, cuya prisión se había hecho con su industria y trabajo, sin que los de don Diego interviniesen en ello; y así, les pareció á los de don Diego que les convenia encaminar la muerte de Atabaliba, porque mientras él fuese vivo, todo cuanto oro ellos allegasen dirían que era rescate, y que no habían de participar los otros en ello; y como quier que fuese, le condenaron á muerte, de lo cual él se admiraba mucho, diciendo que él nunca tal cosa había pensado como se le levantaba, y que le doblasen las prisiones y guardas ó la metiesen en uno de sus navios en la mar. Y dijo al Gobernador y á los principales señores: «No sé por qué me tenéis por hombre de tan poco juicio, que penseis que os quiero hacer traicion; pues si creéis que esta

gente que decís que está junta viene por mi mandado y permission, no hay razon para ello, pues estoy en vuestro poder atado con cadenas de hierro, y en asomando la tal gente, ó sabiendo que viene, me podéis cortar la cabeza. Y si pensáis que viene contra mi voluntad, no estáis bien informado del poder que yo tengo en esta tierra, y con la obediencia con que soy temido de mis vasallos; pues si yo no quiero ni las aves volarán, ni las hojas de los árboles se menearán en mi tierra. » Todo esto no le aprovechó, ni ofrescer á dar muy grandes rehenes por el primero español que muriese en la tierra. Porque, demás desta sospecha, se le acumuló la muerte de Guascar, su hermano; y así, le sentenciaron á muerte y ejecutaron la sentencia, yendo él siempre llamando á Hernando Pizarro, y diciendo que si él allí estuviera no le mataran. Y al tiempo de la muerte se baptizó, por persuasion del Gobernador y Obispo.

CAPITULO VIII.

De cómo Ruminagui, capitán de Atabaliba, se alzó en la tierra de Quito, y cómo el Gobernador se fué al Cuzco.

Aquel capitán de Atabaliba llamado Ruminagui, que arriba dijimos que huyó de Caxamalca con cinco mil indios, en llegando á la provincia de Quito tomó en su poder los hijos de Atabaliba, y se apoderó en la tierra, haciéndose obedecer por señor della; y después Atabaliba, poco antes que muriese, envió á su hermano Illéscas á la provincia de Quito para traer sus hijos, y el Ruminagui lo mató y no se los quiso dar; y después desto, algunos capitanes de Atabaliba, conforme á lo que él dejó mandado, llevaron su cuerpo á la provincia de Quito á enterrar con su padre Guaynacaba, los cuales Ruminagui recibió muy honrada y amorosamente, é hizo enterrar el cuerpo con gran solemnidad, segun la costumbre de la tierra, y después mandó hacer una borrachera; en la cual, estando borrachos los capitanes que habian traído el cuerpo, los mató á todos, y entre ellos aquel Illéscas hermano de Atabaliba, al cual hizo desollar vivo, y del cuero hizo un atambor, quedando la cabeza colgada en el mismo atambor.

Después desto, habiendo el Gobernador repartido todo el oro y plata que hubo en Caxamalca, porque supo que uno de los capitanes de Atabaliba, llamado Quizquiz, andaba con cierta gente alborotando la tierra, partió contra él, y no le osó aguardar en la provincia de Jauja; por lo cual envió delante al capitán Soto con cierta gente de caballo, yendo él en la retaguarda, y en la provincia de Viscacanga dieron de súbito tantos indios sobre el capitán Soto, que estuvo muy cerca de ser desbaratado, matándole cinco ó seis españoles; y como vino la noche, los indios se retrajeron á la sierra, y el Gobernador envió á don Diego de Almagro con cierta gente de caballo al socorro, y cuando otro día amaneció, que tornaron á pelear, los cristianos se fueron mañosamente retrayendo para sacar los indios al llano, por excusarse de las piedras que les tiraban desde lo alto de las cuestas. Y los indios, entendiendo el engaño, no salieron y pelearon allí, sin reconocer el socorro que habia venido, porque con la mucha niebla que aquella mañana hizo no le pudieron ver; y así, pelearon aquel día tan animosamente los cristianos, que desbarataron

los indios y mataron muchos dellos. Y de ahí á poco llegó el Gobernador con toda la retaguarda, y allí le salió de paz un hermano de Guascar y de Atabaliba, que por su muerte habian hecho inga ó rey de la tierra, y dándole la borla, que era la insignia ó corona real, llamado Paulo inga; y este le dijo cómo en el Cuzco le estaba aguardando mucha gente de guerra, y llegando por sus jornadas cerca de la ciudad, vieron salir della grandes humos; y creyendo el Gobernador que los indios la quemaban, envió ciertos capitanes á gran prisa á lo defender con alguna gente de caballo, y en llegando á la ciudad salió sobre ellos gran número de indios, y comenzaron á pelear con los cristianos, tirándoles tantas piedras y tiraderas y otras armas, que, no pudiéndolos sufrir los españoles, se retrajeron á toda furia mas de una legua hasta un llano donde se juntaron con el Gobernador, y allí envió sus dos hermanos Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, con la mas gente de caballo, y dieron en los indios por la parte de la sierra tan animosamente, que los hicieron huir, y ellos los siguieron, matando en el alcance muchos dellos. Y como la noche vino, el Gobernador hizo recoger todos los españoles y los tuvo en arma; y cuando otro día pensaron que en la entrada de la ciudad tuvieran alguna resistencia, no hallaron hombre que se la defendiese; y así, entraron pacíficamente, y de ahí á veinte dias tuvieron nueva cómo Quizquiz andaba con mucha gente de guerra robando y destruyendo una provincia llamada Condesuyo, y envió á lo estorbar el Gobernador al capitán Soto con cincuenta de caballo, y Quizquiz no le aguardó, antes se fué la via de Jauja á dar sobre algunos españoles que allí supo haber quedado guardando su fardaje y haciendas, y con la hacienda real, que tenia á cargo el tesorero Alonso de Itquelme. Los cristianos, sabiéndolo, aunque eran pocos, se defendieron animosamente en un lugar fuerte que para ello escogieron. Y así, Quizquiz se pasó adelante la via de Quito, y tras él envió el Gobernador otra vez al capitán Soto con cierta gente de caballo, y después envió en su socorro á sus hermanos, y todos siguieron á Quizquiz mas de cien leguas; y no le pudiendo alcanzar, se volvieron al Cuzco, y allí hubieron tan gran presa como la de Caxamalca, de oro y de plata, la cual el Gobernador repartió entre la gente y pobló la ciudad, que era la cabeza de la tierra entre los indios, y así le fué mucho tiempo entre los cristianos; y repartió los indios entre los vecinos que allí quisieron quedar, porque á muchos no les pareció poblar en la tierra, sino venirse con lo que les habia cabido en Caxamalca y Cuzco á gozarlo en España.

CAPITULO IX.

De cómo el capitán Benalcázar fué á la conquista de Quito.

Ya dijimos arriba cómo al tiempo que el Gobernador entró en el Perú pobló la ciudad de San Miguel, en la provincia de Tanguara junto al puerto de Tumbes, porque los que viniesen de España tuviesen el puerto seguro para desembocar; y porque le pareció que habian quedado allí pocos caballos después de la prisa de Atabaliba, envió por su teniente desde Caxamalca á San Miguel al capitán Benalcázar con diez de caballo, al cual por este tiempo se le vinieron á quejar los in-

dios cañares que Ruminagui y los otros indios de Quito les daban muy continua guerra; lo cual fué á coyuntura que de Panamá y de Nicaragua habia venido mucha gente, y de ellos tomó Benalcázar doscientos hombres, los ochenta de caballo, y con ellos se fué la vía del Quito, así por defender á los cañares, que se le habian dado por amigos, porque tenia noticia que en Quito habia gran cantidad de oro, que Atabaliba habia dejado. Y cuando Ruminagui supo la venida de Benalcázar salió á defenderle la entrada, y peleó con él en muchos pasos peligrosos con mas de doce mil indios; y tenia hechos sus fosados, lo cual todo contramintaba Benalcázar con grande astucia y prudencia; porque quedándose él haciendo cara, enviaba en las trasnochadas un capitán con cincuenta ó sesenta de caballo, que por arriba ó por abajo, de cada mal paso se lo tenia ganado cuando amanecía; y desta manera los hizo retraer hasta los llanos, donde no osaron esperar, por el mucho daño que les hacian los de caballo, y cuando aguardaban era porque tenían hechos hoyos anchos y hondos, sembrados dentro de palos y estacas agudas, y cubiertos con céspedes y yerba sobre muy delgadas cañas, casi de la forma que escribe César en el sétimo comentario que los de Alexia le pusieron para defensa de la ciudad, en otra cava secreta, que llaman Lirios. Pero con todo cuanto hicieron, nunca pudieron engañar á Benalcázar para que cayese ni rescibiese daño en alguna destas cavas, porque nunca los acometia por aquella parte donde los indios le hacian rostro; antes rodeaba una ó dos leguas para darlos por las espaldas ó por los lados, yendo siempre con gran aviso de no pasar sobre yerba ni tierra que no fuese natural y criada allí. Y demás desto, tuvieron otra astucia los indios, viendo que la pasada no les aprovechaba, que por todas las partes por donde se sospechaba que habian de pasar los caballos, hacian unos hoyos tan anchos como la mano de un caballo, muy espesos, sin que hubiese en medio casi ninguna distancia; pero con ninguno de estos ardidés pudieron engañar á Benalcázar, y les fué ganando toda la tierra hasta la principal ciudad de Quito, donde supo que un día dijo Ruminagui á todas sus mujeres (de que tenia en gran número): «Agora habréis placer, que vienen los cristianos, con quien os podréis holgar;» y ellas, pensando que se lo decia por donaire, se rieron; y costóles tan caro la risa, que á casi todas las hizo descabezar, y determinó de huir de la ciudad, poniendo primero fuego á una sala llena de muy rica ropa, que allí tenia desde el tiempo de Guaynacaba, y se huyó, aunque primero una noche dió sobre los españoles de sobresalto, sin hacer en ellos ningun daño; y así, Benalcázar se apoderó de la ciudad. Y en este tiempo envió el Gobernador á don Diego de Almagro con cierta gente hacia la costa de la mar y á la ciudad de San Miguel, para informarse verdaderamente de una nueva que le habia venido de cómo don Pedro de Albarado, gobernador de Guatemala, se habia embarcado la vía del Perú con una gruesa armada y gran número de caballos y gente para descubrir el Perú, como se dirá en el capítulo siguiente. Y llegado don Diego á San Miguel sin hallar nueva cierta de lo que buscaba, sabido que Benalcázar estaba sobre Quito, y la resistencia que Ru-

IIA-II.

minagui le hacia, determinó irle ayudar; y así, fué aquellas ciento y veinte leguas hasta Quito, donde se juntó con Benalcázar y se apoderó de la gente, conquistando algunos pueblos y palenques que hasta entonces se habian defendido; y visto que no habia en aquella tierra el oro ni riqueza de que habian tenido noticia, se volvió al Cuzco, dejando por gobernador de la provincia de Quito á Benalcázar, como antes lo era.

CAPITULO X.

De cómo don Pedro de Albarado pasó al Perú, y de lo que le acaesció.

Después que don Hernando Cortés, marqués del Valle, conquistó y pacificó la Nueva-España, tuvo noticia de una tierra que con ella se contenia, llamada Guatimala, y para la descubrir envió un capitán suyo, llamado don Pedro de Albarado, el cual con la gente que llevaba la conquistó y ganó, pasando en ella muchos trabajos y peligros, cuya remuneracion su majestad le proveyó de la gobernacion della. Y desde allí tuvo noticia de la tierra del Perú, y pidió cierta parte de la conquista della á su majestad, y le fué concedida y hecho sobre ello sus capitulaciones; por virtud de las cuales él envió un caballero de Cáceres, llamado García Holguin, que con dos navios fué á descubrir y tomar lengua en la costa del Perú. Y como le trajo tan buena nueva de la gran cantidad de oro que el gobernador don Francisco Pizarro habia habido, determinó de pasar allá, pareciéndole que entre tanto que don Francisco Pizarro y su gente se desembarazaban de lo que tenían que hacer en Caxamalea, él podria llegar la costa arriba, á ganar la ciudad del Cuzco, que conforme á lo que arriba está dicho, tenia entendido que caia fuera de las docientas y cincuenta leguas de los límites de la gobernacion de don Francisco Pizarro. Y para poder mejor efectuar su propósito, temiendo que desde Nicaragua podria después ir socorro á don Francisco Pizarro, fué una noche á la costa de Nicaragua, y tomó por fuerza dos ó tres grandes navios que allí se estaban aderezando, para ir cargados de gente y caballos al Perú en socorro del Gobernador; y en ellos y en los que traia de Guatimala embarcó quinientos hombres de pie y de caballo, y navegó hasta tomar la tierra en la provincia de Puerto Viejo, y de allí caminó la vía de Quito, en el paraje de la línea Equinocial, por las falidas de unos llanos y espesos montes que llaman Arcabucos, y en el camino pasó su gente gran trabajo de hambre y muy mayor de sed, porque fué tanta la falta del agua, que si no topaban con unos cañaverales de tal propiedad, que en cortando por cada nudo, se halla lo hueco lleno de algun dulce y muy buena; las cuales cañas son tan gruesas ordinariamente como la pierna de un hombre, de tal fuerza, que en cada cañuto hallaban mas de media azumbre de agua, que dicen recoger estas cañas por particular propiedad y naturaleza que para ello tienen, del rocío que de noche cae del cielo, como quier que la tierra sea seca y sin fuente ni agua ninguna. Con esta agua se separó el ejército de don Pedro de Albarado, así hombres como caballos, porque dura grande espacio, aunque todavía la hambre los llegó á tales términos, que comieron muchos caballos, con valer cada uno cuatro y cinco mil

castellanos, y en la mayor parte del camino les iba cayendo encima tierra muy menuda y caliente, que se averiguó salir de un alto volcan que hay cerca de Quito, de tan gran fuego, que mas de ochenta leguas alcanza la tierra que dél sale, y da tan grandes truenos algunas veces, que sueñan mas de cien leguas. Y en todos los pueblos por donde pasó don Pedro de Albarado debajo de la linea Equinocial halló gran copia de esmeraldas; y después de haber pasado tan trabajoso camino, que lo mas dél fueron abriendo á mano con hachas y machetes, topó delante si una cordillera de sierras nevadas, donde de continuo nevaba y hacia muy gran frio; y la hora que le pareció mas conveniente determinó pasar por un portezuelo que allí había, donde se le queraron helados mas de sesenta hombres, aunque todos para pasar se vistieron cuantas ropas traian, iban corriendo sin esperar ni socorrerse los unos á los otros. Donde aconteció que, llevando un español consigo á su mujer y dos hijas pequeñas, viendo que la mujer y hijas se sentaron de cansadas, y que él no las podia socorrer ni llevar, se quedó con ellas, de manera que todos cuatro se helaron; y aunque él se pudiera salvar, quiso mas perecer allí con ellas. Y con este trabajo y peligro pasaron aquella sierra, teniendo á gran buena ventura haber podido verse de la otra parte; porque, aunque la provincia de Quito está cercada de muy altas sierras y muy nevadas, en medio hay unos valles muy templados y frescos, donde las gentes viven y hacen sus sementeras; y en aquel tiempo se derretió la nieve de una de aquellas sierras, y bajó tan gran cantidad de agua y con tanto ímpetu, que hundió y anegó un pueblo que se llamaba la Contiega. Y vióse llevar el agua en la corriente piedras tan grandes como dos piedras de lagar, con tanta facilidad como si fueran de corcho.

CAPITULO XI.

Cómo se toparon don Diego de Almagro y don Pedro de Albarado, y de lo que allí acaesio.

Ya dijimos arriba cómo don Diego de Almagro, dejando en la provincia de Quito por gobernador al capitán Benalcázar, y no teniendo nueva de la venida de don Pedro de Albarado, se volvió al Cuzco, y á la vuelta conquistó algunos peñoles y fortalezas donde los indios se habian hecho fuertes, en lo cual se detuvo tanto, que hubo lugar de venir don Pedro de Albarado, y llegar á la provincia de Quito, sin que don Diego pudiese saber cosa ninguna, por haber mucha distancia de camino, y en él ningun comercio de indios ni de cristianos. Pues andando un dia conquistando una provincia llamada Liribamba, pasó un caudaloso rio della por un vado harto peligroso, porque los indios le habian quemado las puentes, y á la otra parte del rio halló gran copia dellos que le esperaban de guerra, y él los venció con harta dificultad, porque tambien peleaban las mujeres tirando muy diestramente con hondas, y fué preso el señor principal dellos, el cual le dió nueva cómo don Pedro de Albarado andaba ya corriendo la tierra, y estaba quince leguas de allí sobre un peñol, donde se habia hecho fuerte un capitán indio llamado Zopazopagui. Y sabiendo esto don Diego, envió siete de caballo á descubrir lo que habia, los cuales fueron presos por la

gente de don Pedro, aunque después los tornó á soltar y se vino á aposentar cinco leguas del real de don Diego. Y sabido por don Diego de Almagro, se determinó, viendo la gran ventaja que su enemigo le tenia, de volver al Cuzco con solos veinte y cinco de caballo, y dejar los demás con el capitán Benalcázar en defensa de la tierra. Y en esta sazón aquel indio lengua, llamado Filipillo (de que arriba está hecha mención que fué causa de la muerte de Atabaliba, temiendo el castigo que por esto sabia merecer), se huyó del real de don Diego al de don Pedro, y llevó consigo un cacique principal, dejando concertado con los demás que seguian á don Diego, que enviándolos él á llamar se le pasaran. Y como Felipe llegó adonde don Pedro de Albarado estaba, se le ofreció de traerle de paz toda aquella tierra, y le dijo cómo don Diego se queria ir al Cuzco, y que si le queria prender, yendo sobre él lo podrian hacer fácilmente, porque no tenía mas de docientos y cincuenta hombres, los noventa de caballo. Y como don Pedro de Albarado tuvo este aviso, luego fué sobre don Diego de Almagro, al cual halló en Liribamba con determinacion de morir defendiendo la tierra. Y así, don Pedro de Albarado ordenó su gente, y con las banderas tendidas le acometió, y don Diego, por tener poca gente de a caballo, le aguardó á pié entre unas paredes. É hizo su gente dos escuadrones, con el uno estaba él y con el otro el capitán Benalcázar. Y como estuvieron á vista unos de otros, hubieron su habla de paz, y por aquel dia y noche pusieron treguas, y en tanto los concertó un licenciado Caldera desta manera: que don Diego de Almagro diese á don Pedro de Albarado cien mil pesos de oro por los navíos y caballos y otros pertrechos de la armada, y que viniesen juntos hasta donde el gobernador Pizarro estaba, para pagárselos allí. El cual concierto se hizo y guardó con mucho secreto, porque sabiéndolo la gente de don Pedro de Albarado (entre la cual habia muchos caballeros y personas principales) no se alterasen, viendo que no se trataba de remuneracion ninguna para ellos; y así, publicaron que iban de compañía la tierra arriba, para que desde allí don Pedro de Albarado continuase por mar con su armada el descubrimiento, dando licencia á todos los que quisiesen quedar en Quito con el capitán Benalcázar, para lo poder hacer, pues ya estaban todos unidos en paz y conformidad; y así, muchos de los que vinieron con don Pedro se quedaron en Quito, y don Diego y él y toda la otra gente se fueron á Pachacamá, donde supieron que les habia venido á rescibir el Gobernador desde Jauja, donde estaba, y antes que don Diego partiese de Quito quemó vivo al Cacique, que se le fué la noche que hemos dicho, y quiso hacer lo mismo á Filipillo si no rogara por él don Pedro de Albarado.

CAPITULO XII.

De cómo don Diego de Almagro y don Pedro de Albarado se toparon con el Quizquiz, y lo que les acaesio.

Viendo don Diego de Almagro y don Pedro de Albarado desde Quito para Pachacamá, el cacique de los Cañares les dijo cómo el Quizquiz, capitán de Atabaliba, venia con un ejército de mas de doce mil indios de guerra, y traia recogida toda cuanto gente de indios y ga-

nado había hallado desde Jauja abajo, y que él se lo portara en las manos si lo querían aguarlar. Y no dando don Diego crédito á esto, continuó su camino sin detenerse. Y ya que llegaban á una provincia llamada Chaparra, vieron á deshora sobre dos mil indios, que venían dos ó tres jornadas delante del Quizquiz, con un capitán que se llamaba Sotaureo, porque el Quizquiz tenía esta orden en su camino, que delante enviaba aquel capitán y gente, y á la parte izquierda iban otros tres mil indios, recogiendo comida por los pueblos comarcanos, y en la retaguardia, dos jornadas de sí, traía otros tres ó cuatro mil indios, y él iba en medio con el cuerpo del ejército y con el ganado y gente presa; de manera que ocupaba su campo quince leguas de término y mas. Y yendo Sotaureo á tomar un paso por donde pensó que los españoles vinieran, don Pedro de Albarado llegó primero y le prendió, y supo del toda la orden del Quizquiz, y dió una trasnochada con la gente de caballo (que le pudo seguir) sobre él, aunque les convino detenerse parte de la noche, porque á la bajada de un río se les desherraron los caballos en los grandes pedregales que en él había, y se detuvieron á herrarlos con lumbré; y todavía continuaron su camino á gran prisa, porque alguna de la mucha gente que topaban no volviese á dar mandado al Quizquiz de su venida, y nunca pararon hasta que otro día tarde llegaron á la vista del real de Quizquiz. Y como él los vido, se fué por una parte con todas las mujeres y gente servil, y por la otra, que mas áspera era, echó á su hermano de Atabaliba, que se llamaba Guaypaleon, con la gente de guerra; con los cuales fué á tomar don Diego de Almagro en la subida de una cuesta, y por una ladera tomaron las espaldas á Guaypaleon; y como él se vió cercado por todas partes, hizo fuerte con su gente en unas ásperas peñas, donde se defendió hasta la noche, que don Diego y don Pedro recogieron todos los españoles y los indios; con la oscuridad se salieron y fueron á buscar al Quizquiz, y hallaron después que los tres mil indios que iban á la parte izquierda habían desbarbado catorce españoles, que tomaron por un atajo. Y así, procediendo por su camino, toparon con la retaguardia de Quizquiz, y los indios se hicieron fuertes al paso de un río, y en todo aquel día no dejaron pasar á los españoles; antes ellos pasaron por la parte de arriba, adonde los españoles estaban, á tomar una alta sierra, y por ir á pelear con ellos hubieran de recibir mucho daño los españoles; porque, aunque se querían retraer, no podían por la maleza de la tierra; y así, fueron muchos heridos, especialmente el capitán Alonso de Albarado, á quien pasaron un muslo, y á otro comendador de San Juan; y toda aquella noche los indios tuvieron mucha guardia; mas cuando amaneció tenían desembarazado todo el paso del río, y ellos se habían hecho fuertes en una alta sierra, donde se quedaron en paz, porque don Diego de Almagro no se quiso mas allí detener; y toda la ropa que los indios no pudieron subir á la sierra la quemaron aquella noche, quedando en el campo mas de quince mil ovejas y mas de cuatro mil indias y indios que se vinieron á los españoles, de los que llevaba presos el Quizquiz. Y llegados los cristianos á San Miguel, don Diego de Almagro envió

al Puerto-Viejo al capitán Diego de Mora, á que por él se entregase de la armada de don Pedro de Albarado, el cual para ello envió de su parte á García de Holguin que se la hiciese dar. Y después que don Diego dió allí en San Miguel muchos socorros de armas y dineros y vestidos, así á su gente como á la de don Pedro de Albarado, continuaron su camino la vía de Pachacamá, y á la pasada dejó poblando la ciudad de Trujillo al capitán Martín Astete, como el gobernador don Francisco Pizarro lo había mandado. En este tiempo llegando el Quizquiz cerca de Quito, un capitán de Benalcázar lo desbarató la gente que llevaba en el avanguardia, por lo cual estuvo en grande aflicción, sin saber qué se hacer, porque sus capitanes le decían que se diese de paz á Benalcázar, por lo cual él los amenazó de muerte y los mandó aperebir para volver atrás. Y como la gente no tenía comida para dar la vuelta, fueron á él ciertos capitanes, llevándolo por cabeza á Guaypaleon, y le dijeron que era mejor morir peleando con los cristianos que no volver á morir de hambre en el despoblado. A lo cual no le dió buena respuesta el Quizquiz, y por ello Guaypaleon le dió con una lanza por los pechos, y luego le acudieron otros capitanes, y con porras y hachas le hicieron pedazos, y derramaron la gente, dejando ir á cada uno donde quiso.

CAPITULO XIII.

De cómo el Gobernador pagó á don Pedro de Albarado los cien mil pesos del concierto, y cómo don Diego se quiso hacer recibir por gobernador en el Cuzco.

Llegados don Diego y don Pedro á Pachacamá, el Gobernador, que allí había venido desde Jauja, los recibió alegremente, y pagó á don Pedro los cien mil pesos que se había concertado con él de darle por el armada, aunque de muchos fué aconsejado que no se los pagase, diciendo que la armada no valía cincuenta mil, y que aquel concierto había hecho don Diego de temor, por no romper con don Pedro, que lo tenía mucha ventaja, y que sería mejor enviarlo preso á su majestad; y aunque el Gobernador pudiera hacer aquello muy fácilmente y sin peligro, quiso mas cumplir la palabra de don Diego de Almagro, su compañero, y le pagó liberalmente los cien mil pesos en buena moneda, y le dejó ir con ellos á su gobernacion de Guatimala, y él se quedó poblando la ciudad de los Reyes, pasando allí la poblacion que tenía hecha en Jauja, porque le pareció lugar mas apacible y aparejado para todo género de contratacion, por ser puerto de mar. Desde allí se fué don Diego con mucha gente al Cuzco, y el Gobernador bajó á Trujillo á reformar la poblacion y á repartir la tierra. Y allí le llegó nueva cómo don Diego de Almagro se había querido alzar con la ciudad del Cuzco, porque había sabido que su majestad, con la nueva que le llevó Hernando Pizarro, le había proveído de la gobernacion de otras cien leguas, pasados los límites de la de don Francisco, que decían acabarse antes del Cuzco. Y á esto resistieron Juan Pizarro y Gonzalo Pizarro, hermanos del Gobernador, con mucha gente que les acudió, y cada día andaban á lanzadas con don Diego y con el capitán Soto, que era de su parte; pero á la fin no pudo salir con ello, porque la mayor parte del cabildo acató á la parte del

trecho de Magallanes, y desde allí vino costeando la tierra hacia el norte, hasta llegar al puerto de la ciudad de los Reyes. En este navío fueron los primeros ratones que en el Perú hubo, porque antes no los había, y después acá han acudido en gran número por todas las ciudades del Perú; créese que yendo las crías entre cajas ó fardes de mercaderías que van de unas partes á otras; y así, los llaman los indios ococha, que quiere decir cosa salida de la mar.

CAPITULO III.

De la vuelta de Hernando Pizarro al Perú, y de los despachos que llevó, y del alzamiento de los indios.

Después que don Diego de Almagro partió del Cuzco, vino de Castilla Hernando Pizarro, á quien su majestad habia dado el hábito de Santiago y hecho otras mercedes, y trujo prorogacion por ciertas leguas en la gobernacion de don Francisco Pizarro, su hermano, y la provision que hemos dicho para la nueva gobernacion de don Diego de Almagro. Y en este tiempo Mango Inga, señor del Perú, estaba preso en la fortaleza del Cuzco por los concertos que arriba tenemos dicho, que hizo con Paulo Inga y con Villacoma, su hermano, de matar los cristianos; escribió á Juan Pizarro rogándole lo mandase soltar, porque Hernando Pizarro no lo hallase preso; y Juan Pizarro, que en el collado andaba conquistando un peñol de indios, lo mandó soltar. Pues llegado Hernando Pizarro al Cuzco, tomó gran amistad con el Inga y le trataba muy bien, aunque siempre le hacia guardar. Creyóse que esta amistad era á fin de pedirle algun oro para su majestad ó para sí mismo. Y dende á dos meses que llegó al Cuzco, el Inga le pidió licencia para ir á la tierra de Yucaya á celebrar cierta fiesta, prometiéndole traer de allá una estatua de oro macizo, que era al natural de su padre Guaynacaba. Y ido allá, dió conclusion en el camino á lo que concertado tenia desde que don Diego partió para Chili; y desde allí hizo luego matar á algunos mineros y gente de servicio que andaban por el campo en las estancias y minas; y envió de sobresalto un capitán con mucha gente que se apoderó de la fortaleza del Cuzco, de manera que en seis dias los españoles no se la pudieron tornar á ganar; y en la toma della mataron á Juan Pizarro una noche, de una podrada que le dieron en la cabeza; porque, á causade otra herida que antes tenia, no se habia podido poner la celada; la cual muerte fué gran pérdida en la tierra, porque era Juan Pizarro muy valiente y experimentado en las guerras de los indios, y bienquisto y amado de todos. Y así, vino el Inga con todo su poder sobre el Cuzco y la tuvo cercada mas de ocho meses, y cada lleno de luna la combatia por muchas partes, aunque Hernando Pizarro y sus hermanos la defendian valientemente con otros muchos caballeros y capitanes que dentro estaban, especialmente Gabriel de Rojas y Hernan Ponce de Leon, y don Alfonso Enriquez y el tesorero Riquelme, y otros muchos que allí habia, sin quitar las armas de noche ni de dia, como hombres que tenian por cierto que ya el Gobernador y todos los otros españoles eran muertos de los indios, que tenian noticia que en todas las partes de la tierra se habian alzado. Y así, peleaban y se defendian como hombres

que no tenian mas esperanza de socorro sino en Dios y en el de sus propias fuerzas, aunque cada dia los disminuian los indios, hiriendo y matando en ellos. Y durante esta guerra y cerco Gonzalo Pizarro salió con veinte de caballo á correr la tierra hasta la laguna de Chinchero, que es á cinco leguas del Cuzco, donde tanta gente vino sobre él, que, por mucho que peleó, ya los indios le traian casi rendido, si Hernando Pizarro y Alonso de Toro no lo socorrieran con alguna gente de caballo, porque él se habia metido mas adentro en los enemigos de lo que convenia, segun la poca gente que llevaba, con mas ánimo que prudencia.

CAPITULO IV.

De cómo vino don Diego de Almagro sobre el Cuzco y prendió á Hernando Pizarro.

Ya dijimos arriba cómo, después que Juan de Herrera llevó á Chili la provision que su majestad dió para que don Diego de Almagro fuese gobernador pasada la gobernacion de don Francisco Pizarro, se determinó de volver al Perú y apoderarse de la ciudad del Cuzco; para lo cual le daban gran prisa los caballeros principales que con él andaban, especialmente Gomez de Albarado, hermano del adelantado don Pedro de Albarado, y su tio Diego de Albarado y Rodrigo Orgoños, los unos con codicia de poseer los repartimientos de la tierra del Cuzco, y los otros por ambicion de quedar solos en la gobernacion de Chili. Y así, para salir con su intento trataban con las lenguas que dijese cómo el gobernador Pizarro y los demás españoles que en el Perú quedaron habian sido muertos por los indios que se habian rebelado; porque ya la noticia del alzamiento de los indios habia llegado á aquellas partes. Pues con la instancia que toda esta gente hizo á don Diego, se volvió; y cuando llegó á seis leguas del Cuzco, sin hacer saber nada á Hernando Pizarro, se crió con el Inga, prometiéndole de perdonarle todo lo que habia hecho si fuese su amigo y le favoreciese, porque aquella tierra del Cuzco era de su gobernacion, y que volvia á apoderarse della. Y el Inga cautelosamente le envió á decir que se fuese á ver con él; lo cual don Diego hizo, no recetándose de engaño ninguno, dejando alguna parte de su gente con Juan de Sayavedra, y llevando él todo la demás. Mas cuando el Inga vió su tiempo, dió sobre don Diego con tanta furia, que le hizo mucho daño. Y entre tanto, habiendo sabido Hernando Pizarro la venida de don Diego de Almagro, y cómo Juan de Sayavedra quedaba en el pueblo de Hurcos con la gente, salió del Cuzco con ciento y setenta hombres á punto de guerra; de lo cual siendo avisado Juan de Sayavedra, apercebió su campo, que era de trecientos españoles, y alojólos en un sitio fuerte. Y llegado Hernando Pizarro, envió á rogar á Juan de Sayavedra que se viesen solos, para tratar de medios en los negocios. Juan de Sayavedra aceptó las vistas, en las cuales se dijo que Hernando Pizarro habia ofrescido á Juan de Sayavedra mucha cantidad de pesos de oro porque le entregase la gente; lo cual Juan de Sayavedra no aceptó, ni era de creer que aceptara, por ser caballero de muy buena casta, de quien no se podia esperar que haria cosa que no debiese, aunque, por ser estas cosas que pasaron en secreto,

no se puede afirmar la certidumbre de ellas mas de lo que las partes dijeron y el vulgo sospechaba, y algunos indicios en que se fundaban. Don Diego de Almagro volvió del reencuentro que arriba está dicho que tuvo con el Inga, y juntando su gente con la de Juan de Saavedra, se vino la vuelta del Cuzco, y en el camino hizo prender cuatro hombres de caballo con una emboscada que les echó, porque tuvo aviso que se los enviaban por espías, y dellos supo muy por extenso todo lo que habia pasado en la tierra con el levantamiento de los indios, los cuales habian muerto mas de seiscientos españoles y quemado gran parte de la ciudad del Cuzco, de lo cual mostró gran sentimiento; y luego envió á requerir al cabildo del Cuzco con las provisiones reales, para que le rescibiesen por gobernador de aquella ciudad, por ser acabados mucho antes della los limites de la gobernacion del Marqués. Oida por los del cabildo esta embajada, le respondieron que hiciese medir el término de la gobernacion del Marqués, y que constando que aquella ciudad caia fuera della, le rescibirian por su gobernador. La cual averiguacion, ni entonces ni después se hizo caso, que se juntaron á medir la tierra hombres diestros en ello; pero nunca se conformaron en la forma de la medida, porque unos decian que se habian de medir las leguas que estaban señaladas para la gobernacion de don Francisco por la costa de la mar, segun iban haciendo ancones y caletas, ó por el camino real con todos sus rodeos, porque en cualquiera destas dos maneras la gobernacion del Marqués se acababa, no solamente antes del Cuzco, mas (segun algunos) aun antes de los Reyes. El Marqués pretendia que sus leguas se habian de medir por el viro, echando la cuerda derechamente sin ningún rodeo ni torcedura, ó por la linea superior del cielo, midiendo la graduacion por la altura del sol y dando tantas leguas á cada grado.

Pues tornando á la historia, Hernando Pizarro envió á decir á don Diego que él le haria desembarazar cierta parte de la ciudad donde se aposentase él y su gente seguramente, entretanto que envisaban relacion de lo que pasaba á don Francisco Pizarro, que estaba en la ciudad de los Reyes, para que se diese algun medio entre ellos, pues eran amigos y compañeros. Y algunos dicen que para tratar desto se pusieron treguas, debajo de las cuales teniéndose por seguro Hernando Pizarro, hizo á todos los vecinos y gente de guerra que se fuesen á reposar á sus casas, porque muy cansados estaban de andar armados dias y noches, sin dormir ni reposar un punto. Y como don Diego desto fué avisado, con la escuridad de la noche, especialmente por un gran nublado que sobrevino, dió asalto en la ciudad. Mas cuando Hernando y Gonzalo Pizarro sintieron el ruido se armaron á gran prisa, y como fué su casa la primera sobre que dieron, con sus criados se defendieron fuertemente, hasta que por todas partes les pusieron fuego y los prendieron. Y luego otro dia don Diego hizo que el cabildo le rescibiese por gobernador, y echó en prisiones á Hernando Pizarro y á su hermano, y aunque muchos le aconsejaron que los matase, no lo quiso hacer, por lo mucho que se lo defendió y le aseguró dellos Diego de Albarado. Y túvose por cierto que á don Diego de

Almagro dieron ocasion de quebrantar las treguas ciertos indios y aun españoles que le trajeron nuevas que Hernando Pizarro mandaba quebrar las puentes y se fortificaba en el Cuzco; lo cual pareció claro, porque cuando él entraba en la ciudad dijo á grandes voces: «¡Oh, cómo me habeis engañado; qué sanas hallo todas las puentes!» De todas estas cosas ninguna sabia el Gobernador por entonces, ni lo supo de allí á muchos dias, como adelante se dirá. Don Diego de Almagro hizo inga y dió la borla del imperio á Paulo, porque su hermano Mungo inga, visto lo que habia hecho, se fué huyendo con mucha gente de guerra á unas muy ásperas montañas que llaman los Andes.

CAPITULO V.

De cómo mataron los indios muchos socorros que el Gobernador envió á sus hermanos al Cuzco.

Entre otras cosas que el gobernador don Francisco Pizarro envió á suplicar á su majestad, en remuneracion de los servicios que habia hecho en la conquista del Perú, fué una que le diese veinte mil indios perpetuos para él y sus descendientes en una provincia que llaman los Atabillos, con sus rentas y tributos y jurisdiccion, y con título de marqués dellos. Su majestad lo hizo merced de darle el título de marqués de aquella provincia, y en cuanto á los indios, le respondió que se informaria de la calidad de la tierra, y el daño ó perjuicio que se podia seguir de dárselos, y le haria toda la merced que buenamente hubiese lugar. Y así, desde entonces en aquella carta le intituló marqués y mandó que se lo llamasen de allí adelante, como se lo llamó, y por este dictado lo intitularémos de aquí adelante en esta historia. Pues entendida por el Marqués la rebellion de los indios por lengua dellos mismos, no pensando que á tanto riesgo hubiese llegado, comenzó á enviar socorro de gente á Hernando Pizarro al Cuzco, poco á poco, como se iba juntando, un dia diez y otro quince, y así dando en adelante, segun la posibilidad se ofrescia. Y entendido los indios que habia de hacerse este socorro, proveyeron de mucha gente de guerra en los pasos angostos y peligrosos del camino, para estorbar la jornada á los que fuesen; y así, todos cuantos el Marqués envió en diversas veces los desbarataron y mataron los indios; lo cual no hicieran si aguardara á enviarlos todos juntos. Y habiendo ido á visitar las ciudades de Trujillo y San Miguel, envió á un Diego Pizarro con setenta de caballo para este socorro, los cuales todos mataron los indios en un muy áspero paso que se llama la cuesta de Parcos, que es cincuenta leguas del Cuzco, y lo mismo hicieron á un cuñado suyo, llamado Gonzalo de Tapia, que después envió con ochenta hombres de caballo. Y tambien desbarataron al capitan Morgovejo y al capitan Gaete, con la gente que llevaron en diversos dias, sin que de toda su gente se escapase casi ninguno, y sin que los que lo seguian supiesen el desbarato los que iban adelante; teniendo tal forma, que los dejaban entrar en un valle muy hondo y angosto, y tomándoles la entrada y la salida con gran cantidad de indios, eran tantas las piedras y galgas que les echaban desde las cuestas, que casi sin venir á manos los mataban todos; y á toda esta gente, que fueron mas de trecientos

hombres de caballo, les tomaron gran cantidad de joyas y armas y ropas de seda. Y viendo el Marqués que no respondia ninguno destes socorros, envió á Francisco de Godoy, natural de Cáceres, con cuarenta y cinco de caballo, y topando á solos dos hombres de los de Gacete, que se habian escapado, y habiendo sabido dellos lo que pasaba, se volvió á gran prisa, aunque ya le tenian tomados los pasos por donde habian entrado. Y le siguieron los indios mas de veinte leguas, dándole grande guerra por delante y por la retaguardia, que no le dejaban caminar sino de noche; y así llegó á la ciudad de los Reyes, donde tambien vino el capitán Diego de Agüero con cierta gente que se habian escapado á uña de caballo, porque en sus mismos pueblos los indios los habian querido matar. Y porque tuvo nueva el Marqués que tras Diego de Agüero venia gran copia de indios de guerra, envió á un Pedro de Lerma con mas de setenta de caballo y con muchos indios amigos, que salieron al reencuentro á la gente del Inga, con los cuales pelearon gran parte del día, hasta que en un peñol los indios se hicieron fuertes y los españoles los cercaron por todas partes, y aquel día quebraron los dientes al capitán Lerma y hirieron otros muchos españoles, aunque no mataron mas de uno de caballo. Y los cristianos los pusieron en tal aprieto, que si el Marqués no los mandara recoger, aquel día se diera fin á la guerra, porque los indios estaban muy apretados en aquella pequeña sierra, y no tenían lugar de pelear. Y así, cuando los españoles se retrajeron, dieron muchas gracias al Señor porque los habia escapado, haciéndole oración y sacrificio. Y levantando de allí el real, se fueron á poner sobre una alta sierra que está junto á la ciudad de los Reyes, el río en medio, peleando á la continua con los españoles. El caudillo destes indios era un señor llamado Tizoyopangui, y con aquel hermano del Inga que el Marqués envió con Gacete. En esta guerra que los indios dieron en la ciudad de los Reyes acaesció que muchos indios, criados de los españoles, que llamaban yanacunas, iban de día á ganar sueldo de los indios, y de noche venian á cenar y dormir con sus señores.

CAPÍTULO VI.

De cómo el Marqués envió á pedir socorro á diversas partes, y cómo el capitán Alonso de Albarado le fué á socorrer.

Viendo el Marqués tanta multitud de indios sobre la ciudad de los Reyes, tuvo por cierto que Hernando Pizarro y todos los del Cuzco eran muertos, y que habia sido tan general este levantamiento, que habrian en Chili desbaratado á don Diego y á los que con él iban. Y porque los indios no pensasen que por temor detengan los navios para huir en ellos, y tambien porque los españoles no tuviesen alguna confianza en poderse salir de la tierra por la mar, y por esto pelesen menos animosamente de lo que debian, envió á Panamá los navios, y de camino envió al visorey de la Nueva-España y á todos los gobernadores de las Indias, pidiéndoles socorro y dándoles á entender el grande aprieto en que quedaba, significándolo con palabras de no tanto ánimo como soha mostrar en otras cosas; las cuales él puso por permission de algunas personas de poco corazon, que se le aconsejaron. Y asimismo envió á mandar

á su teniente de Trujillo que despojlase la ciudad, y que en un navio que para ello les envió embareasen sus mujeres é hijos y haciendas, y los enviasen á Tierra-Firme, y ellos se viniesen con sus armas y caballos solamente á lo ayudar: porque él tenia por cierto que tambien habian de acudir los indios sobre ellos y no estaba en tiempo de los poder socorrer; y así, era mejor que todos se hiciesen un cuerpo, aunque mandó que la venida fuese secreta, creyendo que, no sabiéndola los indios, por ir sobre ellos se dividirian, y ellos así, lo hicieron, aunque, estando para se partir, les llegó el capitán Alonso de Albarado, con toda la gente que traia en el descubrimiento de los Chachapoyas, porque el Marqués les habia enviado á mandar que, dejada la conquista, los viniesen á socorrer. Y así, poniendo alguna gente de guerra de la que traia en defensa de la ciudad de Trujillo, él con lo restante se fué á la ciudad de los Reyes en socorro del Marqués. Y como llegó, le hizo su capitán general, en lugar de Pedro de Lerma, que hasta entonces lo habia sido; por el cual desabrimiento Pedro de Lerma hizo el motin que adelante se dirá. Y así, viéndose el Marqués con pujanza de gente, le pareció socorrer á lo mas peligroso, y envió al capitán Alonso de Albarado con trecientos españoles de pié y de caballo, que fué talando y conquistando la tierra. Y á cuatro leguas de la ciudad de Pachacamá tuvo una recia batalla con los indios, los cuales desbarató, y mató muchos dellos, y prosiguió su camino la via del Cuzco. Y adelante, al pasar de un despoblado, padesció gran trabajo, porque se le murieron mas de quinientos indios de servicio, de sed; y si los de caballo no corrieran, y con vasijas llenas de agua volvieran á socorrer los de á pié, créese que todos perecieran, segun estaban fatigados. Y yendo así conquistando, le alcanzó en la provincia de Juaja Gomez de Tordoya, natural de Villanueva de Barcarota, con otros doscientos hombres de pié y de caballo que tras él envió. Y con todos quinientos hombres Alonso de Albarado caminó hasta la puente de Lumichaca, donde los cercaron los indios por todas partes, y hubo con ellos batalla, en que los venció, y mató muchos dellos, y de ahí adelante siempre fueron peleando con él hasta la puente de Abancay, donde fué certificado de la prision de Hernando y Gonzalo Pizarro, y de todo lo mas que en el Cuzco habia pasado, y propuso no pasar adelante hasta tener mandado de lo que habia de hacer. Y como don Diego de Almagro supo la venida de Alonso de Albarado, envió á Diego de Albarado con otros siete ó ocho caballeros á notificarles sus provisiones; los cuales en llegando, Alonso de Albarado prendió, y respondió que enviase á notificar aquellas provisiones al Marqués, porque él no era parte para tratar de aquel negocio. Y como don Diego vió que sus mensajeros no volvan, teniendo que Alonso de Albarado por otro camino se iria á entrar en el Cuzco, se volvió á gran prisa, porque ya habia salido tres leguas de la ciudad, y desde á quince días sacó su gente sobre Alonso de Albarado, porque supo que Pedro de Lerma tenia ordenado un motin para pasársele con mas de ochenta hombres. Y cuando don Diego llegó cerca de Alonso de Albarado, sus corredores prendieron á Pedro Alvarez Holguin, que adelante iba descubriendo el

campo, con una celala que le echó. Y sabiendo Alonso de Albarado la prision, quiso él tambien prender á Pedro de Lerma por la sospecha que dél ya tenia; el cual se le huyó aquella noche, llevando las firmas de todos aquellos con quien dejaba hecho concierto. Y don Diego una noche llegó á la puente, porque supo que Gomez de Tordoya y un hijo del coronel Villaiba le estaban aguardando, y mucha parte de su gente envió por el vado, donde supo que los conjurados con Pedro de Lerma guardaban el paso; los cuales se le dieron, y aun los animaban puro que pasasen sin miedo, y se supo cómo algunos destos conjurados habian hecho el truto de bua buena gana, que, haciendo la guardia aquella noche, hurtaron mas de cincuenta lanzas á los de Alonso de Albarado y las echaron por el río abajo. Pues cuando Alonso de Albarado quiso acometer, faltáronle los del motin y otra mucha gente de su ejército que por buscar sus lanzas no acudieron; y así, muy fácilmente don Diego los desbarató, sin muerte de españoles; y allí quebraron los dientes con una pedrada á Rodrigo Orgoños. Y después de saqueado el real y preso Alonso de Albarado, se volvió al Cuzco, haciendo algunos malos tratamientos á los vencidos y quedando tan soberbios, que decian que no habia de quedar en todo el Perú pizarra en que tropezar, y que el Marqués y sus hermanos se habian de ir á gobernar á los manglares, bajo de la línea Equinocial.

CAPITULO VII.

De cómo el Marqués iba en socorro de sus hermanos al Cuzco, y sabido el vencimiento de Alonso de Albarado, se volvió á los Reyes.

Con las victorias que Alonso de Albarado hubo de los indios yendo camino del Cuzco, así en Pachacamá como en Lumichaca (según arriba está dicho), el lugar y Tizoyopangui tuvieron por bien alzar el real de sobre la ciudad de los Reyes. Y viéndose el Marqués libre y con mucha gente, se partió para el Cuzco en socorro de sus hermanos, llevando consigo mas de setecientos hombres de pié y de caballo; el cual socorro él pensaba que hacia contra los indios, porque ninguna cosa sabia de la vuelta de don Diego de Almagro ni de lo que dello habia resultado; y mucha parte desta gente le habia enviado don Alonso de Fuen-Mayor, arzobispo y presidente de la isla de Santo Domingo, con Diego de Fuen-Mayor, su hermano, y el licenciado Gaspar de Espinosa habia traído alguna parte della desde Panamá; y asimismo un Diego de Ayala (á quien el Marqués envió á Nicaragua) habia acudido con cierto socorro. Y yendo el Marqués con este ejército por el camino de los llanos, en la provincia de la Nasca, á veinte y cinco leguas de los Reyes, le vinieron nuevas de la vuelta de don Diego y de todas las otras particularidades que después della habian sucedido (según arriba se ha contado), lo cual sintió con el pesar que era razon; y pareciéndole que su gente iba aderezada, como quien habia de pelear con indios, determinó volverse á la ciudad de los Reyes y proveerse como contra españoles; y así lo hizo, enviando al Cuzco al licenciado Espinosa para que diese algun corte entre él y don Diego, atrayéndole á ello; con que si su majestad sabia lo que ha-

bia pasado, y que ellos no estaban conformes, enviaria otro en lugar de ambos, que gozase lo que ellos habian ganado con tanto trabajo; y que cuando otra cosa no pudiese, acabase con don Diego que soltase sus hermanas y él se estuviese en el Cuzco sin bajar de allí abajo, hasta que consultado, su majestad proveyese y mandase lo que cada uno dellos habia de gobernar. Y con esta embajada fué el licenciado Espinosa, aunque ningun medio pudo tomar, y sin concluir el negocio falló. Y don Diego bajó con su gente á los llanos, dejando en el Cuzco por su teniente al capitán Gabriel de Rojas, y presos en su poder á Gonzalo Pizarro y Alonso de Albarado, y llevando consigo preso á Hernando Pizarro; y así continuó su camino hasta la provincia de Chíncha, que es veinte leguas de los Reyes, y allí hizo un pueblo en lugar de posesion de gobernador.

CAPITULO VIII.

De cómo el Marqués hizo gente y se soltaron de la prision Alonso de Albarado y Gonzalo Pizarro, y de lo que pasó con ellos.

Como el Marqués llegó á la ciudad de los Reyes, luego hizo tocar atambores y dió paga á la gente y engrosó su ejército, con título de defenderse de don Diego, que decia venirle ocupando su gobernacion; y en pocos dias juntó mas de setecientos hombres de pié y de caballo, y entre ellos muchos arcabuceros; porque en la compañía de Diego de Fuen-Mayor habia venido un capitán Pedro de Vergara (á quien arriba tenemos dicho que se encomendó el descubrimiento de los Bracmóros), el cual traia de Flándes, donde era casado, gran copia de arcabuces y de toda la municion dellos; porque hasta entonces no habia tantos en el Perú que se pudiese juntar compañía ni número cierto de arcabuceros. Y á este Vergara y á Nuño de Castro nombró el Marqués por capitanes de arcabuceros, y á Diego de Urbina, natural de Orduña, sobrino del maestro de campo Juan de Urbina, nombró por capitán de piqueros, y de gente de caballo á Diego de Rojas y á Peranzúres y Alonso de Mercadillo, y hizo maestro de campo á Pedro de Valdivia, y sargento mayor á Antonio de Villalva, hijo del coronel Villalva. En este tiempo Gonzalo Pizarro y Alonso de Albarado (que, como dijimos, quedaron presos en el Cuzco) se soltaron, y se vinieron con mas de setenta hombres al Marqués, habiendo prendido á Gabriel de Rojas, teniente de don Diego. Con su venida holgó mucho el Marqués, así por verlos fuera de peligro como porque con ellos tomó grande ánimo toda la gente; y luego hizo á Gonzalo Pizarro capitán general y Alonso de Albarado capitán de gente de á caballo. Y como don Diego supo la soltura de los presos y la gran pujanza de gente que el Marqués tenia, determinó tomar algun partido con él, y aun de moverle él por su parte, enviando á ello con su poder á don Alonso Enriquez y al factor Diego Nuñez de Mercado y al contador Juan de Guzmán, para que se viese con don Diego. Y después de haber pasado entre ellos grandes tratos, el Marqués lo dejó todo por vía de compromiso en manos de fray Francisco de Bobadilla, provincial en aquellas partes de la orden de la Merced, y lo mismo hizo don Diego. Y fray Francisco, usando de su poder, dió entre ellos sentencia, por la cual mandó que ante todas cosas fuesen

suelto Hernando Pizarro y restituida la posesion del Cuzco al Marqués, como primero la tenia, y que se deshiciesen los ejércitos, enviando las compañías, así como estaban hechas, á descubrir la tierra por diversas partes, y que diesen noticia de todo á su majestad para que proveyese lo que fuese servido. Y para que en presencia se viesen y hablasen el Marqués y don Diego, trató que con cada doce de caballo se viniesen á un pueblo que se llamaba Mala, que estaba entre los dos ejércitos; y así, se partieron á las vistas, aunque Gonzalo Pizarro, no se fiando de las treguas ni palabra de don Diego, se partió luego en pos dél con toda la gente, y se fué á poner secretamente junto al pueblo de Mala, y mandó al capitán Castro que con cuarenta arcabuceros se emboscase en un cañaveral que estaba en el camino por donde don Diego habia de pasar, para que si don Diego trajese mas gente de guerra de la concertada, disparase los arcabuces, y él acudiese á la seña dellos.

CAPITULO IX.

De cómo se vieron los gobernadores, y fué suelto Hernando Pizarro.

Cuando don Diego partió de Clincha para ir á Mala con sus doce caballeros, dejó mandado á Rodrigo Orgoños, que era su general, que estoviese á mucho recaudo y tuviese su gente á punto, para que si el Marqués trajese mas gente acudiese él luego, y hiciese de Hernando Pizarro lo mismo que él viese que se hacia dél en las vistas; y así, cuando llegaron á juntarse, se abrazaron ambos amorosamente, y después de haber pasado algunas pláticas sin tocar en el negocio principal, un caballero de los del Marqués se llegó á don Diego al oído, y le dijo: «Váyase vuestra señoría de aquí, que le cumple; porque yo, como su servidor, le aviso dello;» lo cual decia teniendo noticia de la venida de Gonzalo Pizarro. Y como don Diego lo entendió, pidió á gran priesa su caballo. Y como algunos caballeros del Marqués sintieron que se quería ir, le persuadieron que le prendiese, pues lo podia hacer tan fácilmente con los arcabuceros que Nuño de Castro tenia en la emboscada; y el Marqués nunca lo permitió, por haber venido debajo de su palabra, ni creyó que se volviera sin concluir á lo que habia venido. Y como don Diego, al tiempo que se fué, vió la emboscada, tuvo por cierto el aviso que le habian dado; y vuelto á su real, se quejaba del Marqués, diciendo que lo habian querido prender sin querer rescibir las disculpas que para ello el Marqués le daba. Y después desto, por medio é intercesion de Diego de Albarado, don Diego de Almagro soltó á Hernando Pizarro debajo de cierta pleitesia que entre ellos hubo, para que el Marqués le daria navío y puerto seguro para enviar y rescibir despachos de España, y que hasta tanto que nuevo mandado de su majestad viniese, no iria el uno contra el otro. Esta soltura de Hernando Pizarro contradijo mucha Rodrigo Orgoños, porque habia visto algunos malos tratamientos que en la prision se le hicieron, pensando que se querria vengar dellas teniendo poder, y su voto siempre fué que le cortasen la cabeza; pero valió mas el parecer de Diego de Albarado, confiado en el concierto que se habia hecho. Y suelto Hernando Pizarro, don Diego le envió al

Marqués acompañado de su hijo y de otros caballeros. Y aun apenas era partido, cuando don Diego se arrepintió de lo hecho, y se cree que lo volviera á la prision; sino que se dió tanta priesa á salir de su poder, que en breve tiempo habia andado la mayor parte del camino, hasta que topó con la gente mas principal del Marqués, que le salia á rescibir.

CAPITULO X.

De cómo el Marqués fué sobre don Diego, y él se retiró hácia el Cuzco.

Ya cuando se hicieron aquellos conciertos el Marqués tenia provision y mandado de su majestad, que habia traído Pedro Anzúres, para que ambos gobernadores se estoviesen en la tierra que cada uno tuviese descubierta, poblada y conquistada al tiempo de la notificacion, aunque fuese en los límites de la gobernacion del otro, hasta tanto que su majestad proveyese en el negocio principal lo que de justicia se debiese hacer. Y con esta provision, después que el Marqués tuvo en su poder á Hernando Pizarro, envió á requerir á don Diego para que se saliese de la tierra y pueblos que él habia descubierto y poblado, como su majestad lo mandaba. Don Diego respondió que él estaba presto de guardar y cumplir la provision y lo que en ella se contenia, que era que cada uno se estoviese en la tierra y pueblos de la forma y manera en que los tomase la notificacion de la provision, y que antes, con la misma provision, él requeria al Marqués que le dejase estar sin guerra ni contienda alguna, como se estaba á la sazón, con protestacion de obedescer y cumplir otra cualquiera cosa que sobre ello su majestad les enviase á mandar. El Marqués replicó que él tenia primero aquellos pueblos y ciudad y tierra del Cuzco, y la habia descubierto y poblado, y que él le habia desposeído della por fuerza; por tanto, que se saliese de la tierra conforme á lo que su majestad mandaba; donde no, que él le echaria della, pues ya era cumplido el plazo y pleitesia que habian hecho, con el nuevo mandado de su majestad. Y como don Diego esto no quiso hacer, el Marqués fué sobre él con toda su gente; y don Diego se fué retrayendo hácia el Cuzco, y se hizo fuerte en una muy alta sierra que se llama de Guaytara, cortando todos los pasos de aquel áspero camino; y Hernando Pizarro le iba siguiendo con cierta gente, y subió una noche la sierra por un secreto camino, y con los arcabuceros le ganó el paso, de tal manera, que á don Diego le convino huir; y porque él iba enfermo, se adelantó, dejando en la retaguardia á Rodrigo Orgoños, que muy ordenadamente se fuese retirando. El cual, sabiendo de dos de caballo de los del Marqués, á quien prendió una noche, que le iban siguiendo, apresuró el camino, aunque los mas de su ejército decian que volviese sobre ellos, porque ya sabia que todos los que subian de los llanos á la sierra, los primeros dias se mareaban y estaban sin sentido, como los que comienzan á navegar; lo cual Rodrigo Orgoños no quiso hacer, por no ir contra la orden de su gobernador; aunque se cree que le sucediera bien si lo hiciera, porque la gente del Marqués iba mareada y maltratada de las muchas nieves que habia en la sierra, y recibiria mucho daño; y por ir tales, el Marqués se

volvió con el ejército á los llanos, y don Diego se fué al Cuzco quebrando siempre los puentes, porque creía que le iban siguiendo. Don Diego estuvo en el Cuzco mas de dos meses haciendo gente y otras municiones y aparejos de guerra, y haciendo armas de plata y cobre, y fundiendo artillería y todo lo demás que le era necesario.

CAPITULO XL.

De cómo Hernando Pizarro fué al Cuzco con su ejército y se dió la batalla de las Salinas y prendieron á don Diego de Almagro.

Estando el Marqués con todo su ejército en los llanos, de vuelta de la sierra, halló entre su gente diversos pareceres de lo que debía hacer; y al fin se resumió en que Hernando Pizarro fuese con el ejército que tenía hecho por su teniente á la ciudad del Cuzco, llevando por capitán general á Gonzalo Pizarro, su hermano; y que la ida fuese con título y color de cumplir de justicia á muchos vecinos del Cuzco que con él andaban, que se le habían quejado que don Diego de Almagro les tenía por fuerza entradas y ocupadas sus casas y repartimientos de indios, y otras haciendas que tenían en la ciudad del Cuzco; y así, partió la gente para allí, y el Marqués se volvió á la ciudad de los Reyes; y llegado Hernando Pizarro por sus jornadas á la ciudad una tarde, todos sus capitanes quisieron bajar á dormir al llano aquella noche; mas Hernando Pizarro no quiso sino asentar real en la sierra. Y cuando otro día amaneció, ya Rodrigo Orgoños estaba en campo aguardando la batalla con toda la gente de don Diego, por capitanes de los de á caballo á Francisco de Claves y á Juan Tello y Vasco de Guevara. Y por la parte de la sierra tenía con algunos españoles muchos indios de guerra para se ayudar dellos; y dejó presos en dos cabos de la fortaleza del Cuzco todos los amigos y servidores del Marqués y de sus hermanos, que en la ciudad estaban, que eran tantos y el lugar tan angosto, que algunos se alojaron. Y otro día de mañana, habiendo oído misa Gonzalo Pizarro y su gente, bajaron al llano, donde ordenaron sus escuadrones, y caminaron hácia la ciudad con intento de se ir á poner en un alto que estaba sobre la fortaleza; porque creían que viendo don Diego la pujanza de gente que tenían, no le osaría dar la batalla; la cual ellos deseaban excusar por todas vías, por el dolo que della esperaban. Mas Rodrigo Orgoños estaba en el camino real con toda su gente y artillería, aguardando muy fuera deste pensamiento, creyendo que no le podrían entrar por otra parte, á causa de una ciénaga que allí había. Mas como Hernando Pizarro lo descubrió, mandó al capitán Mercadillo que con su gente de caballo estuviese por sobresaliente, así para pelear con los indios de guerra si acometiesen, como para socorrer en la mayor priesa de la batalla; y antes que rompiesen se mezcló una pelea entre los indios que iban con Hernando Pizarro y los de don Diego. Los de caballo de Pizarro tentaron la ciénaga, y entre tanto los arcabuceros sobresalientes entraron por ella adelante, y tiraron de tal manera á un escuadron de don Diego, de los de caballo, que le hicieron retner. Y cuando Pedro de Valtuvia, maestro de campo del Marqués, los vió retner, certificó la victoria por su parte. Y los de don

Diego tiraron un tiro, que llevó cinco hombres de los del Marqués. Y cuando Hernando Pizarro y su gente tuvieron pasada la ciénaga y un arroyo que allí había, fueron muy ordenadamente contra los enemigos, avisando á cada capitán de lo que había de hacer al tiempo del romper, y esforzando la gente cuanto podía. Y porque vió Hernando Pizarro que los piqueros de don Diego tenían arboladas las picas, mandó á los arcabuceros que tirasen por alto, de manera que dos ruciadas le llevaron mas de cincuenta picas. Y Rodrigo Orgoños, viendo esto, mandó á sus capitanes que rompiesen; y como vió que se detenían, arremetió con su batalla hácia la parte siniestra, donde había visto que Hernando Pizarro iba muy señalado delante los escuadrones, y Orgoños iba diciendo á voces: «¡Oh Verbo divino! siganme los que quisieren; que yo á morir voy.» Como Gonzalo Pizarro y Alonso de Albarado vieron el través que Orgoños les mostró, rompieron por los enemigos de manera que derribaron mas de cincuenta hombres en el suelo. Y cuando Rodrigo Orgoños acometió le hirieron con un perdigon de arcabuz por la frente, habiéndolo pasado la celada; y él con su lanza, después de herido, mató dos hombres y metió un estoque por la boca á un criado de Hernando Pizarro, pensando que era su amo, porque iba muy bien ataviado. Y como ambos ejércitos se mezclaron, pelearon tan fuertemente, que los capitanes y gente del Marqués hicieron volver las espaldas á los de don Diego, matando é hiriendo muchos dellos. Y cuando don Diego los vió huir desde un alto donde los estaba mirando (porque á causa de estar enfermo no entró en la batalla), dijo: «Por nuestro Señor, que pensé que á pelear habíamos venido.» Y teniendo dos caballeros rendido á Rodrigo Orgoños, llegó otro que dél había recebido cierta injuria, y le cortó la cabeza; y de aquella manera mataron á algunos rendidos, sin que fuesen parte para lo estorbar Hernando Pizarro y los capitanes, aunque lo procuraban con harta diligencia; porque, como los de Alonso de Albarado estaban afrentados de la rota que habían recibido en la puente de Abancay, procuraban de se vengar como podían; tanto, que llevando uno tendido en las ancas de su caballo al capitán Ruy Díaz, llegó otro, y de un golpe de lanza le mató. Pues viendo don Diego vencida su gente, se fué huyendo á meter en la fortaleza del Cuzco, donde le prendieron Alonso de Albarado y Gonzalo Pizarro, que iban en su seguimiento. Los indios, viendo la batalla fenescida, ellos tambien se dejaron de la suya, yendo los unos y los otros á desnudar los españoles muertos y aun algunos vivos que por sus heridas no se podían defender; porque, como pasó el tropel de la gente siguiendo la victoria, no hubo quien se lo impidiese; de manera que dejaron en cueros á todos los caídos. Y los españoles, vencedores y vencidos, escaparon tales del reencuentro, que muy fácilmente los indios los pudieran vencer si tuvieran ánimo para dar sobre ellos, como lo tenían concertado. Este reencuentro se dió á 26 de abril de 1538 años.

CAPITULO XII.

De lo que sucedió después de la batalla de los Satines, y cómo se vino á España Hernando Pizarro.

Fenecida esta batalla, Hernando Pizarro trabajó mucho de venir en gracia con los capitanes de don Diego que habían quedado vivos, y como no pudo acabarlo, muchos desterró del Cuzco. Y porque vió que no tenía posibilidad de satisfacer los que le habían servido, porque cada uno pensaba que con darle toda la gobernación no quedaba pagado, acordó de deshacer el ejército, enviando la gente á nuevos descubrimientos, de que ya se tenía noticia, con lo cual hacía dos cosas: la una remunerar sus amigos, y la otra desterrar sus enemigos. Y así, envió al capitán Pedro de Candia con trecientos hombres suyos y de los de don Diego, para que entrase á cierta conquista de cuya riqueza se tenía mucha fama. Y como por aquella parte Pedro de Candia no pudo entrar por la aspereza de la tierra, se volvió hácia el Collao con toda la gente casi amotuada; porque un Mesa, que había sido capitán de la artillería del Marqués, había dicho que, aunque pesase á Hernando Pizarro, pasaría por la tierra del Collao. A lo cual se alivió por el favor que le daba la gente de don Diego que allí había, porque nunca acababan de allanar los pensamientos. Y así, Candia envió preso á este Mesa, con el proceso y averiguaciones que contra él hicieron, á Hernando Pizarro. Y como él entendió que mientras don Diego fuese vivo nunca acabaría de quietarse la tierra ni sossegarse la gente, porque en esta probanza y en otras que Hernando Pizarro hizo halló en diversas partes motines de gente conjurada para venir á sacar de la prisión á don Diego y alzarse con la ciudad; por todo lo cual le pareció que convenia matar á don Diego, justificando su muerte con las culpas que había tenido en todas las alteraciones pasadas, de que arriba se ha hecho mencion, diciéndole que él había sido causa y fundamento dellas, por haber al principio entrado con gente de guerra en la ciudad y ocupádola por su propia autoridad, y muerto mucha gente de los que le resistieron, y llegado con ejército y banderas tendidas á la provincia de Chinchu (que no había duda ser de la gobernación del Marqués); y así, le sentenció á muerte. Y como don Diego oyó la sentencia, hacía y decía muchas lástimas á Hernando Pizarro, trayéndole á la memoria que él había sido la causa que él y su hermano hubiesen subido en el estado en que estaban, y les había dado hacienda para ello; y que se acordase cómo le había él soltado graciosamente de la prisión en que le tuvo, no queriendo tomar el consejo de sus capitanes, que le persuadían á que le matase; y que si algun mal tratamiento había recibido en la prisión, ni él lo había mandado ni sido sabidor dello; y que considerase que era muy viejo, y que, aunque entonces no le matase, la misma edad y tiempo le condenaría á muerte en breve. Y á esto Hernando Pizarro le respondió que no eran aquellas palabras para que una persona de tanto ánimo como él las dijese ni se mostrase tan pusilánime; y que pues su muerte no se podía excusar, que se conformase con la voluntad de Dios, muriendo como cristiano y como caballero. Y á esto le satisfizo don Diego con

que no se maravillase de que él temiese la muerte como hombre y pecador, pues la humanidad de Cristo la había temido. Y en fin, Hernando Pizarro, en ejecución de su sentencia, le hizo degollar. Y luego fué al Collao sobre la gente del capitán Candia, é hizo justicia de Mesa, que había sido el inventor del motin; y con los trecientos hombres tornó á enviar al capitán Pedro Anzúres á una entrada, donde pensaron perecer todos de hambre, por las muchas ciénagas y maleza de la tierra; y en tanto quedó conquistando la tierra del Collao, que es una tierra llana y muy poblada de minas de oro, y por ser muy fría no se cria maíz en ella; y los indios comen unas raíces que llaman papas, que son de hechura y aun casi sabor de turmas de tierra; y hay en ella mucho ganado de las ovejas que hemos dicho. Y como Hernando Pizarro supo que el Marqués, su hermano, era venido al Cuzco, se vino á ver con él, dejando en su lugar, para que continuase la conquista, á Gonzalo Pizarro, su hermano, que llegó á descubrir hasta la provincia de los Charcas, donde le cercaron muchos indios de guerra que sobre él vinieron, y le pusieron en tanto aprieto, que fué forzado Hernando Pizarro á volverlo á socorrer desde el Cuzco con mucha gente de caballo; y porque mas presto les llegase el socorro, fingió el Marqués que él en persona iba á ello, y salió de la ciudad dos ó tres jornadas. Y como Hernando Pizarro llegó adonde Gonzalo Pizarro estaba, halló que los indios eran ya todos desbaratados. Y anduvieron algunos dias conquistando aquella tierra, donde hubieron muchos reencuentros con los indios, hasta que prendieron á Tizo, capitán dellos; y así, volvieron ambos al Cuzco, donde fueron graciosamente recebidos del Marqués, el cual dió de comer en la tierra á todos los que hubo lugar, y á los otros envió á ciertas conquistas con los capitanes Vergara y Porcel (que arriba hemos contado), y por otra parte envió al capitán Alonso Mercadillo y al capitán Juan Perez de Guevara. Y al maestro de campo Pedro de Valdivia envió á la tierra de Chili, donde don Diego se había vuelto. Y todo esto hecho, y asentada la tierra y derramada la gente, Hernando Pizarro se partió para España á dar cuenta á su majestad de todo lo sucedido, aunque de muchos fué aconsejado que no lo hiciese, porque no sabian cómo se habría tomado la muerte de don Diego. Y cuando vino, aconsejó al Marqués, su hermano, que no se liase de los de don Diego, que comunmente llamaban los de Chili, ni los dejase juntar, y que cuando viese que de seis arriba estaban juntos, supiese que le trababan la muerte.

CAPITULO XIII.

De lo que aconsejó al capitán Valdivia en el viaje de la provincia de Chili y después de llegado.

Pedro de Valdivia llegó con su gente á la provincia de Chili, donde los indios le recibieron de paz cautelosamente, porque tenían sus sementeras por coger, que aun no estaban de sazón; y después que las cogieron se alzó toda la tierra y dieron sobre algunos españoles que andaban fuera de la población, y mataron á muchos de ellos. Y Valdivia los fué á socorrer; y andando en esta guerra, se quisieron alzar contra él algunos españoles, que él ahorcó en sabiéndolo, especialmente al capitán

Pedro Sancho de Hoz, que había ido con él casi á título de compañero. Y en tanto que él andaba en el campo, por otra parte vinieron sobre la ciudad mas de siete mil indios de guerra, que pusieron en mucho estrecho á los pocos españoles que para la guarda della habían quedado con los capitanes Francisco de Villagran y Alonso de Monroy, que no tenían mas de treinta hombres de caballo, los cuales salieron al campo y pelearon valerosamente con los indios flecheros desde la mañana hasta que los despartió la noche, que todos quedaron muy cansados y heridos. Y los indios tui-

ron por bien de se retirar por las muertes y gran daño que en aquel día rescibieron. Y de allí adelante toda la mas desta tierra estuvo de guerra por mas de ocho años, y en todos ellos Valdivia y su gente le resistieron sin desamparar la tierra; antes hacia á sus soldados que sembrasen y arasen, y cogian frutos para mantenerse, por no se poder servir de los indios en la labor, y así se sostuvo hasta que volvió al Perú, en tiempo que el licenciado de la Gasca estaba haciendo gente contra Gonzalo Pizarro, en todo lo cual él le sirvió y ayudó, como adelante se dirá.

LIBRO CUARTO.

QUE TRATA DEL VIAJE QUE GONZALO PIZARRO HIZO AL DESCUBRIMIENTO DE LA PROVINCIA DE LA CANELA,
Y DE LA MUERTE DEL MARQUÉS.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo Gonzalo Pizarro se aderezó para la jornada de la Canela.

Después desto, se tuvo noticia en el Perú que en la tierra de Quito, hacia la parte del oriente, había un descubrimiento de una tierra muy rica y donde se criaba abundancia de canela, por lo cual se llamó vulgarmente la tierra de la Canela. Y para la conquista y poblar determinó el Marqués enviar á Gonzalo Pizarro, su hermano; y porque la salida se había de hacer desde la provincia de Quito, y allí habían de acudir y proveerse de las cosas necesarias, renunció la gobernacion de Quito en Gonzalo Pizarro, en confianza que su majestad le haria merced della; y así, separtió para allá Gonzalo Pizarro con mucha gente que para este descubrimiento llevaba, y en el camino le convino pelear con los indios de la provincia de Guanuco, que le salieron de guerra, y le pusieron en tanto aprieto, que fué necesario que el Marqués enviase en su socorro á Francisco de Chaves; y así llegó Gonzalo Pizarro á Quito. Y en este tiempo el Marqués envió á Gomez de Albarado á conquistar y poblar la provincia de Guanuco, porque della habían ido ciertos caciques llamados los conchucos, con mucha gente de guerra, sobre la ciudad de Trujillo, y mataban cuantos españoles podian, y aun robaban y hacian mucho daño en los mismos indios sus comarcanos, y los que mataban y lo que robaban lo ofrescian todo á un ídolo que consigo traian, que llamaban la Cataquilla. Y así anduvieron hasta que de la ciudad de Trujillo salió Miguel de la Serna, vecino della, con la gente que pudo sacar, y juntándose con Francisco de Chaves, pelearon con los indios hasta que los vencieron y desbarataron.

CAPITULO II.

De cómo Gonzalo Pizarro partió de Quito y llegó á la Canela,
y de lo que acaesció en el camino.

Habiendo aderezado Gonzalo Pizarro las cosas necesarias para su viaje, partió de Quito, llevando consigo

quinientos españoles bien aderezados, los ciento de caballo con dobladura, y mas de cuatro mil indios amigos, y tres mil cabezas de ovejas y puercos. Y después que pasó una poblacion que se llamaba Inga, llegó á la tierra de los Quixos, que es la última que conquistó Guaynacaba hacia la parte del septentrion, donde los indios le salieron de guerra, y en una noche desaparecieron todos, que nunca mas ninguno pudieron haber. Y después de haber allí reposado algunos dias en las poblaciones de los indios, sobrevino un tan gran terremoto con temblor y tempestad de agua y relámpagos y rayos y grandes truenos, que abriéndose la tierra por muchas partes, se hundieron mas de quinientas casas; y tanto creció un rio que allí había, que no podian pasar á buscar comida, á cuya causa padescieron gran necesidad de hambre. Y después de partidos destas poblaciones, pasó unas cordilleras de sierras altas y frias, donde muchos de los indios de su compañía se quedaron helados. Y á causa de ser aquella tierra falta de comida, no paró hasta una provincia llamada Zumaco, que está en las faldas de un alto volcan, donde, por haber mucha comida, reposó la gente, en tanto que Gonzalo Pizarro, con algunos dellos, entró por aquellas montañas espesas á buscar camino; y como no le halló, se fué á un pueblo que llamaron de la Coca, y de allí envió por toda la gente que había dejado en Zumaco, y en dos meses que por allí anduvieron, siempre les llovió de día y de noche, sin que les diese el agua lugar de enjugar la ropa que traian vestida. Y en esta provincia de Zumaco, y en cincuenta leguas al derredor, hay la canela de que llevaban noticia, que son unos grandes árboles con hojas como de laurel, y la fruta son unos racimos de fruta menuda que se crian en unos capullos; y aunque esta fruta y las hojas y corteza y raíces del árbol tienen sabor y olor y sustancia de canela, pero la mas perfecta es aquellos capullos que son de hechura (aunque mayores) de los capullos de bellotas de alcornoque; y aunque en toda la tierra hay muchos desto género de árbo-

les silvestres que nascen y fructifican sin ninguna labor, los indios tienen muchos dellos en sus heredades y los labran, y así nasce dellos mas fina canela que de los otros; y tiénenla ellos en mucho, porque la rescatan en las tierras comarcanas por los mantenimientos y ropa y todas las otras cosas que han menester para su sustentacion.

CAPITULO III.

De los pueblos y tierras que pasó Gonzalo Pizarro hasta que llegó á la tierra donde hizo un bergantín.

Pues dejando Gonzalo Pizarro en esta tierra de Zumaco la mayor parte de la gente, se adelantó con los que mas sanos y recios estaban, descubriendo el camino segun los indios le guiaban, y algunas veces por los echar de sus tierras les daban noticias fingidas de lo de adelante, engañándolos, como lo hicieron los de Zumaco, que le dijeron que mas adelante estaba una tierra de gran poblacion y comida, lo cual halló ser falso, porque era tierra mal poblada, y tan estéril, que en ninguna parte della se podia sustentar, hasta que llegó á aquellos pueblos de la Coca, que era junto á un gran rio, donde paró mes y medio, aguardando la gente que en Zumaco habia dejado, porque en esta tierra les vino de puz el señor della. Y de allí caminaron todos juntos el rio abajo, hasta hallar un saltadero que en el rio habia de mas de docientos estados, por donde el agua se derriba con tan gran ruido, que se oia mas de seis leguas, y dende á ciertas jornadas se recogia el agua del rio en una tan pequeña angostura, que no habia de una orilla á otra mas de veinte piés, y era tanta la altura desde las peñas hasta llegar al agua, como la del saltadero que hemos dicho, y de una parte y de otra era Peña tajada, y en cincuenta leguas de camino no hallaron por donde pasar sino por allí, que les defendian los indios el paso, hasta que, habiéndolo ganado los arcabuceros, hicieron una puente de madera, por donde seguramente pasaron todos. Y así, fueron caminando por una montaña hasta la tierra que llamaron de Guema, que era algo rasa y de muchas ciénagas y de algunos rios, donde habia tanta falta de comida, que no comia la gente sino frutas silvestres, hasta que llegaron á otra tierra donde habia alguna comida y era medianamente poblada. Y los indios andaban vestidos de algodón, y en todas las otras tierras que habian pasado andaban en cueros, ó por el demasiado calor que á la continua habia, ó porque no alcanzan ropa; solamente traian atados los prepucios con unas cuerdas de algodón por entre las piernas (que se iban á atar á unas cintas que traen coñidas por los lomos), y las mujeres traian pañetes, sin otro ningún vestido. Y allí hizo Gonzalo Pizarro un bergantín para pasar á la otra parte del rio á buscar comida y para llevar por el rio abajo la ropa y otros fardajes y á los enfermos, y aun para continuar él por el rio, porque en las mas partes, á causa de ser la tierra tan anegada, que aun con machetes y hachas no podian hacer el camino. Y en hacer este bergantín pasaron muy gran trabajo, porque hubieron de cimentar fraguas para el herraje, en lo cual se aprovecharon de las herraduras de los caballos muertos, porque ya no habia otro hierro, y hicieron hornos pa-

ra el carbon. Y en todos estos trabajos hacia Gonzalo Pizarro que trabajasen desde el mayor hasta el menor, y él por su persona era el primero que echaba mano de la hacha y del martillo; y en lugar de brea se aprovecharon de una goma que allí distilan los árboles, y por estopa usaron de las mantas viejas de los indios y de las camisas de los españoles, que estaban podridas de las muchas aguas, contribuyendo cada uno segun podia. Y así, finalmente, dieron cabo en la obra y echaron el bergantín al agua, metiendo en él todo el fardaje; y juntamente con él hicieron ciertas canoas, que llevaban con el bergantín.

CAPITULO IV.

De cómo Francisco de Orellana se alzó y fué con el bergantín, y de los trabajos que sucedieron á causa desto.

Gonzalo Pizarro quando tuvo hecho el bergantín pensó que todo su trabajo era acabado, y que con él descubriria toda la tierra; y así, continuó su camino, llevando el ejército por tierra, por las grandes ciénagas y atolladares que habia por la orilla del rio y espesuras de montes y cañaverales, haciendo el camino á fuerza de brazos con espadas y machetes y hachas, y quando no podian caminar por la una parte del rio se pasaban á la otra en el bergantín; y siempre caminaban con tal orden, que los de tierra y los del rio todos dormian juntos. Y quando Gonzalo Pizarro vió que mas de docientas leguas habian caminado el rio abajo, y que no hallaban que comer sino frutas silvestres y algunas raices, mandó á un capitan suyo, llamado Francisco de Orellana, que con cincuenta hombres se adelantase por el rio á buscar comida, con orden que si la hallaba cargase della el bergantín, dejando la ropa que llevaba á las juntas de dos grandes rios que tenia noticia que estaban ochenta leguas de allí, y que le dejase dos canoas en unos rios que atravesaban, para que en ellas pasase la gente. Pues partido Orellana, era tan grande la corriente, que en breve tiempo llegó á las juntas de los rios, sin hallar ningún mantenimiento; y considerando que lo que en tres dias habia andado no lo podia subir en un año, segun la furia del agua, acordó de se dejar ir el rio abajo, donde la ventura le guiase, aunque se tuviera por medio mas conveniente esperar allí. Y así, se fué á dejar las dos canoas, casi amotinado y alzado; porque muchos de los que con él iban le requirieron que no excediese de la orden de su general, especialmente fray Gaspar de Carvajal, de la orden de los predicadores, que porque insistia mas que los otros en ello, le trató muy mal de obra y palabra. Y así siguió su camino, haciendo algunas entradas en la tierra, y peleando con los indios que se le defendian, porque salian á él muchas veces en el rio gran número de canoas, y por ir tan apretados en el bergantín no podian pelear con ellos como convenia. Y en cierta tierra donde halló aparojo se detuvo, haciendo otro bergantín, porque los indios le salieron de paz y le proveyeron de comida y de todo lo mas necesario. Y en una provincia mas adelante peleó con los indios y los venció; y allí tuvo dellos noticia que algunas jornadas la tierra adentro habia una tierra en que no vivian sino mujeres, y ellas se defendian de los comarcanos y peleaban; y con esta no-

tierra, sin hallar en toda la tierra oro ni plata, ni rastro della, caminó por la corriente del río hasta salir por él á la mar del Norte, trecientas y veinte y cinco leguas de la isla de Cubagua; y este río se llama el Marañón, porque el primero que descubrió la navegación del fué un capitán llamado Marañón. Nace en el Perú, en las faldas de las montañas de Quito; corre por camino derecho (contándole por la altura del sol) setecientas leguas, y con las vueltas y rodeos que el río hace, yéndolas siguiendo, hay deude su nacimiento hasta que entra en la mar mas de mil ochocientas leguas, y en la entrada tiene de ancho quince leguas, y por todo el camino á veces se ensancha tres y cuatro leguas. Y así llegó Orellana á Castilla, donde dió noticia á su majestad deste descubrimiento, echando fama que se había hecho á su costa é industria, y que había en él una tierra muy rica donde vivían aquellas mujeres, que comunmente llamaron en todos estos reinos la conquista de las Amazonas; y pidió á su majestad la gobernación y conquista della, la cual le fué dada; y habiendo hecho mas de quinientos hombres de caballeros y gente muy principal y lucida, se embarcó con ellos en Sevilla; y habiendo malas navegaciones y faltas de comidas, desde las Canarias se le comenzó á desbaratar la gente, y poco adelante se deshizo de todo punto, y él murió en el camino; y así, se derramó la gente por las islas, yéndose á diversas partes, sin que llegasen al río, de lo cual le quedó gran queja á Gonzalo Pizarro, así porque con irse le puso en tan gran aprieto, por falta de comida y por no tener en qué pasar los ríos, como porque llevó en el bergantín mucho oro y plata y esmeraldas, con lo cual tuvo que gastar todo el tiempo que anduvo demandando y aparejando esta conquista.

CAPITULO V.

De cómo Gonzalo Pizarro volvió á Quito, y de los trabajos que pasó en la vuelta.

Llegando Gonzalo Pizarro con su gente adonde había mandado á Orellana que le dejase las canoas para pasar ciertos ríos que entraban en aquel río grande, y no las hallando, tuvo gran trabajo en pasar la gente de la otra parte; y le fué forzado hacer nuevas balsas y canoas para ello, en que pasó muy gran trabajo. Y después, llegando á la junta de los dos ríos, donde Orellana le había de esperar, y no le hallando, tuvo nueva de un español (que Orellana había echado en tierra porque le contradecía el viaje) de todo lo que pasaba, y cómo Orellana, teniendo intención de hacer el descubrimiento en su propio nombre, y no como teniente de Gonzalo Pizarro, se desistió del cargo que llevaba, y hizo que de nuevo la gente lo hiciese capitán. Y viéndose Gonzalo Pizarro desamparado de toda forma de navegación, que era la vía por donde se proveían de mantenimientos, y no hallando sino muy poco por rescate de cascabeles y espejos, fué tanta la desconfianza en que cayeron, que determinaron volverse á Quito, de donde estaban alejados mas de cuatrocientas leguas de tan mal camino y montañas y despoblados, que no pensaban llegar allá, sino morir de hambre en aquellos montes, donde perecieron mas de cuarenta dellos, sin que hubiese forma de ser socorridos, sino que, pidiendo de

comer, se arrimaban á los árboles, y se enlzan muertos de la mucha flaqueza y desmayo que la hambre les causaba; y así, encomendándose á Dios, se volvieron, dejando el camino por donde habían venido, porque en aquel había á la continua muy malos pasos y falta de comida; y así, á la ventura buscaron otro que no estaba mejor proveído que el de la venida, y se pudieron sustentar con matar y comer los caballos que les quedaban, y algunos lebrerías y otros géneros de perros que llevaban; y también se ayudaron de unos bejucos, que son como sarmentos de parra, y tienen sabor de ajos. Y llegó á valor un gato salvaje ó una gallina cincuenta pesos, y un alcatraz de aquellas gullinazas de la mar que arriba hemos contado, diez pesos. Así continuó Gonzalo Pizarro su camino la vía de Quito, donde mucho tiempo antes avisó de su tornada, y los vecinos de Quito habían proveído de mucha copia de puercos y ovejas, con que salieron al camino, y algunos pocos caballos y ropas para Gonzalo Pizarro y sus capitanes, el cual socorro los alcanzó mas de cincuenta leguas de Quito, y fué recibido dellos con gran alegría, especialmente la comida. Gonzalo Pizarro y todos los de su compañía venían desnudos en cueros, porque mucho tiempo había que, con las continuas aguas, se les habían podrido todas las ropas; solamente traían dos peltejos de venados, uno delante y otro atrás, y algunos muslos viejos, y calzadas unas antiparas del mismo venado y unos capeletes de lo mismo; y las espadas venían todas sin vainas y tomadas de orín; y todos á pié, llenos los brazos y piernas de los rasguños de las zarzas y arbóledas; y tan desemejados y sin color, que apenas se conocían. Y según ellos mismos dijeron, uno de los mantenimientos cuya falta mas tuvieron fué la sal, que en mas de docientas leguas no hallaron rastro della; y así, rescibieron el socorro y comida en la tierra de Quito, besaron la tierra, dando gracias á Dios, que los había escapado de tan grandes peligros y trabajos; y entraban con tanto deseo en los mantenimientos, que fué necesario ponerles tasa, hasta que poco á poco fuesen habituando los estómagos á tener qué digerir. Y Gonzalo Pizarro y sus capitanes, viendo que en los caballos y ropas que les habían traído no había mas de para los capitanes, no quisieron mudar traje ni subir á caballo, por guardar en todo igualdad, como buenos soldados; y en la forma que hemos dicho entraron en la ciudad de Quito una mañana, yendo derechos á la iglesia á oír misa y dar gracias á Dios, que de tantos males los había escapado; y después cada uno se aderezó según su posibilidad. Esta tierra donde nasce la canela está debajo de la línea Equinocial, en el mismo paraje donde están las islas de Maluco, que crían la canela que comunmente se come en España y en las otras partes orientales.

CAPITULO VI.

De cómo los de Chili trataron la muerte del Marqués.

Cuando Hernando Pizarro tuvo preso en el Cuzco y justificó al adelantado don Diego de Almagro, envió á la ciudad de los Reyes un hijo que había habido en una india, que también se llamaba don Diego de Almagro, mancebo virtuoso y de granda ánimo y bien en-

señado; y especialmente se había ejercitado mucho en cabalgar á caballo, de ambas sillas, lo cual hacia con mucha gracia y destreza; y tambien en escribir y leer, lo cual hacia mas liberalmente y mejor de lo que requeria su profesion. Deste tenia cargo, como ayo, Juan de Herrada (de quien arriba hemos tratado), y á este le había dejado encomendado su padre. Y estando con él en la ciudad de los Reyes, se juntaban en su casa, y duban de comer á algunos de su parcialidad que andaban por la tierra desamparados, porque nadie los queria acoger, como á vencidos. Pues viendo esto Juan de Herrada, que Hernando Pizarro era venido á España y Gonzalo Pizarro era ido al descubrimiento de la Cancha; y habiendo sido puesto en libertad por el Marqués (porque hasta entonces siempre habia estado en su nombre preso), comenzaron á juntar armas y aderezarse para poner en ejecucion la venganza de la muerte de su padre y tanta destruccion de su gente, cuya memoria conservaban en sus corazones con gran sentimiento y dolor; de manera que, aunque el Marqués muchas veces procuró de hacerlos amigos, nunca lo pudo acabar de forma que quedara satisfecho; lo cual le dió causa de quitarle ciertos indios que tenia, porque no tuviese con que sustentar la gente que se le ayuntaba. Pero todo no aprovechó, porque estaban entre sí tan aliados, que lo que poseian era comun, y cuanto jugaban ó barataban todo lo traian á poder de Juan de Herrada para que dello hubiese despensa comun; y cada dia se iba juntando mas gente y armas; y aunque dello muchas personas avisaron al Marqués, era tan coniado y de buena condicion y conciencia, que respondia que dejasen aquellos cuitados, que harta mala ventura tenian viéndose pobres y vencidos y corridos. Y así, coniado don Diego y su gente en la buena condicion y paciencia del Marqués, le iban perdiendo la vergüenza; tanto, que algunos veces los mas principales pasaban por delante del sin quitarse las gorras ni hacerle otro acatamiento ninguno; y una noche amanecieron atados en la picota tres sogas tendidas, la una hacia casa del Marqués, y la otra á la de su teniente, y la otra á la de su secretario; todo lo cual el Marqués disimulaba, excusándolos con que estaban vencidos y que de corridos hacian todas aquellas cosas. Y usando ellos desta disimulacion, se juntaban ya tan sin recelo, que de docientas leguas venian algunos desta parcialidad que andaban desterrados; y acordaron entre sí de matar al Marqués y alzarse con la tierra, como lo hicieron, aunque querian aguardar primero lo que se proveia en España, porque era venido á acusar sobre lo pasado á Hernando Pizarro el capitan Diego de Albarado, á cuya instancia Hernando Pizarro estaba preso y se seguia el negocio contra él. Y como supieron que su majestad habia proveido al licenciado Vaca de Castro que fuese á haber informacion sobre todas las alteraciones pasadas, sin proveer en el negocio con el rigor y aspereza que ellos quisieran, tuvieron intento de hacer lo que después hicieron algunos dellos, aunque todavia querian esperar á saber la intencion de Vaca de Castro; el cual designio no fué general entre todos los desta parcialidad, en que hubo muchos caballeros que, aunque sintieron la muerte del Adelantado, no procu-

raban vengarla mas de cuanto fuese por términos jurídicos, y sin exceder la voluntad y servicio de su majestad. V así, se juntaron en la ciudad de los Reyes las mas principales dellos, que fueron Juan de Sayavedra, don Alonso de Montemayor, el contador Juan de Guzman, el tesorero Manuel de Espinar, el factor Diego Núñez de Mercado, don Cristóbal Ponce de Leon, Juan de Herrada, Pero Lopez de Ayala, y otros algunos; entre los cuales eligieron á don Alonso de Montemayor para que fuese en nombre de todos á dar la buena venida á Vaca de Castro, por ser don Alonso caballero principal de muy buen entendimiento. Rescebida por él la creencia y otros despachos, se partió en busca de Vaca de Castro en principio del mes de abril del año de 41, y anduvo hasta toparle, y después de haberle dado embajada, sucedió la muerte del Marqués, como adelante se dirá; por lo cual don Alonso y los que no habian sido en ella se quedaron con Vaca de Castro, siguiéndole y acompañándole hasta que venció á don Diego de Almagro el mozo, en la batalla que le dió en el valle de Chupas, donde se halló en acompañamiento del estandarte real el mismo don Alonso y otros que fueron aficionados al Adelantado, posponiendo la oficion que tenian á sus cosas, por seguir la voz de su majestad, en cuyo nombre Vaca de Castro trataba el negocio.

CAPITULO VII.

De cómo fué avisado el Marqués del concierto que estaba hecho para matarle.

Era tan público en la ciudad de los Reyes el concierto que estaba hecho para matar al Marqués, que muchos le avisaron dello. A los cuales él respondia que las cabezas de los otros guardarian la suya; y decia á los que le aconsejaban que trajese gente de guarda, que no queria que pareciese que se guardaba del juez que su majestad enviaba. Y un dia Juan de Herrada se quejó al Marqués, diciendo que era fama que los queria matar. El Marqués le juró que nunca tal intencion habia tenido. Juan de Herrada le dijo que no era mucho que lo creyesen, viéndole comprar muchas lanzas y otras armas. Lo cual oido por el Marqués, los aseguró con amorosas palabras, diciendo que no habia comprado las lanzas para contra ellos. Y luego él mismo cogió unas narajas, y se las dió á Juan de Herrada, que entonces por ser las primeras se tenian en mucho, y le dijo al oido que viese de lo que tenia necesidad, que él le proveeria. Y Juan de Herrada le besó por ello las manos; y dejando tan seguro y coniado al Marqués, se despidió del y se fué á su posada, donde con los mas principales de los suyos concertó que el domingo siguiente le matasen, pues no lo habian hecho el dia de San Juan, como lo tenian concertado. Y el sábado antes el uno dellos lo descubrió en confesion al cura de la iglesia mayor, y él lo fué á decir aquella noche á Antonio Picado, secretario del Marqués, y lo rogó que le pusiese con él. Y el secretario le llevó en casa de Francisco Martin, hermano del Marqués, donde estaba comiendo con sus hijos; y levantándose de la mesa, le dijo el cura todo lo que pasaba, y el Marqués se alteró algo dello á la sazón; pero dende á poco dijo al secretario que no creia tal cosa, porque pocos dias antes lo habia

venido hablar con muy grande humildad Juan de Herrada, y que aquel hombre que había dado el aviso al cura le debía querer pedir algo, y que por echarle cargo había inventado aquello. Y con todo, envió á llamar al doctor Juan Velazquez, su teniente, y porque á causa de estar mal dispuesto no pudo venir, el Marqués fué aquella noche á su casa, acompañándole solo su secretario con otros dos ó tres, y una hacha delante. Y como halló al teniente en la cama, le dió cuenta de todo lo que pasaba; y él le aseguró, diciendo que no tuviese su señoría temor, que en tanto que él tuviese aquella vara en la mano no se osaría revolver nadie en toda la tierra; en lo cual no parece haber quebrantado su palabra, porque después huyendo (como adelante se dirá) al tiempo que quisieron matar al Marqués, se echó de una ventana abajo á la huerta, llevando la vara en la boca.

CAPITULO VIII.

De la muerte del Marqués don Francisco Pizarro.

Con todos estos seguros el Marqués andaba tan turbado, que el domingo siguiente no quiso ir á oír misa á la iglesia, y hizo decir misa en casa, hasta proveer lo que convenia á su seguridad. Y cuando el doctor Juan Velazquez y el capitán Francisco de Chaves (que era á la sazón el principal de la tierra, después del Marqués) salieron de misa, se fueron con otros muchos á la casa del Marqués, y después de haberlo visitado los mas vecinos, se fueron á sus casas, y el doctor y Francisco de Chaves se quedaron á comer con el Marqués; y acabado de comer, que seria entre las doce y la una del mediodía, entendiendo que toda la gente de la ciudad estaba sosegada y los criados del Marqués eranidos á comer, Juan Herrada, y otros once ó doce con él, acometieron desde su casa, que seria mas de trecientos pasos de la del Marqués, porque en medio hay todo el largo de la plaza y buena parte de la calle, y desde que salieron desenvainaron las espadas y fueron diciendo á voces: «Muera el tirano traidor, que ha hecho matar al juez que ha enviado el Rey.» La causa que dieron para no ir encubiertos, sino haciendo tan gran ruido, fué para que todos los de la ciudad creyesen que habia gran gente de su parte, pues se atrevian á acometer aquel hecho tan públicamente, pues por presto que viniesen á socorrer, no podian llegar á tiempo que, ó no hubiesen salido con su empresa, ó fuesen muertos. Y así, llegaron á la casa del Marqués, y dejaron uno dellos á la puerta con la espada desnuda (que habia ensangrentado en un carnero que estaba en el patio), dando voces: «Muerto es el tirano, muerto es el tirano.» Lo cual fué causa de que, oyéndolo algunos vecinos que querian acudir, se tornasen á sus casas, creyendo ser verdad lo que aquel hombre decia. Y así, Juan de Herrada arremetió por una escalera arriba con su gente; y el Marqués habia sido avisado de ciertos indios que estaban á su puerta, que mandó á Francisco de Chaves que mientras él entraba á armarse cerrase la puerta de la sala y cuadra; el cual se turbó en tal manera, que sin cerrar ninguna dellas, salió por el escalera, preguntando qué era aquel ruido. Y uno dellos le dio una estocada; y él, viéndose herido, puso mano á la

espada, diciendo: «¿Cómo! ¿A los amigos tambien?» Y todos los demás le dieron muchas heridas. Y dejándole muerto, corrieron hasta la cuadra del Marqués, que mas de doce españoles que allí habia huyeron, saltando por unas ventanas á la huerta, y entre ellos el doctor Juan Velazquez con la vara en la boca, como tenemos dicho, para desembarazar las manos para descotgarse por la ventana. Y el Marqués, que estaba arrojándose dentro en su cunara, con su hermano Francisco Martin y otros dos caballeros, y dos pajes grandes, llamado el uno Juan de Vargas, hijo de Gomez de Tordoya, y el otro Escandon, viendo los enemigos tan cerca, sin acabarse de atar las correas de las corcinas, con una espada y una adarga acudió á la puerta, donde él y su gente se defendieron tan valientemente, que gran rato pelearon sin poderlos entrar, diciendo á voces el Marqués: «A ellos, hermano, muera, que traidores son.» Y tanto los de Chili pelearon, que mataron á Francisco Martin, y en su lugar se puso uno de los pajes. Y como los de Chili vieron que se les defendian tanto, que les podria venir socorro, y tomándolos en medio, matarlos fácilmente, determinaron aventurar el negocio con meter delante si un hombre de los suyos, que mas bien armado estaba, y por embarazarse el Marqués en matar aquel, hubo lugar de entrarle la puerta, y todos cargaron sobre él con tanta furia, que de cansado no podia menear la espada. Y así, le acabaron de matar con una estocada que le dieron por la garganta, y cuando cayó en el suelo pedía á voces confesion; y perdiendo los alientos, hizo una cruz en el suelo y la besó, y así dió el ánima á Dios; muriendo asimismo allí los dos pajes del Marqués, y de parte de los de Chili murieron cuatro, y quedaron otros heridos. Y en sabiendo la nueva en la ciudad, acudieron mas de ochocientos hombres en favor de don Diego; porque, aunque estaban apercebidos, no se osaban mostrar hasta ver cómo sucedia el hecho. Y luego discurrieron por la ciudad, prendiendo y quitando las armas á todos los que acudian en favor del Marqués. Y como salieron los matadores con las espadas sangrientas, Juan de Herrada hizo subir á caballo á don Diego y ir por la ciudad, diciendo que en el Perú no habia otro gobernador ni rey sobre él. Y después de saquear la casa del Marqués y de su hermano y de Antonio Píeudo, hizo al cabildo de la ciudad que rescibiese por gobernador á don Diego, so color de la capitulacion que con su majestad se habia hecho al tiempo del descubrimiento, para que don Diego tuviese la gobernacion de la Nueva-Toledo, y después dél, su hijo ó la persona que él nombrase; y mataron algunos vasallos que sabian que eran criados y servidores del Marqués. Y era grande lástima oír los llantos que las mujeres de los muertos y robados hacian. Al Marqués llevaron unos negros á la iglesia casi arrastrando, y nadie lo osaba enterrar, hasta que Juan de Baraban, vecino de Trujillo (que habia sido criado del Marqués), y su mujer sepultaron á él y á su hermano lo mejor que pudieron, habiendo primero tomado licencia de don Diego para ello. Y fué tanta la priesa que se dieron, que apenas tuvieron lugar para vestirle el manto de la orden de Santiago, segun el estilo de los caballeros de la orden, porque fueron avisados que los de Chili venian con gran priesa para cortar la cabeza

del Marqués y ponerlo en la piqueta. Y así, Juan Barba-rán le enterró, haciendo luego las honras y obsequias, poniendo toda la cera y gastos de su casa. Y dejándolo en la sepultura, fueron á poner en cobro sus hijos, que andaban escondidos y descarrinlos, quedando los de Chi-li apoderados de la ciudad. Donde se pueden ver las cosas del mundo y variedades de la fortuna, que en tan breve tiempo un caballero que tan grandes tierras y reinos habia descubierto y gobernado, y poseido tan grandes riquezas, y dado tanta renta y haciendas, como se hallará haber repartido (respecto del tiempo) el mas poderoso príncipe del mundo, viniese á ser muerto sin confesion, ni dejar otra orden en su última ni en su descendencia, por mano de doce hombres en medio del día, y estando en una ciudad donde todos los vecinos eran criados y deudos y soldados suyos, y que á todos les habia dado de comer muy prósperamente, sin que nadie le viniese á socorrer; antes le buyesen y desamparasen criados que tenia en su casa, y que le enterrasen tan ignominiosamente como está dicho, y que de tanta riqueza y prosperidad como habia poseido, en un momento viniese á no haber de toda su hacienda con que comprar la cera de su entier-namiento, y que todo esto le sucediese sobre estar avisado por todas las vias que arriba hemos dicho, y otras muchas de los tratos que sobre esto habia. Esta muerte sucedió á 26 días de junio de 541 años.

CAPITULO IX.

De las costumbres y calidades del marqués don Francisco Pizarro y del adelantado don Diego de Almagro.

Pues toda la historia, y el descubrimiento del Perú, de que trata, tiene origen de los dos capitanes de que hasta agora hemos hablado, que son el marqués don Francisco Pizarro y el adelantado don Diego de Almagro, es justo escribir sus costumbres y calidades, comparándolos entre sí, como Inco Plutarco cuando escribe los hechos de dos capitanes que tienen alguna semejanza. Y porque de su linaje está ya dicho arriba lo que se puede saber, en lo demás ambos eran personas animosas y esforzados y grandes sufridores de trabajo, y muy virtuosos y amigos de hacer placer á todos, aunque fuese á su costa. Tuvieron gran semejanza en las inclinaciones, especialmente en el estado de la vida, porque ninguno de ellos se casó, aunque cuando murieron el que menos tenia era de edad de sesenta y cinco años. Ambos fueron inclinados á las cosas de la guerra, aunque el Adelantado todavía, faltando la ocasion de las armas, se aplicaba muy de buena gana á las granjerías. Ambos comenzaron la conquista del Perú de mucha edad, en la cual trabajaron, como arriba está dicho y declarado, aunque el Marqués sufrió grandes peligros, y muchos mas que el Adelantado, porque mientras el uno anduvo en la mayor parte del descubrimiento, el otro se quedó en Panamá proveyéndole de lo necesario, como está contado. Ambos eran de grandes ánimos y que siempre pretendieron y concibieron en ellos altos pensamientos, lo cual hacian compadecer conser muy humanos y amigables á su gente. Igualmente fueron liberales en la obra, aunque en las apariencias llevaba ventaja el Adelantado, porque era muy amigo de

que sonase y se publicase lo que daba; lo cual tenia al contrario el Marqués, porque antes se indignaba de que se supiesen sus liberalidades, y procuraba de las encubrir, teniendo mas respeto á proveer la necesidad de aquel á quien daba que á ganar honra con la ddiva. Y así, aconteció saber que á un soldado se le habia muerto un caballo, y bajando él al juego de la pelota de su casa, donde pensó hallarle, llevaba en el seno un tejuelo de oro que pesaba quinientos pesos para dársele de su mano; y no hallándole allí, concertóse entre tanto un partido de pelota, y jugó el Marqués sin desnudarse el sayo, porque no le viesen el tejuelo, ni osó sacarle del seno por espacio de mas de tres horas, hasta que vino el soldado á quien le habia de dar, y secretamente le llamó á una pieza apartada, y se lo dió, diciéndole que mas quisiera haberle dado tres tanto que sufrir el trabajo que habia padecido con su tardanza; y otros muchos ejemplos que se podrian traer desta calidad; y por esta causa, por maravilla el Marqués daba nada que no fuese por su propia mano, casi procurando que no se supiese. Y por esta razon fué siempre tenido por mas largo el Adelantado, porque con dar mucho tenia formas como pareciese mas. Pero en cuanto á esta virtud de magnificencia pueden justamente ser igualados; pues (como decia el mismo Marqués) por razon de la compañía que tenían de toda la hacienda, no daba ninguno nada en que el otro no tuviese la mitad; y así, tanto hacia el que lo permitia dar, sabiéndolo, como el que lo daba; baste para comprobacion desto que, con ser ambos en sus vidas de los mas ricos hombres, así de dinero como de rentas, y que mas pudieron dar y retener que ningún príncipe sin corona que en muchos tiempos se haya visto, murieron tan pobres, que no solamente no hay memoria de estados ni haciendas que hayan dejado, pero que apenas se hallase en sus bienes con que enterrarlos, como escriben de Caton y de Sila y de otros capitanes romanos, que fueron enterrados del público. Ambos fueron muy aficionados á hacer por sus criados y gente, y enriquecerlos y acrecentarlos; y librarlos de peligro; pero era tanto el exceso que en esto tenia el Marqués, que aconteció, pasando un rio que llaman de la Barranca, la gran corriente llevarle un indio de su servicio de los que llaman yanaconas, y echarse el Marqués á nado tras él, y sacarle asido de los cabellos, y ponerse á peligro, por la gran furia del agua, en que ninguno de todo su ejército, por mancebo y valiente que fuera, se osara poner. Y reprendiéndole su demasiada osadía algunos capitanes, les respondió que no sabian ellos qué cosa era querer bien un criado. Aunque el Marqués gobernó mas tiempo y mas pacíficamente, don Diego fué mucho mas ambicioso y deseoso de tener mando y gobernacion; y el uno y el otro conservaron la antigüedad, y fueron tan aficionados á ella, que casi nunca mudaron traje del que en su mocedad usaban, especialmente el Marqués, que nunca se vistió de ordinario sino un sayo de paño negro con los faldamentos hasta el tobillo y el talle á los medios pechos, y unos zapatos de venado, blancos, y un sombrero blanco, y su espada y puñal al antigua. Y cuando algunas fiestas, por importunacion de sus criados, se ponía una ropa de mortas que le envió el marqués del Valle, de la

de España, en viniendo de misa la arrojaba de sí, andose en cuerpo, y trayendo de ordinario unas tocas al cuello, porque lo mas del día, en tiempo de empleaba en jugar á la bola ó á la pelota, y para darse el sudor de la cara. Entrambos capitanes fueron acientisimos de trabajos y de hambre, y particularmente lo mostraba el Marqués en los ejercicios desahogos que hemos dicho, que habia pocos mancebos que pudiesen durar con él. Era mucho mas inclinado á todo genero de juego que el Adelantado; tanto, algunas veces se estaba jugando á la bola todo el día sin tener cuenta con quién jugaba, aunque fuese arriero ó un molinero, ni permitir que le diesen á ni hiciesen otras ceremonias que á su dignidad bajaran. Muy pocos negocios le hacian dejar el juego, solamente cuando perdía, sino eran nuevos alzatos de indios, que en esto era tan presto, que á la vez echaba las corazas, y con su lanza y adarga sacuriendo por la ciudad y se iba hacia donde habia necesidad, sin esperar su gente, que después le alaban, corriendo á toda furia. Eran tan animosos y ros en la guerra de los indios estos capitanes, que quiera de ellos solo no dudaba romper por cien indios de guerra. Tuvieron harto buen entendimiento y juicio en todas las cosas que se habian de proveer, así de la como de gobernacion, especialmente siendo perseguidos, no solamente no leidas, pero que de todo punto bien leer ni aun firmar, que en ellos fué cosa de defecto; porque, demás de la falta que les hacia tratar negocios de tanta calidad, en ninguna cosa de sus virtudes é inclinaciones dejaban de parecerse á personas nobles sino en solo esto, que los sabios antes tuvieron por argumento de baja de linaje. Fué el Marqués tan confiado de sus criados y amigos, que los despachos que hacia, así de gobernacion como de repartimientos de indios, libraba haciendo él dos veces, en medio de las cuales Antonio Picado, su secretario, firmaba el nombre de Francisco Pizarro. Puede excusar con lo que excusa Ovidio á Rómulo de ser astrólogo, de que mas sabia las cosas de las armas que las letras. Y tenia mucho cuidado de vencer los reos. Ambos á dos eran tan afables y tan conuocados gente y ciudad, que se andaban de casa en casa, visitando los vecinos, y comiendo con el primero de los convidados. Fueron igualmente abstinentes y sencillos, así en comer y beber como en refrenar la curiosidad, especialmente con mujeres de Castilla, de les parecia que no podian tratar desto sin perjuicio á sus vecinos, cuyas hijas ó mujeres eran. Y aun tanto á las mujeres indias del Perú, fué mucho mas hondo el Adelantado, porque no se le conoció hijo de conversacion con ellas; como quiera que el Marqués en amistad con una señora india, hermana de Atahualpa, de la cual dejó un hijo llamado don Gonzalo, que de edad de catorce años, y una hija llamada doña Catalina. Y en otra india del Cuzco tuvo un hijo llamado don Francisco; y el Adelantado, aquel hijo de los que dijimos que mató al Marqués, le habia habido en la india de Panamá. Rescribieron entrambos mercedes de majestad, porque á don Francisco Pizarro (como dijimos) le dió título de marqués y de gobernador

de la Nueva-Castilla, y le dió el hábito de Santiago. Y á don Diego de Almagro le dió la gobernacion de la Nueva-Toledo y le hizo adelantado. Particularmente el Marqués fué muy aficionado y temeroso del nombre de sus majestades; tanto, que se abstenia de hacer muchas cosas en que tenia poder, diciendo que no queria que dijese su majestad que se extendía en la tierra. Y muchas veces, hallándose en las fundiciones, se levantaba de su silla á alzar los granitos de oro y plata que se caian de lo que faltaba del cincel con que cortaban los quintos reales, diciendo que con la boca, cuando no hubiese otra cosa, se habia de allegar la hacienda real. Vinieron á ser semejantes hasta en las muertes y en el género de ellas, pues el Adelantado mató el hermano del Marqués, y al Marqués mató el hijo del Adelantado. También fué el Marqués muy aficionado de acrecentar aquella tierra, labrándola y cultivándola. Hizo unas muy buenas casas en la ciudad de los Reyes; y en el rio della dejó dos paradas de molinos, en cuyo edificio empleaba todos los ratos que tenia desocupados, dando industria á los maestros que los hacian. Puso gran diligencia en hacer la iglesia mayor de la ciudad de los Reyes y los monesterios de Santo Domingo y de la Merced, dándoles indios para su sustentacion y para reparo de los edificios.

CAPITULO X.

De cómo don Diego de Almagro hizo gente de guerra y mató algunos caballeros, y cómo Alonso de Albarado alzó bandera por su majestad.

Después de haberse apoderado don Diego de la ciudad y quitado las varas á los alcaldes, y puéstolas de su mano, prendió al doctor Velazquez, teniente del Marqués, y á Antonio Picado, su secretario; y nombró por capitanes á Juan Tello, vecino de Sevilla, y á un Francisco de Chaves y á Sotelo; y á la fama desta gente vinieron cuantos vagabundos y gente perdida andaba por la tierra, por tener facultad de robar y vivir á su placer. Y para hacer paga tomó los quintos reales y las haciendas de los defuntos y los depósitos de los que estaban ausentes; pero después comenzaron á nacer entre ellos disensiones, porque algunos de los principales, movidos con envidia, quisieron matar á Juan de Herrada, viendo que, aunque don Diego tenia el nombre de gobernador y capitan general, él era el que lo hacia y gobernaba todo. Por lo cual, sabido el motin, mataron algunos de ellos, especialmente á Francisco de Chaves, y tambien cortaron la cabeza á Antonio de Orihuela, vecino de Salamanca, porque viniendo de Castilla habia dicho que eran tiranos. Luego despachó don Diego mensajeros para todas las ciudades de la gobernacion para que lo recibiesen por gobernador en los cabildos; y aunque en las mas fué recebido por el miedo que del se tenia, en los Chachapoyas, donde era teniente Alonso de Albarado, en llegando los mensajeros los prendió, y se alzó é hizo fuerte en la tierra, confiando en la fortaleza della y en cien hombres que tenia, y levantó bandera por su majestad, sin que fuesen parte para hacerlo torcer las promesas ni amenazas que don Diego le envió á hacer por sus cartas, á las cuales respondia que no lo recibiría por gobernador hasta que viese para ello expreso

mandado de su majestad; antes esperaba, con la ayuda de Dios y de aquellos caballeros que en su compañía estaban, de vengar la muerte del Marqués y castigar el desacato que á su Majestad se habia hecho en todo lo pasado. Por lo cual luego don Diego despachó al capitán García de Albarado con mucha gente de pié y de caballo, que fuese sobre él, y de camino llegase á la ciudad de San Miguel y tomase las armas y caballos de todos los vecinos del pueblo, y de vuelta hiciese lo mismo en la ciudad de Trujillo, y con todo el ejército fuese sobre Alonso de Albarado. Y así, partió García de Albarado, yendo por mar hasta el puerto de Santa, que es quince leguas de Trujillo, donde topó al capitán Alonso Cabrera, que venia huyendo con toda la gente del pueblo de Guanaco á juntarse con los de la ciudad de Trujillo contra don Diego, y le prendió á él y á algunos de los suyos. Y en llegando á la ciudad de San Miguel, le cortó la cabeza á él y á Vozmediano, y á Villegas, que con él venia.

CAPITULO XI.

De cómo el Cuzco se alzó por su majestad, y hicieron capitán á Pedro Alvarez Holguin, y de lo que él hizo.

Cuando los mensajeros y provisiones de don Diego llegaron á la ciudad del Cuzco eran alcaldes della Diego de Silva, hijo de Feliciano de Silva, natural de Ciudad-Rodrigo, y Francisco de Carvajal, que después fué maestro de campo de Gonzalo Pizarro. Y ellos y los del cabildo determinaron de no le rescibir, aunque tampoco se atrevieron á denegárselo claramente hasta ver si tenia gente ó aparejo para poder llevar adelante la defensa; y así, dieron por expediente en el negocio que don Diego enviase mas bastante poder del que habia enviado, y luego lo rescibirian. Y porque Gomez de Tordoya era hombre tan principal en el cabildo, y no se habia hallado allí porque era ido á caza, le enviaron á hacer saber todo lo que pasaba. Y topando los mensajeros cerca de la ciudad, en sabiendo el suceso, torció la cabeza á un neblí muypreciado que traía en la mano, diciendo que de allí adelante era mas tiempo de pelear que no de cazar, y entró de noche en la ciudad, y secretamente trató con los del cabildo lo que se habia de hacer, y aquella misma noche se salió y fué donde estaba el capitán Castro, y hicieron sobre ello mensajeros á Pedro Anzúres, que era teniente de los Charcas, el cual luego alzó bandera por su majestad. Y asimesmo se partió luego Gomez de Tordoya en seguimiento del capitán Pedro Alvarez Holguin, que con mas de cien hombres era ido á una entrada contra indios, y alcanzándole, le contó todo lo acaescido, y le suplicó se quisiese encargar de tan justa y honrosa empresa, tomando cargo de aquel ejército, y para atraerle mas, se ofreció de ser su soldado y el primero que le obedeciese. Y así, Pedro Alvarez lo aceptó, y alzó bandera por su majestad. Y desde allí convocaron la gente de la ciudad de Arequipa, y todos juntos acudieron al Cuzco, donde ya mucha gente estaba por don Diego; y sabida la venida destes capitanes, se huyeron mas de cincuenta hombres para don Diego, tras los cuales salieron el capitán Castro y Hernando Bachiaco con algunos arcabuceros, y diéndoles asalto una noche, los prendieron y tornaron al Cuzco, y

el cabildo del Cuzco, en conformidad de todos los capitanes extranjeros, rescibieron y nombraron y juraron á Pedro Alvarez Holguin por capitán y justicia mayor del Perú, hasta que su majestad otra cosa mandase. Y luego pregonó guerra contra don Diego, y los vecinos del Cuzco se obligaron á pagar todo lo que Pedro Alvarez gastase de la hacienda real con los soldados si su majestad no lo hubiese por bien gastado; y para ayuda desta guerra, todos los vecinos que allí se hallaron del Cuzco, Charcas y Arequipa ofrecian sus personas y haciendas, y en breve tiempo se juntaron mas de trecientos y cincuenta hombres, los ciento y cincuenta de caballo, y cien arcabuceros y cien piqueros. Y porque Pedro Alvarez tuvo noticia que don Diego tenia mas de ochocientos hombres de guerra, no le osó esperar en el Cuzco, antes se fué por la sierra para juntarse con Alonso de Albarado, que ya sabia que estaba por su majestad, y tambien para que en el camino se le juntasen los amigos y servidores del Marqués que por los montes estaban escondidos. Y caminó siempre llevando su gente en órden, con propósito de dar la batalla á don Diego si le salia al camino. Y cuando salió del Cuzco dejó para guarda y defensa de la ciudad la gente que bastaba, y nombró por maestro de campo á Gomez de Tordoya, y por capitanes de gente de á caballo á Garcilaso de la Vega y á Pedro de Anzúres, y dió cargo de la infanteria al capitán Castro, y hizo alférez de estandarte real á Martin de Robres.

CAPITULO XII.

De cómo don Diego fué en busca de Pedro Alvarez, y por no le alcanzar pasó al Cuzco.

Sabido por don Diego lo que en el Cuzco habia pasado, y cómo Pedro Alvarez habia salido de la ciudad con la gente de guerra que tenia, luego entendió que debia ir por la sierra á juntarse con Alonso de Albarado, pues no tenia cantidad de gente para que se creyese que venia contra él; y así, determinó salirle al camino y defenderle el paso, aunque no lo pudo hacer con la prisa que él quisiera, por esperar á García de Albarado, á quien por la posta habia enviado á llamar, y él se vino á juntar con él, sin detenerse en ir sobre Alonso de Albarado, que entonces era el intento de aquella jornada; y al tiempo que pasó por Trujillo quiso bajar á dar sobre él Alonso de Albarado, si no se lo estorbaba el pueblo de Levanto, que es en los Chachapoyas. Pues llegado García de Albarado á la ciudad de los Reyes, luego don Diego se partió contra Pedro Alvarez con trecientos de caballo y cien arcabuceros y ciento y cincuenta piqueros, y antes que saliese echó de la tierra á los hijos del Marqués, y degolló á Antonio Picado después de haberle dado muy bravos tormentos sobre que declarase donde tenia el Marqués sus tesoros. Y en saliendo de la ciudad, antes que llegase dos leguas della, vinieron secretamente unas provisiones del licenciado Vaca de Castro, que enviaba desde la tierra de Quito, dirigidas á fray Tomás de San Martín, provincial de la orden de Santo Domingo, y á Francisco de Barrio-Nuevo, para que entendiesen en la gobernación de la tierra entre tanto que llegaba. Y secretamente en el monasterio de Santo Domingo se juntó el cabildo de

la ciudad y las obedeció, rescibiendo al licenciado Vaca de Castro por gobernador, y á Hierónimo de Aliaga, escribano mayor de la gobernacion, por su teniente, porque tambien venian para él las provisiones; y acabado de hacer esto, los regidores se fueron huyendo á la ciudad de Trujillo, y otros muchos vecinos con ellos; lo cual no se pudo hacer tan secreto, que aquella noche no lo supiese don Diego, y quiso revolver á saquear la ciudad, y no le dió lugar á ello el miedo que tenia que se le pasase Pedro Alvarez, y tambien porque su gente no se certificase de que habia nuevo gobernador en la tierra, y por esto siempre fué caminando, aunque como se entendió que el Gobernador estaba en la tierra en el real de don Diego, se le huyeron muchos, especialmente el provincial de santo Domingo y Diego de Agüero, y Juan de Sayavedra y Gomez de Albarado y el factor Illan Suarez de Carvajal; y en este camino, á causa que adoleció Juan de Herrada del mal de que murió, no pudo dejar de detenerse don Diego, de suerte que se le pasó Pedro Alvarez por el valle de Jauja, donde él tenia determinado de aguardalle, aunque todavia le siguió; y estando muy cerca unos de otros, y entendiendo Pedro Alvarez que no tenia gente para defenderse de don Diego, segun la gente que él traia, usó de una astucia con que le engañó desta manera: que encomendó á veinte de caballo que procurasen una noche de dar en la delantera del real de manera que prendiesen los mas que pudiesen, lo cual fué hecho así; y traídos tres hombres presos, ahorcó los dos dellos, y al otro le prometió de soltarle y darle mil pesos de oro porque fuese al real de don Diego y tuviese apercebidos algunos amigos suyos, porque la noche siguiente él acometeria al real por la parte de la mano derecha; y para esto tomaron juramento al soldado y pleitomenaje, fingiendo que hacian dél muy gran confianza, para que no lo descubriera; y así, el mancebo, con codicia de los mil pesos, se partió luego, yendo muy seguro por ser el soldado de don Diego. Y viendo don Diego que á los otros habian ahorcado, y que aquel soltaban sin que hubiese causa conocida para ello, sospechó lo que pasaba, y sobre esta sospecha le hizo dar tormento; el cual luego declaró todo lo que habia pasado, y creyendo que era verdad se fué á poner con la mas de su gente en aquel través por donde la espía le dijo que Pedro Alvarez habia de acometer; y Pedro Alvarez estaba tan lejos de lo hacer, que á la hora que despachó la espía, siendo de noche y oscuro, levantó el real, continuando su camino con la mayor priesa que pudo, dejando los enemigos aguardando, hasta que cayeron en la burla que les habia hecho; y todavia don Diego los siguió á la ligera, y entendiéndolo Pedro Alvarez, hizo una posta á Alonso de Albarado para que le viniese á socorrer, el cual luego salió en favor de Pedro Alvarez con toda su gente y con algunos de los de Trujillo, y anduvo por sus jornadas hasta juntarse con él. Y como don Diego (que ya iba muy lejos) entendió que estaban juntos, dejó de seguirlos, y con su gente se fué al Cuzco, y Pedro Alvarez y Alonso de Albarado enviaron un mensajero la via de Quito, haciendo saber á Vaca de Castro lo que pasaba, aconsejándole que se diese gran priesa, porque ellos le darian la tierra, segun el buen principio llevaba

su negocio. En Jauja murió Juan Herrada, y don Diego envió cierta parte del ejército por los llanos para que recogiese la gente que habia en Arequipa; adonde fueron sus capitanes y robaron todo cuanto en la ciudad pudieron haber, y aun cavaron todo el monasterio de Santo Domingo, porque les dijeron que muchos vecinos tenian enterradas allí sus haciendas.

CAPITULO XIII.

De cómo llegó Vaca de Castro á los reales de Pedro Alvarez y Alonso de Albarado, y le rescibieron por gobernador, y de lo demás que allí hizo.

Ya está dicho arriba la mala navegacion que tuvo Vaca de Castro viniendo de Panamá para el Perú, á causa de perder una ancla con que el navio se amarraba; y cómo arribó al puerto de la Buena Ventura, y de allí fué por tierra á la gobernacion de Benalcázar, y entró en el Perú, en el cual camino trabajó y padeció mucho, así por ser los caminos muy largos y fultos de comida, como porque él iba muy enfermo y no estaba habituado á semejantes necesidades; y con todo esto, porque ya se sabia en Popayan la muerte del Marqués y muchas de las cosas sucedidas en el Perú, no dejó de caminar á la continua, porque con su presencia se pudiese mano en el remedio; y es á saber, que aunque el licenciado Vaca de Castro iba principalmente á haber informacion sobre la muerte de don Diego de Almagro, y las demás cosas acaecidas por causa della, sin suspender de la gobernacion al Marqués, atiendo desto, llevaba una cédula secreta para que si entre tanto que él fuese ó presidiese allá sucediese la muerte del Marqués, tomase en sí la gobernacion y la ejercitase hasta que su majestad proveyese otra cosa. Por virtud de la cual cédula fué rescibido, después de ser llegado á los reales de Pedro Alvarez y Alonso de Albarado, trayendo consigo mucha gente que en el Perú habia bajado á rescatarle y acompañarle, y especialmente traia consigo al capitan Lorenzo de Aldana, que era gobernador en Quito por el Marqués, y envió delante al capitan Pedro de Puellas, para que comenzasen á aderezar lo necesario á la guerra; y despachó á Gomez de Rojas, natural de la villa de Cuéllar, con sus poderes para que le rescibiesen en el Cuzco, el cual se dió tan buena maña y diligencia, que antes que don Diego llegase al Cuzco, ya él habia llegado y las habia notificado y estaban rescibidas. Y cuando Vaca de Castro pasó por las espaldas de los Bracamoros, salió á él el capitan Pedro de Vergara, que andaba conquistando aquella provincia (como está dicho), y para venirse con Vaca de Castro despoñó el lugar que tenia poblado, donde estaba hecho fuerte para no rescibir á don Diego de Almagro. Llegado Vaca de Castro á la ciudad de Trujillo, halló allí á Gomez de Tordoya, que se habia venido del real por ciertas palabras que habia pasado con Pedro Alvarez, y con él estaba Garcilaso de la Vega y otros caballeros; y cuando Vaca de Castro salió de Trujillo para ir al real de Pedro Alvarez llevaba ya consigo mas de docientos hombres de guerra bien aderezados; y llegado al real, Pedro Alvarez y Alonso de Albarado lo rescibieron alegremente; y presentando la provision real, le entregaron las banderas, y él las tornó á los mismos que las to-

nian, excepto el estandarte real, que le guardó en sí, é hizo maestro de campo á Pedro Alvarez Holguin, y lo envió con todo el campo á Jauja para que le aguardase allí entre tanto que él bajaba á la ciudad de los Reyes para recoger toda la gente y armas y municiones que pudiese llevar della, y para dejar en orden aquella ciudad. Y mandó al capitán Diego de Rojas que con treinta de caballo fuese siempre veinte leguas delante de Pedro Alvarez, corriendo la tierra; y envió á la ciudad de Trujillo por su teniente de gobernador al capitán Diego de Mora, proveyendo con mucha destreza todas las otras cosas necesarias para la empresa que tenía entre las manos, como si toda su vida se hubiera criado en la guerra.

CAPITULO XIV.

De cómo don Diego mató á García de Albarado en el Cuzco, y cómo sacó su gente contra Vaca de Castro.

Ya habernos dicho cómo después que don Diego no pudo alcanzar á Pedro Alvarez, se fué al Cuzco, y cuando llegó, ya Cristóbal de Sotelo, á quien habia enviado delante, tenía tomada la posesion de la ciudad y puesto la justicia de su mano, quitando la que estaba por Vaca de Castro. Y llegado don Diego, se comenzó á pertrechar de mucha artillería y pólvora, porque en el Perú hay muy buen aparejo para hacer artillería á causa de la abundancia del metal; y tambien habian ciertos maestros levantiscos que la sabian muy bien fundir; y para hacer pólvora hay gran facilidad, por razon del mucho salitre que en las mas partes se halla. Y demás desto, hizo armas para la gente de su real que no las tenía, de pasta de plata y cobre mezclado, de que salen muy buenos coseletes; habiendo corregido, demás desto, todas las armas de la tierra; de manera que el que menos armas tenía entre su gente era cota y coracinas ó coselete y celadas de la misma pasta, que los indios hacen diestramente por muestras de las de Milan. Y así pudo aderezar docientos arcabuceros, y ordenó algunos hombres de armas por el buen aparejo que tenía, como quier que hasta entonces en el Perú peleaban los de caballo á la jineta, y pocas ó ninguna vez habia caballos ligeros. Estando en estos términos, sucedieron ciertas diferencias entre los capitanes García de Albarado y Cristóbal de Sotelo, en las cuales Sotelo fué muerto; de que hubiera de suceder muy gran daño en el ejército, porque ambos tenían muchos amigos, y estaba todo el campo dividido; de manera que si don Diego con amorosas palabras no los apaciguara, se mataran unos á otros, caso que entendiendo García de Albarado que don Diego tenía mucha afición á Sotelo y que habia de procurar de satisfacerse dél, anduvo á recaudo de ahí adelante, no solamente para defensa de su persona, pero para matar á don Diego, lo cual quiso poner en obra convidándole un día á comer, con determinacion de matarle en la comida; y recelándose don Diego dello, fingió estar mal dispuesto después de haber aceptado el convite. Y como aquesto vió García de Albarado, que todo lo necesario tenía puesto á punto, determinó ir bien acompañado de sus amigos á importunar á don Diego que fuese al convite, y en el camino le sucedió que, diciendo el á un Martín Carrillo á lo

que iba, le respondió que no fuese, de su parescer, allí, porque entendia que lo habian de matar, y otro soldado le dijo casi lo mismo; lo cual todo no bastó para que dejase de ir. Y don Diego estaba echado sobre una cama, y dentro del aposento tenía ciertos caballeros armados secretamente. Y como García de Albarado entró con su gente en la cámara le dijo: «Levántese vuestra señoría, que no será nada la mala disposicion, é irse ha á holgar un rato, que aunque coma poco, harános cabeza.» Y don Diego dijo que le placia, y pidiendo su capa, se levantó, porque estaba echado en cuerpo con su cota y espada y daga; y comenzando á salir por la puerta de la cámara toda la gente, cuando llegó García de Albarado, que iba delante de don Diego, Juan Balsa, que tenía la puerta, la cerró, que era de golpe, y se abrazó con García de Albarado, y dijo: «Sed preso.» Y don Diego echó mano á su espada, y le hirió diciendo: «No ha de ser preso, sino muerto.» Y luego salieron Alonso de Sayavedra y Diego Mendez, hermano de Rodrigo Orgoños, y otros de los que estaban en reguardia, y le dieron tantas heridas, que le acabaron de matar; y sabido por la ciudad, comenzó á haber algun alboroto; pero, como don Diego salió á la plaza, apaciguó la gente, caso que se hubieron algunos amigos de García de Albarado. Y luego sacó su gente del Cuzco para ir sobre Vaca de Castro, que ya habia sabido cómo se juntó con Pedro Alvarez y Alonso de Albarado, y venia la via de Jauja en demanda suya; y en toda esta jornada sirvió á don Diego, Paulo, hermano del Inga, á quien el Adelantado, su padre, habia hecho Inga, cuya ayuda era de muy gran importancia, porque iba delante del ejército, y con muy pocos indios que llevase, todas las provincias de la tierra proveian de comida y indios para llevar las cargas, y de todo lo demás que era necesario.

CAPITULO XV.

De cómo Vaca de Castro fué desde la ciudad de los Reyes á Jauja, y de lo que hizo allí.

Llegado Vaca de Castro á la ciudad de los Reyes, hizo muchos arcabuces con el buen aparejo de maestros que allí halló, y se aderezó de todo lo necesario, tomando prestados de vecinos y mercaderes mas de setenta mil pesos de oro, porque toda la hacienda real habia tomado y gastado don Diego. Y dejando Vaca de Castro en la ciudad de los Reyes por su teniente á Francisco de Barrio-Nuevo, y por capitán de la mar á Juan Perez de Guevara, se partió con toda la mas gente que pudo para Jauja, dejando orden en la ciudad que si don Diego bajase por otro camino á la ciudad de los Reyes, como se decia, todos los vecinos con sus mujeres y haciendas se acogiesen á los paviros, hasta que él viniese en seguimiento de don Diego. Llegado á Jauja, Pedro Alvarez le estaba aguardando con toda su gente y aderezo de armas y picas, y mucha pólvora que allí se habia hecho. Y Vaca de Castro repartió la gente de caballo que traia en las compañías de Pedro Alvarez y Pedro Anzures y Garcilaso de la Vega, que eran capitanes de caballo; y la gente de pie, parte della repartió en las compañías de Pedro de Vergara y Nuño de Castro, que eran capitanes de infanteria; é hizo otras dos compa-

Más de nueve, la una de caballo, que encomendó á Gomez de Albarado, y otra de arcabuceros, que encomendó al bachiller Juan Vélez de Guevara, que, conser letrado, era muy buen soldado y hombre de tanta industria, que él mismo habia entendido en hacer aquellos arcabuces con que se hizo la gente de su compañía, sin que por esto dejase de entender en las cosas de las letras; porque, así en este tiempo como en las revueltas de Gonzalo Pizarro, de que abajo se tratará, aconteció ser nombrado por alcaide, y hasta mediodía anduvo en hábito de letrado honestamente, y hacia sus audiencias y libraba los negocios, y de mediodía abajo se vestía en hábito de soldado, con culzas y jubón de colores, recamado de oro y muy lucido, y con plumas y cuera, y su arcabuz al hombro, ejercitándose él y su gente en tirar. Desta manera ordenó Vaca de Castro su ejército, en que habia por todos setecientos hombres, los treientos y setenta de caballo y ciento y setenta arcabuceros; é hizo sargento mayor de todo el campo al capitán Francisco de Carvajal, aquel que después fué maestro de campo de Gonzalo Pizarro, por cuya orden se regia el ejército, porque tenia gran experiencia de la guerra en mas de cuarenta años que habia sido soldado y teniente de capitán en Italia. En este tiempo llegaron á Vaca de Castro mensajeros de Gonzalo Pizarro, que habia salido á Quito del descubrimiento de la Canela (como arriba está contado), haciéndole saber cómo venia en su ayuda con la gente que habia sacado. Y Vaca de Castro le escribió agradeciéndoselo, y mandándole que se estuviese quedo en Quito sin venir al ejército, porque siempre tuvo esperanza de hacer algun concierto con don Diego, y que él vernia de paz; lo cual le pareció que seria parte para estorbur la presuncion de Gonzalo Pizarro, así porque de su parte, con el deseo de la venganza, se estorbarian los conciertos, como porque don Diego no se osaria meter en su poder, sabiendo que Gonzalo Pizarro allí estaba, que necesariamente habia de ser mucha parte en su real por los amigos que tenia. Otros dicen que temió que si Gonzalo Pizarro venia, le alzarían por general, por ser tan bienquisto á la sazón de todos, y queria que pareciese que aquella guerra se hacia mas por vía de justicia que de venganza. Y demás desto, envió á mandar á los que tenían cargo de los hijos del Marqués que se estuviesen como estaban en las ciudades de San Miguel y Trujillo, sin venir á la ciudad de los Reyes hasta que otra cosa mandase, colorando esta provision con que estaban mas seguros y pacíficos allá que no en Lima.

CAPITULO XVI.

De cómo Vaca de Castro fué con su ejército desde Janja á Guamanga, y lo que pasó con don Diego.

Después que Vaca de Castro tuvo ordenada su gente en Janja, caminó la vía de Guamanga, porque le vino nueva cómo don Diego venia á gran prisa á meterse en la villa ó á tomar un paso de un río, que en cobrar lo uno y lo otro habria gran dificultad si primero se lo ocupaba el enemigo, porque la villa está cercada de unos hondos valles ó quebradas que la fortifican mucho. Y el capitán don Diego de Rojas, que con su gente iba delante á correr el campo, se habia entrado en

ella, y porque tambien supo desta venida de don Diego, habia hecho una torre para se defender hasta que Vaca de Castro llegase; y á esta causa partió luego á gran prisa Vaca de Castro para allá, enviando en la delantera al capitán Castro con sus arcabuceros, que fuesen á apoderarse de un mal paso que está cerca de Guamanga, llamado la cuesta de Parco, y cuando Vaca de Castro llegó dos leguas de Guamanga, una tarde tuvo nueva que don Diego entraba aquella noche en la villa; lo cual sintió mucho porque no era llegada toda su gente, ni llegara tan presto si Alonso de Albarado no volviera á la recoger; y junta toda, se partieron luego muy en orden, con haber caminado aquel día algunas de los postreros cinco leguas, armados y muy apercebidos, y pasaron mucho trabajo por la aspereza del camino y quebradas del; y pasando por la villa, estuvieron de la otra parte toda la noche en arina, porque no tenían lengua de sus enemigos, hasta que otro día se aseguró el campo por los corredores, que descubrieron mas de seis leguas. Y sabiendo que don Diego estaba nueve leguas de allí, le escribió don Francisco de Idiaquez, hermano de Alonso de Idiaquez, secretario de su majestad, que de su real habia venido, y le envió á rogar y requerir de parte de su majestad se viniese á meter debajo del estandarte real, y que con esto, y con deshacer el ejército, le perdonaria todo lo pasado, y si de otra manera lo hacia, procedería contra él por todo rigor de justicia, como contra traidor y vasallo desleal á su príncipe; y en tanto que estos mensajeros iban, envió por otra parte un peon muy diestro en la tierra, en hábito de indio, con cartas para muchos caballeros del real de don Diego, y no pudo ir tan secreto, que por un campo nevado no le hallasen el rastro, el cual siguieron hasta que, prendiéndolo don Diego, le mandó ahorcar, quejándose mucho de la cautela que con él usaba Vaca de Castro, pues por una parte trataba partidos y por otra le enviaba á amotinar el real; y en presencia de los mensajeros apercebido y ordenó todos sus capitanes y gente para dar la batalla, prometiendo que cualquiera que matase vecino, le daria sus indios y hacienda y mujer; y así, don Diego respondió á Vaca de Castro con el mismo Idiaquez y con Diego de Mercado, que en ninguna manera le obedescerian en tanto que fuese acompañado de sus enemigos, que eran Pedro Alvarez Holguin y Alonso de Albarado y los de su valía, y que no desharía su ejército hasta ver perdon de su majestad, firmado por su real mano, y no con la del cardenal de Sevilla, don fray García de Loaysa, á quien él no conocía por gobernador ni sabia que tuviese poder de su majestad para cosa ninguna de las Indias; y que se engañaba mucho en lo que tenía pensado y le hacían creer, que se le habia de pasar ninguna gente de la suya, sino que muy animosamente le daria la batalla y defendería la tierra á todo el mundo, como lo veria por experiencia si le aguardaba, porque él se partía luego en su busca.

CAPITULO XVII.

De cómo Vaca de Castro sacó la gente en campo para dar la batalla, y de lo que le acaesca.

Oída Vaca de Castro la embajada de don Diego, y vista su pertinacia, sacó la gente en campo á un llano que

se llama Chupas, saliendo del término de Guamanga, que era muy áspero para pelear, y allí en Chupas estuvo tres días sin cesar de llover, porque era en medio del invierno, y siempre la gente estaba armada y apercibida, porque tenían cerca los enemigos; y determinó de dar la batalla, pues no se tomaba otro medio. Y porque sintió que mucho de su gente estaba escandalizada desde la batalla de las Salinas, diciendo que su majestad no la había tenido por buena, pues por haberla dado tenía preso á Hernando Pizarro, le pareció justificar la causa y satisfacer la gente; con que en presencia de todos firmó y pronunció sentencia contra don Diego, dándole por traidor y rebelde, y condenándole á muerte y perdimiento de bienes á él y á todos los que con él venían, y con esta sentencia requirió á todos los capitanes, mandándoles que para lo ejecutar le diesen favor y ayuda. Y otro día sábado, á hora de misa, dieron al arma los corredores, porque ya los enemigos venían muy cerca y habían dormido dos pequeñas leguas de allí y caminaban desviado por la parte izquierda del real, para unas lomas llanas, por desechar unas ciénagas que estaban delante del real de Vaca de Castro, y llevaban intento de tomar la villa de Guamanga antes que rompiesen la batalla, porque tenían por cierta la victoria, según la gran pujanza de artillería traían, y llegando tan cerca, que los corredores se pudieron hablar y aun tirarse con los arcabuces, Vaca de Castro envió al capitán Castro con cincuenta arcabuceros, que con ellos trabase escaramuza en tanto que las banderas subían por unos recuestos que habían de pasar con gran temor, porque si don Diego revolviera les hiciera muy gran daño con la artillería, porque allí descansó toda la infantería; y porque no se detuviesen, y subiese presto la gente á tomar lo alto, Francisco de Carvajal, sargento mayor, ordenó que cada bandera por sí arremetiese la cuesta arriba, sin guardar orden hasta estar en lo alto, porque deteniéndose en el camino no le hiciese daño, y así se hizo; y llegaron á lo alto al tiempo que ya los arcabuceros de Castro habían trabado escaramuza con la retaguardia de don Diego, que todavía no cesó de caminar hasta asentar el real y ponerse en orden para dar la batalla.

CAPITULO XVIII.

De cómo Vaca de Castro movió los escuadrones contra don Diego para dar la batalla.

Después que Vaca de Castro vido toda su gente en lo alto del recuesto, y que no había mas de una pequeña loma, mandó al sargento mayor que ordenase los escuadrones, y él lo hizo. Y Vaca de Castro los fué requiriendo y les dijo que mirasen quiénes eran y dónde venían y por quién peleaban, y que la fortaleza de aquel reino estaba en sus fuerzas y esfuerzo, y que si fuesen vencidos no podían escapar de la muerte él y ellos, y que si vencían, demás de hacer lo que eran obligados como leales y servidores de su rey, quedarían señores de sus haciendas y repartimientos, y que los que no los tenían, él en nombre de su majestad se los encomendaría, y que para eso quería el Rey la tierra, para la dar á los que lealmente le sirviesen, y que bien veía que á tan nobles caballeros y esforzada gente como allí estaba no había menester exhortarlos y darles esfuerzo; antes tomarle él

dellos, como lo tomaba, de manera que él iría en la delantera á romper la primera lanza. Y á esto todos le respondieron muy animosamente que así lo harían y que primero quedarían hechos pedazos que se dejasen vencer, porque cada uno tomaba este negocio por suyo; y los capitanes hicieron grande instancia con Vaca de Castro que no fuese en el avanguardia, porque en ninguna manera lo consentirían y que se quedase en la retaguardia con treinta de á caballo, para poder socorrer adonde viese mayor necesidad, y así lo hizo; y viendo que no había sino hora y media hasta la noche, quisiera que la batalla se dilatara para otro día; mas el capitán Alonso de Albarado le dijo que si aquella noche no se daba, que se perdería, y que pues ya la gente estaba determinada, que no aguardase á que tomase otro segundo acuerdo. Y así, Vaca de Castro siguió su parecer, temiendo todavía la falta del día, y dijo que quisiera tener el poder de Josué para detener el sol. Y estando en esto comenzó á disparar la artillería de don Diego, y porque para acometerlo no podía bajar la gente camino derecho sin recibir mucho daño en la bajada, poniéndose como en terrero, el sargento mayor y Alonso de Albarado buscaron por la parte izquierda una segura entrada que había á un valle, por donde pudieron ir á los enemigos sin que la artillería los cogiese, porque toda pasaba por alto; y los escuadrones bajaron ordenados desta manera: que la parte derecha llevaba Alonso de Albarado que con su compañía guardaba el estandarte real, de que era alférez Cristóbal de Barrientos, natural de Ciudad-Rodrigo y vecino de la ciudad de Trujillo, y á la parte izquierda iban los cuatro capitanes Pedro Alvarez Holguin y Gomez de Alharado y Garcilaso de la Vega y Pedro Anzures, llevando cada uno muy en orden sus estandartes y compañías, yendo ellos en la primera hilera; y en medio de ambos escuadrones de á caballo iban los capitanes Pedro de Vergara y Juan Vélez de Guevara con la infantería, y Nuño de Castro con sus arcabuceros salió adelante por sobresaliente, para trabar la escaramuza y recogerse en su tiempo al escuadron. Vaca de Castro quedó en la retaguardia con sus treinta de caballo, algo desviado de la gente; de manera que podía ver dónde había mas necesidad en la batalla, para socorrer, como lo hizo.

CAPITULO XIX.

De cómo se rompió la batalla de Chupas.

En tanto que la gente de Vaca de Castro iba caminando hácia los enemigos, y á vista dellos siempre le tiraban con la artillería, aunque los tiros pasaban por alto; tanto, que don Diego sospechó que el capitán Candia, que llevaba á cargo el artillería, había sido sobornado, y que adrede subía al punto; y así, arremetió á él, y él mismo por su mano le mató. Y asentando el un tiro, le metió en el escuadron y mató alguna gente; lo cual viendo el capitán Carvajal, y considerando que la artillería que ellos llevaban no podía andar tanto como la necesidad demandaba, acordaron de dejarla sin aprovecharse della, y alargaron el paso; y á aquella hora don Diego, sus capitanes Juan Balsa y Juan Tello y Diego Mendez, y Malaver y Diego de Hocés, Martín de Bilbao y Juan de Olea, y los demás, tenían su gente de caballo en dos es-

cuadrones, y en medio el de la infantería, y delante la artillería, asendada hacia la parte por donde Vaca de Castro los había de acometer. Y pareciéndoles que era flaqueza estar parados, movieron los escuadrones y la artillería hacia la parte donde venia Vaca de Castro, contra voluntad de Pedro Suarez, su sargento mayor, que, como hombre práctico en la guerra, era de parecer contrario; y en viendo mudar la artillería, los juzgó por perdidos, porque donde primero la tenían había delante campo en que podían jugar y hacer mucho daño á los enemigos hasta que llegasen á ellos; y yéndose metiendo adelante, acortaban el campo y la ocasion que tenían de poder jugar y hacer daño en los contrarios; y así, se fueron á poner junto á la asomada por donde se había de mostrar Vaca de Castro, de manera que hasta que llegasen muy cerca la artillería no los pudiese coger por ser mas bajo el sitio por donde venian, y defendiéndoles la tierra que estaba en medio. Y así, Pedro Suarez, sargento mayor, viendo que no tomaban su parecer, arremetiendo con su caballo, se pasó á la parte de Vaca de Castro. En este tiempo Paulo, el hermano del loga, acometió á la gente de Vaca de Castro por la parte izquierda, con muchos indios de guerra, tirándoles muchas piedras y varas. Mas, como los arbuceros sobresalientes mataron algunos de ellos, luego huyeron; y por aquella parte salió Martín Corte, capitán de arcabuceros de don Diego, con su compañía, y trabóse entre él y los del capitán Castro una escaramuza; y así, fueron los escuadrones paso á paso al son de los atambores hasta á asomada, donde estuvieron parados en tanto que disparaban la artillería, que tiraba tan apriesa, que no daba lugar á que rompiesen, y aunque estaba bien cerca de ella, les pasaba por alto, y si veinte pasos fuera mas adelante, les diera de lleno; pero todavía la infantería de Vaca de Castro recibió mucho daño, porque estaba en parte mas alta, donde les cogian las pelotas, porque un tiro llevó toda una hilera é hizo abrir el escuadrón, y los capitanes pusieron gran diligencia en hacerlo cerrar, amenazando de muerte á los soldados con las espadas desenvainadas, y se cerró. En esta sazón el sargento mayor Francisco de Carvajal estorbaba á los capitanes que rompiesen hasta que hubiese disparado la artillería, y subiendo un poco el recuesto los de caballo, los sobresalientes de don Diego mataron á Pedro Alvarez Holguín y á Gomez de Tordoya con dos pelotas, y herian y mataban otros. Viéndose el capitán Pedro de Vergara herido de un arcabuz, comenzó á dar voces contra los escuadrones de caballo, diciendo que rompiesen antes que perciese toda la infantería que estaba puesta al terrero; y luego los trompetas hicieron señal de romper, y arremetieron los escuadrones de á caballo de Vaca de Castro contra los de don Diego, que los salieron á recibir animosamente, y los unos y los otros se encontraron de suerte, que casi todas las lanzas quebraron, quedando muchos muertos y caídos de ambas partes; y dejadas las lanzas, se mezclaron los unos con los otros, hiriéndose muy crudamente con las espadas y con porras y hachas, y aun algunos peleaban con hachas de partir leña, dando á dos manos tales golpes, que donde alzaban no bastaba defensa ninguna. Y así pelearon hasta que, desfalleciéndoles los alientos, descansaron un

poco. Los capitanes de infantería de Vaca de Castro arremetieron con los de don Diego, metiéndose por la artillería, yendo delante animándolos el capitán Carvajal, y diciéndoles que no hubiesen miedo al artillería, pues no le daba á él, siendo tan gordo como dos dellos; y porque no pensasen que lo hacía en confianza de las armas, se quitó de presto una cota de malla y una celada que llevaba, y la arrojó en el campo; y quedando en un jubón de lienzo, con una partesana arremetió delante contra el artillería, y todos le siguieron; de suerte que la ganaron, matando muchos de los que la guardaban; y arremetieron con los contrarios, haciéndolo tan valerosamente, que la mayor parte de la victoria se les atribuyó. Y cuando esto pasaba la noche escureció, y casi no se conocían sino por el apellido, y los de caballo tomaron á su pelea; y ya la victoria se iba mostrando por Vaca de Castro, cuando él con los treinta de caballo arremetió hacia la parte izquierda, donde estaban dos banderas firmes de don Diego, y aun gritando por sí la victoria; caso que todas las otras banderas y gente de don Diego se iban retrayendo de vencida. Y como Vaca de Castro rompió en ellas, se trabó de nuevo una pelea, adonde hirieron y derribaron algunos de aquellos treinta, y mataron al capitán Jimenez y á N. de Montalvo, natural de Medina del Campo, y otros caballeros; y como los de Vaca de Castro porfizaron tanto, don Diego y su gente volvieron las espaldas de arrancada, y los de Vaca de Castro fueron hiriendo y matando en ellos, y los del capitán Bilbao y un Cristóbal de Sosa, de la parte de don Diego, fué tanto lo que sintieron ver volver las espaldas á los suyos, que se arrojaron en los enemigos como desesperados, hiriendo á todas partes, diciendo cada uno por su nombre: «Yo soy Fulano, que maté al Marqués;» y así anduvieron hasta que los hicieron pedazos; y muchos de los de don Diego se salvaron con la oscuridad de la noche, tomando de algunos muertos la señal, porque los de Vaca de Castro llevaban bandas coloradas y los de don Diego bandas blancas; y así, quedó la victoria conocida por Vaca de Castro, como quier que antes que llegasen á las manos murió mucha mas gente de parte de Vaca de Castro; tanto, que don Diego tuvo por suya la victoria; y á todos los españoles que huyeron por un valle los mataron los indios, y á ciento y cincuenta de caballo de don Diego, que se fueron huyendo á Guamanga, que estaba dos leguas de allí, los desarmaron y prendieron los pocos vecinos que en la villa habían quedado. Y don Diego y Diego Mendez se fueron huyendo al Cuzco, donde los prendió Rodrigo de Salazar, vecino de Toledo, que era su mismo teniente, y Anton Ruiz de Guevara, que era alcalde ordinario de la ciudad. Y así feneció el mando y gobernación de don Diego, que en un día se vió señor del Perú y en otro le prendió su mismo alcalde de su propia autoridad. Esta batalla se dió á 16 dias de septiembre de 1542 años.

CAPITULO XX.

De cómo Vaca de Castro dió gracias á su gente por la victoria que habían habido.

En gran parte de la noche no se pudo acabar de recoger el ejército, porque andaban ocupados en saquear

las tiendas de los de don Diego, donde hallaron mucho oro y plata, y mataron algunos que se habían escondido ó estaban heridos. Mas, después de todos recogidos, pensando que los de don Diego se tomaran á rehacer, estuvo toda la infantería apercebida, y asimismo la gente de á caballo. A Vaca de Castro se le pasó la mayor parte de la noche en alabar toda la gente y ejército en general, y dando particulares gracias á cada soldado porque tan bien lo había hecho. En esta batalla hubo muchos capitanes y soldados que grandemente se señalaron, especialmente don Diego, que por salir con aquella empresa, que tan justa le parecía, por ser en venganza de la muerte de su padre, hizo mas que su edad requería, porque sería de edad de veinte y dos años, y con él algunos de su ejército; y tambien se señalaron muchos de Vaca de Castro por vengar la muerte del Marqués, con quien tanta fe tuvieron, que respecto de hacerlo valientemente ningun peligro debía de acometer. Murieron de ambas partes cerca de trescientos hombres, y entre ellos muchos capitanes y personas señaladas, especialmente Pedro Alvarez Holguin y Gomez de Tordoya, que por mostrar señaladamente sus hechos en aquella batalla iban con unas ropas de terciopelo blanco, llenas de chimeras de oro, sobre las armas, en que fueron luego conocidos y muertos por los arcabuceros, como está dicho. Y tambien se señalaron Alonso de Albarado y el capitán Carvajal, el cual, sin temer ningun peligro, se metió por el artillería, donde eran tan espesas las pelotas de los arcabuceros que le aguardaban, que parecia imposible dejarle de acertar alguna; y así, menospreciando la muerte, parece que huyó dél, como suele acaecer en todos los peligros y seguir al quo mas la teme, como se vió en aquella batalla, que un mancebo, no osando entrar en ella, de temor, se fué á esconder tras una peña, y saltando un pedazo della del golpe de una pelota, le hizo piezas la cabeza, de que murió. Los principales que se señalaron, así en esta batalla como en los otros negocios donde dependió, fueron el licenciado Carvajal, Francisco de Godoy, Diego de Aguilera, Nicolás de Ribera, Hierónimo de Alínga, Juan de Barburan, Miguel de la Serna, Lope de Mendoza, Diego Centeno, Melchior Verdugo, Cristóbal de Barrientos, Gomez de Albarado, Gaspar Rodriguez, don Gomez de Luna, Pedro de Hinojosa, Francisco de Carvajal, don Pedro Puertocarrero, Alonso de Cáceres, Diego Ortiz de Guzman, Sebastian de Morlo, Francisco de Ampuero y otros muchos; demás de los cuales se señalaron algunos de la parcialidad del Adelantado, que, como está dicho, siguieron á Vaca de Castro por tratar en nombre de su majestad este negocio; los principales de los cuales fueron Pedro Alvarez Holguin, don Alonso de Montemayor, Juan de Sayavedra, Martín de Robles, Lorenzo de Aldana, don Cristóbal Ponce de Leon, Pablo de Meneses, Vasco de Guevara, el contador Juan de Guzman, Diego Nuñez de Mercado, Pero Lopez de Ayala, Diego Becerra, Diego Muldonado, Juan García, Diego Cullego, Francisco Gallego, Pero Ortiz, Alonso de Mesa, Dionisio de Bobadilla, Luis García de San-Mamas, Garci Gutierrez de Escobar, Marcos de Escobar, Juan de Horbaneja, Diego de Ocampo, y otros muchos; á los cuales, ó á los mas dellos, Vaca de Castro dió de comer al tiempo que

repartió la tierra, porque decía que aquellos lo habían merecido señaladamente, pues habían dejado sus particulares pretensiones y adición por seguir á su majestad y su real voz y servicio.

CAPITULO XXI.

De la justicia que hizo Vaca de Castro de los de don Diego.

Aquella noche de la victoria sobrevino tan grande helada, que muchos de los heridos murieron de frio; porque á solo Gomez de Tordoya, que no era muerto, y á Pedro Anzures, que estaba herido, se les pudieron dar tiendas porque aun no era llegado el carruaje. Otro día de mañana Vaca de Castro mandó curar mas de cuatrocientos heridos que habia, é hizo enterrar los muertos y llevar los cuerpos de Pedro Alvarez y Gomez de Tordoya á sepultar á la villa de Guamaña suu- tualmente; y aquel mismo día hizo degollar algunos de los presos que habían sido en la muerte del Marqués; y cuando otro día fué á Guamaña, el capitán Diego de Rójas habia degollado á Juan Tello y á otros capitanes. Y Vaca de Castro cometió la ejecución de la justicia de los demás al licenciado de la Gama, el cual ahorcó y degolló cuarenta personas de los mas culpados, y á otros desterró, y á todos los demás perdonó; por manera que serian justiciados hasta sesenta personas. Dióse licencia á todos los vecinos que se fuesen á sus casas, y Vaca de Castro se fué al Cuzco, donde hizo nuevo proceso contra don Diego, y dende algunos días lo degolló; y Diego Mendez se soltó de la cárcel con otros dos de los presos, y se fueron con el Inga á aquellas montañas que llaman los Andes, que por la aspereza de la entrada son inexpugnables. El Inga los recibió alegremente, mostrando mucho sentimiento de la muerte de don Diego, porque le era muy aficionado, y como tal le envió al camino, cuando supo que pasaba, muchas cotas de malla y coseletes y coracinas, y otras armas de las que habia tomado á la gente que venció y mató de los cristianos cuando iban en socorro de Gonzalo Pizarro y Juan Pizarro al Cuzco, enviados por el Marqués (como arriba hemos dicho); y siempre trajo indios disfrazados en el campo, que le avisasen del suceso de la batalla.

CAPITULO XXII.

De cómo Vaca de Castro envió á descubrir la tierra por diversas partes.

Vencida la batalla de don Diego, y pacificada la tierra, le pareció á Vaca de Castro que no se podía derrumar la gente de guerra, ni habia con qué gratificarlos á todos, si no fuese enviándolos á conquistas y entradas por la tierra; y así, mandó al capitán Vergara que con la gente que habia traído se tornase á su conquista de Bracamoros; y envió al capitán Diego de Rójas y á Felipe Gutierrez, con mas de trecientos hombres, hácia la parte de oriente á descubrir la tierra, que después poblaron, que corresponde al rio de la Plata; y con un Montoy envió un socorro á la provincia de Chili al capitán Pedro de Valdivia; y envió al capitán Juan Perez de Guevara á conquistar la tierra de Mullobamba, que él habia descubierto; y es una tierra mas montuosa que rasa, y nasceu de las faldas de las montañas de los grandes rios que tie-

nen las vertientes á la mar del Norte; el uno es de Marañon (de quien tanto arriba hemos tratado), y el otro el rio de la Plata. Los moradores de aquella tierra son caribes que comen carne humana, y es la tierra tan caliente, que andan desnudos, con solas unas mantas revueltas al cuerpo. Y allí tuvo noticia Juan Perez de otra gran tierra que hay pasadas las últimas cordilleras hacia el septentrion, donde hay ricas minas de oro y se crían camellos y gallinas como las de la Nueva-España, y ovejas algo menores que las del Perú; y todas las sementeras son de regadío, porque llueve poco en la tierra, donde hay un lago que tiene las riberas muy pobladas de gente, y en todos los rios hay unos peces de la liechura y tamaño de grandes perros; y así, comen y muerden á los indios que entran ó pasan cerca de los rios, porque ellos salen tambien por las orillas. Esta tierra tiene al rio Marañon hacia la parte del septentrion, y al oriente la tierra del Brasil, que poseen los portugueses, y al mediodía el rio de la Plata; y tambien dicen que

hay allí aquellas mujeres amazonas de que Orellana tuvo noticia; pues habiendo despachado Yaca de Castro sus capitanes á estas conquistas, estuvo en el Cuzco mas de año y medio repartiendo los indios que estaban vacos y poniendo en orden la tierra, é hizo ordenanzas en gran utilidad y conservacion de los indios. En este tiempo se descubrieron en las comarcas del Cuzco las mas ricas minas de oro que en nuestros tiempos se habian visto, especialmente en un rio que se llama Carabaya; tanto, que acontecia á un indio coger en un día cincuenta pesos. Y toda la tierra estaba muy quieta, y los indios muy amparados y reparados de las grandes fatigas que recibieron en las guerras pasadas. Y en este tiempo fué Gonzalo Pizarro al Cuzco, porque hasta entonces no se le habia dado licencia para ello. Y después de haber estado allí algunos dias se fué á las Charcas á entender en sus granjerías, hasta que vino el visorey Blasco Nuñez Vela, como en el siguiente libro se declarará.

LIBRO QUINTO.

DE LAS COSAS QUE SUCEDIERON EN EL PERÚ AL VISOREY BLASCO NUÑEZ VELA.

CAPITULO PRIMERO.

De las ordenanzas que su majestad mandó hacer para el gobierno de las Indias, y cómo Blasco Nuñez Vela fué por visorey al Perú para ejecutarlas.

En esta sazón, y algunos tiempos antes, hubo personas religiosas que, pareciéndoles moverse con buen celo, vinieron á informar á su majestad y á los señores de su real consejo de los grandes agravios y crueldades que los españoles generalmente hacian en los indios, así maltratando y matando sus personas, como llevándoles sus haciendas é imponiéndoles demasiados tributos, y echándolos á las minas y en pesquerías de perlas, donde perecian todos; y se iban disminuyendo y apocando de tal manera, que en breve tiempo no quedaria ninguno dellos en la Nueva-España ni en el Perú y en las otras partes donde los habia, como habian perecido en las islas de Santo Domingo y Cuba y San Juan de Puerto-Rico y Jamáica y en otras islas, donde ya no habia memoria de ninguno de los naturales; diciendo, para persuadir esto á su majestad, algunas crueldades que los españoles habian hecho en los indios, y aun añadiendo otras que no se tiene noticia haber acontecido. Y como una de las principales causas de donde se seguia esta destruccion era las cargas que á los indios se hacian llevar, por la poca moderacion que en ello se tenia, y que los que principalmente habian excedido en todas estas cosas eran los gobernadores y sus tenientes, y los oficiales de su majestad, y los obispos y los monesterios y otras personas favorecidas y privilegiadas, que,

confiando en que no se habia de hacer justicia contra ellos, habian señaládose en todas estas cosas. Y el que principalmente insistió en esta informacion fué un religioso de la orden de Santo Domingo, llamado fray Bartolomé de las Casas, á quien su majestad proveyó del obispado de Chiapa. Oídas por su majestad todas estas cosas, y queriendo remediárlas, entendiendo que convenia así al descargo de su real consciencia, sobre esta informacion que le fué hecha mandó juntar con los de su consejo de las Indias otros muchos letrados y personas de consciencia, y habiendo tratádose entre ellos, y platicado y mirado con gran diligencia, se hicieron ciertas ordenanzas, con que les parosció que se remediaban todos los daños é inconvenientes que fray Bartolomé habia propuesto, mandando que ningun indio se pudiese echar en las minas ni á la pesquería de las perlas ni se cargasen, salvo en aquellas partes que no se pudiese excusar, y entonces pagándoles su trabajo, y que se tasasen los tributos que habian de dar á los españoles, y que todos los indios que vacasen por muerte de los que á la sazón los tenian, se pusiesen en la corona real, y que quitasen las encomiendas y repartimientos de indios que tenian los obispos de todas las Indias y los monesterios y hospitales, y los que hubiesen sido gobernadores ó sus lugartenientes y los oficiales de su majestad, sin que los pudiesen retener aunque dijese que querian dejar los oficios. Y particularmente se quitasen los indios en la provincia del Perú á todos aquellos que hubiesen sido culpados en las pasiones y alteraciones de entre don Francisco Pizarro y don Diego de Almagro;

y que todos estos indios que de una manera ó otra se quitasen, y los tributos dellos se pusiesen en cabeza de su majestad; y con esta última ordenanza era claro que ninguna persona en el Perú podía quedar con indios, pues (como se puede colegir de toda esta historia) ningún español, de grande ni pequeña calidad, había que no estuviese mas apasionado por una destas dos parcialidades que si sobre ello le fuese su vida y hacienda; lo cual se había entendido aun hasta los mismos indios de la tierra, que muchas veces acontecia haber entre ellos grandes batallas y diferencias y otras contiendas particulares á título destas opiniones, que ellos llamaban á los de don Diego los de Chili y á los del Marqués los de Pachacamac. Y entre otras muchas cosas demás de las arriba declaradas, que se proveian por las ordenanzas y parecian convenir para el buen gobierno de aquellas provincias, era una, que porque la provincia del Perú, que era la mas rica y principal cosa de las Indias, estaba sujeta á la audiencia real que residia en la ciudad de Panamá, donde no había mas de dos oidores y había muy gran dilacion y mal despacho en los negocios, por estar tan lejos el Perú de Panamá, especialmente porque (como tenemos dicho arriba) la mayor parte del año no podian navegar ni ir al Perú, y á esta causa no se habían remediado desde allí todos los daños é inconvenientes sobredichos, ni se podrian remediar los que adelante sucediesen, se proveyó y mandó que la audiencia de Panamá se deshiciese, y se ordenase otra de nuevo en los confines de Guatimula y Nicaragua, de la cual fuese por presidente el licenciado Maldonado, oidor de Méjico, y que á esta audiencia quedase sujeta la provincia de Tierra-Firme, y que en el Perú se proveyese nueva audiencia, y en ella cuatro oidores y un presidente con título de visorey y capitán general, porque se entendió que la importancia de las cosas del Perú lo requería.

Estas ordenanzas se hicieron y publicaron en la villa de Madrid en el año de 542, y luego se enviaron los traslados dellas á diversas partes de las Indias, de que se recibió muy gran escándalo entre los conquistadores dellas, especialmente en la provincia del Perú, donde mas general era el daño, pues ningún vacino quedaba sin quitársele toda su hacienda y tener necesidad de buscar de nuevo qué comer; y decian que su majestad no había sido bien informado en aquella provision, pues si ellos habían seguido estas dos parcialidades, habían sido pareciéndoles que las cabezas dellas eran gobernadores y se lo mandaban en nombre de su majestad, y que no podian dejar de cumplir por fuerza ó por grado sus mandamientos; y así, no era aquella culpa por que debiesen ser despojados de sus haciendas; y que, demás desto, al tiempo que ellos á su costa descubrieron la provincia del Perú, se había capitulado con ellos que se les habían de dar los indios por sus vidas, y después de muertos habían de quedar á su hijo mayor, ó á sus mujeres no teniendo hijos; y que, en confirmacion desto, pocos días antes su majestad había enviado á mandar á todos los conquistadores que dentro de cierto tiempo se casasen, so pena de perdimiento de los indios, y que en cumplimiento dello, los mas se habían casado; y que no era justo que, después que estaban viejos y cansados

y con mujeres, pensando tener alguna quietud y reposo, se les quitasen sus haciendas, pues no tenían edad ni salud para ir á buscar nuevas tierras y descubrimientos. Y así, acudieron de diversas partes al Cuzco á hacer relacion de todo esto al licenciado Vaca de Castro, que allí estaba, y él les dijo que tenía por cierto que, siendo su majestad informado de la verdad, que lo mandaria remediar; y que para esto convenia que se juntasen los procuradores de todas las ciudades, y se nombrasen algunos dellos que en nombre de todo el reino viniesen á su majestad y á su real consejo á suplicar por estas ordenanzas. Y para que mas cómodamente se pudiesen juntar, él bajaria á la ciudad de los Reyes, porque estuviesen mas en comarca las ciudades de los llanos y las de la sierra para venir á tratar deste negocio, compartiendo el trabajo del camino. Y así, se partió de la ciudad del Cuzco para los Reyes, trayendo consigo procuradores de todas las ciudades de aquellas comarcas, y otros caballeros y gente principal que lo venian acompañando.

CAPITULO II.

De la provision y jornada de Blasco Núñez Vela, visorey del Perú, y de los oidores y otros oficiales que con él fueron.

En el año de 543, casi por el mismo tiempo que lo contado en el capítulo antes deste pasaba en la provincia del Perú, su majestad, en cumplimiento y ejecución de la ordenanza que tenemos dicho, proveyó por visorey y presidente de la provincia del Perú á Blasco Núñez Vela, vecino de la ciudad de Avila, que á la sazón era veedor general de las guardas de Castilla, porque tenía experiencia en lo que dél había conocido, y así en este cargo como en otros corregimientos que antes dél había tenido en las ciudades de Málaga y Cuenca, que era caballero recto y que hacía justicia sin ningún respecto, y que ejecutaba los mandamientos reales con todo rigor, sin ninguna disimulacion; y proveyó por oidores al licenciado Cepeda, natural de la villa de Tordesillas, que á la sazón era oidor en las islas de Canaria, y al doctor Lison de Tejada, natural de la ciudad de Logroño, que era alcalde de los hijosdalgo de la audiencia real de Valladolid, y al licenciado Alvarez, abogado en la misma audiencia, y al licenciado Pedro Ortiz de Zárate, natural de la ciudad de Orduña, que era alcalde mayor en Segovia; y proveyó asimesmo por contador de cuentas de aquella provincia y de la de Tierra-Firme á Agustín de Zárate, secretario de su real consejo, que es el autor desta historia, porque después del descubrimiento de aquellas provincias no se había tomado cuentas á los tesoreros y otros administradores de la hacienda real. Y todos se hicieron á la vela en el puerto de Sancti de Barrameda el 1.º día del mes de noviembre del año de 43, y llegaron al puerto de Nombre de Dios con buena navegacion, y allí se detuvieron, aderezando las cosas necesarias para la navegacion de la mar del Sur, algunos días. Y el Visorey dió gran prisa en su despacho, y en un navio que hizo aprestar se embarcó y hizo á la vela mediano el mes de febrero del año de 43, sin querer esperar á llevar en su compañía ninguno de los oidores, aunque le fué pedido, y dello quedaron algo resabiados, demás de haber

pasado entre ellos algunas ocasiones de poca importancia, por donde comenzaban á declarar los unos y los otros sus ánimos. Antes que el Visorey partiese comenzó á ejecutar en aquella provincia (caso que no era de su gobernacion) una de las ordenanzas que llevaba, por donde se mandaba que los indios se volviesen á sus naturalezas, estando fuera dellas por cualquier manera. Y así, comenzó á recoger todos los indios que en aquella provincia habia naturales del Perú, y por el gran comercio estas dos gobernaciones se habian traido muchos, y á costa de sus omos los fletó en su navío, y llegó muy brevemente al Perú; y desembarcando en el puerto de Tumbes, hizo su viaje por tierra, y comenzó á ejecutar las ordenanzas en cada lugar por do pasaba, á unos tasándoles los tributos, y á otros quitándoles de todo punto los indios y poniéndolos en cabeza de su majestad. Y caso que algunas personas particulares, á quien tocaba, y en general las dos ciudades de San Miguel y Trujillo, parecieron ante él suplicando destas ordenanzas, á lo menos haciendo grande instancia en que sobreseyese la ejecucion dellas hasta que, junta toda la audiencia, ellos pareciesen en Lima á seguir su justicia sobre esta suplicacion, pues la ejecucion por una de las mismas ordenanzas venia cometida al que fuese visorey y oidores juntamente, y no lo podia hacer él solo. Ninguna cosa destas quiso admitir, diciendo que aquellas eran leyes generales y hechas para buena gobernacion, y que por esto no admitia suplicacion; y así, continuó la ejecucion hasta que llegó á la provincia de Guaura, que es diez y ocho leguas de la ciudad de los Reyes.

CAPITULO III.

De lo que pasó en la ciudad de los Reyes sobre el rescabimiento del Visorey.

Después que el Visorey llegó al puerto de Tumbes, envió adelante á gran prisa á notificar al licenciado Vaca de Castro sus poderes, para que se desistiese de la gobernacion; y así por el mensajero que las llevó como por otros que después dél se siguieron, se tuvo noticia en la tierra del rigor con que el Visorey ejecutaba las ordenanzas, y como no admitia ninguna suplicacion dellas; y para indignar mas la gente sobre lo que el Visorey hacia, añadian algunos otros mas rigores y cosas que no le habian pasado á él por pensamiento. Y causaron tanto alboroto estas nuevas en los ánimos de la gente que venia con Vaca de Castro, que unos le decian que no rescibiese al Visorey, sino que suplicasen de las ordenanzas y de la provision que dél se habia hecho, y que no le rescibiesen á la gobernacion, pues él se habia hecho indigno dello no queriendo oír á justicia los vasallos de su majestad, y mostraba tanto rigor en la ejecucion. Otros le decian que si él no aceptaba esta empresa no faltaria en el reino quien la aceptase. Pero con todo esto, Vaca de Castro los apaciguaba, diciendo que tuviesen por cierto que, después de llegados los oidores y asentada la audiencia, siendo informados de la verdad, otorgarian la suplicacion, y que él no podia dejar de obedecer lo que su majestad mandaba. Y en cumplimiento dello, cerca desta provincia de Guadachili, que es á veinte leguas de la ciudad de los Re-

yes, donde le fueron notificadas las provisiones, él se desistió del cargo de gobernador, aunque primero provoyó á algunas personas ciertos repartimientos de indios que estaban vacos, y parte dellos en su cabeza. Y viendo los principales que con él venian que no queria hacer lo que ellos le importunaban, se volvieron á la ciudad del Cuzco; y aunque el color que daban para la vuelta era que no osarian aguardar al Visorey solo, y que cuando la audiencia estuviese junta volverian; pero con todas estas excusas se entendia bien dellos que iban alterados y no con buenas intenciones, las cuales dende á pocos días declararon; porque, llegando á la villa de Guamanga con grande alboroto, sacaron de poder de Vasco de Guevara toda la artillería que el licenciado Vaca de Castro allí habia dejado al tiempo que venció á don Diego, y la llevaron á la ciudad del Cuzco, juntando gran copia de indios para ello. Vaca de Castro continuó su camino hasta llegar á los Reyes, donde halló gran confusion en toda la ciudad sobre rescibir el Visorey; porque unos decian que su majestad por las provisiones no mandaba que fuese rescibido si no viniese personalmente; otros decian que en caso que viniese, vistas las ordenanzas que traia y el rigor con que las habia comenzado á ejecutar, sin admitir dellas suplicacion, no convenia dejarle entrar en la tierra. Y con todo esto, Illán Suarez, factor de su majestad y regidor de aquella ciudad, trabajó y negoció tanto para que fuese rescibido, que en fin se obedescieron las provisiones y las pregonaron con toda solemnidad. Y luego fueron muchos vecinos y regidores á rescibir y besar las manos al Visorey á Guaura, y de allí vinieron con él hasta la ciudad de los Reyes, donde fué rescibido con gran fiesta, metiéndole debajo de un patio de brocado y llevando los regidores las varas, vestidos con sus ropas rozagantes de raso carmesí, forradas en damasco blanco, y le llevaron á la iglesia y á su posada. Y entendido por él el alboroto de los que se fueron al Cuzco, luego otro día mandó prender en la cárcel pública al licenciado Vaca de Castro, teniendo sospecha que habia entendido en aquel motin y sido el origen dél; y los de la ciudad, caso que no estaban todos bien con Vaca de Castro, fueron á suplicar al Visorey no permitiese que una persona como Vaca de Castro, que era del consejo de su majestad y habia sido su gobernador, fuese echado en cárcel pública; pues, aunque le hubiesen de cortar otro día la cabeza, se podia tener en prision segura y honesta; y así, le mandó poner en la casa real, con cien mil castellanos de seguridad, en que le fieron los mismos vecinos de Lima, y le mandó secretar sus bienes. Y visto todos estos rigores, la gente andaba desabrida y haciendo corrillos, y saliendo poco á poco de la ciudad la via del Cuzco, adonde el Visorey no estaba rescibido.

CAPITULO IV.

De cómo Gonzalo Pizarro vino al Cuzco y lo nombraron por procurador general de la tierra.

En este tiempo Gonzalo Pizarro, hermano del marqués don Francisco Pizarro, estaba (como dicho es) en sus repartimientos en la provincia de los Charcas con hasta diez ó doce hombres, amigos suyos; y subidas las

te á un procurador sobre que se decia que habia dado á Diego Alvarez de Cueto, cuñado del Visorey, cierta cantidad de pesos de oro porque le hiciese nombrar al oficio por el Visorey; la cual averiguacion él sintió mucho.

CAPITULO VI.

De las cosas que proveyó el Visorey para la guerra.

En todo este tiempo estaba tan cerrado el camino del Cuzco, que ni por via de indios ni de españoles tenia nueva de lo que allí pasaba, salvo saberse que Gonzalo Pizarro habia venido al Cuzco, y que toda la gente que se habia huido de la ciudad de los Reyes y de otras partes, habia acudido allí á la fama de la guerra. Y en esto el Visorey y audiencia despacharon provisiones, mandando á todos los vecinos de la ciudad del Cuzco y de las otras ciudades que rescibiesen á Blasco Nuñez por Visorey, y acudiesen á le servir á la ciudad de los Reyes con sus armas y caballos; y aunque todas las provisiones se perdieron en el camino, aportaron á la villa de la Plata los que para allí se habian despachado. Y por virtud dellas, Luis de Ribera y Antonio Alvarez, juntamente con el cabildo, rescibieron á Blasco Nuñez por visorey con gran solemnidad y alegrías; y en cumplimiento de lo mandado, salieron veinte y cinco de caballo, que se pudieron juntar, muy bien aderezados, y llevando por capitán á Luis de Ribera, se fueron la via de Lima, caminando por despoblados y lugares secretos, porque Gonzalo Pizarro no los enviase á atajar el camino. Y tambien aportaron á poder de algunos vecinos particulares del Cuzco las provisiones que para este efecto les habia enviado, por virtud de las cuales se vinieron algunos dellos á servir al Visorey, como adelante se dirá. Estando en estos términos vinieron nuevas ciertas al Visorey de lo que en el Cuzco pasaba. Lo cual le dió ocasion á que con grande diligencia hiciese acrescentar su ejército con el buen aparejo que halló de dineros, porque el licenciado Vaca de Castro habia hecho embarcar hasta cien mil castellanos que habia traído del Cuzco para enviar á su majestad, los cuales sacó de la mar, y en breve tiempo los gastó en la paga de la gente. Hizo capitán de gente de caballo á don Alonso de Montemayor y á Diego Alvarez de Cueto, su cuñado; y de infantería á Martin de Robles y á Paulo de Meneses, y de arcabuceros á Gonzalo Diaz de Piñera y á Vela Nuñez, su hermano, capitán general, y á Diego de Urbina, maestre de campo; y sargento mayor á Juan de Aguirre, y entre todos hubo seiscientos hombres de guerra, sin los vecinos, los ciento de caballo y docientos arcabuceros, y los demás piqueros. Hizo hacer gran copia de arcabuces, así de hierro como de fundicion, de ciertas campanas de la iglesia mayor, que para ello quitó, y con su gente hacia muchos alarides, y daba armas fingidas para ver cómo acudia la gente, porque tenia creído que no andaban de buena voluntad en su servicio; y porque tuvo sospecha que el licenciado Vaca de Castro (á quien ya habia dado la ciudad por cárcel) traia algunos tratos con criados y gente que le era aficionada, un dia, á hora de comer, dió una arma fingida, diciendo que venia Gonzalo Pizarro cerca; y junta la gente en la plaza, envió á Diego Alvarez de

Cueto, su cuñado, y prendió á Vaca de Castro, y otros alguaciles prendieron por diversas partes á don Pedro de Cabrera y á Hernan Mejia de Guzman, su yerno, y al capitán Lorenzo de Ablana y á Melchior Ramirez, y Baltasar Ramirez, su hermano; y á todos juntos los hizo llevar á la mar, metiéndolos en un navio de armada, y nombró por capitán á Hierónimo de Zurbano, natural de Bilbao, y dende á pocos dias soltó á Lorenzo de Ablana, y desterró á don Pedro y á Hernan Mejia para Panamá, y á Melchior y Baltasar Ramirez para Nicaragua, y á Vaca de Castro le dejó todavía preso en la misma nao, sin que á los unos ni á los otros jamas diese traslado ni declarase culpa por que procediese contra ellos, ni haber rescibido informacion della.

CAPITULO VII.

De cómo Alonso de Cáceres y Hierónimo de la Serna se alzaron con dos navios en Arequipa, y los trajeron al Visorey.

Quando se comenzó esta alteracion de la tierra habian subido al puerto de Arequipa dos navios cargados de mercaderías, los cuales Gonzalo Pizarro hizo detener, y aun los compró con intento de enviar desde el Cuzco, para meter en ellos toda la artillería, así por excusar la gran dificultad que habia de traerla por tierra tan largo camino, como para tomar el puerto de la ciudad de los Reyes y desposeer de los navios que en ella habia al Visorey, porque entendia (y así es cierto) que el que es señor de la mar en toda aquella costa tiene la tierra por suya y puede hacer en ella todo el daño que quisiere, desembarcando en todos los lugares que hallare desapercibidos y proveyéndose de armas y caballos de los navios que las llevan al Perú, y no dejando llegar á la tierra ningunos bastimentos y ropa de los que de Castilla se llevan. Y sabiendo esto el Visorey, estaba muy temeroso del suceso, porque no tenia resistencia por mar contra la artillería que esperaba, y acordó, desde que lo supo, de buscar el remedio que buennamente pudo; y este fue, que hizo armar una nao de las que estaban en el puerto con ocho tiros de bronce y ciertos versos de hierro, y algunos arcabuces y balistas, y le puso en el puerto para defensa dél y resistencia de los navios que esperaba, y nombró por capitán dél al dicho Hierónimo de Zurbano. Yacontescio que, sabido el intento de Gonzalo Pizarro por los capitanes Alonso de Cáceres y Hierónimo de la Serna, vecinos de Arequipa, una noche entraron en los navios que esperaban la venida del artillería, y pagándose muy bien al maestre y algunos marineros que dentro se hallaron, se alzaron con ellos; dejando sus casas y indios y haciendas, se vinieron con los navios á la ciudad de los Reyes, y llegando al puerto, siendo avisado el Visorey de su venida por las atalayas que tenia en una isla, creyendo que venian de guerra, salió al puerto con mucha gente de caballo, donde Hierónimo Zurbano les comenzó á tirar con su artillería, y ellos amainaron las velas y salieron en el batel y le entregaron los navios, con gran placer suyo y de toda la ciudad, por haberse asegurado del peligro que dellos recelaban.

CAPITULO VIII.

De lo que hizo en este tiempo Gonzalo Pizarro en el Cuzco.

En este tiempo Gonzalo Pizarro estaba en el Cuzco haciendo y pagando la gente con gran diligencia, y proveyendo las otras cosas necesarias para la guerra, y pudo juntar hasta quinientos hombres, de los cuales hizo maestro de campo al capitán Alonso de Toro, y de los do caballo hizo capitán á don Pedro Puertocarrero, y tomó para sí parte dellos debajo de su estandarte; é hizo capitanes de piqueros al capitán Gumiel y al bachiller Juan Vélez de Guevara, y nombró por capitán de arcabuceros á Pedro Cermeño. Llevaba tres estandartes, el uno de las armas reales, en poder de don Pedro Puertocarrero, y el otro de la ciudad del Cuzco, que fué entregado á Antonio Altamirano, regidor de aquella ciudad, natural de Ouliveros, á quien después degolló Gonzalo Pizarro por servidor de su majestad, como adelante se dirá. Y otro estandarte de sus armas traía su alférez, y después le entregó al capitán Pedro de Puelles. Nombró por capitán de artillería á Hernando Bachiaco, que juntó veinte piezas de campo muy buenas, y las aparejó de pólvora y balas y toda la otra munición necesaria; y teniendo junta su gente en el Cuzco, general y particularmente justificaba ó coloraba la causa de aquella tan injusta empresa con que él y sus hermanos habían descubierto aquella tierra y puéstola debajo del señorío de su majestad á su costa y misión, y enviado della tanto oro y plata á su majestad como era notorio; y que después de la muerte del Marqués, no solamente no había enviado la gobernación para su hijo ni para él, como había quedado capitulado, mas aun agora le enviaba á quitar á todos sus haciendas, pues no había ninguno que por una vía ó por otra no se comprendiese debajo de ordenanzas, enviando para la ejecución dellas á Blasco Núñez Vela, que tan rigurosamente las ejecutaba, no otorgándoles la suplicación, y diciéndoles palabras muy injuriosas y ásperas, como de todo esto y de otras muchas cosas ellos eran testigos. Y que, sobre todo, era público que lo enviaba á cortar la cabeza sin haber él hecho cosa en deservicio de su majestad, antes servídole tanto como era notorio. Por tanto, que él había determinado, con parecer de aquella ciudad, de ir á la ciudad de los Reyes y suplicar en el audiencia real de las ordenanzas, y enviar á su majestad procuradores en nombre de todo el reino, informándole de la verdad de lo que pasaba y convenia, y que tenía esperanza que su majestad lo remediaría; y donde no, que después de haber hecho sus diligencias, obedecerían pecho por tierra lo que su majestad mandase. Y que por no estar seguro del Visorey, por las amenazas que les había hecho y por la gente que contra ellos habían juntado, acordaron que también él fuese con ejército para sola su seguridad, sin llevar intento de hacer con él daño alguno no siendo acometido. Por tanto, que les rogaba que tuviesen por bien de ir con él y guardar orden y regla militar, que él y aquellos caballeros les gratificarían su trabajo, pues iban en justa defensa de sus haciendas. Y con estas palabras persuadía aquella gente á que creyesen la justificación de la junta, y se ofrecieron de ir con él y defenderle hasta la muerte; y

HA II.

así, salió de la ciudad del Cuzco, acompañándole todos los vecinos. Y puesta su gente en orden, aunque hubo algunos dellos entre los cuales estaba ya hecho concierto, que lo demandaron aquella noche licencia para volver al Cuzco á aderezar algunas cosas de su viaje. Y otro día de mañana se juntaron hasta veinte y cinco personas de las principales de la ciudad, que, aunque á los principios habían dado consentimiento en que viniesen á suplicar de las ordenanzas, después, viendo cómo se iba dañando el negocio y encaminándose en deservicio de su majestad y alteracion de la tierra, determinaron de apartarse de Gonzalo Pizarro y irse á servir al Visorey, como se fueron, haciendo muy grandes jornadas por despoblados y caminos apartados, porque sabían que Gonzalo Pizarro los había de enviar á seguir, como lo hizo. Y los principiantes deste concierto fueron Gabriel de Itójas, Gomez de Itójas, su sobrino, y Garcilaso de la Vega y Pedro del Barco, y Martín de Florencia y Hierónimo de Soria, y Juan de Sayavedra y Hierónimo Castilla, y Gomez de Leon y Luis de Leon, y Pedro Manjares y otros, hasta número de veinte y cinco personas; llevando consigo las provisiones que del audiencia real habían rescibido, en que se les mandaba que, so pena de traidores, acudiesen luego. Y cuando Gonzalo Pizarro otro día lo supo tuvo tan alterado el ejército, que muchas veces estuvo en determinación de tornarse á los Charcas con cincuenta de caballo amigos suyos, y hacer-e allí fuerte; pero en fin, ninguna cosa halló de menos peligro para su vida que seguir el viaje comenzado y animar su gente, diciendo que el aquellos caballeros se habían ido era por no saber el estado en que estaban los negocios de las Reys, porque había rescibido cartas de los principales vecinos della, en que le certificaban que con cincuenta hombres de caballo que él allí llevase concluiría el negocio comenzado sin riesgo ninguno, porque todos estaban de su opinion. Y así, continuó su camino, aunque muy despacio, porque no sufría otra cosa el grande embarazo de la artillería, que la llevaba en hombros de indios, con unos palos atravesados en los tiros, quitados de las cureñas y carretones, y cada tiro llevaban doce indios, que no andaban con él mas de cien pasos, y luego entraban otros doce, y así remataban treientos indios que iban diputados para cada cañon, porque, á causa de la aspreza de los caminos, no se podían tirar en los carretones. Y así, iban mas de seis mil indios para solamente llevar el artillería y las municiones della.

CAPITULO IX.

De cómo Gaspar Rodriguez y otros del real de Gonzalo Pizarro se quisieron pasar á servir al Visorey, y enviaron por salvoconducto.

Muchos caballeros y personas particulares venian en compañía de Gonzalo Pizarro (como está dicho en el capitulo precedente), que aunque á los principios fueron de parecer que viniesen á suplicar de las ordenanzas, y para ello ofrecieron sus personas y haciendas, después, visto cómo el negocio se iba encaminando, y poco á poco á Gonzalo Pizarro iba usurpando señorío y mando, y que por su autoridad quebró la caja de su majestad, y sacó della los dineros que había contra

voluntad de los oficiales y justicias, antes que saliesen del Cuzco se arrepintieron de haberse entremetido en estas cosas, que daban de sí muy ciertas señales del mal suceso que habian de tener; y así, siendo el principal del concierto Gaspar Rodriguez de Camporelondo (hermano del capitán Pedro Anzúres, cuyos indios le habian sido encomendados por su muerte), se trató entre algunas personas principales del ejército de dejar á Gonzalo Pizarro, y pasarse á servir al Visorey, aunque por otra parte no lo osaban hacer, diciendo que era de muy áspera condicion, y que no los dejaría de castigar por lo pasado, aunque se viniesen á su servicio; y así, determinaron de hacer lo uno y prevenir en lo otro, enviando por caminos muy secretos y apartados á Baltasar de Loaysa, clérigo natural de la villa de Madrid, con cartas y despachos suyos para el Visorey y audiencia, diciéndoles que si les enviaban perdon de lo pasado, y salvoconducto, se pasarían á su campo, y que pasando ellos, por ser capitanes y personas tan principales, todos sus amigos y criados se huirían, y así podría ser que se deshiciera el campo de Gonzalo Pizarro. Los principales que escribieron esto fueron Gaspar Rodriguez y Felipe Gutierrez, y Arias Maldonado y Francisco Maldonado, y Pedro de Villa-Castin y otros, hasta veinte y cinco personas. Baltasar de Loaysa vino á los Reyes, caminando con gran diligencia, y por procurar de esconderse no topó con Gabriel de Rojas y Garcilaso, y con los demás que hemos dicho que se huyeron del Cuzco. Llegado á los Reyes, muy secretamente dió los despachos al Visorey y audiencia, y ellos le dieron el salvoconducto que pedía, del cual luego en toda la ciudad se tuvo noticia, y muchos vecinos y otras personas que secretamente eran aficionados á Gonzalo Pizarro y á la empresa que traía, por lo que á ellos les importaba, lo sintieron, teniendo por cierto que con la venida de aquellos caballeros se desharia el campo, y así quedaría el Visorey sin ninguna contradicción para ejecutar las ordenanzas.

CAPITULO X.

De cómo Pedro de Puelles, teniente de Guanuco, se pasó á Gonzalo Pizarro, y tras él la gente que el Visorey envió en su seguimiento.

Cuando el Visorey fué rescibido en la ciudad de los Reyes le vino á besar las manos Pedro de Puelles, natural de Sevilla, que era á la sazón teniente de gobernador en la villa de Guanuco por el licenciado Vaca de Castro, y por ser tan antiguo en las Indias era tenido en mucho; y así, el Visorey le dió nuevos poderes para que tornase á ser teniente en Guanuco, mandándole que le tuviese presta la gente de aquella ciudad, para que si creciese la necesidad, enviándole á llamar, le acudiesen todos los vecinos con sus armas y caballos. Pedro de Puelles lo hizo como el Visorey se lo mandó, y no solamente tuvo aparejada la gente de la ciudad, mas aun detuvo allí ciertos soldados que habian acudido de la provincia de los Chachapoyas, en compañía de Gomez de Solís y de Bonifaz; y estuvo esperando el mandado del Visorey, el cual cuando le pareció tiempo envió á Hierónimo de Villegas, natural de Búrgos,

con una carta para Pedro de Puelles, que luego lo acudiese con toda la gente; llegado á Guanuco, trataron todos juntos sobre el negocio, pareciéndoles que si se pasaban al Visorey serían parte para que tuviese buen fin su negocio, y que habiendo vencido y desbaratado á Gonzalo Pizarro, ejecutaría las ordenanzas que tan gran daño traían á todos, pues quitando los indios á los que los poseían, no solamente rescibían perjuicio los vecinos cuyos eran, mas tambien los soldados y gente de guerra, pues habia de cesar el mantenimiento que les daban los que tenían los indios. Y así, todos juntos acordaron de pasarse á servir á Gonzalo Pizarro, y se partieron para le alcanzar donde quiera que le topasen. Luego el Visorey fué avisado desta jornada por medio de un capitán indio, llamado Illatopa, que andaba de guerra; y sabido por el Visorey, sintió mucho este mal suceso; y pareciéndole que habia lugar para ir á atajar esta gente en el valle de Jauja, por donde necesariamente habian de pasar, despachó con gran presteza á Vela Nuñez, su hermano, que con hasta cuarenta personas fuesen á la ligera á atajar el paso á Pedro de Puelles y su gente, y con Vela Nuñez envió á Gonzalo Díaz, capitán de arcabuceros, y llevó treinta hombres de su compañía; y porque fuesen mas presto, el Visorey les mandó comprar, de la hacienda real, treinta y cinco machos, en que hiciesen la jornada, que costaron mas de doce mil ducados; y los otros diez soldados, á cumplimiento de los cuarenta, llevó Vela Nuñez de parientes y amigos suyos; y yendo bien aderezados, se partieron de los Reyes, y siguieron su camino hasta que de Guadachili (que es veinte leguas de la ciudad) diz que llevaban concertado de matar á Vela Nuñez y pasarse á Gonzalo Pizarro. Y yendo ciertos corredores delante cuatro leguas de Guadachili, en la provincia de Paríacaca, toparon á fray Tomás de San Martín, provincial de santo Domingo, á quien el Visorey habia enviado al Cuzco para tratar de medios con Gonzalo Pizarro; y apartándole un soldado, natural de Avila, le dijo los tratos que estaban hechos de aquella gente para que él avisase dellos á Vela Nuñez y se pusiese á recaudo, porque de otra manera, le matarian aquella noche. El Provincial se dió gran prisa á andar, tornando consigo los corredores del campo, porque les dijo que Pedro de Puelles y su gente habia dos dias que eran pasados por Jauja, y que en ninguna manera los podrian alcanzar. Y llegados á Guadachili, dijo lo mismo á la demás gente, y que era trabajar en vano si procedían en el camino; y secretamente aperció á Vela Nuñez del peligro en que estaba, para que se pusiese á recaudo; el cual avisó á cuatro ó cinco deudos suyos que con él iban, de lo que pasaba, y en anocheciendo sacaron los caballos como que los iban á dar agua; y guiándolos el Provincial, con la escuridad de la noche escaparon; y en sabiendo que eran idos, un Juan de la Torre y Piedra-Hita, y Jorge Griego y otros soldados del concierto se levantaron á la guardia de la media noche, y dieron sobre toda la gente uno á uno, poniéndoles los arcabuces á los pechos si no determinaban irse con ellos. Y casi todos lo otorgaron, especialmente el capitán Gonzalo Díaz, que aunque se lo puso el mismo temor y le ataron las manos, y li-

cieron otras apariencias de miedo, se cree que era del concierto, y aun el principal dél, y así se entendió por todos los de la ciudad que lo había de hacer, porque había sido yerno de Pedro de Puelles, tras quien le enviaban, y no era de creer que había de prender á su suegro estando bien con él. Y así, levantándose todos, y subiendo en sus muchos, que tan caro habían costado, se fueron á Gonzalo Pizarro, al cual hallaron cerca de Guamanga; y había dos días que era llegado Pedro de Puelles con su gente, y halló tan desmayado el campo con la tibieza que ya iban mostrando Gaspar Rodríguez y sus aliados, que si tardara tres días en llegar se deshiciera la gente; pero Pedro de Puelles les puso tanto ánimo con su socorro y con las palabras que les dijo, que determinaron de seguir el viaje, porque se profirió que si Gonzalo Pizarro y su gente no querían ir, él con los suyos sería parte para prender al Visorey y echarle de la tierra, según estaba malquistado. Llevaba Pedro de Puelles poco menos de cuarenta de caballo y hasta veinte arcabuceros, y los unos y los otros se acabaron de confirmar en su propósito con la llegada de Gonzalo Díaz y su compañía. Vela Nuñez llegó á los Reyes y hizo saber al Visorey, lo que pasaba, y él lo sintió como era razón, porque veía que sus negocios se iban empeorando cada día. Otro día llegó á los Reyes Rodrigo Niño, hijo de Hernando Niño, regidor de Toledo, con otros tres ó cuatro que no quisieron ir con Gonzalo Díaz. Por lo cual, demás de hacerles cuantas afrentas pudieron, les quitaron las armas y los caballos y vestidos; y así, venía Rodrigo Niño con un jubón y con unos muslos viejos, sin medias calzas, con solos sus alpargates, y una caña en la mano, habiendo venido á pié todo el camino. Y el Visorey le recibió con grande amor, loando su fidelidad y constancia, y diciéndole que mejor parecía en aquel hábito que si viniera vestido de brocado, atenta la causa por que le traía.

CAPITULO XI.

De la gente que salió para prender y tomar los despachos á Baltasar de Loaysa.

Cobrados los despachos, Baltasar de Loaysa se partió con ellos la vía del ejército de Gonzalo Pizarro; y entendido en el pueblo que con lo que llevaba muy fácilmente se desbararía la gente, y el Visorey gobernaría pacíficamente, y ellos rescebirían sin ningún remedio el daño que esperaban, determinaron algunos vecinos y soldados de ir muy á la ligera en seguimiento de Loaysa, hasta alcanzarle y tomarle los despachos que llevaba. Y habiéndose salido Loaysa un sábado en la tarde del mes de setiembre del año de 45, y con él el capitán Hernando de Zavallos, en sendos machos y sin ninguna otra compañía ni embozo que los pudiese detener, el domingo siguiente en la noche salieron en su seguimiento hasta veinte y cinco de caballo muy á la ligera, con determinación de no parar días ni noches hasta alcanzar á Loaysa. Los principales que concertaron este trato fueron don Baltasar de Castilla, hijo del conde de la Gomera, y Lorenzo Mejía y Rodrigo de Salazar, y Diego de Carvajal, que llamaban el Gulán, y Francisco de Escobedo

y Hierónimo de Carvajal, y Pedro Martín de Cecilia y otros, hasta el número que está dicho; los cuales á prima noche comenzaron á caminar, y continuaron su camino con tanta prisa, hasta que menos de cuarenta leguas de la ciudad de los Reyes alcanzaron á Louysa y á Zavallos, y los hallaron durmiendo en un tambo; y tomándoles las provisiones y despachos que llevaban, los enviaron á Gonzalo Pizarro con un soldado, que fué á la mayor prisa que pudo por ciertos atajos, quedando los mensajeros con Pedro Martín y sus compañeros, que los llevaban presos y á buen recaudo, continuando también su camino en demanda del campo de Gonzalo Pizarro; y rescebidos por él las provisiones y despachos que el mensajero le llevó, los comunicó muy en secreto con el capitán Carvajal, á quien pocos días antes había hecho su maestro de campo por enfermedad de Alonso de Toro, que salió del Cuzco con aquel cargo. Y asimismo dió parte del negocio á otros capitanes y personas principales de su campo, de los que no había sido en enviar á pedir el salvoconducto; y algunos por enemistades particulares, y otros por envidias, y otros por codicia de ser mejorados en indios, aconsejaron á Gonzalo Pizarro que le convenia castigar este negocio tan ejemplarmente, que escarmentasen los demás para no inventar semejantes motines y alteraciones; y entre todos los que por el mismo salvoconducto parecía haber sido participantes en este negocio se resumieron en matar al capitán Gaspar Rodríguez y á Felipe Gutiérrez, hijo de Alonso Gutiérrez, tesorero de su majestad, vecino de la villa de Madrid, y á un caballero gallego, llamado Arias Maldonado, el cual con Felipe Gutiérrez se había quedado una ó dos jornadas atrás, en la villa de Guamanga, so color de aderezar ciertas cosas para el camino. Y envió Gonzalo Pizarro al capitán Pedro de Puelles, con cierta gente de caballo, que en Guamanga los prendió y cortó las cabezas. Gaspar Rodríguez estaba en el mismo campo por capitán de casi docientos piqueros, y por ser persona tan principal y rico y bienquisto no osaron ejecutar abiertamente en su persona lo que tenían acordado, y usaron desta forma: que después de tener prevenidos Gonzalo Pizarro ciento y cincuenta arcabuceros de la compañía de Cermelo, y dándoles una arma secreta, y encabalgada y puesta á punto la artillería, envió á llamar á todos los capitanes á su toldo, diciendo que les quería comunicar ciertos despachos que había rescebido de los Reyes. Y viniendo todos, y entre ellos Gaspar Rodríguez, cuando entendió que estaba cerca de la tienda, y asentada á ella toda la artillería, él se salió, fingiendo que iba á otro negocio. Y quedando todos los capitanes juntos, se llegó el maestro de campo Carvajal á Gaspar Rodríguez, y con disimulación le puso la mano en la guarnición de la espada y se lo sacó de la vaina, y le dijo que se confesase con un clérigo que allí llamaron, porque había de morir luego. Y aunque Gaspar Rodríguez lo reluso cuanto pudo, y se ofreció á dar grandes disculpas de cualquier culpa que se le imputase, ninguna cosa aprovechó; y así, le cortaron la cabeza. Estas muertes atormentaron mucho todo el campo, especialmente á los que sabían que eran consortes suyos en la causa por

que los mataban, porque fueron las primeras que Gonzalo Pizarro hizo desde que comenzó su tiranía. Pocos días después llegaron al campo don Baltasar y sus compañeros, que traían preso á Baltasar de Loaysa y á Hernando de Zavallos, como está dicho. Y el día que supo Gonzalo Pizarro que habían de entrar en el real, envió al maestro de campo Carvajal por el camino por donde entendió que venían para que en topándolos hiciese dar garrote á Loaysa y Zavallos; y quiso su fortuna que se desviaron del camino real por una senda; de manera que el maestro de campo los erró. Y así, llegados á la presencia de Gonzalo Pizarro, hubo tantos intercesores en su favor, que los perdonó las vidas, y á Loaysa le envió á pie y sin ningún bastimento de su real, y á Hernando de Zavallos trajo consigo, hasta que desde en mas de un año, estando en la provincia de Quito, le encargó que fuese con los mineros que sacaban oro de las minas, por veedor dellos; y porque le dijeron que se habia aprovechado demasiadamente en aquel cargo, juntándose el odio que con él tenia de lo pasado, le hizo ahorcar.

Pues tornando á la órden de la historia, pocas horas después que salieron de la ciudad de los Reyes don Baltasar de Castilla y sus compañeros, que fueron en seguimiento de Loaysa, como está dicho, no pudo ser tan oculto, que no viniese á noticia del capitán Diego de Urbina, maestro de campo del Visorey, que andando rodeando la ciudad y yendo á las posadas de algunos de estos que se huyeron, ni los halló á ellos ni sus armas ni caballos, ni á los indios yanaconas de su servicio. Lo cual le dió sospecha de lo que era; y yendo á la posada del Visorey, que estaba ya acostado, le certificó que los mas de la ciudad se le habian huido, porque él así lo creia. El Visorey se alteró, como era razon, y levantándose de la cama, mandó tocar arina y llamó á sus capitanes, y con gran diligencia les hizo ir discurriendo de casa en casa por toda la ciudad, hasta que averiguó quiénes eran los que faltaban. Y como entre los otros se hallasen ausentes Diego de Carvajal y Hierónimo de Carvajal y Francisco de Escobedo, sobrinos del factor Illan Suarez de Carvajal, de quien él tenia ya concebida sospecha que favorecía á Gonzalo Pizarro y á sus negocios, teniendo por cierto que la ida de sus sobrinos se habia hecho por su mandado, ó á lo menos que no habia podido ser sin que él tuviese noticia dello, porque posaban dentro en su casa, caso que se mandaban por una puerta diferente, apartada de la principal; y para averiguacion desta sospecha envió el Visorey á Vela Nuñez, su hermano, con ciertos arcabuceros, que fuese á traer preso al factor; y hallándole en su cama, le hizo vestir y le llevó á la posada del Visorey, que, por no haber dormido casi en toda la noche, estaba reposando sobre su cama vestido y armado. Y en entrando el factor por la puerta de su cuadra, dicen algunos de los que se hallaron presentes que se levantó en pie el Visorey y le dijo: «¿Así, don traidor, que habeis enviado vuestros sobrinos á servir á Gonzalo Pizarro?» El factor le respondió: «No me llame vuestra señoría traidor; que en verdad no lo soy.» El Visorey diz que replicó: «Juro á Dios que sois traidor al Rey.» A lo qual el factor dijo: «Juro á Dios que soy tan buen

servidor del Rey como vuestra señoría.» De lo qual el Visorey se enojó tanto, que arremetió á él, poniendo mano á una daga; y algunos dicen que le hirió con ella por los pechos, aunque él afirmaba no haberle herido, salvo que sus criados y alabarderos, viendo cuán desacatadamente le habia hablado, con ciertos roncás y partesanos y alabardas que allí habia le dieron tantas heridas, que le mataron, sin que pudiese confesarse ni hablar palabra ninguna. Y el Visorey le mandó luego llevar á enterrar, aunque, temiendo que el factor era muy bienquisto, y que si le bajaban por delante de la gente de guerra (porque cada noche le hacian guardia cien soldados en el patio de su casa) podria haber algun escándalo, mandó descolgar el cuerpo por un corredor de la casa, que salia á la plaza, donde le rescibieron ciertos indios y negros, y le enterraron en la iglesia que estaba junto, sin amortajarle, salvo envuelto en una ropa larga de grana que llevaba vestida. Y así, desde á tres días, cuando los oidores prendieron al Visorey, como abajo se dirá, una de las primeras cosas que hicieron fué averiguar la muerte del factor, comenzando el proceso de que habian sabido que á la media noche le llevaron en casa del Visorey y que nunca mas habia parecido, y le desenterraron y averiguaron las heridas. Sabida esta muerte por el pueblo, causó muy grande escándalo, porque entendian todos cuánto el factor habia favorecido las cosas del Visorey, especialmente en la diligencia que puso para que fuese rescibido en la ciudad de los Reyes, contra el parecer de los mas de los regidores. Estos sucesos acaescieron domingo en la noche, que se contaron 13 días del mes de septiembre del año de 1544. Y luego, el lunes de mañana el Visorey envió á don Alonso de Montemayor con hasta treinta de caballo, que fuese en seguimiento de don Baltasar y de los que (como tenemos dicho) fueron en rastro de Loaysa y Zavallos, aunque después de haber andado una jornada ó dos, entendieron que sus contrarios iban tan lejos, que era imposible alcanzarlos; y así, se tornaron á la ciudad, y en el camino tuvieron noticia que Hierónimo de Carvajal, uno de los sobrinos del factor, se perdió de la compañía una noche, y no acertando el camino, se escondió en un cañaveral; y buscándole, le llevaron preso al Visorey, aunque, por estar ya preso cuando volvieron, como abajo se dirá, excusó el riesgo que corriera. Después de habérsele pasado la ira y enojo al Visorey, no entendia en otra cosa sino en dar particular cuenta á todos aquellos con quien hablaba de las cosas que le habian movido á tener la sospecha que tuvo del factor, y de cómo habia sucedido su muerte; y para la justificación dello hizo que el licenciado Alvarez rescibiese cierta informacion sobre las culpas que él imputaba al factor; la principal de las cuales era fundar, como verisimilmente se creia, que habia tenido noticia de la huida de sus sobrinos, y que no podia ser menos, por vivir dentro de su misma casa, y que en otras muchas cosas que le habia encomendado tocantes á la guerra, no entendia con el calor y diligencia, que le parecia que era razon, fundando siempre el interés que al factor se le seguia de que no se ejecutasen las ordenanzas reales, pues por virtud de una dellas se le

habian de quitar los indios que tenia como á oficial de su majestad; lo cual excusaba mientras la tierra andaba alborotada. Y tambien le culpaba de que, habiéndole dado ciertos despachos que enviase al licenciado Carvajal, su hermano, que al tiempo destas revueltas se halló en el Cuzco, para que le avisase de lo que allí pasaba, no le habia vuelto respuesta, pudiéndolo tambien hacer, por estar en el camino los indios de ambos hermanos y los de su majestad, que estaban á cargo del factor, aunque en lo uno ni en lo otro nunca pareció culpado. Viendo el Visorey cuán mal le habian sucedido todos estos negocios, y que por causa desta muerte la gente mostraba tanta tibieza y descontento, le pareció mudar el designio que hasta allí habia tenido de esperar á Gonzalo Pizarro y pelear con él dentro en la ciudad, para lo cual la habia hecho fortificar con ciertos bastiones y traveses, y determinó de retirarse ochenta leguas atrás, en la ciudad de Trujillo, despoblado aquella de los Reyes, y llevando por mar los hombres viejos y impedidos y las mujeres y haciendas, porque tenia copia de navios para ello, y por tierra toda la gente de guerra, despoblado de camino todos los llanos y haciendo subir los indios á la sierra. El fin que tuvo en esta determinacion fué parecerle que, llegando Gonzalo Pizarro á los Reyes y viniendo su ejército de tan largo camino con tanta artilleria y impedimentos, y hallando despoblada aquella ciudad, sin ninguno de los refrigerios que en ella esperaba hallar, se le desaharía el campo, viendo que aun le quedaba tan larga jornada como desde allí á Trujillo, y el camino despoblado y sin ninguna comida. Y demás desto, le movia ver que cada día se le iba gente de su campo al del enemigo, por creer que estaba ya tan cerca; y así, queriendo ejecutar su determinacion, el mártir siguiente mandó á Diego Alvarez de Cueto que con cierta gente de caballo llevase á la mar los hijos del marqués don Francisco Pizarro y los metiese en un navio, y él se quedase en guarda dellos y del licenciado Vaca de Castro, y por general de la armada, porque tenía que don Antonio de Ribera y su mujer, que tenía á cargo á don Gonzalo y sus hermanos, se los esconderian. Lo cual causó muy gran alteracion en el pueblo, y sintieron dello muy mal los oidores, especialmente el licenciado Zárate, que con gran instancia particularmente fué á suplicar al Visorey que sacase á doña Francisca de la mar, por ser ya doncella crecida y hermosa y rica, y que no era cosa decente traerla entre los marineros y soldados. Y ninguna cosa pudo acabar con el Visorey, antes ya claramente él los declaró su intencion cerca de lo que tenia determinado en retirarse; y los halló muy lejos de su parescer, porque le respondieron que su majestad los habia mandado residir en aquella ciudad, que por su voluntad no saldrian della hasta que viesen mandamiento en contrario. Y visto esto por el Visorey, determinó de tomar en su poder el sello real y llevarle consigo á Trujillo, porque los oidores, caso que no le quisiesen seguir, quedasen allí como personas privadas, sin que pudiesen librar ni hacer audiencia. Sabido esto por los oidores, enviaron á llamar al chanciller; y quitándole el sello, le depositaron en poder del licenciado Cepeda, como oidor mas an-

tiguo; lo cual acordaron los tres oidores sin el licenciado Zárate, y á la tarde se juntaron todos cuatro en casa del licenciado Cepeda, y determinaron de hacer un requerimiento al Visorey para que sacase de la mar los hijos del Marqués; y después de asentado el acuerdo en el libro, el licenciado Zárate se fué á su posada, porque estaba mal dispuesto, y los demás oidores quedaron tratando sobre la forma que tenían para su defensa si el Visorey quisiese ejecutar su determinacion, y embarcarlos por fuerza, como se publicaba que lo habia de hacer; y acordaron de despachar una provision, requiriendo y mandando por ella á los vecinos y capitanes y gente de guerra que si el Visorey los quisiese embarcar y sacar de aquella ciudad por fuerza y contra su voluntad, se juntasen con ellos y les diesen favor y ayuda para resistir la ejecucion del tal mandado, como cosa que se hacia de hecho y contra lo que su majestad tenia expresamente mandado por las nuevas leyes y ordenanzas y por las mismas provisiones y títulos de sus oficios; y teniendo despachada la provision, la comunicaron secretamente con el capitán Martín de Robles, rogándole que estuviese apercebido con su gente para que cuando fuese llamado acudiese á los favorecer. Martín de Robles se ofreció de hacerlo, porque estaba diferente con el Visorey, aunque era capitán suyo, y asimismo se ofrecieron á darle el mismo favor otros vecinos y personas principales de aquella ciudad con quien comunicaron su determinacion. Y así, estuvieron todos apercebidos aquella noche, y no pudo ser tan secreto lo que habia pasado, que no se entendiese ó sospechase por el Visorey. Y poco después de anohecido, Martín de Robles fué á la posada del licenciado Cepeda y le dijo que mirase lo que habia comenzado, y que si dilataban el remedio, podría ser que á todos les costase las vidas, porque ya el Visorey habia entendido el negocio. Luego el licenciado Cepeda envió á llamar al licenciado Alvarez y al doctor Tejada, y determinaron de defenderse descubiertamente del Visorey si tentase de prenderlos; y comenzaron á acudir algunos de sus amigos, y otros de la compañía de Martín de Robles que estaban apercebidos; y porque el maestro de campo Diego de Urbina, á quien tocaba la ronda de aquella noche, encontró algunos destos soldados y sospechó lo que podia ser, fué al Visorey y le dijo lo que pasaba y lo que él colegia dello, para que lo remediasse. El Visorey respondió que no temiese, porque á la fin eran bachilleres, y no tenían ánimo para cometer cosa ninguna. Y con esto, Diego de Urbina se tornó á su ronda, y topó alguna gente de caballo que acudían en casa de Cepeda; y visto esto, se tornó al Visorey y le dijo lo que pasaba, y le aconsejó con grande instancia que pusiese medio en ello antes que creciese el daño. El Visorey se armó y mandó tocar arma, y salió á la plaza con determinacion de irse en casa del licenciado Cepeda con cien soldados que le hacian la guarda aquella noche y con los criados y gente de su casa, y prender los oidores y castigar el alboroto y apaciguar la ciudad; y puesto en la plaza junto á su puerta, vió cómo no podia tener los soldados que por allí pasaban, que todos se iban hacia la casa de Cepeda, porque la gente de á caballo que andaba por

las calles los encaminaba para allá. Y si el Visorey en aquella sazón ejecutara su determinación, no tuviera dificultad ni resistencia, porque era mucha mas la gente que él llevaba que la que en casa de Cepeda estaba junta. Lo cual dejó de hacer porque Alonso Palomino, que era alcalde en aquella ciudad, le dijo que toda la gente de guerra estaba en casa de Cepeda y querían venir sobre él; por tanto, que se hiciese fuerte en su posada, pues tenía aparejo, y le faltaba gente con que poder acometer á los oidores. Y él, dando crédito á lo que Alonso Palomino le dijo, se metió en su aposento con los capitanes Vela Nuñez, su hermano, y Paulo de Meneses y Hierónimo de la Serna, y Alonso de Cáceres y Diego de Urbina, y con otros criados y deudos suyos, dejando á la puerta de la calle los cien hombres de la guardia que arriba tenemos dicho, para que no desasen entrar á nadie. En este tiempo también les fué dicho á los oidores que el Visorey estaba en la plaza con determinación de venir sobre ellos; y caso que tenían muy poca gente, determinaron de salir de casa, porque si el Visorey los cercaba, se les quitaria la posibilidad de juntar consigo mas gente. Y así, se fueron á la plaza, y con la que en el camino se les juntó llevaban ya número de docientos hombres; y para su justificación licieron pregonar la provision, la cual, con el gran ruido, fué de pocos entendida; y llegando á la plaza ya que amanecía, se comenzaron á tirar algunos arcabuces desde el corredor del Visorey y ocupar toda la delantera de la plaza. De lo cual se enojaron tanto los soldados que iban con los oidores, que determinaron de entrar la casa por fuerza y matar á todos los que se lo resistiesen. Y los oidores los apaciguaron, y enviaron á fray Gaspar de Carvajal, superior de santo Domingo, y á Antonio de Robles, hermano de Martin de Robles, para que dijese al Visorey que no querían del otra cosa sino que no los embarcase por fuerza y contra lo que su majestad mandaba, y que sin ponerse en resistencia, se viniese á la iglesia mayor, donde se metieron á esperarle; porque de otra manera ponían en riesgo á sí y á los que con él estaban. Y yendo estos mensajeros, los cien soldados que estaban á la puerta se pasaron á la parte de los oidores, y viendo la entrada libre, todos los soldados entraron en casa del Visorey y comenzaron á robar los aposentos de sus criados, que estaban en el patio. En este tiempo el licenciado Zárate salió de su posada por irse á juntar con el Visorey, y topando en el camino á los otros oidores, y viendo que no podía pasar, se metió en la iglesia con ellos. Oído por el Visorey lo que le enviaban á decir, y viendo la casa llena de gente de guerra, y que la suya misma le habia dejado, se vino á la iglesia donde los oidores estaban y se entregó á ellos, los cuales le trajeron en casa del licenciado Cepeda, armado como estaba con una cota y unas coracinas. Y viendo él al licenciado Zárate con los otros oidores, le dijo: «¿También vos, licenciado Zárate, fuistes en prederme teniendo yo de vos tanta confianza?» Y él le respondió que quien quiera que se lo habia dicho, que mentía; que notorio estaba quien le habia prendido, y si él se habia hallado en ello ó no. Luego se proveyó que el Visorey se embarcase y se fuese á España, porque si llegado Gonzalo Pizarro, le

hallase preso, le mataria. Y también temían que algunos deudos del factor le habian de matar en venganza de la muerte del factor y que de cualquiera forma se echarán á ellos la culpa del daño. Y también les pareció que si le enviaba solo, que tornaria á saltar en tierra y volveria sobre ellos; y andaban tan confusos, que no se entendían y mostraban pesarle de lo hecho. Y hicieron capitán general al licenciado Cepeda, y todos llevaron á la mar al Visorey con determinación de ponerle en un navío, lo cual no pudieron bien hacer, porque viendo Diego Alvarez de Cueto (que á la sazón estaba por general del armada) la mucha gente que venia, y que traían preso al Visorey, envió á Hierónimo Zurbano, su capitán de la mar, en un batel con ciertos arcabuceros y tiros de artillería, para que con él recogiese todos los bateles de las naos á bordo de la capitana, y él fuese á requerir á los oidores que saltasen al Visorey; lo cual hizo, caso que no le quisieron oír, antes le tiraron ciertos arcabuceros desde tierra, y les respondió con otros desde la mar, y se volvió. Los oidores enviaron en balsas á decir á Cueto que entregase la armada y los hijos del Marqués, y que ellos entregarían al Visorey en un navío; y que si no lo hacían, correría riesgo. La cual embajada llevó, con consentimiento del Visorey, fray Gaspar de Carvajal, que fué en una balsa á ello; y llegado á la nao capitana, dijo á lo que venia á Diego Alvarez de Cueto, en presencia del licenciado Vaca de Castro, que, como tenemos dicho, estaba preso en el mismo navío; y viendo Cueto el peligro en que quedaba el Visorey, echó en tierra en las mismas balsas los hijos del Marqués y á don Antonio y á su mujer, no embargante que los oidores por entonces no cumplieron lo que de su parte se habia prometido, amenazando todavía que si no entregaba la armada, cortarían la cabeza al Visorey. Y dado caso que el capitán Vela Nuñez, hermano del Visorey, fué y vino algunas veces, nunca los capitanes lo quisieron hacer. Y con esto, se tornaron los oidores con el Visorey á la ciudad con mucha guarda; y dende á dos dias, porque entendieron que los oidores y los otros capitanes que los seguían buscaban formas para entrar con balsas con gran copia de arcabuceros á tomarles los navíos, y viendo que no habia podido acabar con Hierónimo Zurbano que se los entregase, caso que lo enviaron á hacer grandes ofertas sobre ello, porque vieron que era mas parte que Cueto, por tener á su voluntad todos los soldados y marineros, que eran vizcaínos, los capitanes de los navíos se determinaron en salir del puerto de los Reyes y andarse por aquella costa entreteniéndose hasta que viniese despacho ó mandamiento de su majestad sobre lo que debían hacer, considerando que habia en la ciudad y por todo el reino criados y servidores del Visorey, y otras personas que no se habian hallado en su prision y muchos servidores de su majestad que cada dia se les iban recogiendo en los navíos, los cuales estaban medianamente armados y proveídos, porque tenían diez ó doce versos de hierro y cuatro tiros de bronce, con mas de cuarenta quintales de pólvora; y tenían, demás desto, mas de cuatrocientos quintales de bizcocho y quinientas hanegas de maíz y barta carne salada, que era bastimento con que gran tiempo se

pudieran sustentar, especialmente no se los pudiendo prohibir las aguas, porque en cualquier parte de la costa podían surgir, como está dicho; y no tenían mas de hasta veinte y cinco soldados. Y considerando que no tenían copia de marineros para poder gobernar diez navios que estaban en su poder, y que no les era seguro dejar allí ninguno porque no los siguiesen, otro día después de la prision del Visorey pusieron fuego á cuatro navios de los mas pequeños, porque no los podían llevar, y á dos barcos de pescadores que estaban varados en tierra, y con los seis navios restantes se hicieron á la vela. Los cuatro navios se quemaron todos, porque no hubo en qué entrar á los remediar. Los dos barcos se salvaron, apagando el fuego dellos, aunque quedaron con algun daño, y los navios se fueron á surgir puerto de Guaura, que es diez y ocho leguas mas abajo del puerto de los Reyes, para proveerse allí de agua y leña, de que tenían necesidad; y llevaron consigo al licenciado Vaca de Castro, y allí en Guaura determinaron de esperar el suceso de la prision del Visorey. Y entendiendo esto los oidores, y considerando que no se apartarian los navios mucho de aquel puerto, por dejar preso al Visorey y en tanto riesgo de la vida, determinaron de enviar gente por mar y por tierra para tomar los navios por cualquier forma que pudiesen; y para esto dieron cargo de reparar y aderezar los dos barcos que estaban en tierra á Diego García de Alfaró, vecino de aquella ciudad, que era muy práctico en las cosas de la mar; y poniéndolos reparados y ochados al agua, se metió en ellos con hasta treinta arcabuceros, y se fué la costa abajo, y por tierra enviaron á don Juan de Mendoza y á Ventura Beltran con otra cierta gente. Y habiendolo reconocido los unos y los otros que los navios estaban surtos en Guaura, Diego García se metió de noche, con sus barcas, tras un farallón que estaba en el puerto muy cerca de los navios, aunque no le podían ver, y los de tierra comenzaron á disparar; y creyendo cierto que eran algunos criados del Visorey ó gente que se quería embarcar, proveyó que Vela Nuñez fuese en tierra con un batel á informarse de lo que pasaba; y llegando á la costa, sin saltar en tierra, dió sobre él de través Diego García con su gente y le comenzó á tirar, apretándole tanto, que se hubo de rendir y entregar el batel. Y desde allí enviaron á hacer saber á Cueto lo que pasaba, diciéndole que si no entregaba la armada matarían al Visorey y á Vela Nuñez. Y temiendo Cueto que se haría así, entregó la armada, contra el parecer de Hierónimo Zurbano, que con un navio, de que era capitan, se hizo á la vela, y se fué á Tierra-Firme, dos días antes que viniese Diego García, porque le mandó Cueto que con su navio se viniese la costa abajo á recoger á todos los navios que hallase, porque no los tomasen los oidores. Y ellos, desde la armada se fué de los Reyes, temiendo que los deudos del factor matarían al Visorey (como lo habían intentado de hacer), acordaron de llevarlo á una isla que está dos leguas del puerto, metiéndole á él y á otras veinte personas que le guardasen en unas balsas de espaduas secas, que los indios llaman enea. Y sabida la entrega de la armada, determinaron de enviar á su majestad al Visorey con

cierta informacion que contra él rescibieron, y se concertaron con el licenciado Alvarez, oidor, para que lo llevase en forma de preso, y para su salario le dieron ocho mil castellanos; y haciendo los despachos necesarios, en los cuales no firmó el licenciado Zárate, Alvarez se fué por tierra, y al Visorey llevaron por la mar en uno de los barcos de Diego García, y se le entregaron en Guaura al licenciado Alvarez con tres navios, y con ellos, sin esperar los despachos del audiencia (que aun no eran llegados), se hizo á la vela, y al licenciado Vaca de Castro tornaron en un navio, preso como antes estaba, al puerto de los Reyes.

CAPITULO XII.

De cierto trato que hubo en Lima para saltar al Visorey, y lo que sobre ello acaesció.

En el tiempo que el Visorey estaba en la isla volvieron á los Reyes don Alonso de Montemayor y los demás que con él habían ido en seguimiento de los que fueron á prender el padre Loaysa, á los cuales los oidores prendieron, y á algunos quitaron las armas; y juntamente con algunos capitanes del Visorey y con los que se habían venido del Cuzco, los pusieron presos en casa del capitan Martín de Robles y de otros vecinos. Y pareciéndoles á estos presos que si el Visorey estuviese suelto y en su libertad seria parte para defender la venida de Gonzalo Pizarro y la opresion y daños que se esperaban con ella, especialmente el deservicio de su majestad y la alteracion de la tierra, se concertaron entre sí de juntarse con mano armada y sacar al Visorey de la isla y ponerle en su libertad y cargo; y así para la efectucion deste negocio fuese necesario prender á los oidores, y aun (en caso que no se pudiese hacer de otra manera) matarlos y alzar la ciudad por su majestad; y con los medios que para ello tenían dados fuera fácil cosa ejecutar su intento, si no se descubriera por un soldado al licenciado Cepeda, el cual, con sus compañeros prendió los principales deste concierto, que fueron don Alonso de Montemayor, Pablo de Meneses, Alonso de Cáceres y Alonso de Barrio-Nuevo, y otros algunos. Y haciendo diligencia sobre el negocio, dieron tormento á algunos dellos, que por tener buen ánimo no confesaron, caso que Alonso Barrio-Nuevo confesó alguna parte del negocio, creyendo que con tanto se satisfarian los oidores y no atormentarian á mas. Y por medio desta confesion los oidores condenaron á muerte en vista á Alonso de Barrio-Nuevo, aunque después en revista le cortaron la mano derecha á don Alonso de Montemayor, y á los demás desterraron de la ciudad y tierra. Don Alonso fué padesciendo grandes trabajos hasta juntarse con el Visorey en Tumbes, como abajo se dirá. Después de lo cual, cada día hacian saber á Gonzalo Pizarro lo que había pasado, porque creyeron que con ello desharia su gente; de lo cual él estaba muy apartado, porque creia que todo cuanto había pasado sobre esta prision era ruido hechizo, á efecto de hacerlo derramar su campo, y después prenderle y castigarle cuando le viesen solo; y así, caminaba siempre en ordenanza y aun mas recatadamente que antes. Después de hecho á la vela el licenciado Alvarez con el Visorey y sus hermanos, el mismo día subió á su cámara,

y queriendo reconciliarse con el Visorey de las cosas pasadas, porque él había sido principal promovedor de ellas y el que con mas diligencia entendió en su prision y en el castigo de los que le querian restituir en su libertad y gobernacion; y le dijo que su intencion de poder del licenciado Cepeda, y porque no cayese en el de Gonzalo Pizarro, que tan en breve se esperaba; y para que lo entendiese así desde entouces le entregaba el navio y le ponía en su libertad, y se metió debajo de su mano y querer, y le suplicaba le perdonase el yerro pasado de haber entendido en su prision y en las otras cosas que después habian sucedido, pues tambien lo habia entendado con asegurarle la vida y libertad. Y mandó á diez hombres que consigo llevaba para la guarda del Visorey que hiciesen lo que él les mandase. El Visorey le agradeció lo hecho y le aceptó, y se apoderó del navio y armas, aunque poco después le comenzó á tratar mal de palabra; y así, se fueron la costa abajo hacia la ciudad de Trujillo, donde les sucedió lo que adelante se dirá.

CAPITULO XIII.

De cómo los oidores enviaron una embajada á Gonzalo Pizarro para que deshiciese su campo, y de lo que sobre esto acaesció.

En haciéndose á la vela el licenciado Alvarez, se entendió en los Reyes que iba de concierto con el Visorey, así por algunas muestras que dello dió antes que se embarcase, como porque se fué sin esperar los despachos que los oidores habian de dar, que por no venir en ellos el licenciado Zárate se habian dilatado y se le habian de enviar otro día. Lo cual los oidores sintieron mucho, sabiendo que Alvarez habia sido inventor de la prision del Visorey y el que mas lo trató y dió la ordenanza para ello, y entre tanto que esperaban á saber el verdadero suceso de aquel hecho, les pareció enviar á Gonzalo Pizarro á le hacer saber lo pasado y á le requerir con la provision real, para que, pues ellos estaban en nombre de su majestad, para proveer lo que conviniese á la administracion de la justicia y buena gobernacion de la tierra, y habian suspendido la ejecucion de las ordenanzas y otorgado la suplicacion de ellas, y enviado el Visorey á España, que era mucho mas de lo que ellos siempre dijeron que pretendian; para colorar la alteracion de la tierra le mandaban que luego deshiciese el campo y gente de guerra, y si queria venir á aquella ciudad, viniese de paz y sin forma de ejército; y que si para la seguridad de su persona quisiese traer alguna gente, podia venir con hasta quince ó veinte de caballo, para lo cual se le daba licencia. Despachada esta provision, mandaron á algunos vecinos los oidores que lo fuesen á notificar á Gonzalo Pizarro donde quiera que le topasen en el camino; y ninguno hubo que lo quisiese aceptar, así por el peligro que en ello habia como porque decian que Gonzalo Pizarro y sus capitanes les culparian, respondiéndoles que, viniendo ellos á defender las haciendas de todos, les eran contrarios. Y así, viendo esta los oidores, mandaron por un acuerdo á Agustín de Zárate, contador de cuentas de aquel reino, que juntamente con don Antonio de Ribera, vecino de aquella ciudad, fuesen á hacer esta notificacion; y los dieron su carta de creencia, y con ella se partieron hasta llegar

al valle de Jauja, donde á la sazón estaba alojado el campo de Gonzalo Pizarro, el cual ya habia sido avisado del mensaje que se le enviaba; y temiendo que si le llegasen á notificar se le amotinaria la gente, por el gran desco que llevaban de llegar á Lima en forma de ejército, y aun para saquear la ciudad con cualquiera ocasion que hallase; y queriéndolo proveer, envió al camino por donde venian estos mensajeros á Hierónimo de Villegas, su capitan, con hasta treinta arcabuceros á caballo, el cual los topó, y á don Antonio de Ribera le dejó pasar al campo, y á Agustín de Zárate le prendió y tomó las provisiones que llevaba, y le volvió por el camino que habia venido, hasta llegar á la provincia de Paríacaca, donde le tuvo diez dias preso, poniéndole su gente todos los temores que podian á efecto de que no dejase su embajada; y así, estuvo allí hasta que llegó Gonzalo Pizarro con su campo, y le mandó llamar para que le dijese á lo que habia venido. Y porque ya Zárate estaba avisado del riesgo que corria en su vida si trataba de notificar la provision, después de hablado aparte á Gonzalo Pizarro, y dichole lo que se le habia mandado, le metió en un toldo, donde estaban juntos todos sus capitanes, y le mandó que les dijese á ellos todos lo que á él le habia dicho. Y Zárate, entendiendo su intencion, les dijo de parte de los oidores otras algunas cosas tocantes al servicio de su majestad y al bien de la tierra, usando de la creencia que se le habia tomado, especialmente que, pues el Visorey era embarcado, y otorgada la suplicacion de las ordenanzas, pagasen á su majestad lo que el visorey Blasco Núñez Vela le habia gastado, como se habian ofrecido por sus cartas de lo hacer, y que perdonasen los vecinos del Cuzco que se habian pasado desde su campo á servir al Visorey, pues habian tenido tan justa causa para ello, y que enviasen mensajeros á su majestad para disculparse de todo lo acaescido, y otras cosas desta calidad, á las cuales todas ninguna otra respuesta se le dió sino que dijese á los oidores que convenia al bien de la tierra que hiciesen gobernador della á Gonzalo Pizarro, y que con hacerlo se proveeria luego en todas las cosas que se les habian dicho de su parte; y que si no lo hacian, meterian á saco la ciudad. Y con esta respuesta volvió Zárate á los oidores, aunque algunas veces le rehusó llevar, y á ellos les pesó mucho oír tan abiertamente el intento de Pizarro; porque hasta entouces no habia dicho que pretendia otra cosa sino la ida del Visorey y la suspension de las ordenanzas; y con todo esto, enviaron á decir á los capitanes que ellos habian oído lo que pedian, pero que ellos por aquella via no lo podian conceder ni aun tratar dello, si no parecia quien lo pidiese por escrito y en la forma ordinaria que se suelen pedir otras cosas. Y sabido esto, se adelantaron del camino todos los procuradores de las ciudades que venian en el campo, y juntado consigo los de las otras ciudades que estaban en los Reyes, dieron una petition en el audiencia, pidiendo lo que habian enviado á decir de palabra. Y los oidores, pareciéndoles que era cosa tan peligrosa, y para que ellos no tenian comision, ni tampoco libertad para dejarlo de hacer, porque ya en aquella sazón estaba Gonzalo Pizarro muy cerca de la ciudad, y los tenia tomados todos los pasos y caminos para que nadie pu-

diese salir della, determinaron dar parte del negocio á las personas de mas autoridad que habia en la ciudad y pedirles su parecer; y sobre ello hicieron un acuerdo, mandando que se notificase á don fray Hierónimo de Loaysa, arzobispo de los Reyes, y á don fray Juan Solano, arzobispo del Cuzco, y á don Garci Díaz, obispo del Quito, y á fray Tomás de San Martín, provincial de los dominicos, y á Agustín de Zárate y al tesorero, contador y vecedor de su majestad, que viesen esto que los procuradores del reino pedían, y les dieran sobre ello su parecer, expresando muy á la larga las razones que á ello les movían; lo cual hacían, no para seguir ni dejar su parecer, porque bien entendían que en los unos ni en los otros no habia libertad para dejar de hacer lo que Gonzalo Pizarro y sus capitanes querían, sino para tener testigos de la opresión en que todos estaban; y entretanto que se trató a deste negocio, Gonzalo Pizarro llegó un cuarto de legua de la ciudad, y asentó sobre ella su campo y artillería; y como vió que se dilató aquel día el despacho de la provision, la noche siguiente envió su maestro de campo con treinta arcabuceros, el cual prendió hasta veinte y ocho personas de los que se habian venido del Cuzco, y de otros de quien tenia queja porque habian favorecido al Visorey; entre los cuales eran Gabriel de Rojas y Garcilaso de la Vega, y Melchior Verdugo y el licenciado Carvajal, y Pedro del Barco y Machín de Florencia, y Alonso de Cáceres y Pedro de Manjares, y Luis de Leon y Antonio Ruiz de Guevara, y otras personas que eran de las principales de la tierra, los cuales puso en la cárcel pública, y apoderándose della y quitando el alcaide y tomando las llaves, sin ser parte para se lo defender ni contradecir los oidores, aunque lo veían, porque en toda la ciudad no habia cincuenta hombres de guerra, porque todos los soldados del Visorey y de los oidores se habian pasado al real de Gonzalo Pizarro, con los cuales y con los que él antes traía tenia número de mil y doscientos hombres muy bien armados. Y otro día de mañana vinieron algunos capitanes de Gonzalo Pizarro á la ciudad, y dijeron á los oidores que luego despachasen la provision; sino, que meterian á fuego y á sangre la ciudad, y serian ellos los primeros por quien conreuzasen. Los oidores se excusaron cuanto podían, diciendo que no tenían poder para lo hacer; por lo cual el maestro de campo Carvajal en su presencia sacó de la cárcel cuatro personas de los que tenia presos, y á los tres dellos, que fueron Pedro del Barco y Machín de Florencia y Juan de Sayavedra, los ahorcó de un árbol que estaba junto de la ciudad, diciéndoles muchas cosas de burla y escarnio al tiempo de la muerte, sobre no haberles dado término de media hora á todos tres para confesarse y ordenar sus ánimas, y especialmente á Pedro del Barco, que fué el último de los tres que ahorcó, le dijo que por haber sido capitán y conquistador, y persona tan principal en la tierra, y aun casi el mas rico della, le queria dar su muerte con una preeminencia señalada, que escogiese en cual de las ramas de aquel árbol queria que le colgasen; y á Luis de Leon salvó la vida un hermano suyo, que venia por soldado de Gonzalo Pizarro, y se lo pidió por especial merced. Y viendo esto los oidores, y que les amenazaba el Maestro de campo que si encon-

trarenti no se les despachaba la provision ahorcaria los demás que estaban presos y entrarían los soldados suquendo, mandaron que las personas á quien se habia comunicado el negocio trajesen sus pareceres; los cuales, sin discrepar ninguno, los dieron luego para que se le diese la provision de gobernacion; la cual los oidores despacharon para que Gonzalo Pizarro fuese gobernador de aquella provincia hasta tanto que su majestad otra cosa mandase, dejando la superioridad de la audiencia y haciendo pleitemenaje de la obediencia y deponer el cargo cada y cuando que por su majestad y por los oidores le fuese mandado, y dando fianzas de hacer residencia y estar á justicia con los que del hubiese querrellosos. Y habiéndose llevado y entregado la provision, entró en la ciudad, ordenado su campo en forma de guerra desta manera: que la vanguardia llevaba el capitán Bachicao con veinte y dos piezas de artillería de campo, con mas de seis mil indios, que traían en hombros los cañones (como está dicho) y las municiones dellos, y ibalos disparando por las calles. Llevaba treinta arcabuceros para la guarda del artillería, y cincuenta artilleros. Luego iba la compañía del capitán Diego Guiníel, en que habia docientos piqueros; y tras ella la compañía del capitán Guevara, en que habia ciento y cincuenta arcabuceros; y tras ella la compañía del capitán Pedro Cermeño, de docientos arcabuceros; y luego se siguió el mismo Gonzalo Pizarro, trayendo delante sí los tres capitanes de infantería que están dichos, como por hueyos. El venia en un muy poderoso caballo, con sola la cota de mallá y encima una ropeta de brocado. Y tras él venian tres capitanes de caballo, en medio don Pedro Puertocarrero, con el estandarte de su compañía en la mano, que era de las armas reales; y á la mano derecha Antonio Almirano con el estandarte del Cuzco, y á la mano izquierda Pedro de Puelles, con el estandarte de las armas de Gonzalo Pizarro. Y tras ellos se seguía toda la gente de caballo armados á punto de guerra. Y en este orden fué á casa del licenciado Zárate, oidor, donde estaban juntos los demás oidores, porque él habia fingido estar enfermo por no ir á la audiencia á le rescebir; y dejando ordenado su escuadron en la plaza, subió á los oidores y le rescibieron, haciendo su juramento y dando sus lunzas. Y de allí se fuó á las casas de cabildo, donde estaban juntos los regidores, y le rescibieron con las solemnidades acostumbradas. Y de allí se fué á su posada, y su maestro de campo aposentó la gente de pié y de caballo por sus cuarteles, en las casas de los vecinos, mandándoles que les diesen de comer. Esta entrada y rescibimiento pasó en fin del mes de octubre del año de 44, cuarenta dias después de la prision del Visorey, y de allí adelante Gonzalo Pizarro se quedó ejerciendo su cargo en lo que tocaba á la guerra y cosas dependientes della, sin intruymeterse en cosa ninguna de justicia, la cual administraban los oidores, que hacían su audiencia en las casas del tesorero Alonso Riquelme. Y luego Gonzalo Pizarro envió al Cuzco por su teniente á Alonso de Toro, y á Pedro de Fuentes á Arequipa, y á Francisco de Almen-dras á la villa de Plata, y á las otras ciudades á otras personas.

CAPITULO XIV.

Que trata de la edad y condiciones de Gonzalo Pizarro y su maestro de campo, y de lo que hicieron los vecinos de los Charcas que venían á servir al Visorey.

Porque lo mas que de aquí adelante se tratará en esta historia es sobre lo tocante á Gonzalo Pizarro y á su maestro de campo, hasta que fueron vencidos y muertos, conuerrá para mejor inteligencia dello escrebir sus edades y condiciones. Gonzalo Pizarro cuando comenzó á introducirse en esta tiranía era hombre de hasta cuarenta años, alto de cuerpo y de bien proporcionados miembros; era moreno de rostro, y la barba negra y muy larga. Era inclinado á las cosas de la guerra y gran sufridor de los trabajos della; era muy buen hombre de caballo de ambas sillas y gran arcabucero; y con ser hombre de bajo entendimiento, declaraba bien sus conceptos, aunque por muy groseras palabras; sabia guardar mal secreto, de que se siguieron muchos inconvenientes en sus guerras. Era enemigo de dar, que tambien le hizo mucho daño. Dábase demasiadamente á mujeres, así á indias como de Castilla.

El capitán Carvajal era natural de un lugar de tierra de Arévalo, llamado Itagama, de linaje de pecheros. Fué soldado en Italia mucho tiempo, desde el conde Pedro Navarro. Hallóse en la prision del rey de Francia en Pavia, y de allí se vino con él una mujer de buen linaje, llamada doña Catalina de Leyton, y aunque publicaban ser casados, comunmente decian que no lo eran, antes algunos afirmaban que habia sido fraile y aun de evangelio. Venido en España, residió algun tiempo en la encomienda de Heliche por mayordomo della. De allí pasó á la Nueva-España, llevando consigo esta que llamaba su mujer. Proveyó el Visorey de un corregimiento en aquella provincia, con que se mantuvo algun tiempo, hasta que sucedió en el Perú el alzamiento de los indios, para lo qual le envió el Visorey con las armas y socorro que arriba tenemos dicho, y por llegar en tal coyuntura, el Marqués le dió unos indios en el Cuzco, donde residió hasta que vino el visorey Blasco Núñez Vela, que estaba á punto de venirse á Castilla con hasta quince mil pesos que habia habido de sus indios, y por no tener en qué embarcarse se quedó en la tierra. Era de edad de ochenta años, segun él decia. Era hombre de mediana estatura, muy grueso y colorado, diestro en las cosas de la guerra, por el grande uso que della tenia. Fué mayor sufridor de trabajos que requeria su edad, porque á maravilla se quitaba las armas de día ni de noche, y cuando era necesario tampoco se acostaba ni dormia mas de cuanto recostado en una silla se le cansaba la mano en que arrimaba la cabeza. Fué muy amigo del vino; tanto, que cuando no hallaba de lo de Castilla bebía de aquel brebaje de los indios mas que ningun otro español que se haya visto. Fué muy cruel de condicion; mató mucha gente por causas muy livianas, y algunos sin ninguna culpa, salvo por parecerle que convenia así para conservacion de la disciplina militar; y á los que mataba era sin tener dellos ninguna piedad, antes diciéndoles donaires y cosas de burla, mostrándose con ellos muy bien criado y comedido, en forma de irrisión ó escarnio. Fué muy mal

cristiano, y así lo mostraba de obra y de palabra. Era muy codicioso y robó las haciendas á muchos; tanto, que poniéndolos en estrecho de muerte, los rescataba las villas, y así acabó la suya tan miserablemente y sin esperanza de su salvacion, como adelante se dirá. Pues tornando á la historia, ya dijimos arriba haber salido de la villa de Plata el capitán Luis de Ribera, teniente de gobernador, y Antonio Alvarez, alcalde ordinario, con toda la gente de la villa, en busca del Visorey; los cuales anduvieron por el despoblado mucho tiempo, sin saber nueva ninguna de lo sucedido, y después supieron nuevas de la prision del Visorey y del buen suceso de Gonzalo Pizarro; lo cual sabido después de muchos acuerdos que tomaron Luis de Ribera y Antonio Alvarez, como mas principales en el negocio, no se osaron tornar á la villa de Plata, y metiéronse entre los montes con los indios, y otros se tornaron á la villa y otros se fueron á la ciudad de los Reyes, y fueron perdonados por Gonzalo Pizarro, aunque todos los repartimientos dellos los puso en su cabeza, y mandó que Francisco de Almendras los cobrase para los gastos de la guerra; y llegando Francisco de Almendras á los Charcas, perdonando á algunos de los huidos, se recogieron á la villa, y allí vivian, aunque desposeidos de sus haciendas, algo maltratados de Francisco de Almendras, hasta que sucedió lo que adelante harémos relacion. Tambien dijimos arriba cómo el licenciado Alvarez, después que se hizo á la vela con el Visorey y le puso en su libertad, luego se juntaron entrambos navios, en los cuales iba su hermano y muchos criados suyos, y otros amigos que tambien echaban de la tierra con el Visorey. Y hecho esto, fueron su camino hasta que aportaron al puerto de Túmbez; y el Visorey con el licenciado Alvarez saltó en tierra, dejando guarda en los navios, y luego en aquel puerto comenzaron á hacer audiencia y despachar provisiones por todas partes, haciendo relacion de su prision y de la venida de Gonzalo Pizarro y de todo lo mas acontescido, mandando en ellas que todos le acudiesen; las cuales provisiones envió á Quito y á San Miguel y á Puerto Viejo y Trujillo. Proveyó tambien capitanes que fuesen á todas partes, entre los cuales proveyó á Hierónimo de Pereira para que fuese á los Bracamoros. Y desta manera estaba en aquel puerto, acudiéndole de todas partes gente, y fortaleciéndose lo mejor que podia, enviando á todas partes por bastimentos, mandando que le trujesen los dineros de las cajas del Rey; lo cual tambien se hacia con mucha diligencia, porque de todas partes le acudian con todo lo que habia; aunque en los pueblos adonde enviaba tambien habia discordias, porque algunos se huían á Gonzalo Pizarro á dalle las nuevas de lo que pasaba, otros se metian en los montes, huyendo de sus cosas; de manera que así estaba el Visorey en el puerto de Túmbez tratando sus negocios en la forma sobrelicha; la cual luego supo Gonzalo Pizarro, que estaba en la ciudad de los Reyes, y vió muchos mandamientos y provisiones de los que el Visorey hacia; y primeramente proveyó sobre este caso que el capitán Gonzalo Díaz y el capitán Hierónimo Villegas, y el capitán Hernando de Alvarado, que estaba en Trujillo por teniente de Gonzalo Pizarro, fuesen á recoger

toda la gente que hallasen por aquellas partes para que no acudiesen al Visorey, y porque con ella le pudiesen estorbar que no estuviese tan despacio, y dale algun desasosiego, y aun, segun entonces se entendió, se les mandó que aunque tuviesen copia de gente no le diesen batalla.

CAPITULO XV.

Cómo Gonzalo Pizarro y sus capitanes acordaron de enviar al doctor Tejada á España para dar cuenta á su majestad del estado de los negocios, y cómo el licenciado Vaca de Castro se alzó con un navio en que estaba preso, en que el capitan Bachicao habia de llevar á Tierra-Firme á Tejada, y cómo Bachicao se embarcó con él en ciertos bergantines, y de camino tomó al Visorey su armada, que tenia en Tumbes, y á él y á su gente hizo retirar á Quito, y él se fué á Tierra-Firme.

Muchos dias habia que se trataba de enviar procuradores á su majestad en nombre de Gonzalo Pizarro y de todo el reino para que le diesen cuenta de lo acaecido, porque esto deseaban algunos porque los negocios no fuesen desvergonzados contra su majestad; otros, especialmente el Maestre de campo y el capitan Bachicao, lo contradecian, diciendo que era mejor para cualquier efecto esperar que su majestad enviase á saber cómo no le enviaban dineros de su hacienda, porque entonces se le daría cuenta de todo lo acaecido, cuanto mas que el Visorey se la habria dado muy larga, porque estaba claro que su majestad le daría mas crédito que á lo que ellos le dijese; estaban ya muy arrepentidos de no haber preso á los oidores y enviándolos á dar cuenta á su majestad de la prision del Visorey. Después de muchos acuerdos que sobre lo arriba dicho se tuvieron, se determinó que el doctor Tejada fuese á España, en nombre de la audiencia, á dar cuenta de la prision del Visorey y dar relacion á su majestad de lo demás acaecido, y que tambien fuese Francisco Maldonado, maestralesca de Gonzalo Pizarro, con algunas cartas suyas, sin que llevase otros recaudos ni poderes, considerando que en todo esto se hacian dos cosas: lo uno, cumplirse con lo que decian que enviase procuradores; y la otra, deshacer el audiencia; porque enviando al doctor Tejada, oidor (como lo pretendia hacer), el licenciado Zárate no podia hacer audiencia solo; lo cual comunicaron con Tejada, y él se concertó que dándole seis mil castellanos era contento de ir á hacer la jornada; luego entre él y el licenciado Cepeda ordenaron los despachos, los cuales ellos dos firmaron. Después de hecho todo, se determinó que en un navio que estaba en el puerto, en que el licenciado Vaca de Castro estaba preso, fuese Hernando Bachicao con buena artillería á llevar al doctor Tejada y Francisco Maldonado, y que llevasen sesenta hombres de su guarda y que tomasen todos los navios que hallasen en la costa; lo cual determinado y puesto á punto, y el doctor Tejada asimismo para embarcarse, el licenciado Vaca de Castro se dió tal maña, que con un deudo suyo, llamado García de Montalvo, que le fué á visitar, sobornó los marineros, á unos por fuerza y á otros con halagos, y se hizo á la vela en el navio. Lo cual, como fué sabido por Gonzalo Pizarro, se alborotó en gran manera, así por haber estorbado aquel viaje, como porque se sospechó que algunas personas hubiesen dado ayuda al licenciado; y luego toca-

ron arina y empezaron á prender todos cuantos caballeros sospechosos habia en el pueblo, así de los que se habian huido del Cuzco como de los que no habian acudido á Gonzalo Pizarro de otras partes; todos los echaron presos en la cárcel pública, y entre ellos llevaron al licenciado Carvajal, al cual Francisco de Carvajal, maestre de campo, mandó que se confesase y hiciese su testamento, porque ya estaba determinado que muriese. Él con buen ánimo comenzó á hacer lo que le mandaba, y aunque le daban tanta prisa que acabase, estando el verdugo presente con un cabestro y garrote en la mano, que sin duda se pensó que muriera, y considerando la calidad de su persona, que no era para ponello en aquellos términos para dejalle vivo, tambien se entendia que, muerto el licenciado Carvajal, habia de haber gran mortandad de los demás que estaban presos, que fuera gran pérdida, por ser la mas principal gente de aquel reino y los que habian acudido al servicio de su majestad. Estando en estos términos el licenciado Carvajal, algunos iban á hablar con Gonzalo Pizarro, diciéndole que mirase la gran parte que el licenciado Carvajal era en la tierra, y que, habiéndolo muerto el Visorey su hermano tan sin culpa como era notorio, pues la mas principal culpa por donde decia haberle muerto era porque el licenciado Carvajal andaba con Gonzalo Pizarro, lo cual estaba claro no ser así; pues, como el mismo Gonzalo Pizarro lo sabia por cartas del factor, se habia huido de su campo y venido á servir al Visorey; y que no era justo que le matase, considerando todo esto, y que le habia de servir, aunque no fuese por mas de por vengar la muerte de su hermano; y en cuanto á la huida de Vaca de Castro, ya estaban satisfechos que él ni los otros no habian entendido en ello, sino que tras cada ocasion los prendian y molestaban, sin tener consideracion mas de que era gente sospechosa en el negocio en que andaban. Gonzalo Pizarro en todo esto estaba tan enojado, que á ninguno queria oír, ni le podian sacar mas palabra de que no le hablase nadie en ello. Visto esto, el licenciado Carvajal y sus amigos acordaron llevar el negocio por otra via, y dieron al Maestre de campo un tejuelo de oro de dos mil pesos, y prometiéronle mucho mas muy secretamente, lo cual aceptó; y luego comenzó aflojar en el negocio, y fué y vino á Gonzalo Pizarro; en fin, que el licenciado Carvajal y los demás fueron sueltos; y luego tornaron á aderezar la partida de Hernando Bachicao, y allegó entonces al puerto un bergantin de Arequipa, y con otros que se aderezaron, metiendo en ellos cantidad de artillería de la que Gonzalo Pizarro trajo del Cuzco, Bachicao se partió con el doctor Tejada y Francisco Maldonado y sesenta arcabuceros que se pudieron haber y quisieron ir con él. Y desta manera se fué por la costa sobre aviso que el Visorey estaba en el puerto de Tumbes. Y una mañana llegó al puerto, y luego fué visto por la gente del Visorey y dióse á arma. Y pensando el Visorey que Gonzalo Pizarro venia por la mar con mucha gente, á mas prisa, con ciento y cincuenta hombres que tenia, se fué huyendo la via de Quito, y algunos dellos se le quedaron, que rescibió Bachicao, y tomó dos navios que halló en el puerto, y fué á Puerto Viejo y á otras partes, y recogió ciento y cincuenta

hombres en sus navios; y el Visorey se fué sin parar hasta Quito.

CAPITULO XVI.

Cómo Bachicao llegó á Panamá, y de lo que allí hizo.

Habiéndose entregado Bachicao de la armada (como está dicho), prosiguió su camino para el puerto de Panamá, y pasando por Puerto-Viejo, tomó consigo alguna gente de aquella tierra, y entre ellos á Bartolomé Perez y á Juan Dolmos, vecinos de Puerto-Viejo, y deteniéndose á tomar refrescos en las islas de las Perlas, que están veinte leguas de Panamá, fueron avisados los de la ciudad de su venida, y enviáronle dos vecinos á saber su intento y á requerirle no entrase con gente de guerra en la jurisdiccion. El cual respondió que en caso que él venia con gente de guerra, la traía para su defensa contra el Visorey, y que él no venia á hacer daño ninguno en aquella tierra, sino solamente á traer al doctor Tejada, oidor de su majestad, que con provision de su real audiencia le iba á dar cuenta de todo lo sucedido en el Perú, y que no haria mas de ponerle en tierra y proveerse de lo necesario y volverse; y con esto los aseguró de manera, que no hicieron defensa en su entrada; y llegando al puerto, dos navios que en él estaban alzaron velas para irse, y al uno dellos alcanzó un bergantín y le hizo volver al puerto, trayendo ahorcados de la entena al maestro y contramaestre dél, lo cual causó muy gran escándalo en la ciudad, porque entendieron cuán diferente intento traía de lo que había publicado, y porque les pareció ya muy tarde para la defensa, no se pusieron en ella; y así, se quedaron con harto temor, sonetiños ellos y sus haciendas á la voluntad de Bachicao, que era tanto y mas cruel que el maestro de campo, y gran renegador y blasfemo, y hombre sin ninguna virtud; y así, entró en la ciudad sin que le osase esperar el capitan Juan de Guzman, que allí estaba haciendo gente por el Visorey, la cual toda se le pasó luego á Bachicao, y él se apoderó de la artillería que allí había traído Vaca de Castro en el navio con que se huyó, y comenzó á tiranizar en la república, usando de las haciendas de todos á su voluntad, teniendo tan opresa la justicia, que no osaba hacer mas de lo que él quería, y á dos capitanes suyos que concertaron de matarle los prendió y degolló públicamente, é hizo otras justicias con públicos pregones, que decían: «Manda hacer el capitan Hernando Bachicao,» usando llanamente la jurisdiccion. El licenciado Vaca de Castro, que á la sazón estaba en Panamá, en sabiendo su venida, se huyó para Nombre de Dios, y se embarcó en la mar del Norte, y lo mismo hizo Diego Alvarez de Cuelo y Hierónimo Zuriano, y tambien se pasaron al Nombre de Dios el doctor Tejada y Francisco Maldonado, y todos juntos se vinieron á España, y el doctor Tejada murió en el camino, en la canal de Bahama. Y en llegando á España Francisco Maldonado y Diego Alvarez de Cuelo, se fueron por la posta á Alemaña á dar cuenta á su majestad cada uno de su embajada. El licenciado Vaca de Castro se quedó en la isla Tercera de los Azores, y de allí se vino á Lisboa, y después á la corte, diciendo que no se había atrevido á venir por Sevilla por no entrar en poder y

tierra donde eran tanta parte los hermanos y deudos del capitan Juan Tello, á quien arriba hemos dicho que hizo degollar al tiempo del vencimiento de don Diego de Almagro el mozo; y en llegando á la corte fué detenido en su casa por mandado de los señores del consejo de las Indias, y le pusieron cierta acusacion, y después le tuvieron preso, mientras se trató la causa, en la fortaleza de Arévalo por espacio de mas de cinco años, y después le señalaron una casa en Simancas, y de allí, con la mudanza de la corte, le señalaron por cárcel la villa de Pinto con sus términos, hasta que se sentenció el negocio.

CAPITULO XVII.

Cómo el Visorey llegó á Quito y juntó su ejército y vino con él, la tierra arriba, la vía de San Miguel.

Habiéndose retirado el Visorey con hasta ciento y cincuenta hombres al tiempo que Bachicao le tomó la armada en Tumbes, caminó con ellos hasta que llegó á la ciudad de Quito, donde le rescibieron de buena voluntad, y allí se relizo de hasta docientos hombres, con los cuales estaba en aquella tierra, por ser muy fértil y abundante de comida, donde determinó aguardar lo que su majestad proveería, después de sabido de Diego Alvarez de Cuelo lo que en la tierra pasaba, teniendo siempre buenas guardas y espías en los caminos para saber lo que Gonzalo Pizarro hacía, caso que desde Quito á los Reyes hay mas de trecientas leguas, como tenemos dicho. Y en este tiempo cuatro soldados de Gonzalo Pizarro, por cierto desabrimiento que dél tuvieron, hurtaron un barco, y con él se fueron huyendo la costa abajo, desde el puerto de los Reyes, remando hasta que le pusieron en buen paraje para ir por tierra á Quito; y llegados, dijeron al Visorey el descontento que los vecinos de los Reyes y de las otras partes tenían con Gonzalo Pizarro, por las grandes molestias que les hacía, trayendo á los unos fuera de sus casas y haciendas, y á los otros echándoles huéspedes y imponiéndoles otras cargas que no podían sufrir, de las cuales estaban tan cansados, que en viendo cualquiera persona que tuviese la voz de su majestad, holgarían de salir (juntándose con él) de tan gran tiranía y opresion. Con lo cual, y con otras muchas cosas que los soldados le dijeron, le encendieron á que saliese de Quito con la gente que tenía, y se viniese la vía de la ciudad de San Miguel, llevando por su general un vecino de Quito, llamado Diego de Ocampo, que desde que el Visorey vino á Tumbes le había acudido y ayudándole con su persona y hacienda en todas las cosas necesarias, en que gastó mas de cuarenta mil pesos que tenía suyos; y en todas estas jornadas seguía al Visorey el licenciado Alvarez, con el cual se hacía audiencia por virtud de una cédula de su majestad que el Visorey llevaba, para que, llegado él á los Reyes, pudiese hacer audiencia con uno ó dos oidores, los primeros que llegasen, hasta que viniesen todos, y lo mismo en caso que los dos ó tres dellos muriesen. Y para esto efecto hizo abrir un sello nuevo, el cual entregó á Juan de Leon, regidor de la ciudad de los Reyes, que por nombramiento del marqués de Camarasa, adelantado de Cazorla, que es chanciller mayor de las Indias, iba

elegido por chanciller de aquella audiencia, y se había venido huyendo de Gonzalo Pizarro; y así, despachaba sus provisiones para todo lo que le convenia por título de don Carlos, y selladas con el sello real, firmándolas él y el licenciado Alvarez; de manera que había dos audiencias en el Perú, una en la ciudad de los Reyes y otra con el Visorey; y aconteció muchas veces venir dos provisiones sobre un mesmo negocio, una en contrario de otra. Cuando el Visorey quiso partir de Quito envió á Diego Alvarez de Cueto, su cuñado, á España, á informar á su majestad de todo lo pasado y á pedirle socorro para tornar á entrar en el Perú y hacer la guerra á Gonzalo Pizarro poderosamente. Cueto pasó en España en la misma armada en que vinieron el licenciado Vaca de Castro y el doctor Tejada, como tenemos dicho arriba; y así, llegó el Visorey á la ciudad de San Miguel, que es ciento y cincuenta leguas de Quito, con determinacion de residir allí hasta ver mandato de su majestad, teniendo siempre en pié su real nombre y voz, porque le pareció muy conveniente sitio para poder recoger consigo toda la gente que así de España como de las otras partes de las Indias viniesen al Perú; porque, como está dicho, es paso forzoso y que no se pueden excusar de pasar por él viniendo por tierra, especialmente los que traen caballos y otras bestias; y que desta manera iria cada día engrosando su ejército y cobrando nuevas fuerzas. Allí los mas de los vecinos acogieron al Visorey de buena voluntad, y le hicieron buen hospedaje, proveyéndole de todo lo necesario, segun su posibilidad; y así, iba cada día recogiendo gente y caballos y armas; tanto, que llegó al pié de quinientos hombres medianamente aderezados, aunque algunos tenían falta de armas defensivas, y hacian coscletes de hierro y de cueros de vaca secos.

CAPÍTULO XVIII.

Cómo Gonzalo Pizarro envió ciertos capitanes á recoger gente y estar en frontera contra el Visorey.

Al tiempo que Gonzalo Pizarro envió en los bergantines al capitán Bachicao para tomar la armada del Visorey, despachó asimismo dos capitanes suyos, llamados Gonzalo Diaz de Pinera y Jerónimo de Villegas, que fuesen por tierra á recoger la gente de guerra que hallasen en las ciudades de Trujillo y San Miguel, y se estuviesen en frontera contra el Visorey, y ellos con hasta ochenta hombres que pudieron juntar se estuvieron en San Miguel hasta tanto que supieron la venida del Visorey, y no le osando esperar, se metieron la tierra adentro hacia Trujillo, y alojaron en una provincia que se dice Collique, que es cuarenta leguas de San Miguel, y hicieron saber á Gonzalo Pizarro la venida del Visorey, y cómo juntaba gente cada día y engrosaba su ejército, dando á entender el gran daño que le venia en no remediarlo con tiempo. Y á esta sazón supieron estos capitanes que el Visorey había enviado un capitán suyo, llamado Juan de Pereira, á la provincia de los Chachapoyas á convocar y juntar todas las gentes que por aquellas partes pudiese haber, caso que en esta tierra residen pocos españoles; y pareciéndoles á estos capitanes de Pizarro que Pereira y los que con él viniesen estarían muy descuidados dellos, determinaron de sa-

lirles al camino por donde venian, y una noche les prendieron las centinelas y dieron sobre ellos; y tomádoslos durmiendo y sin recelo de enemigos, á Pereira y dos principales que con él venian les cortaron las cabezas, y toda la demás gente, que eran hasta sesenta hombres de caballo, la redujeron al servicio de Gonzalo Pizarro, con temor de la muerte; y así, se tornaron á su aposento; y deste acontecimiento tuvo gran pesar el Visorey, y determinó tomar ocasion en que vengarse; y así, salió muy ocultamente de San Miguel con hasta ciento y cincuenta de caballo, y se fué adonde los capitanes Gonzalo Diaz y Villegas estaban con menos cuidado y guarda de la que debian tener, como personas que pocos dias antes habian hecho tal asalto en la gente de sus contrarios; y así, llegó el Visorey á Collique una noche, y casi sin que fuese sentido, con la mucha turbacion de los capitanes, no tuvieron lugar de ponerse en orden ni dar batalla; antes se huyeron cada uno como mejor pudo, tan derramados, que Gonzalo Diaz casi solo fué á dar en una provincia de indios de guerra, los cuales fueron contra él y lo mataron; y lo mesmo hizo Fernando de Albarado. Y Jerónimo de Villegas juntó después consigo alguna gente y se metió la tierra adentro hacia Trujillo, y el Visorey se fué á San Miguel.

CAPÍTULO XIX.

Cómo Gonzalo Pizarro salió con su ejército contra el visorey Blasco Núñez Vela, y de lo que hizo en el camino; y cómo, sabida por el Visorey su venida, se retiró desde San Miguel con su gente á la via de Quito, y Pizarro le siguió mas de cien leguas, y en el alcance lo tomó mas de treientos hombres que se lo quedaron rezagados.

Viendo Gonzalo Pizarro que cada día crecía la fuerza y gente de su enemigo, y especialmente entendiendo el desbarato que en sus capitanes se habia hecho, determinó de ocurrir con toda la presteza posible á deshacer las fuerzas al Visorey, por la certidumbre que tenía de que cada día se le allegaba gente y armas y caballos que venian de España y de las otras partes de las Indias, que casi necesariamente desembarcaban en el puerto de Tumbes, como es dicho, y tambien temiendo que en esta sazón viniese algun despacho de su majestad en favor del Visorey, lo cual seria parte para quebrar los ánimos á la gente que con él andaba; y así, se determinó de juntar su ejército é ir á desbaratar á los enemigos, y poner el negocio á riesgo de batalla si lo quisiesen esperar. Y así, ordenó sus capitanes y hizo paga, y comenzó á enviar adelante á Trujillo los caballos y otros impedimentos, quedando él y los principales de su campo solos para salir la postre. En esta razon vino un bergantín de Arequipa con mas de cien mil castellanos para Gonzalo Pizarro, y tambien llegó otro navio de Tierra-Firme, de Gonzalo Martel de la Puente, el cual enviaba su mujer para que se fuese á su casa. Y con este buen suceso estaban Gonzalo Pizarro y su gente tan soberbios, que casi decian blasfemias en su opinion, y metieron en los navios gran número de arcabuces, pias y otras municiones y aderezos de guerra, y se embarcaron en ellos mas de ciento y cincuenta personas principales, llevando consigo, por dar mas autoridad al negocio, al licenciado Cepeda, oidor, y Juan

de Cáceres, contador de su majestad; y con la ida de Cepeda tuvo Gonzalo Pizarro ocasion de deshacer el audiencia, porque no quedaba en la ciudad de los Reyes sino solo el licenciado Zárate, de quien hacia poca cuenta, por estar enfermo, y tener casado á Blas de Soto, su hermano, con una hija suya, el cual casamiento se hizo contra voluntad del licenciado Zárate; y no embargante este deudo y la confianza que era razon que hiciera dél, por consejo de algunos de sus capitanes, por mas se asegurar, llevó consigo el sello real, y desta manera se fué por la mar, dejando por su teniente de gobernador en la ciudad de los Reyes al capitan Lorenzo de Aldana, con hasta ochenta hombres de guardia, con que estuviere segura y pacifica la ciudad, para lo cual bastaban, porque casi todos los vecinos iban la jornada con Gonzalo Pizarro; y embarcado por marzo del año de 43, fué por mar hasta el puerto de Santa, que es quince leguas de Trujillo, y allí salió en tierra, y tuvo en Trujillo la Pascua de flores, aguardando á que se juntase la gente por quien habia enviado á diversas partes; y viendo que tardaba, por sacar su ejército de poblado, se fué á la provincia de Collique, donde estuvo algunos dias, hasta que vino la gente que esperaba; y hecha su reseña della, halló que llevaba mas de seiscientos hombres de pié y de caballo; y aunque en el número no llevaba gran ventaja al Visorey, pero teníasela cuanto á las armas y otros aparejos de guerra, y en que los que iban con Gonzalo Pizarro eran soldados viejos y muy prácticos en las cosas de la guerra, y se habian hallado en otras batallas, y sabian la tierra y los pasos dificultosos della; y los que estaban con el Visorey, los mas eran recién venidos de Castilla y no habituados en cosas de guerra, y mal armados y con muy ruin pólvora; y allí se puso muy gran diligencia por Gonzalo Pizarro en proveer de comida y cosas necesarias para el real, especialmente cerca de allí habia un despoblado que dura desde la provincia de Motupe hasta la ciudad de San Miguel, en espacio de veinte y dos leguas, que en todas ellas no hay agua ni poblado ni otro refrigerio alguno, sino arenas y mucho calor, y por ser paso tan peligroso era necesario hacerse gran diligencia en proveerse de agua y otras cosas convenientes para el camino; y así, mandó á todos los indios comarcanos que trajesen gran cantidad de cántaros y tinajas, y dejando allí la gente de guerra todas las cargas de vestidos y ropas y camas que no les eran necesarias, proveyó que los indios que habian de llevar aquellas fuesen cargados de agua para el bastimento deste despoblado, así para los caballos y bestias como para sus personas, cargando los indios y poniéndose todos á la ligera, sin llevar ningun servicio, porque el agua no les faltase; y puestas á punto, enviaron veinte y cinco de á caballo delante por el despoblado, que es lugar ordinario por donde se suele pasar, para declararse al Visorey y que las espías le dijiesen que venia por allí; y todo el ejército caminó por otra parte tambien despoblado; desta manera caminaron, llevando la comida encima de los caballos; y poco antes que llegase supo el Visorey la venida del ejército y mandó tocar al arma, diciendo que les queria salir al camino y dar batalla; y ya que tuvo la gente junta y fuera de la ciudad, comenzó

á caminar por otra parte hasta la cuesta de Caxas, por la cual fué á muy gran prisa, y obra de cuatro horas después que salió supo Gonzalo Pizarro su ida, y sin entrar en la ciudad de San Miguel ni tomar mas bastimentos mandó que guiasen por el camino por donde el Visorey habia huido; y caminaron aquella noche tras él ocho leguas y tomaron alguna gente en el camino; y desta manera le fué dando muchos alcances, tomándola en ellos mucha gente y todo cuanto llevaba en el real, ahorcando algunos que le parecian; y así caminaba por lugares ásperos y sin comida, tomándoles cada dia gente, y echándole cartas con indios para las personas principales del real del Visorey para que le matasen, perdonándoles Gonzalo Pizarro y prometiéndoles muchas mercedes. Y desta manera fueron mas de cincuenta leguas, que ni los caballos los podian llevar ni los hombres los podian seguir, así por el mucho trabajo que llevaban como por la falta de comida que habia; y así, llegaron á Ayabaca, donde se reformaron y dejaron de seguir al Visorey tan apriesa como antes, por dejar concertada su gente, y tambien porque sabian que el Visorey iba ya muy adelante y que en ninguna manera le podian alcanzar, juntamente con algunos avisos que tenian de algunos principales del Visorey, en que prometian á Gonzalo Pizarro de matarlo ó traérselo preso; de lo cual sucedió después que el Visorey mató á muchos caballeros capitanes de los suyos, como adelante parecerá; y allí en Ayabaca se proveyó de todo lo demás necesario, y salió de allí con buena orden por las mismas pisadas que el Visorey habia ido, aunque por el mucho cansancio de algunos y otros, por ir descontentos, no los pudo llevar todos sin quedarse alguna gente; donde le dejaremos al Visorey caminando hácia las provincias de Quito, y Gonzalo Pizarro tras él, por decir lo que aconteció en este tiempo en lo de arriba.

CAPITULO XX.

Cómo en la ciudad de los Reyes hubo clerico motin y alborota, el cual aplacó Lorenzo de Aldana, que alli era teniente, sin declararse de todo punto por su majestad, aunque los partiales de Pizarro le tenian por sospechoso.

Casi á ninguno de los soldados del Visorey que se quedaron rezagados y vinieron á poder de Gonzalo Pizarro quiso llevar consigo, así por no fiarse dellos como porque le parecia que llevaba demasiada gente, segun la poca que el enemigo tenia, especialmente yendo siguiendo alcance y por falta de comida, porque el Visorey les alzaba los bastimentos por donde quiera que iba; y á toda esta gente rezagada envió Gonzalo Pizarro la tierra adentro, á Trujillo y á los Reyes y á otras partes, donde cada uno quiso, aunque á algunos principales de quien tenia particular queja los ahorcó. Estos comenzaron á sembrar por los lugares donde iban, nuevas en favor del Visorey y en contradiccion de la tiranía de Gonzalo Pizarro, á la cual muchas personas favorecian, así por parecerles la empresa justa, como porque la gente que reside en aquella provincia son mas amigos de novedades que en otra ninguna parte, en especial los soldados y gente ociosa, porque los vecinos y personas principales siempre pretenden la paz como negocio en que tanto les va, pues con la guerra son molestos.

tados y apremiados y los hacen pechar por diversas vías, y si no muestran buen rostro á ello, corren mas riesgo que los otros, porque cualquiera ocasion basta para matarlos el que gobierna, por gratificar con sus haciendas á los que los siguen; pues estas pláticas no podian ser tan secretas, que no viniesen á noticia de los tenientes de Gonzalo Pizarro, los cuales, cada uno en su jurisdiccion, los castigaba como les parecia que convenia para el sosiego de su opinion, y especialmente en la ciudad de los Reyes, donde la mas desta gente se acogió, fueron ahorcados muchos por mano de un alcalde ordinario, llamado Pedro Martin de Cecilia, gran favorecedor de Gonzalo Pizarro y de sus cosas, porque Lorenzo de Aldana, que allí era teniente, estuvo siempre muy recatado para no entremeterse en cosa sobre que pudiese haber después querrela de parte contra él; antes estorbaba todo cuanto podia que no se hiciesen muertes ni daños, y así se rigió todo el tiempo que allí estuvo; que, aunque tenia la justicia por Gonzalo Pizarro, nunca quiso hacer cosa tan señalada en su favor, que sus secaces le tuviesen por prendado; antes acogia con buena gracia toda la gente aficionada al Visorey. Por lo cual todos los que desta opinion residian en las otras provincias se acogian á aquella, teniéndola por mas segura; y desto mostraban tener gran queja los apasionados por Gonzalo Pizarro, especialmente un regidor de aquella ciudad, llamado Cristóbal de Búrgos, que Lorenzo de Aldana llegó á reprenderle sobre esto tan abiertamente, que le trató mal de palabra, y aun puso las manos en él y le tuvo preso cierto tiempo; y así, escribian á Gonzalo Pizarro esta sospecha, y aunque él la tuvo por cierta, nunca dejó de hacer dél toda confianza, porque estando tan léjos, no le pareció que seria parte para quitarle el cargo, á causa que tenia consigo mucha gente de guerra y ganada la voluntad á los principales vecinos de aquella ciudad; y así, los dejaríamos por contar lo que en este tiempo sucedió en la provincia de los Charcas.

CAPITULO XXI.

De cómo Diego Centeno y otros vecinos de los Charcas mataron al teniente de Gonzalo Pizarro y alzaron bandera por su majestad.

Ya está dicho arriba cómo muchos vecinos de la villa de Plata vinieron á servir al Visorey, llamados por su provision, aunque, sabida en el camino la prision del Visorey, se volvieron á sus casas; de los cuales siempre quedó muy gran queja á Gonzalo Pizarro; y enviándoles por teniente á aquella villa uno de los mayores ministros de su tirania, llamado Francisco de Almendras, hombre áspero y de mala consciencia, le dió por particular instruccion que se recatase mucho de aquellos que habian venido á servir al Visorey, y que en los negocios que se les ofreciesen les diese á entender la queja que dellos tenia; demás que á los principales dellos les habia quitado indios y les llevaba los tributos dellos para sustentacion de la guerra. Este Francisco de Almendras guardó tan estrechamente lo que sobre este caso se le mandó, que, demás de otros muchos malos tratamientos que hizo á aquellos caballeros, porque supo que uno de los principales de aquella villa, llamado

don Gomez de Luna, habia dicho en su casa que no era posible que algun dia no reinase el Rey en aquella tierra, le prendió y puso en la cárcel pública con guardas; y porque los de cabildo de aquella ciudad le rogaron un dia que soltase á don Gomez, ó á lo menos le pudiese en prision conforme á la calidad de su persona, no dándoles sobre ello buena respuesta, hubo alguno dellos que le dijo que si él no le soltaba, ellos le soltarian; el teniente disimuló, y á la media noche fué á la cárcel y dió un garrote á don Gomez, y sacándole luego á la plaza, le hizo cortar la cabeza; lo cual sintieron mucho todos los vecinos, pareciéndoles que á cada uno tocaba aquel agravio; y especialmente lo sintió un vecino de aquella ciudad, llamado Diego Centeno, natural de Ciudad-Rodrigo, por ser muy grande amigo de don Gomez. Y aunque este Diego Centeno, en el primer levantamiento de Gonzalo Pizarro le siguió y vino con él desde el Cuzco á los Reyes, siendo de los principales votos del ejército, como procurador de la provincia de los Charcas, después viendo que la mala intencion de Gonzalo Pizarro se extendia á mucho mas de lo que á los principios habia publicado, con su licencia le volvió á su casa y indios, donde residia al tiempo que aconteció esta muerte de don Gomez, la cual él se determinó vengar por la mejor vía que pudo, así por la amistad que tenemos dicha, como porque entendian la poca seguridad que las vidas de todos tenian debajo de la gobernacion de hombre tan cruel y de mala consciencia y condicion como lo era Francisco de Almendras, al cual ante todas cosas determinó matar, y reducir la tierra al servicio de su majestad; lo cual comunicó con los mas principales vecinos de aquella tierra, especialmente con Lope de Mendoza y Alonso Perez de Esquivel, y Alonso de Camargo y Hernan Nuñez de Segura, y con Lope de Mendieta y Juan Ortiz de Zárate, su hermano, y otros de cuyas intenciones tuvo confianza; y hallándolos á todos prestos para emprender este hecho sobre concierto que entre sí hicieron, fueron un domingo de mañana á casa del teniente para le acompañar á la iglesia, como solian, y viéndose juntos, caso que Francisco de Almendras tenia mucha gente de guardia, se llegó á él Diego Centeno como que le queria hablar en algun negocio, y dándole ciertas puñaladas con una daga, le prendieron y públicamente le sacaron á la plaza, y le cortaron la cabeza por traidor, y alzaron bandera por su majestad, sin que hubiese dificultad en apaciguar el pueblo, segun Francisco de Almendras estaba malquisto; y así, todos se redujeron al servicio de su majestad y se pusieron en órden de guerra, con intento de la restauracion de aquel reino; y este era el apellido que traian, y juraron por capitan general desta empresa á Diego Centeno, el cual nombró capitanes de pie y de caballo, y comenzó á juntar gente, haciendo pagas de su hacienda, porque era el mas rico hombre de aquella tierra en aquella saxon, y para ello lo ayudaban los otros vecinos. Era Diego Centeno persona de muy buena casta, descendiente de aquel alcalde Hernan Centeno tan nombrado en Castilla; seria en aquel tiempo de edad de treinta y cinco años, hombre gracioso y liberal y de muy buena disposicion y condicion, y muy valiente por su persona. Tenia en aquella

sazon mas de treinta mil castellanos de renta, aunque siendo en dos años que se descubrieron las minas de Potosí (como adelante se dirá) llegaron á rentarle sus indios de cien mil castellanos arriba, por caer muy cerca de aquellas minas. Juntó su ejército, comenzó á proveerse de armas y otras cosas necesarias, con gran diligencia, poniendo guardas en los caminos, porque no se supiese lo acaescido hasta estar bien apercibidos, y envió un capitán suyo á las minas de Porco y Arequipa, para recoger la gente que allí estaba, y preuder si pudiese á Pedro de Fuentes, que allí era teniente de Gonzalo Pizarro, el cual desde que supo lo que en los Charcas habia pasado, por lengua de indios, se huyó y dejó desamparada la ciudad; de manera que Lope de Mendoza entró en ella sin contradiccion alguna, y trayendo toda la gente y armas y caballos, y aun los dineros que allí pudo recoger, se volvió á juntar con Diego Centeno en la villa de Plata para dar orden en lo que adelante se habia de hacer.

CAPITULO XXII.

De cómo Diego Centeno acabó de juntar su gente, y del razonamiento que les hizo.

Después de llegado Lope de Mendoza, se hallaron en la villa de Plata con hasta docientos y cincuenta hombres bien aderezados, y después de habelles dado Diego Centeno de lo que tenia cumplidamente, los juntó y trajo á la memoria las cosas pasadas en lo tocante á la empresa que Gonzalo Pizarro tomó, diciéndoles haber salido de la ciudad del Cuzco con título de suplicar de las ordenanzas que su majestad enviaba; y después de haber muerto en el camino al capitán Gaspar Rodriguez y á Filipe Gutierrez y Arias Maldonado, y antes desto, haber tratado con los oidores y con algunos de los vecinos que prendiesen al Visorey, y habelle ellos prendido y embarcado, y cómo en llegando á la ciudad de los Reyes, sin estar recibido en ella, envió su maestre de campo, y delante de los oidores prendió hasta veinte y cinco personas de los mas principales y mas ricos de la tierra, porque habian acudido al Visorey, y de ellos ahorcó á Pedro del Barco y á Machin de Florencia y á Juan de Suyavedra; y cómo habia quitado los oidores, enviándolos á cada uno por su parte, habiéndoles primero compelido con mano armada que le enviasen provision de gobernador. Tambien les dijo haber muerto después muchas personas, sospechando dellos que servirian al Visorey. Y no contento con esto, tomando todo el oro y plata que habia hallado en las cajas de su majestad, echando tributos excesivos por el reino, hasta en cantidad de ciento y cincuenta mil ducados, repartiéndolos y cobrándolos de los vecinos y moradores; y no contento con esto, haber hecho segunda vez gente contra su majestad en la ciudad de los Reyes, y ido contra el Visorey y alborotado el reino por diversas vias. Tambien les puso delante el haber quitado tantos repartimientos y puéstolos sobre su cabeza, y consentido que públicamente se dijeren palabras en deservicio y perjuicio de su majestad; y otras muchas cosas que serian largos de contar, y juntamente con israelles á la memoria la obligacion que tenian (como vasallos de su majestad) á su corona real y á servir á su rey, y el mal

renombre de traidores que cobraban de hacer lo contrario. Y con estas razones, y con otras muchas que les dijo, les inclinó á que de buena voluntad tomasen la empresa y fuesen debajo de su bandera donde quiera que les fuese mandado; y así, todos juntamente se ofrecieron de hacerlo de buena voluntad; con lo cual Diego Centeno envió cierto capitán con mucha parte de la gente que residiese en Chicuito, que son los pueblitos del Rey, entre Orezuza y los Charcas, para que estuviese allí en el paso en tanto que él se aderezaba para salir á cumplir el fin de todo su viaje; donde lo dejarémos por decir lo que en este tiempo sucedió en el Cuzco, donde algunos dias antes habian tenido relacion de lo susodicho.

CAPITULO XXIII.

Cómo el capitán Alonso de Toro, teniente del Cuzco por Gonzalo Pizarro, juntó la gente que pudo para ir contra Diego Centeno, y el razonamiento que les hizo.

No se pudo tener tan secreto en el real de Diego Centeno, ni tantas guardas en el camino, especialmente después de la venida de Lope de Mendoza de Arequipa, que por indios y españoles no se tuviese muy cierta relacion del alzamiento de los Charcas y cantidad de gente que el capitán Diego Centeno tenia hecha, y la suma de arcabuces y caballos y todo lo demás que en la razon se quisiesen informar. Lo cual sabido por el capitán Alonso de Toro, tomándole la nueva fuera del Cuzco con cien hombres, porque estaba cien leguas de allí guardando un paso, creyendo que el Visorey se habia subido por la sierra, por unas cartas que de Gonzalo Pizarro habian tenido sobre ello, se volvió al Cuzco y comenzó á hacer gente; y juntos los vecinos y regidores de la ciudad del Cuzco, les hizo saber las nuevas que habia de los Charcas y el modo con que el capitán Diego Centeno se habia alterado, y diciéndoles primero que pues en el Cuzco habia gente armada y caballos para poder ir contra él, que habia determinado de tomar la empresa, porque le parecia ser justa; y para ello les dijo algunas razones en que se fundaba, especialmente que Diego Centeno habia hecho el alboroto sin título que para ello tuviese, sino de su propia autoridad, pretendiendo en ello mas particular interese que el servicio de su majestad; porque siendo, como era, Gonzalo Pizarro gobernador de aquellos reinos, y estando habido y tenido por tal, teniéndolos pacíficos y quietos, y estando esperando lo que su majestad sobre ello proveia; para obedeçella, el levantamiento habia sido injusto, y con muy buen título se podria resistir y castigar. Tambien les trajo á la memoria haberse puesto Gonzalo Pizarro por todos á la demanda de la revocacion de las ordenanzas, y aventurado su persona y bienes por las de todos, pues era notorio que si las ordenanzas se cumplieran y ejecutaran, á ninguno le quedaba hacienda; y que en esto, allende de habelles hecho provecho y serlo todos obligados por esta razon, era notorio que no habia ido contra lo que su majestad proveia, ni declarándose contra él en ninguna cosa, pues yendo á suplicar de las ordenanzas, el tiempo que llegó á la ciudad de los Reyes halló que el audiencia habia prendido al Visorey y desterrádole del reino, el cual Gonzalo Pizarro como gobernador tenia,

y que si habia ido contra el Visorey, habia sido por seguir su justicia ante el audiencia real; y para mas les justificar la causa, les ponía delante haber ido con él el licenciado Cepeda, oidor de su majestad, y el mas antiguo de la audiencia, diciéndoles tambien que nadie era parte para tratar si los oidores habian podido dar la gobernacion ó no, pues aquel era caso para que su majestad lo determinase, y que hasta entonces no habian visto cosa en contrario. Con estas cosas que les dijo, y con otras muchas que serian largas de contar, todos lo aprobaron y dijeron que parecia cosa justa, y le ofrecieron sus personas y haciendas; porque á la verdad el capitán Alonso de Toro habia ahorcado algunas personas desatinadamente, y habíale cobrado gran miedo; y demas desto, porque era áspero y desabrido y mal acondicionado, y aun demasiado súbito, por lo cual no le osaban contradecir en ninguna cosa de cuantas proponia. Y visto esto, se hizo un acto por el cabildo, por el cual habiéndose hecho relacion de lo sucedido en los Charcas por medio del capitán Diego Centeno, decian que, no contento con haber muerto al capitán Francisco de Alenдрas, habia salido con gente armada fuera de los términos de los Charcas. Estos cumplimiento mas se hacian, á la verdad, para satisfucion de la gente comun, y dalles á entender que lo que se hacia llevaba razon, que no porque ellos no entendiesen el negocio; porque, dejados aparte los ayuntamientos públicos y tiempos de necesidades en los cuales procuraban siempre de justificar las causas con razones coloradas, que pareciesen bastantes, fuera de allí, los que eran mas parte en los negocios delante de Gonzalo Pizarro y en su ausencia siempre decian que lo habia de dar el Rey la gobernacion; si no, que no habian de obedecer ni admitir á hombre que enviase, porque esto era la voluntad y intencion de Gonzalo Pizarro.

CAPITULO XXIV.

Cómo Alonso de Toro salió del Cuzco con su gente contra Diego Centeno, el cual con la suya se metió la tierra adentro, y Alonso de Toro le siguió hasta la villa de Plata, y de allí se tornó al Cuzco, dejando á Alonso de Mendoza en la villa de Plata con cierta gente.

Después de lo cual, con este título comenzó el capitán Alonso de Toro á hacer gente, y llamándose capitán general, hizo capitanes; y á la verdad, procuró de hacer mas el negocio por rigor que por dineros ni buenos tratamientos, jurando públicamente de hacer ahorcar al que rehusase de ir á la empresa, poniéndolos á algunos al pié de la horca, y dejándolos por ruegos, diciendo palabras injuriosas á otros; de manera que con poca cantidad de dineros (porque, segun pareció por las cuentas, no gastó mas de veinte mil castellanos en el negocio), no dejó caballo en poder de hombre para ir á la jornada, y los vecinos hábiles para la guerra los hacia ir personalmente; de manera que pudo allegar hasta trecientos hombres, con los cuales, medianamente armados y apercebidos, sesalió seis leguas del Cuzco á un asiento que se llama Urcos, adonde estuvo tres semanas, teniendo tan cerrado el camino, que no podia saber nueva de lo que hiciesen sus contrarios, porque todas las parcialidades de los indios ayudaban á Diego Centeno y le guardaban muy bien los caminos,

HA-11.

con lo cual cada dia pensaban que estaban sobre ellos, guardándose muy á punto de guerra para lo que sucediese; y si algunos hablaban palabra en contradiccion ó perjuicio de los negocios, los castigaba muy ásperamente; de manera que con este miedo todos mostraban muy gran voluntad á seguirle. Y con esto alzó su real, con acuerdo de ir á buscar al enemigo, y poniéndolo por obra, caminó hasta llegar al puerto del Rey. Diego Centeno se retrajo, porque estaba dividida su gente en dos partes, y asentaron su real doce leguas los unos de los otros, y enviáronse mensajeros y rehenes para tratar del negocio; y visto que no tenia medio ni se podian concertar, Alonso de Toro alzó su real para ir á dar la batalla; lo cual sabido por los contrarios, acordaron entre sí que no era bien aventurar el negocio, porque, á no tener buen suceso la jornada, se cobraría grande ánimo en el reino, y era bien que su majestad tuviese en la tierra gente presta para cualquier cosa que sucediese; y con esto recando se retrajeron poco á poco, poniendo gran diligencia de llevar consigo gran cantidad de carneros cargados de comida y los caciques principales de la provincia. Y así, se metieron por un despoblado de mas de cuarenta leguas, hasta llegar á un sitio que se llama Casabindo, por donde Diego de Rojas entró al rio de la Plata, y Alonso de Toro los fué siguiendo hasta la villa de Plata, que son ciento y ochenta leguas de la ciudad del Cuzco, y entró dentro, y como la vió tan sola, consideró el mal aparejo que tenia para residir allí, por no haber comida, y estar la tierra alzada por la ausencia de los caciques; y así, acordó de no seguirlos mas; y tomando consigo cincuenta hombres, se adelantó para la ciudad del Cuzco, mandando á la otra gente que poco á poco le siguiese, aunque para mayor seguridad dejó en la retaguardia á un capitán suyo, Alonso de Mendoza, con treinta hombres en muy buenos caballos, para que, si acaso sintiese que Diego Centeno volvía, recogiese la gente poco á poco hasta llegar con ella adonde él estaba.

CAPITULO XXV.

De cómo Diego Centeno volvió sobre Alonso de Toro y le tomó mucha gente, y recogió su campo en la villa de la Plata.

La vuelta de Alonso de Toro no pudo ser tan secreta, que por lengua de indios no viniese luego á noticia de Diego Centeno, el cual, vista tan gran novedad, y como Alonso de Toro se volvía tan de prisa y desconcertada su gente, consideró que no podia ser aquello sin que hubiese sentido en los suyos desconfianza ó mala voluntad, y parecióle que, siendo esto así, con facilidad, yendo él sobre ellos, se le pasarían muchos; y así, envió luego al capitán Lope de Mendoza con cincuenta hombres bien encabalgados, á la ligera, el cual llegó en breve tiempo al Collao; y dado caso que el capitán Alonso de Toro y la mas parte de su gente habia ya pasado, atajó hasta cincuenta hombres de los suyos y les tomó algunos caballos y armas, aunque después se los tornó con cada quinientos pesos de oro, porque juraron y prometieron de le servir en la jornada; y algunos que le parecieron demasidamente sospechosos y amigos de Alonso de Toro, los ahorcó; y de allí se volvió con su gente á la villa de Plata sobre Alonso de Mendoza, el

11

cual, sabido el suceso, se volvió por otro camino á gran prisa, y dende á poco vino allí Diego Centeno con el resto de su ejército, y se juntaron todos, y asentaron su campo, pertrechándose cada dia mas de todos los aparejos necesarios para la guerra, especialmente de arcabuces, que cada dia se hacian. Y Alonso de Toro llegó al Cuzco con tanto temor de que viniesen sobre él; porque si lo hicieran, con gran facilidad se apoderaran de la ciudad; pero Diego Centeno tomó acuerdo de residir de asiento en la villa de Plata, allegando cada dia mas gente y dineros; lo cual podia hacer en abundancia, á causa de la mucha plata que habia en aquella provincia; y así, lo dejáremos por contar lo que pasó en esta sazón en los Reyes.

CAPITULO XXVI.

De cierto movimiento que hubo en los Reyes, y cómo le aplacó Lorenzo de Aldana.

En la ciudad de los Reyes se supo luego todo lo que arriba habia sucedido; y como allí estaban juntos muchos soldados, y dellos aficionados al Visorey, ya casi en público trataban de irse á juntar con Diego Centeno; y aun viendo la poca diligencia que Lorenzo de Aldana ponía en castigarlo, se temía que habia de ser él la cabeza, y lo mismo se sospechaba de don Antonio de Ribera, que, aunque era cuñado de Pizarro, y hacia algunas muestras, como los demás, de seguirle, bien se entendía ser servidor de su majestad en lo secreto, como después lo mostró; y con este temor los amigos de Pizarro andaban muy alterados; por manera que este motivo en favor de su majestad la gente lo dejaba de intentar, creyendo que se haría á menos costa y con mejor orden, porque sentian favor en Lorenzo de Aldana, que, segun era bienquisto, sabian que saldría con cualquier cosa en que se pusiese, aunque él estaba tan cerrado, continuando siempre el buen tratamiento que hacia á todos, que ninguno podia tener certidumbre de su determinacion. Y en este tiempo llegaron á los Reyes nuevas de cómo el Visorey se habia retirado con la poca gente que le pudo seguir hasta la provincia de Popayan, y que en el camino habia muerto algunos capitanes y personas señaladas de su campo, especialmente á Rodrigo de Ocampo y á Hierónimo de la Serna, y á Gaspar Gil y á Olivera y á Gomez Estacio; unos porque se querian huir de su campo, otros porque se carteaban con Gonzalo Pizarro y le querian matar, sobre las cuales culpas hizo sus averiguaciones, y por ellas le pareció que se les debía dar aquella pena; con las cuales nuevas se sosegó algo la gente que descubria servir á su majestad en la ciudad de los Reyes, y los amigos de Gonzalo Pizarro, y que favorecian su opinion y tiranía, tomaron tanto ánimo viendo los buenos sucesos que le avenian, que les pareció que se podian ya declarar con Lorenzo de Aldana, y le dijeron que en aquella ciudad habia personas sospechosas y que no se querian quietar, por lo cual convenia desterrarlos y aun castigarlos de algunas palabras escandalosas que habian dicho. De lo cual se ofrecieron á dar informacion, y le pidieron que hiciese sobre ello las diligencias necesarias. Y él respondió que no habia venido á su noticia tal cosa, porque le hubiera cas-

ligado, y que, sabido quiénes eran, haria lo que conviniese. Y con este acuerdo, poniéndose en órden los principales, prendieron hasta quince personas sospechosas, y entre ellos á Diego Lopez de Zúñiga, y presos, les quisieron dar tormento y hacer dellos justicia por mano del alcalde Pedro Martin, y corrieran todos gran riesgo si Lorenzo de Aldana no acudiera á sacárselos de entre las manos, llevándolos á su posada, so color que en ella estarian mejor guardados. Y allí les dió todo lo que habian menester, y sobre concierto que con ellos hizo, les dió un navio, con que se salieron del Puerto; quedando tanto descontentos los regidores porque no habian visto mas castigo en aquel negocio, y que no quiso Lorenzo de Aldana que sobre ello se hiciese ninguna averiguacion, y les quedó gran sospecha de que se hubiese descubierto á los presos y dejase con ellos algun trato, y daban dello noticia á Gonzalo Pizarro por sus cartas, avisándole que proviese en ello, aunque él nunca quiso hacer novedad ni enviar contra Lorenzo de Aldana, temiendo que no saldría con ello, como arriba está dicho.

CAPITULO XXVII.

Cómo Gonzalo Pizarro envió contra Diego Centeno al capitán Carvajal, su maestro de campo.

Sabida por Gonzalo Pizarro la alteracion de la provincia de los Charcas y el levantamiento de Diego Centeno y las cosas que le habian sucedido, le pareció que no debía diferir el remedio ni dejar cobrar mas fuerzas al enemigo, porque no le faltaba otra cosa sino deshacer á Diego Centeno para quedar de todo punto señor en el reino pacíficamente; y tratóse entre los principales de su campo la órden que se tenia en la provision; y después de muchos acuerdos, atenta la importancia del negocio, y que Gonzalo Pizarro no podia ir en persona á ello por no tener concluidas las cosas del Visorey, y que lo de arriba requería brevedad, proveyeron que el capitán Carvajal fuese á hacer esta jornada; y así, fué despachado con las comisiones y poderes de Gonzalo Pizarro que le parecieron necesarias, aunque las principales eran para recoger dineros y hacer gente, en cuya confianza Carvajal aceptó el cargo, porque le pareció negocio en que fácilmente podia ser aprovechado; y así, se partió de Quito con solas veinte personas de su confianza que le acompañaron, aunque en esta determinacion hubo otras muchas cosas que ayudaron, porque los principales del campo de Gonzalo Pizarro hicieron en ello gran instancia, los unos por gobernar ellos á solas, y los otros por el gran temor que tenian de la mala y cruel condicion de Francisco de Carvajal, que por cualquier sospecha mataba á quien le parecia que no le estaba muy sujeto, aunque los unos y los otros coloraban estos pareceres con decir que la calidad del negocio requería la experiencia y consejo de tal persona como el Maestro de campo. Y así, se partió de Quito, y llegó á la ciudad de San Miguel, donde le salieron á recebir los principales del pueblo; y llevándole á su posada que le tenian señalada, él hizo apaar á seis regidores principales del pueblo, diciendo que les quería comunicar una creencia del Gobernador; y estando en su aposento, y cerradas y guardadas las puertas de la

casa con gente de guerra, les dijo la gran queja que ellos tenia Gonzalo Pizarro por haber sido tan contrarios suyos en todas las cosas pasadas, especialmente en haber recogido y favorecido al Visorey, y proveídole con tanto calor de las cosas necesarias á su ejército; por lo cual habia determinado de meter á fuego y á sangre la ciudad y no dejar hombre á vida; pero que después, considerando que los que habian hecho aquel daño eran regidores y gente principal, á quien por fuerza ó de grado habia de seguir la gente plebeya, se habia resuelto en que se castigasen los principales sin hacer cuenta de los demás, y aun de aquellos le habia parecido disimular con algunos por causas que á ello le movian; y habia escogido los que allí estaban presentes como á cabezas en quien hacer el castigo, para dar ejemplo á los demás de todo el reino; y así, les mandó que se confesasen, porque todos habian de morir luego; y aunque ellos daban sus disculpas, ninguna cosa oprovechaba; y así, hizo dar garrote á uno de ellos, de quien él tenia muy gran queja, porque habia ayudado y dado industria cómo se abriese el sello real con que el Visorey despachaba, porque era práctico en aquella arte; y entre tanto se divulgó por la ciudad lo que pasaba, y las mujeres de los regidores juntaron consigo los clérigos y frailes del lugar, y fueron á la posada de Carvajal, y entrando en ella por una puerta falsa que su gente no habia visto para guardarla, subieron al aposento, y echándose á los pies del Maestre de campo, le pidieron las vidas de sus maridos con grandes lágrimas y sentimiento, y al fin se las hubo de otorgar con condicion que reservó en sí la facultad de castigarles en lo demás á su voluntad; y así lo hizo, porque los desterró de la provincia, y los condenó en privacion de sus indios y en cada cuatro mil pesos para ayuda de la guerra. Y habiéndolo ejecutado todo, se pasó á la ciudad de Trujillo, recogiendo siempre por donde iba toda la gente y los dineros que en cualquier manera podia haber; y allí llevaba determinacion de matar un vecino llamado Melchior Verdugo, porque se habia siempre mostrado por el Visorey, y él, siendo avisado, se habia acogido á la provincia de Caxamalca, que eran los indios de su encomienda; y por la prisa que el Maestre de campo llevaba, no se quiso detener á seguirle; y echando cierto empréstito y cobrándole, se pasó á la ciudad de los Reyes, juntando siempre la mas gente que podia; á los cuales ninguna paga daba mas de los caballos y armas que robaba donde quiera que los hallaba, usurpando para sí todo el dinero, robando las cajas del Rey y de los defuntos y los depósitos públicos; y en los Reyes se acabó de aparejar con cerca de doscientos hombres bien aderezados y con mas de cincuenta mil pesos que hasta entonces se habian recogido; y se partió la via del Cuzco por la sierra, y llegó á la villa de Guamanga, donde tambien echó tributo y le cobró; y siete ó ocho dias después de él partido se descubrió cierta conjuracion que en la ciudad de los Reyes se trataba, sobre lo cual fueron presos hasta quince personas, los principales de los cuales eran un Juan Velazquez, Vela Nuñez, sobrino del Visorey, y otro caballero de su casa, llamado Francisco Jiron, y Francisco Rodriguez, natural de Villalpando; y habiéndoles dado muy crueles tor-

mentos, se averiguó el negocio, y que tenian concertado con Pedro Manjares, vecino de los Charcas, de matar á Lorenzo de Aldana y al alcalde Pedro Martin y á otros amigos de Gonzalo Pizarro, y alzar la ciudad por el Rey, creyendo que la mas gente que iba con el capitan Carvajal, por ir tan descontentos dél, les acudirian, y todos juntos se irian á juntar con el capitan Diego Centeno. Y luego dieron garrote á Jiron y á otro, y á Juan Velazquez por intercesion de muchos le perdonaron la vida y le cortaron la mano derecho, y á los demás dieron tan bravos tormentos, que perpetuamente quedaron maucos. Manjares se huyó, y anduvo mas de un año escondido por los montes, aunque después vino á poder de los capitanes de Gonzalo Pizarro y le ahorcaron; y sospechando todavia Pedro Martin que eran en estos tratos algunos de los que iban en el campo del capitan Carvajal, dió sobre ello tormento á Francisco de Guzman, que era uno de los presos, y no confesando nada, le preguntó Pedro Martin señaladamente si un soldado que iba con Carvajal, llamado Perucho de Aguirre, natural de Talavera, y otros amigos suyos sabian de aquel trato; el cual Guzman, por librarse de los tormentos, dijo que sí; y con tanto, Pedro Martin de Sicilia le condenó, por sentencia pública, que se matiese fraile en el monasterio de la Merced; y así lo ejecutó, y le hizo tomar el hábito, y pidió al escribano ante quien habia pasado aquel proceso cautelosamente, que le diese por fe cómo de la confesion de Guzman resultaban culpados en aquel motin Perucho de Aguirre y los demás que le nombró; y creyendo el escribano que era para otro fin, se le dió; y Pedro Martin le envió por via de indios á Carvajal, que á la sazón llegaba una jornada antes de Guamanga; y en rescibiéndole, sin otra diligencia ni averiguacion ninguna, ahorcó á Perucho de Aguirre y á otros cinco con él en un mismo árbol; caso que, poco después, visto por el escribano el yerro que habia hecho en dar aquel testimonio, le envió el traslado de la confesion que Guzman habia hecho, y la revocacion della, diciendo que lo habia hecho por librarse del tormento, aunque fué de poco fruto, por estar ya ejecutado el castigo; y en las escaleras protestaron que morian sin culpa, y los confesores lo dijeron á voces al Maestre de campo.

CAPITULO XXVIII.

Cómo, sabido por el capitan Carvajal la huida de Diego Centeno, se volvió á los Reyes.

En tanto que estas muertes se hicieron en Guamanga llegaron al capitan Carvajal las nuevas de lo que arriba tenemos dicho, que Diego Centeno, rehusando la batalla con Alonso de Toro, se retrajo por el despoblado á la provincia de Casabindo. Y viendo el Maestre de campo que las cosas iban en tan buenos términos, le pareció que su presencia era excusada; y así por esto como porque entre él y Alonso de Toro habia habido los tiempos pasados algunas diferencias sobre que cuando Gonzalo Pizarro salió del Cuzco con su gente vino por maestre de campo de la Alonso de Toro, y por cierta enfermedad que tuvo en el camino dieron el cargo á Francisco de Carvajal, y así se quedó siempre con él; y temió que, hallándolo victorioso y con mas gente que

él llevaba, podría ser que se quisiese satisfacer de la queja que dél tenía, determinó volverse á la ciudad de los Reyes, porque tambien de allí le habian escrito algunos vecinos la tibieza con que Lorenzo de Aldana trataba los negocios de Gonzalo Pizarro, y la necesidad que habia de que él viniese á darles color; y así, se volvió luego, y pocos días después de llegado le vino la nueva de la vuelta de Diego Centeno sobre Alonso de Toro, con la cual se tornó á apercebir y juntar su gente; y echando nuevas derramas, se partió de los Reyes, habiendo hecho bendecir sus banderas y intitulado su campamento: «El felicísimo ejército de la libertad contra el tirano Diego Centeno.» Y despachando mensajeros para el Cuzco por la sierra, él se fué por los llanos la vía de Arequipa, y allí sacó mucho dinero, y recibió cartas, así del cabildo del Cuzco como del capitán Alonso de Toro, por las cuales le pedían con gran instancia que fuese personalmente allí, porque no era razon que, siendo la ciudad del Cuzco la cabeza del reino, saliese el ejército de otra parte sino de allí, prometiéndole de ayudar con mucha gente y armas y caballos, y ir con él muchas personas principales, poniéndole tambien delante que él era vecino de aquella ciudad, y que era justo que le diese aquella preeminencia. Con lo cual y con otras muchas razones le persuadieron á que fuese al Cuzco, aunque en alguna manera temia al capitán Alonso de Toro, porque le referian algunas palabras que en su ausencia habia dicho contra él; y así, se fué al Cuzco. Y cuando Alonso de Toro supo que venia se apercebó de todo lo que le pareció necesario para la jornada que Carvajal queria hacer, aunque siempre mostró gran descontento de que, habiendo él comenzado aquella guerra y trabajado tanto en ella, y habido tan prósperos sucesos, hubiese proveído Gonzalo Pizarro nuevo capitán, á quien él estoviese sujeto, y que esto fuese Carvajal, con quien él sabia que tenia enemistades privadas; pero todo lo disimulaba lo mejor que podia, diciendo que no pretendia otra cosa sino el buen suceso de los negocios por quien quiera que los guiase; aunque no podia estar tan recatado sobre ello, que algunas veces no se le soltasen palabras descuidadas, que manifestaban lo que en su pecho tenia. Y con saber todas estas cosas los vecinos, esperaban que con la venida de Carvajal habia de haber alguna novedad; y estando en estos términos, llegó nueva cómo Carvajal entraria otro día en el Cuzco con docientos hombres arcabuceros y de á caballo, y Alonso de Toro puso gran diligencia que todos los que habia en la ciudad se armasen y saliesen á punto de guerra; y así por la gran diligencia que puso en los juntar, y lo mucho que procuraba que fuesen en orden, y lo mucho que sentia si salian della, se creyó que llevaba mala intencion, aunque él no lo habia dicho á nadie; y así, se metió en una emboscada al través del camino por donde Carvajal habia de pasar. Y sabido por Carvajal, ordenó su gente y mandó echar balas en los arcabuces, y Alonso de Toro le salió al través; y viendo que ninguno se movia, se llegaron á juntar; y aunque Carvajal sintió mucho este ademán, lo disimuló hasta llegar al Cuzco, donde fué resebido. Y poco después una tarde prendió á cuatro vecinos de los principales del pueblo, y incontinenti los aborció sin comunicarlo con

Alonso de Toro ni dar para ello razon ninguna; y Alonso de Toro disimuló el sentimiento que desto tuvo, porque algunos eran sus amigos. Y con el temor que todos tomaron de una cosa tan súbita y cruel, ninguno rehusó ir con él; y así, sacó de la ciudad hasta cumplimiento de trecientos hombres bien aderezados, y se partió camino del Collao hácia los Charcas, donde estaba Diego Centeno; y aunque le era superior en el número de la gente, todos pensaron que no acabara la jornada, porque los mas iban de mala gana, porque no les daba ninguna paga y les hacia muy malos tratamientos, y era muy desabrido y mal acondicionado y enemigo de buenos, y mal cristiano y blasfemo y cruel; por manera que todos pensaban que la misma gente le habia de matar, porque sobre todo entendia el mal título que llevaba, y cuán mejor le tenia Diego Centeno, que era caballero virtuoso y liberal y que tenia mucho mas que dar, por la gran riqueza que en los Charcas habia. Y así, le dejaremos caminando por el Collao, por contar lo que en este tiempo sucedió en Quito al visorey Blasco Núñez Vela.

CAPITULO XXIX.

De lo que pasó Gonzalo Pizarro en seguimiento del Visorey, que se retiró á la provincia de Benalcázar, y Gonzalo Pizarro quedó en Quito en frontera contra él.

Ya tenemos dicho en los capítulos precedentes cómo Gonzalo Pizarro siguió al Visorey desde la ciudad de San Miguel, de donde se retiró, hasta la ciudad de Quito, que son ciento y cincuenta leguas, llevando tan á porfía el alcance, que casi ningun día se pasó en que no se viesen y hablasen los corredores, y sin que en todo el camino los unos ni los otros quitasen las sillas á los caballos, aunque en este caso estaba mas alerta la gente del Visorey; porque, si algun pequeño rato de la noche reposaban, era vestidos y teniendo siempre los caballos del cabestro, sin esperar á poner toldos ni á aderezar las otras formas que se suelen tener para atar los caballos de noche, mayormente por los arenales, donde no hay árbol ninguno; y la necesidad les enseñando el remedio, y es, que llevan unas talegas ó costales pequeños, los cuales, en llegando al sitio donde han de hacer noche, hinchen de arena, y cavando un hoyo grande, los meten dentro, y después de atado el caballo, se torna á cubrir el hoyo, pisando y apretando la arena. Demás desto, ambos ejércitos pasaron gran necesidad de comida, en especial de Gonzalo Pizarro, que iba á la posta, porque el Visorey ponía gran diligencia en alzar los indios y caciques, para que el enemigo hallase el camino desproveído; y era tanta la priesa con que se retiraba el Visorey, que llevaba consigo ocho ó diez caballos, los mejores de la tierra que habia podido recoger, llevándolos algunos indios de diestro, y en cansándose el caballo, lo dejarretaba y le dejaba, porque sus contrarios no se aprovechasen dél. En este camino juntó consigo Gonzalo Pizarro al capitán Bachicao, que vino de Tierra-Firme, de la jornada que tenemos dicho, con trecientos y cincuenta hombres y veinte navios y gran copia de artillería, y tomando la costa mas cercana á Quito, fué á salir al camino á Gonzalo Pizarro. Llegados á Quito, tuvo juntos Gon-

mo Pizarro en su campo mas de ochocientos hombres, entre los cuales estaban los principales de la tierra, así vecinos como soldados, con tanta prosperidad y quietud, cuanta jamás se vió tener hombre que tiránicamente gobernase, porque aquella provincia es muy abundante de comida; y con haber descubierto muy ricas minas de oro en ella, y haber puesto Gonzalo Pizarro en su cabeza los indios de los principales de la tierra, unos porque se habían ido con el Visorey, y otros porque le habían seguido y favorecido el tiempo que allí residió, sacaba cada día gran cantidad de oro; tanto, que de solos los indios del tesorero Rodrigo Nuñez de Bonilla sacó en ocho meses cerca de cuarenta mil pesos de oro, con haber otros muy mejores, y tener en su cabeza mas de otros veinte repartimientos tan buenos como él; y allende desto, se apoderó de todos los quintos y dineros pertenecientes á su majestad, y robó las cajas de los difuntos; y allí supo que el Visorey estaba cuarenta leguas de allí en la villa de Pasto, que entra en la gobernacion de Benalcázar, y determinó de irlo á buscar, aunque todo este alcance se hizo sucesivamente, y casi sin que hubiese dilacion entre uno y otro, porque Gonzalo Pizarro se detuvo en Quito muy poco; tanto, que, saliendo contra él de Quito, hubo refriega entre la gente de ambos campos en un sitio que se dice Rio-Cañiente. Y sabido el Visorey en Pasto la venida de Gonzalo Pizarro, con gran prisa se salió de la ciudad, y se metió la tierra adentro hasta llegar á la ciudad de Popayan; y habiéndole seguido Pizarro veinte leguas mas adelante de Pasto, determinó de volverse á Quito, porque de allí adelante la tierra era muy despoblada y falta de comida; y así, se tornó á Quito, habiendo seguido el alcance del Visorey tanto tiempo y por tanto espacio de tierra, pues se puede afirmar que le siguió desde la villa de Plata (donde la primera vez salió contra él) hasta la villa del Pasto, en que hay espacio de siete-cientas leguas, tan largas, que ocuparian mas de mil leguas de las ordinarias de Castilla. Y vuelto á Quito, estaba tan soberbio con tantas victorias y prósperos sucesos como habia tenido, que comenzaba á decir palabras desacatadas contra su majestad, diciendo que de fuerza ó de grado le habia de dar la gobernacion del Perú, dando razones por dónde era obligado á ello, y cómo, si hiciese lo contrario se lo pensaba resistir; y aunque él lo disimulaba algunas veces, se lo persuadian públicamente sus capitanes y le hacian publicar esta tan desacatada pretension; y así residió algun tiempo en la ciudad de Quito, haciendo cada día grandes regocijos y fiestas y banquetes, y aun dándose él y los suyos al vicio de mujeres tan desenfrenadamente, que se tuvo por cierto haber hecho matar á un vecino de Quito, cuya mujer él tenia por manceba, dando gran cantidad de dineros al que lo mató, que fué un soldado húngaro, llamado Vincencio Pablo, á quien después los señores del consejo de las Indias mandaron ahorcar en la villa de Valladolid el año de 51. Y así, teniendo tanta gente junta, y que tan buena voluntad le mostraban, unos por fuerza y otros por temor y otros por su voluntad, le parecia imposible haber quien le hiciese contradiccion, y que si su majestad algun concierto quisiese con él hacer, habia de ser enviándoselo á pedir y requerir

sobre ello, hasta que le sucedió el levantamiento de Diego Centeno, á lo cual envió al capitán Carvajal, como arriba esta dicho.

CAPITULO XXX.

Cómo Gonzalo Pizarro envió á Pedro Alonso de Hinojosa con su armada á Tierra-Firme.

Destá manera que hemos contado estuvo Gonzalo Pizarro en Quito mucho tiempo, sin saber nuevas del Visorey, ni el designio que tomaba en sus negocios, porque unos decian que se queria ir á España por la vía de Cartagena, y otros, que se iria á Tierra-Firme, por tener tomado el paso, y juntar gente y armas para ejecutar lo que su majestad enviase á mandar; y otros, que esperaria este mandato en la misma tierra de Popayan, que nunca nadie pensó que allí tuviera aparejo de recibirse de gente para innovar ninguna cosa en los negocios; y para cualquiera de todos estos fines pareció á Gonzalo Pizarro y á sus capitanes cosa conveniente estar apoderado de la provincia de Tierra-Firme, por tener tomado el paso para cualquier suceso que viniese; y así para esto como para estorbar al Visorey que no fuese á ella, mandó volver la armada que habia traido Hernando Bachicao, y que fuese por general della Pedro Alonso de Hinojosa con hasta docientos y cincuenta hombres, y que de camino fuese costeando la tierra por la Buena Ventura y rio de San Juan; y luego se partió, y desde Puerto-Viejo envió un navio, y en él al capitán Rodrigo de Carvajal, que fuese derecho al puerto de Panamá, y diese á ciertos vecinos principales della las cartas que llevaba de Gonzalo Pizarro, por las cuales les rogaba que favoreciesen á sus cosas, y daban color al enviar de la armada con decirles que él habia subido los robos y desafueros que Bachicao hizo á los vecinos en el tiempo que allí residió, lo cual habia sido muy fuera de su voluntad, porque él, ni lo habia mandado ni habia pretendido otra cosa mas de que llana y pacíficamente llevase á aquella tierra al doctor Tejada y se volviese; y que así, enviaba agora á Pedro Alonso de Hinojosa con dineros para satisfacer á todos los agraviados de sus daños, y que si llevaba alguna forma de ejército, era por asegurarse del Visorey y de ciertos capitanes suyos que le habian dicho que estaban haciendo gente en aquella tierra para irlo á favorecer. Con estas cartas llegó Rodrigo de Carvajal en su navio con hasta quince personas cerca de Panamá; y tomando tierra tres leguas antes de la ciudad, donde dicen el Ancon, supo de ciertos estancieros que allí residian cómo estaban en Panamá dos capitanes del Visorey, llamados, el uno Juan de Guzman, y el otro Juan de Illanos, que habian venido con ciertas comisiones suyas para juntar allí gente y armas, y llevarlo en su socorro á la provincia de Benalcázar, donde los esperaba, y que tenian juntos mas de cien soldados y buena cantidad de armas, y cinco ó seis piezas de artilleria de campo, y que, aunque habia dias que lo tenian todo apercebido, habian mudado propósito y no habian querido acudir al Visorey, sino residir en aquella ciudad, para defenderla de la gente de Gonzalo Pizarro, que tenian por cierto que habia de enviar á ocuparla; y sabido esto por Rodrigo de Carvajal, no le pareció seguro saltar

en tierra, y envió aquella noche secretamente un soldado suyo para que diese las cartas á quien venian; y el soldado fué á darlas á ciertos vecinos, los cuales dieron noticia dello á la justicia y á los capitanes del Visorey; y habiendo prendido al soldado, y sabida del la orden de la venida de Hinojosa y su intento, se puso la ciudad en arma, y armando dos bergantines, los enviaron á tomar la nao de Carvajal; el cual, como vió la tardanza de su soldado, sospechó lo que podia ser, y se hizo á la vela la vuelta de las islas de las Perlas, á esperar á Hinojosa que se juntase con él. Y así, los bergantines, no le pudiendo hallar, se volvieron. Y el gobernador de aquella provincia, llamado Pedro de Casaos, natural de Sevilla, fué con gran diligencia á la ciudad de Nombre de Dios, y mandó apercebir toda la gente que en ella estaba; y juntando todas las armas y arcabuces que pudo haber, los llevó consigo á Panamá, y se apercebido de todo lo que le pareció necesario para la resistencia de Hinojosa, en lo cual asimesmo entendian los capitanes del Visorey; y aunque hubo entre Pedro de Casaos y ellos alguna competencia sobre la superioridad, en fin se concluyó que Pedro de Casaos fuese general y ellos tuviesen aparte su gente y bandera; y así, quedaron conformes para la resistencia, caso que antes estaban muy diferentes, porque Pedro de Casaos les prohibia algunos desórdenes que intentaban hacer, y les aconsejaba que se fuesen con su gente á servir al Visorey, pues era aquel el fin para que se habia hecho; y ellos no lo quisieron hacer, antes, como se veian ya poderosos con la gente que tenian junta, se desacataban al Gobernador y no le obedescian en cosa que les mandase.

CAPITULO XXXI.

De la venida de Hinojosa á Panamá, y de los sucesos que tuvo en el camino.

Habiendo enviado Pedro Alonso de Hinojosa al capitán Rodrigo de Carvajal á Panamá, en la forma y para el efecto que tenemos dicho, él se hizo á la vela con diez navios, y vino costeando la tierra hasta llegar á Buenaventura, que es una pequeña poblacion en la boca del rio de San Juan, por donde suben á la gobernacion de Bonaleazar. Su designio fué saber allí nuevas de lo que el Visorey hacia, y si hubiese algunos navios en aquel puerto, llevárselos, y quitarle todo el aparejo de poder salir de la tierra por aquella via. Y llegado al puerto, mandó saltar en tierra ciertos soldados, y prendieron ocho ó diez vecinos que habia en aquella poblacion, y inquirendo dellos lo que sabian del Visorey, halló uno que le dijo cómo el Visorey estaba en Popayan, apercebiéndose de la mas gente y armas que podia, para tornar la tierra adentro del Perú; y que viendo que Juan de Illanes y Juan de Guzman (á quien él habia enviado á Tierra-Firme para lo mismo) se tardaban tanto, determinó de enviar al capitán Vela Nuñez, su hermano, con ciertos caporales de su campo, para que fuese á Panamá, y diese conclusion en la junta de la gente y la trajese consigo, porque el negocio se hiciese con mas autoridad, y para ello le habia dado todos los dineros que pudo juntar de la hacienda real. Y allende dellos, le entregó un hijo bastardo de Gonzalo Pizarro, que habia tomado en Qui-

to, de edad de once ó doce años, creyendo que habria en Panamá mercaderes que, viéndole maltratado, lo rescatarian por algun interés ó favor de Gonzalo Pizarro; y teniendo por cierto que la armada de Bachicao habia recogido todos los navios que hallase en aquel puerto, proveyó que los indios hiciesen y labrasen la madera que era necesaria para un bergantín, y que con la brea y estopas que se requería, lo llevasen en hombros á aquel puerto, para que los calafates y carpinteros en tres ó cuatro dias lo pudiesen echar al agua; y que con este aparejo se habia partido Vela Nuñez de Popayan, hasta llegar una jornada de allí, y que le habia enviado á él delante, para que espíase si tenia el puerto seguro. Sabido esto por Hinojosa, envió dos capitanes suyos con cierta gente, que fueron cada uno por su camino (según los guió la espía) hasta que los unos toparon con Vela Nuñez y los otros con Rodrigo Mejía, natural de Villacastin, y con Sayavedra, que traian al hijo de Gonzalo Pizarro. Y los unos y los otros traian gran cantidad de dineros, los cuales fueron robados por los soldados de Hinojosa; y llevándolos todos presos á los navios, se hicieron grandes regocijos por tan próspero suceso como en tan breve tiempo les habia venido; porque, aunque tuvieron en mucho la prision de Vela Nuñez, y estorbarle con ella que no fuese á Panamá, donde, juntándose con su gente, les podia hacer tanta contradiccion en su entrada, en mucho mas estimaban haber recobrado al hijo de Gonzalo Pizarro, por el servicio que en ello le hacian, y el cargo que le echarian con tal contentamiento; y así, se hicieron á la vela, llevando á buen recaudo los prisioneros.

CAPITULO XXXII.

De la entrada de Hinojosa en Panamá, y de lo que sobre ello aconteció.

Navegando Hinojosa la via de Panamá, le salió al camino Rodrigo de Carvajal con su navio, y le hizo saber lo que en Panamá le habia acaecido, y cómo la ciudad se habia alborotado con su venida y estaban puestos en resistencia; por tanto, que convenia ir apercebidos; y así, poniéndose en orden de guerra un dia del mes de octubre del año de 45, pareció sobre el puerto de Panamá con once navios, y en ellos los doscientos y cincuenta hombres que tenemos dicho. En la ciudad hubo gran alboroto con su venida, y todos se pusieron á punto de guerra y se recogieron á sus landeras; y llevando por general á Pedro de Casaos, acudieron al puerto á defender la salida. Habia en esto campo algo mas de quinientos hombres medianamente apercebidos de armas, aunque los mas dellos eran mercaderes y oficiales y personas tan poco prácticas en la guerra, que ni sabian tirar ni regir los arcabuces que llevaban; y entre ellos habia muchos que ninguna voluntad tenian de romper, porque les parecia que de la venida de la gente del Perú ningun daño les podia resultar, antes muy gran provecho, porque los mercaderes entendian despachar sus mercaderías con mucha ventaja, y los oficiales ser muy aprovechados cada uno en su oficio y trato; y aun los mas caudalosos mercaderes consideraban que tenian sus haciendas y factores y compañeros en el Perú; y que sabida por Gonzalo Pi-

zarra la contradicción que allí le hiciesen, se vengaría de ellos tomándoles sus haciendas y maltratando sus compañeros y factores; pero, no embargante esto, pusieron tanta diligencia los que no corrían ninguno de estos riesgos en juntar y sacar la gente, que los hicieron salir y poner á punto de defensa; y los que principalmente los gobernaban eran el general Pedro de Cascos, y Arias Dacevedo y Juan Fernandez de Rebolledo, y Andrés de Areiza y Juan de Zabala, y Juan de Guzman y Juan de Illanes, y Juan Vendrel y otros algunos principales de Panamá, que pretendían la defensa de la entrada, unos por ser servidores de su majestad, y otros por quedar escarmentados de los agravios que habían recibido de Bachicao, y temiendo que Hinojosa seguiría el mismo camino. Vista por Hinojosa la resistencia, saltó en tierra en el ancon, dos leguas de Panamá, teniendo por reparo á las espaldas unas peñas que los defendían de la gente de caballo; y marchando la vía de Panamá, caminaron por la costa, llevando junto á la tierra los bateles de los navios con mucha artillería; con que descubrían los enemigos, si los acometiesen por el avanguardia. La gente de Hinojosa era hasta doscientos hombres, porque los cincuenta quedaron en guarda de los navios, con orden que á la hora que viesen romper la batalla ahorcasen á Vela Nuñez y á los otros prisioneros. Pedro de Cascos salió al encuentro con su gente; y estando los unos y los otros á poco mas de tiro de arcabuz, acudieron los clérigos y frailes del lugar, trayendo las cruces cubiertas y otras insignias de gran sentimiento y tristeza, y comenzaron á tratar entre los unos y los otros para que no rompiesen, y tentaron dar mellos entre ellos; y para los tratar se pusieron tréguas por aquel día y se dieron rehenes de una parte á otra. Y Hinojosa envió de su parte, para tratar el negocio, á don Baltasar de Castilla, hijo del conde de la Gomera, y los de Panamá enviaron á don Pedro de Cabrera. De parte de Hinojosa decían que no sabían ellos la causa por que les habían de resistir la entrada, pues no venían á hacerles daño ninguno, antes á satisfacerlos del que á Bachicao habían recibido, y á comprar por sus dineros las ropas y mantenimientos necesarios; y que traían orden de Gonzalo Pizarro para no hacer daño ni agravio ninguno á nadie, ni pelear sino fuese siendo provocados y compelidos á ello, y que no harían otra cosa mas de proveerse y reparar sus navios, y volverse; y que el intento de su venida era buscar el Visorey y compelerle que se fuese á España, como había sido enviado por los oidores, porque andaba inquietando y alterando la tierra; y que pues no le hallaban allí, no tenían para qué reparar ni hacer asiento, como ellos pensaban, y que les rogaban que no les forzasen á romper con ellos, porque hasta venir á esto harían todos los comedimientos posibles por cumplir con la orden que traían de Gonzalo Pizarro; pero que de otra manera, siendo forzados á pelear, habían de hacer su posible para no ser vencidos. De parte de Pedro de Cascos se daban otras razones, por donde fundaban la injusticia y mal sonido que traía entrar con forma de ejército en aquella tierra; y aunque Gonzalo Pizarro gobernase jurídicamente, como ellos pretendían, era suaro de su jurisdicción, donde no tenía color ninguno de

entremetarse; y que lo mismo que él decía, había dicho Bachicao, y después de apoderado de la tierra, había hecho los daños y robos que él decía que venía á remediar. Vistas las razones de los unos y de los otros por los comisarios que para los tratos se habían nombrado, dieron forma en los medios, ordenando á su parecer cómo se cumpliese con lo que los unos pedían y se proveyese en lo que los otros temían; y el asiento fué que Hinojosa pudiese saltar en tierra y residir en la ciudad por término de treinta días; y que para seguridad de lo susodicho pudiese tener cincuenta soldados de los suyos, y que la armada con el resto de la gente se volviese á las islas de las Perlas, y allí llevasen los maestros y materiales necesarios para el reparo della, y que pasados los treinta días, se volviesen al Perú. Firmadas estas paces, y habiéndose hecho juramento y pleitomenaje sobre la guarda della por ambas partes, y dádose rehenes de un cabo á otro, Hinojosa se fué á la ciudad con sus cincuenta hombres, y tomó una casa, donde comenzó á dar de comer á todos los que venían, y á permitir que jugasen y conversasen; con lo cual, dentro de tres días se le pasaron casi todos los soldados de Juan de Illanes y la demás gente hallada de la tierra, los cuales todos afirmaban que antes de aquello habían asegurado por sus cartas á Hinojosa que el día de la batalla se le pasarían todos. Y esta fué la principal causa que movió á los capitanes de Panamá que viniesen en hacer los conciertos, por la poca seguridad que tenían de su gente, toda la cual sabían que estaban esperando oportunidad para pasar al Perú, y era cosa muy creíble que, hallándola tan aventajada, pues le daban pasaje y sueldo y comida, lo aceptarían; y así, poco á poco de su gente y de la tierra juntó Hinojosa gran copia de soldados. Y viéndose Juan de Illanes y Juan de Guzman desamparados de su gente, y que ninguna cosa de lo capitulado se guardaba, secretamente tomaron un barco, y se fueron huyendo con hasta quince personas que les habían quedado y con cuatro piezas de artillería la vía de Cartagena, aunque después Juan de Illanes fué preso por un capitán de Hinojosa, que le siguió por la mar, y prometió de andar en su servicio, como lo hizo, y se halló de su parte en la batalla que allí en el Nombre de Dios se dió á Melchior Verdugo, como adelante se contará; y Hinojosa quedó pacíficamente y sin ninguna contradicción en la tierra, sustentando y acrecentando su ejército, sin consentirles que hiciesen agravio á nadie ni entremetarse en otra cosa fuera dello; y envió á don Pedro de Cabrera y á Hernán Mejía de Guzman, su yerno, que allí había hallado desterrados por el Visorey (como tenemos dicho), con cierta gente al Nombre de Dios, para que estuviesen en guarda de aquel puerto y tuviesen los avisos que les convenía para su seguridad, así de España como de otras partes.

CAPITULO XXXIII.

Cómo Melchior Verdugo se alzó en Trujillo por su majestad, y de lo que hizo en seguimiento de su opinión.

En la ciudad de Trujillo había un conquistador, cuya era la provincia de Cuxamulca, llamado Melchior Verdugo, natural de la ciudad de Avila, el cual, desde que el visorey Blasco Nuñez Vela vino á la tierra, pretendió

servirlo y favorecerlo, por ser natural de la misma ciudad de Avila; y así, fué en su servicio á la ciudad de los Reyes, y estuvo allí hasta aquel día que arriba tenemos dicho que el Visorey determinó de despoblar aquella ciudad y retirarse á la de Trujillo; mandó á Melchior Verdugo que fuese delante para asegurar la ciudad y tener recogida la gente y armas que en ella hubiese, y para todo ello le dió muy bastantes comisiones; y teniendo ya embarcada Melchior Verdugo su ropa para ir por mar, el mismo día que se había de hacer á la vela sucedió la prision del Visorey; y como se embarazaron los navíos de la manera que tenemos dicho, cesó su partida; por todo lo cual á Gonzalo Pizarro y sus capitanes les quedó muy gran odio con él; y así, fué Melchior Verdugo uno de los veinte y cinco que prendió el capitán Carvajal la primera noche que entró en los Reyes, cuando ahorcó á Pedro del Barco y á los otros que hemos contado, y por estas causas estuvo muchas veces en peligro de muerte; y aunque después le redujo en su gracia Gonzalo Pizarro, nunca fué tan enteramente, que no le quedase del sospecha, aunque nunca tuvo espacio ni oportunidad para ejecutar en él lo que hacía en los otros, hasta que el capitán Carvajal se fué de Quito contra Centeno, que en el camino le quisiera haber en su poder, si él no se recogiera á sus indios de Cuzamalca, que tenemos dicho; y en pasando Carvajal, se volvió á su casa á Trujillo, teniendo entendido que cada y cuando que Gonzalo Pizarro le pudiese haber ejecutaría en él el enojo que tenía; y así, determinó salir de la tierra, haciendo de camino alguna cosa señalada en contradicción de la opinión de Gonzalo Pizarro; y esperando esta ocusion, comenzó á juntar en su casa la mas gente que podia, y comprar secretamente armas, y á un herrero que tenía dentro en su casa hizo hacer algunos arcabuces y algunas cadenas y grillos y otras prisiones; y estando esperando la oportunidad, sucedió que un navío que bajaba de Lima surgió en el puerto de Trujillo, y luego Melchior Verdugo envió á llamar al maestro y piloto del so color que quería cargar cierta ropa en él y maza para enviar á Panamá, y ellos vinieron luego, y metiéndolos en lo interior de sus aposentos, los hizo llevar á una cámara honda y oscura que para aquel efecto tenía preparada; y dejándolos allí, se subió á su aposento, y envendándose las piernas, fingió que estaba malo de ciertas verrugas que solía tener en ellas, y desde la ventana de su posada, cerca de la cual se juntaban los alcaldes y otros vecinos cada día, porque era en una esquina de la plaza, cuando los alcaldes vinieron les rogó que subiesen á su aposento para hacer ciertos autos ante ellos, pues él no podía bajar por su indisposicion; y habiendo subido con el escribano, los metió poco á poco hasta la pieza donde tenía presos al maestro y piloto, y allí les quitó las varas y los echó en una cadena, y se tornó á su aposento, dejando guardada la puerta de la prision con seis arcabuceros; y tornando á la ventana, en viniendo cada vecino le llamaba fingiendo que quería tratar con él algun negocio, y en subiendo le metía en la prision, sin que ninguno de los que venían supiese de los que antes estaban presos; y así, en pocas horas tuvo en su poder hasta veinte personas, que eran los principales de la ciudad, porque á

todos los demás había llevado consigo Gonzalo Pizarro á Quito. Y dejándolos á recando, salió con cierta gente por el pueblo, apellidando la voz del Rey, y algunos que se le defendieron los prendió, y entrando á los presos, les dijo la queja que dellos tenía por haber seguido la opinión de Gonzalo Pizarro, y que él había determinado, por salir de su tiranía, irse de la tierra en busca del Visorey, y llevarle toda la gente y armas que pudiese, y que para los juntar tenía necesidad de dineros; por tanto que ellos le ayudasen cada uno como pudiese, pues era justo que contribuyesen en algo para el servicio de su majestad, pues tantas veces lo habían hecho para el de Gonzalo Pizarro, y que cada uno escribiese lo que podia dar, con presupuesto que lo había de dar luego; donde no, que los llevaria consigo presos; y así, cada uno se escribió en cierta cantidad, la cual pagaron luego; y concertándose con el maestro, aderezó y provovió el navío, llevando los presos hasta la mar en carretas con sus prisiones, se embarcó con hasta veinte soldados, habiendo recogido gran copia de dineros, así del empréstito de los vecinos como de la caja del Rey y de su propia hacienda, que era hombre rico. Y salido del puerto, dejando en los carros los presos, se fué por la mar costeando, y topó con un navío en que traían al capitán Baehicua gran cantidad de ropa, de la que él había robado en Tierra-Firme, el cual lo metió á saco y lo repartió entre sí y sus soldados; y aunque algunas veces quiso ir á la Buenaventura, para entrar por allí en busca del Visorey, no la tuvo por segura jornada, atenta la poca gente que llevaba, porque temió encontrar con el armada de Gonzalo Pizarro; y así, mudando propósito, se fué á la provincia de Nicaragua; y saltando en tierra, dió noticia de su jornada á los gobernadores de la provincia, pidiéndoles socorro para su defensa; y visto el mal aparejo que allí halló para ello, se fué á la audiencia de los confines de Nicaragua, donde pidió al Presidente y oidores la misma ayuda y favor; y ellos se la prometieron, y enviaron á hacérsela dar al licenciado Ramirez de Alarcon, oidor de aquella audiencia, el cual fué á Nicaragua y aperebió á los vecinos para que estuviesen prestos con sus armas y caballos. Ya en este tiempo se tuvo noticia en Panamá de lo que Verdugo había hecho en Trujillo, y cómo había ido la vuelta de Nicaragua; y temiendo hinojosa no juntase gente y le hiciese alguna contradicción con ella, envió á Juan Alonso Palomino con dos navíos, y en ellos ciento y veinte arcabuceros, y con ellos fué á la costa de Nicaragua, y topando el navío de Verdugo, se apoderó del; y queriendo saltar en tierra, halló juntos los vecinos de las ciudades de Granada y Leon, que son los principales pueblos de aquella provincia, y con ellos al licenciado Ramirez y al mismo Verdugo, que le resistieron la entrada. Y viendo Juan Alonso Palomino que los enemigos le eran superiores, así en número de gente como en tener caballos para correr la tierra, determinó estarse quedado en la mar; y allí se detuvo algunos días, esperando oportunidad para hacer algun salto; y como no la halló, llevando consigo algunos navíos, y quemando los otros que no pudo llevar, se volvió á Panamá; y Melchior Verdugo, teniendo en su compañía hasta cien hombres bien aderezados, y considerando que toda la

fuerza de Hinojosa estaba en Panamá, y que si alguna gente tenía en el Nombre de Dios sería poca, y descubriendo que por aquella vía le pudiese venir contraste ninguno; y así, determinó de hacer en ellos un asalto, y aderezando tres ó cuatro fragatas, se embarcó en ellas con su gente y se fué por el desagadero de la laguna de Nicaragua á salir á la mar del Norte, y antes que llegase al Nombre de Dios, en la boca del río Chagré, tomó de un barco ciertos negros ladinos, de que se informó particularmente de todo lo que en el Nombre de Dios pasaba, y de la gente y capitanes que allí estaban y adonde posaban; y guiándole alguno de los negros, á la media noche saltó en tierra y se fué derecho á la casa de Juan de Zavala, donde posaban los capitanes don Pedro de Cabrera y Hernán Mejía con algunos soldados, los cuales, al ruido de la gente, despertaron y se pusieron en defensa de la casa; y viendo aquello los soldados de Verdugo, pusieron fuego en ella y se quemó, hasta que llegando el fuego á una escalera que defendía Hernán Mejía con algunos soldados, les fué forzado salir rompiendo por medio de los enemigos; y así, salieron con mucho peligro, ayudándoles la oscuridad de la noche á salvar las vidas, y se fueron á pié camino de Panamá, y estuvieron escondidos en una espesura de montes hasta que tuvieron aparejo para irse á Panamá, donde contaron á Hinojosa todo lo que pasaba; lo cual él sintió mucho, y determinó vengarse, dando color á la venganza con título jurídico; y esto fué, que ciertos vecinos del Nombre de Dios se quejaron al doctor Ribera, que allí era gobernador, encareciéndole la entrada de Verdugo en su jurisdicción sin traer título ni provision para ello, y que por su propia autoridad había cobrado dineros, y tenía presos los alcaldes y asonada y alborotada la ciudad, pidiéndole que él en persona lo fuese á castigar; y ofreciéndose Hinojosa de ir con su gente á le dar favor y ayuda para el castigo, pues tenía necesidad de gente de guerra que le favoreciese; y rescibiendo juramento y pleitomenaje de Hinojosa y sus capitanes que no saldrían de su mandado y la obedecerían como su general, y poniendo la gente en órden, se partió de Panamá; lo cual sabido por Melchior Verdugo, asimismo puso en órden su gente y hizo aderezar los vecinos con sus armas; y hecho un escuadrón en la plaza de Nombre de Dios, determinó aguardar los enemigos; aunque después, viendo la poca gana que mostraban de pelear los vecinos, y que si la batalla se daba en la plaza se le meterían por las casas y le dejarían en peligro, acordó sacar su gente al campo cerca de la mar, donde hizo traer sus fragatas, y tomando por fuerte ciertos bucos que allí en la playa estaban varados aguardando á Hinojosa, el cual lo acometió, y se comenzó la batalla, y de las primeras rociadas murió alguna gente, y entre ellos personas señaladas. Viendo los vecinos del Nombre de Dios que estaban con Verdugo cómo venía por general de sus contrarios el doctor Ribera, su gobernador, se fueron retrayendo todos á un arcabuzo que estaba junto á ellos, y los soldados de Verdugo, por detener á los vecinos, se desbarataron, por manera que á Verdugo le fué forzado retraerse á sus fragatas, y entrándose por el agua, se metió en una de ellas y se acogió á los navíos que estaban

en la mar del Norte; y tomando el mayor de ellos, lo armó con la artillería de los otros y comenzó á dar batiría al pueblo, aunque por estar muy hondo no podían coger las casas desde la mar; y visto aquello, y que faltaban bastimentos, y que la mayor parte de su gente se le había quedado en tierra, se retiró con sus fragatas y con aquel navío al puerto de Cartagena, para esperar oportunidad para dañar al enemigo. El doctor Ribera y Hinojosa, habiendo pacificado el pueblo del Nombre de Dios, y dejando en el agua mas guarnición de la que de antes había, con los mismos capitanes don Pedro de Cabrera y Hernán Mejía, ellos se volvieron á Panamá, aguardando lo que de España su majestad proveyería.

CAPITULO XXXIV.

De cómo el Visorey se rebeló de gente y vino á Quito, y dió la batalla á Gonzalo Pizarro, en la cual fué vencido y muerto.

Después que el Visorey llegó á Popayan (como está contado), proveyó que se trajese allí todo el hierro que se pudo haber en la provincia, y buscó maestros y hizo aderezar fraguas, y en breve tiempo se forjaron en ellas docientos arcabuces con todos sus aparejos; y demás desto, se pertrechó de armas y de las otras cosas necesarias para la guerra. Y sabido que el gobernador Benalcázar había enviado un capitán suyo, muy valiente y práctico en las cosas de la guerra, llamado Juan Cabrera, que con ciento y cincuenta hombres conquistase una provincia de indios que estaba de guerra la tierra adentro, despachó mensajeros con cartas, en que le hacía saber muy por extenso todas las cosas que le habían sucedido desde que entró en el Perú, y la tiranía y alzamiento de Gonzalo Pizarro, y cómo le había echado de la tierra, y que estaba determinado que, en teniendo ejército conveniente para ello, le iría á buscar; por tanto, le rogaba con toda la instancia posible que luego á la hora se viniese con su gente allí á Popayan, adonde estaba, á se juntar con él para que ambos se fuesen la vía de Quito en busca del tirano, encareciéndole el grande y señalado servicio que á su majestad se haría en aquella jornada, y cuán mas fructuosa sería (cuanto al interesse) que el descubrimiento en que él andaba, pues sucediéndoles los negocios de suerte que Gonzalo Pizarro fuese deshecho, se había de repartir la tierra que él y sus secaces poseían, y les prometía de dar de comer en la mejor parte de ella á él y á su gente; haciéndole asimismo saber cómo por la otra parte del Perú se había alzado por su majestad Diego Centeno, y la mucha gente que se le iba juntando cada día; y que haciéndole contradicción por la otra parte, no podía dejar de recebir gran detrimento Gonzalo Pizarro, de cuyas tiranías y extorsiones estaban tan cansados los vecinos de la tierra, que con cualquier ocasión se levantarían contra él; y para que de mejor voluntad la gente viniese, le envió comision para que de las cajas de su majestad de Carago y Ancelma y Cali y Antioquia y otras partes pudiese tomar hasta treinta mil pesos de oro, y hacer con ellos socorro á los soldados; y demás desto recordando, hizo que el gobernador Benalcázar, como superior suyo y que le había enviado á la conquista, le escribiese mandándole luego venir. Y recebidos por Juan Cabrera todos estos

despachos, tomó luego los treinta mil pesos de la comision, y repartiéndolos entre sus soldados, con ellos acudió á Popayan y se juntó con el Visorey, que serian hasta cien soldados medianamente aderezados, y allende desto, el Visorey envió sus despachos al nuevo reino de Granada, al mesmo tenor que los de Juan Cabrera, y otros á la provincia de Cartagena, pidiendo de todas partes socorro; y así, cada día se le iban juntando gentes; y en este tiempo supo la prision de su hermano Vela Nuñez y el desbarato de Juan de Illanes y de su gente; por manera que ya no esperaba socorro de ninguna parte. Y en esta sazón Gonzalo Pizarro deseaba haber á las manos al Visorey, no teniendo hora de seguridad mientras él fuese vivo y tuviese ejército; y para le incitar á que le viniese á buscar inventó un ardid; y este fué, que echó fama de quererse ir la tierra adentro hácia la provincia de los Charcas, á apaciguar el alzamiento de Centeno, y dejar allí en Quito al capitán Pedro de Puelles con hasta trecientos hombres que estuviesen en frontera contra el Visorey. Y esta fama la puso en ejecución, escogiendo entre su gente y nombrando los que habian de ir y los que habian de quedar, y dando socorros á los unos y á los otros; así, de hecho se partió, haciendo alardes del campo que iba y del que quedaba, lo cual proveyó que viniese á noticia del Visorey por medio de una espía del Visorey que allí habia enviado para que le avisase de lo que pasaba; la cual se descubrió á Gonzalo Pizarro, y le manifestó la cifra que para esto traía; por lo cual le escribió todas estas nuevas. Y tambien hizo que Pedro de Puelles escribiese á ciertos amigos suyos de Popayan, diciéndoles cómo él quedaba allí con trecientos hombres, con los cuales entendia resistir al Visorey, por mucha gente que trujese; y estas cartas envió de suerte que fuesen tomadas por las guardas del Visorey, y sobre todo esto se enviaron indios que habian estado presentes al tiempo de los alardes, y vieron partir á Gonzalo Pizarro, y contaron la gente que dejó; caso que Gonzalo Pizarro se detuvo dos ó tres jornadas de Quito, fingiendo enfermedad por no pasar adelante. Rescebidos por el Visorey estos avisos, considerando la ventaja que tenia á Pedro de Puelles, y que ya no esperaba ningún socorro de ninguna parte, determinó partirse de Popayan la via de Quito, sin que en todo el camino pudiese saber nueva alguna de Gonzalo Pizarro y de su gente, por el gran recado que tenia puesto por los caminos y atajados todos los pasos, así para cristianos como para indios, caso que él tenia cada día nuevas de las jornadas que el Visorey hacia, y dónde y cómo llegaba, por vía de los indios cañares, que son muy cursados en toda la tierra; y así, cuando le pareció tiempo se vino á Quito á juntar con Pedro de Puelles, y con ambos campos salieron de la ciudad en busca del Visorey, que estaba en Otavalo doce leguas de Quito; de lo cual Gonzalo Pizarro mostraba gran contentamiento, aunque tenia relacion que traía ochocientos hombres, porque siempre se lo decian así, y aun cuanto mas se iba acercando le crecía el número del ejército; pero él tenía gran confianza en los suyos, así por ser los principales de la tierra, como por haber sido victoriosos tantas veces y por ser gente experimentada en las cosas de la

guerra, y en todos aquellos días siempre les decia la razon que tenia para seguir aquella empresa, por haber conquistado la tierra él y sus hermanos; y contándoles las crueldades que el Visorey habia hecho, así en la muerte del factor Illan Suarez como en sus mismos capitanes; y cómo, después de haber sido desterrado por los oidores, y habérlo enviado á dar cuenta á su majestad, no solamente no habia querido ir, mas aun andaba alterando la tierra y habia hecho gente en jurisdiccion extraña y otras cosas desta calidad, para indignar su gente contra el Visorey; y así, todos se ofrecieron con buen ánimo de ir contra él y darle la batalla, unos por el interés que pretendian en que no se ejecutasen las ordenanzas, y otros su propia venganza, y otros por miedo que tenían al Visorey, por haberse llamado siempre contra él, y los mas por el temor que tenían de Gonzalo Pizarro y de sus capitanes, porque le habian visto ahorcar mucho número de gentes por mostrar tibieza en su servicio. Y así, mandó ordenar su gente y asentarla por lista en sus compañías, y halló tener ciento y treinta de caballo muy bien aderezados, y docientos arcabuceros y trecientos y cincuenta piqueros, que serian por todos setecientos hombres. Tenia muy gran cantidad de pólvora bien refinada; y desta manera, sabiendo que el Visorey habia asentado el real dos leguas de la ciudad de Quito, junto al rio, salió con toda su gente de la ciudad, llevando por capitanes de arcabuceros á Juan de Acosta y á Juan Vélez de Guevara, y por capitán de piqueros á Hernando Bachiaco, y por capitanes de caballo á Pedro de Puelles y Gomez de Albarado, y no hubo maestro de campo en esta batalla. Hizo sacar Gonzalo Pizarro su estandarte, debajo del cual iban setenta hombres de caballo; y así, se adelantó á tomar un paso que estaba en el rio, donde pensó desbaratar al Visorey, sábado á 15 de enero del año de 46. Y desta manera estuvieron allí aquella noche, teniendo muy gran recado en su real, y el Visorey tenia asentado el suyo tan cerca dellos, que se llegaron á hablar los corredores de ambas partes, llamándose traidores los unos á los otros, fundando que cada uno sustentaba la voz del Rey; y así estuvieron toda aquella noche aguardando. Y demás de los capitanes que arriba hemos dicho que traía Gonzalo Pizarro, venia con él el licenciado Benito Suarez de Carvajal, hermano del factor Illan Suarez de Carvajal, el cual habia venido de la ciudad del Cuzco desde los principios de la guerra, llevando de Gonzalo Pizarro, para se juntar con el Visorey; y llegando veinte leguas de los Reyes, supo la muerte de su hermano; y así, se detuvo sin osar entrar en la ciudad hasta que supo que el Visorey era preso y embarcado, y después Gonzalo Pizarro le prendió y tuvo á punto de degollalle, y cuando hubo de ir á la guerra de Quito le redujo en su gracia, y le aceptó ir la jornada en venganza de la muerte del factor, su hermano, llevando consigo hasta treinta personas, todos parientes y criados suyos, por compañía aparte, de que se nombraba capitán.

CAPITULO XXXV.

De cómo rompió la batalla de Quito.

Sabiendo el Visorey en un pueblo que se llama Tuza (que es veinte leguas antes de llegar á Quito) cómo Gonzalo Pizarro estaba allí con ejército de ochocientos hombres, caso que no lo descubrió sino á solos sus capitanes, dió la orden que se habia de tener en pelear. Y cuando llegó al pié de la cuesta donde estaba Pizarro determinó acometerle por la retaguardia, yendo por otro camino diferente del que el enemigo guardaba; lo cual se creia que fuera de grande efecto, porque los arcabuceros y la fuerza de los de Pizarro estaban sembrados por aquella cuesta hacia el camino por donde creian que habia de venir el Visorey; y en la retaguardia estaba la caballeria muy sin recelo de acometimiento, y para este efecto el Visorey se habia alojado tan cerca de los enemigos como está dicho. Y dejando á prima noche su campo y tiendas y perros y indios como antes estaban, con muchos fuegos, por descuidar los enemigos, él con toda la gente se partió muy sin ruido por aquel camino oculto, en que le informaron que habria cuatro leguas, aunque, como habia días que no se hallaba, estaban en él tan malos pasos, que le amanesció primero que pudiese hacer el efecto que pensó. Y viendo que estaba una legua de su contrario, y que no podia dar en él sin ser sentido, acordó ir á la ciudad de Quito para juntar consigo algunos servidores de su majestad que habrian buscado ocasiones para no ir con el tirano, y recoger las armas que él allí hubiese dejado; y llegada la gente á la ciudad, supieron estar en el campo Gonzalo Pizarro, que era lo que con tanta diligencia se les habia encubierto. A la mañana los corredores de Pizarro, yendo á correr y no viendo ruido en el real del Visorey, entraron dentro, y sabiendo de los indios lo que pasaba, dieron noticia dello á Pizarro, y poco después supo cómo estaba en Quito, para donde caminó con gran prisa, con intento de darle la batalla do quier que le topase. El Visorey, caso que vió la gran ventaja que el enemigo le tenia, determinó con grande esfuerzo poner el negocio á riesgo de batalla; y así, salió á dársela fuera de la ciudad, y fué marchando con su campo tan animosamente como si tuviera cierta la vitoria. Los capitanes de su campo fueron don Alonso de Montemayor, de la compañía del estandarte real, el cual mandó el Visorey que todos obedesciesen aquel día. Fueron capitanes de caballo Copeda y Bazan; fué alférez general Alumada; fueron de pié Sancho Sanchez de Avila, Francisco Hernandez Jiron y Pedro de Heredia y Rodrigo Nuñez de Bonilla; fué maestro de campo Juan Cabrera, que peleó á pié. Todos los principales suplicaron al Visorey que no rompiese, como queria, en los delanteros, y que se quedase atrás con quince de caballo, para socorrer en la mayor necesidad; pero al tiempo que los escuadrones se acercaron para romper, él se puso al lado de don Alonso delante del estandarte; y iba en un caballo rucio crescido, llevaba una ropeta de telilla blanca de indios, con unas cuchilladas largas, por donde se descubrian unas coracinas de raso carmesí con franjas de oro. Y viéndose ya junto á los enemigos, dijo á su gente: «Ca-

balleros, bien veo que tenéis ánimo para ponérmele á mí, y en esto hacéis lo que debéis á quien sois; y por tanto, no os quiero decir otra cosa, pues sois tan leales á vuestro rey, sino que de Dios es la causa, de Dios es la causa, de Dios es la causa;» y luego arremetieron él y don Alonso y Bazan, que iban una pieza delante el escuadron hacia la parte donde estaba el licenciado Carvajal, el cual les salió al encuentro. También Gonzalo Pizarro se quiso poner en el vanguardia, y los suyos le hicieron poner con siete ó ocho de caballo al un lado del escuadron. Llegó la caballeria á romper las lanzas y pelear con hachas y porras y estoque. La caballeria del Visorey recibió gran daño de una manga de arcabuceros. El Visorey derribó del caballo á Montalvo, y á él le encontró Hernando de Torres, y después le dió un golpe en la cabeza con una hacha, que le aturdió y dió con él en tierra, porque él y su caballo andaban tan cansados del trabajo de aquella noche, en que habian siempre caminado sin comer ni dormir, que no hubo mucha dificultad en derriballe. A esta hora la infanteria estaba trabada con tantas voces y ruido, que parecia mucha mas gente, y de los primeros golpes fué muerto Juan Cabrera. Sancho Sanchez de Avila acometió al escuadron yendo delante los suyos con un montante en la mano, y hizolo tan valerosamente, que habia rompido hasta la mitad del escuadron; pero, como la gente de Pizarro era mucha mas en número, le rodearon por todas partes, hasta que le mataron á él y á los mas de los suyos. Y aunque todavia la batalla andaba bien reñida entre la infanteria, en viendo caido al Visorey, los de su parte alojaron y fueron vencidos, y mucha parte dellos muertos. Andando en este tiempo el licenciado Carvajal discurriendo por el campo, halló que el capitán Pedro de Puelles queria acabar de matar al Visorey, aunque él estaba ya sin sentido y casi muerto de la caída y de un arcabuzazo que le habian dado. Y Carvajal le hizo cortar la cabeza, diciendo que era en satisfacion de la muerte de su hermano, que diz que era el fin de aquella su jornada, y no por seguir á Pizarro. Hecho esto, Gonzalo Pizarro mandó tocar las trompetas para recoger, porque andaba la gente derramada siguiendo el alcance, en el cual y en la batalla fueron muertos, de la parte del Visorey docientos hombres, poco mas ó menos, y de parte de Pizarro siete. A los muertos hizo enterrar, echando siete ó ocho en cada hoyo. Mandó llevar á Quito los cuerpos del Visorey y Sancho Sanchez, y hizolos enterrar con gran solemnidad, yendo él al enterramiento y poniendo luto por ellos; y desde á pocos días hizo aliarcar otras diez ó doce personas que se habian escondido por iglesias y otras partes. El licenciado Alvarez salió herido de la batalla, y lo mismo el capitán Benalcázar y don Alonso de Montemayor. Y queriendo Pizarro cortar la cabeza á don Alonso, hubo personas en su campo que rogaron por él, por ser muy bienquisto, haciendo entender á Pizarro que no podia escapar de las heridas, caso que después Gomez de Albarado avisó á él y á Benalcázar cómo tenia acordado de matarlos con ponzoña, por lo cual hacian tener gran recaudo y visos en las medicinas y mantenimientos que les daban; y por no poder prevenir en esto al licenciado Alvarez, porque posaba en casa del

licenciado Cepeda, se tuvo por cierto que le dieron ponzoña en una almendrada, de que murió. Viendo Pizarro que no había podido salir con su intento en lo que tocaba á don Alonso, y no teniendo esperanza de traerle á su amistad, acordó desterrarle para Chili, que era mas de mil leguas de allí, y con él á Rodrigo Nuñez de Bonilla, tesorero de Quito, y á otros siete ó ocho que siempre habían seguido al Visorey y hallábase de su parte en todas las batallas, á los cuales no quiso matar, porque hubo muchos que rogaron por ellos, ni tampoco se fió de tenerlos consigo ni se contentó de desterrarlos del Perú, porque en todas partes le podían hacer daño; y así, acordó de desterrarlos para Chili, y encomendólos á un capitán llamado Antonio de Ulloa, que enviaba á Chili con gente; y habiéndolos llevado mas de cuatrocientas leguas por tierra, y muchos dellos á pié y sin acabar de sanar las heridas, acordaron entre sí de dar sobre el capitán que los llevaba y en su gente, y morir ó alcanzar libertad. Y encomendándose á Dios, acometieron el hecho con tanto ánimo, que les sucedió conforme á su deseo, y prendieron á Antonio de Ulloa y á los mas de los que con él iban; y poniéndolos don Alonso á recado, envió cuatro de los de su compañía al mas cercano puerto, de donde aconteció este hecho, y hallaron un navío, el cual tomaron con la buena maña y orden que sobre ello se dieron, aunque no les faltó contradicción, porque dentro del había personas y soldados secaces de Gonzalo Pizarro y de su opinión; y avisando á don Alfonso de lo que pasaba, él y los de su compañía, dejándolos presos en tierra, se acogieron al navío, y comenzaron á navegar sin piloto ni marineros que supiesen la navegación, y con grandes trabajos fueron á la Nueva-España. Demás desto, envió al capitán Guevara con cierta gente á la villa de Pasto á traer presos algunos de quien tenía enojo, y dellos ahorcó uno, y los demás desterró. Perdonó á Benalcázar con pleito menaje que le hizo de favorecerle siempre, y dióle cierta gente de la que había traído, con que se volviese á su gobernación. Recogió toda la gente del Visorey que pudo haber de los que se escaparon de la batalla, á los cuales propuso la razon que tenía de estar dellos quejoso; pero que él les perdonaba, atento que habían venido allí, los unos engañados y los otros forzados, prometiéndoles que si le seguían y hacían su deber, los tenía en el mismo lugar y reputación que á los demás que habían andado con él, y les haría igual gratificación; y así, los mandó quedar en su campo, prohibiendo que nadie los maltratase de obra ni palabra, aunque siempre se tuvo

dellos algun recelo. Despachó mensajeros por todas partes, haciendo saber la victoria, para animar los suyos y confirmar su tiranía. Despachó el capitán Alarcon en un navío, que llevase la nueva del vencimiento á Hinojosa, y á la vuelta trajese á Vela Nuñez y á los que con él estaban presos. Algunos pareceres hubo que enviase su armada por las costas de Nueva-España y de Nicaragua á quemar y recoger todos los navíos que allí hubiese, por quitar cualquier aparejo de ser acometido por mar; haciendo después recoger toda la armada á la ciudad de los Reyes, porque viniendo despachado de su majestad á Tierra-Firme, y no hallando allí en qué ni cómo los pasar al Perú, lo tenían por bastante torcedor para hacer los partidos muy á su ventaja; pero, atenta la confianza que tenía Gonzalo Pizarro de Hinojosa y los que con él estaban, y la soberbia que le había quedado con la victoria del Visorey, le pareció no mostrar aquella flaqueza, porque entendía poder resistir abiertamente cualquiera contradicción que se le hiciese; y así, se partió Alarcon y hizo su viaje, trayendo los presos, y con ellos al hijo de Gonzalo Pizarro, y cerca de Puerto-Viejo ahorcó á Sayavedra y á Lerina, que eran dos soldados principales entre los presos, por ciertas palabras escandalosas que supo que habían dicho, y también quiso ahorcar á Rodrigo Mejía, el cual salvó el hijo de Gonzalo Pizarro, diciendo que aquel le trataba con muy buena crianza y comedimiento. A Vela Nuñez llevó á Quito, donde Gonzalo Pizarro le perdonó todo lo pasado, amonestándole que en lo por venir estuviese muy sobre el aviso, porque cualquiera sospecha le sería muy peligrosa; y así, le traía consigo con alguna libertad, y le llevó cuando se fué á la ciudad de los Reyes. En toda esta jornada siguió y acompañó á Gonzalo Pizarro el licenciado Cepeda, oidor, al cual sacó de la ciudad de los Reyes á efecto de deshacer la audiencia real; porque, de cuatro oidores que había, el licenciado Alvarez fué con el Visorey, y al doctor Tejada envió á España (como está dicho); y llevando consigo á Cepeda, el licenciado Zárate solo no podía hacer audiencia, cuanto mas que estaba siempre enfermo, y se tenía del alguna mas confianza que antes, después que Gonzalo Pizarro le tomó casi por fuerza una hija suya y la casó con Blas de Soto, su hermano, aunque á la verdad el licenciado Zárate siempre estuvo muy entero en el servicio de su majestad, caso que hacia algunos cumplimientos con el tirano, necesarios á la opresión del tiempo.

LIBRO SEXTO.

QUE TRATA DE LA IDA DEL LICENCIADO DE LA GASCA AL PERÚ, Y CÓMO VENCió Á GONZALO PIZARRO,
Y APACIGLÓ LA TIERRA.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo el capitán Carvajal siguió su camino contra Diego Centeno, y le venció en diversas partes.

Ya se hizo relacion en el libro pasado cómo el capitán Carvajal salió del Cuzco con trecientos hombres y con mucho número de caballos y arcabuces y otras armas, y caminó por el Collao la via de la provincia de Paria, donde estaba Diego Centeno con hasta docientos y cincuenta hombres, el cual cuando supo su venida le aguardó con determinacion de dárlo la batalla. Pues llegado Carvajal dos leguas de Paria, Diego Centeno alzó su real, y se puso algun trecho de la otra parte de Paria junto al rio, porque le pareció mas conveniente sitio. El capitán Carvajal asentó su campo en el mismo tambo de Paria, una legua del enemigo, y Diego Centeno el día siguiente envió quince arcabuceros en muy buenos caballos para que representasen la batalla; los cuales corrieron hasta llegar un tiro de piedra de Carvajal, y allí se hablaron los unos á los otros, y los corredores le dijeron que Diego Centeno estaba presto de darles la batalla, en nombre de su majestad, y que si el capitán Carvajal se queria reducir á su real servicio, todos estarian al suyo, y que mirase el mal titulo que traia. Carvajal estaba delante los suyos riéndose mucho de lo que decian; y luego se comenzaron á decir palabras descomedidas, llamándose traidores los unos á los otros, y soltando los arcabuces, dieron una vuelta al real, y reconocieron la gente que podía haber; y con tanto, se tornaron. Esto fué viernes de la Cruz del año de 548. Luego Carvajal alzó su campo y fué marchando hácia sus enemigos, los cuales acordaron alzar su real y irle á asentar aquella noche donde Carvajal no los pudiese alcanzar, con intento de no esperar batalla compida, sino darles armas y asaltos de noche; porque tenia relacion del descontento que traia la mas de la gente de Carvajal, y que de aquella manera se les pasaria muy á su salvo, y le dejarían el campo sin riesgo de batalla, dudando del suceso de ella por los muchos arcabuces que Carvajal traia, aunque ellos le tenían gran ventaja en la gente de caballo; aunque esta determinacion no fué del parecer de Diego Centeno, porque él quisiera dar la batalla, salvo que, como todos los vecinos de la villa de la Plata que con él venian fueron de opinion contraria, determinó seguirlos, aunque siempre con presupuesto de no rehusar la batalla viniendo en ocasion; y así, caminó aquel día y noche quince leguas, siguiendo siempre sus pisadas Carvajal con la misma priesa; y asentó su real cuanto mas cerca pudo de sus contrarios, poniendo aquella noche guardas de gran confian-

za; y á la media noche vinieron de parte de Diego Centeno ochenta de caballo á darles arma, y les tiraron muchos arcabuces, y Carvajal ordenó su gente y la tuvo toda la noche en escuadron, sin consentir que ninguno se demandase, porque él tambien temia que se le habian de huir algunos. Y desta manera pasó aquella noche, sin que ninguno se le pasase. Y á la mañana Diego Centeno levantó su real, y caminó aquel día diez leguas con la misma priesa que solia; y Carvajal le iba siguiendo sin perderle punto, y alcanzó en el camino un hombre que se habia quedado cansado, y le ahorcó, jurando que á todos cuantos topase habia de hacer lo mesmo. Y así, le siguió hasta llegar al mismo asiento de Paria, de donde Diego Centeno se volvió á la via del Collao, siguiéndole siempre Carvajal con mas priesa que se sufre llevar gente de guerra, porque aconteció caminar algunos días doce ó quince leguas, siempre á vista los unos de los otros, hasta que llegaron á Hayohayo, donde el capitán Carvajal alcanzó doce hombres de Diego Centeno y los ahorcó todos juntos, y pasó adelante; y como las jornadas eran tan demasiadas, á los unos y á los otros se les quedaba gente escondida y cansada. Y viendo Diego Centeno que ya no era parte para resistir á Carvajal, quejándose siempre de sus capitanes y amigos por no le haber dejado dar la batalla cuando él queria; y viendo que ya toda la tierra estaba por Gonzalo Pizarro, enderezó la via de la mar á la costa de Arequipa, enviando delante al capitán Rivadeneyra, para que si hallase algun navio por la costa le tomase por dinero ó por engaño, y le trajese á Arequipa, para embarcarse en él en llegando. El cual por gran ventura halló un navio que iba á Chili, y entrando de noche en una balsa, fácilmente le tomó, y iba bien proveído de matalote. Diego Centeno llegó en este tiempo á Arequipa, y poco menos de dos días después llegó Carvajal; y Diego Centeno estaba esperando el navio, y viendo que no venia nueva dél, y que el enemigo se le acercaba y él no se hallaba con mas de ochenta hombres, determinó derramar aquellos, y él con solos dos amigos se fué á los montes y se escondió en una cueva, donde estuvo sin que pudiese ser hallado hasta la venida del licenciado de la Gasca, dándole de comer el cacique cuya era la tierra por su persona, sin descubrirlo á nadie. Carvajal llegó á la costa de Arequipa, y como supo que Centeno era escondido y su gente derramada por diversas partes, envió un capitán con veinte arcabuceros en seguimiento de Lope de Mendoza, que supo que iba cerca de allí con siete ó ocho soldados, con los cuales se dió tanta priesa á andar, que en mas de ochenta leguas que le siguieron no le pudieron dar alcance; y así, se

tornaron los que iban tras él, y él siguió el camino de la entrada del río de la Plata, donde le aconteció lo que adelante se dirá; y otro día, entrando Carvajal en Arequipa, pareció por la costa el navío que traía Rivadeneyra, y habiendo sabido Carvajal de algunos soldados que se quedaron á Centeno el fin para que se había tomado y quién venía en él, supo también la seña que estaba concertada para recibir á Diego Centeno; y haciendo poner en una caleta escondidos veinte arcabuceros, hizo hacer la misma seña del concierto, pensando apoderarse del navío; y creyendo Rivadeneyra que se hacía por mandado de Centeno, mandó ir el batel en tierra, aunque, recelando lo que podía ser, mandó á los que lo llevaban que fuesen muy sobre el aviso, y primero que llegasen á tierra reconociesen si había algún engaño; y los suyos lo hicieron así, y no quisieron saltar en tierra hasta ver á Diego Centeno; y entendiendo el engaño, se hicieron á la vela y se fueron á la provincia de Nicaragua, dejando escondido á Diego Centeno con sus dos compañeros y algunos de los suyos, que huyeron y se escondieron por los montes, donde fueron muertos á manos de los indios, porque así se lo mandó el capitán Carvajal que lo hiciesen; y así, de todo el campo de Diego Centeno no había de quién temer, por lo cual Carvajal se determinó de ir á residir á la villa de Plata, así porque supo que Diego Centeno y los que con él andaban habían dejado allí escondidas grandes riquezas y haciendas de granjería, como para hacer sacar y recoger plata de las minas, y para proveer dello á Gonzalo Pizarro para los gastos de la guerra y aprovecharse él particularmente; porque (como hemos dicho) era hombre muy codicioso. Y así, siguió su camino hasta llegar á la villa de Plata, la cual se le dió sin resistencia ninguna, y él se estuvo en ella algún tiempo, procurando juntar dineros de todas partes, hasta que le fué forzado salir della por la razón que en el capítulo siguiente se contará.

CAPITULO II.

De cómo, yendo Lope de Mendoza huyendo de Carvajal, encontró cierta gente que venía del río de la Plata, y todos juntos volvieron contra Carvajal.

Habiendo Lope de Mendoza escapado del Maestre de campo y de los que por su mandado fueron en su alcance, caminó con cinco ó seis vecinos de la villa de Plata, que el uno se llamaba Alonso de Camargo, y el otro Luis Perdomo, por la costa arriba algún trecho, hasta que, pareciéndoles que todo el reino estaba pacíficamente por Gonzalo Pizarro y que no había en él lugar seguro para ellos, determinaron meterse la tierra adentro á la gobernación de Diego de Rójas; y así, caminaron por la vía que arriba tenemos dicho que Diego Centeno se fué cuando le hacía la guerra Alonso de Toro, porque creían que nadie les seguiría por allí, y también porque en aquel término estaban los indios del mismo Lope de Mendoza y de Diego Centeno, y llevaban confianza que los favorecerían y proveerían de lo necesario. Y desta manera caminando por aquellos despoblados, toparon con Gabriel Bermúdez, natural de la villa de Cuellar, que había ido en compañía del capitán Diego de Rójas cuando fué á la conquista del

río de la Plata; y maravillándose de topár por allí españoles, se llegó á ellos, y habiéndose conocido, les contó cómo yendo Diego de Rójas y Felipe Gutierrez y Pedro de Heredia á hacer aquel descubrimiento, peleando en el camino con los indios, habían muerto á Diego de Rójas, por cuya muerte habían sucedido grandes diferencias entre Francisco de Mendoza, su sucesor, y los demás; de lo cual había resultado desterrar á Felipe Gutierrez; y cómo, continuando el descubrimiento, hallaron al río de la Plata y tuvieron noticia de la riqueza de la tierra adentro, y dónde estaban los españoles que por la mar del Norte habían entrado por el río de la Plata, y cómo hallaron las fortalezas de Sebastian Gaboto y otras cosas maravillosas de la tierra; y que estando con determinación de pasar adelante, Pedro de Heredia mató á puñaladas á Francisco de Mendoza, por cuya muerte se recrecieron grandes disensiones en el campo, por las cuales, y por haber menos gente de la que requería tan grande conquista, se concertaron los unos y los otros de volverse al Perú, así para que por su majestad ó el que gobernase la tierra, se los diese capitán con quien fuesen en conformidad, como porque teniéndose noticia de la riqueza de la tierra se les juntaría gente que fuese bastante para hacer la conquista sin dificultad ninguna; y así, se volvían dejando descubiertas sescientas leguas de la villa de Plata adelante, de tierra muy llana y fácil de caminar y medianamente proveída de comida y aguas. Y pocos días antes habían sabido de indios que contrataban en los Charcas la revuelta del Perú, aunque no les supieron decir la razón della ni la ocasión donde había sucedido; por lo cual él venía delante á satisfacerse de todo lo que pasaba, y traía comisión de los capitanes y gente principal para ofrescer su ayuda á la parte que tuviese la voz de su majestad, si buenamente se pudiese juntar con él, diciéndoles cuán buenos caballos y abundancia de armas traían. Lo cual oído por Lope de Mendoza, le contó originalmente toda la revuelta del Perú hasta el punto en que estaba, y los sucesos que sobre ello habían habido. Y así, viendo Gabriel Bermúdez la oportunidad que había para efectuar su comisión, se ofresció en nombre de todos de volver contra el Maestre de campo; y así, se tornaron hasta encontrar con la gente que cerca de allí venía; y sabido lo que pasaba, rescibieron todos alegremente á Lope de Mendoza, y se ofrescieron de tomar la empresa en nombre de su majestad contra Gonzalo Pizarro y sus secaces; lo cual Lope de Mendoza les agradeció mucho, encareciéndoles cuán bien cumplían con quien eran en favorecer la parte de su rey y señor natural, demás de lo cual, era cierto tenían de comer, pues restaurando ellos la tierra á su majestad, les daría la mejor parte della; y así, lo llevó hasta el pueblo de Pocona, que es cuarenta leguas de la villa de Plata, y de allí envió á ciertos lugares ocultos donde él y Diego Centeno habían dejado enterrados mas de cincuenta mil pesos en barras de plata; y traidolos, quiso repartir entre la gente, y los mas dellos no quisieron tomar cosa ninguna, así porque ellos venían ricos, como porque entre la gente de guerra del Perú, en todas las revueltas que están contadas, nunca se ha podido acabar con ningún soldado que resciba sueldo temporal

señaladamente, y algunos que toman dineros es por nombre de socorro para proveerse de armas y caballos. La razón que para esto dan es, que no hay soldado, por ruin que sea, que no piense merecer por su servicio que aquel á quien sirve, saliendo con la empresa, le dé el mejor repartimiento de la tierra, según son grandes las esperanzas que la riqueza de la tierra hace concebir á los hombres. Y así, se quedó Lope de Mendoza con la gente del río de la Plata, que eran ciento y cincuenta hombres, todos de caballo, bien armados, donde se puede considerar la gran desgracia de Diego Centeno, que si no se escondiera y siguiera su camino por donde Lope de Mendoza, como era creíble que lo había de hacer, como lo había hecho antes, era cierto que tuvieran los negocios otros sucesos del que adelante se contará que les avino.

CAPITULO III.

Cómo Carvajal fué contra Lope de Mendoza y su gente, y peleó con ellos y los venció, y mató los principales.

Yendo Carvajal por sus jornadas desde Arequipa á la villa de Plata (como hemos contado), con determinación de residir allí, porque ya había sabido el suceso de la muerte del Visorey, porque Gonzalo Pizarro se lo había escrito; y como no tenía ya contradicción en todo el reino, llegando á Parí, le vinieron nuevas de la gente que salía del río de la Plata, y cómo se había juntado con Lope de Mendoza; y tuvo relación cómo no estaban conformes ni venían juntos, sino en cuadrillas, sin obedecer la mayor parte dellos á capitán ni superior alguno; y así, le pareció que todo su buen suceso consistía en darles algún asalto con mucha brevedad antes que tuviesen lugar de conformarse y meterse debajo de banderas conocidas; y así, en dos días aderezó su gente lo mejor que pudo, y allí se le juntaron los veinte arcabuceros que volvían del alcance de Lope de Mendoza, y con todos juntos se partió haciendo muy demasiadas jornadas, animando su gente, y ofresciéndose que les daría la victoria en las manos sin peligro de un solo hombre de los suyos, certificándoles que tenía cartas de ofrescimientos de los principales capitanes de la entrada, y que todo el trabajo consistía en llegar adonde estaba el enemigo; y en los que sentían menos ánimo los amenazaba; y así caminó, recogiendo otros treinta hombres en el camino, con los cuales hizo número de doscientos y cincuenta, hasta llegar al asiento de Pocona, que está ochenta leguas de Parí. Y un día, á hora de las cuatro de la tarde, pareció por encima de una cuesta en buena orden con sus banderas. Y en aquella sazón estaba Lope de Mendoza repartiendo barras de plata á quien las quería; y luego que vio á Carvajal (del cual ya tenía nuevas por vía de sus corredores) apercibió la gente; y considerando que toda su fuerza consistía en los de caballo, por ser personas señaladas y de muy buenas armas y caballos, los sacó á un llano á vista del pueblo, dejando en él toda su ropa y mas de veinte mil pesos que tenía por repartir, diciendo que brevemente cobrarían aquello y lo que sus contrarios traían. Y abajando Carvajal, asentó su campo en el mismo lugar donde Lope de Mendoza había levantado el suyo, que era una plaza muy grande, cercada de paredes altas,

y sus portillos hechos en algunas partes de la plaza, y allí se quedó aquella noche, porque le pareció que, aunque fuese acometido, tenía buen fuerte para no ser ofendido; aunque luego que entró la gente, teniendo noticia que Lope de Mendoza y los suyos, habiendo dejado su ropa en el pueblo, se ocuparon en irlo á robar tan desordenadamente, que no quedaron en la plaza ochenta hombres con las banderas; tanto, que si Lope de Mendoza les acometiera entonces, con gran facilidad los desbaratará, y hubiera sido de gran efecto la industria de dejar la ropa, por cuyo medio se han alcanzado muchas victorias. A esta sazón Carvajal salió á la plaza, y como vio la gente tan dividida, mandó tocar un arma falsa, con la cual se juntó la mayor parte, aunque era tanta la codicia de robar, que hasta gran parte de la noche no los pudo recoger á todos. En este tiempo había algunos tratos entre la gente de Carvajal para le matar, porque viañ los malos tratamientos que les hacía en las guerras pasadas después de las victorias. El principal deste trato era un Pedro de Avendaño, secretario suyo, de quien él hacía mucha confianza, y para lo poder efectuar envió un indio ladino á Lope de Mendoza, avisándole del concierto, para que aquella noche acometiese con su gente para que hubiese lugar de efectuarse. Lope de Mendoza apercibió su gente para dar el asalto después de puesta la luna; caso que estaba determinado de retraerse cuatro ó cinco leguas á tomar un buen llano donde se diese la batalla; y así, viendo que hacía obscuro, por evitar alguna parte del peligro de los arcabuceros, se fué con su gente en orden á la parte donde estaban los contrarios, y envió sus corredores delante, los cuales prendieron uno de los de Carvajal, y dél se informaron de todo lo que les convino, y llegaron á los portillos de la plaza grande, donde estaba puesta guardia de arcabuceros y piqueros, y comenzaron á combatir con gran diligencia y ánimo, sin perder un punto los de dentro en la defensa; y era tanto el ruido de los arcabuceros, y las voces que de ambas partes se daban, que no se entendían los unos ni los otros con la escuridad de la noche. El Maestre de campo andaba discurriendo por todas partes, animando su gente y proveyendo en lo necesario. Y en esto Pedro de Avendaño tomó consigo un arcabucero, con quien estaba concertado, y mostrándole á Carvajal, le hizo tirar, y le dió en el sayo por una nalga; porque, como no tenía lumbre, no acertó á darle mas en lleno. Y como Carvajal se sintió herido, y entendió que le habían tirado los de su parte, disimuló; y tomando consigo á Avendaño, de quien él ningún recelo tenía, se retrajo entre unas paredes, y tomando una capa parda vieja y un sombrero, por manera que no lo pudiesen conocer, se tornó allí donde se daba el combate; y Pedro de Avendaño le tornó á mostrar á otro arcabucero, el cual lo tiró y no le acertó; y en esto los de fuera daban grandes voces, preguntando si era muerto Carvajal; y como no les respondieron, y veían que se defendían los portillos sin dar muestra de poderlos entrar, se retiró Lope de Mendoza y los suyos, y Carvajal quedó en el cercado, hallándose muertos de ambas partes hasta catorce personas, sin otros que quedaron heridos. Carvajal disimuló su herida y se la curó, de suerte que no vino á nu-

tornaron los que iban tras él, y él siguió el camino de la entrada del río de la Plata, donde le aconteció lo que adelante se dirá; y otro día, entrando Carvajal en Arquipa, pareció por la costa el navío que traía Rivadeneyra, y habiendo sabido Carvajal de algunos soldados que se quedaron á Centeno el fin para que se había tomado y quién venía en él, supo también la seña que estaba concertada para recibir á Diego Centeno; y haciendo poner en una caleta escondidos veinte arcabuceros, hizo hacer la misma seña del concierto, pensando apoderarse del navío; y creyendo Rivadeneyra que se hacía por mandado de Centeno, mandó ir el batel en tierra, aunque, recelando lo que podía ser, mandó á los que lo llevaban que fuesen muy sobre el aviso, y primero que llegasen á tierra reconociesen si había algún engaño; y los suyos lo hicieron así, y no quisieron saltar en tierra hasta ver á Diego Centeno; y entendiéndolo el engaño, soltieron á la vela y se fueron á la provincia de Nicaragua, dejando escondido á Diego Centeno con sus dos compañeros y algunos de los suyos, que huyeron y se escondieron por los montes, donde fueron muertos á manos de los indios, porque así se lo mandó el capitán Carvajal que lo hiciesen; y así, de todo el campo de Diego Centeno no había de quién temer, por lo cual Carvajal se determinó de ir á residir á la villa de Plata, así porque supo que Diego Centeno y los que con él andaban habían dejado allí escondidas grandes riquezas y haciendas de granjería, como para hacer sacar y recoger plata de las minas, y para proveer dello á Gonzalo Pizarro para los gastos de la guerra y aprovecharse él particularmente; porque (como hemos dicho) era hombre muy codicioso. Y así, siguió su camino hasta llegar á la villa de Plata, la cual se le dió sin resistencia ninguna, y él se estuvo en ella algún tiempo, procurando juntar dineros de todas partes, hasta que le fué forzado salir della por la razón que en el capítulo siguiente se contará.

CAPITULO II.

De cómo, viendo Lope de Mendoza huyendo de Carvajal, encontró cierta gente que venía del río de la Plata, y todos juntos volvieron contra Carvajal.

Habiendo Lope de Mendoza escapado del Maestre de campo y de los que por su mandado fueran en su alcance, caminó con cinco ó seis vecinos de la villa de Plata, que el uno se llamaba Alonso de Camargo, y el otro Luis Perdomo, por la costa arriba algún trecho, hasta que, pareciéndoles que todo el reino estaba pacíficamente por Gonzalo Pizarro y que no había en él lugar seguro para ellos, determinaron meterse la tierra adentro á la gobernación de Diego de Rojas; y así, caminaron por la vía que arriba tenemos dicho que Diego Centeno se fué cuando le hacía la guerra Alonso de Toro, porque creían que nadie les seguiría por allí, y también porque en aquel término estaban los indios del mismo Lope de Mendoza y de Diego Centeno, y llevaban confianza que los favorecerían y proveerían de lo necesario. Y desta manera caminando por aquellos despoblados, toparon con Gabriel Bermúdez, natural de la villa de Cuellar, que había ido en compañía del capitán Diego de Rojas cuando fué á la conquista del

río de la Plata; y maravillándose de topár por allí españoles, se llegó á ellos, y habiéndose conocido, les contó cómo yendo Diego de Rojas y Felipe Gutierrez y Pedro de Heredia á hacer aquel descubrimiento, peleando en el camino con los indios, habían muerto á Diego de Rojas, por cuya muerte habían sucedido grandes diferencias entre Francisco de Mendoza, su sucesor, y los demás; de lo cual había resultado desterrar á Felipe Gutierrez; y cómo, continuando el descubrimiento, hallaron al río de la Plata y tuvieron noticia de la riqueza de la tierra adentro, y dónde estaban los españoles que por la mar del Norte habían entrado por el río de la Plata, y cómo hallaron las fortalezas de Sebastian Gaboto y otras cosas maravillosas de la tierra; y que estando con determinación de pasar adelante, Pedro de Heredia mató á puñaladas á Francisco de Mendoza, por cuya muerte se recrecieron grandes disensiones en el campo, por las cuales, y por haber menos gente de la que requería tan grande conquista, se concertaron los unos y los otros de volverse al Perú, así para que por su majestad ó el que gobernase la tierra, se los diese capitán con quien fuesen en conformidad, como porque teniéndose noticia de la riqueza de la tierra se les juntaría gente que fuese bastante para hacer la conquista sin dificultad ninguna; y así, se volvían dejando descubiertas seiscientas leguas de la villa de Plata adelante, de tierra muy llana y fácil de caminar y medianamente proveída de comida y aguas. Y pocos días antes habían sabido de indios que contrataban en los Charcas la revuelta del Perú, aunque no les supieron decir la razón della ni la ocasión donde había sucedido; por lo cual él venía delante á satisfacerse de todo lo que pasaba, y traía comisión de los capitanes y gente principal para ofrescar su ayuda á la parte que tuviese la voz de su majestad, si buenamente se pudiese juntar con él, diciéndoles cuán buenos caballos y abundancia de armas traían. Lo cual oído por Lope de Mendoza, le contó originalmente toda la revuelta del Perú hasta el punto en que estaba, y los sucesos que sobre ello habían habido. Y así, viendo Gabriel Bermúdez la oportunidad que había para efectuar su comisión, se ofreció en nombre de todos de volver contra el Maestre de campo; y así, se tornaron hasta encontrar con la gente que cerca de allí venía; y sabido lo que pasaba, rescibieron todos alegremente á Lope de Mendoza, y se ofrecieron de tomar la empresa en nombre de su majestad contra Gonzalo Pizarro y sus secuaces; lo cual Lope de Mendoza les agradeció mucho, encareciéndoles cuán bien cumplían con quien eran en favorecer la parte de su rey y señor natural, demás de lo cual, era cierto tornian de comer, pues restaurando ellos la tierra á su majestad, les daría la mejor parte della; y así, lo llevó hasta el pueblo de Pocona, que es cuarenta leguas de la villa de Plata, y de allí envió á ciertos lugares ocultos donde él y Diego Centeno habían dejado enterrados mas de cincuenta mil pesos en barras de plata; y traídos, quiso repartir entre la gente, y los mas dellos no quisieron tomar cosa ninguna, así porque ellos venían ricos, como porque entre la gente de guerra del Perú, en todas las revueltas que están contadas, nunca se ha podido acabar con ningún soldado que resciba sueldo temporal

señaladamente, y algunos que toman dineros es por nombre de socorro para proveerse de armas y caballos. La razón que para esto dan es, que no hay soldado, por ruin que sea, que no piense merecer por su servicio que aquel á quien sirve, saliendo con la empresa, le dé el mejor repartimiento de la tierra, según son grandes las esperanzas que la riqueza de la tierra hace concebir á los hombres. Y así, se quedó Lope de Mendoza con la gente del río de la Plata, que eran ciento y cincuenta hombres, todos de caballo, bien armados, donde se puede considerar la gran desgracia de Diego Centeno, que si no se escondiera y siguiera su camino por donde Lope de Mendoza, como era creíble que lo había de hacer, como lo había hecho antes, era cierto que tuvieran los negocios otros sucesos del que adelante se contará que les vino.

CAPÍTULO III.

Como Carvajal fué contra Lope de Mendoza y su gente, y peleó con ellos y los venció, y mató los principales.

Viendo Carvajal por sus jornadas desde Arequipa á la villa de Plata (como hemos contado), con determinación de residir allí, porque ya había sabido el suceso de la muerte del Visorey, porque Gonzalo Pizarro se lo había escrito; y como no tenía ya contradicción en todo el reino, llegando á Parí, le vinieron nuevas de la gente que salía del río de la Plata, y cómo se había juntado con Lope de Mendoza; y tuvo relación cómo no estaban conformes ni venían juntos, sino en cuadrillas, sin obedecer la mayor parte dellos á capitán ni superior alguno; y así, le pareció que todo su buen suceso consistía en darles algún asalto con mucha brevedad antes que tuviesen lugar de conformarse y meterse debajo de banderas conocidas; y así, en dos días aderezó su gente lo mejor que pudo, y allí se le juntaron los veinte arcabuceros que volvían del alcance de Lope de Mendoza, y con todos juntos se partió haciendo muy demasiadas jornadas, animando su gente, y ofresciéndose que les daría la victoria en las manos sin peligro de un solo hombre de los suyos, certificándoles que tenía cartas de ofrescimientos de los principales capitanes de la entrada, y que todo el trabajo consistía en llegar adonde estaba el enemigo; y en los que sentían menos ánimo los amenazaba; y así caminó, recogiendo otros treinta hombres en el camino, con los cuales hizo número de doscientos y cincuenta, hasta llegar al asiento de Pocona, que está ochenta leguas de Parí. Y un día, á hora de las cuatro de la tarde, pareció por encima de una cuesta en buena orden con sus banderas. Y en aquella sazón estaba Lope de Mendoza repartiendo barras de plata á quien las quería; y luego que vio á Carvajal (del cual ya tenía nuevas por vía de sus corredores) aperció la gente; y considerando que toda su fuerza consistía en los de caballo, por ser personas señaladas y de muy buenas armas y caballos, los sacó á un llano á vista del pueblo, dejando en él toda su ropa y mas de veinte mil pesos que tenía por repartir, diciendo que brevemente cobrarían aquello y lo que sus contrarios traían. Y abajando Carvajal, asentó su campo en el mismo lugar donde Lope de Mendoza había levantado el suyo, que era una plaza muy grande, cercada de paredes altas,

y sus portillos hechos en algunas partes de la plaza, y allí se quedó aquella noche, porque le pareció que, aunque fuese acometido, tenía buen fuerte para no ser ofendido; aunque luego que entró la gente, teniendo noticia que Lope de Mendoza y los suyos, habiendo dejado su ropa en el pueblo, se ocuparon en irlo á robar tan desordenadamente, que no quedaron en la plaza ochenta hombres con las banderas; tanto, que si Lope de Mendoza les acometiera entonces, con gran facilidad los desbaratará, y hubiera sido de gran efecto la industria de dejar la ropa, por cuyo medio se han alcanzado muchas victorias. A esta sazón Carvajal salió á la plaza, y como vio la gente tan dividida, mandó tocar un arma falsa, con la cual se juntó la mayor parte, aunque era tanta la codicia de robar, que hasta gran parte de la noche no los pudo recoger á todos. En este tiempo había algunos tratos entre la gente de Carvajal para le matar, porque vían los malos tratamientos que les hacía en las guerras pasadas después de las victorias. El principal desto trato era un Pedro de Avendaño, secretario suyo, de quien él hacía mucha confianza, y para lo poder efectuar envió un indio ladino á Lope de Mendoza, avisándole del concierto, para que aquella noche acometiese con su gente para que hubiese lugar de efectuarse. Lope de Mendoza aperció su gente para dar el asalto después de puesta la luna; caso que estaba determinado de retraerse cuatro ó cinco leguas á tomar un buen llano donde se diese la batalla; y así, viendo que hacía obscuro, por evitar alguna parte del peligro de los arcabuces, se fué con su gente en orden á la parte donde estaban los contrarios, y envió sus corredores delante, los cuales prendieron uno de los de Carvajal, y dél se informaron de todo lo que les convino, y llegaron á los portillos de la plaza grande, donde estaba puesta guardia de arcabuceros y piqueros, y comenzaron á combatir con gran diligencia y ánimo, sin perder un punto los de dentro en la defensa; y era tanto el ruido de los arcabuces, y las voces que de ambas partes se daban, que no se entendían los unos ni los otros con la oscuridad de la noche. El Maestro de campo andaba discurriendo por todas partes, animando su gente y proveyendo en lo necesario. Y en esto Pedro de Avendaño tomó consigo un arcabucero, con quien estaba concertado, y mostrándole á Carvajal, le hizo tirar, y le dió en soslayo por una nalga; porque, como no tenía lumbré, no acertó á darle mas en lleno. Y como Carvajal se sintió herido, y entendió que le habían tirado los de su parte, disimuló; y tomando consigo á Avendaño, de quien él ningún recelo tenía, se retrajo entre unas paredes, y tomando una capa parda vieja y un sombrero, por manera que no lo pudiesen conocer, se tornó allí donde se daba el combate; y Pedro de Avendaño le tornó á mostrar á otro arcabucero, el cual le tiró y no le acertó; y en esto los de fuera daban grandes voces, preguntando si era muerto Carvajal; y como no les respondieron, y veían que se defendían los portillos sin dar muestra de poderlos entrar, se retiró Lope de Mendoza y los suyos, y Carvajal quedó en el cercado, hallándose muertos de ambas partes hasta catorce personas, sin otros que quedaron heridos. Carvajal disimuló su herido y se la curó, de suerte que no vino á no-

ticia de la gente por entonces. En esta hora salió del campo de Carvajal un soldado llamado Palencia, y se fué donde Lope de Mendoza estaba, y le dijo todo lo acaecido, y le dió aviso cómo el capitán Carvajal dejaba su ropa cinco ó seis leguas de allí, en que había cantidad de oro y plata, y algunos caballos y arcabuces y pólvora; y luego se partió Lope de Mendoza con su gente antes que amaneciese, adonde el soldado le guió, y llegó donde estaba la ropa sin ser sentido; y como era de noche y hacía muy oscuro, se le perdieron y quedaron rezagados mas de sesenta hombres; y él y los que consigo llevaba robaron el real sin que hubiese resistencia, dando en él al cuarto del alba. Y viendo Lope de Mendoza que no tenía gente para poder esperar ni resistir á Carvajal, se determinó retirar por aquel despoblado con los que le pudieron seguir, que fueron hasta cincuenta hombres, porque todos los demás se le habían quedado; y así, llegaron á un río, dos leguas y media de Pocona. Sabido por Carvajal lo que pasaba, levantó su real y los fué siguiendo por sus mismas pisadas, y dióse tanta prisa, que los alcanzó en el río donde habían alojado, y unos estaban durmiendo y otros comiendo por la gran fatiga y trabajo que habían tenido aquella noche; y con solos cincuenta hombres que le pudieron seguir por la aspereza del camino, les dió el asalto á hora de mediodía; y creyendo los de Lope de Mendoza que venía sobre ellos todo el campo, se derramaron y pusieron en huida cada uno por su parte, y allí fue preso Lope de Mendoza y Pedro de Heredia, y luego les cortaron las cabezas con otros seis ó siete mas principales del campo; y recogiendo todo el fardaje, así lo que ellos traían como lo que habían tomado, se tornó á Pocona, prometiendo de no hacer mal á todos los que habían quedado vivos de los de la entrada, antes les hizo restituir las armas y caballos, y lo demás que les había sido tomado; y dejando á muy pocos dellos en su compañía, á los demás envió cada uno por sí á Gonzalo Pizarro, y él se partió con su campo, llevando consigo á Alonso de Camargo y Luis Perdomo, que son los que hemos dicho que huyeron con Lope de Mendoza, y los otorgó las vidas porque le descubrieron cierta plata que Diego Centeno dejó enterrada en el asiento de Paria; y hallando mas de cincuenta mil castellanos, se fué con todo ello y con su gente á la villa de Plata, con determinación de residir allí algún tiempo, y puso los alcaldes y regidores de su mano, y despachó mensajeros á todo el reino, dando noticia de su buen suceso, y quedó entendiendo con gran diligencia en juntar dineros de todas partes, so color de enviar socorros á Gonzalo Pizarro, aunque la mayor parte dejaba para sí.

CAPÍTULO IV.

De cómo se descubrieron las minas de Potosí, y se apoderó dellas el capitán Carvajal.

Habiendo sido la fortuna tan próspera al capitán Carvajal en todos los sucesos que hemos contado, que ya no le quedaba contradicción ninguna en aquellas partes, le ofresció con que pareciese que le había puesto en la cumbre de la prosperidad, y esto fué, que dende á pocos días andando unos indios yanacunas de Juan de Villaroel, vecino de la villa de Plata, diez y ocho le-

guas dola, toparon un cerro muy alto asentado en un llano, y conocieron en él señales de plata, y comenzando á fundir la vena, hallaron tanta riqueza, que do quiera que ensayaban sacaban toda ó la mayor parte de plata fina, y donde menos les salía eran ochenta marcos por quintal, que es la mayor riqueza que se ha visto ni leído de ninguna mina seguida. Y dándose noticia desto en la villa de Plata, fue la justicia al término, y comenzó á repartir por minus y estacurías entre vecinos de la villa, tomando cada uno como mejor podía; y fueron tantos los indios yanacunas que allí fueron á labrar, que en breve tiempo se pobló aquel asiento de mas de siete mil indios, los cuales entendieron también el negocio, que por concierto daban á sus señores dos marcos de plata, cada uno en cada semana, con tanta facilidad, que era mucho mas lo que retenían para sí que lo que daban; y la vena es de tal calidad, que no sufre fundirse con fuelles ni cendradas, como se hace en las otras minas, salvo que se funde en las guairas, que son unos hornillos pequeños encendidos con carbón y estiércol de ovejas, con la fuerza del aire, sin otro instrumento ninguno, y llamáronse las minas de Potosí, porque así se nombraba aquel término; y era tanta la facilidad y el provecho con que los indios labraban, que, con dar el concierto que está dicho, hay indio que tiene tres ó cuatro mil pesos suyos, sin poderlos echar de allí cuando una vez entran, porque cesan todos los peligros que en la labor de las otras minas suele haber por causa del trabajo de los fuelles y del humo del carbón y de la misma vena que se funde. Y luego se comenzaron á proveer las minas de los mantenimientos necesarios, aunque no pudieron ser tantos, segun la mucha gente acudia, que, creciendo la necesidad, no llegase á valer una fanega de maíz veinte castellanos, y otro tanto el trigo, y un costal de coca treinta pesos, y aun después llegó á encarecerse mucho mas, y por la gran riqueza que se halló se despoblaron todas las otras minas de la comarca, especialmente la de Porco, donde Hernando Pizarro tenía una suerte, de que sacó gran riqueza; y también los mineros que andaban sacando oro en Carabaya y otros rios lo dejaron todo y acudieron allí, porque hallaban, sin comparación, mayor provecho; y los que entienden en aquel trato hallan grandes señales de la perpetuidad y continuación de la mina. Con este tan buen suceso comenzó Carvajal á juntar dineros, en lo cual se dió tan buena maña, que con poner en su cabeza todos los indios yanacunas de los vecinos muertos y huidos que le habían sido contrarios, y con hacer llevar mas de diez mil carneros cargados de comida, de los indios de su majestad y otras partes, en breve tiempo juntó mas de setecientos mil pesos, sin dar parte ninguna dellos á los soldados que le habían seguido, de lo cual se comenzaron tanto á desabrir, que trataron de lo matar, y las cabezas del concierto eran Luis Perdomo y Alonso de Camargo y Diego de Balmaseda y Diego de Lujan; y estando juntos mas de treinta personas con determinación de ejecutar el concierto poco mas de un mes después que Carvajal llegó á la villa de Plata, por cierto impedimento que los sucedió lo difirieron para otro día; y no se sabe por qué forma llegó á su noticia, y sobre ello

hizo cuartos á Luis Perdomo y á Camargo y á Orbanaja y á Balmaseda y á otras diez ó doce personas de los principales, y á otros desterró; y con hacer tan crueles justicias en este caso de motines, andaba tan temerosa la gente, que no había quien osase tratar de allí adelante cosa desta calidad, porque en sintiendo, no solamente determinacion, pero la mas liviana sospecha, no daba menos pena que la muerte; y así, un hermano no se osaba fiar de otro; con lo cual se puede satisfacer á la culpa que muchas personas principales destes reinos han imputado á los servidores de su majestad por no haber muerto á Carvajal, aunque no fuera por mas de socar sus personas de tan dura y peligrosa servidumbre, porque nunca motin se hizo contra él de que no tuviese noticia; y así, cuatro ó cinco que averiguó costaron las vidas á mas de cincuenta personas; y con tanto, la gente andaba tan acobardada por el gran peligro de los moradores y por el gran premio que daba á los descubridores, que se tenía por mas seguro contemporizar con el tirano hasta que sucediese alguna oportunidad ó conjuntura conveniente; y así, tornó á quedar pacífico, enseñando nuevas muy á menudo á Gonzalo Pizarro de los sucesos, y con ellas mucha cantidad de plata, así de su hacienda como de los quintos reales que tomaba, y de las rentas de los indios de aquellos á quien justificaba, las cuales ponía en su cabeza para ayuda de la sustentacion de la guerra.

CAPITULO V.

De cómo Gonzalo Pizarro vino á la ciudad de los Reyes desde Quito, y lo que allí hizo.

Desbaratado y muerto el Visorey en la ciudad de Quito en la forma que tenemos contada, Gonzalo Pizarro comenzó á despedir mucha de la gente de guerra, enviando á unos con el adelantado Benalcázar (á quien perdonó y redujo en su gracia), y á otros con el capitán Ulloa, que de parte de Pedro Valdivia vino de Chile á pedir socorro de gente para conquistar la tierra, y á otros envió á otras partes; y así, se quedó con hasta quinientos hombres, donde estaba holgando y festejando desde 18 de enero del año de 46, en que se dió la batalla del Visorey, hasta mediado el mes de julio de aquel año. Las razones de tan gran detenimiento se sentían diversamente: unos decían que lo hacían por saber con mas brevedad lo que de España se proveía; otros por el gran provecho que se había de las minas de oro que allí se descubrieron, y á algunos les pareció que le detenían los amores de aquella mujer de quien arriba tenemos dicho, cuyo marido mató por mano de aquel Vincencio Pablo, que fué justiciado por ello en Valladolid; la cual después quedó preñada, y su padre mató un hijo que ella parió, y por ello el Pedro de Puelles ahorcó al mismo padre. Finalmente Gonzalo Pizarro determinó su partida para los Reyes para residir allí algun tiempo. Y decíase haberlo hecho por la sospecha que tenía del capitán Lorenzo Aldana, su teniente, que, segun estaba bienquisto, para cualquier cosa que intentara fuera parte. Y tambien se recelaba del capitán Carvajal, que se ensorberesciera con tantas victorias, viéndose tan apartado del; y así, se partió de Quito, dejando por teniente y capitán general á Pedro de Puelles.

HA-n.

Illes con hasta trecientos hombres, por la gran confianza que del tenía, pues demás de haber socorrido á tan buen tiempo cuando venia del Cuzco, que no yendo se le deshiciera su campo, había metido otras muchas preñías que prometían gran seguridad, pareciéndole que si su majestad enviase alguna gente por la gobernacion de Benalcázar, sería parte Pedro de Puelles para resistirles la entrada. En todo el camino se trataba ya Gonzalo Pizarro como hombre pacífico y seguro, y que le parecia que no podia haber contradiccion en sus negocios, y que su majestad haria con él partidos muy aventajados; y sus criados y gente le obedecían y acataban tanto, que creían haber de vivir perpetuamente por su mano, teniendo por firmes las cédulas de indios que daba, y él y sus principales fingían y publicaban que rescibían muchas cartas de los grandes de Castilla, en que le lobaban y aprobaban lo hecho, justificándolo con que no se le guardaban privilegios y cédulas, ofreciéndole favor para su conservacion, aunque entre la gente entendida siempre se conoció ser falsa esta invencion y sin ningun fundamento de verdad. Llegando á la ciudad de San Miguel, y sabiendo que en los términos della había muchos indios de guerra, mandó que para la conquista dellos se hiciese una nueva poblacion en la provincia de Carochamba, para hacer desde allí las entradas, y dejó por cabeza al capitán Mercadillo con ciento y treinta hombres, repartiéndolo entre ellos la poblacion; y despachó al capitán Porcel, que con sesenta hombres continuase su conquista de los Bracamoros; y aunque daba á entender que lo hacia por el beneficio de la tierra, su intento principal era tener junta aquella gente para cuando la hubiese menester. Y demás desto, envió al licenciado Carvajal con ciertos soldados, que fuese por mar en los navios que había traído de Nicaragua el capitán Juan Alonso Palomino, de vuelta del seguimiento de Verdugo, mandándole que de camino proveyese las cosas necesarias para la seguridad de la costa; y se vino á juntar con Gonzalo Pizarro en la ciudad de Trujillo, y ambos juntos con hasta doscientos hombres se fueron á la ciudad de los Reyes por tierra, y en la entrada hubo diversas opiniones sobre las ceremonias con que se haria; porque sus capitanes decían que le habían de salir á rescibir con palio, como á rey, y otros, que mas comedidamente lo trataban, aconsejaban que se derrocasen ciertos solares, y se hiciese calle nueva para la entrada, porque quedase memoria de su victoria, de la manera que se hacia á los que triunfaban en Roma. Gonzalo Pizarro siguió en esto el parecer del licenciado Carvajal, como lo hacia en todas las cosas de su importancia, y entró á caballo, llevando sus capitanes delante de sí, á pié y con sus caballos de diestro, llevándolo en medio el arzobispo de los Reyes y el obispo del Cuzco y el obispo de Quito y el obispo de Bogotá, que había venido por la vía de Cartagena á rescibir la consagracion al Perú; acompañándole asimismo Lorenzo de Aldana, su teniente, con todo el cabildo de la ciudad y los vecinos della, sin faltar ninguno, teniendo para este acto las calles muy bien aderezadas y enramadas, y repicándose las campanas de la iglesia y monesterios, llevando delante mucha música de trompetas y atabales y menestiles; y con

esta solemnidad fué á la Iglesia mayor, y de allí á su casa, donde en adelante se comenzó á tratar con mucho mas estima que hasta allí, por la mucha impresion que habia hecho la soberbia en su bajo entendimiento. Traia guarda de ochenta alabarderos y otros muchos de caballo que le acompañaban, y ya en su presencia ninguno se sentaba, y á muy pocos quitaba la gorra; con las cuales ceremonias y con otros malos tratamientos de palabra, y con no dar pagas á la gente de guerra, todos andaban descontentos, y así lo quedaron hasta que vieron ocasion de mostrarlo, como adelante se dirá.

CAPITULO VI.

De cómo el licenciado de la Gascá fué proveído por su majestad para la pacificación del Perú, y cómo se embarcó y llegó á Tierra-Firme.

Teniendo su majestad relacion de las cosas del Perú en Alemania, donde á la sazón residia con su corte, entendiendo y desarraigando las herejías de Lutero y otros heresiarcas, y reducir los secaces dellos á la union y obediencia de la Iglesia romana; y habiéndose informado personalmente de Diego Alvarez de Cuelo, cuñado del Visorey, y de Francisco Maldonado, criado de Gonzalo Pizarro, que fueron á darle cuenta de lo acaecido, caso que de la muerte y vencimiento del Visorey no sabia ni podia saber á la sazón, comenzó á tratar sobre el remedio de todo lo sucedido, aunque en la provision hubo alguna dilacion, por estar su majestad ausente de Castilla, y algunas veces impedido con enfermedades; y la resolucion fué enviar al Perú al licenciado Pedro de la Gasca, que á la sazón era del consejo de la santa y general Inquisicion, de cuyas letras y prudencia se tenían grandes experiencias en diversos negocios, especialmente en la preparacion que hizo en el reino de Valencia pocos años antes contra la armada de turcos y moros que se esperaba, y en otras cosas tocantes á los nuevamente convertidos de aquel reino, que sucedieron durante el tiempo que allí residió, entendiendo en el despacho de ciertos negocios tocantes al Santo Oficio, que por su majestad le fueron cometidos. El título que llevó fué de presidente de la audiencia real del Perú, con plenario poder para todo lo que tocase á la gobernacion de la tierra y á la pacificación de las alteraciones della, y comision de poder para perdonar todos los delitos y casos sucedidos ó que sucediesen durante su estada. Y llevó consigo por oidores al licenciado Andrés de Cienca y al licenciado Renteria; y demás de todo esto, llevó las cédulas y recaudos necesarios en caso que conviniese hacer gente de guerra, aunque estos fueron secretos, porque no publicaba ni trataba sino de los perdones y de los otros medios pacíficos que entendia tener; y con tanto, se hizo á la vela, sin llevar mas gente de sus criados, por el mes de mayo del año de 46. Y llegando á Santa Marta, tuvo nueva cómo Melchor Verdugo habia sido vencido y desbaratado por la gente de Hinojosa, y que, con los que quedaron, le estaba aguardando en el puerto de Cartagena; y él determinó pasar al Nombre de Dios sin verse con él, considerando que si lo llevaba consigo causaria gran escándalo en la gente de Hinojosa por el grande odio que con él tenían, y podria ser

que no le rescibiesen; y así, fué á surgir al Nombre de Dios, donde Hinojosa habia dejado á Hernan Mejía de Guzman con ciento y ochenta hombres, que guardase la tierra con Melchor Verdugo. El Presidente hizo saltar en tierra al mariscal Alonso de Albarado, que desde Castilla habia ido con él, y habió á Hernan Mejía, y le dió noticia de la venida del Presidente, diciéndole quién era y á lo que venia, y después de largas pláticas, se despidieron sin haberse declarado el uno al otro sus ánimos, porque ambos estaban sospechosos. Alonso de Albarado se tornó á la mar, y Hernan Mejía envió á suplicar al Presidente que saltase en tierra, y así lo hizo; y Hernan Mejía le salió á rescibir en una fragata con veinte arcabuceros, dejando su escuadron hecho en la marina; y saltó en el batel del Presidente y le trujo hasta tierra, donde le hizo hacer muy gran salva y rescibimiento. Y habiéndole hablado aparte el Presidente y díchole la razon de su venida, Hernan Mejía le descubrió su voluntad, y le dijo la intencion que tenia de servir á su majestad, y el mucho tiempo que habia que deseaba su venida para poner en ejecucion su ánimo, y cómo, por gran ventura, se habian aparejado los tiempos de manera que él lo pudiese hacer sin contradiccion de nadie, por haber sido su venida á tiempo que la mas gente de Gonzalo Pizarro estaba toda junta en aquella ciudad y él solo por capitán della, porque Hinojosa y los otros capitanes eran idos á Panamá; y que si queria que llanamente se alzase bandera por su majestad, lo haria, y podian ir á Panamá y tomar la armada, lo cual seria fácil de hacer por las razones que le dijo, y que creia que, sabidas las particularidades de su venida, Hinojosa y sus capitanes no le harian contradiccion por ciertas conjeturas que él tenia para ello. De todo esto le dió gracias el Presidente, diciéndole que el negocio se debria ordenar de otra manera, porque la intencion de su majestad era pacificar la tierra sin riesgo ninguno, y que á este fin él enderezaria la ejecucion, y queria darlo á entender á todos así, porque, habida consideracion al principio y causa de la alteracion de la tierra, y que decian haber sucedido por el rigor con que el Visorey habia entrado en ella, era justo dar noticia del remedio que su majestad en todo mandaba poner, y que esperaba que, sabido enteramente la seguridad que habria en el negocio, no habria quien no holgase de servir á su majestad y cumplir su mandamiento, antes que cobrar renombre de traidor, y que hasta que esto les diese á entender, no convenia que hiciese ningun alboroto ni novedad. Hernan Mejía obedesció su mandado, aunque le advirtió que la gente estaba allí debajo de su bandera y el negocio se podia hacer sin ningun riesgo, y que idos á Panamá y puesta en poder de Hinojosa, no habia tanta seguridad del buen suceso. Y tomada por resolucion la orden del Presidente, se guardó el secreto della entre los dos hasta su tiempo, como adelante se dirá.

CAPITULO VII.

De lo que hizo Hinojosa sabida la venida del Presidente, y el rescibimiento que Hernan Mejía le habia hecho.

Pedro Alonso de Hinojosa, general por Gonzalo Pizarro en Panamá, sabido el rescibimiento que Hernan

Mejía había hecho al Presidente, lo sintió mucho, así porque él no sabía los despachos que traía, como por haberse hecho sin darle parte; y así, le escribió algo ásperamente sobre ello, y algunos amigos de Hernán Mejía le avisaron que no viniese á Panamá, porque Hinojosa estaba desabrido contra él; y no embargante todo esto, habiéndolo comunicado con el Presidente, y porque no se diese lugar á que se arraigase en los ánimos de los soldados algun mal concepto de la venida del Presidente, se acordó que Hernán Mejía se partiese luego á Panamá á comunicar con Hinojosa el negocio, pospuestos los temores de que le certificaban, conlitiendo en la gran amistad que con Hinojosa tenía, y en que conuiera su condiccion; y así, fué y trató con él la causa del recebimiento, desculpándose con que para cualquier camino que se hubiese de seguir perjudicaba poco lo que él había hecho; y así, Hinojosa quedó satisfecho, y Hernán Mejía se tornó al Nombre de Dios, y el Presidente se fué á Panamá, donde se trató el negocio de su venida con Hinojosa y con todos sus capitanes, con tanta prudencia y secreto, que sin que supiese uno de otro, los tuvo ganadas las voluntades de tal suerte, que ya se atrevía á hablar públicamente á todos persuadiéndoles su opinion y intento, y proveyendo á muchos soldados de lo que habían menester, teniendo por principal medio para su buen suceso el gran comedimiento y erianza con que hablaba y trataba á todos, que es la cosa de que mas se celan los soldados de aquella tierra, y esto hacia compadecer con no perder punto de su dignidad y autoridad; y en todos estos tratos y medios fué gran parte y ayuda la persona del mariscal Alonso de Albarado, así por los muchos amigos que allí tenía, como porque, viendo los que no lo eran que una persona tan antigua en las Indias y que tan grande obligacion y amistad había tenido al Marqués y á sus hermanos, contradecía agora su opinion, pareciese causa bastante para reprobare ellos la opinion de Gonzalo Pizarro, aunque hasta aquel punto Pedro Alonso de Hinojosa no se había del todo allegado ni declarado por el Presidente, antes había enviado á hacer saber á Gonzalo Pizarro la venida del Presidente; y hubo algunos de sus capitanes y gente principal que antes que el Presidente llegase á Panamá escribieron á Gonzalo Pizarro que no les pareciese convenir que el Presidente entrase en el Perú, aunque después con los medios que tenemos dicho mudaron el parecer; y el Presidente comenzó á visitar tan á menudo y granjear á Hinojosa, que le permitió que enviase una persona de las que traía de Castilla con cartas á Gonzalo Pizarro, en que le diese noticia de su venida y del intento que traía, escribiéndole sobre ello la carta que en el siguiente capítulo se pone, y enviándole otra que su majestad escribió al mismo Gonzalo Pizarro, y con estos despachos se embarcó Pedro Hernandez Paninagua, natural de la ciudad de Placencia, y llegado al Perú, le acontecieron diversos sucesos que abajo serán contados; los cuales dejaremos, por decir lo que hizo Gonzalo Pizarro, sabida la venida del Presidente.

La carta que su majestad escribió á Gonzalo Pizarro decía desta manera.

El Rey.—Gonzalo Pizarro, por vuestras letras y por otras relaciones he entendido las alteraciones y cosas acaescidas en esas provincias del Perú después que á ellas llegó Blasco Nuñez Vela, nuestro visorey dellas, y los oidores de la audiencia real que con él fueron, á causa de haber querido poner en ejecución las nuevas leyes y ordenanzas por nos hechas para el buen gobierno de esas partes y buen tratamiento de los naturales dellas. Y bien tengo por cierto que en ello vos ni los que os han seguido no habeis tenido intencion á no deservir, sino á excusar la aspereza y rigor que el dicho visorey queria usar, sin admitir suplicacion alguna; y así, estando bien informado de todo, y habiendo oído á Francisco Maldonado lo que de vuestra parte y de los vecinos desas provincias nos quiso decir, habemos acordado de enviar á ellas por nuestro presidente al licenciado de la Gasca, del nuestro consejo de la santa y general inquisicion, al cual habemos dado comision y poderes para que ponga sosiego y quietud en esa tierra, y provea y ordene en ella lo que viere que conviene al servicio de Dios nuestro Señor y ennoblescimiento desas provincias, y al beneficio de los pobladores vasallos nuestros que las han ido á poblar, y de los naturales dellas; por ende yo os encargo y mando que todo lo que de nuestra parte el dicho licenciado os mandare, lo hagais y cumplais como si por nos os fuese mandado, y le dad todo el favor y ayuda que os pidiere y menester hubiere para hacer y cumplir lo que por nos le ha sido cometido, segun y por la orden y de la manera que él de nuestra parte os lo mandare, y de vos confiamos; que yo tengo y terné memoria de vuestros servicios y de lo que el marqués don Francisco Pizarro, vuestro hermano, nos sirvió, para que sus hijos y hermanos resciban merced.—De Venelo, á 28 dias del mes hebrero de 1516 años.—Yo el Rey.—Por mandado de su majestad, *Francisco de Eraso*.

La carta que el Presidente escribió á Gonzalo Pizarro decía desta manera.

Ilustre Señor: Creyendo que mi partida á esa tierra hubiera sido mas breve, no he enviado á vuesamerced la carta del Emperador nuestro señor, que con esta va, ni he escrito yo de mi llegada á esta tierra, pareciendo que no cumplia con el acato que á la de su majestad se debe sino dándola por mi mano, y que no se sufría que carta mia fuese antes de la de su majestad; pero viendo que había dilucion en mi ida, y porque me dicen que vuesamerced junta los pueblos en esa ciudad de Lima para hablar en los negocios pasados, me pareció que con mensajero propio la debía enviar; y así, envío solo á llevar la de su majestad y esta á Pedro Hernandez Paninagua, por ser persona de la calidad que requiere la carta de su majestad, y tan principal en aquella tierra de vuesamerced y uno de los que mucho son entre sus amigos y servidores; y lo demás que yo en esta pueda decir es, que España se alteró sobre cómo se debrian tomar las alteraciones que en esas partes ha habido después que el visorey Blasco Nuñez, que Dios perdone,

entró en ellas; y después de bien mirados y entendidos por su majestad los pareceres que en esto hubo, le pareció que en las alteraciones no había habido hasta agora cosa por que se debiese pensar que se habían causado por deservirle ni desobedecerle, sino por defenderse los desta provincia del rigor y aspereza contra el derecho que estaba debajo de la suplicacion, que para su majestad tenían dellas interpuesta, y para poder tener tiempo en que su rey los oyese sobre su suplicacion antes de la ejecucion; y así pareció por la carta que vuesamercé á su majestad escribió, haciéndole relacion de cómo había aceptado el cargo de gobernador por habérsele encargado el audiencia en nombre y debajo del sello de su majestad, y diciendo que en aquello serviría, y que de no lo aceptar sería deservido, y que por esto lo había aceptado hasta tanto que su majestad otra cosa mandase, lo cual vuesamercé, como bueno y leal vasallo, obedecería y cumpliría. Y así, entendido esto por su majestad, me mandó venir á pacificar esta tierra con la revocacion de las ordenanzas de que para ante él se había suplicado, y con poder de perdonar en lo sucedido y de ordenar y tomar el parecer de los pueblos en lo que mas conviniese al servicio de Dios y bien de la tierra, y beneficio de los pobladores y vecinos della, y para remediar y emplear los españoles á quien no se pudiesen dar repartimientos, enviándolos á nuevos descubrimientos, que es el verdadero remedio con que los que no tuvieron de comer en lo descubierto lo tengan en lo que se descubriere, y ganen honra y riqueza, como la hicieron los conquistadores de lo descubierto y conquistado. A vuesamercé suplico mande mirar esta cosa con ánimo de cristiano y de caballero y hijodalgo y de prudente, y con el amor y voluntad que debo y siempre ha mostrado tener al bien desta tierra y de los que en ella viven, con ánimo de cristiano, dando gracias á Dios y á nuestra Señora, de quien es devoto, que una negociacion tan grave y pesada como es en la que vuesamercé se metió y hasta agora ha tratado se haya entendido por su majestad y por los demás de España, no por género de rebelacion ni infidelidad contra su rey, sino por defensa de su justicia derecha, que debajo de la suplicacion que para su príncipe se había interpuesto tenían, y que pues su rey, como católico y justo, ha dado á vuesamercé y á los desta tierra lo que suyo era y pretendian en su suplicacion, deshaciéndoles el agravio que por ella decian habérseles hecho con las ordenanzas, vuesamercé dé llanamente á su rey lo suyo, que es la obediencia, cumpliendo en todo lo que por él se le manda. Pues no solo en esto cumplirá con la natural obligacion de fidelidad que como vasallo á su rey tiene, pero aun tambien con lo que debe á Dios, que en ley de natura y de escritura y de gracia siempre mandó que se diese á cada uno lo suyo, especial á los reyes la obediencia, so pena de no poderse salvar el que con este mandamiento no cumpliera, y lo considere asimismo con ánimo de caballero hijodalgo, pues sabu que este ilustre nombre le dejaron y ganaron sus antepasados con ser buenos á la corona real, adelantándose mas en servirle que otros que no merecieron quedar con nombre de hijodalgo; y que sería cosa grave que le perdiese vuesamercé por no ser cuales fueron los suyos,

y pusiese nota y obscuridad en lo bueno de su linaje, degenerando del. Y pues, después del alma, ninguna cosa es entre los hombres mas preciosa (especialmente entre los buenos) que la honra, se ha de estimar la pérdida della por mayor que de otra cosa ninguna, fuera la del alma, por una persona como vuesamercé, que tan obligado á mirar por ella la dejaron sus mayores y le obligan sus deudos, cuya honra, juntamente con la de vuesamercé, recibiría quiebra, no haciendo él lo que con su rey debe, porque el que á Dios en la fe ó al Rey en la fidelidad no corresponde como es justo, no solo pierde su fama, mas aun escurece y deshace la de su linaje y deudos. Y asimismo lo considere con ánimo y consideracion de prudente, conociendo la grandeza de su rey y la poca posibilidad suya para poder conservarse contra la voluntad de su príncipe, y que ya que por no haber andado en su corte ni en sus ejércitos no haya visto su poder y determinacion que suele mostrar contra los que le enojan, vuelva sobre lo que del ha oído, y considere quién es el Gran Turco, y cómo vino en persona con trecientos y tantos mil hombres de guerra y otra muy gran muchedumbre de gastadores á dar la batalla, y que cuando se halló cerca de su majestad junto á Viena entendió bien que no era parte para darla, y que se perdería si la diese; y se vió en tan gran necesidad, que olvidada su autoridad, le fué forzado retirarse, y para poderlo hacer tuvo necesidad de perder tantos mil hombres de caballo que delante echó, para que, ocupado en ellos su majestad, no viese ni supiese cómo se retraía él con la otra parte de su ejército. He representado esto, porque entiendo que muchas veces se mira y tiene en mucho lo que se ve aunque sea poco, y lo que no se ha visto ni experimentado, por no se advertir, no se entiende ni tiene en lo que es, aunque sea mucho; y deseo con ánimo de buen prójimo que vuesamercé y cualquier otros de los que en esa tierra están no se engañasen, teniendo en algo lo que pueden en respecto de quien es el poder de su majestad, que es tanto, que cuando se hubiese de venir á atlanar esa tierra, no por el camino de clemencia y benignidad que Dios y su majestad han sido servidos se tenga en pacificarla, sino por rigor, habría mas necesidad que no se metiese en esa tierra mas gente de la que para ello fuese menester, por no la destruir, que no de procurar que fuese la que bustase. Y tambien debe vuesamercé considerar cuán otra sería la negociacion de aquí adelante de lo que ha sido hasta agora, porque en lo pasado los que á vuesamercé se allegaban le eran buenos por el enemigo con quien lo había, y por la causa que trataba contra el enemigo, que era Blasco Núñez, á quien cada uno de los que á vuesamercé seguian tenía por propio enemigo, por tener creído que Blasco Núñez, no solo la hacienda, pero la vida, deseaba quitar á todos los que le eran contrarios; y cualquiera que se ayudase de vuesamercé para defenderse de su enemigo era forzado que le fuese bueno en aquella cosa y por la causa que trataba, porque cualquiera de los vecinos del Perú que con vuesamercé se juntó, no fué por defender lo de vuesamercé, sino su propio derecho, y en tanto que para defender su cosa propia uno se ayudase de vuesamercé, forzado es que le había de ser bueno, no por ser bueno á vues-

merced, sino á su propia negociacion; pero de aquí adelante, como á los del Perú se asegura la vida por el perdón, y la hacienda por la revocacion de las ordenanzas, y en lugar de un enemigo común á los del Perú, seponga el mas natural amigo que los españoles tenemos, que es nuestro rey, al cual tenemos natural obligacion de amar y guardar lealtad, porque nacimos en ella y la heredamos de nuestros padres y abuelos y antepasados de mas de mil y trecientos años á esta parte, que guardamos este amor y lealtad á nuestros reyes. Y ha vuesamerced de tener entendido y pensar que en el estado que ya las cosas tienen y han de tener, de ninguno se podría fiar, antes de su propio hermano se habría de recatar, y pensar que habría de poner en vuesamerced las manos; porque, como el padre y el hermano y cualquier otro tenga mas obligacion á mirar por su ánima y consciencia que no á la vida y voluntad de su hijo y hermano ni amigo, viendo su hermano que negando la obediencia á su rey perdía el alma, no solo en esto no le seguiria, pero le seria contrario, como lo vimos en las comunidades de España; considerando en cuánta mas obligacion era á su honra y á la de su linaje que no á seguir el querer de vuesamerced, y dar á entender á su rey y á todo el mundo que su fidelidad y bondad bastaba para limpiar cualquier mancha que en su linaje se hubiese puesto; y se puede pensar que con muy mayor rigor procuraria satisfacerse de vuesamerced, como estos dias aconteció á dos hermanos españoles, los cuales el uno estaba en Roma, y entendiendo allí cómo el otro, que residia en Sajonia, era luterano, vivia muy ofrendado, pareciéndole que su hermano deshonoraba á él y á su linaje; queriendo remediar esto, se partió de Roma y fué hasta Sajonia con determinacion de convertir á su hermano, y cuando no pudiese, matarle, y así lo hizo; que, después de haber procurado mucho quince ó veinte dias que con él estuvo que se convirtiese y quitase la infamia que en su linaje tenia puesta, y no lo pudiendo acabar, lo mató, sin que le estorbase el deudo ni amor de hermano, ni el temor de perder la vida matando aquel por ser luterano en pueblo y tierra donde todos lo eran, porque entre buenos este apetito que á la honra se tiene es tan grande, que vence á todo deudo y al desco de vivir, especialmente conociendo su hermano, que, no solo á su alma y honra, mas á la conservacion de la vida y hacienda tenia mas obligacion, que no seguir la voluntad de vuesamerced, mayormente no siendo esta ordenada como debia; y conociendo que siguiéndola, no solo perderia el alma y honra, mas al fin habria de venir á perder la persona y la hacienda; y finalmente, quien mas á vuesamerced hubiese seguido, teniéndose por ello por mas culpado, y entendiendo que para volver en gracia de su rey, y que no solo le perdonase, pero aun le hiciese mercedes, le convenia señalarse, seria el que primero y con mas diligencia procurase faltar á vuesamerced y hacer plato de su persona; de manera que seria negociacion la que vuesamerced tomase, queriendo llevar este desasosiego adelante, en que los mas amigos le serian mas peligrosos, y que ninguna palabra ni sacramento ante Dios ni el mundo tenia fuerza, pues darla seria feo en ley de cristiano, y guardarla mucho mas; y no solo los amigos, mas aun la ha-

cienda, en tal caso le dañaria, pues por codicia della lo harian con mas instancia contradicion los que pensasen que los podría cubrir parte della. Y considere cómo el diu que su majestad ó el que sus veces tuviere perdonare á los del Perú, si viniese á méritos de exceptar alguno, cuán solo y en peligro quedaria el tal exceptado, quedando los otros perdonados y desagraviados. Y asimismo le suplico mire y considere esta cosa con el amor que debe y ha mostrado tener al bien desá tierra y vecinos della, porque con dar fin á los desasosiegos y alteraciones que hay y ha habido, dejará vuesamerced encargados á todos los vecinos della por habérselos ayudado en que contra el derecho de sus suplicasiones no se ejecutasen las ordenanzas, y su majestad haya sido servido de mandarlles oír y desagraviar, como lo ha hecho; y á llevar vuesamerced este desasosiego adelante, no solo pierda todo el mérito que cerca de los vecinos en lo pasado parece haber ganado, pues queriendo que dure el desasosiego después de haberse conseguido lo que conviene al bien dellos, daría á entender que, no por el bien dellos, sino por su propia pretendencia, se puso en lo pasado; pero aun les haria tan gran daño, que con muy gran razon le ternian por enemigo, viendo que los queria tener en continua fatiga y inquietud y peligro de sus vidas y gastos de sus haciendas, y que no los queria dejar gozar dellas con el sosiego de que tienen necesidad para granjeartlas y gozarlas y aprovecharse dellas, conforme á la merced que su rey les hace; y aun pareseo que no con menos causa, sino con mayor, le podrían temer por tal, cual tuvieron á Blasco Núñez, pues si él les queria quitar las vidas y haciendas, quien quisiese tenerlos en continuo desasosiego y fuera de la obediencia de su príncipe, pareceria quererles hacer perder las almas y horas y vidas y haciendas. Y tambien es de considerar la causa que se daría, yendo á esa tierra gente en el número que irá, de destruir á ella y á las haciendas que los vecinos della tienen, en gran cargo de consciencia de los que á esto diesen oension, y no solo se haria este daño y daría vuesamerced causa de ser desamado de los vecinos y mercaderes, y de las otras personas que en esa tierra tienen oficios y granjerías, de que se hacen ricos; pero aun á las gentes baldías y que no tienen repartimientos y otros tratos de que vivir se haria gran daño, porque, ocupándolos en estas disensiones y desventuras, no solo pierden la vida los que dellas en ellas mueren, pero aun los que quedan; pues habiendo venido tantas leguas destorados de sus naturalezas y á tan diferentes climas y tan destempladas regiones, con tanto riesgo de la salud, no gustan sus vidas en aquello para que vinieron, que fué ganar con que vuelvan á sus tierras ricos y remediados, ó vivan en estas honrados; lo cual no se puede hacer sino yendo á nuevos descubrimientos, pues no caben todos en lo descubierta. Lo cual no se hace entre tanto que gastan su tiempo en el ejercicio que traen, que es de tan corto provecho, que si quisiesen volver á España, muchos dellas han de buscar para el flete y matalotaje. A vuesamerced suplico que, aunque no haya extendido á representar mas cosas de las que son necesarias para que vuesamerced, como quien es, haga en esta negociacion lo que debo á cristiano y caballero hidalgo y á su mu-

cha prudencia y al amor que á los vecinos desta tierra y á las cosas della tiene, no se resciba ni atribuya lo que he dicho á desconfianza que yo tengo de la bondad cristiandad y fidelidad de vuesamerced, porque cierto, yo no tengo sino entera confianza, por haber siempre oído que todas estas partes caben en vuesamerced, sino que se eche al deseo y amor con que amo, como buen prójimo y servidor de vuesamerced, á los que en esa tierra están, y deseo su bien y acrescentamiento, y aborrezco y temo su mal y peligro; y lo rescibo como quien vuesamerced es, de mi como de hombre que ninguna cosa en esta jornada pretenda, sino servir á Dios, procurando la paz que su benditísimo Hijo tanto nos encomendó, y á mi rey, cumpliendo su mandado; y cumplir con la obligacion que como prójimo á vuesamerced y á todos los desta tierra tengo, procurándoles que vivan con estado tan seguro para las almas, honras, vidas y haciendas como es la paz, pues fuera desto, ninguna cosa que buena sea para esta vida ni para la otra puedo haber. Y con este celo y amor he sido en esta negociacion el mejor solicitador que vuesas mercedes todos han tenido, y determiné de poner mi persona en trabajo para sacar del las de vuesas mercedes, y mi vida en peligro por quitar dellos las suyas, pareciéndome que si acabase esta jornada volveria á España alegre, y cuando no, consolado de haber hecho lo que en mí era para cumplir con Dios en la deuda de cristiano, y con mi rey en la de vasallo, y con vuesas mercedes en la de prójimo y natural suyo; que si Dios en este trabajo me llevase, me llevaria sirviendo á él y á mi príncipe, y procurando de hacer bien y quitar de mal á mis prójimos; y pues tanta fe y amor debe vuesamerced y todos los desta tierra, justo es que se advierta en lo que digo, que solo en esto quiero de vuesas mercedes el pago de lo que me deben. Y tambien suplico á vuesamerced cuan afectuosamente puedo que lo que en esta he dicho lo comunique con personas celosas del servicio de Dios, pues el parecer y consejo destos es el seguro y sano, y el que se debe seguir sin sospecha que se dé por interes propio ni otro mal respeto. Nuestro Señor, por su infinita bondad, alumbre á vuesamerced y á todos los demás para que acierten á hacer en este negocio lo que conviene á sus almas, honras, vidas y haciendas; y guarde en su santo servicio la ilustre persona de vuesamerced.—De Panamá, á 26 de septiembre de 546 años.—Servidor de vuesamerced, que sus manos besa.—El licenciado, *Pedro Gasca*.—En el sobrescrito desta carta decia: «Al ilustre señor Gonzalo Pizarro, en la ciudad de los Reyes.»

CAPITULO VIII.

De lo que proveió y hizo Gonzalo Pizarro en la ciudad de los Reyes y en toda la provincia del Perú, sabida la venida del Presidente.

Llegado Gonzalo Pizarro á la ciudad de los Reyes, donde era su teniente Lorenzo de Aldana (como hemos dicho), le vinieron las primeras nuevas que Pedro Alonso de Hinojosa habia despachado cuando supo la venida del Presidente, con la cual rescibió gran turbacion; y comunicándolo con sus capitanes y gente principal, hubo entre ellos diversos pareceres, porque unos decian que pública ó encubiertamente le enviase á matar, otros

que le trajesen al Perú, porque venido seria fácil cosa hacerle conceder todo lo que ellos quisiesen, y que cuando esto no hubiese lugar le podrían entretener largo tiempo con decir que querian juntar todas las ciudades del reino en los Reyes, y llamar allí los procuradores de todas partes para que tratasen de recibirle, y que por haber tanta distancia de unos lugares á otros se podia dilatar esta junta mas de dos años, y que entre tanto el Presidente podia estar en la isla de Puna con soldados de confianza que le guardasen, y así excusaria de no avisar á su majestad de desobediencia ninguna, teniendo siempre suspenso con que la junta se hacia para recibirle, y que no se podian juntar con mas brevedad; y los que mas mansamente aconsejaban era, que le tornasen á enviar á España; y ante todas cosas, se reunió entre ellos que se enviasen procuradores á su majestad para negociar las cosas de aquel reino y darle cuenta de las nuevamente sucedidas, especialmente para justificar el rompimiento y muerte del Visorey, echándole siempre la culpa, por haber sido agresor y veníloles á buscar; y tambien para suplicar á su majestad proveyesen á Gonzalo Pizarro por gobernador de aquella provincia, y que estos procuradores, para este efecto, llevasen poderes especiales de las ciudades, y que de camino se informasen con diligencia en la ciudad de Panamá de los poderes que traia el Presidente, y le requiriesen que no entrase en la tierra hasta que, informado por ellos su majestad, enviase segunda juracion sobre lo que fuese servido proveer; y que si con todo esto, el Presidente quisiese pasar lo llevasen á buen recaudo á los Reyes; unos decian que le matasen en el camino, otros que le diesen un bocado en Panamá y matasen á Alonso de Albarado y otras cosas semejantes, que por haber pasado en sus ayuntamientos secretos no se certifican. Demás desto, se acordó que se escribiese una carta con estos mensajeros al Presidente por los principales vecinos de aquella ciudad, tratando contra la determinacion que traia con palabras muy desacatadas y atrevidas. Después de haber pasado diversas determinaciones sobre señalar las personas que habian de venir á España por mensajeros, se resumieron en que viniese don fray Hierónimo de Loaysa, arzobispo de los Reyes, y Lorenzo de Aldana y fray Tomás de San Martín, provincial de la orden de santo Domingo; aunque al Provincial le tenian por sospechoso en su opinion, por haber hecho y dicho, así en sermones públicos como en pláticas y conversaciones privadas, muchas cosas en que lo manifestaba, tuvieron por cosa conveniente fiarse dél y de los demás á quien tenian en la misma posesion, por dar autoridad á su embajada, y porque no se hullaran otros en la tierra que se atribuirían á ir á la presencia real sin escrúpulo de haber ofendido gravemente en las alteraciones pasadas, y tenian el castigo dello si acá viniesen. Y tambien se consideró en esta eleccion que, caso que estos mensajeros declarasen en España sus ánimos contra ellos, si por ventura eran tales como sospechaban, tenian por cosa conveniente echarlos de la tierra con este título, porque estando presentes, si venia el negocio en riesgo, serian para hacerles mucho daño, por ser personas tan principales y calificadas. Juntamente con ellos Gonzalo Pizar-

ro envió á Gomez de Solís, su maestresala. Unos decían que para llevar ciertos dineros y provision á Hinojosa y su gente, y otros para que viniese á España juntamente con los procuradores. Demás de los cuales, rogaron al obispo de Santa Marta que viniese á España con la misma embajada, y proveyeron á los unos y á los otros de dineros para hacer la jornada; y Lorenzo de Aldana se embarcó luego á gran prisa, entre tanto que los demás se aprestaban, llevando mandado de Gonzalo Pizarro para que con toda brevedad le avisase del suceso, pareciéndole que saliendo como salió Lorenzo de Aldana del puerto de los Reyes por el mes de octubre, á mas tardar le venia el aviso por Navidad, entrante el año de 47, y proveyó por tierra muchas postas, así de cristianos como de indios, para que en llegando la nueva á la costa del Perú se le llevase con mucha brevedad. Pocos dias después se embarcaron los obispos, y llegaron á Panamá sin haber en su viaje ninguna contradicción. Ya hemos dicho cómo Vela Nuñez, hermano del Visorey, andaba en el campo de Gonzalo Pizarro en prision tan libre, que le dejaban ir á caza y pasear por el pueblo á mula y sin armas, habiéndoselo hecho grandes aperecebimientos sobre el sosiego y quietud de sus pensamientos. Y en este tiempo le sucedió una ocasion que le trajo á perder la vida, en esta forma: que un soldado llamado Juan de la Torre, natural de Madrid, de quien arriba hemos hecho mencion, que se pasó del Visorey á Gonzalo Pizarro con Gonzalo Díaz y su gente cuando los enviaron á prender á Pedro de Puelles y á los vecinos de Guanuco, por cierta industria que tuvo, descubrió en el valle de Hica un cierto hoyo donde los indios ofrescian oro y plata, de tiempos muy antiguos, á un idolo que ellos llamaban Guaco; y afirmase haber sacado de allí mas de sesenta mil pesos en oro, sin mucha copia de esmeraldas y turquesas; todo lo cual entregó al guardian de San Francisco para que se lo guardase, y un dia le dijo en confesion que deseaba venir á España á gozar de aquella prosperidad que su buena ventura le habia encamiado; pero que, considerando haber sido tan parcial á Gonzalo Pizarro y haber ofendido á su majestad en casos tan señalados, no se atrevia á venir hasta hacer á su majestad servicios con que tuviese por bien de olvidar lo pasado; lo cual tenia pensado emprender desta manera: que se alzaría con uno de los navios que habia en el puerto y se iría con todo su dinero á Nicaragua, y allí juntaría gente y armaría un navio ó dos para salir de corso contra Gonzalo Pizarro y su armada, y saltaría en tierra y haría sus correrías en los lugares que hallase desembarazados, y que para todo esto, por no tener él edad ni autoridad, le convenia buscar una persona en que concurriesen las calidades necesarias á la empresa, que fuese capitan y cabeza della, y que ninguno se le ofrescía que mas justa causa tuviese para ello que Vela Nuñez, por ser caballero tan práctico en la guerra y que era obligado á desear la venganza del Visorey, su hermano, y de tantos deudos y amigos como Gonzalo Pizarro le habia muerto; y que él le entregaría su persona y hacienda, y sería el primero que le obedeciese, y que él hablase algunos criados del Visorey que habia en aquella ciudad para llevarlos consigo; y rogó al Guardian que todo esto lo comunicase con Vo-

la Nuñez, y así lo hizo; y porque Vela Nuñez tenía alguna enebierta, Juan de la Torre le satisfizo en presencia del Guardian, jurando la verdad de su determinacion sobre una ara consagrada; con lo cual Vela Nuñez aceptó el partido; y en comenzando á tratar con algunos criados del Visorey, no se sabe por qué via se descubrió; de forma que Gonzalo Pizarro le prendió, y habiéndose hecho contra él proceso, le hizo degollar públicamente, diciendo el pregon; á Por traidor al Rey. » Causó esta muerte grande y general listima en todo el reino, por ser Vela Nuñez muy virtuoso caballero y bienquisto de todos. Por este mismo tiempo sucedió que Alonso de Toro, teniente de gobernador del Cuzco, fué muerto á puñaladas por su mismo suegro sobre ciertas palabras que con él hubo, lo cual sintió mucho Gonzalo Pizarro por la falta que le habia de hacer, y por su muerte nombró por teniente del Cuzco á Alonso de Hinojosa, al cual ya habia elegido el cabildo; y en su tiempo sucedió cierto motin en el Cuzco, por el cual fueron muertos Lope Sanchez de Valenzuela y Diego Perez Becerra, promovedores del, y otros fueron desterrados por el mismo Hinojosa y por Pedro de Villacastin, alcalde ordinario, que entendieron en la pacificacion de la ciudad.

CAPITULO IX.

De lo que sucedió en Panamá con la llegada de los embajadores.

Siendo señaladas las personas que habian de venir á Castilla á los negocios de la tierra, Gonzalo Pizarro despachó luego á Lorenzo de Aldana, que era uno dellos, y le dió los despachos necesarios, y se tuvo noticia que así él como algunos de sus capitanes habian escrito cartas muy desuacatadas, caso que nunca parecieron, y se creyó que, como Lorenzo de Aldana llevaba buena intencion, las rompió y no quiso indignar los negocios mostrándolas. Llegado á Panamá, se aposentó con Hinojosa, porque tenían muy antigua amistad y algun deudo, y luego fué á besar las manos al Presidente, tratando de cosas generales en aquella visitacion, sin tocar en el negocio principal, sin descubrirse en aquellos dos dias; lo cual hizo como hombre recatado para entender las intenciones de los capitanes; y teniéndolas entendidas, se declaró con el Presidente y se ofresció al servicio de su majestad, y en su confianza se acordó que ya se tratase descubiertamente el negocio con Hinojosa; y tomándole aparte Hernan Mejia, le trajo á la memoria todas las cosas pasadas, y cómo estaban en términos de ponerse todo remedio con la venida del Presidente, favoreciéndole y sirviéndole conforme á la obligacion que tenían á su majestad, y que si se les pasaba aquella ocasion, podría ser que en muchos tiempos no la cobrasen; á todo lo cual Hinojosa respondió que él era muy servidor del Presidente y le habia dado á entender la intencion que tenia, y que si su majestad, habiendo oído lo que Gonzalo Pizarro pedía, no fuese servido de lo proveer, en tal caso él cumpliría la voluntad de su rey y señor, sin poder caer en nota de traidor; porque á la verdad Hinojosa (como hombre poco práctico en negocios de lo de la guerra) creía que todo lo pasado llevaba buen título, y que las suplicaciones que se interponian se podian hacer de derecho, y en seguimiento dellas to-

das las diligencias necesarias. Y no faltaban letrados que lo fundaban y sustentaban; y así, estuvo siempre muy recatado para no exceder en su cargo, fuera del intento principal, sin matar ni castigar hombre ninguno ni tomar á nadie su hacienda, como otros capitanes hacían. Hernando Mejía, entendido el engaño en que estaba, se declaró mas con él, diciéndole que, sabida la voluntad de su majestad, que venia cometida al Presidente, no había para qué esperar otra nueva declaracion ni respuesta, y que le hacían saber que toda la gente estaba determinada de hacer lo que el Presidente mandase, y que él sería el primero; por tanto, que no se dejase engañar, colorando el mal camino en que andaban con pareceres de letrados que eran de la misma liga, pues no había nadie que no entendiese la verdad del negocio. Hinojosa le pidió término para responderle otro día; y así, le envió á llamar y se determinó de hacer lo que le aconsejaba, y juntos se fueron á la posada del Presidente, donde Hinojosa se ofreció á su servicio en nombre de su majestad, y le entregó la obediencia, y allí fueron llamados todos los capitanes, y juntos hicieron pleitonaje de obedecer al Presidente y tener secreto de lo que pasaba hasta que les fuese mandado otra cosa; y así se hizo, sin que los soldados supiesen descubiertamente lo que pasaba, aunque algunos lo entendían por conjeturas, porque vían que el Presidente proveía en todos los negocios y que los capitanes iban y venían á su casa muy á menudo, y le trataban en público y en secreto como á superior. Y viendo el Presidente los inconvenientes que podían suceder de la dilacion, determinó despachar al mismo Lorenzo de Aldana, que con tres ó cuatro navíos, y en ellos hasta trecientos hombres, fuese á correr la costa del Perú y á tomar el puerto de la ciudad de los Reyes para recoger los servidores de su majestad; porque, subido por Gonzalo Pizarro lo que pasaba, no tuviese lugar de proveerse de espacio ni de matar á los que él tenía por sospechosos en favor de su majestad como muchas veces entre sus capitanes se trataba; y así, con gran presteza fueron despachados cuatro navíos, yendo por general dellos Lorenzo de Aldana y por capitanes Hernando Mejía y Juan Alonso Palomino y Juan de Iltanes. Y para esto se hizo reseña general, y públicamente en ella se entregaron las banderas al Presidente, y él las tornó á los mismos capitanes que las tenían, nombrándolos de nuevo por su majestad, y dejando por general de todo el ejército á Hinojosa, como antes lo era; y embarcaron los trescientos hombres, y se dió paga á los que dellos fué necesario, y se hicieron á la vela, llevando consigo al provincial de santo Domingo, por ser persona tan señalada, que con sola su autoridad bastaba para que todas las personas dudosas le diesen crédito. Asimismo llevaban muchos traslados de las provisiones reales y del perdón, con órden que si fuese posible no tocasen en tierra ni fuesen sentidos hasta que llegasen al puerto de los Reyes, por lo mucho que importaba tomar de sobresalto á Gonzalo Pizarro, aunque esto no se pudo hacer por la causa que adelante se dirá. Y á esta sazón llegó el arzobispo de los Reyes y Gomez de Solís, que holgaron de todo lo sucedido y se prostraron al favor y servicio del Presidente, el cual envió á don Juan de Mendoza á la Nueva-

España con cartas para el visorey don Antonio de Mendoza, para que le socorriese con toda la gente que se pudiese juntar en aquella provincia, y á don Baltasar de Castilla para Guatemala y Nicaragua para lo mismo, y á otras personas á Santo Domingo, para que de todas partes le viniese el socorro que fuese posible, creyendo que había de ser necesario.

CAPITULO X.

De lo que sucedió á Pedro Hernandez Paniagua en su mensaje, y de lo que Gonzalo Pizarro proveyó sabida la entrega de la armada.

Pedro Hernandez Paniagua (á quien tenemos dicho que el Presidente despachó con cartas para Gonzalo Pizarro) llegó al Perú al tiempo que esperaba nuevas de lo que en Panamá había sucedido con la ida de Lorenzo de Aldana, que fué mediado el mes de enero del año de 47; y tomando tierra en Tumbes, llegó á San Miguel, y un Villalobos, que allí era teniente por Gonzalo Pizarro, le prendió y tomó los despachos, y á muy gran prisa los envió á los Reyes por vía de Diego de Mora, que también era teniente en Trujillo. Visto todo por Gonzalo Pizarro, despachó una persona de confianza que trajese consigo á Paniagua, avisándole que no le dejase hablar con nadie por el camino; el cual fué y le trujo, y dadas sus creencias y despachos á Gonzalo Pizarro en presencia de todos los capitanes, le mandó que dijese todo lo que se le había mandado, demás de las cartas, certificándole que por cosa de las que allí pasase no rescibiría daño ni perjuicio ninguno. Y aperteciéndole con esto que si fuera de allí trataba con ninguna persona en público ni en secreto sobre cosa tocante al Presidente, cualquier indicio bastaría para le cortar la cabeza; y luego Paniagua declaró osadamente su embajada; y dicha, le mandaron salir, y hubo algunos votos para que lo matasen, porque decían que trataba con algunos de quien se sabía las cosas de su opinion; y con todo esto, Gonzalo Pizarro no mostró á ninguno de sus capitanes la carta que el Presidente le escribió ni la que de su majestad le dieron. Todos sus parciales le decían que no convenían que el Presidente entrase en el Perú, y algunos en su presencia decían contra su majestad y contra él palabras muy descontentadas, porque desto mostraba holgarse Gonzalo Pizarro; y luego escribió á la villa de Plata al capitán Carvajal para que con brevedad se viniese á los Reyes, y trajese todo el oro y plata y arcabuces y otras armas que tenía; lo cual se proveyó, no tanto porque se entendiese que sería necesario para defensa ni aparejo ninguno de guerra (pues ni se sabía ni se podía saber la entrega del armada, ni lo demás sucedido en Panamá), como por remediar las grandes quejas que había del capitán Carvajal en toda la tierra, por los muertos y robos que á cada paso hacía. Unos decían que era para castigarle en su persona, y otros por tomarle mas de ciento y cincuenta mil pesos suyos que había robado en aquella conquista. En este tiempo se trataban las cosas en Lima tan estrechamente, que nadie se osaba fiar de otro ni decir palabra que tocase á los negocios; porque cualquiera ocacion, por liviana que fuese, bastaba para ser muertos. Y ya Gonzalo Pizarro andaba tan recatado,

que, estando enfermo el licenciado Zárate (cuya intención había sentido en muchos negocios ser contra él), aunque tuvo su hija casada con su hermano, le hizo dar unos polvos para remedio de su enfermedad, con los cuales, según se tuvo por cierto y lo dijeron después algunos criados de Gonzalo Pizarro, le mató; como quiera que sea, mostró haberse holgado con su muerte; luego Pedro Hernandez Paniagua comenzó á negociar su vuelta por medio del licenciado Carvajal, contra opinión de los otros capitanes, que no quisieran que saliera de allí, lo cual fuera para él gran peligro, especialmente si no fuera partido cuando llegó la nueva de la entrega del armada, que, aunque entonces no se sabía en los Reyes, se tenía dello muy mal concepto, por la mucha tardanza que había en venir nuevas de Panamá; y con sola esta sospecha, Gonzalo Pizarro escribió á Pedro de Puelles, que estaba por él en Quito, y á todos los otros sus capitanes, aperebiéndoles que no se descuidasen, y tuviesen á punto su gente. Y á esta sazón llegó el capitán Carvajal de los Charcas con ciento y cincuenta soldados y treientos arcabuces y mas de treientos mil pesos; y el día que entró en los Reyes se le hizo un muy solemne recibimiento, saliendo en él Gonzalo Pizarro y todos los de la ciudad, sin faltar ninguno, con mucha música y fiesta. Y en aquel tiempo vinieron nuevas de Puerto-Viejo cómo habían visto los cuatro navios, y que en reconociendo la tierra, habían vuelto de otro bordo á la mar, sin tomar puerto ni proveerse de cosa ninguna, como los otros navios lo solian hacer ordinariamente; lo cual se tuvo por mala señal, y que eran de guerra.

CAPITULO XI.

Cómo la armada del Presidente llegó al puerto de Trujillo, y la recibieron Diego de Mora y otros, reduciéndose al servicio de su majestad.

Desde que Gonzalo Pizarro tuvo las nuevas de los navios que tenemos dichos, pasó algun tiempo que no se pudo certificar mas de la verdad, ó porque ellos se apartaban de tierra cuanto podian, ó porque Diego de Mora, teniente de Gonzalo Pizarro en Trujillo, retenia las cartas que sobre ello se escribian. Con lo cual ninguno en los Reyes podia atinar qué cosa fuese, aunque se puso con esto Gonzalo Pizarro en gran cuidado; y de día y de noche le hacian guardia los vecinos y los soldados, como cada uno podia, mostrando contentamiento, como si de voluntad lo hicieran. Y á este tiempo Lorenzo de Aldana llegó con los navios al puerto que llaman de Mal-Abrigo, que es cinco ó seis leguas antes de Trujillo. Y como Diego de Mora había sabido la venida destes navios por el mensajero que trajo la nueva dellos de Puerto-Viejo, aunque no entendia certifiadamente quién venia en ellos ni para qué efecto, con otros muchos vecinos de la ciudad de Trujillo se embarcó en un navio que estaba en su puerto, llevando muchos bastimentos de armas y comida, con designio de ir á buscar los navios, y juntarse con ellos á lo quier que los hallase; porque, de cualquier opinion que fuese, lo podia hacer muy á su salvo, pues siendo de Gonzalo Pizarro, podia decir que salia á saber nuevas y llevarlos bastimentos, y siendo de su majestad, cumplia mejor

su voluntad juntándose sus capitanes con ellos. Y así, quiso su ventura que el mismo día que salieron del puerto los toparon, y sabida la verdad de la jornada, con gran placer de todos se juntaron y redujeron en uno; y habiendo proveido Diego de Mora á toda la armada del refresco necesario, aquella noche se vinieron al puerto, y sin saltar en tierra, se ordenó que Diego de Mora, con toda aquella gente, se fuese á la provincia de Caxamalca, para que allí con mas seguridad pudiesen esperar el tiempo en que fuese necesaria su ayuda, y en el entre tanto recoger la gente que por allí acudiese; y despacharon mensajeros con cartas y provisiones para los Chachapoyas y á Guanuco y á Quito y á las entradas de Mercadillo y Porcel, para que todos acudiesen al servicio de su majestad. Estas nuevas de lo sucedido en Trujillo llegaron con mucha brevedad á noticia de Gonzalo Pizarro, por medio de un fraite de la Merced, que siempre se había seguido y favorecido, diciendo solamente la salida de Diego de Mora y de los vecinos, sin afirmar ni poder saber que se habían juntado con la armada. Por lo cual Gonzalo Pizarro creyó que se iban á Panamá á juntar con el Presidente, por lo cual proveyó con brevedad por teniente de aquella ciudad de Trujillo al licenciado García de Leon, que hasta entonces había traído consigo, y le envió en un navio con hasta quince ó veinte soldados, á los cuales proveyó de los indios de todos aquellos que se habían ido con Diego de Mora, y juntamente envió al comendador de la Merced de aquella ciudad para que en aquel mismo navio tomase consigo las mujeres de los huídos, y las llevase á Panamá á sus maridos para se las entregar; y las que había viudas enviaba señaladas personas con que se casasen; y si no quisiesen, las llevasen con las otras á Panamá; y aunque para tan desordenada provision se daban diversas razones y colores, la verdadera era quererse apoderar Gonzalo Pizarro, no solamente de los indios de los huídos, pero tambien de sus casas y granjerías, sin que estuviesen presentes las mujeres, que lo habían de defender por la mejor via que pudiesen, ó á lo menos les habían de dar dellos alimentos y las cosas necesarias. Pues saliendo el licenciado Leon con el navio, donde á pocos dias toparon con el armada; y juntándose con ella, se redujeron al servicio de su majestad, unos porque desentaban esta ocasion mucho tiempo había, otros porque no pudieron hacer menos sin que Lorenzo de Aldana los justificase; y enviaron al comendador de la Merced, por tierra, á los Reyes, á hacer saber á Gonzalo Pizarro la razon de su venida, y para que hablase de este color á las personas particulares en quien conociese buena intención, avisándolos que se saliesen al puerto, porque siempre acudirian los bateles á recoger gente. Sabido esto por Gonzalo Pizarro, mandó recoger al Comendador, y que no hablase ni tratase en público ni en secreto con ninguna persona, mostrando siempre muy gran queja de Lorenzo de Aldana por la burla que le había hecho, y diciendo que si él siguiera la voluntad de los principales de su campo lo hubiera muerto mucho tiempo había; y todos públicamente le decian que él tenía la culpa por no lo haber hecho. Y sabida tan á la clara la venida de la armada, y la necesidad que tenían de prepararse

para la guerra, que esperaban que entre tanto que la armada subía desde Trujillo á los Reyes, que aunque la distancia no es mas de ochenta leguas, la navegacion dellas es de la dilacion que tenemos dicho. Gonzalo Pizarro comenzó á poner en órden y juntar su gente y meterla debajo de banderas, porque hasta entonces la seguridad que pensaba tener le habia hecho descuidar; y así, nombró nuevos capitanes y les repartió la gente desta manera: señaló por capitanes de gente de caballo al licenciado Carvajal y al licenciado Cepeda, porque le pareció que estos estaban muy prendados en su favor. Y señaló por capitanes de arcabuceros á Juan de Acosta y Juan Vélez de Guevara y á Juan de la Torre, y por capitanes de piqueros á Hernando Baeliciao y á Martin de Robles y á Martin de Almendras, y proveyóse que Francisco de Carvajal fuese maestro de campo, como hasta allí lo habia sido, y que tuviese para su guardia cien arcabuceros de los que él habia traído de los Charcas, que todos estaban bien encabalgados. Tocáronse atambores para este efecto, y diéronse pregones para que todos los estantes y habitantes de la ciudad, de cualquier suerte que fuesen, se recogiesen á las banderas y fuesen á rescatar paga, so pena de muerte. Y repartiéronse las pagas entre los capitanes desta manera: á los dos capitanes de caballos se dieron cincuenta mil castellanos para que hiciesen cada uno cincuenta de caballo; demás de los cuales, se pusieron debajo de sus estandartes muchos mercaderes y personas pacíficas, que, aunque se entendía que no habian de pelear, se concertó con ellos que se librasen con dar cada uno unas armas y un caballo, y así las dieron; y otros que no las tenían lo reducían á dineros. A Martin de Robles se dieron veinte y cinco mil castellanos para ciento y treinta piqueros que recogió, á Hernando Baeliciao se dieron otros veinte mil castellanos para ciento y doce piqueros, á Juan Vélez de Guevara se dieron otros veinte y cinco mil castellanos para ciento y cuarenta arcabuceros, y otro tanto á Juan de Acosta para otros tantos arcabuceros, y á Juan de la Torre se dieron doce mil castellanos para cincuenta arcabuceros con que hacía guardia ordinaria á Gonzalo Pizarro, y á Martin de Almendras se dieron otros doce mil castellanos para cuarenta y cinco piqueros. Nombróse por alférez general del estandarte Antonio Altamirano, vecino y regidor de la ciudad del Cuzco, con ochenta de caballo que le guardaban, y diéronsele doce mil castellanos para socorro de algunas necesidades, porque la gente de ninguna paga ni socorro tenía necesidad, por ser todos vecinos y los mas ricos de la tierra. Luego sacaron todos sus banderas y hicieron reseña de la gente. El licenciado Cepeda sacó en su estandarte á nuestra Señora, el licenciado Carvajal puso á Santiago, el capitán Carvajal sacó la misma bandera que trajo en la guerra de los Charcas; el capitán Guevara sacó unos corazones con una cifra dentro en ellos que decía «Pizarro», el capitán Baeliciao sacó una cifra, que era una G grande revuelta en una P, que decía «Gonzalo Pizarro», con una corona de rey encima; y así los otros de diferentes maneras, y en solo el estandarte habia las insignias reales. Luego repartieron su guardia y velaron la ciudad de noche con mucha diligencia; Gonzalo Pizar-

ro entendía por su parte en dar socorros á muchos soldados que no estaban debajo de bandera, y á otros que estaban daba ventajas, demás de lo que habian rescatado, de á mil y á dos mil castellanos, segun los méritos él conocía de cada uno. Hizo reseña general, y salió él á pié con la infantería. Juntáronse entre todos mil hombres tan bien armados y aderezados como se han visto en Italia en la mayor prosperidad, porque ninguno habia, demás de las armas, que no llevase calzas y jubon de seda, y muchos de tela de oro y de brocado, y otros bordados y recamados de oro y plata, con mucha chapería de oro por los sombreros, y especialmente por frascos y cajas de arcabucos. Habia mucha cantidad de pólvora; trató luego que todos los soldados se encabalgasen, y para este efecto compró todas las yeguas y machos y caballos que pudo haber, y muchos tomó sin paga. Gastóse en toda la costa número de mas de quinientos mil castellanos. Despachó á Martin Silveira para que fuese á la villa de Plata á traer la gente y dineros que allí habia. Envió á Antonio de Robles al Cuzco para traer la gente que allí tenía Alonso de Hinojosa, su tiente; escribió á Lucas Martin, teniente de Arequipa, que luego viniese con la gente de aquella villa; envió á mandar á Pedro de Puelles, teniente de Quito, que acudiese con la gente de aquella provincia; despachó para que los capitanes Mercadillo y Porcel, dejadas las entradas en que entendían, trajesen toda la gente á Lima, y lo mismo el capitán Saavedra, que era teniente de Guamanga; y desta manera fueron mensajeros á todas partes, convocando la gente y enviando instrucciones para los capitanes de la forma en que la habian de traer, mandando en suma que no dejasen en todas sus jurisdicciones armas ni caballo ni otro ningun aparejo que diese ocasión á la gente de acudir al Presidente, justificando con todos su causa por las mas coloradas razones que él podía, diciéndoles cómo habiendo él enviado al capitán Lorenzo de Aldana en nombre suyo y de todo el reino á informar á su majestad de todo lo sucedido en la tierra, se habia confederado con el Presidente, y venia contra él con su misma armada, con que se le habia alzado, la cual le costó mas de ochenta mil castellanos; y que, enviando su majestad al Presidente para que entendiese en la quietud y sosiego del reino, de su propia autoridad habia hecho gente, y venia con toda la que habia podido juntar á castigar los que habian excedido en los negocios pasados; y que pues todos habian entendido en ellos, mirasen que tanto le iba á cada uno dellos como á él, pues no habia habido nadie que no le tocara, y que el perdón que decian que traía para los que le favoreciesen, era fingido, porque ya que alguno hubiese, decía que perdonaba lo pasado, lo cual no comprendía la batalla y muerte del Visorey, pues sucedió después de la partida del Presidente; y hasta que su majestad, informado de todo, proveyese de nuevo, él se determinaba resistir la entrada al Presidente, cuanto mas que él estaba informado de muchas personas que se lo habian escrito de España, que su majestad no envía al Presidente para quitarle la gobernacion, salvo á que presidiese en la audiencia real, y que estaba él muy cierto dello, porque Francisco Maldonado, á quien él habia enviado á su ma-

jestad, se lo había escrito, y que lo mismo había dado á entender el mismo Presidente en la carta que le escribió con Pedro Hernandez Paniagua, sino que después sus mismos capitanes le habían engañado y hécholo entrar en la tierra con mano armada; de lo cual sería su majestad muy deservido cuando lo supiese; y pretendía fundar por estas y otras razones que el Presidente había cometido gran delito en detener los mensajeros, y que por ello se le podía hacer justamente la guerra.

CAPITULO XII.

Cómo se acordó que el licenciado Carvajal fuese á correr la costa con cierta gente, y después no lo enviaron por lo que se sospechaba.

En este tiempo Gonzalo Pizarro y su maestre de campo y otros que le aconsejaban, determinaron buscar nueva forma para justificar su causa con los soldados y con el pueblo, y esta fué, que llamando todos los letrados que había en aquella ciudad de los Reyes, les propuso el delito que decían haber cometido el Presidente en el detenimiento de los navíos, y entrar en la tierra con gente de guerra, contra la comision y mandato que de su majestad traía, persuadiéndoles que sería justo y conforme á justicia hacer proceso contra el Presidente y contra sus capitanes y los demás que le seguían; y los letrados, no osando contradecir la voluntad de Gonzalo Pizarro, concedieron en ella; y así, se hizo el proceso, y dende á pocos dias ordenó una sentencia, cuya sustancia era: que, vistos los delitos que resultaban de aquella informacion contra el licenciado de la Gasca y sus capitanes, hallaba que le debía condenar y condenaba á que le fuese cortada la cabeza, y Lorenzo de Aldana y Hinojosa fuesen hechos cuartos; y desta manera condenaron á cada capitán en el género de muerte que le parecia; la cual sentencia hizo firmar al licenciado Cepeda, oidor, y enviándolo á firmar á los otros letrados, uno dellos, llamado el licenciado Polo Hondegardo, natural de Valladolid, fué á Gonzalo Pizarro, y le dijo que no convenia pronunciarse aquella sentencia, porque podría ser que sus capitanes que ayudaban al Presidente se quisiesen después reducir, lo cual no osarian hacer si supiesen que estaban tan cruelmente condenados, y que, demás desto, el Presidente era clérigo de misa, y que incurrian en pena de excomunion mayor los que firmasen tal sentencia. Y con estas razones se sobreesayó y no se acabó de despachar. En este tiempo tuvo Gonzalo Pizarro noticia cómo los navíos de Lorenzo de Aldana eran salidos de Trujillo y venían la costa arriba, y luego proveyó que Juan de Acosta fuese con cincuenta arcabuceros de caballo á correr la costa y estorbarles que no tomasen agua en los puertos; y así, fué hasta la ciudad de Trujillo, donde estuvo un solo dia, temiendo que Diego de Mora venia sobre él desde Caxamalca, y tambien porque supo que los navíos estaban en el puerto de Santa; y determinó ir allí, y de su venida tuvo noticia Lorenzo de Aldana por ciertos españoles que en balsas le dieron aviso dello; y hizo una emboscada de ciento y cincuenta arcabuceros, que estaban escondidos en unos cañaverales por donde Juan de Acosta había de pasar, de lo cual él iba bien descuidado si no topara ciertas espías de la ar-

madá, y queriéndolos ahorear, le descubrieron la celada y le avisaron que si, dejándolo aquel camino, tomaba el de la mar, toparía algunos marineros que estaban tomando agua, y los envió presos á Gonzalo Pizarro; y aunque los de la emboscada lo sintieron, no fueron parte para quitarles la presa, por estar á pié, y sus camareros á caballo, y ser la tierra muy arenosa; y con tanto, se tornó Juan de Acosta al puerto de Guaura y esperó allí lo que Gonzalo Pizarro mandaba, el cual recibió muy bien los presos, y les restituyó sus armas y los mandó dar de vestir y posadas, y los asentó á cada uno en la compañía que quiso, y dellos tuvo entera relacion de la gente que venia en la armada y de todo lo demás sucedido en Panamá, y de los socorros por que el Presidente había enviado á diversas partes de las Indias; y dellos tambien supo cómo Lorenzo de Aldana había echado en tierra á fray Pedro de Villosa, fraile dominico, en hábito de lego, para que publicase por todas partes el perdón; y enviándolo á buscar, le hallaron; y traído á Gonzalo Pizarro, lo hizo meter en una silla que tenía hecha junto al alberca de su huerta, donde había abundancia de sapos y culebras, hasta que con la ocasion de la venida del armada se soltó, como adelante se dirá. Y luego se determinó que el licenciado Carvajal fuese con trecientos arcabuceros de caballo y con la gente de Acosta la costa abajo hasta llegar á Caxamalca y deshacer á Diego de Mora. El licenciado se aderezó para ello, y teniendo toda su gente apercebida para se partir, otro dia de mañana el maestre de campo Carvajal habló á Gonzalo Pizarro, y le dijo que en ninguna manera le convenia que el licenciado Carvajal hiciese aquella jornada, porque no tenía dél entera confianza, y que si hasta entonces le había seguido era para efecto de vengarse del Visorey, lo cual ya estaba hecho, para que se acordase que todos sus hermanos eran criados de su majestad, especialmente el obispo de Lugo, que le servia en cargos tan preeminentes, y que no creyese que se atreveria á tener la opinion contraria de todos ellos, cuanto mas que debía tener memoria cómo lo tuvo preso sin causa ninguna y puesto en términos que lo hicieron confesar y hacer testamento para le matar. Con las cuales razones hizo mudar de parecer á Gonzalo Pizarro, y en su lugar envió al mismo Juan de Acosta, con docientos y ochenta hombres, que fuese á hacer lo que estaba cometido al licenciado Carvajal; y llegado camino de Trujillo á la Barranca, que es veinte y cuatro leguas de los Reyes, no pasó de allí por lo que adelante se dirá. En este tiempo el capitán Saavedra, teniente de Guanuco, recibió cartas de Lorenzo de Aldana, en que le persuadía se redujese al servicio de su majestad; y determinado hacerlo así, se color de juntar su gente para acudir con ella á Gonzalo Pizarro (porque, como está dicho, le había enviado á llamar con Hernando Alouso, vecino de aquella villa), y salió con ellos, diciéndoles su voluntad de ir á servir á su majestad, y todos se ofrecieron á lo seguir, excepto tres ó cuatro, que se le huyeron y fueron á dar noticia de lo que pasaba á Gonzalo Pizarro, y él envió treinta soldados con un capitán que destruyese y talase el pueblo; y cuando ellos llegaron, los indios de la tierra se habían alzado por mandado de sus amigos, y estaban de guerra, y defendieron

la entrada á los españoles, los cuales se tornaron á los Reyes, recogiendo las yeguas y ganados que pudieron haber. El capitán Saavedra, con hasta cuarenta de caballo que le quisieron seguir, llegó á Cuzamalen, y se juntó con Diego de Mora y con los demás que estaban allí en servicio de su majestad.

CAPITULO XIII.

De cómo Antonio de Robles fué al Cuzco por teniente, y Diego Centeno salió de la Cueva y juntó gente, y fué sobre él y le mató, y tomó la ciudad.

Llegado Antonio de Robles al Cuzco, á quien, como arriba tenemos dicho, Gonzalo Pizarro enviaba por capitán general á aquella ciudad, Alonso de Hinojosa, que hasta allí lo había sido, le entregó la jurisdicción y el ejército, aunque no pudo dejar de recibir desabrimiento dello, según se creyó; Antonio de Robles comenzó á recoger toda la gente y dineros que pudo, y saliendo con ella hasta Xaquixaguana, que son cuatro leguas del Cuzco, tuvo allí nuevas cómo, después de haber estado Diego Centeno por más de un año escondido en una cueva (como arriba está dicho), tuvo allí noticia de la venida del Presidente y de las cosas más señaladas que en la tierra pasaban, por lo cual salió luego y comenzó á recoger alguna gente de los que con él habían andado, que estaban escondidos en arcabuzos por huir de la furia de Gonzalo Pizarro y de su maestro de campo; y así, se le juntaron hasta cuarenta hombres, y algunos dellos en los caballos que habían quedado, y los demás á pie y no tan bien armados como era necesario, y determinó dar un asalto en el Cuzco con tanto ánimo como si llevara quinientos hombres. Los principales que con él iban eran Luis de Tíbera y Alonso Pérez de Esquivel y Diego Alvarez y Francisco Negrál y Pedro Ortiz de Zárate y Domingo Ruiz, clérigo (á quien comúnmente llamaban el padre vizcaíno), y desta manera caminó hasta llegar cerca del Cuzco. Túvose por cierto que algunos principales de la ciudad, por salir de la sujeción de Antonio de Robles, que era hombre de buena suerte y entendimiento y de poca edad, escribieron á Diego Centeno que viniese á esta empresa, que ellos le harían espaldas cómo tuviese buen suceso; y otros afirmaban que el mismo Hinojosa, sentido de lo que Gonzalo Pizarro con él había hecho, le envió á ofrecer su favor; y débese creer lo uno ó lo otro, porque, á no ser así, fuera gran temeridad la de Diego Centeno, acometer á tomar una ciudad en que por lo menos había quinientos soldados á punto de guerra, sin los vecinos, que los más dellos llevaban las dagas atadas en puntas de varas por falta de lanzas ó picas. Como quier que fuese sabido por Antonio de Robles la venida de Centeno, se tornó al Cuzco y se comenzó á apercebir, y cuando supo que estaba una jornada de allí, se puso en arma, juntando un escuadrón de trecientos hombres en la entrada de la plaza, y envió á correr el campo á Francisco de Aguirre, hermano de Perucho de Aguirre, á quien dijimos haber ahorcado el capitán Carvajal, y él se fué á topar con Diego Centeno, y allí se juntó con él, dándole relación de todo lo que pasaba, y en la noche, que fué víspera de Corpus Christi del año de 47, le metió por otra calle diferente, por donde estaba hecho el

escuadrón, y dieron en él por un lado con tanto ánimo como quien iban determinados de vencer ó morir; y como era de noche y el ruido muy grande, no se entendían los unos ni los otros; tanto, que entre los del Cuzco se mataban ellos mismos, por no tener espacio de preguntar el nombre. A Diego Centeno le sucedió bien para este efecto un ardido de que usó, que fué quitar los frenos y sillars á los caballos que llevaba, y echarlos por la calle donde estaba hecho el escuadrón, con indios tras ellos que los amenazasen; y como iban corriendo á toda furia, primero desbarataron y rompieron por la gente, que tuviesen lugar de matarlos ni aun de entenderse si venía alguno encima dellos. Lo cual pareció mucho á lo que hizo aquel capitán de Cartago, que estando cercado en un valle, buscó salida echando los toros delante y vacas que tenía, con haces de paja encendida atados á los cuernos; finalmente, que Diego Centeno y los suyos pelearon con tanto ánimo, que los del Cuzco se desbarataron y huyeron, quedando Centeno con tanta gloria, que pocas veces se ha visto tan pequeño número de gente vencer á tantos, especialmente dentro de su propia ciudad, que peleaban (como suelen decir los historiadores) por sus fuegos y altares. Túvose por cierto que los que primero huyeron fué alguna gente de Alonso de Hinojosa, á quien él lo había así mandado; pero ni ellos lo dicen, por no confesar su cobardía, ni Centeno lo admite, por no disminuir la victoria. Luego fué Diego Centeno elegido por capitán general del Cuzco en nombre de su majestad, y otro día cortó la cabeza á Antonio de Robles públicamente, y repartió entre la gente hasta cien mil pesos que allí halló, de Gonzalo Pizarro haciéndolos todo buen tratamiento. Nombró por capitanes de infantería á Pedro de los Ríos y á Juan de Virgas, hermano de Garcilaso, y de gente de caballo al capitán Negrál, y hizo su maestro de campo á Luis de Ribera. Y así, salió del Cuzco con hasta cuatrocientos hombres la vía de la villa de Plata, con intención de requerir á Alonso de Mendoza, que allí tenía la tierra por Gonzalo Pizarro, que se redujese al servicio de su majestad; donde no, tomar la villa por fuerza de armas. En esta sazón Lucas Martín, á quien Gonzalo Pizarro envió á Arequipa por la gente que allí había, salió para le llevar ciento y treinta hombres á la ciudad de los Reyes, y cuatro leguas de Arequipa su misma gente le prendió, y tomando por capitán á Hierónimo de Villegas, siguieron su camino hasta juntarse con Diego Centeno, que estaba en el Collao, aguardando los conciertos que era ido á tratar Pedro Gonzalez de Zárate, maestreescuela del Cuzco, y halló que era ya llegado á los Charcas Juan de Silveira, sargento mayor de Gonzalo Pizarro, á quien tenemos dicho que envió por la gente de aquella provincia, habiendo ahorcado cinco ó seis hombres en el camino de los que habían seguido á Diego Centeno, y tenía juntos hasta trecientos hombres, y lo que dellos sucedió se dirá adelante.

CAPITULO XIV.

Cómo Gonzalo Pizarro envió á llamar á Juan de Acosta para que fuese sobre Diego Centeno al Cuzco, y degolló á Antonio Altamirano y á Lorenzo Mejía, y el juramento que hizo hacer á los vecinos de los Reyes.

Llegando á Gonzalo Pizarro las nuevas de todo lo sucedido en el Cuzco, y el alzamiento de Centeno y muerte de Antonio de Robles, y viendo por algunas conjeturas que para ello tenía, que la gente de San Miguel había alzado bandera por su majestad, y que los capitanes Mercedillo y Porcel se habían juntado con Diego de Mora en Paxamaleu, por manera que no le quedaba sino solamente la gente que tenía en los Reyes y la de Pedro de Puellas, que estaba en Quito, de quien él tenía seguridad no le faltaría, determinó enviar sobre Diego Centeno al capitán Juan de Acosta con la gente que tenía y con la que mas fuese menester, con determinacion de seguirle con todo el resto de su campo, que eran novecientos hombres, y entre ellos los vecinos mas principales de la provincia, y con ellos allanar la tierra de arriba, y después hacer la guerra á todos los demás, y cuando se viese muy apretado irse al descubrimiento del rio de la Plata ó al de Chili, ó á otros muchos que tenían las entradas por la parte superior de la tierra; y esto se entendía por diversas muestras que para ello daba, aunque no mostró tan poco ánimo que lo dijese á nadie; y así, envió á llamar á Juan de Acosta; y como su gente vió tan gran novedad, se alborotaron, y huyeron siete ó ocho dellos, llevando por cabeza á Hierónimo de Soria, vecino del Cuzco, y se huyeron muchos mas si no los previniera cortando la cabeza á Lorenzo Mejía, yerno del conde de la Gomera, y á otro soldado de quien tuvo sospecha que se quería ir, y á otros trajo presos á los Reyes; y pocos dias antes que llegase, pareciéndole á Gonzalo Pizarro que Antonio Altamirano, vecino y regidor de la ciudad del Cuzco y alférez general de su campo, andaba tibio en los negocios, sin que dél supiese contradicion ni sospecha señalada le hizo dar garrote una noche y después lo ahorcó públicamente en el Rollo, repartiendo todos sus bienes, porque era de los mas ricos de la tierra; y dió el estandarte real á don Antonio de Ribera, que poco antes había venido de Guamanga con hasta treinta hombres y algunas armas y bestias que había recogido de los vecinos que allí quedaron. Pues viendo Gonzalo Pizarro que sus negocios se empeoraban cada dia, y que no le quedaba ya mas fuerza de la que tenía en los Reyes, con no tener pocos dias antes contradicion en todo el reino, y que si venian á noticia de la gente que le quedaba las provisiones y el perdon y revocacion de ordenanzas que traía el Presidente (lo cual hasta entonces no había querido mostrar á nadie), todos le dejarían, determinó buscar la mejor forma que pudo para asegurarse dellos; y esto fué, que hizo juntar todos los vecinos y personas señaladas en su posada, y les hizo proponer el gran cargo en que todos la eran por haberse puesto en tantas guerras y trabajos por defenderles sus haciendas, que tenían y poseían por mano del marqués don Francisco Pizarro, su hermano, y que mirasen cuán justificada tenían su causa con haber enviado mensajeros á dar cuenta á su majestad de todo lo

sucedido en la tierra para esperar la provision después de ser informado de todo; los cuales mensajeros había detenido el Presidente en Panamá, y se había concertado con sus capitanes y tomándole su armada, que le había costado muy gran cantidad de pesos de oro; lo cual hacia por su particular interese, pues estaba notorio que si trajera provision ó orden de su majestad para hacer guerra, se la enviara con Pedro Hernandez Puniagua; y que, no contento con todo aquello, le entraba en su jurisdiccion y le hacia guerra y echaba por el reino cartas muy perjudiciales, como era notorio. Por lo cual él tenía determinado resistir la entrada, lo cual á cada uno de todos convenia como á él; pues estaba claro que gobernando la tierra por rigor de justicia, había de tomar cuenta de tantas batallas y muertes y robos como habian sucedido; y conforme á esto, tanto interés le iba á cada uno dellos como á él mismo; y que hasta entonces habian tratado de la defensa de las haciendas, y que de allí adelante se trataba de las honras y personas y haciendas, y que á él le había parecido hacerlos juntar donde estaban, para que, entendido el negocio y su determinacion, cada uno le diese su parecer sobre lo que pretendia hacer, libremente, porque él les prometia como caballero lijodalgo, y si menester era, lo juraba solemnemente, que no les vernia daño en sus personas ni en sus bienes por cualquier determinacion que tomasen, salvo dejallos ir libremente donde quisiesen, y que á quien pareciese seguirle se lo dijese claro, porque se lo había de prometer y firmar de su nombre, y que les apercibía que mirase cada uno lo que prometia, porque el que quebrantase su palabra habiéndosela dado, ó le viese tibio en los negocios hasta la conclusion de la guerra contra quien quiera que la hiciese, le cortaria la cabeza, y que bastaria muy poca sospecha para ello. Luego todos le dijeron juntamente que le seguirian y harian todo lo que les mandase con toda su posibilidad, y que ponian en ello sus personas y haciendas y vidas; otros, pasando mas adelante, decian que perderian las ánimas por su servicio, y todos daban grandes razones para fundar la justificacion de la guerra, encareciendo la merced que Gonzalo Pizarro les hacia en tomar á su cargo esta empresa; y otros decian otras vanidades y lisonjas, no dignas de escribirse, por contentar y asegurar al tirano. Y luego Gonzalo Pizarro sacó escrita en un papel mas á la larga esta proposicion, y hizo que el licenciado Cepeda jurase al pié della de la cumplir, y obedescer á Gonzalo Pizarro en todo cuanto le mandase, y se lo mandó firmar, y tras él firmaron todos los demás. Y hecho esto, se acordó que Juan de Acosta se partiese la vía del Cuzco por la sierra con trecientos hombres, de los cuales fué por maestre de campo Paez de Soto-Mayor, y por capitán de gente de á caballo Martin Dolmos, y por capitán de arcabuceros Diego de Gumiel, y de piqueros Martin de Alnendras, y dieron el estandarte á Martin de Alarcon; y desta manera prosiguió su camino la vía del Cuzco contra Diego Centeno.

CAPITULO XV.

De cómo Juan de Acosta acabó de sacar su gente para el Cuzco, y de lo que Gonzalo Pizarro hizo en la llegada de los navíos del Presidente al puerto de los Reyes.

Teniendo Juan de Acosta su gente en orden y apercebida de todo lo necesario, la sacó de la ciudad de los Reyes, y caminó la vía del Cuzco por el camino de la sierra, y en este tiempo Gonzalo Pizarro tuvo nuevas que la armada de Lorenzo de Aldana había parecido quince leguas del puerto de los Reyes; y después de haber consultado el negocio con sus capitanes, se acordó que Gonzalo Pizarro sacase de la ciudad toda la gente y se fuese á poner cerca de la mar con ella, temiendo que si una vez llegasen los navíos al puerto, habría tan grande turbacion en la ciudad por la priesa de lo que se había de proveer, que ternian lugar los que quisiesen de irse á embarcar, ó que faltaria tiempo para compeler á que saliesen los que estuviesen sin determinarse; y así se hizo, dándose muchos pregones para que ninguno, de cualquier oficio ó edad que fuese, se quedase en la ciudad, so pena de muerte, apercibiendo que había de cortar la cabeza á quien se quisiese quedar; y que para este efecto iría él delante, y dejaría en la ciudad al Maestro de campo con cien arcabuceros para ejecutar la pena de los pregones. Andaba la gente tan asombrada con el temor de la muerte, que no se podian entender ni tenían ánimo para huir; y algunos que hallaron mejor aparejo se escondieron por los cañaverales y cuevas, enterrando sus haciendas. Y habiendo Gonzalo Pizarro de salir otro día con la gente que pudiese llevar, se descubrieron en el puerto de los Reyes tres velas, con lo cual se alborotó la gente y se comenzó á tocar arma, y Gonzalo Pizarro salió de la ciudad con todos los que pudo llevar, y asentó su real en medio del camino; por manera que estaba una legua de la mar y otra de la ciudad, por hacer rustro á que los de la mar no saltasen en tierra, y impedir que los suyos no se fuesen á embarcar, y tambien porque no pareciese que desamparaba la ciudad, y porque antes que se apartase della quería saber la intencion de Lorenzo de Aldana, y tentar si por negociacion ó cautela se podía tomar la armada, pues no había otro remedio para resistirles que no tomasen puerto; porque uno de los capitanes de Gonzalo Pizarro había echado á fondo cinco navíos que estaban surtos en el puerto en contradiccion de los principales del real; y con esta determinacion se juntó toda la gente de pie y de caballo en la plaza de los Reyes, y Gonzalo Pizarro salió con sus banderas tendidas con hasta quinientos y cincuenta hombres, y fué á asentar su real en el asiento ya dicho, y proveyó que ocho de caballo se estuviesen en celado junto á la mar, para que ningun soldado de los navíos que hubiese saltado en tierra pudiese tornar ni echar cartas ni hacer otra diligencia; y así estuvieron hasta otro día, que Gonzalo Pizarro proveyó que Juan Hernandez, vecino de los Reyes, fuese en una balsa á los navíos y dijese á Lorenzo de Aldana que le enviase un caballero de los suyos, y que él se quedaría en rehenes, para tratar la razon de la venida. Y como Juan Hernandez pareció solo en la costa, luego de la armada enviaron á Juan Alonso

Pulomino en un botel, que le rescibió y le llevó á la nao capitana, donde entendido por Lorenzo de Aldana lo que quería, envió al capitán Peña, dejando en su poder á Juan Hernandez; y Gonzalo Pizarro mandó que Peña no entrase en el real hasta de noche, porque no pudiese hablar con nadie; y entrando en su toldo, le dió el poder del Presidente y el perdon general que su majestad hacia, y la revocacion de las ordenanzas; y dijo de palabra lo mucho que aquel reino ganaba en obedecer lo que su majestad enviaba á mandar, y que su real voluntad no era que él gobernase, y que para ello enviaba al Presidente con poderes tan bastantes, sabiendo lo sucedido en la tierra. A lo cual le respondió que prometía de hacer cuartos á todos cuantos venian en el armada, y castigar al Presidente por su atrevimiento; encareciéndole la gran traicion que lo había hecho en detener sus procuradores, y tambien la de Lorenzo de Aldana en venir contra él, habiéndole él enviado y dado dineros con que fuese á España. Y dicho esto y otras muchas cosas, todos los capitanes se salieron fuera, y Gonzalo Pizarro se quedó solo con el capitán Peña; y después de haber tratado con él muy á la larga sobre la justificacion de sus negocios, le prometió cien mil castellanos si diese forma cómo pudiese tomar el galeon de la armada, en quien estaba toda la fuerza della. Peña le respondió que no era él persona que por ningun interés había de hacer semejante traicion, ni él le debería cometer sobre ello; y así, aquella noche le entregaron á don Antonio de Ribera para que durmiese en su toldo, sin dejarle hablar con persona ninguna; y á la mañana se tornó á la armada, y vino Juan Fernandez en tierra, con determinacion y promesa de servir á su majestad en todo lo que pudiese. Y pareciéndole á Lorenzo de Aldana que todo su buen suceso consistia en traer á noticia de los soldados el perdon de su majestad, se dió orden cómo se hiciese por mandado de Juan Fernandez, con una cautela tan avisada como peligrosa, y esta fué, que Lorenzo de Aldana le dió todos sus despachos duplicados, y cartas para algunas personas señaladas del campo; y escondiendo las unas en los borceguies, trajo las otras á Gonzalo Pizarro, y tomándole aparte, le dijo cómo Lorenzo de Aldana le había persuadido que publicase el perdon en el campo, y que él le había tomado con todos los otros despachos, así para entretener á Lorenzo de Aldana con esperanza que él lo había de hacer, como para traerle los despachos y que los viese; dando á entender Juan Fernandez que no sabía que hasta entonces hubiesen venido á noticia de Gonzalo Pizarro, ni él lo había dicho jamás. Gonzalo Pizarro le agradeció mucho su buen aviso, concibiendo del gran crédito, y luego tomó todos los despachos, haciendo grandes amenazas y juramentos de castigar muy ásperamente á quien los había enviado, como lo había hecho á los demás que hasta entonces le habían ofendido; y luego Juan Fernandez, debajo desta seguridad, pudo dar algunas de las cartas que traía, y otras hizo perdidas, por manera que vinieron á noticia y poder de sus dueños; y así estuvo Gonzalo en el real miércoles y jueves siguiente, sin acontescer otra novedad.

CAPÍTULO XVI.

Cómo se huyeron algunas personas del real de Gonzalo Pizarro, y de lo que enviando en pos dellas aconteció.

Cuando Gonzalo Pizarro salió de los Reyes para ir á asentar el real en el campo, dejó por alcalde de aquella ciudad á Pedro Martín de Cicilia, que lo había seguido desde el principio con gran afición. Era este Pedro Martín hombre viejo, de edad de setenta años, pero muy robusto, recio, cruel y poco temeroso de Dios; villano, natural del lugar de Don Benito, tierra de Medellín. A este dejó por orden que á cualquiera que hallase haberse quedado en la ciudad ó que se viniese del real, no mostrando licencia suya, luego sin ninguna dilación le ahorcase; lo cual él guardó tan precisamente, que á un hombre que topó, aun no aguardó á ahorcarlo, sino que él por su propia mano le dió de puñaladas; y traía tras sí al verdugo cargado de cabestros, jurando que ninguno toparía á quien no ahorcase; y algunos venían del real con licencia de Gonzalo Pizarro á proveerse de lo necesario. En este tiempo vinieron con esta licencia á la ciudad ciertos vecinos á proveerse de lo que habían menester, los principales de los cuales eran Nicolás de Ribera, regidor y vecino de los Reyes, y Vasco de Guevara y Hernán Bravo de Lagunas, y Francisco de Ampuero y Diego Tinoco, y Alonso Ramírez de Susa y Francisco de Barrio-Nuevo, y Martín de Menezes y Diego de Escobar, y otros algunos sufieron con sus armas y caballos la vía de Trujillo, y luego que fueron vistos por las espías dieron mandado á Gonzalo Pizarro, y él proveyó que el capitán Juan de la Torre los siguiese con algunos arcabuceros á caballo; el cual los siguió por espacio de ocho leguas, hasta que topó con Vasco de Guevara y Francisco Ampuero, que se habían quedado en la retaguardia para dar aviso á los delanteros de lo que sucediese; y ellos, viéndose en aprieto, se defendieron animosamente, y por ser de noche no los pudieron herir los arcabuceros, y al fin huyeron. Y como Juan de la Torre y los suyos traían los caballos cansados de lo mucho que habían corrido en su seguimiento, no los pudieron alcanzar. Y así, Juan de la Torre se volvió, considerando que aunque alcanzase juntos á los huídos, sería él poca parte para dáralos, y que eran personas de calidad, que antes se dejarían matar que venir en su poder; y volviéndose al real, topó á Hernán Bravo de Lagunas, que, por no salir junto con los demás ó por otra causa, se quedó rezagado, y llevándole á Gonzalo Pizarro, le mandó ahorcar. Y sabiendo de la prision doña Inés Bravo, mujer de Nicolás de Ribera, uno de los huídos, que era su prima hermana, llevando consigo á su padre, se fué al real de Gonzalo Pizarro, donde se hizo de rodillas delante dél y le pidió con muchas lágrimas la vida de Hernán Bravo; y aunque al principio le fué denegada, después cargaron tanto los capitanes de Gonzalo Pizarro en el negocio, y ella hizo tan grande instancia, que al fin le fué otorgado por ser ella de las más hermosas y honradas mujeres de la tierra. Hiciese mención deste paso, así porque lo mereció el ánimo desta señora, como para apuntar que, entre todos los que hicieron alguna cosa contra Gonzalo Pizarro durante su tiranía, ninguno quedó sin castigo, sabiéndolo

él, sino solo este Hernán Bravo. Y aconteció sobre el perdón otro paso digno de ser referido: que un capitán del mismo Gonzalo Pizarro, llamado Alonso de Cáceres, que se halló junto á él al tiempo que concedió la vida á Hernán Bravo, le besó en el carrillo, diciendo á grandes voces: «¡Oh príncipe del mundo, mal haya quien te negare hasta la muerte!» Como quiera que dentro de tres horas él y el mismo Hernán Bravo y otros algunos se huyeron; lo cual se tuvo por cosa maravillosa, porque parecía que aun no había tenido tiempo Hernán Bravo para respirar del trance en que se había visto, teniendo la soga á la garganta. Con la huida desta gente se causó gran alboroto en el real, porque entre ellos había personas que habían seguido á Gonzalo Pizarro desde el principio y metido con él grandes prendas, y en que nunca se puso sospecha que le habían de faltar; y con esto Gonzalo Pizarro estaba tan alterado, que no había nadie que se osase parar delante; y mandó á los guardas que al que tomasen fuera del real le alanceasen luego; y aquella misma noche el capitán Martín de Robles envió avisar á Diego Maldonado, regidor del Cuzco (llamado comunmente el Rico), que Gonzalo Pizarro le quería matar, y que así lo había consultado con sus capitanes; lo cual él tuvo por cierto, así porque fué uno de los que se pasaron á servir al Visorey desde el Cuzco, como porque, después de perdonado sobre esto, yendo con Gonzalo Pizarro á Quito á la guerra del Visorey, le dió un muy recio tormento sobre sospecha que había sido en escribir una carta que se echó á los pies de Gonzalo Pizarro, en que se le decían muchas verdades de que á él le pesó, como quiera que después parecieron los que entendieron en aquel negocio; y también por haber muy estrecha amistad entre él y Antonio Altamirano, á quien Gonzalo Pizarro había justiciado, como está dicho; y con esta credulidad, sin esperar á que le ensillasen caballo (caso que los tenían muy buenos), y sin decirlo á ningún criado suyo, se salió luego de su toldo con sola su capa y espada, con ser hombre de edad, y caminó á pié toda la noche hasta llegar á unos cañaverales, donde se pudo esconder, junto á la mar, tres leguas de donde estaban los navíos; y temiendo que por la mañana le irían á buscar, se descubrió á un indio con quien topó, y le hizo hacer una balsa de solo un haz de pajas, y puesto en ella con el indio, que remaba con un palo, se fué á los navíos con muy gran peligro de su vida, porque cuando llegó ya iba casi deshecha la paja y á punto de ahogarse. Luego por la mañana Martín de Robles fué al toldo de Diego Maldonado, y como no le halló, se fué á Gonzalo Pizarro y le dijo cómo Diego Maldonado era huído, y que le parecía que, pues vía la diminucion de su campo, debía alzar de allí el real y caminar hacia donde tenía intento de ir, sin dar licencia á persona alguna para que fuese á la ciudad, porque todos se huirían; y por evitar que la gente de la compañía de Martín de Robles no se la pidiese, él quería ir con algunos dellos que estaban desproveídos á la ciudad, para que en su presencia se proveyese de lo necesario, sin perderlos de vista; y que de camino pensaba ir á sacar del monasterio de Santo Domingo á Diego Maldonado, porque le habían dicho que estaba allí reuido, y se le traería para que, justicián-

dole públicamente, nadie se atreviese á huir. A Gonzalo de Pizarro le pareció que Martin de Robles decía bien, y confiándose del por las muchas prendas que había metido en aquellos negocios, le mandó que así lo hiciese; y tomando ante todas cosas los caballos de Diego Maldonado y los suyos propios, llevó consigo á todos los de su compañía de quien él se fiaba, y en llegando á la ciudad de los Reyes, se salió con hasta treinta de caballo la vía de Trujillo, públicamente, diciendo que iba en busca del Presidente, y que Gonzalo Pizarro era tirano, y que todos debían ir á servir á su majestad.

Luego llegaron estas nuevas al campo, donde fué tanto el alboroto que hubo, que parecía imposible aquel día no huírse todos ó matar á Gonzalo Pizarro, el cual lo apaciguó lo mejor que pudo, mostrando tener en poco todos los que se le habían huído, y determinó levantar el real otro día por la mañana, y aquella noche huyó Lope Martin, vecino del Cuzco, saliendo á vista de todo el real, y por la mañana mandó Gonzalo Pizarro que la gente caminase hasta una acequia dos leguas de allí, y puso muchas guardias y corredores para que nadie se pudiese huir, pareciéndole que toda la dificultad estaba en sacar la gente doce leguas de la ciudad de los Reyes; y mandó al licenciado Carvajal que estuviese en vela toda la noche para que nadie se fuese, y cuando sintió que la gente estaba sosegada, el licenciado Carvajal se fué la vuelta de la ciudad de los Reyes, y de allí caminó de Trujillo, yendo con él Polo Rondegardo y Marcos de Relamoso, su alférez, y Pedro Suarez de Escobedo y Francisco de Miranda y Hernando de Vargas, y otros muchos de su compañía. Y pocas horas después se fué el capitán Gabriel de Rojas, á quien Gonzalo Pizarro había dado el estandarte, por dejar á don Antonio de Ribera (de quien él mucho se fiaba) en guarda de la ciudad; y con Gabriel de Rojas se huyeron Gabriel Bermudez y Gomez de Rojas, sus sobrinos, y otras muchas personas de calidad, sin que nadie lo sintiese, porque estaba desembarazado el cuartel donde velaba el licenciado Carvajal. Sabido á la mañana por Gonzalo Pizarro lo que pasaba, lo sintió como era razón, especialmente la ausencia del licenciado Carvajal; haciendo grandes conjeturas sobre qué podría haber sido la causa de su desabrimiento, y culpábase á sí por haberle quitado la jornada adonde envió á Juan de Acosta, creyendo que le daría sentido desde entonces; y arrepentíase mucho por no haberle casado con doña Francisca Pizarro, su sobrina, hija del Marqués, como lo trató algunas veces, porque con esto le obligaría á nunca dejarle; y los soldados comenzaron á desmayar con la ida del licenciado Carvajal, considerando que, pues él se iba, sabiendo todos los secretos de Gonzalo Pizarro y habiendo metido tantas prendas en su favor, especialmente sobre la muerte del Visorey, y dejando en el campo mas de quince mil pesos en caballos y oro y plata, que luego fueron repartidos, que debía estar muy de quiebra el negocio de Pizarro, así en la fuerza como en la justificación, y los mas determinaban irse; y llegó á tanta rotura el negocio, que otro día, yendo marchando el campo, á vista de todos y del mismo Gonzalo Pizarro pusieron las piernas á los caballos dos soldados, el uno llamado Juan Lopez y el otro Viladán,

dando voces y apellidando la voz de su majestad, y que muriese Gonzalo Pizarro, que era tirano; lo cual hicieron confiados en llevar buenos caballos; y era tanto lo que ya se recelaba Gonzalo Pizarro de todos, que á nadie consintió que los siguiese, temiéndose que todos se le huirían; y así, se dió gran prisa á caminar por los llanos la vía de Arequipa, huyéndosele en el camino muchos soldados y arcabuceros, caso que en tres ó cuatro días ahorcó hasta diez ó doce personas señaladas, de quien tuvo sospecha que se querían ir, sin dejarlos confesar. Y llegó á términos, que ya no llevaba mas de doscientos hombres, recolándose siempre no le diesen alguna arma fingida con que se le acabase de pasar toda la gente; y así llegó á la provincia de la Nasca, que son cincuenta leguas de los Reyes.

CAPITULO XVII.

Cómo la ciudad de los Reyes se alzó por su majestad, y lo que sobre esto sucedió.

Habiendo caminado Gonzalo Pizarro con su campo en la forma que tenemos contado, don Antonio de Ribera y el alcalde Martin Pizarro y Antonio de Leon y otros algunos vecinos, que por viejos y enfermos se habían quedado en la ciudad con licencia que hubieron de Gonzalo Pizarro para ello, dándole sus armas y caballos, sacaron el pendon de la ciudad de los Reyes, y juntando consigo la gente que pudieron, públicamente en la plaza alzarón la ciudad por su majestad, y pregaron públicamente las provisiones del Presidente, que de la mar les enviaron; y luego lo hicieron subir á Lorenzo de Aldana, el cual se estaba en la mar con todo buen recado, recogiendo todos los que se iban á juntar. Y para este efecto tenía en la costa al capitán Juan Alonso Palomino con cincuenta hombres, y los bateles á punto para recogerse, siendo necesario; porque siempre temió que Gonzalo Pizarro revolvería sobre la ciudad, sabiendo lo que en ella pasaba; y para ser avisado dello proveyó doce de caballo de los que se habían huído del campo, que estuviesen en el camino para venir luego á toda furia con cualquiera novedad que hubiese, y mandó que el capitán Alonso de Cáceres estuviese en la ciudad de los Reyes recogiendo la gente; proveyó que Juan de Illanes subiese en una fragata la costa arriba hasta echar en tierra en lugar seguro un fraile y un soldado que llevasen al capitán Diego Centeno los despachos del Presidente, y le hiciesen relacion de todo lo que en tierra pasaba, y lo mismo en la ciudad de Arequipa; y envió por tierra mensajeros, personas prácticas, que fuesen á Arequipa con ciertas cartas particulares para diversas personas, y pasando mas adelante, llevasen otras al capitán Alonso de Mendoza y Juan de Silveira; proveyó por medio de los indios de Jauja, que son del mismo Lorenzo de Aldana, cómo se echasen en el real de Juan de Acosta cartas para muchas personas y traslados del perdón, por manera que en todo el reino se tuviese por noticia de la clemencia de que su majestad usaba en aquel reino. Casi todas estas provisiones sucedieron bien, y resultó dellas el provecho de que adelante se hará relacion. En todo este tiempo Lorenzo de Aldana no salió de la mar, teniendo consigo los ciento y cincuenta hombres que trajo en la

armada, salvo que desde allí proveía lo necesario. Y tuvo noticia cómo se enviaban avisos á Gonzalo Pizarro de todo lo que pasaba, y cada día iban y venían corredores para estorbarlo y tomar lengua de lo que se hacia en el campo. Y un día trajeron relacion que Gonzalo Pizarro volvía con su gente, lo cual les puso en gran rebato, y pareció después haber sido divulgada esta nueva por el mismo Gonzalo Pizarro y su maestre de campo á efecto de entretener y embarazar la gente de Lorenzo de Aldana para que no fuesen tras él, de lo cual él tenía gran temor, porque llevaba tan poca confianza de los suyos, que cualquier rebato lo pareció que sería parte para huirse todos; y luego en sabiéndolo, visto que no tenían fuerza para resistir al enemigo, los que tenían caballos se fueron la vía de Trujillo, y otros se acogieron á las naos y se escondieron por los cañaverales y lugares secretos que hallaban, hasta que después supieron de cierto que Gonzalo Pizarro iba prosiguiendo lo su camino, ya un muy de prisa; y luego todos se recogieron á la ciudad, y cada día venía gente huida, y se tenía nuevas de lo que pasaba en el real, y la última fué que Gonzalo Pizarro llevaba gran temor que su misma gente le había de matar, y ponía grandes guardas en su seguridad y para que no se huyese nadie, y llevaba tendida la bandera de sus armas solamente; porque, desde el día que se huyeron el licenciado Carvajal y Gabriel de Rojas, no consintieron traer armas reales. Iba matando cada día y haciendo nuevas crueldades, de lo cual todo Lorenzo de Aldana daba noticia al Presidente por mar y por tierra, avisándole cuánto convenia apresurar su venida, por ir tan de caída el enemigo, que con cualquier novedad se desharia. Y sabido por Lorenzo de Aldana que Gonzalo Pizarro iba ya ochenta leguas desviado de la ciudad de los Reyes, á 9 de septiembre de 547 saltó en tierra con todos sus capitanes y gente de la ciudad, y le salieron á rescibir con gran solemnidad los capitanes y gente de guerra que habia allí puestos en orden; dejó el armada á cargo de Juan Fernandez, alcalde ordinario de la ciudad, con las solemnidades que se requerian; y él repartió la gente por sus compañías, apercibiéndose de todos los pertrechos y armas necesarias; donde le dejáremos por contar lo que en este tiempo sucedió en el real de Juan de Acosta.

CAPITULO XVIII.

Cómo Gonzalo Pizarro envió á mandar á Juan de Acosta que se fuese á juntar con él, y de la gente que se le huyó, y el castigo que sobre ello hizo, y cómo fué al Cuzco, y de ahí á Arequipa, donde se juntó con Gonzalo Pizarro.

Juan de Acosta salió de la ciudad de los Reyes (como tenemos contado), caminando por la sierra la vía del Cuzco con trecientos hombres bien aderezados, hasta que en el camino supo la venida de Gonzalo Pizarro de los Reyes, y luego envió á fray Pedro, fraile de la Merced, para que le enviase á mandar con él lo que convenia hacer, y con el mismo fraile Gonzalo Pizarro le envió orden para que viniese á juntarse con él por cierta parte que le pareció conveniente; y llegado fray Pedro á Juan de Acosta, le dió el recado que llevaba juntamente con un Gonzalo Muñoz, y le hicieron relacion de todo lo que habia pasado en el real de Gonzalo Pi-

zarro, y de la mucha gente que se le habia huido; de lo cual todo no tenía noticia Juan de Acosta, y aunque lo sabian algunos soldados por cartas que los indios habian echado en el campo, no lo osaban comunicar unos con otros; y encargaron los mensajeros á Juan de Acosta que tuviese secreto hasta juntarse con Gonzalo Pizarro; y así, comenzó á publicar nuevas que dijo haberle traído fray Pedro, fingiendo sucesos prósperos de Gonzalo Pizarro y de la gente que se le juntaba, y que habia enviado personas de quien él se fiaba, para que, fingiendo que se huían y iban descontentos, se alzasen con la armada de Lorenzo Aldana; pero no pudo encubrirse tanto la verdad, que no viniese noticia de Paz de Sotomayor, maestre de campo, y del capitan Martin Dolmos; y sabido por ellos, determinaron cada uno por sí de matar á Juan de Acosta, sin osarse declarar el uno al otro hasta que por ciertos términos vinieron á entenderse; y comunicando entre ellos, dieron parte á algunos soldados de quien se fiaban, y á la hora concertada que habian de ejecutar su determinacion supo Sotomayor que Juan de Acosta estaba en su toldo hablando en secreto con dos capitanes suyos, llamado el uno Diego Gil y el otro Martin de Almendras, y que tenía doblada gente de guardia que solia; lo cual le dió ocasion de creer que hubiese venido su concierto á noticia de Juan de Acosta, por haberse comunicado con tantos; y temiéndose de lo que podria suceder, se puso á caballo con sus armas, y avisó á mucha prisa á todos los del concierto y los hizo cabalgar, y á vista de todos salieron del real hasta treinta y cinco personas, los principales de los cuales eran Paz de Sotomayor y Martin Dolmos y Martin de Alarcon, alférez general, y Hernando de Albarado y Alonso Rengel y Antonio de Avila y García Gutierrez y Martin Monje, y todas las demás personas señaladas y prácticas en la tierra, y así caminaron la vía de Guamango. Y viéndoles ir Juan de Acosta, envió tras ellos sesenta arcabuceros de caballo, los cuales, no pudiéndoles alcanzar, se volvieron, y Juan de Acosta hizo informacion, y ahorcó algunos que entendió que sabian del negocio, y otros prendió y con otros disimuló; y desta manera caminó la vía del Cuzco, matando siempre en el campo algunos de quien tenía sospecha y á otros que se querian huir; y llegado al Cuzco, quitó las varas de la justicia que estaban puestas por Diego Centeno, y dejó allí por alcalde á Juan Vazquez de Tapia con el recado que le pareció necesario, y continuó su camino la vía de Arequipa para se juntar con Gonzalo Pizarro, y entre tanto se le huyeron otros treinta hombres dos á dos y tres á tres, segun les daba lugar la ocasion, y todos se vinieron á la ciudad de los Reyes á juntar con Lorenzo de Aldana. Llegado Juan de Acosta doce leguas del Cuzco, se le huyó Martin de Almendras con veinte hombres de los mejores que él llevaba, y tornando al Cuzco con ellos y con la gente que allí quedó, fué parte para quitar las varas á los alcaliles á quien las habia dado Juan de Acosta, y envió preso al uno dellos á la ciudad de los Reyes, y puso alcaides por su majestad. Y viendo Juan de Acosta cuánto se le disminuía cada día su gente, tuvo por el mejor remedio alargar las jornadas y ir tan de prisa, que se entendia bien que lo hacia mas por ase-

gurar su vida que no porque cumpliera á la negociacion; y así, llegó á Arequipa con solos cien hombres, de trecientos que habia sacado de los Reyes; y halló allí á Gonzalo Pizarro con docientos y cincuenta, con haber tenido pocos dias antes en la ciudad de los Reyes, sin otros muchos que tenia derramados por el reino con diversos capitanes, mil y quinientos hombres; y estaba indeterminable en lo que haria, porque para esperar no le parecia bastante fuerza, y para huir ó esconderse era demasiada. Y así, quedará por contar lo que Diego Centeno hizo después que salió del Cuzco.

CAPITULO XIX.

De cómo Diego Centeno se juntó con el capitan Mendoza, y lo que sobre ello sucedió.

Estando Diego Centeno en el Collao esperando la respuesta de la embajada que habia enviado al capitan Alonso de Mendoza con Pedro Gonzalez de Zúrate, maestro-escuela del Cuzco, y habiendo recibido los despachos del Presidente, los cuales Lorenzo de Aldana le habia encaminado, tuvo nuevas de todo lo que en la ciudad de los Reyes habia sucedido, y de la huida de Gonzalo Pizarro, y cómo se le habia juntado Juan de Acosta, y lo uno y lo otro envió de nuevo á hacer saber á Alonso de Mendoza con Luis Garcia de San Mames, vecino del Cuzco, declarándole particularmente los poderes y despachos que el Presidente traia, y cómo, vistos aquellos, y que la voluntad de su majestad era que Gonzalo Pizarro no gobernase en el Perú, los mas caballeros y personas señaladas que con él andaban le habian desamparado, trayéndole á memoria las grandes tiranías y robos y muertes que Gonzalo Pizarro habia hecho, y sobre todo, haberse declarado contra su rey y señor natural, no obedesciendo sus provisiones ni admitiendo la persona que enviaba á gobernar; y que mirase que lo que hasta entonces se habia hecho podia tener algun color, y de allí adelante ninguna cubierta se le podia dar sin caer en gran infamia y renombre de traidor siguiendo á Gonzalo Pizarro y á su dañada intencion, y no habia para qué traer á memoria ni tener cuenta con las diferencias pasadas que habian acontecido en tiempo del capitan Carvajal y Alonso de Toro, porque todos los reucos y pasiones privadas se habian de olvidar por hacer un tan señalado servicio á su majestad como se esperaba. Y con esta embajada, y con la buena intencion que ya don Alonso de Mendoza traia de seguir el nombre de su majestad (aunque no venia determinado á qué parte habia de acudir), luego alzó bandera por su majestad, y se hicieron capitulaciones entre él y Diego Centeno en tal manera, que cada uno se quedase por general de su gente. Y con esta confederacion salió Alonso de Mendoza de la villa de Plata con su gente, y por sus jornadas se vino á juntar

con Diego Centeno; en la cual junta de la una y de la otra parte se hicieron grandes alegrías. Viéndose con tanta pujanza, que tenian mas de mil hombres, acordaron ir á buscar á Pizarro y tomarle cierto paso para que no se pudiese huir, porque no les convenia pasar adelante porque habia falta de comida y por otros inconvenientes. Y en esta sazón aconteció que ya casi todos los lugares del Perú, de la ciudad de los Reyes para abajo, habian alzado banderas por su majestad, porque el capitan Juan Dolmos, que era teniente de Puerto-Viejo por Gonzalo Pizarro, al tiempo que vió pasar los navíos de Lorenzo de Aldana por el puerto de Manta, que es el puerto de aquella provincia, por una parte envió dello relacion á Gonzalo Pizarro con gran prisa, diciéndole que le parecia mal no haber surgido en el puerto, y que temia no viniesen de guerra, y por otra parte envió una bolsa con ciertos indios á saber de los capitanes de los navíos la razon de su venida, los cuales fueron y trajeron la relacion de todo con cartas de Lorenzo de Aldana aconsejándole lo que habia de hacer, las cuales Juan Dolmos envió al pueblo de Santiago de Guayaquil (que comunmente llaman la Culata), á Gomez Estacio, que allí era teniente por Gonzalo Pizarro, haciéndole saber que su majestad no era servido que Gonzalo Pizarro gobernase, y que enviaba á ello al Presidente; por tanto, que le parecia que todos le debian acudir. Estacio le respondió que cuando viniese personalmente la persona que su majestad enviaba él acudiria; pero que entre tanto no entendia hacer novedad, sino que cada uno se estuviese en su gobernacion. Oído esto, Juan Dolmos fué con siete ó ocho amigos á ver á Gomez Estacio, so color de tratar con él en presencia el negocio; y estando un dia descuidado, le dió de puñaladas y alzó bandera por su majestad en ambos pueblos. Llegadas estas nuevas á la ciudad de Quito, y sabido por Pedro de Puelles, que allí era gobernador, la entrega de la armada y lo demás que habia sucedido, se comenzó á poner á recado, y Juan Dolmos le envió al capitan Diego de Urbina, persuadiéndole que se redujese al servicio de su majestad; Pedro de Puelles le respondió que, certificándose él que su majestad mandaba que Gonzalo Pizarro no gobernase, y viendo presente la persona que enviaba para ello, estaba presto de le acudir; y pocos dias después de ser vuelto Diego de Urbina con esta respuesta, Rodrigo de Salazar, natural de Toledo, de quien Pedro de Puelles hacia gran confianza, concertándose con ciertos soldados amigos suyos, una mañana le dió de puñaladas y alzó bandera por su majestad; y sacando de la ciudad trecientos hombres de guerra, se vino la vuelta del puerto de Tumbes en busca del Presidente; por manera que ya no habia en toda la provincia lugar ninguno que no tuviese la voz de su majestad antes que el Presidente llegase á la tierra.

LIBRO SÉTIMO.

QUE TRATA DE LA LLEGADA DEL PRESIDENTE Á LA PROVINCIA DEL PERÚ, Y DE LO QUE HIZO
HASTA EL VENCIMIENTO DE GONZALO PIZARRO Y DEJAR PACÍFICA LA TIERRA.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo el Presidente llegó al puerto de Tumbes, y de allí prosiguió en camino por la sierra contra Gonzalo Pizarro.

En este tiempo el Presidente se embarcó en Panamá con el resto de su ejército, habiéndose proveído con gran diligencia de todo lo necesario para su armada, así de comida como de armas y otras cosas necesarias, y llevando consigo hasta quinientos hombres, aportó con buen tiempo al puerto de Tumbes, quedándosele un solo navío, de que iba por capitán don Pedro de Cabrera, que por no ser tan buen velero, no pudo tomar la costa del Perú y decayó al puerto de la Buena Ventura, y después por tierra alcanzó al Presidente, á quien, en saltando en tierra, todos escribieron ofreciéndose á su servicio, y dándole cada uno los avisos y medios que le parecían mas convenientes para el buen suceso del negocio; y á todo respondía el Presidente con mucha gracia; y de todas partes le acudía tanta gente, que le pareció bastante, sin que de otras provincias le viniese ningun socorro; y así, proveyó luego navíos á la Nueva-España y Guatimala y Nicaragua y Santo Domingo, dando relacion del estado de los negocios, y cómo no habia necesidad que viniesen los socorros que él habia enviado á pedir creyendo que serian necesarios. Y hecho esto, proveyó que Pedro Alonso de Hinojosa, su general, cominase con la gente hasta juntarse con los capitanes y ejército que residia en Caxamalca, para que de todos se hiciese un cuerpo; y Pablo de Meneses fué con el armada por mar, y el Presidente, con la gente que le pareció necesaria, continuó su camino por los llanos hasta llegar á la ciudad de Trujillo, donde de todas partes halló nuevas de lo sucedido; y teniendo intento de no entrar en la ciudad de los Reyes hasta dar fin en su jornada, determinó que toda la gente del reino que estaba por su majestad se fuese á juntar con él al valle de Jauja, que era sitio conveniente para desde él esperar y acometer los enemigos, y donde habia abundancia de comida. Y así, envió á mandar á Lorenzo de Aldana y á todos los que con él estaban en los Reyes, que se fuesen á Jauja, donde los esperarían; y él se subió por la sierra, y juntándose con su campo, de que ya estaba poderoso su general Hinojosa, caminó con mas de mil hombres que en él habia la via de Jauja con gran placer y contentamiento de todos, esperando verse presto libres de la tiranía de Pizarro, porque aun los mas principales que le siguieron en los principios de su tiranía estaban tan escandalizados de ver muere-

los mas de quinientos hombres principales á horca y cuchillo, que no tenían una hora de seguridad en sus vidas.

CAPITULO II.

De lo que hizo Pizarro sabida la junta de Diego Centeno y Alonso de Mendoza.

Ya se dijo arriba cómo llegando Gonzalo Pizarro á la villa de Arequipa, la halló despoblada, porque toda la gente della se fué á juntar con el capitán Diego Centeno después de la última entrada que hizo en el Cuzco, y allí procuró Gonzalo Pizarro de saber nuevas de todo lo que pasaba, y supo cómo Diego Centeno estaba en el Collao, cerca de la laguna de Titicaca, y se habia confederado y juntado con Alonso de Mendoza, por manera que con toda la gente del Cuzco y de los Charcas y Arequipa le estaban guardando el paso con cerca de mil hombres; y así, se detuvo Gonzalo Pizarro cerca de veinte dias, esperando al capitán Juan de Acosta con la gente que traía, hasta que llegó con ciento y ochenta hombres, porque los demás se le huyeron en el camino, y otros muchos ahorcó. Y llegado Gonzalo Pizarro, hizo reseña de toda su gente, y halló que tenia quinientos hombres, y escribió al capitán Diego Centeno dándole relacion de todo lo sucedido, encareciéndole las buenas obras que le habia hecho, especialmente cómo al tiempo que mató á Gaspar Rodriguez y Felipe Gutierrez le halló á él en la misma culpa y le perdonó, contra parecer de todos sus capitales; y que él le haria todo el partido que quisiese porque se viniese á juntar con él, y que le perdonaría lo pasado, atento que Lope de Mendoza y otros que habian sido la causa dello habian pagado su yerro. Y con estos despachos envió á un Francisco Voso, el cual los dió á Diego Centeno y se ofreció á servirle, y le avisó cómo Diego Alvarez, su alférez, se carteaba con Gonzalo Pizarro, al cual Diego Centeno dejó de castigar porque ya en aquella sazón el mismo Diego Alvarez lo habia descubierto á Diego Centeno, diciendo que lo habia hecho por otros fines; y así, Diego Centeno respondió á las cartas de Gonzalo Pizarro con gran comedimiento, agradeciéndole sus ofrecimientos, y reconociendo las buenas obras que del habia recibido, y diciéndole que pensaria satisfacerle de todas con aconsejarle y pedirle por merced considerase el estado de los negocios y la gran merced que su majestad hacia á él y á todos en perdonarles lo pasado, y que si quisiese venir á juntarse con él y reducirse al servicio de su majestad le seria buen intercesor con el Pro-

silente para que le hiciese los mejores y mas honrados partidos que hubiese lugar, sin que peligrase su persona ni hacienda; certificándole que si el negocio tocara á otro cualquiera que no fuera su majestad, ningun mejor amigo ni ayudador hallara que á él; y otras cosas y cumplimientos desta calidad; y con este despacho Francisco Voso se volvió al real de Gonzalo Pizarro, y le salió al camino el capitán Carvajal, y se informó de todo lo que habia pasado, y le mandó que no dijese que tenia Diego Centeno mas de seiscientos hombres; y llevándole al real, sabida por Gonzalo Pizarro la determinacion de Diego Centeno, sin querer leer las cartas, las quemó públicamente, y luego determinó partirse con toda su gente la via de los Charcas; unos decian que con voluntad de excusar la batalla si Diego Centeno le dejaba pasar, y otros afirmaban que siempre llevó determinacion de romper con él; y así, se fué derecho adonde estaban Diego Centeno y Alonso de Mendoza, llevando siempre el avanguardía el capitán Carvajal, que ahorcó mas de veinte hombres que topó en el camino, y entre ellos un clérigo de misa llamado Pantaleon, porque habia llevado ciertas cartas de Diego Centeno, al cual ahorcó con un breviario al cuello y unas escribanías al pescuezo; y así caminaron hasta que juéves, que se contaron 10 de octubre del año 47, se toparon los corredores de ambos campos y se hablaron, y volvió cada uno á dar nueva á su general, y Gonzalo Pizarro envió de nuevo un capellan suyo á requerir á Diego Centeno que lo dejase pasar y no lo necesitase á dar batalla, protestándole todo el daño que en ella sucediese; al cual capellan el obispo del Cuzco, que estaba en el campo de Diego Centeno, mandó prender y llevar á su toldo. Y Diego Centeno proveyó que su campo durmiese aquella noche en escuadron, caso que él habia mas de un mes que estaba muy malo de calenturas y sangrado seis veces; de forma que ninguno pensó que escapara, y por esta causa se quedó en el toldo, y aquella noche se determinó en el real de Gonzalo Pizarro que Juan de Acosta fuese con veinte hombres muy encubiertamente rodeando hasta meterse en los toldos de Diego Centeno, de donde estaba algo desviado el escuadron, porque ya tenian noticia de Diego Centeno que estaba mal dispuesto y se quedaba en la cama; y así, se hizo con tanto tiempo, que tomó los centinelas primero que fuese sentido; y llegando á los toldos, unos negros que los vieron dieron alarma, y Juan de Acosta entonces mandó disparar los arcabuces, lo cual puso tan grande alboroto en el real, que muchos del escuadron acudieron á los toldos, y otros de la gente de Valdivia huyeron, dejando las picas; y al fin, Juan de Acosta se escapó sin perder ninguno de los suyos, y se tornó al real. Otro día de mañana salieron los corredores de entrambas partes, y los reales se pusieron á vista. El capitán Diego Centeno llevaba poco menos de mil hombres, y entre ellos doscientos de caballo y ciento y cincuenta arcabuceros, y los demás piqueros. Iba por maestro de campo Luis de Ribera, y por capitanes de caballo Pedro de los Rios y Hierónimo de Villegas y Pedro de Ulloa, y por alférez general Diego Alvarez, y por capitanes de infanteria Juan de Vargas y Francisco Retamoso, y el capitán Negral y el capitán Pan-

toja y Diego Lopez de Zúñiga; y por sargento mayor á Luis García de San Mames. Gonzalo Pizarro llevó por maestro de campo á Francisco de Carvajal, y por capitanes de gente de caballo al licenciado Cepeda y Juan Velez de Guevara, y por capitanes de infanteria á Juan de Acosta y á Hernando Bachicao, y á Juan de la Torre. Llevaba treientos arcabuceros muy diestros y ochenta de caballo, y los demás, hasta cumplimiento de quinientos hombres, eran piqueros.

CAPITULO III.

Del rompimiento de la batalla que se dió entre Gonzalo Pizarro y Diego Centeno y sus campos, que comunmente se llama la de Guarima.

Desta manera se fué juntando el un ejército al otro con buena orden, con gran música que Gonzalo Pizarro llevaba de trompetas y ministriles altos, hasta que habia seiscientos pasos de distancia, y entonces el capitán Carvajal mandó hacer alto á su gente, y la de Diego Centeno marchó otros cien pasos adelante, y tambien hizo alto. Y luego del real de Gonzalo Pizarro salieron cuarenta arcabuceros sobresalientes, y se sacaron del cuerpo del ejército dos mangas de cola cuarenta arcabuceros á la una banda y á la otra; Gonzalo Pizarro se puso entre la infanteria y la gente de caballo. Del real de Diego Centeno salieron treinta arcabuceros sobresalientes, y empezaron á escaramuzar los unos con los otros. Y viendo Carvajal que el campo de Diego Centeno estaba parado, pretendiendo sacarle de paso, mandó que su gente marchase diez pasos adelante con grande espacio; lo cual viendo los de Diego Centeno, hubo algunos dellos que dijeron que ganaban con ellos bours sus enemigos; y comenzaron todos á marchar, y el campo de Gonzalo Pizarro se paró. Y viendo venir los contrarios al capitán Carvajal, mandó disparar algunos pocos arcabuces para provocar al enemigo que disparase de golpe, como lo hizo; y la infanteria de Centeno comenzó á marchar á paso largo culadas las picas y á disparar segunda vez los arcabuceros sin hacer ningun daño, porque habia treientos pasos de distancia. Carvajal no permitió que ningun arcabucero suyo disparase hasta que tuvo los contrarios poco mas de cien pasos de sí, que mandó disparar la artilleria; y los arcabuceros, que eran muchos y muy diestros, de la primera rizada mataron mas de ciento y cincuenta hombres, y entre ellos dos capitanes; de suerte que se comenzó á abrir el escuadron, y de la segunda vez se desbarató de todo punto y comenzaron á huir sin orden, sin que aprovecharan las voces que el capitán Retamoso daba desde el suelo, donde estaba herido con dos arcabuces; y viendo la gente de caballo el desbarate de la infanteria, arremetió con sus contrarios, en los cuales hicieron mucho daño, y mataron el caballo á Gonzalo Pizarro, y á él derribaron en el suelo, sin hacerle otro daño; y Pedro de los Rios y Pedro Ulloa, que estaban determinados de arremeter con su gente á la infanteria, rodearon al ejército por tomar por un lado el escuadron, y dieron en una de las mangas de los arcabuceros, donde recibieron mucho daño, que de los primeros tiros fué muerto Pedro de los Rios y algunos de los suyos. Y viendo lo que quedaron en pié desbaratada la infanteria, y casi

también la gente de caballo, huyeron todos, cada uno por lo mejor podía. Pizarro caminó con buena orden hasta los toldos de Centeno, matando en el camino cuantos toparon; y también de la gente de Centeno que huía dieron muchos en el real de Gonzalo Pizarro, el cual hallaron tan solo, que seguramente podían tomar los caballos y mulas que allí habían dejado los soldados de la infantería, y huir en ellos, robando el oro y plata que allí hallaron. El capitán Hernando Baebiano, al tiempo que los de caballo rompieron, viendo los suyos desbaratados, huyó hacia la parte de Diego Centeno, creyendo que estaría por ella victorioso; lo cual no pudo ser tan secreto, que no lo supiese el capitán Carvajal, y topó con él, le ahorcó, llamándole compadre, porque en la verdad lo era, y otras palabras de burla. Diego Centeno, al tiempo que se dió la batalla, estaba fuera de ella en una hainaca, que lo llevaban seis indios muy enfermo y casi sin ningún sentido, y en el rompimiento se escapó por la buena diligencia que sus amigos en ello pusieron. Y así se feneció este recuento tan sangriento, que de parte de Diego Centeno murieron más de trescientos y cincuenta hombres, con treinta que el capitán Carvajal justificó después del vencimiento, y entre ellos á fray Gonzalo, fraile de la Merced, que era sacerdote, y otros principales. Murió el maestro de campo Luis de Ribera y los capitanes Retamozo y Diego Lopez de Zúñiga, y Negral y Pantoja, y Diego Alvarez y otros muchos soldados. De parte de Gonzalo Pizarro murieron hasta cien hombres. El capitán Carvajal, con ciertos de caballo, fué algunas jornadas la vía del Cuzco en seguimiento de los que huían, especialmente si podía alcanzar al obispo del Cuzco, de quien tenía muy gran queja porque había ido con Diego Centeno y hallábase personalmente en la batalla; y no lo pudiendo alcanzar, ahorcó á muchos que topó en el camino, y entre ellos á un hermano del obispo y á un fraile de santo Domingo, su compañero; y así, se volvió, y Gonzalo Pizarro repartió la tierra entre sus soldados, prometiéndoles que todo había de ser para ellos; y mandó recoger y curar los heridos y enterrar algunos de los muertos; y proveyó que Dionisio de Bobadilla fuese con alguna gente á la villa de Plata y á las minas á coger todo el oro y plata que hallase, y Diego de Carvajal, á quien llamaban el Galán, fué á Arequipa á lo mismo; y Juan de la Torre fué al Cuzco, donde fueron justiciados Juan Vazquez de Tapia, que era alcalde ordinario, y el licenciado Martel. Y también mandó que todos los que hubiesen sido soldados de Diego Centeno se viniesen á sentar por lista en sus banderas, so pena de muerte, y perdonólos todo lo pasado, sino fué á las personas que habían hecho cosas señaladas en servicio de su majestad; envió á Pedro de Bustincia con cierta gente que fuese á tomar los caciques de Andaguailas y otros comarcianos para que proveyesen de comida el campo; y pocos días después Gonzalo Pizarro se vino al Cuzco con más de cuatrocientos hombres, donde se comenzó á apercebir de todo lo necesario, habiendo él y su gente cobrado grande ánimo y soberbia con el vencimiento de la batalla de Guirina por haber sido con tanta ventaja y muertes de sus contrarios, siendo el número de la gente desigual.

CAPITULO IV.

Cómo el Presidente junto su gente en el valle de Janja, y de lo demás que allí proveyó.

Ya se ha contado arriba cómo el Presidente, no queriendo entrar en la ciudad de los Reyes, caminó por la sierra la vía del valle de Janja, llevando consigo la gente que había traído de Tierra-Firme y la que los capitanes Diego de Mora y Gomez de Albarado y Juan de Sanveltra y Porcel y los demás tenían junta en Caxamilea, y enviando á mandar al capitán Salazar, que estaba en Quito, que caminase con la suya hasta juntarse con él; proveyendo, demás desto, que el capitán Lorenzo de Aldana con la gente de su armada y de la ciudad de los Reyes saliese en su rasiro. Desta manera llegó al valle de Janja con hasta cien hombres, y fué el primero que entró en él, y comenzó á perceberse de todas las cosas necesarias, así de municiones como de mantenimientos, de que hay abundancia en aquella tierra (como hemos dicho), y el mismo día que llegó se juntaron con él el licenciado Carvajal y Gabriel de Rojas, y luego vinieron Hernán Mejía de Guzman y Juan Alonso Palomino con sus compañías, dejando en los Reyes por justicia mayor al capitán Lorenzo de Aldana con la gente de su compañía, por la necesidad que había de tener seguro aquel pueblo y puerto para todos los fines; y así, en poco tiempo se juntaron en aquel valle más de mil y quinientos hombres; y el Presidente ponía gran diligencia en juntar fraguas y herreros, y hacer nuevos arcabuces y aderezar los que estaban hecos, y cortar picas y proveerse de todos géneros de armas; en lo cual entendía con tanta destreza como si toda su vida se hubiera criado en ello, poniendo gran solitud en visitar el campo y las obras que en él se hacían, y en curar los soldados enfermos; tanto, que parecía cosa imposible bastar un solo hombre á tantas cosas; con lo cual cobró en poco tiempo el amor de toda la gente. Y en este tiempo le vinieron nuevas del desbarato de Diego Centeno, lo cual sintió mucho, aunque en lo público mostraba no tenerlo en nada, con grande ánimo, y todos los de su campo esperaban lo contrario de lo que sucedió; tanto, que muchas veces habían sido de parecer que el Presidente no juntase ejército, porque solo el de Diego Centeno bastaba á desbaratar á Gonzalo Pizarro. Y luego proveyó que los capitanes Lope Martín y Mercadillo fuesen con cincuenta hombres á la villa de Guamanga, que está treinta leguas más adelante, para tomar los caminos y saber lo que hacía el enemigo y recoger la gente que se viniese huyendo del Cuzco; y avínole también que, teniendo noticia Lope Martín que Pedro de Bustincia estaba en Andaguairas haciendo lo que arriba tenemos dicho, se adelantó con quince arcabuceros, y dió una noche sobre él, y le prendió y ahorcó algunos de los que con él iban, y tornóse á Guamanga; y juntó consigo todos los caciques de la comarca; y tuvieron formas para avisar por todas partes de la venida del Presidente, el cual en Janja comenzó á ordenar su campo, y proveyó que el mariscal Alonso de Albarado fuese á la ciudad de los Reyes á traer la gente que allí había, y algunas piezas de artillería de las de la armada, y ropa y dineros para algunos soldados; lo

cual todo se efectuó en breve tiempo, y fué ordenado el campo en esta forma: Pedro Alonso de Hinojosa quedó por general, segun de la manera que lo era al tiempo que entregó la armada en Panamá. El mariscal Alonso de Albarado fué nombrado por maestro de campo, y el licenciado Benito de Carvajal por alférez general, y Pedro de Villavicencio por sargento mayor. Y por capitanes de gente de caballo don Pedro de Cabrera y Gomez de Albarado, y Juan de Sanvedra y Diego de Mora, y Francisco Hernandez y Rodrigo de Salazar y Alonso de Mendoza; por capitanes de infantería á don Baltasar de Castilla, Pablo de Meneses, Hernan Mejía de Guzman y Juan Alonso de Palomino, Gomez de Solís, Francisco Mosquera, don Hernando de Cárdenas, el adelantado Andagoya, Francisco Dolmos, Gomez Dárias, el capitan Porcel, el capitan Pardaver, el capitan Serna. Nombró por capitan de artillería á Gabriel de Rójas. Tenia consigo al arzobispo de los Reyes y á los obispos del Cuzco y Quito, y al provincial de santo Domingo, fray Tomás de San Martín, y al provincial de la orden de la Merced, y á otros muchos religiosos, clérigos y frailes. En la última reseña que mandó hacer halló que tenia setecientos arcabuceros y quinientos piqueros y cuatrocientos de caballo, caso que desde entonces hasta que llegó á Xaquixguana se recogieron hasta llegar á número de mil y novecientos hombres; y así, salió el campo de Jauja á 29 de diciembre del año de 47, caminando en buena orden la via del Cuzco, para tentar por dónde habria menos peligro de pasar el rio de Avancay.

CAPITULO V.

De cómo llegó Pedro de Valdivia al real del Presidente, y con él otros capitanes.

Habiendo salido el Presidente del valle de Jauja, llegó á su campo el capitan Pedro de Valdivia, que, como arriba está dicho, era gobernador en la provincia de Chili, y habia venido de allá por mar, para desembarcar en la ciudad de los Reyes, para llevar gente y munición y ropa con que se acabase de hacer la conquista de aquella tierra. Y como desembarcando supo el estado de los negocios, se aderezó él y los que con él venian, porque traian muy gran abundancia de dineros, y se fué en rastro del Presidente hasta se juntar con él, lo cual se tuvo á buena dicha, porque aunque con el Presidente estaba gente y capitanes muy experimentados, ninguno habian en la tierra que fuese tan práctico y diestro en las cosas de la guerra como Valdivia, ni que así se pudiese igualar con la destreza y ardid del capitan Francisco de Carvajal, por cuyo gobierno y industria se habian vencido tantas batallas por Gonzalo Pizarro, especialmente la que dió en Guarina contra Diego Centeno, cuya victoria se atribuyó por todos al conocimiento de la guerra que Francisco de Carvajal tenia; por lo cual todo el campo del Presidente estaban atemorizados, y cobraron grande ánimo con la venida de Valdivia. Tambien llegó en aquella coyuntura el capitan Diego Centeno, con mas de treinta de á caballo que con él escaparon de la rota de Guarina; y así, continuaron su camino padeciendo gran necesidad de comida, hasta llegar á Andaguiras, donde el Presidente se detu-

vo mucha parte del invierno, que fué de muchas y mas recias aguas, que de dia ni de noche no cesaba de llover; tanto, que los toldos se pudrian por no haber lugar de enjugarse, y por estar el maíz que comian tierno con la mucha humedad, adolescieron muchos, y algunos murieron del flujo del vientre, caso que el Presidente tenia especial cuidado de hacer curar los enfermos por medio de fray Francisco de la Rocha, fraile de la orden de la Santísima Trinidad, que tenia cargo y por copia mas de cuatrocientos dellos, y los proveia de médicos y medicinas, como si estuvieran en un lugar muy bueno y bien proveido y poblado, y por su buena diligencia convalescieron casi todos; y allí estuvo el campo hasta que llegaron Valdivia y Centeno, como está dicho, en cuya venida se hicieron grandes fiestas y juegos de cañas y corrieron sortija, y de ahí adelante Valdivia comenzó á entender en los negocios de la guerra, juntamente con el mariscal Alonso de Albarado y el general Hinojosa; y cuando se reconoció la primavera y comenzaron á cesar las aguas, partió el campo de Andaguiras, y fué asentir en la puente de Avancay, que está veinte leguas del Cuzco, donde estuvo aguardando hasta que en el rio de Apurimá, que es doce leguas del Cuzco, se hiciesen puentes para poder pasar. Los enemigos tenian quedradas todas las puentes de aquel rio, de forma que parecia imposible poderle pasar sino rodeaban mas de setenta leguas; y así, pareció de menos inconveniente procurar de hacer las puentes; y para desvelar el Presidente los enemigos, y que no supiesen dónde habian de acudir á resistir los reparos, mandó traer materiales á tres lugares para reedificar las puentes, la una que estaba en el camino real, y la otra en el valle de Cotabamba, que era doce leguas mas arriba, y la otra en unos pueblos de don Pedro Portocarrero, que era mucho mas arriba, donde el mismo don Pedro estaba guardando el paso con cierta gente; y haciose desta parte del rio las maromas y criznejas de que tenemos dicho arriba, en el primer libro, que se cuajan las puentes del Perú, para que cuando estuviese el campo junto, las ayudasen á echar sobre las vigas y estantes, porque de otra manera Gonzalo Pizarro y su gente defendieran el reparo; y por no saber adónde acudir á la defensa estuvieron confusos, sin tener guardacion en ninguna parte, sino espías que viniesen á dar aviso dónde se comenzaba la obra para acudir luego allí á la defensa; y tuvo tan secreto el lugar por donde habian de pasar, que ninguno del campo lo supo sino el Presidente y los que con él entraban en el consejo de la guerra. Y después que los materiales estuvieron hechos y aparejados, caminó el campo la via de Cotabamba, que era por donde se habia de pasar el rio, aunque en el camino habia tan malos pasos y sierras nevadas, que algunos capitanes lo contradecian, teniendo por mas seguro ir á pasar cincuenta leguas mas arriba, aunque el capitan Lope Martin, que guardaba el paso, decia que por allí en Cotabamba era mas seguro el paso. Y en esta diferencia el Presidente envió á dar vista á los capitanes Valdivia y Gabriel de Rójas y Diego de Mora y Francisco Hernandez Aldana; y traída la relacion de lo que habia, y cómo era lo menos peligroso pasar por allí, se dió gran prisa al campo; y cuando Lu-

po Martín supo que llegaba cerca, con algunos españoles y indios que consigo tenía comenzó á echar las criznejas de la otra parte, y cuando tuvieron atadas tres dellas, llegaron las espías de Gonzalo Pizarro, y sin tener resistencia cortaron las dos. Cuando esta nueva llegó al Presidente y á todo el campo, hubo gran pesar dello, porque se tuvo por cierto que los de Pizarro defenderían el paso; y así, el Presidente, llevando consigo al Arzobispo y á su general y á Alonso de Albarado y á Valdivia y á ciertos capitanes de infantería, se adelantó á gran prisa hasta llegar á la puente, y dióse ónten cómo pasaron en balsas ciertos capitanes de infantería con harto peligro, así de la furia del agua como de los enemigos que se creía estar aguardando de la otra parte; y uno de los primeros que pasaron fué el licenciado Polo Hondegardo, y tras él comenzaron á pasar soldados y otra gente de escuadron; en lo cual se puso tanta diligencia, que aquel día pasaron mas de cuatrocientos hombres, llevando los caballos á nado, encima dellos atadas sus armas y arcabuces, caso que se perdieron mas de sesenta caballos, que con la corriente grande se desataron, y luego daban en unas peñas donde se hacían pedazos sin darles lugar el impetu del río á que pudiesen nadar, y en comenzando á pasar la gente, las espías de Pizarro le fueron á dar mandado dello, y él envió al capitán Juan de Acosta con hasta doscientos arcabuceros de caballo, para que matasen á todos cuantos hubiesen pasado el río, excepto los que nuevamente hubiesen ido de Castilla. Lo cual entendiendo los pocos que á la sazón habían pasado, tomaron un recuesto y hicieron subir en los caballos que consigo tenían indios y negros, porque casi todos los caballos eran ya pasados, por hallarse mas desembarazados á la mañana; y dándoles las lanzas, hicieron un buen escuadron, cubriendo las haces de las primeras hileras con los espaldos; y así, cuando Juan de Acosta envió á reconocer la gente creyó que había número tan desigual, que no los osó acometer y se volvió por mas gente; y entre tanto el Presidente hizo pasar todo el campo por la puente, que ya estaba acabada de uderezar, en lo cual se entendió el gran descuido que Gonzalo Pizarro tuvo en no poderse tan cerca, que pudiese estorbar la pasada, porque solos cien hombres que pusiera en cada paso fuera parte para defenderlo.

CAPITULO VI.

De lo que el Presidente hizo después de pasado el río hasta dar la batalla.

Habiendo pasado otro día siguiente todo el resto del ejército del Presidente, sin faltar ninguno, se ordenó que don Juan de Sandoval fuese á descubrir el campo; y viniendo con relacion que Gonzalo Pizarro ni su gente no parescian en tres leguas que había corrido, el Presidente mandó que el general Binojosa y Pedro de Valdivia fuesen con ciertas banderas á tomar lo alto de la montaña, que había mas de legua y media de subida, porque si Gonzalo Pizarro se adelantaba en hacerlo les podían hacer gran daño primero que subiesen; y así, subieron. Y en este tiempo Juan de Acosta había enviado á hacer saber á Gonzalo Pizarro lo que pasaba, para que le proveyese de trecientos arcabuceros, que basta-

rian para desbaratar aquella gente que ya había pasado el río, antes que todos acabasen de pasar; y al tiempo que Juan de Acosta se volvía, se le huyó un Juan Nuñez de Prado, de Badajoz, y dió aviso de todo lo que pasaba y del socorro que Juan de Acosta esperaba; y creyendo que Gonzalo Pizarro le acudiría con todo su campo, el Presidente, con mas de novecientos hombres de pié y de caballo que ya tenía en la cumbre de la montaña, estuvo en arma toda la noche; y como otro día le llegó á Juan de Acosta el socorro, los corredores del Presidente le vinieron á dar mandado dello, y él proveyó que el Mariscal tornase al río para hacer subir el artillería y recoger y traer consigo toda la gente; y como antes que el Mariscal volviese asomaron las banderas de Pizarro, el Presidente, con solos novecientos hombres que con él estaban, se puso en orden de batalla para dársela en ocasion; y después cesó de su intento viendo que no esperarían la batalla, porque no venían sino solos trecientos arcabuceros de socorro para Juan de Acosta, el cual se retiró viendo la pujanza de sus contrarios, y lo hizo saber á Gonzalo Pizarro; y el Presidente estuvo allí dos ó tres días hasta que la gente y artillería acabó de subir aquella gran cuesta, y allí le envió Gonzalo Pizarro á requerir con un clérigo que deshiciera el ejército y no hiciese guerra hasta tener nuevo mandado de su majestad; al cual clérigo prendió el obispo del Cuzco; y antes desto había enviado otro, que de su parte ganase las voluntades del general Binojosa y de Alonso de Albarado; y este lo hizo con mas prudencia, que no quiso volver, antes dejó concertado con un hermano suyo que se huyese tras él, como lo hizo. El Presidente escribió desde allí á Gonzalo Pizarro, como lo había hecho en todo el camino, persuadiéndole que se redujese á la obediencia de su majestad, y enviándole traslado del perdon, y ordinariamente cuando los corredores salían llevaban despachos y cartas para Gonzalo Pizarro, y las daban á sus corredores para que ellos se las entregasen. Y como Gonzalo Pizarro supo que el Presidente había pasado el río con su campo y tomado el alto de la sierra, salió del Cuzco con novecientos hombres de pié y de caballo, los quinientos y cincuenta arcabuceros, y con seis piezas de artillería, y vino á sentar el real en Xaquixaguana, que era cinco leguas del Cuzco, en un llano al pié del camino, por donde el real del Presidente había de bajar de la sierra; y asentó su campo en lugar tan fuerte, que no le podían acometer sino por una pequeña angostura que delante sí tenía; porque á la una parte tenía el río y la ciénaga, y por la otra la montaña, y por las espaldas una honda cava quebrada; y desde allí, aquellos dos ó tres días antes que la batalla se diese, salían siempre ciento ó doscientos hombres á trabar escaramuza con otros tantos que salían del campo del Presidente, que iba marchando hasta hallar lugar seguro donde alojarse; y cuando llegó tan cerca, que los de Pizarro, que estaban en lo bajo, podían bien ver sus contrarios, que pasaban por lo alto para alojarse mas adelante ó en el paraje que ellos estaban, Gonzalo Pizarro temió que su gente desfallecería viendo tanta ventaja en sus contrarios; por lo cual los mandó poner detrás un cerro que junto á su campo estaba, fingiendo que lo hacía porque, viendo

el Presidente el buen aparejo y calidad de la gente que él tenía, no dejase de dar la batalla. Y en habiendo pasado el Presidente y asentado su campo en un llano á la vista de los enemigos, Gonzalo Pizarro sacó toda su gente por sus escuadrones, sacadas sus mangas de arcabuceros y en orden para dar la batalla, y comenzó á disparar el artillería y arcabucero para que el Presidente le viese y oyese; y aquel día de entrambos campos hubo espías y corredores, que se topaban unos con otros por la gran niebla que sobrevino. Y el Presidente, caso que vió al enemigo á punto para dar ó esperar la batalla, la quisiera dilatar, creyendo que muchos de sus contrarios se le pasarían habiendo para ello tiempo; pero no le daba lugar el sitio de su alojamiento, por la falta de comida que en él había, y por el gran hielo y frío, sin que hubiese alguna leña para remediarlo, de suerte que no lo podían sufrir; y aun también les faltaba el agua; de todo lo cual ninguna falta padecía el campo de Gonzalo Pizarro, porque tenían por fuerte el río y les venía abundancia del Cuzco, y el sitio era muy templado; porque, caso que estaban muy cerca del Presidente, los unos estaban en la sierra y los otros en el valle, como tenemos dicho. Y es tan notable la diferencia que en esto hay en el Perú, que acontezca cada día hallarse gente en la cumbre de una sierra, donde es tanto el frío y hielo y nieve que cae, que no se puede sufrir; y los que están en el valle, con menos de dos leguas de distancia, buscan remedios contra la demasiada calor. Y con todo esto, Gonzalo Pizarro y su maestro de campo acordaron aquella noche subir secretamente por tres portes á dar en el campo del Presidente; lo que después dejaron de hacer porque se les huyó un soldado llamado Nava, y creyeron que aquel daría noticia del concierto, como lo hizo. Y este Nava y Juan Nuñez de Prado aconsejaron al Presidente que dilatase lo posible el dar de la batalla, porque la gente que andaba con Gonzalo Pizarro de los que escaparon de la rota de Diego Centeno tenían voluntad de le venir á servir en hallando oportunidad. Y así, estuvo el campo toda la noche en arma, desarmadas las tiendas, padeciendo muy gran frío, que no podían tener las lanzas en las manos; y aguardando que amaneciese, y mostrándose el día á gran prisa, comenzaron á tocar las trompetas y atambores, porque muchos arcabuceros de Gonzalo Pizarro iban buscando camino por una loma para dar en el real, á los cuales salieron al encuentro los capitanes Hernan Mejía y Juan Alonso Palomino con trecientos arcabuceros, y con ellos Pedro de Valdivia y el mariscal Alonso de Albarado, que fueron dándoles tanta prisa hasta que los hicieron volver. Y entre tanto que pasaba esta escaramuza, el Presidente con todo el resto del ejército bajó por detrás de aquella loma encubierto, hacia la parte del Cuzco, caso que para desvelar al enemigo hizo muestra que bajaba por aquella loma donde pasaba la escaramuza, con el capitán Pardaver, con treinta arcabuceros y alguna gente de caballo; y cuando Pedro de Valdivia y el Mariscal llegaron al cubo de la loma, llamaron al capitán Gabriel de Rojas para que llevase allí el artillería; el cual la hizo asentar y disparar, prometiendo á los artilleros que por cada pelota que metiesen en el escuadron de Pizarro les daría quinientos pesos de oro; y se los pagó después á uno que dió en el toldo de Gonzalo Pizarro, que era muy señalado, y le mató dentro un paje; por lo cual los hicieron abatir todas las tiendas, porque les servían de terreros. En este tiempo, de la parte de Gonzalo Pizarro jugaba también el artillería, y él tenía sus escuadrones en orden. De caballo iban por capitanes el mismo Gonzalo Pizarro y el licenciado Cepeda y Juan de Acosta, y de infantería el maestro de campo Carvajal y Juan de la Torre, y Diego Guillen y Juan Velez de Guevara, y Francisco Maldonado y Sebastian de Vergara, y Pedro de Soria por capitanes de artillería; y todos los indios que seguían á Gonzalo Pizarro, que eran muchos, se salieron del escuadron y se pusieron en la ladera de la cuesta.

CAPITULO VII.

De cómo se dió la batalla de Xaquizagaana, y de lo que en ella acaesció.

En tanto que la artillería de ambos campos disparaba, acabó de bajar al llano todo el campo de su majestad, yendo la gente sin orden, con la mayor prisa que podía, trotando á pié y los caballos de diestro, así porque la aspereza de la tierra no sufría otra cosa, como por excusar el peligro de la artillería que no diese en el escuadron, porque jugaba al descubierto; y así como iban bajando se iban poniendo en orden con sus banderas. Hicieronse dos escuadrones de caballo y dos de infantería. Del de caballo, que iba á la parte siniestra, eran capitanes Juan de Sayavedra y Diego de Mora, y Rodrigo de Salazar y Francisco Hernandez Aldana. En el escuadron de la parte derecha iba el estandarte real, de que era alférez Benito Suarez de Carvajal, y en su guardia iban los capitanes don Pedro de Cabrera y Alonso Mercadillo y Gomez de Albarado. Estos dos escuadrones de caballo llevaban en medio la infantería, aunque iba algo delantera. Eran capitanes el licenciado Ramirez, oidor de los conlines, y don Baltasar de Castilla y Gomez de Solís, y don Hernando de Cardenas y Pablo de Meneses, y Cristóbal Mosquera y Miguel de la Serna, y Diego de Urbina y Hierónimo de Aliaga, y Martin de Robles y Gomez Durias y Francisco Dolmos, y sin estos escuadrones, iba á la parte diestra, algo mas delantero, el capitán Alonso de Mendoza con su compañía de caballo, por sobresaliente, y con él iba el capitán Centeno con liarto deseo de vengar la rota que le sucedió en Guarina. Fué sargento mayor deste campo Pedro de Villavicencio, natural de Jerez de la Fronteira. Iba poniendo en orden la gente Pedro Alonso de Rinojosa, como general della, y con él iba el licenciado Cianca, porque el Presidente y el arzobispo de los Reyes iban algo delanteros hacia la montaña, por donde bajaba el mariscal Alonso de Albarado y Pedro de Valdivia con el artillería y con los trecientos arcabuceros, de que eran capitanes Hernan Mejía y Juan Alonso Palomino, los cuales, en bajando á lo llano, hicieron de su gente dos mangas. Hernan Mejía sacó la suya por la parte derecha hacia el río, y con él se puso el capitán Pardaver, y hacia la parte izquierda de la montaña sacó su manga Juan Alonso Palomino, y cuando el artillería iba bajando se pasó del campo de Gonzalo Pizarro al

del Presidente el licenciado Cepeda, oidor que habia sido del audiencia real, y Garcilaso de la Vega y Alonso de Piedrahita y otros muchos caballeros y soldados, en alcance de los cuales salió Pedro Martín de Cicilia con cierta gente, y hirió algunos y alanceó el caballo de Cepeda, y á él le hirió de suerte, que si no fuera socorrido por mandado del Presidente, peligrara. Entre tanto Gonzalo Pizarro se estaba parado en su campo, creyendo que los enemigos se le habian de ir á meter en las manos, como lo hicieron en Guarina. El general Hinojosa caminó con su campo paso á paso hasta se poner en un sitio bajo, á tiro de arcabuz de sus enemigos, donde el artillería no le podia coger, que toda pasaba por alto, aunque habian abajado mucho los carretones. En este tiempo las mangas de arcabuceros de ambos campos disparaban con gran diligencia, y el Mariscal y Pedro de Valdivia andaban sobresalientes haciendo dar priesa á sus arcabuceros. El Presidente y el Arzobispo, que iban en delantera, fatigaban los artilleros que tirasen á gran priesa, haciendo mudar los tiros como era necesario. Y viendo Diego Centeno y Alonso de Mendoza que hacía la parte donde ellos estaban se huían muchos de Gonzalo Pizarro, y él mandaba seguirles el alcance, donde peligraban algunos, pareciéndoles salir con su gente hasta el río para hacer reparo á los que se huían, los cuales rogaban mucho al General no rompiese ni moviese los escuadrones, porque sin ningún riesgo los desbaratarían y se les pasaria la gente; y en este tiempo aconteció que, como una manga del escuadron de Pizarro, en que habia treinta arcabuceros, se halló tan cerca de sus contrarios, se pasaron al campo de su majestad, y por enviar tras ellos se comenzaron á desbaratar los escuadrones, huyendo unos hacía el Cuzco y otros hacía el Presidente, y algunos de sus capitanes ni tuvieron ánimo para huir ni para pelear; y viendo esto Gonzalo Pizarro, dijo: «Pues todos se van al Rey, yo tambien;» aunque fué público que el capitán Juan de Acosta dijo á Gonzalo Pizarro: «Señor, demos en ellos; muramos como romanos.» A lo cual dicen que respondió Gonzalo Pizarro: «Mejor es morir como cristianos.» Y viendo cerca de sí al sargento mayor Villavicencio, le llamó, y sabiendo quién era, dijo que se lo rendía, y le entregó un estoque que traía en el ristre, porque habia quebrado su lanza en su misma gente que se le huía. Y así, fue llevado al Presidente y pasó con él ciertas razones; y prescindiéndole aquellas desacatadas, le entregó á Diego Centeno que le guardase; y luego fueron presos todos los capitanes, y el maestre de campo Carvajal huyó, y pensando aquella noche esconderse en unos cañaverales, se le metió el caballo en una ciénaga, donde sus mismos soldados le prendieron y le trajeron preso al Presidente.

CAPITULO VIII.

Del alcance que siguió el Presidente á Gonzalo Pizarro y á su campo, y la justicia que hizo en ellos.

Como el Presidente desde el alto donde estaba vió huir hacía el Cuzco algunos de la retaguardia del enemigo, daba voces á la gente de caballo que arremetiese, diciendo que los enemigos iban de huida, y con todo, ninguno salió del escuadron hasta que se tocó la seña

del romper, porque estaban muy avisados dello; y visto ya claro que todos iban huyendo y desbaratados, les siguieron el alcance, hiriendo y matando ó prendiendo á los que alcanzaban. Fueron presos Gonzalo Pizarro y su maestre de campo Carvajal, y Juan de Acosta y Guevara y Juan Perez de Vergara; murió allí el capitán Sorria. Los soldados arremetieron á saquear el campo, donde hallaron mucho oro y plata, y caballos y mulas y acémilas, donde quedaron muchos ricos, á quien cupieron á cinco y á seis mil pesos de oro. Y era tanta la riqueza que allí se halló, que topando un soldado con una acémila cargada, le cortó los lazos, y dejando la carga, se fué con el acémila; y antes que él se apartase veinte pasos llegaron otros soldados mas diestros, y desliando la carga, hallaron que toda era de oro y plata, aunque iba envuelta en mantas de indios por disimular lo que habia, y les valió mas de cinco mil ducados. Aquel dia reposó allí el campo, porque iban muy fatigados de tantos dias como habia que no se quitaban las armas. El Presidente proveyó que los capitanes Hernan Mejía y Martín de Robles fuesen con su gente al Cuzco á estorbar que muchos de los soldados que hacía allá habian ido no saqueasen la ciudad ni matasen gente, porque era tiempo en que cada uno procuraba vengar sus enemistades particulares so título de la victoria, y para que estos capitanes prendiesen los soldados de Pizarro que se hubiesen huido. Otro dia siguiente el Presidente cometió el castigo de los presos al licenciado Cienca, oidor, y á Alonso de Albarado como maestre de campo suyo, los cuales procedieron contra Pizarro por sola su confusion, atenta la notoriedad del hecho, y le condenaron á que le fuese cortada la cabeza, la cual fuese puesta en una ventana que para ello se hiciese en el rollo público de la ciudad de los Reyes, cubierta con una red de hierro y un rótulo encima que dijese: «Esta es la cabeza del traidor Gonzalo Pizarro, que se levantó en el Perú contra su majestad, y dió batalla contra su estandarte real en el valle de Xaquixaguana.» Demás desto, le mandaron confiscar sus bienes y derribarle y sembrarle de sal las cosas que tenia en el Cuzco, poniendo en el solar un padron con el mismo letrero; lo cual se ejecutó aquel mismo dia, muriendo como buen cristiano. Así en el tiempo de su prision como en la ejecucion de su muerte le hizo el capitán Diego Centeno, que le tenia á cargo, tratar muy honradamente, sin permitir que ninguno le dijese palabra deshonesto; y al tiempo que lo mataron dió al verdugo toda la ropa que traía, que era muy rica y de mucho valor, porque tenia una ropa de armas de terciopelo amarillo, casi toda cubierta de chapería de oro, y un chapeo de la misma forma; y aun porque no le desnudase hasta que le llevasen á enterrar rescató Centeno al verdugo todo el valor de la ropa, y otro dia le hizo llevar á enterrar al Cuzco muy honradamente, y la cabeza se llevó á los Reyes, donde se puso segun la forma de la sentencia. Fué descuartizado aquel dia el Maestre de campo y ahorcados ocho ó nueve capitanes de Gonzalo Pizarro, aunque tambien después, como iban prendiendo los demás principales los justificaban. Luego se fué al Cuzco con todo su campo, y envió al capitán Alonso de Mendoza con cierta gente á la provincia de los Char-

cas á prender algunos á quien habia enviado allá Gonzalo Pizarro por dineros, y otros que se habian huido; y entendiendo que toda la mas de la gente habia de acudir á las minas de Potosí, que son en aquella provincia de los Charcas, como al lugar mas rico de la tierra, envió por gobernador y capitan general al licenciado Polo de Ondegardo, y para que tambien castigase los que allí hallase culpados, así por haber favorecido á Pizarro como por no haber acudido á servir al Presidente al tiempo que pudieron. Y juntamente con él envió al capitán Gabriel de Rojas para que tuviese cargo en aquella provincia de recoger los quintos y tributos de su majestad, y las condenaciones que el Gobernador hiciese. De lo cual todo en breve tiempo el licenciado Polo recogió y envió un millon y docientos mil castellanos, teniendo á su cargo lo uno y lo otro, porque pocos dias después de llegado Gabriel de Rojas, falleció. Entre tanto el Presidente se estuvo en el Cuzco, ejecutando cada dia nuevas justicias, segun las culpas hallaba en los presos, á unos descuartizando y ahorcando, y á otros azotándolos y echándolos á galeras, y proveiendo otras cosas necesarias y concernientes á la pacificacion y quietud de la tierra; y usando del poder y comision que de su majestad tenia, perdonó á todos los que se hallaron en aquel valle de Xaquisaguana y acompañamiento del estandarte real de todas las culpas que les pudiesen ser imputadas durante la rebelion de Pizarro en cuanto á lo criminal, reservando el derecho á las partes en cuanto á los bienes y causas civiles, segun se contenia en su comision. Esta batalla, de que tanta mencion quedará en aquella provincia perpetuamente, se desbarató lunes de Cuasimodo, que fué á 9 de abril del año de 48.

CAPITULO IX.

Del repartimiento que el Presidente hizo de la tierra después de la victoria.

La victoria habida, y deshecha la tiranía de Pizarro, y castigados los que della resultaron culpados (en la forma que está dicho en el capitulo precedente), se proponia otra muy gran dificultad y de mucha importancia para el sosiego de la tierra, que era derramar tanta gente de guerra como estaba junta, porque no sucediesen otros inconvenientes como los pasados, aunque para hacerlo era necesario mucha prudencia y tiento; y siendo el número de la gente mas de dos mil y quinientos, y los repartimientos ciento y cincuenta, estaba claro que no podia cumplir con ellos con todos los demandadores, y que habian de quedar casi todos descontentos; y después de haberse tratado de la forma que en el derramamiento deste ejército se ternia, por ser materia tan peligrosa y que no sufría dilacion, se acordó que el Presidente y el Arzobispo se saliesen del Cuzco á la provincia de Apurimá, que es doce leguas, á hacer el repartimiento, llevando consigo solo el secretario por poderlo hacer con mas libertad y evitar las importunidades de la gente. Y así se acabó, dando de comer á los capitanes y gente mas señalada, segun los méritos y servicios de cada uno, mejorando á unos y dando de nuevo á otros; y valió la renta que estaba vaca y se repartió mas de un millon de pesos

de oro, porque (como se puede colegir desta historia) todos los principales repartimientos de la tierra estaban vacos, porque Pizarro habia muerto so color de justicia ó en batallas á los que los tenían encomendados por su majestad, y el Presidente habia justiciado á muchos á quien los habia dado Pizarro, aunque todos los principales tenía en su cabeza para los gastos de la guerra; y á estas personas á quien dió las encomiendas impuso pensiones de á tres y cuatro mil ducados en dinero, mas ó menos, segun la renta principal, para repartirlos entre los soldados, á quien no habia otra cosa que dar, para que se apercebiesen de armas y caballos y otras cosas, y enviarlos por diversas partes á descubrir la tierra; y aun con todos estos cumplimientos que hizo, le pareció al Presidente que seria mas conveniente y menos peligroso irse él á la ciudad de los Reyes, y el Arzobispo volviese en su lugar al Cuzco á publicar el repartimiento y dar los dineros segun la orden que para ello traia; y así se efectuó, aunque no dejó de haber grandes quejas de soldados, fundando cada uno cómo tenía mas méritos para conseguir los indios que aquellos á quien se habian encomendado; y no bastaron los cumplimientos y promesas que sobre esto hizo el Arzobispo y los otros capitanes, para que no hubiese motines y alteraciones entre la gente, los cuales concertaban de prender al Arzobispo y á los otros principales, y enviar al licenciado Cianca por embajador al Presidente para que revocase el repartimiento hecho, y hiciese otro de nuevo desagráviándolos; donde no, que se alzarían con la tierra; y por la buena orden que en esto se tuvo, vino á noticia del licenciado Cianca, que allí habia quedado por justicia mayor, y prendió y castigó los promovedores del motin; y con esto quedó todo en paz.

CAPITULO X.

De cómo el Presidente envió á prender á Pedro de Valdivia, y de los gastos que hizo en la guerra desde que llegó á Tierra Firme hasta que la feneció.

Antes que el Presidente saliese en la ciudad del Cuzco, por gratificar lo mucho que Pedro de Valdivia lo habia servido en esta guerra, le conformó y dió de nuevo la gobernacion de la provincia de Chili, que hasta entonces habia administrado, y para juntar gente y proveerse de armas y caballos y otras cosas necesarias, Pedro de Valdivia se fué á la ciudad de los Reyes, por haber allí para ello mejor comodo; y después que la hubo aderezado y juntado consigo la gente que pudo, lo embarcó todo, y las naos se hicieron á la vela, y él quedó para irse por tierra hasta Arequipa. Y en esto tiempo dieron noticia al Presidente cómo entre la gente que Valdivia llevaba consigo habia recogido ciertos caballeros soldados que sobre los negocios de Pizarro habian sido desterrados del Perú, y algunos para las galeras; sobre lo cual envió al general Pedro de Hinojosa para le prender, y como le alcanzó, le rogó mucho que se volviese con él al Presidente; y él no lo quiso hacer, confiado en la gente que llevaba; y creyendo que por causa della Hinojosa no se atreveria á intentar contra su voluntad, se descuidó de suerte, que con seis arcabuceros que él llevaba acometió á prenderle, y él, visto que no podía

hacer otra cosa, se fué con él al Presidente, donde, después que le satisfizo de la culpa que se le ponía, le hizo quedar los presos que consigo llevaba, y alcanzó licencia para continuar su jornada; y así, dió licencia á todos los demás vecinos que cada uno se fuese á su casa á descansar y restaurarse de sus gastos pasados, y algunos capitanes envió á descubrir, y él con los que le seguían se fué á la ciudad de los Reyes, dejando por gobernador de la ciudad del Cuzco al licenciado Carvajal. En este tiempo llegaron á la villa de Plata ciento y cincuenta españoles que venían, con Domingo de Irala, del río de la Plata, y subieron tanto por él, hasta que llegaron al descubrimiento de Diego de Rójas, y de allí determinaron ir al Perú para pedir gobernador al Presidente; y vista su demanda, les dió por gobernador al capitán Diego Centeno, que con ellos y con la demás gente que pudiesen juntar volviese á hacer el descubrimiento y conquista, aunque después él no pudo ir, porque, teniendo casi aderezada la jornada, falleció; y el Presidente nombró en su lugar otro capitán que fuese á esta conquista del río de la Plata; este río nace de las cordilleras nevadas que están en el Perú, entre la ciudad de los Reyes y el Cuzco, donde salen cuatroríos, nombrados de las primeras provincias por donde pasan, uno se llama Apurimá, otro Vilcas y otro Avancay y otro Jauja, que sale de una laguna de la provincia que se llama Bombon, que es la mas llana y mas alta tierra del Perú, á cuya causa siempre en ella graniza. La orilla desta gran laguna está bien poblada de indios, y dentro en ella hay muchas isletas llenas de juncos y espadañas y otras yerbas, donde los indios crían sus ganados. En la expedición desta guerra de Gonzalo Pizarro que arriba está contado gastó el Presidente mucha suma de dineros, así en hacer pago y socorros á soldados, como en darles armas y caballos y lastimentos y fletes y matalotaje y artillería, y municiones para ella; y con hacerse todo á la mayor ventaja que fué posible, desde que llegó á Tierra-Firme hasta la victoria se gastaron mas de novecientos mil castellanos, la mayor parte de los cuales tomó prestados de mercaderes y otras personas, porque los quintos reales todos los había tomado y gastado Gonzalo Pizarro. Y así, después de pacificada la tierra, el Presidente comenzó á recoger todos los dineros que pudo, así de los quintos reales como de los bienes confiscados y de las condenaciones de personas, y de lo restante ajuntó mas de millon y medio de ducados de diversas partes de aquella provincia, aunque la principal parte se trujo de la provincia de los Charcas (como arriba lo hemos contado), y todo lo recogió en la ciudad de los Reyes. Puso gran diligencia en proveer que, conforme á las ordenanzas, no se cargasen los indios, así porque de los trabajos de las cargas había perecido gran número dellos, como porque con el aparejo que con estos hallaban los españoles para caminar, no asentaban en ningún pueblo, y se andaban ociosos de unas partes á otras, sin aplicarse á oficios ni á otro género de trabajo; y demás desto, después de tener el Presidente asentada la audiencia real en la ciudad de los Reyes, comenzó á entender en hacer la tasación de los tributos que los indios habían de dar á los españoles, porque hasta entonces nunca se había

hecho, por causa de las guerras y revoluciones que en aquella provincia hubo desde que se descubrió, sino que cada español tomaba de su cacique el tributo que le daba, y otros que no se habían tan templadamente les pedían mucho mas de lo que les podían dar, y se lo sacaban por fuerza; y algunos que en esto tenían mas disolución, los sacaban con tormentos y muertes de algunos indios, confiados en que por causa de las guerras no se podría saber, ó si se supiese, no serian dello castigados. Y la tasación se comenzó á hacer en conformidad de los indios y de los mas españoles, informándose el Presidente y oidores de los frutos que producía la provincia que se tasaba, ó si había en ella minas de oro ó de plata ó abundancia de ganado, haciendo la tasación teniendo respecto á todo esto y á otras particularidades que se requerían.

CAPITULO XI.

De cómo el Presidente, dejando asentadas las cosas del Perú, se embarcó para España, y de lo que en el camino le aconteció.

Viendo el Presidente que los negocios del Perú estaban tan llanos y asentados como hemos contado, y que los soldados y gente de guerra estaban derramados, habiéndose enviado los mas á la provincia de Chili y á la de Diego de Rójas y á otros descubrimientos y entradas debajo de sus capitanes, y los demás que quedaron en el Perú se habían aplicado á ganar de comer cada uno en el oficio que sabía, y otros tratando en el negocio de las minas; y considerando asimismo que la audiencia real y los gobernadores por ella nombrados hacían justicia sin impedimento ni embarazo alguno, determinó venirse á estos reinos usando de la licencia que de su majestad había llevado para que cada y cuando que le pareciese se pudiese venir; y lo que principalmente le movió fué traer consigo tanta cantidad de dineros como arriba tenemos dicho que tenía juntos de la hacienda real, paresciéndole que ni ella estaba segura en parte donde no había fuerza ni seguridad para guardarse, y que se color de robarle (si á tales términos viniera) se podían levantar nuevas alteraciones en la tierra; y así, después que la tuvo embarcada, y aparejadas todas las otras cosas necesarias para su navegacion, sin dar parte á nadie hasta entonces de su deliberación, envió á llamar al cabildo de la ciudad de los Reyes, y les propuso lo que tenía determinado; y aunque ellos le hicieron un requerimiento proponiéndole los inconvenientes que podían suceder de venirse hasta que su majestad proveyese nuevo presidente ó vi orey en la tierra, él respondió satisfaciéndoles á todo; y así, se fué á embarcar, y desde la nao hizo segundo repartimiento de todos los indios que habían vacado después que se había hecho el primer repartimiento cerca del Cuzco, que eran muchos y muy señalados, porque habían fallecido en este medio tiempo Diego Centeno y Gabriel de Rójas y el licenciado Carvajal y otras algunas personas principales y señaladas en la tierra, aunque por ser tantos los que pretendían ser proveidos y mejorados, y que no se podía cumplir con todos, le pareció no esperar á oír las quejas de los que se habían de tener por agraviados. Y así, hechas las cédulas de las encomiendas, las dejó señaladas en

poder del secretario de la audiencia, con orden que no las abriese hasta que hubiese ocho días que él estuviese hecho á la vela. Y así, comenzó á navegar por el mes de diciembre de 1509 años, trayendo consigo al provincial de la orden de santo Domingo y á Hierónimo de Aliaga, que fueron nombrados por procuradores de la provincia para negociar con su majestad las cosas de ello. Y asimismo vinieron en su acompañamiento otros muchos caballeros y personas principales, que venían á residir de asiento en estos reinos con sus haciendas, y todos llegaron con buen viaje al puerto de Panamá; donde desembarcaron, y dándose toda la prisa posible en pasar la hacienda de su majestad y la de los particulares el Nombre de Dios, ellos tambien se vinieron para aparejar las cosas necesarias para la navegacion de la mar del Norte, teniendo todos al Presidente el mismo respecto y obediencia que le tenían en el Perú, tratándolos él muy humana y comedidamente y dando de comer á todos los que querian ir á su mesa, caso que esto se hacia á costa de su majestad, porque al tiempo que el Presidente fué proveído á este cargo, considerando que los otros gobernadores habian sido notados de alguna codicia, por el aparejo que en la tierra hay de ser aprovechados, y tambien siendo advertido que ningun salario se le podia señalar en España, segun lo que hasta entonces se usaba, que fuese competente para tratar su persona y casa, segun los muchos gastos y carestía de las cosas que en la tierra hay, no quiso aceptar ningun salario señalado, salvo que pudiese gastar de la hacienda real todo lo que le pareciese necesario para su costa y mantenimiento y gastos de su casa y criados, llevando cédulas y recaudos para ello. Lo cual él guardaba tan estrechamente, que todo cuanto se gastaba y compraba en su casa, así de mantenimientos como de otras cosas, se hacia por ante escribano que para ello estaba diputado, y con fe dél se tomaba lo necesario de la hacienda real.

CAPITULO XII.

De lo que sucedió á Hernando y á Pedro de Contreras, que se hallaron en Nicaragua y vinieron en seguimiento del Presidente.

En el tiempo que Pedro Arias Dávila gobernó y descubrió la provincia de Nicaragua casó una de sus hijas, llamada doña Maria de Peñulosa, con Rodrigo de Contreras, natural de la ciudad de Segovia, persona principal y hacendado en ella; y por muerte de Pedro Arias quedó la gobernacion de la provincia á Rodrigo de Contreras, á quien su majestad proveyó della por nombramiento de Pedro Arias, su suegro, atento sus servicios y méritos; el cual la gobernó algunos años, hasta tanto que fué proveída nueva audiencia que residiese en la ciudad de Gracias á Dios, que se llama de los confines de Guatimula; y los oidores, no solamente quitaron el cargo á Rodrigo de Contreras, pero, ejecutando una de las ordenanzas de que arriba está tratado, por haber sido gobernador, le privaron de los indios que él y su mujer tenían, y de todos los que habia encomendado á sus hijos en el tiempo que le duró el oficio, sobre lo cual se vino á estos reinos, pidiendo remedio del agravio que pretendia habérselo hecho, re-

presentando para ello los servicios de su suegro y los suyos propios; y su majestad y los señores del consejo de las Indias determinaron que se guardase la ordenanza, y confirmaron lo que estaba hecho por los oidores. Sabido esto por Hernando de Contreras y Pedro de Contreras, hijos de Rodrigo de Contreras, sintiéndose mucho del despacho que su padre tenía en lo que habia venido á negociar, como manebos livianos, determinaron de alzarse en la tierra, contrados en el aparejo que hallaron en un Juan Bermejo y en otros soldados sus compañeros, que habian venido del Perú, parte dellos descontentos porque el Presidente no les habia dado de comer, remunerándoles lo que le habian servido en la guerra de Gonzalo Pizarro, y otros que habian seguido al mismo Pizarro, y por el Presidente habian sido desterrados del Perú. Y estos animaron los dos hermanos para que emprendiesen este negocio, certificándoles que si con docientos ó treientos hombres de guerra que allí se podian juntar aportasen al Perú, pues tenían navíos y buen aparejo para la navegacion, se les juntaría la mayor parte de la gente que allí estaba descontenta, por no les haber gratificado el licenciamiento de la Casa sus servicios; y con esta determinacion comenzaron á juntar gente y arma secretamente, y cuando se sintieron poderosos para resistir la justicia comenzaron á ejecutar su propósito; y pareciéndoles que el obispo de aquella provincia habia sido muy contrario á su padre en todos los negocios que se le habian ofrecido, comenzaron por la venganza de su persona, y un dia entraron ciertos soldados de su compañía aloude estaba el Obispo jugando al ajedrez, y le mataron y alzaron bandera, intitulándose el ejercito de la libertad; y tomando los navíos que hubieron menester, se embarcaron en la mar del Sur con determinacion de esperar la venida del Presidente, y prenderle y robarle en el camino, porque ya sabian que se aparejaba para venir á Tierra Firme con toda la hacienda de su majestad, aunque primero les pareció que debian ir á Panamá, así para certificarse del estado de los negocios, como porque desde allí estarian en tan buen paraje, y aun mejor, para navegar la vuelta del Perú, que desde Nicaragua; y habiéndose embarcado cerca de treientos hombres, se vinieron al puerto de Panamá, y antes que surgiesen en él se certificaron de ciertos estancieros que prendieron de todo lo que pasaba; y como el Presidente era ya llegado con toda la hacienda real, y con la de otros particulares que traía, pareciéndoles que su buena dicha les habia traído la presa á las manos, esperaron que anocheciese, y surgieron en el puerto muy secretamente y sin ningun ruido, creyendo que el Presidente estaba en la ciudad, y que sin ningun riesgo ni defensa podrian efectuar su intento; aunque, como ya está dicho, habia tres dias que, despues de enviada casi toda la hacienda real, el Presidente los de su compañía habian pasados al Nombre de Dios, porque, á estar allí, se tiene por cierto que corria gran peligro él y toda la hacienda, por estar tan segun y sin recelo de semejante acontecimiento. Y como supieron estos hermanos la ausencia del Presidente, acordaron ante todas cosas á la casa de Martin Ruiz de Marchena, en cuyo poder, como tesorero de su majes-

tad, estaba la caja de las tres llaves; y prendiéndole á él, le robaron hasta cuatrocientos mil pesos que allí habían quedado en plata baja de su majestad, por no haber bastado las recuas de la tierra para lo llevar; y llevaron á Marchena y á Juan de Larez y otros vecinos á la plaza, diciendo que los habían de ahorcar si no les descubrían donde estaban las armas y el dinero de la tierra, y ningún temor bastó para que se lo descubriesen; y habiendo puesto en sus navios todo el oro y plata y otras haciendas que robaron, les pareció que todo su buen suceso consistía en ir con brevedad al Nombre de Dios, y tomar de sobresalto al Presidente antes que fuese avisado ni se pudiese apercibir para la defensa; y así, determinaron salir de la ciudad para hacer la jornada, y que Juan Bermejo se quedase con cien hombres en campo, junto á la ciudad de Panamá, asentando el real en un recuesto, á efecto de que pudiese hacer espaldas á la gente que iba al Nombre de Dios, y recoger la presa que de allí envasen, y prender y matar á los que de allá creían que venían huyendo y desbaratados, así de la gente del Presidente como de los mercaderes y vecinos de la tierra; y Pedro de Contreras, su hermano, con el resto de su campo, caminase para el Nombre de Dios, pareciéndoles que bastaba aquello para tomarlo de sobresalto, aunque les sucedió muy de otra manera que ellos lo tenían figurado; porque á la hora que Marchena sintió el negocio despachó dos negros muy diestros en la tierra, el uno por tierra y el otro por el río Chagre, por donde había ido el Presidente en barcos; porque este río de Chagre nace de unas cordilleras de sierra que hay entre Panamá y el Nombre de Dios, aguas vertientes á la mar del Sur, y pareciendo que corre hacia ella, se vuelve después por unas quebradas á meterse en la mar del Norte por espacio de catorce leguas, por manera que para poderse navegar de una mar á otra faltan solamente de romperse aquellas cuatro ó cinco leguas, aunque, por ser de sierras y tierra muy áspera y doblada, se tiene por imposible (como lo fué) romper tanto menos cantidad de tierra como hay en el Peloponeso, entre el mar Egeo y el Jonio, donde agora se llama la Morea; caso que fué tentado por tantos emperadores con la costa y trabajo que cuentan los historiadores; y así, desde Panamá van por tierra cinco leguas, hasta una venta que llaman las Cruces, y allí se embarcan por el río y van á salir á la mar del Norte, á cinco ó seis leguas del Nombre de Dios. Pues el mensajero que fué por el río alcanzó al Presidente antes que llegase al Nombre de Dios, y siendo avisado de lo que pasaba, lo comunicó con el provincial y con los otros capitanes que iban en su compañía, sin mostrar ninguna alteración de las que parecía requerir el negocio, aunque sintió mucho que saliendo á la mar le calmó el viento de manera, que no pudo navegar, y tomó por remedio enviar al capitán Hernán Núñez de Segura con ciertos negros que le guiasen por tierra hasta el Nombre de Dios, para apercibir la gente del pueblo y poner en recodo la hacienda real y la de los particulares. Segura caminó á pié por donde las guías le llevaban, aunque con muy gran trabajo, por causa de los muchos ríos, algunos de los cuales, por ser tan crecidos, hubo de pasar á nado, y por la

dificultad de los arcabucos y anegadizos que hay, porque no es camino cursado ni por donde pasa nadie en muchos tiempos. Pues llegado al Nombre de Dios, halló que ya se sabía allá el suceso por medio del otro mensajero que había dado el mandado por tierra; y así, estaban ya apercibidos lo mejor que pudieron, sacando en tierra mucha gente de los navios que había en el puerto, que eran nueve ó diez. Y ya en esta sazón llegó por mar el Presidente, y con buena industria se había acabado de poner en orden la gente, y salieron con el mejor apercibimiento que les fué posible del Nombre de Dios, la vuelta de Panamá por tierra, yendo por cabeza el Presidente, y en su lugar Sancho de Clavijo, gobernador por su majestad de aquella provincia, que acaso había venido en su acompañamiento desde Panamá por el río de Chagre.

CAPÍTULO XIII.

Cómo Hernando y Pedro de Contreras fueron vencidos y desbaratados por la gente de Panamá.

Habiendo robado estos dos hermanos la ciudad de Panamá, y muerto alguna poca gente que se les puso en resistencia, se acordó (como arriba está dicho) que Pedro de Contreras se quedase en la mar en guarda de los navios y de la presa que se había hecho, y para recoger lo que se le enviase, dejándole alguna parte de la gente que pareció ser necesaria; y que Juan Bermejo con la mitad de su campo asentase el real en una estancia junto á Panamá para el efecto que está dicho; y que Hernando de Contreras con el resto del ejército, se fuese al Nombre de Dios; y así se ejecutó todo; y en viendo Martín Ruiz de Marchena y Juan de Larez, regidor del Nombre de Dios, que se había dividido la gente de estos hermanos, pareciéndoles que serían parte para desbaratar á Juan Bermejo y á los que con él quedaban; y así, poniendo en ello diligencia, con mas brevedad de la que parecía posible recogieron toda la gente de la ciudad, que andaba huida por el monte, y los negros de las recuas y estancias, y armándolos lo mejor que pudieron, y dejando en la ciudad alguna guarda, y tomadas las calles con baluartes de tierra y fugina, porque no saliesen los de las naos á hacer nuevos daños ó á socorrer á los suyos, ellos salieron en campo contra Juan Bermejo y su gente, y pelearon los unos y los otros hasta que Juan Bermejo fué desbaratado, y muertos y presos todos los suyos. Y luego determinó Marchena de irse derecho al Nombre de Dios, sospechando lo que fué, que, teniendo noticia Hernando de Contreras en el camino que no solamente los del Nombre de Dios estaban apercibidos para la defensa, sabida la entrada de Panamá, pero que venían contra él en campo, se había de retirar para juntarse con Juan Bermejo, y ver si se sentían fuertes para la defensa; y si no, embarcarse con la presa. Pues tornándose Hernando de Contreras á Panamá desde el medio camino, y sabido por algunos negros que tomó la victoria que se había habido contra Juan Bermejo y los suyos, y que ejecutando la victoria venía contra él, se desbarató, y mandó á los suyos que cada uno se fuese por donde mejor les pareciese hasta llegar á la mar, porque allí les tenía su hermano los bateles en la playa para recoger-

los en la armada; y así lo hicieron, y él con algunos de los suyos se desvió del camino real, temiendo encontrar con Marchena; y como en aquella tierra hay tantas espesuras y rios y arroyos, y él estaba poco diestro en los pasos, se ahogó en un rio, y algunos de los suyos fueron presos, y otros nunca mas se supo dellos. Los que escaparon desta rota vivos y de la de Juan Berméjo fueron llevados presos á Panamá, y teniéndolos atados en la plaza, un alguacil los mató á puñaladas con una daga. Sabido por Pedro de Contreras, que estaba en la mar, el desastroso fin de su gente, pareciéndole que no tenía tiempo para hacerse á la vela, se metió en un batel él y algunos de los suyos, desamparando las naos y todo cuanto en ellas estaba; y navegó costa á costa hasta saltaren una provincia que se llama Nata, donde nunca mas se ha subido qué se hizo, aunque se cree que dió en indios de guerra, que por allí hay muchos, y le mataron. Siendo avisado el Presidente de todos estos sucesos, se volvió con toda su gente al Nombre de Dios, dando gracias á nuestro Señor por la señalada merced que le habia hecho en librarle de un peligro tan no pensado, y que no se habia podido prevenir con diligencia ni por otro medio alguno, salvo que á llegar cinco ó seis dias antes esta gente le prendieran, y se apoderaban sin riesgo ni peligro alguno de la mayor presa que nunca cosarios habian hecho. Pacificado este alboroto, el Presidente se embarcó, poniendo en orden y á punto de guerra los navios en que traia la hacienda de su majestad, y llegó en salvamento á estos reinos sin que le aconteciese desgracia ninguna, sino fué que un navio que traia á cargo Juan Gomez de Añaya con cierta parte de la hacienda de su majestad, se

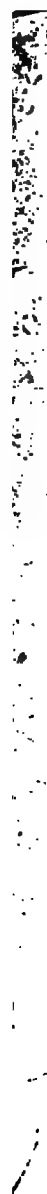
apartó de la compañía y arribó al puerto del Nombre de Dios, aunque después llegó en salvamento á estos reinos. En entrando el Presidente con su flota por la barra de Sanlúcar, despachó por la posta al capitan Lope Martin que fuese á Alemania, á dar noticia á su majestad de su venida, la cual le fué muy agradable nueva, y que puso grande admiracion y espanto en todas aquellas provincias donde dello se tuvo noticia, por haber tan buen suceso como nuestro Señor encaminó en la buena ventura de su majestad en negocios que tan dificultosa parecia que habian de tener la salida. Venido el Presidente á Valladolid, dende á pocos dias fué proveido del obispado de Paleucia, que vacó por muerte de don Luis Cabeza de Vaca, y su majestad le envió á mandar que se partiese luego para su corte, para tomar dél relacion particular de todos los negocios en que habia tratado; y él lo cumplió luego, y se partió de Valladolid, llevando en su compañía al provincial de santo Domingo y al capitan Hierónimo de Aliaga, que vinieron por procuradores de la provincia del Perú, y á otros muchos caballeros y personas señaladas, que pretendian recibir de su majestad mercedes y remuneracion de lo que le habian servido en la pacificacion del Perú, y con todos ellos se embarcó el Obispo en Barcelona, en las galeras que le estaban esperando, y llevó en ellas quinientos mil escudos labrados en reales, que su majestad le envió á mandar que llevase. Y poco antes desto su majestad proveyó por visorey del Perú á don Antonio de Mendoza, que lo era en la Nueva-España, y en su lugar envió á don Luis de Velasco, veedor general de las guardias de Castilla.

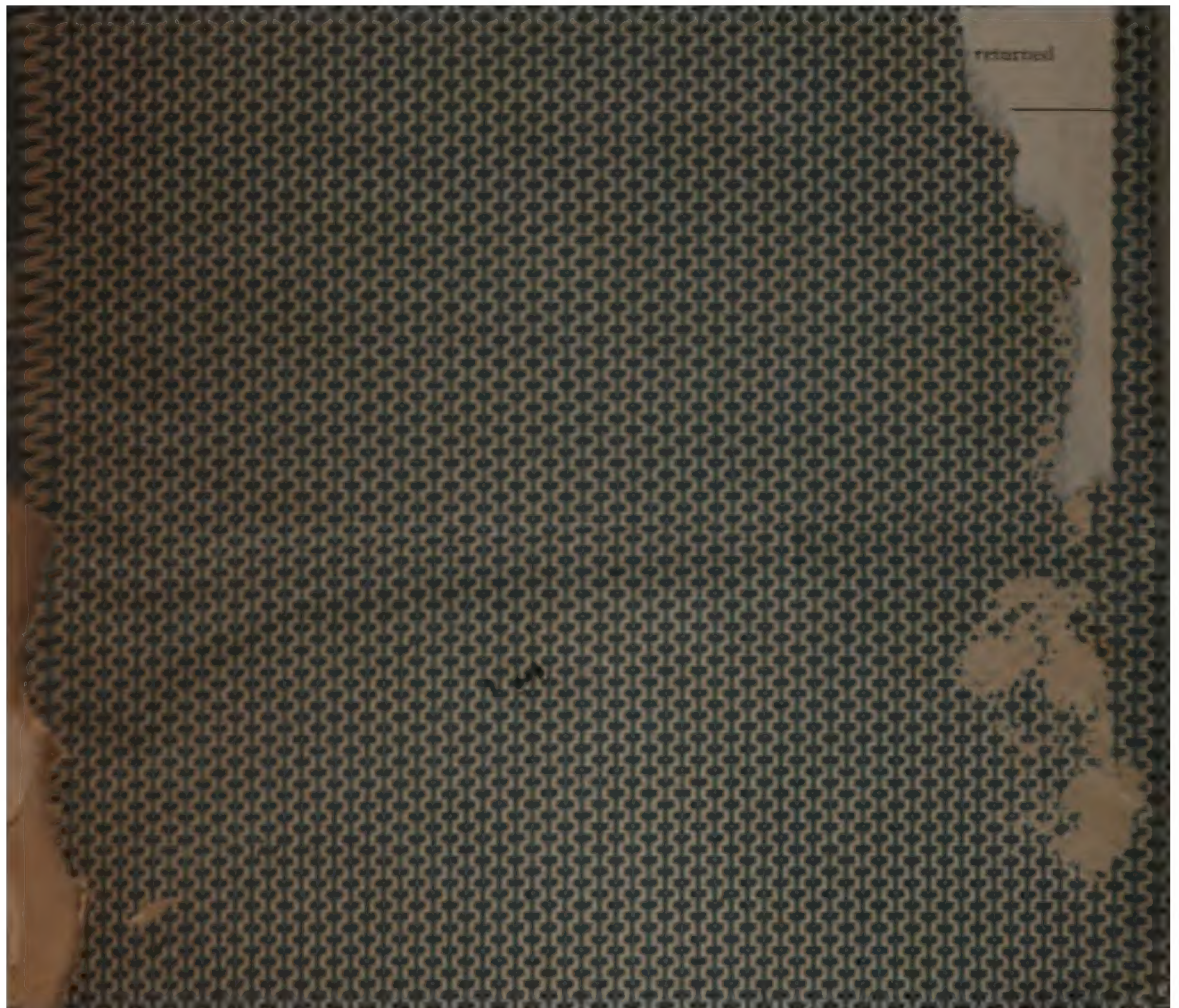
INDICE.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS DE LOS AUTORES COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.	Pág. v
VERDADERA HISTORIA DE LOS SUCESOS DE LA CONQUISTA DE LA NUEVA-ESPAÑA, por el capitán Bernal Díaz del Castillo, uno de sus conquistadores.	1
VERDADERA RELACION DE LA CONQUISTA DEL PERÚ Y PROVINCIA DEL CUZCO, llamada la Nueva-Castilla, conquistada por Francisco Pizarro, capitán de la sacra, católica, real majestad del Emperador nuestro señor, enviada á su majestad por Francisco de Jerez. — Prólogo. .	319
Conquista del Perú.	390
Dirige el autor sus metros al Emperador Rey nuestro señor. .	347
LA CRÓNICA DEL PERÚ, nuevamente escrita por Pedro de Cieza de Leon, vecino de Sevilla.—Al muy alto y muy poderoso señor don Felipe, príncipe de las Españas, etc., nuestro señor.	349
Proemio del autor, en que se declara el intento de esta obra y la division della.	350
La Crónica del Perú.	354
HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DEL PERÚ, y de las guerras y cosas señaladas en ella, aconteci-	

das hasta el vencimiento de Gonzalo Pizarro y de sus secuaces, que en ella se rebelaron contra su majestad; por Agustín de Zárate, contador de mercedes de la majestad cesárea.—A la majestad del rey de Inglaterra, príncipe nuestro señor, don Felipe II.	Pág. 450
HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DEL PERÚ. . . .	463
Libro segundo. — De la conquista que hicieron en la provincia del Perú don Francisco Pizarro y su gente.	474
Libro tercero. — De la jornada que don Diego de Almagro hizo á Chill, y de las cosas que en este medio sucedieron en el Perú, y cómo los indios se alzaron con la tierra. .	484
Libro cuarto. — Que trata del viaje que Gonzalo Pizarro hizo al descubrimiento de la provincia de la Canela, y de la muerte del Marqués.	493
Libro quinto. — De las cosas que sucedieron en el Perú al visorey Blasco Núñez Vela.	501
Libro sexto. — Que trata de la ida del licenciado de la Casca al Perú, y cómo venció á Gonzalo Pizarro, y apaciguó la tierra.	544
Libro sétimo. — Que trata de la llegada del Presidente á la provincia del Perú, y de lo que hizo hasta el vencimiento de Gonzalo Pizarro y dejar pacífica la tierra.	565







Stanford University Libraries

3 6105 124 410 791



F
1411
H57
v.2

MAR 8 '80

MAR 11 '80

JUN 18 '80

OCT 8 '80

FEB 10 '81

Stanford University Library
Stanford, California

In order that others may use this book,
please return it as soon as possible, but
not later than the date due.

